LA

ESTRELLA DE CHILE

PERIÓDICO SEMANAL

Literario-Religioso.

AÑO QUINTO.

BIBLIOTECA NACIONAL
SANTIAGO
CHILE

SANTIAGO.
IMPRENTA DE «EL INDEPENDIENTE.»
Calle de la Compañía, núm. 102.

1872.

LA ESTRELLA DE CHILE.

AÑO V. Santiago, octubre 8 de 1871. Núm. 210.

QUINTO AÑO.

Con el presente número entra *La Estrella de Chile* a su quinto año, edad a que, si mucho no nos engañamos, ningun periódico literario ha llegado hasta hoi en nuestro pais.

Si la larga vida de *La Estrella de Chile* es un motivo de profunda satisfaccion para los que hemos consagrado a su sostenimiento nuestros modestos esfuerzos; sí, como obra propia que es, nos complacemos en verla surjir; como chilenos, nos cabe tambien una especialísima satisfaccion, por cuanto la proteccion entusiasta i constante que nos ha dispensado el público significa un verdadero progreso, una esperanza para las letras nacionales.

Complácenos, por último, como católicos, el que haya sido un periódico decididamente consagrado al servicio de la fé católica el que primero haya triunfado en Chile de los escollos que tan temprano han hecho zozobrar, ántes de ahora, a todas las publicaciones literarias.

Hoi, con la misma íntima conviccion que hace tres años, podemos atribuir todo el honor de la victoria, mas que a la pujanza i decision de los soldados, a la virtud i excelencia de la bandera.

Hoi, como en los cuatro años que acaban de pasar, tenemos tambien que pagar una inmensa deuda de gratitud a nuestros incansables i distinguidos colaboradores, en quienes, despues de los principios, declinamos el honor de la jornada.

Nos hemos esforzado por hacer de *La Estrella de Chile* la lectura de las familias, profundamente relijiosa, moral, instructiva i amena. Así hemos creido cumplir con nuestra mision. Acatar i defender las enseñanzas de la fé, dirijirse al corazon *delectando pariterque monendo* para hacerlo cada vez mejor: hé ahí cómo hemos comprendido la mision del escritor. Talvez, apesar de nuestra buena voluntad i nuestros esfuerzos, no hemos logrado llenar esa mision, talvez el éxito ha sido pobre, pero las intenciones han sido inmejorables.

Para remover cualquiera obstáculo que pudiera impedir unirse a nosotros a los hombres de buena voluntad, prometimos no tocar ninguna cuestion meramente política, ninguna cuestion enojosa. Hemos cumplido nuestra promesa.

Seremos lo que hemos sido. Antes que todo católicos; católicos en la doctrina, católicos en la rijidez de la moral. Seguiremos prestando nuestro continjente de trabajo a la naciente literatura patria.

Esperamos, por último, que nuestros cooperadores sigan siendo lo que han sido, i que cada año empeñen como hoi nuestra gratitud.

¡La constancia es la coronacion de todas las virtudes!

BIBLIOTECA NACIONAL SANTIAGO CHILE

LA VIDA I LA FE.

(A MI AMIGO LUIS R. PIÑEIRO.)

Preñado de borrascas el huracan se ajita
O suspiren las auras con plácido rumor,
Entre dulces placeres las horas se deslicen
O con su carga horrenda agóbieme el dolor;
Hárteme el falaz mundo de honores i de gloria)
O entre el humilde polvo sea ludibrio yo;
En hondo desaliento la triste vida corra
O ardiente lata el pecho henchido de ilusion;

La cruz por estandarte,
La fé en la intelijencia,

Tranquila la conciencia,
Tranquilo el corazon;
Nada seduce a mi alma
Ni turba mi confianza,
Que es firme la esperanza
Del que confia en Dios.

Laboriosa es la mision,
Del hombre sobre la tierra:
Hacer siempre al mundo guerra
I guerra a su corazon.

Nuestra vida es el andar
De cansado peregrino....
I es escabroso el camino,
I es azaroso llegar.

¿Qué importa que de arrebol
Se tiña el cielo a lo léjos,
Si esos no son los reflejos
Del amado patrio sol?

¿Qué importa que en flores mil
Se tapice el verde prado,
O que el aire perfumado
Nos halague del pensil?
¿Qué importa que dulce miel
A nuestro labio se ofrezca,
O que a nuestra planta crezca
Verde rama de laurel;

Si, como diáfano tul,
La ansiosa pupila alcanza
A entrever en lontananza
De la patria el cielo azul;

Si oimos entre el rumro
Eco lejano, perdido
De un acento conocido,
Que escuchamos con amor?

Marcha, marcha sin cesar
A tu dichoso destino;
Marcha, marcha, peregrino,
Que a la patria has de llegar.

¿Tiemblas? detienes el pié
Al borde de esa honda sima?
¡Tu pecho se desanima
Porque vacila tu fé!

Difícil la senda ves,
Mucho te agobia la carga,
I bebes en copa amarga
Gota a gota hasta la hez;

Te acobarda el resonar
De la furiosa tormenta,
I ese pueblo que te afrenta
Llena tu alma de pesar.

¿Qué temes? No ves ya, di,
De la patria el bello cielo?
No sabes para consuelo
Que Dios pelea por tí?

Marcha, marcha sin cesar.
Si te embarga negro tedio,
Busca en la fé tu remedio
I dulce paz has de hallar.

Guarda fé en el porvenir
I relijion en tu alma,
I tranquila, grata calma
Sucederá al combatir.

Mira a Dios en la aflecion
Fija tu vista en el cielo
Porque es mezquino este suelo
Para herir un corazon.

La cruz por estandarte,
La fé en la intelijencia,
Tranquila la conciencia,
Tranquilo el corazon;
Nada seduzca tu alma
Ni turbe tu confianza,
Que es firme la esperanza
Del que confia en Dios.

Octubre 1.° de 1871.

RAMUNDO LARRAIN C.

ARCESIO ESCOBAR,

POETA GRANADINO.

A mediados de enero de 1857 tomaba el vapor para Panamá un jóven que ya tocaba en la madurez de la vida. Algunos amigos lo despedian en el puerto de Guayaquil, i en aquellos adioses se deslizaba mas de una lágrima.

El que se ausentaba, nos decia un testigo de la escena, parecia profundamente pensativo, i oscurecia su frente una nube de tristeza, que alguno se atrevió a tomar por un presajio funesto.

Era jóven, poseia una de las almas i mejor prendadas; con un talento poco comun, i del que habia dado brillantes pruebas, no podia ménos de sacar de su viaje un inmenso fruto que aprovecharia mas tarde su patria. Llevaba a mas en su cerebro grandes proyectos, pensaba dedicarse a escribir sobre nuestra América en el antiguo continente, i en sus maletas se encerraban preciosos apuntes, recojidos durante una larga série de años de estudio e incesante trabajo. Estos apuntes eran, segun entónces se me aseguró, el bosquejo de una obra sobre las jóvenes repúblicas del Nuevo Mundo en la que se analizaban con esquisita escrupulosidad sus costumbres e instituciones.

En esos momentos que preceden a la partida parece que se agolpan en la mente infinidad de ideas i recuerdos. Rara vez el que se aleja del sitio que por algunos años lo ha hospedado, parte sin dejar en pos de si alguna afeccion cara, algo que le haga dirijir hácia atras una mirada melancólica.

Nuestro viajero se sentia turbado como hemos dicho, i su inquietud no era un misterio para sus amigos. Así que al separarse de él, todos llevaban en su alma un vago temor que no osaban esplicarse.

El jóven que así partia no era un hijo del Ecuador, aunque allí contaba con las mas ardientes adhesiones. Era un estranjero i casi pudiera decirse un proscrito.

Hijo de Nueva Granada, Arcesio de Escobar vivia separado de su patria, a la que no esperaba en mucho tiempo volver, i la especie de ostracismo, a que sus principios lo tenian condenado, pesaba sobre su alma como una dolorosa calamidad.

Ya habia partido. Despues de algunos dias de navegacion volvia de paso a tocar el suelo pátrio, que por esta vez debia serle bien fatal, pues el istmo de Panamá era entónces un terrible cementerio donde dejaban su vida muchos de lo que lo atravesaban.

Reinaba allí la fiebre amarilla, ese terror de los viajeros que tantos ha cortado el paso en su carrera de aventuras.

Escobar tomó pasaje en el vapor *Ocean Queen* que debia llevarlo a Nueva-Yorck, pero ignoraba que tenia ya en sus venas el jérmen de la terrible enfermedad.

Ya en alta mar, vino a declararse ésta con síntomas que dejaban duda i el vacío comenzó a hacerse alrededor del mísero viajero.

Atormentábalo el ánsia de ver la tierra, no queria morir en el mar.

En el vapor apénas tenia un solo amigo, que habia dejado con él las playas de Guayaquil, i éste, si no nos engañamos, dividia con él la misma suerte. Ninguno de los dos volvió al punto de partida.

Para morir resignado debió necesitar de toda la enerjía de su alma eminentemente cristiana, pues en su abandono no tenia otro alivio que la fé que lo habia sostenido durante su trabajada existencia.

Sin ver la tierra, sin tener el consuelo de poder dormir el sueño eterno al lado de sus hermanos en creencias, Arcesio Escobar espiró a bordo del vapor ya nombrado en las primeras horas del 9 de febrero.

BIBLIOTECA NACIONAL SANTIAGO CHILE

II.

El que así moria desconocido i solitario era, sinembargo, uno de los poetas de Sud-América mas elegantes e inspirados, un prosista distinguido i un atleta incansable que habia consagrado su intelijencia i su corazon todo a la defensa de la verdad.

Su alma jenerosa era capaz de la abnegacion hasta el sacrificio: habia luchado mucho en defensa de la libertad de su patria, hollada desde 1860 por un sátrapa ambicioso i sanguinario; pero todavía le quedaba en el mundo una mision que cumplir i era mui lastimoso verlo bajar al sepúlcro en la plenitud de la vida i en toda la madurez de su espíritu cultivado por la esperiencia i el estudio.

La vida de Escobar era mui penosa. No era para él la existencia del proscrito. Habia nacido para servir a su patria, labrando su ventura, i su pais le estaba cerrado. Como muchos otros ilustres patriotas, léjos de su hogar, soportaba la dureza de la suerte con heróica resignacion. Fijó su residencia en el Ecuador, pues «no se atrevia, segun sus propias palabras, a alejarse mas del suelo de su nacimiento.» Desde allí seguia con febril atencion la marcha política de su pais, siendo casi un testigo presencial de los sangrientos sucesos de que era teatro. Veia a cada paso aumentarse el número de los proscritos, víctimas ilustres lanzadas al estranjero por el crimen de no haber doblado la cabeza a la omnipotente voluntad del tirano.

Con otro carácter, Escobar habria talvez

logrado al fin hacerse indiferente a las desgracias de su patria; pero, su corazon no podia permanecer sordo a la justicia, ni dejar de execrar las arbitrariedades que pesaban sobre sus hermanos.

Necesitó, pues, de mucha enerjía para no lanzarse a proyectos descabellados i buscó su consuelo en la defensa de la verdad que habia sido el norte de sus acciones.

III.

Escobar nació dotado de un espíritu severo e intransijente con el mal.

Hijo de una familia eminentemente cristiana, vió la luz primera en la ciudad de Antioquia, capital del Estado del mismo nombre, que entre los que forman la confederacion colombiana se ha distinguido siempre por el brio que ha desplegado en la defensa de sus creencias i del altar combatido por las olas revolucionarias.

Consecuente a los principios de su niñez, conservó la firmeza de sus convicciones en medio de una sociedad que parecia desquiciarse.

Jóven aun, habia visto llegar la tormenta que estallaba con furia sobre la frente de la patria, e impotente para resistirla cuando la causa de la libertad era vencida en los campos de batalla, como hombre libre, no quiso besar la mano de los verdugos de esa libertad, ni ménos como cristiano doblegarse ante los que llevaban por norte la destruccion de toda creencia.

Quedar en la patria i callar delante de los crímenes que diariamente se perpetraban no era digno de él; i por otra parte el rojismo era demasiado poderoso para poder afrontarlo por entónces.

Entre ser un cómplice o una víctima, Escobar optó por lo segundo i, ya que no le era dado servir a sus principios en el suelo natal, se desterró voluntariamente. Desde léjos podia tambien servirla con su intelijencia, que le consagró sin reserva.

ENRIQUE DEL SOLAR.

(Continuará.)

HOJAS SECAS.

A MI AMIGO ENRIQUE TAGLE JORDAN.

A tí, mi caro Enrique, fiel amigo,
Compañero en mis horas de alegría,
A tí tan solo de mi amor testigo
De mis dudas inciertas el mentor,
Permitid que estos versos te dedique
Escritos en un rato de dolor.

Yo ví del muudo, en el jardin ameno
Alzarse esbelta una graciosa flor,
Su terso cáliz de fragancia lleno
El mundo perfumaba con su olor;
Crespas sus hojas de color rosado,
Se alzaba con donaire entre otras flores
Que allí tristes crecian a su lado
Celosas de su gracia i sus primores.

Al verla sin igual en jentileza
Rompí las otras, ni aguardé demora
Que, reina del verjel por su belleza,
A cojerla invitaba seductora.
Mi ilusion loca de entusiasmo
Una mansion mostróme venturosa;
Creí fácil mi intento i... confundida
Lá esperanza, se quedó, dichosa.

Al tomarla no ví los aguijones
Que sus hermosos pétalos cubrian
Dispuestos a matar las ilusiones
Que en mi anhelante corazon bullian.
Dos lágrimas amargas solamente
Mis ardientes pupilas destilaron;
Miré mi corazon, i lava ardiente
Tan solo, allí mis párpados hallaron.

Mis dulces esperanzas hechas trizas
Hacinadas las ví en mi corazon,
Cual de pira quemada las cenizas
Destituidas de vida i sensacion.
Dulce esperanza que al nacer moriste
Tu recuerdo *jamas* olvidaré,
Que, si otras flores el jardin revisten,
A tomarlas *jamas* me acercaré.

Santiago, setiembre 25 de 1871.

OSVALDO RODRIGUEZ.

REVISTA BIBLIOGRAFICA.

SETIEMBRE.

I.

En el mes próximo pasado de setiembre se han remitido a la Biblioteca Na-

cional las siguientes publicaciones de las prensas del pais.

«Estatutos de la Sociedad *Círculo Dramático*».—1 vol. en 8.° de 5 pájs.—Imprenta de «La República».—Santiago.

«Manual del comerciante i del abogado», por Severo Vidal.—1 vol. en 4.° de 447 pájs.—Imprenta de la libreria del Mercurio.—Santiago.

«Los dispersos del 30 de agosto» por Junius.—1 vol. en 8.° de 19 pájs.—Imprenta de «La Libertad».—Santiago.

«Memoria, Estatutos i Reglamento del Club de Setiembre».—Lista de socios.—1 vol. en 4.° de 32 pájs.—Imprenta de «El Ferrocarril».—Santiago.

«Escritos principales que corren en el juicio iniciado por don Pedro Maldini contra el Hospital de Caridad de Valparaiso i contra el albacea de don Juan José Gonzalez de Hontaneda».—1 vol. en 4.° de 142 pájs.—Imprenta de «El Mercurio».—Valparaiso.

«Compendio de historia romana», por Víctor Duruy.—Segunda edicion.—1 vol. en 8.° de 334 pájs.—Imprenta de la libreria del Mercurio.—Santiago.

«Tratado teolójico-legal de la Justicia o sea concordancia del derecho chileno con la teolojía moral en materia de justicia,» por el P. Zoilo Villalon, de la Compañía de Jesus.—1 vol. en 4.° de 736 pájs.—Imprenta del «Correo».—Santiago.

«Nuestra Señora de Lúrdes», por Enrique Lasserre, traduccion de los presbíteros Casanova i Errázuriz.—Entregas 8.ª a 11.ª—1 vol. en 4.° de la pájina 401 a la 502.—Imprenta del «Correo».—Santiago.

«La verdad sobre Rocambole», por Ponson du Terrail,—Entregas 1.ª i 2.ª—1 vol. en 4.° de la pájina 1 a la 96.—Imprenta de «La Libertad».—Santiago.

«Proyecto del Código de Enjuiciamiento», por Joaquin Blest Gana.—Libro 2.°—1 vol. en folio de 42 pájs.—Imprenta de «La República». — Santiago.

«Memoria del Jeneral en jefe del ejército de la Alta Frontera, jeneral de division don José Manuel Pinto».—1 vol. en 4.° de 15 pájs.—Imprenta «Nacional».—Santiago.

«Pájinas del alma» por Luis Larraín Zañartu.—1 vol. en 8.° de 46 pájs.—Imprenta «Nacional».—Santiago.

«Manual de composicion literaria» por Diego Barros Arana.—1 vol. en 4.° de 472 pájs.—Imprenta de «La República».—Santiago.

«Sociedad minera de Andacollo».—1 vol. en 4.° de 32 pájs.—Imprenta de «La Libertad».—Santiago.

«El Código civil ante la Universidad» (continuacion).—1 vol. en 4.° de la páj. 325 a la 697.—Imprenta «Chilena».—Santiago.

«Memoria presentada a la Junta Jeneral de accionistas de la Compañía Esplotadora de Lota i Coronel».—1 vol. en folio de 12 pájs.—Imprenta de «El Ferrocarril».—Santiago.

«El crímen de Orcival» por Emilio Gaboriau.—Entregas 5.ª a 9.ª—1 vol. en 4.° de la páj. 137 a la 316.—Imprenta «Militar».—Santiago.

«El Porvenir de las Familias». Memoria presentada por el consejo directivo.—1 vol. en 4.° de 10 pájs.—Imprenta de «La República».—Santiago.

«Las miserias de Lóndres» por Ponson du Terrail.—Entregas 1.ª a 3.ª de la páj. 1 a la 144.—Imprenta de «La Patria».—Valparaiso.

La misma obra anterior se está publicando tambien por la imprenta de «La Libertad» i ha salido a luz la primera entrega de 48 pájs.

«Los dramas de Paris» por Ponson du Terrail.—Tomo II.—1 vol. en 4.° de 278 pájs.—Imprenta de «La Patria».—Valparaiso.

Esos señores de «La Patria» i de «La Libertad» están perdidamente enamorados de su Ponson du Terrail. Peço el *camote* es tan furioso i tan estremosa su manifestacion que estamos seguros de que el citado Ponson no ménos que el mui mentado Rocambole estarán, si cab», mas ansiosos que el público de que se

les deje alguna vez en paz. ¡I de veras que es de atosigar!

«An das deutsche volk.—Ein gruss ans Süd Amerika», por el doctor Juan Bruner.—1 vol. en 4.° de 20 pájs.—Imprenta «Albion».—Valparaiso.

«Tratado del análisis lójico i gramatical de la lengua castellana» por Félix Arriagada.—Segunda edicion—1 vol. en 8.° de 80 pájs. - Imprenta de «El Independiente». — Santiago.

«Reglamento jeneral de policía marítima dictado el 1.° de agosto de 1870» —1 vol. en 4.° de 12 pájs.—Imprenta «Albion».—Valparaiso.

«La felicidad es una quimera» por Hermójenes Concha i Marin.—Entrega 1.ª de 32 pájs.—Imprenta de «El Independiente». —Santiago.

«Derecho constitucional chileno.»—Testo adaptado a la enseñanza del ramo—1 vol. en 4.° de 187 pájs.—Imprenta de «La Libertad».—Santiago,

«Himnos».—Segunda edicion—1 vol. en 8.° de 46 pájs.—Imprenta de «La Patria».—Valparaiso.

Baratijas místicas de Mr. Trumbull.

«Estatutos de la Sociedad del canal de Espejo»—1 vol. en 4.° de 9 pájs.—Imprenta de «El Ferrocarril».—Santiago.

«El Porvenir de las Familias.—Décima liquidacion—1 vol. en 4.° de 25 pájs.—Imprenta de «La Libertad».—Santiago.

«Cuenta jeneral de las entradas i gastos fiscales de la República de Chile en 1870».—1 vol. en folio de 133 pájs. — Imprenta «Nacional».—Santiago.

«Proyecto de lei sobre enseñanza pública», por Cárlos Walker Martinez, diputado por Vallenar.—1 vol. en folio de 4 pájs.—Imprenta «Nacional».—Santiago.

«Memoria del Ministro de Hacienda» correspondiente a 1871.—1 vol. en 4.° de 50 pájs.—Imprenta «Nacional».—Santiago.

«Los anteojos de Satanas», por Mefistófeles.—Entregas 26ª i 27ª de la páj. 621 a 650.—Imprenta «Nacional».—Santiago.

II.

En el mes de que damos cuenta, han aparecido en la capital el «Boletin de la sociedad de San Vicente de Paul», i «La Esperanza», periódico literario.

En Valparaiso ha comenzado a publicarse «La Ilustracion», periódico literario i en la Serena la «Revista científica i literaria».

DESVELO.

Amis, ne creusez pas vos chéres rêveries;
Ne fouillez pas le sol de vos plaines fleuries;
Et quand s'offre à vos yeux un océan qui dort,
Nagez à la surface ou jouez sur le bord;
Car la pensée est sombre! Une pente insensible
Va du monde réel à la sphére invisible;
La spirale est profonde, et, quand on y descend,
Sans cesse se prolonge et va s'élargissant.
Et, pour avoir touché quelque énigme fatale.
De ce voyage obscur souvent on revient pâle!

(Victor Hugo.)

—Eujenio ¿por qué estás triste? Te veo preocupado, silencioso; te hablo i no me contestas; me apoyo en tu brazo, bajamos a la pradera, nos acercamos al riachuelo por los lugares mas solitarios, nos internamos en lo mas espeso de la selva, en lo mas hondo de la quebrada. Hace una hora que ando contigo i tú apenas me miras. Dime, por fin ¿qué tienes? ¿Acaso algun pesar, algun sufrimiento?....

—¿Quiéres saber la causa de mi pena? ¿Te empeñas en averiguar el por qué de mi silencio?....

—Si, Eujenio, si.

—Bien, puesto que lo exijes, te lo diré.

En este momento habiamos llegado al lugar mas hermoso de la quebrada del *Infierno*: tal es el nombre del mas pintoresco sitio que encierra la hacienda de los *Perales*, donde Eujenio i yo habiamos ido a pasar algunos dias de recreo, en compañía de diez o doce condiscípulos.

El dia estaba despejado; hacia un calor sofocante, un calor del mes de enero. Los rayos del sol no llegaban sinembargo hasta nosotros: árboles de mas de sesenta piés de altura cruzaban sus corpulentos troncos i gruesas ramas sobre nuestras cabezas; sus hojas entretejidas i estrechamente enlaza-

das, formaban un emparrado de verdura sobre el que las aves, saltando de gancho en gancho, jugueteaban i revolaban sin temor; sus gorjeos puros i arjentinos resonaban en alegres armonías. Menudo césped, fresca yerba i pintadas flores tapizaban el suelo; el aire estaba embalsamado con la fragancia del romero, del boldo i del peumo. Nos recostamos sobre una empinada roca; a nuestras espaldas otras cien agudas i encumbradas desafiaban a los árboles. Una agua cristalina se deslizaba por entre los matorrales i cayendo de lo alto de las peñas, producia un ruido sordo i monótono que a lo léjos el eco repetia. A nuestro lado, espesos arbustos enlazándose a los troncos, formaban como una muralla impenetrable. A nuestros piés, murmuraba un chorro bullicioso, que caia en una concavidad profunda formada en la roca por el tiempo.

Oh! aquel lugar, aquella naturaleza exuberante de vigor i lozanía, aquella soledad imponente i espléndida, convidaban al recojimiento i a la meditacion.

¡Soledad! Soledad! ¿qué imán, que misterio encierras? ¿Por qué será que el hombre, cuanto mas afijido i pesaroso está, te busca con ánsias, se deleita en tus encantos i parece sentir ensancharse su corazon i aliviarse el sufrimiento? ¿Será que entónces el alma se desata de su cárcel i se estasia en la contemplacion de la inmensidad, olvidando de ese modo lo que le aqueja i oprime? o ¿será que el espíritu gusta recrearse en las obras del Criador i aislarse a veces para poder a sus anchas, volar por los espacios, recorrer lo que su imajinacion una vez ha forjado i que entónces parecia una ilusion i en seguida lanzarse del mundo conocido, del mundo real, a lo invisible, lo eterno, lo ideal?....

La voz de Eujenio me vino a sacar de mi reflexion.

Recostado junto a mí, se habia descubierto la cabeza con respeto, sus ojos estaban humedecidos, una lágrima se balanceaba en sus pestañas.

—Amigo, me dijo, con voz acongojada i casi imperceptible, hace algunas noches no duermo, el sueño huye de mí.

—¿Estás enfermo?

—Nó.

—I entónces?....

—Lo vas a saber. Mira esta carta.

Sus manos entreabrieron su vestido i de su pecho sacó un papel lleno de arrugas i enlutado.

—Lee, amigo mio, lee.... yo no puedo. Mi madre ha muerto! esta carta lo dice, es de mi padre.

Nada le contesté. Mi mano estrechó su mano, las lágrimas se agolparon a mis ojos i.... lloré; sí, lloré, no me avergüenzo de confesarlo, lloré como un niño.

Un recuerdo acaba de presentarse a mi memoria i a mi alma una imájen querida. Hice un esfuerzo supremo i serenándome le dije:

—Comprendo tu dolor: tu madre ha muerto i no te has encontrado a la cabecera de su lecho para recibir su último suspiro. Ha muerto léjos, mui léjos de tí; pero consuélate, Eujenio, te quedan amigos que te aprecian i sobretodo te queda un padre; yo soi ménos feliz que tú, puesto que mi aun ese consuelo me resta.

—Cómo! tus padres?

—En la eternidad!

—Ah! ahora comprendo la causa de tu retraimiento, de tu silencio, de tus ocultas lágrimas.

—Sí, hé ahí el verdadero secreto de mis pesares. Me has abierto tu corazon, yo te abro el mio. Eujenio, cada dia me convenzo mas, que la desgracia i el dolor son el patrimonio esclusivo de ciertas almas, asi como la fortuna i el bienestar lo son tambien de otras muchas. No creas sinembargo que yo reniego de mi destino; todo lo contrario, Eujenio, todo lo contrario; lo único que quiero hacerte ver, es mi pensamiento, para que comprendas porque me agrada la soledad, por que tantas veces me has encontrado, cabizbajo i meditabundo, vagando a la ventura; ya lo sabes: es que padecia cuando se sufre, se huye de los hombres, se busca, en fin, la soledad.

—Amigo!

—Sí, la soledad, porque ella es dulce cuando se padece. Muchas veces, en el silencio de la noche, he sentido pasar junto a mí, tiernas sombras, que me llaman, me sonrien i me protejen: son las sombras de los que me dieron el ser; ellos están ahí, a mi lado, me hablan al oido, me alientan, me señalan el cielo i me parece oirles:—«Despues de nosotros, te queda Dios!....» Me has dicho hace varias noches que no duermes; Eujenio, toca mi frente, ¿no sientes como se arde?

—¿Qué me quieres decir!

—Dime ¿no te ha sucedido alguna vez, que cuando rendido por el trabajo del dia anhelas llegue la hora del reposo, llegada ésta, el sueño se aleja de ti; tus párpados están pesados, tus ojos se cierran apesar tuyo, tus sienes estallan, tu corazon se rompe, te zumban los oidos i por mas que haces no puedes dormir; quieres levantarte, imposible, tu cuerpo está rendido i al mismo tiempo inmóvil; te parece que estás despierto i en realidad duermes?

—Sí, es verdad, lo he sentido, lo he palpado. Pero ¿cómo es que sabes lo que yo creia a mi solo sucediera?

—Ya te lo he dicho, tambien sufro. Como tú, velo i como a ti, me ha sucedido el sentir pasar unas tras otras las largas horas de la noche, fastidiado i exhaustas ya mis fuerzas por el insomnio. Eujenio, en este estado el hombre se puede decir no vive. Su cuerpo descansa, pero su espíritu vela i velando se ajita, se remonta por los espacios, atraviesa montes i mares, rios i campos, precipicios i desiertos: en una palabra, sale de la esfera terrestre i altivo se lanza a la inmensidad, a lo infinito.

En este instante percibimos un gran ruido en los matorrales. Algunas voces gritaban:

—Por aquí, por aquí, nosotros los hemos visto pasar.

Otros decian:

—Sigamos a los perros, ellos olfatean el terreno, luego los encontraremos.

Algunos ladridos resonaron i los ecos de la quebrada repitieron a porfía, los gritos de los niños i el ladrar de los perros.

Nos levantamos.

Al poco rato, Rifle i Cazador saltaban a nuestro lado. Nuestros condiscípulos no tardaron en aparecer en lo alto de las peñas. Eran seis u ocho; llegaban alegres i bulliciosos; todos traian ramas de membrillo o flechitas de sauce.

—Ellos son! gritaron a una voz luego que nos divisaron.

En un instante estuvieron cerca de nosotros.

—Caramba! dijo Pacomio, tirándose sobre la yerba. ¡Qué calor! ¡Cómo nos ha costado encontrarlos! Si parecia que íbamos a llegar hasta el fondo de la quebrada. Tengo la garganta apretada de tanto gritar. Vamos pues, descansemos un momento i luego iremos a pescar al estero. Uds. nos prometieron ayer acompañarnos.

—Sí, es cierto, respondió Eujenio; pero i las redes?

—Las tenemos preparadas, están allá en las casas, contestaron todos en coro.

—Entónces, vamos.

Nos pusimos en camino.

A las tres de la tarde ya estábamos en el estero. La pesca fué abundante i se prolongó hasta cerca de la oracion. Hermosas truchas, numerosos pejerreyes i docenas de sardinas, fueron la recompensa de nuestro afan.

Cuando llegamos a las casas, ya era de noche.

La luna brillaba en el zenit. El silencio habia reemplado a la algazara de la tarde. Un cuculí cantaba en el parron, un corderito balaba en su redil.

La campana comenzó a vibrar. Su sonido se prolongaba, se esparcia i llevado por el viento, retemblaba hasta en las peñas i concavidades de la montaña.

Una hora mas tarde, todos dormian, por do quiera reinaba un silencio sepulcral.

(Concluirá.)

Ruperto Marchant Pereira.

EL ANJEL DEL LAGO.

(Conclusion.)

En la noche del dia siguiente a aquél en que habian hablado, Enrique haria llevar un coche hasta los alrededores de la vivienda de don Pedro; él entraria con sijilo i procurando no ser visto por nadie hasta la cerca que se estendia rodeando el rancho, en donde Luisa debia esperarlo preparada i dispuesta.

En ese coche estaria una tia de Enrique amiga de don Pedro, i que se habia ofrecido en bien de éste a ayudar a los jóvenes para acompañar a Luisa a Santiago i a cuya casa iria a vivir. Llegada a la capital, escribiria a su padre i le diria que, estando ya reunida para siempre con Enrique, era indispensable que él volviera a la ciudad. Entretanto, el jóven esperaria el resultado viviendo como hasta entónces en los alrededores del lago.

CREPÚSCULO

ROMANCE

para canto.

COMPUESTO POR DAVID BARI

dedicado a las lectoras de

"LA ESTRELLA DE CHILE"

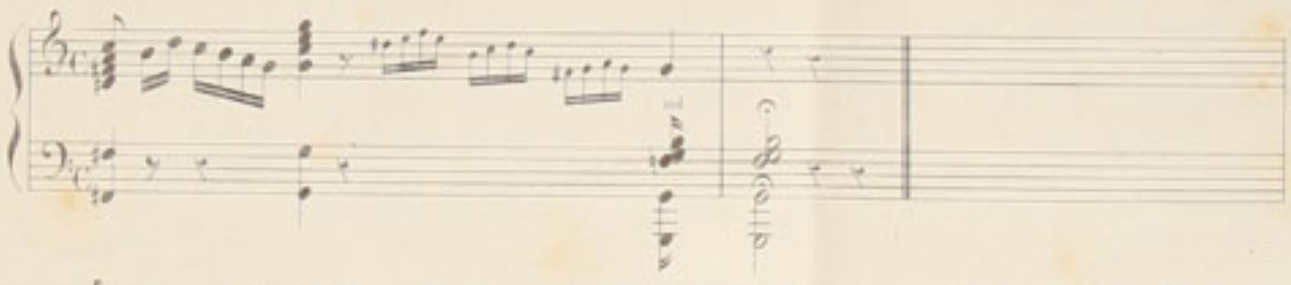
BIBLIOTECA NACIONAL SANTIAGO CHILE

Música de David Bari

Poesía de C. Walker Martínez

Andante

INTRODUCCION

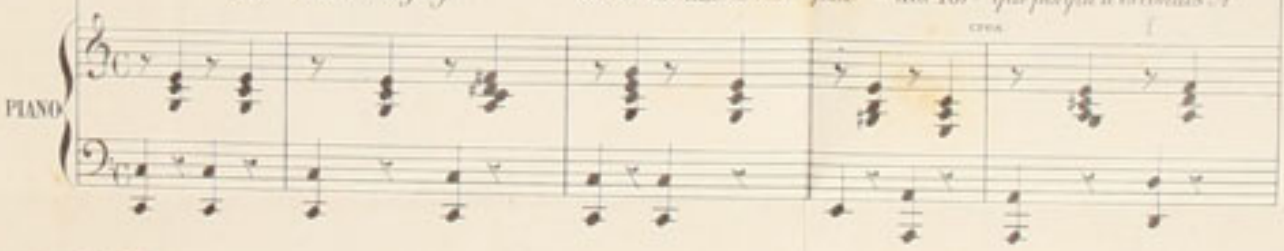


CANTO

La estrella de la tar — de Nació en dosci — den — te La luna trasparen — te Se

Mi voz a-congo-ja da Te llamai no res — pon — des Por — que porque te es condes A

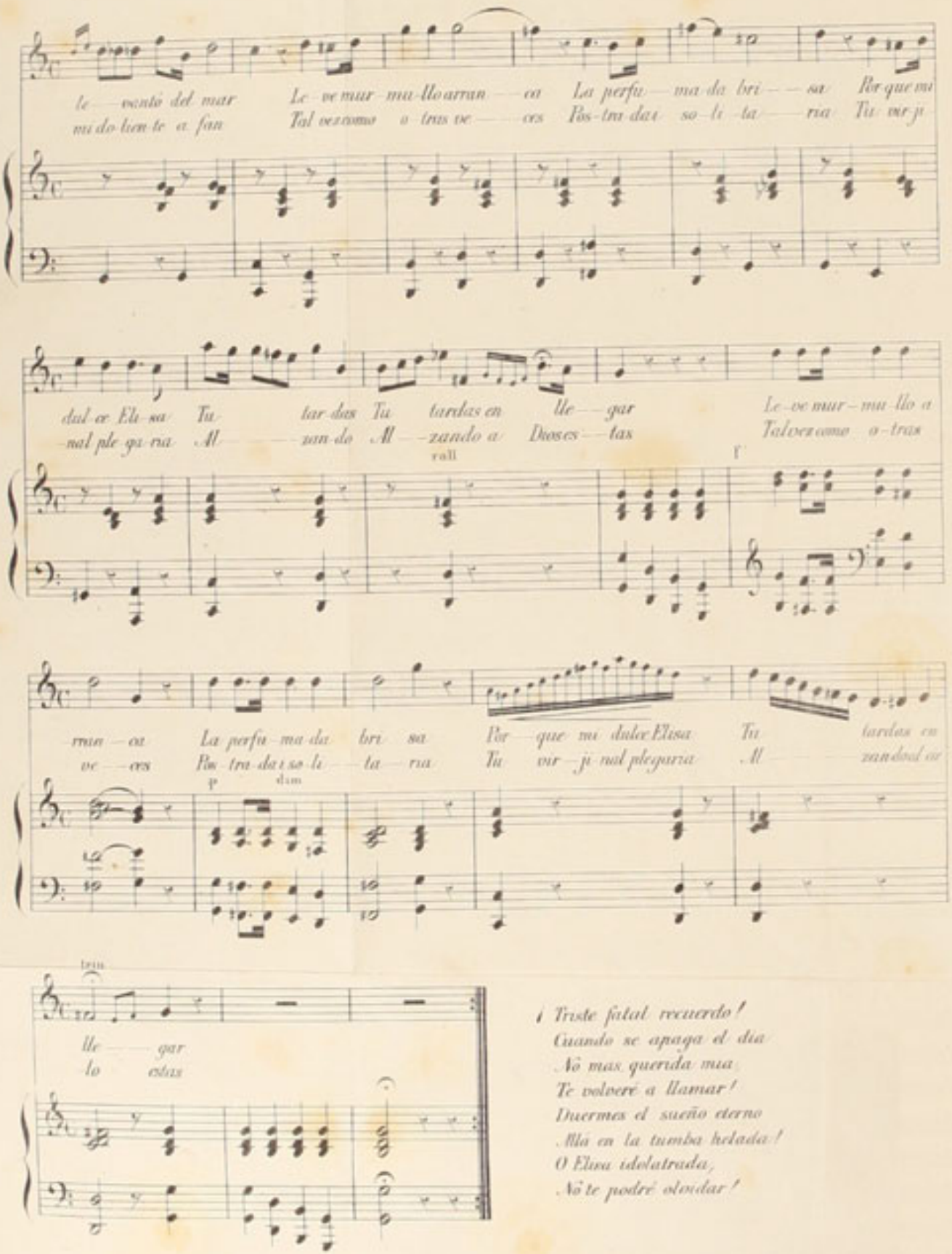
PIANO



le — vantá del mar La es-trella de la tar — de Nació en dosci — den — te La luna trasparen — te Se

mi do — liente afan Mi voz a-congoja — da Te llamai no res — pon — des Por — que porque te es condes A





¡ Triste fatal recuerdo !
Cuando se apaga el dia
Nó mas querida mia
Te volveré a llamar !
Duermes el sueño eterno
Allá en la tumba helada !
O Elisa idolatrada,
Nó te podré olvidar !

Los jóvenes querian vencer la preocupacion de don Pedro con otra mayor: no habia aceptado la union de su hija pobre con un jóven rico por consideraciones de orgullo social; pero haciéndole creer que ellos se habian unido ya, ese orgullo no tendria razon de ser. Si apesar de todo, don Pedro resistia, Luisa debia volver a Peñalolen a vivir como ántes, i Enrique abandonaria para siempre aquellos lugares.

Despues de vencer la resistencia de Luisa, sus lágrimas i sus temores, sus objeciones i sus dificultades, Enrique se alejó.

Este proyecto puede parecer estraño, pero se esplica como pudo ser aceptado si se atiende a la desesperada situacion en que se encontraban los jóvenes, i a la miseria cada dia creciente de que ellos querian librar a don Pedro. Dejándose arrastrar por los impulsos de un cariño santo i puro pero inmenso, no podrian detenerse a calcular en las consecuencias i en la forma, mas o ménos conveniente de semejante resolucion; veian en ella el medio para ser felices i hacer tambien dichoso a don Pedro i su familia, i la aceptaron.

A la noche siguiente, la naturaleza misma pareció querer secundar ese proyecto. La noche estaba oscura i sombría; espesas nubes ocultaban la luna i las estrellas; ni una luz, ni un movimiento de vida en aquellos lóbregos sitios.

A una hora avanzada, un lijero ruido vino a turbar, imperceptible casi, el silencio que reinaba al rededor de la habitacion de don Pedro. Enrique avanzó hasta allí, i con voz apagada i temblorosa llamó:

—Luisa!

Otra sombra salió de la casita, cubierto el rostro con un velo negro, como si temiera ser vista apesar de la oscuridad, i se adelantó hasta donde esperaba el jóven.

—¡Dios mio! Dios mio! murmuró: acepta el sacrificio que hago por mi padre i por este amor que tú debes bendecir.

En aquel mismo momento un hombre se interpuso entre Luisa i Enrique, i llevando a un lado al primero,

—Enrique, le dijo: aquí no puede haber escándalo porque en este desierto solo te ha visto Dios i yo. Yo te digo que eres un miserable, i Dios decidirá si tengo razon.

I haciendo una señal imperiosa a Luisa, La ordenó que entrara en la habitacion.

Era Eduardo.

Enrique conoció aquella voz, i no hizo un movimiento, ni dijo una palabra.

—La vergüenza te hace enmudecer, ¿no esverdad? continuó con rabia recocentrada el hermano de Luisa. Haces bien en callar porque eres un infame, i nada tendrias que decir. Oh! tienes miedo, agregó Eduardo despues de una pausa durante la cual Enrique habia guardado el mismo silencio; eres tambien cobarde. Responde, miserable, responde, ¿qué venias a hacer aquí?

Enrique no desplegó los labios.

—¡Oh! esto es ya demasiado, continuó Eduardo con creciente exaltacion; no quieres ser tratado como un hombre de honor; pues bien, lo serás como un perro!

I una bofetada cruzó el rostro de Enrique. Este lanzó un grito de rabia, i sus ojos brillaron como dos brasas.

—Miserable! balbuceó; tú lo has querido. I se lanzó sobre Eduardo.

Aquella lucha desesperada, cuerpo a cuerpo, se habria prolongado demasiado, si Luisa no se hubiera interpuesto.

Comprendiendo lo que iba a suceder, habia permanecido oculta para intervenir en el momento necesario. Los dos jóvenes, detenidos por el grito de Luisa, se miraron durante algunos momentos como indecisos.

—Eduardo, dijo por fin Enrique, me has insultado groseramente. En esta quebrada hai sitios demasiado a propósito para arreglar esta clase de asuntos, no lo olvides.

—Lo iba ya a proponer.

—Ah! murmuró Enrique; i sinembargo, yo venia a proponeros la salvacion, a ofreceros todo lo que pudiera hacer por vosotros.

—Es que esa proteccion está demas; nadie la ha pedido, ni nadie la acepta, asi debias haberlo comprendido hace tiempo.

—Tienes una alma pequeña para comprender mi dolor, i para soportar tu desgracia, dijo Enrique alejándose.

Eduardo i Luisa entraron en su habitacion.

Inútiles fueron las lágrimas, las súplicas, la desesperacion de la señorita Luisa para detener al dia siguiente a su hermano: éste se dirijió resueltamente al lago, en busca del jóven.

Ya lo esperaba él con dos pistolas cargadas; Eduardo tomó una sin examinarla, i ámbos subieron a la superficie del cerro, colocándose al borde de la quebrada, cada uno

sobre un peñasco, de tal modo que el que fuera herido por la bala del contrario, cayera al abismo i se perdiera para siempre...

....I el viejo Frutos, levantándose de su asiento, mostró a los jóvenes dos peñascos que se distinguian a la distancia, pero tan angostos, tan escarpados, que parecia imposible que un hombre pudiera mantenerse de pié en ellos. Bastaba el menor movimiento, un viento algo fuerte para precipitar desde la punta de esas rocas al fondo de la quebrada al mejor equilibrista.

Oh! mis caballeritos, agregó el anciano; no sabemos si en la ciudad es admitido como cosa corriente i natural el desafío; pero les juro que el de Eduardo i Enrique me impresionó dolorosamente. ¡Qué nécia i absurda preocupacion! Eso es la creatura revelándose contra Dios, queriendo usurpar su poder. Dos hombres armados, que van a matarse, es un cuadro que debe repugnar hasta a la naturaleza misma.

Pero aquellos dos jóvenes se miraban implacables, i teniendo en la mano sus armas, subian cada cual a uno de los peñascos.

—Tirad, gritó despues Enrique.

—Descarguemos juntos, contestó Eduardo.

I levantando lentamente las pistolas, los dos jóvenes se apuntaron e hicieron fuego. Las dos detonaciones produjeron un ruido simultáneo i único. Eduardo lanzó un jemido, dejó caer su arma, i su cuerpo se precipitó al abismo: un ruido seco se oyó en el fondo de la quebrada. La bala de Enrique le habia atravesado el corazon.

Pero al mismo tiempo un grito desgarrador, de suprema angustia i de espanto, rasgó el aire, i Luisa, pálida, temblorosa, delirante, apareció a la vista de Enrique. Ese grito, el movimiento que hizo al volver la cabeza, la emocion que le causó el aspecto de Luisa, le hicieron perder el equilibrio, i rodó tambien al precipicio.

La señorita Luisa, ante esta nueva i horrible desgracia, cayó desmayada al bordo de la quebrada....

Solo yo i Magdalena vimos todo aquéllo: don Pedro oyó las detonaciones, pero se tranquilizó bien pronto creyendo que algunos jóvenes cazadores habrian llegado hasta por allí. Merced a los socorros que nos apresuramos a llevarle, la señorita Luisa volvió en si, i se dirijió a casa de su padre, ocultando como podia la terrible impresion que aquel espantoso drama habia producido en su alma.

Pocos dias despues, caia enferma de una fiebre violenta, de la que no libró sino perdiendo la razon. Cuando se levantó de su lecho, estaba loca....

Don Pedro, que durante las horas de delirio de su hija habia sabido todo lo que ocurriera, amanecia cada dia mas sombrio, miéntras que su mujer i su hija mayor perdian visiblemente la salud. La señorita Luisa les hablaba siempre de una sorpresa que les tenia preparada; de un viaje en coche que ella haria a la ciudad, despues del cual don Pedro tendria tambien que ir para ser todos felices; a veces contaba a don Pedro en tono misterioso su boda, su salida de noche i las inmensas riquezas de su novio.

Asi vivia aquella desgraciada familia, cuando un dia llegó de Santiago un hombre a caballo, cubierto de polvo i de sudor, i entregó a don Pedro unos papeles. Cuando los hubo leido, un rayo de alegria cruzó por el rostro del caballero, i pareció como iluminar aquella frente tanto tiempo abatida, triste i sombria.

Dos dias despues de la llegada de aquel hombre, la familia de don Pedro partió a Santiago; habia recobrado sus antiguas riquezas, sus minas habian producido magníficos alcances, i el administrador de sus bienes se habia apresurado a recomprar la casa i los antiguos útiles de la familia.

Pero no habia pasado mucho tiempo, cuando la señorita Luisa volvió a estos sitios, perdida la razon, hablando del señorito Enrique i llamándolo por todas partes.

Don Pedro hizo inútiles pesquisas durante algunos meses, hasta que llegó a convencerse de que su hija se habria muerto en un rapto de locura.

En cuanto a nosotros, nunca nos atrevimos a decir una palabra, porque la señorita, al llegar, nos habia dicho:

—Mirad, vosotros sois los únicos que me habeis visto venir; el dia en que pretendais descubrirme, me arrojaré de aquel peñasco.

I nos mostraba la roca desde la cual habia caido Enrique.

Ultimamente, su familia ha averiguado su paradero. Don Pedro la ha visto, i ha querido llevarla, pero la misma amenaza de suicidio lo ha detenido.

Poco despues vino acompañado de un caballero que consiguió hablar con la señorita,

rita, recordándole a Enrique i prometiéndola contar muchas cosas de él. Ese caballero es un médico, que ha ofrecido a don Pedro la curacion de su hija, a condicion de que no intente sacarla por fuerza de estos lugares.

I, en efecto, parece que la señorita va recobrando insensiblemente el juicio.

En las horas silenciosas del dia, i en las altas horas de la noche, se oye resonar en el fondo del lago su voz, cada vez mas tranquila i mas suave; el eco repite hasta aquí el nombre de Enrique, a quien ella llamaba ántes con frenesí, corriendo por todas partes, pero que ahora pronuncia de tarde en tarde, con voz tranquila i tierna...

Ahora, mis caballeritos, continuó el viejo, si os admirais de como he podido saber algunos detalles de esta historia, os advertiré que es la misma señorita Luisa quien nos la ha contado, cuando viene hasta aquí a preguntarnos si hemos conocido a su Enrique, i a pedirnos que le hablemos de él.

Pronunciar ese nombre i hablarle de ese jóven, es el único medio para poder acercarse a ella.

Preguntad a cualquiera de los que por aquí viven por *El Anjel del Lago*, i os referirá poco mas o ménos lo mismo que habeis oido. Con ese nombre la conocen todos, i todos la quieren por su hermosura i su desgracia, i porque don Pedro nos hace frecuentes regalos para que velemos por ella, i para que en nuestras oraciones pidamos por la razon de su hijo.

Ese es nuestro mas ardiente deseo, i el dia en que eso suceda, no os olvideis de asistir a la fiesta que todos nos prometemos.

VI.

El anciano Frutos habia concluido, i los jóvenes permanecian en silencio, contemplando aquellos lugares, testigos del orgullo de un hombre, del martirio de un corazon i de la enfermedad de un alma.

La voz del *Anjel del Lago* vino a sacarlos de aquel éxtasis, i despidiéndose de aquellos buenos viejos, se dirijieron pensativos a las casas de Peñalolen.

Habian resuelto que al dia siguiente intentarian acercarse a la desgraciada jóven, pronunciando el nombre que despues de hacerla perder la razon era la única palabra capaz de devolvérsela por algunos instantes.

Pero en la tarde de aquel mismo dia se vieron precisados a volver a la capital, contentándose con haber visto apénas al *Anjel del Lago*, pero lo bastante, sinembargo, para no olvidarlo jamas.

1865.

MOSAB.

LA COMUNA I SUS ENSEÑANZAS.

Conferencia leida el viérnes 28 de setiembre en el Club de Amigos del Pais por el señor don Máximo R. Lira.

Si se me preguntara, señores, cual puede ser en estos momentos i en este pais la importancia i el interes de un estudio sobre la comuna, sus doctrinas i sus actos, yo contestaria que ese estudio tiene la importancia de una leccion i el interes de un ejemplo. Ejemplo terrible que habla a nuestro espíritu sobrecojido de espanto con la lúgubre elocuencia de sus horrores; tremenda leccion escrita con sangre i grabada con caractéres de fuego en las jigantescas ruinas de la opulenta capital del mundo. Comprenderemos la importancia de esa leccion si la estudiamos con fruto, i el interes de ese ejemplo si sabemos aprovecharlo para escarmiento.

I no se diga, señores, que el estudio de la comuna solo ofrece un interes especulativo, no siendo posible que se reproduzcan en Chile las escenas que ha presenciado el suelo de Francia tan pacientemente trabajado por el espíritu revolucionario. Se ha visto ya que en este punto no cabe ni la exajeracion de la hipótesis. I sino ¿quién hubiera creido hace un año que se encontraran en aquel pais, cuna i emporio de la civilizacion moderna, ocultos bajo el manto brillante de su espíritual cultura esos monstruos que han avergonzado a la humanidad con sus increibles excesos?

Tiene el estudio que me propongo hacer un interes eminentemente práctico, porque el espíritu de la comuna vive entre nosotros i en su dia i en su hora sabria encontrar sus hombres. Ireis viendo, señores, en el curso de este trabajo,—en el cual, lo advierto desde luego, preferiré siempre

narrar a comentar;—ireis viendo cuales fueron las doctrinas politicas, relijiosas i sociales proclamadas o practicadas por la comuna en sus 73 dias de fatal dominacion, e ireis haciendo el trabajo de comparacion por vosotros mismos. Así hallareis muchas notables analojias entre lo que se predicaba allá con las armas en la mano i lo que aquí se predica en medio de la paz; entre lo que allá proclamaban los apóstoles francos de la disolucion social i lo que hacen aquí los zapadores que minan el edificio, prefiriendo esa tarea subterránea a la tarea mas peligrosa de los demoledores. Encontrareis, sobre todo, que la comuna fué un monstruoso enjendro del espíritu de rebelion contra Dios, i no os será difícil deducir que donde existe en jérmen ese mismo espíritu, donde se le propaga i alimenta cuidadosamente la hora de los crímenes i de los monstruos puede tardar pero llegará.

Impedirlo manda el patriotismo, i es una obra de prudente prevision la que os invito a realizar cuando, poniéndoos delante el ejemplo de lo que fué Paris bajo el imperio del trapo rojo i repitiéndoos la leccion que envuelven los sucesos de los primeros meses de este año, os digo: aprended, escarmentad i salvad a la patria de peligros remotos pero posibles.

Tal ha sido el propósito que me ha guiado en la preparacion de este modesto trabajo. Yo procuraré derramar la semilla; toca a vosotros, señores, fecundarla.

I.

El 18 de marzo de 1871 los guardias nacionales de Montmartre se resistieron a entregar al gobierno los cañones que se les habia permitido custodiar durante la entrada de los prusianos a Paris. Un batallon de línea enviado para recuperarlos prefirió a emplear la fuerza levantar en alto las culatas de sus fusiles i fraternizar con los que se habian hecho reos de un acto de sedicion.

Nuevas fuerzas fueron enviadas para reducir a los rebeldes a las órdenes del jeneral Lecomte. Los rebeldes resistieron, el jeneral dió órden de hacer fuego, sus tropas lo abandonaron i quedó prisionero en poder de los insurjentes victoriosos.

Pocas horas despues de este hecho,—a las tres de la tarde,—se le referia i comentaba en la calle pública. En un grupo en que se relataba la accion i se increpaba al jeneral Lecomte la órden de fuego dada por él, un anciano se atrevió a esclamar:

—¡Bien hecho! era su consigna i como soldado debia obedecerla!

La multitud rujió. ¿Cómo habia quien se atreviese a justificar el fusilamiento del pueblo?

—Es el jeneral Clemente Thomas! esclamó una mujer que conocia al anciano.

En el acto el populacho se apoderó de él i lo llevó a hacer compañía al jeneral Lecomte en su prision.

Esta escena habia principiado a las tres de la tarde; a las cuatro se sacaba ya a los dos jenerales de la prision con las manos atadas i se les conducia a la cima de Montmartre.

—Confiesa, dijo a M. Thomas un oficial de la guardia nacional, poniéndole un revólver en la frente, confiesa que has traicionado a la república.

El jeneral no confesó. Pocos segundos despues veinte detonaciones uniformes lo hacian caer muerto de bruces.

Tocó su turno al jeneral Lecomte, que fué del mismo modo inhumanamente asesinado.

Al dia siguiente, habia traficantes que vendian por cincuenta céntimos cada uno los botones de la casaca de la segunda de estas víctimas.

I así como habia vendedores cínicos, habia tambien innobles compradores!

Así principió, señores, esa jigantesca rebelion que ha sido el asombro i el espanto del mundo civilizado. Los mismos que delante del prusiano no obedecieron a otra táctica que la de la fuga, iban a hacer contra la patria lo que no supieron hacer contra el enemigo.

Dicen, es verdad, que se proponen inaugurar un gobierno de libertad i de justicia; ¡como primer paso en la carrera pública, como antecedente de su dominacion, se manchan con un doble asesinato perpetrado sin apariencias siquiera de proceso.

El castigo del deber cumplido i la supresion de las garantías salvadoras de la inocencia, hasta de las fórmulas sin las cuales la justicia aparece como una suprema iniquidad, hé ahí los primeros actos del rojismo victorioso. Su conducta posterior debia corresponder a estas promesas.

II.

En la misma noche el gobierno huia de Paris i los revolucionarios se apoderaban del Hotel de Ville inaugurando en él su administracion. La insurreccion estaba triunfante. Pero ¿quienes eran los insurrectos? ¿quién los dirijia? Vais a saberlo.

El 28 de setiembre de 1864 se celebraba en Lóndres un gran meeting en favor de la Polonia, al que asistian individuos de todas nacionalidades. En ese meeting se echaron los cimientos de la «Asociacion Internacional de trabajadores» que tuvo su primer congreso jeneral en Jinebra el 3 de setiembre de 1866.

En la sesion del 5 se daba ya sus estatutos. Se declara en ellos que la «Asociacion Internacional de trabajadores» reconoce como bases de su conducta para con todos los hombres la verdad, la justicia i la moral, sin hacer distinciones de colores, creencias o nacionalidades, i declara (art. 1.°) que el objeto de la asociacion es «procurarse un punto central de comunicacion i cooperacion entre los obreros de los diferentes paises que aspiran al mismo objeto, a saber: el concurso mútuo, el progreso i la emancipacion de la clase trabajadora.»

Por medio de reglamentos sencillos i de una organizacion perfectamente combinada, la «Internacional» ha logrado adherirse todos los elementos favorables dispersos en las diversas secciones del mundo i formado un todo uniforme, compacto, poderoso, una fuerza respetable que sus directores emplean como les place.

Hé aquí su organizacion.

Hai un *Consejo jeneral*, residente en Lóndres, que se entiende con los obreros de todo el mundo. Puede decirse que este consejo es la cabeza de la asociacion. Tiene un presidente, un secretario jeneral, un tesorero, i tantos secretarios particulares cuantos son los paises en que hai secciones de la *Internacional*.

Los secretarios particulares del *Consejo jeneral* se comunican con los secretarios de las secciones, i de este modo aquél puede estar al corriente del movimiento i necesidades de todos los obreros en todas las rejiones del mundo.

El *Consejo jeneral* debe presentar al congreso que se reune anualmente un informe de las trabajos del año, someter a su deliberacion aquéllas cuestiones que se le hayan sometido i que son, a su juicio, de interes jeneral, dar el programa de las que deben tratarse en el congreso i comunicarlo a las secciones.

Está obligado ademas a informar trimestralmente a las secciones del estado de las clases laboriosas de todos los paises, de los precios de los salarios, de las huelgas i sus resultados, de las adhesiones que se hayan recibido, etc.

Viene en seguida el *Consejo federal* que sirve de intermediario entre las diversas secciones de un pais i entre éstas i el *Consejo jeneral*. Se compone de delegados de las asociaciones federadas, i tiene por mision especial la defensa de los salarios, el estudio de las cuestiones económicas i sociales, mantener la union entre los obreros asociados, hacer propaganda para aumentar su número, etc.

La *seccion* es la reunion de todos los obreros asociados de un pais, que discute especialmente los intereses de la localidad.

El *Congreso*, compuesto de los delegados de todas las secciones, se reune anualmente, discute i resuelve las cuestiones que el *Consejo jeneral* le somete. Este es, en la *Internacional*, el poder ejecutivo, el *Congreso* es el poder lejislativo.

La propaganda para procurarse adeptos es activa e infatigable, hasta tal punto que no existe ya en Europa sociedad de obreros que no se halle afiliada en la «Internacional.» Lo que deja de hacer el apostolado individual, lo hace el apostolado de la prensa, porque la «Internacional» dispone de numerosos diarios. Entre sus medios de accion se cuentan las huelgas de trabajadores tan comunes en Europa i que o eran su obra o contaban con su proteccion. En todas ellas la «Internacional» proveia con sus fondos a la subsistencia de los obreros que la huelga dejaba sin trabajo.

Ahora, figuraos, señores, para que os espliqueis el asombroso incremento de las fuerzas de la «Internacional» el efecto que puede i debe producir sobre la clase obrera la pintura animada de sus miserias. La «Internacional» jamas deja de hablarles del despotismo de los gobiernos, de los privilejios de que gozan las clases mas acomodadas, de la esplotacion de que son objeto por parte de los capitalistas, de la disminucion del salario, de la agravacion del trabajo, de sus privaciones, de su ignoran-

cia i de su miseria. Los halaga en seguida con promesas seductoras, con esperanzas quiméricas de emancipacion i bienestar, todo debido a la asociacion que los hará fuertes i respetables i les permitirá al fin realizar la liquidacion social.

Asi se ha conseguido que el número de adeptos de la «Internacional» suba en poco tiempo a la cifra de tres millones, i así ha podido suceder que haya dado al mundo en Paris el primer ensayo de su poder.

Porque, señores, es cosa ya averiguada que fué la «Internacional» la que provocó el desórden del 18 de marzo, la que dirijió la resistencia, la que fué, en una palabra, el alma de la insurreccion comunista.

Pero, se me dirá, ¿cómo una asociacion, que se propone únicamente mejorar la condicion de la clase obrera, ha podido llegar a tamaños escesos? ¿qué objeto podia proponerse con ellos?

Respondo a esto, señores, que la emancipacion de la clase obrera es el propósito público de la «Internacional,» como el ejercicio de una caridad especial lo es de la franemasonería. Pero, tras de esas apariencias engañosas, está la verdad desnuda diciéndonos que el objeto de la sociedad es la completa disolucion social, que la guerra no solo es contra el capital i contra el propietario, es guerra contra Dios, contra la familia, contra la propiedad, contra todas las instituciones que garantizan el órden i proporcionan una base a la libertad verdadera i a la verdadera civilizacion.

Dejemos sino los estatutos a un lado i oigamos a los publicistas de la «Internacional» i a algunas de sus secciones. Hé aquí una parte del programa de la «Alianza de la democracia socialista de Jinebra» declarada internacional en julio de 1869.

«1.° La alianza se declara atea, quiere la abolicion de los cultos, la sustitucion de la ciencia a la fé i de la justicia humana a la justicia divina, la abolicion del matrimonio como institucion política, relijiosa, jurídica i civil.

«2.° Quiere ante todo la abolicion definitiva i completa de las clases, i la igualdad política, económica i social de los individuos de los dos sexos, i para llegar a este resultado pide ante todo la abolicion del derecho de herencia.

«3.° No pudiendo la cuestion social encontrar su solucion real i definitiva, sino en la base de la solidaridad universal e internacional de los trabajadores de todos los países, la alianza rechaza toda política basada en lo que se llama patriotismo i en la rivalidad de las naciones.»

Ahí teneis, señores, el programa verdadero i completo de la «Internacional;» es todo negativo. Suprime a Dios, suprime la patria, suprime la propiedad. I yo pregunto ¿de qué modo interesa al bienestar de las clases trabajadoras la supresion de Dios, base única i eterna de nuestros derechos i de nuestros deberes? ¿de qué modo le interesa la negacion de la patria que pone a salvo nuestros intereses particulares? ¿de qué modo le interesa la supresion de la propiedad que es el estímulo del trabajo, de la actividad física i de la actividad moral que nos dispone a buscar en ella la fuente de nuestro bienestar?

Hai mas aun. Para que los propósitos de esta nueva franemasonería quedasen perfectamente claros, Murat esclamaba con aplauso jeneral en el congreso de Bruselas: «Suprimamos la Biblia que es el código de la inmoralidad.» I en la «Igualdad,» uno de sus periódicos oficiales, se escribia: «Para nosotros la bandera roja es el símbolo del amor universal. Que se cuiden nuestros enemigos de no trasformarla contra ellos en bandera de terror.»

Esto se publicaba el 22 de mayo de 1869. Dos años despues era no solo bandera de terror sino de espanto universal el trapo rojo que flotaba sobre las murallas de Paris.

Eujenio Dupont, formulando con precision todo el pensamiento de la «Internacional» en la clausura del congreso de Bruselas, decia: no queremos gobiernos porque los gobiernos nos agobian de impuestos, no queremos impuestos, no queremos ejércitos, no queremos relijiones, porque las relijiones ofuscan la intelijencia. ¿Qué quieren, entónces? Lo dicen en alta voz todos sus publicistas: quieren el socialismo i se prometen obtenerlo por medio de una revolucion jigantesca que destruya el órden actual hasta en sus cimientos.

Ahí teneis, señores, lo que es la «Internacional» i su programa. Segun la feliz observacion de un diario español, quiere destruir la propiedad para que sus miembros se hagan propietarios, quiere abolir el derecho de herencia para que hereden los proletarios, quiere liquidar la fortuna de

los ricos para enriquecer a los trabajadores.

Para completar este lijero cuadro voi a dar lectura a un documento hallado en Paris despues de sofocada la insurreccion. Es una carta escrita por Karl Marx, alma de la «Internacional» a uno de los miembros de la comuna. Se descubre en ella el patriotismo de los insurrectos que estaban sirviendo a ciencia cierta los planes del invasor de la Francia i se revela lo que la «Internacional» se propone hacer con el trascurso del tiempo.

«El movimiento de Paris, dice esa carta, magnífico en principio, me parece prematuro en cuanto a su esplosion. Sus amigos de V. i V. no han contado con la imbecilidad chauvinesca peculiar al pueblo frances, la cual, en mi juicio, será un obstáculo serio al triunfo de nuestra gran causa.»

Discurriendo despues sobre la hipótesis de que la *Comuna* triunfara, el gran sacerdote de los obreros, que tan bien debe de conocer a Bismark, dice lo que cree él resultaria, en estos términos: «Bismark, de quien estoi convencido que vé con el mayor contento que la guerra civil acabe lo que él empezó tan bien, la ruina de la Francia,—Bismark, que no consintió en dejar las armas a la guardia nacional de Paris sino porque sabia mui bien que contenia elementos de discordia capaces de hacer inconscientemente lo que él mismo no podia o no se atrevia a hacer,—Bismark no dejaria entónces de intervenir de nuevo, i el ejército prusiano se encargaria de la pacificacion de la Francia.»

«Yo no puedo desgraciadamente, añade Marx, deciros todo lo que sé; pero si mi voz autorizada, creo, pudiera tener alguna influencia sobre los miembros del *Comité central*, en cuyas manos la *Comuna* no es sino un juego de marionetas, les diria: Deteneos en esa pendiente fatal para nuestra causa, que es la de la humanidad. Tratad mas bien con Versalles. Aun no ha llegado el momento oportuno, i los nacimientos prematuros nunca han sido sino abortos desastrosos. Desarmad, i retiraos. Aun no somos sino 3 millones, a lo mas. Dentro de 20 años, seremos 50, 100 millones tal vez; i entónces, el mundo nos pertenecerá, pues no serán solo Paris, Lyon i Marsella las que se sublevarán contra *el odioso capital*,—sino Berlin, Munich, Dresde, Viena, Lóndres, Liverpool, Manchester, Bruselas, San-Petersburgo, New-York,—el mundo entero en fin. I ante esta insurreccion universal, tal cual la historia no la habrá conocido jamas, el pasado desaparecerá como una horrible pesadilla, pues el *incendio popular, iluminado cien puntos a la vez, como una inmensa aurora, destruirá hasta su memoria.*»

Esto coincide con la conducta de la «Internacional» despues del desastre de Paris. Su propaganda ha cobrado mayor actividad porque se promete renovar su obra cuando la oportunidad se presente.

Volvamos ahora a examinar su primer ensayo la insurreccion de Paris.

III.

No entra en mi plan hacer la historia detallada de los 73 dias de la rebelion de Paris; me propongo solamente presentaros el código del rojismo formulado en los hechos de la comuna. Se verá así lo que puede esperarse en relijion, en administracion i en politica de esos liberales de club i de panfleto que reducen todas sus aspiraciones de perfeccionamiento social a la destruccion de lo que ellos no han edificado, que concretan su liberalismo a negar a Dios i a difundir la impiedad, i limitan sus esperanzas a la posesion del poder para usarlo de una manera bien poco fraternal.

Principiaré reproduciendo aquí una parte de la primera proclama del gobierno comunista, fijada en las murallas de Paris al dia siguiente de la insurreccion. Dice así:

«Ciudadanos:

«El pueblo de Paris ha sacudido el yugo que se pretendia imponerle.

«Tranquilo, impasible en su fuerza ha esperado, sin temor i sin provocacion, a los locos desvergonzados que querian profanar la república.

«Esta vez nuestros hermanos del ejército no quisieron alzar las manos contra el arca santa de nuestras libertades.»

¿Comprendeis, señores? Se trata aquí de los cañones de Montmartre, i estos liberales que se exhiben como protectores oficiosos de los derechos del pueblo contra los

avanzes del despotismo de la autoridad i de la fuerza, vienen a declararnos que el símbolo de la fuerza bruta es la base del derecho i que el alma de los cañones es el arca santa en que la libertad se alberga.

La frase es reveladora i por eso he querido consignarla.

En la misma proclama se cita al pueblo a verificar sus elecciones comunales. Las elecciones se hicieron en medio de la mas profunda apatía de los hombres de órden de Paris, i resultó que, gracias a esta abstencion criminal, pudieron llamarse mandatarios del pueblo las peores jentes de las peores clases sociales.

Así se constituyó el gobierno comunista; así triunfarán siempre los que tienen las audacias del mal, si los hombres de convicciones ordenadas i de sanos propósitos se encierran en la alcoba pensando que han hecho lo bastante por su deber cuando han lamentado al calor de la chimenea los infortunios de la patria.

Las proporciones de la abstencion fueron tan grandes, que cuando se verificaron elecciones complementarias para integrar la comuna resultaron electos los candidatos que habian obtenido un número infinitesimal de sufrajios, i fué tal que en la misma comuna se trató por vergüenza de anularlos, sin que así se hiciera, sinembargo.

¿Fué que Paris quiso protestar abteniéndose? Pues de bien poco le valió esa protesta cobarde de la desercion, porque los elejidos subieron al poder i prepararon allí todos los horrores que se sucedieron despues.

IV.

Escuchad ahora, señores, que los liberalísimos van a darnos su código. Empiezan su obra de rejeneracion social.

«Considerando, decia un decreto de fecha 11 de abril pegado en las puertas de una iglesia, considerando que los sacerdotes son bandidos i las iglesias antros en que se asesina moralmente a las masas postrando la Francia a los piés de los infames Bonaparte, Favre i Frochu, el delegado de caminos en la ex-prefectura de policía ordena que la iglesia de San Pedro sea cerrada i decreta el arresto de los sacerdotes i de los ignorantinos. Firmado Le Moussu.»

Este es el modelo de iguales decretos espedidos contra todos los templos. Pero, si hai algo comparable a la odiosidad de órdenes semejantes, es la brutalidad de su ejecucion.

Cuando se acudió a cerrar la iglesia de Nuestra Señora de Loreto habia dentro de ella una multitud que oraba. Llegan los guardias nacionales i, sin intimar órden alguna, principian a arrojar a los fieles dando de culatazos a las pobre mujeres que no salian pronto.

Se arrojaba a los fieles del templo i a los ministros de Dios en los calabozos. Ya habian sido arrestados M. Deguerri cura de la Magdalena, el cura de San Severino, el de San Eustaquio, habia escapado providencialmente el de Nuestra Señora de las Victorias; diariamente los arrestos de sacerdotes eran innumerables.

(Continuará).

Contenido de este número.

I.—Quinto año, páj. 1.
II.—La vida i la fé, poesía, por Raimundo Larrain C., páj. 1.
III.—Arcesio Escobar, por Enrique del Solar, páj. 2.
IV.—Hojas secas, poesía, por Osvaldo Rodriguez, páj. 4.
V.—Revista bibliográfica, páj. 4.
VI.—Desvelo, por Ruperto Marchant Pereira, páj. 6.
VII.—El ánjel del lago, conclusion, por Mozab, páj. 8.
VIII.—La Comuna i sus enseñanzas, por Máximo R. Lira, páj. 11.

PRIMA DEL QUINTO AÑO.

Con este número repartimos como prima a nuestros abonados un hermoso romance para canto compuesto por nuestro amigo i distinguido colaborador don David Bari i dedicado a las lectoras de *La Estrella de Chile*.

IMPRENTA DE «EL INDEPENDIENTE.»
calle de la Compañía, núm. 102.

LA ESTRELLA DE CHILE.

AÑO V. Santiago, octubre 15 de 1871. Núm. 211.

NUESTRO IDEAL LITERARIO.

I.

Aun cuando *La Estrella de Chile* no es un periódico, ni esclusiva ni principalmente relijioso, se ha hecho un honor desde su primer número i cada vez que la ocasion se ha presentado, de levantar bien alto la bandera católica buscando a su sombra los verdaderos rumbos de la intelijencia i de la fantasía, i no perdiéndola de vista ni en las horas consagradas al trabajo ni en las horas consagradas a los nobles i puros goces de la imajinacion. Por desgracia esa bandera tan gloriosa i llena de encantos para los que se consagran desinteresadamente a su servicio, refleja siempre sobre los que la siguen, de cerca o de léjos, en los senderos de la política o en los senderes de la literatura, el odio implacable que sus enemigos le profesan i que es la prueba mas espléndida de su orijen divino.

La Estrella de Chile ha seguido, pues, la suerte comun que corren los hombres, las instituciones i las obras que de cualquier manera se relacionan con la Iglesia católica. Cuando las criadas del Pretorio le han preguntado por el Maestro no ha contestado como Pedro en un momento de flaqueza: *No conozco a ese hombre!* ha contestado resueltamente: Ese hombre es mi maestro, su doctrina es mi doctrina, su moral es mi moral, su corazon es el sagrado foco donde se halla el oríjen de toda verdad, de toda belleza, de toda poesía, de toda inspiracion!

Las consecuencias no se han hecho esperar. *La Estrella* fué puesta inmediatamente fuera de la lei. Para ella no hubo ya ni cortesía, ni lealdad, ni justicia. No se omitió medio para hacer el vacío en torno suyo. Miéntras el silencio fué posible se trató de envolverla en el silencio como en una mortaja; cuando, no siendo ya posible el silencio, fué necesario hablar, se habló de ella para desnaturalizarla i calumniarla.

La Estrella de Chile, que ha declarado de la manera mas esplícita su propósito de abstenerse de tomar parte en la política, ha sido presentada por la prensa diaria ante los ojos de los que no la conocen como una Revista política. Pase esta deslealtad a que tan acostumbrados estamos los que vivimos consagrados a las diarias luchas del periodismo. No es fácil para ciertas cabezas separar la literatura del interes, ni para ciertos corazones el odio a las personas del odio a todas aquellas empresas en que esas personas toman parte. Pero lo que no se esplica i apénas se concibe es que la preocupacion haya invadido el ánimo de personas que, colocándose para juzgar a *La Estrella* en un punto de vista literario, contraian por ese mismo hecho el deber de juzgarla con equidad e intelijencia. I sin embargo, aun estas personas han pretendido señalar en la colaboracion de *La Estrella una nueva escuela literaria* i se ha calificado su literatura de *literatura ultramontana*, como buscando un pretesto para justificar una guerra que es de todo punto injustificable.

Si hiciéramos la guerra ni reclamaríamos la benevolencia ni estrañaríamos las hostilidades de nadie. Si creyéramos posible i conveniente llevar a la literatura las denominaciones de la política, con el obligado acompañamiento de sus pasiones e injusticias, nada tendríamos que decir; mas por fortuna no conocemos ni literatura ultramontana, ni literatura galicana; ni literatura conservadora, ni literatura liberal; sino una literatura buena i una literatura mala, segun se aproxime o aparte del ideal de belleza que todos llevamos en el fondo del alma.

Mostrar como concebimos ese ideal i como *La Estrella de Chile*, proclamándose católica, no ha hecho otra cosa que ajustarse a él, no será talvez tarea ociosa ahora cuando esta revista entra en el 5.° año de su existencia.

II.

Escusado parece decir que los que fundaron esta Revista no la fundaron sin darse

ántes una cuenta cabal del objeto que se proponian i de los medios que juzgaban oportunos para conseguir ese objeto. Ellos lo declararon terminantemente en el primer número i han venido repitiéndolo cada vez que la ocasion se ha presentado: querian proporcionar a las familias un honesto i agradable pasatiempo, i a los jóvenes que comienzan a ejercitarse en la carrera de las letras un campo de trabajo en que pudiesen dar los primeros pasos-que son los mas difíciles-guiados por la razon i el buen gusto. Tal fué el doble objeto que se propusieron alcanzar los fundadores de *La Estrella de Chile*, i el que, estimulados por el fruto de sus tareas i el apoyo del público, se proponen continuar persiguiendo en adelante.

Seguros de que el pasado responderá del porvenir, no necesitamos ni mostrar como hemos cumplido con ese programa ni como hemos de cumplirlo en lo sucesivo. Pero si no necesitamos revelar nuestros propósitos ni justificar nuestra conducta despues de cuatro años de publicidad, acaso convenga esplicar a los que no se hubiesen fijado en ello suficientemente, como, aun hecha abstraccion de nuestras creencias relijiosas i sin tomar otra cosa en cuenta que nuestros gustos i nuestros deberes literarios, no podiamos adoptar otra senda que aquélla en que nos hemos comprometido.

Si a los que han calificado la literatura de *La Estrella* de *literatura ultramontana*, si a los que nos han denunciado como discípulos de *una falsa escuela literaria* les pidiésemos las pruebas de sus asertos ¿qué pruebas podrian presentarnos? ¿Cómo podrian demostrarnos que por nuestro sendero no se va al ideal de lo bello sino al ideal de lo diforme? ¿Se han dado siquiera, los que esas acusaciones nos dirijen, el trabajo de meditar alguna vez sobre las condiciones necesarias a la produccion de la belleza literaria, i estarian en situacion de demostrarnos que esa produccion no es posible a la sombra de nuestra bandera relijiosa? Si esa demostracion es posible deberia de habérsenos dado, i si no es posible ¿cómo nuestra literatura seria *una literatura ultramontana* i por qué seria *una falsa escuela* nuestra escuela?

Pero los falsos juicios de que recíprocamente somos víctimas los que no nos conocemos, ni acaso podremos conocernos jamas, de otra suerte que al través del humo de la batalla eterna del periodismo, son una moneda tan abundante en el mercado que en verdad no valia la pena de escribir un artículo ni para señalarlos ni siquiera para refutarlos. Mas que refutar el error lo que importa es proclamar la verdad, i mas oportuno i provechoso nos parece manifestar que sabemos perfectamente lo que hacemos, que esforzarnos en manifestar que hai quienes nos desconozcan o calumnien.

III.

Hemos dicho que como hombres de letras vamos en pos del ideal de lo bello i hemos insinuado que no es posible alcanzar ese ideal, ni siquiera aproximarse a él, por otro camino que por el que hemos adoptado.

I en efecto los que hemos tenido siempre por absurda i estéril la teoria del arte por el arte, los que creemos que, ni el poeta debe cantar por el solo placer de cantar, ni el novelista urdir sus interesantes ficciones para lucrar algunos escudos, esplotando la curiosidad de un público ocioso i novelero, necesitamos para no desmayar en el trabajo, obedecer a algun mas noble estímulo que al interes i perseguir algun fin mas alto que la satisfaccion de la vanidad propia i de la curiosidad ajena.

No quiere esto decir que se desmoralice el arte i se mutile lo bello para convertirlos en vulgares instrumentos de propaganda. Tales profanadores—que por desgracia abundan—nunca han obtenido un puesto honroso en la república de las letras, ni una abundante cosecha de neófitos. I ello se esplica fácilmente. Sacrificando la belleza que es, sino el fin último, el objeto directo o inmediato i la condicion necesaria del arte, se despoja a éste de todos aquellos mágicos encantos con que sabe insinuarse en los corazones i realizar sus maravillosas conquistas.

Sea cual fuere la creencia, la condicion, i el objeto del artista, para merecer este nombre debe ántes que nada hacer una verdadera obra de arte, es decir crear la belleza, o en otros términos, mostrarnos bajo alguna figura humana, bajo una forma creada un destello de la belleza ideal.

Establecido este principio como punto de partida, se presenta naturalmente la cuestion de saber si el influjo del cristianismo hace difícil o imposible la creacion de la

belleza, o si al reves, léjos de ese influjo el cultivo del arte se hace mas penoso, como el de una planta trasplantada léjos de su nativo suelo. Casi es escusado digamos en que sentido ha sido resuelta esa cuestion por los colaboradores de *La Estrella de Chile*. Nosotros creemos que con toda verdad podrian aplicarse al arte aquellas palabras que Tertuliano aplicaba al hombre, diciendo que el arte es *naturalmente cristiano*.

Las pruebas del anterior aserto exijirian un libro; pero en la imposibilidad de escribir el libro i en la necesidad de dar el fundamento de nuestra opinion, indiquemos siquiera algunos de los misteriosos caminos por donde la Eterna Verdad, que es al mismo tiempo la Suprema Belleza, hace llegar sus celestes rayos hasta el cielo del arte.

IV.

I desde luego la nocion misma que hemos dado del arte ¿no nos está indicando uno de esos misteriosos caminos? ¿Qué es en efecto la belleza, abstraida de la mente que la concibe, de los ojos que, por decirlo así, la palpan, del alma toda que la contempla i se la apropia? ¿Quién, en presencia de alguno de esos májicos paisajes que la naturaleza nos ofrece, extasiado delante de un cuadro o de una estátua, arrullado por las armonías de una orquesta, o completamente dominado por la lectura de algun libro interesante, no ha alcanzado a comprender que en tales momentos dejaba de ser un simple testigo, para transformarse en cómplice i en actor, disimulando i cubriendo los defectos de la realidad con el espléndido ropaje de un ideal eterno, divino i absoluto, infinitamente superior a las mas hermosas realidades de la naturaleza?

Si ese algo, que tantos han pretendido definir envano, que se llama lo bello, estuviese solo en los objetos del mundo esterior i material, si fuese puramente objetivo ¿no es claro que para descubrirlo solo bastaria tener ojos? ¿No es claro que donde quiera que ese algo indefinible se manifestase i a quien quiera que se manifestase, despertaria el mismo entusiasmo, la misma admiracion, el mismo arrobamiento del alma?

Ahora bien, si eso no sucede, si lo bello no se revela a todos, ni de la misma manera, ni con la misma intensidad, es porque lo bello, no solo está fuera de nosotros, sino tambien dentro de nosotros: es porque si lo bello existe en la naturaleza, tiene mas arriba su asiento i su foco.

Una rosa es bella, sin duda; pero ¿qué es lo que constituye su belleza? Todo i nada al mismo tiempo: algo que se manifiesta en esa flor, algo de que esa flor es símbolo. Rioja vió ese algo al traves de ese símbolo i consagró a la rosa aquella inspirada silva que comienza:

Pura, encendida rosa,
Emula de la llama,
Que sale con el dia
¿Cómo naces tan llena de alegria
Si sabes que la edad que te da el cielo
Es apénas un breve i veloz vuelo?

¿I quién se atreveria a decir que vé las rosas de la misma manera que Rioja el vulgo de los hombres?

Hai, pues, un ideal de belleza, un prototipo de hermosura que, aunque imperfectamente, se manifiesta en todas partes a sus sacerdotes. Apénas podria citarse algun artista que en las grandes horas de su inspiracion no se haya sentido bajo el influjo de ese ideal, i que bajo su influjo no haya sentido, a la vez que la impotencia del arte mismo para darle una forma humana, la necesidad de acercarse a él cuanto es dable a nuestra limitada intelijencia, i de traducirlo i materializarlo en cuanto es dado a los imperfectos medios de que disponemos.

A ese ideal, siempre presente i siempre esquivo, se referia Miguel Anjel, ese inmortal jénio de la pintura, de la escultura i de la arquitectura en estos versos que tienen la austera sublimidad del Dante como álguien lo ha observado: «Desplegando sus alas para remontarse al cielo, de donde ha descendido, el alma no se detiene en la belleza que seduce los ojos i que es tan engañosa como frájil; sino que trata en su vuelo sublime *de alcanzar el principio de lo bello universal.*»

I a esa impotencia del arte para dar una forma sensible al ideal que la mente concibe se referia Lamartine escribiendo: «Lo que hai de mas bello i de mas divino en el corazon del hombre no sale de él jamas; entre lo que se siente i lo que se espresa hai la misma diferencia que entre el alma humana i las veinticuatro letras del alfabeto.»

Asi es como la nocion misma de lo bello nos aleja de la escuela realista, escuela

grosera i material, que corta al jénio sus alas encerrando la imajinacion en una camisa de fuerza; asi es todavia como las obras maestras del arte, con que la humanidad se muestra orgullosa a justo titulo, nos obligan a referir a un eterno e inagotable foco de belleza todas las bellezas naturales o artisticas, como referimos al grande astro del dia todos los rayos luminosos que nos alumbran i calientan.

De ese ideal, de ese prototipo eterno de belleza, podemos decir con relacion a las creaciones artisticas lo que San Juan decia del Verbo refiriéndose a la creacion divina: *Omnia per ipsum facta sunt et sine ipsum factum est nihil quod factum est.*

I remontándonos a mayores alturas ¿quién podria negar la identidad de aquel Verbo divino por quien todas las cosas han sido hechas, principio de la vida i foco de la luz que brilla en medio de las tinieblas, iluminando a todo hombre que viene a este mundo, con ese esquivo ideal que el artista divisa i persigue sin alcanzar jamas, i que es a la vez que motivo de sus amarguras condicion necesaria de sus mas gloriosos triunfos?

(Concluirá.)

ZOROBABEL RODRIGUEZ.

LA MARIPOSA.

—¡Pobre mariposa!
Mira, qué contenta
De la luz en torno
Jira de la vela!
—Si, porque la atrae
Con su llama bella...
—¡Ai! que se ha quemado!
¿No ves? ya no vuela!
¡Qué lástima! Eduardo
Qué pena da verla!
Sin alas se ajita
Hasta que así muera!
—¡Ah! qué compasiva
Hoi te encuentro, Celia!
Esa mariposa
Te da tanta pena,
¿I no te la causa
Ser con tu belleza
La llama brillante
Que arrastra hácia ella;...
—Pero Eduardo....
— Cuándo
Mil almas se queman
I a tus plantas caen
Muriendo sin fuerzas?
—¡Calla, Eduardo, calla!
—Si, callaré, Celia;
Mas con tu mirada
No mi pecho enciendas.

Octubre 2 de 1871.

RAIMUNDO LARRAIN C.

ARCESIO ESCOBAR,

POETA GRANADINO.

(Continuacion.)

IV.

Tenemos ya a Escobar léjos de su patria, pero siempre con la vista fija en ella.

El punto que habia elejido para su residencia era la capital del Ecuador, en donde vivian tambien muchos otros de sus compatriotas i correlijionarios proscritos, los que formaban una especie de sociedad sellada la desgracia comun.

Campo inmenso halló Escobar en esa ciudad hospitalaria para obedecer a los impulsos de su corazon. Allí comprendió que tambien se puede servir a una causa defendiéndola de las calumnias tan bien como inmolando por ella la vida en las batallas.

Polemista nervioso i florido, su pluma desde los primeros dias se puso al servicio del cristianismo i de la libertad.

Jamas se pronunciaba un juicio errado sobre los asuntos de la Nueva Granada, sin que Escobar tomase la pluma para restablecer la verdad de los hechos. Los conservadores de Nueva Granada no tenian siquiera el consuelo de sufrir sin que la calumnia viniese a amargar sus padecimientos. El público bien intencionado de ámbos continentes les hacia, es verdad, justicia; pero ellos necesitaban quien diese a conocer, a los pueblos hermanos sobre todo, el grave yugo que los oprimia. Escobar i algunos otros emigrados granadinos desempeñaron dignamente ese papel defen-

diendo con su pluma la causa de la patria esclavizada.

En Quito se dedicaba Escobar al comercio que le proporcionaba una subsistencia decente; pero en medio de sus ocupaciones jamas dejó de escribir en defensa de sus correlijionarios politicos, i de las ideas relijiosas que profesó toda su vida. Supo siempre soportar con dignidad la desgracia i hacerse superior a la suerte, buscando su consuelo en la fé i en el trabajo.

En su patria i en el destierro publicó numerosos panfletos politicos, notables por el calor i nobleza del estilo i la independencia de su carácter al emitir su juicio sobre las personas i los sucesos.

Sobresalió entre estas publicaciones politico-relijiosas su elocuente defensa del ilustre clero granadino tan calumniado por los mandones de su patria, tan vilmente ultrajado en documentos públicos, que por su lenguaje parecen escritos, no en una oficina de Estado, sino sobre el meson de una taberna. Este opúsculo de Escobar podrá ser leido con gusto i provecho aun despues de pasados los sucesos que inmediatamente lo provocaron.

No es ménos notable otro folleto titulado (salvo error) *Antioquia*, escrito con verdadadero entusiasmo. Su autor se muestra apasionado del suelo que lo vió nacer i pinta con ricos pinceles la naturaleza de aquel pais sin olvidar los sacrificios hechos por sus habitantes para conservar incólumes su libertad i sus altares en la lucha fratricida que devoraba a la patria comun.

La ambicion de los militares habia ya destruido el edificio social de la Nueva Granada, tan floreciente bajo la liberal e ilustrada administracion del doctor Ospina. La dictadura de Lopez comenzó la obra i la no ménos opresora del jeneral Mosquera acabó de destruir el bienestar i progreso de la nacion. Los ambiciosos, para medrar, necesitaban destruir por sus cimientos el edificio social. Era necesario pervertir las ideas, embrutecer, si fuese posible un pueblo que de otra manera no podia ser dominado. Comenzóse la tarea. En Nueva Granada, como en Chile, todos pretenden ser abogados. Las causas escaseaban i la turba de doctores hambrientos se puso al servicio de los déspotas que los enviaron a corromper las masas. Los nuevos apóstoles establecieron entónces los clubs revolucionarios que no tardaron en ser el azote de la sociedad i el amparo de los malvados i asesinos.

En vano algunos ilustres patriotas quisieron hacer oir su voz en esas inmundas saturnales. Arboleda, apesar de su proverbial elocuencia i del ascendiente que le daban su posicion i su nombre, apénas consiguió se le escuchase breves instantes. La ruina del pais era segura, i la ambicion egoista supo aprovechar la perversion social como un camino seguro para obtener el éxito de sus planes.

En tal perversion, los hombres honrados, viendo amenazadas sus vidas, su fortuna i sus altares optaron por el único camino que les quedaba, tomaron las armas, [1] una série de sangrientas batallas yermó la Nueva Granada.

El rojismo triunfó de la justicia por medio del crimen. El ilustre Arboleda pereció asesinado por un sicario de Mosquera, i hasta la fecha no ha logrado justificarse el actual presidente de *Colombia* de un asesinato que acaso con razon se le atribuye, pues pocos meses despues de muerto Arboleda, el oscuro malhechor que le hundió su puñal aparecia con un grado militar entre los servidores de Mosquera.

Arcesio Escobar habia sido inseparable compañero de la ilustre victima, i su muerte lo impresionó tan hondamente que jamas hubiera podido reconciliarse con el caudillo que la decretó.

Nada le quedaba que esperar en su patria, i al marchar a un destierro que debia ser eterno, debió salir con el alma traspasada de dolor e indignacion. No era posible resistir, proseguir por entónces en la demanda era ofrecer nuevas victimas a la sangrienta cólera de Mosquera.

V.

Las ideas politicas de Escobar eran liberales. Todos los conservadores de Nueva Granada lo son. Su patria habia progresado mucho bajo el réjimen de sus correlijionarios politicos, i los radicales la habian postrado, arrebatándole el puesto que ántes ocupaba entre las naciones hermanas. La cuna de los héroes era una cueva de forajidos, la jóven nacion se detuvo en su marcha hácia el progreso para convertirse en un lago de sangre.

Esta dolorosa esperiencia debió fortificar mas aun las convicciones del jóven proscrito.

No podia Escobar equivocar la licencia con la verdadera libertad que tiene por base el órden; i la rectitud de su espíritu, intransijente con el crimen, lo separaba para siempre de los mazorqueros demagogos.

En punto a relijion, Escobar era un católico observante, i vivia de la fé.

VI.

Nos falta ver cómo pensaba Escobar respecto a la literatura. Mejor que nosotros, lo dice el mismo en una carta que nos dirijia desde Quito:

«El estudio i cultivo de la literatura rejiosa, es decir, del arte cristiano i de la literatura espiritualista, es hoi una necesidad vital en las naciones americanas, porque las teorias anarquistas, impias e inmorales son difundidas por la escuela literaria que, apartándose de la fé i quebrantando los diques que la moral pone a las pasiones, desnaturaliza la idea de lo bello enalteciendo el crimen; produce la duda en todas las doctrinas relijiosas, filosóficas i politicas; corrompe las costumbres i enferma la imajinacion, el corazon i conciencia de los pueblos. El arte en su mas bella espresion, que es la poesía, debe ser un poderoso instrumento de moralidad, de cultura i civilizacion, cantando lo bello, que es la verdad, mostrando que solo la virtud debe ser ensalzada, i propagando la fé i el sentimiento relijioso; porque, como dijo Francisco Bacon, la relijion es el aroma que impide a la ciencia corromperse. El poeta no debe ser en los pueblos el maestro de la duda i de la incredulidad, sino el obrero del bien, el campeon de la virtud i el apóstol del sentimiento de la fé.

«La escuela revolucionaria que, con el nombre de reformadora, resucitó en Europa a fines del siglo XV i en el XVI los falsos sistemas literarios de la antigüedad pagana, predica hoi en las sociedades modernas el *naturalismo* en relijion, el *racionalismo* en filosofía, el *liberalismo* en política i el *sensualismo* en moral i en literatura; nueva cruda guerra al arte cristiano; derrama en las obras filosóficas, históricas, políticas i literarias, un cúmulo inmenso de falsas ideas sobre estética; oscurece i trastorna los principios morales; excita a la rebelion i a la absoluta independencia a la vanidosa razon humana; desconoce i niega la autoridad de la revelacion relijiosa, i siembra en los pueblos esas semillas venenosas que producen frutos de muerte para la fé cristiana i para la libertad política, que es su corolario forzoso.

«Esa escuela escéptica hiere en sus mas sólidos i sagrados fundamentos la organizacion de la sociedad cristiana i pretende sacar el espíritu humano del carril por donde lo ha dirijido el Evanjelio; esa escuela cubre de sombras vastas a elevadas intelijencias i produce obras históricas como *Los montañeses* de Alfonso Esquiroz i *Los jirondinos* de Lamartine, en los cuales con la pompa de un hermoso estilo, se encomia la fuerza brutal personificada en criminales tan sangrientos i abominables como Robespierre, Marat i Danton; esa escuela propaga libros como *La Biblia de la humanidad* de Michelet, i *El órden en la humanidad* de Pedro José Proudhon, que sirven para probar en qué abismo de tinieblas e impiedad se hunden los espíritus que, fiando en las fuerzas del orgullo, se apartan de la doctrina inmortal del que dijo: «Yo soi la luz del mundo i el camino de la vida»; esa escuela precipitó en la idolatría al célebre poeta Goethe, i le inspiró esta vulgar i horrorosa blasfemia: «hai cuatro cosas que detesto igualmente, el tabaco, las campanas, las chinches i el cristianismo»; esa escuela ha estraviado la clara i vigorosa intelijencia de Victor Hugo, i le ha hecho decir que «el poeta puede creer en Dios, en las diosas, en Plutón, en Satanas o en nada»; esa escuela, segun las palabras de Pedro Leroux, uno de sus mas fieles i entusiastas admiradores i discípulos, forma «esa literatura de estro delirante, de audaz impiedad i de horrorosa desesperacion que hoi dia llena nuestros romances, nuestros dramas i todos nuestros libros; escuela, o mas bien familia, que llamamos *byroniana*; poesía inspirada por el vivo i profundo sentimiento de la realidad presente, es decir, por el estado de anarquía, de duda i de desórden en que se ha hundido el espíritu humano, con motivo de la destruccion del antiguo órden social i relijioso»; esa escuela, en fin, es una propaganda de materialismo, i no tiene mas moral i mas culto que la moral de la utilidad i el culto del placer, de la voluptuosidad i del orgullo.»

Escobar era en literatura como en relijion i política un hombre de fé. En esas líneas está retratada su alma. No buscó jamas

la falsa popularidad que da el escepticismo, i al recibir del cielo el don de una elevada intelijencia i del armonioso idioma del canto, se propuso cumplir sobre la tierra el deber que su talento le imponia. Alumbró con sus escritos a sus hermanos i los consoló en sus desventuras alentándolos con los himnos de la fé i de la justicia.

(*Concluirá.*)

ENRIQUE DEL SOLAR.

A CELINDA.

(LETRILLA.)

«No olvides, Celinda,
No olvides mi amor.»

De encanto inefable
Mi pecho inundó,
Tu blanda mirada,
Tu bello candor;
I es hoi mi delicia
Pensar solo en vos.

«No olvides, Celinda,
No olvides mi amor.»

Tu boca semeja
De rosa un boton,
Tu frente, la nieve
Herida del sol;
Sin duda ninguna
Vos sois la mejor.

«No olvides, Celinda,
No olvides mi amor.»

Si cantan las aves,
I escuchan tu voz,
Al punto suspenden
Su grata cancion,
I mudas se paran
De tí al rededor,

«No olvides, Celinda,
No olvides mi amor.»
Si cabe a tu lado
Me encuentro ¡ai! por Dios!
Mi pecho palpita
De gozo i de amor;
Que es cielo tu rostro,
Divina mansion.

«No olvides, Celinda,
No olvides mi amor.»

Si ausente recuerdo
Tu nombre i tu voz,
De mi léjos huyen
El llanto i dolor,
I alegre repito
Con dulce emocion:

«No olvides, Celinda,
No olvides mi amor.»
Si duermo, bien mio,
Pensando en tí estoi,
Que mi alma no puede
Vivir sin su amor;
I es fama que un dia
Gritar se me oyó:

«No olvides, Celinda,
No olvides mi amor.»

Mostrarte quisiera
Mi fiel corazon,
I entónces verias
Que es grande el amor,
Que encierra mi pecho,
Que espresa mi voz.

«No olvides, Celinda,
No olvides mi amor.»

Comparte conmigo
Tu gozo i dolor,
I entónces, Celinda,
Seremos los dos
Dos ánjeles bellos
Felices en Dios.
«No olvides, Celinda,

No olvides mi amor.»
Octubre de 1871.

ELIAS A. CÁCERES PIÑEIRO

SANTA TERESA DE JESUS.

SU VIDA I SUS OBRAS.

Necia pretension seria tratar de escribir en unas cuantas columnas de un periódico la vida de esta *santa escritora*.

Vamos a reunir algunos de sus datos mas importantes para satisfacer la piedad de nuestras lectoras, sin otro pensamiento que el de tributar, como católicos, un homenaje

a la mujer heroica, a quien la Iglesia infalible ha colocado entre los santos, i, como amantes de las letras, un homenaje a la gran escritora, honra i prez de la literatura española.

I.

El 28 de marzo de 1515 en Avila, ciudad de Castilla la vieja, nació nuestra heroina en el seno de la noble i virtuosa familia de Ahumada.

«Un hombre de mucha caridad con los pobres i piedad con los enfermos i criados» i «una mujer de grandes virtudes» fueron, al decir de ella misma, los que dirijieron sus primeros pasos. Tales eran sus padres.

Nueve hermanos i tres hermanas componian esa familia bendita de Dios i en la cual habíase cumplido la promesa hecha al justo cuando se le dijo: «i tus hijos se multiplicarán» *sicut novellæ olivarum in circuitu mensæ tuæ*.

«Todos parecieron a sus padres, por la bondad de Dios, en ser virtuosos.»

Estas palabras de la vida de la santa escrita por ella misma hacen el retrato de ese hogar visitado por la muerte con su cortejo de lágrimas i de terribles separaciones, cuando muchas de los hijos buscaban aun con empeño el seno de la madre para dormirse al caer la noche arrullados por esas cantos que hacen soñar con la felicidad del cielo.

La lectura de la vida de los santos, i mui particularmente de los mártires, constituyeron el encanto de sus primeros años, e inflamaron su espiritu de tal manera, que, segun lo aseguran los doctores Wetzer i Welte, a la edad de 7 años, acompañada de su hermano Rodrigo, abandonó secretamente la casa de su padre para ir a buscar entre los moros la palma del martirio.

¡Sueños de la niñez! desaparecieron tan presto, que apénas dejaron en su alma un recuerdo, pero que bastan para probar de lo que era capaz esa mujer en la edad en que la humanidad entera vive como viven las mariposas, revoloteando de flor en flor, sin pararse en ninguna.

Ser mártir primero, solitaria despues: fueron sus aspiraciones que murieron en flor, al contacto del aliento del mundo i de las misteriosas relaciones de los libros de caballeria, tan en boga en ese tiempo.

Fueron estos su placer favorito, de tal suerte, que, como ella misma lo dice, si no tenia libro nuevo, no tenia contento.

A los libros siguieron los pasatiempos, las galas, los encantos, el deseo de parecer bien. Al amor de Dios, i al ferviente celo sucedieron el amor al mundo, la helada vanidad, el matador egoismo.

Todo fué entónces frivolidad i, sinembargo, nada hizo que pudiera avergonzarla ni siquiera sonrojar sus mejillas.

Si Dios habia desaparecido, el honor i un amor instintivo a la honestidad la detuvieron al borde de lo que ella llama un abismo.

En 1529, tenia catorce años, entró en un covento de relijiosas en su ciudad natal.

Alma vehemente, impresionable, fué en el claustro tan ardorosa para seguir el camino de la virtud, como lo habia sido en sus primeros años.

Obligada a dejarlo, a consecuencia de una enfermedad, no olvidó en medio del mundo, en que volvia a figurar, su primitivo pensamiento. Habia jurado consagrarse a Dios, ser relijiosa.

Nada pudo retraerla de llevar a término su pensamiento. En 1533 tomaba el hábito de novicia en el convento de *Carmelitas de la Encarnacion*.

Un año despues, el 3 de noviembre de 1534, hacia su profesion solemne. Teresa de Ahumada, la bella castellana, la noble señora, orgullo i gala de los salones de Avila habia pasado a ser la hermana Teresa de Jesus, la carmelita descalza consagrada a la oracion, que si no enseña al niño ni vela al lado del lecho del enfermo cae sobre el mundo convertida en una lluvia de bendiciones i de mercedes infinitas.

«Cuando recuerdo, escribia, el fervor con que pronuncié mis votos, la resolucion i la confianza con que me consagré al Señor, no puedo contener las lágrimas.»

Durante su noviciado Teresa habia pedido a Dios que probara su fervor, pero que no la abandonara de su mano.

Léjos de Dios ¿qué es el hombre? ¿qué puede el hombre? Arista que el viento arrebata, es solo juguete de las circunstancias que lo rodean.

Tres años de sufrimientos no fueron bastantes para entibiar su fervor, ni abatir su vigososo espiritu.

Como el convento de la Encarnacion no tenia clausura, las superioras, atendiendo

al estado de su salud, la permitieron recibir visitas.

El mundo habia vuelto a entrar en pos de Teresa. En el claustro volvió a rodearla una atmósfera que no se avenia con el silencio i el recojimiento, a que se sentia tan inclinada.

En las zarzas del camino, ha dicho el poeta, deja el vellon la oveja, asi con el trato del mundo desaparecieron insensiblemente los santos fervores, los consuelos del espíritu que adora a Dios, que le oye en todas partes i a todas horas.

En este tiempo murió su padre, i con él desaparecieron los vínculos que la ligaban al mundo.

La muerte que visitaba por segunda vez el hogar de la familia de Ahumada hizo en su alma una profunda impresion.

«En este tiempo, escribe ella, me dieron las *Confesiones de San Agustin*, que parece el Señor lo ordenó, porque yo no las procuré, ni nunca las habia visto....

«Cuando llegué a su conversion, i lei como oyó aquella voz en el Huerto, no me pareció sino que el Señor me la dió a mí, segun sintió mi corazon; estuve por gran rato que toda me deshacia en lágrimas, i entre mi misma con gran afliccion i fatiga. ¡Sea Dios alabado que me dió vida para salir de muerte tan mortal!»

Atacada nuevamente de una afeccion nerviosa que paralizó sus miembros, solo pudo recobrar la salud, despues de largos i horribles sufrimientos, que, si trabajaron penosamente su físico, fortificaron su espíritu. En torno de su lecho de dolor velaban siempre, como inseparables amigas, la alegría i la modestia.

Desde esa fecha hasta su muerte, su historia puede resumirse en dos palabras: vivia en Dios.

Corria el año de 1560, cuando concibió el pensamiento de fundar en Avila un monasterio de estricta observancia de la regla de su órden.

Pobreza, soledad i silencio.

Ocho meses durante el año, de rigoroso ayuno; por traje jerga i sandalias; por lecho unas cuantas tablas.

Hé aquí el compendio de la regla de los monasterios de Carmelitas descalzas de San José.

La reforma hizo asombrosos progresos. Pocos años mas tarde Medina del Campo, Valencia, Segovia, Búrgos, Valladolid, Salamanca i muchas otras ciudades de España i Ultramar vieron levantarse nuevos monasterios, que hasta hoi edifican al mundo con su piedad i el rigor con que obedecen a la regla de Santa Teresa.

Nada arredraba a su fundadora. Apesar de la exigüidad de los recursos i de los medios de accion, presidió a la fundacion de dieziocho conventos de mujeres i catorce de hombres.

Tantas fatigas i tantos trabajos agotaron sus fuerzas. En medio de sus hermanas en Dios, que forman la inmensa familia de la fé i de la caridad, espiró a los sesenta i siete años de edad en Alba de Tormes, el 4 de octubre de 1582.

Beatificada en 1614 por el Papa Paulo V, fué canonizada el 12 de marzo de 1622 por Gregorio XV.

Hoi hemos consagrado algunas pájinas a la vida de la Santa; en el próximo número las dedicaremos a la de la escritora.

La de esta última, su estilo, su forma, el tema de sus obras serian un misterio indescifrable sin algunos datos sobre la de aquélla. Esto escusa nuestro propósito de haber hecho un pobre estracto de la historia de la que fué en el mundo Teresa de Ahumada, escrita por la que fué en el convento la Hermana Teresa de Jesus.

VENTURA BLANCO.

(Continuará).

DESVELO.

(Conclusion.)

Nada interrumpia la profunda calma de aquella noche; solo de cuando en cuando, el viento con tristes jemidos, llamaba a los cristales de mi ventana; la luna bañaba esos cristales, a cuyo traves, divisaba algunos árboles, entre cuyas ramas me pareció distinguir una solitaria i fatídica ave negra que ajitaba sus alas; su graznido penetrante i lúgubre, resonó dos o tres veces como un tañido funeral.

Recostado sobre mi cama, permanecia inmóvil, escuchando atentamente i con cierto desasosiego, esos vagos i misteriosos rumores. Mis ojos estaban fijos en las vidrieras i mi espíritu llevado como en alas

del viento, vagaba por los espacios. Infinidad de ideas cruzaban por mi mente. Un agradable éxtasis i una dulce melancolía comenzó a apoderarse de mi ser i mi pensamiento se reconcentró para fijarse en una sola cosa: en aquellos felices i dichosos dias que ya volaron para no tornar, en aquel delicioso paraiso de la infancia, que ahora se presentaba a mi memoria como un sueño, como una fugaz ilusion e incierta realidad.

Una inesplicable flojedad se apoderó de mis miembros; un peso estraño me hizo cerrar involuntariamente los párpados; luego no supe lo que en mi pasó, solo recuerdo que un sordo i prolongado ruido subterráneo, hizo crujir i estremecer las murallas i enmaderacion de mi estancia la que como por encanto, quedó bañada por una luz intensa; en medio de esta claridad, una enorme rueda daba vueltas sin cesar. Tras ésta se levantaban densos torbellinos de un humo espeso i negro, los que poco despues se convirtieron en una purpurina nubecilla. Abrióse súbitamente i circundada de resplandores, vi una hermosísima doncella. Era un ser divino: la majestad, el poder, pero al mismo tiempo la inconstancia, el capricho i la instabilidad, estaban pintados en su bella frente. Un vendaje blanco cubria sus ojos. De sus piés salian dos pequeñas i relucientes alas i se mantenia risueña, con uno de sus piés en el aire i el otro puesto sobre la rueda.

Rodeada de una brillante aureóla, acercóse a mi i tomándome de la mano me condujo a una encumbrada torre, en cuyo alrededor resonaban tremendos i espantosos ecos. Miré fuera de la torre i se presentó ante mi el espectáculo mas grandioso, estraño e imponente.

Ví un suntuoso palacio. Todas sus paredes se componian de los mas finos rubíes, brillantes, esmeraldas i otras piedras preciosas. En el frontis, con caractéres de fuego, estaba escrita la palabra *Vida*.

De la puerta partia una senda sembrada de vistosas i variadas flores que despedian los mas suaves aromas. Este camino conducia a una caverna sin fin, en la cual estaba un ser o mas bien un monstruo horrible con una enorme guadaña entre sus garras.

Del palacio salia una multitud de criaturas, las que al pasar por los umbrales, recibian de un ánjel una finísima hebra de hilo, luego eran puestas sobre aquella rueda que ántes habia visto, jiraba ésta sobre su eje i los que en ella habian subido, eran lanzados en medio del camino i comenzaban a correr con suma velocidad, sujetos solo por esa hebra de hilo que habian recibido.

Grande admiracion me causó el ver que muchos de los que bajaban de la rueda, salian ufanos, alegres, llenos de riquezas i que no bien habian andado unos cuantos pasos, cuando caian i eran al punto despojados de todas sus galas por los mismos que ántes se habian mostrado solícitos en tributarles homenaje. Otros al contrario, salian tristes, macilentos i cubiertos de andrajos i luego despues los veia en el colmo de la felicidad. Algunos caminaban tristes i silenciosos, repartiendo sus riquezas entre los que mas desgraciados parecian i otros saltando de gozo, corrian por todas partes llevándose cuanto encontraban a su paso. A veces, estos mismos, deslumbrados por la hermosura i fragancia de las flores, trataban de cojerlas, pero las flores al momento se marchitaban i deshojaban i ellos quedaban con las manos todas ensangrentadas.

El contraste que ofrecia este camino era inesplicable: traficaban por él en doradas carrozas i elegantes coches, hermosas damas i apuestos caballeros; por un lado todo se volvia risas, carcajadas, juegos, bailes, fiestas i por otro no se oian mas que sollozos, llantos, jemidos, imprecaciones.

Todo este mar de jente, unos primero que otros, eran puestos al fin a las puertas del tenebroso antro; el monstruo cortaba entónces los hilos que los retenian i hombres i mujeres, niños i ancianos, ricos i pobres, todos eran lanzados sin piedad en aquel lugar de horror.

Atónito i casi fuera de mí, no sabia que hacer, no pudiendo darme cuenta ni esplicarme qué pudiera significar lo que ante mis ojos tenia. Entónces oí una voz que con una fuerza asombrosa esclamó:

—Tal es la fortuna! tal es el mundo! tal es la vida!

I fortuna! mundo! vida! repitieron millares de veces las peñas i concavidades de la caverna.

Siguióse despues un momento de silencio miéntras que aquellas bóvedas rechazaban i se devolvian unas a otras esas palabras, i cuando ya me parecia que los ecos de mi

alrededor solo murmurando retemblaban, otros mas lejanos, con inacabable clamoreo: Fortuna! Mundo! Vida! a porfía repetian. Al fin, todo aquel ruido sordo i espantoso se apagó dando como un sepulcral jemido.

Un velo de sangre pasó por mi vista, flaquearon mis piernas, se me turbó la cabeza e iba a caer, cuando me sentí asir fuertemente por unos brazos de hierro. Colocáronme sobre la temible rueda, ésta dió vueltas i me encontré al borde del abismo.

¡Oh! qué instante tan terrible!.... ¿Cómo podré nunca pintar lo que entónces esperimenté? Me quedé sin movimiento; la sangre se heló en mis arterias; la lengua se pegó al paladar; mi garganta se apretó como estrechada por dedos de acero; mis dientes rechinaron con furor; mis manos engarrotadas, se asieron al duro suelo, como la hiedra a los peñascos; el corazon dejó de latir i el alma, en tremendas convulsiones, pugnaba por arrancarse del cuerpo, que frio, insensible, pálido, desfigurado, yerto, era ya un verdadero cadáver. ¡Qué angustia tan espantosa! ¡qué agonia tan cruel! La vida luchando a brazo partido con la muerte; el ser disputando contra el no ser; las tinieblas tratando de envolver en su lienzo de horror, la presa que la luz se disponia a rechazar; el tiempo pugnando con la eternidad!...

Miéntras que desesperado i agonizante al borde del abismo, gritaba revolcándome, ví adelantarse el mónstruo, blandiendo sobre mi cabeza su cortante guadaña. El mónstruo alzó su potente diestra; el acero describió un círculo de fuego sobre mi frente. Aguardé resignado el golpe fatal; la cuchilla se detuvo.... estava salvo!

Una vision celeste se acababa de interponer entre la guadaña i mi cuello: era la misma misteriosa doncella que ya una vez habia visto.

—¡Oh, jóven! esclamó, no perecerás; se te perdona a causa de tu poca edad; mas ¡ai! no te descuides i fies en tu juventud. Mira, de un hilo pende tu existencia.... He querido mostrarte todo lo que has visto, para que te cerciores que esta vida es como un sueño; para que te persuadas que los placeres i gustos del mundo, por de fuera, son como bellas flores que nos encantan con sus atractivos, pero al gustarlos, esas flores se cambian en espinas que punzan i duelen.

Como la mirase lleno de sorpresa, añadió:

—Reconóceme, yo soi la Fortuna. De mi fallo depende el bienestar i la desgracia. Yo, a mi antojo, hago i deshago las mas grandes riquezas, los mas altos honores i las mas preciosas existencias. Mi rueda jira sin cesar; soi mui inconstante. No hai que fiarse demasiado de sí mismo, pues el que hoi se vé en la cumbre de la gloria i felicidad, mañana puede verse sumido en los abismos de la pobreza i del infortunio. No te olvides nunca de mis palabras, grábalas con caractéres indelebles en lo mas íntimo de tu alma i conserva tambien para siempre el saludable recuerdo de lo que acabas de ver.

Las dulces i armónicas melodías de una música invisible hirieron los aires.

La hermosa niña acababa de desaparecer entre celajes deslumbradores i nacaradas nubes.

Quedé sumido en una indecible tristeza, trémulo de pavor i casi ahogado por los sollozos.

* * *

Una ráfaga de viento abrió la ventana de mi habitacion.

Desperté.

Permanecí algunos instantes sin saber lo que me pasaba. ¿Dormia aun o estaba en realidad despierto? ¿Habia soñado o acababa de acostarme?...Estaba fatigado como si hubiese corrido o trabajado muchísimo. Sentia crisparse mis nervios, bullir la sangre i erizárseme los cabellos. Mil ideas en confusa conmocion se estrechaban, se amontonaban i se repelian en mi pobre mente. Creí iba a volverme loco. De repente me parecia oir ayes, jemidos, lamentos; luego músicas, risas, carcajadas. Aéreas i fantásticas formas desfilaban por mis ojos i en inmenso torbellino, subian, bajaban, se acercaban, se alejaban; despues en rondas frenéticas bailaban, saltaban, corrian, me miraban. Cambiaban luego de aspecto i alegres, vivarachas, envueltas en diáfanas i trasparentes nubecillas, se perdian en medio de horrisonas sombras.

El silencio por un instante interrumpido, se volvió horrible, mortuorio.

Por segunda vez las rondas comenzaron, i los gritos i los bailes tambien se repitieron; las sombras, unas en pos de otras, se mezclaban i cien ecos con estrépito i fra-

gor, los gritos, cantos, músicas i clamores, retemblando, rechazaron, repitieron.

Fuera de mí, me lanzé de mi cama i me vestí apresurado. La fiebre devoraba mis entrañas, la respiracion me faltaba, el aire se enrarecia i el fuego sofocaba mis pulmones.

Salí fuera: amanecia.

La brisa matutina, llena de perfumes i de aromas, mecia suavemente las copas de los árboles.

Me encaminé a un bosquecillo de limos i naranjos. El suelo estaba cubierto de azahares.

La luna brillaba en el horizonte, su luz era opaca, su disco parecia arder. Algunas estrellas enviaban su último resplandor.

Cerca de los naranjos corria un arroyo de aguas cristalinas i tranquilas; empapé mis sienes, bebí algunas gotas i me tiré sobre el césped.

El espectáculo era arrobador. Las aves gorjeaban en la enramada i triscando sobre los cogollos de los limoneros, entonaban armoniosos trinos. Se oia el canto de la diuca, del jilguero, el silbido del zorzal i de los tordos, el arrullo de la tórtola, las quejas de la tenca i el aleteo de la perdiz. A lo léjos, en el valle, se oia el valido de la oveja, el bramido de la vaca i el prolongado grito del inquilino. Entretanto a mi lado, el agua murmuraba dulcemente, deslizándose por entre las matas de yerbabuena, maqui, arrayan i toronjil i bañando los troncos de los guindos, perales, higueras i demas árboles que crecian en rededor.

La aurora dorabá las encumbradas nubes. Las tinieblas se disipaban. El buho i el murciélago, veloz huian al silencioso campanario o a su oculta madriguera.

Permanecí largo rato inmóvil, embebido en la contemplacion i recordando todo cuanto esa noche, no sé si en sueños o despierto, el desvelo habia hecho pasar por mi imajinacion.

Mi espíritu se fué calmando poco a poco; mi alma se tranquilizaba i mi cuerpo volvia a su estado normal.

Comenzé a coordinar mis ideas. La quebrada del *Infierno* acababa de presentarse a mis ojos, tal cual la habia visto el dia anterior. Recordé toda la conversacion que habia tenido con Eujenio, su dolor por la muerte de su madre, mi reflexiones, mi tristeza. El me habia hablado de sus insomnios, me habia dicho que no dormia i tambien que padecia. Como él, yo acababa de pasar una noche de desvelo, pero quizas, no como él, yo habia estado sobre carbones encendidos. Ya se vé, mi espíritu habia querido esplorar las rejiones de lo invisible, mas ¡ai! que al punto, estupefacto, perplejo, atónito, espantado, tuvo que volver al mundo real.... en el fondo de aquel cáos, habia encontrado la eternidad!

No sé cuanto tiempo permanecí en el bosquecillo. Cuando me levanté era tarde, el sol estaba ya mui elevado sobre el horizonte. Algunas aves seguian cantando; el agua murmuraba siempre tranquilamente i la brisa juguetona mecia los arbustos i las ramas. Sin querer habia deshojado i tronchado de las plantas que me rodeaban, varias flores que yacian a mis piés. Entre ellas estaba una rosa, sus hojas pintadas i fragantes estaban esparcidas por el suelo, pero quedaba un boton precioso i lindo que recien abria su capullo; lo tomé i lo guardé como un recuerdo, una memoria.

1866.

RUPERTO MARCHANT PEREIRA.

LA COMUNA I SUS ENSEÑANZAS.

Conferencia leida el viérnes 28 de setiembre en el Club de Amigos del Pais por el señor don Máximo R. Lira.

(Continuacion.)

Tocó tambien su turno a Mgr. Darboy, el arzobispo de Paris. Conducido a la presencia de Raoul Rigault, delegado en al prefectura de policía, el santo pastor cuya dignidad i cuyos cabellos blancos le permitian llamarse padre, dijo en cierto momento:

«Hijos mios!

—Ciudadano, interrumpió el delegado Rigault, no estais en presencia de hijos sino en presencia de majistrados. Ademas, añadió el espiritual prefecto, eso es ya mui viejo; hace mil ochocientos años que nos llamais asi!

Cierto, señores, hace mil ochocientos años

a que los hombres por el sacrificio de la cruz, pueden llamarse los hijos de Dios i hermanos en el Padre comun que está en los cielos. Pero ésa no es la fraternidad del rojismo; i aunque la antigüedad desagrade al ciudadano Rigault, ella es mas antigua aun: tuvo por projenitor a Ca'n

Ya que he nombrado a Rigault, i que éste fué uno de los miembros mas importantes de la Comuna, voi a hacer una pequeña digresion para trazaros su biografía.

Rigault era el miembro mas jóven de la comuna, tenia solo 24 años. Habia hecho sus primeros estudios en el colejio de Versalles, viniendo despues al cuartel latino de Paris como alumno de la escuela de medicina. Se hizo notar mui pronto por su vida disoluta i sus frecuentes embrollos con la policía, embrollos que no siempre tenian por causa asuntos políticos.

Orador de los clubs, donde su blanco favorito de ataque eran Jesucristo i la relijion, fué conducido muchas veces ante los jueces correccionales. En uno de sus procesos reclamaba el abogado imperial la induljencia de los jueces en favor de la juventud del reo. Rigault se levantó entónces i dijo: «Señor abogado jeneral, señores jueces, yo no quiero vuestra induljencia; el dia que estemos en el poder no os la concederemos.»

Esta orijinal profecía se cumplió desgraciadamente i Rigault no olvidó su promesa. Apoderado de la prefectura de policía redujo todas sus ocupaciones a arrestar, a arrestar siempre, a arrestar sin tregua ni descanso, concluyendo, cuando sus arrestos eran ya difíciles, por cometer friamente los mas cobardes asesinatos.

Cabe aquí una anécdota que hallo en un libro serio i mui poco sospechoso de parcialidad contra los comunistas, porque es obra de un rojo moderado. (1)

«Raoul Rigault, el hombre que arresta, desayunaba con Gaston Dacosta, el hombre que demuele. Estos dos amigos se completan: es Rigault el que encarceló al arzobispo de Paris, pero es Dacosta el que reclamó el honor de dar el primer barretazo en la casa de M. Thiers. Ademas, Rigault demoleria si Dacosta no estuviera allí para demoler, i si Rigault no arrestase, arrestaria Dacosta.

«Desayunaban i conversaban. Rigault enumeraba las jentes que habia enviado a la conserjería o a Mazas i pensaba con terror en que pronto no hallaria a nadie a quien arrestar. De repente se quedó con el tenedor suspendido i tomó un aire a la vez pensativo i tierno.

—«¿Qué tienes? le preguntó Dacosta inquieto.

—«¡Ah! dijo Dacosta con la voz entrecortada, papá no está en Paris.

—«I que te importa que tu padre no esté en Paris.

—«¡Ah! repuso Rigault mas enternecido, lo habria hecho arrestar».

Este tigre era a veces clemente, sinembargo.

En uno de sus dias de clemencia, permitió a un abad que visitase a un amigo detenido en la conserjería. El pasaporte que espidió con este objeto estaba concebido en estos términos: «Dejad pasar a X. que se dice servidor de un tal llamado Dios.»

Estos momentos de clemencia no eran comunes en el delegado para la prefectura de policía. Habiendo arrestado a las relijiosas de Picpus se tuvo la crueldad, mejor dicho, la infamia de arrojarlas en los calabozos de la prision de San Lázaro confundiendo a aquellas santas mujeres con otras que estaban allí por otros motivos.

¿Cuál era el crimen de aquellas relijiosas? Creer en lo que el ciudadano Rigault no creia, rogar de dia i de noche por la salvacion de sus hermanos, i ocuparse de la educacion de los pobres. Fueron arrestadas i se les quitó su libro de horas, se les quitó su crucifijo, se les despojó de los escapularios i rosarios que llevaban al cuello. ¿No era acaso la oracion su delito? ¿no era todo su crimen esa grosera supersticion que adora un Dios, i reverencia su cruz? Entónces, no era posible dejarles ni rosarios, ni escapularios, ni libro de oraciones, ni crucifijo. No era posible, señores, porque con la oracion de aquellas santas mujeres peligraba sin duda la seguridad del Estado!

Mejor suerte que las relijiosas de Picpus tuvieron las hermanitas de los pobres. Hé aquí una conmovedora historia que encuentro en una publicacion reciente sobre la comuna. Debo advertir que las hermanitas de los pobres tienen por mision dar asilo a los ancianos de uno i otro sexo. Se les alimenta, se les viste, se les asila

(1) Catulle Mendes.—*Les 73 journées de la Commune.*

i se ruega por ellos. Ahora, hé aquí esa historia:

«Cierto dia se comenzaba a dormir en la comunidad. Las relijiosas habian acostado a los pobres viejos, habian cumplido su deber i dormian, cuando se oyó un tiro en la puerta de la casa.

«Os imajinais su terror. Las hermanitas de los pobres no tienen costumbre de oir tan cerca un ruido semejante. Todo fué tumulto i confusion, se levantaron apresuradas i en los grandes dormitorios los ancianos, sacando las cabezas de debajo de las frazadas se miraban unos a otros con aire de admiracion.

«Sinembargo, se fué a abrir la puerta. Presipitóse dentro un centenar de hombres de mirada amenazadora; llevaban sables i fusiles i armaban un estrépito endemoniado. Habia uno, el jefe, que llevaba barba espesa i hablaba en tono terrible. Las hermanitas se agrupaban tambien al rededor de la superiora.

—«Cerrad las puertas, gritó el capitan, i si una sola de estas mujeres hace amago de querer escapar, una, dos, tres, haced fuego.

«Entónces la Buena Madre, se llama asi a la superiora, da un paso adelante i pregunta:

—«Que es lo que quereis, señores.

—«Decid, ciudadano! (aquí un juramento).

«La Buena Madre hizo la señal de la cruz i repuso:

—«¿Qué es lo que quereis hermanos mios?

—«Queremos visitar vuestra caja, replicó el oficial.

«La Buena Madre le hizo señal de seguirla, le designó un armario, abrió un cajon i dijo:

—«Hé aquí lo que tenemos.

«Habia 22 francos.

—«¿No teneis mas que esto? preguntó el capitan con aire desconfiado.

—«Nada mas, respondió ella; por lo demas, señor, podeis rejistrarlo todo.

«Entónces los guardias nacionales se dispersaron por la casa, yendo i viniendo, abriendo cuartos, rejistrando muebles i llegaron al fin, sin haber hallado nada, al dormitorio en que estaban acostados los viejos. Entónces ancianos i ancianas se levantan llenos de admiracion i de espanto, i, tartamudeando i trémulos se les oye a todos a la vez:

—«¿Qué es lo que haces aquí? ¿No quereis, al ménos, hacer mal a las buenas hermanas? Es una indignidad, una vergüenza, una cobardía, idos! Mi buen señor ¿qué seria de nosotros si os las llevaseis?

«Las ancianas están furiosas i los viejos se lamentan. Los guardias i el oficial no esperaban probablemente tal escena. Vacilaban en continuar la pesquisa.

—«Nó, nó, buenas jentes, dijo el oficial que habia sido el mas violento i que se domesticó mas pronto, no nos llevaremos a las hermanas, ni les haremos mal; ¿estais contentos?

«I los guardias nacionales comenzaron a bajar la escala. Al pasar junto al armario:

—«Hermana, no habeis cerrado el cajon, dijo el capitan.

—«Es verdad, señor; no tengo costumbre. Entre nosotras, lo sabeis, es inútil.

—«No importa, cerradlo ahora. Comprendeis que yo no conozco a todos los hombres que vienen conmigo.

«Hablando asi, sigue su camino, cierra él mismo el cajon sin tocar el contenido i da la llave a la superiora. Parecia mui embarazado, hasta que concluyó por decir:

—«Nosotros no sabiamos....si hubiéramos sabido como era esto.... se nos habia dicho.... es mui bueno cuidar de estos pobres viejos!

«Viéndolo tan turbado i tan benévolo una hermanita, que ya no tenia miedo, se acercó a él i se atrevió a hablarle:

—«Tenemos mucho miedo, desde hace un mes, señor oficial. Se dice que los rojos quieren apoderarse de nuestra casa. Seria horrible. Vos nos protejereis, no es verdad, señor?

—«Ciertamente, respondió el capitan, dadme la mano i si alguien quiere haceros mal, se entenderá conmigo.

«Un minuto despues los guardias nacionales habian partido, las hermanitas i los viejos se dormian i la casa quedaba tranquila, absolutamente como si no hubiese sido un escondite de conspiradores.»

No he podido averiguar, señores, que suerte corrió aquel capitan; pero se me figura que la Comuna no le perdonaria su clemencia i estoi cierto de que seria destituido o fusilado.

V.

Pero los templos, señores, no quedaron perpetuamente cerrados. Mortier, miembro de la comuna, habia dado su voto a la es-

pulsion de los sacerdotes de las iglesias, pero se habia opuesto a que se las cerrara; hé aqui sus motivos:

«Yo deseo, dijo, verlas abiertas para tratar allí del ateismo i destruir por medio de la ciencia las antiguas preocupaciones i los jérmenes que los jesuitas han sabido infiltrar en el cerebro de los espíritus débiles.»

Los deseos del ciudadano Mortier se vieron cumplidos porque las iglesias, arrebatadas a los sacerdotes i a los fieles, fueron entregadas a una chusma desenfrenada que las hizo teatro de las mas inmundas profanaciones.

Juzgad, señores, por lo que pasaba en una de ellas, la del apóstol Santiago.

Se la habia trasformado en un club. La mesa del altar, sobre la que se renovaba diariamente el augusto sacrificio del hijo de Dios, habia sido convertida en mostrador i se la veia llena de copas i botellas. El agua bendita de las pilas habia sido reemplazada por tabaco de cantina, i a su lado se hacia una sacrílega parodia de las costumbres de los fieles.

Acercábase un ciudadano a la pila con su pipa en la mano i tomando un puñado de tabaco, decia: *En el nombre del Padre*; echándolo en la pipa añadia: *i del Hijo* i encendiéndola terminaba: *i del Espíritu Santo!*

En una de las capillas de la iglesia habia una estátua de la Santa Virjen a la que se habia vestido con uniforme de cantinera, colocándole una pipa en su boca.

Pero esto no es todo, señores; la profanacion debia ser completa. Profanado el altar i las santas imájenes, debia serlo igualmente la cátedra sagrada. Desde ella queria el ciudadano Mortier que se enseñase el ateismo; pues, bien desde ella escalamaba un orador que queria escalar el cielo para apuñalear a Dios si lo habia. Desde esa cátedra santa donde no se apagaba aun el eco de las santas lecciones de virtud i de moralidad dadas al pueblo en nombre de Dios, debia predicarse ¿sabeis qué, señores? la prostitucion!

Hé aqui como se espresaba una ciudadana en la misma iglesia desde lo alto de la cátedra a que ántes descendia el Espíritu Santo.

«El matrimonio, ciudadanas, es el error mas grave de la humanidad antigua. Ser casada, es ser esclava. ¿Quereis ser esclavas?

«Nó, nó, gritó la concurrencia i el orador continuó.

—«El matrimonio no podria ser tolerado en una ciudad verdaderamente libre. Deberia ser considerado como un crimen i reprimido por leyes severas. Nadie tiene derecho, enajenando su libertad, de dar un mal ejemplo a sus conciudadanos. El estado matrimonial es un perpétuo atentado contra las buenas costumbres. I que no se venga a decirme que el matrimonio podria ser tolerado si se le diese por correctivo el divorcio. Nó, ciudadanos i ciudadanas, no basta paliar el mal, es preciso cortarlo de raíz. El divorcio es un espediente i, si me atreviese a emplear la palabra detestable, diria que es un espediente orleansita. (Torrente de aplausos).

«Hé aqui porque me atrevo a presentar a la asamblea una mocion que tiene por objeto hacer modificar por la Comuna de Paris el decreto que asegura rentas a las compañeras lejítimas o nó de los guardias nacionales muertos en defensa de las franquicias municipales. Nada de medias medidas! seamos consecuentes! Nosotras las concubinas no podemos permitir por mas tiempo que las mujeres lejítimas usurpen derechos que no tienen i que nunca debieron tener. Que el decreto sea modificado! Todo para las mujeres libres, nada para las esclavas!»

Esta mocion i estas palabras fueron acojidas con aplausos calorosos por las concurrentes que pertenecian en su totalidad a la clase libre.

Fruto, sin duda de estas predicaciones fué aquel famoso decreto sobre el matrimonio que habreis leido en la prensa diaria pero que juzgo conveniente reproducir aqui.

«La Comuna, considerando que cuanto mas se aproxima el hombre al animal mas se aproxima a las santas leyes de la naturaleza madre augusta de todas las cosas, mas adelanta en el camino del progreso i de la verdadera civilizacion, mas afirma su felicidad material, objeto único de su destino i término de sus mas lejítimos deseos; considerando que todas las inspiraciones, impulsos e incitaciones de la naturaleza son puros i buenos en sí, que al lejislador que comprende su mision solo cumple consagrarlos sin detenerse en las reclamaciones i protestas de la razon ni en los errores de la preocupacion; consideran-

do que la promiscuidad es la lei jeneral de todas las especies vivas; que no se observa que los *macacos*, nuestros indiscutibles antepasados, entre las compañeras a quienes dirijen sus tiernos requiebros, piensen jamas en el esclusivismo absurdo que consiste en escojer i distinguir a una sola para ligarse con ella; sino que en esa especie en la que tenemos tanto que imitar, domina el capricho i el goce de la ámplia i mútua libertad; que favorece el desenvolvimiento de la república; considerando que esa libertad es uno de los fines de nuestra santa madre la naturaleza, contribuye al aumento de la familia i por consiguiente a a la prosperidad jeneral; considerando tambien que es de un egoismo insoportable i completamente anti-democrático que cualquier hombre pretenda poseer una mujer para si solo; considerando finalmente que la distincion de los hijos en bastardos, naturales, lejitimos, adulterinos, i del mismo modo la distincion de las mujeres en lejitimas e ilejitimas son distinciones vanas, arbitrarias, convencionales, indignas de un pueblo libre i fuerte, i de una sociedad que no quiere tener en adelante otro guia i otra regla que la naturaleza; decreta:

«Todo ciudadano i ciudadana podrá casarse libremente con quien quiera, desde la edad de dieziocho años para los ciudadanos i de dieziseis para las ciudadanas, i reconocer los hijos que quiera, de modo que no haya lugar a distinguir entre los hijos lejitimos i los que no lo son i que la familia pueda enriquecerse indefinidamente para mayor prosperidad de la comuna i de la república.

«En cuanto a los hijos no reconocidos, como es preciso que álguien los patrocine, la Comuna los reconoce i lejitima, promete ser para con ellos padre vijilante i buena madre de familia, i espera que el titulo de hijo de la Comuna sea un titulo honroso, i que su tutela no parecerá demasiado dura para aquéllos a quienes haya acojido.»

Lo que pasaba en la Iglesia de Santiago, sucedia en todas, en todas se llegaba a iguales estremos de sacrilejio i de escándalo.

Ahora bien, señores, hablando humanamente ¿no era casi lícito dudar de la justicia de Dios cuando no se hacia sentir terrible e inmediato el castigo de aquella insensata profanacion?

I esto se llama un progreso. Asi es como el rojismo quiere que se eduque al pueblo. Hablarle de fé, de caridad, de moralidad, recordarle sus deberes para con Dios, es ofuscar su intelijencia, deprimir su carácter i hacerlo inhábil para gozar de los beneficios de la libertad. Pero, predicadle la prostitucion, habladle de sus derechos i no le recordeis nunca deberes, que son invencion de los fanáticos, i ya tendreis un pueblo grande, un gran pueblo capaz de todo progreso i de comprender la civilizacion de este siglo.

La impiedad es canalla, ha dicho un gran pensador, i efectivamente, señores, porque sus obras son estériles miéntras no se rebaja el hombre hasta el nivel de las bestias, miéntras no se pervierte su intelijencia, miéntras no se corrompe su corazon.

Fijaos bien, señores, porque la terrible leccion no debe ser perdida para nosotros. El rojismo no puede dominar sino corrompiéndolo todo, i por eso su primer afan cuando procura preparar su dominacion es arrancar del corazon del pueblo el jérmen de todas las virtudes privadas i sociales: el sentimiento relijioso. Su primera i mas difícil victoria es conseguir que la impiedad sea jeneral; cuando esto logra se puede pronosticar que la hora de su dominacion ha llegado.

Teneis, sin duda, noticia de los largos trabajos preparatorios que habia emprendido en Paris para afianzar su triunfo posterior. Los clubs, los folletos, los diarios, eran otras tantas cátedras en que se predicaba el ateismo diariamente, hora por hora, en todas las épocas i bajo cualquier pretesto.

(Continuará.)

Contenido de este número.

I.—Nuestro ideal literario, por Zorobabel Rodriguez, páj. 17.
II.—La mariposa, poesia, por Raimundo Larrain C., páj. 20.
III.—Arcesio Escobar, continuacion, por Enrique del Solar, páj. 20.
IV.—A Celinda, letrilla, por Elias A. Cáceres Piñeiro, páj. 23.
V.—Santa Teresa de Jesus, por Ventura Blanco, páj. 23.
VI.—Desvelo, conclusion, por Ruperto Marchant Pereira, páj. 25.
VII.—La Comuna i sus enseñanzas, continuacion, por Máximo R. Lira, páj. 28.

IMPRENTA DE «EL INDEPENDIENTE,» calle de la Compañía, núm. 102.

LA ESTRELLA DE CHILE.

AÑO V. Santiago, octubre 22 de 1871. Núm. 212.

NUESTRO IDEAL LITERARIO.

(Conclusion.)

V.

Pero hai una escuela literaria que rechaza como falso i como peligroso el ideal que acabamos de diseñar i que, siguiendo otros rumbos, nos acusa de sacrificar el arte i lo bello en aras de un misticismo estrecho o a lo ménos en aras de un exajerado espiritualismo. Esa escuela es la escuela realista: es la escuela que, despues de proclamar *el arte por el arte* proclama la fotografía por procedimiento i la perfeccion de la forma por ideal.

Esa escuela es una escuela de aberracion i de decandencia: de aberracion, porque la mente apénas concibe formas que no correspondan a una sustancia, i símbolos que no revelen alguna idea; i de decadencia, porque la condicion que constituye las obras maestras del arte i de la literatura, de todos los tiempos i de todos los jéneros, es la irradiacion de la idea al traves de las formas, es la encarnacion de esa idea en un trozo de música, en un cuadro, en un poema, en una oda; es la trasparencia del pensamiento revestido por el jénio de una forma propia para mostrarnos sus íntimos encantos al traves del mármol, de los colores o de los sonidos.

«La idea mas justa i luminosa que sea dado formarse del arte es considerarlo como una palabra, dice un gran pensador contemporáneo. En aquél como en ésta hai un alma que se muestra, una vision que se refleja, una forma que esprime, un fenómeno interno que se hace sensible hácia fuera. La analojía es perfecta. En un sentido trascendental la palabra i el arte son idénticos; la una i el otro dependen de la misma lei i crean la misma estética. Las mismas causas que corrompen la palabra corrompen el arte, i lo que eleva i purifica a la una jamas puede ser causa de abatimiento i decadencia para el otro. Ahora bien, permitid que os lo recuerde, lo que constituye la esencia, la dignidad i la gloria de la palabra, es ser ántes que todo una espresion del pensamiento, es ser siempre i por doquiera la forma trasparente de la idea. El signo, sin duda que en el arte como en la palabra, no puede ser ni suprimido ni desdeñado. Tiene un valor que es siempre relativo a la idea que debe espresar; pero no tiene derecho a constituir el arte, el mismo i para sí mismo, i fuerza es que conserve ante la real majestad del arte su papel de instrumento, de medio, de súbdito. Si el signo en la palabra o en el arte pretende brillar por sí mismo i encerrarse en sí mismo, falta a su objeto i traiciona su destino. Así es que en la palabra i en el arte el peor de todos los abusos es la preocupacion i el rebuscamiento de la forma por la forma sola, como fin, como ideal, como objeto. En ninguna esfera del arte la forma es para sí propia, i cualquiera que por el loco capricho de hacer admirar una forma artística, detiene i fija en ella la mirada del observador, sin dejarle divisar ni adivinar nada mas allá, destruye la primera condicion del arte que es la espresion de la idea. La mayor desgracia que pueda acontecer a un orador, como orador, es producir efecto e impresionar al auditorio independientemente de las ideas que espresa i lo que es cierto de la oratoria no lo es ménos hablando en jeneral del arte: todo efecto producido por el único prestijio de la forma es anti-artístico; es el arte *al revés*; es la corrupcion misma del arte.»

Nos parece que seria imposible esplicar con mas verdad i precision el papel que en las producciones artísticas i literarias corresponde desempeñar respectivamente a la idea i a la forma, al espíritu i a la materia. El feliz consorcio de una i otra es el sello de las obras maestras que han atravesado los siglos excitando la admiracion de las jeneraciones; al paso que el descuido de la forma o la carencia de toda idea en las composiciones de la literatura o del arte, son los dos caminos por donde se lle-

ga a la nebulosa rejion del iluminismo, o a las abyecciones del realismo.

Es preciso, pues, huir de esos dos escollos i hacer esfuerzos por dar a las producciones artísticas un alma espiritual vestida con todos los esplendores de la naturaleza; un alma espiritual que le impida caer en el charco del sensualismo, i un cuerpo que le impida evaporarse entre las nubes.

VI.

Penetremos ahora mas al fondo de nuestro asunto i tratemos de manifestar como el cristianismo verdadero, completo i fecundo, es decir, el catolicismo, influye directamente sobre la literatura, vivificándola por todos sus poros, elevándola, depurándola, casi divinizándola.

I desde luego ¿cómo olvidar que todo católico es un hombre de fé i que sin fé no hai arte posible? Recórrase con la imajinacion la gloriosa série de las obras maestras del injenio humano, i digasenos cuál es aquélla que no sea la espresion entusiasta, intelijente i acabada de la fé de su autor? La arquitectura debe a la fé i ha consagrado a la fé sus mas grandiosos monumentos; la pintura ha encontrado en la fé sus inmortales tipos de belleza; la música sus mas arrebatadoras armonías; la poesía casi la totalidad de sus mas inspirados poemas, i hasta las ciencias naturales i exactas sus mas útiles i asombrosos descubrimientos. Solo la fé robusta de Miguel Anjel, este rei de los arquitectos, pudo inspirarle la sublime osadía de levantar a Dios un templo digno de su magnificencia i grandeza, i la fé solo pudo sostener su espíritu e iluminar su intelijencia para salir airoso en empresa tan colosal: solo la fé en la encarnacion del Hijo de Dios en el seno inmaculado de una Virjen pudo inspirar a Rafael, su *Transfiguracion* i a Murillo su *Purísima*. I si Homero no hubiera creido en los dioses, ni Virjilio en los grandes destinos de su nacion i de su raza ¿habria tenido el mundo la Iliada i la Eneida? ¿I Dante nos habria mostrado el Infierno con sus horrores, i el Paraiso con sus delicias, i el Purgatorio con sus tormentos endulzados por la esperanza, si la fé no hubiera depositado ántes en su cerebro i en su corazon esas imájenes grandiosas, terribles o consoladoras de otro mundo al cual solo es posible entrar por la portada de la relijion? I el ilustre marino que al traves de mares ignorados i superando las tormentas del Océano i las tormentas de una tripulacion medrosa i desconfiada, buscaba un nuevo mundo para hallarlo al fin tan rico, tan espléndido i gracioso como en sus ensueños lo divisara ¿no era guiado por la fé, i aguijoneado por el deseo de conquistar almas para su imperio, i sostenido por ella en medio de los contrastes, de las decepciones amargas i de las cadenas que manos infames echaron a sus piés?

Sabemos que hai escepciones; pero esas escepciones, escasas por su número i de segundo órden por su importancia, léjos de destruir la regla jeneral, son mas bien propias para confirmarla. Es verdad que Lucrecio escribió su poema: *De natura rerum*; pero ¿qué es Lucrecio comparado con Virjilio? Es cierto que la Alemania ha tenido en Gœthe un cantor del escepticismo; pero aparte de que el éxito de los que oponen el escepticismo a la fé se esplica hasta cierto punto por el interes supremo que ésta sabe despertar siempre ¿seria una temeridad afirmar que bien vale la *Mesiada* un *Fausto*? I en cuanto a Inglaterra, reconociendo i confesando que Byron, por las dotes del corazon i de la fantasía fué un gran poeta ¿quién se atreveria a anteponerlo a *Milton*, al sublime cantor de Satanas, al gracioso cantor del Paraiso?

Sin quitar por lo tanto a nadie la gloria que le pertenezca, reconociendo el talento bajo cualquiera forma que se manifieste, confesando, si es preciso, que hai algo que impone i que seduce en el espectáculo del jenio que trata de buscar un ideal léjos del ideal divino, o que en términos mas exatos, erije su propio yo en ideal, hai que rendirse a la evidencia: la fé es la luz mas segura que guia al artista i al hombre de letras que busca el tipo de lo bello, la mano mas vigorosa que puede sostenerlo en la difícil, larga, i a veces amarga tarea, de fijar ese tipo i de hacerlo sensible por medio de los colores en un cuadro, de los acordes en una pieza de música, o de las palabras en una poesía.

VII.

Pero ni el cristiano es solamente un hombre de fé, ni el cristianismo lleva por este solo cauce al mundo de las letras su savia bienhechora. Si la fé es una direccion segura, una base firme i una regla infali-

ble para el arte, la esperanza cristiana es un aliento, una luz, un iman, que impulsándola hácia arriba, le comunica sus celestes aspiraciones.

La influencia saludable ejercida por la esperanza cristiana sobre el arte es mas fácil de sentirse que de esplicarse.

¿Cómo esplicar ese algo que los artistas cristianos saben poner en torno de la cabeza augusta del Hijo de Dios, ya sea adolecente apénas disputando en el templo con los doctores de la lei, ya sea agonizante en la cruz, ya transfigurado en el Tabor, para indicarnos no solo que dentro de ese cuerpo hai una alma espiritual, sino tambien para irradiar al traves de ese cuerpo los resplandores de la divinidad?

¿De donde viene, si no viene de la esperanza cristiana, ese sello de inmortalidad que saben grabar los grandes escultores sobre la frente de las estátuas consagradas a perpetuar la memoria de los santos en nuestras iglesias i de los muertos queridos en nuestros cementerios? ¿No es cierto que hai ojos, que apesar de cerrados, parecen contemplar una vision celeste? ¿No es verdad que hai frentes que parecen iluminadas por una luz divina? Que hai melodias que parecen robadas de los conciertos de los serafines? ¿Qué hai arcos, i bóvedas, i ojivas que parecen impacientes por desprenderse de la tierra i subir al cielo, siguiendo el pensamiento del arquitecto que trazó sus líneas i concibió su plan? ¿Qué hai himnos que arrebatan a otro mundo por la elevacion del pensamiento, por la sencillez de la forma, por la vehemencia de los afectos i la sublimidad de las aspiraciones?

Sí, es la esperanza cristiana la única esplicacion de estos prodijios. Antes que ella hubiese caido sobre el mundo de los sagrados labios del Mártir del Calvario, ántes que en el mundo hubiese artistas que repitiesen con fé inquebrantable el *credo in vitam æternam* de nuestro símbolo, pudo tallarse en mármol, fijarse en el lienzo, espresarse en versos armoniosos, el tipo perfecto de la belleza humana; pero si se esceptúa una que otra obra en que es posible percibir los estériles esfuerzos del jenio por encontrar un mas allá instintivamente adivinado, ese rayo celeste que deja ver la trasparencia del alma i que revela la nobleza de su orijen i la grandeza de su destino, falta completamente.

VIII.

A las saludables influencias de la fé, a las elevadas aspiraciones de la esperanza, hai que agregar el ardor jeneroso i la fecundidad inagotable que comunican a la literatura i al arte el amor a Jesucristo i el amor a nuestros semejantes, es decir, la caridad cristiana.

Todo el cristianismo reposa sobre el corazon de Jesucristo. El anhelo de beber a raudales las delicias del amor divino en ese corazon divino, es el secreto del heroismo de los mártires, del celo de los misioneros i de los asombrosos triunfos que los santos obtienen sobre las pasiones mas dominadoras, venciendo todas las flaquezas i contrariando las mas irresistibles pendientes de la naturaleza humana.

Ahora bien, un amor tal no se concibe siquiera, sino como inspirado por un objeto infinitamente amable i por lo tanto infinitamente hermoso; porque no se ama con todas las potencias del alma sino aquello que la mente concibe i que la imajinacion contempla como compendio májico de todo lo amable, como tipo acabado de todo lo bello.

¿Quién ignora que si el amor sensual es egoista i desconfiado el amor puro es jeneroso i espansivo? ¿Quién no sabe cuánto cuesta al que ama con este casto amor guardarlo en el fondo de su corazon sin contar sus inefables dulzuras, sin hacer llegar a los demas hombres, por medio de la palabra, de los colores, de las líneas, de los armoniosos sonidos, sus rayos luminosos i vivificantes? ¡Ah! i cuánto pesa el secreto del amor en el corazon del que sabe amar de esa manera! ¡I cómo va repitiendo por todas partes el nombre del objeto amado! ¡I qué solícito se muestra para publicar los encantos de su belleza por todos los medios posibles!

Supóngase al jenio impulsado irresistiblemente a revelar a los hombres las maravillas de ese ideal, a comunicarles los sentimientos que le enciende i las ideas que le inspira, i se tendrá el orijen i la esplicacion de muchas obras maestras que de otra suerte serian absolutamente inesplicables. Así se esplica ese algo de sobrehumano i luminoso que los primeros cristianos, apesar de la rudeza de un arte todavía naciente, encontraban el medio de reflejar sobre las frentes de sus mártires i

al rededor de las cabezas de sus Cristos. Ese es el secreto de los majestuosos momentos arquitectónicos de la Edad Media, que en la edad moderna no han podido ser ni superados ni siquiera imitados. ¿Qué cuadros podria pintar hoi, si volviese a la vida, aquel frai Anjélico de Fiésole que no podia pintar un Cristo crucificado sin que las lágrimas anublasen su ojos? ¿Qué poemas, a haber cultivado la poesia, nos habrian dejado, aquel Francisco de Asis cuyo amor al Padre Celestial lo hacia fraternizar en un mismo himno de alabanzas con la naturaleza toda, aquel otro Francisco que escribia: *o amar o morir*!—o para no abandonar este nombre que es como la síntesis de toda caridad—aquel otro Francisco, conquistador de cruz i de breviario, que moria en remotas playas abrasado por la sed de nuevas conversiones i por el anhelo de descubrir nuevas comarcas i nuevos pueblos que someter a la lei de Jesus esclamando: *Amplius! amplius!*

I ese grito, por mas que estrañe la transicion ¿no es el mismo *¡excelcior! ¡excelcior!* de Longfellow, el poeta contemporáneo del trabajo, de la democracia i de la libertad?

Pero no hai, si se reflexiona, por que estrañar estas coincidencias: sin caridad, es decir, sin amor a Dios i sin amor al prójimo, toda obra poética considerable es imposible.

Es necesario, de toda necesidad, que el hombre, para levantarse a si mismo i para levantar a sus hermanos, se purifique, fortalezca e inspire en el corazon de Jesucristo: es necesario que ántes haya encontrado en ese divino tabernáculo la luz de lo verdadero, el ideal de lo bello i el ardiente foco de la caridad.

I si hubiese quien, haciendo un desdeñoso jesto, nos interrumpiese aquí esclamando: ¡misticismo! ¡acetismo i murmurase a nuestro oido algunos nombres que traen a la memoria, al mismo tiempo que la santidad mas perfecta la mas completa ausencia de todo sentimiento estético, nuestra contestacion no se haria esperar. Eso prueba, le diriamos, que, como ya lo hemos observado, hai un abismo entre la concepcion i la espresion; abismo que solo es dado atravesar a las alas del jenio i a cuya orilla nos quedamos, tristes o desesperados, cuantos no hemos recibido de Dios ese magnífico presente. Nó: la caridad es la condicion necesaria de todas las grandes obras de la literatura i del arte; pero no es ni la literatura ni el arte, como el fuego que calienta el caldero, orijen de la fuerza, no es la máquina que se mueve ni suple al maquinista que la dirije.

IX.

Puesto que es preciso concluir, concluyamos justificando, desde el punto de vista literario, el carácter rigorosamente moral, puro i honesto que *La Estrella de Chile* exije en todos los trabajos que publica.

¿No seria esta exijencia un capricho? ¿No habria en ella un anzuelo tirado a los cándidos? ¿Seria temeridad considerarla como un espediente útil para abrir al periódico mas fácilmente las puertas de los hogares? O acaso ¿no estará la causa de esa condicion inadecuada, en el empeño propio de fanáticos i de sectarios, de verlo todo de un mismo color, al traves de un mismo prisma, refiriéndolo a una sola causa i enderezándolo a un edéntico fin?

Pero si en aquella exijencia no hubiera mas que un capricho, una especulacion o una monomanía de sectario, ella no seria racional i literariamente justificable. Ahora bien, lo contrario es lo que sucede, pues nada es mas fácil que señalar las benéficas influencias de la virtud sobre la literatura i el arte, es decir, sobre la creacion de la belleza.

I desde luego si en toda obra de injenio pone el autor una parte de su alma, si ella mas o ménos directamente, es el necesario reflejo de su espíritu ¿no es claro como la luz que cuanto mas pura, hermosa i elevada sea la mente que imajina, el corazon que siente i la mano que ejecuta, tanto mas natural i fácilmente la obra podrá reunir aquellas preciosas cualidades?

¿Dónde encontrará el menguado acentos dignos de los héroes? ¿Dónde el egoista la dulce voz de la fraternidad humana? ¿Cómo el libertino, de cuerpo i de espíritu gastado, podrá pintarnos en una novela o en una poesia los misterios del amor virjinal sin profanarlos? Tanto valdria esperar de un ciego la descripcion de un paisaje o imajinarse que un cerdo pudiese besar una azucena sin mancharla.

Hé ahí, pues, como toda obra de literatura, que es siempre, quiérase o nó, una obra de sinceridad—para ser bella, amable i elevada tiene forzosamente que ser el re-

flejo de un alma tambien bella, amable i elevada; i henos por consiguiente justificados cuando, como hombres de letras i nada mas que como hombres de letras, exijimos la moralidad como una condicion i nos la proponemos como un fin de nuestros trabajos literarios.

Por otra parte toda nobleza obliga i no hai gran poder que no implique una gran responsabilidad. ¿I qué nobleza mas ilustre que la de las letras? ¿I qué poder mas grande, en el espacio i en el tiempo, que el que puede ejercer el talento por medio de la literatura i del arte?

Ahora bien ¿es racional, es concebible siquiera, que Dios haya prodigado a algunos hombres sus mas ricos dones sin imponerles en cambio nobles deberes i sin investirlos por ese mismo hecho de alguna mision de progreso?—Tal hipótesis seria absurda.

Hai por lo tanto que convenir en que la literatura, para corresponder a su fin i el hombre de letras para desempeñar su elevada mision, tienen que ser eminentemente civilizadores o, lo que es lo mismo, eminentemente moralizadores. El sol de lo bello en el mundo moral debe desempeñar el papel que Dios le señaló en el mecanismo de las intelijencias, como el grande astro luminoso que sirve de centro al mundo planetario desempeña su papel sobre los seres de la creacion material—haciéndolos, no solo jerminar, florecer i fructificar, sino tambien crecer i levantarse. La belleza literaria debe ser asi, solaz del espíritu, recreo de la intelijencia, alegria del corazon; pero debe ser todavia algo mas: debe ser, para el espíritu, luz al mismo tiempo que solaz; para la intelijencia, verdad al mismo tiempo que recreo; i para el corazon, pureza, virtud i preservativo al mismo tiempo que alegria.

¡Bendito el arte i bendita la literatura que, ajustándose en sus producciones al ideal que acabamos de diseñar, sepan mostrarse dignos de su orijen casi divino i a la altura de su mision civilizadora! ¡Benditos los hombres de arte i los hombres de letras, que favorecidos por Dios de la facultad de descubrir al traves de todas las bellezas visibles, imperfectas i creadas, la belleza invisible, absoluta i eterna, saben corresponder a un don tan alto, mostrando a la humanidad ese ideal en obras propias para hacer a los hombres mas ilustrados, mas virtuosos i mas felices, es decir mas semejantes al Creador!

Santiago, octubre 13 de 1871.

ZOROBABEL RODRIGUEZ.

ANACREONTICA.

Me agobia la tristeza
Al ver cual se deslizan
Con bárbara presura
Los años de la vida.

La vida! llama incierta,
Que vacilante oscila
I apaga un leve soplo
Sobre la tumba fria....

En vano en sus delirios
Quisiera el alma altiva
Burlarse de la suerte
I desafiar sus iras.

Mezquino el goce, un límite
Toca, i veloz espira,
Como inconstantes olas
En la serena orilla.

¡Dicha, esperanza, amores,
Bella ilusion magnífica,
Fuego que el tiempo raudo
Convertirá en cenizas!

Aquí un jardin ameno
Donde el placer se aspira
I, a un paso mas, la huesa
Turbando nuestra vista....

I al apurar la copa
Que el dulce amor nos brinda
Mirar sobre la frente
La espada suspendida....

Mas si llegar es fuerza
A la mansion sombría
¿Qué vale en llanto inútil
Bañar nuestras mejillas?

Ven tú, mi dulce hermosa,
Mi encantadora amiga,
La que el pesar destierra
De mis amargos dias.

Ven, i en tu labio trae
La anjélica sonrisa,
Con que olvidé mil veces
El mundo en que vivia.

Arranca de mi pecho
La punzadora espina:
No hai pena que me agobie
Si gozo tus caricias.

Mirando tu hermosura
Que el corazon hechiza
Enamoradas trovas
Entonaré en mi lira.

Amándonos, hermosa,
Verás como se olvidan
Recuerdos matadores
Que el alma martirizan.

¡Formen cadena estrecha
Tu mano con la mia,
I a separarnos venga
La suerte con su ira!

OLIMPIO.

ARCESIO ESCOBAR,
POETA GRANADINO.

(Conclusion.)

VII.

La primera vez que sonó en nuestros oidos el nombre de Arcesio Escobar fué con ocasion de un certámen, que la tertulia literaria que se reunia entónces en casa del señor Lastarria, promovió para celebrar la inauguracion de la estátua del célebre abate Molina.

La estátua de bronce del historiador chileno era la primera obra de su especie que se trabajaba en el pais; i la poesía se apresuró a unirse a la escultura para rendir su homenaje al gran escritor que hizo conocer a la Europa nuestra historia nacional.

Escobar, que se hallaba por aquel entónces en Santiago, desempeñando el cargo de secretario de la legacion granadina, se apresuró a oponerse al concurso.

Su composicion fué colocada en el último lugar, i sin calificar el fallo de los que juzgaron esas piezas poéticas, en nuestro humilde juicio la del bardo granadino es de un mérito superior en mucho a las otras presentadas.

Desde luego nos llamó en ella la atencion el corte clásico de sus magníficas octavas, la bien entendida moderacion en los ornatos poéticos i sobre todo la fidelidad con que supo pintar a grandes rasgos el carácter del ilustre escritor.

Mui luego tuvimos ocasion de confirmarnos en el ventajoso juicio que habiamos formado del jóven cantor de Molina.

La *Revista del Pacífico* comenzó poco despues a engalanar sus columnas con algunas de sus producciones.

Leimos allí con placer el canto *a los Andes*, magnífico rasgo de inspiracion, del que vamos a dar algunas muestras. El bardo ya se sentia herido por el cuadro que a sus ojos presentaban las disensiones civiles del continente tamericano; talvez predecia los males que pocos meses mas tarde debian caer sobre su propia patria! Ah! aquél no era un himno de esperanzas, era un canto sombrío, lleno de lúgubres temores. La América en 1860 estaba desgarrada por la ambicion i presentaba do quier el lúgubre espectáculo de la destruccion. Nada halagüeño podia presentarse al poeta que con razon esclamaba:

«Los pueblos que han debido crecer sobre
[los Andes;
I bajo de sus selvas vivir en santa union;
Los pueblos que creyeron formar naciones grandes
I conquistar la gloria i eterna admiracion:
Hoi viven entregados a bárbara anarquía,
La guerra fratricida su seno desgarró:
El ánjel de las iras vertió su copa impía
I en una vasta hoguera la América incendió.
Los llanos i montañas son campos de batalla,
El agua de los rios teñida en sangre va:
Las mieses de los campos las corta la metralla,
I el humo del combate cubriendo el cielo está.
República se llama la horrible tiranía,
Se oculta con el nombre la odiosa realidad;
Las leyes, los derechos son solo una ironía,
Mercedes que un soldado concede por *bon-*
[*dad.*»

Hoi que la América al fin va comprendiendo los beneficios del órden, cuando son ménos los pueblos tiranizados i la anarquía

vá cediendo su puesto a la paz i al progreso, se podria cantar de otra manera. Pero entónces ¿cómo hablar de esperanzas?

Esas razas que habian sacudido el yugo español eran esclavas de famélicos soldados que parecian destinados a esterminarlas. ¿Dónde pues buscar la libertad? El poeta desconsolado la busca en las razas primitivas, en esas tribus nómades que recorren todavia los bosques de la *Virjen del mundo*.

«Acaso allá en los bosques incógnitos, distantes,
Que forman de los Andes la vasta soledad;
Allá talvez las tribus de indíjenas errantes
Disfrutarán felices de paz i libertad.
Esas naciones bárbaras escojen en las faldas
De los lejanos montes un bosque en que vivir;
Los huesos de sus padres llevando en sus espaldas,
Aguardan resignados el mismo porvenir.
El arco con las flechas es su único tesoro,
Su patria los desiertos, sin lei ni sociedad;
Descansan a la sombra de un roble o sicomoro
I hasta su sueño arrulla la misma tempestad.
Los ecos del torrente que rueda por las peñas
Halagan de esas tribus la calma i la quietud;
I dueños soberanos de selvas i de breñas
Pasar miran felices vejez i juventud.
En la alba lo despiertan los pájaros cantores,
Que desde la enramada lo invitan a marchar;
El ora unos instantes al Dios de sus mayores
I sigue, otras florestas mas verdes a buscar.
Oh! guarda entre tus sombras, inmensa cordillera,
La vida de las tribus que indómitas estén;
Proteje a la Goajira i a Arauco la guerrera
I a las que cruzan libres las selvas del Darien.
Que miéntras el salvaje su flechas suelte al viento
I huelle con sus pasos la vasta soledad,
Se escuchará en los Andes con varonil acento
El himno de la América, la voz de libertad.»

Este pintoresco cuadro tiene un mérito indisputable. Hé aquí descrita en pocas líneas la vida salvaje de nuestros indios. Mui poco mas podria exijírsele al poeta.

Despues de esta descripcion de la vida del indíjena vamos a colocar otra pieza de Escobar, que tiene con ella cierta analojía. No es orijinal sino imitacion de un poeta ingles; i creemos que es la primera vez que se publica. (1)

Hélа aquí:

(1) Debo la copia de esta composicion al distinguido literato don René Moreno, íntimo amigo de Escobar, quien me la ha facilitado.

EL CADÁVER DEL SALVAJE.

(Imitacion de Williams Cullen Bryant.)

Llevadle, sí, llevadle a la llanura,
Depositad allí su cuerpo yerto,
Que la grama del campo i su verdura
Engalanen la agreste sepultura
Del hijo valeroso del desierto.

Del mas grandioso ser que ha Dios formado
Su bella imájen, la creatura humana,
Solo queda ese resto inanimado,
De cuya yerta sien será borrado
El sello de su mano soberana.

Al despojo del hombre i a la muerte
Debe el hombre respeto i sentimiento,
Porque es siempre sagrado el polvo inerte
Que fué templo del noble pensamiento
I animó Dios con su inmortal aliento.

En su robusto pecho palpitaba
Un corazon magnánimo i altivo,
I su mirada ardiente reflejaba
Una alma, que sin mancha conservaba
La grandeza del hombre primitivo.

Ese hombre nunca conoció ciudades
No admiró de sus artes el portento,
Pero léjos del mundo i sus maldades
Vivió errante en las vastas soledades
Bajo el palio turquí del firmamento.

El amaba las brisas rumorosas
I de los montes la apacible sombra,
El cielo azul, las noches silenciosas
I las fuentes que ruedan bulliciosas
De la llanura por la verde alfombra.

De las florestas hijo, allí tenia
La cara patria i el hogar nativo,
I en medio la intemperie allí vivia
Sin resguardarse de la lluvia fria
Ni de los rayos del calor estivo.

Con desden impacible desafiaba
La tempestad i el pavoroso trueno,
Las ondas con su brazo dominaba
I con audaz arrojo se lanzaba
De las cascadas al hirviente seno.

Eran sus marchas en la selva humbría
Por los celestes astros orientadas,
I con rumor (que él solo conocia)
El suelo silencioso le advertia
Del distante enemigo las pisadas.

¡Valiente raza que ha desparecido
Con su historia i sus selvas seculares!
Una raza rival le ha sucedido
Que altivos monumentos ha erijido
Sobre el leño infeliz de sus aduares.

Su hogar es nuestro; el agua de sus fuentes
Apaga nuestra sed i nos recrea,
Mieses nos dan sus campos florecientes
I a nuestras bellas de nevadas frentes
De su selva el ramaje las sombrea.

¡Pobres indios! Sus bosques i el collado
Donde al sol adoraban, son ajenos;
Su suelo entero ha sido conquistado
I nada!... nada!... se les ha dejado:
¡Que les queden sus tumbas a lo ménos.

1861.

VIII.

En las valientes estrofas del canto a *Los Andes*, el vate predecia ruinas futuras. En otra de sus composiciones escrita seis años mas tarde llora el cumplimiento de sus funestos augurios.

El canto a *Los Andes* lleva la fecha de 1860; la oda a *La Patria i la Fé* de que vamos a ocuparnos, fué escrita seis años mas tarde.

Entre ámbas fechas ha corrido un lapso de tiempo tristemente funesto para la Nueva Granada.

Los demagogos no han dejado nada por destruir. Instituciones políticas, ideas morales i relijiosas todo ha desaparecido bajo el réjimen de Mosquera.

Al entonar Escobar su oda a la *Patria i la Fé* es un nuevo Jeremias que llora sobre los encombros del templo i las ciudades despobladas.

Vé las ruinas el poeta, i predice el castigo; pero su alma no desmaya i templando su lira enlutada aun tiene acentos sublimes con que saludar al árbol de la vida.

Oigámosle:

«Ese árbol es la cruz!... Sombra de gloria
Dan a la tierra sus benditos brazos,
I aparecen en ellos supendidas,
Como trofeos de su santa historia,
Las cadenas del mundo hechas pedazos:
Las razas i naciones confundidas,
Por el amor unidas,
Se agrupan al rededor de esa cruz santa,
Donde impotente el mar de las edades
Se estrella en vano, i la impiedad quebranta
Las olas de sus fuertes tempestades,
Porque la ampara el brazo de Dios mismo
Contra el poder del tiempo i del abismo!»

Para cantar asi es necesaria la verdadera inspiracion.

Recorriendo el cuadro de las iniquidades cometidas por los opresores de su patria, teme el bardo prescrito que el Señor descargue su ira sobre la nacion impia. No quiere el mismo que su patria viva envilecida; pide su destruccion; sino ha de lucir para ella el dia de la rejeneracion.

«Dios de mis padres! fervoroso os pido
Que ántes que viva para eterna afrenta
El nombre sin ventura de Granada,
Lo lanceis a la noche del olvido:
Las alas desatad de la tormenta
Que ruje a vuestros piés encadenada,
I en la nacion culpada
Vuestro enojo vengad con diestra fuerte.
¡Patria! la lira de tu bardo triste
Jime doliente al demandar tu muerte
I a acompañar mi acento se resiste:
Quiero al olvido descender contigo
Antes que ver tu afrenta i tu castigo!»

Exhorta por fin a los bardos de su patria a elevar un himno pidiendo por los hermanos estraviados i concluye orando porque

Recobre la nacion desventurada
La paz, el órden i la fé primera;
I los que al cielo, insanos desafian,
Sepan que estais con los que en vos confian.

Igual en la intencion i no ménos notable que la *Patria i la Fé* es la oda de Escobar titulada *El Mártir* i dedicada a honrar la memoria del Iltmo. obispo de Antioquia, doctor don Domingo A. Riaño, fallecido en el destierro, como todo cuanto habia de bueno i de noble entre los hijos de Nueva Granada.

Escobar era natural de Antioquia, i dedica en esta oda algunas estrofas a su ciudad natal.

«I ¿en dónde el brazo i jeneroso pecho
Estaban de los hijos de la tierra
Por cuyos montes ruedan los torrentes
De venas de oro en anchuroso lecho,
I cuyo seno bendecido encierra
De Córdoba inmortal los descendientes?

¡Qué! En los pechos valientes
De los héroes de Antioquia, en donde ardo
Del cristiano la fé, del libro el brio,
¿Pudo abrigarse timidez cobarde
Ante el mandato del tirano impio?
La altiva Antioquia, cuna del denuedo,
¿Pudo al pastor abandonar por miedo?
»Nó, imposible! De Antioquia en la comarca
Jamas a un corazon la cobardía
Hizo temblar, que es grande i valeroso

Cuanto el recinto de ese suelo abarca;
Mas ¡ai! el cielo permitió que un dia,
Cual cubre a firme roca el mar undoso,

El huracan furioso
De fratricida guerra oscureciera
De esas montañas el azul sereno,
I que arrancara la discordia fiera
Al pastor infeliz del tierno seno
De la valiente grei, que sus hogares
Salvó, mas no al guardian de sus altares.»

Efectivamente, despues de algunas derrotas, el partido católico de Antioquia logró rehacerse en 1863; pero no alcanzó a detener a su santo pastor, que ya habia marchado al destierro.

No dejaremos esta composicion sin haber copiado la última estrofa, notable por su viril enerjía:

«Gran Dios! yo he visto dominando el mundo
Los hijos de Cain, i en son de guerra
Queriendo alzar hasta tu excelso trono
El grito audaz de su rencor profundo!
He visto al justo huérfano en la tierra,
Sumido en el dolor i el abandono,
Víctima del encono
De la maldad! Mas tu divino acento
Dice a mí fé cristiana: ¡Ai del impío!
¡Ai de su gloria i su poder sangriento!
Dios mostrará su inmenso poderío,
I el rayo de su diestra soberana
Tornará en polvo la soberbia humana!»

Este es el lenguaje con que el alma honrada al anatematizar los crímenes de los déspotas que oprimen a la humanidad olvidados de que sobre su orgullo i poderío está la eterna justicia de Dios.

Para formar un contraste con la cita anterior copiaremos la descripcion de la llanura de Medellin, impregnada en el aroma de los campos, i rica como la naturaleza espléndida de ese país privilejiado.

Desde la cima de elevado monte
Se vé de Medellin el verde llano,
Sus torrentes, su cielo de verano,
Sus montañas de forma colosal;
Es la llanura un árabe mosaico
Matizado de mieses i de flores,
I de un sol tropical los resplandores
Bañan de luz el panorama ideal.
I a Medellin en la mitad del valle
Como una virjen sobre verde alfombra,
De palmas i de sauces a la sombra
I bajo un cielo hermoso de cristal.
I entre juncos i cañas i maizales
El Abuná destrenza su corriente
Como cinta de plata trasparente
Enredada en las cañas i el junca'.
I hai en el valle fuentes que murmuran
Arrastrando sus aguas entre flores,
I hai pájaros pintados de colores
Que entonan cantos a su dulce amor;
I hai selvas i sabanas de esmeralda
I brisas perfumadas, i jardines,
I bosques de naranjos i jazmines,
I un horizonte azul encantador.

Tan magníficas estrofas no parecen de un jóven principiante; pero así deben ser porque son tomadas de la leyenda titulada *Gabriela*, obra en lo jeneral de mal gusto, i que seria escrita años ántes de que Escobar adquiriera la correccion que tanto resalta en sus poesías.

Nos hemos estendido en las citas mas de lo que habriamos querido; pero no lo sentimos porque las muestras que ofrecemos al lector, son dignas de un gran poeta, i porque no habiéndose coleccionado los versos de Escobar, éstos no son tan conocidos como debieran.

Escobar amaba con delirio las obras del Dante, de Racine i de Byron. De este último imitó algunas poesías que pueden leerse en la *Revista del Pacífico*.

IX.

Arcesio Escobar que habia nacido poeta iba alcanzando a dar a sus versos ese sello de perfeccion clásico, que mui pocos americanos logran imprimir a los suyos.

Sobrio en sus exornaciones como Rioja, era como él noble i sencillo en la espresion, no sacrificando jamas la idea a los accesorios de la retórica.

Como era majestuoso i grave en la espresion era severo i digno en la eleccion de sus inspiraciones. Jamas las buscó en otra cosa que en los sentimientos de fé i patriotismo que ardian en su alma.

Los que de cuando en cuando oiamos alguna nota de sus cantos jamas pudimos pensar que esa lira enmudeceria demasiado pronto.

Pero él habia terminado con honor la carrera de la vida i dejaba en pos de sí un imperecedero recuerdo.

¡Dichoso el vate que se inspira en objetos tan nobles!

¡Dichoso el que tan bien supo emplear el idioma divino de la poesia en defensa de la verdad i de los altares de sus padres!

Orar por los inocentes i los oprimidos, lanzar la maldicion a los tiranos que abusan de su poder, ensalzar la virtud i cantar las maravillas de Dios i de la naturaleza, hé aqui la mision del poeta. Arcesio Escobar la cumplió, sus cantos son un ejemplo del uso que debe a hacer de su inspiracion los que sienten en el alma una chispa de fuego sagrado.

Como hombre político Escobar fué puro; como hombre privado intachable. Luchó con la pluma i con la espada, sin desmayar nunca, como el atleta que jamas vuelve la espalda i se lanza animoso a lo mas crudo del combate.

Si la poesia americana pierde uno de sus primeros bardos, la causa católica de sud América no pierde por cierto ménos.

El ilustre jóven sostuvo durísimas pruebas para poder conservar incólume la fé de su alma. En medio de tantas ajitaciones, en el torbellino de ideas tan encontradas, no se estravió su razon, ni se apagó en su pecho la llama de la piedad.

La juventud americana, la quiteña sobre todo, en cuyo seno vivia desde algunos años, pierde un modelo, pero Dios ha querido que nos legue sus sentimientos i sus ideas, para que su memoria vinculada a ellos no perezca jamas.

«Lastimada profundamente mi alma por las desgracias de mi patria (escribia Escobar ántes de embarcarse para Panamá) i no queriendo ir a ella a someterme a una vergonzosa servidumbre, me ausento por un año de América i me dirijo a Europa para buscar en el estudio i en la vida errante del viajero algun solaz para mi entristecido espíritu.»

El viaje fué por desgracia el mas largo que el hombre puede emprender. Su carrera se terminó sobre la tierra, i la cruel epidemia conocida con el nombre de *fiebre amarilla* le arrebató en un instante la existencia. No minoró su amargura, ni el consuelo de dejar sus cenizas en la patria. Su tumba es el mar.

Nosotros que le debimos alguna distincion, no podemos ménos de consagrar este leve homenaje a su memoria. Escobar no necesita panejíricos; para acreditarlo como poeta quedan sus obras, para dejar sentada su reputacion como hombre de mérito eminente i de principios rectos, basta decir que vivió en un ostracismo voluntario por no traicionar sus principios de cristiano i de patriota.

Pero si Escobar perdió su patria nativa el Ecuador lo adoptó por hijo.

La juventud de ese pais lloró su muerte como la de un hermano querido, i la noticia de que el bardo colombiano no existia ya, conmovió dolorosamente a la sociedad quiteña, cual si se tratara de un duelo nacional.

Pomposas exéquias se celebraron en la capital del Ecuador por el reposo de su alma, i el orador sagrado repitió desde la cátedra de la verdad los cantos del poeta que tan bien habia sabido exaltar a Dios e interpretar el sentimiento relijioso que encendia su pecho.

Al concluir estas líneas lamentamos la desaparicion de tan noble existencia. Hombres del temple de Escobar hacen falta en América. ¡Quiera el cielo que su memoria no se borre i su ejemplo encuentre imitadores!

ENRIQUE DEL SOLAR.

VARIEDADES.

LA CORRUPCION DEL ALMA I LA DEL CUERPO.

Si se pudre solamente
Un miembro, hai dolor mortal;
Mas la corrupcion total
Del cuerpo nadie la siente.
Quien vive arregladamente
I cae, siente al momento
Amargo arrepentimiento
De la falta cometida;
Para el alma corrompida
Se acaba el remordimiento.

UN FILÓSOFO.

De la paz, del trabajo, del sosiego
Que ve reinar en la mansion paterna,
I del cariño de la madre tierna
Se fastidia temprano i huye Diego;

De fonda en fonda va pasando, i luego,
De garito en garito, i de taberna

En taberna, por último, i alterna
El ocio con la crápula i el juego.

No hai mujerzuela vil que no corteje,
Ni pillo con quien no ande mano a mano,
Ni jente honrada de quien no se aleje;

I dice: «La virtud es nombre vano:
Entre cuantos yo trato, no hai quien deje
De obrar por miras de interes mundano.»

DOS LENTES.

Goza el hombre de la luz
Del sol, pero al sol no mira,
De las gracias de Dios goza,
Pero aparta de él la vista.
Cuando contempla al sol, lo hace
Por un lente que fabrica,
Que, privando al sol de luz,
De lo sustancial le priva.
Cuando a Dios mirar pretende
La humana filosofía,
De la razon hace un lente
Por entre el cual a Dios mira,
Que, lo infinito quitándole,
La divinidad le quita.

J. M. Marroquin.

LA COMUNA I SUS ENSEÑANZAS.

Conferencia leida el viérnes 28 de setiembre en el Club de Amigos del País por el señor don Máximo R. Lira.

(CONTINUACION.)

Eso no bastó, sinembargo. Para dar a su preponderancia bases sólidas, el rojismo imperante en París llamó a aquella ciudad todos los elementos impuros que andaban dispersos por el mundo i lo hizo centro de todas las perversidades cosmopolitas. Así surjieron criminales de baja lei i fueron gobierno; así el mas firme apoyo de su administracion lo encontraron en los garitos, en todos los focos de infeccion moral i en en las cárceles de donde se sacó a los criminales para enrolarlos en las filas de su ejército.

En el curso de este trabajo tendré que referiros muchos horrores, i exhibiros la gran ciudad presa de un vértigo espantoso de sangre i de muerte. Entre tanto, como primera enseñanza de aquellos terribles sucesos, os he querido manifestar como prepara el rojismo sus triunfos i lo que se debe a su dominacion. Trabajemos, señores, por moralizar al pueblo, procuremos que no se aparte de las vias trazadas por la lei cristiana, conservémosle su fé i su relijion i habremos hecho imposible el imperio del rojismo i salvado la civilizacion verdadera.

Felices nosotros si jamas tuviéramos que emprender obras de rejeneracion porque nos hubieran bastado las obras de preservacion. Felices nosotros si nunca tuviéramos que aplicar la medicina que cura las enfermedades, porque hubiéramos aplicado a tiempo la medicina que las previene.

Octubre 5.

VI.

No terminé, señores, en la otra vez que tuve el honor de dirijiros la palabra, la relacion de los atentados del rojismo triunfante en la Comuna de París contra la relijion i sus ministros.

No vayais a creer que los casos que os cité de clausura de templos son sucesos aislados i que apénas fuera una iglesia la profanada. La clausura fué jeneral i lo fué tambien la profanacion.

Conoceis ya los discursos de las ciudadanas libres en la iglesia del apóstol Santiago. Vais a ver ahora lo que pasaba en otras; porque es de advertir que todas ellas fueron destinadas a clubs.

En la iglesia de San Nicolas de los Campos, un ciudadano pedia:

«1.° El restablecimiento de la lei de los sospechosos sobre *pruebas morales*.

«2.° Assises comunales adonde los electores pudieran citar siempre a sus mandatarios.

«3.° Que todo negociante que suspendiese su comercio por *falta de confianza* en la Comuna, perdiera sus derechos cívicos i no *pudiese jamas ejercer su profesion*.

«4.° Que todo ciudadano que rehusare servir a la república con las armas, *fuera fusilado*.»

Estas proposiciones i la muerte del arzobispo de Paris fueron votadas por unanimidad.

En la iglesia de San Miguel se habia instalado un club titulado de la *Revolucion social*. La mesa directiva estaba colocada frente a la cátedra convertida en tribuna popular, colgada de rojo, i las sesiones se abrian con la *Marsellesa* cantada por todos los ciudadanos i ciudadanas presentes, acompañados del órgano.

Asi se imitaban las invocaciones al Espíritu Santo del pueblo creyente, i la *Marsellesa*, entonada por voces beodas, era lo que se escuchaba donde ántes se oia el *Veni, Sancte Spiritus* cantado por las voces recojidas de los fieles.

Las ciudadanas del primer distrito, reunidas en la iglesia de San Jerman, se ocupaban del divorcio.

Otras ciudadanas reclamaban en la iglesia de San Ambrosio el arresto de todos los sacerdotes. I, como una prueba de la ámplia libertad de discusion que se gozaba bajo el paternal gobierno de la Comuna, una valerosa mujer, que tomó elocuentemente la defensa de la relijion, fué arrestada.

En el club que funcionaba en la iglesia de San Bernardo se votaban, entre otras, las resoluciones siguientes:

«Supresion de la majistratura i destruccion de los códigos.

«Supresion de los cultos, arresto inmediato de los sacerdotes, como cómplices de los monarquistas, causa de la guerra actual; venta de sus bienes muebles o inmuebles, e igualmente de los bienes de los fujitivos i traidores que han sostenido a los miserables de Versalles; todo en beneficio de los defensores del derecho. (El orador se colocaba entre éstos).

«*Ejecucion de un rehen importante cada veinticuatro horas hasta que se pusiera en libertad i llegase a Paris el ciudadano Blanqui, nombrado miembro de la Comuna.*»

Hé aquí los deseos i las palabras que la fraternidad roja inspiraba a los oradores que habian sustituido en la cátedra sagrada a los predicadores de una moral purísima, del amor al prójimo i de la lei eterna de caridad.

La iglesia de Nuestra Señora de las Victorias, el dia Viérnes Santo a las dos tres cuartos de la tarde, despues de la veneracion de las santas reliquias, fué invadida por un peloton de hombres, paisanos unos, guardias nacionales otros, que avanzaron hasta el santuario con sus sombreros puestos. Los acompañaba un comisario que llevaba órden del delegado en la prefectura de policía.

Este se hizo abrir los armarios del tesoro de la sacristía i procedió a hacer el inventario de los vasos sagrados, de los bronces i de los ornamentos. Entre tanto, un herrero abrió la tumba de los arzobispos, a la cual fueron otros a hacer su visita, tambien con el sombrero puesto en la cabeza i la pipa en la boca.

Los que estaban en la sacristía se apoderaron de las alcancías, cuyo producto se contó cuando el comisario terminó su inventario

Dió en seguida órden de trasportar todo el mobiliario de Nuestra Señora a un vehículo que se encontraba preparado en la plaza.

Debo decir, en honor de la Comuna, que esta vez se arrepintió de su atentado i ordenó la devolucion de aquel escandaloso robo.

No quiero callar este detalle, porque arrepentimientos de esta especie eran mui raros en ella; quizas sea éste el único ejemplo.

A este respecto, estos ejemplos bastan. No quiero tampoco multiplicarlos para dar cabida aquí a otros dos documentos interesantes que servirán para completar este cuadro.

Despues de ordenada la demolicion de la iglesia Bre, se espidió el decreto siguiente:

«El comité de salud pública,

«Considerando que el inmueble conocido con el nombre de capilla espiatoria de Luis XVI es un insulto permanente a la primera revolucion i una protesta perpétua de la reaccion contra la justicia del pueblo, decreta:

«Art. 1.° La capilla llamada espiatoria de Luis XVI será destruida.

«Art. 2.° Los materiales serán vendidos en pública subasta a beneficio de la administracion.

«Art. 3.° El administrador de bienes nacionales hará proceder, en el término de

ocho dias, a la ejecucion del presente decreto.

«Paris, el 16 Floreal del año 79.

«El comité de salud pública.

Ant. Arnaud.—Ch. Gerardin.—Leo Meillet.—Félix Pyat.—Ranviera.

Ni la santidad de los lugares, ni las glorias del pasado; ¿qué respetaban entónces los liberales de la comuna? ¿La libertad? Ni siquiera sus apariencias. Hé aqui, respecto de la de cultos, una nota del *Journal Officiel* de la Comuna, que no necesita comentarios. Decia asi en su número del 12 de mayo:

«Pronto habrá desaparecido de las escuelas de Paris la enseñanza relijiosa.

«Sinembargo, en muchas de ellas queda, bajo la forma de crucifijos, virjenes i otros simbolos, el recuerdo de esta enseñanza.

«Los institutores e institutrices deberán hacer desaparecer estos objetos cuya presencia es una ofensa a la libertad de conciencia.

«Los objetos de este órden que sean de metal precioso serán inventariados i enviados a la Moneda.»

Con esto, señores, teneis ya bastante para saber cómo practica el rojismo la libertad de cultos i de conciencia.

VII.

Las resoluciones de la Comuna relativas al matrimonio i a los templos no eran solo un atentado contra la moralidad pública i la libertad de las conciencias; lo eran tambien contra la felicidad de los hogares i la tranquilidad de los corazones.

Hé aqui dos historias conmovedoras; dos historias de dolores ignorados, i desgraciadamente no las únicas de su especie.

Hai fiesta en un hogar. Ella coronada de azahares, él con el rostro radiante de felicidad, porque el suspirado dia de la union de sus destinos i de sus almas habia llegado por fin.

Los novios acompañados de sus padres se dirijian a la maiia a llenar las formalidades prescritas por la lei civil. El maire i los adjuntos no estaban allí; habian sido reemplazados por guardias nacionales. El sarjento se ofreció a hacer las veces del funcionario legal, pero los padres se negaron a aceptar sus servicios, probablemente porque tenian conciencia de que sus hijos no eran hijos de macacos para que pudieran casarse como tales.

La modesta corona de azahares cayó deshojada a los piés de la jóven, sus ojos se empañaron para cubrirse en seguida con el brillo de las lágrimas i todos, con el corazon destrozado, volvieron al hogar tan risueño ántes de su partida i que encontraban ahora cubierto con el manto de luto de su dolor.

¿Qué le importaban a la Comuna el llanto de aquellos ojos, la angustia de aquellas almas, el luto de aquel hogar, si apesar de todo cumplia con su mision rejeneradora dando satisfaccion a las aspiraciones de las mujeres libres? I ojalá que de allí hubiera resultado un escandaloso concubinato, porque entónces, satisfecha i triunfante, se hubiera ofrecido a tomar bajo su proteccion i aun a ser madre amante i cariñosa de los desgraciados hijos del crimen.

En otro lugar, otra escena de distinta especie, pero siempre escena de dolores i lágrimas.

No es ahora una jóven vestida de blanco i coronada de flores la que se dirije al templo; es una anciana que lleva luto sobre su cuerpo, luto en su corazon, llanto en los ojos. ¡Pobre madre! en un pequeño cajon va encerrado el cadáver de su hijo i se encamina a darle sepultura.

Primero se dirije al templo. La iglesia estaba cerrada i sus puertas custodiadas por guardias nacionales: el cura habia sido encerrado en una prision.

—¿I quién enterrará entónces a mi hijo? preguntó la madre desolada.

Aqui los guardias nacionales no se ofrecieron a desempeñar los oficios del cura.

Se tomó el camino del cementerio con un desconsuelo sin nombre. La pobre madre hubiera querido ver rociado aquel ataud con agua bendita i que desde el altar se elevasen plegarias a Dios por la felicidad eterna del alma de su hijo.

Mejor, sinembargo, que no entrase al templo, porque allí habria visto que el agua bendita habia desaparecido para ser reemplazada por tabaco, i que en el altar el cáliz del sacrificio se le habia sustituido por las copas inmundas de los beodos.

En el cementerio, cuando la tierra cayó sobre aquel pedazo del alma de la madre, nada de agua bendita, nada tampoco de oraciones. Dios querria sinembargo, aceptar co-

mo oracion digna de ser escuchada los jemidos de aquel corazon atribulado i bendecir aquellas lágrimas que regaban la tierra removida de la tumba!

No hubo tampoco cruz sobre aquel pequeño sepulcro. ¡La cruz! la cruz era símbolo de atraso i fanatismo; en adelante quien quiera señalar al respeto i a la piedad de los fieles el pedazo de tierra en que reposan los restos de un ser humano, deberá plantar sobre él un palo i enarbolar allí el trapo rojo.

Ya lo veis, señores; se llaman liberales, i resulta al fin que es demasiado pedirles que dejen un templo a los que quieran orar, a los que van allí a consagrar con la bendicion del cielo la union perpétua de sus destinos; que dejen un Dios para consuelo de las madres afligidas, que dejen a los muertos reposar sobre un pedazo de tierra protejido por la cruz!

VII.

En una larga i ampulosa proclama fijada en las murallas de Paris i que llevaba por título «Declaracion al pueblo frances», la Comuna resumia así sus aspiraciones. Queria, segun la proclama:

«Garantías absolutas para la libertad individual, la libertad de conciencia i la libertad de trabajo.

«Intervencion permanente de los ciudadanos en los negocios comunales, por la libre manifestacion de sus ideas i la libre defensa de sus intereses; garantidas estas manifestaciones por la Comuna, única encargada de vijilar el libre i justo ejercicio del derecho de reunion i de publicidad.»

Acabais de ver cómo entendia la Comuna la libertad de conciencia. Semejante declaracion no era, pues, sino una burla cruel a todos aquéllos a quienes se habia impedido de un modo tan brutal las manifestaciones de su fé.

¡Libertad de conciencia! i se cerraban los templos, se encarcelaba a los sacerdotes, se impedia a los esposos la santificacion de su cariño, se prohibia a las madres que buscasen en el cielo el lenitivo de sus dolores, i se dispersaba a culatazos a los fieles reunidos en los lugares de oracion.

La misma suerte corria la libertad individual. Conoceis, porque os lo he leido ya, el decreto que ordenaba la clausura de las iglesias como antros en que se asesinaba moralmente al pueblo i el arresto de los sacerdotes como bandidos.

Pero no creais que todo quedaba solo en decretos. Para convenceros de lo contrario os voi a presentar un breve cuadro de los arrestos de sacerdotes i relijiosas verificados en Paris en los primeros veinte dias de abril. No doi nombres por no estenderme demasiado, pero si advierto que esta lista es mui incompleta.

Dia 1.—El cura de Notre-Dame de Plaisance.

Dia 2.—El capellan de la prision de la Roquete.

Dia 3.—Seis jesuitas i dos dominicanos de la calle de San Juan de Beauvais.

Dia 4.—El arzobispo de Paris, tres de sus vicarios i tres secretarios.

Dia 5.—Los curas de la Magdalena i San Severiano, i dos jesuitas.

Dia 6.—El superior del seminario de San Sulpicio i dos directores; el cura de San Eustaquio i su vicario.

Dia 7. El cura de San Pedro de Montmartre i sus vicarios.

Dia 8.—El superior de la congregacion de Picpus, once padres i un hermano.

Dia 9.—El promotor diocesano.

Dia 10.—El vicario de San Felipe du Roule.

Dia 11.—El primer asistente de los hermanos de la doctrina cristiana i el primer vicario de Nuestra Señora de Loreto.

Dia 12.—El cura de Saint Leu, otros vicarios de la parroquia i el cura de Notre Dame de Bonne Nouvelle.

Dia 14.—El cura de San Roque, su segundo vicario i otro sacerdote de la parroquia.

Dia 15.—Un vicario de Saint Bernard de La-Chapelle.

Dia 16.—El cura de Saint Medard i sus vicarios, los vicarios de San Vicente de Paul, i dos sacerdotes mas.

Dia 19.—Espulsion de las hermanas de San Vicente de Paul.

Dia 20.—Dos sacerdotes de las misiones estranjeras.

Añadiendo a éstos los superiores, directores i profesores del seminario de Issy, siete seminaristas de San Sulpicio, muchos jesuitas arrestados en las casas de Moulineaux i Vaugirard i algunos sacerdotes arrestados en las calles, resulta que en veinte dias la Comuna hizo mas de dos-

cientos prisioneros en las solas casas religiosas.

Las prisiones de laicos fueron innumerables. Todo aquél que era sospechado de reaccionario o clerical, era colocado inmediatamente a la sombra. Habia para esto tanta facilidad que a un redactor de la *Opinion Nationale*, que fué a pedir un pasaporte a la prefectura de policía, se le encerró en un calabozo únicamente porque su figura desagradó al ciudadano Rigault.

I no podia ser de otro modo, desde que la Comuna no solo autorizaba sino que decretaba la delacion.

«Toda persona, decia un decreto de fecha 4 de abril, de quien se sospeche complicidad con el gobierno de Versalles, será inmediatamente acusada i encarcelada.»

La ejecucion de este decreto fué encomendada a los buenos ciudadanos. Ya sabeis, señores, quienes eran los buenos ciudadanos de la Comuna, i esto os bastará para comprender de qué manera se le cumpliria.

La complicidad con Versalles podia ser de obra, de palabra o de pensamiento.

Os estais imajinando talvez que por complicidad de obra se entendia atacar a mano armada a los comunistas, negarles recursos u otra cosa semejante. Pues bien, yo os voi a sacar de vuestro error.

Paséabase cierto dia un jóven por los Campos Elíseos. Un guardia nacional se le acerca i le pide fuego.

—Lo siento infinito, dice el jóven, pero, ya lo veis, mi cigarro se ha apagado.

—¡Ah! ¿tu cigarro se ha apagado? Te avergüenzas de hacer un servicio a un patriota? ¡Tú eres reaccionario!

I el guardia nacional hace caer sobre el jóven una lluvia de injurias. En el acto se forma un grupo, el guardia nacional denuncia al pueblo aquel reaccionario.

—Es un antiguo policial, grita una mujer.

—Se parece a Ernesto Picard, dice otra.

—Es preciso arrojarle al agua, gritan algunos.

—¡Al agua! al Sena! al Sena! repiten todos.

I el pobre jóven se vé arrebatado por una multitud inmensa de guardias, mujeres i niños.

—¡Que se le fusile! gritan otros.

—¡Que se le ahorque! piden de otra parte.

¡I el infeliz fué, señores, arrojado al Sena! Hé ahi un acto de complicidad con Versalles.

Por lo demas, la seguridad personal era desconocida en Paris. Para cualquier delito contra la Comuna, i ya sabeis lo que se consideraba como delito, no habia mas que dos penas, prision i muerte, siendo esta última la que se aplicaba con mas frecuencia.

Tal debia ser el hábito contraido por los comunistas de despachar reaccionarios para el otro mundo, que el 21 de marzo el jeneral comandante de Montmartre pasaba al delegado en la guerra el siguiente parte:

«*Nada de nuevo.*

«He recibido los informes de los diferentes jefes de los cuerpos de guardia. La noche ha sido tranquila i sin *incidentes*.

«A las diez i cinco minutos, dos policiales disfrazados de paisanos fueron traidos por franco-tiradores i fusilados inmediatamente.

«A las 12 h. 20 m. un ministro de paz acusado de haber disparado un revólver fué fusilado.

«A las 7 un jendarme traido por los guardias del 28° fué fusilado.»

Esta era una noche *sin incidentes* en que *nada de nuevo* habia ocurrido. ¡I se habia asesinado a cuatro hombres!

Las teorías de la Comuna se hallaban mui de acuerdo con sus actos.

El *Journal Officiel* del 27 de marzo publicaba un artículo de Vaillant cuyo final era el siguiente:

«Lo mismo que, en el curso inalterable de las cosas, todo elemento discordante es eliminado, no pudiendo prevalecer nada de lo que es contrario al equilibrio, lo mismo en la sociedad, todo objeto de perturbacion en el órden moral, todo obstáculo a la realizacion del ideal de justicia que la revolucion persigue, debe ser quebrantado.

«La sociedad tiene un solo deber para con los príncipes: la muerte. Una sola formalidad le obliga: la prueba de identidad.»

Esto es odioso e infame; pero hai toda-

via algo que sobrepuja a esto, porque es feroz. En un decreto que he citado mas arriba, habia un artículo que disponia lo siguiente:

«Art. 5.° Toda ejecucion de un prisionero de guerra o de un partidario del gobierno regular de la Comuna de Paris, será en el acto seguida de la ejecucion de un número triple de rehenes designado a la suerte.»

I estos rehenes, señores, eran todos los prisioneros, inocentes o no.

(Continuará).

EL BORRACHO I LA MUERTE.

(Traducido del verso ingles).

Habla la muerte:

Habia un jóven buen mozo, cuyas frescas mejillas mostraban las rosas de la salud. Su palabra era rápida i sonora, pero mas sonora era su bolsa. Sus campos estaban cubiertos de espigas de oro, i la abundancia se sonreia sentada en la puerta de su casa. Su linda esposa era para él una fuente inagotable de alegría, ¡i qué dulce para su corazon la sonrisa de su hija! ¡i qué agradables los juegos de su hijo! Tenia muchos libros, i los habia leido casi todos, hasta que logró adornar su cabeza con la mitad de su contenido. Por la mañana al salir de la cama se sentia sano i robusto; i por la noche lo acompañaba tambien la salud, las riquezas, el contento i la paz. Protesto que yo no queria turbar tanta felicidad; i si el mozo que digo la ha perdido, que se culpe a sí mismo. Dotado de un talento mui festivo, propio para agradar, lo vi tomar la copa del festin, i dia tras de dia fué aumentándose su aficion a la bebida, sin hacer caso de que yo estuviera allí cerca. Condescendiendo poco a poco, llegó a estar *emparrandado* hasta la media noche. Puse en su copa un poco de jaqueca, mezclándola con el suave licor que abrasaba sus labios; le agregué un poco de vergüenza, pero él bebió con desden i se sonrió. Puse la bancarrota en el fondo del vaso, i él siguió bebiendo con lágrimas i sonrisa. Derramé en su copa un poco de remordimiento, i léjos de enmendarse, lo que hizo fué amar la copa con mas locura. Mezclé a su bebida un dolor agudo, i ni por eso consegui que se reformara. Eché, por fin, una buena dósis de hidropesía, i todos mis emisarios no pudieron hacer que no llevara la copa a los labios. ¿Qué hice, pues? Yo misma me senté en el fondo de la copa, yo que soi la persona mas odiada de cuantas los hombres aciertan a odiar i temer, i cuando me llevaba a sus labios, le dije con voz sepulcral: «He mandado algunos de mis ministros para que te advirtieran que si sigues bebiendo, te precipitas en inevitable ruina, i no han valido sus amonestaciones; entónces aquí estoi yo, aquí me tienes, i no pienses que te burlas, pues de mí no se ha burlado ni burlará nadie en este mundo. ¡Bebe esta copita! bébela i será la última, porque al bebértela me beberás a mí». Con los ojos estraviados, erizados los cabellos, mordiéndose los labios, mostrando en su rostro la desesperacion i temblándole las manos, cojió sinembargo la copa. Mi esqueleto se apoderó de su cadáver, i lo llevé al cementerio, en donde miles de miles de borrachos duermen su última *perra*.

Así habló la muerte. Ya lo oyes, lector amado. Dime ahora en confianza: ¿no abrigas algun temor en el particular? ¿no te agrada la copa resplandeciente? ¿no tiene sobre tí algun imperio? Piénsalo bien, i cuidado.... pues aunque ahora estás sano i robusto, si difieres la reforma de un dia para otro, pronto, mui pronto bajarás a la tumba.

Contenido de este número.

I.—Nuestro ideal literario, conclusion, por Zorobabel Rodriguez, páj. 33.
II.—Anacreóntica, poesía, por Olimpio, páj. 37.
III.—Arcesio Escobar, conclusion, por Enrique del Solar, páj. 38.
IV.—Variedades, por J. M. Marroquin, páj. 42.
V.—La Comuna i sus enseñanzas, continuacion, por Máximo R. Lira, páj. 43.
VI.—El borracho i la muerte, páj. 48.

IMPRENTA DE «EL INDEPENDIENTE.»
calle de la Compañía, núm. 102.

LA ESTRELLA DE CHILE.

AÑO V. Santiago, octubre 29 de 1871. Núm. 213.

¿ENVIDIA O CARIDAD?

En *El Artesano* de Talca, que siempre leemos con interes, hemos encontrado algunas líneas relativas a nuestro periódico que copiaremos en seguida.

Defendiéndonos graciosamente el colega de Talca contra un papelucho de aquella ciudad titulado *El Radical*, dice lo siguiente:

«¿Es *honradez* la de un escritor aseverar que *La Estrella de Chile*, la publicacion literaria que se ha sostenido entre nosotros con mas lucimiento i por mas largo tiempo, en estos últimos diez años, es un periódico *que nadie lee i que todos desprecian?*

«*La Estrella de Chile* ha entrado al 5.° año de existencia, su suscricion cuestra 6 pesos anuales, el número suelto 20 centavos. Estos solos datos económicos probarán que éste no puede ni debe ser un periódico despreciable que nadie lea.

«La literatura nacional no cuenta a la fecha con ninguna publicacion, con ningun órgano que esté, no diremos a mayor altura, pero ni siquiera que llegue a equiparse a *La Estrella de Chile*. I a ser verdad el juicio de *El Radical*, habria que deducir forzosamente o que esa literatura era la mas pobre i atrasada, o que los escritores i empresarios de *La Estrella de Chile* han tenido por mas de cuatro años la inconcebible locura de sostener una publicacion a pura pérdida, sin que nadie la lea, ni haga caso de ella.»

Agradecemos a *El Artesano* su defensa i la buena opinion en que tiene a nuestra modesta publicacion.

Por lo que toca a *El Radical*, nos permitimos solamente preguntarle: *¿envidia o caridad?*

PLEGARIA.

Ser de bondad eterno i poderoso,
Tú que das vida al gusanillo leve,
Que diste al Andes su perpétua nieve
I al mar su fuerza i flujo misterioso;

Tú que diste el canto melodioso
A las pintadas aves de ala breve:
Perdona si mi acento vil se atreve
A llegar a tu trono majestuoso.

Tambien yo, buen Señor, soi tu gusano,
Ave triste sin alas ni armonía,
Que necesita de tu santa mano.

Sé tú, en mi soledad, amparo i guía,
I haz que mi ruego no se eleve en vano,
Porque ¿quién sino tú me ampararia?

ROSARIO ORREGO DE URIBE.

SANTA TERESA DE JESUS.

SU VIDA I SUS OBRAS.

(Conclusion.)

II.

Dos gruesos volúmenes de la *Biblioteca de autores españoles*, de mas de 600 pájinas cada uno, contienen los trabajos literarios de esta escritora santa.

Al colocar sus obras al lado de las de Leon, Granada, Herrera i otros clásicos, los editores tuvieron cuidado de advertir por qué lo hacian.

Dos vínculos unen a la autora de *Las moradas* i del *Camino de perfeccion* con los otros que con sus obras llenan los numerosos i variados volúmenes de esa biblioteca: la patria i la nombradía.

Todos ellos son españoles; todos ellos son célebres, i sus obras son hoi tan lei-

das, como lo fueron en los primeros dias, despues que se dieron a la estampa.

El tiempo que todo lo destruye, no ha podido destrozar su fama, ni aminorar su justamente adquirida gloria.

Pero con nadie la posteridad ha sido quizas mas benévola, galante,—digamos la palabra—mas justiciera, que con Santa Teresa.

¿Quién no ha leido alguna de sus obras? ¿Quién no ha admirado alguna vez su estilo fácil i ameno, la elevacion de sus sentimientos, la brillante sencillez de su forma? ¿En qué biblioteca, en qué casa no se encuentran algunos de sus admirables escritos?

Ha habido respecto de ella algo que no reunian los demas escritores españoles.

La santidad de la escritora; la prodijiosa rapidez con que se estendieron por todo el mundo los monasterios de su órden; las cualidades mismas de sus obras, todo ha contribuido a inmortalizarla, vulgarizando su lectura, haciendo a todos admirar las galas de su rica i fecunda intelijencia.

Ni Cervantes con su *Quijote*, ni Lope i Calderon con sus composiciones dramáticas, ni Leon i Granada, apesar de la importancia de sus escritos ascéticos, tan jeneralizados en todos los paises católicos, dice don Vicente de la Fuente son tan conocidos como ella. San Ignacio de Loyola, San Pedro de Alcántara, San Francisco de Borja, San Juan de la Cruz, el venerable maestro Juan de Avila, i otros coetáneos suyos, fundadores o propagadores de otros institutos no ménos célebres, fueron tambien notables por sus virtudes, escribieran mui santas obras, i aun algunas de ellas son mas manuales que las mismas de Santa Teresa; i con todo, ni gozan de tanta celebridad, ni son tan leidas.

Conservaba aun su cadáver el calor de la vida que acababa de abandonarlo, cuando ya sus obras corrian de mano en mano, no solo en las ediciones españolas, sino tambien traducidas a casi todos los idiomas, incluso el latin.

Del sepulcro, que guardaba sus despojos mortales, habiase levantado su reputacion, bastante por si sola para oclipsar cualquiera otra, por mui abonada i gloriosa que fuese.

Hoi mismo, si se le venera como santa en los altares de nuestros templos, se la admira como mujer, se la respeta i aprecia como escritora.

Diez libros, a mas de numerosos escritos sueltos, son los que han llegado hasta nosotros firmados por Santa Teresa. Son ellos la base inconmovible de su gloriosa fama.

Con el titulo del *Libro de las misericordias del Señor*, escribió por mandato de su confesor, el padre dominico Ibañez, en 1561, su vida.

Habia en ella mucho de incorrecto i de descuidado. ¿Qué le importaba la reputacion i la gloria del mundo a quien no pretendia otra gloria que la del cielo?

Sobre todo; habialo escrito obedeciendo a un mandato, i sin que jamas pensara, ni por un momento, darlo a la prensa.

Sinembargo, cinco años mas tarde, a indicacion del inquisidor Soto, volvió a escribirle, adoptando un órden mas lójico i poniendo el cuidado i esmero que habia dejado a un lado la primera.

En 1581, los conventos de las carmelitas descalzas se habian multiplicado como la semilla del Evanjelio que cayó en la tierra fértil. Era necesario dictar las constituciones que debian rejirlos. La autoridad apostólica encargó a Santa Teresa su redaccion.

El camino de perfeccion es el tercer libro.

«Sabiendo las hermanas de este monasterio de San Josef, escribe Santa Teresa en el prólogo de este libro, cómo tenia el Padre Presentado frai Domingo Vañez, de la órden de Santo Domingo, que al presente es mi confesor, para escribir algunas cosas de oracion, en que parece, por haber tratado muchas personas espirituales i santas, podré atinar, me han tanto importunado lo haga por tenerme tanto amor que aunque hai libros muchos que de esto tratan, i quien sabe i ha sabido lo que escribe, parece la voluntad hace acetas algunas cosas imperfetas i faltas, mas que otras mui perfetas, i como digo ha sido tanto el deseo que las he visto, i la importunacion, que me he determinado a hacerlo pareciéndome por sus oraciones i humildad querrá el Señor acierte algo a decir, que les aproveche, i me lo dará para que se los dé.»

En el convento de carmelitas de Alva Formes se conserva una preciosa copia, que lleva la aprobacion del padre Vañez, del

libro titulado *Conceptos del amor divino sobre los cantares.*

El libro de las *Esclamaciones* fué escrito en 1569. No es esta una obra mistica; sino la coleccion de sus oraciones i afectos despues de recibir la santa comunion.

Del libro de las *Relaciones* no conocemos sino el minucioso estracto, hecho por el ya citado señor La Fuente, del manuscrito de San José de Avila.

El orijinal se ha perdido, sin que apénas lo hayan conocido otras personas que frai Luis de Leon i los padres Ribero i Yepes.

Las fundaciones es el titulo que lleva el sétimo de los libros de la santa.

Las moradas, escrito en 1577, los *Avisos* en 1580, i *Modo de visitar los conventos* en 1581, son las obras que completan los dos volúmenes que hemos recorrido a la lijera, mas para dar a nuestras lectoras un guia seguro para que puedan por sí mismas gozar de sus inapreciables bellezas, que para juzgarlos, siquiera con el laconismo i mesura que se debe exijir en los articulos de un periódico.

Las mujeres en la iglesia deben callar, habia escrito el apóstol San Pablo. Si este era el caballo de batalla de los que en vida de la santa combatieron sus obras, no fué esa guerra a la escritora ni leal ni digna. Apesar de todo, mal que pesara a los que delataron la vida de la santa a la Inquisicion, sus armas se mellaron en una reputacion superior a todo encomio i a toda injuria, i en una doctrina que era en un todo conforme con la enseñanza del Evanjelio i de la Iglesia.

«Que tuvo talento de sabiduría i sublime conocimiento de las cosas divinas i humanas para instruccion de los demas, lo acreditan bastante los libros que dejó escritos.» Así se espresaba la Rota Romana, cuando se tramitaba el espediente de su beatificacion.

Paulo V, Gregorio XV i Urbano VIII, como representantes de Dios en la tierra, han aprobado su doctrina i aconsejado su estudio e imitacion.

Nada podemos agregar nosotros de propia cosecha al testimonio irrecusable e infalible de la Iglesia que tiene la mision de velar por la pureza de la doctrina i por la observancia de sus mandatos.

Pero, si no tuviéramos como creyentes una decision que da seguridad a nuestro juicio, encontraríamos en las obras de Santa Teresa fundadas i poderosas razones que nos inducirian a sostener sin mas apoyo que nuestro propio criterio, lo que ha decidido ya la Iglesia, iluminada por el Espíritu Santo.

No nos seria difícil acumular aquí numerosos testimonios, dados por los mas eminentes escritores, de la gran valía que reconocieron en las obras de esta escritora.

Ellos se encuentran a millares en las numerosas ediciones que circulan por el mundo entero, conquistando siempre aplausos para la fundadora de las carmelitas descalzas.

Deciamos en nuestro primer artículo que la vida de la santa era la esplicacion mas clara de las obras i de la vida de la escritora.

I en realidad, la sola enumeracion, que en este artículo hemos hecho, de los libros que tenemos sobre la mesa, justifican nuestra asercion.

Mujer consagrada a Dios, escribió sobre los puros goces, i las aflicciones i los encantos que encuentra en su camino quien busca en todo i siempre algo que no vislumbran siquiera los ojos de la carne, pero que perciben distintamente los ojos de la fé.

Cuando recorríamos a la lijera algunas pájinas de su *vida*, no sabiamos si admirar mas los hechos i acciones asombrosos de la hermana Teresa de Jesus, o la sencillez, injenio i lujosa fantasía de la escritora.

Nacida en una familia, que a la nobleza unia la instruccion, pudo nutrir su espíritu con la lectura de buenos libros, las conversaciones i ejemplos de las personas ilustradas que componian el círculo de los salones de la casa de Avila.

Mas tarde en el convento de Santa María de Gracia, en union de las hijas de las familias mas hidalgas de la nobleza española, recibió la educacion mas esmerada que podia darse en el siglo XVI.

La lectura de los libros de caballería primero, i mas tarde de los místicos, completaron su vasta instruccion, i la pusieron en situacion de dar a sus escritos ese tinte de orijinalidad que admira, i que lo constituye, mui especialmente, una sencillez que a veces raya en desaliño.

Frai Luis de Leon, citado por uno de los comentadores mas célebres de las obras de Santa Teresa decia: «I en la forma del decir i en la pureza i facilidad del estilo, i en la gracia i buena compostura de las

palabras, i en una elegancia desafeitada que deleita en estremo, dudo yo que haya en nuestra lengua escritora que con ella se iguale. Si entendieran bien castellano, vieran que el de la madre Teresa es la misma elegancia.»

Los escritos de Santa Teresa, dice el ya citado don Vicente de la Fuente, son el tipo del lenguaje familiar de Castilla la Vieja, tal cual lo usaban las personas decentes, a mediados del siglo XVI; es el tipo puro i castizo del castellano neto del centro de España, tan remoto del culteranismo académico como del lenguaje vulgar i charro.

Sus escritos están salpicados de chistes injeniosos i de un gusto delicado en estremo, de adajios i aforismos, que revelan un conocimiento asombroso de las leyendas populares i un gran trato con personas de diferentes condiciones i clases sociales.

Pero, si hai mucho que aprender i admirar en las obras de Santa Teresa, no hai ménos digno de estudio i de meditacion en sus cartas.

Si aquéllos son el diario de su corazon son éstas la historia de sus relaciones con los que la suerte o la necesidad la obligaba a mantener estrechas relaciones.

Cuatrocientas tres cartas son las que se conservan en la edicion de la Biblioteca de autores españoles, i tenemos entendido que es la mas completa i correcta de cuantas de ellas se han dado a luz.

Son éstas las pocas que escaparon del naufrajio de la vida diaria, de que mui pocas cartas se libran por motivos que a nadie puede ocultarse.

Descuido, prudencia, abandono, imposibilidad material, destruyen, a veces, muchas piezas literarias, que, aunque escritas al correr de la pluma, revelan un gran estudio, i, sobre todo, retratan el alma de quien habla con los ausentes por el intermedio de una hoja de papel.

De las cartas, que debió escribir en su primera edad en el mundo i en el claustro, hasta la fundacion del monasterio de San José en 1561, ninguna nos queda; todas han desaparecido o duermen olvidadas entre el polvo i las telarañas de alguno de los archivos españoles.

Sinembargo esas hojas tan frájiles como olvidadas harian la riqueza del afortunado impresor que las diera a la estampa, porque ellas completarian muchos rasgos del cuadro de la vida de Santa Teresa, oscuros hasta hoi, sin tomar para nada en cuenta los encantos que brindarian al hombre de fé i los momentos de provechoso solaz al literato.

Entre la santa i la escritora no hallamos diferencia. Si nos fuera posible, diriamos que no nos parece inferior la escritora a la santa.

Si la Iglesia ha consagrado su culto, la literatura ha consagrado su memoria. Como santa, vive hoi en la corte de los santos; como escritora vive hoi tambien inmortalizada en el panteon de los jenios españoles.

VENTURA BLANCO.

A MI AMADA DESCONOCIDA.

Llegad, llegad, dulces sueños;
Horas tranquilas, llegad,
Llegad, vagas ilusiones,
Mis sentidos a halagar.

Dejad que mi mente vuele
Por un espacio ideal,
Dejad que sienta en mi pecho
El corazon palpitar.

Llegad, llegad, grato sueño;
Horas tranquilas llegad
Para ver la dulce niña
Que vosotras me mostrais.

Mis ojos no la conocen;
Mas mi pecho la ama ya:
Sé que es buena i candorosa,
Sé que es mui bella su faz.

Cuando en mis sueños la veo,
Envuelta en blanco cendal,
Que me mira sonriendo
Con tímida suavidad;

Cuando escucho que se escapa
De su pecho virjinal
Leve suspiro, presajio
De desconocido afan;

Siento ajitárseme el pecho
Con incógnita ansiedad,

I mil ilusiones vienen
Mi cielo azul a esmaltar.

¿Dó te ocultas, bella niña?
¿Dónde esconderte podrás,
Que mi corazon no sepa
Tu débil huella encontrar?

Talvez creces escondida
Bajo el techo paternal,
Cual crece oculta la perla
Allá, en el fondo del mar;

Talvez discurren tus horas
En inquieta vaguedad;
Talvez tu dormir arrulla
Una vision celestial;

Talvez tu madre en tus juegos,
Antes tu grato solaz,
Ve una lágrima furtiva
En tus pupilas temblar.

¿No has visto, cuando de invierno
El hielo ha pasado ya,
Cuán triste queda el jardin
En su mústia soledad?

Mas cuando el céfiro empieza
Jugueton a revolar
Anunciando a la campiña
La estacion primaveral,

¿No has visto cómo la flor
Abre el cáliz virjinal?....
I él al punto la acaricia,
I ella su aroma le da?....

Tu amas sin saber a quien
I jimes en tu ansiedad,
I yo te busca anheloso
Sin saber en dónde estás....

Llegad, llegad, grato sueño,
Horas tranquilas, llegad;
Para ver la hermosa niña
Que vosotras me mostrais.

Santiago, octubre 22 de 1871.

R. Larrain C.

LA ESCUELA DEL CORAZON.

I.

El amor nació en mi corazon como aurora présaga de un hermoso dia, llenándome de una fuerza, de un gozo i de una admiracion infinitos. Yo lo amaba todo, lo poseia todo, i todo ejercia sobre mí su dominio. El único objeto que lo era todo para mí en el mundo, esparcia sobre la universalidad de las cosas mi amor i su hermosura. Crei que la vida era el dulce valle inundado por los resplandores de la mañana, en donde la juventud embelesada se pasea rodeada de esperanzas: allí la flor se entreabre, el ave canta, cada hojita de yerba tiene su perla de rocío, cada felicidad tiene sus lágrimas. Yo cedia, me dejaba dominar, no sabia tener sino ensueños venturosos.

Mas esa luz era el brillo de dos ojos inconstantes, ese resplandor era el sonreir de un boca perjura: plugo a esos ojos, a ese sonreir iluminar otro corazon, i el manto de la noche cubrió el mio. Crei morir; me alejé, mal sostenido por un resto de ilusion, i quise amar otro objeto... yo no crei ya en el amor.

II.

La juventud me abandonó entre tánto; la vi alejarse i pena alguna esperimenté por eso, pues ella me habia mentido. Abordé a las tierras de la virilidad i esta comarca me pareció áspera i difícil; para caminar por ella recurrí a la amistad, cuyo elojio habia oido a los malcontentos del amor.

Todos la llamaban grave, fuerte i fiel; yo vi en ella un aire amable aunque un poco tosco, i le supliqué me tendiese la mano; consintió en ello, me prodigó saludables consejos, vino frecuentemente en ausilio mio, i me puso a mí misma en capacidad de servirle algunas veces. Mi único defecto, decia ella, era el de hablarle demasiado de mi reconocimiento; i para mí ella no tenia otro que el de empeñarse demasiado en ganar mi voluntad. ¡Qué cosa tan hechicera! Este era un amor mejor. Sentí correr en mi corazon el entusiasmo, la abnegacion, las tiernas solicitudes: entónces entreví el porvenir mas dora-

do que nunca. Todo lo referia a mi amigo, como en otro tiempo a la que me fué inconstante; él ocupaba el puesto de honor en todos los proyectos de mi vida, una habitacion magnífica en todos mis castillos.

Mas si una vil ambicion no habia arrebatado a mi prometida, un capricho, ¡quién lo creyera! me arrebató el amigo: aquél mismo de quien en la mañana era amado, a la tarde ya no me amaba.

—¿Qué os he hecho? le pregunté.

—Nada, me repuso, es solamente que yo no os amo: ántes hallaba en vos talento i sensibilidad, gustaba de veros i me complacia en serviros: ahora vuestra presencia me es importuna; si quereis complacerme, sed ingrato.»

¡Ai de mí! aquella pérfida me habia sido tan cruel, no me habia herido el corazon con golpe tan certero i profundo: ella me habia dejado el derecho de odiarla, miéntras que mi amigo solamente me quitaba el poder de amarlo. Nó, el hombre no recupera una amistad como recupera apariencia de amor. Rebosando de amargura busqué el retiro; queria darme razon de lo que me pasaba, sofocar el dolor o a lo ménos ocultarlo, pero no lo conseguia. La amistad es un engaño que no me ha hecho sufrir mas que el engaño del amor; ella me ha producido mas disgusto de la vida i del corazon humano que lo hizo el amor: yo no creí ya en la amistad.

III.

¡I cosa horrible! La primera llaga, cerrada hacia tanto tiempo, de repente volvió a abrirse. Un dia ví una arruga que surcaba mi frente i me dije: es la edad, todo se acabó i yo voi declinando. Me entregué neciamente a echar ménos la juventud i el amor; pero ¡qué era lo que echaba ménos! La juventud insensata, el amor en el cual yo no tenia fé! Allende ese abismo que nos separa del pasado se me aparecieron mil fantasmas, i ví con angustia cuán fácilmente despues de largos años de ausencia, ¡qué digo! despues de largos años de plegarias, yo los reconocia. ¡Ai de mí! yo podia aun marcar con un nombre cada una de esas fisonomías: reconocia aquí el árbol de la pradería, allí el grumo de yerba de la orilla del rio, acullá la ventana de la calle, mas allá el asiento de la sala de baile. ¡Oh Dios mio! de qué ofensas me hice entónces culpable para merecer tan punzante i tardío castigo! Senti que los ojos se me arrasaban de lágrimas que me causaban vergüenza, i me creí digno de compasion por no atreverme ya a llorar....

IV.

Viendo, pues, mi debilidad i mi desamparo, i comprendiendo toda la profundidad de esta angustia que creaba en mi como una necesidad insaciable de lo que ya no existia, de lo que no podia existir, de lo que ya yo no queria; atormentado continuamente en el fondo de mi alma, cansado de la humanidad, fastidiado de mi mismo, humillado, me admiraba de estar vivo i no comprendia porque existia sobre la tierra. Pero en este instante oí una voz que oraba timidamente; volví la cabeza, i ví lo que el hombre no sabria pintar: un rostro de anjélica dulzura i de una majestad sublime, tenia el aire de valor de una guerrera i la injenuidad de una niña; no sé que mezcla de sabiduría, de fuerza i de ardor que se alcanzaban a descubrir bajo el velo de la dulce humildad. Esta celestial aparicion, (pues ninguno de esos rasgos eran de un mortal) parecia dividir su pensamiento entre el cielo i yo.

—¿Qué haces? la pregunté.

—Tú lo ves, me respondió, estoi orando.

—¿I con qué objeto?....

—Para que tú seas feliz.

—¿Quién eres, pues?

—Tu servidora.

—¡Ciertamente! esclamé con ironía; ¿i hace mucho tiempo que me servis?

—Desde que naciste.

—Cómo, si yo jamas te he visto.

—Es que nunca me has mirado.

—¿No sabes tú que yo no te he de amar, i que no te creo?

—Eso no importa; si yo estoi en la tierra es solo por servirte i por amarte.

Me deshice en lágrimas. ¡Ah! esclama, jamas te he visto i sinembargo te conozco! yo adivino tu nombre, por que quieres callarlo. Tú te presentas porque me hallo sumido en la desesperacion, i vienes a enseñarme a perdonar a mis hermanos lo que tus sabios consejos les han enseñado a perdonar tan frecuentemente en mí, tú me adviertes que es tiempo de conocer i practicar al fin el amor. Recibe, pues, mi

corazon, mi pobre corazon, ¡oh caridad de Dios!

Ella i yo hemos hecho un pacto que jamas será rompido. Ella es la fuerza i la sabiduría de la vida; ella es quien me enseña a amar, no ya a mi mismo, sino a los demas; i yo los amo en presencia de Dios, que les da mi ternura como un bien, o siquiera como una distraccion, como un débil ausilio en sus penas o en sus necesidades.

Quiero ser el arbusto que brinda con un poco de sombra en el camino, el aura que refresca la llanura, la flor oculta entre la yerba, el ave que con su canto regocija al pasajero.

Pasajero hermano mio, yo te amo i nada te exijo en recompensa; disfruta de la sombra del arbusto, de la frescura del aura, del aroma de la flor, i del canto del ave. Dios te los concede; recíbelos, olvídalos, vete en paz i no des gracias mas que a Dios.

Señor, ahora sé por qué he vivido. Vuestras obras están formadas de elementos diversos i apariencias contrarias. Cuando la ciencia del hombre analiza las cosas perfectas que salen de vuestras manos, encuentra con estupor que a menudo habeis tomado materias viles o nocivas para componer con ellas un todo lleno de utilidad i magnificencia. En nuestras manos la tierra i el agua forman lodo; i si esponemos este lodo al sol se convierte en polvo, i el viento lo arrebata; mas para vos la tierra i el agua forman el seno fecundo de donde vuestro sol hace brotar sin fin inagotables tesoros. Esto mismo es lo que pasa con nuestro corazon: de todas sus facultades no sabemos sacar sino frutos de egoismo que nosotros mismos queremos devorar i que al hincarles el diente hallamos llenos de ceniza; mas si quereis que vuestra caridad radie en el centro profundo de nuestros vehementes deseos, entónces, ¡oh portento! todo lo impuro que nosotros hemos puesto en él, se hace útil; esa corrupcion desarrolla jérmenes de virtud; el árbol malo, bien cultivado por nosotros, produce buenos frutos para los demas; de nuestras locuras nace la prudencia; i en los recuerdos del egoismo se inspiran las dulces resoluciones de la caridad.

Yo he recorrido los malos caminos para alejar de ellos a mis hermanos; buscado los efectos humanos para conocer su vacío i su ilusion. ¿Qué importan las fatigas i el dolor que de ello me han quedado?

L. Veuillot.

UN HEROE.

I.

Doquiera el sordo rimbombo
De los cañones retumba,
I doquiera los clarines
Despiadada lid anuncian.

Como una tromba marina
La guerra con faz sañuda
La ciudad i el campo asuela
I todo de sangre inunda.

No ya el arado cortante
Va rasgando la llanura,
Ni en el corral el rebaño
Soñoliento i quieto rumia;

Ni en la choza del labriego
El humo se eleva en pluma,
Ni el perro en la puerta ladra,
Ni el potro en el prado bufa.

Los gañanes han cambiado
Sus no ensangrentadas puyas
En lanzas, i belicosos
Corren doquiera a la pugna.

Es una guerra terrible,
Guerra que por años dura:
Es la guerra que el esclavo
Por la libertad promulga;

Es el esfuerzo sublime
Que en medio de sus angustias
Hace un pueblo valeroso
Por quebrantar la coyunda

Con que atado estaba el yugo
De una nacion fiera, injusta,
Que en oprimirla se goza
I en aumentar su tortura.

Iberos son los tiranos,
Iberos los que le insultan,
I ¡oh Dios! tambien sangre ibera
Por los opresos circula!

Son hermanos que ayer fieles
Una misma gloria buscan
Al arrojar de la patria
Al muslin que la sojuzga;

Son hermanos que rieron
Por una misma ventura,
I tambien regaron tristes
De un mismo padre la tumba.

I hoi en siervos i señores
Convirtióle la fortuna:
Cuando solo le separa
Del océano la anchura;

I se odian i se aborrecen
I tal destruccion se juran,
Que parece que nacidos
Fueran en opuestas cunas.

El hispano por su parte
Toda su crueldad apura,
Por evitar que el hermano
De los duros hierros huya;

I el hermano vigoroso
A brazo partido lucha,
I el esterminio i la muerte
Mas bien que humillarse busca.

Contento vé que su choza
Voraz el fuego sepulta,
I que a la esposa i la madre
Cobarde el hispano injuria,

Con tal que un fusil encuentre
Para ir a la guerra justa,
I no deje las ofensas
Que hacen a la patria, inultas.

Triunfará! mas las coronas
Que gane en guerra tan cruda,
Serán coronas quitadas
De las blanquecinas tumbas,

Donde las víctimas yacen
Que hizo la española furia,
Temiendo que las cadenas
Rompa el pueblo quien subyuga.

Sámano, Morillo i Bóves,
Atilas de baja hechura,
De llanto i sangre sedientos
Las víctimas se disputan;

I locamente insensatos
Su vañidad toda fundan
En quien haya degollado
Mas jente de noble alcurnia.

II.

Era la mañana: ténue
I cernida lluvia cae,
I el huracan en los bosques
En bramido se deshace.

Cual se cubre avergonzado
Cuando a sus hijos un padre
Ve ebrios, al ver tanto duelo
Semeja el sol apagarse.

De una colina en la falda,
Llenos de ardor i coraje
De la patria los valientes
La hora esperan del combate.

Son pocos i sus recursos
Es fácil que no les basten;
Pero en cambio su ardimiento
Para la lid es bastante.

Ah! son pocos i su suerte
En todo a la patria atañe:
Si triunfa, la patria triunfa,
I muere con un desastre.

Allí reunido se hallan
Los jóvenes mas notables,
I tambien los veteranos
Mas valientes i leales;

I han resuelto en su heroísmo
Del español el ataque
Resistir, i vender cara,
Si es que no triunfan, su sangre.

A su frente a Bóves tienen
Con soldados a millares,
Que soñando en la victoria
Forma sanguinarios planes;

I alampado de matanza
A los suyos manda infame
Que de patriota no dejen
Cabeza que no rebanen.

Como roca despeñada
Bóves se arroja al combate,
I sus huestes al patriota
Embisten por todas partes;

I en todas partes encuentra
Resistencia insuperable
I que cada americano
Por diez españoles vale.

Cuando su impotencia mira,
Ciar a los suyos hace,
Para guardar el refuerzo
Que llegar debe esa tarde,

I empezar mas vigoroso
I sin riesgo un nuevo ataque,
I vengarse de la rota
En los vencido cebándose.

Triunfo fué para los libres
Que vencidos no quedasen;
Mas el contento se amarga
Al mirar tanto cadáver,

I ver cuantos compañeros
Vino la muerte a quitarles:
Un soldado que perezca
Es una pérdida grande

Pues de do lleguen no tienen
Reemplazos en ese instante.
Solo cuentan con sus brazos
I un valor que no decae;

Miéntras Bóves es el dueño
De campos i de ciudades,
De donde sacar bien puede
Recursos cuantos le place.

Asi es que si hoi denodados
Americanos le abaten,
Mañana con nuevas fuerzas
Se levantará arrogante.

—

Miles de hombres han llegado:
Cuenta ya con formidable
Ejército: i es el doble
Del que comandaba ántes.

De la humillacion que tuvo
No vé la hora de vengarse,
I aguarda lleno de rabia,
Para herir que el dia aclare.

En esta lid el patriota
Que sucumba es ya probable:
Lo teme, pero no quiere
Volver la espalda cobarde,

Volverla! Allí está Bolívar.
De la América el Atlante,
I Bolivar nunca supo
Ante el ibero ocultarse!

Allí están las esperanzas
Que en su triste vasallaje
La patria tiene, i tan pronto
Que se disipen no es fácil.

Oh! de la garras de Bóves,
Justo cielo, libertadles!
Yerta quedará la patria
Si al suelo vencidos caen!

—

Inminente es el peligro:
Haciendo Bóves alarde
De su número, le cerca
I doquier la muerte esparce.

Como siempre, los patriotas
Le rechazan indomables;
Mas de pronto su heroísmo
Siéntese tambaleante:

Segura es ya su ruina!
Pues con impetuoso embate
Los enemigo se lanzan
Sobre el mal guardado parque....

Al perderlo sin remedio
Tendrá que luchar en balde,
I morir en la demanda
I el triunfo al tirano darle.

Solo cincuenta reclutas
Se opondrán a los que carguen
Contra el débil edificio,
I asi resistir no cabe.

El jefe es un noble jóven
Que por mil guerreros vale,
Pero en tierra está postrado
I tinto en su propia sangre.

El riesgo entiende Bolivar
I su entusiasmo decae;
Mas cual bravo morir quiere
I su corcel matar hace;

I mas cuando vé que lenta
La escasa guarnicion sale,
I tambien que el edificio
Los españoles invaden,

«Todo se ha perdido!» exclaman
En tan desolado lance
Los libres. «A morir pronto,
Que la humillacion no es dable!

Pero no! Retumba el mundo,
De polvo se llena el aire
I en la inmensidad del cielo
Se ven los restos del parque!...

Entre los negros escombros,
Como sol, brilla la imájen
Del mas noble de los hombres,
Del héroe Antonio Ricaute!

De aquél que escojió por tumba
La que nadie tuvo ántes,
I cuyas santas cenizas
Esparcidas por los aires,

Son el vivífico jérmen
Que a la patria libre hace,
I el veneno para aquéllos
Que de esclavizarla traten!

ROQUE ROCA I ROQUETE.

LA COMUNA I SUS ENSEÑANZAS.

Conferencia leida el viérnes 5 de octubre en el Club de Amigos del País por el señor don Máximo R. Lira.

(CONTINUACION.)

IX.

Estareis creyendo, señores, que la Comuna, por gratitud hácia la prensa, que, con sus ataques diarios al órden social habia preparado su dominacion, respetaria su libertad cumpliendo siquiera con esta parte de su programa. Si eso esperais, estais en un error de que saldreis mui pronto.

La misma corporacion que en su manifiesto al pueblo frances prometia a todos los ciudadanos asegurarles la libre manifestacion de sus ideas i la libre defensa de sus intereses garantidas por la libre publicidad, se veia obligada a debatir una proposicion de los ciudadanos Amouroux i Mortier para suprimir todos los diarios, ménos el oficial, habiendo opinado otro, cuyo nombre no recuerdo, que éste debia limitarse a publicar la relacion de las operaciones bélicas.

Esta proposicion fué rechazada; la libertad de imprenta quedó establecida de derecho, pero fué suprimida de hecho.

En los primeros dias fueron solo advertencias i amenazas. Hé aquí dos de distinta fecha tomadas del *Journal Officiel*. El del 22 de marzo decia:

«La prensa reaccionaria ha recurrido a la mentira i a la calumnia para desacreditar a los patriotas que han hecho triunfar los derechos del pueblo.

«Nosotros no podemos atentar contra la libertad de la prensa; solamente que, habiendo suspendido el gobierno de Versalles el curso ordinario de los tribunales, prevenimos a los escritores de buena fé, a quienes serian aplicables en tiempo ordinario las leyes del derecho comun sobre la calumnia i el ultraje, que serán inmediatamente diferidos al comitó central de la guardia nacional.»

La cosa era tan clara que la *Presse* dándose por advertida, dejó de publicarse el mismo dia.

Poco tiempo despues, el mismo *Journal Officiel* contenia esta otra nota:

«Ciertos diarios se han impuesto la tarea de insertar diariamente noticias aparentes para desacreditar a la Comuna de Paris i desalentar a sus defensores.

«Así es como ayer se esparció el rumo del arresto del ciudadano Delescluze i de la muerte del ciudadano Vermorel.

«Los inventores de estas falsas noticias deben quedar prevenidos de que en las circunstancias actuales incurren en la mas grave responsabilidad.»

Esto era mas claro aun; pero mas eficaz que todo era la supresion i la Comuna principió a usar mui pronto de este espediente. Hé aquí una lista de los diarios suprimidos por ella:

1.° de abril.—*L'Electeur Libre.*

5 id.—*Le Constitutionel—Le Pays—Le Journal des Débats—Paris—Journal—La Liberté.*

19 de abril.—*La Cloche—Le Soir—L'Opinion nationale—Le Bien public.*

1.° de mayo.—*La Paix*—*L'Écho du Soir.*

3 de mayo.—*La Nation souveraine.*

6 de mayo.—*Le Petit Moniteur*—*La Petite Presse*—*Le Petit Journal*—*Le Petit National*--*Le Bon Sens*—*La France*—*Le Temps.*

12 de mayo.—*Le Moniteur Universel*—*L'Observateur* — *L'Univers* — *L'Spectateur L'Etoile*—*L'Anonyme.*

15 de mayo.—*Le Siècle*—*La Discussion*—*Le National*—*Le Corsaire*—*Le Journal de Paris.*

19 de mayo.—*Le Commune*—*L'Echo de Paris*— *L'Independance française*— *L'Avenir national*—*La Patrie*—*Le Pirate*—*Le Republicain*—*La Justice*—*Le Revue des Deux Mondes*—*L'Echo d' Ultramar.*

Se suspendieron por si mismos, escarmentando en cabeza ajena:

Le Français—*L'Ami de la France*—*La France nouvelle*—*Le Peuple français*—*La Gazette de France*—*L'Union*—*Le Monde*—*La Presse.*

Total, 49 diarios.

Por fin la Comuna para ahorrarse el trabajo de la supresion, prohibió absolutamente la publicacion de nuevos diarios durante la guerra.

Es verdad que en el último dia del imperio de la Comuna existian aun algunos pero casi todos pertenecian a miembros de la Comuna i eran de aquéllos que por su lenguaje de taberna i su violencia de energúmenos merecieron ser esceptuados de la persecucion jeneral.

Esta prensa servia admirablemente a los propósitos de justicia i verdad de que la Comuna se decia inspirada. Por lo que toca a la verdad, hé aqui como la guardaban. Son algunos acápites de la seccion «últimas noticias» de los diarios oficiales i oficiosos de la Comuna.

«Se confirma mas i mas que la Asamblea de Versalles, cercada por las tropas que han regresado de Alemania, está prisionera. Los jenerales del imperio han proclamado nuevamente a Napoleon III emperador.»

«A consecuencia de una viva reyerta respecto de algunos guardias nacionales que el mariscal Mac-Mahon, despues de haber hecho fusilar, OMITIÓ HACER COMER CRUDOS POR SUS SOLDADOS, M. Thiers ha enviado dos testigos al mariscal. Estos testigos no eran otros que el duque de Chambord i el conde de Paris. Mac-Mahom elijió al ex-emperador i a M. Paul de Cassagnac. El encuentro tuvo lugar en la calle de Reservoirs, en medio de una inmensa multitud, El mariscal fué herido, lo que lo obligó a declarar que renunciaba al mando de las tropas; pero la Asamblea no aceptó su dimision.»

«Podemos afirmar que una compañía del batallon 132.° cercó esta mañana, en el parque de Neuilly a quince mil jendarmes i policiales. Viendo que toda resistencia era inútil, los subalternos de M. Thiers se rindieron a discrecion. Habia entre ellos diez i siete miembros de la Asamblea que, no contentos con ordenar el degüello de sus hermanos, habian querido asistir a la carniceria.»

«Una persona digna de crédito nos cuenta el hecho siguiente: Una cantinera del batallon 41.° (cuartel de Batignolles) estaba en actitud de dar de beber a un artillero del fuerte de Vanves, cuando éste fué partido en dos pedazos por un obus versalles. La valiente cantinera se bebió el vaso de aguardiente i tomó el puesto del artillero. Cumplió tan bien su nuevo deber, que doce segundos mas tarde no habia un solo cañon intacto en las baterías de Meudon. En cuanto a los que servian las piezas, todos fueron derribados por algunas balas bien dirijidas a una distancia de muchos kilómetros, i se ha creido reconocer entre ellos,—pero damos la noticia con toda reserva,—a M. Ollivier, el ex-ministro del ex-emperador, i al conde de Bismarck que quiso verificar por si mismo el alcance de los cañones que ha prestado a sus buenos amigos de Versalles.»

Asi era, señores, como entendia la Comuna la dignidad de la prensa i como consultaba su libertad.

Antes de terminar con la prensa, debo consignar aquí una curiosa proposicion sometida a la deliberacion de la Comuna por una valerosa ciudadana empeñada en rejenerar al pueblo de cualquier modo. Dice asi:

«Ciudadano presidente:

«Habiendo pedido ayer por el patriota Gaillard padre, que fuesen deportados los

redactores, accionistas i abonados de los diarios reaccionarios, vengo a mi turno a pedir que los realistas i paisanos que rehusen abonarse al *Père Duchêne*, al *Cri du Peuple* i al *Vengeur* sean inmediatamente conducidos ante la corte marcial, fusilados en veinticuatro horas, i sus bienes confiscados a beneficio de la Comuna.

«Salud fraternal.

ADELINA PROUROUSKA.

«En el libre Paris, el dia 21 de nuestra renovacion democrática i social.»

¿No parece, señores, que la Comuna hubiera logrado trasformar a Paris en una gran casa de locos, o mejor aun, de energúmenos?

X.

En este naufrajio jeneral de todas las libertades i de todas las garantías del ciudadano, la propiedad no podia esperar suerte mejor.

Sinembargo, señores, aquí hubo siquiera franqueza i verdad. La *Internacional* habia declarado pública i espresamente que queria el comunismo i le asistia la esperanza de establecerlo. La Comuna, instrumento de aquella poderosa asociacion, mantuvo esta parte de su programa i la cumplió escrupulosamente

Repito que la franqueza hace ménos odiosos los increibles atentados del rojismo contra la propiedad. Lo que exaspera verdaderamente es esa repugnante hipocrecía de las promesas que los hechos nunca ratifican, i si desmienten. Podrá decirse del que hiere en el pecho que es un asesino; al que hiere por la espalda se le agrega el calificativo de miserable.

La situacion financiera de la Comuna, el 30 de abril, segun un estado publicado por el ciudadano Jourde, era la siguiente. Copio las entradas:

Sumas encontradas en las cajas centrales del tesoro público, formando un total de.....	4.658,112	fr. 21
Sumas tomadas al Banco de Francia.....	7.750,000	
Producto de las requisiciones, en el arzobispado, en la comunidad de Viller, i dinero encontrado en casa de los Hnos. Dosmont o Demore.....	8,893	«
En el ferrocarril.....	333,000	«
Entradas de diversas administraciones.....	13.293,876	« 29
Total...	26.013,916	« 70
Total de las requisiciones o mejor dicho de los robos cometidos a nombre de la autoridad...	12.720,040	« 41

o lo que es lo mismo 2.544,008 ps.

Esto en el primer mes de la administracion comunal.

Decia hace poco que debiamos reconocer a la Comuna siquiera el mérito de la franqueza en la depredacion. Hé aquí, en efecto, lo que encuentro en la *Declaracion al pueblo frances* tantas veces citada.

«Pero a favor de su autonomía i aprovechando su libertad de accion, Paris se reserva el derecho de verificar como le convenga las reformas administrativas i económicas que reclama su poblacion; crear instituciones propias para desarrollar i propagar la instruccion, el cambio i el crédito; *universalizar* el poder, la *propiedad*, segun las necesidades del momento, los votos de los interesados i los datos proporcionados por la esperiencia.»

Me parece que esto es claro. Universalizar la propiedad equivale evidentemente a establecer el comunismo.

Sinembargo, si la Comuna se manifestó franca, no fué por eso ménos brutal en la ejecucion de sus decretos sobre requisiciones.

En la noche del 30 de marzo—en la noche, señores, como los ladrones vulgares, —un individuo ceñido de una faja roja se presentó en la compañía de seguros de la *Union*. El empleado de servicio no quiso entregar las llaves de la caja, lo que le valió una prision, sin que por esto el dinero escapara, pues se despedazó la caja a culatazos.

Probablemente como este era el primer esperimento el encargado de esta operacion no llevó herrero como sucedió el Viérnes Santo en la iglesia de Nuestra Señora de las Victorias.

Entretanto, a la misma hora en que se

verificaba este robo a mano armada, en nombre de las necesidades públicas sin duda, el Hotel de Ville estaba espléndidamente iluminado. Cuatrocientos guardias nacionales de Belleville daban allí un banquete a sus queridas con el producto de las requisiciones.

El 19 de abril otro delegado de la Comuna se presentó en el hotel de los Inválidos, recojió toda la vajilla i cubiertos de plata i los hizo conducir a la casa de Moneda. Esta requisicion produjo cien mil francos. Pero, al mismo tiempo el cajero de la mairia de Montrouge escapaba con sesenta mil. Quedaban, pues, a la Comuna solo cuarenta mil francos de producto líquido.

El ciudadano Pilotel, miembro de la Comuna, fué el encargado de arrestar a M. Chaudey, el redactor del *Siècle* fusilado en los últimos dias del terror. Por derecho de comision sin duda el ciudadano Pilotel exijió que se le entregase todo el dinero que hubiese en la casa. Este ciudadano Pilotel se aficionó tanto a las cajas particulares, que el ciudadano Arthur Arnould se vió obligado a pedir su destitucion del cargo de director de Bellas Artes i comisario de policía «porque es preciso, dijo, que no demos motivos para que se nos acuse de ladrones.» La destitucion fué acordada.

Es probable que votara en contra de su desgraciado colega el ciudadano Urbain, otro miembro de la Comuna a quien se presentó un dia cierta dama a hacer un reclamo. Miéntras oia su esposicion, el ciudadano Urbain notó que la señora llevaba reloj.

—Ah! llevais reloj! le dijo interrumpiéndola.

I lo tomó i se lo guardó.

Estos hechos casi permiten creer que los candidatos para miembros de la Comuna fueron sacados de las cárceles públicas. Esta conviccion se justificaria en vosotros si yo os comunicara los honorables antecedentes de un gran número de comunistas. No lo hago, porque entónces esta lectura no concluiria jamas.

Las requisiciones se hacian tambien por decreto. Uno de ellos remataba los bienes de M. M. Thiers, Favre, Picard, Dufaure, Simon i Pottreau, como traidores a la patria. El otro merece ser trascrito íntegro. Helo aquí:

«La Comuna de Paris.

«Considerando que el primero de los principios de la República francesa es la libertad:

«Considerando que la libertad de conciencia es la primera de las libertades;

«Considerando que el presupuesto de cultos es contrario a este principio, pues se impone a los ciudadanos contra su propia fé;

«Considerando, en fin, que el clero ha sido cómplice de los crímenes de la monarquía contra la libertad;

«Decreta:

«Art. 1.° Se separa la Iglesia del Estado.

«Art. 2.° Se suprime el presupuesto de cultos.

«Art. 3.° Los bienes llamados de manos muertas pertenecientes a las congregaciones relijiosas, muebles e inmuebles, son declarados de propiedad nacional.

«Art. 4.° Se abrirá inmediatamente una investigacion sobre estos bienes para comprobar su naturaleza i ponerlos a disposicion de la nacion.»

Es decir, la Comuna se apodera de los bienes de los eclesiásticos, porque la libertad de conciencia es la primera de las libertades.

Volviendo a las requisiciones, las cinco grandes compañías de ferrocarriles, del Norte, Este, Oeste, Lyon i Orleans, fueron obligadas a constribuir proporcionalmente con la suma de 2 millones de francos.

Otro espediente tan sencillo como este para procurarme fondos, fué el empleado por la Comuna en la administracion de correos. Despues de anunciar al público que el servicio estaba corriente con los departamentos i el estranjero, la administracion se guardaba las cartas i el producto del franqueo.

Es verdad que la Comuna necesita dinero para sus enormes gastos. En el espacio de un mes el ramo de relaciones esteriores le costó 112.129 francos, es decir, 22.416 pesos, i esto que no habia relaciones esteriores.

Digo mal, las habia. El ciudadano Paschal Grousset, delegado en este ramo, dirijió a los diplomáticos residentes en Paris

todos los cuales habian salido fuera de él, la siguiente circular:

«El infrascrito, miembro de la Comuna de Paris, delegado de las Relaciones Esteriores tiene el honor de notificaros oficialmente la constitucion del gobierno de la Comuna de Paris.

«Os suplico que lo pongais en conocimiento de vuestro gobierno i aprovecho la ocasion para espresaros el deseo de la Comuna de estrechar los lazos fraternales que unen al pueblo de Paris con el pueblo de ***

«Dignaos, etc.—*Paschal Grousset.*»

Al cabo de tres semanas se presentó en el despacho del ciudadano Grousset un individuo que iba a reconocer la Comuna en nombre del gobierno del Ecuador. Grande alegria del delegado Grousset i gran ruido de los diarios en torno de este reconocimiento.

Al dia siguiente, el señor Bustamante, vice-cónsul del Ecuador, se veia obligado a declarar que no habia ministro de su nacion acreditado en Paris.

Esta fué la única jestion del delegado de las relaciones esteriores, i ella costó, como os lo he dicho ántes, 22,446 pesos en un mes.

Entretanto, ¿podriais adivinar cuánto se gastó durante el mismo tiempo en la instruccion pública? Doscientos pesos; mil francos. No es de estrañar asi que durante la administracion comunal no se pagara sus sueldos a los institutores. Las relaciones esteriores estaban primero.

Debo añadir que los miembros de la Comuna que no eran delegados en ningun servicio público se daban sus trazas para procurarse rentas. Siendo sus sesiones secretas, muchos especulaban vendiéndolas a los diarios.

Vuelvo a preguntar, señores, ¿se habrian escapado de los presidios estos dominadores de Paris?

(Continuará).

¿QUÉ QUEDA?

De aquel tierno cariño,
¿Qué queda? Sombra, nada!...
Apénas un recuerdo solitario
Que esconde aun en su santuario el al ma!

Las bellas ilusiones
Pasaron, como pasan
Las nubes en el cielo trasparente,
Las brisas en la selva perfumada.

Los tiernos juramentos,
Las trémulas palabras
Murieron, como mueren melancólicos
Los ecos de las ondas en la playa.

Sueños de amor, querellas,
Dulcísimas miradas....
Todo bajó a la tumba del olvido
Envuelto en el crespon de la distancia!

¿Qué queda?.... En torno miro,
I nada encuentro, nada!...
Ese mundo de dicha fué mentira,
I ese cielo de luz solo un fantasma!

Santiago, setiembre de 1871.

* * * *

EL ESTADO DIRECTOR DE COLEJIO.

En la interesante revista parisiense *Le Contemporain*, encontramos un largo articulo con el título que encabeza estas líneas sobre la cuestion de enseñanza pública, que arriba a algunas conclusiones aplicables en parte a nuestro pais.

No pudiendo dar íntegro el articulo a que nos referimos vamos a estractar de él lo mas importante.

Comienza el autor (1) declarando que pide «la supresion del internado en los establecimientos del Estado, porque es ésa una institucion necesariamente funesta, desastrosa para los niños, para las familias, para el Estado, engorrosa para la misma Universidad.»

Advierte en seguida que sus observa-

(1) L. Lescoeur, sacerdote del Oratorio.

ciones se refieren solo a la enseñanza secundaria.

Pocos hai ya afortunadamente que, al ménos en la teoria, confundan la instruccion i la educacion. Todo el mundo conoce ya perfectamente esa cuestion dilucidada mil i mil veces, i todos repiten que la instruccion se dirije a la intelijencia i la educacion al corazon. La primera está destinada a adornar el espíritu con útiles conocimientos i la segunda a formar al hombre.

El padre de familia a quien por derecho natural toca la tarea de educar a sus hijos corrije las malas inclinaciones con que nace el hombre despues de la degradacion de la naturaleza humana. Corrije el amor al placer con el sentimiento del deber, refrena los instintos i los impulsos de la naturaleza con el imperio de la razon sobre esos instintos i esos impulsos.

«Sin educacion, decia a su auditorio de de Nuestra Señora el P. Lacordaire, sin educacion no hai civilizacion; es decir que el hombre es nativamente bárbaro i que la bondad se desarrolla en él por un cultivo profundo cuyo arte exije una santa ternura i una virtud varonil. ¡Ai de la nacion que ha olvidado educar a sus hijos! ¡A del pais que confunde la enseñanza con la educacion, que cree que el bien nace de la ciencia i de la literatura, cualesquiera que ellas sean, i que enseñar a acomodar bonitas palabras es preparar el alma del hombre i del ciudadano! La educacion es la tradicion de la obediencia, del respeto i de la abnegacion de un alma impaciente del yugo i empedernida de egoismo, tradicion sublime cuya falta nada suple i cuya necesidad prueba irrefragablemente la preponderancia espontánea del mal sobre el bien.»

Ahora bien, en el internado universitario, ¿quién ejerce esa augusta mision de educar?

No es el padre o la madre que está todo el dia i todos los dias al lado del hijo, que puede penetrar con infinita delicadeza en el alma del hijo para observar de cerca, lleno de paternal interes, los jérmenes de vicio o de virtud que hai en ella a fin de desarraigar lenta, suave i cariñosamente los primeros i desarrollar con la palabra con el ejemplo los segundos. No es la madre que ora con el hijo al rayar el alba i al caer la noche para enseñar al hijo que es un deber orar al nacer i al morir el dia. No es el padre que va con el hijo hasta las mansiones de la pobreza, del dolor i de la miseria para enseñarle que es un deber llevar allá el pan i el consuelo. No son ni el padre ni la madre que pueden realizar aquella educacion que no es ni palabra, ni letra, ni ciencia, ni libro, sino una atmósfera de amor i de virtud bajo la cual crece i se desarrolla un alma para fructificar el bien.

¿Quién hai en un internado que pueda suplir a los padres? El profesor tiene su tarea perfectamente marcada i restrinjida solo a la instruccion. El rector tiene muchas cosas a la vez en que pensar, teniendo a su cargo todo el réjimen del liceo.

No quedan mas que los inspectores.

Pero el inspector es jeneralmente un jóven sin esperiencia. Cuando mas, si algo se le exije, es su diploma de bachiller en humanidades. ¿Cómo exijirles ese tacto, esa paciencia infatigable, ese amor a la juventud, esa conducta irreprochable, ese lenguaje prudente, que son absolutamente necesarios para que la autoridad de que están investidos se haga amable, respetada i obedecida? Sin esperiencia en la delicada obra de la educacion, sin el interes de un padre, sin mas estímulo que el cumplimiento de un deber penoso i mal retribuido, sin prestijio ante los educandos que los compadecen, los motejan i los desprecian, cuando no los aborrecen ¿qué pueden hacer los inspectores?

Si el respeto del educando hácia el que

educa es una condicion indispensable para el buen éxito de las tareas de éste, no es ménos necesaria condicion una cierta confianza que debe inspirar el maestro al educando, confianza que se hermane con el respeto sin dejenerar en distancia ni en familiaridad, confianza como la que existe entre el hijo i el padre. ¿Existe i puede existir esa confianza, en un internado, entre el alumno i el inspector?

Cualquiera que tenga alguna esperiencia en materia de educacion, mas aun, cualquiera que se acuerde de lo que en sí mismo esperimentó en la juventud, sabe que el educando, en esa época de transicion entre la niñez i la adolescencia, siente una necesidad imperiosa de dar espansion a sus sentimientos i a la vez dificultad para dársela. Incógnitos deseos surjen en su alma; pero lo detiene su timidez. Siente en su corazon una fermentacion sorda, hai mil cosas que querria saber i que le dá vergüenza preguntar. Esperimenta mil i mil penas que exijen íntimas confidencias i que, si sus maestros no adivinan, no sabrán jamas de su boca. Esa época crítica de los trece a los diez i seis años es decisiva en la educacion: el alma, todavia informe, tiene la blandura de la cera, i de la direccion que entónces se le imprima pende la suerte futura del hombre.

I ¿qué puede entónces el mejor i mal celoso inspector de colejio?

En los internados dirijidos por relijiosos desaparecen en gran parte los inconvenientes que hemos señalado. Allí hai sacerdotes de gran esperiencia encanecidos en la direccion de los espíritus, movidos i sostenidos por el zelo relijioso i, lo que es mas, por el zelo sacerdotal. Se ocupan de la educacion por voto o por obediencia, sus tareas son desinteresadas, lo que les da prestijio; la dignidad que invisten les asegura el respeto; su carácter sacerdotal hace mas fácil esa respetuosa confianza tan indispensable de que hemos hablado. Cumplen con sus deberes por cumplir con sus votos.

Hai otra condicion sin la cual es imposible el buen éxito en la educacion: es la unidad, la conformidad de miras i procederes, la completa armonía de los sentimientos, de las palabras i de los actos, aparente i real, entre los superiores; en suma, esa atmósfera uniforme que es, como hemos dicho, el todo de la educacion. Si cada inspector aplica un sistema propio; si cada profesor enseña cosas diametralmente contrarias a las que enseñó el otro, no hai educacion posible: ni la intelijencia ni el corazon se fijan en un sistema de verdad i de bien.

Permítasenos aquí algo relativo a nuestro pais. Un hecho sin comentarios. En nuestro Instituto Nacional, hai un profesor i un capellan que enseñan que la Biblia es un libro inspirado por Dios, digno de fé i de respeto, i hai otro profesor que a esa misma hora se rie de la Biblia, diciendo que los que la escribieron eran unos necios que no sabian jotá de Historia Natural.

¿Qué tal?

(Continuará.)

RAFAEL B. GUMUCIO.

Contenido de este número.

I.—¿Envidia o caridad? páj. 49.
II.—Plegaria, poesía, por Rosario Orrego de Uribe, páj. 49.
III.—Santa Teresa de Jesus, continuacion, por Ventura Blanco, páj. 49.
IV.—A mi amada desconocida, poesía, por R. Larrain C. páj. 52.
V.—La escuela del corazon, por L. Veuillot. páj. 53.
VI.—Un héroe, poesía, por Roque Roca Roquete, páj. 55.
VII.—La Comuna i sus enseñanzas, continuacion, por Máximo R. Lira, páj. 58.
VIII.—¿Qué queda?, poesía, por **** páj. 62.
IX.—El Estado director de colejio, por Rafael B. Gumucio, páj. 62.

IMPRENTA DE «EL INDEPENDIENTE.»
calle de la Compañía, núm. 102.

LA ESTRELLA DE CHILE.

AÑO V. Santiago, noviembre 5 de 1871. Núm. 214.

MANUAL DE COMPOSICION LITERARIA

POR DIEGO BARROS ARANA. (1)

Hace dos semanas compramos en la Librería Central de M. Raymond este nuevo libro del señor Barros Arana, con el propósito de escribir sobre él un artículo bibliográfico para *La Estrella de Chile*. Desgraciadamente han ido pasando los dias sin que nos haya sido dable dedicar a la lectura atenta de la obra el tiempo necesario para formular sobre ella un juicio prolijo i sólidamente motivado.

Deseando, sinembargo, dejar huellas en esta Revista de todas las obras notables bajo cualquier aspecto que salgan de las prensas nacionales, i temerosos de que las oportunidad se pase, vamos hoi, mas bien que a analizar el libro del señor Barros Arana, a manifestar la impresion que nos ha dejado la lectura de su parte teórica o preceptiva, i el juicio que nos merecen su plan i sus temas de ejercicios.

Antes, sinembargo, de entrar en ese terreno, permitasenos una observacion prévia. El *Manual de Composicion Literaria* se vende a un precio mui subido ($2 50 cts), a un precio que está en relacion *de un cuatrocientos por ciento* al ménos con su precio de costo. Esta circunstancia que, nos apresuramos a notarlo, es comun a casi todos los libros destinados a servir de textos de enseñanza en los colejios i escuelas, es lamentable bajo mas de un concepto. Ella implica un gravámen no insignificante que se echa sobre los estudiantes i contribuye a reducir el número de personas que podrian de otra suerte leer con provecho propio i de la sociedad obras tan útiles como aquella de que nos ocupamos.

Va a decírsenos talvez que en Chile, donde es tan escaso el número de lectores, hai necesidad de buscar la compensacion de esa escasez en el subido precio de los libros. Esta observacion que tendria indudablemente algun fundamento tratándose en jeneral de los libros que se imprimen entre nosotros, no tiene ninguno aplicada a los textos de enseñanza cuyos autores pueden contar siempre con una venta, mas o ménos rápida, pero siempre segura. ¿Cómo sucede entónces lo contrario de lo que naturalmente habria de suceder, es decir que los libros destinados a la enseñanza, que debieran de ser los mas baratos, son casi siempre los que se venden a un precio mas subido? Sucede por la misma causa que es orijen de tantos otros males—por el monopolio. Merced al monopolio los colejios del Estado adoptan ciertos libros, proscribiendo en su obsequio todos los otros, i los autores les fijan el precio que mejor les cuadra, seguros de que la venta no disminuirá por eso i de que, parapetados tras el privilejio, podrán reirse impunemente de la lei de la oferta i de la demanda, i de todos los economistas juntos.

Nosotros que estamos dispuestos a perseguir al monopolio en cualquier terreno i bajo cualquier nombre i pretesto que se nos manifieste, señalamos de paso uno de los muchos, que con su natural cortejo de malas consecuencias, existen al amparo de nuestro detestable sistema de enseñanza. Tanto menos equitativo es el que señalamos, cuanto que los autores de esa clase de libros se reservan siempre la facultad de pedir por cada uno de ellos abono de algunos años de servicio para los efectos de la jubilacion, abono que ya es costumbre concederles.

Lo anterior no quiere decir, apesar de todo, que comprar el libro del señor Barros Arana equivalga a comprar un arrepentimiento. Al contrario, como ciertas mujeres que nada encuentran caro tratándose de joyas o de lujosos trajes, nosotros no encontramos caro ningun libro, cuando tenemos en el bolsillo el dinero suficiente para pagarlo.

Puede suceder mui bien que un libro sea caro i que al que lo compra le parezca barato; i eso que puede suceder es lo que

(1) Un volúmen de 471 pájinas.—Imprenta de *La República*. 1871.

nos ha sucedido con el *Manual* del señor Barros Arana. Este libro era un libro necesario i a propósito de él puede repetirse con toda verdad aquella trilladísima frase, que *viene a llenar un vacío jeneralmente sentido*. Los jóvenes tenian abundantísimas reglas para aprender a escribir en prosa i verso, pero no aprendian a escribir: se anegaban en un mar de teorías, miéntras se les tenia privados de la práctica, es decir de lo principal, como de cosa insignificante. ¿Qué habia de suceder?—Lo que en realidad sucedia: que esos insignes nadadores teóricos, puestos en la necesidad de echarse al agua, no tardaban en irse a pique.

Para mejorar tal estado de cosas el señor Barros Arana ha escrito su *Manual de Composicion Literaria*, que contiene un gran número de trozos literarios destinados a servir de modelos i temas para ejercicios, i que van precedidos de algunas reglas particularmente aplicables al jénero de composiciones a que los trozos copiados pertenezcan. El estilo de la parte preceptiva es sencillo, claro i correcto, tal en fin, cual el asunto lo requiere. Los consejos son jeneralmente oportunos, fundados en el buen gusto i suceptibles por consiguiente de ser aplicados, con provecho.

La obra consta de una *Advertencia*, de un capítulo en que se esponen los preceptos jenerales de composicion i de doce *Secciones*, que enumeradas segun el órden que ocupan, son las siguientes:

1.ª *Traduccion al castellano de trozos escritos en idioma estranjero.*

2.ª *Traslacion a prosa de composiciones escritas en verso castellano.*

3.ª *Traslacion al lenguaje moderno de algunos fragmentos escritos en castellano antiguo.*

4.ª *Esplicacion de algunos sinónimos i homónimos.*

5.ª *Cartas familiares.*

6.ª *Narraciones.*

7.ª *Descripciones.*

8.ª *Retratos.*

9.ª *Paralelos.*

10.ª *Disertaciones.*

11.ª *Diálogos.*

12.ª *Análisis literarios de buenos modelos.*

Tal es la série de secciones o capítulos en que el señor Barros Arana ha creido conveniente dividir su *Manual de Composicion Literaria*. A nuestro entender hai en esa série algo que está de mas i algo que se echa de ménos; secciones que sin inconveniente podrian suprimirse i secciones útiles que han sido desdeñadas.

Confesamos que todo ejercicio intelectual es útil en si mismo para el alma, como la jimnástica es benéfica para el cuerpo. Pero de que todo ejercicio intelectual sea útil ¿se deduce por ventura la justificacion de estudios que no tengan otro objeto que proporcionar a la mente del niño ese ejercicio?

Tanto valdria sostener que estaria en la verdad i la razon el padre de familia, por ejemplo, que pudiendo dedicar a sus hijos i dependientes a trabajos que fueran un saludable ejercicio para ellos i un adelanto para su propiedad, los obligase a emplear sus fuerzas en tareas estériles e improductivas.

Enhorabuena que se imponga a los estudiantes la tarea de verter al castellano trozos escojidos de idiomas estranjeros: ese ejercicio, ademas de la utilidad que en sí tenga como una jimnástica para las facultades del espíritu, tiene tambien un objeto práctico i una aplicacion a las necesidades de la vida literaria mercantil o social.

Despues de esto, se comprenderá que miremos como inoficiosa la Seccion segunda, i sino como de todo punto inoficiosa, como de escasa importancia, i de utilidad mui problemática la tercera. En efecto ¿cuántas veces acontece en la vida de un hombre que tenga necesidad de trasladar a prosa castellana una composicion escrita primitivamente en verso, en este idioma? ¿I en qué caso, aun tratándose de la antigua prosa castellana, puede presentarse la necesidad, no solo de comprenderla, sino tambien de traducirla al castellano moderno?

Observaciones mui parecidas podriamos hacer con respecto a la seccion dedicada a los *Paralelos*, mui gustados al parecer en la antigüedad, i hoi solo tolerables cuando la naturaleza del asunto los impone en cierto modo al escritor. De todas maneras, los paralelos no constituyen un jénero de composiciones literarias, sino que son un recurso de que puede echar mano el escritor cada vez que su buen gusto se lo indique.

En cambio de estas secciones que sin inconveniente habrian podido suprimirse,

hai algunas otras que hacen falta. ¿No es estraño, a la verdad, que el señor Barros Arana, no haya dado cabida en su *Manual* ni aun consejo, ni aun ejercicio referentes al periodismo?

Si hai en los tiempos que corren i en la sociedad en que vivimos alguna corriente literaria predominante e irresistible, esa es la corriente del periodismo. Es en la prensa periódica, i especialmente en la diaria, donde el principiante puede encontrar alguna retribucion, aunque modesta, para los trabajos de la pluma, i allí es donde con rarísimas escepciones, han sido armados caballeros de las letras todos los que viven consagrados a sus servicio, i que sirviéndolas, han podido conquistarse un nombre mas o ménos ilustre.

La falta de consejos i de modelos sobre el asunto de que tratamos constituye por lo tanto un considerable vacío en el libro del señor Barros Arana. Algunos consejos sencillos, prácticos i bien elejidos sobre el periodismo habrian sido de una utilidad evidente, i algunas muestras de ese jénero de composiciones, se habrian leido por los estudiantes con mas gusto i provecho que las muestras que el *Manual* contiene de *Retratos Paralelos* etc.

Tampoco nos esplicamos la falta de muestras del estilo propio de los panfletos políticos, jénero de composicion que tiene sus peculiaridades i que no carece de importancia i aplicacion en sociedades como la nuestra. Ménos, si cabe, nos damos cuenta del olvido en que incurre el señor Barros Arana en tocante a la oratoria. No dar, en una coleccion de ejercicios literarios, ningun modelo de discursos, cuando se escribe en una república, es decir, en una sociedad gobernada casi esclusivamente por los discursos, de los tribunales de justicia, de los púlpitos, de las tribunas populares i de los sillones del congreso, es incurrir en un imperdonable descuido, es casi dejar en la calle al personaje que debiera presidir el banquete.

Si de estas observaciones sobre los vacíos del libro cuyo exámen vamos haciendo a la lijera, pasamos a las que se nos han ocurrido recorriendo los numerosos trozos que contiene, como modelos de cada jénero, cúmplenos declarar que ellos son tan numerosos como interesantes. El alumno, sin mas que leer los trozos copiados en el *Manual*, puede formarse una idea aproximada de la manera i estilo de los mas famosos escritores anguos i modernos: griegos, latinos, alemanes, ingleses, franceses, italianos, portugueses, norte-americanos, están allí representados por la flor i nata de sus mas aventajados injenios. ¿Por qué motivo, sinembargo, apénas es posible descubrir, casi como avergonzado, uno que otro español entre esa brillantísima falanje? ¿Es poca voluntad del señor Barros Arana o es pobreza de la literatura española?

Ignoramos a punto fijo el motivo del hecho que notamos; pero si es mala voluntad, no la creemos justificable, i si en concepto del Sr. Barros Arana es pobreza de la literatura española, nos permitimos afirmar que ese juicio hace poco honor a su erudicion i a su gusto.

Para que se comprenda hasta dónde ha llegado el autor del *Manual* su mala voluntad hácia los autores españoles, o mas exactamente castellanos, baste saber que entre los modelos de *Cartas* no hai una sola escrita orijinariamente en castellano, entre los de *Narraciones*, que son 18, hai una apénas, entre las *Descripciones* que son 20 no hai ninguna, ninguna tampoco entre 11 ejemplos de *Paralelos*, uno entre 10 *Diálogos*, 5 entre 24 *Retratos* etc.

Despues de estos datos los comentarios parecerian escusados a cualquier lector medianamente instruido, i por eso nos ahorramos el trabajo de hacerlos.

No somos de aquellos que ponen con mas entusiasmo que juicio a la literatura española sobre todas las literaturas antiguas i modernas. Hai, aun sin salir de estas últimas, algunas que la igualan i una que otra que la superan. Pero asi i todo, no cremos difícil encontrar entre los clásicos españoles i entre los escritores modernos i contemporáneos ejemplos notables de todos los jéneros literarios; i pudiéndolos encontrar, nos parece que hai derecho para exijir al autor de un libro escrito para enseñar la composicion a jóvenes que hablan castellano, que los encuentre i que despues de hallarlos los prefiera a los que pudieran suministrarle las literaturas estranjeras, por oportunos i acabados que fuesen.

Los modelos sacados de autores castellanos forman apénas un diez por ciento del total de los que contiene el libro del señor Barros: la razon aconsejaba i la utilidad de los estudiantes exijia que los ejemplos

sacados de aquellos autores hubieran formado por lo ménos un cincuenta por ciento del total.

En resúmen, si el *Manual de Composicion Literaria* puede prestar a los jóvenes servicios mui positivos i valiosos por los buenos consejos i modelos que contiene, hai en él notables vacíos i olvidos, que se esplican por la naturaleza de los libros que han indicado al señor Barros Arana el plan i suministrado los materiales de su obra; pero que quitándole el carácter esencialmente práctico que debiera tener, le quitan tambien una gran parte de la utilidad i de los atractivos que de otra suerte tendria para aquéllos que la leyesen por gusto, o por obligacion la estudiasen.

Santiago, noviembre 1.° de 1871.

ZOROBABEL RODRIGUEZ.

A MI PATRIA.

Pulsa la lira el poeta
De entusiasmo arrebatado
Cuando se siente inspirado,
Como ahora me siento yo.
Rindiendo siempre homenaje
A lo sublime i grandioso,
A cuanto hai de mas hermoso
Bajo nuestro patrio sol.

Oh! Chile, mi cara patria
De paz i de encanto llena,
Te alzas altiva i serena
Diosa de la libertad.
En los jigantescos Andes
Tienes tu solio fuljente,
Doble el tirano su frente;
Tu brillo le hace temblar.

No es ya la tierra de esclavos
Donde tus hijos jimieron,
I entre cadenas vivieron
Sin libertad i sin pan.
Es la mansion de los bravos,
De los libres el santuario;
En tu suelo hospitalario
Todos albergue hallarán.

De esas tus altas montañas
Nacen rios caudalosos
Que descienden majestuosos
I van a perderse al mar.
En sus aguas cristalinas
Tu cielo azul se retrata,
Luceros de blanca plata
Se ve en sus ondas brillar.

El sol que en los Andes nace,
Hermosos campos colora,
I su lumbre bienhechora
Les presta vida i calor.
A su paso brotan flores
Que el céfiro blando mece,
I sus perfumes ofrece
En holocausto al Señor.

Feliz, ¡oh, Patria querida!
El que ha nacido en tu suelo;
Eres la imájen del cielo,
Sobre la tierra el edeu!
No hai déspotas, no hai tiranos
Donde la justicia impera,
Donde se alza una bandera
Llena de glorias tambien....

No hai patricios, no hai plebeyos
Bajo el sol republicano;
Los hombres todos hermanos
Altivos i nobles son.
Ese tu arjentado cielo
Del Eterno es la sonrisa,
De los bravos la divisa
Libre i fuerte por la union.

Santiago, octubre 31 de 1871.

J. AGUSTIN LAZCANO.

EL ESTADO DIRECTOR DE COLEJIO.

(CONTINUACION.)

¡Ai del colejio en que el jóven puede oponer las enseñanzas i el ejemplo de un maestro a las enseñanzas i al ejemplo de otro! Vendrá aquel apredominio espontáneo del mal sobre el bien» de que hablaba el P. Lacordaire, porque las buenas enseñazas i los buenos ejemplos se harán infructuosos por la influencia de las malas doctrinas i los malos ejemplos, sin que el mal efecto de éste se modifique por la influencia de aquéllos.

Preguntemos ahora: ¿puede la educacion oficial conseguir la perfecta uniformi-

dad de miras, de procederes i de doctrinas en el cuerpo de maestros?

Concretemos ahora mas la cuestion. Coloquémosnos en el punto de vista católico, que es nuestro punto de vista.

Los católicos creemos, con indisputable razon, que la educacion relijiosa es una parte principal i esencialísima de la educacion propiamente dicha; para nosotros, un sistema de educacion es malo por el solo hecho de no producir hombres relijiosos, i mucho mas cuando, premeditada o inpremeditadamente, produce ordinariamente lo contrario.

Escuchemos, pues, a respetables testigos, católicos i no católicos, que deponen, desde el punto de vista moral i relijioso, contra la educacion oficial.

El ilustre P. Lacordaire, en un informe elevado en compañía de otros ocho capellanes de colejios oficiales de Francia dice, entre otras cosas, lo que sigue:

«Los niños que se les confian, apénas se incorporan en la universidad, cuando comienzan a perder los buenos sentimientos que han bebido en sus familias.... Si hai algunos que permanecen fieles a sus primeros sentimientos, trata de ocultarlos como se oculta un secreto funesto.... Su fé no ha muerto todavía; pero un poco mas tarde, entre los catorce i los quince años, nuestros esfuerzos llegan a ser inútiles. Perdemos entónces toda influencia relijiosa sobre ellos... No son solas la indiferencia i las pasiones las que los llevan a un olvido tan jeneral i tan precoz de su Dios, sino una incredulidad positiva. ¿Cómo, en efecto, habrian de creer, viendo tanto desprecio por la relijion, *oyendo todos los dias de su vida discursos tan contradictorios, sin encontrar cristianismo mas que en la capilla, i aun allí, un cristianismo vacío, de pura fórmula, meramente oficial*?

Este informe se escribia en 1830. Cuarenta años despues, en 1869, otro capellan de colejio oficial, despues de una larga esperiencia personal declaraba que estaba convencido de lo que en su informe de 1830 decia el P. Lacordaire: *dans tous les temps, sous tous les régimes, après de réformes multipliées, l' Université a toujours porté les mêmes fruits.*

I agrega:

«El deber del Estado es protejer cuidadosamente la fé de los niños que las familias le confian; se ha comprometido solemnemente a ello. Pero *lo contrario sucede en los liceos i el ejemplo de los maestros ejerce constantemente sobre la fé de los alumnos una presion casi irresistible*.....

.....

«La educacion relijiosa no es el cultivo de una facultad particular del alma, sino la cultura de toda el alma; no puede, pues, darse en un momento determinado, como la enseñanza del griego o de las matemáticas; debe darse en cada momento. I se querrá que el capellan que no vé a los alumnos mas que una o dos horas por semana baste *para dársela sin ser ayudado por ningun maestro, mas aun, contrariado por todos los maestros*?

Pero los testimonios que acabamos de aducir podrán parecer parciales. Son de capellanes católicos que han palpado de cerca i durante largos años lo que es i lo que produce la educacion oficial. Son, pues, testimonios respetabilísimos. Pero aduzcamos otros que no serán sospechosos.

El conde Agénor de Gasparin, protestante, se espresa así:

«*La educacion es nula en los colejios.* Esa educacion ha sido la mia; la he recibido en las condiciones mas favorables. Ningun colejio superior al mio por la sabiduría de su direccion, de su disciplina, por la regularidad de la instruccion relijiosa protestante en que he sido educado. En ese colejio ningun alumno ha habido que haya conservado con su familia relaciones mas continuas, mas excelentes, mas apropiadas para sostener, que yo; ninguno que haya tenido mas por qué felicitarse de sus profesores i superiores..... Pues bien, me acuerdo con terror de lo que era yo al terminar esa educacion nacional. Me acuerdo de lo que eran aquéllos de mis compañeros con quienes tenia relaciones. ¿Éramos mui buenos ciudadanos?—No lo sé; *lo que sé es que no éramos cristianos*; no teniamos ni los mas débiles comienzos de la fé i de la vida evanjélica.

En 1833, Guizot, entónces rector de la universidad, confesaba ante la cámara de diputados: «*que la educacion no estaba a la altura de la instruccion.*»

M. Coustin, hablando de la educacion oficial de su pais esclama: «*Si esa educacion es tan buena ¿dónde estan los buenos frutos*?

M. Saint-Marc Girandin, miembro del consejo real de instruccion pública en Fran-

cia, es todavia mas acre: «*No formamos, dice, ni ciudadanos ni hombres relijiosos en nuestros colejios. ¿Qué hacemos, pues? Instruimos, no educamos. Cultivamos i desarrollamos la intelijencia, pero no el corazon.*

El mismo Girardin, en un discurso pronunciado en la cámara, esclamaba en la tribuna: «¡Señores, o pereceis o dais entrada a la relijion en vuestra sociedad!»

M. Dubois, consejero de la instruccion pública tambien i director de la Escuela Normal, cuyo testimonio, si por algun lado puede ser parcial, seria sin duda en favor de la educacion oficial, decia: En la escuela normal está todo admirablemente organizado para la instruccion. En jeneral, es éso nuestro mérito acá en Francia. Pero hai una parte de la enseñanza en la que nuestros liceos dejan mucho que desear: *la educacion, ántes completa i esclusivamente relijiosa, obra de la familia i del culto, es hoi sofocada por la ciencia.*

Lamartine, en un folleto sobre el asunto que nos ocupa, dice, entre otras cosas, hablando del jóven bajo la influencia de la educacion oficial: «.....Su fé se apaga, su corazon se enfria, su alma aridece, su entusiasmo se trueca en indiferencia i en desaliento. No le queda de esa educacion, mas que dos principios opuestos que traban en su alma una guerra intestina de pensamientos contrarios; no puede ni siquiera vivir en paz consigo mismo, en una vida que ha comenzado por la inconsecuencia i se prolonga en la contradiccion.»

Escuchemos ahora el testimonio de Mme. Jorje Sand, retrato de un colejial de nuestros tiempos. Léanse las líneas que siguen, i dígase despues si hai diferencia entre las apreciaciones de los capellanes católicos i las de la libre-pensadora.

«En nuestro triste mundo actual, ya no hai jóvenes, o están educados de una manera escepcional. El colejial que vemos todos los dias es un mozo mal peinado, mal instruido, dominado de algun vicio grosero que ha destruido ya en su ser la santidad del primer ideal, o si por milagro ha escapado el pobre jóven a esa peste de los colejios, es imposible que haya conservado la castidad de la imajinacion i la santa ignorancia de su edad.... Es feo, aunque la naturaleza lo haya hecho bello.....; tiene un aire vergonzoso i no os mira de frente: devora en secreto malos libros. Las caricias de su madre lo hacen sonrojarse, diríase que se reconoce indigno de ellas. Las mas hermosas lenguas del mundo, los mas grandes poemas de la humanidad son para él causa de cansancio i de disgusto.....»

Asi se espresaba Jorje Sand, tan triste idea tiene de los frutos de la educacion oficial, coincidiendo con la que han espresado tantos i tantos hombres eminentes, de recto juicio i de larguísima esperiencia, i no solo de nuestros tiempos, sino de algunos años mas atras.

Esos tristísimos frutos, esos lamentables resultados de la educacion moral i relijiosa recibida en los internados oficiales ¿son solo peculiares de Francia, de los paises europeos? ¿O sucede hoi en nuestro Chile algo idéntico a lo que en Francia lamentaban Frayssinous en 1817, Lacordaire en 1830, Guizot en 1836, el abate Marty en 1869?

Doloroso es decirlo: si esos personajes fueran testigos de lo que, en materia de educacion moral, pasa en los internados oficiales chilenos, talvez nada tendrian que modificar en los testimonios que hemos reproducido. Si dijeron, pues, la verdad respecto de su pais, la dijeron, sin pensarlo i sin quererlo, tambien completa respecto del nuestro.

Lo que dijeron de los liceos i las escuelas normales de Francia es perfectamente aplicable a lo que desgraciadamente sucede i seguirá sucediendo en nuestros liceos provinciales i en nuestro Instituto Nacional, miéntras no se supriman los funestos internados.

¡Cuidado! que, nuestros colejios nacionales, ya han dejado atras el primer grado de la reaccion anticatólica, el grado del espiritualismo, han entrado al materialismo ateo, que en mas de una cátedra de enseñanza secundaria i superior se profesa e inculca sin rebozo i sin disfraz.

Aquí tenemos que hacer una nueva escepcion en favor de los internados dirijidos por sacerdotes, apoyándonos en las mismas razones en que nos apoyamos para hacer la primera. Podriamos reproducirlas i esplanarlas; pero hemos creido que no solo nos ahorra ese trabajo sino que sobrepuja a lo que nuestra pobre pluma habria podido escribir, el hermoso pasaje de Lamartine que cita el autor del artículo que nos sirve de base al presente i que copiamos en seguida.

«Un colejio dirijido por los jesuitas, dice el autor de las *Confidencias*, tenia gran

reputacion. Mi madre me llevó a él. Cuando hube entrado allí, conocí en pocos dias la diferencia prodijiosa que hai entre una educacion venal..... i una educacion dada en nombre de Dios e inspirada por una jenerosa abnegacion, cuyo solo premio es el cielo. Allí no encontré a mi madre, pero encontré a Dios, la pureza, la oracion, la caridad, una suave i paternal vijilancia, una familia, niños amados i amantes, fisonomías radiantes de felicidad.... Un espíritu divino parecia animar con un mismo soplo a los maestros i a los discípulos. Nuestras almas habian recobrado sus alas i volaban con un impulso natural al bien i a la belleza. Hasta los mas rebeldes eran arrastrados por el movimiento jeneral. Allí ví que se podian formar hombres, no constriñéndolos sino inspirándolos. El sentimiento relijioso que animaba a nuestros maestros nos animaba a todos. Poseian el arte de hacernos amable i sensible ese sentimiento i de crear en nosotros la pasion de Dios. Con tal palanca, apoyada en nuestros propios corazones, todo lo movian... Comenzaron por hacerme feliz i acabaron por hacerme virtuoso. La piedad se reanimó en mi alma, llegó a ser el móvil de mi ardor para el trabajo. Hice amistades intimas con niños de mi edad, tan puros i tan felices como yo; esas amistades nos proporcionaban, por decirlo así, una segunda familia!»

Los que, como Lamartine, han tenido la dicha de pasar los años de la infancia en un colejio de jesuitas o en cualquier otro dirijido por sacerdotes, podrian decir con plena conciencia i con entusiasmo lo mismo que escribió la poética i elocuente pluma de Lamartine.

(*Continuará.*)

RAFAEL B. GUMUCIO.

REVISTA BIBLIOGRAFICA.

OCTUBRE.

I.

Hé aquí las publicaciones impresas en el pais que se han recibido en la Biblioteca Nacional durante el mes de octubre:

«El soldado cristiano i el libre pensador artista o interesante diálogo sostenido por dos enfermos.»—1 vol. en 8.° de 60 pájs.—Imprenta del *Correo*. —Santiago.

«Crónica de la Serena desde su fundacion hasta nuestros dias», por Manuel Concha.—Entregas 1.ª a 3.ª—1 vol. en 4.° de 72 pájs.—Imprenta de *La Reforma*.—Serena.

«Profiláxis de la tuberculizacion pulmonar» por Manuel de la Barra Lira.—1 vol. en 4.° de 30 pájs.—Imprenta de *El Independiente*.—Santiago.

«Prontuario de los juicios militares» por Luis de la Cuadra.—1 vol. en 4.° de 264 pájs.—Imprenta *Chilena*.—Santiago.

«Las disposiciones del Código de Comercio que se refieren al arresto preventivo del comerciante declarado en quiebra i a la fianza establecida en subsidio, ¿están abolidas por la lei que declaró abolida la prision por deudas?» por Teodoro Letelier.—1 vol. en 4.° de 16 pájs.—Imprenta *Nacional*.—Santiago.

«Memoria sobre la epidemia de *typhus febris* presentada a la Facultad de Medicina por Florencio Middleton i premiada por dicha facultad en el certámen anual de 1867.»—1 vol. en 4.° de 174 pájs.—Imprenta *Nacional*.—Santiago.

«Los mineros ante el Senado i ante la opinion jeneral.»—1 vol. en 4.° de 13 pájs.—Imprenta de *El Mercurio*.—Valparaiso.

«Anuario estadístico de la República de Chile.»—Tomo undécimo.—1 vol. en folio de 610 pájs.—Imprenta *Nacional*. —Santiago.

«Reglamento de la 2.ª Compañía de Bomberos de Santiago.»—1 vol. en 4.° de 19 pájs.—Imprenta de *La Libertad*. —Santiago.

«Elojio del doctor don Zenon Gaete. Ojeada sobre la medicina contemporánea».—Discurso leido por don Francisco R. Martinez en el acto de su incorporacion a la Facultad de Medicina.—

1 vol. en 4.° de 21 pájs.—Imprenta *Nacional*.—Santiago.

«Memoria del Ministro de Justicia, Culto e Instruccion Pública (don Eulojio Altamirano) presentada al Congreso Nacional de 1871».—1 vol. en 4.° de 180 pájs.—Imprenta *Nacional*.—Santiago.

«Memoria del Ministro de Marina (don José Ramon Lira) presentada al Congreso Nacional de 1871.»—1 vol. en 4.° de 301 pájs.—Imprenta *Nacional*.—Santiago.

«Memoria del Ministro de la Guerra (don José Ramon Lira) presentada al Congreso Nacional de 1871.»—1 vol. en 4.° de 109 pájs.—Imprenta *Nacional*.—Santiago.

«Los Talaveras.»—Novela histórica por Mefistófeles.—1 vol. en 4.° de 48 pájs.—Entregas 1.ª i 2.ª—Imprenta *Militar*.—Santiago.

«Solemne distribucion de premios en el Colejio de los Sagrados Corazones el viérnes 20 de octubre de 1871.»—1 vol. en 4.° de 15 pájs.—Imprenta del *Correo*.—Santiago.

«Ordo divini officii persolvendi atque missæ celebrandæ a fratribus minoribus S. Francisci Capuccinis in Missionibus Reipublicæ Chilensis, servandus anno Incarnationis Dni. 1872.»—1 vol. en 8.° de 53 pájs.—Imprenta del *Correo*.—Santiago.

«Preceptos de retórica popular o sea el arte de hablar en público» por Eduardo Laboulaye.—Traduccion de J. Joaquin Larrain Z.—1 vol. en 8.° de 82 pájs.—Imprenta de *La Libertad*.—Santiago.

«Estatutos de la Gran Sastrería Elegante.»—1 vol. en 4.° de 15 pájs.—Imprenta de *El Ferrocarril*.—Santiago.

«La felicidad es una quimera,» por Hermójenes Concha i Marin.—Entrega 4.ª de la páj. 97 a la 128.—Imprenta de *El Independiente*.—Santiago.

«Memoria del Ministro del Interior (don Belisario Prats) presentada al Congreso Nacional de 1871.»—1 vol. en 4.° de 290 pájs.—Imprenta *Nacional*.—Santiago.

«Nuevo Mes de María.»—1 vol. en 8.° de 416 pájs.—Imprenta de *El Independiente*.—Santiago.

«Liturjia». (Nueva produccion del eminente *doctor en teolojía* el reverendo doctor don frai mister Trumbull en colaboracion con el idem, idem, idem Ibañez, recien consagrado.)—1 vol. en 8.° de 8 pájs.—Imprenta de *La Patria*.—Valparaiso.

«Extractum Malthi Hoff o Cerveza hijiénica de Malta.—Jabon aromático vejetal de cebada jerminada para tocador i baños.»—1 vol. en 8.° de 23 pájs.—Imprenta de *El Mercurio*.—Valparaiso.

«El Evanjelio del pueblo i la reforma social»—Folleto político-filosófico (?) por Emilio Corvalan.—1 vol. en 4.° de 37 pájs.—Imprenta de *El Mercurio*.—Valparaiso.

«Piezas relativas a la solemne distribucion de premios a los alumnos del Liceo de la Serena, que tuvo lugar el dia 17 de setiembre de 1871.»—1 vol. en 4.° de 23 pájs.—Imprenta del *Colejio*.—Serena.

«Sermon de San Francisco de Asis predicado por el señor prebendado don José Ramon Saavedra en el Monasterio de Clarisas de Santiago, el 4 de octubre de 1871, en la toma de hábito de sor Isabel Pacheco.»—1 vol. en 4.° de 11 pájs.—Imprenta de *El Independiente*.—Santiago.

«Estatutos del ferrocarril del Huasco i primer informe del Directorio a los accionistas.»—1 vol. en 4.° de 24 pájs.—Imprenta de *El Mercurio*.—Valparaiso.

«Gramática hispano-latina, teórico-práctica para el estudio simultáneo de las lenguas latina i castellana comparadas,» por Raimundo de Miguel.—1 vol. en 4.° de 226 pájs.—Imprenta de *El Mercurio*.—Valparaiso.

«Las miserias de Lóndres,» por Ponson du Terrail.—Entregas 4.ª a 6.ª—1

vol. en 4.° de la páj. 145 a la 288.—Imprenta de *La Patria*.—Valparaiso.

«El crímen de Orcival,» por Emilio Gaboriau.—Entregas 10.ª i 11.ª—1 vol. en 4.° de la páj. 317 a la 398.—Imprenta *Militar*.—Santiago.

«Diccionario jeneral de agricultura práctica, etc.»—Entregas 4.ª i 5.ª.—1 vol. en folio de la páj. 85 a la 148. —Imprenta de *El Mercurio*.—Valparaiso.

II.

El 30 de octubre se despidió de sus lectores para pasar a mejor vida *La Libertad*, diario político, que contaba ya cinco años de vida.

El colega tuvo talento para morirse: se largó para el otro mundo en vísperas del dia de finados.

A UN CIPRES.

Cuando natura se viste
De flores i de verdor,
Cuando el céfiro murmura
Cabe el arroyo veloz,
Cuando las aves entonan
Sus dulces trinos de amor,
Solo tu, cipres lloroso,
Acompañas mi dolor.
¡Defiéndeme con tu sombra
De los ardores del sol!

Sentado léjos del mundo
Que de mi infortunio huyó,
I que con necia algazara
Se burla de mi afliccion,
Soledad i desamparo
Solo he hallado en mi redor,
I a ti, cipres, fiel emblema
De mi triste corazon.
¡Defiéndeme con tu sombra
De los ardores del sol!

En ti hallé la compañia
Que el mundo cruel me negó:
Aquí, léjos de sus vicios,
Vivamos tristes los dos;
Aquí regaré tu tronco
De la luna al resplandor;
Aquí cavaré mi tumba,
I cuando en ella esté yo,
¡Defiéndeme con tu sombra
De los ardores del sol!

MARIO VALENZUELA.

LA COMUNA I SUS ENSEÑANZAS.

Conferencia leida el viérnes 5 de octubre en el Club de Amigos del País por el señor don Máximo R. Lira.

(Continuacion.)

XI.

Pero estos hombres no eran solo enemigos de Dios, del clero, de los hombres de órden, de todos los que no habian descendido hasta el rango de los miserables; lo eran tambien de la patria i de las gloria nacionales.

Habeis oido ya la lectura del decreto que ordenaba la demolicion de la cápilla espiatoria de Luis XVI, vais a oir ahora la del decreto de demolicion de la columna Vendôme.

«La Comuna de Paris:

«Considerando que la columna imperial de la plaza Vendôme es un monumento de barbarie, un símbolo de fuerza bruta i de falsa gloria, una afirmacion del militarismo, una negacion del derecho internacional, un insulto permanente de los vencedores a los vencidos, un atentado perpetuo contra uno de los tres grandes principios de la república francesa, la fraternidad.

«Decreta:

«Art. único. La columna de la plaza Vendôme será demolida.»

Preguntad, señores, a la Francia lo que simbolizaba esa columna, preguntádselo a su historia, a la crónica de sus glorias i de su grandeza, i decid despues si los que decretaban la demolicion del grandioso monumento, los que llenaban la plaza de fango para que en él se enterraran sus pedazos, cada uno de los cuales simbolizaba una victoria i recordaba un heroismo, merecen otro nombre que el de salvajes?

Pero ya se ve; la *Internacional* ha declarado que rechaza eso que se llama patriotismo, i la Comuna que estaba completando con sus horrores la obra destructora del prusiano i comprometiendo sériamente el povenir de la Francia, queria borrar hasta la memoria de su glorioso pasado.

Ni Dios, ni patria, ni hogar; ¿qué quiere entónces el rojismo? Quiere talvez aplicar a los hombres la lejislacion de las fieras para que todos nos devoremos unos a otros.

Pero, no habia llegado aun la hora de los grandes horrores. La Comuna iba a morir, pero para ello quiso ahogarse en sangre i que el incendio de Paris alumbrase sus funerales.

Todos vosotros habeis leido con la emocion de un horror sin nombre, las relaciones de la prensa sobre el asesinato de los rehenes i el incendio de Paris. Yo no las reproduciré aqui, porque sin duda no las habeis olvidado. Ahora me propongo revelaros solamente cuándo i cómo se hizo la lista de las victimas, i manifestaros que el incendio de Paris no fué aconsejado por la desesperacion de los vencidos sino meditado con anticipacion i resuelto a sangre fria.

En la noche del domingo 21 de mayo, Protot, Ferré i Rigault, acababan de pasar las primeras horas en el teatro de Delassements Comiques, i, sentados en la mesa del café del teatro, acababan de pedir buena cena para seis. Tres figurantas, en los *Contes des Fées*, debian reunirseles despues de haberse desvestido. Miéntras las esperaban i durante la cena, los miembros de la Comuna formaban la lista de los rehenes que debian ser fusilados al dia siguiente.

Esto, señores, es horrible i es salvaje.

Respecto de la premeditacion del incendio de Paris, hé aqui como la compruebo.

El 15 de mayo, el *Journal oficiel* publicaba esta nota:

«Todos los poseedores de azufre, fósforos i productos de esta naturaleza deberán declararlo en el espacio de tres dias, en la delegacion científica, 78, calle de Varennes.

Parizel.»

Dos dias despues aparecia en el mismo diario esta otra nota:

«El miembro de la Comuna delegado en los servicios públicos, decreta:

«Todos los depositarios de petroleo i de otros aceites minerales deberán, en el espacio de 48 horas, declararlo en las oficinas de alumbrado, plaza del hotel de Ville, 9.

Jules Andrieu.»

El 18 i 19 se insertaban estas otras dos:

«Los poseedores de fósforos i productos químicos que no han obedecido a la advertencia del *Journal Oficiel* se esponen al secuestro inmediato de estos productos.

Parizel.»

«La delegacion científica aceptará todos los dias de 18 a 11 de la mañana las entregas de sulfuro de carbon que se le hagan.

Parizel.»

Premeditado asi, el incendio de Paris debia ser jeneral i si no tomó todas las proporciones que se esperaban fué porque las tropas de Versalles ocuparon de sorpresa la ciudad.

Hé aqui ahora las órdenes:

REPÚBLICA FRANCESA.

Comuna de Paris.—Comité de salud pública.

Paris, el... de 1871.

Tirad sobre la Bolsa, el Banco, la Posta, la *place des Victoires*, la plaza de Vendôme, el jardin de Tullerias, el cuartel *Bobylone*, Dejamos el *Hotel de Ville* bajo la direccion de Spindy; i la guerra, el comité de salud pública, como los miembros de la comuna presentes, se trasportan a la alcaidia del duodécimo, donde nos establecemos. Desde esa parte será donde vamos a organizar la defensa de los barrios populares.

Os enviaremos artilleros i municiones del parque Basfral.

«Nos sostendremos hasta el último momento.

E. Eudes.»

«Incendiad el cuartel de la Bolsa; nada temais.»—Coronel Parent.

«Se invita al ciudadano delegado comandante del cuartel de Chateau d'Eau a entregar al portador el aceite mineral que necesite el ciudadano jefe jeneral de las barricadas del arrabal del Temple.—El jefe de lejion.—*Brunel.*»

El ciudadano Milliere a la cabeza de 150 incendiarios, pondrá fuego a las casas sospechosas i los monumentos públicos de la ribera izquierda.

«El ciudadano Dereure, con cien, queda encargado del 1.° i 2.° distrito.

«El ciudadano Billioray, con otros cien, queda encargado de los distritos 9.°, 10 i 20.

El ciudadano Veunier con ciento cincuenta hombres queda especialmente encargado de los bulevares de la Magdalena a la Bastilla.»

El jefe de la lejion 13 escribe: «He puesto fuego al granero de abandancia.»

Ferré firma la órden siguiente: «Incendiad las finanzas i venid a encontrarnos.»

Hé aquí ahora como se procedia:

Las casas sospechosas eran señaladas con obleas colocadas en un lugar convenido, que llevaban las iniciales V. P. versez petrole o B. P. B. bon pour bruler.

Cuando llegaba el instante de prender fuego, se anunciaba que el cuartel iba a ser entregado a las llamas. Despues pasaban mujeres i niños llevando petroleo en un recipiente cualquiera que derramaban en las puertas o en los respiraderos de las bodegas, otras seguian con antorchas i prendian fuego.

Usaron tambien las bombas de petroleo, i este liquido se arrojaba aun sobre los edificios incendiados por las mangueras de las bombas contra incendios. Estos habian recibido órden de no procurar apagar el fuego, i el que tal intentase era fusilado. En el ministerio de finanzas la salvacion fué interrumpida cuatro veces por la intensidad del cañoneo de los insurjentes.

Basta de horrores i de infamias, señores; voi a concluir.

XII.

Los hechos que dejo referidos me permiten formular ya el código i el programa del rojismo, tan completo como es posible vista la brevedad de su dominacion.

Guerra a Dios, es su primera palabra, abolicion de los cultos, su primer acto; guerra i persecucion a todo lo que se relaciona con Dios, llámense templos, sacerdotes o fieles. Los lugares de oracion se convertirán en teatro de escandalosas orjias, la cátedra santa en tribuna de desalmados i de mujeres perdidas que predican la venganza, el ateismo i la prostitucion.

Guerra despues a la familia, minándola en el matrimonio como en su base i legalizando i estimulando el concubinato.

Abolicion de la propiedad, abolicion del derecho de herencia, para que los ociosos i los bandidos puedan subsistir con el fruto del trabajo del hombre honrado.

Libertad para las prostitutas, los ladrones i los asesinos, pero no para la prensa que dice la verdad, no para las reuniones que reclaman justicia, no para las asociaciones que se ocupan de hacer el bien a sus semejantes.

Tolerancia para todas las creencias i todas las opiniones miéntras sean las opiniones i creencias del rojismo. En caso contrario, vendrá la prision primero, el suplicio despues.

No invento, señores, saco las consecuencias de hechos recientes, os pongo a la vista las enseñanzas de sucesos terribles, i os ruego que no las olvideis.

No las olvideis, señores, porque el peligro no es aquí tan remoto como pudiera pensarse. La primera de las faces de la guerra contra la sociedad, es la guerra contra Dios. I esa guerra ¿no ha prendido ya entre nosotros? ¿No tenemos una prensa irrelijiosa que siembra en el público los jérmenes de la destruccion de sus creencias i de la corrupcion de sus ideas? ¿No tenemos sociedades secretas que profesan el socialismo i que trabajan por hacer de este pueblo un pueblo irrelijioso? Si lo dudais aun, rejistrad las columnas de cierta prensa, recordad que la francmasonería se alió en Paris a la Comuna i que la fracmasonería existe entre nosotros i conquista diariamente nuevos adeptos.

Felizmente, tenemos aun un pueblo creyente i honrado, fiel a la relijion i a la patria, orgulloso de la felicidad i grandeza nacionales, que no querrá permitir la destruccion de lo que mas ama i de lo que mas respeta. Pero ese pueblo tiene debilidades lamentables que la propaganda roja esplota con fruto; nuestro deber, el deber de todos los que ven el peligro social i tienen medios de impedirlo, es ponerse de pié, marchar a la obra i consagrarse, sin debilidad ni desaliento, a la noble tarea de la salvacion de la sociedad.

Si la tarea es ruda, si la empresa exije

esfuerzos penosos, si os impone constantes sacrificios, si las decepciones vienen, recordad, señores, que el desaliento no entra jamas en los corazones cristianos que siempre están esperando contra la esperanza!

(*Concluirá.*)

LA CASA DEL CURA.

Allá en mi Nueva Granada,
Viajero, tienes posada
Bien segura:
Hai una casa *de todos*:
La del Cura.

Pobre o rico, enfermo o sano,
Muéstrelo grande o villano,
Su figura,
Sabe que es casa *de todos*
La del Cura.

Viejo, huérfano, mendigo,
Todo el que anda sin abrigo
Ni ventura,
Tiene la casa *de todos*,
La del Cura.

Nidos i miajas de pan
Allí el ave, sin afan,
Se procura,
Que, al fin, es casa *de todos*
La del Cura.

Vé a la plaza del poblado,
I de la torre al costado
Con lisura,
Busca la casa *de todos*
La del Cura.

Sobre el techo el aire mece
Arbol que *a todos* ofrece
Su frescura;
Porque es la casa *de todos*
La del Cura.

Una cruz sobre la puerta
Dice *a todos*: «Siempre abierta,
Siempre pura,
Esta es la casa *de todos*
La del Cura.»

No verás allí esplendor,
Que oro no alivia dolor,
Ni es ventura;
Pero es la casa *de todos*
La del Cura.

RAFAEL POMBO.

¿QUÉ MEJOR RECOMPENSA?

Miéntras que los tigres de la Comuna roja de París guardaban sus rehenes con la celosa desconfianza de animal feroz que teme que le arrebaten su presa, una mujer jenerosa, a la cual su doble calidad de americana i protestante concedia una libertad que otras en vano habrian reclamado, se puso, con un valor i abnegacion superiores a todo elojio, al servicio de aquellos venerable confesores de Jesucristo. Por su intermedio, sus amigos pudieron llevarles algunos auxilios; i hasta creemos que contribuyó a procurarles el soberano consuelo de recibir la Hostia Santa ántes de que se consumara su propio sacrificio.

El Corazon de Jesus no podia dejar sin recompensa semejante acto de abnegacion; i lo recompensó, en efecto, con el mas rico de todos los presentes, con el don de la verdadera fé. ¡Dichosa mujer que supo hallar un celestial tesoro en medio de los horrores de un sitio que agotó tantas riquezas! Cuando regrese a América, ofrecerá en su persona a sus compatriotas un vivo argumento de la verdad de la relijion católica; porque, como la verdad está intimamente enlazada con la virtud, es imposible que no se reconozca como verdadera una relijion a la que las almas son arrastradas por el heroismo de su abnegacion.

HORACIO.

ESTUDIO LITERARIO.

Non omnis moriar; multaque pars mei
Vitabit Libitinam.

HORACIO.

I.

Acababa en Roma el reinado de las pasiones i de las pendencias domésticas. La

muerte de Antonio, despues de la memorable batalla de Actium, i la abdicacion de Lépido, habian depositado en manos de Octavio la suma del poder público, i este solo acontecimiento entrañaba en sí un cambio radical en el sistema gubernativo de Roma. Desapareció la república i en su lugar se elevó la monarquía, grande, majestuosa, imponente. Cual fué la conducta observada por Augusto, una vez sobre el trono, nos lo dice la historia; ella ha consignado en sus mejores pájinas la moderacion i cordura que nunca desamparaban al jóven emperador; ella nos enseña cómo este gran hombre, despreciando la política ambiciosa fielmente seguida por los romanos durante siete siglos, adoptó otra mas en consonancia con la verdadera prosperidad del imperio. Ya no se trataba de subyugar el mundo, sino de introducir en los consejos de Roma, la prudencia i con ella la felicidad.

Augusto no desechaba medio alguno de alcanzar tan glorioso como laudable objeto. Se protejia a la agricultura, se fomentaba el comercio; las artes de la paz recibian su solícita atencion, la literatura, sobre todas; hallaba en él un poderoso apoyo, i los que se dedicaban al cultivo de ese arte encantador, eran llenados de distinciones i colmados de honores. El bondadoso Mecenas noblemente secundaba las miras del emperador, i gracias al talento i buena disposicion de este inmortal ministro, Virjilio, el tierno vate de Mántua, Ovidio, el poeta de las pasiones, i sus numerosos compañeros, rodeaban el trono imperial.

Pero el favor real se complacia en distinguir entre literatos tan eminentes, a un jóven de semblante plácido i de jovial carácter, poco ántes presentado en la corte por Mecenas. Su nombre era Horacio. Reconocido despues por el príncipe de los poetas romanos, su libre i atrevida imajinacion, supo rivalizar con los vates de la Grecia, no ya en la dulzura de sus versos, sino aun en las arrebatadoras cadencias que sabia arrancar a su lira melodiosa.

Quinto Horacio Flacco, vió la luz en Venusia (1) el dia VI ántes de los idus de diciembre, o sea el 8 de ese mes del año 65 ántes de la era cristiana, i de Roma el 689. Su padre pertenecia a la clase de los *libertini* (2) en cuyas manos dejaban los orgullosos nobles todo el comercio, pues, siempre consideraron esta noble ocupacion como digna, tan solo de los plebeyos o de los emancipados. Los *libertini* eran todos banqueros o comerciantes, i de esta clase, el padre de Horacio era uno de los miembros mas respetables. Desempeñaba con integridad las funciones de *coactor* o ajente que recojia el dinero de los compradores en subastas, i no le habria disgustado que su hijo le sucediese en ese oficio. Pero el anciano tenia un alma elevada i sentimientos nobles; queria dar al jóven Horacio una educacion mas esmerada que la que recibieran los de su condicion, i vendió cuanto poseia, con el objeto de venir a Roma (3). No burló Horació la paternal solicitud, i, bajo la direccion del gramático Orbilio (4), estudió con provecho todos los poetas griegos i patrios. Tan buen poeta como buen hijo, nunca olvidó los cuidados de su padre, a quien tiernamente amaba, i cuya memoria acató siempre con filial respeto.

Horacio acababá sus estudios en una época de conmocion i de turbulencias; aun estaban manchadas las gradas del Capitolio con la sangre de Julio César; los jóvenes todos, exaltados i animados por pasiones poderosas, los mismos condiscípulos del poeta, sentaban plaza de soldados en el ejército republicano, i no es estraño que Horacio acometido tambien por un ardor bélico al contemplar su patria amenazada volase al lado de Bruto. A éste acompañó en calidad de tribuno militar (5) hasta la funesta batalla de Phillipi. Horacio huyó como muchos otros de ese campo sangriento, i él mismo nos dice, en una tierna oda dedicada a su amigo Pompeyo Varo, (6) tal fué su confusion i espanto, que llegó a arrojar su escudo militar, accion deshonrosa i altamente degradante a los ojos de un romano.

Cuando volvió a Roma, su padre habia ya muerto; todos sus bienes se hallaban confiscados, i la mendicidad llenaba, al parecer, de amargura el resto de sus dias. Pero esta inminente calamidad, fué la que inmortalizó su nombre, como él mismo lo espresa:

(1) Hor. Sat. II 1. 35.

(2) Id. I. 6. 6.
(3) Id. I. 6. 76.
(4) Epist. II. 1. 71.
(5) Sat. I. 6. 48.
(6) Od. II. 7. 10.

Paupertas impulit audax
Ut versus facerem (7).

Sin el temor de la pobreza, Horacio talvez no habria escrito.

Poco o nada sabemos sobre los años posteriores de su vida. Es probable que se ocupara en estudiar profundamente los poetas griegos, para resplandecer despues en la corte imperial, como la estrella mas brillante de la hermosa constelacion que a la sazon la adornaba.

Pronto supo el jóven Horacio conquistarse el cariño de Virjilio i de Vario, i guiados éstos por el sincero afecto que profesaban a este digno hijo de las Musas, le introdujeron en la sociedad de Mecenas. La recepcion que allí encontró fué fria i desconsoladora; solo despues llegó Mecenas a apreciar las bellas dotes de Horacio, i entónces, su cariño no conoció límites. Tanto lo apreciaba que le hizo donacion de una hermosa casa de campo, que es la que el poeta celebra, en varias partes de sus obras.

Despues de una vida tranquila en la que alternaba las ocupaciones de la ciudad con los placeres campestres, murió de un ataque repentino, en Roma, a la edad de 57 años. Mecenas habia desaparecido ya, algunos meses ántes, i una tumba comun en la colina Esquilina recibió los cadáveres de los dos amigos, reuniéndose así en el silencio de la tumba los que habian atravesado juntos las ajitadas escenas de la vida.

Tal fué la vida de Quinto Flacco, i es ella el reflejo fiel de la época en que floreció. La sociedad romana, con sus preocupaciones, con sus virtudes i con sus vicios, está retratada en sus obras con asombrosa exactitud. Son, pues, ellas, monumentos fidedignos que merecen nuestro exámen i nuestra consideracion.

El jenio del poeta era tan vasto, que abrazaba casi todos los géneros de la poesía, desde las risueñas descripciones de sus composiciones líricas, hasta la grave sencillez que adorna sus sátiras i epístolas. Nada es demasiado elevado, nada demasiado trivial, todo se hace poético cuando maneja su diestro pincel, i el soplo vivificador de su inspiracion, como la mano de Midas, convierte en precioso metal todo aquello que siente su contacto. Este don divino, nunca es tan notable como cuando examinamos la admirable facilidad con que se deslizan, unos en pos de otros, los májicos acentos de sus odas.

Es esta composicion por su naturaleza, harto difícil. «Una oda,» dice Blair, «no ha «de ser tan regular en la estructura de sus «partes como un poema épico o didáctico; «pero en ella, como en toda composicion, «debe haber siempre un asunto; este debe «tener partes, que por su union formen un «solo todo. Las transiciones de un pensa«miento a otro, deben ser finas, pero se de«ben conservar el enlace de las ideas, i en «todo el contexto se ha de observar que el «poeta piensa i que siente, pero que no de«lira.»—«La oda,» segun Hermosilla, «para «ser natural debe espresar fielmente o la «admiracion o el asombro, o el respeto que «nos inspiran los objetos elevados, sublimes, relijiosos, etc., o el goze de que está «inundado nuestro corazon....» Júzguese, pues, si será fácil unir en una sola composicion, caractéres tan distintos, i hasta cierto punto tan opuestos. En la oda, el poeta debe dar ancha rienda al entusiasmo, sin abandonar la regularidad; debe dejarse arrastrar por su jenio, sin sacudir el benéfico yugo que la sana razon le impone; debe ser ardiente en la expresion; elevado en la idea; en la versificacion, enérjico i elegante; i sin olvidar que es terreno, elevarse hasta las nubes en alas de su inspiracion. En tan ardua tarea, escollo siempre de esclarecidos talentos, ha alcanzado Horacio un triunfo espléndido. Con justo orgullo esclama proféticamente:

Exegi monumentum ære perennius. (8)

Pero examinemos detenidamente estas composiciones. Parece que se esmeró en ellas el poeta. Ni en las sátiras ni en las epístolas, reina la perfeccion, que tan admirables han hecho sus odas. En estas, se celebran todos aquellos asuntos susceptibles de recibir un colorido poético: grandiosos acontecimientos históricos, brillantes leyendas mitolójicas, las nobles aspiraciones del patriotismo, i hasta los goces i pesares que ajitan la vida del hogar. Siempre es grande Horacio, siempre es digno, siempre es poeta. Severo cuando corrije, suave cuando enseña, cuando quiere agradar, encantador e irresistible, no tiene cuerda la lira que no sienta el mágico im-

(7) Epist. II. 2. 51.

(8) Od. III. 30. 1.

pulso de su mano privilejiada. En cada razgo se retrata el autor; sus pájinas tienen la fragancia de la rosa i del mirto, i sus odas a Baco, como que saben al vino de su huerto Sabino, cuyas alabanzas entona con frecuencia; en fin, bajo cualquier aspecto que se les examine, tienen estas composiciones, sublimidad, filosofía, elegancia, festividad, i sobre todo, predomina en ellas, un profundo conocimiento del corazon humano.

Fácil nos seria justificar este juicio, con copiosos estractos. La sublimidad es el carácter de odas enteras. Entre otras, la última del libro segundo. Allí se encuentran estos versos:

Absint inani funere næniæ
Luctusque turpes et quœrimoniæ:
Compesce clamorem ac sepulcri
Mitte supervacuos honores. (9)

No es ménos bello aquel arranque de indignacion contra las guerras civiles, en el que encontramos razgos pomposos i locuciones audaces, como esta:

Et cuncta terrarum subacta
Præter atrocem animum Catonis. (1)

Cuan grande es la espresion, *præter atrocem animum Catonis!*

Ni debemos olvidar aquella otra oda, en la que el vate excita a la juventud romana a tomar las armas en defensa de la patria. En esa oda resplandece este verso tan sencillo como elocuente:

Dulce et decorum est, pro patria mori. (11)

I en seguida:

Virtus repulsæ nescia sordidæ
Intaminatis fulget honoribus,
Nec sumet aut ponit secures
Arbitrio popularis auræ. (12)

Pero donde Horacio es verdaderamente inimitable, i, a la vez que poeta, filósofo, es cuando escribe versos semejantes a estos:

Justum et tenacem propositi virum
Non civium ardor prava jubentium,
Non vultus instantis tyranni
Mente quatit solida; neque Auster
Dux inquieti turbidus Adriæ,
Nec fulminantis magna Jovis manus;
Si fractus illabatur orbis
Impavidum ferient ruinæ! (13)

Sin duda, que este cuadro primoroso revela un pincel fino i bien manejado. Ahí está el hombre justo i enérjico, a quien, ni las murmuraciones de la plebe, ni la zaña temible del déspota, ni los fenómenos mas imponentes de la naturaleza, ni el omnipotente brazo de Júpiter, pueden desviar de la senda del deber; si el universo mismo se desplomase, quedaria el justo siempre indómito i tenaz, bajo sus ruinas; *impavidum ferient ruinæ!*

No podemos citar todos los trozos sublimes, harto frecuentes en las obras líricas de Horacio, i con pesar nos vemos obligados a suprimir odas enteras como la XXIV i XXV del libro tercero, creaciones pomposas, estructuras soberbias, adornadas con los ricos atavios de la mas alta poesía. Basta con los estractos que hemos presentado, para tener una idea del mérito de Horacio, de la elevacion de sus sentimientos, como de la adificil facilidad con que los expresa.

Otro de los caractéres que distingue a Horacio es la fidelidad i constancia con que interpreta las máximas de la filosofía. Innumerables son los versos en que inculca esas máximas. Así, hablando de la conformidad, ese tributo que en sus pesares i aflicciones ofrece el corazon del hombre a Dios, dice:

Quid sit futurum cras, fuge quœrere; et
Quem Fors dierum cumque dabit, lucro
Appone (14).

Mas adelante, con concisa resignacion:

Ut melius quidquid erit pati (15).

i poco despues

Durum! sed levius fit patientia
Quidquid corrigere est nefas (16).

¿Qué cosa mas familiar que la idea de la muerte? I sinembargo, el poeta siempre encuentra modos orijinales de expresarla. La sencilla verdad, que todos debemos morir, la dice el poeta, con las tan conocidas palabras:—Mors æquo pulsat pede etc., i todavía mejor así:

(9) Od. II 20. 21.
(10) Od. II. 1. 23.
(11) Od. III. 2. 13.
(12) Id. ibid. 17.
(13) Od. III. 3. init.
(14) Od. I. 9. 13.
(15) Od. I. 11. 3.
(16) Od. I. 24. 19.

Sed omnes una manet nox
Et calcanda semel via Lethi (17).

No es ménos bella esta estrofa:

Lætus in præsens animus, quod ultra est
Oderit curare, et amara lento
Temperet risu; nihil est ab omni
Parte beatum (18).

Llenas están las odas de semejantes pasajes, en los que no se sabe si apreciar mas la verdad profunda que encierran, o la galana poesía con que está revestida.

Pero, por mui copiosas i escojidas que sean nuestras citas, jamas será posible conocer por medio de ellas, toda la grandeza de Horacio. Para conseguir este objeto, seria necesario analizar una composicion entera, verso por verso e idea por idea, operacion a la vez que superior a nuestras fuerzas, imposible en tan estrechos límites.

No abandonarémos las odas, sin exhibir otra cualidad que Horacio tenia en comun con casi todos los poetas; su parcialidad por las escenas campestres. Esta aficion a la vida del campo, absorve el alma del poeta. Ademas de los muchos buenos versos que sobre este delicioso tema escribió, leemos en el libro V una oda bellísima: la que principia «*Beatus ille qui procul negotiis...*» En ella encontramos mil cosas dignas de ser citadas, pero escojemos dos imájenes, que no deben quedar desapercibidas. La primera es pintoresca:

Vel cum decorum mitibus pomis caput
Autumnus agris extulit,
Ut gaudet insitiva decerpens pira,
Certantem et uvam purpuræ. (19)

I la siguiente es grandiosa:

At cum Tonantis annus hibernus Jovis
Imbres nivesque comparat,
Aut trudit acres hinc et hinc multa cane
Apros in obstantes plagas (20).

Pero seria necesario citar toda la oda, para hacer justicia a tan esquisita composicion. Sin duda al escribirla recordaba el poeta algun paisaje querido, algunos de esos cuadros de primavera con sus mil i un atractivos. La pequeña hoja que aun está brotando, la pureza i elasticidad del ambiente, la azul atmósfera, clara, trasparente, igual, i la multitud de alados músicos llenando el aire con incomprensibles melodías, todas i cada una de estas bellezas se encuentra diseñadas en esta oda i hablan al corazon del que la lee:

Like a brief strain of some forgotten tune (a).

Tan solo la primavera, esa perpétua inspiracion del poeta, hija predilecta de la naturaleza, habria podido inspirar esa oda. ¿Dónde se habria alimentado el jenio del poeta, sino en su rico i abundante seno? ¿Qué adornos podia haber empleado mas bellos que sus flores, mas graciosos que sus árboles?

(Continuará.)

Santiago, julio de 1859.

F. C. Z.

(17) Od. I. 28. 15.
(18) Od. II. 16. 25.
(19) Epod. 2. 17.
(20) Epod. 2. 29.

(a) Como una vaga cadencia de alguna melodía olvidada.

Contenido de este número.

I.—*Manual de Composicion Literaria*, por Diego Barros Arana, bibliografía, por Zorobabel Rodriguez, páj. 65.
II.—A mi patria, poesía, por J. Agustin Lazcano, páj. 68.
III.—El Estado directór de colejio, continuacion, por Rafael B. Gumucio, páj. 68.
IV.—Revista bibliográfica, páj. 71.
V.—A un cipres, poesía, por Mario Valenzuela, páj. 73.
VI.—La comuna i sus enseñanzas, continuacion, por Máximo R. Lira, páj. 73.
VII.—La casa del Cura, poesía, por Rafael Pombo, páj. 76.
VIII.—¿Qué mejor recompensa? páj. 76.
IX.—Horacio, estudio literario, por F. C. Z., páj. 76.

IMPRENTA DE «EL INDEPENDIENTE.»
calle de la Compañía, núm. 102.

LA ESTRELLA DE CHILE.

AÑO V. Santiago, noviembre 12 de 1871. Núm. 215.

EL ESTADO DIRECTOR DE COLEJIO.

(CONCLUSION.)

No es en el reglamento de un colejio donde se han de buscar los elementos de educacion relijiosa para la juventud. De nada sirve que se consignen en los artículos de ese reglamento saludables preceptos, si los que han de poner en práctica i hacer cumplir esos preceptos no los corroboran con el ejemplo, respetando i ejercitando los maestros mismos lo que la letra del reglamento manda respetar i practicar. Los reglamentos, cuando no son secundados por sus ejecutores, son paliativos ineficaces, son palabras perdidas, letra muerta. Inculcad en el espíritu de los jóvenes una fé respetuosa i sincera, enseñadles *verbo et exemplo* a venerar i amar las enseñanzas i las leyes de la Iglesia de Dios, coadyuvad a la obra de los sacerdotes encargados de la direccion relijiosa del colejio, i vereis que, con reglamento o sin él, formais jóvenes creyentes, relijiosos.

¿De qué sirve que el reglamento del Instituto Nacional disponga en uno de sus artículos que los alumnos oigan misa todos los dias, si, cuando van los jóvenes a oirla, los mismos superiores del colejio les dan el ejemplo de permanecer de pié durante toda la misa, medio escondido en un ángulo de la capilla, dignándose apénas medio arrodillarse al alzar la hostia i el cáliz? ¿De qué sirve que haya ese precepto en el reglamento si los alumnos llevan por Devocionario para oir la misa sus libros de física o historia natural, cuando no alguna novela de Dumas? ¿De qué sirve la letra del reglamento si los alumnos no ven jamas en misa a los primeros jefes del establecimiento, ni saben si la oyen i si de todos sus superiores los acompaña a la capilla, solo en fuerza de la necesidad, el inspector de semana?

Si el capellan les dirije de tiempo en tiempo instrucciones relijiosas, doctrinales o morales, los alumnos no vuelven a oir hablar ya de relijion fuera de la capilla o, si oyen, es contradecir las enseñanzas del capellan, i compadeciéndolo como una inteligencia estraviada, cuando no ridiculizándolo. ¿Os parece que ese capellan recoje mucho fruto de sus predicaciones?

Una misa que, segun el reglamento, debe oirse diariamente i que no sabemos si se oye en dias de trabajo, un rosario rezado a vapor, pocas instrucciones relijiosas contradichas con el ejemplo i con la enseñanza por los superiores del establecimiento, i obligacion de confesarse dos veces al año, obligacion que facilísimamente elude el que quiere: hé ahí todos los elementos de educacion relijiosa de los internados oficiales en Chile.

Preguntad si se estimula la piedad de los jóvenes i se os responderá que, si hai alguno piadoso, lo es a despecho de las burlas de sus compañeros i en medio de la indiferencia de sus superiores, que, en vez de dirijir al jóven una palabra de aliento, presenciarán talvez con una sonrisa de indiferencia, casi de aprobacion, la burla de que es víctima el jóven piadoso. Preguntad si en las salas de estudio, si en las clases hai algun símbolo de fé católica. Preguntad si en alguna parte, fuera de la capilla, se vé una imájen de la Virjen, de los santos, una cruz siquiera, i se os dirá que nó.

¿A qué ramo se da mas importancia, al estudio de la relijion o al de las ciencias naturales? Sin ser mui perspicaz, cualquiera que conozca la marcha de nuestros colejios fiscales os dirá que sin disputa, se da una preferencia inmensa al segundo sobre el primero. Esos directores de la educacion nacional están persuadidos de que es mucho mas provechoso para los jóvenes, mucho mas provechoso para la sociedad saber cuántas patas tiene cada uno de los insectos conocidos que saber las grandes verdades relativas al hombre, a su orijen, a su destino, a sus deberes, a las relaciones de Dios con el hombre, a los preceptos de la lei divina i a las verdades reve-

ladas por Dios. Creen que vale mas un jóven capaz de daros cuenta exacta de las divisiones i subdivisiones en especies i familias de los pájaros i los reptiles, que un jóven capaz de defender racionalmente lo que cree en el fondo de su alma.

Avanzad un tanto mas en vuestras averiguaciones. Preguntad qué se enseña a los jóvenes fuera de la sala en que reciben las lecciones del profesor de relijion, i escuchad. Se les dice que el mundo no puede ser tan nuevo como dice Moises. Que *la ciencia* depone contra él. Se rien de los milagros i los niegan, apoyándose—¿sabeis en qué?—en que son hechos contrarios a las leyes ordinarias de la naturaleza. ¿Cómo es posible, dicen con mucho aplomo, que Jonas viviera tres dias sin respirar en el vientre de la ballena? I se rien de la Biblia.

Hé ahi la educacion relijiosa en los internados oficiales.

La enseñanza cristiana está reducida a la capilla i a la clase de relijion; fuera de esos dos recintos, todo lo que oyen, todo lo que ven los jóvenes es no solo una completa ausencia del cristianismo sino tambien mui a menudo enseñanzas contrarias a él, que la inesperiencia, la lijereza i la natural mala inclinacion de los niños acoje fácilmente i que matan en sus almas los jérmenes de la fé cristiana.

Pero hai, sobre todo, una regla de suprema prudencia, un criterio infalible para conocer a los hombres i a las instituciones: *a fructibus eorum cognoscetis eos*. Nos remitimos a los frutos de la educacion relijiosa dada por el Estado i dejamos a los lectores el exámen de esos frutos, seguros de que la sentencia que en vista de ellos formulen no será otra que la que estampamos al principiar el presente artículo: «Es menester cortar el árbol de raiz.»

Nos apresuramos a prevenir que estamos mui distantes de creer que la supresion de los internados universitarios sea la solucion de todas las dificultades, i una respuesta a todos los cargos que hemos hecho al Estado en nombre de las familias cristianas, es decir, en nombre de la inmensa mayoría de las chilenas.

Por distinta que sea la instruccion de la educacion propiamente dicha, no se puede negar la influencia, frecuentemente decisiva, de la instruccion sobre el resultado final de la educacion. Por pura i cristiana que sea la atmósfera que respira el jóven en el seno de su familia, basta, para empañar su alma i echar en ella jérmenes de funesto escepticismo, una palabra lijera, una apreciacion errónea de boca de un profesor; i si hai un derecho i un deber para el padre de familia, ese derecho i ese deber consisten en exijir del maestro, respecto de la fé de su hijo, si no simpatía, al ménos relijioso i severo respeto. Deberia haber una completa uniformidad, una armonía perfecta entre el padre que forma el corazon del jóven i el maestro que desarrolla i enriquece su intelijencia? Persuadido; pues, de que no podemos esperar del Estado que ofrezca a los padres católicos profesores que les presten tan indispensable garantía, el que escribe estas líneas iria mas allá i pediria lójicamente i, a juicio con sobrada razon, la supresion de toda enseñanza i educacion oficial. Así cada padre de familia exijiria para confiarles, la instruccion de su hijo, profesores católicos de toda su confianza. No se veria en la necesidad de encomendarla casi forzosamente al Estado, dueño de la enseñanza monopolizada.

Hecha la aclaracion que precede, se comprenderá que no creemos queden remediados todos los males de la educacion oficial con solo la represion de sus internados.

El famoso Lamennais decia: «El gobierno no puede sustituirse a los padres, sin asumir todos los deberes de éstos.»

Mandatario del padre de familia, el Estado se compromete, pues, a dar al jóven todo lo que deben darle en su casa, no solo el alimento material, la salud del cuerpo, el desarrollo físico, sino tambien la relijion, la moral, los hábitos de respeto, el gusto por el trabajo; se compromete a formar su carácter, a dirijir i arreglar sus pasiones nacientes, a estudiar, fomentar i preservar su vocacion particular. En una palabra, se compromete a ser padre i madre para con el jóven que recibe en sus colejios. Porque es menester no olvidar que la educacion atañe por derecho natural al padre, i que el director de colejio a quien el padre encarga de hacer sus veces, contrae todos los deberes i toda la responsabilidad del mismo padre.

¿Es posible esa solicitud paternal en un internado servido por jentes que, si se

ocupan de la educacion, no es seguramente por gusto, por abnegacion o por voto, por jentes que trabajan en la penosisima e ingrata tarea de lidiar con muchachos solo por ganar su sustento, por jentes, (permítasenos la espresion, es dura, pero es la que mas se acerca a la idea) mercenarias?

¿Qué garantia de relijiosidad, de celo por la educacion tienen individuos que quedan al frente de ella solo en virtud de un decreto del ministerio, decreto mas o ménos bien meditado, decreto que nombra tantas veces a personas que el que nombra solo de informes conoce?

¿De qué medios de accion dispone para influir en el corazon del jóven un hombre que no tiene ningun título a su confianza ni a su respeto?

Es menester que el maestro i el educando vivan en intimas i estrechas relaciones, que vivan en familia, como vive el padre con sus hijos. De otro modo es imposible que el maestro pueda acercase al alumno lo bastante para observar su corazon, cultivarlo e informarlo en el bien.

Sin esas intimas confidencias, sin ese ascendiente moral, sin esa vida de familia ¿cómo llegar a satisfacer los lejítimos deseos de sus padres a quienes el Estado promete, implícitamente al ménos, dar a sus hijos una educacion verdadera, completa, una educacion que tenga la relijion por base?

Al Estado le es imposible cumplir esa promesa, corresponder a las lejítimas aspiraciones de los padres de familia.

I, si no puede cumplir, no debe comprometerse, porque no puede tener el privilejio de faltar a sus compromisos; él ménos que nadie debe faltar a ellos. Debe, pues, abandonar el oficio de director de colejio, de maestro de escuela. Está visto que no tiene dedos para organista. Si teme que la instruccion pública sufra desmedro dejándola de la mano, consérvela enhorabuena; pero deje los interesados a las corporaciones relijiosas, al clero, que son los únicos que pueden reemplazar a los padres de familia en la delicada, penosa e importantísima tarea de la educacion moral i relijiosa de la juventud (1).

(1) Hé aquí algunas autoridades en apoyo de la conveniencia de esa reforma.

«El derecho del gobierno, dice Lamennais, se limita a aconsejar, a dirijir, a ofrecer a todos sin retribucion los medios de instruirse, a velar sobre los establecimientos libres, a suprimirlos, cuando son perjudiciales para el Estado, para las buenas costumbres o cuando propagan doctrinas funestas para la sociedad. Todos los otros derechos que se arrogue son una usurpacion de la patria potestad.»

Benjamin Constant, jefe de la escuela liberal, contemporáneo de Lamennais, habla así:

«*La educacion que viene del gobierno debe limitarse a la instruccion.* La autoridad puede multiplicar los canales, los medios de la instruccion, pero no dirijirla. Que asegure a los ciudadanos medios iguales de instruirse.... que abra a los individuos un camino libre..... Al dirijir la educacion, el gobierno *se arroga el derecho i se impone la tarea de mantener un cuerpo de doctrina.*

El duque de Broglie, contemporáneo nuestro, antiguo ministro de instruccion pública, antiguo rector de la universidad de Francia, i a quien no se tendrá por sospechoso de clericalismo, dice en un proyecto de reforma del sistema de enseñanza pública:

«Suprimiríase todo internado en los colejios del Estado. No le sienta bien al gobierno entrar en ese punto, en rivalidades con las instituciones privadas. *Ménos le sienta todavía encargarse de la educacion propiamente dicha. Asume una responsabilidad que lo comprometa sin aprovechar a la sociedad.* Sus colejios con internado valen sin duda mas que muchas instituciones privadas, pero desalientan, por la competencia, a las mejores, *en particular a las instituciones fundadas i dirijidas por los eclesiásticos, que son los únicos que pueden dar una educacion verdadera i ejercer sobre los jóvenes una autoridad paternal.*»

El Estado, las familias i los jóvenes ganarian con la supresion de los internados.

Las fuertes sumas que se invierten en el sostenimiento de los internados podrian emplearse con ventaja en multiplicar i mejorar las escuelas primarias i dar mejor posicion a los preceptores.

Mil i mil dificultades se encontraria para llevar a cabo la reforma de que hablamos. Tendria todos los inconvenientes con que se tropieza para plantear cualquiera innovacion grande. I podria tener ademas tres encarnizados enemigos: el primero seria la falanje nada despreciable de los que comen de la partida del presupuesto destinado a los internados oficiales; el segundo seria otra falanje, mui escasa pero que sabe sonar i meter bulla como si fuera un millon de veces mas numerosa, la falanje de los que celebran i apetecen los malos frutos de la educacion fiscal, la falanje de los que ven engrosar sus filas con los jóvenes que han hecho su noviciado en los colejios oficiales; el tercer enemigo seria la rutina, esa peste de las sociedades que

arraiga los abusos, las malas prácticas i las malas intituciones.

En fin, corran la suerte que corran nuestras indicaciones, si algun hombre de buena voluntad las acoje, las medita i las da impulso, nos habrá cabido la gloria i el placer de haber iniciado con fruto una buena idea; si nadie las acoje, no será el primer buen pensamiento que quede sumido en el desprecio. Como quiera que suceda, nuestra persuasion seguirá siendo la misma que hemos tenido personalmente desde hace algun tiempo i que con gusto hemos visto confirmada en el interesante artículo que tenemos a la vista. ¡Fuera el fisco maestro de escuela! Venga la libertad de enseñanza i el sacerdote se encargará de la educacion de los católicos! Esa es la espresion de nuestro mas ardiente deseo.

Santiago, noviembre 6 de 1871.

RAFAEL B. GUMUCIO.

ÆQUAM MEMENTUM....

(TRADUCCION DE HORACIO.)

No olvides, caro Delio, en suerte impia
Llevar serena frente;
I modera en el caso floreciente
Recordando la muerte, tu alegria:

Ya triste en todo tiempo hayas vivido,
O el Falerno apurando
En gratos dias sobre el heno blando
En valle delicioso i escondido,

Do el alto pino i álamo propicio
Con fresca sombra ampara
I con torcido arroyo linfa clara
Produce en los guijarros su bullicio,

Miéntras quieran el tiempo i el destino,
Pomadas olorosas
I de rosal ameno frescas rosas
Haz que traigan aquí i el dulce vino!

El bosque dejarás i mansion grata,
Si del fin la hora suena;
I la que baña el Tiber granja amena
Gozarán herederos tu oro i plata.

Nada importa de Inaco descendiente,
Que a tí el tesoro sobre
O que mal te guarezcas siendo pobre
En la pobre mansion de humilde jente.

Del hórrido Pluton víctima cierta
Al fin todos seremos,
Pues los nombres humanos bien sabemos
Que contiene en su centro la urna yerta.

Será lei que la muerte tarde o breve,
A nuestro fin se apronte,
Pues la terrible barca de Caronte
A destierro eternal llevarnos debe!

Vallenar, 1870.

BENEDICTO VOLADOS.

HORACIO.

ESTUDIO LITERARIO.

(Continuacion.)

Ya lo hemos dicho: siempre poeta, aun en la descripcion de los ojetos mas triviales i prosaicos; siempre grande en sus concepciones, i feliz siempre en su expresion; elegante, correcto i natural, en la diversidad de metros que ha empleado, no hiere jamas las cuerdas de su lira sin que despidan aquellos sonidos suaves i embriagadores que trasportan el alma del que los oye a rejiones que no son las de este triste mundo. Ya hemos visto que el poeta nos presenta, en sus obras, el cuadro fiel de la época de Augusto, de la que nos ha legado el mas hermoso monumento. No es estraño, pues, que hayan sobrevivido estas composiciones al traves de las vicisitudes que han sufrido las letras. Tanta belleza unida a tanta perfeccion, no podia estar destinada a perderse, i gracias a la laboriosa mano del copista, que sumido en los oscuros cláustros de un convento i a la luz de solitaria lámpara, salvaba del naufrajio universal de la literatura estas preciosas joyas de la latinidad poética, aun podemos vanagloriarnos con la posesion de las odas de Horacio.

II.

Las composiciones que acabamos de examinar no presentan sino un lado del carác-

ter de Horacio. Nos resta aun admirar su sátira i meditar los preceptos que ha señalado en sus versos didácticos.

Como poeta satírico tiene el raro mérito de haber descubierto una nueva senda enteramente abandonada ántes de él. La sátira entre los romanos ocupaba una posicion singular. Aunque Quintiliano nos dice: *Satyra quidem tota nostra est*, (21) ya se conocia esta composicion en la Grecia, si no en la forma que despues adoptó, al ménos en su índole i principios. Existian ya, el *Margites* Homérico, el poema contra Elena de Estesicoro, los versos sobre «La mujer» de Simonides, los amargos yámbicos de Aquiloco (22) i sobre todo las comedias de Eupolis, de Cratino i de Aristófanes. Tambien se parece la sátira latina a los *silloi*, poemas griegos de la decadencia (279 ántes de la era cristiana) cuyo objeto era tambien la *castigatio morum*.

No nos sorprendemos al encontrar la sátira entre las composiciones primitivas de la civilizacion. La cuna de la sátira es el corazon humano, i en la mas remota antigüedad ya se nos presenta, alegre, lozana i coronada de flores silvestres.

Cuando los hombres de aquella época lejana se reunian para celebrar sus festividades, despues de haber satisfecho a los Dioses, despues de haber ofrecido leche a Silvano, al Genio vino i flores, entónces esos

Agricolæ prisci, fortes, parvoque beati (23).

se dirijan mútuamente alusiones satíricas, que tenian toda la lozanía del césped i la aspereza del vino de sus libaciones.

Estas producciones eran jeneralmente canciones que aunque no carecian de cierta causticidad, estaban léjos de tener el espíritu venenoso de la sátira moderna. En aquellos tiempos el rencor se satisfacia con las armas; no se consideraba digno el hombre que cantaba sus odios, sino el que los vengaba. Era necesario que la civilizacion cambiase la faz del mundo para que la *fescenina licentia* de esa época se convirtiese en arma mas temible que el mejor templado acero; i este fué quizá el primer triunfo de la literatura sobre la fuerza bruta, de la actividad intelectual sobre la actividad material; este el primer vago destello de ideas destinadas a esperimentar un asombroso desarrollo. I no se crea que esto sucedia tan solo entre los hombres de mediodia. Si abandonamos el *carmen fescelninum* de los pueblos meridionales, no es sino para encontrarnos entre los escandinavos con poemas de la misma especie que hoi preocupan a los literatos.

En todas partes vemos la sátira en el puesto del deber. Se la encuentra en el carro triunfal recordando al vencedor su mortalidad. Se la encuentra ridiculizando en el Domador de las Galias su fea calva cubierta de laureles, destrozando con atrevida mano los oropeles de la grandeza que ocultan el vicio. Se la encuentra persiguiendo al crimen i haciendo retroceder a a lujuria al traves de todos los tiempos.

Esta ha sido la benéfica mision de la sátira; i ciertamente que cuando es jenuina, cuando brota espontáneamente del corazon, cuando es la voz de la naturaleza apelando a los instintos del hombre, contra la corrupcion, liviandad e hipocresía de un siglo, entónces es quizá la produccion mas preciosa de toda la literatura, entónces merece que se le coloque bajo el amparo de una deidad tutelar, levantando en el Parnaso un hermoso pedestal a la MUSA SATÍRICA. Esta musa recibia el culto de los griegos, aunque no se le habia levantado ningun templo. Pero, aunque, como vemos, el espíritu de la sátira era ya conocido, no se puede privar a los romanos del honor de haberle dado forma i nombre.

La palabra *sátira* o *satura* la encontramos en las obras de Ennio. Este poeta llamaba así ciertas composiciones de carácter complicado en las cuales trataba de multitud de cosas diversas. Por esto las llamó *satura*, es decir, mezcla de elementos heterojéneos, o como diriamos nosotros *olla-podrida*. Pero la *satura* de Ennio no tenia ninguna analojía con la sátira moderna, la cual nació con Lucilio, el año 148 ántes de la era cristiana. Este poeta fué el primero que en sus versos se ocupó de las flaquezas humanas de una manera especial; pero sus poesías eran toscas i desaliñadas, i si aun se leen es sin duda para satisfacer una erudita curiosidad mas bien que por su mérito intrínseco. Despues de Lucilio muchos intentaron cultivar esta clase de composicion, pero sin notable éxito.

(21) Inst. Orat. X. 1.
(22) Arquilochum proprio rabies armabit yambo.
(23) Epist. II. 1 139.

Hoc erat experto *frustra* Varrone Ata-
(cino
Atque quibusdam aliis. (24.)

nos dice el mismo Horacio, i cierto que no hubo en Roma ningun poeta satírico hasta que apareció nuestro vate. Horacio supo conservar la enérjica espresion de Lucilio, realizándola con toda esa sal ática, con toda esa gracia irresistible, con que la naturaleza le habia dotado.

Cincuenta años habian mediado entre Lucilio i Horacio, i despues de éste, el casi virjen campo de la sátira quedó aun abandonado, sin cultivadores, árido i seco, sin producir ni un solo fruto, ni una sola flor. De repente revivió con Persio, poco ántes del reinado de Domiciano, i en la época de este emperador feneció con Juvenal.

Pero la sátira de Horacio se distingue de todas las demas composiciones de la misma especie. Es una composicion única. En ella están condensadas toda la seca austeridad de Lucilio, toda la determinacion inexorable del satirista de Aquino i la franqueza de Persio, sin que adolezca de los defectos inherentes a cada uno de estos poetas. No dice como Juvenal.

«facit indignatio versum» (25.) sino,

....Hic stylus haud petet ultro
Quemquam animantem; et me veluti cus-
(todiet ensis.
Vagina tectus. (26.)

Por esto es que decíamos, no ha mucho, que Horacio habia descubierto un camino enteramente desconocido Por mui severa que sea la reprension i por grave la falta que la ocasiona, nuestro poeta jamas ol vida las exijencias de la buena educacion, jamas desprecia el lenguaje pulido e irreprochable. Critica nuestros defectos con franqueza, pero siempre sombrero en mano i pidiendo mil perdones. De aquí nace el buen efecto de estos escritos: jamas se incomoda el lector; al contrario, rie i goza con el poeta como si éste fuera un compañero i no un mentor. Esta amabilidad como tambien el don de dejar estampada en sus obras la imajen de su siglo, acompañan a Horacio sin que jamas lo abandonen.

Si Virjilio prodigó sus inimitables idilios i supo elevarse hasta la heróica antigüedad de los romanos; si Lucrecio adornó con el encanto de sus metros las abstractas teorías de Epicuro; si Lucano nos introduce en las lejiones bélicas, describiendo pomposamente sus proezas; si ha sabido Ovidio dar al dios del amor atractivos que quizá no habria tenido sin las canciones del poeta, si ha podido interpretar el dolor i simpatizar con la desgracia; Horacio sobrepuja a todos en la delineacion de las costumbres romanas. No se contenta tan solo con errar por las escelsas rejiones de la poesía épica; no se satisface con haber embalsamado en sus versos las mas bellas teorías de la filosofía, ni aun con haber cantado las sangrientas glorias de la guerra; hace mas, se introduce en las escenas de la vida íntima de sus compatriotas, los observa allí, despojados de la toga i del coturno con que se disfrazaban en el gran teatro del mundo, i, cuando todo es franqueza i naturalidad, ridiculiza sus flaquezas i miserias enseñando a la posteridad una leccion que no se ha perdido. Horacio nos da a conocer, pues, el carácter privado de los romanos i esto no carece de alguna importancia histórica. Basta la simple lectura de sus sátiras para convencerse de que el activo veneno, destinado a producir el aniquilamiento, estaba ya royendo las entrañas de la vetusta Roma. Popularizábanse ya los abusos; la disolucion de costumbres i la desmoralizacion no se castigaban como crímenes, sino que se toleraban como males inevitables. El poeta tenia trazado su trabajo; su objeto era arrancarle al vicio su lujoso antifaz, bosquejar la sociedad entera.

Ut omnis
Votiva pateat veluti descripta tabella
Vita (27)

Se comprende desde luego porque las producciones de Horacio tienen ménos arranques de indignacion, ménos espresiones de ira i de intolerancia que las obras de Juvenal i de Persio. Es un error creer que un escritor distinguido pueda amoldar la sociedad en que vive; al contrario, la verdad es, que la sociedad influye directamente en la vida i trabajos del literato. Hecho es éste que podria comprobarse fácilmente. Reduciéndonos a nuestro idioma, ¿acaso tienen el mismo carácter los poetas

(24.) Sat. I. 10. 46.
(25.) Juv. Sat, I. 65.
(26.) Hor. Sat. II. 1. 39.

(27) Sat. II. 1. 32.

que cantaron las hazañas del Cid que los que hoi nos deleitan? Aquéllos, mas militares, siempre alabando las prendas del cuerpo, dan a la pasion mas tierna cierto aire de ferocidad que nos repugna i que rechazamos: estos, mas sentimentales, mas artistas, son tambien *modernos* en su gusto e inclinaciones. La sociedad i el siglo, sean éstos los de Augusto o los de Luis XIV, los de Felipe IV de España o los de la reina Isabel i Ana de Inglaterra, siempre influyen poderosamente en las obras de los escritores contemporaneos.

Mas aun, sobre ninguna clase de escritores recae con mas fuerza esta verdad que sobre los poetas satíricos. La sociedad les suministra los materiales, la sociedad les presenta los tipo. ¿Como podrá el poeta separarse de ella, de esa sociedad a la cual está unido por multitud de vínculos? Jamas se podrá ver libre de su imperio, libre de sus preocupaciones i de sus vicios, por mui severa que sea su crítica de ellos.

En los dias de Horacio aun no habia Roma dejenerado del todo. Inmoral como era la sociedad sus vicios mas notables eran el lujo estremado, las frívolas diversiones, la estravagancia en los placeres i una afeminacion sin límites i vergonzosa que degradando a los varones, no hacia, por cierto, ningun honor a las mujeres. Pero fuera de esto el estado social no estaba perdido, el vicio aun no se habia coronado, i los Calígulas i los Nerones aun no habian vestido la púrpura imperial. De aquí proviene en gran parte esa induljencia con que Horacio trata los mayores crímenes, calificándolos como simples faltas. El mismo no se supo conservar intacto. A la vez que como poeta i artista lo amamos, no podemos ménos que confesar su poca pureza moral i su exajerado epicurismo. Pero quien es el hombre sin imperfecciones?

Nam vitiis nemo sine nascitur; optimus ille
[est,
Qui minimis urgetúr (28)

Su natural prudencia era el único criterio que conocia, único freno eficaz que obedecian sus pasiones exaltadas, único móvil que le hacia desaprobar la creciente calamidad que amenazaba ya carcomer los cimientos del edificio social. Quiza si hubiese vivido en la época de Juvenal o en la de Persio, el dardo de su sátira habria llevado un veneno mas activo, su voz habria sido tan atronadora como la de aquellos discípulos del viejo Lucilio. Pero su sátira tuvo que sujetarse al espíritu de su época, tuvo que dedicarse a destruir los vicios dominantes, asi es que la sátira horaciana es una pintura fiel de lo que era Roma i de lo que eran los romanos del siglo de Augusto. Los tipos orijinales i los retratos pasan delante de nosotros sin interrupcion i con celeridad. Aquí vemos al crítico majadero, allí al incorrejible supersticioso, mas allá al hipócrita consumado; el poeta los presenta uno por uno, o tambien en grupos, añadiendo el contraste mas perfeccion al bosquejo, cumpliendo asi lo que el mismo espone:

Est modus in rebus, sunt certi denique
[fines.
Quos ultra citraque nequit consistere
[rectum (29)

Al delinear tipos tan numerosos i distintos nunca olvida Horacio la moderacion en la crítica i la recta intencion en la ironía. En lo mismo insiste en otra sátira,

.....Ecum est,
Peccatis veniam poscentem, reddere rur-
[sus (30)

Es imposible no admirar la versatilidad del talento de Horacio que con tanta ventaja se despliega en estas composiciones. De mil maneras distintas i bajo multitud de aspectos diversos ataca crímenes, muchos de ellos atroces, i en los que fuera de la violacion moral, *deprendi miserum est.* (31) Desde los mas grave delitos hasta el defecto mas trivial, no hai vicio que no merezca su reprobacion. ¿Que otro poeta se habria fijado en esta flaqueza, de la que, sea dicho de paso, adolecen casi todas nuestras ninfas modernas?

Omnibus hoc vitium est cantoribus, inter
[amicos
Ut numquam inducant animum, cantare
[rogati,
Injussi numquam desistant. (32)

I casi a continuacion la censura de otra falta no ménos comun entre los hombres:

(28) Hor, Sat. I. 3. 68.

(29) Sat. I. 1. 106.
(30) Sat, I, 2. 134.
(31) Sat. I. 2. 134.
(32) Sat. I. 3. 1.

Stultus et improbus hic amor est, dignus {que notari
Cum tua pervideas oculis mala lippus inunc- (tis,
Cur in amicorum vitiis tam cernis acutum
Quam aut Aquila aut Serpens Epidaurus? (33)

De faltas tan lijeras pasa el poeta a otras graves; ya nos pinta con fuertes colores las viles supersticiones de la vieja Canidia, ya tambien al desvergonzado parásito, o ya por fin, a aquellos parientes desnaturalizados, tan numerosos en Roma, cuya única ocupacion consistia en correr siempre a caza de herencias i legados.

(33) Sat. I. 3. 24.

Santiago, julio 1869.

F. C. Z.

¿POR QUÉ ME MIRAS, ANCIANO?....

—Te miro, porque es bella
Tu cándida inocencia,
Mas pura que la esencia,
Oh niña! del jazmin
Te miro, cual mirara
Anjélica vision,
Radiante aparicion
De alado serafin.

Te miro, porque calman
Tus lánguidas miradas,
Del pecho envenenadas
Dolencias mil i mil;
I siento poco a poco
Ceder mi cruda pena
Al ver, ai! tan serena
Tu frente de marfil.

—Te miro, porque es grato
A un pecho anciano i yermo,
I lánguido i enfermo,
Sin gloria i sin amor,
Hallar una alma pura
Que sale de la infancia
Con toda su fragancia,
Con todo su esplendor.

Así mirar podria
De nuevo, si volviera,
Oh hermosa, la pradera
Do niño retocé,
Allá donde en mi infancia
Lejana i venturosa
La linda mariposa
Con tanto afan busqué!

Te miro, cual mirara
Con avidez, con ánsia
Aquella vieja estancia,
La estancia paternal,
Do alegre recibia
Gozando mil delicias
Las plácidas caricias
Del pecho maternal.

Así como el viajero
Contempla la corriente
De la ignorada fuente
Do refrijerio halló;
Así es que te contempla
De paz sedienta mi alma,
I alivio encuentra i calma
Que tanto, tanto ansió.

¿Talvez saber quisieras
Por qué cuando te miro,
Tristísimo suspiro
Exhalo de afliccion?
¿Por qué ves esa lágrima
Que un solo instante brilla
Rodando en mi mejilla
Bajar al corazon?

Pues oye.— Hubo una jóven
Cual tú, cándida, hermosa,
I aquella fué la esposa
Que me otorgara Dios.
Tambien me diera una hija
Imájen de su madre;
I yo era esposo i padre....
¡No viven ya las dos!....

I viejo, errante i solo,
Buscando por doquiera
Su imájen hechicera
Viajaba sin cesar;
I en ti la encuentro al cabo....
Oh! juzga lo que siento;
I déjame un momento,
Mirándote, llorar....

Silveria Espinosa de Rendon.

LA COMUNA I SUS ENSEÑANZAS.

Conferencia leida el viérnes 5 de octubre en el Club de Amigos del Pais por el señor don Máximo R. Lira.

(CONCLUSION.)

Por circunstancias que no es del caso referir aquí habiamos omitido la publicacion del capítulo siguiente i su colocacion en el lugar respectivo. Lo damos aquí para completar el estudio que hemos estado publicando.

XI.

Voi a permitirme hacer una lijera digresion para manifestar cual fué la conducta de la francmasoneria durante el segundo sitio de Paris. Adivinais ya que ella debió ponerse de parte de la Comuna, pero no conoceréis los incidentes ridículos i grotescos que precedieron a su resolucion. Esto es lo que voi a referiros.

Instigada por algunos miembros de la Comuna que pertenecian a sus lójias, la francmasonería de Paris asumió el papel de mediadora entre los rebeldes i el gobierno de Versalles. Con el objeto de arribar a un arreglo envió a M. Thiers diputaciones que llevaran encargo de obtener la cesacion de las hostilidades i condiciones de paz favorables a los comunistas. Esta tentativa fracasó i era natural que fracasara.

Los francmasones, entónces, resolvieron plantar sus banderas en las murallas de Paris al lado de la bandera roja de la Comuna. ¿Se atreverian los versalleses a dirijir sus fuegos contra la ciudad protejida por las banderas de la francmasonería? Comunistas i francmasones creyeron que nó i se entregaron a los transportes de alegría i a manifestaciones de entusiasmo en favor de sus salvadores.

Mas abajo copio una relacion publicada por el *Journal Officiel* en que se da cuenta de una de esas manifestaciones. Si hubierais oido su lectura ántes de la esposicion que precede, hubierais creido sin duda que lo que se celebraba con esa manifestacion era un acto heróico o alguna concepcion salvadora de un jenio. Nada, señores, lo que se celebraba con música i tanto aparato teatral era la resolucion con que los hermanos masones iban a plantar sus banderas en las murallas de la ciudad sitiada.

Esto seria de un ridículo supremo, si lo grotesco no ocultara un propósito serio. Los francmasones querian hacer armas en favor de la Comuna, porque la Comuna era la representacion mas jenuina de sus aspiraciones i de sus propósitos; pero no se atrevieron a proceder francamente i por eso, para decidirse, buscaron el pretesto de que los versalleses tiraban sobre sus banderas.

He tomado empeño en probar que los francmasones de Paris fueron aliados de los comunistas, para abrir los ojos a tantos cándidos que están creyendo aun que la francmasonería es una institucion inocente i benéfica. En la francmasonería se encuentra el mismo espíritu de la Comuna, i aquélla, señores, tiene entre nosotros sus lojias i sus afiliados aumentan con rapidez. Ahora podreis decirme si exajeraba cuando afirmaba al principiar que el espíritu de la Comuna vivia entre nosotros i qué, en su dia i en su hora sabria encontrar sus hombres.

Ahora, hé aquí la relacion a que he aludido mas arriba; es interesante i es cómica.

«Ayer 29, la ciudad de Paris presentaba una animacion a que no estaba acostumbrada desde hacia tiempo: se sabia que los francmasones debian ensayar su última tentativa pacífica yendo a plantar sus banderas en las murallas de Paris, i que si fracasaban, la francmasonería entera debia tomar partido contra Versalles.

«A las nueve de la mañana una diputacion de los miembros de lo Comuna salió del Hotel de Ville, con una banda de música a su cabeza, en direccion hácia el Louvre, para salir al encuentro a la manifestacion francmasónica.

«A las once, la diputacion estaba de vuelta, i los francmasones hacian su entrada en el Hotel de Ville, dispuesto de antemano para recibirlos. La guardia nacional hacia los honores.

«La Comuna entera se habia colocado en el balcon, en lo alto de la escalera de honor, frente a la estátua de la república que estaba ceñida con una faja roja i rodeada de las banderas de la Comuna.

«Las banderas masónicas fueron a colo-

carse sucesivamente en los peldaños de la escalera, manifestando todas las máximas humanitarias, que son las bases de la franc. masonería i que la Comuna se ha propuesto poner en práctica.

«Llamó entre todas nuestra atencion una bandera blanca. La llevaba un artillero i en ella se leia en letras rojas: «Amémosnos los unos a los otros.»

«Apénas el patio estuvo lleno se oyeron en todas partes los gritos de «¡Viva la Comuna! ¡Viva la francmasonería! Viva la República universal!»

«El ciudadano Félix Pyat, miembro de la Comuna, pronunció con voz fuerte i conmovida las palabras siguientes:

«Hermanos, ciudadanos de la gran patria, de la patria universal, fieles a nuestros principios comunes: Libertad, Igualdad, Fraternidad, i mas lójicos que la *Liga de los derechos de Paris*, vosotros, francmasones, haceis seguir la accion a las palabras.

«Hoi las palabras nada valen, lo que vale son los hechos. Así, despues de haber fijado vuestro manifiesto—manifiesto del corazon—en las murallas de Paris, vais ahora a plantar vuestra bandera de humanidad en las fortificaciones de nuestra ciudad sitiada i bombardeada.

«Vais a protestar así contra las balas homicidas i las metrallas fratricidas, en nombre del derecho i de la paz universal. (Bravos unánimes i gritos de ¡Viva la República! ¡Viva la Comuna!)

«Vais a tender a los hombres de Versalles una mano desarmada—pero desarmada solo por un momento—i nosotros, los mandatarios del pueblo i los desfensores de sus derechos, nosotros los elejidos del voto, queremos unirnos todos a vosotros, los elejidos del peligro, en este acto fraternal. (Nuevos aplausos.—¡Viva la Comuna! —Viva la República!)

«La Comuna habia decidido elejir cinco de sus miembros para acompañaros; los que debian tener ese honor fueron designados a la suerte; i la suerte ha favorecido cinco nombres para seguiros i acompañaros en ese acto glorioso, victorioso. (Señales de aprobacion.)

«Vuestra hazaña, ciudadanos, quedará indeleblemente escrita en la historia de la Francia i de la humanidad.

«¡Viva la República universal!»

El ciudadano Beslay, miembro de la Comuna. «Ciudadanos, me he asociado como vosotros a las palabras que acabais de oir, a esas palabras fraternales que han reunido aquí a todos los francmasones.

«La suerte no me ha favorecido ayer, cuando se sacaban los nombres de los miembros de la Comuna que debian ir a recibir a los francmasones. Resolvimos que se sacasen a la suerte esos nombres, porque la Comuna de Paris entera queria asociarse, desde el principio, a esa gran manifestacion; no he tenido la dicha de ser designado, pero he pedido, sin embargo, que se me deje ir al frente de vosotros como decano de la Comuna de Paris i tambien de la francmasonería de Francia a la que tengo el honor de pertenecer desde hace 56 años.

«¿Qué os diré, ciudadanos, despues de las elocuentes palabras de Félix Pyat? Vais a ejecutar un gran acto de fraternidad colocando vuestra bandera sobre las fortificaciones de nuestra ciudad e incorporándoos en nuestras filas contra nuestros enemigos de Versalles. (¡Sí, sí!—Bravo!)

«Ciudadanos, hermanos, permitidme dar a uno de vosotros el abrazo fraternal.»

(El ciudadano Beslay abraza a uno de los francmasones colocado cerca de él.—Aplausos—¡Viva la Comuna!—¡Viva la República!)

Un francmason, con una bandera en la mano: «Reclamo el honor de plantar la primera bandera sobre las fortificaciones de Paris, la bandera de la *Perseverancia*, que existe desde 1790.» (¡Bravo!)

La banda del batallon toca la *Marsellesa*.

El ciudadano Leon Meillet. «Acabais de oir la única música que podemos oir hasta que venga la paz definitiva.

«Hé aquí la bandera roja que la Comuna de Paris ofrece a las diputaciones masónicas.

«Esta bandera debe acompañar a vuestras pacíficas banderas: ella es la bandera de la paz universal, la bandera de nuestros derechos federales, en cuyo torno debemos agruparnos todos para evitar que en lo porvenir venga alguna mano, por poderosa que sea, que nos empuje unos contra otros para otra cosa que para abrazarnos. (Aplausos prolongados).

«Es la bandera de la Comuna de Paris que la Comuna va a confiar a los francma-

sones. Será colocada delante de vuestras banderas i frente a las balas homicidas de Versalles.

«Cuando volvais a traer esas banderas de la francmasoneria, vuelvan despedazadas o intactas, la bandera de la Comuna nada habrá perdido. Las acompañará en medio del fuego;—será esa la prueba de su union inseparable.» (Nuevos aplausos).

El ciudadano Terifocq recibe la bandera roja de manos del ciudadano Leon Meillet, i dirije estas palabras a la asamblea:

«Ciudadanos, hermanos:

«Soi del número de los que han tomado la iniciativa de ir a plantar el estandarte de la paz en nuestras murallas i tengo la dicha de ver al frente de ellas la bandera blanca de la lojia de Vincennes, en la que está escrito: «¡Amémosnos unos a otros!» (¡Bravo!)

«Iremos a presentar el primero ese estandarte ante las filas enemigas; les tenderemos la mano, ya que Versalles no ha querido oirnos.

«Si, ciudadanos, hermanos, vamos a dirijirnos a esos soldados i les diremos: «¡Soldados de la misma patria, venid a fraternizar con nosotros; no tendremos balas contra vosotros, ántes que vosotros nos hayais arrojado las vuestras.—Venid a abrazarnos i que haya paz.!» (Bravos prolongados—Sensacion.)

«I, si esa paz se realiza, entraremos a Paris, seguros de haber ganado la mas hermosa victoria, la de la humanidad.

«Si, por el contrario, no somos escuchados i si tiran contra nosotros, llamaremos en nuestro ausilio todas las venganzas; estamos seguros de que seremos escuchados i que la masoneria de todas las provincias de Francia seguirá nuestro ejemplo; estamos seguros de que en cualquier punto del pais donde nuestros hermanos vean tropas que se dirijen a Paris, les saldrán al encuentro para conjurarlas a fraternizar.

«Si salimos mal en nuestra tentativa de paz i si Versalles no da órden de no disparar para no matar a nuestros hermanos en las fortificaciones, entónces nos mezclaremos con ellos, nosotros que no habiamos tomado hasta aquí el servicio de la guardia nacional mas que como un servicio de órden, hasta los que no formaban parte de ella, lo mismo que los que estaban ya en las filas de la guardia nacional, i todos juntos nos uniremos a las compañías de línea para tomar parte en la batalla i para alentar con nuestro ejemplo a los valientes i gloriosos soldados defensores de nuestra ciudad.»—(Adhesion jeneral, aplausos prolongados. ¡Viva la Comuna! ¡Viva la francmasoneria!)

El ciudadano Terifocq ajita la bandera de la Comuna que tiene en sus manos i esclama:

«Ahora, ciudadanos, ¡no mas palabras; a la obra!

Las diputaciones de la francmasoneria, acompañadas de la Comuna, salen del Hotel de Ville.

Miéntras desfilaban, la banda toca la *Marsellesa*.

EL PODER PÚBLICO.

Conferencia leida el sábado 12 de noviembre, en el Club de Amigos del Pais, por el señor don Antonio Várgas F.

El poder público no ha sido creado por el libre consentimiento de los pueblos.—Es el principio constitutivo de toda sociedad civil.—Su orijen es divino.—Fin de su institucion i medios de conseguirlo.

Hé aquí el programa de las cuestiones que me propongo tratar en esta disertacion.

La gravedad e interes que las caracterizan, reclaman tiempo i profunda meditacion para dilucidarlas convenientemente; sinembargo, deseoso de servir en lo que me sea posible al «Club de Amigos del Pais», tengo la satisfaccion de presentarle este trabajo, formado en el corto tiempo de que puedo disponer, i mui distante de reunir las condiciones con que quisiera revestirlo, como un tributo de mi buen afecto por tan útil institucion.

I.

Si el poder público fuera producido por el libre consentimiento de los pueblos, debiera manar necesariamente de un contra-

to entre el pueblo i su gobernante, porque este es el único principio de todas las obligaciones i derechos voluntarios por su orijen. En esta hipótesis, es claro que la autoridad constituida no puede representar ningun poder absoluto o independiente de la voluntad de sus comitentes, ni éstos habrán podido comunicarles mas facultades que las que tienen como individuos, i bajo este punto de vista es fácil determinar la insuficiencia de atribuciones del poder supremo para llenar el fin con que se establece toda sociedad.

En ningun caso es lícito a nadie quitarse la vida ni para evitar los mas crueles tormentos; luego ningun hombre puede transmitir a otro el derecho de matarlo, pues nadie puede dar lo que no tiene. De aquí resulta que la pena de muerte es injusta en sí misma i contraria al derecho natural; lo que no puede admitirse por ningun católico ni por hombres concienzudos. Se sigue tambien que ningun gobierno tiene derecho de imponer pena capital, i aunque el bien social reclame este castigo, como medida necesaria para reprimir ciertos delitos, debe borrarse de todo código penal.

Ningun hombre puede imponerse penas en expiacion de sus faltas, que comprometan su existencia, sin especial inspiracion, porque tenemos obligacion de conservar nuestra vida: a nadie seria lícito encerrarse por algun tiempo en un calabozo subterráneo i oscuro sin faltar al deber de la propia conservacion; luego al mandatario público no se le ha podido facultar para castigar con cárcel solitaria i oscura, ni con otras penas que pongan en peligro la vida del reo. Quítese este poder a la autoridad, i responda el buen sentido junto con la esperiencia, si será posible el escarmiento de los malvados i la conservacion del órden social.

Segun la robustez i salud de cada uno es posible que se sujete a ciertas privaciones voluntarias que no le dañan notablemente, miéntras que otros con esas mismas causas pondrian en peligro su vida, i como nadie puede obrar contra su existencia, es forzoso que los mas débiles hayan hecho una cesion mas limitada de sus derechos que los mas fuertes; de donde resulta que las penas deben medirse, no precisamente por la gravedad del delito, sino principalmente por las condiciones físicas del culpable, porque sucederia con frecuencia que a un delincuente, digno de un castigo severo, no se le pudiese aplicar la pena merecida en atencion a su salud, sino que debiera calcularse la que le fuera soportable sin compromiso de la vida. Una lejislacion arreglada a las facultades de un gobierno resultante de un contrato, para ser justa, debia ser primero ridícula e ineficaz para consultar el bien público.

Podria decirse que, si es verdad que nadie tiene el derecho de disponer de su vida, es cierto que todos pueden matar justamente al agresor inicuo, no pudiendo repelerlo por otro medio, i que este derecho entra en la cesion de facultades que cada uno hace en favor del gobernante; con lo cual se esplica hasta la justicia de la pena de muerte. Este argumento es vicioso porque se apoya en un principio falso, i ademas no salva la dificultad, dándole el mérito aparente que tiene, como real i efectivo. Es falso que sea delegable el derecho de justa defensa, porque no envuelve jurisdiccion sobre el agresor, ni puede existir un acto fuera del mismo ataque violento; es solo un medio de salvar la vida en los momentos supremos en que otro hombre intenta quitárnosla sin justo título, i por lo mismo es un derecho personalísimo que no puede trasmitirse a otro. Es cierto que todos podemos ausiliar al que se halla acometido por un agresor injusto; pero esta facultad no se deriva de alguna concesion que nos hace el agredido, sino que la equidad natural nos autoriza para protejer la inocencia oprimida, de lo cual es una prueba concluyente el poder innegable que todos tienen para derribar al asesino en el acto del ataque, aun contra la voluntad del acometido que desease morir por librarse delas adversidades de la vida.

Ahora quiero suponer en el argumento toda la fuerza que se le quiera dar; i que el representante del pueblo ha recibido por delegacion el derecho de matar al injusto agresor. Siempre queda en pié la misma dificultad, lo que es fácil demostrar. Entre el derecho de defensa i la administracion de justicia hai una distancia inmensa: esta entraña la jurisdiccion del juez sobre el reo; aquélla consiste solo en rechazar la fuerza con la fuerza hasta reducir al enemigo a la impotencia de hacer mal; de conjiguiente el que se defiende no está ajus-

tan lo su accion a tal o cual lei, sino que dirije sus golpes, consultando el mejor modo de obtener el triunfo. El que administra justicia, tiene un deber sagrado de imponer la pena determinada por la lei civil o natural segun el caso, midiendo el castigo proporcionado al delito en el segundo. Si la autoridad política no tiene otro título para la imposicion de la pena capital i de prision nociva a la salud del delincuente que la cesion que éste ha hecho de los derechos que tenia para defenderse por estos medios, los enjuiciamientos, las leyes que señalan la pena segun la gravedad i circunstancias del delito i los diferentes departamentos de las cárceles, dedicados a los criminales mas atroces, son una injusticia o una vana ostentacion de un poder justiciero que nadie representa sobre la tierra. Sí, porque en el derecho de defensa no tiene lugar la calificacion de la mayor o menor culpabilidad para oponer una resistencia mas hostil al mas delincuente: los mismos medios empleamos luchando contra un loco que contra un cuerdo para salvar nuestra vida, pues solo atendemos a librarnos como el caso mejor lo permita. Los majistrados para proceder en conformidad con sus atribuciones al castigar a los malvados, deberian estar siempre presentes en la perpetracion del delito i descargar sobre el agresor el peso de sus brazos o de la jente sujeta a sus órdenes en el acto del ataque injusto: pasado este tiempo ya la defensa no tiene lugar: la justicia ultrajada demanda el castigo, pero no hai quien vindique sus fueros.

Todo esto es un oprobio a la razon, cuesta trabajo creer que haya habido hombres que se llamen filósofos, empeñados en destruir la justicia de la tierra para levantar sobre sus cenizas el estandarte de la fuerza, como si fuera una honra para el hombre no tener un tribunal ante quien esponer sus querellas, despues de recibido el agravio. El mejor modo de probar a los sostenedores del contrato social, que por desgracia forman un crecido número, la absurdidad de su sistema, seria que los gobiernos fueran lójicos, obrando solamente en conformidad con la autorizacion recibida: entónces se presentaria el error con toda su fealdad, i sus patrocinantes espantados de su propia obra, volverian sus ojos al cielo i clamarian a la justicia que descendiese sobre la tierra.

Hasta aquí he considerado la insuficiencia del contrato social para revestir al mandatario de todo el poder preciso para gobernar bien: ahora paso a manifestar la impotencia del contrato para crear una autoridad a la cual deban someterse todos los ciudadanos. Las obligaciones producidas por un contrato son personales por su propia naturaleza, porque siendo voluntarias por su orijen, solo comprenden a los que tuvieron la voluntad de obligarse. De este principio se sigue que los únicos que deben obediencia al gobernante establecido, son los que tomaron parte en el convenio, base del poder público. Es evidente que en toda sociedad se encuentra un número considerable de personas, que no concurren a la formacion de la autoridad, i otro no despreciable que siempre se opone a la eleccion del que empuña el mando supremo: las mujeres, niños i hombres que, por sus negocios o falta de instruccion, viven separados de las ajitaciones políticas, i todos los que no aprobaron al elejido por el partido vencedor, quedan sin duda fuera del contrato, i en esta hipótesis sin obligacion de obedecer. No se diga que el bien social i comun reclama la obediencia de todos i por este motivo deben prestarla. A esto se responde satisfactoriamente diciendo: este bien social que se invoca en la dificultad ¿debe buscarse solo por conveniencia o por necesidad absoluta? Si es por conveniencia, a nadie se puede obligar a que acepte lo que le conviene, i ménos a que renuncie sus derechos por conveniencia ajena: cada uno es dueño de obrar como quiera en no atropellando la justicia, i cuando se habla de conveniencia ya no se trata de justicia. Si todos deben sujetarse por necesidad a las órdenes de la autoridad constituida por un cierto número de ciudadanos, ya el orijen de la obediencia no viene de un contrato, sino de una necesidad independiente de la voluntad humana, ya no se exije el libre consentimiento, como fundamento de la sumision al gobernante, sino que se recurre a una fuente mas poderosa para producir la obligacion del súbdito, a la necesidad, i toda necesidad se funda en una lei de la naturaleza i finalmente en Dios, autor de estas leyes; luego recurrir a la necesidad para encontrar el orijen de la obediencia, es fundarla en Dios, lo cual admito sin resistencia.

Otra razon con que podria justificarse

la obediencia debida a la autoridad de parte de aquéllos que no han entrado en el contrato social es la siguiente: la presuncion de un consentimiento tácito, fundada en que prudentemente se supone que admiten las consecuencias de un hecho todos los que no se empeñan en que suceda de un modo mejor que de otro. Prescindiendo del escaso valor que tal conjetura tiene, puede decirse que en el último caso seria aplicable a la realizacion de sucesos necesarios en cuanto a lo esencial de ellos, pero variables en órden al modo de verificarse: no seria estraño encontrar muchas personas dispuestas a sufrir las consecuencias de estos hechos en todo caso, porque no les importara mucho la diferencia de bienes o males que resultara del modo de realizarse el suceso, o por falta de una apreciacion racional; pero esta presuncion carece de toda fuerza, cuando se habla de acontecimientos voluntarios, que no pueden afectar mas que a los libremente comprometidos en ellos, como es la institucion del poder público apoyada en un contrato.

Un ejemplo hará mas sensible la verdad de esta distincion. Un reo es condenado definitivamente a prision por cierto tiempo, i el cumplimiento de la sentencia es inevitable; sus amigos le advierten que, practicando algunas dilijencias, puede conseguir que se le coloque en un calabozo un tanto mejor que los otros, pero el paciente omite practicar las dilijencias indicadas i aguarda en silencio la pena. En este caso se presume que se resigna a sufrir el castigo con todas sus circunstancias, porque sabia que el mal era necesario; pero si falta la necesidad del hecho, la presuncion no existe. Cuatro herederos son dueños de un fundo paterno; tres de ellos venden el fundo en presencia del cuarto que nada dice, i el comprador, interpretando el silencio del uno como señal de aprobacion, se cree en perfecta propiedad de la cosa comprada. ¿Habrá justicia para obligar al cuarto heredero a respetar el contrato? Es evidente que no, porque se trata de un asunto voluntario, i como tal no puede vincular al que no tomó parte en él.

Aplicando esta doctrina al contrato social, es forzoso confesar que la presuncion del consentimiento tácito no tiene valor alguno respecto de los no contratantes.

Aparte de la razon espuesta contra la dificultad objetada, se encuentran muchas personas incapaces de consentir en la formacion de un gobierno por su edad o su ineptitud i otras muchas que se oponen fuertemente al gobierno que resulta elejido, i es claro que respecto de todas ellas i especialmente de las últimas, no puede presumirse la voluntad de concurrir a un acto que no conocen o que no quieren.

Finalmente podria decirse en favor del contrato social que todos los que no son aptos para el ejercicio de sus derechos, deben someterse a lo que hacen los que tienen el suficiente discernimiento: que este órden es conforme a la misma lei natural, por la cual el padre de familia dirije justamente a sus hijos i los tutores a sus pupilos: que considerando la sociedad como un cuerpo moral, del cual cada uno es miembro, es preciso que los mas capaces consulten lo mas conveniente al cuerpo sin oposicion de los miembros inferiores, i por estas razones aunque no todos sean contratantes, todos quedan obligados por una especie de tutelaje.

Estableceré primero para la claridad de las ideas en la respuesta a la dificultad precedente, las clases de personas que podrian quedar sujetas a la direccion ajena: los niños que no han llegado a la edad de la discrecion, las mujeres que por su sexo están llamadas a las penosas ocupaciones de la maternidad i mui separadas de las disputas i contiendas políticas, i últimamente cierto número de hombres ignorantes o con defectos morales que no alcanzan a comprender lo que importa el contrato social: creo que no es posible comprender otra clase de personas que pudieran sujetarse por su condicion i circunstancias a determinaciones de otros.

Ahora puede responderse al argumento por partes. Hai siempre un número mas o ménos considerable de hombres que, teniendo espedito el ejercicio de sus derechos, se abstienen de tomar parte en la institucion del gobernante, i como éstos no pueden ser representados por los demas, quedarian exentos de la obediencia a la autoridad: este hecho de esperiencia no puede dudarse, i dando por cierto el argumento, no basta todavía a manifestar la accion lejítima del gobierno sobre todo el pueblo.

El poder que tienen los padres sobre los hijos, no puede ser razon suficiente para que los obliguen a respetar i obedecer a

una autoridad mui distinta de la paterna, porque las facultades concedidas a los padres de fámilia por Dios, se dirijen al gobierno doméstico, cuya cabeza es el mismo padre, i todo lo que se hace a nombre de una atribucion, fuera de los fines correspondientes a ella, es radicalmente nulo. Cosa bien estraña seria por cierto que un hijo de familia que hubiese faltado a una lei, establecida por un gobernante elejido tambien por su padre, fuese castigado sin mas titulo que el haberse sometido su padre voluntariamente a la autoridad civil que le imponia la pena, invocando la eleccion paterna; esto es algo mas que irracional: es ridículo. Pero, supuesta la legalidad de la obediencia de los hijos, es evidente que ésta deberia terminar con la menor edad, porque ya pasa el tiempo en que el padre representa la voluntad del hijo, i por lo mismo, si los hijos mayores no aceptan el gobierno establecido, quedan tambien independientes.

Tampoco es admisible que las mujeres, siempre prescindentes en las elecciones de mandatarios, por su propio sexo i flaqueza natural, quedasen sujetas al poder formado sin el concurso espreso de su voluntad, porque en tratándose de obligaciones voluntarias en su fuente, ya faltan las buenas razones para presumir el consentimiento, pues la no oposicion de parte de ellas, nunca puede tomarse por asentimiento, mucho ménos si se tiene presente que su misma debilidad es poderoso motivo para no hacerlo.

Finalmente, es mui conforme a la lei natural que entre los hombres, los mas privilejiados por la naturaleza, comportan sus dones con los que ocupan los grados inferiores en la indefinida escala de la perfeccion humana: esto es mui bueno i mui digno de alabanza; pero si en lugar de participar a los demas los bienes anexos a la posesion de ciertas prerogativas naturales, dándoles a conocer lo que mas les conviene, i prestándoles los ausilios que necesitan, los mas hábiles se creen con derecho sobre los ignorantes para contraer obligaciones que éstos deban respetar, tal pretension es contraria a las prescripciones del derecho natural, pues un hombre no deja de ser perfectamente libre en sus determinaciones solo por ser ignorante, i esta libertad se destruiria en mucha parte en la suposicion de quedar obligado a lo que hicieren otros mas capaces que él: la mayor intelijencia en unos puede ser un titulo de respeto i aprecio, jamas de dominio.

Es preciso no perder de vista que la fuerza aparente de las razones, con que se intenta probar que el contrato social es suficiente base del poder público bien constituido, se debe, no al mérito que ellas entrañan que es ninguno, sino a que sobre ellas se quiere apoyar la autoridad política, reconocida siempre como una necesidad para todos los hombres contra la cual no es lícito disputar. Ahora fácil es comprender que, cuando se habla de un hecho necesario para la existencia de toda sociedad, la misma persuasion de esa necesidad que todos reconocen, es un motivo para que muchos tomen por buenas las razones en que se la funda, aunque disten mucho de la verdad, porque es mui fácil justificar por falta de apreciacion lo que se alega para demostrar la justicia i suficiencia de lo que todos admiten como verdadero i forzoso: entónces mas se atiende a la verdad probada que a la relacion que ésta tiene con los antecedentes de donde se deduce. Tan cierto es esto que si nos trasladamos a considerar lo que valdrian estas mismas razones para lejitimar una sociedad mercantil, que se intentase crear, haciéndola estensiva a una multitud de personas que respecto de ella se encontrasen en las mismas circunstancias que en órden a la formacion del gobierno, encontraremos que no solo pierden todo su brillo alucinador para muchos, sino que se convierten en un contrasentido perceptible a las mas escasas intelijencias. La diferencia está en que ahora se trata de un hecho que para nadie es necesario que exista, i en la institucion del poder de otro que todos aceptan como condicion indispensable a que nos debemos sujetar.

ANTONIO VARGAS F.

(Continuará).

VARIEDADES.

FILOSOFÍA PRÁCTICA.

Al verificar un embargo a cierto abogado, se estrañaban algunos de que el tal tu-

viera poquisimos *efectos*.—Esto consiste, hizo observar el escribano, en que tenia poquisimas *causas*.

*
* *

¡NO ERA EL VINO!....

Dijéronle a un borracho que iba por la calle dando traspieses:

—Amigo mio, anda Ud. mas hácia atras que hácia adelante.

—¿Sí?.... Ya sé yo en qué consiste.

—Pues yo tambien.

—¿I en qué? ¡a ver!

—En haber bebido mucho vino.

—¡Cá!..... ¡En que he comido muchos cangrejos!

*
* *

CANTARES.

Cien mil conchas tiene el mar,
Cien mil estrellas el cielo,
Cien mil árboles el bosque....
¡Quién tuviera cien mil pesos!

Luna, luna, compañera
En un tiempo de mi dicha,
Por fin te vas i me dejas....
¡Memorias a la familia!

*
* *

UN REGALO COMO POCOS.

—¡Parece imposible que no tenga Ud. mas de cuarenta años! le decian a uno que se jactaba de tener aquella edad, aunque parecia mucho mas viejo.

—Yo les diré a Uds., contestó; ayer tenia cincuenta; pero estando en esta misma conversacion en el café, me dijo un caballero: «Yo le llevo a Ud. diez años.» I yo le contesté: «¡Hombre, gracias; lléveselos Ud. enhorabuena!»

Por eso me he quedado en los cuarenta.

*
* *

BUEN NEGOCIO.

La escena pasa en cualquier parte.

Dos amigos que se encuentran:

—¡Hola! Arturo, me han dicho que luego te casas!

—Efectivamente.

—Que tu futura es mui rica.

—Cierto.

—De suerte que te casas por el *interes*.

—Nó, hombre, me caso por el *capital*....

*
* *

EMPLEADO MODELO.

Dice Juan que en la oficina
Está cual pez en el agua:
—¿Qué hace para estar tan bien?
—Lo que hacen los peces: *nada*.

Contenido de este número.

I.—El Estado director de colejio, conclusion, por Rafael B. Gumucio, páj. 81.
II.—*Æquam memento...*, poesía, por Benedicto Volados, páj. 84.
III.—Horacio, estudio literario, continuacion, por F. C. Z., páj. 84.
IV.—¿Por qué me miras, anciano?, poesía, por Silveria Espinosa de Rondon, páj. 88.
V.—La Comuna i sus enseñanzas, conclusion, por Máximo R. Lira, páj. 89.
VI.—El poder público, por Antonio Várgas F., páj. 91.
VII.—Variedades, páj. 95.

ERRATAS.

La poesía de don Benedicto Volados que publicamos en la páj. 84, se titula *Æquam memento*.... en vez de *Æquam mementum*, como por error tipográfico se ha puesto.

En la páj. 82, 1.ª columna, acápite 1.º, dice: *represion de sus internados*; léase: *supresion de sus internados*.

En la misma páj., linea 4.ª dice: *empeñar*; léase: *empañar*.

En la páj. 83, 1.ª columna, acápite 6.º dice: *pero deje los interesados*; léase: *pero deje los internados*.

IMPRENTA DE «EL INDEPENDIENTE.»
calle de la Compañía, núm. 102.

LA ESTRELLA DE CHILE.

AÑO V. Santiago, noviembre 19 de 1871. Núm. 216.

EL RECTOR

DEL INSTITUTO NACIONAL.

En estos dias se ha ocupado la prensa de las manifestaciones hechas en favor del Rector del Instituto Nacional, señor don Diego Barros Arana. Parece que el círculo que rodea a ese señor i aun él mismo están en gran manera sobresaltados, porque no sabemos quienes maquinan para desalojar de su puesto al mencionado señor Rector.

Nosotros, que con tanto interes miramos todo cuanto se relaciona con la educacion i la enseñanza públicas no podemos dejar de hacer algunas observaciones sobre el particular.

Parécenos desde luego que no hai quienes hayan declarado la guerra al Rector del Instituto. Una cosa, sí, sabemos i es que la inmensa mayoría de los buenos hombres de nuestro pais, de todos colores políticos, reprueba el sistema del señor Barros en la direccion del Instituto Nacional. Sabemos que quieren a toda costa ver cesar esa funesta influencia que dicho señor Rector ejerce en la educacion de la juventud chilena, inculcándole, mas o ménos directa, mas o ménos solapadamente ideas contrarias a la fé que los jóvenes recibieron de sus padres. Sabemos que exijen, con pleno derecho, que despues de entregar al señor Rector jóvenes creyentes i cristianos, no les devuelva libres pensadores, con humos de jeólogos i químicos, i vergonzosamente ignorantes en todo lo que pertenece a estudios de mas importancia. Sabemos que hai quienes piden que, si el Estado persiste en sostener con los fondos nacionales un semillero de charlatanes irrelijiosos, al ménos alivie a los colejios no fiscales, que educan i enseñan bien, del pesado yugo que el monopolio del Instituto les impone. Eso sabemos.

Por lo que respecta a las manifestaciones hechas al señor Barros, parécenos que ellas no significan nada en honor de él, como quiera que parten de personas completamente parciales. Entre las que tanto incienso le han prodigado a quemarropa en almuerzos, comidas i loas, una se declara íntimo amigo personal, otra se confiesa hechura del señor Barros, otras son alumnos sujetos a su férula, que pueden esperarlo o temerlo todo de él, otras son súbditos interesados en mantener buenas relaciones con el jefe omnipotente i congratularse con él.

Injustos seriamos si negáramos que la instruccion científica, (la instruccion —entiéndasenos bien—) ha ganado algo bajo la direccion del señor Barros Arana. Pero estamos en la firmísima persuasion de que, respecto de la educacion moral de los jóvenes del Instituto, hai muchos males que lamentar ocasionados por el descuido del Rector.

Por otra parte, ha sucedido a los turiferarios del señor Barros, lo que a todos los que asumen ese triste papel. El humo del incienso los ha cegado i no han visto que aquel incienso era excesivo. Han exajerado hasta el ridículo los méritos de su hombre. De la noche a la mañana, lo han presentado ante el pais estupefacto como un eminentísimo literato, como un sabio profundo i universal, como un redentor de la ciencia, como el hombre necesario sin el cual, segun el dicho de Barainca, Chile se puedaria a oscuras.

De modo que los que quisieron levantar al señor Barros un pedestal de popularidad i de gloria, le han levantado

una picota de ridículo. Por su falta de discrecion i de mesura, le han hecho un flaco servicio.

Hasta hoi teniamos en Chile al señor Barros Arana por un funcionario laborioso, contraido al estudio, capaz de formar algunos volúmenes estractando autores mas o ménos bien elejidos, i que entendia un poquito de todo. Pero nada mas. Así es que ese crecimiento repentino de su talla científica i literaria, estirada, permítasenos la espresion, estirada por obra i gracia de sus comensales, ha sorprendido i hecho reir un poco.

Se han dado a la prensa, íntegros, llenando muchas columnas de *La República*, los brindis pronunciados en la mesa del Rector del Instituto.

En todos ellos se le aclama i victorea como al gran campeon de las ciencias, que lucha contra el oscurantismo. ¿Dónde está ese oscurantismo? Se insinúa que en el campo de los adversarios del sistema del señor Barros, es decir, en nuestro campo. ¿Cuándo nos hemos opuesto a la difusion de las luces? ¿Cuándo hemos pedido que no se enseñe el mayor número de asignaturas? ¿Dónde están las pruebas de nuestro oscurantismo? ¿Estarán en los esfuerzos que hace i ha hecho siempre nuestra escuela por la difusion de la verdad? ¿Estarán en el gran número de colejios que, a costa de inmensos sacrificios, con una abnegacion i un desinteres a toda prueba, luchando contra todos los obstáculos del monopolio, sostienen el clero, las corporaciones relijiosas i los buenos seglares?

¡Señores, os equivocais, si hablais de buena fé! El catolicismo que es la verdad i la luz, quiere verdad i luz para vivir. El catolicismo quiere el progreso i la propagacion de la verdadera ciencia porque en ella tiene su mejor apoyo i en la ignorancia su peor enemigo. Lo que no quiere es que se llene las cabezas de los jóvenes, con mil i mil doctrinas erróneas, falsas, desmoralizadoras, doradas con el oropel de la falsa ciencia i que los falsos sabios propinan *ex cathedra*, escudados por el monopolio. Lo que no quiere es que se trastorne el órden de las cosas i la importancia relativa de las ciencias.

Los retrógrados, los oscurantistas sois precisamente vosotros porque no quereis que se enseñe sino lo que vosotros i como vosotros. Demasiado necios o demasiado soberbios, os creeis únicos poseedores del saber. I de no ¿cómo se esplica que veais caer el cielo a pedazos al imajinar solo que vuestro señor Barros deje de alumbrar el camino de la ciencia? I de no ¿cómo se esplican esos lúgubres trenos que canta el señor Amunátegui sobre las ruinas del mundo científico, una vez que ya su amigo deje de ser el autócrata de la enseñanza?

Que viva el Instituto, quiere el señor Amunátegui, que viva a toda costa. I si, para que el Instituto viva, es menester que no viva con vida propia ningun otro colejio, eso no importa nada al liberalísimo señor Amunátegui.

La verdad es que no se comprende cómo estos señores, que están tan orgullosos de la infinita superioridad del Instituto sobre todo otro establecimiento, tienen tanto pánico a la libertad de enseñanza. Si no hai en Chile rector como el señor Barros ni colejio como el suyo, ¿por qué no se permite la competencia, mediante la libertad de enseñanza? Entónces se irian a las nubes el Instituto i su Rector. ¿Por qué no se hace la prueba?

Un verdadero sarcasmo, un insulto nos ha parecido que el señor Barros Arana brindara por la libertad de enseñanza. Dicen que Melgarejo brindaba tambien, *en sus horas*, por la libertad política de Bolivia.

Yo no obligo a que adopten los textos del Instituto, decia el señor Rector, ni les impongo los profesores. No me fijo sino en que sepan bien los ramos de que vienen a dar exámen. ¡Esto es demasiado! ¿Queria el señor Rector nombrar los profesores de los colejios particulares? Dice que no exije que estudien por los

textos del Instituto. Es verdad; pero cuando no responden conforme a ellos, los alumnos son reprobados. Nos consta. De modo que no es el peso sino los ocho reales. Solo me fijo, agrega, en que sepan bien. Aquí ha de entenderse que *saber bien* es saber conforme saben i enseñan los profesores del Instituto. ¿I el *órden lójico*, señor Rector? Lo olvidasteis, siendo lo mas famoso, siendo el espediente destinado a obligar a todos los colejios a seguir forzosamente el sistema del Instituto forjado por vos.

El señor Barros Arana declara en su abono que no atiende a las ideas relijiosas de los profesores: el que mas estudia i se contrae es para él el mejor maestro. De manera que, siendo estudioso i contraido, poco importa que el profesor sea racionalista, ateo, materialista i que enseñe sus doctrinas.

Eso ya lo sabiamos: i hé ahí por lo que precisamente encontramos perverso el sistema del señor Rector del Instituto. Creemos que, en un pais católico, tratándose de hijos de familias cristianas, no son ni pueden ser indiferentes las ideas relijiosas de los profesores. Lo mismo que de éstos, dice el señor Barros de los alumnos. Los padres de familia sabrán si ésa es una recomendacion o es una confesion de parte bastante a justificar los cargos que se hacen al señor Barros Arana. Los padres de familia sabrán si se contentan con que sus hijos estudien, salga como salga la educacion moral i relijiosa. Los padres de familia sabrán si han confiado sus hijos al señor Barros solo para que los instruya desdeñando su educacion.

Ahora, un dato que, a ser exacto, nos parece decisivo contra el Rector del Instituto.

Se nos asegura que, en las loas que algunos alumnos dirijieron al señor Barros el dia de San Diego, miéntras engullian algunos pasteles, se tronaba con furia contra la sotana. Hé ahí el mejor obsequio que creyeron poder hacer esos alumnos a su Rector en su cumpleaños.

En resúmen, el señor Barros cree que se le quiere espulsar i los suyos se han dado la voz de alarma i están empeñados en forjarle una aureola de falso prestijio; pero en las mismas defensas, en los mismos encomios que se le prodigan, en el programa enunciado por el mismo señor Rector, hai bastante para justificar las quejas i los reclamos de los padres de familia i una espléndida confirmacion de la necesidad de abolir cuanto ántes el funesto i odiosísimo monopolio del Instituto Nacional. *Ergo delenda est Carthago!*

Creemos que los abonados a *La Estrella de Chile* leerán con gusto el siguiente artículo que ha tenido la bondad de estractar i traducir de una revista belga una de nuestras mas amables suscritoras i que versa sobre la vida de santa Cecilia sobre la influencia que ha ejercido en la literatura i el arte, esta admirable santa cuya fiesta celebra la Iglesia el miércoles 22 del corriente.

Damos a nuestra suscritora las mas sinceras gracias por su obsequio i, felicitándola por su trabajo, recomendamos la lectura de él a nuestros abonados.

SANTA CECILIA.

SU INFLUENCIA SOBRE LA LITERATURA I LAS BELLAS ARTES.

Miéntras que aquellos grandes hombres que habian soñado con una eterna fama pasan i se olvidan, o al ménos como lo decia Juvenal de Alejandro, quedan solo como temas de declamaciones de retórica, aquéllos que han vivido i padecido por Dios en este mundo, dejan detras de sí al traves de los siglos un inmortal recuerdo.

Hai entre el mundo visible i el invisible estrañas comunicaciones que no es dado negar. Quien quiera interrogar su propia conciencia notará en ella ciertos fenómenos que no vienen ni del alma misma ni del mundo esterior; tristezas sin causa aparen-

te, accesos de íntima alegría que no se esplican, raptos de entusiasmo o súbitas inspiraciones que ya Platon atribuia a los jenios superiores. I aun algunos, recordando los peligros de que milagrosamente han escapado i habiendo especialmente esperimentado la proteccion del cielo, darian gustosos testimonio, si el respeto humano no los detuviese, de la influencia de los ánjeles i de los santos sobre la existencia humana. El pueblo con ese buen sentido que lo inspira, allí al ménos donde los sofistas no han conseguido corromperlo, el pueblo cree en esa influencia, i cuando el campesino o la pobre obrera da en el bautismo un nombre al recien nacido a quien aguardan todos los combates de la vida, comprenden bien en su fé sencilla i luminosa, que es un celestial patron el que le elije. No en vano dicen ellos, la niña se llamará María, este nombre traerá sobre ella como un reflejo de la dulzura, de la abnegacion, de la incomparable pureza de la Reina de la vírjenes; el nombre de Inés será como una prenda de inocencia; el de Teresa augura un corazon inflamado en el amor divino; el de Cecilia una alma tierna, fuerte, ávida de armonías, como el de Francisco recuerda el desprendimiento heróico, el de Pablo i Juan el celo infatigable i la caridad perfecta. Si eso no sucede siempre, es porque el alma humana siempre queda libre para resistir a la gracia; pero estas resistencias accidentales, no impiden que haya entre el cielo i la tierra relaciones tan efectivas como misteriosas.

Mui a menudo estos pensamientos se habian presentado a nuestro espíritu; pero un dia del pasado mes, miéntras visitábamos en Roma la iglesia de Santa Cecilia, lo dominaron completamente.

En tales momentos uno cree siempre fácil escribir lo que piensa; sin duda que ello no será nuevo; pero si la vida de esta gran santa, una de las glorias Roma, es conocida, ella constituye una de aquellas historias que siempre pueden releerse: las antiguas melodías verdaderamente hermosas no pierden con el trascurso del tiempo sus encantos i si conmueven con un divino estremecimiento ¿quién se quejaria de oirlas una vez mas?

HISTORIA DE SANTA CECILIA.

El año 230 de la era cristiana, bajo el dominio de Séptimo Severo i en el tiempo en que el imperio romano era aun el mas formidable poder del mundo, vivia en Roma una jóven cuya fama habia de subsistir cuando de las glorias del imperio no quedasen mas que unas cuantas semiborradas huellas. La hermosura, reflejo del cielo en un semblante humano; la gracia, encanto misterioso de una causa ignorada; el pudor, esquisita reserva de las almas virjinales; la nobleza, precioso perfume del pasado, i mas que todo i sobre todo, el poder de amar, el mas espléndido i temible de los presentes que el Creador haya hecho a la creatura, todos esos dones se encontraban reunidos en la hija de Cecilio. Ilustre era su familia: ella habia dado a la república diez i siete cónsules, muchos triunfadores, i bajo el imperio no habia dejenerado.

Hoi todavía, cuando el viajero despues de un dia pasado entre las galerías de Roma, sale de la ciudad a la hora en que el sol se acerca a su ocaso i se echa a andar pensativo por la Via Apia, miéntras contempla conmovido las líneas de los acueductos, con sus arcos rotos, los montes de la Sabina iluminados por el sol poniente i todo ese cuadro de la campiña romana, majestuosa i melancólica como una reina destronada, no tarda en encontrar a la izquierda, erguido como una torre, el sepulcro de Cecilia Metella. Allí descansó en otro tiempo la abuela ya olvidada, de aquélla que debia hacer inmortal, en el tiempo i en la eternidad el nombre de Cecilio.

Cecilia tenia diez i ocho años: su mano dadivosa era conocida por los pobres de Roma; a menudo habian podido verla, ya sola, ya acompañada por una sirviente en las criptas de los mártires. En efecto, su padre aun cuando respetaba la fé de la niña, no participaba de ella; él deseaba verla casada con un noble esposo i revivir en los hijos de una feliz union. Pero Cecilia habia elevado su corazon a mas altas rejiones i oraba dia i noche a fin de que Dios no permitiese le fuera arrebatada la palma de la virjinidad.

El novio que sus padres le habian elejido no era sinembargo indigno de ella. Valeriano, jentil todavía, tenia al ménos aquellas virtudes naturales que preparan el alma a la fé, a la esperanza i al amor, estos dones sobrenaturales de Cristo crucificado. ¿Quién podria dar siquiera una idea

de los temores que asediaban a la jóven cristiana? ¿Acaso Dios no se habia dignado aceptar el corazon que ella le habia tantas veces ofrecido? ¿I cómo iba un pagano a comprender esa misteriosa union del alma con un esposo invisible? ¿No le pareceria semejante idea una locura estraña? Mas de un alma cristiana habrá sin duda esperimentado esas castas inquietudes. Cecilia las esperimentó en grado mui alto pero amaba bastante a Dios para no poner en Él toda su confianza: recurrió pues a la oracion i supo esperar aun contra la esperanza.

Así, cuando ya casada á los ojos del mundo, se encuentra a solas con su esposo, en aquella conversacion inimitable que nos han conservado las actas de su martirio, ella le dice:

«Soi poseedora de un secreto, Valeriano, que deseo confiarte. Tengo por amante a un ánjel de Dios que me custodia con un celoso esmero. Si llegara a notar que nacia en tu corazon un sentimiento impuro, su furor se desencadenaria contra tí. Pero si se persuadiese de que me amas con un amor sin tacha, si dejas que me conserve inmaculada, entónces tú tambien serás objeto de su amor i te colmará de sus favores.»

Asombrado Valeriano, quiere conocer al ánjel de que su esposa le habla.

«Lo verás, le dice Cecilia, cuando seas purificado.»—«¿I qué hacer para ello?»—«Ir donde Urbano. Da a los pobres mi nombre i te conducirán a su morada, i él te iniciará en nuestros misterios.»

Impulsado por una fuerza oculta el jóven se resuelve a partir. Sabidas son las consecuencias de esta resolucion; la entrevista de Valeriano con el Sumo Pontífice en las catacumbas, su conversion i su bautismo. Cubierto aun con la blanca vestidura de los neófitos, vuelve donde Cecilia, capaz de comprender el amor de los ánjeles i su indecible belleza. Valeriano este recien convertido daban asi el ejemplo de esos afectos ardientes a los cuales no basta ni los lazos del himeneo ni los placeres del mundo.

En los siglos cristianos otros amarán como él: sin duda el mayor número se ha llevado su secreto al sepulcro; pero entre aquéllos que ilustrará el jenio, Dante tendrá su Beatriz, Petrarca su Laura, i esos amores platónicos desconocidos de los antiguos paganos, objeto de burla para nuestros paganos modernos, permanecerán como un honor para el alma, como un acto de fé en su inmortalidad, i como un perfume del cielo en la tierra.

Lo que se dijeron en algunas horas de amor i de oracion esos dos esposos cuyas nupcias habian de terminarse en el cielo, qué acciones de gracias fueron dadas a Aquel que posee el secreto de cambiar los corazone, cuántas lágrimas de alegria vertieron esos ojos bastante puros para ver a los mismos ánjeles, nadie lo supo ni nadie podria espresarlo. Acaso solo la música entre todos las artes podria atreverse a tanto, solo la música interpretada por el jenio de Handel o Bethoveen.

En su ardiente celo Valeriano comprendia ya el valor de las almas.

Así es que cuando Tiburcio, su querido hermano, fué a verlo ¡cuánta elocuencia no desplegaron para demostrarle que sus dioses no eran mas que ídolos! Subyugado por el ministerioso encanto de la virjen cristiana, vencido por el celo del neófito, Tiburcio quiere ver tambien el ánjel que cubre con sus alas las gracias de Cecilia.

Tales almas eran demasiado puras para la Roma pagana. Por ausencia de Séptimo Severo el prefecto Almaquio hace citar a Valeriano i Tiburcio ante su tribunal. Los dos nobles jóvenes, con grande escándalo de los afortunados de este mundo, confiesan a Cristo. Valeriano caminó al martirio como a un triunfo: iba al cielo a esperar a Cecilia.

Tiburcio no habia querido abandonarlo. A cuatro millas de Roma, en la via Apia, fueron decapitados por haberse atrevido a menospreciar los dioses del imperio. Cecilia recojió piadosamente sus restos mortales i se preparó a seguirlos. Llamada a su vez para dar cuenta de su conducta, desconcertó al juez. Ruegos, astucias i amenazas todo fué inútil para manchar su pureza, burlar su inocencia, o vencer su heroismo. Convencida la hija de Cecilio de amar a los pobres i a un Dios crucificado, fué primeramente encerrada en el *Sudatorium* de su propia casa para ser ahogada en un baño de vapor hirviente; pero no esperimentó ningun malestar en medio de aquella atmósfera abrasadora; los verdugos estupefactos refirieron que la habian sorprendido cantando alabanzas al Señor con una voz celestial. Semejante prodijio no hizo mas que irritar a Almaquio. Fué

llamado el verdugo: con robusta mano hizo tres profundas heridas en el cuello de la santa jóven, sin que pudiese separar la cabeza del tronco. Horrorizado el ejecutor huyó despavorido. Tendida sobre el pavimento i bañada en su propia sangre, Cecilia vivió aun tres dias. Los cristianos fueron en tropel a verla: asi dijo adios a los pobres a quienes habia socorrido i a quienes dejaba sus bienes. Al fin, sintiendo que las fuerzas la abandonaban i miéntras el Papa Urbano la bendecia, recojió los vestidos sobre su cuerpo, volvió la cabeza i entregó a Dios su espiritu.

De conformidad con sus deseos el Papa trasformó en iglesia aquella casa testigo de su martirio. La sala de baños se convirtió en capilla i por su forma da hasta el dia de hoi testimonio de la veracidad de las actas de la Santa. Se ven todavia al traves de una reja las bocas de dos tubos que conducian el vapor a la sala i sobre aquellas gradas en que la virjen espiró el cristiano puede meditar prosternado los ejemplos de heroismo que Cecilia dejó al mundo.

Quien no ha tenido la fortuna de orar sobre la tumba de los mártires no puede imajinarse jamas cuanta fuerza se saca de ahí i cuan admirables son las enseñanzas que de ella se exhala. Los mártires son testigos irrecusables de lo que vale la fé, de lo que puede el amor, i se diria que su alma gloriosa presta a esos huesos que fueron su cuerpo una todopoderosa elocuencia.

Los restos de la virjen llevados a las catacumbas de San Calixto descansaron allí seis siglos. Despues de las invasiones de los lombardos, se habia perdido desgraciadamente la noticia de su paradero, cuando en 822 el Papa San Pascual tuvo la revelacion del sitio en que se hallaban sepultados.

La basilica de Santa Cecilia, restaurada por la piedad del Pontifice, recibió aquel ataud por tantos años esperado. Fué colocado bajo el altar mayor i hoi todavia el cicerone muestra al peregrino un curioso fresco del siglo XIII que representa a la Santa apareciéndose al Papa dormido. En 1599 el cardenal Sfrondate hizo abrir solemnemente la tumba: los despojos de la virjen cristiana, con inmensa alegria de Roma, aparecieron admirablemente conservados.

Su túnica pudorosamente recojida estaba sujeta por un cinturon; a sus piés, i rojos aun de sangre, estaban los paños con que se habia enjugado la sangre de sus heridas, i sus brazos cruzados sobre el pecho parecian servirle aun de velo. Tres dedos de la mano derecha estaban estendidos i uno solo de la izquierda, como para significar su fé en un solo Dios en tres personas.

Finalmente, para no dar al mundo su última mirada i no pensar mas que en Cristo, habia, por un esfuerzo supremo, apartado al espirar su rostro de los circunstantes.

Así reposaba en su ataud de cipres; así tendida sobre las gradas de mármol debió morir; así nos la ha fielmente representado un gran artista. La célebre estátua de Estévan Maderno tendida sobre un costado, llena de pudor i de gracia, i la blancura del mármol que representa tan bien la palidez de la muerte, aumenta todavia la ilusion. Vista en ese lugar de honor, en esa casa que fué la de la Santa i ha llegado a ser la de Dios, esa obra maestra de la escultura cristiana, de una ejecucion admirable i de un sentimiento esquisito, conmueve profundamente el corazon.

(Continuará).

UNA SUSCRITORA.

LA MADRE I SU HIJA MORIBUNDA.

(CANTO GRIEGO.)

—«¿No ves allá a lo léjos
Una áspera montaña,
Cuya cima en los fúljidos reflejos
Del sol nunca se baña?
Densa nube sombria
Vela su altiva frente,
I su pié, madre mia,
Se oculta entre la niebla trasparente.
Allí crece lozana i perfumada
La yerba del olvido;
I la oveja que pace descuidada
De su tallo florido,
Olvida, así lo cuentan
Los aldeanos sencillos,
Olvida sus hermosos corderillos!
Ve a la montaña tú tambien i apura

Su misterioso jugo;
Asi podrás, ¡oh madre sin ventura!
Escapar del dolor al duro yugo!....»
—«¡Ai de mi! aunq ie comiera
Mil veces de esa yerba,
Nunca, nunca pudiera
Gozar de dulce calma:
Jamas podré olvidarte, hija del alma!....»

Vallenar, octubre 26 de 1871.

HORACIO.

ESTUDIO LITERARIO.

(Continuacion.)

En medio de descripciones dedicadas todas a ridiculizar estos despreciables personajes, se suele elevar nuestro poeta a la descripcion de tipos ideales de pureza. Como ejemplo, sirvamos el siguiente rasgo filosófico:

Quisnam igitur liber? Sapiens sibi qui im-
[periosus,
Quem neque pauperies neque mors, neque
[vincula terrent,
Responsare cupidinibus comtemnere hono-
res
Fortis et in se ipso totus teres atque rotun-
[dus,
Externi nequid valeat per leve morari,
In quem manca ruit semper fortuna. (34)

Al recorrer este bello trozo, no podemos dejar de recordar aquel otro de las odas, que comienza: *Justum et tenacem propositi virum*, i del que ya hemos hablado. En ámbos hai cierta enerjia en la espresion, que revela la pluma maestra que los ha delineado. Con escepcion de uno que otro pasaje, como el que acabamos de citar, el estilo dominante en las sátiras, es sencillo, natural, al par que elegantemente familiar. Por eso es, que tambien se les llama *sermones*, es decir, conversaciones, nombre que tambien se aplica a las epistolas, que ya es tiempo de examinar.

Como las epistolas de Horacio, no encontramos nada en toda la literatura latina. Composiciones especialisimas, son éstas, que no pueden compararse a ninguna, i para las cuales aun no se ha prescrito regla ni en la mas completa poética; cuadros hechiceros que llevan estampado el acierto del artista, que tienen el mérito de las pinturas de Miguel Anjel i de Rafael, el de todas las grandes obras del injenio humano, el mérito de ser inimitables; composiciones difíciles de calificar: no son sátiras desde que no se proponen censurar, ni están rebosando de envenenadora hiel, no son fragmentos épicos desde que en ellas no encontramos grandeza i sublimidad; tampoco pertenecen a la poesia didáctica, porque no hai doctrinas en unos versos que están respirando sentimiento i ternura. Mas bien, son poemas íntimos, poemas del corazon, en los que, echando a un lado los preceptos de la retórica, nos habla el *hombre*; descubriendo los secretos de su espíritu, las facciones del alma, el carácter en fin. El carácter de Horacio era bello; ya aquí ha abandonado su lira encantadora; abandonadas han quedado tambien su amargura i severidad satíricas, su cinismo filosófico, su inmoderada pasion por el vino i por las mujeres, es decir, por todo lo que embriaga, por todo lo que, a costa de largos sufrimientos, hace olvidar las miserias de la vida.

Pero, aun cuando Horacio nos hable con familiaridad, no por esto, ha despreciado la inspiracion poética i siempre nos deleita i nos encanta. No deja de existir cierto punto de semejanza entre las epistolas i las sátiras, pero Horacio, superior i distinto de los demas, en sus obras, debia parecerse a Horacio. Las epistolas, sinembargo, son producciones de una edad mas avanzada, i debe haberlas escrito el poeta, despues de un profundo i dilatado estudio de la filosofía.

El objeto de las epistolas, parece ser el de estender el imperio de esas ciencias; nadie mejor que Horacio podia lograrlo. Las doctrinas mas oscuras de la ética, se hacen sencillas cuando se revisten con su lenguaje puro i elegante. Con cuanta felicidad encomia la quietud del espíritu, i de cuantas maneras, espresa la misma idea! Ya dice:

Hic murus aeneus esto,
Nil conscire sibi, nulla pallescere culpa. (35)

(34) Sat. II. 7. 83.

(35.) Epist. I. 1. 52.

i luego repite el mismo pensamiento, bajo otra forma,

Rure ego viventem, tu dicis in urbe beatum;
Cui placet alterius sua nimirum est odio sors.
Stultus uterque locum immeritum causatur inique
In culpa est animus qui se non effugit unquam, (36.)

Algunas veces es elevado en los pensamientos sin abandonar la sencillez del lenguaje, como en este pasaje,

Non tibi parvum
Ingenium, non incultum est et turpiter hirtum.
Seu linguam causis acuis, seu civica jura
Respondere paras, seu condis amabile carmen,
Prima feres hederæ victricis præmia. Quodsi
Frigida curarum fomenta relinquere posses
Quo te scelestis sapientia duceret ires.
Hoc opus, hoc studium, parvi properemus et ampli
Si patriæ volumus, si nobis vivere cari. (37)

En pocos versos espone otras veces toda una teoria, como en este ejemplo:

Oderunt peccare boni virtutis amore;
Tu nihil admittes in te formidine pœnæ.
Sit spes fallendi, miscebis sacra profanis. (38.)

Al esponer todas estas máximas filosóficas nunca olvida Horacio su carácter o sus inclinaciones; no nos admiremos, si despues de estos versos, en que están consignadas las ventajas de la virtud, Horacio entona un himno de alabanza a Baco. No nos sorprendamos al leer,

.....Potare et spargere flores
Incipiam, patiarque vel inconsultus haberi.
Quid non ebrietas designat? Operta recludit;
Spes jubet esse ratas, ad prœlia trudit inertem;
Sollicitis animis onus eximit, addocet artes.
Fecundi calices quem non fecere disertum?
Contracta quem non in paupertate solutum? (39)

(36.) Epist. I. 14. 10.
(37.) Epist. I. 3. 21.
(38.) Epist. I. 16. 52.
(39.) Epist. I. 5. 14.

La naturaleza no puede engañarse, i el verdadero carácter siempre se revela por mucho que se desee disimularlo. Asi otra de las pasiones de Horacio, su amor a la vida campestre, encuentra espresion tambien en las epistolas, como ántes en las odas. Todas las aspiraciones del poeta se reducen a esta sencilla posesion:

Modus agri non ita magnus,
Hortus ubi, et tecto vicinus jugis aquae fons,
Ut paulum sylvae super his foret. (40.)

i no pierde ocasion de introducir las alabanzas de la vida del campo, cantándolas en elocuentes versos de un modo inimitable. Nadie ignora aquella descripcion:

Vivere naturæ si convenienter oportet,
Ponendæque domo quærenda est area primum;
Novistine locum potiore rure beato?
Est ubi plus tepeant hiemes? ubi gratior aura
Leniant et rabiem Canis, et momenta Leonis,
Cum semel accepit solem furibundus acutum?
Est ubi divellat somnos minus invida cura?
Deterius Lybicis olet aut nitet herba capillis?
Purior in vitio aqua tendit rumpere plumbum,
Quam aquæ per pronum trepidat cum murmure rivum (41)

I tras este brillante rasgo, el precepto moral,

Fuge magna; licet sub paupere tecto
Reges et regum vita præcurrere amicos (42)

que está traido con suma gracia i naturalidad. ¿Qué cosa mas encantadora que esta felicidad que nos brinda el poeta, *sub paupere tecto*?

Pero aun hai otra descripcion que no podemos olvidar porque es uno de los mejores trozos de la poesia antigua, i sus versos son los mas melodiosos talvez que escribiera Horacio; es la descripcion de una quinta:

Continui montes ni dissocientur opaca

(40.) Sat. II. 6. I.
(41.) Epist. I. 10. 12.
(42.) id. ibid. 32.

Valle, sed ut veniens dextrum latus ads-
[piciat Sol,
Lævum discedens curru fugiente vaporet.
Temperiem laudes. Quid si rubicunda be-
[nigno
Corna vepres et pruna ferat, si quercus et
[ilex
Multa fruge pecus multa dominum juvet
[umbra,
Dicas adductum propius frondere Taren-
[tum.
Fons etiam rivo dare nomen idoneus, ut
[nec
Frigidior Thracam nec furior ambiat He-
[brus.
Infirmo capiti fluit utilis, utilis alvo,
Hae latebrae dulces, etiam si credis amœ-
[nae,
Incolumem tibi me praestant Septembribus
[horis (43)

El *lævum discedens curru fugiente vaporet* es un magnífico verso, digno de la lira homérica. En una palabra, el buen tino en la elecion de las circunstancias enumeradas, el estilo inmejorable, la felicidad del lenguaje i la esquisita perfeccion del ritmo nos obligan a clasificar esta descripcion entre las mejores que conocemos.

Pero dejemos a Horacio en el goce de los deleites en que abunda su rústica morada i pasemos nosotros a examinar otra clase de sus obras que difiere mucho de las que ya conocemos. Despues de admirar al poeta lírico, despues de las agudezas del poeta satírico, de las máximas filosóficas del moralista, nos resta conocer aun al poeta doctrinario.

III.

Al estudiar las distintas obras de Horacio i al examinar los diversos jéneros de poesia en que ha manifestado su vasto injenio, se nota una gradacion bien marcada que no ha escapado a las miradas escrutadoras de sus comentadores. Entre éstos hai uno antiguo i venerable que nos dice que el poeta Venusino «parece que ha querido conformarse en la division de sus »obras a las cuatro edades de la vida. La »primera division son sus odas, por otro »nombre cantares o canciones, que corres»ponden a los pensamientos de la mocedad »siendo inclinados los hombres en este »tiempo á los juegos, burlas i passatiempos »que son la primavera de la vida, aunque »en contrario de esto, confiessa en el libro »cuarto, aver ya llegado a los cincuenta »años: mas no contradize, que en el ser de »viejo aya pensamientos de mancebo. Pro»cede poéticamente con artificiosa inven»cion, vistiendo todos los propósitos de fá»bulas, admirablemente traydas, declárasse »la philosophia moral que contienen. La »segunda parte es de los sermones, por »otro nombre, sátyras que corresponde a »los brios no domados del estado de la con»sistencia: cuando abrimos los ojos para »notar las faltas de todos, sin acordarnos »en particular de las nuestras; procedien»do indiferentemente contra lo mismo que »á los demas reprehendemos y advertimos. »La tercera parte es de sus epístolas, que »corresponde en su doctrina al seso y cor»dura de la edad perfecta, teniendo ya ente»ro conocimiento del bien y ménos emba»raço de las passiones del ánimo para pro»curarlo: y asi procede alabando la utilidad »del uso de la virtud, con reconocimiento »de ser malos los vicios que la contradizen. »Finalmente, lo último es el Arte Poético, »que corresponde a lo postrero de nuestra »vida, quando los hombres ya maduros, por »ser sabios i provectos, son buenos para »ser maestros.» (44) Poco importa a nuestro objeto el que esta division sea mas aparente que real. Quizá Horacio no se fijó mucho en las diferentes edades de la vida, al escribir sus odas i sus epistolas, tanto mas cuanto que algunas de éstas son anteriores a aquéllas, pero el juicio de los comentadores es una prueba mas del alto mérito de Horacio que sabia acomodar su estilo i sus ideas a cada composicion especial. Las odas, no hai duda, están todas escritas en el lenguaje ardiente de la juventud, así como la Poética tiene toda la moderacion i certeza de un anciano que enseña. En el exámen de las obras didácticas no observaremos, pues, las figuras atrevidas, las locuciones esencialmente poéticas, los jiros elegantes, que tanto hemos admirado en las odas, pero, en cambio, encontraremos sanasdoctrinas, espresiones delicadas, lenguaje correcto, i crítica justa. Estas cualidades distinguen al poema de Horacio. En todo ese poema reina el órden i la buena distri-

(43) Epist. I, 16. 5.

(44) Billon de Viedma, Obras de Horacio, prólogo.

bucion de materias. Tomando por guia al viejo Aristóteles, sin seguirlo servilmente en todo, ha sabido rectificar las doctrinas literarias de ese hombre notable, modificándolas i adaptándolas con esquisito gusto a la índole especial de la poesía latina.

Veamos cómo lo ha conseguido haciendo brevemente el análisis de ese bello fragmento de antigua poesía, tan conocido i tan justamente apreciado

Horacio divide la poesía en teórica i práctica. Se ocupa en primer lugar de aquélla dando a la vez las reglas que se deben observar en las composiciones poéticas en jeneral.

Lo primero que llama la atencion del poeta es la idea i la palabra, es decir, la invencion; una vez establecida ésta, pasa a ocuparse de los versos, o lo que es lo mismo, de la artificiosa disposicion de las palabras o primeros elementos; i por último investiga la mayor o menor adaptibilidad de los metros, o sea la adecuada espresion de las ideas en esa forma especial. Tenemos, pues, que tomar en consideracion tres operaciones distintas i sucesivas: la invencion, la disposicion i la espresion.

Los preceptos de nuestro poeta sobre cada una de ellas son útiles i correctos. La mejor prueba de su buen gusto i sano criterio es que esas reglas han permanecido inalterables hasta nuestros dias, constituyendo la base de todos los tratados que se han escrito posteriormente sobre la misma materia.

F. C. Z.

(*Continuará.*)

¡TRIUNFASTE!

Sí, yo te ví los lomos oprimiendo
De un fogoso corcel; lijera gasa
Te velaba la faz, mirar dejando
Tus bellas formas i tu tez nevada:
Gracioso sombrerillo detenia
Tus negros bucles; la ondulante falda
Desde tu airoso talle en anchos pliegues
Hasta, los cascos del bridon bajaba,
I sin esfuerzo, con flexible rienda,
El ardoroso bruto sujetabas.
Tus hechizos mis ojos cautivaron
Mas no pudieron cautivarme el alma.

Te ví despues, cuando al compas del piano
Volar dejabas la lijera planta:
Blanco cendal finísimo vestias,
El cuello i brazos cándidos mostrabas;
Graciosamente tu cabello undoso
Sujetaba levísima guirnalda;
Cual los ojos de incauta golondrina
Que un niño sorprendió, reverberaban
Tus vivos ojos; i al pasar danzando
Arrastrabas de todos las miradas.
Nuevamente mis ojos cautivaste,
Mas no pudiste cautivarme el alma.

¡I ayer! ayer te ví! vestido humilde
I un blanco delantal solo llevabas,
I con un crucifijo entre las manos
Del Hospital cruzabas por las salas.
Su frente el sol en el ocaso hundia,
I su postrera luz por las ventanas
Entraba, largas sombras dibujando
En las toscas baldosas. A la cama
De un moribundo anciano te acercaste,
A decirle palabras de esperanza.
Él te escuchó; los apagados ojos
Fijó un momento en tu doliente cara:
—¡Dios os lo premie!— murmuró, i sus la-
[bios
Vino a sellar la muerte. Tu nevada
Mano cerró sus párpados convulsa,
Miéntras ardiente lágrima brillaba
En tus ojos suspensa, hasta que al cabo
Rodó por tus mejillas sonrosadas.
¡I te amé! que hasta entónces solo habia
Conocido tus formas delicadas,
I en ese instante conocí de un golpe
Todo tu corazon en tu mirada!

MARIO VALENZUELA.

UNA REDONDILLA.

Es fama que el rei Felipe IV de España aborrecia mortalmente el juego; i que aquella aversion habia crecido hasta el punto de que sus reales nervios se crispaban al solo aspecto de un dado o de una sota de bastos.

¿Cuál pudo ser el motivo del odio en un rei tan dado a devaneos? Unos dicen fué cierta gruesa suma que perdió una noche su majestad la reina por sacudir el fastidio en el tétrico Escorial, otros lo achacan a

que las damas dieron en descuidar el amor por ánsia del oro. No faltó quien dijera que....

Mas sea de esto lo que se quiera, lo cierto es que don Felipe dió ordenanzas contra el juego i vedó aun con mas severidad este devorante pasatiempo en el recinto de su alcázar.

Golpe mortal para damas i cortesanos, habituados en los dias de servicio a ganarse unos a otros la última blanca de sus escarcelas.

Ellos, aunque murmurando, hubieron de someterse a la real voluntad, pero ellas ¡ya! Nó, i si nó, vedadles algo a ellas!

Desde que una mujer oye articular la palabra *prohibicion*, ella formula *quebranto!* Si Dios no hubiera prohibido a Eva el comer la manzana, de seguro que el dichoso fruto habria pasado tranquilamente sobre el árbol al estado de orejon.

Si quereis que una mujer os ame, rogadla que os aborrezca, i, lo que es mas aun, si deseais efectuar la maravilla de que guarde un secreto, exijid el que os lo revele. No afirmaré que, si se la lleva el rio, debió buscar la playa arriba; pero, sí, aseguro, a fé mia, que si despues de ahogada le quedase a una mujer un adarme de voluntad, lo emplearia en remontar el curso del agua, tan solo por contrariarle.

Así las nobles hembras de la corte de Felipe en nada ménos pensaron que en cumplir su mandato. Al contrario, amaron de tal suerte la *timbirimba* desde que la vieron desterrada, que se volvió para ellas una especie de culto; i cada noche no hubo retrete en palacio que no se convirtiera en un encierro de juego.

Abandonadas en su desobediencia por los hombres, las damas encontraron, sinembargo, entre ellos un ausiliar poderoso si no en dinero, al ménos en trazas, astucias i elementos de rebelion. ¿Mas, qué mucho si era un poeta?

—El poeta, ha dicho un hombre célebre, no se encuentra bien en parte alguna, ni en una sociedad democrática, ni en una aristocrática, ni en una constitucional. I esto, añade, solo porque es un espíritu de contradiccion.

Amigo poeta tuve yo que se enojaba cuando queria tenerlo a mi lado, i si lo dejaba marchar me ponia hocico un mes entero.

Por eso el Baron *** en sus memorias, trabajo inédito que verá un dia con aplauso la luz pública, esclama en mas de una pájina:

—Poetas!.... poetas!....indómitos potros!.... No hai brazo que los sujete.... Proscripcion con ellos.... proscripcion, si, señor.... miéntras mas léjos mejor.... mejor!

Citada esta autoridad, por demas está decir que el prójimo aquél adolecia del antedicho resabio. Ademas, sus hechos hablan bien alto. Solo añadiremos por via de esclarecimiento, que era un hombre de mediana estatura, de espaldas abovedadas, cuya roma nariz sustentaba un par de gafas tras las cuales, a vueltas de una cómica seriedad, os hacia guiños la risa.

Era feo, como veis; pero requerianlo de amores algo mas de cuatro hermosas.

La reina tenia costumbre de llamarlo don Francisco: el rei simplemente—Quevedo.

Una noche, que en contravencion de las soberanas órdenes, muchas damas, i con ellas Quevedo, jugaban en el departamento que la duquesa de Alba, como camarera mayor tenia en palacio, de súbito el duque de Alba, que conociendo los hábitos de don Felipe IV, acechaba a la puerta de un pasadizo, corrió hasta la mitad de la cámara, esclamando con angustioso acento:

—El rei!....señoras, el rei!

A la primera sílaba de esta voz de alarma, las damas, empuñando su oro, huyeron por todas las salidas de la cámara, dejando cargados a Quevedo i al duque con el cuerpo del delito, estendido en cuarenta i ocho piezas sobre un significativo tapete verde.

Felipe solo alcanzó a ver el estremo de sus largas colas; pero sintiendo en torno la atmósfera inequivocable de las sorpresas, paseó una mirada del duque al poeta, i preguntó con voz breve:

—¿Qué es eso?

El duque no halló en su lengua helada ni una sola palabra, mas en cambio oyó a Quevedo responder con imperturbable aplomo:

—¿Qué ha de ser, rei español?
Decir *Alba* a las estrellas:
Que se retiraran ellas
Para que viniera el sol.

Difícil es decir, qué gustó mas al de Austria: si la redondilla o la lisonja. Probablemente una i otra; porque llamadas las fuji-

tivas, Felipe se hizo su banquero i jugó con ellas hasta el amanecer.

JUANA MANUELA GORRITI.

EL PODER PÚBLICO.

Conferencia leida el sábado 12 de noviembre, en el Club de Amigos del Pais, por el señor don Antonio Várgas F.

(Continuacion.)

Hasta aqui he supuesto realizado el contrato social para combatirlo como impotente para levantar sobre él la autoridad civil con toda su grandeza i facultades; pero, por poco que se medite en el tal contrato, luego se advierte que solo es una triste utopia fraguada en el cerebro desorganizado de algunos filósofos i publicistas, que quieren acomodarlo todo a las pretensiones del orgullo. No hai un solo hecho histórico que acredite haber existido en alguna nacion un gobierno formado por contrato entre gobernantes i súbditos, ni es posible concebir al público reunido en masa fijando las bases del convenio con el que ha de ser su soberano, i conviniendo todos unánimemente en la determinacion de ellas. Cuando una doctrina tiene un objeto práctico, el mejor modo de manifestar su falsedad, es probar que es irrevocable, lo cual está hecho ya.

Todos los pueblos, cuyo gobierno es electivo, tienen su lei de elecciones que determina las personas capaces de tomar parte en la designacion de sus gobernantes; i ¿qué significa esta lei, siendo un contrato el único orijen del poder público? Nada, mas que nada, una monstruosa injusticia con que se destruye un sagrado derecho, que tiene todo hombre, cualquiera que sea su condicion, para nombrar al que deba gobernarlo, i un atentado contra la independencia natural de que todos gozamos, sujetando a una gran multitud a la obediencia prestada a un hombre, que no ha recibido de Dios ni de los mismos que le obedecen, mision alguna para reclamarles respeto i cumplimiento de sus órdenes. Esta es la verdad. I ¿será posible que hombres que se llaman científicos, se vean obligados a interpretar asi una lei que para toda sociedad es indispensable? ¿De tan funesto orijen será preciso que nazca el buen órden de la sociedad? ¡Qué absurdo! la luz no puede salir de las tinieblas, ni el bien del mal.

Para formar ideas claras en estas materias, debe tenerse presente una distincion importante: hai en el hombre dos clases de potestad: una individual que escluye toda idea de dominio sobre los demas, i se limita a rechazar por la fuerza toda invasion injusta contra la persona o bienes, cuando no es posible el recurso a la autoridad, como sucede ordinariamente. Este poder individual es justo i mui conveniente para reprimir la osadia con que se quiere arrebatar el bien ajeno por el malvado que en esos momentos se cree libre de la accion de la justicia pública: la otra potestad es mucho mas noble i excelente, es una participacion del poder supremo de Dios sobre todas las creaturas, hecha al hombre, que, siendo naturalmente social, debia necesitar de ella para establecer un poder rector, sin el cual es imposible toda sociedad. Esta potestad, jurisdiccional por su naturaleza, existe en la misma comunidad, cual precioso depósito que debe trasmitirse a la persona o personas elejidas para gobernantes. Ahora, con esta distincion, se esplica mui bien cómo el pueblo tiene el derecho de elejir su mandatario sin que la potestad que éste inviste sea una creacion de la voluntad humana. En verdad, no se puede negar al pueblo el derecho de eleccion, porque Dios no ha determinado la persona que deba gobernar, i el derecho de elejir tiene por objeto hacer esta designacion. Al derecho de elejir va unida la facultad de establecer la forma de gobierno que se juzgue mas conveniente, porque tampoco está determinado por naturaleza, i en cualquier forma de gobierno la autoridad en el fondo es la misma.

En presencia de esta distincion, queda manifiesta la confusion de ideas en que incurren los que sostienen que, por la eleccion, el pueblo se despoja del poder individual de cada uno para trasmitirlo al gobernante, cuya teoria es incapaz de esplicar las facultades de la autoridad politica, segun lo demostrado, tomando asi por una misma cosa la potestad de emplear la fuerza contra el agresor injusto i la otra mas grande

i augusta, recibida de Dios con el fin de instituir ministros de justicia sobre la tierra, i que se distingue de la primera como la chispa de brillante del oro en que se engasta. Esta doctrina descansa en un fundamento sólido: siendo el hombre animal social, no podia vivir en aislamiento sin grave dejeneracion de su ser moral i físico, sin asemejarse en todo al bruto, i para la vida social necesitaba del poder público; Dios no falta en lo necesario; por consiguiente comunicó al hombre todas las facultades indispensables para la formacion de un gobernante supremo que cuidase de la comunidad.

Del análisis precedente se sigue que el poder público no es creado por el libre consentimiento de los pueblos, porque no puede salir de los estrechos límites de un contrato, único orijen de obligaciones voluntarias en su causa.

II.

Apartemos la vista del contrato social, inventado por espíritus cavilosos para establecer una autoridad menguada, dispuesta a condescender con los caprichos i pasiones de un pueblo rei, siempre dueño de la potestad delegada a su mandatario. Investiguemos a la luz de la verdadera ciencia la formacion de una autoridad.

Cuándo i cómo apareció por la primera vez el poder civil, es un hecho que la historia desconoce i que Moises silencia; pero, aunque por el curso de los siglos se haya ocultado este acontecimiento en la oscuridad de los tiempos, es posible saber cuál fué la causa de su existencia. Observando la naturaleza i necesidades del hombre, se llega al conocimiento claro de la lei que preside los destinos de la humanidad hasta colocarnos bajo la direccion de un jefe supremo. En este punto fijó su penetrante mirada Santo Tomas de Aquino, cuando investigaba el orijen de la autoridad política, i con admirable sencillez lo funda en la vida social propia del hombre. Hé aquí su hermoso pasaje:

«Es inherente a la naturaleza del hombre ser social i destinado a ser rejido por leyes sociales, siéndole mucho mas necesario vivir en compañía de otros que a los demas animales, la condicion misma de sus necesidades naturales indica esto claramente. La naturaleza proveyó suficientemente a la nutricion i vestido de los animales, suministrándoles al propio tiempo los medios necesarios para defenderse de sus enemigos i cuando ménos la ajilidad i astucia para huir. El hombre, por el contrario, nace sin ninguno de estos medios preparados por la naturaleza; pero en cambio recibió la razon, mediante la cual i con el ausilio de las manos, puede proporcionarse toda clase de recursos; pero no por sí solo, pues es evidente que así no podria proveer convenientemente a todas las necesidades de la vida: luego es natural i necesario que viva en sociedad.»

«Por otra parte el conocimiento natural para distinguir lo útil de lo nocivo, es mas eficaz i seguro en los animales que en el hombre: así vemos que la oveja conoce naturalmente que el lobo es su enemigo, i vemos tambien que muchos animales conocen por instinto las plantas que les sirven de medicina i otras cosas necesarias para la vida. El hombre solo posee un conocimiento jeneral i como virtual de las cosas necesarias para la vida, en cuanto por medio de la razon i de los principios jenerales de la misma, puede llegar sucesivamente a conocerlas con los medios de satisfacerlas; pero no siendo posible que un hombre solo consiga todo esto, es necesario que viva en compañía con los demas para que se ausilien recíprocamente, dedicándose cada cual a diferentes ocupaciones, quien a la medicina, quien a esto i quien a aquello para utilidad comun». (Opusc. de Regim. Princ. Cap. 10) En el mismo lugar citado agrega: «Tambien se manifiesta esto evidentemente por lo mismo que es propio del hombre el usar de la palabra, por lo cual debe revelar i espresar sus conceptos a los demas.» Inútil parece hacer comentarios a una doctrina tan cierta i tan bien consignada: basta solo esponerla para abrazarla como verdadera. La consecuencia inmediata que se desprende naturalmente de ella, es la necesidad de un gobierno que vele por el órden público, que proteja los derechos de cada cual i decida las contiendas que naturalmente resultan del trato i comercio de los hombres, pues una reunion de hombres, dirijiéndose todos en masa, no es posible que exista; en esta suposicion cada uno atenderia mas a su propio bien que al comun i la sociedad moriria necesariamente. Esto no es admisible, porque Dios, autor

del hombre i de la sociedad, a que éste es llamado, no podia crearnos para un estado de desórden, cual seria una reunion sin cabeza que la gobernara; por lo cual continúa diciendo el santo doctor: «Existiendo muchos hombres juntos i procurándose cada uno lo que le conviene, la multitud se disolveria, si alguno no cuidase del bien comun, así como el cuerpo del hombre o de cualquier animal se destruiria, si no hubiese una fuerza gubernativa comun que atendiese al bien de todos los miembros.»

Admira en este pasaje la facilidad con que su autor discurre, buscando el orijen del poder público: no lo encuentra en la voluntad humana, manifestada por algun convenio, como lo creyeron algunos; no admite que haya precedido el salvajismo al estado social, aventurando conjeturas masoménos repugnantes, para esplicar cómo se dió el paso de la vida silvestre a la política, sino que se fija en el punto mas luminoso i sencillo, en la naturaleza del hombre con sus necesidades i proporciones, para deducir que fuimos creados para vivir en sociedad, i que no puede concebirse una reunion de hombres sin un jefe que la rija; luego el poder público, para Santo Tomas, está fundado en la necesidad de que el hombre viva en compañía de sus semejantes, i es una condicion inherente de toda sociedad civil.

En órden al tiempo i modo con que comenzó a existir el poder político, puede creerse con bastante probabilidad que apareció cuando las familias se multiplicaron tanto, que ya no habia una cabeza comun doméstica; porque, habiendo crecido considerablemente el número de familias, era natural que no habitasen juntas, quedando así independientes unos de otros los jefes de las diferentes secciones. En estas circunstancias ya se debió sentir la necesidad de un gobernante que mirase por el bien de todos i que fuese centro i principio de accion del conjunto de familias; pero la designacion del mandatario supremo, hecha en circunstancias favorables para la conservacion de la paz i tranquilidad de las familias, por el jénero de vida que puede suponerse fácilmente entre hombres que recientemente salian del órden doméstico, se hizo naturalmente sin ruido i sin notable discrepancia de opiniones; de modo que es presumible que la introduccion del poder civil no fué mui notada ni formó una época para la historia, sino que la política tendria en su infancia mucho del gobierno doméstico i pacífico; i solo con el trascurso del tiempo, con el gran número de hombres i con el desenvolvimiento de las aspiraciones al mando, principiaria a tomar un distintivo bien marcado i todas las diferencias que se notan entre la autoridad doméstica i la política. Esta conjetura toma mayor fuerza, si se atiende a lo que pasa en el individuo respecto al tiempo en que se va haciendo capaz de sus obligaciones. Durante los primeros años de nuestra vida, tenemos como en jérmen la lei que mas tarde ha de servirnos de regla en nuestras acciones: los años pasan, i el niño, desarrollándose lentamente, se encuentra en la edad de varon perfecto: entónces conoce claramente sus deberes i la necesidad de cumplirlos fielmente: pero, si retrocede con su pensamiento por los años que forman la cadena de su existencia, para encontrar aquel tiempo en que pasó de la inocencia infantil al conocimiento del bien i mal moral, si quiere darse cuenta clara del momento en que concluyó para él la vida de satisfacciones puras, i comenzó a imperar en su corazon la lei con sus penas, se pierde recorriendo ese corto camino sin encontrar jamas el tiempo de la transicion. Esto, que pasa por el individuo, se verifica tambien entre las naciones en casos análogos, porque ellas tienen tambien su infancia i su edad robusta.

El silencio del historiador sagrado en órden a este punto, es una prueba no despreciable de que la aparicion del poder público se efectuó como lo dejo espuesto; pues, si hubiera obrado en un trastorno notable entre las familias, o hubiese comenzado una era mui distinta con el poder político, no debe esperarse que Moises omitiese en su historia un hecho de consecuencias.

Con esta doctrina que presenta la verdad en toda su lucidez, se salvan las grandes dificultades que encierra el sistema del contrato social contra la comprension i estension de las facultades del poder público. En efecto, si la autoridad gubernativa es de derecho natural, como queda probado en este párrafo, no es necesario ni conveniente que todos los asociados tomen parte en la eleccion del gobernante para que deban prestarle obediencia i respeto, porque la designacion de la persona o personas en quienes debe recaer el poder, es un hecho

que no puede confundirse con la autoridad de que quedan revestidos: esta es independiente de la voluntad del hombre i necesaria para la existencia de la sociedad: comprende todas las facultades precisas para el buen réjimen civil i se estiende a todo el pueblo, por si misma i no por el consentimiento individual. La eleccion de mandatario basta que se haga por la parte sensata de la nacion, que es la única capaz de formar el juicio prudente en la determinacion de la persona mas conveniente al bien social. El mismo órden natural exije que en cuestiones delicadas i de vital importancia, se consulte a hombres competentes i aptos para opinar en la materia, i entre las cuestiones de este jénero, ninguna mas grave que la eleccion acertada del gobernante supremo; por lo cual, el llamar indistintamente a todo ciudadano a depositar su voto, no solo no es preciso, sino inútil i malo, porque la gran mayoría de ellos carece del conocimiento indispensable para proceder convenientemente en este asunto, i podria suceder sin dificultad que resultase elejido para el mando un hombre indigno de tamaño puesto, o que los votos de los ignorantes solo sirvieran para provecho de los mas hábiles en sus pretensiones políticas, lo que sin disputa es un grave mal. La naturaleza es sabia en todas sus obras i, al formar al hombre naturalmente social, solo exijió que se procediese racionalmente a la eleccion del que debia gobernar esa misma sociedad; i esto se cumple, cuando el gobernante es designado por la mayoría de los ciudadanos capaces de este acto. La práctica constante i universal de todos los pueblos confirma esta teoría, sin que jamas el buen sentido haya protestado contra ella; mui al contrario: reprueba fuertemente la necesidad de que cada ciudadano, cualquiera que sea su condicion i aptitudes, deba nombrar al mandatario supremo para que esté obligado a la obediencia, porque tal opinion produciria por consecuencia la disolucion de la sociedad. I, sinembargo, los sostenedores del contrato social, siendo consecuentes con sus principios, se ven precisados a defenderla.

III.

Demostrada la existencia necesaria del poder público, se sigue que este tiene un orijen divino, porque las grandes necesidades a que estamos sujetos, publican las leyes inviolables de la naturaleza humana: siendo, pues, Dios el autor de nuestro ser, lo es igualmente de las leyes que lo rijen; luego Dios impuso al hombre la lei de la sujecion a una autoridad, i por lo mismo, creó la autoridad.

En apoyo de mi doctrina citaré un pasaje del célebre Belarmino.

«Es menester observar algunas cosas, dice este sabio. Primero, que la potestad política, considerada en jeneral, no descendiendo en particular a la monarquía, aristocracia o democracia, viene inmediatamente de solo Dios, porque, siguiendo necesariamente a la naturaleza del hombre, procede de aquel que hizo la naturaleza humana. Ademas, esta potestad es de derecho natural en cuanto no pende del consentimiento de los hombres, porque quiran o no quieran, deben ser gobernados por alguno, a no ser que intenten la destruccion del jénero humano, lo que es contra la inclinacion de la naturaleza. El derecho natural es derecho divino; luego el gobierno se ha introducido por derecho divino.» (Bell. de Laicis l. 3.° cap. 6.°)

Este testimonio de la ciencia está en armonía con la enseñanza católica. San Pablo en el capítulo trece de la carta a los romanos dice: «El que resiste a la potestad resiste a la ordenacion de Dios i se hace reo de condenacion eterna.» La palabra *ordenacion* que usa el apóstol, está indicando claramente que el poder es divino, porque es consecuencia del mismo órden establecido por Dios, i no se le puede resistir sin atentar contra ese mismo órden. En la misma carta agrega: «No hai potestad que no venga de Dios.» Es digno de notarse que en esta sentencia se encierra una profunda filosofía, aparte de su autoridad como doctrina revelada. ¿Qué cosa es la potestad en si misma? ¿Cuando a un hombre se le reviste del poder, se le comunica algo que ántes no tenia? ¿Solo habrá obligacion de obedecer sus mandatos porque tiene la fuerza para hacerlos cumplir? Analicemos lo que es la potestad i veremos que solo puede venir de Dios. Debemos principiar afirmando que la potestad es algo positivo, porque si nada fuera, incurriríamos evidentemente en el absurdo de establecer entre el superior i el súbdito una diferencia sin fundamento; de lo cual resultaria que o no debemos respeto i sumision a

la autoridad, o que esta deuda nos obliga para con todos los hombres, supuesto que todos se encuentran en igualdad de circunstancias.

Si el poder es alguna cosa, no puede admitirse que solo consiste en la fuerza de que dispone el que lo tiene, porque si asi fuera, el mas atento i sagaz para rodearse de un número de hombres fieles a sus órdenes i respetables por su valor i disciplina, tendria mayor potestad, i reclamaria con mayor titulo la obediencia de los demas; pero la razon i la dignidad del hombre rechazan el dominio de la fuerza bruta, i jamas han reconocido legalidad en el mandatario intruso. La fuerza es un auxiliar que siempre acompaña al poder para hacerlo respetable ante el malvado, dispuesto a pisotear la justicia indefensa, i para doblegar la voluntad de muchos que se creen agraviados por leyes o sentencias que les perjudican; pero ella, por si misma, no es el constitutivo de la autoridad. El poder será entónces algo que existe en la misma persona que lo representa, i no pudiendo ser parte de su sustancia, será forzosamente una cualidad residente en ella.

Bajo este punto de vista se esplica satisfactoriamente la potestad i se admite sin violencia su orijen divino. Todas las operaciones de un ser suponen un principio capaz de producirlas, porque el efecto es proporcionado a su causa: un cuerpo luminoso alumbra, porque tiene una propiedad adecuada a la produccion de la luz, i si entre dos cuerpos de la misma naturaleza, el uno derrama mayor luz que el otro, es porque posee en grado mas perfecto la cualidad de iluminar: un hombre mueve un peso que se resiste al poder de otro, porque tiene fuerzas superiores: uno entiende facilmente la solucion de un problema que se oculta a los esfuerzos de otros, porque tiene mas intelijencia, supuesta en lo demas la igualdad de circunstancias. Si todo lo que se hace o procede de otra cosa supone una cualidad respectiva en el ajente, sin la cual no es posible el efecto, es necesario admitir tambien que el derecho de exijir obediencia radica en una cualidad correspondiente. Esta cualidad se recibe en la voluntad, i no es otra cosa que cierta eficacia de que se reviste la voluntad del superior, por la cual los mandatos de ésto obligan la conciencia de los súbditos, o en otros términos, es lo qué se llama jurisdiccion. No desconozco que la voluntad sola no basta para hacer leyes: quien asi piense yerra, estableciendo la mas cruel tiranía, porque, en tal hipótesis, los mandatos i leyes contrarias a los principios eternos de la razon, i aun al derecho divino, por cuanto siempre son actos de la voluntad, tendrian la fuerza obligatoria de la verdadera lei, i se perderia la distincion de leyes justas e injustas; lo cual repugna al simple buen sentido. Reconozco que la lei es primitivamente una disposicion de la razon, i que sin esto no tiene por si fuerza de obligar; pero de aquí solo se infiere que la voluntad del lejislador debe ser dirijida por la equidad i justicia natural i divina, i de ningun modo que la lei mane inmediatamente de la razon: mui bella i justa puede ser una proposicion en la mente del lejislador i si la manifiesta a los demas, puede ser mui bien aceptada i calificada de útil al bien comun; pero hasta aquí no es lei, es un pensamiento bueno i nada mas. Supóngase ahora que esa feliz ocurrencia entra en el gabinete de la voluntad soberana i obtiene su aprobacion: en ese momento se convierte en lei que obligará tan pronto como se promulgue; luego las disposiciones de la razon toman su poder de obligar de la voluntad; luego en esta está propiamente el imperio.

De la doctrina espuesta se sigue que la potestad es un ser por cuanto es una cualidad, i como todo ser tiene su orijen en Dios, la potestad viene de Dios. Ademas la misma nobleza i excelencia del poder está indicando la fuente de donde nace. Una cualidad por la cual un hombre puede gobernar las voluntades de otros, no puede ser infundida sino por Dios, porque solo Dios ejerce dominio sobre los hombres: dar al poder un orijen no divino, es destruirlo en realidad conservando solo su nombre.

(*Concluirá.*)

Contenido de este número.

I.—El Rector del Instituto Nacional, páj. 97.
II.—Santa Cecilia, por una suscritora, páj. 99.
III.—La madre i su hija moribunda, poesía, páj. 102.
IV.—Horacio, estudio literario, continuacion, por F. C. Z., páj. 103.
V.—Triunfaste, poesía, por Mario Valenzuela, páj. 106.
VI.—Una redondilla, por Juana Manuela Gorriti, páj. 106.
VII.—El poder público, continuacion, por Antonio Várgas F., páj. 108.

IMPRENTA DE «EL INDEPENDIENTE.»

LA ESTRELLA DE CHILE.

AÑO V. Santiago, noviembre 26 de 1871. Núm. 217.

SANTA CECILIA.

(Continuacion.)

II.

INFLUENCIA DE SANTA CECILIA SOBRE LA LITERATURA.

Tan hermosa historia no podia ménos de ser repetida. Miéntras duraron las persecuciones los fieles se trasmitieron de jeneracion en jeneracion esos detalles que habian sido recojidos con amoroso esmero. Tal era la aureola de que estaba rodeado el recuerdo de Cecilia, que ella obtuvo el grande i singular honor de ser nombrada en el cánon de la misa con las santas Felicidad, Perpétua, Agata, Lucia, Ines i Anastasia. Así es como desde 15 siglos atras, en toda la estension del universo católico, donde quiera que se celebre el santo sacrificio de la misa es verdaderamente inmortal i a cada hora i a cada instantesu memoria sube de la tierra al cielo con el incienso i la oracion.

Sus Actas, escritas en el siglo V, sirvieron despues de tema a muchos trabajos. Mencionaremos solo la traduccion griega de Simeon Metaphraste, los versos de San Anselmo i de Beda el venerable, en Inglaterra: los trabajos de Flodoard en Reims i de Rhoban-Maur, escritos en una lengua bárbara. Pero cuando vino en el siglo XIII el magnífico florecimiento de la filosofía i de la literatura católicas, vemos a Vicente de Beauvais escribir la vida de Santa Cecilia; Alberto el grande, Santo Tomas de Aquino, San Buenaventura, Santiago de Vorájine predicaron en su honor varios sermones, divididos i subdivididos segun todas las reglas de la escolástica: en el siglo XV el elocuente San Vicente Ferrer hace su panejírico, pero luego la Reforma llega i ya solo en Italia se continuará pensando aun en glorificar a Santa Cecilia.

En vano sus Actas se defendian por sí mismas; en vano podian alegar en su favor el imponente testimonio de la tradicion cristiana de Oriente i de Occidente durante 14 siglos, i de todas las liturjias de las iglesias de Roma, de Milan, de Toledo, de la Grecia i de las Galias, que en el oficio del 22 de noviembre habian intercalado algunos fragmentos testuales de esas Actas; en vano hasta el descubrimiento de su cuerpo habia venido a dar una nueva prueba de la veracidad de aquéllas—a mediados del siglo XVII la escuela jansenista las rechazó.

Los trabajos históricos que sobre los primeros tiempos del cristianismo se han emprendido en Alemania i Francia de 40 años a esta parte, con escrupuloso esmero i consultando los documentos orijinales i los monumentos de la época, han hecho justicia de esa exajerada crítica.

Pero el error se arraiga por desgracia con estraordinaria lijereza. Launoy *ese gran desnichador de santos* que atacando las mas poéticas creencias de los fieles, preparaba el camino al racionalismo, ha hecho escuela.

Hoi dia aun, el *Diccionario de Biografía universal* de Feller i otras obras análogas que se han inspirado en él, repiten bajo la fé de Tillemont i de Baillet que la autenticidad de las Actas de Santa Cecilia es mui dudosa, aun cuando los argumentos invocados en apoyo de esa tésis hayan sido victoriosamente refutados a principios del siglo XVIII por Laderchi i para siempre aniquilados hace 20 años por el reverendo padre Dom Guéranguer en su hermoso libro sobre Santa Cecilia.

La tierna historia de esta Santa no podia ménos que inspirar a los poetas. Sin hablar de los antiguos himnos que se encuentran en los libros litúrjicos de España, Italia i las Galias, podrian citarse varios poemas escritos en su honor. En la época del Renacimiento, Bautista Spagnuolo trasformó su historia en un verdadero poema épico, donde a ejemplo de lo que pasa en la Eneida, se encuentran arengas de Vénus i de Juno i conjuraciones de los habitantes del Olimpo contra simples mortales.

El Dios del amor pagano va con su ma-

dre a quejarse a Juno de los desprecios de Cecilia que se obstina en permanecer virjen. Olvidando sus resentimientos, la esposa de Júpiter inspira al padre de la jóven la idea de unirla por medio del matrimonio a un esposo pagano.

Defraudadas en sus esperanzas por la conversion de Valeriano, las dos diosas irritadas suscitan a Marte quien hace nacer en el alma feroz de Almaquio el designio de ahogar en un mar de sangre a la raza cristiana, rebelde a los dioses del Olimpo. Entre los 900 versos de que consta el poema hai alguños bastante hermosos; pero es preciso confesar que estas desgraciadas reminiscencias del paganismo, tan en boga durante el siglo XVI, hacen desmerecer considerablemente para nosotros la obra del poeta mantuano.

Por fortuña la virjen romana habia de encontrar vates que con una inspiracion mas pura cantasen su vida, su muerte i su gloria.

Anjelo Sangrino, abad del Monte-Casino, compuso sobre este asunto un bastante largo epitalamio en el cual abundan la armonía de la diccion i la gracia del pensamiento.

Tambien el poeta ingles Pope compuso una oda a Santa Cecilia. La pieza tiene una versificacion armoniosa i elegante; pero falta absolutamente de ella todo sentimiento cristiano. Su clásico autor recuerda los maravillosos efectos de la armonía en todos los tiempos sin olvidarse de la aventura de Eurídice; habla con agrado de la Estijia, de Ixion, de Sisifo, de Proserpina i de los Campos Elíseos, i solo al fin, como sorprendido por un súbito remordimiento i viendo que ha dedicado su oda a la virjen mártir, confiesa que los poetas deberian olvidar en adelante a Orfeo para proclamar a Cecilia reina de la armonía, porque si el cantor tracio arrebató con sus acordes májicos una sombra al infierno, Cecilia con los suyos eleva el alma hasta el cielo.»

Recientemente, para concluir, el señor conde Anatolio de Ségur acaba de publicar un poema dramático, que es en nuestro concepto el mas bello tributo pagado por la poesía a Santa Cecilia. La pureza i dulzura del estilo, el interes sostenido i creciente de esta obra, hacian que el poeta fuese acreedor a los elojios que efectivamente recibió de los jueces mas aptos, ya que en noviembre de 1869 fué coronado por la Academia francesa.

III.

INFLUENCIA DE SANTA CECILIA SOBRE LAS BELLAS ARTES.

Hemos visto a Santa Cecilia inspirando a los oradores sagrados i a los poetas; pero ella debia de ejercer una influencia mas grande aun sobre las bellas artes.

Hai, por lo demas, para estas relaciones intimas entre el arte i la santidad algunas razones jenerales que nos parece oportuno recordar. Desde luego puede decirse que los santos son ellos mismos mui grandes artistas. ¿Quién ha buscado el ideal con mas ardor que estos infatigables amantes de las cosas celestes?

Pero ellos no se han contentado con perseguir la infinita belleza de una manera abstracta; ellos la han realizado en cuanto a la naturaleza humana es posible, durante su vida. Como el estatuario que labra un trozo de mármol hasta darle formas perfectamente bellas, así, por un trabajo asiduo, han esculpido su alma para hacerla cada vez mas pura i ménos indigna de Dios. El pensamiento del martirio, tan habitual en los primeros cristianos, les daba esa serena dignidad que ha llegado a ser tan rara. Como una desposada que se engalana para su esposo, así esas almas de doncellas i de matronas, de jóvenes i de hombres maduros, se esforzaban en crecer en hermosura a los ojos de Jesucristo hasta la hora en que la cuchilla del verdugo los segaba para el cielo. El alma embellecida tiene a su turno el poder de trasfigurar el cuerpo que anima i el vivo espejo del semblante refleja su fuerza i su dulzura, su tranquilidad i su ardoroso celo, su pureza i los arrebatos de su amor.

De lo dicho podemos deducir que el cristianismo ha ofrecido a los artistas en los santos, no solo la perfeccion de las formas, sino tambien el tipo de la belleza humana elevada a su mas alta espresion, por un amor continuo.

Pero ¿por qué causa en medio de la innumerable falanje de los santos, Santa Cecilia ha llegado a ser la predilecta i patrona de los artistas? Muchas otras, dotadas de todas las ventajas del mundo, en todo el brillo de la juventud i de la belleza murieron vírjenes i mártires como ella, sin obtener honor tan singular. Un poco mas adelante examinaremos qué motivos tuvieron los músicos para elejirla por patrona;

en cuanto a los pintores no parece que jamas han razonado mucho sobre las causas de su secreta simpatia para con la Santa. Pintaron a Cecilia, pensando en el cielo, diciéndose sin duda que no existia en el mundo tipo de mujer que pudiese espresar mas felizmente los inefables deliquios del alma que está absorta escuchando armonias celestiales.

Mucho tiempo seria necesario para dar una mirada, aunque fuese rápida, a la larga galeria de cuadros inspirados por nuestra Santa. Solo citaremos los mas célebres; i puede que aun asi se nos escapen algunas obras notables, dispersadas en los diversos museos de Europa. Solo analizaremos aquéllas que hemos podido apreciar por nuestros propios ojos.

Con el objeto de proceder con método, distribuiremos las obras que vamos a examinar en tres grupos, i segun sus caractéres i tendencias dominantes las atribuiremos sucesivamente a la escuela sensualista, racionalista o mística, division que no es arbitraria: ella corresponde a los tres mundos que los mas grandes jenios de la antigüedad i de los tiempos modernos, Platon i Aristóteles, Bossuet i Malebranche han reconocido—el mundo de los sentidos, el del espíritu humano i el mundo divino. Debemos hacer notar sinembargo que, en ésta como en todas las clasificaciones, los límites de las clases tienden a confundirse. A veces en un mismo cuadro sucederá que una figura respirará el sensualismo, i otras un sentimiento verdaderamente cristiano.

(Concluirá.)

Una Suscritora.

DESENGAÑO.

¿I no bastó tu célica hermosura
Ni de tus negros ojos el fulgor,
A prolongar un punto tu morada
En este mundo donde jimo yo?

¿Para esto ví de lágrimas henchidos
Tus dos vivaces ojos relumbrar,
Cuando a tu alma se rindió la mia
Que no pudo rendirse a tu beldad?

Me parece que es hoi aquella tarde
En que un anciano a punto de morir,
Buscaba ansioso el llanto de sus hijos
I de su esposa los sollozos mil.

I solo vió la muerte allí sentada
De otros infortunados a los piés,
I escuchó solo el sufrimiento ajeno
I el corazon sintió desfallecer.

Mas tú viniste, i a tu voz piadosa
Los apagados ojos entreabrió,
I por tu dicha levantó ferviente
Sus últimas plegarias al Señor.

Ia creer llegué, ¡infeliz! que acaso el cielo
De mis pesares apiadado al fin,
Un porvenir de paz me concedia,
I a conocerte me llevaba allí.

I embriagado, creyendo en mi fortuna,
Tu victoria canté i mi esclavitud,
I por el mundo se escuchó en voz alta
La pasion que ignorabas solo tú.

I ¡necio! no juzgué que acaso habia
En tu pecho ocultádose otro amor,
Ni juzgué que ya entónces empezabas
El esposo a buscar de tu eleccion.

¡I era así! que esa cruz con que supiste
De un enfermo calmar la ánsia crüel,
Anunciaba lo que hoi tu blanca toca
I tu sayal publican por doquier.

Quisiste ser el ánjel del que llora;
Cúmplase, pues, la voluntad de Dios;
Mas esa cruz con que de mí triunfaste
Dame, para triunfar de mi dolor!

Mario Valenzuela.

EL PODER PÚBLICO.

Conferencia leida el sábado 12 de noviembre, en el Club de Amigos del Pais, por el señor don Antonio Várgas F.

(Conclusion.)

IV.

Si el poder público es necesario, porque el hombre es naturalmente social, i la so-

ciedad no puede existir sin una cabeza que la rija, es evidente que el fin del poder es procurar a todos los asociados la mayor felicidad posible. No es posible llegar al fin sino por los medios que a él conducen, i como la felicidad temporal de los hombres consiste en la satisfaccion de sus lejítimos deseos i aspiraciones, es preciso que la autoridad proporcione lo necesario para conseguir esta satisfaccion. El hombre, como intelectual, aspira al conocimiento de la verdad, como capaz de obrar el bien o el mal, necesita de reglas de conducta que dirijan sus acciones en conformidad con los principios de la justicia, i finalmente, en cuanto corporal, se encuentra rodeado de muchas necesidades físicas que le importa satisfacer, ya para la conservacion de la vida, ya para hacerla mas grata i placentera. Luego un buen gobierno debe cuidar de la buena educacion para proveer a las necesidades de la intelijencia, de la moral para que todos conozcan las reglas de conducta i de las industrias i artes para proporcionar los medios de vivir: de estos tres puntos, i especialmente de los dos primeros, es conveniente hablar separadamente.

Es obligacion del gobernante velar sobre la enseñanza que se da en la nacion, e impedir que se difundan principios falsos que comprometan el órden público o sean contrarios a la doctrina católica. Lo primero, porque la atencion de la autoridad debe estar siempre fija en el bien de la comunidad, i éste se destruye, cuando se perturba el órden.

Debe prohibir la enseñanza de doctrinas contrarias a la católica, porque éstas apartan al hombre de su último fin, i aunque no le corresponde al poder político dirijir a los asociados a este término, sino a la Iglesia, sinembargo debe prestarle su ausilio i marchar de acuerdo con ella en la propagacion de la verdad; lo cual se funda en esta sencilla razon: la sociedad civil no es el último fin del hombre; es un estado de tránsito en el cual está el hombre por un corto tiempo; toda situacion pasajera, para que sea un bien, es preciso que no nos aparte de la suprema felicidad a que estamos llamados despues de esta vida, porque los estados secundarios deben estar subordinados al principal como los medios al fin; luego si la sociedad civil es un bien, no puede estar en pugna con nuestro último fin, i evidentemente se opondria a él, si en ella se propagasen i se protejiesen principios que atacan el único camino que conduce al cielo, el depósito de doctrina custodiado por la Iglesia católica. Obrar en contra de esta teoría, permitiendo que cada cual enseñe lo que crea mejor sin reconocer una regla de verdad, segura, infalible, que aparte del entendimiento los errores perjudiciales; es propio de ateos i de hombres que desconocen la inmortalidad del alma humana, pues para quien admite la existencia de un Dios vengador del mal i justo remunerador del bien, no puede ser indiferente la direccion del entendimiento.

Es fuera de cuestion que la conducta de cada uno se arregla a sus creencias, porque todos intentan realizar lo que juzgan bueno o conveniente, de donde se sigue que no obrarán del mismo modo los que poseen la verdad i los que abrazan el error: siendo esto tan claro, i siendo conocido al mismo tiempo que el hombre estraviado no puede llegar a su verdadero término, es forzoso que el que gobierna proteja con decision i empeño el buen cultivo del entendimiento, si consulta prudentemente el bien comun. Por otra parte, no puede resultar verdadera felicidad de la enseñanza de falsas doctrinas ni aun sobre la tierra porque, si la dicha del hombre fluye indistintamente de la verdad o del error, no hai diferencia entre lo verdadero i falso, pues un mismo resultado no puede venir de causas contrarias, i como tal proposicion es inadmisible, se concluye lejítimamente que estando aneja nuestra paz i prosperidad al verdadero conocimiento de nuestra conveniencia, la doctrina contraria lisonjeando nuestro orgullo, nos hace verdaderamente infelices.

Yo sé que los libre-pensadores que jamas admiten la libertad de creer, llamarán necedad el contenido de este párrafo, pero no es estraño que las intelijencias envilecidas encuentren tenebrosa la luz i clara las tinieblas, porque es cierto que la viveza de la luz confunde la vista débil. El que sostenga que el gobierno debe ser tolerante en la enseñanza, i que en ningun caso debe cuidar de las doctrinas que se difunden en la juventud, es tachado con justicia de falso filósofo i de peor político. Es mal filósofo, porque no comprende que el estado social no puede estar reñido con la consecucion de nuestro último fin, pues si así

fuera la sociedad sería un mal, i quien admite todo jénero de doctrinas en el seno de la sociedad, ya pone en ella la piedra de tropiezo para que muchos se desvien del camino recto. Es tambien mal filósofo, porque cree que puede el hombre ser feliz tomando el error por verdad, i que para el bien social nada importan las ideas verdaderas o falsas de los ciudadanos. Es peor político, porque no conoce cuanto interesa a la nacion la unidad de creencia para la paz i estabilidad del órden.

Es natural que todos los que profesan unas mismas ideas, se relacionen mútuamente, procurando hacer triunfar su sistema, porque los hombres tienen una fuerte propension a realizar sus pensamientos; de donde nace una division política entre los ciudadanos que está en razon directa del número de sistemas que se conocen entre ellos. Los racionalistas ciertamente no quieren el gobierno de los creyentes, ni éstos el de aquéllos; los que admiten la libertad de cultos como un motivo de progreso, rechazarán la intolerancia de los que la condenan como perniciosa al bien social i como mala en si misma, i de este modo se pueden comparar las creencias opuestas, siempre luchando entre sí por conseguir el triunfo.

Esta verdad se encuentra confirmada por la esperiencia de todos los tiempos, la cual nos manifiesta que las guerras mas sangrientas se han orijinado por la defensa de sistemas sostenidos ardientemente por sus secuaces. Fácil es apreciar la conveniencia que resulta de la uniformidad de principios entre los asociados, si se atiende a que cesan con ella las causas mas poderosas de las contiendas políticas, i se hace mas tolerable para cada uno la obediencia prestada a mandatarios que no se juzgan prevenidos en contra de su adversarios, ni se estiman como realizadores de ideas que no se aceptan.

Estas reflexiones prueban la importancia i necesidad de que un buen gobierno proteja la instruccion sólida i verdadera, exenta de los errores con que el espíritu de incredulidad la dispensa. Pero el juez competente para declarar cual es la verdadera doctrina, no es ni puede ser la autoridad civil, porque no ha recibido la mision de enseñar i evanjelizar a los pueblos, sino la de consultar el bien temporal de los ciudadanos, de un modo conforme a la verdad i justicia. La Iglesia católica es el único tribunal constituido por Dios para mantener pura la doctrina revelada i la moral cristiana, en lo cual se encierra todo lo que importa al hombre para llegar al término que le está señalado, i para tener sobre la tierra el cimiento de su felicidad. El gobierno, pues, debe apreciar como instruccion conveniente i provechosa, la misma que la Iglesia declara verdadera, en cuanto no se opone a sus creencias, i en esto no se hace mas que dar a la Iglesia lo que le pertenece.

Veamos ahora si son consecuentes con su propio sistema los que afirman que los gobiernos deben ser ateos, dejando las creencias relijiosas de los ciudadanos al cuidado de cada uno. Al primer golpe de vista se echa de ver que el ateismo gubernativo, si es consecuente, debe mirar con fria indiferencia toda relijion, i en esta hipótesis puede preguntarse a sus patrocinantes ¿toleraríais una secta relijiosa en el pueblo que gobernais, si enseñara que todos los bienes son comunes i que la propiedad es una restriccion injusta, impuesta por las leyes al derecho de todos para favorecer al que se declara dueño de alguna cosa, siendo de consiguiente un verdadero atentado de la fuerza la pena con que se castiga al ladron? ¿Permitiriais que se enseñara la licitud del homicidio, que los súbditos no deben obediencia a la autoridad, siempre que se crean perjudicados por los mandatos de ésta, que la comunidad de mujeres es de derecho natural, i otros principios de esta naturaleza? Es evidente que no, porque con tales doctrinas sembrais en el corazon de la sociedad la semilla de una eterna discordia civil, i haceis imposible todo gobierno; luego obrareis en contra de vuestro sistema, proscribiendo esas escuelas que se cobijaban a su sombra, i cuando sus maestros invoquen el derecho que vuestro mismo sistema les daba, para propagar creencias relijiosas con libertad, tendreis que contestarles que sus doctrinas son intolerables.

Pero quizas digan algunos: el ateismo en el gobierno no consiste en renunciar a los principios inmutables de la equidad natural, sino en dejar a la libre eleccion de los ciudadanos la relijion que estimen mejor, con tal que en ella se respeten las nociones comunes a todos los hombres sobre el bien i el mal. Con esta esplicacion no se salva la in-

consecuencia que acabo de notar en los defensores del ateismo gubernativo. En primer lugar, ya se limita el número de relijiones a los que no entrañan dogmas contrarios a las prescripciones del sentido comun, i con esto se destruye el verdadero ateismo relijioso. En segundo lugar, si los principios eternos de la razon han de ser sostenidos por los gobiernos ateos, establecen un sistema que en realidad no profesan, porque estos principios no son otra cosa que la misma lei eterna existente en la voluntad divina i comunicada al espíritu humano en el momento de su creacion para que le sirva de regla segura en todas sus acciones, i por lo mismo gobernar en conformidad de ellos es gobernar segun la voluntad del Dios verdadero; de donde resulta que para gobernar bien es preciso respetar las leyes impuestas al hombre por ese mismo Dios que quieren desconocer.

¿En qué se fundaria la obligacion de respetar la lei natural si no hubiera un Dios, autor de ella, i juez de los que la quebrantan u observan? Sin Dios la lei natural no solo perderia su fuerza, sino que su existencia seria imposible, porque se acabaria la diferencia entre el bien i el mal; luego reconocer principios inmutables de justicia i no admitir el orijen que tienen, es una monstruosa contradiccion, porque se intenta hacer subsistente por sí misma la lei eterna, apartando o desconociendo su fuente, que es Dios, como innecesaria para el buen réjimen social. No pretenderia tamaño imposible el que quisiera separar la luz del astro que la produce, aunque con justa razon se le tuviese por loco.

Veamos ahora cuanto interesa a la buena política cuidar de la moral del pueblo, i con esto se pondrá en relieve la absurdidad del sistema que voi combatiendo. Nadie puede dudar que la vida privada de los ciudadanos tiene una influencia poderosa en la pública, porque las dos se unen con íntimas relaciones. El hombre que por conciencia respeta la propiedad i la vida ajena, que no sabe ser ingrato a los beneficios que recibe, que reprime los ímpetus de la ira i el deseo de la venganza cuando es ultrajado i que cumple con fidelidad los deberes que la moral le prescribe, como ciudadano se encuentra en la necesidad de obrar del mismo modo, cumpliendo las obligaciones que le incumben en este carácter, i se sujeta a las leyes civiles con docilidad de corazon, porque está acostumbrado a mayores sacrificios, i porque comprende que éstos deben ser obedecidos en conciencia. Ademas el hombre moral rechaza los vicios que las leyes no pueden castigar, porque no perturban directamente el órden público, o porque sus actos se ejecutan en el silencio de la vida privada. Este jénero de vicios produce males verdaderamente lamentables, i como prueba de esta verdad citaré un solo ejemplo. La vida disoluta de tantos ciudadanos, que por otra parte viven en conformidad con las leyes civiles, es sin disputa la causa de que existan muchos hombres que no conocen padres, que reciben poca o ninguna educacion, porque no tienen una persona dispuesta a sacrificarse por ellos, i que, cuando llegan a la edad viril, ordinariamente son castigados por su mala conducta; de lo cual se veria una prueba clara, si se averiguase el nacimiento de los delincuentes. En los disolutos se debilitan las fuerzas, se producen enfermedades que se hacen hereditarias, se enervan las facultades intelectuales, la voluntad pierde su constancia en las empresas difíciles i el corazon los bellos sentimientos que dan orijen a la poesía, la música i todas las artes liberales.

El hombre vicioso, en fin, descuida las obligaciones que les corresponden como a padres de familia o los que les tocan por el oficio que desempeña, porque su deseo está siempre fijo en el ídolo que ama. Es evidente que una sociedad en que abundan los vicios secretos, tendrá muchos males que llorar, pero sin esperanza de remedio legal, i como los que dejo indicados son mas que suficiente para llamar la atencion de los amantes del órden, puedo concluir lójicamente que, si la moral es un medio eficaz para consultar el bien social, apartando un sinnúmero de males que se escapan a la accion de las leyes, i haciendo mas fácil la observancia de éstas, entra con preferencia a reclamar el cuidado i atencion de un buen gobernante, i debe protejerla como medio necesario de la buena política.

El estudio provechoso de la moral, debe ser práctico en cuanto sea posible, pues no basta que los buenos principios se conozcan teóricamente como las verdades especulativas; con esto se habria avanzado poco. Es preciso que desciendan de

la intelijencia al corazon i lo dominen suavemente: entónces es cuando echa profundas raices i produce ópimos frutos: entónces sucede que una lejislacion sencilla basta a gobernar al pueblo acostumbrado a obrar bien. Por esta razon las mejores escuelas de moral son las que están dirijidas por sacerdotes celosos en el cumplimiento de sus deberes i por el provecho de los demas: a ellos está encargada la direccion de los fieles i pueden edificarlos con su doctrina i ejemplo. Un gobierno que comprenda bien la importancia de las costumbres privadas de los ciudadanos en el órden social, debe trabajar incesantemente en mantener estas escuelas, manantial inagotable de hombres útiles, de soldados fieles i valientes i de súbdito sumisos; pero la enseñanza de esta ciencia debe entregarse al sacerdote, i la autoridad política debe velar sobre ella, prestando todos los ausilios necesarios para que se lleve a cumplido efecto.

En presencia de estas observaciones puede preguntarse ¿será posible desconocer el inmenso bien que la moral está llamada a producir en la sociedad? i ¿podrá un gobierno ateo sin manifestar contradiccion, echar mano de este poderoso elemento social, que por si solo puede reemplazar con ventaja a la política mejor calculada? Es evidente que el ateismo gubernativo no permite que el mandatario reconozca ninguna moral, porque esto importaria el reconocimiento de una relijion, i de consiguiente que este funesto error político priva a la sociedad de grandes bienes.

Las leyes mas sábias son las que consultan mejor la equidad natural, porque precisamente es bueno lo que está en conformidad con ésta i malo lo contrario a ella, i como el objeto de la lei es el bien comun, para conseguirlo debe fundarse en el derecho natural. Por esta razon es injusta toda lei contraria a los principios inmutables de nuestra intelijencia, i su promulgacion es un acto de despotismo. En la definicion de la lei, dada por Santo Tomas de Aquino, se comprende esta misma doctrina, dice así: «Disposicion de la razon dirijida al bien comun i promulgada por aquél que tiene el cuidado de la comunidad». Para el santo doctor, la fuerza obligatoria de la lei nace de estar fundada en la razon, o lo que es lo mismo, en la justicia natural; con lo cual se destierra la arbitrariedad, i se condenan otras falsas definiciones de la lei: segun la escuela política que marcha en pos de Rousseau la lei no es otra cosa que la espresion de la voluntad jeneral, que determina i regula los deberes de la vida social: Hobbes enseñaba que el bien i mal moral no existen con anterioridad a la lei humana, i que su distincion no es un hecho primitivo de nuestra naturaleza, sino la consecuencia de la sancion legal. Es admirable que el filósofo de Ginebra atacase tan vivamente como lo hizo, al filósofo ingles por su doctrina repugnante i absurda, siendo claro que en el fondo convienen las dos definiciones o pensamientos.

En efecto si la lei no es mas que la manifestacion de la voluntad, si nada significan la razon con sus eternos principios, es evidente que el bien i el mal sean creados por la voluntad en cuanto quiere una cosa i la ordena i en cuanto reprueba otra i la castiga: esto es lo mismo que afirmaba Hobbes, diciendo que la distincion entre el bien i mal moral no existia con anterioridad a la lei humana, de lo cual se deduce necesariamente que las cosas no son buenas o malas por si mismas, sino porque se les quiere hacer tales. Segun el conde de Maistre, la lei es la voluntad del lejislador, manifestada a sus súbditos para que arreglen a ella su conducta.

Es indudable que el ilustre autor de las *Veladas* se hallaba mui distante, al definir la lei, del pensamiento de Rousseau: sus doctrinas no permiten creer otra cosa; pero su definicion no solo es incompleta, porque no reune todos los requisitos necesarios, sino que puede combatirse con las mismas razones que dejo espuestas contra la definicion de Rousseau. Si la verdadera base de las leyes es la justicia natural, salta a la vista que éstas se proponen recabar de los asociados el cumplimiento de los deberes que la lei natural nos impone para con nuestros semejantes en nuestras relaciones de ciudadanos; luego nada mas necesario i útil que el estudio de la moral, para que los diferentes miembros de la sociedad se dispongan al fiel cumplimiento de las leyes, supuesto que aquélla nos habia enseñado primero lo que éstas nos mandan, i de un modo mas elocuente i persuasivo.

Por otra parte, un gobernante que mire con indiferencia la instruccion moral

del pueblo, confiado en que un buen código de leyes basta a establecer el órden de la sociedad, incurre en un lamentable error, porque ademas de la grave dificultad que se presenta, para dirijir por medio de leyes solamente al que no ha comprendido bien la necesidad de obrar conforme a la lei, se priva a la sociedad del bien producido por ciertas acciones, que suponen un corazon animado por virtudes heroicas. Las personas que renuncian todas las comodidades de la vida para consagrarse al servicio de los enfermos i de los huérfanos desvalidos; el soldado que arrastra inminentes peligros para salvar su patria, solo por alcanzar el premio que está prometido al que cumple con valor los penosos deberes que le incumben en la mision que desempeña, i los que se desprenden voluntariamente de lo que poseen en el mundo, talvez de una cuantiosa fortuna, para distribuirlo entre los menesterosos, con la esperanza cierta de obtener en el cielo un patrimonio infinitamente mas deseable, hacen a la sociedad en que viven bienes de un órden superior, i que las leyes con todo su poder son inpotentes para crear. Es pues fuera de duda que la proteccion de la moral, es uno de los primeros deberes del buen político.

En órden a la satisfaccion de las necesidades físicas solo creo oportuno decir que corresponde a los que mandan la promocion de todos los medios de pasar una vida social cómoda, mediante la facilidad de cada uno para ganar el sustento con el trabajo respectivo; para lo cual importa protejer las industrias, fabriles o agrícolas o mineras segun lo que exijen las circunstancias de cada pais. Como en esta materia son mui variados los modos de consultar mejor lo conveniente para satisfacer las necesidades físicas, no es posible hacer observaciones particulares sin concretarlo a determinado lugar i esto seria estraño al fin que me he propuesto en este discurso. Concluiré diciendo que es de grande importancia el que todas las clases de la sociedad puedan adquirir facilmente lo que necesitan, para evitar asi la suma indijencia de muchos, que en ciertas ocasiones, es causa de robos o de otros delitos que es preciso evitar en bien de la sociedad.

APÓLOGO.

En busca de verdades i consejas
Suelo yo revolver las cosas viejas;
I ha querido el destino,
Que muchas veces halle en un libraco,
Forrado en pergamino,
Lo que por nuevo nos vendió un bellaco
En librillos de estampas i labores,
Que imitan el *Lenguaje de las flores.*

Pues, señor, i es un cuento que he leido:
Júpiter, no el tonante, el divertido,
Tenia un jénio raro;
I una vez se antojó, ¡miren que antojo!
De llamar a un avaro
Que creyendo ahorrar el sol, cerraba un ojo;
Hombre feroz, de corazon de *tagua*, (1)
Hermano, en fin, de aquél que *aguaba el fagua.*

El mui taimado Jove supradicho,
Yo no sé si con mira o por capricho,
Tambien a un envidioso
Que era estevado, ñato i rostrituerto
Convocó cariñoso.
¿I para qué? dirán; si el caso es cierto,
Para satisfacerles, nada ménos,
Sus deseos, los malos i los buenos.

Sentado el Dios en su jentil bufete,
Democráticamente taburete,
Desechó todo ambaje
I con el envidioso i el avaro
Usó de este lenguaje,
Que nadie tachará de poco claro:
—Pida el primero i le daré hasta el mundo;
Pero doble merced haré al segundo.

Hazte cargo, lector, si eres discreto,
De si el Dios me los puso en buen aprieto;
Pues uno i otro obraba
Por opuesta razon del mismo modo.
El avaro callaba
Por lograr *mas*; i por lograrlo *todo*
El envidioso el labio no movia;
I Jove, el socarron, se sonreia.

—Si pidiendo no rompe uno el silencio
A ser ahorcados ámbos os sentencio,
El Dios dijo, imponente;
I avaro i envidioso se miraron;
De entrámbos en la frente
Ansia, duda i rencor relampaguearon,

(1) Marfil vejetal.

I los dos fueron a soltar la voz,
I enmudecieron, viéndolo, los dos!

Ya iba a dictarse el fallo tremebundo,
Cuando el avaro prorrumpió iracundo:
—Mandad sacarme un ojo,
I así, aunque logre el doble este tunante
De la merced que escojo!
—Concedo, dijo el Dios.—Desde ese instante
Tiene un ojo no mas el avariento
I es ciego el envidioso. Este es el cuento.

Bogotá.

SANTIAGO PEREZ.

UNA HORA DE COQUETERIA.

A LA SEÑORITA LEONOR P.....

—¿I....?

—¡Ya...!

Así se abordaron al encontrarse una noche en el Portal de Escribanos, dos lindas i elegantes jóvenes.

La una resplandecia con todas las galas de la hermosura i de la felicidad; la otra, mas jóven aun, tenia en su bello rostro una espresion de tristeza i de resignacion que la hacia en estremo interesante.

Embozado sobre el paletot en un chal escoces, seguíalas de cerca i furtivamente un apuesto caballero.

—¿Comenzaste ya, continuó la primera, a cumplir el terrible voto?

—Si: hace dos dias sirvo en Santa Ana, i mañana tomo el hábito de hermana de la caridad.

—Pero ¿has pensado, desdichada Amelia, en el horror de encerrar tu linda cara en ese espantoso sombrerote?

—¡Qué me importa mi cara! No hai ya quien la mire.

—¿No te arredra lo *chupado* de esa túnica?

—¡Bah!

—I sobre todo, hija, cinco años de esa vida de perros acabarian con tu belleza i desvanecerán el amor de.....

—¡Oh! Elena en nombre del cielo, no desvanezcas tú mi ilusion! Tengo fé: déjame creer que lo severo de este voto hallará gracia ante Dios i me devolverá el amor de Luis. Ademas, conozco que soi culpable: lo ofendí cruelmente en ese baile fatal que motivó su partida; cuando proponiéndome parodiar por una hora el manejo de una coqueta, rehusé su brazo para aceptar el de Belmonte, su enemigo. Soi culpable, i me impongo con placer esta rigorosa penitencia.

—Rigorosa, horrible en efecto, i que ántes de mucho dará fin a tu delicada existencia.

—I sinembargo, lo ves, desde que hice ese voto, hace nueve dias, me siento mas tranquila; mi dolor se ha adormecido, i vivo bajo una estraña influencia. Parécememe que todo lo que ha pasado es un sueño; que Luis no ha partido; que está cerca de mi i que me ama. ¿Qué te diré? Ahora mismo, que venia al *Tigre* para comprar agua de colonia i una crucecita de la joyería de Meyers, para llevar al convento, caminando así, sola entre la multitud, deslumbrada por la doble luz del gas i de las preciosidades que se ostentan por todas partes, he visto cruzar por mi mente un delicioso desvarío. Figuréme que al tomar en el *Tigre* mi frasco de agua de colonia, lo ví trasformarse entre mis manos en un lindo perfumero lleno de los mas ricos estractos ingleses.

—¡Magnífico!

—Espera. Mi humilde crucecita sufrió tambien un portentoso cambio: volvióse el espléndido aderezo de una desposada.

—Estupendo! qué mundana está la monja!

—I al entrar a casa, en fin, llevando a mi madre estos bellos presentes....

—¿Hallaste a Luis?

—Has adivinado. Pero ¡ai! en ese momento te encontré a ti.

—I mui a tiempo para decirte: Reverenda madre de la caridad, desechad hasta de aquí a cinco años esos ensueños; i para refrescar la imajinacion, venid a recorrer conmigo el salon óptico. Dicen que hai vistas de Paris. Así, tendrás el placer de llegar allí ántes que tu fujitivo.

I en efecto, ámbas se hicieron paso entre la multitud agrupada ante la puerta del salon.

II.

—¡Cómo! ¿tú aquí?—esclamó de pronto un hombre que salia del salon óptico, deteniéndose ante aquel que seguia a las jóvenes.

—Ya lo ves, querido Santiago.

—Pues ¿no partiste para Europa en el último vapor?

—Partí fastidiado; temí que el invierno europeo convirtiese el fastidio en tédio, i el tédio en un pistoletazo; volví de Panamá para absorber un rayo de nuestro sol que me sirviera de talisman i héme aquí de regreso esta tarde. Pero.... déjame ahora, te ruego: mañana te referiré esto i muchas cosas mas. Adios!

I el jóven separándose de su amigo se alejó presuroso, perdiéndose luego entre las arcadas del portal.

III.

La futura hermana de caridad i su alegre compañera ojeaban entretanto las vistas parisienses espuestas aquella noche a la curiosidad de los paseantes. Eran magníficas, i mostraban los mas suntuosos monumentos de la gran metrópoli.

—Amelia, acércate aquí i mira.

—El *Arco de triunfo* i los *Campo Elíseos*. ¡Qué sitio tan bello! Mira esas hermosas mujeres: se diria que pasan a nuestro lado.

—¡Hum! Mui luego Luis pasando al suyo no pensará mas en tí, ni se le dará un bledo de tu *cándido* voto.

—¡Todavía, Elena! Hallas placer en destrozar mi corazon? Vámonos que tengo prisa de separarme de tí.

—¡Vaya! olvida su reverencia que debemos efectuar en el *Tigre* i en la joyería esas fantásticas trasformaciones? Vamos que yo tengo tambien prisa de ver ese milagro.

Mas mui luego la risa de la burlona se cambió en admiracion cuando en el *Tigre* presentaron a Amelia en vez del frasco de colonia que pedia, un lindo perfumero chino cargado de esencias esquisitas. Pero cuál fué su asombro cuando en la joyería a la demanda de la modesta crucecita, el joyero, sonriendo tudescamente, puso en las manos de la novicia una caja de marroquí en cuyo fondo de terciopelo negro brillaba un deslumbrante aderezo. Formado de perlas i diamantes, coronábalo la diadema de una desposada. Del broche de la cerradura pendia una tarjeta con el nombre de Luis.

—¡Dios mio! Dios mio! es éste un sueño! Elena, no te alejes, tengo miedo!

—¡Hola! Ahora mismo no querias separarte de mí? ¡Ea! estamos en tu casa. La mampara está cerrada. No seria estraño que quien la abriera fuese....

—¡Ai! partió por el último vapor, no hai esperanza!!.... ¡Ah!.....

La puerta se abrió, i Amelia dió un grito cayendo desmayada en los brazos de Luis.

IV.

—¡Mi voto!—esclamó ella al volver a la vida.

—Sé mi esposa, amada mia—dijo Luis con voz grave, posando un beso en la frente de su novia—i despues que el sacerdote nos haya unido, cumple a Dios el voto que le hiciste, miéntras yo, cumpliendo tambien con lo que debo a mi orgullo, desempeño en Europa la mision que acepté por alejarme de tí.....

.....

Bella Leonor ¿has visto alguna vez bajo los anchos aleros de ese armatoste que usan las santas hijas de Vicente, una frente blanca i pura, dos rasgados ojos negros, una boca formada con perlas i corales, una jóven, en fin, casi tan linda como tú? Es Amelia que expia con cinco años de servicios a los pobres, *una hora de coquetería*.

Lima.

JUANA MANUELA GORRITI.

HORACIO.

ESTUDIO LITERARIO.

(Continuacion.)

La invencion es la que mayores aptitudes requiere i la que hace conocer al verdadero poeta. Horacio concede la mayor estension posible a las facultades del escritor, sin dejar de imponerle un límite, el de la sana razon., Segun él el poeta podrá elevarse hasta la sublimidad i recorrer libremente todos los espacios, pero sin faltar a la verosimilitud:

Sed non ut placidis coëant immitia, non ut
Serpentes avibus geminentur, tigribus agni (45)

La justicia i la verdad poéticas nacen de

(45) Ars Poet. 12.

la unidad, es ésta, pues, la que constantemente debe observar el poeta.

Denique, sit quod vis, simplex dumtaxat et [unum (46)

Ni se debe, por esto, perder de vista la variedad; sin ella es imposible agradar a los lectores. El verdadero arte consiste pues en crear la unidad en la variedad, en saber

variare....rem prodigialiter *unam*. (47)

El arte debe presidir siempre; sin él todas las reglas son incompletas, todas las observaciones insuficientes i todos los preceptos inaplicables:

Initium ducit culpæ fugæ si *caret art* (48) *e*

La disposicion no es ménos importante. Poco valdria, en efecto, si con suma habilidad construyésemos los fragmentos de un poema; al fin i al cabo solo serian partes mas o ménos bellas pero sin conexion artística de ninguna especie. Quien tal hiciese estaria léjos de merecer el título de poeta.

....Operis summa quia ponere totum
Nesciet. (49)

Del asunto que ha de desarrollar el poema depende en gran parte la disposicion; i a este respecto nos da Horacio una regla que, si bien se mira, aplicable es tambien a todos los trabajos literarios. *Sumite* nos dice:

Sumite materiam vestri qui scribitis æquam
Viribus, et *versate diu* quid ferre recusent,
Quid valeat humeri. (50)

Una vez elejido el asunto, la disposicion debe reunir ciertos requisitos; éstos se refieren a la enerjia, a la precision, a la claridad i a la belleza. La primera moverá el corazon del lector; la precision hará el poema intelijible para todos; la claridad facilitará esta intelijencia; i por último, la belleza le asegurará el favor jeneral. Asi se observará el precepto:

Singula quæque locum teneant sortita decen- [ter. (51)

(46) A. P. 23.
(47) A. P. 29.
(48) A. P. 31.
(49) A. P. 34.
(50) A. P. 38.
(51) A. P. 92.

Tratando de la espresion, Horacio es mas esplícito. Aunque el *verdadero* poeta (52) es aquél que crea, aquél cuyas *ideas* participan intimamente de poesia, tampoco debemos privar de ese nombre al que viste sentimientos comunes i jenerales en lenguaje pintoresco i atractivo. La espresion, pues, léjos de descuidarse debe ocupar un lugar preferente en una poética. Guiado sin duda por estas consideraciones, Horacio se esmera en esponer, dando a la vez el ejemplo, las reglas a que debe sujetarse la espresion. La primera se refiere a la oportunidad

Jam nume dicat, jam nume debentia dici (53)

La segunda prescribe la novedad siempre mui peligrosa i en la que rara vez se acierta; Horacio permite que se innove, pero siempre con moderacion.

Dabiturque licentia sumpta pudenter. (54)

La tercera impone la sujecion al uso comun

Quem penes arbitrium est, et jus et norma lo- [quendi. (55)

Como parte de la espresion se ocupa Horacio del metro bosquejando con rápido i acertado pincel la historia de los principales metros usados por los poetas latinos; da en seguida ciertas reglas jenerales dignas de notarse, pudiendo todas reasumirse en ésta,

.... Si vis me fiere, dolendum est
Primum ipsi tibi. (56)

Para excitar i conmover al lector, preciso es que la espresion, el metro i el estilo conspiren a probar que los sentimientos del poeta verdaderamente existen. No sucederá esto si los desgraciados Telefo i Peleo, pobres i proscritos, pidiesen limosna en lenguaje majestuoso i altisonante, *ampullas et sesquipedalia verba*, o si algun trájico personaje usase del dialecto de placeras, *sermone pedestri*. Esto solo ocasionará risa o sueño, *aut dormitabo, aut ridebo*.

Despues de haber espuesto todas estas reglas jenerales, empieza Horacio la es-

(52) De la voz griega *poieo*, hacer, crear.
(53) A. P. 43.
(54) A. P. 51.
(55) A. P. 72.
(56) A. P. 102.

presion de las reglas especiales de ciertas composiciones métricas, como son la trajedia, la comedia i la sátira. Al ocuparse de cada una de ellas, observa un procedimiento análogo al que se impuso en la primera parte de su trabajo, esto es, trata de la invencion, disposicion i espresion, concluyendo con un elegante i conciso resúmen de la historia del drama, cultivado entre los griegos, pero que los romanos habian descuidado lamentablemente.

Esta es la parte teórica del poema. En ella no dejan de ocurrir descripciones de verdadero mérito, de aquéllas que solian sin esfuerzo alguno brotar de la fecunda pluma del poeta romano. La mas notable es la descripcion de las edades e inclinaciones del hombre.

Reddere qui voces jam scit puer et pede certo
Signat humum, gestit paribus colludere, et iram
Colligit ac ponit temere, et mutatur in horas.
Imberbus juvenis tandem custode remoto
Gaudet equis canibusque et aprici gramine [campi,
Cereus in vitium flecti, monitoribus asper,
Utilium tardus provisor, prodigus aëris,
Sublimis cupidusque et amata relinquere permix.
Conversis studiis ætas animusque virilis
Quærit opes et amicitias, inservit honori,
Commissise cavet quod mox mutare laboret.
Multa senem circumveniunt incommoda, vel [quod
Quærit et inventis miser abstinet ac timet uti,
Vel quod res omnes timide gelideque ministrat,
Dilator, spe longus, iners, avidusque futuri
Difficilis, querulus, laudator temporis acti. (57)

Asi, en unos cuantos versos vemos bosquejado el gran cuadro de la existencia humana; allí se hallan, la inconstancia i volubilidad del niño, la activa prodigalidad del jóven, el ánimo interesado i la ambicion del hombre ya formado, la codicia, la timidez, la irresolucion i apatía de la vejez, i esa cualidad inseparable de todo anciano, que lo hace el *laudator temporis acti*. Shakspeare no ha delineado mejor sus *seven ages*.

Pero si en la primera parte de la poética que examinamos, quedamos satisfechos con la habilidad del autor, no lo quedamos ménos cuando analizamos la segunda, que es la parte práctica. En ella espone el poeta los deberes del escritor, ántes, despues, i en el acto de comunicar sus ideas. La ransicion de una parte a otra, como todas las de Horacio, es felicísima: no se puede exijir mas gracia i naturalidad.

Una vez que ha dado su última pincelada a la preciosa reseña sobre el desarrollo del teatro entre los griegos, pasa a considerar el teatro romano, i principia así:

Nil intentatum nostri liquere poetæ. (58)

entrando en materia, i analizando las causas que impidieron a sus compatriotas alcanzar la perfeccion de los literatos de la Grecia. Aquí espone naturalmente las faltas jenerales de que adolecen no solo los romanos, sino casi todos los escritores así antiguos como modernos. El completo olvido de la lima, el descuido en la correccion, son lunares que afean aun las producciones literarias entre nosotros. Principia despues nuestro poeta, a examinar al poeta desde que se forma; averigua cuales sean las fuentes de su inspiracion, e investiga el orijen de los medios que deben servir a su intento o como él dice:

Unde parentur opes, quid alat formetque poe- [tam.
Quid deceat, quid non; quó virtus, quo ferat [error. (59)

La base se encuentra en la instruccion:

Scribendi recte, *sapere est* et principium et [fons. (60)

Es imposible escribir bien sin instruccion. Cuanto aprovecharian si practicasen este importante precepto aquellos inespertos escritores que entre nosotros se lanzan impertérritos, sin mas guia que su *cacœthes scribendi*, sin mas consideracion que su propia vanidad, a la arena peligrosa de las publicacion, halagados por el brillante fantasma de una reputacion literaria que creen adquirir fácilmente! Uno se presenta al público como poeta satírico, otro como escritor de costumbres, otro como moralista, los mas como publicistas políticos, todos, en fin, como insignes copleros. Jóvenes hábiles i de muchas esperanzas para la patria se echan así a perder por una loca ambicion que quiere escalar subitamente eminencias a las que nunca se llega sino por sendas escarpadas i al traves de vijilias incesantes i penosas. Como dice un poeta americano:

(57) A. P. 158.

(58) A. P. 285.
(59) A. P. 307.
(60) A. P. 309.

The paths by great men reach'd and kept,
Were not attainid by sudden flight,
But they, while their companions slept,
Were toiling upivárds in the night. (61)

Destrocemos el esmalte dorado que cubre las publicaciones literarias del dia i entónces veremos tan solo un vacio lamentable, no de inspiracion, no de talento, no de bellas dotes, no de injenuidad, pero si de instruccion, de conocimientos sólidos que no se adquieren por intuicion, sino despues de haber dedicado los mejores años de la vida a un trabajo, lento i penoso es verdad, pero indispensable. I las consecuencias de este estado de cosas no se ocultan a nadie. Siendo las publicaciones literarias entre nosotros por lo jeneral, esencialmente personales, debiendo su existencia a circunstancias efímeras, no viven sino miéntras subsisten los motivos especiales que las han orijinado. ¿Qué importa que una obra sea voluminosa, que esté lujosamente empastada, que se imprima de ella infinito número de ejemplares, que esté oprimiendo los estantes de mas de una libreria, si no es jeneral en su indo'e, si no lleva en si los jérmenes de un principio útil a todos? Sino se eleva sobre las mezquinas consideraciones locales no descenderá a la posteridad: ésta la desconocerá i pasará con su autor a sepultarse en el eterno i oscuro abismo del olvido. Mui distinta será la suerte de la obra que carezca de estos defectos, tanto mas lamentales, cuanto que han podido i pueden correjirse por medio de la instruccion. Un buen libro es un monumento.

Quod nec Jovis ira, nec ignes
Nec poterit ferrum, nec edax abolere vetus-
[tas. (62)

Júzguese, pues, con cuanta razon Horacio prescribe como base i fundamento de los buenos trabajos literarios, la instruccion. La máxima *Scribendi recte sapere est et principium et fons*, deberia estar grabada en la memoria de todos nuestros jóvenes escritores.

Una vez instruido el poeta, quiere Horacio que se introduzca en la sociedad, que se mezcle en sus revoluciones, que siga la marcha de sus vicisitudes, i que observe en fin a los hombres tanto en la vida pública como en la privada. La razon de estos preceptos es evidente. La sociedad es la gran fuente donde el poeta encuentra los modelos que ha de imitar su pincel; allí se hallan los vicios que ha de atacar; las semillas de sus creaciones i los colores que ha de mezclar, se encuentran tambien allí. Imposible es delinear la sociedad sin conocerla; si la copia ha de ser fiel nunca se debe perder de vista el modelo para que así, rasgo tras rasgo, pincelada tras pincelada se vaya formando un retrato fidedigno. El literato si ha de llenar debidamente su mision, se sujetará, se limitará a pintar la sociedad tal cual es; así sus cuadros i poemas tendrán verdad, tendrán vida; de otro modo, sus trabajos serán tan solo bosquejos utópicos, sus creaciones no merecerán ese nombre, i sus poemas apénas serán huecos sonidos, juguetes sonoros.

.... Versus inopes rerum, nugæque cano-
[ræ. (63)

Otra de las cualidades que Horacio exije en los literatos, es el desprendimiento. Es necesario, dice el escritor Venusino, que imitemos a los griegos, no tan solo en el injenio, sino tambien en el amor a la gloria; a esos griegos tan solo de gloria avaros, *Graïis præter laudem, nullius avaris*; espresion de una enerjia notable.

Despues de haberse ocupado Horacio de las dotes que deben adornar el corazon del poeta, principia a examinar la composicion misma i a investigar los caractéres que deben reunir, la mision que ha de llenar, el objeto que debe servirle de norma i de límite a las elucubraciones del poeta. Admirables son el tino i delicadeza que revela esta parte del poema. El objeto de un poema varia segun adoptemos la opinion de éste o de aquel sectario. Las opiniones no son uniformes en este asunto. Hai quienes creen que el objeto del poema es esclusivamente agradar, i para los que así opinan, la poesia es un mero pasatiempo, un entretenimiento para los momentos de holgura, pero que debe arrojarse a un lado cuando mas austeras ocupaciones reclamen la atencion del lector. No faltan por otra parte quienes sostengan que el poeta debe ser siempre un maestro encargado de esponer i conservar la doctrina en sus versos, alegando en apoyo de este sentir la

(61) Longfellow.
(62) Ovid. Met. L. XV. 871.
(63) A. P. 322.

conducta de los antiguos que embalsamaban sus preceptos morales en pequeñas combinaciones métricas. Horacio rechaza ámbas doctrinas; adopta un término medio esponiendo su doctrina en dos sencillos versos llenos de buen sentido.

Omne tulit punctun qui miscuit utile dulce,
Lectorem delectando, pariterque monendo. (64)

Esta es la perfeccion que requiere el poeta latino, pero al mismo tiempo está dispuesto a perdonar todas aquellas faltas insignificantes que suelen escaparse a la imprevision humana.

Verum ubi plura nitent in carmine, non [ego paucis
Offendar maculis, quas aut incuria fudit
Aut humana parum cavit natura. (65)

Mas léjos no va Horacio. Si perdona estos leves defectos, detesta por otra parte la mediocridad. En todas las profesiones, nos dice, se acata i reverencia a los hombres mediocres, jurisconsultos i oradores que jamas igualaran a Cascelio o a Mesala; pero poetas medianos ni los sufren los dioses, ni los hombres, ni los estantes de las librerias.

Mediocribus esse poetis
Non homines, non Dii non concessere colum- [næ. (66)

Si el poema, continúa, se separa del cielo, se hunde en un abismo.

Si paulum summo decessit, vergit ad imum. (67

Todo poema *regular* es mal poema, i si esto no olvidasen nuestros jóvenes, no los veriamos tan solicitos en dar a la estampa producciones aun no limadas, poco meditadas, i jeneralmente no inspiradas.

F. C. Z.

Continuará.

(64) A. P. 343.
(65) A. P. 351.
(66) A. P. 372.
(67) A. P. 378.

VARIEDADES.

UNA INDIRECTA.

Preso i doliente el inmortal Quevedo
De aguda enfermedad convalecia,
I el abad de San Márcos le brindaba
Caldo de trasparencia cristalina.
—¡Valiente caldo! dijo don Francisco
—¡Valiente, bravo caldo! repetia.
—¿Por qué es valiente? preguntóle el monje.
—¡Porque no tiene nada de gallina!

∴

MEMORIONES.

Temistócles sabia los nombres de todos los habitantes de Aténas.

Simplicio, amigo de San Agustin, recitaba la *Eneida* de Virjilio al reves, o sea empezando por el último verso, i sabia de corrido todas las obras de Ciceron.

José Escalijero aprendió de memoria las obras de Homero en cuatro dias.

Jorje Cuvier, el célebre naturalista franses, retenia todo cuanto habia oido una sola vez, por insignificante que fuese la cosa.

En cambio yo no me he podido acordar que dia es hoi.

∴

FRATERNIDAD DE UN NENE.

Preguntábale a un chiquitin si queria mucho a su hermanito menor.

—¡Ya lo creo! respondió el bebe, cuando me da algo se los devuelvo al momento; como que ayer me dió una cachetada i al instante le devolví dos.

∴

EL MEJOR ESTADO.

Casóse Ines con Juan el otro dia
I se aborrecen ya.... ¡qué anomalía!
Mi amigo Baldomero,
Se queja el infeliz de ser soltero,
I con lúgubre acento
Sus penas noche i dia lanza al viento.

Quedó viudo Torcuato
I se queja tambien el mentecato
Diciendo tristemente
Que su suerte es adversa.... ¡qué inocente!
Lo mejor es no ser, lector amado,
Ni viudo, ni soltero, ni casado.

***

BUENA LÓJICA.

Se trataba del duelo en un corrillo, i un jóven sostenia que era un absurdo i que no se batiria por nada.

—Pero hombre, le decia un sujeto que se las echaba de valenton i escupia por el colmillo: si yo le diese a Ud. un bofeton en medio de la calle, se tendria Ud. que batir.

—Pues no señor, replicó el jóven, porque si un borrico me disparase una coz, aunque fuese *coram populo* yo no me batiria con él.

***

NO IBA PERDIDO.

Un maestro de escuela a quien un sobrino suyo habia robado una caja de sardinas, reprendia al muchacho diciendo:

—¿Qué mereces por un atrevimiento semejante? Di, ¿qué mereces?

—¿Qué he de merecer, tio? Despues de haber comido tanta sardina, que me dé Ud. un buen vaso de vino.

***

ENMIENDA EJEMPLAR.

Cayó enfermo un maestro sastre i creyendo que se moria, le dijo a su hijo:

—Mira, Pepe, no hurtes jamas cosa alguna, porque has de saber que ahora mismo me está señalando el diablo todos los pedazos de tela que he hurtado.

—Padre mio, yo os prometo que no hurtaré jamas, contestó el hijo aterrado con las palabras del padre.

Quiso Dios que el sastre mejorase, i como a poco tiempo estuviese cortando una capa en casa de un parroquiano, tomó un gran pedazo de paño i dijo a Pepe:

—Toma, hijo mio, escóndelo pronto.

El muchacho lo tomó; pero volviéndolo a dejar encima de la mesa dijo:

—Padre, ¿no tiene Ud. presente que al tiempo de morir se lo mostrará el diablo, i le amenazará con él.

—¡Bah! bah! Pepillo; has de saber que de este color no me señaló ninguno.

***

NO ACERTÓ.

Un enfermo llama a un médico.

—¿Qué tiene mi amigo? pregunta el galeno.

—Me he caido de a caballo i me he lastimado.

—¿De veras?

—Como Ud. vé.

—¿Adónde le duele, aquí?

—Mas arriba.

—¿Aquí?

—Mas adelante.

—¡Ah! ya veo fué cerca de las *vértebras* donde Ud. se lastimó.

—Quiá! no señor, si fué cerca de la recova vieja.

***

EXCELENTE PRETESTO.

Querellábase un amujer ante el juez, de los malos tratamientos de su marido.

—¿I qué pretesto toma para castigaros? preguntó el juez.

—Señor, contestó ella; no toma pretesto: lo que toma es la vara o la escoba.

***

QUEBRADO IMPROPIO.

Iba montado en un mancarron cierto prójimo de estatura fenomenal, cuyos piés rozaban en el suelo, i dijo un maestro a sus alumnos:

—Niños, hé ahí un *quebrado impropio*.

—¿I por qué, señor?

—Por que el *numerador* es mayor que el *denominador*.

***

I ERA LA VERDAD.

Encontrábase en un paseo un pobre hombre que en la parte física no debia a la naturaleza grandes favores.

Paseaba tambien otro *Fulano* que, admirando la fealdad de aquél, esclamó al pasar por su lado:

—¡Canario, qué feo!

I no apeó la esclamacion el tal hasta que escamado el aludido, le interpeló diciéndole:

—Diga Ud., ¿piensa Ud. estar así toda la tarde?

A lo que hubo de replicar el otro:

—I piensa Ud. amigo, que en toda la tarde puede decirse lo feo que es Ud?

* *

PÓNGASE UD. EN SU LUGAR!...

Pasaban el Ebro en una barca un sarjento i un cura, llevando éste último del ronzal a su jumento, que iba temblando de miedo. El sarjento, que deseaba sin duda burlarse del padre, le dijo:

—¿Por qué tiembla tanto el rucio, señor cura?

—Dígame Ud., señor sarjento, respondió el clérigo con marcada intencion; si Ud. tuviese una cuerda al cuello, hierro en los piés i un cura a su lado ¿no temblaria Ud. talvez mas?

LA ESTRANJERA.

En vano, melancólica estranjera,
Buscas aquí tus flores i tu sol;
Luz de otro sol i flores de otra tierra
No tienen fuego, aroma, ni color.

Te preguntan qué tienes, no respondes;
Pero bajas tristísima la sien;
Niña i proscrita, nadie te conoce,
Nadie sabe tu pena adormecer.

¡Infeliz! ni un suspiro! ni una lágrima!
¡Cuánto dice en silencio tu dolor!
Acaso entre las sombras de tu patria
La sombra de un amante resbaló.

I cuando vaga un nombre por los labios,
I llena del ausente el alma está,
¡Qué valen las caricias de un estraño
Que viene nuestro culto a profanar!

Sonries, i es acerba tu sonrisa;
Hablas, i es triste el eco de tu voz;
I si alzas la mirada, tus pupilas
Brillan como la estrella del dolor.

Misterio de pesar, vírjen infausta,
¡Oh! si pudiera consolarte yo!
¿Te falta amor?—¿Mi corazon no basta?
¿Patria?—¡Patria te dá mi corazon!

RAFAEL POMBO.

Contenido de este número.

I.—Santa Cecilia, continuacion, por una suscritora, páj. 113.
II.—Desengaño, poesía, por Mario Valenzuela, páj. 115.
III.—El poder público, conclusion, por Antonio Várgas F., páj. 115.
IV.—Apólogo, poesía, por Santiago Pérez, páj. 120.
V.—Una hora de coquetería, por Juana Manuela Gorriti, páj. 121.
VI.—Horacio, estudio literario, continuacion, por F. C. Z., páj. 122.
VII.—Variedades, páj. 126.
VIII.—La estranjera, poesía, por Rafael Pombo, páj. 128.

BIBLIOTECA DE «LA ESTRELLA DE CHILE.»

LA COMUNA I SUS ENSEÑANZAS.

La interesante conferencia sobre la Comuna de Paris que leyó nuestro amigo don Máximo R. Lira en el «Club de Amigos del Pais» i que hemos publicado en estas columnas, impresa en una elegante i económica edicion se halla a venta a 30 cts. el ejemplar en esta imprenta i en las cigarrerías de don Eusebio Montes.

No necesitamos recomendar al público el trabajo de nuestro amigo Lira. Los talentos de este jóven escritor, revelados ya en mas de un opúsculo, son sobrada recomendacion.

IMPRENTA DE «EL INDEPENDIENTE.»

LA ESTRELLA DE CHILE.

AÑO V. Santiago, diciembre 3 de 1871. Núm. 218.

SANTA CECILIA.

(Conclusion.)

SU INFLUENCIA SOBRE LAS BELLAS ARTES.

1.° *Escuela sensualista.* Uno de los mas grandes jenios que haya pagado su tributo al sensualismo es Rubens. En efecto casi siempre se dirije esclusivamente a los sentidos: de aquí proviene la vivacidad de su colorido, la opulencia de las carnaduras que parecen palpitantes de vida; pero tambien nada es ménos relijioso — si se esceptuan *El descendimiento de la Cruz* i la *Elevacion en la Cruz*— que la mayor parte de sus composiciones relijiosas. Por mas que su Santa Cecilia levante tiernamente los ojos, su fisonomía i su traje no despiertan mas que ideas profanas. Que otros admiren el vigor de la carnacion, el brillo de los vestidos; en cuanto a nosotros creemos que una salud tan opulenta no conviene mucho a la jóven cristiana que ayunaba i velaba para entregarse con mas sosiego a la oracion. En cuanto a los amorcillos mofletudos que revolotean en torno suyo, son poco a propósito para despertar puros i nobles pensamientos.

Pero no busquemos vanamente en la escuela sensualista un tipo de belleza que ella no podria proporcionarnos, i veamos cómo han comprendido a Santa Cecilia aquellos artistas que, sin preocuparse mucho de espresar una idea cristiana, han querido al ménos satisfacer a la razon i hablar por medio de las líneas i de los colores a la intelijencia.

2.° *Escuela racionalista.* De todos los pintores que agrupamos bajo el nombre de *escuela racionalista*— es decir espiritualista sin ser precisamente cristiana— el mas célebre, o al ménos el que ha consagrado a la gloria de Santa Cecilia obras mas importantes, es el Dominiquino. Sus frescos de la Iglesia de San Luis de los Franceses en Roma, pasan por clásicos. Se vé en ellos a Santa Cecilia distribuyendo desde la azotea de su casa vestidos a una multitud de pobres, divididos en grupos pintorescos, que se los disputan entre ellos. En otra Almaquio sobre su silla invitando a la santa con un jesto imperativo a sacrificar a los ídolos. Ella, con noble ademan, manifiesta que será trabajo perdido el que se toman los sacerdotes que traen un chivo, i que envano hacen humear el incienso sobre un trípode ante la estátua de Júpiter. Mas allá Cecilia exhala su espíritu rodeada de mujeres arrodilladas; unas la contemplan absortas, otras esprimen con esponjas en vasos la sangre de sus heridas. Entre tanto el pontífice Urbano la bendice i un ánjel le trae del cielo una palma i una corona. En fin en la bóveda está pintada la apoteósis de la santa, que aparece subiendo al cielo en brazos de los ánjeles.

Pero el cuadro de Dominiquino que se halla en la gran galería del Louvre es mas jeneralmente conocido que los frescos de san Luis: santa Cecilia aparece de pié, i miéntras canta las alabanzas del Creador acompañándose con violon, un ánjel le presenta un libro de música; ella no lo nota i levanta hácia el cielo sus ojos que parecen próximos a inundarse de lágrimas. La cabeza es ciertamente noble e inspirada; pero es de sentir que en este hermoso cuadro la idea relijiosa no se acentúe un tanto mas; de manera que sin la aureola que rodea su rostro podria tomarse a la santa por una Sibila.

Guido, con su gracia característica, nos ha representado a santa Cecilia moribunda echada sobre un costado como en la estatua de Maderno. Ella tiene sinembargo los brazos cruzados sobre el pecho i no vuelve hácia atras la cabeza: dos mujeres con paños enjugan la sangre de sus heridas i en el fondo aparece un ánjel con una palma que se apresta a entregarle.

A Aníbal Carrachio se atribuye jeneralmente la santa Cecilia que se encuentra en Roma en el Museo del Capitolio. De todas maneras es fácil reconocer en cierto tinte de naturalismo mui perceptible una obra

de la escuela bolonesa. Como en otros cuadros, la santa aparece cantando acompañándose con órgano; pero en éste se vé a la Santísima Virjen teniendo al niño Jesus en sus brazos, i a un relijioso dominico, figuras mui espresivas i que parecen extasiarse con el celeste concierto.

Santiago Stella, que vivia en la primera mitad del siglo XVII, nos ha dejado una santa Cecilia de pié, tocando el órgano entre dos ánjeles que cantan a su lado. Tiene una corona de rosas en la cabeza; pero mas graciosa que inspirada, parece un retrato de alguna niña aficionada a la música de la época de Luis XIII.

El cuadro de Mignard es mucho mas célebre. De una ejecucion mui acabada, con gran esmero en todos sus detalles, causa todavía, por la hermosura de sus colores, la admiracion de los artistas. La santa, engalanada con ricas vestiduras, i ceñida la cabeza con un inmenso turbante que le da un tinte oriental, está sentada i tocando el arpa. Por desgracia tanta magnificencia nos deja frios: no divisamos allí mas que una sibila persa que se prepara a dar algun oráculo i nada absolutamente que nos haga recordar a Roma i a los primeros mártires.

3.° *Escuela mística.* Mas allá de la rejion de los sentidos i de aquella en que se ajita de ordinario el espíritu humano, se estiende el mundo sobrenatural i divino: mundo en donde no se penetra sin un corazon puro i cuya belleza no se gusta sinó mediante la oracion i la humildad, estas dos alas del alma. La escuela mística de pintura, desdeñada por algunos, exije pues una cierta preparacion moral i podria escribir sobre su puerta como una advertencia saludable: «Nadie entra aquí que no sepa lo que es amar a Dios» Allí es donde vamos a buscar el tipo de santa Cecilia en toda su belleza sobrenatural i los reflejos celestes del éxtasis sobre un rostro humano.

Solo mencionaremos para satisfacer a los arqueólogos a la santa Cecilia de Cimabué que se encuentra a la entrada de la magnífica galería de los Uffizi en Florencia. Es todavía un tipo de virjen bizantina, que no carece sinembargo de majestad en medio de su descarnada rudeza.

Mucho mas celeste es la impresion que deja la santa Cecilia del bien aventurado Frai Anjélico de Fiesole en su maravilloso cuadro de la *Encarnacion de la Virjen* que abre tan dignamente la gran galería del Louvre.

Cecilia está en primera línea hácia el centro, cerca de santa María Magdalena, fácil de reconocer por su larga cabellera rubia; completamente absorta en la contemplacion de Cristo i sin preocuparse del mundo, le vuelve las espaldas, de modo que se vé su largo manto azul, i una corona de rosas, símbolo de la virjinidad, ciñe su cabeza. Sinembargo ese perfil que apénas se nota no carece de gracia i hace adivinar un rostro radiante de pureza i de amor.

En pocas partes hai obras tan hermosas como en Bolonia. En la capilla de Santa Cecilia, detras de San Giacomo mayor, diez admirables frescos representan toda la historia de la santa. De la misma mano de Francisco Francia tenemos sus nupcias con Valeriano i sus funerales: otros asuntos fueron representados por sus discípulos. Los dos cuadros que representan al papa Urbano instruyendo a Tiburcio i a la virjen distribuyendo sus bienes a los pobres pasan por las obras maestras de Lorenzo Costa. Pero es al museo donde es preciso ir a admirar a la santa Cecilia de Rafael, uno de los mas hermosos cuadros, i sin disputa el mas espléndido homenaje que haya rendido el arte a la virjen romana. Estuvo en Paris desde 1798 hasta 1815; pero este año fué trasladado a Bolonia i merece él solo la pena de un viaje mas allá de los Alpes. De pié, olvidándose del órgano sobre el cual caen sus manos, Cecilia extasiada, parece como que escuchara melodías anjélicas i contempla el admirable coro que el artista nos muestra en el cielo entreabierto; al lado de ella aparecen san Pablo, san Juan, santa Magdalena i san Agustin, i a sus piés se ven esparcidos algunos instrumentos de música profana. Parece que Rafael hubiera querido resumir en esta sublime pájina las mas altas enseñanzas de la filosofía. Hé ahí desde luego figurado por esos instrumentos de placeres, el mundo sensible, de cuyos halagos es necesario desprenderse. Pero si es bueno conocer este mundo en que se ajita el espíritu humano, es preciso a ciertas horas saber como Cecilia, levantarse a mayor altura i reconcentrarse para escuchar los conciertos inefables de los ánjeles. ¿Argüiremos que somos pecadores?—Hé ahí a Magdalena con su vaso de perfumes, i tras ella

Agustin que pueden infundirnos esperanza; ellos tambien conocieron los ardores de los sentidos, las resistencias orgullosas del espíritu; pero allí están para atestiguar que la penitencia i la humildad pueden vencer a los sentidos i al orgullo. ¿Alegaremos que, obligados a llevar una vida activa, nos agobian las ocupaciones?

Hé ahí a San Pablo, el apóstol de las naciones; el tambien conoció los quehaceres, los negocios, los naufrajios i los peligros de todo jénero; sinembargo apoyandose en su espada, está entregado a la meditacion. ¿Sois finalmente filósofos o teólogos? Ved a San Juan, vuestro maestro. Radioso contempla el éxtasis de la santa como si dijera: «Olvidaos un tanto vosotros mismos, desentendeos del ruido de las palabras humanas; como Cecilia escuchad al Verbo i sus armonías divinas: contemplad esa doncella! Ella ha sabido encontra el amor, la paz i la dicha!»

Entre los modernos solo encontramos en Alemania la Santa Cecilia de Molitor que hace recordar por su actitud la de Rafael i en Francia la de Pablo Delaroche. Sentada sobre un sillon antiguo, vestida de una túnica de anchos pliegues, la virjen sujeta con la mano su manto bordado con una franja de oro i con la otra toca un organito que dos ánjeles le presentan arrodillados. Esta obra está impregnada de suavidad, de poesía i de recojimiento, i forma contraste con muchísimas otras de la edad moderna.

Pero hai un arte— la Música— de que Santa Cecilia es especial patrona. No es fácil saber por que, entre tantas otras virjenes romanas, fué elejida nuestra santa; el sentido místico de la tradicion que habia hecho de Cecilia la reina de la armonía se ha perdido i nos vemos precisados a contentarnos con simples conjeturas. Al ménos esperamos que las que vamos a presentar a los lectores les parecerán mui plausibles.

Sin duda que, descendiente de una raza ilustre, instruida en el arte de agradar, Cecilia habia aprendido la música; sin duda tambien que era a Dios a quien consagraba esos conocimientos adquiridos con miras orijinariamente mundanas, i que en medio de las asambleas de los fieles en las catacumbas debió de tomar parte en el canto de los himnos i de los salmos. Pero el argumento mas serio en favor de este glorioso patronazgo que los siglos cristianos han atribuido a la santa, se encuentra en un fragmento de sus Actas, fragmento conservado en la liturjia romana: «*Cantantibus organis Cæcilia Domino decantabat: Fiat cor meum immaculatum ut non confundar.*»

Un crítico jansenista— perfectamente oscuro por lo demas— escribian en enero de 1732 en el *Mercure de France* «que la eleccion de Santa Cecilia por patrona de los músicos habia sido mui mal hecha»

En efecto, dice, un poco mas adelante «se vé bien que esta santa fué poco sensible a los encantos de la música, puesto que miéntras en el dia de su casamiento se tocaban varios istrumentos, ella se entregaba a la oracion» ¡Pobre hombre que no veia mas que la corteza de las cosas i el lado sensible del arte! El ignoraba que las naturalezas privilijiadas responde naturalmente a la música humana con la oracion, esta música divina! Seguramente él no habia oido jamas esas sublimes melodías que el alma amante se canta a sí misma i de las cuales apénas son como un eco débil los mas hermosos conciertos de este mundo.

El pueblo cristiano fué mas bien inspirado. El habia comprendido que la música i sobretodo la música relijiosa, la mas bella de todas, teniendo por supremo fin desprendernos de los sentidos para elevarnos hasta Dios, podia mui bien ser protejida por esa niña cuya alma habia llegado a ser como una lira que el mas lijero soplo hace vibrar i que, virjen i mártir, miéntras estuvo agonizante sobre las gradas enrojecidas con su sangre pareció entregada a los deliquios de un prolongado canto de amor.

En Roma i en Italia desde mui antiguo las cofradías de músicos se pusieron bajo el patronato de Santa Cecilia. En Francia hubo ya una en 1571 fundada en Evreux «por los cantores clérigos de la iglesia catedral i otros devotos habitantes de esta ciudad con el fin de aprender la música» En 1575 Enrique III aprobó por letras patentes «la cofradía de la señora Santa Cecilia establecida en Paris, en la iglesia de las grandes Agustinas por los artistas amantes de la música.» Estas cofradías desaparecieron, como muchas otras, en la tormenta revolucionaria; pero aun vive su espíritu en muchas partes.

Todos los años el 22 de noviembre la sociedad de los músicos hace celebrar en

Paris en la grande iglesia de San Eustaquio una misa a grande orquesta, funcion que en Bruselas se celebra el mismo dia i con igual pompa en la iglesia de Santa Gúdula i cuyos productos se invierten en socorrer a los socios pobres o inválidos. Sin duda que podria desearse a veces una música mas relijiosa; esas pretendidas misas demasiado teatrales, no parecen mui inspiradas cuando se comparan con los *oratorios* que Hœndel i Beethwoen han dedicado a Santa Cecilia. Pero al cabo debemos felicitarnos de que en estos tiempos en que el materialismo corroe tantos corazones, tales fiestas sean siempre las predilectas del pueblo. Se puede, en efecto, decir de la música lo que Tertuliano decia del alma, «que ella es naturalmunte cristiana.» Arrancar el alma a las cosas que se tocan, se pesan i se ven; sumerjirla por completo en las armonías que la hacen adivinar lo infinito, es siempre prepararla para la oracion.

Ademas, sabemos que Santa Cecilia es bastante poderosa en el cielo para hacer un cristiano de mas de un curioso. Nunca fué posible acercarse a ella impunemente miéntras vivió en el mundo, ni celebrar su memoria desde que reina en el cielo. Ella ha tenido su corte de literatos i de poetas, de pintores i músicos, jentes de alma ardiente, que la santa ha sabido levantar dulcemente hácia sí. Para cada uno de sus protejidos ha obtenido alguna gracia especial; otros pueden venir en lo sucesivo con la seguridad de que los tesoros de que dispone aun no se han agotado.

A los primeros cristianos que leyeron su historia inspiró el amor a la castidad i la fuerza del martirio; a los artistas que quisieron representarla reveló un tipo de belleza desconocido a la tierra; para el mas humilde de sus devotos tiene sonrisas que curan maravillosamente el alma.... ¿Quién inspiró mayor número de obras maestras, quién fué mas amada que esta vírjen, quién está mas vivo que esta muerta de hace diez i seis siglos? Pero ella murió por el Cristo, mártir de amor, i acaso ¿ésto es morir?

Santiago. noviembre 29 de 1861.

UNA SUSCRITORA.

A UN AMIGO.

EN EL NATALICIO DE SU PRIMOJÉNITO. (1)

I.

«Que traigan pluma i papel,
Que voi a perder el juicio
Celebrando el natalicio
De mi querida Isabel.

I aunque mis voces alarmen
Al barrio de abajo arriba,
Yo quiero gritar: «que viva
Mi linda Isabel del Cármen.»....

La que por antigua fé
De solariego fervor, (2)
Va a tener por protector
A mi señor San José....

La que a un nombre que consuela
Supo otros dos agregar
Con los que se va a llamar
Isabel, Pepa i Carmela»....

II.

Así esclamé con locura
Cuando tu carta lei;
I en el corazon senti
Placer, envidia i ternura.

Placer de verte dichoso,
Envidia por imitarte
I ternura de mirarte
Tambien padre a mas de esposo.

Crecida prole predijo
El Dios bueno al hombre honrado;
Por eso de Dios enviado,
Nuncio de amor es un hijo.

¡Feliz el que los alcanza!
I ¡ai! de la infeliz coyunda
Que, como planta infecunda,
Vive sin luz ni esperanza!....

III.

Eres feliz: de tu esencia
Otra esencia ves nacer,

(1) Debemos a un amigo esta preciosa composicion que acaba de dirijirle nuestro simpático poeta con ocasion del nacimiento de su primer hijo.

(2) Ha sido costumbre en la familia de la recien nacida poner el nombre de San José. Josefa se llamaba tambien la madre del señor Soffia.

Tu ser enjendra otro ser
I duplicas tu existencia.

Nació tu madre querida,
I tú vinistes despues;
Hoi nacer a tu hija ves,
I ella a otro ser dará vida.

¡Arcano de amor bendito;
Misterio insondable i tierno,
Que naciendo de lo eterno,
Va a dormir a lo infinito;

I formando una cadena
Que nunca se ha visto rota,
Hace al hombre árbol que brota
Mas, cuanto mas se cercena!

IV.

El fruto de tus amores
Será el ánjel de tus dias,
La luz de tus alegrias
I el placer de tus mayores.

Fuente de amor i salud,
Hará de tu hogar un templo;
¡Tú lábrale con tu ejemplo
Rica herencia de virtud!

Dios la enseñará a sentir
I a perdonar los agravios;
¡Vela tú porque sus labios
Nunca aprendan a mentir!

¡Que la virtud de su madre
Haga de tu hija una perla!
¡Que todos sepan quererla
Como la quiere su padre!

J. Antonio Soffia.

REVISTA BIBLIOGRÁFICA.

NOVIEMBRE.

I.

Durante el mes de noviembre se han hecho por las prensas nacionales las publicaciones siguientes:

«Elementos de Jeografía física» por Diego Barros Arana.—1 vol. en 4.° de 334 pájs.—Imprenta de *La República*.—Santiago.

«Una víctima del honor,» novela social por V. Murillo.—1 vol. en 4.° de 218 pájs.—Imprenta *Nacional*.—Santiago.

«Esploracion de la costa de Llanquihue i archipiélago de Chiloé practicada por órden del Supremo Gobierno,» por Francisco Vidal Gormaz.—1 vol. en 4.° de 168 pájs. i un plano litografiado.—Imprenta *Nacional*.—Santiago.

«Empresa del gran canal de San Cárlos del Ñuble.»—1 vol. en 4.° de 20 pájs.—Imprenta de *El Ferrocarril*.—Santiago.

«Estatutos del Banco Agrícola.»—1 vol. en 4.° de 14 pájs.—Imprenta de *El Ferrocarril*.—Santiago.

«Memorial al cristiano.»—1 vol. en 8.° de 32 pájs.—Imprenta de *La República*.—Santiago.

«Estatutos de la sociedad *Union protectora de cigarreros*.—1 vol. en 8.° de 16 pájs.—Imprenta *Militar*.—Santiago.

«Los dramas de Paris» por Ponson du Terrail.—Tomo III.—1 vol. en 4.° de 280 pájs.—Imprenta de *La Patria*.—Valparaiso.

«Memoria que el Ministro de Estado en el departamento de Relaciones Esteriores presenta al Congreso Nacional de 1871.»—1 vol. en 4.° de 255 pájs.—Imprenta *Nacional*.—Santiago.

«Almanaque pintoresco para el año bisiesto de 1872.»—1 vol. en 4.° de 32 pájs.—Imprenta de *El Mercurio*.—Valparaiso.

«Almanaque chileno para el año bisiesto de 1872.»—1 vol. en 4.° de 32 pájs.—Imprenta de *La Librería de «El Mercurio.»*—Santiago.

«Conferencias sobre el protestantismo predicadas por el Párroco de San Felipe a sus feligreses.» Conferencias 1.ª i 2.ª—2 vol. en 12.° con 26 pájs.—Imprenta de *El Independiente*.—Santiago.

«La Comuna i sus enseñanzas.»—Lectura dada en el Club de Amigos del

Pais, por Máximo R. Lira.—1 vol. en 8.° de 112 pájs.—Imprenta de *El Independiente*.—Santiago.

«Tratado teórico i práctico de telegrafía eléctrica para el estudio de este ramo i uso de los empleados de las líneas telegráficas,» ilustrado con 28 figuras, por Francisco Cabrera Gacitúa.—Imprenta *Nacional*.—Santiago.

«Proyecto de estatutos de la sociedad anónima titulada *Sociedad hydroterápica de Santiago*.»—1 vol. en 4.° de 10 pájs.—Imprenta de *El Ferrocarril*.—Santiago.

«La mujer.»—Apuntes para un libro, por Severo Catalina.—Segunda edicion.—1. vol. en 4.° de 307 pájs.—Imprenta de *La Libreria de «El Mercurio.»*—Santiago.

«Gramática de la lengua castellana,» por Félix Arriaga.—1 vol. en 8.° de 288 pájs.—Imprenta de *El Independiente*.—Santiago.

«Ordo Divini officii recitandi Sacrique peragendi, juxta ritum Sacri Ordinis Fratrum Prædicatorum pro provincia Sancti Laurentii Martyris in Republica Chilensis constituta; anno Domini MDCCCLXXII.»—1 vol. en 8.° de 64 pájs.—Imprenta de *El Independiente*.—Santiago.

«Informe que el Superintendente del ferrocarril entre Santiago i Valparaiso presenta al Supremo Gobierno por el año de 1870.»—1 vol. en 4.° de 18 pájs. i con 26 estados o cuadros.—Imprenta *Nacional*.—Santiago.

«El matrimonio civil considerado como sacramento» por Luis Lavin Mata.—1 vol. en 4.° de 75 pájs.—Imprenta *Americana*.—Santiago.

«Estadística comercial de la República de Chile correspondiente al año de 1870.»—1 vol. en fol. de 285 pájs.—Imprenta de *El Mercurio*.—Valparaiso.

«Contestacion del Superintendente del ferrocarril entre Santiago i Valparaiso a varios cargos dirijidos contra la administracion jeneral de la empresa.»—1 vol. en 4.° de 76 pájs.—Imprenta de *El Mercurio*.—Valparaiso.

«Estracto del catálago de la biblioteca del Instituto Nacional de Chile, para el uso de los alumnos de este establecimiento.»—1 vol. en 4.° de 30 pájs.—Imprenta *Americana*.—Santiago.

«Caracoles.»—Cartas descriptivas sobre este importante mineral dirijidas al señor don Tomas Frias, Ministro de Hacienda de Bolivia por J. V. Lastarria.—1 vol. en 8.° de 88 pájs.—Imprenta de *La Patria*.—Valparaiso.

«Leonor o el último dia de los Jesuitas».—Drama histórico en cinco actos, por Anjel C. Vicuña—3.ª edicion aumentada i correjida.—1 vol. 4.° de 61 páj.—Imprenta *Chilena*.—Santiago.

«Las dos queridas», por Alfredo Musset.—Traduccion de José N. Donoso Ramirez.—1 vol. en 8.° de 138 pájs.—Imprenta *Chilena*.—Santiago.

«Almanaque divertido para 1872, publicado por Jacinto Nuñez.—1 vol. en 4.° de 56 pájs.—Imprenta de *La República*.—Santiago.

«Manual de piedad».—Dedicada a los devotos del Sagrado Corazon de Jesus.—1 vol. en 8.° de 586 pájs.—Imprenta de *El Correo*.—Santiago.

«El ánjel del hogar», novela por doña María del Pilar Sinues de Marcó. (Publicada en los folletines de *El Independiente*).—«El inquilinaje en el departamento de Caupolican» del *Boletin de la Sociedad Nacional de Agricultura*.)—1 vol. en fol. con 77 pájs.—Imprenta de *El Independiente*.—Santiago.

«Estatutos del Club de Constitucion» aprobados el 15 de octubre de 1870.—1 vol. en 4.° de 12 pájs.—Imprenta de *El Mercurio*.—Valparaiso.

«Crónica de la Serena desde su fundacion hasta nuestros dias 1549-1870.»—Escrita, segun los datos arrojados por los archivos de la Municipalidad, Intendencia i otros papeles particulares, por Manuel Concha.—Entrega 4.ª a 7.ª—1 vol. en 4.° de la páj. 56 a la 167.—Imprenta de *La Reforma*.—Serena.

«Las miserias de Lóndres», por Ponson du Terrail.—Entregas 7.ª a 11.ª—1

vól. en 4.° de la páj. 289 a la 528.—Imprenta de *La Patria*.—Valparaiso.

«La felicidad es una quimera,» por Hermójenes Concha i Marin.—Entregas 5.ª a 8.ª—1 vol. en 4.° de la pájina 129 a la 256.—Imprenta de *El Independiente*.—Santiago.

«Los Talaveras.»—Novela histórica, por Mefistófeles.—Entregas 3.ª a 12.ª—1 vol. en 4.° de la pájina 49 a la 228.—Imprenta *Militar*.—Santiago.

II.

En los últimos dias de noviembre ha comenzado a ver la luz pública en Concepcion un nuevo periódico bisemanal, *La Libertad Católica*. Esta publicacion es otro campeon mas que en la palestra del periodismo viene a reforzar al grupo de los defensores de los buenos principios i a contribuir a la propagacion de las buenas ideas. Saludamos sincera i cordialmente al nuevo colega.

En Curicó ha comenzado tambien a publicarse *El Protector* i en Linares *La Idea*, ámbos periódicos semanales.

LOS ESPOSOS.

(En el album de unos novios.)

Yo ví dos flores galanas
Que en los jardines nacieron:
¿Eran esposas o hermanas?
No lo sé, pero lozanas
Las dos unidas crecieron.

I eran sin duda felices
En su recíproco anhelo,
Porque las dos en el suelo
Confundian sus raices
I su perfume en el cielo.

Así vosotros; unida
Con dulce lazo de amores
Vereis correr vuestra vida
Tranquila i embellecida
Como la de esas dos flores.
.....

En la tierra peregrinos
¿Qué os falta si vais los dos
Por unos mismos caminos?
Solo sellar ante Dios
La union de vuestros destinos.

Máximo R. Lira.

HORACIO.

ESTUDIO LITERARIO.

(Conclusion.)

El poeta concluye al fin su obra: arrastrado por su injenio ha escrito su última línea; ¿han acabado por fortuna sus deberes? Léjos de eso, entónces es cuando principia a cumplir los mas penosos i difíciles. No conviene, dice Horacio, que el poeta publique sus producciones inmediatamente despues de haberlas escrito. Harta prudencia, no escasa modestia i circunspeccion sin límites, hé aquí los sentimientos de que debe hallarse animado un autor, porque tiene que someter su talento a un trabajo árduo en estremo, el de la correccion; correccion constante, incansable, continua e imparcial. Su objeto debe ser siempre alcanzar el mayor grado posible de perfeccion, i para esto uno de los medios mas importantes es el uso de la lima. No teniendo de sí mismo una elevada idea la correccion no le parecerá innecesaria, i dejando trascurrir cierto tiempo, que Horacio fija en nueve años, será mas efectiva i acertada. La pluma vuela veloz arrastrada por el calor de la improvisacion, las ideas quedan estampadas en el mismo órden i en la misma forma en que se presentan a la intelijencia i la primera redaccion adolece las mas veces de redundancia. Defectos son éstos que es necesario desterrar haciendo un exámen prolijo, lento, frio e imparcial, posible solo para el escritor mismo despues de algun tiempo.

Tampoco se debe despreciar el juicio de la amistad sincera i leal i no la de aquellos aduladores, verdaderos hipócritas que no tienen mas opinion que la alabanza ni mas juicio que el elojio:

....Si carmina condes
Numquam te fallant animi sub vulpe latentes. (68)

Concluye la poética de Horacio con uno de esos bosquejos que tan diestramente sabia delinear. Del mismo jénero que la célebre fábula de los dos ratones, (69) la descripcion del poetastro, es delicada, fina i satírica. La vanidad del mal poeta, el prurito de leer sus abominables versos a todo individuo que tiene la desgracia de encontrarle i mil otras miserias humanas, hacen de él un objeto de aversion para doctos e ignorantes.

Indoctum doctumque fugat recitator acerbus. (70)

¡Ai de aquel que se deje atrapar! La lectura lo martirizaria hasta darle la muerte i el lector tendria una tenacidad igual a la de la sanguijuela, que solo abandona el festin cuando se ha saciado con sangre.

....Tenet occiditque legendo
Non missura cutem nisi plena cruoris hirudo (71)

Este es el último verso de la poética. Si se examina la estructura de los versos, el reducido campo que abraza, i el desarrollo que a ciertas materias ha dado Horacio, fácil será convencerse que no pretendió escribir un tratado completo i fundamental. El estilo que domina en toda la obra revela que su autor solo la consideraba como una epístola familiar que encerraba los principales preceptos que deben guiar al escritor. (72) No son pocas sinembargo las reglas que ha consignado en ella i están tan bien escojidas que, amplificándolas i dándoles todo el desarrollo de que son susceptibles, ellas solas bastarian para dar a conocer el arte de escribir.

Por lo demas no está escasa de bellezas i solo nos contentaremos con recordar la descripcion de las edades, que ya hemos citado, i aquel verso:

Parturient montes, nascetur ridiculus mus.

en el que el poeta añade, a la sátira de la idea, la sátira del metro, pues el verso está construido de tal manera que principia por enormes i altisonantes palabras, *parturient montes*, como prometiendo mucho, i concluye con el insignificante monosílabo *mus*.

Siendo, pues, nada mas que una epístola familiar, no nos debe sorprender que abunden en ella locuciones prosaicas, que jamas se admiten en la poesía latina, i violaciones de las reglas de versificacion, como son los innumerables versos que terminan por monosílabos, entre otros, los siguientes:

Sed non ut placidis coëant immitia non *ut*... (73)
Et nova fictaque nuper habebunt verba fidem (*si*... (74)
Grammatici certant et adhuc sub judice lis (*est*... (75)
Versibus exponi tragicis res comica non *vult*... (76)
Publica materies privati juris erit, *si*... (77)

e innumerables otros. Ocurre tambien la siguiente licencia, imitada por frai Luis de Leon en una de sus mas conocidas composiciones:

.....Mirabor si sciet inter—
—Noscere mendacem..... (78)

Pero si esceptuamos estos detalles que se refieren a la forma, volvemos a decir, el poema de Horacio es excelente i de grande utilidad desde que preciosos deben ser los consejos del que ha sabido aplicarlos con tan feliz suceso. Efectivamente la poética del vate latino ha servido de base para todos los trabajos de ese jénero que posteriormente se han emprendido. ¿Qué ha hecho Boileau en Francia, Vida en Italia, Martinez de la Rosa en España i Blair en Inglaterra, sino seguir paso a paso las huellas del poeta Venusino? Apénas podria darse mayor prueba de su mérito. Ademas de su poética tiene Horacio ya en sus epístolas, ya en sus sátiras, trozos que tambien pertenecen al jénero didáctico. En el primer libro de las sátiras, la décima es la mas notable a este respecto. En ella, con pretesto de fundar un juicio que sobre Lucilio habia

(68) A. P. 436.
(69) Sat. 2. 6. 79.
(70) A. P. 474.
(71) A. P. 475.
(72) En efecto, la obra de Horacio está dirijida a L. Piso que fué cónsul el año 15 ántes de J. C. i a sus dos hijos. Viedma cree erróneamente que *ad Pisones* quiere decir, a los habitantes de Pisa, *a los pisanos*.
(73) A. P. 23.
(74) A. P. 52.
(75) A. P. 78.
(76) A. P. 89.
(77) A. P. 131.
(78) A. P. 424.

espresado ántes, tiene ocasion el poeta de esponer muchos preceptos dignos todos de grabarse en la memoria de los escritores jóvenes. (79) Tenemos tambien la epistola segunda del segundo libro que, a no ser por ciertas circunstancias de que en ella se ocupa el poeta, seria una verdadera obra didáctica. Sírvanos de ejemplo aquel bello trozo cuajado de excelentes reglas que principia:

Ridentur mala qui componunt carmina: verum
Gaudent scribentes..... (80)

i que la estrechez de nuestros límites no nos permite citar íntegro.

Hemos concluido el análisis de las obras de Horacio; solo nos resta presentar en conjunto el resultado de nuestras investigaciones. Como todo gran hombre no le han faltado malquerientes a Horacio, pero sus apasionadas voces han sido ahogadas por el fallo unánime e imparcial de la posteridad, fallo inalterable que ha sido confirmado por la sana crítica de todos los tiempos i que el buen gusto conservará siempre intacto. Ningun poeta antiguo es tan popular; i justo es que así sea desde que el poeta romano defiende a menudo una causa que interesa a la mayor parte de los hombres. Siempre levanta ufano la arjentina voz en defensa del desvalido contra las pretensiones ilimitadas del rico. ¡Qué timbre mas honroso para el poeta que la oda 18 del libro segundo, en la que con palabras dulces les reprocha a los opulentos de aquella época el loco desvarío de levantar monumentos suntuosos, muchas veces abusando de la miseria i desnudez de los desgraciados! Horacio, cuyos modestos deseos estaban satisfechos tan solo con su huerto Sabino

Satis beatus *unicis* Sabinis (81).

con un talento poético sobresaliente, era el mas apropósito para emprender de un modo eficaz la defensa del pobre entónces tan peligrosa; era el mas adecuado para decir en voz mui alta, a magnates i señores poderosos, «el mismo cielo cobija al pobre i a los príncipes.»

.....Æqua tellus
Pauperi recluditur
Regumque pueris (82)...

(79) Vide Sat. I. 10. passim.
(80) Epist. II. 2. 106 seqq.
(81) Od. II. 18. 14.
(82) Id. ibid 32.

Pero no es ésta la única joya en la corona literaria de nuestro poeta. En todas sus obras brilla su injenio con nuevos fulgores i no disminuido esplendor. Tal es la perfeccion que en todas ellas ha alcanzado que parece haberlas escrito en aquel feliz período de la vida cuando la intelijencia ha adquirido toda su madurez i el corazon está abierto a todos los dignos sentimientos de belleza i jenerosidad. Tan cierto es que el talento no envejece i que cuando la inspiracion vivifica el pensamiento, nada importa i en nada influye la debilidad i decadencia del cuerpo.

Horacio es sublime en sus odas, picante i gracioso en sus sátiras, moral en sus epístolas, severo i correcto en su poética. En las odas, se supo elevar hasta Anacreon i Pindaro; en sus otras composiciones jamas se ha encontrado un igual. Ese tino asombroso que desplegó al trasplantar los metros griegos al idioma patrio, es prueba por sí solo de una eminente habilidad, de consumados conocimientos: i si del poeta Moratin se ha dicho con aire de lisonja que añadió nuevas cuerdas a la lira española, de Horacio podemos decir, sin exajeracion alguna, que inventó i perfecionó la lira romana.

No ha contribuido poco a embellecer las odas el período en que fueron escritas. Era aquélla un época de transicion social en la que se encontraban chocando elementos opuestos i en la que intereses numerosos se encontraban hollados por la naciente dictadura del jóven emperador. Época en que estaban excitadas las grandes pasiones i en la que los romanos todos se hallaban dispuestos a encontrar una voz digna que interpretase sus sentimientos. Esta voz fué la de Horacio que, grandiosa i sonora, cantó desde las gradas del Capitolio, asuntos dignos de Roma.

Cierto es que no desdeñaba celebrar en sus melodías asuntos triviales e insignificantes; pero esto léjos de ser motivo de vituperio es quizá su mayor gloria. ¿Qué es el poeta? Una de sus dotes es la de espresar dignamente, la de interpretar con fidelidad los sentimientos de la humanidad toda. Al contemplar los cielos en una serena noche de luna ¿a quién no se le llena el alma de ese sentimiento vago de tranquilidad, de muda belleza, reflejada en la trasparente bóveda que sin límites se estiende sobre su cabeza? ¿Quién es el que

no siente toda la imponente majestad de una selva virjen, cuando la recorre sin mas compañero que el prolongado eco de sus solitarios pasos? I sinembargo, pocos han descrito tales escenas con poética fidelidad.

Difficile est *proprie* communia dicere (83).

Nada fácil es dar bella espresion a los sentimientos comunes.

Pero si tanto brillan sus odas, no tienen ménos atractivos sus sátiras i epístolas. En sus sátiras especialmente se distingue de todos en que no se impone como un censor intachable, sino exhibiendo siempre sus propias debilidades. Los versos de Ovidio

Video meliora proboque
Deteriora sequor. (84)

parecen haber sido su guia, i es éste el medio de granjearse nuestra simpatia. En vez de mirarlo con aprension como a un severo censor, solo vemos en él a un hermano que padeciendo los mismos males nos tiende sinembargo una mano caritativa para aliviar nuestras dolencias. Bien se comprende la eficacia de este método i razon se ha tenido en decir que la sátira horaciana léjos de merecer ese duro nombre, debiera considerarse mas bien como una útil leccion que un inválido da a todos los que sufren.

Un hombre dotado de tan estimables prendas no podia ménos que verse rodeado de admiradores, i en efecto, asi sucedió. Muchos son los testimonios que de su mérito nos han dejado los autores clásicos. Quintiliano, el príncipe de los críticos, nos dice que Horacio es quizá el único poeta lírico digno de leerse: «Lyricorum Horatius ferè solus legi dignus. Nam et insurgit aliquando et plenus est jucunditatis et gratiæ et variis figuris et verbis, felicissime audax.» (85)

El festivo Ovidio tampoco se ha olvidado de dedicar a su amigo algunas líneas; en efecto, leemos en sus elejias.

Et tenuit nostras numerosus Horatius aures:
Dum ferit Ausonia carmina culta lyra. (86)

I el malogrado jóven Persio dice de él con suma delicadeza:

Omne vafer vitium ridenti Flaccus amico
Tangit, et admissus circum præcordia ludit;
Callidus excusso populum suspendere naso. (87)

Pero si, como se vé, en Roma supo Horacio conquistarse la admiracion de los Mecenas i Augustos, de Tibullo, de Pollion i otros distinguidos literatos, despues su fama ha ido estendiéndose, hasta que hoi ya carece de límites. No ha mucho tropezamos con unos versos franceses que pintan a Horacio con admirable fidelidad. Hélos aquí:

Qu'Horace connut bien l'élegance Romaine,
Il met le vrai dans tout son juor;
Et l'admirateur est toujours incertain
Entre la pensée et le tour.
Sublime, familier, solide, enjoue, tendre
Aisé, profond, naif et fin,
Digne de l'Univers, l'Univers pour l'entendre
Aime a redevenir latin.

Un poeta tan distinguido no podia carecer de traductores; los de las obras de Horacio son infinitos. No hai idioma en que no se hayan vertido i era tanta la excelencia del orijinal, que pocas traducciones agradan, siendo numerosas las que no han merecido un lugar en la historia de la literatura. Como nos dice un poeta.

Horace nous instruit, comme un ami commode
Sans trop s'assujetir a l'art, a la methode,
Son tour vif et naif enchante ses lecteurs
Et leur fait mepriser ses fades traducteurs.

Todo es sombra al lado de ese manantial de viva luz. Horacio está aislado, solo, dentro de un círculo májico que nadie osará traspasar, recibiendo los homenajes de la posteridad, homenajes que solo terminarán cuando las letras sean un anacronismo i las voces *buen gusto* hayan desaparecido de entre los idiomas del hombre.

F. C. Z.

(83) A. P. 128.
(84) Ovid. Metam. VII. 20.
(85) Quint. Inst. Horat. X. I.
(86) Ovid. Trist. IV. 10.
(87) Pers. Sat. I. 112.

EL ELIXIR DE LA VIDA.

I.

Era una hermosa noche del apacible mes de noviembre. Un jóven liberto afirmado en el alfeizar de una ventana que tenia por marco una verde enredadera, cuyos

festones de flores i verdura balanceándose en el espacio a impulsos de un suave viento acariciaban sus mejillas morenas, miraba absorto en muda contemplacion el magnífico panorama que se entendia a su vista en toda la estension del horizonte. Al pié de la ventana una luciente gradería de mármol limitando un jardin que embalsamaba el aire con las dulces emanaciones de su aroma, mas allá un estanque de cristalinas aguas rizadas suavemente por los cisnes en persecucion de su alimento, un bosque de mirto i de laurel-rosa ocultando estátuas de purísima blancura, allá mui léjos las niveas cúspides i los fragosos flancos de la montaña, en el cielo pardos nubarrones que impulsados por el viento ocultaban la luna sumiendo el paisaje en los misterios de las sombras o bañándolo de improviso i por momentos con sus melancólicos rayos.

El jóven, despues de largas horas de inmovilidad i de silencio, exhaló un suspiro, i a la luz de la luna que se mostró en esos momentos pudo verse su rostro bañado por el llanto.

—¡Dios mio! esclamó, estoi en la mitad de mi carrera, i creo que solo ayer mis ojos se abrieron a la luz....La otra mitad de mi existencia se deslizará rápida, desapercibida, silenciosa como la primera; i al borde del suplicio, al investigar como hoi los acontecimientos del pasado, creeré que de la cuna—dejándome apénas respirar un dia, el dia de mi nacimiento i de mi muerte—me encierran para siempre en el atahud! Yo no quiero morir, yo no quiero hundirme en el olvido. Morir!....Una lágrima que se secará al primer rayo de sol me acompañará al cementerio, i despues sombras tan lúgubres i tan impenetrables como las de mi tumba.....Yo no quiero morir!....es verdad que esclavo i deforme mi vida no ha sido un eden: los recuerdos de mi infancia, ese tiempo de frívolos i superficiales placeres son talvez los mas agradables de mi existencia, combatida mas tarde por las tempestades de las pasiones i los naufrajios del desengaño, triste herencia que no es posible evadir en ningun tiempo, en ninguna de las condiciones, en ninguna de las faces de la vida. Pero no importa, tengo horror al vacío, quiero detener esta marcha incesante i fatal que a cada momento, a cada segundo me arrastra irremediablemente a los umbrales de la muerte. ¿Qué fué del dia de ayer? No lo sé: lo daria por prolongar un minuto el dia de mañana. ¿I el de hoi? Lo que fué a estas horas el de ayer. ¿I el momento en que hablo? Oh! qué horror! ¿me pertenece acaso? ¿lo detengo por ventura en una mínima cantidad de tiempo? ¡Ai! miro hácia atras i mi vista se pierde en las sombras de un confuso recuerdo, miro hácia adelante....sombras, tambien, i sombras indecisas i sin formas!

I el liberto al decir estas palabras, loco de desesperacion i de angustia, abandonó la ventana i emprendió por la galería un frenético paseo.

Poco a poco, sinembargo, sus facciones fueron serenándose, i por fin un grito de alegría se escapó de su pecho.

—*¡El elixir de la vida!* murmuró...Creso, en cuyo palacio recibo hospitalidad, me ha colmado de presentes, i el pueblo de Samos debiéndome la exencion del tributo que este rei iba a imponerles, me dejarán en aptitud de adquirir ese licor prodijioso aunque pidan por él una fortuna.—Dijo i salió sin cuidarse de la lluvia que comenzaba a caer a torrentes.

II.

En un templo de techos artesonados i de pilares con chapiteles de oro, una mujer de ideal belleza i de trasparentes vestiduras grababa algunas cifras en una columna de bronce valiéndose de un estilo de diamante.

Absorta i complacida se manifestaba en su ocupacion, cuando un tímido golpe dado en la puerta la hizo volverse sorprendida.

—¿Quién turba el silencio del templo de la Inmortalidad? preguntó con un acento que parecian las notas de una música divina. I subiendo las graderías de una escala de nácar apareció en la azotea.

El liberto que hemos visto en una de las ventanas del palacio de Creso, i que conservaba aun en la mano el llamador de la puerta, se prosternó de hinojos al ver las nobles i majestuosas facciones de la celeste aparicion.

—Mujer o diosa, quien quiera que seais, dijo al fin, con voz suplicante i juntando sus manos; si os dignarais acceder a la súplica que vengo a dirijiros, me salvareis de la desesperacion i acaso de una temprana muerte.

—Penetro tus intenciones i leo en tu frente el signo de los predestinados; ven, dijo la diosa.

Obedeció el jóven i ámbos se perdieron en las avenidas del suntuoso palacio.....

.....

.....

Nadie tuvo conocimiento de esta nocturna visita, pero desde entónces vióse al liberto aislarse en lo posible del bullicio del mundo, absorberse en la meditacion, embeberse en la lectura, coleccionar i escribir nuevas fábulas que leian con avidez los pueblos de Lidia, Babilonia i Grecia. Pero el liberto declinaba visiblemente; sus mejillas se marchitaban, sus ojos perdian su vivacidad, el hábito de la meditacion lo puso melancólico i la tristeza reemplazó a su primitiva alegria.

III.

Cierto dia la plebe de Delfos se agrupaba en el frontispicio del templo de Apolo deliberando si penetraria en el interior para sacar a viva fuerza a un hombre que, conduciéndolo al suplicio, habia buscado un refujio en ese santuario. Ese hombre era el liberto que en una noche de noviembre soñaba con el *elixir de la vida* en el palacio de Creso: su crimen haber apostrofado de imbécil al pueblo que lo burlaba en su ciencia.

Estremecido de angustias, estenuado de fatiga, sintiendo los golpes que derribaban la puerta, esclamó con una angustia imposible de definir:

—¡He sido burlado por la mujer a quien fuera a consultar un dia sobre el *elixir de la vida!* Necio de mi que confié en sus pérfidas promesas!..... un pueblo frenético no tardará en conducirme a una muerte ignominiosa; pero si Apolo me sustrajera ahora a su furor, no tardaria en morir, pues el trabajo que emprendiera por pérfidas insinuaciones han estenuado mis fuerzas i mi vitalidad....

Miró a su alrededor con angustia, apercibiéndose que cedian las puertas a los golpes de la muchedumbre, cuando de pié i a su lado vió a la majestuosa mujer del templo que le dijo:

—¡Desgraciado! ¿qué has entendido por el *elixir de la vida*? ¿prolongar talvez por un tiempo indefinido tres dias sobre la tierra? pobre don buscabas entónces con tanto afan. La casa que hubieras poblado con una mujer i numerosos hijos, tendria con el tiempo en cada piedra, en cada grano de polvo un triste recuerdo que te haria traspirar sangre de desesperacion. ¡Cuántas piras habrian visto tus ojos reduciendo a ceniza a seres queridos, i a quienes en la hora de la prueba no querrias sobrevivir! ¡Cuántas veces en los dias de la adversidad no clamarias al cielo por la muerte, no teniendo un pan que llevar a tu hambrientos labios!

No lo dudes: en mil ocasiones maldecirias la virtud del elixir que te hiciera presenciar tantas desgracias, sufrir tantos desengaños, esperimentar tantos dolores.

Consulta el tiempo que has vivido..... ¿deseas recorrerlo de nuevo desde la infancia hasta hoi? No viene a tu memoria algun acontecimiento cuyo solo recuerdo te hace estremecer?....

¡Oh! no era ciertamente esa vida de amargura la que ofrecia prolongarte con mi elixir. Mírame..... soi la diosa de la Inmortalidad, i en la marmórea columna de mi templo tengo grabado tu nombre i esparcido por la fama vivirá para siempre sobre la tierra.

Calló la diosa, la muchedumbre derribó las puertas, penetró en el santuario i arrastró a Esopo al suplicio; pero hacen dos mil cuatrocientos cuarenta i seis años a que su nombre lo conservan las jeneraciones.

Gloria a él, fundador de la fábula i el primero i mas brillante escritor en ese jénero de literatura, gloria a él sobre sus imitadores i mas que todo sobre sus plajiarios, cualquiera que sea la elegancia con que hayan revestido las sábias invenciones del filósofo de la antigüedad.

V. Murillo.

ALGO SOBRE EL TELÉGRAFO.

Conferencia leida el mártes 28 de noviembre de 1871 en el «Club de Amigos del Pais» por Domingo Toro Martinez. (1)

La jeneralidad de las personas oyen repetir con frecuencia la palabra *telégrafo*;

(1) Terminada la lectura de esta conferencia, hizo el señor Toro Martinez en presencia de los concurrentes algunas demostraciones prácticas i esperimentos de telegrafía eléctrica.

pero no saben darse cuenta de la magnitud i de los efectos que encierra una frase semejante, ni se esplican el como pueda comunicarse, de un punto a otro mas lejano, por medio de los aparatos de este nombre.

Yo era uno de los que, ántes de conocer esta ciencia, no podia darme cuenta del modo i forma como se trasmitian los pensamientos. La física me demostró en otro tiempo lo que significaba el telégrafo; pero dejó un vacío que no era posible llenar sin conocer la materia prácticamente. Al fin, como quien trata de satisfacer una curiosidad, me dediqué por via de entretenimiento al aprendizaje de lo que al presente constituye mi ocupacion, basándose en esto la materia que en esta noche trataré, para ponerla al alcance de todos los que presencien las demostraciones prácticas del telégrafo. Empero, i ántes de entrar en esplicaciones, me permitiré dar algunas ideas de la teoría de los telégrafos en jeneral.

Telégrafo.—La etimolojía de esta palabra, segun los griegos, significa: *Yo escribo a lo léjos*. Los hombres se han aprovechado de ella para denotar los aparatos que emplean para comunicarse entre sí por medio de señales perceptibles a la vista i al oido. En el primer caso se llama *Optica*, i se hace uso de anteojos para ver las señales a grandes distancias, cuando no es posible a la simple vista; en el segundo, *Acústica* i se emplean vocinas o tubos metálicos bastante largos, segun las distancias a que se quiere trasmitir el sonido.

Este sistema, apesar de haber sido en otro tiempo casi el único medio de comunicacion, tiene al presente no obstante, una útil i frecuente aplicacion en la marina: a la entrada de los puertos hai jeneralmente telégrafos ópticos. Los buques de guerra de una misma nacion, tienen tambien su telégrafo especial de banderas para comunicarse.

El primer telégrafo óptico de señales que trasmitió el pensamiento con una gran lijereza, fué el inventado en Francia por el abate Chappe en 1793 i el cual se abandonó solo cuando los telégrafos eléctricos se jeneralizaron. La tumba de este ilustre frances tiene como principal adorno el telégrafo inventado por él.

Los telégrafos acústicos son empleados al presente como un medio que facilite la trasmision de órdenes en los buques de guerra i los grandes establecimientos. El sonido se propaga en el aire con una velocidad de 340 metros por segundo a la temperatura de 16° sobre cero.

La aplicacion de la electricidad a la telegrafía, vino a perfeccionar los sistemas de comunicacion conocidos hasta entónces, i a subsanar las dificultades que por los otros medios eran insuperables.

La electricidad *Estática* fué de la que al principio se hizo uso para comunicar; pero los resultados obtenidos con ella, no correspondieron al objeto; i solo hácia el año 1800, época del descubrimiento de la electricidad en estado dinámico por el sabio Volta, fué cuando se principiaron a inventar los verdaderos telégrafos eléctricos.

La electricidad dinámica tiene por fuente principal la accion química. Los diferentes aparatos empleados para producirla por este medio, se llaman pilas eléctricas. De dos clases es el flúido que desarrollan: uno se llama *positivo* i el otro *negativo*; el primero corresponde en un elemento de pila de Daniell, por ejemplo, al cobre i el segundo al aire.

Si se une el cobre i el zinc de una pila, de uno o muchos pares, el flúido eléctrico positivo se recompondrá con el flúido eléctrico negativo del zinc. A esta recomposicion que se efectúa de una manera continua, se ha llamado *corriente eléctrica*; la cual se manifiesta por sus efectos químicos, fisiolójicos i físicos.

Entre los últimos se encuentra la influencia que la corriente ejerce sobre los imanes.

Desde la antigüedad se conoce un óxido especial de hierro, que tiene la propiedad de atraer al acero, el *hierro dulce* etc.

El poder atractivo de este cuerpo puede comunicarlo al acero i hierro dulce; al primero de un modo permanente, i al segundo, solo durante el tiempo que está influenciado por el iman natural, nombre que se dá a este óxido magnético de hierro. Los imanes producidos de esta manera se llaman artificiales; i pueden, como se vé, ser estables o temporales.

Diferentes son las formas que se pueden dar a los imanes artificiales, sean estables o temporales.

Si tomamos una barra de iman permanente i la colocamos sobre un soporte fijo,

vemos que este iman móvil toma siempre una misma direccion, de norte a sur.

En todo iman se manifiesta el poder atractivo en los estremos con una fuerza mayor que en el resto de su estension: a estos estremos se les ha dado el nombre de polos del iman. Si encorvamos en forma de herradura esta barra, i le ponemos un cuerpo metálico que sea atraido, lo será con una fuerza doble que si lo fuera por un estremo solamente.

Si colocamos una barra delgada de iman permanente sobre un eje vertical, i hacemos pasar enfrente de ella una corriente eléctrica, se vé que el polo sur del iman, que mira al norte, se desvia hácia la izquierda. Si multiplicamos los pasajes de la corriente dando vueltas al alambre conductor, esta desviacion se hará mas i mas notable. El aparato construido bajo este principio, se llama *galvanómetro* o *multiplicador*.

Si una corriente ejerce, como acabo de demostrar, su influencia sobre un iman móvil, un iman ejerce tambien la suya sobre una corriente móvil.

Al alambre que sirve de conductor a una corriente eléctrica, se le puede dar diferentes formas; i entre otras, la de una espiral, a la cual se le ha dado el nombre de *Solenoide*.

Cuando aproximamos un iman a una corriente dispuesta de esta manera, vemos que uno de los estremos de éste atrae uno de los del Solenoide i repele con el otro al que primitivamente era atraido. Esta semejanza de accion entre los imanes i corrientes hizo que Ampère considerara en los imanes corrientes circulares, lo mismo que las del Solenoide. Estas corrientes son permanentes en los imanes estables; pero no sucede lo mismo en los temporales, en los cuales las corrientes eléctricas que imajinó solo están arregladas cuando tienen poder atractivo; pero no cuando ese poder ha cesado.

Esta misma semejanza lo indujo a construir imanes valiéndose de las corrientes eléctricas; para lo que solo es necesario colocar la barra que debe imantarse en el centro de una espiral del alambre por que debe pasar una corriente. En efecto asi sucede, i el poder atractivo de un iman temporal hecho de este modo, es tanto mayor cuanto sea el número de vueltas que dé el alambre al rededor de la barra. Esta barra está colocada dentro de una carretilla cubierta de este alambre; siendo esto a lo que se ha dado el nombre de *electro-iman*.

La imantacion que la corriente comunica a esta barra, durará tanto cuanto dure el pasaje de la corriente. De manera que si es un solo instante, ese mismo tiempo será el que dure el poder atractivo de la barra; si es mas durable, sucederá lo mismo.

Los electro-imanes de las máquinas son, como se vé, compuestos de dos ramas unidas por una barra horizontal, arregladas de modo que sus dos estremos correspondan a los dos polos opuestos de un iman lonjitudinal para que su poder sea mayor.

(Concluirá.)

UNA VÍCTIMA DEL HONOR.

NOVELA SOCIAL POR DON V. MURILLO.

I.

«La abolicion de la pena de muerte i el sincero respeto por las jóvenes que caen bajo las celadas de los sátiros,» hé ahí el objeto que, segun confesion de su propio autor, se persigue en la novela con cuyo título van encabezadas estas líneas. Principiemos, pues, reconociendo en ella un mérito de que carecen completamente casi todas las obras de este jénero. Destinadas a proporcionar solaz al espíritu, se olvida con frecuencia que es deber sagrado del escritor instruir i moralizar deleitando, i se busca jeneralmente el medio de producir efecto con la excitacion de las pasiones ménos nobles del ser humano.

De la novela puede decirse lo que del teatro; es buena, puede ser en alto grado útil, pero se la prostituido de tal suerte que ya no es la regla sino la escepcion hallar una que se conforme a los preceptos jenerales de toda composicion literaria; la moralidad i la utilidad.

Por eso, cuando el señor Murillo principia su novela proponiéndose un objeto noble, cualquiera que sea la idea que nosotros abriguemos sobre él, debemos apresurarnos a felicitarlo.

Pero, conviene dar, ántes de pasar mas adelante, un lijero estracto del argumento

de su novela, para debida intelijencia de las reflexiones que pensamos hacer.

Clotilde era una hermosa niña de quince años i Alfredo un apreciable jóven de veintitres. Alfredo amaba a Clotilde, pero en silencio i ocultando su cariño en el fondo del alma, porque la diferencia de posicion social,—la suya era humilde,—no le permitia aspirar a la mano de una rica heredera: se habrian mofado de su atrevimiento i hubieran creido que no el amor sino la herencia le atraia hácia Clotilde.

Esta, sinembargo, tenia por el jóven,—administrador, si no estamos equivocados de un molino de Luis, cuñado de Clotilde, —un aprecio especial; cariño de niña, inocente, tranquilo, que se permite innumerables familiaridades. Con él salia a paseo constantemente por las tardes i con él solo; con él gustaba de reir i de jugar. Asi crecia la pasion de Alfredo, sin que la melancolía de su rostro, reflejo de la agonia del corazon, revelase a Clotilde que habia inspirado al jóven una pasion profunda, porque Clotilde no era mujer aun.

Pero, llegó un dia en que un acto de heroismo verificado por Alfredo la hizo despertar de sus sueños de niña. Un peon que atravesaba cargando un pesado bulto la acequia del molino resbaló de la puente i cayó. No sabia nadar i el abismo lo atraia; iba a perecer. Clotilde, que presenciaba la escena, dió un grito de angustia; a él acudió Alfredo i, en ménos de un segundo, se arrojó al agua para salvar al desgraciado. Hubo allí una lucha terrible entre la vida i la muerte de la cual salió triunfante Alfredo: habia salvado al infeliz trabajador.

La emocion profunda de Clotilde ante aquel acto de sublime heroicidad la hizo despertar, como hemos dicho, de sus sueños de niña i solo entónces «fijó en Alfredo miradas de mujer.» Vió que era hermoso, sintió que lo amaba i desde entónces cesó en su trato familiar con el jóven. Impulsada por sus sentimientos i queriendo averiguar si era o podia ser correspondida en su amor, se dirijió a Samuel, especie de empírico o adivino, en demanda de un filtro para hacerse amar de Alfredo. El viejo Samuel, que amaba a la niña, aprovechó la oportunidad que su confianza le presentaba para tenderle una celada traidora. El filtro que le dió fué un narcótico. Cuando Clotilde hizo llamar a Alfredo en una noche con el objeto de hacerle beber aquel filtro que habia de conquistarle su amor, Samuel, que habia tomado habilmente toda clase de precauciones para ser testigo i actor en la escena que iba a suceder sin que pudiera ser sorprendido, se presentó tambien en su casa. Alfredo bebió el narcótico i cayó en un pesado letargo. Entónces se presentó el viejo, porque aquella era la oportunidad que acechaba, i, subyugando a Clotilde con la idea de que habia dado al jóven un tósigo cuyos efectos él solo podia contrarrestar, la dominó hasta el punto de hacerla, no sin esfuerzo, su víctima.

Despues de esto el viejo huyó, i Clotilde, al volver de su desmayo, «sintiéndose herida de muerte,» tomó el puñal que Alfredo llevaba en su cintura i se lo hundió en el pecho. Cuando el jóven volvió en sí, pasados los efectos del narcótico, se encontró con que su amada estaba agonizando. En su delirio la tomó en sus brazos i, al sacarle el puñal que tenia enterrado en el pecho, fué descubierto por la hermana de la desgraciada víctima de Samuel i otras personas que lo creyeron naturalmente un asesino.

Llevado ante la justicia ¡Alfredo no pudo defenderse i fué condenado a muerte! Sinembargo, cuando se le llevaba al patíbulo, cuando faltaban pocos minutos, segundos quizá para que todo quedara consumado, Samuel que desde la noche de su crimen se habia sentido aquejado por terribles remordimientos, impulsado por la mano vengadora de la justicia del cielo, se presenta en el lugar del suplicio i, despues de una lucha cruel entre su conciencia i el deseo de su propia conservacion, se delató como autor del suicidio de Clotilde. Los tribunales revocaron en consecuencia su fallo anterior, Samuel entró a la penitenciaría, sale de ella cumplida su condena i, cuando espira es Alfredo quien lo absuelve porque el desgraciado jóven ha ido a buscar en el claustro un asilo contra las tempestades de la vida.

Hé aquí, en lijero pero fiel estracto, el argumento de la novela del señor Murillo.

Como puede verse por él, por mas bien desarrollado que haya sido, el interes de la narracion no puede sostenerse hasta el fin. Antes de llegar a la mitad del libro ya Clotilde ha muerto, i siendo ella la heroina del romance, como lo indica su mismo ti-

tulo, su desaparicion de la escena constituye un defecto capital, aunque, debemos reconocerlo, inevitable en este caso.

Puede notarse tambien que las costumbres descritas en la novela no son ciertamente las de ahora 28 años. En 1843 las jóvenes de la edad de Clotilde no salian solas con jóvenes como Alfredo a dar paseos por el campo en las últimas horas de la tarde; en 1843 no habia tampoco en Santiago empíricos o májicos como Samuel ni quien creyera, sobre todo en la clase a que Clotilde pertenecia, en la virtud de los filtros para ser amada.

Talvez nos equivocamos, pero nos parece que ya no se aceptan en la novela como recurso dramático esos seres casi sobrenaturales, charlatanes o adivinos, que, por medio de filtros i sortilejios, ejercen una influencia fatal sobre los otros personajes que entran en accion. Bien sabemos que los novelistas españoles, aun los de reputacion universal como Fernandez i Gonzalez, acuden frecuentemente a estos recursos, pero en nuestra humilde opinion conviene no seguir sus huellas en esta parte porque aquí es cabalmente donde ménos dignos son de ser imitados. La fecunda imajinacion del señor Murillo pudo encontrar fácilmente otro medio mas natural de llegar al mismo fin, de hacer que Clotilde fuera víctima de las infames celadas de Samuel.

I luego ¿cómo esplicarse aquel repentino despertar de Clotilde a la vida de mujer, aquella rápida transformacion de la niña inocente en mujer iniciada en todos los secretos de la pasion? Puede ser que tambien nos equivoquemos aquí, pero hai, a nuestro juicio, una gradacion ménos rápida, aun cuando medien emociones profundas, entre los sentimientos de la niña i los sentimientos de la mujer, o para usar del mismo símil del señor Murillo, la crisálida no se transforma en mariposa ni arroja sus vestiduras instantáneamente.

MAXIMO R. LIRA.

(Continuará.)

EL COLOR AMARILLO.

Disputa sobre colores
Entablóse en un corrillo
De profanos i pintores,
Para hacer del *amarillo*
El color de los primores.

Brilla el sol con magno brillo,
Todo el hemisferio alumbra,
I si desciende o se encumbra
Es el color *amarillo*
El que en su luz se vislumbra.

Dá vueltas el mundo en coro,
Como en torno de un ovillo,
Tras del sin igual tesoro
Que todo lo puede, el oro;
I este Dios es *amarillo*.

Viene tras de la semilla
La mies, i la frente triste
Del pobre de gozo brilla
I en sus labios baila el chiste,
Si la mies es *amarilla*.

Mas ¿qué hace de este color
Una nueva maravilla,
Un verdadero primor....?
—¡La chicha que es *amarilla*!
Dijo un indio con fervor.

EUSTACIO SANTAMARÍA.

Contenido de este número.

I.— Santa Cecilia, conclusion, por una suscritora, páj. 129.
II.—A un amigo, poesía, por J. Antonio Soffia, páj. 132.
III.—Revista bibliográfica, páj. 133.
IV.—Los esposos, poesía, por Máximo R. Lira, páj. 135.
V.—Horacio, estudio literario, conclusion, por F. C. Z., páj. 135.
VI.—El elixir de la vida, por V. Murillo, páj. 138.
VII.—Algo sobre el telégrafo, por Domingo Toro Martinez, páj. 140.
VIII.—*Una Víctima del honor*, bibliografía, por Máximo R. Lira, páj. 142.
IX.—El color amarillo, poesía, por Eustacio Santamaría, páj 144.

IMPRENTA DE «EL INDEPENDIENTE.»

LA ESTRELLA DE CHILE.

AÑO V. Santiago, diciembre 10 de 1871. Núm. 219.

OBSERVACIONES

SOBRE LA LIBERTAD ABSOLUTA DE TESTAR.

Conferencia leida el sábado 2 de diciembre de 1871 en el «Club de Amigos del Pais» por José David Jarpa.

> «In publicis nihil est lege gravius, in privatis firmissimum sit testamentum.»
>
> «Así como en el órden público nada hai tan importante como la lei, así tambien en el órden privado debe revestirse el testamento de una fuerza i eficacia inquiebrantables.»
>
> (Ciceron, Philipp, 2, 12.)

Señores:

Si hai un derecho que haya sido reconocido al hombre, con rara uniformidad, en todos los tiempos, en casi todas las naciones, i bajo todas las formas de gobierno; éste es sin duda el derecho de testar. Por mas que os remonteis a las épocas mas apartadas, por mas que consulteis los mas antiguos códigos del mundo, jamas dejareis de hallar consagrados de una manera esplícita i terminante, vestijios, al ménos, del mas profundo respeto por las últimas voluntades.

En efecto, si rejistramos la historia, encontraremos que la facultad de disponer de los bienes *mortis causa*, fué puesta en práctica, en el pueblo de Israel desde ántes de Moises, en Lacedemonia desde Epitadio, en Aténas desde Solon, en Italia desde los primeros tiempos de la fundacion de Roma, entre los Germanos desde que se establecieron permanentemente en las Galias, en Asia desde Mahoma; i así, en edades mas o ménos tan lejanos, en casi todos los paises civilizados del orbe.

Verdad es que, ni en todas épocas ni en todas partes, han obrado los lejisladores con la misma largueza, al conceder a sus conciudadanos una franquicia tan preciosa, que puede con justicia considerarse como uno de los derechos mas importantes del órden civil. Pero se observa a la vez el hecho consolador, de que, miéntras mas se alejan las naciones de su cuna, miéntras con mayor denuedo se desenvuelven de los toscos ropajes de la barbarie, para doblar la altiva cerviz bajo el suave yugo de la civilizacion, mayor es el ensanche que dar, mayor la veneracion i acatamiento que les merecen las disposiciones del que, abandonando para siempre la sociedad, no va a vivir ya en ella sino por el recuerdo de sus beneficios i virtudes.

Ni han faltado, sinembargo, hombres ilustres, así antiguos como modernos, que hayan hecho objeto de sus mas virulentos ataques, el derecho de que me ocupo. Cuéntase entre los primeros al sabio Platon; figura en el número de los segundos el elocuente Mirabeau. Para que podais medir la sinceridad con que uno i otro defendian sus doctrinas, me bastará recordaros que al primero, al llegar su hora postrera, se le acabó todo su mal humor contra los testamentos, pues testó de tan buen grado como sus mas decididos sostenedores; i que el segundo habló contra ellos en la gran convencion, precisamente momentos despues que, otorgado el suyo, nada le importaba ya su abolicion.

Cuando uno nota un acuerdo tan admirable como el que existe en punto a testamentifaccion, en las lejislaciones de pueblos tan opuestos entre sí por su idioma, relijion, usos i costumbres, se siente inclinado a buscarle un orijen mas invariable i de un órden mas elevado que la veleidosa voluntad de los lejisladores humanos. De aquí el que muchos jurisconsultos se hayan dedicado a estudiar la materia con toda detencion. De ellos los hai mui distinguidos, los unos que, como Montesquieu, Toullier, Merlin i Proudhon, sostienen que el testador deriva sus facultades única i esclusivamente de la graciosa concesion de la lei civil; i los otros que, como Ciceron, Quin-

tiliano, Grocio, Vinnio i Burlamaqui, les encuentran su fundamento en el derecho natural, cuyas prescripciones no hace sino sancionar el derecho positivo.

Como lo habeis oido, esta institucion que, en el elocuente lenguaje de M. Troplong, constituye el triunfo de la libertad en el derecho civil, hace subir su orijen a las primeras edades del mundo, i cuenta, quizá, con mas siglos de existencia que cualquiera otra; ha sido puesta en práctica en los pueblos mas opuestos entre sí por sus ideas i costumbres dominantes; ha pasado por el crisol de las mas ardientes i detenidas discusiones de los prohombres del saber de todos los tiempos; se ha llegado, en fin, hasta tratar de investigar si ella tiene su base en los principios inmutables grabados por Dios con caractéres indelebles en el corazon de todos los hombres, o solo en los preceptos dictados por éstos para asegurar su mútua felicidad.

En vista de estos antecedentes, nada seria tan de esperar como el que la ciencia ausiliada por las luces de la esperiencia, la hubiesen conducido ya al período de su mas completo desarrollo, al apojeo de su perfeccionamiento, asi en el terreno especulativo como en el de la práctica. ¿Hemos tenido la dicha de ver realizada esta bella esperanza en los pueblos modernos? En algunos sí; en la mayor parte, i entre estos figura Chile, nó. Temores quiméricos unas veces, preocupaciones tan inveteradas como funestas, otras, han sido los escollos insuperables contra los cuales han venido a estrellarse los esfuerzos de todos los que han alzado su voz, para pedir se rompan de una vez las ligaduras mas o ménos fuertes, con que casi todos los códigos mantienen aun atadas las manos del majistrado doméstico, deprimiendo con ello su dignidad i arrebatándole gran parte de su prestijio.

Es una cosa que no puede ponerse en duda, que toda lei, a mas de estar cimentada en la justicia, debe tener por fin principal el bien comun; porque, desde que toda lei es una limitacion de la libertad individual, no seria equitativo exijir al individuo la soportase, si ella no estuviera destinada a asegurarle el pleno i perfecto goce de la que le resta. Asi, aunque a primera vista parezca una paradoja, mucha verdad se encierra en estas palabras de un autor: *Servi enim legum sumus ut magis liberi simus. Si somos esclavos de las leyes, es solo a trueque de ser mas libres* (1).

Ahora bien, ¿cuál de estas dos leyes consulta en mas alto grado i con mayor eficacia el bien entendido interes de la comunidad: la que se esmera en poner trabas i cortapisas al que dispone de sus bienes *mortis causa*, o aquélla que, por el contrario, le concede todo jénero de felicidades, acordándole la mas amplia libertad?—Ved ahí, señores, la cuestion cuyo exámen forma el objeto de mi discurso.

Tan profundamente convencido, como me hallo, de las mil ventajas que bajo muchos aspectos entraña la adopcion del segundo de los sistemas propuestos, no temo declararos que soi partidario decidido de la absoluta libertad para testar; i me lisonjeo con la esperanza de poder probar que las exijencias de la Justicia, de la Moral i de la Economía Política, conspiran de consuno con las luminosas lecciones de la Historia, para manifestarnos la excelencia i superioridad de este último principio sobre el de libertad restrinjida.

Me ocuparé tambien de hacer notar algunos de los principales defectos en que ha incurrido nuestro Código, al establecer las reglas relativas a las lejítimas; ya que, teniendo presente, por una parte, los muchos códigos estranjeros, que atendida la época reciente en que se dictó el patrio, pudieron tener a la vista los codificadores nacionales, i por la otra, su reconocida competencia e ilustracion, podemos arribar a esta consecuencia: que, si no salió de sus manos una obra mas acabada, es solo porque es imposible que hombre alguno, por sabio que se le suponga, pueda esplorar, con probabilidades de buen éxito, un campo cuyo imperio debe reservarse única i esclusivamente a la accion libre i espontánea de la voluntad individual.

No se me oculta, señores, cuanto es el caudal de luces que se ha menester para tratar debidamente asunto tan importante; luces de que, escusado es decirlo, carezco yo. Tampoco desconozco que estoi léjos de poseer las galas del bien decir, de los cuales una pluma mas diestra que la mia, podria servirse para revestir con el atractivo fascinador de la amenidad literaria, una materia de suyo tan árida. Comprendo, por lo mismo, cuan grande es mi temeridad, al

(1) Escriche, Diccion. de Lejisl., páj. 1212.

sentarme en un lugar desde el que estais acostumbrados a que se os hagan oir disertaciones brillantes, de mérito reconocido.

Sinembargo, confio en que no rehusareis escucharme con benevolencia, si invoco como titulo para alcanzarlo, la consideracion de que el único móvil que me ha impulsado, al resolverme a aceptar el honor de ocupar por algunos momentos vuestra atencion, no ha sido otro que el ardiente deseo de contribuir, siquiera sea con un grano de arena, a la grande obra en que todos nos encontramos solemnemente comprometidos: la de procurar, cada uno en la medida de sus fuerzas, el progreso moral, material e intelectual de nuestra querida patria.

1.—LA JUSTICIA.

La Justicia es aquella noble virtud moral que inclina constantemente a la voluntad a dar a cada uno lo que es suyo. (1) De manera que si me fuese dado demostrar que, limitando las facultades del testador, no damos a cada uno lo que de derecho le pertenece, tendriais que convenir conmigo en que no es, en este punto, la libertad cohártada sino la absoluta, la que reclaman los altos intereses de la justicia.

El objeto sobre que se ejercitan las facultades del testador, son los bienes, la propiedad. Veamos, pues, como se la adquiere, cual es su fundamento, para comprender hasta donde deben estenderse sus derechos sobre ella, i, en consecuencia, si es o no lícito sujetarlo a trabas en el ejercicio de dichas facultades.

Nadie ignora que aquella terrible sentencia: «Quæres ex ea victum cum multo labore etc.,» que lanzara un dia el Creador del universo contra todo el jénero humano representado en la persona de su primer padre, recibe dia a dia su mas puntual i exacto cumplimiento. Apénas nace el hombre, cuando principia para él esa cadena de sufrimientos, ya materiales, ya morales, cuya intensidad varia segun la edad i proporcionalmente a la condicion que a cada cual ha tenido a bien deparar la Providencia; cadena que siempre i para todos existe i que solo viene a cortarse con la muerte, que es tambien su último i mas temible eslabon. Entre tales sacrificios, no podreis negarme que figuran en escala mui superior, los amargos sinsabores que trae consigo la imperiosa necesidad de procurarnos los objetos indispensables a la conservacion i comodidad de nuestra vida. Nada mas natural entónces que asegurar a su autor el dominio esclusivo del fruto de sus fatigas: dar participacion en él a todos los individuos, seria incurrir en el absurdo de igualar al indolente con el laborioso, seria privar a este último de todo estímulo para la continuacion de su noble tarea, con grave detrimento de la sociedad.

De donde se desprende que la base de la propiedad es el trabajo. Pero, ¿es éste una cosa agradable, una cosa a la cual se dedica el hombre con placer, impelido por sus inclinaciones naturales; o es solo una imperiosa necesidad a que se vé obligado a someterse, mal de su grado, en cumplimiento del divino anatema que pesa sobre él, desde que, perdida su inocencia, arrastró el primer hombre, en su funesta caida, a todos sus descendientes hasta las mas remotas jeneraciones? Los mil móviles que se ha menester poner en juego para inducirlo a despreciar los seductores halagos del ocio, conduciéndolo al campo fecundo de la actividad, vienen a suministrarnos un testimonio irrecusable de que lo segundo es desgraciadamente lo efectivo.

Si al consagrarse el operario a sus labores, no esperase encontrar otra recompensa que la satisfaccion de sus propias necesidades, desmayaria sin duda bien pronto en ellas, sus esfuerzos serian lánguidos i penosos, i la triste verdad a que acabo de aludir, vendria a gravitar sobre él con un peso mucho mas abrumador todavia. Felizmente es en su mismo corazon donde viene a encontrar un jérmen fecundo de consuelos; porque es en él donde la naturaleza ha colocado esa copiosa fuente de afecciones, que haciéndolo salvar el estrecho círculo del amor de si mismo, lo induce a interesarse por otros, i abre asi nuevos i dilatados horizontes a sus aspiraciones i a sus goces.

En efecto, se observa que el individuo no limita sus afecciones a si propio, las estiende tambien a sus semejantes: de entre éstos, su mujer, hijos i demas parientes ocupan un lugar de preferencia. Mas, si es cierto que estos vínculos que lingan al hombre con las personas que lo rodean, i que

(1) Gury, Comp. Theologiæ Moralis, T. 2.º, p. 417.

tienen por base la gratitud, la amistad, la compasion, el respeto o la admiracion, existen realmente en circunstancias ordinarias, no lo es ménos que ellos se estrechan i fortifican mucho mas, cuando aquél, echando una mirada al porvenir, se considera separado ya para siempre de su compañia por la muerte. Enciéndese, con este motivo, su pecho en ardientes deseos de perpetuarse por sus beneficios en la memoria de las personas que les son caras. ¿Qué cosa mas justa entónces, qué cosa mas a propósito para hacerle soportables las pesadas faenas del trabajo, que el permitirle disponer, para conseguirlo, de lo que tantos desvelos le ha costado?

Hai, empero, multitud de circunstancias que hacen que el cariño del propietario no se radique siempre ni con la misma fuerza en su parentela, en relacion con la escala de mayor o menor proximidad. Pueden ofrecerse tambien motivos mui plausibles, que, sin que medie la menor flojedad en el amor para con aquellas personas de quienes ha recibido o a quienes ha trasmitido el ser, sin que ello implique el mas leve desconocimiento de los deberes de la naturaleza, le aconsejen, sinembargo, escluir de sus liberalidades a unos en provecho de otros. Por otra parte, siendo tantas i tan variadas las causas que pueden determinar una conducta de este jénero, seria imposible que los lejisladores, por grandes que fuesen su talento i esperiencia, llegasen a preverlas con exactitud, i que, a la vez que sujetasen a trabas las facultades del disponente, lo dejasen, no obstante, en posesion de toda aquella libertad de que la equidad veda despojarle. Imajinaos el sistema mas habilmente combinado, i siempre os encontrariais con que él vendria a impedir muchas veces, mal que os pesase, o merecidos castigos, o liberalidades, aunque exhorbitantes en apariencia, en realidad mui fundadas.

Sentados estos precedentes, podemos concluir que, para dar a cada uno lo que es suyo, para no cometer la crueldad de venir a defraudar al individuo de aquellas lisonjeras esperanzas que pudierán hacerle mas llevadero el trabajo i ménos amarga la espectativa de su lance estremo; en una palabra, para obrar de acuerdo con los dictados de la justicia, es indispensable conceder amplisima libertad para testar.

Luego, miéntras no se nos pruebe que consideraciones de un órden elevado, mas dignas de ser acatadas que los derechos del propietario, reclaman el establecimiento de algunas cortapisas, debemos aceptar, en toda la latitud de que es susceptible, la doctrina que Justiniano, por motivos que despues tendré ocasion de indicar, no admitió sino con notables restricciones en el Derecho Romano; doctrina que se encierra en las siguientes palabras de este ilustre emperador: «Nihil enim tam conveniens est *naturali æquitati*, quam voluntatem domini volentis rem suam in alium transferre, ratam haberi.» «Nada es tan conforme a la equidad natural, como el respetar la voluntad del propietario que quiere transferir a otro el dominio de lo que le pertenece.» (1)

(Continuará).

A NUESTRA MADRE MARÍA.

¡Bien haya, dulce Madre, el que te invoca
Miéntras retumba la borrasca fiera,
I un bello sol de alegre primavera
Piensa que tú, Señora, le has de enviar!
¡Bien haya el que te llama
I tu favor reclama,
Blanca estrella del mar!

¡Bien haya el que a tus piés duerme tranquilo
Miéntras que brama el huracan violento,
I fija al despertar su pensamiento
En la Madre que vela por su bien!
¡Bien haya el que confia
En ti, dulce María,
Bella flor del Edeu!

¡Dichoso el que en sus horas solitarias
Canta tu amor i canta tu belleza,
I al contemplar tu cándida pureza
Bendice alborozado a tu Creador!
¡Dichoso el que te canta,
Oh Vírjen siempre santa,
Oh Madre del Señor.

¡Dichoso el que llorando en este mundo
Levanta sus miradas hasta el cielo
I en ti encuentra dulcísimo consuelo
I de paz i esperanza un manantial!
¡Bien haya aquél que llora

(1) Just., Instit., de rer divis, 2, 1, 40.

I tu favor implora,
Oh Reina celestial!

I pues eres la estrella de los mares,
La aurora de consuelo i de bonanza,
El puerto de dulcísima esperanza,
La Vírjen sin mancilla i sin borron;
Cante feliz el cielo,
Cante dichoso el suelo
Tu pura Concepcion!

SILVERIA ESPINOZA DE RENDON.

ALGO SOBRE EL TELÉGRAFO.

Conferencia leida el mártes 28 de noviembre de 1871 en el «Club de Amigos del Pais» por Domingo Toro Martinez.

(Conclusion.)

Si se coloca una barra de hierro frente a los polos de este iman, de manera que esté separado de ellos por un pequeño espacio, pero que pueda llegar hasta unírsele, cada imantacion que una corriente produzca en el hierro de los electro-imanes, producirá una atraccion de esta barra, la que volverá a ocupar su posicion primitiva por la influencia de un muelle antagonista. Esta barra se llama *armadura*, i en los aparatos de Morse está colocada en uno de los estremos de una palanca, i en el otro hai un punzon o rueda que asciende cuando la armadura es atraida, i choca contra una cinta de papel en que graba un signo cualquiera, porque esta huincha se mueve por un aparato de relojería.

De todo lo dicho se deduce que el *electro-iman* o *magnetos*, como se les llama en telegrafía, es el motor principal que obra sobre el sistema de comunicacion, siendo al mismo tiempo una de las partes mas esenciales de los aparatos telegráficos. A éste se agrega otro no ménos importante que se llama *reótomo* o *manipulador*, el cual sirve para establecer o cortar la corriente a voluntad del que lo gobierna. Este aparato tiene tres contactos: uno de ellos se une a un polo de la batería; en el segundo se coloca la línea, i el último se une a los magnetos que están en relacion con la tierra.

Con este pequeño aparato se hace la trasmision de los caractéres de que se sirve en la telegrafía, los que consisten en guiones o puntos que demostraré en los mismos aparatos.

Para grabarlos o imprimirlos basta solo el choque que se da al manipulador en esos contactos. De suerte que si se quiere hacer una raya, se dilata un poco la mano al dar el golpe, i si fuere un punto el golpe será instantaneo, pues siendo los caractéres formados de puntos i rayas, éstos tienen que marcarse con el manipulador de la manera indicada, i el receptor se encarga en seguida de reproducir esos signos que se han trasmitido de una estacion a otra.

Estando por otra parte el manipulador ligado o en relacion con uno de los electrodos de la batería, por medio de este nos servimos para entablar o cortar la corriente, cuya fuente es la batería eléctrica, la cual puede ser de distintos sistemas, ya de Daniell, Bunsen, Grove, etc. Todos ellos pueden dar el mismo resultado, con la sola diferencia que unas son de mas poder que otras. En nuestros telégrafos se adoptan las pilas da Daniell, tanto por su duracion e intensidad, como por no esparcir gases que serian perjudiciales a la salud si se hiciera uso de la Bunsen por ejemplo.

A los estremos de una batería se les ha dado el nombre de *polos*, i se distinguen con los nombres de *positivo* i *negativo*.

Una vez arreglada la pila, se unen los electrodos a los estremos de ella, para que pueda funcionar la corriente.

He dicho que del manipulador sale un alambre que va directamente a la línea telegráfica despues de pasar por el galvanómetro; este alambre tiene su término en la estacion opuesta; a la cual le damos el nombre de *electrodo*, supliendo el otro por la tierra misma que es el depósito comun de la electricidad.

En otro tiempo se hacia uso de dos líneas para comunicar; una para que marchara la corriente, i la otra para que cerrara el circuito; pero mas tarde Stheinhell descubrió el medio de economizar una de estas vias, colocando en la tierra i los lugares mas húmedos de cada oficina telegráfica una plancha metálica, ya fuese de cobre o zinc para que la corriente eléctri-

ca desprendida de la oficina que trasmite, cerrara su circuito en la tierra, en la estacion que recibe. De suerte que el otro electro de una línea telegráfica es la tierra misma.

Los telégrafos de Steinhell i Morse tienen mucha semejanza, porque los signos de uno i otro se marcan en el papel poco mas o ménos del mismo modo; pero se diferencian en que el primero emplea barras montadas, miéntras que el otro hace uso de la imantacion temporal del hierro dulce, que es una gran ventaja sobre el otro sistema.

Davis ideó un telégrafo parecido al de Morse que diferia al de éste en que los signos se marcaban por la descomposicion química de las sales que contenia el papel de que se hacia uso.

Wheatstone inventó en 1840 un telégrafo electro-magnético de cuadrante que lleva su nombre.

Bain en 1843 ideó otro electro-químico mejor sin duda que el de Davis.

Breguet esperimentó en Francia el año de 1844 un otro telégrafo de cuadrante que sirve actualmente en cada una de las vias férreas de aquella nacion.

Mr. Hughes ha inventado un aparato en que los signos están constituidos por caractéres de imprenta, pero el mecanismo de este aparato es demasiado complicado, i cualquiera perturbacion estraña en el conductor podria ocasionar dificultades mayores en la trasmision, o bien algun desarreglo en sus piezas haria difícil e imposible la comunicacion. Estos inconvenientes han hecho que no se haya jeneralizado.

M. Caselli ha llevado aun mas léjos el perfeccionamiento en el sistema de comunicacion: ha inventado una máquina en la que se trasmiten i reciben autógrafos i aun el facsímile de las personas; pero es doblemente mas complicada que la de Hughes, razon tambien por la cual no se ha llevado adelante su adopcion.

Podria estenderme demasiado en la descripcion de los distintos aparatos telegráficos que se consideran como modificaciones del telégrafo de Morse; pero temiendo molestar al auditorio me limitaré solo al resúmen de lo espuesto; agregando para terminar que el sistema Morse es lo mas perfecto i acabado que hasta el dia se ha descubierto, pues los aparatos de este nombre están en uso actualmente en casi todos los lugares de Europa, Estados-Unidos i América del Sur. Tiene ademas otra ventaja, de la cual carecen muchos de los que he nombrado, i es la de dejar constancia de lo que se trasmite, sinembargo que muchos de ellos están fundados en la imantacion temporal del hierro dulce por las corrientes.

Los aparatos de Morse en su parte mecánica son como un reloj que se compone de diferentes piezas. Estas son movidas por una cuerda contenida en un tambor. Dos de estas ruedas tienen ejes largos, en cuyo estremo se encuentran los cilindros que mueven el papel en que se encuentran los caractéres.

Tambien hai otras piezas de que se hace uso en los mismos aparatos, pero que no son tan indispensables. El *timbre eléctrico*, por ejemplo, sirve para advertir al empleado si en las altas horas de la noche se le llama al servicio, si éste al tiempo de cerrar su oficina lo deja en relacion con la máquina para el objeto indicado.

El *para-rayos* es otra pieza que sirve para preservar a los aparatos de algun accidente ocasionado por la electricidad atmosférica.

El sistema de comunicacion que he indicado a la lijera sobre los distintos aparatos que se han inventado, con tal objeto no tendria su complemento si Mr. Cooke no hubiera inventado el año 1842, el medio de sostener los alambres conductores en apoyos hechos de sustancias malas conductoras de la electricidad. Los aisladores de fierro, porcelana, cristal, etc. son los que desempeñan el oficio de aislar los alambres de todo lo que pudiera debilitar las corrientes eléctricas al pasar por ellos: de lo contrario la comunicacion seria imperfecta i débil, pues es probado que la eléctricidad al recorrer su conductor si en el camino que sigue se presenta alguna derivacion a la tierra, bajará por allí cerrando en ese punto el circuito aunque no de un modo perfecto i no llegando por consiguiente la fuerza al punto de término que se le habia señalado sino con mui poco poder.

La electricidad tiende siempre a recorrer el camino mas corto; por esta razon es que cuando encuentra una mala aislacion en los alambres conductores, no llega con la intensidad que salió del punto de partida al estremo donde debia cerrar el circuito.

En conclusion la electricidad es el ajente físico que resuelve por completo el problema de la trasmision telegráfica; pues sin ella no habrian los hombres progresado tanto en sus inventos para llegar a la perfeccion que en el dia tienen los telégrafos.

Me abstendré no obstante de entrar a especificar todos los fenómenos que tienen relacion con la produccion de la electricidad i los diferentes efectos que ocasiona, pues mi objeto principal ha sido llenado ya con la esposicion que he hecho de la manera de imantar el hierro dulce por medio de la electricidad, porque en esto es en lo que consiste principalmente la teoría de los telégrafos eléctrico-magnéticos.

SONETO ESDRÚJULO.

A don B. L.

Es don Bartolo el hombre mas lunático
I de esta rima partidario acérrimo,
I aunque conoce mi majin paupérrimo
Me ha impuesto escriba en este métro en-
fático.

Con desagrado i con humor flemático,
Este soneto hilvanaré misérrimo;
I si Apolo se muestra asaz libérrimo,
Hasta este metro encontraré simpático.

Ai! que ya corren por mi rostro pálido,
Al rudo embate de este verso estólido,
Gotas cual granos de garbanzo ibérico.

Si al terminarlo no me pongo escuálido,
Diré que tengo mi caletre sólido
I que soi vate del estilo homérico.

Vallenar, noviembre 9 de 1871.

Régulus.

DOS TESTARUDOS.

Una mañana del año 181....el comandante Morisot, capitan de buque de la marina real, despertó casi de buen humor, lo que era una grave derogacion de sus hábitos. Es necesario decir, para ser justos, que no habia habido premeditacion de su parte en este hecho anormal: solamente que, la víspera por la noche, su antiguo amigo, el doctor Méchain, le habia comunicado noticias satisfactorias respecto de una jóven que el comandante buscaba inutilmente hacia ya algun tiempo; i por otro lado habíase sentido, al abrir los ojos, completamente desembarazado de un ataque de gota que le confinaba a su poltrona desde su llegada a Paris i que le impedia hacer por sí mismo las investigaciones para las cuales habia solicitado una licencia.

En la época de su última estacion en el golfo de Méjico habia prometido a su antiguo camarada, el almirante Borda, que serviria de padre a una jóven que éste habia dejado en Francia, i el anciano oficial habia podido pagar mas tranquilamente su tributo a la fiebre amarilla, sabiendo que el comandante Morisot cumpliria su promesa. Tenia en efecto i apesar de su aspereza aparente un excelente corazon el digno comandante. Los marineros le habian dado el epiteto de capitan *Viento-recio* a causa de los cambios incesantes de su carácter; pero amábanle i éranle adictos hasta la abnegacion. Si no escapaban, como decian ellos mismos, por la mas lijera infraccion a la disciplina o por la menor torpeza en la maniobra, si el domingo por la mañana llovian las horas de peloton como granizo espeso cuando pasaba revista a la tripulacion, en cambio no tenia igual para los *cuartos de vino* suplementarios cuando todo se encontraba bien aparejado, i para llenar los bolsillos de los gabieros i de los hombres de la batería en los dias solemnes de Santa Bárbara i de San Épissoir.

El comandante poseia, en efecto, de cincuenta a sesenta mil francos de renta; pero apénas gastaba sus honorarios, i salvo la pension de un sobrino, quien usaba por lo demas ámpliamente de su jenerosidad, todas sus rentas pasaban a aumentar las pensiones de algunos viejos marineros, a comprar la chalupa i las redes necesarias al que habia concluido su servicio al Estado, o a asegurar una renta a algunas infelices mujeres cuyos maridos habian vuelto el timon hácia la eternidad durante el curso de la campaña, segun la espresion de Languidic, jefe de los timoneros. Solamente que era necesario que no pareciese sos-

pecharse sus buenas acciones, pues el comandante tenia la pretension de poseer un corazon de roca, i nada le exasperaba tanto como el ver que uno de sus protejidos no podia ménos de decirle que era mui bondadoso.

Otra pretension del capitan, pero debe decirse, que esta era mui bien fundada, era el conocer a fondo su oficio i poder dar una leccion al primero que viniese acerca del arte de hacer maniobrar un pedazo de madera, como él llamaba a una fragata. «Es un buen maniobrista, un marinero consumado,» repetian con frecuencia los gabieros cuando acababa de mandar en persona una virada de bordo o la toma de una boya; «no tiene igual para tirar la escota, no es él quien tiene miedo de acercarse a las costas i de enseñar a la tierra cómo está hecha una fragata.»

No obstante, apesar de su fortuna, apesar de su reputacion de excelente marino, apesar de su espléndida hoja de servicios, el digno oficial no habia conquistado todos sus grados sino por antigüedad. En el momento en que empieza esta historia, acababa apénas de ser nombrado capitan de buque, i todos repetian, él aun mas que los otros, que nunca llevaria las estrellas de contra-almirante. «Cincuenta i tres años, una salud de hierro, i siete años de barloventear, tal es mi balance,» repetia muchas veces, «despues de lo cual vendré a encallar en el banco del retiro en donde ninguna marea podrá ya hacerme flotar.» Por lo demas, tomaba filosóficamente su partido, i si alguno aventuraba una queja sobre el particular o le preguntaba como era que hubiese sido tan poco favorecido por las circunstancias: «Eh! Dios mio! es cosa mui sencilla,» respondia, «eso depende de que nunca he perdido un buque.» El anciano capitan pretendia que cuando se queria ascender era preciso perder un buque, en atencion a que no habia ejemplo de un oficial que en semejantes condiciones no hubiese subido de grado inmediatamente.

Otra causa que no habia contribuido ménos sin duda que la precedente a retener a M. Morisot en los grados inferiores, era su desden por la navegacion de vapor. El odio del maestro de postas contra los caminos de hierro, del colono por la remolacha, del fuego por el agua, eran tortas i pan pintado al lado de la aversion del comandante por los nuevos buques. Se asegura que lo que se siente bien se enuncia con claridad. Se echa de ver naturalmente a que excesos de lenguaje se abandonaba cuando se tenia la imprudencia de abordar en su presencia esta cuestion llena de borrascas. Hubiera preferido, en cuanto a él, conducir un simon a mandar uno de esos espantosos zuecos de ruedas o de hélice. ¿Qué mérito hai, en efecto, cuando se monta una de estas máquinas que pueden fácilmente avanzar, retroceder o quedarse inmóviles, dirijirse a derecha o a izquierda a voluntad, sin ocuparse de los vientos, de las corrientes, de la calma i de la marea? ¿qué mérito, en efecto, hai en caer exactamente en un canalizo difícil o doblar un cabo peligroso? Protejer, aprobar semejante invencion, era quitar al oficio de marino todo lo que tiene de noble, de elevado, de poético. El digno oficial iba a buscar ausiliares para su argumentacion hasta en la poesía. Ya se deja ver, por consiguiente, hasta donde rayaba su exaltacion.

Pero aquella mañana estos pensamientos se hallaban léjos del espíritu del comandante; i concentrado en la alegría de haber encontrado a la hija de su antiguo camarada i de hallarse desembarazado de la gota, marchaba a grandes pasos por su salon, miéntras que Languidic, trasformado momentáneamente en mayordomo, acababa de poner los cubiertos en una pequeña mesa al lado de la chimenea.

—Cómo! deciase a sí mismo M. Morisot, esta jóven a quien buscaba yo desde hace seis meses se hallaba cerca de mí! Maldita sea esta ciudad de Paris, en donde nadie se conoce; háblese de Pampol o de Quimperlé, en hora buena; no es allí donde la hija de un almirante seria desconocida. I pensar que sin ese bueno de Méchain, que ha asistido a su madre, habria yo corrido riesgo de pasar aun meses enteros sin descubrirla! Felizmente voi a poder reparar el tiempo perdido ahora que ya me hallo boyante. Pobre muchacha! que perdia su padre en las Antillas, miéntras que su madre se estaba muriendo del cólera i que se halla sin otro recurso que la pension concedida por la lei a la hija de un almirante: mil doscientos francos por todo! No hai siquiera para tener una sopa diaria.

Cuando M. Morisot comenzaba a formar un proceso al gobierno tenia materia para mucho tiempo; pero esta vez fué interrum-

pido por la voz de maese Languidic, quien, con la mano derecha a la altura de la frente i la izquierda en la costura del pantalon, esclamaba:

—Comandante! el almuerzo está aparejado.

—Pues qué hora ¯es? preguntó el oficial, sorprendido en medio de sus reflexiones por la voz del antiguo timonero.

—Comandante! acaban de picar las nueve.

—Te crees pues siempre a bordo, viejo Maturin, que no puedes renunciar a tu vocabulario de timonero. Se debe decir aquí, el almuerzo está dispuesto, i no el almuerzo está aparejado; son las nueve, i no acaban de picar las nueve.

—Lo sé, mi comandante, me lo habeis repetido bastante; pero, qué quereis? esto en mi es mas fuerte que la voluntad. Cuando ha pasado uno, como vos i yo, salvo vuestro respeto, cuarenta años de su vida llamando gato a un gato i toda cosa por su verdadero nombre, cuesta mucho trabajo el acostumbrarse a ese lenguaje adulterado de las ciudades.

I Languidic, sin aliento por tan largo discurso, indicó con mudo ademan la mesa servida que se hallaba cerca de la lumbre.

Causó una lijera sonrisa al comandante esta pequeña mesa; dió algunos pasos para sentarse a ella, pero detúvose en medio del camino frunciendo el entrecejo:

—¿Por qué no ha llegado todavía mi sobrino? Sabe sinembargo que no puedo almorzar ni comer solo. Vé a buscarle, i muévete mas aprisa, añadió volviéndose hácia Languidic, quien se habia precipitado sinembargo fuera del salon con una prontitud ejemplar.

—Es cierto, prosiguió el comandante en forma de monólogo, tiene atenciones ese muchacho por su tio: sinembargo, me parece que es lo de ménos cuando uno tiene un sobrino que le cuesta tan caro, el que venga a ayudarle a tener un poco de apetito.

Era, en efecto, otra de las manías del comandante el no poder ponerse a la mesa sin tener a quien hablar. La costumbre de tener a su lado a bordo, al capellan, al capitan de la fragata i al cirujano en jefe, le quitaba el hambre cuando no podia reemplazarlos en tierra por algunos convidados. En Brest o en un puerto de mar era cosa fácil, encontraba siempre algun antiguo camarada o algun oficial que habia navegado con él, que consentia en participar de su mesa, pues era sabido que el comandante no trataba a la lijera la accion de comer o de almorzar. Pero en Paris en donde no conocia a nadie, era indispensable que su sobrino, de grado o por fuerza, le hiciese compañia. Esto contrariaba un poco al jóven, quien llevaba una existencia bastante esmaltada de almuerzos en el *Pabellon de Enrique IV* i en San Jerman, i de comidas en el *Pequeño Molino-Rojo*; pero como el digno comandante habia conservado las horas de a bordo para efectuar sus colaciones, las nueve de la mañana i las cuatro de la tarde, el jóven parisiense tenia que levantarse mas temprano i hacer desaparecer con disimulo en un saco de papel, de que tenia cuidado de proveerse a este efecto, un pedazo de pastel o una pierna de ave, que causaba en seguida gran placer a un buen perro de Terra-Nova que no temia comprometer su apetito por una colacion hecha fuera de sus horas.

Las estancias del comandante en Paris eran, por otra parte, tan raras i tan cortas i sabia reconocer tanto la condescendencia del jóven, que éste se prestaba con la mejor voluntad posible a los deseos de su tio. Una sola cosa daba en que pensar al viejo oficial, i ¡es que desde su llegada a Paris, Luis no le habia pedido aun dinero; pero no se inquietaba de este retraso, pensando que quedaria en paz pagando intereses i capital.

—Comandante! esclamó de repente Languidic abriendo la puerta del salon, he encontrado al mayor en las hechaduras.

—¿Has encontrado al doctor en la escalera?

—Doctor o mayor, escalera o hechaduras, como gusteis, mi comandante. Lo que hai de cierto es que hélo aquí, añadió Languidic haciéndose a un lado para dejar pasar al médico.

—¡Bien! comandante, esclamó é te, sanais de este modo sin esperar la autorizacion de la facultad?

—Ya lo veis, amigo mio, respondió M. Morisot andando a grandes pasos; he recobrado mis piernas de veinte años. Así, es que espero que vais a firmarme mi boleta de alta, pues tengo prisa de ir a ver a esa niña.

—¡Salir con semejante tiempo! repuso el doctor mostrando la nieve que caia a co-

pos; hai para daros la gota por el resto de vuestros dias. Es necesario guardar aun el reposo.

—Eso es, hasta el fin de mi licencia ¿no es verdad? Pensad que no he dejado el buque desde hace dos años i que es preciso que dentro de quince dias haya tomado mi mando.

—Razon mas entónces para no cometer imprudencias i recaer enfermo. Pero, comandante, ¿vais a dejarnos pues otra vez; nunca pensareis en reposaros?

—Que quereis, amigo mio, no es ciertamente que me falten deseos, i me he hallado mui próximo mas de una vez a colgar para siempre en un clavo mi sable i mi bocina; siempre he pensado en arrojar el áncora para crearme al fin un interior; pero no querrán nunca dejarme partir pues saben que les soi mui útil. I no son mas reconocidos por eso; cuando hai una plaza vacante, nunca se piensa en mi para dármela, pero todas las veces que hai que enviar un buque a los antípodas o que dar una comision molesta, no dejan de pensar en nosotros; pues saben perfectamente que no es a los que han aprendido el oficio en los buques de vapor a quienes se pueden confiar esas misiones. Perderian todos nuestros navios i nuestras fragatas de vela, que son los únicos buques verdaderos.

—El hecho es, repuso el doctor, que nuestra marina no es feliz de algun tiempo a esta parte. Acaba de perder aun un buque.

—Eso es, ya os lo decia yo, esclamó el comandante, otros oficiales mas que van a tener ascensos. ¿I en dónde se ha dado ese buen golpe?

—En las costas de Bretaña. Parece, segun dice el diario, que queriendo entrar de noche en Port-Louis, una fragata ha chocado contra las rocas que circundan la isla de Groix.

—¿Una fragata? preguntó el viejo oficial con ansiedad, ¿i dice su nombre el periódico?

—Si, es la *Andromède*, i aun se añade.... pero el doctor se detuvo de repente i acudió hácia el comandante que se bambaleaba i parecia que iba a caer.

—Qué teneis? le preguntó.

—Nada, nada, respondió este último; pero dió algunos pasos i cayó sobre una silla. Es que conocia yo a esa pobre *Andromède*; en ella habia hecho mi primera campaña i la habia mandado durante tres años. Perder a la *Andromède*, ella que entraba sola en la rada de Brest, pues tanto conocia ella el camino cuando yo la mandaba: ¡pobre *Andromède!* repitió aun el anciano marino, miéntras que dos gruesas lágrimas rodaban por sus mejillas.

—Veamos, comandante, prosiguió el doctor, no os desoleis de esa manera; concibo que esto os cause pena, pero en resumidas cuentas, no se ha perdido mas que un poco de madera i un poco de hierro.

—Ah! eso es! de ese modo juzgais vosotros esto, i no es en efecto un navio mas que un poco de madera i un poco de hierro; pero cuando este navío ha atravesado con vos los mares i las borrascas, cuando se ha vivido juntos meses, años, i cuando uno de esos pobres pedazos de madera, de los cuales haceis vos tan poco caso, há enarbolado altiva i orgullosamente durante largas travesías el pabellon de la Francia, es permitido sentirlo un poco i merece que se le sienta mejor que a algunas jentes que no han servido de nada durante toda su vida.

—Sin duda, mi comandante, respondió el doctor conmovido él mismo, tan verdadero era el dolor de aquel anciano marino, que lloraba a su buque; sin duda, pero es necesario no hacerse daño a si mismo con esos pesares; las lágrimas son mui nocivas a la gota. Vamos, para volveros vuestro buen humor de esta mañana i pues que no os dejo todavía salir hoi, corro a buscar a la hija de ese pobre almirante Borda, i nada mas que su presencia os devolverá la alegría. Ya vereis que linda niña, cuán interesante es! Luego que la hayais visto, la amareis como a una hija, lo mismo que yo. ¡Ah! si no fuera tan jóven i yo no fuera tan viejo....

—Es cierto, doctor, traedme esa niña, pues que yo no puedo ir a buscarla; tengo deseos de verla i de hablar con ella de mi pobre Borda. ¿No quereis almorzar conmigo ántes? añadió el comandante apercibiendo a Languidic que entraba con una servilleta en la mano.

—Nó, gracias, comandante, no tengo mas que el tiempo preciso para hacer mis visitas i traeros la niña ántes de la hora de mi visita al hospital.

I el doctor tomó sus guantes i su sombrero i se marchó casi corriendo, no obstante sus largos sesenta años.

Pero no debian parar allí las emociones del desdichado comandante i estaba escrito que este dia, tan sereno al principio, seria uno de los mas fecundos en borrascas que hubiese tenido M. Morisot.

Apénas habia partido el doctor, cuando volvió á presentarse Languidic con una carta que llevaba un gran sello, cuya sola vista volvió al comandante todo su mal humor.

—Ya lo decia yo, esclamó mirando la cubierta que llevaba este sello: *Ministerio de la Marina i de las Colonias.—Direccion del Personal*, ya lo decia yo que no podrán dejarme quieto solamente un mes. Hé aquí sin duda una órden de reunirme sin dilacion a mi buque. I echando votos el viejo oficial rompió el sello i se puso a leer el despacho ministerial. Hallábase concebido en estos términos:

«Comandante:

«Las reducciones votadas por la Cámara de Diputados para el presupuesto del Ministerio de la Marina me han obligado a desarmar varios buques.

«Tengo el sentimiento de anunciar a usted que el buque que se hallaba a sus órdenes está comprendido en esta medida.

«Pero si la necesidad de permanecer en los límites del presupuesto votado por la Cámara me ha obligado a retirar a usted un mando que ha desempeñado a la mas completa satisfaccion de mi departamento, me ha sido permitido por lo ménos llamar la atencion del Rei sobre los largos i útiles servicios de un oficial que tocaba al término de su carrera.

«Me cabe pues mucha satisfaccion al anunciar a usted que su Majestad, al firmar el decreto que le admitia a hacer valer sus derechos al retiro, se ha dignado concederle a usted el grado de Comendador de su Órden de la Lejion de honor.

«Reciba usted, etc.»

M. Morisot leyó hasta la última línea del despacho, lo dobló, se lo guardó en el bolsillo, i sin chistar palabra, lo que sorprendió mucho a Languidic encerróse en su aposento.

Lo que pasó durante el tiempo que permaneció allí nadie pudo saberlo, ni aun Languidic quien escuchó mucho tiempo a la puerta temiendo que el anciano oficial tuviese necesidad de él. Pero cuando al cabo de un cuarto de hora volvió al salon, hallábase sereno i dijo, con acento de desacostumbrada dulzura, al jefe de los timoneros.

—Mi viejo Languidic, si quieres quedarte conmigo, es necesario que pidas tambien tu retiro; en cuanto a mi, se me encuentra ya demasiado viejo. El hecho es, añadió meneando melancólicamente la cabeza, que es necesario ceder el lugar a los que pierden sus buques.

—¿Cómo, os han enviado a los invalidos a vuestra edad?

—Sí, Languidic, me han enviado sin prevenirme, sin consultarme; debo hacerles sinembargo la justicia de que han empleado las formas convenientes, lo que no siempre hacen. Todo bien calculado, es una felicidad para mi que me creia todavía útil, i que habria permanecido aun navegando siete años por la gloria. Lo que va a serme duro solamente en los primeros tiempos será la ociosidad. ¿Qué voi a hacer de todos mis dias? ¿en qué habré de ocuparme ahora?

—I bien, mi comandante, replicó Languidic, pues que estais en retiro i no sabeis que hacer, soi de opinion que en lugar de permanecer aquí en esta grande habitacion, hariais mejor en tomar otro partido. Desde que nos hallamos en Paris, he advertido en el Sena, cerca del puente de la Concordia, una pobre fragata que parece fastidiarse sola. Si quisierais comprarla para instalarnos en ella, no os costaria caro, seguramente, i habria de que hacer un lindo alojamiento para un marino.

—I excelente sobre todo para curar la gota, repuso M. Morisot. Pero, pardiez! esclamó al oir resonar en la pieza vecina unos pasos que le eran conocidos, pardiez! voi a casar a mi sobrino, esto me distraerá al ménos algun tiempo.

—Ea bien! esclamó el comandante, luego que apareció el jóven, parece que es necesario rogar al caballerito por medio de un embajador cuando se quiere tener el honor de su compañía?

—Perdóneme usted, tio mio, respondió este último, pero me he acostado mui tarde, i....

—¿Es que esa vida no acabará mui pronto? repuso el viejo marino.

—¡Ah! tio mio, se engaña usted; he pasado parte de la noche trabajando....

—¡Tate! esclamó M. Morisot.

—He pasado parte de la noche trabajando, repitió el jóven.

—Has pasado.... Vamos, quieres burlarte de mí?

—Le hablo a usted sériamente, tio.

—En hora buena, está mui bien, amigo mio. Va a pedirme dinero, es evidente, deciase en voz baja el comandante. ¿Pero qué humorada has tenido, tú que no has hecho nunca nada.... mas que contraer deudas? repuso en alta voz.

—Pues bien, precisamente, tio, conozco que llego a la edad en que debe ser uno razonable, que no se puede estar toda su vida sin hacer nada, que es tiempo de dejar las locuras i los placeres.

M. Morisot no podia creer a sus oidos. Semejante lenguaje en la boca de Luis le causaba un estupor indecible.—Me lo ha cambiado la nodriza sin duda, deciase para sí: no es mi mismo sobrino. A fé de caballero, creo que habla sériamente!

—Pardiez! amigo mio, añadió, tanto mejor; estoi encantado de verte con semejantes disposiciones i eso me conviene perfectamente. ¿Sabes lo que acaban de hacerme?

—Son capaces de todo, respondió el sobrino.

—¡Qué bien los conoces! repuso el comandante. ¡Pues bien! amigo mio, acaban de darme mi retiro.

—¿A vos, tio?

—A mi mismo, héteme en la costa sobre un banco de arena bastante suave, es cierto: pero héteme encallado por mucho tiempo, para siempre. Es necesario ceder el puesto a los que pierden sus buques. Pero no se trata ahora de eso. Veremos solamente como se arreglan sin mí. Decia pues que.... ¡Oh! vendrán a buscarme, lo sé mui bien; pero si se imajinan que yo conduciré sus zuecos de vapor!

En fin, ya me tienes retirado del servicio; no me queda mas que pensar en ti, i quiero ocuparme sériamente de tu porvenir.

—Es usted demasiado bondadoso, tio mio.

—¿No eres mi hijo, continuó M. Morisot, i no debo ayudarte con mi esperiencia i mis consejos? Aprovéchate de mi ejemplo. Ya he llegado a los sesenta i cinco años, sin interior, sin familia, sin amigos. Nada de esto me habria sucedido si me hubiera casado!

—Pero, tio mio, se aventuró a decir el jóven.

—Ya sé lo que vas a decirme, respondió al momento el comandante, que eres todavia jóven, que hai tiempo para ello. Lo mismo respondia yo a tu edad, i dejándolo siempre para el dia siguiente, he permanecido un viejo solteron.

—Pero, tio, soi enteramente de la opinion de Ud.

—Cómo, esclamó el viejo marino, ¿no tendrias repugnancia en casarte ahora?

—Ninguna, tio, al contrario.

—¡Oh! decididamente, dijo M. Morisot, esto va demasiado bien, esto significa algo. ¿No tienes necesidad de algun dinero, amigo mio? prosiguió.

—Nó, tio, gracias, respondió Luis.

—Sabes, hijo, que no hai que andar con ceremonias. Todo lo que poseo es para ti. I aun, pues que ya te veo razonable i no estás mui léjos de casarte, te daré inmediatamente toda mi fortuna. Esto te permitirá al ménos elejir una mujer sin ocuparte de su dote. Me darás solamente una pequeña pension.

—Tan pequeña como usted la quiera tio, respondió el jóven.

El viejo marino se echó a reir de la réplica de su sobrino.

—En hora buena, añadió, hé ahí al ménos una de tus palabras de otra época! Me parecias verdaderamente desde hace algunos instantes demasiado razonable; esto me causaba alguna inquietud. I por una hábil maniobra el comandante se acercaba a la mesa en la cual se hallaba servido el almuerzo. Si nos sentáramos, dijo cuando se hallaba cerca, continuaríamos conversando diciéndole algo a este pastel. Tengo un hambre de recien desembarcado esta mañana.

Luis condescendió sin hacer la menor resistencia, sentóse frente a su tio, i M. Morisot, encantado de la complacencia de su sobrino, atacó vigorosamente un pastel cuya dorada i apetitosa corteza revelaba su orijen strasburgués.

—Pues, como ibamos diciendo, amiguito, añadió depositando una respetable tajada sobre el plato del jóven, si te he de dar un consejo, no busques ante todo una mujer que te traiga fortuna; es mejor que en un matrimonio la mujer deba todo a su marido; por otra parte, no es el dinero el que hace la felicidad, i por lo demas, con

lo que te daré serás bastante rico para dos.

—¡Oh! ciertamente, respondió Luis.

—Es estraordinario, añadió el comandante, cuan perfectamente nos entendemos esta mañana! A fé mia, repuso llenando su vaso i el de su sobrino, a tu salud, hijo; pues te hallas tan bien dispuesto puedo decírtelo todo ahora; sábete pues que te he escojido una mujer.

—¿Decis?

—Digo, repitió el comandante, que te he escojido una mujer.

—¡Cómo! sin prevenirme, sin consultarme siquiera?

—¿Para qué, pues que acabas de decirme tú mismo que estabas dispuesto a casarte? Por lo demas, parece que la que te he escojido es encantadora.

—Parece.... parece, respondió Luis, pero permitame Ud. tio, creo que valdria mas hallarse seguro, i por otra parte, me creo bastante interesado en la cuestion para tener el derecho de asegurarme por mis propios ojos, de elejir yo mismo, i, añadió el jóven despues de vacilar un poco pero con firmeza, es lo que he hecho.

—¡Cómo! esclamó M. Morisot dejando caer su tenedor i tragando de traves, ¡cómo, has elejido una mujer sin mi autorizacion!

—Que quiere Ud, tio mio, yo estoi seguro de que la que he elejido es encantadora.

—Luego no era por darme gusto, sino por puro egoismo por lo que querias casarte?

—¡Oh! ¿cómo puede ocurrirsele a Ud. semejante idea? repuso Luis. Me casaré por darle gusto a Ud., nada mas que por esto; pero a su vez, por darme a mi gusto, me dejará Ud. casar con la mujer que yo amo!

—Pero ¿por qué no amarias a la que te he destinado? Va a llegar, es menester verla ántes de rehusarla.

—Para qué, tio, pues que su vista no puede cambiar mi determinacion.

—Pero, habráse visto nunca semejante testarudo! esclamó el comandante lavantándose de la mesa i paseándose a grandes pasos.

—Vamos, tio mio, decia Luis, procurando calmarle, vamos, estábamos tan bien en perfecto acuerdo hace un momento!

—¡Hace un momento! hace un momento! murmuraba entre dientes el anciano marino; no te complacias en contrariarme como ahora.

—Pero si no me complazco en contrariar a Ud. Amo de todas véras a una jóven; no es culpa mia si Ud. se ha puesto a amar a otra; por mi parte, no le he estendido a Ud. poder sobre este particular.

—Pero en fin, repuso M. Morisot no pudiendo mas de cólera i habiendo agotado todos sus argumentos, ¿quién és esa jóven?

—Recuerda Ud. tio, una carta que le escribia el año pasado i en la cual le referia como habia yo conocido, en casa de Mme. Levallois, a una jóven a quien aquella habia tomado como institutriz...

Aquí respiró el comandante. Acordábase en efecto haber recibido una carta de su sobrino, en la cual le hablaba éste estensamente de un proyecto de matrimonio para el cual le pedia su aprobacion; pero este proyecto le habia parecido al comandante tan poco serio, que no se habia detenido en considerarle, i aun era un milagro que se acordase todavía de la carta a la cual Luis ocababa de hacer alusion.

—Así que, dijo riéndose, trátase siempre de aquella jóven que no tiene ni padre ni madre i que da lecciones de piano? Ah! qué broma! es lástima que la hagas durar tanto tiempo.

—No veo lo que hai en esto de risible, repuso Luis picado de la risa de su tio; no sé que haya deshonor en dar lecciones de piano.

Pero M. Morisot se reia a carcajada tendida.

—Sí, continuó, una jóven que ha sido educada en San Dionisio, cuyo padre era jeneral.

—Su padre era oficial i ha muerto en el servicio, interrumpió Luis.

—Sí, sí, siempre la misma historia.

—Tio, dijo Luis tomando su sombrero, está usted demasiado alegre esta mañana para hablar de cosas sérias!

—¡Llamas a eso cosas sérias! repuso el comandante.

—Sí, tio mio, el afecto que tengo a esa jóven, digna de todos los respetos i de todas las simpatias, es lo mas serio que hai en el mundo.

I el jóven se encaminó hácia la puerta.

—A fé mia, esclamó M. Morisot corriendo detras de él, diriase que no se chancea. Vamos, Luis, escúchame amigo mio. Pues

bien! si, creo que es cosa séria, demasiado séria aun, ya lo veo. ¿Pero tambien por qué diablos vas a enamorarte de una muchacha que no tiene nada?

—Le aesgure a usted, tio, que no la he elejido de intento; por otra parte, hace poco me decia Ud. que vale mas que en un matrimonio la mujer se lo deba todo a su marido.

—No hablaba por ella de ese modo. Pero ya abandonarás esa pasion, amigo mio. I la prueba es que no es tan grande como supones, es que desde hace cerca de un año, estás aun esperando mi consentimiento para casarte con esa jóven. Si la amaras tan seriamente como dices, no habrias hecho caso de mi asentimiento. La verdadera pasion no es tan prudente i tan razonable. Ya lo ves, nada tienes que responder, añadió apercibiendo la excitacion del jóven.

Luis meneó la cabeza.

—Sin duda. nada tienes que responder.

—¿Cree usted, tio?

—Pues bien! vamos, habla, haz valer tus razones! esclamó el comandante cuya virtud principal no era la paciencia.

—Tio, hace mucho tiempo que he creido apercibirme que usted me consideraba como su hijo, i que se reservaba el casarme segun su gusto.

—¡Ah! te has apercibido de eso tú solo murmuró el viejo marino.

—La prueba de ello es que el año pasado habia usted arreglado un pequeño matrimonio a su gusto, i que he tenido mucho trabajo en deshacerlo, pues me habian arreglado ustedes del mas bonito modo.

—I bien! qué mas?

—Ahora bien, continuó Luis, he creido que si me casaba sin consultarle i sin su beneplácito, era posible que me desheredara usted.

—Posible.... posible.... podrias decir cierto.

—Era cierto que me desheredaria usted, repuso el jóven sin desconcertarse.

—Si, cierto, mas que cierto! esclamó el comandante exasperado cada vez mas por la calma de su sobrino.

—Ahora bien, continuó éste sin conmoverse, mas no teniendo fortuna i hallándose en el mismo caso la mujer a quien amo, he tenido que renunciar a este enlace hasta que hubiese obtenido el consentimiento de usted.

—Que no tendrás jamas. Asi que, harás bien en renunciar a él para siempre.

—Hasta que hubiese obtenido el consentimiento de usted, repitió Luis, o hasta que me hubiese creado una existencia honrosa e independiente; entónces, esperando la vuelta de usted i previendo su oposicion, me he puesto a trabajar, lo que me ha hecho mucho bien, i le he economizado a usted algunos billetes de banco.

—Te has puesto a trabajar, preguntó el comandante estupefacto, es pues cierto?

—Lo mas cierto.

—¿I a qué trabajo te has dedicado?

—A la literatura. He publicado ya dos o tres novelas en diversos periódicos, i publicaré próximamente un folletin en el *Mundo Ilustrado*.

—I teniendo ese oficio pretendes casarte, alimentar a tu señora, a tus hijos? es una locura!

—No tan grande como lo cree usted, tio, la literatura tiene hoi un buen rendimiento: sabe usted lo que produce por ejemplo a M. Octave Feuillet el *Roman d'un jeune homme pauvre*? Mas de ochenta mil francos. No he llegado aun hasta eso, añadió sonriéndose el jóven; pero en fin, mis artículos que no podia yo hacer insertar en un principio, ni aun por nada, comienzan a gustar, me los pagan a veinte céntimos la linea, mui pronto será a veinticinco, mi nombre comienza a ser conocido; i a propósito, añadió sacando dos monedas de oro de su bolsillo, hé aqui el premio de mi primer articulo, dinero que he ganado yo solo; i nunca me ha causado tanto placer ningun otro dinero. I desde que sé lo que cuesta ganarlo, me he hecho económico, arreglado, i me he acostumbrado a no tener necesidad de nadie, ni aun del mejor de los tios, añadió Luis sonriéndose.

—En primer lugar, yo no soi bueno, i te prohibo que digas que soi bueno; por enternecerme dices eso ¿no es verdad? pero pierdes tu tiempo. Cásate con quien quieras, ya verás como te arreglas con los productos de tu literatura.

—Oh! bien sé que no tendremos un gran tren i que habré de trabajar rudamente en los primeros tiempos para ganar siquiera con que vivir en este Paris, pero si veo que no logro crearme un nombre i una posicion, pues bien! me quedan tres o cuatro mil francos de renta de la fortuna de mi madre, con los cuales nos iremos a vivir al

campo. Tendremos una pequeña casa cerca de los bosques i no léjos de un rio; pasaré la mañana trabajando; por el dia haremos largos paseos, i por la noche leeremos o conversaremos al lado de la chimenea. Procuraremos estar bien con el cura i el alcalde para hacer una partida de cientos o de bóston. Iré a la pesca en verano, a la caza en invierno; seré rejidor i mayordomo de la parroquia: es una vida que vale tanto como otra cualquiera i que seguramente, es preferible a la que he llevado hasta aquí.

Es cosa imposible describir la sorpresa de M. Morisot al oir semejante lenguaje en la boca de su sobrino, i su estupefaccion era igual a su cólera. En verdad que el matrimonio que habia proyectado entre Luis i la hija de su antiguo camarada no era uno de esos proyectos por mucho tiempo meditados i cuya ruina trastorna al hombre mas tranquilo; aun es evidente que una hora ántes no habia pensado en ello; pero el comandante, que era en el fondo el hombre mas dulce i mas fácil de vivir que se pudiese encontrar, no podia soportar una abierta resistencia. El hábito del mando en los marinos i los soldados les hace mui difícil sufrir la menor contradiccion, i el *no hai que hacer observaciones* que caracteriza tambien al cabo u al *sarjento*, al hablar a sus inferiores, se manifestaba en la boca del comandante con esta frase que él murmuraba entre dientes marchando a grandes pasos:

—Cómo, habré hecho virar de bordo a buques de 120 cañones, i no podré hacer cambiar de idea a este muchacho!

—Pues bien, tio mio, le dijo Luis, dejemos a un lado esta materia, pues que le contraria a usted, i continuemos almorzando.

—No tengo ya hambre; me has quitado el apetito con tu obstinacion.

—Pero le aseguro a usted, tio, que no pongo en esto la menor obstinacion, i que siento mucho el contrariar a usted.

—Ea bien! vamos, si no eres un testarudo i si no lo haces de intento para contrariarme, consiente en ver a la jóven que te destinaba, i cuando la hayas visto, si persistes, bien! te dejo libre.

—¿Para qué? respondió Luis; si me hallo seguro de no cambiar de resolucion, i mi denegacion le irritará a usted mas cuando haya yo visto a esa jóven. Por otra parte, ahora mi denegacion nada tiene de injurioso para ella, miéntras que despues de haber consentido en conocerla....

—Es decir que no quieres darme siquiera la mas pequeña prueba de deferencia?

—Si yo le propusiera a usted el conducirle a ver a la que amo, consentiria usted en ello? respondió Luis.

—Nó, mil veces nó! esclamó el comandante.

—Pues bien! tio mio, añadió Luis, tomando por la tercera o cuarta vez su sombrero, ya vé usted que nunca nos pondremos de acuerdo sobre este particular; déjeme usted casarme a mi gusto, i busque otro marido para su protejida.

—Sí, le encontraré otro, esclamó M. Morisot exasperado, i yo soi quien me casaré con esa pobre muchacha, a la cual rehusas sin conocerla; i la amaré, i tendré hijos a quienes dejaré toda mi fortuna.

—No lo dudo, tio, pues será usted mui pronto bastante viejo para eso, respondió Luis dirijiéndose hácia la puerta.

Pero abrióse ésta en aquel mismo instante i dió paso al doctor Méchain que acompañapaba a Mlle Borda.

—¡Cielos! seria ella la que me destinabais? preguntó Luis estupefacto.

—Era tal vez la tuya? preguntó a su vez el comandante.

—A fé mia, sí! respondió Luis lleno de alegria.

—Entónces valia bien la pena, repuso el comandante, de hacer tanto el mala cabeza i el testarudo.

—Testarudo, testarudo, murmuró el jóven, me parece que éramos bien *dos testarudos*.

PAUL DHORMOIS.

LOS DOS GATOS.

Yo no sé si fué en Austin
O en otro lugar vecino,
Donde hubo un gato ladino
Que era diestro espadachin.

I como era tan bravio
Iba armado con navajas,
I por dácame esas pajas
Allá te va un desafío.

Con otro gato una vez
En la cumbre de un tejado
Encontróse i descortes
No le quiso dar el lado.

Entónces el ofendido
Le pide satisfaccion;
Lanza airado un ronco ahullido,
I le dá tal bofeton

Que cayendo del tejado
Desde una terrible altura,
Dió en una piedra tan dura
Que allí murió desnucado.

A todo niño imprudente
I díscolo, éste relato
Enseña que de repente
Suele hallar el mas valiente
Con la horma de su zapato.

RICARDO CARRASQUILLA.

EL LLANERO. (1)

Despierto el ojo, la nariz hinchada,
La frente erguida, trémula la crin,
Tascando el freno, el suelo golpeando,
La oreja atenta al éco del clarin;

Tal el noble caballo; i el llanero
Mal vestido, tostado por el sol,
Sacudiendo la lanza i con la vista
Clavada en el ejército español.

Al frente un cuadro vé, la señal oye,
Hace sentir la espuela a su corcel,
Encórvase en la silla, centellean
Sus dos ojos de rabia i de placer.

Un instante no mas! sangre chorrea
La roja banderola, en sangre está
Tinto el nervudo brazo, i el caballo
Sangre hace con sus cascos salpicar.

MARIO VALENZUELA.

(1) En la guerra de la independencia de Nueva Granada se designaba con el nombre de *Llaneros* a varios de los escuadrones de milicianos, que formaban parte del ejército patriota.

VARIEDADES.

TENIA RAZON.

Salió un borracho del bodegon, donde se habia pasado todo el dia bebiendo, i despues de media hora de hacer *eses* sin moverse del mismo sitio, llegó ahi su mujer i le dijo furiosa:

—¡Condenado! ya estás borracho otra vez?

—¡Pues!

—¿A este paso sabes a donde irás a parar? ¡A la penitenciaria!

—¡Cá! mujer. ¡A este paso no salgo de esta calle!

***

ESTABA PROBADO.

Un comerciante anunció en los periódicos que necesitaba un jóven honrado «que estuviese en su escritorio de doce a trece horas diarias, dirijiéndose para obtener este empleo a D.**»

Al dia siguiente se presentó en la casa del comerciante un jóven, solicitando la plaza anunciada.

—¿Cree Ud., le preguntó el comerciante, que podrá estar encerrado tanto tiempo?

—¡Oh! si, señor; contestó el jóven con cándida sonrisa. Creo que podré hacerlo porque he estado siete años sin salir de la cárcel.

Contenido de este número.

I.—Observaciones sobre la libertad absoluta de testar, por José David Jarpa, páj. 145.
II.—A Nuestra Madre María, poesia, por Silveria Espinosa de Rendon, páj. 148.
III.—Algo sobre el telégrafo, conclusion, por Domingo Toro Martinez, páj. 149.
IV.—Soneto esdrújulo, poesia, por Régulus, páj. 151.
V.—Dos Testarudos, por Paul Dhormois, páj. 151.
VI.—Los dos gatos, poesia, por Ricardo Carrasquilla, paj. 159.
VII.—El llanero, poesia, por Mario Valenzuela, paj. 160.
VIII.—Variedades, páj 160.

IMPRENTA DE «EL INDEPENDIENTE.»

LA ESTRELLA DE CHILE.

AÑO V. Santiago, diciembre 17 de 1871. Núm. 220.

OBSERVACIONES

SOBRE LA LIBERTAD ABSOLUTA DE TESTAR.

Conferencia leida el sábado 2 de diciembre de 1871 en el «Club de Amigos del Pais» por José David Jarpa.

(Continuacion.)

II. LA MORAL.

La moralidad consiste en conformar nuestras acciones a la voluntad de Dios, que nos es manifestada, ya por la revelacion, ya por la mera razon natural.

El sistema de testar puede, pues, afectar a la moral, asi entendida, bajo los siguientes aspectos:

1.° En cuanto a las relaciones que ligan a los ascendientes con los descendientes i vice-versa;

2.° En cuanto a la de los esposos entre sí, i

3.° En cuanto a la condicion respectiva en que pueden encontrarse los herederos al tiempo del fallecimiento del testador.

Cúmpleme, por tanto, entrar a manifestar, primeramente, como es que los intereses morales son vulnerados, en este triple sentido, por la desheredacion legal; i en seguida, como es que la desheredacion simple consulta por el contrario i mejor que ninguna otra combinacion, esos mismos intereses.

I.

¿Qué es lo que reclama la moral con respecto a las personas que descienden de un tronco comun? Que ellas sean sumamente cordiales i afectuosas, estando montadas sobre el pié de la mas perfecta reciprocidad. Es ésta, en verdad, la mejor manera de conseguir que esos pequeños estados que se denominan familias, reposen sobre los durísimos cimientos del órden i mútuo cariño, contribuyendo, entónces, mui eficaz i directamente a la felicidad i ventura de ese grande estado que se apellida nacion.

Ahora bien, ¿cuáles son las vias mas fáciles i espeditas para conducirnos con prontitud i seguridad a la consecucion de tan satisfactorios resultados? ¿Las que nos franquea el sistema de libertad absoluta, o las que nos ofrece el de libertad restrinjida para testar? Sin duda alguna que estas últimas. Patenticémoslo.

Aceptando el segundo de los sistemas enunciados, sustraemos al servicio de la mejor de las causas, la causa de la moralidad, el precioso elemento del interes; puesto que para un hijo de familia que por una parte tenga su conciencia relajada, i a quien, por otra parte, le asiste perfecta seguridad de que sus padres no han de poder privarlo de la porcion hereditaria que en su solicitud le acuerda la lei, ha de ser de todo punto indiferente el corresponder o no a los innumerables beneficios que les debe i que producen en él sagradas obligaciones. Quitamos a los descendientes ese freno saludable que ha de mantenerlos dentro de la esfera de sus deberes; destruimos el mas fuerte dique que es posible oponer al desborde del impetuoso torrente de las pasiones juveniles; les garantimos, hasta cierto punto, la impunidad de sus faltas; los impulsamos, en cierta manera, a lanzarse a vela desplegadas por las tortuosas sendas de lamentables estravíos. En dos palabras: relajamos notablemente la disciplina doméstica.

Por lo que mira a los ascendientes, se viene a dar pábulo a esa frialdad en el cariño para con sus descendientes que a veces se nota en ellos; especialmente cuando aquéllos han abandonado ya el hogar doméstico, para fijar su residencia en el lugar a donde ha tenido a bien llamarlos la caprichosa suerte.

¿Creeis que aquí no mas se detienen las fatales consecuencias de tan grave mal? Nó, señores; pasan mas adelante todavía. No solo se priva al jefe de familia del antídoto mas a propósito para combatir el cán-

cer que alguna vez pudiera corroerla; se llega hasta convertirlo en una arma peligrosa que puede ser esgrimida con facilidad contra su persona. Para convenceros de ello, os bastará considerar cuantas bastardas maquinaciones pueden ser puestas en juego, por los que, teniendo interes en una sucesion, no divisan otro óbice para entrar desde luego en el pleno goce de los derechos que ella les asegura, que la odiosa prolongacion de los dias de un propietario a quien no los liga ya ningun sentimiento noble, i cuya existencia se les ofrece medios de hacer desaparecer, dejando enteramente a cubierto su responsabilidad.

Me objetareis, quizá, que una emerjencia semejante raya en los límites de lo inverosímil. ¡Ah! desgraciadamente os equivocais demasiado; i ya que, para sacaros de vuestro error, no me es lícito ni decoroso ir a remover el lodo inmundo que arrastran las crónicas caseras de todos los tiempos, me conformaré con responderos: la perversidad i la codicia, parapetadas tras la impunidad, son capaces de todo, aun de lo mas vil e infame.

«Todo hombre que tenga algun bien, decia M. Papon, con la esperanza de cuya adquisicion es atendido, acariciado, servido, seguido, obedecido, amado i honrado durante su vida, debe mantener oculto, suspenso i dudoso para todos, cual de sus parientes o amigos será su heredero....., *a fin de no perder e irritar a los demas.*» (1)

Pero ya oigo que se me dice: todo eso no es sino vana declamacion; el lejislador en prevision de esos males i para conjurarlos, ha revestido al testador del derecho de desheredar, derecho cuyo ejercicio nada será capaz de entorpecerle.

Para ver hasta que punto sea fundada esta observacion, se hace necesario examinar cuales son las causales que ante la lei lejitiman un paso tan sério; i como casi todas las naciones han aceptado, con pocas variantes, las que admitian como tales los romanos, me permitireis recordaros los siguientes versos latinos que las resumen:

Filius exhæres esto: 1.° si verbere patrem
Læserit; 2.° Aut verbis si violentus erit;
3.° Criminis accuset si coram plebe parentem;
4.° Misceat aut turpi dira venena manu;
5.° Divitiis dederit si damnum grande pa-
[rentis;
6.° Nec curam haud sanâ mente parentis
[agat;
7.° Inter colluviem si gaudeat ire malorum;
8.° Aut patrium vetito scandat amore torum;
9.° Si pro patre fidem non interponat; 10.°
[Eumdem
A truce nec variis liberet hoste modis;
11. Si vetet autorem testari sanguinis; 12.°
[Adsit
Si levibus mimis, quos vel arena juvat;
13. A sanctis veterum si degeneraverit ais;
14. Filia, si quæstum corpore spreta fa-
[cit. (1)

Conceder facultad para desheredar por motivos tan graves como los que acabais de oir, i que implican siempre notable deshonra para el desheredado, es lo mismo que negarla absolutamente; porque ello equivale a poner en manos de una persona, para que atienda a su defensa, una arma que no puede emplear contra su adversario sin herirse a la vez a sí misma.

Hai, empero, quienes niegan la exactitud de la deduccion, i éstos discurren así: las causas de la desheredacion, o bien son públicas, i entónces su espresion por el desheredante no puede causar un mal existente ya, o bien son privadas, i en tal caso tanto se revela el secreto bajo el imperio de un sistema como bajo el de otro.

Dilema es éste que tiene a primera vista todas las apariencias de contundente; pero que, bien examinado, no pasa de ser un sofisma de mala lei.

En primer lugar, no es verdad que siendo notorias las faltas, base de la desheredacion, su manifestacion nada tendria de embarazoso para el testador; porque si es cierto que ella no podria estimarse como orijen de un mal existente ya, no lo es ménos que vendria a agravarlo notablemente, desde que quedaban aquéllas consignadas, desde entónces, en un instrumento público que podrian consultar las mas remotas jeneraciones. Inconveniente cuya importancia sube de punto, cuando se tiene presente que los partidarios de la lejitima, para ser lójicos, se han visto precisados a exijir la comprobacion judicial de las faltas que autorizan el desheredamiento, para poder respetarlo. De suerte que no solo seria indispensable vencer la repugnancia

(1) Premier notaire, liv. VII, des Testaments, páj. 429.

(1) Hilliger, sur Donneau, lib. 6, cap. 12, note 12.

que naturalmente sentiriamos al tener que llenar esta última formalidad, sino que vendrian a ser ya dos los documentos auténticos que harian constar perpetuamente la ignominia del que tuviese la desventura de incurrir en nuestra indignacion. I de seguro que un ascendiente o descendiente habian de preferir una i mil veces no llevar a efecto sus justos castigos, ántes que ser el mismo quien amontonase las piedras que debian formar el monumento destinado a perpetuar la memoria de los crímenes de un individuo por cuyas venas corre su misma sangre, i cuyo honor estima quizá tanto como el suyo propio.

Si nos ponemos en el caso que los motivos que justifican la desheredacion, sean secretos, la argumentacion aparece mas débil todavía. En tal caso, se obtendria la incomparable ventaja de mantener siempre al desheredado en el goce de su sana reputacion; ya que coexistiendo las circunstancias de ser tenido como de buena fama, i de ser el testador un majistrado absoluto, lo natural seria, en vista de un desheredamiento, no que el público se esmerase en arrojar sombras sobre la conducta de aquél, sino que, juzgando con un mediano criterio, lo habia de atribuir a odios infundados o a la caprichosa voluntad de su autor. I aun suponiendo que aconteciese lo contrario, para lo cual seria menester suponer a los hombres con sus cerebros mui trastornados, las murmuraciones jamas salvarian los estrechos límites de un reducido tiempo i del escaso número de personas que, por sus relaciones con el testador, pudieran apercibirse de un hecho semejante; puesto que no quedaria constancia de él en un instrumento solemne i público, ni el asunto mereceria tampoco los honores de que la historia o la tradicion conservasen su recuerdo a los hombres del porvenir.

II.

Al unirse los esposos con vínculo sagrado e indisoluble por medio del matrimonio, contraen muchas e importantes obligaciones. Figura, sinembargo, entre ellas, una que es como el compendio i la base del cumplimiento de todas las demas; una que no puede desconocerse ni violarse, sin que por el hecho mismo los dulces goces del hogar doméstico vengan a convertirse en un manantial inagotable del odio i desesperacion mas intensos que es dado concebir. Señores: ya habeis sorprendido mi pensamiento: me refiero a la fidelidad conyugal.

I bien, este deber que no puede atropellarse sin gravísimo detrimento de la paz i tranquilidad de la familia, ¿es respetado siempre i por todos con severa i profunda relijiosidad? ¡Ah! cuando pretendemos alimentar acerca de ello una duda siquiera halagüeña i consoladora, la triste realidad viene a herir bien pronto nuestros ojos, i a enseñarnos que todo debe esperarse de la frajilidad humana, i que quien crea lo contrario, no pasa de ser un singular iluso que se regocija en presencia de una quimera.

No habrá por lo mismo propósito tan noble i santo, como el que se cifre en poner a raya la pasion desordenada de los esposos. Otorgad la libertad absoluta al testador, i lo habreis conseguido en parte.

En efecto, bajo su imperio, el marido no encontraria una valla insuperable para escluir de toda participacion en sus bienes a aquéllos que sabe perfectamente no son sus hijos, en el temor de hacer pública i notoria la deshonra de su mujer, la cual vendria siempre a refluir en mengua de él mismo i de su prole lejítima. Entónces aquélla se penetraria de la triste suerte que debia caber a sus descendientes de bastarda procedencia, i semejante conviccion la detendria mas de una vez en los umbrales del crímen, impidiéndole perpetrar su atentado, consumar su iniquidad.

Por último i sobre todo, se conseguiria salvar al testador de la terrible necesidad en que puede verse muchas veces, de tener que compartir el pan de sus hijos con aquéllos cuya existencia solo sirve para traerle a la memoria el amargo recuerdo de una traicion tan repugnante como infame.

III.

Tarea por demas improba seria la que se impusiese quien pretendiera darse cuenta cabal i exacta de las diversas condiciones en que pueden encontrarse los miembros de toda sociedad humana. Su variedad es inmensa, infinita su escala; en vano intentarais recorrerla por completo. Miéntras unos nadan en la opulencia, otros yacen sumerjidos en la miseria; miéntras estos pueden disponer de cuantiosas sumas para objetos de lujo o mera comodidad, aquéllos tienen apénas con que satisfacer las redu-

cidas exijencias de una vida modesta i sin ostentacion. En cada uno de estos grados cabe aun una subdivision indefinida.

Si lo que acabo de decir es una verdad innegable, no lo es ménos que hai tambien una gran diferencia entre las distintas causas que pueden constituir a un individuo en una situacion precaria. Hai quienes se encuentran en ella, porque quieren ¡insensatos! sustraerse a la lei comun del trabajo. Que éstos devoren el miserable pan que les proporcione su pereza: bien merecido tienen su infortunio. Pero hai otros que lo soportan tambien por motivos enteramente independientes de su voluntad; i éstos son dignos sin duda de atraer sobre si una mirada compasiva de todo aquél que abrigue en su pecho una chispa siquiera de nobles sentimientos.

Comprendo cuan justo es que la caridad se apresure a venir en socorro de estos últimos. Sinembargo, creo al mismo tiempo que no es conveniente ni justo implorar sus ausilios sino en casos estremos, en que se hayan cerrado ya todas las demas puertas; i que por tanto, procurar que éstas se mantengan abiertas, en cuanto sea posible, es cooperar a un fin esencialmente moral.

Para esplicar mejor mis ideas i la relacion de lo que acabais de oir con el punto que analizo, séame lícito valerme por via de ejemplo, de uno de los mil casos análogos al que citaré, que ocurren cuotidianamente.

Un padre de familia tiene un capital de 6,000 ps. i ocho hijos; de ellos, seis han logrado reunir merced a su industria, profesion o cualquier otro medio honesto de adquirir, una fortuna de 12,000 ps. cada uno; los otros dos nada poseen, el uno porque es fátuo, i el otro porque, a consecuencia de haber sido siempre de mui mala salud, jamas ha podido dedicarse a ningun jénero de especulaciones. Al llegar el momento en que ha de disponer de sus bienes, medita algunos instantes sobre la condicion respectiva de cada uno de ellos. La de los seis primeros no le ocasiona la menor inquietud; está convencido de que podrán disfrutar de mayor holgura que la que él mismo ha alcanzado. Idéntica satisfaccion se apodera de su espíritu, cuando observa que esta feliz circunstancia le permite tener el gusto de poder favorecer con todo el monto de su pequeño caudal, a los otros dos, que por encontrarse bajo el peso de la desgracia, se verian, de otra suerte, sometidos a toda clase de privaciones i sufrimientos despues de sus dias.

Pero este placer es vano i fugaz; solo ha llegado a esperimentarlo, merced a un olvido involuntario de la lei. La lei que no ha podido entrar a prever i fijar reglas especiales para la multitud de casos como el presente que pudieran ofrecerse, la lei, digo, lo prohibe, i es menester acatar su voluntad soberana.

Abolid entónces esa lei, esclama la razon indignada, abolidla si no podeis hacerla perfecta, i habreis rendido homenaje a los designios de la Divina Providencia, que no ha dado los bienes al hombre para cooperar al enriquecimiento de unos, miéntras se deja a otros sumidos en la postracion i el abandono. Abolid esa lei, repito yo tambien, i habreis enjugado las lágrimas de no pocos padres de familia, contribuyendo a hacer desaparecer esas desigualdades, ora naturales, ora debidas únicamente a la fatalidad, i en las que ninguna culpa cabe a aquéllos sobre quienes gravitan.

Como se deja ver, dirán talvez algunos, que no os habeis fijado en que la reforma que proponeis, traeria en este mismo sentido, males harto mas graves i trascendentales que los que tratais de estinguir. Habeis olvidado, sin duda, que con ella irias a levantar la losa que cubre el sepulcro en que las naciones modernas han encerrado los mayorazgos, i que su espectro se alzaria entónces airado i amenazador para venir a agobiarnos de nuevo con el cúmulo de desgracias que hizo pesar, en otra época sobre la humanidad, su accion bárbaramente desniveladora.

No lo temais, señores; el fénix no renaceria de sus cenizas. Si la institucion de los mayorazgos fué posible i hasta simpática bajo el dominio de las absurdas ideas feudales de la Edad-Media, si bajo el imperio de estas mismas ideas se perpetuó por mucho tiempo en algunas naciones; en los tiempos que corren, la ilustracion i las ideas de probidad i justicia han penetrado lo bastante en los espíritus, para hacer, sino enteramente imposible, mui difícil, al ménos, su resurreccion. Al presente, nadie hai tan miope que no alcance a divisar cuan grande absurdo envuelve esto de favorecer al primojénito con todos o casi todos los bienes que pertenecieron al jefe de una

familia, a fin de que no decaiga el lustre de ésta; porque todos comprenden que, si bien es efectivo que aquél podria considerarse, en cierto modo, como un astro luminiso que con sus resplandores haria brillar el apellido de sus antepasados, no lo es ménos que sus hermanos que llevan tambien este mismo apellido, vendrian a ser, merced a la opacidad a que los condenaba su miseria, como otros tantos satélites que jirarian constantemente a su alrededor, proyectando sobre él tales i tan fuertes sombras, que quizá lo oscurecerian por completo.

Por otra parte, la libertad absoluta no debe entenderse en el sentido que el testador quedaria facultado para imponer a sus herederos condiciones que importasen la trasmision sucesiva i forzosa de los objetos asignados, a una o mas personas señaladas por él mismo. Su libertad solo se estenderia a poder dividir sus bienes entre sus parientes en la proporcion que quisiese, o a no dejarles nada, si creia justo hacerlo. Asi es que el único abuso a que habria lugar, consistiria en que un padre de familia podria favorecer a veces excesivamente a su hijo mayor, puesto que éste quedaba a la vez revestido de perfecto derecho para disponer de su herencia como lo tuviese a bien; i a tal abuso, mui lamentable sin duda, tampoco sirve de barrera insalvable el sistema de las lejítimas, como mas adelante tendré ocasion de hacerlo ver.

Finalmente, si un peligro como éste podria hacer que las naciones monárquicas se detuviesen un momento a examinar su importancia, él no mereceria ser tomado en consideracion, ni siquiera por un instante, en los pueblos republicanos en que los ciudadanos son nutridos desde su infancia con los principios de la igualdad, que tan mal se aviene con la institucion que combato.

IV.

Hemos visto ya las diversas maneras como los intereses morales son heridos por las lejítimas: veamos ahora como son servidos esos mismos intereses por el sistema opuesto, particularmente por lo que respecta a las relaciones que deben mediar entre ascendientes i descendientes.

Para conseguir este objeto, supongamos que se deja en un pais amplísima libertad para testar, i veremos de cuan diverso modo pasan las cosas.

Entónces el hijo de familia, por mas abandonado que lo imajineis, ántes de cometer un desacato, se detendria un momento para reflexionar acerca de las consecuencias de su acto, i se diria: haciendo lo que proyecto, me daré, es verdad, el placer de satisfacer mis pasiones; pero, cuenta, que si lleno la medida, la terrible espada que la lei ha puesto en manos de mi padre podrá descargarse sobre mi cabeza, i en tal evento quedaré privado para siempre de continuar una línea de conducta que tanto me halaga. Practicaria una operacion mui sencilla, i se convenceria de que lo que mas le convenia era ser sumiso i obediente por un corto tiempo, a fin de poder disponer así mas tarde de los recursos necesarios para dar rienda a sus depravados deseos; sirviéndole sin duda alguna esta consideracion, de un poderoso apoyo que le impediria continuar resbalando con tanta frecuencia por la triste pendiente de los vicios. Aunque no fuese un verdadero cariño, el interes le obligaria a mostrarse afectuoso i compasivo para con el autor de sus dias; solícito por su bienestar i comodidad; pronto a servirlo en todas las circunstancias de la vida, ya se encontrase colocado a grande altura por los honores o el talento, ya vejetase en la oscuridad i el dolor, merced a los rudos golpes de la fortuna, o a los achaques consiguientes a la edad madura.

Hai mas aun: ese individuo depravado, con ocasion de los continuos esfuerzos que habria menester para lograr reprimirse, llegaria a adquirir tanto dominio sobre si mismo, una morijeracion tal, que, cuando pudiese disponer a su talante de los bienes que le legasen sus padres, se hallaria talvez, con que su intelijencia se resistiera a aprobarle su disipacion, haciéndole coma prender cuan refinada iniquidad seria desbaratar locamente aquello cuya adquisicion habia costado tantas fatigas i sinsabores. I quien sabe si el arrepentimiento de sus pasados estravíos i una comportacion irreprochable para lo sucesivo, no serian el fruto de las tempestades de remordimientos que le suscitaria su conciencia.

Los ascendientes, por su parte, vacilarian mucho, cualesquiera que fuesen las circunstancias, ántes de resolverse a rehusar a alguno de sus descendientes, las

atenciones i esquisitos cuidados que prodigasen a los demas. Se habria logrado, pues, al ménos en muchos casos, hacer ménos volubles, fortificar i jeneralizar mas sus afecciones.

En cuanto a los esposos, se habria dado un gran paso en las vías del progreso moral, fomentando la fidelidad de la mujer al marido, i contribuyendo asi a evitar a éste un doble i justisimo sentimiento: el de ver manchada con una falta tan denigrante, a la que se elijiera por compañera inseparable de sus dias, i el de tener que resignarse a sufrir tambien las demas funestisimas consecuencias que forman el cortejo obligado de semejante descarrio, a trueque de no hacer mas insoportable todavía su inmensa desdicha.

Para no dar lugar a equivocos relativamente al alcance que pudiera atribuirse a mis palabras, me hago un deber de repetir aquí lo que ya ántes he insinuado: que estoi léjos de creer que los casos a que acabo de aludir, sean ordinarios i frecuentes; pues, por el contrario, me complazco en reconocer la esquisita delicadeza con que se procede, por la jeneralidad, particularmente de la alta clase social, en tan grave materia.

Por lo que respecta a la condicion de los herederos, al tiempo del fallecimiento del testador, no tropezaria éste con jénero alguno de trabas; se hallaria, por el contrario, en presencia de cuantas facilidades es dado apetecer, cuando tratase de echar mano de sus bienes, hasta agotarlos, para mejorar la situacion adversa en que pudieran encontrarse algunos.

De que la benéfica influencia que puede ejercer el interes, en la hipótesis que vengo analizando, no es solo una bella utopia, nos responde la esperiencia diaria.

En efecto, no hai persona alguna que sin tener herederos forzosos, posea alguna comodidad i holgura, que no sea objeto de las mas delicadas atenciones de parte de sus hermanos u otras personas que aspiran a heredarle, manteniéndose siempre con ella en cordialisima intimidad; intimidad cuyo orijen no es en manera alguna el afecto fraternal, desde que no existe entre los demas, que hallándose en idéntico grado de parentesco, se encuentran en la mediocridad o con herederos de mejor derecho.

«Los lazos de familia se estrechan i perpetúan, decia M. Portalis, por los cuidados reciprocos de aquéllos a quienes unen, por el comercio de los beneficios, i por el interes mútuo que tienen todos los miembros de la familia en atenderse; *porque el interes como el temor, es el principio de la sabiduría.*» (1)

Bien sé que no faltará quienes me acusen de que degrado la dignidad del hombre, estimulándolo a obrar el bien por motivos tan poco nobles. Pero sé tambien que a éstos podria yo preguntarles: i vosotros, cuando os conducis como hombres probos i dignos, cuando cumplis los divinos preceptos, en una palabra, cuando practicais la virtud verdadera, ¿obrais asi por pura sumision i agradecimiento a las bondades del Ser Supremo; o vuestras acciones obedecen a la vez, a otro móvil mas en armonia con la flaqueza e imperfecciones de la naturaleza humana? Si tuviesen la pretension de decirse movidos esclusiva, o al ménos principalmente, por la primera de estas causas, tendria sobre todo derecho para responderles: una de dos: o sacrificais deliberadamente la verdad, u os alucinais demasiado. Meditad un poco, i con la mano puesta sobre vuestra conciencia, no podreis ménos de confesar que el interes de obtener el premio i evitar el castigo, es lo que con mayor fuerza i eficacia os impulsa siempre a marchar por el áspero sendero de la rectitud i del deber.

En la sesion del cuerpo lejislativo frances, de 6 de abril de 1865, M. Geroult, contestando al conde de Veance que por incidencia habia declarado, al fin de su discurso, ser partidario de la libertad absoluta de testar, M. Geroult, repito, invocaba como principal argumento contra su colega, uno que jamas han dejado de hacer valer sus correlijionarios, como que es, en verdad, el de mas peso a que pueden recurrir para sustentar sus opiniones. Aunque esplanado con detencion i elocuencia por el honorable diputado, viene a quedar reducido, en el fondo, al inminente riesgo que bajo el imperio de la desheredacion simple, correrian de continuo un hijo inocente o un padre modelo, de ver completamente burladas sus lejitimas espectativas por un ascendiente o descendiente de mala vida que prefiriesen el vicio a la virtud o que se encontrasen dominados por un odio antinatural o infundado.

(1) Fenet., t. XII, p. 251.

Por ventura nuestra, el fantasma no es tan temible como lo suponen i por lo mismo no nos será difícil demostrar que no nos molestaria tanto ni con tanta frecuencia, como lo pretenden, con sus horrendas apariciones; i que de las mui escasas e impertinentes visitas que nos hiciese, el mismo M. Gueroult i sus secuaces no podrian evadirse por mas que se refujiasen en el inespugnable castillo de sus restrictivas doctrinas.

Arctissimum inter homines procreationis vinculum, ha dicho con profunda verdad Valerio Máximo, aunque con un fin diametralmente opuesto al que yo persigo. Sí, señores; son mui fuertes i estrechos los lazos con que la procreacion une entre sí a los hombres. Comprendiendo la Divina Providencia en su admirable sabiduria, cuanto habia de dificultoso, dada la flaqueza e incuria humanas, en el cumplimiento de los arduos deberes que era menester llenasen los padres para con los hijos, encendió en sus pechos la llama de un cariño tan tierno i afectuoso, que fuese capaz de conducirlos en sus alas hasta la abnegacion i el sacrificio, toda vez que peligrasen la comodidad i bienestar de tan idolatrados seres. Es de tal suerte inagotable el manantial de ternura de que la naturaleza ha dotado a los ascendientes para con los descendientes, son tan profundas las raices que el amor hácia ellos echa en sus corazones; que por mas que se abandonen al juego i a las orjías, por mas que se revuelquen dia a dia en el lodo inmundo de los vicios, léjos de congratularse i alentarlos, se contristan sobremanera i los reprenden con severidad, cuando intentan inmitarlos en sus deplorables estravíos.

I esto ¿qué nos indica? Que conservan siempre vivo i perenne el interes por su dicha; interes de que por lo mismo, nunca les será dado prescindir, mucho ménos olvidar por completo.

I no se nos increpe que incurrimos en un error sicolójico, al querer hacer servir al corazon de garantía contra el abuso de una facultad que debe ser puesta en ejercicio por la intelijencia; porque replicaremos que si así obramos, no es por desconocer cuales sean las funciones de la intelijencia i cuales las que atañan al corazon, sino por cuanto sabemos mui bien que, cuando prepondera en éste una afeccion fuerte, arrastra precisamente a aquélla a obrar de conformidad con sus impulsos.

Por otra parte, ¿cuál es, hablando jeneralmente, la época en que se hacen las disposiciones testamentarias? No otra que aquélla en que, próximo a exhalar el último suspiro, no puede el hombre ni por un momento, apartar de su imajinacion la aterradora perspectiva que le ofrecen, de un lado, la conviccion profunda de que mui pronto ha de encontrarse surcando el océano sin riberas de la eternidad, i del otro, la desconsoladora incertidumbre de la suerte definitiva que ha de caberle. Cobra, con este motivo, tal influjo i robustez la voz de la conciencia, que es casi imposible deje de ser escuchada aun por aquéllos que permanecen mas empecinados en el crimen.

Hé aquí, pues, una nueva valla opuesta a los perversos instintos. En vano es que se diga que su importancia vendria a ser ninguna, en atencion a que si bien es cierto que evitaria a veces el abuso deliberado, seria de todo punto impotente para impedir los errores que cometeria el testador, inducido por la oscuridad del entendimiento i flaqueza de voluntad, que en tales casos son intensas. Para echar por tierra tal observacion, basta considerar el poco esfuerzo i escasa luz que necesitan para discernir i determinar las personas a quienes se cree justo favorecer, que es lo único que a aquél incumbe; puesto que es del resorte del ministro de fé o persona que hace sus veces, todo lo que concierne a la redaccion i colocacion oportuna de las cláusulas de estilo.

Pero quiero conceder que haya alguno en el cual los motivos enumerados no ejerzan la menor influencia, i entónces pregunto: ¿i el deseo de perpetuar su nombre, que tanto domina a los individuos, no seria suficiente para mantenerlo en el recto sendero, obligándolo a dejar sus bienes a sus hijos, a fin de que éstos conservasen con honor su memoria?

De lo espuesto podemos concluir, que para que exista álguien al cual ninguna de las consideraciones aducidas sea bastante a retraerlo de hacer mal uso de una facultad que solo se le ha otorgado para que pueda practicar el bien con ménos trabas, es de todo punto indispensable suponerlo en un grado de perversion casi inconcebible. Constituido en tal estado, le sobrarian los arbitrios para burlar las prescripciones de cualquiera lei que se encaminase a ve-

darle poner en planta sus torcidos planes. Así no se me alcanza a que subterfujio pudiera recurrirse, sin tenerlo constantemente bajo el yugo de una vergonzosa tutela, para evitar que, reduciendo todas sus propiedades a dinero, hiciese donacion de él a sus secuaces, con todas las precauciones conducentes a que jamas se les pudiese probar haberlo recibido.

De donde fluye necesariamente, que si semejante calamidad, aunque rara, seria irremediable en el sistema de libertad absoluta, no lo seria ménos en el de libertad coartada; de suerte que tendriamos que el primero contaria realmente con un defecto que le seria comun con el segundo, sin que este último pudiera vanagloriarse con la posesion de las inapreciables ventajas de aquél.

Mas, como no seria imposible que el peso del abuso a que acabo de referirme, viniese a gravitar, a veces, sobre aquellos descendientes a quienes no se hubiese dado, ora por absoluta inhabilidad del individuo, ora por otras razones independientes de la voluntad de este último, la educacion necesaria para que puedan atender por sí mismos a sus necesidades; podriase poner una cortapisa a las facultades ilimitadas del testador, disponiendo que no le seria lícito, en caso alguno, eximirse de dejar a los que se encontrasen en las circunstancias indicadas, lo indispensable para su subsistencia hasta terminar su educacion, o durante toda su vida, si pertenecian al número de los que, por ser, vgr., dementes o fátuos, era de presumir que jamas estuviesen en aptitud de recibirla. Al regular estas asignaciones, se deberia tener presente que su objeto único era proveer, miéntras podian hacerlo por sí mismos, a la conservacion de aquellos seres que bajo su responsabilidad ha arrancado el hombre de las rejiones de la nada, para traerlos a las de la existencia; como que es esto tambien lo único a que por derecho natural está estrictamente obligado un ascendiente.

Como lo habeis visto, en todos los sentidos en que la moral puede rozarse con la cuestion que vengo debatiendo, sus principios son mucho mas respetados cuando se reconoce al testador una libertad sin límites. Porque las relaciones entre ascendientes i descendientes se consolidan i estrechan, la de los esposos se ven ménos espuestas a quebranto, i en caso de sufrirlo, se hace éste mas llevadero no viéndose obligado el marido a llamar a la herencia a los que son fruto del amor impuro de su mujer; ni encontraria el padre de familia obstáculo insuperable a liberalidades que, en rigor de justicia, no podria vedársele llevar a cabo.

Luego fuerza es convenir en que prepararíamos dias de gran regocijo para el progreso moral, en que traeriamos en su apoyo una verdadera palanca de Arquimedes, capaz de elevar a mucha altura el nivel de las buenas costumbres, que constituyen, sin disputa, la gloria mas envidiable i pura de las naciones; aboliendo cuantas trabas pudieran impedir el libre ejercicio de un derecho que Leibnitz hacia derivar de la inmortalidad misma del alma.

(Concluirá.)

EL TREN EXPRESO,

poema en tres cantos. *

CANTO PRIMERO.

La noche.

I.

Habiéndome robado el albedrío
Un amor tan infausto como mio,
Ya recobrados la quietud i el seso,
Volvia de Paris en tren expreso.
I cuando estaba ajeno de cuidado
Como un pobre viajero fatigado
Para pasar bien cómodo la noche
Muellemente acostado;
Al arrancar el tren subió a mi coche
Seguida de una anciana,
Una jóven hermosa
Alta, rubia, delgada i mui graciosa,
Digna de ser morena i sevillana.

II.

Luego a una voz de mando
Por algun héroe de las artes dada,

* Este poema, fué dado por su ilustre autor como principio de colaboracion para la «Revista de Bogotá,» cuyo plan tenia ya formado el señor Vergara. Los que hayan viajado en tren comprenderán la belleza imitativa de la parte en que se lo describe, con las emociones que despierta.

Empezó el tren a trepidar, andando
Con un trajin de fiera encadenada.
Al dejar la estacion, lanzó un rujido
La máquina que libre se veia;
I corriendo al principio, solapada
Cual la sierpe que sale de su nido,
I al claro resplandor de las estrellas
Por los campos, rujiendo, parecia
Un leon con melena de centellas.

III.

Cuando miraba atento
Aquel tren que corria como el viento,
Con sonrisa impregnada de amargura
Me preguntó la jóven con dulzura:
—Sois español? I a su armonioso acento,
Tan armonioso i puro que aun ahora
El recordarlo solo me embelesa,
—Soi español, le dije; i vos, señora?
—Yo, dijo, soi francesa.
—Podeis, le repliqué con arrogancia,
La hermosura alabar de vuestro suelo,
Pues creo, como hai Dios, que es vuestra Francia
Un pais tan hermoso como el cielo.
—Verdad que es el pais de mis amores
El pais del injenio i de la guerra;
Pero en cambio, me dijo, es vuestra tierra
La patria del honor i de las flores,
No os podeis figurar cuanto me estraña
Que, al ver sus resplandores,
El sol de vuestra España
No tenga, como el de Asia, adoradores.
I despues de halagarnos obsequiosos
Del patrio amor al puro sentimiento,
Entrámbos nos quedamos silenciosos
Como heridos de un mismo pensamiento.

IV.

Caminar entre sombras, es lo mismo
Que dar vueltas por sendas mal seguras
En el fondo de un pozo del abismo.
Juntando a la verdad mil conjeturas,
Veia ya a lo léjos desde el coche
Ajitarse sin fin cosas oscuras
I en torno, cien especies de negruras
Tomadas de cien partes de la noche.
Calor de fragua a un lado, al otro frio!
¡Lamentos de la máquina espantosos
Que agregan el terror i el desvarío
A todos estos limbos misteriosos!
Las rocas que parecen esqueletos!....
Las nubes con entrañas abrasadas!
Luces tristes! Tinieblas alumbradas!
El horror que hace grandes los objetos!
Claridad espectral de la neblina!....
Juegos de llama i humo indescriptibles!...
¡Unos grupos de bruma blanquecina
Esparcidos por dedos invisibles!....
Masas informes!.... Límites inciertos!...
Montes que bajan! Hondos que se crecen!..
¡Horizontes lejanos que parecen
Vagas costas del reino de los muertos!....
Sombra, humareda, confusion i nieblas!...
¡Acá lo turbio, allá lo indiscernible,
I entre el humo del tren i las tinieblas
Aquí una cosa negra, allí otra horrible!

V.

Cosa rara! entre tanto,
Al lado de mujer tan seductora
No podia dormir, siendo yo un santo,
Que duerme, cuando no ama, a cualquier hora.
Mil veces intenté quedar dormido,
Mas fué inutil empeño:
Admiraba la jóven, i es sabido
Que a mi la admiracion me quita el sueño.
Yo estaba inquieto, i ella
Sin echar sobre mí mirada alguna,
Abrió la ventanilla de su lado,
I como un ser prendado de la luna,
Miró al cielo azulado,
Preguntó, por hablar, que hora sería!
I al ver correr cada fugaz estrella,
—Ved una alma que pasa! me decia.

VI.

—Vais mui léjos? con voz ya conmovida
Le pregunté a mi jóven compañera.
—Mui léjos, contestó; voi decidida
A morir, a un lugar de la frontera.
I se quedó pensando en lo futuro,
Su mirada en el aire distraida,
Cual se mira en la noche un sitio oscuro
Donde fué una vision desvanecida.
—¿No os habrá divertido,
Le repliqué galante,
La ciudad seductora,
En donde todo amante
Deja recuerdos i se trae olvido?
—Lo traeis vos? me dijo con tristeza.
—Todo en Paris lo hace olvidar, señora,
Le contesté, la moda i la riqueza.
Yo me vine a Paris, desesperado,
Por no ver en Madrid a cierta ingrata.
—Pues yo vine, exclamó, i hallé casado
A un hombre ingrato a quien amé soltero.
—Tengo un rencor, le dije, que me mata!

—Yo una pena, me dijo, que me muero!
I al recuerdo infeliz de aquel ingrato,
Siendo su mente espejo de mi mente,
Quedándose en silencio un grande rato,
Pasó una larga historia por su frente.

VII.

Como el tren on corria, que volaba,
Era tan vivo el viento, era tan frio,
Que el aire parecia que cortaba;
Así el lector no estrañará que, tierno,
Cuidase de su bien mas que del mio,
Pues hacia un gran frio, tan gran frio,
Que echó al lobo del bosque aquel invierno.
I cuando ella doliente,
Con el cuerpo aterrido,
—Tengo frio! me dijo dulcemente,
Con voz que, mas que voz, era un balido,
Me acerqué a contemplar su hermosa fren-
[te,
I os juro por el cielo
Que, a aquel reflejo de la luz escaso,
La jóven parecia hecha de raso,
De nácar, de jazmin i terciopelo;
I creyendo invadidos por el hielo,
Aquellos piés tan lindos,
Desdoblando mi manta zamorana
Que tenia mas borlas verde i grana
Que todos los cerezos i los guindos
Que en Zamora se crian,
Cual si fuese una madre cuidadosa,
Con la cabeza ya vertijinosa,
Le tapé aquellos piés, que bien podrian
Ocultarse en el cáliz de una rosa.

VIII.

De la sombra i del fuego al claroscuro
Brotaban perspectivas espantosas,
I me hacia el efecto de un conjuro
Al ver reverberar en cada muro
De las sombras las danzas misteriosas!...
¡La jóven que, acostada, traslucia
Con su aspecto ideal, su aire sencillo,
I que, mas que mujer, me parecia
Anjel de Rafael o de Murillo!....
¡Sus manos por las venas serpenteadas
Que la fiebre abultaba i encendia,
Hermosas manos que a tener cruzadas
Por la oracion habitual tendia!....
¡Sus ojos, siempre absortos, aunque a oscu-
[ras,
Mirando al mundo de las cosas puras!....
Su blanca faz de palidez cubierta!....
Aquel cuerpo a que daban sus posturas
La celeste fijeza de unamuerta!....
¡Las fajas tenebrosas
Del techo que irradiaba tristemente
Aquella luz de cueva submarina;
I esa continua sucesion de cosas
Que así en el corazon como en la mente
Acaban por formar una neblina!....
Del tren expreso la infernal balumba!....
¡La claridad de cueva que salia
Del techo de aquel coche, que tenia
La forma de la tapa de una tumba!....
¡La vision triste i bella
Del sublime concierto
De todo aquel horrible desconcierto,
Me hacian traslucir en torno de ella
Algo vivo rondando un algo muerto!

IX.

De pronto, atronadora,
Entre un humo que rayan llamaradas,
Despide la feroz locomotora,
Un torrente de notas aflautadas,
Para anunciar, al despertar la aurora,
Una estacion que en feria convertia
El vulgo con su eterna griteria,
La cual susurradora i esplendente
Con las luces del gas brillaba en frente;
I al llegar, un jemido
Lanzando prolongado i lastimero,
El tren en la estacion entró seguido
Cual si entrase un reptil en su agujero.

CANTO SEGUNDO.

El dia.

I.

I continuando la infeliz historia,
Que aun vaga como un sueño en mi memo-
[ria,
Miro al fin a la luz de la alborada
Que al rubio de oro de su pelo brilla
Cual la paja de trigo calcinada,
Por agosto en los campos de Castilla.
I con semblante cariñoso i serio
I una expresion del todo relijiosa,
Como llevando a cabo algun misterio
Despues de un: *ai Dios mio!*—
Me dijo, señalando a un cementerio:
—«Los que duermen allí no tienen frio!»

II.

El humo, en ondulante movimiento,
Dividiéndose a un lado i otro lado

Se tiende por el viento,
Cual la crin de un caballo desbocado.
Ayer era otra fauna, hoi otra flora;
Verdura i aridez; calor i frio.
Andar tantos kilómetros por hora
Causa al alma el mareo del vacio;
Pues salvando el abismo, el llano, el monte,
Con un ciego correr que al rayo excede,
En loco desvario
Sucede un horizonte a otro horizonte,
I una estacion a otra estacion sucede.

III.

Mas ciego cada vez por la hermosura
De la mujer aquella,
Al fin la hablé con la mayor ternura,
A pesar de mis muchos desengaños;
Porque al viajar en tren con una bella
Va, aunque un poco al azar i a la ventura,
Mui de prisa el amor a los treinta años,
—I ¿dónde vais ahora?
Pregunté a la viajera.
—Marcho olvidada por mi amor primero,
Me respondió sincera,
A esperar el olvido un año entero.
—Pero ¿i despues, le pregunté, señora?
—Despues, me contestó, ¡lo que Dios quiera!

(Concluirá).

UNA VÍCTIMA DEL HONOR,

POR DON V. MURILLO.

(Continuacion).

Algo mas podriamos observar sobre la trama, que es en la novela uno de los principales elementos para despertar el interes; manifestando que la confesion que Samuel hizo de su propio crimen es poco verosímil i que habria sido ménos traida por los cabellos el último encuentro de Samuel i Alfredo, si aquél, deseando obtener el perdon de su víctima en los últimos instantes, lo hubiese llamado para recibir de sus manos la absolucion en vez de encontrarse, como se encuentran, repentinamente i al torcer de una esquina.

Pero, nuestro propósito ha sido ocuparnos ménos de la novela del señor Murillo en su carácter de tal, que de los fines prácticos que con su publicacion persigue. Es su fondo mas que su forma lo que se presta a una discusion interesante i a reflexiones harto serias.

Sinembargo, diremos, ántes de concluir con esta parte, que nos pareceria mui conveniente desterrar del diálago de nuestras novelas, esa pluralidad ficticia que no tiene razon de ser i que en la mayor parte de los casos no es otra cosa que un imperdonable galicismo. Nunca debe olvidarse que la novela aspira a ser una reproduccion de las escenas reales de la vida; i si es necesario que sus personajes vivan, obren i hasta se vistan, como se visten, obran i viven los hombres, nos parece que tambien deberian hablar como se habla jeneralmente, i en español cuando son españoles. Ahora bien, nuestra lengua no permite el uso de la pluralidad ficticia sino en ciertos casos determinados, i aun cuando lo permitiera, nunca deberia usarla el novelista que debe saber que cuando un amigo se encuentra con otro amigo por la calle le dice: me alegro de *verte*, i no: me alegro de *veros*. En último caso, para guardar cierta lójica, todos los personajes debieran pluralizarse i decir no ya: me alegro de veros bueno, sino: nos alegramos, etc.

La observacion que precede puede aplicarse a casi todos nuestros novelistas i a la mayor parte de los españoles, aunque ya algunos de éstos han principiado a usar en sus diálogos el tú i el usted. Pero, hai otra que se refiere esclusivamente a la obra, o mejor dicho, a las obras del señor Murillo, i es sobre el uso inmoderado que hace en sus escritos, pero principalmente en la novela, de los puntos suspensivos. Querriamos que se nos dijera qué papel ortográfico representan o qué significado tienen esos signos en el siguiente párrafo que tomamos al acaso. Es un monólogo de Clotilde cuando Alfredo dormia a su lado despues de beber el filtro de Samuel.

«Guiada por su mano, escalaré esa rejion de inefables delicias.... No me apartaré un momento de su lado.... quiero estar siempre bajo la luz de sus miradas.... Yo, alguna vez, allá en nuestras horas intimas, le confiaré mis sufrimientos orijinados por su indiferencia:.... tuvieron su principio el dia en que Alfredo intrépido i magnífico se lanzó a un peligro cierto, atraido por mis gritos, alentado talvez por mis lágrimas.... Le contaré mis angustias

cuando al abrir los ojos lo vi suspendido del abismo.... lo que creí leer en sus miradas en ese instante supremo.... ¡Ah, Dios mio! ¿Qué pasó por mí, qué nuevas sensaciones vinieron en ese entónces a aumentar mis agonias? No hai duda.... fué el velo de mi niñez resbalando sobre mi frente.... Vamos,.... todo esto formará la primera pájina de nuestra velada; se lo diré para tener la satisfaccion de agregarle: ¡Ingrato! ¡yo te he amado ántes que tú! .... yo he sufrido por ti i no te cuesto ni una lágrima....!»

Confesamos que los puntos suspensivos tienen su empleo en ciertas situaciones fuertes, un delirio, por ejemplo, para denotar la interrupcion del pensamiento i de la frase. Pero usarlos siempre, hasta en la conversacion familiar, es olvidar completamente las reglas ortográficas o suponer que todos los interlocutores son tartamudos.

Con esto, i añadiendo que hai en la novela de que nos ocupamos escenas perfectamentes descritas, algunos caractéres bien delineados i situaciones dramáticas de bastante efecto, preparadas con verdadero talento, creemos haber dicho sobre la parte literaria de la novela del señor Murillo sino todo, casi todo lo que teníamos que decir.

II.

Hemos principiado felicitando al au'or de la novela que analizamos por su propósito de hacer novela moral. Deciamos que este era un mérito, por lo raro, inapreciable en los tiempos que corren. Sinembargo, debemos reconocer tambien que si la moralidad ha estado en la intencion del señor Murillo, algunas veces se ha alejado de su novela.

Uno de los propósitos confesados por el mismo autor en la dedicatoria de su obra, es el de perseguir con ella la abolicion de la pena de muerte. Lei inicua, baldon de infamia i vergüenza para el pais que la tolera, sostenida casi siempre por pasiones espúreas interesadas en mantenerla como la espada de Damocles sobre la cabeza de los ciudadanos, el señor Murillo, al calificarla tan duramente, cree que debe desaparecer de nuestros códigos, no solo por inicua sino por los deplorables errores que suelen cometerse en su aplicacion.

Sin entrar a discutir con el señor Murillo sobre la conveniencia de la pena de muerte, cuestion árdua que trae envueltos en si los mas complicados problemas sociales, sin entrar a averiguar si hai crímenes contra los cuales aun no parece bastante la aplicacion de la última pena i criminales que imponen a la sociedad el deber de esterminarlos en defensa propia, porque todo esto exijiria un libro i no un artículo de periódico, vamos a contraernos únicamente al exámen de algunas de las consideraciones con que se la combate.

Dijimos que renunciábamos a discutir la justicia de esa pena; pero, combatirla como lo hace el señor Murillo, con la falibilidad del juez i con los errores que pueden cometerse en su aplicacion, nos parece que es concluir, no ya contra la pena de muerte, sino en jeneral contra toda justicia humana.

«Asegúresenos la infalibilidad del juez, dice el señor Murillo, a los defensores de la pena de muerte, i militaremos en vuestro bando». ¿I por qué, preguntamos, necesitaria ser infalible el juez que con una sentencia arrebata una vida, i no el que arrebata una fortuna o el honor? En el caso de Clotilde suicidada porque estimó que el honor valia mas que la vida, el señor Murillo la disculpa i hasta la enaltece. I bien! si el honor vale tanto o mas que la vida ¿por qué quitar al juez el derecho de dar una sentencia que mata i dejarle el de dar una sentencia que deshonra? ¿por qué no quitarle tambien el derecho de arrebatar una fortuna si aquí pueden sufrirse los mismos errores que al aplicar la pena de muerte, si aquí tambien el juez es falible? ¿por qué, en fin, no concluir con toda justicia humana?

Allá llevan directamente los argumentos del señor Murillo contra la pena de muerte, i eso es lo que nos parece peligroso i antisocial. No es prudente inculcar en el pueblo un sentimiento de desprecio por la justicia ni darle argumentos para que, jeneralizándolos, pueda esclamar al fin con el verdugo de Espronceda:

¿Quién al hombre del hombre hizo juez?

Previendo sin duda este argumento, el señor Murillo quiere destruirlo diciendo que en las demas leyes queda abierto el camino de la reparaciones, miéntras que nadie tiene sobre la tierra el poder de tornar a la vida a un ajusticiado.

Verdad, decimos, pero en rarísimos casos, porque en la jeneralidad de ellos el juez procede en virtud de pruebas i datos que producen una evidencia indestructible. En el caso del juicio de Alfredo, pudo repararse el error de la justicia por la confesion de Samuel, torturado por sus remordimientos. Pero ¿sucede eso todos los dias? El que usufructua de una fortuna arrebatada con malas artes a su lejitimo dueño ¿sentirá remordimientos tales que lo obliguen a delatarse para que la reparacion sea posible? I solo ási podria obtenerse una reparacion, porque sabido es que la justicia, concluido un proceso, lo archiva i no se preocupa ya de los errores que haya podido cometer. Mas aun, i concediendo que la reparacion venga ¿cómo i quién me compensa los largos años de mi vida pasados en la miseria, o los crueles dias de mi injusta cautividad?

Pero el señor Murillo va tan léjos en esta materia, que llega a sostener el absurdo de que un juez colocado entre su conciencia i la lei, debe ajustar sus fallos a la primera i no cumplir la última cuando la juzga inícua. ¿Ha meditado bien el señor Murillo sobre este punto i ha comprendido todo el alcance de su teoría? ¿Ha visto hasta dónde pueden llegar sus consecuencias?

Librenos Dios de que alguna vez la conciencia caprichosa, errónea, criminal a veces, de un majistrado venga a sustituirse a la lei, que no tiene ojos como el juez, para ver dónde está la conveniencia, que no tiene corazon para sentirse inclinada del lado en que se hallan sus simpatías aunque no esté la justicia, a la lei que es incapaz de pasion, de sentimiento i de seducciones! ¡Tan pronto ha olvidado el señor Murillo que los jueces no son infalibles? ¿o es que no sabe que los jueces son hombres como todos los demas, con pasiones i miserias, con estravíos i debilidades, con depravaciones de corazon i perversidades de intelijencia? ¡Oh! si pedimos la abolicion de la pena de muerte fundándonos en que pugna con las instituciones liberales que deben rejir un pais democrático, no aboguemos por la arbitrariedad judicial, por el mas odioso de todos los despotismos i la mas funesta de todas las tiranías!

Nos hemos detenido mas de lo que pensábamos en estas observaciones porque, aspirando la novela del señor Murillo al título de novela social i mereciendo tenerlo, creimos de nuestro deber manifestar que la intensidad de sentimientos propia del novelista habia estraviado un tanto al filósofo i al crítico, hasta hacerlo sostener las teorías peligrosas i antisociales que aquí hemos combatido.

Queremos dejar bien establecido que nuestras censuras se refieren solamente a estas teorías. Por lo demas, estamos mui léjos de hacer un cargo al señor Murillo porque desea i pide la abolicion de la pena de muerte; ántes debemos felicitarlo nuevamente porque enaltece la novela haciéndola servir, al reves de muchos otros, no al fomento de las pasiones sino a la difusion de ciertas ideas, correccion de ciertos errores i persecucion de algunos vicios.

MAXIMO R. LIRA.

(Continuará.)

UNA APUESTA.

I.

¿Quién no ha oido hablar del jenio burlon i aventurero de la hermosa Eleonora de Olivar, duquesa de Alba? Emanacion brillante del sol andaluz, la hechicera sevillana entró un dia como un ardiente torbellino en la austera corte de Cárlos III despertando los graves ecos de su alcázar con las risas de su inagotable alegría.

Los cronistas de la época se estienden con delicia en la relacion de las graciosas locuras de aquella amable aturdida que por tanto tiempo tuvo en continua ajitacion, en perpétua zozobra, la corte i la ciudad; porque fastidiada algunas veces de sus travesuras aristocráticas, descendia con frecuencia del mundo brillante que habitaba para buscar otras mas picantes en la plebeya atmósfera de las callejuelas.

En nuestros dias Eleonora habria sido horriblemente calumniada; pero en aquellos benditos tiempos se tenia mas confianza en una mujer honrada, i el duque de Alba, i a ejemplo suyo toda la corte, veneraban profundamente la virtud de la duquesa. ¡Honor a la fé de nuestros mayores!

Pero si Eleonora era burlona no era ma-

ligna, como lo son jeneralmente aquéllos que tienen ese odioso carácter. Ni con sus chistes, ni con sus locuras, jamas hirió el amor propio ni la sensibilidad de nadie. Al contrario, si ella gustaba de reir era mas bien para alegrar a los otros, i sus travesuras eran tan benévolas i lisonjeras que cautivaban para siempre el corazon de aquél que era su objeto.

II.

—Duque, te parezco bien así? dijo un dia Eleonora presentándose a su marido vestida de peregrina.

—Encantadora! respondió el duque contemplándola admirado. Oh! jamas la túnica de la viajera cubrió un cuerpo tan jentil.

—Gracias, mi bello caballero! respondió la irresistible andaluza, rozando con su delicada mejilla la negra barba del castellano. Pero no es para oir tus amables galanterías que me presento a ti vestida de esta manera.... Mi objeto es alcanzar una piadosa concesion.

—Pide lo que quieras, hermosa mia, con tal que me permitas besar esos piesecitos calzados con sandalias.

—Están a tu disposicion, duque, si quieres dejar a la mia un mes de mi existencia.

—I qué harás de ese mes? supongo que no querrás robármelo.

—Iré sola i a pié en peregrinacion a Santiago de Compostela.

—Sola.... i a pié.... a Santiago!...

—Sí, señor.

—Eleonora, piensas en lo que dices?

—Con toda la seriedad de que soi capaz, duque.

—¿Has olvidado la adorable revelacion que ayer me hiciste?

—Te dije que tenias ya un heredero.

—¿I no seria destruir esa esperanza el ceder a la locura que imajinas?

—Precisamente para que esa esperanza se realice debes consentir en mi peregrinacion.

—Cómo?

—Es un antojo. Ya sabes que si no lo cumpliese moriria nuestro hijo.

—¿I crees tú que viviera si yo fuese bastante insensato para esponerle a las fatigas i accidentes de ese largo i penoso viaje?

—Sinembargo, será necesario que me des permiso.... Es un antojo!

—¡Qué delirio! ¿Cómo puedes, querida mia, persistir en esa estravagancia? Sin contar con el estado en que te hallas, tu posicion i tu empleo en la corte te retienen cerca de la reina. ¿Qué diria Su Majestad si le hablaras de tan estraña idea?

—Tengo ya su permiso para pasar un mes en nuestros Estados.

—I la princesa de Astúrias?

—La princesa de Astúrias está envidiosa de mi i me aborrece lo bastante para alegrarse de mi ausencia, aunque yo fuera hasta la Meca.

—Eres demasiado hermosa para justificar la envidia de la princesa. Donde tú apareces, toda belleza se eclipsa.

—Vamos, señor de Alba! No piense su excelencia adormecerme con sus lisonjas.... El permiso, señor, el permiso!

—Imposible, hermosa mia! tan imposible como que *ría el conde de Jiron*, dijo el duque creyendo cortar la cuestion.

—¿Quién es el conde de Jiron i por qué no ha de reir? Cuéntame eso, duque, dijo volublemente Eleonora, echando uno de sus brazos al cuello de su marido i dejando sobre sus rodillas el sombrero adornado de conchas.

—El conde de Jiron, amada mia, es un señor del antiguo réjimen, tan apegado a las costumbres de su tiempo, que no pudiendo sufrir las innovaciones que el progreso ha traido a los nuestros, abandonó la corte i el empleo que en ella tenia, retirándose a uno de sus castillos, cerca de Aranjuez, donde vive como en el tiempo del rei Rodrigo i cercado de escuderos, pajes i dueñas tan anticuadas como pide el gusto de su señor, cuya gravedad, por otra parte incontrastable, ha pasado a proverbio; i es fama que nunca quiso casarse por no tener que sonreir a su novia siquiera el dia de la boda. Así cuando se quiere calificar algo de imposible en grado superlativo, se le compara con la risa del conde de Jiron.

—Mui bien. I si el conde de Jiron riera ¿qué dirias, duque?

—Dijera que el buen apóstol Santiago enamorado de tu hermosura, hacia un milagro para lograr la dicha de verte.

—¡Oh duque! por ésta vez caí en el lazo de tu lisonja. Acepto la hipótesis. Besa mis sandalias i haz mañana una visita al conde de Jiron.

—¿Es una apuesta, Eleonora?

—Sí, duque....es una apuesta.

III.

En la tarde del siguiente dia el duque de Alba, de vuelta de la caza, pidió hospitalidad en el castillo de Jiron i fué recibido con todas las ceremonias de la antigua usanza.

El cuerno del vijía tocó la fanfara que anunciaba la visita de un gran señor; el puente levadizo se bajó con estrépito; los escuderos acudieron al estribo; los pajes de rodillas descalzaron las espuelas del duque; las dueñas envueltas en sus blancas i reverendas tocas le presentaron el aguamanil de oro i el pebetero de sahumerio, i mas allá, en fin, de pié en la puerta del salon de honor, el viejo castellano recibió al duque con toda la rijidez de la etiqueta que Felipe V heredó de su bisabuelo, con todos esos requisitos del paso i del asiento que hicieron al duque sonreir mas de una vez pensando en su mujer; porque el grave personaje hacia todas aquellas evoluciones de la antigua ordenanza palaciega con una seriedad imperturbable que prometia al de Alba un triunfo seguro en su apuesta.

El cuerno del vijía se dejó oir de nuevo i un momento despues el portero de estrados anunció al conde que un jóven con trazas de estudiante en vacaciones se habia presentado a las puertas del castillo, pidiendo ser introducido cerca del señor a quien tenia que comunicar un asunto importante a la casa de Jiron.

—¡A la casa de Jiron! observó gravemente el conde. Yo soi el único representante de esa casa i tengo obligacion de escucharlo. Hacedle entrar.

El portero de estrados trasmitió la órden, i un momento despues, abriéndose la puerta de las entradas ordinarias, apareció en el umbral iluminado por los últimos rayos del sol, un muchacho cubierto con una hopalanda desgarrada en todos sentidos, pero que el picarillo llevaba tan gallardamente como el conde su capa de grana. Cubrian la mitad de su rostro las anchas i agujereadas alas de un gran sombrero que se quitó al entrar, mostrando unas facciones llenas de malicia i dos hermosos i ardientes ojos negros que guiñaron solapadamente al duque de Alba, aturdido ante aquella aparicion.

—Señor conde, dijo con desenfado el estudiantillo avanzando hácia el castellano, tengo el honor de presentaros en mi humilde persona a uno de vuestros mas próximos parientes.

—¡Tú! esclamó el conde arqueando la cejas i alargando desdeñosamente el labio. ¿Qué es lo que dices?

—Vuestro mas próximo pariente, repitió el diablillo. ¡Qué! no conoceis los rasgos de familia?

—En fin, replicó severamente el conde, ¿quién eres tú?

—Un *Jiron* por los cuatro costados, i si no miradme....

I dando una rápida vuelta ostentó uno a uno a los ojos del conde los mil *jirones* de que se componia su vestido.

Entónces un acontecimiento inaudito, un estraño fenómeno se efectuó en el castillo de Jiron. Los labios del conde se dilataron, sus dientes vieron por vez primera la luz del sol, i con espanto del duque de Alba oyóse un ruido insólito, una carcajada que atrajo a aquel sitio a los escuderos, pajes i dueñas i hasta diz que despertó asustados a los murciélagos que dormian en el antiguo artesonado.

El diablillo se volvió radiante hácia el duque i le dijo inclinándose graciosamente:

—El apóstol Santiago hizo el milagro i he ganado mi peregrinacion.

I sonriendo maliciosamente, recojió su sombrero i desapareció.

Juana Manuela Gorriti.

VARIEDADES.

EN FUERZA DE LA COSTUMBRE.

Un señor mui abrigado
Preguntó a un pobre desnudo:
—Infeliz ¿no te has helado
Con un invierno tan crudo?—
Replicó él:—No es cosa rara;
¿Tiene usted en la cara frio?—
—Hombre, nó.—Pues señor mio,
Todito mi cuerpo es cara.

***

UNA VERDAD.

Dice cierto poeton
Que tiene Laura jentil.
Dientes de *puro marfil*:...
I el diantre tiene razon!

∴

ANDALUZADA.

Un andaluz se veia constantemente seguido por un polizonte secreto cual si fuese su sombra.

Un dia fastidiado ya el andaluz de tal persecucion se para de repente cuando iba por la calle i encarándose con el susodicho polizonte, le dijo con gran seriedad:

—¿Se llama Ud., *Lúnes?*

—Nó ¿Por qué?

—Hombre, como viene Ud. siempre detras de mí i yo me llamo *Domingo*...

∴

EN PAGO DE HONORARIO.

Un palurdo examinaba
Cuidadoso una peseta
Que en balde con mano inquieta
De continuo restregaba;
A un letrado que pasaba
Preguntó el hombre sencillo
Si era buena, i el mui pillo,
De la manera mas culta,
A cambio de la consulta
Se la metió en el bolsillo.

∴

DONDE HAI HUMO HAI FUEGO.

Niega estar enamorada
Cierta morena hermosura;
I lo creu pues lo asegura
Sin ponerse colorada.
Al contrario, yo presumo,
De su palabra a despecho,
Que guarda fuego en su pecho,
Pues le sube al rostro el humo.

∴

SUPO CONTESTAR

Habian conversado largamente dos sujetos en la esquina del portal i al separarse le dijo el uno al otro:

—Sé que Ud. recien ha publicado un nuevo libro; no se olvide de mandarme un ejemplar.

—Pues, mi amigo, me olvidaba que acabo de ver un aviso en que anuncia le han llegado a su almacen magníficos puros; espero no tardará en enviarme una cajita.

—Cuando Ud. quiera pase por la casa i los podrá ver; son a quince pesos el ciento.

—Entónces pase Ud. tambien por cualquiera libreria i encontrará mi libro; vale solo diez pesos.

Contenido de este número.

I.—Observaciones sobre la libertad absoluta de testar, continuacion, por José David Jarpa, páj. 161.
II.—El tren espreso, poesia, por R. de Campoamor, páj. 168.
III.—*Una victima del honor*, bibliografia, continuacion, por Máximo R. Lira, páj. 171.
IV.—Una apuesta, por Juana Manuela Gorriti, páj. 173.
V.—Variedades, páj. 175.

IMPRENTA DE «EL INDEPENDIENTE.»
Calle de la Compañía, n.° 102

LA ESTRELLA DE CHILE.

AÑO V. Santiago, diciembre 24 de 1871. Núm. 221.

OBSERVACIONES

SOBRE LA LIBERTAD ABSOLUTA DE TESTAR.

Conferencia leida el sábado 2 de diciembre de 1871 en el «Club de Amigos del País» por José David Jarpa.

(Conclusion.)

III. CONSIDERACIONES ECONÓMICAS.

¿Cuál es el fin que persigue el economista en medio de sus elucubraciones? ¿Cuál el objeto de sus aspiraciones mas ardientes? Poner al servicio de un gran interes social, el desarrollo del poder productivo, el mayor número de poderosos elementos, removiendo, por el contrario, todos los obstáculos que pudieran estorbarlo. De manera, pues, que si llegase a manifestar que los límites puestos a la facultades del testador, contrarian real i mui directamente tan nobles miras, habrian logrado probar que es el sistema de libertad omnímoda el que mejor se armoniza con los propósitos de la Economía Política.

Impregnado el hombre de necesidades por su Creador, está en el órden natural que se afane i ajite por acumular los recursos que tiendan a satisfacerlas debidamente. Pero, como al propio tiempo es mas inclinado al reposo que a la actividad, es igualmente natural que no pase mas adelante, a no ser que lo mueva a ello algun otro estímulo. Entre éstos, no es el ménos poderoso el que le suscita el derecho de testar, tanto mas cuando se le otorga con toda amplitud. Porque entónces, convencido de que no hai una voluntad superior a la suya que pueda venir mas tarde a distribuir sus bienes entre ciertas personas i segun ciertas reglas que quizá no le agradan, cuando por motivos justos o injustos, se hayan estinguido totalmente, o a lo ménos, se hayan debilitado en alto grado sus afecciones por sus parientes, no se detendrá por eso en la carrera de la produccion, no permanecerá estacionario, dejando así cegada una de sus mas copiosas fuentes.

No es éste, empero, el único ni el mas grave de los inconvenientes que nacen de las lejítimas: hai otros todavía de mayor entidad.

Bastará que cada cual fije por un momento la atencion en sus propias observaciones, para que no pueda negarme cuan cierto es que aquellos individuos que, por hallarse entronecados con ricos parientes, abrigan la seguridad de disfrutar tarde o temprano de una pingüe herencia cuya posesion les garantiza la misma lei, están mui léjos de dedicarse, con toda contraccion, al aprendizaje de alguna industria o al cultivo de las ciencias. Por el contrario, nada hai que les halague fuera de los pasatiempos de una vida ociosa i relajada, la cual, gastando simultáneamente sus fuerzas físicas i morales, los hace absolutamente incapaces de cumplir algun dia con el sagrado deber de concurrir, con su virtud o con sus luces, al bienestar de sus conciudadanos. Vienen, pues, a ser la verdadera carcoma de los pueblos que tienen la desgracia de albergarlos en su seno.

Pero no es esto solo. Esos hombres que, miéntras vivieron sus mayores, enervados bajo el yugo de los deleites, vejetaron siempre en el ocio i la indolencia, sin poner la mas mínima atencion en lo que concernia a la buena administracion i acertada colocacion de capitales, ¿qué conducta es la de presumir observen cuando tales intereses se encuentren en sus manos? Aun cuando los supongamos dotados de las mejores disposiciones para emplearlos convenientemente, es casi seguro que por no darse la molestia de aprender lo que jamas han sabido, optarán mas bien por el cómodo partido de disipar en locas prodigalidades aquello cuya adquisicion nada les ha costado.

Hágase desaparecer de los códigos la categoría de los herederos forzosos, i se verá entónces como el individuo, temiendo la

incostancia de las afecciones humanas, es incansable en trabajar para formarse un capital o adquirir una profesion, que, siendo desheredado, han de ahorrarle la vergüenza de tener que acojerse bajo el manto de la caridad pública, despues de haber pertenecido, talvez, a una familia de gran fortuna o alta jerarquia. I en caso de ser llamado a la herencia, pasaria ésta a manos de una persona a quien sus hábitos de trabajo i economia, constituyen en mui ventajosa situacion para administrarla de suerte que fructifique en su propio provecho i el de la comunidad.

Queda, pues, demostrada la superioridad del sistema de desheredacion simple sobre el de desheredacion legal, en el sentido económico.

IV. LA HISTORIA.

Mas, ¿a qué poner a prueba las fuerzas de la intelijencia, dilucidando esta cuestion en las elevadas rejiones de los principios, cuando podemos, sin temor alguno de ser contradichos, descender a examinarla en el terreno de los hechos, los cuales nos hablan siempre con una elocuencia superior a la de los raciocinios de los mas profundos pensadores? Tiempo es ya de que invoquemos el testimonio de la historia, esa grande e imparcial consejera de la humanidad.

I bien, ¿qué nos dice sobre el particular la historia de los pueblos que, en las jóvenes como en las antiguas edades, han marchado a la vanguardia de la civilizacion? ¿Qué nos dice la historia de Roma, la de Inglaterra i Estados Unidos? Bien léjos está de traspasarnos de dolor con sus tétricos relatos; bien léjos está de señalarnos a cada paso las víctimas inocentes de las abominables injusticias de un padre o de un hijo para con aquéllos de quienes ha recibido o a quienes ha trasmitido el ser. Mui al contrario; fué en Roma en la época de su mayor virtud i gloria; es en Inglaterra i en Estados Unidos actualmente, donde se observa un cariño tan tierno de los hijos para con los padres, un anhelo tan vehemente de éstos para procurar la educacion i establecimiento de aquéllos, que, creando en las familias vínculos estrechísimos de union, las han hecho aparecer a la faz del universo como un modelo digno de imitacion i capaz de sublevar su envidia. I ¿cuál es la regla a que en tales paises se sujeta, jeneralmente hablando, la distribucion de la herencia?—No otra que la mui sencilla i liberal que consagraba la lei de las Doce Tablas: *Pater familias uti legassit... ita jus esto.*

Pero este duro principio, se dice, fué modificado tan pronto como los romanos adelantaron en civilizacion; de donde se deduce claramente que ya en esa época no estaba en armonía con los progresos de aquélla, i que, en consecuencia, lo ha de estar mucho ménos, al presente, en que se halla incomparablemente mas avanzada.

Es indudable, señores, que se incurre en un error, cuando se pretende encontrar en las exijencias de la civilizacion, la esplicacion de una reforma cuyo orijen es harto ménos noble i elevado. A lo que se debió, en realidad, la introduccion de la lejítima entre los romanos, fué el tristísimo cambio que se operó en sus costumbres, a causa de la gran cantidad de riquezas que les permitieron acumular los despojos de las naciones conquistadas, i que, haciéndoles inecesarios el trabajo continuo i constante, fundamento el mas firme de la moralidad, vinieron a enervarlas por completo. Se hizo, pues, indispensable amenguar un poder que, manejado por los vicios, no podia ménos de ser fecundo en males de todo jénero; es decir que el lejislador, obligado por las circunstancias especiales porque atravesaba el pais, a elejir entre dos principios, optó naturalmente por el que, en aquel caso, debia ser ménos funesto. Asi es que, si respecto de álguien pudiera hacerse valer la objecion que analizo, no seria ciertamente respecto de los pueblos mas civilizados, sino de aquéllos en que se encuentran al mas bajo nivel la virtud i el órden social.

Siendo, segun lo dejo demostrado, tan poderoso como irrecusable el apoyo que encuentran en la práctica las excelencias de la teoría que patrocino, ¿podria hallarse alguna apariencia siquiera de justicia al calificativo de *brutal* o *casi brutal*, con que el vice-presidente del Consejo de Estado se tomó la libertad de apodar, en la ya recordada sesion del Cuerpo lejislativo frances, la lejislacion de los pueblos que la han adoptado? De ninguna manera, señores: quien intentase seguir las huellas de M. de Parieu, correria inminente riesgo de declararse en abierta rebelion contra

el sentido comun, de hacerse reo de un verdadero delito de lesa razon.

No ha faltado quienes, refiriéndose especialmente a Chile, hayan sostenido la inconducencia del argumento histórico, fundados en que, si en Inglaterra i Estados Unidos no han tenido que deplorar las fatales consecuencias que deben seguirse de la facultad ilimitada de testar, es por cuanto reina en ellos una sociabilidad pura i severa. De manera, pues, que afirman redondamente que nosotros nos hallamos, en punto a sociabilidad, en un pié mui inferior; aserto que no atino a comprender en que pueden hacerlo estribar. Porque, en mi concepto, es la relijion católica, dominante en nuestra república, la que con mayor teson i eficacia se desvela en combatir los elementos de discordia que trabajan el hogar doméstico; la que mas se empeña en fomentar aquella cordialidad i union, que su Divino Fundador señaló como base de toda prosperidad verdadera.

Ahora bien, siendo la sociabilidad un corolario obligado de tales antecedentes, se sigue lójicamente que no solo no deben ser ménos, sino mucho mas pura i severa entre nosotros, que en los ya mencionados paises; por cuanto seria absurdo pretender que el freno de la conciencia, que es su ausiliar mas poderoso, sea tan fuerte bajo el imperio de sus cultos como bajo el del nuestro.

Ademas, aun concediendo que exista con respecto a sociabilidad, esa gran superioridad que tanto se decanta, ello nada prueba, desde que a lo sumo serviria para manifestar que nosotros tambien alcanzaríamos esa ventaja, tan luego como, otorgad la libertad absoluta, viniese a adquirir el estímulo del interes, la fuerza que tiene en los paises que gozan de aquélla.

De aquí es que, por mas que se eche mano de toda suerte de argucias, para impedir que la imponente voz de la historia proclame con firme i robusto acento las mil conveniencias anexas a la libertad absoluta, jamás se logrará hacerla enmudecer.

V. ALGUNAS IMPERFECCIONES EN LAS REGLAS A QUE SUJETA EL CÓDIGO A LAS LEJÍTIMAS.

Al tocar esta última prueba de mi tésis, os confieso, señores, que esperimento cierto desaliento. El temor de fatigaros, haciendo demasiado largo este trabajo, me asalta i hace vacilar. Espero, sinembargo, que querreis tener la induljencia de continuar dispensándome por algunos momentos mas vuestra atencion. Os prometo que seré mui breve, aunque para ello me sea menester encerrar en límites mui estrechos esta parte de mi discurso.

Sabido es que el fin que se propuso el lejislador, al tratar de asegurar a todo trance, a ciertos parientes, una porcion de los bienes que pertenecieron al difunto, fué evitar que éste burlase alguna vez los sagrados deberes que la naturaleza le impone con relacion a aquéllos; al paso que, por otro lado suministraba, quiza, medios de vivir en holganza a los estraños. Aceptado esto, i puesto que de ello se desprende que las restricciones de la libertad del testador, tienden únicamente a satisfacer las necesidades de los próximos parientes, parece que habria sido lo mas racional ampliar aquélla mas o ménos, miéntras mayor o menor fuese el número de los que, en cada caso particular, estuviesen llamados a gozar del derecho que les acuerda la lei.

Miéntras tanto, ¿qué estatuye nuestro Código sobre el particular? Vais a oirlo. «La mitad de los bienes, dice en su artículo 1184, prévias las deducciones i agregaciones del artículo 959 i los que en seguida se espresan, se dividirá por cabezas o estirpes entre los respectivos lejitimarios, segun el órden i reglas de la sucesion intestada; lo que cupiera a cada uno en esa division, será su lejítima rigorosa.»

«No habiendo descendientes lejítimos con derecho de suceder, la mitad restante es la porcion de bienes de que el difunto ha podido disponer a su arbitrio.»

«Habiendo tales descendientes, prévias las referidas agregaciones i deducciones, la masa de bienes se dividirá en cuatro partes: dos de ellas, o sea la mitad del acervo, para las lejítimas rigorosas; otra cuarta parte para las mejoras con que el difunto haya querido favorecer a uno o mas de sus descendientes lejítimos, sean o no lejítimarios; i otra cuarta de que ha podido disponer a su arbitrio.»

De todo lo cual resulta, que no solo no se ha tomado en cuenta para nada el número de los lejitimarios, sino que se ha venido a atar mas aun las manos al testador, llegando la lei hasta señalarle las personas entre quienes ha de repartir la cuota que

denomina de mejoras; de modo que no le deja en realidad, jeneralmente hablando, mas que una cuarta parte de que disponer a su albedrío.

Mucho mas cuerdos han andado, a mi modo de ver, los pueblos que han sometido las liberalidades del testador, a una escala ascendente o descendente, segun sea menor o mayor el número de los lejitimarios; i mucho mas liberales tambien aquéllos que mas han reducido la porcion lejitimaria, particularmente por lo que mira a los ascendientes, que se encuentran tan excesivamente favorecidos entre nosotros.

I es digno de notarse que esos pueblos a que acabo de aludir, i cuyos códigos me permitireis citar en la parte que hace a mi propósito, no son rejidos, sinembargo, por instituciones políticas que asegura al ciudadano tanta libertad como las nuestras.

El art. 913 del código Napoleon, que habia sido precedido ya por la lei del 4 jerminal año VIII, dice: «Las liberalidades ya sean hechas por acto entre vivos, ya por testamento, no podrán exceder de la mitad de los bienes del disponente, si no deja a su fallecimiento mas que un hijo lejítimo; de la tercera parte si deja dos, i de la cuarta parte si deja tres o mas.» (Este artículo está conforme con el 961 holandes).

Art. 915 del id.—«Las liberalidades por acto entre vivos o por testamento, no podrán exceder de la mitad de los bienes, si, a falta de hijos, el difunto deja uno o muchos ascendientes en cada una de las líneas paterna i materna; i de las tres cuartas partes, si no deja ascendientes mas que en una sola línea.»

Art. 1480 del código de la Luisiana.—La lejítima de los descendientes es el tercio, quedando un solo hijo, la mitad, quedando dos; i dos tercios, quedando tres o mas.

Art. 1481 de id.—La lejítima de los ascendentes es el tercio, si queda padre o madre, o los dos.

Art. 719 Sardo.—El tercio, quedando uno o dos hijos; la mitad quedando mas.

Art. 722 id.—El tercio quedando ascendientes. (Este artículo está conforme con el 14, cap. 3.°, lib. 3.° del código Bávaro, i 765 i 736 de Austria).

Art. 15, cap. 3.°, lib. 3.° del código de Baviera.—Un tercio, quedando ménos de cinco hijos, i la mitad, quedando cinco o mas.

Art. 392, tít. 2.° part. 2.ª del código de Prusia.—El tercio, habiendo uno o dos hijos; la mitad, si son tres o cuatro; dos tercios, quedando cinco o mas.

Ciudadano de un pais libre, mi orgullo republicano no puede ménos de sentirse herido, al ver que nos hemos quedado atras de las monarquías que acabo de indicar. Consuélome, sinembargo, un tanto cuando observo que, a pesar de todo, no somos nosotros los que ocupamos en nuestro continente el lugar de los mas retrógrados; pues nuestras hermanas las repúblicas del Perú i Arjentina, han colocado a sus súbditos bajo un yugo aun mas ominoso, por lo que respecta a los derechos civiles de que tratamos.

Así el código peruano, en sus arts. 696 i 697, establece que los que tienen herederos forzosos, solo podrán disponer libremente de un tercio de los bienes, si dejan ascendientes, i de un quinto, si dejan descendientes; cuota esta última que viene a reducirse mas todavía en el caso a que se refiere el art. 700, que dice así: «No es de libre disposicion el quinto de los bienes, si, habiendo herederos forzosos, es menester emplearlo en favor de hijos naturales o ilejítimos, o de otros descendientes alimentarios, conforme a este código.»

«En este caso, solo podrá gravarse el quinto con mandas que no excedan de una sesta parte.»

I el Arjentino, en sus arts. 3.° 4.°, seccion 1.ª, tít. X, lib. IV, fija la lejítima de los hijos en cuatro quintos, i en cuanto a la de los ascendientes, está de acuerdo con el peruano.

De manera que, al ampliar tanto las restricciones a que en casi todos los paises se sujeta las liberalidades del testador, puede decirse con justicia que han dado un paso en las vías del retroceso, en vez de darlo en las del adelanto de la libertad civil.

Paso ahora a manifestar las inconsecuencias a que en mi concepto, da márjen la aplicacion de los preceptos que rijen las lejítimas, en los dos casos que voi a esponer.

1.° Un hijo lejítimo deja, a su fallecimiento, un hijo natural i sus padres. Como el art. 1183 dispone que concurran los lejitimarios designados en el 1182, segun el

órden i reglas de la sucesion intestada, i segun el inciso 2.° del art. 989, deben, en la referida sucesion, concurrir aquéllos, tocándoles tres cuartas partes a los ascendientes i un cuarto al hijo natural, se sigue que, en el caso propuesto, deberia dividirse tambien en esta forma la mitad de los bienes que constituye la lejítima.

Ahora, es un hijo natural el que deja un hijo natural i sus padres. De los mismos fundamentos aducidos se deduce que deben aplicarse en la mitad lejitimaria las reglas que da el art. 993, es decir, que el hijo natural escluye a sus padres i se lleva toda la mitad lejitimaria.

De donde resulta colocado en mejor situacion el hijo natural de un hijo natural, que el hijo natural de un hijo lejítimo, cuando ámbos dejan a la vez ascendientes; i respecto de estos últimos, mejor es tambien la condicion de un padre lejítimo que la de un padre natural, ámbos con relacion a sus nietos naturales, pues que concurre con ellos el primero i no el segundo.

Decir que, en el primero de los casos referidos, los hijos naturales deben escluir de toda participacion a los ascendientes lejítimos, no solo seria desconocer el testo claro i esplícito del citado art. 1183, sino suponer una inconsecuencia no ménos grave en el lejislador; desde que de ello naceria que, miéntras consultando la voluntad presunta del difunto, llamaba a ciertas personas a su herencia, le permitia desentenderse enteramente de ellas, cuando era él mismo el que debia efectuar su distribucion.

En cuanto al padre natural, seria inadmisible querer ver en su situacion desventajosa, un castigo de su falta; porque en primer lugar, el hijo procedente de ésta, al aceptar su reconocimiento, se la ha perdonado en cierta manera tácitamente i ha adquirido derecho a heredarle, derecho cuya reciprocidad no debe limitarse sino por razones mui poderosas; i por otra parte, si el castigo hubiese sido el fin que se tuvo en vista, al sancionar la diferencia, se le habria negado derecho a la herencia en todos los casos, para que pudiera llegar a ser verdaderamente eficaz.

2.° Un padre de familia deja, a su fallecimiento, un hijo natural, un hermano lejítimo i cónyuge. Como la lei no cuenta entre los lejitimarios mas que al primero, éste solo tiene derecho a la mitad de los bienes, cuota de que el testador no ha podido despojarle i que forzosamente le asigna en su testamento.

Ahora, muere este mismo individuo intestado. ¿Qué debia suceder naturalmente? Que la porcion de su hijo natural fuese mayor, o por lo ménos igual; puesto que, debiendo reducirse el papel de la lei a interpretar la voluntad del propietario, nada seria mas equitativo que el que la interpretacion, léjos de perjudicar, acudiese en provecho de aquél a quien ella misma obliga al testador a favorecer.

Pero, ¿qué sucede en realidad? Que por el art. 990 deja reducidos sus derechos a una tercera parte de la herencia; disposicion a la que en vano se ha buscado una esplicacion satisfactoria.

Podria argüirse, quizá, que la dificultad desaparece, entendiendo que el precepto que fija la lejítima debe aplicarse igualmente en ámbas sucesiones, i que, en consecuencia, las reglas relativas a la intestada no vendrian a aplicarse, en el caso en cuestion, sino sobre la otra mitad de los bienes en que, estrictamente hablando, ha muerto intestado; correspondiendo entónces al hijo natural, en vez de la tercera parte del acervo líquido, la mitad de él, como lejitimario, i la tercera parte de la otra mitad, como heredero *ab intestato*, cabiéndoles al hermano léjitimo i al cónyuje, las otras dos terceras partes de esta última, i resultando asi ser siempre mayor su porcion intestada, que la que le tocaria habiendo testamento.

Empero, a mas de que no se encontraria fundamento sólido en la lei a semejante intelijencia, la dificultad tampoco desapareceria por completo; porque podria suceder que el testador no dispusiese de la cuota de libre disposicion, i ésta acreceria entónces, conforme al art. 1191, a la lejítima rigorosa, quedando de este modo la totalidad de la herencia en poder del hijo natural, i por tanto de mejor condicion que el caso de morir su padre intestado.

Por otra parte, aceptando la teoria de que me ocupo, seria indispensable, para ser lójico, aplicar en la sucesion intestada todas las reglas que imperan en materia de lejítimas, i no solo una parte de ellas. Esto nos conduciria al estremo, que de seguro no ha entrado en la mente del Código sancionar, de que los hermanos lejítimos fuesen escluidos en todo caso por los hijos

naturales, a cuya lejítima rigorosa deberia acrecer, con arreglo al mismo art. 1191, la parte de que el testador habria podido disponer libremente, es decir, la otra mitad. De suerte, pues, que el derecho que el artículo 990 acuerda a aquéllos, vendria a quedar condenado a no poder hacerse nunca efectivo.

Estas lijeras observaciones, unidas a las importantes que han hecho valer, en distintas ocasiones, aventajadas intelijencias de nuestro foro, me parece serán suficientes para manifestar que nuestra lejislacion civil, a pesar de ser una de las mejores de Sud América, está mui léjos de haber llegado a la perfeccion en cuanto a lejítimas; i esto, atendidas las circunstancias en que se elaboró nuestro Código, no puede esplicarse sino por las causas a que lo atribuia al principio: las dificultades insuperables con que cualquier individuo, por previsor i sabio que se le suponga, ha de tropezar, para conseguirlo, siempre que trate de invadir con éxito completo, un campo que no puede ser esplotado, con las mayores garantías de conveniencia i acierto que es dado obtener, sino por la accion libre i espontánea de la voluntad individual.

He demostrado ya con toda la afluencia de razonamientos que me ha permitido mi insuficiencia, que la Justicia, la Moral, la Economía Política, la Historia i los defectos de nuestra lejislacion en punto a lejítimas, abogan de concierto en pro de la libertad absoluta de testar; única manera, por otra parte, de conseguir que en el órdende las cosas privadas, sea el testamento *firmissimum*, como lo deseaba Ciceron; es decir que he desarrollado en todas sus faces el tema de mi discurso i debo concluir.

Antes de hacerlo, permitidme os diga que alimento una esperanza lisonjera: la de que nuestros distinguidos jurisconsultos fijarán bien pronto su atencion en una materia tan importante, haciéndola objeto especial de de sus estudios i meditaciones; esperanza ante la cual se inunda de placer mi corazon i se solaza mi alma, porque abrigo la seguridad de que, una vez convencidos de la necesidad de la reforma, arrastrarian desde luego, merced al gran prestijio del saber, a hacerse partícipes de sus convicciones, aun a los espíritus mas tímidos i preocupados.

Mui feliz me consideraria yo, si tuviese la suerte de encontrar partidarios de mis ideas, entre aquéllos de mis consocios que, teniendo el honor de ocupar un asiento en los bancos de la Representacion Nacional, podrian poner a su servicio, para verlas convertidas en leyes, la indisputable i eficaz influencia de que les permiten disponer sus puestos.

Hallándome, pues, íntimamente persuadido de lo justa i útil que es, bajo todos conceptos, la doctrina que he sostenido, no estrañareis, señores, que mis últimas palabras las constituyan los fervientes votos que hago porque cuanto ántes me quepa la dicha de ver consignado en el Código civil de mi patria, el liberalísimo i rejenerador principio: *Dicat testator et erit lex. Hable el testador i sus palabras serán lei.* Entónces i solo entónces creo habremos subido el último escalon del progreso. Entónces i solo entónces me parece podré afirmar, con entera verdad, que nuestra lei sobre sucesiones, consultando del mejor modo imajinable lo que debe constituir la esencia de toda lei, el bien comun, se ha elevado, en cuanto es posible, a la altura del sublime ideal que el gran Demóstenes se habia formado acerca de lo que debian ser todas las leyes, cuando esclamaba: *Omnis lex inventum ac munus Dei est. Toda lei es una invencion i un don del cielo.* (1)

EL TREN EXPRESO,

poema en tres cantos.

CANTO SEGUNDO.

(Conclusion.)

La noche.

IV.

I porque así sus penas distraia,
Las mias le conté con alegría;
I un cuento amontoné sobre otro cuento,
Miéntras ella, abstrayéndose, veia
Las gradaciones del color que hacia
La luz descomponiéndose en el viento.
I haciendo yo castillos en el aire,
O, como dicen ellos en España,

(1) Escriche, Diccion de leg., páj. 1212.

Le referí no sé si con donaire,
Cuentos de Homero i de Mari-Castaña.
En mis cuadros risueños,
Pintando mucho amor i mucha pena,
Como el que tiene la cabeza llena
De heroinas francesas i de ensueños,
Habia cada llama
Capaz de poner fuego al mundo entero;
I no faltaba nunca caballero
Que por gustar solicito a su dama
Le sirviese, siendo héroe, de escudero.
I ya de un nuevo amor en los umbrales,
Cual si fuese el aliento nuestro idioma,
Mas bien que con la voz, con las señales,
Esta verdad tan grande como un templo,
La converti en axioma:
Que para dos que se aman tiernamente,
Ella i yo por ejemplo,
Es cosa ya olvidada por sabida
Que un árbol, una piedra i una fuente
Pueden ser el Edén de nuestra vida.

V.

Como en amor es credo
O artículo de fé, que yo proclamo
Que en este mundo de pasion i olvido
O se oye conjugar el verbo *te amo*,
O la vida mejor no importa un bledo,
Aunque entónces, como hombre arrepenti-
[do,
El ver a una mujer medaba miedo,
Mas bien desesperado que atrevido,
—¿I un nuevo amor, le pregunté amoroso,
No os haria olvidar viejos amores?
Mas ella sin dar tregua a sus dolores,
Contestó con acento cariñoso:
La tierra está cansada de dar flores,
Necesito algun año de reposo.

VI.

Marcha el tren tan seguido, tan seguido,
Como aquél que patina por el hielo
I en confusion estraña
Parecen, confundidos tierra i cielo,
Una mezcla de sueño i de montaña
Pues cruza, de horizonte en horizonte,
Por la cumbre i el llano,
Ya la cresta granítica de un monte,
Ya la elástica turba de un pantano;
Ya entrando por el hueco
De algun túnel que horada las montañas,
A cada horrible grito
Que, lanzando va el tren, responde el eco,
I hace vibrar los muros de granito,
Estremeciendo al mundo en sus entrañas:
I dejando aquí un pozo, allí una sierra,
Nubes arriba, movimiento abajo,
En laberinto tal, cuesta trabajo
Creer en la existencia de la tierra.

VII.

Las cosas que miramos
Se vuelven hácia atras en el instante
Que nosotros pasamos;
I conforme va el tren hácia adelante
Parece que desandan lo que andamos;
I a sus puesto volviéndose, huyen i huyen
En raudo movimimiento,
Los postes del telégrafo, clavados
En fila a los costados del camino;
I como gota a gota, fluyen, fluyen,
Uno, dos, tres i cuatro, veinte i ciento;
I formando, confuso i ceniciento,
El humo con la luz un remolino,
No distinguen los ojos deslumbrados
Si aquello es sueño, tromba o torbellino.

VIII.

Oh mil veces bendita
La inmensa fuerza de lá mente humana
Que así el ramblizo como el monte allana,
I al mundo echando su nivel, lo mismo
Los picos de la rocas decapita
Que levanta la tierra,
Formando un terraplen sobre un abismo
Que llena con pedazos de una sierra.
Dignas son, vive Dios! estas hazañas,
No conocidas ántes,
Del poderoso anhelo
De los grandes jigantes
Que, en su ambicion por escalar el cielo,
Un tiempo amontonaron las montañas.

IX.

Corria en tanto el tren con tal premura
Que el monte abandonó por la ladera,
La colina dejó por la llanura
I la llanura en fin, por la ribera;
I al descender a un llano,
Sitio infeliz de la estacion postrera,
Le dije con amor:—¿Seria en vano
Que amaros pretendiera?
¿Seria como un niño que quisiera
Alcanzar a la luna con la mano?
I contestó con lívido semblante:
—No sé lo que seré mas adelante
Cuando ya soi vuestra mejor amiga,

Yo me llamo Constancia i soi constante.
¿Que mas quereis, me preguntó, que os di-
[ga?
I bajando el anden de angustia llena
Con prudencia fingió que distraia
Su inconsolable pena
Con la jente que entraba i que salia,
Pues la estacion del pueblo parecia
La loca dispersion de una colmena.

X.

I con dolor profundo
Mirándome a la faz, desencajada,
Cual mira a su doctor un moribundo,
Siguió:—Yo os juro cual mujer honrada
Que el hombre que me dió con tanto celo
Un poco de valor contra el engaño,
Aquí me encontrará dentro de un año
O allí! me dijo señalando al cielo,
I enjugando despues con el pañuelo
Algo de espuma del color de rosa
Que asomaba a sus labios amarillos.
El tren, cual la serpiente que escamosa
Queriendo hacer que marcha, i no marchán-
[do
Ni marcha ni reposa,
Mueve i remueve ondeando i mas ondean-
[do,
De su cuerpo flexible los anillos;
I al tiempo que ella i yo, la mano alzando
Volvimos, saludando, la cabeza,
La máquina un incendio vomitando
Grande en su horror i horrible en su belle-
[za,
El tren llevó hácia si pieza por pieza,
Vibró con furia i lo arrastró silbando.

CANTO TERCERO.

El crepúsculo.

I.

Cuando un año despues, hora por hora,
Hácia Francia volvia
Echando alegre sobre el cuerpo mio
Mi manta de alamares de Zamora,
Porque a un tiempo sentia
Como el oño anterior, dia por dia,
Mucho amor, mucho viento i mucho frio
Al minuto final del año entero,
A la cita acudí cual caballero
Qua va alumbrado por su buena estrella;
Mas al llegar a la estacion aquélla
Que no quiero nombrar, porque no quiero,
Una tos de ataud sonó a mi lado
Que salia del pecho de una anciana
Con cara de dolor i negro traje;
Me vió, jimió, lloró, corrió a mi lado,
I echándome un papel por la ventana
—Tomad, me dijo, i continuad el viaje:
I cual si fuese una hechicera vana
Que, despues de un conjuro, en alta noche
Quedase entre la sombra confundida;
La mujer mas que vieja envejecida,
De mi presencia huyó con lijereza,
Cual sombra entre la luz desvanecida,
Al punto en que llegando, con presteza,
Echó por la ventana de mi coche
Esta carta tan llena de tristeza,
Que he leido mas veces en mivida
Que cabellos contiene mi cabeza.

II.

«Mi carta que es feliz pues va a buscaros,
Cuenta os dará de la memoria mia:
Aquel fantasma soi que por gustaros
Jugó a estar viva a vuestro lado un dia.

«Cuando lleve esta carta a vuestro oido
El eco de mi amor i mis dolores,
El cuerpo en que mi espíritu ha vivido
Ya durmiendo estará bajo unas flores.

«Por no dar fin a la ventura mia
La escribo larga, casi interminable!
Mi agonia es la bárbara agonia
Del que quiere evitar lo inevitable.

«Hundiéndose al morir, sobre mi frente
El palacio ideal de mi quimera,
De todo mi pasado solamente
Esta pena que os doi, borrar quisiera.

«Me rebelo a morir, pero es preciso.
El triste vive i el dichoso muere.
Cuando quise morir, Dios no lo quiso:
Hoi que quiero vivir, Dios no lo quiere.

«¡Os amo, si! dejadme que hable lora
Me repita esta voz tan repetida;
Que las cosas mas intimas ahora
Se escapen de mis labios con mi vida.

«Hasta furiosa, a mi que ya no existo,
La idea de los celos me importuna;
Juradme que esos ojos que me han visto
Nunca el rostro verán de otra ninguna.

«I si aquella mujer de aquella historia
Vuelve a formar de nuevo vuestro encanto,

Aunque os ame, jemid en mi memoria:
¡Yo os hubiera tambien amado tanto!

«Mas talvez allá arriba nos veremos
Despues de esta existencia pasajera,
Cuando los dos, como en el tren, lleguemos
De nuestra vida a la estacion postrera.

«Ya me siento morir! el cielo os guarde!
Cuidad siempre que nazca o muera el dia
De mirar al lucero de la tarde,
Esa estrella que siempre ha sido mia;

«Pues yo desde allá os estaré mirando;
I como el bien con la virtud se labra,
Para verme mejor, yo haré, rezando,
Que Dios de par en par el cielo os abra.

«Nunca olvideis a esta infeliz amante
Que os cita, cuando os deja, para el cielo!
¡Si es verdad que me amásteis un instante,
Llorad, porque eso sirve de consuelo!

«Oh, Padre de las almas pecadoras,
Conceded el perdon al alma mia!
Amé mucho, Señor, i muchas horas,
Mas sufrí por mas tiempo todavía!

«Adios! adios! como hablo delirando,
No sé decir lo que deciros quiero!
¡Yo solo sé de mí que estoi llorando,
Que sufro, que os amaba, i que me muero!»

III.

Al ver de esta manera
Trocado el curso de mi vida entera
En un sueño tan breve,
De pronto se quedó, de negro que era,
Mi cabello mas blanco que la nieve.
De dolor traspasado,
Por las mas grande herida
Que a un corazon jamas ha destrozado
En la inmensa batalla de la vida,
Ahogado de tristeza
A la anciana busqué desesperado;
Mas fué esperanza vana,
Pues, lo mismo que un ciego deslumbrado,
Ni pude ver la anciana,
Ni respirar del aire la pureza,
Por mas que abrí cien veces la ventana
Dicidido a tirarme de cabeza.

Cuando por fin sintiéndome agobiado,
De mi desdicha al peso,
I encerrado en el coche, maldecia,
Como si fuese en el infierno preso,
Al año de venir dia por dia
Con mi grande inquietud i poco seso,
Sin alma, i como inútil mercancía
Me volvió hasta Paris el tren espreso.

R. de Campoamor.

Recomendamos a nuestros lectores el siguiente trabajo con que nos ha favorecido el señor don Camilo E. Cobo. Llamado a suceder a don Pio Varas Marin en la facultad de filosofía i humanidades, el señor Cobo pagó a su antecesor uno de los mas merecidos tributos de alabanza que se hayan pagado jamas en discursos universitarios.

El señor Varas Marin, muerto en la flor de su edad i en todo el vigor de su intelijencia, era una de las mas bellas esperanzas de las letras en Chile. Parece sinembargo como que sus amigos que lo conocieron en vida tan modesto no hubieran querido ofenderlo, ni aun despues de muerto, haciendo plena justicia a las cualidades de su corazon i de su espíritu.

Los estatutos universitarios obligaron al señor Cobo a pasar sobre esas consideraciones: ellos le imponian el deber de apreciar a su antecesor, i el señor Cobo lo ha apreciado con recto criterio i notable intelijencia en el discurso que va a continuacion i por el cual damos a su autor las mas cumplidas gracias.

BIOGRAFÍA DE DON PIO VARAS MARIN

Discurso leido por el señor don Camilo E. Cobo en el acto de incorporarse a la facultad de filosofía i humanidades de la Universidad de Chile, en junio de 1871.

Señores:

Don Pio Varas i Marin a quien sucedo en esta facultad por la benevolencia de sus honorables miembros, i cuya temprana muerte acaecida a los 34 años de su edad, ha sido jeneralmente sentida, fué con justicia apreciado por la bondad de su carácter i por notables dotes intelectuales que le dieron un lugar distinguido en la república de las letras. Ocupó un asiento en esta facultad cuando sus composiciones poéticas, ya orijinales, ya traducidas, le habian dado a conocer como un poeta de no escaso mérito, i como un escritor que revelaba en su estilo i en la solidez de sus pensamientos una educacion literaria formada por el estudio de los clásicos. Tal es la impresion

que deja la lectura de sus producciones insertas en el *Museo*, la *Revista del Pacífico* i *El Independiente*, pues tomó parte en todas estas publicaciones, como colaborador en las dos primeras, i como redactor principal en la última, en una época memorable para la prensa chilena, en la época de la agresion de España.

No era inmotivada la confianza que hizo de don Pio Varas la empresa que acababa de fundar *El Independiente*, porque sus convicciones relijiosas i una preparacion hecha con fuertes lecturas, le habian dispuesto para tomar la direccion de un diario que no era de circunstancias, i que se destinaba a sostener una bandera perfectamente diseñada. Una brillante traduccion del libro de Montalembert sobre el Papa, anunciaba al escritor católico i al literato de lenguaje correcto i elegante.

Inútil seria que entrase a hacer una reseña cronolójica de los trabajos literarios de don Pio Varas i Marin, porque ninguno hai que pueda ser calificado de primer ensayo. Se conoce que no fué de aquellos aventureros, que, confiados en su jenio, se lanzan a un mundo desconocido para obtener un éxito sorprendente o esperimentar una ruidosa caida. A muchos ha hecho fracasar la presuncion de exhibirse como innovadores, de abrir un nuevo camino, despreciando la ruta seguida por los grandes maestros; pero don Pio Varas sin dejar de ser orijinal, como luego lo manifestaré, no se lanzó a la publicidad sino despues de concienzudos estudios.

No debe sorprendernos hallar a veces en sus composiciones algun descuido en la forma, porque la naturaleza de los estudios hechos por el señor Varas le inclinaban a sacar todos sus efectos de las ideas i de la lójica en el razonamiento. Basta manifestar que en la infancia, puede decirse, a los nueve años, don Pio Varas obtuvo en el Instituto Nacional el premio de álgebra. Sus felices disposiciones para las ciencias exactas le hicieron dedicarse a la profesion de agrimensor, en la que obtuvo el título respectivo. Pero un miembro de su familia que fué un distinguido profesor, don Estanislao Marin, le hizo seguir el curso de leyes, en el que dió brillantes pruebas de su talento i de su contraccion al estudio. Todos los que tuvieron la ocasion de tratarle, ya como compañero, ya como alumno, hacen siempre grandes elojios de su amor al trabajo i mui particularmente de su estraordinaria facilidad para aprender los idiomas estranjeros. El frances i el italiano le eran tan familiares como el idioma pátrio i los conocia tan científicamente como este último; pues el señor Varas, poeta, agrimensor i abogado, se distinguió tambien en la enseñanza del castellano, del cual desempeñó una cátedra en la Academia militar, siendo director de ese establecimiento el jeneral Aldunate. El jeneral Aldunate que añadia a sus glorias militares el gusto de las letras i del trato de los hombres instruidos, hacia siempre grandes elojios del jóven profesor. A un testimonio de tanto peso debo agregar el del señor don Manuel Antonio Tocornal quien, comprometió al señor Varas a que desempeñase un puesto en el ministerio de su cargo. Por complacer a aquel distinguido estadista don Pio Varas se decidió a permanecer transitoriamente en la administracion, pues su carácter le alejaba del campo en que luchan las ambiciones. Tanto al ministerio como al cargo de oficial mayor del Senado que desempeñó por algunos años, le llevaron sus méritos i el aprecio que de él hacian nuestros hombres públicos. No hizo violencia a la fortuna, ni a los honores.

Si tal juicio sobre su carácter no estuviese basado en los actos de una vida exenta de ambiciones bastardas, nos lo habrian dictado sus inspiraciones poéticas en que ha dejado el retrato de su alma. Algunos dulces afectos o temas inspirados por la lectura de los libros sagrados, como la composicion que tiene por título *El remordimiento*, forman el asunto de sus poesias orijinales, en la que a veces ha sacrificado las armonías de la rima i la sonoridad del verso castellano, a esa otra armonía que resulta del feliz encadenamiento de las ideas i de las situaciones naturales i lójicas.

Ejemplo de ellas es la composicion que acabo de citar, i en que el poeta ha sabido dar novedad a un cuadro que ha sido trazado por hábiles artistas. No es aquella terrible angustia que anonada al desgraciado que es víctima del remordimiento; no es aquel puñal oculto bajo la capa del amigo; no es tampoco aquel grito desesperante del desventurado autor del *Delirio filosófico*, nó; es una nube que pasa por la vista del poeta en el bullicioso salon de un

baile en los momentos mismos en que nacia una esperanza i recibia un rayo de luz. Hai en esa composicion la pintura de un gran dolor, revelado, no por el colorido de la forma, sino por la ausencia misma del colorido; es el dolor manifestado por el análisis psicolójico, i que causa tanta mas impresion cuanto que apénas hai un velo que oculta la belleza del pensamiento.

Concision en los versos, escasez de adornos i de fantasía, pero abundancia en el pensamiento e idealizacion de la forma, tal es el carácter que predomina en las composiciones de don Pio Varas, que cultivó la poesía mas por distraccion i recreo que por el anhelo de alcanzar reputacion de poeta; pero la cultivó en buena compañía pues conocia a fondo los poetas clásicos españoles i los poetas modernos italianos.

La revolucion literaria de la primera mitad de nuestro siglo se hizo sentir tambien en Italia, donde han florecido algunos poetas del jénero que se ha convenido en llamar romántico. A este número pertenece Manzoni, el autor de la célebre oda *El 5 de mayo* i de algunas trajedias. *Carmagnola* ha sido justamente encomiada por los críticos. Es notable por la belleza de sus coros algunos de los cuales tradujo nuestro autor en verso no inferior al orijinal. En el mismo caso se hallan *El caballo de Estremadura*, imitacion de Luis Carrer, i algunas traducciones de Victor Hugo.

Si la muerte no nos lo hubiese arrebatado en la flor de su edad i en todo el vigor de su talento, las letras chilenas le serian deudoras de obras de mas largo aliento, pues habia hecho un profundo estudio del Dante, cuyo gran poema se preparaba a traducir.

Don Pio Varas se hizo diarista, como ya lo he indicado, en circunstancias difíciles, cuando se necesitaba mucho tino i circunspeccion para no dejarse arrastrar por el ardor del patriotismo. En 1864 i 1865 pocos hubo entre los escritores de la prensa que no se sintiesen halagados por la fácil popularidad que se adquiria con artículos belicosos. El público devoraba las publicaciones que enardecian el entusiasmo guerrero i adulaban el orgullo nacional. Se comprende que es menester un gran sacrificio para que el diarista, encargado de tratar las cuestiones de actualidad, de reflejar en sus escritos los sentimientos del dia presente, se haga el hombre del porvenir poniéndose en pugna con la opinion dominante. Pues ese sacrificio lo hizo don Pio Varas que quiso servir a la verdad i a la razon, i no al entusiasmo del momento. La cuestion española fué tratada por él como si hubiese palpado futuros desengaños i previsto las consecuencias de un patriotismo exaltado. Su artículo titulado *Los meetings* rebosa de buen sentido, de verdadero i cuerdo patriotismo. Manifiesta en él a los pueblos que no es el sentimiento el mejor consejero en la política internacional, i a los gobiernos que su lijereza tarde o temprano es castigada por la censura de los mismos que piden resoluciones estremas.

El escrito a que aludo tuvo grande eco en el pais i contribuyó a producir una reaccion en los ánimos; reaccion favorable al predominio de una política prudente. Con este motivo el autor recibió numerosas felicitaciones.

Su breve permanencia en la prensa a la que lo arrebató la enfermedad que puso fin a sus dias, no permitió a don Pio Varas desarrollar todas sus cualidades de diarista. Mas todavía: la lucha del diarismo fué gran parte a aumentar sus dolencias, a gastar una organizacion moral que se complacia en las situaciones tranquilas i en las puras rejiones de los principios i de la buena fé. Aun recuerdan sus compañeros de trabajo la indignacion que le causaba el empleo de armas vedadas en discusiones que deben tener por base la lealtad.

Hai en el diarismo la parte de la inteligencia i de la ilustracion, parte que fué hábilmente desempeñada por don Pio Varas; pero hai tambien la parte de la salud, que no tenia por desgracia, para poder sostener las campañas de la polémica diaria. Sinembargo, no le faltaban ni el carácter ni los propósitos, pues no se habia alistado en el diarismo como un mercenario sino como soldado de una causa que le era simpática. Tenia el pensamiento de fundar un diario destinado a sostener las doctrinas de la escuela de los modernos escritores católicos de la Francia, por los que tenia una marcada predileccion. Distinguia entre ellos al conde Montalembert, cuyo folleto sobre el Papa i la Polonia há conservado en la traduccion la nobleza i dignidad de lenguaje de este ilustre publicista católico, que en union de otros

hombres eminentes ha renovado en nuestros dias la era de los santos padres.

La reaccion contra el filosofismo incrédulo habia comenzado ya con el *Jénio del cristianismo*, que vino a desempeñar en las cuestiones filosóficas algo por el estilo de lo que ha sido el sistema hameopático en medicina. Buena i sana intencion la de atraerse los corazones ofreciéndoles el halago de la sensualidad bajo el velo del misticismo; pero remedio ineficaz porque importaba una transaccion con el mal. No era el sensualismo relijioso el que podia combatir a la literatura frívola que habia invadido a los espíritus. Nuestro siglo no podia ser despertado de su letargo sino por las fuertes sacudidas de una doctrina que es espíritu i verdad. Así lo comprendieron Mantalembert, Lacordaire i los filósofos franceses que han popularizado por medio de un idioma casi universal las obras de los santos padres. Era necesario bajar a la arena en que se luchaba por las grandes cuestiones sociales que han ajitado a nuestro siglo. Si al principio despertó algunas inquietudes ver a los legos invadir el santuario, i poner la mano en los archivos de los documentos sagrados, la esperiencia ha venido a demostrar que aquella invasion era el jérmen de una profunda revolucion en los espíritus.

Santo Tomas ha sido vengado de los injustos ataques que se han hecho al monumento que él legó a la filosofía, i el obispo de Hipona que por el análisis del sentimiento estético nos lleva a la contemplacion de lo infinito, ha tenido en estos últimos tiempos sabios espositores en las cátedras de Francia. Esas voces que no podrian ser sospechadas de espíritu de partido, han levantado el corazon de la juventud a las rejiones de una filosofía apoyada en la base indestructible de la fé; filosofía que es algo mas que un idealismo estéril i que pone en manos de sus adeptos esos grandes polemistas de la Iglesia a quienes llama sus doctores.

No nos han faltado restauradores del clacisismo católico, sino de tanto renombre como los publicistas franceses, no ménos profundos que ellos. Básteme señalar al filósofo cuya ausencia de la enseñanza todos deploramos, a don Ventura Marin, que despertó en don Pio Varas el amor a esta clase de estudios que ilustran i virilizan el espíritu. El jóven poeta dijo adios a la vida i a todas las dulces emociones de la poesía sin esperimentar tristeza por la despedida. Habia vivido en continua comunicacion de afectos i de esperanzas con esa patria invisible de la que todos somos hijos, i cuya infinita belleza se refleja, mas que en las bellas obras de la naturaleza, en los espíritus rectos i en las intelijencias elevadas como la de don Pio Varas.

LAS HOJAS MUERTAS.

Mes jours sont condamnés, je vais quitter la terre,
Il faut vous dire adieu, sans espoir de retour.
Vous qui pleurez hélas! bel ange tutelaire,
Laissez tomber sur moi vos doux regards d'amour!
Du celeste sejour entr'ouvrez moi les portes,
El du maitre Eternel pour adoucir la loi
Quand vous verrez tomber les feuilles mortes,
Si vous m'avez aimé, vous prierez Dieu pour moi!

* * *

—¡Madre, madre!

—¡Hijo mio!

—Ven, acércate mas; déjame reclinar en tu seno mi debilitada cabeza.

—¿Mucho sufres?

—Si siento un hielo, un hielo mui grande de aquí en el corazon.

—¿Qué me dices? ¡oh! pero ¿qué veo?.. una lágrima se balancea en tus pestañas.

—Sí, ¡una lágrima!..Será la última, madre mia.

—No digas eso, Dios es tan bueno, él no puede permitir que tú me abandones.

—No te aflijas, ya ves como estoi tranquilo. Hé sufrido tanto en la vida que ahora miro como un descanso el morir.

—¡Morir, morir! ¿por qué has pronunciado esa palabra? Nó, nó, yo quiero que vivas i vivirás, pobre hijo mio. Yo te comunicaré mi aliento yo te daré mi alma...

—Ni aun así yo podria vivir.

—I ¿quién será capaz de arrebatarte a mi ternura?

—Dios, madre mia, Dios que es el que me llama. Escúchame, ántes de abandonar este mundo, yo necesito tu perdon.

—¡Mi perdon! i ¿qué es lo que has hecho? ¿en qué has podido ofenderme, tú, ánjel mio?

—¡Ai, madre! yo he traicionado tu amor por el amor de otra mujer, pero Dios es justo i él me ha castigado: el desprecio de esa mujer me arrastra ahora a la tumba.

—¡Ah! i tú nada me habias dicho i tú me habias ocultado....

—Lo que yo jamas podia revelarte.

—Di mejor, lo que desde el primer instante yo habria debido saber.

—Sí, sí, tienes razon ¿quién mejor que tú podria haberme enseñado a evitar lo que yo, incauto, solo al fin he venido a comprender?

—¿Qué, hijo mio?...Cuéntame, cuéntame.

—¡Ai! es imposible, yo no puedo.

—¡Oh, por piedad!

—Es que, madre....

—Acaba.

—Aun yo amo a esa mujer.

—¡Desdichado!

—Sí, mil veces madre mia.

—I esa mujer, esa mujer ¿quién es?

—Yo te lo diré. ¿Has visto, madre, cómo al despuntar la aurora, las nubes se tiñen de púrpura i las montañas de rosa? ¿No has visto cómo al caer la tarde, las flores exhalan sus aromas i sus mas dulces perfumes, perfumes que en sus pliegues arrebata la juguetona brisa? ¿No has sentido los gorjeos i los armoniosos trinos, con que al venir el dia, las avecillas saludan al nuevo sol que da vida? ¿No has contemplado los melancólicos tintes que derrama la luna cuando riela en el cielo? ¿No has admirado los bellísimos colores con que se engalanan los jardines i la rústica pradera?.... pues, mas linda, mas hermosa, mas suave, mas graciosa era la mujer que yo amaba.

—¡Pobre, hijo mio!

—En sus ojos yo veia los esplendores del Eden i en sus labios la sonrisa de los querubines del cielo. Su voz era tan dulce que las aves al oirla suspendian sus cantares. Su frente era mas pura que la azucena del valle. Sus cabellos mas ondeantes que los rizos que forma el aire al besar enamorado las tranquilas aguas del lago. ¡Oh! madre, si la hubieses visto como yo la he visto, bella, fascinadora, coronada de rosas i con su ropaje albo como los albos copos que cubren a veces la azulada esfera.... ¿Cómo no amarla, cómo no adorarla, madre mia?

—¡Hijo, hijo del alma!

—Si la hubieses visto como yo la he visto, radiante de hermosura i de esplendor, arrogante, humilde, alegre, melancólica, fantástica, misteriosa .... Suspiraba por verla, suspiraba por hablarla i no tan pronto la encontraba que mi corazon se estremecia como se estremece la yerba bajo el soplo del aquilon. Si por casualidad mis manos rozaban con sus vestidos, un vértigo se apoderaba de mi, la sangre suspendia su circulacion i mis labios tartamudeaban palabras ininteligibles, palabras cuyo eco retemblaba largo tiempo en mis oidos aun mucho despues de haberlas pronunciado. No sé lo que le decia, no sé lo que yo hablaba, solo recuerdo que inquieto, delirante, me estasiaba buscando en su mirada ese algo indefinible que hacia que yo viese en aquella mujer, no una mujer sino un ánjel.

—¡Tanto la amabas!

—¡Ah! sí, la amaba con delirio, con locura, la amaba como jamas nadie ha amado ni puede amar a creatura alguna. Yo habia hecho de mi corazon un altar, un altar en cuyas aras sin cesar yo depositaba cuanto hai de mas tierno, de mas grande, de mas bello, de mas puro en los afectos del hombre. Ahora bien, aquel holocausto, aquel sacrificio perenne i perpétua adoracion eran para ella i solo para ella. El mundo entero desaparecia a mis ojos para no ver sino su imájen. Yo me entretenia en revestir aquella imájen de cuantas perfecciones puede idear la imajinacion o el pensamiento; asi adornada, aquella mujer se convertia para mi en una divinidad, pero divinidad terrible, que me anonadaba, me desesperaba i me hacia sufrir un suplicio atroz. En esta tortura he vivido muchos años, madre mia; en esta tortura yo he visto trascurrir uno por uno los mas hermosos dias de mi existencia, sin paz, sin sosiego, sin tener un instante de calma i de reposo: he vivido muriendo. A ella yo la veia en todas partes i a todas horas: era una sombra que se habia agregado a mi ser i que yo no podia arrancar. Su nombre lo encontraba entre las pájinas de mis libros i esos mismos caractéres eran los que mi pluma trazaba cuando a veces escribia: la música en sus notas i en sus vagas armonías a ella siempre nombraba i a ella sola ensalzaba; si en el campo, si en el océano, si despierto, si dormido, el aire siempre susurraba aquel nombre a mis oidos. En fin, madre, como el alma está identificada al cuerpo, asi aquella imájen se habia identificado a mi alma.

—¡Ah! no prosigas que ya conozco a esa mujer. Yo en alguna parte he visto esa imájen que me retratas ¿Acaso no es ésta la misma de que me hablaste la noche

aquélla en que por vez primera sorprendí tus sollozos i tus ocultas lágrimas?

—Sí, sí, ella es, madre mia.

—I entónces cómo decias que yo ignoraba....

—Es porque olvidas que yo despues negué lo que mi boca en vano quiso ocultar aquella noche. ¡Oh, aquella noche!.... hablemos de ella, madre mia. ¿Recuerdas la negra tristeza que se habia apoderado de mí i las continuas quejas con que daba rienda suelta a mi amargura?... Tú me consolabas entónces, tú me ayudabas a sufrir; tus palabras resonaban con placer en mis oidos. Así se pasaron muchas horas. Cuando cesamos de hablar, era tarde, mui tarde, la noche estaba serena i las estrellas brillaban con inusitado resplandor ¿te acuerdas? ¡qué apacible era aquella suave brisa que balanceaba dulcemente los naranjos i sus blancos azahares! ¡qué delicioso aroma exhalaban aquellas flores! con cuánta alegría me hacias notar el incesante reflejo de las estrellas en el agua murmuradora i aquel resplandeciente lucero que tanto fijó nuestras miradas. ¿Has olvidado lo que entónces me dijiste? ¿tienes aun presente mis reflecciones, mis dudas, mis temores?... ¡Ah, madre, madre! yo no he podido olvidar ni los menores incidentes de aquella noche memorable, todo lo recuerdo, todo, como si hubiese acontecido ayer. Aun me parece verte apoyada sobre mi hombro, acariciando mis cabellos i mis pálidas mejillas; aun creo oir el acento de tu voz i hasta me parece sentir el ambiente que jugueteaba entre el ramaje i venia luego a refrescar mi abrasadora frente. Nada he olvidado, nada, pero sobre todo recuerdo el aspecto tan espléndido de la radiante esfera, el brillo de los astros, la pureza del cielo. Créeme, madre, aquella noche la he vuelto a ver mil veces ya en mis sueños, ya en mis delirios. ¡Oh! si se hubiese cumplido lo que tú me pronosticabas! pero nó, tanta felicidad no podia existir i por eso ha sido que mis temores se convirtieron en realidad, en tremenda realidad; esto es lo que me atormenta, madre, esto es lo que me aflije, esto es lo que me mata.... ¡Oh! yo siento que mis fuerzas se debilitan, que mi alma desfallece, que mi corazon vacila; yo veo que los dias trascurren con espantosa rapidez i que cada vez mas se va ahondando a mis piés una horrible sepultura. ¡Ah! morir, morir cuando la vida alegre i risueña nos convida con sus encantos! ¡Morir, cuando recien las flores comenzaban a abrir sus capullos i a adormecernos con sus perfumes! ¡Morir, cuando todavia.... Pero ¿a qué recordar estas cosas cuando ya es imposible volver atras, cuando la fatalidad con horrible empuje nos precipita i nos hunde?.... Resignémonos, pues! Dios lo ha dispuesto así.—¡Ah! yo que esperaba ser tan feliz i he sido tan desgraciado! Yo que creia iba a marchar sobre rosas i solo he recojido espinas!.... Madre, madre, las estrellas de aquella noche fijaron mi destino; yo no me equivoqué: mi suerte se ha cumplido!—¡Adios! si alguna vez te encuentras con ella, dile que me perdone el haberla amado tanto.... Yo ignoraba que fuese un crímen el amar, yo ignoraba.... pero mas vale que no prosiga, mas vale que me calle i que sepulte para siempre en mi alma esta atroz pena que me devora.....

Muchos dias habian pasado.

El viento jemia, los árboles sacudian sus ramas amarillentas i secas, la flores se marchitaban en sus tallos.

La noche avanzaba a grandes pasos.

Los últimos tintes del crepúsculo sombreaban apénas las pardas nubes, entre las cuales, la luna se ocultaba i luego aparecia, como si perdido el rumbo quisiese retroceder en su carrera.

A lo léjos entre las revueltas sendas de un tupido bosquecillo, meditabunda i silenciosa vagaba una mujer. Su traje enlutado, sus ojos llorosos, sus mejillas descoloridas, revelaban su dolor i su acerbo sufrimiento.

En el centro del bosquecillo se alzaba una modesta tumba.

La mujer cayó de rodillas sobre el césped humedecido.

—¡Hijo mio! ¡hijo mio! balbuceó.

Nadie respondió a aquel lamento, a aquel grito del corazon.

Solo los árboles se estremecieron como si una mano invisible hubiese sacudido sus troncos i sus profundas raices.

Torbellinos de hojas amarillas i marchitas, volando se esparcieron en torno para ir luego a caer sobre la piedra funeral.

¡Ah! como los restos encerrados en aquel sepulcro, aquéllas eran tambien hojas muertas, hojas que habia arrebatado el viento; hojas muertas que nadie habia de recojer i que el mismo viento no tardaria en disipar!

Santiago, diciembre 18 de 1871.

RUPERTO MARCHANT PEREIRA.

UNA VÍCTIMA DEL HONOR,

POR V. MURILLO.

(Conclusion).

III.

Clotilde, despues de caer en la celada de Samuel i sintiéndose deshonrada, creyó que la vida iba a serle insoportable i resolvió quitársela. Efectivamente, cuando Alfredo principió a dar señales de volver a la vida, porque ya el narcótico habia producido todo su efecto, ella, que ya se habia apoderado del puñal que el jóven llevaba a la cintura, se lo hundió rapidamente en el corazon.

Al acto de arrebatarse uno mismo la vida lo llamamos nosotros suicidio, sinembargo, el señor Murillo sostiene que Clotilde no se suicidió sino que fué asesinada por Samuel, cuyas perfidias fueron las que impulsaron su brazo.

La paradoja nos parece un tanto audaz, como nos parece insostenible la moralidad de este ejemplo. ¿Es ésa la leccion que el señor Murillo queria dar a las jóvenes que caen víctimas de la violencia? ¿querria convencerlas de que, perdido el honor, hai derecho para arrebatarse la vida?

Hai en esta parte de la novela un olvido tan completo de las reglas de la moral cristiana, que nos vemos en el caso de formular una protesta enérjica. El crimen puede disculparse; justificársele nunca. I ya que el señor Murillo se decidió a colocar a la vista de sus lectores el deplorable ejemplo de una suicida, pudo disculparlo, pero no debió justificarlo, i mucho ménos de la manera que lo hace presentando la accion de Clotilde como inocente i poniendo en su boca reflecciones que tienden a probar que el suicidio es el único recurso contra el deshonor. Si Clotilde hubiera enloquecido con su desgracia, pase el suicidio; habria podido decirse: fué un acto de demencia. Pero nó; Clotilde no rintió su juicio estraviado, raciocinó, vió con mirada límpida la posicion que el mundo le reservaba, pudo medir la profundidad del abismo en que habia caido i se dijo: «Salgamos de este mundo.... yo para él vivia.... yo para él soi ahora un imposible.»

¿I Dios, señor Murillo? Ya sabemos que es de mal tono entre ciertas jentes creer en Dios i en una vida que existe mas allá de la presente; nosotros, sinembargo, lo declaramos con toda franqueza, no contamos al señor Murillo entre esos i para ello tenemos excelentes razones. Pero, por eso mismo le preguntamos cómo es que olvidó tan completamente a Dios i que escribia para una sociedad que tiene la fortuna de creer en él, cuando hace que Clotilde se hunda un puñal en el pecho sin pensar en que ese era un crimen que habia de merecer los severos castigos de la justicia eterna.

«El juez, dice en otra parte el señor Murillo, ademas del tribunal que pudiera revisar sus fallos aquí en la tierra, tiene que dar cuenta de esos mismos actos ante otro tribunal: el de Dios.»

Hé aquí un recuerdo que habria sido mas oportuno en el caso de Clotilde. Nó, ella no vivia solo para el mundo, porque tenia una alma inmortal cuyo destino era el cielo en la eternidad de otra vida. Por eso cuando la jóven recordaba en su deshonra que nada esperaba del mundo incapaz de apreciar la pureza de su alma, no debió olvidar que, quitándose la vida, iba a cometer un crimen contra Dios ante cuyo tribunal debia dar cuenta de sus acciones.

Si este recuerdo hubiera pasado por la mente de Clotilde en el momento de su fatal resolucion, indudablemente se habria resignado a vivir mártir i a afrontar todas las injusticias del mundo porque así, en su pureza i en su martirio, sino contaba con el respeto de los hombres, habria merecido el premio que Dios ofrece al sacrificio i a la virtud.

I en la vida de la mártir Clotilde ¡cuántas hermosas oportunidades no se habrian presentado al señor Murillo para inculcar en sus lectores ese respeto que merecen las jóvenes que, cayendo en una celada cobarde, son víctimas de la violencia! La novela habria correspondido así a su objeto: habria sido moral i habria sido útil. Clotilde habria inspirado las simpatías profundas que merece la virtud desgraciada, i no una pobre compasion que es lo único que puede concederse a una mujer que tiene el triste valor del suicidio i que se olvida de su alma, de su fé i de su Dios para no acordarse de otra cosa que de los respetos mundanos.

I aquí es del caso que nos preguntemos ya: ¿qué objeto práctico ha podido proponerse el señor Murillo en esta parte de su

novela? Obtener un sincero respecto para las jóvenes que caen bajo las celadas de los sátiros, nos responde en la dedicatoria.

Pero los sátiros son, a nuestro juicio, escepciones en la sociedad; lo que abunda no son los seductores a estilo de Samuel, viejos i repelentes, sino seductores que tienen de su parte la juventud i cualidades personales que hacen muchas veces peligroso el ataque i difícil la defensa. Por eso es que no encontramos utilidad práctica en la novela que analizamos. Si el autor quiso hacer odiosa la seduccion i escarmentar a las jóvenes con el ejemplo de Clotilde, dudamos mucho que lo haya conseguido, porque la seduccion con seductores como Samuel, es odiosa i repugnante pero no en sí misma sino porque es repugnante i odioso el personaje i la pasion que lo domina.

Prevenir a las jóvenes contra los estravíos de la pasion, hacerles concebir una idea exacta de las consecuencias de una caida, presentar en toda su deformidad la conducta del que abusa de la posicion que le han creado las simpatías que ha logrado inspirar i exijir respeto para esas caidas que revelan debilidad, hé ahí un objeto práctico i útil a que la novela puede servir con eficacia.

En realidad el señor Murillo ha predicado en desierto o ha predicado a jentes convertidas porque, lo repetimos, los sátiros son una escepcion en la sociedad i es inútil pedir respeto para las víctimas de una violencia, porque ese respeto se les concede naturalmente i sin que haya necesidad de exijirlo.

Hubiéramos querido estendernos mas en consideraciones análogas a éstas, pero el tiempo de que podemos disponer no lo permite.

Resumiendo en pocas palabras nuestro juicio sobre la novela del señor Murillo, diremos que, como novela, *Una víctima del honor* es inferior a *El vértigo de un vicio* debida a la misma pluma. Parece que el plan de la primera no hubiese sido bien meditado, porque adolece de graves defectos que hacen insostenible su interes. Ademas, la accion que en ella se desarrolla es contraria a nuestras costumbres i á nuestros hábitos sociales; los sucesos referidos pueden haber pasado en cualquier parte del mundo, ménos en Santiago. Ello nace probablemente de que el señor Murillo tiene quizas demasiada aficion a la lectura de las novelas de Fernandez i Gonzalez en las cuales es raro no encontrar empíricos, filtros i reducciones como las que hallamos en *Una víctima del honor*.

El autor, aun proponiéndose fines morales, no ha conseguido del todo su objeto o lo ha olvidado con frecuencia, i de ahí proviene que siente teorías peligrosas i presente ejemplos deplorables cuya imitacion seria verdaderamente funesta. Contrarias al mismo propósito de moralidad son ciertas descripciones que aunque hechas con medias tintes dejando casi completa oscuridad en el fondo, nunca deben hacerse en libros dedicados a la juventud que o vé mas de lo que hai en realidad o hace esfuerzos por verlo, esfuerzos que serán siempre demasiado peligrosos.

Ahora esperamos que se nos perdonará que no hayamos querido atenuar las severidades de este juicio, teniendo en consideracion que nuestras observaciones han sido inspiradas por el deseo de que no se estravie un hermoso talento que puede darnos todavía novelas como *El vértigo de un vicio* i mejores aun.

MÁXIMO R. LIRA.

Contenido de este número.

I.—Observaciones sobre la libertad absoluta de testar, conclusion, por José David Jarpa, páj. 177.

II.—El tren espreso, poesía, conclusion, por R. de Campoamor, páj. 182.

III.—Biografía de don Pio Varas Marin, por Camilo E. Cobo, páj. 185.

IV.—La hojas muertas, por Ruperto Marchant Pereira, páj. 188.

V.—*Una víctima del honor*, bibliografía, conclusion, por Máximo R. Lira, páj. 191.

IMPRENTA DE «EL INDEPENDIENTE.»
Calle de la Compañía núm. 102.

LA ESTRELLA DE CHILE.

AÑO V. Santiago, diciembre 31 de 1871. Núm. 222.

LA REPÚBLICA DE BOLIVIA

POR JOSÉ DOMINGO CORTÉS. (1)

Señalamos con el mayor gusto este nuevo libro que el señor don José Domingo Cortés acaba de agregar a los muchos i mui importantes que habia ya publicado sobre las repúblicas del Pacífico.

Sin ser precisamente, ni un literato ni un erudito, el señor Cortés ha hecho por el progreso de la literatura americana mas que muchos eruditos i literatos. I esto no solo por el número de volúmenes que ha publicado, sino principalmente por la circulacion que todos ellos han tenido en varias de las repúblicas americanas.

El don de encontrar compradores pará sus libros es sin duda lo que distingue al señor Cortés entre cuantos se dedican en Chile a escribir o á imprimir. Creemos que es hasta ahora el único que ha encontrado en la impresion de sus libros un agradable pasatiempo i una regular ganancia. Antes de él era raro que un libro publicado en Chile encontrase lectores i sobretodo compradores fuera de Chile: el señor Cortés ha conseguido borrar en parte esas fronteras i gracias a sus esfuerzos empieza a establecerse una benéfica corriente de ideas, de periódicos i de libros entre las cuatro repúblicas que poco ha unieron sus armas para rechazar la agresion española.

Ademas, pues, del valor que en sí tenga el nuevo volúmen que acaba de publicar el señor Cortés, debe estimarse como un nuevo lazo de union entre Bolivia i Chile, como un nuevo anillo de esa cadena invisible de simpatías, de intereses i de fraternales sentimientos que poco a poco ha de ir ligando como en un solo haz a las repúblicas americanas para el engrandecimiento de cada una de ellas i para la gloria i la respetabilidad de la América.

Es cierto que ni el libro de que nos ocupamos ni ninguno de los publicados por el señor Cortés tiene por objeto directo i primordial la union americana; pero no por eso dejan de importar otros tantos esfuerzos hechos en pro de esa idea.

El grande obstáculo que hasta ahora habia impedido que ella bajase de la rejion de los patrióticos ensueños de unos pocos a la rejion de los hechos populares i fecundos, no era otro que el aislamiento en que han vejetado estos paises, la dificultad de sus comunicaciones, la poquísima circulacion que en uno de ellos ha tenido siempre el libro escrito i publicado en otro.

Limitada la circulacion de los libros i los periódicos al escaso número de personas que tienen los medios i la voluntad de adquirirlos i de leerlos dentro del territorio de una sola república, no hai que estrañar sean tan pocos los que hacen en América una verdadera profesion del cultivo de las letras i los que consagran a ese objeto todo su tiempo i toda su intelijencia.

¡Cuán diversas son las espectativas que tiene un autor europeo que publique sus libros en Paris, Madrid, Lóndres o Bruselas! Tiene delante de sí un público numerosísimo e intelijente, dispuesto a dar al mérito la doble recompensa del oro i de la gloria; tiene ademas críticos ilustrados que le señalen con precision los méritos i los defectos de su trabajo i que le den espontáneamente el tesoro de sus buenos consejos.

¡Cuán diversa no seria tambien en esta misma América la condicion de los escritores—hombres de ciencia u hombres de letras—si hubieran ya desaparecido las fronteras políticas para los libros, i si, por la facilidad de las comunicaciones i la ausencia de todo sentimiento egoista, el autor de un libro que se publicase en Lima o Buenos Aires, no solo se sintiese en presencia del público peruano o arjentino, sino de un público compuesto de muchos millones de americanos! Entónces sí que la era de la ignorancia i de las contiendas entre vecinos habria concluido en América

(1) Un volúmen de 208 pájinas en 4.°—Imprenta de *El Independiente*.—1872.

para dar paso a la era de la ilustracion, de la paz i de la fraternidad: entónces si que habria quienes consagrasen a escribir todo su tiempo i su intelijencia: entónces tendriamos sin mucho trabajo una literatura propia tan rica como la de cualquiera de las naciones del viejo mundo.

Pero esos tiempos felices están mui distantes todavía; i miéntras llegan justo es aplaudir a aquellos hombres animosos que, sobreponiéndose a las dificultades i venciendo las barreras que nos dividen, nos hacen en cierto modo vislumbrar la aurora de tan hermoso dia.

En efecto, siendo la incomunicacion i el desconocimiento recíproco en que vivimos la causa principal que se opone al desenvolvimiento de la literatura americana es claro que se hace por el progreso de ésta cuanto se haga por establecer entre las diversas nacionalidades del continente el comercio de las ideas, i porque en las unas sean conocidas las leyes, las costumbres, las instituciones, la historia i la naturaleza de las otras. I hé ahí como el último libro del señor Cortés, ademas del mérito intrínseco que en sí tiene, tiene tambien el de contribuir en algo a apresurar i facilitar la consecucion de ese bello ideal, que por diversos caminos i con distintos medios, van persiguiendo en América todos los buenos americanos.

Si eso es, considerado con relacion al pensamiento jeneral i elevado que acabamos de indicar el libro del señor Cortés, en sí mismo i con relacion al objeto inmediato con que ha sido escrito, no carece ni de oportunidad, ni de interes, ni de mérito. No de oportunidad; porque hoi que la atencion de nuestro mundo comercial está fija en Caracoles, donde tan cuantiosos capitales chilenos se hallan comprometidos, todo cuanto directa o indirectamente siquiera se relacione con Bolivia, no puede ménos que ser de palpitante actualidad. No de interes tampoco; porque siempre será interesante la descripcion física i moral de un pais vecino i poco conocido, máxime cuando él esté tan íntimamente ligado a nuestro propio pais como lo está Bolivia con Chile. No de mérito, finalmente; porque, aun cuando el señor Cortés no haya observado por sí mismo todo cuanto describe, ni nos dé de primera mano muchos de los datos que su libro contiene, no puede negársele el mérito de haber agrupado en un solo volúmen, con notable paciencia, cuantas nociones, cifras i hechos pueden contribuir a darnos una idea jeneral bastante exacta i pintoresca de aquella república vecina.

El libro de que damos cuenta no es ni una jeografía, ni una historia, ni una descripcion, ni una estadística de Bolivia; pero tiene algo de todo eso. Es una pequeña enciclopedia de ese pais, es un guia que puede llevarnos a visitar sus mas notables monumentos naturales o artificiales, es un compañero de viaje instruido i práctico que, en un lenguaje sencillo i agradable, sale al encuentro de nuestra curiosidad, contestando a cuantas preguntas le hagamos sobre la jeografía, la historia, las costumbres, las producciones, la estadística, la literatura i la sociedad de aquel pais.

Nuestros lectores juzgarán si un libro como el que acabamos de diseñar es un libro que puede ser leido con agrado i provecho; i si tenemos o no razon para creer que escribiéndolo i publicándolo, el señor Cortés ha hecho a la América un nuevo servicio i agregado un título mas a los muchos que ya tenia a la consideracion i al aprecio de cuantos se interesan por el adelanto de nuestra pobre e incipiente literatura.

Santiago, diciembre 29 de 1871.

ZOROBABEL RODRIGUEZ.

ÚLTIMAS POESÍAS

DE JUAN CLEMENTE ZENEA, PATRIOTA CUBANO.

Hé aquí el diario del mártir, el testamento de un poeta, los lamentos que el malogrado Juan Clemente Zenea exhaló en su calabozo aguardando dia por dia, durante ocho meses, la hora de marchar a patíbulo. Lo insertamos íntegro, a pesar de su estension, i nuestros lectores nos agradecerán que no hayamos recortado ni dividido en partes esa espresion patética de un inmenso dolor humano.

Como documentos preciosos para su familia, para sus amigos i para la historia literaria, nos hemos apresurado a copiar esta poesías de sus borradores, ántes de que el tiem-

po i las lágrimas de la viuda i de la hija las hagan desaparecer. Fueron trazadas con lápiz, porque el pobre reo de amor patrio no tenia pluma ni tinta con que escribir. Cómo podria pretender tal superfluidad cuando sobre el duro banco que le servia de lecho no tenia con que abrigarse para dormir!

La última vez que lo vimos en Nueva York no habia un cana en su cabeza. Al salir de su calabozo ya no le quedaba un cabello de otro color. Las guedejas que envió a su hija, rotuladas,—única prenda que el desgraciado podia dejarle;—parecen cortadas de la cabeza de un octojenario.

¡Ocho meses de tortura! Debia creer mui grande a su victima el gobierno que asi se cebó en ella; o debió considerarse él mismo mui pequeño para darse con un solo hombre tan larga ocupacion de crueldad!

Estos versos no necesitan encomios ni análisis: son todos sangre i dolor. La realidad de donde brotaron excede probablemente a cuanto el lector puede imajinar i sentir miéntras no se halle en una situacion semejante: encerrado en el mediodia de la vida en un calabozo español de condenado a muerte; cortado para siempre de vista i comunicacion con cuantos seres humanos pudieran darle una muestra de simpatía; sintiendo innumerables privaciones e incomodidades físicas i un verdadero infierno moral; i con el espíritu barrenado sin descanso por las agonías de la patria i por el naufrajio de la familia, ámbas adoradas fervientemente!

Lo que en la jeneralidad de las composiciones elejiacas son figuras retóricas i exajeraciones convencionales, aquí son débiles sombras de congojas i angustias que no alcanzan a describirse. El simple hecho es horroroso, la palabra no puede ennegrecerlo mas. En la desnuda sencillez de casi todos estos cuadros, hai una verdadera exajeracion de pena que da a cada nota la sonoridad de un doble funeral.

Las paredes de la prision del poeta quedaron cubiertas con el nombre de *Piedad*, el de su preciosa hija, única como la de Byron.

Ada, sole daughter of my house and heart.

Ella i la infeliz esposa son las musas de estas efusiones; i si su corazon noble i reconocido recuerda con afecto, con gratitud, las tierras por donde peregrinó en tantos años de desgracia, su hija i su esposa lo acompañan siempre i son las infalibles deidades del hospitalario asilo. Hé allí a Zenea: la pureza i elevacion de su pensamiento i la ternura de su corazon no fueron flores del destierro ni de sus ocho meses de capilla. Siempre lo conocimos modelo de cariño i consagracion de esposo i de padre.

Ni fué ménos como patriota desde los primeros años de su juventud. El nombre de Cuba brilla por su ausencia en este fúnebre recuerdo de uno de sus hijos mas amorosos i queridos, sucesor de Heredia i de Plácido en el patriotismo i en el infortunio. Bajo el réjimen colonial de la ciega i sorda España, siempre ha sido el silencio la mayor elocuencia: es la que está al órden de aquella noche social.

Nos fué arrebatado de 37 años de edad: la época fatal, en que la muerte ha solido, segar a los mas preclaros hijos del númen, desde Rafael hasta Byron i Heredia. I sobre los restos del infortunado Zenea, triste es pensarlo, no habrá una corona ni una flor! Los tiranos le negaron una tumba; mas vive en millares de corazones, i vivirá mas que ellos.

I.

EL 15 DE ENERO EN MI PRISION.

¡Ah! Cuántas veces—una vida entera—
Al llegar este dia
Despertaba mi hermosa compañera
Sonriendo de esperanza i alegria!

Recordaba una fecha, consagrada
Por nuestro amor ferviente,
Cuando fué por mis manos colocada
La corona nupcial sobre su frente.

I hoi, al abrir sus ojos ¡qué amargura!
Oh! cómo habrá sufrido
Al comparar su inmensa desventura
Con las delicias del hogar perdido!

En bello porvenir albas hermosas
Yo tierno le anunciaba,
I al renovar los lirios i las rosas
Incienso i mirra en el altar quemaba.

Era todo placer, fiesta solemne,
I un ánjel, Dios queria,
Que avivase la lámpara perenne
Que ante la imájen de mi amor ardia.

Nunca osamos turbar con ceño adusto
La paz del sentimiento
I nos bastaban, bajo el Dios del justo,
Modesta casa i corazon contento.

La postrera ocasion que así nos vimos,
Libre el alma de engaños,
En el gozo habitual nos prometimos
Saludar el mejor de nuestros años.

I así seguir sin vanidad ni orgullo,
Cuidado ni temores,
Viendo el tiempo correr sin un murmullo,
Como un agua que corre entre las flores.

I al apagar la juventud su fuego
Ver en tarde callada
El tibio sol de la vejez.... i luego
Su tumba al lado de mi tumba helada.

I soñamos al fin de humanas cuitas
Dos cruces i dos losas:
Sobre mi cruz humildes margaritas,
Sobre su cruz fragmentes tuberosas.

Mas no vimos, en medio a las bondades
Que prodigaba el cielo,
Aves que presajiaban tempestades
En pos de nuestro débil barquichuelo.

I llegó la tormenta! Se ennegrecen
Los densos nubarrones,
Las olas con las olas se enfurecen,
Silban i braman rudos aquilones.

I nos hieren, mi bien, hados impíos
En un momento aciago,
I en el revuelto mar yo con los mios
En esta noche de dolor naufrago.

II.

A UNA GOLONDRINA.

Mensajera peregrina,
Que al pié de mi bartolina
Revolando alegre estás,
¿De do vienes, golondrina?
Golondrina ¿a dónde vas?

Has venido a esta rejion
En pos de flores i espumas,
I yo clamo en mi prision
Por las nieves i las brumas
Del cielo del septentrion.

Bien quisiera contemplar
Lo que tú dejar quisiste;
Quisiera hallarme en el mar,
Ver de nuevo el norte triste,
Ser golondrina i volar!

Quisiera a mi hogar volver,
I allí, segun mi costumbre,
Sin desdichas que temer,
Verme al amor de la lumbre
Con mi niña i mi mujer.

Si el dulce bien que perdí
Contigo manda un mensaje
Cuando tornes por aquí,
Golondrina, sigue el viaje
I no te acuerdes de mí!

Que si buscas, peregrina,
Do su frente un sauce inclina
Sobre el polvo del que fué,
Golondrina, golondrina,
No lo habrá donde yo esté!

No busques volando inquieta
Mi tumba oscura i secreta,
Golondrina, ¿no lo ves?
En la tumba del poeta
No hai un sauce ni un cipres!

III.

RECUERDO DE MÉJICO.

¡Qué alegre i bella estaba
Mi compañera, la adorada mia,
Cuando la nave a Veracruz llegaba
I al asomar el dia
En el fondo del cielo el Orizaba
Su túnica imperial desenvolvia!

¡Columbrábanse apénas,
Al borde de las playas inseguro,
Las fajas de las tórridas arenas,
I en el confin oscuro
De la heroica ciudad, torres i almenas,
I en un peñon el artillado muro.

Despues—¡oh cuadro hermoso!
Preñadas nubes en su ruda espalda
Sustenta el Chiquihuite portentoso,
I en su pequeña falda
Despliega el Aculcingo jeneroso
Su rica vestidura de esmeralda.

Naturaleza adula
El fértil valle do en la blanda siesta,
De Heredia el arpa su oracion modula,
I en cuyo seno enhiesta
Levanta su pirámide Cholula
I la Malinche su empinada cresta.

I aun tanto hechizo es poco!
En horas de entusiasmo i de desvelos
Nada imajina el pensamiento loco
Como los claros cielos
Que esmaltan la laguna de Texcoco,
I de Itstazihual los eternos hielos.

Contentos i pesares
Chapultepec a los viajeros cuenta;
I al humo del incienso en los altares,
Noble, rejia, opulenta,
En medio de sus bosques seculares
Tenoxtitlan magnifica se ostenta!

Oásis de mi suerte!
Cara Tenoxtitlan!—La triste vida
Los términos alcanza de la muerte;
Que mi bien se despida
De tí i de mí....no ha de tornar a verte.
I adios! adios!....Tenoxtitlan querida!

IV.

AYER I HOI.

Con su voz infantil, voz deliciosa
Que vibra en mis oidos todavía,
Al caer de la nieve silenciosa
Libros de cuentos mi Piedad leia.

Al pié de la caliente chimenea
Yo venturoso con mirarla estaba,
I mi santa mujer—¡bendita sea!
Allí a mi lado en su labor gozaba.

Ayer así nos contemplaba el cielo,
I *hoi* en mi hogar las desventuras moran:
Ellas suspiran en estraño suelo,
I mi destino i mi tormento ignoran.

I yo al recuerdo de mis horas bellas
No sé si viven miéntras yo no muero,
I aquí pensando sin cesar en ellas,
El fin del drama en la prision espero.

V.

¡Savis tranquillus in undis!

La desgracia, es verdad, no viene sola:
Cuando el piélago ajita turbulento
Su inmensa mole azul, i Dios apaga
La lumbrera del alto firmamento,
El bóreas bramador ola tras ola,
Vertijinosa convulsion propaga.

Así en la vida, cuando ya el destino
La hora fatal del infortunio suena
I sus alas los ábregos sacuden,
Llega una pena, alcánzala otra pena,
Prénsase el corazon, i en torbellino,
Todos los males a la vez acuden.

Paz i resignacion! ánimo fuerte
Para ver deshacerse el dulce asilo
Del doméstico hogar; al furibundo
Golpe que asesta sobre mí la suerte,
Desnudo el pecho presentar tranquilo;
I que vacile i se desplome el mundo!

VI.

¡ENTÓNCES!

¡Oh! qué grato seria
Libre i feliz, sin pesadumbre alguna,
Con la adorada mia
Por la floresta umbría
Vagar al rayo de esta blanca luna!

I a orillas de la fuente
Ver la niña soltar sus trenzas blondas
Al aromado ambiente,
I el agua trasparente
Con su imájen jugar sobre las ondas!

I no con tanto anhelo,
Harto el herido corazon de quejas
I amargo desconsuelo,
Un pedazo de cielo
Ponerme a mendigar desde estas rejas.

¡Oh! cuántas, dueño amado,
Noches tan llenas de esplendor, tan bellas,
En tiempo afortunado
Los dos hemos pasado
Al trémulo brillar de las estrellas.

Del espacio señora
Con sus dardos de plata perseguia,
Eterna viajadora,
La Diana cazadora
Nube tras nube en la rejion vacia,

Contaba sus dolores
El ruiseñor a los favonios leves,
Nos daban sus olores
Las tempraneras flores
I un fresco soplo las postreras nieves.

I la suerte entre tanto
Tramaba convertir en un lamento
El amoroso canto,
Trocar la risa en llanto
I el gozo puro en sin igual tormento.

¡Quién entónces creyera
Que tan pronto, mi bien jimiendo a solas
De tí, fiel compañera,
Separado me viera
Por dura cárcel i profundas olas!

I quién pensar podria
Que la ilusion del porvenir risueño,
En no lejano dia
Volando pasaria
Como una sombra en fujitivo sueño!

¡I éstas son las hermosas
Albas del porvenir?—Delirio insano!
¡Ai mis lirios i rosas!
¡Oh dichas engañosas!
¡Oh breves gozos del amor humano!

VII.

GRACIAS!

Si después que yo muera
Al hogar de un amigo
Mi huérfana infeliz i pordiosera
Llega implorando proteccion i abrigo;

I alberge hospitalario
Encuentra en sus desgracias,
Yo saldré del sepulcro solitario
I al buen amigo le daré las gracias.

VIII.

NO MAS.

Prision, enfermedad, negras pasiones
Contra mi desatadas,
I tantas, tan acerbas aflicciones
En un pecho mortal acumuladas!

Por la esposa infelice suspirando
I de mi niña ausente,
I el soplo de la suerte marchitando
Los pálidos laureles en mi frente.

¡Oh Dios; que así mi corazon heriste!
Recibe una alma tierna;
Cierra las puertas de este mundo triste,
Abre las puertas de la patria eterna!

IX.

ESA CANCION!

Conozco esa cancion. Ecos perdidos
Sus notas son de plácidas historias,
Que a sus dulces i lánguidos sonidos
Desde mi edad de fáciles victorias
Están acostumbrados mis oidos.

Una noche—¿te acuerdas?—recorrias
Las teclas de marfil; tierno, amoroso,
Mirándome en tus ojos me veias,
I tú con el intérprete armonioso
Los misterios del alma me decias.

Sentado junto a tí, mi pensamiento
De la existencia mísera i precaria
Las cuitas olvidó, i un vago acento,
Preludio de una mística plegaria,
La fibra estremeció del sentimiento.

Despues, dichosa, anjelical, serena
Alegraste mi hogar con tu sonrisa....
I esa cancion que de pesar me llena,
Que viene en alas de la errante brisa
I en las bóvedas cóncavas resuena.

¡Qué cosas al espíritu ajitado
No dirán esas voces jemidoras?
¿Qué no dirán al pobre encarcelado
Hablándole en las ánsias de estas horas
De alegres tiempos del amor pasado?

Le dicen ¡ai! que su infortunio es cierto,
I que ántes de que el mísero sucumba
Bien puede el corazon reposar yerto
Cual reposa el cadáver en la tumba,
[muerto!
Porque es verdad que su esperanza ha

X.

HASTA EL CIELO!

Cesaron, ¡oh mi Dios! las alegrías
Del amor terrenal con sus anhelos,
I ya empezaron a correr los dias
Del santo amor que seguirá en los cielos.

Ya no podrán borrar tiempo ni suerte
La imájen inmortal que el alma encierra
Yo te amaré del seno de la muerte
Como tú me amarás desde la tierra.

Sí, me amarás. La dicha no se olvida,
Ni el inmenso dolor de nuestra historia...
Al decirnos adios en esta vida
Nos citamos tú i yo para la gloria!

XI.

NO ME OLVIDES.

Si el labio tuyo jamas me nombra
I a Dios descanso por mi no pides,

Del otro mundo vendrá mi sombra
Para rogarte que no me olvides.

I una voz de agonía
Vibrará junto a tí,
I dirá noche i dia:
Acuérdate, alma mia,
Acuérdate de mí!

Si tú me llamas en tus dolores
I oyes un eco mui lastimero,
Yo soi quien dice: Mujer, no llores,
En el sepulcro, mi bien, te espero.

Si tú que en mi resides,
Eternamente en mí,
De tí no me despedis,
Nunca mi amor olvides,
Acuérdate de mí!

XII.

LA DESPEDIDA,

(*Noviembre* 3 *de* 1870.)

—¿Te despides al partir
De la niña?—Nó, por Dios,
Que por no hacerla sufrir
Me iré sin decirle adios.
—Si llama al padre al tornar
De la escuela, ¿qué diré?
—Que por no verla llorar
Sin verla el padre se fué.

—Se fué mi padre, ¡ai de mí!
¿Por qué nos abandonó?
¿Volverá mui pronto?—Sí!....
—¿Volveré mui pronto?—Nó!....
—¿I he de abrazarlo al volver?
—Sí, niña, lo abrazarás.
—Si hai un cielo, podrá ser.
Abrazarme aquí?.... jamas!!

XIII.

AL DESPERTAR.

Despierto oyendo angustiado
Que la voz de un ser amado
Me llama con ansiedad,
I en el sitio acostumbrado
Busco el lecho de *Piedad!*

Fué juego de la pasion!
Su lecho!.... ¡qué desvarío!
¡Torturadora ilusion!
Si no hai mas lecho que el mio
En esta oscura prision!

CARTA A UNA AMIGA.

Una suscritora de nuestro periódico ha tenido la amabilidad de enviarnos el siguiente artículo, cuya lectura recomendamos.

Santiago, diciembre 28 *de* 1871.

Eres bien majadera, amiga mia; por mas que no quiero entender lo que siempre me preguntas, no hai correo que no me traiga tus mismas interrogaciones sobre fmodas, usos i mas que todo sobre el sexo feo—aunque yo tengo para mí que no lo es tanto.

Pues bien, voi a decirte algo para que te calles, pero ante todo deja contarte algunas cosillas mias.

Sabes mui bien, Lucha, que tengo mis lindos diez i seis, i que por cada uno de ellos hai un estudiante que echa en profundo olvido su derecho o sus humanidades; por lo demas, agregan, bien vale la pena de arriegar una *bola negra* o una *R* a trueque de una mirada, asi, melancólica, semi-romántica, amorosa, ¿estamos?

Eso para que no vayas a creer que lo que diga es despecho.

Apesar de todo, querida, tengo mi opinion formada sobre los hombres i no cambiaré talvez hasta que no me case; porque solterona, no espero ser, Dios me libre!

¡Los hombres! mucho declaman sobre nosotras, pero nosotras sin gritar tanto reflexionamos mucho mas sobre ellos. Por aquí andan un Diego, un Antonio, un Cipriano i algunos otros mas aficionados a las polleras que todas las polleras juntas a los bigotes. A veces he pensado en ellos, i haciendo jenerales mis observaciones, he venido a caer en que todos los hombres son o Diego, o Antonio, o Cipriano.

Diego es un elegante de primer órden; viste con mas esmero i se ocupa de su *toilette* mas detenidamente que nuestra famosa compañera Teresa. Es un *coqueto* a

metralla de cañon: sabe mirar con languidez, con romanticismo, con espiritualidad, de todos los modos que sabemos nosotras, poniendo al servicio de su moneria un talento que pudiera envidiar una colejiala, si no fuera ridículo en una creatura que viste pantalones.

Pero tan grande como el cuidado que pono en darse facha, es la *négligé* que Dios tuvo al darle sesos.

Muchas horas lo he tenido a mi lado, i te juro que habria preferido estar leyendo el *Quijote* en ingles. No te dice una palabra que no sea chaquet, corbata, figurin o moda; i tú sospecharás, eso es tan abominable como seria para un hombre oirnos hablar de política, de leyes, de matemáticas o de jeolojía.

Es verdad que sus reales lo hacen un poco ménos insoportable; pero yo creo que los reales en un hombre tonto hacen el mismo efecto que la belleza en una mujer que no sabe dar una puntada o manejar una casa. Pero como Diego sabe mui bien que vive en el siglo XIX, tiene mas confianza en su bolsa que en su individuo;—mi plata es yo,—dice, i con su interesante bolsillo se hace un pasaporte a todas sus necedades: suena tan bien una estupidez cuando le hace duo una música metálica! Porque en la capital, querida Lucha, no hai voz mas simpática que una voz *arjentina*, ni compañero mejor que un bolsillo lleno; no sé si en tu provincia sucede lo mismo. I a propósito, puedes asegurar a tu primo Alberto que será bien recibido en ésta, si viene, porque no hai mejor billete de recomendacion que un billete de banco.

Sinembargo, yo tengo la impertinencia de pensar que hai mozos que tienen ménos i valen mas que nuestro opulento Diego. Tanto mas cuanto parece haberse decidido a no ser nada por si mismo, dejando al cuidado de su sastre el trabajo de hacerlo valer; i como él es una apolojía viviente de este señor, de su zapatero i de su peluquero, ya comprenderás que, agradecidos, éstos se esmeren en tener a Diego flamante como un figurin iluminado.

Si a la idea que con estos rasgos te habrás formado de él agregas un quintal de fatuidad, i cien mil quilógramos de petulancia i buena opinion propia, te acercarás a conocer lo que es o aspira a ser el tercio de los hombres en esta tierra.

Otra tercera parte es Antonio.

Reverso del anterior, Antonio se olvida de poner corbata a su cuello i botones a su levita, se olvida de las innumerables tinturas que dibujan su pantalon, se olvida del peine i de la escobilla, se olvida, en fin, de andar medianamente *persona*; con eso cree tener un aire de filósofo despreocupado i de hombre de peso que necesariamente debe ser cautivador.

Asi es que cuida con relijioso esmero de que esas manchas i esos cabellos que no conocen el agua, anden gritando siempre que el que los lleva es un *esprit-fort*; un hombre serio que desprecia las puerilidades del traje i las preocupaciones de la moda.—Mis manchas i mi filosófico desaliño son mi biografía, la mejor recomendacion de mi persona intelectual,—piensa nuestro amigo Antonio. Pero se olvida de que álguien pueda pensar que sea cierto lo del estilo es el hombre, i juzgar de Antonio por su estilo, es decir, por su apariencia.

¡Ai, amiga mia, i qué pesado es Antonio! Anoche estuvo tres horas probándome la superioridad de Descartes sobre Bacon, las sublimidades de los sistemas filosóficos alemanes, i el próximo reinado de la República de Platon.

Tú sabes que me tuve el premio de jeografía; pues mira, no conozco ni de nombre la tal República, i ya supondrás que es bien infame herir el amor propio de una mujer, precisamente en lo que funda su orgullo: desde entónces le tengo una distancia espantosa al filósofo Antonio. I no es eso lo peor, sino que el malvado salió contando que yo era la mujer que él buscaba, que conmigo se podia dejar a un lado las vulgaridades del tiempo, de la moda i de los paseos, i hablar de cosas sérias. ¡Oh! que irá a creer de mi la jente honrada!

Cuando venga otra vez a hablarme de su Descartes o de su Bacon, pienso decirle sin rodeos que no conozco a esos caballeros, que no me gusta murmurar de nadie, i que prefiero charlar del tiempo i del paseo mas bien que elucubrar filosofía alemana.

Si no te deseo compañeros como Diego i Antonio, tambien hago ardientes votos porque no tengas nunca que habértelas con un Cipriano.

Cipriano ha leido tomo por tomo, pájina por pájina, la coleccion de autores españoles de Rivadeneira. Despues de tan pasmosa aficion por las letras, Cipriano ha juz-

gado conveniente creerse tan bueno como el mejor de la coleccion. Desde entónces trabaja poesia lírica.

Dios mio! Siempre, a cualquiera hora, en cualquier lugar, tiene por casualidad en sus bolsillos algunos fragmentos en versos que acaba de hacer en esos mismos momentos, i que por una rara coincidencia vienen siempre al caso, trátese de lo que se tratare; sin mas que esto, se engolfa en su lectura sin consideracion a tus bostezos ni a tu mal humor.

Si no encuentra otro medio de introducirse, Cipriano saca su pañuelo i al sacarlo cae de su faltriquera un rollito de papel: se hace desentendido, por supuesto, hasta que tú le adviertes que se le ha caido algo.

—Ah! esclama él recojiendo su papel, son unas estrofas dactílicas que he hecho en este momento, i que he traido por descuido. Apropósito de teatros.... agrega desdoblando el rollito.

I te principia a leer, en éxtasis infinitos de admiracion, una oda a la colcha de su cama, o una elejia a la temprana muerte de unas perdices que comió en salsa la semana pasada, i a las que un fiero cazador arrebató la existencia.

Sinembargo, es preciso perdonarlo: es tan jóven aun, i ha sufrido tanto! mártir de cuantas mujeres ha amado, lleno de decepciones, de desengaños i de recuerdos cuando aun no ha brillado para él la vijésima-segunda primavera, ya no espera mas que el abrigo i la paz de la tumba, para oir desde ella el melancólico canto de las lechuzas que vayan a posarse sobre los cipreces de su sepulcro.

Cuando te habla de sus perdidas ilusiones, de sus esperanzas muertas, de sus sueños desvanecidos, te echarias indudablea llorar si no se te ocurriera la pérfida idea de creer que aquello puede no ser mui cierto.

Cipriano, en vez de hombre, se esfuerza en ser un jemido con sombrero i levita, un suspiro con pantalones, una lágrima de carne i huesos; en fin, una especie de aire vago, desengaño tristísimo, al que la fuerza del destino obligó a tomar la forma humana.

I luego, a fuerza de encarnizarse con sus ideas de poesia triste, ha conseguido imprimirse una facha de lamentacion verdaderamente lamentable: su cara es una elejia, su modo de andar una oracion fúnebre, su aspecto jeneral un epitafio, hechos a la gracia i al buen gusto. Creo que Cipriano llegaria al colmo de su felicidad si tuviera unas glándulas lacrimales bastante potentes para llorar dia i noche, i si en vez de hablar pudiera graznar melancólicamente como un buho o como un mochuelo.

No necesito decirte que no tiene maldita la gracia semejante agonia viviente, ni que al lado de Cipriano se podria poner a ciertos poetitas principiantes, autorzuelos de epigramas cortos, que se afanan en morder mas alto que sus dientes, i ellos mismos epigramas vivientes contra el injenio i el gusto: pobres diablos que no valen el papel que perderia en dártelos a conocer.

Ahora, amiga mia, como ya te he dicho, si dividieras a la parte masculina de esta capital en tres porciones, Diego, Antonio i Cipriano podrian capitanearlas valientemente i con buenos títulos.

Verdad que hai sus preciosas escepciones, así como hai algunos tontos vagos que no podrian ser caracterizados, pero esas escepciones no alcanzan talvez a compensar los malos ratos que aquéllos nos dan; i luego, cuando pudiéramos estar agradablemente con esas escepciones, no falta alguno de esos tontos que, mas atrevido o majadero, venga a importunarnos.

Pero pronto, huyendo del verano, iré á hacerte una visita, i creo que en tu provincia, adonde todavia no habrá llegado el último vapor con la moda de ser necio, podré pasar mejores ratos.

Entónces tambien te dirá muchas cosas que no puedo decirtè en una carta tu afectisima amiga

CARMELA.

LA EDUCACION DEL PUEBLO.

Chile, mas afortunado que la mayor parte de las repúblicas sud-americanas, ha seguido una marcha regular i progresiva. El réjimen del sable, solo subsistió miéntras sus servicios eran necesarios para mantener el órden público.

En la actualidad, nada nos indica su resurreccion i pues nadie desea la revuelta, i al contrario, todos se afanan por contribuir a un bien comun: el adelanto i sóli-

dos progresos de la patria. La paz, hé ahí el anhelo de los diferentes bandos en que se encuentra dividida la opinion de los chilenos.

Bajo tan favorables auspicios, no es de estrañar que la instruccion primaria haya hecho rápidos progresos, como que es uno de los principales elementos de civilizacion.

A mas del aumento de las escuelas costeadas con fondos fiscales, debe agregarse el crecido número de las fundadas i sostenidas con recursos particulares.

Los adelantos operados en un ramo de tan vital importancia, no consisten solamente en el hecho que acabamos de señalar, sino tambien en la redaccion de testos i planes de estudio, que consultan mucho mejor las necesidades de los educandos.

En estos últimos dias la Cámara de Diputados ha acordado dos medidas que impulsarán mas todavia el ramo de que nos venimos ocupando: el aumento de sueldo a los preceptores i la construccion de locales adecuados para escuelas.

Pero no siendo suficientes las rentas nacionales para dar a la instruccion primaria el desarrollo deseable, los particulares se han apresurado a llevar su continjente, contribuyendo de este modo a tan benéfica obra.

Persuadidos éstos de que trabajando aisladamente, los resultados no corresponderian a sus sacrificios, han organizado sociedades con dicho objeto; por cuya causa, su esfera de accion ha podido estenderse mucho mas.

Ignoramos que por falta de recursos haya fracasado alguna de estas empresas. Esta es la mejor prueba que puede aducirse para manifestar el entusiasmo del público, a fin de formar un pueblo instruido i laborioso.

Tarea inútil seria, pues, detenerse para encarecer su importancia, siendo asi que todos la reconocen; pero desgraciadamente, esa uniformidad de pareceres no existe cuando se trata de un punto que a nuestro juicio es capital: la manera como conviene darla.

El deseo de difundir la enseñanza producirá sin duda importantes frutos, si los encargados de suministrarla, comprendiendo la tremenda responsabilidad que pesa sobre ellos, se apartan de ciertas teorias hermosas a primera vista, pero de fatales resultados en su aplicacion.

Por desgracia es de temer que se realicen tan tristes presunciones; pues la influencia del mal arrastra consigo inmensos prosélitos, sobre todo en la época actual, notable por su tendencia al indiferentismo relijioso, no solo en los paises europeos, sino tambien entre nosotros.

Hai hechos que justifican estos temores, especialmente uno, hácia el cual deseamos llamar la atencion de los hombres de fé, porque basta por sí solo para alarmar a todos los que no son indiferentes a la suerte feliz o adversa de nuestra patria. Puede ser que estas apreciaciones sean exajeradas, pero los antecedentes de los cuales las deducimos, son mui exactos. En vista de ellas, el público juzgará si tenemos o no razon.

Miéntras los propagandistas del error establecen dia a dia nuevas escuelas, ya de adultos, ya de párvulos, en las cuales trabajan con asombrosa actividad, a fin de inculcar sus fatales doctrinas a los que tienen la desgracia de concurrir a ellas, los católicos manifiestan la mas completa indiferencia. Parece que tuvieran vergüenza de proclamar sus creencias, siendo asi que nada honra mas al hombre que la sinceridad i franqueza para manifestar sus convicciones.

Nada hacen para atraerse a los que no participan de nuestra fé; pero ni siquiera impiden que los niños de padres católicos sean imbuidos en sus falsas doctrinas.

Si el mal sigue adelante, en poco tiempo mas, los que asi proceden, cosecharán frutos bien amargos por su incalificable imprevision.

Preciso es no olvidar que ésta, a mas de ser una cuestion de preponderancia, a la cual pueden sin duda aspirar con justos títulos, debe agregarse el deber estricto de trabajar por el bien de nuestros semejantes, especialmente ahora que se encuentran amenazados en lo que mas puede interesarles.

En verdad, esto seria increible, si no existieran datos que lo confirman de un modo que no deja lugar a la mas lijera duda.

Hai en nuestra capital cinco o mas sociedades de educacion, i solo una, la de Santo Tomas de Aquino, se encuentra dirijida por sinceros creyentes. I doloroso es

decirlo, ésa es la que cuenta con ménos recursos, apesar de que solo ella puede dar garantías a los padres de familia que desean para sus hijos una educacion que guarde armonía con sus principios relijiosos.

En las otras no dudamos que se encuentren algunas personas de sanos propósitos, pero es innegable que no forman sino una insignificante minoría.

De bien poco sirven los buenos deseos, cuando hai imposibilidad de ponerlos en práctica: esto es precisamente lo que sucede en esas sociedades a los bien intencionados, que tan léjos de hacer sentir su influjo en las escuelas, contribuyen por el contrario a un verdadero mal; pues las fomentan no solo con su dinero, sino lo que aun es mucho peor, con su prestijio.

Se dirá quizas que nuestros temores son infundados pues en todas ellas se enseña el catecismo de relijion. De modo que en vez de perjudicarse a los alumnos, se les hace un bien mui importante, cual es el de facilitarles el aprendizaje no solo en los primeros rudimentos de la ciencia, sino tambien de sus deberes relijiosos i sociales.

Esto, que para muchos puede ser suficiente garantía, está léjos sinembargo de satisfacernos; pues existe el peligro de que no siempre sean guiados por el deseo de dar a conocer las preciosas verdades contenidas en ese libro, sino mas bien por consideraciones de otro jénero, porque no se concibe que tengan interes por enseñar i hacer amable lo mismo que no aceptan como verdadero i útil.

Lo natural es que esa clase, por lo ménos sea mal desempeñada, a pesar de que para todo católico la enseñanza relijiosa debe ser el fundamento de la educacion.

Como no hai causa, por mala que sea, que no encuentre ardorosos defensores, no ha faltado quienes, deseando disculpar la abstencion de los católicos, aseguran que esto mismo sucede en todas partes; pero no es así felizmente. Aun cuando esta aseveracion fuera efectiva nada probaria, pues no por eso deja de ser culpable su conducta. Cuando mas seria un consuelo de necios.

Los católicos de Béljica nos dan sobre el particular ejemplos admirables de constancia i enerjía para defender i propagar sus creencias. Comprendiendo sus deberes, han disputado el puesto que les corresponde, en todas partes i por todos los medios lejítimos. El resultado de esa lucha ha sido como debia esperarse: hacerse mas poderosos que sus enemigos, los que hasta hace poco tiempo contaban con fuerzas mui superiores.

Si queremos ahorrar a nuestra patria dias de luto, es necesario que imitemos a ese pueblo que dia a dia nos da pruebas de sensatez i laboriosidad.

La primera educacion ejerce en el hombre una influencia poderosa: ella es jeneralmente la que decide de sus futuros destinos, como lo manifiesta la esperiencia de todos los tiempos i se palpa diariamente, Este resultado es natural; pues el niño no habiendo tomado un rumbo fijo, no teniendo una base a la cual sujetar sus acciones, se dejará guiar por las ideas i consejos de sus maestros, en quienes no puede ménos de reconocer superioridad.

El hecho solo de que la impiedad trabaje con tanto empeño por llevar a la escuela la enseñanza de sus negaciones, es una prueba de su importancia; pues el error tiene un tino esquisito para buscar los medios de introducirse.

Si este órden de cosas continúa por algun tiempo, es evidente que mas tarde tendremos un pueblo incrédulo i desmoralizado, incapaz de contribuir al progreso de nuestro país.

La Francia i la España están en estos momentos sufriendo las consecuencias de esa cruzada contra el catolicismo. Las repugnantes escenas de la Comuna, se repetirán donde quiera que se consiga corromper a la muchedumbre; porque el pueblo sin Dios, se entrega al libertinaje i a todos los excesos, desde que desaparece para él la única autoridad que puede contenerlo.

Estos peligros son mucho mayores aun, en los países rejidos por instituciones democráticas como el nuestro, porque en ellos tiene una intervencion directa en los negocios públicos.

Dejar, pues, que se quite al pueblo su fé, es no solamente olvidar por completo uno de los mas sagrados deberes, sino tambien una imprevision de tristísimas consecuencias; puesto que de este modo no conseguiremos jamas el reinado de la verdadera libertad.

Las instituciones republicanas, por lo mismo que son las mas perfectas i que con-

sultan mejor las lejítimas aspiraciones del hombre, exijen tambien mayor virtud a los gobernados. Este hecho que no admite discusion, parece que no se tomára en cuenta cuando tanto se trabaja por corromper al pueblo, haciéndole olvidar lo único que puede hacerlo feliz: el cumplimiento de sus deberes para con Dios i la sociedad.

Por esta razon, es urjente que los hombres de buena voluntad, comprendiendo la responsabilidad que pesa sobre ellos, ocupen el puesto que les corresponde, a fin de que puedan cimentarse en sólidas bases las instituciones que nos rijen.

Diciembre de 1871.

SANTIAGO VIAL GUZMAN.

REVISTA BIBLIOGRAFICA.

DICIEMBRE.

I.

Durante el mes de diciembre la Biblioteca Nacional ha recibido las siguientes publicaciones, hechas por las prensas nacionales:

«Algunas observaciones sobre la fabricacion, calidad i manejo del gas.»—1 vol. en 8.° de 29 pájs.--Santiago.--Imprenta de *La República*.

«Informe de la comision de la Cámara de Diputados para investigar las escuelas normales de Santiago.»--1 vol. en 8.° de 13 pájs.--Santiago.--Imprenta *Nacional*.

«Guardia especial de la Penitenciaria de Santiago.»--1 vol. en 4.° de 32 pájs. --Santiago.--Imprenta *Nacional*.

«Estatutos, Reglamento, Tarifas i Lista de socios del Club de Setiembre.--1 vol. en 4.° de 36 pájs.--Santiago.--Imprenta de *El Ferrocarril*.

«Décima sesta memoria que el directorio de la Union Chilena presenta a la junta jeneral de accionistas,» en 15 de diciembre de 1871.--1 vol. en 4.° de 14 pájs.--Santiago.--Imprenta de *El Ferrocarril*.

«Oraciones de la mañana i de la noche que debe rezar todo cristiano.»--1 vol. en 4.° de 17 pájs.--Santiago.--Imprenta de *El Independiente*.

«La República de Bolivia,» por Josè Domingo Cortés.--1 vol. en 4.° de 208 pájs..--Santiago.--Imprenta de *El Independiente*.

«Reglamento de la 3.ª compañía de bomberos de Valparaiso.»--1 vol. en 4.° de 26 pájs.--Valparaiso.--Imprenta de *La Patria*.

«Pequeña jeografía de la primera edad,» por Enrique Ballacey.--1 vol. en 8.° de 67 pájs.--Santiago.--Imprenta *Nacional*.

«Varios escritos del doctor don Manuel Antonio Saez (de Mendoza),» publicados por Cárlos Briseño.--1 vol. en 4.° de 120 pájs.--Valparaiso.--Imprenta de *El Mercurio*.

«Tarifa de avalúos que deberá rejir en las aduanas de la república de Chile desde el 1.° de enero del año de 1872.»--1 vol. en fol. de 85 pájs.--Valparaiso.--Imprenta de *La Patria*.

«Compendio de historia de Chile para uso de las escuelas de la Sociedad de Instruccion primaria.»--1 vol. en 4.° de 26 pájs.--Santiago.--Imprenta de *La Libertad*.

«Ordo Divini officii recitandi Sacrique peragendi anno Domini MDCCCLXXII a Fratribus ac Monialibus Ord. Eremit. S. Augustini.»--1 vol. en 4.° de 34 pájs.--Santiago.--Imprenta de *El Correo*.

«Devocionario del Santísimo Sacramento.»--1 vol. en 8.° de 8 pájs.--Santiago.--Imprenta de *El Correo*.

«Las ajitaciones oceánicas causadas en las costas del Pacífico por el terremoto del 13 de agosto de 1868.»—Apéndice a los datos publicados sobre las mismas por don Ignacio Domeyko, por don Francisco Fonck.—1 vol. en 4.° de 25 pájs.—Santiago.—Imprenta *Nacional*.

«Kalendarium Romano.---Seraphicum dispositum in commodum Minorum Fratrum provinciæ Sanctissimæ Trinitatis, Colleg. Mission. Recollect. Monial. Cla-

riss. et omnium Tertiar P. N. Francisci. Reipublicæ Chilensis;» pro anno Domini 1872.—1 vol. en 8.° de 82 pájs. —Santiago.—Imprenta *Nacional*.

«Breve oficio de la Concepcion Inmaculada de María Santísima.—1 vol. en 8.° de 16 pájs.—Santiago.—Imprenta de *El Correo*.

«Estatutos de la Compañía carbonífera de Playa Negra.»—1 vol. en 4.° de 15 pájs.—Valparaiso.—Imprenta de *La Patria*.

«El famoso juez Menare i el ex-procurador Romo.»—1 vol. en 8.° de 28 pájs.—San Felipe.—Imprenta de *El Pueblo*.

«Crónica de la Serena desde su fundacion hasta nuestros dias,» por Manuel Concha.—Entregas 8.ª a 11.—1 vol. en 4.° de la páj. 169 a la 261.—Serena. —Imprenta de *La Reforma*.

«Las miserias de Lóndres,» novela por Ponson du Terrail.—Entrega 12. —1 vol. en 4.° que comprende desde la páj. 529 hasta la 539 del tomo 1.° i de la 1 a la 36 del tomo 2.°—Valparaiso. —Imprenta de *La Patria*.

«Un cuadro social i sus consecuencias,» por Pedro Uvial Z.—1 vol. en 4.° de 45 pájs.—Santiago.—Imprenta de *La librería de El Mercurio*.

«Proyecto de lei reglamentando la trasmision de la propiedad en el territorio indíjena i su colonizacion.»—1 vol. en 8.° de 30 pájs.—Santiago.—Imprenta *Nacional*.

«Estatutos de la Sociedad comanditaria denominada *Vital N. Martinez i C.ª*.»—1 vol. en 4.° de 10 pájs.—Santiago.—Imprenta de *El Independiente*.

«Ordo Divini Officii recitandi Sacrique peragendi a clero Archidiœcesis Sancti Jacobi de Chile, a presbytero Josepho Ludovico Lira in Alma Ecclesia Metropolitana Ceremoniarum Magistro, efformatus pro anno Domini bissestili MDCCCLXXII.»—1 vol. en 4.° de 69 pájs.—Santiago.—Imprenta de *El Correo*.

«Catálogo de las especies chilenas de la familia de las Buprestideas.»—La Psychi Chilensis, por Edwyn C. Reed. —1 vol. en 4.° de 30 pájs.—Santiago. —Imprenta *Nacional*.

«Estudio de las aguas minerales de Chile,» por Ignacio Domeyko.—1 vol. en 4.° de 62 pájs.—Santiago.—Imprenta *Nacional*.

«Informe sobre el proyecto para un muelle en Valparaiso.»—1 vol. en 4.° de 3 pájs.—Santiago.—Imprenta *Nacional*.

«Discursos sobre la educacion popular tomados de la obra *Ambas Américas* del señor don Domingo F. Sarmiento.»—Edicion hecha por encargo del Excmo. Gobierno de Mendoza.—1 vol. en 4.° de 63 pájs.—Santiago.—Imprenta de *La Libertad*.

«Discursos de los señores don José Bernardo Lira i prebendado don Benigno Cruz, sobre las asociaciones católicas i el deber de los católicos en política,» leidos en la Sociedad de Amigos del Pais i en la Universidad de Chile.—1 vol. en 4.° de 52 pájs.—Copiapó.—Imprenta de *El Copiapino*.

«Los Talaveras,» novela histórica por Mefistófeles.—Entregas 13 a 22.— 1 vol. en 4.° de la páj. 289 a la 528.— Santiago.—Imprenta *Militar*.

«La Historia antigua desde los tiempos primitivos hasta la reduccion de la Grecia a provincia romana,» por Lamé Fleury.—1 vol. en 8.° de 222 pájs.— Santiago.—Imprenta de *La librería de El Mercurio*.

«Manual de jeografía» escrito por Santos Tornero.—Sétima edicion.—1 vol. en 8.° de 216 pájs.—Santiago.— Imprenta de *La librería de El Mercurio*.

«Sociedad de Instruccion primaria.» —Informe leido por el secretario Daniel Lastarria en la reunion jeneral de 28 de diciembre de 1871.—1 vol. en 4.° de 8 pájs.—Valparaiso.—Imprenta de *El Mercurio*.

«Método para beneficiar metales i ejes de cobre o de cobre i planta.»— Privilejio esclusivo.—Instrucciones prácticas.—Sistema Hunt i Douglas.—J.

Stewart Jackson, ajente.---1 vol. en 4.° de 12 pájs.---Valparaiso.---Imprenta de *El Mercurio*.

II.

La Ilustracion, periódico literario e ilustrado que salia a luz en Valparaiso, ha anunciado últimamente que cesa de publicarse.

EL CASTILLO MISTERIOSO.

A las diez de la noche del mes de diciembre del año 1725, dos jóvenes, al parecer de noble familia, caballeros en fogosos corceles, se dirijian a buen paso a un castillo, cuyos solitarios torreones se alzaban cual fantasmas imponentes, por entre las densas tinieblas de la noche.

Al mismo tiempo cruzaba el camino por donde pasaban los dos jóvenes un aldeano, en busca talvez de alguna oveja descarriada. Al ver los dos viajeros i al ver la direccion que llevaban, se detuvo el aldeano, i con lúgubre voz les dijo:

—¿Adónde vais a buscar albergue?—¿A ese solitario castillo?—No hagais tal; esa es la morada de jenios maléficos; más de cien años hace que no ha puesto en él la planta ningun ser humano.

—¡Qué me importa! replicó uno de los dos jóvenes llamado Alfredo de Coucy, esos cuentos de fantasmas eran bueno en otro tiempo para espantar mujeres i niños; ahora nada significan.

I Alfredo de Coucy siguió su camino, pero esta vez solo, porque su compañero no quiso seguirle. Por fin, ya estaba frente al castillo, miró sus murallas ennegridas por el tiempo i el abandono, miró á su alrededor, todo era silencio, todo horror; pero Alfredo de Coucy no conoce el miedo.

La ferrada puerta se abre a la lijera impulsion que le da la mano del jóven. Entra en una larga galería i a la fatídica luz de la luna que penetra por entre los cristales, vé con algun horror que la galería está llena de esqueletos humanos, i que polvo humano es el que apaga el ruido de sus pasos sobre las baldosas. Pero Alfredo de Coucy que nunca ha conocido el miedo, dice en voz alta:—*Ea, valor i adelante*.

Sube una escalera que parece querer desplomarse bajo sus piés, abre una puerta i sigue siempre adelante. Sorprendido pero no asustado, grita:

—¿Nadie habita este castillo?

—¡Este castilloooooooo! repitió el eco, i todo volvió de nuevo al silencio.

Sigue marchando. Encuentra otra puerta, entra en una pieza que tenia por únicos muebles una cama i una mesa. Sobre la mesa pone sus pistolas i se preparaba para recostarse vestido sobre la cama, cuando oye sonar lentamente las doce de la noche en el reloj de la iglesia. La luna se cubrió con un denso velo, i solo reinó en la pieza la mas grande oscuridad.

Oyese un ruido de cadenas, i luego una voz sorda que dice:

—¿Quién eres, temerario? ¿Quién te ha impulsado a venir a mi morada a perturbar mi reposo? responde.

Al mismo tiempo una mano fria toma la de Alfredo; el jóven se apodera de sus pistolas, i dice:

—Hombre o fantasma, retírate, o hago fuego.

I el fantasma se sonrió.

—Sal de aquí, o hago fuego.

—Tira, si quieres, repuso el espíritu.

I Alfredo descargó sus dos pistolas sucesivamente sobre la fantasma.

—Esfuerzos impotentes, dice el espíritu, las armas de los hombres no tienen poder sobre nosotros.

Alfredo espantado, permanece inmóvil; tiembla al ver que la fantasma se acerca a él. Por último saca su espada i le quiere herir, pero la espada salta hecha pedazos.

Una voz grita entónces:

—¡Has temblado, por primera vez en la vida, Alfredo de Coucy!

Todo volvió a quedar en silencio. La nube que cubria la luna, pasó i solo se vió ya en la pieza el cadáver de Alfredo de Coucy que yacia en el suelo.

Al dia siguiente se decia en los alrededores que un caballero jóven habia entrado en el castillo pero que no habia salido. Esto contribuyó a aumentar el horror que tenian todos al misterioso castillo.

II.

Diez años despues, un dia del año 1735, habia varias personas reunidas delante del

castillo. Habian visto entrar un monje i esperaban para ver si saldria. Apénas salió, todos corrieron a su encuentro para preguntarle, quién habitaba el castillo.

—Nadie, respondió.

—Hace algunos años entró un jóven i no ha vuelto a salir, le dijeron.

—Sí, yo fui su asesino, repuso el monje.

—Vos, ¿cómo?

—Sí, yo fui la causa de su muerte. En el año de 1725 referia a mi amigo lo que se decia sobre este castillo; él se burlaba, pero yo le desafié a que pasara una noche en él sin temblar. Apostamos trescientos escudos.

Un mes despues nos pusimos en marcha hácia el misterioso Castillo. Tuve cuidado de quitar las balas a las pistolas de mi amigo, i de poner en vez de la hoja de acero de su espada, una de cristal.

Me cubrí con un lienzo blanco i a media noche entré en su pieza. Me hizo fuego, pero le devolví las balas, quiso atravesarme con su espada, pero la hoja saltó hecha pedazos, entónces, ¡ai! cayó desmayado; me precipité sobre él, pero ese desmayo era la muerte.

Desde aquel dia está siempre presente mi crímen delante de mi imajinacion, i encuentro que la vida es para mí una carga pesada. Me hice monje, i solo abandono mi soledad una vez al año, en el dia aniversario del crímen que cometí.

El monje prorrumpió en llanto i se alejó.

Desde aquel momento ya nadie temió el entrar en el castillo; fué restaurado al poco tiempo i habitó en él un noble con su familia.

E. T.

EL CHOCOLATE.

FRAGMENTO DE UN POEMA ÉPICO.

Cantó con ronca voz el ciego Homero
Del aturdido Aquiles la venganza;
I siendo un viejo chocho i majadero,
Júzgalo el pueblo digno de alabanza:
Un asunto mas noble yo prefiero
Donde no habrá ni guerra, ni matanza,
Ni una sola tormenta, ni un combate:
¡Quiero cantar el dulce chocolate!

En los jardines del Eden habria
De chocolate bienhechora fuente,
Que, salpicando espuma, correria
De queso en hondo cauce blandamente;
I despidiendo aroma, arrastraria
Impetuosa la rápida corriente,
Entre arenas de blando biscochuelo,
Los descuajados troncos del canelo.

El blando ruido de amoroso viento
Que sopla de un jardin entre las flores;
Del trovador el armonioso acento;
El dulce lamentar de los pastores;
De la paloma el fúnebre lamento;
El cantar de los pardos ruiseñores,
No al son igualan plácido i sencillo
Del raudo i rumoroso molinillo.

Por vida....Me olvidaba de una cosa
De las mas importantes i esenciales:
Falta la invocacion. ¡Celeste diosa
Que habitas los estensos cacaotales!
Haz que mi voz resuene poderosa
I arrebate a los miseros mortales,
No al clangor de la homérica trompeta
Sino al robusto son de hirvienta olleta!

Cuando en la noche el huracan rabioso
Brama, i rimbomba con fragor el trueno;
Brilla el rayo i el hombre temeroso
Tiembla en su lecho, de pavura lleno;
Si por calmar su miedo congojoso,
Sorbe caliente chocolate i bueno,
Tocando el sueño su abatida frente,
Tranquilo ronca i duerme grandemente.

Cuando es fuerza pasar la noche en vela
Al lado del amigo moribundo;
Cuando la llama de chispeante vela
Interrumpe el silencio asaz profundo;
Nuestro amargo dolor nada consuela
Sobre la faz del anchuroso mundo,
Como escuchar el ruido con que bate
La cocinera el dulce chocolate.

¿Quién aunque tenga larga parentela,
Podrá contar tan nobles apellidos?
De azúcar, *de* vainilla, *de* canela,
Con otros mil no ménos conocidos,
Tales como *de* harina i *de* panela
Por el *de* que precede distinguidos;
Mas no es el *de* que usurpan los villanos
Por parecer ilustres ciudadanos.

Cuando a la voz de Juno prepotente,
Abandonando las étereas salas
Del Tequendama en la terrible frente,
Iris estiende sus brillantes alas;

Cuando el Pavon sagrado de repente
Despliega activo sus preciosas galas;
No ostentan tan magníficos colores
Como en su espuma el rei de los licores.

A esos cobardes que con férreas manos
Quieren esclavizar el mundo todo,
El mundo vil los llama soberanos,
Miéntras que vuelven de la tierra al lodo;
Mas solo aquél que los preciosos granos
Enseñe a preparar de mejor modo,
Merecerá que el pueblo independiente
Le doble humilde la orgullosa frente.
.....

Estas que escribo, intrépidas i bravas,
Nó, ilusos, las llameis octavas reales,
Sencillamente las llamad octavas,
O, si os parece, octavas nacionales;
Que no ya de las reglas son esclavas,
Sino que son libérrimas, iguales;
Ni son el monopolio del talento,
Pues ya rebuzna octavas un jumento.

RICARDO CARRASQUILLA.

VARIEDADES.

PREGUNTAS I RESPUESTAS DE FÉ.

—¿Qué cosa no se puede hacer mas que una vez?

Matarse.

—¿Qué cosa peor que matarse se puede hacer muchas veces?

Casarse.

—¿Qué hacen los tontos toda la vida?

Tonteras.

—¿En qué se parecen los mudos a los charlatanes?

En que siempre quieren hablar.

***

INSCRIPCION FUNERARIA.

Un español, llamado Juan Becerro, ejercia en uno de los colejios de España el destino de maestro de latinidad, i era mui estimado de todos sus discípulos. Falleció desgraciadamente en la flor de sus años, i uno de sus alumnos tuvo la ocurrencia de honrar la memoria del difunto con un epitafio mui sentimental, concebido en el dístico siguiente:

Jupiter omnipotens! Vituli miserere Joannis
Quem more præcipitans non tulit esse boven

Que podria imitarse así:

Piedad ¡oh Jove! sucumbió *Becerro*,
Digno es de llanto i de recuerdos él;
Una muerte precoz e inevitable
No ha permitido que llegase a buei.

***

ESTREMA CORTESÍA.

Un quidam mui respetuoso, administrador de un vasto dominio, escribia a su propietario, personaje con títulos i blasones, una carta que terminaba con este *pots-scriptum*:

—Señor conde, espero que Ud. tendrá a bien el perdonarme por haberle escrito ésta en mangas de camisa; solo el excesivo calor ha podido hacerme cometer esta falta de respeto.

***

A BURLARSE DE OTROS.

Cierto caballero cortesano dijo un dia a Quevedo:

—Amigo mio, diga Ud. algo en verso que nos haga reir.

—Deme Ud. *pié*, repuso el poeta.

—Ahí le tiene Ud.: i el cortesano le dió el suyo, levantándolo por detras.

Quevedo lo tomó inmediatamente i con la espontaneidad que le distinguia, dijo:

—Buen *pié*, mejor coyuntura:
Parece, noble señor,
Que yo soi el herrador
I vos la cabalgadura.

Contenido de este número.

I.—*La República de Bolivia*, bibliografía, por Zorobabel Rodriguez, páj. 193.
II.—Últimas poesías de Juan Clemente Zenea, patriota cubano, páj. 194.
III.—Carta a una amiga, por Carmela, páj. 199.
IV.—La educacion del pueblo, por Santiago Vial Guzman, páj. 201.
V.—Revista bibliográfica, páj. 204.
VI.—El castillo misterioso, por E. T., páj. 206.
VII.—El chocolate, poesía, por Ricardo Carrasquilla, páj. 207.
VIII.—Variedades, páj. 208.

IMPRENTA DE «EL INDEPENDIENTE.»
Calle de la Compañía núm. 102.

LA ESTRELLA DE CHILE.

AÑO V. Santiago, enero 7 de 1872. Núm. 223.

UN VICIO.

I.

¡Qué aspecto tan melancólico el de aquella choza que está situada en la pendiente del cerro de Algüé....No sé si será la impresion que infunde la noche, que avanza ya presurosa, la que me presenta esa morada con un tinte sombrío i casi desconsolador!

¡Es tan misteriosa en el campo esa hora en que empiezan a acallarse todos los rumores, i en que suceden al ruido del hierro que parte la tierra i a las voces del vaquero que conduce su ganado, los murmullos del viento i de las hojas i los suspiros de la naturaleza!

I allí sentados en el umbral de la pobre choza un anciano i una niña contemplan, al parecer, el sublime silencio de la noche! Acerquémonos, acerquémonos mas, i sorprendamos los pensamientos de aquellas dos creaturas, una de las cuales desciende ya en el camino de la vida, al par que la otra se levanta, como flor de primavera, llena de vigor i lozanía. Son mui tiernas esas escenas entre el alma que se va, despues de cumplir su mision en el mundo i el alma que viene, con un porvenir incierto, oculto quizas por oscuras i tristes nieblas.

Mui noble es el rostro del anciano. Su frente alta, su tez morena, sus ojos bondadosos están, sinembargo, profundamente marcados con el sello del sufrimiento. La niña, de catorce a quince años, es bella como una esperanza i su fisonomía infantil participa de esa alegría propia de su edad i del aire de dolor que refleja la del anciano.

Ambos en silencio tienden su vista cerro abajo, hácia el campo, que oculta ya la oscuridad de la noche, como buscando algo que desean i no pueden encontrar.

—¡Qué fria está la noche, padre mio! dijo la niña.

—¿Cuándo salió Juan, María, preguntó el anciano?

—Cuando el sol se escondia ya detras de aquellos cerros.

—Son las ocho i aun no vuelve!

De nuevo reinó el silencio en la puerta de la cabaña, i solo de vez en cuando se percibia algun hondo suspiro o algun sollozo mal comprimido.

Por fin, María con dulce voz dijo a su padre:

—Entremos, padre, que hace mucho frio i te hará mal; i lo arrastró suavemente al interior de su pequeña vivienda i sentándolo allí con cariño, se puso de rodillas junto a él, tomando entre sus pequeñas manos la mano rugosa del anciano. Este con la cabeza doblada sobre el pecho parecia devorado por una inmensa pena; i en las mejillas de su hija, que lo contemplaba con triste espresion, brillaban algunas lágrimas tiernas i silenciosas.

—Acuéstate, padre, que ya es mui tarde.

—Duerme tú, mi pobre María, que yo no tengo sueño.

—¿Quieres entónces que haga fuego?

—Nó, hija mia, yo no tengo frio sino en el corazon.

—No estés tan triste: Juan va a venir pronto.

—Sí, vendrá, hija mia, vendrá; pero como siempre, despues de haber deshonrado mis canas en una taberna; despues de haber perdido en una hora de juego lo que tú has ganado en un mes de trabajo. ¡Pobre hija mia, tan tierna i ya tienes que sustentar la vida de un pobre viejo, que no puede ganarse el pan i la de un hermano cruel, que en vez de socorrerte i ayudarte, ni siquiera se acuerda que a costa de tu trabajo satisface sus vicios i maldades! ¡No lloro por mí, hija mia, porque yo, pronto, mui pronto, voi a dejarte; lloro por tí que te verás desamparada i sin ningun amor cuando yo muera.

—No hables de morirte; no me hables de esas cosas que me entristeces mucho i

me haces llorar. Mira; entre ayer i hoi he concluido unos trabajitos, que me han quedado mui bien: mañana iré a venderlos i con lo que me den por ellos tendremos para algunos dias. Juan se correjirá, ya no tomará vino, ni irá a las tabernas, ni jugará mas.

—¿I quién ha de correjirlo, hija mia? Yo ya soi mui viejo; no sirvo para nada. En valde le pido que no acabe con mi vida, no oye mis consejos, ni mis ruegos. ¡Solo me quedas tú, María, tú sola, i no quiero perderte; i el anciano abrazaba con emocion a su hija.

De improviso un golpe violento hizo abrir de par en par la débil puerta i el cuerpo bamboleante i pesado de un hombre cayó en el suelo exhalando un ronco jemido, i al mismo tiempo percibióse un rumor, como de pasos acelerados que se alejaban de la cabaña.

—¡Juan! ¡Juan! esclamó el anciano con suprema voz, tú me matas; i escondió el rostro entre sus temblorosas manos.

María rompió en amargo llanto i Juan se revolcaba en el suelo diciendo:

—Yo no tengo nada....todo lo he perdido....Andres fué....sí, sí....él vino conmigo, ahí está....

Pero corramos un velo ante esta triste i desgarradora escena: que el llanto no puede espresarse, ni se puede describir el dolor.

El anciano no pudo soportar ya el peso de sus años i de sus aflicciones: desde aquel dia se hizo mortal la tristeza de su corazon, i sintió que su alma queria ya ir a descansar libre de tantos i tan grandes sufrimientos. Su vida se deslizaba como la última gota de agua de una fuente i se balanceaba sobre el sepulcro como la última hoja seca del árbol que agosta el invierno.

II.

Una tarde un pobre i anciano sacerdote procuraba cariñoso i compasivo mitigar el dolor de la desolada niña que lloraba sin consuelo la muerte de su padre.

Este, pocos momentos ántes, cuando sintió que su vida se estinguia, la llamó i le dijo:

—Llama a Juan, hija mia.

—No está, padre; ya se ha ido.

¡Suspiró dolorosamente el anciano!

—Dile a Juan que lo perdono; dile que te ame como yo te he amado ¡esto es lo único que me aflije! pero yo me voi al cielo i de allí velaré por ti, hija mia! Sé buena como hasta ahora....Adios, adios....! Yo te bendigo; i su alma purificada voló al seno de su Creador!

¡Ai! del que hace derramar una lágrima de angustia a sus padres si no borra esa lágrima con muchos años de lágrimas, de pesar i arrepentimiento. ¡Ai! infeliz del que ocasiona la muerte de un padre!

III.

Algunos meses han pasado ya desde que el padre de Juan i María dejó el mundo. ¿Qué ha sido de María? ¿Para qué referir tantas tristezas i dolores? ¿Para qué decir la afliccion de aquel ánjel solo en el mundo, sin mas compañía que su llanto, sin otro amparo, sin otra esperanza que la del cielo? ¡Pobre María! Desaparecieron ya los suaves colores de sus mejillas; sus grandes ojos son bellos aun, pero con esa belleza que dan el dolor i la melancolía. Siempre es triste ver padecer; pero triste, mui triste es ver sufrir a una niña, cuyas lágrimas solo debieran ser de amor i felicidad.

Sentada en la misma miserable cabaña donde murió su padre, trabajaba largas horas del dia i de la noche, porque temia las iras de su hermano, i con cada obra que salia de sus manos se iba un año de su vida, pues su naturaleza era mui débil para soportar las tareas de un trabajo asíduo i fatigoso.

Alguna vez a la caida de la tarde corria presurosa a postrarse sobre una pequeña elevacion de tierra, cubierta ya de césped i terminada por una cruz, i en aquel lugar, que contenia los restos de sus padres, rogaba por sus almas i pedia a la Virjen del cielo que las llevase donde ella moraba; i de allí volvia despues a su casa para esperar horas tras horas a su cruel hermano.

Este, entre tanto, acosado de un continuo remordimiento, pasaba la mayor parte del dia léjos de aquellos sitios que le recordaban sus maldades: en aquellos árboles, en aquellas yerbas, en el canto de las aves, en el jemido del viento i sobre todo en el aspecto de aquella hermana, su víctima, abrevada de tantos sufrimientos, le parecia oir un grito acusador que clamaba: *parricida*; i se alejaba entónces para aho-

gar ese grito que le estremecia, en continuos desórdenes i borracheras.

Solo mui tarde de la noche volvia, perdida la razon i manchada de nuevo su alma, para salir a la mañana siguiente a reunirse con sus viles i miserables compañeros de vida.

Rara vez estaba de dia junto a su hermana i entónces, empedernido su corazon, solo la dirijia palabras duras i malvadas que sembraban la muerte en el alma de la pobre María.

IV.

Era una cruda tarde de invierno: las nubes negras i pesadas que velaban el cielo parecian augurar una noche terrible de hielo i nieve.

María, temblando de frio, procuraba abrigarse con sus pobres harapos, i Juan, tendido brutalmente en un miserable catre, parecia sumido en una especie de estupor.

Al poco tiempo un hombre de innoble i repugnante aspecto se apareció en la puerta de la cabaña. Su barba desaliñada, sus ojos colorados i de mirada torva, sus labios gruesos i ladeados, todas sus facciones anunciaban al hombre vicioso i degradado por las pasiones.

—¡Oh! Andres! dijo Juan.

—¿Cómo estás, Juan? replicó aquél. ¿No vienes hoi? En todo el dia se te ha avistado por allá?

—Es que estoi algo malo i ademas creo que va a llover mucho.

—¿Qué importa? replicó Andres: si llueve nos mojaremos.

—Vamos, pues, dijo Juan.

María, que habia escuchado ansiosa aquel corto diálogo, se atrevió a decir llena de angustia:

—No te vayas, Juan.

Este por única respuesta le dijo:

—Dame todo lo que tengas.

—Juan, nos vamos a quedar sin nada, contestó María con voz suplicante.

—¡Dámelo! gritó Juan impaciente, haciendo ademan de herir con su brutal mano el puro rostro de la niña.

Esta sacó de su bolsillo hasta el último centavo i se lo entregó a su hermano llorando.

—¡Vamos! dijo Juan.

—¡Vamos! replicó Andres, i salieron de la cabaña.

Andres, el amigo de Juan i su mas indigno compañero de vicios, era el que lo habia arrastrado a su perdicion i deshonor. Era uno de esos seres que parecen estar destinados en el mundo para hacer desgraciados i perdidos. Razon tenia María para llorar, razon tenia para temer la compañia de aquel hombre.

Cuando hubieron salido de la cabaña dijo Andres:

—¿Sabes, Juan, que tienes una hermana mui bonita?

—I a ti que te importa, repuso Juan mirándolo con cólera.

—¿Cómo sabes que no me importa? dijo aquél con una sonrisa de demonio.

—Deja, replicó Juan, a mi hermana en su casa, que ni se acuerda de ti, ni te necesita para nada; i ámbos siguieron su camino silenciosos i entregados a sus viles pensamientos.

Despues de andar una hora larga, evitando peñascos i hondas quebradas, llegaron a un rancho de figura sucia i repelente, por entre cuyos cristales, mas sucios aun, asomaban algunos rayos de una luz débil i titilante. Entraron: rodeando una miserable mesa, muchos hombres bebian i jugaban interrumpiendo su conversacion con juramentos i maldiciones.

Un grito en coro saludó la llegada de los recien venidos.

—Aquí traigo este pájaro que no queria volver hoi a la jaula, dijo Andres riendo.

—¡Mentira! esclamó Juan con despecho.

—No hai que reñir por eso, dijeron todos a la vez; haya paz i empecemos a jugar como buenos amigos.

Sentáronse Juan i Andres junto a sus dignos compañeros todos de igual catadura i facha.

—¿A qué se juega? dijo una voz.

—¡Al monte! ¡Al monte!

Rodaron los naipes i tomándolos un viejo de faz arrugada i despreciable. —Yo tallaré, dijo; i barajando sacó dos cartas i las puso sobre la mesa.

—¡Voi al as! dijo Juan.

—Yo al cuatro! replicaron varios.

Avidos los ojos i el corazon, aquellos hombres seguian con su mirada las manos flacas i huesosas del viejo, que iba poniendo los naipes uno a uno a la vista de todos:

al fin un cuatro de oros apareció sobre la mesa.

—¡He perdido! murmuró sordamente Juan.

Muchas veces repitió el viejo su tarea i muchas veces perdió Juan: ya no tenia nada, pero siguió jugando con desesperada resolucion i siguió perdiendo.

El vino, entretanto, pasaba de mano en mano entre infernal algazara; todos gritaban, golpeaban i blasfemaban: todos estaban ébrios. Juan sobre todo, pretendiendo ahogar su remordimiento, su rabia i su vergüenza, vaciaba vaso tras vaso. Sus arterias hinchadas, su frente enrojecida, su cabello erizado, todo daba a su cabeza el aspecto de un volcan de sangre que queria reventar.

—¡Maldicion! esclamó por fin; ya no tengo nada i debo mucha plata i no tengo con que pagarla.

—¿Quiéres hacer un trato, Juan? le dijo Andres con voz aguardentosa.

—¿Cuál? respondió Juan.

—Tú tendrás mucha plata que yo te buscaré....

—Bueno, dijo Juan.

—I yo, continuó Andres, me casaré con tu hermana.

Juan estaba trastornado, sus ojos ardian, su cabeza se doblaba dominada por la bebida.

—Sí, dijo con ánsia.

—¿Me lo prometes?

—Lo juro.... por mi vida.

—Pues, hasta mañana, dijo Andres i desapareció.

Juan quiso imitarlo, pero sus miembros no tenian ya fuerza, o mejor, su alma no tenia ya dominio sobre su cuerpo. Dos o tres borrachos como él le ayudaron a levantarse i bamboleando salió de aquella maldita casa.

—Va como una uva, dijo uno.

—Cuando yo lo ayudé abrazaba como fuego, añadió otro; i una unánime carcajada terminó aquel cuadro de desolacion i vicios.

V.

En tanto María en un rincon de la cabaña tiritaba de frio i de miedo. El zumbido del viento que soplaba con furia i el ruido del agua, que se habia desencadenado i que caia a torrentes, llenaban su corazon de terror. Al recordar que se hallaba sola i en medio de un cerro casi desierto temblaba de espanto; el mas leve movimiento la hacia estremecer i se asustaba de sí misma.

El agua sin respetar el destruido techo caia al rededor de la niña, i el aire, helado i penetrante, burlaba las viejas i desmoronadas paredes.

Noche i dia lloraba la pobre María enferma de alma i cuerpo; pero ¡cómo lloraria si supiera que su infame hermano acababa de venderla a un miserable por unas cuantas monedas!

Pensando estaba en sus dolores i en sus padres cuando muchos i descompasados golpes i la voz de su hermano que gritaba con furia: ¡Abre maldita! la sacaron de su inmovilidad.

Corrió a la puerta, i al abrirla, entró Juan, como todas las noches, destrozado i perdido de ébrio. Pero nó, algo estraordinario se verificaba en él: sus ojos estaban sangrientos, crujian sus dientes, sus manos se crispaban, tenia un aspecto feroz.

—María, dijo con terrible i decidido acento, mañana has de ser la mujer de Andres.

Un hondo i desconsolado grito brotó del pecho de María.

—¡Perdon, Juan! ¡Perdon, hermano mio!

—Lo he prometido i lo que yo prometo se cumple, dijo Juan, dejándose caer, como sin vida, sobre un miserable monton de paja.

¡Ai! Virjen de mi alma, esclamó María casi desesperada postrándose de rodillas ¡ai! Virjen del cielo, yo te he amado siempre, óyeme tú ahora; hazme morir ántes que me vea en poder de ese hombre: i, hecha un mar de lágrimas, juntaba sus manos i elevaba sus ojos al cielo.

—¡María, María, gritó Juan, abre la puerta que me abraso!

—¡Juan, hace tanto frio!

—Abre, te digo, rujió Juan.

Abrió María la puerta por donde penetró un frio intenso que heló sus miembros, i corrió al lado de su hermano, que rodaba por el suelo con los ojos saltados i con una respiracion sorda i fatigosa como el estertor de un moribundo.

—¿Qué tienes, Juan mio, preguntó la niña estremecida por una terrible ansiedad?

—¡Me quemo, me quemo!.... quítame este fuego que tengo aqui.... aqui, decia

Juan, oprimiéndose el pecho con sus manos.

—¿Qué tienes hermano de mi alma?

—¡Ai! Hielo, hielo, tráeme nieve que me muero, gritaba éste retorciéndose de dolor.

Corrió María a la puerta, pero retrocedió espantada. La oscuridad tenebrosa de la noche, el fragor de la tormenta, el rujido del viento, todo infundió en su alma un pavor indefinible.

—¡Tengo miedo, Juan, tengo mucho miedo!

—Maldicion, maldicion, esclamó su hermano, clavándola sus ojos desesperados, que relucieron como dos siniestras centellas, i pugnando en vano por levantarse, con las manos cerradas i el rostro desfigurado i horrible.

Huyó la niña aterrorizada, con el corazon oprimido de miedo i de dolor. A medida que se alejaba de la cabaña sus piés se sumerjian en el agua, que corria como un torrente por la falda del cerro, sus lágrimas se helaban sobre sus mejillas pálidas como la cera, sus cabellos oscuros se volvian blancos, azotados por la nieve, sus débiles miembros se entumecian i la sangre se helaba entre sus venas.

Temblando, muerta de frio, empapada por el agua que caia del cielo e inundaba la tierra, procuraba reunir en el vestido con sus manos duras e inertes la nieve que encontraba en su camino.

Pero al fin, las fuerzas le faltaron, dobláronse sus rodillas i cayó exhalando un jemido lastimero.

—¡Juan, Juan! esclamó dolorosamente.

Ni una voz se dejó oir, ni se percibió otra cosa que el golpe del agua que azotaba con furia los árboles i la tierra.

—¡Juan! volvió a decir con voz mas débil; ¡me muero! i un suspiro brotó de su pecho, semejante al melancólico rumor del tallo que troncha el viento.

I la tormenta se estendia, se estendia llenando cerros i valles de tristeza i oscuridad.

VI.

Al dia siguiente por todos aquellos alrededores se sabia ya la muerte de Juan i María.

—¿De qué ha muerto ese muchacho? preguntaba un honrado viejo a un campesino.

—¡Ah! señor, lo perdió su vicio; se le encontró con el pecho destrozado i con las manos ensangrentadas, i se supone que el aguardiente le quemó las entrañas.

—¡Es lástima! replicó el viejo. ¡Tan jóven! ¡Dios le haya perdonado!

—¿I María?

—En cuanto a ella, señor, nada se sabe: hoi al amanecer pasaba por casualidad un trabajador por el cerro i la vió helada i con los brazos apretados contra el pecho: quizas saliera a pedir ausilio para su hermano i como su casa está tan apartada de las demas no pudo llegar a ninguna de ellas i murió de frio.

—Parece imposible.

—Si Ud. supiera la vida que llevaba! Siempre trabajando i siempre llorando, segun dicen los pocos que la habian visto desde que murió su padre.

¡Ah! Si aquellos campesinos hubieran oido la plegaria que en aquella triste nocho dirijió María a la Virjen, consuelo de los afijidos, no hubieran dudado de que ésta la habia atendido, i habia querido librar a la pobre niña de las manos de un hombre degradado i vicioso.

¡Qué leyenda tan bella hubiera compuesto el pueblo que sabe dar un tinte tan poético a todas sus concepciones!

LUIS R. PIÑEIRO.

EL PATRIOTA.

—Mis armas! mi caballo!
De guerra el grito suena,
El ronco bronce truena,
Mis armas i a la lid!
Dulcísima señora,
Amor de mis amores,
Adios! los sinsabores
Perdona que te dí.

—¿Por qué a esponerte vuelas
A una cuchilla aleve?
El llanto no te mueve
Que derramando estoi?
Por Dios! no me abandones;
Guarda, por Dios, tu vida!

—La patria está oprimida
I a defenderla voi.

—De la patria oprimida
Lloras la amarga suerte,
Vas a buscar la muerte
I olvidas mi dolor.
—Hoi de las armas solo
Depende ya su suerte,
I encontraré la muerte,
O vengaré su honor.

—Si me dejas, mañana
Llegarán los tiranos;
Yo sola entre sus manos,
Ai! ¿qué será de mí?
—Si no me voi, mañana
Llegarán los tiranos,
Sucumbiré a sus manos,
I qué será de tí?

—I si te quitan éllos
La vida en el combate?
—De la patria en rescate
Rendirla es mi deber.
—Detente i que otros blandan
El formidable acero....
—Jamas, jamas, no quiero
Tu amor desmerecer.

Si cediendo a tu llanto
Mis armas hoi guardara,
Mañana ya me odiara
Tu noble corazon.
Mañana disipada
La tormenta fiera,
Tu corazon sintiera
Sobre sí mi baldon.

—Adios! adios, ingrato
De guerra el grito suena,
El ronco bronce truena,
Me matas, ¡ai! adios!
—¡Adios! adios! mis armas;
De guerra el grito suena,
El ronco bronce truena;
Te amo, mujer, adios!

MARIO VALENZUELA.

MÁXIMAS,

PENSAMIENTOS I REFLEXIONES DEL MARQUES DE MARICÁ. (1)

(Traduccion para *La Estrella de Chile.*)

Algunos hombres se elevan por su poco peso como los vapores i los gases, otros, como los proyectiles, por la fuerza del injenio i del talento.

La beneficencia es siempre feliz i oportuna cuando la prudencia la dirije i recomienda.

El interes esplica los fenómenos mas difíciles i complicados de la vida social.

Los mejores elojios son los que nos tributan nuestros propios enemigos.

La modestia enaltece al talento, la vanidad lo rebaja.

Los abusos, como los dientes, nunca se arrancan sin dolor.

Los soberbios son ordinariamente ingratos; consideran los beneficios como servicios que se les deben.

La intemperancia de la lengua no es ménos funesta a los hombres que la de la gula.

Cambiamos de pasiones, pero nunca vivimos sin ellas.

Noble e ilustre es la ambicion que tiene por objeto la sabiduria i la virtud.

La maledicencia es una ocupacion i un lenitivo para los descontentos.

Dos cosas hai que no se pueden perdonar en la politica: la neutralidad i la apostasia.

Como el espacio encierra todos los cuer-

(1) El marques de Maricá, don Mariano Pereira de Fonseca, fué un distinguido escritor brasilero de la primera mitad de este siglo. Su obra mas notable son las *Máximas, Pensamientos i Reflexiones*, varias de las cuales hemos traducido i comenzamos a publicar hoi.

pos, asi la ambicion abraza todas las pasiones.

El hombre que a si mismo se recomienda frecuentemente por honrado i probo, da justo motivo para sospechar que no es tal o tanto como dice.

El vicio en los viejos es enemigo encastillado que solo la muerte puede vencer.

La mocedad viciosa hace provision de achaques para la vejez.

Desperdiciamos el tiempo, quejándonos siempre de que la vida es breve.

Hai crímenes que tienen la felicidad de ser reputados heróicos i gloriosos.

Es bien singular que los jóvenes sean pródigos pudiendo esperar una larga vida, i que los ancianos sean avaros estando amenazados de una muerte próxima o inminente.

Mas duele a nuestro amor propio ser despreciados que aborrecidos.

Los hombre mas respetados no son siempre los mas respetables.

Mui rico es el hombre que posee un gran capital de desengaños i verdades.

La muerte, que desordena muchas cosas, ordena muchas otras.

Es mui difícil, i en ciertas circunstancias imposible, sostener en la vida pública el crédito i concepto que merecemos en la vida privada.

La virtud resistiendo, se refuerza.

El interes bien entendido es raro, el mal entendido mui jeneral.

Desprecios hai, i de tales personas, que honran mucho a los despreciados.

La virtud es comunicable, pero el vicio es contajioso.

Es mas útil algunas veces la estirpacion de un error, que el descubrimiento de muchas verdades.

Se dan los consejos con mejor voluntad de la con que jeneralmente se reciben.

Los anarquistas son como los jugadores desgraciados o poco hábiles, que barajando mucho las cartas o mudando de naipe, esperan mejorar de fortuna i condicion.

No habria historia mas insípida e insignificante que la de los hombres, si todos tuviesen juicio.

Del estudio nace la ciencia i de la meditacion la orijinalidad.

Nadie es mas adulado que los tiranos: el miedo hace mas lisonjeros que el amor.

La actividad sin juicio es mas ruinosa que la pereza.

La relijion suple el juicio i la razon que falta a muchas jentes.

El interes forma las amistades i el interes las disuelve.

Disputamos casi siempre porque no definimos.

La falsa ciencia no aumenta nuestro saber, agrava nuestra ignorancia.

La debilidad es ménos induljente que la fuerza: las mujeres son mas vengativas que los hombres.

Los pequeños enemigos, aunque ménos dañosos, son mas incómodos que los grandes.

Hai muchas jentes que, asi como el eco, repiten las palabras sin penetrar su sentido.

No desespereis en la desgracia; ella es muchas veces una transicion necesaria para llegar a la felicidad.

Ignorancia i pereza a nadie enriquecen.

La relijion es necesaria al hombre feliz para no abusar, al infeliz para no desesperar.

El orgullo es propio de los hombres, la vanidad de las mujeres.

CLÁSICOS I ROMÁNTICOS.

En estilo mui sencillo
Los clásicos trovadores
Cantaban siempre al tomillo
I a los dulces ruiseñores;
Pero solo lobregueces
Cantan las modernas musas,
I funerarios cipreses,
I vampiros i lechuzas.

Antaño los que querian
Pintar algo acelerado,
Sencillamente decian:
Lijero como un venado.
I ogaño si un majadero,
Pinta el vuelo de un *paujil* (1),
Afirma ser mas lijero
Que el raudo ferrocarril.

Antaño, para pintar
Al que era lento en la fuga,
Se decia que su andar
Era como de tortuga.
I ogaño, si un derrotado
Con su planta el suelo toca,
En estilo figurado
Lo llaman el *hombre-foca.*

Antaño en tono rotundo,
Cualquier vate principiante
Sabia pintar el mundo
Sobre los hombros de Atlante.
I ogaño un novel poeta,
En un guirigai atroz
Nos pinta nuestro planeta
Bailando un rápido *strauss.*

Antaño los trovadores
Sacaban retrato fiel
De arroyuelos i de flores,
Con delicado pincel.
I ogaño cualquier soquete
La historia antigua desmocha;
I grandes reyes se mete
A pintar con tosca brocha.

Antaño, en fin, los poetas,
De amor ardiendo en la pira,
Cantaban tiernas cuartetas
Al blando son de su lira.
I ogaño los nuevos vates
Cantan lúgubre cancion,
Diciendo mil disparates
Al compas del esquilon.

RICARDO CARRASQUILLA.

(1) Ave de la Nueva-Granada.

Comenzamos hoi a reproducir la magnífica version que ha hecho del popular poema Longfellow, nuestro colaborador don Cárlos Morla Vicuña.

Publicada recientemente en Estados Unidos esta obra i siendo mui pocos los ejemplares que de ella han venido todavía a Chile, creemos que nuestros lectores verán con agrado que le hayamos dado cabida en estas columnas.

Absteniéndonos por ahora de comentarios acerca de *Evanjelina*, nos reducimos a recomendar su lectura con la seguridad de que recomendamos una produccion de elevado mérito literario.

EVANJELINA.

ROMANCE DE LA ACADIA.—TRADUCIDO DEL INGLES DE ENRIQUE WADSWORTH LONGFELLOW.—POR CÁRLOS MORLA VICUÑA.

Prefacio.

Al presentar al público la version de una obra notable de una literatura estraña, se hace indispensable acompañarla de algunas esplicaciones. El lector necesita para decidirse a entrar en su lectura, conocer el mérito de la produccion orijinal, el propósito que su autor ha tenido en mira, la acojida que a su aparicion ha merecido en las sociedades que hablan su idioma i, sobre todo, los móviles que han estimulado al traductor a acometer su tarea.

Evangelina es un romance escrito en exámetros ingleses sobre un argumento frances e histórico por el poeta norte-américano Enrique Wadsworth Longfellow.

No manifestaré al público, en estas líneas, la trama que en el poema corresponde a la invencion del literato, porque seria despojar su lectura de toda novedad. Sin-

embargo creo conveniente, para su inteligente comprension, la esposicion del acontecimiento histórico que le ha servido de base.

Acadia o, como se la llama hoi dia, Nueva Escocia, fué cedida por la Francia a la Gran Bretaña en 1713, en virtud del tratado de Utrecht. Parece que en este cambio no se tomó en cuenta para nada la voluntad de los habitantes i solo con mucha dificultad se logró al cabo inducirlos a prestar el juramento de sumision a la Inglaterra. Declarada, algun tiempo despues, la guerra entre la porcion francesa del Canadá i la británica, se acusó a los acadenses de haber ausiliado a los franceses de quienes procedian i con quienes los ligaban mil vínculos amistosos. No se ha averiguado satisfactoriamente aun si la acusacion fué o no bien fundada; sinembargo el resultado no pudo ser mas desastroso para los sencillos labradores. El gobierno británico ordenó que se les arrancase de sus hogares i se les distribuyese entre colonias remotas de su amada tierra. Esta resolucion no fué comunicada a los habitantes hasta tanto que no se adoptaron los necesarios arbitrios para llevarla a inmediato efecto. Llegado ese momento, el gobernador de la colonia llamado Lawrence, publicó un bando convocando al pueblo a una reunion en que le notificó que sus tierras, granjas i ganados de todo jénero quedaban confiscados por la corona, i él mismo en prision hasta ser embarcados en las naves surtas en la bahía, que, por órden real, debian conducirlo a rejiones distantes.

Los colonos habrian podido resistir. Ocho tribus indias cuya alianza se habian granjeado con su amable trato i probidad no desmentida se habrian al primer grito de socorro lanzado en su defensa. No tentaron esto sinembargo i se sometieron con resignacion. El 5 de setiembre de 1755 fueron embarcados en naves distintas i su encantadora aldea entregada a las llamas. Halliburton describe este suceso en los términos siguientes: «Ese fué un espectáculo mas terrible que el saqueo de Parga, un acto del cual conserva toda esa rejion de la América el mas profundo recuerdo i que no ha dejado de contribuir a excitar el odio republicano contra los monarquistas de Albion.»

La colonia victimizada se partió en mil fragmentos. Unos fueron a establecerse en la isla de Santo Domingo, otros en la Guayana Francesa, unos pocos regresaron a Francia, su antigua patria, donde es fama viven aun sus descendientes en Chatellerault, Normandía; pero, sin duda alguna, el mayor número, descendió por las aguas del Missisipí hasta Luisiania, donde definitivamente se incorporaron a la poblacion francesa de esas rejiones.

Longfellow ha cantado en este que él modestamente titula cuento de la Acadia que muchos han calificado de poema i que Philarete Chasles denomina romance, las desgraciadas aventuras de aquel pueblo pastoril i escoje sus personajes de entre aquellas familias de labradores e industriales.

Evanjelina es, ante todo, un poema descriptivo americano. Las escenas de la vida pastoril se encuentran pintadas en él con tal arte i perfeccion aun en sus detalles mas delicados que el lector atento, mas que ante una descripcion escrita, se figura estar frente a un cuadro acabado, fruto de un pincel majistral.

Aun mas fascinadora es la impresion que deja en el alma la pintura de las grandiosas vistas de la vírjen naturaleza de este continente. El poeta, con la sublime audacia del jénio se ha cernido sobre el jigantesco panorama i con la mirada de águila, al mismo tiempo que ha abarcado el imponente conjunto, ha sabido penetrar hasta el fondo de sus misteriosos retretes. La vida entera de un gran pintor i la tela mas colosal no habrian presentado suficiente espacio de tiempo i de lugar para la copia de tan estraordinario espectáculo. La poesía, mas poderosa i atrevida que aquellos elementos materiales, ha logrado encerrar en sus límites esa hermosa perspectiva, i a Longfellow ha cabido el honor de producir el marco artístico que la circunda.

Philarete Chasles sostiene que el autor de Evanjelina ha sido sobre todo fiel en la copia de la naturaleza americana, no habiendo permitido a su imajinacion adulterar en nada la realidad de los objetos. Ante una opinion semejante podria suponerse que Lengfollow no es orijinal, reduciéndolo al rango de aquellos artistas de baja esfera que, inhábiles para crear, frecuentan los talleres de los maestros notables como simples copistas de sus grandes obras. En perfecto acuerdo con la opinion del crítico frances, no convengo, sinembargo,

con esa consecuencia que parece desprenderse de su afirmacion. Lamartine ha dicho que la imajinacion es un espejo que llevamos con nosotros i en que la naturaleza se pinta. La imajinacion mas bella es el espejo mas claro i mas verdadero, aquél que ménos se empaña con el soplo de nuestras propias invenciones. El jenio no crea, copia.

Longfellow, es verdad, nada ha introducido esclusivamente suyo en sus descripciones, no ha empañado su espejo con sus propias fantasias i esto es precisamente lo que hace su elojio i constituye su mérito. Su bella imajinacion se limita a reflejar con sinceridad; i copia a la naturaleza como solo copia el jenio.

Esta es una verdad tan palpable que, habiendo acometido la misma obra dos espíritus igualmente superiores aunque de caractéres mui diversos, se puede descubrir en sus producciones la analojía de la fidelidad. Las magníficas descripciones que se hallan en Evanjelina de la vejetacion exhuberante, de los rios caudalosos i de las dilatadas praderas pobladas de una prodijiosa variedad de animales que vagan sin dueño, suscitan inmediatamente en la memoria las pinturas ricas en colorido, que del seno de este mismo continente nos ha legado Chateaubriand en el prólogo de su Atala i en las pájinas de sus Natchez. La mision católica, vanguardia de la civilizacion, sepultada entre las selvas seculares; el venerable i paternal sacerdote que la preside i el tierno culto que tributan, en un santuario agreste, los candorosos salvajes fascinados por las dulzuras de la relijion, hieren la imajinacion al escritor frances i al poeta americano de una manera suficientemente diversa para dejar comprobada la orijinalidad de ámbos, pero con cierta espiritual analojía en el fondo, que revela que el jenio les es comun.

La poesía existe desde ántes de los tiempos, dice Emerson, i solo a los finamente organizados es dado penetrar en la rejion donde el aire es música, donde se oyen los eternos gorjeos. Los hombres de oidos mas delicados escriben esas cadencias flotantes con mas fidelidad. Chateaubriand i Longfellow, organismos igualmente finos i oidos ámbos de una superior delicadeza han percibido, vagando por el regazo de este nuevo mundo, esa eterna i májica armonía, i la han trasladado fielmente, en su prosa el uno i el otro en sus solemnes i melodiosos versos.

He considerado ya el poema bajo el mas notable de sus aspectos: el descriptivo. Me asiste la confianza de que estimarán en algo mi esfuerzo por naturalizar en el idioma castellano un poema de este jénero que ya lo está, aunque en prosa, en el frances, el aleman i el italiano, los espíritus ilustrados que anhelan, como un bello ideal, la formacion de una nueva poesía americana.

Antes de terminar este prefacio creo del caso insinuar, siquiera sea someramente, cuál es el espíritu que domina en esta produccion del poeta de Cambridge.

La moralidad, la pureza, el amor al deber, la santidad de las afecciones i la familia profundamente impresos en el poema, constituyen su alma i son como su inspiracion secreta.

El crítico americano Whippley ha juzgado elocuentemente esta composicion. Longfellow, ha dicho, ocupa un término medio entre la poesía de la vida actual i la del trascendentalismo. Idealiza la vida real, descubre nuevos significados en algunas de sus faces mas ásperas, reviste de imájenes familiares los pensamientos mas sutiles i delicados, presenta el sentimiento moral mas alto en la forma mas noble i hermosa, entreteje los hilos de oro del ser espiritual con la tela de la vida ordinaria i sabe distinguir las mas profundas simpatías del corazon.

El cardenal Wiseman, que es sin duda autoridad en materia de moral, ha ceñido tambien la frente de este poeta con su modesto lauro, espresándose así, a su respecto, en una conferencia a los pobres de Lóndres: «Ya nos encante la riqueza de sus imájenes, ya nos arrulle su melodiosa versificacion; ora nos eleve con las altas enseñanzas morales de su casta musa, ora nos compela a seguir con corazones simpáticos la peregrinacion de Evanjelina, estoi seguro que cuantos me escuchan se unirán a mí en el tributo que deseo pagar al jenio de Longfellow.»

Con aplausos de semejante procedencia bien puede hacerse mencion, sin peligro, de la crítica que Evanjelina mereció a Edgardo Poe. Juzgó del caso este fantástico novelista el denunciar, refiriéndose a este poema, su propósito de inculcar la moral, como una intrusion de la poesía en una esfera que no le corresponde, pues a su mo-

do de ver lo bello i lo sublime son su propio i único terreno.

Mi admiracion por este poema como obra moral i artística me ha inducido a traducirlo a nuestro idioma. El es una demostracion viva de que en los afectos profundos i en la fé perseverante es donde se halla el fresco manantial de la mas noble poesía. Se ha hecho tan comun, en los últimos tiempos, el buscar el estro en las sombras del desengaño i en el vacío del escepticismo con una calumniosa i ridícula afectacion, que me consideraria mui feliz si, en premio de mi esfuerzo, lograra que algunos buenos talentos, estraviados apesar de su buen fondo por el mal gusto, dieran otro jiro a sus ideas literarias, en presencia de la obra de un poeta protestante que tiende a rehabilitar en literatura la fé en todas las grandes i nobles cualidades del corazon humano i a una comprension mas católica, mas vasta i mas liberal de las ideas cristianas.

En mi traduccion no he adoptado el exámetro que con tan majistral felicidad ha usado el autor en el poema orijinal, porque ese metro no se halla aun aclimatado en nuestra literatura, habiendo hecho de él raros ensayos poetas mediocres que no constituyen autoridad. Colocado, por esta circunstancia, en aptitud de elejir el metro para mi version, crei que la importancia de la obra i la riqueza poética de su estilo exijian la mas noble i musical de las estrofas castellanas: la octava real.

Juzgo de mi deber advertir, que debo a la espontánea i amistosa colaboracion del afamado poeta colombiano señor don Rafael Pombo, autor del orijinal poema titulado «Eda,» algunos cuyos interesantes fragmentos han circulado por toda la América del Sur, las catorce primeras estrofas del V canto de la segunda parte. Entre ellas i las restantes no podrá ménos de notarse la enorme distancia que separa la obra del literato consumado de la del novicio.

No ignoro que Cervantes ha dicho que «todos los que vuelven libros de versos en otra lengua, les hacen perder mucho de su natural valor, pues por gran cuidado que pongan i habilidad que muestren, jamas llegan al punto que ellos tienen en su primer nacimiento.» Esta sentencia no ha impedido, sinembargo que la traduccion de la Aminta del Tasso hecha por Jauregui, haya salvado del olvido.

Abrigo, sobre todo, la confianza de que, en este caso, se atenderá mas al amor con que la version ha sido hecha que a la inteljencia desplegada en su ejecucion.

Nueva York, setiembre 1.° de 1871.

INTRODUCCION.

Aquí se alzan los bosques seculares,
Pinos i hayas musgosas se levantan;
Son los antiguos dioses tutelares
Cuya sien canos rizos abrillantan.
Las auras sus históricos pesares
Entre el follaje susurrando cantan,
I el vecino océano da respuesta
Con su sordo murmullo a la floresta.

¡Este es el denso bosque primitivo!
¿Mas dónde están los tiernos corazones
Que aquí a la sombra del ramaje estivo
Latian con suaves emociones?
Decid ¿qué han hecho del hogar festivo
Donde sin inquietudes ni ambiciones,
Llevaba sin mas lei que la conciencia
El pastor de la Acádia su existencia?

¡Alcanzo a ver las chozas desoladas!
De aquí ha sido arrancado el buen labriego
Como las hojas van arrebatadas
Al ancho mar en torbellino ciego;
Se descubren aún huellas marcadas
Del destructor, irresistible fuego,
I del Grand Pré ya solo i de su estrago
Queda un recuerdo doloroso i vago.

Los que pensais que amor en su nobleza
Esperar i sufrir sabe paciente,
Los que admirais la heróica fortaleza
De la mujer que sus martirios siente,
Oid la historia de mortal tristeza
Que con voz lastimera i elocuente
Refiere el aura acariciando el pino:
Es un amor que combatió el destino.

(Continuará).

DERECHO PÚBLICO ECLESISATICO

POR RAFAEL FERNANDEZ CONCHA. (1)

Tomo I.

El señor provisor del arzobispado, presbítero don Rafael Fernandez Concha, ha tenido la amabilidad de remitirnos el primer tomo de la notable obra que con el título que encabeza estas líneas acaba de publicar.

La obra es demasiado voluminosa para que pudiéramos haber satisfecho ya a la hora que es el vehemente deseo que tenemos de estudiar en el libro del señor Fernandez Concha las interesantes i difíciles cuestiones que en él se ventilan.

Nos hemos apresurado a dar la buena noticia a nuestros lectores. La aparicion de un buen libro es siempre una buena nueva; pero la aparicion de un libro como el que nos ocupa, sobre materias tan altas i tan interesantes, materias sobre que ruedan tantos i tantos debates en que hai siempre que lamentar tan grande ignorancia, la aparicion de tales libros es un verdadero acontecimiento.

Sin haber tenido el tiempo necesario para imponernos de las doctrinas del *Derecho Público Eclesiástico* ni del desarrollo que esas doctrinas hayan recibido, i sin el mas lijero temor de ver desmentido nuestro juicio, atendida la elevada intelijencia i la vasta ilustracion de su autor universalmente reconocidas en Chile, estamos ciertos de que la estensa obra del señor Fernandez Concha nos trae la última palabra sobre las cuestiones de que se ocupa.

El primer tomo del *Derecho Público Eclesiástico* está dividido en dos libros: en el primero se trata de la relijion, en el segundo de la Iglesia.

Los nueve capítulos del primer libro contienen lo siguiente:

Definicion de la relijion—De la relijion en el órden natural.—De la relijion en el órden sobrenatural.—Del estado primitivo i del actual del hombre—De la unidad de la relijion.—De las partes de la relijion. —Del dogma. —De la moral.—Del culto.

El libro segundo trata en diez capítulos:

De la Iglesia en el órden interno —De la sociedad natural.—De la sociedad sobrenatural.—De la Trinidad.—Del Mediador.— De la Iglesia en el órden esterno.—De quienes son miembros de la Iglesia.—De la clasificacion de la Iglesia visible.—De la potestad eclesiástica.—Del majisterio.—De la jurisdiccion.—Del sacerdocio.—De la jerarquía.—De las propiedades i notas de la Iglesia.

Juzguen los que conocen las aptitudes del señor presbítero Fernandez Concha si no serán sumamente interesantes cuestiones como las que hemos apuntado tratadas por él *in extensum*.

Si los hombres que dia a dia dirijen ataques i anatemas contra la Iglesia, sus doctrinas i sus leyes, se tomaran el trabajo de estudiar de buena fé la constitucion, las doctrinas i las leyes de la Iglesia en libros como el del señor Fernandez Concha, estamos seguros de que los ataques i los anatemas se convertirian en adhesion, respeto i admiracion. Porque, es cosa probada, la Iglesia católica tiene solo dos enemigos: la mala fé i la ignorancia. Jentes que se llaman ilustradas i amantes de la verdad, i que en realidad son sobrado competentes en mas de una materia, desbarran lastimosamente, descubren una crasa ignorancia, en tratándose de asuntos que se rozan con la doctrina i constitucion de la Iglesia católica. Devoran los libros en que se impugna, i calumnia a la Iglesia, en que autores enemigos desfiguran la verdadera fisonomía del catolicismo; i, contra toda lójica, miéntras se llaman amantes de la verdad se cuidan mui poco o nada de estudiar los libros escritos en defensa de la Iglesia. De ahí que se odie i se maldiga lo que no se conoce o, lo que es peor todavía,

(1) Un volúmen en folio de 460 pájs.—Imprenta del *Correo*.—Santiago, 1872.—Edicion de lujo.

aquello que se conoce por malévolas i calumniosas caricaturas. La ciencia i la ilustracion impías son ciencia e ilustracion truncas, cojas, como la justicia humana. La verdadera ciencia i los sinceros amantes de la verdad no pueden ménos que respetar i amar a la Iglesia católica i profesar sus doctrinas.

MISERIA I POBREZA.

LEYENDA FLAMENCA.

Jesucristo i San Pedro salieron un dia a pasearse por los alrededores de San Winoc, hermosa aldea de Flandes; pero en el camino observaron que el asno que montaba el Señor habia perdido una de sus herraduras. En ese momento se encontraban cerca de la herrería de Pedro Lambrecht, llamado *Miseria* por sobrenombre, porque no era rico. El herrero trabajaba en ese momento, teniendo a su lado a su fiel perro, que se llamaba *Pobreza*.

Jesucristo se acercó al herrero i le pidió que herrara su asno. Miseria lo hizo pronto i con buena voluntad, i creyendo a Jesucristo mas pobre que él, no quiso que le pagara.

—Puesto que eres tan bueno i jeneroso, te permito que formes tres deseos, le dijo el Señor.

—Bien, contestó Miseria; en primer lugar deseo que todo el que se siente en mi sillon de baqueta no se pueda levantar sin mi permiso.

—Concedido, dijo Nuestro Señor.

—Pide ahora el cielo, le dijo San Pedro.

—En segundo lugar, continuó el herrero, sin hacer caso del consejo, quiero que todo el que suba a mi nogal no pueda bajar sin mi permiso.

—Concedido, dijo el Señor.

—Elije el cielo, volvió a decir San Pedro impaciente.

En tercer lugar, repuso Miseria, deseo que todo el que entre en mi bolsa de cuero no pueda salir sin mi permiso.

—Está bien; todo se hará como lo has pedido, dijo el Señor, i se despidió de Miseria.

Algunos meses despues Miseria se vió reducido a tanta estrechez, que merecia en todo su sobrenombre. Un dia que se encontraba sin trabajo, vendió su alma al diablo en cambio de diez años de riqueza. Pero los diez años de riqueza i abundancia pasaron pronto i llegó el momento del plazo fatal.

El diablo, bajo la figura de un hombrecillo encorvado por los años, se presentó a cobrar la deuda.

—Siéntese Ud. en mi sillon, dijo el herrero a Satanas, i miéntras tanto sacaré un buen trozo de jamon i un jarro de espumante cerveza, para que nos preparemos para el viaje.

El diablo aceptó, i saboreándose de antemano con el jamon i la cerveza, se sentó en el sillon.

Miseria tomó entónces una gruesa vara de hierro i dijo al diablo:

—Antes de comer jamon vamos a hablar un poco; i empezó a sacudir garrotazos sobre el pobre Satanas.

El diablo envano intentó levantarse; Miseria siguió golpeando, hasta que el diablo le concedió diez años mas de vida i de riqueza.

Pero estos diez años pasaron tambien; i cuando ménos lo pensaba, Miseria vió llegar a su puerta, no al diablo, sino a toda una lejion de diablillos armados de cuernos i grandes garras.

—Adelante, amigos mios, les dijo Miseria; voi a prepararme para el gran viaje; i miéntras tanto, si Udes. gustan, pueden comer algunas nueces de mi nogal, que las da mui ricas.

En el infierno probablemente no hai nueces, porque todos los diablos aceptaron la invitacion, trepando a porfía el nogal.

Miseria se dirijió a su fragua, encendió el fuego, apagado hacia veinte años i enrojeció una punta de la misma barra que le habia servido para apalear al diablo, i con ella empezó a punzar i quemar el rabo a los diablillos; de tal suerte que al fin les hizo prometer que le dejarian vivir diez años mas, siempre rico.

El nuevo plazo se cumplió al fin como los anteriores, i esta vez el infierno entero, con Lucifer a su cabeza, vino a reclamar el pago de la deuda.

Cuando Miseria vió tan terrible ejército, tembló, pero se tranquilizó pronto, recordando que por la vanidad se perdieron los ánjeles rebeldes.

—Me han asegurado, dijo a Lucifer, que podiais haceros tan pequeños, que todos vosotros cabriais en mi saco de cuero. Yo siempre lo he puesto en duda; ántes de abandonar el mundo quisiera desengañarme, i si fuese cierto, podria llevaros a todos dentro de mi saco una parte del camino.

Satanas desconfiaba del herrero; pero la vanidad de mostrar su poder le cegó i le hizo caer en la trampa. Pocos segundos despues, Satanas con todo su ejército se encontraba dentro del saco, que Miseria se apresuró a cerrar.

—Ya estais en mi poder esclamó el herrero.

I colocando el saco sobre un yunque, empezó a golpearlo con un pesado martillo. Gritaban los diablos i pedian misericordia, pero Miseria seguia golpeando hasta que los redujo al grueso de una moneda de diez centavos.

—¡Piedad! gritaban los demonios.

—No hai piedad! contestó el herrero; me queda todavía el suficiente dinero para pasar el resto de la vida, i cuando muera por mis cabales, os llevaré conmigo a la tumba i libraré así al mundo de vuestras fechorías.

I se metió el saco en un bolsillo.

Desde ese momento pasaron en la tierra las cosas mas estrañas: uno de los amigos de Miseria vino a devolverle cien escudos de oro que le habia robado al juego; el tabernero le vendió vino puro; pero como todo tiene su reverso, la tabernera cesó de hacerle arrumacos en ausencia del marido.

Los usureros empezaron a prestar dinero al 6 por ciento.

Como todos llevaban una vida arreglada, ya no hubo mas enfermos i los médicos se arruinaron.

Como ya nadie robaba ni mataba, se arruinaron los abogados, alguaciles, etc.

Como ya no habia guerras, el ejército no tenia ascensos.

Las mujeres dejaron de ser coquetas i derrochadoras.

Se hicieron soportables para todo el mundo, hasta para sus maridos.

La vida era de una monotonia desesperante; se nombraron comisiones encargadas de indagar el orijen de esa epidemia de virtud i se ofrecieron premios para el que descubriera un vacío, aun cuando fuese el mas pequeño.

El conde de Flandes, que gobernaba la comarca cuando pasaban estas estrañas cosas, recorrió disfrazado sus Estados. Al pasar cerca de la herrería oyó un ruido espantoso i entró.

—¿Qué pasa aquí? preguntó a Miseria.

El herrero refirió su historia a su soberano, i grande fué su sorpresa cuando éste le hizo ver el mal que habia hecho al mundo, creyendo hacer bien.

Miseria, aunque aflijido, abrió los cordones de su saco, pero ántes de dejar salir a los diablos, les hizo anular el contrato.

Salieron los diablos i los vicios volvieron a florecer como por encanto.

Llegó al fin la última hora de Miseria. Despues de muerto, el herrero, seguido siempre de su fiel perro, que no habia querido abandonarle, fué a golpear a las puertas del cielo. San Pedro le reconoció en el acto i le dijo:

—Viejo testarudo, no quisiste escojer el cielo, segun te aconsejaba; pues ahora no entrarás al Paraiso.

I le dió con las puertas en las narices.

Miseria se dirijió entónces al purgatorio; pero le negaron la entrada, porque no tenia pecados pequeños que purgar allí.

—Me queda solo el infierno, se dijo Miseria suspirando.

Llamó a la puerta del palacio de Satanas; un diablo largo i flaco que hacia de conserje, se asomó por un ventanillo; pero apénas hubo reconocido al terrible herrero, que tambien los habia golpeado, se apresuró a correr todos los cerrojos.

Miseria, cansado de esperar, tuvo que volverse con su pobre perro.

Hé aquí porque *Miseria* i *pobreza* se encuentran siempre en este mundo.

MI BARQUILLA.

Náufraga soi, i en la desierta orilla
Donde la muerte me arrojó inhumana
Solo me queda mi feliz barquilla
Para lanzarme al piélago mañana.

En ella surcaré los anchos mares,
Los abismos i escollos salvaré,
I si alivio no encuentro a mis pesares
Abrazada con ella me hundiré.

¡Santa barquilla, relijion divina!
En el revuelto mar de mi existencia
Tú eres la sola luz que me ilumina,
Tú eres mi bien, mi poderosa ciencia;

Tú eres la sola i única esperanza
Que alienta al corazon desfallecido
Cuando del mundo en la terrible danza.
El pecho exhala su postrer jemido.

LEONOR BLANDER.

VARIEDADES.

RECUERDOS.

—¿Recuerdas tú que en los brillantes dias,
¡Ai! que tan presto para mí volaron,
Tus ojos con mis ojos se encontraron,
I mis tiernas miradas comprendias?
¿Te acuerdas de las blandas armonias
Que de mi acorde lira se escaparon,
Cuando tus labios trémulos juraron
Que solo a mí tu corazon darias?
¿Recuerdas que las penas de la ausencia,
Mis bellos lauros estimando en poco
Sufrí corriendo en pos de fama i ciencia?
¿I qué mas tarde delirante i loco
Volví lleno de gloria a tu presencia?....
—No me puedo acordar.... —Pues yo tam
(poco....

BUENA LECCION

Un caballero estaba jugando al tresillo i fastidiábale en gran manera la tenacidad con que le miraba las cartas un jóven corto de vista a quien no conocia.

Apurado ya i decidido a librarse de aquella impertinencia, saca el pañuelo i como quien va a sonarse las narices, agarra las narices del imprudente, mas se detiene al momento i esclama:

—Dispense Ud. caballero, pero estaba Ud. tan cerca de mi, que equivoqué su nariz con la mia.

ADIVINANZA.

—¿A que no saben por qué bendicen las campanas de las iglesias?

—No lo adivino.

—Porque como a cada paso las dan al diablo los que viven cerca de las iglesias, temen que acepte el diablo la donacion i se las lleve.

¡VAYA CON EL PAIS.!

Un pobre hombre atravesaba un pueblo i se vió acometido por una turba de perros.

Bajóse a cojer una piedra, pero no pudo arrancarla del empedrado i esclamó:

—¡Bonito pais en que se sujetan las piedras i se dejan libres los perros!

CONTESTACION OPORTUNÁ.

En su primer viaje a Rusia, el célebre pintor frances Horacio Vernet, fué convidado a comer con el emperador Nicolas i su corte.

A los postres, le dijo el emperador:

—Vamos a ver, mi buen Horacio, con vuestras teorías sobre el liberalismo, ¿os atreveriais a pintar en un cuadro que yo os encargaré, una victoria de los rusos sobre los polacos?

—¿Por qué no? respondió Horacio: yo he pintado ya a Cristo en la cruz....

Esta contestacion dejó mudos a los cortesanos del Czar.

MODELO DE ESCRIBANOS.

Un escribano que tenia interes en abultar cierto inventario, dictaba a su amanuense en estos términos:

«Item: una mesa de pino con su cajon, dentro del cual se hallaron diez bulas de la Santa Cruzada, las cuales, copiadas a la letra, son del tenor siguiente:»

I en efecto, el bárbaro copió las diez.

UNA PRUEBA COMO POCAS.

Queria poner don Simplicio una hermosa maceta de camelias en una tabla que tenia colocada en una ventana de su habitacion en el quinto piso, i para no esponerse a que rompiéndose la tabla se hiciera pedazos la maceta, quiso probar el peso que resistia. Meditando despues sobre lo que podria colgar para la famosa prueba, nada encontró que pesara tanto ni fuese tan a propósito como él mismo.

Satisfecho con la idea, salió a la ventana i se agarró a la tabla dejándose colgar; por su desgracia, o ella era débil o pesaba él mucho, lo cierto es que se rompió i don Simplicio fué a parar a la calle, rompiéndose una pierna i los dos brazos.

—Si no hago la prueba, decia despues, pardiez que me luzco; se hubiera roto la tabla i me hubiera quedado sin maceta.

EN UN AÑO.

Imperios formidables i orgullosos se hundieron con fracaso.

Alzó la demagojia la tea del incendio i ardieron los templos, los palacios, los monumentos i las artes.

Empuñó el puñal el asesino i corrió a torrentes la sangre veneranda de los servidores de Dios.

Imperio, hogar i templo todo se llenó de consternacion i duelo.

Rodaron las coronas, los cetros se rompieron.

Los campos donde la paz sembrara la espiga de la abundancia inundó de sangre el mónstruo de la guerra.

Como la paloma abandona el nido i huye cuando suena el arma mortífera, asi huian de su hogares los hombres i las mujeres buscando léjos de la patria la paz i la vida.

Altares, monumentos de gloria, cadáveres destrozados, todo yace por tierra en confusa mezcla.

* * *

Al escribir la fecha del nuevo año pensábamos tristemente: ¡si será ésta la fecha que se grabe sobre la piedra de nuestra tumba!

¿Quién nos dijera entónces que esa fecha habia de grabarse sobre la tumba lejana i solitaria del amigo que entónces reia a nuestro lado, que una muerte desastrosa arrebató al amor de una madre ausente i de tantos amigos cariñosos?

* * *

Un año apénas ha pasado i ¡cuánta mudanza!

Lo que pensábamos hace un año no lo pensamos hoi.

Lo que entónces nos sonreia con todo el halago del placer i la esperanza es talvez hoi tan solo un recuerdo doloroso.

¡Cuántas decepciones, cuántos desencantos llegados entre los pliegues del tiempo que vuela han venido a desvanecer esas dulces mentiras que alientan la vida i que se llaman ilusiones!

¡Cuánto de nuestro propio ser, de nuestra propia existencia no ha arrastrado consigo la corriente de los dias!

* * *

En medio de esta vorájine, de esta frenética carrera del mundo inmaterial i del mundo corpóreo, carrera que va del ser al no ser al traves de una infinita serie de trastornos i mudanzas, en medio de esta inmensa, universal mudanza, solo una cosa está inmóvil, fija, inmutable, la fé que alumbra, consuela i lleva a Dios; la fé que salva a las naciones de la tea i el puñal del impío, que da al hogar la paz i la dicha, que proteje las coronas, que conserva la espiga de la abundancia, que veda derramar la sangre del hermano, que nos muestra a los seres queridos que traspasaron el dintel de la tumba esperándonos en el cielo.

RAFAEL B. GUMUCIO.

Contenido de este número.

I.—Un vicio, por Luis R. Peñeiro, p. 209
II.—El patriota, poesía, por Mario Valenzuela, páj. 213.
III.—Máximas, pensamientos i reflexiones del marques de Maricá, páj. 214.
IV.—Clásicos i románticos, poesía, por Ricardo Carrasquilla, páj. 216.
V.—*Evanjelina*, poema de Enrique Wadsworth Longfellow, traducido por Cárlos Morla Vicuña, páj. 216.
VI.—*Derecho Público Eclesiástico*, bibliografía, páj. 220.
VII.—Miseria i Pobreza, páj. 221.
VIII.—Mi barquilla, poesía, por Leonor Blander, páj. 222.
IX.—Variedades, páj. 223.
X.—En un año, por Rafael B. Gumucio, páj. 224.

IMPRENTA DE «EL INDEPENDIENTE.»

LA ESTRELLA DE CHILE.

AÑO V. Santiago, enero 14 de 1872. Núm. 224.

MÁXIMAS,

PENSAMIENTOS I REFLEXIONES DEL MARQUES DE MARICÁ.

(Traduccion para *La Estrella de Chile.*)

(Continuacion).

La imajinacion es el paraiso de los afortunados i el infierno de los desgraciados.

Lo que se califica en algunos hombres como firmeza de carácter, no es ordinariamente sino pertinacia de opinion, incapacidad de progreso o inmutabilidad de ignorancia.

Cuando la cólera o el amor nos visita, la razon se despide.

La relijion es tan buena compañera en la adversidad como ecxelente consejera en la ventura.

Los ingratos piensan minorar o justificar su ingratitud, recordando con frecuencia los vicios i defectos de sus benefactores.

Ningun gobierno es bueno para los hombres malos.

El avaro es el mas leal i fiel depositario de los bienes de sus herederos.

En materias i opiniones politicas los crímenes de un tiempo son algunas veces virtudes en otro.

Los que reclaman para si mayor libertad son los que ordinariamente ménos la toleran i permiten en los otros.

Es mui probable que la posteridad, para ante quien tantos apelan, tenga tan poco juicio como nosotros i como nuestros antepasados.

Todos quieren libertad, muchos la tienen, pocos la merecen.

El órden social es limitacion de la libertad; el desórden, libertad ilimitada.

Con trabajo, intelijencia i economía, solo es pobre quien no quiere ser rico.

Nos quejamos de la fortuna para disculpar nuestra pereza.

Los templos prueban mas la racionalidad de los hombres que los teatros i los palacios.

Hai muchos que tienen por oficio arriesgar su vida para mantenerla i conservarla.

El juego, asi como el fuego, consume en pocas horas el trabajo de muchos años.

Los hombres son jeneralmente tan ávaros de su dinero como pródigos de sus consejos.

La venganza comprimida aumenta en violencia e intensidad.

El miedo i el entusiasmo son contajiosos.

La tiranía es el talento de los hombres ordinarios e ignorantes cuando gobiernan.

Hai muchos hombres que, asi como el sol, parecen mayores en el horizonte que en su zenit o meridiano.

La intelijencia sin la memoria, no tendria materiales con que ejercer su actividad.

Los ineptos se elevan sobre los hábiles como las sustancias lijeras sobre las mas pesadas.

Las opiniones de un siglo causan risa o lástima en otros siglos.

El trabajo es amargo, pero sus frutos son dulces i agradables.

El valor mas resuelto es el que da la desesperacion.

Un gran crímen glorificado, ocasiona i justifica todos los demas crímenes i atentados que de él se desprenden.

Cada jeneracion, pareciendo ocuparse solo de su comodidad i felicidad, trabaja efectivamente para las jeneraciones siguientes i su posteridad.

La mala educacion consiste especialmente en los malos ejemplos.

Trabajo honesto produce riqueza honrada.

Es necesario saber mucho para poder admirar mucho.

Afectamos despreciar las injurias que no podemos vengar.

La moda determina la opinion de muchas jentes.

Nuestros mayores enemigos existen dentro de nosotros mismos: son nuestros errores, vicios i pasiones.

Queriendo parecer orijinales, llegamos á ser ridículos o estravagantes.

Nada incomoda tanto a los hombres malos como la luz, la conciencia i la razon.

La riqueza dora la sabiduría i los talentos, pero no los constituye.

La moda sanciona i justifica los mayores disparates i estravagancias de los hombres.

Los hombrss son pocas veces lo que parecen; ellos trabajan incesantemente por parecer lo que no son.

Es tan fácil sentir la felicidad como difícil es definirla.

Ser relijioso es el atributo mas honroso i sublime del hombre sobre la tierra: por esta cualidad es por la que él se distingue especialmente de todos los otros vivientes: erijiendo altares i templos a Dios, tambien en cierto modo se diviniza.

Afectar misterio en cosas frívolas i bagatelas, es prueba innegable de alma i corazon pequeños.

Dios es el único benefactor verdaderamente desinteresado..

El interes adopta i defiende opiniones que la conciencia reprueba.

Con resinas no se apaga el fuego, ni la cólera con malas palabras.

Nunca erramos el camino de la felicidad, cuando nos guiamos por el itinerario de la virtud.

Las circunstancias ordinariamente nos dominan, pocas veces nos obedecen.

La gravedad afectada provoca a risa i no granjea reverencia.

El mejor gobierno es aquél que agrada a los buenos i que los malos reprueban.

Todos se quejan, unos de los males que padecen, otros de la insuficiencia, incervidumbre o limitacion de los bienes que gozan.

Muchos hai para quienes el recelo de los males futuros es mas atormentador que el sufrimiento de los males presentes.

Quien en Dios confía i espera, nunca desespera.

El amor ablanda a los héroes, como el fuego derrite los metales.

La muerte de un avaro equivale al descubrimiento de un tesoro.

La intriga es un laberinto en el que de ordinario se pierde su mismo autor.

El lujo, asi como el fuego, tanto brilla cuanto consume.

Las esperanzas cuando se frustran agravan mas nuestros infortunios.

La afectacion de la virtud cuesta mas que su ejercicio.

La vida humana sin relijion es viaje sin derrotero.

La pereza gasta la vida como el moho consume el fierro.

Cuando los buenos capitulan con los malos, sancionan su propia ruina.

Dejar de gozar para no sufrir, es el secreto de bien vivir.

La virtud resplandece en la adversidad, como el incienso exhala su aroma sobre las ascuas.

(Continuará).

A LA PAZ (1).

ODA.

Al rejistrar las pájinas del mundo,
Al recorrer su desgraciada historia,
De llanto i sangre en piélago profundo
Se vé nadar a miseras naciones,
Víctimas ¡ai! de amargas disenciones;
Cuando en luctuosos dias
El fiero Marte de laurel ceñido,
Do quier blandiendo la incendiaria tea,
En su carro triunfal, de horror seguido,
De un polo al otro sin piedad pasea.

Rota la vela i el costado herido
Van las naciones como va el navío,
Presa infeliz de mar embravecido,
A quebrarse en el áspero bajío.

Todo entónce es horror... estruendo vago,
Desapasible ruido
Se escucha resonar; ruina i estrago
I llanto i sangre i sepulcral jemido
Lleva tras sí la furibunda guerra
Miéntras tiembla a su paso la alta sierra.

Van la viudez i la horfandad jimiendo
Al carro uncidas del feroz tirano
Cual miseras esclavas dando en vano
Al aire un hondo i funeral lamento.
La crueldad, la venganza, el odio insano,
No dan paz un momento;
I en el ardor de la feroz pelea
No hai esposa, ni hermano,
No hai patria, ni hai hogar; solo blandea
Aquí i allá la destructora lanza
Que ruina i muerte sin piedad desea;
Que torna en mares de caliente sangre
La campiña i el monte
Do la madura espina amarillea.

Todo sucumbe al golpe despiadado
De la contienda atroz; i sin aliento
Cae el progreso ante sus piés postrado;
Plega la ciencia sus tranquilas alas,
No ostenta el arte sus hermosas galas.

Monarcas, escuchad: ved las lecciones
Que con su voz austera i elocuente
Os enseña la historia:
Si amais a las naciones
Que os confiára la diestra omnipotente,
Si legarles quereis grandeza i gloria,
Alejad de su cielo el rayo ardiente
De la discordia cruel, que despedaza,
Que en incendio voraz su seno abraza.

Sí; tan solo la Paz, hija del cielo,
Puede legar al mundo la ventura;
Solo a la sombra de su verde oliva,
Que el céfiro acaricia con ternura,
Reposa en dulce, en plácido sosiego
Coronadas sus penas, el labriego.
Tan solo entónces el erial desierto
Se convierte en bellísima llanura
I en florido verjel el campo yerto;
Arrastra el rio su corriente pura
Sin lágrimas ni sangre enrojecida,
Dando al pasar frescura placentera
A los bosques que bordan su ribera.

Bajo el amparo de su amable ejida
Levanta el jenio su inspirado vuelo
I la ciencia atrevida
Con ala audaz remóntase hasta el cielo,
A sorprender al sol en su carrera
I a los astros que pueblan la alta esfera.
De la tierra penetra en las entrañas
A investigar la edad de su bautismo,
A preguntar al insondable abismo
Cuantas jeneraciones en su fosa
Dormidas yacen bajo eterna losa.

En carroza triunfal marcha el progreso
De la industria i las artes coronado,
El esplendor llevando
A la ciudad, al monte, al yermo prado.
Brinda entónce el comercio sus riquezas,
Abre la tierra sus veneros de oro;

(1) Esta hermosa composicion fué declamada en la solemne distribucion de premios a los alumnos del Seminario Conciliar de Santiago, el 6 del actual. Asistian al acto, entre otras personas notables, S. E. el Presidente de la República, el Ilmo. Señor Obispo de Himeria, los SS. Ministros del Interior, de Relaciones Esteriores i de Instruccion pública.

Miéntras dobla el cultivo sus bellezas
I el labrador esplota su tesoro.
Mil bajeles cruzando el ancho oceano
Los frutos de otras zonas a porfia
Veloces llevan al confin lejano
Do nace el sol i donde muere el dia.

¡Oh Paz divina! bienhechora amiga
De la virtud i el bien; tú que en contento
Convierte la fatiga,
I en sonrisa de amor el sentimiento;
Tú que das a los pueblos la ventura
I al hombre el bienestar, deten el vuelo
En nuestro puro i cristalino cielo.

Feliz mil veces la nacion dichosa
Que a tu sombra dormida
Recibe de tu diestra cariñosa
La bendicion querida.
Sí; mil veces feliz cuando te estrecha
En amoroso abrazo
I a ti se liga con eterno lazo.
Porque donde tú moras
Allí moran contigo
La santa libertad i el bien preciado;
Tú a la amable virtud prestas abrigo,
A la justicia amparo
I recompensas al saber preclaro.
Donde tú naces la amistad florece,
Donde tú mueres la discordia crece.

Por tanto el mundo te ama
Con delirante amor; por tanto eléva
A tu beldad risueña excelso trono,
I protectora de su bien te llama;
Por eso ante tus piés coronas lleva
De eterna gratitud, i mil cantares
A ti suspenden los tranquilos lares.

Mas, yo miro a las playas de Occidente
I no te veo allí, ¡oh Paz divina!
Yo no siento al pasar tu sombra amiga
Ni tu voz peregrina
Que el desaliento i el dolor mitiga.

Vuela ¡oh Paz! a las márjenes del Sena
I a las del Tíber plácidas riberas
Posa tu vuelo allá, i de amor llena
¡Ai! endulza sus notas lastimeras.
I donde quiera la discordia aliente
La destructora tea
Vé a arrancar de su diestra el rayo ardiente:
Bajo tu cetro todo el mundo sea.

EVANJELINA.

ROMANCE DE LA ACADIA.—TRADUCIDO DEL INGLES DE ENRIQUE WADSWORTH LONGFELLOW.—POR CÁRLOS MORLA VICUÑA.

(Continuacion.)

PARTE PRIMERA.

I.

En Acadia, del Minas a la orilla
Tranquila, silenciosa i apartada,
Del Grande Pré la encantadora villa
En un valle feraz se vé fundada,
Como el diamante entre esmeraldas brilla
Luce por verdes prados circundada,
I estos dan al lugar su nombre estraño
I pastos al innúmero rebaño.

A fuer de laborioso i precavido
Por defender su deliciosa aldea
Diques el campesino ha construïdo
Contra el flujo invasor de la marea;
Mas abriéndose paso el mar henchido
En la estacion propicia, se recrea
Cubriendo con su líquido azulado
La verde alfombra del estenso prado.

El trigo en rubias sementeras crece
Como dorado manto en la pradera,
El silvestre rosal allí florece
Al asomar la alegre primavera,
I cuando blanda sus corolas mece
Roba su aroma el aura lisonjera,
I a ocultar su botin vuela insegura
Del bosque secular en la espesura.

Sobre la blanca niebla al firmamento
Su frente eleva al empinado monte,
Con la bruma marina juega el viento
I oscurece el confin del horizonte;
Mas no se vé que al huracan violento
El campesino a combatir se apronte,
Porque jamas su rauda catarata
Sobre el Grande Pré la tempestad desata.

Al uso de la antigua Normandía
Del rei Enrique en los tranquilos años
Construye el aldeano su alquería
Con maderos de encinas i castaños;
Allí a la luz del moribundo dia
Del agreste portal en los escaños

Se sientan, con sencillos corazones,
A recordar sus santas tradiciones.

Cuando el sol se despide de la aldea
I con su último rayo vespertino
Esmalta la encumbrada chimenea,
La familia escarmena el pardo lino;
El fresco soplo de la tarde orea
La sien del fatigado campesino;
La aldeana ostenta su sencilla gala
I el campestre jardin su aroma exhala.

Tras los enrojecidos nubarrones
Húndese al fin el sol en el ocaso,
I sube repartiendo bendiciones
El cura del lugar con lento paso;
Rodéanlo rapaces juguetones
A quienes cuenta prodijioso caso,
I las lindas zagalas de su asiento
Se alzan con respetuoso acatamiento.

Del pueblo silencioso i solitario
La luz crepuscular los techos baña,
Anuncia la oracion el campanario
Con queja melancólica i estraña,
El humo, cual de místico incensario,
Asciende en espiral de la cabaña,
I acariciado por letal beleño
El rendido aldeano se da al sueño.

Viven así los buenos labradores
En dulce calma i plácida armonía,
Ajenos a los lúgubres temores
Que infunde la malvada tiranía,
Sin sentir los tormentos roedores
Con que la envidia nos destroza impía;
I un cerrojo, una llave, insulto fuera
Donde absoluta la confianza impera.

Benito Bellefontain su granja habita
A una distancia breve de la playa;
Próximo el mar su arena deposita
I su música blanda la ola ensaya.
Jamas se ha dicho que enlutada cuita
Ese tranquilo hogar invadido haya,
Que es su custodia, anjélica doncella
Prez de ese campo i de su cielo estrella.

Carga setenta inviernos el anciano,
I es su porte jentil, su aspecto noble,
Mostrando erguido su cabello cano
Como en la selva secular el roble;
Aun no vacila trémula su mano,
Clara es su vista, su actitud inmoble;
Entre nevados flecos su sien brilla
I es cual hoja de otoño su mejilla.

Diezisiete risueñas primaveras
Hace que vino al mundo Evanjelina;
Lozana cual la flor de las praderas
Con su inocencia i su beldad fascina;
La luz de sus pupilas hechiceras
Se derrama en su torno i la ilumina,
I aunque remedan a la noche oscura
Mas brilla entre su sombra la ternura.

Cuando en la tarde el campesino siega
La rubia mies del seductor paisaje,
Fresca bebida a escanciarle llega
Bajo la amena sombra del ramaje;
Mas nunca tanto su primor despliega
Como al pasar ceñida de albo traje,
Obedeciendo la señal sonora
Que la llama a la iglesia con la aurora.

Son entónces su orgullo i su elegancia
Rojo collar i cándido tocado;
Heredólos la niña allá en su infancia
Como afectuoso maternal legado;
Es el modesto ajuar que desde Francia
Varias jeneraciones han usado,
I en el largo trascurso no hai ejemplo
De vérsele lucir fuera del templo.

A veces con profundo desconsuelo
Que hai sombras en su espíritu imajina,
I santa luz que desvanezca el duelo
Pide al confesonario Evanjelina.
Levantados los ojos hácia el cielo
De allí a la granja orando se encamina
I, cual suave música fenece,
En su tranquila marcha desparece.

Domina aquella granja pintoresca
Desde agreste colina al oceano;
Sobre el ancho portal su sombra fresca
Un alto sicomoro estiende ufano;
Cuelga las burdas redes de la pesca
En la inmediata cerca el aldeano,
I un musgoso brocal de allí vecino
Anuncia un pozo dulce i cristalino.

Detras de la mansion se alza el granero
I en su seno la mies al techo alcanza;
Hacinados están bajo el alero
Los rotos instrumentos de labranza;
El gallo en el harem reina altanero,
Férrea cadena al terranova afianza,
I en la veleta que jirando chilla
Jime de amor la tórtola sencilla.

Así en paz con el cielo i con el mundo
Moraba el labrador en la ribera,

I Evanjelina manantial fecundo
De su ventura i sus delicias era;
Cuando en silencio mistico i profundo
A la pura beldad de la pradera
Ante el altar los rústicos miraban,
Cual vision celestial la contemplaban.

I hallaban nuevo i relijioso encanto
Cuando ella meditaba al pié del ara,
Como si su candor con poder santo
Para el cielo las alma cautivara.
¡Feliz el que la orla de su manto
O su mano purísima tocara
I el que a su lado percibiera un dia
Que el tierno corazon por él latia!

El único esperado con anhelo,
El único con júbilo acojido,
Era Gabriel, por el benigno cielo
Con tan precioso don favorecido;
Era herrero su padre, por modelo
De honradez i valor allí tenido,
A quien ligaba una amistad estrecha
Con Bellefontain desde remota fecha.

Gabriel i Evanjelina allí nacieron
I allí los dos desde su albor temprano
Triscando en el pensil juntos crecieron
Cual bajo un techo hermana con hermano;
Discípulos amantes ámbos fueron
Del bondadoso abate Feliciano,
I así el abecedario en su rodilla
Aprendieron los dos de una cartilla.

I cuando terminadas las lecciones
Los infantiles himnos entonaban,
Con la nota final de sus canciones
A la encendida fragua ámbos volaban;
Con alegres festivos corazones
Desde el umbral atónitos miraban
Como se trasformaba el hierro ardiente
A voluntad del arte intelijente.

En las lóbregas noches del invierno
Como dos melodiosos ruiseñores
Ensayaba aquel par su canto tierno
Al compas de los fuelles crujidores;
La fragua, viva imájen del infierno,
Tornaba con sus vívidos fulgores
En piélago encendido el libre espacio
I el mar azul en líquido topacio.

Cual plegadas las alas, de la esfera
El águila caudal en raudo vuelo
Como saeta alijera, certera,
Sobre escojida presa baja al suelo,
Cruzar solia en rápida carrera
Su trineo pintado el blanco hielo,
Desatando el cabello Evanjelina
Al soplo de la brisa matutina.

Cuando el níveo sudario despareco
I en la estacion risueña de las flores
La hermosa creacion rejuvenece
Con encendidos májicos colores,
El semblante del niño resplandece,
Siente en su corazon nuevos ardores.
I así en los nuestros ejerció su imperio
Aquel sublime natural misterio.

Manaba de sus pechos la ternura
Como un raudal de plácida armonía,
I al himno que elevaba la natura
En sus almas un eco respondia;
Así la poma bajo el sol madura,
Rasga el broche la flor, llegado el dia,
I así brotan sabrosos i süaves
Los no aprendidos cantos de las aves.

Como una fresca i límpida corriente
Se deslizó su venturosa infancia,
I hoi esparce la vírjen inocente
Cual modesta viola su fragancia.
Gabriel exhibe en su serena frente
De varoniles años la arrogancia,
I orgullo son del pueblo candoroso
Ella tierna i amante, él vigoroso.

II.

Como la negra noche al claro dia,
Así sucede al fúljido verano
La estacion melancólica i sombría
Que en páramo trasforma el verde llano
Fugaz como una rápida armonía
Solo consuela al corazon humano
El calor de noviembre que reviste
De verdor pasajero el campo triste.

Encendido fulgor en el oriente
De nuevo entónce en la mañana asoma,
Irguen las flores la abatida frente
Para morir al exhalar su aroma.
Sobre el mundo la Paz abre clemente
Sus bendecidas alas de paloma,
I hasta el seno voraz del Océano
Obedece a su influjo soberano.

Dánse tregua en la lid los elementos,
I en voz del aquilon que al aire oprime,
El apacible soplo de los vientos
I la onda azul que resbalando jime

Modulan con sus flébiles acentos
Una plegaria trémula i sublime,
Que, cual virjen de rosas coronada,
Se remonta a la bóveda estrellada.

Desde su nacarada tienda de oro
El sol preside la brillante escena,
La pluma esmalta al pájaro canoro
Que entona en gratitud su cantinela;
Aljofarado el matutino lloro
Brilla en el prado bajo sombra amena,
I entero reproduce aquel paisaje
Cada trémula gota del ramaje.

Las horas del reposo i el sosiego
Al caluroso dia han sucedido;
Su clámide de pûrpura i de fuego
Del cielo azul la tarde ha recojido;
Cae ya de la noche el sútil riego
I la arjentina luna ha aparecido,
Hiriendo apénas con su fria lumbre
Del rojo monte la empinada cumbre

Tornan a los rediles las majadas
Restregando los cuellos blandamente;
Los brutos con narices dilatadas
Aspiran de la tarde el puro ambiente;
El carnero que guia sus pisadas,
De su vellon nevado i reluciente
I de las cintas con que le han ceñido
Viene graciosamente envanecido.

Sigue el pastor; el perro va a su lado:
Guardian paciente de importancia lleno,
Recorre a veces presuroso el prado
Rompiendo ancha vereda por el heno;
Al verlo el corderillo rezagado
De su blanco rebaño torna al seno,
Que asi respeta al adalid valiente
Que del lobo lo guarda dilijente.

De la inmediata i anchurosa vega
Do crecen el carrizo i la espadaña,
Donde el arroyo entre las guijas juega
I con diáfanas ondas la mies baña,
El tosco carro rechinando llega
De pasto henchido i de flexible caña,
Anunciando al ganado su alimento
Con el aroma que desparce al viento.

El fiel frison sacude la melena
Salpicada de gotas de rocio,
I su relincho áspero resuena
Hasta la márjen del cercano rio.
Larga i pesada ha sido su faena
Sin que desmaye un ápice su brio,
Que miéntras mas su recompensa tarda
Sobrelleva mejor la dura albarda.

Con mansedumbre fiel la vaca espera
Que su leche a esprimir llegue la aldeana,
Miéntras atada a un árbol la ternera
Por ir al seno maternal se afana;
Llega al fin la zagala, i placentera
Estruja la ubre con presion tirana,
I al sonoro colodro baja en suma
Nevado arroyo levantando espuma.

De los zagales con la risa abierta
Monótono el bramido del ganado
Por un lijero instante se concierta
En medio de aquel rústico cercado.
Luego de golpe ciérrase la puerta,
Rechina el sacudido enmaderado,
I, cesando de pronto aquel rüido,
Todo queda en silencio sumerjido.

Dentro de aquella granja está el labriego
Sentado ante encendida chimenea;
Ya al cielo alzó su vespertino ruego
I en reposo indolente se recrea.
Al fragor de los leños entre el fuego
Figúrase asistir a atroz pelea
En que sangre a torrentes se derrama
De incendiada ciudad entre la llama.

La roja luz que en el hogar fulgura
Con caprichoso injenio le retrata;
En jigantesca sombra su figura
Proyecta en la pared mas inmediata.
Los monstruos de su silla en la escultura
Rien al resplandor de la fogata,
I cual de oro bruñido la vajilla
Con el reflejo en la alacena brilla.

El anciano modula los cantáres
Que en su infancia ensayó con la zampoña,
Ora por los normandos valladares
Ora en las verdes viñas de Borgoña;
I asi como en los bosques seculares
Del tronco al lado el vástago retoña,
A sus plantas hilando Evanjelina
En sus duras rodillas se reclina.

Con su crujido la jirante rueda
Al canto de Benito forma coro,
I cuando en pausa repentina queda
Liga sus coplas con rumor sonoro.
Asi se oye en el templo al aura leda
Llevando de oraciones el tesoro,
I el eco de los pasos so la nave
Cuando el órgano acalla su voz grave.

Percíbese de pasos el rüido;
La sacudida aldaba al punto suena,
Al herrero Benito ha conocido
I suspende su patria cantilena;
A su fiel corazon prestando oido,
Con esa perspicacia asaz serena
Que el amor desarrolla, Evanjelina
Quien viene de él en séquito adivina.

«¡Sed bienvenidos! el labriego esclama,
Cuando Basilio en el umbral parece;
Entrad i junto a la encendida llama
Ocupad el sitial que os pertenece;
En el cancel vecino uso reclama
La pipa que el mecánico apetece;
Tu faz se ensancha i brilla cuando fumas
Como la luna llena entre las brumas.»

«Quién tuviera tu espíritu, contesta,
Al labrador el taciturno herrero:
Siempre vaga en tus labios chanza presta,
I es tu lenguaje alegre i lisonjero;
Mas miéntras tú, Benito, estás de fiesta,
La borrasca se enjendra en este otero
I se ofrecen de Acádia al habitante
Solo infortunio i destruccion delante.»

Estiende a Evanjelina su ancha mano
Para cojer la pipa ya encendida,
I lentamente con lenguaje llano
La plática prosigue interrumpida:
«Hace ya cuatro dias que el britano,
Con el arma hácia tierra dirijida,
En el Gáspero surje i hasta ahora,
Cuáles son sus propósitos se ignora.»

«Se nos ha dado perentoria cita
Para la iglesia parroquial mañana,
Donde del rei exhibiráse escrita
La voluntad augusta, soberana;
Cuando de viva voz se la repita,
Lei será en la colonia americana,
I el pueblo fiel presentimiento abriga
De que la nueva lei es su enemiga.»

Lleno de fé contéstale el labriego
Con acento pacífico i süave:—
«¿Por qué siniestro se supone el pliego,
Que condujera la gallarda nave?
Quizas de Albion el excesivo riego
Sus sementeras maltrató. ¿Quién sabe
Si vienen a pedirnos provisiones
Para sus desoladas poblaciones?»

«No piensa así la turba de la villa,
Dice el herrero, i en señal de duda
Sacude la cabeza: en esa quilla
Viene flotando una venganza ruda.
No olvida la anglicana camarilla
Ni a Beau-Sejour ni a Port Royal; se escuda
Ansiando que su suerte se resuelva,
La inquieta plebe en la vecina selva.»

«El pueblo de sus armas despojado,
Inerme ante los vándalos feroces,
Habrá de someterse resignado
A sacrificios bárbaros i atroces;
En nuestras manos solo han respetado,
Las rejas, los martillos i las hoces;
I con ellos, Benito, nadie piensa,
De nuestra hermosa villa en la defensa.»

Aun mas su acento el labrador suaviza
I replica a esa lúgubre pintura:
«Sobre la verde grama que tapiza,
Esta feraz, magnífica llanura,
Del mar ceñido cuyas crestas riza
El aura fresca, melodiosa i pura,
Mas libre estás de cárcel i cadena,
Que guarecido en erizada almena.

«Disipa, buen Basilio, tus temores
En este hogar, en tan hermoso dia,
No haya sombras ni tétricos rumores,
Que es hora de noviazgo i de alegria;
Los jóvenes galanes labradores
Hoi acaban la rústica alquería,
I como personaje necesario,
No tarda con sus gafas el notario.»

Aparte, reclinada en la ventana,
La diestra entre las manos de su amante,
Atenta oia la preciosa aldeana
Aquella discusion interesante;
La última reflexion pinta de grana
Su candoroso, seductor semblante,
I cuando ya el silencio se establece,
El buen notario en el dintel parece.

(Continuará).

UNA APUESTA.

El año 1859 acaba de entrar a la vida.

La sociedad de Copiapó se encuentra envuelta en una de esas grandes tempestades sociales que se llaman revoluciones. El pueblo como una inmensa oleada se aji-

ta por todas partes. En medio de la tranquilidad de la noche se dejan oir sordos rujidos i el choque de las armas.

Se conoce la historia de este movimiento que estalló en la noche del 6 de enero de 1859. No es, pues, nuestro objeto diseñarlo. Vamos solamente a recordar un curioso episodio, conexion estrecha con el drama-revolucionario.

En una de las calles mas retiradas de la ciudad de Copiapó se levantaba una casa, antiquísima por su construccion i que era habitada por una familia de regular fortuna. De esa casa todavía se ven los toscos i formidables muros, abandonados, desiertos i que parecen desafiar al tiempo.

El padre de esa familia ha muerto i su hijo mayor, mozo de 23 años, es el jefe de la casa. Vivaz i entusiasta, lleno de juventud i de vida, el jóven Pedro, apénas hubo estallado la revolucion, se enroló en las filas del ejército constituyente. Aquella efervescencia, aquel toletole halagaba a su carácter revoltoso i decidido por las escenas tempestuosas, por los grandes escándalos.

Poseedor, lo hemos dicho ya, de una regular fortuna, se habia entregado a una vida demasiado libre, a una vida licenciosa, esta es la palabra. Por esto i por su proverbial jenerosidad se veia siempre rodeado de adhesiones, circundado de amigos que estrechaban su mano, que aplaudian sus locuras, que luchaban a porfía por formarle una aureola de popularidad que estuviese a la altura de sus merecimientos.

La noche en qué tiene lugar la escena que vamos a referir, Pedro se encuentra en su casa. Ved un salon elegantemente adornado. Sobre los arrimadores hai hermosos bustos de mármol i de bronce. Las paredes del salon ostentan magníficos cuadros, descollando entre ellos una bella pintura al oleo que representa a Vénus. Basta penetrar allí, tender una mirada alrededor para comprender que es ésa la morada de un epicureo de primera nota.

Son las doce de la noche. Cuatro amigos están en compañía de Pedro, todos alrededor de una mesa, jugando una partida de malilla. Las copas se cruzan sin cesar, chocándose unas con otras i los conmensales discuten con animacion. El dinero ruedá sobre el tapete. Pedro ha perdido. Pero el jóven libertino tiene un profundo desprecio por el dinero i lo arroja en el juego sin miramiento i con desden.

La malilla es un juego que fastidia i en que, despues de muchas partidas, los adversarios concluyen la mas veces por salir en paz o poco ménos. Esto disgusta a nuestros alegres jóvenes que por momentos van sintiendo aumentarse su sed de grandes emociones. Quieren provocar a la suerte de un solo golpe. La época es de batallas i, abandonando la táctica de las guerrillas, desean arrojarse en peloton al medio del combate. Su sangre se enardece, sus nervios se ajitan con enerjía. Los vapores del licor han principiado a producir su efecto.

—¡Pongo un monte! grita de repente un jóven rubio, alto, ojos rasgados, nariz aguileña i un poco encorbada, cuyos crespos cabellos se sentian acariciados por una blanca i fornida mano.

El que desafiaba tendria apénas unos veintiun años i ya en su fisonomía se dejaba ver la marca indeleble que dejan las largas noches de insomnio i sobre todo, esa vida de ajitaciones i de orjías que, enervando el alma, debilitan i hacen caducar al cuerpo.

—¡Pongo un monte! dijo por segunda vez e hizo correr hácia adelante un puñado de monedas de oro i plata. Entre estas últimas habia una gran mayoría de pesos constituyentes, tan populares entónces i hoi completamente olvidados.

La propuesta fué aceptada. Se cambiaron los naipes, se llenaron nuevamente las copas i fueron en seguida apuradas.

Renunciamos a describir aquí el cuadro imponente pero miserable que ofrece a la vista del frio espectador una mesa de juego. El semblante del jugador es un espejo en que se reflejan con entera exactitud las emociones de su alma. Lívido como la muerte primero, encarnado como una rosa en seguida, alegre como una esperanza, terrible como una maldicion, aquí sonriendo, allí amenazando, hoi Eduardo acariciado por la fortuna, mañana Alberto acusado de ladron, el jugador es un sér que sorprende, que repugna, que rechaza, que causa compasion.

Alguien ha dicho que el juego es la lepra del alma. Pudiera agregarse que es el infierno de la vida. El alma del jugador es un desierto. Como todo desierto, solo produce fieras. En las puertas de esa caberna que se llama el crimen, se levanta este es-

pectro: el jugador. Tocadlo con vuestro dedo i descenderá hasta la sima.

Hai un sér en el mundo que vive de la muerte: es el verdugo.

Hai un sér en el mundo que es la muerte misma: el jugador.

El primero es el ajente de la justicia. El segundo es la personificacion mas caracterizada del vicio. Todo lo noble, todo lo grande, todo lo santo acaba en el jugador. Del abecedario del crimen, el jugador es el alfa i es tambien el omega.

Pero volvamos a nuestra narracion.

La partida de monte habia continuado con ese vértigo que se apodera de aquéllos que, de buenas a primeras, han puesto su fortuna, el pan del dia siguiente, la honra propia, la de sus familias, todo lo que valen i todo lo que tienen a la carta de los naipes que juzgan será, segun sus reglas, la que gane. La fortuna, protectora de algunos, habia herido a otros. Pedro estaba entre los últimos. No habia sacado una sola suerte. Ponia su dinero sobre una carta i parecia que la mano de una misteriosa fatalidad hacia salir la contraria.

—Amigos! dijo Pedro, levantándose de su asiento aparentemente tranquilo i su voz balbuciente por el licor. Me habeis ganado doscientos duros: perdidos en el juego, tirados en la orjia, todo es lo mismo. La sota de espadas vale para mi tanto como la mas esbelta, la mas voluptuosa mujer: tapo las patas a la primera con la misma buena voluntad con que acaricio el rostro a la segunda.

—Ea, amigos, continuó Pedro, separándose de la mesa i paseándose a lo largo del salon con tembloroso paso. Basta de juego. Apuremos otra copa. Bebamos a la salud de esta noble revolucion cuyos estandartes victoriosos el pueblo de Copiapó clavará mañana en las plazas de nuestra capital.

Los cuatro amigos chocaron sus copas en medio de gritos de entusiasmo i Pedro continuó:

—Ahora me resta cumpliros la palabra empeñada. Nunca le he vuelto la espalda i es esto mi orgullo i mi alegría. Habeis dicho, Julio, que soi un cobarde. Vosotros tres aplaudisteis. La bella Laura se adhirió a vosotros i yo, ante las hermosas que nos acompañaban en la tertulia de anoche, fui el objeto de la risa. Pues bien! Vuelvo por mi honor ultrajado. No soi un cobarde. Anoche os cité para un desafío i hoi quiero cumplir mi palabra.

—¡Bravísimo! interrumpió Julio apurando otra copa de cerveza. Estoi por el desafío. Manos a la obra. No se diga que todo un capitan de zuavos, de ese noble rejimiento, que está en vísperas de volar a los combates, ha tenido miedo.

—¡Miedo! vociferó Pedro con una viva animacion. No conozco a ese caballero. En pocos dias mas me alejaré de vosotros entonando *La Constituyente*, esa *Marsellesa* de nuestra revolucion. Acepto el partido a que me provocó anoche la hermosa Laura i que vosotros aprobasteis.

—Son las doce de la noche, continuó, despues de una lijera pausa. La hora de los duendes i las brujas. Nueve cuadras nos separan del cementerio. Os he prometido acudir allí, visitar esa mansion de los muertos, profanar impunemente sus tumbas i arrancar de la hueda comun la mas raida calavera para volver aquí e invitaros a beber en ella una copa al triunfo de nuestra revolucion. I bien! estoi dispuesto a cumplir esta promesa ahora mismo.

—¡Que viva la profanacion! gritó Luis i gritaron sus compañeros, palmoteando las manos a una. Os esperamos en este mismo sitio, agregó el primero. Hai algo de bello en un soldado del porvenir pisoteando la frente de los que fueron. Señores, os pido un brindis a la salud del gallardo capitan de zuavos, nuestro amigo Pedro.

—Esperad, interrumpió éste: me lo dareis cuando lo haya merecido. No es lo mejor tributar aplausos al champagne o a la cerveza ántes de haberla saboreado, ántes de habernos embriagado con sus aromas.

Diciendo esto, Pedro se dirijió a la pieza vecina, abrió un magnífico ropero i sacó una capa conque se embozó hasta los ojos. Abrió en seguida una cómoda i, cojiendo un par de pistolas, se las ciñó a la cintura. Volvió al lado de sus amigos, se caló el sombrero i

—Hasta luego, amigos mios, dijo. No necesito deciros que estais en vuestra casa. Pronto me tendreis de vuelta i sabreis si es cierto que soi un cobarde.

Julio i los otros jóvenes vieron salir a Pedro, con una especie de estupor. Habia tal resolucion en su semblante que no se atrevieron a dirijirle ni una sola palabra. Por lo demas, tenian poco interes en que Pedro renunciase a sus proyectos. Habian

adquirido el hábito de las escenas dramáticas. Tenian curiosidad de ver en qué paraba la locura del capitan. Esperaban por momentos verlo aparecer con la calavera en una mano, siempre alegre, siempre festivo i provocador. I despues, Pedro tenia particular aficion a las aventuras peligrosas. Por esto sus amigos lo azuzaban sin cesar para arrojarlo en ellas. Esto los hacia reir. Provocaba sus mas entusiastas arranques de buen humor.

La noche está oscura i silenciosa. Allá, a lo léjos se escucha de tiempo en tiempo el grito descompasado de los venteros. La voz del centinela es apagada por el ruido de las patrullas revolucionarias que recorren las calles.

A la luz de los faroles se vé la figura de Pedro que marcha precipitadamente. Atraviesa la plaza de Armas, responde a un ¡quién vive! de los centinelas i sigue en direccion al cementerio. Por mas que aparente despreocupacion, se halla interiormente ajitado por ése no sé qué misterioso que se apodera del ánimo cuando uno se encuentra en las vecindades de las tumbas.

El valor mas probado tiene ciertos momentos de debilidad que avergonzarian a un niño. No hai *espíritu fuerte* que una vez siquiera no haya temblado en presencia de una vision del otro mundo. Esos terrores supersticiosos, si se quiere, pero terrores al fin, son la herencia de la naturaleza humana. Nuestro héroe es una prueba de ello. Ni su enerjía tradicional, ni su carácter varonil, ni el ¡qué dirán! de los que saben su promesa, ni los vapores del vino son bastante a impedir que su corazon se hiele por momentos ante la idea de lo que tiene que hacer. Para valernos de la elocuente espresion chilena, Pedro *"hizo de tripas corazon* i siguió decidido i resuelto camino del cementerio.

Llega por fin a un costado del edificio i como el mas diestro acróbata, tirada la capa sobre los hombros, escala la muralla, se monta a dos piernas sobre ella, lanza una imprecacion terrible, como animándose a sí mismo, i de un salto se pone a la parte interior del cementerio. Nada mira, nada quiere oir. Hasta el silencio de la noche parece respetar aquella fúnebre morada. Pedro la profana. Hácia el centro, en medio de la oscuridad, se divisa la huesa comun elevada hasta una altura de ocho metros. Nuestro héroe se dirije maquinalmente hácia ella. Sus pasos suenan roncamente al caer sobre el fofo terreno de las sepulturas. Llega al pié de una escalera que conduce a la parte superior de la huesa i sube con una precipitacion vertijinosa. Encuentra una puerta i en esta puerta un candado que la asegura. Rompe el candado, la puerta se abre i ved ahí a Pedro, inconmovible, frio, que hace sonar sus tacos sobre los secos esqueletos que yacen allí amontonados. A tientas por la oscuridad, recoje una calavera, la que encuentra mas a la mano.

En seguida vuelve sobre sus pasos. Su valor, su enerjía han triunfado i se dirije hácia la puerta de la huesa para abandonar ese lugar de desolacion i llegar a su casa. Ya se imajina estar en presencia de sus amigos diciéndoles: «¡miserables! dudateis de mi valor! I bien! En castigo de vuestra temeridad vais a acompañarme a beber una copa en esta calavera».

A muchos habrá sucedido, por lo ménos en su niñez, algo que es mui comun. Se tiene bastante resolucion para penetrar hasta el fondo de un lugar oscuro. El paso va firme, el corazon sereno i tranquilo. Volved hácia afuera ¿no es verdad que se os hiela la sangre, que apresurais el paso sin saber por qué, que temeis os sujete álguien de la espalda? Sinembargo, no mirais hácia atras.

Un hombre desgraciado no mira nunca para atras. Demasiado sabe que le sigue la desgracia. Esta observacion es de V. Hugo.

Algo mui semejante sucede al hombre cuando es presa de esa especie de terror inesplicable, pero tambien ineludible, que se apodera del ánimo en ciertas ocasiones. Pedro, al abandonar la huesa, sintió ese terror. Le parecia que álguien—vision, demonio, brujo, duende, álguien en fin,—lo iba a detener. Siempre mirando hácia adelante, con una ajitacion indecible i como si quisiera suprimir con sus miradas la distancia que de su casa le separa, se dirije a la escalera, cierra con precipitacion las puertas de la huesa tras sus pasos i quiere descender.

Al tocar el primer peldaño, siente que una mano poderosa lo retiene por la capa. En este momento terrible, angustioso, le parece sentir al mundo oprimiendo su cabeza i cree ver las furias del infierno aji-

tándose a su rededor. Silbaron sus oidos, su corazon dejó de latir i el cuerpo del bravo capitan de zuavos rodó inerte, sin vida. Ese supremo terror, sobrecojiendo su alma, le arrancó la existencia.

Entre tanto, Luis i sus compañeros comenzaron a sentir zozobra por la tardanza de Pedro. Los primeros rayos de la aurora principiaron a estender sus reflejos. La naturaleza recobraba su habitual alegria.

Nuestros jóvenes salieron de casa de Pedro a buscar a su amigo. Cuando llegaron al cementerio era ya de dia. Se comprenderá cuánta no seria su sorpresa al encontrar al jóven capitan de zuavos tendido al pié de la huesa sin dar señales de vida.

El hecho de la muerte de Pedro fué ya fácil de esplicarse. Al bajar precipitadamente la escalera i al cerrar las puertas de la huesa, dejó oprimido entre éstas un estremo de su capa. Efectivamente, al otro dia la capa estaba aun prendida de la cerradura.

Tal fué el desgraciado fin de este jóven. Naturaleza ardiente, fogosa i estremadamente vana, no queriendo ver humillado su orgullo, fue victima de su propia temeridad.

Es fama que Laura, Julio i demas, celebraron mas tarde el triste fin del desgraciado Pedro, i hasta hoi se recuerda por algunos pocos la historia del brindis en una calavera a la salud de la revolucion de enero.

Santiago, enero 10 de 1872.

RÓMULO MANDIOLA.

¿POR QUÉ TRIUNFA?

Áspero, escabroso camino hace en la vida la virtud: espinas en el suelo, en el cielo sol abrasador. Los piés manando sangre, cubierta de sudor la frente, lleno de angustia el corazon i de lágrimas los ojos, así hace la virtud su afanosa marcha.

El odio, le asesta, desde sus emboscadas, tiros envenenados, el reptil de la calumnia le muerde, los que la ven pasar mustia i humilde la befan i la escarnecen.

El vicio lleva la frente levantada i altanera, flores huellan sus piés i hace su camino cantando sus victorias i la humillacion de la virtud, en este mundo anchuroso de placeres nada le está vedado.

La virtud pasa abatida i llorosa; en el mundo vence el vicio. Los hombres lo aplauden i victorean.

Mas ¿por qué triunfa el mal, si Dios es justo?

Porque del vicio es el reino de este mundo.

En el dia de la cosecha, quien sembró placeres cojerá dolores; quien sembró humillacion i sufrimiento cojerá el gozo que no perece.

RAFAEL B. GUMUCIO.

¡CREE, ESPERA I AMA!

—Playas hermosas, que diviso frente a mi llenas de encanto, ¿por qué no os dejais abordar jamas!

Remo i remo sin descanso. Inmenso trecho voi dejando atras. Olas i olas corta crujiendo la quilla de mi barca. Venzo tormenta tras tormenta. Paréceme que vuelo a impulso de mis remos movidos por mis brazos juveniles. ¡I nunca llego a vosotras!

Siempre os veo allí. Jamas, como otras playas, os perdeis de vista ni os ocultais. Cercanas os miro siempre. Loco de deseo, loco de entusiasmo, ansioso de descansar a la fresca sombra de vuestros bosques, de subir a vuestras verdes colinas, sediento de beber el agua de vuestras cristalinas fuentes, remo con mas fuerza, paréceme que ya os alcanzo.... Mas vosotras, esquivas i crueles, tanto os alejais de mí cuanto a vosotras me acerco.

¡Sois misteriosas, oh playas! Cuando algun dia me cansa vuestro risueño panorama, al lucir el otro dia, mudais de galas. Cada dia os veo otras; pero siempre encantadoras. Vuestros hechizos de ayer, no son vuestros hechizos de hoi i mañana habreis cambiado de faz.

¡Playas hechiceras, u ocultad a mis ojos vuestros primores o dejadme alguna vez

llegar hasta vosotras! Ya me canso de remar!

¡Por piedad, seductoras playas de la dicha, que siempre estais tentando mi codicia, que cada dia me estais brindando un encanto nuevo, u ocultad a mis ojos vuestros halagos o rendíos alguna vez compasivas a la constancia con que os persigo, que ya me canso de remar!

* * *

—¡No te afanes, pobre jóven! Jamas has de tocarnos, porque, tan hermosas como nos ves, somos ilusorio miraje, reflejo tan solo de otras playas que están allá arriba frente a nosotras. Allá son realidad los encantos i las galas que son mentidas en nosotras.

Rema, jóven, rema. Sea la fé tu faro i tu timon, la caridad hinche tus velas i la esperanza sostenga la fuerza de tu brazo, para que nunca te canses de remar.

Cuando tu ánimo comienze a desfallecer, miranos a nosotras, i piensa que somos el reflejo de las verdaderas playas de la dicha.

Vendrá un dia la última tormenta. Soplará el viento recio como nunca; destrozará tu barca contra las rocas. Habrá concluido el viaje i habrás llegado a las playas que codicias.

Entre tanto, ¡cree, espera i ama!

Santiago, enero 11 de 1872.

RAFAEL B. GUMUCIO.

EL VANO.

Paseábase un vanísimo sujeto,
I un socarron tambien se paseaba,
El cual interiormente maquinaba
Ajar la vanidad del indiscreto.

Fingiendo, pues, poquísimo respeto,
Cada vez que con él emparejaba,
Burlon se sonreia i le miraba,
Como si viese el mas risible objeto.

Tanto lo repitió que llegó el caso
De que el vano, a quien esto mortifica,
Airado le dijese:—Señor mio,

¿Por qué se rie usted cuando yo paso?
Mas el otro sereno le replica:
—¿I por qué pasa usted cuando me rio?

M. REMENTERÍA.

LA SEÑORA STAVOREN.

LEYENDA HOLANDESA.

Hace dos o trescientos años, Stavoren era una hermosa ciudad que se estendia a lo léjos tras el banco de arena sobre el cual apénas flotan en el dia unas pobres espigas de trigo.

La persona mas rica de Stavoren era una señora cuyo nombre ya nadie recuerda.

Soberbia con su oro i sus propiedades, era dura de corazon con todos los pobres i solo tenia una pasion: la de aumentar siempre sus tesoros.

Tenia buques que hacian el comercio en todos los punto del globo i que volvian cargados de preciosas mercancías.

Un dia esta señora llamó al capitan de uno de sus buques i le dijo:

—Daos a la vela i traedme lo que haya de mas precioso en el mundo.

El capitan, acostumbrado a recibir órdenes positivas i detalladas, preguntó respetuosamente a la señora lo que entendia por estas palabras: «Lo que hai de mas precioso en el mundo.»

Pero la señora le mandó callar i que partiera sin dilacion a ejecutar sus órdenes.

El marino se encontraba mui embarazado, pero no insistió, porque conocia el jenio irascible de la señora. Partió, pues, sin saber dónde debia encontrar lo que se le pedia.

Despues de mucho reflexionar se dijo por fin:

—Voi a llevarle un cargamento del trigo mas hermoso que existe en el mundo. ¿Qué hai, en efecto, mas precioso que esos nobles

granos sin los cuales ningun hombre puede pasarse?

Por consiguiente, se hizo a la vela para Dantzic, tomó un cargamento del mas hermoso trigo i volvió a Stavoren. En el camino pensaba con inquietud en el recibimiento que le haria la señora; pero ya no podia retroceder.

Cuando entró en el palacio de la señora con el sombrero en la mano i bastante confuso, ella pareció mui sorprendida.

—¡Cómo! ¿ya de vuelta, capitan? te creia sobre las costas del Africa buscando el oro mas puro i el mas hermoso marfil. ¿Has saqueado, por ventura, alguno de esos bribones de mercaderes hamburgueses? Vamos al puerto: quiero ver en el acto tu cargamento.

El capitan comprendió por estas palabras que no habia conseguido su objeto, i respondió temblando:

—Señora, os traigo el trigo mas hermoso que me ha sido posible encontrar en toda la superficie de la tierra.

—¡Trigo! esclamó ella; ¿cómo te atreves a traer semejante miseria?

—No creia que fuese tan despreciable lo que nos da todos los dias tan buen pan.

—¡Idiota! gritó la señora encolerizada; voi a enseñarte el caso que hago de tu cargamento. ¿Por qué costado entró de tu buque?

—Por estribor.

—¡Pues bien! te ordeno que en el acto arrojes al agua por babor todo el cargamento de tu buque. Pronto iré yo misma a ver si han sido cumplidas mis órdenes.

El capitan salió todo turbado. Titubeaba en cumplir una órden que le parecia un crímen. Se apresuró a reunir el mayor número posible de pobres de la ciudad i los colocó con sus mujeres i sus hijos, cubiertos de harapos, en el muelle, delante del buque, i esperó.

La señora no tardó en llegar, i preguntó:

—¿Ha sido cumplida mi órden?

Entónces esa multitud de pobres, puesta de rodillas, pidió con ardientes súplicas que se les distribuyera ese trigo, para ellos tan precioso, ántes de hacerlo arrojar al agua; pero el corazon de la señora permaneció duro como una roca i repitió con imperio la órden de arrojar el cargamento al mar.

El capitan, indignado, no pudo contenerse por mas tiempo i dijo en voz álta:

—¡Nó! Dios que recompensa a los buenos i castiga a los malos, no dejará impune semejante maldad; un dia llegará, señora, en que llorareis el no poder recojer uno a uno los preciosos granos que perdeis así!

—¡Yo! esclamó la señora con sonrisa infernal, caer yo en la indijencia, llegar yo a ser pobre i verme sin pan! Tan fácilmente sucederá eso como fácil será que mis ojos vuelvan a ver este anillo que arrojo ahora al fondo del mar.

I al mismo tiempo se quitó de un dedo un anillo de gran precio i lo arrojó en medio de las olas.

Fué menester obedecer, i todo el trigo fué echado al mar.

Algunos dias despues la señora envió a una de sus criadas al mercado a traerle pescado.

—Quiero, le dijo, un eglefin.

La criada trajo un barbudo.

—¡Qué es esto! esclamó la señora; esto es un barbudo i yo he pedido un eglefin.

—Señora, respondió la criada; solo habia uno, pero tan grande i tan grueso, que lo crei demasiado para la comida de la señora.

—Anda, necia, repuso la señora, vuelve al mercado i haz lo que te he mandado.

La criada trajo el eglefin i se puso a prepararlo en la cocina. Al abrirlo encontró el anillo que habia sido arrojado al mar, lo llevó en el acto a la señora.

—¡Ah! desgraciada de mi! esclamó ésta palideciendo.

I sintió en su conciencia el remordimiento precursor del castigo.

Casi al mismo tiempo vinieron a anunciarle que una de sus flotillas que volvia de Oriente habia naufragado.

Pocos dias despues supo tambien la pérdida de otros buques que le traian ricos cargamentos. Otros fueron tomados por los turcos. Por fin, las casas de comercio en que tenia depositados sus fondos quebraron; estas quiebras completaron su ruina, i en ménos de un año se vió enteramente cumplida la maldicion del capitan.

Pobre, abandonada por todos, la señora de Stavoren cayó en la mas profunda miseria. Sin asilo, atormentada por el hambre, se vió obligada a mendigar de puerta en puerta i a veces no conseguia ni un bocado de pan. El pesar reunido a las pri

vaciones la hicieron morir pronto en la desesperacion.

Desgraciadamente, el castigo de la señora no aprovechó a los habitantes de Stavoren, que eran casi todos como ella duros, egoistas i ambiciosos.

Una noche el mar salió de su lecho i sepultó bajo sus olas las tres cuartas partes de la ciudad, i hoi, en lugar de esa ciudad maldita apénas existen unas cuantas chozas, i en el sitio en que el trigo fué arrojado al mar, nace aun todos los años en el agua una especie de yerba que ningun botánico conoce, que no da flor, i que no se encuentra en ningun pais; la caña llega a gran altura i la espiga se parece a la del trigo, pero sin grano. El banco de arena en que crece esta estraña yerba se estiende a lo largo de la antigua ciudad de Stavoren i solo tiene el nombre de *Frauensand (Arenas de la señora)*.

VARIEDADES.

SABIA LA DOCTRINA.

Un dia se detuvieron dos soldados andaluces a la puerta de una taberna.

—Espérame aquí, dijo uno de ellos dirijiéndose a su compañero, voi a enseñar los mandamientos a la tabernera.

—¡Eh! paisana, añadió entrando; écheme Ud. un *cuarto* de aguardiente, que voi a enseñar a Ud. la doctrina.

La tabernera le pasó lo que le pedia, i le dijo:

—¡Ai, hijos! yo soi vieja i bien la sé de memoria.

El soldado bebió el aguardiente i sin pagarlo se dirijió a la puerta para marcharse.

—¡Eh! militar, esclamó la tabernera entónces; ¿i el *cuarto?*

—El *cuarto* honrar padre i madre, respondió el mui ladino alejándose con su compañero.

***

NO LES VALIÓ.

Hallábanse dos médicos reconociendo a un enfermo que era natural de Cartajena, i obligados a tener la consulta delante del paciente, determinaron usar la lengua del Lacio para que el interesado no les entendiera; i habiendo tomado la palabra el mas antiguo dijo:

—Hic no videbit *epistolam alienam*. (Este no verá *carta ajena*).

Entónces tosiendo i pavoneándose el otro hijo de Hipócrates añadió:

—Hic non *est pallium* (Este no *es capa*).

Al oir esto el enfermo se creyó en el deber tambien de echar su mano de charla i con tono irónico les dijo:

—*Manduco* me *flumen* vobis (*Como* me *rio* de vosotros).

***

LA ROSA AMARILLA.

Fábula.

Amarilla volvióse
La rosa blanca
Por envidia que tuvo
De la encarnada.

Teman las niñas
Convertirse de blancas
En amarillas.

***

POR FALTA DE ENSEÑANZA.

—¿Con que no habeis de convertiros nunca del todo? decia un buen párroco a un recluta del pueblo.

—Lo temo mucho, respondió él, pues en mi cuerpo solo enseñan a hacer *cuartos de conversion*.

***

BUEN JINETE.

—Ayer me puso mi caballo en un duro

trance, decia un sujeto a varias personas con quienes conversaba.

—¡Hombre! ¿Qué le sucedió?

—Salí de paseo, i de pronto el caballo dió un corcobo.... i yo clavado.

—¡Caramba!

—Despues dió otro corcobo i salió el freno volando, i yo clavado.

—¡Jesus!

—Dió nuevamente un corcobo i despidió la silla mas de veinte varas de alto.... i yo clavado.

—¿Clavado todavía?

—Sí, señor, clavado en el suelo desde el primer corcobo.

* *

¡VAYA CON UN TIPO!

Una niña se veia acosada hacia ya mucho tiempo por un mozalvete que no la dejaba con sus insulsas galanterías. Cansada por fin un dia despidió a su enamorado diciéndole:

—Váyase Ud. de aquí, que es Ud. mui *bruto*.

Poco despues se encontraron por la calle i con almibarada voz le dijo el constante galan a su adorado tormento:

—Antoñita, siempre soi *el mismo*.

* *

UNA VERDAD A TIEMPO.

A un sujeto mui chistoso que se estaba muriendo le preguntó una vieja:

—¿Me conoces, hijo mio?

—Si señora, la conozco a Ud.

—Pues dime, ¿quién soi?

—Es Ud. la mayor chismosa que hai en el pueblo.

—Mira, hijo, que no es ocasion para gastar chanzas.

—Por eso lo digo, abuela, porque es la hora de decir verdades.

* *

MEDIOS DE DEFENSA.

Comparecia un obrero ante el tribunal de policía correccional en Paris pues se le acusaba de haber golpeado a un camarada.

Se le pregunta su nombre i apellido. Los da sin sospechar el motivo i el objeto de la pregunta. Despues el presidente lo interpela:

—Acusado ¿cuáles son vuestros medios de defensa?

—Hélos aquí.

I nuestro hombre muestra al presidente sus dos robustos puños.

* *

UN ARGUMENTO.

(Histórico.)

Disputaban dos individuos sobre cuestiones relijiosas.

Uno sostenia, otro impugnaba la infalibilidad del Papa.

—El Papa no es infalible.

—¿En que se funda, mi amigo, para negar ese doma?

—En una razon mui sencilla. ¿Cómo si el Papa es infalible, Víctor Manuel se ha apoderado de Roma?

—¡Soberbio! Tiene Ud. una idea mui cabal de lo que impugna. ¿Qué le parece a Ud. este otro argumento? Si la tierra jira al rededor del sol ¿cómo es que Ud. anda en dos piés?

Contenido de este número.

I.—Máximas, pensamientos i reflexiones, del marques de Maricá, continuacion, páj. 225.
II.—A la Paz, poesia, páj. 227.
III.—*Evanjelina*, continuacion, poema de Enrique Wadsworth Longfellow, traducido por Cárlos Morla Vicuña, páj. 228.
IV.—Una apuesta, por Rómulo Mandiola, páj. 232.
V.—¿Por qué triunfa? por Rafael B. Gumucio, páj. 236.
VI.—¡Cree, espera i ama! por Rafael B. Gumucio, páj. 236.
VII.—El vano, poesia, por M. Rementería, páj. 237.
VIII.—La señora de Stavoren, páj. 237.
IX.—Variedades, páj. 239.

IMPRENTA DE «EL INDEPENDIENTE.»

LA ESTRELLA DE CHILE.

AÑO V. Santiago, enero 21 de 1872. Núm. 225.

BIBLIOGRAFIA.

EVANJELINA: ROMANCE DE LA ACADIA, TRADUCIDO DEL INGLES DE ENRIQUE WADSWORTH LONGFELLOW POR CÁRLOS MORLA VICUÑA. (1)

***

Hé aquí un libro nuevo que viene a interrumpir el estagnamiento literario en que vivimos. Acabamos de leerlo, i, bajo la impresion de una primera lectura, tomamos la pluma para decir algo sobre él.

Dos motivos poderosos nos impulsan a ello.

El primero ser la traduccion de *Evanjelina* un trabajo notable que honra al pais i a su autor, enriqueciendo ademas la literatura española con un brillante joyel de que carecia. El segundo nos es personal, i consiste en la amistad que nos une al entusiasta jóven que acaba de verter en nuestro idioma una de las mas delicadas inspiraciones del gran poeta norte-americano.

No hace muchos años, publicando en las columnas de *El Independiente* la primera composicion poética de Cárlos Morla le predeciamos con verdadero convencimiento un brillante porvenir.

Era el primer ensayo que presentaba al público, era simplemente una composicion de colejio, i, sinembargo, ya en ella se dejaba traslucir algo de la gloria literaria que habia de conquistarse su autor.

Pero es forzoso lo digamos con franqueza. Reconociendo entónces al jóven Morla brillantes cualidades, no pensábamos que llegaria a escribir la clásicas octavas que admiran al lector en la version de *Evanjelina*.

Despues de diez años que volvemos ai ocuparnos del jóven poeta es solo para tributarle nuestros aplausos. ¡Tarea doblemente grata desde que es objeto de ella un amigo de colejio a quien hemos profesado un cariño no desmentido!

(1) Un vol. de 111 pájinas, Nueva York 1871.

***

Cárlos Morla, traductor de *Evanjelina*, i ventajosamente conocido entre nosotros como periodista i poeta, debió su educacion al colejio de San Ignacio, dirijido por los jesuitas.

Este colejio, apesar de los rudos ataques de que es i ha sido objeto, de parte de los envidiosos e intolerantes, que abundan en Chile como en cualquier otro pais, viene siendo, desde su principio, un centro de acendrado gusto i sólida instruccion.

Sus dignos directores inspiraron a Morla desde temprano ese amor a las bellas letras que tanta influencia ha tenido en su destino.

A ellos debe el cultivo de sus brillantes talentos, i desde el estranjero se complace en reconocerlo, dando pruebas de su cariño a sus antiguos maestros en cartas que no hemos podido leer sin enternecernos.

Bajo sus auspicios publicó sus primeras producciones, de ellos ha recibido siempre el aliento de una crítica ilustrada i los consejos desinteresados de la verdadera amistad.

Hacemos este recuerdo, porque nos es grato consignarlo en este lugar i porque interpretan fielmente los sentimientos de nuestro antiguo camarada.

Miéntras en nuestros tiempos abundan hombres, que, llevados por rastreros móviles o por intereses que no es del caso calificar, se dan la menguada tarea de difamar a los jesuitas, Morla, que jamas ha pertenecido a ese número, se hace un deber en manifestarles, en cuanta ocasion se le presenta, una ardorosa gratitud.

Es bello recordar cuando tantos olvidan i agradecer cuando son tantos los que niegan los beneficios recibidos!

Para nosotros los que, como Cárlos Morla, hemos dejado atras el colejio, de cuyas impresiones guardamos una tan dulce memoria, nada puede haber mas grato que

cambiar con el antiguo compañero los indelebles recuerdos de aquellos dias felices.

Mas de una vez nos ha conmovido ver, como al traves de los mares, el compañero de ayer se entretiene en historiar en una larguísima carta su vida de colejio, consagrando sin distincion alguna frase cariñosa a cada uno de sus maestros i colegas en el aula.

Cárlos Morla en los Estados Unidos, busca los recuerdos de su infancia, i los busca con especialidad en medio de esos colejios de jesuitas tan comunes en ese pais i a cuya visita ha dedicado gran parte de su tiempo. De todos esos establecimientos da en sus cartas circunstanciadas noticias, trascribiendo a sus compañeros i maestros hasta los mas insignificantes detalles de las conversaciones que ha tenido con los distinguidos sacerdotes que los dirijen. En todo se detiene, sin olvidar nada porque su pluma corre dirijida por los impulso de su corazon.

De esas interesantes cartas, no escritas para el público ciertamente, vamos a cometer la indiscrecion de copiar algunos fragmentos.

Nuestro amigo vé desde léjos las persecuciones que agobian en Chile a sus antiguos profesores i desahoga la mala impresion que le causan en el seno de un amigo. —«Esas noticias me llegaban, dice en una de sus cartas, precisamente cuando los comunistas de Paris se cebaban, cobardes, en la sangre de inermes i ancianos sacerdotes. Involuntariamente comparé a los de mi patria con aquéllos, i reconocí en conciencia, que era ésta una prueba mas i flagrante de la analojía que hai entre unos i otros, por mas que los nuestros protesten en todas formas contra esta verdad.

«Cuán diferente es lo que ocurre en este pais, donde reina la verdadera libertad, es decir, la libertad para todos recíproca i absoluta, sin que hagan de ella monopolio odioso los rojos, pretendiendo la posesion esclusiva de la cátedra, de la tribuna, i la abolicion del púlpito i del altar puesto que no llega su audacia sacrílega hasta pretender usurparlos tambien.... Si aquí, ataca un periódico a los jesuitas, veinte de entre los mismo, protestantes salen en su defensa, porque la comunidad les está agradecida por los beneficios que ellos perciben.

«Aquí no hai historiadores que malgasten su tiempo investigando cuantas propiedades tuvieron los jesuitas ahora un siglo, para formalizar un cargo de ambicion sórdida i voraz contra la órden; pero hai en cambio innumerables i prominentes personas, que en libros, revistas, diarios, asambleas nacionales i *meetings* populares encomian i enseñan a apreciar la actividad e intelijencia de una institucion que multiplica sus fundaciones en beneficio del culto i la moral pública, i de la educacion de la juventud. A nadie se le ocurre aquí acusarlos i vilipendiarlos porque multiplican los monumentos, las iglesias, los colejios i los hospitales con gran ventaja para el servicio i el ornato de las ciudades. I la razon porque esto sucede es evidente: sucede asi porque en una sociedad regularmente constituida, en que se respeta el derecho ajeno como se vindica el propio, no puede acontecer de otra manera. Si los rojos de mi tierra tuvieran un poquito de sentido comun i otro escrúpulo de buena fé, pasaría en Chile lo mismo que pasa aquí. Si se reunen cuatro comerciantes, se asocian mercantilmente i realizan una gran fortuna, nadie les dice nada sino es: «a quien Dios se la dé San Pedro se la bendiga.»... Pero si los jesuitas se reunen, no ya en número de cuatro, sino de cuarenta, cada uno de los cuales por su intelijencia i actividad podria en poco tiempo hacerse rico en los caminos del mundo, i si estos cuarenta, dedicados a la enseñanza cristiana i a las misiones entre bárbaros e ignorantes, levantan cada año con el fruto de sus esfuerzos una nueva escuela i una nueva capilla para ensanchar su benéfica obra ¡oh! entónces sí, peligra la sociedad, esos hombres misteriosos i concupiscentes despojan al mundo en su provecho, ejerciendo sobre las almas timoratas todas las coacciones, desde las del puñal i el veneno hasta las del infierno i la conciencia religiosa. Uno que ha vivido con ellos diez años i que ha asistido de cerca a la existencia pobre e inmolada que llevan, encerrados entre cuatro paredes, sin mas menaje que una mesa, un estante de libros i una cama, i sin mas regalo que un frugal puchero i un breve sueño, se pregunta; con que misterioso objeto amarán riquezas estos hombres que no han de usarlas en su propio provecho, ni tienen en perspectiva trasmitirlas a sus herederos? Uno se esplica, sin-

embargo el enigma, cuando, comparando los jesuitas con otros educacionistas, descubre que éstos se retiran al cabo de algunos años de tarea a disfrutar con sus familias del capital formado, vendiendo el establecimiento primitivo, miéntras aquéllos, atentos solo a su sagrada mision, sin mejorar su condicion individual, adquieren con el provecho un terreno adyacente para ensanchar el campo en que juegan los alumnos, o para construir un ala nueva del edificio, o finalmente para erijir un templo a la relijion al lado del de la ciencia ¡Qué diferencia entre unos i otros! Hai entre ámbas conductas el abismo que separa a la especulacion de la abnegacion, a la consagracion al interes personal del olvido absoluto de la persona en obsequio de un principio mas alto.

«Pero los rojos de mi tierra no divisan estas verdades tanjibles, i las desconocen con la misma obsecacion con que pretendiendo monopolizar la libertad prueban ser los mas orgullosos mas despóticos. Eduardo Laboulaye, autor favorito de los radicales de Chile, que ha escrito un paralelo político-social entre Francia i Estados-Unidos, traducido i publicado allá por los Arteagas, echa a cada paso en cara a los ultra-liberales este fanatismo anti-jesuítico. Ese escritor, entre los rojos una autoridad respetada, contrasta hábilmente la franqueza, independencia i sanidad del criterio que reina en los Estados Unidos respecto de la órden de Loyola, con la grosera preocupacion que ofusca a este propósito a los radicales europeos de los cuales proceden los nuestros:—«Se ha convencido, dice, en que el sello del alma fuerte sea, en este siglo, la mas indignada detestacion de los jesuitas, atribuyéndoles los males pasados presentes i futuros, i poco importa que los que así lo declamen nunca se hayan aproximado a aquellos sacerdotes i ni siquiera los conozcan.» Lo mas gracioso es que esa preocupacion vulgar, o mas bien dicho esa indignacion de moda va propagándose tambien entre los partidarios, i así como por allá hai rectores i hai ministros que le hayan rendido parias; segun Laboulaye, muchos majistrados imperialistas habian dado en Francia en imputar a los jesuitas todos los contratiempos. —Es una monomania como cualquiera otra, que desgraciadamente, parece haberse hecho epidémica, i habrá que aguardar con lástima i paciencia la reorganizacion de los cerebros trastornados.»

Estas líneas, arrancadas a una carta familiar de amigo a amigo, contienen un paralelo verdaderamente vergonzoso para nuestro pais.

En Chile hai una intolerancia verdadera de parte de los que se titulan liberales, i la guerra tenaz i artera que se hace a los jesuitas es una de sus mas enérjicas manifestaciones.

I, como en toda guerra dirijida por la intolerancia se olvida la justicia, en la presente las armas de que se han valido para atacar a los jesuitas no han sido de ningun modo dignas.

Ya que nos hemos distraido del exámen del poema *Evanjelina* para recordar los lazos que nos unen a su elegante traductor permitasenos una nueva digresion que por ser de actualidad, acaso no es ociosa.

Se ha achacado a los jesuitas en estos últimos dias por el señor Barros Arana, rector del Instituto Nacional, la parcialidad con que ellos repartian sus premios i distinciones literarias, dándolas, segun ese señor a los alumnos pertenecientes a las familias mas poderosas e influyentes del pais. Dos de nuestros antiguos compañeros los señores Walker i Ossa han protestado con toda la indignacian de su conciencia contra ese acerto a todas luces calumnioso.

El que esto escribe no ha creido necesario seguir su ejemplo, porque a su juicio, la imputacion no ha podido ser hecha seriamente, sino como un recurso de polémica, vedado, si se quiere, como todo lo que es contra la verdad i la justicia. Hai ciertas inculpaciones que no se contestan. Pero si el señor Barros, sin conviccion i llevado del espiritu de partido, hace un cargo injusto sin probarlo siquiera, los que hemos visto la manera como se distribuyen los premios en el colejio de San Ignacio, las pruebas literarias i los concursos en que se obtienen, i de las que son jueces muchas veces personas estrañas, tenemos mas derecho a ser creidos, porque afirmamos lo que sabemos.

Prueba de lo que decimos es el traductor de *Evanjelina*, jóven sin fortuna ni influencias, que con su talento ganó no solo premios ordinarios sino estraordinarios en su carrera de alumno del Colejio de San Ignacio. Si él se hallara presente en el pais

no habria sido el último en contradecir al señor Barros Arana, a quien su posicion oficial obligaba a ser mas circunspecto en esta materia.

* * *

Nos reservamos para otro artículo el exámen de la *Evanjelina*, porque en el presente nuestros recuerdos de colejio nos han hecho salir del camino que nos habiamos propuesto recorrer.

ENRIQUE DEL SOLAR.

ELLA MENTIA.

(Fragmentos de una leyenda.)

¡Ella tambien mentia!
¡La vírjen a quien ciego idolatré!
De cuyo amor mi corazon vivia....
¡Ella tambien mentia!
Ya de mi pecho se estinguió la fé

¡Ya murió mi esperanza!
Ya de latir mi corazon cesó!
I solo nubes a mirar alcanza
Mi espíritu en remota lontananza,
Desde que ella mintió!

Nadie creyera que en el vírjen seno
En donde solo la virtud se anida,
Estuviera escondida
La gota de veneno
¡Ai que ha venido a emponzoñar mi vida!

¡Perdóname, Señor! Pero hai momentos
En que dudo de tí!.....
Cuando miro falsear los sentimientos,
Los castos pensamientos
Del ser perfecto a quien mi amor le dí.

Ella, tan casta i pura,
Como el dulce mirar de un serafín!....
Ella, del cielo la mejor hechura,
Tambien manchó con lá mentira impura
Sus labios de carmin!

Yo que la alcé en mi corazon altares
I allí la idolatré!
Yo que por ella hasta olvidé mis lares:
Hoi en un mar de insólitos pesares,
Por ella estoi sin ilusion... sin fé!

¡Ella tambien mentia!
¿Quién cree ya en la verdad?
Todo mi ser, mi corazon daria,
Porque fuera mentira su falsía,
Porque fuera ilusion la realidad!

¡Oh si fuera posible!
Que una mentira, su mentira fuera;
Que por decirse la verdad mintiera
Su corazon sensible.....
Mi vida yo por su mentira diera.

Mas, si de su alma la mentira brota,
Rómpete al punto infortunada lira
Dando a los vientos tu postrera nota;
I tú, mi pobre corazon, suspira
I el vaso amargo del dolor agota

Lima, 1870.

ADOLFO VALDES.

MÁXIMAS,

PENSAMIENTOS I REFLEXIONES DEL MARQUES DE MARICÁ.

(Traduccion para *La Estrella de Chile.*)

(Continuacion).

El lujo hace empobrecer a unos, i no deja enriquecer a otros.

Vivimos en un mundo encantado que se renueva i rejuvenece envejeciendo.

Los hombres definen i clasifican las virtudes, las mujeres las practican.

La virtud ofendida se desagravia perdonando.

Los hombres de intelijencia comun no saben encarecer su propia capacidad, sin deprimir la de los otros.

La maledicencia puede muchas veces correjirnos, la lisonja casi siempre nos corrompe.

Los deseos se multiplican en la abundancia, como la yerba en las tierras fértiles.

Sin creer en una vida futura, la presente seria inesplicable.

La razon se enturbia como las aguas, cuando los vientos de las pasiones la ajitan.

Hai hombres que obran por muchos, i algunos que piensan por todos.

El cinismo pierde a las monarquias, como el lujo arruina a las democracias.

Es una inconsecuencia considerar a Dios presente para oirnos, cuando le pedimos gracias i clemencia, i creerlo ausente para no vernos, cuando ejecutamos acciones malas i prohibidas.

Una vejez alegre i vigorosa es de ordinario la recompensa de una juventud virtuosa.

Disputando, como jugando, perdemos amigos i ganamos enemigos.

Por lo jeneral, no hai hombre feliz sin mérito, ni desgraciado sin culpa.

El ateismo es talvez una quimera: en el hombre no puede haber tanta ignorancia que llegue a ser ateo.

En las campañas de la vida humana, la virtud es nuestra mejor aliada.

El retroceso es el efecto necesario de un progreso precipitado o mal calculado.

Cuando la conciencia nos acusa, el interes ordinariamente nos defiende.

La modestia es un velo sutil con que se amortigua el brillo del merecimiento o del talento, para no ofender la vista i el amor propio de los demas hombres.

Sin desigualdad no puede haber harmonia ni en los sonidos, ni en los colores, ni en los hombres.

Nunca nos creemos bastante ricos, porque sabemos que la riqueza es tan fácil de gastar, como difícil de adquirir.

Hai mucha jente que se queja, como otra se rie, por hábito i costumbre.

La mala fortuna persigue a muchos sin justicia, como la buena favorece a otros sin razon.

Vivir es gozar i padecer, resistir i batallar, con los hombres, las cosas, los sucesos i los elementos.

Donde el lujo crece, la probidad se debilita i desfallece.

La fantasia es la linterna májica de nuestra alma.

Pequeños cuidados ahuyentan grandes ideas i pensamientos.

Las circunstancias hacen o descubren a los grandes hombres.

Las opiniones son fecundas; raras veces fallecen sin dejar posteridad.

La autoridad impone i obliga, pero no convence.

Las amistades, como los árboles, con el buen cultivo producen copiosos frutos.

La pereza es tan habladora como ociosa.

El miedo proviene o de la esperiencia o de falta de ella.

El que dice bien de todos, por nadie debe ser desmentido.

El futuro es un teatro en que la imajinacion humana hace representar los dramas de su invencion.

La economía de tiempo, es ménos vulgar i mas importante que la de dinero.

La benevolencia no es eficaz sin la beneficencia que la completa.

Son calumniados los que no pueden ser censurados.

El orgullo del saber es talvez mas odioso que el del poder.

La impunidad tolerada presupone complicidad.

El tiempo vuela para quien goza i se arrastra para quien padece.

Orden, en el vocabulario del egoismo, significa provecho personal; desórden, daño individual.

Los males de la vida, que hacen mejorar

a los buenos, tornan peores a los malvados.

Sé prudente i reservado pero no misterioso.

Libertad sin juicio es pólvora en manos de niños.

Vive de manera que al morir no te pese de haber vivido.

Dá buenos ejemplos al ménos, sino sabes dar buenos consejos.

La beneficencia regocija al mismo tiempo, el corazon del que dá i del que recibe.

Hai economías ruinosas, como prodigalidades provechosas.

(Continuará).

EVANJELINA.

ROMANCE DE LA ACADIA.—TRADUCIDO DEL INGLES DE ENRIQUE WADSWORTH LONGFELLOW.—POR CÁRLOS MORLA VICUÑA.

(Continuacion.)

III.

Como se dobla al fin el duro remo
Entre las olas con su esfuerzo diario,
Ya de la edad provecta al peso estremo
Dobléganse las formas del notario.
El róble así que descolló supremo
Queda, al fin, en la selva solitario,
I su gallarda copa de otros dias
Inclinada i desnuda en agonías.

Debiéronle veinte hijos la existencia;
En sus rodillas nieto tras de nieto
Acarició: por eso su presencia
Infunde donde quira hondo respeto.
Por venir de anglicana procedencia
Fué del encono del frances objeto,
Mas, a pesar del incesante agravio,
Nunca una queja murmuró su labio.

Con su virtud paciente i sus bondades
Al fin de ser ingles borró el delito
I se ganó feliz las voluntades;
Llegó a ser de los niños favorito,
Pues con cuentos de reyes i beldades
I consejas del duende, ánjel proscrito
Que del párvulo vaga por la alcoba,
La atencion inocente les arroba.

Álzase el artesano en el momento,
Sacude de su pipa la ceniza,
I con pausado i estentóreo acento,
«Señor Leblanc, le dice, en ojeriza
Tiene este pueblo ese pendon sangriento
Que hoi el Britano en nuestros mares iza.
¿Qué misterio, decid, trae esa flota?
I aquietad el temor que lo alborota.»

—«Mucho es lo que se charla del asunto,
El modesto notario le responde,
Tambien como vosotros yo pregunto:
¿A qué esa flota bélica i de donde?
Pero en la incertidumbre no barrunto
Qué funestos propósitos esconde.
¿No florece pacífica esta tierra?
¿Por qué temer que nos provoque a guerra?»

—«¡Vive Dios! vocifera el artesano,
Mas que precipitado, ya iracundo;
¿Será que siempre mano sobre mano,
En su confianza ruin cojitabundo,
A este pueblo sorprenda su tirano?
¿No vemos, dia por dia, que en el mundo
Es del pequeño sucumbir la suerte,
I el capricho el derecho del mas fuerte?»

El notario replica en dulce calma
I sin tomar de su calor noticia:
«Si el hombre tiene pervertida el alma
I llega a ser injusto, en su sevicia
No alcanzará del vencedor la palma.
Dios es el defensor de la justicia,
I ella triunfa con él:—en nuestro duelo
Saquemos de este apólogo consuelo!

«En antigua ciudad, cuenta la historia,
De la justicia símbolo se erguia
Sobre alto pedestal deidad marmórea;
Tersa espada en su diestra relucia
Siendo de su rigor señal notoria;
Balanza de oro con la izquierda asia,
I en su alto fiel un lema se ostentaba
Que: «Universal es mi nivel» rezaba.

«Se amó, no se temió su rudo acero,
Las aves a su sombra hicieron nido;
Mas luego apoderóse del pandero
Un mandon intrigante i corrompido;
Gobernado con látigo severo

Al carro del poder fué el pueblo uncido;
Que no hai lei ni justicia que no tuerza,
Cuando amenaza omnímoda la fuerza.

«Estravióse de un noble en el palacio
De artístico primor alhaja bella;
De diamantes, de perlas i topacio
Era la joya refuljente estrella;
Ávida la justicia largo espacio
Del ignoto raptor siguió la huella;
Sospechas de una huérfana se tuvo
I a muerte el juez de sentenciarla hubo.

«Sufrió al pié de la estátua su martirio
I esclamó al sucumbir: a Dios apelo!
Su alma inocente como casto lirio
En busca de justicia, subió al cielo;
Mas cuando en alas de su fé al Empíreo
Libre tendia el majestuoso vuelo,
Súbita se cernió tormenta ruda
I un rayo destrozó la estátua muda.

«Fué la balanza de la izquierda mano
Por el fuego del cielo arrebatada,
I a su terrible golpe, sobrehumano,
Los platillos rodaron por la grada.
En ese instante el misterioso arcano
Se reveló a la turba amedrentada,
Pues allí de una urraca se halló el nido
I el tesoro estraviado allí escondido.»

Oyó la historia el artesano atento,
I aunque no convencido, quedó mudo;
Sintió anhelo de hablar aquel momento,
Pero palabras encontrar no pudo;
En líneas el profundo pensamiento
Cristalizóse en su semblante rudo,
Cual brilla en las mañanas invernales
Conjelado el vapor en los cristales.

Un jarro de aromática cerveza
La sencilla zagala trae entónce;
La luz con fino tacto despaveza
I brilla mas la lámpara de bronce;
Recado de escribir al punto empieza
A alistar el notario; sobre el gonce
Jira la puerta i entran los amigos
Que van de aquel enlace a ser testigos.

La edad de los mancebos i la data
De aquel solemne, memorable dia
En que a dos almas amorosas ata
Con nudo santo el que los orbes guia,
El notario consigna; en pos relata
La dote que ella al matrimonio fia,
I el sello de la lei estampa luego
En la ancha márjen del escrito pliego.

El labrador a su gaveta acude,
I sin alarde, con abierta mano,
La sonora moneda allí sacude
I triplicado precio dá al anciano.
A Dios, porque los guie i los ayude
De la vida al cruzar el océano,
Bendiciendo aquel par recien unido,
Votos hace el notario agradecido.

Los rebosantes espumosos vasos
De júbilo en señal se alzan al punto;
Sonrie el grave, anímanse los lasos
I brindan todos al feliz ayunto.
De tal ventura ejemplos son escasos,
Era aquel de la gloria fiel trasunto;
Nadie pensado hubiera que ya el duelo
A las puertas tocaba de aquel cielo!

Junto a la mesa en el rincon proscrita,
I enjugada del labio el alba espuma
El labrador al juego los invita,
Uno apura la copa, el otro fuma.
Al que ganando vá se felicita,
Al que pierde, con chanzas se le abruma;
I de esta franca, inofensiva suerte
El círculo amistoso se divierte.

En coloquio a los novios vése en tanto
De una ventana a la apacible lumbre;
El mar eleva su solemne canto,
La luna esmalta la empinada cumbre
I eclipsa ya con luminoso manto
De los astros la clara muchedumbre;
Parece en fin que la natura entera
A su dicha sin límites se uniera.

Alegre así la noche se desliza,
Cuando el bronco esquilon del campanario,
Cual lamento de un pueblo que agoniza,
Dá de las nueve el toque funerario;
La tertulia a ese son se paraliza,
Triste queda el hogar i solitario;
Su último adios la niña dá en la puerta
I a separarse de Gabriel no acierta.

El ascua en la ceniza sepultada,
A su alcoba Benito se encamina
Subiendo, por su lámpara alumbrada,
Amplia escalera de labrada encina;
Con planta silenciosa i delicada
Asciende de él en pos Evanjelina,
I mejor que su antorcha, con luz pura
Su rostro alegre i virjinal fulgura.

Cruza los espacioscs corredores
I salva de su alcoba los umbrales.
No deslumbran allí los esplendores
Con que brillan alcázares rëales;
Flotan risueñas perfumadas flores
Sobre onda clara en diáfanos cristales,
I leda juega el aura vespertina
Con la bordada, cándida cortina.

Extingue allí su lámpara....La luna
Baña con luz süave el aposento.....
I cual dormido infante en blanda cuna
Oscila al soplo de apacible viento.
Grato a Dios i feliz con su fortuna
En un lago de dulce sentimiento,
Arrullado por música divina,
Mécese el corazon de Evanjelina.

¡Celeste aparicion! Desnudos posa,
Sobre el tapiz bañado en lumbre fria,
Sus piés de nieve i purpurina rosa.
Ideal de una casta fantasia
Parece aquella virjen pudorosa
Que en su absoluta soledad confia.
¡Incauta! de su amante no sospecha
Que oculto entre los árboles la acecha.

¡Piensa en él, ies feliz!..massombra aciaga
Su anjelical espíritu entristece,
Cual négra nube que en el cielo vaga
I a intervalos la atmósfera oscurece.
La luna avanza cual nocturna maga,
En su séquito un astro la obedece;
Vagó así en pos de Agar con paso incierto
Jadëante Ismael por el desierto.

IV.

Inundando el poblado de alegria
E inspirando a los pájaros cantores,
Raya la aurora del siguiente dia.
Al despuntar sus májicos albores
La fragata su mástil atavia
Con los vivos británicos colores,
I pasa el pueblo del letal reposo
Al tráfico animado i bullicioso.

De las chozas que pueblan el paisaje
Acuden a la aldea mil zagalas,
I ostentan todas su festivo traje,
Pues es digna la fiesta de sus galas.
Su carcajada franca i sin ambaje
Del viento de los campos vuela en alas.
Copiando el grupo, el arte trazaria
De la aurora feliz alegoria.

Llega al zenit el sol, i ya en la aldea
No repercute el eco de un martillo.
La multitud por la ciudad pasea,
Fórmase en cada puerta ancho corrillo;
Toda casa es posada en que la tea
De la hospitalidad vierte su brillo;
Que en su vida tranquila e inocente
Aun no hai mio ni tuyo entre esa jente!

Benito Bellefontain la fama goza
De ser sobresaliente en su hospedaje;
No halla el huésped doquiera linda moza
Que como Evanjelina lo agasaje;
Ella a la jente obsequia i alboroza
Con cuanto hai de esquisito en el paraje,
Vagando por sus labios blanda risa,
Como entre rojos pétalos la brisa.

Bajo las copas de arboleda umbrosa,
Al peso de sus frutos inclinadas,
Jiran en danza rápida i airosa
Jentiles mozos i campestres hadas;
En blando lecho de jazmin i rosa
Estiéndense mil viandas delicadas,
I presiden la escena de ventura,
Desde el portal, el labrador i el cura.

Basilio i el Notario están con ellos.
El cantor popular de la floresta,
Miguel, el de los cándidos cabellos,
Dispuesto siempre a la animada fiesta,
Bajo un árbol que aplaca los destellos
Tiempla el tosco violin, única orquesta,
Con semblante encendido como una áscua
I alegre el corazon como una pascua.

Su música i su voz al aire lanza,
I al par con planta ruda el compas lleva;
Así a la alegre, encantadora danza
Infunde animacion i vida nueva.
Al mas adusto en la partida alcanza
El entusiasmo que el cantor subleva,
I en sus brazos Gabriel su novia admira,
La mas hermosa que en la danza jira.

Así pasó feliz esa mañana;
Mas, ¡ah! que luego a interrumpir la fiesta
Señal sonora envia la campana
Desde la cumbre de la torre enhiesta....
Asústase escuchando la aldëana
Redoble militar en la floresta,
I acuden a la voz de los tambores
Al templo parroquial los labradores.

No entran allí sus hijas; porque esquivas
Presienten ya sus lástimas futuras....
Presas de alarmas lúgubres i vivas,
En el patio las blancas sepulturas

Adornan con silvestres siempreviva,
Postrer tributo de sus almas puras,
I en esto en son marcial una brigada
Penetra de la iglesia en la portada.

De los tambores al redoble horrendo
Retiemblan a la par muros i nave;
Cierra la única puerta con estruendo
Rejio oficial, i guárdase la llave;
De aquel drama fatídico i tremendo
Aguarda el fin el pueblo mudo i grave,
I con acento bronco i estentóreo
Habla entónces el jefe al auditorio:

—«De órden del Soberano aquí he venido
I os he tambien por su órden convocado.
Con este pueblo jeneroso ha sido,
I ¿cómo su bondad habeis pagado?
A vuestros labios la respuesta pido!
Dura i triste mision me ha encomendado;
Mas, aunque es mi deber amargo i duro,
Con estricto rigor cumplirlo juro.

«Confiscados están por la Corona,
Vuestras casas, ganados i terrenos,
I sereis trasportados a otra zona.
Como a leales súbditos i buenos,
En las nuevas rejiones que hoi os dona,
Os desea mi Rei dias serenos;
En tanto daos presos en mi mano,
Que así ordenarlo plugo al Soberano!»

Cual suele en la canícula encendida
De súbito enjendrarse la tormenta,
I en la esfera, en un punto oscurecida,
Flamijero relámpago revienta;—
Como sobre la mies rubia i erguida
Cae en hora fatal lluvia violenta,
Así el rejio despótico mandato
Cae sobre aquel pueblo timorato!

Hondo silencio reina un breve instante;
Luego un rumor de cólera i de duelo
Se alza como el rujido de un jigante,
Que estremece la bóveda i el suelo;
La multitud se lanza delirante
A la cerrada puerta; ¡vano anhelo!
No es posible escapar a los sayones,
I la plebe prorrumpe en maldiciones.

Crece en la casa del Señor la grita;
I descollando en la revuelta escena,
Como del buque náufrago se ajita
Sobre las ondas la tronchada entena,
Basilio audaz a la venganza excita
I clama en voz que la parroquia atruena:
«¡Muera el ingles! ¡Abajo el Vandalaje!
Jamas le hemos jurado vasallaje!»

Hubiera dicho mas; pero un soldado,
Con mano férrea, sacudió en la boca
Rudo golpe al patriota venerado,
Que al duro pavimento le derroca.
Precipítase entónce el pueblo airado,
Con la temible soldadesca choca,
I si el abate allí no interviniera,
En la ardua lucha sucumbido hubiera.

El padre Feliciano desde el ara,
De ornamentos sagrados revestido,
Su diestra estiende i al instante para
De aquel tumulto anárquico el rüido.
Siniestra palidez cubre su cara,
I hasta lo mas profundo conmovido
Su noble corazon, de esta manera
Habla a la turba que en suspenso espera:

«¿Hijos mios, qué haceis? ¿Qué atroz de-
(mencia
Vuestras razones lúcidas empaña?
¿No os he dicho: a la sabia Omnipotencia
Doblad la frente cual flexible caña?
¿Pagais así el labor de mi existencia,
Dejándoos llevar por cruenta saña
A luchar i morir con alma adusta
De un Dios de paz en la mansion augusta?

«¡Ah! Ved que Cristo de la Cruz os mira!
Sus ojos contemplad! ved la du'zura
Con que la llama de amorosa pira
En su faz melancólica fulgura!
Oid como su labio aun suspira,
¡Oh Padre! perdonadlos! Con ternura,
Perdónalos, oh Padre, repitamos,
I sumisos al Gólgota subamos!»

Es breve este reproche, mas profundo
Penetra en los sencillos corazones;
Aplácase aquel piélago iracundo
Movido de furiosos aquilones;
Esas palabras manantial fecundo
Son de celeste paz i bendiciones,
I desechada la pasion nefaria
Alza el pueblo de hinojos su plegaria.

Entre rojos claveles i albos lirios,
En blandones mas fúljidos que el oro,
Arden sobre el altar los blancos cirios;
El templo llena el órgano sonoro;
I resignado a todos los martirios
El pueblo, al sacerdote haciendo coro,

En alas de su místico ardimiento
De Dios se eleva al inmortal asiento.

En breve tiempo, a su dolor despierta,
Cubre la poblacion tétrico manto,
E hijas i madres van de puerta en puerta
Como dementes i en acerbo llanto;
De la alquería paternal desierta
En el dintel Evanjelina en tanto,
Ignorando que el pueblo se halla preso,
Aguarda de los suyos el regreso.

Con la nevada mano transparente
De los rayos del sol su vista guarda;
Dora sobre ella el astro refuljente
De la alquería la techumbre parda,
I horas há que la vuelta de la jente
Sobre el albo mantel adentro guarda
Exhalando fragancia deliciosa
De sazonadas frutas cesta hermosa.

Cuando el poniente sol proyecta i tiende
De la herbosa pradera por la alfombra
De opaca nube que su rayo enciende
I de frondosos árboles la sombra,
Oscuridad mas lúgubre desciende
De la niña al espíritu; se asombra
De la larga tardanza, i determina
De la duda salir que la asesina.

¡Nuevas corre a inquirir! Mas le valiera
Quedar en su ansiedad i su ignorancia.
¡Infeliz! la desdicha es traicionera
I se goza en probar nuestra constancia.
Al fin descubre la verdad severa:
Mas no sucumbe, nó: dulce fragancia
De paciencia i virtud de su alma asciende,
Como luz que de lo alto se desprende.

De abnegacion sublime poseida
Por los senderos de la villa vuela;
De sus males magnánima se olvida
I las ajenas lástimas consuela.
¡Ah! no hai bálsamo, nó, para la herida
Que ella en su amor cicatrizar anhela,
I ya tiende la noche el negro manto
Sobre la poblacion sumida en llanto.

Velada entre la sombra Evanjelina,
Manando sangre de la abierta llaga,
A la sagrada cárcel se encamina
I de sus muros en contorno vaga;
Solicita a escuchar allí se inclina....
Reina silencio en la prision aciaga...
Clama en alto: *¡Gabriel! ¿dónde estás? ¿dónde?*
I solo el eco a su clamor responde.

Torna triste a la granja abandonada
Por la desierta calle de la aldea;
Allí está aun la mesa aderezada,
La llama en el hogar chisporrotea,
I alumbra aquella casa desolada
Su incierta luz cual funeraria tea.
A tanto horror su corazon vacila
I en su aposento tímida se asila.

El rumor de la lluvia entre las hojas
Al casto oido de la virjen llega;
Relámpago fugaz con lumbres rojas
A su vista la bóveda despliega;
I el sordo trueno, en medio a sus congojas,
Cuando su rostro en lágrimas se aniega,
Le recuerda que un Ser el mundo rije
I a Dios con fé su espíritu dirije.

(Continuará).

HISTORIA

DEL TEMPLO DE LA COMPAÑÍA DE SANTIAGO DE CHILE I DE SU INCENDIO ACAECIDO EL 8 DE DICIEMBRE DE 1863, POR EL PRESBÍTERO, MARIANO CASANOVA (1).

Cuando el tiempo, que todo lo borra, empezaba a relegar al número de los recuerdos mas ingratos i dolorosos el terrible incendio que, al reducir a cenizas uno de los mas bellos templos de Santiago, consumió en su hoguera mil i quinientas víctimas, ha aparecido el libro, cuyo título hemos colocado a la cabeza de este artículo.

Si no nos propusiéramos otra cosa que hablar de su mérito literario, nos bastaria dar el nombre de su autor i apénas agregar que es digno de él i de los otros muchos trabajos que ha dado a la prensa.

Pero cúmplenos tomar nota de algunos hechos por él apuntados i hacer algunas observaciones, que tienen siempre su oportunidad, porque vienen a hacer la luz sobre muchos asuntos que viven siempre en el terreno de la discusion i de la controversia.

El señor Casanova, ántes de entrar a re-

(1) Un volúmen.—Valparaíso.—Imprenta de *El Mercurio*.—1872.

ferir uno de los sucesos mas terribles i desconocidos en la historia, ha querido manifestar lo que fué el templo de la Compañía, erijido por los jesuitas, i que, por una de esas anomalías que sin dificultad se esplican, ha sido objeto simultáneamente del odio que unos abrigan contra sus fundadores i del afectuoso cariño que otros les profesan.

Aunque sin intentarlo directamente, i solo sirviendo a la verdad, la lectura de este libro nos lleva a conclusiones, que para algunos pueden ser una novedad, pero que en nosotros vienen a fortificar ideas que son mui antiguas.

En 1593, medio siglo apénas despues de la fundacion de Santiago, llegaron los primeros jesuitas. Eran solo cinco sacerdotes i dos coadjutores.

Seis semanas despues de su llegada se trasladaron a la casa situada en el mismo lugar que es hoi plazuela de O'Higgins i que la habian comprado a don Martin Ruiz de Gamboa en 3,600 pesos, recojidos en el vecindario de Santiago.

La autoridad local no fué ménos jenerosa que los vecinos, i apesar de la pobreza de su erario i de los escasos recursos con que contaba, costeó las reparaciones i muebles de la casa, en los que se invirtieron 450 pesos.

Los que conocian a la Compañía por la historia de sus trabajos en el viejo mundo, pudieron apreciar por sí mismos que los hechos excedian a las relaciones, i que los jesuitas no llevaban en vano el nombre de soldados, porque siempre los encontraban con las armas en la mano i entre los primeros el error, la irrelijiosidad i la ignorancia.

Ellos tuvieron luego ocasion de conocer que no solo eran sacerdotes en el templo, sino tambien maestros en las escuelas, doctores en las aulas, los primeros i los mas aventajados en las artes.

En 1605 se colocó solemnemente la primera piedra del suntuoso templo que empezaron a construir los jesuitas. Veinte i dos años despues se abrian sus puertas. Era una maravilla del arte i de la devocion. Su costo habia excedido de ciento cincuenta mil pesos.

Santiago tenia un suntuoso templo, que dejaba a la Compañía una deuda de cincuenta mil pesos.

Sinembargo ¡misterios del porvenir! el terremoto del 13 de mayo de 1647 dió en tierra con todo lo que era el orgullo i la admiracion de la ciudad de Santiago. El templo de la Compañía quedó reducido, en gran parte, a ruinas.

Habia sonado nuevamente la hora de la pesada tarea i de la misma afanosa labor.

En 1652 el padre Modolell edificó un templo provisorio que tenia tres naves, sostenida la principal por pilastras de madera i que abrazaba un espacio de ocho mil piés cuadrados.

Corrieron los años i el pueblo de Santiago se levantó de sus ruinas. La riqueza volvió a golpear las puertas de sus vecinos, a quienes el tiempo, la benignidad del clima, la importancia que empezaba a darse en España a Chile i que atraia no pocos nobles i valientes, hicieron olvidar su pasado de lágrimas i de contratiempos.

El porvenir con sus encantadoras galas cubrió las ruinas sobre las cuales, en poco tiempo, se levantaron templos suntuosos, casas i palacios.

Dos jesuitas hermanos, chilenos i santiaguinos, Francisco i Gonzalo Ferreira acometieron la empresa de reedificar el templo de la Compañía, que fué calcado sobre el de San Pablo de Lima.

Cuando empezaron los hermanos Ferreira la obra, solo tenia Santiago 6,000 habitantes. Treinta i nueve años despues, es decir, en 1711 quedaba ya terminada. Habia costado, segun Córdova i Figueroa, la suma fabulosa, no solo para aquellos tiempos, de 600,000 pesos.

Solo en 1750 se vieron los jesuitas libres de las deudas contraidas para levantar el templo, que despues de infinitos contratiempos vino a ser presa dos veces de las llamas que solo redujeron a cenizas la obra de carpintería, dejando en pié i contra todos los embates de las desgracias la obra de albañilería.

Como fácilmente se comprende los trabajos de decoracion i ornamentacion demoraron muchos años i consumieron fuertes cantidades. Esto sin contar las reparaciones hechas despues de los terremotos del 8 de julio de 1730 i del 25 de mayo de 1751.

Agreguemos a esto el magnífico reloj colocado en su torre en 1765 i en cuya construccion se emplearon 40 quintales de fierro, sus magníficos ornamentos, sus cá-

lices, su custodia, que, entre millares de preciosísimas piedras, dejaba lucir los diamantes que trajo de Europa el padre Haimausen, dos de los cuales habian sido avaluados en 30,000 pesos, las infinitas i variadas obras de arte de todo jénero que llenaban sus naves, i se tendrá siquiera una idea de lo que fué el templo de la Compañía, memorable por tantos títulos, así halagüeños como desgarradores.

Hemos seguido con la rapidez que permiten los someros apuntes que preceden la historia del templo de los jesuitas, no para referir lo que con tanta delicadeza i galanura ha referido el señor Casanova sino para dar un desmentido mas a los que, afectando una imparcialidad que jamas podrá ocultar el odio que abrigan contra la Compañía, acusan a sus miembros de una desmedida sed de oro i de poder.

Para ellos puede ser un argumento sin réplica la enumeracion de cierto número de propiedades urbanas o rurales, cuyo valor se hace ascender a cantidades que en realidad no valian.

Puede ser ésa una arma, mas o ménos de recurso, en las circunstancias en que se levanta la grita, con pretesto o sin él, contra el clero; pero es innegable que ni importa un cargo sério ni es de aquéllas que puede hacer daño a nadie, sino es a los que la emplean.

Es verdad que los jesuitas poseyeron grandes bienes. No nos damos siquiera el trabajo de rectificar,—lo que quizas no nos seria difícil—la nómina de sus propiedades, publicada mas de una vez por ciertos diarios.

¿I dónde está en esto el mal?

¿Acaso en su adquisicion? Por ventura en el uso que hacian de sus productos?

No por cierto. Ni en lo primero ni ménos en lo segundo.

Para los que hayan estudiado a la lijera, por lo ménos, la historia de Chile, no habrá podido ocultarse cuanto no debió a los jesuitas la civilizacion, la cultura i la moralidad del pais.

Civilizadores de Arauco, fueron ellos los primeros en alzar su voz contra el sistema de guerra a sangre i fuego, cruel e inhumano, que así se cebaba en los guerreros como en sus inocentes familias.

Maestros de escuela, enseñaron durante la colonia lo que mui pocos sabian; abrieron cursos de ciencias i de letras i mas que ninguna otra órden contribuyeron a hacer que Chile no fuera solo un pueblo de guerreros, sino un pueblo de pacíficos i honrados ciudadanos.

En donde hubo una propiedad de jesuitas hubo un templo; en muchas de ellas una casa de ejercicios; en casi todas una escuela o un colejio.

En sus templos todo contribuia a elevar el espíritu, a hacer mejor al hombre de barro, a inspirarle ideas de virtud i de honradez.

Es verdad que eran ricos; pero jamas fueron esas riquezas ganadas por el fraude o el engaño.

Hai un hecho que esplica como una órden relijiosa que llegó a Chile implorando la caridad de vecindario para comprar un asilo, llegó, al poco tiempo, a poseer una fortuna cuantiosa.

Desde los primeros momentos, ingresaron en la Compañía numerosos miembros de las familias mas acaudaladas del pais, que llevaron, al mismo tiempo, que un nombre, una fortuna en la jeneralidad de los casos.

Pero no esto todo; ni fueron las herencias ni las donaciones las únicas fuentes de riquezas para los jesuitas. Ellos contaban entre los de su órden hombres de todas las profesiones, capaces de desempeñar todo cargo. Agricultores, industriales, arquitectos, grabadores, pintores, estatuarios, maquinistas, en una palabra, todo lo que significaba competencia i laboriosidad estaba al servicio de la Compañía.

¿Qué hai raro, que hai que estrañar entónces que llegaran a poseer una inmensa fortuna?

¿Querrian acaso los filántropos de nueva estofa invertir las leyes de la naturaleza cuando se trata de los jesuitas, de tal suerte que nada valgan ni la competencia, ni el trabajo, ni la honradez?

Pero a lo fútil del cargo se agrega, como un argumento sin réplica, la manera como los jesuitas invertian el producto de las propiedades que cultivaban con el esmero, cuidado e intelijencia, que ha distinguido siempre sus trabajos.

Fundar templos, casas de ejercicios, colejios, dispensarias, noviciados ¿es acaso algo que nada influye en la balanza en que se pesan las acciones del individuo i de las sociedades?

Hai en ello un doble fin i un doble mérito.

Para los que miran en el hombre algo mas que la materia, que se descompone i perece, i que creen que trabajar por la perfeccion humana es hacer un beneficio a la sociedad en que se vive, un templo, la oracion, el confesonario, una práctica piadosa es algo mui digno de alabanza i de respeto.

Pero prescindamos de todo lo que lleva el sello de la inmortalidad; de todo lo que no se refiere directamente al bien material de las sociedades, i siempre el juicio imparcial del historiador tendrá que reconocer que mucho debe, en este otro órden de cosas, Chile a los jesuitas.

En las poblaciones, las embellecian con sus templos i colejios, que eran verdaderos monumentos.

En los campos se reproducia la obra de las poblaciones. Dígase lo que se quiera, pero no se encontrará un solo lugar en donde hubo una propiedad de la Compañía, en que no exista hasta hoi un templo, una escuela, algun albergue para el viajero cansado en la larga i fatigosa jornada de la existencia.

Si eso es ser avaro, si eso es sed de oro i de poder ¡venga Dios i véalo!

Si hai algo que sentimos, al apuntar estos hechos jenerales, es pensar que la intriga de los cortesanos i la corrupcion de los favoritos vino a cortar, para desgracia de nuestro pais i de la América española, el hilo de una existencia, que amontonó en cada hora servicios i trabajos dignos de todo aplauso i agradecimiento.

Si hai algo que lastima nuestra alma es ver que haya tan poca imparcialidad, tanta falta de honradez para no hacer justicia por completo a una institucion, que representaba para Federico el Grande de Prusia, la base i el único sosten de la enseñanza verdadera.

Cuando los jesuitas, en virtud de la órden de Cárlos III, abandonaron a Chile en 1767, el templo de la Compañía siguió las vicisitudes de sus fundadores.

La mayor parte de sus halajas, riquezas i obras de arte pasaron a la Catedral, en donde aun hoi lucen por su magnificencia, gusto i asombroso trabajo.

Presa en 1841 de un voraz incendio, cuyo orijen vive en el terreno de las leyendas populares, el templo de la Compañía volvió a ser reedificado, para servir el 8 de diciembre de 1863 de altar en donde se verificó el martirio horrendo de mil quinientas mujeres, congregadas bajo sus bóvedas para rendir culto a la Reina del cielo.

Hé aquí el asunto de la segunda parte del libro que tenemos a la vista.

Cuando recorremos sus pájinas, apesar de haber trascurrido ocho largos años, creemos encontrarnos aun, frente a frente, de esa hoguera, sentir el estertor de la agonia de las víctimas confundido con los impotentes lamentos de un pueblo entero, que las veia perecer, sin que le fuera posible ni tenderles la mano, ni enviarles una esperanza de consuelo.

Despues de ese dia, solo habia trabajo para los sepultureros; ni cabian otros consuelos que los de la relijion.

¿Fueron solo los sepultureros los que alzaron en esos dias su voz para hacerse oir entre el pesado i monótomo rodar del interminable cortejo de la muerte, que llenaba las calles de Santiago?

No lo recordemos ¡por Dios! Pocos dias despues empezaba la obra de la destruccion que duró muchos meses.

Se queria que nada recordara en la sucesion de los tiempos el 8 de diciembre de 1863.

En donde se alzó el templo, en el mismo lugar del sacrificio, hoi nada se vé que lo recuerde.

Es solo una plazuela, ocupada durante las primeras horas de la noche por los vendedores de calzado.

Hai algo en esto que entristece el alma.

¿Es cierto acaso que el tiempo todo lo borra, i que no deja ni siquiera en pié la relijion de los recuerdos?

¿Es que quizas seria un martirio eterno el ver cercado por una verja de fierro i cubierto de flores el lugar que sirvió de lecho de muerte a una inmensa porcion de los habitantes de Santiago.

Los años que pasan han traido ya siete aniversarios. Apénas se han distinguido de cualquiera otro dia del año. ¿Es mucho ocaso dedicar una hora a los muertos cuando se dedica un año entero a los vivos?

Si los pueblos tienen dias de gozo, si hai aniversarios en que se echan al vuelo las campanas i en que a todos sonrie la alegria, hai tambien aniversarios lúgubres, en que el alma se concentra en si misma, se eleva a Dios i en que, segun la bella i

profunda frase del señor T. H. Nelson, una dispensacion de la Providencia, por terrible que sea, recuerda en todo momento la instabilidad de la vida i la necesidad de hallarnos siempre preparados para acudir a su llamamiento.

¿Se cerrará alguna vez el espacio que se llama hoi plazuela de O'Higgins i que el pueblo pisa, sin fijarse siquiera que ha sido consagrado con la sangre de centenares de victimas i con las lágrimas de un pueblo entero?

El tiempo lo dirá. Somos demasiado pesimistas para creer que llegue un dia, en que podamos visitar ese lugar en medio de un pueblo dominado, segun la frase de Mantaigne, por la sombría magnitud de las pompas lúgubres de la Iglesia de Cristo.

¡Ojalá nos engañáramos! Ojalá no fuera esta vez cierto que en Chile todo se olvida pronto!

Ponemos punto a estas reflexiones sujeridas por la lectura del precioso libro del señor Casanova.

Su narracion i su forma están a la altura de la catástrofe i de la imparcialidad i justo criterio del observador.

Una reflexion i terminamos.

El señor Casanova, al frente de una de las parroquias mas importantes i laboriosas del arzobispado, dividiendo su escaso tiempo entre el servicio de los fieles i la direccion de algunos establecimientos debidos a su celo i entusiasmo, no descuida por esto servir, aunque siempre ménos de lo que deseáramos, a la causa de las letras, a las que ha rendido, desde sus primeros años, un verdadero culto.

Ello es consolador i altamente instructivo; porque significa que el clero de Chile, si sabe cumplir los deberes del sacerdote, sabe tambien acudir, entre los primeros, con su contingente, a la obra de la ilustracion.

Si esto es poco para algunos, para nosotros es mucho. Si todos hicieran otro tanto ¡qué no seria Chile!

Santiago, enero 18 de 1872.

VENTURA BLANCO.

EL DECRETO SOBRE EXÁMENES.

Aunque aguardada por demasiado tiempo ha sonado por fin la hora de la justicia.

El pais desde hace algunos años iba entrando en un sendero de progreso, allanando a su paso infinitos obstáculos que poco ántes parecian insuperables, i se han hecho notables reformas sin que se haya conmovido una sola piedra del edificio social.

Era esa la obra de la libertad que se hacia imperceptiblemente por la mera influencia de ideas, que son bastante poderosas para triunfar por sí mismas, cuando los gobiernos no se empeñan en encadenarlas.

Pero entre tantas cadenas que se rompian por sí solas, la que aprisionaba a la enseñanza parecia destinada a remacharse mas i mas, i por desgracia los que reforzaban sus eslabones contaban entre sus filas algunos hombres ilustrados e influyentes, i a quienes en justicia no podria negárseles el nombre de liberales.

Entre estos la libertad de enseñanza ha encontrado sus adversarios mas temibles i sus esfuerzos han retardado por algunos años el triunfo de una causa tan noble.

Mui difícil sinembargo, se hacia al presente luchar contra la opinion del pais que pedia a voz en cuello se rompiesen las trabas que hacian de la enseñanza pública un monopolio del Estado, mas injusto todavía que el que se hace con las especies estancadas.

Solo faltaba un Ministro liberal, que no tuviera miedo a reformas necesarias, i contra las que solo combatian de un lado las malas pasiones, i del otro la mas rastrera rutina, para que el mal se remediara en algo, ya que la reforma completa era materia de una lei que esclusivamente correspondia dar al Congreso.

Cábele a nuestro amigo el señor Cifuentes el honor de haber hecho a su

pais este beneficio, i su firma puesta al pié del decreto de 15 del corriente, que exime a los colejios particulares de la vergonzosa e injusta tutela, a que los tenian sometidos los establecimientos del Estado, nos dá la medida del noble interes que se toma el jóven Ministro por la mejora intelectual de su pais.

Este decreto somete a los establecimientos privados a la inspeccion de la Universidad únicamente, como lo dispone la lei i toma precauciones sábias para que no se pueda abusar de las ventajas que a sus directores proporciona. Tal es la publicidad que en punto a exámenes el decreto tiende a establecer i que proporcionará a los padres de familia, a los amantes de la instruccion i al público, en jeneral, de juzgar con acierto sobre los adelantos que en cada colejio se hacen.

Fuera de esto los directores de colejio quedan libres para enseñar a sus alumnos por los testos, métodos i segun el plan que mas les convengan, con tal que el minimun de conocimientos que se dé a los educandos, sea el exijido por los programas universitarios.

Esta disposicion liberta a la intelijencia del mas vergonzoso de los despotismos, porque la víspera del decreto que nos ocupa, en Chile no se podia enseñar otros principios ni por otros métodos, ni con arreglo a diverso plan que los aprobados por el Estado.

No sabemos cómo los que defendian el antiguo estado de cosas cerraban los ojos para no ver esta repugnante monstruosidad, esta tiranía sin nombre que pesaba sobre el entendimiento i la conciencia.

Esto era ayer no mas.

Para en adelante los institutores privados tienen a la mano el establecer su enseñanza de una manera digna de un pais libre i conforme a las ideas de cada cual.

El decreto establece, ademas, un concurso anual en el que tomarán parte los alumnos mas distinguidos de todos los colejios tanto nacionales como particulares. No nos estenderemos sobre la manifiesta utilidad de esta disposicion llamada a establecer un noble estímulo no solo entre los estudiantes sino entre los mismos maestros. Ella por sí sola se recomienda.

La redaccion de *La Estrella de Chile* que desde la fundacion de este periódico, viene reclamando una medida que librara a la enseñanza del yugo de fierro que pesaba sobre ella, se felicita al ver cumplidos sus deseos.

Lo que estatuye el decreto del 15 del corriente es lo mismo que hemos pedido hasta el cansancio sostenidos con la esperanza de que algun dia se haria justicia a la intelijencia subyugada.

Ahora, esperando que el presente sea el primer paso en la mejora de la enseñanza i que el Congreso dictará, una lei que conceda libertades mas ámplias felicitamos al amigo i antiguo compañero, que en el poder ha sabido hacer el bien que reclamaba cuando solo era un simple ciudadano.

VARIEDADES.

A UN CHISTOSO OTRO MAYOR.

Habiéndose encargado un petimetre de presentar en una casa al jóven marques de Tierceville, cuya fisonomía no hablaba mucho en favor de sus facultades intelectuales, se permitió este chiste, que le pareció de gran efecto:

—Señora, ¿me dá Ud. permiso para presentarle al señor, el cuál no es tanto como le pareceria a Ud. a primera vista?

—Señora, respondió la víctima de este atroz ataque, ésta es cabalmente la diferencia que hai entre los dos.

∴

EPIGRAMA.

La hija de don Gonzalo
Se burló de Federico,

Que, blasonando de rico,
Llevaba un paraguas malo.
Se amostazó mui en breve
El fátuo, i dijo confuso:
—Este mal paraguas uso
Solo los dias que llueve.

* * *

PRESENCIA DE ÁNIMO.

Un jóven teniente le presentó un dia a Napoleon I el sombrero que acababa de caérsele.

—Gracias, capitan, le dijo distraido el emperador sin reparar en su grado.

—¿De qué rejimiento? esclamó el teniente con maravillosa presencia de ánimo.

—De mi guardia, contestó Napoleon.

I le dió el grado al mismo dia.

* * *

BUEN CHASCO.

Un cobarde fué apaleado por equivocacion, i riendo despues a mandíbula batiente esclamó:

—¡Qué chasco se han llevado! ¡pues no me han tomado por otro!

* * *

EPÍGRAMA.

Vuestra dentadura poco
Dice vuestra mucha edad,
I es la primera verdad
Que se ha visto en vuestra boca.

* * *

GRIEGO DE NUEVO CUÑO.

Cierto doctor mui pedante que presumia saber con perfeccion la lengua griega, de la que apénas conocia los rudimentos, hallándose un dia en Madrid dijo a sus discípulos—que por lo visto ménos sabian que él—que les iba a dirijir un discurso en el idioma de Platon.

Comenzó a arengarles i los oyentes se quedaron estupefactos, alabando lo singular de su injenio, hasta que el portero del aula les dijo:

—No comulguen, vuesas mercedes, con ruedas de carretas; el señor les ha hablado en *vizcaino* i como soi de esa tierra, aprendí fácilmente tanto *griego* como el doctor.

* * *

LAUDABLE TEMPLANZA.

Ayer convidé a Torcuato;
Comió sopas i puchero,
Media pierna de carnero,
Dos gazapillos i un pato.
Doile vino i respondió:
—Tomadlo, por vuestra vida,
Que hasta mitad de comida
No acostumbro a beber yó.

Contenido de este número.

I.—*Evanjelina*, bibliografía, por Enrique del Solar, páj. 241.

II.—Ella mentia, poesía, por Adolfo Valdes, páj. 244.

III.—Máximas, pensamientos i reflexiones, del marques de Maricá, continuacion, páj. 244.

IV.—*Evanjelina*, continuacion, poema de Enrique Wadsworth Longfellow, traducido por Cárlos Morla Vicuña, páj. 246.

V.—*Historia del templo de la Compañía de Santiago de Chile i de su incendio acaecido el 8 de diciembre de* 1863, por el presbítero don Mariano Casanova, bibliografía, por Ventura Blanco, páj. 250.

VI.—El decreto sobre exámenes, páj. 254.

VII.—Variedades, páj. 255.

IMPRENTA DE «EL INDEPENDIENTE.»
Calle de la Compañía núm. 102.

LA ESTRELLA DE CHILE.

AÑO V. Santiago, enero 28 de 1872. Núm. 226.

BIBLIOGRAFIA.

EVANJELINA: ROMANCE DE LA ACADIA, TRADUCIDO DEL INGLES DE ENRIQUE WADSWORTH LONGFELLOW POR CÁRLOS MORLA VICUÑA.

CONCLUSION.

La *Evanjelina* de Enrique Longfellow es uno de aquellos poemas cuyo mérito principal consiste en los detalles. Esmaltado el poema de preciosas descripciones campestres i de tiernas escenas de la vida rústica, abunda en delicada poesía. Se podria decir de él en su primera parte sobre todo que *olia a tomillo*, segun la feliz espresion de aquel miembro de la Academia española que examinaba la célebre egloga de Melendez Valdez que comienza: *Paced mansas ovejas*. La *Evanjelina* es, pues, un precioso idilio.

Mirada como obra de sentimiento, se hallan en ella bellezas de primer órden. Pero, para juzgarla a este respecto, será preciso espongamos su argumento, lo que haremos en los términos mas breves que nos sea posible.

Evanjelina es un linda i virtuosa jóven, que, con las bendiciones de su padre, i el aplauso de su aldea natal, debe contraer nupcias con Gabriel, mozo digno de ella en todos sentidos. Los contratos están ya hechos i solo falta la bendicion del sacerdote que deben recibir los novios en la mañana siguiente.

La aurora que debia traer el gozo a los desposados aparece para cubrir de luto a todos los moradores del pueblo (Acadia), pues la suspicacia del gobierno ingles condena a la dispersion a sus moradores i al incendio i confiscacion sus casas i ganados. Este decreto, mas terrible que una sentencia de muerte, se notifica a los padres de familia reunidos desde la primera hora en el templo de la aldea. Su indignacion estalla, pero el anciano cura de la Acadia, en nombre de Cristo, Dios de paz, contiene la desesperacion de aquellos desgraciados que se resignan humildes a la mas bárbara de las injusticias, siendo conducidos al destierro en los buques ingleses, que al efecto se habian prevenido de antemano, i dispersados en diversas colonias inglesas segun el capricho de sus tiranos.

De este bárbaro suceso, acaecido el 5 de setiembre de 1755, ha deducido Enrique Longfellow el argumento de su poema, encarnando en su ideal *Evanjelina* el alma, los sentimientos i las desgracias de la colonia proscrita.

Envanjelina, la desposada risueña i feliz pocos dias ántes, se vé agobiada por el infortunio mas atroz. En la ribera, momentos ántes del embarque, vé espirar de dolor a su anciano padre i presencia sus rústicas exéquias al borde de la playa sin mas solemnidad que las oraciones del piadoso cura i los lamentos de sus compatriotas, mas desgraciados en aquellos momentos que el que acaba de dormirse para siempre.

Pero si al ménos hubiera quedado a la infeliz Evanjelina el consuelo de marchar con su amado Gabriel, el amor habria suavisado las amarguras de su destierro. Adan, arrojado del Paraiso por el ánjel de las venganzas, llevó consigo a la compañera que Dios le habia otorgado, i el amor hizo llevadera la espiacion, a que lo condenó el primer pecado. A Evanjelina no le cupo otro lote que la soledad i el abandono.

Sinembargo, la jóven hija de la Acadia tenia una alma fuerte, i guiada por solo su corazon emprendió un largo peregrinaje al traves de lejanas i desconocidas comarcas buscando al infeliz amante, de quien el capricho de un gobierno despótico la habia tan bruscamente separado.

Juguete de un destino implacable, la pobre jóven, no alcanza su objeto, se cruza con su amante, como los buques que desde léjos se divisan en alta mar, duerme acaso bajo el mismo hogar donde él durmió la

noche anterior, toma siempre una direccion opuesta a la que convenia a sus fines, i solo llega a juntarse, cuando toda union es imposible, cuando ya es ella sierva del Señor, inmolada para siempre a los que sufren i lloran, i él con las ánsias de la muerte apénas alcanza, mas con los suspiros que con los lábios a darle una solemne i eterna despedida.

El tipo de *Evanjelina* es uno de aquellos mas tiernos i puros que puede idealizar un poeta. A su lado Gabriel, aunque honrado i amante, aparece pigmeo en el amor i en los sacrificios. *Evanjelina* lleva su pasion hasta el heroísmo i el martirio, i no es ménos grande cuando arrastrada por el amor mundano atraviesa desiertos, cruza lagos i rios por buscar a Gabriel, que cuando se inmola a los pobres en un hospital curando a los enfermos, i abriendo a los moribundos la puerta del cielo.

El señor Amunátegui achaca i con razon al poema de *Evanjelina* ciertas incoherencias i desórden en el argumento. Efectivamente para comprender la *Evanjelina* es preciso conocer el hecho histórico en que está basado i poseer ciertos datos que el autor debió injerir en su poema. El mérito de la *Evanjelina* consiste, como el de la *Cautiva* de Estévan Echeverria en los paisajes de la naturaleza que le sirven de adorno i mirados como plan; *La Cautiva* del poeta arjentino es un poema superior al del bardo norte-americano.

Longfellow es un poeta eminentemente cristiano. El saca de las ideas i ritos relijiosos un partido excelente en su *Evanjelina*. El cura de Acadia es un personaje interesantisimo i la descripcion del hospital donde se halla Evanjelina consagrada al sublime ministerio de Hermana de la Caridad remata dignamente su obra. Se conoce que Longfellow no ignora que los sentimientos relijiosos embellecen una obra poética i conmueven en sus fibras mas delicadas el alma del lector.

Enrique Longfellow es un poeta que merece el nombre de tal por la austera gravedad de sus inspiraciones i mas de una vez hemos lamentado no conocer su idioma solo por no poder deletrearnos con sus obras.

Desconocido casi entre nosotros, este poeta está llamado a ejercer un influjo en la inspiracion de los republicanos de América, infundiendo a los que con provecho lo estudien cierto espíritu de actividad i amor al deber que, por mas que diga falta a nuestra poesía.

De él conocemos dos piezas notables traducidas a nuestro idioma por un compatriota que ya no existe. Una de ellas elojia el valor de un jóven que asciende a una montaña cubierta de nieve i rodeada de precipicios, llevando una bandera con este lema: *¡Excelsior! Muimas allá! ¡Mui mas arriba!* El audaz mancebo perece, pero sus manos heladas por el doble hielo de la muerte i de la atmósfera, levantan en alto todavía la bandera que lo guiaba...

Cuando el piadoso monje bernardino
Al cielo saludó con su plegaria;
A la siguiente aurora, oyó un acento
Del aire entre las ondas conturbadas:
¡Excelsior!

Medio oculto en la nieve a un peregrino,
Con triste ahullido el perro fiel señala;
Su helada mano todavía empuña
El estandarte de figura estraña
¡Excelsior!

Allí, a la luz del pálido crepúsculo
Hermoso hasta en la muerte se ostentaba,
I en los espacios, cual meteoro errante,
Se oyó la voz al espirar lejana:
¡Excelsior!

Lo otra composicion a que nos referimos es la conocida entre nosotros bajo el nombre de

SALMO DE LA VIDA.

No en verso dolorido
Me digas que es la vida un sueño vano;
Porque el sueño es la muerte de las almas
I ¿puede el alma sucumbir acaso?

Nó, la vida es verdad, la sepultura
No es el término al hombre señalado;
Del polvo que su cuerpo cubra un dia
No caerá sobre su alma el mas leve átomo.

No son el fin de nuestra humana vida
Ni goce ni pesar, risa ni llanto,
Sino *la accion*, para que cada aurora
Nos halle mas i mas siempre avanzando!

Grande es la empresa, fujitivo el tiempo,
I nuestros corazones, aunque osados,
Cual dolientes tambores, nuestra marcha
Fúnebre hácia el sepulcro van tocando.

En la penosa lucha de la vida
No imitemos al tímido ganado
Que conduce el pastor; dé nuestra alma
El noble ejemplo de adalid bizarro.

No en halagüeño porvenir confíes,
Ni tampoco lamentes el pasado;
Ni uno ni otro son nuestros; del presente
La mejora, fervientes, emprendamos.

La gloria de los hombres nos enseña
Que disfrutar podemos bien tan alto,
I, como ellos, dejar a nuestra muerte
Huellas de luz del tiempo en el espacio.

Huellas que iluminando bienhechoras
Al navegante abandonado i náufrago,
Reanimen su valor i le conduzcan
Al puerto a que nosotros alcanzamos.

¡Levantémonos, pues, i la desgracia
No detenga, invencible, nuestros pasos!
Marchemos sin cesar, siempre adelante,
Trabajando sin fin, siempre esperando!

Hemos copiado íntegro *El Salmo de la vida* porque en esta poesía se revela la severidad de la musa de Longfellow. *El Salmo de la vida* es el himno del obrero moderno que vive del trabajo i mira como un oprobio la inaccion, i que lucha cada dia, con la esperanza de que si no llega al punto anhelado aplana con sus esfuerzos el camino, en beneficio de los que vengan despues. El lema del poeta aquí es «La esperanza i el trabajo.»

Mui de desear sería que nuestros compatriotas se dieran al estudio de este autor, i celebrariamos que un colaborador de este periódico realizara la idea que nos ha manifestado de escribir algo sobre sus obras, para lo que tiene ya acopiados, buenos i numerosos materiales.

***

Resta ahora analizar el trabajo que ha cabido a nuestro amigo Cárlos Morla como traductor de *Evanjelina*.

No entraremos a ponderar aquí las dificultades que ofrece una buena traduccion de una obra en verso. Byron opinaba que los versos debian traducirse en verso, al contrario de Silvio Pellico que creia imposible hacerlo de otra manera que en prosa.

Cárlos Morla, en el prólogo de su traduccion recuerda la opinion de Cervantes, cuando decia: que «todos los que vuelven libros de versos en otra lengua, les hacen perder mucho de su natural valor, pues, por gran cuidado que pongan i habilidad que muestren, jamas llegan al punto que ellos tienen en su primer nacimiento.»

Luis de Leon, el elegante traductor de Horacio i de los Salmos, se espresa mas o ménos en iguales términos, i nosotros hemos oido en nuestros tiempos decir al sabio Bello que las traducciones en verso no pasaban de *imitaciones* mas o ménos cercanas de un orijinal dado.

Morla, al frente de estas opiniones, no se ha desanimado i al emprender su traduccion de *Evanjelina* parece confiado en el éxito de su trabajo.

Por desgracia, no poseyendo nosotros el idioma de Longfellow, mal podemos juzgar si el traductor ha sido mas o ménos fiel, o ha andado mas o ménos acertado.

Longfellow, por su parte, se muestra mui satisfecho de la version castellana en la siguiente carta dirijida al mismo Morla.

«*Cambridge, setiembre* 28 *de* 1871.

«Mi querido señor: Mi larga ausencia de la ciudad i multitud de ocupaciones que exijen mi inmediata atencion me han privado del gusto de dar a Ud. ántes las espresivas gracias por su amable carta i por la traduccion de *Evanjelina*, que ha tenido Ud. la bondad de enviarme. Acepte Ud. este tardío, pero cordial reconocimiento.

«Me considero obligadísimo a la bondad que me ha dispensado Ud. con esta traduccion: i teniendo yo alguna esperiencia en esta clase de trabajos, veo con satisfaccion que Ud. ha superado todas las dificultades con el éxito mas feliz, logrando producir un poema fluido i armonioso a la vez.

«Sentiria quizá la necesidad en que Ud. se ha visto de cambiar el metro; pero como reconozco las suficientes i buenas razones que para ello han asistido a Ud., no tengo nada que observar.

«¡Muchas i mui sinceras gracias!

«Soi de Ud., mi querido señor, su afectísimo amigo.—*Henry W. Longfellow.*»

Despues de este juicio, lo que nosotros digamos se limitará únicamente a apreciar el trabajo de Cárlos Morla meramente como una obra en verso escrita en nuestro idioma, sin pretender pasar mas adelante.

Desde luego notamos en el traductor de

Evanjelina un sorprendente adelanto en el lenguaje poético, en el manejo de la rima i en la sonoridad numérica de sus versos. En estos puntos se ha excedido a lo que esperábamos.

Hai en la version de *Evanjelina* estrofas, que por su corte clásico, parecen dignas de Balbuena, el mas correpto de los épicos españoles. Hai ademas dificultades de rima felicísimamente vencidas i una cierta seleccion en los términos que sorprende en casi toda la primera parte de *Evanjelina*.

No podemos decir igual cosa de la segunda, bien que su ejecucion no da márjen tampoco a una crítica severa.

Los defectos que podrian achacarse al trabajo de Cárlos Morla pueden resumirse en pocas palabras.

Algunos versos incorrectos i poco sonoros, una o dos faltas gramaticales que al paso hemos advertido, i el uso excesivo que suele hacer de algunos arcaismos, obligado por el rigor de la rima, lo que da a veces cierta afectacion i oscuridad a algunas estrofas por otra parte bellísimas.

Omitimos en confirmar con citas la verdad de las últimas observaciones, porque es tarea mas grata para nosotros ofrecer al lector muestras de las bellezas que abundan en la version castellana de *Evanjelina*, que pecar de prolijos manifestando descuidos de que por otra parte son pocos los escritores que se libran.

En las primeras pájinas se halla la siguiente descripcion de la sencilla existencia que llevaban los labradores de Acadia.

Al uso de la antigua Normandia
Del rei Enrique en los tranquilos años
Construye el aldeano su alquería
Con maderos de encinas i castaños;
Allí, a la luz del moribundo dia

Del agreste portal en los escaños
Se sientan con sencillos corazones
A recordar sus santas tradiciones.
Cuando el sol se despide de la aldea
I con su último rayo vespertino
Esmalta la encumbrada chimenea,
La familia escarmena el pardo lino;
El fresco soplo de la tarde orea
La sien del fatigado campesino,
La aldeana ostenta su sencilla gala
I el campestre jardin su aroma exhala.
Tras los enrojecidos nubarrones
Húndese al fin el sol en el ocaso,
I sube repartiendo bendiciones
El cura del lugar a lento paso;
Rodéanlo rapaces juguetones
A quienes cuenta prodijioso caso,
I las lindas zagalas de su asiento
Se alzan en respetuoso acatamiento.
Del pueblo silencioso i solitario
La luz crepuscular los techos baña,
Anuncia la oracion el campanario
Con queja melancólica i estraña;
El humo, cual de místico incensario,
Asciende en espiral de la cabaña
I acariciado por *letal* beleño
El rendido aldeano se da al sueño.

El cuadro anterior tiene toda la poética sencillez del *idilio*, pero del idilio cristiano. Lástima solo que el penúltimo verso esté afeado por un epiteto impropio. (1)

Es encantadora la siguiente octava en que con lijeras pinceladas se describe física i moralmente a la heroina del poema:

Diezisiete risueñas primaveras
Hace que vino al mundo Evanjelina;
Lozana cual la flor de las praderas
Con su inocencia i su beldad fascina;
La luz de sus pupilas hechiceras
Se derrama en su torno i la ilumina,
I, aunque remedan a la noche oscura,
Mas brilla entre su sombra la ternura.

Bella, como pocas del poema, es la siguiente descripcion de la manera de ordeñar una vaca, que parece tomada de una égloga de Virjilio o Teócrito:

Con mansedumbre fiel la vaca espera
Que su leche a esprimir llegue la aldeana,
Miéntras atada a un árbol la ternera
Por ir al seno maternal se afana:
Llega al fin la zagala, i placentera
Estruja la ubre con presion tirana
I al sonoro colodro baja *en suma*
Nevado arroyo levantando espuma.

∴

Seria nunca acabar si copiáramos aquí todo lo que hai de digno de atencion respecto a escenas campestres en el idilio de Longfellow, pues habria que copiarlo casi todo. Los paisajes en que abunda son de una naturalidad inimitable i dan un singular encanto a la lectura de *Evanjelina*, constituyendo el principal mérito de la obra.

(1) *Letal*. Mortífero, lo que causa la muerte.

Aunque hemos sido pródigos en citas, no renunciamos a añadir otra mas.

En el momento en que los proscritos labradores de Acadia están embarcándose, para abandonar, sin esperanza de regreso, la encantadora comarca donde habian nacido, un anciano espira de pesadumbre, aumentando con su muerte aquel cuadro de desolacion. Sus compatriotas lo entierran entre las arenas de la playa a invitacion del virtuoso i abnegado párroco. Hé aqui como se hicieron estos melancólicos funerales:

Allí, de prisa, en la desierta orilla
Cavan la transitoria sepultura;
Son lamentos sus dobles, i es la villa
Fúnebre antorcha que en su honor fulgura.
Hincando el triste pueblo la rodilla
Responde humilde a la oracion del cura
I al batir de la mar, los acompaña
Música melancólica i estraña.

∴

Por las muestras citadas i el lijero estracto del poema que acabamos de dar a nuestros lectores, nos parece tarea ociosa encomiar el mérito de la traduccion i del orijinal.

El jóven traductor de *Evanjelina* acaba de conquistar para sí una brillante corona. Reciba por ello nuestras mas sinceras i afectuosas felicitaciones.

I ya que con este trabajo deja sentada su reputacion de poeta, le recordamos que tiene contraido con el público i con sus amigos una deuda que es forzoso pague.

Su talento i su edad le prescriben el trabajo. El tiempo de labrarse una reputacion sólida i duradera no vuelve dos veces en la vida; asi el que tiene en su alma ambiciones nobles i los medios de satisfacerlas, no debe, como vulgarmente se dice, dormirse sobre sus laureles.

ENRIQUE DEL SOLAR.

LA HUELLA DEL MISIONERO.

Dominando a Quillota i mui cerca de ella, se alza el cerro de Mayaca. Desde su cumbre se vé un hermoso panorama. Es la ciudad de Quillota con sus casas medio ocultas por las arboledas, separadas unas de otras por viñas i huertos en que se lucen plantas de todos los climas. Vista desde arriba, Quillota con sus calles que se cortan todas en ángulo recto semeja a un gran jardin artificiosamente dividido en cuadros. Acá es una viña la que ostenta su sin par verdor, allá son el lúcumo, el chirimoyo i el naranjo de jigantescas copas. Acá i allá se desprenden de ese mar de exuberante verdura dos o tres torres blancas que se elevan hácia el cielo con gallardía. A todo este bello cuadro sirve de marco el rio Aconcagua que, como una faja de plata, circuye a Quillota.

En la misma cumbre del Mayaca está plantada una cruz, que se divisa de cualquier punto de la ciudad i que la piedad del pueblo adorna durante la noche con dos cirios.

Esa cruz, recuerdo de años remotos, recuerdo de un hombre de memoria venerada, es sublime en su majestuosa soledad i colocada allá en la altura. No sé qué de misterioso rodea a esa cruz solitaria i envejecida por el tiempo, el sol i la lluvia. Al acercarse a ella, en la hora del crepúsculo, siente uno el alma poseida de respeto, de temor relijioso.

Apénas si llegan hasta esa alta cumbre los sones de las músicas de la ciudad entrecortados i traidos por la brisa i el tañido melancólico i solemne de la campana que llama a la oracion de la tarde.

∴

Un santo apóstol, un misionero católico, el inolvidable P. Peña, plantaba hace años esta cruz aquí en este sitio. Era esta misma hora del crespúculo; una muchedumbre inmensa estaba agrupada aquí i escuchaba la última palabra del misionero. Habia predicado la lei de Dios, habia exhortado a la penitencia i derramado sobre el pueblo la bendicion i el perdon del cielo. El sagrado sembrador habia arrojado la semilla, habíala regado con sus sudores i encomendaba a Dios el hacerla fructificar. Debia partir ya a anunciar el Evanjelio i a llevar la reconciliacion i el perdon a otros pueblos.

El misionero dijo su adios, plantó aquí esta cruz, tomo su báculo i partió.

∴

Como los conquistadores de espada i de esterminio clavan sus pendones en la tierra conquistada en señal de victoria i de dominio, asi los conquistadores de paz i de amor plantan tambien el pendon de la cruz en la tierra evanjelizada.

Con voz severa predicó el misionero las iras del Eterno; predicó tambien los prodijios de amor de Dios por el hombre. La palabra del misionero tocó el corazon del pecador. Deshecho en lágrimas se postró el pecador a los piés del embajador del Altísimo. Alzó éste sus manos al cielo i en nombre de Dios otorgó el perdon.

A toda alma trae el misionero luz, a todo corazon paz i consuelo. I, al abandonar a un pueblo, deja siempre plantada una cruz como símbolo del perdon, como enseña de luz, como prenda de paz i de consuelo.

Cuando el misionero ha partido ya a tierras lejanas o cuando talvez ha pasado a recibir de Dios el galardon de sus conquistas, allí está la cruz, repitiendo muda lo que el misionero enseñara al pueblo, recordando sin cesar al pecador sus lágrimas, sus juramentos i su perdon. Serpiente de bronce plantada en el desierto, cuando se la mira, conforta i sana. Bandera del Cristo, la cruz, desde ese magnífico pedestal que le deparó la naturaleza está dominando al pueblo cristiano. Es el pararrayos contra la cólera divina. Es el árbol de redencion i de perdon que proteje al pueblo i lo abriga con su sombra. Símbolo augusto de la fé católica, está en la altura espuesto a la adoracion de los creyentes.

∴

Consuela ver a nuestro pueblo floreciendo a la sombra de la cruz. ¡Sienta tan bien divisar allá arriba una cruz, cuando se atraviesa el valle con la velocidad de la flecha en alas del vapor! Donde la munificencia de Dios hace crecer tantos árboles de todas las zonas es mui hermoso ver alzarse señoreándolos a todos ellos al árbol del cielo, la cruz.

¡Felices los pueblos que viven al pié de la cruz, de esa gran civilizadora i pacificadora del mundo!

¡Felices los pueblos que escucharon al misionero i que, cuando miran la cruz que él plantó con sus manos ántes de partir, consagran al apóstol un recuerdo de veneracion i de amor!

¡Nunca permita el cielo que se levanten en Chile quienes, como en otras naciones desdichadas, destrozen, bárbaros i sacrílegos, la sagrada enseña de la cruz!

Quillota, enero 18 de 1872.

RAFAEL B. GUMUCIO.

EVANJELINA.

ROMANCE DE LA ACADIA.—TRADUCIDO DEL INGLES DE ENRIQUE WADSWORTH LONGFELLOW.—POR CÁRLOS MORLA VICUÑA.

(Continuacion.)

V.

Cuatro veces el sol puéstose habia,
I el gallo anuncia a la dormida aldeana
Que la aurora fatal del quinto dia
Reviste ya la esfera de oro i grana;
A breve rato por tortuosa vía,
De labradores triste caravana
Cruza la faja de terreno angosta
Que separa la aldea de la costa.

En toscos carros conduciendo vienen
Su sencillo, doméstico menaje;
I ántes que de su vista lo enajenen
Verde colina o rústico ramaje,
A mirar, infelices, se detienen
Por la postrera vez aquel paisaje,
Mientra inconsciente el niño de la aldea
Alegre al tardo buei aguijonea:

Así llegan del Gáspero a la boca
I amontonan sus bienes en la playa.
Entre la nave i la poblada roca
Boga una embarcacion lijera i gaya;
Ya el sol rojizo en el ocaso toca,
I de la tarde el esplendor desmaya,
Cuando un redoble de tambor resuena
Que convoca la jente hácia otra escena.

La puerta de la lúgubre capilla
De pronto se abre i salen escoltados
Los habitantes de la agreste villa
Por dos gruesas columnas de soldados
Desde la iglesia a la arenosa orilla
Descienden, entonando himnos sagrados,
Como suele cantar el peregrino
Por alivir las penas del camino.

Plegaria de Católicas Misiones
Elevan al cruzar por la pradera;
«Fuente de inagotables bendiciones!
Corazon de Jesus! haznos lijera
Esta carga de acerbas aflicciones
Que hoi nos impone Providencia austera!»
I unen sus trinos a las voces graves
Como alados espíritus los aves.

En medio de esta probacion tremenda
Ni un solo instante la doncella jime,
Con alma superior cual digna ofrenda
Presenta a Dios resignacion sublime,
I aguarda muda en medio de la senda
Que la turba cautiva se aproxime,
Pues vienen entre aquellos labradores
Su padre i el iman de sus amores.

Ya están allí; con pálido semblante
Gabriel temblando de emocion camina;
Verlo e irse a sus brazos anhelante
Era lo que aguardaba Evanjelina;
Se enlaza a él diciéndole triunfante,
Mientra en su hombro jentil la sien reclina:
«¡Gabriel mio! qué importa el mal presente,
«Si sobrevive nuestro amor ardiente!»

Torna a mirar al padre, ¡atroz mudanza!
Pálida está i marchita su mejilla;
El celeste fulgor de la esperanza
Ya en sus pupilas húmedas no brilla;
Lento, con pasos trémulos, avanza;
El dolor con mil dardos acribilla
Su viejo corazon que apénas late,
I sucumbir se siente en el combate.

Corre a él la zagala cariñosa;
Se enlaza tierna a su abatido cuello;
Sobre la ajada sien los labios posa
I de su amor filial imprime el sello;
Mas, vano afan! al borde de la fosa,
Queda de animacion solo un destello
Al noble anciano, que en la adversa suerte
Bálsamo a su dolor mira en la muerte.

Ya llevan a la flota a los proscritos;
Crece la confusion en la ribera.
Arrancados del seno los hijitos
Sobre el mar una madre se exaspera.
Así a un pueblo destrozan por delitos
Que el rei castiga sin mentar siquiera;
I su infame crueldad tanto alquitaran
Que aun a Basilio de Gabriel separan!

En medio de la lúgubre tarea
Húndese en el poniente el sol lejano;
Al secreto poder de la marea
Retrocede sumiso el oceáno;
I reposa la jente de la aldea,
Como en su marcha el nómade jitano
Acampa en la península española,
Donde resbala exánime la ola.

Avanzada la noche, de los prados
Llenando el aire con silvestre aroma,
Tornan a sus rediles los ganados
Por la desierta i enriscada loma;
Aguardan en la cerca acostumbrados,
Pero a quitar las trancas nadie asoma;
Bien provista la vaca trae la ubre,
Pero a la ordeñadora no descubre!

El pueblo misterioso i solitario
Se halla en hondo silencio sumerjido;
No anuncia la oracion el campanario
Con tierno i melancólico tañido;
Ni exhala ya, cual místico incensario,
Su espira de humo cada hogar querido:
Así el monarca en su arbitrario imperio
Torna un centro de vida un cementerio.

Entretanto la plebe en la ribera,
Aprovechando náufragos despojos,
Logra encender resplandeciente hoguera
Que al mar dilata sus destellos rojos:
Mas pálidos los rostros que de cera,
Arrasados de lágrimas los ojos,
En torno a aquella improvisada lumbre
Repliégase la triste muchedumbre.

Se multiplican las fogatas luego;
I, cual de choza en choza andar solia,
El sacerdote va de fuego en fuego
Consolando a la jente en su agonía.
Como refrijerante i blando riego
Vierte en las almas su palabra pia.
Pablo así, cuando náufrago se hallaba,
En las playas de Melita vagaba!

Llega al lugar do se halla Evanjelina
Al moribundo padre consagrada;
La roja llama trémula ilumina
Del anciano la faz desencajada.
En vano lo acaricia tierna i fina,
I ofrécele alimento la hija amada;
La hoguera mira i su fulgor incierto,
Paralizado i mudo como muerto.

Benedicite! esclama el santo cura
Con aquel dulce tono que prepara
A un gran dolor, i continuar procura,
Mas su propia emocion lo impide avara;

I cual tímida, tierna criatura
En el dintel de una mansion se para
Del interior oyendo los lamentos,
Así en su labio espiran los acentos.

Torna a Dios la mirada lacrimosa!
Indiferentes al humano duelo,
Van los astros en hueste luminosa
Por la enlutada bóveda del cielo.
Sobre la niña entónces temblorosa
La diestra extiende con piadoso anhelo;
Solloza la infeliz junto a la llama,
I él compasivas lágrimas derrama.

Como en otoño la sangrienta luna
Del pálido horizonte se desprende,
Súbita luz que el monte i la laguna
I todo lo enrojece, el sur enciende.
Cual airado titan la ancha columna
Sus cien brazos de fuego en torno tiende,
I amontónase nube sobre nube
De un humo espeso que chispeante sube.

Crece el incendio; alcanza su reflejo
Las naves a alumbrar en la bahia,
Tórnase el mar en diamantino espejo
I en reluciente plata el ancha ria;
Cubre la esfera azul manto bermejo,
I la llama voraz con saña impia
Corre por techados de la aldea
Lanzando al viento la tostada enea.

Vése desde el lejano campamento
La pira funeral que el cielo dora,
I el pueblo esclama en lúgubre lamento:
«¡Adios por siempre, villa encantadora!»
El rojizo fulgor del firmamento
Confunde el gallo con la alegre aurora,
I del ganado al par que muje i brama,
Cantor saluda la siniestra llama!

Cual tiembla del Nebraska la llanura
Cuando del indio el búfalo seguido
Cruza en tropel su perennal verdura
I alarma el campamento adormecido;
Así aumentando la hórrida pavura
Llena el espacio atronador rüido:
Es el ganado que furioso i ciego
Rompe por entre el círculo de fuego.

Como marmóreo grupo inanimado
El párroco i la niña ven la escena;
Luego del mudo compañero al lado
Tornan a mitigar la intensa pena.
¡Ah! de su asiento el mísero ha rodado
I de la playa en la luciente arena
Yace yerto cadáver extendido,
De donde el noble espíritu ha partido.

La frente inanimada alza del suelo
Süavemente el sacerdote santo;
Se abraza al cuerpo rijido cual hielo
La tierna niña en medio de su espanto;
Superior a las lágrimas su duelo
No brota de sus párpados el llanto,
I en su desesperado desvarío
Esconde el rostro en el cadáver frio.

Así pasa la noche tenebrosa
En profundo desmayo sumerjida;
I cuando al asomar el alba hermosa
De aquel sueño letal vuelve a la vida,
Hallan sus ojos turba numerosa
En círculo en su torno reunida,
Sobre la escena del dolor velando
I su mudo martirio contemplando.

El moribundo incendio de la aldea
Enrojece el espacio todavía,
I al resplandor de funeraria tea
Que sobre el cuadro doloroso envía,
Del juicio universal la horrible idea
Asalta su excitada fantasía,
I oye trémula voz que de esta suerte
Rompe el hondo silencio de la muerte:

«Sepultémoslo aquí, junto a los mares;
I si permite el cielo que tornemos
Alguna vez a nuestros patrios lares,
Su sagrada ceniza exhumarémos,
I en medio de los plácidos hogares
A su memoria un túmulo alzarémos,
Legando al porvenir con esa ofrenda
De su vida i martirio la leyenda.»

Allí de prisa en la desierta orilla
Cavan la transitoria sepultura;
Son lamentos sus dobles, i es la villa
Fúnebre antorcha que en su honor fulgura
Hincando el triste pueblo la rodilla
Responde humilde a la oracion del cura,
I al batir de la mar, los acompaña
Música melancólica i estraña.

Es el murmullo que alza la márea
Al volver a la tierra con la aurora.
Concluye del embarque la tarea
Miéntras el pueblo inconsolable llora....
Luego, dejando en ruinas una aldea
I un sepulcro en la playa, voladora
Sus blancas alas la flotilla extiende
I las espumas de los mares hiende!

PARTE SEGUNDA.

I.

Habian luengos años trascurrido
Desde el incendio de la villa agreste,
Desde que por las auras impelido
Tendió el convoi las alas al sudeste
Trasportando a pais desconocido
Un pueblo opreso por tirana hueste,
Porque ordenarlo así plugo a un monarca
Que medio mundo con su cetro abarca.

Fueron los acadenses arrojados
Por órden del mandon en tierra ignota
I por estrañas costas derramados
Como mísero ejército en derrota,
O cual copos de nieve dispersados
Cuando furioso vendabal azota;
Que el déspota crüel con saña fiera
Estirpara esa raza si pudiera.

Sin amigos, ni hogares, ni esperanza
Vaga el pueblo Acadense peregrino.
Hasta los lagos por el Norte alcanza
I hasta la Austral Sabana en su camino.
Desde el piélago azul al punto avanza
Da el Padre de los Aguas su destino
Cumple, arrastrando al mar el alto monte
Los huesos a cubrir del mastodonte.

En busca van de amigos i de hogares;
I muchos agobiados de amargura,
En medio de los bosques seculares,
Ya al mundo solo piden sepultura;
Está en los relijiosos valladares,
De los sepulcros en la piedra dura,
Grabada de los tristes la memoria
I referida su doliente historia.

Por muchos dias pálida doncella
Miróse sola entre la turba estraña
Sufriendo tierna, resignada i bella
Del infortunio la tremenda saña.
Triste veia levantar sobre ella
A la pálida muerte su guadaña,
I miraba de túmulos cubierto
De su existencia el árido desierto.

De ilusiones que el tiempo ha calcinado,
Restos de una pasion desvanecida,
Veia aquella víctima sembrado
El sendero espinoso de su vida.
Va así al Oeste esplorador güiado,
En marcha aventurera i atrevida,
Por osamentas mil que al sol relucen
I hogueras que a ceniza se reducen.

Algo habia incompleto en su existencia,
Algo en fragmento doloroso habia,
Cual si una linda aurora en su opulencia,
En medio de su brillo i su armonía,
Al punto orijinal de procedencia
A descender tornara. Parecia
Rosa que el crespo seno de oro i grana
Lánguido inclina en su primer mañana.

Solia el pueblo divisarla errante
Por las sendas de triste cementerio,
Descifrando con ojo penetrante
De cada losa el funeral misterio,
Mas de una vez mirósela delante
De aislada tumba, con semblante serio,
Si seria dudando recelosa
Del bien perdido la ignorada fosa.

En las ciudades discurria a veces
Por sus duros contrastes abrumada,
Hasta que de su anhelo en nuevas creces,
Su alma de ardiente sed atormentada,
Alzando a Dios sus fervorosas preces.
La peregrinacion abandonada
Emprendia de nuevo por el mundo
Buscando alivio a su dolor profundo.

Por un dicho, un rumor, un soplo vano
Impulsada en su marcha se sentia.
Desentrañar pensaba el hondo arcano
Cuando del labio del viajero oia
Que tiempo atras, en páramo lejano,
Al que su pecho ansiaba visto habia.
Mas léjos de alumbrarse así la senda
Crecia mas su incertidumbre horrenda,

¿A Gabriel Lajeunesse? si, lo hemos visto
Decianla mil lenguas lisonjeras.
Ese gallardo mozo, tan bien quisto,
Recorre con Basilio las praderas.
Es entre los tramperos el mas listo
Decianle otras, va por las riberas
Del Padre de los rios, a Lüisiana,
Con larga emprendedora caravana.

No faltó quien le hiciera reflecciones:
«Tu alma ilusa, decianle, ¿qué aguarda?
¿No hai como el de Gabriel cien corazones?
Es ya ceniza el que tu pecho guarda?
Del hijo del notario las pasiones
Ajitó tu beldad, niña gallarda!
¿Por qué un sí complaciente no le dices?
¡Vamos! dale tu mano i sed felices!»

Entónces respondia Evanjelina
Disimulando su profunda pena:
«Donde espontáneo el corazon se inclina
Allí el alma, allí todo se encadena.
El con su propia llama se ilumina,
I alza un jardin en la desierta arena,
I en albor de esperanza el cielo esmalta,
Ese cielo sin sol cuando amor falta,

Al oir estas frases de su boca
Aplaudia el buen padre su cordura
I deciale: «deja que cual roca
El vulgo te suponga fria i dura,
Desdeña la opinion de jente loca
Que juzga tu constancia una locura.
Hija, tu sabes bien que nunca en vano
Fluyó el amor del corazon humano.

«Si su armoniosa, límpida corriente
No fertiliza al corazon ajeno,
De la tranquila orijinaria fuente
Vuelven sus aguas plácidas al seno.
¡Tu amorosa mision cumple paciente!
¡Persevera con ánimo sereno!
Asaltaránte en vano pena i duda
Si de constancia i fé tu alma se escuda!»

Así de su profundo abatimiento.
Alzábala infundiéndole esperanza,
I aunque del muerto padre el pensamiento
Su pecho heria como aguda lanza,
Cuando oraba, en su oido un blando acento
Murmurábale dulce: ten confianza!
I seguia, los piés con sangre rojos,
Hollando espinas i rozando abrojos.

Las huellas, Musa mia, seguir quiero
De la desorientada peregrina!
No iré marcando el áspero sendero
Paso entre paso en pos de Evanjelina;
Mas si la seguiré como el viajero
El curso de corriente cristalina
Que, sepultada entre la selva umbrosa,
Murmurando se arrastra perezosa.

Cuando el murmurio musical se aleja
El viajero percibe su estravio,
I hasta volver a oir la blanda queja
En busca marcha del oculto rio;
La linfa, al cabo, tímida i perpleja
Sale del seno de su bosque umbrío,
I al descubrirla el que tras ella vaga
Feliz la sed en su corriente apaga.

(Continuará).

LOS TALLERES

DE LA PENITENCIARIA.

Los datos suministrados poco há por la prensa diaria, sobre las ganancias realizadas durante 1871 en los diversos talleres de la Cárcel Penitenciaria, nos han impulsado a llamar la atencion del público hácia la necesidad de protejer esos talleres de una manera mas decidida.

Existen tres clases de talleres en la Cárcel Penitenciaria: de carpintería, de zapatería i de herrería. En los primeros se trabajan los muebles de mas consumo, de diversas calidades, tanto o mejor concluidos que muchos de los que se importan al pais o que se nos venden por tales en los almacenes de lujo. En los de zapatería se hace calzado cuya duracion i materiales no son inferiores a los de la jeneralidad de las tiendas. El de herrería trabaja cocinas, catres, rejas, etc., del modelo que se quiera. Hemos visto con satisfaccion que este taller, el ménos atendido por el público, a causa de lo cual casi siempre estaba con déficit, ha hecho una ganancia de mas de mil pesos en el último año.

Todos los objetos trabajados en la casa se venden con un 20 a 30 por ciento de rebaja del precio corriente.

La proteccion del público permitiria llevar a una mayor perfeccion los artefactos, i realizar, en favor de los presos, mejoras que formarian, de hombres perdidos, honrados ciudadanos.

I al hablar de proteccion del público comprendemos en ella la de las autoridades. Los establecimientos públicos pueden surtirse allí de cuanto necesitan i con mas cuenta aun que los particulares.

El señor Intendente de Santiago ha dado el primer paso en este sentido: ha mandado hacer cien catres para la Casa de Correccion. Ojalá su ejemplo sea imitado.

La moralizacion del preso debe ser, ántes que el castigo, el fin principal de las cárceles, i es innegable que el trabajo aunado con la relijion, ejercen única i esclusivamente ese influjo reparador. Howard decia: «Haced dilijentes a los hombres i ellos se harán virtuosos.»

Sin talleres no puede haber trabajo i sin proteccion del público no hai talleres. I no se crea que exajeramos. No hace mu-

cho se estableció en la Penitenciaria el taller de encuadernacion. Despues de grandes sacrificios i gastos de prensas i demas útiles, hubo de cerrarse por falta de trabajo.

La proteccion del público haria ademas mucho mas fructuoso el laudable celo i la espontánea actividad del Superintendente.

Las reformas tanto materiales como morales que efectúa el señor Urizar Gárfias, no tienen otro fin que convertir la Penitenciaria, como él mismo lo dice, de cárcel en colejio. Así, derribando las murallas divisorias de calles para entrar a las celdas, ha dejado celdas de cerca de cuatro metros de ancho, i de ese modo ha consultado la economía de guardianes i la mejor ventilacion, ha evitado la humedad del invierno i atenuado el excesivo calor del verano.

Trata de reformar los talleres segun uno ya arreglado i que consulta manifiestas ventajas sobre los demas.

Ocupa seriamente su atencion la construccion de una capilla, en la que todos los detenidos, libres de la intemperie, puedan oir la Santa Misa i escuchar la divina palabra. La falta de un lugar adecuado no permite ahora hacer con facilidad las instrucciones sobre relijion que el Capellan i otros dos dignos sacerdotes de nuestro clero hacen semanalmente, por turnos i talleres. Los presos gustan mucho de estas instrucciones, pues que ademas del bien espiritual que les proporciona, salen un rato de su encierro i recibe cada uno tabaco i papel que les llevan los sacerdotes instructores. Estos se ven asediados por los presos que les piden libros piadosos para leer.

Las instrucciones, los premios a los de mejor conducta, premios que consisten en cintas de honor, o privilejios como salir al patio los dias festivos, mejor comida que los demas, etc.—la dulzura en el trato i la esperanza de indulto son los estímulos con que se propone rehabilitar al preso.

Pero sobre todos estos medios, se procura inculcarles las verdades de la relijion, como que éste es el mas poderoso ajente de reforma. Así lo declaraba el Congreso de Cincinati, compuesto de notabilidades penolójicas i reunido, a fines de 1870, con el objeto de discutir i acordar el mejor sistema penitenciario: «La relijion es, dice el inciso IX de su *Declaracion de principios*, de todos los ajentes de la reforma el primero en importancia, porque ella ejerce el mas poderoso influjo en la vida i en el corazon del hombre.»

Así lo comprendió el Supremo Gobierno al dictar en 9 de diciembre de 1867 el reglamento de la Penitenciaria. El art. 12 habla de los deberes del Capellan, i dice: «La mision del Capellan con los detenidos es la de hacerles conocer, amar i cumplir los preceptos de Dios, de la Iglesia i de la sana moral: infundirles aversion al vicio i sentimientos de justicia, de caridad i de honor: hacerles cobrar estimacion de sí mismos i amar al trabajo: disponerlos a la resignacion i a que sean obedientes i sumisos, i procurar por todos los demas medios convenientes, la reforma completa i radical de sus costumbres, etc.»

Considerando la importancia de la instruccion, la asistencia a la escuela es obligatoria para todos. El catecismo, la lectura i escritura, un poco de aritmética i de jeografía deben ser enseñados por un preceptor que tiene, ademas, segun el art. 14 del reglamento, la obligacion de «instruir a los presos constantemente por medio de lecciones orales en los principios de moralidad que contribuyan a su reforma i correccion.»

Pero despues de estas reflexiones, se nos dirá: con las comodidades que quereis proporcionar a los presos vais a premiar sus malas acciones, a alentar a éstos i a otros que, vagabundos, pasarán mejor su vida en la cárcel que en la calle.

De ninguna manera. Una cárcel, mas que lugar de castigo, es escuela para enseñar a obrar el bien a hombres perdidos quizá mas por ignorancia que por malicia. Desde que al sistema antiguo de la *venganza* se sustituyó el de la *justicia*, el delincuente no es un miembro podrido de la sociedad que sea preciso esterminar lentamente en un calabozo húmedo i oscuro: el recluso es un desgraciado a quien es necesario rehabilitar, i el castigo, sin este fin principal, sobre hacernos retrogradar a los tiempos de barbarie, seria perfectamente inútil.

A este propósito, leemos en el folleto publicado con motivo del Congreso de Cincinati: «La tendencia marca la sobre este asunto es a una disminucion de la fuerza i a un engrandecimiento del espíritu. El dolor por sí solo se considera estéril, i el

tierno interes que se inspira por seres culpables de los mas execrables delitos, pareceria a primera vista que encerraba una injusticia, sino se reflexionase despues que la opinion del Congreso de Cincinati no es la opinion de ociosos soñadores, descarriados acaso por mórbido sentimentalismo, sino la opinion de hombres prácticos, avezados al trato con los mas endurecidos criminales, i que, en muchos casos, han pasado largos años en la tarea de manejarlos. La cuestion está pasando a una esfera cientifica. Se trata de descubrir leyes nuevas respecto al modo como el espíritu de los hombres se somete voluntariamente a la sujecion i coopera a su propia elevacion. Si se descubre que ese ajente es el amor i no el odio, la esperanza i no el temor, la elevacion i no la degradacion, entónces todas las sociedades están en el deber de adoptarlos, asi como adoptan a porfia nuevas leyes sobre locomocion i comunicacion, a medida que su verdad se demuestra por los sabios en su gabinete i por los empresarios en sus trabajos.»

«La prision es una especie de anfiteatro de disección moral, en que el espíritu se ofrece inerte el exámen del médico. Si pues todos estos operarios, cuya vida se pasa en contacto con aquellos espíritus, muertos temporalmente por la sociedad, proclaman a una voz que han encontrado un nuevo órgano, poderoso, que responde prontamente a las emociones de amor, de esperanza i de trabajo, i por el cual se trasmite al sistema cierto vigor moral desconocido ¿habrá sociedad tan indolente que no se apresure a ensayar el maravilloso descubrimiento?»

«De casi todos los Estados de la Union se han congregado hombres de varias profesiones, de varias relijiones, edades, temperamentos i convicciones políticas; hombres que han examinado, no por dias sino por años, los furores, los arrepentimientos, las angustias i las exaltaciones de los delincuentes; que los han examinado en la celda solitaria, en el taller de trabajo, en el ocio, en las efusiones de la exaltacion relijiosa i en el abatimiento de la enfermedad, i que todos a una voz, sin que precediera larga discusion i como si viniesen ya convenidos, nos dicen: *es preciso sustituir por el rigor la dulzura i por el odio el amor; mas estímulos i ménos cadenas.* Nada puede ser mas autorizado i respetable. Es posible que la idea choque con nuestras convicciones i que no podamos fácilmente reconciliarnos con la novedad de no hacer espiar el crimen; pero si aquélla es una lei nueva i fecunda, aceptémosla, como aceptamos los nuevos descubrimientos en la mecánica i la física».

Esto basta para convencer; pero aun hai mas.

Existen en el fondo del corazon humano muchos jérmenes de virtud i seria temerario desconfiar de la conversion del mas endurecido criminal.

Hai quienes creen domesticable una fiera i la conversion de un malvado les parece imposible. Temerarios! Si para lo primero empleais fuerza bruta i constancia, cambiad la fuerza por dulzura, multiplicad la constancia para con el malvado i vereis vuestro desengaño. No es tarea de un dia ni de dos, lo sabemos, i ¿quién lo duda? La creacion del mundo, dice un distinguido publicista,-costó solo seis dias de trabajo a Dios, su rejeneracion le costó treinta i tres años de sufrimientos i morir en una cruz.

Una sola consideracion nos basta para probar que no se alienta al crimen al preso ni al vagabundo. El hombre ama su libertad sobre todos los bienes, i la sola idea de que faltando va a ser privado de ella, puede con mucho, mas que el temor del castigo. Imájen de la Divinidad, no puede aventajarlo el ave que prefiere su «pobre nido» a las «doradas rejas». I el preso ménos que nadie, pues ya conoce lo que es carecer de libertad.

En resúmen, la proteccion del público a la Penitenciaria, convierte la maldad e hipocresia en honradez i virtud.

Una última palabra.

Enviamos de lo íntimo de nuestra alma un voto de felicitacion al señor Urizar Gárfias por su celo infatigable, i pedimos de corazon a Aquél que aun en esta vida recompensa las buenas obras, colme las esperanzas i corone los laudables esfuerzos de tan benemérito ciudadano i de tan sincero católico.

Santiago, enero 18 de 1872.

Enrique Cueto Guzman.

UNA TARDE.

I.

Era un miércoles de estio,
La hora entre siete i nueve,
I el sol sus últimos rayos
Veloz lleva a otra rejion;
La sombra se hace en el valle
I en rojo color la nieve
Se torna, en las cordilleras
Que forman largo cordon;

Los altos i rudos picos
Reciben desde lo léjos,
Cual centinela apostado,
Su postrero i dulce adios,
I al venir del claro dia
El alba con sus reflejos
Al mundo dan el alerta
Del dia que viene en pos;

I entónces trisca el ganado
En la ribera floreada
I alegres trinos las aves
Comienzan dulce a entonar,
I entónces tambien el alma
Que se siente enamorada
A donde se halla su amado
Vuela lijera a pasar.

Son las ocho, i la campana
Que anuncia que el dia fué,
Con graves i tardos sones
Cumple su triste mision;
I de la campana cerca
Una cruz allí se vé
Donde el pueblo reverente
Eleva tierna oracion.

Los campesinos acuden
Porque dicen que hai encanto,
Otros dicen que milagros
Muchos hace dicha cruz,
I sobre la dura base
Que sostiene al leño santo
Siempre se vé por la noche
Arder brillante una luz.

Cabe un riachuelo corre
I su torrente de plata
Alegre plática lleva
Con la flor que ve pasar;
Talvez está enamorado
I de detenerse trata
Pero su destino fiero
Le obliga siempre a marchar.

Solo se oye a lo léjos
Su murmullo incierto, vano
¿Será acaso el adios tierno
Entre la linfa i la flor?
¿Será que la flor se inclina
Sobre su tallo galano
Para besar tristemente
Al objeto de su amor?

No lo sé.... Mas ya la luna
Que alumbra la azul esfera,
Con gravedad majestuósa,
Por el oriente asomó,
I su carro lentamente
Avanzando en su carrera,
Dando celo a las estrellas,
En el zénit se posó.

Todo es silencio i calma,
Ni una ave pasajera,
Tórtolas o golondrinas
Alondras o ruiseñor;
Ni sopla la menor brisa
Que sirva de mensajera
A quien envie un suspiro
De placer o de dolor.

II.

Allí apartados i solos
De cualquiera ser creado
Se divisa que sostienen
Seguida plática dos.
Son un jóven i una niña,
Su asiento es el verde prado,
Sin otro techo que el cielo,
Ni mas testigo que Dios.

Tipo de la simpatía
La niña veinte años cuenta,
Crespo su rubio cabello,
Sus dientes semejan ser
Fino nácar, i el rosado
Que en su mejilla se ostenta,
Dando celos al carmin,
Causa envidia al rosicler.

Es de mediana estatura,
Su cuello blanco de nieve,
I es su escote mui torneado
I su talle mui jentil,

Su voz, aliento divino,
Es tierna, sentida, leve
I es su semblante risueño
De tales galas pensil.

Mas del jóven nada digo
Porque no hace a lo que cuento;
Que todos cual mas cual ménos
Morenos o rubios son,
I no quiero que el galan
Váyame a decir que miento
Sino lo pinto cual quiere
Su buena o mala intencion.

III.

La niña está cabizbaja
I a juzgar por su semblante
Alguna idea la angustia,
La aqueja algun torcedor.
El jóven que está con ella
La pregunta en el instante
¡Hermosa niña qué tienes?
¡Has sentido acaso amor?

¿Acaso los invisibles,
Arpones ya de Cupido
Sentiste dentro del pecho?
¡Hirieron tu corazon?
—Tú sabes, ella repuso,
Que corre el tiempo florido
Cuando hai mas fuego en el alma
Que luz en nuestra razon.

I con lenguaje sincero,
Cual es usanza entre ellos,
La niña cuenta su historia
I el doncel atento está.
—Ella es bien corta, dijo.
Pasados los dias bellos,
Ahora solo pesada
Mi vida siguiendo va.

Es historia de seis meses
Que dia a dia recuerdo
Palpando lo que fué en mí
Desear, gozar i *sufrir;*
Anhelé el amor de un hombre
I entónces *gocé*, me acuerdo,
Al lograrlo; mas tan solo
Fué nacer para morir.

Era un jóven de veinte años
De mui jentil apostura,
Carbunclos sus negros ojos,
Sus labios tinto coral,
Negro su liso cabello,
De perlas su dentadura
I blanca su altiva frente
Que no conoce rival.

En los paseos i fiestas
Es bizarro caballero,
En los bailes i salones
El mas cumplido galan;
Su voz es suave, arjentina,
Es su lenguaje sincero,
Cautivan sus blandas frases
Cual májico talisman.

IV.

Era una noche de invierno
De ésas que nuestra jente
Aprovecha con agrado
Para alegre reunion,
I donde al son de la música
Se pasea alegremente,
O se danza, o se conversa
Segun es la inclinacion.

Recuerdo que entónces ámbos
Apartados a buen trecho
Sus palabras hechiceras
Afanosa le escuché;
I allí mismo i sin retardo,
Dándole espansion al pecho,
Juróme un eterno amor
I amor eterno juré.

I otras veces como en ésa,
Noche de dulce memoria,
Su ardiente pasion me dijo
Que gratamente le oí;
I así pasaban los dias,
Horas, minutos de gloria,
I yo siempre embebecida
En mi ardiente frenesí.

Mas, ilusa, yo engañada,
Vivia, de lo que fueran
Las afecciones del hombre
I del hombre a quien amé;
Juzguéme en su fé segura,
Crei que sus frases eran
Nacidas de donde nacen
La justicia i buena fé.

Soñé que en el hombre habia
Corazon, alma, conciencia,

Mas a juzgar por los hechos
Todo es mentira, doblez;
Son débiles sus afectos,
Desparecen con la ausencia
I el tiempo que todo cambia
Al hombre cambia a su vez.

Si, el jóven a quien yo amaba,
Su juramento rendido,
Sin esplicarme la causa,
Cierto dia retiró;
¡Acaso talvez indigna
Creyóme, o confundido
Al peso de las promesas
Que en un dia me juró!—

I al decir tales palabras,
Nublados sus claros ojos,
Por su rosada mejilla
Una lágrima rodó,
I reasumiendo en su pecho
De su pasion los despojos
En sus labios purpurinos
Hondo suspiro murió.

—Mas llorar, niña, la dijo
El jóven con quien hablaba,
Es consagrar un recuerdo
A quien su fé renegó.
—Es que arde una llama dentro,
I de nuevo suspiraba.
—Olvida, niña, esos sueños.
—Mi fé jurada, eso nó;

I aunque el ingrato me olvide
Mi palabra quede ilesa
¡Quizás el tiempo, los años
Mi pasion podrán borrar!
—Es una leccion severa
Con la cual tu vida empieza,
Hermosa niña, repuso
El galan al contestar.

I quiero decirte, niña,
Dijo el jóven continuando,
Que nunca prestes oidos
A dulce o tierna diccion;
Que el amor no necesita
Lenguaje severo o blando,
Pues los ojos, el semblante
Retratan el corazon.

V.

Mas ya está entrada la noche
I la gallarda pareja
Al castillo donde habitan
Su regreso emprende ya,
I alumbrados por la luna
Que en sus rostros se refleja
Siguen su marcha tranquila
Por donde la senda va.

Enero 23 de 1872.

OSVALDO RODRIGUEZ.

VARIEDADES.

BUENA DEFENSA.

En uno de los tribunales de Paris ocurrió, no ha mucho tiempo, un suceso que no deja de ser gracioso.

Un abogado de mucha fama defendia a un pobre diablo, acusado de haber seducido a una jóven. Como es costumbre en Francia, el acusado estaba presente a la vista de su causa.

—No conozco, dijo el abogado, sino tres medios eficaces de seduccion:

La hermosura.

El talento.

I el dinero.

En cuanto a hermosura, mirad a mi defendido; es imposible que haya un hombre mas feo.

En cuanto a talento, ya le habeis oido hablar; nada mas estúpido puede oirse.

I en cuanto a dinero, baste decir que no tiene con que pagar mis honorarios.

.....

El acusado fué absuelto por unanimidad.

* * *

VOZ MELODIOSA.

Una aria del *Trovador*
Cantaba el juéves, Perico,
I uno dijo:—¿Por qué tanto
Hoi rebuznan los borricos?....

* * *

QUÉ TINO!

En una tertulia.

—¡Quién es, señorita, aquella vieja ridícula que se halla al lado del piano?

—Es mi mamá. (Estupefaccion del galan.)

—Ud. ha entendido mal señorita; yo no le preguntaba por la respetable señora que está a la izquierda del piano, sino por el mónstruo de mujer que está a la derecha.

—Es mi hermana mayor, caballero.....

Tomó su sombrero el mozo i no paró hasta la Alameda donde pudo ya respirar.

* * *

JEOGRAFÍA APLICADA AL AHORRO.

Una señora se embarcaba en la Estacion del ferrocarril de Valparaiso, ciudad a la que iba por primera vez. Acompañábanla su caro, fiel i vetusto esposo i tambien dos sirvientes que pocas eran para cuidar de un rapaz nietecillo, regalon de la abuelita.

—Oye, Emeterio, dijo la señora a su marido, nosotros con Carlitos nos iremos por este tren, pero las *chinas* se irán por el otro, por el del sur, que dicen es mas barato.

—Dices bien, Carmelita, voi inmediatamente a darles para que paguen boleto en la otra Estacion.

Poco despues, a las ocho en punto, don Emeterio, su cara mitad i Carlitos, instalados en carro de primera, marchaban a todo vapor por la Alameda de Matucana.

Las *chinas*, en carro de tercera del tren del sur conversaban mui alegres, porque iban.... al *puerto*, segun decian.

COSAS DE BARBEROS.

El barbero le da un tremendo tajo al parroquiano.

El parroquiano con mucha seriedad:

—Le advierto, amigo, que he venido a afeitarme.

—Ya lo sé, caballero, ya lo sé.

—Pero como me está Ud. sangrando...

* * *

VUELVE POR OTRA

Un oficial de marina que tenia bien merecida reputacion de montar mui mal a caballo, corria un dia por la Pampa. Un individuo que presumia de gracioso lo alcanzó i queriendo burlarse le dijo:

—¡Eh, amigo! ¿no sabe Ud. lo que le pasó a Balaan?

—Sí, le contestó el oficial, lo mismo que me ha sucedido a mí: que un asno le salió al camino i le habló.

* * *

EN TIERRA DE ANDALUCES.

—Compadre, dijo un andaluz a un amigo suyo: es preciso que me largue Ud. los cuartos que me debe, o que se disponga a seguirme a casa del alcalde.

—Viva Ud. mil años, replicó el deudor, como es cierto que daria mi alma a Dios de tan buena gana como a Ud. el piquillo que le debo.

—No lo dudo, pero eso lo dirá Ud. delante del alcalde.

—No hai inconveniente; pero Ud. vé que no es decoroso que yo vaya en este traje a casa de su señoría. Si Ud. me prestase su capa....

—Al momento, añadió con satisfaccion el acreedor: i le prestó su capa.

Ya delante del alcalde i hecha la demanda:

—El señor dice, espuso aquel digno funcionario, que le debe Ud. doscientos reales.

—Es cierto que lo dice. Pero ¿V. S. no conoce, repuso el deudor, que el señor está loco? Hace mas de un mes que ha dado en la mania de decir que todo el mundo le debe. ¡Mucho es que no se le ha antojado decir que la capa que llevo es suya!

—¡Pues ya lo creo que lo diré!.... ¡Cómo que se la he prestado!....

—¡Basta! replicó el alcalde: vayan Uds. con Dios, i si no quiere Ud. dormir en la cárcel, dijo al acreedor, no vuelva a cansarme con sus locuras.

Contenido de este número.

I.—*Ecanjelina*, bibliografía, conclusion, por Enrique del Solar, páj. 241.
II.—La huella del misionero, por Rafael B. Gumucio, páj. 261.
III.—*Ecanjelina*, continuacion, poema de Enrique Wadsworth Longfellow, traducido por Cárlos Morla Vicuña, páj. 262.
IV.—Los talleres de la Penitenciaria, por Enrique Cueto Guzman, páj. 266.
V.—Una tarde, poesía, por Osvaldo Rodriguez, páj. 269.
VI.—Variedades, páj. 271.

IMPRENTA DE «EL INDEPENDIENTE.»

LA ESTRELLA DE CHILE.

AÑO V. Santiago, febrero 4 de 1872. Núm. 227.

REVISTA BIBLIOGRÁFICA.

ENERO.

Las prensas nacionales han hecho, durante el mes de enero, las publicaciones siguientes:

«Las hijas de María», por L. M. Guignon de Montfort.—1 vol. en 8.° de 16 pájs.—Imprenta de *El Ferrocarril.*—Santiago.

«Distribucion de premios en el Seminario Conciliar de Santiago de Chile, el 6 de enero de 1862».—1 vol. en 4.° de 23 páj.—Imprenta de *El Correo.*—Santiago.

«Ordo in Divino Officio et Incruento Missœ Sacrificio servandus in Ecclesia Cathedrali Sancti Caroli de Ancud, ejusque Diocesis, a presbytero Carolo Maner editus, pro anno bisex. Domini 1872».—1 vol. en 4.° de 29 pájs.—Imprenta de *El Correo.*—Santiago.

«Ordo in Divino Officio persolvendo Missaque celebranda a P. P. Societatis Jesu in Archidiocesis Saneti Jacobi de Chile, servandus anno bisextili 1872».—1 vol. en 8.° de 24 pájs.—Imprenta de *El Correo.*—Santiago.

«Bendicion del Escapulario del Cármen i la forma de la absolucion jeneral que se da a los cofrades del Cármen in artículo mortis».—1 vol. en 8.° de 8 pájs.—Imprenta de *El Correo.*—Santiago.

«*Liberalis* o El artista víctima de las enfermedades sociales», por C. F. B.—1 vol. en 8.° de 172 pájs.—Imprenta de *La República.*—Santiago.

«Historia del templo de la Compañía en Santiago de Chile i de su incendio acaecido el 8 de diciembre de 1863».—1 vol. en 4.° de 90 pájs.—Imprenta de *El Mercurio.*—Valparaiso.

«Direccion moral para los preceptores» por M. Barrau, traducida de la última edicion francesa.—1 vol. en 8.° de 275 pájs.—Imprenta *Nacional.*—Santiago.

«Ordenanza de policía para la ciudad de Limache.»—1 vol. en fol. de 8 pájs.—Imprenta de *El Mercurio.*—Valparaiso.

«Directorium pro Officio recitando ab alumnis Ordinis B. M. V. de Mercede, pro anno Domini 1872.»—1 vol. en 8.° de 59 pájs.—Imprenta de *El Independiente.*—Santiago.

«Distribucion de premios en la Escuela de Artes i Oficios.»—1 vol. en 4.° de 27 pájs.—Imprenta de *La República.*—Santiago.

«Tablas para ajustes de sueldos» por J. Toribio del Rio.—1 vol. en 4.° de 56 pájs.—Imprenta *Nacional.*—Santiago.

«Los últimos dias de Pompeya,» imitacion de Bulwer por Adriano Lemercier.—1 vol. en 4.° de 73 pájs.—Imprenta de *El Ferrocarril.*—Santiago.

«Boletin de las principales leyes i decretos vijentes, desde enero de 1860 hasta enero de 1871,» por J. Joaquin i J. Ignacio Larrain Zañartu.—1 vol. en 4.° de 1,024 pájs.—Imprenta de *El Mercurio.*—Valparaiso.

«Lei de presupuestos de los gastos jenerales de la administracion pública de Chile para el año de 1872.»—1 vol. en fol. de 185 pájs.—Imprenta *Nacional.*—Santiago.

«Memoria de la Direccion de la Compañía Chilena de seguros, en 29 de enero de 1872.»—1 vol. en 4.° de 8 pájs.—Imprenta de *La Patria.*—Valparaiso.

«Décima séptima Memoria del Directorio de la Compañía *Ferrocarril urbano de Valparaiso.*»—1 vol. en 4.° de 14 pájs.—Imprenta de *La Patria.*—Valparaiso.

«Estatutos de *La Union*, Sociedad de socorros mútuos,» etc.—1 vol. en 8.° de 23 pájs.—Imprenta *Nacional*.—Santiago.

«Estatutos de la Sociedad de Amigos del País.»—1 vol. en 4.° de 8 pájs.—Imprenta de *El Copiapino*.—Copiapó.

«Estatutos de la Sociedad de educacion *El Porvenir*.»—1 vol. en 4.° de 6 pájs.—Imprenta *Nacional*.—Santiago.

«Estatutos de la Sociedad anónima, denominada *Panadería Vienés*.—1 vol. en 4.° de 11 pájs.—Imprenta de *El Ferrocarril*.—Santiago.

«Memoria presentada a los socios de *La Santiagueña*,» por el injeniero A. Pesse.—1 vol. en 4.° de 8 pájs.—Imprenta de *La República*.—Santiago.

«Reseña sobre los baños de Catillo, (provincia del Maule.)»—1 vol. en 4.° de 6 pájs.—Imprenta de *El Telégrafo*.—Chillan.

«La Magdalena,» novela por Máximo R. Lira.—1 vol. en 4.° de 102 pájs.—Imprenta *Chilena*.—Santiago.

«Por amor i por dinero.» Comedia en tres actos i en verso por Luis Rodriguez Velazco.—1 vol. en 4.° de 92 pájs.—Imprenta de *El Ferrocarril*.—Santiago.

«Crónica de la Serena desde su fundacion hasta nuestros dias,» por Manuel Concha.—Entregas 12 i 13.—1 vol. en 4.° de la páj. 265 a la 313.—Imprenta de *La Reforma*.—Serena.

«Las miserias de Lóndres,» novela por Ponson du Terrail.—Entregas 15 a 19.—1 vol. en 4.° de la páj. 181 a la 357.—Imprenta de *La Patria*.—Valparaiso.

«*Ricardo* o Aventuras de un provinciano en Santiago.» Novela de costumbres, por Ricardo 2.° Harriett.—Entregas 1.ª a 7.ª—1 vol. en 4.° de 12 pájs.—Imprenta de *La Libreria de «El Mercurio.»*—Santiago.

«Los Talaveras.» Novela histórica por Mefistófeles.—Entregas 23 a 27.—1 vol. en 4.° de la páj. 529 a la 648.—Imprenta *Militar*.—Santiago.

«Los dramas de Paris,» por Ponson du Terrail.—Tomo IV.—1 vol. en 4.° de 271 páj.—Imprenta de *La Patria*.—Valparaiso.

EVANJELINA.

ROMANCE DE LA ACADIA.—TRADUCIDO DEL INGLES DE ENRIQUE WADSWORTH LONGFELLOW.—POR CÁRLOS MORLA VICUÑA.

(Continuacion.)

II.

Flores prodiga Mayo jeneroso.
Pasada del Ohio la ribera
I el ancha boca del Wabash undoso,
Bien tripulada embarcacion lijera,
Del patriarca Misisipí grandioso
Por la dorada espalda va velera.
Son víctimas del bárbaro tirano
Que errantes van en busca del hermano.

Cual de la nave que en el mar naufraga
Los nautas flotan sobre balsa ruda,
De la nacion que zozobra aciaga
Entre el horror de tempestad sañuda,
La triste jente por el rio vaga
Presa de hondo pesar i amarga duda;
I al lado del piadoso sacerdote
Navega Evanjelina en aquel bote.

Ya los engólfa rauda catarata
Entre islas verdes, por pasaje entrecho;
Ya corriente veloz los arrebata
De albos algodoneros bajo techo;
O ya entre arenas cual bullente plata
Que en remolino surjen de hondo lecho,
Al resplandor de diamantina luna,
Desembocan en plácida laguna.

Así corre la intrépida barquilla
Por el seno del rio turbulento,
Sobre las selvas que atraviesan brilla
Sereno el azulado firmamento,
I noche a noche en la breñosa orilla
Reposan en abierto campamento
Al resplandor de vividas hogueras
Que con su luz espantan a las fieras.

Albo como el armiño i elegante
Sobre la onda el pelícano se mece;

Vejetacion soberbia, exhuberante
Del ancho rio en la orilla crece,
I como entre esmeraldas el diamante,
Entre cañaverales resplandece,
Al lado del hogar del Africano,
La mansion luminosa del Sudiano.

Engolfándose van por las rejiones
Do el ardiente verano hincó su rueda;
En donde de naranjas i limones
Se carga la aromática arboleda;
Donde embriaga nuevas pobl'aciones
Con su rico perfume el aura leda;
I del Misisipi la honda corriente
Dobla, en curva maghífica, al Oriente.

Tuerce tambien su rumbo el débil barco
I entra en una abra plácida i serena;
Tenebrosos cipreses hacen marco
A aquella triste misteriosa escena;
Inclinado el ramaje forma un arco
Que de solemne pompa el cuadro llena,
I cuelgan de las copas los festones
Como del cenotafio los crespones.

Allí silencio sepulcral se asienta
Tan solo por la garza interrumpido
O por buho que anuncia la tormenta
Con fatídico, lúgubre chillido
Cuando torna en la tarde cenicienta
De las praderas a su oculto nido;
I el astro de la noche que se encumbra
Como entre ruinas macilento alumbra.

Todo es oscuro, misterioso, aciago,
En esa escena tropical i estiva;
Entre la sombra, de futuro estrago
Asalta al peregrino alarma viva;
Que así como al rumor distante i vago
Pliega su cáliz tierna sensitiva,
Antes que el dardo el infortunio arroje
El alma lo presiente i se recoje.

Cuando la grave cruz abrumadora
Su delicado espíritu quebranta,
Una vision celeste, encantadora,
De Evanjelina el corazon levanta;
Las sombras de su noche aterradora
Disipa luminosa la fé santa
De que Gabriel alienta en ese clima
I hácia él por instantes se aproxima.

Álzase un pescador sobre la prora,
I por saber si en el oscuro rio
Navega otra partida esploradora,
Su cuerno pastoril sopla con brio;
El aire hiende la señal sonora,
I penetrando por el bosque umbrío
Como en el hondo seno de la tumba,
Bajo sus negras bóvedas retumba.

En la estension inmensa del paisaje
Sordos ecos suscita por doquiera,
I vienen a espirar bajo el ramaje
A lo largo de la húmeda ribera;
En vano el pescador a su mensaje
De otra voz la respuesta ávido espera;
El grupo vé, con sentimiento vivo,
Tornar aquel silencio primitivo.

La niña duerme ya....boga la jente
Alzando con su canto alegre bulla;
Con apagadas voces la corriente,
Cuando guardan silencio los arrulla.
Orea el sudor tibio de su frente
El aura, que los gritos de la grulla
I del caiman deforme los quejidos,
Trae en sus leves alas confundidos.

Cándida aurora en el Oriente raya,
I se divisan, entre niebla rota,
Los lagos del tranquilo Atchafalaya.
Sobre los pliegues de las aguas flota
De la ninféa la familia gaya
Que entre follaje exhuberante brota;
I sobre el grupo que incesante rema
Irgue el loto jentil su áurea diadema.

Ostenta el ave matizada pluma,
Su rico aroma la magnolia exhala,
El tibio ambiente que la flor perfuma
Lánguido de molicie pliega el ala;
I sobre copos de nevada espuma
La pintoresca embarcacion resbala
Por entre verdes islas nemorosas
Bordadas de jazmines i de rosas.

La sombría quietud de la floresta
Con atractivo poderoso invita
A solazarse en descuidada siesta
A aquella banda mísera i proscrita;
Amarra la barquilla mano presta
A un corpulento sauce de Wachita,
I la tripulacion se desparrama
A reposar sobre la verde grama.

Bajo un frondoso cedro allí se tienden.
Balanceados por el aura pura
Verdes bejucos de sus ramas penden
De escalera silvestre en la figura;

Si ánjeles hai que ascienden i descienden
La escala de Jacob en la Escritura,
De avecillas la turba vocinglera
Sube i baja esta rústica escalera.

La niña, en dulce sueño transportada,
Vé de su árida vida en el desierto
De súbito la sombra disipada,
I de flores el páramo cubierto;
Raya en Oriente májica alborada,
El cielo está a su espíritu entreabierto,
I en gratitud ante el divino ensalmo
Sonoro arranca de su pecho un salmo.

Por la mansa corriente, voladora
Lijera i frájil barca se desliza
Conduciendo partida cazadora
Que su marcha con cantos ameniza;
Al Norte mira la cortante prora
I el agua trasparente apénas riza;
Fijo lleva su rumbo aquella barca
Del castor i el bisonte a la comarca.

Con faz desencajada i macilenta,
Signo de un corazon despedazado,
Mancebo melancólico se sienta
En la ancha popa, del timon al lado:
Es Gabriel, que batido en la tormenta,
El Oeste recorre dilatado,
Para su tierno corazon herido
El bálsamo buscando del olvido.

Se aproxima a la isla el leve bote;
Mas adelanta por la orilla opuesta,
I no divisa bajo el sauce a flote
A la otra barca oculta en la floresta;
Por mas que el remo sobre la onda azote
No alcanza a perturbar la dulce siesta
I un ánjel no hai que anuncie a Evanjelina
Que el bien que tanto anhela se avecina.

Pasa el bote del céfiro impelido
Cual cruza blanca nube el firmamento;
Del remo en los toletes el crujido
Piérdese arrebatado por el viento;
El grupo, sobre el césped adormido,
Despierta de su blando arrobamiento,
I la niña, saliendo del reposo,
Dícele suspirando al relijioso:

—«¡Antorcha mia, Padre Feliciano!
Una secreta voz mi pecho halaga
I tenaz me murmura que cercano
Mi adorado Gabriel por aquí vaga.
¿Es éste, padre mio, sueño vano?
¿Loca supersticion que el juicio estraga?
¿O es algun ánjel que a piedad movido
A anunciar la verdad bajó a mi oido?»

Luego agrega entre púdicos sonrojos:
«Perdonad, me avergüenzo, padre mio,
De presentarme loca a vuestros ojos
Consultando tan necio desvarío!...»
—«De tu mente no son vanos antojos,
Grave responde el sacerdote pio,
Que es el presentimiento la advertencia
De sábia, inescrutable Providencia.

«Es hondo i silencioso el sentimiento,
Mas su flotante inspiracion es, hija,
Cual boya que en continuo movimiento
Anuncia que en el fondo hai ancla fija;
Próximo está Gabriel este momento,
Esa voz de tu espíritu prohija,
Pues en éstos que ves fértiles prados
San Mauro i San Martin están fundados.

«Allí a la novia el venturoso amante
De ósculos cubrirá la tez de rosa;
Recobrará el pastor su grei errante
Que há tiempo busca con el alma ansiosa,
Sobre ese suelo, bajo un sol radiante,
El Creador, con mano jenerosa,
Sus mas preciados dones verter quiso
I formó de Luisiana un paraiso!»

Con tal himno de aliento se prepara
A proseguir la jente el largo viaje.
Como un májico el sol su ardiente vara
Desde el ocaso estiende a aquel paisaje;
I cual si a su contacto se incendiara,
El aire, el suelo, el rio i el follaje
Con rojas tintas se transforman luego
En océano undívago de fuego.

Cual por la azul esfera suspendida
La nacarada nube correr vemos,
La barca por las auras va impelida
I llueven perlas de los blancos remos;
Evanjelina el alma lleva henchida,
Ante esos espectáculos supremos,
De viva admiracion i de ternura
Imajinando próxima ventura.

Estasiada en delicioso encanto
Deja que su alma al cielo se remonte,
Brillan las fuentes de su afecto santo
Como en su torno brilla el horizonte;
Suelta su libre armonioso canto
Columpiado en los sauces el sinzonte,

I parece prestarle atento oido
El paisaje en silencio sumerjido.

Son sus primeras notas quejumbrosas;
Loco delira luego, i se diria
Que de Bacantes lúbricas, furiosas,
Con su canto enardece hórrida orjia;
Da en pos notas sisladas, dolorosas,
I lanza en fin raudales de armonia
Como de estremecidos carrizales
Cae sonante lluvia de cristales.

Con tal preludio el barquichuelo llega
Al Teche, que cruzando la campaña
Las admiradas Opelusas riega
I varios pueblos en su curso baña.
Tras de los arboledos de la vega
Nube de humo azulado el aire empaña,
De un cuerno pastoril se oye el jemido
I del toro el raucisono bramido.

III.

Del rio al márjen, sobre el verde lecho
Tiene el pastor su choza construïda.
Sombra süave estiende sobre el techo
Haya frondosa en que el zorzal anida;
Crece a sus plantas el ramoso helecho
Que con dorada hoz podaba el Druida.
I un cercado florido la circunda
Cuyo esquisito aroma el aire inunda.

Baranda que a la vez sirve de reja
La sencilla cabaña en torno abraza;
Caprichoso formando red compleja
El silvestre rosal a ella se enlaza;
Allí en la tarde zumbadora abeja
De flor en flor libando se solaza,
I se eleva cual símbolo de amores
Enhiesto palomar entre las flores.

El sol en occidente reverbera
Dorando de los árboles la cima;
Manto de sombra plácida i lijera
De la pajiza choza cae encima;
El rojo disco enciende la pradera
Miéntras mas al ocaso se aproxima
Húndese al fin en la florida alfombra
I sucede a su luz diáfana sombra.

Del último fulgor la luz süave
Un grupo de nopales ilumina,
I aparecen fantásticos cual nave
Que en el mar de los trópicos camina.
Sus ramas lona son, que en calma grave
Se pliega al mástil lánguida i mohina,
I al cordaje marino bien remeda
La vid que por los árboles se enreda.

De la pradera su florida ola
Estrella contra el bosque, caballero
Con arreo i montura a la española
Está sobre un bridon el ganadero.
De la piel de los ciervos que allí inmola
Es su traje; i por bajo de un sombrero
Aliancho, al uso de la Nueva España,
Contempla como dueño la campaña.

En ese verde i estendido prado
Vaga rumiando sobre el pasto tierno
Lúcio i abundantísimo ganado
Que el rigor no conoce del invierno;
Requiere el ganadero del costado
El pastoril inseparable cuerno,
Lentamente lo lleva hácia la boca
E hinchiendo el pecho con vigor lo toca.

Del viento arrebatado va el rüido
I el ganado, que libre el pasto muerde,
Como rizos de espuma en mar batido,
Alza los cuernos sobre la onda verde;
Mira un punto, i con áspero bramido
Se lanza a las praderas i se pierde
Donde el ojo a seguirle ya no alcanza,
Como una vaga sombra en lontananza.

Volviendo el ganadero a su alqueria
Vé que vienen a él por los ribazos
El abate i la niña en recta via.
Sueltos dejando a su corcel los lazos,
Asombrado i radiante de alegria,
Hácia ellos vuela con abiertos brazos,
I ellos al ver de cerca su semblante
Al herrero conocen al instante.

Basilio, del jardin por el sendero,
Con abrazos les da la bienvenida,
I de cómo llegó a su verde otero
Les cuenta en la enramada florecida;
El buen padre a su vez dice al herrero
Las tristes aventuras de su vida,
I en tanto, viendo que su novio falta,
Negro temor a Evanjelina asalta.

Percibiendo Basilio el incidente
Dice entónces un tanto embarazado:
¿Del rio Atchafalaya en la corriente
Cómo es que a mi Gabriel no han encontrado?
A esas palabras la doncella siente
El tierno corazon despedazado:

¿Ha partido Gabriel? trémula esclama,
I el rostro oculta i lágrimas derrama.

Del corazon de la inocente niña
Quiere estraer Basilio la saeta.
Dícele: «Antier no mas esta campiña
Do prisa abandonó: prisa indiscreta!
Con la fortuna adversa siempre en riña,
Desorientada, mísera e inquieta
Ya no podia soportar su alma
De esta vida monótona la calma.

«Vagaba como hastiado de este mundo
En sombra de fatal melancolía;
Llena su alma de tí, meditabundo,
Uno tras otro sol lo sorprendia;
Mostraba a los demas desden profundo,
I caviloso el pueblo se ofendia
Cuando de aquí partiendo hace dos soles
Se dirijió a una aldea de españoles.

«De allí irá a visitar toldos indianos
I llegará de Ozark hasta los montes,
Vagará por las selvas i los llanos
A caza de castores i bisontes;
Mas serena tu espíritu, que ufanos
Por esos dilatados horizontes
En pos del fujitivo marcharemos
I a esta grata prision lo arrastraremos.»

En esto de cien voces la algazara
Trae la blanda brisa hasta su oido,
I Evanjelina en el cantor repara
Que en brazos de la plebe suspendido
Viene con su violin i alegre cara;
Huésped constante del herrero ha sido,
I allí en tardes serenas, a raudales
Su música prodiga a los mortales.

Ha conquistado el ministril su fama
Con su instrumento i cana cabellera,
I donde quiera que lo vé lo aclama
La campesina turba vocinglera.
Suena el violin; sobre la verde grama
Danzan al son de música lijera,
Hasta que viendo al Padre Feliciano
Corre a darle un abrazo el listo anciano.

Solícito a sus huéspedes festeja
El buen Basilio en medio de su encanto;
Parécele fantástica conseja
Tan estraña ventura i placer tanto;
Luego, salvando la florida reja,
Cruzan por ancha senda de amaranto
I entran en la cabaña do estendida
Aguarda ya la mesa abastecida.

Asómbrase la jente en su simpleza
Viendo a su antiguo i mísero Vulcano
Convertido en señor de tal riqueza
I de rejion tan vasta soberano.
Él pinta la feraz naturaleza
Diciéndoles que allí tender la mano
Es todo cuanto el hombre necesita;
I más su muda admiracion excita.

Miéntras la buena jente se embriaga
De la sencilla fiesta en la alegría,
Ante la noche tenebrosa apaga
Su ténue luz el tenebroso dia;
La emperatriz del cielo sube i vaga
Vertiendo sobre el bosque su luz fria,
I en el festin su rayo plateado
Cual huésped se presenta inesperado.

De pié Basilio está en la cabecera;
De allí prodiga con largueza suma
Enternecida i franca su alma entera
I purpúreo licor alzando espuma;
Saca de la bordada tabaquera
Del Natchitoche que en el Sur se fuma;
Abastece la pipa, en pos la enciende,
I así declama al grupo que le atiende:

—«Bienvenidos de nuevo, amigos mios
Que habeis andado errantes tantas horas,
De nuevo aquí recobrareis los brios
Gastados por fatigas roedoras;
El invierno la sangre cual los rios
No hiela en estas tierras seductoras,
I cual vuela en el mar quilla lijera
Aquí el arado rasga la pradera.

«Prófugo de sus bosques de azahares
Plácido sopla el céfiro halagüeño,
Crecen las nuevas flores a millares
En lo que dura de una noche el sueño;
De verde pasto por revueltos mares
Vagabundo el ganado va sin dueño,
I la segur transforma en la montaña
La encina añosa en nítida cabaña.

«I cuando el fértil seno de la tierra
Cubra mies ondeante i amarilla,
No habrá tirano Jorje de Inglaterra
Que azuze de sus perros la trailla
Moviendo a los pastores cruda guerra
I destrozando su naciente villa,

Ni se verá por el rëal encono
De su hogar arrancado el buen colono.»

Al recordar el maldecido agravio
Montado en ira el labrador despido
Espesa i blanca nube de su labio
I el salon con violentos pasos mide;
Álzase entónce el sacerdote sabio,
I caridad i mansedumbre pide
En nombre de aquel Dios que los reune
I que nunca al malvado deja impune.

Torna Basilio a hablar desde su asiento
Con voz suave i ademan tranquilo:
«Amigos, dice, aquí, su estrago cruento
Hace la fiebre con agudo filo;
I nadie escapa a su furor violento
Llevando al cuello entrelazado un hilo
De que penda una araña, cual solia
Hacerlo el pueblo en nuestra Acadia fria.»

Se oye alegre rumor en los portales
I pasos en los anchos corredores:
De aquellos campos son los naturales
I nuevos Acadenses labradores.
Vienen a reforzar los comensales
I disfrutar tambien de los favores
Que el hacendado liberal prodiga
A cuanta se le brinda jente amiga.

De la alquería luminosa adentro,
De vecinos i antiguos camaradas
Jovial i venturoso es el encuentro;
Almas por tanto tiempo separadas,
Abrazándose al fin en comun centro,
Sus ardorosas ánsias ven colmadas,
I al recordar la patria que perdieran
Son amigos allí los que ántes no eran,

Desde una oculta cámara inmediata
El violin de Miguel sonoro vibra
I al raudal melodioso que desata
La alegre jente a retozar se libra:
El entusiasmo al público arrebata
Al son que da la atormentada fibra;
I cien zagalas van vertijinosas
Jirando como aereas mariposas

Basilio i el abate Feliciano
Conversan del pasado i el presente,
Miéntras Evanjelina trata en vano
De simular contento entre la jente;
El fúnebre rumor del oceáno
I el muerto padre asáltanle la mente;
La alegría jenial la martiriza,
I al jardin sollozando se desliza.

Hermosa está la noche; ni una nube
El estrellado firmamento empaña,
La luna majestuosa por él sube
I en argentina luz el bosque baña;
Sus destellos, cual rizos de un querube,
Hieren las ondas entre espesa caña
I brillan cual ensueño de ternura
En el fondo abismal de un alma oscura.

Como almas tiernas que de amor henchidas
Aun en la soledad dicen de amores,
En sus flexibles vástagos mecidas
Su aroma exhalan las abiertas flores;
Abátense las auras adormidas
Por la grata embriaguez de sus olores,
I, cual vaga el cartujo bajo el claustro,
Rueda la noche en silencioso plaustro.

De espesa sombra el corazon cubierto,
Más que el albo jazmin rica en fragancia,
Evanjelina va con paso incierto
Atravesando la florida estancia;
Llega donde termina el verde huerto
I se ve la pradera a la distancia,
I al rayo de la luna, en calma plena,
Su sér una ánsia indefinible llena.

Allí el campo sin límite se estiende,
El vagaroso céfiro suspira,
I en la serena atmósfera que enciende
Voluble enjambre de lucernas jira;
Lejion de estrellas por el cielo asciende,
Ese cielo que el hombre ya no admira
Sino cuando lo rasga en vuelo aciago
Flamíjero cometa augur de estrago.—

Allí en la soledad al libre viento,
—«¡Oh mi amado Gabriel! la niña esclama,
Tan cerca estás de mí i aun no tu acento
Llega al oido de quien tanto te ama!
Tornando del trabajo veces ciento
Te habrás sentado aquí, sobre esta grama!
¿Cuándo será que pueda en dulces lazos
A tu cuello, ¡oh Gabriel! ceñir mis brazos?»

Súbito vibra de un gorrion la nota
Como májica flauta en la espesura,
I arrebatada por el viento flota
En el monte i la selva i la llanura.
Desde el retrete do la linfa brota,
«¡Paciencia!» el haya secular murmura,
I del ancha pradera el aura ufana
Suspirando respóndele «¡Mañana!»

Raya serena el alba al nuevo dia;
El lozano pensil con fresco lloro
Del sol las plantas nitidas rocia;
Las flores su balsámico tesoro
De los cálices vierten a porfia
Gratas unjiendo su cabello de oro;
I Basilio i la niña entre el ramaje
Se ajistan a emprender el nuevo viaje.

De pié el abate en el dintel sombrío
—«Adios!» les dice, «que trajgais muiluego
A ese nuevo hijo pródigo confio;
Cuide la virjen necia que su fuego
No se vuelva a estinguir, como en el rio
Cuando iba Dios a coronar su ruego!»
Ambos la mano dan al sacerdote
I al rio bajan donde aguarda el bote.

De la risueña aurora a la luz grata
Llenos los corazones de contento,
Cual si fueran en rápida regata
Van del triste Gabriel en seguimiento.
Al infeliz en tanto lo arrebata
De su destino el huracan violento,
Cual hoja que del árbol desprendida
Vuela por los desiertos impelida.

Ni aquel dia, ni al otro, ni al siguiente
Huellas de su camino hallar es dado
Ni en las selvas que bordan la corriente,
Ni en los lagos serenos, ni en el prado.
Pero, tenaz en su entusiasmo ardiente
Sigue la esploracion el grupo, guiado
Por rumores tan vagos como inciertos,
Atravesando selvas i desiertos.

Deshecha aquella jente de fatiga
De Adayes en la villa al fin se apea.
El gárrulo ventero en charla amiga
Da a Basilio las nuevas que desea.
I le aconseja que la marcha siga,
Pues la víspera solo de la aldea,
Con rumbo a las praderas dilatadas,
Partió Gabriel con varios camaradas.

(Continuará).

DIES IRÆ.

¡Oh dia de ira i de venganza! ¡Oh dia
En que el vasto universo
Por el fuego de Dios será abrasado
I en cenizas disperso!

El oráculo santo del Profeta
Real asi lo dijo;
Con misteriosas voces la inspirada
Sibila lo predijo.

Oh! ¡cuál será el terror de los humanos
Cuando el Juez aparezca,
I sobre toda accion su inevitable
Justicia resplandezca!

Al son de la trompeta horrisonante
Los sepulcros abiertos,
Ante el Divino Tribunal, temblando,
Vendrán todos los muertos.

De asombro i de pavor sobrecojida
Serás, naturaleza;
Muerte, tú misma, trémula de espanto
Bajarás la cabeza

Al ver del frio polvo levantarse
Tanta víctima tuya,
Al Juez a responder, sin que haya lengua
Que se escuse ni arguya.

Abierto el libro formidable entónces
En que todo está escrito,
Se hará la cuenta minuciosa i dura
Del justo i del precito.

Cuanto en sus sombra el secreto esconde
A luz será sacado,
I habrá castigo atroz, castigo eterno
Para todo culpado.

¡Miserable de mi! ¿con qué palabras
Mis culpas numerosas
Escusaré? ¿ni quién oirá mis ruegos,
Mis quejas angustiosas?

¿A quién suplicaré que ante el airado
Señor por mi interceda,
Si a su mirar fulmineo ni aun hai justo
Que en pié tenerse pueda?

¡Oh Rei! ¡oh Dios de majestad terrible
A todos aquel dia!
¡Dios que salvais los elejidos vuestros,
Tocad el alma mia!

Tiempo es aun de valerme: vuestra inmensa
Misericordia imploro:
¡Piedad! ¡piedad, Señor! ya a vuestras plantas
Arrepentido lloro.

¡Oh Jesus piadosisimo! acordaos
Que bajasteis al mundo

Por hacerme feliz: no en vuestro dia
Me mireis iracundo.

A buscarme vinisteis con fatigas,
Tormentos i dolores;
Por mí en la cruz moristeis suspendido
Entre dos malhechores.

I no consentireis perdido sea
De tanto amor el fruto;
Nó, que la sangre vuestra de mis culpas
Me dejará insoluto.

Pecador me confieso: mi nefando
Proceder me confunde;
Mas perdonadme, ¡oh Dios! i vuestra gracia
Mi espíritu circunde.

¿No sois quien se apiadó de Magdalena,
La grande pecadora?
¿No sois quien de un ladron oyó los ruegos
De la muerte en la hora?

No sois vos quien me llama, quien me infunde
La contricion sincera?
¿No sois vos en quien fia este infelice
I hallar salud espera?

Indignas son de vos las quejas mias,
Indigno es ¡ai! mi ruego;
Mas la clemencia vuestra ha de librarme
Del perdurable fuego.

No me pondreis, Señor, entre la turba
De indignos maldecida,
I al diestro lado me dareis asiento
Con la grei escojida.

Separadme, Señor, ¡ha! separadme
De aquél que en vuestro enojo
Arrojareis de vos a ser por siempre
De Satanas despojo.

Llamadme con aquél que vuestro Padre
Bendijo en su clemencia,
Llamadme a disfrutar la que ofrecisteis
Al justo eterna herencia.

De cruel dolor transidas las entrañas
Por mis culpas, Dios mio,
En vuestras manos mi futura suerte
Desde ahora confio.

¡Oh dia! ¡oh dia horrendo en que el esclavo
Del pecado i del vicio
Desde el frijido polvo del sepulcro
Será llamado a juicio!

¡En que el Juez será Dios, a quien del hombre
Ofendió la malicia!
¡En que no habrá perdon, sino inflexible,
Rigurosa justicia!

J. Leon Mera.

MÁXIMAS,

PENSAMIENTOS I REFLEXIONES DEL MARQUES DE MARICÁ.

(Traduccion para *La Estrella de Chile.*)

(Continuacion).

La demasiada prudencia se trasforma en tiranía.

Los escritores anónimos son como los enmascarados, audaces pues que son desconocidos.

Fácil es engañar a los hombres que no son capaces de engañar a persona alguna.

Es planta frájil i sin vida la virtud que no tiene su raiz en la relijion.

La ventura de los malos tiene el brillo i duracion del relámpago, que anuncia i precede al rayo.

La inocencia es trasparente, la malicia opaca i tenebrosa.

Lo que mas incomoda i atormenta a la especie humana es querer que los hombres i las cosas sean lo que no pueden ser, o dejen de ser lo que son por su esencia i naturaleza.

La alianza de la razon con el corazon es necesaria e indispensable en la lucha i resistencia contra las pasiones.

Desapasionados damos buenos consejos, apasionados los olvidamos.

La probidad se abstiene de hacer mal, la virtud practica el bien.

Los hombres piensan mas, las mujeres sienten mejor.

Todo es grande en los grandes hombres: vicios, pasiones i virtudes.

La venganza deleita proyectada, i atormenta ejecutada.

Los hombres mas obsequiosos en palabras son ordinariamente los ménos oficiosos en servicios.

El carácter de la traicion es indeleble: quien fué traidor una vez es traidor por toda la vida.

Antes de prometer i dar, debemos deliberar.

Hai fanfarrones de ciencia como los hai de valor i nobleza.

La mentira es desgraciadamente mas social que la verdad: la urbanidad la ennoblece i recomienda.

El calor en los debates i disputas proviene mas del amor propio ofendido que del interes perjudicado.

El amor produce mas heroismo en las mujeres que la ambicion en los hombres.

El instinto en los animales es una intelijencia sin progreso.

No hai sabiduria, pero puede haber ciencia sin juicio.

La desconfianza es el centinela de la seguridad.

Nadie habla tan mal de nosotros como nuestra propia conciencia.

Como el sol dora las nubes que lo eclipsan, asi el hombre virtuoso favorece a los mismos que lo maltratan.

Hai grandes bienes que, para ser duraderos, deben ser precedidos de graves males.

Las máximas son como los números, que comprenden grandes valores en bien pocos guarismos.

Debemos en la juventud hacer provision para la vejez de ideas, verdades, desengaños i bienes de fortuna.

La gloria humana, bien ponderada, nunca vale lo que cuesta.

La realidad nunca dá todo lo que la imajinacion promete.

La soberbia no perdona, la humildad no se venga.

El llanto en la felicidad es como la lluvia en el verano, alumbrando el sol.

El precepto de amar a Dios es mui fácil i practicable, cuando hemos aprendido a conocer i admirar a la Divinidad por el estudio de la naturaleza i de nosotros mismos.

Es mas difícil tener señorío sobre nosotros mismos que dominacion sobre los otros hombres.

La alegría es espansion, la tristeza concentracion de la vida i del corazon.

A los cetros de hierro el moho los consume.

La risa i el llanto son muchas veces contajiosos.

La paciencia es fácil en quien goza i no sufre, pero difícil en quien padece i no goza.

Sin probidad i prudencia poco aprovechan talentos i ciencia.

Los hombres hábiles para destruir son inhábiles para construir.

Navegando en el mar proceloso de la vida no debemos perder de vista el puerto de nuestro destino.

Hai una felicidad positiva que consiste en gozar; i otra negativa, en no sufrir.

Alegria i risa, tristeza i llanto, forman el mosaico de la vida humana.

(Concluirá).

¿QUÉ? ¿SE APAGÓ.....

¿Qué? ¿se apagó la estrella,
La estrella que buscabas
Por el sereno espacio
En noche solitaria?

No temas te sorprenda
La oscuridad del alma,
Para ella nunca hai noche,
Si vive la esperanza.

Si aun late ardiente el pecho,
I si nos quedan lágrimas,
I al labio todavía
Acude la plegaria,

El corazon no ha muerto
Que el porvenir te guarda
Una ilusion de dicha
En larga lontananza...

Mira!....La flor preciosa
Que el vendabal desgaja,
Muriendo, priva al valle
De su beldad preciada;

Mas al lanzar sus hojas,
Del aquilon en alas,
Esparce su semilla
Sobre la tierra grata,

Donde verás alzarse
Pronto, quizas mañana,
Vestida en nuevas flores
Lozana, jóven planta.

1870.

ENRIQUE DEL SOLAR.

UN TIPO.

Al ver en las esferas de la sociedad los distintos rangos i posiciones que ocupan ciertos hombres, las elevadas distinciones i categorías que señalan al majistrado, al banquero, al artista, al personaje en fin, bajo cualquier aspecto que se le mire, se nos ha ocurrido siempre fijar la vista en una de las figuras mas humildes de ese gran cuadro, en uno de esos individuos que pasan cerca de nosotros, como pasa una hoja llevada por el viento sin dejar huella alguna, como pasan los sucesos que no han causado impresion ni dejan memoria.

La sociedad, esa gran máquina humana, si nos es permitido llamarla así, tiene tambien como las cosas materiales, sus resortes que la impulsan, que la dan vida, que ajitan sus artérias precipitando o ahogando los latidos de su corazon, impulsando o destruyendo su felicidad, i avivando con mas o ménos fuerza el ardor de sus pasiones.

Uno de esos resortes oculto bajo la humilde forma del individuo de que ántes hemos hablado, del pobre ser a quien nadie mira, a quien mui pocos conocen, a quien nadie llama amigo i que pasa silencioso e indiferente delante de ese mundo que jamas se ocupa de él, es indudablemente el CARTERO.

En efecto, ¿quién fija su atencion en un hombre de aspecto sencillo, de modesto traje, que recorre de prisa las calles de la ciudad llevando un paquete debajo del brazo?

Nadie.

I sinembargo, la imajinacion que recorre en alas de la fantasía los espacios inmensos de la vida, los vastos horizontes del sentimiento i la inimitable poesía del alma, encontraria a no dudarlo, un profundo estudio, una filosófica meditacion, si se detuviese un momento a pensar en la mision que desempeña en la sociedad el ser vulgar que acaba de pasar a su lado.

El cartero lleva sin saberlo siquiera, la alegría o la desesperacion al alma, el luto o las promesas de un brillante porvenir a las familias, los celos o el amor, la esperanza o la decepcion. Lleva en su mano ese resorte májico de que ántes hemos hablado, con el que da impulso al sentimien-

to i pone en juego todas las fibras del corazon.

El cartero que llega a nuestra puerta cuando esperamos ansiosos una carta, nos arranca una sonrisa i una mirada benévola, que no espera mas en ese momento que la satisfaccion de una esperanza soñada, i que es para él como para nosotros, un tinte pasajero que se pierde entre la sombras de una total indiferencia. Muchas veces ese mismo ser a quien tanto hemos mirado i sonreido nos es completamente desconocido si lo vemos en otra parte léjos del desempeño de sus ordinarias funciones.

I ved, sinembargo, cuánto influjo tiene su presencia en el corazon.

Llega el cartero; una bella jóven en cuyo semblante se refleja la alegria, la esperanza, los sueños mas hermosos de la vida, se levanta ansiosa i arrebata mas bien que recibe la carta deseada. La abre estremecida, palpitante, recorre sus líneas, sus ojos se turban, un grito de dolor se escapa de sus labios, i la ansiada carta cae de sus manos—la alegria ha huido para siempre de su corazon.

Otra mujer desfalleciente, de mejillas pálidas i hundidas, atraviesa silenciosamente una habitacion desierta; el dolor de su alma se refleja en su semblante.—Un golpe dado a la puerta la saca de su letargo, se levanta con desaliento—es el cartero que llega—recibe con el desden que inspira la desgracia, una carta, la lee i sus mejillas se cumbren de un bello sonrosado, sus ojos brillan i un tinte de esperanza i de alegria ilumina su semblante. Es la felicidad que esconde sus mirajes de rosa en un pequeño fragmento de papel.

Un alto personaje henchido de aura popular, contento de sus obras que le han elevado al pináculo del poder, se pasea satisfecho por los lujosos salones de su despacho—el cartero llama tímidamente a la puerta: es una carta íntima i familiar dirijida al hombre; despues de leida una nube oscurece su semblante, la política, la diplomacia, los altos asuntos del Estado, todo desaparece, reemplazando en su alma a la satisfaccion de la vanidad i el amor propio, la mas honda amargura.

El cartero, es pues, lo repetimos, el ajente poderoso que impulsa nuestros sentimientos; pero ni el dolor, ni la alegria, ni la desesperacion, ni la felicidad, tienen ni un recuerdo, ni una maldicion, nad que se mezcle a la impresion que nos causa, ni que tenga relacion alguna con el que acaba de darles vida i animacion.

I es que el cartero es un ente insignificante en el movimiento del mundo, un átomo perdido en la inmensidad del espacio, un ser que se confunde entre los demas, como se confunde una gota de agua entre las ondas del océano.

¿Os habeis fijado un momento en el ser que acabamos de bosquejar?

¿No habeis esperimentado alguna vez ese cúmulo de emociones que la sola presencia de ese hombre insignificante despierta en el corazon?

¡Oh! sí, las habeis sentido indudablemente. Vosotras, bellas lectoras, os habreis encontrado alguna vez en la lujosa cámara de una señora de gran tono, que envuelta en una nube de aéreos encajes, rodeada de flores, saturada de perfumes, aspirando por do quiera el lujo, la molicie, las comodidades en fin, de una vida espléndida, espera sinembargo, devorada por la inquietud, cubierta su frente por un velo sombrío, displicente la mirada, severo el jesto, al humilde cartero que no se atreve a hollar con su planta el rico tapiz que cubre el pavimento. I habreis visto tambien, que esa carta tan esperada cambia muchas veces los encajes i las flores por negros cendales, las joyas i los ricos adornos por el triste ropaje del luto que encubre casi siempre tantas lágrimas, tan hondo sentimiento.

En fin, el cartero es un pobre ser en quien nadie repara i a quien, sinembargo, trata todo el mundo; que entra con la misma indiferencia en el palacio o en la bohardilla, que maneja a su antojo el corazon humano i los secretos mas escondidos de la vida, i que tiene apesar de todo, conciencia de la humildad de su posicion, i se cree tambien, como nosotros le creemos, el ente mas insignificante de la sociedad.

El mundo está compuesto de seres tan diversos, tan enteramente heterojéneos, se representan tantos papeles en la gran comedia humana, que sin quererlo tal vez, la imajinacion recorre las escalas de la vida, se fija en la figura que representa cada uno i de repente se detiene en el que ménos vale al parecer, para presentar a los demas el contraste de lo mezquino, de lo insignificante, de lo pequeño, con los grandes resultados de la mision que desempeña.

Hemos fijado la vista en el cartero. Por el lado vulgar, no es mas ni ménos que un hombre cualquiera; por el lado filosófico es el resorte que maneja la rueda principal de esa gran máquina humana: el corazon.

CAROLINA FREIRE DE JAIMES.

UNA ASCENCION

AL MONTE PETER-BOTTE.

La naturaleza tiene secretos que serán el eterno suplicio de los sabios. Indudablemente Humboldt ha dado razones mui concluyentes acerca de los aerólitos; Newton ha hallado las leyes de la pesantez, i Halley ha esplicado las auroras boreales. Pero estos solo eran semi-problemas, cuya solucion era accesible. Mas quién será el que nos diga el porqué de esa anomalía jeolójica que llama el monte Peter-Botte? Las leyes inviolables del equilibrio están allí desconocidas de un modo estraño, i la sombra que proyecta aquel fenómeno de piedra es una cosa tan completamente irrazonable, que la vista se siente como ofendida.

Figúrese, en efecto, un pico de forma cónica casi perfecta, i sobre cuya punta, probablemente el diluvio, colocó una esfera de granito. Una especie de milagro permanente parece como que asegura la inmobilidad a aquella enorme bola en una posicion tan peligrosa.

Tal es esta sorprendente maravilla. Los viajeros que han estado en la isla Mauricio no hablan de ella sino en términos que participan de embelesamiento. Pueden decir que han visto a Pelion sobre Ossa.

El Peter-Botte se eleva a una altura como de ochocientos cincuenta metros sobre el nivel del mar. El esferoide que le corona no tiene ménos de diez metros de altura, i la base sobre la cual reposa es tan estrecha, que desde léjos aparece como en equilibrio sobre una punta aguda.

Esta montaña, que forma parte de la cadena del Pouce, ha tomado el nombre del primer ser humano que intentó escalarla.

Sir Peter-Botte es realmente quien se ha atrevido a llevar acabo esa proeza, i el que tendrá el eterno honor de haberse lanzado el primero en esa empresa sobrehumana. Pero tambien es cierto que se vió mal recompensado por su arrojo: en el momento en que iba ya a tocar el vértice de la pirámide, sus piés resbalaron, i fué a caer i a estrellarse en el fondo del barranco.

Desde aquel dia, la roca lleva, a manera de epitafio, el nombre del intrépido viajero que fué a encontrar allí la muerte.

Este accidente desanimó por mucho tiempo a la larga familia de los turistas escaladores de montañas, jénero acrobático que parecia caido en desuso, cuando hé aquí que el injeniero ingles Lloyd imajinó subir a plantar el pabellon de Su Majestad Británica en la cima del Peter-Botte. Hace algunos años, partió, una mañana, acompañado del teniente de marina Taylor i de otros varios oficiales. Para luchar con el jigante, la caravana se habia provisto de útiles i aparatos. Llevaba escalas de garfio, estacas armadas con puntas de hierros, cuerdas nudosas, i ademas, ropas de abrigo, mantas, un cargamento de cigarros i algunas botellas de ron.

A las siete pusiéronse en marcha. Ante todo fué necesario abrirse paso al traves de las malezas espesas e inestricables que guarnecen el pié de la montaña. El hacha mordia allí dificilmente: sinembargo, pasaron. Despues de muchas horas de esfuerzos, llegaron hasta a aquella parte de la roca en la cual desaparece ya toda vejetacion. A partir de este punto, nuestros viajeros no podian contar ya sino con su valor i su ajilidad. De vez en cuando hallaban tal cual relieve que habria podido serles de algun socorro, pero los piés no estaban allí en seguridad, aquel punto de apoyo podia ceder, i se corria grave riesgo en fijar allí las escalas.

No obstante, era preciso llegar a todo trance: las horas marchaban con velocidad aquel dia, i era de temer que viniera la noche a sorprendelos en aquella crítica situacion. Este pensamiento no abatia de ningun modo el ánimo de sir Lloyd i de sus compañeros, sino que mas bien redoblaba su valor. Por otra parte, ¿cómo no hallar la fuerza de avanzar, cuando ya era imposible retroceder?

Momentos habia en que se arrastraban en vez de andar, i en que los piés no habrian podido dar un solo paso, sin que las manos se adhirieson convulsivamente a alguna aspereza providencial.

Hallábanse ya vencidas las dos terceras partes de la roca, sin que por eso debiera contarse con haber hecho los dos tercios de aquel jigantesco trabajo. Las dificultades que iban a presentarse eran en efecto de una naturaleza mas alarmante aun. Cuanto mas se iba ascendiendo, mas rápida se hacia la cuesta, aproximándose a veces sensiblemente a la vertical. Añádase a esto que nuestros viajeros, a medida que su fatiga aumentaba, creian ver alejarse la cima hácia la cual se dirijian. La inquietud, la esperanza, el decaimiento de las fuerzas, ayudan a veces a la imajinacion a trastornar la lójica de la perspectiva.

Sir Lloyd, que mandaba la espedicion, dió la voz de *¡alto!* en el momento en que la roca presentaba, a manera de asiento, una salida inesperada. Bebieron algunas copas de ron, encendieron sus cigarros, i deliberaron acerca del plan que habia de seguirse para llegar al anhelado término del viaje.

El humo tambien aconseja. Decidióse, pues, que Karah, el negro que habian llevado, a guisa de furgon, para conducir las provisiones, iria a atar una cuerda nudosa en el punto de union de la pirámide i de la esfera que ella sostiene. Karah partió sin vacilar i alcanzó con una presteza estraordinaria la cima peligrosa a donde le enviaron. Una vez fijada sólidamente la cuerda, i habiéndose asido a ella cada cual, la ascension recomenzó. Los ángulos de la roca que destrozaban las manos i desollaban las rodillas de los viajeros, el viento que balanceaba aquel rosario de hombres encima de un abismo, todo, hasta el vértigo, era de temer en aquella ruta dolorosa! Si uno solo hubiera perdido el equilibrio, habria arrastrado a sus compañeros en su caida!....

Sinembargo, llegaron a la estremidad del pico, es decir que ya no les quedaba por recorrer sino la peña esférica.

Ante todo, era necesario ceñirla de una cuerda en la cual se pudieran enganchar, que era el único medio de resolver la dificultad. Sir Lloyd tomó, pues, una escopeta en la cual introdujo una flecha de hierro a la que estaba adherida la cuerda, i disparó la escopeta, apuntando un poco mas arriba del esferoide. La esperiencia no salió bien la vez primera, i fué preciso repetirla varias veces, hasta que por último la flecha pasó por el lado opuesto de la bola, llevándose consigo la cuerda. Fijaron todo sólidamente, i los compañeros de Lloyd alcanzaron, por esta ruta aerea, la plataforma que corona la montaña.

Entónces clavaron allí una bandera con los colores de Inglaterra i entonaron el *God save the Queen*, haciendo libaciones de ron por via de estribillo.

Entretanto, la noche se habia echado encima i les cortaba la retirada. Para colmo de desdichas, un viento recio i glacial se habia levantado, haciendo la situacion de nuestros viajeros tanto mas peligrosa, cuanto que la meseta que ellos ocupaban solo media algunos piés cuadrados de estension, i el menor movimiento, el mas lijero desvío del cuerpo, venia a ser un desliz funesto. Resolvióse, pues, que la mitad de la caravana dormiria, miéntras que la otra mitad haria centinela.

No trascurrió la noche sin angustias para los que estaban en vela, ni sin sueños fantásticos para los durmientes. Figurábanse los unos hallarse subidos encima de la luna, miéntras que los otros creian habitar una barquilla desprendida del aereostato, i que, en su caida, habia ido a anidarse en una torre de catedral. En cuanto a Karah, daba sérias inquietudes: el desdichado era sonámbulo, i fué preciso emplear la fuerza para impedirle que bailara un paso de *bamboula* que acostumbraba a ejecutar todas las noches.

Al dia siguiente, verificaron su descenso, en cuanto nació el sol. Esta operacion era sin duda mas practicable que la ascension de la víspera: en primer lugar, la vista de los viajeros estaba ya a prueba de vértigos, habiéndose familiarizado con las miradas al precipicio; i ademas, el camino estaba trazado i no habia mas que seguirle. La brisa de la noche habia alterado algun tanto la posicion de las cuerdas, pero se podia contar con la solidez de los puntos en que estaban adheridas. Por consiguiente, solo se trataba ya de seguir con precauciones la direccion de aquel sendero, el único posible.

Fué lo que hicieron.

Despues de dos horas de tanteos i de precauciones minuciosas, la caravana tocó al pié del monte Peter-Botte. Entónces solamente se permitió ya Karah que bailase la *bamboula*.

Algunos dias despues, el viento norte

rasgó la bandera británica; pero el viento del olvido, cuyas ráfagas inexorables se han llevado consigo tantas i tan buenas cosas, respetará la memoria de esta ascension titánica, señalando una parte mui bella al injeniero Lloyd en los anales del valor i de la osadía.

¡Qué fuertes son los ingleses en jimnástica!

E. T.

VARIEDADES.

MUCHAS GRACIAS.

Un hombre de regular facha llegó el otro dia a una casa, llamó a la puerta i salió la criada, a quien preguntó por el dueño, el señor X.

—Está adentro: pase Ud. adelante que voi avisarle.

—Está bien, i el hombre entró a la antesala.

—Voi inmediatamente....Tome Ud. una silla.

Entónces el desconocido elijió la mejor silla, se la echó al hombro i se marchó diciendo:

—¡Muchas gracias!

* *

REFLECCION MORAL.

La calavera de un burro
Miraba el doctor Pandolfo,
I enternecido esclamó:
—¡Válgame Dios! lo que somos!

* *

SABIA FRANCES.

Un viajero visitaba los monumentos de Paris.

Cierto dia se encontró con la estátua de Napoleon I que estaba con el águila a sus piés i este lema: «Napoleon et son *époque*.»

—Vea Ud., decia el viajero a otro amigo que lo acompañaba: aquí tiene Ud. a Napoleon i su *esposa*.

* *

EXCELENTE RAZON.

En una procesion sacaban a San Saturnino medio desnudo, representando el acto de su martirio. Un ingles que esto vió, escandalizado se vuelve a un amigo con quien estaba i le dice que cómo se tolera eso.

—Es que, le contestó el compañero, nosotros no andamos con *santos tapados*.

* *

DIFÍCIL DE VOLVER A ENCONTRAR.

—¡Oh suerte impía!

—¿Qué te sucede Juan?

—Anoche he perdido el reloj.

—Pon aviso en los diarios diciendo que en tal parte....

—Qué avisos, ni qué nada! He perdido el reloj jugando al monte, hombre!

—¡Ah! entónces es mas difícil que vuelvas a encontrarlo.

* *

MANERA DE HACERSE RICO.

—Señor, decia un pobre a un caballero: ruego a Ud. me socorra i no eche en olvido que somos hermanos.

—¡Hermanos nosotros! ¿Cómo puede ser eso?

—Como que tenemos unos mismos padres, que son Adan i Eva.

—Tienes razon, i debo socorrerte; toma un centavo.

—Poca es la limosna para socorrer a un hermano.

—Si cada uno de tus hermanos te diese otro tanto, tendrias treinta millones de capital.

* *

I TENIÁ RAZON.

De una vieja mui vieja, pero mui alegre i graciosa, decia un amigo suyo:

—Esta señora me hace el efecto de una coleccion de seguidillas, encuadernada en pergamino.

* *

GUSTO RARO.

—¿Qué mujeres te gustan mas? preguntábale a un borracho.

—Hombre, contestó, a decir verdad me gustan sobre todo las *turcas*.

* *

CUESTI N GRAMATICAL.

Dos pedantes diputaban en un convite a cerca de si debia decirse al criado: Dame *de* beber o dame *que* beber.

Una señora que escuchaba la disputa, i que no debia ser tonta, la cortó diciendo:

—Creo que ninguno de los dos tiene razon, porque hombres como Uds. lo que deben decir es: *Llévame a beber*.

* *

A UN VIAJERO.

De tu viaje por la Europa,
Mi predilecto Ramiro,
Lo mas bello que en tí admiro
Es tu bien cortada ropa.
Pero ella probando está,
En mi humilde parecer,
Mucho mas que tu saber
El de los sastres de allá.

* *

HISTÓRICO.

Sumamente contentos se hallaban los habitantes de un pueblo de España con la llegada de su señor, de quien esperaban grandes beneficios; pero le salió el tiro por la culata, como suele decirse, pues que les aumentó las rentas i causóles graves perjuicios.

Con este motivo se presentó a él uno de los aldeanos, a quien los demas consideraban como el mas *letrado*, i le habló en los siguientes términos:

—Con V. E. nos dijeron que habia llegado el *Agnus Dei*. Lo que ha venido es el *Quitalis*. No estamos para *Peccata mundi*. Señor, *Miserere nobis*.

* *

SUPO CONTESTAR.

Un pobre tintorero con las manos sun teñidas en campeche, se presentó a prestar juramento ante un tribunal, i apénas levantó la mano para hacer la señal de la cruz, le dijo el juez:

—Quítese Ud. los guantes.

—Póngase U. S. los anteojos, le replicó el otro con viveza.

* *

EPÍGRAMA.

Al escuchar como ahullaba
El perro de su vecino,
Dijo un barbero asesino
Que a un pobre martirizaba:
—¡Diablo! si estarán matando
A ese infeliz animal?—
I el otro dijo:—No tal,
Es que lo están afeitando.

* *

NO ERA TONTO.

Debia un caballero a su criado algunos meses de salario, i como lo llamara en una ocasion muchas veces sin que aquél acudiera, le dijo indignado asi que lo tuvo delante:

—¿Qué merece el criado que no viene cuando lo llaman!

—Señor, contestó el doméstico humildemente, merece que se le pague i se le despida.

Contenido de este número.

I.—Revista bibliográfica, páj. 273.
II.—*Evanjelina*, continuacion, poema de Enrique Wadsworth Longfellow, traducido por Cárlos Morla Vicuña, páj. 274.
III.—Dies iræ, poesía, por J. Leon Mera, páj. 280.
IV.—Máximas, pensamientos, i reflexiones del marques de Marica, continuacion, páj. 281.
V.—¿Qué ¿se apagó.... poesía, por Enrique del Solar, páj. 282.
VI.—Un tipo, por Carolina Freire de Jaimes, páj. 283.
VII.—Una ascension al monte Peter-Botte, por E. T., páj. 285.
VIII.—Variedades, páj. 287.

IMPRENTA DE «EL INDEPENDIENTE.»
Calle de la Compañia núm. 102.

LA ESTRELLA DE CHILE.

AÑO V. Santiago, febrero 11 de 1872. Núm. 228.

ROMEO DIONESI.

«Entre soberanos no hai etiquetas» decia Napoleon a un célebre compositor cuando éste se negaba a subir al palco imperial por hallarse con su ropa de maestro.

No hai en esas palabras tan solo una galantería. Hai allí tambien un acto de justicia, una confesion espontánea de un corazon impresionado, arrebatado por los encantos del arte.

¿Quién mas soberano, en la escena sobre todo, que un artista, que un verdadero artista? Tiene a su vista un público que lo admira, que obedece a cada una de sus palabras, a cada uno de sus jestos.

El artista domina, impera i el público obedece como un esclavo, ciego, embriagado por el éxtasis.

Es ése el poder del jenio. Tiene las riendas del corazon humano i lo arrastra, lo estrecha, lo sacude como que quisiera hacerlo romper las paredes del pecho que lo abriga.

Quien esto consigue, consigue una hermosa victoria i Romeo Dionesi la ha alcanzado.

¿No lo habeis visto en la escena?

Allí está con todos los esplendores del jenio sobre su frente. Desde que aparece, el público lo corona con sus aplausos. Canta i el silencio reina en todo el teatro. Nadie quiere perder un eco de esa hermosa voz. Los ojos de un público entero están fijos, clavados en la simpática figura de ese artista de cinco años. El se pasea en la escena, continúa vertiendo perlas su garganta i de repente un aplauso unisono, inmenso estalla por todas partes.

¡Admirable! es la espresion que se escapa de todos los labios. Uno vé la realidad, la palpa i todavía en su asombro se atreve a dudar. Le parece imposible que un niño, si, un niño, arroje al corazon del público esa tempestad de entusiasmo.

¡Mejia asombrosa del jenio! A los cinco años solo se sabe sentir esos celestiales placeres de la inocencia: se rie, se canta, se juega i tambien se llora. Es ésta la vida del niño i no tiene caricias mas dulces que los tiernos besos de una madre.

¡Ah! pero Romeo Dionesi ha ido mas allá. El es acariciado, aplaudido, colmado de honores por todo un pueblo. Cuando se le vé en la escena, uno quisiera tener un prado de flores para tejerle coronas. Mas no es esto bastante. Una creatura como el hermoso Romeo, si merece una diadema, es una diadema de estrellas i ¡ai! la mano del hombre no alcanza hasta allá.

***

Por eso despues que se ha visto a Romeo en la escena, no se estraña que haya sido obsequiado en las diversas ciudades que ha recorrido.

Por eso cuando uno rejistra las pájinas de su pequeño álbum, la coleccion de composiciones diversas que tiene en su poder, se halla precisado a confesar que hai en Romeo algo mas que una vulgaridad. Ese niño es todo un prodijio i en su mirada chispeante, en sus grandes ojos, se deja ver toda la belleza de su alma.

El poeta ha hallado en él inspiracion i le ha cantado. Su libro de recuerdos es un tesoro de armonías. Mas tarde, cuando él pueda recorrerlo, cuando lo muestre a sus amigos, oirá mas de una voz que diga que, a los cinco años, Romeo era ya un niño sublime.

***

Hemos hablado del álbum de Romeo.

Apénas si hemos podido copiar a la lijera una que otra de las poesías que contiene. Hubiéramos querido conservarlas todas....

Recojamos, siquiera sea al acaso, algunas estrofas. Talvez nuestros lectores nos lo agradecerán.

Hé aquí uno de esos tiernos cantos, escrito al correr de la pluma i que retrata fielmente el tumulto de impresiones que ajitaba el alma de su autor:

A ROMEO DIONESI.

¡Pura flor casi naciente!
Si ya con su luz radiante
El jenio adorna tu frente;
Si ya murmura la jente
Que eres un niño jigante;

¿Qué será si aun mas gloriosa
Mañana, que ayer se oyó,
Resuena tu voz, esposa
De Beethoven, Cimarosa,
Weber, Mozart i Flotow?
.....

Hoi me besas con candor
I te beso con cariño;
Pero juzgo, previsor,
Tan efímero tu amor
Como el recuerdo de un niño.

Mas si por testigos fieles
De tu gloria, años despues
Remueves tus mil laureles
I entre tus muchos papeles
Este papel allí ves;

Acuérdate del marino
Que te habló en su paso errante
Al comenzar tu camino,
I de tu jenio adivino
Te aclamó *niño jigante.*

PEDRO DE NOVO.

Hé aquí otros tiernísimos versos. Son tomados de una composicion que dedicó a Romeo un poeta arjentino:

El jenio misterioso de la gloria
Veló desde la cuna de ese niño
I allí, sobre su frente, con cariño
Dejó una onda de luz la inspiracion.
.....

Romeo, vas cruzando de la vida
La risueña i poética alborada
I ya el mundo te lanza esa mirada
Que ilumina fugaz el porvenir.
Dios haga que al pasar la edad temprana
Si te turban amargos desengaños,
La gloria que endulzó tus tiernos años
En suave irradiacion veas lucir.

Ya en 1870, cuando Romeo contaba tres años, un notable poeta le dedicó unas bellísimas décimas que no trascribimos por ser mui estensas. Pero no podemos resistir a la tentacion de copiar la que va en seguida, por el noble consejo que encierra:

Si al ir el mundo cruzando
I cumpliendo tu destino
Encuentras en tu camino
La falsedad imperando;
Si algunas veces cantando
Tu corazon se contrista
Porque ves ante tu vista
La torpe envidia triunfante....
Sufre i camina adelante
Que es la mision del artista.

* * *

Apénas hace unos cuantos dias que Romeo está en nuestra capital i ya nuestros jóvenes poetas le han dedicado inspiradas composiciones. La prensa ha dado ya algunas a luz. Otras permanecen aun ocultas entre las pájinas del álbum de Romeo.

Todos los corazones bien puestos, todas las almas jenerosas i que abrigan en su seno el amor al arte, se han apresurado a colocar una flor en la guirnalda dedicada al artista de cinco años. Hai en ello una noble emulacion i una merecida recompensa.

I despues ¿quién que maneje una pluma no querrá tributar un aplauso, dedicar un recuerdo a este talento precoz i como precoz admirable?

Tan pequeño i ya tan grande! Apénas un niño i ya conmueve el corazon del hombre i ya adivina sus secretos i toca sus mas delicadas fibras.

Es que hai en Romeo un poco del ánjel. Sacude sus alas i se remonta a una rejion que no pisan todos los mortales. Se le vé allí, hermoso en la primera aurora de su vida, i se le admira. Mas feliz que Icaro, ha llegado hasta el sol de la gloria, ha fijado sus miradas en esos candentes rayos i ha descendido sereno i victorioso, como el ánjel del poeta, con sus piés sobre dos nubes.

* * *

En Romeo Dionesi se ha realizado este prodijio: la inmortalidad a los cinco años. Mozart no tuvo esta dicha i acaso el arte no presencie en muchos siglos tal fenómeno. Por eso cuando uno vé a Romeo, cuando escucha su suavísima voz en los mas difíciles recitados, quisiera no sepa-

rarse de él. Hai allí todo lo inefable que puede brindar el placer. Aquel niño lleno de inocencia, de cándida pureza, parece un astro hermoso, pero fugaz, que hoi está con nosotros i que mañana desaparecerá para iluminar con sus fulgores otros países.

Por lo demas, cualquiera que sea el camino que tome, irá dejando en él el rastro de sus triunfos, el recuerdo de su jenio.

Que la felicidad lo siga a todas partes. La gloria es algo que quema, que muchas veces agobia. Para Romeo Dionesi deseamos que sea siempre ese nido de frescas i fragantes flores en que hoi risueñamente se mece. Que sobre la gloria de su nombre no caiga jamas ningun abrojo ni pierda esa noble alma la pureza de su brillo, porque, como lo ha dicho un poeta amigo nuestro, Romeo Dionesi a los cinco años,

.....Solo es el vidrio en que refleja
Su luz el jenio i su brillante pompa;
Mas, cuidad ese vidrio delicado,
No sea que lo rompa
El mismo resplandor que lo ha alumbrado!

∴

Un amigo nuestro, gran aficionado a la música i gran entusiasta por Romeo, nos decia en el Teatro de Variedades, despues de haber oido a este artista en el recitado de *Hernani*: ¡Oh! es sublime! escuchando a este simpático niño, esclamé mas de una vez como el poeta, que me parecia oir una estrofa cantada por una estrella.

Nuestro amigo tenia razon.

No hai en Romeo, lo repetimos, una gran voz, ni podria exijirse esto de un pecho tan tierno como el de ese niño.

Pero hai esa afinacion i esa seguridad para principiar el canto que asombra en un niño de su edad. Hai esa postura artística, ese dominio sobre sí mismo, ese imperio sobre los demas que atrae, electriza, estremece el alma i hace estallar el corazon. Entónces se le adora i se reconoce en él la encarnacion del jenio.

Uno de sus admiradores, ha saludado a Romeo Dionesi con estos parcados:

Arrancado a los ánjeles del cielo
Cruzas la tierra en esplendente vuelo.

I bien! esta águila del arte que ha atravesado el hermoso cielo de nuestra patria empapando la atmósfera con sus melodias i cuyo vuelo audaz le alejará mañana de nosotros; este soberano de la escena que se ha llevado nuestras simpatías, nuestro cariño i nuestro amor i que, tan pequeño como es, se diria que toca con su cabeza el cielo, iluminando su frente en los resplandores del iris, vivirá por mucho tiempo entre nosotros. Entre Romeo i sus admiradores existe esa comunion de los espíritus que liga a los hombres con cadenas de flores.

Romeo podrá alejarse. Podrá cruzar otras rejiones. Como las silfides de Shakspeare, como los dioses de Homero, podrá ceñir a la tierra con la fama de su gloria en unos cuantos minutos i cruzar nuestro globo de un solo paso.

¿Qué importa?

Entre el simpático artista de cinco años i los que hallan un placer en admirarlo, no se establecerá la valla del olvido.

No se establecerá tampoco entre él i tantos hermosos ojos que han vertido lágrimas de emocion al contemplarlo dueño de la escena, tierno o cruel, tranquilo o colérico, amante o vengativo, acariciado por los aromas de la alegría o ajitado por las tempestades del dolor, pero siempre hermoso, siempre admirable! Los corazones de esas madres, los corazones de esas hijas, no olvidan porque no saben olvidar.

Aléjate entónces, tierno jénio del arte, i marcha a conquistar nuevos laureles. Esa série de sonidos que forman la melodía, esa simultaneidad de notas que forman la harmonía, salgan mañana de tu garganta i den mas brillo a la aureola de tu frente. Entre tanto, nosotros que nos quedamos i que te hemos rendido el modesto pero sincero tributo de nuestra admiracion, no nos despediremos de tí sin proclamartelo que un gran escritor proclamaba a un gran poeta: *niño sublime!*

Santiago, febrero 10 de 1872.

RÓMULO MANDIOLA.

ROMANCE.

«¿Por qué a mis voces no atiendes
Pérfido amador desleal,
I me dejas sin que encuentre
Consuelo en mi soledad?
¿Por qué como en otro tiempo

Al borde de este raudal
De amor tus suaves palabras
Encanto a mi alma no dan?
¿Por qué hiciste que a mi pecho
El amor fuera a posar,
I ahora es inquietud triste
Lo que fué bien celestial,
I en incesante querella
No se cansan de llorar
El alma su desengaño,
El corazon su horfandad!

«Retratada en los cristales
De este límpido raudal
Ya no mirarán mis ojos
Tu amorosa i bella faz,
I no te veré a mi lado
Buscar flores con afan
I tejer frescas guirnaldas
Para mi frente adornar,
Ni escucharé tus promesas
De no olvidarme jamas
Colmándome de caricias
Que hoi recuerdo por mi mal.
Te quiero, mucho te quiero
Dijo tu lengua falaz
I me llamabas tu vida,
Tu bien, tu amor, tu beldad.

«Vosotras, las que en el mundo
Sabeis con firmeza amar,
I con amantes sinceros
Dichas i encantos gozais,
Decidme si habrá dolor
Que al mio pueda igualar?
Crei en las falsas promesas
De un engañoso en amar
I lo quise con delirio
Porque era mi bello ideal.
¡Mal haya cuando insensata
Le rendí mi libertad!
I ahora es vano mi duelo
I es en vano mi llorar,
I disipó mi esperanza
El desengaño letal.»

Así decia una aldeana
Sin poderse consolar,
Con lágrimas aumentando
La corriente de un raudal
Do sintiera con su amante
Aquel encanto i solaz
Que siempre ofrece a las almas
El amor puro i leal.
Su amante que está inocente
Escuchaba con pesar
De su amada la querella
Desde un vecino rosal,
I tierno i enamorado,
Acercóse do ella está;
Quedó corrida la aldeana
I él la dió un beso en la faz.

1869.

M. A. Hurtado.

MÁXIMAS,

PENSAMIENTOS I REFLEXIONES DEL MARQUES DE MARICÁ.

(Traduccion para *La Estrella de Chile.*)

(Conclusion).

Las sociedades secretas son tales, ordinariamente, porque la publicidad de sus actos las haria parecer ridículas o criminales.

Decimos siempre mas o ménos de lo que sentimos i pensamos; la prudencia i las circunstancias no permiten que seamos estrictamente exactos i sinceros.

Las pasiones eclipsan a la razon, como las nubes a la luz del sol.

Como los dias i las noches, los bienes i los males se alternan i se contrastan.

La ambicion de poder i mando ha hecho infeliz a mucha jente que seria feliz si no fuese ambiciosa.

La variedad de opiniones en los hombres procede de la diversidad i cantidad de ideas i conocimientos que cada uno de ellos tiene del mundo, de las cosas i de los acontecimientos.

La felicidad sensual es comun a todos los vivientes; la moral, intelectual i relijiosa es privativa de las creaturas racionales e intelijentes.

Los errores han de variar constantemente, las verdades son invariables.

El recelo de los males futuros atormenta, ordinariamente, con mas violencia i

por mas tiempo que los mismos males realizados.

Es ménos difícil conocer a los hombres en jeneral que a cada uno de ellos en particular.

Es doble dicha el gozar amando, admirando i agradeciendo a Dios.

Los bienes de la vida, como las rosas, están rodeados de espinas.

El corazon tiene sus misterios que la prudencia no permite publicar.

Lo poco que sabemos nos anuncia lo mucho que ignoramos.

Salud, riqueza i sabiduría, raras veces se encuentran en compañía.

Exactitud i puntualidad son distintivos de probidad.

El nacimiento desiguala, la muerte iguala a todos.

La gloria de los conquistadores es como el fulgor de los incendios.

La felicidad se siente, no se define.

Es mas fácil refutar errores que descubrir verdades.

La belleza corporal raras veces anuncia superioridad de injenio e intelijencia.

La dilijencia facilita todo lo que la pereza dificulta.

Afectamos despreciar los bienes que no podemos conseguir.

Gozar con reflexion es cualidad de quien tiene juicio i saber.

Existir padeciendo, es vivir muriendo.

La franqueza puede ser reprobada, la lealtad es siempre apreciada.

Los perezosos son tan activos para mandar como remisos para servir o trabajar.

Los talentos mal dirijidos i mal aplicados hacen la desgracia de aquéllos que los poseen.

La imajinacion encanta a los jóvenes, la reflexion desencanta a los viejos.

Un placer prolongado llega a tornarse en sufrimiento.

Los desengaños de la vejez son inútiles para los jóvenes, i a los viejos ya no les aprovechan.

La ignorancia recurre a la impostura para darse importancia.

Los trabajos son buenos amigos cuando dejan una esperiencia útil i bien aprovechada.

Los que se quejan de la vida querrian mejorarla, pero no perderla.

El corazon corrije muchos errores del espíritu, i el espíritu muchos estravíos del corazon.

Aprendemos gozando, mucho mas padeciendo.

Son numerosos los modos de padecer; innumerables los de gozar.

EVANJELINA.

ROMANCE DE LA ACADIA.—TRADUCIDO DEL INGLES DE ENRIQUE WADSWORTH LONGFELLOW.—POR CÁRLOS MORLA VICUÑA.

(Continuacion.)

IV.

Estiéndense al oeste los desiertos
En que la sierra altísima levanta
Picos de nieve perennal cubiertos.
Por la tortuosa i áspera garganta
Dócil marchando en pos de los espertos
El convoi de inmigrados adelanta.
Corre allí el Oregon hácia el oeste.
I el Waleway i el Owiji hácia el este.

El valle de Agua-Dulce entre amapolas
Recorre a saltos locos el Nebraska.
Bajan desde las sierras españolas,
Aunque el granito a veces los atasca,
Torrentes numerosos cuyas olas
Formando van magnífica borrasca,
I al mar se lanzan con audacia suma
Arboles arrastrando entre su espuma.

Entre uno i otro rápido torrente
Pradera dilatada amarillea,
I tornan soporífero el ambiente
Sementera de adelfas que allí ondea
El sol desde su trono refuljente
Aquel jardin sin límites otea,
I vagan por las faldas de los montes
Antélopes, venados i bisontes.

Con ímpetu salvaje los corceles,
Nunca sujetos a tirante brida,
Cruzan por entre verdes mirabeles,
Miéntras el lobo hambriento en su guarida
Acecha los pacíficos tropeles
Para atacar la presa apetecida;
I allí mas fiera de Ismael la raza
De sangre fraternal regueros traza.

El buitre bate sus oscuras alas,
I en círculos sin fin alzando el vuelo,
Del indio que cayera entre las balas
Parece el alma ser, que desde el suelo
Por invisibles, májicas escalas
Se remonta a la bóveda del cielo;
I por doquiera en los confines sube
Del toldo indiano la azulada nube.

El oso gris, espeluznado, uraño,
De la oscura caverna en que se encaja
Cual rudo, misantrópico ermitaño,
Al valle en busca de alimento baja;
Allí apaga su sed en fresco baño,
Sacia el hambre en raices que desgaja;
I allí en toda su pompa i su grandeza
Reina sola con Dios Naturaleza.

Gabriel, con sus leales cazadores,
Ya dejaba a su espalda la pradera
I nueva senda abriendo entre las flores
Iba del monte Ozark por la ladera.
Basilio, consultando los rumores,
Llega allí con la novia; i ella espera
Segun lo que asegura indiano guia,
Alcanzar a su amante cada dia.

Cree una vez la doncella en lontananza
De un campo distinguir la luz rojiza;
El grupo entónces anhelante avanza,
Mas encuentra al llegar solo ceniza;
No abandonan por eso la esperanza,
Ella de nuevo el entusiasmo atiza,
Pues fija de su pecho va en el centro
La dulce perspectiva del encuentro.

Es ya de noche. El grupo fatigado
En pos de una jornada larga i ruda,
Por ardiente fogata iluminado,
Yace en la tierra fríjida i desnuda.
Entra una india i de la hoguera al lado
Se sienta sola, pensativa i muda;
De hondas angustias en su rostro hai huellas
I de paciencia tan tenaz como ellas.

Interrogada por Basilio cuenta
La lamentable historia de su vida:
De los Comanches la nacion sangrienta
Asesinó a su esposo, i aflijida
A su tribu Choni volver intenta
Por esa antigua ruta conocida.
La jente al escuchar tal desventura
Reverencia la tétrica figura.

Movidos los virtuosos corazones
Ministranle afectuosos el consuelo
Que está a su alcance, i tiernas atenciones,
Fraternizando con su intenso duelo.
Dánle de ciervo asado dos raciones,
I la niña, guardándola del hielo,
Echa a la india infeliz sobre la espalda
Manta velluda de encarnado i gualda.

Cuando sobre la tierra áspera i yerta,
(Que no hai para el cansancio cama dura)
Con sus espesas mantas bien cubierta
La jente el sueño conciliar procura
I el último tizon con luz incierta
En los semblantes pálidos fulgura,
La niña, de la india acompañada,
Van a sentarse solas a la entrada.

Allí, con esa voz melíflua i lenta
Que entre las indias tribus es notoria,
Sus desdichas tristísimas le cuenta
I suspira evocando su memoria.
Evanjelina en tanto escucha atenta
Esa a la suya semejante historia,
I en conmocion simpática i profunda
Su rostro anjelical el llanto inunda.

Calmada empero su punzante herida
Pues otra que ha sufrido está a su lado,
Le refiere el poema de su vida
Tambien de dicha i de dolor formado.

La india escucha en silencio sumerjida
Aun despues que la niña ha terminado,
I, cual venciendo pesadilla horrenda,
Cuéntale al fin de Mówis la leyenda.

Mówis, de quien la Nieve siendo esposa,
Cedió de otra beldad al blando hechizo,
I a la Nieve burlando, a aquella hermosa
Votos de eterna adoracion le hizo;
Mówis a quien en su ira rencorosa
Con sus rayos de fuego el sol deshizo,
I a quien, desde ese dia, la doncella
Sin lograrle alcanzar, sigue la huella.

Cuéntale en pos la historia de Lilina,
Quien del nativo huerto entre el follaje
Vió al fulgor de la luna diamantina
Bello fantasma de voluble traje,
I fascinada por su voz divina
En su séquito audaz entró al boscaje,
Perdióse en medio al laberinto oscuro
I nunca regresó al paterno muro.

Presa de mil estrañas emociones,
La niña escucha a la choni parlera
Sus tristes i veladas tradiciones;
Parécele un encanto la pradera,
Las nubes i los árboles visiones,
I su huéspeda indiana una hechicera,
Cuando la sombra a herir sube oportuna
Sobre las crestas del Ozark la luna.

Con el gárrulo ambiente se armoniza
El rumor de apartada catarata,
El cercano arroyuelo se desliza
Murmurando entre guijas con voz grata;
El manto de ovas que el cristal tapiza
Torna la luna en fulgorosa plata,
I el soplo de la noche blando mece
La espadaña juntil que al borde crece.

Lleno de puro i amoroso anhelo
De Evanjelina el corazon rebosa,
Mas luego hincando en él su garra el duelo
Atorméntalo más, i más lo acosa;
Así en el nido al tímido polluelo
Sorprende la serpiente venenosa,
Con mirada flamíjera lo espanta
Y entre ásperos anillos lo quebranta.

No es el que la penetra horror mundano;
La hiela de las almas el aliento
Que jira en torno al pavoroso llano;
Asáltala un instante el pensamiento
De que en pos de un fantasma corre en vano
Como la virjen del indiano cuento,
I en medio a tanto horror i tanta sombra,
Duérmese al fin en la florida alfombra.

Prosíguese la marcha interrumpida
Al relucir de la siguiente aurora.
La triste indiana anuncia a la partida
Que en un soto, a distancia de una hora,
Se alza una villa agreste i reducida
En que el caudillo misionero mora
I el cristianismo, sin temor de ultrajes,
Va enseñando afanoso a los salvajes.

Con emocion secreta i repentina:
—«Allí noticias encontrar espero»,
Precipitada esclama Evanjelina;
Adopta la partida aquel sendero,
I al tramontar una áspera colina,
Sobre la verde márjen de un estero
Las albas tiendas ven de los cristianos:
La Mision del Jesuita en esos llanos.

Bajo un antiguo roble que frondoso
En el centro se eleva de la villa,
El cacique de túnica, piadoso
Con numerosa prole se arrodilla;
Un crucifijo atado al tronco añoso
Con los celajes de la tarde brilla,
Vuelta la faz agonizante i tierna
Al pueblo que a sus plantas se prosterna.

Los arcos cruza del cimborio aéreo
Lleno de uncion el relijioso canto,
Confundiendo sus notas el salterio
Con el susurro del hojoso manto;
Acércanse atraidos del misterio
Los peregrinos a aquel grupo en tanto,
I apeándose allí de los bridones
Se asocian a las tiernas devociones.

Al terminar las vísperas, i dada
La bendicion que a la sumisa jente
Distribuye la mano consagrada
Como esparce el labriego la simiente,
Se acerca a la partida desmontada
El padre, i saludando complaciente,
Al oir en la selva el propio idioma
Alegre luz a su semblante asoma.

A un neófito encarga los corceles
I él conduce a su choza al peregrino.
Allí le invita sobre blandas pieles
A reposar del áspero camino;
Con silvestres panales de albas mieles,
Harina de maíz i fresco vino
Al fatigado caminante agracia,
I su hambre i sed el misionero sacia.

Basilio al punto cuéntale su historia,
I el grave sacerdote le contesta;
«Seis dias há, si exacta es mi memoria,
En esta choza que su sombra os presta,
Gabriel, entre su banda migratoria,
Contóme esta lenyenda asaz funesta,
I en él impresa del dolor la estampa,
Marchó de nuevo a la anchurosa pampa.»

Por la ajena desgracia enternecido
Les habla el misionero en voz süave,
Mas de la niña el pecho dolorido
De sus palabras siente el peso grave;
Como la nieve en el desierto nido
Que en vuelo ingrato abandonara el ave,
Cae en su corazon la infausta nueva
I hielo sepulcral a su alma lleva.

«Hácia el norte su marcha ha continuado,
Sigue el apóstol, i confiado espero
Que, cuando haya la caza terminado,
Ha de tornar Gabriel por este otero.»
La niña entónces esclama:—«Padre amado,
Su vuelta en la mision aguardar quiero!»
Basilio consintió i al otro dia,
Dejándola regresa a su alqueria,

Lentos pasan los dias i los meses,
I el maiz que al llegar sembrando viera
A aquellos laboriosos feligreses,
Ondea alto i flexible en la pradera
I ofrece ya sus sasonadas mieses
Entre la verde i rubia cabellera;
Cébase en la mazorca la avecilla,
I en sus lozanos vástagos la ardilla.

El neófito al sol ya lo desgrana
I del verde follaje le despoja;
Cuando descubre la inocente indiana
Mazorca tierna i como sangre roja,
Allí de amores precursora ufana,
Con candor inefable se sonroja;
Pero ni esa mazorca coralina
Vuelve el perdido amante a Evanjelina.

No hai dia en que el apóstol no la exhorte:
«Ten paciencia, le dice: al cielo ruega,
Si quieres que en tu pena te conforte.
¿Esa planta no ves que al sol despliega
La delicada flor mirando al norte?
Dios la hace jerminar i Dios la riega,
Brújula que dirije al caminante
Por la espaciosa soledad errante.

«Tal es el alma humana en la creencia!
De la ardiente pasion las gayas flores
Encierran en su cáliz rica esencia,
Pero con sus pestíferos olores
Prostituyen i asfixian la inocencia;
Solo esta flor de plácidos colores,
Puede guiarnos, ceñida el ancha frente
De asfodelos rociados con nepente.»

Pasan así el otoño i el invierno
I no llega Gabriel: la primavera
Los campos cubre ya de pasto tierno,
I puebla el bosque turba vocinglera;
Sucédela el verano; el ancho cuerno
De la copia derrama en la pradera,
I un rumor trae el viento vagaroso
Mas que el trino del ave melodioso.

«Mui léjos, dice, al norte i al oriente,
Del Michigan en la floresta umbría,
Del Sajinó bordando la corriente
Gabriel desconsolado vive hoi dia.
Únese al punto a hospitalaria jente
Que al San Lorenzo marcha en recta via
I adios diciendo a la mision amada,
Emprende Evanjelina esa jornada.

Cuando en pos de cien marchas peligrosas
Esperanzada llega Evanjelina
Al fondo de las selvas majestuosas
Que al lago Michigan forman cortina;
Halla junto a corrientes caudalosas
Desolada la choza, i en rüina,
Do aguardara Gabriel, pensando en ella,
La aparicion de su eclipsada estrecha.

Así el tiempo fatídico resbala,
I en diversos lugares i estaciones
Se vé a la errante i púdica zagala,
Ya del Moravo humilde en las misiones,
Ya do ruidoso ejército se instala;
Ora entre chozas, ora en poblaciones
Vaga como vision, luego se aleja
I ni memoria de su paso deja.

De juventud radiante i de hermosura
Con fé emprendió la niña el largo viaje,
I exhausta ya, colmada de amargura,
Termina su fatal peregrinaje;
Cada dia agravando su tortura
La adversidad le inflije nuevo ultraje,
I cual destellos de segunda aurora
Mas de una hebra de plata su sien dora.

(Concluirá).

De una revista literaria de Estados Unidos, traducimos el siguiente notable artículo sobre la dejeneracion política de aquel pais. El contiene datos importantísimos i exactos sobre un punto que es demasiado interesante.

NUESTRA DEJENERACION POLÍTICA.

SUS CAUSAS I SUS REMEDIOS.

Todo el mundo admite, puesto que casi todos deploran, la lastimosa decadencia en que ha caido nuestra política teórica i práctica.—Por todas partes nos dirán que ni nuestros estadistas ni nuestros partidos son hoi lo que fueron en tiempos pasados; i al decirnos esto no se nos asevera una falsedad.

Ewerson, decia muchos años há en una de sus mas acerbas sátiras contra el gobierno que la palabra *política* habia llegado a espresar lo mismo que destreza, como si el Estado fuera un cubilete.» La ironía es mas punzante hoi de lo que nunca lo fué.

La política ha dejenerado como ciencia i como arte: pocos la practican con el noble espíritu que requiere su importancia intrínseca en cuanto a su practicabilidad. —Volvamos un poco la vista al pasado.

Nadie pone ya en tela de discusion ni la eminente habilidad, ni la incorruptible virtud de nuestros estadistas de la época revolucionaria.—Washington i Hamilton, Jefferson i Adams, Madison i Gay, i cien otros mas pertenecen a la historia.—Ocupan en los anales de la fama puestos iguales a los de los mas ilustres nombres de cualquiera nacion o de cualquiera edad. Sean cuales sean las faltas que el espíritu de partido de su época haya imputado a su conducta, cualesquiera que sean los defectos que una viciosa crítica histórica puede encontrar en sus caractéres, la memoria del pueblo ha dejado de atesorar reproches i los estima con esa indisputable admiracion i reconocimiento a que son meritorios los fundaderes de un pueblo.

La posicion de nuestros estadistas portaravolucionarios, como los Webster, los Calhown, los Clay, los Adams, los Jackson, los Beuton, i los Wrights, nombres del segundo periodo, acaso no es ni tan encumbrada ni tan incuestionable como la de los primeros: sinembargo es bastante encumbrada para enorgullecernos con su recuerdo.—En verdad, Webster, considerado como constitucionalista, parece que adquiere mayor lustre con el correr de los tiempos; la grandeza de Colhown apénas se amengua envolviéndose en la nube de guerra civil en que sus teorías impracticables envolvieron a sus ardientes sectarios; Clay ejerce todavía una influencia poderosa respecto a los que prefesan una nocion protectora i paternal de los deberes del gobierno; i el segundo Adams, recibe de la posteridad un homenaje igual sino mayor que el primero; miéntras que Jackson, los Beuton i los Wrights, están identificados en los ánimos de un gran número de personas con la lejislacion sana de los pasados tiempos.

¿Qué podemos decir de los estadistas del tercer período, del que precedió a la guerra poniéndolos en parangon con sus antecesores? Compárense los ministerios desde la administracion de Van Buren con los anteriores ¡cuán melancólico contraste! Compárese el senado de ese tiempo con los senados anteriores, ¡qué cambio!—¿Dónde estuvieron los grandes hombres de la cámara de diputados, quienes sin ser oradores, sin usar de la palabra, o usándola raras veces, ejercian tal influencia, merced a su carácter como los Lanendes, los Cheves, los Cambuleng i tantos otros? Podemos hacer apolojías de los Pierce, de los Tylers de los Buchanan de los Fillwores, de los Cobbs, de los Blacks? Imposible nos seria decir que ellos manejaron los negocios públicos con esa ámplia sensatez e inalterable fidelidad a los principios exijidos por las complicaciones i los peligros del estado crítico de su tiempo. ¿Fueron acaso capaces de discernir las hondas corrientes del sentimiento público, corrientes llamadas a arrebatarnos en un sangriento combate fratricida? Lo fueron para darse cuenta de lo que aquellas eran, para dirijirlas como cumpliera hacerlo, o en vez de esto las consideraron con una pusilánime terquedad, o mejor dicho con un coraje ciego, echando mano de espedientes raquíticos, de disciplina i de partido? ¡Ai! la caridad nos impulsa a echar un velo sobre un periodo que la justicia imparcial de la historia describirá con menosprecio.

¿I qué diremos de los estadistas contemporáneos? ¿Los tenemos acaso? Lincoln no existe, Andrew desapareció, no vive Stan-

ton, como otros tantos semidioses del campo de batalla con nombre o sin nombre. Otros ocupan sus puestos; nuevos personajes ocupan los asientos del senado, nuevas cuestiones se debaten, responsabilidades de consideracion pesan sobre inespertos hombros, ¿qué dejaron en su pos? Acaso sea prematuro ocuparnos de personas, que están a mitad de su faena; las miramos al traves de la niebla que levantan nuestros temores i nuestras esperanzas, o bien envueltas en el polvo que alza el bullicioso tumulto de las facciones.—Las líneas de los ejércitos futuros están sin formacion o formándose recien.—Juzgar en este momento seria prejuzgar.—Mas, lo que prevemos en lontananza, lo confesamos, no nos inspira una confianza halagüeña: lo que sabemos de hombres prominentes, no nos inspira una fé mui sólida; lo que descubrimos de su futuro, de sus aspiraciones i propósitos no nos arranca una admiracion ferviente.

La guerra produjo algunos militares de notable capacidad; los Grants, los Sherman, los Sheridan, los Farraguts i otros, estuvieron al nivel de su posicion; muchos de ellos han adquirido brillante celebridad, otros muchos mostraron en aquella ruda prueba que eran sino dignos de gloria, por lo ménos de honra. Mas, aun no nos ha dado la guerra todo aquello que era de esperar de una profunda convulsion politica, no ha producido eminentes ciudadanos que descuellen de la vulgaridad. Aun no han aparecido esas cabezas ricamente organizadas, esos grandes corazones capaces de sentir todas las exijencias de su época, de discernir todo lo que ésta entraña, todo aquello de que ella es capaz, i que sensatamente proveen i conquistan un glorioso porvenir. Acaso vendrán, acaso el tiempo elaborará su advenimiento, pero la inesperta mirada escudriña la estension del firmamento sin descubrirlas en la inmensidad. Nuestra esperanza no ha muerto sinembargo por mas que hayamos aguardado su deseada aparicion. Recordamos el bello pensamiento de nuestro poeta laureado en el poema «Las Constelaciones» en el cual el poeta vagando durante la noche pierde de vista las estrellas de magnitud i solo vé brillar las secundarias allí do destellaban miradas de soles esplendorosos: pero aparecen nuevos orbes.

«Fair clust cred splendors, with whore rays
[the hight
Thall clore her march in glory, ere she yield
To the youny day, the greath Earth steeped in
[deu.»

Así pues, nos alimenta la fé pero nada apercibimos todavia.

Dejando de lado los hombres, echemos una mirada a los partidos.

El partido democrático acostumbraba ser la espresion de ideas; su mote de otros dias por ménos consecuente que a él le fuera, consistia en la igualdad de derechos, i la imparcialidad lejislativa. A ello debió su preponderancia. Sus mas grandes caudillos profesaban i esplicaban aquel dogma haciendo amar a su partido por el pueblo. Los escritos de Jeffesson, de Nathaniel Murou, de John Taylor (el de Carolina), de Andrew Jackson, i especialmente los de Sila Smith, los de Samuel Jonay, los de Michael Hoffman, los de W. Seget—del Estado de Nueva York, fueron elucubraciones de hombres convencidos sinceramente de la verdad i de la excelencia de la teoria democrática del Estado. En la prolongada i excitada lucha entre las masas populares i el poder aurífero de los bancos, los jefes demócratas se aferran tenazmente a esta conviccion i triunfan a la larga. Ella les aseguró una dilatada fiscalizacion no tan solo del gobierno jeneral, sino del de los Estados casi sin escepcion.

La prosperidad entraña sinembargo la corrupcion: las siniestras alianzas que el buen éxito arrastra siempre en su pos, i particularmente, la alianza de los esclavócratas del sud, a ponerlos en mal camino, a desviarlos de la linea recta del deber. ¿Cómo era entónces posible que aquéllos que habian abogado por una lejislacion imparcial defendiesen la que rehusaba reconocer hasta la existencia politica de una mitad por lo ménos de la comunidad natural? ¡Penosa prueba! Pocos permanecieron fieles a su bandera, prefiriendo los mas los tortuosos senderos de los juglares. En vez de los derechos del hombre escribieron aquella otra frase, si no enteramente diversa, distinta «Derechos de los Estados.»

A la sombra de una interpretacion plausible pero falaz de la lei orgánica, ellos erijieron estas repúblicas, que son solo coexistencias integrantes del compuesto Nacion, en partes soberanas e independientes de un pacto federativo. Mucha e importan-

te verdad envolvia su doctrina, siéndole fácil estraviar la candidez de muchos, poco avezados a las sutiles distinciones de la hermenéutica política.

No se apercibió al principio cuan grande era el conflicto en que esta doctrina colocaba la constitucion nacional con los principios mas elementales de la libertad i de la justicia; ni cuan diestramente escudaban abusos que todo espíritu sano detestaba como indignos de la constitucion que era el ídolo de los buenos patriotas. De esta manera lograron los adeptos el triunfo temporal de confundir la intelijencia i la conciencia del pueblo. Triunfó la esclavitud; pero siendo cualidad inherente del despotismo el ultrajar toda valla, su triunfo fué acompañado por una afirmacion de supremacía tan dictatorial, tan arrogante, que produjo por de suyo la revolucion, con independencia de la iniquidad de la causa esclavista. Operóse entónces una reaccion la cual si bien fué lenta en su principio, tenia que ser segura, fatal como las leyes de Dios, revolucion que ganando intensidad i vigor con el tiempo, convirtió el calor en una conflagracion. Apareció entónces, el recurso supremo de las armas; pero cuando llegó, triste, penoso es decirlo, cuando las masas de los demócratas empuñaron el fusil en defensa de la libertad, de la existencia nacional, muchos, mui considerable número de ellos i de sus jefes, formaron en las filas insurjentes, i apoyaron friamente la causa de la patria.

En medio de esta lucha, especialmente en la contienda bélica, la conducta del partido republicano fué tan resuelta i honorable como vacilante i desdorosa la del demócrata. Formado aquél de hombres serios i pensadores de antiguas denominaciones, en nombre de una protesta contra la opresion jeneral ejercida por el partido esclavócrata, mantuvo su consistencia con mayor pureza de celo, con mas inflexible propósito que el acostumbrado en las combinaciones políticas. A veces dudó, flaqueó a veces; otras veces caudillos espectables creyeron posible salvarse de la fatiga de la marcha con la milicia de los vivacs oficiales; pero cuando la hora del combate sonó el alarma:

«Combatieron largamente i bien,
Cubriendo el campo de caláveres.»

No escaparon, por densas que fuesen la tinieblas, por desesperada que apareciera la lid, hasta que el enemigo se vió dispersado, hasta que una raza entera redimida entró a participar de la libertad.

¡Gloria digna de cualquier partido, en cualquier período de la historia! Por lo comun son lentos los movimientos reformistas en las sociedades humanas; los males son inveterados, hondas raices los adhieren a la tierra, sus ramas abrazan grande estension; peligroso es estirparlos repentinamente. Pero el odioso Upas de la esclavitud estaba literalmente desarraigado: el radicalismo fué una verdad, la lei de emancipacion la conservó, i luego las grandes enmiendas estirparon las fibras que aun quedaban ocultas en la tierra. Ahora, por la vez primera desde el preámbulo de la declaracion de la Independencia, *la magna carta* de nuestra república vió la luz, pudiendo por ella toda creatura humana existente en este suelo leerla sin reconocer mentidas declaraciones, i leerla con una conciencia honrada i satisfecha diciéndose «la declaracion de la Independencia es una verdad i la mas grande de las verdades.»

Solo el porvenir podrá decirnos lo que sobrevendrá de tan rápido i tremendo cambio, pero no por eso debemos abrigar la menor desconfianza tocante a su resultado; porque seria desconfiar del Dios que nos formó i del hombre su mas noble imájen suponer que tan grande i señalado acto de justicia pudiera dejar de producir próspera consecuencias i prósperas mas allá de lo que podria soñarse en la tierra por cuanto es digno de todas las dispensaciones de la bondad celeste.

Asi por lo tanto, en las cuestiones que ocasionan la guerra i que vinieron aparejadas con ellas los republicanos ocuparon un terreno indisputablemente ventajoso; ellos fueron siempre fieles al espíritu de libertad al cual es sabido que debe siempre perdonárseles algunas faltas; redimieron la nacion de su mayor mancha i colocándola firmemente sobre sus dos piernas la habilitaron para que pudiera lanzarse sin trabas por la carrera de la libertad i del progreso. Pero desde que sobrevino la guerra parece que ninguno de los partidos quiere convencerse de que ella ha terminado. Es natural esperar alguna ajitacion en un océano que ha estado furiosamente ajita-

do aun despues que la tormenta ha pasado; las pasiones de los conflictos civiles no se apaciguan tan fácilmente i las preocupaciones por ellas ejendradas, suelen sobrevivir a las causas que las produjeron.

El partido dominante, por consiguiente, ha estado lejislando como si tuviera al frente un enemigo acerbamente hostil i no un contrario vencido i humillado. Ha estado exajerando las facultades constitucionales a una estension tal que solo la presencia de una guerra podria justificar i con la aniquilacion de los derechos de los Estados convirtiendo a la autoridad central en una opresora i central consolidacion. El aturdido método con que el presidente Johnson resistió a estas estravagancias solo agravó el peligro; si él fué testarudo, el Congreso no lo fué ménos i si no hubiera sido por el buen sentido del pueblo en elejir para la presidencia un hombre moderado i discreto habria sido arrastrado a la vorájine de la centralizacion que no dista mas que un paso del despotismo.

Entre tanto, los demócratas apénas supieron elevarse a la dignidad de una «oposicion constitucional.» Su odio a las principales medidas de la guerra era tan ciego, violento e irracional, que difícilmente podrian servir de contrapeso a la precipitada velocidad de los radicales. De vez en cuando podia observarse algunos hombres públicos i diaristas suficientemente sagaces para apercibirse de que no habia objeto en continuar con una furiosa hostilidad a la elevacion del negro i que habia llegado el tiempo de volver las vista hácia nuevos tópicos. Pero muchos de ellos con una terquedad que auguraba males para el futuro, se mostraban tan ignorantes como los exaltados jefes del otro lado, aquienes diez años de lucha no les permitia volver atras a su punto de partida. Acontecimientos son acontecimientos; i la revolucion de un completo sistema social puede tener sus episodios de temporales reacciones, pero nunca volverá a su antiguo estado. Una dinastía puede ser repuesta i recobrar en seguida su lugar; una forma de gobierno puede cambiar i ser renovada despues; pero la transformacion de toda una sociedad como la que se ha verificado en todo el sur, supone tambien una completa transformacion de opiniones, sentimientos morales i todas las prévias relaciones de cosas que solo pueden ser aceptadas por los sabios como *un hecho cumplido*, capaz de modificaciones pero no de gran consecuencia. La lejislacion por medio de la cual ha sido asegurada i fortificada la libertad universal puede ser revisada, sus excesos podados i sus errores correjidos; pero sus principos esenciales quedarán siempre porque son eternamente justos.

Aparte de las principales consecuencias derivadas de la emancipacion, la guerra ha hecho revivir o creado muchas cuestiones tocante a las cuales aun no está bien determinada la actividad de los dos grandes partidos. Ella nos ha dejado una enorme deuda i un diluvio de papel-moneda; nos ha dejado una compacta i poderosa organizacion de capital bancario, una red de espedientes financieros i jéneros de impuntos difíciles de caracterizar i nada agradables a la vista. ¿Qué posicion ocupan nuestros partidos respecto de estos puestos? ¿Tiene algunos de ellos una política definida? ¿Tienen entre manos algun plan positivo, claro i lójico, tocante a la estincion de nuestra deuda nacional? ¿Se ha decidido alguno de ellos por el metálico o por ese primer principio de una ilustrada economía, los bancos libres? ¿Está alguno de ellos por el libre cambio o por una tarifa que produzca la mayor suma de entrada con la menor carga sobre las enerjías productoras del pueblo? Encontramos a individuos de ámbos partidos bastante decididos con respecto a estas cuestiones; podrian citarse positivas i claras opiniones de hombres prominentes de ámbos lados; pero los partidos mismos apénas se han trasformado en una nueva manifestacion; apénas han asumido una posicion favorable o adversa a estos importantes puntos. No lo han hecho porque ninguno de ellos abriga un credo de principios jenerales que los someta a una uniforme i constante práctica i cuya coherente lójica e inevitables resultados les imprima una línea de conducta. Ninguno de ellos, segun parece, profesa doctrinas distintas respecto a la esfera mas propia de las funciones del gobierno o aspira a otra política que merezca ser considerada sino como espedientes sujeridos por las circunstancias, la cual puede ser considerada, de un modo u otro, segun lo requieran las espectativas de triunfo de los partidos.

Entretanto, como resultado de esta falta de convicciones fundamentales, la lejisla-

cion práctica en todas partes, en nuestros consejos municipales, en nuestras lejislaturas de Estado, en el Congreso está incurriendo en todo jénero de desórdenes i bajezas. En cuanto al gobierno de la ciudad de Nueva York, es por demas notorio; su venalidad, corrupcion i latrocinio ha llegado a ser proverbial: decir que álguien es un *alderman* es infamarlo a *prima facie* como a un malvado; toda persona que tenga un mediano respeto por si mismo no podrá dejar de resentirse de tal título como si se tratara de una injuria, o de promover un esclarecimiento para vindicar su reputacion.

Los empleos están de tal modo acumulados que oscuros escribientes ganan mas sueldo que el presidente de los Estados Unidos; miéntras que los directores del pandero, pocos años atras indijentes inmigrantes poseen ahora altos de propiedad urbana en el corazon de la ciudad, i guardan sus caballos en caballerizas que parecen palacios. Los impuestos aquí son mayores que los de Paris, la ciudad mas suntuosa del mundo, que ha sido últimamente reconstruida en una escala de inaudita magnificencia i sinembargo de tanta imposicion los ciudadanos no reciben el menor retorno: las calles son las mas sucias que puedan encontrarse en metrópolis alguna; los desagües, los mas inservibles; los mercados, los mas puercos, i los muelles i desembarcaderos los mas raquíticos e inadecuados para su objeto. Con la suma de dinero que ahora se gasta, con las espléndidas ventajas de su posicion local i demas circunstancias, Nueva York deberia ser la mas limpia, la mejor desagrada, la mas cómoda i la mas bella ciudad de ámbos continentes, en lugar de ser al revez.

Talvez nuestras lejislaturas de Estado no están tan degradadas como el consejo municipal de New-York; i sinembargo si hubiéramos de creer lo que se dice de los nuevos cuerpos lejislativos del sur i lo que por muchos años ha circulado sin contradiccion respecto de los de New-York, New Jersey, Pennsylvania, Ohio, Indiana i otros, van cayendo rapidamente en el mismo fango. Se les imputa que un considerable número de los miembros de estos cuerpos están siempre dispuestos a venderse. Sabemos que cierta especie de lejislacion, sobre todo aquélla por la cual se conceden franquicias lucrativas a una compañía particular, goza siempre de gran favor entre ellos: cuando se introduce un bill, lo primero que preguntan es ¿va dinero en el negocio? i un numeroso cuerpo de cohechadores, que viven bien en grande i parecen bien provistos de dinero, forma la inseparable barrera de cada sesion. Las comisiones especiales nombradas para investigar los abusos se convierten en paniaguadas o encubridoras; miéntras que muchas de las colosales corporaciones de ferrocarril, que tienen nuevos privilejios que obtener o viejos que ensanchar colocan a parte un fondo para cohechar representantes con tanta regularidad práctica como la que usan los comerciantes para apuntar sus ganancias i pérdidas. En tiempo de Horacio Walpole en Inglaterra, los ajentes del ministerio acostumbraban pararse a las puertas de la cámara de los comunes i pasar descaradamente a los miembros que habian votado en apoyo del gobierno diversas recompensas:—oro, promociones, comisiones, concesiones, títulos etc., los cuales eran cojidos sin escrúpulos ni vergüenza. Esto era hace muchos años, pero ahora no estamos tan impúdicamente degradados; tenemos mas vergüenza aunque no mas escrúpulos; el sentimiento público es todavía bastante honrado para sepultar ese tráfico a habitaciones particulares o a las orjías de los hoteles; pero el sentimiento público va siendo cada dia ménos sensible; el peculado ya no es un crimen sino una astucia i no solo elevan desvergonzamente su cabeza en la comunidad, sino que son cortejados por su influencia, hombres que, si la sociedad fuera estricta para castigar la maldad, serian espulsados indignamente de toda sociedad decente, aun cuando las cortes de justicia no los hubiera enviado a *Singá Sing*.

Creemos con placer que el congreso se tiene en mas estimacion que las lejislaturas a que nos hemos referido. Se puede designar fácilmente una veintena de nombres, a lo ménos, que hacen honor a la eleccion del pueblo i recordar varios debates de importantes cuestiones tratadas con toda conciencia, prudencia, prevision i un señalado interes por los grandes negocios públicos; pero al mismo tiempo recordamos mucha personalidad, vulgaridad, superficialidad i pesada chocarreria, cuando no son meros rencores de partidos i altercados por pequeños triunfos o victorias de amor

propio. Pero peor que todo esto es que se imputa a muchos representantes el que se permitan votar i hablar en proyectos de lei en los cuales ellos tienen un interes personal, en proyectos que tienen por objeto favorecer una clase a costa de otra, i que se toma por medida de su idoneidad no su rectitud segun algun principio o regla establecida sino su facilidad para amoldarse a las exijencias del momento.

¿Cuál es la diferencia entre Smith del senado que impone una cierta contribucion al pais para fomentar el negocio de unos pocos de sus constituyentes i amigos (el mismo incluido) i Smith del consejo municipal que toma acciones en una compañia para poner cataplasmas en las calles en lugar de empedrados? Cual es la diferencia entre Joves de Washington que vota dinero para el bolsillo de una clase de propietarios de minas de hierro en Pennsilvania, i algun otro Joves de New-York que lo vota para el bolsillo de otra clase, la de contratistas de las calles por ejemplo? Si el congreso puede disponer de nuestros vastos dominios públicos, casi sin condicion i sin precio, en favor de grandes compañias de ferrocarriles ¿por qué no ha de poder una lejislatura de Estado conceder un monopolio de las calles de la ciudad a otras grandes compañias sin condicion i sin precio? Si estas compañias han llegado a ser tan ricas que pueden pararse a las puertas del congreso o de la lejislatura, como los *ajentes* de H. Walpole, para comprar nuevas franquicias, elevar precios o resistir contribuciones, a quiénes debemos reprochar sino a los mismos autores? O si el honorable Mr. Tour abusa del privilejio del franqueo para procurar libre trasporte al ajuar de su esposa, o encubre con el nombre de *contrajencia* un pequeño robo de cortaplumas i articulos de escritorio que desdeñaria un vil ratero, ¿puede quejarse de que Dick en la aduana coja un pequeño soborno, o que Harry en el servicio de la renta se avenga confidencialmente con los caballeros del barril de whiskey? Todas estas diversas especies de rateria i pillaje son sustancialmente las mismas. Todos ellos disponen del dinero público para ventajas particulares; todos consideran al gobierno, no como un ajente de la sociedad colectiva sino como un instrumento de estafas privadas; todos ellos pervierten sus funciones, sacándolas de su propia esfera i corrompidos canales, todos ellos vician su accion de tal modo que la politica se trasforma en una arrebatiña de logregria i despojos, dejenerando asi en una egoista, baja, venal i corrompida intriga en la que el mas brutal pícaro o el bribon mas astuto tiene infinitamente mas probabilidades de éxito que la mas capaz intelijencia o el mas noble corazon.

En las precedentes observaciones creemos haber tocado todo el secreto de nuestra condicion politica; la fuente misma de esa dejeneracion que todos deploramos. Ninguno de los partidos piensa ya en el orijen, fines, límites i deberes del Estado segun la luz de una sana teoría o de una sólida deduccion científica. Todos los partidos han llegado a considerar la mas elevada i santa funcion de la sociedad, la de gobernarse a sí mismo, funcion en la cual la accion humana se acerca mas a la divina, no como un ejercicio de la razon i de la conciencia colectiva sino como un mero cálculo de privados intereses. El gobierno no es la aplicacion de la lei en defensa de la justicia universal sino la perversion de ella para promover una chicana universal. La lejislacion no es el resultado de la fuerza de todos para derrotar i castigar el mal sino el ejercicio de esa fuerza para eludir i destronar el derecho. La política no es una ciencia; no es el uso de medidas jenerales para obtener fines jenerales, en cuyo carácter es uno de los mas nobles i útiles de los estudios humanos, sino una baja chicanería, una lucha de codicias rivales, una transaccion mercantil, un degradante i miserable debate de astucia i egoismo. En todo esto encontramos la causa de nuestros principales males i en ello esperamos hallar los medios de reparacion.

Cuando alguno de nuestros partidos vuelva a la verdadera i simple idea del Estado o cuando se sobreponga algun nuevo partido compuesto de la sangre fresca i jóven de la nacion, de la juventud todavia jenerosa i no pervertida, solo entónces aparecerá el iris de la esperanza sobre las nubes que ahora ocultan los cielos. Pero miéntras continuemos considerando al Estado como el simple instrumento de nuestra codicia, nuestras dificultades irán en aumento, las nubes se condensarán i la tempestad se irá desencadenando a toda prisa, hasta que reviente sobre nuestras cabezas en un torbellino de cólera i furia.

A LA ASUNCION DE NUESTRA SEÑORA

POEMA LÍRICO PREMIADO EN PRIMER LUGAR POR LA «JUVENTUD CATÓLICA DE BOGOTÁ» EN JUNTA PÚBLICA DEL 8 DE DICIEMBRE DE 1871.

Quia respexit humilitatem ancillæ suæ.

I.

Murió de amor: la Madre de la Vida,
A imájen de la Vida que habia muerto,
Vióse en el polvo del sepulcro hundida;
Mas presto de él salió. Como en el huerto
Yace el lirio del sol a la caida,
I a la aurora está erguido i entreabierto,
Tal de la Virjen la mortal historia:
Durmió en Sion i despertó en la Gloria.

II.

¡Oh dulce despertar! ¡Quién descolgara
Del sauce babilónico, el sonoro
Laud en que cantó terrible i rara
Su vision Ezequiel al grave coro
Del són de la corriente! ¡Quién osara,
Al Águila pedir su pluma de oro
Para escribir cantando lo que fuiste
I el gozo que en el Ánjel infundiste!

III.

Mas ¿qué lira, qué arpa, qué salterio,
Con todo su oleaje de armonia,
Ni pulsado tal vez por ministerio
Del plectro de un Arcánjel, bastaria
Para entonar un cántico al misterio
Del reciproco gozo entre Maria
I su Padre i su Esposo i su Hijo amado?
Callar, amar callando,—i ya he cantado!

IV.

Pero ¿cómo callar? ¡Oh Corazones
Que victimas de amor el mundo adora
Ambos teniendo heridas por blasones!
¡Una lengua del fuego que os devora
Dadme, para cantar las efusiones
Del Cielo, al presentarse como aurora,
Como ejército en órden de pelea,
La humildísima Virjen galilea!

V.

Formados los millares de millares
Del celestial ejército en hileras
I al clamor de mil épicos cantares,
Alas plegando, alzando las cimeras
Esclaman: «¡Nuestras glorias militares,
Oh Virjen, eclipsaste!» I sus banderas
Le rinden. De los mártires las almas
Tambien le tienden, al pasar, sus palmas.

VI.

Cual blancas nubes que al impulso blando
Del céfiro se agrupan i se mecen,
I del sol que en Oriente va asomando,
A los trémulos rayos resplandecen
Con sus gasas el cielo engalanando,
Tal ante el prisma de la fé parecen
Aquéllas que, cual ánjeles, del mundo
Cruzaron sin mancharse el lodo inmundo.

VII.

¡El Coro virjinal! Oh! cuán suave
I blandamente su cantar resuena
Por el celeste alcázar! «¡Ave, ave,
Esposa i Madre Virjen nazarena!
¿A quién, Madre de Dios, sino a ti cabe
La corona de rosa i azucena
Como reina ceñir?» Y reverentes
Quitan las suyas de sus puras frentes.

VIII.

El bardo—rei que del Eterno Unjido
La gloria i la ignominia en tono vario
Cantó, ya de la cítara al tañido
En Sion, do se alzaba el Santuario,
Ya del laud al lúgubre jemido
En la tétrica cumbre del Calvario,
Al verla rinde en sumision completa
Arpa i laud de bardo i de profeta;

IX.

«Arpa i laud», diciendo en su alborozo,
«Callaron en mis manos al mirífico
Orden de la Creacion, i al mar undoso
Mandé clamar i al huracan terrífico;
Mas de su voz el eco rumoroso
Es murmullo ante el cántico magnífico
De tu alma humilde i de tu humilde mente
Que resonando va de jente en jente.»

X.

El dulce hospedador de un Dios viajero,
El varon de gran fé, héroe del Moria,
Reconoce a la Madre del Cordero,
Que sube, en pos dejándole, a la Gloria,

Vuelve hácia abajo el invencible acero
I dice al confrontar de ámbos la historia:
«¿Qué es mi hazaña a la vuestra comparada?
Qué el Moria ante el Calvario? Sombra, nada!»

XI.

I luego el diluviano Patriarca
Que del arco de paz vió los colores:
«Un puñado de justos en mi barca
Yo libré de la muerte i sus horrores;
Pero en tí, de esperanza amable Arca,
Van al puerto tambien los pecadores!»
I a los piés deposita de María
La oliva, verdeante todavía.

XII.

I tú, Simon, hijo de Juan, trocado
En roca por Jesus, ¿qué hubieras hecho
Si en los cielos hubieses despertado,
Tras un sueño en la Cruz, en aquel lecho
Objeto de tu amor? Rendido i dado
Tus llaves a quien tiene las del pecho
Que guarda el dón más grande nunca visto,—
El corazon dulcísimo de Cristo!

XIII.

Tan grande como humilde allá se esconde
Entre un pliegue de luz esplendorosa
El mortal a quien solo corresponde
Llamarse «Padre de Jesus.» Rebosa
Su corazon de júbilo. Mas ¿dónde
Lira bastantemente armoniosa
Que esprese lo que habló respetuoso
A su Virjen Esposa el casto Esposo?

XIV.

¡Silencio! Ya el Señor tres veces Santo
Que dijo al gran Soberbio «Vade retro,»
Tiende sobre la Humilde el rejio manto:
De Reina universal corona i cetro
Le ofrece con amor. I suena el canto
Del coro celestial, que en nuevo metro
Este himno nuevo en su loor levanta:
«¡Santa es la Virjen Madre! santa! santa!»

XV.

La tierra, en tanto ¡oh dulce Madre! jime,
Cual huérfana infeliz, ¡ai! que no tiene
Madre amorosa que la arrulle i mime.
Mas gozo inmenso tras el duelo viene;
I ¿cómo no, si del amor oprime
Tu diestra el cetro, que de Dios detiene
El justiciero brazo? Cese el lloro,
I al célico cantar hagamos coro.

RAFAEL CELEDON.

VARIEDADES.

BUENA DISCULPA.

—Adios, Joaquin! ¿Te ha escrito tu hermano?
—Sí.
—¿I qué te dice de mí?
—Que la carta en que le pedias cien pesos no la ha recibido.

Contenido de este número.

I.—Romeo Dionesi, por Rómulo Mandiola, páj. 289.
II.—Romance, poesía, por M. A. Hurtado, páj. 291.
III.—Máximas, pensamientos, i reflexiones del marques de Maricá, conclusion, páj. 292.
IV.—*Evanjelina*, continuacion, poema de Enrique Wadsworth Longfellow, traducido por Cárlos Morla Vicuña, páj. 293.
V.—Nuestra dejeneracion política, sus causas i sus remedios, páj. 297.
VI.—A la Asuncion de Nuestra Señora, poesía, por Rafael Celedon, páj. 303.

IMPRENTA DE «EL INDEPENDIENTE.»
Calle de la Compañía núm. 102.

LA ESTRELLA DE CHILE.

AÑO V. Santiago, febrero 18 de 1872. Núm. 229.

EVANJELINA.

ROMANCE DE LA ACADIA.—TRADUCIDO DEL INGLES DE ENRIQUE WADSWORTH LONGFELLOW.—POR CÁRLOS MORLA VICUÑA.

(Conclusion).

V.

En esa tierra plácida que baña
El Delawér, i que a la dulce sombra
De alta floresta i pastoral cabaña
A Penn, su apóstol, reverente nombra;
Allí, de la fructífera campaña
Sobre la igual, terciopelada alfombra,
La ciudad que él fundó marca su huella
I del rio a las márjenes descuella.

Sus calles repercuten todavía
Los nombres de sus árboles frondosos,
Como ansiando aplacar con su armonía
A las dríadas i silfos nemorosos
Que vieron con enojo el hacha impía
Invadir sus retretes misteriosos;
I allí el aura es fragancia, i la hermosura
En el pérsico vé su imájen pura.

Arrojó en esta playa el Oceáno
A Evanjelina huérfana i proscrita,
I si patria i hogar le hurtó el tirano
Aquí otra patria con amor la invita.
René Leblanc, el venerable anciano
Reposó aquí su dilatada cuita,
I de cien descendientes, uno apénas
Vió en torno suyo al rematar sus penas.

Para su amiga en Filadelfia habia
Algo que hablaba al corazon siquiera,
Algo que murmurarle parecia
«Entre nosotros no eres estranjera.»
I el cuácaro tutear que en torno oia
Le recordaba aquella paz primera,
Aquel Edén de iguales i de hermanos,
Arcadia realizada entre cristianos.

Así, cuando por fin cesó en el mundo
Esa persecucion que nunca alcanza
Su objeto; aquel afan ciego, infecundo;
Ese loco esperar sin esperanza:
Entónces, sofocando en lo profundo
Del corazon la impía desconfianza,
Volvióse aquí, como hácia el sol las hojas,
Aquella alma en tinieblas i congojas.

I cual se vé desde eminente cumbre
Plegarse i disiparse el cortinaje
De niebla matinal, i entre áurea lumbre
Ir surjiendo el magnífico paisaje,—
Roja ciudad de innúmera techumbre,
Quintas i aldeas como suelto encaje,
I entrelazando hogares i plantíos
Caminos de oro i plateados rios:

Así tambien se disipó en su mente
La neblina falaz que la distrajo,
I hoi al sol del amor resplandeciente
Vé el mundo inmenso dilatarse abajo.
El sendero asperísimo i pendiente
Que entre angustias i lágrimas la trajo
Perdió con la distancia sus fragores,
I es ya una calle de arbolado i flores.

Gabriel no ha muerto, vive en su alma: en ella
Su imájen brilla sin cesar, vestida
De amor i juventud: dos veces bella,
En flor de corazon i en flor de vida:
Cual lo vió última vez la fiel doncella
Extática en ardiente despedida,
I mas perfecto aun, que hoi lo acrisola
De eterna ausencia fúnebre aureóla.

El tiempo no entra en su memoria; en vano
Los años, aunque lentos, se suceden:
No han de cambiarlo en su teson profano,
Transfigurarlo solamente pueden.
Para Gabriel no existe aquel tirano
De quien olvido i desamor proceden.
Él ya no es un ausente: es como un muerto
Que al fin la mar depositó en su puerto.

Dulce paciencia, abnegacion constante,
Consagracion activa al bien ajeno,
Hé aquí lo que esa mártir anhelante
Leyó escrito en las llagas de su seno.

Asi va a difundirse en adelante
Aquel amor de que rebosa lleno,
Cual rica especia embalsamando el viento
Sin perder su fragancia al dar su aliento.

Roto de la esperanza el frájil vaso,
I todo anhelo terrenal proscrito,
Solo ánsia ya con reverente paso
Seguir las huellas de Jesus bendito;
Reanima el cuerpo quebrantado i laso
Templándolo en el piélago infinito
De la divina caridad, i ufana
Ciñe el cordon humilde de la Hermana.

Meses, i años enteros, se deslizan
Viéndola infatigable en su tarea;
¡Cuánta llaga esas manos cicatrizan!
¡Cuánta miseria incógnita rastrea!
Por callejuelas que a hombres horrorizan
De puerta en puerta sin temor golpea,
I para cada mal lleva consigo
Pan, luz, remedio, estímulo i abrigo.

Noche trasnoche, cuando duerme el mundo
I ruedan por las calles desoladas,
Entre ráfagas de aire jemebundo,
Las voces del sereno acostumbradas;
A tiempo que él anuncia aquel profundo
Sueño, i la paz i la quietud guardadas,
Tal vez divisa en mísera boardilla
Velando algun dolor su lamparilla.

I dia tras dia el aleman labriego,
Al entrar paso a paso con la aurora
Rodando el carreton aldeaniego
Colmado en frutos de Pomona i Flora;
Cuando sus gritos turban el sosiego
Del arrabal que aun duerme a esa hora,
Vé que a su cláustro vuelve entónces ella,
Pálida de velar, mas siempre bella.

Cébase en la ciudad hórrida peste
Precedida de lúgubre presajio,
I en bandadas las aves del oeste
Acuden como nuncios del contajio;
Eclipsa al claro sol la alada hueste
Cual nube precursora del naufrajio,
I en las que caen de la aérea flota
Descúbrese en el vientre una bellota.

I cual sube en setiembre la marea
Remontando corriente cristalina
I pronto en lago desbordada ondea,
La muerte así a la vida contamina.
Con las heces inmundas que acarrea
De la existencia la onda diamantina
En un dia fatal turba i empaña,
I roto el cauce, las ciudades baña.

No tiene la riqueza poderío,
Ni encanto la beldad contra el tirano;
Sin distincion fulmina el rayo impío
La inexorable, destructora mano.
Fórmase en torno al mísero el vacío,
I sin un compañero, ni un hermano,
Se arrastra al hospital i allí perece,
En ese hogar del que de hogar carece.

Entre el bosque, en la húmeda pradera,
En los suburbios se alza esa morada
Que en dia no lejano verse espera
Por la ciudad creciente circundada;
Mas en medio del brillo de esa era
Ha de leerse siempre en su portada
La sentencia del Dios del cristianismo:
«A los pobres amad como a mí mismo.»

De dia i en la noche tenebrosa
Viene la hermana a ministrar consuelo.
Los moribundos en su faz hermosa
Descubrir se imajinan luz del cielo;
Divina irradiacion, esplendorosa
Que, ya espirante, en su piadoso anhelo,
Juzga el paciente lámpara que luce
En la senda eternal que a Dios conduce.

De un dia del Señor en la mañana
Por la desierta, silenciosa calle,
Arriba al hospital la dulce hermana;
Perfuman gayas flores aquel valle,
I ella coje al pasar la mas lozana,
Porque en su ramo el moribundo halle
El goce que su aroma le procura,
Al borde de su triste sepultura.

Cruza el pórtico abierto i solitario;
Llega remoto i blando hasta su oido,
Del cristiano vecino campanario
El jemebundo lúgubre tañido.
El canto de los Suecos triste i vario
Por las auras del campo conducido
De su agreste capilla sale entónce
I se confunde con la voz del bronce.

Süave como el ala que se abate
Siente su pecho bienhechora calma,
I ya con fiebre el corazon no late,
Que una secreta voz murmura en su alma:
«Hoi termina el mortífero combate,
Vas del martirio a recibir la palma»

I entra, con ademan noble i tranquilo,
Del acerbo dolor al santo asilo.

Discurren silenciosas por la sala
Otras vírjenes puras de alba toca.
Esta al que espira el cielo le señala,
Aquélla enjuga la espumante boca;
I al que la vida suspirando exhala,
Quedando inmóvil como yerta roca
Vencido por la muerte en la árdua guerra,
Los ojos ya sin vista esta otra cierra.

Mas de un mustio paciente se levanta
Cuando entra en esta sala Evanjelina
I aunque el dolor los miembros les quebranta
Se incorporan cuando ella se avecina:
Su seráfico rostro los encanta,
Pues brota de sus ojos luz divina
Que alumbra su dolor, cual rayo puro
De un calabozo en el abismo oscuro.

Mira en torno; comprende en el momento
Que ya el final consolador, la Muerte,
Ha puesto fin de muchos al tormento,
Rindiendo, a par del achacoso, al fuerte.
De formas conocidas mas de ciento
En la noche han partido de esta suerte,
I sus lechos están abandonados
O ya por estranjeros ocupados.

De súbito detiene el paso incierto,
Como de horror o asombro poseida;
Está su labio lívido entreabierto
I es por temblor estraño sacudida;
El olvidado ramo al suelo yerto
Se escurre de su mano entumecida,
I vuelan de su faz, cual sombra vana,
El brillo i el frescor de la mañana.

De su terrible angustia eco profundo
Arranca un ¡ai! del lacerado pecho,
Oyelo en su delirio el moribundo
I se incorpora en su mortuorio lecho;
Un anciano su adios diciendo al mundo
Está frente a la Hermana, a corto trecho,
Por guedejas sedosas i arjentadas
Sus desteñidas sienes sombreadas.

A la luz de la aurora placentera
Diríase que asume un breve instante
Todo el frescor de juventud primera
Del moribundo el pálido semblante;
La fiebre atiza la encendida hoguera
I el labio tiñe en púrpura quemante.
La vida marca al hombre de esa suerte,
Para desviar al Ánjel de la Muerte.

Inmóvil, espirante i sin sentido
La fuerza de su espíritu se agota,
I se vé por instantes sumerjido
De sombra eterna en la rejion ignota.
Por el reino del sueño i del olvido
Hácia la eternidad en rumbo flota,
Cuando súbito hiere esa alma mústia
El grito aquél de penetrante angustia.

I oye luego una voz que así suspira
Con dulce acento i celestial ternura:
«¡Amor mio! ¡Gabriel!» i al punto espira
Entre el silencio de su noche oscura.
Entónces evocada ante sí mira
De su aurora infantil la escena pura,
La aldea, el bosque, la florida alfombra,
I Evanjelina entre la fresca sombra.

Agólpase en sus párpados el llanto,
I al elevar la trémula mirada
Se desvanece el primito encanto:
Allí está Evanjelina arrodillada.
El se esfuerza en nombrarla; en su quebranto
Espira aquella voz, no articulada.
En el labio, que rijido, de hielo,
Resiste indócil su amoroso anhelo.

Incorporarse quiere, mas en vano;
E hincando Evanjelina la rodilla
La sien le enjuga con abierta mano
I refresca con besos su mejilla.
Torna aquel rostro a sonreir lozano,
Nuevo fulgor en su mirada brilla;
Mas de súbito se hunde en sombra aciaga
Cual esplendente luz que el cierzo apaga.

Ya todo terminó: la espectativa,
La esperanza, el temor, el largo duelo,
Del tierno corazon la alarma viva,
Aquel inquieto, inestinguible anhelo,
Esa pena profunda i siembre activa,
Esa angustia constante i sin consuelo;
I ella al besar la inanimada frente,
(mente.
«¡Gracias, oh Padre!» esclama humilde-

Aun se alza allí la selva primitiva;
Mas mui léjos están de su espesura
Los que al fin alcanzaron su ánsia viva
Durmiendo en ignorada sepultura:

Al pié del templo de ventana ojiva
De triste olvido entre la sombra oscura
I en medio al pueblo que los vió espirantes
Descansan juntos hoi ámbos amantes.

El mar de la existencia los rodea;
I va a estrellarse tumultuosa al lado
De mil almas ardientes la marea
Donde a las suyas reposar fué dado,
Mil cerebros febriles allí orea
El aura que sus sueños ha arrullado
I llega mas de un laso peregrino
Donde ellos terminaron su camino.

Álzanse aun en los bosques seculares;
Mas a la sombra del ramaje habita
Otra nacion que atravesó los mares
Por suceder a la nacion proscrita.
El sitio do brillaron sus hogares
Recorre a veces con la sien marchita
Uno que otro acadense, cuyo abuelo
Regresara a morir al patrio suelo.

Se halla el telar activo todavía.
Del pescador humilde en la cabaña;
Las zagalas cual se usa en Normandía:
Ostentan su alba coña en la montaña,
Se cuenta en el hogar en noche umbría
De Evanjelina la leyenda estraña
Miéntras jime el océano i la floresta
Con dolorida voz le dá respuesta!—

INCONSTANCIA I EGOISMO.

LEYENDA MALAGUEÑA.

El dia 25 de noviembre de año 1860 tuve el sentimiento de perder, despues de una penosa i prolongada enfermedad, a mi antiguo compañero de colejio Ricardo L....

Cumpliendo el sagrado deber que me imponia el cariñoso afecto que le profesaba, acompañé aquella misma tarde su pobre i solitario entierro.

Este se componia únicamente de seis ancianos sacerdotes i algunos niños de la provincia, llevando por todo séquito al honrado dueño de la casa de huéspedes donde habitó mi desdichado amigo.

Ambos marchábamos silenciosos i profundamente impresionados por el melancólico rezo que entonaban los desvalidos niños.

Casi de noche llegamos al campo santo.

Atravesamos dos de sus espaciosos cuadros, dirijiéndonos al tercero, donde estaba destinado el nicho al pobre Ricardo.

Cuando se halló dentro de la caja i empezaron a colocar los primeros ladrillos, el fondista se retiró diciéndome que no podia detenerse mas, porque habia dejado su casa únicamente en poder de los criados.

Tan conmovido me hallaba en aquellos instantes que ni siquiera recuerdo si contesté a su despedida.

Reclinado contra uno de los fúnebres cipreses que adornaban aquel recinto, estuve presenciando la fria operacion de aquellos hombres que viven con los despojos que les da la muerte.

Luego que terminaron su lúgubre operacion, recojieron algunas monedas que maquinalmente les ofrecí manchándose con indiferencia i turbando con sus groseras chanzonetas la imponente tranquilidad de aquellos lugares.

Yo corté silencioso un ramo del ciprés donde me apoyaba, i colocándole respetuosamente sobre la tumba de aquel desgraciado jóven, me dirijí a la puerta del cementerio, enjugando en mis ojos una amistosa lágrima que su triste memoria arrancaba a mi corazon.

Era ya completamente de noche.

Una de esas frias i medrosas noches del nebuloso invierno.

De repente un angustioso suspiro, exhalado por una persona que indudablemente debia estar mui cerca, vino a helar mi sangre en las venas, haciéndome interrumpir la marcha.

Preocupado con el recuerdo de Ricardo i con la soledad que me rodeaba, tuve miedo: no vacilo en confesarlo.

Permanecí algunos momentos inmóvil, escuchando con atencion, i nada vino a turbar el frio silencio que reinaba.

Avergonzado de mi debilidad seguí adelante; pero aun no habia dado diez pasos, cuando me quedé inmóvil sobre el pavimento.

Distintamente llegó hasta mi otro suspiro, aun mas desgarrador que el primero, i el eco de una voz que murmuraba:

—¡Pobres mártires!....¡Perdóname, hija mia, perdóname!

Luego, la persona que pronunció estas palabras rompió a llorar desconsoladamente.

Tan estraño efecto me causó aquella voz, que sino me apoyo en una de las próximas tumbas, tal vez hubiese caido al suelo desfallecido por el terror i la sorpresa.

No recuerdo precisamente el tiempo que tardé en reponerme.

Aquellos jemidos que tanto me impresionaban se fueron perdiendo poco a poco en el medroso silencio de la noche.

La reflexion i la calma que nuevamente reinó, me infundieron algun ánimo, i despues de enjugar el frio sudor que corria por mi abrasada frente, volvi atras con resolucion, internándome por uno de los huecos que del *campo santo de uso de los ricos* conduce al *campo santo de uso de los pobres*.

Allí no se alzaban a cada paso esos suntuosos i elevados mausoleos con que de poco tiempo a esta parte han adornado el cementerio.

La jeneralidad de las tumbas se conocian por una leve prominencia del terreno.

Algunas de ellas tenian al lado una humilde tablilla con una inscripcion, sirviendo de pedestal a una tosca cruz de madera, pintada de negro.

No sé por qué, pero al encontrarme en este nuevo recinto, respiré con mas libertad i me sentí con mas ánimo.

En el otro, todo me inspiraba espanto: aquellos panteones, aquellos severos túmulos me parecian, en el estado de exaltacion en que me encontraba, otros tantos fantasmas que, reclinados, pretendian cerrarme el paso.

I al retroceder estremecido, venia a chocar contra aquellos nichos uniformes, descarnadas bocas cuyo fétido aliento es la mas poderosa prueba de la miseria humana.

I aun recuerdo que la puntiaguda aguja de un blanco monumento me pareció el rijido brazo de un esqueleto que, apartando los pliegues del sudario, me señalaba el cielo.

.....

.....

«¡El campo santo de los pobres!»..... Al ver aquellas angostas i profundas zanjas, aquellas sencillas i cariñosas inscripciones, aquellas cruces, aquella relijiosa humildad, sentí conmovida mi alma i acabéde recobrar la razon que por un momento habia perdido.

La melancólica luna, que en aquel instante aparecia, inundó con su pálida luz el ancho patio del cementerio.

Tendí la vista, i no pude ménos de volver a estremecerme al ver arrodillada, i con las manos estendidas sobre dos tumbas, una pobre mujer vestida de negro.

Me acerqué silencioso, temiendo turbar su imponente recojimiento.

La pobre vieja balbuceaba una oracion, interrumpida a cada instante por suspiros i sollozos que revelaban lo intenso de su dolor.

Una disculpable curiosidad me hizo inclinar un poco la vista para leer los nombres grabados al pié de las cruces que tenian por único adorno aquellos sepulcros tan juntos i tan parecidos.

ENRIQUE.

8 *de diciembre de* 1859.

decia uno; i en el otro:

LUISA.

9 *de diciembre de* 1859.

Aquellos nombres, aquellas fechas tan próximas i el aspecto de la viejecita que rezaba con tan piadoso fervor, me conmovieron profundamente, i creí adivinar el desenlace o continuacion de una historia de amores i de lágrimas.

Me descubrí en silencio, i arrodillándome al lado de la anciana, le dije respetuosamente:

—Señora, me permite Ud. que rece tambien por sus hijos?

—Gracias, caballero, contestó la pobre mujer, sin sorprenderse, como yo esperaba, por mi repentina aparicion.

I continuó sus oraciones, envueltas con sus jemidos i su llanto.

Asi permanecimos cerca de una hora.

Yo no me atrevia a moverme, temiendo distraer la atencion de la infeliz anciana.

Al cabo ella misma rompió el silencio preguntándome:

—¿Conocia Ud. a mi pobre Luisa?

—Nó.

—¿I al desgraciado Enrique?

—Tampoco.

—Entónces....

—Perdone Ud., señora, dije disculpándome; al retirarme del cementerio escuché sus jemidos i entré con la idea....

—De ausiliarme.... ¿no es cierto caballero?

—Sí, señora,

—Pues hizo Ud. mal. Yo soi una mujer miserable, indigna de inspirar compasion.

—Señora....

—¿Ud. no sabe que los asesiné? Ud. no sabe....?

I aquella desdichada no pudiendo proseguir, rompió a llorar, inclinando su rugosa frente sobre la helada tumba de su hija.

Yo crei que aquella mujer estaba loca, i retrocedí por un movimiento involuntario.

Mas ella, levantándose bruscamente, agarró mi mano, que temblaba, i me dijo bajando mucho la voz:

—Venga Ud., venga Ud., caballero. Una vez que quiere consolarme, es necesario que sepa hasta qué punto soi criminal, i si merezco sus consuelos. Sentémonos al pié de esas tumbas i lo sabrá Ud. todo; pero escuche con mas atencion, porque hablaré mui bajo, temiendo que me oiga mi hija desde su sepulcro i se levante para maldecirme.

Obedecí maquinalmente i la anciana despues de besar la tierra que cubria los restos de sus hijos, empezó el siguiente relato que se quedó fijo en mi memoria, i que he procurado escribir imitando el lenguaje natural i desaliñado de aquella pobre mujer.

I.

Yo tenia dos hijas: Antonia i Luisa.

La mayor, Antonia, estaba en relaciones con Enrique, jóven carpintero, sin mas familia que su madre, anciana i enferma, a la que adoraba con todo su corazon i sostenia con el fruto de su penoso trabajo.

Enrique frecuentaba mi casa, i yo autoricé aquellos amores, porque tenia la seguridad de que al cabo se casaria con mi hija.

Una noche le vimos llegar pálido, llorando con el mayor desconsuelo.

Su madre habia sufrido un ataque de su horrorosa enfermedad, i acababa de morir casi de repente.

Desde entónces el pobre muchacho, viéndose solo en el mundo, cifró toda su ventura, todas sus esperanzas en el amor de Antonia, i se dedicó a trabajar constantemente con la idea de reunir lo mas preciso para su enlace.

I con el objeto de que ahorrase mas, yo misma le ofrecí en mi casa un cuartito para que viviera entre tanto, i por una pequeña cantidad contraje la obligacion de enviarle la comida al taller donde trabajaba.

II.

Los caractéres de mis hijas no podian ser mas diferentes.

Antonia mudable en sus afectos, dominante i caprichosa.

Luisa, por el contrario, humilde, sensata i tolerante.

Muchas veces, i hablando del pobre novio, riñeron las dos hermanas.

Cuando Antonia acriminaba a Enrique por su tardanza en reunir lo necesario para la boda, Luisa lo defendia con calor, mencionando sus sacrificios i sus afanes por conseguirlo.

Yo me inclinaba por el pícaro egoismo, a la peor de las causas, i llegó un dia en que le dije bruscamente al enamorado jóven que era preciso concluir de una vez i que si el casamiento no se verificaba en el término de tres meses, daria por terminadas las relaciones.

Antonia confirmó mi amenaza, i tuvo una esplicacion con su novio, diciéndole friamente, que estaba perdiendo el tiempo i que no aguardaba mas.

Luisa riñó por esto con su hermana i conmigo, i aun estuvo dos o tres dias sin hablarnos.

I Enrique ofreció trabajar sin descanso, i tener listo lo mas necesario ántes de que espirase el plazo que le dábamos.

III.

Aun no habian trascurrido dos meses, i ya el apasionado amante contaba algunos ahorros que para él constituian una pequeña fortuna, por lo cual le seria posible adquirir su soñada felicidad.

No habia perdido el tiempo: las horas destinadas para comer i descansar un poco, no las desperdiciaba, trabajando con ava-

ricia por obtener un mezquino aumento en su jornal.

I la mayor parte de las noches se las pasaba en vela, prefiriendo el trabajo a su reposo, a su salud i a su existencia.

Porque Enrique habia heredado la misma enfermedad de su madre.

Enrique, a fuerza de privaciones, de afanes i de malos ratos, iba perdiendo por instantes su quebrantada salud.

Pero ¿qué hacer? mui pocos dias faltaban para que se cumpliese el término señalado, i era preciso trabajar.

Un esfuerzo i reuniria lo poco que aun necesitaba: un esfuerzo i conquistaria la la ventura de toda su vida.

Pero la enfermedad iba tomando jigantescas proporciones.

Tenia fiebre, i muchas veces caia sobre el banco donde trabajaba, estenuado de fatiga i de desesperacion.

El pobre niño luchaba contra la terrible dolencia pero no podia sostenerse mucho.

Una tos seca i continua desgarraba su pecho, i en mas de una ocasion tuvo que soltar el pesado martillo para llevarse a la boca un pañuelo, que luego retiraba cerrando los ojos, por no ver las manchas sanguinolentas que marcaban sus labios en el lienzo.

IV.

Un dia, al levantarme, hallé cerrada la puerta del cuarto que ocupaba Enrique.

Esto me estrañó, porque siempre, a pesar de que no se recojia hasta mui tarde, se levantaba ántes que amaneciera.

Al penetrar en su habitacion, lo hallé sobre el lecho, vestido aun con la ropa del trabajo, i con una fiebre espantosa.

Llamé a mis hijas; i despues de examinarlo detenidamente, nos dijo que seria mui difícil su curacion porque la enfermedad, descuidada hasta entónces, habia tomado proporciones mui colosales.

Antonia recibió esta noticia con la frialdad propia de su carácter; i yo, cegada por el egoismo i el interes, me arrepentí de haber admitido al pobre huérfano en mi casa.

Luisa fué la que se conmovió profundamente, i la que desde aquel instante tomó a su cargo el cuidado del desvalido enfermo.

Su novia i yo, con un abandono tan criminal como inhumano, pasábamos dos i tres dias sin que nos acercásemos a su lecho.

¡Dios sabe lo que hubiera sido de aquel infeliz sin los cuidados de mi Luisa, que no lo abandonaba ni un instante!

Antonia, viendo la imposibilidad de que se efectuase el proyectado casamiento, habia dado por rotas sus relaciones, i ni siquiera se acordaba del pobre amante que estaba próximo a morir por causa suya.

V.

El dia 2 de diciembre de 1859, llegó a Málaga uno de los batallones destinados a la guerra de Africa.

Aquella misma tarde se presentó en casa un oficial pidiendo alojamiento.

Inmediatamente se le preparó un cuarto donde quedó instalado.

A los tres dias la voluble i desapiadada Antonia se hallaba formalmente comprometida con el oficialito.

Yo estaba satisfecha del cambio, i al ver que durante la enfermedad de Enrique se habian agotado sus ahorros, buscaba un medio para deshacerme del infeliz.

Luisa se estremecia cada vez que yo me ocupaba de esto.

Antonia no pensaba mas que en su nuevo amante.

Muchas noches se reunian en casa algunas de sus amigas i otros oficiales compañeros de su novio.

Uno de ellos tocaba la flauta perfectamente: las jóvenes cantaban, i aun habia sus ratos de baile.

Entre tanto Enrique se moria de pena i de desesperacion, viendo el abandono de Antonia, escuchando los gritos de alegria que sofocaban sus ahogados suspiros.

Conocia la ingratitud, la perfidia de mi hija, i sinembargo moria por ella, amándola mas que nunca.

VI.

Luisa adoraba en silencio al abandonado Enrique.

Hacia mucho tiempo que guardaba en lo mas tierno de su alma este secreto, i se hallaba decidida a morir con él.

Muchas veces le servia de consuelo el ver su felicidad cuando se creia correspondido por Antonia.

Luisa, sinembargo, conocia el corazon de su hermana, i estaba temiendo lo que al fin habia sucedido.

La pobre mártir se hubiera sacrificado gustosa por la ventura de Enrique.

Pero al verlo solo, despreciado i en tan cruel abandono, sintió renacer en su alma con mas vehemencia el fuego que durante tanto tiempo habia procurado estinguir.

Por eso no se apartaba un instante de su cabecera.

Por eso velaba cariñosa su intranquilo sueño, i le prodigaba las mayores atenciones, procurando dulcificar sus pesares e infundirle la esperanza de su pronto restablecimiento.

Una noche, segun costumbre, permanecia arrodillada junto a su lecho murmurando una oracion.

El pobre Enrique sentia que por momentos se aproximaba su última hora.

I buscaba en los brazos del sueño un refujio contra la dolencia de su alma.

Todo era inútil.

La imájen de la mujer que tan mal habia correspondido a su tierno sentimiento, se le aparecia en sueños; i en el delirio de la calentura no pronunciaba mas nombre que el suyo.

VII.

De repente el enfermo se incorporó, estendió sus descarnados brazos, quiso gritar i la voz quedó ahogada ántes de salir de su garganta.

Luisa acudió presurosa a sostener la pálida cabeza del enfermo, que con aquel brusco movimiento habia rebotado contra el macizo cabecero de su pobre cama.

Al compas de una flauta, i entre gritos i aplausos, habia percibido la voz de Antonia, que en el piso principal, justamente encima de su cuarto, cantaba una cancion que él habia escuchado en otros tiempos lleno de amor i de ventura.

Luisa comprendió su martirio i despues de colocarle en el lecho cuidadosamente, se dirijió en mi busca, llena de indignacion i de sentimiento.

Yo ¡loca de mí! no hice caso de sus ruegos, i la tertulia continuó insultando con sus alegres ecos la terrible agonía del desgraciado huérfano.

Hice mas, caballero, hice mas, repuso la vieja al ver la indignacion que involuntariamente se reflejó en mi rostro: al otro dia, hostigada por Antonia i por el libertino oficial, bajé al cuarto de Enrique i le dije secamente que era necesario que saliese de mi casa.

—Pero eso es matarlo, madre mia, me contestó Luisa llorando con desconsuelo.

—¿I a dónde voi, señora? pudo articular únicamente el enfermo con una voz que hizo estremecer toda mi alma.

—¡Al hospital! le contesté ahogando mi primer impulso de compasion.....

Aquella misma noche fué conducido al hospital de San Juan de Dios el infeliz amante de Antonia.

Luisa, delirante, loca de sentimiento i de indignacion, quiso acompañar al pobre enfermo.

Mas, al abandonar mi casa, vencida por el dolor, perdió el sentido, cayendo pesadamente sobre el empedrado del portal.

VIII.

Cuatro dias despues, al toque de ánimas, era conducido al cementerio un cadáver procedente del hospital de San Juan de Dios.

Los enterradores se hallaban conmovidos a pesar del frio indiferentismo que distingue a los de su clase.

Al salir del hospital, una jóven, casi una niña, que los aguardaba en la puerta, les habia preguntado con una voz llena de angustia i de dulzura:

—¿Quieren Udes. bajar un poco? quieren Udes. que vea al muerto?....

Los portadores vacilaron; mas al fin subyugados por el eco de aquella voz, inclinaron la caja descorriendo por un momento la tapadera.

Luisa exhaló un grito horrible, desgarrador.... inesplicable.

I adelantando su abrasada cabeza, depositó un beso apasionado entre los largos i lacios cabellos del cadáver, que colgaban fuera del atahud.

.....

Luego, continuaron su camino, oyendo detras los apagados sollozos de aquella infeliz, que tambaleándose, los seguia a corta distancia envuelta en las sombras de la noche.

Así llegaron a este mismo sitio.

I a presencia de mi pobre hija, arrojaron

el cuerpo del desgraciado Enrique en la profundidad de esta fosa.

IX.

Asi que aquellos hombres terminaron su lúgubre operacion, quisieron apartar de este sitio a mi desconsolada hija.

Todo fué inútil para conseguirlo.

Sus lágrimas i sus ruegos ablandaron las almas de aquellos hombres que se retiraron enternecidos, dejándola en esta soledad.

Al otro dia, los primeros rayos del sol alumbraron el cuerpo de aquella mártir, que habia muerto de amor i sentimiento sobre la tumba del pobre huérfano.

.....

Antonia, dos meses despues, me dejó abandonada para ir a reunirse con su amante.

Ultimamente he sabido que no habiéndole encontrado, sin duda porque murió en la guerra se encenagó en vicios i luego fué a morir falta de razon en el lecho miserable de un hospital de locos.

Ese fué el castigo que Dios le impuso por su inconstancia; i los remordimientos i la pena que vé Ud. marcada en mi semblante, es la espiacion de mi egoismo.

¡Dios haya tenido compasion de su alma.... i Dios quiera tenerla tambien de la mia!

X.

Al terminar su triste relato, aquella desgraciada cayó de rodillas, volviendo nuevamente a su llanto i sus oraciones.

Yo mudo ante aquel dolor tan verdadero i tan horrible, solo pude balbucear algunas palabras de consuelo, interrumpidas por la metálica vibracion de una campana.

Claramente retumbaron en aquel silencioso retiro los pausados ecos del reloj de la catedral.

Eran las doce.

Al sonar la última campanada se incorporó la pobre vieja, despues de haber besado con cariño las dos cruces que adornaban aquellas humildes sepulturas, i

—¿Vamos? me dijo señalandome la puerta.

Yo la seguí sin contestar una palabra, dominado por lo imponente de mi estraña situacion.

Al llegar a la verja principal, encontramos al guarda del cementerio, que se paseaba tranquilamente.

La puerta se hallaba entreabierta.

Asi que salimos, el fúnebre guardian corrió la llave del macizo candado, a cuyo áspero rechinamiento contestaron con un medroso graznido las aves nocturnas que revoloteaban sobre los sepulcros.

.....

—Gracias, caballero: buenas noches, me dijo aquella infeliz despidiéndose.

I luego, al ver que intentaba acompañarla, continuó:

—Deténgase Ud. un instante; sola vengo a cumplir la penitencia que me he impuesto, i sola debo volver al pobre rincon donde lloro arrepentida las fatales consecuencias de mi egoismo i mi avaricia.

Asi que se hubo alejado, supe por el guarda la constancia con que todas las noches iba a rezar por sus hijos sobre las misteriosas tumbas del solitario cementerio.

I despidiéndome de aquel buen hombre, que enternecido por las súplicas de una madre tan desgraciada, no se oponia a sus nocturnas visitas, me retiré de aquellos lugares volviendo maquinalmente la cabeza hácia el *campo santo de los pobres*, i murmurando:

—¡Pobre Enrique!....¡Pobre Luisa!

ANTONIO LUIS CARRION.

LOS DEMONIOS.

(Traducido para *La Estrella de Chile*, por R. B. G.)

Lo que sabemos con certidumbre sobre los demonios se limita a lo que la Iglesia nos enseña; a saber: que son ángeles caidos que privados de la vision de Dios despues de su rebelion, respiran el mal i procuran dañar. Comenzaron su siniestro reinado con la seduccion de nuestros primeros padres; continuaron luchando con los ángeles fieles, nuestros protectores, i triunfan contra nosotros cuando no los resistimos con valor, descuidando buscar nuestro apoyo en la gracia de Dios.

No se puede negar la existencia de los demonios sin caer en lo absurdo i en lo inesplicable. Lock, Clarke, Leibnitz, Newton, todas las intelijencias sólidas han comprendido lo imposible de esa negacion.

No queremos hacer aquí un tratado dogmático sobre los demonios. Debemos limitarnos a reproducir las opiniones absurdas a que esos seres malditos han dado orijen. Los paganos admitian tres clases de demonios, los buenos, los malos i los neutros. Pero llamaban demonios a todos los espíritus. Nosotros entendemos por demonio un ánjel de tinieblas, un espíritu malo. Casi todas las tradiciones hacen remontar la existencia de los demonios hasta ántes de la creacion del hombre. La caida de los ánjeles ha tenido lugar efectivamente ántes. Entre los judíos, Aben-Esra pretende que debe fijarse esa caida en el segundo dia de la creacion. Menasses Ben-Israel, que sigue la misma opinion, agrega que despues de su caida, Dios los colocó en las nubes i les dió el poder de habitar el aire inferior (1).

Orijenes i algunos filósofos sostienen que los buenos i los malos espíritus son mucho mas viejos que nuestro mundo; que no es probable que solo ahora seis o siete mil años se le hubiera ocurrido recien a Dios hacer alguna creacion; que los ánjeles i los demonios habian quedado inmortales desde las ruinas de los mundos que han precedido al nuestro, etc. Manes, los que él ha copiado i los que han adoptado su sistema hacen al diablo casi eterno i lo miran como el principio del mal, i a Dios como principio del bien. Aunque absurdamente falso, este sistema tiene todavia excesivo número de partidarios. Por lo que a nosotros toca, debemos atenernos a la doctrina de la Iglesia católica. Dios habia creado los coros de los ánjeles. Toda esa milicia estaba pura, i no tenia inclinaciones al mal. Algunos se dejaron llevar del orgullo; osaron creerse tan grandes como su Creador i arrastraron a su rebelion una parte del ejército de los ánjeles. Satanas, el primero de los serafines i el mas grande de los seres creados, se habia puesto a la cabeza de los rebeldes. Gozaba en el cielo de una gloria inalterable i no reconocia otro señor que el Eterno. Una loca ambicion fué causa de su pérdida; quiso reinar sobre la mitad del cielo i sentarse en un trono tan elevado como el del Creador. El arcánjel Miguel i los ánjeles fieles libraron combate contra él. Satanas fué vencido i precipitado con todos sus secuaces, léjos del cielo, a un lugar que llamamos *el infierno* o *el abismo*, i que algunas opiniones colocan en el centro de la tierra. Pero los demonios habitan tambien el aire, que ellos llenan. Lo leemos en San Pablo. San Próspero los coloca en las nieblas. Swinden ha querido demostrar que los demonios están en el sol; otros los han relegado a la luna. Contentémonos con saber que habitan los *lugares inferiores* i que Dios les permite tentar a los hombres i probarlos. Conocemos la dura e innegable historia del pecado orijinal, reparado, en sus efectos eternos, por la redencion. Desde entónces, el poder del demonio, encerrado en mas estrecha esfera, se limita a un papel vil i tenebroso que ha producido tantos i tan lamentables hechos.

(1) *De resurrectione mortuorum*, lib. III. cap. VI.

No hai ningun dato sobre el número de los demonios. Wierus, como si los hubiera contado, dice que se dividen en seis mil seiscientos sesenta i seis lejiones, compuesta cada una de seis mil seiscientos sesenta i seis ánjeles negros; así reduce el número a cuarenta i cinco millones, poco mas o ménos; pero hai muchísimos mas. Les da setenta i dos príncipes, duques, marqueses o condes. Tienen gran parte en el mal que acá en la tierra se hace, puesto que las malas inspiraciones vienen de ellos solamente.

Segun Miguel Psellus, los demonios se dividen en seis grandes secciones. Los primeros son los demonios del fuego, que habitan esas rejiones; los segundos son los demonios del aire, que vuelan a nuestro derredor i tienen el poder de suscitar tempestades; los terceros son los demonios de la tierra que se ocupan de tentar al hombre; los cuartos son los demonios de las aguas que habitan en el mar i los rios, para levantar tormentas i causar naufrajios; los quintos son los demonios subterráneos que preparan los temblores, soplan los volcanes, hacen desmoronarse los pozos i atormentan a los mineros; los sestos son los demonios tenebrosos, llamados así porque huyen del sol i se muestran poco en la tierra. No se de donde habria tomado ese detalle Miguel Psellus; pero en este sistema han imajinado los cabalistas, las salamandras, que colocan en las rejiones del fuego; las silfides que llenan el aire; las ondinas o ninfas que viven en el agua i los gnomos que tienen su mansion en el interior de la tierra.

Algunos doctos han pretendido que los demonios se multiplican entre si como los hombres; asi, su número debe crecer, sobre todo si se considera la duracion de su vida que algunos sabios han querido calcular; porque es un hecho que no los hacen inmortales. Hesiodo les da una vida de seiscientos ochenta mil cuatrocientos años. Plutarco, que no comprende bien que alguien haya podido vivir tan largo, la reduce a nueve mil setecientos veinte años...

Agreguemos aqui una observacion de Benjamin Binet en su *Tratado de los dioses i de los demonios del paganismo*: «Los antiguos se habian imajinado que siendo Dios espíritu, era menester que los ánjeles i los demonios sean cuerpos, a causa de la distancia infinita que separa al Creador de la creatura».—«Es cierto, dice Tertuliano, que los ánjeles no han tenido una carne que les sea personal, siendo por naturaleza espirituales; i, si tienen un cuerpo, es proporcionado a su naturaleza. (Tert., *De carne Christi*, cap. 6.)»—San Macario el antiguo avanza mas todavia: «Cada uno es cuerpo segun su naturaleza; en ese sentido, el ánjel, el alma i el demonio son cuerpos»—(Mac., hom. 4).

Plutarco compara la naturaleza de los demonios a la de los hombres. Los presenta sujetos a las mismas necesidades, a las mismas enfermedades, alimentándose con humo, grasa i sangre de los sacrificios...

Los habitantes de las Molucas se imajinan que los demonios se introducen en sus casas por las aberturas del techo i traen un aire infecto que acarrea la viruela. Para evitar esa desgracia, colocan en el punto por donde pasan esos demonios ciertas figuritas de madera para espantarlos, a la manera como nosotros levantamos hombres de trapo en nuestros huertos para asustar a los pájaros. Cuando esos isleños salen por la tarde o por la noche, tiempo en que hacen sus escursiones los espíritus malhechores, llevan siempre consigo como salvaguardia una cebolla o un ajo, un cuchillo, algunos trozos de madera; i cuando las madres acuestan a sus hijitos, no omiten ponerles algunos de esos preservativos debajo de la cabeza.

Los chinguleses, para impedir que le sean robados sus frutas anuncian que las han dado al demonio. Desde ese momento nadie se atreve a tocarlas.

Los siameses no conocen otros demonios que las almas de los malvados que, saliendo de los infiernos donde estaban detenidas, vagan cierto tiempo en este mundo i hacen a los hombres todo el mal que pueden. De ese número son todavía los criminales ejecutados, los niños que nacen muertos, las mujeres muertas de parto i los muertos en duelo.

A los que se obstinen en negar la existencia de los demonios, citaremos todavía a Bagle, a quien no se acusará de excesiva credulidad. Reconoce la existencia de los demonios i los hechos que la Iglesia les atribuye con fundamento. «Hai dice, en las rejiones del aire seres que piensan, que estienden su imperio con tanta facilidad como sus conocimientos sobre nuestro mundo. I como no se puede negar la existencia en la tierra de seres maléficos que hacen el mal i se gozan en él, ridiculez seria atreverse a negar que hai, fuera de los que tienen cuerpo, muchos otros que no vemos i que son todavía mas malignos i mas hábiles que el hombre» (1).

J. Collin de Plancy.

(Continuará.)

APÓLOGO.

La nube, el lago i el huracan.

Nube.

Dime tú, el silencioso i triste Lago,
¿Por qué siempre sereno te he de hallar,
Sin ser visto que turben esa calma
Vendabales ni horrible tempestad?
Cuando en tu fondo reflejar me miro,
Tu superficie tan inmoble está,
Como la losa marmórea de un sepulcro
Levantado en sombria soledad.

Lago.

Sigue tu ruta, veleidose niña,
Déjame ¡oh Nube? con mi eterna paz.

Nube.

No me desprecies, solitario austero,
Oye a una amiga verdadera....

Lago.

¡Bah!

Nube.

Que al cernerse por encima de tus aguas
Busca un amor sublime....

(1) *Dictionaire critique*. Art. *Spinoza* i *Ruggeri*.

LAGO.

¡Ja, ja, ja!

NUBE.

¡Qué! ¿Se rio el señor anacoreta?
¿Depone ya su agreste majestad?
Pues entónces, no pierdo la esperanza.

LAGO.

Márchate loca.

NUBE.

Pero ¿me has de amar?

LAGO.

No me fascina la fantasma aérea.

NUBE.

Tengo hermosura,

LAGO.

Para mí, demas.

NUBE.

¡Soi tan graciosa....!

LAGO.

Como necia i vana.

NUBE.

Puedo hacerte dichoso....

LAGO.

¿Tú? ¡Pues ya!

NUBE.

¿Lo dudas por ventura? Yo me elevo
Sobre el monte, la aldea i la ciudad,
I velo de las águilas el nido,
I anuncio las tormentas a la mar.
Yo recibo del sol los aureos besos;
Yo soi bello crespon, puro cendal
Donde envuelve la reina de la noche
La tibia luz de su arjentada faz.
I el iris en mis pliegues se reclina,
I i la aurora me suele acariciar,
I entre el cielo i la tierra suspendida
Soi casi una potencia espiritual.
Fijate en mi poder i mi grandeza;
I despues, la infinita variedad
De las formas que tomo i los colores....

LAGO *(señalondo hácia el horizonte)*.

Mira, hermanita, lo que viene allá.....
I a guisa de wagon por via férrea,
Se adelanta rujiendo el Huracan,
Barre la Nube i la deshace al punto,
Sin que de ella un vestijio quede ya.

HURACAN.

Yo soi el *Tiempo*, la *Prudencia*, el Lago,
La Nube, la *Mentira* ¡Oh sociedad
Humana, a quien seducen de continuo
Mil ilusiones de esplendor falaz!
Medita: son vapores, nube de oro
Que yo puedo bien pronto disipar;
Imita al Lago; su tranquilo fondo
No perturbó la tempestad jamas.
Espera; soi veloz, en breve llego,
I en el mundo descubro la verdad.

JOSÉ DONCEL I ORTÁZ.

HIJIENE.

LA EDUCACION FÍSICA DE LAS NIÑAS, POR EL PROFESOR FONSAGRIVES.

La cabellera.

I.—De buen grado me detendria a encarecer lo mucho que realza la hermosura una fina i abundante cabellera, pero las injeniosas trazas que se dan las mujeres para ocultar la pérdida del cabello i el profundo pesar que ésta les causa, son hechos de suyo tan elocuentes que nada me queda que añadir sobre el particular.

La moda, caprichosa i estravagante en todo, en nada lo es tanto como en lo que atañe al arreglo i compostura del cabello: ora exije abultados promontorios de cabellos postizos, mas voluminosos que la cabeza que ha de sustentarlos; ora enmarañadas trabazones de trenzas i torzales de difícil construccion; ora tocados de colores ingratos a la vista i profusa e inelegantemente adornados; en una palabra, la moda, como quien se cuida mas de llamar la atencion que de agradar, gusta de lo estravagante i raras veces se la vé en armonía con el buen gusto, rechaza hoi lo que preconizaba ayer; i como jira en un círculo vicioso i no se sosiega jamas, no es estraño ver'a volver al cabo de corto tiempo a las mismas estravagancias con lijeras o ningunas variaciones. Las romanas (mujeres prodigiosæ) predecesoras de las modernas elegantes, inventaron ese ostentoso aparato; i cuando Tertuliano acriminándolas, clamaba contra «la inútil profusion de cabellos postizos,» formulaba una acusacion tan aplicable en nuestro tiempo como en el suyo.

Tanto hai que decir sobre este punto, que no lo habria mencionado siquiera si por desgracia no fuera cierto que se les van los ojos a las jóvenes tras los cabellos postizos. Fuera parte el deseo de parecer bien a que hicieran ellas en pro de la salud lo que hacen por satisfacer las costosas i a veces ridículas exijencias de la moda, i a fé que no tendrian que emplear desde los diez i seis años, como arma ofensiva, ese arte engañador i falaz (ars ornatrix) que debiera dejarse esclusivamente a las Aspacias i a Jezabeles

La salud es el fundamento de la buena dentadura i de la firmeza i hermosura del cabello, bien que éste, como planta delicada que es, demanda acuciosa e intelijente cul-

tura, i su abundancia i belleza en la juventud depende en parte de los cuidados que se le prodiguen en la infancia. Las niñas como los niños deben llevar corto el cabello. Las madres, impacientes por gozar en la complacencia de la belleza de sus hijas, les dejan crecer el cabello, quizá porque ignoran que esos bucles cuya hermosura las embelesa, son frutos prematuros que menguan con la misma rapidez con que crecieron, i que rara vez se ha desmentido este adajio: profusa cabellera en la infancia, menguada en la adolescencia. La costumbre que censuro es mucho mas perniciosa cuando se emplean, para disminuir la natural rudeza del pelo, las papillotas que lo rompen i el hierro caliente que lo atiesa i resquebraja; i debe abolirse no solo por las razones espuestas sino en interes de la salud, porque el calor que una cabellera exuberante desarrolla tiende a agravar la natural propension de las jóvenes a las enfermedades cerebrales. Niñas raquíticas i enfermas, miéntras usaban el cabello largo, han recobrado la salud, cortado éste. M. Fredericq, sabio médico belga, ha demostrado irrecusablemente que estos hechos son correlativos; lo cual por otra parte no es estraño, porque la cabellera, sobre todo cuando es abundante, absorbe ciertos jugos nutritivos i tiende a debilitar la salud.

La hijiene demuestra lo mui útil que es dormir con la cabeza descubierta como lo recomendaba Locke; cuánto mas lo será, pues, usar el cabello corto? I por si lo dicho en el particular no bastare, añadiré que el cabello largo incomoda i esclaviza las niñas cuando están enfermas: las incomoda, porque es menester peinarlas todos los dias para que no se les forme en la cabeza un laberinto de pelo impenetrable al peine, que desarrollando a la vez calor i humedad, redunda en daño de la salud; las esclaviza, porque no conviene suprimir repentinamente la cabellera durante la enfermedad, i no haciéndolo, aquélla continuará consumiendo ciertos jugos nutritivos que hubieran servido para alimentar i fortalecer otras partes mas útiles del organismo. Podria evitarse este último inconveniente cortando el pelo poco a poco. Suavizada asi la transicion, dejaria de sentirse, o al ménos seria ménos peligrosa.

II.—Las madres movidas del deseo de ver crecer pronto i en abundancia el cabello de sus hijas, suelen despuntarlo a menudo, i la fé, de suyo grande, que tienen en el feliz éxito de esta operacion se duplica cuando aciertan a verificarla en la época de ciertas fases lunares. Guárdeme Dios de atacar esta inocente creencia, i mas no pudiendo hacerlo sin ofenderla, porque ¡cuántas hai que, aunque de recto juicio i buen sentido, darian un ojo por sostener la eficacia de la influencia de la luna en el crecimiento i firmeza futura de la cabellera! No soi tan bárbaro para exijir de ellas tal sacrificio, i las dejo por ello en tranquila posesion de su mística creencia, limitándome a aconsejarles que no confien el embellecimiento i conservacion de la cabellera de sus hijas, a los cosméticos de diversos colores i perfumes, a las aguas rejeneradoras i pomadas pomposamente anunciadas que les ofrecen los perfumistas. La perfumería acusada tantas veces de haber causado desgracias con sus cosméticos, representada tan a menudo como una Locusta que se ocupa en elaborar venenos fragantes, se ha visto al fin obligada a buscar el medio de acallar el clamor jeneral que se levantaba contra ella cubriendo sus *buenas* intenciones con el manto de la Hijiene. Sentado esto, no debe estrañarse el que del laboratorio del perfumista salgan diariamente en columna cerrada i en son de guerra contra la salud i la bolsa tantas pomadas hijiénicas, dentrificos hijiénicos, epilatorios hijiénicos, etc. Estas cosas deben usarse con suma precaucion, ya porque todas o la mayor parte tienden a la destruccion de la cabellera i de la dentadura, ya porque no pocas amenazan directamente la salud i aun la vida. Usense en su lugar aceites aromáticos i pomadas mui sencillas, prefiriendo la que resulta de la mezcla de aceite de almendras i tuétanos de res, i esto únicamente cuando el cabello esté seco i tieso. Si la secrecion grasosa que naturalmente se forma en la raiz de él te fuere mui abundante, convendrá bañar la cabeza con agua jabonosa o con yema de huevo, secándola en seguida cuidadosamente con un pedazo de franela. Las fricciones con el cepillo tienen la ventaja de suavizar el cabello, de escitar lijeramente la piel i desembarazarla de las partículas de epidérmis que suelen acumularse en ella i que atacan lenta, pero eficazmente los cabellos. Obsérvese que la mencionada acumulacion de partículas epidémicas no se verifica sino en aquellas personas cuya piel funciona mal, bien por falta de aseo, bien porque

sufren habitualmante del estómago, bien por poca escrupulosidad en la observancia de los preceptos de la Hijiene; e infiérase de ello cuanta importancia tienen los baños i demas cuidados hijiénicos, i cuantas enfermedades puede evitar su accion indirecta, pero eficaz.

III.—La epilacion es una práctica de harem, completamente estraña a nuestras costumbres, i que por cuanto menoscaba la belleza i la salud, no debe emplearse como medio de suprimir el vello de la espalda i de los brazos. Los nueve décimos de los polvos i pomadas epilatorios, son preparaciones arsenicales, cuyo manejo es peligroso. A pesar de esto, la epilacion puede correjir en ocasiones ciertos defectos, como un mechon de pelo que invadiendo la frente irregulariza i afea el contorno frontal, la demasiada proximidad de las cejas, su direccion viciosa, etc. Por este medio tuve ocasion no ha mucho tiempo de suprimir un hacecito de pelo que alteraba la regularidad de la curva de las cejas de una jóven, i comunicaba a su fisonomía cierto ceño adusto i severo; i no dudo que en muchos casos se pueda evitar de igual modo la prolongacion de las cejas hácia la parte superior de la nariz, regularizando así la curva de las cejas cuya perfeccion agracia i embellece el rostro.

IV.—La manera como se peina a las niñas influye tambien bastante en la suerte futura de la cabellera. El peinado a la par elegante i sencillo, conocido con el nombre de trenzas suizas, es el mas conveniente, en cuanto lo permite la edad. De cierta época en adelante la moda reinante decide cual es el que ha de usarse, bien que esta esclavitud es de las pocas cuyo yugo puede o no aceptarse. Conviene variar a menudo el lugar de la carrera a fin de que ésta no se ensanche mucho, así como abstenerse de atezar el cabello en el cerviguillo: la práctica opuesta no solo tiende a destruir la cabellera, sino que no faltan ejemplos de que una traccion algo fuerte haya arrancado la piel i producido tumores mui abultados i de ancha base: inconveniente que pudiera obviarse cubriendo la parte posterior de la cabeza con cabellos postizos. El peinado a la china, tan apropiado para realzar la belleza en la infancia i la juventud, tiene el inconveniente mencionado ántes, cuando se le exajera hasta el estremo en que lo representa una conocida caricatura de Cruishank. La costumbre tan socorrida de rizar el cabello, en boga actualmente, i la de trenzarlos apretadísimos por la noche para ostentar al dia siguiente rizos artificiales, tienen entre otros inconvenientes el de atiesar el cabello i resquebrajarlo.

Nada debe olvidarse en materia tan importante como ésta. El manejo del cepillo i del peine está sejeto a reglas que no se violan impunemente, i las madres deben guardarse de confiar a las amas estos minuciosos pero interesantes cuidados. La mano que va asentando el pelo debe seguir de cerca a la que maneja el cepillo, a fin de evitar las tracciones fuertes. Conviene dividir de cuando en cuando la cabellera en diez o mas bandas, para aplicar el cepillo axactamente a cada una de ellas i a la parte correspondiente de la piel. No es ménos útil la precaucion de lavar cuidadosamente la cabellera con agua dulce despues de haber tomado un baño de mar, secándola en seguida con una toalla caliente, i dejándola esparcida hasta que se seque bien. El agua salada no solo le comunica un desagradable olor a marisco, i la enrojece bastante, sino que divilitándola contribuye a destruirla. Téngase presente que los cabellos necesitan aire como las plantas, i que por ello es mui útil dejarlos sueltos i esparcidos siquiera media hora cada mañana.

Los polvos, desenterrados hoi del arsenal de las modas olvidadas, menoscaban el cabello, ya porque lo engrasan mas de lo necesario i le dificultan la respiracion, ya porque apelmazándolo obligan a emplear mayor fuerza para peinarlo.

ETHEREA.

LEYENDA FANTÁSTICA.

Era poco tiempo despues del diluvio. La tierra, calada hasta sus inmensos huesos de piedra i de metal, se habia solificado lentamente, i concluia apénas de secar al aliento de los vientos su espesa cabellera de bosques. Habia sufrido, en verdad, un rudo sacudimiento nuestra excelente madre la tierra; si le hubiera ocurrido a Noé, el infeliz navegante, visitar la cuna de sus padres, no la hubiera conocido. Por bien constituido que esté un planeta, no toma impunemente un baño de cuarenta dias i cuarenta noches.

La tierra había esperimentado una violenta sacudida interior, terminada por una erupcion bienhechora.

En el sitio de antiguas montañas arrasadas, otras montañas rasgando su epidérmis, habian brotado ardientes aun del fuego central. Un calor húmedo, penetrando en sus poros, habia abierto un seno a los aromas jeneradores, i la tierra resplandeciente de fuerza i de frescura, habia emprendido con mas vigor su fecunda obra.

El sitio que ocupaba hoi el risueño valle en donde Baden la coqueta se retrata en las aguas del Oosbath, era entónces una vasta llanura cubierta de espesa yerba, i sombreada por algunos grupos de árboles. No se veian enella mas habitaciones que chozas de corteza cubiertas de hojas. Enormes piedras amontonadas representaban el altar sobre el cual los sencillos pastores ofrecian al Eterno las primicias de las flores i de los frutos.

Esta aldea primitiva, la formaba una tribu sumisa a Nausicaüs, uno de los descendientes de Jafet. Nausicaüs era jóven i bello como el primer hombre al salir de las manos del Creador. Tenia fé en Dios i amaba a sus hermanos. Era pastor como el mas humilde de la tribu, i no se desdeñaba de ocuparse en los útiles trabajos del campo. Por las noches, cuando su rebaño dormia encerrado en el redil, Nausicaüs se reclinaba sobre la yerba de la pradera, i, fija en el cielo la mirada, estudiaba la majestuosa carrera de los astros.

Mas allá de las capas inferiores de la atmósfera, en una rejion en que el aire emanado de los mundos vecinos reemplaza al emanado por la tierra, se eleva la residencia de las hadas protectoras de las orillas del Rhin.

Gotas de rocío cristalizadas por el soplo ardiente de las tempestades, han formado palacios trasparentes, blandamente asentados sobre un pedestal de nubes. Los rayos del sol forman al rededor de ellos millares de flores brillantes nadando en los lagos de vapor. El Soberano Creador, al permitir a las inmortales reinar en este espacio, las dió por límite de su morada un arco iris, que circunda como una cinta de colores la encantada ciudad.

Una tarde, una de las jóvenes habitadoras del aire, la jentil Ethérea, descendió a la tierra buscando un infortunio que consolar. Al pasar sobre la alleita de Nausicaüs, vió al jóven acostado sobre la yerba i mirando sus queridas estrellas. Ethérea, quedó inmóvil de admiracion, olvidando hacerse invisible tocando con sus rosados dedos el estremo de la varilla májica que sostenian sus rubios cabellos.

Nausicaüs era bastante bello para ser amado por una inmortal. Envuelto con graciosa neglijencia en un manto de blancura deslumbradora, tenia levantado al rededor de su cabeza uno de sus brazos redondos i lisos; su mano firme i pura separaba de su ancha frente los bucles negros i lustrosos de su cabellera. Su cútis, dorado por los rayos del sol, permanecia límpido i rosado como el de un niño. Las líneas de su rostro eran finas i atrevidas; su cuerpo esbelto i fuerte, tenia la exactitud de proporciones que, mas tarde, los artistas de la Grecia dieron a sus dioses de mármol.

—¿Qué buscas en las estrellas, hijo de la tierra? decia en voz baja la hermosa Ethérea. ¿Has dado tu amor a alguna de ellas?

I, a esta idea, una tinta rosada coloreó sus mejillas.

En este momento un rayo de luz iluminó a la hija del aire. Nausicaüs, fascinado ante la celestial vision, se levantó sobre una rodilla, i dijo, mirándola fervorosamente:

—¿Eres el ánjel del Señor, intérprete de su voluntad? Habla, escucho i adoro.

—No soi un ánjel; hija de una raza amada de Dios, los humanos me llaman hada.

—¿Por qué entónces haber descendido hasta mi? ¿por qué haberme mostrado esa divina belleza que no puedo poseer, i que no cesaré de amar?

—¡Tú me amas? murmuró la hada con una voz dan dulce, que las aves suspendieron sus cantos para escucharla. Pues bien, yo tambien te amo. Tú eres bello, pastor; i en estos tiempos, todos aquéllos a quienes Dios concede un cuerpo hermoso, les concede tambien una alma hermosa. Tu corazon, Nausicaüs, es tan puro como tus ojos: puedo estar orgullosa de amarte!

—¡Voz del cielo, rocío de amor, desciende a mi alma, i hazla digna de su felicidad! Amada mia, ¿qué nombre debo decir a Dios en mi oracion?

—Ethérea, suspiró el hada.

I la brisa de la tarde, que acariciaba sus labios, huyó repitiendo:—Ethérea!

Las estrella empezaban a palidecer ante la aurora; el hada se elevó lentamente en el espacio.

Nausicaüs, fascinado i triste, la veia as-

conder, envuelta en su velo de nubes, que diseñaban los contornos de su cuerpo, liso i blanco, mas que los pétalos de las camelias. Una lijera brisa juguteaba entre sus rubios cabellos, que flotaban en torno suyo como un manto de oro. Sus rasgados ojos azules fijaban en el venturoso pastor miradas que hablaban de esperanza.

Cuando ella afirmó su diminuto pié en un estremo del arco iris, tocó lijeramente la varilla májica, i Nausicaüs ya no vió mas que una nube que se desplegaba dulcemente. Se retiró bajo su techo de ramas, pero no durmió; i si hubiera habido allí un eco indiscreto, hubiera repetido a los pastores admirados el dulce nombre de Ethérea.

Apénas llegó a la ciudad aérea, la jóven hada llamó a las ájiles sílfides i les ordenó que la vistieran su traje de ceremonia. Fué obedecida, i algunos segundos despues se hallaba circundada de una especie de manto de vapor de éter, sembrado de chispas eléctricas. Ethérea se trasladó inmediatamente a la presencia de la archi-hada, su soberana, i cayendo a sus piés:

—Madre mia, la dijo, ruborizándose de pudor i de amor, amo a un mortal. Permitid que sea mi esposo.

La archi-hada, vieja como nuestro universo, pero de una juventud eterna, estaba orgullosa de su inmortalidad, i miraba con desden a los débiles humanos. Su frente se oscureció ante la idea de una alianza tan desigual. En fin respondió.

—No quiero entristecerte, hija querida, pero una reina del aire no puede ser la compañera de un mortal, si él no ha merecido su ventura por medio de una gran prueba de poder i de amor. Yo deseo algunas veces descender a la tierra, i no veo en ella un sitio digno de mi. Que trasforme Nausicaüs en un valle encantador la triste llanura en que habita, i será tu esposo.

La archi-hada levantó su varilla en señal de despedida, i la triste Ethérea se volvió a llorar a su palacio. Sus lágrimas caian sobre la tierra en forma de líquidas perlas en el cáliz de las flores. Su soberana la habia impuesto una condicion imposible de llenar, porque aquella obra era superior a las fuerzas de un hombre; i las hadas tienen prohibicion del Creador de tocar al cuerpo del planeta.

De repente los ojos de Ethérea brillaron como estrellas i corrió a consultar el libro en que están grabados los estatutos de la órden de las hadas; su corazon palpitó de alegria cuando leyó en una página:

«Le está prohibido a una hija del aire hacer obrar su poder sobre la materia terrestre, salvo en un solo caso.... aquél en que, en cambio de este poder ejercido durante una noche, consienta en devolver al tiempo su inmortalidad.

—Nausicaüs, seré tu esposa, esclamó.

I una nube lijerísima la condujo a la tierra. El hada descendió próximo a la habitacion de su amado, sintiéndose con mas valor cerca de él.

Durante toda la noche resplandecieron sobre la llanura efluvios magnéticos emanados de su alma, que contenian el jérmen de la eternidad de gracia i de belleza que el hada debia recorrer. Flotaron primero en vapores indecisos; pero Ethérea de rodillas oraba con fervor, i concentraba todo su poder para fijarlos i darles forma.

El éxito coronó sus esfuerzos: los vapores tomaron cuerpo: los contornos de las montañas se redondearon en la sombra; árboles magníficos se levantaron de entre la yerba espesa, i el césped aterciopelado se adornaba de millares de flores. Entre tanto Ethérea sentia que se agotaban sus fuerzas; un sudor frio inunda sus sienes, se desliza por su rostro, i, fecundizado por el aroma de amor que envuelve el hada, corre hasta la tierra i se convierte en un limpido raudal. La obra se acerca a su fin, el dia va a brillar en el horizonte, los pájaros nacen entre la verdura i cantan a la que les da la existencia, las flores la saludan con su lenguaje perfumado, i las olas del rio emprenden su cántico de alegria.

Apareció el dia. El hada habia cesado de existir; permanecia solo la mujer, i sin lamentar la pérdida de su inmortalidad, porque Nausicaüs acababa de caer a sus piés, i los dos de rodillas rogaban al Señor que se dignara bendecir su union.

Mucho tiempo despues, se referia en el reino de las hadas, que cuando las almas de Nausicaüs i Ethérea fueron arrebatadas por los ángeles en las orillas de rio, nacieron unas florecillas azules como los ojos del hada, que repetian a los habitantes del valle: *Vergiss mein nicht*: no me olvides. L. H.

Contenido de este número.

I.—*Evanjelina*, conclusion, poema de Enrique Wadsworth Longfellow, traducido por Cárlos Morla Vicuña, páj. 305.
II.—Incostancia i egoismo, leyenda malagueña, por Antonio Luis Carrion, páj. 308.
III.—Los demonios, por J. Collin de Plancy, páj. 313.
IV.—Apólogo. La nube, el lago i el huracan, poesia, por J. Doucel i Ordaz, páj. 315.
V.—Hijiene de la ducacion física de las niñas, páj. 316.
VI.—Ethérea. Leyenda fantástica, por L. H., páj. 318.

IMPRENTA DE «EL INDEPENDIENTE.»

LA ESTRELLA DE CHILE.

AÑO V. Santiago, febrero 25 de 1872. Núm. 230.

LOS DEMONIOS.

(Traducido para *La Estrella de Chile*, por R. B. G.)

(Conclusion).

El nombre de *diablo* que se aplica al demonio, viene de una palabra griega que designa a Satanas, *precipitado* del cielo. Pero se dice *el diablo* cuando se habla de un espíritu maligno, sin distinguirlo particularmente. Se dice *el diablo* para designar especialmente al enemigo de los hombres.

Refiérense mil cuentos sobre el diablo. Citemos uno.

Un cartujo estaba en oracion en su celda. Siente repentinamente un hambre no acostumbrada. Al punto vió entrar a una mujer que no era sino el diablo. Ella se acerca a la chimenea, enciende el fuego; encontrando unas arvejas que habian dado al relijioso para su comida, las frie las sirve en un plato i desaparece. El cartujo continúa su oracion, enseguida pregunta al superior si puede comer las arvejas que el diablo le ha preparado. Este, responde que no se debe rechazar ninguna cosa creada por Dios, con tal que la reciba con acciones de gracias. El relijioso comió las arvejas, i aseguró que jamas habia comido nada mejor preparado.

Nada diremos de ese cuento sencillo relatado sin duda para hacer reir por el cardenal Santiago de Vitry. Pero hé aquí otras historias que manifiestan que se ha tomado a veces por el diablo a jentes que no eran del otro mundo. Un comerciante breton se embarcó para las Indias i dejó a su mujer al cuidado de la casa. Esa mujer era mui prudente, i el marido no temió ausentarse por algunos años. Ahora bien, un dia de carnaval, la señora, queriendo divertirse un poco, dió a sus parientes i a sus amigos una pequeña fiesta que debia ser seguida de una colacion. Cuando se pusieron a jugar, un enmascarado vestido de procurador, llevando en la mano el rollo de espedientes, entró i propuso un juego a la señora. Esta aceptó la invitacion, i ganó. El enmascarado sacó todavia otras piezas de oro, que perdió sin decir una palabra. Algunas personas que quisieron jugar con él perdieron; no se dejaba ganar sino cuando jugaba con la señora. Hiciéronse injuriosas sospechas sobre la causa que lo inducia a dejarse ganar.—Soi el demonio de las riquezas, dijo entónces el enmascarado sacando del bolsillo muchas bolsas llenas de luises. Juego todo esto, señora, contra lo que me habeis ganado. La señora tembló a esta proposicion i rehusó como mujer prudente. El enmascarado le ofreció ese oro sin jugarlo; pero ella no quiso aceptarlo. Esta aventura comenzaba a hacerse estraordinaria. A una vieja que se hallaba presente se le ocurrió que ese enmascarado podia mui bien ser el diablo. Esta idea se comunicó a todo el concurso i como se decia a media voz lo que se pensaba, el enmascarado, que lo oyó, se puso a hablar en muchas lenguas para confirmarlos en esa opinion; en seguida gritó de repente que él habia venido del otro mundo para llevarse a una señora que se le habia entregado i que no abandonaria el puesto hasta haberse apoderado de ella, aunque se le opusiesen cualesquiera obstáculos. Todas las miradas se fijaron en la dueño de casa. Las personas crédulas estaban llenas de temor, las demas medio espantadas; la dueño de casa se echó a reir. En fin, el falso diablo levantó su máscara i se dió a conocer por el marido. Su mujer dió un grito de gozo al reconocerlo.—Traigo la opulencia, dijo. Enseguida, volviéndose a los jugadores: Sois unos chambones, agregó; aprended a jugar. Les restituyó su dinero i la fiesta fué mas animada i completa.

Un antiguo negociante de Estados-Unidos, retirado del comercio, vivia pacíficamente de algunas rentas adquiridas con su trabajo. Salió un dia a recibir unos mil doscientos dollars que le debian. No teniendo mas su deudor por el momento, no le pagó sino la mitad de la suma. Al volver a

su casa, se puso a contar lo que acababa de recibir. Pero, miéntras se ocupaba de eso, oyó algun ruido, levantó los ojos i vió bajar de su chimenea al diablo en persona. Estaba vestido; todo su cuerpo, cubierto de pelo tieso i negro, tenia seis piés de alto. Grandes cuernos adornaban su frente, como tambien dos orejas pendientes; tenia garras en vez de piés i de manos, cola i ojos terribles.

A la vista de semejante personaje, el antiguo comerciante sintió calofrios. El diablo se acercó a él i le dijo:

—Mis negocios van mal, soi el diablo; necesito que me des inmediatamente mil doscientos dollars, sino quieres que te lleve al infierno.

—¡Ai! respondió el negociante, no tengo lo que me pides....

—Miéntes, interrumpió bruscamente el demonio; yo sé que acabas de recibirlos hace un momento.

—Decid que debia recibirlos; pero no me han podido dar mas que seiscientos. Si quereis dejarme hasta mañana, os prometo entregaros esa suma....

—Bien, añadió el diablo, tomando los seiscientos dollars, despues de un momento de reflexion, consiento en ello; pero que mañana, a las diez de la noche, encuentre yo aquí los seiscientos restantes, o te arrastro sin misericordia. Sobre todo, que nadie, si amas tu vida, sepa nuestra entrevista.

Despues de haber dicho esas palabras, el diablo salió por la puerta. Al dia siguiente por la mañana, el negociante que era un calmoso metodista, fué a buscar a un su antiguo amigo i le rogó que le prestase seiscientos dollars. Su amigo le preguntó si estaba mui apurado.

—¡Oh! sí, mui apurado; los he menester ántes que llegue la noche. Me va en ello mi palabra empeñada i talvez....otra cosa.

—Pero ¿no habeis recibido ayer una suma?

—He dispuesto de ella.

—Sinembargo, no os conozco ningun negocio que exija absolutamente dinero.

—Os digo que me va la vida....

El antiguo amigo, pasmado, pide el esclarecimiento de semejante misterio. Se le responde que el secreto no puede traicionarse.

—Considerad, dijo al negociante todo perplejo, que nadie nos escucha; confiadme vuestro secreto: yo os prestaré los seiscientos dollars.

—Sabed, pues, que el diablo ha venido a decirme; que es menester que yo le dé mil doscientos dollars; no he podido ayer darle mas que seiscientos i necesito enterarle los otros seiscientos.

El amigo no replicó mas; conocia la imajinacion de su pobre amigo fácil de asustarse. Sacó de su cofre la suma que se le pedia i la prestó con agrado; pero a las ocho de la noche se trasladó a donde el antiguo comerciante.

—Vengo a daros tertulia, le dijo, i a esperar con vos al diablo, a quien no me disgustará ver.

El negociante respondió que era imposible o que se espondrian a ser arrebatados ámbos al infierno. Despues de algunos debates, permitió que su amigo esperase el acontecimiento en el gabinete vecino. A las diez de la noche en punto, se sintió un ruido en la chimenea, el diablo apareció en su traje de la víspera. El anciano se puso temblando a contar los escudos. Al mismo tiempo el hombre del gabinete entró.

—¿Eres tú devéras el diablo? dijo al que pedia el dinero.

En seguida, viendo que no se apresuraba a responder, que su amigo temblaba, palidecia i sudaba de angustia i miedo, sacó de su bolsillo dos pistolas i poniéndolas en el cuello del diablo, gritó:

—Quiero saber si eres a prueba de fuego....

El diablo retrocedió, buscando la puerta.

—Date pronto a conocer o te mato al instante....

El demonio se apresuró a desenmascararse i a despojarse de su traje infernal. Se encontró bajo ese disfraz a un vecino del buen comerciante, que hacia de cuando en cuando de las suyas i que todavía no habia sido sorprendido en ninguna. Fué juzgado i condenado como ladron. Desde entónces supo el bueno del comerciante que no solo el diablo está empeñado en este mundo en la tarea de hacernos mal.

Otra aventura: tuvo ella lugar hace pocos años. Toda la ciudad de Brunn estaba conmovida. Los jóvenes reian; los viejos i las mujeres lloraban, se persignaban i llamaban en su ausilio a todos los santos. Cinco jendarmes conducian preso al mismo diablo. Cabeza con dos cuernos, orejas

de carnero, cuerpo velludo, piernas de caballo, piés con garras i ese Lucifer se dejaba conducir a la cárcel. Hé aquí en qué circunstancias. En la aldea de Dernou, una paisana, María Hert, acababa de parir; miéntras estaba sola en su cuarto, sintió un ruido de cadenas, en seguida se acercó a su cama el diablo tal como acabamos de describirlo i le dijo: «¡Dame tu hijo recien nacido o los cien florines que tienes en piezas nuevas de veinticuatro kreutzers!» La pobre, mujer intimidada, indicó al diablo el lugar donde se encontraban; el diablo se apoderó de ellas i desapareció.

Llegado el dia, María Hert, hizo llamar a su cura i le contó lo que le habia sucedido; agregó que esos cien florines que el diablo le habia quitado los habia economizado ella centavo por centavo. El buen cura le preguntó si no habia dicho a nadie que poseia los cien florines; le respondió que no habia confiado ese secreto mas que a la partera. «Entónces, dijo el cura, hai quizas un medio de arrebatarle al diablo vuestro dinero. Hé aquí lo que debeis hacer: referid vuestra aventura de anoche a vuestra partera i decidle que ha sido mucha felicidad que el diablo ignorara que teniais todavía cincuenta florines en moneda de plata, porque de otro modo os habria obligado a entregárselos tambien. Si el diablo vuelve a vuestra casa, nada temais; yo colocaré en la vecindad de vuestra casa un exorcista que impedirá que os haga el menor mal ni a vos ni a los vuestros.» María Hert siguió ese consejo. Tuvo con su partera la confidencia convenida. En la misma noche, el diablo le hizo una nueva visita, pero esta vez no tuvo el tiempo de pedirle dinero, porque en el momento en que abria la puerta del cuarto, el exorcista, es decir, uno de los jendarmes lo cojió por el cuello....Era el marido de la partera.

Otra historieta mas.

Rich, célebre arlequin de Lóndres, al salir una noche de la comedia llamó a un cochero i le dijo que lo condujera a la Taberna del Sol, sobre el mercado de Clarry. En el momento en que el ómnibus iba ya a pararse, Rich vió que una ventana de la taberna estaba abierta i de un salto pasó de la portezuela al cuarto.

El cochero baja, abre su carruaje i se queda lelo al no encontrar en él a nadie. Despues de haber jurado hasta por los codos, segun el uso de los de su oficio, contra el que asi lo habia burlado, torna a subir a su pescante, i se va. Rich espia el momento en que el carruaje volvia a pasar frente a la ventana i de un salto vuelve a entrar al carruaje. Entónces grita al cochero que se engaña i que ya ha dejado atras la taberna. El cochero, temblando, vuelve atras i de nuevo se para frente a la puerta. Rich baja del carruaje, resongando contra el cochero, saca su bolsa i quiere pagarle. «¡A otra parte con vuestra música, señor diablo! esclamó el cochero, os conozco mucho: querreis endiablarme; guardad vuestro dinero.» A estas palabras, azota i prende la carrera a toda brida.

Nos representamos a menudo al diablo como un monstruo negro: los negros le atribuyen el color blanco. En Japon, los partidarios de la secta de Sintos están persuadidos de que el diablo no es mas que un zorro. En Africa el diablo es jeneralmente respetado. Los negros de la Côte-d'Or no olvidan jamas, ántes de tomar su alimento, arrojar al suelo un pedazo de pan que está destinado para el jenio del mal. En el canton de Auté, se lo representan como un jigante de una prodijiosa talla, que tiene la mitad del cuerpo podrido, i que causa infaliblemente la muerte por su contacto; no omiten nada de lo que puede aplazar la cólera de su monstruo. Dejan por todas partes manjares para él. Casi todos los habitantes practican una ceremonia estravagante, con la cual pretenden arrojar al diablo de sus aldeas; ocho dias ántes de esa ceremonia, se preparan con danzas i festines; es permitido insultar impunemente aun a las personas mas distinguidas. Llegado el dia de la ceremonia, el pueblo comienza desde por la mañana a dar gritos horribles; los habitantes corren por todas partes como locos, arrojando delante de si piedras i todo lo que encuentran a la mano. Las mujeres rejistran todos los rincones de la casa i revisan toda la vajilla, de miedo de que el diablo se haya entrado en alguna olla o en algun otro utensilio. La ceremonia termina cuando se ha rejistrado todo i cuando todos están cansados: entónces creen que el diablo está léjos.

Los habitantes de las islas Filipinas se jactan de tener conversaciones con el diablo. Cuentan que algunos de entre ellos que se han atrevido a hablar solos con él, han sido ultimados por ese jénio maléfico; asi

es que se reunen en gran número cuando quieren conferenciar con el diablo. Los isleños de las Maldivas hacen cuanto está de su parte para hacer propicio al diablo, cuando caen enfermos. Le sacrifican gallos i gallinas.

Singular pintura del diablo nos hace el papa San Gregorio, en su *Vida de San Benito*. Un dia que el santo iba a rezar al oratorio de San Juan, en el monte Casino, encontró al diablo en figura de un veterinario, con un frasco en una mano i una lanceta en la otra. El testo decia: *In mulo medici specie;* por la introduccion de una coma que descompone el sentido: *In mulo, medici specie,* un copista hizo del diablo, así disfrazado, un doctor montado en su mula, como caminaban los doctores en medicina ántes de la invencion de los coches, i un cuadro de este episodio fué ejecutado segun ese testo corrompido. Satanas ha sido frecuentemente representado con el traje de doctor i los instrumentos de la profesion i caballero en una mula.

Otra vez, se denunció a San Benito la conducta lijera de un fraile jóven que pertenecia a uno de los doce monasterios afiliados a la regla del reformador. Ese monje no queria o no podia orar con asiduidad; apénas se habia puesto de rodillas, ya se levantaba e iba a pasearse. San Benito ordenó que se le llevase al monte Casino, i allí, cuando el monje, segun su costumbre, interrumpió sus deberes i salió de la capilla, el santo vió un diablito negro que lo sacaba con todas sus fuerzas por los hábitos.

Entre los innumerables episodios de la historia del diablo en las vidas de los Santos, algunos son divertidos, otros terribles. San Antonio vió a Satanas levantando su cabeza de jigante sobre las nubes i estender sus grandes manos para interceptar las almas de los muertos que emprendian su vuelo hácia el cielo. A veces el diablo es un verdadero mono, i toda su malicia se reduce a algunas travesuras. Así es como durante años, turbó la piedad de Santa Gúdula. Todas sus astucias habian sido vanas, cuando al fin se resolvió a haser un último esfuerzo. Era costumbre de esa noble i casta virjen levantarse al canto del gallo e ir a orar a la iglesia, precedida de una sirviente que llevaba una linterna. ¿Qué hizo el padre de toda malicia? Apagó la linterna soplando por encima. La santa fué socorrida por Dios, i a ruego de ella, la mecha volvió a encenderse; milagro de la fé que bastó para despedir al maligno avergonzado i confuso.

No es sin ejemplo que el diablo se deje engañar por los mas sencillos artificios i un equivoco basta a veces para hacerlo tonto en sus negociaciones con las brujas; como cuando Nostradamus obtuvo su socorro a condicion de que le perteneceria por entero despues de su muerte, ya fuese enterrado en una iglesia o fuera de ella. Pero Nostradamus ordenó por testamento que su ataud fuese depositado en la muralla de la sacristía, su cuerpo reposa allí i no está ni en la iglesia ni fuera de ella.

El viejo Heywood ha redactado en verso una nomenclatura curiosa de todos los demonios menores de la supersticion popular; comprende los fardetos, los alfs o elfs, los Robin Goodfellows, etc., etc., Se ha probado que el rei o la reina de las hadas no es otro que Satanas mismo, cualquiera que sea su disfraz.

Se encontrará tal vez mucha frivolidad en todo lo que acabamos de decir acerca del diablo. Pero téngase presente que no hacemos un tratado teolójico. Los lectores cristianos saben que ese diablo, cuyo nombre no osaba pronunciar san Luis i que nosotros todos tenemos en la punta de la lengua, ese espíritu de negra malicia, que frecuentemente citamos para darnos el placer de chancear un momento, es el mas pérfido, el mas cruel i el mas implacable de nuestros enemigos, «que *oda vueltas a nuestro rededor buscando a quién devorar.*» Si lo hemos tratado aquí de una manera demasiado lijera, ha sido por desprecio; lo que lo ofende, como lo observa San Francisco de Sales i lo que ese mismo santo aconseja a los que se ven circuidos por él o por los suyos es rechazar a esos miserables insultándolos con insultos humillantes.

Se ha publicado en Amsterdam una *Historia del Diablo*, 2 volúmenes en 12°, que es una especie de mala novela, en que las aventuras del diablo están mas que medianamente acomodadas al antojo i fantasía del autor. Federico Soulié en las *Memorias del Diablo* ha gastado mucho talento en hacer un libro, que habria sido talvez mui curioso i mui picante, si el autor hubiera sabido respetar las buenas costumbres.

J. Collin de Plancy.

EN EL MUNDO.

¡A bogar! a bogar! La noche umbria
Cierra ya los inmensos horizontes:
¡Al remo! al remo! que alza todavia
La mar sañuda sus altivos montes.

Grande ola de rumor altisonante
Con furia en torno de mi barca jira,
I la entolda nublado amenazante
Que hace en vaiven vertijinosa espira.

Cruje el mástil al soplo impetuoso
Del rujiente aquilon que lo combate,
I de espumas cubriéndola rabiosa
Rompe la vela i a la mar la abate.

Rasga las nubes estallando el rayo;
No halla confin a su rimbombo el trueno:
Si el valor cede un punto al vil desmayo
Será su tumba el encrespado seno.

Sola, i perdido el derrotero, vagas
Sin timon en el piélago profundo,
¡Infeliz navecilla! ya naufragas,
Ya te sepulta el vértice iracundo.

¡Pobre barquilla mia! ora te veo
De jigantescas olas en la cresta,
I conturba mi mente hondo mareo
De horror al contemplarte tan enhiesta;

Ya desciendes veloz como saeta
De tu trono de espumas tembloroso,
I te miro sumida en ámplia grieta
Del rápido elemento pavoroso.

La única luz que alumbra las espumas
Son del rayo tremente los reflejos;
I la playa perdida entre las brumas
No alcanzo a divisar: ¡está tan léjos!

¡A bogar! a bogar, barquilla mia!
No de las olas te desmaye el tumbo
I con destreza i con valor desvia
De aleves sirtes tu ignorado rumbo.

¡Al remo! al remo! que del mar enalba
Todavia el relámpago los montes.
¡A bogar! a bogar! hasta que el alba
Ilumine los anchos horizontes.

¡Al remo! al remo! que de paz no es hora,
Pues la tormenta de la vida zumba:
¡A bogar! a bogar! miéntras la aurora
Venga a alumbrar el puerto de la tumba.

RÓMULO VALENZUELA.

HIJIENE.

PROPIEDAD ALIMENTICIA DE LA COCA.

Las hojas de la coca tienen en la América del Sud la reputacion de permitir al hombre pasar varios dias sin nutrimiento, sin que se pierdan las fuerzas ni se haga sentir el hambre.

Yo mismo he probado esta propiedad alimenticia de la coca en una dósis de 20 a 30 gramos por dia. Habiendo guardado la dieta durante dos dias i medio, me sorprendió no sentir los efectos de este réjimen; el segundo dia trabajé con la misma facilidad que de costumbre, i el tercero pude almorzar a las doce sin la menor ansiedad.

Se ha aventurado muchas hipótesis para esplicar el modo de accion de la coca. En los últimos años se ha admitido jeneralmente que debia disminuir los productos de desasimilacion, impidiendo el movimiento de secrecion, i esta esplicacion parecia mui satisfactoria *a priori*. Yo soi el primero que he tratado de aclarar esta interesante cuestion por la esperiencia propia. Con este objeto me sometí durante dos meses a un réjimen idéntico, ya con la hoja americana, ya sin ella. En este tiempo recoji i analicé escrupulosamente mis orines, sobre todo bajo el punto de vista de la urea. La eliminacion de esta sustancia ha aumentado siempre bajo la influencia de la coca, de 11 por 100, cuando la tomaba en una dósis de 10 gramos por dia, en polvo de 16 i 24 por 100, en una dósis de 20 gramos. Esta misma dósis se elevó, durante una semana, mi temperatura de 0°,32: el número de mis pulsaciones arteriales de 11,22 pulsaciones: el número de mis movimientos respiratorios de 4,6. El efimógrafo permaneció fijo bajo su influencia. La coca aumentó las secreciones salivaria e intestinal. En una dósis de 10 a 20 gramos acrecia constantemente el peso de la orina de 400 gramos por 24 horas.

La coca aumenta, pues, la urea, contra la hipótesis admitida por la jeneralidad. Este aumento de la urea, indicando siempre un aumento de actividad en la metamórfosis de los elementos azoes, escita la exaltacion de la vida, el aumento de energía muscular en el hombre que usa la coca, alimentándose como de costumbre.

Esta sustancia permite, ademas, a los que guardan dieta, i mejor a los que tienen un réjimen de alimentacion insuficiente, trabajar con ardor durante varios dias. En efecto, siendo acelerado el movimiento de nutricion, aumentándose las combustiones orgánicas, se consume mas, i por lo mismo se alcanzan durante este tiempo las ventajas que son un aumento de trabajo mecánico de la máquina humana. Pero este consumo exajerado, este gasto desusado, que no se compensa mas tarde sino con una cantidad suficiente de alimentos, se hace a costa de los tejidos; el hombre se convierte en antropófago, se come a sí mismo, i el pasivo se manifestaria con el tiempo de su economía por un enflaquecimiento que seria una consecuencia inefable de este modo esclusivo de alimentacion. Yo he perdido siempre algo de mi peso en las semanas de igual réjimen en que tomaba la coca; la esperiencia sobre los animales lo demuestra asimismo.

He hecho tambien algunas esperiencias para esplicarme la ausencia de la sensacion del hambre durante la alimentacion insuficiente i aun la dieta rigorosa con la coca. Sus efectos sobre la boca, el estómago, el intestino, se resumen así: lijera excitacion de las mucosas, aumento de secreciones, anastesia. Esta accion anastésica tan poderosa de la coca sobre el estómago esplica la falta de dolor en el epígastro durante la dieta.

He probado que una cantidad regular de coca deja en el estómago de 27.42 gramos de saliva, segun la sustancia adjunta para emplearse; veinte veces esta cantidad en quince horas, de 540 a 1240 gramos de líquido; éstos, ablandando las paredes de la víscera, impiden el contacto i disminuyen así la sensacion del hambre.

Siendo la coca una sustancia poderosamente dijestiva, favorece la absorcion, i la asimilacion del alimento insuficiente es una compensacion.

En fin, bajo la influencia de la coca, el hombre se come a sí mismo, pero come. Tales son, segun nuestra opinion, las principales razones que esplica la carencia de la sensacion del hambre cuando se está sometido a la dieta i se masca la hoja tan estimada por los americanos del sud.

Los boletines militares de las guerras de la América meridional señalan con frecuencia, i siempre con grandes elojios, el empleo de la coca, sea en campaña, sea durante los sitios.

Notemos, dice M. Routin, que lo que dice M. Gazeau de los felices efectos atribuidos a la coca por los boletines militares de las últimas guerras americanas, no tiene nada que pueda sorprender a las personas un poco versadas en la historia de la conquista del Nuevo-Mundo, porque los escritores que nos dieron los primeros informes sobre este vasto pais, i sus habitantes mencionan todos, en el número de sus raras costumbres, la de mascar continuamente una hoja que no tragan i, sinembargo, es para ellos un remedio contra el hambre i la sed. ¿Es una pura ilusion de esas jentes? Nuestros historiadores, en su mayor parte, no parecen dispuestos a creerlo. Uno de ellos, es cierto, i justamente aquél cuya obra ha sido mas buscada, temiendo sin duda parecer mui crédulo, no repite mas que con un tono de duda, lo que ha oido decir respecto de esto (1); pero no es así en los que han permanecido largo tiempo en el pais i hablan por informes dignos de confianza o por observaciones personales, tales como Oviedo, Cieca de Leon, Garcilaso de la Vega, Acosta, el P. Simon i otros muchos que podria nombrar.

El campo de observacion era en el momento de la llegada de los españoles, mucho mas vasto que no lo fué despues, pues se estendia del oeste al este; desde el estado de Nicaragua hasta los últimos límites del Perú. Si la costumbre de mascar la coca ha desaparecido en la mayor parte de las provincias comprendidas en este vasto espacio, no se debe atribuir, como se podria hacer, a la estincion de la poblacion indíjena, que solo ha sido total para las tribus poco numerosas, ni mucho ménos a la versatilidad de carácter de que los indios han sido acusados con mucha lijereza, sino a que representando esta costumbre singu-

(1) Una de sus principales culturas, dice hablando de los peruanos, es la de la coca, planta herbácea que estiman tanto como el oro i que les parece tan indispensable como el pan. Exije un clima mui cálido. Los indíjenas la mascan continuamente, i aleja de ellos, si se les cree, el hambre i la sed, cosa prodijiosa, si es cierta. (Historia de las Indias.)

Gomara no nota aquí que ha hablado ya de esta planta bajo el nombre de *Hay*, con motivo de la provincia de Cumaná i aun de modo mas completo, porque no ha olvidado la adicion de la cal; solamente cree que esta masticacion no tiene otro objeto que ennegrecer los dientes, tomando así por el fin un efecto accesorio i no buscado.

lar ideas supersticiosas casi en todas las provincias, fué vigorosamente atacada por el clero español, que tuvo mucho trabajo en desterrarla.

Cuando en 1741, Nic. de la Rosa dedicó al obispo de Santa Marta su *Floresta* en que solo se ocupaba de una diócesis, reinaba aun la costumbre entre los indios sometidos que habitan las cuestas del *Nevado* de Santa Marta: hoi dia no existe entre ellos, pero se encuentra aun entre sus vecinos los *guajiros* que hasta ahora han sabido conservar su independencia.

En el otro estremo del perímetro que hemos indicado, en el Perú, está todavia en uso; pero allí consideran indispensable respetarla, reconociendo que contribuye a mantener las fuerzas de los indijenas, empleados en penosos trabajos, que redundan en beneficio de la raza blanca. Ademas, en este pais, los eclesiásticos no han creido de su deber combatir un uso que no tenia relacion aparente con la antigua relijion, especie de sabeismo, mui alejado de las supersticiones groseras mantenidas entre las poblaciones situadas mas al norte por los *piaches* sacerdotes o hechiceros que se pueden comparar hasta un cierto punto a los camanes del norte de Asia.

En una rejion intermedia, en el reino de Bogotá, la relijion, que consistia tambien en el culto de los astros, tenia ciertas prescripciones relativas a la coca que llevaba en este pais, como en los situados e orillas del Atlántico, el nombre de *hayo* o *jayo*, el nombre de *coca* o *cuca*, segun lo escribe Garcilaso, el peruano. El primer tercio de la luna era esclusivamente el tiempo en que los hombres estaban autorizados a hacer uso de la coca, i durante esta década, les estaba prohibido todo comercio con las mujeres; aun debian dormir en habitaciones separadas; a lo ménos asi lo dice Oviedo que recojió estos informes del mismo conquistador de Nueva Granada, Alonso Jimenez de Quesada, que en su calidad de cronista de las Indias recibió comunicacion de las memorias que éste habia escrito en el terreno.

En el Perú el consumo de la hoja de coca era tal, que el padre José Acosta, que publicó en 1590 su *Historia Natural i Moral de las Indias*, dice que en la época en que escribia, el comercio de estas hojas subia anualmente, en el solo canton minero de Potosí, a medio millon de pesos fuertes (1). «Es un comercio, añade mui provechoso para los blancos que lo compran a los cultivadores i lo venden de nuevo a los indios. Muchas personas graves no quieren ver en esto mas que una supersticion, i consideran imajinarios los efectos que se le atribuyen. Yo no puedo admitir que sea pura imajinacion, cuando veo que los indios, con un puñado de coca, i con frecuencia sin comer nada, andan en un dia un camino que de ordinario exije el doble. La salsa con que la codimentan es digna de tan raro manjar. Yo lo he probado, en todo tiene el gusto de zumaque. Esta salsa consiste en polvos de huesos calcinados, o de cal, segun otras personas; les gusta tanto este alimento, que dan por él todo el dinero que les pidan.»

Acosta es el único que habla de huesos calcinados. El empleo de la cal, si no es universal, es por lo ménos mucho mas jeneral, i Oviedo lo menciona espresamente en su libro XXIV, cap. XII (edicion de Madrid, 1851, 55, tom. II, pág. 254). «Los indios que tienen continuamente esta hoja en la boca, llevan colgada al lado una calabacita llena de cal hecha con mariscos quemados, i absorben con frecuencia esta cal.»

La Rosa es mucho mas esplícito, i hablando de los indios araucanos que por una idea estraña i sobre la etimolojia del nombre llama aurohuacos, nos dice: «Todos tienen la mala costumbre de mascar el *jayo* i para esto llevan siempre a la cintura el *peposo*, calabacita que ofrece una especie de garganta, producida artificialmente mediante un lazo circular hecho al rededor del fruto, cuando es tierno aun: esta calabaza está llena de cal mui blanca, hecha con mariscos quemados; está cerrada por un cañuto de caña, cuyo estremo aplican a la punta de la lengua o en el borde de los labios.»

(1) Una suma semejante, supone un número prodijioso de consumidores, lo que no deja de sorprender cuando se sabe que hasta el fin del imperio de los Incas el empleo de la coca estaba prohibido a toda persona que no perteneciese a la familia real; es cierto que la familia se habia aumentado mucho desde la época de Manco Capac; pero no dejaba de formar una débil parte de la poblacion total, de modo que se puede suponer que aun ántes de la llegada de Pizarro, muchos plebeyos usaban ocultamente de la hoja que habian pretendido reservarse los grandes; era preciosa a los ojos de todos, pues figuraba en primera línea entre las ofrendas que hacian a los dioses.

El padre Simon indica tambien, aunque lijeramente, el uso de la cal. Se encuentran dificilmente en su libro, que no tiene indice, los pasajes en que ha debido dar noticias de esto; pero en un apéndice colocado al final de la obra que contiene la esplicacion de las palabras nuevas que ha empleado, se lee el pasaje siguiente, cuya última frase hace comprender por qué en esta obra, aunque anterior en un siglo próximamente a la que he citado mas arriba, no se debe esperar hallar informes precisos sobre el asunto que nos ocupa. El pasaje es corto i puedo reproducirlo entero.

«*Hayo.*—Es una hoja que tiene parecido con la del lentisco: en el Perú, donde se conoce la planta por el nombre de coca, es el objeto de un importante cultivo i de un comercio mui ventajoso para los españoles, que la venden a los indios; éstos la mascan con cal i dicen que les da fuerzas; pero tal vez mas que por esto la buscan con una mira supersticiosa, porque la *usan para ponerse en comunicacion con el demonio.*»

Esta idea no habia nacido en Bogotá, sino fué introducida por eclesiásticos que en su mayor parte habian residido ántes entre los pueblos situados a orillas del Atlántico, donde efectivamente los *piaches*, que tenian la pretension de entrar en conversacion con sus dioses (los demonios de los españoles), doblaban la dósis de hayo cuando eran llamados para hacer alguna prediccion, asociándole de costumbre algun narcótico, con frecuencia el que produce una especie de daturéa; con esto se ponian en un estado de sobrexcitacion, una especie de embriaguez i los sueños confusos que producia el envenenamiento los interpretaban como revelaciones.

Dejando aparte toda idea de adivinacion i solamente con el fin de sostener las fuerzas, la coca tenia en realidad i tiene una condicion utilísima. He citado el hecho de que los indios mediante la coca pueden recorrer en un dia o dos un trayecto doble del ordinario, i es un hecho comparable a los que se mencionan en los partidos militares ya citados. De modo que estamos suficientemente autorizados a creer que mediante la masticacion de la coca, un hombre puede, apesar de una alimentacion insuficiente, conservar casi del todo, durante uno o dos dias, su fuerza muscular; esto es, i sin duda alguna, un resultado de gran importancia, aunque esté probado que durante este tiempo el mensajero ha debido nutrirse de su propia sustancia.

Ademas, esta esplicacion no bastaria en el caso de uso diario continuado durante años, como se observa entre los indios empleados en las minas. Aquí los alimentos no faltan i la utilidad de la coca consiste, segun mi parecer, en debilitar la sensacion de cansancio que sienten los hombres que no tienen el tiempo necesario del reposo en la tarea que deben desempeñar; me parece que en este caso ejerce una accion comparable a la del vino tomado con dósis moderadas, accion conocida desde la mas remota antigüedad. Todos sabemos que ademas de los productos alcohólicos, los existentes tomados al reino vejetal han sido, en varias partes del globo i de varios modos, empleados con un fin parecido.

Entre las plantas comprendidas en esta categoría, la que nos ocupa, el *Erithroxulon coca* queda casi aislada; pero no sucede lo mismo de la mayor parte de las otras, i vemos especies conejénericas, que nacen en paises separados por grandes distancias, empleadas por los indíjenas para obtener efectos del mismo jénero.

Así, segun M. Lescarbot (Paris 1709), la *Cassina* que era bebida en abundancia por los guerreros de la Florida los dias que precedian a una espedicion guerrera, se obtenian de la *Rexvomitoria*, planta aproximada a la que sirve para el *mate* de los habitantes del Paraguay, la *Exparaguariensis*. La *catko* de los árabes, o *Celastüs edulis*, cuyos retoños comidos frescos producen igualmente, segun Botta, una excitacion agradable que persiste algunas horas, pertenece como las dos plantas que acabo de decir, a la familia de las ramneas.

Si este artículo no fuera ya mui estenso, podria añadir algunas palabras concernientes a la cal que se asocia a la coca como se asocia a la nuez de areca en el *betel;* esta adicion que determina un aumento de actividad en las glándulas salivarias me parece obra en el mismo sentido. Segun mi opinion, ésta mas abundante, que se produce como comida ordinaria, contribuye a producir efectos de la misma naturaleza que el que resulta de la absorcion de los alimentos en el estómago, es decir que tiende, aunque en menor grado, a animar las fuerzas del individuo ántes que la re-

paracion que se opera por medio de la dijestion de estos alimentos, empiece a realizarse.

Ya que he hablado del betel que debe su nombre a la hoja con que se envuelve la cal i la nuez, a la hoja *Piper petel*, haré notar que es tambien una piperácea, el *Piper methysticum*, cuya raiz sirve para preparar la kava, bebida excitante en uso en toda la Oceania.

C. Gazzau.

LA VENTANERA.

FÁBULA.

Ambulant in vanitate sensus sui.
Epues. V, 17.

Era hermosa mujer la doña Juana,
I de mucho caudal; pero tenia
El achaque, el desbarro, la mania
De estar siempre asomada a la ventana.

Cuanto ocurre en la casa mas lejana
No se esconde a su atenta policía;
¡Mas, con esto, la pobre no sabia
Lo que pasa en la suya, tan cercana!

Todo en ella es desórdenes i olvidos;
En fuerza de lo cual, a competencia
Se robaban sus bienes mas queridos.

Luego el Alma que pasa su existencia
Asomada al balcon de los sentidos
Recoja esta leccion de la esperiencia.

C. P.

HIJIENE.

LA EDUCACION FÍSICA DE LAS NIÑAS, POR EL PROFESOR FONSAGRIVES.

LA PIEL.

I—La piel es el espejo de la salud: conservese ésta en buen estado i la tez se mantendrá tersa, fina i brillante. Esto patentiza que propiamente hablando, un buen estómago es el mejor cosmético, i el aseo el mas seguro guardian de la piel. ¿Por qué, pues, emplear costosos cosméticos para conseguir un fin que es el resultado natural e infalible de sencillos cuidados hijiénicos? El precario recurso de enjalbergarse con albayalde i otras sustancias, de que suelen echar mano las bellezas decadentes, no alcanza a imitar la nitidez i frescura que tiene la tez en la juventud, i si conspira a despojarla de la poca belleza i agrado que tenga.

Ademas de los hechos ya mencionados, hai muchos otros que pueden redundar en perjuicio del donaire i atractivo de la fisonomía: importa conocerlos, porque aunque aparentemente inofensivos, suelen producir malas consecuencias; i si bien hai casos en que los cuidados de la hijiene no alcanzan a prevenirlos, en otros el mas sencillo tratamiento remedia el mal o al ménos lo minora considerablemente. La repeticion de las afecciones catarrales engruesa i desmejora la piel, i como éstas son síntomas de linfatismo, si no de escrófula, i demandan un tratamiento hijiénico especial, es oportuno consultar al médico. Debe decirse lo mismo de las erisipelas de que adolecen ciertas jóvenes; porque estas afecciones aunque no mui graves, forman en la piel ciertas asperezas mui ingratas a la vista, particularmente cuando se repiten a menudo, i se fijan de preferencia en las cercanías de la nariz. La vida sedentaria, la frialdad habitual de los piés, el desarreglo de las funciones intestinales, producen coloraciones fluxionales en el rostro, sarpullidos i barros. Las pecas pueden curarse cuando proviene de turbaciones dijestivas habituales; pero no cuando dependen de una disposicion hereditaria o innata, o de algun vicio de coloracion en la piel. En este último caso conviene recurrir a los cosméticos inofensivos, como la leche virjinál (que es el agua enblanquecida con tintura de benjuí) rechazando los que esplota el charlatanismo, que tienen el doble inconveniente de no servir para el objeto a que se les destina i de contener algunas sustancias tóxicas: citaremos entre muchas otras la leche antefélica, que se compone de plomo, sublimado i alcanfor. Interesa, tanto a la piel como a la bolsa, escapar a estos lazos que tienden los perfumistas, i en que la credulidad maternal suele caer.

II. Entre las enfermedades que mercancaban la belleza, ninguna hai que inspire tanto i tan justo temor como la viruela,

pues no solo ataca directamente la vista i amenaza la vida sino que deja en el rostro las repugnantes e indelebles huellas de su paso. Afortunadamente podemos hoi librarnos de ella merced a la vacunacion: procedimiento sencillo, que las madres de familia deben apreciar en el doble punto de vista de la belleza i de la vida, i guardarse de dar crédito a las infundadas aseveraciones con que últimamente se ha pretendido desprestijiarlo. Penetradas de la utilidad de la vacuna, i sabedoras de lo poco peligrosa que es la operacion, deben recurrir, cuando sea menester, a la revacunacion a fin de disminuir en lo posible las probabilidades de que ataque a sus hijas el terrible azote de la viruela.

Confio en que los pormenores en que voi a entrar, encaminados a disipar temores quiméricos, no se considerarán como una digresion inútil.

No pretendo historiar el orijen de la vacuna ni sus sucesivas aplicaciones, sino señalar a las madres de familia los males a que esponen a sus hijas, prestando oido a los modernos ataques contra la vacuna, los cuales, por especiosos que sean, en nada minoran el mérito del mayor de los beneficios que el jenio de la observacion ha hecho a la humanidad. Cuando el espíritu de paradoja ataca doctrinas puramente especulativas, no hai inconveniente en confiar al tiempo la decision definitiva de la disputa; pero no sucede lo mismo cuando se trata de cosas reales, tan importantes como la que ahora nos ocupa; i tan cierto es esto, que el descrédito temporal de la vacuna causaria mas males que el alcoholismo o el fusil de aguja.

Hasta las madres de familia habrá llegado sin duda el eco del acalorado debate sobre la utilidad o inconveniencia de la aplicacion de la vacuna, i muchas de ellas habrán oido repetir que ésta hace pagar caro sus beneficios; i aunque es verdad que libra de la viruela, predispone a la fiebre tifoidea, a la escarlatina, a la tisis pulmonar i al sarampion. Esto me mueve a indicarles que se guarden de dar crédito a estas especiosas inculpaciones, pues mil hechos de la vida moderna esplican satisfactoriamente el aumento de estas enfermedades, i no hai razon para atribuirlo a la vacuna, cuya influencia perniciosa no está demostrada por ningun hecho. El aumento de la lonjevidad, la conservacion de la belleza, la diminucion de la ceguera, son beneficios que debemos a la vacuna i que no tenemos que pagarle, a precio de la vida, como erradamente se pretende. Aprovechémonos de ellos i no nos dejemos arrastrar por temores positivamente quiméricos.

Hai respecto de la vacuna ciertos errores que conviene destruir: hablaré primero del que consiste en retardar la vacunacion hasta cierta edad. No hai a la verdad inconveniente en aguardar a los cinco o seis meses para practicar la operacion, cuando no reina la viruela, pero deberá verificarse desde que ocurra algun caso en el lugar en que se habita o en sus inmediaciones. Conviene no vacunar a los niños durante la denticion, porque las turbaciones de la economía que causa la vacunacion, aunadas con las que la denticion acarrea, podrian orijinar algun accidente grave. La edad mas apropiada para la inoculacion de la vacuna es la de cinco o seis meses (cuando la aparicion de la viruela no exija que se verifique ántes,) i en las condiciones ordinarias siempre puede inocularse un mes o dos ántes de la salida de los primeros incisivos. M. Husson vacunó a sus dos hijos poco despues de nacidos i obtuvo buenas pústulas; de manera que el temor de que la insercion de la vacuna en tan temprana edad ocasione graves indisposiciones, es puramente quimérico, i no es prudente oponerlo al médico que en vista de la inminencia del peligro aconseja la vacunacion. El observador arriba citado asevera que pasada la edad de dos meses, de cincuenta vacunaciones una es ineficaz, i que ántes de esa edad los casos de ineficacia son mas raros; razon de mas para no retardar la inoculacion hasta que exista la viruela, i para que las madres hagan vacunar a sus hijas a la aproximacion de la epidemia, tengan la edad que tuvieren.

Las aseveraciones que atribuyen a la vacuna la dejeneracion de la especie humana i el haber apénas trocado las causas de mortalidad, no se apoyan en ninguna razon sólida pero la inoculacion mal hecha puede causar graves indisposiciones i aun la muerte, como lo patentizan varios hechos ocurridos últimamente. Infiérese de ahí cuánto es el cuidado que debe tenerse en la eleccion de la vacuna, i en la de la persona que ha de inocularla. La operacion, hecha como se debe, es utilísima i nunca peligrosa; pero no puede hacerla

bien sino el médico que conoce el orijen de la vacuna que va a inocular, por haberla recojido él mismo, o recibidola de persona en quien confía. Es sensible que la inoculacion de la vacuna esté, por lo jeneral, a cargo de curanderas que carecen de medios para distinguir la buena de la que no lo es; pues la decision de este punto importante requiere un delicadísimo juicio médico.

Es preferible la vacuna tomada de una pústula humana, no solo porque hai mas probabilidades de obtener buen resultado empleando la *linfa vica*, sino (i esto es lo mas importante) porque teniendo a la vista la procedencia del pus vacunal se puede estudiar su naturaleza mejor i mas fácilmente.

Las madres encarecen mucho la importancia del estado de salud del niño de quien procede la vacuna que ha de inocularse a los suyos, i exijen no solo que esté sano sino tambien que tenga buena apariencia. Hubo un tiempo en que estas exijencias causaban risa, en que se aseveraba que la vacuna siempre era vacuna i que lo importante era obtenerla i no adquirir su orijen; i yo, que tambien las combatí i me burlé de ellas, hoi, ilustrado por la esperiencia, las respeto. A la verdad las madres exajeran mucho a este respecto, porque un niño de mediana apariencia puede producir excelente pus vacunal; pero es menester desconfiar del que procede de niños enfermos, particularmente si adolecen de enfermedades contajiosas; i como el saber si éstas existen o no, es cosa difícil porque las apariencias engañan i las señales indicantes de la existencia de la mayor parte de las enfermedades son equívocas i de no fácil apreciacion, conviene consultar en tales casos un médico esperimentado. Esto patentiza que no es prudente servirse de una vacuna cuyo orijen se ignora, a no ser que la haya recojido el mismo médico que la ofrece.

Se han hecho últimamente varios ensayos que demuestran: 1.° que el pus vacunal recojido en terneras inoculadas al efecto, es tan eficaz como el vaccino ordinario; i 2.° que este pus inoculado en una sola incision produce varias pústulas, i que éstas son mas grandes que las producidas por la vacuna ordinaria. Parece que estos hechos acreditan la mayor actividad fisiolójica de la vacuna animal, i quién sabe si la mayor enerjía de su poder conservador. Convendria crear establecimientos que tuviesen por objeto conservar la vacuna inoculándola sucesivamente en terneras, para suministrarla luego a las familias. No insisto en el particular porque el recojer la vacuna i el inocularla no son asuntos de las madres sino de los médicos.

Fué creencia jeneralmente admitida la de que la eficacia del poder preservador de la vacuna era absoluta, o sea la de que estaba completamente a cubierto de la viruela aquél a quien se habia inoculado el pus vacunal; pero varios hechos recientes demuestran irrecusablemente que la eficacia de aquel poder va menguando con el tiempo; de ahí la necesidad de la revacunacion. La edad mas conveniente para verificarla es la de diez a doce años. Si la revacunacion no produce pústulas, es señal de que conserva su poder el primer pus inoculado; si las produce, es claro que éste ha perdido su eficacia i que la viruela habria encontrado indefensa la economía: de manera que la revacunacion es útil en ámbos casos. Parece casi innecesario advertir que en la eleccion del pus vacunal que ha de emplearse en esta segunda inoculacion, deben tenerse todas las precauciones que dejo apuntadas, porque siendo iguales los peligros en uno i otro caso, deben serlo tambien las medidas que se tomen para evitarlos.

Poco se cuidan las madres de averiguar si los criados que reciben en la casa están o no vacunados, quizá por no haber reflexionado a qué peligro espone a sus hijos semejante descuido. ¡Cuántas veces esta imprevision, en apariencia poco importante, ha causado la desaparicion de una familia! Permítaseme, pues, insinuar que convendria en sumo grado obligar a los criados en quienes no se noten cicatrices de vacunacion, el hacerse vacunar como condicion de su entrada en la casa. Esta es una medida exijida por la necesidad de proveer a la seguridad comun.

¡Cuánto bien harian las mujeres inteligentes si, convencidas de lo poco peligrosa que es la inoculacion de la vacuna, practicada por un médico hábil, como del gran beneficio que reportaria la sociedad de que se estendiese su uso, se propusieran servirse de la elocuencia natural a su sexo i de su atractivo irresistible, para jeneralizar en torno suyo la vacunacion, procurando

al mismo tiempo destruir las muchas creencias erróneas que profesa el pueblo en el particular i que redundan en perjuicio de la salud de la comunidad! La limosna es una obra pia, i nada puede darse tan valioso como un buen consejo.

Pero, si por desgracia la viruela, burlando las mas sábias precauciones, como en casos escepcionales sucede, atacase a la vez la belleza i la salud de una jóven, le quedarian siempre a la madre muchos medios de disminuir las probabilidades de que la enfermedad le deje en el rostro feas e indelebles cicatrices; pero la tierna solicitud maternal necesita en este punto los consejos de la ciencia, no sea que por ignorancia haga un mal mayor que el que se propone evitar. Son tantos los medios que se han imajinado para evitar que las pústulas del rostro dejen cicatrices, que su misma multiplicidad está manifestando su impotencia. No conozco sino uno que merezca confianza, i es éste: llegada la época en que el color de las pústulas indica que contienen un líquido, se horada oblicuamente la epidérmis que las cubre, con una aguja gruesa u otro instrumento semejante, i se quita con una muselina fina el pus que va saliendo por la incision. Si las pústulas se llenan de nuevo se repite la operacion, i así sucesivamente. Conviene tambien bañar a menudo el rostro con aceite de almendras dulces, porque éste tiene la propiedad de disminuir la tension de la piel, i de quitar, o al ménos de minorar considerablemente la comezon. Esta desazona mucho a las niñas, i es menester evitar el que por minorarla se rasquen el rostro. Los medios coercitivos que las irritan no son siempre eficaces: lo son mas la incesante vijilancia de la madre i sus imperiosas i tiernas amonestaciones.

ESTE ES EL MUNDO.

LOLA.

¡Ai, qué lijeros corren
los verdes años!
¡Cuán pronto veinticinco
se van pasando,
sin un mal novio
a quien tender las redes
del matrimonio!

MARÍA.

¿De qué te quejas, Lola?
¿de qué te quejas?
No hai mas dichoso estado
que el de soltera.
Casada i viuda,
las horas he contado
por amarguras.

La madre que escuchaba
los dos suspiros,
aseguró la rueca,
retorció el lino,
dió vuelta al huso,
i murmuró entre dientes:
—*¡Este es el mundo!*

* * *

LOS COLORES.

SU POESÍA I SU FILOSOFÍA.

(Del *Catholic World* de Nueva York.)

Los tres colores primitivos, segun las últimas conclusiones de la ciencia son: *rojo, verde, azul.*

Oersted, en uno de los capítulos de su *Alma de la naturaleza,* nos da un sencillo diagrama para manifestar como se producen las combinaciones *complementarias* i *características* de los colores.

La figura es de esta manera. Trácese un círculo; divídase su circunferencia en seis partes iguales; tírense radios del centro a cada uno de los seis puntos de division: resultarán seis sectores iguales; llénense éstos colores siguientes i en el órden en que los enunciamos: *verde, amarillo, violado, rojo, anaranjado* i *azul.*

Cada dos colores diametralmente opuestos en la figura, se complementan produciendo el blanco; de aquí se llaman colores con los complementarios, rojo i verde; naranjado i azul; amarillo i violado. Estos son armónicos.

Dos colores entre los cuales no haya sino otro intermedio, constituyen combinaciones características de color, segun la espresion

de Gœthe, v.g.: rojo i amarillo; amarillo i azul; azul i rojo; i son las combinaciones mas usadas en los uniformes.

En cuanto al simbolismo de los colores, Oersted hace la siguiente enumeracion:

El blanco es el tipo propio de la *inocencia*: la pureza de la nieve i de las nubes de verano, i demas cosas análogas a la naturaleza, sujieren i confirman esa significacion.

El negro que, como la ausencia de la luz, denota pérdida de poder vivificador, como al anochecer, circunstancia que puede reforzarse considerando la tristeza i desolacion que infunde en el ánimo una nube de tempestad, el negro, decimos, es por esto el apropiada al luto. El rojo es el color del amor, por el tinte de la sangre, a lo que se agrega la idea de corazon, calor e intensidad de vida que ese color sujiere. E amarillo denota falsía, pues recuerda brillos falaces, i tambien por ser el color que al perder su pureza, mas pronto se hace ingrato a la vista. El verde simboliza esperanza por ser el verde de la primavera, anuncio seguro de las fruiciones del estío. «Si consideramos, por otro lado,» dice Oersted, «la satisfaccion con que la vista descansa en ese color, deberiamos llamarlo de «la confianza.» «El azul,» agrega, se considera como el color de la fidelidad;» pero ya que fé, esperanza i amor van tan amenudos hermanados en el discurso, i ya que los dos últimos tienen ámbos su color simbólico, no hai dificultad en afirmar que alguno de los colores corresponde privativamente a aquella noble cualidad. Es evidente que el azul, por denotar distancia, vacuidad o vacío de materia, es apropiado por lo inmaterial para simbolizar fé. Es así mismo el color del cielo: cosa que aleja la consideracion de todo objeto terrenal. Añádase a lo dicho lo naturalmente que la vista descansa en lo azul, i la circunstancia de ser éste de todos los colores el ménos espléndido,—con escepcion del violado, que, siempre que no se mezcle con el rojo (verdadero violado de la luz en este caso) es tan débil i tiene en sí tan poca fuerza que apénas se hace cuenta de él.

Gœthe dice que el azul es una *onegacion estimulante.*» Por las ciencias naturales sabemos que el azul cuando va unido al violado se refleja siempre que la luz pasa por un espacio ménos lleno, es decir, por un vacío, i de aquí la espresion de Gœthe. El violado i el azul indican tambien oscuridad, pues son los colores que ménos luz contienen, i los pigmentos que representan se convierten mas fácilmente en negro.

La fé, que de enmedio de la oscuridad i de las sombras de la muerte alza a mirar al magnífico sol de justicia, puede, no sin razon considerarse como figura de la «negacion estimulante» de que habla el poeta.

Así, pues, los tres colores primitivos, azul, verde i rojo, representan la triada de las Gracias Cristianas, las virtudes cardinales de la vida Cristiana, es decir, Fé, Esperanza i Caridad o amor.

Dejando a un lado la poesía de los colores, veamos ahora el lugar i funciones que les corresponden en la miriada de formas del mundo orgánico. Se ha preguntado: ¿las diferentes tintas prodigadas por la naturaleza en la flor i el arbusto, i en el vistoso plumaje de las aves, están únicamente destinadas a recrear la vista humana i a solazar el sentimiento artístico? ¿o habrá alguna causa final mas profunda i sutil en medio de esa seductora pompa, fuera del placer que proporciona a la mente humana, i que se refiera solo al perfeccionamiento i preservacion del organismo mismo?

En sentido afirmativo satisface a esta pregunta un siglo como el nuestro, esencialmente práctico; i los descubrimientos de Darwin, Wallace i otros, abren cada dia nuevos horizontes en este interesante campo de investigacion.

Fué Darwin quien primero estableció el hecho de que los vivos matices de las flores tienen por objeto atraer insectos para llevar a efecto su desenvolvimiento, i deduce la regla jeneral de que todas las flores fertilizadas por el viento son de colores apagados o inconspicuos. En el reino animal el principio de asimilacion modifica el colorido, de conformidad con la naturaleza circundante, la cual es, por consiguiente, eminentemente protectora.

El leon que habita en el desierto es del color de la arena, tanto que a corta distancia casi no se le distingue. El leopardo vive en juncales i las rayas verticales de su cuerpo armonizan admirablemente con las formas semejantes de su enmarañada vivienda, que de ese modo, le ocultan completamente a la vista.

En las rejiones árticas predomina el co-

lor blanco i allí reinan nieves perpétuas; de aquí, que osos *blancos* solo se hallen en esa rejion del globo.

El hecho curioso de que entre las aves la hembra es de color neutro i opaco, miéntras que el macho monopoliza los colores vivos, se esplica por el principio de los colores protectores, puesto que la hembras necesita de la oscuridad que le proporciona su sobrio plumaje.

En los casos en que sufre escepcion esta regla, la proteccion se efectúa de alguna otra manera. I esto nos trae al capítulo de los *nidos de los pájaros*.

Wallace, en un artículo sobre la teoría de los nidos de las aves, los divide en dos clases: aquéllos en que los huevos son protejidos por la forma o posicion del nido, i aquéllos en que se descubren a la vista. Luego establece la lei siguiente: «Que, cuando ámbos sexos son de colores que impresionan por lo alegres i realzados, el nido es de la primera clase,—es decir, adecuado a esconder al ave que allí mora; miéntras que, siempre que ocurre un contraste notable de colores, siendo el macho gayo i conspicuo, i la hembra parda i oscura, el nido es abierto i el ave echada queda espuesta a la vista».

Relacionado con el asunto de los colores protectores, el fenómeno de *mimica* no es el ménos curioso. Wallace aduce varios ejemplos de mariposas, polillas, culebras, etc., en que el colorido de familias protejidas aparece imitado por débiles i no protejidas que en ninguna manera les son conexionadas. Una grande i vivamente coloreada mariposa, la *heliconidæ* de Sur América, que está protejida por una propiedad que posee i que la hace ingrata al gusto, i por lo mismo inmune respecto de la aves devora-insectos, está imitada por una familia inferior i espuesta a ser devorada, la cual se le parece tanto, que sus enemigos no aciertan a distinguirla de aquella otra familia. De esta manera se halla protejida i en capacidad de perpetuarse por el color prestado que toma a su segura i poderosa vecina.

La *coral* que aparece entre las serpientes venenosas, es otro ejemplo que manifiesta la proteccion que ofrece la mimica a una culebra inofensiva que sin eso no podria defenderse. La coral i las especies que copian su colorido se hallan solo en la América tropical i se distinguen por ser las únicas culebras marcadas indistintamente con anillos carmesies, negros i amarillos.

EL HOMBRE FELIZ.

CUENTO POPULAR.

I.

Los pocos autores que se ocupan del gobierno de la China están contestes en asegurar, que sus emperadores son malos casi todos, o todos sin casi. Semejante hecho, que sorprende en el primer momento, se esplica mui fácil i mui satisfactoriamente, recordando, que siempre que el hombre es dueño de hacer lo que se le antoja sin mas barrera que su propia conciencia, prescindiendo de ésta, suele antojársele realizar actos censurables. Esto prueba, entre otras muchas cosas, que el hombre, ademas del de la conciencia, necesita otros frenos. Sea de ello lo que se quiera, es lo cierto si no mienten las historias, que los emperadores de China son detestables i que uno bueno es cosa del otro mundo. Adviértase, que lo que en aquellas tierras se llama un buen emperador, no lo querriamos nosotros, a pesar de nuestros defectillos, ni regalado que nos lo dieran. Aquí no tendriamos reparo alguno en calificarlo de pésimo. Pero en China, con todo i ser un pais inculto i bárbaro, se reflexiona de distinto modo, i al ménos malo que los otros le llaman bueno, i cuando llegan a poseer uno que tal calificativo merezca, le quieren i le consideran, i le miman, i dándole todos los gustos posibles, procuran por todos los medios que están a su alcance, prolongar los dias de su vida.

Sucedió, pues, que el emperador que gobernaba la China en la época en que empieza este cuento enfermó de tanta gravedad, que los médicos de cámara, despues de muchas observaciones i no pocas consultas, declararon incurable la dolencia i desahuciado el rejio enfermo. El tiempo se encargó de demostrar que los médicos no se habian equivocado, pues el emperador cerró el ojo pocos dias despues, ni mas ni ménos que uno cualquiera de sus vasallos con la única diferencia que muchos de estos mueren en una mala cama i rodeados de miserias, al paso que aquel espiró entre

cortinajes de seda i rodeado de esplendidez. El hecho capital es que lo mismo los emperadores que los vasallos mueren cuando ménos lo esperan.

Como que el difunto emperador era de lo mas malo que habian conocido los chinos, éstos, aunque no lo demostraron ostensiblemente, cosa que les está prohibida, se pusieron mas alegres que unas pascuas con su muerte. Dos razones tenian para estarlo; la primera era el mal gobierno del emperador difunto, la segunda las consoladoras i fundadas esperanzas que habia hecho concebir el futuro sucesor al trono. Subió finalmente aquél a éste, i fueron de ver los públicos regocijos con que se solemnizó tan fausto acontecimiento. No faltaron colgaduras en los balcones por el dia; iluminaciones por la noche, músicas, cantos, bailes i grupo de curiosos, asi de noche como de dia. Para dar una idea cabal de la alegria que en todos los ánimos reinaba, bastará decir que los ancianos del celeste imperio confesaron, que en todos los años de su vida no habian presenciado nada semejante; confesion de sumo valor i de mucho peso, teniendo en cuenta que los viejos de todos los paises dan siempre en la estraña mania de no encontrar bueno mas que lo que se hacia i se acostumbraba en los tiempos de sus mocedades.

Los chinos no vieron defraudadas sus esperanzas; pues el nuevo emperador salió de lo mejorcito que en aquellas lejanas tierras se conoce. El hombre para ser bueno no necesita hacer grandes esfuerzos, i el jóven soberano tuvo que hacer ménos que un particular cualquiera, pues, segun dejamos dicho, los chinos léjos de ser exijentes, se contentan con poco. Con cobrar algunas contribuciones ménos de las que cobraban sus antecesores; con no escojer, a diferencia de sus abuelos, mandarines descorazonados, i con no mandar apalear a tantos i matar ménos de los que aquéllos solian, andaban los súbditos frotándose las manos de satisfaccion i haciéndose lenguas en alabanzas de su emperador. El pais prosperaba que era un gusto; todos los ramos de industria se desarrollaban de una manera sorprendente, i como el soberano, a fuer de bueno i justo, detestaba las guerras que a nada mas conducen que a la ruina del Estado, o al despotismo del jefe supremo, marchaban las cosas tan en popa, que no faltó alguna cabeza caliente que pensara en un imperio universal, cuyo centro fuera Pekin. Por fortuna esta locura, que sale a relucir siempre que un pais alcanza un grado de prosperidad mas alto de lo acostumbrado, no pasó mas allá del estrecho círculo de unos cuantos ilusos; i la nacion se vió libre de las consecuencias fatales que siempre llevan en sí semejantes proyectos. A nadie se le antojó meter al al nuevo emperador en tales maquinaciones, i él se contentó durante toda su vida con serlo simplemente de la China, que, a decir verdad, no es un grano de anis. No hubo, es cierto, grandes batallas que ganar, ni soberbios triunfos que celebrar; pero hubo en cambio mucha paz, mucha tranquilidad, pocas lágrimas derramadas, ninguna sangre vertida, i no se contaron otros huérfanos que aquéllos que la muerte natural se encargó de hacer tales.

Entre unas i otras de estas cosas, nosotros, salvo mejor parecer, estamos por las últimas; i como nosotros debian pensar los chinos de aquel entónces, pues querian entrañablemente a su emperador; andaban siempre solícitos por complacerlo en todo i por evitarle disgustos, con el mui santo objeto de que no esperimentara su interesante salud quebrantamiento alguno. I a fé que bien necesitaba él de éstas i toda clase de consideraciones; porque desgraciadamente la enfermedad de que habia muerto el anterior monarca, era de las que se trasmiten de padres a hijos, con lo cual dicho se está que el jóven emperador no tenia una de las constituciones mas robustas i que siempre, por el contrario, estaba delicado i enfermizo.

II.

Las enfermedades hereditarias, apesar de toda la ciencia de los médicos i contra el inmenso número de preceptos hijiénicos, suelen siempre hacer lo que les da la gana, i desgraciamente para la humanidad, suele darles la gana de no dejar libres de su tributo a uno solo de los miembros de la familia en que aparecen. Esto es lo jeneral, sin que nosotros pretendamos decir que no tenga sus escepciones, que ojalá fueran mas numerosas i frecuentes de lo que en realidad lo son. Diremos si, i lo diremos sin restriccion alguna, que la mala estrella de los chinos quiso que su jóven i excelente emperador no fuese una de las sobredichas. El padre, juntamente con la corona, habia legado a su hijo la enferme-

dad, causa de su muerte. Por algun tiempo aquélla habia permanecido latente i hasta cierto punto inactiva, o dando a lo ménos mui débiles i pequeñas muestras de su existencia. Ya estaba próximo el soberano a cumplir aquel número de años, que como barrera a ciertas enfermedades trasmisibles señalan algunos prácticos desmentidos no pocas veces por la esperiencia, sin que, con gran contentamiento de todos, esperimentara otras novedades que las mui lijeras que desde niño sentia. Ya todos los súbditos del celeste imperio preparaban otras fiestas tan lucidas como las que tuvieron lugar para la coronacion del monarca; i ya mui horondos i mui huecos los médicos, pensaban declarar a la faz del mundo, por medio de un aforismo, que pasado tal número de años, tal enfermedad hereditaria no debia inspirar recelo alguno; cuando a aquélla se le antojó despertar de su apatia i hacer del cuerpo del emperador su campo de batalla: es decir, su campo de destruccion.

Las incomodidades, hasta entónces lijeras o inofensivas, empezaron a adquirir un prodijioso desarrollo. A la magrura se fueron uniendo sucesivamente la tos, la respiracion frecuente i trabajosa, la fiebre, las traspiraciones copiosas i demas síntomas, que, adquiriendo cada dia mayores medros, dieron finalmente con el emperador en el lecho. Lo que meditaron los médicos, lo que estudiaron, lo que combinaron i probaron solo ellos i Dios lo saben. Pero todo era inútil. La enfermedad hacia progresos sin que nada fuera bastante a contrarestarlos; el rejio paciente se iba debilitando de un modo harto notable i los sabios doctores empezaban a dudar de la eficacia de sus recursos. I cuidado que la China tiene fama de abundar en sustancias medicamentosas, i no medicamentosas como quiera, sino de una actividad i eficacia admirables. Pero, no hai que darle vueltas; cuando la muerte dice: *a este me llevo*, no valen un comino todas las sustancias i, todos los médicos del mundo; se lo lleva, i *laus Deo*. Resolviéronse, en fin, los de la China a declararse impotentes para el caso, dando por desahuciado al enfermo; i como entónces, por no haber aun pensado en nacer Boerhaave, no quedaba el recurso de echar mano del célebre sobrescrito: «A Boerhaave en Europa;» pero si, el de usar los pretendidos conocimientos de un curandero que en aquella sazon estaba mui en boga en Pekin, a él acudieron la familia real i los altos dignatarios, dando por un momento crédito a las maravillas que de su ciencia se contaban. Fué llamado éste, i con mas vanidad i prosopopeya que todos los médicos habidos i por haber, penetró en la rejia estancia, contoneándose que era un gusto i mirando por encima del hombro a los facultativos de cámara, que cariacontecidos i malhumorados en una de las antecámaras se hallaban. Acercóse al lecho, tosió, tomó el pulso, hizo varias preguntas, frunció el entrecejo i con igual continente, i por donde habia entrado, salióse hasta llegar a una de las salas inmediatas, donde le esperaban los altos dignatarios para saber cuál era su opinion i cuáles las medidas que habian de tomarse.

—I bien, señor facultativo,—preguntóle uno de ellos apénas llegó al susodicho lugar el curandero, que oyéndose tratar de señor i facultativo, creció sin exajeracion un palmo en ménos de un segundo.—¿Qué juicio ha formado Ud. de la enfermedad?

—No procediera yo como filósofo—repuso el interpelado—si no declarase desde luego que S. M. I. se encuentra sumamente grave. Los que hasta ahora le han asistido han dejado tomar pié i desarrollo a la enfermedad.

M. C.

(Concluirá).

Contenido de este número.

I.—Los demonios, continuacion, por J. Collin de Plancy, páj. 321.
II.—En el mundo, poesía, por Rómulo Valenzuela, páj. 325.
III.—Hijiene, propiedad alimenticia de la coca, por C. Gazeau, páj. 325.
IV.—La ventanera, fábula, por C. P., páj. 329.
V.—Hijiene de la educacion física de las niñas, conclusion, páj. 329.
VI.—¡Este es el mundo! poesía, por "", páj. 332.
VII.—Los colores, su poesía i su filosofía, páj. 332.
VIII.—El hombre feliz, cuento popular, por M. C., páj. 334.

IMPRENTA DE «EL INDEPENDIENTE.»
Calle de la Compañía núm. 102.

LA ESTRELLA DE CHILE.

AÑO V. Santiago, marzo 3 de 1872. Núm. 231.

UN EJEMPLO QUE IMITAR.

Hemos recibido últimamente del Ecuador un folleto de 30 pájinas que tiene por título: «*Programa de las materias que se enseñan en la Escuela politécnica establecida en Quito a 3 de octubre de 1870 i aplicacion de las mismas a las distintas carreras profesionales, bajo la direccion de los P. P. de la Compañia de Jesus.*»

La lectura de este programa nos ha sujerido algunas reflexiones que, a título de oportunas i con la esperanza de que puedan ser útiles, vamos a consignar aquí.

En una corta advertencia se nos revelan las consideraciones que tuvo presente el congreso del Ecuador para trasformar en Escuela politécnica la antigua Academia que existia en la capital de la república. Lo que aquel gobierno quiso fué trasformar la enseñanza, dándole un carácter de aplicacion inmediata i esencialmente práctico, iniciando a la juventud en todos aquellos conocimientos que mas tarde pudieran servirle para satisfacer las necesidades de la vida i para contribuir al progreso i prosperidad de la patria.

Esta reforma, la mas atrevida i trascendental que a nuestro juicio, en materia de enseñanza, se ha realizado en Sur América, merece ser considerada atentamente, porque ella es la primera piedra que se desprende del templo en que se tributa culto al empirismo aristotélico, templo que debe caer porque el dios a que está dedicado, como los dioses del paganismo, yace sordo, ciego i mudo en medio de las necesidades, de los intereses i de las preocupaciones del siglo XIX.

El sistema de enseñanza que ha dominado i prevalece aun en todas las repúblicas hispano americanas, es el mismo sistema que nos dejó España, quien a su vez no pudo dejarnos sino el que ella misma tenia, modelado segun las ideas de la edad-media i calculado para las necesidades de aquella época. Sin duda que ese sistema tuvo su edad de oro i sus dorados frutos i que no seria justo ni anatematizarlo ni desdeñarlo. Si en los últimos tiempo ha sido la roca de Sisifo en que muchas jeneraciones han malgastado sus fuerzas, culpa es de los que se empecinaron en decretarle la inmortalidad para la que no habia sido creado; no del sistema, ni mucho ménos de aquéllos que habiéndolo, ideado para satisfacer las necesidades que esperimentaban, dijeron tácitamente a la posteridad: Haced otro tanto!

Pero no se pensó en imitar su conducta, sino en inmortalizar su obra; i así i solo así se esplica que demos hoi al latin la misma importancia que se le daba cuando ese idioma era el idioma corriente de la ciencia; i así se esplica que estemos estudiando la naturaleza, mas o ménos como Aristóteles acostumbraba estudiarla, desde su gabinete, espuestos a creer como él que los ratones nacen espontáneamente de la tierra; i así se esplica todavía que hoi se arme al creyente contra enemigos imajinarios, dándole la solucion de objeciones que nadie ha de ponerle en esta época en que las herejías han pasado de moda porque la fé se va debilitando, miéntras que se le deja indefenso contra las embestidas de los políticos, de los economistas, de los químicos, de los astrónomos, de los naturalistas, de los socialistas i de las innumerables huestes que, arrojando las antiguas armas que habian sacado del arsenal de la erudicion bíblica, o de las sutilezas de la escolástica, se presentan amenazadores con las que creen descubrir en las ciencias sociales, físicas i exactas.

Andamos en el mundo de los vivos preocupados esclusivamente de los muertos: hablamos su idioma, conocemos sus hechos, sus ideas i sus sentimientos, de tal suerte que cuando bajamos de la esfera de lo convencional i de lo fantástico al mundo de las realidades, nos encontramos tan perdidos, tan desorientados, tan ciegos e incapaces como si acabáramos de caer de la luna.

En cierta sesion del año ánterior uno de

los mas hábiles e ilustrados representantes denunciaba en la Cámara de diputados, no sin cierta amargura contra la sociedad, el hecho inaudito de que algunos abogados, faltos de pleitos, no ganaban con su profesion ni lo necesario para mandar a la plaza ¡i concluia pidiendo que se hiciese mas corta i fácil la carrera del foro!

Habiéndole interrumpido nosotros para hacerle notar que lo único que el hecho probaba era la viciosa direccion de la enseñanza i la necesidad de trasformarla, para que cada cual estuviese en aptitud de trajinar su sopa, nos replicó verdaderamente escandalizado: ¿Acaso la sopa es lo primero i solo de pan vive el hombre?

¡Ah! sí, desgraciadamente para nuestro orgullo, pésele a quien le pese, la sopa es lo primero, i toda enseñanza que no contenga por lo ménos lo estrictamente necesario para que los que la reciban puedan trajinar su sopa, es una enseñanza de visionarios, incapaz de formar hombres aptos para bastarse a sí mismos, buena solo para formar parásitos i sanguijuelas del cuerpo social.

¡Ah! sí! indudablemente no solo de pan vive el hombre; pero si el pan no le basta, el pan es una condicion indispensable de su vida, i nadie en la tierra puede vivir de la vida del espíritu si no sabe industriarse para vivir de la vida dél cuerpo.

Es fácil desdeñar estas cuestiones de cocina desde la altura del poder, desde el pináculo de la gloria, al traves de los esplendores de la riqueza; pero la humanidad no las desdeña, porque aun cuando quisiera desdeñarlas, ellasse le impondrian mediante el mas brutal, pero al mismo tiempo el mas inflexible de los apremios—mediante el apremio del hambre.

Por otra parte si es natural i justo que el individuo busque en la enseñanza medios para ganar por sí mismo su subsistencia, el Estado tiene un interes inmediato i vivísimo en proporcionar esos medios al mayor número posible de ciudadanos. La riqueza del Estado es un resultado necesario de la riqueza de los individuos i todo cuanto se haga por aumentar el poder productivo de éstos se hace al mismo tiempo por la prosperidad de aquél.

A la luz de estas reflexiones nuestro sistema actual de enseñanza es mas que un anacronismo, un verdadero contrasentido. En vez de empezar por lo indispensable comienza por lo conveniente; i ántes de adiestrar a los jóvenes para la batalla de la vida se empeña en ejércitar su sensibilidad para que puedan gozar de las dulzuras de la victoria.

Así llega un niño a ser hombre sin tener con que mandar a la plaza, despues de diez o de quince años de trabajo. Así tiene su esplicacion la desgarradora escena, no mui antigua, i por desgracia histórica que poco ha presenciamos, de un infeliz jóven que, tirado sobre unos cuantos andrajos, se moria de miseria despues de haber concluido sus humanidades i de haber cursado los primeros cuatro años de derecho. Sus conocimientos esclusivamente literarios no le sirvieron mas que para hacer mas profundo su desaliento i mas horrible su miseria.

Semejantes estremos son raros; pero lo usual es que el jóven recien salido del colejio se halla en medio del comercio, de la la industria, de la agricultura, como pudiera un pez de doradas escamas, un dia de verano, en un potrero de alfalfa.

Pedro, que corta su carrera despues de haber concluido su filosofía, se va a sembrar papas; lo que no impide que el mas ignorante de los huasos sepa sembrarlas i cosecharlas mejor que él.

Juan corta la suya vencido por el Código civil; vuelve su vista hácia la mineria; pero ¿sabe acaso distinguir el cobre del oro i el plomo de la plata?

Antonio, con algunos recursos para ir mas léjos, llega hasta la práctica: tiene una familia numerosa que mantener i quisiera consagrar a la industria su trabajo; pero ¿qué ha de darle la industria sino sabe como se compone ni la tinta con que ha escrito millares de pájinas?

Recórrase el pais de un estremo a otro i en todos los ramos de la actividad humana se encontrará millares de personas que, despues de haber gastado la juventud en adquirir nociones que han olvidado al salir del colejio porque no han tenido para qué practicarlas, pasan la vida echando de ménos o adquiriendo a fuerza de trabajo algunos conocimientos que pudieron adquirir en la escuela fácilmente i en unas cuantas lecciones.

Ved ahí un pequeño propietario que supo en su tiempo relatar hasta los mas insignificantes incidentes de la guerra de Troya, i el número de persas i de griegos

que pelearon en Maraton, i la historia del anillo de Gijes i mil otras cosas por el estilo, i vive empeñado en formar un jardin debajo del parron de su huerta porque ignora la influencia que el sol tiene sobre los vejetales.

Ese otro que se compara a Ciceron por que tiene una verruga en la nariz, que despues de una abundante comida esclama: ¡he comido como un Heliogábalo! que llama Filipos a todos los tuertos, Demóstenes a todos los tartamudos, Homeros a todos los ciegos i Cervantes a todos los mancos, no sabe porqué se le estará secando el gran pino de Nueva Holanda que tiene en el patio. Para prevenir la catástrofe hace abrirle un pozo de una vara de diámetro entorno del tronco i lo riega tarde i mañana, hasta que, persuadido de la ineficacia del remedio, se resuelve a seguir el parecer de un vecino que le aconseja una poda radical i completa de todas las hojas, dejándole solo el tronco i el cogollo, con lo que el árbol en cuestion muere definitivamente. Todo a consecuencia de que el pino se marchitaba de seco i de que el erudito de su dueño no sospechaba siquiera que, nutriéndose los árboles por la estremidad de las raices, pueden tener constantemente el tronco bañado de agua i morirse de sed: i por que, ignorando tambien que las hojas son en las plantas algo mas que inútiles adornos, despojárlos de todas ellas es ponerlas en la neecesidad de morir.

En resúmen basta tener ojos para ver que el sistema actual de enseñanza, por no coincidir con la realidad de la vida, por no responder a las ideas i necesidades de la época, trae por consecuencia precisa un enorme desperdicio de fuerzas, tanto en los que dan la instruccion como en los que la reciben.

Una reforma que venga a hacer mas práctica i fecunda la enseñanza, que venga a hacerla congruente con las preocupaciones i las ideas dominantes, es indispensable si se quiere que ella dé al progreso del pais un impulso correspondiente a los sacrificios que le imponé.

Seria una ilusion creer que un cambio tan completo i trascendental pudiera verificarse fácilmente. Se oponen a él por una parte los intereses de las corporaciones o gremios que ven vinculado su prestijio a la mantencion del órden de cosas existente: se opone por otra parte la señora rutina, que no es otra cosa que la consagracion que los siglos dan aun a los mas perjudiciales errores. La rutina, que cuando no puede defender a sus protejidos los disculpa, i que encuentra cómplices aun en los hombres de mas despejada intelijencia, porque ésta se habitúa al fin a ver el absurdo sin repugnancia, como concluyen los ojos por contemplar sin disgusto hasta los mas grotescos trajes, adornos i peinados que nos impone la caprichosa moda.

Pero asi difícil como es la reforma se ha realizado en el Ecuador! bajo la inspiracion de los jesuitas!! i en obsequio de las ciencias naturales!!! Triple prodijio que nos apresuramos a señalar a aquéllos que se imajinan que nada repugna tanto a la Iglesia católica como el estudio de esas ciencias i que en la Iglesia nadie siente mas hondamente esa repugnancia que la Compañía de Jesus.

Se sabe que no somos los apolojistas de la política que domina en el Ecuador i que no la creemos ni exenta de reproches ni de peligros; pero cualesquiera que sean los estravíos del gobierno del señor García Moreno,—por lo demas perfectamente intencionado e inmensamente superior a cuantos gobiernos estaba en aptitud de soportar aquella república—la sostitucion de la Academia por la Escuela politécnica, es un grande acontecimiento que honra el patriotismo i la perspicacia de los que lo han realizado i que producirá abundantísimos frutos de prosperidad para aquel pais.

Merced a esa reforma, a los enjambres de doctores sin ocupacion conocida i con pretensiones exorbitantes que han dominado hasta ahora casi sin contrapeso en la mayor parte de las repúblicas hispano-americanas, llevando a las leyes, a la política, a la diplomacia i a la literatura cierto espíritu rutinero, sofístico, teórico i estrecho, sucederán enjambres de hombres capaces de crear la riqueza agrícola, industrial i artística, de hombres que llevarán a todos los ramos de la actividad humana ese espíritu observador, práctico i serio que es el distintivo de los que ejercitan su intelijencia en el aprendizaje o la enseñanza de las ciencias naturales i exactas.

Sentimos verdaderamente que la considerable estension del programa de las materias de enseñanza en la escuela politécnica no nos permita reproducirlo aquí. Bástenos decir que él nos ha parecido sabia-

mente calculado para lograr el fin que se ha tenido en mira; es decir para sacar de ese plantel todos los años intelijentes arquitectos, injenieros, mecánicos, farmacéuticos, industriales, agricultores, mineros, etc.

Lo que mas nos ha llamado la atencion, es la importancia inmensa que en el Plan de Estudios se atribuye a la Química. Puede decirse que ella dominará como soberana en la Escuela Politécnica. Se la estudiará en sus principios i casi en todas sus múltiples e importantisimas aplicaciones. Véase en prueba una descarnada enumeracion de los ramos referentes a esta ciencia que se cursarán en la Escuela:

Química inorgánica i Orgánica.
Química fisiolójica.
Zoolojía.
Química teórica.
Química aplicada a la construccion.
Química técnica universal.
Metalurjia química.
Química agrícola.
Química de los alimentos.
Química de las bebidas alcohólicas i de los irritantes narcóticos.
Química de la iluminacion i calefaccion.
Química analítica cualitativa.
Química analítica cuantitativa.
Análisis volumétrica.
Ensayos metalúrjicos químicos de los minerales metalíferos.
Análisis de los gases.
Análisis fisiolójica.
Ejercicios prácticos de la química analítica.
Ejercicios prácticos de la química técnica.

Nada mas fácil que encontrar la razon de esta grande estension dada al estudio de la Química. En efecto la Química puede llamarse la ciencia del siglo en que vivimos, por los inmensos progresos que en ella se han realizado i por las inumerables aplicaciones de que es susceptible.

¿Quién no necesita conocer la Química, siquiera bajo alguno de sus aspectos? El agricultor tropieza con ella en la preparacion de los terrenos, en el cultivo, en las siembras, en las cosechas si quiere conservarlas o preservarlas, el arquitecto en la composicion de los materiales i de las pinturas, el fabricante en todas sus operaciones, el farmacéutico en sus preparaciones, el médico en casi todas las enfermedades i los remedios, el minero en las sustancias que le sirven para la esplotacion i en la composicion de los minerales esplotados, el artista en los colores, en la luz i en casi todos los ingredientes i elementos de su arte.

Por eso es que la Química, que es segun nuestro actual sistema de enseñanza apénas la ciencia de uno que otro curioso debiera ser la ciencia de todos. En vez del triste i último papel que desempeña entre los demas ramos de humanidades debiera ocupar el primer puesto.

Cuando esto suceda, cuando juntamente con los conocimientos químicos se piense en dar a la juventud todos aquéllos que pueden serle necesarios, en vez de principiar como se principia por enseñarles ramos de adorno, de escasa aplicacion o de secundaria utilidad, entónces podremos decir que hemos encontrado el secreto de nuestro poder i de nuestra prosperidad. Antes no, porque no se progresa malgastando en futilezas el tiempo i el injenio, i porque ni es posible ganar la batalla de la vida sin haberse adiestrado ántes en el manejo de las armas con que será forzoso luchar, ni es posible tampoco sobreponerse a los obstáculos i apoderarse de las fuerzas de la naturaleza sin conocer ántes sus secretos.

Santiago, febrero 27 de 1872.

Zorobabel Rodriguez.

LA MAJIA.

(Traducido para *La Estrella de Chile*, por R. B. G.)

La majia es el arte de producir en la naturaleza cosas superiores al poder del hombre, con el ausilio de los demonios, o empleando ciertas ceremonias que la relijion prohibe. El que ejerce ese arte se llama mago. Se distingue la majia negra, la majia natural, la *cœlestialis*, que es la astrolojia judiciaria, i la *cœremonialis*. Esta última consiste en la invocacion de los demonios, a consecuencia de un pacto formal o tácito hecho con los poderes infernales.

Sus diversas ramas son la cábala, el encantamiento, el sortilejio, la evocacion de los muertos i de los espíritus maléficos, el descubrimiento de los tesoros ocultos i de los mas grandes secretos, la adivinacion, el don de profecía, el de curar con palabras májicas i con prácticas misteriosas las enfermedades mas porfiadas, de preservar de todos los males, de todos los peligros, por medio de amuletos i talismanes, etc., etc.

La majia natural, segun los demonógrafos, es el arte de conocer lo porvenir i producir efectos maravillosos por medios naturales, pero superiores al alcance comun de los hombres. La majia artificial es el arte de fascinar la vista i admirar a los espectadores, por medio de autómatas, o por escamoteos o por juegos de física. La majia blanca es el arte de ejecutar operaciones sorprendentes por la evocacion de los ánjeles buenos o simplemente con la destreza i sin ninguna evocacion. En el primer caso, se pretende que fué su inventor Salomon; en el segundo, la majia blanca es lo mismo que la majia natural, confundida con la majia artificial. La majia negra o diabólica, enseñada por el diablo i practicada bajo su influencia, es el arte de comerciar con los demonios, a consecuencia de un pacto hecho con ellos i de servirse de su ministerio para producir efectos sobrenaturales. De esta majia han sido acusados los que propiamente se llaman magos. Dícese que Cam fué su inventor, o mas bien, su conservador; porque Dios no envió el diluvio, dicen los demonómanos, sino para limpiar la tierra de los magos i brujos que la manchaban. Cam enseñó la majia a su hijo Misraim, que, por las grandes maravillas que operaba, fué llamado Zoroastro. Se ha dicho que compuso cien mil versos sobre ese asunto i que fué arrebatado por el diablo en presencia de sus discípulos.

En realidad la majia existe; i la Iglesia no ha podido engañarse considerándola como una apostasía i un enrolamiento en las falanjes de Satanas. No es necesario establecer aquí la verdad de los hechos referido en la Sagrada Escritura sobre la majia i los magos. Son negados solo por la mala fé de los incrédulos que niegan por sistema. Todos los pueblos han reconocido la existencia de la majia; i los mas fuertes de los espíritus fuertes no la negarán, si han visto alguno de los efectos del magnetismo. No hablamos aquí mas que de los hechos i no de la manera de interpretarlos. Digamos, sinembargo, que se ha atribuido a este arte negro muchos accidentes que no son obra de él. Consta que los escritores de los siglos pasados han prestado a los hechos májicos una credulidad mui lata. La majia, dicen, da a los que la poseen un poder al que nada se resiste; con un varillazo, con una palabra, con un signo, trastornan los elementos, cambian el órden inmutable de las cosas, entregan el mundo a los poderes infernales, desencadenan las tempestades, los vientos i las tormentas; en una palabra, lo pueden todo. Los magos i brujos, dice Vecker, van donde quieren i caminan sobre las aguas, como Oddon el pirata, que voltejeaba de un lado a otro en alta mar, sin esquife ni navío....

Cuéntase que un mago cortó la cabeza a un criado en presencia de varias personas a quienes queria divertir; sinembargo, cortaba esa cabeza con el propósito de volverla a su lugar; pero, miéntras se disponia a restablecerla en él, vió a otro mago que se obstinaba en estorbárselo, por mas que él le hacia súplicas; hizo nacer de repente un lirio sobre una mesa i habiéndole cortado la cabeza, su enemigo cayó por tierra sin cabeza i sin vida. En seguida, restableció la del criado i se escapó. Estos son cuentos, cuentos que, aunque recargan la historia, no la aniquilan.

Otro mago, en 1284, libertó a la ciudad de Hamela de las innumerables ratas que la infestaban; operó esa maravilla por medio de una flauta encantada cuyos sonidos atraian invenciblemente a las ratas. Pero, despues que prestó el mago ese servicio, los majistrados de Hamela le rehusaron la paga convenida. El se vengó por medio de otra flauta que, con sus vibraciones, arrastró a todos los niños de la ciudad; no se les vió mas i hai documentos que atestiguan que fueron trasportados a Transylvania. Los monumentos vienen en apoyo de este episodio, del que Gustavo Nieritz ha hecho un cuento de fantasía.

Mouchemberg va mas léjos. Cuenta las estrañas aventuras del mago Lexilis. Habiendo sido puesto este mago en prision por órden del soberano de Túnes (el hecho ha tenido lugar algun tiempo ántes del esplendor de Roma), sucedió una cosa mui estraña al hijo del carcelero de la prision de Lexilis. Este jóven acababa de ca-

sarse i los parientes celebraban las bodas fuera de la ciudad. Llegada la tarde, comenzaron a jugar a la pelota. Para tener las manos mas libres, el novio se sacó el anillo nupcial del dedo i lo puso en el de una estátua que habia allí cerca. Despues de haber jugado mucho, vuelve hácia la estátua, para recojer su anillo; pero la mano estaba cerrada i le fué imposible sacarlo. Este hecho se encuentra en varias leyendas de la edad media. El jóven no dijo nada de ese prodijio; pero, cuando todos hubieron entrado a la ciudad, volvió él solo a la estátua, encontró la mano abierta i estendida como ántes, pero el anillo no estaba ya allí. Este segundo prodijio lo llenó de sorpresa; con todo, fué a juntarse con su familia. Pero inútilmente quiso acercarse a su mujer. Un cuerpo sólido se colocaba delante de él. «A mí debes abrazarme, oyó al fin, puesto que hoi me has tomado por esposa: soi la estátua en cuyo dedo pusiste tu anillo.» El jóven esposo; asustado, reveló lo sucedido a sus parientes. Su padre le aconsejó que fuese a verse con Lexilis en su calabozo; i le dió la llave. El jóven marchó i encontró al mago dormido sobre la mesa. Despues de haber esperado mucho tiempo que despertase, le tiró suavemente el pié: el pié i la pierna se le quedaron en la mano....Lexilis, despertando entónces, dió un grito: la puerta del calabozo se cerró sola. El novio, temblando, se echó de rodillas a los piés del mago le pidió perdon de su torpeza e imploró su asistencia. El mago prometió desembarazarlo de la estátua con tal que lo pusiese en libertad. Cerrado el trato, el mago se pegó su pierna i salió. Cuando estuvo libre, Lexilis escribió una carta que entregó al jóven: «Véte, le dijo, a la encrucijada próxima en donde desembocan cuatro calles; espera de pié i en silencio lo que el azar te traiga. No estarás allí mucho tiempo sin ver pasar varios personajes, a caballo i a pié, jentil-hombres, etc.: unos armados, otros sin armas; tristes los unos, los otros alegres. Veas lo que veas i oigas lo que oigas, guárdate de hablar ni de moverte. En pos de esta carabana, vendrá un sujeto, de imponente talla, sentado en un carro; le entregarás esta carta, sin decir una palabra i sucederá todo lo que deseas.» El jóven hizo lo que se le habia prescrito i vió pasar un gran cortejo. El jefe de la comparsa venia atras, montado en un carro triunfal. Pasó delante del hijo del carcelero, i, echando sobre él miradas terribles, le preguntó cómo osaba hallarse allí a su paso. El jóven, muerto de miedo, tuvo, sinembargo, valor para estender el brazo i entregar la carta. El espíritu, reconociendo el sello, la leyó i esclamó al punto: «¡ah, Lexilis, ¿estarás mucho tiempo sobre la tierra?»....Un instante despues envió uno de los suyos a quitar el anillo del dedo de la estátua i el recien casado dejó de ser turbado por ella.

Entre tanto, el carcelero hizo anunciar al soberano de Túnes que Lexilis se habia escapado. Miéntras se le buscaba por todas partes, el mago entró al palacio, seguido de veinte doncellas hermosísimas que llevaban manjares esquisitos para el príncipe. Pero, aunque el rei confesó que jamas habia comido nada mejor, no por eso retiró la órden de arrestar a Lexilis. Los guardias, al querer arrestarlo, no encontraron en su lugar mas que un perro muerto en cuyo vientre tenian todos la mano... lo que escitó la risa jeneral. Despues de algunos instantes, fueron a buscar al mago en su casa; él estaba en la ventana, viendo venir a los soldados. Luego que éstos lo vieron, corrieron a la puerta, que se cerró incontinenti. *En nombre del rei* le mandó el capitan de la guardia que se rindiera, amenazándolo con echar abajo la puerta, si se resistia. «I, si me rindo, dijo Lexilis, ¿qué hareis conmigo?—Os conduciremos cortesmente a presencia del rei.—Gracias por vuestra atencion, pero ¿por dónde iremos al palacio?—Por esta calle, respondió el capitan, mostrándola con el dedo. Al mismo tiempo, vió un gran rio que venia hácia él engrosando cada instante mas su caudal i llenando la calle que acababa de señalar, de tal suerte que en un decir Jesus tuvieron el agua hasta la garganta. Lexilis, riéndose, les gritaba: «¡Volvéos al palacio; lo que es yo, no me atrevo a ir por semejante camino!»

Habiendo sabido esto el príncipe, resolvió perder su corona ántes que dejar impune al mago; se armó él mismo para ir en su persecucion i lo encontró en el campo paseándose tranquilamente. Los soldados lo rodearon para prenderlo; pero Lexilis hizo un jesto, i cada soldado se encontró con la cabeza entre dos picas i con dos cuernos de ciervo que les impedian retirarse. Permanecieron largo tiempo en esa postura,

miéntras que algunos niños que aparecieron les daban en los cuernos fuertes varillazos... El mago daba saltos i se mofaba de sus aprehensores; el príncipe estaba furioso. Habiendo este último apercibido en el suelo, a los piés de Lexilis, un pedazo de pergamino cuadrado en el que habia trazados algunos caractéres, el rei de Túnes se inclinó i lo recojió sin ser visto por el mago. Desde el momento en que el rei tuvo en sus manos ese pergamino, los soldados perdieron sus cuernos, las picas desaparecieron, Lexilis fué prendido, encadenado, aprisionado i, de la prision, fué llevado al cadalso para ser allí muerto. Pero él hizo todavía una jugada: cuando el verdugo descargó el hacha sobre el mago, el golpe cayó sobre un cuero de vino que se rompió i dejó correr en abundancia su contenido. Lexilis desapareció i no se le volvió a ver mas.

Hé aquí otra historia contada por Wierus: «Un mago de Magdeburgo ganaba su vida haciendo los juegos de su oficio, encantamientos, fascinaciones, escamoteos en teatro público. Un dia que exhibia por algunas monedas un caballito al que hacia ejecutar, por la fuerza de su majia, cosas increibles, cuando hubo terminado la funcion, dijo que ganaba mui poca plata con los hombres i que se iba a subir al cielo. Arrojó al aire su chicote, este chicote comenzó a elevarse; el caballito se tomó con los dientes del chicote i comenzó a elevarse. El encantador, como si quisiera detener a su corcel, se asió de la cola de éste i se elevó tambien. La mujer de este hábil mago se aferró de las piernas de su marido i subió con él; en fin, la sirviente cojió los piés de su señora, el criado las polleras de la sirviente, i mui pronto chicote, caballito, brujo, mujer, cocinera i lacayo volaron tan alto que ya nadie los vió. Miéntras los asistentes estaban todavía estupefactos, se presentó un hombre, que les anunció que acababa de ver al brujo en el otro estremo de la ciudad, bajando con toda su familia a su propia casa.

Cuéntase que Hemmingio, teólogo célebre, citó un dia dos versos bárbaros en una de sus lecciones i añadió, por broma, que esos versos tenian la virtud de ahuyentar la fiebre, porque eran májicos. Uno de los oyentes hizo la prueba en su criado i lo curó. Despues se divulgó el remedio i sucedió que muchos febricitantes sanaron. Hemmingio se creyó obligado a decir que habia hablado en chanza. Desde entónces el remedio no produjo ya sus admirables efectos; pero siempre hubo algunos que no querian convencerse de no haber sanado gracias a los versos. Las enfermedades no existen amenudo mas que en la imajinacion. Una persona sanará con un charlatan en quien tiene confianza; otra no sanará con un excelente médico de quien desconfia.

La majia ha reaparecido en Suecia en 1859 con una especie de epidemia diabólica. Hé aquí lo que se escribia entónces:

«Una supersticion estraña, que ha tomado la forma de una verdadera epidemia, ha hecho estragos durante el último estio en algunas comarcas de la Suecia. El preboste del cabildo de Leksand, doctor Hvaser, encargado de dar un informe, ha consignado en ella los siguientes hechos:

«Esta supersticion tiene mucha semejanza con las de las brujas de la edad media «que creian haber asistido al *sabbat* del diablo, lo que se llamaba en Suecia ir a *Blokulla*. Pero esta vez, i esto es lo mas curioso, solo son algunos niños la víctima de «esas alucinaciones. Ademas, ya no se habla de ir a Blokulla sino a Josefsdal, que «debe estar cerca de Estocolmo.

«Hé aquí lo que esos niños cuentan acerca de sus peregrinaciones. Primero son «convertidos en gusanos i se escapan fuera «al traves de un agujero practicado en la «ventana; en seguida toman la forma de «picazas o curracas, i, cuando se vuelven a «reunir, se convierten otra vez en niños. «Entónces cabalgan sobre cueros de terne«ro o de vaca por el aire hácia un campa«nario, en donde se consagran al diablo.

«Antiguamente sacaban una particula del «metal de la campana pronunciando estas «palabras: «Que mi alma no llegue jamas «al reino de Dios ántes que este metal «vuelva a ser campana.»—Hoi la harina ha «reemplazado al metal, i luego que se llega «a Josefsdal, se prepara un potaje de ha«rina hervida que se llama *welling*, que se «come en compañia con el espíritu malig«no, llamado *Nordsgubb* (el viejo del norte.)

«Cuando baila, lleva puestas unas botas «fuertes, de las que se desembaraza cuando «está acalorado. Casi todos los niños de los «municipios de Gagnef i de Mockjards pa«decen esas alucinaciones. Algunos sufren, «otros están mui contentos. Los padres, «que creen perdidos a sus hijos i vendidos

«al diablo, están sumerjidos en la mas pro-«funda desolacion. Otros, i éstos no son los «ménos supersticiosos, cuando sus hijos no «quieren hacerles confesiones, los ator-«mentan de un modo increible.

«Un mozo llamado Grabo Pehr, que afec-«taba haber estado varias veces en Josefs-«dal, pretendia haber visto allí a una niñi-«ta, i cuando la madre de ésta interrogaba «a Grabo Pehr, indicó éste como una prue-«ba que, miéntras comia en Josefsdal, la «niñita se habia salpicado el rostro con la «comida, lo que le habia producido una «herida de que no sanaria jamas. La niñi-«ta efectivamente tenia, mui cerca del ojo, «una llaga de mal carácter cuyo orijen se «ignoraba. Puédese imajinar qué terrible «impresion no haria esa aparente coinci-«dencia en el ánimo de la pobre madre. «Sinembargo, la niñita no tenia ninguna «idea de Josefsdal, ni del Welling i, por «consiguiente, jamas hizo revelacion al-«guna.

«Felizmente esta epidemia, en estas dos «aldeas se ha apaciguado un tanto al cabo «de algunos meses; pero no por eso dejan «de estar los espíritus de toda esta pobla-«cion sumamente ajitados i se notan en las «comarcas vecinas síntomas alarmantes.»

Ha habido en todos tiempos, en todos los pueblos ilustrados, un gran número de magos i se ha escrito mucho contra ellos. Citaremos aquí algunos de los mil i mil volúmenes que tratan de esta materia *ex-profeso*: 1.° el *Tratado de la majia blanca* o *del escamoteo*, de Decremps; 2.° la *Majia natural*, de Porta; 3.° la *Verdadera majia negra* o *el Secreto de los secretos*, manuscrito encontrado en Jerusalen, en el sepulcro de Salomon i que contiene 45 talismanes, con la manera de servirse de ellos i sus maravillosas propiedades; ademas, todos los caractéres májicos conocidos a la sazon, traducidos por el mago Iroé-Grego, Roma, 1750. Preténdese que esta obra estúpida fué escrita por Salomon. En ella se encuentran sobre todo los conjuros. 4.° *Trinum magicum*, o el *Tratado de los secretos májicos*: contiene investigaciones sobre la majia natural, artificial i supersticiosa; los talismanes, los oráculos de Zoroastro, los misterios de los ejipcios, hebreos, caldeos, etc., en 8.° Francfort, 1673. 5.° *Cartas* de Saint-André, consejero médico ordinario del rei, a algunos de sus amigos, sobre la majia, los maleficios, los brujos, etc., Paris, en 12.°, 1725. 6.° *Tratado sobre la majia*, el sortilejio, obsesiones, i maleficios, etc., por M. Dauguis, Paris, en 12.°, 1732. En nuestros dias se ha visto aparecer sobre estas materias algunas obras en diversos sentidos. M. Julio Garinet ha dado en 1818 una *Historia de la majia en Francia*, llena de hechos curiosos, pero demasiado escépticos. Mas recientemente, M. Alfredo Maury ha escrito sobre la majia para negarla. M. Luis Figuier ha querido esplicar lo maravilloso, sin admitirlo del todo. El abate Fiard, de quien se han burlado, ha sido tal vez un poco crédulo al juicio del vulgo; pero no siempre se ha engañado. M. Eudes de Mirville ha demostrado perfectamente la existencia palpable de los espíritus. El caballero Gogenot-des-Mousseaux, en su sabio libro titulado *La Majia en el siglo XIX*, ha establecido sólidamente los hechos májicos, en el pasado i en nuestros dias, asi como el concurso activo que prestan los demonios a los hombres. En fin, *La Mística divina, natural i diabólica* de Görres, es tambien un libro que las negaciones no matarán jamas.

J. Collin de Plancy.

A UN POETA DEL PORVENIR.

No has nacido a la luz, mas yo te amo;
Espíritu que aun flota en el abismo,
Yo tu futuro corazon reclamo
Cuando no tiene ser para ti mismo.

No a la pureza de mi amor agrada
Forma visible que la mente ofusca;
En los vagos espacios de la nada
La ardiente fé de mi pasion te busca.

¿La *nada* he dicho? Nó: el ser que vive
En el sol, en las nieblas en el viento,
Que en el espacio inspiracion recibe
De la eléctrica luz del pensamiento.

¿Qué importa si fué ayer, o si es mañana,
Si naciste despues, o si ántes vienes,
Si tienes en el mundo forma humana,
O en espíritu solo te mantienes?

Todo en la eternidad al par existe,
No hai al alma pasado ni futuro

I tú, jenio, talvez apareciste
Como lucero en nuestro cielo oscuro.

Talvez de nuevo, tú, serás Homero,
Que siguiendo en el turno del cometa
Para alumbrar al siglo venidero
Vendrás a visitar nuestro planeta.

Talvez los que en el siglo hemos nacido,
Cantores hoi del mundo trasformado
Delante de tu carro hemos venido
I tu jenio a cantar nos ha impulsado.

Talvez mi propio ser, mi propia vida,
Talvez el alto amor que por ti siento,
Son chispa de tu jenio desprendida
Que al mundo arrojas para darme aliento.

Talvez como la pálida alborada
Precursora del astro soberano
El alma que te canta enamorada
Anuncia de tus glorias el arcano.

Talvez entre tinieblas descendiendo
A la mente sedienta de armonía
En impalpable ser estas viviendo
I eres el alma, tú, del alma mia.

Talvez voi a morir, oruga inerte
Que en cierta cárcel sepultó sus galas
I en el instante mismo de mi muerte
Estiendas tú las deslumbrantes alas.

I aun hallarás las flores palpitando
Al beso del amor que puse en ellas,
I de los valles en el césped blando
Junto a las fuentes hallarás mis huellas.

I de mi te hablarán todas las aves,
I mis ensueños te dirá la luna,
I hasta el contrario mar en sones graves
Te contará el rigor de mi fortuna.

I "¿por qué, me dirás, por qué sufriste
Alma sensible para el bien nacida,
Por qué tu musa solitaria i triste
No cantó los placeres de la vida?

¿Quién eres tú que con audacia estraña
Rasgando al porvenir el negro velo,
Desciendes del abismo hasta la entraña
Para buscarme en tu amoroso anhelo?

¿Quién fuiste tú del siglo trascurrido
Vaga memoria, evocacion doliente,
Que luchas con las sombras del olvido
Para llegar cual rayo hasta mi mente?"

—¿Quién fui; quién soi? El éco de este canto,
Del infortunio la viviente queja,
De la afijida humanidad el llanto,
El adios de la musa que se aleja.

La negra prensa, la moderna lira,
Mi libro amante llevará a tus brazos,
I en estos versos que el dolor inspira
Encontrarás mi alma hecha pedazos.

Mi voz injénua cantará a tu oido
De nuestro siglo la infernal locura,
I del alma sabras cuánto ha sufrido
En horas de terrible calentura.

Nosotros somos los que en gran cadena
Lleva el vapor como a la muerte al reo,
I nos arrastra desde el Ebro al Sena
Las entrañas rompiendo al Pirineo.

Los que del Cénis por la cumbre vamos
Cabalgando en corcel de viva lumbre
I sus eternas moles taladramos
Para cruzar despues bajo su cumbre

Los que en el fondo de insondables mares
Poliglotas serpientes estendimos;
Los que, a la industria consagrando altares,
Del mar Rojo los límites rompimos,

Los que a Atlante i Pacífico enlazamos
De hierro con perpétuos eslabones;
Los que del harpa eléctrica colgamos
En los aires los májicos bordones.

I el Dios de la mecánica, triunfante,
Su carro ornado de laurel i palmas
Sobre el cristiano mundo agonizante
Pasó rompiendo nuestras mismas almas.

I tú nos hallarás como el viajero
Qué, del Alpe al subir la cumbre helada,
Encuentra al atrevido compañero
Que pereció en mitad de la jornada.

I ráfaga de luz en noche umbría
Tu mente penetrando en lo pasado,
Al ver la gloria bajo planta impía
Nos llamarás con grito desolado.

I en vano clamarás. Rudos silbidos,
Hierros que crujen como en son de guerra,

Ojos sin vista rojos i encendidos
A todas horas cruzaran la tierra.

Rujiendo con fragor la rueda infame
Que mil guerreros a traicion sepulta,
Cuando el honor a combatir te llame
Entre las selvas hallarás oculta.

I buscarás la libertad en vano,
La libertad bajo el cañon perece,
I el cañon de la tierra soberano
Las artes i las glorias ensordece....

¡Mas! ¿Por qué has de nacer.... Que jire el [mundo
Sin la luz inmortal de la poesía.
De la materia al jerminar fecundo
Rodando en los espacios todavía.

I en un astro mejor i en otra esfera
Nazca la humanidad i el jenio cante:
¡No temais del espíritu que muera!
¡Esperad que a los cielos se levante!

Diciembre 1.° de 1870.

CAROLINA CORONADO.

EL HOMBRE FELIZ.

CUENTO POPULAR.

(Conclusion).

Miráronse unos a otros los cortesanos como sorprendidos de que un hombre, que tales sandeces proponia, hubiese adquirido fama de intelijente, i aun dicen algunos historiadores, que no faltó quien, olvidándose del pesar, soltara la carcajada; ni quien concibiera la idea de despachar a cajas destempladas a tan descarado farsante como por sus medicamentos manifestaba ser el tal médico. Sinembargo, temerosos por una parte, de que el pueblo hiciese una de las suyas sabiendo que no se habian empleado en pró de la salud de su querido emperador todos los medios; i dando, por otra, franco acceso a la esperanza que, para alimentarse, prescinde de la razon i de todo lo que con la fé no puede estar conforme; resolvieron por mayoría de votos,—que tambien se conoce en China el sistema de las mayorías—hacer uso del medicamento que tan ridículo i descabellado les pareció en el primer momento. Al efecto, preguntaron al doctor *Camisa*—que así dieron en llamarle desde entónces—cómo habian de componerse para encontrar en China un hombre que se creyera feliz; a lo cual contestó él, que no veia otro medio que nombrar una comision que fuera recorriendo el imperio todo; preguntando a todos los súbditos e investigándolo todo, hasta dar con lo que se buscaba i era de tanta precision para la tranquilidad i bien del Estado. Tomada en cuenta i admitida por unanimidad la proposicion, dióse por terminada la sesion i fuese cada mochuelo a su olivo o cada cortesano a su casa o palacio— que no están acordes los autores, en si es casa o palacio la de los cortesanos chinos, aunque, visto lo que en otros paises sucede, se inclinan mas a esto último;—i prometieron todos levantarse con el alba para activar lo de la comision investigadora, a fin de que no se dilatara la aplicacion del heróico remedio.

Semejantes palabras produjeron una dolorosísima impresion en todos los circunstantes. Esto, al ménos, se retrató en el rostro de cada uno de ellos; pero ¡vaya usted a saber a punto fijo lo que pasa en el ánimo de los cortesanos chinos cuando está gravemente enfermo un rei o emperador, que para el caso lo mismo da emperador que rei.

—Sinembargo—prosiguió el novel facultativo—la ciencia no ha agotado sus recursos i creo no engañarme asegurando que aun resta por probar uno, capaz de devolver su importante salud a nuestro magnánimo emperador.

—¿Cuál es? ¿cuál es?—preguntó con mucha insistencia el que parecia ser mas digno de todos los dignatarios. Sea cual fuere, lo aplicaremos sin pérdida de tiempo i, si en todo el imperio no se encuentra, lo iremos a buscar, i si preciso fuere, al fin del mundo.

—Sí, al fin del mundo—dijeron todos en coro.

—No se necesita tanto ni mucho ménos, señores, pues el remedio en que, con justos motivos, pongo mis esperanzas todas ha de encontrarse en el territorio de este vasto imperio, siendo esta circunstancia tan indispensable, que, de tener que acudir para hallarle, a otros dominios perderia aquél toda su virtud i eficacia. Consiste, pues, el

tal medicamento.... I al llegar a este punto, se hicieron todos oidos los cortesanos todos para no perder una sola palabra de las que iban a salir de los labios del curandero.

Este prosiguió.

—Consiste, pues, el tal medicamento en buscar un hombre que se considere feliz en este imperio; traerle luego a este rejio alcázar i, quitándole la camisa que lleve, ponérsela a nuestro soberano. Es circunstancia tan indispensable la prisa en desvestir al uno i vestir al otro para que no se enfríe la camisa, que, faltando a ella, no respondo de los buenos resultados del tratamiento.

III.

Nombrada la comision, que por aquello de que mas vale que todo quede en casa, se componia en su totalidad de miembros del *officium palatinum*, o como se llame en China; se echó por aquellas tierras de Dios en busca de un hombre feliz. Empresa es ésta que, a primera vista, parece sumamente fácil, pues no existe villorio alguno, por insignificante que sea, donde la jeneralidad del vecindario no envidie la suerte de alguno de los moradores, que, a dar crédito a lo que se dice, es el hombre mas feliz del universo. *Fulano es un ricacho: no tiene que trabajar para comer; nada le falta; se da todos los gustos*: hé aquí lo que de él se dice constantemente, i por ende nadie encuentra obstáculo en llamarle feliz. Pero acérquese uno al fulano en cuestion; hable con él algunos momentos, i, si despues de haberle oido le juzga feliz, el autor de este cuento consiente de buen grado en que le emplumen. I esto que decimos con relacion a un solo individuo, lo hacemos desde luego estensivo a la humanidad entera. En este mundo, por lo que a la felicidad toca, el que no cojea de un pié, cojea del otro, i la jeneralidad cojea de entrámbos, que es lo mas sensible. Vista de tapias afuera, no hai casa que al vecino no le parezca el alcázar de la dicha i del sosiego; pero la procesion suele ir por dentro i no hai casa que no celebre la suya; unas mas grandes i pomposas que otras, pero todas sin escepcion tienen su lado flaco. Todo esto i mucho mas sabian los señores de la comision; pero, como que nada hai imposible para Dios, seguian su camino alentados por la idea de que acaso aquél habia hecho nacer en China lo que es mui probable que en ningun otro pais se encontrara entónces, ni se encuentre en la actualidad.

Caminaban, caminaban los comisionados sin saber a quién dirijirse; porque todos los que encontraban decian mui alto por su aspecto que todo podian ser, ménos felices. La noche miéntras tanto iba entrando con bastante prisa, como que lo era del mes de diciembre, i ya desesperaban aquéllos de encontrar lo que anhelaban, cuando acordóse uno de ellos de cierto jeneral que por las cercanías del lugar donde estaban vivia; jeneral que despues de haber ganado muchas batallas i obtenido honores, en el reinado anterior, se habia entregado al sosiego de la vida privada. ¡Jeneral retirado i cargado de honores i riquezas! pues feliz debe ser—dijeron los comisionados todos, apénas el de la idea feliz se la hubo comunicado. Consecuencia de este raciocinio fué enderezar los pasos a la casa del honrado i valiente veterano. Halláronle sentado a una mesa deleitándose ante una enorme taza de té, cuyo esquisito olor demostraba ser aquél del mas excelente. No se sorprendió al ver jente palaciega en su casa, pues a ello estaba mui acostumbrado; pero quedóse como caido del cielo, cuando el jefe de la comision le hizo sabedor de que en virtud de una órden terminante del soberano, debia partir con ellos a Pekin.

—S. M. me honra con demasía—repuso luego que hubo salido de su estupor;—por ello le vivo i le viviré eternamente agradecido. Pero decidle en mi nombre que yo no sirvo ya para el caso; que aquel brazo, tan temible i tan temido en otros tiempos, apénas tiene hoi fuerzas para levantarse. Mi espada no tiene ya quien la blanda i los campos de batallas no son hoi, como en otros tiempos lo fueron, mi elemento.

—Pero, señor jeneral, no se vaya V. E, por los cerros de Ubeda; mire que aquí no se trata de espadas, ni de campos de batalla, ni de nada que se le parezca. El papel que V. E. ha de representar en esta nueva empresa es pacífico hasta dejarlo de sobra sin que por ello deje de redundar en gloria i provecho del que logre desempeñarlo cumplida i dignamente.

—Pues bien; si a mí se me considera capaz de esa empresa i yo juzgo que, en efecto lo soi, no se dirá que por un fraile se pierde el convento.

—Sepa V. E., pues, que se trata de salvar a nuestro emperador de una muerte segura.

—¿I cómo?

—Mui fácilmente.

I a renglon seguido refirió el comisionado en jefe todo lo que habia pasado, i cómo por considerarle a él feliz, acudian para que se prestara a lo que, sobre ser obligacion suya, era una obra humanitaria.

Estuvo el jeneral atentamente escuchándole, i apénas hubo concluido, lanzando un profundo suspiro, esclamó sorprendido i lleno de la mas perfecta admiracion:

—¿Feliz yo, señores? ¿Feliz yo, que me considero, i soi en realidad, el mas desgraciado de los mortales? Si un hombre feliz se necesita, vayan Uds. a cualquiera otra parte, sin acordarse nunca de esta casa, donde todo puede encontrarse ménos la felicidad.

—Déjese V. E. de jeremiadas i no quiera hacernos comulgar con ruedas de molino; pues harto sabemos nosotros, que las riquezas, i sobre todo las riquezas bien adquiridas, son título mas que suficiente a labrar la felicidad en la tierra.

—¡Las riquezas! buenas están ellas para proporcionar la felicidad. En algo mas que en semejante cosa estriba ésta; i bien puede asegurarse, que muchos que tienen fama de mui ricos, i que lo son en efecto, son mas infelices que casi todos los que viven sin mas recursos que los de la caridad.

—¿I la gloria?

—Poca cosa para hacer la felicidad de nadie. En la juventud nos deslumbra, en la madurez de la vida nos complace, en la vejez no hacemos caso de ella. I aun cuando nada de esto fuese cierto; ¿creen Uds. que los militares honrados adquirimos riquezas i honores sin que demos algo en cambio? Pues sepan para su gobierno, que yo los tengo adquiridos a fuerza de desazones que han quebrantado mi salud i de heridas que me tienen medio año postrado i el otro medio achacoso. Juzguen ahora Uds. si puedo considerarme feliz. Déjenme, pues, en paz i váyanse, o quédense a pasar la noche en esta su casa, si lo desean, que yo con gran dolor de mi alma no sirvo para devolverle la salud a nuestro emperador.

A tales razones nada tuvieron que contestar los comisionados, i como era ya bastante tarde, resolvieron pasar la noche en casa del jeneral, donde la pasaron divinamente durmiendo a pierna suelta, gracias al cansancio del camino, i a pesar de lo preocupados que los traian sus investigaciones para dar con un hombre que se considerara feliz.

IV.

Tempranito se levantaron los señores comisionados. El sol se encontraba casi a la mitad de su carrera; hora que representa el mediodia para nosotros las jentes de poco mas o ménos, pero que equivale a la media noche para la jeneralidad de los cortesanos i que por lo tanto es en la que mas delicias ofrece la cama. Saltaron aquéllos de ésta; tomaron un lijero almuerzo—equivalente a un suntuoso banquete para nosotros,—que de mui buen grado les hizo servir el jeneral, i despues de despedirse de éste, i de darle un millon de gracias i de hacerle otro millon de ofrecimientos, volvieron a las andadas. Echando sus cuentas, pensaron para dar con lo que buscaban, en un sabio, que por entónces metia mucho ruido en China. Llamábanle en aquellos paises Koung-Tsee, nombre que nosotros hemos hecho ménos inarmónico i mas fácil de pronunciar, convirtiéndolo en Confucio. Este tal, hombre mui apegado a las antiguas costumbres; habia dimitido un empleillo que desempeñaba con aprobacion i contentamiento de todos sus administrados i retirádose a la vida privada a deplorar la muerte de su madre. Asi estaba mandado por las antiguas leyes, i Confucio las respetaba demasiado para faltar a ellas. Deseoso empero de no desperdiciar el tiempo, dedicábase al estudio, i en los momentos en que pasaba lo que vamos refiriendo, ocupábase con todo el empeño imajinable, en indagar la verdadera nocion de la felicidad. Dióse al espiritu del mal cuando lo anunciaron la visita de los comisionados, pues estaba ya a punto de resolver la gran cuestion; pero, como apesar de ser filósofo, tenia buena educacion—lo que no siempre acontece,—dejó el bufete i se encaminó a la sala de recibo, donde le esperaban aquéllos. Saludólos mui cortesmente haciendo tres reverencias, que, a ser un poco mas perfectas, le hubiese valido cada una de ellas un chichon en la frente; contestáronle de igual modo los comisionados, i entrando en conversacion, le espusieron lisa i llanamente el objeto de su visita.

Rióse Confucio a mandíbula batiente al oir aquello de la camisa que tan grandes prodijios habia de realizar, i mas aun, al saber que se le tenia por hombre feliz, a él que estaba íntimamente persuadido de que la felicidad es imposible en la tierra.

Dados su talento i la razon, que de sobra le asistia, fuéle cosa en estremo fácil demostrar a los comisionados lo mui equivocados que estaban llevando semejante opinion. I como éstos le opusieran la dicha resultante de la contemplacion de la verdad; contemplacion que, segun la voz pública, era el pasto i alimento de su alma, contestóles que nadie puede en la tierra vanagloriarse de contemplar la verdad; que solo, i a fuerza de mucho estudio, conseguimos entreverla i que, léjos de ser la ciencia fuente de felicidad, lo es, por el contrario, de desgracia, pues, a medida que en ella progresamos, vámonos convenciendo de nuestra ignorancia i de lo mui difícil que es la adquisicion de la verdadera dicha. Todo esto dijo el bueno de Confucio i todo esto demostró con tanta claridad i tal fuerza de razones, que los comisionados no pudieron ménos de convenir en que habian procedido de lijero i sin contar con la huéspeda. Cabizbajos i mohinos a demas, dejaron, pues, la humilde morada del filósofo; i firmes en su propósito, a pesar de los raciocinios i argumentos de aquél, acerca de la felicidad en la tierra, anduvieron la parte de dia que aun restaba i todo el siguiente i otros muchos mas, dirijiéndose siempre a aquellos individuos que, por reunir alguna de las condiciones que, segun el vulgo, orijinan la dicha, juzgaban ellos capaces de ser felices. No quedó rico propietario, ni comerciante afortunado, ni amante querido, ni hombre que tuviera muchas i lindas mujeres a quien no acudiesen; pero siempre tan sin resultado ninguno, que, desesperanzados ya, daban la vuelta a Pekin donde, segun todas las probabilidades, no habia de irles mui bien la fiesta, caso de que llegasen sin lo que todos los habitantes de aquella gran ciudad esperaban como al Espíritu Santo.

V.

Poco debia faltarles para tocar al término de su espedicion, hasta entónces desgraciada; cuando, en medio de un espeso i estenso bosque donde, segun todas las apariencias, no debian encontrarse mas que fieras i aves de rapiña, vino a sorprenderles el sonido de una flauta, que tal parecia, interrumpido a intervalos para que los labios que le arrancaban sus melodías entonasen unas rondeñas chinescas, que mas qué tales, parecian malagueñas

—Feliz debe ser la persona que toca ese instrumento i que entona tan festivas canciones; porque solo uno que rebose de felicidad puede dar señales de alegría i satisfaccion en lugar tan agreste, solitario i peligroso como éste parece i debe ser indudablemente.

Esta observacion hecha por uno de los comisionados, pareció mui acertada i lójica a los otros, i en consecuencia determinaron recorrer todo el bosque hasta encontrar al músico feliz. Así lo hicieron i despues de muchas vueltas i otras tantas revueltas, treparon a unas peñas medio ocultas entre yerbas i matorrales, i de donde, al parecer, venian el sonido i los cantos, i allí, subidos en la mas alta de ella, dieron con lo que tanto buscaban i no era otra cosa que un pastor que, miéntras pacian las ovejas, se divertia en tañer el caramillo i entonar alegres cantares. Tenia el tal pastor, como jeneralmente todos los de su oficio, una de las mas repugnantes fisonomías que imajinarse pueden, con la cual i con lo solitario del sitio estaba en perfecta consonancia su traje.

La frente, apesar de que, segun la costumbre, tenia aquél rapada la cabeza, no pasaba de dos dedos; los ojos estaban exajeradamente en ángulo agudo; la nariz era de lo mas chato que puede concebirse, i la boca nada pequeña. Añádase a esto lo tostado i áspero del cútis, i se tendrá una idea aproximada de la persona que hallaron los señores comisionados. El traje consistia en una especie de chaqueton abotonado perfectamente; de modo, que nada de lo que debajo de él habia podido descubrirse, i en unos pantalones, confeccionados éstos i aquél de pieles de oveja, dispuestas de tal manera, que la parte esterior del traje quedaba constituida por la superficie lanuda de aquéllas. Parecia en el primer instante, mas que hombre, una oveja caminando en dos pies.

Cómo quedarian de sorprendidos los actores todos de esta escena, no hai para que decirlo. Estuvieron contemplándose atentamente por un buen espacio, admirados los

comisionados de la mala facha i el peor traje del pastor i éste de la riqueza i lujo de aquéllos, hasta que, poniendo término a la contemplacion i despues de haberle saludado, dijo uno de los primeros al segundo:

—¿Es Ud. feliz, buen hombre?

Miróle el pastor i ganas tuvo de contestarle un «ja Ud. qué le importa?» pero, visto el aspecto de aquellos señores que, en su concepto, debian ser principales, i visto, por otra parte, el imperio con que le fué dirijida la pregunta, creyó conveniente usar de cortesía i asi respondió:

—Si, señor, me juzgo feliz i no dudo en creer que lo soi.

Figúrense nuestros lectores el alegron que semejante respuesta produciria en el ánimo de los comisionados. La historia no se ha creido con fuerzas suficientes para describirlo i a nosotros nos sucede dos cuartos de lo mismo; pero si diremos, porque de positivo lo sabemos, que todos ellos se echaron sobre el pobre hombre, i besándole i abrazándole, de lo cual no se maravillaba poco el pastor, le indicaron que inmediatamente habia de ponerse en camino con ellos; el objeto de tal viaje, la indispensable necesidad en que estaba de obedecerles i lo mucho que ganaria con seguirles, dejando a un lado—añadieron—que, en caso de resistencia, usaremos de la fuerza sin reparo ni consideracion de clase alguna; pues tales i tan terminantes son las órdenes que traemos.

A tales argumentos no habia contestacion que dar; asi es, que tomando los consejos de la prudencia, resolvió seguirles aunque fuera hasta el fin del mundo. Despidióse tiernamente de aquellos sitios; dió un fuerte i cordial abrazo a cada una de sus ovejas i mui cerca de un centenar al perro, único compañero de sus fatigas, i maldiciendo interiormente de su felicidad, echó a caminar juntamente con los comisionados, que no se daban punto de reposo en manifestarle afecto i agradecimiento.

Al siguiente dia, llegaron a Pekin, i a fé que llegaron a tiempo, pues ya el pobre emperador estaba mas muerto que vivo, con lo cual i con la tardanza de los comisionados estaba consternada toda la capital. Reanimóse, empero, con la noticia de la llegada de aquéllos, i mas aun, sabiendo que traian lo que tanto se deseaba.

El pastor tenia cada vez mayores motivos para admirarse viéndose blanco de la pública curiosidad i, segun pudo observar, de la envidia de muchos; habitando en el real palacio, comiendo como nunca en su vida habia comido i bebiendo mejor aun de lo que comia. Pero mas que todo esto le admiraba, i aunque luchaba por esplicárselo, no lo conseguia, el hecho de que le regalasen de todos modos sin acordarse de mudarle de traje, siendo así que, a su parecer, era lo que mas necesitaba, pues el suyo nada tenia que lo hiciera digno de conservacion, ni de tantos miramientos como con él se habian guardado i se guardaban.

Llegada la tarde de aquel mismo dia, que fué la designada para la aplicacion del heróico remedio, condujeron a nuestro hombre a la estancia donde, casi cadáver ya, se encontraba el monarca, rodeado de sus deudos i altos dignatarios. No faltaba, como es de suponer, el doctor *Camisa*; pues, temerosos todos de que por falta de presteza se lo llevara todo la trampa, habian convenido i resuelto que él mismo fuese el encargado de llevar a cabo la operacion. Dejo a la consideracion de mis lectores el imajinarse la ansiedad que reinaba en el ánimo de los circunstantes i las mil i diversas ideas que por el pensamiento de cada uno de ellos cruzarian. Ello es lo cierto que, trascurridos algunos instantes, levantóse el doctor, i dirijiéndose al pastor, empezó con no poca sorpresa de éste a desabotonarle el chaqueton; tarea en que no se detuvo hasta haber llegado al último de los botones. Echó mano luego a las mangas por sus estremidades, i haciéndolas correr a lo largo de los brazos, dió con el chaqueton en tierra.... Aquél fué un momento de verdadera e inesplicable sorpresa. El doctor *Camisa* quedóse con los brazos estendidos hácia adelante; los otros médicos se codeaban, sonriendo maliciosamente; los cortesanos parecian otras tantas estátuas; la familia real lloraba a lágrima tendida; el pastor, en el colmo de la estupidez, no podia comprender aquellas estravagancia que con él, sin haber cometido falta alguna, se hacian; i en medio de todo esto i cuando todos estaban en babia, hizo señal el emperador de que lo incorporaran; incorporáronle del modo que mejor pudieron i supieron; despidióse de todos i cada uno de los presentes; inclinó lijeramente la cabeza; hizo dos o tres contorsiones, i *requiescat in pace.*

El hombre mas feliz del celeste imperio no tenia camisa, i por tanto fué imposible la aplicacion del remedio que habia de salvar al emperador.

VI.

Algunos dias despues, sabedor Confucio de todo lo que habia pasado, espresó del siguiente modo su teoría sobre la felicidad: *La felicidad consiste en sabernos contentar con nuestra suerte.*

M. C.

MI BARQUILLA.

Náufraga soi, i en la desierta orilla
Donde la muerte me arrojó inhumana
Solo me queda mi feliz barquilla
Para lanzarme al piélago mañana.

En ella surcaré los anchos mares,
Los abismos i escollos salvaré,
I si alivio no encuentro a mis pesares
Abrazada con ella me hundiré.

¡Santa barquilla, relijion divina!
En el revuelto mar de mi existencia
Tú eres la sola luz que me ilumina.
Tú eres mi bien, mi poderosa ciencia:

Tú eres la sola i única esperanza
Que alienta al corazon desfallecido
Cuando del mundo en la terrible danza,
El pecho exhala su postrer jemido.

Leonor Blander.

ANAGRAMAS CURIOSOS.

Hubo jentes, sobre todo en los siglos XV i XVI, que pretendian encontrar sentidos ocultos en las palabras que descomponian i una adivinacion en los anagramas. Cítase como uno de los mas curiosos el que se hizo sobre el asesino de Enrique III, *Frère dit Jacques Clément.* (Fraile llamado Jacobo Clemente), en lo que se encuentra: *C'est l'enfer qui t'a créé* (Te ha creado el infierno).

* *
*

Dos relijiosos, el Padre *Proust* i el Padre *d'Orléans*, hacian anagramas; el Padre Proust encontró en el nombre de su colega: *l'Asne d'or*, i el Padre d'Orléans descubrió en el del Padre Proust: *Pur sot.*

* *
*

Un individuo de la alta Auvernia, llamado *André Pujon*, pasando por Lyon para trasladarse a Paris, soñó que el anagrama de su nombre era: *pendu a Riom* (ahorcado en Riom). Agrégase que en efecto, al dia siguiente, surjió una riña entre él i otro huésped de la posada, a quien dió muerte. Ocho dias despues Pujon era ahorcado en la plaza pública de Riom.—Es este un cuento antiguo remozado. Se lee en Delancre (*L'incrédulité et la mécréance*, tratado V.) que el ahorcado se llamaba Jean de Prunon, cuyo anagrama es el mismo.

* *
*

J. B. Rousseau, que no queria reconocer a su padre, por no ser éste mas que un pobre zapatero, habia tomado el nombre de *Verniettes*, cuyo anagrama es: *Tu te renies.*

* *
*

De *Pierre de Ronsard* se hizo *rose de Pindare.*

* *
*

El anagrama de *monde* es *démon;* el de *Amiens, en amis;* el de Lamartine, *mal être;* el de *Révolution française, un Corse te finira;* en 1848, se encontró en estos tres nombres: A. Thiers, Odilon Barrot, Chambolle, *trois Aliboron de la Chambre.*

* *
*

Se dió el nombre de cábala a la liga de los favoritos de Cárlos II de Inglaterra, Clifford, Ashley, Buckingham, Arlington, Lauderdale, porque las iniciales de los nombres de esos cinco ministros formaban la palabra *cabal* (en ingles, *cábala.*)

Se quiso presentar como una profecia este anagrama de *Louis quatorzième, roi de France et de Navarre:* Va, Dieu confondra

l'armée qui osera te résister.... (Vé, Dios confundirá al ejército que ose resistirte).

* *
*

A veces los anagramas dan, es cierto, sentidos que admiran. ¿Qué es la verdad? *Quid est veritas?* pregunta Pilato al Dios-Hombre; i se levanta sin esperar la respuesta. Pero ella está en la pregunta misma, cuyo anagrama da exactamente: *Est vir qui adest*, es el que está ante vos.

* *
*

Los judios cabalistas han hecho de los anagramas la tercera parte de su cábala: su objeto es encontrar en la trasposicion de las letras o de las palabras sentidos ocultos o misteriosos.

J. C.

EL DESTERRADO.

(Traducido para *La Estrella de Chile.*)

La fortuna ha descargado sobre mi sus rigores. ¡Desgracia es en este miserable mundo no poder doblegarse como la caña para dejar pasar por encima el soplo furioso del huracan! ¡Desgracia es provocar el odio de tantos i conquistar el amor de tan pocos!

Antes, ignorado i tranquilo, léjos del torbellino de las pasiones, nadie me aborrecia, nadie me movia guerra. Era feliz.

Una vida oscura i silenciosa ¿dónde hai felicidad como ésa?

Recuerdo triste es ya tan solo para mi tiempo tan feliz: amaba a muchos ¿qué digo? a todos. Ni entónces, ni aun ahora, que el odio me persigue, me acosa i me vence, ni entónces, ni ahora, jamas ha abrigado mi pecho odio para nadie.

¡Ahora!.... Estoi vencido; pero vencido en ignoble lid. Dios i la conciencia me señalaron un puesto; ni Dios ni mi conciencia me permitian desertar de él; ni soltar las armas del combate, hiriese a quien hiriese. Los heridos se irritaron, esgrimieron armas vedadas para mi, me encontraron inerme, indefenso i héme aquí vencido.

Ellos han triunfado, es verdad. Abandonado de la mano de mi Dios, jimo impotente en la humillacion i en el destierro.

Sepan, empero, mis vencedores que allá, en lo alto, hai un Señor todopoderoso, que, si a veces envia tribulacion a los suyos, ama como a la niña de sus ojos al mas pequeño i miserable de sus servidores. Es el Dios de la inocencia, i jamas la deja largo tiempo desconocida. Es el Dios de la justicia, i sabe vengarse con tremendo brazo de los que hacen la iniquidad, mas por odio a él, que por odio al hombre.

Pasarán años talvez sobre mi destierro i yo estaré olvidado en tierra estraña. Pero ha de llegar mi dia. No lloreis, vosotros, los que me amais i dejé en la patria querida. Los plazos de la justicia son cortos.

Entónces, cuando triunfe la inocencia, cuando huya a esconderse avergonzado el odio, entónces, os estrecharé de nuevo, seres queridos, regaré con mis lágrimas esos rostros tanto tiempo ausentes. Pero serán lágrimas de gozo, de purísima alegría, de esa alegría que se siembra en las horas del dolor.

Regocijo, santo i noble regocijo habrá en nuestro hogar. No habrá venganza, rencor, ni desprecio siquiera para los que me odiaron. Perdon, perdon jeneroso les enviaremos desde el fondo de nuestras almas.

Amadme entre tanto, vosotros los que yo amo, ámame sobre todo tú... cuyo recuerdo es el mas rudo tormento de mi destierro. No me olvides. Espera el dia de Dios, el dia de la justicia. Llegarán presto: yo volveré a tu lado; entónces no habrá ya nadie que nos divida, porque el mismo Dios, nos habrá unido con lazo de eterna felicidad.

R. Lepêcheur.

Contenido de este número.

I.—Un ejemplo que imitar, por Zorobabel Rodriguez, páj. 327.
II.—La majia, por J. Collin de Plancy, páj. 340.
III.—A un poeta del porvenir, poesia, por Carolina Coronado, páj. 344.
IV.—El hombre feliz, conclusion, por M. C., páj. 346.
V.—Mi barquilla, poesia, por Leonor Blander, páj 351.
VI.—Anagramas curiosos, por J. C., páj. 351.
VII.—El desterrado, por R. Lepêcheur, páj. 352.

IMPRENTA DE «EL INDEPENDIENTE.»

LA ESTRELLA DE CHILE.

AÑO V. Santiago, marzo 10 de 1872. Núm. 232.

TEATRO.

No recordamos en estos momentos cuál fué el monarca a quien sus cortesanos aconsejaban un dia persiguiera a uno de sus súbditos que conspiraba contra él.

—Imposible, contestó importunado por esas exijencias nacidas de un celo verdadero, imposible me seria castigar a ese hombre, porque ese pertenece a la raza privilejiada de los jenios. Yo puedo formar jenerales excelentes, improvisar nobles, crear duques, condes i marqueses, pero, con todo mi poder, no alcanzaré a crear un *jenio*. Esa es la obra de Dios i debemos respetarla.

Razon tenia porque esos mortales inspirados aparecen mui de tarde en tarde.

Lope de Vega, que pertenecia a esa raza divina, nos muestra en una delicada comparacion la misma verdad.—Dia a dia, dice en una de sus estrofas, la naturaleza hace brotar del suelo las yerbas i las flores, pero tarda un siglo en dotar a la verde palma de toda su majestad i belleza.

Buscad los jenios en cualquiera esfera de la humanidad i vereis que sobresalen como las amapolas altas que doblegaba el báston del antiguo rei de Roma. Es fácil reconocerlos i mas fácil todavía contarlos.

En el arte dramático poco queda en el dia que arranque al alma de la densa i vaporosa atmósfera que ahoga a la humanidad ajitada por la lujuria del oro i el tedio que produce el refinamiento de los placeres. El teatro, en decadencia, se abre a producciones escasas de mérito i los intérpretes del poeta en el escenario, arrastrados por el mal gusto, exajeran las pasiones, dejando conocer en su mímica i el diapason de su voz que no se hallan poseidos del pensamiento de los poetas cuyas obras ponen en accion.

Por eso, nos ha sorprendido sobremanera la compañía dirijida por el eminente trájico italiano don Ernesto Rossi i que actualmente funciona en *Variedades*. Es un conjunto admirable de artistas entre los que descuellan en primer lugar Rossi i su distinguida discípula la señorita Paladini, que tanto fruto ha sabido sacar de las lecciones de su eminente maestro.

Despues de estos actores, figuras prominentes que el público ha admirado i aplaudido con justicia, se presentan otros notables tambien en su jénero. En la imposibilidad de dar sobre todos ellos un juicio nos vemos obligados a nombrar a dos solamente, a Regatti i a Cavara.

Regatti es una gran esperanza para el arte. Jóven como es, puede con el tiempo alcanzar a la perfeccion de su maestro. Tiene sensibilidad, se posesiona de su papel como un actor consumado i posee una voz insinuante que cautiva a su auditorio. En la pieza *Los dos sarjentos* cojió merecidos laureles.

Cavara es el gracioso de la compañía, personaje llamado a ser el encanto del público en muchas obras dramáticas. Vence las dificultades del arte de una manera admirable i esperamos de él muchos momentos de agradable solaz.

Pero volvamos a Rossi i su compañera, de quien la galantería nos obliga a ocuparnos en primer lugar. Así hablaremos de la discípula ántes que del maestro.

La señorita Celestina Paladini es un justo motivo de orgullo para el artista que la ha formado. El público la ha aplaudido con frenesí, i ha sido justo con ella.

La hemos visto sublime en aquellos momentos en que arrancaba lágrimas espresando de una manera inimitable los sublimes afectos de la esposa i de la madre, al comprender que va a perder para siempre al esposo que ama con delirio i que sus tiernos hijos van a quedar huérfanos en pocas horas. Defendiendo la salida con su cuerpo i el de sus hijos, arrodillada delante del hombre que ama para alcanzar de esa alma severa que sacrifique al santo amor a la familia el compromiso sagrado que habia contraido con su jeneroso amigo, la Paladini era una actriz de primer órden. Parece imposible tener ante ella el austero

valor de Régulo i correr a la muerte dejándola abandonada a un dolor tan justo como estremo. ¡Ah! en aquellos momentos su voz era un grito del alma, era un jemido, era la espresion inarticulada de los mas terribles afectos del corazon. Se necesitaba no tenerlo para no conmoverse hondamente en aquellos instantes.

Rendido nuestro tributo a la actriz nos ocuparemos con toda libertad del ilustre actor.

Ernesto Rossi, fuera de las tablas, es un perfecto caballero, cuyos modales seducen, cuya amena conversacion cautiva desde la primera vez que se le conoce.

A primera vista se adivina en él el sublime entusiasmo por el arte, la esquisita intelijencia con que sondea hasta los mas secretos pliegues del corazon.

El tipo italiano perfecto de su rostro, suave a la vez que animado, adquiere cierto brillo, cuando habla de los triunfos, de las esperanzas i de las pruebas que han rodeado su gloriosa carrera.

Rossi ama los aplausos porque ése es el sueño dorado de todos los artistas. Su ambiente es la gloria, su verdadera patria la escena.

Cuando cae en sus manos un drama que juzga llamado a producir gran efecto sobre las tablas, no se deja llevar de su primera impresion, sino que lo estudia con el delicado tacto del actor i el severo compas del crítico mas escrupuloso. Su alma se reviste de los sentimientos del poeta ántes de decidirse a darles vida en el proscenio.

Rossi estudia, pero estudia como literato i como filósofo.

Tenemos a la mano su análisis del *Hamlet* de Shakespeare, en el que Rossi se muestra pensador profundo examinando la trajedia del poeta ingles a una luz mui diversa de aquélla a que la han contemplado otros críticos. Sin aceptar sus atrevidas interpretaciones sobre esa trajedia, eterno tormento de sus comentadores, reconocemos en el trabajo de Rossi un mérito innegable.

El análisis a que aludimos, vertido al castellano con mucho esmero por la Sta. Alaide Pantanelli es un discurso pronunciando por Rossi en Barcelona ante una reunion escojida de literatos i artistas i que le valió una nueva ovacion. De sentir es que su corta permanencia entre nosotros no le permita darnos una sesion semejante a la que dió al público barcelonés, en la que gozarian no poco las personas amantes de las letras i del arte dramático.

Rossi es mas que actor. No solamente representa sino que escribe tambien dramas. Sentimos sobremanera no haber visto aun *La fuerza de la conciencia*, produccion original suya, que ya se ha representado en varios teatros de Sud-América. El titulo promete un drama filosófico de interes.

Por lo que a la lijera hemos apuntado, se conocerá que Rossi es fuera de las tablas un personaje interesante; pero donde debemos buscarlo es en su elemento, es decir, sobre el escenario de un teatro.

La noche de su aparicion en el teatro de *Variedades* se lo esperaba con esa ansiedad de un público que sabe que en pocos momentos mas va a coronar con sus aplausos a un verdadero jenio.

Apareció apénas i ya se le aplaudia con locura, con verdadero frenesi, de una manera tal que el artista impresionado por desagradables recuerdos, que deben felizmente haberse borrado de su memoria, sintió que el pecho se le oprimia siendo necesario suspender la representacion algunos minutos a fin de que se repusiera de su emocion.

Representaba en aquella noche un drama que solo *él* podia hacer aceptable, composicion, si bien de sentimiento, de poquisima accion i de escenas fatigosas para el auditorio i el actor.

Sinembargo, Rossi hacia de aquel drama desprovisto de mérito un algo que su autor no habria soñado. La lucha dolorosa de la virtud con la adversidad no podia haber hallado un intérprete igual.

Rossi nos hacia sentir como jamas habiamos sentido, i comprendiamos, gracias a él, en toda su plenitud el sacrificio de ese bravo i virtuoso sarjento Guillermo.

Si poco mas arriba tributábamos a la Paladini justos elojios por la representacion del 2.° acto de *Los dos sarjentos* ¿qué no diremos de Rossi en las mismas escenas?

El sarjento Guillermo, como el Régulo de la antigüedad debia dar su adios a su esposa i sus hijos i entregar en seguida su cabeza al verdugo. Pero el héroe romano *con los ojos bajos i la espresion austera* no fijó la vista en las prendas de su amor, como el héroe del drama que tiene que sufrir la mas tremenda i dolorosa de las lu-

chas. Aquí Rossi estuvo inimitable, sublime.

¡Qué mímica aquélla! ¡qué terrible verdad la de esas escenas mudas tan difíciles de representar, donde un solo jesto puede poner en ridículo la mas sublime trajedia!

I luego aquella declamacion en la que el arte nos hacia olvidar por momentos que lo que veiamos era la ficcion de un poeta. Aquello parecia una escena de la vida real en la que viéramos comprometidos a seres jenerosos cuyas manos acaso habiamos estrechado mas de una vez....Difícil seria decir lo que pasaba por el público en aquellos instantes; mucho mas fácil es sentirlo.

La declamacion de Ernesto Rossi es natural hasta el último grado, pertenece a una escuela que copia la vida real i estudia en ella los efectos para el teatro, como los grandes pintores asisten a los anfiteatros de los hospitales a estudiar las formas del cuerpo humano para copiarlas con propiedad en sus lienzos.

Al enviar estas líneas a la imprenta sentimos no haber visto aun la representacion del Otelo. Rossi ama a Shakespeare i lo conoce profundamente; ademas el drama está en su cuerda por lo que su ejecucion no dejará que desear.

Rossi vuelve a la escena los dramas del trájico ingles, desconocidos casi a esta jeneracion, ¿por qué no haria lo mismo con el *Tetrarca de Jerusalen*, *La vida es sueño* o alguna otra de las obras maestras de Calderon de la Barca?

De la segunda de estas piezas, la compañia Rossi posee una preciosa traduccion, la ha representado con estraordinario aplauso en Madrid i otros puntos de España ¿por qué, pues, no exhibirla entre nosotros?

¡Ojalá que Rossi se decidiera a representarla! *La vida es sueño* es un drama casi desconocido en nuestros teatros i probablemente, si el gran artista no lo representa, no se nos ofrecera otra ocasion de admirar en las tablas esa concepcion filosófica e ideal, joya preciosa de nuestro idioma que es el encanto de la moderna Alemania literaria.

OLIMPIO.

EL PEREGRINO.

(Traducido para *La Estrella de Chile.*)

Cansado de caminar, se sienta el viajero al pié de un castillo.

Aislado en aquellas soledades, en medio de aquella noche oscura, el castillo se presenta a la exaltada fantasía del peregrino cual jigantesca, negra, pavorosa fantasma.

¿Dónde hallará al fin el desgraciado a la que con tanta fatiga va buscando? Ella, el encantador objeto de sus amores, la hermosa Elcinda, con quien tuvo tan tiernos coloquios aquella noche, al rayar el siguiente dia, habia desaparecido misteriosamente. ¡Cuán largas distancias ha recorrido el cuitado buscando su tesoro! ¿Cuál es la ciudad, cuál la aldea, cuál la cabaña donde no ha preguntado por la jóven de los ojos negros, de la hermosa cabellera, del dulce sonreir?

¡Ai! El ciudadano, el aldeano i el labriego le han respondido siempre: ¡no la hemos visto!

Ni de dia ni de noche ha cesado de caminar. Sus juveniles fuerzas han desfallecido; el fuego del amor no es bastante ya para reanimar aquel cuerpo estenuado con tan larga peregrinacion.

¡Oh, dolor! La fatiga le rinde; no puede continuar su marcha. Talvez, miéntras tanto, el sacrílego que le robó su amor, cruza veloz valles i valles i atraviesa montes i montes... i él no podrá ya alcanzarlo.

¿Con que al fin ha de resignarse a perderla para siempre? ¿No se apiadará el cielo ni de las lágrimas de la inocente doncella, ni del dolor del mancebo?

Humilde, fervorosa, sublime plegaria alzó a Dios el peregrino. Mortal congoja oprimia su corazon. Un raudal de lágrimas amargas corrió por sus pálidas mejillas.

Esa soledad, ese desamparo, aquella negra oscuridad, aquel silencio, ese castillo que se alzaba sobre su cabeza como un monstruo amenazador, la impotencia... ¿quién podria decir la angustia de aquel corazon?

Pasaron ¡ai! para jamas volver aquellos dias dichosos: ya no la verá, al rayar el alba, cojiendo flores en la pradera; ya no la verá, lleno de orgullo, descollar entre las doncellas por la belleza i el candor de su semblante; ya jamas, al ocultarse el

sol, tornará a verla en el templo, cuando todos se reunen a la oracion de la tarde; cuando vaya a aquella cabaña, no verá allí mas que a dos ancianos sumidos en tristeza i duelo, anegados en impotente llanto; cuando los mancebos lo vean solitario i melancólico, esclamarán: ¡desventurado! le han robado su amor! cuando el jóven desgraciado entre de noche a la mar, ya no oirá desde léjos el canto de la pescadorcita ni divisará la lumbre de su canoa!

Así pensó el peregrino; alzó su abatida frente, miró en torno: ni un rumor, ni una luz en la tierra, ni una estrella en el cielo encapotado, ni un ser amigo; oscuridad, soledad, silencio, horror hallaron solo sus ojos... Frenético, loco de dolor, prorrumpió a voces llamando a su amada cual si estuviera viéndola, e implorando la piedad del mismo que se la habia arrebatado...

Su voz, poderosa a impulsos del dolor i apesar de la fatiga, resonaba sin respuesta en aquellas soledades. El eco, remedando sus tristes lamentos, parecia burlarse de su amargura.

Oyó, empero, un leve rumor en lo alto del castillo. Alzó la vista i vió por entre gruesas rejas un pálido resplandor que ántes no viera.

¡Ah! quienquiera que seais, esclamó, fuera de sí, quienquiera que seais, misterioso habitante de estas soledades, decidme, por lo que mas amais, ¿habeis visto a la que busco? Habeis visto pasar a una jóven de talle esbelto, de negros ojos, de hermosa cabellera? La habeis visto? Decidme, por piedad: ¿sabeis quien la arrebata tan cruelmente al amor de dos ancianos i al amor mio?

Las montañas repitieron de nuevo sus clamores.

Al traves de los hierros divisó una sombra confusa; la sombra hablaba; pero su voz llegaba débil, apagada, incomprensible.

Súbito la sombra calló i se estinguió la pálida lumbre.

¡Oh, desesperacion! ¿Qué respuesta daba aquel misterioso personaje? ¿Por qué se estinguió así la luz?... El peregrino renueva sus clamores. Por piedad, esclama, no os oculteis asi, habladme de nuevo, oiga yo vuestra respuesta; decidme; ¿la habeis visto?

Ninguna voz respondia.

Creció la ansiedad del mancebo. Quizás aquel inaccesible castillo era la prision de su amada i aquella sombra confusa... ella misma.—«¡Elcinda, Elcinda! gritó frenético; si eres tú la sombra misteriosa que acaba de ocultarse a mis ojos, si el malvado te tiene prisionera aquí, dilo, que la fuerza de mi brazo te dará la libertad.»—Lució de nuevo el estinguido resplandor, tornó a destacarse la misma sombra. Habló de nuevo; i el peregrino oyó distintamente: ¡Huye, huye!

El mancebo no huyó. Abrióse de repente con estrépito una pesada puerta de hierro i un hombre corpulento se lanzó contra él. Brilló una espada. El jóven luchó largo tiempo cuerpo a cuerpo con su enemigo, que con brazo poderoso le asestaba golpes terribles. Rompióse contra el muro del castillo mal blandida la hoja. El peregrino se lanzó al cuello de su enemigo, bambolearon así algun trecho; al fin.....

.....

.....

Pasaron años.

A la orilla del mar, en una cabaña, mora una pareja: un pescador i una pescadora. Él i ella habian puesto su confianza en Dios. Fieles a sus juramentos, habian guardado sus corazones el uno para el otro. Ella oraba en su prision, él levantaba su plegaria a Dios en medio de las fatigas de su afanoso camino. Por éso, él ha vencido i ella está libre de las garras del malvado; él i ella son felices.

Risueña les luce el alba; no tiene para ellos rigor el sol del mediodía; son serenas sus noches; la ola se llega tímida i mansa a besar el umbral de la cabaña de los pescadores; el mar colma su barquilla de rica i abundante pesca; deliciosas brisas acarician sus frentes; el recuerdo mismo del dolor pasado les causa inefable complacencia; Dios prodiga sus favores a esos sus hijos que le aman i le bendicen cada dia.

Animado, bullicioso, inocente enjambre, los pequeñuelos de esa cabaña juguetean en torno de la lumbre, i coronan la felicidad de aquel hogar.

¡Virtud, amor, fidelidad, jamas el cielo os deja sin recompensa!

El sufrimiento no es eterno, ni en este valle de lágrimas.

Regocijo en pos del llanto, espléndida aurora en pos de noche opaca, diáfano cielo, mar tranquila en pos de horrorosa tempestad, amor i dicha despues de ausencia i duelo: ésa es la lei de la vida.

¿Llorais hoi? Sembrad lágrimas para cosechar el gozo.

Alegraos en vuestras penas. Confiad en la palabra del que dijo: *Qui seminant in lacrymis in exultatione metent.*

R. Lepêcheur.

CENTENARIO

DEL INVENTOR DE LA LITOGRAFÍA.

En los últimos dias del pasado noviembre, se celebró en Alemania, notablemente en Munich, el centésimo aniversario del nacimiento de un hombre cuyos descubrimientos han tenido una inmensa importancia, queremos hablar de Aloys Senefelder, el inventor de la litografía. Habia nacido en Praga, el 6 de noviembre de 1771, en una casa que lleva el número 408 de la calle de los Caballeros, en el barrio de la Ciudad Vieja. Su padre era actor, pero combatió con todas sus fuerzas la aficion de sus hijos por el teatro. Hizo estudiar derecho a Senefelder; pero éste, tan luego como murió su padre (1791), se ajustó en una compañía de cómicos ambulantes, llevó vida nómade durante tres años, luego se ocupó de literatura dramática. Demasiado pobre para pagar a un impresor, se injenió en descubrir un procedimiento con cuya ayuda pudiese economizar un intermediario costoso.

Primero escribió sobre una placa de cobre preparada con un líquido corrosivo; pero costaba mui caro. El estaño era mas barato i lo usó; desgraciadamente, este metal no se prestaba tan bien al uso que él necesitaba. En fin, empleó lo que se llama la piedra de Kelheim, i una tinta de que era inventor; pero no tuvo la idea de servirse de la misma piedra para la impresion, sino despues, que hoi no se emplea mas que para la escritura. Hasta entónces no tenia el derecho de darse el título de inventor, solo lo fué cuando despues sostituyó al método vaciado el método de relieve. La casualidad lo puso en la vía que buscaba. Habiendo tenido que escribir algunas líneas a su madre (otros dicen era la cuenta de la lavandera), i no encontrando a mano tintero, ni papel ordinario, escribió con la tinta de su invencion, sobre una de sus piedras. En el momento de borrar lo que habia escrito, tuvo la idea de grabar la plancha al agua fuerte, hacer resaltar los caractéres e imprimirla como en el sistema ordinario de impresion.

Se habia inventado un nuevo arte. Pero el autor carecia de dinero para esplotar su idea. Para procurarse los primeros fondos, sentó plaza como sustituto en la artillería, mediante 200 florines; pero al dia siguiente lo rechazaron, alegando su calidad de estranjero. Felizmente, un músico de la corte, llamado Gleismer, le adelantó algun dinero, con el cual Senefelder imprimió con ayuda de su procedimiento, algunas composiciones de su amigo; entre otras, *Una marcha de cazadores bávaros*, i luego una docena de piezas para piano. Tal fué la primera aplicacion del procedimiento debido a Senefelder.

Este último tuvo la satisfaccion, rara para los inventores, de ver en vida su descubrimiento llegar a un alto grado de perfeccionamiento i aclimatado en casi todos los países del globo. Murió el 26 de febrero de 1834.

A Senefelder, cuyo arte ha servido para reproducir tantos retratos, no le gustaba que hicieran el suyo. El «Illustritte-Zeitung» al dar, con motivo del centésimo aniversario del nacimiento de este artista, una noticia biográfica, de la cual hemos tomado los detalles precedentes, la acompaña con un retrato cuyo orijen no deja de ser curioso.

Senefelder visitaba con frecuencia al director de la escuela práctica de dibujo.

Uno de los discípulos que era uno de los mas celosos partidarios del nuevo método, Franz Hanfstaengl (fué el primero que dibujó en piedra los retratos del natural), deseaba hacer el de Senefelder; pero el artista se negó siempre a su deseo, diciendo que habia heredado la supersticion de su madre, la cual temia morir pronto si su imájen era reproducida, i este temor se habia infelizmente realizado. Hanfstaengl aprovechó, pues, las frecuentes visitas de Senefelder al taller la escuela para copiar las facciones del artista sin que aquél lo notase; cuando estaba próximo a terminarlo, le enseñó su obra i le suplicó le dejase dar los últimos toques. Senefelder consintió, pero sacudiendo tristemente la ca-

beza. Seis dias despues llevaban a su última morada al autor de una de las invenciones mas populares de los tiempos modernos.

A continuacion encontrarán nuestros lectores la copia íntegra de un cuadernito titulado *Reseña sobre los baños de Catillo* (1) que se nos ha remitido por duplicado. Es curioso e interesante.

RESEÑA SOBRE LOS BAÑOS DE CATILLO.

Estos famosos baños pertenecen al departamento del Parral (provincia de Maule); están a cuatro leguas al oriente de esta ciudad, a orillas del rio Catillo i en el centro de un portezuelo, es decir en el medio de un pequeño valle dominado por lomas desnudas de vejetacion. Hácia el E. S. E. el valle se encajona casi hasta ceja de montaña en un terreno feraz, i de gran fertilidad.

No es mui pintoresco el horizonte que se divisa desde las casas de los baños de Catillo, a causa de lo agreste de las lomas que los limitan; pero elevándose sobre alguna de ellas el panorama se hace mas risueño, porque el valle aunque no mui variado de aspecto se vé verde, con algunas arboledas hácia el occidente i el rio Catillo con sus márjenes crespas i frondosas que se dibujan en esta sábana de verdura como una serpiente de plateada escama que se arrastrara sobre un piso de esmeralda. Lo pequeño del valle de Catillo no permite ver a los Andes en toda la majestuosa plenitud de su hermosura; pero si permite ver las montañas que interceptan la vista de sus faldas como un anfiteatro inmenso, cuyo último piso es la cresta de la cordillera siempre nevada, sobre la cual se empina majestuoso el pico de Longavi. Del rio que lleva este nombre se escapa la gran acequia que empapa el magnífico valle del Parral i que surte de agua a esta poblacion; de este gran cauce partirá mui pronto el canal que fertilizará las vírjenes lomas de Catillo i que ha de convertir presto este establecimiento de baños en un verjel ameno.

Las altura de Catillo, de Huenutil i otras estancias colindantes con los baños constituyen un gran lecho volcánico, en cuya superficie se encuentra a cada paso i en todas direcciones escorias i piedras, que al desmembrarse de las rocas primarias por el calórico inconmensurable del volcan, se han cubierto unas de una capa silicosa i otras han quedado calcinadas sin conservar mas que los poros de donde todo lo que existia de fusible se ha exudado.

Sinembargo mas abajo de la materia gredosa en que estas piedras fueron en un tiempo sumerjidas estando la superficie en un estado de barro lijeramente sólido, se encuentra la tosca, como en el valle central, i otros indicios pluirales, que en un tiempo remoto fueron los sedimentos de mas gravedad pacífica entre las aguas en el estado turbulento en que se encontraban en aquella época.

Inmediatamente debajo de la tosca existen las vertientes sulfurosas, alcalinas i ferrujinosas, que nacen lo mismo que los demas manantiales frios que se encuentran a cada paso, diferenciándose de éstos solo en la particularidad de escaparse el agua por grietas i cisuras que las diversas convulsiones del globo han formado en la roca primaria.

Estos manantiales talvez por miles de siglos corieron por la superficie, envueltos en humo i vapor; con el tiempo, la vejetacion tomó dominio alrededor i formó selvas magníficas, de roble, de guálo, ciprés i laurel, entretejidas con el verde ramaje de éstos, el coguil i copihue sonreian en la espesura que a la vez de proporcionar sombra a los habitantes del pueblo que ya no existe sobre la faz de la tierra, les suministraba agradable recreo. Tal vez el indio festejó aqui los triunfos de su tribu, cazó en los bosques i pescó en Catillo, caudaloso i soberbio entónces, miéntras que la familia se dedicaba a las faenas domésticas.

Estos robles, estos gualos, cipreses i laureles, han desaparecido i con ellos los encantos de la selva entretejida con enredaderas de variados colores. Pero queda aun la tierra pisada por el indio indómito, orgulloso de su fuerza i dominio que vagaba fiero i orgulloso por la tierra de sus antepasados; mas al encontrarse en las vertien-

(1) Un vol. en 4.° de 6 pájs.; Imp.—de *El Telégrafo*, Chillan.—Diciembre de 1871.

tes envueltas en el vapor, se humillaba, aterrábase ante la presencia del Grande Espíritu que rejia los destinos de su tribu.

. . . . . .

. . . . . .

Los baños de Catillo fueron descubiertos en el siglo pasado por un fraile franciscano que recorria la comarca en busca de limosnas. No se ha podido precisar el año del descubrimiento; pero todos los ancianos del lugar los dan por conocidos mas de un siglo há. Se sabe positivamente que a lo ménos eran conocidos en el terremoto que destruyó a Penco i no se duda que las aguas desaparecieron por efecto del sacudimiento durante un año. Vecinos de Catillo en la actualidad, contemporáneos del terremoto del 20 de enero de 1835, aseguran que en esta ocasion tambien desaparecieron totalmente por espacio de un año, i por tres las del baño caliente, situado en la parte mas occidental: reaparecieron frias durante algunos meses pero poco a pozo fueron conquistando su primitiva temperatura de 39° del centígrado que hasta hoi conservan.

Un don Juan de Urrútia (padre del actual jeneral del mismo apellido), edificó las casas que subsisten actualmente, casi sólidas hasta el punto de quedar ilesas del terremoto del 35 que destruyó a Chillan. El jeneral Urrútia vendió a don Caciano Arce cuyo hijo don José Miguel vendió a don Jervasio Alarcon. La viuda de este caballero es la actual propietaria de los baños de Catillo.

De seguro no hai en toda la parte meridional de Chile un clima mas templado, mas benigno, mas uniforme que el de Catillo, ventaja notable que tiene sobre los baños de Cordillera, en los cuales la mayor actividad de las aguas por la mayor cantidad de azufre, potasa o fierro que contienen, está acompañada de un aire mui ratificado a causa de la altura en que se encuentra i constipa al pasajero con tanta mas facilidad cuanto mayor es el calor de las aguas en que se ha bañado. Por otra parte, a gran diferencia de temperatura que existe entre el dia i la noche en los baños de Cordillera, hace que la menor imprudencia del enfermo cause un constipado del que no se sana fácilmente en esas latitudes i cuyas consecuencias casi siempre son sérias.

La perfecta uniformidad de temperatura en los baños de Catillo, lo templado del clima, la facilidad para trasportarse a ellos, lo barato de la vida i la circunstancia de encontrarse abiertos todo el año, son seguramente motivos que el público doliente debe tomar en consideracion para decidirse a visitarlos.

El gran abandono en que han estado los baños de Catillo por la desidia de sus propietarios, que no se tomaron el trabajo de darles aguas de regadío para cultivar el valle i las lomas, hermoseando así esa interesante estancia, i que al edificar las casas no pensaron sino que en ellas cupiera mucha jente, olvidándose de uno de los principios fundamentales de la hijiene, cual es fácil acceso al aire i a la luz, ha sido la causa directa de que el público no los atendiera como merecen. En efecto: si las mejoras en la localidad de Catillo hubieran marchado al nivel de las que se operaban en los pueblos que le prestaban en contingente de inmigracion los meses de noviembre, diciembre, enero, febrero, marzo i abril, es indudable que la afluencia de pasajeros habria ido en aumento; pero la localidad de Catillo se ha hecho mas i mas incómoda a medida que las comodidades domésticas han progresado en los pueblos de Talca, Linares, Parral, San Cárlos, Chillan, i otras poblaciones, cuyos habitantes, como es natural, han ido viendo en el viaje a Catillo un sacrificio hecho en favor de la salud, sin el consuelo de llegar a un lugar, cómodo, alegre, risueño, lo que equivale a una verdadera compensacion.

El nuevo arrendatario de los baños de Catillo (doctor en medicina) persuadido de todo esto i dispuesto como está a rejenerarlos, i hacer de él un establecimiento de primer órden ha principiado por demoler todo el edificio occidental, cuyos escombros le han servido de terraplen para levantar un edificio sencillo i elegante, que por lo ménos no carecerá de aire ni de luz, los dos elementos con los que nuestros mayores estuvieron siempre peleados, i que consultará todas las comodidades i medidas que tiendan a hacer de estos baños termales ademas de un lugar de sanidad un lugar de ameno recreo.

El edificio (hotel) tendrá 40 metros en cuadro con 40 habitaciones espaciosas cómodas, algunas de ellas dobles para alojamiento de familias; en este número no va incluido el comedor, el salon de tertulia, el de billar, ni comprende, por supuesto,

34 piezas mas arregladas en la parte sana del edificio antiguo. No faltará en los baños de Catillo un buen piano, ni una cancha de palitroque.

La primera piedra de este edificio se colocó el 24 de noviembre de 1871, i el constructor se ha comprometido a darlo concluido en los últimos dias de enero del 72.

De grandes depósitos de ladrillo estucados con cimiento romano, destinados a recojer las aguas termales, arrancarán cañerías de hierro para surtir de aguas 12 baños, que no han de ceder en comodidad a los mui acreditados de Cauquénes.

El análisis practicado de estas aguas dió a conocer la presencia de sales de potasa, de bromuro i de magnesia, sulfuro de las mismas bases, sulfuro de potasa, trosmuro de potasa i de fierro, gas hidrójeras sulfurado, azufre en flor e indicios de otras muchas sustancias minerales que un análisis mas prolijo pondria en descubierto.

De una de las lomas que rodean el valle, descenderá pronto una cañería que conducirá a los baños, agua potable con un descenso i desnivel de 10 metros. De esa manera se procurará un chorro de suficiente fuerza para emplearla en duchas. Es esa la mente del arrendatario; poner en planta un establecimiento de duchas, que tanto furor hace hoi en la curacion de enfermedades crónicas.

FRANCMASONES.

(Traducido para *La Estrella de Chile*, por R. B. G.)

Los francmasones hacen remontarse su orijen hasta el tiempo de Salomon i lo adornan con cuentos maravillosos. Es una órden que parece haber nacido en Inglaterra i que tenia por objeto al principio la construccion de las iglesias. Ahora ese gusto por la albañilería (*moçon*, albañil) es puramente alegórico i ha cambiado profundamente el objeto: formar el corazon, arreglar el espíritu, restablecer el buen órden, hé ahí, dicen los masones lo que se significa con el *compas* i la *escuadra*. Pero la verdad es que la francmasonería, como sociedad secreta, creada a principios del siglo pasado por un ingles, lord Montague, no es mas que el protestantismo llegado al estado de indiferentismo, i una sorda conspiracion contra el catolicismo.

Cuando la francmasonería, que ahora destruye, construia, no habia mas que un solo *gran maestre* que residia en Inglaterra; hoi cada pais tiene el suyo. Las asambleas de los francmasones se denominan comunmente *lojias*. Una lojia debe ser compuesta a lo ménos de siete miembros. El presidente de la lojia lleva el nombre de *venerable*. Dependen del venerable dos *vijilantes*, que hacen ejecutar los reglamentos de la órden.

En las reuniones solemnes, cada *hermano* lleva un delantal de piel o de seda blanca, cuyos cordones son blancos tambien i del mismo jénero que el delantal; los *aprendices* lo llevan de un solo color, los *compañeros* lo ribetean con los colores de la lojia, los *maestros* hacen bordar en él un compas, una escuadra, dos columnas i los diversos ornamentos de la órden. Los maestros llevan tambien un cordon azul, del cual penden una escuadra i un compas.

En las comidas, las luces deben estár dispuestas en triángulo; la mesa servida con tres, cinco, siete, nueve cubiertos, segun el número de los comensales, pero siempre en número impar. Todos los términos que allí se emplean son tomados de la artillería, como los que se usan en el trabajo son tomados de la arquitectura. La primera copa es a la salud del príncipe a quien se obedece, la segunda a la del gran maestre, la tercera a la del venerable de la lojia. Se bebe en seguida por los vijilantes, por los recien admitidos i despues por todos los hermanos.

El hijo de un francmason es *Loufton* (los franceses dicen impropiamente *Louveteau*); puede ser recibido a los catorce años. El hijo de un *profano* (el que no es francmason) no puede serlo sino a los veintiuno.

Entre muchos signos misteriosos que se ven en las lojias, se nota en el medio la *estrella centelleante*, una G, primera letra de *God* (en ingles Dios).

Hai en la francmasonería tres principales grados. Es necesario ser *aprendiz* ántes de ser *compañero*, i *compañero* ántes de ser *maestro*.

Los maestros no entran a la lojia sino con

el jesto del horror, (1) i esto en memoria de la muerte de *Adoniram* o *Hiram*, cuya historia se cuenta de diferentes modos.

Esa historia o ese cuento no es apropósito mas que para divertir a los necios. Asi se puede llamar a los que solo llegan a obtener los tres grados de que acabamos de hablar, i que no están iniciados en los grandes secretos reservados a los dignatarios superiores.

Unos os dirán que en esa relacion se trata de *Hiram*, rei de Tiro, que hizo alianza con Salomon i fué uno de sus grandes ausiliares para la construccion del templo.

Otros cuentan que ese *Hiram* era un excelente obrero que trabajaba en oro, en plata, en cobre; que era hijo de un tirio i de una mujer de la tribu de Nephtali (2); que Salomon lo hizo venir de Tiro para que trabajara en la ornamentacion del templo, como se lee en el cuarto libro de los Reyes; que, entre otras obras, construyó, a la entrada del templo, dos columnas de cobre, que tenian 18 codos de altura i cuatro de diámetro; que dió el nombre de *Jakin* a la una, al pié de la cual pagaba a los aprendices i el de *Boaz* a la otra, donde pagaba a los compañeros, etc.

Pero hé aqui la historia de Adoniram (3) o de Hiram, segun la opinion mas comun entre los francmasones. Pretenden haberla sacado del Talmud, en donde se lee que el *venerable Hiram* dió el traje i el carácter de albañil a Salomon, quien se honró con llevarlo.

Adoniram, a quien Salomon habia encargado de dirijir los trabajos de su templo, tenia que pagar a tan gran número de obreros que no podia conocerlos a todos. Para no esponerse a pagar a un aprendiz como compañero ni a un compañero como maestro, convino con los maestros ciertas palabras i señas que servirian para distinguirlos de sus subalternos, i dió igualmente a los compañeros signos que no eran conocidos por los aprendices.

Tres compañeros, poco contentos con su salario, formaron el disignio de pedir la *palabra de maestro* a Adoniram, luego que pudieran encontrarlo solo, o asesinarlo si no queria decirselo. Esperáronlo una tarde en el templo i se apostaron uno al norte, otro al sur, el tercero al oriente. Adoniram entró por la puerta del occidente, i queriendo salir por la de mediodia, uno de los tres compañeros le preguntó la palabra de maestro, levantando sobre él el martillo que tenia en la mano. Adoniram le dijo que él no habia recibido la palabra de maestro de esa manera. Al punto el compañero le dió un martillazo en la cabeza. El golpe no fué bastante violento para derribarlo, i Adoniram corrió hácia la puerta del norte, en donde encontró al segundo, que hizo otro tanto. Este segundo golpe le dejó todavía algunas fuerzas, e intentó salir por la puerta del oriente, en donde el tercero, despues de haberle hecho igual pregunta, lo ultimó. Los asesinos ocultaron el cadáver bajo un monton de piedras, i, cuando llegó la noche, lo trasportaron a un monticulo donde lo enterraron; i, para poder reconocer ese sitio, plantaron una rama de acacia sobre la fosa (1).

Salomon, que pasó siete dias sin ver a Adoniram, ordenó a nueve maestros que lo buscasen. Estos ejecutaron fielmente su cometido. Despues de largas e inútiles investigaciones, estando los tres mui fatigados, se sentaron casualmente en el sitio donde Adoniram estaba enterrado, uno de ellos arrancó maquinalmente la rama de acacia i se apercibió de que la tierra estaba recien removida. Los tres maestros, curiosos de saber la causa, se pusieron a la cavar i encontraron el cuerpo de Adoniram. Entónces llamaron a los otros i, habiendo reconocido todos a su jefe, sospechando que algunos compañeros podian haber cometido el crimen i que le habian arrancado talvez la palabra de maestro, la cambiaron al momento (2) i fueron a dar cuenta de esta aventura a Salomon. Este príncipe lo sintió grandemente; ordenó a todos los maestros que trasportasen al templo el cuerpo de Adoniram, en donde lo enterró con gran pompa. Durante la ceremonia, todos los

(1) Las lamentaciones de los maestros por la muerte de Hiram, muerto hace la miseria de *tres mil años*, hacen recordar las fiestas fúnebres de Adónis, entre los paganos.

(2) Salomon tulit Hiram de Tyro, filium mulieris viduæ de tribu Nephtali, artificem ærarium, etc. (*Reg.*, lib. IV.)

(3) La Escritura nos dice que el que dirijia los trabajos del templo de Salomon, se llamaba *Adoniram*. Josefo, en su *Historia de los Judíos*, lo llama *Adoram*.

(1) Probablemente por eso en la primera exhibicion pública de los francmasones de Santiago, iban éstos en procesion, llevando cada uno toda una acacia en el ojal de la levita (N. del T.)

(2) La palabra de maestro era *Jehovah*. La q ue se tomó despues significa, segun los francmasones, *el cuerpo está corrompido*.

maestros llevaban delantales i guantes de piel blanca, para significar que ninguno de ellos se habia manchado con la sangre de su jefe.

Tal es la historia de Adoniram.

La órden de los francmasones tiene pretensiones de gravedad, no obstante estar llena i alimentada de ridiculeces. I eso seria poca cosa, si, en relijion, no tuviese perniciosas tendencias. Asi la Santa Sede, por cuatro actos diferentes, ha condenado formalmente a la francmasoneria. Las misteriosas ridiculeces de sus lojias les han dado reputacion de brujos en los campos (1).

Ademas de las órdenes de caballería que han creado para su diversion, hai entre ellos muchos cismas i podriamos citar muchas sociedades secretas de ese jénero mas o ménos absurdas. Los *mopsos*, en Alemania, eran francmasones; otra secta llamada *El órden de la libertad* pretende que fué Moises su fundador. Los *caballeros prusianos* hacen remontarse su orijen a la torre de Babel; otros a Noé.

No se reciben mujeres en la francmasoneria sino en las lojias llamadas *de adopcion* en las que se dan bailes i festines. En esas lojias se cambian las palabras de órden, para no esponerse a que se divulguen los secretos. Otro insulto mas a las mujeres (2).

J. Coll'n de Plancy.

(1) Entre nosotros, no ha faltado uno que otro *huaso* que ha andado por la plazuela del Teatro preguntando donde podria *vender su alma a los masones*. (N. del T.)

(2) Véase el libro titulado *Jacquemin le francmaçon*, leyendas de las sociedades secretas.

El *Journal de Bruxelles* ha obtenido de un francmason notable un diploma espedido por *los poderosos i soberanos grandes inspectores jenerales, trijésimo-tercer grado i último del rito escoses*. Hé aquí la descripcion de ese diploma:

"El inmenso pergamino desenvuelto a nuestra vista, casi nos ha deslumbrado por su lujo. Dos águilas que llevan una espada en sus garras, una bandera sembrada de cuadritos al rededor del leon neerlandés con la divisa: *Je maintiendrai*, tres sellos pendientes de cordones de diferentes colores, todo esto es como para inspirar respeto. Léense en él tres palabras con mayúsculas: *Salud, Estabilidad, Poder*. Los que suscriben declaran que escriben *bajo la bóveda celeste del zenit*; se califican de «*poderosos, soberanos grandes inspectores jenerales, miembros del supremo consejo.*» I las patentes van dirijidas "*A nuestros ilustrísimos i valentísimos Príncipes del real secreto, Caballeros K.·. H.·. Ilustres príncipes i caballeros grandes, inefables i sublimes, libres i recibidos francmasones en todos los grados antiguos i modernos en la superficie de los dos hemisferios.*"

Verhaegen, jefe de la *Universidad libre* de Bruselas i autor del manifiesto contra los obispos, ha obtenido un diploma mui semejante en el que los *susodichos poderosos i soberanos grandes inspectores* declaran lo que sigue:

"Certificamos i proclamamos que es: maestro de las lojias simbólicas,—maestro secreto,—maestro perfecto,—secretario íntimo,—maestro ingles,—maestro por curiosidad,—preboste i juez, maestro irlandes,—intendente de los edificios,—maestro de Israel,—maestro elejido de los nueve,—ilustre elejido de los quince,—sublime caballero elejido,—gran maestro arquitecto,—real arca,—gran elejido,—gran escoses,—venerable gran maestre de las lojias simbólicas,—gran maestre *ad vitam*,—*Noachita*,—caballero prusiano,—real hacha,—gran patriarca,—príncipe del Líbano,—jefe del Tabernáculo,—príncipe de Mercy,—caballero de la serpiente de bronce,—gran comendador del Templo,—caballero de la águila i del sol,—príncipe adepto,—gran escoses de san Andres,—patriarca de los cruzados,—gran elejido,—caballero del águila blanca i negra,—caballero Kadosch,—gran inspector inquisidor, comendador caballero de sanAndres"...
..... ¡Nada mas!

EL SUEÑO.

Llega, delicioso sueño,
Cobija mi lecho bronco,
Que nunca mas halagüeño
Me siento, ni mas risueño
Que cuando en tus alas ronco.

Tendido, cual en la tierra
Inerte descansa el tronco,
Nada en el mundo me aterra
Ni el espanto de la guerra
Siempre que en tus alas ronco.

Sucede que cuando bajo
Del incesante trabajo
De fatiga me destronco,
I entónces ¡cuál te agasajo
I en tus dulces alas ronco!

No me despierta a deshora
Ni tormenta atronadora
Ni el crujir del viento ronco;
I al reflejar de la aurora
En tus dulces alas ronco.

No me pueden igualar
Los reyes, ni yo me entronco
Con ellos, pues mas gozar
Nadie puede sin roncar
Cual en tus alas yo ronco.

Satisface, pues, mi empeño,
Cobija mi lecho bronco
Deliciosísimo sueño
I verás cuán halagüeño
En tus dulces alas ronco.

EUSTACIO SANTAMARIA.

SHAKSPEARE.

Las circunstancias de hallarse entre nosotros el señor Ernesto Rossi, que es sin disputa el mas aventajado trájico que ha visitado nuestros teatros, i la consiguiente oportunidad que tendrá el público de ver representadas por primera vez algunas de las mas famosas trajedias italianas, inglesas i francesas nos habian hecho creer que acaso se leeria con interes un breve estudio sobre las mejores obras i los principales autores antiguos i modernos en este noble ramo de la literatura. Pero pronto hubimos de convencernos de que, por rápido que fuese ese estudio, él nos habria llevado demasiado léjos en el espacio i en el tiempo. En el deseo, pues, de reflejar de alguna manera en las columnas de *La Estrella de Chile* las preocupaciones literarias de nuestra sociedad i en la imposibilidad de llenar el cuadro que habíamos ideado, vamos a limitarnos a bosquejar una de sus mas poderosas cabezas i algunas de sus mas bellas o terribles inspiraciones.—Shakespeare. —Othello.—Romeo i Julieta.—Hamlet.—Macbet i Ricardo III.

Puede decirse de Shakspeare, no solo que es un gran poeta, sino que es el poeta mimado del siglo en que vivimos. Fuera de su patria, ha sido puesto al nivel de los mas altos; en Inglaterra es objeto de un entusiasmo que raya en locura, i de una admiracion tal que podria mui bien llamarse culto sin faltar a la propiedad de las palabras.

Madama de Staël observa el fenómeno i procura esplicarlo. «Los pueblos libres, dice, tienen mas que los otros el sentimiento de la propiedad con respecto a todas las glorias de la patria; i este sentimiento inspira una admiracion que escluye cualquiera crítica.»

Esta esplicacion, que en el ánimo de la ilustre escritora tuvo sin duda su intencion política, que, un poco mas aguzada, habria dejenerado en un epigrama contra la Francia i su gobierno, literariamente considerada, es mas injeniosa que satisfactoria.

La historia nos enseña que el órgano de la admiratividad se desarrolla indistintamente en los pueblos libres i en los pueblos sometidos a un réjimen autoritario. San Jorje ha sido mui popular en Inglaterra; pero ¿lo ha sido ménos Santiago en España? Si se ha escrito en Inglaterra que Shakspeare no tiene ni superiores, ni iguales entre los poetas de todos los tiempos, ¿no se ha escrito tambien por algun portugues que Cristo no nació en Belen de Judea, sino en Belen de Portugal, i los poetas provenzales no solian alejarse de Barcelona cantando.

Adieu, noble patria mia,
La meillor ciudat del mond?

La verdad sobre este punto nos parece que siendo los ingleses tan propensos a exajerar sus glorias como los franceses o los españoles, son mucho ménos olvidadizos que estos últimos. En la imajinacion del pueblo ingles, la distancia, léjos de empequeñecer, realza i engrandece los objetos. Tradiciones de amor i tradiciones de odio se conservan como en una caja de fierro en el corazon de ese pueblo a un mismo tiempo el mas progresista i el mas tradicionista del mundo.

Sea ello como fuere, quien quiera que conozca el teatro de Shakspeare tendrá que confesar que seria injusticia decir que el ruido que se forma en torno de su nombre, es como el ruido de una de sus piezas *por nada o para nada.*

Hasta el mismo Voltaire, que, envidioso de la boga que el nombre de Shakspeare iba tomando en Francia, lo llamó grosera mente *un salvaje borracho o un bárbaro histrion* tuvo que confesar que mas de una vez se habia dignado recojer con su blanca mano algunas perlas *de su basurero.*

Despues de Voltaire, muchos críticos se han dado la tarea de patentizar las groserías, las incoherencias, las oscuridades o inverosimilitudes en que incurre con frecuencia por falta de gusto o por falta de instruccion; pero todos ellos se ven forza-

dos a reconocer que muchos de sus dramas producen en el teatro una impresion de terror, de compasion o de angustia, verdaderamente incomparable.

Antes, sinembargo, de dar una idea del talento, del arte i de algunas piezas del insigne poeta ingles, no estará de mas indicar los principales rasgos de su vida.

Aunque, a decir verdad, es bien poco lo que sabemos sobre ella; i no faltan historiadores que afirman que no se sabe nada.

Guillermo Shakspeare fué bautizado el 25 del mes de abril de 1564 en Stratford, de donde deduce Malone, uno de sus mas concienzudos biógrafos, *que debió nacer el* 23. Algunos creen que su padre era carnicero de oficio i ademas vendedor de lanas; pero el biógrafo a que acabamos de referirnos prueba casi hasta no dejar duda que tenia una tienda de guantes, jiro bastante lucrativo en aquella época en que se usaban perfumados i bordados de oro i entraban en el aderezo ordinario no solo de los elegantes, sino tambien de los obispos i de los jueces. Puede creerse tambien que negociase en la compra i venta de animales, pues se sabe que mas de una vez tomó en arriendo algunas pequeñas propiedades rústicas; pero no hai fundamento alguno para creer que fuese carnicero.

El hecho es que Juan Shakspeare, que así se llamó el padre del poeta, pertenecia a una familia de escasa fortuna, aunque decente; pues de otro modo seria difícil esplicar su matrimonio con María Arden hija de un *gentleman*.

El doctor Drake atribuye a Juan Shakspeare una fama mucho mas numerosa de la que realmente tuvo, confundiéndolo con un zapatero del mismo nombre i apellido que por aquel tiempo existia en Stratford.

El padre del poeta tuvo cuatro hijos i otras tantas hijas: Guillermo fué el tercero, aun cuando fué el mayor de los varones i luego de toda la familia por la muerte prematura de sus dos hermanas mayores.

Poquísimo es lo que se sabe sobre sus primeros años; probablemente no tuvo otra educacion que la que recibió en la escuela de Stratford, ya que no es probable que su padre, que apénas pudo hacer un garabato semejante a la letra *A* en la partida de bautismo, pudiese enseñarle gran cosa.

Campell, uno de los modernos admiradores i biógrafos de Shakspeare, afirma que en la escuela de Stratford aprendió el latin; opinion que es contradicha por otros, fundándose en que tomó el tema de muchas de sus piezas, no en los orijinales latinos, sino en las traducciones inglesas.

A los 18 años, se casó con Anna Atway, hija de un agricultor, i siete años mayor que él.

A los siete meses de casado, Mistress Shakspeare, dió a luz una hija, i dieziocho meses despues, dos jemelos, un varon i una hembra.

Sus primeros disgustos despues de casarse fueron completamente estraños a su matrimonio. Arrastrado por amigos i compañeros poco honorables, dedicados a cazar en propiedades ajenas sin permiso del dueño fué sorprendido en un parque perteneciente a Sir Thomas Lucy, quien, con este motivo le promovió una persecucion judicial. Shakspeare se vengó de él fijando en su puerta una balada satírica, en ocho estrofas disilabas, que fué su primera composicion poética. Parece que el poeta no olvidó nunca la aventura, ni mucho ménos al noble i celoso propietario, pues de él hizo el bailio Shallow en la *Segunda parte de Henrique VI*, i convirtiéndolo en objeto de las bufonadas i de los epigramas del Falstaff.

La enemistad de Sir Thomas lo obligó a ausentarse de Stratford para ir a buscar fortuna en otra parte. No ganó mucho con el cambio, pues se vió reducido a ganar su subsistencia i la de su familia custodiando en la puerta del teatro los caballos de los asistentes a los espectáculos. Esta ocupacion debia ser el principio de su fortuna i abrirle las puertas de la gloria. Efectivamente no tardó mucho en contratarse para ayudar a las representaciones, prestando ciertos servicios detras de bastidores: de aquí pasó a la escena, i en poco tiempo el actor se trasformó en autor.

Se sabe que en su carrera artística fué perseguido por émulos que publicaron contra él varios panfletos injuriosos a los cuales no contestó palabra; que en *Romeo i Julieta* desempeñaba el papel de *Frai Lorenzo*, i que en el *Hamlet* representaba el de *Espectro* con admirable perfeccion.

Nada mas se sabe sobre su carrera teatral, porque a los cincuenta años se retiró bruscamente de la escena sin tomarse el trabajo ni de imprimir uno solo de sus dramas ni de firmarlos.

Se dice que lord Southampton le ofreció su amistad i le dispensó su proteccion; pero la verdad es que no se sabe que este señor prestase al poeta algun servicio de importancia. Otro tanto puede decirse de la proteccion de Isabel i de Jacobo I.

Vuelto a la ciudad de su nacimiento, se consagró a la agricultura i aun se dice que plantó la primer morera en el canton de Stratford.

Murió en Newplace, en su casa de campo, el año de 1616 i en el aniversario de su nacimiento.

Mas de un siglo despues de su muerte, se le elevó el primer monumento en Westminster con el dinero que produjo una representacion de *Julio César*.

II.

¿Cómo caracterizar en unas cuantas líneas escritas al correr de la pluma la índole del talento dramático de Shakspeare? ¿Cómo decir en un artículo de periódico, lo que ha podido ser dicho apénas en centenares de pájinas i aun de volúmenes escritos por los mas eminentes críticos de Inglaterra, de Francia i de Alemania? Seria una pretension necia, si ántes no fuera un imposible.

El jenio de Shakspeare es el mismo jenio del drama: pasion, movimientos, contrastes, alternativas de dicha i de infortunio, risas con lágrimas, vicios, virtudes, aspiraciones, obstáculos, esa Babilonia, en fin, que se llama el mundo i ese torbellino que se llama el corazon del hombre.

Obedeciendo a la fuerza irresistible de sus propensiones innatas, se echó valientemente a andar por las calles i plazas de esa Babilonia, observando de cerca sus miserias i sus esplendores, no sirviéndose del catalejo de Horacio i Quintiliano, sino valiéndose de sus propios ojos i de sus propias manos. Inclinó en seguida el oido al torbellino de su corazon, i amasando sus sentimientos con sus impresiones, sus recuerdos con sus desvarios, compuso esos admirables cuadros que forman como el panorama del mundo moral.

La grandeza del pintor está por una parte en la fuerza i en la casi salvaje enerjía de sus concepciones; por otra en cierta candorosa despreocupacion, de todo cuanto no sea la naturaleza i la reproduccion exacta de sus mas brillantes o negras perspectivas.

Shakspeare es la mas elocuente de las protestas contra la instruccion literaria. Uno de sus biógrafos llega a decir, que el jigante no habria sido jamas sino un hombre vulgar a haber gastado sus primeros años en el estudio del teatro griego i del romano. Nadie sabe lo que Shakspeare habria sido a haberse preparado en el estudio de los antiguos clásicos; lo que sabemos es que no necesitó de ese estudio para igualarse a esos mismos clásicos i para sobrepujar a sus imitadores.

Esto no quiere decir que desconociese completamente la historia de los tiempos antiguos, ya que sacó de esa historia argumentos para la mayor parte de sus obras; pero, ignorando el griego i el latin, es probable que no tuviese otra fuente para estudiar los sucesos i personajes de la antigüedad que alguna traduccion inglesa de la *Vida de los hombres ilustres de Plutarco*.

La falta de cultivo de su espíritu le obligó en cierto modo a ser orijinal; pero le hizo caer en defectos que no han podido ocultarse ni aun a la vista de sus mas apasionados admiradores.

Ya hemos dicho que Voltaire, despues de haberlo popularizado en Francia i de haberlo puesto sobre el altar, trató de derribarlo aunque en vano. Arrepentido de su imprudencia, jamas pudo conformarse, *con haber abierto el camino de la gloria a la mediocridad, deificado al salvaje borracho e incensado al mónstruo.*

Shaftesbury declara que el estilo del antiguo menestrel «es grosero i bárbaro i sus construcciones i su manera completamente pasadas de moda.»

Pope observa que escribió para el populacho sin preocuparse mucho ni poco de agradar a la jente bien educada.

Sherlock ha dicho que no hai nada mediano en Shakspeare: que todo lo que ha escrito es excelente o detestable; que no supo jamas ni concluir ni desenvolver un plan, aun cuando supo componer escenas admirables.

Lansdown llegó en su irreverencia hasta rehacer el *Mercader de Venecia*.

Tate tuvo la osadía de apropiarse el *Rei Lear*, tan completamente olvidado entónces que nadie notó el fraude.

Todos los críticos del mundo no han podido, empero, detener su fama; así como no han podido los graves defectos de sus dramas oscurecer su gloria. Las sombras

de la ignorancia, de la grosería, del mal gusto oscurecen con frecuencia sus concepciones; pero raras veces puede la vista del crítico observar esas tinieblas sin que vengan a deslumbrarlo de súbito los relámpagos del jénio.

La obra del poeta, mas que al Apolo de Belvedere, se asemeja al Moises de Miguel Anjel: a veces le falta la suavidad en los contornos, la correccion en las líneas, la exactitud en las proporciones, la gracia en las actitudes; lo que no le falta es la fuerza i la vida; lo que le sobra es movimiento, músculos i sangre.

Cierto dia se comparaba en presencia de Diderot el jenio de Racine a la citada estátua de Belvedere i el de Shakspeare a la estátua de madera de Felipe IV. «Sea, observó Diderot; pero ¿que pensariais de esa estátua de madera si, calándose el casco i ajitando su espada, clavase las espuelas a su corcel i se pusiese en marcha?»

«El poeta de Albion, dice Chateaubriand, dotado en alto grado del poder creador anima hasta los objetos inanimados: los árboles, el césped, los huesos; todo se mueve i habla; nada puede estar muerto en su presencia, ni aun la Muerte misma.»

Los que mas escrupulosamente han estudiado a Shakspeare son los críticos alemanes. Para formarle aureola estos han ido a veces hasta iluminarlo con los rayos de su propio jenio.

Los italianos empiezan a comprenderlo apénas.

Los españoles, con un teatro tan rico en grandes obras como el teatro de Shakspeare no pudieron ménos de mirar con cierta prevencion el espíritu investigador i filosófico que en éste dominaba. Entre los personajes de Calderon i los de Shakspeare hai la diferencia de que aquéllos creen en las verdades reveladas con una fé inquebrantable; miéntras que éstos filosofan muchas veces i no pocas se sienten asaltados por la duda.

El Dante abrió las puertas de la Edad Media: Calderon reflejó como en un espejo sus costumbres, sus creencias i sus sentimientos; miéntras que Shakspeare, adivinando el porvenir, como Colon adivinó la América, nos abre las puertas de la Edad Moderna.

Lo mismo que Byron, el gran poeta ingles de esta edad, tuvo muchos imitadores que no hicieron otra cosa que corromper el gusto, olvidando sus buenas i exajerando sus malas cualidades.

Shakspeare, con relacion a su siglo, es admirable; en sus talentos naturales o en su jenio, un prodijio; con respecto al arte dramático, un bisoño inspirado. Hé ahí lo que demostrará suficientemente el breve análisis que vamos a hacer de algunos de sus mas afamados dramas.

Santiago, marzo 6 de 1872.

HOMO.

(Continuará).

DOS NOMBRES.

Un nombre hai grato al oido
Mas que el ruido
Del ramaje del pensil,
Cuando en blando movimiento
Leve viento
Lo mece en el fresco abril.

Es mas suave que el ambiente
Que se siente
Cabe arroyo saltador
Cuando el céfiro despliega
En la vega
Sus alas llenas de olor.

Mas bello que el Tequendama
Que recama
De plata su ola fugaz;
I se pierde con su espuma
En la bruma
Que vela su instable faz.

El torna la dulce calma
Cuando el alma
Presa del pesar se vé:
I ese es el tuyo, oh MARÍA,
Madre mia,
Que desde niño adoré.

I otro hai que mas enamora,
I atesora
De dulzura inmenso mar:
El tuyo, JESUS piadoso,

Que humildoso
Desde niño aprendí a amar.

MARIO VALENZUELA.

VARIEDADES.

¡LOS ANJELITOS!

Abraham Abdeel, comunmente llamado Schoenewald, predicador de Custrin, en la Marca de Brandeburgo, hizo imprimir en Than, 1572, el *Libro de la palabra sellada*, en el que hace cálculos para averiguar quién es el anticristo i en qué época debe aparecer.

Ese método consiste en tomar al acaso un pasaje del profeta Daniel o de la Apocalipsis i dar a cada letra, desde la *a* hasta la *z*, un valor numérico. La *a* vale 1, la *b* 2, la *c* 3 i así sucesivamente.

Abdeel declara que el anticristo es el Papa Leon X. Declara asimismo el nombre de los tres ánjeles por quienes debe ser descubierto el anticristo. Esos anjelitos son.... Huss, Lutero i un tal Noé, que nos es desconocido.

Mui modesto anduvo Abdeel, contra la costumbre de sus correlijionarios, los protestantes. ¿Cómo es que, en vez de acudir a ese Noé, no se colocó él como tercer anjelito?

¡Déles Ud. despues a semejantes locos *libre exámen, interpretacion individual!*

* * *

LOS LAPONES.

Los lapones se diferencian mucho de los demas habitantes del globo.

La estatura de los mas altos de entre ellos no excede de metro i medio; tienen la cabeza enorme, la cara i nariz chatas, ojos pequeños, boca ancha, barba espesa, que les llega hasta el estómago.

Su traje de invierno es una piel de reno, cortada en figura de saco, que cae sobre las rodillas, ceñida en la cadera con un cinturon adornado de chapas de plata.

* * *

UN PROBLEMA.

Mahoma vió en su paraiso 3003 ánjeles maravillosos. Cada uno de ellos tenia setenta mil cabezas, cada cabeza setenta mil bocas, cada boca con setenta mil lenguas, cada lengua hablaba setenta mil idiomas.

¿Cuántos idiomas, cuántos idiomas? ¡lector, lijerito!

* * *

ECO.

Casi todos los físicos han atribuido la formacion del eco a una repercucion del sonido semejante a la que esperimenta la luz cuando cae sobre un cuerpo pulido. El eco es, pues, producido por medio de uno o varios obstáculos que interceptan el sonido i lo hacen retroceder.

Hai ecos simples i ecos compuestos. En los primeros se oye una sola repeticion del sonido, en los otros se oyen dos, tres, cuatro i mas veces. Hai algunos que repiten una serie de palabras; este fenómeno tiene lugar siempre que uno se encuentra a una distancia del eco, tal que tenga uno tiempo para pronunciar muchas palabras ántes que la repeticion del primero haya llegado al oido.

En la gran avenida del castillo de Villebertein, a dos leguas de Troyes, se oye un eco que repite dos veces un verso de doce silabas.

Algunos ecos han adquirido celebridad.

Citase el de la viña de Simonetta, que repetia cuarenta veces la misma palabra.

En Woodstock, Inglaterra, habia uno que repetia el mismo sonido hasta cincuenta veces.

A algunas leguas de Glasgow, en Escocia, se encuentra un eco mui singular. Un individuo toca con una trompeta ocho o diez notas; el eco las repite fielmente, pero una tercia abajo, i esto hasta por tres veces, interrumpidas por un corto silencio.

¿NO ES EXACTO?

Los libre-pensadores o incrédulos se parecen a los niños miedosos. Estos, con solo cerrar los ojos, se creen libres de las horrorosas fantasmas que temen encontrar en un aposento oscuro. Los libre pensadores «piensan i no piensan bien» que el infierno i la eternidad dejan de ser ciertos porque ellos los niegan. El chasco será pesado.

* *
*

ADIVINANZAS.

¿En qué se parece un hambriento a un vestido de muselina?—En nada.

¿Qué hacen en el cielo los doce Apóstoles?—Una docena.

* *
*

ANAGRAMAS.

Tómense las letras M. R. O. A. ¿Cuántas palabras con significado en castellano se obtienen combinando de diferentes modos esas letras?

CHARADA.

Soi un ente desgraciado
Donde quiera que resido:
Existencia dióme un hombre;
Naci esclavo, esclavo vivo.

Ya encerrado entre paredes,
O ya espuesto sin abrigo,
Siempre preso, encadenado
A mi dueño ¡triste! sirvo.

Sin hablar, a voces llamo
Sin sentir, de pena jimo,
Sin gozar, placer anuncio
I alegría de continuo.

Insensible en mis prisiones,
No odio a nadie, a nadie envidio;
Mas a sufrir me condena
Rudos golpes mi destino.

I escuchando los clamores
Que lanzo al sentirme herido
Unos rien de contento,
Otros lloran aflijidos.

¿Por qué jimo sin consuelo?
¿Quién soi yo? ¿de do he venido?
Escucha mi infausto nombre
Que a tu prudencia confio.

Es mi sílaba primera
El nombre del un ser maldito,
A quien, en sus justas iras,
Maldijo su padre mismo;

Mi tercera es la mitad
De la nada, i es prodijio
Que aun siendo la nada, nada
En dos partes la divido.

I la mitad, que se encuentra
En mi tercia, lector mio,
Si bien es parte de nada,
Que es mas que la nada afirmo.

Es mi segunda i tercera
Un delicado tejido
De pelo igual i mui suave,
Despojo de un corderillo.

I se empeña pretensioso
En ser mas de lo que ha sido,
Rivalizando constante
Con un jénero mas fino.

SIRO LUQUE.

Contenido de este número.

I.—Teatro, por Olimpio, páj. 353.
II.—El peregrino, por R. Lepêcheur, páj. 355.
III.—Centenario del inventor de la litografía, páj. 357.
IV.—Reseña sobre los baños de Catillo, páj. 358.
V.—Francmasones, por J. Collin de Plancy, páj. 360.
VI.—El sueño, poesía, por Eustacio Santamaría, páj. 362.
VII.—Shakspeare, por Homo, páj. 363.
VIII.—Dos nombres, poesía, por Mario Valenzuela, páj. 366.
IX.—Variedades, páj. 367.
X.—Charada, por Siro Luque, páj. 368.

IMPRENTA DE «EL INDEPENDIENTE.»
Calle de la Compañía núm. 102.

LA ESTRELLA DE CHILE.

AÑO V. Santiago, marzo 17 de 1872. Núm. 233.

SHAKSPEARE.

(Continuacion.)

III.

OTELO, SU REPRESENTACION.

Seria aventurado afirmar que *Otelo* es el mejor de los dramas de Shakspeare; pero acaso no lo seria ménos afirmar que hai entre todos ellos alguno que le sea superior.

Otelo reune, en efecto, a todas las buenas cualidades que caracterizan las composiciones de nuestro poeta,—el vigor, la orijinalidad, la fiel reproduccion de las pasiones i de los caractéres,—otras que lo distinguen i recomiendan. No se notan efectivamente en esta pieza las digresiones i distracciones que en la mayor parte de las otras paralizan la accion, debilitan el interes o retardan demasiado el desenlace de la fábula.

En *Otelo* casi no hai una escena perdida. Desde que el infeliz padre de Desdémona es sorprendido por la noticia de la fuga de su hija, hasta el instante en que ésta espira en la integridad de su inocencia i de su amor, víctima de negras intrigas que no le es dado sospechar siquiera i a manos del mismo hombre a quien habia consagrado el tesoro de su ternura anjelical, la accion corre i se precipita, formando oleajes i cascadas, ora impulsada por las suaves brisas del amor, ora por el huracan de los celos, ora por la mano oculta de la intriga. La trajedia es una especie de plano inclinado, cuyo horroroso término el espectador descubre en perspectiva al traves de las flores de las primeras escenas. No hai, es cierto, como en algunas trajedias griegas, un oráculo que tenga la cruel indiscrecion de anunciarnos la catástrofe decretada por el destino, no hai siquiera como en *Macbeth* alguna bruja que se adelante a levantar una punta del velo que cubre el porvenir; pero hai en cambio en la atmósfera que se respira algo que presajia la tempestad que amenaza a la confiada pareja. El corazon presiente una desgracia desde el momento mismo en que el padre desolado, acercándose al moro i señalando a su hija, le dice con misterioso acento:

«Guárdala bien, moro; obsérvala con ojos vijilantes; ella ha engañado a su padre i podrá engañarte tambien».

Las odiosas confidencias de Yago vienen a confirmar aquellos presentimientos, i a convencernos mas i mas de la cercanía de una catástrofe sangrienta. Esta dolorosa perspectiva, que lastima el corazon de los espectadores, aumenta admirablemente el interes que los principales personajes inspiran. Los dos esposos son todavía felices i ya sentimos hácia ellos la simpatía que sigue por doquiera al infortunio, simpatía que en el caso de que tratamos es tanto mas viva cuanto mas pura, tierna i fiel se nos muestra la víctima, cuanto mas invenciblemente ciego i estraviado vemos al infeliz victimario.

Comparandos a los dos infortunado esposos de esta pieza con los dos no ménos infortunados de *Romeo i Julieta*, es fácil notar ciertas diferencias características.

Desde luego el argumento de *Otelo* es mas homojéneo i subjetivo. El amor es la única fuerza que lo impulsa hasta llegar al desenlace. La catástrofe no es ocasionada por los obstáculos que las leyes, las costumbres o las preocupaciones opongan a los dos amantes; ella es, al contrario, en cierto modo una consecuencia de la libertad, casi diriamos del frenesi con que se abandonan a sus naturales impulsos. Aquella dicha era demasiado súbita i estremada, para que pudiese ser durable: aquella pasion era demasiado exuberante i desenfrenada para que no se desbordase ántes de mucho hácia el abismo: aquel árbol se habia desarrollado tan rápidamente que no podia ménos de ser tronchado por el vendabal i habia empinado mui alto su cogollo para que no fuese herido por el fuego del cielo.

No son esas las causas que ocasionan las desventuras de Romeo i Julieta. El veneno no se elabora en el corazon de los esposos,

ni la catástrofe se deriva de una depravacion del mismo sentimiento que constituye su felicidad. En *Otelo* vemos al amor luchando con sus propios excesos i peligros; en *Romeo i Julieta* al amor luchando con obstáculos esternos, nacidos de las leyes, de las costumbres i de la voluntad ajena.

Demas de esto el amor de Romeo, siendo tan profundo como el de Otelo, es plácido como la superficie de uno de los lagos de Italia; miéntras que el de éste es ardiente, abrasador, espuesto a los asaltos de las fieras i a las embestidas de las trombas de arena, como los desiertos africanos.

Si en el corazon de Romeo el monstruo de los celos hubiera podido deslizarse, se habria muerto de dolor. Otelo, al sentirlo en el pecho, se precipita sobre su esposa como una pantera.

Pero no prosigamos un paralelo que nos llevaria demasiado léjos; i veamos mas bien cual es la parte de gloria que en justicia pertenece a Shakspeare por la composicion del *Otelo*.

Porque es preciso que se sepa que la fábula de esta pieza no es una creacion del poeta ingles. La forma dramática i muchas de las bellezas en que abunda le pertenecen; pero el argumento en sus formas características i en sus principales caractéres pertenece al oscuro novelista italiano Cinthio Geraldi. Se ha disputado mucho entre los críticos sobre los méritos relativos del drama i la novela i no ha faltado quien asegure que Desdémona, Casio i Yago han sido solo trasladados de la novela al drama, sin ninguna variacion importante (1).

Se comprenderá fácilmente que, no teniendo a la mano la novela italiana, no podemos terciar en la contienda. Tenemos sinembargo, un pequeño estracto de su argumento i él nos permite juzgar de las principales modificaciones introducidas por Shakspeare.

La mas feliz de estas modificaciones es relativa al carácter de Desdémona. La Desdémona de Geraldi, cuando comprende que es objeto de las injuriosas sospechas de Otelo, se irrita contra él i observa que sus arrebatos i su conducta violenta son propias de la negra raza a que pertenece. La Desdémona de Shakspeare, amante i tierna hasta el fin, muere afirmando su inocencia, sin comprender el cambio que ha sobrevenido en el alma de su marido; pero al mismo tiempo sin dar contra él la mas leve muestra de rencor o desprecio.

Otra diferencia notable hai en el desenlace. En la novela, el moro se arrestado, conducido a Venecia, puesto en la tortura i ajusticiado al fin. Con el moro de Shakspeare esto no sucede ni habria podido suceder.

En lo que no anduvo el poeta ingles tan acertado fué en las modificaciones que introdujo en el papel de Yago. El novelista supone que éste era movido por el deseo de causar a Otelo los mismos tormentos que Otelo le habia hecho esperimentar a él, cortejando i corrompiendo a su propia esposa. Así no aparece ninguna desproporcion entre el impulso de éste i la fuerza que lo movia; desproporcion que es notable en el drama i que constituye, a nuestro parecer, su principal defecto. Porque, a la verdad, suponer que Yago sea capaz de urdir la trama infernal que urde para hacer que un hombre tan jeneroso i distinguido como Otelo sacrifique a una niña tan inocente i candorosa como Desdémona, sin esperimentar remordimiento alguno, i hasta con alegria, solo por vengar una postergacion militar, es suponer lo inverosímil, calumniar la naturaleza humana i admitir un efecto sin causa.

Es cierto que Shakspeare hace alusion a algo parecido en la escena III del acto I de su trajedia, donde Yago dice que corria la voz de que el moro habia seducido a su mujer; pero es solo una alusion de la cual no vuelve a acordarse mas i a la cual no presta gran crédito. Sin duda que si Yago hubiese procedido impulsado por los celos, si revelase un ardiente amor a su esposa, un rayo de luz habria iluminado su fisonomía i ya que no justificarlo, al ménos habria sido posible disculparlo. No fué ése el designio del poeta: él quiso que la conducta de Yago no tuviese disculpa posible i que no despertase en el público sino repugnancia i horror. Es lo que consiguió, aunque sacrificando la verosimilitud de su fábula; pues, lo repetimos, hai en la conducta de Yago un fenómeno que no se esplica, un efecto sin causa i un falso testimonio levantado a la naturaleza humana. Sabemos que ésta suele tener sus aberraciones, pero aun las monstruosidades morales como las físicas, obedecen a ciertas leyes. Así, ni aun a título de monstruoso, seria admisible, porque no ha

(1) Dunlop. Historia de la ficcion.

existido nunca ni existirá jamas, un mamífero con plumas.

La obra esclusiva de Shakspeare en *Otelo*, es Otelo mismo. «El moro, dice un crítico ingles contemporáneo, es la pintura del carácter humano mas complejo, mas asombroso i mas intelijible que la imajinacion haya producido jamas. Su grandeza de alma es natural i lo admiramos; su dulzura es igualmente natural i ella arrastra nuestras simpatías; apénas podemos figurarnos su majestuoso porte i su benévola fisonomía. El príncipe indio Ramoon Roy que cautivó todas las voluntades en Lóndres hace algunos años, i que murió en medio del sentimiento jeneral, era la única persona que a mis ojos se asemejase a la idea que me tengo formada de Otelo. No es un hombre naturalmente celoso; pero, una vez que siente los celos en su corazon, vuelve al estado salvaje i se muestra tan terrible como tierno se habia mostrado ántes. Sin embargo, este contraste en su conducta no es una metamórfosis como las de Ovidio, sino una transicion tan bien preparada que llega a parecer inevitable. Apesar de lo que este cambio tiene de natural no es un obstáculo ni a nuestro terror ni a nuestra compasion; al contrario, la dulzura de su carácter ántes de su caida es el curso lento i apacible de un rio ántes de llegar a la catarata, i la suavidad de su alma, de que ha dado muestras hasta entónces brilla como una hermosa mañana de un dia de otoño que contrasta con los truenos i vendabales de la tarde.»

Pues bien, i pasando ya de la pieza a la representacion que de ella nos ha dado el señor Rossi ¿por qué no habiamos de tener la noble franqueza de empezar haciéndola el reproche de no haber sabido comprender, interpretar i caracterizar fielmente esas dos personas, esa doble naturaleza, que hai en el protagonista de Shakspeare, el Otelo que se desliza como un manso rio i el Otelo que se precipita i despeña como una espumosa catarata?

Solo vimos al segundo de estos personajes en el Teatro de Variedades: el salvaje violento i altanero; de ningun modo el buen Otelo, el casi candoroso Otelo del primer acto de la trajedia.

Como creemos que nuestras observaciones serán las primeras que rompan el coro de entusiastas i merecidos, aunque exajerados, aplausos, tributados al señor Rossi, trataremos de justificarlas escrupulosamente.

Probado ya, como nos parece que queda, que el Otelo de Shakspeare, miéntras no siente en su pecho el envenenado aguijon, es bondadoso, suave i amable; preguntamos ¿qué actitud debia mostrar en presencia del padre de su amada? ¿Acaso la actitud de un atolondrado mozalvete sin dignidad i sin conciencia? ¿Acaso la de un Tenorio, pronto a pasar sobre la honra de aquéllos que hubiesen dado el ser al objeto de sus desenfrenados apetitos? Por cierto que no es ése el papel que le correspondia; tanto ménos cuanto que ese Brabantio le habia abierto jenerosamente las puertas de su casa i cuanto que su indignacion ántes de saber que todo se habia hecho con la plena voluntad de su hija, era mui natural.

Ahora bien, esto es lo que el señor Rossi nos pareció no comprender bastante. Su actitud en presencia de Brabantio no fué la actitud de un hombre jeneroso, amante i compasivo; fué sencillamente la actitud de un maton, a lo mas de un hombre que desdeña. Semejante desden estaba fuera de su lugar, como estuvieron fuera de su lugar sus ademanes de arrogancia. Lo que el moro de Shakspeare hace es justificarse con cierta injénua naturalidad, que encanta i de la cual el señor Rossi no supo o no quiso hacerse intérprete.

Su peor momento fué el momento en que refirió al senado de Venecia la manera como habia hecho la conquista del corazon de Desdémona. Esta narracion tan sencilla, tan candorosa, tan propia del moro, no produjo ninguna impresion en los oyentes. ¿Por qué? Porque el señor Rossi la desfiguró con una declamacion inoportuna, exajerada i sobre todo, porque esa narracion no fué hecha al Dux sino a los asistentes a la platea. Era imposible conservar la ilusion, trasportarse con la mente en presencia de aquel terrible senado de Venecia, viendo con cuanto desenfado Otelo, que comparece ante él como reo, le vuelve las espaldas.

Otra inverosimilitud i otro defecto en la interpretacion del *Otelo* de Shakspeare, nos pareció el abrazo que, a la entrada de Desdémona en el salon del senado, se dan los dos esposos. No creemos que las circunstancias permitian tales manifestaciones de afecto; i en todo caso no se esplicaria la imposibilidad del tribunal con aquellos reos

que se conducian ante él tan *sans façons*.

Ni fué esa la única escena en que nos pareció que las caricias prodigadas por Otelo a Desdémona estaban fuera de su lugar. En la escena tercera del acto II, cuando el moro interviene en la riña de Casio con Montano, Desdémona se presenta atraida por el ruido de las armas i por el amor que profesa a su marido. Este, que se encuentra delante de varios soldados i hombres de guerra, no escusa a Desdémona ni los besos ni los abrazos. Conducta ajena a un jefe militar, i lo que es peor aun, ajena al esquisito pudor que acompaña siempre a los grandes i profundos afectos. El amor de Otelo no era para ostentarse ante la soldadesca, ni para exhibir sus manifestaciones en los cuarteles.

Tan cierto es esto que en ninguna de dos esmeradas ediciones que tenemos a la vista de la trajedia de Shakspeare, aparecen en los lugares correspondientes, indicadas las caricias que han llamado nuestra atencion i que falsean el carácter del moro ante cualquier observador imparcial i de buen gusto.

Para concluir con este capítulo, ya largo, de las observaciones que hemos creido oportuno hacer a propósito de la primera representacion del *Otelo*, vamos a fijarnos en un punto que es todavía de mayor importancia porque las reflexiones que sujiere son aplicables a muchas de las piezas en que se exhibe el señor Rossi:—queremos hablar de su manera de agonizar i de morir.

No negaremos que en esas escenas toca a veces en la meta de lo horrible, de lo convulsivo, de lo desgarrador. Nunca habiamos visto un arte mayor para esplotar los estertores del dolor físico, las palideces, los sudores, los desmayos de la agonía, i hasta las rijideces de la muerte; pero francamente nos parece que ni hai naturalidad en esos refinamientos del arte de espirar, ni aunque la hubiera, los efectos que produce la imitacion del dolor físico en los espectadores serian propiamente efectos teatrales.

Al teatro no se va a ver las convulsiones de los agonizantes; eso se puede ver en el hospital. Al teatro se va a ver la representacion de las pasiones i de los sentimientos, se va a presenciar las luchas de la intelijencia con el corazon, de la virtud con el vicio, de la fé con la duda, del amor con los celos, etc. De otra suerte tendriamos que llegar al absurdo de que ningun efecto teatral seria comparable al que produciria en la escena Medea, la hechicera de la fábula griega, descuartizando sobre las tablas a sus propios hijos.

Si el espectáculo de las convulsiones físicas, que no revelan mas que los sacudimientos del sistema nervioso, fuese en realidad un espectáculo artístico, ¿por qué clamar tanto contra la barbárie del pueblo que se complace en asistir a las ejecuciones capitales? Francamente no vemos por qué seria agradable, divertido e interesante el espectáculo de un hombre que imita i hasta exajera las agonías de algun inocente sobre las tablas, i horroroso i repugnante el espectáculo de un criminal que muere, mucho mas lijero i con muchísimo ménos convulsiones en una plaza pública.

Desengañémonos: las convulsiones de los moribundos no caen bajo el dominio del arte dramático. Lo horrible no debe tener entrada en los teatros; a no ser que vivamos en una sociedad que piense i sienta como la sociedad romana bajo el gobierno de Neron o de Dioclesiano. Entónces el arte de morir era un arte i en él se ejercitaban durante meses i durante años enteros los gladiadores. Hombres, mujeres i niños asistian a verlos despedazarse i a presenciar las convulsiones de su agonía.

Por fortuna estamos mui léjos de aquellos tiempos i de aquella civilizacion, i en prueba de ello estamos ciertos de que, si en el momento en que se prepara a morir sobre las tablas el señor Rossi, se consultase uno por uno a todos los espectadores, todos sin escepcion le pedirian que o suprimiese o abreviase la agonía cuanto le fuese dable.

Hemos creido que la circunstancia de escribir en un periódico literario nos imponia la obligacion de considerar la representacion del *Otelo* desde un punto de vista un poco mas elevado que aquél en que suelen colocarse los gacetilleros de la prensa diaria. Nos ha parecido que tratándose de la interpretacion de una obra tan notable i famosa como la citada trajedia, las alabanzas repetidas, ampulosas i glosadas de todas las maneras imajinables, son tan impropias como serian las censuras infundadas i acerbas.

Entre nosotros no existe la crítica del teatro. Se elojia por espíritu de compadraz-

go i se censura casi siempre por motivos estraños al mérito artístico de los censurados. Otras veces se aplaude o se silba instintivamente, sin que ni aplaudidores ni silbadores se tomen el trabajo de investigar la razon de sus impresiones.

No es asi como se puede servir al depuramiento del gusto literario, ni siquiera al adelanto de los artistas. ¿Qué ventaja puede reportar un actor de un artículo en que se le aplauda i se le incienso, en que se le decrete la gloria i la inmortalidad, en que se le llame jenio i prodijio, en que se le declare inimitable e incomprensible? Nada mas que un poco de viento, i la creencia de que nada mas le resta que hacer que dormirse sobre sus laureles.

La crítica verdaderamente literaria es mucho mas filosófica i provechosa. Ella indica al artista la razon de sus triunfos i los obstáculos que aun le restan que superar en el camino del ideal. Ella estudia atentamente el pensamiento del autor i el carácter i la verdadera fisonomía de sus principales personajes; despues asiste al teatro para compararlos con los que aparecen sobre la escena i nota con cuidado en qué disuenan i en qué se identifican la concepcion del poeta con la interpretacion de los actores.

Toda crítica teatral que no se conforme con este sencillo procedimiento, será lo que se quiera—un grito de entusiasmo sincero o interesado, un desahogo del odio o la ignorancia, un arranque espontáneo de simpatía o de antipatía;—pero nunca será ni enseñanza ni justicia.

I enseñanza i justicia es lo que las sociedades ilustradas deben a los artistas; tanto mas estrechamente cuanto mas relevantes sean las cualidades de éstos. Hé ahí porque creemos que nuestros hombres de letras no han dado todavía al señor Rossi el mas honroso testimonio que tiene derecho a exijir de los que lo aprecian. Un juicio motivado sobre sus méritos i sobre sus defectos; juicio que puede ser mas o ménos sagaz i dictado por el buen gusto; pero que siendo motivado, jamas dejaria de ser provechoso.

Aquí deberiamos talvez detenernos un instante para señalar las escenas en que, a nuestro juicio, el señor Rossi interpretó su papel de Otelo con innegable maestría i hasta con verdadera perfeccion. Pero el tiempo i el espacio nos faltan por ahora; i mui a nuestro pesar, nos vemos obligados a detenernos dejando para la continuacion de este estudio la parte de los méritos i de los elojios.

Por hoi, bástenos decir que el señor Rossi aventaja con mucho a todos los actores que han visitado nuestros teatros desde 15 años a esta parte, ya que no pudimos conocer a los que nos visitaron con anterioridad a ese espacio de tiempo.

El interes que despierta es por lo tanto merecido i los aplausos que se le tributan, para ser perfectamente justos, no necesitarian sino ser un tanto ménos exajerados e instintivos. Nosotros no lo aplaudiremos tan locamente; pero en cambio, dando la razon de nuestros aplausos, éstos no aparecerán como un don gratuito que humilla, sino como una merecida recompensa, i mas aun, como el justo pago de una deuda.

Santiago, marzo 14 de 1872.

HOMO.

El señor O. O., a quien los mas de nuestros lectores descubrirán, estamos seguros, al traves del disfraz con que se les presenta, nos ha favorecido con el artículo que se encontrará mas abajo.

El artículo viene acompañado de la siguiente carta:

«Señor don Rafael B. Gumucio.

«Estimado amigo:

«Desde hace dias no me deja Ud. respirar exijiéndome, i a veces dando por sentado que me ha comprometido a *contarle* alguno de los centones con que a veces suelo entretener a UU.

«UU. me han tomado, i no me enojo por eso, como una de esas viejas a quienes los niños, en las noches de invierno, obligan a relatar algun *caso*, o por lo ménos, un cuento que les espante el sueño. El resultado es a veces contrario al que se quiere conseguir, i el sueño viene, a consecuencia del cuento, mas pronto que de costumbre.

«A riesgo, pues, de que a UU. suceda otro tanto, voi a contarles uno de los mios.

«Un gran pensador de nuestra época dice que «de tres siglos a esta parte, la his-

toria no es mas que una conspiracion contra la verdad». A mí no me toca esa *indirecta* porque no soi historiador, i en las pocas líneas que incluyo a Ud. he procurado, cosa difícil, decir la verdad.

«Soi su affmo. amigo i S. S.

O. O.

Es verdad que hemos pedido con instancia a nuestro respetable amigo, el señor O. O. que escriba para nuestro periódico algunos episodios de la historia de Chile. Se lo hemos pedido porque creemos que en esa historia queda todavía mucho que esplotar, que hai en ella mucho que rectificar i no poco de nuevo que dar a conocer.

Pero estamos mui léjos de creer *cuentos de vieja* los escritos del señor O. O. relativos a la historia nacional. Los acontecimientos de esa historia, llena de encantos para todos los chilenos, relatados por la palabra ilustrada, fidedigna i esperimentada de un testigo de la mayor parte de esos sucesos, de un soldado de aquellas gloriosas campañas, tendrán siempre un vivísimo interes.

En cuanto al escrito con que hoi nos favorece el señor O. O., no le encontramos mas que un solo defecto, i es ser demasiado corto.

En resarcimiento de la temeraria suposicion que estampa en su carta, exijimos al señor O. O. que el artículo sobre el presidente Carrasco sea el primero de una larga serie de artículos en que nos cuente con el talento i la sal que lo caracterizan tantos i tan bellos episodios como quedan todavía casi desconocidos o mal conocidos en la historia de Chile, de la independencia acá.

CARRASCO.

I.

Este personaje de nuestra historia ha sido desfigurado por algunos de nuestros historiadores: por tradiciones infieles o por motivos pueriles.

Como si la revolucion del año 10 no estuviera justificada por sí misma, se la ha empequeñecido en muchos casos dándole como motivo venganzas de tiranías exajeradas o de actos insignificantes.

Los mandatarios de esa época se encontraron en idéntico caso que los papas contemporáneos o antecesores de la Reforma, a quienes se creyó necesario calumniar; aumentando sus faltas o inventándolas cuando no las había. A unos se les atribuian crímenes que hacian reir al mismo Voltaire; a otros faltas que jamas cometieron.

Al mismo tiempo que los españoles llamaban Pepe Botella, por el vicio de ebriedad que no tenia, a José Bonaparte, i *tuerto* a ese mismo rei que tenia sus dos ojos intactos, en América se llamaba tiranos a gobernantes que jamas cometieron un acto de tiranía

Carrasco, a nuestro juicio, se encuentra en este caso.

No es una defensa de este pobre viejo la que vamos a emprender; aunque esto no seria estraño en un siglo en que Júdas i hasta el mismo Diablo, han encontrado calorosos defensores i panejiristas.

¿Cuál es nuestro objeto entónces? Contar un cuento, cuyo prólogo vamos ya sospechando que se ha alargado mas que el mismo cuento.

II.

Jeneralmente nuestros historiadores dicen que las primeras víctimas de la independencia de Chile fueron Ovalle, Rojas i Vera. «Fueron aprehendidos en sus casas, en la media noche; los llevaron al cuartel de San Pablo i a las dos de la mañana del siguiente dia los condujeron a Valparaiso *en caballos de posta*.» Carrasco no habia descubierto lo que hemos visto mas tarde: hacer viajar muchas leguas a pié i aun descalzos, en el rigor del verano, a presos políticos no ménos dignos de consideracion, previo despojo completo.

Si en estos últimos tiempos se hubiera encontrado, lo que mucho dudamos, un tribuno del temple del doctor Argomedo, no creemos que ninguno de nuestros gobernantes hubiera, como Carrasco, tolerado que se le apostrofara como lo hizo, con motivo de aquel suceso el procurador del año 10; pues lo de los *dos mil hombres* presentes en la plaza para secundarlo no fué mas que una feliz hipérbole del orador.

Cuando se hizo cargo del mando, a su

llegada a Santiago, nombró un secretario, enemigo declarado del gobierno español i uno de los corifeos mas pronunciados de la revolucion. El cabildo, foco de esa revolucion, solicitó i obtuvo de Carrasco nombrar doce rejidores *ausiliares*; lo que duplicaba en esa corporacion el número de conspiradores.

Para proceder a la prision de esos señores lo hizo solo a instancias que de Lima i Buenos-Aires le dirijian aquellos vireyes poniendo en su conocimiento que en Chile se conspiraba contra su gobierno; a lo que contestaba: «necesito saber hechos *positivos* para tomar medidas.» ¿Han necesitado tanto muchos gobiernos posteriores para perseguir i desterrar a sus enemigos políticos, de toda esfera i posicion? Se declama contra el gobernante que redujo a prision a los tres jefes de la revolucion; i a reglon seguido, si ya no se ha hecho ántes, se narran con toda minuciosidad los preparativos de esa revolucion, sin omitir ni aun las casas en que se tenian las reuniones, siendo la preferida la del señor Rojas, una de las tres *víctimas*. Tendriamos muchos hechos que citar en comprobacion de lo que decimos; pero el asunto no lo exije i no lo creemos necesario, pues ciertas calumnias pertenecientes a la vida privada se desvanecen por sí mismas

III.

En vísperas del 18 de setiembre del año 10, si nuestros recuerdos no nos engañan, como de costumbre pasaba Carrasco por la calle de Santo Domingo en direccion al tajamar. Era dia de fiesta, i un grupo de ocho o diez niños de siete a ocho años se entretenia en jugar a los soldados.

Al pasar frente a ellos, se detuvo fijándose con cierta complacencia en el jefe que los mandaba, con una seriedad i aplomo digna de un jefe de reclutas. La presencia de Carrasco aumentó su entusiasmo. Este lo llamó para decirle:—¿Cómo te llamas?—Rafael Marquez de la Plata. Carrasco se quedó un momento pensativo: quizá recordando al rejente, padre del niño que debia serle mas que sospechoso. Le tiró cariñosamente de una oreja i siguió su camino.

De ese ejército solo quedan vivos el jefe i el que traza estas líneas.

O. O.

LA VERÓNICA.

(BERENICE.)

I. La Caridad.—II. Berenice.—Sentencia de Jesus.—Camino del Calvario.—Cae Cristo con la cruz a cuestas.—La mirada del Salvador.—Berenice acude en su auxilio.—Simon Cirineo.El li—enzo milagroso.—La fé.—Diálogo entre Berenice i una de sus esclavas.

Corta la mar con la tajante prora
Gallarda nave de pomposa vela,
I, del inmenso piélago señora,
Por sus llanuras dilatadas vuela;
A las ondas i al Noto desafía
I al mortífero rayo resonante;
De oro la sed hidrópica la guia,
I esquiva, desdeñosa i arrogante,
El orbe le parece espacio breve,
I nuevas playas a pedir se atreve
Para saciar su anhelo i osadía.

Mas, de improviso, prolongado trueno
En el espacio cóncavo retumba,
Abre la mar el insondable seno
I da a la nave inesperada tumba;
Lleva Aquilon la vela desgarrada,
Ciegan del rayo los fulgores rojos.
I ¡oh soberbia humillada!
Solo flotan los míseros despojos
De la nave anegada.

Con trémula piedad el marinero
I medroso fervor, ruega a María;
No escucha del amigo el lastimero
Suspiro no acabado de agonía;
Arroja el oro, su tirano fiero
Solo quiere vivir, ase un madero,
I al roto leño su existencia fía.

Contadas son las horas de bonanza
En la mar de la vida procelosa;
Roba la luz al sol de la esperanza
Nube del desengaño tenebrosa;
I venturoso el náufrago que alcanza
Con los crispados miembros abrazado
A la frájil madera,
Ser por auras benéficas llevado
A hospitalaria i próxima ribera.

Dobla el trabajo nuestro erguido cuello,
El alma jime en su prision esclava;

Mas guarda el corazon vivo destello
Del astro que el Edem iluminaba.
En las tinieblas de la noche odiosa
De desengaños, luchas i dolores,
Cual de faro eminente luz piadosa,
Vibrando resplandores
I calmando las penas,
La Caridad asoma bondadosa
La blanca sien ornada de azucenas;
La virtud, que consuela i que sublima;
Que al prócer honra i al mendigo anima;
Que halla su propio bien en el ajeno;
Virtud que viste con sus ricas galas
De cuantos-sufren el desnudo seno;
Anjel que pisa el lodazal de cieno,
Sin que se manchen sus nevadas alas;
Rosa siempre fragante,
Bella como las flores que da Mayo,
Pura como del alba luz brillante,
I mas fecunda que del sol el rayo;
Virtud que en las borrascas de la vida
Es isla de reposo bendecida,
I que la lei universal proclama
Diciéndole al mortal: *espera i ama.*

Mirad a esa mujer a quien no aterra
El ronco estruendo de la cruda *guerra.*
¿A dó va? Del soldado
Valiente i denodado
No a partir el laurel, si los azares;
Marcha sin cota de acerada malla,
Por calmar del herido los pesares
Al polvoroso campo de batalla.

Anjel de luenga i enlutada veste
Con funeral ciprés la sien ceñida,
En silencio mortal i gota a gota
Vierte sobre la tierra estremecida
El cáliz de la cólera celeste,
I enardecido i sofocante brota
Denso vapor de asoladora *peste.*
Todo es desolacion, todo tristura,
Pierde su poderío la hermosura,
Los ojos solo ven muertes i horrores,
Rinde el orgullo la cerviz enhiesta,
Desbandados se ocultan los amores,
I el dañino vapor al orbe infesta.

I en medio del estrago de la muerte
De tantos inocentes i culpados
Que en fético monton junta la suerte,
I al lado del que salva el ancho abismo
De la plaga voraz con mil cuidados
(I es el primer cuidado el egoismo),
Débil mujer con animoso pecho,
La caridad llevando por corona,
Ni un instante abandona
Del moribundo el pavoroso lecho.

Tiende a todos solícita la mano,
Afronta el mal sin tímida flaqueza,
Que es el milagro del valor cristiano
Quien la presta vigor i fortaleza.

Si Dios de sus hechuras se olvidara,
Tan sublime mujer le ablandaria
I su paterno amor reconquistara;
Mas ¿qué mucho su arrojo i enerjía,
Si la cristiana caridad la ampara,
Si la divina caridad la guia?

Cobija ¡oh caridad! toda la tierra
Con las doradas orlas de tu manto
I ante su solio incontrastable i santo
Mudas se postrarán la impía guerra,
La ambicion insaciable,
La insidiosa perfidia,
La calumnia rastrera i miserable,
La macilenta i descarada envidia.
Divina caridad, tú puedes solo
Hacer los votos del infierno vanos,
I que del polo Norte al otro polo
Haya un pueblo no mas, pueblo de hermanos;
Tú puedes en la *Diestra Justiciera*
Apagar el voraz rayo encendido,
Forzar las puertas del Edem perdido
I dar al hombre su mansion primera.

II.

Vive en Jerusalen apuesta dama
De bello rostro, de virtud severa,
De noble estirpe, de intachable fama,
A quien el Asia con amor venera;
Derrama sus riquizas jenerosa
Para aliviar de la pobreza el llanto,
I es Berenice el nombre de la hermosa,
De Palestina encanto.

A la alta esfera en que feliz vivia
Solo como rumor indiferente,
Que todos oyen i que a nadie inquieta,
La fama de Jesus llegado habia.
—Quien le llama impostor i quien profeta,
Quien sabio i quien demente,
Quien como a soberano le respeta,
Quien le corona de punzante espina,
Es para el torpe escriba un delincuente

Que reclama Satan desde el profundo,
Para el que oyó su celestial doctrina
El prometido Redentor del mundo.

Ayer Jerusslen, ébria de gozo,
Como a rei de Israël le recibia,
I a su paso, con grito de alborozo,
Su manto por alfombra le tendia.
Pero ¡ai! que poco dura
Ese amor de los pueblos ostentoso,
Temprano fruto que jamas madura;
Semójase al arroyo bullicioso
Que el verde prado en primavera esmalta,
Las flores riega, por las piedras salta,
I copia en sus cristales la hermosura
Del alto pino, del castaño umbroso
I el desmayado sauce;
Pero se seca en el ardiente estío,
I no se ven en el invierno frio
Ni leves huellas del borrado cauce.

La veleidosa muchedumbre instable
Que a Jesus como jefe proclamaba,
Porque rei invencible le juzgaba;
Hoi con voz imperiosa i formidable.
No creyéndole ya caudillo fuerte,
Pide a Pilato le condene a muerte.
Acceder a tan bárbaro deseo
El procónsul rehusa,
Viendo sin mancha al pretendido reo,
I criminal al pueblo que le acusa;
Ni leve sombra de delito oculto
Hallar Pilatos en su vida puede;
Pero amenaza popular tumulto,
Ruega en vez de mandar; vacila i cede.
Juzga al lavar sus manos temblorosas
Los gritos acallar de la conciencia;
Débil ante las turbas sediciosas,
Firma de Cristo la mortal sentencia.
Aun sin romper el ponderoso yugo
En que jime entre penas i trabajos,
Es la plebe un tirano con andrajos
I feroces instintos de verdugo:
Siempre de sangre humana está sedienta:
Valor, saber, virtud, todo la ofusca;
I cual rayo, que aborta la tormenta,
Para arrasarlas las alturas busca.

Berenice no sigue
La nueva lei del justo *Nazareno*,
Mas de Cristo el recuerdo la persigue;
Vivida caridad arde en su seno,
I se pregunta si será inocente
Aquel desconocido delincuente;
I sin saber por qué, suspiros lanza,
Que muchas veces lo que el alma siente,
La intelijencia a descubrir no alcanza.
I sumida en letal melancolía,
Que la agobia con grave pesadumbre,
Mira alborear el malhadado dia
En que, desamparada la inocencia,
Del peñascoso Gólgota en la cumbre
Debe cumplirse la fatal sentencia
Que a Pilato pidió la muchedumbre.

Berenice, con ánimo abatido
Por la duda que enerva i causa enojos,
Ya que consuelo no, busca el olvido;
Ya que no evita el mal, cierra los ojos;
I queriendo enfrenar el sentimiento,
Que la sumerje en pertinaz tristeza,
Oye la voz de femenil flaqueza,
I se orna i engalana
Con túnica de seda siciliana
Teñida por el múrice sangriento,
I con su manto leve
Blanco, cual de montaña nunca hollada
Deslumbradora nieve;
I a sus esclavas llama apresurada
Para que esmalten su cabello de oro
Con su rico i espléndido tesoro
De costosa i pulida pedrería,
Que la reina de Livia envidiaría,
Donde lucen diamantes sin rivales,
Preciosas esmeraldas de Etiopía
I albas perlas en ramas de corales

En vano Berenice
Desvanecer sus penas imajina:
Plañidera bocina
Con sepulcrales notas hiere el viento,
I el vibrante metal triste la dice:
Que ya al suplicio va, que se avecina
De Jesu-Cristo el postrimer momento.

Calenturiento frio
Por su cuerpo serpea,
Al oir el alegre griterio
Con que celebra populacho impio
La muerte de la gloria de Judea.
insegura planta i lento paso
Marcha Jesus bajo la cruz sangrienta;
Es el dorado sol que va al ocaso,
El cedro que desgaja la tormenta;
Es el mártir sublime
Que a la culpable humanidad redime.

Vedle...se acerca ya...¡Cuanto padece!..
Le afrentan con la cruz i la corona.
El verdugo a la víctima escarnece;

La víctima al verdugo compadece,
I el escarnio i la muerte le perdona.

Es su cansancio tanto
Al palacio al llegar de Berenice,
Que mide el suelo con su cuerpo santo
I la impaciente plebe le maldice.
¡Ah! contemplad al Salvador del mundo
Con la implacable muerte en fiera lucha;
Para lanzar un ¡ai! sus labios mueve,
Un ¡ai! desgarrador, muerto, profundo;
Berenice lo escucha,
A sus entrañas llega i las conmueve.

Se arrastra a la ventana; allí de hinojos
Ve a Jesus a su puerta derribado,
Sin fuerzas, sin aliento, acongojado,
I en ella fijos los inmobles ojos,
Ojos llorosos que piedad inspiran,
Ojos sin ira que el perdon predicen,
Ojos que tristes al mirar suspiran,
Ojos que tiernos al mirar bendicen.

Entónces presa de emocion violenta
Ante escena tan lúgubre i crüenta
Que jamas presenciaron los humanos,
Su espíritu en tinieblas se sepulta,
I en las ebúrneas manos
El bello rostro temblorosa oculta.

Privada de la accion, solo un momento
Muévela a poco jeneroso intento;
Ir en apoyo de Jesus decide:
I ni sus fuerzas mide;
Ni en sus peligros piensa,
Ni en que va a ser la sola recompensa
De los viles sicarios la venganza;
I con pié lijerísimo se lanza
De mármol por la nítida escalera;
Sus esclavas la siguien; azorada
I audaz t aspasa la oprimida hilera
De la jente agolpada
Llega a do está Jesus, llega i le mira
Marchita la color, postrado, yerto;
Solo porque suspira
Se puede comprender que no está muerto;
Alas de ánjel quisiera
Tener para arrancarle de la turba
I remontarle a inaccesible esfera;
I por calmar al ménos un instante
La acerba angustia que a Jesus conturba,
Le enjuga con el manto su semblante.

Esta muda protesta al pueblo enoja;
Torvo sayon con mano encallecida
A Berenice entre la turba arroja.—

Queriendo prolongar el sufrimiento
De la víctima augusta escarnecida,
I que la opaca luz casi estinguida
De su débil vivir recobre aliento,
Un hijo vigoroso de *Cyrene*
A Cristo presta mercenaria ayuda;
Simon el peso de la cruz sostiene
En su espalda forzuda.

Sin la pesada cruz que le rendía
Se levanta Jesus, i lentamente
Vuelve a emprender la desolada vía,
El áspero camino del suplicio...

El Padre Omnipotente,
Al cumplirse el horrendo sacrificio,
Inclina al pecho con dolor la frente;
Suspéndese del cielo el himno eterno;
Los ejes de los orbes se estremecen,
I del vencido averno
Las volcánicas llamas palidecen.

Ir en pos de Jesus quiere la hermosa;
Pero sus pasos cierra
Compacta muchedumbre numerosa,
I cual herida de sulfúreo rayo,
Súbito i piadosísimo desmayo
De sus esclavas a los piés la aterra.

Al volver a la vida
Mira su blanco manto ensangrentado,
I en él con líneas de carmin grabado,
El rostro de Jesus ve sorprendida.
Destácase de Cristo la cabeza,
Acabado modelo de hermosura,
Sin sombra de rencor ni de tristeza,
Ornada de esplendor i de ternura;
Sin torvo ceño ni mirada avieza,
Parece que a la triste Berenice
La bienandanza celestial predice,
I amor, sagrado amor tan solo espresa;
Parece que ha olvidado sus agravios,
Que ha vencido el rigor de las desgracias,
Que va a mover los dibujados labios
Para decirla gadioso i darla gracias

El lienzo besa convulsiva i muda,
I en plácido fervor trueca su duelo;
Ya vacilar no puede, ya no duda;
Jesu-Cristo es su Dios, el Dios del Cielo.
¡Oh inefable momento!
En raudales de luz baña su mente;
Las brumas rasga de la *duda* ciega;
En el santuario de su pecho siente

El misterioso i vago movimiento
De un alma que se va i otra que viene.

Deja de ser el ave solitaria,
Que con flecha afilada el pecho herido,
Sin fuerzas vuela tras lejano nido:
El bajel que, con ánsia temeraria,
En un mar sin orillas va perdido.
Es de su corazon cada latido
De enardecida fé muda plegaria.

No sueña, no delira,
No es mentida ilusion que se evapora;
El lienzo toca i el portento mira;
Ve de la fé la sonrosada aurora,
I el aura pura del Edem respira;
Se desprende en sereno i libre vuelo
Del barro vil de la mansion terrena,
I se enlaza con májica cadena
Al infinito Ser, cielo del Cielo.

Sin apartar un punto Berenice
Los fascinados ojos
Del blanco cuadro con perfiles rojos
Que en éxtasis la arroba dulcemente,
Cual si viera a Jesus, sumisa dice:
—«No soi digna, Señor, de este presente.»
La responde una esclava
Que de Cristo la imájen
Con estupor i asombro contemplaba:
—«Nadie cual tú merece
Ser esclusiva dueña
De ese fúnebre don, de amor enseña,
Que te abisma, te halaga i entristece.
Ese regalo del Eterno Padre
Para tu bien recibe;
¿Quién mas digna que tú?»
—«¿Quién? ¿Pues no vive
De Jesu-Cristo la apenada madre?»
—Su madre sí; pero al saber que a muerte
Al hijo de su amor han condenado,
Por no correr su miserable suerte,
Este suelo de horror habrá dejado.»
—«Calla, desventurada, i obedece;
El temerario pensamiento enfrena;
No rebaja el dolor, sino enaltece;
Nunca es cobarde corazon que pena.
No insultes al pesar hondo i prolijo.
Corre a llevarla el funeral sudario.
¿Aun vacilas, mujer?... Ve tras el hijo...
A sus piés la hallarás... en el Calvario.»

LARMIG.

EL MAGNETISMO.

(Traducido para *La Estrella de Chile*, por R. B. G.)

El magnetismo ha sido por mucho tiempo una ciencia oculta.

Fué practicado por el hereje Márcos i mas recientemente por Mesmer i Cagliostro.

Hé aquí lo que se escribia en Brusélas en 1839, en un periódico titulado *El Magnetófilo*:

«Con el nombre de magnetizadores no se designaba en otro tiempo mas que algunos mesmerianos o iluminados. Hoi el magnetismo ha fraternizado con las ciencias físicas, las únicas que podian arrojar alguna luz sobre sus fenómenos; forma el tronco principal de donde como ramas nacen las otras ciencias.... Sus progresos están ligados con el provecho de la sociedad mas inmediatamente que lo que la sociedad piensa preocupada de sus mezquinas pasiones, de su vida tumultuosa i ajitada. Bajo cualquier punto de vista que se le considere, su importancia resalta i crece cada dia; pero su inmensidad perjudica todavia a sus progresos, porque nadie, aisladamente, puede todavía abrazarlo en toda su estension. El magnetismo es una cuestion que se dilucida desde hace un siglo en Europa; la Academia de Medicina de Francia ha reanimado la enerjía de ese debate sin darle una solucion; por el contrario, la discusion se complica cada dia con nuevos i maravillosos fenómenos.

«El magnetismo, al principio, monopolizado por algunos fanáticos o ignorantes, ha sido despues objeto de grandes esperimentos hechos por personajes cuyos nombres han llevado la conviccion a algunos espíritus.

«Hoi lo rechazan todavía algunos sabios, es cierto; pero ¡a un sábio le cuesta tanto *desaprender!* Una innovacion lo asusta, porque lo humilla i lo destrona.

«Las doctrinas cartesianas han luchado mucho tiempo en Francia contra las antiguas universidades ántes de obstener su carta de naturalizacion; mas tarde esas mismas doctrinas cartesianas rechazaron a su vez los principios de la filosofía newtoniana; ésta combatia los descubrimientos de Huygens; Beaumé i Lesage negaban las

hermosas teorias de la química moderna; Romé-Delisle se burlaba del intérprete de los fenómenos electro-magnéticos. El tabaco, el café, el emético, la vacuna i hasta las papas, ¿no han tenido tambien su tiempo de persecucion? ¿La Academia francesa de Medicina no se opuso formalmente a que la química, ese cuerno de la abundancia de las sociedades modernas, se enseñase en Paris, *porque estaba, por buenas causas i consideraciones, prohibida i censurada por decreto del parlamento?* El establecimiento de los bancos, de las escuelas, de los carruajes del servicio público ¿no encontró igualmente formidable oposicion en ese parlamento? ¿No vió Jacquart quemados en la plaza pública, por órden de los *prud' hommes* de Lyon, sus maquinarias, que debian hacer, sinembargo, la prosperidad i la fortuna de esa segunda capital de la Francia? ¿No fué ridiculizado Franklin cuando enseñó a los campesinos a fertilizar el terreno por medio del yeso? ¿Cristóbal Colon no fué rechazado de todas las cortes, cuando su jenio le hizo adivinar un mundo con que queria enriquecer a su patria? Pitheas, Wedel, Cook, Billinghausen, Biscoé i otros viajeros célebres ¿no fueron tachados de impostores? Averrhoes, Volta, Fulton, Salomon de Caus, Davy, Arkwrigt, Gall, Lavater i todos los que se han presentado, con un descubrimiento en la mano, a la puerta de ese vasto *Charenton* que se llama el mundo no han sido recibidos en medio de rechiflas?....

«El magnetismo triunfa al fin. Ha destruido ya las doctrinas impias de la escuela de medicina fisiolójica de Broussais, que atribuia a solos los órganos materiales del cuerpo las nobles facultades de la inteligencia: mision tanto mas grande cuanto que se trata de las bases de toda sociedad, de la llave de la bóveda i el cimiento de todo edificio social. La mayor gloria del magnetismo es ser un arma todopoderosa contra los partidarios de la materia, una prueba irresistible, irrefragable, evidente, palpable de la existencia del alma independientemente de los sentidos.»

Sin osar juzgar al magnetismo i sin poder negar sus efectos, evidentes como son, limitémonos a decir que el magnetismo existe; que es una nueva serie de maravillas mas incomprensible aun que el galvanismo; que jamas llegará la ciencia a penetrar el secreto de sus elementos, pero que la medicina debe sacar de él un inmenso partido. La Academia francesa de Medicina que se obstinaba en negarlo, cuando la mayoría de sus miembros era materialista, lo reconoce hoi.

Los jueces eclesiásticos no han condenado sino los abusos del magnetismo.

Las obras que con mas seguridad pueden consultarse para conocer imparcialmente el magnetismo son las obras especiales de M. Albino Gauthier, sobre todo su *Tratado práctico del magnetismo*, en 8.°, Paris, 1845. Se puede ver tambien el libro del señor abate Loubert (1) i la notable obra de M. de Mirville sobre los espíritus.

Una persona magnetizada se duerme profundamente i habla para revelar cosas secretas i leer en los corazones, por un prodijio hasta ahora inesplicable. El hecho es ése. No lo apreciaremos ni lo juzgaremos. Nos contentaremos con citar pasajes curiosos de diversos observadores sobre un asunto tan misterioso.

Hé aquí desde luego un artículo digno de atencion publicado hace años por *La Revista Británica* i reproducido en otros periódicos; en él se contradice las negaciones sistemáticas de algunas academias. Despues presentaremos el juicio de la corte de Roma sobre algunas prácticas del sonambulismo magnético, en las que, en su profunda sabiduría, no condena sino los abusos i los procedimientos peligros.

«En diferentes épocas, dice el autor ingles, el magnetismo ha dado lugar a discusiones tan vivas i animadas, que por uno i otro lado han ido a parar a los estremos; lo que es casi lo mismo que decir, al error. Los partidarios del magnetismo pretenden que el hombre posee, en ese estado, facultades hasta entónces desconocidas. Para algunos de entre ellos, el espacio desaparecia ante los prodijios de sus magnetismos; basta el simple esfuerzo de la voluntad para trasformar las cosas, para metamorfosear un barril de agua del Támesis en vino de Champaña, o derramar sobre una poblacion hambrienta los beneficios de una alimentacion agradable i abundante. Para ellos, las ciencias mas problemáticas, las que exijen estudios mas profundos i serios, se aprenden en pocos momentos. La mujer nerviosa, a quien un pensamiento sério

(1) M. Collin de Plancy se refiere al señor abate J. B. Loubert, residente desde hace algunos años en Santiago. (N. del T.)

de algunos minutos cansa, se hace en las manos de los hábiles del partido, mas sábia i mas feliz en sus prescripciones, que ninguno de nuestros mas esperimentados facultativos.

«Por su parte, los adversarios del magnetismo no quieren admitir ningun fenómeno insólito, ninguna escepcion a las reglas ordinarias de la naturaleza: para ellos, todas las maravillas del magnetismo no tienen mas causa que el error de los sentidos de algunas personas i las farsas de otras. El siguiente hecho, ejemplo notable de sonambulismo natural, no permite dudar que, en este estado, el hombre posee algunas veces facultades que apénas son esplicables en el estado de sueño. Por otra parte, estos fenómenos, aunque mui curiosos, no tienen nada de sobrenatural; i es fácil esplicar lo que tienen de sorprendente por la concentracion de todas las fuerzas de la inteligencia sobre un solo objeto i por el ejercicio de algunos sentidos en circunstancias particulares. Los sucesos relatados en el folleto americano cuyo análisis vamos a hacer i de cuya veracidad ningun facultativo de Estados-Unidos ha dudado tienen un gran interes; sobre todo, si se les compara con los del mismo jénero ofrecidos por el desgraciado Gaspar Hanser, aunque en diferentes circunstancias.

«Juana Rider, de diezisiete años de edad es hija de Vermont, artesano. Su educacion ha sido superior a la que reciben ordinariamente las personas de las clases medias de la sociedad. Gusta mucho de la lectura i hace sobre todo sus delicias de la de los poetas. Aunque su esterior anuncia una buena salud, ha estado siempre sufriendo frecuentes dolores de cabeza; le ha sucedido algunas veces levantarse de la cama en la mitad de su sueño; pero en eso no habia nada que se asemejase a los fenómenos notables que despues ha esperimentado. Esta singular afeccion ha principiado en ella súbitamente. Al principio, sus padres hicieron muchos esfuerzos para impedir que se levantara; los socorros del arte fueron invocados aun sin gran éxito, pues al cabo de un mes fué atacada de un nuevo paroxismo, durante el cual se resolvió no someterla a ninguna violencia i contentarse con observar sus movimientos. Inmediatamente que se vió libre, se vistió e hizo todos los preparativos para el almuerzo. Puso la mesa, dispuso con la mayor exactitud los diversos objetos con que debia estar cubierta, entró a un cuarto oscuro, i despues a un pequeño gabinete aun mas retirado, donde tomó las tazas de café, las colocó en una bandeja que dispuso sobre la mesa, despues de muchas precauciones para no hacerlas chocar al traerlas. Fué en seguida a la lecheria que estaba cerrada i empujó la puerta hácia atras; despues de haber desnatado la leche, puso la nata en una copa, i la leche en otra sin botar ni una gota. Cortó en seguida el pan, lo colocó sobre la mesa; en fin, aunque con los ojos cerrados, hizo todos los preparativos para el almuerzo con la misma exactitud con que lo habria hecho de dia claro. Durante todo este tiempo, pareció no prestar atencion a las personas que la rodeaban, a ménos que se le interpusiesen en el camino o pusiesen sillas u otros obstáculos delante de ella; entónces los evitaba, pero dejando ver un lijero movimiento de impaciencia.

«Por último, se retiró a su cama; i, cuando al otro dia, al levantarse, encontró la mesa preparada para el almuerzo, preguntó por qué la habian dejado dormir miéntras que otra habia hecho su trabajo. Ninguna de las acciones de la noche precedente habia dejado la mas lijera impresion en su espíritu. Un sentimiento de cansancio fué lo único que reconoció en confirmacion de lo que le referian.

«Los paroxismos se hicieron mas i mas frecuentes; la enferma no pasaba una semana sin esperimentar dos o tres, pero con diferentes circunstancias. Algunas veces no salia de su cuarto, i se entretenia en examinar sus vestidos i otros objetos de su ajuar que contenia su maleta. Le sucedia tambien colocar diversos objetos en lugares donde no iba a buscarlos despierta, pero cuyo recuerdo le volvia durante el paroxismo. Asi, habia escondido de tal modo su estuche, que al otro dia no pudo encontrarlo, i se admiraron al verla a la noche siguiente cosiendo con una aguja que ciertamente habria tomado de él. No solamente cosia a oscuras sino que enhebraba su aguja con los ojos cerrados. Las ideas de Juana Rider con relacion al tiempo eran ordinariamente inexactas; constantemente suponia que era de dia. Tambien cuando le decian que era tiempo de irse a acostar:—¡Cómo, decia ella, ir a la cama en pleno dia! Viendo una vez arder

una lámpara en la pieza en que estaba ocupada preparando la comida, la apagó diciendo que no comprendia para qué tenian una lámpara encendida durante el dia. Casi siempre tenia los ojos cerrados; algunas veces, sinembargo, los tenia bien abiertos, entónces la pupila ofrecia una dilatacion considerable. Por lo demas, tuviera abiertos o cerrados los ojos, no habia ninguna diferencia en la fuerza de la vista. Le presentaban escrituras mui finas, monedas casi borradas; las leia con la mayor facilidad en la oscuridad i con los ojos cerrados.

«Si las ideas de la sonámbula respecto al tiempo eran ordinariamente erróneas, no sucedia lo mismo con las de lugar; todos sus movimientos eran dirijidos por sus sentidos, cuyas relaciones eran frecuentemente exactas i sin conocimiento anterior de los lugares. Su aposento estaba contiguo a una alameda al fin de la cual se hallaba la escalera. Arriba de ésta habia una puerta que se dejaba ordinariamente abierta, pero que cerraron adrede un dia despues que ella se habia acostado, i la aseguraron poniendo la hoja de un cuchillo sobre el pestillo. Apénas se levantó en su acceso de sonambulismo, salió rápidamente de su cuarto, i sin detenerse, tendió la mano para quitar el cuchillo, lo tiró con indignacion preguntando por qué querian encerrarla.

«Intentaron despertarla, pero fué en vano, ella oia, sentia i veia cuanto pasaba al rededor de ella; pero las impresiones que recibia por los sentidos eran insuficientes para sacarla de este estado. Un dia que le echaron encima una taza de agua fria, gritó:—«¿Por qué quereis ahogarme?» Fué al punto a su cuarto a cambiar su vestido i bajó de nuevo. Le daban algunas veces fuertes dósis de láudano para disminuir el dolor de cabeza de que se quejaba habitualmente, i entónces no tardaba en despertar. Las excitaciones de toda especie, i sobre todo las esperiencias que hacian para cerciorarse de los fenómenos del sonambulismo, prolongaban los accesos, i agravaban su habitual dolor de cabeza.

«Los paroxismos del sonambulismo eran precedidos, ya de una sensacion desagradable de peso en la cabeza, ya de un verdadero dolor, de un chillido en los oidos, de frio en las estremidades, i de una propension irresistible a la modorra. Al principio, estos paroxismos no venian sino de noche i solo algunos instantes despues que se habia acostado; pero a medida que progresaba la enfermedad, principiaron mas temprano. En una época mas avanzada, los ataques la asaltaron a toda hora del dia, i algunas veces tuvo dos en el mismo dia. Cuando sentia que se aproximaba, podia retardarlo por algunas horas haciendo un ejercicio violento. El aire, sobre todo, era el mejor medio que empleaba para obtener este retardo; pero apénas se descuidaba esta precaucion, o aun algunas veces en medio de la ocupacion mas activa, esperimentaba una sensacion que comparaba a algo que le subia a la cabeza, i al momento perdia el movimiento i la palabra. Si entónces la trasportaban inmediatamente al aire, el ataque cesaba a menudo; pero, si se esperaba mucho tiempo, era imposible ponerse en relacion con ella, i no podian sacarla de ese estado. Se habria creido que acababa de dormirse tranquilamente, sus ojos estaban cerrados, la respiracion era larga i fuerte i su actitud, asi como los movimientos de su cabeza, eran semejantes a los de una persona sumerjida en un profundo sueño.

«Durante los accesos que tenian lugar en el dia, cuidaba siempre de cubrirse los ojos con un pañuelo, i no permitia jamas que se lo quitaran, a ménos que la pieza en que se encuentraba estuviese mui oscura; sinembargo leia al traves de esa venda pájinas enteras, distinguia la hora del reloj; gozaba, en fin, de una vision tan perfecta como si hubiera tenido los ojos libres i abiertos. En algunas esperiencias hechas por el doctor Belden, le pusieron sobre los ojos un pañuelo doblado i taparon el espacio vacio que quedaba a cada lado de la nariz con seda ocal. Todas estas precauciones no disminuyeron en nada la fuerza de su vista; pero un hecho importante, aunque no esplica este fenómemo curioso, es que, ha tenido la vista tan sensible a la luz que no ha podido jamas esponerse a ella sin su velo. Esta sensibilidad era aun mas viva durante el sonambulismo, segun lo atestiguó el doctor Belden. Sinembargo, todas estas esperiencias cansaban demasiado a la pobre niña, cuyo estado en vez de mejorarse, iba, al contrario, empeorando.

Esta circunstancia i el poco éxito de todos los medios empleados hasta entónces hicieron tomar la resolucion de enviarla al

hospital de Worcester, adonde entró el 5 de diciembre de 1833. Los accesos se repitieron con la misma frecuencia i la misma intensidad; pero se notaron luego cambios importantes en los paroxismos. Desde luego la enferma principió a quedarse con los ojos abiertos, diciendo que no veia bien cuando estaban cerrados; en seguida los accesos se distinguieron ménos bien. Conservaba en el sonambulismo algun recuerdo de lo que le habia acontecido en el estado de sueño, i les costaba distinguir el momento preciso en que acababa el acceso de aquél en que estaba despierta. Poco a poco estos accesos se habian disminuido i, segun la relacion del doctor Woorward, médico del hospital de Worcester, se podia esperar una curacion completa.

Se refiere un hecho de magnetismo, mui reciente i que parecerá estraordinario. «M. Ferrand, comerciante quincallero de Antibes, habiendo encontrado últimamente en su propiedad una pieza de moneda en plata sellada en tiempo de los romanos, la envió a sus corresponsales de Paris, M. M. Deneux i Gronet, rogándoles fuesen con esta pieza donde el magnetizador Marcillet para consultar a Alexis, sobre este punto. Este último, en el estado de sonambulismo les dijo que veia en casa de M. Ferrand en Antibes, una pequeña urna enterrada a algunos piés bajo tierra.... que la urna contenia una gran cantidad de esas mismas piezas..... pero que necesitaria el plano de la propiedad para designar mejor el lugar en que habia sido enterrado ese tesoro. Habiendo M. Ferrand enviado a sus corresponsales dicho plano i comunicádolo despues éstos a Alexis, les indicó haciendo una raya con lápiz el lugar en que debian cavar. Seguidas las indicaciones del sonámbulo, se encontró la urna mencionada. Contenia tres kilógramos quinientos gramos en monedas de plata, semejante a la que le habia sido remitida anteriormente.

Magnetismo en sus relaciones con la relijion.

La sagrada penitenciaria de Roma se ha ocupado en 1841, de si el sonambulismo obtenido por las prácticas magnéticas en las enfermedades, era cosa conveniente i permitida. A la rápida esposicion de los procedimientos empleados para obtener el sonambulismo, asi como los fenómenos estraordinarios que se notan en los sonámbulos, la sagrada penitenciaria ha contestado espresamente que la aplicacion del magnetismo animal, en los términos de la esposicion no era cosa lícita. Hé aquí la traduccion de la consulta enviada a Roma i del juicio lacónico de la Santa Sede:

Eminentísimo señor: Vista la insuficiencia de las respuestas dadas hasta el dia sobre el magnetismo animal, i deseando que se pueda decidir con mas seguridad i uniformidad los casos que se presentan mui a menudo, el que suscribe espone lo siguiente a Vuestra Eminencia:

Una persona magnetizada (se la escoje de ordinario en el sexo femenino) entra en tal estado de sueño o de modorra, llamada sonambulismo magnético, que ni el mayor ruido hecho a sus oidos, ni la violencia del fierro o del fuego pueden sacarlo de él. Solo el magnetizador que ha obtenido su consentimiento, (pues el consentimiento es necesario) lo hace caer en esa especie de éxtasis, ya por tocamientos o jestos en diversos sentidos, si está cerca de ella, ya por un simple mandato interior, si está léjos.

«Entónces, interrogada de viva voz o mentalmente sobre su enfermedad i sobre la de las personas ausentes, que le son enteramente desconocidas, la magnetizada notoriamente ignorante, se encuentra al instante dotada de una ciencia mui superior a la de los médicos, da descripciones anatómicas con una perfecta exactitud, indica el sitio, la causa, la naturaleza de las enfermedades interiores del cuerpo humano mas difíciles de conocer i caracterizar; detalla los progresos, las variaciones i las complicaciones, todo en términos propios; a menudo predice la duracion precisa i prescribe los remedios mas sencillos i eficaces.

Si la persona por la cual se consulta a la magnetizada está presente, el magnetizador la pone en relacion con ésta por el contacto. ¿Está ausente? Un rizo de sus cabellos la reemplaza i basta. Inmediatamente despues que el rizo ha tocado la mano de la magnetizada, ésta dice sin mirar, de quien son esos cabellos, donde está actualmente la persona de quien son, lo que hace, etc. Sobre su enfermedad, da todos los indicios ya citados, i esto con la misma exactitud que si hiciera la autopsia del cuerpo.

«En fin, la magnetizada no vé por los ojos. Si se la venda, leerá cualquiera cosa, aun sin saber leer, un libro o un manus-

crito que se habrá colocado abierto o cerrado, ya sobre su cabeza, o sobre su vientre. De estas rejiones parece tambien salir su voz. Salida de ese estado, ya sea por un mandato interior del magnetizador, ya como espontáneamente en el instante anunciado por ella, parece ignorar completamente lo que le ha sucedido durante el acceso, por mui largo que haya sido: lo que le han preguntado lo que ha respondido, lo que ha sufrido, nada de eso ha dejado la menor idea en su intelijencia, ni su memoria.

Por eso el que suscribe, viendo tan fuertes razones para dudar de que tales efectos, producidos por una causa ocasional manifiestamente tan poco proporcionada, sean puramente naturales, suplica con instancia a Vuestra Eminencia tenga a bien, en su sabiduria, decidir para mayor gloria de Dios i para mayor ventaja de las almas tan caramente rescatadas por la sangre de N. S. J. C. si, supuesta la verdad de los hechos enunciados, un confesor o un cura puede sin peligro permitir a sus penitentes o a sus feligreses: 1.° ejercer el magnetismo animal caracterizado como un arte ausiliar i suplementario de la medicina; 2.° consentir en ser sumerjidos en este estado de sonambulismo magnético; 3.° consultar ellos mismos o hacer consultar a las personas asi magnetizadas; 4.° hacer algunas de esas tres cosas, con la precaución previa de renunciar formalmente en su corazon a todo pacto diabólico, esplicito o implicito, i aun a toda intervencion satánica, visto que no obtante eso, algunas personas han obtenido del magnetismo los mismos efectos o al ménos algunos.

«Eminentisimo Señor, de Vuestra Excelencia, por órden del Reverendisimo obispo de Lausana i de Jinebra, mui humilde i obediente servidor:

F. Javier Fontana,
Canciller de la obispalia.

Friburgo, en Suiza, palacio episcopal 19 *de mayo de* 1841.

RESPUESTA.

«La Sagrada Penitenciaria, despues de una madura deliberacion, se cree con derecho para responder que el uso del magnetismo, en los casos mencionados por la presente consulta, no es cosa lícita.

En Roma, en la Sagrada Penitenciaria 1.° *de julio de* 1841.

C. Castacrane, M. P.—Ph. Pomella,
Secretario de la Sagrada Penitenciaria.

«Para los católicos, añade el distinguido escritor de quien tomamos estas reflexiones la decision de la sagrada penitenciaria es un juicio sin apelacion, que no necesita esplicaciones ni comentarios».

J. Collin de Plancy.

CHARADA.

En mi *primera* i *tercera*
Que te encuentres es probable
Al leerme, i que en tus hombros
Tambien mi todo descanse.

Van a mi *segunda* i *tercia*
El rumboso, el miserable,
Los reyes i los mendigos,
Los legos i los abades.

I *mi todo* usan, si pueden
Todos estos personajes;
I sin él nunca, lector,
Osas salir a la calle.

Santiago, marzo 10 de 1872.

Siro Luque.

Solucion de la charada del número anterior:

CAMPANA.

Contenido de este número.

I.—Shakspeare, (continuacion), por Homo, páj. 369.
II.—Carrasco, por O. O., páj. 374.
III.—La Verónica, poesia, por Larmig, páj. 375.
IV.—El magnetismo, por J. Collin de Plancy, páj. 379.
V.—Charada, por Siro Luque, páj. 384.

IMPRENTA DE «EL INDEPENDIENTE.»
Calle de la Compañia núm. 102.

LA ESTRELLA DE CHILE.

AÑO V. Santiago, marzo 24 de 1872. Núm. 234.

LA SEMANA SANTA.

«Seis dias ántes de la Pascua, Jesus vino a Betania, donde vivia Lázaro, a quien Él habia resucitado, i se sentó a comer a su lado.

«Al siguiente dia la multitud del pueblo, que habia venido a la fiesta de Pascua, habiendo sabido que Jesus llegaba a Jerusalen, cojió ramos de palma i le salió al encuentro esclamando: *¡Hosana! ¡Hosana! ¡Bendito sea el rei de Israel que viene en nombre del Señor!*

«Acercándose a Jerusalen, llamó Jesus a dos de sus discípulos i les dijo: «Id a esa aldea que está delante de vosotros i, llegando, hallareis una asna atada i su pollino con ella; desatadla i traedlos.

«Los discípulos trajeron el asna i el pollino, los cubrieron con sus capas, i Jesus montó, como estaba escrito:

«*No temas, hija de Sion, hé aquí a tu rei que viene montado sobre una asna.*

«A medida que se adelantaban, la multitud estendia sus vestidos por el camino; otros cortaban ramas de árboles i las arrojaban al paso. Cuando estuvo cerca de la pendiente del monte de los Olivos, los discípulos que se hallaban allí en gran número, llenos de gozo, alababan a Dios en alta voz por todos los milagros que habian visto, repitiendo: *¡Bendito sea el rei que viene en nombre del Señor! ¡Paz en la tierra i gloria en lo alto de los cielos! ¡Hosana al hijo de David!*»

Hé ahí la sencilla narracion del misterio del Domingo de Ramos que cantan los sacerdotes en la procesion de este dia.

Grandes conquistadores que ahogaron la libertad de tantos pueblos en un mar de sangre i de lágrimas entraron en sus dominios ornada la cabeza de laureles, empuñando una palma de oro en señal de victoria, arrastrados en carros de marfil, en medio de lluvias de flores i de las aclamaciones del jentío. ¿Dónde está hoi la memoria de esos triunfos? ¿Quién recuerda hoi sus hazañas i su entrada triunfal?

Jesus entró triunfante a Jerusalen hace ya cerca de dos mil años. I hoi todavía el mundo entero se conmueve en este dia i canta la victoria de Jesus. Conquistador amoroso, sus hazañas fueron los milagros con que pasó haciendo el bien; su carro de victoria fué una asna; su triunfo no lo cantó la trompa épica, lo narró la palabra sencilla i ruda de doce pescadores de Galilea.

¡Hosana! ¡Bendito sea el que viene en nombre del Señor! canta hoi todo el universo cristiano, como clamaba el pueblo de Jerusalen hace dos mil años.

Un inmenso bosque de palmas i ramos verdes ondea i se ajita bajo las bóvedas del templo; bendícelo el pontífice; i los fieles, llenos de fé, llevan esos ramos benditos a sus hogares. Allí está fija sobre la cabecera de un lecho la palma amarillenta i seca ya. En ese lecho sufre un cristiano las últimas angustias de la agonía. La mano cariñosa de una madre o de una esposa que llora al pié del lecho, desprende la palma del muro, empápala en agua bendita i rocía al moribundo.

* * *

Cesó ya la animacion del dia de ayer.

El templo está silencioso i de luto. Los sagrados altares están cubiertos con velos de fúnebre color. El órgano está mudo: ya no se oyen sus notas graves i melodiosas. A los cantos de gloria, de triunfo, de accion de gracias, han sucedido himnos de penitencia i de duelo.

En derredor del Santuario se respira no sé que misteriosa tristeza que sobrecoje el alma.

La Iglesia Santa llora. Ha despojado al templo de sus galas, al culto de sus esplendores, al sacerdocio de sus brillantes vestiduras.

Todo lo que hai de tierno, de triste, de desgarrador, en el mas sublime de los libros, lo escoje la Iglesia para repetirlo i cantarlo en estos dias.

Job, el hombre del dolor, de la resignacion admirable; David, el rei pecador i pe-

ritente, Isaias i Jeremias, esos bardos que saben encontrar, como ninguno despues de ellos, en sus laudes enlutados las notas del jemido; Job, David, Isaias i Jeremias se trasladan a nuestros templos i los oimos hablar.

Miserere! cantan sacerdocio i pueblo en medio de las tinieblas de la noche. *Miserere!* plegaria llena de consternacion, de amargo i humilde arrepentimiento, que con el corazon desgarrado, arrasados en lágrimas los ojos, cubierta la cabeza de ceniza, alzaba a su Dios ofendido el rei profeta en sus noches de vijilia i penitencia.

«El dia de la venganza ha llegado, canta Isaias; menester es que yo rescate a los mios.

«En mi desgracia miré en torno mio para encontrar quien me aliviara, i no hubo quien me socorriese.

.....

«Todos los sufrimientos, todos los dolores lo hicieron su victima. Su rostro estaba como con un velo de tristeza. Nuestra flaqueza i nuestras debilidades lo hicieron doblarse bajo su peso.

«Por nosotros, por nuestras iniquidades i por nuestros crimenes se ofreció a tanto sufrimiento, a tanta humillacion.

«Nuestra paz es hija de sus angustias i nuestra salud mana de sus llagas.

«Como ovejas descarriadas, habiamos salido del buen camino, i cada cual seguia diversa senda.

«El Señor le dijo que tomara sobre si nuestros pecados, i él lo hizo, i se inmoló por nosotros sin abrir los labios, sin quejarse.

«Será llevado a la muerte como un corderillo que van a degollar; i bajo el hacha estará mudo, como está muda la oveja bajo la mano que le quita su vellon.»

Dígase si hai poesía como ésa. Si hai en otra parte mayor ternura, mayor delicadeza, mas hermosas ni mas sencillas imájenes. ¡Hai tanta poesía, tan encantadora belleza, no digo en los libros santos, en cualquier libro de oraciones católicas!

Escuchad, empero todavía al poeta de los Trenos.

«¡Oh! esclama. ¡Cómo yace desierta i triste la ciudad ántes populosa!

«La reina de las naciones a quien los pueblos lejanos venian a ver está como viuda desolada! ¿Cómo es que la señora de tantas provincias se ha hecho tributaria del estranjero?

»Toda la noche llora i, llorando siempre, el dolor ha marchitado su rostro i las lágrimas corren por sus mejillas. De todos los que ella amaba, ninguno viene a consolarla. Los que mas amaba se han vuelto contra ella.

.....

¡Las calles de Sion lloran su soledad: nadie pasa por ellas ni acude a las solemnidades del templo!

«Las puertas del templo están rotas, desierto el atrio, los sacerdotes sumidos en el dolor, las vírjenes jimen en la amargura.

«¡Jerusalen, Jerusalen, conviértete al Señor tu Dios!»

¿Cuándo clamó con mas vehemencia el infortunio? ¿Dónde habrá quien sepa dar voces de dolor como las que daba Jeremias sobre las ruinas de Sion?

¡Los que saboreais la amargura del desengaño, los que llorais por los muertos o por los vivos, los que estais sentados sobre las ruinas de la patria querida, todos los que teneis pesar en el alma i lágrimas en las mejillas, venid al templo, venid a llorar con Jeremias delante del Señor, i vendrá al alma consuelo i enjugareis las lágrimas de vuestros ojos!

Dios abrió delante de sus profetas el arcano de sus venganzas i de sus iras, mostróles en descubierto panorama los siglos futuros con sus crimenes i sus castigos. Por eso: las lamentaciones de los profetas son proporcionadas a las calamidades de todos los siglos. Con los trenos de Jeremias pueden jemir i llorar todas las naciones.

* * *

Era la noche de la cena pascual. Jesus la celebraba con sus discípulos. «Miéntras estaban cenando, tomó Jesus el pan i lo bendijo i partió i dióselo a sus discípulos, diciendo: Tomad i comed; este es mi cuerpo. I tomando el cáliz, dió gracias lo bendijo i dióselo diciendo: Bebed todos de él, porque ésta es mi sangre del nuevo testamento, que será derramada por muchos para remision de los pecados.»

¡Tanto amó Dios a los hombres!

En la misma mesa en que cenaba con el pérfido discípulo que dentro de algunos instantes debia entregarlo al furor de los judíos con un ósculo traidor, en esa misma mesa consumó el mas estupendo prodijio de amor a los hombres.

Dios habia creado para el hombre el firmamento con su grandeza i su armonía, el mar, las tierras, las aves del aire i las bestias del campo. Todo lo habia sujetado Dios al soberano señorío de su creatura predilecta. *Omnia subjecisti sub pedibus ejus.* Habíalo creado a su imájen i semejanza. Habia obrado en su favor mil i mil maravillas. Pero no estaba contento todavía el amor de Dios porque aun no habia agotado su omnipotencia en favorecer al hombre. Hé aquí ya el último don de Dios; el don que agota los tesoros de su omnipotencia. El Altísimo se ha hecho hombre i se da todo al hombre: cuerpo, sangre, alma i divinidad.

Ese es el augusto misterio que la Iglesia conmemora en el Juéves Santo. El dia de hoi es la fiesta del Sacramento del Altar.

En este dia se consagra tambien el *Santo Crisma* i el *Santo Oleo.* Son aceites destinados a unjir al niño que nace, al enfermo que agoniza, al sacerdote que se dedica al Señor; aceites con que nos unjen a la entrada en la vida i a la salida del mundo. ¿No habeis pensado alguna vez, al asistir a la consagracion de los santos óleos: quién será el primero unjido con ellos? seré acaso yo?

∴

Llegó ya el desenlace del terrible drama.

Acaba de espirar en el patíbulo de la cruz el Salvador del mundo.

El cielo se oscurece; conmuévese la tierra desde sus cimientos; pártense con fragor los montes; se alzan vivos los muertos; el velo del templo se ha rasgado.

Cesó el bullicioso vocerío del pueblo corazon de fiera que se gozaba en las agonías de su víctima; huyen unos, presa el alma del pavor i el remordimiento; conviértense a Dios los soldados jentiles, i, postrados al pié de la cruz, se golpean el pecho i piden misericordia.

Estaba consumado el sacrificio. Habíalo aceptado el Eterno Padre. El mundo estaba redimido. Las potestades infernales rujieron en lo mas hondo de sus mazmorras.

Al pié de la cruz donde pende su Hijo está María. Levanta sus ojos i sus manos al cielo; ofrece el sacrificio de su Hijo; i cae desmayada al pié del fatal madero.

¡Qué has hecho, pueblo de Israel? ¡Tu Dios te escojió entre todos los pueblos, te colmó de mercedes, obró por ti mil i mil maravillas, suscitó profetas que te anunciasen su reinado, curó a tus enfermos, dió vista a tus ciegos, resucitó tus muertos, i tú no has querido conocerle?

Escucha lo que te dice: *Populo meus, quid feci tibi? In quo contristavi te? Responde mihi.*

«¡Oh, pueblo mio! ¿qué te he hecho? ¿En qué te he contristado? ¡Respóndeme!

«¿Porque te he libertado del cautiverio, porque te he mantenido cuarenta años en el desierto, porque de la esterilidad te llevé a una tierra fecunda? ¿Qué mas pude hacer por tí? No fuiste la viña que planté i guardé bajo mi custodia? ¡I me clavas en una cruz; i cuando tuve sed me diste de beber hiel i vinagre!

«¡Oh, pueblo mio! ¿Qué te he hecho? ¿En qué te he contristado? ¡Respóndeme, respóndeme!

«Para salvarte de Ejipto sumerjí bajo las ondas del mar a Faraon i a sus caballeros; ¡i me entregaste a los príncipes de los sacerdotes!

«Te abrí paso por entre las ondas del abismo; ¡i me heriste el costado con una lanza!

«Marché delante de ti como una columna luminosa de nubes; ¡i me trajiste al pretorio de Pilato!

«Te mantuve con el maná que bajaba del cielo; ¡i me golpeaste llenándome de llagas!

«Hice brotar agua de una roca para apagar tu sed; ¡i me diste de beber hiel i vinagre!

«Puse en tus manos el cetro del mundo; ¡i pusiste en mis manos una caña i sobre mi frente un corona de espinas!

«Te hice subir al trono del poder; ¡i tú me alzaste en una cruz!»

La Iglesia consternada demanda la divina clemencia i esclama:

Agios o Theos! Agios Ischiros! Agios Athanatos!

Eleison Imas.

Sanctus Deus! Sanctus Fortis! Sanctus Immortalis!

Miserere nobis.

Viuda i madre, la Santa Iglesia, sentada sobre la tumba de su Esposo, vestida de luto, rodeada de sus hijos, llora el crimen de

la humanidad deicida, llora el sacrificio de su Padre i su Esposo, que tanto la amó. *O vos omnes, esclama, o vos omnes qui transitis per viam videte si est dolor sicut dolor meus!* Vosotros, los que pasais por el camino, venid i ved si hai dolor igual al dolor mio!

¡Lloremos con la Iglesia, lloremos nuestros pecados que fueron la causa de la muerte de Jesus. Al pié de la cruz, juremosle que no se habrá derramado en vano por nosotros su preciosa sangre!

* * *

Vístense los ministros del altar con sus mejores galas. ¡Gloria a Dios en las alturas! cantad llenos de júbilo. Caen los fúnebres velos. Innumerables cirios resplandecen en el altar. Rompe el órgano su silencio. Las bóvedas del santuario resuenan con himnos de victoria. Las torres echan a volar sonoro i festivo repique. La ciudad se despierta de su luctuoso silencio; i vuelve la ajitacion, el bullicio i la alegría.

Resurrexit sicut dixit! canta la Iglesia. ¡Ha resucitado segun su palabra!

Es el dia de la libertad, de la luz, del triunfo. ¿Dónde está, oh muerte, tu guadaña? ¿Dónde tu victoria?

El autor de la vida triunfó de la muerte.

Antiguamente se bautizaban en este dia los catecúmenos. Recitaban éstos en alta voz el *Credo* i la oracion dominical. El obispo, haciendo la señal de la cruz, les imponia las manos, i tocándoles con saliva los ojos i los oidos, les decia *Epheta*, abrios.

Hoi se hace la bendicion de las fuentes bautismales, del fuego nuevo i del cirio pascual.

Santiago, marzo 24 de 1872.

RAFAEL B. GUMUCIO.

LA CRUZ.

Canto la cruz: ¡que se despierte el mundo!
Pueblos i reyes escuchadme atentos!
Que el universo calle a mis acentos
Con silencio profundo!
¡Oh tú, Supremo Autor de la armonía,
Que das sonido al mar, al viento, al ave!
Presta viril vigor a la voz mia,
I en torrentes de austera poësia
El poder de tu Cruz deja que alabe!

Tiembla la tierra, se conmueve el cielo
De este nombre al lanzar eco infinito,
Que aterroriza al inmortal precito
En su mansion de duelo.
¡Canto la Cruz! el ánjel, de rodillas,
Postra a tal voz la inmaculada frente:
Tú, excelso querubin, tu ciencia humillas;
I del amor las altas maravillas
Absorto adora el serafin ardiente.

¡Alzad, alzad vuestro pendon de gloria,
Oh de la fé sublimes campëones!
Alzadlo, i a su sombra las naciones
Cantarán su victoria!
Alzadlo, que el clamor no le amedrenta
Que exhalen de impiedad negros vestiglos!..
Sangre de un Dios por púrpura presenta,
I por sagrado pedestal se asienta
En la cerviz de diezinueve siglos!

¡Alzadlo vencedor! Esa es la enseña
Ante la cual temblaron las montañas,
La tumba abrió sus lóbregas entrañas,
Se quebrantó la peña.
Viéndola el sol, del Gólgota en la cumbre
Lecho de muerte al Hijo del Eterno,
Veló asombrado la radiante lumbre;
I al ver cesar la antigua servidumbre
De la culpa de Adan, rujió el infierno.

¡Alzad, alzad vuestro estandarte rejio
A cuyo aspecto hundiéronse al abismo
Los dioses del antiguo paganismo
De su Olimpo egrejio!
Alzadlo cual lo alzó resplandeciente,
Como emblema de triunfo Constantino
Sobre el cesáreo lauro de su frente,
Las águilas de Roma armipotente
Parias rindiendo al lábaro divino!

¡Alzadlo, cual lo vió firme i constante
Mas fuerte que las haces de los reyes
Entre escombros de pueblos i de leyes
El bárbaro triunfante!
Holló de sus bridones con las plantas
El esplendor de Europa, envejecido
En tantas lides, en hazañas tantas;
Mas de esa Cruz, ante las aras santas
El ruego al vencedor dictó el vencido!

¡Alzadlo, cual sé alzó piadoso i bello
A ennoblecer bajo su blando yugo
El que al destino descargar le plugo
De América en el cuello!
Dió un paso el tiempo, i a su influjo vario,
Que tan pronto derroca como encumbra,
No es ya de un mundo el otro tributario....
Mas inmutable al signo del Calvario
El sol del Inca i del Azteca alumbra.

¡Alzadlo que su apoyo necesita
La vacilante humanidad! ¿do quiera
No la veis, a la vez medrosa i fiera,
Cuán incierta se ajita?
Su audaz anhelo a su flaqueza espanta;
I arrastrada por vértigo profundo
En convulsiones su vigor quebranta,
Hoi abatiendo lo que ayer levanta,
E inútilmente estremeciendo al mundo!

¡Alzad la cruz, que el porvenir encierra
De esa infinita multitud! Sus brazos,
Que solo brindan fraternales lazos,
Afirmarán la tierra.
Alzad la cruz, de donde el bien emana,
I do se ostenta en acta soberana
La verdadera libertad del hombre!

Aunque entre sangre se presenta adusta,
La paz sustenta i el amor anida;
Instrumento de muerte enjendra vida;
I es luz su sombra augusta!
Dique opone al poder, i lo afianza;
El débil se hace fuerte de ella armado;
Por ella sola la igualdad se alcanza,
Que de sus brazos la eternal balanza
Pesa a la par el cetro i el cayado!

Allí tambien la soberana diestra
Pesó el valor del mundo... ¡oh maravilla,
Que, si del hombre la razon humilla,
Su dignidad demuestra!
Sí, pesó al mundo la eternal justicia;
Pesólo por romper el que lo abate
Yugo crüel de la infernal malicia,
I en él tan grande amor cargó propicia
Que una vida inmortal fué su rescate.

Por eso en los ásperos brazos
Del ceño sagrado se ostentan
Las manos que al orbe sustentan
Las manos que rijen al sol!
Por eso en jemidos se ahoga
La voz que a la nada fecunda
Velada por sombra profunda
La luz de la gloria de Dios!

¡Tú espiras, oh autor de la vida!
La muerte contigo se ensaña...
Mas rota quedó la guadaña
Al darte su golpe crüel!
Subiendo a tu trono sangriento
Su trono funesto derrumbas...
Los muertos dejando sus tumbas
Recojen su aliento postrer!

El rei de la tierra, probando
Del fruto del árbol de ciencia,
La muerte nos dió por herencia
I esclavos nos hizo del mal.
El rei de los cielos, cual fruto
Del árbol de amor, nos convida,
La patria nos vuelve i la vida,
Por padre al Eterno nos da.

¡Florece, árbol santo! que el astro
De eterna verdad te ilumina
I al riego de gracia divina
Fomenta tu inmensa raiz.
Florece, tus ramas estiende!
La estirpe de Adan fatigada
Repose a tu sombra sagrada
Del uno al opuesto confin!

¡Te acaten, pasando, los siglos,
I tú los presidas inmoble
I toda rodilla se doble
En faz de tu eterno vigor!
El cielo, la tierra, el abismo
Se inclinen si suena tu nombre!...
Tú ostentas a Dios hecho hombre!
Tú elevas el hombre hasta Dios!

JERTRÚDIS GOMEZ DE AVELLANEDA.

¡DIOS, ELLA I YO!

(UNA HOJA DE MI CARTERA).

S.—F...., agosto 21 de 1871.

Allá, léjos, tras de los montes, tras de los valles, dejo lo que mas amo, despues de Dios.

No la dejo para siempre. En pos de breve ausencia, tornaré a verla.... ¿Por qué entónces estoi triste?

Lei del corazon: cuando se siente arrancado del centro de sus amores, converje hácia él con mas violencia. Si la razon divisa la ausencia corta, el corazon es ciego.

Mis compañeros rien.

¡Ah! ellos no dejan nada tras de los montes, tras de los valles!

Talvez este mismo misterioso motor con piés de hierro que, veloz como el rayo, en cada momento me aleja mas de la que amo, a ellos los acerca cada instante mas al objeto de sus amores.

* *
*

Ya estoi mui distante de ella.

Al rayar el alba de este dia, estaba entre los mios i mui cerca de ella; es la noche, i estoi mui léjos.

* *
*

¿Por qué en el silencio i la soledad, sobre todo en el campo, se avivan los afectos del alma? ¿Qué misterioso influjo tiene sobre el corazon, qué poderoso hechizo ejerce sobre él un retiro como éste?

Aqui me siento poeta.

Pero ¡ai! bardo mudo, siento bullir en el pecho la ardiente inspiracion i no sé cantar.

Como el profeta a quien Jehovah mandó que hablara i solo acertó a balbucear la palabra del Señor, asi yo siento dentro del alma los afectos, pero ellos mueren allí sin espansion, sofocados por su propia vehemencia.

¡Felices los que sienten i cantan!

¡Felices los que tienen una lira, cuyas dóciles cuerdas saben traducir las vibraciones del corazon!

Pero ¡Dios sea bendecido! felices los que sentimos i lloramos.

¡Oh, sublime elocuencia de las lágrimas, que solo pueden comprender los que saben llorar!

¡Cuán dulces, cuán suaves, sois, oh lágrimas vertidas en la soledad, hijas no del duelo ni del pesar, si de aquella inesplicable melancolía del alma en ciertas horas!

* *
*

Aquí me parece que la amo mas.

Pero nó. ¡Es que estamos mui léjos el uno del otro!

Una voz misteriosa i secreta hace resonar incesantemente su nombre en mi oido, al traves del silencio esterior.

Las dulces canciones que ella sabe entonar me las trae envueltas en sus alas el cierzo helado que viene de allá.

Ella está léjos; pero yo la veo.

* *
*

¡Qué hermosa madrugada!

La luz es suave, la brisa pura i embalsamada, débiles i deleitosos los lejanos rumores de la campiña.

Álzase majestuoso el Andes, las colinas, cubiertas de sembrados, se destacan en el azul del cielo, llega hasta mis oidos el mujido de los ganados, el vocerío de los diligentes labradores, el murmullo del Aconcagua. Un ameno jardin, cultivado por la mano prolija de mi huésped me regala de cerca con sus perfumes matinales i sus flores de variado matiz.

Ella ha sido, al despertar, mi primer pensamiento. Mi corazon le ha enviado su primer latido. De ella son las primicias de este dia.

* *
*

¡Quién me diera vivir aquí en silencio i en paz, sin mas compañía que la de ella!

¿Qué me importaria el mundo, si yo pudiese ser feliz con ella sola?

Aquí, en medio de la naturaleza, contemplando a Dios en la verde colina, en las cumbres de plata, en el pintoresco valle, en los hermosos sembrados, aquí quisiera yo vivir con ella.

A Dios i a ella consagraria mi amor. Dios i ella llenarian mi vida.

I ¿qué faltaria a mi dicha, si mis dias se pasasen inocentes i tranquilos amando a Dios i a ella?

* *
*

¡Atras el mundo mezquino! No quiero vivir en él! Se enturbiaria mi felicidad!

Allí hai odio, envidia, intriga, calumnia, miseria. Allí los hombres se mueven guerra.

La pobreza acomete a la riqueza i la tiene llena de inquietud i zozobra.

La gloria, humo impalpable, ¿qué es la gloria?

Donde está el que gastó fuerzas, salud i vida en penosas veladas, persiguiendo la ciencia, i despues de tamaña labor dijo: ¡la he encontrado, la he conquistado por completo!

¡Los placeres! ¡Ah! son el mentiroso disfraz de la amargura!

Yo quiero otro mundo, otra vida donde no haya odio, envidia, calumnia, miseria i guerra.

Quiero bienes puros, positivos: virtud, soledad, quietud, amor.

Quiero servir a Dios léjos de los hombres, quiero adorarlo en el seno de la naturaleza, obra de sus manos.

Quiero amar i ser amado de la que es dueño de mi corazon. Quiero ser feliz con ella.

¡Dios, ella i yo!

ARCADIO.

TEATRO.

EL OTELO DE SHAKSPEARE I LOS CELOS DE CALDERON.

I.

Nuestro amigo el distinguido actor Ernesto Rossi, ha puesto de moda durante los breves dias de permanencia que lleva entre nosotros el estudio del teatro de W. Shakspeare. Las traducciones de este poeta andan de mano en mano entre los aficionados, i hasta las damas de nuestra sociedad buscan esas inmortales pájinas las fuertes emociones que él solo las sabe excitar.

Shakspeare estaba desterrado de nuestros teatros por falta de actores capaces de representar sus obras. Apénas si veiamos algun reflejo de su jenio en las representaciones de la ópera italiana. Pero hoi, gracias a un actor eminente, *Hamlet*, *Romeo* i *Otelo*, son personajes con quienes volvemos a tratarnos familiarmente, i de cuyas desgracias somos testigos, arrastrados por esa ilusion seductora del arte dramático, que con su májico poder nos trasporta a otros hombres i otras épocas.

Rossi, a quien con tanta justicia todos elojian, nos ha hecho admirar nuevamente al poeta de Isabel que solo conociamos en los libros, pero cuyas producciones no habiamos visto en el escenario.

El público de Santiago solo ha podido juzgar a Rossi en una de las piezas del poeta ingles, en el *Otelo*, en la que el artista alcanzó merecidos aplausos.

Sobre la representacion de esta obra maestra se han publicado repetidos juicios por la prensa diaria, i, en las columnas de *La Estrella de Chile* ha aparecido un artículo debido a la pluma de uno de nuestros mas ilustrados amigos, quien hace al actor algunas observaciones acerca de su manera de interpretar el carácter del *Moro de Venecia*. Conformándonos con las censuras de nuestro amigo, no podemos ménos de sentir, que, mal impresionado acaso por la ejecucion de los primeros actos del drama, no tribute al artista los elojios que se merece en los restantes.

Pero no es nuestro objeto escribir una revista teatral. Asi es que preferimos hablar aquí de la obra de Shakspeare, i de otras, no ménos notables aunque sean ménos conocidas, que la terrible pasion de los celos inspiró al sublime i filosófico poeta don Pedro Calderon de la Barca.

La comparacion de estas obras maestras seria un estudio mas que interesante para un crítico de primera fuerza, quien podria deducir de su exámen la índole de las pasiones en dos nacionalidades tan diversas como la española i la inglesa; pero nosotros que no nos sentimos con las dotes, ni tenemos el tiempo que se necesitaria para emprender un estudio de esa clase, nos vemos obligados a tocar mui someramente la materia.

*
* *

Otelo es el celoso sensual i salvaje, es el hombre de la naturaleza que no conoce freno a sus pasiones, ni límite a sus venganzas. Se tortura a sí propio i aja hasta el último grado a su esposa a quien acrimina, de igual modo que si fuera una vil i despreciable prostituta; pero apesar de sus glorias militares, de sus navales triunfos i de la alta posicion que le rodea no se atre-

una sola vez la simpatía, es el horror de los que lo rodean.

Si *Otelo* es un carácter delineado con toques maestros, si el hijo del Africa, si el soldado duro i temible no podia obrar de otra manera dados los antecedentes de la trajedia, esto no es una cuestion en el dia, Otelo no podia ser otra cosa que lo que Shakspeare lo presenta; con sus terribles pasiones i sus hábitos soldadezcos, no podia tener otro fin en sus trájicos amores.

Elevado a la cumbre de la gloria siendo el escudo de la mas orgullosa de las repúblicas, obtiene apesar de la oposicion de una familia poderosa el amor de Desdémona, en cuya compañía marcha a la isla de Chipre.

En esa antigua mansion, de los placeres, embellecida por la naturaleza i divinizada por las graciosas ficciones de la mitolojia pagana, Otelo vive feliz, ya combatiendo a los enemigos de Venecia, ya disfrutando las dulzuras del amor, sentimiento hasta entónces para él desconocido. Sus transportes de pasion son ardientes como lo serán mui presto sus celos, ama con la misma ferocidad que empleará mas tarde para vengarse.

A la vuelta de una de sus espediciones bélicas ceñido con los laureles del triunfo, siente por primera vez el torcedor tremendo de los celos. Uno de sus capitanes (Yago) vierte en su alma las sospechas. Estas sospechas son un veneno terrible lo devoran, le roban para siempre la calma i lo precipitan al crimen por una pendiente donde no resbala sino que se precipita.

Incidencias inocentes hacen aparecer culpable a Desdémona ante los ojos prevenidos de su esposo que ya está cegado por su pasion, i la jóven infeliz se vé ultrajada cual no lo fué mujer alguna, muriendo al fin estrangulada por el hombre a quien tanto amaba, a quien lo habia sacrificado todo.

Este es Otelo, brutal desde el primer momento en que concibió bastardas sospechas hasta aquél en que ahoga a su inocente consorte en el mismo lecho, testigo de sus placeres i de sus arrebatados transportes amorosos.

Desdémona muere inocente i su esposo lo conoce demasiado tarde. La desesperacion de Otelo i el castigo que él propio se impone atravesándose con su espada son la terrible espiacion de su delito. Ciego se lanzó al crimen i su fin es lójico.

***

Como el Otelo está de moda entre nosotros no nos hemos detenido a esponer su argumento haciendo mencion de los detalles de la fábula, que es perfectamente conducida por Shakspeare. A mas nos precisa ocuparnos de los celosos del teatro de Calderon, desconocidos a la mayoría de nuestros lectores.

En todos los dramas de Calderon los celos están mas o ménos desarrollados, contribuyendo esta pasion a dar atractivo e interes a la fábula.

Aquellas mujeres altivas, aquellos galanes pundonorosos eran celosos en estremo, i no era preciso una lijereza o una ofensa para que esta pasion tomase cuerpo, porque los galanes, aunque veian i palpaban la inocencia de sus damas, se ofendian de que algun otro las viera por acaso el rostro en la calle al levantarse el manto. En todo encontraban la sombra de una ofensa por lo ménos.

Como fácilmente se colejirá de lo dicho, los celos abundan en el teatro español, i esta pasion es el tema de algunas obras maestras, cuyos nombres no queremos omitir en este lugar. Calderon solamente tiene cuatro de estos dramas de efecto terrible, que, a pesar de la diferencia de gusto, arrebatarian hoi de entusiasmo: tales son *El mayor monstruo los celos; A secreto agravio secreta venganza; El médico de su honra* i *El pintor de su deshonra*. Podriamos añadir a los anteriores *El alcalde de Zalamea*, pero éste ofrece mas bien el cuadro de los celos de un padre. Tirso de Molina tiene ademas su *Celoso prudente* i Rojas su *García del Castañar*, drama que todavía forma el orgullo i las delicias de los españoles.

Los celosos del teatro español difieren en gran manera de *Otelo*. En éste todo es sensualidad, en aquellos los celos proceden del sentimiento del honor, al que se sacrifica las mas veces la inocencia, víctima de una sospecha o de una apariencia vana.

No se verá en el teatro español (habiendo tantos ejemplares) un solo celoso que ultraje a su esposa o a su amada a solas, ni mucho ménos, delante de estraño como lo hace Otelo delante del embajador del Dux de Venecia.

Ménos se hallaria alguno que en los arrebatos de su pasion se deje como *El Moro* arrastrar por la sensualidad, i que en los momentos de su delirio, cuando tumba por el suelo a la mujer que cree culpable evoque la memoria del placer i aspire con rabia lujuriosa los aroma que despide el cuerpo de aquella.

En Otelo los celos proceden de la carne, en los héroes españoles, del amor espiritualista i del honor puntilloso. El moro de Venecia no habria sentido, no podia sentir los delicados celos de ultratumba que mordian i despedazaban el corazon de el tetrarca de Jerusalen...

El primero de los dramas citados de que nos ocuparemos será el titulado *A secreto agravio secreta venganza.*

***

El argumento de este drama, como el de Otelo no es una creacion de su autor (1). El tipo singular del protagonista es concepcion de Tirso de Molina quien trazó el camino a Calderon en estos elegantes versos:

He leido de un marido
A quien un grande afrentó,
Que en secreto se vengó.
Convidó en medio el estío
A su enemigo a nadar,
I a título de jugar
Los dos entrando en el rio,
Abrazándose con él
A la mitad le llevó
Donde su injuria vengó
Siendo sus brazos cordel
I el verdugo su corriente.
Despues salió voceando:
«Favor que se está anegando
Mi amigo, ayudadle, jente.»
.....
.....Tambien lei
De este marido prudente;
Despues que a su esposa vió
Dormida, fuego pegó
Al cuarto: que quien consiente,
Al agresor acompaña;
I cerrándola la puerta,
Despues que tuvo por cierta
La muerte, i la llama estraña
En cenizas esparció
Su agravio, porque no hubiese
Quién de él noticia tuviese.
Desnudo a voces pidió
Aguâ...
.....
I así del fuego i del agua
Fió solo su secreto.

Tal ideó Tirso de Molina un *Celoso prudente* que quiere vengarse en secreto a fin que el mundo ignore su afrenta; i de esta relacion, acaso verdadera en el fondo (1), Calderon, aprovechándose de la conseja de Tirso, dedujo de ella su famoso drama: *A secreto agravio secreta venganza.*

***

Leonor hâ contratado su enlace con el caballero portugues don Lope de Almeida, el sitio donde deben encontrarse los novios está convenido, pues uno ni otro se conocen, pero ántes que el esposo aparece el antiguo amante, el jóven a quien ella ha consagrado los primeros afectos de su alma. Don Luis, que así se llama este último, se presenta disfrazado de mercader i ofrece sus joyas a la hermosa Leonor i junto con ello la reprende su inconstancia; la jóven responde al amante que ha llegado tarde, pues ella se comprometió con don Lope creyendo muerto al hombre de sus primeros amores, i como modesta i discreta le recuerda que ya todo ha concluido entre los dos. El primer acto termina con la entrevista de los desposados en la que abundan las hipérboles de la galantería española.

La accion hasta aquí es sencilla. Una jóven modesta que se resigna a cumplir los juramentos que va a prestar a un hombre a quien apénas conoce, sino es por lo noble de su sangre i las nuevas que le hadado de su valor e hidalguia; un novio que llega confiado en busca de una dicha que presto debe pasar para él como una ilusion desvanecida; i por fin un amante que alimentando falaces esperanzas no se decide a ceder a un rival una felicidad de que él se creia dueño. Con estos elementos se prepara la terrible trajedia, quedando don Luis resuelto a abandonarse a la ceguedad de su imprudente pasion:

(1) Todo el Otelo esta basado sobre una novela de Giraldi Centhio. De ella tomó Shakspeare todos los incidentes para tejer su fábula, esceptuando algunos detallas del desenlace. La obra de que se aprovechó el poeta ingles se titula *Hecathommyti, overo cento novelli de G. D. Giraldi Cinthio.*

(1) Así lo asegura Calderon al terminar su drama:

Esta es verdadera historia
Del gran don Lope de Almeida.

I, puesto que ella me ha dado
Disculpa de su mudanza,
Sea mi loca esperanza
Veneno i puñal dorado
Si ha de matarme el dolor
Mejor es el gusto ¡cielos!
I si he de morir de celos,
Mejor es morir de amor.
Siga mi suerte atrevida
Su fin contra tanto honor,
Porque he de amar a Leonor
Aunque me cueste la vida.

Con tales resoluciones don Luis se establece en Lisboa, ciudad que habita Leonor con su noble marido don Lope de Almeida.

La bella i virtuosa Leonor habria querido que don Luis regresara a Castilla su patria. Así quedaba asegurada la paz de su vida, el honor del digno caballero que le habia dado su nombre. La prudente niña veia el peligro i conociendo el carácter altamente pundonoroso de su marido, parecia preveer la catástrofe de que mas tarde fué victima.

Pero el amor es ciego, i don Luis se niega a las insinuaciones que le hace Leonor, para que ponga entre los dos la ausencia que cura tantos males del alma. I no solo se niega don Luis sino que exije de Leonor le conceda una entrevista prometiéndole partir en seguida.

La entrevista tiene lugar de noche i a oscuras en el aposento de Leonor. La imprudente jóven trata de desengañar a su amante haciéndole ver que es tarde ya papensar en los pasados amores, i que la resolucion de ella es ser fiel al hombre que ha elejido por esposo.

Esta entrevista en la que nada habia sufrido el puntilloso honor de don Lope de Almeida fué interrumpida por un accidente inesperado. Leonor es sorprendida por don Juan, un amigo de la casa a quien su esposo protejia i asilaba. Don Luis se siente detenido en su fuga por don Juan, pero se escapa a favor de la oscuridad, i cuando don Juan pretende perseguir al ofensor de su amigo, se halla a su paso con el mismo don Lope que habia llegado atraido por el rumor de las voces i de las espadas que sonaban en la alcoba de su mujer.

Como es natural ámbos amigos tienen una esplicacion sobre lo ocurrido. Don Juan insiste en que ha estado un hombre en el aposento de Leonor, pero el prudente don Lope finje no creer su ofensa bien que para si se dice:

Hoi seré cuerdamente,
Si es que ofendido soi, el mas prudente;
I a la venganza mia
Tendrá ejemplos el mundo,
Porque en callar me fundo.

Don Lope, que ardia por estar solo, despide a don Juan, i despues emprende el rejistro de su casa encontrando por fin a don Luis escondido en una de las habitaciones de su esposa. Pero don Luis, viéndose sorprendido inventa una fábula para deslumbrar a don Lope, quien finje creerlo todo reservando su venganza para mas tarde, i lo Conducee el mismo hasta la calle. i con tal perfeccion disimula el noble portugues su celos, que hasta engaña a su esposa i a su amigo don Juan, finjiéndose ante ellos perfectamente tranquilo.

Sinembargo el marido .que hace pocos nstantes decia:

Si llegara
A imajinar, a pensar
Que álguien pudo poner mancha
En mi honor.... ¡qué es en mi honor!
En mi opinion, en mi fama,
I en la voz tan solamente
De una criada, una esclava,
No tuviera ¡vive Dios!
Vida que no le quitara,
Sangre que no le vertiera,
Almas que no le sacara;
I estas rompiera despues
A ser visible las almas...;

pues bien el marido que tan hiperbólicamente espresa sus celos momentos ántes, ahora que todas sus sospechas se han aparentemente confirmado, disimula i calla, porque asi cree servir mejor al honor de su sangre i de su nombre.

El que de vengarse trata,
Hasta mejor ocasion,
Sufre, disimula i calla.

Desde este momento es fuera de duda que los mas terribles proyectos fermentan en el

alma del celoso portugues. El espectador comienza a temer i adivinar una venganza espantosa, secreta i calculada friamente por un hombre que sabrá anonadar a sus ofensores, sin que el mundo se aperciba de su afrenta.

¡Qué diferente es de Otelo el don Lope de Calderon! Éste calla i espera el dia de la venganza i oculta sagazmente su deshonra a los ojos del mundo, aquél, arrastrado por su carácter semi-salvaje la publica i en los transportes de su furor ultraja públicamente a su desdichada cuanto inocente consorte. Don Lope es un volcan oculto, miéntras el Moro de Venecia estalla desde el primer momento, sin dar un instante a la inocencia para justificarse, a la verdad para abrirse camino.

¿Para qué encomiar la situacion creada por Calderon? La calma del esposo portugues es mucho mas terrible que los arrebatos del Moro. El público que vé representar la trajedia española no puede permanecer indiferente ante esa fria estátua de la venganza que Calderon bautiza con el nombre de don Lope de Almeida.

Pero el drama adquiere pronto tintes mas sombríos. Don Juan el amigo de don Lope, conociendo su exaltado pundonor no comprende como una afrenta indudable para él no ha hallado todavia la merecida espiacion. ¿Será posible que su amigo sea sordo a la voz de su agravio? Cómo! don Lope tan honrado i tan valiente, ¿calla en tales circunstancias?

Don Juan nada comprende de lo que pasa a su alrededor, i se decide a abordar la cuestion con su propio amigo. Pero don Juan no será para don Lope de Almeida lo que Yago para el Moro de Shakspeare. Yago es un demonio de maldicion, un malvado de corazon de hiena, que impulsa a Otelo a la venganza inspirándole las ideas mas terribles, excitando sus mas feroces instintos; don Juan no es otra cosa que un hidalgo de noble i puntoso carácter, i que siente por don Lope los celos de la honra.

Ambos caractéres están maestramente delineados en el drama ingles i en el español.

Es notable la manera como don Juan habla a su amigo, no directamente sino de una manera simbólica, de sus temores i sospechas.

Aquí dejamos la palabra a Calderon.

Don Juan.—Una caso me envia
Un amigo a preguntar,
I quiérole consultar
Con vos.
Don Lope.—¿I es?...
Don Juan.—Jugando un dia
Dos hidalgos, se ofreció
Una duda, en caso tal
Forzosa, sobre la cual
Uno al otro desmintió.
Con las voces, no lo oyó
Entónces el desmentido,
Un amigo lo ha sabido
I que se murmura dél,
I por serlo tan fiel
Esta duda se ha ofrecido:
¡Si éste tendrá obligacion
De decirlo claramente
Al otro, que está inocente,
O si dejar es razon
Que padezca su opinion
Pues él no basta a vengalle?
Si lo calla es agravialle
I si lo dice es error
De amigo, ¿cuál es mejor
Que lo diga o que lo calle?

Don Lope comprende la indirecta i entre discretos i pundonorosos no se necesitan mas palabras, i el amigo de don Juan sabe que ya hai otro que conozca su agravio.

Aun queda mas. Un incidente que en otra circunstancia cualquiera no habria llamado la atencion de don Lope, al presente lo contrista i desespera. El rei le ha hablado de la próxima campaña que va a emprender contra el moro, el buen caballero se ofrece a seguirlo, pero el monarca no acepta su sacrificio.—Estais, casado le dice, teneis una esposa jóven, i

No es justo
Descasaros tan pronto....
Que en vuestra casa, aunque la empresa (es alta,
Podreis hacer, don Lope, mayor falta.

Estas palabras traspasaron el alma del celoso marido quien en cada cosa que oye cree oir que le arrostran con su deshonra....

Aquí don Lope se desahoga en un magnífico monólogo digno de la pluma de Calderon. Renunciamos a copiarlo porque nada podriamos elejir en él, a no trascribirlo todo. Este monólogo seria de un gran

efecto en el proscenio. El propósito de don Lope es desde este punto irrevocable:

Iré con el rei, i luego
Volviéndome del camino,
Que ocasion habrá, tambien
La tendré para el castigo.
La mas pública venganza
Será que el mundo haya visto....
Sabrá el rei, sabrá don Juan
Sabrá el mundo i aun los siglos
Futuros ¡cielos! quién es
Un portugues ofendido!

Ya la resolucion está tomada. Don Lope de Almeida se vengará, pero de una manera pública i solemne. Sinembargo, un lance ocurrido poco despues a su amigo don Juan le hace volver a su primera resolucion de tomar en secreto su venganza, para que, ignorándola el mundo, ignore al mismo tiempo su afrenta.

Pues tal mi venganza sea,
Obrando discreto i sabio,
Que apénas el sol la vea,
Porque el que creyó mi agravio,
Me bastará que la crea
I hasta que pueda logralla
Con mas secreta ocasion,
Ofendido corazon,
Sufre, disimula i calla!

Con tales resoluciones el celoso marido aguarda se le presente la ocasion deseada para limpiar las manchas que oscurecian su honor.

El rei don Sebastian daba la misma noche un soberbio sarao en una quinta de su propiedad situada al otro lado del Tajo. El amante de Leonor, a quien su elevado nacimiento daba entrada en la corte del monarca lusitano, buscaba un barquero que lo condujese a la otra ribera, cuando se le presenta el mismo don Lope que calculando su venida lo aguardaba por aquellos sitios; ámbos se conocen i don Luis acepta sin recelo la oferta que le hace su rival de llevarlo en su propia barca.

Parten dejando en la ribera al dueño de la barca que la vé zozobrar desde la orilla, a donde solo tornó don Lope. La venganza del portugues estaba por mitad cumplida. Don Luis habia muerto para el mundo ahogado en el Tajo, lo demas era un secreto entre don Lope i el cielo.

Miéntras tanto Leonor aguardaba a don Luis. Habia querido verlo otra vez i lo tenia citado para esas horas. La infeliz jóven aguijoneada por el peligro sintió recrudecerse su pasion i comenzaba a dar entrada en su pecho al amor culpable.

El palacio de Leonor tenia sus balcones al lado del rio, i desde ellos escucha la ya culpable esposa el ¡ai! de un moribundo i distingue un hombre que jadeante i agotado corta las aguas hasta ganar la ribera. El que asi llegaba era su esposo que venia a completar su venganza.

El marido que llega para dar la muerte a su esposa no tiene inconveniente en trabar con ella un diálogo tierno i cortez en el que le cuenta su naufrajio como asimismo la muerte de don Luis. Aqui se pone de relieve la frialdad de carácter del celoso portugues.

Leonor cae desmayada al oir tan infaustas nuevas i don Lope le prodiga los mas afectuosos cuidados delante de su servidumbre, pero al quedarse solo, déja escapar los mas terribles sentimientos de su alma.

«Ya está muerto el galan, esclama, el secreto de mi crimen no se descubrirá, pero falta la mitad de mi venganza. Es preciso que Leonor muera tambien i que mi desagravio no pase de esta noche:

«Leonor ¡ai de mi! Leonor,
Bella como licenciosa,
Tan infeliz como hermosa
Ruina fatal de mi honor;
Leonor, que, al dolor rendida
I al sentimiento postrada
Dejó la muerte burlada
En los brazos de la vida,
Ha de morir!....Mis intentos
Solo los he de fiar,
Porque los sabrán callar,
De todos cuatro elementos.
Allí al agua i viento entrego
La media venganza mia
I aquí la otra mitad fia
Mi dolor, de tierra i fuego.

Lo que resta se comprende. Pocos momentos despues ardia el palacio de don Lope de Almeida i la infeliz esposa perecia entre las llamas.

La noticia del incendio atrajo al rei al teatro de la catástrofe i entre el horror de las llamas i de las paredes que se desmoronan aparece don Lope trayendo entre sus

brazos el cadáver de su esposa. Aun en estos momentos finje ante el mundo un amor abnegado por la que acaba de inmolar.

Oigámosle como espresa su dolor delante del monarca i sus cortesanos:

Yace en pálidas cenizas
Esta muerta beldad, esta
Flor en tanto fuego helada;
Que solo el fuego pudiera
Abrasarla, que de envidia
Quiso que no resplandezca.
Esta, señor, fué mi esposa,
Noble, altiva, honrada, honesta,
Que en los labios de la fama
Deja esta alabanza eterna.
Esta es mi esposa a quien yo
Quise con tanta terneza
De amor, porque sienta mas
El no verla, i el perderla.
Con una tan gran desdicha
Como en vivo fuego envuelta,
En humo denso anegada,
Pues cuando librarla intenta,
Mi valor, rindió la vida
En mis brazos.....
Aunque un consuelo me deja
I es que ya podré serviros,
Pues libre de esta manera
En mi casa no haré falta....

Así concluye esta trájica pieza basada segun Calderon en un hecho verdadero.

Los personajes de ella son interesantisimos todos. Leonor es una jóven digna de mejor suerte, tipo de amor i de desdichas, flor cortada del jardin ántes que el gusano roa su cáliz; don Luis tiene todos los caractéres de un galan de su tiempo i don Juan es un modelo admirable de amor, lealtad i caballeria.

Lo mas singular del drama es el carácter del protagonista; reservado, frio i severo, aguarda la hora de la venganza sin que una sola accion lo venda, sin que lo traicione una palabra ni un jesto. Los celos de don Lope son sombrios i proceden mas que de amor del sentimiento de la honra ofendida. Este personaje es eminentemente teatral.

ENRIQUE DEL SOLAR.

(Continuará).

REVISTA BIBLIOGRAFICA.

FEBRERO.

En el mes de febrero la Biblioteca Nacional recibió las siguientes publicaciones, hechas por las prensas nacionales:

«Conversacion francesa» por Enrique Ballacey.—Tercera edicion. —1 vol. en 4.° de 138 pájs.—Imprenta *Nacional*. —Santiago.

«Banco de Valparaiso».—Reglamento de la oficina de Santiago.—1 vol. en cion. 4.° de 12 pájs.—Imprenta de *La Libertad*.—Santiago.

«Catecismo de la Doctrina cristiana», por J. Ramon Saavedra.—Tercera edi—1 vol. en 8.° de 219 pájs.—Imprenta de *El Independiente*.—Santiago.

«Crónica de la Serena desde su fundacion hasta nuestros dias. 1549-1870», por Manuel Concha.—Entregas 14 a 19. —1 vol. en 4.° de la páj. 314 a la 472. —Imprenta de *La Reforma*.—Serena.

«Primeras nociones de Aritmética», por G. J. Cox.—1 vol. en 12.° de 31 pájs.—Imprenta *Albion*.—Valparaiso.

«Discurso improvisado por el artista Ernesto Rossi sobre el teatro de Sakespeare», traducido del italiano por la señora A. Pantanelli de Gaytan.—1 vol. en 8.° de 62 pájs.—Imprenta de *El Mercurio*.—Valparaiso.

«Los dramas de Paris», por Ponson du Terrail.—Tomo V.—1 vol. en 4.° de 272 pájs.—Imprenta de *La Patria*.—Valparaiso.

«Estatutos de la *Union esplotadora de Caracoles*».—1 vol. en 4.° de 16 pájs. —Imprenta de *La Patria*.—Valparaiso.

«Estatutos de la *Compañia salitrera de Pisagua*».—1 vol. en 4.° de 14 pájs. —Imprenta de *La Patria*.—Valparaiso.

«Presupuesto jeneral de gastos de correos para el año 1872».—1 vol. en fol.— Imprenta de *El Correo*.—Santiago.

«Reglamento del Colejio de la Purísima Concepcion.»—1 vol. en 4.° de 7

páj.—Imprenta de *El Correo*.—Santiago.

«Reglamento de la décima Compañía del Cuerpo de bomberos de Valparaiso, *Salvadores i Guardia de propiedad*.»—1 vol. en 8.° de 24 pájs.—Imprenta *Albion*.—Valparaiso.

«La Relijion i la Política».—Opúsculo que comprende los siguientes escritos:—Los paganos modernos, por Abdon Cifuentes;—La Comuna i sus enseñanzas, por Máximo R. Lira;—El deber de los católicos en política, por Domingo B. Cruz—1 vol. en 8.° de 229 pájs.—Imprenta de *El Independiente*.—Santiago.

«Resúmen histórico de la célebre indulgencia llamada de *Porciúncula*».—1 vol. en 8.° de 24 pájs.—Imprenta de *El Telégrafo*.—Chillan.

«El *Syllabus* i la Carta encíclica de Pio IX espedida en diciembre de 1864».—1 vol. en 4.° de 44 pájs.—Imprenta *Americana*.—Santiago.

«Traduccion de los capítulos 9 i 10, distincion 8.ª de la Constitucion mercedaria».—1 vol. en 8.° de 19 pájs.—Imprenta de *El Independiente*.—Santiago.

«Los Talaveras».—Novela histórica por Mefistófeles.—Entregas 28 a 32.—1 vol. en 4.° de la páj. 649 a la 768.—Imprenta *Militar*.—Santiago.

«Las sociedades anónimas o el crédito i la riqueza en Chile» por Marcial Gonzales.—1 vol. en 4.° de 36 pájs.—Imprenta *Nacional*.—Santiago.

«*Hamlet*.» trajedia de Shakspeare traducida al español por L. Fernandez de Moratin.—1 vol. en 4.° mayor, de 60 pájs.—Imprenta de *La Patria*.—Valparaiso.

«*Ricardo* o Aventuras de un provinciano en Santiago», novela de costumbres por Ramon 2.° Harriett.—Entregas 8.ª a 12.ª—1 vol. en 4.° de la páj. 97 a la 178.—Imprenta de *La Librería de «El Mercurio»*.—Santiago.

«Instituto Americano». Prospecto, plan de estudios i reglamento.—Un pliego i 1 vol. en 4.° de 15 pájs.—Imprenta de *El Ferrocarril*.—Santiago.

«Biografía del señor Obispo de la Serena don Justo Donoso» por Valentin Magalláes.—1 vol. en 4.° de 87 pájs.—Imprenta de *El Ferrocarril*—Santiago.

«Pequeño compendio de Historia Universal» arreglado para el Colejio de Santa Ana.—1 vol. en 12.° de 213 pájs.—Imprenta de *El Correo*.—Santiago.

«Documentos para un capítulo de historia diplomática de Chile en su última guerra con España» por Manuel A. Matta.—1 vol. en 4.° de 291 pájs.—Imprenta de *El Ferrocarril*.—Santiago.

«Las miserias de Lóndres» por Ponson du Terrail.—Entregas 20 a 22.—1 vol. en 4.° de la páj. 358 a la 516.—Imprenta de *La Patria*.—Valparaiso.

«Plan de estudios para el Instituto Nacional i los Liceos.»—1 vol. en fol. de 5 pájs.—Imprenta *Nacional*.—Santiago.

NOBLE VENGANZA.

(ROMANCE.)

En un caballo rendido
Por la fatiga de un viaje
Precipitado i penoso
Llegó al morir de una tarde

Al campamento de Bravo
Un propio: noticias tráe
De la capital de Méjico,
Que en verdad deben ser graves,

Porque solo al Jeneral
El mismo quiere confiarle
Los paquetes que le envian
I las noticias que sabe.

Recibió Bravo al correo
Con rostro atento i atable,
Se sentó tranquilamente,
I en un brevísimo instante

Pasó sus ardientes ojos
Sobre las cartas, sin darse
Casi el tiempo necesario
Para romperles el lacre.

Devoraba, no leia....
Mas, súbito su semblante
Trocó de color quedando
Pálido como un cadáver.

Se puso de pié, los ojos
Al cielo alzó centellantes,
I trémulo, acongojado,
Lanzó un suspiro a los aires.

Sus amigos lo cercaron
Sin acertar a esplicarse
Mudanza tan repentina,
Dolor tan inesplicable.

Estaba como el que herido
Por un rayo centellante
Ni para hablar tiene fuerzas,
Ni voces para quejarse;

Como el triste marinero
Que, asido a una tabla frájil,
No muestra talvez flaqueza,
Pero no muestra coraje....

Al fin de un rato bien largo,
En que negras tempestades
Combatieron en su pecho
Sus instintos naturales,

Dijo a sus nobles amigos
Asi con trémulas frases:
—«Hoi a mis piés para siempre
Se abre un abismo insondable!....

«Los tiranos de mi patria
En un patíbulo infame,
Porque yo soi su enemigo,
Han muerto a mi anciano padre!»

I calló.... Su hondo silencio
A interrumpir no osó nadie;
Que harto comprendieron todos
La fuerza de sus pesares.

Pasados unos momentos,
Sereno ya, pero grave,
Con la voz digna i solemne
Del que sabe dominarse,

—«Soldados, dijo, traedme
A todos los oficiales
Del Ejército Español
Que en los últimos combates

«Hemos hecho prisioneros,
No con la intriga o el fraude,
Que nosotros ignoramos,
Sino con armas leales.»

Represalia atroz, tremenda,
Funesto drama de sangre,
Esperaron del guerrero
Los que vieron su semblante:

Algun designio terrible,
Algo estraordinario i grande
Se revelaba en sus ojos
Altivos i centellantes.

Llegaron los prisioneros
Con escolta respetable,
Que eran talvez mas de ciento
Entre jefes i oficiales.

Los contempló de hito en hito
El Mejicano, i alzándose
Sobre el nivel de los héroes,
Usó el siguiente lenguaje:

—«Vuestros compañeros de armas
Como a un bandido culpable,
En un patíbulo en Méjico
Han dado muerte a mi padre:

«Esa sangre derramada
Con injusticia, esa sangre
Que por mis venas circula
Sin mengua que la degrade,

«Clama a los cielos venganza,
Castigo atroz, formidable;
Pide represalia horrible
Por una accion tan salvaje!

«Me vengaré! Pero es otra
La venganza que un buen padre
Desde los cielos me ordena....
Soi cristiano.... eso es bastante!....

«Libres quedais desde ahora....
Si vuestro crímen es grande,
Mi virtud i vuestro crímen
Quiero que sean iguales!»

I libres los prisioneros
Volvieron a sus hogares....
¿Pudo ser mala una causa
Que inspiró virtudes tales?

C. Walker Martinez.

VARIEDADES.

COSAS DE GALLEGOS.

Un gallego se enroló de voluntario en la guerra de la independencia española i el pobre tuvo la desgracia de ser herido en la primera batalla a que concurrió. La herida era de gravedad i en la cabeza, por lo que el cirujano que lo asistió dijo:

—No escapará, porque la bala entró por los sesos.

—Esu no puede ser, le contestó el gallego.

—Pero, hombre, si lo estoi viendo.

—Digu, continuó el gallego, que nou puede ser esu, porque nou tengu sesu, que si sesu tuviese nou iria a guerra.

*
* *

FÁBULA

De sesenta minutos
Consta la hora,
Unas veces es larga,
I otras es corta.
Quien no lo crea
Tenga un dia de goces
I otro de penas.

*
* *

DIJO BIEN.

Un sujeto amigo de filosofar decia en una tertulia que la razon era un *freno* para contenernos en la carrera de nuestros vicios i pasiones. La reunion era para celebrar el cumpleaños de una preciosa niña, a la cual requebraba el sujeto en cuestion. Por este motivo se entusiasmó tanto en brindar que al fin el champagne dió con él por tierra i fué necesario llevarlo a dormir a su casa. Al siguiente dia cuando salió a la calle se encontró con uno de sus amigos, el que mas lo zumbaba por sus aires de filósofo, i el cual apénas lo vió le dijo:

—I.... ¿qué hiciste anoche del *freno*, chico!

—Hombre! me lo hube de quitar para poder beber, le respondió el otro con mucha calma.

CHARADA.

De una letra consonante
Es el nombre mi primera;
Manjar chileno resulta
Juntando segunda i tercia.
Son del globo una ciudad
Mi segunda i mi primera
Famosa por un producto
Que en invierno te deleita.
Es mi todo rica fruta
De las tropicales tierras;
I es quizas tambien, lector,
Algo que tu pecho encierra.

Santiago, marzo 23 de 1862.

SIRO LUQUE.

SOLUCION DE LA CHARADA DEL NÚMERO ANTERIOR.

No en mi *casa* estaba, Siro,
Al leer tu insulsa charada,
Que aspirando el aire puro
Por la Alameda paseaba.
I no es cierto, como dices,
Que todos a misa vayan
Pues hai muchos que no saben
Ni siquiera como ácaba.
Tampoco es verdad que el todo
En mis hombros descansara
Pues que ni para *camisa*
Mis pobres medios alcanzan.

Santiago, marzo 22 de 1872.

LÚCAS LUCO I LUQUE.

RECTIFICACION.

En la páj. 391, primera columna, donde dice: «*El Otello de Shakespeare i los celos,*» etc., léase i *los celosos*, etc.

Contenido de este número.

I.—La Semana Santa, por Rafael B. Gumucio, páj. 385.
II.—La Cruz, poesía, por Jertrúdis Gomez de Avellaneda, páj. 388.
III.—¡Dios, ella i yo!, por Arcadio, páj. 389.
IV.—El *Otello* de Shakspeare i los celosos de Calderon, por Enrique del Solar, páj. 391.
V.—Revista bibliográfica, páj. 392.
VI.—Noble venganza, poesía, por C. Walker Martinez, páj. 397.
VII.—Variedades, páj. 399.
VIII.—Charada, por Siro Luque, páj. 400.
IX.—Solucion de la charada del número anterior, por Lúcas Luco i Luque, páj. 400.

IMPRENTA DE «EL INDEPENDIENTE.»
Calle de la Compañía núm. 102.

LA ESTRELLA DE CHILE.

AÑO V. Santiago, marzo 31 de 1872. Núm. 235.

TEATRO.

EL OTELO DE SHAKSPEARE I LOS CELOSOS DE CALDERON.

(Continuacion.)

II.

EL MAYOR MÓNSTRUO LOS CELOS.

Continuando la fúnebre galería de tipos estraordinarios i excéntricos, que abrimos con Otelo i don Lope de Almeida, vamos a hablar de otro hombre, que, arrebatado por el furor de sus pasiones, se bañó como ellos en la sangre de lo que mas amaba.

Pero los celos de este tercer personaje no serán ni los celos de la carne ni los de la honra, serán una pasion escepcional i melancólica, unos celos de ultratumba, que, desgarrando miserablemente un alma, entristecen con el espectáculo de dos víctimas inocentes i dignas, por lo que finamente que se amaban, de una larga ventura sobre la tierra.

La muerte rompe todos los lazos que formamos en la vida, efímeros lazos tejidos por el amor para darnos una ventura pasajera. Despues de la vida, como decia el Redentor, no hai esposo ni esposa, quedan solamente las almas.

Así pasan las cosas ante la relijion i ante la lei; pero ¿pasan lo mismo ante los corazones?

Jeneralmente sí; pero, hai almas delicadas i amantes que tiemblan al solo pensar que el ser, a quien dieron su amor, pueda pertenecer a otro despues de su muerte; i para mas de uno esta negra idea hace doblemente amargo el cáliz de la agonía.

Esplotando este sentimiento, que hemos llamado celos de ultratumba, Calderon nos pinta, en su Tetrarca de Jerusalen, uno de esos tipos lamentables, con cuyos terribles sentimientos no podemos ménos de simpatizar.

Heródes, Tetrarca de Jerusalen, ama con frenesí a su esposa la bella Mariene, de quien es correspondido con igual ternura. Inquieto cierto dia por la tristeza de su mujer le pregunta la causa de sus penas, i ella le refiere, que, habiendo consultado sobre su porvenir a un astrólogo hebreo, éste le habia anunciado que sería víctima de un mónstruo horrible i que su esposo daria la muerte a lo que mas amara con el mismo puñal que entonces llevaba ceñido. El galan esposo procura tranquilizarla, i para que abandone su sobresalto, arroja al mar aquella arma fatal, orijen de sus melancolías.

El puñal de Heródes que parece llevar consigo la muerte, hiere a Tolomeo, príncipe ejipcio, que llegaba a nado i casi sin aliento para traer al tetrarca terribles nuevas.

Heródes, en aquella terrible lucha de los triunviros romanos qué decidió el porvenir del mundo, habia abrazado con ardor la causa de Marco Antonio. Tolomeo traia la noticia del trájico fin de Marco Antonio i de su amante la reina de Ejipto, así como de que el vencedor Octavio vendria presto a castigar a Heródes por las simpatías que habia mostrado a su rival.

Sobrecojido Heródes de espanto con tan aciagas nuevas, siente aumentarse su horror al ver clavado en el pecho de Tolomeo el puñal que acababa de arrojar al mar para serenar a Mariene; pero repuesto, coje el arma fatal i se dice: «En ninguna mano puede este puñal estar mas seguro que en la mia, yo no he de matar a mi esposa, teniéndolo yo, Mariene estará segura.» Hechas estas reflexiones su primer cuidado es tranquilizar el alma de su adorada, pero su dulce coloquio es interrumpido por el estruendo de los soldados de Octavio, que, dueño ya de Jerusalen, arde por humillar al desgraciado Tetrarca i manda prenderlo.

* * *

Octavio en medio de sus triunfos tenia

su corazon traspasado, era vistima del amor que profesaba a una hermosura que creia muerta.

Entre los prisioneros que habia hecho se encontraba Aristóbolo hermano de Mariene, en cuyo poder se hallaron cartas mui comprometentes para el Tetrarca i el retrato de su esposa, que el prisionero llevaba consigo.

Octavio, que asistia al rejistro de esos papeles cojió el retrato, preguntó cuyo era, i diciéndole el prisionero que el orijinal no existia, concibió un amor mistico i sombrio por aquella belleza que la muerte habia convertido en polvo.

«Amor, se dijo, es mas poderoso que la muerte, esa mujer no existe, pero nada me impedira el idolatrarla....

La muerte i el amor una lid dura
Tuvieron sobre cual era mas fuerte,
Viéndo, que a sus arpones de una suerte
Vida ni libertad vivió segura.
Una hermosura amor divina i pura
Perfeccionó, donde su triunfo advierte;
Pero, borrando tanto sol la muerte,
Triunfó asi del amor i de la hermosura.
Viéndose amor entónces excedido,
La deidad de una lámina apercibe
A quien borrar la muerte no ha podido.
Luego bien el laurel amor recibe;
Pues de quien vive i muere dueño ha sido
I la muerte lo es solo de quien vive.

Fuerte es el amor como la muerte, decia el amante bíblico; el amador pagano da la victoria al amor, idolatrando en la sombra de la que ya no es.

* *

El futuro dueño del mundo no halla consuelo, su único pensamiento es la hermosura hebrea, cuyos retratos colocan sus guerreros en donde quiera que él deba pasar, en diversas partes de su campamento, dentro i sobre la puerta de la tienda donde habita.

A este campamento llega Heródes prisionero i el primer espectáculo que se ofrece a sus ojos es el retrato de su Mariene. Mal recebido por Octavio, en los momentos en que éste se retira a su tienda, va a herirlo, pero se interpone entre los dos el retrato que colgaba sobre la puerta. La traidora accion del prisionero indigna al conquistador victorioso quien lo hace conducir al instante a una estrecha prision.

* *

Perder una corona, arrastrar cadenas i sufrir la vil condicion del esclavo no eran desgracias para doblegar el corazon de Heródes. El habria sabido sobrellevarlas con noble enerjia. Pero saber que su enemigo ama a su propia esposa, que una vez él muerto, esa hermosura tan finamente amada será un despojo del vencedor, amará acaso al dominador del mundo; este es un martirio que no puede resistir. Los celos invaden su alma i un veneno ardiente circula por sus venas.—«Es preciso que Mariene muera para que solo sea mia.» Un solo criado le resta i éste será encargado de impedir que Octavio encuentre viva a la que adora cadáver.

—«Si se perdieran, dice el celoso a su criado, todas las miserias e infortunios del mundo, en mi corazon se hallarian.... Yo que era mas que esposo, el galan de Mariene, yo que tanto la amaba, hoi muero victima de mis ansias i mis sospechas. Tengo celos! Ayer no cabia en el mundo, mi ambicion ardiente me llevaba a soñar con el imperio, i ahora estoi solo e indefenso entre las murallas de una estrecha cárcel. He visto el retrato de mi mujer en manos de mi enemigo, lo he hallado en todas partes donde fijaba mi vista, i me abrasa una cólera impotente.... Infeliz del que se casa con mujer hermosa! Mi mal no es verme vencido i destronado, no lloro mis ambiciones burladas ni la grandeza perdida, lo que me desespera es ser esposo de Mariene.... Cuando Octavio llegue a Jerusalen ella será suya! ¿Piensas que los celos acaban con la vida? cuan engañado estás! el amor vive en el alma i si ésta pasa a otra vida, el amor la sigue allá, porque el alma no muere.»

Estos sentimientos estan espresados en sublimes versos, cuya estension no nos permite copiar, i lo sentimos, porque son bellísimos, dan la clave del drama. Heródes no quiere que su mujer le sobreviva porque será la querida de Octavio, i Filipo parte con la órden de muerte.

* *

Miéntras tanto, ¿qué es de Mariene? Sola en su poético palacio, a orillas del mar de Galilea, llora su viudez, entreteniendo su impaciencia con las memorias de su querido ausente. Aristóbolo su hermano, que, por circunstancias, que aquí omito, se hallaba libre, la acompaña, i Tolomeo, convalecido ya de las heridas que le abrió el prodijioso puñal de Heródes, vela por su seguridad.

Aquel palacio denota en todas partes la melancolía de su dueño. Ya no resuenan en sus salas los sones del salterio, ni las esclavas se entretienen en la danza para alegrar a su jentil señora; todo es allí luto, desolacion i tristeza.

En valde Tolomeo i Aristóbolo tratan de serenar a la que no quiere recibir consuelo. Heródes falta, su vida está espuesta, ha muerto quizas, i lo único que puede minorar las penas de Mariene es el recibir algunas nuevas de su adorado esposo.

En estas circunstancias llega el criado portador de las órdenes de muerte que el Tetrarca ha fulminado en sus celosas iras contra aquella interesante víctima, i entrega a Tolomeo los pliegos de su señor.

Confuso el príncipe ejipcio no sabe que hacerse. Una circunstancia de esas que tanto abundan en las comedias de Calderon, i que siempre son traidas con el tacto que distingue a tan grande artista, hace que Mariene se apodere del pliego mortífero.

Mariene que se preparaba para socorrer a su esposo, con cuyo fin juntaba armas i bajeles, que por él se convertia en otra Semiramis hallándose resuelta a seguir la suerte de su amado, se horroriza i prorrumpe en tiernos i enérjicos lamentos, combatiéndose en su pecho los encontrados afectos del amor i el odio.

Calderon es magnífico en el final de la segunda jornada.

* *

¡Viva Octaviano! viva!
I en los campos de Oriente
Ciñan su augusta frente
Sacro el laurel, pacífica la oliva!

Con estas aclamaciones entraba en Jerusalen el triunfador Octavio, entre el humo de los perfumes orientales i el estruendo de las voces i músicas de guerra. Entre estos clamores se percibia, sinembargo, una voz triste, que perturbaba el aire con ayes lamentosos, llegando mas de una vez a los oidos del jeneral romano.

Era Mariene que interrumpe la carrera del triunfo para pedir la vida de su esposo o al ménos la gracia de morir con él. Mariene que apareciendo llorosa i aflijida a los piés de Octavio logra no solo lo que impetraba, sino mas aun, que el noble romano se venza a sí mismo, ahogando los afectos que por ella sentia.

Ya todos son felices, en apariencia a lo ménos; Octavio perdonando al Tetrarca i demas comprometidos en la guerra, i devolviéndoles sus honores i riquezas, se habia mostrado verdaderamente magnánimo. Sinembargo, la dicha habia huido del corazon de Heródes, que al ir a acariciar a Mariene, se halla que es ya sabedora de las órdenes de muerte que habia espedido en el arrebato de sus celos.

La escena en que el Tetrarca conoce esta horrible verdad tendria un mérito doble si Calderon hubiera economizado en ella las galas de una poesía importuna; mas viveza en el diálogo i mas sencillez en la espresion de las pasiones son necesarias en situaciones como esa.

Mariene no quiere ya vivir con su esposo i su resolucion es irrevocable. En vano el Tetrarca se desahoga en amargos lamentos.—«¿Cómo, dice, remediar mi suerte? No puedo desagraviarla porque a ella no le sabria mentir, i es tal la pasion que me devora, que si otra vez me viera preso volveria al crímen, porque Mariene no ha de ser de otro ni aun despues de mis dias.»

Despues describe asi al mónstruo de los celos:

Tiene de sirena el canto
I de cocodrilo el llanto,
De basilisco los ojos,
Los oidos para enojos
Del áspid: luego bien fundo,
Siendo mónstruo sin segundo,
Esta rabia, esta pasion
De celos, que celos son
El mónstruo mayor del mundo!

En seguida, creyendo que Tolomeo lo ha traicionado dando conocimiento de sus órdenes a Mariene, lo persigue para darle muerte, teniendo el fiel servidor que acojerse en el campamento de Octavio, a

quien instruye de lo que pasa, prometiéndole conducirlo al palacio del Tetrarca para que vea en él el retiro i desgracias de Mariene.

∴

Pocas escenas tan bellas ha escrito Calderon, como la en que presenta a la infeliz princesa retirada con sus esclavas en un apacible jardin del palacio, lamentándose de su suerte i llorando el mal que la aflije.

Todo en ella es melancólico, hasta el metro del diálogo, metro poco usado por el poeta, quien al escribir esta dulce pájina parece haber mojado su pluma en lágrimas.

—¿Quereis, le dice una de sus esclavas, que os cantemos algo que pueda alegraros?

MARIENE. Nó,
Porque yo
No quiero que me mejore
Quien cante sino quien llore.

SIRENE. Filósofo hubo que halló
Causa en la naturaleza
Para aumentar la armonia,
Al alegre la alegria
Como al triste la tristeza.

MARIENE. Pues empieza
Con calidad que el dolor
Hagas mayor.

SIRENE. Con una letra será,
Que, aunque es antigua, podrá
Conseguir eso mejor.
(*Canta*) «*Ven, muerte, tan escondida,*
Que no te sienta venir,
Porque el placer de morir
No me vuelva a dar la vida.»

MARIENE. Bien sentida
I declarada pasion!
¿Cuyos son
Esos versos?

SIRENE. No lo sé,
Porque acaso los hallé
Estudiando otra cancion.

MARIENE. Vuélvelos a repetir
Porque yo con ellos pida....

LAS DOS (*cantando*) «*Ven muerte tan escondida*
Que no te sienta venir.»

MARIENE. Mas, si a divertir
Llego mi ansia entretenida
El canto impida
Que ya no lo quiero oir....

LAS DOS (*cantando*) *Porque el placer de morir*
No me vuelva a dar la vida.»

Tales eran los ocios de la triste i desconsolada mujer de Heródes. Llorar i cantar a la vez... Ella, tan merecedora de mejor suerte, no aguarda otro término a sus males que la paz del sepulcro. Infeliz! ni aun en su retiro se halla segura! Cuando se juzgaba sola se encuentra de súbito rodeada de enemigos, pues Octavio, que guiado por Tolomeo, ha logrado llegar hasta el jardin, la acosa con amorosas protestas.

Mariene se resignaba a morir, pero queria bajar pura i virtuosa al sepulcro. Acosada por el jeneral romano pretende darsela muerte con la daga que éste llevaba en el cinto; pero aquí mismo se vé perseguida por la fatalidad.

La daga que ha tomado es la daga de Heródes, el puñal misterioso que desde las primeras escenas vemos suspendido sobre su cabeza....

Mariene coje esa daga, la reconce, la arroja de sí horrorizada, i luego huye seguida por Octaviano.

Entre tanto, miéntras la infeliz jóven huia del amante, el celoso marido penetra como un ladron oculto, en el recinto de palacio que le está vedado. Lo primero con que tropieza es con el funesto puñal, i comprende al punto que Octavio ha penetrado en las habitaciones de su esposa, i esclama:

Tarde hemos llegado, celos,
Tarde, tarde; pues no dudo,
Que quien arrastra despojos
Habrá celebrado triunfos.

Con esta amarga reflexion se decide inmolarse él mismo, cuando es sorprendido por los gritos de su esposa, que huyendo de Octaviano se refujia en la escena.

La hora sangrienta de la catástrofe ha llegado. Mariene que huyendo del amante da con el celoso, tiembla por sí i para huir apaga las luces; Heródes busca a Octavio para herirlo i lo que encuentra es el pecho de su esposa, donde queda hundida hasta el pomo la daga fatal.... El destino augurado por el mago hebreo se habia cumplido. Mariene moria a manos de un mónstruo horrible; Heródes daba muerte con su puñal a lo que mas amaba en el mundo.....

∴

Esta pieza de Calderon que, con tanta justicia celebran los criticos, abunda en vida i animacion. Como todas las de su autor, es una mina de oriental poesia, aunque hubiera ganado infinitamente a estar escrita con una noble sencillez. Por desgracia, ese orientalismo exuberante es un distintivo del estilo de Calderon.

Otra cosa de mal efecto en el dia son esas interminables relaciones puestas en boca de los personajes en los instantes mismos en que el espectador necesita un diálogo animado que lo haga sentir las pasiones que dominan a aquéllos. Este defecto es comun a todos los dramáticos españoles del siglo XVII, i se encuentra en cada una de las piezas de Calderon.

Dejando a un lado estas críticas, que versan precisamente contra el mal gusto de la época, este drama abunda en situaciones interesantisimas.

El fatalismo que domina en él le da un ¡nteres creciente a medida que la accion avanza. El puñal de Heródes es una amenaza continua para la vida de su esposa, i horroriza al espectador desde que conoce los funestos augurios que van ligados a él.

El mayor mónstruo los celos es considerado con justicia como una obra maestra i se halla traducido en casi todas las lenguas vivas.

(Continuará.)

ENRIQUE DEL SOLAR.

A LA RESURRECCION DEL SEÑOR.

No ya fúnebre canto, himno de gloria
Que su fervor renueva,
I de la humana redencion la historia,
Salem gozosa hasta el Empíreo lleva:
Que de la dura muerte
El invencible seno,
Como la nube el sol puro, sereno,
Rompe el Hijo de Dios con diestra fuerte.

Su cetro omnipotente el Padre inclina,
I el cuerpo inanimado
Súbito cobra su virtud divina,
De los mortales lazos desatado;
I de la tumba oscura
Invisible se lanza,
I en alborozo truecan i bonanza
Su luto el cielo i su fragor natura.

So'o, en el mal tenaz, la tribu ciega
De Cam, raza maldita,
Superior a su luz, el triunfo niega,
I en desusado frenesi se ajita;
Que acrece su impio celo
I su culpable olvido
El vapor con que aduermen su sentido
Las vides de Ascalon i del Carmelo.

«Postrado veille ahi, Rei indolente,
¿Qué es ya de tu corona?
Gritaban con escarnio: alza la frente
De la humilde mansion que te aprisiona.»
I en tropel acudieron,
I esplendor i fragancia
Hallaron solo en la mortuoria estancia,
I al soplo del terror se estremecieron.

Nuestra es ¡oh Dios! la vencedora palma
Que de tu sangre nace,
Si, como al bien de la esperanza, el alma
De la virtud al galardon renace.
Mas ¡ai! de tu celeste
Imperio nos destierra
Segundo Faraon con cruda guerra.
Señor, confunde su proterva hueste.

Confunde de tu pueblo al enemigo,
Al tirio i filisteo,
I, de tu gloria incrédulo testigo,
Igual del bruto vil, al saduceo;
Al que su suerte avara
A la orfandad disputa,
I al que nefanda adoracion tributa
De Jezabel sacrílega en el ara.

Tú a la mansion de sempiterno llanto
Piadoso descendiste,
I libraste a los justos de quebranto;
I en la sierpe mortífera venciste
La saña audaz del vicio,
Legando al orbe entero
Del profanado Gólgota el madero,
Instrumento de vida i de suplicio.

¡Iris de amor i paz! ¡Divina enseña
Que agotas las corrientes
Del Rojo mar, i la calcárea peña
Sueltas en venas de raudales fuentes!
Como Moises un dia
Al prometido suelo,

Nuevo caudillo a la rejion del cielo
Con tu fulgente luz sus tribus guia.

Tuyo el honor en la apartada aurora
Del lábaro brillante,
I el lauro eterno que la audacia mora
Rindió por fin al castellano atlante.
Por ti, en rojo humor tinto,
Vió su menguada luna
Timbre del jóven de Austria i la fortuna
El debelado golfo de Corinto.

I del Asia terror, por ti el desdoro
Comun vengar juraron
De Cristo las naciones, i el tesoro
De la sagrada tumba rescataron,
Que hoi otra vez impio
Dominio tiraniza,
Con que la ira del cielo profetiza
Del pueblo de Israel el desvario.

Mas cuando tú, Señor, a los sublimes
Alcázares el vuelo,
Que del viento veloz al curso imprimes,
Tiendas por fin con amoroso anhelo;
Cuando, entre ardientes nubes
De propios arreboles,
Tu trono asientes de fulgúreos soles
Sobre frentes aladas de querubes;

I de tu mártir sangre; ¡oh Rei! unjido,
Proscrito ya el pecado,
Con el mundo a tus plantas redimido,
Al seno tornes de tu Padre amado:
No habrá presajio adverso
Contra una alma serena,
Ni heredada virtud libre de pena,
Ni irreparable mal para el perverso.

Renacerá cual tú, la excelsa cima
Ganando de tu gloria,
Nuestro inmortal espíritu, que anima
La abrasadora sed de esta victoria.
Allí de tus fulgores
Templan la inmensa hoguera
Las auras de perpetua primavera
I el rico Eden de inmarcesibles flores.

Allí desparce el sol sin tibio ocaso
Vivificante lumbre;
Reina júbilo eterno, nunca escaso;
I sin que envidia ni altivez se encumbre,
Igual en las mercedes
Del Hacedor se goza
El que ayer habitó misera choza
I el serafin de las etéreas sedes.

¡Gloria, Señor, a ti! ¡Celeste vate
Publique tu alabanza,
I del orbe a los ámb tos dilate
La nueva de tu triunfo i su esperanza;
I que un polo a otro polo
Tus maravillas cuente,
I una enseña no más el mundo ostente,
I una lei fraternal i un culto solo!

CAYETANO ROSELL.

SHAKSPEARE.

IV.

ROMEO I JULIETA; SU REPRESENTACION.

Hé aquí otra historia de dos infortunados amantes, escrita primitivamente en italiano, i embellecida e inmortalizada por el jénio de Shakspeare.

Ignórase la fecha en que apareció por la primera vez i el nombre del autor que la dió a luz; pero ella debió llamar la atencion del público, ya que en la misma Italia no faltaron los imitadores i que tuvo el honor de varias traducciones francesas, entre las cuales debe mencionarse la hecha por Pedro Boaistuau.

En 1562 Arturo Brooke la tomó por tema de un largo i fastidioso poema publicado bajo el título de *The tragical history of Romeus and Juliet*. (Trájica historia de Romeo i Julieta).

Es probable que la historia de los dos amantes veroneses llegase a conocimiento de Shakspeare por el intermedio de Brooke i que del poema de éste sacase el argumento de la trajedia.

Tenemos pues, como en *Otelo*, una novela italiana, que pudo alcanzar cierta notoriedad en su tiempo, pero que probablemente no habria llegado hasta nosotros, metamorfoseada por Shakspeare en una de las mas admirables trajedias del teatro moderno, en una obra que, como todas las obras maestras, ha reflejado su gloria sobre las bellas artes, inspirando a los poetas, a los pintores i a los músicos.

Para comprender bien el enredo del drama i apreciar sus bellezas, es preciso empezar trasladándose con la imajinacion a Verona, una de las muchas ciudades italianas que durante los últimos siglos de la Edad Media, pasaron sucesivamente de la pobreza a la opulencia i de la libertad a la tiranía, dejando a la posteridad un vivo ejemplo de las ventajas i de los peligros de la descentralizacion política. Guerras interminables, ya desgraciadas ya felices con los emperadores de Alemania, rivalidades funestas entre las repúblicas, las ciudades i las familias, príncipes trasformados en jefes de bandoleros, sitios, saqueos, crueldades inauditas, pestes como jamas habian aflijido a la humanidad; tal es el cuadro que la historia nos ha coservado de aquellos tiempos i de aquellas paises. I sinembargo ¡cuánta exuberancia de vida, cuánto poder creador, cuántos prodijios de jénio i de virtud en medio de esos continuos trastornos! Bocacio escribe sus novelas i Petrarca sus canciones; Vico echa los fundamentos de una nueva filosofía de la historia, Baronio i Muratori conciben i llevan a cabo obras de una erudicion asombrosa; Rienzi acomete la temeraria empresa de resucitar la Roma antigua; San Francisco funda una milicia de frailes mendicantes para predicar la pobreza, la castidad i la mansedumbre a los capitanes de bandoleros, alemanes, suizos, lombardos i toscanos, feroces mercenarios, prontos siempre a poner su espada al servicio de quien mas ampliamente satisfaciese sus sanguinarios i sensuales instintos.

Con tales elementos de vida i tales jérmenes de discordia no hai que estrañar que las guerras entre las ciudades rivales se prolongasen durante siglos, i que dentro de una misma ciudad las facciones se despedazasen con inaudito encarnizamiento, personificadas en las familias que respectivamente las capitaneaban. Asi el odio se heredaba con la sangre i el nombre, i cada pueblo era un campamento, visitado de vez en cuando por cortísimas treguas, pero nunca por una paz definitiva.

Romeo i Julieta son dos frescos pimpollos que la imajinacion de Shakspeare hizo brotar a dos de esos viejos troncos, carcomidos por un odio tradicional en la ciudad de Verona, allá por los primeros años del renacimiento.

Hijos de las familias rivales de Capuleto i Montagu, separadas por muchos años de una lucha sangrienta, que el príncipe trataba de sofocar en vano, Romeo i Julieta, apénas salidos de la edad de la adolescencia se ven i se aman con ese amor de los años primeros, de las naturalezas vírjenes i de los tiempos borrascosos.

El poeta no se detiene mucho a esplicarnos los comienzos de la pasion de sus amantes. Su trabajo habria sido por otra parte inútil. Aquellas dos jóvenes venidos al mundo para amar en una edad de hierro, se encontraron con una bárbara lei que les mandaba odiarse. ¿Necesitaba su fuego de otro mas poderoso estímulo?

Este amor desinteresado de dos adolescentes que se sobrepone al odio tradicional de sus familias, que crece con las dificultades, que no encuentra imposibles a su anhelo, nos aparece dulce i hermoso como un rayo de luna que cae sobre un campamento, como una flor que brota entre ruinas, como un oasis en medio del desierto.

Solo al jenio es dado encontrar tan hermosos contrastes; como solo era dado al jenio poner en boca de los personajes de la trajedia palabras que correspondiesen a los sentimientos que debian de esperimentar. ¡Con cuánta exactitud las pocas palabras con que se apostrofan los dos jefes de las familias rivales, en la primera escena, revela el odio implacable que devoraba sus viejos corazones! I Romeo ¡con cuánta pasion i con cuánta verdad nos revela los estragos que causa el amor en su pecho, i cuán bien nos hace comprender las preocupaciones que lo absorven, cuando al llegar al sitio en que aun resonaban los improperios i maldiciones lanzados por su propio padre contra el padre de su amada, esclama:

«¡Cuántos combates hai que sostener aquí con el odio; pero cuántos mas que sostener con el amor! ¡Oh! amor envenenado por el odio! ¡Oh odio que la ternura endulza! Estraño sentimiento que se alimenta de ilusiones! Quimera fecunda en angustias, pasion vana i seria, caos informe de brillantes i dichosos ensueños! afecto indefinible que alivia i oprime el alma, que la oscurece i la deslumbra; que abrasa i hiela, que mata i reanima el corazon! Tal es el amor que siento, querido Benvolio ¿no es cierto que te causa risa i compasion?»

No entra en nuestro propósito dar a conocer en todos sus detalles el argumento

de la trajedia que nos ocupa. El es bastante conocido i por otra parte este artículo solo podrá publicarse con posterioridad al juéves 21, dia fijado por la compañia Rossi para la representacion de *Romeo i Julieta*.

A pesar de todo no podemos prescindir de señalar lacónicamente la manera como el argumento se desenvuelve i llega al fin a su terrible desenlace.

Se comprende que a una niña tan bella i a una heredera tan rica como Julieta, no le faltasen pretendientes. El mas afanoso por conquistar su corazon, al ménos el que mas importunaba a su padre exijiéndole una respuesta favorable, era un noble jóven veronés, que unia a las ventajas de su cuna las mas nobles prendas del corazon i de la intelijencia. El viejo Capuleto, manifestando al principio una gran deferencia hácia su hija, alega su estremada juventud i la circunstancia de ser el único consuelo que aun le resta sobre la tierra; pero concluye invitando al pretendiente para una fiesta de familia que va a tener lugar en su casa.

Romeo, sabedor por un accidente casual de la noticia, forma el temerario proyecto de ir al baile.

Antes que lleguen los invitados la esposa de Capuleto hace llamar a su hija. Julieta se presenta radiante de hermosura i de juventud. Aun no tenia catorce años i era, segun la frase de su madre «la mas linda flor de la primavera de Verona.»

Romeo i Benvolio su amigo, llegan cuando ya la comida ha terminado i va a empezar el baile, sin que por de pronto nadie los reconozca al traves de las máscaras que ocultan sus facciones. Pero ni el odio ni el amor se engañan fácilmente. Julieta vé a Romeo i le entrega su corazon i Tibaldo, el implacable sobrino de Capuleto, observa su porte, sus ademanes i sus pasos i no tarda en esclamar colérico i buscando su espada: «¡Ese hombre es un Montague!»

Pero el viejo Capuleto recuerda que aquel jóven es un cumplido caballero, que en aquel momento es su huésped, i declara formalmente a su exaltado sobrino que por todos los tesoros de Verona no consentiria en su casa ningun insulto contra Romeo.

La fiesta continúa i los dos amantes encuentran una ocasion propicia para declararse sus sentimientos. La candorosa niña le declara su afecto; sin saber aun cual era su nombre, sin sospechar ni remotamente la tempestad desecha que iba a venir en pos de aquella dulce aurora.

Aun Romeo no ha dejado la sala del baile i ya Julieta empieza a comprender su infausto sino, cuando, al preguntar a la nodriza el nombre de aquel jóven, ésta le responde: «Su nombre es Romeo; su familia Montagu. Es el hijo único de vuestro mayor enemigo.»

—«Mi amor ha nacido, pues, del seno del odio, dice con cierta dulce resignacion, Julieta.... ¡Ah! por qué vi tan temprano a quien no conocia i por qué lo he conocido tan tarde! Estraño destino el mio! ¡qué tenga de adorar a un enemigo detestado!»

Empieza el segundo acto. Romeo se introduce en el jardin de Capuleto i los dos amantes, despues de renovarse las declaraciones de su mútuo afecto, convienen en que él reciba ocultamente, ya que no es posible de otro modo, la sancion relijiosa. Un buen padre, de la órden franciscana, director espiritual i amigo de Romeo, se presta a bendecir el matrimonio. Al principio habia vacilado; pero una noble consideracion lo decide. «Talvez, esclama el ministro de paz, esta alianza sea motivo para que se reconcilien vuestras familias i su odio inveterado se trueque en amistad.»

Si estas palabras no son bastantes para justificar al franciscano; es indudable que son bastantes para conquistarle nuestro respeto i aun nuestras simpatías.

La ceremonia tiene lugar en la celda de frai Lorenzo (es el nombre del franciscano) a donde acude Julieta con el pretesto de confesarse.

La primera escena del acto tercero tiene lugar en la calle. Tibaldo, el exaltado sobrino de Capuleto, se encuentra con Benvolio, de la familia de Montagu i no ménos fogoso i apasionado que él. Están ya para cruzar sus espadas, cuando Romeo aparece. Tibaldo se vuelve hácia él i le dirije este atroz insulto por via de saludo: «Romeo, el odio que te profeso no encuentra para ti otro cumplimiento que éste: ¡Eres un cobarde!»

Romeo hace cuanto humanamente es posible por apaciguar al ardiente amigo de su padre i al del padre de su amada i para no verse él mismo obligado a desnudar su espada. Pero su voz no encuentra eco en Mercutio, i Tibaldo se obstina en hacer pasar su moderacion por cobardia.

La lucha se traba primeramente entre ellos, i a poco Mercutio cae herido de muerte. Romeo dice entónces adios a la moderacion ¡ recibe en la punta de su espada al arrogante Capuleto que, no satisfecho aun con la sangre vertida, buscaba una nueva víctima en el jóven esposo de Julieta.

El príncipe interviene, i Romeo aterrado oye de su boca la sentencia que lo condena, bajo pena de la vida, a salir inmediatamente de Verona.

Desde este momento la accion se precipita. Romeo corre desde la celda de frai Lorenzo a donde se habia refujiado i a donde pasa las primeras horas de la noche, a la casa de su jóven esposa, a cuya alcoba sube por una escalera de cuerdas i donde los primeros albores del dia le sorprenden. La escena que entónces tiene lugar es sin disputa la mas hermosa i poética del drama. Aquel adios amargo como una agonía, que el amor quisiera acortar i prolongar al mismo tiempo, aquellas horas de felicidad que tan pronto han tocado a su término i que algo anuncia serán las últimas que el destino conceda a los dos esposos, aquella singular violencia, en fin, hecha al pobre Romeo por el canto de las alondras i por los primeros rayos de la aurora, forman el cuadro mas suave e interesante, desgarrador i poético, que a la imajinacion sea dado forjar.

¡Pobre Julieta! aun le restan muchos pasos que dar por la vía que conduce a la tumba!

Un momento despues de haber dicho el último adios a su esposo, sus padres le ordenan dar su mano i su corazon a otro hombre.

En este trance ¿a quién acudir sinó a Lorenzo, al abnegado amigo de Romeo, al sacerdote que en nombre de Dios lejitimó su amor? La buena voluntad del padre, su majinacion fértil en recursos i amaestrada por la esperiencia, buscan en vano una salida para aquella horrible situacion, i Julieta desesperada muestra al franciscano la daga en que cifra su última esperanza.

Lorenzo le propone entónces un peligroso medio. «Toma este frasco i al acostarte bebe su contenido hasta la última gota, le dice. Repentinamente un humor frio i pesado comenzará a adormecer tus miembros, el espíritu vital se irá apagando i el pulso i los latidos del corazon, i hasta la respiracion cesarán por completo.... Cuarenta i dos horas permanecerás bajo estas apariencias de muerte; pero trascurrido ese tiempo despertarás como de un dulce sueño.»

Si las esperanzas del franciscano no hubieran de salir fallidas, los padres de Julieta reputándola muerta, la habrian enviado al cementerio, miéntras que Romeo informado de lo que ocurria, penetraria ocultamente en Verona i sacaria a su esposa, vuelta ya en sí, del sepulcro en que se le hubiese depositado.

La negra estrella bajo cuyos auspicios habia nacido el amor de los dos jóvenes desbarató, sinembargo, estos bien concertados planes del viejo sacerdote i de la heroica niña.

Romeo, creyendo a su esposa verdaderamente muerta, logra entrar a Verona i penetrar en el cementerio; pero Páris, el desdeñado amante de Julieta, que habia acudido al mismo sitio un momento ántes a derramar flores i lágrimas sobre la tumba de su novia, lo divisa i esclama: «Sí, es él, es ese arrogante Montagu, desterrado; el que mató a mi primo, asesinato que hizo bajar al sepulcro a mi amada. Sí, ha penetrado aquí movido por algun torpe designio; para insultar talvez los restos inanimados de la hermosa Julia. Voi a prenderlo.»

Siguese una lucha que termina por la muerte de Paris, quien al espirar pide a su vencedor lo sepulte al lado de Julieta. Romeo cumple este último encargo de su víctima, i apurando el veneno contenido en un frasco de que al efecto se habia provisto, i dando al que reputaba cadáver de su esposa una última mirada, un último abrazo i un último beso, se entrega resignado, casi contento, a su negro destino.

Julieta entretanto empieza a volver de su letargo. Da una mirada en torno suyo i el espectáculo que contempla, esplicado en mui pocas palabras por frai Lorenzo, le revela la horrible realidad de su desventura. Su Romeo, la vida de su vida no vive ya: la existencia le era odiosa i los consejos del sacerdote son impotentes para luchar contra su desesperacion. Busca para darse la muerte algunas gotas del fatal brevaje, primero en el frasco, despues en los labios de Romeo, i sintiendo el ruido de la justicia que se acerca, i temiendo que la obliguen a sobrevivir a su esposo, toma la daga de éste i se la hunde en el pecho.

Señalar las bellezas de primer órden que abundan en este drama seria interminable. El amor contrariado i desgraciado que ha servido de tema para sus ficciones a los mas grandes poetas i novelistas de todos los tiempos i paises no ha inspirado talvez tipos mas simpáticos i admirables que Romeo i Julieta. La fábula está perfectamente desarrollada i el interes va creciendo por grados hasta el momento del desenlace. Los personajes están perfectamente caracterizados i cada vez que hablan el poeta los hace hablar con una propiedad que admira. El odio inveterado de dos antiguas familias rivales i el amor mas tierno i mas puro hablan sucesivamente o a la vez sin que los tonos se confundan. Al contrario e contraste agrega algo a lo horrible de aquel odio i a lo dulce de aquel amor.

Ménos que las bellezas de *Romeo i Julieta* nos proponemos señalar sus defectos. Sin duda que éstos no faltan en la trajedia de que nos ocupamos—¿qué obra humana está exenta de ellos?—pero sentimos una repugnancia instintiva cada vez que nos encontramos en presencia de alguna obra del jenio armados del escalpelo de la crítica. Hai un no sabemos qué, que humilla nuestro amor propio i abate nuestra naturaleza en los estravios i caidas de aquellos que nos sirven de lumbreras i de modelos. ¿No es triste en efecto que Shakspeare ponga en boca de los dos amantes retruécanos de mal gusto en el momento mismo en que por primera vez se declaran su pasion? ¿I quién puede llevar en paciencia las majaderias i la impertinente charla de la nodriza en las mas patéticas escenas?

Aun sobre el carácter de Julieta, tan admirablemente diseñado, podrian hacerse mui fundadas observaciones. El amor nace en su pecho con una rapidez tan asombrosa, a la sola vista de Romeo, que hai que hacer esfuerzos de voluntad para aceptar la transicion.

Ademas, para quien conozca el teatro de Shakspeare, Julieta es un personaje conocido. La misma edad, el mismo candor, el mismo abandono, casi la misma fisonomia de Desdémona, de Ofelia, de Miranda, de Cordelia, de Perdita! Todas ellas hermosas, pero de la misma hermosura, jóvenes, pero al salir apénas de la niñez, aman como palomas i se dejan matar como corderos. La mujer anglo-sajona, en la madurez de su edad, en la plenitud de su carácter, en el papel elevado e influyente que desempeñaba en la familia, en la sociedad i aun en el gobierno, se encuentra solo una que otra vez en el repertorio del poeta de Stratford; pero nunca ocupando el primer lugar del cuadro, nunca llevando en el hueco de la mano el secreto de un argumento. Bajo este aspecto, no solo el teatro griego, sino tambien casi todos los teatros modernos son mui superiores al teatro de Shakspeare.

Los defectos de los dramas de nuestro poeta, que en la lectura se atenúan considerablemente, aparecen en toda su magnitud i como de relieve cada vez que se trata de representarlos. Entónces se vé la disonancia de ciertas salidas de una gracia equivoca, i se nota la desmesurada estension de ciertas escenas que detienen mas de lo tolerable el movimiento de la accion. Por eso sin duda nunca las piezas dramáticas de Shakspeare se representan tales cuales salieron de su pluma, i por eso es que el espectador, que va al teatro a ver la representacion de alguna de sus trajedias despues de haberla leido atentamente, se encuentra en ciertas escenas desorientado i en terreno desconocido.

Fué lo que nos pasó con el *Romeo i Julieta* que nos dió el señor Rossi en el Teatro de Variedades. A cada momento notábamos los cambios introducidos por el traductor en la trajedia inglesa; algunas veces para apropiarla a las exijencias de la representacion, i una que otra, preciso es decirlo tambien, para afear sus mas bellas escenas.

Asi, por ejemplo, los adioses de los dos esposos en el tercer acto, que forman, como lo hemos observado ya, una de las mas interesantes i poéticas escenas de la trajedia, no produjeron ninguna impresion en el público a pesar del buen desempeño de los artistas. ¿Por qué? Porque el traductor o director de escena, cambiaron por completo la situacion de los personajes haciendo imposible el efecto teatral. En Shakspeare Romeo se despide de su esposa despues de haber pasado en su alcoba las últimas horas de la noche, sin otro testigo que la aurora, sin oir otra voz que les diese la señal que la voz de las alondras, sin otro importuno que apresurase el momento de la separacion que el mismo amor que los impulsaba a estrecharse en un interminable abrazo.

En la traduccion italiana todo este encanto desaparece. La despedida, que no viene como en Shakspeare despues de algunas horas de inefable felicidad, es mucho ménos amarga. La estrecha celda de frai Lorenzo que oculta por completo el horizonte, no deja que el espectador contemple por sus propios ojos el contraste de las lágrimas de los dos esposos en el balcon, con los rosados tintes de la aurora en el cielo; i la presencia del franciscano en aquel lugar i su intervencion en aquel acto tienen algo de impropio i de chocante que es mucho mas fácil sentir que esplicar.

Viniendo ya a la representacion de la pieza fuerza será que nos limitemos a algunas mui lijeras observaciones, pues no tenemos tiempo para mas.

Antes, sinembargo, debemos manifestar que hemos leido con grande interes i satisfaccion algunos artículos de crítica teatral que ha publicado la prensa diaria sobre la representacion del drama de que nos ocupamos. Hai en esos juicios muchas afirmaciones que no reposan sobre una base sólida, muchísimas mas palabras que ideas, i mas afectacion que buen gusto; pero asi i todo, ellos revelan un notable adelanto con respecto a los insulsos i ridículos hacinamientos de lugares comunes que era hasta hace poco el obligado tributo que pagaba nuestra prensa indistintamente a todas las piezas dramáticas que se representaban i a todos los actores en todas las representaciones.

Para hablar en conciencia no estuvimos en el teatro sino hasta el fin del tercer acto la noche en que se daba en *Variedades Romeo i Julieta*. Es lo que nos pasa en todas las trajedias. Rarísimas veces tenemos el valor de permanecer hasta el fin. Miéntras mas interesantes nos parecen los personajes, miéntras mas hondamente mueven nuestro corazon, miéntras mas viva es nuestra curiosidad; mas horror nos inspira el desenlace. El placer que el arte causa es grande; pero ese placer no podrá jamas equipararse con la dolorosa i terrible impresion que causa, aunque sea sobre la escena, la muerte trájica de una niña como Julieta, de un jóven como Romeo.

El hombre, pues, se sobrepuso al crítico, el horror a la curiosidad, la perspectiva de una escena desgarradora a la esperanza de gozar el placer artístico de su fiel representacion, i tomamos la fuga. Sinembargo, vimos lo bastante para afirmar que Romeo i Julieta estuvieron en Variedades mucho mas afortunados que Otelo i Desdémona. Esta superioridad se hizo notar en todo; desde el director de escena hasta el consueta, i desde las decoraciones hasta el público, que supo aplaudir i callar con mucha mas inteligencia. Salvo algunos aplausos que interrumpieron la insoportable charla de la nodriza en la escena tercera del primer acto, los demas nos parecieron merecidos.

La señorita Palladini interpretó mui bien su difícil papel, i el mas espresivo elojio que podemos tributarle es manifestar con franqueza que en los tres primeros actos no notamos ninguna grave impropiedad ni en su mímica, ni en su declamacion. Es mui posible que ciertos movimientos hubieran podido ser ejecutados de otro modo, que ciertas actitudes hubieran podido variarse, que ciertas palabras hubieran podido ser pronunciadas en otro tono; pero la verdad es que no notamos ni en sus movimientos ni en sus actitudes, ni en el metal de su voz, nada que fuese una disonancia, nada que adulterase el pensamiento del autor; i esto es todo lo que puede exijirse a un artista. Lo demas es desconocer los procedimientos de la naturaleza, es pretender fijarle reglas incompatibles con la infinita variedad de sus manifestaciones.

Por ejemplo ¿cómo debe matarse Julieta? Poco a poco? de súbito? resignada? desesperada? obedeciendo a los nervios? obedeciendo al deseo de seguir a su esposo?—¡Inútiles i pueriles cuestiones!—Lo que importa es que se mate naturalmente, que no haya en su modo de matarse nada que nos haga sospechar que no se mata de veras.

¿Por ventura todos los que se suicidan se suicidan obedeciendo a reglas determinadas? ¿I no es cierto, al contrario, que cada hombre, llegado el caso, se mataria a su modo, como cada hombre se sienta a la mesa o se echa a la cama a su manera, aunque siempre naturalmente?

No damos por lotanto ninguna importancia a las observaciones que en este sentido se han hecho a la señorita Palladini; pues ellas prueban a lo mas que ciertas escenas habrian podido representarse naturalmente de otro modo; no que la representacion de

aquella actriz haya sido impropia e inverosímil:

El señor Rossi, para valernos de una frase horriblemente vulgar, estuvo a la altura de su reputacion. El Romeo que nos dió, un poco mas entrado en años que el Romeo de Shakspeare, no desdijo en nada de la fisonomía moral del personaje forjado por la imajinacion del poeta. Su misma dulce melancolía, su misma inquebrantable fidelidad, su misma pasion a la vez que impetuosa contenida por el respeto: nada faltó para que la ilusion fuese completa en los asistentes al teatro. Estos lo manifestaron así aplaudiendo estrepitosamente al actor i nosotros, que tambien aplaudimos, cumplimos con un grato deber pagándole una segunda vez por escrito ese merecido tributo.

Santiago, marzo 26 de 1872.

HOMO.

SANTO PRINCIPIO.

—«Hai férreas cadenas duras
Que romper con mano fuerte
Para dar al Nuevo Mundo
La libertad que no tiene;

Hai que retemplar el alma
En sacrificios solemnes
Para obtener la victoria
Despues de luchas crueles:

Pero, hai lágrimas tambien
Que consolar i que vierten
Ojos que a nadie dan lástima,
Séres que a nadie conduelen!

Hundido en el sucio polvo
Allá en miserable albergue
Jime el desdichado esclavo,
Hijo del Africa ardiente.

Su negra tez, su miseria,
Su desventurada suerte,
La crueldad con que lo tratan
Fieros amos inclementes,

Lo hacen rendirse abatido,
Doblar al suelo la frente,
Como una fiera salvaje,
Herida, trémula i débil!

¡Santo Dios! I esa desdicha,
I esos harapos que envuelven
A un hombre que el alma a imájen
De Dios, cual nosotros, tiene;

I esas cadenas tremendas
Que al infeliz envilecen
Hasta hacerlo poco ménos
Que una bestia asaz rebelde;

I ese látigo que infama,
I esa aniquidad aleve
Que el alma cubre de mengua
I el cuerpo cubre de peste;

I ese tráfico maldito
Que al hombre asesina i vende,
Que con su sangre comercia,
I con su carne enriquece:

¿No claman venganza al cielo?
¿Al pecho honrado no hieren
Con el puñal del dolor
Que hasta las piedras conmueve?

¿No gritan al hombre libre:
«Vengadme i satisfacedme,
Lavad la terrible afrenta
Que a la humanidad se infiere?»

¡Oh! sí!....Tamaña injusticia
Castigo eterno merece;
Exije crimen tan negro
Reparaciones solemnes!

Truene el cañon! Cuando rompa
La América independiente
Los primeros eslabones
De su servidumbre, debe

Dar al mundo el bello ejemplo
De romper con mano fuerte
Las cadenas del esclavo,
Las cadenas que envilecen....

Esa es la fraternidad
Que con su sangre inocente
Proclamó el Cristo en el Gólgota....
Lei de Dios que nunca muere!...

Truene el cañon! La bandera
De la Patria no consiente
Ni para los pobres amos,
Ni para los pueblos reyes!»

Dijo el Jenio americano;
I entre sus primeras leyes
La libertad del esclavo
Se proclamó para siempre....

Brillante exordio sublime
En la vida independiente
De un pueblo jóven i honrado
Que aspira a nobles laureles!

C. WALKER MARTINEZ.

REVISTA BIBLIOGRAFICA.

MARZO.

I.

En el mes de marzo la Biblioteca Nacional ha recibido las siguientes publicaciones, hechas por las prensas nacionales:

«Análisis castellano» por Sandalio Letelier.—1 vol. en 4.° de 77 pájs.—Imprenta *Militar*.—Santiago.

«Tesoro de la infancia» por Rita Letelier R.—1 vol. en 4.° de 43 pájs. —Imprenta *Militar*.—Santiago.

«Informe jeneral sobre el proyecto de obras fiscales anexas a la Aduana de Valparaiso.»—1 vol. en 4.° de 66 pájinas i cinco láminas.—Imprenta *Nacional*.—Santiago.

«Esplotacion de la turba.»—1 vol. en 4.° de 23 pájs.—Imprenta de *La Patria*. —Valparaiso.

«Reglamento de telégrafos.»—1 vol. en 4.° de 13 pájs.—Imprenta de *La República*.—Santiago.

«Prospecto del colejio de Carolina Tobar de S.»—1 vol. en 8.° de 6 pájs.— Imprenta de *El Ferrocarril*.—Santiago.

«Orazione funebre del M. R. P. Ignacio da Poggiobonsi, Vice-Prefetto Apostólico Capuccino, predicata in spagnolo dal R. P. Mariano Capdevila de la Compañía de Jesú, nei solemni funerali che celebraronsi nella Chiesa dei RR. PP. Cappuccini della cittá di Concezione dei Chili.»—1 vol. en 4.° de 23 pájs.—Imprenta de *La Libertad Católica*.—Concepcion.

«Crónica de la Serena desde su fundacion hasta nuestros dias—1549-1870» por Manuel Concha.—Entrega 20.—1 vol. en 4.° de la páj. 473 a la 496.— Imprenta de *La Reforma*.—Serena.

«Las miserias de Lóndres» por Ponson du Terrail.—Entrega 23 i 24—1 vol. en 4.° de la páj. 517 a la 612.—Imprenta de *La Patria*.—Valparaiso.

«Memoria que el Gobernador del departamento de Rancagua presenta a la Ilustre Municipalidad, en marzo 2 de 1872.»—1 vol, en 4.° de 8 pájs.—Imprenta de *La República*.—Santiago.

«Préstamos mútuos sin interes i consignaciones gratuitas de la seccion de emision del Banco Mobiliario.—Artículos adicionales a los Estatutos» por Francisco de Paula Vicuña.—1 vol. en 4.° de 89 pájs.—Imprenta de *El Ferrocarril*.—Santiago.

«Compendio de Jeografía moderna» por J. J. Ardaillon.—1 vol. en 8.° de 152 pájs.—Imprenta de *El Independiente*.—Santiago.

«Las camisas de Lucifer.» Novela orijinal por el autor de *Los Talaveras*. —Entrega 1.ª—1 vol. en 4.° de 32 pájs. —Imprenta *Militar*.—Santiago.

«Estatutos de la Compañía chilena de balleneros.—1 vol, en 4.° de 12 pájs. —Imprenta de *La Patria*.—Valparaiso.

«Estatutos de la Union esplotadora de Caracoles.»—1 vol. en 4.° de 12 pájs.—Imprenta de *La Patria*.—Valparaiso.

«Memoria que el Directorio de la Compañía salitrera de Pisagua presenta

a la Junta jeneral de accionistas en 19 de marzo de 1872.»—1 vol. en 4.° de 4 pájs.—Imprenta de *La Patria.*—Valparaiso.

«Aritmética Nacional» por Guillermo J. Cox.—Número 1.—1 vol. en 8.° de 96 pájs.—Imprenta *Albion.* — Valparaiso.

«Apuntes presentados al Consejo de la Compañía esplotadora de Caracoles por el Jerente, el 30 de julio de 1871.» —1 vol. en 4.° de 16 pájs.—Imprenta de *El Ferrocarril,*—Santiago.

«Estatutos de la Compañía Chilena de Caracoles.» —Escritura social—1 vol. en 8.° de 18 pájs.—Imprenta de *El Ferrocarril.*—Santiago.

«Estatutos de la Compañía Franco-sud-americana de vapores entre el Havre i la costa del Pacífico.»—1 vol. en 4.° de 24 pájs,—Imprenta de *El Mercurio.*—Valparaiso.

«Elementos de Historia Natural» por Rodulfo A. Philippi.—1 vol. en 4.° de 226 pájs.—Imprenta *Nacional.*—Santiago.

«Liquidacion de la Caja de Ahorros especialmente para empleados públicos.» —1 vol. en 4.° mayor, de 24 pájs.—Imprenta *Nacional.*—Santiago.

II.

En Valparaiso ha comenzado a ver la luz pública *El Aviso,* diario destinado esclusivamente a la publicacion de anuncios.

A JULIA.

Juntos tú i yo vinimos a la vida,
Llena tú de hermosura i yo de amor;
A tí vencido yo, tú a mi vencida,
Nos hallamos por fin juntos los dos!

I como ruedan mansas, adormidas,
Juntas las ondas en tranquilo mar
Nuestras dos existencias siempre unidas
Por el sendero de la vida van.

Tú asida de mi brazo, indiferente
Sigue tu planta mi resuelto pié:
I de la senda en la áspera pendiente
A mi lado jamas temes caer.

I tu mano en mi mano, paso a paso,
Marchamos con descuido al porvenir,
Sin temor de mirar el triste ocaso
Donde tendrá nuestra ventura fin.

Con tu hechicero sonreir sonrio,
Reclinado en tu seno anjelical,
De ese inocente corazon que es mio,
Escuchando el tranquilo palpitar.

Son nuestras almas como el vago ruido
De dos flautas lejanas, cuyo són
En dulcísimo acento llega unido
De la noche callada entre el rumor;

Cual dos suspiros que al nacer se unieron
En un beso castísimo de amor;
Como el suave perfume que esparcieron
Flores distantes i la brisa unió.

Cuánta ternura en tu semblante miro!
Que te miren mis ojos siempre así!
Nunca tu labio exhale ni un suspiro
I eso me basta para ser feliz!

Que en el sepulcro nuestros cuerpos mo-[ren
Bajo una misma lápida los dos!
Mas mi muerte jamas tus ojos lloren,
Ni en la muerte tus ojos cierre yo!

GREGORIO GUTIERREZ GONZALEZ.

VARIEDADES.

DIÁLOGO.

—Señorita es Ud. encantadora.
—Siento no poder decir otro tanto de Ud.

—Gracias.... Pero podia Ud. mentir como yo....

∴

UNA INDIRECTA.

Un individuo habia convidado a varios amigos para el dia de su cumpleaños.

Estaban concluyendo de comer i pusieron en la mesa el clejendario *pavo osado*, inevitable en las comidas chilenas de *mantel largo*. El afitrion, que era un estupendo charlador, se puso a cortarlo con un cuchillo chico i al mismo tiempo contaba en alta voz una insulsa e interminable anécdota. Ya la operacion de trinchar i la narracion del cuento duraban desde mucho tiempo sin concluirse, cuando uno de los invitados le dijo al del convite interrumpiéndole:

—Oye, chico ¿i no podrias cambiar de historia i de cuchillo?

—¡Cómo!....

—Digo, tomar un cuchillo mas grande i una historia mas chica....

∴

BUEN APETITO.

A un reo puesto en capilla
Preguntaba un mandadero:
—¿Qué desea Ud. tomar?
—¿Quién, yo?.... Las de Villadiego.

∴

AMOR DEL SIGLO.

A la una te miré,
A las dos te pude hablar,
A las tres te empecé a amar
I a las cuatro te adoré.
A las cinco me ausenté.
I a las seis ya no te vi;
Cuando a las siete volví
Hallé tu cariño escaso;
No hiciste a las ocho caso,
I a las nueve hui de ti.
Dieron las diez... ¡ai de mí!
Un amor que era de bronce
Se desvaneció a las once
I a las doce... me dormí.

EL CRUCIFIJO.

(TRADUCCION DE LAMARTINE.)

Te recojí de su espirante boca
Cuando exhalaba el postrimer adios,
Dón santo de una mano moribunda,
Imájen sacrosanta de mi Dios!

Ai! cuánta ardiente lágrima ha rodado,
Preciosísima imájen, por tus piés,
Desde que tibia aun con sus suspiros,
Con mis trémulas manos te estreché!

Las sagradas antorchas se estinguian;
Oyéndose tan solo resonar
El tristísimo canto de la muerte,
Semejante al arrullo maternal.

Pintábase en su frente la esperanza;
I retrataban en su augusta faz
El dolor fujitivo sus encantos,
La muerte su terrible majestad.

El viento acariciaba sus cabellos,
Velando i descubriendo su alba tez;
Como en el blanco mármol de una tumba
Flota la negra sombra de un cipres.

Pendiente estaba un brazo de su lecho,
El otro sobre el yerto corazon;
Cual si intentara aun contra su pecho
La imájen estrechar del Salvador.

Con el ósculo santo su alma pura
Blandamente acababa de volar;
Como vuela el perfume de las rosas
En alas de la brisa matinal.

Todo en su yerta boca ora dormia:
El puro aliento, la hechicera voz;
Medio cerrado el párpado cubria
Sus ojos, sin mirada, ni espresion.

Sobrecojido de terror secreto
No osaba al lecho fúnebre llegar;
Como si aquellos restos consagrara
De la muerte la muda majestad.

No osaba...! pero el santo sacerdote
Mi tímido silencio comprendió;
I el Crucifijo con su yerta mano
Levantó reverente i esclamó:

—Ved aquí de su amor el don precioso!
La suprema esperanza ved aquí!—
Sí, yo te guardaré, fúnebre herencia,
De precio incomparable para mí!

Siete veces de entónces los cipreses,
Que en su tumba sin nombre yo planté,
Han mudado su lúgubre follaje;
I tú no me has dejado ni una vez!

Colocado en mi pecho, tú no dejas
En el olvido el corazon dormir;
I mi llanto, corriendo gota a gota,
Sus huellas ha estampado en el marfil.

Ultimo confidente de las almas
Que vuelan de este mundo, háblame, i dí
Lo que su acento débil te decia
Cuando ya no llegaba sino a tí;

Cuando lánguida el alma se repliega,
Como las flores que marchita el sol,
I bajo un denso velo a nuestros ojos
Se oculta, sorda al postrimer adios.

Incierta entre la muerte i la existencia,
Cual rosa que se empieza a deshojar,
Nuestra alma consternada a cada instante
Tiembla sobre la negra eternidad.

Cuando el fúnebre canto, los sollozos
No pueden ya nuestra alma despertar,
Puesto sobre los labios del que muere
De despedida el ósculo le das.

Para alumbrar la noche de la tumba,
Para que alce sus ojos hácia Dios,
¿Qué dices al espíritu abatido?
Respóndeme, oh, Jesus consolador!

Oh! tú sabes morir! Tu amargo llanto,
Cuando orabas ferviente en el jardin,
Corrió toda la noche fecundando
Del olivo sagrado la raiz.

De lo alto de la cruz, do tu mirada
Quiso este gran misterio penetrar,
Viste enlutado el universo entero,
Viste a tu madre trémula llorar.

Lo mismo que nosotros, Jesus mio!
Al espirar en la sangrienta cruz,
Dejaste tus amigos en la tierra,
I tu cuerpo dejaste al ataúd.

En nombre de esa muerte, haz que en [tu seno
Mi último aliento logre yo rendir;
I en mi hora no te olvides de la tuya,
Tú que supiste por mi amor morir!

Yo buscaré el lugar donde su boca
Lanzó el postrero, irrevocable adios;
I vendrá su alma a conducir la mia
Al amoroso seno de mi Dios.

En mi fúnebre lecho pueda entónces,
Triste, pero tranquila, una mujer,
Como un ánjel lloroso, de mis labios
Esta preciosa herencia recojer....

Sosten i alivia sus postreros pasos,
I, prenda de esperanzas i de amor,
Pasa del que se aleja a los que quedan
En este amargo valle de dolor;

Hasta que siete veces la trompeta
Suene i parezca el triunfador Jesus,
I despierten, i se alcen los que duermen
Bajo la sombra de la eterna cruz!

RICARDO CARRASQUILLA.

SOLUCION DE LA CHARADA DEL NÚMERO ANTERIOR.

Leyendo el abecedario
Encontré, Siro querido,
Que entre veinte consonantes
La *k* tiene un lugarcillo.
Contento con un hallazgo
Tan casual i repentino,
Dije para mi coleto:
—E ta es hebra del ovillo;
I echeme entónce a buscar,
Con un terrible apetito,
Todos los manjares patrios,
Todos los chilenos guizos.
Despues de larga revista,
Sin hallar lo apetecido,
Resonar oigo en la calle
De *amote* al motero el grito.
Ya con esto comprendí,
Sin tenerme por ladino,
Que es producto de la *Moca*
El café fragante i rico.

El *todo* de la charada
Creyendo estoi, caro Siro,
Que es un *camote* de amores
I no un *camote* cocido.

Bmi.

Contenido de este número.

I.—El *Otello* de Shakspeare i los celosos de Calderon, continuacion, por Enrique del Solar, páj. 401.
II.—A la resurreccion del Señor, poesía, por Cayetano Rosell, páj. 405.
III.—Shakspeare: *Julieta i Romeo*; su representacion, por Homo, páj. 406.
IV.—Santo principio, poesía, por C. Walker Martinez, páj. 412.
V.—Revista bibliográfica, páj. 413.
VI.—A Julia, poesía, por Gregorio Gutierrez Gonzalez, páj. 414.
VII.—Variedades, páj. 414.
VIII.—El Crucifijo, poesía, por Ricardo Carrasquilla, páj. 415.
IX.—Solucion de la charada del número anterior, páj. 416.

IMPRENTA DE «EL INDEPENDIENTE.»
Calle de la Compañía núm. 102

LA ESTRELLA DE CHILE.

AÑO V. Santiago, abril 7 de 1872. Núm. 236.

A LOS SEÑORES

SUSCRITORES I AJENTES

DE «LA ESTRELLA DE CHILE»

suplicamos que se sirvan entenderse desde hoi con don Rafael B. Gumucio, en todo lo concerniente al periódico.

BIBLIOGRAFÍA.

TRATADO TEOLÓJICO LEGAL DE LA JUSTICIA POR EL P. ZOILO VILLALON, DE LA COMPAÑÍA DE JESUS (a).

Reddite quæ sunt Cæsaris
Cæsari et quæ sunt Dei Deo.

Entre todos los trabajos literarios i científicos a que nuestro Código Civil ha prestado ya materia (b), ninguno reune, a nuestro juicio, en mas alto grado que el que encabeza este artículo, al acierto del desempeño la alta importancia del objeto.

Altísimo objeto, sin duda, es el esponernos a la luz de la ciencia teolójica las leyes que nos rijen, para enseñarnos acerca de ellas los derechos de la Iglesia i las reglas de la moral evanjélica.

Hubo un tiempo en que los lejisladores definian la jurisprudencia «el conocimiento de las cosas divinas i humanas, la ciencia de lo justo i de lo injusto»: en los orijenes de las sociedades modernas, la Iglesia, como depositaria de la doctrina revelada, tomaba una parte principal en la formacion de las leyes i hasta en la administracion de justicia: i, no ha mucho, se repetia como inconcuso que, sin ser un hábil canonista, nadie podia ser un distinguido jurisconsulto.

¡Cuánto han cambiado los tiempos!

Secularizada la lejislacion civil, hoi se hace alarde de despreciar *por vieja* la ciencia de nuestros abuelos; i se mira con desconfianza i como que se quisiera relegar al olvido todo lo que respira el espíritu, todo lo que lleva el sello de esa civilizacion que, despues de haber salvado de la barbarie a la edad media, ha hecho reinar la justicia en los pueblos cristianos.

Para comprender, empero, lo insensato de semejante divorcio, basta la mas somera observacion acerca de nuestros deberes i del alcance de los poderes civiles.

Pesa sobre nosotros el deber de ser justos, esto es, el de dar a cada uno lo que es

(a) 1 vol. en 4.° mayor de 736 pájs. Santiago, Imprenta de *El Correo*, 1871.

(b) Prescindiendo, por lo numerosas, de las disertaciones i memorias de prueba presentadas a la Facultad de Leyes, entre las cuales no seria difícil señalar algunas de un mérito indisputable, hé aquí una breve reseña de los demas trabajos que conocemos sobre el Código Civil Chileno:

Indice alfabético de las materias contenidas en el Código Civil Chileno por el licenciado don Valentin Gormaz, impreso en 1857.

Indice del Código Civil puesto en órden alfabético por el licenciado don Manuel Gormaz, 1857.

Práctica de testamentos conforme al Código Civil Chileno por el escribano don Nicanor Molinare, 1857.

El Suplemento del Diccionario Teolójico, canónico, jurídico, litúrjico, bíblico por el Iltmo. i Rdmo. señor don Justo Donoso, Obispo de la Serena, 1857.

Razon i fuente de la lei o concordancia del Código Civil con el proyecto de que se formó por Vitalicio A. Lopez, abogado, 1858.

Diccionario de Derecho Civil Chileno por Florentino Gonzalez, abogado de los Tribunales de la República, 1862.

Instituciones de Derecho Civil Chileno por José Clemente Fábres, 1683.

Instituta del Derecho Civil Chileno por J. V. Lastarria, 1863. Fué reimpresa en 1864.

Concordancia de la Teolojía moral con el Código Civil Chileno en los tratados de Justicia, Derecho i Contratos por el Pbo. don Lorenzo Robles, 1864.

Indice alfabético de las cuestiones resueltas por nuestros tribunales, en las cuales se ha aplicado el Código Civil, por Severo Vidal, abogado, 1865. Se han publicado despues otros dos tomos.

Esposicion razonada i estudio comparado del Código Civil Chileno, por Jacinto Chacon, 1868.

Concordancias de los artículos del Código Civil Chileno entre sí i con los artículos del Código Frances, por Miguel Elizalde, 1871.

suyo; pero para llenarlo cumplidamente no pueden bastarnos las leyes civiles, porque ellas no constituyen reglas de moral sino en tanto que no sean contrarias a las leyes divinas o eclesiásticas. De derecho civil es la máxima que *no todo lo que es lícito es honesto;* i en el mismo precepto en que el Lejislador del mundo nos mandó dar a las potestades de la tierra lo que les es debido nos ordenó tambien dar a Dios lo que es de Dios.

La Iglesia nos enseña la obediencia a las autoridades lejítimas; pero en negocios de su competencia i con tal que obren dentro de los límites de su institucion i no ataquen los preceptos de la lei de justicia natural.

Menester es, entónces, conocer, a mas de los mandatos del lejislador civil, los límites inconmovibles de su autoridad, la eficacia que pueden alcanzar en esa rejion adonde él no puede estender su poder para hacer cesar las roedoras dudas que tan amenudo suelen asaltarla.

De aquí la alta importancia de la materia tratada por el P. Villalon; de aquí el interes con que la Facultad de Teolojía se ocupaba en ella, señalándola desde 1861 como tema para el certámen anual prescrito por los estatutos universitarios.

El libro de que hablamos fué presentado en esos certámenes, i parece escusado decir que alcanzó el premio ofrecido.

Sin embargo, mas que una memoria académica, él es un tratado completo sobre la justicia i el derecho en cuanto se relaciona con los bienes que son objeto del dominio i sobre las obligaciones que a él se refieren, no solo en lo que es propiamente materia del Código Civil, sino aun, con el Apéndice que hoi tiene, en lo que pertenece al Código de Comercio.

Destinado para testo de enseñanza de esta parte de la teolojía moral, en vez de esponer, a la manera de un comentario, al pié de cada artículo del Código Civil, la doctrina teolójica, ha seguido un plan mas didáctico, i si podemos decirlo, mas filosófico que el adoptado por los códigos modernos, que en esta parte han tomado por modelo las instituciones del emperador Justiniano.

Despues de esponer en un capítulo preliminar las nociones jenerales de la justicia i del derecho, dedica el primer libro a tratar *Del Dominio* i enseña la naturaleza i objeto de este derecho, cuáles son los sujetos capaces de él, cuáles los modos de adquirirlo, cuáles las limitaciones de que es susceptible, cuáles las acciones que de él i de la posesion nacen. En el libro segundo intitulado *De los contratos* se espone detenidamente todo lo concerniente a las obligaciones en jeneral i las reglas especiales de cada contrato en particular.

Respecto de cada materia se desenvuelve i esplica con admirable precision i exactitud la doctrina de la lei civil, i se proponen i resuelven en seguida las cuestiones que acerca de la misma pueden suscitarse en el fuero de la conciencia. Consultando escrupulosamente la doctrina legal, hemos notado en muchos pasajes relativos a la parte doctrinal o científica, una redaccion o esposicion superior a la del Código Civil, si bien en lo que es propiamente un mandato una declaracion de la lei se ha antepuesto a todo otro interes la estricta fidelidad en la version.

Aunque en el plan de la obra entra todo lo concerniente a la justicia conmutativa, se nota que falta en ella un tratado sobre la *Restitucion;* pero suponemos que lo habrá omitido el autor porque su propósito era principalmente esponer la doctrina del Código Civil concordada con la teolojía moral, i en las materias que la teolojía trata bajo la enunciativa *Restitucion* no se ocupa el Código Civil.

Nos hemos limitado a indicar nuestro juicio acerca del plan i de la parte legal del libro del P. Villalon.

En cuanto a la parte teolójica, al nombre de su ilustrado autor, que es ya una valiosa recomendacion, van agregados la aprobacion que el libro ha obtenido de la autoridad eclesiástica i el premio que, oido el dictámen del señor prebendado don Joaquin Larrain Gandarillas, obtuvo de la Facultad de Teolojía en el certámen de 1868.

«Este escrito, dijo el señor Larrain Gandarillas, revela un trabajo concienzudo i paciente, un estudio detenido de nuestra lejislacion i un conocimiento profundo de la teolojía moral. La doctrina es abundante i sana, el criterio seguro, la esposicion metódica i clara i el estilo correcto.»

Despues de tan honrosos testimonios de aprobacion, nada mas podriamos decir nosotros.

José Bernardo Lira.

¿SERÁ VERDAD?

A RAIMUNDO LARRAIN C.

—¿Dónde vas, mi pobre niño?
—Voi al mundo, buen anciano.
—Dios te lleve de su mano;
¿Vas buscando....?
—El porvenir.
—¿Quién te guia?
—El corazon.
—¿I tu madre?
—En la montaña
Donde con flores se engaña
De su pequeño jardin.
—¿Qué deseas?
—Ese mundo
Contemplar, do bellas rosas
Me finjo suaves, vistosas
Esparcidas por do quier.
—¡No son como en la montaña!
¡Son de espinas estas flores!
—Sentir quiero los amores
De ese mundo de placer.
—¡Al fin jóven!
—Que conozca
El mundo mi nombre quiero,
I, amándole yo sincero,
Que el mundo me quiera a mi.
—¿I si el mundo te desprecia?
—Daré al infeliz la mano
I le llamaré mi hermano,
Mi pan con él partiré.
—¿I si el hombre te es ingrato?
—¡Tengo una patria tan bella!
Mas hoi por funesta estrella
Desconsolada se vé.
Allí, en despiadada guerra,
Contra el padre lucha el hijo.
¡Ah! yo no sé quien maldijo
Su infortunado existir.
De mis hermanos ansioso
Desarmaré el rudo brazo
I en un fraternal abrazo
Los haré a todos reunir:
I si acaso no bastare
Darle mi sangre, mi vida
Logrará a mi patria herida
De su infortunio salvar!
—¡Pobre jóven! ¿si tu patria
Llegara a olvidar tu nombre?
—¡Qué! ¿no habrá siquiera un hombre
Que me recuerde?
—¡Quizas!
—Buscaré entónce un amigo,
Que leal su mano me tienda,
Que jeneroso comprenda
Mi entusiasta corazon.
Le contaré yo mis penas
I él me dirá sus dolores,
Libres de odios i rencores....
—¿Sereis felices los dos?
—Seremos los dos felices.
—¡Sueños gratos de esos años
Aun libres de desengaños!
Tambien soñé como tú.
—¿I fuiste infeliz, anciano?
¿Está el mundo al amor muerto?
¿Está por ventura yerto
El campo de la virtud?
—Oh! sí, hai flores, muchas flores;
Mas son flores sin fragancia,
Que el viento de la inconstancia
Va deshojando do quier.
—¿Es posible?
—¡Ai! es tan cierto!
—¡Oh! si el hombre es tan villano,
Si me es ingrato el hermano,
Si el amigo no me es fiel,
I si el mundo me desprecia
I si la patria me olvida....
No desmayaré; en la vida
Aun me queda otra ilusion.
Buscaré, léjos del mundo,
Una virjen bella i pura
I cifraré mi ventura
En amarla con pasion.
¡Cuán bello será en el campo,
Arrullando mil rumores
Nuestros felices amores,
Adormido reclinar,
Libre de penas el alma,
Sobre su pecho mi frente,
Escuchando suavemente
Su corazon palpitar.
I, cuando amante acariciè
Su mano suave mis sienes,
No ambicionar otros bienes
Que una apacible quietud;
I ver, cuando se confundan
Con las mias sus miradas,
En sus ojos retratadas
La ternura i la virtud.
—¿I hallarás léjos del mundo
Esa virjen bella i pura?
¡La virtud i la ternura
Tan escondidas están!
—¡Oh! ya anciano no te creo!
—¡Lo pensé!
—¿Con fria calma

Por qué me llenas el alma
De dudas i de ansiedad?
—Por salvarte
—¿Por salvarme?
—¡Amo tanto la inocencia!
—¿I quién eres?
—La esperiencia.
Con loco afan me lancé,
Como tú, en mis tiernos años
Del mundo a cojer las flores,
Penas, lágrimas, dolores
I nada mas encontré!
—¡Pues fuiste mui desgraciado!
—¡Oh! sí, mucho!
—Adios, anciano.
—El te lleve de su mano
I ahuyente de tí el pesar.
I los dos se despidieron;
El anciano suspirando,
I triste el jóven pensando:
¡Si acaso fuera verdad...?

Luis R. Piñeiro.

TEATRO.

EL OTELO DE SHAKSPEARE I LOS CELOSOS DE CALDERON.

(Continuacion.)

III.

EL MÉDICO DE SU HONRA.

Pasaba por frente a una hermosa quinta, sita en los alrededores de Sevilla, el rei don Pedro que a esta ciudad se dirijia, acompañado de numerosos caballeros i jentes de armas.

Entre los que rodeaban a este monarca, que los historiadores llaman *el cruel* i las tradiciones populares *el justiciero*, iba su hermano don Enrique, quien, por haber caido del caballo que montaba, fué trasladado en hombros de sus servidores a la quinta frente a la cual tuvo lugar el accidente, miéntras el rei con su comitiva continuaba su marcha hácia su ciudad favorita.

Los dueños de la quinta agasajaron al real huésped, prodigándole los cuidados que su situacion requeria, pero la estadía del príncipe fué mas breve que debiera, i abandonó aquellos lugares llevando el alma herida por un cruel desengaño.

Los dueños de aquella quinta eran el noble caballero don Gutierre de Solis i su esposa doña Mencia, dama a quien amaba el príncipe don Enrique, i a quien creia, hasta poco ántes de ese momento, libre, pues ignoraba que se habia casado en su ausencia.

Desesperado don Enrique, creyó de su deber partir en el momento en que recibió su desengaño, i en efecto abandonó aquella casa, dejando a Mencia no ménos triste i perpleja que él.

En situacion tan sencilla como patética coloca Calderon a los personajes de su terrible drama *El Médico de su honra*; i con una concision, mas que rara en el antiguo teatro español, doña Mencia cuenta su historia i el estado de su alma a una criada en quien tenia toda su confianza:

Da. Mencia.—Nací en Sevilla i en ella
Me vió Enrique; festejó
Mis desdenes, celebró
Mi nombre, felice estrella.
Fuése, i mi padre atropella
La libertad que hubo en mí;
La mano a Gutierre dí;
Volvió Enrique, i en rigor
Tuve amor i tengo honor,
¡Esto es cuanto sé de mí!

* * *

Don Gutierre de Solis llegaba a Sevilla a felicitar al rei por su regreso, en circunstancias que se quejaba de él al justiciero monarca doña Leonor, jóven noble aunque desvalida a quien habia seducido i burlado. Leonor no reclamaba ya la mano de Gutierre que éste habia entregado a otra mujer; la infeliz sabia demasiado que su ofensor no podia volverle la honra, asi que solo aguardaba de la justicia del rei se obligara a Gutierre a sostenerla en un convento bajo cuyos muros pensaba ocultar su vergüenza.

Malas circunstancias, como se vé habia elejido don Gutierre para visitar a un rei como don Pedro. Llegar i ser interrogado por el rei todo fué uno; don Gutierre confiesa sus compromisos con Leonor, pero espone que si no la cumplió la palabra dada,

no fué sin causa, pues él habia visto una noche descolgarse un hombre del aposento de Leonor.

Aloir esto, don Arias privado del infante, se presenta a defender la honra atacada de Leonor. El era el que aquella noche habia estado en su retrete a donde lo habia llevado el imprudente deseo de ver a otra dama de quien estaba enamorado i que se hallaba allí. Cuando Gutierre entró, don Arias se descolgó del aposento por salvar el honor de una mujer.—«Leonor es inocente, añade, i estoi pronto a sostenerlo con mi espada.»

Oyendo esas palabras, don Gutierre desenvaina la suya, desacato imperdonable delante del monarca, que hace que ámbos sean llevados a prision, protestando siempre don Arias su resolucion de volver por la honra de Leonor.

Un testigo de este accidente lo celebró sobremanera. Este fué don Enrique, a quien la prision de don Gutierre proporcionaba ocasion de tener aquella tarde una entrevista con Mencia.

* * *

El alcaide de los prisioneros era amigo, i aun deudo de don Gutierre de Solis, i, tomándole la palabra de volver ántes de la aurora, lo dejó libre para que visitara durante la noche a su esposa. Don Gutierre que «por ser marido no deja de ser amante», i que cree:

«Que por propia la hermosura
No desmerece jamas
Las finezas....,

aprovechando esta ocasion que la amistad le proporciona, vuelve a buscar a su amada Mencia, i penetra en la casa por las tapias del jardin.

Mencia, como Mariene, la púdica i encantadora mujer del Tetrarca de Jerusalen, se hallaba llorando la ausencia de su esposo, siendo como ésta, sorprendida en medio de su dolor por las solicitaciones de un amante.

Efectivamente, al entrar don Gutierre, Mencia se hallaba con el infante don Enrique. El marido comprende lo que pasa pero disimula como cuerdo i conversa con su esposa como si nada hubiera visto ni oido.

Pero las caricias i las frases galantes que escuchaba Mencia no eran bastante para tranquilizarla; miéntras estuviese oculto en su casa el amante de otros tiempos, existia el peligro, i era preciso a toda costa hacerlo salir de la quinta.

Para lograr esto, tomó una resolucion mas que atrevida. Se separa de Gutierre entra en su habitacion, i desde ella da voces diciendo que ha encontrado un hombre que allí la acecha. Acude el esposo, mata ella la luz, i miéntras Gutierre entra por una puerta, don Enrique a favor de la oscuridad escapa por la otra, guiado por una esclava de Mencia que habia recibido de su ama el encargo de hacerlo salir.

Tan bien urdida trama no produjo, sinembargo, su efecto. Don Gutierre aunque no halló al hombre que buscaba, encontró en el cuarto de su esposa una riquísima daga, que por cierto no era la suya. Sin decir nada a nadie de este hallazgo volvióse a su prision, resuelto a apurar sus recelos hasta descubrir la verdad.

* * *

En la siguinte mañana el infante don Enrique solicitaba la libertad de don Arias i don Guetierre. Don Pedro la concede, encargando a su hermano estreche la amistad de entrámbos presos a fin de que el duelo no tenga lugar.

No costó mucho a don Enrique esta reconciliacion; pero durante la entrevista, Gutierre, mirando las armas que el infante llevaba, conoció que él era el dueño de la daga encontrada en el cuarto de su esposa. —Ya no le cabia duda, don Enrique era el hombre que la noche ántes lo habia hecho pasar tantas zozobras.

Don Gutierre examina con una calma terrible todos los sucesos, deduciendo de ellos la inocencia de su esposa. Pero esto no basta para él; su honra está en peligro i debe curarla, si anoche Mencia no lo ofendió, su rival es poderoso i mañana puede verse ultrajado.

* * *

Con el tósigo dentro, vuelve don Gutierre a su casa, pero entra entre sombras, i con los pasos temerosos de un ladron nocturno. Llega al jardin de su esposa que estaba ya dormida. Al ruido de sus pasos despierta Mencia i en su turbacion, lo re-

prende por su osadia, tomándolo por el infante. Un diálogo ambiguo, pero majistralmente llevado, hace que la infeliz esposa aparezca culpable a los ojos de su marido, i lo que es peor aun, que aquella esconda a éste en otro aposento equivocándolo con su amante.

Trascurren breves instantes, i aparece la esclava trayendo luces, a cuya claridad aparece Gutierre como si en ese momento llegara.

***

Oigamos la conversacion de los dos esposos:

Gutierre. ¡Bella Mencia!
Mencia. ¡Oh mi esposo, mi bien, i gloria (mia!
Gut. ¡Qué finjidos estremos! *(aparte)*
Mas alma i corazon, disimulemos!
Men. Señor ¿por dónde entrasteis?
Gut. De esa huerta
Con la llave que tengo abrí la puerta.
Mi esposa, mi señora,
¿En que te entretenias?
Men. Vine ahora
A este jardin, i entre esas fuentes puras
Me dejó el aire a oscuras.
Gut. No me espanto, bien mio,
Que el aire, que mató la luz, tan frio
Corre, que es un aliento
Respirado del céfiro violento,
I que no sólo advierte
Muerte a las luces, a las vidas muerte,
I pudieras dormida,
A sus soplos perder tambien la vida.
Men. Entenderte pretendo,
I aunque mas lo procuro no te entiendo.
Gut. ¿No has visto ardiente llama
Perder la luz al aire que la hiere,
I que a ese tiempo de otra luz inflama
La paveza, una vive i otra muere
A solo un soplo? Asi desta manera
La lengua de los vientos lisonjera
Matarte la luz pudo,
I darme luz a mí.
Men. El sentido dudo.
Parece que celoso
Hablas en dos sentidos.
Gut. (aparte) Riguroso
Es el dolor de agravios:
Mas con celos ningunos fueron sabios.
Gut. ¿Celoso? ¿Sabes tú lo que son celos?
Que yo no sé que son ¡viven los cielos!
Porque si lo supiera....
I celos....
Men. ¡Ai de mí! *(aparte).*
Gut. ¡Llegar pudiera
A tener!....¿Que son celos?
Átomos, ilusiones i desvelos
No mas que de una esclava, una criada
Por sombra, inanimada,
Con hechos inhumanos
A pedazos sacara con mis manos
El corazon i luego
Envuelto en sangre el corazon comiera.
¿Pero cómo hablo yo de esta manera?
Men. Temor al alma ofreces.
Gut. ¡Jesus, Jesus mil veces!
.....Mencia
Perdona, por tus ojos,
Esta descompostura, estos enojos,
Que, tanto un finjimiento
Fuera de mí llevó mi pensamiento,
I véte, por tu vida, que prometo
Que te miro con miedo i con respeto
Corrido de este exceso.
¡Jesus! no estuve en mí, no tuve sesos!
Men. (aparte) Miedo, espanto, temor, ho- (rror tan fuerte
Parasismos han sido de mi muerte!
Gut. (aparte) Pues Médico me llamo de mi (honra,
Yo cubriré con tierra mi deshonra.

Desde este momento, Mencia debe temerlo todo. Cuanto se encierra en el corazon de don Gutierre ha salido al traves de sus metáforas i del finjido amor con que tranquiliza a su víctima.

Veremos presto la resolucion que tomó el marido para vengarse, o, como él dice, *para curar su honra.*

***

Al dia siguiente don Pedro daba audiencia i oia las querellas de sus súbditos, administrando a todos esa justicia severa que pesaba en igual balanza a los nobles mas encumbrados i a los mas humildes vasallos.

Don Gutierre de Solis aparece alli triste i vestido de luto. Viene a demandar al rei justicia de un agravio. Sus palabras son dignas i sentidas:

Gut. No te espantes que los ojos
Tambien se quejen, señor;
Que dicen que amor i honor
Pueden, sin que a nadie asombre,

Permitir que llore un hombre;
I yo tengo honor i amor.
Honor que siempre he guardado,
Como noble i bien nacido,
I amor que siempre he tenido
Como esposo enamorado:
Adquirido i heredado
Uno i otro en mi se vé
Hasta que tirana fué
La nube que empañar osa
Tanto esplendor en mi esposa
I en mi pecho tanta fé.

En seguida espone su queja contra el infante don Enrique, espresando de paso al rei, que su lealtad al trono le impide vengarse. El rei pide pruebas; pregunta al querellante que es lo que ha visto para acriminar asi a su hermano.—«Hombres como yo, responde, en estas cosas basta que imajinen, no es preciso que vean nada.»—«Bien replica el rei ¿pero qué hicisteis con vuestra mujer, ya que os llamais médico de vuestra honra?

Gut. No pedia mi mujer celos
I desde entónces la quise
Mas....
Porque malos tratamientos
Son para maridos viles,
Que pierden a sus agravios
El miedo, cuando los dicen.

Este diálogo es cortado por la presencia de don Enrique. El rei hace que Gutierre se esconda donde pueda oirlo todo i reprende a su hermano por sus devaneos con la mujer de un vasallo noble, fiel i valiente; le entrega la daga, pero al recibir el infante el arma acusadora, hiere por acaso la mano del rei.

Aquí Calderon, con el tino peculiar de los grandes jenios, añade un nuevo interes al drama, con esa herida casual, hecha a don Pedro por el mismo hermano, que mas tarde le quitó la vida en la célebre *noche* de Montiel tan famosa en los romanceros españoles. La sangre derramada en esos instantes es un vaticinio del espantoso fratricidio que manchará mas tarde al conde de Trastamara. Este rasgo dramático, es de efecto, i el espanto de don Pedro al ver correr su sangre impresiona fuertemente.

Miéntras el rei don Pedro se aleja, dominado por amargos presajios, sale de su escondite don Gutierre, i aterrado por la escena anterior recoje la daga, la daga que habia quedado en el suelo, guardándosela para sepultarla, si se le ofrece la ocasion en el pecho del infante, i en este momento toma la resolucion de sacrificar tambien a Mencia, por mas que a ello se resistan su amor i sus sentimientos jenerosos.

*
* *

Un criado de don Gutierre, que lo habia seguido al palacio vuelve a anunciar a Mencia de parte del infante, que habiendo perdido la gracia del rei i su amor, se ausentaba de la corte.

Sobrecojida con esta nueva, Mencia se retira para escribir al infante que no se aleje, pues teme que su ausencia, haga públicas las relaciones de los dos.

En esto estaba, cuando llega don Gutierre, a cuya vista la infeliz se desmaya. Al volver en si se encuentra sola, i sobre la mesa escritas de mano de su esposo estas terribles frases:

—«El amor te adora, el honor te aborrece; i asi el uno te mata i el otro te avisa. Dos horas tienes de vida; cristiana eres; salva el alma que la vida es imposible.»

Este terrible billete bastaba por si solo a dar la muerte a la esposa de don Gutierre.

*
* *

Queda la esposa desolada sumerjida en el estupor i aguardando su muerte por instantes, miéntras el honrado celoso don Gutierre habla en la estancia contigua con un sangrador a quien ha traido con las precauciones necesarias para que no conozca donde se halla, ni quien lo ha conducido.

Es preciso copiar aquí este diálago singular.

Gutierre. Asómate a ese aposento.
¿Qué ves en él?
Sangrador. Una imájen
De la muerte, un bulto veo
Que sobre una cama yace;
Dos velas tiene a los lados
I un crucifico delante.
Quien es no puedo decir
Que con unos tafetanes
El rostro tiene cubierto.
Gut. Pues a ese vivo cadáver
Que ves, haz de dar la muerte,

Sang. Pues ¿qué quieres?
Gut. Que la sangres,
I la dejes que rendida
A su violencia desmaye
La fuerza, i que en tanto horror
Tú atrevido la acompañes.
Hasta que, por breve herida,
Ella espire i se desangre.
No tienes que replicar,
Si buscas en mi piedades,
Si no obedeces, si quieres
Vivir.
Sang. Señor tan cobarde
Te escucho, que no podré
Obedecerte.
Gut. Quien hace,
Por consejos rigurosos,
Mayores temeridades
Darte la muerte sabrá.
Sang. Fuerza es que mi vida guarde.
Gut. Haces bien que ya en el mundo
Hai quien viva porque mate.
Desde aquí te estoi mirando;
Ludovico, entra adelante.

* * *

Muerta doña Mencia, Gutierre sacó al sangrador con los ojos vendados de su casa, dejándolo en una de las calles de Sevilla, donde lo encuentra el rei que a esas horas rondaba la ciudad, a quien él cuenta lo que le ha acontecido, sin nombrarle lá victima ni el matador, por ignorar quienes fueran.

Agradeciale el rei esta noticia dando un diamante al afijido sangrador, cuando aparece el criado de don Gutierre, quien, sospechando que algun gran mal iba a acontecer a su ama viene a rogar al rei acuda en su socorro.

Don Pedro, cuidadoso con lo que acaba de oir, se dirije a la casa de don Gutierre, a cuya puerta encuentra a Leonor que por acaso iba a la misa del alba.

Con ella hablaba, cuando se sienten dentro las voces de Gutierre que grita desaforado, apareciendo poco despues ante el rei a quien cuenta que estando enferma su esposa habia sido preciso sangrarla, de cuyas resultas habia muerto.

Todo lo comprendió el rei i calló mandando a don Gutierre, diera la mano a Leonor, cuyos favores habia gozado en otro tiempo.

Sigue a esta órden del rei un diálogo de naturaleza bien estraña. Don Gutierre de Solis pretende escusarse, pero el rei insiste con aquella voluntad imperiosa que era tan temida en Castilla. Pero es mejor que dejemos la palabra a los personajes del drama.

Gutierre. Señor escuchad aparte
Disculpas....
Rei. Son escusadas.
¿Cuáles son?
Gut. ¿Si llego a verme
En desdichas tan estrañas
Que de noche hallé embozado
A vuestro hermano en mi casa?
Rei. No dar crédito a sospechas.
Gut. ¿I si detras de mi cama
Hallase talvez, señor,
De don Enrique la daga?
Rei. Presumir que hai en el mundo
mil sobornadas criadas,
I apelar a la cordura.
Gut. ¿A veces, señor, no basta
Si veo rondar despues
De noche i dia mi casa?
Rei. Quejárseme a mi.
Gut. ¿I si cuando
Llego a quejarme, me aguarda
Mayor desdicha escuchando?
Rei. ¿Qué importa, si él desengaña
Que fué siempre su hermosura
Una constante muralla
De los vicios defendida?
Gut. ¿I si volviendo a mi casa
Hallo algun papel que pida
Que el infante no se vaya?
Rei. Para todo habrá remedio
Gut. Posible es que a esto le haya?
Rei. Si, Gutierre.
Gut. ¿Cuál, señor?
Rei. Uno vuestro.
Gut. ¿Qué es?....
Rei. Sangrarla.
Gut. ¿Qué decis?
Rei. Que hagais borrar
Las puertas de vuestra casa
Que hai mancha de sangre en ella.
Gut. Los que de un oficio tratan
Ponen, señor, a las puertas
Un escudo de sus armas.
Trato en honor i asi pongo
Mi mano en sangre bañada
A la puerta, que el honor
Con sangre, señor, se lava.
Rei. Dádsela, pues a Leonor;

Que yo sé que su alabanza
La merece.
Gut. Si la doi.
Mas mira que va bañada
En sangre, Leonor.
Leonor. No importa
Que no me admira ni espanta.
Gut. Mira que *médico* he sido
De mi honra; no está olvidada
La ciencia.
Leonor. Cura con ella
Mi vida en estando mala.
Gut. Pues con esa condicion
Te la doi.

∴

No podemos dejar de detenernos a considerar la anterior escena. Un rei tan justiciero como don Pedro perdona sin dificultad a Gutierre haber dado la muerte a su esposa inocente, i aun aprueba su conducta para lo venidero. Leonor que todo lo ha escuchado, que conoce ya perfectamente la terrible manera como Gutierre acostumbra *curar su honor*, lo admite sinembargo por esposo, aceptando para ella la suerte de la malhadada Mencia, caso que llegara a faltarle, aunque fuera por apariencia algun dia.

Esto es estraordinario; debian estar mui arraigadas estas costumbres en tiempo de Calderon, cuando este gran maestro regalaba al público mas ilustrado de su patria con semejantes cuadros.

Estos asesinatos, estas venganzas de la honra que caian muchas veces sobre la inocencia, aunque reprobados por el cristianismo debian ser aceptados por esa jeneracion de pundonorosos caballeros, que hacian en su alma un idolo del honor.

Así deberian pensar, así obrarian acaso los descendientes de aquellos nobles, que incendiaban su palacio i daban sus joyas i cuadros a las llamas, solo porque se habian visto obligados a alojar en ese palacio a un hombre que habia sido traidor.

No hariamos semejantes reflecciones si se desprendieran de solo este drama, pero son muchos los que en el teatro español encierran idénticas enseñanzas; i no podemos creer que el proscenio tuviera entónces un mundo e ideas i sentimientos convencionales.

∴

Obligados por la accion del drama a seguir los pasos de Gutierre de Solis, no hemos podido detenernos en el interesante carácter del rei don Pedro.

Este monarca ha sido el héroe de los dramáticos españoles i de los romanceros que han exaltado hasta las nubes esa personalidad escéntrica, mezcla confusa del bien i del mal, lleno de crueldad i de justicia, terrible siempre a la vez que simpático.

Escritores antiguos i modernos han hecho de don Pedro el héroe de dramas, novelas i romances; desde Tirso hasta Zorrilla; desde los antiguos romanceros hasta el duque de Rivas i Fernandez Gonzalez todos han buscado en ese raro tipo inspiraciones para deleitar al público. Todavia se conserva en Sevilla la memoria de este rei, tan fresca, como si ayer no mas hubiera vivido.

Si los historiadores presentan a este monarca como un fratricida i un monstruo de tirania, la imajinacion popular lo engrandece i ensalza.

En este drama don Pedro es un rei justiciero aunque algo arbitrario, supersticioso, amigo de cruzar su acero en las rondas nocturnas que hacia por la ciudad de Sevilla, i sin darse un momento de descanso por velar a sus súbditos. Tiene aquí todos los caractéres de la leyenda.

No podemos hacer mejor retrato de él, que el que hace Calderon, en una escena de este drama; i que por eso, ántes de concluir la copiamos, recomendando sobre todo al lector esa viva i animada descripcion de Sevilla durante la media noche, no inferior, apesar de lo breve a las que hace de Madrid el *Diablo cojuelo*.

Los interloculores son don Pedro i uno de sus privados.

Rei. Toda la noche rondé
De aquesta ciudad las calles;
Que quiero saber así
Sucesos i novedades
De Sevilla, que es lugar
Donde cada noche salen
Cuentos nuevos; i deseo
Desta manera informarme
De todo, para saber
Lo que convenga.
D. Diego. Bien haces.
¿Mas qué vió tu majestad?
Rei. Ví recatados galanes,
Damas desveladas ví,

Músicas fiestas i bailes
Muchos garitos, de quien
Eran siempre voces grandes
La tablilla que decia:
Aquí hai juego caminante.
Vi valientes infinitos
I no hai cosa, que me canse
Tanto como ver valientes,
I que por oficio pase
Ser uno valiente aquí.
Mas, porque no se me alaben,
Que no doi exámen yo
A oficio tan importante,
A una tropa de valientes
Probé solo en una calle.

D. Diego. Mal hizo tu majestad.

Rei. Antes hien, que con su sangre
Llevaron iluminado....

D. Diego. ¿Qué?

Rei. La carta del exámen.

ENRIQUE DEL SOLAR.

(Concluirá).

PLEGARIAS A MARIA.

Pura, encantadora Virjen,
De blanda i dulce mirada,
Que entre rosas i azucenas
Te muestras al niño grata;

Deja que admire un instante
Tus glorias ¡ai! i en mis ansias
Déjame, Virjen benigna,
Bañar tus piés con mis lágrimas.

Deja que vaya a postrarme,
Por vez primera a tus plantas,
Para ofrecerte rendido
Mi corazon i mi alma.

Oye piadosa los ruegos
Que alza hasta tí, Madre santa,
Esta alma tierna i sencilla
En su primera mañana.

No desoigas los suspiros
Que mi corazon exhala;
Ni me niegues, Virjen madre,
Tus bendiciones i gracias.

Sostenme siempre a tu lado
Exento de impuras manchas,
Para cantar dignamente
Tus virtudes i alabanzas.

Grano de arena, vil polvo,
Que el viento ajita i levanta,
¿Qué fuera yo, Virjen bella,
Si tú me desampararas?

No me abandones un punto,
Madre pura, inmaculada,
En el áspero sendero
Que conduce a el alma patria.

Tuya es mi vida, mi gloria
En tí tan solo descansa,
I en tí tambien, Madre mia,
Cifro mi dicha i mi fama.

Siempre tu nombre mis labios
Repetirán con confianza,
I a todas horas mi lengua
Te llamará pura i casta.

Cuando con labio inocente
Te confesaba en mi infancia,
Tú cariñosa me oias
I escuchabas mis palabras.

Hoi que humilde i reverente
Vengo a ofrecer a tus aras
El mas grande sacrificio
Que ofrecerte puede el alma,

Oye mi súplica ardidente,
Oye, Virjen, mis plegarias;
Que yo por siempre en mi vida
Te llamaré mi abogada.

ELÍAS A. CÁCERES.

ALFREDO.

Triste es vivir, si acerba desventura
Empaña los albores de la vida.
Solo un consuelo queda, i es la pura
Amistad, flor del cielo desprendida.

I.

¡SOLO!.... SOLO EN EL MUNDO.

Las campanas de la iglesia de la Merced doblaban con triste acento. Sus lúgubres

ecos, cual dolorosos ayes, llamaban a los fieles a la oracion. Una multitud silenciosa i recojida se agolpaba a las puertas. El órgano vibraba bajo las bóvedas que cubiertas de negros festones i de enlutados cortinajes, presentaban un doloroso i fúnebre aspecto. El incierto resplandor de los cirios que brillaban en el altar, esparcia una vaga i melancólica claridad. El incienso en espesas columnas se elevaba hasta las arcacadas derramando mistico perfume. Los sacerdotes entonaron sus sagrados cánticos. Esos cánticos eran mas plañideros que el llanto. Esas plegarias conmovian hasta las mas delicadas fibras del corazon.

Cerca de la verja que rodea el presbiterio, se alza un modesto catafalco; ahí descansa un ataud. ¡Cuántas flores cubren i llenan este lugar! Se conoce que el amor o la amistad, a porfía, han querido tributar un último homenaje de cariño i de afeccion a aquél por cuyo reposo eterno, tantas súplicas en este instante se elevan hácia el cielo. La pálida azucena, el amarillo junco, la triste siempreviva, el tétrico cipres i las mas tiernas rosas i delicadas malvas circundan el ataud.

Un niño permanece al pié del catafalco, en él apoya su rubia cabeza; sus manos cubren su rostro que bañan copiosas lágrimas. De su oprimido pecho se escapan ahogados sollozos i entrecortadas silabas:

—Mi madre!... mi madre!... muerta!... ¡oh Dios mio!... Dios mio!

El órgano sigue tocando; las campanas continúan con sus dobles; los sacerdotes entonan las últimas préces. La ceremonia llega a su fin.

La multitud se agrupa en torno del altar; todas las miradas están fijas en el niño.

—Pobrecito! dice una mujer ¡qué no daria por poder enjugar sus lágrimas!

—Hace seis años, continuaba otra, tuvo la desgracia de perder a su padre, hoi la muerte le ha arrebatado a su infeliz madre.

—¡Qué lástima, morir tan jóven! añadia una tercera.

—I no podia ser de otra suerte, contestaba una cuarta. Desde que la pobre señora perdió a su esposo, no hacia mas que languidecer. Ella no pudo resistir a ese golpe cruel.

Estas i otras frases arrancadas por la compasion que inspira siempre el infortunio, se cruzaban entre la multitud que poco a poco comenzó a alejarse i a salir.

El órgano dejó oir sus últimas armonías; las campanas cesaron sus lamentos; los sacerdotes abandonaron el altar. Los cirios mal apagados, despedian un postrer brillo que se perdia entre el humo de las pavesas.

I la jente seguia saliendo. Solo quedaba una que otra persona arrodillada junto a los mausoleos inscrustados en las paredes.

El silencio se hizo profundo, mortuorio.

Nadie quedaba en la iglesia, nadie, sino el niño de rubia cabellera que permanecia inmóvil en el mismo lugar con los brazos cruzados bajo su frente. Por su actitud se conocia que sus lágrimas habian dejado de correr i en efecto, su pecho ya no se alzaba ajitado por los sollozos ni el quebranto.

El pobrecito se habia quedado dormido.

Una vaga sonrisa se dibujaba en sus labios contraidos por el dolor; una lágrima se balanceaba en sus pestañas. Hizo un pequeño movimiento, sus labios se entreabrieron i balbucearon esta única pero elocuentísima espresion.

—Solo!.... solo en el mundo!

II.

¡ADIOS!

Los primeros albores de la aurora comenzaban a disipar las tinieblas de la noche. Las nubes se cubrian de nacarados tintes. Los cerros doraban sus cumbres. El mar brillaba con los inciertos resplandores del nuevo dia, que apénas si principiaba a nacer. Una vaporosa i ténue gasa se desprendia de las aguas i como un delicado manto envolvia el horizonte entero. Soplaba un vientecillo helado, precursor de la proximidad del invierno.

Un gran coche de viaje corria a galope por la calle de la «Independencia» en Valparaiso, ciudad donde se han desarrollado los sucesos que hasta aquí hemos narrado. El empedrado retemblaba bajo las patas de los caballos. El coche se detuvo delante de una casa esquina, cuyas puertas hasta entónces entornadas, se abrieron de par en par, para dar paso a varios criados que salieron cargados de maletas, las que fueron colocando i amarrando a la culata del carruaje.

En el interior de la casa tenia lugar entretanto una escena desgarradora.

—Alfredo! Alfredo! gritaban varias voces.

—¿Dónde estará este niño?—decia una mujer ya anciana i que por su apariencia demostraba ser el ama de llaves.—Alfredo! Alfredo! repetia, ven que el coche hace mucho tiempo está aguardando i ya se hace tarde.

El niño a quien se refería la buena mujer, no era otro que aquel huerfanito que hemos dejado dormido a los pies del ataud de su madre.

Muertos sus padres, el pobre niño, quedaba sin tener en Valparaiso, un solo pariente que pudiera hacerse cargo de él. Fué, pues, preciso pensar en trasladarse a Santiago, donde moraban todos los hermanos de su madre. Algunos meses habian trascurrido; por fin llegó el veinte de abril, dia fijado para la partida.

Alfredo veia con dolor acercarse el término del plazo en que debia abandonar la casa de sus padres, la ciudad donde habia visto deslizarse los años de su niñez.

El plazo estaba cumplido. El coche esperaba a la puerta.

Alfredo ahogado por el llanto, habia corrido a ocultarse en el jardin; a su lado estaba *Centinela*, un hermoso terranova compañero de sus juegos.

—Pobre Centinela, le decia, besando su crespa lana, ya no te veré mas. Me voi a la capital. Esa ciudad está léjos, mui léjos, tú no podrás acompañarme. Tendremos que separarnos, Centinela, tendremos que separarnos.

I Alfredo lloraba; sus lágrimas ardientes caian sobre la cabeza del perro, que acostumbrado al trato de su amo, ahora parecia adivinar i comprender sus palabras. El noble animal correspondia a sus caricias, lamiendo las manos del niño.

—Alfredo! Alfredo! ¿dónde te has ido? gritaba la llavera.

El no contestó, abrazó tiernamente a su fiel Centinela i comenzó a recorrer los planteles del jardin. El perro lo seguia con la cola i las orejas gachas.

—¡Oh mis flores! mis lindas flores, decia, ¿quién tendrá cuidado de ellas?.... Todas se marchitarán. El sol quemará sus hojas, el viento tronchará sus brotes;.... al ménos llevaré un recuerdo.

Diciendo esto, cortó varias ramas de resedan, las que besó con respeto.

—Pobre madre mia! murmuró, ella fué quien me hizo plantar estas flores; por eso es que las quiero tanto!.... ellas me la recuerdan sin cesar....

En seguida tomó algunos claveles i malvas. Los sollozos lo ahogaban.

Infeliz huérfano! quizás ésta iba a ser la última vez que visitaria su jardin. Esas flores que arrancaba, iban a ser las últimas; manos estrañas profanarian i ajarian despues, aquellas tiernas plantas que él habia visto crecer i que con tanto esmero, él mismo habia cuidado. En adelante quizas ya no iban a tener mas riego que las lágrimas que el pobre niño ahora vertia sobre ellas.

—Alfredo! Alfredo!—gritaban por los corredores.—Niño! niño! el coche espera.

Alfredo se habia dejado caer cerca de un naranjo. Centinela se echó a sus piés.

—¡Oh, Dios mio!..... Dios mio! decia, si no me das valor, yo no podré sufrir esta cruel separacion.

Sus brazos rodeaban el tronco del árbol; sus labios se unieron a la corteza: un beso resonó en aquel lugar.

—Vamos, dijo, incorporándose de repente, es preciso partir. Centinela, añadió, dirijiéndose al perro, quédate aqui, pero no estés asi tan triste....; quiero verte alegre, tan alegre como cuando jugábamos a las escondidas. ¿Te acuerdas, Centinela?...Oh! i qué mordiscos me dabas cuando lograbas atraparme agazapado en el mirador o trepado en el viejo ciruelo del huerto....

La cara del niño estaba casi pegada al hocico del animal.

—Mira, Centinela, añadió, yo sé que tú no me has de olvidar; yo sé que tú te acordarás de mí; esta idea me consuela. Adios Centinela mio!....

Un segundo beso hizo jemir al intelijente mastin.

—Alfredo! gritaba la llavera ¿dónde estás? ¡Qué diantre de muchacho que así haces esperar al cochero que rabia ya de impaciencia! Alfredo! Alfredo!

Este acababa de llegar delante de una linda pajarera, donde revoloteaban infinidad de canarios, jilgueros, tórtolas, zorzales i tencas.

—Ah! esclamó al oir a aquellas avecillas que gorjeaban saltando en los palillos de su prision. Ellas son mas felices que yo,

pues ahora mismo van a quedar libres como el aire que las vió nacer. Salid pajaritos mios, continuó, abriendo las puertas de la pajarera, salid i ya que no os puedo llevar conmigo, al ménos volad, seguid el mismo rumbo que yo.

Los canarios i jilgueros en un instante habian abandonado su cárcel, las tencas i los zorzales se esparcieron por el jardin.

La llavera llegaba en aquel momento.

—Por fin te encuentro. Qué diantres estás haciendo ¿no digo yo?.... ¡has dejado escaparse todos los pájaros?.... ¡Ah, qué muchacho! Vamos de una vez; hace mas de una hora que como una loca te busco por todas partes.

Alfredo no contestó, se cubrió el rostro con sus manos i como un ser inerte se dejó conducir al coche.

—Adios, señorito Alfredo, repitieron en coro los sirvientes.

—Cúidenme a Centinela, cúidenme mis flores! murmuró el huérfano, cayendo desplomado en un rincon del carruaje.

La llavera entretanto cerraba la portezuela, despues de haber colocado a los piés del niño un gran canasto de dulces i de biscochos.

—Os recomiendo a vuestro compañero de viaje—añadió dirijiéndose a un caballero i a una señora que partian tambien para Santiago i estaban ya arrellenados en el fondo del vehículo.

—No tengais cuidado, contestó la señora, lo atenderemos como si fuera nuestro hijo.

No alcanzó a decir mas, pues el cochero impaciente por lo mucho que lo habian hecho aguardar, sacudió con fuerza su huasca, aplicando sendos latigazos a los caballos que partieron a escape, camino de la capital.

RUPERTO MARCHANT PEREIRA.

(Continuará).

CUASIMODO.

«Algunos fariseos dijeron a Jesus: ¡Haced, maestro, callar a vuestros discípulos!

«Mas Jesus respondia: En verdad os lo digo que, si ellos callasen, las piedras hablarian.»

I Jesus era Dios, i su palabra se ha cumplido i se cumplirá en la indefinida jeneracion de los siglos.

De las cenizas de sus discípulos se levantaron, como de las cenizas del Fénix, otros discípulos bañados en la sangre del justo, que se esparcieron por toda la tierra predicando la lei nueva, que tiene su base en Dios i que a Él vuelve despues de enlazar con abrazo paternal a la humanidad entera.

Nada puede el tiempo, que todo lo consume, cuando llega a golpear la puerta que cierra el santuario de la divinidad.

¡Han corrido diez i nueve siglos, i la obra del Cristo allí está, inconmovible, severa, radiante de verdad i de amor!

Los dias que marchan detras de los dias sin detenerse jamas en su carrera traen de año en año a la memoria de los que creen mas allá de este mundo recuerdos sagrados que alientan la fé i fortifican la esperanza.

Si los discípulos del Cristo no hablaran hoi ¿no es verdad que nos hablarian con esa muda elocuencia de los hechos las tiernas ceremonias con que la Iglesia celebra la octava de la resurreccion?

En el momento mismo en que leeis esto, se sienten en nuestras calles los gritos de júbilo i de entusiasmo con que el pueblo cristiano atestigua su fé i su amor.

El Hombre Dios ha visitado hoi a los enfermos.

No pueden venir a mi mesa, yo iré a sentarme a la suya. Están enfermos, yo iré a velar al lado de su lecho.

Así habló i así lo hizo.

La lei nueva, que no mira sino los corazones, entra hoi en todas partes en donde hai una lágrima que enjugar, un dolor que mitigar.

Nada la detiene. Es la caridad, i, como el rocío del cielo, cae sobre todos los que repiten con el corazon las palabras de San Marcos «yo creo, Señor, fortaleced mi poca fé.»

Nada hai bello sin verdad.

Porque es verdad, i tres veces verdad la relijion que arranca su orijen del drama del Calvario, es que es inmensamente bella i encantadora.

Luz, poesía, colores del iris, todo lo tiene en sí. ¿Qué le hace falta?

«Sí, Divino Salvador, yo creo firmemente que vos sois mi Señor i mi Dios.»

El alma que cree no encuentra otras palabras.

Cuando, cansados de llorar, con el alma presa del remordimiento que carcome i aniquila, despues de golpear en vano a la puerta de la felicidad que nos vuelve las espaldas, alzamos involuntariamente los ojos al cielo ¿no es verdad que esa mirada hace en nosotros lo que no habia logrado consuelo ni ciencia alguna humana?

¿No habeis repetido entónces con el poeta:

«Mas tú, Señor, que viertes el con-
Miraste mi quebranto, (suelo
I recibiste desde el puro cielo
Las gotas de mi llanto?»

En esos momentos es cuando con mas vehemencia se oye la voz del alma que nos descubre a Dios, tal cual es.

¿I no creeis que esto es lo que ha pasado hoi en muchos al sentir desde el lecho de la agonía, las campanillas que anuncian al Rei de paz?

Seguid alguna vez el cortejo humilde que acompaña a la última visita del Dios en cuerpo i alma al hombre próximo a dar a la vida el último i supremo adios ¡i decid lo que sentis!

¿No creeis entónces?

¿No habeis caido involuntariamente de rodillas descubriéndoos la cabeza al oir repetir al cura el saludo del Cristo a sus discípulos: la paz sea en esta casa?

La fuente que regó con sus raudales el campo de la vida se enturbia en una hora, i entónces no hai mas que la desesperacion de la sed insaciable, o la esperanza de ir a beber en manantiales mas puros.

Quede la desesperacion para los que reniegan de la relijion de la Cruz; venga la fé para los que confian en ella.

Esta es la espresion del egoismo.

Sea la esperanza en Dios para todos, ya que a todos tocó la rejeneracion conquistada al precio de la sangre de Cristo.

Esta es la espresion de la caridad.

El evanjelio de hoi es una enseñanza i un ejemplo admirable, que revela que Dios habla al que quiere oirle, que es luz para los que dudan, paz para los que luchan.

De todos los discípulos del Cristo, el único que dudaba de su resurreccion era Tomas.

—Le hemos visto vivo, decian todos.

—Si yo no veo sus manos i sus piés traspasados por los clavos, i no pongo mi dedo en la llaga de su costado, no creeré, habia replicado el apóstol incrédulo.

Ocho dias despues, estando Tomas con los demas discípulos, vino Jesus i poniéndose en medio de ellos les dijo: ¡la paz sea con vosotros!

I en seguida dijo a Tomas: «Introduce aquí tu dedo i mira mis manos; alarga tu mano i métela en mi costado, i no seas ya incrédulo sino fiel.»

Inmediatamente esclamó Tomas: ¡Señor i Dios mio!

Díjole entónces Jesus: «Tú me has visto i has creido; bienaventurados los que no me vieron i creyeron.»

Todos podemos hoi poner como Tomas la mano en el costado del Cristo, i sentir en ella las palpitaciones de la divinidad.

Es cierto que es la fé la que nos enseña todo lo que viene de arriba.

Pero, en presencia de las ceremonias de hoi, la razon sola bastaria para reconocer el orijen divino de esta maravillosa cadena de misterios i de consuelos que se llama relijion.

Si el Areopajita pudo reconocer en el cataclismo que siguió al sacrificio de la Cruz, el duelo de la creacion por la muerte de Dios: el hombre puede confesar i sentir hoi a Dios, como confiesa i siente su propia existencia.

Una relijion que tiene por base el amor i la igualdad; que solo mira el corazon; que acerca i une al Creador con la creatura, no puede ser sino obra de Dios.

Esto nos dice la razon sola: esto lo repite en cada instante nuestra fé.

«Hoi, dice San Agustin, queda terminada la solemnidad de la pascua, i por esto los neófitos mudan de hábito, bien entendido que, no porque mudan el hábito blanco, deben abandonar jamas la blancura de su alma.»

¡Si esto es así, haced, Señor, que desee_ mos, como los niños desean el alimento, la leche pura de la sabiduría!

VENTURA BLANCO.

EL CAMINO DE LA PATRIA.

Desterrado de la patria querida, vuelve al fin a ella ansioso un viajero. Sendas diversas vienen a desembocar a su camino, sendas llenas de encantos i atractivos. La una conduce a un ameno verjel donde las flores i las aguas, aquéllas con sus brillantes colores i sus perfumes, éstas con sus deleitosos murmullos, convidan a recrearse en ellas. Otra lleva a un apacible retiro donde las sombras de árboles seculares ofrecen refrijerio i descanso. Mas allá hai otra senda que conduce a una ciudad de encantados palacios desde donde llegan a los oidos del viajero deliciosas i lejanas armonías.

El camino recto es árido i escabroso; no hai en él mas que arena abrasadora, crueles guijarros i espinas punzantes, que desgarran sus piés. Ni una sombra benéfica que lo proteja en el dia de los rigores del sol, ni un arroyuelo que le brinde una gota de agua con que apagar la sed que lo devora. De noche no hai en ese camino luz; lóbrego i oscuro cielo descarga sobre su cabeza tremendas tempestades. ¡Oh, es mui duro caminar así!

Sálenle al encuentro mujeres hermosas vestidas de gala, que le detienen, cantan a su oido canciones de arrebatadoras melodías, le cuentan las riquezas, las delicias que hai allá, donde ellas moran.

—Cansado peregrino, le dicen, tu tez está quemada por el sol, tus piés destrozados por las espinas del camino, tu frente cubierta de sudor, tus miembros todos desfallecidos. De dia te abrasan las ardientes arenas; en las lóbregas noches te empapa la inclemente lluvia, brama rabiosa la tormenta, el rayo te llena de pavor. De dia sufres hambre i sed; de noche no tienes sueño reparador. ¡Vente, con nosotras, amigo nuestro; vente a donde vivimos; tenemos hermosos palacios que serán tuyos: allí gorjearán las aves a tu oido trinos dulcísimos en la madrugada, de dia cantaremos bellas canciones a la orilla de las fuentes bajo la fresca sombra de los árboles; por nuestras manos te serviremos sabrosos manjares i te brindaremos licores esquisitos; nada te faltará; serás dichoso; te serviremos como esclavas.

—Gracias, hermosas, responde el viajero. Largos años anduve desterrado léjos de la patria, a donde al fin vuelvo lleno de gozo. En mi patria dejé una esposa querida, jóven, graciosa i bella como vosotras, que me ama con todo su corazon. Rodéanla mis pequeñuelos hijos por quienes tantas lágrimas derramé en el destierro, la rodean tambien mis amigos, esos compañeros de los años de mi infancia, con quienes compartí mis goces i mis penas i a quienes debo la vuelta a mi patria. ¡Ah! dejadme seguir mi camino, que ansio por hallarme cuanto ántes en medio del cariñoso enjambre de los mios! No me detengais, que cada instante es precioso cuando se anhela llegar al seno de la patria!

—¡Tiempo te queda, viajero, mucho tiempo! Ven, descansa, acepta el refrijerio que te ofrecemos, i mañana continuarás tu camino, reparadas ya tus fuerzas. ¡Ven con nosotras!

El viajero se siente cansado; lo áspero del camino le arredra i cede a las instancias de las seductoras doncellas, i las sigue.

Vistiéronlo con espléndidas galas, perfumaron sus cabellos i lo coronaron de rosas. I así, en medio de deliciosos cantares i halagado con indefinibles caricias, lo llevaron de valle en valle, de colina en colina, mostrándole soberbios panoramas, arrobado, ébrio de placer.

Llegaron, por fin, a la ciudad de los palacios. Allí todo era ruidosa alegría, danzas, músicas, delicias. Las calles i los palacios eran de un brillo deslumbrador. El sol era suave, tibias las brisas i embalsamadas con el aroma de los jardines que encontraban a cada paso. Todos los semblantes eran amigos, llenos de indecible benevolencia. Era una felicidad completa.

Cumplieron las doncellas sus promesas. Trinaron al alba las aves, cantaron las doncellas sentadas con el viajero a la sombra de los árboles; con sus propias manos le sirvieron espléndidos i esquisitos manjares i le hicieron saborear licores jenerosos.

Pero ¡ai! las doradas i cinceladas copas con que esas hermosas habian brindado al viajero contenian letal veneno. Deliciosos al paladar, esos brebajes engañosos comenzaron a destrozar las entrañas del infortunado peregrino. Sintió que iba a morir.

—¡Ah! pérfidas! esclamó desesperado. ¿Qué os hice yo para que así me arrastrarais a la muerte? ¿Os ofendí acaso con ca-

minar hácia mi patria? ¡Crueles sirenas, me habeis engañado con vuestro canto i vuestros dulces licores! ¡Muero! muero! I ya no veré a mi patria querida! Ya no tornaré a ver a mi esposa ni a mis pequeñuelos hijos, por quienes tanto suspiré en el destierro i que tanto jimieron por mí, desamparados. Esposa mia, hijos mios, ¡quién me diera estrecharos entre mis brazos, besar vuestras frentes puras, regar con mis lágrimas vuestros hermosos rostros! quien me diera, si he de morir, morir al ménos entre vosotros. ¡Cielo espléndido de la patria mia, caros amigos compañeros de mi infancia, confidentes de mis gozos i mis dolores, ¿no he de veros ya jamas?....¡Ah! qué suave, qué fácil, qué delicioso me pareces ahora, camino de mi patria! ¿Por qué no arrostré yo tu arena abrasadora, i tus guijaros i tus espinas? ¿Por qué me dejé amedrentar por tu quemante sol i tus noches tempestuosas? ¿Por qué no sufrí el hambre i la sed? ¿Qué habria ya de todo eso, si al fin hubiera llegado al seno de los mios?....En mala hora, me dejé seducir por vosotras, las que me ofrecisteis descanso, gozo, felicidad i me habeis dado la muerte! En mala hora os crei cuando me deciais: «teneis tiempo, mucho tiempo para ir a la patria, venid con nosotras en tanto»!....¡Cuántos, que al mismo tiempo que yo partieron del destierro i siguieron caminando a la patria, divisarán las torres de la ciudad querida i de rodillas darán gracias a Dios, cuántos habrán llegado ya! Yo pude llegar i no llegué!....

Asi dijo, i espiró.

Desterrados hijos de Eva, que vais a la patria del cielo, no os dejeis engañar. No deis oido a las insidiosas canciones que entonan a la orilla del camino las sirenas del placer, no les creais lo que os cuenten de lo que hai allá donde ellas moran. Desdeñad sus halagos i sus caricias; no las sigais. Os darán gozo pasajero; pero en el fondo de la copa en que os lo brindan encontrareis veneno mortífero. Morireis, i no llegareis a vuestra patria. Tarde os pesará de vuestro engaño; tarde os arrepentireis de no haber arrostrado las penalidades del camino del cielo i haberlas trocado por los placeres que llevan a la muerte. Menester es llegar a la patria a toda costa. Cuando oreis, rogad con fé a María i decidle: *Jesum....post hoc exilium ostende!* Muéstranos a Jesus....despues del destierro!

Santiago, abril 5 de 1872.

RAFAEL B. GUMUCIO.

CHARADA.

Tras de *primera* i *segunda*
En el mundo todos van,
Que sin ello nadie puede
Ni comer un pobre pan.

Mi *primera* con *tercera*
Ante todo construirá
Quien desee hermosa casa
No un casucho levantar.

Cuál es mi *tercia* i *segunda*
Al punto adivinará,
El que de música entiende
I el que es empleado oficial.

Con mi *todo* aquí se llama
Una fruta que ademas
De este nombre, tiene un otro
Allá en la Banda Oriental.

BIBI.

Contenido de este número.

I.—Bibliografía.—*(Tratado Teolójico-Legal de la Justicia por el P. Zoilo Villalon de la Compañía de Jesus)* por José Bernardo Lira, páj. 417.
II.—¿Será verdad?, poesía, por Luis R. Piñeiro, páj. 419.
III.—El *Otelo* de Shakspeare i los celosos de Calderon, continuacion, por Enrique del Solar, páj. 420.
IV.—Plegarias a María, poesía, por Elías A. Cáceres, páj. 426.
V.—Alfredo, por Ruperto Marchant Pereira, páj. 426.
VI.—Cuasimodo, por Ventura Blanco, páj. 429.
VII.—El camino de la patria, por Rafael B. Gumucio, páj. 431.
IX.—Charada, por Bibi, páj. 432.

IMPRENTA DE «EL INDEPENDIENTE.»
Calle de la Compañía núm. 102

LA ESTRELLA DE CHILE.

AÑO V. Santiago, abril 14 de 1872. Núm. 237.

UN POETA DE QUINCE AÑOS.

¿Tiene el jenio tal o cual hora para despertar? Es necesario alcanzar siquiera a la florida juventud para conquistarse un puesto en el mundo de las letras, ó puede un niño inspirado que apénas pisa los umbrales de la adolecencia ganar el nombre de poeta i ocupar un lugar distinguido entre los hijos de Apolo?

La esperiencia responde que nó a las anteriores cuestiones.

Lope de Vega, escribia a los doce años su comedia *El verdadero amante*, rica en bellas situaciones i llena de dulzura i poesia.

De Calderon de la Barca se cuenta que a los catorce compuso su primera obra titulada *El carro del cielo*, que le conquistó aplausos entusiastas en la ciudad de Salamanca, centro de ilustracion en la España de su tiempo.

De mil otros se podria decir lo mismo, que desde temprano demostraron una vocacion prodijiosa para las artes i las ciencias. I para no amontonar ejemplos, citaremos uno solo mas, que llama la atencion por lo maravilloso.

La antigua universidad de San Marcos de Lima se enorgullece de contar entre sus celebridades a aquel doctor *de trece años* de edad que la posteridad conoce con el nombre de *el niño Baquijano*, quien al recibir el capelo se espresaba asi en el afectado estilo de la época: «A los trece años de mi edad, logro, acaso sin ejemplo, voz i asiento entrelos sabios, i la doctoral diadema corona mis tiernas sienes.»

* *

Por muchos la carrera del saber se ha hecho en la primera jornada de la vida, isu intelijencia ha vencido los cortos años, llenando de admiracion con sus frutos tan sazonados como precoces.

En este caso se encuentra un niño prodijioso cuya temprana muerte ha puesto de luto a la España literaria.

Jesus Rodriguez Cao, bardo de quince años, era la admiracion de su patria.

Jenio naciente, unia a maravillosas disposiciones naturales, una rara aficion al estudio i un juicio maduro casi al comenzar la adolecencia.

Cantaba como un ave i reflexionaba como un filósofo.

No tenia otro amor que el de su madre, ni otra ambicion que la gloria, así es que su alma conservaba toda la pureza primitiva.

Desde los diez años era conocido como poeta, i a los trece ya tenia el placer de ver aplaudidas sus obras dramáticas.

Escribió en tan corto tiempo dramas, odas, poemas, novelas i artículos de periódico, dejando en todos estos ensayos grabado el sello de un talento prodijioso.

I dice su biógrafo que este niño tan encomiado por todos, i cuyo trato era solicitado por las primeras ilustraciones de su pais, guardaba en su alma el delicado sentimiento de una modestia profunda!

A la muerte de Jesus Rodriguez Cao se recojieron sus obras que impresas con esmero en cuatro gruesos volúmenes, hemos rejistrado a la lijera.

De la larga biografía que precede al primer tomo elejimos algunos rasgos que revelan el carácter del admirable niño.

* *

«En la misma casa en que vivia el niñito Jesus, dice el señor Delgado, su biógrafo, vivia tambien el ilustre sacerdote publicista don Joaquin Rodriguez, conocido entre otros por su erudita i bien pensada obra *El sacerdocio i la civilizacion*.

El respetable presbítero, tio suyo, recibia una porcion de diarios, i el niño, buscando en su instintiva curiosidad la equivalencia del periódico i su nombre, ayudado talvez de una leccion incidental, em-

pesó a conocer las letras por los titulos de los periódicos.

Al propio tiempo observóse en él, cuando se le llevaba en brazos, que al pasar junto a un cartel pronunciaba alguna de las letras en él inscritas.

Repetidas veces al dirijirse su tio al despacho a redactar algun artículo, era sorprendido al ver al niño que, pluma en mano, hacia garabatos sobre cualquier papel.

Mas de una vez se puso a prueba la paciencia del afanoso tio, pues dejando alguna carta a medio escribir sobre la mesa, la encontró continuada por su sobrinito, que a faltas de palabras combinaba líneas i salia tan satisfecho del gabinete.

Reprenderle por esto era de todo punto vano. El niño escuchaba la reprension tranquilo i muchas veces sonriendo, con lo cual acababan por celebrarse tratados de tan buena índole, capaces de hacer concebir las mas lisonjeras esperanzas sobre su aplicacion.

¿Por qué no se turbaba cuando se le reprendia? ¿Poseia talvez un sentimiento, por vago i confuso que fuera, del mérito que entrañaba su distraccion infantil?

Solo asi puede esplicarse.

Un dia vió trastornarse un coche, i cuando a las pocas horas se le buscó, encontróse a sus piés dibujado con detalles el coche en actitud de caerse i al caballo obligado por esa actitud.

Tenia entónces tres años.

Poco despues se le llevó al teatro, i ¡cosa tambien estraña! Jamas le rindió el sueño; siempre mostró enfado cuando se trataba de distraerle.

Al paso que esta notable fuerza de atencion diremos que al salir mostraba su juicio crítico de la obra como lo puede demostrar un niño, por el grado e intensidad de su satisfaccion.

Un dia se observó que el niño se encerraba en la sala i tenia prolongados soliloquios.

—¿Qué estará diciendo? preguntaban. Mas la curiosidad de los auditores no pasó de la pregunta.

Otra vez, impulsados por la modulacion de su acento i la cadencia de los sonidos, trataron de escucharle atentamente i sorprenderle en su juego desde la celosia que en la puerta hubiera.

Vióse entónces al niño con un pañuelo a guisa de honda i otro imitando fajin, un sablecillo en la mano i en actitud caballeresca frente al espejo, produciéndose en movimientos teatrales i articulando algunas veces sonidos i otras palabras, pero cadenciosamente.

Mezclábase allí una confusa reminiscencia i una vaga inspiracion; ajitábase en aquella fantasía con la bella simulacion reproductiva la sublime, la fantástica accion creadora.

Un periódico de Castilla, *La Discusion*, al insertar, en sus columas el 28 de diciembre su composicion *El sueño*, la llama orica de entonacion, de fuerza i de armonía, que la envidiarian muchos que pasan por poetas distinguidos.

* * *

Esta alabanza se reconoce justa i merecida, solo al ver en su segunda, tercera i cuarta octavilla tanta armonía i tanta fluidez:

.....

A su perfumada orilla
Blandamente reposaba,
I tu imájen me encantaba
Como el ánjel del placer.
I te admiraron mis ojos
Bella, pura, encantadora,
Como aparece la aurora
En trono de resicler.

Vi la nieve de tu rostro
Teñida en carminea rosa,
I la sonrisa amorosa
En tus labios de coral.
I vi tus ojos azules
Lanzando rayos de fuego,
I de amores quedé ciego
A su vista celestial.

Bulliciosos jeniecillos
Jugaban con tu cabello,
Mas hermoso, blando i bello
Que la melena del sol
Cuando entre nubes de plata
Lanza al mundo su tesoro
En torbellinos de oro
Con magnífico arrebol.

Véase despues el delicado pensamiento que abraza la conclusion del sueño:

Era un sueño delicioso;
¡Cuán feliz en él vivia!
Desperté.... i la dicha mia
Fué, como dicha.... ilusion.
I al verme sin ruiseñores,
Sin fuente, flor, ni querida,
Aprendí.... que en esta vida
Nada los placeres son.

Aun no contaba diez años cuando esto escribia.»

***

Hasta aqui el biógrafo. Nosotros añadiremos algunas muestras del jenio poético de este pequeño escritor.

Deciamos, no ha mucho, que Jesus Rodriguez Cao unia a un talento maravilloso una gran aficion al estudio, i vamos a dar una prueba.

Veamos como hace suyo el estilo de los primeros trovadores castellanos en la composicion titulada *Imitacion de Juan de Mena*:

Captivo el vuestro amador,
Reina de la donosura,
Viene por la noche oscura
A trovar el trovador
Su amor e tu saña dura.

.....

Cabe tu ventana agora,
Me vé la luna arjentada,
I me fallará la aurora,
Cantando una e otra hora,
Una, otra, otra vegada.

No es ménos admirable el verlo acometer la difícil tarea de traducir algunos pasajes de los mas acabados poemas de Tibulo u Horacio. Del segundo poeta ha traducido la célebre *Profecía de Nereo*:

El pérfido pastor arrebatando
En nayes ideas por los anchos mares
A su huéspeda Elena;
Nereo encadenando
A los celosos vientos
Con furor fué cantando
Los hados destructores i sangrientos.

.....

«En vano allá en tu lecho deshonrado
Huir pretenderás el golpe duro
De lanzas bien templadas,
Ni el cruel i seguro
De saetas cretenses disparadas
I el estrépito atroz de las espadas, etc.»

—¿Quereis ver el alma pura de este candoroso niño?

Pues leed el siguiente soneto a Pio IX donde seducen jenerosos sentimientos espresados con la pura voz de la infancia, donde el niño poeta envia lo único que puede dar, *una lágrima*, al padre de los fieles, tan abrevado de dolores i de amarguras.

UNA LÁGRIMA A PIO IX.

Soneto.

Pobre soi i no puedo socorrerte;
Niño soi i no puedo denodado
Al combate marchar bravo i osado
I mi vida esponer por defenderte:

Que al niño no le es dado ni aun la (muerte,
En las lides buscar entusiasmado:
Miradme ¡Padre mio, aquí angustiado
Lamentando no ser bastante fuerte!

Dirijiros mi débil, triste acento,
Cual pequeño consuelo a tu amargura
Débil ofrenda es del pobre niño,

Que arrobado hácia tí su pensamiento
En sus ojos la lágrima fulgura,
Poema inmenso de filial cariño.

El anterior soneto no es esmerado en su forma, pero es rico en nobles sentimientos. La causa de la justicia perseguida, la causa de Pio IX ha arrancado de muchas almas tan puras iguales votos.

Inútil nos parece multiplicar ejemplos; i asi vamos a finalizar nuestras citas con unas preciosas quintillas, dignas de la musa relijiosa de Juan Arolas, en las que el niño, moribundo ya i próximo a abandonar la tierra, se extasiaba en la vision de la gloria que Dios guarda a los justos e inocentes.

EL NUEVO DIA.

¡Cuando otro sol mas brillante
Mi camino alumbrará!
¡Cuándo será que anhelante
Mi espíritu se levante
Hasta el trono de Jehová!

¡Cuándo cerca del Señor
Para mi mayor consuelo,
Contemplándole en mi ardor
Beberé en cáliz de amor
Con puro i ardiente anhelo!

¡Cuándo será que elevada
Sobre esta vil podredumbre
Desde el polvo de la nada
Suba el alma acrisolada
A donde da el sol su lumbre!

Entónces con su presencia
Me dará su omnipotencia
El regocijo mayor,
Embalsamará mi esencia
El incienso de su amor.

Así, en ánsias de la palma
Del Eterno, un ser jemia,
I al cielo volaba su alma,
Al par que con dulce calma
Alumbraba el nuevo dia.

Así el niño moribundo elevaba sus afectos a Dios. Así el espíritu tendia el vuelo hácia el dia eterno, dia sin noche, iluminado por un sol que no se apaga.

Jesus Rodriguez Cao, niño como era, comprendia la mision del poeta.

Cantaba lo grande, alzaba himnos a Dios, himnos a la patria i dulces trovas al amor.

De cuando en cuando aparecia filósofo, i sus profundas observaciones sobre los hombres i las cosas de la vida dejan entrever que en su alma existia una esperiencia instintiva que le revelaba lo que a sus años pocos o ninguno conocen.

Este niño privilejiado escribia dramas i novelas, en los que se hallan rasgos de observacion que admira.

Era un talento cuyo vuelo no es fácil medir.

¿Qué hubiera sido mas tarde?

Difícil es decirlo.

A su muerte era un gran poeta, sin dejar de ser un niño. Sus versos tienen una espontaneidad rara, una incoherencia que mil veces daria lugar a la crítica, si la edad del poeta permitiera a la crítica ensañarse en sus obras.

Si Jesus Rodriguez Cao lega su nombre a la posteridad, como un niño, en cuya frente alboreaban los rayos del jenio, talvez no quepa igual suerte a sus obras.

Esta es una desgracia sensible; pero es la suerte de todo jenio precoz que no llega a su madurez.

Jesus Rodriguez Cao deja cuatro volúmenes de versos; a su muerte ha sido cantado en España cual ninguno, despues de Lope de Vega, pero no tiene asegurada la fama póstuma. Fué un niño jenio cuya memoria se recordará, pero no alcanzó a conquistarse un puesto en el parnaso.

ENRIQUE DEL SOLAR.

A LA VIRJEN.

Luce en un trono de estrellas
Hoi radiante de hermosura
La mas bella creatura
De las hijas de Judá.
Es Ella, la Virjen casta,
Madre de Dios verdadera,
La esperanza lisonjera
De aquél que a implorarla va.

De los míseros mortales
Eres madre de clemencia,
Del prado la rica esencia,
La linda estrella del mar,
I tu Virjen pura i santa,
Blanca paloma inocente,
De mi alma el ruego ferviente
Te dignas dulce escuchar.

Eres el lirio del prado,
Del campo la hermosa oliva,
Delicada sensitiva,
Pudorosa, celestial;
Unico alivio del triste,
Cual ninguna madre amada,
Eres del alma angustiada
Fresca brisa matinal.

Del desgraciado la muerte,
Si tu la miras propicia,
Tornas en grata delicia
Su desgarrante aridez.
I sola tú en este mundo
Formas su dicha i encanto,
I tierna enjugas el llanto
Del desengaño talvez.

Que del huérfano en el alma
Caen tus dulces miradas
Como las gotas plateadas
De rocío en la alba flor,
I le vuelves a la vida,
Mitigando su amargura;
Le embriagas con la dulzura
De tu maternal amor.

Pulsan sus arpas doradas
Ante tí los Serafines
Pregonando en los confines
Tu pureza sin igual;
I los Anjeles en coro
Entonan dulce armonía
¡Gloria a la Virjen María
En la mansion celestial!

QUITERIA VARAS.

1868.

ALFREDO.

(Continuacion.)

III.

EN EL COLEJIO.

No nos detendremos en describir el viaje ni la llegada a Santiago de nuestro simpático huerfanito. Basta saber, que el pobre niño mucho debió sufrir al verse asi enteramente solo, caminando hácia una ciudad, que si bien no le era desconocida, sinembargo era del todo estraña para él por haber estado casi siempre alejado de ella. Ademas, iba a vivir en adelante, en casa de sus tios, a quienes él solo conocia de nombre. Estas i otras ideas, debieron pues martirizarlo atrozmente durante el dia i medio que tardaron en llegar; tiempo larguísimo para quien lleva el alma traspasada i lacerado el corazon, sin tener un amigo con quien compartir su pena i a quien comunicar sus pesares, devorando a solas sus lágrimas i entregado del todo a la amargura de sus pensamientos i de sus recuerdos.

En casa de sus tios encontró Alfredo la mas benévola i paternal acojida. Todos se esmeraban en hacerle olvidar el puerto que acababa de abandonar. Durante tres dias que pasó con ellos, los cuidados i la tierna solicitud de que fué objeto, debieron llenarlo de alegria i de un vivo reconocimiento hácia sus bienhechores. Al tercer dia, se marchó al colejio, donde tuvo la dicha de encontrar a algunos maestros i condiscípulos que habia tenido anteriormente en Valparaiso.

Los primeros meses, trascurrieron tristes, mui tristes. Aquel repentino cambio de vida, la privacion de todas aquellas cosas que mas podian halagar su alma, la ausencia de sus mas caras afecciones, todo esto contribuyó a alterar notablemente el carácter de Alfredo. La alegría infantil que hasta entónces habia brillado en su semblante, se trasformó en una melancolía indefinible. Miéntras sus compañeros corrian i jugaban en el estenso patio del establecimiento, nuestro amigo permanecia cabizbajo i meditabundo. Cualquiera al verlo, habria notado que en aquel cuerpo de niño, se encerraba un corazon de hombre. Aquel niño pensaba, pensaba muchísimo. Sus pesamientos eran siempre amargos i crueles i no podia ser de otra manera, el sufrimiento habia impreso su horrible huella en aquella tierna planta, nada, nada podia pues borrar los rastros que este mónstruo sabe siempre dejar en su paso devastador.

Las horas mas acibaradas eran para Alfredo, aquéllas en que tenia que presenciar la dicha de sus demas condiscípulos al ser visitados por sus hermanos, por sus padres; ah! i él no podia tener este consuelo i jamas podria esperimentar las dulzuras que encierra el abrazo de un padre, el beso de una madre!...-Cada vez que estas escenas se repetian, Alfredo como un criminal, corria a esconderse tras alguna columna o detras de algun árbol i desde ahí espiaba los menores movimientos de sus dichosos compañeros. ¡Cuántas silenciosas lágrimas no surcaban entónces sus mejillas! ¡qué dolorosas quejas no se escapaban entónces de su acongojado pecho!... El hogar paterno se le representaba patente i vivo con todas sus dulzuras i con todos sus encantos. Veia a su madre, escuchaba el sonido de su voz, estrechaba con amor sus manos queridas... Veia su jardin, sus plantas, sus lindas flores...; se entretenia con ellas, aspiraba su perfume. Centinela tambien estaba ahí i gozoso corria saltando tras de su

amo; sus ladridos festivos i continuados resonaban en sus oidos. Estas i otras cosas como en un vasto panorama, se desarrollaban i desfilaban una a una por la calenturienta i afiebrada imajinacion del infeliz huérfano. Cuando volvia en sí, la realidad era espantosa.

—¡Es un sueño!...—decia, pasando su helada mano por su frente bañada de sudor —¡Es un sueño!...

La campana venia a veces a interrumpirlo en sus abstracciones, otras era algun compañero que lo convidaba e instaba a jugar. El rostro de Alfredo, sufria al punto una violenta i rapidísima transformacion. El manto de tristeza que lo cubria, desaparecia como por encanto i, una sonrisa se dibujaba en su semblante. Asi lo encontraban siempre sus condiscípulos, siempre con la sonrisa en los labios.

Durante los seis años que pasó en el colejio, nada vino a interrumpir la monotonía de esa vida, que si bien es pesada i dura miéntras uno se encuentra sujeto a su severo réjimen i disciplina, gusta sinembargo recordar despues. Asi sucede siempre. Nadie está conforme con su suerte. La vida actual nos parece la peor. Deseamos siempre algo mejor i despues que ya lo hemos alcanzado, echamos de ménos lo que queda atras i que ya no puede volver. Solo llegamos a conocer el bien cuando lo hemos perdido i ya es imposible recuperarlo.

Alfredo hizo grandes progresos en sus estudios. Trataba de ahogar su pena i por eso trabajaba con tanto teson i empeño, devorando por decirlo así los libros. La literatura llamó sobre todo su atencion. Leia con avidez, bebiendo en escojidas fuentes, todas aquellas emociones de que tanta necesidad tenia su alma. Sus esfuerzos fueron coronados del éxito mas feliz. El jóven alumno aprovechó perfectamente las sábias lecciones de sus maestros. Alfredo ya no se contentó con estudiar i leer, quiso tambien estampar en el papel las impresiones que rebosaban en su pecho, las ideas que jerminaban en su espíritu. Tomó una pluma i por la primera vez se atrevió a escribir una composicion propia i orijinal. El resultado sobrepujó a sus esperanzas. Su primer escrito fué un himno de dolor. Sus primeras coordinadas frases eran llenas de fuego i de sentimiento, tiernas i melancólicas como las plegarias de la inocencia. Desde aquel dia, Alfredo escribió i escribió siempre. Su lugar favorito era la Biblioteca del establecimiento. Miéntras sus demas condiscípulos corrian i jugaban durante las horas de recreo, él encerrado con sus queridos libros, devoraba las pájinas i los tomos. Era una especie de delirio el que se habia apoderado de su alma.

Por fin llegó la época de salir del colejio. Alfredo habia concluido sus humanidades. La despedida de sus maestros fué triste i dolorosa. El les prometió volver siempre, no olvidarlos nunca.

¡Pobre niño! iba a abandonar el santuario de la ciencia i de la virtud; era llegada la hora en que debian abrirse para él, las puertas de ese mundo que solo divisaba al traves de prismas encantadores i engañosos.

—Hijo mio, le dijo el superior, al despedirse de él, que la bendicion de Dios te acompañe, que tus dias se deslicen apacibles i tranquilos, que tu alma se conserve siempre pura i santa, que jamas el hálito del mal, llegue a emponzoñar tu corazon. ¡Adios! sé feliz!....

IV.

SEIS AÑOS DESPUES.

Entre los muchos jóvenes con quienes Alfredo se halló en contacto desde el dia de su llegada al colejio, se encontraba Alberto, a quien tendremos ocasion de conocer a medida que vayamos avanzando en nuestra historia.

Existen simpatias que se revelan desde el primer instante en que nos encontramos con una persona. Sin poder esplicarnos el cómo, ni el por qué, basta muchas veces, una mirada, una palabra, para que dos corazones latan a impulso de un mismo i dulcísimo sentimiento, se comprendan i se amen.

Hé aquí lo que sucedió a Alfredo desde que su mano estrechó la de Alberto. El ánjel de la amistad batió sus alas sobre aquellos dos jóvenes i rodeó sus almas con sus inefables encantos. Desde aquel dia, Alberto i Alfredo vivieron el uno para el otro, Dios habia sancionado en el cielo, la alianza sellada en la tierra entre esos dos tiernos corazones.

Un mes habia trascurrido apénas, desde que Alfredo habia salido del colejio. Llegaron las vacaciones. Ambos amigos partieron para

el vecino puerto. Alberto iba acompañado de su familia. Alfredo no la tenia i debia por tanto irse a alojar a un hotel. Solo iba a permanecer en Valparaiso unos pocos dias. Su viaje no tenia otro objeto que acompañar a su amigo, buscar alguna distraccion i sobre todo volver a visitar a aquellos lugares a los cuales hacia seis años habia dicho un triste adios.

Imposible nos seria pintar las impresiones que recibió Alfredo al volver a ver las azuladas ondas del océano, de ese océano cuyas aguas, como un manto de plata, brillaban ahora con los últimos reflejos del sol poniente.

El tren acababa de abandonar la estacion de «Viña del mar.» El último tunel, desapareció tambien tras el inmenso penacho de humo, que en pos de sí iba dejando la locomotora en su rápida carrera. Los pasajeros comenzaron a arreglar sus equipajes i a sacudir sus vestidos. Alfredo, sinembargo, permanecia inmóvil. Su mirada vagaba sobre los cerros que separan el puerto del Almendral. Al fin, su vista se clavó en la amarillenta torre del cementerio i en los blancos mausoleos que como fantasmas se destacan sobre la cumbre de una de las puntillas que se avanzan hácia la ciudad. Una palidez mortal cubria su semblante. Sus ojos se humedecieron. Se descubrió con respeto. Un hondo suspiro se escapó de su pecho.

El huérfano no habia cambiado. Seis años de ausencia no habian podido mudar su corazon. Alfredo era siempre el mismo hijo amante. Su primer pensamiento habia sido para ellos, para sus queridos padres, cuyos restos descansaban ahora dentro de aquel recinto que él habia vislumbrado desde léjos; en aquel recinto coronado por blancas estátuas i por la elevada flecha de un campanario.

El tren acababa de entrar en la estacion. Los pasajeros abandonaron sus asientos. Los dos amigos se separaron.

Dos horas despues, Alfredo, cubierto aun con el polvo del camino, a pasos apresurados recorria las calles del puerto con direccion al Almendral. Apénas se fija en todo lo que le rodea. Acaba de llegar a la plaza de la «Victoria». Aquí se detiene un momento i luego toma por la calle de la «Independencia.» A medida que avanza, sus pasos se van acortando insensiblemente. Algo lo preocupa con tenacidad. Por fin, llega delante de aquella misma casa de donde hace seis años hemos visto partir un gran coche de viaje. Todo está lo mismo. Nada ha cambiado. Por la puerta se divisan los naranjos i los bosquecillos del jardin. Las enredaderas cubren los pilares i las rejas de los corredores. Las ventanas que dan a la calle, están medio entornadas, las celosías levantadas. Alfredo se cuelga de los barrotes i se alza para mirar al interior. Frente a él se destaca un hermoso espejo. Una sombra pasa por delante del terso cristal. Alfredo comienza a temblar. La luna del espejo acaba de proyectar las formas de una elegante señora. Aquella cara le es del todo desconocida a Alfredo. No hai duda, la casa está ocupada por personas estrañas. Alfredo, al cabo de un instante de reflexion, se dirije resueltamente a la puerta. Golpea con mano trémula. Nadie sale a abrir. Tira entónces del boton de una campanilla. Un sirviente se presenta en el zaguan.

—¿El dueño de casa estará aquí? deseaba hablar con él.

—Pase Ud. adelante, señor. La señorita está en ese salon de la derecha.

Alfredo se avanza hasta el dintel de la puerta.

Estaba en presencia de la señora cuya imájen hacia poco habia visto en el espejo.

—Señora, balbuceó, perdone Ud. mi atrevimiento, pero no he podido resistir al deseo de volver a visitar la casa de mis padres. Aquí han muerto ellos. Aquí he visto trascurrir dias amargos, pero otros tambien felices. Hace seis años abandoné estos lugares. Creia no los volveria a ver. Ya se vé, era entónces mui niño i por eso pensaba habia dicho un adios eterno a estos sitios queridos. Hoi acabo de llegar de Santiago. Mi corazon me ha arrastrado a esta casa. Señora, espero Ud. me permitirá visitarla por la última vez.

—Con el mayor gusto, caballero—contestó ella, visiblemente conmovida.—Mui justo es lo que Ud. pide. ¡María! ¡Cármen! ¡José!—continuó, llamando a los criados que llegaron en tropel.—Acompañad a este caballero; desea visitar la casa. Abridle todas las puertas.

RUPERTO MARCHANT PEREIRA.

(Continuará).

EL ARTILLERO DE LA PATRIA.

(ROMANCE).

¡Cuántas acciones ilustres
Dignas de perpétua fama
Entre el polvo del olvido
Permanecen ignoradas!

¡Cuántos jenerosos hechos
De sacrificios i hazañas,
Que debiera en letras de oro
Guardar la historia en sus pájinas,

Quedan sin gloria ninguna
Porque una pluma les falta,
O porque es el autor de ellos
Hijo de cuna villana!

¿Villana?.... Nó! La bandera
De la santa democracia
Bajo sus pliegues sublimes
Todo hasta si lo levanta!

Villano es el que obra mal,
El que su memoria infama
Con hechos que lo avergüenzan,
Con miserias que lo arrastran;

No el que nació en cuna humilde,
Ni el que usó tosca sandalia,
Ni el que tiene por herencia
Color moreno en su cara!

Valor, lealtad, patriotismo....
Hé ahí las virtudes santas
Que son los mejores títulos
De la nobleza mas alta!

Necios, que no comprendeis
Las leyes republicanas,
Que la humanidad respeta
I el Evanjelio consagra;

Necios, que vais del progreso
Siguiendo el carro a distancia
Sin ver ese *mas allá*
De la augusta democracia:

Léjos de mí!.... Mis estrofas,
Los ecos rudos de mi harpa
No son, nó, para vosotros
Que me inspirais odio i lástima:

Son para el pueblo, a quien amo,
Soldado de cuya causa
Como poeta i como hombre
Fui ayer i seré mañana!

Para el pueblo, que con oro
A sus amigos no paga,
Sino con sincero afecto
Que a las almas dignas basta!

Hé aquí una gloria del pueblo,
Gloria pura, inmaculada,
Que merece los honores
De la Musa Americana.

No va vinculado a ella
Nombre de ilustre prosapia:
Es un oscuro soldado
El que mis versos ensalzan;

Es un modesto artillero,
Cuyo nombre aun en su patria
Se ignora; víctima ilustre,
Mártir de una noble causa!

Uno de tantos valientes
Que mueren en las batallas,
I que el olvido sepulta
I que la gloria no canta!

Era aquella edad sublime,
Rica de hermosas hazañas,
Que hoi con orgullo recuerdan
Los hijos de nuestra raza,

Cuando en recia lid luchamos
Para destrozar de España
Las cadenas opresoras
Con que nos esclavizara.

En uno de esos combates,
Que diariamente trababan
Españoles i patriotas
Allá en la tierra de Anáhuac,

Fueron rotos los de Méjico,
Sus banderas destrozadas,
I tomadas sus trincheras
Despues de diez horas largas

De un lucha sostenida
Palmo a palmo i a arma blanca,
En que torrentes de sangre
El valle entero regaban.

Rayon se veia perdido—
Rayon, cuya ilustre fama
Da realce a los altos hechos
De su existencia bizarra!—

Roto por sus enemigos,
Hizo tocar retirada
I entre unas rocas vecinas,
Al pié de una alta montaña,

Rehizo un punto sus tropas;
I con heróica constancia,
Juró mil veces morir
Antes que volver la espalda.

Hubo un instante de tregua....
¡Pues qué! ¿I acaso acobardan
Los Españoles? ¿Acaso
Truecan en miedo su audacia?

¿Les basta, acaso, el honor
De la victoria que alcanzan,
Que al enemigo abandonan
I sus baluartes no atacan?

Nó, que rehacen sus filas,
Cuentan las fuerzas que bastan
Para triunfar, i arrogantes
Se unen, se estrechan, se lanzan.

—«Cielos! esclama Rayon—
¡Cielos! nuestra es la jornada,
Si hai en mi campo una sola
Cureña.... una sola basta!»

«Hé aquí un cañon estraviado
Que, juro a Dios, que nos salva....
Mas ¡ai! para utilizarlo
Una cureña nos falta!

«¡Vedlos! cómo unidos vienen
En peloton, a la carga!
¡Cómo es fácil destrozarlos
Desde esta empinada falda!

«Una cureña, i el triunfo
Aseguran nuestras armas!....
Valientes hijos de Méjico,
Dadla, i salvamos la patria!»—

—«No hai ninguna en todo el valle»—
Gritan con trémula rabia
Mil voces roncas que suben
Al cielo del viento en alas.

—«¿Ninguna?»..—«No hai un sola!»
Responden desesperadas
Las voces de los soldados
Que les queman las gargantas.

Entretanto, el enemigo
A paso rápido avanza,
A dar cima a una victoria
En buena lid conquistada.

—«Se ha encontrado una cureña»—
De entre las filas compactas
Gritó una voz poderosa....
—«¡Dádmela!» Rayon esclama,

«¡Presto aquí el de la cureña!»—
I un pobre soldado avanza
Hasta el caudillo, i se cruzan
Entre sí tales palabras:

—«La cureña que os ofrezco
I que ha de salvar la patria,
Soi yo mismo....
—Tú!....
—La pieza
Que yo servi en la batalla

«Fué destrozada a mis piés,
Llevó a mi cabo una bala,
Cayó junto a él mi sarjento,
Murieron mis camaradas;

«Soi un antiguo artillero,
Que si valgo poco, o nada,
Tengo un corazon de bronce
I sirvo a una causa santa!

«Soi fuerte; puedo un instante
Sostener en mis espaldas
Ese cañon, para el cual
La cureña os hace falta.

«Prended, jeneral, la mecha
I dad fuego!... si se alcanza
El éxito que esperais,
Si la suerte hasta hoi avara

«Se vuelve nuestra, si el triunfo
Corona al fin nuestra causa,
Con noble gusto mi vida
La sacrifico en sus aras!

«Un mártir es necesario
Para una empresa tan árdua!....
Sacrificad a un soldado;
Pero, salvad a la patria!»

Tronó el cañon! La victoria
Tendió sus hermosas alas
Sobre las libres banderas
De las filas mejicanas.

El jeneral recibió
Mil aplausos entusiastas,
I héroe ilustre lo aclamaron
Las trompetas de la fama....

Mas, nadie conservó el nombre—
¡Cómo la gloria es ingrata!—
Del mártir mas jeneroso
De la causa americana. . . .

Era hijo humilde del pueblo. . . .
I el pueblo que es quien derrama
Su sangre, obtiene por ella
Olvido, miseria i lágrimas!

C. WALKER MARTINEZ.

INGRATITUD.

Habia un rei mui poderoso. Estábale sujeto un pueblo inmenso desparramado en tan anchos dominios que en ellos jamas se ponia el sol. Hablaba i su palabra era obedecida con respeto profundo, con absoluta sumision, con presteza suma. Disponia para hacerse respetar de innumerables i valientes lejiones siempre vencedoras. Los reyes i los caudillos de otros pueblos venian a rendirle vasallaje i nunca pronunciaban su nombre sin temblar.

Era el rei firme i prudente en el gobierno, al dar la lei sabio i bondadoso, en el tribunal inflexible i justiciero.

Sus pueblos le aman como a padre i todos sus vasallos rendirian gustosos la vida por defender la de su soberano, porque él es quien alarga compasivo el pan al mendigo miserable, él es a quien acuden la viuda desolada i el huérfano desvalido; él quien por sus propias manos cura las dolencias de los que sufren, el consuelo de todos los dolores i el protector de todos los desgraciados.

Alta era su talla, su brazo robusto, lleno de dulzura su rostro, majestuoso i augusto su talante.

* * *

Era ya anciano el rei. Los años no habian dejado otras huellas de su paso que esos cabellos blancos que caian sedosos i brillantes sobre los hombros de ese anciano i esas lijeras arrugas de su frente. El corazon i el espíritu estaban enteros, llenos de lozanía como en la edad juvenil.

Tenia un hijo único en quien cifraba todas sus esperanzas. El jóven habia heredado cuantas dotes de corazon i de alma adornaban a su padre i era como éste, el ídolo de los pueblos.

* * *

Paseando un dia solo el rei por la campiña, le sorprendió la noche mui léjos de su palacio. Comenzó el cielo a encapotarse; negras i siniestras nubes se agruparon en el zenit; súbito estalló una tormenta desecha, la lluvia caia a torrentes, brillaba el relámpago, pavorosos truenos resonaban repetidos por los ecos de las montañas, los rayos se cruzaban hendiendo el aire, era intenso el frio.

Apurando el paso marchaba el anciano hácia sus palacios; no habia en el camino ni una humilde choza donde buscar reparo contra la lluvia i calentar sus helados miembros.

De repente oye el llanto de un niño. Guiado por el mismo llanto, el rei movido a compasion se desvió para favorecer aquella inocente creatura abandonada en esos parajes a la inclemencia del cielo i a una muerte segura. Cojióla en sus propios augustos brazos i, despues de haberla acariciado, la abrigó con su real manto i la llevó consigo.

* * *

Habian pasado algunos años.

El rei amaba entrañablemente al afortunado espósito, le amaba como a hijo suyo i lo habia adoptado en calidad de tal. Habiale dado su propio nombre, decretádole honores rejios. Lo habia escojido para heredar su corona en compañía de su propio hijo. Los príncipes i los señores de la corte debian honrar al hijo adoptivo del rei.

Las joyas mas preciosas, los suntuosos presentes que enviaban al anciano monarca los reyes, sus tributarios, se distribuian por iguales partes entre los dos hijos del rei.

El espósito era dueño absoluto de estensas provincias que le habia cedido el anciano rei. Éste habia desprendido una preciosa piedra de su propia diadema para adornar con ella la de su amado hijo adoptivo.

Atento a sus menores deseos, nada le rehusaba. Los ruegos del espósito eran omnipotentes para con el poderoso rei, que nada ansiaba sino colmar de favores i solícitos cuidados a aquel jóven dichoso.

* * *

El monarca ha promulgado una lei, i castigará su infraccion con pena de muerte en quien quiera, por mas alto personaje que sea, por querido que sea para su corazon.

El espósito la ha infrinjido, es reo de muerte, i el rei, justiciero, lo ha condenado i debe morir.

Mas el unijénito del rei se ofrece a morir por el espósito, i el padre consiente en el sacrificio del hijo de sus entrañas, por salvar al hijo de su amor.

El pueblo, que ama al hijo del rei, se agolpa al pié del rejio palacio, dando gritos de consternacion i de duelo. Pide que se haga la justicia en el culpable i se rehuse el sacrificio del inocente. «¿Por qué ha de morir vuestro augusto hijo?, clama el pueblo. ¿Es acaso el culpable? ¿Vale tanto, señor, ese vilísimo espósito, que querais quitar la vida a vuestro propio hijo ántes que a él?»

El rei, lleno de congoja su paternal corazon, llora el sacrificio de su hijo único. Pero tanto ama al hijo culpable que quiere que el hijo inocente cargue con el reato de aquél, i por él muera.....

El culpable está perdonado i restituido a todas sus antiguas grandezas. Mas aun, será el único heredero de la corona de aquel anciano que acaba de sacrificarle su hijo.

* *

Un monarca rival se presenta con poderosos ejércitos en las fronteras del anciano rei. Llama éste a todos sus vasallos i les encomienda la defensa de sus dominios i de su persona. Todos acuden i le juran morir en la demanda.

Llama a su amado espósito, i, ciñiéndole su propia espada mil veces vencedora i trasmitida de rei a rei llena de gloriosos recuerdos, así le dice: «Vé, hijo mio; te pongo al frente de mis poderosas lejiones, que obedecerán a tu voz. A tu juventud i tu pujanza fio la defensa de mis reinos i mis vasallos. Irás en lugar mio. Te entrego esta espada triunfadora, blándela con valor. Acuérdate de cuánto te he amado, de que te he amado hasta sacrificarte el hijo único, objeto de mi mas profundo amor, de todas mis esperanzas, que nada he omitido para engrandecerte i colmarte de favores, acuérdate de que eres mi heredero. Muéstrate digno de mi corona, digno de mi amor i digno de mi confianza. Vé i ¡qué el cielo te bendiga!»

Los ejércitos marcharon i a su cabeza el gallardo jóven ceñido con la espada real. Miles de miles de valientes soldados van allí, llenos de bélico ardor, brillantemente armados i dispuestos a pelear con su jefe i a seguirle en cualesquiera empresas por árduas que sean. El anciano rei les ha hecho jurar que le obedecerán con obediencia ciega i que lo que el jóven caudillo mande lo tendrán por órden suya. Así están dispuestos a hacerlo, porque ántes querrian morir que dejar de hacer en todo la voluntad de aquel su soberano a quien aman tanto.

Largas marchas hicieron, atravesaron inmensos campos, escalaron escarpadas montañas, atravesaron nieves i arenosos desiertos, sufriendo sed, hambre i cansancio por amor a su buen monarca.

Por fin, se hallaron frente a frente del enemigo. Eran aquellas lejiones pequeñas i débiles, i no podrian resistir a la pujanza i al número de los soldados del jóven capitan.

* *

El espósito no dá órden de combatir. Ha alzado bandera blanca i el enemigo le ha enviado parlamentarios.

Éstos le han seducido con brillantes promesas de riquezas i de honores, con la promesa de hacerlo el rei mas poderoso del universo, mas grande i mas poderoso que el anciano cuyos son los ejércitos que conduce, si volviendose contra él le mueve guerra i lo derroca.

El jóven caudillo consiente, i manda a su ejército, engrosado con el enemigo, volver hácia atras. El ejército obedece porque así lo ha jurado, i sin tardanza ni réplica alza sus campamentos i se pone de nuevo en marcha. Volvieron a caminar por inmensos campos, a escalar montañas i a atravezar nieves i desiertos.

Ya se aproximaban a la ciudad capital del reino. El pueblo divisó al ejército desde léjos, conoció los estandartes, los penachos i las relucientes armas, i se aprestó para recibir al caudillo i ejército victoriosos. Anunciáronlo así al rei, levantaron arcos de triunfo, cojieron flores i tejieron coronas de laurel, i se preparaban para el regocijo.

Llegaron las huestes a las puertas de la ciudad. Mas ¡oh sorpresa! ¡oh dolor! el caudillo dió la órden de asalto contra la ciu-

dad indefensa, i el ejército, que habia jurado la obediencia, entró haciendo espantosa matanza en los pacíficos e inocentes moradores. En pocas horas, las calles, las plazas, los jardines eran un monton de cadáveres, las casas i los palacios ardian. El espósito con su propia mano clavaba en el pecho del anciano rei, en su mismo palacio, su propia real espada, i le daba muerte aleve.... ¡Así pagó el ingrato todo lo que debia al rei!

Los que habeis leido el anterior relato os habreis detenido en mas de un punto para esclamar: ¡inverosímil! imposible! ¿Qué diriais, queridos lectores, si os asegurásemos que cuanto hemos dicho es perfectamente histórico? ¿Qué dirias, si como Natan a David, despues de referirle la parábola de la oveja del pobre, os asegurárамos que cada uno de vosotros ha sido el triste héroe de una historia del todo igual a la que acabamos de contaros?

Mostazal, abril 11 de 1872.

RAFAEL B. GUMUCIO.

UN RECUERDO.

I.

¡Era hermosa aquella niña
De purísimas miradas...!
Aun hoi dia su imájen
Conservo fija en mi alma.

Eran rubios los cabellos
Que caian a su espalda
I azules sus lindos ojos
Como el cielo de la patria.

¡Cuán lejanos esos tiempos
De aquestos tiempos se hallan
I aun asi no se han borrado
De mi memoria sus gracias!

¡Son tan dulces los recuerdos,
Si son recuerdos de infancia;
Si el alma sufre, es tan dulce
Volver atras las miradas!

II.

Inmenso pueblo cubria
Del vasto templo el recinto,
Que, entrado el sol, a la fiesta
Iba ya a darse principio,

I en todo el pueblo es tan hondo
A la Virjen el cariño,
Está en los pechos de todos
Su dulce culto tan fijo;

Que pobres i poderosos,
Mujeres, ancianos, niños
Acuden todos a honrarla
De amor los pechos henchidos:

I ¿quién no tendrá una lágrima
Que enjugar, en el camino
De la vida ¡ai! quién no siente
El pecho a veces herido?

¿Quién no tendrá algun deseo
Que ansie por ver cumplido?
I quién mejor que la Virjen,
Tierna Madre, podrá oirlo?

Por eso al *mes de María*
Acuden con regocijo
Quien una flor a ofrecerle,
Quien a ofrecerle un suspiro.

III.

I ella tambien, tambien ella
Allí está.... Blanda mirada
Con amor fija en María
Al dirijir su plegaria.

No va, nó, la hermosa niña
De la Virjen a las plantas
Para rogarle que a Dios
Pida el perdon de sus faltas;

Que es pura como la luz
De las estrellas su alma,
Como el lirio de los campos,
Blanca, limpia, inmaculada.

Otros temores la oprimen,
Otros cuidados la asaltan,
Son otros ¡ai! los motivos
Que turbada traen su alma.

I han de ser a fé mui graves
A juzgar por la constancia,
Por la atencion con que ora,
Por la fé de sus palabras;

Pues no le importa, si fijan
Las indiscretas miradas
En ella, que el pensamiento
Lo tiene en rejion mas alta,

I no le estorban del órgano
Las voces acompasadas,
Que esas voces mas elevan
Hácia los cielos su alma.

«¡Oh Madre! la hermosa niña
Con fé i amor así esclama,
¡Oh Madre! si nunca llega
Inútilmente a tus plantas

«El ruego humano, si nunca
Sorda te halló la desgracia,
Oye benigna mis súplicas,
Presta oido a mis plegarias:

«Quiso Dios que yo a mis padres
Perdiera en edad temprana,
Cuando apénas sus caricias
A conocer empezara;

«Perdí con ellos mi amparo,
Perdí tambien mi esperanza.
¡Dios lo quiso!.... hecha fué
Su voluntad soberana.

«Mas, oh Virjen, si en el mundo
Me encuentro desamparada,
Si una mano no hai que enjugue
En la desgracia mis lágrimas;

«Cuida, al ménos, mi inocencia,
Vela por mi, Virjen santa,
Sé tú mi amparo i refujio,
Sé al ménos tú mi esperanza.

«Yo ví en las tardes de julio,
Pasada ya la borrasca,
Mucho mas diáfano el cielo
Brillar con luz mui mas clara;

«Pues así como esa luz
Conserva pura mi alma
Sin una mancha que empañe
Su limpieza inmaculada,

«Tan blanca como las flores
De aquel jazmin que en mi estancia
Cultivo para ponerlas,
Signos de amor, a tus plantas.

«Mas hai tambien en el mundo
Otro sér por quien mi alma
Te ruega, otro ser querido
A quien mi pecho idolatra;

«Por él te pido. Que nunca
Turbe su paz la desgracia,
Que nunca su frente anuble
El dolor, nunca las lágrimas

«Amarguen su vida; pura
Haz cual la mia su alma,
Que sepa amar, i me ame
I te ame a ti, Virjen santa»

Dijo la niña: encendidas
Con suaves tintas estaban
De amor sus blancas mejillas
Al acabar su plegaria.

I oyó la Virjen su ruego,
Tornó cual la suya mi alma,
Hácia Dios mucho mas libre,
Hácia el bien mas inclinada.

I la amé mas, porque hallé
Que si eran muchas las gracias
De su cuerpo, era aun mas bella
La pureza de su alma.

¡Quiera Dios que, al recorrer
De su memoria esta pájina,
No haya olvidado a quien fué
Objeto de sus plegarias!

CELSO VÍCTOR CÁCERES.

ENTRE VECINOS.

Las vecindades si bien unas veces son mui agradables, son otras veces harto incómodas.

Hai vecinos que gusta tenerlos por tales, i vecinos hai de los que se querria estar a mil leguas de distancia.

Sucede que en algunas circunstancias es de bendecir las vecindades que a uno le deparó Dios, i sucede tambien que en algunos momentos las vecindades sacan de quicio al mas paciente vecino.

Si en vuestro barrio tiene su morada alguna simpática i graciosa niña que os da motivo para que cada vez que salis de vuestra casa, pasando por su ventana, le hagais un cumplido i atento saludo, saludo que ella corresponde con una dulce sonrisa, os felicitais por cierto de vivir en tan buena vecindad. Pero quizas apénas habeis teni-

do ese inocente placer, cuando os encontrais con otra vecina, soltérona cuyos años se cuentan ya por inviernos, gaceta viviente de chismes i habladurías, i en cuya risita irónica demasiado comprendeis que vuestra reciente atencion le da pié para ir a echar su mano de conversacion donde algunas de sus amigas, a las cuales contará con vivos colores lo que acaba de ver, abultando la noticia hasta que llegue a sacar la consecuencia de que Fulano está *templado* con la Fulana.

Mucho sin duda gusta en aquellas interminables noches de invierno, cuando la lluvia cae a torrentes acompañada de un vientecillo helado que penetra los huesos, mucho gusta entónces tener a cuatro pasos de su casa donde *pasar la noche* en agradable tertulia i sin ir a arrostrar la lluvia i el frio, esponiéndose a cojer sino una pulmonía por lo ménos un catarro. En esa misma noche no faltará sinembargo, quien, metido en su cuarto, maldiga una i cien veces de la suerte de habitar pared de por medio con un cigarrero que hace funcionar su máquina de picar tabaco o con una colejiala que, durante horas de horas, estudia en el piano las escalas que ha de dar de leccion al siguiente dia.

* * *

Entre los gajes de la vecindad, hai uno que bajo el aspecto de las ventajas ninguna o casi ninguna proporciona i que da ocasion a frecuentes incomodidades contribuyendo no poco a hacer ejercitar la paciencia. ¿A quien no ha acontecido algun dia que hayan llamado a su puerta en busca de don Fulano de Tal, su vecino?

Hai casas que, talvez en virtud de una lei magnética desconocida que atrae a ellas a todos los que andan en busca de álguien, parece que están destinadas para que, a todas horas del dia, los fámulos no tengan otra ocupacion que salir a responder a los que golpean que ahí no vive la persona por la que se pregunta. A algunas de esas casas no es raro que haya quien se dirija en demanda de jente que habita en el otro estremo de la ciudad. Ni tampoco es de admirar que mas de un patan le sostenga al dueño de casa en sus barbas, que no es él quien en ella vive, sino el sujeto que necesita.

Tambien sucede que los habitantes de un barrio i aquéllos que los buscan, haciendo inútil el invento de la numeracion de los edificios, parece que se complotáran a fin de que las *señas* de las viviendas que dan o que le han dado, correspondan justamente a solo una de ellas. I entónces, pobre del vecino que tiene la desgracia de vivir *frente a la puerta verde*, o *pasada la acequia*, o *al lado del farol!*... Puede contar con seguridad de que a su casa irán a preguntar por don Mengano que vende una partida de bueyes, por doña Zutana que hace limosnas, por don Perengano al que se busca para notificarlo, i no faltará una media noche en que eche abajo casi su puerta alguno que va a llamar al médico o a la mamatrona que vive a media cuadra de distancia.

I si en esta buena ciudad de Santiago, en que las casas están habitadas jeneralmente por una familia, suceden estas equivocaciones, con mayor razon tienen lugar en aquellas poblaciones donde no solo en cada casa sino que en cada piso viven dos o mas familias.

* * *

Así, en el mismo pizo de una casa, vivian en Madrid hace algunos años, el célebre don Manuel Breton de los Herreros i el no ménos célebre don Pedro de Mata que a ser poeta como Breton unia el ser médico.

Las puertas de las habitaciones respectivas de los dos poetas estaban frente por frente i una misma escalera conducia al descanso comun sobre el cual abrian dichas puertas, estando sinembargo mas a la mano la de Mata. Natural era, pues, que a causa de esto, equivocándose muchas de las personas que iban a ver al autor dramático se dirijiesen a la puerta del médico.

Mata llegaba a desesperarse hasta un grado superlativo a causa de estas equivocaciones. Habia entónces dejado temporalmente de ejercer la profesion para escribir con todo sosiego su *Tratado de Medicina legal*, i continuamente tenia que suspender el trabajo para acudir al llamado de algun importuno.

Un dia el médico-poeta concibió una idea para poner punto i aparte a la intempestiva ignorancia del público.

Como la amistad no lo unia con Breton i si uno i otro se saludaban encontrándose al salir o al entrar, era solo por guardarse cierta cortesia en su calidad de vecinos,

no trepidó Mata poner en planta su idea que aunque injeniosa, al llevarla a cabo habia de herir necesariamente a su vecino. Mandó, pues, pintar un gran cartelon en el cual hizo escribir con letras de a palmo lo siguiente:

«Aquí, por este rincon
No vive ningun *breton*.»

Fijó Mata este letrero en la puerta de su cuarto, i satisfecho de su ocurrencia creyó verse ya para siempre libre de los que tan continuamente lo habian incomodado en busca del autor de *Marcela*.

Breton de los Herreros apénas vió el rótulo de su vecino al llegar un dia a su casa, se sintió picado naturalmente con la injuria que en él se envolvia, i juró en sus adentros vengarse de tamaña conducta.

Al efecto quiso castigar a Mata con la pena del Talion, i a los pocos momentos ya tenia hecho por sus propias manos otro cartelon que inmediatamente colocó en su puerta.

Breton habia sido mucho mas feliz que Mata i su letrero tenia algo mas de picante i de salado que el de éste.

Con letras bastante visibles desde alguna distancia se leia en el rótulo de Breton:

«Aquí en esta vecindad
Vive un médico poeta,
Que debajo la receta
Pone *mata*, i es verdad!»

.....

Un rompimiento sério i talvez de fatales consecuencias, provocado por estos carteles, estuvo a punto de tener lugar entre los dos vecinos. Felizmente mediaron algunos amigos de ámbos i la cosa pudo arreglarse de tal modo que Breton i Mata llegaron a verse unidos por una estrecha amistad.

RAMON C. BRISEÑO.

VARIEDADES.

EXCELENTE RESPUESTA.

—

En un exámen de física preguntó el profesor al examinando:

—¿Qué es espejo?

—Todo aquello que refleja los rayos de luz, contestó el discípulo.

—Entónces, yo puedo servir de espejo, añadió el profesor.

—Nó, señor, replicó el estudiante, porque Ud. no está *pulimentado*.

∴

OCURRENCIA FELIZ.

—

Sacó un conejo pintado
Un pintor mal entendido;
Como no fué conocido,
Estaba desesperado.
Pero halló un nuevo consejo,
Para consolarse, i fué
Poner de su mano al pié
De letra grande *conejo*.

∴

ADIVINANZAS.

—

—¿En qué se parecen los pasteleros a los cajistas?—En que hacen *pasteles*.

—¿En qué se parecen los que tienen un mismo oficio a los ciegos?—En que no se pueden ver.

—¿De qué manera se podrá tener siempre bastante plata sin hacer nada i sin tener de donde le venga a uno?—De ninguna.

—¿Cuál es la cabeza mas grande de Chile?—La que necesita mayor sombrero.

—¿Qué es lo que hacen los godos cuando cae un aguacero?—Dejarlo caer.

—¿Qué es indispensable para que uno se ponga bueno de salud?—Que esté ántes malo.

—¿En qué se parece una misa de requiem a un condenado?—En que no tiene *gloria*.

∴

LOS DOS MOSQUITOS.

—

Vino zumbando un mosquito
Tocando el clarin guerrero;
Yo que conozco sus gracias
Lo espanté con el pañuelo.

Otro viene callandito,
¡Detestable animalejo!
I, hallándome descuidado,
Me pica i levanta el vuelo.

Enemigo franco, pase!
Puede uno sacarle el cuerpo,
Pero ¿quién puede librarse
Del enemigo encubierto?

* * *

VAYA CON LA COSTUMBRE.

El rei de Polonia, Estanislao, acostumbraba adelantar un poco cada dia la hora de la comida.

Por esto un dia su médico le dijo con mucha razon:

—Si continuais, señor, de este modo, acabareis por comer la víspera.

* * *

UNA VERDAD.

Dice la calva María
Que es suyo propio el cabello;
I dice bien, que de valde
No se lo da el peluquero.

* * *

PRESENTE I FUTURO.

Una niña se casó, como se casan tantos, por interes. La modista, que no debia ser lerda, cuando le llevó el canastillo con las galas i vió el inmenso placer con que las miraba la novia, la dijo con una sonrisita bien picarezca:

—Señorita, veo que a Ud. le parece mejor el *presente* que el *futuro*.

CHARADA.

Mi *prima* es preposicion
Mui usada en todos tiempos.
Mi *cuarta* con mi *segunda*
Te darán de animal fiero
Feroz hembra, que hallarás
O ya en los polares hielos
O ya en tropicales tierras.
Mi *tercia* i *cuarta* por cierto
Nunca escuchaste de boca
Del comerciante avariento.
Mi *tercia primera* i *cuarta*,
Si las juntas con empeño,
Te brindarán rica pasta
Que tiene tu cocinero.
I mi *todo* (mui usado
En otros lejanos tiempos)
Hoi yo vengo, mi Bibí,
A proponerte resuelto.

SIRO LUQUE.

SOLUCION DE LA CHARADA DEL NÚMETO ANTERIOR.

A Bibi.

¿Qué busca el mundo? me dije,
¿Tras que corre con afan?
I hallé que el mundo perdido
Tras la *plata* ansioso va.
Sobre tan fecundo tema
Empecé a filosofar,
Cuando importuno arquitecto,
Con su charla sin igual,
A mostrarme vino un *plano*
Que le ordenara trazar,
I con esto i una *nota*
Que, en el estilo oficial
I por mal de mis pecados,
Recibiera a poco mas
¡Cómo quedó mi cabeza
Ya te puedes figurar!
Fuéronseme las ideas
I mal humorado ya,
Renegando de importunos,
Me turbaba mas i mas;
Cuando, bajado del cielo,
Llegó un amigo Oriental
I me dijo: amigo Siro,
Hoi mismo recibirás
Rico gajo de *bananas*
Con que te quiero obsequiar.
I en efecto, mi Bibi,
De *plátanos* un caudal
A la tarde me trajeron.
Dejé de filosofar
I volví a mi antigua calma.
Te espero; buenos están
Los *plátanos* a fé mia.
Adios: tu amigo leal.

SIRO LUQUE.

Contenido de este número.

I.—Un poeta de quince años, por Enrique del Solar, páj. 433.
II.—A la Virjen, poesia, por Quiteria Varas, páj. 436.
III.—Alfredo, continuacion, por Ruperto Marchant Pereira, páj. 437.
IV.—El Artillero de la Patria, romance, por C. Walker Martinez, páj. 440.
V.—Ingratitud, por Rafael B. Gumucio, páj. 442.
VI.—Un recuerdo, poesia, por Celso Víctor Cáceres, páj. 444.
VII.—Entre vecinos, por Ramon C. Briseño, páj. 445.
VIII.—Variedades, páj. 447.
IX.—Charada, por Siro Luque, páj. 448.
X.—Solucion de la charada del número anterior, por Siro Luque, páj. 448.

IMPRENTA DE «EL INDEPENDIENTE.»
Calle de la Compañía núm. 102.

LA ESTRELLA DE CHILE.

AÑO V. Santiago, abril 21 de 1872. Núm. 238.

UN NUEVO COLEGA

I LA FRATERNIDAD LITERARIA.

Se anuncia la aparicion de un nuevo periódico literario que llevará por título *La Revista de Santiago* i cuyo primer número saldrá a luz el 1.° de mayo. Tan pronto como tuvimos conocimiento de la noticia, nos preparamos para enviar al colega el mas cordial de los saludos. Desgraciadamente no han faltado gacetilleros que, adelantándose al nacimiento del nuevo colega i (queremos creerlo tambien) a los propósitos de sus directores, nos hayan significado que el que viene no es un compañero de tareas, animado del deseo de servir al progreso de la literatura nacional, sino un enemigo armado formidablemente para ultimar i reemplazar a *La Estrella de Chile*.

Apesar de tan brusca i gratuita agresion, *La Estrella de Chile* insiste en su propósito i hace votos por que el nuevo periódico merezca del público una favorable acojida. I estos votos no son solo la espresion de una exajerada benevolencia, que son tambien el resultado de mui sólidas i antiguas convicciones.

Desde luego nada cuesta a nuestra benevolencia sobreponerse a las pequeñas injusticias de jentes que, siendo mas o ménos estrañas al mundo de las letras, no aciertan a penetrar en él sinó por la estrecha puerta de sus intereses de pandilla. Poco nos importa que, para ponderar el mérito de la empresa que acometen los que se proponen fundar *La Revista de Santiago*, se apoque i se desconozca el de otros que ántes sin ningun estímulo i con ménos aparato han sabido acometerla i realizarla. Pòco importa que para ponderar la magnitud del servicio que el nuevo periódico literario viene a prestar a la literatura nacional, se nieguen injusta i descortesmente los modestos, pero mui positivos, que *La Estrella de Chile* le viene prestando hace cinco años. Poco importa todavía que, por medio de trasparentes alusiones se trate de negarnos todas las buenas cualidades que se acuerdan ya graciosamente al que está por nacer; que su grandeza se contrapónga a nuestra pequeñez, la sonoridad de sus cascabeles a nuestra tranquila existencia; el número casi infinito de sus importantísimos colaboradores, al escasísimo número de los mui insignificantes de *La Estrella de Chile*. Todo eso importa poco porque todo eso no es mas que palabras impotentes contra los hechos i todo eso puede perdonarse fácilmente tomando en cuenta el vivo deseo que muestran los padrinos del que está por nacer, de darle aire a toda costa i por cualquier medio.

Pero, si nosotros, que flotamos con mas o ménos fortuna hace cinco años, estamos dispuestos a tolerar que nos pellizquen los talones aquéllos que necesitan asirse de nuestros talones para salir a flote, no queremos dejar que pase la oportunidad de dar un saludable aviso a su inesperiencia.

El Padre Gratry, que acaba de morir como un sabio i como un cristiano a orillas de uno de los mas hermosos lagos de la Suiza, escribió un libro destinado a demostrar todo lo que hai de absurdo en el viejo adajio:—«¿Quién es tu enemigo?—El de tu oficio.» El libro del ilustre oratoriano se titula *La moral i la lei de la historia*, i en él se prueba hasta dejarlo de sobra la grande i consoladora verdad de la mancomunidad humana. Allí se prueba con hechos i con cifras que san Pablo tuvó razon para de-

cir que todas las naciones son coherederas; i que no hai medio alguno de eludir el precepto evanjélico que nos ordena compartir con nuestros semejantes el peso de la vida. Mas aun, no solo es una verdad que todos estamos interesados en la prosperidad de todos; sino que particularmente lo está el que consagra sus brazos, su intelijencia o sus capitales a un objeto dado en la prosperidad de sus compañeros de trabajo. De tal suerte que lo que afirma el antiguo adajio es precisamente lo contrario de la verdad; pues léjos de tener intereses encontrados los hombres que son del mismo oficio tienen intereses idénticos.

Seria largo dar las pruebas de esta tésis; pero cualquier hombre instruido sabe que ella, paradójica en apariencia, es en el fondo perfectamente exacta.

Así, pues, *La Estrella de Chile* tiene un interes positivo en la prosperidad del nuevo periódico; como éste lo tiene tambien en la prosperidad de aquélla. I la cosa se comprende sin muchos esfuerzos de imajinacion. En su carácter de revistas literarias, ámbas tendrán que buscar la vida en las mismas fuentes i luchar con idénticas dificultades.

Una triste esperiencia nos ha probado que en Chile no ha habido un público suficiente para el sostenimiento de una revista literaria. Mil veces se ha tentado fortuna i otras tantas no se ha hecho esperar el desengaño. ¿Esto proviene de que ántes de ahora no se haya publicado entre nosotros periódicos dignos de encontrar en los hombres de letras i en el seno de las familias una favorable acojida? Indudable que nó, i para probarlo bastaria recordar los nombres de algunas interesantes publicaciones que han muerto temprano en medio de la indiferencia pública. Cierto es que raras veces los periódicos literarios han logrado mantenerse mas de uno o dos años sin perder el interes de sus primeros números; pero esta decadencia precoz es el resultado preciso de la indiferencia pública. En efecto creemos que Chile es el único pais donde todos los que trabajan en un periódico literario tengan que trabajar gratuitamente. La prensa política paga sus redactores, sus corresponsales, cronistas, editores, etc.; la prensa literaria a nadie paga: llena de favor sus columnas.

Cuando tales son las condiciones de la vida ¿cómo estrañar la frecuencia con que se vienen repitiendo las muertes prematuras? ¿Cómo no comprender sobre todo que el enemigo de la prosperidad de tal periódico que se proyecta fundar no es tal otro que brega por conservarse a flote, sino la estrechez del círculo en que el uno vive i el otro tendrá fatalmente que vivir? ¿Cómo darse cuenta cabal del fin que se persigue tratando de desprestijiar a aquéllos que desinteresadamente perseveran hace cinco años en la ruda obra de romper el hielo de la jeneral apatía, i de crear un público para las producciones literarias? Seria de irritarse si no fuera de entristecerse.

Porque a la verdad es bien triste cosa tropezar en el campo de la literatura con las injusticias, los odios i las preocupaciones de la política. Supongamos por un momento que *La Estrella de Chile* no haya reflejado con todo el brillo que seria de desear el movimiento literario del pais durante estos últimos años i, esto supuesto, permítasenos preguntar ¿cuándo *La Estrella de Chile* ha pretendido el honor de condensar en sus columnas los rayos de todas las intelijencias? ¿Cuándo ha intentado siquiera ocultar lo que es i lo que vale tras una larga lista de literatos escrita en la carátula, colaboradores obligados que nunca colaboran?

Nuestra actitud ha sido mas modesta i mas digna. Hemos ofrecido las columnas de *La Estrella de Chile* a todos los hombres de buena voluntad, sin otras condiciones que la de respetar la relijion i la moral. Algunos han aceptado nuestro ofrecimiento honrándonos con interesantes colaboraciones; otros

nos han vuelto la espalda con desden i a ésos nos hemos contentado con dejarlos en paz.

El público, que conoce la marcha que hasta aquí hemos seguido, sabe si *La Estrella de Chile* ha prestado o no algunos servicios a la literatura nacional i juzgará a los que, llegando al trabajo apénas i ántes de manifestar sus aptitudes, se entretienen en reñir i censurar a los que perseveramos en el trabajo desde la primera hora.

Tales censuras no nos distraerán de nuestras tareas. Continuaremos haciendo el bien, sin estrépito ni desaliento, en la medida de nuestras fuerzas.

A los que se complacen en ponderar el poco fruto que hemos obtenido nos contentamos con observarles que eso solo probaria la magnitud i el mérito de nuestros sacrificios.

A los que no encuentran palabras bastantes desdeñosas para caracterizar nuestra literatura, nos limitamos a rogarles tengan a bien enviarnos la suya.

MUERTE DE ABEL.

I.

No léjos del Eden una llanura,
Del aura virjinal acariciada,
Se estendia, de flores esmaltada,
Que con ardiente luz bañaba el sol.
Al pié de una montaña se elevaban
En la desnuda peña dos altares,
Do formaban encinas seculares
Con sus ramas esbelto pabellon.

Allí, al lanzar el sol su último rayo,
I al caer de la tarde silenciosa,
Cain i Abel con planta presurosa
Van a ofrecer sus víctimas a Dios.
De súbito una llama misteriosa
Quema de Abel la víctima inocente,
I una voz celestial, pura se siente
Que bendice su ofrenda i su oracion.

Esto, otra llama mas voraz enciende
En el alma feroz del vil hermano;
Que abrasado en furor, en odio insano,
Juró de Abel la sangre derramar.

Desde entónces Cain en su delirio
Acarició en su pecho la venganza;
Halagado de pérfida esperanza
Creyó en su crímen el reposo hallar.

Era una tarde del risueño estío:
Los dos hermanos en estrecho abrazo
Cruzaban la floresta; eterno lazo
Parece unirlos en fraterno amor.
Todo era soledad.... profunda calma
En las vírjenes selvas dominaba,
Do por la vez primera se escuchaba
De los hombres el lánguido clamor.

Nadie en el mundo el caminar seguia
De Abel i de Cain; nadie presiente
Que con su último rayo el sol poniente
Fuera el primer cadáver a alumbrar.
Al borde de una fuente cristalina
Que en plácida corriente deslizaba,
Sobre el césped que el agua salpicaba
Siéntase Abel tranquilo a reposar.

Era el fatal momento.... hondo silencio
Dominó en derredor.... calló la brisa....
Detúvose la fuente, e indecisa
Su copa el árbol inclinó tambien.
Lanza entónces Cain turbia mirada,
I su diestra en el aire suspendida,
Deja caer el golpe fratricida
Sobre el cuello purísimo de Abel.

De súbito, entónces, desátase un trueno,
I ronco se escucha de un rayo el fragor;
Mil sombras enlutan el cielo sereno,
Bramidos siniestros lanzó el aquilon.
Veloz una nube cruzando la esfera
Bañada de luces la sombra rasgó,
Conduce un querube que el ala lijera
Al pié del cadáver su vuelo posó.

II.

«¿Qué has hecho, oh infeliz! ¿do está tu (hermano,
El compañero amable de tu vida?
¿El que hoi no mas con cariñosa mano
Acarició tu frente maldecida?
¿Aquél que ayer la lágrima enjugaba
En el seno materno derramada?
¿El que con dulce, con filial ternura
Consolaba su amarga desventura?

«No me respondas, nó; qué ¡ai! esa sangre
Sobre la tierra vírjen derramada,
Clama al cielo venganza;
I venganzas habrá, i ruina i llanto
Sin que reste un consuelo a tu quebranto.

Tu mano fratricida
Ha inmolado la víctima primera;
Pero esa alma del mundo desprendida,
Como el primer aroma de las flores,
Por la mano de Dios es bendecida.

«Mas, anda, tú infeliz; tu crímen llora
Fujitivo arrastrando vil cadena....
La diestra vengadora
A desdicha incesante te condena.
Vé.... i en tu frente llevarás escrita
La maldicion divina;
Raza infame i proscrita
Nacerá de tu seno
Que eterna execracion del mundo sea,
Que en ella el criminal su muerte vea.»

III.

Dijo, i al punto el ala desplegando
Va en los aires su vuelo remontando.
Cain trémulo entónces
Inclina la cabeza, i de sus ojos
Caen mil gruesas lágrimas que bañan
Del yerto Abel los fúnebres despojos.

De su pecho se arranca un ¡ai! doliente...
Su labio balbuciente
No acierta a producir sino alaridos....
La maldicion del cielo
Resuena sin cesar en sus oidos;
Su mirada siniestra i vagarosa
No encuentra do fijarse,
I su planta dudosa
Traspasa el llano i atraviesa el prado,
Huye a la selvá i trepa en el collado.

Del pájaro el jemido i la hoja leve
Que dormida al pasar la brisa mueve,
Lo espanta i amedrenta,
Cual si fuera de Abel la sombra cruenta,
Que en venganza fatal la tumba deja
A su oido llevando amarga queja.

Llama la muerte con terrible acento....
El quisiera verter su sangre impura
I con ella sellar su desventura.
Porque es dulce morir cuando una espina
Tortura la existencia,
Es bien dulce, morir cuando una llama
Inestinguible abrasa la conciencia.

Desde entónces Cain prófugo i triste,
Siempre ajita un recuerdo su memoria,
Escucha siempre su fatal sentencia,
Siempre clama en su oido la inocencia.

IV.

Esto que allá los siglos contemplaron
Cuando la tierra virjen se adormia,
Es la historia del mundo
Jamas interrumpida;
Se alza potente el crímen e iracundo,
I siempre la virtud jime abatida;

Miéntras se ofrece incienso a la mentira,
No hai una voz que enérjica i valiente,
Desafiando del mal la negra ira,
Vindique sus derechos conculcados
I haga triunfar sus fueros ultrajados.

Mas, aunque la virtud jima en prisiones
I en lágrimas empape sus cadenas,
El cielo le decreta bendiciones;
I en tanto que los ánjeles le tejen
Espléndidas coronas, el consuelo
A raudales desciende desde el cielo.

No importa, nó, que el crímen coronado
Levante su cabeza,
Que bien pronto Jehová lanza indignado
Los rayos de su ira,
I en humo, en ilusion trueca su gloria
I borra de la tierra su memoria.

RODOLFO VERGARA A.

LINEAS SIN TÍTULO.

I.

La pródiga mano de Dios concedió a los astros del firmamento grandeza i esplendor; dió a la mar inmensidad i furores tremendos; verdes prados, aguas cristalinas, bosques, altísimas montañas i mil primores a la tierra firme; vistió a las aves de vistosas plumas, les dió suavísimos gorjeos; dió fuerza al leon, pujanza a todas las fieras de los bosques; al pez otorgó la inmensidad del mar i velocidad de flecha. Esa mano creadora i benéfica, que hizo brotar de la nada maravillas sin cuento i que no fué mezquina en dones, a ninguna dió lo que a su creatura predilecta, el hombre. Queria Dios que el hombre fuese la mas perfecta de sus obras, la coronacion de todas las maravillas que habia creado la omnipotencia.

El Creador sopló sobre el barro i una chispa desprendida de la infinita intelijencia se trasmitió al barro con ese soplo. El barro fué hombre i hombre intelijente, con pensamiento.

En alas de aquella chispa poderosa i veloz, se remonta el hombre a la rejion de lo infinito i sorprende sus arcanos; paséase por el espacio, cuenta los astros del cielo, los mide, i domina los armoniosos i perennes movimientos que ejecutan en sus jigantescas órbitas; desciende alumbrado por esa chispa hasta las entrañas de la tierra i le roba sus secretos i sus tesoros; el el mar, la montaña, el pez colosal i el menudo insecto, desde el ser infinito en la grandeza hasta el ser infinito en lo pequeño; toda esa inconmensurable rejion que abraza lo increado i lo creado, lo visible i lo invisible, lo pasado i lo presente i hasta lo porvenir, el cielo, la tierra, el aire i el mar ¿no es todo dominio del pensamiento? no lo recorre, no lo escudriña todo?

II.

El hombre es una creatura esencialmente social: nace en la sociedad, por ella se conserva, vive en ella como en su elemento propio. Era menester, pues, que la mas noble de sus facultades, la que lo constituye hombre, no quedase fuera de la sociedad; el hombre debia aportar el pensamiento a la sociedad humana. Esa lumbrera que Dios nos dió no debia alumbrar a un solo hombre. Era menester que el pensamiento se comunicase, i se comunicó. El lenguaje es el pensamiento comunicado, socializado, triunfante del aislamiento individual, el pensamiento de uno hecho bien comun de todos. Dios no dió el lenguaje junto con el ser. Adan habló cuando, al despertar de su sueño, encontró a su lado a la compañera «carne de su carne i hueso de sus huesos.»

III.

El alma piensa, la voz traduce el pensamiento; pero la voz pasa junto con la vibracion que produce.

La palabra es un signo fugaz que se estingue en el aire sin dejar ninguna huella. Necesitaba el pensamiento triunfar del tiempo, i triunfó. La mano del hombre trazó signos en las piedras, en el bronce, en la cera, en el pergamino i en el papel; el hombre escribió. Un anciano concibe un pensamiento, lo estampa en la escritura i de jeneracion en jeneracion pasará a sus hijos i sus nietos.

Sin la escritura, ¿qué habria sido del progreso del mundo? ¿De qué habrian servido a un siglo las elucubraciones de los hombres de otros tiempos? Cada siglo habria necesitado hacer el trabajo de todos los siglos, i la humanidad estaria estacionaria, perdiendo constantemente en el olvido cuanto a costa de tantos sudores hubiera ganado.

IV.

Pero ¿qué es una hoja donde un hombre ha consignado su pensamiento, si hai millones de hombres desparramados en toda la redondez del mundo, separados unos de otros por inmensos mares i altas montañas? El pensamiento ha triunfado del tiempo, pero no se ha multiplicado. El pensamiento se multiplicó tambien: vino la imprenta.

Los signos que trazó un hombre en una hoja de papel los reproduce a millares la prensa con maravillosa rapidez. Para cada hombre hai una hoja que le trasmite el pensamiento entero.

El pensamiento cruza los mares, salva las barreras de granito, ya no hai para él distancia, porque ha triunfado tambien del espacio.

El pensamiento de uno es de todos, el del habitante de un confin del globo llega a todas las zonas, a todas las rejiones, el pensamiento de un siglo pasa intacto i nuevo al traves del tiempo, sustraido a la accion destructora de los años; tiende su vuelo por sobre el abismo del olvido i va a resonar en las mas remotas jeneraciones.

La palabra estampada con caractéres indelebles cuenta a todos los siglos la historia de los siglos que ya pasaron; la ciencia de ayer nos llega entera contenida en un libro; la ciencia de hoi pasará a la posteridad; mañana nuestros nietos disfrutarán de la ciencia de ayer i de la ciencia de hoi.

V.

Las hojas que pasan por la presion de las prensas, maravillosamente multiplicadas, ruedan por el mundo entero i lo conmueven. Esas hojas son cátedra del sabio, tea del incendio, savia benéfica que entra a circular en las venas del mundo, o corrosivo tósigo que lo envenena, lo corrompe i descompone. Temible instrumento, espada de dos filos, la prensa es lo mejor i lo peor. Las mismas prensas que reprodujeron, llenas sin duda de relijioso pavor, la palabra

inspirada por Dios, el Libro de los Libros, fueron las que repitieron las infamias de Lutero i sus sectarios, las que inundaron al mundo con las locuras i blasfemias de Voltaire i los suyos.

Despues del libre albedrío, ningun don mas tremendo nos dió Dios que la palabra; i el don de la palabra es tremendo en el hombre precisamente porque el hombre es libre. Pero la palabra es oida solo de unos pocos; deja de sonar la voz i ya no hai de ella mas que su recuerdo; pero estampad la palabra en un papel i la habreis perpetuado con su influencia benéfica o funesta; reproducid en millares de hojas esa misma palabra, desparramadla por todo el mundo, i junto con ella estais esparciendo a los cuatro vientos la buena o la mala semilla. Voz que adora o blasfema, que predica o escandaliza, que seduce o hace aborrecer, que ajita i conmueve, voz pue mata o vivifica, voz buena o voz mala que va a resonar en millares de oidos, no en la jeneracion de hoi tan solo sino en cuantas vengan despues ¡cuán poderosa arma es la prensa! cuán benéfica o cuán funesta segun la mano que la maneje!

¡Que sepan los hombres usar del don de Dios i que se den verdad i virtud, paz i vida!

Santiago, abril 18 de 1872.

RAFAEL B. GUMUCIO.

APARICION

DÉ JESUS RESUCITADO A LA SANTÍSIMA VÍRJEN.

Cese, María, tu jemido triste....
¿Lloras al hijo que en acerba pena
Viste sumido sobre el cruento Moriah?
Cese tu llanto.

Dia felice con su luz anuncia
Nueva que enjugue tu materno lloro,
Nueva que esparza en el doliente pecho
Gózo divino.

Sale radiante de esplendor i gloria
Cristo, florece de la tumba helada,
Cándida enseña con su diestra mano
Plácido ajita.

¿Sientes ahora los pesares hondos
¡Ai! que te abrieron incurable herida?
¿Lanzas ahora con dolor amargo
Lúgubres ayes?

Nó, que arrobada de celeste gozo
Ries si miras al divino dueño:
Luz que estacia su semblante brota,
Júbilo santo.

¡Cuánta delicia su palabra vierte,
Cuánta dulzura su mirada infunde!
Gratos coloquios al dolor suceden,
Tiernas caricias.

Ví yo del iris los colores bellos,
Ví los diamantes por la luz heridos,
De aves i flores el esmalte vario,
Ví mil bellezas.

Todo se eclipsa, desparece i muere,
Ante la majia del virjíneo rostro,
Cuando le inflama con sus puros rayos
Astro divino.

Avidos buscan los maternos ojos
Llagas sangrientas, que en luctoso dia
Crueles abrieron, respirando sangre
Fieros sayones.

¡Cambio dichoso! relucientes brillen,
Suaves oleadas de jasmin i rosa
Brotan, suspende los sentidos nuevo,
Célico aroma.

Rayos del alba, refuljente auréola,
Ciñen la frente, que punzante espina,
Puesta por mano del feroz verdugo,
Cruel destrozara.

Gózate, madre de sin par ventura,
Viendo que es astro de esplendor divino,
Fuente de vida el que llorando viste
Fuente de penas.

Arda en los pechos entusiasmo sacro,
Unanse al gozo de la Madre tierna
Anjeles, hombres i en sonoro canto
Canten su dicha.

ESTÉVAN MUÑOZ D.

¿POR QUÉ CREES?

—«¿Por qué crees? ¿Por qué rindes en el fondo de tu alma profundo acatamiento a la palabra de Dios? ¿Por qué detienes tu

mano en la puerta que custodia la fé, sin que jamas oses desear siquiera traspasar su dintel?

«¿Es esto lo que pasa en tu alma? ¿I no es verdad que es entónces cuando te encuentras mas dueño i señor de ti mismo?

«No es esta una paradoja, sino la sincera espresion de la verdad, tal cual la concibe la mente humana.

«Razon i fé no son cosas antitéticas. No habria fé sin razon, ni habria hombre si no existiera la razon.

«Es la razon la que inclina nuestra mente ante las enseñanzas de la fé; es ella i solo ella la que descubre a nuestro espíritu que es necesario creer que, sin el faro de la fé, perdemos el rumbo, que vamos directamente al precipicio.

«¿Sientes la necesidad de creer?

«¿Puedes dejar un solo instante de creer?

«¿No encuentras a cada paso una nueva razon que justifica tu fé, que le da mas vuelo, que ensancha hasta lo infinito los horizontes en que se espacia?

«¿Puedes ser razonable sin creer?

«Sí, yo creo una i mil veces.

«Todo habla a mi espíritu ajitado con esa convincente elocuencia que solo se bebe en Dios, fuente de toda razon i de toda verdad.

«El cielo, el mundo, cuanto veo, cuanto pienso, hasta las mismas dudas que me ajitan me dicen que debo creer, que, sin creer, mi vida es un eterno i roedor martirio.

«Cuando pienso en lo que hai mas allá, en el mundo que empieza para el espíritu humano, cuando los sepultureros ciegan con tierra la fosa abierta para ocultar a la vista de los hombres el horrible aspecto de la descomposicion de la materia, que vuelve al polvo de donde salió al soplo del Verbo de Dios, mi alma se abisma, me aterro, me confundo, i, como el filósofo, no puedo hacer otra cosa que arrojarme en el seno de Aquel mismo principio de mi terror.

«Es éste el movimiento espontáneo de mi espíritu; no me hago violencia. Sino lo obedeciese, mi espíritu seria víctima de la desesperacion.»

Esto encontré, hace algunos años, escrito en una cartera que llevaba en su portada el nombre de un amigo mio.

No habia en ella nada que no fuera la verdad, ni una sola palabra que no fuera la voz del corazon de un jóven, a los 18 años.

Confieso que me hizo impresion.

Nos encontrábamos mi amigo i yo en un colejio, adonde no llegan jamas las olas de las pasiones, en donde reina siempre como señora absoluta la fé, que hace hombres buenos, que hace hombres felices.

Yo apénas sabia que hai quienes dudan; que hai muchos que se alejan para siempre de las playas en donde vive la luz eterna.

Allí todo conspiraba a aumentar la fé.

Antes que asomara la luz del alba, cien voces infantiles invocaban al espíritu de Dios. ¡Nada mas enternecedor! Lo recuerdo con entusiasmo i tristeza. Como la música del pastor de la fábula, esta memoria es a un mismo tiempo alegre i triste a mi alma.

¡I Dios oia i la luz santísima de todo cristiano llenaba de amor casto lo íntimo del pecho!

Corrieron los años.—Todos nos dispersamos, i hoi....estamos ya mui léjos, unos de otros, los que como hermanos aprendimos juntos a amar a Dios i amar la ciencia.

No hace mucho tiempo, una feliz casualidad me reunió con uno de los amigos de colejio.

Era el mismo de cuya cartera he copiado una página.

Ya no era el mismo. ¡No creo nada! me dijo. I apesar de sus alegres bromas, comprendí que habia sentido en su corazon, al pronunciar estas palabras, la aguda punzada de una espina.

Nuestra conversacion rodó sobre mil futilezas. Charlamos mucho, recordamos juntos los dias de colejio, aunque ni él ni yo los apreciábamos de la misma manera.

No volví a verle. He recordado cien veces sus palabras, i despues de repetirlas por mis propios labios, he dudado todavía que las hubiera pronunciado.

Hace pocos dias recibí una carta.

Al romper su sobre, esperimenté no sé qué vago temor. El corazon me advertia que me iba a encontrar en presencia de una revelacion consoladora.

Despues de leerla comprendí una vez mas cuántas verdades encerraba la cartera de mi amigo, i con cuánta fuerza eran confirmadas por su carta.

Decia así:

«*San....., marzo* 22 de 1872.

.....

«He perdido, me decia en ella, en el es-

pacio de pocos meses a mi madre i a Julia, que constituian todo lo que he ambicionado en las horas de mis ensueños de muchacho.

«Tú comprenderás lo que he sufrido. Mi esposa i mi madre me abandonaron casi al mismo tiempo. Tres dias no mas trascurrieron entre una i otra muerte.

«¿Lo creerás? Entónces comprendí nuevamente que es necesario tener fé, que sin ella el mundo es una burla cruel, una mentira que seduce, que embriaga, pero que mata!

«Cuando arrodillado al pié del cadáver de mi madre, presa de la desesperacion, buscaba un consuelo, un lenitivo a mi dolor, fijé involuntariamente los ojos en sus manos. ¡No sé lo que por mi pasó! No puedo esplicártelo. Fué un sueño; pero un sueño que me ha consolado.

«He recordado despues que lo que llamó mi atencion era un pequeño crucifijo, que estrechaban con fuerzas sus heladas manos.

«De esa cruz salió un rayo de luz que alumbró mi espíritu ofuscado. Entónces vi el alma de mi madre que descendia a la mia, i le decia: «cree i espera; hijo mio.»

«He vuelto a la fé, mi buen amigo. La muerte de los seres que mas he amado en la vida me han hecho creer i esperar en la resurreccion de los muertos i en la inmortalidad del espíritu.

«¡Ah! el alma de mi madre no podia morir con su cuerpo! Habia practicado la virtud siempre; ni las penas ni las alegrías entibiaron un solo instante su fé en Dios.

«Es verdad que ya no la veo con los ojos de la carne, pero la distingo perfectamente con los ojos de la fé.

«Hace dos dias estuve en la iglesia del pueblo. En el centro i cerca del altar mayor se alzaba un modesto catafalco. El cura recitaba el oficio de los difuntos, miéntras unos cuantos niños, que rodeaban el túmulo, repetian el *Padre nuestro*.

«Cuando llegó el momento del responso final, oí pronunciar el nombre de mi madre. Entónces caí involuntariamente de rodillas i adoré a Dios i le confesé con toda la efusion de mi espíritu como autor i conservador del mundo, con toda la fé con que le confesó Lázaro, al sentir en su sepulcro el soplo inmortal que animaba de nuevo su cadáver.

«Debo esplicarte lo que significaban esas exequias.

«Mi madre habia sido presidenta de la sociedad de beneficencia del pueblo desde su fundacion, i consagrado su vida entera al servicio de los pobres. Era todo la que podia hacer, puesto que su renta apénas le alcanzaba para mantener modestamente su casa.

«Los pobres habian querido honrar la santa memoria de la que fué, miéntras vivió, la mejor de las mujeres, la mas caritativa de todas.

«Dime ahora ¿no es verdad que yo soi lójico cuando creo en Dios, que es consuelo para los que sufren, luz para los que dudan, providencia, en fin, para la humanidad entera?

«Hoi estoi ya tranquilo. Mi vida toda entera la he consagrado a mi hijo que tiene ya dos años i a quien enseño, al toque de la oracion de la tarde, a rezar por su madre i por la mia, que a ambos nos miran juntas desde el cielo.»

Hasta aquí mi amigo.

Razon tenia la señora de Swetchine cuando escribia:

«El creer debiera aislar en un siglo en que tan rara es la fé, i sinembargo, sucede precisamente lo contrario. Todas las simpatías, todas las penetraciones son todavia para los que creen, i pudiera decirse que desde un punto elevado disfrutan la ventaja de los que saben muchas lenguas, de oir i ser escuchados del mayor número de personas.»

¿No encontrais, lectoras, profundamente ciertas estas espresiones?

Santiago, abril 18 de 1872.

VENTURA BLANCO.

EL HIJO DEL PATRIOTA.

Larga va, larga i porfiada
La lucha que los patriotas
Sostienen en San Mateo
Con las armas españolas:

Está Bolivar al frente
De los hijos de Colombia,
I a los invasores manda
Boves, de infausta memoria.

El obstinado combate
Largas horas se prolonga;
I ni avanzan los de España,
Ni desmayan los patriotas.

Se cruzan las bayonetas
Una vez i otra vez; rotas
Las filas vuelven a unirse,
I nuevamente se chocan.

No de otra suerte en el mar
Se rompen las roncas olas
Cuando fieros temporales
Las sacuden i destrozan!....

No hai perdon para el vencido!...
Triunfar, pues, es lo que importa,
Antes que el astro del dia
Su luz apague en las sombras.

I triunfar, o sucumbir,
Han jurado los patriotas,
Que ántes que vivir esclavos
Prefieren morir con honra!

—«Aun flamea en el castillo
Entre el humo de la pólvora
El pendon de Venezuela
Para hacernos burla i mofa:

«Españoles, a trocarla
Por la bandera española!....
Adelante, guerra a muerte!
I a rios la sangre corra!....»—

A sus hordas de salvajes
Gritó así con voces roncas
El Atila Americano
Que ha maldecido la historia;

I las hordas al instante
Se lanzaron tumultuosas,
Como bandadas de tigres
Que hambre de muerte devora.

Mas, no sabia el tirano
Al dar sus órdenes torvas
Que Villapol defendia
La bandera de Colombia;

Que en la trinchera del fuerte
Con resolucion heróica
Villapol jurado habia
Triunfar, o morir con honra!

Villapol!.... Alma sublime,
Digna de eterna memoria,
Mártir de la libertad
En aquella edad gloriosa!

Si fué violento el empuje
De las fuerzas invasoras,
La defensa de los libres
No fué ménos vigorosa.

Se estrellaron los de Boves
En las filas de Colombia
Como las olas del mar
En las rocas de la costa.

Rujió el tirano; colérico
Corrió a unir sus filas rotas,
I tocó «carga i degüello!»
I volvió a lanzar sus hordas.

Cielo santo! No es posible
Que resista a un monte de olas
Una barca destrozada
Por tormentas horrorosas.

Los patriotas flaquearon....
Como palma que se dobla
Al vendabal, al rigor
De herida mortal i honda,

Cayó Villapol en medio
De sus filas jenerosas,
I exhaló su último aliento
Con dolor, pero con gloria!

Grito salvaje de triunfo
En unas filas, en otras
De afliccion, atronó el aire
E hizo eco en las altas bóvedas.

Muerto el caudillo ¿qué queda,
Sino apurar la derrota
I acuchillar sin piedad
Con odio que no perdona?....

Tened! Aun falta a la América
Una prueba mas heróica
De lo que valen las almas
De su raza poderosa!

Postrado en el hospital
I lleno de heridas hondas,
Pedro Villapol jemia,
Cuando en la lucha fragosa

Cayó su padre lidiando:
Entre el humo de la pólvora,
Desde su lecho de angustia
Donde la fiebre lo postra,

El alcanzó a distinguirlo:
Lo vió en su última hora
Rendir la vida a su patria
Mártir de una causa hermosa;

I haciendo un supremo esfuerzo
Tomó en las filas patriotas
El lugar que un momento ántes
Dió a su padre tumba honrosa.

—«Que de la patria querida
En las aras espiatorias
Se consuma el sacrificio
De una abnegacion piadosa!

«Donde el padre rindió el alma
Sobre el altar de la gloria
El hijo a la misma causa
Ofrezca su sangre toda:

«Que ántes que doblar el cuello
A una opresion vergonzosa
Es fuerza cien i cien veces
Derramarla gota a gota!

«Sobre la tumba del libre
Las jeneraciones lloran,
I amasa el mísero esclavo
Su pan con torpe deshonra!»—

I así diciendo el caudillo
Volvió a unir las filas rotas,
Infundió aliento a los suyos,
Dió voz a las cajas roncas;

Volvió a repartir la muerte
El castillo con cien bocas
De áspero metal bruñido;
La bandera de Colombia

Flameó en el viento brillante
Como el sol de la victoria,
I los nobles Caraqueños
Combatieron a su sombra!....

—

Ciñó el hijo como el padre
Del martirio la corona:
Ambos hallaron su tumba
En la cuna de su gloria!

C. WALKER MARTINEZ.

POR AMOR I POR DINERO

COMEDIA EN TRES ACTOS, ORIJINAL DE DON LUIS RODRIGUEZ VELASCO (1).

I.

Preguntado un gran compositor, despues de una primera representacion, sobre los méritos de una obra que habia hecho subir a la escena un compositor novel, contestó: «hai en ella algo de bueno i algo de nuevo; mas, ni lo nuevo es bueno ni lo bueno es nuevo.»

Esta gráfica calificacion, es tambien una sátira picante i del mejor gusto, una manera feliz de espresar la nulidad de una obra i la impotencia de su autor.

Ella ha venido a nuestra memoria, sin que nosotros la llamásemos, sin que siquiera nos hubiésemos echado a la pesca de una cita con que principiar este artículo. No obstante, el hecho psicolójico de la asociacion de ideas nos llevó a donde nosotros no pensábamos ir. I despues de leer la pieza dramática de Rodriguez Velasco, involuntariamente no hemos podido sino decirnos: hai en ella algo de bueno i algo de nuevo; solo que lo nuevo no es bueno i ni tan siquiera lo bueno es nuevo.

Como quiera que nuestras afirmaciones, nuestras creencias, nuestras opiniones no pueden ni deben imponerse por otra fuerza que no sea la del razonamiento, se nos tolerará que nos detengamos por algunos instantes a examinar la «comedia orijinal» que acaba de publicarse i que es debida a la pluma de don Luis Rodriguez Velasco.

La obra que nos ocupa ha sido aplaudida, en la escena, por nuestro público. Mas de un escritor ha hablado de ella con elojio. Los aplausos del entusiasmo, demasiado halagadores quizas para ser justos, fueron a dar un estímulo, a la vez que un premio, al autor dramático.

Hoi ya la bulla ha pasado i los mas entusiastas pueden a la hora presente juzgar con sangre fria, con calma, con tranquilidad completa i conciencia segura. Ademas, la obra de Rodriguez Velasco está impresa, publicada, corre en muchas manos i es tiempo de levantar un poco mas el telon para ver lo que hai en la realidad, para poder dar un juicio, si no completamente exacto, por lo ménos debidamente imparcial.

Por lo demas, no tememos que estas líneas produzcan escándalo. Quienes se escandalicen no saben lo que es la crítica, ni conocen su poder, ni serian capaces de fijar sus límites. Si la conocieran, sabrian que ella no es la esclava de un éxito efímero i que tiene el derecho de no inclinarse inconciente ante un sol que se levante.

Prévias estas observaciones, hechas en obsequio de ciertos escrúpulos, demasiado quisquillosos, que pueden levantarse en nuestra contra, entramos en materia.

Ante todo, demos una idea, compendiada pero exacta, del argumento de *Por amor i*

(1) Un volúmen en 4.° de 92 pájinas.—Santiago.—Imp. de *El Ferrocarril*.

por dinero. Asi se tendrán a la vista todos los datos que van a servir de base a nuestro juicio.

Don Antonio es un rico capitalista que reside en Santiago. Positivista hasta la médula de los huesos, quiere para su hija María, muchacha viva i un poco *bachillera*, un esposo de fortuna i de suposicion. En Lindor, jóven acaudalado i perteneciente a la alta sociedad, encuentra el esposo que busca i don Antonio se consagra a hacer que el matrimonio se efectúe.

Pero María, léjos de amar a Lindor, lo desprecia. Su amor pertenece a Gabriel, jóven huérfano, modesto i pobre, i que habia sido creado i educado por don Antonio.

Favorece los planes de Lindor una vieja beata, intrigante i pérfida, que goza de gran favor en casa de don Antonio. El huérfano Gabriel es apoyado i sostenido en sus amores por Ricardo, un libre-pensador que aparece en la comedia con el empleo de acomodar i hacer casamientos.

Lindor confia en su triunfo. María debe indudablemente amarlo porque él cree que

> Con cierto corte de ropa,
> Con cierto aire i cierto modo,
> I por fin, *con cierto todo*

que ha aprendido en Europa, las pobres chicas lo quieren i sufren por sus desvíos.

No obstante, María rechaza a Lindor como quien rechaza a un apestado. Es muchacha que lo entiende i dice enérjicamente a su padre que está enamorada i que no puede obedecerle porque gusta de escojer libremente a su cara mitad.

En vista de tan tenaz resistencia, la beata doña Ramona teme que don Antonio vacile i ceda. Inventa entónces una calumnia contra Gabriel para que aquél lo despida de su casa. Dice que Gabriel hace visitas nocturnas a María. I, como prueba de semejante acusacion e interrogada por el padre ofendido, la beata contesta: «Yo lo he visto.» En consecuencia, Gabriel es despedido, i aunque trata de averiguar la causa de semejante proceder, don Antonio nada quiere esplicarle.

Entretanto María, aconsejada por Ricardo, hace como que consiente en unirse a Lindor. Asi lo manifiesta al aristócrata pretendiente i a don Antonio.

I vean Uds. lo que son las cosas. Cuando Lindor se habia comprometido a dar a María la mano del esposo, don Antonio recibe un parte de Valparaiso en que se le anuncia que ha quebrado la casa en que tenia todos sus capitales i que será difícil que pueda recobrarlos. Lindor se impone de esta cruel noticia. Aconsejado por doña Ramona, principia por poner dilaciones a su matrimonio con María i concluye por renunciar a la mano de ésta.

Don Antonio se enfurece, protesta, rabia, se exaspera. Mas Lindor se retira de la casa con el propósito de no casarse con una niña que no tiene ya el atractivo de una buena herencia.

Ricardo hace notar la infame conducta del elegante Lindor e intercede a cerca de don Antonio en favor de su amigo Gabriel. Hace lo mismo María i consigue tranquilizarlo un poco; pero cuando le habla de sus amores con Gabriel, el rijido padre se enfurece nuevamente i replica:

> ¡Mi maldicion para él!
> No me lo nombres jamas!

Pero Gabriel ha dejado olvidados unos papeles i vuelve a buscarlos a casa de don Antonio. Allí tiene una entrevista con María i con éste, quien, despues de acalorados reproches, se arroja sobre el desventurado amante. Ricardo, que aparece como enviado por la Providencia, intercede.

Por otro lado, doña Ramona ha llegado a saber que la quiebra de don Antonio i de la casa de comercio en Valparaiso, es falsa. Busca a Lindor i lo incita a que vuelva a casa de María i acepte su mano. Lindor vacila porque cree triunfante a su rival i entónces la beata le dice que éste ha sido espulsado de la casa, porque pasaba todas las noches con María. Nueva lucha: Lindor se niega a tomar por esposa a una mujer deshonrada; pero doña Ramona le dice entónces que todo eso de las visitas es una mentira, agregando:

> Al ver yo que era tan poca
> Tu influencia con don Antonio
> I que esa muchacha tonta
> Podia cortar sus planes,
> No se me ocurrió otra cosa
> Que ese enredo....

Motejada doña Ramona por su mala conducta, replica:

> Es que tú debes saber
> Que mentira larga o corta,
> No es pecado cuando se echa
> Con buen fin.

Lindor se resuelve a casarse con María i a contentar a don Antonio. Mas Ricardo i Gabriel han oido la conversacion de la beata i su sobrino Lindor, i quieren obligar a ámbos a que reparen el mal que han causado, desdiciéndose de su calumnia. Al ruido que el altercado ocasiona, entra don Antonio. Doña Ramona se sostiene en lo que ha dicho; pero Lindor la denuncia creyendo ganar terreno en concepto de María. Justificada de esta manera la conducta de Gabriel, su triunfo queda asegurado. Se casa con María. En cuanto a la tia i al sobrino, a doña Ramona i a Lindor, son espulsados de la casa de don Antonio.

Ved ahi el argumento (dado tan minuciosamente como nos ha sido posible) de que se ha servido el señor Rodriguez Velasco para la composicion de su comedia. Sencillo hasta la pobreza, esplotado hasta el fastidio, no ofrece casi ninguna novedad, i no es de los mas apropósito para prestar interes dramático a la obra que examinamos. Por manera que, broceado completamente el fondo, la fábula cuya esplotacion se ha emprendido, es forzoso poner una riqueza suma en el diálogo, en la pintura de los caractéres, en el estudio de las pasiones, en la fina crítica de las costumbres, en la accion dramática.

¿Se ha intentado esto último? I si ha habido intencion ¿ha correspondido a ella el éxito?

Para que la crítica sea útil, es absolutamente necesario que sea desapasionada, imparcial, verdadera ante todo. Es esto su mas relevante mérito i son éstos los únicos títulos que acreditan su bondad.

I bien! Obrando segun estos principios, hé aquí nuestro juicio: el señor Rodriguez Velasco ha sido un poco desgraciado en su empresa. Si sus intenciones i sus esperanzas fueron un jigante, el resultado no es sino un pigmeo.

Desde luego, la obra del señor Rodriguez Velasco peca por inexactitud desde la cruz hasta la fecha, desde la punta al cabo, desde la carátula hasta su última escena.

¿Nó? Afirmamos una falsedad?

Dios así lo quiera! En bien, en obsequio del poeta dramático deseamos estar equivocados, afirmar un absurdo, sostener una enormidad. Nunca mas que en este caso nos gustaria rectificarnos.

Entre tanto, bueno será que espongamos los fundamentos de nuestro aserto.

El señor Rodriguez Velasco dice: *Por amor i por dinero, comedia orijinal,* etc.

Confesamos que, a pesar de este título, hemos hallado mui poca, casi ninguna orijinalidad en esa comedia. Como lo ha dicho nuestro ilustrado amigo Máximo R. Lira, basta tener un mediano conocimiento del teatro español para saber que la base del argumento que ha esplotado el señor Rodriguez no es nueva ni siquiera desconocida.

Ved los personajes que figuran en *Por amor i por dinero.* No hai uno solo de alguna importancia que no aparezca en el teatro español i aun en el teatro americano.

Hemos leido una, dos i tres veces la obra del señor Rodriguez Velasco. Hemos hecho esfuerzos increibles de imajinacion para encontrar un resquicio de que asirnos i que nos autorizara para creer, para confesar la orijinalidad de esa obra. I lo decimos con pena: nuestra conciencia se ha resistido tenazmente a esta confesion.

Todo lo contrario: *Por amor i por dinero* es, desde el principio hasta el fin, en su argumento, en su desarrollo, en su catástrofe, en la pintura de algunos caractéres i aun en muchos detalles, una imitacion, una copia, no pocas veces mal hecha, de otras comedias, de otras obras dramáticas.

A esa beata chismosa, intrigante, murmuradora, aunque pintada con mas perfeccion i con mas verdad, la hemos conocido en otras comedias.

El europista Lindor, con su vanidad, pero con mas intelijencia; con sus pretensiones, con su sed de pescar herencias, no es un personaje nuevo i ni siquiera está bien copiado del orijinal. Leed la *Marcela* de Breton de los Herreros, deteneos un poco en estudiar a Agapito i decidnos despues si no nos hallais razon.

Mas no nos adelantemos. Podemos dar una prueba irrecusable de lo que venimos sosteniendo, a saber, que la comedia de Rodriguez Velasco carece de títulos serios para que se la pueda llamar *orijinal.*

No necesitamos para ello ir mui léjos ni obligar a nuestros lectores a que hagan un viaje largo i pesado. No saldremos de América i así la peregrinacion será breve i aun entretenida.

Vamos a poner a la vista de quien estas líneas recorra el argumento de una comedia de costumbres, escrita por un poeta peruano. Trataremos de ser concisos.

Doña Rufina i don Jesus forman una pareja que tiene por compañera a una animosa muchacha llamada Juliana. Juliana cuenta ya algunos años i es natural que sus padres traten de buscarle un buen *partido*. Doña Rufina quiere para su hija la mano de Alejo, jóven elegante, aristócrata, acomodado i vanidoso, que viste siempre a la europea i que habla medio frances, medio español. Juliana piensa de otro modo: detesta a Alejo por imbécil i desea unirse en matrimonio a Manuel, jóven huérfano, cuyo padre, poco ántes de morir, lo recomendó al cuidado de don Jesus. Favorece los planes de Juliana su padre don Jesus. I trabaja por el triunfo de don Alejo, ademas de doña Rufina, una vieja beata, pobre i miserable, chismosa i maldiciente, que esplota en favor de su miseria el sentimiento relijioso i que lleva por nombre *Ña Catita*. Esta piensa que su protejido es toda una ganga para Juliana i que

> Don Alejo es un partido
> Que así no mas no se encuentra
> .....
> Los hombres hoi en el dia
> No se casan tan a secas,
> Pues como están a tres dobles
> Buscan solo conveniencia.

Juliana por su parte da una cita a Manuel i le comunica que doña Rufina quiere casarla con Alejo. Que ella ha jurado no unirse nunca sino al hombre a quien ama, a Manuel, i que es preciso hablar con don Jesus para saber lo que éste piensa en el asunto. Durante la cita aparece la madre de Juliana, quien trata de arrojarse sobre Manuel i concluye por espulsarlo de la casa. Alejo, que solo desea burlar a Juliana, intriga con la beata a fin de conseguir su objeto. Ña Catita le promete ayudarlo en cambio de una buena recompensa. Esto no le impide sinembargo intrigar con Manuel. Persuade a éste de que lo protejerá i lo aconseja que huya de la casa con Juliana. Manuel accede i premia con una cantidad de dinero a la beata.

La lucha sigue entretanto. Don Jesus quiere divorciarse i doña Rufina trata de mudarse a otra casa con su hija. Al efecto, pone este plan en conocimiento de Alejo i es apoyada por éste i por Ña Catita.

Llega la hora de la fuga. Manuel se presenta i trata de huir con Juliana; pero la beata los entretiene a fin de dar tiempo para que llegue don Jesus i vea al raptor de su hija. Don Jesus no se hace esperar. Al ver a Manuel que quiere fugarse con Juliana, lo acusa de ingratitud, de villanía i le niega toda proteccion. La beata i Alejo se creen ya triunfantes. Mas se engañan. Un antiguo amigo de don Jesus, Juan, llega a casa de éste, trayendo una carta. No tarda en reconocer a Alejo i, sin saber nada de lo pasado, le habla de su familia, de su esposa, de sus hijos. Ante semejante nueva, doña Rufina quedó como helada. Don Jesus se puso furioso. Todos condenaron la perfidia del elegante europista. El pretendiente resultó ser casado.

Conclusion: Don Jesus espulsó a Ña Catita i Alejo corrió la misma suerte. Doña Rufina se reconcilia con su esposo i Manuel se casa con Juliana.

Tal es en resúmen i trazado mui imperfectamente, el argumento de una comedia de costumbres, titulada *Ña Catita*. Fué estrenada en el Perú el año de 1856 i su autor es el poeta peruano, don Manuel A. Segura.

Compárese el argumento anterior, presentado casi en esqueleto, con el que sirve de base a *Por amor i por dinero*, i dígase si no hai entre uno i otro semejanzas resaltantes.

Podria decirse que aun en aquellas partes defectuosas, la comedia de Rodriguez Velasco es una imitacion de la de Segura. Lindor no es sino un retrato (íbamos a decir una caricatura) de Alejo. Doña Ramona es copia de Ña Catita, como Gabriel es copia de Manuel. Aquél quedó huérfano en temprana edad i fué confiado por su padre a los cuidados de don Antonio; éste quedó tambien huérfano, cuando era aun niño, i fué puesto por su padre al cuidado de don Jesus. I despues, miéntras María pretendida por Lindor, se halla enamorada de Gabriel, Juliana, cortejada por Alejo, ama con delirio a Manuel.

¿Se quiere aun mas paridad, mas semejanza? La diferencia mas notable que encontramos en los puntos que acabamos de señalar es la de los nombres de los personajes. ¡Bien pobre diferencia sin duda!

Pero insistamos en este punto. No reprochamos ni condenamos las imitaciones. Lo que reprochamos i lo que condenamos es, desde luego que a una imitacion se le dé el nombre de obra orijinal, i en seguida que se imite afeando aquello mismo que se imi-

ta. Lo primero acusa impotente presuncion; lo segundo acusa presuntuosa impotencia.

Nihil novum sub sole, dijo el sabio, i conocemos estas palabras de Alfredo de Musset: el que planta una col, imita a álguien. Pero no es ésta la cuestion: hai imitaciones de imitaciones, i nosotros nos referimos a aquéllas que quieren ser mas de lo que son, i que entre este capitolio—la orijinalidad, i estas jemonias—el plajio, se encubran vanidosamente al primero cuando habria fuertes razones para hacerlas descender hasta las segundas.

Dijimos que Rodriguez Velasco habia afeado el personaje que quiso imitar.

¿Qué ha hecho, pues, para dar una fisonomía a doña Ramona? Cosa increible! Ha ido a lo mas elevado, a lo mas intelijente de nuestra sociedad para sacar de allí una beata tal como él la pinta. Posible es que esos séres despreciables que hacen del sentimiento relijioso un instrumento de miserables intrigas existan entre nuestro bajo pueblo, entre la jente ignorante; pero sostener que ellos existen en el seno de la ilustracion, de la buena sociedad, de la piedad cristiana, es acusar ignorancia o mala fé. En obsequio a la honradez del escritor, queremos creer que sea lo primero.

Por eso nos parece que Segura ha andado a este respecto mucho mas feliz. Ideó su Ña Catita i, para llevarla a la escena, fué a buscarla entre la hez, entre los andrajos de la miseria, en el seno de la corrupcion, del fanatismo ignorante i torpemente especulador. Ña Catita anda siempre detras de una migaja, de una racion de hambre, de un poco de aguardiente.

¿Quereis ver ahora un rasgo agudo, picante, que da la medida de la beatitud de Ña Catita? Al fin del acto tercero, doña Rufina i la beata se dirijen hácia una de las habitaciones. Ña Catita se inclina al salir como para levantar algo del suelo i separa dos pajitas que estaban en cruz, la una sobre la otra.

Doña Rufina le pregunta:
¿Qué se le ha caido a Ud.?
Ña Catita.—Es una cruz que hai aqui...
No la vayan a pisar.

RÓMULO MANDIOLA.

(*Continuará*).

ALFREDO.

(Continuacion.)

La visita de Alfredo fué dolorosa para el. En el interior, al reves de lo que habia creido, todo se encontraba en el mayor abandono. Las flores habian sido arrancadas; solo malezas brotaban en el jardin. Las enredaderas llenaban todas las avenidas. Marchitas i deshojadas ramas pendian de los envejecidos troncos. Amarillentas hojas tapizaban el suelo ántes verde i florido. Los lirios i azucenas que con tanto cuidado un dia él mismo plantó; los juncos i jazmines que recreaban sus ojos i deleitaban su espíritu, ya no existen....En vano busca las rosas i alicantos, las margaritas i alelíes, las violetas i resedas que ántes lo embelesaban; en vano levanta algunas secas ramas, tratando de descubrir alguna florecilla que por yacer ahí escondida, haya podido escapar de la destruccion i de la muerte; en vano vuelve i revuelve todos los senderos....; nada encuentra, todo ha desaparecido.

Cabizbajo i con el corazon oprimido levantó los ojos al cielo.

Un cuculí cantaba entre las enredaderas.

Aquel canto era lúgubre; era como una queja funeraria.

Alfredo se hallaba sumerjido en una esa pecie de sonambulismo, preocupado por un recuerdo que llevaba su alma a tiempos mas felices. Oia el triste i lloroso canto de esa avecilla, i a cada lamento le parecia ver brotar una flor de su jardin: ora un heliotropo, ora un pensamiento, ora un clavel.

Nuestro jóven habia llegado cerca de un limonero. Estaba solo; se acercó. Con el movimiento, desprendió sin duda una hoja verde, que era la única que pendia de aquel árbol. Se agachó a tomarla. La hoja habia caido sobre una campanilla blanca. Era la primera flor que veia en su jardin i ella encerraba para el desdichado huérfano, un cúmulo de consuelos i ella llenó su alma acongojada de una dulce esperanza.

La luna entretanto se elevaba majestuosa, rompiendo el manto de nubes que no tan pronto la ocultaban, cuando ya la dejaban ver. Su pálida luz iluminaba el jardin, dando a cada tronco, a cada arbusto, un suave tinte, que en vano hubiera querido imitar ningun pincel.

El espíritu de Alfredo sufria entretanto la mas violenta excitacion. De pronto creyó oir una voz que lo llamaba i luego su imajinacion le representó una sombra aérea, blanca, fantástica, que se deslizaba entre los árboles. Le pareció sentir el rose de un vestido. Las malezas crujian i se ajitaban las ramas. Alfredo ya no se daba cuenta de lo que le sucedia. Creyó ver que la sombra se adelantaba, se adelantaba; por fin se detuvo.

—Hijo mio,—murmuró una voz,—te buscaba ¿qué haces aquí a estas horas? el aire frio de la tarde puede dañar tu salud; ven, ven conmigo ... Pero, dime, una lágrima veo brillar en tus ojos ¿acaso padeces?....di ¿qué tienes?....

—Madre, madre,—balbuceó Alfredo,—son penas del alma.

—I ¿has podido ocultarme, hijo mio, los dolores de tu corazon?

Alfredo pensó estar bajo el dominio de una pesadilla; su frente ardia, sus sienes estallaban, su pecho se rompia.

Fuera de sí, se lanzó hácia donde creia haber visto i oido hablar a su madre...¡Solo encontró los rayos de la luna que se perdian entre la penumbra proyectada por una enredadera silvestre!

El cuculí seguia cantando.

El pobre jóven no pudo ménos de derramar lágrimas, que como fuego brotaban de su corazon.

Trascurrió una hora i otra i él permanecia aun en aquel mismo lugar.

¡Ah! si es dulce estar cerca de la persona a quien se ama, grato es tambien, cuando esa persona ya no existe, visitar los lugares que ella ha hollado con sus plantas.

¡Pobre Alfredo! ardientes lágrimas corren por sus mejillas, tristes recuerdos mecen su corazon.

¡Pobre Alfredo! una pena grande su pecho oprime, un dolor inmenso su alma llena.

Cuando salió a la calle, la noche estaba ya avanzada. El cielo seguia cubriéndose de opacos i arremolinados nubarrones. El viento sur soplaba con violencia, levantando torbellinos de tierra.

Brilló el sol de un nuevo dia. Alfredo no ha podido conciliar el sueño durante la última noche. Pálido i desfigurado por el desvelo, sube lentamente el cerro del cementerio. Va a cumplir un sagrado deber.

Una campana comienza a tocar con plañidero sonido. Es la de la capilla de ese santo lugar.

Una suave brisa ajita muellemente las verdes copas de los viejos cipreses. En el ramaje de los floripondios i de los aromos, gorjean i cantan las avecillas. Los rosales i los cedrones perfuman el aire con dulce ambiente.

Alfredo acaba de salvar la reja que separa la capilla del patio de los mausoleos. Con la cabeza descubierta i la frente inclinada sobre su pecho, camina con pasos vacilantes. Sus ojos vagan sobre las tumbas. Su mirada inquieta busca con ánsias dos nombres para él mui queridos. Esos nombres acaba de encontrarlos. Ahí están grabados sobre el duro mármol.... ¡Son los nombres de sus padres!

Bañados los ojos en llanto, el infeliz huérfano cae de rodillas al lado de ese sepulcro.

—¡Padre mio!.... madre mia!.... murmura, miéntras sus ardientes labios, besan con relijiosidad i respeto la dura i fria piedra.

Aquel beso debió hacer estremecer en su carcomido féretro, los restos que descansaban en aquella tumba.

Aquel beso unia en un mismo instante, la vida con la muerte, el pasado con el presente, los que son con los que fueron, el mundo con la Eternidad.

Los ánjeles en el cielo debieron sonreir i Dios desde su excelso trono, debió lanzar una mirada de compasion hácia aquel amante hijo que con tanta ternura venia a honrar la memoria de los que le dieron el ser.

V.

BELLA-VISTA.

El sol acaba de hundirse en las tranquilas i limpidas aguas del mar. Algunas gaviotas vuelan rastreando sobre la superficie i azotando de vez en cuando el agua con sus alas. Líquidas perlas parecen desprenderse de sus plumas, cuando airosas revolotean i se encumbran, despues de haberse apoderado de algun pintado pezecillo. Apénas si sopla una juguetona brisa. Las lentas i pausadas ondulaciones del mar, mecen pausadamente las chalupas i botes que bogan frente a Bella-vista. Multitud de parejas cruzan en el pequeño recinto de aquella esplanada. Es la hora del paseo. La escena es animadísima. A lo lé-

jos se oyen los dulces acordes de la banda de la *Esmeralda*. La ola impaciente acompaña con su murmullo las notas de los instrumentos, miéntras con su blanca espuma, baña la muda arena i uno que otro solitario peñasco. Elegantes jóvenes van i vienen. La alegría brilla en todos los semblantes.

—¡Qué hermosa tarde!—dice una preciosa niña a otra que se apoya coquetamente en su brazo.—¿No es cierto, María, que esta vista del mar es bellísima? Lástima que en Santiago no tengamos algo parecido. Mira, mira, como boga aquel blanco barquichuelo, parece un cisne que va cortando las aguas con sus alas.

—¿Sabes, Amelia, que envidio tu alegría?

—¿Tú?.... i por qué?

—Porque al verte tan contenta, se me ocurre que tú nunca has tenido que sufrir.

—¡Sufrir!.... ¡vaya! qué romántica te has puesto. ¿Acaso a los quince años es posible el sufrimiento?

—Me admira tu pregunta, Amelia. Como se conoce que en ese corazoncito, nada hai todavía que lo preocupe, nada que lo haga latir a impulsos de una estraña, pero no por eso ménos dulce emocion.

—¿Qué me quieres decir?

—Nada, Amelia, nada, sino que....

RUPERTO MARCHANT PEREIRA.

(Continuará.)

CHARADA.

De mi *primera* i mi *cuarta*
Tortas i pan se fabrica;
Es de sabores variados
I de clases mui distintas.

Saca de tino al poeta
Mi *segunda* con mi *prima*,
I por ello a veces dice
Que son blancas las hormigas.

Abunda allá en Bio-Bio
Mi *tercera* con mi *prima*;
Fruta de lindos colores
I de fragancia esquisita.

En la redondez del mundo
De júbilo o de alegría,
Mi *segunda* con mi *cuarta*,
Siempre es señal inequívoca.

Vive mi *todo* entre flores
En las hermosas campiñas;
¡Imájen de la inconstancia,
Quién tus bellezas no admira!

BIBÍ.

SOLUCION

DE LA CHARADA DEL NÚMERO ANTERIOR.

Si es *de* una preposicion,
Si es la *osa* animal bravío,
Si es rica pasta el *fideo*,
Si no es del avaro el *fio*,

Mui fácil es comprender
Que me invitas, caro Siro,
A un torneo de charadas
Con ese tu *desafío*.

Acepto gustoso el reto,
Aunque, de cierto, vencido
He de ser en la contienda
Por tu injenio claro i vivo.

Lo acepto, porque me place
Ser derrotado i batido
En luchas do vence siempre
El que de vencer es digno.

I lo acepto sobre todo
Porque en ello, amigo mio,
Ten seguro....pasaremos
Buenos ratos, divertidos.

BIBÍ.

Contenido de este número.

I.—Un nuevo colega i la fraternidad literaria, páj. 449.
II.—Muerte de Abel, poesía, por Rodolfo Vergara A., páj. 451.
III.—Líneas sin título, por Rafael B. Gumucio, páj. 452.
IV.—Aparicion de Jesus resucitado a la Santísima Virjen, poesía, por Estéban Muñoz D., páj. 454.
V.—¿Por qué crees? por Ventura Blanco, páj. 454.
VI.—El hijo del patriota, poesía, por C. Walker Martinez, páj. 456.
VII.—*Por amor i por dinero* (bibliografía), por Rómulo Mandiola, páj. 458.
VIII.—Alfredo, continuacion, por Ruperto Marchant Pereira, páj. 462.
IX.—Charada, por Bibí, páj. 464.
X.—Solucion de la charada del número anterior, por Bibí, páj. 464.

IMPRENTA DE «EL INDEPENDIENTE.»
Calle de la Compañía núm. 102.

LA ESTRELLA DE CHILE.

AÑO V. Santiago, abril 28 de 1872. Núm. 239.

POR AMOR I POR DINERO

COMEDIA EN TRES ACTOS, ORIJINAL DE DON LUIS RODRIGUEZ VELASCO

II.

Pero continuemos nuestro paralelo i no abandonemos aun a doña Ramona, que es el personaje que forma, por decirlo así, la fisonomía, el carácter típico en la comedia que examinamos.

En una obra dramática no basta al autor pintar las costumbres, describir la realidad de un personaje o de un hecho. Necesita ir mas allá aun. Necesita herir la imajinacion del espectador, provocar todos sus nobles sentimientos en favor de las grandes i jenerosas acciones, despertar sus mas fuertes antipatías en odio de todos los vicios.

Por eso le es preciso i le es permitido muchas veces exajerar la realidad de los hechos i pintar con vivos i recargados colores el carácter odioso o simpático de los séres que juegan un rol mas o ménos importante en su drama.

La hipocresía en la escena, es necesario que se encuentre representada por un Tartufo; la seduccion por un Lovelace. En la virtud como en el crímen las vulgaridades son intolerables. Es necesario que haya sobre el proscenio jigantes para que el espectador llegue hasta darles verdadera talla de hombres.

Pero apesar de todas estas libertades, o mas bien, estas licencias que puede usar el poeta o el autor dramático, ni unas ni otras llegan hasta un límite tal que le sea permitido tronchar las narices a la verdad. El poeta no debe falsear, ni la historia, ni nuestras costumbres, pintando los hechos o retratando nuestra sociedad con una fisonomía distinta de la que le es peculiar i propia.

Hé aquí por qué hacemos reproches a la comedia del señor Rodriguez Velasco. Algunos de sus personajes están falseados, tomados de fuentes de donde no han podido salir. Es lo que hemos observado respecto a doña Ramona i es lo que se observa tambien en los caractéres atribuidos a don Antonio, a Lindor i a María.

Como lo hemos dicho ya, esa doña Ramona que se nos pinta en *Por amor i por dinero*, no existe en nuestra alta sociedad ni forma parte de ella. Si de vez en cuando se la vé aparecer en los grandes salones, si ha conseguido llegar hasta allí, ha sido en virtud de una serie interminable de intrigas, de perfidias, de chismes i humillaciones, que bastarian por sí solas para dar una prueba irrefutable de la bajeza de su alma i de su ignorancia. Por eso, ya que el señor Velasco quiso hacer una comedia de costumbres, debió tener por nuestra sociedad todas las consideraciones que le son debidas i la enerjía necesaria para confesar que entre nuestra jente de buen tono no se encuentran beatas que profesen en la teoría i en la práctica máximas como la siguiente:

«Que mentira larga o corta
No es pecado, cuando se echa
Con buen fin.»

I a este respecto debemos hacer una aclaracion que redunda en provecho del autor de la comedia que examinamos. Cuando se representó por primera vez en Valparaíso, cuando un poco mas tarde se representó en Santiago, *Por amor i por dinero* contenia los siguientes versos que fueron mui aplaudidos por una parte del público:

«*Es que el confesor me ha dicho*
Que mentira larga o corta
No es pecado, cuando se echa
Con buen fin.»

Para cualquiera que conozca un poco nuestra buena sociedad, no será difícil comprender cuánto encierra de calumnioso el anterior aserto, i por eso nos limitamos a esponerlo sin detenernos siquiera a refutarlo. Digamos solo que en la edicion que tenemos a la vista el verso subrayado ha desaparecido. ¡I acaso habrá quienes la-

menten el que una mano inquisidora se haya atrevido a borrar un insulto contra el clero, que hubiera sido por muchos aplaudido con frenesí!

Cuando el espíritu de propaganda i hasta ciertas pasiones de partido se llevan al teatro, la literatura se prostituye. No todos tienen la acerada pluma de Aristófanes ni a todos les es dado emplear, como éste, la sátira en la comedia.

V. Sardou, esa noble intelijencia que tantos triunfos ha obtenido en la escena, acaba de esperimentar una caida estrepitosa. Su *Rabagas* no ha pasado de ser un panfleto político escrito con hiel i, segun la espresion de un crítico, como obra dramática, es notable entre lo malo.

Cuando tan conspicuos talentos esperimentan estos vahidos i estos hundimientos, preciso es confesar que nada hai tan peligroso como ir al teatro a sembrar odios, a exacerbar las pasiones, a herir los sentimientos relijiosos o políticos, a provocar las simpatías o las animosidades de una parte del público.

I cuando para conseguir este objeto i satisfacer estas intenciones se echa mano de recursos tan vedados como lo es el de falsear el carácter del personaje cuyo retrato se hace, i atribuir a la sociedad defectos i vicios que no tiene, uno no puede sino lamentar mui devéras esta especie de prostitucion del talento por la pasion de partido o por el odio del sectario.

De Maistre decia que de tres siglos a esta parte, la historia no era sino una prolongada conspiracion contra la verdad. ¿Cómo, en presencia de ciertas audaces falsificaciones, no encontrar razon al célebre autor de *Las Veladas de San Petersburgo*?

Ved al monarca de Pavia en manos de V. Hugo i decidnos si reconoceis la gran figura de Cárlos V en el zopenco que el poeta frances nos pinta en *Hernani*. Conocemos cual era el fanatismo de Felipe II ¿pero cómo dar fé al retrato que de él nos hace Alfieri?

No de otra manera que Alfieri i V. Hugo con Felipe II i Cárlos V han procedido algunos otros escritores cuando se ha tratado de pintar las costumbres sociales, de atacar ciertas creencias o de vencer ciertas preocupaciones.

Es este tambien el procedimiento que ha observado Rodriguez Velasco en su comedia. Para conseguir un objeto determinado i preconcebido, no ha desdeñado ninguna antigualla ni menospreciado ningun absurdo por tosco i repugnante que sea. Al leer i al estudiar su obra, uno se siente inclinado a creer que el poeta está decidido a poner en práctica el principio satánico que pone en boca de doña Ramona, a saber:

«Que mentira larga o corta
No es pecado, cuando se echa
Con buen fin.»

Pero dejando ya de mano las injusticias notorias que se cometen para con nuestra buena sociedad al delinear los perfiles de doña Ramona, injusticia en que siempre incurre cierta escuela cuando se trata de combatir a un adversario, veamos otra faz del asunto que venimos tratando.

Tomemos de nuevo a *Ña Catita* i comparémosla con *Por amor i por dinero*.

En la comedia de Segura, la beata, para sacar triunfante a Alejo en sus pretensiones, trata de desprestijiar a Manuel, de hacerlo perder en concepto de don Jesus. Al efecto, persuade a Manuel de que huya con Juliana i al mismo tiempo denuncia el proyecto de fuga a don Jesus. De este modo, el padre ofendido en su honor, testigo presencial de la conducta infame de Manuel, detestará a éste i cederá a los deseos de Alejo. Se sabe ya qué suerte corrió Ña Catita a pesar de todos sus mañosos planes.

Pues bien! Aun en esta parte, el autor de *Por amor i por dinero* ha imitado, i ha imitado afeando el orijinal.

Recuérdese si no lo que hace doña Ramona para lograr que triunfe Lindor en el ánimo de don Antonio, padre de María, i destruir los planes de Gabriel, amante de ésta. Escapando a su roma intelijencia una intriga séria i de consecuencias, se acoje a una pobre calumnia i la propala. Dice, i lo afirma con su palabra, que Gabriel hace visitas nocturnas a María.

¡Qué pobre recurso, no obstante, i qué resorte dramático tan gastado! Para admitirlo, para tolerarlo seria preciso hacer de ese don Antonio un verdadero enigma.

¡Cómo! a ese padre rijido, tenaz en su propósito, guardian del honor de su familia, le basta el que una beata, que ni siquiera vive en casa de María, afirme que ésta es visitada por Gabriel, para creer en tan torpe calumnia?

Cuando un padre, que en algo se respeta

i que en algo tiene el honor de su familia, recibe un denuncio tan grave como el de doña Ramona respecto a María, procede mui de otra manera. El temor i la indignacion sobrecojerán su espíritu en un primer momento. Pero en seguida pedirá pruebas del hecho i querrá convencerse por sí mismo de la falta de su hija i del abuso de su protejido. No le bastará la palabra de una beata, que podria engañarse i que, sobre todo, está interesada en desprestijiar a Gabriel para dar ascendiente a Lindor.

Tal es lo natural i lo lójico. Es así como han procedido todos los dramaturgos que conocen el corazon humano i que están al cabo de los mas correctos resortes teatrales.

La credulidad excesiva de don Antonio no tiene, pues, justificacion alguna i no está ni tan siquiera apoyada en la autoridad de los maestros. Un niño, un amante celoso cualquiera no cree de buenas a primeras en la infidelidad del objeto amado. I aunque tenga sospechas de esa infidelidad, preferirá permanecer en la duda, por lo ménos hasta el momento en que se le den sólidas pruebas del crimen o de la traicion. ¿I no habria de proceder de la misma manera un padre, custodio de un tesoro incomparable en el honor de su familia, cuando se le anuncia, por via de chisme i sin comprobante alguno que valga la pena, que hai un robador de ese tesoro?

El poeta Segura ha sido tambien en este punto mas feliz que Rodriguez Velasco. Huyendo del pobre recurso de una calumnia sin pruebas, sin indicio siquiera de prueba, Ña Catita toma otro camino i hace que el mismo padre, don Jesus, sea testigo del rapto de su hija, llevado a cabo por Manuel. Esto es mas dramático sin duda i mas conducente al objeto que el autor se propuso. Por medio de este recurso se evitaba el escollo en que Rodriguez Velasco ha tropezado: la excesiva credulidad de que se hace víctima a don Antonio.

Mas ocupémonos ahora de Ricardo i de su conducta en favor de Gabriel. Aquí, como en los puntos anteriores, habremos de continuar nuestra paralelo o, si se quiere, el análisis comparado que vamos haciendo de la obra de Rodriguez Velasco.

Ricardo, lo hemos dicho ya, es un libre-pensador, un rojo de buena escuela. Detesta a las beatas cordialmente i por lo jeneral odia a todas las mujeres, para quienes querria destinar un lugar en los infiernos. Todo lo cual no impide que se ocupe con ahinco i con heróica decision en hacer pasar a su amigo Gabriel bajo la coyunda del matrimonio.

¿Quereis saber de qué medios echa mano i de qué arbitrios se vale para lograr su intento?

¡Pues es nada lo del ojo!

Principia por aconsejar i concluye por obtener de María que finja un amor embustero e hipócrita para con el europista Lindor. En seguida, a fin de desprestijiar a éste i dejarlo en descubierto por su ambicion i su falso amor, falsifica un parte telegráfico en que se anuncia a don Antonio que toda su fortuna está perdida.

Convengamos en que el recurso empleado no es de lo mas conveniente ni de lo mas moral i en que sienta perfectamente mal en un libre-pensador que cree que toda devota es amiga de Satan. De este Ricardo, sí, ocupado de mentiras i de enredos para hacer un bien a Gabriel, que podria decirse que cree que el fin justifica los medios i que «mentira larga o corta no es pecado cuando se echa con buen fin.»

Pero aquí tropezamos otra vez con defectos graves. ¿Es posible que don Antonio haya creido así no mas en la quiebra? Pero supongamos que el buen viejo haya tenido razones para creer en la veracidad del parte telegráfico ¿Cómo pudo hacer su falsificacion Ricardo? Es esto acaso una cosa tan sencilla?

Parece natural que lo primero que debió hacer don Antonio ante la fatal noticia de su quiebra, fué inquirir la veracidad i lo irremediable de ésta.

I Lindor por su parte no debió tan de rondon descubrir la bajeza de sus planes, la ruindad de su ambicion.

Sea de esto último lo que fuere, nos parece que es preciso violentar al espectador para hacerlo admitir escenas tan poco naturales, resortes dramáticos tan poco lójicos i tan inverosímiles.

I despues, pudo haberse seguido, sin perjuicio de la perfeccion de la obra, otros caminos señalados ya por otros autores. En la misma *Ña Catita*, por ejemplo, Alejo queda en descubierto i burlado en sus pérfidas intrigas, porque Juan, antiguo amigo de don Jesus, llega a la casa de éste i de-

nuncia a Alejo, diciendo que el elegante cazador de herencias es casado, i dando pruebas de su lucho.

Se ha visto ya que, en las dos comedias que venimos examinando, el desenlace, la catástrofe es igual. I aquí, como en otros puntos, pudiera decirse que Rodriguez Velasco ha imitado la obra de Segura hasta en sus defectos.

¿Qué alta leccion moral se deduce de *Por amor i por dinero*? En realidad de verdad, no lo sabemos. Ved aquí los versos con que la comedia termina:

D. Antonio. Gabriel, una irreflexion
Ser cruel contigo me ha hecho
I no estaré satisfecho
Hasta no oir tu perdon.
Gabriel. Señor, me avergüenza usted...
Pero yo siempre creia
Que injusto ser no podria
Quien padre tan bueno fué.
Don Antonio. Bah! no turbes mi alegria!
Si yo te dí una amargura,
Compénsete la ventura
Que sabrá darte María
Gabriel. ¡Ah! señor!
María. Gabriel querido.
Don Antonio. Al ver tan noble pasion,
Siento que mi corazon
Duplica cada latido.
Sí, yo sé que no hai dolor
Que no cure un bien fecundo:
Lo que hace feliz al mundo
Es la virtud i el amor.
Ricardo. Hola! señor don Antonio
¿No era Ud. el que aseguraba
Que el amor nada importaba
Para hacer un matrimonio?
Don Antonio. Eso, yo lo esplicaré
Aunque mis hechos desdicen:
Todos los padres lo dicen.
Mas ningun padre le cree.

El telon cae, la comedia termina i, a pesar de los últimos versos, la leccion moral no sale ni con sacatrapos.

El único ejemplo que puede servir al público es este: para las beatas chismosas e intrigantes que se meten a hacer matrimonios, que lo peor que puede sucederles es que se las arroje de las casas; para los elegantes que andan a la pesca de herencias, idem per idem. El castigo no es mui temible que digamos ni es como para producir fuertes o terribles emociones. El mismo defecto se nota en el desenlace de la comedia de Segura. Aquí tambien la imitacion ha sido poco feliz.

Pudiéramos estendernos aun mas en consideraciones semejantes. Pero con lo dicho basta i aun sobra para probar que la comedia de Rodriguez Velasco, a pesar del título de *orijinal* que se le cuelga, no es ni ha sido nunca otra cosa que una imitacion.

Imitacion hai tambien en sus diálogos, al leer los cuales uno nota reminiscencias de *El honor i el dinero*, *el Trovador*, etc. etc.

Nada diremos del título de la obra. Ya nuestro amigo Máximo R. Lira observó con justicia que ese título es inexacto i nosotros nos limitaremos a agregar las siguientes palabras del P. Alvarado: «La primera cosa en que se conoce que un autor ha escrito sin plan es en el título de la obra.» Observacion juiciosa i profunda que casi dia por dia confirma la esperiencia.

Réstanos ocuparnos del estilo, de los diálogos, de la accion dramática o del desarrollo de la comedia, ya que no nos es posible seguir ocupándonos de todos los demas personajes, los cuales, digámoslo de paso, son aun mas imperfectos que aquéllos de que hemos hablado.

Pero continuaremos nuestra tarea en un otro artículo. Los detalles en que hemos entrado i en que habremos de entrar mas tarde se nos disculparán, lo creemos, en atencion a que la comedia de Rodriguez Velasco requeria asi como una especie de exámen anatómico.

Era preciso desmenuzarla prolijamente con el escalpelo para darla a conocer en lo que es i en lo que vale.

RÓMULO MANDIOLA.

(Concluirá).

EN EL ÁLBUM DE DELFINA.

Cuando arrojado Adan del Paraiso
Se detuvo a admirarlo en su dintel,
Airado el Ánjel le mostró un camino
I él lo siguió con vacilante pié.

Eva lloraba: lágrimas caian
De sus ojos al árido arenal,
I al fuerte brazo del esposo asida,
Sus labios enjugaban las de Adan.

Así proscrito, mi postrer saludo
Al Cauca, peregrino, diriji,
Cuando una noche de pomposo luto
Empezaba sus montes a cubrir.

En vano el Funza desplegó a mis ojos
Sus verdes pampas i horizonte azul;
Del Cauca los aromas voluptuosos
No hallaba allí, ni de su sol la luz.

Hoi de mi patria en el umbral te encuentro,
Como el ánjel terrible, ánjel tambien;
Pero ánjel amoroso i de consuelo
De oliva orlada la marmórea sien.

Bien venido el proscrito a quien tú muestras
Así el camino de su dulce hogar,
Arcánjel digno de guardar las puertas
Que abre a sus hijos mi país natal.

Hai algo de sus noches de verano
En tu mirar que alivia el corazon,
El suave aroma de mis bosques patrios
Dejas, si danzas, tu ropaje en pos:

De tu acento en la música hai sonidos
Que errante en los desiertos escuché....
Turpial lujoso de los bosques mios,
Ama i canta feliz en tu verjel.

Popayan, diciembre de 1861.

JORJE ISAACS.

EL COLONO.

I.

Érase un hombre acaudalado, el mas rico de la comarca, casi dueño de ella. Sus inmensas heredades se estendian desde el corazon de las montañas hasta las riberas del mar. En sus tierras se producian frutos de todas las zonas. Aguas abundantes cruzaban por los prados, derramando en ellos la fertilidad i la verdura. Preciosas maderas brindaban los bosques, i los montes ricos metales de oro i plata. El cielo enviaba cada año sobre esas tierras bienhechora i oportuna lluvia. No venian plagas sobre las mieses, i los árboles crecian robustos i lozanos.

Numerosos colonos tenian sus chozas acá i allá en las tierras del rico. Al lado de cada choza habia fértil suelo en que sembraban los colonos. Los pobres eran allí ricos porque la abundancia coronaba sus sudores i la ópima cosecha les daba cada año sobrado para el sustento propio i el de sus hijos.

II.

Llamó un dia el dueño de aquellas tierras a un colono i le dijo: «Hé aquí que te doi todo el terreno que abarcas con tu vista; te daré dinero, semillas i útiles de labranza. Cultiva este campo, i todo cuanto coseches será tuyo. Trabaja con teson i sin descanso. Nada que necesites te será negado. Empero, en un plazo que tu ignoras, sin aviso prévio, he de quitarte el terreno i los frutos pendientes. Vé, i aprovecha el tiempo.»

Así dijo, entregó al labrador las tierras que le habia prometido i le dió semillas, instrumentos i dinero en abundancia.

III.

Dueño ya el labrador de tantas posesiones, las recorria alborozado haciendo mil i mil proyectos. «Aquí, pensaba, sembraré trigo i, cuando llegue la estacion de la siega, jemirán los carros bajo el peso de las gavillas que he de acarrear a mi granero. Acá, he de plantar de mi mano todo jénero de árboles que me darán copiosos i esquisitos frutos. En este verde prado pacerán mis ovejas i mis bueyes; me darán lana i carne que venderé caras en el mercado.... ¡Cuánto dinero tengo! Bien puedo procurarme una vida descansada i placentera, i sobrará para cultivar tierras mas estensas que las mias.»

Llama a los otros labradores que ántes compartieran con él las rudas faenas del campo i a quienes ofrece ahora grueso salario.

—Levantad, les dice, aquí una casa pintoresca, buscadme las mas bellas flores i hacedme un jardin; torced el curso de aquellas aguas que descienden de la montaña i hacedlas pasar en cristalina corriente delante de mi puerta.

Plantad en interminables calles los árbo-

les mas altos i mas frondosos que halleis en el bosque.

Fabricad de buena madera una barquilla i unos remos, porque quiero pasar las hermosas noches bogando en aquel lago i cantando gratas canciones.

Recorred todas mis tierras i donde quiera encontreis un sitio apacible i deleitoso, allí levantadme una casa. En el seno de los espesos bosques, en el fondo de las agrestes quebradas, en lo alto de las colinas, a la orilla de los arroyos i de las fuentes, en todas partes quiero tener una morada.

Quiero que haya en mi heredad muchos caminos, que la crucen en todas direcciones i cubiertos de sombra deliciosa.

Deseo que donde quiera pose yo mi pié allí encuentre una delicia. Frescura, panoramas, frutos esquisitos, suaves trinos de las aves, perfumes de las flores, todo, todo quiero gozarlo: todo me lo habeis de procurar.

Id, haced como os he dicho, i no quedareis descontentos de mi paga.

IV.

Luego que el labrador se despierta, pasea por el campo gozando de la madrugada. Vuelve a su casa, i, despues de abundante mesa, donde no escasean ni las legumbres, ni las frutas, ni las sabrosas aves ni el vino de pura uva, se entrega bajo alguna fresca sombra a perezosa siesta.

Recorre toda la campiña en un carro tirado por briosos corceles.

Caza, pesca, boga cantando en el lago cristalino.

Embebido en el placer, sin que ninguna pena viniera a turbar su tranquilidad, sin pensar mas que en disfrutar cada dia de nuevas i mayores delicias, así pasó el labrador muchos años.

V.

Un dia gozó como nunca el colono. Cansado de sus pasatiempos, despues de opípara cena, se durmió en profundo sueño.

Era ya la media noche, cuando vinieron a despertarlo sobresaltado recios golpes que álguien daba en la puerta de su casa. Sin saber qué pensar de aquella inesperada aventura, se levanta presuroso, se arma i sale al encuentro del que golpeaba a su puerta.

La abre, i ¡oh sorpresa! es su amo quien viene a esa hora a visitarlo en su apartado retiro.

—Entrad, buen señor, le dice el labriego: estais en vuestra casa. Mas.... ¿qué os ha ocurrido, que venis de noche a mi casa vos que ni aun al mediodia soliais visitarme jamas? ¿Puedo acaso serviros?

—Nó; no vengo a reclamar tus servicios. El plazo....

—¡El plazo! Ah, el plazo!

—Sí, el plazo está cumplido. De hoi mas no son tuyos ni terreno ni frutos pendientes; empero, segun mi promesa, cuanto hayas lucrado será tuyo. Esas casas, esos jardines, todos esos primores que has arraigado en este suelo, serán del suelo, que no es tuyo. ¡Toma a tu mujer i a tus hijos, lleva contigo cuanto hayas ganado i vete!

—Señor, nada he ganado aun. Me habeis sorprendido.... Bien sabia yo que era incierto mi plazo; pero.... creí tener mas tiempo. No creí que tan presto vinierais a despedirme.... ¡No me despidais aun, por piedad! Dadme un nuevo plazo, por corto que sea! Todo el dinero que me disteis está invertido en las cosas que me quitais.... ¡Mi mujer, mis hijos i yo moriremos de hambre i de miseria! Apiadaos de mi, Señor!

—Pudiste lucrar i no lucraste. Ahora ya no es tiempo de lucrar ni he de darte nuevo plazo. Los dones que te dí jeneroso los has desperdiciado con locura. Ahora ¡vété!

El colono tomó a su mujer i a sus hijos i marchó. Miraba lleno de tristeza hácia atras repitiendo en el fondo de su alma las palabras de su amo: «todo cuanto has arraigado en este suelo, será del suelo que no es tuyo».... «ya no es tiempo de lucrar ni he de darte nuevo plazo»... «¡vete!»

Santiago, abril 22 de 1872.

RAFAEL B. GUMUCIO.

EL ARCA SALVADORA.

(Alegoría de la Iglesia.)

Prende voraz la ira
En la diestra de Dios, culpado el mundo,
I súbito se mira
Envuelto en lo profundo
De horrisonante piélago iracundo.

I las olas sañudas
En alas de los vientos fragorosos
A las cumbres desnudas,
I montes cavernosos
Lanzan, fieras, sus tumbos espumosos.

Que ya del grande abismo
Las puertas misteriosas, escondidas
Abre el Eterno mismo
I aguas desconocidas
Sobre la tierra van enfurecidas.

Sordo retumba, brama
El trueno en cataratas vengadoras
I fatídica llama,
Centellas voladoras
Brillan, cruzan i caen destructoras.

De tiniebla horrorosa
El impuro planeta se reviste
Es nube sanguinosa
El sol, su luz no existe,
Cual espectro discurre tardo i triste.

Apénas ya se escuchan
Los ayes i los miseros jemidos,
Desesperados luchan
Los hombres maldecidos:
¡Piedad! claman, piedad! desfallecidos.

I torvo se ensordece
El cielo a sus clamores, la esperanza
Del corazon fencce,
Que perdon no se alcanza
I sombría la muerte se abalanza.

No queda ser con vida,
No hai árbol, ni collado, ni alta sierra,
Por el agua absorbida
Se vé toda la tierra,
Cuanto su seno maternal encierra.

La furibunda ira
Del tremendo Jehová tan solo queda
I por las ondas jira,
Cual llama cruenta rueda,
Victimas busca en que cebarse pueda.

Mas nó, que respetuosa
Su carrera detiene i sus horrores
Ante arca misteriosa
Que para los furores
Del mar i de los vientos bramadores.

Sola i tranquila vaga
Sobre el cáos horrible de la muerte
I los rayos apaga
I la esperanza vierte,
A la sombra bogando del Dios fuerte.

Quien al fin se apiada
I los mares recoje al hondo seno,
Cual divina mirada,
En el cielo sereno
Rie el iris de paz i gracias lleno.

I no de otra manera
Entre el vicio, el error i negros males,
Inundacion fiera
Que envuelve a los mortales,
Vivirán esperanzas eternales.

Un arca salvadora
Por mano omnipotente fabricada,
Tambien navega ahora
En la mar encrespada,
De la tierra infeliz enseñoreada.

Mas ¡ai! del que confia
En sus brazos robustos, e imprudente
Las furias desafia
Del piélago inclemente,
Lo tragaran sus ondas, impotente.

Bogad, arca divina,
Os conduce diestrísimo piloto
Que al puerto os encamina,
Habiendo ya ántes roto
Su empuje al áquilon, su fuerza al noto.

Bogad sobre los mares
De humano corazon i pensamiento,
Que tras de los azares
I el triste sufrimiento
Brilla el iris de paz i de contento.

ESTÉVAN MUÑOZ D.

ALFREDO.

(Continuacion.)

Dos jóvenes pasaron en aquel instante junto a las dos amigas. María visiblemente turbada, no atinó a concluir su principiada frase. Un rojo carmin coloreaba sus mejillas.

—¿Por qué te has puesto tan colorada?

—¡Yo, colorada!.... te engañas Amelia.

—Es inútil el disimulo. Vamos, dime ¿qué jóvenes son esos que acaban de pasar?

—¿Cuáles?

—Para que te haces la desentendida.

Me refiero a esos dos jóvenes que nos miraron asi....

—¡Cómo! ¿con que tú tambien te fijaste en que sus ojos?....

—¿Yo? nó; pero me pareció....; en fin, dime quienes son.

—Uno de ellos, ese que iba tan festivo, es Alberto.

—Ah, ah, ya caigo. No es ésta la primera vez que te oigo pronunciar ese nombre. Ahora si que comprendo tu turbacion; pero ¿i el otro?

—¿El otro?.... ese jóven pálido que iba vestido de negro i que sonreia con tanta tristeza?

—Si, si, ¿cuál es su nombre? ¿quién es?

—¿I para qué deseas saberlo?

—Por nada, es un capricho i luego me pareció....

—¡Chit! — dijo Maria, estrechando el brazo de su amiga—ya vienen, ellos son.

Los dos jóvenes volvieron a pasar.

—¿I bien? repuso Amelia.

—Ese es Alfredo.

—¡Alfredo!.... ¿con que ése es Alfredo?....

—¡Qué! ¿tú lo conocias?

—Si,.... de nombre.

Amelia quedó silenciosa. Sus lindos labios dejaron de sonreir. Maria por el contrario se volvió traviesa i habladora.

La música un instante interrumpida, volvió a resonar con vivo compas. Las parejas se cruzaban en todas direcciones. Alberto i Alfredo, sin cesar buscaban a las dos encantadoras amigas cuya conversacion acabamos de escuchar.

—No sé,—decia Alberto a su compañero,—pero desde que hemos llegado al paseo, te noto mui taciturno. En vez de alegrarte te has puesto mas triste.

—¿Asi lo crees?

—I asi es la verdad; estás tan callado i tan displicente; solo me contestas con monosílabos. Te has puesto insufrible. Pero, vamos por este otro lado. Ahi vienen María i Amelia, pasemos cerca de ellas.

Los ojos de Amelia se encontraron con los de Alfredo. Aquella mirada fué rápida, única. Una palidez mortal i luego un relámpago de vivísimo fuego se reflejó en el semblante de Alfredo. Su pecho se oprimió de un modo estraordinario e inusitado. Aquella mirada habia herido las mas delicadas fibras de su corazon. Aquella mirada habia penetrado hasta lo mas íntimo de su alma.

¡Oh! cuando los ojos de un ánjel se fijan en los nuestros con amor; cuando nos sentimos embargados por su dulce i poderoso influjo i cuando esos ojos nos miran i nos miran siempre, ¿no es cierto que entónces, como que inunda nuestro ser un destello de perenne i eterna dicha?.... ¿No es cierto que entónces, todo nos parece mas encantador i mas risueño; el aire es mas puro, el cielo mas sereno, las flores son mas bellas i mas delicioso su perfume?.... ¿No es cierto que entónces, un mundo nuevo se desarrolla a nuestra vista, mundo donde todo respira paz i bienandanza; mundo donde todo lo que nos rodea, vive solo de amor i de ventura?.... ¿No es cierto que entónces, si cantan las avecillas, si murmuran las fuentes, si suspiran las brisas, ese canto, ese murmullo, esos suspiros, amor nos dicen, amor nos cantan i de amor nos llenan?.... Pues igual cosa sucedió a Alfredo. La mirada de Amelia fué para él como el principio de una nueva vida, de una vida que no conocia, de una vida inefable, cuyos goces están solo reservados a las almas sensibles i puras.

Hacia rato la música habia dejado de tocar. Los botes i las chalupas, poco a poco se habian ido alejando. La numerosa concurrencia principió tambien a abandonar la esplanada.

—Acuérdate de Alberto, murmuró Amelia al oido de María al separarse de ella.

—I tú no te olvides de Alfredo,—contestó esta última, corriendo a reunirse con sus hermanas.

—¡Qué feliz he sido esta tarde!—decia entretanto Alberto a su amigo.—María no ha estado tan terca como otras veces. Si ella supiera el bien que me hace cada vez que se muestra asi, estoi seguro, nunca, nunca, me manifestaria indiferencia i frialdad.

—I yo,—contestó Alfredo, exhalando un hondo suspiro,—yo por un instante he visto abrirse el cielo i sonreir a un ánjel.

VI.

AMOR.

Dos años mas han trascurrido. La vida de Alfredo durante este tiempo, se puede resumir en una sola palabra: amor.

Privado desde mui niño de las caricias

i besos maternales; no teniendo a su lado ninguna de esas cosas que hacen el encanto de la vida, cuales son los cuidados i la ternura que la mujer i solo la mujer sabe siempre prodigar; sufriendo continuos pesares; viviendo solo con sus recuerdos, que por cierto eran llenos de acíbar i de hiel, el pobre jóven suspiraba por dias mejores, ansiaba porque su horizonte cuanto ántes se despejase de las negras sombras que lo cubrian. Un consuelo sinembargo habia venido a calmar su dolor: éste era la imájen de Amelia, de la anjelical Amelia. Desde aquella tarde en que por primera vez la vió en el paseo de Bella-Vista, ya no vivió sino para ella. Aquella niña le habia cautivado el alma, le habia arrebatado el corazon. Aquella niña era para Alfredo, lo que el agua para las plantas, el aire para la vida, el sol para la naturaleza, Dios para la eternidad. Alfredo amaba con toda la fuerza del primer amor. Amelia era la primera mujer que habia hecho latir apasionadamente su corazon. Hasta entónces Alfredo, no habia visto, no habia conocido, no habia amado, sino a su madre. Su madre habia sido hasta entónces, el ídolo a cuyas plantas habia depositado el tesoro de sus afectos i de su cariño. Ahora no sucedia así, un trastorno completo se habia verificado en su alma. Al lado de la imájen de su madre, Alfredo habia visto levantarse otra imájen divina, cuya sonrisa de querubin, lo extasiaba i lo volvia loco. Aquella imájen era la de Amelia, de Amelia que hasta en su sueño incesantemente lo perseguia.

En vano trató de luchar al principio contra una pasion cuyos resultados no podia preveer; en vano acudió a todo el poder de su razon i a la firmeza de su voluntad, para detener i refrenar su propio corazon, éste lo dominaba, lo dominaba siempre. Aquellos esfuerzos, aquel combate, solo sirvieron para avivar mas i mas el fuego que lo consumia. No habia remedio, su suerte estaba ahí, aquel era su destino: o Amelia o la muerte. Así lo comprendió Alfredo i así nos lo hará ver el final de esta historia.

Durante los dos últimos años, nuestro amigo habia conseguido guardar en lo mas recóndito de su pecho, como una joya preciosísima, el secreto de aquel amor que hacia su encanto i su dicha. Nadie, nadie, habia logrado sorprender ni descubrir lo que él ni aun a sí mismo se atrevia a confesar. Inútilmente se afanaban sus amigos por averiguar cual era la divinidad a quien Alfredo rendia sus homenajes i tributaba su adoracion, él habia conseguido engañarlos, finjiendo otro amor que en realidad no existia, ni podia existir. Pero, nada hai tan oculto que tarde o temprano no se descubra. Fué lo que sucedió a nuestro amigo. El velo misterioso tras el cual procuraba ocultarse, fué rasgado por manos profanas. De nada le sirvió su reserva, ella solo le proporcionó reconvenciones i amargar quejas de parte de sus amigos por la poca confianza que les habia manifestado. Alberto, sobre todo, se mostró profundamente sentido, por lo que él consideraba como una falta imperdonable en la intimidad que los unia. En la necesidad de obtener el perdon de Alberto, no encontró mejor medio que el depositar en el pecho de su fiel amigo el secreto de su amor.

Vamos a ver a continuacion de que suceso supo Alberto lo que Alfredo tanto se empeñaba en ocultar.

El mes de diciembre tocaba a su término. La capital comenzaba a despoblarse. Todas las familias abandonaban sus hogares para salir al campo o a las costas vecinas.

Las seis i media daban en el reloj de San Francisco. Alfredo, a pasos apresurados, caminaba por la alameda siguiendo la sombra que proyectaban las acacias. Desasosegado, inquieto, se reclinó en uno de los bancos de piedra que están en las inmediaciones del óvalo central.

Trascurrieron algunos minutos.

El paseo estaba enteramente solo. Unos cuantos aguadores se ocupaban en regar las avenidas.

Un coche tirado por tres briosos caballos apareció en el estremo de la calle. Alfredo, como movido por una conmocion eléctrica, se incorporó en su asiento.

El coche se acercaba mas i mas.

Alfredo devoraba con la vista aquel carruaje. En los asientos de adelante i cerca de la ventanilla acababa de ver a Amelia. Una mirada cruzó el espacio que separaba a Alfredo de su ánjel. En aquella mirada se encerraba un adios i una esperanza.

El coche pasó.

Instantes despues ya habia del todo desaparecido.

—¡Partió! murmura Alfredo—¡partió!..

repite, quedando sumido en una meditacion profunda.

Una acerba i honda pena desgarraba a pedazos su corazon.

En aquel banco lo encontró la noche; ahí mismo lo encontró Alberto, que fué el primero que se acercó a él.

—¿Qué estás haciendo aquí?—esclama, estrechando con efusion las manos de su amigo.—Te he buscado durante toda la tarde. He estado en tu casa, en la plaza, en el portal. Pero ¿qué veo?.... tú has llorado.

—¡Yo!

—Sí.

—Te engañas, Alberto.

—¡Me engaño! i aun tienes los ojos llenos de lágrimas. ¡Me engaño! i no sabes que contestar i permaneces turbado i todo avergonzado quizas porque acabo de sorprender tu debilidad. Vamos, dime ¿qué te ha sucedido? ¿qué tienes?

—Nada, Alberto, nada.

—Me, exasperas ¡oh! pero yo he de saber....

—No trates de indagar nada Alberto. Mira, te vas a reir de mi.

—Pero en fin....

—Estoi enamorado, loco, perdido.

—¡Jesus! hombre, pero eso ya lo sabia i tampoco es motivo para....

—Es que tú no sabes lo que pasa en mi alma, tú no puedes comprender el infierno que tengo aquí dentro. ¿Tú crees que yo amo a Matilde? ¿tú crees que es ella la que causa mi sufrimiento i mi continuo padecer?

—I ¿acaso no te lo he oido cien veces a ti mismo?

—Pues yo te he engañado.

—¡Alfredo!.... ¿Luego aquella historia del baile?....

—Era una pura ficcion. Queria ocultarte cual era mi verdadero amor; queria ocultar al mundo entero lo que a gritos estaban diciendo mis ojos i mi corazon. Escúchame Alberto: yo amo a Amelia.

—¡A Amelia!

—Sí, i esta vez, te lo juro, no miento.

—¿Con qué tú amas a Amelia?

Hubo un momento de silencio durante el cual solo se oyó la ajitada respiracion de los dos jóvenes.

—Es una locura—continuó Alberto.—Es necesario que renuncies a ese amor, porque ese amor es imposible.

—Imposible! sí, es cierto, lo mismo digo yo; ¡imposible! cabalmente es esto lo que me atormenta, es esto lo que me mata.

—I ¿entónces?....

—¡Ai! Alberto, pero tambien es imposible que yo pueda renunciar a ese amor, porque ese amor es mi vida.

—¡Ah!

—Ya lo ves. Calcula ahora si puedes cual será la situacion de mi alma. ¡Qué paz? qué alegría, qué bienestar puede caber en mi pecho!

—I ¿has estado alguna vez con Amelia, ¿la has tratado?

—Nó.

—¡Cómo! ¿Nunca has hablado con ella?

—Nunca.

—Ja, ja, ja, eres un niño, ja, ja, ja.

—Por Dios, Alberto, no te rias.

—Pero, hombre, ¿a quién se le ocurre irse a enamorar de una mujer que no conoce i a quien apénas si ha visto unas quince o veinte veces? .. Está visto, has perdido el juicio, Alfredo, has perdido el juicio. Eres ni mas ni ménos que esos niños que se enamoran de la luna cuando la ven reflejar dentro del agua i que lloran i se desesperan porque no la pueden alcanzar.

—I ¿qué quieres que haga?

—Olvidarla.

—No puedo.

—Te digo que es preciso, tanto mas que Amelia....

—Acaba.

—Amelia pertenece a una familia....

—Es inútil cuanto me digas, Alberto. ¿Podrias tú olvidar a María?....¡ah! ¿callas?....pues lo mismo me sucede a mí con Amelia. Conozco que es una fatalidad tremenda la que me arrastra, pero ¿qué hacer? mi razon i mi voluntad son impotentes.

—¡Pobre Alfredo!

—¿Me compadeces?

—Con toda mi alma.

—¡Oh! gracias, gracias i ¿ahora?

—Ahora yo te ayudaré a sufrir, yo compartiré contigo tus goces i tus penas.

—Dios te bendiga, Alberto. Sí, sí, tú serás mi confidente, tú serás mi consejero, yo te abriré mi alma, yo te haré partícipe de mis temores i de mis esperanzas.

Un brazo de Alfredo estrechaba la cintura de Alberto.

Algunos conocidos poco a poco se habian ido reuniendo.

Los dos amigos se levantaron i tristes i silenciosos se alejaron de aquel lugar.

VII.

AMELIA I MARÍA

Antes de seguir adelante en nuestra narracion, séanos permitido volver un poco atras, con el objeto de dar a conocer mejor a la que debe desempeñar tan importante rol en la presente historia.

Hablamos de Amelia.

Hija única de unos padres que la idolatraban, Amelia habia crecido enmedio de las comodidades i del esplendor inherentes a la opulenta casa de la cual ella era el solo representante. Su educacion habia sido prolija i esmerada como que jamas se habia separado del lado de sus padres a quienes profesaba sin igual cariño i respeto. Aislada, sin hermanos, sin amigas, era Amelia como una flor tierna i delicada cuyo aroma se esparcia en torno, sin que nadie aspirase su perfume; nadie, sino el céfiro que jugueteaba con los rizos de su hermosa cabellera i enamorado besaba la rosa de sus labios. Las flores habian sido sus hermanas i las aves sus mas queridas compañeras. A ellas les confiaba sus pesares, con ellas compartia sus alegrías.

Así trascurrió la primera edad de Amelia. Tranquila i feliz, veia deslizarse una tras otra risueñas primaveras, sin que ningun cuidado acosase su alma, ni ningun dolor su corazon.

¡Oh! la infancia! la infancia! venturosa edad, edad que acerca la tierra al cielo, como que los ánjeles bajan muchas veces a sonreir en medio de su sueño, al inocente niño que duerme en el regazo de su madre; edad dichosa, cuyo recuerdo está destinado a endulzar mas tarde las amargas horas de un padecer contínuo; edad feliz, cuya memoria no perece nunca, pues acompaña al hombre hasta el sepulcro!

Amelia acababa de cumplir catorce abriles. Fué hácia esta época que conoció a María, aquella hermosa niña con quien la hemos visto paseándose una tarde en las orillas del mar.

Era María de la misma edad que Amelia pero de carácter casi del todo opuesto, pues todo lo que en aquélla era vivacidad i despejo, era en Amelia timidez i recato. Esta misma diversidad de caractéres contribuyó quizas a afianzar mas la íntima amistad que desde el primer momento se profesaron las dos jóvenes. Todo era comun entre ellas; cualquiera al verlas hubiera dicho que eran hermanas. Si María adornaba hoi su blonda cabellera con alguna cinta o alguna preciosa flor, mañana la misma cinta i muchas veces la misma flor adornaba tambien el peinado de Amelia. María ejercia sinembargo sobre su amiga una influencia poderosa, debido en gran parte, a que Amelia miraba en María a la dama del gran mundo, Edeu para ella desconocido, pero cuyos atractivos i placeres su ardiente imajinacion le hacia ya entrever.

En el momento que principiamos el presente capítulo, ámbas amigas, conversaban apoyadas a un balcon de una elegante casa de campo.

Escuchemos su conversacion:

—¿I es verdad todo lo que me cuentas de Alberto?

—Tan cierto, como que todavía ando trayendo el ramo que me regaló la última vez que nos vimos. Mira, aquí está.

—¡Ah! pero si están secas las flores!

—I qué importa ¿acaso una se fija en las flores?

—Pues ¿i en qué te fijaste tú al recibir ese ramo?

—En la persona que me las ofrecia i como esa persona es un amigo a quien quiero tanto....Pero dejemos a un lado esto i vamos a lo principal. Dime ¿hasta cuándo piensas quedarte en el campo?

—No sé; mi papá dice que hasta fines de marzo.

—¡Ave María! hasta fines de marzo! pues lo que es yo, me vuelvo mañana a Santiago.

—¡Tan pronto! ¡Si apénas has estado ocho dias conmigo! Oh, qué triste se va a ver esto luego que te vayas. Voi a suplicarle a tu mamá que retarde el viaje siquiera por unos cinco dias mas.

—Seria inútil; el mes de febrero está al terminar i a mi mamá le precisa volver a la ciudad. Pero, calla ¿no divisas un jinete allá en el camino real?

—Precisamente i parece se dirije hácia acá.

—¡Si será Alberto!..¡ah! sí, él es, no me cabe duda.

—¡Por Dios! María, habla mas despacio, no te vayan a oir.

—Pon la mano sobre mi corazon.

—¡Cómo late! Te vas a enfermar.

—No tengas cuidado, la alegría no mata. ¡Oh, que dichosa soi! Alberto me ha cumplido su palabra. Voi a hacerle un saludo con mi pañuelo.

—No seas loca.

—Déjame hacer. Pobrecito, venir desde Santiago solo por tener el gusto de divisarme. ¿No te decia? él tambie ajita su pañuelo: me ha visto ¡Adios, Alberto!

El jinete habia llegado hasta cerca de las casas i caracoleaba su corcel delante de nuestras dos encantadoras amigas. En este instante se oyó la voz del dueño de casa. Amelia i María se alejaron del balcon; el jinete tambien desapareció i ya no se vió en el camino sino una polvareda que se cernia i remontaba en el espacio.

RUPERTO MARCHANT PEREIRA.

(Continuará).

EN LOS DIAS DE UNA AMIGA.

Oigo solas, Mercedes querida,
De mi lira las cuerdas vibrar;
Hoi el alma me dice que cante,
De su impulso me dejo llevar.

Hoi entonan con doble ternura
Melodías las aves canoras,
Mas risueño está el prado florido,
Se deslizan mas suaves las horas.

Si tú quisieras,
Te cantaria
El bello dia
De tu natal,
No sin decirte
Que eres hermosa,
Que eres graciosa
I anjelical.

Mil cosas bellas
Cuando se inspira
Talvez mi lira
Sabe espresar....
¿Por qué no quieres
Nunca en tus dias
Sus melodías,
Dime, escuchar?

¿Piensas que mi alma
Nunca se ajita,
Que no palpita
Mi corazon,
Porque no has visto
Mústia mi frente
Al fuego ardiente
De la pasion?

¡Ah! no te engañes,
Amiga mia,
Te probaria
Que sé querer....
Mi tierno afecto
En ti se anida,
Mi alma, mi vida,
Todo mi ser.

Si tú cultivas
Alguna planta,
A mí me encanta
Su bella flor;
I la avecilla,
Que tú acaricias,
Me da delicias,
Me inspira amor.

Donde dirijes
¡Ai! tus miradas,
Tiernas, calladas
Las mias van.
Cuanto deseas
Quiero alcanzarlo,
Me ves buscarlo
Con dulce afan.

No dudes nunca
De mi ternura,
Vé la dulzura
Con que sé amar;
I miéntras vivas,
Fiel i sincera
En tu carrera
Me has de encontrar.

Vuelves a mi alma ajitada
Perdida felicidad,
I mis horas de amargura
Vino a endulzar tu amistad.

La grata voz de la amiga
Siempre escuché seductora,
Melodiosa, como el trino
Del ave al venir la aurora.

De amistad el sentimiento
Es tan puro i delicado,
Cual astro que en su carrera
Ninguna sombra ha nublado.

I los instantes felices
Que nos brinda la ternura
Dejan al alma purísimos
Recuerdos sin amargura.

Confía, dulce Mercedes,
I no dudes de mi amor
Que la amistad nos ha unido
Como a su tallo la flor.

Setiembre 8 de 1863.

QUITERIA VARAS.

TRADUCCIONES DE LORD BYRON.

(Para *La Estrella de Chile.*)

I.

EN LA MUERTE DE UNA NIÑA.

Acállase el viento; mudas están las sombras de la tarde; ningun céfiro suspira en el bosque i yo vuelvo a visitar la tumba de Margarita i a regar con flores los despojos de la que amo.

En este nicho estrecho reposan sus cenizas, cenizas que en otro tiempo animaba el fuego de una vida tan hermosa... ¡El rei del espanto la hizo su presa i ni el mérito ni la beldad fueron bastantes a rescatar sus dias!

¡Oh! si el rei del espanto fuera accesible a la piedad, si el cielo pudiera contrastar los decretos del destino, el amigo que llora ¡no exhalaria aquí sus lamentos ni la musa enlutada recordaria las virtudes de la que ya no existe!

Pero ¿a qué viene el llorar? Su alma incomparable ha tendido el vuelo mas allá de los espacios donde brilla el astro radiante del dia i los ángeles condolidos la llevaron a los bosques donde el placer eterno es el premio de la virtud.

¡I los mortales presuntuosos citarán a los cielos a su tribunal, i su locura acusará a la Providencia Divina! ¡Ah! léjos de mí la vana soberbia de los hombres! yo jamas rehusaré a Dios mi obediencia.

Mas, yo amo siempre el recuerdo de sus virtudes i guardo conmigo la memoria de su belleza... ¡Dulces recuerdos que todavía haceis correr ardientes las lágrimas de mi amor, jamas me abandoneis, ocupad siempre vuestro lugar en mi alma!

II.

A E....

Deja que los necios sonrian al ver tu nombre i el mio enlazados por la amistad. La virtud tiene mayor derecho a nuestro amor que el rango unido al vicio.

Si es inferior al mio tu nacimiento porque un título mas elevado decoró mi cuna, no me envidies mi orgulloso rango ¿no tienes acaso tú el justo orgullo de un mérito modesto?

Iguales nuestras almas, simpatizan entre si i tu suerte no puede deshonrar la mia. Nuestra amistad no será ménos dulce porque tú mereces el rango que no posees.

III.

EL RECUERDO.

Todo acabó! no lo he visto sino en mis sueños i ya los rayos de la esperanza no embellecen el porvenir.

Los dias de mi ventura pasaron; helada por el soplo del infortunio la aurora de la vida se oscureció.

Amor, esperanzas, alegria, ¡adios! adios! ¡Qué no pueda decir tambien ¡adios! a los recuerdos!

IV.

VERSOS DIRIJIDOS A LA PRINCESA CARLOTA QUE HABIA SIDO SORPRENDIDA LLORANDO.

Llora hija de reyes; llora la vergüenza de un padre, llora la ruina de un reino. ¡Ah! mil veces dichosa si con cada gota de llanto alcanzaras a borrar una de las faltas de aquél que te dió la vida!

Llora, porque tus lágrimas son las lágrimas de la virtud i un presajio bienhechor para esas islas desdichadas. ¡Qué cada lágrima que viertas te sea pagada por una sonrisa de tu pueblo!

V.

IMITACION DEL PORTUGUEZ.

En estos momentos consagrados al placer, tú, con voz enternecida, me llamas: *¡vida mia!* palabras encantadoras que basta-

rian a llenar mi corazon si la juventud no pudiera ni marchitarse ni morir!

¡Ai! las horas mas deliciosas nos llevan asi a la muerte....No repitas mas esas caras palabras, o en vez de decirme *¡mi vida!* dime mas bien *¡alma mia!* Al ménos el alma debe ser eterna como mi amor!

VI.

VERSOS ESCRITOS EN UNA BIBLIA.

Este libro augusto encierra el misterio de los misterios. Felices aquéllos a quienes es dado oir, leer, pronunciar como plegaria o venerar la palabra de este libro! Felices los que saben forzar la puerta i entrar violentamente por los senderos! Pero mas les valiera no haber nacido que leer estas pájinas para dudar o despreciarlas.

VII.

ESTANCIAS.

Oi tu desgracia i no verti una lágrima, supe tu muerte i casi no exhalé un suspiro....i sinembargo eras tan bella, eras demasiado querida de todos para morir.

Ignoro lo que ha secado mis ojos que ya no derraman una gota de llanto; pero cada lágrima que retienen mis párpados cae fria sobre mi corazon.

Si, una a una mis lágrimas caen sobre él frias i amargas, como las gotas que retenidas sobre una roca la gastan incrustándose en su granito, pero estas lágrimas retenidas en mi seno se petrifican en él todavía mas pronto i ¡ai! lo siento, nada podrá en adelante liquidarlas!

VIII.

ADIOS A UNA DAMA.

Arrojado el hombre de los jardines del Eden, se detuvo un momento a la puerta, i cuanto veia le recordó lo que perdiera, haciéndolo maldecir de su suerte.

Pero, vagando al traves de climas lejanos, aprendió al fin a soportar el peso de los dolores, i halló su consuelo en el movimiento de la vida....

Lo mismo me pasa a mi, mujer cuyos encantos no he de volver a ver jamas, miéntras estoi a tu lado suspiro por lo que he conocido.

En mi destierro seré sin duda mas prudente i escaparé a los lazos de la tentacion; pero no puedo contemplar mi paraiso sin sentir deseos de entrar en él.

IX.

A UNA DAMA.

¿Te dignarás llorar por mi cuando ya no exista? Amable niña, repite tus palabras. —Pero, si ellas te causan pena, no vuelvas a pronunciarlas. Jamas querria afligirte.

Mi corazon está triste, mis esperanzas se han desvanecido, mi sangre se ha helado en las venas; cuando yo muera tú sola suspirarás en el lugar de mi reposo.

Por ti me parece que un rayo de dicha viene a brillar al traves de mis sombrios pesares i me consuelo por un momento al saber que tu corazon se ha condolido del mio.

O amiga jenerosa, ¡bendita sea la lágrima vertida por el que no puede llorar! Sí, esas lágrimas preciosas tienen doble valor para aquéllos cuyos ojos se han secado. Jenerosa amiga, en otro tiempo mi corazon esperimentaba afectos tan tiernos como los tuyos; pero la belleza misma ya no encanta a un infeliz nacido para el desaliento.

¿Te dignarás llorar por mi cuando ya no exista? Amable niña, repite tus palabras. —Pero, si ellas te causan pena no vuelvas a pronunciarlas. Jamas querria afligirte.

OLIMPIO.

¡DESILUSION!

Niña vi yo de rubia cabellera,
De bellos ojos, de serena frente,
I era el fulgor de su mirar ardiente
Limpio destello de la azul esfera.

No tan esbelta la jentil palmera
Crece a la orilla de fugaz corriente;
Ni cual su boca, al soplo del ambiente
Fragante aroma exhala la pradera.

Era su voz mas dulce que el acento
De enamorado i tierno jilguerillo
Que triste fia su dolor al viento.

Al verla yo, mi corazon sencillo
Ardió en su amor. Mas ¡ai! fatal momento:
La vi despues.... ¡fumando un cigarrillo!

CELSO VÍCTOR CÁCERES.

UN ACTO DE JUSTICIA.

Con profunda satisfaccion ha recibido el público de Santiago, el decreto en que S. S. el Intendente de esta provincia, señor Vicuña Mackenna ha nombrado una comision encargada de redactar una biografía del eminente ciudadano don Manuel Salas. La comision está compuesta de los señores don Máximo R. Lira, don Rafael B. Gumucio, don Augusto Matte i don Fernando Santa-María, cuatro intelijentes i entusiastas jóvenes, cuyos solos nombres hacen ya esperar un éxito feliz en los trabajos que se les han confiado. La biografía es el primer paso que se quiere dar ántes de promover en nuestro vecindario una suscricion popular para elevar a la memoria de uno de nuestros mas ilustres prohombres un monumento público.

Será ése un acto de estricta justicia, el condigno pago que dé el pais al hombre a quien tanto debe.

Como con mucha razon lo observa el señor Amunátegui en su biografía de don Manuel Salas, es éste un hombre cuya memoria vive grabada en monumentos mas duraderos que el mármol i el bronce: en nuestra biblioteca, en nuestro hospicio, en el tajamar i en muchas instituciones de beneficencia que lo recuerdan como su fundador; pero sobre todo «en el corazon de sus conciudadanos.»

Ejemplar i caritativo cristiano, patriota sincero i abnegado, el primero i mas celoso operario del progreso del pais, que le debe la introduccion de tan ricos cultivos, de tantas industrias, padre i maestro del pueblo, infatigable en la labor, inquebrantable en sus propósitos, don Manuel Salas es la mayor gloria cívica de Chile.

En 1807 propagó activamente la vacuna; se ocupó de mejorar la condicion de los encarcelados; hizo promulgar la lei que proclamaba la igualdad de los indios i los libertaba de tributos; combatió la esclavitud, dando él primero que nadie el ejemplo de manumitir sus esclavos.

En 1810, si bien no puso al servicio de la revolucion una espada, le prestó un ausilio harto mas valioso con su eminente e infatigable pluma i con el prestijio de su honradez i de su nombre.

Como tantos chilenos de gloriosa memoria, Salas espió en el destierro de Juan Fernandez el crimen de amar a su patria i luchar por darle libertad.

La situacion económica de Chile fué sobre todo para Salas objeto de largos estudios, de profundas meditaciones i de árduas labores, que tuvo la dicha de ver, ántes de morir, coronadas por un éxito altamente consolador.

Si don Manuel Salas fué un modelo en las virtudes cívicas, si es su memoria bendecida por los pobres i los desgraciados, fué tambien un excelente modelo de cristianos. Fervoroso creyente, sincero i profundamente piadoso, se conquistó con justicia el respeto de los hombres de todas las opiniones i de todos los colores políticos.

El 28 de noviembre de 1841, a los ochenta i seis años de edad, moria don Manuel Salas en medio del llanto de los suyos. Fué la muerte del justo que sale de la vida temporal para recibir el galardon de sus virtudes.

El pueblo chileno lo llora todavía, porque lo amaba como a su padre.

Por eso, mucho se ha hecho esperar el acto de estricta justicia que Santiago se prepara a hacer en uno de sus mas preclaros hijos.

Santiago, abril 27 de 1872.

RAMON C. BRISEÑO.

CHARADA.

Bibí, en conciertos,
Bailes i fiestas
¡Cómo te gusta!
¡Cuál te deleita
Oir de mi *cuarta*,
(Si allí se encuentra
Con otras varias
Sus compañeras)
Prima i *segunda!*

Si en árdua empresa
Lento i cansado
Ya te sintieras
¡Cuál reanimaras
Presto tus fuerzas
Si *prima* i *quinta*
Clamar oyeras.
Mal humorado
Cuando te veas
Busca—si quieres
Volver risueña
I hasta agradable
Tu hosca presencia—
Animalejo
Vivo, tronera,
Que imita todo
Cuanto le enseñan,
Que de mi *todo*
—Para la oreja—
Cuarta i *segunda*
Por nombre lleva.
Dante reunidas
Tercia i *primera*
Hombre notable
Que hace ya fecha
Viajó valiente
Por mares fieras;
Sin cuyo viaje,
Segun se cuenta,
Quizá en el mundo
Tú no existieras.
Diz que mi *todo*
—I es cosa cierta—
Es el secreto
De la riqueza;
Búscalo activo
Date, pues, priesa,
Dame noticia
Si es que lo encuentras.
Saber si quieres
De quien es esta
Larga charada,
Pues te interesa,
Mi *cuarta* i *quinta*
Doite en respuesta.

SIRO LUQUE.

SOLUCION

DE LA CHARADA DEL NÚMERO ANTERIOR.

A Bibí.

Como la *masa* mas tierna
Del mas tierno panecillo
Eres, Bibí, ¡Qué agradable
Es tener luchas contigo!

Con humildad te confiesas
De vencer a Siro indigno
I haciendo mil cortesías
Saludas a tu enemigo.

Mas pienso que la modestia
Ya no es fruta de este siglo,
I a creer la tuya figura
De retórica me inclino.

Mas ya que tanto me aprecias,
Haz algo de aprecio digno,
Mándame una rica *poma*
De aquellas del Bio-Bio.

Paréceme que la *rima*
No te saca a ti de tino,
Pues con aplomo asonantas
Un *fio* con un *bravio*

Dices, Bibí, que la *risa*
De gozo es certero signo;
No lo sé ¡va tántas veces
A la *risa* el llanto unido!

Una loca *mariposa*
Ora vuela en torno mio,
A la lámpara se acerca
—Pobre mísero insectillo

¿Dónde vas?—¡ai! al ardor
De la luz ha perecido!
¡Un loco amor lo llevaba;
Se quitó la vida él mismo!

SIRO LUQUE.

Contenido de este número.

I.—Por *amor i por dinero* (bibliografía), continuacion, por Rómulo Mandiola, páj. 465.
II.—En el álbum de Delfina, poesía, por Jorje Isaacs, páj. 468.
III.—El colono, por Rafael B. Gumucio, páj. 469.
IV.—El Arca salvadora, poesía, por Estévan Muñoz D., páj. 470.
V.—Alfredo, continuacion, por Ruperto Marchant Pereira, páj. 471.
VI.—En los dias de una amiga, poesía, por Quiteria Varas, páj. 476.
VII.—Traducciones de Lord Byron, por Olimpio, páj. 477.
VIII.—Desilusion, poesía, por Celso Victor Cáceres, páj. 478.
IX.—Un acto de justicia, por Ramon C. Briseño, páj. 479.
X.—Charada, por Siro Luque, páj. 479.
XI.—Solucion de la charada del número anterior, por Siro Luque, páj. 480.

IMPRENTA DE «EL INDEPENDIENTE.»
Calle de la Compañía núm. 102.

LA ESTRELLA DE CHILE.

AÑO V. Santiago, mayo 5 de 1872. Núm. 240.

OBRAS POÉTICAS
DE CLEMENTE ALTHAUS, 1852-1871. (1)

> Tanto mas hermosa es una palabra cuanto mas se asemeja a una idea, un libro a un alma i un alma a Dios.

I.

No recordamos el nombre del autor cuyo es el pensamiento que acabamos de poner por epígrafe. De todas maneras, él nos parece profundamente exacto i propio para servir de norma a la crítica literaria, tal cual siempre la hemos concebido, tal cual siempre hemos procurado practicarla. Para apreciar un libro con verdad i justicia no basta hacer una reseña de las materias que contiene, ni siquiera una anotacion minuciosa de las bellezas i defectos de su forma i su fondo; es preciso elevarse de las palabras a las ideas, ver en seguida si éstas reflejan el alma del autor, i observar, por último, hasta qué punto esa alma ha logrado conservar intacto el sello del supremo artífice i acercarse, a fuerza de amor i de trabajo, al ideal de lo bueno, de lo bello i de lo verdadero.

Tal será nuestro punto de partida, i no otro el método que vamos a seguir para apreciar el volúmen de poesías que el señor Althaus ha tenido la amabilidad de enviarnos desde Lima i cuya lectura solo ahora nos ha sido dable terminar.

II.

Los lectores de *La Estrella de Chile* no tendrán a mal que prescindamos en este artículo de consideraciones jenerales relativas a las cualidades i defectos predominantes de la poesía en las repúblicas hispano-americanas. En otras ocasiones hemos procurado entrar en ese terreno, (donde tánto escasean los brazos i tánto habria que cosechar i que sembrar) especialmente con motivo de *El Parnaso Boliviano* i de un trabajo anónimo sobre las *Poesías de don Nestor Galindo*.

Hoi, desentendiéndonos de aquellas grandes líneas que van dando una fisonomía propia a la poesía americana, procuraremos reconcentrar la atencion en un solo libro, es decir en una sola alma, para notar los procedimientos que emplea i valorar los resultados a que llega en su viaje de esploracion hácia el Supremo Bien i la Belleza Suma. Porque el alma de Althaus es una de esas almas viajeras, no sabemos si decir condenadas o predestinadas, a atravesar los breves años de la vida, corriendo tras los reflejos de lo eterno, de lo infinito i de lo perfecto, i paladeando las amarguras de lo efímero, de lo pequeño i de lo miserable.

¿Qué es, en efecto, el poeta, en el sentido trascendental de la palabra, sino un espíritu caido del cielo al valle de lágrimas que habitamos, que vé por do quiera destellos de su celeste patria i que busca sin tregua la escala para subir a ella? ¿I qué es la poesía sino esa misteriosa escala que vió Jacob en sueños i que, descansando en la tierra apoyaba su mas alto estremo sobre las rodillas mismas de Dios? ¿I qué es la armonía sino el ruido de las almas que suben impulsadas por el amor o que bajan al impulso del desaliento, del egoismo o de la voluptuosidad? ¿I qué toca hacer a la crítica literaria sino alentar a los que desfallecen, aplaudir a los que triunfan i despertar a la innumerable multitud de los que duermen con el viril grito de Longfellow: *¡Excelsior! ¡Excelsior!*

Si ser poeta es sentir esa aspiracion a lo infinito, si hai poesía donde quiera que se manifieste el esfuerzo de un alma por llegar a esa inaccesible altura, don Clemente Althaus es un verdadero poeta i su libro un libro de verdaderas poesías. Tan cierto es ello, que tambien Althaus ha escrito su *Excelsior*, donde bajo otro título i una diversa forma, el hombre puede ver como en compendio la historia de su corazon.

(1) Un volúmen en 4.° de 608 pájinas, Lima, imprenta de *El Universo*.—1872.

Permitasenos trascribir íntegra esta poesía del señor Althaus, que aun cuando no es de las mas acabadas por su ejecucion, puede dar una idea de su estilo i servirnos como de llave para entrar en un pequeño estudio comparativo, que talvez sea provechoso, i que en todo caso nos parece oportuno.

A LA FELICIDAD.

Yo ví que no eran tu mansion mis lares,
Amada entre las Diosas, i por tí
Surqué estranjeros procelosos mares
I apartadas rejiones recorrí.

I cada orilla que tocó mi prora
Con labio ansioso preguntar me oyó:
—«¿Aquí, decidme, la ventura mora?»
Mas ¡ai! do quier me respondieron—«Nó!

«Id mas allá: no mereció este suelo
Que su áurea planta se imprimiera en él»—
I sin cesar su arrebatado vuelo
Sigue de playa en playa mi bajel.

I nunca abordo a la feliz ribera
Donde me digan:—«La encontraste ya.»
Antes hiere mi oido donde quiera
Ese eterno, terrible, *mas allá!*

Así del mundo infante en el misterio,
Anhelando tu asilo encantador,
Las islas de Fortuna i el Hesperio
Jardin buscaba el hombre soñador;

Mas, viendo que en las playas no resides
De su natal Mediterráneo mar,
Mas allá de los términos de Alcides
Tus islas bellas se lanzó a buscar.

I en el remoto piélago de Atlante
Intrépido guiando su timon,
Iba siempre esperando mas distante
El fujitivo umbral de tu mansion.

I en el vasto Pacífico Oceáno,
Tras siglos largos penetró tambien;
Pero sus playas recorriendo en vano,
No halló en ninguna el suspirado Eden.

Mas siempre en lo ignorado todavía
Su fé cifraba i su ilusion tenaz;
I mas léjos, mas léjos, repetia,
I nunca daba a su carrera paz.

Holló comarcas donde reina solo
De eterno estío el implacable ardor
I hasta los hielos últimos del polo
Lanzó el audaz bajel esplorador.

I hoi que el nativo globo descubierto
Por donde quiera el desdichado vé
«¿A qué mar,» se pregunta, «i a qué puerto,
Para encontrar a la Ventura, iré?»

Mas, aunque nunca a poseerte alcanza
I a todos vé su decepcion comun
No se rinde, i fallece su esperanza
I persevera su deseo aun.

Que otra playa le queda donde vaya
De tu hermosura misteriosa en pos
I es la del cielo, esa postrera playa
A donde puso tu morada Dios.

Gozando allí lo que rejion alguna
Le dió del mundo encontrará por fin
Las islas verdaderas de Fortuna,
De las Hesperias el rëal jardin.

I sois vosotras esas islas bellas
Donde el hombre infeliz ha de abordar
Refuljentes, altísimas estrellas
Doradas islas del celeste mar.

No nos detendremos a hacer notar uno que otro descuido de composicion que la simple lectura de la poesía anterior revelará sin duda al lector ilustrado; como quiera que no tratamos ahora de enseñar a niños las reglas de la Métrica, sino de diseñar la fisonomía de un poeta sirviéndonos de las indicaciones que nos suministran sus obras i procurando sorprender en ellas algo que podriamos llamar el tono dominante i la nota primordial de sus inspiraciones.

A este propósito seria interesante traer a la memoria algunas de las composiciones mas notables que ha inspirado a los poetas, por una parte el anhelo de tocar en lo perfecto i por otra la triste imposibilidad de alcanzarlo. Porque son pocos los verdaderos poetas que no hayan comprendido que ese anhelo es como el distintivo de su noble raza i que no hayan buscado i encontrado una alegoría mas o ménos injeniosa, bella i poética para significarlo.

Como el tiempo es escaso i el espacio de que podemos disponer limitado, nos contentaremos con recordar las dos mas hermosas alegorías de la vida que conocemos i que son debidas ¡raro contraste i brillante prueba de la identidad del corazon humano! la una a un hijo de la gran república del Norte de América i la otra a un hijo de la grande autocracia del Norte de Eu-

ropa—el *Excelsior* de Longfellow i el *Carro de la vida* de Pouchkine.

En aquella composicion el representante de la humanidad es un gallardo jóven que, pálido i pensativo, a la hora del crepúsculo, emprende la ascension del monte San Bernardo, llevando en la mano con noble altivez un estandarte en el cual está escrita la palabra: *¡Excelsior!* Sube trabajosamente, deteniéndose un momento a contemplar el tranquilo interior de alguna cabaña de pastores, el fuego que chisporrotea en el hogar, gritando con voz de trueno a la familia reunida: *¡Excelsior!* Un anciano le sale al encuentro para ponderarle las asperezas del sendero i la proximidad de la tormenta, i el jóven le responde: *¡Excelsior!* i continúa su camino. En pos de los consejos de la prudencia vienen las tentaciones del amor. «¡Cuidado! jóven viajero, ¡cuidado! le grita con dulce voz una hechicera jóven, ¡deten el paso i quédate por siempre conmigo!» Una lágrima brilla en los ojos del peregrino, detiene el paso, exhala un hondo suspiro i, señalando con el dedo la altura, le responde: *¡Excelsior!* Ya sobre la nieve, un audaz cazador hace llegar a los oidos del héroe las últimas advertencias i las últimas indicaciones de la tempestad que se aproxima; pero todo en vano, que el jóven sigue impertérrito subiendo i desde una elevada roca hace resonar por última vez su voz de marcha: *¡Excelsior!* La mañana siguiente los relijiosos del San Bernardo oyen esa palabra misteriosa resonar en los aires. Guiados por un perro fiel encuentran al jóven exánime sobre la nieve, teniendo aun en la mano el estandarte i sonriendo como si contemplara una vision celeste. El primer rayo del sol que se levanta viene a iluminar esa sonrisa i a murmurar al oido de los monjes, con una voz anjélica, la divisa del muerto: *¡Excelsior!*

Tal es, vertida a vil prosa, la composicion de Longfellow; i a nuestro juicio la mas hermosa, elevada i feliz inspiracion de este gran poeta.

Pero, ántes de hacer notar sus bellezas, pongamos la poesía del poeta ruso a la vista de los lectores, sirviéndonos de una imitacion que hicimos de ella hace algunos años i que, a pesar de sus defectos, tal vez se lea con mayor agrado que la esposicion que de ella pudiéramos hacer en prosa.

EL CARRO DE LA VIDA.

I.

El hombre nace, i al abrir los ojos
Al frente el Carro de la vida mira:
Sube i al punto impacientado esclama:
¡Cochero, tira!

La vista tiende hácia adelante i, viendo
Las bellas flores que la tierra brota,
Llegar pretende sin tardanza i grita:
¡Cochero, azota!

Su grato aroma con delicia aspira,
I ya poseerlas codicioso anhela,
I clama, mas i mas la voz alzando:
¡Cochero, vuela!

II.

¡Llegó...! I en humo, que las flores tór-
Al acercarse con dolor repara [nanse,
I grita entónces al veloz auriga:
¡Cochero, para!

Mas éste, sordo a su clamor, revuelve
La huasca, rauda cual veloce rayo,
I a cada azote silbador repite:
¡Arre, caballo!

Vanse pasando los floridos campos,
Vélos pasar con interior desmayo
Triste el viajante i el cochero sigue:
¡Arre, caballo!

III.

¡Atras quedaron!—Por piedad, detente,
Grita el viajero, bárbaro, un instante;
I el de la huasca a sus reproches sordo,
Sigue: ¡Adelante!

Las luces huyen, se oscurece el mundo....
Triste el viajero la cabeza inclina,
I—¡vuelve!—clama al cruel, que sin oirlo,
Sigue: ¡camina!

Todo se hiela i en silencio yace,
Solo el chasquido de la huasca zumba:
¡Qué veo!—esclama el peregrino i cae
Yerto a la tumba! (2)

---

(2) Véase aquí una traduccion literal de la poesía de Pouchkine, que nos ha servido de modelo:

«Aunque la carga a veces es pesada, el Carro es siempre rápido, el cochero atrevido, el tiempo malo: jamas abandona el pescante.

«Desde la madrugada tomamos un asiento, i sin miedo de estrellarnos, i despreciando la ociosidad i la calma, gritamos: ¡Adelante....!

«Pero menguan nuestras fuerzas a medio dia: nos sentimos cansados: las cuestas i ba-

El mas somero estudio comparativo de las tres piezas literarias que acabamos de poner a la vista de los lectores, nos permitirá descubrir en ellas sus semejanzas i sus diferencias, sus méritos i sus defectos. Las tres nos presentan una imájen de la vida i son como el compendio de la historia del corazon humano. Anhelo de lo infinito, de lo eterno, de lo perfecto; esperanzas siempre frustradas de encontrar ese ideal tras cada recodo del camino; tributo de lágrimas pagado a los risueños paisajes que invitan al viajero a detenerse; i, por fin, la muerte que le sale al encuentro para abrirle las puertas de la eternidad.

Tal es la idea comun espresada en las tres anteriores alegorías, la idea que puede servirnos de piedra de toque para juzgar del mérito de cada una de ellas.

¿I quien no vé desde luego que Longfellow es verdaderamente incomparable? ¿I quién podria sentirse agraviado viendo nuestra preferencia por una obra que en nuestro humilde juicio raya en los límites de lo perfecto?

El *Excelsior* de Longfellow es un poema i podriamos decir que es el poema por excelencia. El ha logrado condensar en unas cuantas estrofas la historia del corazon humano, i lo que es mas, su historia esplicada, sublimada, alumbrada por la luz del ideal. Ese jóven pálido i pensativo que repecha la montaña, llevando en la mano el estandarte con la misteriosa divisa i pagando el tributo de sus lágrimas a los hermosos paisajes del camino, hace nuestra propia jornada; pero no la hace como quiera, sino con la viril enerjía de la virtud i con el entusiasmo de la esperanza, batallando, pero venciendo, llorando, pero siempre subiendo i siempre anheloso de subir mas i mas; i si al fin cae exámine sobre la nieve, cae sin soltar su bandera, i si sus labios no pueden ya afirmar su enérjica voluntad de seguir remontándose, una nota anjélica bajada del cielo en un rayo de sol, se encarga de anunciar a los circunstantes asombrados que el viajero ha tocado ya al término de su viaje.

La alegoría de Longfellow es, pues, como se vé, a un tiempo mismo verdad e idealidad, recreo i leccion, poesía i filosofía, pintura i norma de la vida.

La del poeta ruso le es mui inferior bajo este aspecto; pero tiene en cambio un gran mérito que la realza: su naturalidad. Es siempre el mismo drama, pero con un personaje mas, con el Tiempo, ese terrible cochero, que azota sin fatigarse nunca i sin preocuparse de los votos i súplicas de aquéllos a quienes conduce. Por otra parte la concepcion de Pouchkine es mas vulgar i por lo mismo mas comprensible para todas las intelijencias. Su viajero no es el viajero típico, noble, ilustrado, que marcha voluntariamente, sufriendo siempre, pero siempre avanzado, divisando, proclamando i amando lo ideal; es el hombre comun, que, apénas nace, se lanza hácia los mirajes de la dicha terrena, envidiando sus alas a las aves, que en la mitad de la jornada vé disiparse como el humo esos mirajes, i ruega i suplica que se detenga al impasible conductor, i que abatido por los desengaños, llora al ver que se va alejando para siempre del ruido, de la luz, de la gloria, del amor i de los placeres, hasta que de súbito la muerte aparece a su vista como un profundo foso en el cual se hunden a la vez *caballos i carro i caballero.*

Viniendo ahora a la composicion del señor Althaus, es fácil notar que ella reune hasta cierto punto las cualidades predominantes en las del poeta norte-americano i del ruso. Como en el *Excelsior*, se descubre el ideal; pero no, dando el tono a la vida i el movimiento al drama, sino solo por via de deduccion o de desenlace. Como en el *Carro de la Vida*, la ficcion es esencialmente humana i comprensible; pero falta el Tiempo, es decir, la fatalidad del viaje, que tanto contribuye a hermosear la alegoría de Pouchkine.

Sinembargo la composicion del poeta peruano tiene tambien una cualidad propia i esclusiva—la grandiosidad, casi rigorosamente histórica de su argumento. Aquí no es un individuo el que se ofrece a nuestra vista, como representante de la humanidad; es la humanidad misma. Aquí el viaje no principia i concluye en unas cuantas horas, sino que se verifica en el trascurso de muchos siglos. Podria decirse que el señor Althaus ha ido a su fin por un camino diametralmente opuesto al seguido por Longfellow i Pouchkine; pues miéntras éstos nos dan la historia de la humanidad en

---

rrancos nos asustan, i gritamos: ¡Mas despacio, imbécil!

«El Carro sigue como de ántes. En la tarde casi nada estrañamos: marchamos hácia el ocaso entretenidos por dulces sueños, i el Tiempo sigue aguijoneando a los caballos.»

un corto viaje realizado por un solo hombre, aquél nos da la historia del corazon del hombre, en el viaje de siglos realizado por la humanidad en busca de las islas Afortunadas.

Resumiendo, el carácter distintivo en la alegoria de Longfellow es la idealidad, en la de Pouchkine la naturalidad, i en la de Althaus la grandiosidad: por eso la primera es mas bella i cristiana que la segunda, i ésta mas dramática e interesante que la tercera. Todas sinembargo, i consideradas en si mismas, son poéticas i filosóficas revelaciones de la sed de lo infinito que todos los hijos de Adan llevamos en el pecho, i constituyen un titulo de gloria para sus autores.

ZOROBABEL RODRIGUEZ.

(Concluirá).

¡DESCANSA, GUERRERO!

(Traducida de Dymon).

Viene desde los campos de batalla,
I alumbra su camino la tormenta;
Pide un rincon en la pajiza choza,
Busca el calor de la chispeante hoguera:

Desencajado i lívido el semblante,
Suelta sobre los hombros la melena,
No es ya ese busto el que cubrió de besos
En el terrible ¡adios! su madre tierna:

Alumbran en instantes sus miradas
Bajo la sombra de las anchas cejas,
Cual fulgor de relámpago lejano
Cruza en la noche enmarañada selva.

Se ha dormido por fin. ¡Duerme guerrero!
Mira en tu sueño la nativa aldea,
Aspira los perfumes de sus bosques,
Oye las flautas de sus lindas fiestas:

Es la suya esa voz....es que te nombra;
Fiel a sus votos tu regreso espera:
Tus labios tocan sus amantes labios,
Roza la tuya su mejilla fresca....

¡No despiertes, guerrero, no despiertes!
¡Despertar es horrible....¡sueña! ¡sueña!
Ese es el sueño de la dicha i siempre
Tumbas o ingratitud hai tras la ausencia.

Dagua, 1865.

JORJE ISAACS.

¿SE LEE O NO SE LEE?

Hé aqui un problema que espera en Chile, desde hace muchos años, una solucion satisfactoria, sin que hasta ahora sea posible decir cual será.

Hai quienes dicen que en Chile no hai aficion a la lectura; que no hai lectores; que es ilusion pensar en que llegará un dia en que pueda asegurarse, sin temor de ser desmentido, que en este pais hai quienes leen.

I esta aseveracion encuentra numerosos partidarios. ¡Cuántos la repiten dia a dia!

En el espacio de pocos meses ¡qué sin número de publicaciones han pasado a mejor vida!

De muchas de ellas no ha quedado mas huella de su paso que la que deja en el mar el buque que corta las aguas i en el aire el ave que vuela.

¿Quereis saber la causa de tanta prematura muerte? Preguntadlo a los editores i la hallareis satisfactoria, a su decir.

En Chile no hai quienes lean, os contestarán con tono lastimero. Se engañan los que piensan en cimentar cualquiera empresa destinada a fomentar la aficion a la lectura.

¿De qué aficion se habla? Si no existe por mas que se la busque.

No sé si sean ciertas o no en su totalidad tales razones, pero ¡ojalá que no hubiera sido yo del número de los que salieron al mundo de la prensa condenados a ver desaparecer mui pronto el diario que les sirvió de hogar!

Cuando escribí la despedida, tuve mui buen cuidado de no acusar al público que no me habia leido.

Eso por sabido lo callé.

***

—¿Por qué no escribe Ud.? decia a un literato chasqueado, hace pocas noches, un amigo nuestro.

—Porque no hai lectores, contestó sin trepidar.

¿Es esta la verdad?
Si escribiera ¿álguien lo leeria?

***

Suscríbase Ud. a nuestro diario, a nuestro periódico, a la revista que dirijimos, es la frase obligada con que se saluda al que se acerca, de buena o mala gana, al infeliz a quien el diablo mete en la cabeza la ten-

tacion maldita de hacerse hombre de letras.

—¡Qué quiere Ud.! se le contesta, nadie escribe ningun artículo que valga la pena de leerse.

—Como dice Ud. ésto ¿no ha leido Ud. el último número de mi revista?

—Calle, ni por pienso.... ¡Qué teorías! ¡Dios santo! ¡Qué estilo! ¡Qué lenguaje Si no se puede leer ni una línea sin someterse al martirio mas atroz!

¿No es verdad que habeis oido mil veces, i por cierto mas prolongado, el diálogo que apénas bosquejo aquí?

Por bien o por mal, es el hecho que, al fin de poco tiempo, el editor de cualquier papelucho llega a convertirse en un Jeremías que da grima oirlo.

Pero en honor suyo, sea dicho de paso, que el interlocutor que se queja de la falta de alimento literario para su delicado paladar, haria mejor en ir a buscarlo en una pesebrera.

Para el público que gusta de lo necio, hai muchos que escriben en necio, como dijo álguien.

Para el que gusta de la paja no falta quien se la dé i aliñada de una manera tal, que hace por sí sola el mas cumplido elojio del que tan buenas dotes tiene para condimentar sandeces.

* * *

El inmortal Fígaro lo decia: En España no se escribe, porque nadie lee, ni nadie lee, porque no se escribe.

¡Feliz Chile que hace fallar el agudo dicho del satírico español!

Aquí hai quienes leen i hai quienes escriben. ¡Bendita sea esta tierra!

Pero, ¿los qué leen son bastante para costear la publicacion de lo que se escribe?

En otros términos, que quizas son mas exactos ¿se paga lo que se lee?

I cuando ésto decimos, no se nos pasa ni por las mientes tomar para nada en cuenta lo que vale siquiera el tiempo material que emplea el escritor en encomendar al papel sus pensamientos.

Ello importa mui poca cosa. Es verdad que no seria posible publicar un periódico sin que hubiera alguno que lo redactara; pero tambien es cierto que lo que llena las aspiraciones de un editor es costear la parte material de la impresion.

* * *

¿Cuánto cuesta el sostenimiento de un periódico literario?

Hé aquí una tésis ventilada cien veces en cada año en nuestro país.

La escena pasa en un círculo de amigos, que han tomado amor a las letras, que han mordido el fruto prohibido.

«Cajistas tanto; papel cuanto; tiraje, repartidores, correos, prensistas tanto; suma total, quinientos pesos en un trimestre.»

Hé aquí el spécimen del presupuesto de una publicacion literaria cualquiera.

Si bien se mira, no ha quedado mas que un solo gasto que no se toma en cuenta.

¿Na habeis visto cual es?

Pues nada ménos que lo que debe pagarse al que lo redacta.

* * *

¿I por qué ha de computarse semejante partida?

—¿No pagais al cajista?

—Sí, porque trabaja.

—¿Pagais al prensita?

—Sí, porque trabaja.

—¿Pagais al empaquetador?

—¿I quién puede poner en duda que es necesario pagar a cualquiera que trabaje?

Pagais a todo el que pone dentro de las murallas de la imprenta la mano en el periódico ¿i no creeis justo pagar a su redactor?

Parece esto una broma, pero es la verdad pura i desnuda.

¡Así va todo en el mundo!

¡Como si escribir no impusiera un sacrificio penoso las mas veces, duro i terrible siempre!

Escribir para que nadie lea lo que escribe es la única recompensa que se ofrece a quien se le hace el honor de llamarlo a tomar parte en la redaccion de un periódico literario.

Olvidaba algo que es justo computar en el número de las recompensas que aguardan al escritor: el odio de los necios i los tijeretazos de los ¡que no lo hacen porque no pueden o no quieren hacerlo.

* * *

La tertulia tiene lugar en un salon de lectura de cualquier club.

Los que la forman son muchos i de mui distintos tipos, figuras i alcance intelectual.

—¿Que hace Ud.? pregunta uno.

—Busco algo que leer i nada encuentro.

—¿Como? aquí veo muchos diarios, periódicos, revistas.

—Pero de América. ¿Quien lee la prensa americana? Es intolerable, Yo no pierdo mi tiempo.... El directorio debia suscribirse a periódicos europeos, al *Times*, al *Français*, a la *Saturday review* i tantas otras publicaciones importantes.

Las quejas del que quiere leer periódicos europeos hacen fortuna.

No hai uno solo de los que nunca leen nada que no la repita a toda hora.

Pasa un mes, i es necesario satisfacer a los que piden periódicos europeos, i como por encanto un dia aparecen numerosas colecciones de diarios i revistas en las mesas del salon de lectura.

¡Lo que puede el amor al estudio!

Corren algunos dias, i nuevas remesas de periódicos vienen a suceder a las que ¡por mucho honor que se haga al cuidado i limpieza de los lectores! es de presumir que estén ya deteriorados.

¡Funesto error! Si nadie ha cortado siquiera las hojas cerradas.

¿Es esto una ficcion?

Dígalo el que lo crea, pero despues de haber hecho un paseo al rededor de las mesas de un salon de lectura de cualquier club.

Si esto solo pasa en Chile, no lo sé, pero si he de creer a lo mucho que he leido en tantos libros sobre este mismo tema, es seguro que es una enfermedad endémica de la humanidad entera.

* *

Pero al fin ¿que sacamos en limpio? ¿Se lee o no se lee en Chile?

Vuelvo al principio i.... dudo.... de nuevo.... ántes de resolver....

Me habia olvidado sinembargo, como un necio, que, cuando escribia lo que yo juzgaba conducente a la solucion de este problema, no hacia sino confirmar una vez mas que en Chile se lee.

¿Quereis la prueba, lectores?

Dad vuelta la hoja i mirad el título de este periódico.

No necesito decirlo yo. Se llama *La Estrella de Chile* i llega ya al fin del quinto año de su publicacion.

¡Luego en Chile se lee!

Santiago, mayo 2 de 1872.

VENTURA BLANCO.

COMBATE DEL CALLAO.

(PARA EL 2 DE MAYO.)

La señora del mar queda ultrajada:
Su púrpura en jirones, su corona
En pedazos, i en humo está su gloria
Por la mano de un bárbaro mudada.
I él impávido va de zona en zona
I a su infamia da nombre de victoria,
Su grandeza ilusoria
Trastórnalo, i demente
Esclama el insolente:
«Ya humillado está Chile; su coraje,
Su poder i su orgullo desmedido,
No han la hispana venganza detenido.
Volemos al Perú, ruin vasallaje
De rendirnos habrá, que acobardado
Quizas otro Pezet será su Prado.»
Dice, i virando su blindada nao
A las aguas navega del Callao.

Fáciles lauros conquistar espera,
¡Engáñase el infame!.... A la batalla
Henchido de valor está el peruano
Apretándose yá, i por donde quiera
Prepárase el cañon i la metralla,
I en soldado se cambia el ciudadano.
El antiguo tirano
Se ostenta amenazante,
De ruinas anhelante.
Mas el pueblo a do va no es impotente:
Insulta su furor i su arrogancia,
Ni el móstruo de los mares la Numancia
Basta ya a refrenar su ardor vehemente.
Truena el cañon, en su estampido horrendo
Mil estragos, mil muertes conduciendo;
Vélase el sol tras la siniestra nube
Del humo denso que a los cielos sube.

¡Ai! cual surcan fatídicos cometas
Su atmósfera infernal, prende la llama
En la ciudad heróica, balancean,
Se acercan, se retiran siempre inquietas
Las naves sobre el mar que hórrido brama
I entre sombras se ajitan, bambolean.
Indómitos pelean
El uno i otro bando:
De súbito cejando
El ímpetu feroz, de nuevo empieza,
I una vez i otro vez paran su fuego
I una vez i otra los reviven luego.
No hai voz de compasion, todo es fiereza
I hasta a las olas de la mar, parece
Que un oculto furor las enfurece,
Arde el aire inflamado, tiembla el suelo
A tanto horror, a tanta muerte i duelo.

Ya no mas! ya no mas!... Los invasores,
Rotos sus buques i su jefe herido,
Huyen, oyendo que a su espalda suena
El cañon vencedor. Huid destructores
De ciudades inermes, que ya hundido
Está vuestro poder; sufrid la pena
A que el Señor condena
La vil alevosía,
La innoble cobardía.
De triunfo, en tanto, el delicioso acento
Electriza el Perú, i la sacra llama
Del plácido entusiasmo ya derrama
Del uno al otro polo su ardimiento;
I al dulcísimo canto de victoria
Ayacucho i Junin, campos de gloria
Se estremecen quizá, i vagos rumores
Aplauden a los nuevos vencedores.

ESTÉVAN MUÑOZ D.

JOSE MARIA VERGARA I VERGARA.

El último vapor del norte nos trajo una tristísima noticia.

José María Vergara i Vergara ha muerto.

«¿Quién era?» preguntarán talvez los que no conocen la historia de las letras americanas. «¿Quién era?» me preguntarán talvez los que no están al corriente de lo que sucede en las demas repúblicas americanas, de ese movimiento literario que nunca se apaga, de esas ajitaciones políticas que las conmueven hasta llegar a veces al delirio de la fiebre; de esa perpétua lucha que en ellas, como en nuestro pais, se traba entre el principio del bien i el principio del mal, para ir avanzando poco a poco, de combate en combate i dia a dia, al ideal republicano que divisamos en el horizonte, que es la realizacion del sueño dorado del alma.

Mas, no me preguntarán «quien era Vergara i Vergara» los que medianamente conocen la historia americana, los que con algun interes han seguido la marcha de nuestras repúblicas hermanas, los que alguna vez han tomado entre sus manos un libro de Colombia.

I nosotros, los que suspiramos por la fraternidad literaria i los que llevamos nuestro grano de arena al edificio que ha de construirse para completarla al fin; nosotros, sobre todo, los que miramos como hermanos de una misma causa a los que luchan en otros paises por el mismo principio, a cuya defensa hemos consagrado nuestra vida; nosotros no preguntamos quien era el colombiano Vergara i Vergara.

Lo sabemos mui bien! Sabemos que era un notable poeta, un distinguido literato, un valiente periodista, i otra cosa que vale cien veces mas que todo eso, un gran soldado de la causa de Dios!

Hai algo mas que el talento, que la ciencia, que la fortuna: i ese algo es la virtud. ¡Pues bien! cuando ésta se halla unida a aquéllos, cuando a un espíritu ilustrado i profundo se agrega una abnegacion jenerosa, una caridad sin ejemplo, una enerjía incontrastable, entónces es cuando el hombre sirve a la humanidad, entónces realiza su destino i es perfecto.

¿Qué bien hacen a un pueblo los hermosos versos? ¿Qué bien la ciencia cuando no es dirijida por la santa honradez de una conciencia pura? Los versos son armonías que agradan i pasan como la brisa del mar, como la nube del cielo; la ciencia i la fortuna son un medio, tan solo un medio para buscar otro objeto: pero, el fin es el bien social; el objeto es alcanzar este bien social alguna vez; i fuera de ese fin i de ese objeto, que están basados en el sacrificio del individuo para el bien de la comunidad i en la virtud cristiana que es el único cimiento de la verdadera grandeza de un pueblo, no hai nada sino vanidad, miseria, polvo.

Hé aquí porque los hombres, que afiliados a ese principio marchan adelante sin sentir miedo, merecen el aplauso de los demas; i hé aquí por qué los que caen en medio del fragor de la batalla al pié de esa bandera tienen derecho a reclamar sobre su tumba una hoja de laurel de sus conciudadanos, un tributo de admiracion de los que de léjos han seguido las gloriosas acciones de su vida!

Esta es la esplicacion de por qué escribimos estas líneas, i de por qué de tiempo atras era tan conocido i tan querido entre nosotros el virtuoso Vergara i Vergara.

Hombre de fé i de convicciones profundas, sirvió a su causa con heróico denuedo; i no cesó nunca de luchar, desde sus primeros años hasta el último momento de su vida. Siempre en la brecha, su pluma consagrada al bien, mas no teñida en odio, estuvo siempre lista para proclamar todo principio i sostener toda idea que llevara a la rea-

lizacion de su ideal. Gastó sus fuerzas, su vida en alcanzar ese *desideratum*, el progreso moral e intelectual de Colombia.

Sus mismos enemigos políticos le hicieron justicia, cuando, apagado el espíritu del odio que enciende la lucha diaria, miraron mas a la distancia la inmensa figura de su noble adversario: su desprendimiento, su franqueza, su abnegacion, sus jenerosos sentimientos lo ponian mui arriba sobre la mordacidad i la envidia. ¿Cómo no respetar al hombre caritativo que con la misma mano con que escribia en la mañana sus lindísimas estrofas i sus brillantes pájinas de ciencia i de polémica, iba por la tarde en el nombre de San Vicente de Paul a enjugar las lágrimas del huérfano i a llevar el pan al menesteroso? ¿Cómo no querer al amable escritor que tenia siempre una palabra de aliento para los jóvenes que empezaban la carrera literaria i un aplauso sincero para los buenos escritores de su pais, sin distinguir si eran, o no, sus amigos o sus enemigos políticos?

¡Cuántas de las reputaciones de Colombia nacieron de un aplauso o de una frase afectuosa debida al ilustre Vergara i Vergara! ¡Cuántos jóvenes literatos de esa tierra de fuego i de jenio, rica de inspiracion i de hazañas, deben a Vergara i Vergara su nombre i su gloria! Sin él talvez hubieran pasado desapercibidos, porque el jenio sin estímulo raras veces produce i el talento sin una voz amiga que lo sostenga i que lo guie a menudo se estravia; porque esa misma natural desconfianza que el jóven tiene por sus obras suele traer consigo la esterilidad i el olvido.

Uno de esos literatos, el simpático autor de *María*, que reside entre nosotros de un año a esta parte, ayer mismo, sobre la mesa en que escribimos estas líneas, nos refería, casi con lágrimas en los ojos, cómo a Vergara i Vergara debió el primer paso en su carrera literaria, la primera palabra que lo animara a seguir adelante en la carrera de las letras que tan brillantemente ha corrido mas tarde.

Es natural que un hombre de ese temple de alma fuera tan querido en su patria; i no se comprende que pudiera servir a otra causa ni estar afiliado en otra escuela que en la escuela de la fé i del bien. La poesía es eminentemente contemplativa i relijiosa. Yo no comprendo un poeta sin fé: ¡cómo sentir sin creer! ¡cómo meditar sin ver el mas allá que sigue al tiempo i que está envuelto en ese sublime misterio que el ojo humano no penetra, ni la razon descifra! ¡Cómo sentir el calor de la virtud para cantarla cuando el corazon duda de ella, cuando su armonía no se alcanza a percibir, cuando su perfúme se pierde entre el viento de la negacion i del escepticismo!... ¡No es posible envolver el alma en el ropaje de la materia cuando la poesía es el vuelo del alma a lo inmaterial i a lo infinito!

Vergara i Vergara fué un verdadero poeta: sentimiento, inspiracion, pompa, pureza de frase, valentía de imájenes, brillantez de estilo, todo contribuia a darle un lugar distinguido en las letras americanas.

Es uno de los poetas mas populares de Colombia; i tiene, sin disputa, derecho para serlo. Es uno de los diaristas mas notables de esa tierra privilejiada i tan rica de escritores distinguidos; uno de los literatos que merecen con mas justicia un puesto en la literatura americana, ya mui abundante en talentos de primer órden; uno de los hombres públicos mas estimados en su pais i de los que tienen una reputacion mas pura i sin mancha; uno de los sabios que han merecido mas respeto entre los hombres de saber de su pais, i cuya fama ha pasado los mares hasta merecer en España el título de miembro de la academia española, i en América el aprecio de todos los hombres de letras i de buen gusto: todo esto fué Vergara i Vergara.... I fué aun mucho mas: porque fué uno de los hombres mas virtuosos de Colombia!

La causa de la civilizacion de la América española, no solo su patria, lo lloran como una pérdida irreparable; sus hermanos de ideas sentimos el corazon oprimido con la fatal noticia i llevamos el luto en el alma, el luto por el guerrero que ha peleado la santa batalla en las primeras filas i ha caido en la mitad de su vida entre los buenos i al pié de su bandera!

El dia de sus funerales la cámara de representantes se hizo eco del dolor del pueblo de Colombia, i aprobó por unanimidad, a propuesta de los señores Pereira Gamba i Capella Toledo la siguiente órden del dia:

«La cámara de representantes, fiel intérprete del sentimiento público, se hace un deber de justicia en rejistrar en el acta de este dia el nombre del finado señor don José María Vergara i Vergara, como el de

un buen ciudadano, decidido amante de las letras i de las glorias de su patria.»

Esta manifestacion del congreso colombiano, donde están representados todos los círculos políticos del país, habla mas alto que cuanto pudiéramos agregar en elojio del gran ciudadano.

Santiago, mayo 3 de 1872.

C. Walker Martinez.

SI TÚ QUISIERAS....

Si tú quisieras, niña,
Lo que yo quiero,
Fuera ¡ai! la vida mia
Vida del cielo.
¡Si tú quisieras
Querer lo que yo quiero,
Niña hechicera!....

Errante por la noche
Vagar contigo,
Solos, léjos del mundo,
Léjos del ruido,
I en el silencio
De las calladas horas
Oir tu acento;

Contemplar, al reflejo
De blanca luna,
El encanto purísimo
De tu hermosura,
I de tus labios
Escuchar que me amas
Cual yo te amo;

Mirar que triste lloras,
Que triste callas,
Que tu mejilla ardiente
Tórnase pálida,
Si embravecida
La tempestad sus alas
Negras ajita.

Mirar que tú suspiras,
Si yo suspiro,
Cuando arriba, en los cielos,
Mis ojos fijo,
I en tus miradas
Adivinar que alientas
Dulce esperanza;

Que piensas que es la vida
Triste destierro,
Mentidos sus placeres,
Su dicha un sueño,
I que las almas
Solo en el cielo encuentran
Su dulce patria;

I que a esa patria quieres
Subir conmigo
Tu destino juntando
Con mi destino....
¡Oh! si quisieras
Querer lo que yo quiero,
Niña hechicera!

Celso Víctor Cáceres.

POR AMOR I POR DINERO

COMEDIA EN TRES ACTOS, ORIJINAL DE DON LUIS RODRIGUEZ VELASCO.

III.

Las espuelas del dramaturgo no se conquistan a golpes de bombo ni a las g'orias del dramaturgo se llega por un camino de rosas.

En ese camino, erizado de escollos i obstáculos de toda especie, mas de un escritor ha tenido que dejar, rendido i desengañado, todo el abundante tesoro de sus mas risueñas ilusiones.

Solo al verdadero jenio le es dado llegar al teatro i crearse una reputacion inmediatamente despues de haber llegado. Como los dioses de Homero, ha atravesado de un solo paso el mundo de las letras.

Enrique Perez Escrich, nos cuenta en una de sus mas bellas pájinas todo lo que tuvo que sufrir para entrar en el número de los escritores dramáticos. I casi todos los hombres que forman la gloria del teatro moderno han llegado a crearse un nombre despues de mil sacrificios, amarguras i decepciones. Alejandro Dumas hijo ¿cuántos pasos inútiles tuvo que dar, cuántos desaires que sufrir i postergaciones que tolerar ántes de obtener que fuese representado su *Dama de las camelias*?

Rodriguez Velasco ha sido no obstante mas feliz que todo esto. No ha conocido las contrariedades i apénas si ha senti-

do las punzantes espinas que rodean al novel escritor dramático. Desde el primer momento de su aparicion, la crítica o, mas bien, los amigos lo tomaron en brazos para colocarlo en el altar de las alabanzas i quemarle allí el incienso de la adulacion.

La polvareda que se levantó al rededor de *Por amor i por dinero* fué inmensa aunque no pasó de ser polvareda. El desconcierto formado por los cántaros quebrados de la mas complaciente lisonja a todos encantaba i solo una voz se levantó que no formó coro a los estrepitosos graznidos de los gansos de la crítica: fué la de un amigo nuestro que, en su audacia i en su crueldad, se permitia creer que era un mamarracho la obra que la prensa proclamaba un parto sublime.

Véase cómo se espresaba un conocido escritor al dar cuenta de la representacion de *Por amor i por dinero*, en agosto de 1869:

«Hai en ese conjunto, escenas acabadas, un diálogo animado, un verso increiblemente fácil. Voltaire decia: jamas he hecho una frase. El señor Rodriguez Velasco podria decir tambien: jamas he hecho un verso. Los versos se escapan de su pluma como las perlas de rocío de entre las flores. La esposicion cubre sus lentitudes bajo una lluvia de golpes injeniosos e intencionados. La accion se desarrolla rápida, incidentada. Uno sabe a donde va a llegar, está haciendo una travesía que adivina.»

En otra parte dice el mismo escritor que la comedia de Rodriguez Velasco «es un estudio *delicioso* de los tipos *mas vivientes* de nuestra comedia social» i agrega mas adelante, hablando de los personajes:

«Todo eso vive entre nosotros, pertenece a nuestros conocimientos, atrae cada dia nuestras admiraciones, nuestras simpatías, nuestras sonrisas o nuestras cóleras. Es Santiago reflejada sobre la escena de nuestro teatro por la linterna májica de un hombre de talento.»

No es posible ser ya mas complaciente. El escritor (predispuesto para encontrarlo todo *delicioso*), ha recorrido todos los tonos de la lisonja, ha elevado su voz hasta el ditirambo. Cuando la amistad invade el campo de la crítica, huye ésta avergonzada: es la vencida del aplauso inconsciente, de la alabanza interesada o parcial.

Todo eso, es decir, todo lo que Rodriguez Velasco nos pinta en su obra, no vive en Santiago ni atrae nuestras admiraciones, ni provoca nuestras cóleras por una razon mui sencilla: porque no existe.

Cuando el carácter de un personaje está bien dibujado, uno se dice siempre: a éste lo conozco, lo he visto en nuestras calles, le he dado la mano, con él he conversado, etc., etc. Es ésto lo que nos sucede, para no hablar sino de autores chilenos, en presencia del *Martin Rivas* de Blest Gana, del don *Anselmo* del mismo autor, del *Aníbal Guerrero* de Roman Vial, etc.

Estudiad el don Antonio de Rodriguez Velasco i decidnos si alguna vez lo habeis encontrado en nuestras calles o si lo habeis visto en nuestros salones.

Don Antonio no es sino un personaje de comedia antigua. Rodriguez Velasco lo ha metido en su obra por esta sencilla razon: porque al escribir una comedia de costumbres, no ha ido a estudiar éstas en la sociedad para sacar de allí sus personajes con sus defectos i con sus virtudes; ha ido a estudiarlas en los autores dramáticos sin hacer distincion de épocas ni de civilizaciones.

De esta manera don Antonio ha tenido que atravesar siglos para poder encajarse en la comedia de Rodriguez Velasso.

Se nos viene a la memoria un hecho curioso. Años há asistimos a un teatro popular. Se representaba «La muerte de Abel.» Los actores eran jente del pueblo, ignorante cuanto es decible. Se levantó el telon i Abel i i Cain aparecieron en la escena. Aquello era verdaderamente cómico. Los hijos de Adan vestian frac i pantalon de brin blanco con polainas de lo mismo.

Por fin, Cain mató a Abel de un tiro de revólver:

Aquellas pobres jentes habian dado a nuestros primeros padres los hábitos, la civilizacion i las modas de nuestros dias. La laguna de millares de siglos, que de Adan nos separa, la habian llenado con la audacia de su ignorancia.

I bien! Algo de semejante ha sucedido a Rodriguez Velasco. Para una escena que pasa en Santiago i «en la época actual,» segun el mismo autor se encarga de advertírnoslo, se vale de antiguos personajes que, si bien no hablan a la antigua usanza, obran i creen como obraban i lo mismo

que creian nuestros tatarabuelos. Don Antonio es algo que en nuestra sociedad no existe. Es un personaje copiado de otras sociedades o de otras épocas. Aunque en rigor, con las contradicciones e inverosimilitudes de carácter que Rodriguez Velasco le cuelga, seria casi un milagro que existiera.

Por lo demas i hablando en jeneral, Rodriguez Velasco ha confundido lastimosamente el retrato con la caricatura. Su Lindor no es una fotografía: hai allí razgos de brocha gorda que brillan por lo tosco i lo poco artísticos. Es la petulancia i la necedad malamente pintadas.

Lindor, para ser un personaje real i un personaje artístico, debió darse a conocer por sus hechos, por el fondo de su alma. Era necesario que el lector o el espectador viese el alma, el corazon de Lindor. Léjos de obrar así, Rodriguez Velasco pone en boca del europista un lenguaje chavacano e increiblemente impropio para el carácter que se ha querido dibujar.

En cuanto a María, esa muchacha *bachillera*, marisabidilla i charlatana que ha leido a Matta, Espronceda i la Avellaneda; esa jóven que habla de amores a su padre como hablaria a su camarera i que es tan entendida en la materia como la mujer mas de mundo, mejor será que doblemos la hoja. Si esésa la niña de sociedad ide virtud que se ofrece como un ejemplo i como una leccion, bien pobre cosa se ofrece. Con semejante educacion, con el lenguaje de María i con sus amorosos espasmos se está mas cerca de las traviatas vulgares que de esas heroinas de la virtud i del amor santo del hogar que nos recuerda la historia.

No obstante hai algo en María que tiene todo el peso de la verdad. En la escena II del acto 1.° el autor pone estas palabras en boca de la hija de don Antonio, despues de haberla hecho definir el amor de una manera que hace reir de compasion:

María. Es que ahora es diferente

La educacion que nos dan.
Con la nueva educacion
Hoi mas de prisa vivimos
I a mi edad ¡ai! ya setimos
Palpitar el corazon!

Efectivamente, María tiene razon.

Hai aquí lo que pudiera llamarse un signo del tiempo. La educacion que hoi en dia se da o que se pretende dar a la mujer puede mui bien formar tipos como el de María. De ella empero saldrán siempre mujeres que *den que hablar* i perfectas *ciudadanas*. De aquí a la proclamacion del amor libre no hai mas que un paso. Francia i Estados Unidos lo atestiguan.

Mas ocupémonos ya del desarrollo, del movimiento dramático de *Por amor i por dinero*. Si quisiéramos hacer notar todos i cada uno de los defectos de la obra de Rodriguez Velasco nos faltaria tiempo i faltaria tambien paciencia a nuestros lectores, si bien a nosotros nos sobraria voluntad.

Los principales personajes de la comedia están mui desairados i se mueven mas bien a voluntad del autor que por las exijencias mismas de la fábula o de la accion. No hai naturalidad en la salida o en la entrada de los personajes. Si nos fijamos en doña Ramona, por ejemplo, veremos que las cuatro entradas a la escena que tiene durante toda la pieza son iguales i monótonas. Uno se pregunta: ¿por qué viene la beata? Nada mas que porque el autor la necesita, porque quiere hacerla entrar para poner unos cuantos versos en boca de ella.

Rodriguez Velasco ha olvidado algo que no debió olvidar: la necesidad de justificar siempre las salidas i las entradas de los personajes en escena. Nada hai de mas fastidioso en una obra dramática que el dominio de la voluntad caprichosa de un autor sobre el desarrollo de la accion. Es preciso que el espectador vea, palpe la realidad de todos los movimientos, la naturalidad de todos los hechos. I pues que el drama o mas bien la comedia no es otra cosa que la representacion de la vida real poetizada, es fuerza que no haya nada inverosímil ni nada voluntarioso. Todo en el teatro debe tener su esplicacion racional.

¿Por qué en la escena primera del acto primero se retira doña Ramona *ex-abrupto* i deja sola a María? No encontramos para ello otra razon que la de convenirle así al autor. Era preciso que Gabriel tuviese una entrevista con María, pues se hace salir a la beata de la escena. No parece sino que los personajes fueran monos de titeres movidos a voluntad del que los juega.

I despues, la accion se desarrolla con lentitud. Se asemeja a ciertos valetudinarios que solo llegan al término de su viaje despues de mil tropezones i ayudados por puntales i muletas. Ademas, el interes dramático no existe. Desde las primeras escenas se adivina el desenlace. Para que hu-

biese interes se necesitarian episodios variados, novedad en los incidentes i nada de esto existe.

La escena entre Lindor, Ricardo i Gabriel es de mal gusto i no es mejor la que tiene lugar entre doña Ramona i Ricardo.

Como se vé, la comedia de Rodriguez Velasco, como obra dramática vale bien poca cosa. Como obra orijinal, descuella por la ausencia de la orijinalidad. En el fondo, en la pintura de algunos caractéres no pasa de ser una imitacion. Lo mismo puede decirse de la intriga i de la catástrofe. I acaso no pecariamos por exajeracion si dijésemos que se habia llevado el espíritu de imitacion hasta el diálogo i el corte de los versos. Léanse si no con cuidado algunas de las obras citadas por nosotros anteriormente. A la intelijencia ménos perspicaz saltarán semejanzas de bulto entre esas obras i *Por amor i por dinero*.

Leyendo esta comedia mas de una vez hemos recordado la abutarda de Iriarte, la cual, «deseando sacar una cria mas lijera aunque fuese bastarda» reunió varios huevos de otras aves i se los apropió. Perfeccionó la cria ciertamente. Pero ¿pudo acaso proclamarla *orijinal* i de su esclusiva cosecha?

¡I que lo hubiera hecho! habrian sabido contestarle los dueños de los huevos que no tardaron en reclamar lo que les pertenecia.

La comedia de Rodriguez Velasco no es, pues, orijinal. I ya que dejamos esto demostrado, talvez nos seria permitido, despues de haber devuelto a cada autor lo que en *Por amor i por dinero* le corresponde, decir con Breton de los Herreros:

«¿Qué le queda al buen Pantoja?
Fuera de los nueve, cero.»

RÓMULO MANDIOLA.

(Concluirá.)

DON BERNARDO O'HIGGINS.

Ayer sentimos un verdadero entusiasmo cuando las cenizas del jeneral O'Higgins llegaban a nuestras playas, cuando reconocida la patria comenzaba a dar homenaje a la memoria de aquel hombre ilustre. Hoi con mas regocijo esperamos el dia en que debe ser inaugurada su estátua; i en vista de la loable actitud que han tomado nuestras autoridades, no podemos ménos de unirnos a ellas para ensalzar al primer héroe que, con mas ahinco, trabajó i derramó su sangre por darnos libertad.

Con todo, no ha faltado alguno que en las columnas de un diario de esta capital haya mancillado su nombre en los mismos instantes en que se eleva un monumento a su inmortal memoria. Sí, todavia no se han olvidado las antiguas divisiones, aquel espíritu de partido que en mas de una ocasion causó resultados funestos para la santa causa de la independencia. Pero ahora nosotros, amigos de la justicia i distantes de aquellos tiempos, debiamos ocultar las faltas de los hombres que nos dieron gloria i libertad para dar a cada uno la corona que le corresponde.

I en realidad, ¿dejará algun corazon chileno de admirar a aquel teniente coronel de las milicias de la Laja, que en 1813 ofrecia su espada al servicio de la naciente patria? Recorramos una a una las hojas de la historia que nos cuenta aquella gloriosa lucha; en cada una de ellas encontraremos a nuestro héroe siempre desprendido i noble, solo atento al servicio de su nacion. No es necesario ir mui léjos. Allí están las campañas de Chillan i el Roble, allí está el sitio de Rancagua, aquel sitio memorable, uno de esos pocos ejemplos en que uno vé hasta dónde puede llegar la abnegacion i el heroismo.

La libertad de Chile lanzaba en aquel momento un suspiro de muerte i el jeneral O'Higgins salvaba los Andes mendigando en tierra estraña la salvacion de su hogar. No tardó en encontrarla, i O'Higgins era el mismo que en Chacabuco con la vanguardia del ejército restaurador volvia a la vida el cadáver espirante de su patria.

Nombrado Director, no por eso dejó de encontrarse en medio de sus soldados cuando era preciso inflamar su valor con aquellas memorables palabras: «vivir con honor o morir con gloria; no damos ni recibimos cuartel.»

Oíase en Maipo el estampido del cañon, i el jeneral O'Higgins, agobiado por la fiebre que le causaba la herida de Cancha-

Rayada, salia de la capital i, llegado al campo del combate, saludaba a otro héroe: «¡Gloria al libertador de Chile!»

La patria necesitaba de una escuadra que barriese la tiranía hasta de sus mismos mares. O'Higgins fué el que tuvo la gloria de organizarla, i Talcahuano i el Callao fueron sus primeros triunfos.

Su estrella, con todo, no debia permanecer mas tiempo sobre el horizonte.

Brilla la del héroe miéntras se ven sus proezas, llega a su ocaso i reaparece de nuevo solo cuando se ostenta a la posteridad, mas imparcial, en un cielo despejado.

En 1823 renunciaba el jeneral O'Higgins el mando de la República i mas tarde un barco se alejaba de nuestras playas conduciendo al ex-director de Chile i al ex-jeneral en jefe de sus ejércitos. Aquel hombre ilustre alejábase de su patria, de aquella tierra que habia rescatado con su sangre i que, en premio de sus importantes servicios, le permitia que fuese, como otro Scipion, a buscar el pan del proscrito a estranjera playa. Allí exhalaba despues su último suspiro, haciendo siempre los mas fervientes votos por la felicidad de ese pueblo que habia dejado libre i venturoso.

Confesémoslo: si hemos de calificar el mérito de un hombre por su valor i sus servicios, ningun otro sino nuestro héroe puede ocupar el primer lugar en nuestra historia. Fué don Bernardo O'Higgins uno de esos bravos capitanes que no se apartaron un momento de la lid, de los que en aquella memorable lucha solo trabajaron por el triunfo i la libertad de ese pueblo que los habia visto jemir por el peso de sus cadenas.

En una palabra, todos los pueblos tienen un héroe nacional en cuya persona se concreta toda su historia, todos sus triunfos. Si a las orillas del Missisipi hai un Jorje Washington, en las faldas de los Andes tambien hai un Bernardo O'Higgins.

La patria tenia que pagar una gran deuda, faltábale el reconocimiento a su primer soldado i hoi al fin vamos a verla cumplida. Pronto veremos las coronas i guirnaldas que ornarán el bronce de su estátua, oiremos los himnos de triunfo entonados en su memoria i contemplaremos el entusiasmo unánime que esperimentarán los corazones justicieros. En el mármol se grabará su nombre con letras de oro i la posteridad al leerlo esclamará rejocijada: ¡Salud al héroe i loor a sus compatriotas que en el 12 de mayo de 1872 le rindieron justo homenaje.

Santiago, mayo 4 de 1872.

PLÁCIDO VENÉGAS.

ALFREDO.

(Continuacion.)

VIII.

EN EL TEATRO.

Los últimos acordes de una brillante obertura vibraban aun por los ámbitos del coliseo. La multitud se apiñaba en la entrada principal de la platea.

Se daba el *Hernani*.

Esto, unido quizas al deseo de oir a la nueva prima donna, que hacia su estreno aquella noche, habia atraido tan estraordinaria concurrencia. Los palcos de primera i segunda órden estaban ocupados casi en su totalidad. La galería desbordaba por todas partes; solo en tercera fila se veian algunos palcos vacíos.

El telon acababa de levantarse.

Dos jóvenes conversaban en el patio de fumar i tomados del brazo se paseaban tras la arquería que dividia en dos este recinto.

—Por lo visto ya no vienen.

—¡Oh! qué impaciente estás; no son mas que las siete i media.

—Sí, pero ya ha principiado la representacion.

—I ¿acaso es ese un motivo para que ellas dejen de venir? Te he dicho que anoche he estado en casa de María i ella me ha asegurado que....

—¡Chit! ¿No sientes el ruido de un carruaje?

—Con efecto.

—Pues yo conozco ese rodado: es el coche de Amelia.

—¡Aprieta! ¿con que conoces hasta el rodado de su carruaje?.... ja, ja, ja, ¡qué hombre!

—Déjate de bromas i entremos a la platea; no quiero ella me vea aquí.

—Sea como quieres: entremos.

Los dos amigos ocuparon dos butacas de la derecha.

Pasaron algunos minutos.

La prima donna hacia su entrada a la escena.

Un bravo unísono resonó por tres veces consecutivas.

En este instante se abrió la puerta del único palco de primera fila que quedaba aun desocupado.

Alfredo no se habia equivocado: Amelia i María acababan de llegar.

Muchos anteojos abandonaron la direccion de la escena para fijarse en este palco. I tenian razon. Las dos amigas estaban encantadoras. Amelia traia un vestido rosado i María uno color lila.

—¡Ah!—esclamó Alfredo al oido de su amigo—no sé lo que me pasa; Amelia me fascina; estoi temblando como un azogado.

—¡Bah! siempre el mismo. Aprende de mí ... ¡Eh! ¿te fijaste? María se ha sonreido; ya me ha visto.

—¡Qué afortunado eres!

—Dame el anteojo, voi a llamar su atencion.

—No seas imprudente.

—¡Ah!

—¿Qué te pasa?

—Soi el hombre mas feliz. Mira, el jazmin del cabo que le regalé anoche, lo trae ahora en su peinado.

El primer acto acababa de concluir.

María se acercó al oido de Amelia.

—Ahí está Alfredo, balbuceó.

—¡Alfredo!

—Te has puesto pálida.

—¡Yo!

—Apostaria que es ese el jóven que te preocupa.

—¿A mí?.. pero si no lo conozco; nunca he hablado con él.

—¿De quién hablaban ustedes?—interrumpió el padre de Amelia, tomando cartas en la conversacion.

—Nada, papá, decia...

—¿Conoces por ventura a ese jóven que te mira con tanta insistencia?

—¿Qué jóven?

—Aquel que está apoyado en la barandilla.

—¡Ah!—dijo María—ese es Alfredo.

—Ya estoi, ya estoi,—concluyó el caballero,—si no me equivoco, ese Alfredo es un pobre huérfano, un muchacho abandonado....

Las mejillas de Amelia se enrojecieron hasta casi brotar sangre i luego se cubrieron de una palidez mortal. Una lágrima brilló por un segundo entre sus crespas pestañas.

El telon se habia corrido por tercera vez.

Concluyó el segundo acto.

—Me siento mal,—murmuró Amelia, inclinándose para recojer su abanico que intencionalmente habia dejado caer a los piés de María.

La puerta del palco se abrió. Un elegante jóven apareció en el dintel.

—¡Dios mio!—balbuceó Amelia llevando la mano al corazon.

Miéntras tanto, en la platea, Alberto i Alfredo habian ido a colocarse junto a los sillones de la orquesta. Varios jóvenes se habian acercado a los dos amigos. La conversacion se hizo jeneral, entreteniéndose como de costumbre, en pasar revista a todas las beldades que brillaban en el salon. De repente, uno de los jóvenes llamó la atencion de los demas hácia el palco de que hasta aquí nos hemos ocupado.

—¡Hola! ¿conocen Udes. por ventura a ese galan que acaba de entrar en aquel palco?

—Ah, sí—contestó otro—ese señor, dicen, que es el novio que el padre de la señorita Amelia reserva para su hija.

Ni una bomba que hubiese estallado en aquel momento a los piés de Alfredo le habria hecho mas impresion.

El entreacto habia terminado; todos volvieron a sus lugares respectivos.

—¿Por qué te has puesto tan triste, Alfredo?

—No me preguntes nada.

—Pero, hombre, tú te ahogas en poca agua; vamos a ver ¿qué motivos tienes para aflijirte de esa manera?

—¿No oiste lo que dijo Rafael?

—¡I qué dijo?....que el jóven que entró en el palco era el novio de Amelia. ¿I qué fundamento tiene Rafael para asentar ese dicho? Si vamos a dar crédito a todo cuanto se oye ¡qué diablos! ¿adónde iriamos a parar? Es preciso reflexionar un poco i no devanarse los sesos por cualquiera cosa.

—Bien está, pero yo noto algo de estraordinario en el semblante de Amelia;

me he acostumbrado a leer en su mirada i luego....

—Ta, ta, ta, siempre la misma cancion. ¡Uf! todos los enamorados son cortados por la misma tijera.

Alfredo no contestó. Estaba desesperado. Durante el resto de la representacion no habló una sola palabra.

RUPERTO MARCHANT PEREIRA.

(*Continuará*).

CHARADA.

Con mi *primera* i *segunda*
Puedo hacerte mucho daño,
I por ello *tercia* i *cuarta*
No estarás en tiempo largo.

Mi *segunda* i *cuarta* corre
De Chile en los bellos campos.
Nunca nombrarás mi *cuarta*
Si estás tu dicho afirmando.

En mi *primera i segunda*,
Que odia el republicano,
Con mi *todo*, Siro amigo,
Se tropieza a cada paso.

BIBÍ.

SOLUCION

DE LA CHARADA DEL NÚMERO ANTERIOR.

A Siro Luque.

No en bailes i fiestas, Siro,
Podrá deleitarme el *eco*
De las dulces melodías
Que eran mi encanto otro tiempo.

Llena el alma de amargura,
Vivir alegre no puedo
I no reïran mis labios
Ni al ver de un *mico* los jestos.

—*Ea*, me dirás, amigo,
Olvida tus penas presto—
I al oir tu voz, no pienses
Pueda olvidar lo que siento.

Si en su Arca *Noé* salvó
De aquel diluvio tremendo,
Yo en la mar fiera que cruzo
Salvadora Arca no tengo.

De la riqueza es sin duda
Economía el secreto,
¿I cuál es el de la dicha
Lo sabes, Siro, de cierto?

BIBÍ.

Contenido de este número.

I.—*Obras poéticas de Clemente Althaus*, (bibliografía), por Zorobabel Rodriguez, páj. 481.
II.—¡Descansa, guerrero! poesía, por Jorje Isaacs, páj. 485.
III.—¿Se lee o no se lee? por Ventura Blanco, páj. 485.
IV.—Combate del Callao, poesía, por Estévan Muñoz D., páj. 487.
V.—José María Vergara i Vergara, por Cárlos Walker Martinez, páj. 488.
VI.—¡Si tú quisieras!...poesía, por Celso Victor Cáceres, páj. 490.
VII.—*Por amor i por dinero*, (bibliografía), continuacion, por Rómulo Mandiola, páj. 490.
VIII.-Don Bernardo O'Higgins, por Plácido Venégas, páj. 493.
IX.—Alfredo, continuacion, por Ruperto Marchant Pereira, páj. 494.
X.—Charada, por Bibí, páj. 496.
XI.—Solucion de la charada del número anterior, por Bibí, páj. 496.

IMPRENTA DE «EL INDEPENDIENTE,»
Calle de la Compañía núm. 102.

LA ESTRELLA DE CHILE.

AÑO V. Santiago, mayo 12 de 1872. Núm. 241.

O'HIGGINS.

Hoi la república consuma la obra de la espiacion con la apoteósis del primero de sus soldados i del primero de los patriotas.

Esta consagracion en el bronce de la gratitud nacional es algo mas que la satisfaccion del orgullo de un pueblo que aclama con entusiasmo a sus héroes, es el cumplimiento de un deber de alta i severa justicia, de cumplida reparacion i de noble ejemplo.

El soldado incomparable de Rancagua, el 2 de octubre de 1814, i el ciudadano sin igual del Consulado de Santiago, el 28 de enero de 1823, recibe hoi de manos de Chile entero la corona con que se ciñe la frente de los hombres superiores, que consagraron su existencia toda a venerar el mas elevado dogma del ciudadano que se llama amor de la patria, i a cumplir los deberes que en él tienen su orijen i que se resumen en dos palabras: abnegacion i sacrificio.

O'Higgins amó a Chile, se abnegó por él, todo lo sacrificó en su altar.

Las jeneraciones nuevas que no recibieran el bautismo de sangre en las batallas de la independencia van hoi a descubrir reverentes su cabeza ante la estátua de uno de esos hombres de alma fundida en acero, aquilatada en el sacrificio, purificada por el martirio, la espiacion i lo que es ¡ai! mas cruel por la ingratitud de su patria.

Hoi el pueblo venga con usura al soldado proscrito, al valiente olvidado, que lloraba por Chile sentado bajo el techo que le ofreció la hospitalaria jenorosidad del Perú, como por Roma lloraba, en otras edades, Mario sentado sobre las ruinas de Cartago.

¡Santa mision de justicia reparadora que levanta la losa del sepulcro i hace salir de las cenizas, que cubre, una memoria que de hoi mas vivirá eternamente identificada a la vida de nuestra patria!

El tiempo que ha trascurrido desde el 19 de julio 1823, en que se alejó O'Higgins para siempre de las playas de Chile a bordo de la corbeta *Fly*, a la que habia confiado su propia suerte, la de su madre i de su hermana, que eran los dioses penates de su hogar, ha disipado las sombras que ocultaban su gloria i hecho enmudecer las voces que amenguaban su fama i su prestijio.

Las faltas del hombre han desaparecido ante los méritos del cuidado; los defectos del mandatario ante la gloria del soldado; las nulidades del caudillo ante la imperecedera fama del patriota i las debilidades del hombre ante la grandeza del libertador.

Piensan mal los que, haciéndose eco de enemistades del pasado, van a exhumar rencores que murieron, rencillas que ya no existen, que no pueden existir.

¿Cómo hacer aparecer como émulos las cenizas de los héroes cuyos espíritus se estrechan con fraternal abrazo en la patria de la gloria inmortal?

¿Cómo separar con mano atrevida memorias que la fama ha eternizado con lazos indisolubles?

¿Quién puede pretender constituirse en juez de los que fundaron la república, tomando la venganza de faltas que perdonaran en el cadalso las víctimas i que lloraron en espiacion terrible los que las cometieron?

Nó ¡por Dios! que el sol de 1814 que alumbró unidos en Maipo a O'Higgins i a Carrera, encuentre hoi tambien unidos a los herederos de su gloria i de sus sacrificios.

La justicia inexorable de la historia ha dado ya sus fallos, i a los que hoi vivimos ha cabido la felicidad de ser sus ejecutores, sacando de las jemonias del partidarismo para llevarlas al capitolio de la patria, las memorias de los hombres que pelearon en esas dos eras de titanes, que se llaman *patria vieja i patria nueva*.

No hace muchos años i a pocos pasos de la estátua que hoi se inaugura, pudimos

contemplar, por la primera vez, cara a cara, la faz del patriotismo enérjico e impetuoso de la víctima de Mendoza.

Hoi a su lado vamos a contemplar tambien la faz arrogante i severa del proscrito de Montalvan.

El buril ha perpetuado la efijie de Carrera en la actitud de mostrar al pueblo, de quien sacó su poder i a quien amó con delirio.

El buril ha eternizado a O'Higgins en el momento en que se abre paso, espada en mano, a la cabeza de un puñado de bravos, al traves de muchos miles de veteranos españoles.

Ambas estátuas forman el cuadro de la patria vieja.

Carrera, mostrando al pueblo, quita la máscara a la tímida revolucion de 1810 i la santifica en nombre de su soberanía.

O'Higgins cierra el cuadro de ese período embrionario, pero admirable, que empezó en Santiago tímido i vacilante i concluyó, cuatro años mas tarde, heróico i mártir en Rancagua.

«Miéntras la tumba no haya cerrado la carrera terrestre del hombre público, especialmente del caudillo que en la revolucion ha tomado una parte prominente en transacciones calculadas a excitar en el mas alto grado las fuertes pasiones del corazon humano, será imposible hasta entónces formar una verdadera i perfecta estimacion de su carácter.»

Asi se espresaba el ex-Director O'Higgins en un comunicado dirijido desde Lima al *Mercurio* de Valparaiso, con fecha 2 de agosto de 1830.

Esta profecía se ha cumplido ya. La justicia que se esperaba se ha hecho, no solo por los hombres de hoi, sino tambien i mui principalmente por los pocos restos de esa pléyade de valientes, que resisten hasta hoi a los embates del naufrajio que dispersó e hizo morir en playas estranjeras a muchos de los que formaban al rededor de su estandarte.

Algunos años ántes, habia leido O'Higgins de mano de su hermana Rosa conceptos tan amantes como inspirados, que anticipaban al guerrero los consuelos i la felicidad de que debe hoi gozar en rejiones mas serenas.

«¡Ah, mi amado hermano, le escribia, con fecha 2 de marzo de 1823; no será la patria ingrata. Ella compensará siempre tus sacrificios i aquel Dios que, desde su firmamento, está mirando el corazon de los hombres recompensará al que lleno de honor i de virtudes supo desempeñar el cargo que se le confirió i estaba escrito en el libro de los destinos.»

¿Qué era lo que tan a las claras, con tanta vehemencia i conviccion hacia de esta manera hablar a O'Higgins i a su hermana?

No era, por cierto, la vanidad ni el cariño, porque la vanidad no cabia en el proscrito que vé sucederse resignado los dias de la espiacion i de la ingratitud, ni el cariño jamas inspiró otras palabras a quien así le hablaba que las de la verdad desnuda i severa.

Era el convencimiento del que ha obrado bien; era la admiracion de la mujer que siempre descubrió virtudes i ejemplos, los que presentian la consoladora i justiciera sentencia de la historia.

I en efecto ¿quien como O'Higgins pudo decir con mas exactitud a su patria: he hecho cuanto humanamente es posible hacer por tu felicidad?

¿Quién como él le ofreció con mayor desinteres nombre, fortuna, familia, su vida en fin?

Oscuro alumno de un colejio en Lóndres, ántes de cumplir los 19 años, pensaba, revolvia en su mente i combinaba, al lado de Miranda, vastos planes para independizar la América para siempre del dominio español.

Cuando llegó a Chile contaba 22 años.

«La juventud es la edad de los ardientes i jenerosos sentimientos, le habia dicho Miranda. Entre los jóvenes de vuestra edad encontrareis muchos prontos a escuchar i fáciles de convencerse.»

O'Higgins buscó ávido esa juventud i no la encontró. Chile era la antítesis del pueblo en que habia pasado su juventud. El alumno de Richmond fijó su residencia en Chillan, ciudad en que vivia su familia.

¡Qué contrastes entre los pueblos en que sintió las pasiones del jóven i en donde vino a enterrar sus ilusiones!

«No permitais que jamas se apodere de vuestro ánimo ni el disgusto ni la desesperacion, pues, si alguna vez dais entrada a esos sentimientos, os pondreis en la impotencia de servir a vuestra patria. Al contrario, fortaleced vuestro espíritu con la conviccion de que no pasará un solo dia, desde que volvais a vuestro pais, sin que

ocurran sucesos que os llenen de desconsolantes ideas sobre la dignidad i el juicio de los hombres, aumentándose el abatimiento con la dificultad aparente de poner remedio a aquellos males.»

«¡Amais a vuestra patria! Acariciad ese sentimiento constantemente, fortificadlo por todos los medios posibles, porque solo a su duracion i a su enerjía debereis el hacer bien.»

Es de presumir que sin estos consejos de Miranda, no habria sido O'Higgins de los primeros en formar atmósfera a las ideas revolucionarias, que entónces, como las plantas tropicales, no podian vivir bajo nuestro helado cielo, sino con el calor artificial creado espresamente para sustentarlas.

Desde que estalló el primer movimiento precursor de la independencia, no hai un solo hecho en que no encontremos el nombre del héroe.

Diputado al Congreso de 1811; jefe del ejército en la campaña de 1813 contra el jeneral español Pareja, resistió al asalto del Roble con un denuedo i bizarría tal que le conquistaron para siempre el renombre de militar entendido i arrojado.

Si hubiera buscado entónces un mote para su escudo, habria podido poner el del antiguo paladin: *sin miedo i sin tacha.*

Jefe único del ejército insurjente, por la separacion de Carrera decretada por la Junta gubernativa, el 27 de noviembre de 1813, dió el mas alto ejemplo de patriotismo, abrazando a su adversario i renunciando el primer puesto. ¡Para salvar a Chile no se necesitaba ser el primero en el mando, sino el primero en la batalla!

Rancagua fué la tumba de lo mas florido de los ejércitos de la patria.

Despues de esa jornada de sangre i de luto, nada quedó sino la esperanza en el patriotismo, cuyo heroismo alumbraron mas tarde los reflejos de Chacabuco i de Maipú.

¡Ambas jornadas no valen, apesar de su gloria i de sus consecuencias, la derrota de Rancagua!

El último dia de la patria vieja es el mayor floron de la corona del héroe que hoi todos saludamos.

Su gloria no es inferior a la de Leonidas. Si éste preparó a sus 300 valientes para pelear a la sombra de las nubes de flechas del ejército persa, aquél resolvió a los suyos a morir denodados bajo la lluvia de balas i de metrallas del ejército español.

¡Rancagua i O'Higgins valen las Thermópilas i Leonidas!

Cuando el pueblo ofreció al vencedor de Chacabuco el mando supremo del pais, no premió, a nuestro juicio, con mayor razon al vencedor que al heroico vencido.

¡Al traves de tantos años i en medio de un mundo que no es ai el remedo de aquella era de entusiasmo i de delirio, nuestros ojos se llenan de lágrimas i de santo orgullo nuestro corazon, al recordar aquel arranque sublime, aquella desesperacion de leones, que se hace temer al grito de «no damos ni recibimos cuartel.»

¿Para qué seguiriamos repitiendo lo que todos saben, lo que no hai un solo chileno que ignore?

Despues de tantos servicios, de haber salvado a Chile con su espada i a la América con su abnegacion i las espediciones marítimas que llevó a cabo, entregó al pueblo sereno i digno la banda con que algunos años ántes le habia cruzado su pecho.

¿Si tanto hizo O'Higgins, que mucho entónces que la posteridad le absuelva de sus faltas i le aclame como a padre de la patria?

Si Rancagua fué el martirio del soldado, el 28 de enero de 1823 fué el martirio del mandatario. Ambas jornadas son dos sacrificios que bien merecen perpetuarse en el bronce i en el mármol.

Cuando el pueblo le exijió que hiciera dimision del mando, O'Higgins accedió por amor a Chile, por no empañar, ni con la mas lijera nube de discordia, el cielo de la patria.

«Doi gracias a la Providencia, dijo entónces, que me ha elejido para instrumento de tales bienes i que me ha concedido la fortaleza de ánimo necesaria para resistir el inmenso peso que sobre mi han hecho gravitar las azarosas circunstancias en que he ejercitado el mando. Al presente soi un simple particular. Miéntras he estado investido de la primera dignidad, el respeto, sino a mi persona, al ménos a ese alto empleo, debia haber impuesto silencio a vuestras quejas. Ahora podeis hablar sin inconveniente; que se presenten mis acusadores. Quiero conocer los males que he causado, las lágrimas que he hecho derramar. Acusadme. Si las degracias que me echais en rostro han sido, no el efecto pre-

ciso de la época en que me ha tocado ejercer la suma del poder, sino el desahogo de mis malas pasiones, esas desgracias no pueden purgarse sino con mi sangre. Tomad de mi la venganza que querais que no opondré resistencia. Aquí está mi pecho.»

Entónces el pueblo gritó: *Nada tenemos contra el jeneral O'Higgins. ¡Viva O'Higgins!*

Si hoi su espíritu inmortal, animando el bronce que guarda su memoria, dijera nuevamente a todos: *Acusadme; tomad venganza en mi sangre*, ¿no volveria a prorrumpir nuevamente el pueblo en gritos ¡viva O'Higgins! nada tenemos contra O'Higgins ¡viva?

I es aquí de advertir que, si el 28 de enero esos gritos fueron un eco de justicia, hoi esos mismos gritos son el eco de la gratitud por los grandes servicios, de la admiracion por las asombrosas virtudes, de la absolucion de faltas purgadas en el ostracismo i en el olvido.

¡Santa justicia! bendita admiracion! terrible martirio! que hace solo dos años terminó para sus restos que dormian en tierra estranjera, desde el 24 de octubre de 1842, esperando como chileno el dia de volver a sentir el calor vivificante del sol de nuestro cielo, esperando como cristiano el dia de la resurreccion de los muertos.

Los votos de O'Higgins se cumplieron al reposar sus restos en el suelo de la patria; los votos de Chile se cumplen hoi al inaugurar la estatua del héroe.

A su pié irá él pueblo a aprender a ser valiente i a ser patriota. Allí deben ir a tomar lecciones de abnegacion i de civismo los que mandan.

¡La vida de O'Higgins encierra enseñanzas i ejemplos a millares!

¡Que los cañones que saludaron, como el adios de ingrata despedida, al pabellon ingles de la corbeta, desde cuyo alcázar vió, por la última vez, O'Higgins los confines de la patria, resuenen hoi en el pecho de bronce de su estatua como el saludo de la gratitud de un pueblo entero!

Santiago, mayo 12 de 1872.

VENTURA BLANCO.

LA DIMISION DE O'HIGGINS.

Como retumba airado el oceáno
I revuelve sus ondas rebramantes,
Así la multitud con voz vibrante
«¡Queremos libertad, caiga el tirano!»
Dice, i el eco horrendo
Veloz se esparce en la jentil Santiago
El pavor i la alarma difundiendo.

«Libertad» pide el pueblo
Al que le dió la libertad! al bravo
Que de Chile infeliz, de un pueblo esclavo
Hizo surjir un pueblo soberano,
Libre, altivo, glorioso,
Que holló bajo su planta
Roto en jirones el pendon hispano!

«¡Caiga el tirano!» esclama
El pueblo ingrato que su deuda olvida,
I que tirano llama
Al que vertió su sangre jenerosa
Por darle libertad, por darle vida;
Que si justo era que el supremo mando
El inmortal O'Higgins abdicase,
Era justo tambien se respetase
Su inmaculada gloria,
El timbre mas brillante de su historia.

El sol hundia su último reflejo
En las ondas del mar; el movimiento
Del pueblo sublevado
I el tumultuoso son iba en aumento.
O'Higgins deja el palacio
I cruza la ciudad con la arrogancia
Del valiente soldado,
Que siempre el triunfo ha visto
Bajo su planta altiva doblegado.

Llega al Congreso do la inmensa turba
Se ajita tumultuosa,
Como volcan horrendo
Que en lava ardiente estalla.
Entra altanero O'Higgins,
I a su sola presencia el pueblo calla.
Paseó un instante la pupila ardiente
I con voz varonil, grave i solemne,
Al pueblo interrogó i el pueblo entero
Con unisona voz el eco alzando:
«Queremos, dijo, que dejeis el mando.»
La mano llevó al pecho
Sin titubear el héroe jeneroso
I arrancó de él con ímpetu
El tricolor glorioso,
Símbolo del poder que conquistara
Hazaña sobre hazaña
En mil combates con la vieja España.

Eterno loor al patriotismo santo
Del inmortal guerrero,
Del noble majistrado,
Que de sublime inspiracion guiado
Dejó el supremo mando,
Cuando pudiera disputarlo altivo
Con mil guerreros que a su solo acento
Por él rindieran su postrer aliento.

Cuando solo su espada
Invencible, gloriosa
Como en Rancagua i Chacabuco alzada,
Bastara en un instante
A oscurecer las turbas
Con su fulgor brillante.

El pueblo en tanto absorto,
De admiracion pasmado
En silencio quedó; mas luego alzando
Un eco poderoso
Que retumbó en la esfera,
Que retumbó en el Ande:
«¡Viva O'Higgins, esclamó, i eterna gloria
Al héroe mas grande
Que rejistra en sus pájinas la historia!»

Algun tiempo pasó.... brumosa i fria
Una triste mañana
Sobre el alcázar de un gallardo esquife
Un hombre se veia
Inmoble la mirada,
Con delirio clavada
En la vecina playa,
Que veloz del esquife se alejaba.

Era O'Higgins que partia,
I en lúgubre silencio contemplaba
Triste el mar, triste el cielo, triste el dia.
Desplegó al fin el labio
Trémulo de emocion i al alto cielo
Exhaló en triste acento
Su último adios a su nativo suelo.

Nunca volvió a pisar su Chile amado
Ni respiró el aroma de sus flores,
Nunca volvió a extasiarse en los primores
De su cielo risueño i despejado.

Allá en tierra apartada
Nada le da placer, el sol sin brillo,
Las flores son abrojos,
Pues por su patria amada
Siempre exhalan sus labios un suspiro,
Siempre oscila una lágrima en sus ojos.

J. Francisco Riveros.

POR AMOR I POR DINERO

COMEDIA EN TRES ACTOS, ORIJINAL DE DON LUIS RODRIGUEZ VELASCO.

(Conclusion.)

IV.

Es hora ya de que abandonemos el terreno en que nos habiamos colocado. Hemos hablado largamente sobre la fábula, la intriga, el desarrollo, etc. etc. de *Por amor* i *por dinero* i es tiempo que digamos algunas palabras a cerca de su forma, de su versificacion, de su estilo.

Al príncipe de los poetas cómicos modernos, a Breton, se ha hecho un reproche, justo i merecido a nuestro juicio. Se ha dicho del célebre autor de *El Pelo de la Dehesa* que, conocida una de sus comedias, se conocen todas.

Mas, si Breton carece de novedad en el fondo i en la intriga de sus obras, abunda en bellas cualidades, en riquezas incomparables, en méritos soberbios, si se trata de su versificacion, de su diálogo, de su inagotable chispa, de la forma esterna de sus obras, en una palabra.

En cuanto a Rodriguez Velasco, el mayor mérito, el mérito real de su obra está en la versificacion. Se reconoce allí al poeta lírico, inspirado i elegante por lo jeneral. Hai fluidez i soltura en los versos i de vez en cuando cierta riqueza en los pensamientos, sin que falten ocasiones en que nos encontremos sorprendidos ante lo nuevo de una idea o lo inesperado de una frase.

No obstante, la versificacion de *Por amor* i *por dinero* no tiene la soltura, ni el movimiento, ni la variedad en los cortes que exije una obra dramática. Es esto un defecto capital i hé ahí por qué hemos dicho poco ántes que en la comedia de Rodriguez Velasco, uno reconoce al poeta lírico, aunque tiene que compadecer mui de véras al poeta dramático

Por lo demas, fuerza es confesar que no siempre la versificacion es elegante ni ménos la diccion pura i correcta.

Nada afirmamos sin pruebas i vamos a decir algunas palabras a este respecto.

Un notable escritor chileno decia en 1868, hablando de una biografía de Nestor Galindo: «Estudiar a un poeta no es medir unas cuantas estrofas con el cartabon de Quintiliano, de Boileau o de Hermosi-

lla, subrayando aquí una palabra poco castiza, allí un verso prosaico, acá una estrofa inarmónica, acullá un figuron de mal gusto o un toque de brocha gorda.»

Esta observacion nos parece razonable i justa. Mas, ello no quita que creamos muchas veces conveniente i aun necesario señalar los defectos de estilo, las blasfemias gramaticales, las herejías literarias a fin de propender a la correccion i a la elegancia del lenguaje. Hoi que numerosas medianías quieren escalar el Parnaso i se llaman poetas porque tienen la audacia de escribir regloncitos cortos que parecen trazados con los piés i a los cuales dan enfáticamente el nombre de versos, es una buena medida poner bajo sus narices a Boileau i a la gramática castellana. Es menester pedirles un poco de respeto para aquél i un poco de misericordia para ésta. Es menester que se acostumbren a hablar sin ofender los preceptos gramaticales, siquiera sea por el deseo que todos debemos abrigar de conservar puro nuestro hermoso idioma.

Que los que nacieron para mochuelos no pretendan llegar a las rejiones donde el águila domina. Suba todo el que quiera subir, elévese sobre los mortales, mire de frente al sol; lo único que le exijimos es que no caiga. Si desde las rejiones de la reina de las aves tiene la poco feliz ocurrencia de venirse al suelo, o cae de cabeza en el barro o se rompe el bautismo contra las piedras del pavimento. No hai término medio.

I despues, nosotros no estudiamos aquí a un poeta sino sencillamente la obra de un poeta. Estamos en presencia de un altar i de una diosa sobre ese altar colocada: ¿se nos negará el derecho de examinar si es digna de nuestra adoracion?

Prévia esta advertencia, continuaremos.

La obra de Rodriguez Velasco se abre con esta estrofa, puesta en boca de don Antonio:

«Esa es la verdad, Lindor:
En los tiempos que *corremos*
Los matrimonios que *vemos*
No son hijos del amor.»

I concluye con la siguiente que pronuncia el mismo personaje:

«Eso yo lo *esplicaré*
Aunque mis hechos *desdicen*:
Todos los padres lo *dicen*,
Mas ningun padre lo *cree*.»

En los versos anteriores hai una pobreza suma de rima, i en la última estrofa, a mas de este defecto, está empleado impropiamente el verbo *desdecir*.

Si la rima es jeneralmente pobre, son tambien abundantes los ripios. Los *yo*, los *ya*, los adjetivos inútiles están pródigamente sembrados en *Por amor i por dinero*.

Citemos algunos ejemplos:

«Así es como *yo* te quiero
I así es el amor sincero
Que *yo* tengo para tí.»
.....

En el punto en que han llegado
Las cosas *ya yo* no puedo
Abrigar una esperanza.
.....

Esta mañana salí
Resuelto a no verte *mas*;
Pero veo que *jamas*....
.....

No sabes que en mi quebranto
Es para mi alma un *consuelo*
Saber que es tu *desconsuelo*....

Estos pequeños defectos, estos lunarcillos casi insignificantes, pero que sinembargo no escapan ni pueden escapar a las miradas de una crítica rigorosa, se dejan ver a tiro de ballesta en la obra de Rodriguez Velasco.

Para hacer ver que la diccion no es de lo mas castigado ni de lo mas correcto, que el estilo no es siempre claro i castizo, citemos los siguientes versos:

Nó! yo hallo solo *en María*
Al ánjel en la mujer,

donde hai una abundancia de palabras que oscurece por completo la idea, el pensamiento del autor.

Hai otra fuerza en mi mismo
Que *me arrastra* misteriosa
Como el vértigo al abismo.

Un abismo arrastrado por un vértigo es cosa que no se comprende i es esto lo que dice el poeta.

Oh! siento *abrasar* mi frente
De la vergüenza el sonrojo,

donde debió decirse, para hablar con correccion,

Siento *que abrasa* a mi frente
De la vergüenza el sonrojo.

Espresándose de esta manera, el poeta habria podido desechar la esclamacion del primer verso, que no es mas que un feo ripio, i habria respetado los fueros de la gramática.

Definiendo el amor, el poeta dice que no se sabe do se esconde (el amor) i que se encuentra de repente

Cuando en el alma se siente
Un eco que le responde.

Todo lo cual no pasa de ser palabrería sin sentido, un pensamiento verdaderamente alambicado.

Si se *viera* en la pobreza
Fuera la mas desdichada.

Para cualquiera que habla medianamente regular en prosa, es indudable que el verbo *fuera* está mal usado i que en su lugar debió decirse *seria*. Otra cosa dispusieron sinembargo las leyes de la métrica, tan rigurosas como las del consonante, i el poeta las obedeció sumiso.

Hacemos hincapié en estas observaciones porque tienen una importancia real.

Nuestros escritores se cuidan mui poco de respetar los fueros gramaticales. Se sacrifica la correccion, lo castizo de la diccion a una idea inesperada, nueva, picante. Se decia de Voltaire que sacrificaba un amigo a un chiste i podria decirse que nuestros poetas le sacrifican los mas sencillos preceptos del bien hablar.

De aquí la impureza i la corrupcion del idioma. De aquí el guirigai incomprensible con que la crítica tropieza a cada paso en ciertas obras.

No se busca la elegancia en la correccion. Se la busca en un estilo ampuloso, hinchado, que tuerce desapiadadamente las narices a todo precepto, que borra el camino trazado por nuestros clásicos.

Pero buscar no es encontrar i no son ciertamente elegantes esos escritores que quisieran mirar por sobre el hombro a nuestro idioma.

La poesía para ser tál, no necesita reñir con la gramática. Antes bien, recibe de ésta rayos que vivifican su esplendor, matices que contribuyen a hermosear sus creaciones.

No es pues una tarea inútil la que se impone el crítico al señalar pacientemente aquí un jiro bastardo, allá una palabra poco castiza, acullá una construccion antigramatical. Léjos de eso. Semejante tarea es noble i contribuye a hacer que el escritor o poeta se acostumbre a desechar adeliños que la elegancia condena, que el bien decir repugna.

Ahora, en toda obra es el estilo lo que mas debe cuidarse o, por lo ménos, algo de lo que mas debe llamar la atencion preferente de un autor.

Citemos un solo ejemplo que viene en este momento a nuestra memoria.

Casi no habrá entre nosotros ningun aficionado a las bellas letras que no conozca siquiera de nombre a la *Celestina*, ese precioso monumento literario que hace la gloria de un siglo i el justo orgullo de la literatura española.

¿De dónde nace la fama de esta obra? Es de su argumento?

Pero ¡qué pobre argumento! Vedlo en pocas palabras. Celestina, vieja trapalona i badulaque, toma el disfraz de la devocion para dar un feliz éxito a sus mañosas intrigas. Calixto, jóven caballeroso i noble, ama locamente a la hermosa Melibea i, para lograr ser correspondido, se vale de Celestina. Esta echa mano de mil tramas infernales, de mil recursos indignos i logra que Calixto seduzca a la desgraciada jóven.

Por fin de cuentas, Calixto se mata al saltar una muralla i la pobre Melibea, triste, desesperada, confiesa al padre su deshonra i se deja caer de la cima de una torre.

¿No es verdad que es esto un pobre argumento? Cualquiera comedia moderna lo tiene mas interesante. I sinembargo, la *Celestina* vivirá cuanto viva nuestro idioma.

Es que hai allí, a parte de la pintura de los caractéres, de los detalles, de los episodios, un lenguaje primorosamente castizo, un estilo maravillosamente natural, noble sin afectacion, puro i elegante. Fernando Rojas pasó a la inmortalidad en alas de este prodijio—la *Celestina*.

Escusado nos parece insistir ya en demostrar la importancia que encierra la tarea de señalar i de criticar los defectos

de lenguaje. En virtud de esta importancia hemos examinado bajo este aspecto a *Por amor i por dinero*. Habriamos creido incompleto nuestro pobre ensayo crítico si así no hubiéramos obrado.

Antes de concluir i ántes de arrojar léjos de nosotros la pluma, vamos a permitirnos algunas observaciones.

Acaso habrá parecido duro el exámen que acabamos de hacer de la comedia de Rodriguez Velasco. Quizas no falte quien crea que nuestro sistema de crítica solo tiende a desanimar a los aficionados al arte dramático, léjos de estimularlos, de dar alas a sus aspiraciones, de abrir cauce a sus esperanzas.

Si tal se pensase, se cometeria una injusticia.

Ayer no mas leiamos en una revista literaria las palabras que transcribimos testualmente a continuacion:

«Aseguran que en Inglaterra, cuando un hombre se levanta, los demas le prestan apoyo para facilitar su elevacion; que en Francia tambien lo ausilian, pero para asirse i subir junto con él; i que en España, cuando hai un desgraciado que sobresale un poco del nivel comun, la multitud se irrita, ahoga sus esfuerzos i hace lo posible por hundirlo.»

Náda sabemos de Inglaterra. En cuanto a Francia i España, Emilio Castelar hacia poco há una observacion que coincide con la envuelta en las palabras que acabamos de citar. El tribuno español afirmaba que, miéntras en Francia los escritores se incensaban mútuamente i sin tasa, en España se denigraban hasta tratar de anonadarse del modo mas fraternal.

Entre nosotros podria decirse que predomina una mezcla de espíritu frances i espíritu español. Esto lo saben todos. Hai ciertos círculos i ciertos hombres que no ven ni talento ni virtud fuera del campo en que siembran, fuera de la tienda bajo cuyo techo se cobijan. El dichoso mortal que siembra en ese campo o mora bajo esa tienda será de la noche a la mañana un notable escritor, un inspirado poeta, un verdadero jenio, con un mundo de ideas bajo su cráneo i un mundo de nobles arranques dentro de las paredes de su pecho. Se le colmará de aplausos, se le formará una atmósfera de esquisito incienso. Habrá para él un altar. Se le hará vagar, como las hadas de Shakspeare, a impulsos de una poderosa imajinacion, por sobre la cabeza del comun de los mortales. Si no vuela, si no se eleva a mas altas rejiones, será porque no tiene alas. Prestadle las de Icaro i lo vereis detenerse frente a frente del sol.

Pero ¡ai! de aquél que ha tenido la felicidad o la desgracia de no formar parte del clan esclusivista. Se le condenará a todos los rigores del aislamiento. Se le negara el agua i el fuego. Si puede ser un águila, tratarán de reducirlo a la condicion del mochuelo. Los que han monopolizado la intelijencia lo proclamarán un imbécil digno de andar en cuatro patas. No habrá mordacidad que no se le dedique ni agravio que no se le infiera.

No exajeramos. Esto lo estamos viendo todos los dias i el cuadro es aun mas vivo i mas exacto cuando la ardiente pasion política toma cartas en el juego.

A Dios gracias, hemos tratado de alejarnos de semejantes procedimientos. La verdadera crítica se avergüenza de tales artimañas. Mas aun, las desprecia. Si su mision es dirijir, su campo de combate está dentro de los límites de la justicia. Puede atacar con rudeza, emplear la ironía, la sátira picante i mordaz, pero respetando siempre los fueros de la verdad.

Segun estos principios hemos obrado i hé ahi por qué es posible que álguien encuentre duras nuestras apreciaciones. A quienes de tales las acusen, podremos responderles:

Amicus Plato, sed magis amica veritas.

Al César lo que es del César. El brillo de nuestras letras no necesita de reputaciones postizas, de glorias baratas, de inmortalidades de convencion. Tan tristes adeliños harian bien pobre honor a nuestra literatura.

I si efectivamente queremos el progreso de ésta, no es hacerse el sueco el medio de alcanzarlo.

I luego, no tenemos por qué hacer silenciar a nuestra conciencia ahogando nuestras convicciones. I pues que nos resolvimos a hablar, quisimos decir la verdad, toda la verdad i nada mas que la verdad.

Como lord Byron, hemos arrojado nuestro dado sobre la carta de la franqueza. Peor para los que por esto se incomoden.

Una breve anécdota i terminamos.

Interrogado Boileau por Luis XIV sobre el mérito de unos versos que el monarca habia tenido la ocurrencia de hacer, el gran preceptista respondió: «Nada es imposible a Vuestra Majestad; quiso hacer malos versos i lo ha conseguido.»

¿Por qué no habiamos de tener nosotros esta ruda pero necesaria franqueza?

Se nos dirá que no somos Boileau; concedido. Pero ¿acáso nuestro criticado es el poderoso Luis XIV?

Santiago, abril de 1872.

RÓMULO MANDIOLA.

A DON BERNARDO O'HIGGINS.

ODA.

¡No eterna fué la ingratitud!...Felice
El justo, santo dia,
En que a sus héroes ya la patria mia
Los corona i bendice,
I en la ciudad hermosa,
De Chile el corazon, uno en pos de otro,
Alzan su faz radiosa
Los que el cetro opresor despedazaron
I a gloria i libertad nos enjendraron.
¡Vivid, héroes, vivid! pudiera el tiempo
Esos bronces gastar, mas nunca, nunca
Del corazon borraros, impotente
La mano es del olvido,
Gratitud inmortal os ha esculpido.

¿I quién te olvidará, patriota ilustre,
Magnánimo guerrero,
Ya invencible soldado,
Ya adalid esforzado,
O'Higgins, terror del poderoso ibero?
¿I quién le olvidará, cuando su nombre
En la ciudad resuena
I resuena en la villa
I en la floresta amena
I sobre el Andes brilla
I murmura en los bosques silenciosos,
I en torrentes i rios caudalosos?
Allí suena su voz i la esperanza
Ilumina al chileno,
Aquí su espada o lanza
Detiene la pujanza
Del feroz vencedor i donde quiera
Brillar parece su triunfal carrera.

¿I tientas, musa, recorrerla osada?
¿Qué aceuto, lira mia,
Te hace estremecer? trompa robusta
Tan solo sonar debe la osadia,
I el impetu i furor de la pelea.
Mas ¡ai! ya veo su mirada augusta
Tender del Roble en el combate fiero
Al lëon de Chillan embravecido:
Con fuerza jigantéa
Con heróico valor i heróico ejemplo
Aquí alienta al guerrero,
Aquí como al primero
Le abre la fama su glorioso templo.

Por eso así gloriosa
Siempre aparece su marcial figura,
Ya brille victoriosa
O ya vencida en desigual batalla,
Siempre rayos fulgura,
Vencido es vencedor el heroismo.
I en la sangrienta valla,
En Rancagua inmortal, tumba sublime
De sublime i excelso patriotismo.
¿Quién es, oh musa, dime,
El que pretende osado
De la patria infeliz cambiar el hado?
Es el héroe patriota, es un chileno,
Que en sacro amor de libertad ardido
Por su valor sereno
En un Marte real se ha convertido.

Con su mirada inflama
Al dulce ciudadano
Que su voz transformara en veterano.
No importa, nó, que destructora llama,
Con terrentes de fuego
Circunde a los valientes;
Ni el humo en torbellinos espantosos
Robe la luz, i del combate ciego
Los estragos oculte, sanguinosos,
De bala silbadora,
Del cañon tronador, de la metralla
De espada brilladora
Que mas i mas enciende la batalla
Se estremece al violento,
Al impetu feroz, jime la tierra;
I en sus ardientes alas lleva el viento
Horrisono fragor a la alta sierra.

¿Quién es el que así inspira
A ese grupo de mártires que espira
Por la patria adorada?
Es O'Higgins, ese jenio misterioso
Que entre sombras discurre i de tal suerte
Que vuela a todas partes animoso,
Do quier se le divisa
Como el astro que vierte

En negra tempestad dulce esperanza.
Rie la muerte con amarga risa,
Se baña en sangre de la cruel matanza,
I al héroe mira, al que su dardo agudo
Lanzó mil veces con esfuerzo vano,
Iba a estrellarse a un invisible escudo;
De Chile el ánjel con potente mano
A O'Higgins defiende, i al tocar sus alas
El rumbo tuercen las furiosas balas.

Como el cóndor cercado
El lazo esquiva i se remonta al cielo
I el cazador burlado
Mudo contempla el sonoroso vuelo;
Así el héroe partió, i el enemigo,
Que el hierro le aprestaba i dura muerte,
Así quedóse inerte,
Tan solo fué testigo
De su arrojo sublime i osadía.
El noble cuello de la patria mia
Otra vez doblegóse a la cadena
I en abundosa vena
Sangre pura corrió i amargo llanto.
Mas no toda esperanza
Nublóse al corazon en su quebranto,
Que aun O'Higgins vivia
I con fuerza mayor, mayor pujanza
Por el risueño oriente
El sol de libertad reluciria.
I el astro relució i la altiva frente
De los Andes decoran sus fulgores,
Los Andes levantados
No para siervos, para ser señores.

Cual la súbita luz de sus volcanes
Brota, alumbra, i derrama
Por anchos valles su azuleja llama,
Tal la hueste feliz, libertadora
Aparece i desciende;
Trepa las cimas, las gargantas llena,
Hondas quebradas con su paso atruena
Se dilata en el llano, i luego enciende
A un pueblo varonil, marcha i se apresta
Al combate sangriento
De Chacabuco en la gloriosa cuesta
Allí está el español firme i valiente.
¿Quién a O'Higgins detendrá i su ardor vehemente,
Su coraje i furor?... Deja la cumbre,
Cual rayo de la guerra hiere i mata
I atropella i arrolla i desbarata
La hispana muchedumbre.
Si presto queda su lejion gloriosa
Gran rato abandonada, él la sostiene,
Impávido la escuda; él contra todos,
Los batallones godos.

Lluvia horrible de balas allí viene
Muerte i destrozos a sembrar en vano,
Que con valor no humano
Ya intrépido acomete, ya deshace
Del opresor el acerado muro.
La libertad renace
I Chile resucita,
De inmenso gozo el corazon palpita,
Que el libre lo proclama
Desde el Cabo sombrío al Atacama.

Mucho afan aun costó, muchas fatigas,
De sangre jenerosa grande lago,
Terribles pruebas, doloroso estrago
Tu libertad, ¡oh patria!
Siempre O'Higgins el primero
Mártir mil veces su preciosa vida
Ofrece al golpe fiero,
Vé su sangre vertida
En noche infausta de fatal memoria....
Basta ya de combates, que su gloria
No es solo el lauro militar, sangriento;
Con la graciosa oliva
Ciñe su frente altiva,
Da a su nombre inmortal, nuevo ornamento.

Grande en la paz como en la guerra invicto
No hai sueño ni reposo
Hasta romper de la nacion hermana
El yugo ignominioso.
Libre el Perú de la opresion hispana,
I en alas Chile del feliz progreso
El mas heróico triunfo, el de sí mismo
Ofrece al patriotismo:
Que por su inmensa gloria amenazada
Se vé la libertad i en holocausto
Le es sacrificada.
Nunca el héroe brilló como en el fausto,
El memorable dia
En que al pueblo chileno devolvia
El poder soberano.
Prez al guerrero que con fuerte mano
Las cadenas tronchara del jigante
Entre el mar i los Andes adormido,
I gloria al ciudadano
Que huye i se destierra
Para no verle ante sus piés rendido.

ESTÉVAN MUÑOZ D.

REVISTA BIBLIOGRAFICA.

ABRIL.

I.

En el mes de abril próximo pasado las prensas nacionales hicieron las publicaciones siguientes:

«Proyecto de Código de enjuiciamiento civil,» por J. Blest Gana.—Libro 3.°—1 vol. en 4.° de 93 pájs.—Imprenta de *La República*.—Santiago.

«Album poético» dedicado a los señoritas de Santiago.—Entregas 1.ª i 2.ª—1 vol. en 4.° de 16 pájs.—Imprenta *Militar*.—Santiago.

«Aritmética práctica» que trata de todos los cálculos que se hacen diariamente en el comercio, por Manuel Antonio 2.° Alvarez.—1 vol. en 8.° de 32 pájs.—Imprenta de *La República*.—Santiago.

«Boletin de las Leyes i Decretos del Gobierno,» correspondiente al año de 1871.—Tomo 39.—1 vol. en 4.° de 650 pájs.—Imprenta *Nacional*.—Santiago.

«Las camisas de Lucifer,» por Mefistófeles.—Entregas 4.ª a 7.ª—1 vol. en 4.° de la páj. 73 a la 168.—Imprenta *Militar*.—Santiago.

«Cinco novelas escojidas:»—Miss Olivia. Las dos hermanas. Andres el hechicero. El jorobado. El secreto de una mujer.—1 vol. en 4.° mayor, de 167 pájs.—Imprenta de *La República*.—Santiago.

«Compendio de Historia Eclesiástica» traducido del frances.—1 vol. en 8.° de 261 pájs.—Imprenta de *El Independiente*.—Santiago.

«Los cementerios» por el Obispo de la Concepcion.—1 vol. en 4.° de 112 pájs.—Imprenta de *Los Amigos del Pais*.—Concepcion.

«Conferencias sobre el protestantismo» predicadas por el Párroco de San Felipe a sus feligreses.—4.ª conferencia.—1 vol. en 8.° de 16 pájs.—Imprenta de *El Independiente*.—Santiago.

«Crónica de la Serena, desde su fundacion hasta nuestros dias (1549-1870)» por Manuel Concha.—Entregas 21 a 23.—1 vol. en 4.°.—Imprenta de *La Reforma*.—Serena.

«Compendio de Historia Griega» por el abate Drioux.—Traducido del frances por Primitivo Echavarría Currel.—1 vol. en 8.° de 420 pájs.—Imprenta de *El Independiente*.—Santiago.

«Compendio de Historia Sagrada, seguido de la Vida de Nuestro Señor Jesucristo,» por el abate Drioux.—Traducido del frances por el presbítero Pedro Moreno.—1 vol. en 8.° de 287 pájs.—Imprenta de *El Independiente*.—Santiago.

«Compendio de Historia Sagrada,» por Víctor Duruy.—4.ª edicion.—1 vol. en 8.° de 218 pájs.—Imprenta de *La Librería de «El Mercurio.»*—Santiago.

«Estatutos de la Compañía de consumidores de agua.»—1 vol. en 4.° de 14 pájs.—Imprenta de *El Mercurio*.—Valparaiso.

«Hamlet.» Ensayo crítico por Eujenio M. Hostos.—1 vol. en 8.° de 87 pájs.—Imprenta de *El Ferrocarril*,—Santiago.

«Prontuario de los Juicios» por José Bernardo Lira.—Tomo 1.°—1 vol. en 4.° de 669 pájs.—Imprenta de *La Librería de «El Mercurio.»*—Santiago.

«Memoria que presenta el Presidente del Directorio del Telégrafo Trasandino a los señores accionistas.»—1 vol. en 4.° de 15 pájs.—Imprenta de *El Mercurio*.—Valparaiso.

«Elementos de Retórica i Poética» por Raimundo Miguel.—1 vol. en 4.° de 268 pájs.—Imprenta de *La Librería de «El Mercurio.»*—Santiago.

«Novena del Santísimo Sacramento.»—1. vol. en 4.° de 16 pájs.—Imprenta de *La Reforma*.—Serena.

«Proyecto de Estatutos de la Compañía de Bodegas del Sur.»—1 vol. en 4.° de 14 pájs.—Imprenta de *El Independiente*.—Santiago.

«Reglamento de policía marítima» dictado el 1.° de agosto de 1870.—1 vol. en 4.° de 14 pájs.—Imprenta *Nacional*.—Santiago.

«Sesiones estraordinarias de la Cámara de Senadores» correspondientes al año de 1871.—Número 2.—1 vol. en fol. de 82 pájs.—Imprenta *Nacional*. —Santiago.

«Tratado de Gramática Castellana» por L. P. C.—2.ª edicion.—1 vol. en 8.° de 156 pájs.—Imprenta *Militar*.—Santiago.

«Colonizacion de Llanquihue, Valdivia, Chiloé, etc.» Coleccion de disposiciones supremas, desde 1823 a 1871 inclusive.—1 vol. en 4.° de 268 pájs.—Imprenta de *La República*.—Santiago.

II.

Recientemente ha comenzado a publicarse en esta capital *La Revista de Santiago*, periódico literario.

En San Felipe ha salido a luz *El Artesano* i en Talca *La Democracia*, periódicos políticos.

UN ABRAZO DE HERMANOS.

Con las armas en la mano
I al mando de opuestas huestes,
En los llanos de Maipú
Estaban dos nobles jefes;

Ambos eran de la patria
Jenerosos combatientes;
Ambos ante Dios tenian
Un compromiso solemne

Contraido con el mundo,
De hacer libre, independiente
El hermoso territorio
Que al pié del Andes se estiende;

El hermoso territorio,
Donde hoi orgulloso crece
A la sombra del progreso
Un pueblo próspero i fuerte!

Victimas de atroz engaño,
Al deber ámbos rebeldes,
Iban a verter la sangre
De la patria en lucha estéril....

Sangre, que en nobles combates,
Corrió con honra otras veces,
¡Ai! no en fratricidas lides,
Mas del enemigo en frente!

Se oyó un clarin a lo léjos....
¿Quién a la contienda viene
A presenciar una escena
Que solo a lástima mueve?

Parlamentario España!....
A los Jefes insurjentes
Trae interesantes pliegos
Desde el Perú, que contienen

Proposiciones de paz
Que a Chile el virei ofrece
En nombre del Rei de España;
Olvido eterno promete

De los pasados desvíos
A los que las armas dejen
I al cetro real de Castilla
Su altivo cuello dobleguen;

Al mando de un jefe ilustre
Un ejército imponente
De cinco mil veteranos
Para sostenerlas viene.

Son los tercios que triunfaron
Al pié del alto Pirene
Del gran capitan del siglo,
Semidios de los Franceses!

«Guerra, o paz!»—dice el enviado:
—«Si paz, el Rei la concede
Por piedad; si guerra, ¡ai tristes
De los que en ella se mezclen!»—

Ante estas ágrias palabras,
De los Chilenos se enciende
Con rubor el torvo rostro:
Vergüenza, cólera, fiebre

Que no es posible apagar
Cuando el corazon se siente
Estallar roto en pedazos;
Cuantos sentimientos fuertes

Caber en un pecho honrado
En horas de angustia pueden,
Como el fuego en los volcanes
En sus corazones hierven!

Cambian sus odios tenaces
I antiguos súbitamente
En ira contra sí mismos....
¿Cómo así a su patria venden

Por satisfacer pasiones
Que son mezquinas i aleves?
¿Cómo en pos de error maldito
Corren a buscar la muerte?

¿Cómo las armas que Chile
En santas horas solemnes
Confió a sus robustos brazos,
Volver contra Chile quieren?

Si así se ultraja a los cielos,
Si así la conciencia duerme,
¡Oh! a las voces del honor
Que las almas se despierten!....

Un solo clamor resuena
En el campo independiente,
Clamor que el viento en las nubes
Repite cien i cien veces.

—«Guerra al Español!» esclaman
Con voz de trueno que hiere
Del pecho las fibras hondas,
Que hasta las piedras conmueve.

—«¡Fuera el comun enemigo
Que a las patrias playas viene
A estrecharnos las cadenas
Que rompimos para siempre!

«¡Léjos el odio insensato
Que en su abismo nos envuelve!....
¡Léjos el torpe delirio
De una lucha atroz i estéril!

«Si ciñen alguna vez
Crespones negros de muerte
La estrella del tricolor
Que luce resplandeciente,

«Sean los tristes crespones
Que coronen los cipreces
De la tumba de los libres
Que murieron, si nos vencen!

«Para el comun enemigo
Hierro nuestros brazos tienen,
Abrazos para el hermano
I para Chile laureles!»—

I así diciendo en sus brazos
Se estrecharon los valientes,
Al triunfo de la República
Lanzando vivas alegres.

Dieron un sublime ejemplo
De patriotismo a sus jefes,
Que el perdon para el hermano
Es el sol de los deberes!....

De O'Higgins i de Carrera
Orladas están las sienes
Desde aquel hermoso dia
Con bellísimos laureles!

C. WALKER MARTINEZ.

ALFREDO.

(Continuacion.)

IX.

LÁGRIMAS.

Hemos llegado a uno de los momentos mas solemnes de la vida de nuestro simpático huérfano. Quisiéramos tener una pluma privilejiada, para poder trazar con todo su colorido, las últimas pinceladas de este cuadro de palpitante interes, de este cuadro, cuyos sombríos tintes, quizas mas de una lágrima arrancarán de algun corazon sensible.

¡Oh, Alfredo! Alfredo! yo no hago sino bosquejar a grandes rasgos las pájinas arrancadas de tus memorias, memorias escritas con lágrimas i con sangre. Al hacerlo, cumplo con el deber del amigo, lleno una promesa sagrada.

A fin de dar mas unidad a nuestro relato, hemos resuelto separarnos del camino que hasta aquí hemos seguido; el lector sin embargo nos agradecerá, que por algunos instantes dejemos hablar al mismo Alfredo.

Las siguientes líneas son tomadas de su propio diario i de algunas cartas escritas por él a su amigo Alberto.

Dia 6 de junio.—«Estoi loco de contento. »Hoi ha sido un gran dia.—Cárlos, uno de »mis amigos, me ha traido un regalo mas »valioso que la mas rica joya. Cárlos me »ha traido el retrato de mi Amelia. En va»no muchas veces lo habia buscado por to»das partes, no habia podido encontrar co»pia alguna.—Hubiera querido estrechar »entre mis brazos a Cárlos para manifes»tarle mi gratitud.—¡Qué feliz soi! por fin »puedo contemplar noche i dia esa frente »purísima, esos ojos que me abisman, esa »boca que me enloquece, ese rostro que me »encanta!....»

Dia 16 de julio.—«Hé aquí una fecha que

»nunca podré olvidar, una fecha que per»manecerá grabada en mi alma, con carac»téres que ni el tiempo, ni la distancia, po»drán borrar jamas. I en efecto ¿cómo ol»vidar esa fecha, cuando ella me recuerda »la noche mas feliz de mi vida, aquélla en »que vi cumplido uno de mis mas ardientes »deseos?... ¿Cómo olvidar esa fecha, cuan»do aquella noche vi abrirse para mí los »mismos cielos i descender a mi pobre co»razon, un cúmulo de inmensa felicidad i »de inefables consuelos....? ¡Ah! la noche »del dieziseis! entónces fué cuando se rea»lizaron esas risueñas esperanzas que ha»bia abrigado desde niño; entónces fué »cuando todas esas ilusiones que por tanto »tiempo habian mecido mi imajinacion, pa»saron a convertirse en una realidad de »dicha i de ventura. Aquella noche cono»cí por fin al ánjel que alumbra mi exis»tencia, al ánjel que impera en mi alma i »cautiva mi corazon, al ánjel que yo ado»ro i venero, puesto que él es quien endul»za mis amarguras, disipa mis penas, enju»ga mis lágrimas i alivia mis sufrimientos.

«¡Oh! ¿por qué terminaria aquella no»che?.... ¿por qué volaron tan rápidamen»te las horas?.... ¿Quién hubiera sido bas»tante poderoso para detener el tiempo en »aquel instante en que mi mano estrechó »su mano, mis ojos se encontraron con »los suyos, su voz hirió mis oidos; en aquel »instante en que sentado al lado de ella, »contemplaba estasiado aquel divino sem»blante, aquella arrobadora sonrisa, aquel »celestial conjunto de bellezas i de gracias? ».... He gozado tanto durante las cortas »horas que he pasado en esta lindísima »reunion, que aun ahora que escribo estos »renglones, no puedo persuadirme de la »realidad de lo que yo creia era solo un »sueño encantador. ¿Por qué huyeron estos »momentos?....

«Todavía me parece verla con su vesti»do azul; dulcemente reclinada en mi bra»zo atravesábamos el salon, yo inundado »en un océano de felicidad, ella sonriendo »como los querubines. Sus preciosos ojos »velados por negras i sedosas pestañas, lan»zaban dardos, que traspasaban mi pecho »para irse a clavar en el corazon. ¡Ah! »las heridas de aquella noche han sido »profundas, mui profundas, pero tan dul»ces, que a la verdad, hubiera querido mo»rir con tal que hubiese sido bajo los gol»pes de aquellos divinos ojos.

«Como recuerdo de esta noche guardó »una cintita azul. Ella la llevaba en sus »cabellos. Dios la habia destinado para mí. »Pues bien, la conservaré siempre. Esa »cinta será el talisman que preservará mi »alma del contajio del mal, será el bálsa»mo bienhechor que mitigará mi tormen»to i aliviará los dolores que me reserve »el porvenir. Esa cinta la guardaré como »una sagrada i preciosa reliquia: a mi »muerte la han de encontrar sobre mi co»razon....

Dia 15 *de agosto.*—«Alberto ha estado a »verme. Anoche estuvo con Amelia. ¡Cuán»to lo envidio!... Pero Alberto es un buen »amigo; le ha hablado de mi i le ha pedi»do unas violetas para el jóven que tanto »la ama. Esas violetas están en mi poder. »Mis labios han tocado esas flores. Su dul»císimo aroma me ha proporcionado algu»nos segundos de bienestar.... Mas ¿será »verdad que Amelia me ha enviado esas »violetas?.... ¿Será verdad que ella se ha »acordado de mí?.... o será solo un enga»ño fraguado por Alberto para disipar mi »tristeza?.... nó, esto no puede ser, Al»berto es demasiado bueno para querer en»gañarme tan cruelmente.—¡Amelia! Ame»lia! yo te bendigo!»

Dia 25 *de agosto.*—«Hoi es el cumpleaños »de Amelia. Solo Dios sabe los votos que »he hecho por su felicidad.—Van a dar las »tres. A esa hora deben llegar mis amigos. »Es una cita. Ellos ignoran completamente »cual es el objeto. He querido sorprender»los.—Ya llegan Enrique, Rafael, Edmun»do, Luis, Cárlos, Alberto. Todos ellos es»tán gozosos i risueños. La alegria tam»bien inunda mi alma.—Estamos en el co»medor. Faltan dos minutos para las tres. »Todas las miradas están fijas en mí. To»dos me interrogan con curiosidad.—Las »tres acaban de dar. Ellos ya saben para »que los he reunido. Todos de pié i con las »copas llenas de espumoso champagne, he»mos aclamado el nombre de Amelia.»

Dia 1.° *de setiembre.*—«Son las once de »la noche; he estado en el teatro; se repre»sentaba la *Sonámbula*.—Durante algunos »instantes he podido reputarme feliz. Nun»ca me han parecido mas tiernas las quejas »arrancadas por Amina, ni mas dulces los »lamentos de Elvino. Ya se vé, quien arro»baba mi alma en aquellos momentos, no »eran los trinados de la interesante Ami»na, ni las celestes armonías de Bellini, era

»ella; sí, ella que estaba ahí hermosa i »linda como siempre. Con su vestido color »de cielo i con unos adornos de preciosas »flores en sus cabellos, se asemejaba a algo »que no tiene comparacion en esta vida, »algo de sobrenatural, algo de divino, al»go que la intelijencia no alcanza a espli»car ni a comprender.»

Dia 7 de octubre.—«Hoi he estado con »Amelia. ¡Cuánto la amo!.... Por la pri»mera vez he sentido prender en mi pe»cho una chispa de ambicion. Sí, sí, qui»siera alcanzar gloria, mucha gloria; qui»siera que mi nombre volase en alas de la »fama; que laureles i coronas ciñesen mis »sienes i todo, todo, por ella, por solo ella »a quien adoro.—¡Amelia! Amelia! ¡qué »feliz seria yo si algun dia pudiera deposi»tar a tus piés hermosas guirnaldas alcan»zadas en noble lid! I serias tú quien ha»bria inspirado sus cantares al trovador, i »ese trovador al pulsar su lira, solo por ti »i para tí entonaria sus mas bellas cancio»nes, sus mas tiernas melodías: canciones »i melodías, mas dulces que el blando so»plo del céfiro, mas suaves que el murmu»llo de las fuentes, mas armoniosas que el »gorjeo del ruiseñor.»

Dia 20 de octubre.—«Durante dos horas »he permanecido al lado de Amelia. Dudo »que en el cielo se pueda disfrutar de igual »felicidad. Verla, oirla, escuchar su voz, »su preciosa voz, reir con ella, hablar con »ella i hasta casi sentir las palpitaciones »de su corazon ¿quién podrá ni siquiera »imajinarse cuánta dicha, inmensa dicha, »se encierra en esto que describo?.... Me »he atrevido a regalarle una rosa i unos »pensamientos ¿habrá ella comprendido que »en esas flores iba tambien envuelto mi »corazon?....»

Dia domingo.—«Esta tarde i las dos an»teriores he visto a Amelia en la Alameda. »Hoi venia con un vestido negro i un som»brerito de raso blanco. ¡Qué tardes tan »deliciosas!.... la luna brillaba en el cie»lo, pero ella la eclipsaba con su belleza »i dulce modestia.»

Dia viérnes.—«Mañana tiene lugar un »gran baile. Amelia va a ir, así me lo han »asegurado. ¡Cómo palpita mi corazon! pa»rece quisiera arrancarse del pecho.—Vol»veré a ver a Amelia; volveré a estrechar »sus manos queridas. Mis ojos podrán una »vez mas extasiarse en su mirada lángui»da, fascinadora.—Volad horas, volad i »llegue cuanto ántes el dia de mañana. »¡Cuánto tardas noche bendita; noche ben»dita, cuánto tardas!....»

Dia domingo.—«Aun resuenan en mis oi»dos los últimos acordes de la brillante or»questa; aun me parece escuchar los últimos »acentos de los entusiastas vals; aun mis »ojos permanecen deslumbrados con el bri»llo de las mil luces que con sus resplan»dores inundaban el salon.—Han pasado »muchas horas i todavía no puedo volver »en mí. En vano trato de coordinar mis »ideas; en vano me empeño por recordar »cada uno de los incidentes de esta noche. »Delante de mi vista veo desfilar como en »un torbellino, preciosas niñas i elegantes »jóvenes; una nube de gasa i de flores en»vuelve esas dichosas parejas; oigo el rui»do de sus voces; escucho el roce de los »vestidos.... Me siento mareado i como »perdido en medio de »quel tumulto e in»descriptible confusion.—¡Ah! estoi al lado »de Amelia!.... ¡Qué hermosa, qué linda »se vé con su vestido blanco i con esa dia»dema de rosas que ornan su frente anje»lical!.... Acabo de regalarle unas flores, »ella se ha sonreido ... Me siento morir; »un presentimiento horrible, como un re»lámpago, acaba de cruzar por mi imajina»cion.—¡Dios mio! Dios mio! dejadme go»zar, dejadme estas pocas horas de felici»dad i disponed despues de mí como que»ráis!—Amelia se muestra alegre. En me»dio de una galopa se ha desprendido un »pedazo de su vestido. ¡Oh! ya tengo en »mi poder esa prenda!.... ¿Qué le he dicho »a Amelia?.... no sé, solo siento que la »amo, que la adoro; solo siento que esa ni»ña me arrebata el alma i me asesina.— »Principia a amanecer. El baile ha conclui»do.—¡Ai! ¡qué pronto se desvaneció mi »dicha! ¡qué fúgaz ha sido mi ventura!....»

Dia juéves.—«¡Qué agradables son aque»llos momentos en que despues de haber »gozado un destello de felicidad, el alma »se reconcentra en sí misma para recapa»citar i volver a hacer revivir aunque mas »no sea con el recuerdo, aquellos dulces »instantes que tan rápidamente volaron i »¡ai! volaron para no volver!.... ¡Cómo »gusta recordar hasta los menores inciden»tes de esas horas de agradable bienestar »i de purísimo placer, de esas horas que »por ser tan cortas i tan contadas en la »vida del hombre son por lo mismo de ines»timable valor!....

A las diez de la noche.—«No sé que tris»teza se ha apoderado de mí. Por mas que »hago no puedo alejar las dudas i los te»mores que sin cesar me atormentan ¿Aca»so está decretado que solo espinas i abro»jos he de encontrar en mi camino?.....
»Pero ¿por qué me hago estas reflexiones?
»¿por qué estampo en el papel estas ideas?
»..... ¿Será porque hoi se ha ausentado
»Amelia i yo no tuve el consuelo de ver»la i no pude decirle adios?....»

Dia viérnes.—«Si, ayer partió Amelia,
»¡ayer! dia fatal i amargo. ¡Cuántas veces
»triste i silencioso no he recorrido todas
»las calles i paseos, todos los sitios donde
»algunas veces la encontré! En todas par»tes me parece verla, en todas partes mi
»corazon la adivina. ¡Cuánto sufro! por
»mas que la busco no la encuentro; un
»inmenso vacío ha quedado en mi alrede»dor i en mi corazon una pena tan honda
»i tan acerba, que nada, nada es capaz de
»mitigar.—¡Partió!..... ¿Llevará algun re»cuerdo de mí? ¿mi imájen se habrá algu»na vez presentado a su memoria o habrá
»olvidado ya del todo a aquél que le ha
»consagrado cuanto tiene de mas caro?...
»Nó, tan hermosa alma no puede abrigar
»tal crueldad i tal perfidia; la crueldad i la
»perfidia solo son el patrimonio de las al»mas bajas i ruines i Amelia,..... Amelia
»es un ánjel.»

Dia mártes.—«He vuelto a ver a Amelia
»en el teatro. Estaba con un vestido verde
»i unas florcitas blancas entre los rizos de
»sus cabellos ¡qué encantadora estaba así!
»—Una dulce esperanza embriaga mi al»ma, mas ¡ai! esta esperanza acaba de des»vanecerse como se desvanecen i disipan
»las nubes al ser azotadas por el viento.—
»Amelia estaba triste..¿por qué?...—Al salir,
»es en vano que busqué sus ojos para leer en
»ellos la causa de su tristeza.—Amelia no me
»vió o mas bien no quiso verme. Asi lo he com»prendido. La duda en que me encuentro
»i la incertidumbre que me martiriza es un
»verdadero suplicio.—No he podido con»ciliar el sueño, el sueño huye de mis pár»pados.—¿Por qué estaba triste Amelia?...
»¿por qué?....»

Dia lúnes.—«Una hora entera he perma»necido al pié de una de las ventanas de
»la casa de Amelia ¡oh! i no podia verla
»i ella estaba ahi, cerca de mí! Sus lindas
»manos arrancaban del piano, armonías
»mas suaves que las que los ánjeles en el
»cielo saben arrancar de sus harpas de
»oro. Ella estaba ahi i sus manos acaricia»ban ese teclado que yo envidiaba de to»das véras.—Las notas se sucedian con
»rapidez, a veces dulces i melancólicas co»mo el suspiro de las brisas, otras fuertes
»i violentas como el mujido del huracan.
»—Aquella música me ha hecho mucho
»bien; he sentido que las lágrimas se agol»paban a mis ojos i..... he llorado.»

Dia sábado.—«Acabo de llegar de un
»hermoso jardin. Durante algunos instan»tes, en medio del arrobamiento producido
»por las mil flores que me rodeaban, he
»dejado vagar mi imajinacion por rejiones
»desconocidas. Despues me he entretenido
»en cortar azucenas. Me gusta la palidez
»de esta flor. Ella es la imájen fiel de mi
»atormentado espíritu.—Comenzó a ano»checer. El lucero vespertino fulguraba en
»el zenit. Su luz se reflejaba en las tran»quilas aguas de una laguna en cuyo alre»dedor crecian hermosos naranjos i limo»neros. El aire estaba enbalsamado con la
»fragancia del azahar. El viento que en
»dulces ráfagas susurraba entre las hojas,
»hizo caer a mis piés algunas de estas flo»res que yo me apresuré a recojer.—¡Oh!
»una repentina i atroz idea me oprime la
»mente i despedaza con lentitud. El hielo
»del sepulcro se ha infiltrado en mis venas,
»mis huesos se estremecen i se rompe el
»corazon. Estas flores que yo acabo de to»mar, estas azucenas, estos azahares, ma»ñana mústios i marchitos, caerán deshoja»dos. Yo no sé por qué, pero esta idea me
»llena de amargura. ¡Ai! si es cierto que
»así tambien se ha de tronchar el árbol de mi
»esperanza i que así, una por una, han de
»disiparse mis mas bellas ilusiones, no
»quiero, no quiero vivir!»

Dia miércoles.—«Anoche he tenido una
»horrible pesadilla. Dicen que no debe
»creerse en los sueños, sinembargo yo tam»bien sé que el corazon nunca engaña. No
»hai remedio, una gran desgracia está a
»punto de descargarse sobre mí.»

A la una de la noche.—«Alberto acaba
»de irse ¿que es lo que me ha dicho?...
»¿es esto verdad?... nó, no puede ser...
»yo deliro... sería una realidad espanto»sa... Es una mentira... ¡Oh, la pesadilla!
»la pesadilla!... mi sueño se ha cumplido.
»Mas ¿que digo?... seria posible que ella...
»¡Amelia!... ¡Ah! apénas si me atrevo a
»pronunciar este nombre... Nó, Alberto,

»no puede haber dicho tal cosa. Pero ¿no »es su voz esa que resuena aun en mis oi»dos, pausada, lenta, solemne, como la voz »del ánjel esterminador?... Sí, sí, es él »quien habla, sus ojos están llenos de lá»grimas, sus brazos me estrechan con fre»nesí, siento los violentos latidos de su pe»cho, oigo sus apagados sollozos:—¡Alfre»do, me dice, infeliz Alfredo, hasta hoi has »vivido engañado, Amelia no te ama.... »Amelia no te ha amado nunca... Amelia »se casa!!.....
».....
».....»

RUPERTO MARCHANT PEREIRA.

(*Continuará*).

¿I TÚ TE ACORDARÁS?

»¿Te acordarás?» un dia me dijiste,
«¿Te acordarás de mí?»
I léjos ¡ai! partiste,
Partiste...! i solo lágrimas
Hai en mi pecho triste
Para llorar por tí!

»¿I tú te acordarás?» te respondia,
«¿Te acordarás de mí?»
Tu labio enmudecia,
Me amabas, ¡ai!... i lágrimas
Acaso tú ya hoi dia
No tengas para mí!

CELSO VÍCTOR CÁCERES.

AMOR DE PADRE.

I.

Abandonando el camino real i tomando otra senda que en él desemboca, allá léjos, donde las dos hileras de árboles que hai a la orilla del camino parecen juntarse i se llega a una soberbia casa donde reside el anciano dueño de todas estas estensas tierras.

Aislada allí en medio de ese inmenso valle, ¡qué imponente es el aspecto de esa casa! Son de mármol sus paredes, sus puertas de bronce, llenas de preciosos grabados. Allí dentro, en ese patio, hai un espléndido jardin, una graciosa fuente que lanza al aire alta columna de agua, donde refleja el iris todos sus colores, la tasa de esa fuente tiene su pretil costosamente cincelado i en su interior juguetean dentro del agua lindos pececillos.

II.

En una sala de la casa, come con sus hijos el potentado que la habita. Dos filas de estátuas, maravillas del arte, decoran los flancos de esta grandiosa sala. La mesa i el menaje todo es de rica i olorosa madera, en que la mano del artista hizo mil primores. En vajilla de oro i plata han puesto sobre la mesa manjares esquisitos veinte esclavos vestidos de gala. Penden del techo lámparas de precioso metal que sostienen mil bujías. El pavimento está cubierto con suntuosa alfombra que vino de lejanas playas. Sobre la mesa hai frutas de toda especie i abundan los jenerosos licores.

Están sentados a la mesa un anciano i dos jóvenes.

Tiene el anciano la cabellera i barba blancas, cayendo la una hasta sus hombros i la otra sobre el pecho. Viste una túnica de púrpura con valiosos bordados que brillan a la luz de las lámparas.

De los dos hijos, el uno tendrá treinta años i hace ya cinco que desempeña a su anciano padre en las labores del campo.

Lijero bozo sombrea apénas los labios del mas jóven.

Son perfectas sus formas, sus ojos negros i brillantes, su rostro es lozano, risueño, lleno de candor i de gracia.

Han concluido ya la cena, han despedido a los esclavos i el mas jóven dice al anciano:

—Padre mio, me siento con todas las fuerzas de la juventud i es para mí campo estrecho esta heredad cuyo cultivo habré de compartir con mi hermano. Esta sujecion en que aquí vivo, me tiene lleno de tristeza i quiero respirar aire mas libre. Vos sois rico, i una parte de esos injen-

tes caudales que habeis ganado, será, si me amais, en algun tiempo mia. Dádmela ya, os ruego; i dejadme ir a lejanas rejiones donde he de emprender grandiosas negociaciones i volveré a vuestro lado cargado de riquezas.

—Has herido de muerte mi corazon, hijo querido, responde el anciano. ¿Lleno de tristeza, oprimido i anhelante por alejarte de aquí tú, el hijo de mis entrañas, a quien amo mas que a mí mismo, tú por quien gasté en el trabajo los años de mi niñez i mi edad viril; lleno de tristeza, oprimido i anhelante por abandonarme tú, cuando jamas pensé en otra que en tu dicha, cuando consagré mi vida entera a hacerte feliz? ¿Qué te falta, dí, hijo mio, en la casa de tu padre? ¿Cuándo desplegaste tus labios para pedir, i no te fué otorgado cuanto pediste? ¿Cuándo, dí, hablaste, i no te escuché atento, sumiso i amoroso?..... Cuando eras pequeñuelo, te acariciaba sobre mis rodillas, jemia cuando tú llorabas i me estasiaba de gozo cuando se dibujaba una sonrisa en tus labios infantiles. Cuando fuiste capaz de amar me amaste ya i fuiste la idolatria de tu padre. ¡Ai! cuántas esperanzas cifraba en ti, cuantos consuelos aguardaba de ti para los años de mi ancianidad!.... ¿I quieres abandonarme? ¡Nó, hijo mio, hijo de mis entrañas, dí, qué te falta en la casa de tu padre, dí, qué te ofende en ella, será tu queja oida i remediada, serán tus deseos satisfechos, aunque me cueste todas mis riquezas i la vida misma!

I, diciendo esto, se echó el anciano, deshecho en llanto, al cuello de su hijo....

III.

Es el siguiente dia. Por la senda que va de la casa del anciano camina un jóven con el baston del viajero; siguenle cien esclavos cargados de víveres i tesoros.

En la ventana de su palacio llora el anciano i sigue con los ojos i el corazon al hijo amado que se aleja, despreciando su amor, sus caricias i el hogar paterno.

Por fin, allá lejos, donde se juntan los árboles del camino, se perdió de vista el viajero con su comitiva.

El anciano rasgó entónces sus vestiduras.

Jimió de dia, i de noche empapó con sus lágrimas su suntuoso lecho. Amargos mas que la hiel, le sabian los manjares de su mesa; desierto i lóbrego le parecia su palacio, donde cada sitio i cada piedra le traia el doloroso recuerdo de su hijo; sus pensamientos eran negros como la muerte; ásperos i hartos de acerbo dolor eran los dias de su ancianidad.

IV.

A lejana rejion se habia marchado el mancebo.

El jóven, que acababa de salir del retiro donde tan inocente i tranquila pasaba su vida al lado de su padre, se encontró allí de súbito en medio de un bullicio ensordecedor, frente a frente del placer. Le ensordeció el ruido i el placer lo deslumbró.

Rodeado de numerosos jóvenes disolutos que esplotaban sus riquezas, el recien llegado fué el héroe de todos los festines, de todos los saraos, de todos los juegos i despues de poco tambien de todas las orjías.

No tardaron mucho en consumirse las riquezas del jóven i le fué forzoso vender hasta sus esclavos.

Ya no era el mancebo robusto, de rosadas mejillas i brillantes ojos; estaba pálida su tez, sus ojos apagados i rodeados de negras sombras; era su andar tardio; su talante decrépito i enfermizo.

Los amigos que le habian rodeado en las horas del esplendor i del placer, le abandonaron cuando cayó en la pobreza i la enfermedad.

V.

¿Veis a este jóven tristemente sentado al pié de aquella encina, guardando esa piara de inmundos animales? Asquerosos andrajos tienen mal cubierta su desnudez, lívido está su semblante, encorvado su cuerpo bajo el peso de la enfermedad i de la miseria. Miéntras su vil rebaño se harta de bellotas, el infeliz mancebo muere de hambre.

Gruesas lágrimas corren por sus mejillas; sollozando alza de cuando en cuando sus ojos al cielo i vuelve a bajarlos i queda de nuevo sumido en profunda i penosa meditacion.

De repente, enjuga con sus harapos las

lágrimas de sus ojos, hace un esfuerzo, i, apoyándose en su cayado, se levanta.

—¡Ah! esclama. ¡Cuántos esclavos en la casa de mi padre tendrán pan en abundancia, i aquí yo perezco de hambre!.... Me volveré a mi padre!.... Mas ¿cómo he de volver? ¿No desprecié yo sus consejos, sus ruegos i sus lágrimas? ¿No lo abandoné yo dejándolo sumido en amargo desconsuelo? ¿No fui yo el mas ingrato de los hijos?.... No merezco el perdon de mi padre.... Mas.... iré.... me echaré llorando a sus piés.... le pediré perdon i le diré: ¡Padre mio! no soi digno de llamarme vuestro hijo; recibidme en el número de vuestros siervos!

Así dijo, i, abandonando la piara que custodiaba, se puso en marcha.

VI.

El anciano pasaba las horas sentado en la ventana de su casa, mirando tristemente el camino en que en aquel funesto dia perdió de vista a su hijo ingrato.

Estaba ya cerca del ocaso el sol, enviando sobre los campos lánguidos i moribundos resplandores.

Tenia el anciano fijos en el camino sus ojos llenos de lágrimas, cuando allá, léjos, donde se estrechan los árboles del camino i parecen cerrarlo, divisó un viajero que apoyado en un baston, caminaba lenta i penosamente.

Cuando se hubo acercado el viajero, cuando aun los ojos del anciano no habrian alcanzado a ver, el amor del padre adivinó. Sintió dentro del pecho a su corazon dar violento vuelco, i conmoverse sus entrañas.

Desciende presuroso, prestando fuerzas el amor a la vejez, i sale al encuentro de su hijo.

Arrójase el hijo a los piés de su padre, i el padre, deshecho en lágrimas de gozo, estrecha al hijo contra su corazon.

—Levántate, hijo mio, le dice, i ven al regazo amoroso de tu padre. ¡Cuánto te he llorado! ¡Cómo ha descargado sobre ti el cielo sus rigores!.... Pero al fin te recobro, ven al regazo amoroso de tu padre.

Id, dijo a sus esclavos, preparad un festin suntuoso como nunca, caigan heridos por el cuchillo los mas grandes corderillos, sacad de mis bodegas lo que haya mas añejo i jeneroso, buscad quienes hagan resonar mi casa con alegres músicas i cantos, miéntras como con mi hijo. Convidad a cuantos querais, porque hoi es el dia de mayor regocijo.

Hicieron los esclavos como su amo les ordenaba. I la mesa fué suntuosa, la casa entera resplandecia con mil i mil lámparas, i la multitud de los convidados comenzaba a llegar.

Por fin, principió el festin. Vestido de gala, unjidos sus cabellos con ungüentos esquisitos, el hijo recien venido ocupaba el puesto de honor. El anciano lloraba de gozo. I los convidados hacian alegres libaciones por la vuelta del hijo i el gozo del padre. La orquesta rompió con sus sinfonía. Ruidosa alegria reinaba en el banquete. Los esclavos se movian en todas direcciones sirviendo a los convidados.

A este tiempo, llegaba de los campos, fatigado del trabajo el hijo mayor del anciano. Sorprendiéronle la ajitacion, el bullicio, la música i el crecido número de convidados, que desde afuera veia. Preguntó a un esclavo la causa de aquella inesperada fiesta.

—Es, dijo el esclavo, que vuestro hermano acaba de llegar.

Negóse, irritado, el hermano mayor a entrar a la sala del festin.

Salió el anciano a persuadirle a que entrara.

—¡Cómo! replicó el hijo. Tantos años hace os sirvo con fidelidad; jamas desobedeci a uno solo de vuestros mandatos, jamas os hice derramar una sola lágrima, jamas os he abandonado un solo instante, dejándoos sin ayuda en los años de vuestra ancianidad. ¡I nunca habeis hecho para mí una fiesta como ésta! ¿I para el hijo sin entrañas que os abandonó, i os dejó sumido en el llanto i en la amargura, que consumió su hacienda, viviendo en rejiones lejanas, para ése habeis preparado tamaño regocijo?

—Hijo mio, respondió el anciano; tú estás siempre conmigo i es tuyo todo lo que es mio.

Me regocijo en el festin porque tu hermano habia muerto i ha resucitado, habia perecido i lo hemos recobrado.

Santiago, abril 24 de 1872.

RAFAEL B. GUMUCIO.

CHARADA.

A BIBÍ.

Apénas hube leido
Los versos que de tu pecho,
Bibí amigo, me indicaron
Los mui terribles tormentos,
Me dije resuelto: «Siro,
Busca, indaga, encuentra luego
Algun medio para dar,
Al triste Bibí, consuelo.»
Lo dije, i sin darme tregua,
Sin desperdiciar momento
Busqué, Bibí, i de tu dicha
Ya encontré el feliz secreto.
—¿Cuál es él?—Ya lo sabrás.
—Dímelo, mi Siro, presto.
—De hacer tú mismo el hallazgo
Que tengas el gusto quiero;
De mi trabajo afanoso
Este solo será el premio:
Oculto en una charada
Te ofrezco, pues, el secreto.

Es mi *primera* i *segunda*
Pronombre demostrativo;
Sola mi *prima*, inflexion
Es de un verbo conocido.
Una negrita es mi *tercia*,
Llena de suave atractivo,
Que en ciudad de cuatro calles
Su mansion ha establecido.
Pasa la vida cantando
Con encanto peregrino;
I, si está alumbrando *sol*,
A elevar sus dulces trinos,
Siempre en la calle tercera,
La condena su destino.
Tercia i *segunda* hace un padre
Si encuentra su hija marido,
I si tiene cómo hacerlo,
Pues no es demas advertirlo.
Mi *todo* es lo que te falta
Para ser feliz, i opino
Que volverá tu alegría
Si tomas lo que te brindo.
Tambien es nombre mi *todo*
De una calle que tú has visto
Tantas veces, que ya juzgo
Mas que inútil repetirlo.

SIRO LUQUE.

SOLUCION

DE LA CHARADA DEL NÚMERO ANTERIOR.

Dices que dándome un *corte*
Me dejarás mal parado,
I aseguras que con él
No quedaré yo mui *sano*.
Lo concedo, si es un *corte*
De asesino desalmado;
Mas nó, si como deseo,
Fuera un *corte* de buen paño.
Dícesme que baña el *Teno*
De Chile los bellos campos,
I que nunca diré *nó*,
Si estoi un *sí* pronunciando:
Verdades de Pero-Grullo
Que no piden comentario.
No estuve nunca en la *corte*
Donde intriga el *cortesano;*
Mas, ya que tú me lo dices,
Debe ser verdad i callo.

SIRO LUQUE.

Contenido de este número.

I.—O'Higgins, por Ventura Blanco, páj. 497.
II.—La dimision de O'Higgins, poesía, por J. Francisco Riveros, páj. 500.
III.—*Por amor i por dinero*, (bibliografía), conclusion, por Rómulo Mandiola, páj. 501.
IV.—A don Bernardo O'Higgins, poesía, por Estévan Muñoz D., páj. 505.
V.—Revista bibliográfica, páj. 507.
VI.—Un abrazo de hermanos, poesía, por C. Walker Martinez, páj. 508.
VII.—Alfredo, continuacion, por Ruperto Marchant Pereira, páj. 509.
VIII.—¿I tú te acordarás?, poesía, por Celso Víctor Cáceres, páj. 513.
IX.—Amor de padre, por Rafael B. Gumucio, páj. 513.
X.—Charada, por Siro Luque, páj. 516.
XI.—Solucion de la charada del número anterior, por Siro Luque, páj. 516.

IMPRENTA DE «EL INDEPENDIENTE.»
Calle de la Compañía núm. 102.

LA ESTRELLA DE CHILE.

AÑO V. Santiago, mayo 19 de 1872. Núm. 242.

OBRAS POÉTICAS
DE CLEMENTE ALTHAUS, 1852-1871.

(Conclusion.)

III.

Las anteriores reflexiones, que acaso se juzguen demasiado estensas, eran indispensables, no sin duda para caracterizar la composicion titulada *A la felicidad*, que mas arriba hemos trascrito, sino para dejar clara i sólidamente establecida la norma literaria i la piedra de toque que han de servirnos para juzgar al poeta.

Porque si ser poeta es poseer el don de descubrir el lado por donde todas las bellezas relativas tocan a la Belleza Suma, si la poesia es el arte de fabricar de todas las cosas, materiales i morales, hermosas o deformes, tristes o alegres, grandes o pequeñas, andamios para acercarse a Dios, dejamos ya trazado el camino, i en cierto modo no nos resta mas que sacar las consecuencias de las premisas que hemos sentado. Veamos, pues, si Althaus es poeta en ese sentido, que es el sentido cristiano recto de la palabra, veamos, si, como la abeja que tiene el don de transformar en miel el jugo de todas las flores, él posee i ejercita el don de descubrir el lado por donde cuanto existe toca al ideal, i lo revela, i en cierto sentido lo canta.

Don Clemente Althaus debe tener a la fecha unos 37 años; ha hecho largos viajes buscando la salud, que no le ha sido dado encontrar, cantando, mas que las maravillas del viejo mundo las memorias de la familia i de la patria ausentes. Vuelto al Perú, no tardó en verlo victima del atentado de las Chinchas, i esquivar la lucha i diferir indefinidamente la venganza bajo la administracion pusilánime del jeneral Pezet, hasta que por fin, el sol del *Dos de mayo* alumbró la heróica defensa i gloriosa victoria del Callao. Althaus cantaba aun este renacimiento de su patria, cuando la muerte de su señora madre vino a desgarrarle el corazon, echando un velo fúnebre sobre su lira.

Su patria i su madre, son las dos musas a las cuales Althaus debe sus mejores inspiraciones; acaso porque han sido sus dos mas ardientes i desinteresados amores. I nada es mas natural: la patria es para el poeta la imájen del universo, i la madre la mas dulce personificacion de la patria. La patria es el hogar, la amistad, el amor, el relicario, en fin, que contiene todas las prendas a las cuales, por el recuerdo, por la posesion o por la esperanza, está ligado el corazon de un hombre. Por eso el poeta la canta tan naturalmente como canta el ave en el árbol por entre cuyas hojas vió llegar, casi deslumbrado, el primer rayo de sol, desde cuyas ramas emprendió el primer vuelo, cuyo fruto fué su primer alimento, cuya florida copa cobijó sus amores, cuya enramada mas densa contiene el nido de sus pequeñuelos. I en cuanto a la madre, ¿tendremos necesidad de decir que sus ojos son las primeras ventanas por donde nos es dado contemplar el cielo, sus cuidados la manifestacion visible de la Providencia, i su amor, infinitamente tierno i desinteresado, el reflejo mas puro de aquel amor sublime que operó la redencion del jénero humano?

Althaus sintió ese amor con la intensidad de que es capaz un hombre de corazon sensible i de sentimientos delicados, i por eso lo ha cantado dulcemente en diversas ocasiones, ora encareciendo la dicha de disfrutarlo, ora ponderando las inquietudes de la ausencia, ora llorando la indecible amargura en que el alma de un hijo amante queda sumida, cuando la muerte le obliga a dar a su madre el último adios i a recibir de ella la última bendicion. Se comprende a primera vista que su amor filial no es de aparato, sino real i profundo: que su madre no aparece en sus versos como una máquina poética, buena para producir ciertos efectos, llenar éste o aquel vacio i redondear tal o cual frase. Hai, sobre

todo, en algunas de las composiciones posteriores a la muerte de la referida señora, algunas que no es posible leer con los ojos enjutos i con la voz entera; signo inequívoco de que el poeta al escribirlas no hizo mas que trasladar al papel los sentimientos de su corazon.

Por lo demas casi es escusado advertir que el poeta sabe trasformar su dolor en escala para subir al cielo. Vé la distancia infinita que lo separa de su adorada madre; pero vé tambien el puente que puede franquearle el paso de ese abismo. Sabe que el objeto de su amor vive, i espera reunírsele para no separarse mas. Por eso bendice la fé que le enseñó su madre, i maldice la incredulidad de que su enseñanza, i acaso mas su ejemplo que su enseñanza, ha sabido preservarlo. Por eso en medio de su dolor esclama:

¡Ah! yo maldigo esa fatal creencia
Que al negro cetro de la muerte impía
Sujeta el alma i nuestra amarga ausencia
Por una eternidad dilataria!
Mas la promesa de esa fé celeste
Que tú enseñaste a mi niñez bendigo,
Pues me muestra otro mundo despues de [éste
Donde por siempre me uniré contigo!

¡Unica luz que divisa el alma huérfana entre las tinieblas de la horfandad i razon bastante, aunque no existiera ninguna otra, para maldecir al materialismo i combatir sin tregua a sus crueles e insensatos sectarios!

Ni son inferiores las poesías en que Althaus llora las desgracias de su patria, excita el ardor guerrero de sus conciudadanos, o canta el denuedo con que resistieron a la escuadra española *el Dos de mayo*. Sobre todo en el canto que lleva este título, hai estrofas en que la gallardía de la forma corresponde a un verdadero entusiasmo lírico.

Sinembargo, nos agrada mas todavía la triste inquietud con que el poeta observa las siempre renacientes discordias interiores del Perú. Esa inquietud es como una espina que lleva en el pecho i que no lo deja sosegar. Los desastres que causa la guerra civil, la sangre que cuesta, i el obstáculo casi insuperable que opone al progreso de un pais tan privilejiado por la naturaleza, no se apartan un momento de la imajinacion de Althaus, i aparecen dando un tinte melacólico a casi todas las poesías compuestas en el trascurso de sus prolongados viajes.

A pesar de ello, Althaus no es un poeta político. Despues de leer la abundante coleccion de sus poesías, nos hemos preguntado en vano cuál es el partido a que pertenece, o siquiera, cuál es el ideal político que juzga preferible. Sabemos que ama la paz, la libertad, el progreso, el órden, la relijion; se vé bien que detesta la guerra civil, las asonadas i motines, que desconfiando de la dictadura, la acepta, sinembargo, como conveniente en especiales circunstancias; pero si se descubre fácilmente lo que el autor del libro juzga digno de alabanza i de vituperio en los acontecimientos políticos de su pais, si se vé arder en su alma el fuego del patriotismo, no se descubren convicciones políticas ni el trabajo filosófico del hombre que, poco satisfecho con bendecir lo bueno i anatematizar lo malo que se hace, trata de elevarse a las causas primeras que perpetúan el mal, sirviendo de obstáculo a la realizacion del bien. En dos palabras, nos parece que en todo aquello que se relaciona con los acontecimientos políticos del Perú, Althaus, jime o canta, bendice o anatematiza como las aves, instintivamente, sin ningun criterio seguro que le sirva para esplicarlos i juzgarlos.

Ahora bien, no es ésa la mision del poeta, sobre todo del poeta de este siglo i de este continente. Aquí, donde podria decirse que mas se peca por ignorancia que por malicia, el poeta debe poner en su poesía toda su imajinacion, toda su sensibilidad, todos sus instintos; pero tambien toda su intelijencia. En América no basta cantar dulce, honrada i patrióticamente, es necesario cantar, ademas, sabiamente. *Psallite sapienter!* dice con admirable concision David en uno de sus salmos.

De aquí no se deduce que, en nuestro concepto, el poeta americano, para cumplir con su mision, deba echarse a rimar sistemas i leyes i constituciones políticas, ni a prostituir las galas de la poesía prodigándolas a los pequeños héroes i a los pequeños intereses de partido. Nó, no queremos ver reforzada la gárrula caterva de los politiqueros de oficio con el brillante grupo de los adoradores de lo bello; pero sí, queremos verlos constituirse en poderosos ausiliares de la buena, de la elevada, de la ver-

dadera política. Quisiéramos verlos consagrados a tarea mas provechosa i patriótica que la de celebrar los faustos sucesos i llorar las públicas calamidades, subiendo de los acontecimientos a sus causas, señalando con toda precision el mal i el remedio, sirviéndose del poderoso instrumento de persuasion i seduccion con que Dios se ha dignado favorecerlos, para guiar a sus hermanos por los senderos del progreso.

I no se diga que ese papel no corresponde a los poetas sino a los políticos; porque no hai vocacion que exima a un buen ciudadano del deber de llevar la ofrenda del patriotismo al altar de la patria. Si el estadista lleva a ese altar sus desvelos, el orador su elocuencia, el soldado su sangre, el diarista el jugo de su cerebro, el poeta debe llevarle a un tiempo mismo las flores de su imajinacion i los frutos de su intelijencia.

Hasta ahora Althaus no ha tenido a bien pagar a su patria mas que la primera de esas ofrendas. ¿Por qué? Difícil es saberlo. Talvez las miserias de las luchas civiles i el espectáculo de los continuos escándalos, apostasías i bajezas de los que viven haciendo de la política un juego entre tramposos, ha concluido por inspirarle una invencible repugnancia. Talvez su temperamento poético no le permite encontrar la inspiracion sino en la calma del espíritu i en la tranquilidad del ánimo, incompatibles con las ajitaciones de la política. Acaso le ha faltado salud o vocacion para entregarse al estudio de los problemas sociales i no ha podido por lo tanto descubrir un ideal i trazarse un camino para alcanzarlo.

Sea como fuere, i ya hayan sido los medios, ya la voluntad lo que haya faltado a Althaus para entrar en ese campo lleno de emboscadas i espinas, para pelear la batalla de la vida, nosotros no podemos ménos de hacer votos porque se decida a llevar a él el continjente de su patriotismo. Esto puede hacerlo sin abandonar su propósito *de no ser mas que poeta*, como nos cuenta en el Prólogo de su libro que algunos le han echado en cara. Puesto que el cielo ha querido en cierto modo compensar sus padecimientos físicos i morales dándole los medios (gracia, acordada a mui pocos), de seguir las inclinaciones de su talento, sea en buena hora poeta i nada mas que poeta; pero complétese a sí mismo, dando a sus producciones un carácter mas práctico, filosófico i útil. Acuérdese, cuando anatematice el despotismo o la anarquía, que ellos no son mas que resultados de premisas ignoradas jeneralmente por los déspotas i demagogos; i no olvide, cuando trate de manifestar el interes que su patria le inspire aquel antiguo adajio que dice: Obras son amores que no buenas razones."

IV.

Las dos fuentes de inspiracion poética que acabamos de señalar, por abundantes que sean, no son ni con mucho, las únicas en que Althaus se haya surtido; al contrario, son tantas i tan diversas las composiciones reunidas en el grueso volúmen de que nos ocupamos, que resisten a toda clasificacion. Aun la simple lista de las que hemos marcado como mejores, talvez sería fastidiosa para los que la leyesen, sin tener a la mano el libro i poder esplicarse así nuestra preferencia.

Señalemos sinembargo una que otra.

La titulada *Castigo*, sencilla i patética en el fondo, está correctamente ejecutada. ¡Lástima que la idea no sea orijinal de autor, como al ménos nos lo hace sospechar el recuerdo vago de haber leido, no sabemos si en prosa o verso, el mismo suceso que le sirve de tema!

La pieza titulada *A frai Luis de Leon*, a la vez que un digno tributo de alabanza pagado a aquel insigne maestro, es una prueba de la atencion con que Althaus ha estudiado sus obras, i juntamente con las suyas, las de los demas poetas del siglo de oro de la literatura española. El vate de Rimac llama familiarmente *mi poeta* al inmortal vate del Tormes, i el mismo canto en que lo elojia, es una prueba de que, a fuerza de amarlo i estudiarlo, ha adquirido nobles títulos a tan honrosa amistad. Nos imajinamos que la predileccion de Althaus por el cantor de la vida del campo, se esplica mas que por los méritos de éste, por cierta semejanza de gustos i de caractéres que salta a la vista. Talvez Althaus no desea ménos vivamente que lo que deseó el ilustre agustino disfrutar de la quietud del ánimo en medio del sosiego de la naturaleza; talvez en mas de una ocasion ha cifrado su dicha en pasar la vida blandamente recostado *cabe la linfa de fontana pura, ni envidioso ni envidiado* oyendo

El cántico sabroso, no aprendido
De avecilla parlera
I aquel manso ruido
Que del oro i el cetro pone olvido.

Pero está escrito que la vida es batalla i que la vida es sueño: sueño de felicidad que nunca llega, o batalla con la realidad que nos aplasta. Asi los comisarios del Santo Oficio encerraron en un calabozo a frai Luis de Leon, donde estuvo cinco años aplastado por la ignorancia i por la calumnia; asi Althaus ha vivido alejado de su pais por las dolencias físicas, oprimido por las visitas que ha hecho la muerte a su hogar i la discordia a su patria.

La oda *A Dios* es notable por la elevacion de las ideas i la correccion i armonía de los versos. Tiene algunas hermosas descripciones i revela una fé sólida i un verdadero entusiasmo poético.

Superior aun es la que lleva por título *El desahuciado*, en nuestro concepto de las mejores del volúmen. Se conoce que Althaus nos revela en esta composicion sentimientos que ha esperimentado, que al contarnos los terribles combates que se dan en el alma del jóven moribundo la intelijencia que le dice: ¡Es preciso partir! i el corazon que se aferra a la vida, su testimonio es el de un testigo ocular i mas aun, de un testigo esperimental: *Quorum pars magna fui!*

El desahuciado está en el balcon. Es un domingo a la hora del crepúsculo. Impongámonos de algunos de los pensamientos que pasan por su mente.

Ya numerosa familia
Pasa: de la mano asidos
Van delanteros dos bellos
Graciosos, rientes niños;

Uno de pecho, en el hombro
Durmiendo sueño tranquilo
Lleva la fuerte nodriza
Pendiendo a un lado el bracito;

I al fin, del brazo enlazados,
Pasan esposa i marido
En la idolatrada prole
Los atentos ojos fijos:

I ese gallardo mancebo
Lleno de lozanos brios,
Cuyo aspecto bien declara
Que cuenta mis años mismos:

¡Cuánto me alegro al mirarle
I cómo despues me aflijo
Cuando con él me comparo
I su lozanía envidio!

Con un báculo en la mano
Pasa ya corvo mendigo
Que aunque debió precederme
En el eterno camino,

Verá mis yertos despojos
Llevar al postrer asilo,
I Dios le dará que sumen
Sus lentos años un siglo.

Pero ¿qué miran mis ojos?
¡Valor oh cielos! os pido!
Luciendo gracia i belleza
I virjinal atavío,

Una hechicera doncella
Alza acaso el rostro lindo
De la salud en la viva
Alegre púrpura tinto,

I me mira; mas al verme,
Retrato de aparecido,
I al ver mis hundidos ojos
I enjuto rostro amarillo,

Los ojos aparta al punto
En pronto ademan esquivo
Donde al espanto se mezclan
De la compasion los visos.

La crüeldad inocente
De tu horror irreflexivo
Te perdono, bella jóven,
I mi bendicion te envio:

Sé feliz; i digno esposo
Amante amado contigo
La excelsa ventura goce
Que yo gozar no he podido.

En lloro ardiente deshecho
Del balcon el pié retiro
I mi solitario lecho
De nuevo angustiado oprimo.
. . . . . .

En tan profunda afliccion
En tan horrendo martirio
Tú sola, Relijion santa,
Ser puedes mi dulce alivio.

¡Ai de mí! si verdad fuera
El insensato delirio
De los que matan el alma
Con el cuerpo fujitivo!
. . . . . .

¿Qué fuera de mi en tal trance
Si a tan triste error impío
Entrada en la ciega mente
Hubiera yo concedido?

Desesperado, demente,
I de mi propio enemigo,
Dando furiosos bocados
En mis miembros doloridos,

Con altos gritos muriera
Ya desde el mundo precito
Cual del venenoso diente
De rabioso can mordido!

Se podria desear talvez un poco de mas soltura en el romance i notar sin trabajo la redundancia e impropiedad de algunos adjetivos; pero el cuadro es poético, las reflexiones naturales, i los sentimientos tiernos i delicados. Tampoco falta el arranque del alma hácia el infinito, ni la afirmacion enérjica del ideal que, como lo hemos ya probado, es la condicion necesaria de la verdadera poesía.

Viene despues una buena *Sátira* contra los poetas llorones, a quienes lanza Althaus algunas verdades de afolio, por supuesto mui merecidas. Un poco mas adelante, en una pieza titulada *Demócrito i Heráclito*, se muestra partidario del justo medio entre la risa i el llanto sempiternos.

Quien siempre rie es porque siente poco
Quien siempre llora demasiado siente:
Si el risueño Demócrito era un loco
Era otro loco Heráclito doliente.

Esta teoría del justo medio o mejor de la alternabilidad entre la risa i el llanto puede sin duda servir de norma a uno que otro privilejiado injenio, que se sientan con las dotes necesarias para hacer llorar o reir segun su voluntad a los lectores; pero el número de esos tales es mui escaso i la regla mas segura que puede darse es que cada cual siga las peculiares tendencias de su espíritu, no procurando balancear los jemidos con las carcajadas, sino riendo o llorando segun sienta disposicion a la risa o al llanto i solo miéntras dure esa disposicion.

Hai tambien en el volúmen que analizamos dos leyendas (*Cristina* la una, *Cármen i Rafael* la otra) que contienen mui buenos versos; pero cuyos argumentos ofrecen poca novedad e interes.

No faltan los buenos sonetos: los titulados *A un ateo* (179), *A un cóndor enjaulado* (201), *A Colon* (232), *La tristeza* (241) son notables, o por la idea dominante, o por la felicidad de la ejecucion, o por una i otra circunstancia a la vez.

Tenemos aun marcadas muchas poesías sobre las cuales nos habiamos propuesto llamar la atencion de los lectores; pero debemos apresurarnos i poner término a esta breve reseña. No será sinembargo sin dar, en nombre de la patria chilena, las mas cumplidas gracias a Althaus por los fraternales i jenerosos sentimientos que ésta le inspiró en sus dias de prueba, dando al Perú, en las valientes estrofas tituladas *Ayuda a Chile*, consejos de lealtad, de americanismo i de previsor patriotismo.

Copiemos al ménos las dos últimas:

¿I será que mi patria en dar vacile
La noble ayuda que su hermana dióle?
Si provocó la cólera española
Por venir a su voz, la heróica Chile,
¿Dejarla puede abandonada i sola?

¡Ah! si no por amor, por su decoro
I por lavar la afrenta que lo enloda,
Hoi que la asedia, la venganza goda,
Darle el Perú sus naves, su tesoro
Debe, i sus hijos i su sangre toda!

V.

El volúmen concluye por un drama en cinco actos titulado *Antiocо*. Lo sustancial de su argumento, sus principales personajes i aun muchas de sus escenas pertenecen, como el mismo Althaus lo advierte oportunamente en una nota, al dramático español don Agustin Moreto i Cabaña. En efecto, leyendo la pieza de Althaus i la del citado poeta español que lleva por título *Antioco* i *Seleuco*, como se lee en las ediciones mas antiguas, o *A buen padre mejor hijo*, como se lee en las mas modernas, se vé que aquélla no es otra cosa que una buena imitacion de ésta.

Althaus, quitando a la comedia de Moreto el *gracioso*, personaje obligado en la época en que éste escribió, con el preciso acompañamiento de sus mas o ménos salados, pero jeneralmente importunos chistes, abreviando ciertos monólogos o relaciones demasiado largos, dando al verso un corte mas moderno i modificando una que otra escena, ha realizado con felicidad una

obra que nosotros tenemos por difícil i que muchos estiman imposible i en todo caso temeraria.

En efecto, es opinion arraigada, especialmente entre los admiradores entusiastas del antiguo teatro español, que las comedias de Calderon, de Rojas, de Alarcon, de Lope de Vega, de Moreto etc., deben conservarse como huesos de santo, para admirarlas i venerarlas, libres de imitaciones, de enmiendas i de retoques. Entre tanto es un hecho que muchas de esas comedias tienen argumentos admirablemente dramáticos i abundan en escenas de un cómico incomparable; i es un hecho todavia que a pesar de esos primores no pueden representarse en nuestros teatros, por lo enmarañado del enredo, la desmesurada estension de ciertas esposiciones i relaciones, lo indecente de ciertos chistes, lo exajerado de tal o cual sentimiento, etc.

¿No seria posible, nos hemos preguntado muchas veces, acuñar de nuevo esas monedas preciosas que ya no tienen circulacion? ¿I no ganarian las letras si los aficionados a ellas, en vez de ofrecer a los grandes dramaturgos españoles el homenaje de una admiracion estéril, despues de un detenido estudio, hiciesen desaparecer de sus obras las imperfecciones del tiempo, dándonos en nuestro propio idioma cuanto en ellas lleve la marca del jénio, es decir, la marca de la inmortalidad?

Es ésta una pregunta que muchas veces nos habiamos hecho i cuya contestacion encontramos en el *Antioco* del poeta peruano. El no ha temido acometer la difícil empresa i no tiene por qué arrepentirse de haberla acometido. No diremos que su *Antioco* valga mas que el *Antioco* de Moreto; lo que si afirmamos es que aquél es representable i que éste no lo es, como no lo es acaso hoi dia ninguna comedia del antiguo teatro español.

Hemos comparado cuidadosamente la comedia de Moreto con el drama de Althaus i de esa comparacion hemos sacado el convencimiento de que si la restauracion del antiguo teatro español es una empresa que exije en los que la acometan gusto literario i dotes poéticas nada comunes, está mui léjos de ser una empresa imposible. A los que no participasen de nuestra opinion les aconsejariamos leyesen el *Antioco* de Moreto retocado por Althaus. Esta lectura les demostraria pronto como es que, dejando intacto el argumento de una comedia antigua, se puede, aun cuando se trate de la obra de un maestro, quitarle mucho i agregarle algo, sin quitarle nada que se eche de ménos ni agregarle nada que se encuentre de mas.

El ensayo hecho por Althaus con el *Antioco i Seleuco* de Moreto tiene, pues, el indisputable mérito de mostrar que no es de todo punto inaccesible ni ingrato el campo de las imitaciones o adaptaciones a la sociedad actual de las antiguas comedias españolas; i si nos fuera lícito, no diremos dar un consejo, pero al ménos emitir aquí un deseo, lo espresariamos haciendo los mas sinceros votos porque Althaus quiera i pueda estraer con frecuencia en lo sucesivo nuevos tesoros que lanzar a la circulacion, resellados por su buen gusto, de ese inagotable *emporium* inesplotado hasta ahora, ya a causa del alejamiento desdeñoso de los que no la conocen, ya del casi relijioso temor con que se le acercan los que, conociéndolo, se sienten mas dispuestos a reverenciarlo que a esplotarlo.

Santiago, mayo 5 de 1872.

ZOROBABEL RODRIGUEZ.

AGAR EN EL DESIERTO.

I.

Ni un lejano rumor en la llanura
Se siente resbalar; lijera brisa
Mueve apénas el árbol indecisa
I el ala en el silencio va a plegar.
Ni una ave emprende su tranquilo vuelo,
Ni el viento azota la tostada arena;
Mas.... a lo léjos un jemido suena,
Como en lúgubre llanto sepulcral.

Sentada estaba en solitaria peña
Una mujer del mundo maldecida;
Sin patria, sin hogar vaga perdida
Un asilo buscando en su dolor.
De Farán las llanuras agostadas
A su vista tan solo se estendian,
De centellas de fuego despedian
Fuertes rayos de sol abrasador.

Ni un arroyo con plácida corriente
Daba al desierto erial frescura i vida;
Por devorante sed desfallecida
Agar se inclina, como mústia flor.
A la sombra de un árbol cobijada
Con temblorosa mano un niño mece,
I al contemplar tambien como fenece
En moribundo acento prorrumpió:

«¡Hijo de mis entrañas!.. yo te estrecho
Cotra mi seno por la vez postrera....
Tu labio seco está... dejad siquiera
Que con mi llanto lo humedezca yo.
«Regaré con mis lágrimas la arena,
I abrirémos aqui la estrecha fosa
Do mañana talvez bajo una losa
El sol ardiente nos verá a los dos.

«Véote ya espirar... sombras de muerte
Cubren tu frente virjinal i pura....
Ya no veo en tus labios la frescura
Con que una risa me brindaste ayer.
«Inclina ¡oh árbol! tus frondosas ramas,
Tu sombra oculte ese cadáver yerto,
I haz que su voz perdida en el desierto
No hiera el pecho de un esposo infiel.

«No lo veré morir.... oiré a lo léjos
De su alma tierna el postrimer jemido;
En los pliegues del viento confundido
Vendrá ledo en mis plantas a espirar.
«Ni una esperanza alienta ya mi vida,
Ni un recuerdo conserva mi memoria;
Escrita quedará mi triste historia
Con las gotas del llanto maternal.

«Mas, nó... ¡Dios de mi esposo!
Escucha la plegaria
Que a ti alzo solitaria
Sumida en el dolor.
«No hai voces ya en mis labios,
No hai lágrima en mis ojos....
¡¡Señor!! ved los despojos
Del hijo de mi amor.

«Haced que entre la arena
Brotando hermosa fuente
Mitigue en su corriente
Devoradora sed.
«Soi madre, i la esperanza
No agota sus raudales....
¿Qué hará entre tantos males
Sin ti, débil mujer?»

II.

I dijo, i al punto veloz una nube,
Cual bruma lijera teñida del sol,
En círculos varios, ya crece, ya sube
La esfera bañando de plácido albor.

Los ámbitos cruza mil rayos lanzando,
I un canto divino se escucha sonar,
Cual ruido lejano del céfiro blando
Que riza la espuma del ola al pasar.

I allá do la madre clamaba llorosa,
Llevada en las auras, su curso paró;
De súbito se abre, i espléndida, hermosa
Cernióse en los aires celeste vision.

Su planta lijera posó en una peña
I un eco apacible su labio exhaló;
No suena mas dulce la voz halagüeña
Del agua que besa la cándida flor.

«Agar, Agar, esclama, enjuga el triste llanto,
Que al trono del Eterno tu súplica llegó;
No temas: una hora resonará entretanto
I tu hijo será padre de una feliz nacion.»

I luego cerniendo sus fúljidas alas
La nube remonta tranquila i veloz;
El sol ya no hiere sus nítidas galas,
I un largo silencio responde a su voz.

Mas allí do tristes lágrimas
De Agar bañaron la arena,
Brotó una fuente serena
Que de su llanto nació.
En esa mansa corriente
Bebieron ámbos la vida:
Flor de su tallo caida
Que la brisa levantó.

¡Oh del cielo mensajero
De la paz nuncio divino!
Hoi tambien un peregrino
Suspende a ti su clamor.
Empuja con soplo blando
Nuestro bajel destrozado
Que surca un mar ajitado
A merced del aquilon.

Bajo tu ala protectora
Repose nuestra inocencia,
Que en el mar de la existencia
Sopla ronca tempestad.
Porque del hombre en el mundo
Sois la mas bella esperanza:
Faro de luz que no alcanza
El infortunio a empañar.

RODOLFO VERGARA A.

EL CRISTO DE LIMACHE.

I.

Era una fresca mañana
Purísima del estío; (1)
Surcaba el sol por un cielo,
Como el mar azul, tranquilo:

Leve mecia la brisa
Los espinales floridos,
Entre los cuales corria
Un arroyo cristalino.

Al piar de sus polluelos
Mil cantores pajarillos,
Aquí i allí revolaban
En derredor de su nido.

I allá en la cumbre del monte
En los mas quebrados riscos
Trepan las pintadas cabras
Venciendo los precipicios.

No léjos de aquel lugar
Al son de su hacha un pobre indio,
Triste cántiga entonando
Cortaba un tronco de espino;

Así ganaba el sustento,
Que era leñador su oficio
I a una madre mantenia
Como hijo amante i sumiso.

Al duro golpe de su hacha
Tronchó un ramo i ¡oh prodijio!..
Estendido en una cruz
Se deslineó un Santo-Cristo.

Suaves sus perfiles eran
I cual un bosquejo artístico
Eran sus formas veladas
Como por lino finísimo.

El indio que conoció
Aquel prodijio divino,
De hinojos cayó postrado
I adoró al sagrado signo.

En seguida bajó al valle
I a todo el mundo dió aviso
De la efijie milagrosa
Descubierta en el espino.

II.

Una mui noble señora,
Que en Limache poseia
Bien pobladas encomiendas
I posesiones mui ricas,

Quiso, en su santo fervor,
Elevar una capilla,
I en un altar colocar
Aquella prenda divina;

Al fin se llevó al efecto
Con ceremonia inaudita,
Entre los cantos de júbilo
De aquella jente sencilla,

I el Cristo fué colocado
Sobre flores peregrinas,
Dentro del modesto altar
Donde cien luces ardian.

De entónces a aquel santuario
Tras tan preciosa reliquia,
El guerrero, el caminante
Allí sus pasos tendian.

El obispo Villarroel
Allí llegó en romería
I admirado del milagro
Dió mil ofrendas riquísimas;

De mui remotos lugares
La jente de fé venia
A buscar la paz del alma
O bien la salud perdida.

I de allí nadie salió
Sin saborear las delicias,
Que aquella efijie sagrada
Al corazon ofrecia.

III.

Tras luengos años talvez
Por la miseria del pueblo
O porque la fé adormida
Estaba dentro del pecho,

Aquel santuario precioso,
Aquel venerado templo,
Do entre guirnaldas de flores
I el perfume del incienso,

Mil voces acompasadas,
En melancólicos ecos,
Alzaron tierna plegaria
Al rei piadoso del cielo,

Estaba aislado i en ruina,
A la intemperie del tiempo
I por sus rotas ventanas
Entraba el agua i el viento.

En su envejecido muro
I sobre su atrio desierto
Punzantes cardas crecian
I arbustos amarillentos.

(1) Año de 1636.

Mirando aquel abandono
Un párroco de otro pueblo, (2)
Con mucha veneràcion
La efijie llevó a su templo.

I allí culto le rindió,
Hasta que un voraz incendio
Vino a tornar en cenizas
Tan preciado monumento.

I este fué el fin de aquel Cristo
Cuyo culto fué creciendo,
Con rapidez admirable
Por los mas lejanos pueblos.

¡Oh bella imájen, recibe
Este piadoso recuerdo,
Que de tu invencion indigno
Hoi hace mi humilde acento!

¡Esta mi lánguida historia
Acoje con tierno afecto,
Que es la espresion mas sincera
Del corazon que te ofrezco!

1872.

DAVID BARI.

«EL AMERICANO.»

Tenemos sobre la mesa en que escribimos los tres números que han llegado a Chile del ponderado periódico del señor don Héctor F. Varela, que, no hace un año, recorria los paises del Pacífico, como en otro tiempo Pedro el Hermitaño, predicando la nueva cruzada que iba a dar a conocer en Europa los prodijios i los portentos de la América.

En el banquete de las naciones, decia el Sr. Varela, todos tienen un lugar, ménos la hija de Colon. Vosotros los americanos, chilenos, arjentinos, peruanos, de cualquiera parte que seais, venid a contribuir con vuestro dinero los ricos, con artículos los literatos, con simpatías i aplausos i cacareos, vosotros todos, que, sino entre éstos, cabeis en la comunidad, en donde encuentra sus servidores aquella clase que los cuenta por millares....

La historia es mui conocida para que nos tomemos el trabajo de repetirla aquí.

El señor Varela consiguió sus propósitos; obtuvo a manos llenas los elementos indispensables para la campaña.

El mismo lo ha dicho en el número prospecto de *El Americano*.

Cualquier editor de diario o periódico, cuando quiere recomendar su mercancía, habla i pregona del número sin cuento de sus lectores.

El señor Varela se preocupa poco o nada de ser o no leido. Tengo el dinero de los futuros lectores de *El Americano*, se ha dicho i lo ha repetido a los cuatro vientos, luego el periódico vivirá. Si lo que yo escriba satisfará o nó a los accionistas i suscritores, ¡venga Dios i véalo!

El Americano ha llegado, i a estas horas no hai uno solo de los que han tenido ocasion de recorrer sus pájinas que no se encuentre sorprendido, i que no sienta con su lectura algo que se parece tanto, que en nada se diferencia, a una decepcion.

El hecho es que todos lo dicen i que no hai quizas uno solo que alimente ya en su espíritu la mas lijera esperanza de que *El Americano* del señor Varela sea siquiera el remedo de la representacion jenuina i verdadera de esta América tan mal conocida como mal apreciada.

Hasta ahora, los que han lamentado la desdeñosa indiferencia con que nos mira la Europa, han buscado i encontrado la causa en las falsas noticias propaladas por los viajeros que han visitado nuestras ciudades, i que así han escrito la verdad sobre nuestra situacion política i social, como la diria un ciego de nacimiento sobre la luz i sus cambiantes rayos.

No discutimos, ni tenemos para que, la verdad de este juicio; pero se nos antoja preguntar ¿hasta qué punto los americanos contribuyen a falsear, calumniando a veces, mintiendo otras, ignorando los hechos casi siempre, el juicio que de la América latina pueda formarse fuera de ella?

I cuando esto decimos, involuntariamente viene a nuestra mente el periódico cuyo nombre hemos colocado a la cabeza de este artículo.

Sin temor de ser desmentidos, podemos asegurar, como otros muchos lo han hecho ya en las columnas de algunos diarios del Perú i Chile, que *El Americano* puede servir para cualquiera cosa, ménos para dar a conocer en el viejo continente lo que es i lo que puede ser el continente nuevo.

(2) Renca.

I, a fé que para probarlo nos basta abrir cualquiera de sus números.

El primero que cae bajo nuestros ojos es el número 2.°

Lo primero que vemos es la imájen i, a la pájina siguiente, la biografía de José Mazzini, «el gran republicano, el padre de la unidad italiana, el nuevo Cristo» i no sabemos cuantas lindezas mas.

Apénas tenemos para que manifestar, no ya nuestra estrañeza, sino nuestra reprobacion por semejante retrato i biografía. Baste saber a quien nos lea que detestamos la demagojia; que atacaremos siempre, con las armas de que podamos usar, la escuela que empieza por quitar al pueblo la fé para concluir arrebatándole la libertad; que condenaremos siempre, como republicanos que somos, la república de ensangrentadas manos i del puñal al cinto, i como demócratas i liberales, a los republicanos en el nombre, a los comunistas, socialistas, internacioles o como quieran llamarse.

Mazzini puede haber tenido gran afecto al señor Varela, i el señor Varela profesar estimacion i gratitud a Mazzini; pero nada de ello bastará a justificar los elojios de *claqueurs* i los sollozos de llorona con que en nombre de la república honrada, de paz i de concordia se saluda al predicador de la república despojadora, turbulenta i de profundos odios.

Pero demos vuelta la hoja. Aquí está el retrato del señor Varela, sirviendo de remate a un cuadro alegórico que representa la «espedicion para todas partes del número prospecto de *El Americano*.»

Aquí nada tenemos que decir. El señor Varela cumple su programa. Queria dar a conocer a la América. ¿Puede algo servir mejor a este fin que este retrato i su corona de muchachos, buques, carretones i diarios, en los cuales se lee *Debates*, *Orion*, *Tribuna* i en todas partes el nombre de Varela?

En cuanto a noticias de América, brillan por su escasez. Un párrafo sobre Cuba, otro sobre el Uruguay, una carta del señor Rossi que hace tres meses leimos en los diarios de Chile, veinte renglones sobre los faros del rio de la Plata, una diminuta biografía de don M. M. Mallarino, dos composiciones en verso i un comunicado del señor Meiggs, que es todo lo americano que contiene, nada importa, ni nada sirve para hacer la luz acerca de la América.

Lleguemos al fin. Cierra el núm. 2 de *El Aemricano* un artículo titulado: «Cosas del mnndo.»

Aquí no entramos. Ni nuestro paladar ni nuestras narices nos permiten hacer lo que nadie ha hecho, pues es de advertir que todos los diarios qu. han reproducido algunos de sus párrafos han suprimido muchos otros en que campea el jénero empalagoso, los retruécanos groseros i las frases de doble sentido.

¡I el señor Varela habla siempre de sus lectoras, a ellas se dirije i solo con ellas quiere charlar!

Por lo demas algunas de las buenas ilustraciones de *El Americano* han llegado por el mismo vapor que nos lo trajo bueno i salvo, en otros periódicos europeos.

La simple enumeracion del material que llena el número que, tan a la lijera, hemos recorrido, basta para que se vea si viene o no a servir en manera alguna al propósito de su redactor i sobre todo al de los accionistas que no solo hicieron el sacrificio de dar su dinero, sino que hoi tienen el martirio de verlo servir para todo, ménos para la causa de la América.

Alguien dijo, no ha mucho, hablando de los *Trabajadores del mar* de Victor Hugo, que eran el pierde fama de su autor; nosotros diriamos parodiándolo hoi, que *El Americano* es el pierde fama del señor Varela, sino nos asistieran dos razones,

La primera es un escrúpulo de conciencia.—Varela estaria mal al lado de Victor Hugo.

La segunda es una duda, que si no la tomáramos en cuenta nos espondria a decir una mentira —¿Es la fama del señor Varela susceptible, no ya de perderse, siquiera de amenguarse?

VENTURA BLANCO.

EL ANJEL CAIDO.

A VÍCTOR HUGO.

Soneto.

De mano de los ánjeles la lira
Templada recibiste adolescente,
I cantaste con voz omnipotente
Cuanto el injenuo corazon admira.

Cantaste la verdad, hoi la mentira;
Fuiste conciliador, hoi maldiciente;
Luzbélica señal brilla en tu frente;
Satánica pasion tu pecho inspira.

Jenio i Virtud tejiéronte corona;
El Jenio te acompaña envilecido
I la Virtud ceñuda te abandona.

Teme inmortal condenacion, no olvido;
Con voz que a la Inocencia no perdona,
Tientas la Humanidad, Anjel caido!

M. A. Caro.

ALFREDO.

(Continuacion.)

Primer fragmento de carta.—«Seis meses »han trascurrido desde aquella noche en »que oi de tu boca la horrible sentencia »que ha de acabar con mis dias. Te pido »perdon por haber partido sin despedirme »de ti, pero te lo confieso, me faltó el va»lor. ¡Ah! al alejarme de Santiago, al huir »de aquella ciudad donde dejaba mi propia »alma, creia poder encontrar, sino el ol»vido, al ménos la paz de que tanto nece»sito, pero me he engañado: la soledad a »que me he condenado, léjos de mitigar »mi pena, no hace sino acrecentar mi do»lor. En vano busco continuas distraccio»nes, en vano durante el dia vago a la ven»tura por los bosques i praderas. Amigo, »amigo, por mas que hago, por mas que »trato de ocultarme en lo mas espeso de »los montes, en lo mas intrincado de la sel»va, ella siempre me persigue. En todas »partes la veo, en todas partes la encuen»tro. I ¿cómo no encontrarla, cómo no ver»la, cuando mi corazon es suyo, del todo »suyo?.... para borrar su imájen seria »pues preciso que me arrancasen la vida.

«Hai sobre todo algunos instantes en el »dia, en que de véras, si no fuera por los »santos sentimientos que mi madre hizo »brotar en mi corazon, no sé qué seria de »mi. ¡Oh! cuando llega la tarde, me deses»pero, no sé que hacer. En vano miro i »contemplo lo que pasa en mi alrededor: »los labradores vuelven de sus faenas; los »corderillos marchan al redil; el buei que »en todo el dia no ha cesado de trabajar, »libre por fin, se relame i goza sobre la »fresca yerba. El sol se acaba de perder »en el horizonte i las tinieblas van ya bo»rrando i desvaneciendo su última claridad; »A lo léjos suena una campana ¿la oyes Al»berto?.... Esa campana toca la oracion. »¡Oremos, pues!.... sí, oremos por ella. »por.... ¿La nombraré?.... i por qué nó, »cuando su nombre i su recuerdo es el úni»co consuelo que me queda? Sí, amigo mio, »oremos por Amelia, por el ánjel a quien »amé, a quien amo, i a quien amaré siem»pre.... siempre!—Que Dios la haga di»chosa, mui dichosa; que sus dias estén »sembrados de rosas i de bellas flores; que »jamas una sola espina se atraviese en su »camino; que los ánjeles la cubran con sus »alas de oro, arrullen su sueño, guien sus »pasos i luego en sus brazos la conduzcan »al santuario de la felicidad.—¡Oremos, »amigo, oremos los dos!

«¡Qué triste es este momento! los perros »aullan en el cortijo vecino, los murciéla»gos aletean en los tejados, el chuncho »chilla en la arboleda i.... la campana »sigue tocando. ¡Oh! un frio intenso se apo»dera del cuerpo i ¡ai! tambien del alma... »¡es el hielo de la soledad!

«¿Por qué la imajinacion solo vé figuras »tristes i lúgubres cuadros?.... ¿por qué »se apagan las dulces ilusiones i huyen las »risueñas esperanzas?.... ¿qué jénio malé»fico es el que asi me atormenta i asi me »hace sufrir?.... ¡Ah! ese jénio.... ¡es el »hielo de la soledad!

«¿Por qué el fuego que mi corazon en»ciende, no quema i consume ese negro »velo que me oculta i separa de mi amor, »mi bien?.... ¿qué obstáculo es ése que »en mi alrededor se encumbra i que de»tiene i apaga tan ardiente pira?.... Ese »obstáculo, ¡ai!.... ¡es el hielo de la so»ledad!

«¿Quién, en fin, es el osado que impide »que el volcan que dentro de mi siento »bullir, estalle i abrace la naturaleza en»tera?... Amigo, ese osado.... ¡es el hie»lo de la soledad!

«¡Soledad! ¡soledad! ¿cómo es entónces »que otros te buscan i acarician con pla»cer? ¿cómo es entónces que algunos te en»salzan i en ti se recrean, como si fueras »un dechado de encantos, siendo asi que »solo tédio i hastio sabes inspirar?.... ¡Ah! »demasiado lo comprendo, es porque aquí

»llos no tienen como yo preso el corazon »entre los fuertes lazos i apretadas ligadu»ras del amor. Yo amo, i por tanto, todo »lo que no sea ella, no me podrá jamas »brindar halago ni atractivo alguno, ¡cuán»to ménos entónces la soledad que es solo »puro i endurecido hielo!....

«Alberto, voi a concluir, pero no sin re»petirte ántes, que mas de una vez me ha »sonreido la imájen de la muerte. ¡Ah, la »muerte! la muerte!... no la temo, al con»trario la deseo, pues ella es la única que »podrá poner un término a este horrible »martirio que padezco.»

Segundo fragmento de carta.—«Amigo ¿qué »no te compadecerás de mi? ¿no harás el »sacrificio de venir a pasar siquiera un dia »conmigo?.... Me haria tanto bien tu visi»ta. Tengo tanta necesidad de consuelos.

«Ven, ven; talvez viéndote se disipará »en algo esta atroz pena que me aniquila.

«Ven, ven; necesito de un pecho amigo »donde poder depositar mi tormento i con »quien compartir mi afliccion.

«Ven, ven; pueda yo en tu seno, recli»nar esta pobre cabeza que tanto se debi»lita i que aun tanto tiene que sufrir.

«Ven, ven; te lo pido en nombre de la »amistad que ¿tú dices me profesas, te lo »pido en nombre de lo que mas amas, en »nombre de tu madre, en nombre de tu »María!.... ¿No es cierto que escucharás »mi súplica?.... ¿No es cierto que pronto »podré estrecharte entre mis brazos?..».»

Tercer fragmento.—«¡Ingrato!... ¡no has »oido mis lamentos i así me dejas morir!... »¿Qué hacer? me resignaré con mi suerte i »puesto que tal es la voluntad del Señor, »beberé en silencio hasta la última gota de »esta amarga hiel.

«Si supieras cuánto te agradezco las no»ticias que me das de Amelia. ¡Oh! hábla»me siempre de ella. No temas que con »esas noticias se abra mas mi herida i se »avive mi dolor. Oir hablar de ella, leer »aunque mas no sea su nombre es para mí »un consuelo.

«Con que tú crees que Amelia no ama »a....; nó, no quiero pronunciar el nom»bre de mi afortunado rival. I entónces »¿por qué se casa con él?... ¿por qué me »ha despreciado a mí?... ¿Será porque él »nada en las riquezas i en el oro?... Ah! »no lo creas, es ofender a Amelia solo el »imajinarse tal cosa; ella es demasiado in»telijente para que así se deje engañar por »el brillo de un vil metal; ella mui bien sa»be que el oro no da la felicidad. ¿Será en»tónces por obedecer a una voluntad su»perior o impulsada por ciertas convenien»cias o por ciertas preocupaciones que im»peran en la sociedad?... Nó, esto tampo»co puede ser, porque si ella me hubiese »amado de véras, todo, todo lo habria sa»bido arrostrar. El verdadero amor no co»noce vallas ni obstáculos, todo lo vence, »todo lo allana i lo supera todo. No hai »sacrificio por grande que sea, que el amor »no esté dispuesto a hacer.—¡Ah! nó, es »inútil que yo me empeñe en averiguar la »causa. Nadie la sabe mejor que tú. Tú mis»mo me la dijiste la noche aquélla, en que »de un golpe, ví desvanecerse mi esperanza »i abrirse a mis plantas un abismo sin fin: »Amelia no me ama, Amelia no me ha ama»do nunca!....

«En tu próxima carta vuélveme a hablar »de ella, nómbramela muchas veces. ¡Si »supieras!.... tu anterior casi se ha vuelto »ininteligible con mis lágrimas. A esa carta »le tengo un cariño particular, la he leido »mas de veinte veces i ¿sabes por qué?.... »porque en ella me hablas de Amelia con »detension, cosa que ántes no habia podido »conseguir por mas que te lo suplicaba. »Otra vez no seas tan lacónico. Acuérdate »que al escribirme cumples con una obra »de caridad.»

Cuarto fragmento.—«¡Cómo es posible que »me reproches el haber llorado!...¿Acaso »has olvidado que las lágrimas, si bien no »siempre son un consuelo, al ménos ali»vian el dolor i mitigan el sufrimiento, »puesto que llorando, como que se desahoga »el pecho oprimido volviendo despues la »calma i el bienestar?....¿Por qué he de »avergonzarme entónces de haber llora»do?....¿Crees tú, que hai álguien en el »mundo que no haya pagado tributo repe»tidas veces a esto que tú llamas una debi»lidad?....Nó, amigo, para eso seria me»nester no tener corazon, seria preciso ser »un ente raro o mejor dicho un monstruo. »Feliz el hombre que llora, feliz el que »puede derramar esas dulcísimas lágri»mas con que el alma sensible manifiesta »que ha sido herida i que padece. Deja, »pues, que corran mis lágrimas i ten pre»sente lo que te voi a decir: el dia que »mis ojos dejen de verter este llanto del »corazon, ese dia....yo habré dejado de »sufrir!»

Quinto fragmento.—«Mi Alberto, he seguido tu consejo, he trabajo por desechar la tristeza i la atroz melancolía que me abruma i sobretodo me he empeñado en olvidar; he procurado arrancar de mi alma, una por una, sus mas bellas esperanzas i sus mas queridas ilusiones. ¡Oh, *si* supieses cuánto me ha costado esta lucha tremenda en que la víctima era yo mismo i yo mismo el verdugo!....¡Si supieses los sufrimientos sin cuento que, minuto por minuto, yo he visto acumularse sobre mí!..Alberto, hai cosas que no se pueden decir, cosas que deben permanecer ocultas ni escondidas pues con solo enunciarlas se siente hervir la sangre i helarse el corazon. Callemos entónces, callemos i que como siempre asome a nuestros labios la sonrisa del fingimiento, esa sarcástica sonrisa con que tan bien se envuelven los dolores ni el martirio del alma, esa sonrisa cuya hiel es tanto mas acibarada, cuanto mayor es la pena que nos roe i la rabia que nos devora. Corramos, Alberto, corramos sobre el pasado un velo tan denso, como son densas i profundas las tinieblas que envuelven constantemente la eterna noche del olvido.

«He cavado una fosa que he circundado de granito i de durísima roca, en esta fosa he ido depositando flores marchitas i secas que yo guardaba con amor; primeramente arrojé unas violetas ¡ah! cuando las dí el último beso, creí que me arrancaban el corazon; tomé despues unos claveles, al arrojarlos en aquel antro, dos lágrimas de fuego fueron a humedecer el polvo que ya los cubria; le llegó su turno a una rosa ¡ai, Alberto! ésta era la rosa encarnada, ésta era la flor que yo llamaba la flor de la esperanza, la flor querida que tantas veces habia cantado en mis trovas....¡Pobre flor! ya no volverás a escuchar mis quejas, ni oirás tampoco mis suspiros, esos tristes suspiros que tú sola escuchabas i que tú sola recojias.....Hice un esfuerzo i la rosa cayó tambien en el fondo de la sepultura. Tomé despues en conjunto malvas i alicantos, resedas i pensamientos, jazmines i heliotropos; eran mis flores predilectas; con ellas habia tejido hermosísimas coronas i delicadas guirnaldas; con ellas me habia entretenido en adornar mil veces en mis locos ensueños una frente purísima i sin igual; con ellas habia entrelazado sedosos i lindos cabellos; con ellas, en fin, habia tapizado los sitios donde alguna vez se me apareció el ánjel que yo adoraba....Desesperado, arrojé tambien aquellas flores! —Alberto, Alberto, ya no podia mas; mi corazon manaba sangre; sentia que el alma en violentas convulsiones, pugnaba por librarse de aquel horrible martirio; pero nó, era menester consumar el sacrificio; era menester cumplir la solemne promesa que te habia hecho. Fuera de mí, arranqué las últimas prendas que yo guardaba i como las otras, aquellas sagradas i queridas reliquias de mi desdichado amor, cayeron tambien en el negro abismo.

«Nada quedaba ya; nada, sino el recuerdo!....

«Principié entónces a cerrar la tumba que yo mismo habia abierto. Cada palada de tierra era un jemido que lanzaba alguna flor. ¡Ah! mi Alberto, aquellas flores lloraban; sí, lloraban como habia llorado yo. Pero, no hubo piedad, i la fosa quedó cerrada!

«Ya ves que he seguido fielmente tu consejo. ¿Premiará Dios mi horrible sacrificio enviándome la conformidad?....»

Sesto i último fragmento.—«¿Con que es cierto que de aquí a tres dias, Amelia pertenecerá por fin a ese hombre a quien envidio con toda mi alma?.... ¡Dios mio! Dios mio! en ti confio; ahora mas que nunca necesito de tu ausilio: valor te pido, valor i resignacion.

«Amigo, es en vano que quisiera prolongar estos renglones; mis ojos se nublan i me faltan las fuerzas.

»Adios. Hasta luego. Tuyo, *Alfredo.*»

RUPERTO MARCHANT PEREIRA.

(*Continuará*).

LA POESIA DEL HOGAR DOMÉSTICO.

I.

No es la poesia tan solo aquel rayo que ilumina la mente del que hace versos.

La poesia está en el mundo bajo diversas formas, i vive entre nosotros, sin que nos apercibamos de su presencia.

La poesia en la mujer es hermana del sentimiento, es la blanca i perfumada flor que brota en el corazon: cuando el huracan del dolor ha agostado todas las demas flores del alma, la de la poesia despliega su corola mas hermosa que nunca.

Las lágrimas son su rocio: la resignácion, es el sol benéfico que la calienta con sus tibios resplandores.

La poesia es la compañera inseparable de la mujer buena, i la que embellece el hogar doméstico. ¡Desgraciada la mujer que la desconoce, i desgraciado tambien el hombre que busca, para compañera suya, una mujer prosaica i materialista! Si busca una alma fria, se encontrará con una alma dura; si busca un corazon destituido de ilusiones, será fácil que halle un corazon vacio i desgarrado.

Toda mujer que cuida de embellecer su casa i de hacer dichosa a su familia, tiene una alma poética.

Una madre meciendo a su hijo sobre sus rodillas, junto a un balcon entoldado de flores, está rodeada, a mis ojos, de una poesia tan bella como elocuente.

Una jóven sentada al lado de su anciano padre, leyendo algo con su suave i dulce voz, para distraerle en las largas noches de invierno, ofrece un cuadro de tierna i sublime poesia.

No he conocido un ser mas poético que una jóven hija de un anciano militar, que se casó con un pobre empleado de pocos años i de ménos haberes; yo la conocí despues de casada, i madre de un niño de algunos meses; vivia ademas con ellos su anciano padre, compartiendo la modesta i casi mísera existencia de sus hijos.

El tedio se apoderaba de mi ánimo cuando iba con mi padre a casa de alguna de sus opulentas i ociosas amigas: mi corazon tan jóven que aun no sabia darse cuenta de sus emociones, se adormecia en el fondo de mi pecho.

Aquella monótona magnificencia; aquellos salones, en los que el lujo se aglomeraba bajo mil diferentes aspectos, respiraban en todo la vanidad; aquellas pesadas colgaduras de seda, que velaban el resplandor del sol; aquellos divanes, en fin, destinados a enervar en una soñolienta molicie al que los ocupase, me causaban un hastio que no podia vencer.

¡Con qué afan deseaba que mi madre me concediera permiso para ir a casa de mi jóven amiga!

Margarita me atraia con una simpatía incomprensible en mi edad, pues yo no tenia aun doce años, i la amaba con la mayor ternura: ella contaba apénas veintidos primaveras, i su carácter lleno de una apacible alegria, alejaba de aquella casa la tristeza, que no perdia la ocasion de asomar a la puerta su torva faz.

Mi amiga cuidaba de su padre, de su esposo i de su hijo: su cariñoso esmero se estendia tambien al balcon de su cuarto, que era un verdadero jardin, i a dos tórtolas que, prisioneras en una jaula de cañas, colocada entre las macetas, se arrullaban dulcemente i se alisaban con el pico la delicada i sedosa pluma.

Siempre que iba yo a ver a Margarita la encontraba en su casa; su pequeño gabinete no tenia otros muebles que algunas sillas de anea, una mesa de graciosa hechura, sobre la cual habia siempre dos jarros de loza llenos de flores, un armario i la cuna del niño, velada con cortinas de muselina blanca; junto a aquella cuna bordaba Margarita todo el tiempo que le dejaban libre sus deberes domésticos; el sueldo de su esposo era mui corto, i ella hacia el sacrificio de sus horas de reposo, entregándose a aquella ocupacion que producia algun dinero con que contribuia al bienestar de su familia. Los que dicen que el trabajo perjudica a la salud, asientan un error. Margarita era un prodijio de belleza floreciente, de dulce i encantadora lozanía; cubria sus mejillas un rosado delicioso i sus ojos brillaban con la dicha i el contento.

La ocupacion continua es la que conserva la tranquilidad en el espíritu de la mujer, lo que le trae una dulce calma i esa alegria igual i dulce, que nace en la quietud del ánimo; el ocio es su mas cruel enemigo, porque el ocio vicia su corazon, embota su entendimiento, hiela su alma i adormece sus buenos instintos.

II.

Margarita vivia con su familia en una pequeña habitacion, en frente de la que ocupaba yo con la mia: todas las mañanas se levantaba a las siete, i cantando como un pájaro, aseaba su pequeña sala i el gabinete de las flores, como yo lo llamaba;

luego vestia al niño, que ya andaba solo, i ayudaba al tocador de su anciano padre.

Veíala con un placer indefinible, entrar, salir i repartir sus cuidados entre los tres seres que cifraban en ella toda su ventura: mirábala cambiar el agua de sus tórtolas i darles alimentos, i esperaba con impaciencia la hora de su tocador para asistir a él oculta entre los pliegues de las cortinas que guarnecian mi ventana.

Concluidos sus quehaceres se quitaba su gorrito blanco i desataba sus hermosos cabellos castaños, que caian por su espalda en largos rizos: peinábalos con maravillosa ajilidad, i los enlazaba con graciosa forma detraz de su cabeza: un vestido blanco era su única gala en el verano: en el invierno le reemplazaba con uno de lana oscuro. Despues de vestida se sentaba a trabajar, miéntras el abuelo reia i jugaba con el niño.

Cuando por la tarde volvia su esposo, Margarita conocia sus pisadas: dejaba su labor, i tomando al niño en los brazos salia a recibirle. ¡Cuán dichoso debia sentirse aquel hombre, al estrechar contra su corazon a su anjelical esposa i a su inocente hijo! Mui grande debia ser su ventura, pues se grababa en todas sus facciones con caractéres visibles i profundos.

Miéntras comian, no cesaba yo de oir la risa sonora i dulce de Margarita; no obstante, el corto tiempo que permanecian en la mesa acusaba la frugalidad de los manjares.

Muchas noches alcanzaba yo permiso de mi madre para pasar la velada en casa de Margarita: ésta acostaba a su hijo i volvia a su bordado, miéntras mecia la cuna con su lindo i lijero pié: a las diez dejaba la aguja i tomaba un libro en el cual leia con dulce voz hasta las doce.

¡Cuán atentos estábamos a la lectura, su padre, su esposo i yo! Sentado el anciano en frente de ella, escuchaba su voz en una especie de éxtasis, i el jóven esposo, con la mejilla apoyada en la mano, parecia pendiente de los labios de Margarita.

Esta tomaba los libros que mas le agradaban en la biblioteca de mi padre, i la eleccion de ellos atestiguaba mas que nada, la lucidez modesta de su talento, de un talento que brillaba con la suave i grata belleza de la perla, sin deslumbrar como el diamante con sus soberbias facetas.

III.

Todo lo bueno es poético i bello, i la mujer ha recibido de la naturaleza la mision de sembrar con flores los eriales de la vida; mas para que la cumpla, es preciso que desde mui temprano se procure elevar su entendimiento i se le enseñe el amor de lo bello en la moral, en lo intelectual i hasta en lo físico.

Se vé muchas veces a una jóven dulce, poética, elegante, casi ideal, ántes de casarse, convertirse despues de casada en una mujer colérica, prosaica i vulgar; i no hace mucho tiempo que sostuve yo con una amiga mia el diálogo siguiente:

—¡No te conozco! ¿Qué jenio maléfico te ha vuelto tan descuidada, no solo para tu casa, sino tambien para tu persona? ¿Quién te ha cambiado así?

—¡El fastidio!

—¿Te aburres?

—Mortalmente! Para qué violentarme ya? Mi marido solo está en casa a las horas de comer i dormir, i no repara en que la casa esté mejor o peor arreglada: la he dejado al cuidado de los criados.

—Yo sé que ántes él enseñaba su casa con cierto orgullo a sus amigos.

—No merece la satisfaccion de ese orgullo el que yo me moleste cuidando de mil detalles fastidiosos.

—I sin embargo, querida Julia, esos detalles son los que, a semejanza de las ligaduras invisibles de Gulliver, sujetan a los hombres a su hogar.

—No lo creas, no reparan en esas pequeñeces.

—Quizá te engañes.... pero, ¿i tu persona?

—¿Para qué cansarme en un peinado esmerado i en cambiar cada dia de traje?

—¡Tu elegancia era la que mas halagaba a tu marido! ¿No te acuerdas?

—Para su marido nunca es elegante su mujer, i las admiraciones de novio de mi esposo cesaron el dia que se casó conmigo.

—¿Quién te ha dicho eso? ¿Piensas qué los gustos i hasta las ideas de un hombre varian en un dia? ¿No temes que se halle mejor que en su desordenada casa, en otra mejor cuidada i mas elegante? ¿No temes que alguna coqueta le prenda en sus redes?

—Yo no tengo tiempo de ocuparme de

esas cosas, contestó Julia, herida por mis observaciones; mis hijos me ocupan mucho; una esposa, una madre, debe cuidarse, ante todo, de sus deberes.

—Uno de sus primeros deberes es agradar a su marido: no le basta con ser virtuosa, aburriendose: debe ser bella i feliz.

La pobre Julia no tuvo la fortaleza de violentarse un poco, i todas sus bellas prendas de madre exelente i de ama de casa, no evitaron que mis temores se realizasen.

El hogar doméstico sin poesía es el espíritu fuerte del hombre, una cárcel mezquina i helada; si la mujer sabe embellecerlo, es el oásis donde crecen palmas i flores, donde el agua murmura dulcemente, donde el alma reposa de las luchas i de los dolores de la vida.

María del P. Sinues de Marco.

CHARADA.

Mi *primera* con *segunda*,
Porcion de divina esencia,
Afectos i pensamientos
En sí por completo encierra.

Allá en las fiestas hermosas
Que el *quichua* tiene en sus selvas,
Oirás el vago sonido
De mi *cuarta* i mi *tercera*.

Del cielo, cual el rocío
Que baña la árida tierra,
Vino en dias angustiosos
Mi *segunda* con *tercera*.

Es mi *todo* sabio invento
Que remonta a antigua fecha...
Se compra todos los años
Solo por una peseta!

Bibí.

SOLUCION

DE LA CHARADA DEL NÚMERO ANTERIOR.

A SIRO LUQUE.

¿Cuál *es*, te pregunto Siro,
Ese valioso secreto
De la dicha, que me ofreces
En una charada envuelto?

Creer no puedo que en *ésta*
Me digas lo que yo entiendo.
I adivino talvez mal,
Amigo, tu pensamiento.

Que un padre a sus hijas *dota*,
Si tiene, con buenos pesos,
Es una verdad de a folio
Que no te niego por cierto;

Pero errado vas diciéndome
Que tome un *estado* presto,
Pues demasiado tú sabes
Que es *estado* . . . . ser soltero.

Con que así, Siro querido,
No es tan feliz tu secreto,
Pues la dicha no me trae
I yo siempre triste quedo.

Bibí.

Contenido de este número.

I.—*Obras poéticas de Clemente Althaus*, (bibliografía) conclusion, por Zorobabel Rodriguez, páj. 517.
II.—Agar en el desierto, poesía, por Rodolfo Vergara A., páj. 522.
III.—El Cristo de Limache, poesía, por David Bari, páj. 524.
IV.—«*El Americano*», por Ventura Blanco, páj. 525.
V.—El ánjel caido, poesía, por M. A. Caro, páj. 526.
VI.—Alfredo, continuacion, por Ruperto Marchant Pereira, páj. 527.
VII.—La poesía del hogar doméstico, por Maria del P. Sinues de Marco, páj. 529.
VIII.—Charada, por Bibí, páj. 532.
IX.—Solucion de la charada del número anterior, por Bibí, páj. 532.

IMPRENTA DE «EL INDEPENDIENTE.»
Calle de la Compañía núm. 102.

LA ESTRELLA DE CHILE.

AÑO V. Santiago, mayo 26 de 1872. Núm. 243.

TEATRO.

EL OTELO DE SHAKSPEARE I LOS CELOSOS DE CALDERON.

(Conclusion.)

EL PINTOR DE SU DESHONRA.

Aguardaban en el puerto de Nápoles las galeras en que venia el príncipe de Ursino, un anciano, su hija i un caballero español, jóven todavía que debia desposarse con ella en tocando las costa de la península ibérica. Los tres debian pasar a Barcelona en las espresadas galeras.

Toda esta comitiva se hallaba alojada en casa de don Luis, caballero napolitano, grande amigo del novio, i que ejercia con ellos esa franca hospitalidad de los antiguos tiempos, tan rara hoi en las grandes ciudades.

El español, que se llamaba don Juan Roca, pertenecia a la triple aristocracia de la sangre, el talento i la virtud; Serafina su novia era una italiana hermosísima, adornada de relevantes prendas morales, pero que llevaba en su alma el luto eterno, la honda melancolía del que ha sufrido i llorado mucho en la tierra.

Serafina habia amado con delirio a don Alvaro, hijo de don Luis, su huésped; debió casarse con él, pero la suerte le fué contraria; don Alvaro habia perecido en un naufrajio, i obligada ella por las súplicas de su padre mas que por el amor, acababa de aceptar la mano de don Juan de Roca en quien pensaba hallar, ya que no el hombre de sus sueños, un compañero digno de guiarla en el mundo.

* * *

Una salva anuncia la llegada al puerto, del príncipe de Ursino. Don Luis se adelanta a recibirlo i a los pocos instantes vuelve a la casa acompañado con él i con su hijo don Alvaro, a quien una de las galeras habia salvado del naufrajio.

Puede decirse que aquí comienza el verdadero drama. Serafina i don Alvaro se reconocen, pero en una situacion tan desesperada, que ya el amor para ámbos es casi un crímen, pues ni él puede esperar nada, ni ella violar la palabra que ha dado al que en breve ha de ser su esposo. Serafina desde ese instante se muestra digna de su virtud i de su sangre, oponiendo su irrevocable compromiso a las quejas, protestos i juramentos de su infortunado amante.

Tal situacion no puede prolongarse sin perjuicio del interes de la fábula, i Calderon tras una breve escena, la corta diestramente con la separacion anunciada desde las primeras líneas del drama, haciendo partir a Barcelona a los interesantes huéspedes de don Luis.

* * *

Bien venido mal si vienes solo, dice un antiguo proloquio, que con razon hubiera podido repetir en esos instantes la infortunada Serafina.

Partia creyendo dejar detras un solo enemigo de su reposo, i se equivocaba. No le bastaba don Alvaro, cuya memoria pretendia con desesperados esfuerzos apartar de su mente, porque en pos de éste quedaba el príncipe de Ursino, cuyo corazon habia cautivado con la sola vista de su incomparable belleza. Pobre jóven, desdichada mujer destinada por la suerte a ser víctima de todos aquéllos a quienes inspiraba amor!

* * *

Serafina, en el segundo acto del drama, es ya esposa de don Juan Roca, i la situacion en que ámbos se presentan en la primera escena cautiva desde luego, atrayendo las simpatías del espectador sobre don Juan, cuyo delicado amor corre parejas con la terrible venganza que ejecutó mas tarde, para lavar su honra manchada.....

Don Juan era un gran pintor que encontraba en el cultivo de su hermoso arte toda la felicidad. Habia llegado a la edad madura sin esperimentar el amor; los go-

ces que sus pinceles le proporcionaban le hacian olvidarse de la felicidad del hogar. Sus amigos le habian instado mil veces a tomar estado; pero envano. Sinembargo, flaqueó su resolucion ante la belleza de Serafina, la vió, la amó i desde ese instante se despertó su corazon.

Esta sencilla historia que refiere don Juan en el primer acto a su amigo i huésped don Luis, revela al espectador la intensidad de su pasion por la jóven italiana. En efecto, la adora con delirio, i su amor se aumenta con la posesion de tan perfecta creatura.

Pero su corazon abrigaba una pena. Mil veces habia intentado trasladar al lienzo la ideal hermosura de su amada, i otras tantas habia visto frustrado su empeño.

En esta lucha del amante con el artista su corazon padecia horriblemente, i cada vez que intentaba de nuevo aquel inútil trabajo, acababa por arrojar con despecho sus pinceles, yéndose a divertir su melancolia con el solemne espectáculo del mar, que acaso reflejaba en sus ondas las tormentas de su alma soñadora.

Estas escenas eran frecuentes, i la última vez que se repitieron, don Alvaro que habia venido a Barcelona solo por ver a Serafina, aprovechando la ausencia del marido, llegó hasta aquélla requiriéndola de amores con todo el ardor de la pasion que lo devoraba. La lucha entre el amor i el deber espresada con toda su elocuencia realza el interes de la escena, que es cortada, como siempre sucede en el teatro antiguo español, por la vuelta del marido.

Serafina logra ocultar a su amante i hacerlo salir, pero no con tanta reserva que al fin don Juan no llegue a sospechar algo contrario a su honor. Pero esta alma jenerosa no injuria con su pensamiento a la mujer amada, i solo se despierta con la lejana idea de que acaso hai álguien que codicie su tesoro.

* * *

Era el carnaval i vistosas mascaradas recorrian la ciudad de Barcelona. Entre las alegres cuadrillas se encuentra don Juan Roca con su esposa; don Alvaro está tambien allí, i quiso la suerte darle una ocasion de hablar sin peligro a Serafina. Danzaban juntos i en la libertad de la danza, don Alvaro repitió nuevamente sus quejas, que fueron desoidas i pidió esperanzas que le fueron negadas.

Serafina conocia perfectamente su situacion, i tan virtuosa como discreta, quiso cortar desde aquel instante hasta el último lazo que la atara a un hombre que ya no podia ofrecerle otro porvenir que el infortunio i el crimen.

Tan desesperado quedó don Alvaro despues de esa entrevista, que ya habia resuelto abandonar la empresa, cuando un capricho de la suerte puso en sus manos la de la que amaba.

La mascarada en que se hallaba Serafina se solazaba en una quinta en donde se declaró un atroz incendio, del que salvó a Serafina su esposo. Sale don Juan de entre las llamas con su querido tesoro que entrega al cuidado de unos marineros, abandonándola luego para volar al socorro de los demas que estaban abrasándose en el edificio incendiado.

Así Serafina quedaba en poder de don Alvaro, quien, desmayada como estaba la condujo a un bergantin que tenia fletado en el puerto. Al volver, don Juan Roca, no encontrando a su esposa, comprende su desgracia, i, en su desesperacion, se arroja al mar, cual si pudiera detener el curso del bergantin que a su vista se daba a la vela, apostrofando de esta manera a los que le robaban su dicha i su honra:

Espera, ladron, pirata
De estos piélagos, que yo
Contra el fuego i contra el agua
Lidiaré igualmente. Dadme,
Cielos, o muerte, o venganza!

* * *

Es preciso volver a Italia para hallar el fin sangriento de este interesante drama.

Don Alvaro tiene guardada a su amante en un castillo cerca de la ciudad de Nápoles. Serafina está vencida, pero vencida por la fuerza i no por el amor. Ella no tiene esperanzas en los hombres; se reconoce indigna de su marido, pero no queriendo tampoco prostituirse a su amante, reclama de éste por único favor, el que la permita acabar sus dias en un claustro donde el mundo ignore hasta su existencia.

En Nápoles comenzaron sus desdichas i allí fatalmente debian terminar.

* * *

El príncipe de Ursino seguia amando todavia a la desdichada heroina de este dra-

ma. La habia visto un instante i esto le bastaba para adorarla.

Oigámosle desahogar su pasion en ese lenguaje magnífico que Calderon presta a sus amantes, i que si no es la mas veces el que la situacion requiere, es siempre un himno grato al oido i arrobador para la fantasia.

Un cortesano se admira de que su corazon ame tanto a una mujer que solo vió un momento, i que despues desapareció de su vista acaso para siempre. «¿Cómo, le dice, un amor fundado sobre tan frájiles cimientos adquiere mayor intensidad con la ausencia, que jeneralmente borra tanto los otros afectos?»

A esto responde el enamorado príncipe:

Príncipe.—No porque al primer paso,
Antes de ver las sombras del ocaso,
Talvez el sol en nubes se oscurece,
Podremos decir dél que no amanece;
No porque al primer susto
Del relámpago i trueno
Talvez se desvanezca el rayo, es justo
Decir que no fué rayo de iras lleno;
No porque de su seno
Nazca talvez, orilla
Del mar, a breve edad la fuentecilla,
Donde su cuna en su sepulcro vea,
Dirán que su cristal, cristal no sea,
No porque ardiente llama,
Al primer resplandor, con que se inflama,
Espírase tal vez de un soplo herida,
Se dirá, que no tuvo ser ni vida;
I no porque talvez en el primero
Albor la flor examinase el fiero
Hielo que, su esplendor adormeciese
Se dirá de la flor, que flor no fuese;
Luego nó porque hallase en un momento
[el viento,
La nube, el mar, el soplo, el hielo,
Mi amor recien nacido,
Sol, rayo, fuente, llama i flor no ha sido.

Lástima da ver perdida tanta riqueza de poesía en un poema que por su naturaleza rechaza de sí exornaciones inútiles. El trozo citado es magnífico, pero no se espresan así los afectos; así habla la fantasía, i no el corazon.

* * *

Don Juan de Roca se hallaba tambien en Nápoles; pero ¡cuán cambiado! Ya no es el brillante caballero, el enamorado artista de otros dias. Doblado por la desgracia, habiendo consumido su caudal en buscar a su esposa i su raptor, ha venido a Nápoles con la esperanza de hallarlos allí, i pinta cuadros magníficos para la galería del príncipe de Ursino, quien sin conocerlo, lo tiene a su servicio. Su traje es humilde, su rostro sombrío i las inspiraciones artísticas que brotan de su pincel están en armonía con las ideas de venganza que se fermentan dentro de su corazon.

Indiferente a los aplausos, este estraño personaje no vive mas que porque espera castigar algun dia a los que han enlodado su honra. El carácter de don Juan está aquí dibujado por un gran maestro, *El pintor de su deshonra* no tiene rival sino entre los celosos de Calderon.

Con gusto copiaríamos aquí el soliloquio del tercer acto que comienza:

¿Qué es lo que pasa por mí,
Fortuna deshecha mia?

pero su estension nos impide darnos ese placer, i lo sentimos porque en él no hai una sola palabra de mas, cosa rara en nuestro dramaturgo.

* * *

Todos los personajes del drama se hallan al fin reunidos en el castillo donde está Serafina encerrada. Llevados con arte, de ninguno se puede decir que su presencia en aquel sitio es forzada.

Alvaro i Serafina habitaban allí; don Luis el anciano, amigo de don Juan i padre de don Alvaro, cuya visita al castillo está ya anunciada, acude lo mismo que don Pedro, padre de Serafina al ruido de la catástrofe. Por lo que hace a la presencia de príncipe de Ursino i de don Juan de Roca, es tambien mui natural. El príncipe que acababa de descubrir la presencia de su amada en el castillo, queriendo poseer su retrato lleva a Roca, su pintor favorito para que se lo hiciera. De estas esplicaciones dadas, talvez con demasiada brevedad, puede colejirse lo justificado de la situacion i apreciarse la terrible enerjía del cuadro con que Calderon remata su drama.

La decoracion del escenario representa un jardin: Serafina se encuentra durmiendo bajo un frondoso emparrado a tiempo que un criado del castillo, ganado con el oro del de Ursino, introduce a don Juan para que saque el retrato sin que ella se

aperciba. Una reja sola separa a entrámbos.

Verla don Juan i reconocerla, todo es uno, pero se reporta temiendo que la distancia en que se halla sea parte a que no acierte el golpe. Durante estas vacilaciones despiértase Serafina, a quien un sueño terrible acaba de anunciar su aciago destino i prorrumpe en doloridas quejas, a cuyos ecos acude don Alvaro a consolarla.

En tal situacion don Juan que no puede ya reportarse por mas tiempo esclama:

Muere, traidor i contigo
Muera esa hermosura infame!

i descarga sus dos pistolas que hieren de muerte a ámbos amantes, i cayendo los dos vienen a parar, ella en brazos de su padre (don Pedro), i él en los de don Luis que acuden al ruido.

Copiaremos mejor esta escena, no ménos notable que la que remata el drama, *El médico de su honra*, i que como aquélla prueba lo arraigado que estaba en aquella sociedad el sentimiento de las venganzas de la honra i la cruel severidad con que se cumplian sus leyes:

Alvaro.—¡Ai de mí! .
Serafina. —Válgame el cielo!
D. Juan.—Ahora, mas que me maten,
Que ya no estimo la vida
Todos.—El ruido se oyó a esta parte.
D. Luis.—Entrad todos;
D. Pedro. —¿Qué ha sido esto?
Serafina.—Llegar, infelice padre,
Muerta a tus brazos, porque
No tengas tú que matarme.
Alvaro.—Yo a tus plantas, porque en ellas
Mi vida infeliz acabe.
D. Pedro.—Serafina!
D. Luis. —Alvaro! hijo!
(Entra el príncipe de Ursino.)
Príncipe.—¿Qué espectáculo notable
Es aqueste?
D. Juan. —Un cuadro es
Que ha dibujado con sangre
El *Pintor de su deshonra*,
Don Juan Roca soi. Matadme
Todos, pues todos teneis
Vuestras ofensas delante.
Tú, don Pedro, pues te vuelvo
Triste i sangriento cadáver
Una beldad que me diste;
Tú, don Luis, pues muerto yace
Tu hijo a mis manos; i tú,
Príncipe, pues me mandaste
Hacer un retrato, que
Pinté con su rojo esmalte;
Que esperais? Matadme todos.
Príncipe.—Ninguno intente injuriarle,
Que empeñado en defenderle
Estoi:—Esas puertas abre.
(Abre el príncipe la puerta).
Ponte en un caballo ahora,
I escapa bebiendo el aire.
D. Pedro.—¿De quién ha de huir? Que a mí,
Aunque mi sangre derrame,
Mas que ofendido, obligado
Me deja, i he de ampararle.
D. Luis.—Lo mismo digo yo, puesto
Que aunque mi hijo me mate,
Quien venga su honor no ofende.
D. Juan.—Yo estimo valor tan grande;
Mas por no irritar la ira
Me quitaré de delante *(vase)*.

* *

Aquí terminamos estos desaliñados estudios, que con motivo de la representacion del *Otelo*, nos propusimos hacer sobre cuatro obras maestras que no merecen el olvido en que yacen.

¿Qué son estos dramas, donde mas de una vez sucumbe la inocencia i donde el castigo alcanza casi siempre al culpable i al que no lo es?

¿Son una apotéosis de la venganza o un ejemplo de la manera como debe interpretarse el código del honor?

En el tiempo en que se escribieron eran lo segundo, porque las preocupaciones de la época se reflejan en ellos como en un espejo.

Al presente, con la variacion de las costumbres, sucesos tales como los que sirven de argumento a estos dramas se repiten, por fortuna, mui de tarde en tarde. El honor es ménos quisquilloso, i el ofendido no tiene que confundir en un mismo castigo al inocente con el culpable. Pero en el tiempo de Calderon se obraba i se pensaba de mui diversa manera.

Bajo el punto de vista del arte, estos cuatro dramas son de un mérito incontestable. Los caractéres están majistralmente delineados, la fábula es casi irreprochable en todas ellos i los recursos dramáticos de que se vale el autor merecen estudiarse.

El gusto moderno suprimiria, i con razon, en ellos, el obligado personaje del

gracioso, apesar de que los chistes de estos arlequines son todos oportunos i de buena lei. En el siglo XVII el *gracioso* era indispensable, hoi nos producen mui mal efecto sus chocarrerías, en medio de sucesos trájicos, ante cuya representacion no podemos sentirnos dispuestos a reir.

Otra cosa que nos choca tambien es la altisonancia del lenguaje. Este es el mal del teatro español, aun en el presente siglo, apesar de los adelantos que ha hecho el buen gusto.

Difícil seria hacer un parangon entre los cuatro dramas sobre que acabamos de escribir. Cual sea el mejor, será cuestion de gusto; para nosotros el que tiene mas bellezas es *El Tetrarca de Jerusalen*, i el mas perfecto de todos *A secreto agravio secreta venganza*.

Si comparamos con *Otelo* estos dramas, diremos una sola palabra, los cinco son obras maestras; hallamos mas interesantes los caractéres del teatro español, mas justificados sus celos i fundados siempre en motivos mas nobles. En el lenguaje i en el análisis del corazon es sinembargo mas natural i profundo el poeta ingles que el español, sin que podamos ver entre ámbos ese abismo con que la ignorancia pretende separar a dos jenios que ocupan igual categoría entre los colosos del espíritu humano. Si el *Moro de Venecia* es mas universalmente admirado que *Heróles* o *Don Lope de Almeida*, acaso no consiste en otra cosa que en que Shakspeare ha tenido mas fortuna que Calderon, a quien los españoles, por la ignorancia i el mal gusto literario que por dos siglos sumerjió en tinieblas su país, fueron los primeros en olvidar.

ENRIQUE DEL SOLAR.

A BELLO.

Mirad cual jira en encumbrado vuelo
Desplegando sus alas
Aguila audaz por la rejion del cielo.
¿No veis cual se remonta majestuosa
I en la cumbre de altísima montaña
Amaina el vuelo i la planta posa?

Nada importa que el ronco torbellino
Quiera estorbar su marcha; necio intento
Ella vuela altanera por el viento
I el huracan que zumba
La riza en su zumbido mansamente.

Nació para volar ... el cielo estrecho
Era para su arrojo de jigante
Porque jamas el miedo entró en su pecho
Del heróico valor, de fuego henchido
I como ella era grande entre los grandes
Solo el vuelo paró sobre los Andes.

¿Vísteis un cisne de rizadas plumas
Apacible i tranquilo
Cruzar por las espumas
De caprichoso lago cristalino?
I luego al son del agua, al son del viento
Soltar un dulce i quejumbroso acento.

Así es el sabio a quien la patria llora
I que a la patria encanta,
Como el águila vuela
I melodioso como el cisne canta.
Ese fué, insigne Bello, tu destino
Siempre volar cual águila altanera,
Siempre cantar cual cisne peregrino,
Esa fué tu mision i tu creencia
Volar en pos del arte i de la ciencia.

Oh quién pudiera en inspirada lira
Dignamente cantar su excelsa gloria,
Quién pudiera grabar en la memoria
Del mundo todo su glorioso nombre.
Yo cantara en torrentes de armonía
La estension fabulosa de su ciencia
I la apacible paz i la alegría
Que siempre rebosaba en su conciencia.

Virtud, sabiduría, ved la norma
Que siguió Bello en su gloriosa vida,
¡Bello el hombre mas sabio de la América
I el sabio mas virtuoso i mas querido!

No nace sabio el hombre: la constancia
I el asiduo trabajo dan la ciencia,
Como no crecen mil galanas flores,
Ni despiden de sí dulce fragancia
Sino a impulso del arte i sus primores
Bello fué sabio: su saber profundo
Lo debió a su virtud i si en el templo
De alta sabiduría
Quereis vosotros penetrar un dia
Marchad en pos de él, seguid su ejemplo.

El descorrió de la ignorancia el velo
I mostró de Minerva los primores;
El que guió los pasos de la ciencia en Chile,
El enseñó sus sabios i cantores.

Témis, las Musas su laurel le dieron,
Veneracion Carácas, Chile gloria
I en la América toda, en todo el orbe
Grabada en oro se verá su historia.

Mas Bello ya murió; bajo una tumba
Descansa esa cabeza creadora
Do el ánjel de las ciencias triste llora
I do lúgubremente el viento zumba.
Murió, murió, cual eco dolorido
El viento tristemente lo repite
Miéntras sube a los cielos el jemido
De los que lloran tanto bien perdido.

¡Patriarca de la ciencia, augusto anciano!
Tú que velaste por la patria mia,
Vela siempre por ella hoi que ya moras
En la rejion de luz i de alegría;
I aqui en la patria del dolor i el llanto
De noble ejemplo servirá tu vida,
De alta enseña tu encumbrada ciencia
I, si está el alma de dolor transida,
Será grato solaz tu dulce canto.

J. Francisco Rivéros.

UNA GRANDE OBRA.

Fermer les yeux pour ne rien voir, les oreilles pour ne rien entendre? Imposible.

Gaume.

En estos tiempos de grandes obras i de trasformaciones que asustan, de incesante correr en pos de un ideal que mas se aleja miéntras mas se le persigue, de lucha perpétua con la materia para hacerla servir siempre, en último resultado, al progreso material, de locomotoras i de alambres eléctricos, i en que, al parecer, todo lo absorbe i todo lo puede el hierro i el oro, no es todavía la materia dueño absoluto de la sociedad.

Si es verdad, como álguien ha dicho, que la preponderancia de los intereses materiales es ya solo comparable con la decadencia de los intereses morales, es tambien cierto que aquéllos no lograran enseñorearse en el mundo, sino cuando se haya consumado la ruina total del cristianismo.

La filosofía que hace descubrir en el hombre al traves de la materia un espíritu inmortal i perfectible, i el dogma que, corroborando esta creencia, enseña que no de solo pan vive el hombre, no cederán jamas el campo al filosofismo material que no tiene otra creencia ni reconoce otro dogma que la negacion de todo aquello que los ojos no ven ni las manos tocan.

Si éste, sacado del terreno de la materia, es nada, aquéllos viven i se desarrollan en el terreno de la materia i del espíritu, buscando siempre en todo ese conjunto armónico, esa unidad indisoluble de la justicia i de la libertad, que constituyen en último análisis el progreso.

Por fortuna en Chile no todo lo absorbe el materialismo, ni son los triunfos de la fuerza los únicos que hacen prosélitos i adeptos.

En esto pensábamos el dia 23 del presente, en que nos cupo la suerte de tomar parte en la iniciacion de una obra, que si hoi solo cuenta con una veintena de afiliados, mañana los contará por millares.

El presbítero don Blas Cañas, tan infatigable para el trabajo, como injenioso para hacer siempre el bien, habia convocado con anterioridad a algunos jóvenes amigos para interesarlos en la realizacion de un pensamiento que, hace algunos años, le preocupa vivamente.

La situacion especial en que se encuentra colocado como director de la «*Casa de María*» ha traido a su espíritu el convencimiento de que hai en el seno de esta grande i opulenta capital muchas necesidades que satisfacer, aprovechando para el bien los elementos que irán a formar indudablemente en las filas del mal, sino se les tiende la mano de la caridad.

Él, que ha presenciado mil escenas de lágrimas i de luto cuando ha ido a recibir de manos de madres moribundas las niñas que hoi se asilan en la *Casa de María*, ha querido completar su obra, asociando en su realizacion a la juventud que siempre es jenerosa i en cuyo pecho encuentran cabida todos los grandes sentimientos.

Él ha podido apreciar mejor que ningun otro, que no lo habia hecho todo con abrir un hogar para la niña desvalida, una escuela de pureza i de trabajo para la huérfana, pues su caridad no ha podido salvar del naufrajio a todos los miembros de la familia dispersos despues de la muerte de la madre.

Por lo ménos, nos decia, hablando de

las doscientas asiladas, he encontrado otros tantos niños huérfanos a quienes no he podido prestar socorro alguno. No es posible averiguar cual haya sido la suerte que han corrido, pero es mui de temer que sean hoi victimas del vicio, vagos o presidarios los que pudieron ser hombres virtuosos, ciudadanos útiles i honrados trabajadores.

Llenar este vacio, satisfacer esta necesidad es la obra que hoi se inicia bendecida por Dios i por los hombres.

Antes de dar principio a las tareas, quiso el señor Cañas probar con hechos, con la realidad misma lo que es posible hacer, cuando se trabaja con el ausilio del cielo en una sociedad cristiana.

Durante dos horas empleadas en recorrer hasta en los mas insignificantes detalles la *Casa de María*, pasamos de sorpresa en sorpresa, sobrecojidos de admiracion, al palpar los prodijios de la caridad.

Desde que se pone el pié en la puerta se puede apreciar que sinnúmero de sacrificios, de esfuerzos i de constancia han sido necesarios para formar ese establecimiento modelo, sin rival entre los muchos mágnificos establecimientos de caridad con que cuenta Chile.

Hace algunos años, cuando se hablaba de fundar esa casa, se creia que era algo mui parecido a pretender recojer espigas de oro despues de haber arrejado unos cuantos granos de trigo en una árida roca.

Hoi esa roca se ha convertido en un campo fecundo, hasta la exajeracion, en bienes i en obras de todo jénero.

La parte material no está aun concluida, pero lo existente basta para dar una idea de lo que será cuando se le haya dado término.

En cuanto al órden interior, nada podemos decir que no sea mui inferior a la realidad.

En esos claustros estensos, alegres, cubiertos de flores se asilan doscientas huérfanas, que cultivan su intelijencia i su corazon, al mismo tiempo que se ejercitan en todos los trabajos i quehaceres de la vida diaria.

Allí no hai sirvientes ni señoras; todas son iguales, todas se turnan para servir i ser servidas.

Inútil seria buscar algo que no se encuentre allí, ni preguntar si se ejecuta alguna obra sin que se le muestre el modelo.

Pero no es esto todo. Se ha comprendido que no basta para asegurar la vida de una mujer el llenar su corazon de buenos sentimientos i su intelijencia de sanas enseñanzas; que tarde o temprano la necesidad que golpea con frecuencia la puerta de un hogar, no tarda en presentarse acompañada del vicio; i que nada se ha hecho en conservar la nave un año a cubierto de las olas i de los vientos, si se la ha de largar a la mar desprovista de timon i de velámen.

Por eso la preocupacion constante en esa casa es hacer de cada niña, a mas de una mujer virtuosa i útil, un obrero que pueda ganar siempre el pan de la vida con holgura.

Entre los talleres que mas llamaron nuestra atencion, debemos mencionar el de lavado, el de mecánica i el de relojeria. En este último vimos trabajar a tres alumnas que se ocupan diariamente en la compostura de alhajas i de relojes. En el de mecánica trabajan varias otras en la refaccion de pianos, de máquinas i útiles del servicio doméstico.

El aseo i el órden son increibles. Dormitorios, salones de estudio, patios, todo está en un estado que haria por sí solo el mas cumplido elojio de la direccion de esa casa si los datos que, tan a la lijiera, hemos apuntado ántes no vinieran a oscurecer todos estos otros importantísimos detalles.

Despues de una visita minuciosa i en la cual todo causaba nuestra admiracion, pasamos a la capilla en donde arrodillados al pié del altar de la Virjen imploramos las bendiciones del cielo para la nueva obra, miéntras que un coro de preciosas voces entonaba la *Salve*.

Cuando llegó el momento de discutir el proyecto del señor Cañas, nadie puso ya en duda, ni un solo instante, ni su conveniencia ni la posibilidad de su ejecucion.

Ambas cosas se habian visto palpablemente en la *Casa de María*, ese prodijio de la caridad cristiana, en donde se distingue perceptiblemente la mano de Dios.

¿Quién podria dudar de que en Santiago no faltará el dinero para llevar a término la fundacion de un asilo para huérfanos desvalidos en donde se les enseñe a ser cristianos i hombres de honradez i de trabajo?

Si en el corazon de alguno cupiera la va-

cilacion un solo instante, es seguro que le bastaria abrir los ojos para encontrar en todas partes la esperanza i la fé en los prodijios inagotables de la caridad.

¿Qué no se ha hecho en el mundo? qué no se hará todavia en la sucesion de los tiempos?

En el recinto de Santiago; en su centro mismo de actividad i de comercio hai muchos establecimientos en donde encuentran asilo la desnudez, pan el hambre, una familia i la ternura de una madre el que nació al mundo para llorar i mendigar.

Pero, apesar de tantas casas de caridad i del sinnúmero de bienes que representan, hai muchas necesidades que no alcanzan a satisfacer, muchos que piden sin que haya quien enjugue su llanto ni sacie su hambre.

Hai muchos niños que sin sentir el calor del hogar, sin la asistencia de una mano amiga, sin el ejemplo que enseña, sin la advertencia que corrije vendrán a ser, tarde o temprano, la lepra de la sociedad que los alimenta en su seno.

Sinembargo, poned a esos mismos huérfanos bajo el techo de una casa de caridad, dadles instruccion, enseñadles un arte, una industria, una ciencia i habreis sacado vida de la misma fuente de la muerte, sonrosadas esperanzas para el porvenir de un presente de miseria i de infortunio.

Pasados los primeros años al amparo del hambre i del vicio, llegarán a formar mas tarde familias cristianas que comerán el pan honradamente, bendiciendo a Dios que en el trabajo da paz, que del sudor de la frente hace brotar fuerzas para luchar i para vivir.

Cuando en esto se piensa, es indudable que la realizacion de esta obra podria confiarse con fundamento a la inagotable caridad del público, i que no pasaria mucho tiempo sin que las puertas de la proyectada casa pudieran abrirse para todos los huérfanos que fueran a pedir un lugar entre los asilados.

Sinembargo en el momento en que escribimos estas líneas, la obra cuenta ya con recursos que hablan mui alto en favor de la caridad de Santiago.

El señor don Francisco de P. Echáurren i su esposa le han hecho donacion de un sitio de una cuadra cuadrada próximo a la Alameda i en una situacion que ofrece ventajas de todo jénero.

En la misma reunion de que damos cuenta se eljió el consejo directivo de la sociedad que llevará a término esta nueva obra i que ha sido erijida bajo el *Pàtrocinio de San José*.

Asociadas a esta caritativa empresa se encuentran algunas distinguidas señoras, que se han hecho cargo de la preparacion i arreglo de la parte interior del servicio de la nueva casa i de la ropa de los huérfanos que asile.

Enunciados a la lijera los antecedentes i el objeto de esta obra ¿esperarán envano sus promotores en la caridad del público de Santiago?

Nuestra fé en este punto es profunda. La hemos adquirido en cien ocasiones en que nos ha cabido la suerte de asociarnos para invocarla en beneficio del ignorante i del desvalido.

Mayo 25 de 1872.

VENTURA BLANCO.

LA PARTIDA.

¡Cuán dulce es al bien lejano
Con el alma acariciar!
¡Cómo creciendo en la ausencia
Los puros amores van!

Bella, blanca i arrullada
Por las ondas de la mar....
¡Qué gratos son los recuerdos
De mi querida ciudad!

Si ayer, cuando contemplaba
Desde sus playas el mar,
Una nave de partida
Daba la triste señal.

Iban tras ella mis ojos,
I al verla, veloz allá
Entre las brumas lejanas
Perdiéndose mas i mas,

Se despertaba en mi pecho
Cierto secreto pesar,
I tristemente decia:
—Pobre nave ¿volverás?

¡Oh! pensaba yo cuán triste,
I cuán amargo será
Las orillas de la patria,
Tan querida, abandonar;

¡Cuán duro dejar en ellas,
I para siempre quizas,
Los seres que mas nos aman
I el calor de nuestro hogar.

I yo no pensaba entónces
Que un dia, con ansiedad,
Tambien de esas bellas playas
Me tendria que ausentar.

Era la tarde; las olas
El vapor venciendo va,
I ya las sombras me ocultan
Las torres de mi ciudad.

I ya el cerro...el campo verde...
Los arroyos...¿dónde están!
No se ven, que de la noche
Los vela la oscuridad!

Una patria i una madre,
Mis hermanos i mi hogar,
Lo que en el mundo mas amo,
Todo quedóseme allá.

Que va la vida pasando
I pasando tan fugaz,
Que solo es hoi un recuerdo
Lo que ayer fué realidad!

¡Quedad dulces prendas mias,
Arrulladas por el mar,
No la ausencia, de mi pecho
Vuestro nombre borrará!

Santiago, mayo 25 de 1872.

LUIS R. PIÑEIRO.

ALFREDO.

(Conclusion.)

X.

SACRIFICIO.

Las campanas de la iglesia de...., están echadas a vuelo. Sus lenguas de bronce en festivos repiques i en parleros toques, publican i anuncian algun estraordinario pero fausto suceso. Multitud de lujosos coches se escalonan en los alrededores de aquel templo. En el interior, hermosas galas i vistosas flores cubren los altares. Mil cirios derraman fantástica luz. Una brillante orquesta hace estremecer las bóvedas con sus vivaces i majestuosos acordes.

Al pié del presbiterio, en mullidos reclinatorios de terciopelo carmesí, permanecen postrados un jóven i una mujer. El jóven es de gallarda i hermosa presencia, parece mui preocupado; en sus labios vaga un estraño no sé qué; en sus ojos se nota algo de raro que causa miedo. Se conoce que aquel hombre está sufriendo interiormente un tormento cruel. Mas, i esa niña que está a su lado ¿quién es?.... Vestida con un blanco i riquísims ropaje, cubierta la frente con un blanco i trasparente velo i coronadas sus sienes con una preciosa guirnalda de azahar, mas bien se asemeja a una celeste vision. Todos los adornos de su elegante vestido son blancos como la nieve, solo en su garganta se vé una cintita negra i sobre su pecho, un pequeño lazo azul. Ah, olvidaba decir, que escondida entre los azahares, se vé tambien una rosa encarnada. Ella varias veces, con amor ha estrechado el lazo azul i varias veces al tocarlo, un débil suspiro ha ido a morir en sus labios de coral. La hermosa niña está triste, mui triste; el color de la azucena se refleja en sus mejillas; sus ojos permanecen cerrados; en sus negras i crespas pestañas se balancea una lágrima. ¡Ah! esa niña.... ¡es ella!.... ¡es Amelia!.... ¿Por qué llora?.... ¿por qué?....

Unos momentos mas i se habrán cumplido sus deseos. Unos momentos mas i el sacerdote la habrá unido en estrecho e indisoluble lazo a ese jóven que permanece a su lado. ¿Acaso no es ése el hombre a quien ella ha amado?.... ¿acaso no es ése el hombre a quien ella hace mucho tiempo ha entregado su corazon, su alma?.... I si va a ser feliz, completamente feliz, ¿porqué llora?.... ¿por qué?....

Una victoria corre entretanto a escape, camino de la ciudad. El cochero, sin piedad azota a los caballos que, cubiertos de tierra i de sudor, hacen chispear con sus herradas patas las piedras del pavimento. La victoria acaba de detenerse delante de las puertas de la iglesia. Un jóven flaco, macilento, pálido, cubierto de riguroso luto i embozado en una ancha capa, salta fuera del carruaje i se precipita hácia el templo.

—¡Alfredo!—esclama arrojándose en sus brazos Alberto que, previendo lo que acaba de suceder, hacia una hora aguardaba en el vestíbulo.—¿Tú aquí?.... bien me lo imajinaba yo. Pero, por Dios ¿qué

tienes?.... ¡qué cambiado estás! ¡si asusta el verte!

—¡I Amelia?..... ¿qué es de ella?..... ¿dónde se encuentra?... ¿Acaso he llegado tarde?....

—¡Qué!... ¿estás loco Alfredo?... Dime ¿qué piensas hacer?.... Vámonos, vámonos. El aire que aquí se respira es venenoso para ti. Es inútil que te empeñes en entrar, yo nunca lo permitiré.

Diciendo esto, trata de arrastrar a su amigo, pero éste haciendo un violento esfuerzo, se desprende de sus brazos i se arroja al interior.

La ceremonia comenzaba en aquel instante. Alfredo sin detenerse llega hasta el presbiterio i se coloca detras de un pequeño altar provisional. Casi nadie se ha apercibido de su presencia. La música i el canto han apagado del todo el ruido de sus pasos.

¡Pobre Alfredo! un infierno arde en su pecho.

Hélo ahi de pié, mudo i silencioso como la estátua del dolor. Su mirada fija, sus cabellos herizados, su respiracion anhelante, sus labios contraidos i trémulos, todo denota en él el paroxismo de la desesperacion.

—¡Amelia! Amelia!...—repite con voz ininteligible, miéntras sus ojos parecen querer devorar a aquella niña, que inmóvil i llorosa, mas bien se asemeja a una víctima que resignada aguarda el sacrificio.

La ceremonia avanza; el sacerdote junta entre sus manos las manos de los dos novios.

Una nube de sangre i de muerte pasa como un torbellino por los ojos del infeliz Alfredo. Sus ideas se confunden, su imajinacion se pierde, su razon se estravia. Le parece que las flores i los adornos del altar se llenan de crespones funerales; las guirnaldas i los festones que penden de los techos, como por encanto se desvanecen i en su lugar solo queda un mortuorio cendal sembrado de lágrimas que, gota a gota, caen sin interrupcion. La música i los cantos llegan a sus oidos como quejumbrosas quejas o lamentos de dolor. Las luces del altar, se alzan, se ajitan, se apagan, se encienden.

Un catafalco se presenta delante de él; pálidas antorchas iluminan un ataud; al pié de aquel símbolo sepulcral, recostado yace un niño, un tierno niño. El pobrecito jime, el pobrecito llora. ¡Ah! aquel niño tiene los cabellos rubios; aquel niño.. es él, es Alfredo!....

Una sombra ténue, vaporosa, sobrenatural, se levanta del ataud; la sombra se acerca al niño:

—Hijo mio, le dice, ven conmigo, ven; abandona este mundo donde solo se te esperan pesares i amarguras. ¡Oh! no quieras probar ántes el desengaño, no quieras beber la hiel que te prepara el mundo!..... Hijo, ven conmigo, ven. Una masion feliz te llama i te sonrie. Aquí no se alberga el dolor ni la tristeza, aquí se goza de una alegría sin fin. Ven, pues, vamos los dos.

—Madre, contesta el niño ¿i ese ánjel tan hermoso, que mas deslumbrador que los astros i mas brillante que el sol se viene acercando a mí, ese ánjel, madre, tambien lo he de encontrar allá?

—Sí, hijo mio, sí.

—Pero ¿cómo, cuando ese ánjel está en la tierra i no en el cielo?...

—Es que en la tierra, nunca tú lo podrás alcanzar. Tú, en vano lo amarás; en vano de tus mas puros afectos le entregarás la flor; en vano le sacrificarás cuanto tengas de mas caro, hasta tu alma, tu vida... Hijo mio, ese ánjel, te lo repito ¡ai! en la tierra no lo podrás alcanzar; pero ven, ven conmigo i acá en esta morada de tranquilas e imponderables dulzuras, acá sí, a ese ánjel encontrarás.

—I ¿acaso entónces como yo lo amo así ese ánjel me ha de amar?

—Sí, mi Alfredo, sí, hijo mio.

—Entónces, madre, llévame, llévame pronto pues quiero ir contigo a esa mansion feliz.

Un débil grito de mujer, vino a sacar a Alfredo de su estraña abstraccion i traerlo a la realidad. Amelia, acababa de reconocerlo en el momento de bajar las gradas del presbiterio. Involuntariamente habia lanzado aquella esclamacion, que hizo estremecer al hombre a quien como esposo, ella acababa de jurar un amor eterno i una eterna fé. Alfredo alcanzó a oir aquella esclamacion. Toda la sangre afluyó a su cerebro; quiso andar i no pudo; quiso gritar, pero la voz se anudó en su garganta i apénas si pudo articular:

—Madre, madre ¿por qué engañaste a tu hijo?...¿por qué no me dijiste la verdad?... ¡Ah! ahora lo comprendo: yo era indigno de

ese ánjel i por eso es que en la tierra no lo habia de alcanzar!...

Dijo, i cayó desplomado sobre el duro mármol que cubria el pavimento del altar.

XI.

A LAS PUERTAS DE LA ETERNIDAD.

Una neblina arrastrada i espesa rodea la capital con sus inmensos pliegues de agua i nieve. Un viento de cordillera sopla i jime por las calles de la ciudad. El frio es excesivo. Los relojes acaban de tocar la media noche. El campanario de las Capuchinas deja aun oir sus tristes ecos. Los serenos acurrucados en los umbrales repiten con sus silbatos el toque de los rerelojes. La noche es lóbrega. El reflejo de los reverberos no alcanza a disipar la profunda oscuridad. Todas las puertas están cerradas. Nadie transita por las calles. Un embozado acaba de detenerse, sinembargo, delante de una casa cuyas puertas son las únicas que permanecen abiertas. El embozado lleva en una de sus manos una linterna sorda i guia los pasos de un sacerdote. Ambos acaban de salvar el pazadizo i atravesado hasta el segundo patio de la casa. Al entrar, un prolongado aleteo i un tétrico graznido hirió los aires: una ave nocturna huia asustada de los despojados árboles que circundaban el patio.

—Por aquí, padre, dijo una voz para nosotros mui conocida.

Era Alberto, quien al mismo tiempo se quitaba su embozo i dejaba en el suelo la linterna.

—Entrad por aquí; él está ahí, en esa pieza junto al rincon.

En efecto, en una estremidad de esta pieza, se vé un lecho cubierto con un blanco cortinaje. La pantalla puesta en la lámpara para amortiguar la luz, apénas permite distinguir los objetos. Sobre una mesa hai un crucifijo; el albo mantel que la cubre i las velas apagadas i un tanto consumidas, denotan que la relijion acaba de prodigar sus últimos consuelos al que padece en aquella estancia.

El sacerdote i Alberto se acercan hasta la cabecera del lecho i levantan suavemente las cortinas.

—¡Alfredo!....¡hijo mio!....dice el sacerdote, besando con amor la helada frente del enfermo.

—¡Ah, padre!....¿es Ud?....ya creia no lo alcanzaria a ver.....Me siento mui mal.....Lo he enviado a llamar porque queria despedirme de Ud.....He temido no ver el sol del nuevo dia i por eso dije a Alberto lo fuese a buscar al instante.

—Confiemos en Dios, mi Alfredo, confiemos en Dios.

—El es quien me llama padre mio.... ¡Ah! ¿se acuerda Ud de lo que me dijo cuando salí del colejio?....

—Recuerdo que te deseé toda clase de bendiciones i que fueses feliz, Alfredo, mui feliz.

—Pues, padre, he sido mui desgraciado. Ya se vé, desde la cuna yo estaba destinado a llorar siempre i sufrir.

—¿Tú hijo mio?....¿tú?....

—Sí, padre mio....pero no me compadezcais por encontrarme en este estado, no me compadezcais...La muerte es dulce para mí...Ella siempre es un bien para el que sufre i para el que como yo llora sin esperanza su perdido amor...¿De qué me serviria la vida?....¿podria acaso gozar siquiera un solo instante de bienestar?

—¿I por qué no?....¿Acaso no has visto cómo llega la calma despues del huracan?....¿Acaso no has presenciado mil veces, cómo se despeja i serena el cielo despues de la tempestad?....¿No has visto, cómo desaparecen las nubes i brilla el sol; cómo los árboles elevan sus inclinadas i sacudidas ramas; las flores abren sus corolas, los pájaros vuelven a sus nidos i cómo, en fin, toda la naturaleza de nuevo parece revivir?....

—Sí, es cierto padre mio; pero olvidais una cosa i es que hai tempestades que todo lo arrasan, todo lo despedazan i lo destruyen todo....esas tempestades ¡ai!....son las tempestades del corazon!....

—Pero ¿qué es lo que ha causado tu desgracia?....¿qué es lo que te arrastra al sepulcro?

—El amor, padre mio, el amor es el que me mata....

Alfredo medio se habia incorporado sobre las almohadas.

—Yo os lo diré, padre mio, yo os lo diré, continuó. Hubo un tiempo en que todo me sonreia, todo respiraba paz, todo dicha i ventura.... La vida se me presentaba como un paraiso, llena de halagos i encantos.... Todo lo veia color de rosa. Vivia solo con mis recuerdos, los recuerdos de mi niñez; estaba satisfecho del presente

i no me asustaba el porvenir.... Mis dias se deslizaban asi tranquilos i apacibles; nada venia a turbar el sosiego de mi alma, ¡ah!.... era feliz!.... Este tiempo, padre mio, fué aquél que pasé a vuestro lado, fueron aquellos cortos años que pasé en mi colejio, en vuestra casa, en la casa del Señor.... Apénas salido al mundo i cuando aun resonaban en mis oidos vuestras palabras de despedida, una mujer se atravesó en mi camino. La ví.... la amé....; sí, padre mio, la amé con una pasion loca; la amé con toda la fuerza de mi alma.... ¡Oh! era tan bella, era tan pura, era tan divina esa mujer!.... ¡Insensato de mí! en medio de mis delirios, en medio de mis locos sueños, yo pobre huérfano, que no tenia mas mérito que el de llevar un nombre sin mancha i la conciencia de haber obrado siempre recta i honradamente, me atreví, padre mio, me atreví a esperar que podia llegar a ser el esposo de esa mujer a quien adoraba... Yo me habia forjado un mundo para ella; le hubiese sacrificado mi reposo, mi vida, en fin, en cambio de su amor.... Mas ¡ah! yo juzgaba a los demas por mi propio corazon.... Ahora aunque tarde he venido a comprender que me habia engañado.... Padre, ¿de qué sirve el talento, la virtud; de qué sirve el honor i la probidad; de qué sirve tener una alma grande i noble, si falta el oro, el oro padre mio, el oro sin el cual solo desprecios i amargos desengaños uno al cabo vendrá a recojer?....

—Cálmate, cálmate hijo mio.

—Dejadme padre, dejadme desahogar mi corazon; dejadme que arranque por fin de mi pecho, esta hidra que con sus venenosas mordeduras, hace tanto tiempo me despedaza, me ahoga, me martiriza!...

La fiebre se habia apoderado de Alfredo.

Acababa de desarrollarse la última crísis. Las palabras acudian a sus labios, incoherentes, confusas, precipitadas.

—¡Ah! continuó, muchos años he vivido de esperanzas, muchos años han pasado de ilusiones, de ilusiones engañosas que jamas veré realizarse.... Muchos años hace corro tras una felicidad que mi imajinacion me pinta, pero cuya realidad no es posible encontrar. ¡Oh! sin duda es cierto que la felicidad no se halla en esta vida, i entónces ¿por qué, insensato, me he obstinado en correr tras un vano fantasma?... ¿por qué, insensato, he buscado lo que nunca habia de alcanzar?....

La voz de Alfredo se hizo cavernosa, cadavérica. El sacerdote i Alberto lo sostenian en sus brazos.

—Vedla ahí, prosiguió, ¡ella es!.... se acerca, ¿no la veis?... ¡Oh, qué hermosa, qué hermosa es!.... ¡Amelia!.... ¡Amelia!.... ¿por qué huyes de mí?.... déjame estrechar tus manos; déjame arrodillarme a tus piés i besar con mis ardientes labios siquiera la orla de tus vestidos.... ¡oh! ella se vá,.... no me oye, me rechaza, me desprecia!.... ¡Amelia! ¡Amelia!....

—¡Pobre niño!—murmuró el anciano, recostando sobre las almohadas su cabeza bañada de sudor,—¡pobre niño! apénas si principias a vivir i bajas ya al sepulcro, víctima inocente de un desengaño cruel!... ¡Pobre flor tronchada en la primavera de la vida!.... Mas ¿qué has hecho tú para merecer este destino?.... ¿quién se ha entretenido en lacerar así tu corazon?.... ¡Oh! ¿por qué la muerte busca siempre la tierna planta i no se ensaña contra nosotros, viejos robles, carcomidos ya por los trabajos i por los años?....

Los sollozos ahogaban la voz del anciano. El tierno afecto que siempre habia profesado a Alfredo, le hacian olvidarse de sí mismo i prorrumpir en tan amargas quejas.

El médico entraba en aquel instante; se acercó. Una mirada le bastó para conocer que se acababa de estinguir la última esperanza de salvacion. Aquella fiebre debia ser el golpe de gracia para el infeliz Alfredo.

Comenzó a amanecer. La primera claridad de la aurora principió a lucir al traves de los cristales i hendiduras de la puerta. Los gallos comenzaron a cantar. Un cuculí entonó tambien su melancólico acento.

El sacerdote i Alberto velaban a la cabecera del enfermo.

Dieron las cuatro. Alfredo hasta entónces inmóvil hizo un lijero movimiento, luego despues, con una de sus manos se apretó la frente i la otro la apoyó sobre el corazon.

—Alberto, balbuceó ¿oyes el triste lloro de esa avecilla?.... ¡Ah! es la misma que cantaba en el jardin de la casa de mis padres, la noche aquélla en que fui a decir adios a mis flores..... Abre la ventana

por favor; el aire de la mañana me hará morir mas tranquilo....

Alberto obedeció.

El cielo estaba sereno; la neblina se habia disipado, la luna brillaba en el firmamento. Su luz bañó de lleno el lecho del moribundo.

—¡Oh!--dijo, miéntras una sonrisa vagaba en sus amoratados labios—¡la luna!.... ya no la volveré a ver. ¡Astro hermoso, cada vez que Amelia te mire, dile que muero amándola i háblale, háblale de mí!..... Perdona amigo,—añadió, volviéndose hácia Alberto,—perdona lo mucho que has debido sufrir por causa de mi enfermedad, pero Dios te recompensará.... Ya siento que la muerte se aproxima.... Acércate ..... ¡Oh! qué angustia!..... acércate mas, Alberto mio..... Te voi a pedir un último favor..... Quiero que me sepulten, sin separar de mi cadáver esta cintita azul que descansa aquí sobre mi corazon... ¿la ves?...

—¡Ah! si.

—Es el único recuerdo que tengo de ella; prométeme que harás lo que te pido.

—Sí, lo haré.

—Dios, te lo pague....; ahora ¡adios Alberto!... ¡adios padre mio!....

Dijo, i se recostó como para dormir. Sus labios volvieron a ajitarse suavemente i por dos o tres veces, el nombre de Amelia vagó en ellos en medio de una dulce sonrisa; por fin, espiró.

XII.

EL SECRETO DE AMELIA

Algunos meses han trascurrido.

Durante este tiempo, Amelia como la planta a quien han privado del riego i del sol, poco a poco ha comenzado a debilitarse i a languidecer. Una tenaz melancolía ha ido empañando el brillo de sus rasgados ojos i estinguiendo el fuego de su mirada; el coral de sus lindos labios tambien ha desaparecido, como desaparecen las rosas al ser tronchadas por el viento. Al verla se puede pronosticar, que Amelia como las flores, vivirá solo una mañana. Desde la muerte de Alfredo, jamas se la ha visto sonreir. Mil veces en medio del silencio de la noche, los sollozos interrumpen su sueño las lágrimas bañan sus mejillas. ¿Quién viene a turbar el reposo de Amelia?.....

¡Ah! es la sombra de Alfredo que desde su sepulcro se levanta para venir a arrebatar a su amada de las caricias de un aborrecido rival. Nó, Amelia no podia pertenecer a aquel hombre a quien la habian obligado a jurar fidelidad i amor. Amelia habia nacido para Alfredo, Alfredo para Amelia. Un atroz destino los habia separado en esta vida, era preciso que se reuniesen en el cielo.

La enfermedad de Amelia llegó a ser mortal. El veneno de la muerte, el hielo de la tumba se infiltraba en sus venas.

Como Alberto habia acompañado a Alfredo, así María no desampara ahora ni un instante a Amelia.

Sus últimos momentos fueron tranquilos i apacibles. Contenta i risueña, como quien se prepara para una jornada al fin de la cual debe encontrar la felicidad, ella se durmió dulcemente en brazos de su amiga, como se duerme un inocente niño en el regazo de su madre.!

Momentos ántes de que su preciosa alma se arrancase de su pecho para volar hácia su Creador, hizo acercarse a María.

—Amiga, le dijo, te voi a confiar un secreto que solo Dios conoce. Júrame que lo guardarás en tu corazon... Yo muero víctima de mi amor. Solo he amado a un hombre en el mundo, ese fué Alfredo. ¡Ah! hubiera sido tan feliz con él!.. Pero, ya se vé, solo hai un cielo i con mi Alfredo, la tierra habria sido un paraiso para mí. Por eso, sin duda, Dios quiso privarme de tanto bien... Mira, despues que yo muera, hasque me pongan mi vestido azul...¡le gustaba tanto ese color a Alfredo!.. Tambien te pido, que adornes mi garganta con una cintita negra que encontrarás en mi peinador, i mis cabellos, con una rosa encarnada, la mas linda que encuentres en el jardin.

María lloraba al oir las tiernas recomendaciones de su amiga.

—No llores, le dijo Amelia, no llores; quiero verte tan contenta como aquella tarde inolvidable que pasamos allá en Valparaiso a las orillas del mar. ¿Te acuerdas de Bella-Vista?... ¡Ah! ahí fué donde ví por pimera vez a Alfredo; desde aquella tarde le consagré mi afeccion..... ¡Oh! qué dichosa soi!—añadió sonriendo como los ánjeles,—Alfredo está aquí, a mi lado, sus manos estrechan mis manos; dice que viene a buscarme...; te sigo, te

sigo, Alfredo...; tuya soi... tuya, mi Alfredo!...

Un débil suspiro anunció a María, que la desdichada Amelia habia ya volado a la eternidad.

XIII.

¡PAPÁ!.... ¡MAMÁ!...

Tres años mas han ido a perderse en el abismo del pasado.

Es la estacion de las flores.

Las aves gorjean en la espesa enramada; el agua murmurando se desliza entre la verde yerba; el aire perfumado con el aroma de las violetas i de los claveles, ajita muellemente las trepadoras enredaderas que cubren las rejas i pilares de un bellísimo senador.

La felicidad parece se ha escojido un albergue en este recinto.

Una hermosa niña está dulcemente reclinada en un blando sillon; una bata blanca cubre las mas lindas i bien torneadas formas. Sus cabellos en ondeantes bucles caen sobre su cuello de alabastro; en sus ojos se refleja la mas dulce tranquilidad, el mas agradable bienestar. A sus piés, suavemente apoyado sobre sus rodillas i sonriendo con amor, permanece un jóven. Sus manos están estrechamente enlazadas; sus ojos se buscan sin cesar. Aquellas miradas son arrobadoras, lánguidas, inmensas; aquellas miradas las envidiarian los ánjeles, si es que los ánjeles pudieran envidiar la dicha del hombre. Cada vez que sus ojos se separan, es para fijarse en un hermoso grupo que forman dos niños rubios como los querubines; esos dos niños recostados sobre la mullida alfombra, tienen sus bracitos estrechamente unidos, sus rostros se tocan, sus crespitos se confunden.

—¡Mamá!... dice con voz balbuciente el mayor de los dos.

—¡Papá!... repite con una vocecita mas suave que la armonía, el otro pequeñuelo que manotea i trabaja por unir su sonrosada boquita a la boquita de su hermano.

—María, dice el jóven, ¿oyes como te llama Amelia?...

—Nó, Alberto; es a ti a quien llaman: papá han dicho. ¿No es cierto Alfredito? añadió levantándose de su asiento i alzando hasta la altura de su cabeza a uno de los niños a quien llena de besos i de caricias, miéntras Alberto toma tambien en sus brazos a la pequeñita Amelia, la cual se cuelga de sus bigotes, que inútilmente él trata de defender mordiendo las manecitas de la traviesa Amelia, que se sonrie arrullando como las tortolillas.

En vano quisiéramos seguir describiendo esta bellísima escena. Nuestra pluma es impotente para poder trasladar al papel los supremos goces de esos dos jóvenes a quienes nuestros lectores habrán ya reconocido.

Hélos ahí felices i dichosos, recibiendo el justo premio con que Dios en esta vida sabe recompensar al amigo fiel. En medio de su felicidad, ellos no se han olvidado de sus infortunados amigos; al verse revivir en sus hijos, han querido al mismo tiempo ver revivir aunque mas no sea en el nombre a aquéllos a quienes tanto amaron.

¡Amistad! santa amistad! sublime destello de la perenne dicha del cielo, colocada en este destierro para mitigar un tanto las amarguras que siempre nos rodean.

¡Amistad! fuego sagrado, emanacion divina, que enlaza i arroba dos corazones i que haciéndolos latir a impulso del mas grato de los sentimientos, los estrecha en una cadena de diamantes, cadena que principia en la tierra, para perderse en la eternidad!

¡Amistad! palabra consoladora, que comprende cuanto hai de mas grande, de mas puro, de mas bello en la creacion.

Feliz, mil veces feliz el que puede decir con toda la sinceridad de su alma: Tengo un amigo.

Desgraciado del que tal cosa no puede decir.

Desgraciado del que vive solo, aislado, sin tener amigos que lo acompañen, lo consuelen i compartan con él sus goces i sus penas.

A ese tal, mas le valiera no haber nacido, pues para ése, la existencia es un martirio, el mundo un verdadero infierno.

¡Oh! devéras, es cierto: el hombre que no tiene amigos, es como una planta sin riego, una flor sin olor. Su vida puede compararse a la de aquellos arbustos solitarios que crecen entre las breñas i las rocas; incesantemente ajitados por los recios vendavales i por la violencia de las tempestades, crecen, estienden sus descarnadas i secas ramas, pero no tan pronto comienzan a vivir cuando ya concluyen. El mismo viento que los sacudió al nacer, ahora troncha i marchita sus hojas ¡pobres hojas perdidas que nadie recoje, i que pronto disipará i aniquilará el olvido!

RUPERTO MARCHANT PEREIRA.

A O'HIGGINS

EN LA INAUGURACION DE SU ESTÁTUA.

¡Salud, héroe inmortal! en vuestra gloria
Los aires llevan hoi triunfal sonido,
I un pueblo al fin de la pasada historia
Recuerda agradecido,
Al pié del pedestal vuestra memoria.
Del soldado primero
Que en aras de la patria en la pelea
Su acero consagrara,
Las cenizas ayer al estranjero
Su pueblo reclamó; i para que sea
Su gloria mas preclara,
Hoi, con un entusiasta sentimiento,
Le eleva este alto bronce, monumento
De su nombre inmortal. Hé aquí el valiente
Libertador soldado.
Aquí está el brazo que a la sierva jente
Las cadenas quitó, al fin dejando
A su suelo feliz i libertado.
Ved al héroe valiente en la batalla
El valor en los pechos inflamando
De los hijos de Chile; i cuando no halla
Salvacion i defensa, es el primero
Que se arroja al traves del enemigo
Armas, jente i cañones derribando
I llena de pavor los corazones
Del invasor ibero,
Deja que libre rasgue sus pendones,
I se lleva consigo
La victoria i el triunfo verdadero.
I su valiente espada
Lauros al patrio suelo
Volvió presto a ofrecer: el alto cielo
En cambio de la sangre derramada
Nos dió la libertad; i bondadoso
Dejó a Chile tambien libre i dichoso.
Pasó la ingratitud, pasó el olvido
I este pueblo que allá en el estranjero
Su jemido postrero
Dejó al héroe exhalar, agradecido
Cuenta hoi su historia i sus hazañas canta;
I su memoria santa
Este bronce condúcela grabada
Al traves de los tiempos, duradera.
Flamea como en triunfo la bandera,
Testigo de los hechos de su espada;
I en mármol otros nombres esculpidos
Le acompañan tambien hoi en su gloria
Que, como él, bendecidos,
Nos legaron honor, patria i victoria.
Eleve Chile al cielo viril canto,
De entusiasta alegría;
I que haga desde hoi santo
En honor de sus padres este dia.
Resuene himno guerrero
En el Andes jigante a su memoria,
Que Chile cuenta en su gloriosa historia
De sus hijos a O'Higgins el primero.

PLÁCIDO F. VENÉGAS.

EL PEÑON.

¡Infancia! edad dichosa! quien pudiera recobrar los tesoros de inocencia, de paz i bonanza que tú encierras! quien pudiera vivir contigo hasta morir!

Tú eres ese dichoso albergue, que la fuerza del tiempo nos hace abandonar para lanzarnos al campo raso donde el huracan sopla i derriba, donde revuelven el aire las tormentas!

Tú eres la abrigada paterna chosa que estás en la playa del mar de la vida, reflejando en las noches tu hoguera en las ajitadas olas. Una fuerza irresistible nos arrebata de tu seno i nos lanza en un esquife, depositario de nuestra vida i de nuestras esperanzas. Desde entónces somos juguete de olas procelosas, altas como montes, rujientes como fieras, pujantes como lejiones. Ora sublimos arrebatados por ellas como sube su espuma, ora nos hundimos en vertijinoso abismo. Desde entónces ya no hai sueño apacible, ni quietud en la vijilia. Bregar cuando alumbra el sol, bregar siempre cuando ya las tinieblas ocupan el mar; vivir en perpétua tormenta; no hollar jamas suelo firme; sentir siempre batido el esquife por el viento i por el mar: ¡triste vida!

* * *

¡Cuántos ¡ai! naufragan!

Arreció la fuerza de las olas, creció el ímpetu del viento, flaqueó el brazo, rasgóse el velámen, el agua rompió el flanco de la barquilla i arrastró el timon. Tristes fragmentos de la que gallarda i velera partió en bonanza de la playa, flotan desparramados, juguete de las olas, quilla, mástil, vela i timon.

Rendido de cansancio, transido de frio i empapado está el náufrago en un peñon que se alza en medio de la mar. Allí está solo, bajo un cielo lóbrego i tempestuoso, refujiado en la viva roca.

* * *

La lluvia cesa; poco a poco depone el mar sus furores; despéjanse las nubes i apa-

rece azul i diáfano el cielo. Por fin, envia el sol tibios rayos que dan calor a los miembros entumecidos, luz a los ojos i consuelo al corazon.

Divisase entónces a lo léjos blanca vela que se destaca como un punto en el azul del cielo. Poco a poco la vela crece. Por fin, se divisa un barco, que vé al náufrago i se le acerca.

* * *

Asi son los azares de la vida, como los azares del mar.

En el mar de la vida hai olas rebramantes i rabiosas, hai huracanes que soplan furiosos, derriban, destrozan i barren. Hai altas olas i abismos insondables. Hai tormentas que hacen zozobrar al frájil barquichuelo.

En la vida hai odio, hai envidia, mentira, venganza, hai miserias sin cuento. Hai borrascas en que todo parece conjurarse contra el hombre. Hai dolores, decepciones, amarguras, desvarios i locuras. Muchas veces las tinieblas rodean al hombre; i el hombre se desorienta i pierde el rumbo. Hai en el mundo desaliento, desesperacion, frenéticos estravios. Estos son los naufrajios de la vida.

Nunca como despues de un naufrajio de la vida, se halla árido i frio el peñon de la fé, que se alza escarpado i solitario en medio del océano. Temblando de frio, oprimida el alma por mortal congoja i desolacion, esperad, esperad, asidos del peñon; es duro i frio, pero es firme como el granito.

Pronto huirán las nubes, brillará azul el cielo, enviará el sol sus tibios rayos i divisareis presto en el horizonte la blanca vela salvadora.

Santiago, mayo 23 de 1872.

RAFAEL B. GUMUCIO.

ENIGMA.

Que alas tengo, dicen muchos;
Yo no sé si será cierto,
Pues a veces voi despacio
I otras veces mui lijero.
De mí dicen, envidiosas,
Malas lenguas que soi ciego;
Pero yo mas con los ojos
Que con los labios me espreso.
Otros, por fin, descorteses,
Me tratan como a chicuelo,
Sin saber que soi capaz
De trastornar un imperio,
De causar terribles males,
De salvar al universo.

SIRO LUQUE.

SOLUCION

DE LA CHARADA DEL NÚMERO ANTERIOR.

A BIBÍ.

Salud, filósofo invicto,
Salud, noble panteista,
¿Conque es el *alma* del hombre
Porcion de esencia divina?
¡Oh! ven i conmigo esclama,
Aunque plajiarios nos digan:
—¡Cruda fuerza del romance,
A decir, ¡ai! lo que obligas!
Por dejarte satisfecho
Fuime, Bibi, a tierras indias,
I allí supe que en sus fiestas
¡Quena! el quichua repetia.
Templó el *maná* de Israel
Las angustiosas desdichas;
Mas ellos lo despreciaron
Con ingrata rebeldia.
La ingratitud, como entónces,
Hoi en la tierra domina:
Yo por darte me afané
El secreto de la dicha,
Solo de tí he merecido
De desprecio una sonrisa:
Si quieres perder los ojos,
Dice el refran, *cuervos cria.*
El invento, del cual dices,
Que remonta a fecha antigua,
Búscalo en el *almanaque.*
Queda tuyo hasta otro dia:

SIRO LUQUE.

Contenido de este número.

I.—El *Otelo* de Shakspeare i los celosos de Calderon, conclusion, por Enrique del Solar, páj. 533.
II.—A Bello, poesía, por J. Francisco Rivéros, páj. 537.
III.—Una grande obra, por Ventura Blanco, páj. 538.
IV.—La partida, poesía, por Luis R. Piñeiro, páj. 540.
V.—Alfredo, conclusion, por Ruperto Marchant Pereira, páj. 541.
VI.—A O'Higgins en la inauguracion de su estátua, poesía, por Plácido F. Venégas, páj. 547.
VII.—El peñon, por Rafael B. Gumucio, páj. 547.
VIII.—Enigma, por Siro Luque, páj. 548.
IX.—Solucion de la charada del número anterior, por Siro Luque, páj. 548.

IMPRENTA DE «EL INDEPENDIENTE.»
Calle de la Compañía núm. 102.

LA ESTRELLA DE CHILE.

AÑO V. Santiago, junio 2 de 1872. Núm. 244.

EL HONOR DE UNA MUJER,

DRAMA EN CUATRO ACTOS I EN PROSA POR V. TORRES ARCE.

(CRÍTICA LITERARIA.)

> «La verdad dramática no es ni puede ser nunca la verdad absoluta; pero tiene la ficcion misma sus límites racionales i, fuera de ellos, no hai medio de producir efectos en el ánimo del público.
>
> (PATRICIO DE LA ESCOSURA.)

«Los primeros rayos de la aurora, ha dicho Vauvenargues, no son tan bellos como las primeras miradas de la gloria.»

Víctor Torres debió sentir un poco el peso de esta verdad en la noche del juéves último. Se estrenaba su primer drama, se estrenaba *El honor de una mujer* i los aplausos con que lo saludó el público, sobre todo en el último acto, debieron llegar a sus oidos como el eco dulce, embriagador de una balada amorosa. ¡Ama tanto el hombre, por humildes que ellas sean, las creaciones de su intelijencia!

No es siempre apto un escritor para repetir el cruel sacrificio de Saturno. Rara vez devorará a sus propios hijos. Esas prendas queridas del alma que saben, ellas solas, cuántas angustias, cuántas torturas, cuántas veladas han precedido a su nacimiento, tienen un no sé qué de encantador para el que las ha producido i éste las despedazará ménos fácilmente que la Ofelia de Shakspeare despedazaba las flores de su corona.

Por otra parte, ofrecer un drama al público i ofrecerlo por primera vez será siempre un peligro, i hai audacia en ese ofrecimiento.

¡Ai! del infeliz que en tales circunstancias tenga la poco venturosa ocurrencia de tropezar i de caer! Pero dichoso aquél que, con corazon entero, con ojo esperto i paso seguro, logra salvar los escollos, subir a la escena i descender despues con la sonrisa del triunfo vagando sobre los labios!

I desde luego ¿qué papel ha de adjudicarse a Víctor Torres? Ha caido? Ha triunfado?

Líbrenos Dios de pretender decidir *ex-cathedra* una cuestion tan árdua, i lo haremos tanto ménos cuanto que escribimos despues de una primera representacion, ausiliados solo por nuestros recuerdos, sostenidos nada mas que por nuestros escasos apuntes.

Hace pocas horas que ha caido el telon despues del último acto de *El honor de una mujer* i procuraremos llamar a juicio nuestras recientes impresiones i coordinar nuestras ideas.

Podemos equivocarnos en nuestro juicio, sin duda. Pero, si ello sucede, como lo tememos, estamos seguros que ni nos arrastrará a la crítica acre, violenta i parcial un mal espíritu que no nos ajita, ni nos pondrá de rodillas ante el altar de una lisonja servil i rastrera, la amistad que nos une al autor del drama que nos va a ocupar.

Conozcamos rápidamente el argumento de *El honor de una mujer*. Pocas palabras nos bastarán para ello.

* * *

Doña María es una opulenta señora que ha quedado viuda. A la muerte de su esposo recibió una fortuna que ascendia a cien mil pesos. Rica, amiga del lujo, habituada al regalo, frecuentadora de los paseos i los bailes, envuelta siempre en ese océano que se llama la alta sociedad i en cuyo fondo hai tantos capitales perdidos, doña María no sabe trabajar ni cómo hacer producir su herencia, ni cómo mantenerla a flote. La deposita en un banco i sigue su antigua vida de placer i ostentacion.

Mas, llega un dia en que los cien mil pe-

sos han desaparecido. Doña María se encuentra, como quien dice, entre la espada i la pared, entre el yunque i el martillo. Miéntras que, cuando mira a su pasado, descubre con miradas de gozo este paraiso—su opulencia, cuando contempla un porvenir cercano, sus ojos espantados se detienen ante este abismo—la miseria, i allá, perdido en la oscuridad, en la sima, este desesperante infierno—la deshonra.

Sí, la deshonra de su hija única, la deshonra de la jóven Amelia. Porque es preciso no olvidar que para doña María (esto es lo que dice el desarrollo del drama) pobreza i deshonra son una misma cosa.

En tan espinosa situacion, en medio de esa crisis fatal ¿qué hacer?

Doña María juega el todo por el todo. Pone en conocimiento de su hija la situacion en que se encuentran. El dinero se les ha concluido i ellas no saben trabajar i ellas están acostumbradas a la opulencia, al esplendor de los grandes salones. Sí, ricas, se las halagó i se les quemó cortesano incienso, ya pobres, no tendrán sino olvido, ingratitud, quizas hiriente desden.

Amelia protesta que trabajará, que vivirá contenta en la pobreza. Doña María no cede. No se conforma con la vida de privaciones i de ayunos. Propone a su hija un medio de alejar la miseria i, lo que para ella es mas temible i no ménos inevitable, la deshonra. Hai un jóven rico que visita a la familia. Este es Luis. ¿No seria posible que Amelia diese a Luis su mano?

Pero Amelia ama a otro hombre. El corazon de Amelia pertenece a Ricardo, jóven pobre pero honrado. Resiste al principio. Mas doña María insiste i trata de convencer a su hija de lo ventajoso del partido. El mismo Luis tiene una entrevista con Amelia. Le confiesa su amor i le dice que, si se vé despreciado, se matará.

Amelia cede al fin. No quiere ver sufrir a su querida madre. Prefiere traer sobre si la desgracia matando las inspiraciones de su corazon con tal de ver feliz a la que le dió el sér.

Luis i Amelia se unen en matrimonio.

* * *

No hai matrimonio digno de este nombre fuera del amor. Es un célebre predicador quien lo ha dicho. Amelia i Luis se casaron sin amarse i Amelia i Luis fueron desgraciados.

Del corazon de Amelia no podia borrarse el amor que profesó en un tiempo i que todavía profesaba a Ricardo. Esto la atormentaba vivamente. Su vida era un perpétuo sacrificio. Ni el mundo le prestaba sus sonrisas, ni su aroma las flores, ni el cielo sus estrellas, ni el sol su luz. En el fondo de su alma existia un punto lóbrego, oscuro: era el remordimiento. ¿Por qué obedeció a doña María, por qué se casó con Luis i despreció a Ricardo? De aquí su tormento, su perpétuo delirio. De aquí esa frialdad glacial, esa indiferencia, ese abandono cruel para con su esposo.

Mas de una vez la sorprendió Luis sola, abandonada a su dolor i vertiendo copioso llanto. Un dia Amelia estaba de rodillas al pié de un crucifijo. Oraba i lloraba amargamente. Luis la sorprendió en esta actitud. Los celos se apoderaron de su alma. Su esposa no lo amaba; talvez i sin talvez entregaba su corazon a otro hombre mas que él dichoso. Todo conspiraba a hacerlo creer que era engañado. Hubo momentos de terrible desesperacion en que hubiera querido estrangular a su infiel Amelia. Con el alma africana de *Otelo*, la habria despedazado entre sus manos.

Entre tanto, Ricardo se habia apasionado de otra mujer. Amaba tiernamente a Margarita, amiga íntima de Amelia. Correspondido en su amor, se creia completamente feliz. El matrimonio sellaria para siempre su ventura.

Un dia, Margarita le avisa que irá a verlo.

Ricardo se prepara para recibir a su amada, para conversar animosamente con ella.

Algunos instantes despues se presenta a su habitacion una niña vestida de negro, el rostro cubierto con un velo. Es Margarita, esclama Ricardo, i se adelanta a recibirla.

Soi yo, le replica una voz conmovida, casi trémula. La niña quita el velo que la cubre i Ricardo i Amelia quedan frente a frente.

Amelia ha ido allí a esplicar por qué se casó con Luis i a decirle que sigue amando a Ricardo.

De pronto una otra dama se presenta. Es Margarita. Esta, al ver a Amelia con Ricardo, retrocede, tiene celos i corre en busca de Luis para comunicarle lo que sucede.

Luis, furioso, fuera de sí, vuelve con Margarita i encuentra todavía juntos a los dos amantes. Reta con enojo a Ricardo i le pregunta qué hace allí con Amelia, con su esposa.

—Es mi querida, replica Ricardo.

A estas palabras, Luis le arroja a Ricardo el guante. Este acepta el reto. Se baten i Ricardo resulta gravemente herido.

Entre tanto, Luis ha vuelto a su casa para hacer sus maletas i partir. Tiene una entrevista con Amelia i la ultraja, la echa en cara su infidelidad, su traicion. Amelia cae desmayada. Luis va a partir, pero se encuentra en la puerta con su buen amigo Alberto, quien le trae una carta de Ricardo moribundo.

Luis la lee precipitadamente. En ella le confiesa Ricardo que Amelia es inocente. Al ver esto, Luis corre hácia su esposa, la llama, la sacude, la acaricia. Amelia despierta, pero.... está loca.

* *

Conocida la fábula del drama, examinémoslo en su desarrollo, en su accion, en sus detalles, en su catástrofe o desenlace.

Desde luego, si hemos de clasificar la obra de Torres, lo mas exacto será decir que es un drama de pasion. El autor no ha escrito solo para entretener. Seguramente se ha propuesto algun fin. ¿Cuál es este fin? I conocido el objeto ¿ha sido llevado a cabo con éxito feliz?

Detengámonos un poco en estas cuestiones de vital importancia. Para resolverlas, hagamos por estudiar cada personaje separadamente.

Amelia i doña María se nos presentan en primera línea. La segunda ha cometido la mala accion de casar a su hija con un hombre a quien ésta no amaba. Esa hija no ha sido feliz i ha concluido por enloquecer. Mírese el drama por todos lados, al revés i al derecho, i se verá que quien ha sufrido el castigo no ha sido el autor de la falta, no ha sido doña María: quien lo ha sufrido, ha sido la víctima de esa mala accion, ha sido Amelia. ¿Ha querido hacerse ver con esto que las hijas no deben obedecer a sus madres cuando éstas les aconsejan que se casen con Fulano, con Zutano o con Perico de los palotes? Se ha querido demostrar que las madres no deben buscar para sus hijas esposos acaudalados i sin otros méritos? Pero Luis es un hombre honrado; Luis no tiene ningun vicio; Luis ama a Amelia i Amelia dice que ama a Luis. ¿Qué podia hacer doña María? Por otra parte, el autor no dice ni deja sospechar que doña María tuviese conocimiento de los amores de Amelia i Ricardo.

La única conclusion lójica, natural que se desprende de *El honor de una mujer* es la siguiente: ello es que hai matrimonios desgraciados, cosa que, por otra parte, lo sabiamos desde mucho tiempo atras, desde mui ántes que conociéramos la invencion del telégrafo i la existencia de Morse.

Ricardo ama a Margarita i está resuelto a casarse con ella. Esto hace un poco inesplicable el que en el cuarto acto diga a Luis en sus barbas que Amelia es su querida i mas inesplicable aun el que se bata corriendo el albur de dejar, como la dejó, a Amelia a la luna de Valencia, la cual debe ser una luna mui fea.

* *

Uno de los grandes escollos del arte dramático, sobre todo para los principiantes, es la pintura de los caractéres. Es árdua tarea lograr que el personaje se mantenga uno desde el principio hasta el fin del drama.

En ocasiones basta un solo rasgo, una sola plumada para dar a conocer un personaje.

Si la memoria no nos es infiel, es Cárlos Dickens quien pinta a un sujeto enamorado que, despues de buscar i rebuscar medios para declarar su amor a su Dulcinea, no halló otro que el de escribir en burdas letras i sobre una tabla esta frase: *te quiero*.

Citemos otro ejemplo.

En el *Como Ud. guste (As you like it)* hai un rasgo notable. Orlando acaba de vencer en leal combate al atleta Cárlos. El príncipe Federico le pregunta: «¿Cómo te llamas?»—«Me llamo Orlando, señor; soi el menor de los hijos de Rowland de Boys.» —«Te hubiera querido hijo de otra persona: tu ilustre padre era muí estimado; pero era mi enemigo.»—Orlando contesta entónces con noble fiereza: «Ahora tengo mas orgullo en ser hijo de Rowland de Boys i no cambiaria ese honor por el de ser heredero presuntivo del príncipe Federico.»

Este solo rasgo, esta sola pincelada retrata al hombre. Es el dibujo de una mano maestra.

Víctor Torres ha sido jeneralmente feliz en la pintura de los caractéres, ha sabido sostenerlos i ello es un triunfo por cierto bien notable.

Alberto está bien sostenido i podria decirse lo mismo de doña María i Amelia.

Amelia es personaje de un drama romántico. Su pintura está a las veces llena de poesia i el espectador sufre i llora con ella al *ver* desarrollarse en su pecho esa terrible lucha entre sus deberes de esposa i su cariño de amante.

Habriamos querido mas recargados los tintes en doña María. Así como es, parece un personaje visto desde léjos a los pálidos rayos de una luna menguante en fria noche de invierno. Colocada sobre el proscenio, sus dimensiones disminuyen considerablemente. Habriamos querido mas tempestuoso amor en esa madre, mas friamente odioso carácter en esa mujer. La escena está mui léjos del espectador: es necesario presentarle jigantes en el crimen, titanes en el amor, mártires o héroes en la virtud para que pueda ver *hombres* criminales, amantes o virtuosos.

Es éste un defecto capital en doña María. Víctor Torres ha acertado sinembargo cuando ha puesto en la señora especuladora, positiva, idólatra del oro, metalizada, por decirlo así, un corazon de madre.

Al lado del monstruo ha de colocarse el ánjel.

Al lado del vicio la virtud. La naturaleza humana tiene una fuerte, una poderosa inclinacion a los contrastes.

V. Hugo, a quien pudiera llamarse el poeta de los contrastes i de quien se ha dicho con cierta amarga ironía que es el inventor de la *estética de lo feo*, ha seguido siempre esta norma.

En su *Marion Delorme* vemos la cortesana en escena; pero la cortesana purificada, rehabilitada por el amor.

En su *Le Roi s'amuse* tenemos la monstruosidad física santificada por el amor paternal. En su *Lucrèce Borgia*, la deformidad moral rehabilitada, compensada por el amor maternal.

Hugo mismo, esplicando la razon de este procedimiento, nos dice: «Haced circular en todo un pensamiento altamente moral i compasivo i no hai nada deforme ni repugnante.... Unid Dios al patíbulo i teneis la cruz.»

***

La accion del drama de Víctor Torres es lánguida a veces i en otras ocasiones se precipita rápida, vertijinosa. Se siente el ruido de una furiosa cascada que se derrumba entre peñascos. En consecuencia hai escenas inesplicables, transiciones inverosímiles. Diriase que de unos i otros el autor ha desterrado al natural. Por qué Amelia consiente de buenas a primeras en casarse con Luis? Cierto que vé sufrir a su madre; pero no es ménos cierto que ama con amor entrañable a Ricardo, como lo prueba durante el desarrollo de la fábula. Amelia debió primero descubrir su amor a doña María. Debió tratar de convencerla de la santidad de su cariño. I cuando doña María le hablaba de miseria, de deshonra, Amelia pudo contestarle: ¿acáso no hai mas peligro, no amenaza mas la deshonra a una niña, cuando se la une a un hombre a quien no ama i se la separa de otro hombre a quien ha entregado su corazon, su vida entera?

Hemos hablado de escenas inverosímiles i vamos a citar una.

En el acto cuarto, cuando Ricardo espera a su amada Margarita, aparece a Amelia. ¿Qué vá a buscar allí esa esposa desventurada? No lo sabemos. Aunque el autor trata de esplicar esa entrevista, el espectador no vé la necesidad de ella, por mas esfuerzos de imajinacion i de voluntad que haga.

La única razon que hai para que Amelia llegue a casa de Ricardo es la de que así lo necesitaba el autor para el desarrollo de la fábula. La esposa aparentemente adúltera está ahí con Ricardo. Margarita llegará, los verá, tendrá celos, correrá a buscar a Luis i hé aquí abierto el camino a la catástrofe. De aquí esas salidas, esas entradas, esos encuentros tan poco justificados i que perjudican a la ficcion dramática.

La transicion que esperimenta Margarita a la primera mirada que arroja sobre Ricardo i Amelia, quienes conversan separadamente, es violenta, violentísima. Durante todo el drama Margarita no es otra cosa que una muchacha sencilla, lo que podria llamarse una mujer bonachona. Pero héla ahí de un momento a otro con el volcan de los celos, hirviente de lava, en el fondo de su alma. A la blanda paloma le ha bastado una leve paja para convertirse en pantera; a la apacible i tierna

amiga de Amelia, un encuentro con ésta para cambiarse en la tempestuosa Juana la loca, en la terriblemente vengativa princesa de Bouillon.

A Luis le basta una carta de Ricardo moribundo para creer firmemente en la inocencia de Amelia. Se arrodilla a sus piés, implora su perdon, la acaricia con delirio. Mas, el que Amelia no ame a Ricardo, segun éste lo afirma, ¿es una prueba de que ame al esposo? Esta es la cuestion.

No dejaremos el acto cuarto sin decir algunas palabras sobre la escena entre Alberto i Luis. Hai allí chispazos sobresalientes, observacion fina, sátira picante, soltura i viveza en el diálogo. El público aplaudió con entusiasmo. Autor i artistas lo merecian.

∴

El tiempo nos falta para seguir analizando la obra de Victor Torres.

Quisiéramos detenernos haciendo ver otras bellezas i criticando otros defectos. Solo haremos mui lijeras observaciones para concluir.

La prosa de Victor Torres es elegante i por lo jeneral correcta. Habriamos querido que el autor economizase ciertos relumbrones, ciertas metáforas i ciertas comparaciones como aquélla de que el amor de Ricardo es inmenso como es inmenso el infinito.

Ménos declaraciones de amor a quema ropa. Mas novedad en esas declaraciones i tambien mas concision. Los grandes dolores como los grandes placeres, como las grandes pasiones, tienen, mejor que en los labios, un elocuente intérprete en los ojos, en el jesto, en el ademan. Aunque ello parezca paradojal, podriamos decir que el lenguaje del amor, de un amor volcánico, tempestuoso como el de Ricardo i el de Luis, es el silencio: cuando los labios callan habla el corazon. Sí, como ha dicho el Tasso, los grandes dolores son mudos, solo se espresan con lágrimas, no es ménos verdad que las grandes pasiones están reñidas con la charlatanería.

Victor Torres ha puesto un afan desmedido en buscar el efecto teatral. Tras de esta mira corriendo, ha mirado muchas veces por sobre el hombro la verosimilitud. De aquel afan ha resultado otro inconveniente: lo violento de algunas escenas.

Cuando Victor Torres declama, es casi siempre exacto. Está allí el poeta que ha sufrido desengaños, golpes de fortuna, pérdida de ilusiones queridas i que mira en la sociedad algo, bajo muchos aspectos, despreciable. Es entónces cuando tiene fórmulas rápidas como el rayo. Su estilo da chispas. Se vé que hai inspiracion en sus rasgos i que es en todo cierto el dicho de Lamartine: «Cuando el corazon dicta, la pluma corre lijera.»

La catástrofe del drama no nos agrada. Es mui precipitada i el espectador queda esperando un acto mas. No sabe qué ha sucedido con Margarita ni qué de doña Maria.

No nos desagrada ménos el título del drama. No es el honor de una mujer lo que aparece en accion, en lucha. El honor de Amelia solo se pone en tabla en el último acto.

Muchísimo mas feliz i ante todo, mas exacto, habria sido Torres si hubiese titulado a su drama *El sacrificio de una mujer*. En efecto, Amelia es sacrificada: primero porque se casa con un hombre a quien no ama; en seguida porque, casada, sigue amando a Ricardo; i, por último, porque, despreciada i ultrajada por su esposo, pierde el juicio.

∴

En nuestro humilde concepto la obra de Victor Torres, como drama, como obra de estilo, está mui por encima de las con que cuenta nuestro escueto teatro nacional.

Sentimos que haya sido por algunos tan mal comprendida, acaso porque no se atendió lo bastante a la representacion.

Hemos señalado los defectos que nos parece que hai en *El honor de una mujer*. Obrando así, en nuestra modesta esfera, hemos creido servir a la verdadera crítica. De aquí que tambien hayamos llamado la atencion sobre las buenas cualidades del trabajo de Torres.

Al concluir, felicitamos al escritor i al amigo. Si la tarea es pesada, la recompensa puede ser copiosa. El cansancio no cabe en una alma jóven. El trabajo, el estudio de los buenos maestros hará que los defectos se corrijan i las buenas cualidades aumenten. Torres ha tenido un buen estreno i triunfará.

Es ésta nuestra esperanza. Es tambien nuestro deseo.

Santiago, mayo 31 de 1872.

RÓMULO MANDIOLA.

¡ERA VERDAD!

Mujer, celeste encanto de mi vida,
Mi único bien, mi luz, mi bendicion,
Flor que entre las arenas de un desierto
Por mi dicha brotó.

Ayer no mas, de mí desconocida,
Ansiaba yo otros goces i otro amor,
Ni de ardiente pasion me estremecia
Al eco de tu voz...

¡Ah! cuando pienso que distinta senda
En el mundo llevábamos los dos,
Que pude no encontrarte en el camino,
Ánjel encantador;

Tiemblo, mi bien, porque sin tí la dicha
Era un sueño no mas embriagador,
Un algo vano que en delirio ardiente
Buscaba el corazon...

Pero es verdad: de tu leal cariño
Dudar no puedo. ¡No es un sueño, nó,
Mi ventura, que leo en tu mirada
Radiante de pasion!

Julio de 1871.

ENRIQUE DEL SOLAR.

COSTUMBRES.

APUNTES DE CARTERA.

Febrero 29 de 186..

En el momento en que tomo el lápiz para confiar a mi cartera las impresiones del carnaval de 186.... las ráfagas de viento, que azotan las vidrieras de la ventana, traen a mis oidos algunas notas del bullicioso *charango* i de la melancólica *zampoña*.

¡Es todo lo que queda de los últimos dias de encanto i de algazara!

¡Cómo se agolpan en confuso tropel a mi imajinacion mil reminiscencias risueñas!.... Pero todo ha pasado....

La Iglesia ha convocado a los hombres al pié del altar para recordarles que son polvo i nada mas que polvo, i el mundo ha dicho adios al *mundo* con las emociones que acompañan a las mas tristes despedidas.

En la Paz se ha jugado, se ha bailado, se ha gritado; todos se han movido entregados a la fuerza inesplicable de ese *no sé qué*, que moviliza i enloquece a todas las poblaciones del mundo en un dia dado.

Aquello era de ver; ese continuo i bullicioso vaiven, esas oleadas de jente que invadian las calles en todas direcciones, las largas comparsas de juguetones cholos, los gritos i las risas mezclados con los melancólicos sonidos de los instrumentos nacionales, todo llenaba el alma, la sumerjia en ese inesplicable éxtasis que anonada, que sacia.

Describir lo que es un carnaval en la Paz es imposible; porque para ver sus variadas escenas es necesario no localizarse, no estar ni un minuto en un punto, no dar tregua jamas al placer.

* *

El domingo empezaron los preludios de la fiesta. Apénas recordamos lo que vimos. Se nos antoja creer que todos estaban tan tristes como nosotros.

El lúnes amaneció lleno de halagüeñas espectativas; en todas las esquinas de las calles se habia improvisado pequeñas tiendas en donde se vendian cartuchos de harinas de variados colores, pequeños frascos de aguas de olor, cajas llenas de misturas i que sé yo cuantas cosas mas.

A las 12 del dia empezaban a recorrer la poblacion alegres comparsas de jóvenes que abrian la campaña de ese dia contra las hermosas que las miraban desde los balcones.

A las 2 de la tarde el bullicio i el movimiento eran indescriptibles; todos gritaban, todos corrian, las manos se ajitaban sin cesar i la harina i las aguas de olor llovian sobre las cabezas de todos.

Cansados de recorrer las calles, nos entramos, siguiendo a una alegre pandilla, en una casa que era la mansion de cien deidades.

Aquí fué Troya; en un minuto nadie quedó como estaba i la harina ocultó a los ojos las gracias de nuestras bellas. Lo que mas nos sorprendió fué el buen humor i la condescendencia sin tasa.

La Paz se habia convertido en un inmenso salon; en todas las casas se tocaba i se bailaba, i jamas hubo una sola puerta que se cerrara para nadie. Todo el mundo jugaba; jugaba el pacífico *indio* i el bullicioso *cholo*, el apuesto galan i la elegante i graciosa dama. En los balcones de las casas veíanse, formadas en línea, comparsas de bellas dispuestas a comprometer batalla con el primer transeunte.

Era esa una guerra a la desesperada, i no se cuenta de un solo caso en que la victoria concediera ni una sonrisa placentera a las filas compactas i numerosas del sexo, que sacó en suerte la maldicion de comer el pan con el sudor de la frente.

¡Pobres hombres, siempre vencidos en el campo, donde por desgracia—no sé si sea una fortuna o una maldicion—traban sus combates contra la belleza i la gracia!

¡Ah! qué razon tenia Rousseau para decir que trabajar no es una maldicion, pero que sí lo es amar!

Recuerdo haber leido en un libro de Jorje Sand estas palabras: amad, amad siempre, que es el único bien que hai en la vida.

Si no fuera éste un dicho de una hechicera escritora i de una ardiente amante, me atreveria a sostener que era la mayor de las impertinencias que habia podido pronunciar labio humano.

Nunca se conoció el error de Jorje Sand con mas verdad que el lúnes de carnaval; i jamas recibirá anatemas mas desesperados que los que le dirijieron mil amantes rebulléndose inútilmente en su lecho, miéntras invocaban al sueño para borrar la imájen de su tormento.

Yo, sinembargo, jamas he dormido mejor que en la noche en que tantos velaron, unos al lado de una bella, otros ajitando sus piés al son de la música i no pocos acompañados solo de recuerdos i quizas lágrimas.

* * *

Las escenas del lúnes se reprodujeron centuplicadas el mártes; la algazara fué universal; el bullicio sin ejemplo; veíanse comparsas de cien i mas personas que recorrian las calles cantando i bailando; jamas escasearon el buen humor i la alegría, ni un millon de brazos que arrojaran millares de cartuchos de harina.

No puedo siquiera borronear un mamarracho de lo que ha sido el carnaval, que es como si dijéramos mucha bulla, mucha alegría, mucha confianza, mucha espansion, en una palabra, una fiesta en que nadie festeja ni celebra a nadie, i en que todo el mundo trabaja por sí i para sí.

Solo sé que es una fiesta esencialmente egoista, porque uno quisiera tener pulmones tan inmensos como el espacio para aspirar ese ambiente de inesplicable placer, i esencialmente fraternal, porque todos se divierten reunidos.

El teorema económico de que la riqueza individual hace la riqueza pública, nunca será mas prácticamente cierto que si sustituimos la palabra riqueza por placer i contento.

Say ha dicho lo primero, i ha dicho una incontestable verdad, yo digo lo segundo, sin la pretension de colocar el *yo* al lado del célebre economista, pero con la seguridad de decir una verdad no ménos incontestable.

Un moderno filósofo ha dicho que Napoleon agotó la guerra continental en Europa con la batalla de Waterloo; yo digo que la Paz agotó el placer i el contento en los dias de carnaval.

* * *

Basta de recuerdos i de reminiscencias. Dejemos a un lado las cuestiones que saltan a la vista de cualquiera, por poco observador que sea, sobre el orijen, medios de conservarse i razon de ser que tienen semejantes fiestas.

Alguien ha dicho, i todo el mundo lo repite hoi, que de poeta i loco todos tenemos un poco.

Yo digo que esta filosófica vulgaridad nunca será mas cierta que si sostituimos el colectivo *todos* por el colectivo *pueblo*.

La Francia tiene su *buei gordo* i su *torta de rei*; Roma sus mascaradas en el Corso; Venecia su carnaval de intrigas; Buenos Aires su carnaval de agua i la Paz su carnaval de harina. A ser justos i a decir verdad, allá se vá lo uno por lo otro.

¡Ah! mundo! ah mundo! que no contento con la no pequeña herencia de males i miserias que te tocó en suerte el dia de tu

nacimiento, a la voz del omnipotente *fiat*, quieres, i trabajas, i te afanas por agregar a la lista de tus nombres i apodos el de *loco*.

¡I qué hacer! Que siga la danza; que querer cambiar el mundo es dar coces contra el aguijon.

***

Mayo 3 *de* 186..

—*Al campo de la Cruz* iremos mañana, me decia un amigo en la noche del 30 de abril.

—¿I a qué horas? lo interrogué.

—A las 10 de la noche—fué la última palabra de nuestra conversacion, i la consigna para el 1.° de mayo.

.....

.....

Habia llegado la hora señalada en nuestro programa; juguetona i bulliciosa muchedumbre llenaba las calles que conducen al campo de Caja del Agua, o de la Cruz, que está situado al pié del cerro del Calvario que sirve de límite a la ciudad por su lado noreste.

Pasamos sin fijarnos por entre las numerosas comparsas, preocupados con las escenas que esperábamos contemplar. ¡Tantos eran nuestros deseos de ver algo nuevo, algo que mereciera la pena de ser contado!

***

Al fin estábamos en el lugar de la fiesta i el reloj del Loreto tocó las diez i media.

Aquí era Troya: millares de disfrazados llenaban el campo estacionándose al lado de las pequeñas tiendas de campaña en donde ardian grandes fogatas que iluminaban la escena i a cuyo rededor se agrupaban los bebedores.

Ansiosos de estar en todas partes, ya corriamos en ésta o aquella direccion, ya entrábamos en los pequeños cafées mezclándonos con las comparsas que nos hacian marchar i contramarchar a derecha e izquierda, pues, las voces de mando eran tantas como personas, ménos una, que era la de mi pobre humanidad que solo sabia obedecer.

10,000 personas se encontraban en ese lugar a toda intemperie andando de un lado a otro en pequeñas rondas que bailaban al compas de la música de *guitarras, bandolas, quenas i zampoñas.*

No nos dábamos cuenta de lo que pasaba en nuestro derredor.

Cien veces habian empezado los *bailecitos*, i otras cien volvian a empezar i nadie manifestaba impaciencia, siendo las únicas voces que se oian en todas direcciones las de *¡otro, otro* i *otro!*

***

Recuerdo una escena, que caracteriza esta curiosa fiesta, i que se repite cien veces en cada una de las tres noches, que se llaman de la Cruz.

Llegaba a su fin una tierna cancion que entonaban todos los presentes, cuando se precipita sobre la concurrencia una multitud de enmascarados que llevan en pos de sí, la turbacion i el desórden. Rompen el círculo. Los amigos i los enemigos se confunden; la algazara es inmensa; las guitarras crujen oprimidas por la muchedumbre; los vasos de ponche vuelan sobre las cabezas. Aquello era la representacion al natural de la petipieza *Llueven bofetones.*

Todo dura un minuto, miéntras que se conocen. A un enmascarado se le cae la careta, una voz dice *¡Juan!* i cien repiten: *¡somos amigos! un trago, un trago, ¡siga la música!*

¡Oh feliz turbacion! esclamaba al lado una bella pareja que, como nosotros, habia sufrido el martirio de la alegría que abusa de la condescendencia i del buen humor.

Pero salíamos de las llamas para caer en el fuego.

La escena que hemos descrito es solo un pequeño incidente de esa comedia bufosérla que se representa durante tres noches en el pequeño valle del Calvario que domina la ciudad, en donde reposa la jente sérla que no quiere ver los espectáculos que frecuentara en mejores años, cuando el cabello era negro, la tez suave i las piernas lijeras.

***

¿I qué significa ese baile a campo raso en las frias noches de los primeros dias de mayo?

¿Por qué el indio se viste de plumas i abandona el traje, que es lo único que le ha dado la civilizacion que bulle a su lado, sin tener con él mas contacto que el que tiene el amo con la bestia de carga?

¿Por qué el alegre *cholo* busca en el dis-

fraz o en la careta la algazara que aturde, el baile i el licor que abrevia las hora de pena i amargura?

¿I por qué nos hemos de devanar los sesos en resolver un problema que siempre pasa en nuestro derredor?

Cuantas veces vemos a la calumnia disfrazada con el manto de virtud; al deseo de medrar disfrazado con el ropaje de la sinceridad; a la mentira con el de la verdad; al crimen con el hábito del cenobita; en una palabra, al mal con la del bien, por hipocresia, i por miedo, al bien con la impudente i sucia máscara del mal.

Lo que diariamente se hace en todas partes en privado, es lo que se hace en la fiesta de la Cruz en público.

Fiesta del pueblo, tiene sus rasgos caracteristicos que la distinguen: espansion, franqueza, alegria i voluntad en pleno uso.

No queremos criticar las costumbres que nada malo envuelven, aunque no sean tan del sabor de algunos Aristarcos que querrian convertir el mundo en una inmensa escuela, en donde todo estuviera sujeto a un reglamento. En ellas vemos recuerdos que consagran los pueblos, muchas veces sin saberlo, a hechos o a costumbres que fueron de tiempos que ya pasaron. Hai en esas fiestas una manifestacion sencilla del culto que nos merece el dia de ayer en que alentaron las personas que nos son caras, aun mas allá del sepulcro.

Respetamos las costumbres de las personas con quienes vivimos, como tambien respetamos sus creencias i sus leyes.

Pero basta de reflecciones—nos dirá algun amigo que lea este articulo ¿qué mas habeis visto?

—Nada mas.

I si nos exijiera nuevos detalles le diriamos: hemos visto que, como en todas las farsas del mundo, en esta fiesta *detras de la cruz estaba el diablo.*

VENTURA BLANCO.

EL JÓVEN TOBÍAS.

I.

Por las márjenes del Tigris,
Que en ronco murmullo arrastra
Por su cauce pedregoso
Una inmensa mole de aguas,

Una tarde dos viajeros
Guiaban su cansada planta,
Cubiertos de espeso polvo
I de sed la boca amarga;

Presto el sol iba a ocultar
Su roja luz i de grana
El cielo en el occidente
Su postrer rayo inflamaba;

Leve i apacible brisa
Que del rio se levanta
Los verdes ramos mecia
De una que otra aislada palma;

Los caminantes entónces,
Tras de una larga jornada
Paran i un descanso buscan
En la senda solitaria.

Era el mas jóven, Tobias,
Que a Rajés su padre enviaba
Para cobrar a Gabelo
Unos talentos de plata;

De faz hermosa, risueño,
En su esterior revelaba
Lo bello del corazon
I la grandeza de su alma;

Era Azarías el otro,
Que en travesía tan larga
Con solicitud de hermano
Al jóven Tobías guiaba

I con su aspecto imponente
I el brillo de su mirada
Raudal de suave armonía
De sus palabras se escapa;

Con su ropaje talar
I sus guedejas doradas
Mas parecia un arcánjel
Que una creatura humana....

Quiso Tobías lanzarse
A las cristalinas aguas
Para quitar de sus piés
El polvo de la jornada,

I ya las templadas ondas
Lamian sus rojas plantas,
Cuando un pez enfurecido
De él arremetió con saña.

El jóven amedrentado
Listo huyó sobre la playa;
Pero Azarías le dijo:
—«No temas, nó, su pujanza:

Cójelo presto sin miedo
De sus enormes agallas
I sin trepidar arrójalo
En la ribera caldeada

I lo abriremos: el hígado
I hasta sus mismas entrañas
De raro medicamento
Talvez nos sirvan mañana!»—

I asi aconteció; Tobias
Lo arrebató de las aguas
I en la arena, muribundo
Azotó su enorme masa.

Despues de largo silencio,
Cuando ya quietos miraban
Aparecer las estrellas
En la bóveda azulada

Con tierna voz, Azarias
I, como inspirado, esclama:
—«¿Por qué a Raguel, dulce amigo,
No pides de esposa a Sara?....

Ella es tu pariente, hija única,
Es hermosa i agraciada
I seria, en tu vejez,
El dulce solaz de tu alma!»—

I Tobias contestó:
—«¿Por qué entónces la desgracia
De ser, como si malditas
Fueran, sus bodas nefandas?....

Creen que espíritu infernal
Dentro de ella se albergara
I el infeliz que de esposo
El grato nombre le daba

Diz que en su tálamo infame
Segura muerte es lo que halla...
¡Dime si no he de temer
Unirme a esa desgraciada!....»—

—«No temas eso contigo,
Dijo Azarias; la llama
De la lujuria en los otros
El corazon inflamaba;

I, si es que el maligno ser
Se alberga dentro esa casa,
No dudes por un momento
Que ha de huir, en rota amarga!»—

Próximos a la ciudad
Siguieron los dos la marcha,
Deseosos de terminar
Aquella larga jornada.

II.

En la casa de Raguel;
Todo es contento i bullicio,
Que su pariente Tobias
A visitarlo ha venido.

Para un banquete suntuoso
Llamó a todos los amigos
I en medio de ricas viandas,
Corrieron añejos vinos;

Todos con amable afan
A los viajeros queridos
Ofrecieron su amistad
I fiel i eterno cariño;

Asi que, cuando Raguel
A sus parientes les dijo
Que Tobias por esposa
A Sara habia pedido,

Pálidos todos se tornan,
Concluyen los regocijos
I mústios todos repruebán
Aquel contrato maldito!....

Echan en cara a Raguel
El funesto sacrificio
Que del jóven estranjero
Va a hacer, a un maligno espíritu:

Que su umbral abominable
Pasaron siete maridos,
Para ser en pocas horas
Solo cadáveres frios....

Que esa hija que de Satan
Era predilecto asilo
Debiasela arrojar
A algun tenebroso abismo!....

Sin embargo aquella boda,
A pesar de los amigos,
En aquella misma noche,
Se efectuó, con gran sijilo.

I el bien consejado novio
Tres dias consecutivos
Se dedicó a la oracion
I a piadosos ejercicios.

I las entrañas del pez
Las hizo quemar prolijo,
Para ahuyentar de su cámara
Al espíritu maligno.

La jente quedó admirada
Al palpar tan gran prodijio,
Pues, al que hacian cadáver
Estaban viéndole vivo!....

El temor despareció,
Le sucedió el regocijo
I en la casa de Raguel
Fué todo placer, bullicio.

En los banquetes i danzas
Mil cánticos alusivos
Al son de armoniosas citaras
Entonaron tiernos niños.

I al ver el padre, felices
Libre de mal a sus hijos
Cuantiosas limosnas dió
A innumerables mendigos.

I obsequió con ricas joyas
Del mas deslumbrante brillo
A sus mui nobles parientes
En su casa reunidos.

La mitad de sus riquezas
I sus repletos apriscos,
Con sus esclavos cedió
A su yerno tan querido;

Mas en medio de la dicha,
De tanto esplendor i hechizo
Del corazon de Tobías
Se escapó un hondo suspiro.

Que allá en remotas comarcas,
Talvez en penas sumido,
Llorará el anciano padre
La larga ausencia del hijo!....

Azarías, que jamas
Negó ningun sacrificio
Para aliviar el trabajo
De su feliz protejido,

A Gabelo fué a cobrar
La antigua deuda i tranquilo
En pocos dias tornó
A los brazos de su amigo.

Ya era tiempo de volver
A ver el hogar querido
I al efecto principiaron
A hacer mil preparativos.

I una mañana entoldada
Por nubarrones sombrios,
En medio de los sollozos
De Sara, Raguel i amigos,

Salieron en caravana
De aquel tan amable asilo,
Rodeados de cien esclavos
I de rebaños crecidos.

III.

De Nínive, en la opulenta
Ciudad mas bella de Asiria,
En un rincon apartado
Moraba el viejo Tobías.

Del único hijo la ausencia
Su corazon consumia
I sus apagados ojos
Lágrimas tristes vertian.

En vano la anciana esposa,
Tanto como él aflijida,
Aparentando valor
Su negra pena suaviza.

I a disipar la tristeza
Subia a una alta colina,
Por ver si alguna mañana
Tornar al hijo veia.

Por fin, una hermosa tarde
En que el sol luciente ardia,
Allá en lejano horizonte
Gran caravana divisa.

I entre una nube de polvo
Que en grandes columnas jira
Al hijo de sus entrañas
Su corazon adivina.

I vuela a darle la nueva
Feliz al viejo Tobías,
Que no alcanzaba a creer
Tan dulce increible dicha!....

Aun de tan grato desmayo
El anciano no volvia,
Cuando el umbral ya pisaban
El viajero i su familia.

Despues de tanta emocion,
De tanta grata delicia,
Todos alzaron al cielo
Plegaria tierna i sencilla.

I el jóven despues que a Sara
Dieron el nombre de hija,
Con la hiel del pez enorme
Unjió al anciano la vista.

I aquella que largos años
Estaba sin luz, ni vida
Recuperó en un instante
De Dios la sagrada chispa!....

Agradecidos quisieron
Pagar al noble Azarías
Con parte de las riquezas
Que de tan léjos traian;

Mas él entónces dejando
Los ropajes que ceñia
—«Soi el Arcánjel Rafael,
Dijo con grata sonrisa,

I no sintais que yo parta
Que mi mision es cumplida:
Sigue, Tobias, la senda
Que te mostré por tu dicha

I la bendicion del cielo
Recibe con tu familia.»—
Dijo i como blanca nube
Despareció de su vista,

Difundió grato perfume
De la mas preciada mirra
I suave lampo alumbró
Aquella alcoba sencilla.

Todos postrados en tierra
Cayeron, a tanta dicha
I en muchas horas aun
Del estupor no volvian.

Despues a Dios bendijeron
I a la jente conmovida
Llenos de pavor contaron
Tan sublime maravilla!....

1872.

DAVID BARI.

¡ESPERANZA!

Hermosas i fragantes flores crecen entrelazadas con las espinas i zarzales que hieren la desnuda planta del labriego i que roban al corderillo su blanca lana. Puros i cristalinos arroyuelos deslizan sus frescas aguas por las ardientes arenas del desierto i serpentean entre las ásperas rocas del monte.

¡Asi tambien vive la esperanza en medio de las amarguras i decepciones del corazon!

¡Hija del cristianismo, santa esperanza! ¡Cuán dulce resuena tu voz cuando se deja oir al traves de las tempestades que vienen a conmover el alma i a ahuyentar las plácidas ilusiones!

Cual tierna madre, la esperanza responde a los jemidos del dolor, jemidos que si ella faltase, irian a espirar sin eco como el murmurio del viento en la inmensidad de los desiertos.

∴

Si espesas brumas cubren con fúnebre velo la felicidad que tanto se ansia, presto el corazon cristiano verá resplandecer al traves de ellas un rayo de esperanza, que con su benéfico calor viene a deshacer el hielo de las decepciones i con su divina luz a iluminar la árida noche del sufrimiento.

Siempre la esperanza vendrá a albergarse en el pecho del que con la conciencia pura i tranquila busca en la virtud el ánimo o consuelo de que necesita.

∴

No en el ruido de las fiestas espléndidas ni en el bullicio de una vida tumultosa irá jamas la esperanza a verter sus perfumes. En esas fiestas i en ese bullicio los dolores se amortiguan solo, para despertar despues mas punzantes i terribles. Entónces el alma esperimenta vértigos que hacen olvidar por un momento las realidades de la vida i cruzan quizas por la imajinacion placenteras ilusiones. Pero durarán éstas lo que el fulgor del relámpago i no dejarán huellas tras de si.

En el retiro del hogar, en la vida cristiana, cuando el sufrimiento llega a descargar su rudo brazo, junto con él descenderá del cielo, cual el rocío a los campos, la esperanza que vendrá a dar vida nueva a la pasada dicha.

∴

Ese sentimiento profundo, inalterable i tranquilo de un futuro inmortal, sentimiento que está únicamente en el corazon del buen cristiano, hé ahí lo que es la esperanza.

Hija i hermana de la fé, la esperanza calma los mas vivos dolores i desecha las mas crueles penas. Con ella hai en la desgracia cierto encanto dulce i poderoso que hace mas lijero su peso; con ella la miseria tiene tambien sus placeres i riquezas; con ella los tristes dias de nuestra vida pasan como un sueño a cuyo despertar no vendrán a mezclarse amargos recuerdos con la inmensidad de nuestros goces i las realidades indestructibles de nuestra dicha.

∴

Buscad esta esperanza divina en la soledad de los calabozos aliviando del peso de sus cadenas al inocente; buscadla en las mansiones del dolor i de la miseria; buscadla bajo el techo de la pobre cabaña sonriendo al hambre i a las enfermedades; i buscadla tambien en el fondo de los grandes palacios, consolando en las penas que, quizas mas que al pobre, aquejan al poderoso; buscadla donde quiera que el dolor haya venido a probar al alma confiada en las promesas de Dios, donde quiera que la inocencia i la virtud, como blancas palomas perseguidas por el gavilan, parezca que pueden llegar a ser fácil presa del vicio i del crimen.

Ahi la encontrareis con su dulce sonrisa i su voz armoniosa, bella i tímida como una virjen, pero grande i fuerte como el ánjel de la ardiente espada.

* * *

La esperanza se manifiesta en venturosos pensamientos i tiernos símbolos, i quien la posee la encontrará en sí i a su alrededor hasta su última hora.

La esperanza es la oracion que fortifica i consuela; es el sentimiento del deber; es la revelacion de nuestro porvenir.

La esperanza sonrie en la primera sonrisa del niño, en la mirada sublime del moribundo, en la cruz que se eleva sobre la tumba del cristiano!

RAMON C. BRISEÑO.

¡ADIOS!

A L...

(Imitacion de Musset).

¡Adios, quizá para siempre!
Me parece que en la vida,
Léjos de mí, ya perdida,
No te encontraré talvez;

Tu amor, de Dios a una prueba
Olvidaste en un momento...
¡Adios!—al perderte siento
Que con delirio te amé.

Nada de inútiles quejas
Ni nada de inútil llanto;
Yo creo el pasado santo,
Yo respeto el porvenir;

No te amo, pero no te odio,
Ya has muerto en mí el sentimiento;
Podria verte, contento,
En brazos de otro, feliz.

Me dejas llena de orgullo,
Llena el alma de confianza,
I sientes que la esperanza
Palpita en tu corazon;

¡Sé feliz!—Si tú me olvidas,
Que nunca de tí se olvide
La alegría, ni se anide
En tu pecho la afliccion.

¡Oh, amiga! quizá tu vida
Va a ser un continuo sueño
I en suave i dulce beleño
El placer te embriagará;

Cuidado, que esos placeres
Son a veces peligrosos,
I recuerdos dolorosos
Solo dejan al pasar.

Todavía aquella estrella
Tutelar de tu destino
Para alumbrar tu camino
Largo tiempo se alzará;

I dándote nuevos triunfos,
Largo tiempo todavía,
Al reflejar tu alegría
Tus ojos deslumbrará.

Pero talvez algun dia,
Ya tarde, tu pecho entienda
De un alma que nos comprenda
El infinito valor;

Comprenderás que es inmenso
El bien que se halla en amarla
I si es forzoso olvidarla
Cuánto sufre el corazon.

RAFAEL EGAÑA.

REVISTA BIBLIOGRAFICA.

MAYO.

Durante el mes de mayo próximo pasado, la Biblioteca Nacional recibió las siguientes publicaciones hechas por las prensas nacionales:

«Los Cementerios», por el Obispo de la Concepcion.—2.ª edicion.—1 vol. en 4.° de 123 pájs.—Imprenta de *El Mercurio*.—Valparaiso.

«Sesiones estraordinarias de la Cámara de Diputados correspondientes al año 1871.»—Número 2.—1 vol. en fol. de 540 pájs.—Imprenta *Nacional*.—Santiago.

«Reglamento de la Brigada de policía de San Felipe.»—1 vol. en 4.° de 15 pájs.—Imprenta de *El Independiente*.—Santiago.

«Escritura social de la Gran Compañía de Caracoles.»—1 vol. en 4.° de 14 pajs.—Imprenta de *El Mercurio*.—Valparaiso.

«El Cura i Vicario de San Felipe en presencia de sus detractores.»—1 vol. en 4.° de 32 pájs.—Imprenta de *El Independiente*.—Santiago.

«Memoria demostrativa de los trabajos llevados a cabo por la espedicion de esploracion i traida de aguas, comisionada al efecto por la ciudad de Putaendo de Aconcagua,» por don José Fernan Rodrigo Caballero.—Primera parte.—1 vol. en 4.° de 28 pájs.—Imprenta de *El Mercurio*.—Valparaiso.

«El Confitero Chileno.» Suplemento al *Cocinero práctico*.—1 vol. en 8.° de 64 pájs.—Imprenta de *La Patria*.—Valparaiso.

«Prospecto i Estatutos de la Gran Cervecería de Santiago,» por Teodoro Steinthal.—1 vol. en 4.° de 16 pájs.—Imprenta de *El Ferrocarril*.—Santiago.

«Motivos de una renuncia o sea el Gobierno i el cuerpo de injenieros civiles en sus relaciones con el interes público.»—1 vol. en 4.° de 55 pájs.—Imprenta de *El Ferrocarril*.—Santiago.

«El juicio de un tirano en el mundo de la libertad.»—1 vol. en 8.° de 23 pájs.—Imprenta *Chilena*.—Santiago.

«Los dramas de Paris,» por Ponson du Terrail.—Tomo VII.—1 vol. en 4.° de 183 pájs.—Imprenta de *La Patria*.—Valparaiso.

«Galería Dramática.» Recopilacion de la mas selectas producciones dramáticas del siglo, dirijida por los distinguidos literatos señores don Rafael Minvielle, don Luis Rodriguez Velazco i don Cárlos Walker Martinez. Publicada por Ventura Moran.—Entrega 1.ª—1 vol. en 4.° de 39 pájs.—Imprenta de *La República*.—Santiago.

«Vida de N. S. Jesucristo, con una relacion sucinta de la Palestina,» por Domingo Faustino Sarmiento.—1 vol. en 8.° de 128 pájs.—Imprenta de *El Independiente*.—Santiago.

«Ensayo sobre la vida i escritos de Camilo Henriquez,» por Luis Montt.—1 vol. en 8.° de 131 pájs.—Imprenta de *El Ferrocarril*.—Santiago.

«Catálogo de los productos agrícolas e industriales de la República de Chile enviados a la Esposicion Nacional de Lima.»—1 vol. en 4.° de 13 pájs.—Imprenta de *El Mercurio*.—Valparaiso.

«Teatro Chileno.» El patio de los Tribunales. Comedia en un acto por Valentin Murillo.—1 vol. en 4.° de 36 pájs.—Imprenta de *La República*.—Santiago.

«Historia de la ciudad i puerto de Valparaiso,» por B. Vicuña Mackenna.—Tomo 2.°—1 vol. en 4.° de 346 pájs.—Imprenta de *El Mercurio*—Valparaiso.

LOS ÁNJELES EN LA TIERRA.

Apénas hacemos llorando nuestra entrada al valle de lágrimas, ya encontramos, alumbrados por el primer rayo de luz que hiere nuestras pupilas, el semblante cariñoso de una mujer, ojos que nos miran llenos de ternura, brazos que nos estrechan en abrigado regazo, rodillas que nos mecen lánguida i blandamente hasta dormirnos, labios que sonrien i besan.

Hai una mujer que preside a nuestros bulliciosos juegos, que nos abriga si tenemos frio, nos alarga el pan cuando tenemos hambre i nos alza cuando caemos. Hai una mujer que, olvidando la labor la deja caer de las manos, i se queda absorta, estasiada

sonriendo dulcemente i fija en nosotros al mirada.

Si dormimos, esa mujer vela al lado de nuestra cuna, observando nuestro mas pequeño movimiento, atenta hasta a las respiraciones de nuestro pecho. Esa mujer no siente el peso de la vijilia i no tiene mas ambicion que guardar nuestro inocente sueño. Ora fija en nosotros solicita mirada, ora alza al cielo juntamente sus ojos i su plegaria. Adivina por la espresion de nuestro semblante los deliciosos sueños que estamos soñando.

Cuando pagamos los primeros tributos a la lei del dolor; cuando la fiebre enardece nuestra frente i nuestras mejillas se ponen encarnadas i fatigosa nuestra respiracion, la mujer está allí al lado de nuestra cuna, jime i llora, i cruel congoja aflije su corazon.

Sobre las rodillas de esa mujer aprendemos a balbucear nombres sacrosantos, que invocamos despues en las tribulaciones de la vida i nos consuelan; aprendemos un nombre que, cuando lo pronuncian nuestros labios infantiles, hacen brotar las lágrimas de los ojos de esa mujer, es un nombre que trae tristes recuerdos de una felicidad que ya pasó, el nombre de un ser que partió del mundo llevándose consigo la mitad del corazon de esa mujer, es el nombre de un ser que nos habria amado mucho, si hubiera alcanzado a acariciarnos; aprendemos, por fin, a pronunciar otra palabra dulcísima: *¡madre!*

Crece el niño, crece el jóven. Ya no existe la mano amorosa que guiaba sus pasos indecisos en el camino de la vida. Comenzamos a marchar solos por camino desconocido, lleno de precipicios. Pero Dios hace que encontremos compañeros de jornada.

Siguiendo el mismo camino, nos apoyamos i ausiliamos; nos alentamos en el cansancio, combatimos juntos contra los peligros.

Nuestros gozos i nuestras penas, nuestras alegrías i nuestras amarguras son comunes.

Inestimable consorcio de dos almas, participacion de las mismas penalidades, de los mismos pensamientos, de las mismas emociones, de la misma vida, alianza de dos corazones que laten a un mismo compas, seguro asilo contra las tormentas del mundo, refujio de los que amenaza la ira i el odio persigue,—amistad, preciado don de Dios ¿qué fuera sin tí de la vida? En tu seno derramamos nuestras alegrías i nuestros dolores, i tú ensanchas nuestros goces i mitigas nuestras penas. Gracias a tí, gozamos por dos, i sufrimos entre dos.

Vió un dia el jóven a una creatura encantadora. Ella era bella i pura; en sus ojos i en su frente brillaba la inocencia; en sus labios sonreia el candor; en su talante se ostentaba la modestia i la virtud. La vió, i fijó en ella a un tiempo mismo los ojos i el corazon.

Pasó el tiempo, i un dia lució como ninguno sereno i brillante. Él, loco de júbilo, ella radiante de hermosura i lozanía, cubierta con blanco velo i coronada de azahares, se encaminan al templo del Señor. Al pié del altar santo juran darse el uno al otro para siempre i el ministro de Dios bendice el juramento.

Él i ella viven en la casa en que vivieron sus padres, vieja casa donde jugueteaban en la infancia, donde murieron aquel anciano i aquella anciana, donde cada sitio tiene grabado con indelebles caractéres un recuerdo de dicha o de infortunio, pero siempre caro i venerando.

Ella, la inocente i dichosa niña, ídolo de sus padres, que pasaba tan tranquila vida rodeada de solícitos cuidados, es ya la esclava del amor: es madre. Toda para el compañero de su vida, toda para los pequeñuelos hijos, ya no conoce el profundo sueño que en otro tiempo nada ni nadie venia a turbar, el mas leve vajido del que duerme en la cuna, la despierta. No hai para su corazon quietud sino cuando tiene estrechado contra él al objeto de su tierno amor.

Delicia de su esposo en la prosperidad, es su consuelo en la desgracia. Siempre amante, siempre resignada, siempre magnánima, siempre feliz, en los dias de abundancia i dicha como en los de pobreza i tribulacion. Llena de amor, de gratitud i de alegria se sienta a la mesa de su hogar para regalarse con esquisito manjar o comer el negro pan, con tal que se sienten a esa mesa felices los dueños de su corazon, con tal que el esposo la ame i sus hijos le sonrian.

¡Cuán rico es siempre aun el pobre hogar cuando lo llena Dios! ¡Cuán feliz, si la virtud lo embalsama con su aroma!

Ademas del mundo que palpamos, hai otro mundo en que se mueven invisibles las almas. A ese mundo entramos tambien al nacer, i hai otra madre que nos recibe, nos abriga i nos nutre; una madre que nos guia de la mano, para que no tropiecen nuestros piés en las piedras del camino. Hai un guardian que vela solícito al par con nuestra madre visible i proteje con sus alas nuestro inocente sueño.

Nos acompaña, nos alumbra, nos fortifica i nos cura durante la jornada de la vida, jornada que va desde el destierro hasta la patria de nuestras almas.

La divina Iglesia del Cristo con sus dogmas consoladores, su purísima moral i su maternal solicitud nos recibe en la fuente de la rejeneracion, nos da el viático de la inmortalidad, lava nuestras culpas i nos encamina al cielo.

Cuando hemos llegado al término del gran viaje, nos conforta en el último trance, alivia nuestras agonías mostrándonos la tierra prometida i abiertas las puertas de la patria. Ora i llora sobre nuestro cadáver, i despues se constituye su perpétuo guardian hasta la consumacion de los tiempos.

Es ella, la sublime relijion cristiana, la que nos enseña que a nuestro lado vela siempre un ánjel de Dios, ánjel amoroso, enviado por el Altísimo para llevarnos a él.

Santiago, mayo 31 de 1872.

RAFAEL B. GUMUCIO.

PROBLEMA.

A SIRO LUQUE.

Llamemos x la incógnita
De este difícil problema,
Que he de esponeros galante,
Para que mas grato os sea,
En forma de cuentecillo.
Por bravos mares navega
A x recien elevado
Un hombre que en la pelea
Valeroso se portó.
Naufraga el misero, i llega
Asido de un x a otro x,
Al cual las olas lo llevan.
Erase oscura la noche,
Densas eran las tinieblas,
I x saca con gran prisa
Un x para lumbrera.
Preguntad a un peluquero
Por la x de este problema
I quedareis luego al x
Del x de esta conseja.

BIBÍ.

SOLUCION
DEL ENIGMA DEL NÚMERO ANTERIOR.

A SIRO LUQUE.

Allá por aquellos tiempos
Del Parnaso i de las Ninfas,
Cuando era herrero Vulcano
I Marte andaba en las lidias,
Diz que ocurrióse a alguno
Referir que visto habia
Convertido en un chicuelo
Al *Amor*. ¡Brava inventiva!
Desde entónces, Siro amigo,
Mui niño a *Cupido* pintan
I le dan por atributos
Alas i aljaba antigua.
Cuentan que el bebe es capaz
De causar grandes desdichas,
De salvar el universo,
De hacer la pena alegría;
Agregan tambien que el pobre
Tiene vendada la vista,
I que así sus flechas van
Sin ton ni son i sin mira.
Tú aseguras que es verdad
Todo aquesto, a pié juntillas;
I yo, Siro, te aseguro
Que es todo ello.... mui mentira.

BIBÍ.

Contenido de este número.

I.—*El honor de una mujer*, drama en cuatro actos i en prosa, por V. Torres Arce (crítica literaria), por Rómulo Mandiola, páj. 549.
II.—¡Era verdad!, poesía, por Enrique del Solar, páj. 554.
III.—Costumbres, por Ventura Blanco, páj. 554.
IV.—El jóven Tobías, poesía, por David Bari, páj. 557.
V.—¡Esperanza! por Ramon C. Briseño, páj. 560.
VI.—¡Adios!, poesía, por Rafael Egaña, páj. 561.
VII.—Revista bibliográfica, páj. 561.
VIII.—Los ánjeles en la tierra, por Rafael B. Gumucio, páj. 562.
IX.—Problema, por Bibí, páj. 564.
X.—Solucion del enigma del número anterior, páj. 564.

IMPRENTA DE «EL INDEPENDIENTE.»

LA ESTRELLA DE CHILE.

AÑO V. Santiago, junio 9 de 1872. Núm. 245.

TEATRO.

«MARIETA» I «LA CRÍTICA DE MARIETA» POR CÁRLOS GREZ I TORRES.

> «Con la medianía incorrejible o con la presuncion endiosada toda crítica está demas: es tiempo enteramente perdido.»
>
> (E. DE OCHOA.)

Las palabras del célebre como malogrado literato español que acabamos de citar, no van ciertamente aplicadas al jóven autor de las obras dramáticas con cuyo título encabezamos estas líneas i de que vamos a ocuparnos.

Mui léjos de eso. Porque no creemos que exista en el jóven Grez esa medianía incorrejible i porque no tenemos datos para juzgarlo víctima de endiosada presuncion, nos ocuparemos de su primer ensayo. Por mas que se diga en contrario, abrigamos la mas firme conviccion de que la crítica justa, aunque severa, tiene una alta mision, a saber: trabajar por la conservacion del buen gusto, por la pureza del arte, por la correccion de los malos hábitos, estimulando a aquéllos que tienen alas para volar airosos por sobre la escena, deteniendo a los que se esfuerzan por encumbrarse ausiliados con alas de cera que a nada resisten i que nada pueden.

Dada, sobre todo, la pobreza de nuestro teatro nacional i dadas las sólidas razones que hai para asegurarle los esplendores de dias de gloria, se convendrá en que es una tarea laudable i provechosa, si bien árdua i poco lucrativa, la de no mirar con desden los ensayos dramáticos de escritores que pueden, el estudio de los buenos maestros mediante, ser un dia autores dramáticos de nota.

¿Por qué no dejar consignado, siquiera sea en lijeras pájinas, el movimiento de una parte importante de nuestra literatura?

Muchos hombres que se llaman serios i que se creen tales han decidido formar la conspiracion del silencio al rededor de ciertas obras i de ciertos autores.

No los imitaremos. No los imitaremos porque no nos parece un proceder jeneroroso ni un proceder elevado eso de mirar con altivo desden i con no sé qué compasivo desprecio todo aquello cuyo nacimiento no es anunciado a golpes de bombo, por la algazara cortesana i por el estrépito i los estremecimientos del parto de los montes.

En la alabanza como en el vituperio, no saliendo de los límites de la justicia, hai una indudable utilidad. Se detiene el torrente o se le abre cauce.

Marieta es un drama en prosa i en cuatro actos. Su argumento adolece de defectos capitales.

Hai allí una jóven, una hija de familia, Marieta, que ha alimentado amores ilícitos, fruto de los cuales es una niña de tres años. Los amores de Marieta con un segundo amante, sus veleidades, sus inconstancias, sus continuos cambios, sus despedidas a Jorje, sus coqueterías con Alfredo, forman toda la base i la intriga del drama.

Desde los primeros momentos se nota la poco feliz eleccion de la fábula i la fatal influencia del espíritu de imitacion.

Los dramaturgos franceses modernos, por regla jeneral, han hecho huir de sus obras a la moral avergonzada. Se diria que se la ha condenado a un ostracismo perpétuo.

Fué Alejandro Dumas (hijo) quien abrió este camino vedado, i su *Dama de las Camelias* fué su primera esploracion en él. ¡Cómo se regocijaron los husmeadores de escándalos! La turba de pequeños escritores se lanzó tras la nueva mina i el teatro no fué ya sino el palenque libidinoso adonde acudia la multitud a saciar sus instintos brutales. Se hizo del adulterio un asunto de predileccion para el drama. Dumas mismo ha esplotado hasta el cansancio este sucio venero. Para no hablar de otras,

nos bastará recordar sus últimas producciones: *La visita de los nupcios* i *La princesa Jorje*. Amoríos escandalosos, matrimonios desgraciados, manchados tálamos nupciales se deslizan allí a la vista del espectador, con repugnante prodigalidad. Se ridiculiza lo mas santo, se hace la apoteósis del vicio i de la infamia. Se humilla, i se postra i se cubre de harapos a la virtud en la escena para tejer coronas, para ceñir dorada túnica i cubrir de aplausos a prostituidos amores.

De aquí esa lamentable decadencia del arte. La buena comedia, como el buen drama, apénas si de vez en cuando asoman la cabeza, como avergonzados i corridos, por entre la inmensa turba.

Ved las escenas que se os ofrecen. Galatea es una niña inocente. Ganimédes le hace el amor pero ¡de qué manera! Calculadlo cuando sepais que, al cabo de poco tiempo, la púdica paloma, la inocente niña, ese tesoro de candor, Galatea, en fin, invita a su amante para un paseo secreto por el jardin.

I por ahí van muchas, muchísimas de las obras modernas que hacen los encantos de la multitud.

¡Ai! i cómo se olvida que el arte tiene una mision rejeneradora i que es su deber morijerar las costumbres i levantar el espíritu de los pueblos! En materias de arte, un tipo debe acercarse al ideal, remontarse a él. Así lo comprendieron los inmortales creadores de Orlando i Rosalinda; de Sejismundo, espíritu selvático e insocial; de Julieta i Leandro, esos bellísisimos, esos perfectos tipos del amor.

Pero hoi en dia se sigue otras aguas i se ha hecho de las letras, del arte dramático un instrumento poderosísimo para halagar las malas pasiones, para dar cuerpo, fuerza, colosal empuje a los malos instintos.

Es la revolucion del desparpajo brutal, de la impudencia desvergonzada contra el pudor i la virtud. Si el terrible Juvenal sacudiera el polvo de su tumba secular i se levantase al medio de la escena ¡cuánta no seria su indignacion i cómo cruzaria el rostro de estos profanadores del arte con su látigo acerado!

Corneille tenia razon cuando decia: la relajacion comienza donde el pudor concluye.

Estas lijeras observaciones nos han ocurrido a propósito de *Marieta* i su argumento. En este sentido el autor ha andado poco feliz.

Marieta, despues de ser una mala hija, no es siquiera una buena amante. Sus vacilaciones entre Jorje i Alfredo son ridículas. Su inconstancia misma es injustificable. ¿Qué mujer es ésta que, siendo madre, amando, como parece amar, a la hija de sus entrañas, solo se acuerda de esa hija al cabo de tres años, cuando se halla envuelta en nuevos amores, cuando todo su deseo es casarse con Alfredo? Solo despues de tres años viene a saber que su honra corre peligro de perderse! ¡Cuánta increible inocencia i cuánta candidez!

Alfredo i Jorje son dos tipos bastante desairados. Tan pronto se les vé rivales celosos como unidos conspiradores. Uno no sabe cómo calificarlos. El pintor ha delineado con mal carbon sus perfiles i se les vé a una gran distancia, alumbrados apénas por los últimos rayos del crepúsculo de la tarde.

No está ménos mal delineado el tipo de la madre de Marieta. Es esa una madre imposible. Marieta vive a su lado i sinembargo, despues de tres años, no tiene ni siquiera débiles luces de los amores de Jorje con su hija.

En un momento dado, las sospechas asaltan su mente. ¿Qué pasa por Marieta? No lo sabe. I ¿os figurais lo que hace para saberlo? Llama a su hija menor i la interroga sobre si ha visto algo de notable en Marieta, si sabe por qué sufre ésta i cuál es el motivo de su tristeza. ¿Puede ser tal la situacion i la conducta de una madre?

Entretanto, el espectador se dice i con razon: ¡Qué madre tan imbécil! Tu hija vive en tu casa, un mismo techo cobija a ámbas, comen en una misma mesa i sinembago ¿no sabes lo que pasa a tu hija desde hace tres años?

I despues, la madre de Marieta es en la intriga un cero a la izquierda. Se la ha encajado en el drama por pura complacencia, para hacerla desempeñar un papel ridículo. I tan ridículo, i tan desnudo de méritos i tan pobremente dramático que, a pesar de los esfuerzos que para ello hizo la Civili, no consiguió darle importancia alguna. Se nos figura que la gran artista debia estar como en áscuas. Tenia que moverse sobre la escena (i perdónesenos la compa-

racion) como se mueve Josecito tras del telon de los titeres.

En cuanto a la hermana menor de Marieta i aun en cuanto a Agustin, están pegados al asunto principal, bien así como se puede pegar un cartel de teatro a las esquinas de nuestra poblacion. Son personajes sueltos que van i vienen, i entran i salen sin objeto determinado. Hai en ellos un mucho de la Ardilla de Iriarte.

Hagamos una confesion en descargo de nuestra imparcialidad.

Agustin, aunque mal encajado en el drama, es un personaje mui regularmente pintado. Es un petimetre de buena estirpe, delineado por mui buenas pinceladas. Es talvez i sin talvez lo mejor que hai en el drama. Mas de uno de nuestros elegantes debió encontrar en Agustin su *alter ego*.

Entre este sujeto i Marieta hai escenas no escasas de mérito i en que campea un diálogo animado, una sátira viva, picante, prima hermana, si no hermana carnal, del sinapismo.

Aquello de la predileccion de Agustin por el ramito de flores en el ojal de la levita i las observaciones de Marieta contra esta moda i contra esta predileccion que califica de ridícula e indigna de un hombre de talento, están chispeantes de gracia. El público aplaudió esta escena. El autor i los artistas fueron objeto de aquellos aplausos.

El autor de *Marieta* ha adoptado un procedimiento mui sencillo para el desarrollo de la accion.

Se ha dicho: «el proscenio es un tablero de ajedrez; mis pesonajes serán el rei, la reina, los castillos, peones etc., etc., de ese tablero.»

I así diciendo ha procedido a voluntad i a voluntad tambien ha movido los personajes de su drama. Para nada ha tomado en cuenta el desarrollo natural i lójico de los hechos. Valor le ha sobrado para reirse en las barbas de ese desarrollo. Llevando hasta el estremo el dicho de Bacon, «la lójica tiene sus elasticidades,» se ha burlado de esa lójica con la estrepitosa carcajada de Luciano.

Citaremos una sola escena para probar la verdad de nuestro aserto. Así tambien libraremos de un martirio a nuestra memoria.

Marieta, su madre, su hermano i su amante están en escena. El diálogo se va tornando adormecedor, fastidioso. Es una conversacion de comadres que ningun interes ofrece. El espectador principia a temer que los cuatro personajes se larguen a hablar de repente sobre los frios de la estacion, la viruela, los romadizos o el garrotazo.

¿Qué hacer?

Pues no hai mas que hacer salir a la vieja importuna i al fastidioso Agustin.

El autor no trepida. Es preciso que los dos amantes queden solos i, con una crueldad inaudita, hace desaparecer a la madre de Marieta, la cual pretesta que tiene que arreglar *algunos asuntos*.

Yo tambien me voi, dice a continuacion Agustin. Dicho i hecho: Marieta queda sola con su amante.

Todo esto revela poco conocimiento del teatro, escasez de recursos dramáticos ¿O se cree que el público no conoce lo injustificable de algunas salidas i algunas entradas? Si? Pues se le hace un flaco servicio. ¿Nó? Pues es necesario no echar mano de semejantes patrañas o, de lo contrario, renunciar a la conquista de las espuelas del dramaturgo.

El desenlace del drama es enteramente inesperado. Llega i se consuma en medio del asombro del público. Aquella escena final, con pretensiones de escena trájica, hace asomar la sonrisa a los labios del espectador.

Marieta, que no ha logrado la casaca, despues de un monólogo altisonante, se precipita por el balcon a las aguas del mar. ¿I deja abandonada a esa hija que tanto ama? La amante desesperada ¿ha podido mas que la madre amorosa?

Castro i Serrano hace una observacion que nos parece tan injeniosa como justa. Afirma que un amante dice a su amada: muramos juntos; pero que una madre dice a su hijo: muera yo i sálvate tú.

Marieta no ha procedido como esa madre. Se suicida casualmente cuando no sabe qué suerte irá a correr su hija infeliz.

I despues, la desesperacion suprema de Marieta no está justificada por ningun antecedente. ¿Acáso lo está por su honra perdida? Pero por Dios! ¿cómo no la habia visto volar en pedazos durante tres largos años?

Mas, creemos inoficioso continuar en este terreno. Para crítica de *Marieta* basta ya. No nos es posible abusar de la tolerancia de los redactores de *La Estrella*.

Diremos mui pocas palabras a cerca de *La Crítica de Marieta*.

Es ésta un juguete cómico en que el autor se propone criticar su propio drama.

Indudablemente, *La Crítica* es mucho mejor que el drama. Hai soltura en el diálogo, animacion, movimiento en las escenas. No escasean los dichos agudos, las observaciones finas i picantes. La intriga es injeniosa aunque de poca novedad, los carácteres están por lo jeneral bien dibujados, principalmente el del tio de Marcelo. Sanchez Osorio tuvo aquí momentos magníficos.

La Crítica es demasiado larga i por esta razon decae mucho su interes. Ya en las últimas escenas el espectador se siente frio i hastiado. Aquello pudo haberse reducido a la mitad i ello habria sido mas acertado, de mejor efecto. Por lo demas, el autor se ha mostrado demasiado severo para con los críticos, demasiado jeneroso i aun demasiado complaciente para consigo mismo. Habria derecho para creer que se quiso fabricar un altar, colocarse sobre él e incensarse a despecho del público.

Tales son las dos obras que se exhibieron el mártes último en el teatro Lírico.

Si ellas no son un triunfo, tampoco son una caida, en el sentido estricto de la palabra. Su autor revela poco conocimiento del corazon humano, de los resortes teatrales, del movimiento escénico, de los recursos a que acuden los grandes maestros. Pero todos estos defectos, mui graves sin duda, se corrijen con el estudio, con el trabajo, con la observacion constante, atenta i concienzuda.

Para todo esto se requiere valor. No hai sin esta condicion nada que halague ni nada que dé gloria.

Si se ha tenido la audacia de la iniciativa, que se tenga el valor de la perseverancia. Es el único camino espedito para llegar al triunfo i abrazar la gloria.

Santiago, junio 7 de 1872.

RÓMULO MANDIOLA.

INDIFERENCIA.

No sé mentir, ni miento:
No tengo en mi mirada
Que revelarte nada,
Ni odio, ni amor por tí!
No halagan mis sentidos
Los rizos de tu frente,
Contemplo indiferente
Tu vista fija en mí!

Nunca en ensueño inútil
Te traje a mi memoria,
El libro de tu historia
Jamas me interesó;
Nunca crucé las calles
Buscando tus paseos,
Jamas a mis deseos
Formaste una ilusion!

No tienes, pues, derecho
De imajinar altiva
Que mi alma está cautiva
En tu amorosa red....
Que tu belleza i pompa
No me han impresionado,
I que jamas te he amado
Lo juro por mi fé!

Queda en paz con tu orgullo,
Yo con el mio sigo....
Ni amante soi, ni amigo!
Paso mui bien sin tí!....
Mui bien sin tus caricias
Que nunca he pretendido!....
Si en tí, tambien ha habido
Indiferencia en mí!

...

LÉJOS DEL HOGAR.

Amor, dulce amor del valle
Donde mis primeros años
Entre goces inocentes
En preciosa paz volaron,

A tu sombra soi dichoso
Cuando en mis dias amargos
El puñal de los pesares
Viene a herirme sin descanso!

No hai placer para el que léjos
De sus lares, va cruzando
Por un mundo que le hastía,
Como nave en mar lejano....

Dichoso aquél que a la orilla
Del alegre rio patrio
Cuenta sus postreras horas
Como sus primeros años!

Hai en el fondo del alma
Sentimientos tan sagrados,
Tan sagrados i profundos,
Que es una infamia arrancarlos:

La fé, el cariño materno,
La patria, el vínculo santo
Del hogar i la familia,
Son los purísimos astros

Que en el cielo de la vida
Iluminan el pasado,
I el porvenir alimentan
Con el fuego de sus rayos!

¡Oh! no querais de mi pecho
Romper tan hermosos lazos!
No me digais que es el mundo
Tan dilatado, tan vasto,

Que ofrece hogar a todo hombre,
Patria a todo ciudadano,
Sin distincion de familia,
Raza, lengua, nombre, o campo!

Pueden decirlo las leyes,
La ciencia puede afirmarlo;
Pero, el alma lo rechaza,
I el alma vuela mas alto!

El valle, el monte que el niño
Recorrió en sus dulces años,
Tambien quiere recorrerlos,
Tambien, el trémulo anciano!

Es instinto natural
Que a el alma va vinculado;
I el corazon no lo olvida,
Aunque se rompa a pedazos!....

Dadme el sueño de la muerte
En mi dulce suelo patrio,
I una tumba en las riberas
De mi mar hermoso i manso!

C. Walker Martinez.

LA VIOLETERA.

¿Que vende esa pobrecita,
De harapos solo vestida?
Va por el frio entumida
I no grita en alta voz.
Al brazo una canastita
De mimbre mal trabajada,
De verde hinojo colmada
Lleva con paso veloz.

Apénas cuenta tres lustros,
Con una faz placentera,
Perfumada i lisonjera
Como una brisa de abril,
Aunque marcha a pié descalzo
Sonrie despreocupada,
I se advierte en su mirada
Esa inocencia infantil.

Llega al suntuoso paseo
Do el mundo ostenta su gala,
I ninguna queja exhala
Torna i mira en deredor,
Hasta que alguien le pregunta:
«¿Vendes violetas hijita?»
«Sí, señor; i mui fresquita
Vendo la mas linda flor.»

La rodean al instante
Le quitan su canastito
Todos cojen un ramito
Que aspiran con dulce afan;
Mas al pagarle conocen
Que está corrida i turbada,
Le dicen por bufonada:
«Algo caritas están.»

Entónces la violetera:
«Especie tan delicada
Es mas que plata sellada,
Mas que el oro i el coral;
Es consuelo en los pesares,
I en el pecho de una hermosa
Mas que una perla preciosa
Por su esencia sin igual.»

«Me cuesta mucho cojerlas
Despues de una cruda helada,
Que está la yerba empapada
Por la escarcha i el rocío.
De madrugada en el huerto
Me quema el hielo la frente
I trémula i balbuciente
Casi me muero de frio.»

«I como al nacer se oculta»
En sus hojas, silenciosa,
A millares la babosa,
Roe la flor i la planta.
Para encontrarla se quiere
Ser cuidadosa i prolija;
Aunque esto la flor exija
A mi cojerla me encanta.»

«Cuantas veces, descuidada,
En la espalda i en las cejas
Me han picado las abejas
Del vecino colmenar,
I corriendo entre la alfalfa
Los zapatos he perdido
Mi rebozo, mi vestido
Sin poderlo remediar.»

«I en tal afliccion he visto
Que es tan triste mi ventura,
Como es la violeta oscura
I su modesto existir.
Sin dichas, sin esperanzas
En este mundo estranjera;
Seré siempre violetera,
Violetera hasta morir.»

Mayo 24 de 1872.

QUITERIA VARAS.

ALAMIRO I LISE.

I.

A la montaña por flores,
Una mañana de estio,
Por flores para su Lise
El dulce Alamiro ha ido;

Que a la niña de sus ojos
No amará tanto Alamiro,
Como ama a su Lise bella
Con inocente cariño.

—Alamiro, no ames tanto,
No ames ¡ai! tanto, Alamiro,
A Lise bella, que a muchos
Tan grande amor ha perdido;

La bella Lise te ama
Cual la amas tú, con delirio,
Mas puede un dia olvidarte,
¡Puede olvidarte, Alamiro!...—

El dulce Alamiro escucha
Las palabras del amigo;
Mas dice:—Mi Lise bella
Siempre amará a su Alamiro.—

I baja de la montaña
Con flores que ha recojido
Para darlas a su Lise
En señal de su cariño;

I si importunos le ocurren
A su vuelta en el camino
Los temores de que Lise
Pueda entregarlo al olvido,

Con disgusto él los rechaza,
I hablando consigo mismo:
—Nó, dice: mi Lise bella
No olvidará a su Alamiro.—

II.

El dulce Alamiro llora:
—¿Por qué lloras, pobre niño?
Alamiro está sentado
A las orillas del rio.

—¡Ai! lloro porque no oi
Los consejos del amigo:
La bella Lise por otro
Olvidó ya a su Alamiro.

¿Qué pordrá hacer sin su Lise
El pobre i triste Alamiro
Sino llorar noche i dia
A las orillas del rio?

Que fué aquí donde ántes e la
Juróle eterno cariño
I Alamiro le creyó:
¡Pobre i crédulo Alamiro!—

Desde entónces por la noche
Va siempre el dulce Alamiro
A llorar por Lise bella
A las orillas del rio.

Oh jóvenes, cuando ameis
Amad ménos que Alamiro,
Que son ¡ai! muchas las Lises
Que juran falso cariño.

Junio de 1872.

CELSO VÍCTOR CÁCERES.

TRADUCCIONES DE LORD BYRON.

(Para *La Estrella de Chile.*)

X.

CANTO GRIEGO.

Penetro en tu jardin de rosas, amable i bella Haidé. Aquí Flora viene a habitar cada mañana, porque es a Flora a quien veo en tí.....

Escucha, hermosa Haidé, te lo suplico con voz tímida; escucha mi cancion, eco de un tierno amor, mi cancion que me estremezco de haber cantado....El alma de la jóven Haidé brilla en sus ojos i en todo su semblante; así el ramo favorecido por la naturaleza enriquece el árbol con perfumes i frutos.

Pero el jardin mas ameno se vuelve triste cuando el amor lo abandona. Dadme la cicuta porque mi bella es ingrata; esa planta tiene para mi el perfume de ninguna flor. El veneno esprimido de su cáliz volverá amarga la copa; pero al pensar que lo llevo a mis labios por huir de tí, mi alma encontrará deliciosa la bebida.

¡Oh cruel! en vano te he rogado me libres de tan horrible estremo: ¿nada puede volverte a mí? Pues entónces, ábranseme las puertas de la tumba.

Como el héroe que vuela al combate cierto de la victoria, has venido a mi corazon a causar en él una herida mortal. ¡Ai! hermosa mia ¿he de perecer cuando una sola sonrisa calmaria mis angustias? La esperanza que en otro tiempo me dabas bastaria a aliviar mis sufrimientos.

¡Ah! que triste es tu jardin de rosas, tierna, cuanto engañadora Haidé! Flora marchita languidece en él i llora conmigo tu ausencia.

XI.

VERSOS ESCRITOS EN ATÉNAS.

El talisman está roto, el encanto desvanecido: pasó la fiebre delirante de la vida: nosotros sonreimos como insensatos, cuando deberiamos jemir, el delirio es nuestra mejor ilusion.

Cada intervalo lúcido del alma recuerda los males a que nos condena la lei de la naturaleza; i el que vive como debe vivir el el sabio, vive como mueren los santos.—¡Cómo un mártir!

XII.

A MARÍA.

Dichosa eres María i siento que yo deberia tambien serlo, porque mi corazon se interesa hoi por tí, como en otro tiempo.

¡Quién tan feliz como tu esposo! pero su dicha ¡cuántas penas me cuesta! Olvidémoslas.... ¡cuál lo odiaria mi corazon, si él no te amara!

Al ver a tu querido niño creí que iba a estallar mi corazon celoso; pero cuando él me miró con la sonrisa de la inocencia, lo abracé por amor a su madre.

Lo abracé, i al reconocer en sus rasgos los del padre, ahogué mis suspiros; pero tenia tus ojos, María, i eso era demasiado para el amor i para mí.

Adios, María; fuerza es dejarte i miéntras seas dichosa jamas murmuraré: pero no puedo quedar a tu lado, mi corazon volveria a las antiguas cadenas.

Creia que el tiempo i el orgullo habrian estinguido los ardores de mi juventud. Ignoraba hasta el dia en que me senté a tu lado que nada habia cambiado en mi corazon, escepto la esperanza.

Permaneci en calma; i entre tanto recuerdo el tiempo en que una sola mirada tuya habria destrozado mi corazon. Hoi fuera un crímen temblar, i al mirarte no manifesté ninguna emocion.

Te ví fijar los ojos en mi semblante i no pudiste leer en él la turbacion; el solo sentimiento que hubieras podido descubrir habria sido la calma de una sombría desesperacion.

¡Adios! adios! el sueño de mi juventud debe borrarse de mis recuerdos. ¡Ai! ¿dónde están las ondas fabulosas del Leteo? Corazon insensato, cálmate o estalla!

XIII.

ADIOS.

Adios! si alguna vez la tierna plegaria por la dicha de lo que se ama fué acojida en el cielo, la mia no se perderá en los aires i llevará tu nombre mas allá de este mundo.

Palabras, suspiros, lágrimas, todo es inútil. Oh! las lágrimas de sangre arrancadas a los ojos de un criminal espirante no dicen ménos que esta palabra *¡Adios! Adios!*

Mudos están mis ojos i mis ojos enjutos;

pero en mi corazon velan angustias que no son pasajeras i un pensamiento doloroso que no se adormecerá jamas.

Mi alma no se atreve, ni aun se digna quejarse, resistiendo a las borrascas del dolor i de la pasion: cuanto sé, es que nos hemos amado en vano; cuanto sé es... *¡Adios! Adios!*

OLIMPIO.

LAGRIMAS.

A MI AMIGO T. A. CONCHA, EN LA MUERTE DE SU PADRE.

I.

No son palabras de banal consuelo
Las que vengo a decirte, amigo, ahora:
Yo participo de tu justo duelo,
Mi alma, como la tuya, sufre i llora.

I ¿quién puede reir cuando otro apura
La copa del pesar? ¿No es cierto, amigo,
Que te es dulce en tu amarga desventura
Verme llorar i padecer contigo?

Mira! tambien en el albor primero
De mi infancia feliz, un padre amado
Besábame la frente, placentero
En sus brazos al verme reclinado.

I ¡cuánto yo lo amaba!...¡Dios lo sabe!
Con el amor de mi primera infancia,
Que en el alma inocente solo cabe
I que jamas conoce la inconstancia.

¡Como tú lo perdi!... Sí, yo comprendo
El inmenso dolor que a tí te abruma:
Que no puedo espresar, pero que entiendo;
Que no es capaz de reflejar mi pluma.

Oh! si acaso las lágrimas pudieran
Hacer vivir ese adorado ser:
Si los que ya no existen nos oyeran....
Oh! si ellos nos pudiesen comprender....

Empero, amigo, queda todavía
Un consuelo supremo aqui en la tierra;
Una palabra llena de armonía
Que todo un mundo de placer encierra.

¡UNA MADRE! fantástico, sublime,
Eterno encanto de una vida entera;
Consuelo del que llora i del que jime,
Esperanza que nunca desespera;

Palabra que comprende el sentimiento,
Que modulan las cuerdas de la lira;
Halagador, anjelical acento;
Que al alma triste i desolada inspira.

Ese consuelo queda, amigo mio:
Su mirada es un mundo de ternura,
Mas dulce que la brisa del estío,
Alivio en nuestra amarga desventura.

Cobíjenos su sombra protectora,
Animenos su aliento anjelical:
Alégrenos su risa seductora,
Encántenos su encanto celestial.

II.

Pero, ¡ellos son felices! los pesares
Que en la tierra nos llenan de amargura,
Cual benéficos hados tutelares
Vendrán a disipar con su ternura.

Yo creo en otra vida. Grande es mi alma
I no cabe en el círculo pequeño
Del mundo que no tiene paz, ni calma,
I dó la realidad es solo un sueño.

Dulce es creer, si el corazon padece,
Porque toda creencia es esperanza:
I aquél que mucho cree mucho merece,
I aquél que cree mucho, mucho alcanza.

Tu padre ya no sufre. Eterna gloria
Recompensa será de su constancia;
De aquél que tuvo pura su memoria
En la helada vejez desde la infancia.

¿No es cierto que la fé tiene consuelos
Mas sublimes, mas grandes, mas queridos
Que los que el hombre en todos sus desvelos
Puede dar a los ánimos heridos?

¡Sublime relijion! Madre amorosa,
De consuelo i de amor eterna fuente,
Que haces oir tu voz hasta en la fosa
Para aliviar al corazon que siente.

Consuélate, querido amigo mio:
El llanto cese de inundar tu faz....
Mas ¿qué digo? de lágrimas un rio
Debes verter en tu dolor tenaz.

Porque es dulce llorar; uno se siente
Cual rejuvenecido por el llanto:
Se disipan las sombras de la frente,
Se inunda el alma de placer i encanto.

No tienen fé los que llorar no saben:
Nada tiene para ellos un acento:
Ni el alma paz, ni las virtudes caben
En el alma sin fé, sin sentimiento.

Es preciso llorar, porque la herencia
Del hombre son las lágrimas i el duelo:
Porque lo quiso así la Providencia,
Porque lo quiere el bondadoso cielo.

¡Cuán dulce son las lágrimas vertidas
En los restos de un ser idolatrado!
De lo íntimo del alma desprendidas,
Ayes del corazon despedazado.

Amigo, llora: tu dolor es santo
Yo respeto i venero tu afliccion.
Mira tambien mi duelo i mi quebranto,
Mira sufrir tambien mi corazon!

Santiago abril 28 de 1872

ENRIQUE NERCASSEAU MORAN.

UN JUSTO HOMENAJE.

El miércoles 12 del presente a las nueve i media de la mañana tendrán lugar en la iglesia metropolitana unas solemnes exéquias por el alma del finado señor prebendado don Casimiro Várgas, vicario jeneral de esta arquidiócesis.

Es un homenaje que rinden a su memoria, clero i fieles, justos admiradores de las virtudes del sacerdote i del prelado.

Consagrado siempre al bien de las almas i durante veinte años al desempeño del difícil i delicado cargo pastoral, fué austero, abnegado i celoso sacerdote, prudente i sabio prelado.

Los fieles iban a pedirle consejo, los pobres i los aflijidos pan i consuelo. Su hacienda parecia tan inagotable en dádivas para el pobre, como su apostólico corazon en consuelos para el aflijido.

Infatigable en el cumplimiento de sus deberes sacerdotales i de sus deberes de prelado, no desperdició momento de su corta vida para ganar méritos para el cielo i se conquistó un lugar de predileccion en el corazon del clero i de los fieles.

Justo es, pues, que acudan los fieles al templo i unan sus preces a las del clero por el descanso eterno del alma del sacerdote ejemplar i del venerado pastor.

Dios oirá el ruego de su pueblo, aceptará el sacrificio de propiciacion, i perdonando las debilidades del justo, lo llamará a la rejion de la luz i del descanso.

LA CORRUPTORA

I LA BUENA MAESTRA.

I.

Paróse ante la puerta de una casa principal en una de las calles mas céntricas de Madrid, uno de esos lijeros carruajes para uso de los jóvenes ricos i fastuosos, que bien o mal, guian sus propios dueños. Saltó al suelo el de este carruaje, entregando al lacayo las riendas del magnífico caballo estranjero que de él tiraba, i se dirijió a la casa.

Era un jóven alto, bien parecido, cuya elegancia en el traje no tenia mas defecto que su misma exajeracion; la exajeracion en todas materias es el ímpetu que traspasa el blanco.

En el portal se encontró frente a frente con otro jóuen que llegaba a pié a la misma casa. Su físico era agradable; grave i dulce la espresion de sus ojos negros: vestido bien, aunque con mucha mas sencillez i modestia que el primero.

Apénas se vieron, cuando con una esclamacion de gozo cayenron en brazos uno de otro.

—¡Isidro, *provinciano* inamovible! ¿tú en la coronada villa? preguntó el del carruaje.

—¿I tú, injerto parisiense? ¿Cómo tú por estos vulgares Madriles, privado de todos los encantos de las orillas del Sena? Verte por aquí me causa a mi igual estrañeza, contestó el interrogado.

—Hijo mio, repuso éste: dicen los franses, i mi padre i yo somos de la misma opinion, que los negocios ante todo, i a Madrid me trae uno mui atendible: me voi a casar.

—¿I a esto llamas negocio? dijo a su amigo.

—I el mas trascendental de la vida

—No hai duda, repuso sonriendo su interlocutor; pero la calle no es el lugar mas apropósito para confidencias de esta clase; i en vista de que vivo en esta casa, sube a mi habitacion i hablaremos.

—¡Qué! ¿Vives en esta casa? No sabia yo que hubiese en ella pupilería alguna: que si la hai, será desconocida i de poco fuste.

—Eso es cierto; por lo cual conviene a mi posicion, a mis aspiraciones i a mis gustos, cosas que, por suerte, están en mi completamente de acuerdo. Vive en el trercer piso una buena señora que por muchos años tuvo casa de huéspedes, i ya no la tiene. En aquella época ospedó a mi padre, que pudo prestarle algunos lijeros servicios, i quedó con ella en tan buenas relaciones, que exije, siempre que mi padre o yo venimos a Madrid, que paremos en su casa, en la que nos asiste con esmero.

Asi hablando, habian llegado los dos jóvenes al tercer piso, i entrado en una habitacion que, sin participar del lujo moderno, estaba cómoda i aseadamente alhajada. Sentáronse en un sofá de cojines forrados de damasco amarillo; pero ántes de seguir escuchando el diálogo que prosiguieron sentados en él, diremos en breves palabras quienes eran estos dos amigos.

Ambos habian nacido en Salamanca. Isidro era hijo de un profesor, hombre sabio i virtuoso, que, dedicado a la enseñanza, se esmeró siempre en cuidar de la de sus hijos.

Amaro, (tal era el nombre del elegante) era hijo de un tendero bien acomodado, hombre emprendedor i de mucha suerte, que por una série ascendente de ventajosas especulaciones habia llegado a la sazon a ser uno de los capitalistas surjidos en la palestra de la especulacion.

Isidro i Amaro habian concurrido a la misma escuela, i despues a los mismos cursos en la universidad; los que, sin concluir, abandonó Amaro para reunirse a su padre, que se habia trasladado a Madrid, donde podia ensanchar su círculo de accion.

Isidro fué recibido abogado, i habia cinco años que ejercia su facultad con poco comun acierto, aplicacion i honradez, cuando habiendo llegado a ser ministro un amigo de su padre, ofreció a este un juzgado para su hijo, del que excelentes noticias tenia, con el fin de que ingresase en la carrera de la majistratura. Isidro dejó su bufete a cargo de otro abogado que habia casado con una hermana suya, i vino a Madrid para activar el despacho del ofrecido nombramiento.

Isidro participó a su amigo esta última parte, que ignoraba, quejándose de que, tan pródigo en esperanzas, fuese este negocio tan nulo en resultados; puede, añadió, que cumplan lo prometido; pero estas dilaciones a veces son mas crueles que una negativa que impide nacer i crecer a las esperanzas, las que, si vivas nos sonrien i halagan, muertas son el tormento i desencanto de una vida que sin ellas habria sido buena i tranquila.

Cuando Isidro hubo concluido de hablar le dijo Amaro con tono amistoso, pero asaz fatuo:

—Deja a mi cuidado el pronto despacho de tu nombramiento; me encargo de obtenerlo.

—¡Pues qué! repuso Isidro, ¿eres amigo del ministro de gracia i justicia?

—Nó; no le conozco, pero te harás cargo que mi posicion me da influencia, asi como se la da a mi padre.

—Mucho te agradeceré que en esta ocasion la emplees en mi favor, repuso Isidro. Mi cuñado ha caido enfermo, i mi padre me escribe que es precisa mi asistencia allá en estos momentos. Ademas Amaro, yo tambien deseo casarme; lo que solo pienso i puedo efectuar teniendo mi nombramiento.

—Mucho lo celebro, sobre todo si te trae ventajas. ¿I es de Salamanca la futura jueza? ¿La conozco yo?

—No es de Salamanca, ni la conoces. Al llegar hace dos meses aquí, mi buena patrona doña Pepita no cesaba de hablarme con entusiástas elojios de una jóven que con su madre ciega vivia en la buhardilla. Esta pobre señora, hija de un coronel, al quedarse mui jóven huérfana, se casó con un oficial del rejimiento, su pariente, que no tenia grado que diese opcion a su mujer a viudedad. Ascendió a comandante, i murió en la gloriosa guerra de Africa, dejando a su mujer i a una hija sin recursos. La hija desde entónces se aplicó de tal suerte a la costura, que ha mantenidose a sí i a su madre, pobre, pero decorosamente, no teniendo mas ayuda sino la que le proporciona un tio pobre i avaro que solo les paga el alquiler de su misera-

ble morada. Al principio no paré mientes en cuanto me decia la buena doña Pepita, la que unas veces se enternecia refiriéndome los tiernos cuidados con que la huérfana rodeaba a su madre; otras eran su juicio, su modestia i su laboriosidad el tema de sus celebraciones, i otras se indignaba contra la avaricia del tio, o contra la exijencias impertinentes de la señorita rica para la que trabajaba la huérfana, que la hacia desbaratar muchas veces las cosas, solo por puro capricho, i esta caprichosa pollita, como doña Pepita la denomina, que es hija del dueño de esta casa, i vive en ella....

Al oir estas últimas palabras, Amaro soltó una carcajada, diciendo:

—Esta censurada pollita es la que vá a ser mi mujer, i me parece que el amor que sienta tu doña Pepita por la costurerita, la lleva a ser demasiado severa con la que si paga bien, desea ser servida a su gusto; pero observa, Isidro, una verdad patente, i es que mui pocos hai entre los ricos que no sean compasivos i caritativos con los pobres; pero entre los pobres no hai uno solo que deje de ser ingrato i hostil hácia los ricos. Pero prosigue, pues nada me has dicho todavia de quien sea la que has elejido para unirte a ella.

—Mucho te he dicho, repuso Isidro, porque habiendo al fin conocido a Elena, que es el nombre de la hija del comandante muerto en Africa, i viendo cuan ciertos i fundados eran los elojios que de ella me habia hecho doña Pepita, comprendí que la mujer que tales virtudes practicaba era destinada a hacer la felicidad de un hombre honrado, debiendo ser, la que tan buena hija era, buena mujer propia i buena madre de familia.

—¡Con una costurera! dijo con mal disimulado desden Amaro.

—La hija de un valiente tiene los timbres de su padre, i Elena tiene ademas los suyos personales, que son la aguja i el dedal.

—¡Una mujer sin un cuarto! prosiguió Amaro.

—Los españoles rancios o provincianos no hemos hecho todavia del casamiento un *negocio*. Elena tiene, quizás debido a su misma triste situacion, los mismos gustos que yo, que amo la sencillez, como hermana de la verdad i de la inocencia, i odio el lujo, que es el cinismo de la vanidad.

—Tu alma en tu palma, Isidro, dijo Amaro. Tú siempre has sido un poco filósofo, i algo montado a la antigua, tomando las máximas morales a la letra, como las leyes, i aplicando la austeridad a todas las cosas, como la gramática al lenguaje. Hijo mio, no tienes actualidad, i esto es lo peor que te puede acontecer: a los pobres inamovibles seres como tu, los ridiculizó para siempre el gran Cervantes en su *Don Quijote*.

—Que tan justo fué, dijo Isidro; que si los ridiculizó, hízolo sin despojarlos de su honradez, de su nobleza i caballerosidad. Pero dejemos esto, i dime a tu vez algo de la que has elejido por compañera.

—¡Oh! ¡Ya la verás! Es una hada, un ánjel, una silfide....

—No ponderes tanto, Amaro, dijo Isidro sonriendo; que dice De Maistre que la ponderacion es la mentira de de las jentes honradas.

—¡Tate! esclamó Amaro; ¿tu lees a De Maistre? Mis amigos en Paris le llaman el *gran preste del oscurantismo*.

—Pues sus escritos forman una de las lecturas preferidas de mi padre.

—Por lo visto, pues, ¿eres neo-católico?

—Si leer este i otros autores cristianos con preferencia a Renan i a filósofos anti-cristianos colocan al que las lee en esta categoría, lo seré.

—¿I te atreves? esclamó escandalizado Amaro. Isidro le miró asombrado, i repuso:

—Dime: ¿tenemos acaso una inquisicion anti-cristiana?

Amaro contestó riendo:

—Hablando francamente, creo que algo hai de eso. Pero, a mi, ¿que me importa ni lo que dice De Maistre ni lo que dice Renan?

I así era, porque Amaro pertenecia a la falanje que ha creado el indiferentismo, ese indiferentismo que ahoga el sentir, el pensamiento i la reflexion, i solo deja el cálculo, sin mas incitativo que la vanidad, sin mas anhelo que obtener los medios de satisfacerla i sin mas Dios que su cuerpo.

En este momento asomó a la puerta la cara vulgar, viva i benévola de doña Pepita, que dijo:

—Vamos, D. Isidrito, ¿no sabe Ud.? Las vecinitas nos estarán echando de menos, i ya doña Susana ha subido.

Pero al notar que Isidro, contra su cos-

tumbre, no estaba solo, añadió, dirijiéndose a Amaro:

—Caballero, Ud. perdone; creí que no habia en el cuarto mas que mi huésped.

—Si es la hora en que tienes costumbre de visitar a tus vecinas, no te detengas, dijo Amaro a su amigo; haz mas dame el gusto de presentarme a esas señoras, que, siendo tu mejor amigo, tengo derecho i deseos de conocer.

—Sí, sí, esclamó doña Pepita; suba Ud. a conocer las palomas de mi palomar, que no dará Ud. por perdido el tiempo que eche i la molestia que se tome en subir unos cuantos escalones.

Nada tuvo que objetar Isidro; i aunque contrariado por el temor de que en la situacion desgraciada i aislada en que se hallaban Elena i su madre no les agradarian visitas, con poco contento suyo, pero mucho de doña Pepita, subieron los tres a la buhardilla.

Cerca de la ventana estaba sentada una jóven, tan atareada en la costura que tenia entre las manos, que apenas fijó la atencion en el amigo que introducia Isidro. No era bella, pues una estremada delgadez i un color pálido i amarillento robaban toda su frescura a sus facciones correctas, pero no finas; no obstante, su aire triste i modesto prestaban a su persona un singular interes.

En el ángulo inmediato, i apartada de la luz, estaba sentada una señora anciana, de fino i noble continente, en cuyo abatido rostro se abrian unos grandes ojos pardos, pero sin vista, lo que la hacia semejante a la estatua de la resignacion. Esta señora, a un escelente carácter unia un entendimiento mui claro, i ese espíritu relijioso verdadero que prescribe i infunde una completa conformidad en las desgracias, lo que impide que se agrie el ánimo, i asimismo el vivir revelado contra su suerte, que es el modo de empeorarla. Hacia esto que esta señora nunca hablase de sí ni de sus quebrantos, lo que naturalmente es enojoso para las personas que no se interesan en ellos.

Entre su madre i Elena estaba sentado el tio de esta i cuñado de aquella, que era un viejo flaco, mal vestido, hasta rayar en desaseo, de nariz acaballada, de ojos huddidos, tristes e inquietos, de escasos i canosos cabellos, tan poco unidos entre sí como pobres en catarro. Era este señor ex-intendente militar, el que en sus tiempos habia formado parte de una espedicion enviada a América, en donde habia adquirido fama de poco buena cabeza, o cosa peor, en fin, de haber hecho con los naipes i otros medios poco honrosos una buena fortuna, Pero a su regreso a España tuvo la desgracia de perderla por la quiebra de un Banco de Norte-América en que habia depositados sus fondos.

Desde entónces este señor se habia convertido en el tipo de la miseria llorona; la que se ostentaba con motivo de este reves de una manera repugnante i ruin.

Doña Pepita sentó a Amaro junto a doña Manuela, se puso a su lado, teniendo a su izquierda a Isidro, que cerraba el círculo, lo que le colocaba cerca de Elena.

Despues de los primeros cumplidos, dijo a media voz el ex-intendente a su sobrina:

—Deja la costura, Elena, i ven a tomar parte en la conversacion, como lo exije la política.

—Tio, me es imposible, contestó la pobre niña; tengo que concluir esta chaquetita de embutidos, alforzas i buches para Blanquita Aransegui, que la quiere para mañana, i que no gusta de que le falten, aunque pida lo imposible.

—¿De manera, repuso con queda i azorada voz su tio, que no me habrás puesto para mañana el cuello nuevo en la camisa vieja?

—No lo tema Ud., señor, contestó la jóven: velaré esta noche para que a Ud. no le falte su camisa.

Isidro, que habia oido este coloquio, fijó sobre las abatidas i fatigadas facciones de Elena una mirada llena de interes, de compasion i de cariño.

El ex-intendente lo notó, i esclamó en tono compunjido:

—Vea Ud., don Isidro, a qué estremo me ha traido la desgracia: ¡si no fuese por la laboriosidad de mi sobrina, no tendria mañana camisa que ponerme! Porque ha de saber Ud., caballero, añadió dirijiéndose a Amaro, que el fruto del trabajo de toda mi vida, que a mi regreso de América puse en un banco.... ¡Banco maldito, que no parecia sino aguardar el cojer mi dinero para declararse en quiebra i dejarme por puertas! Pero a ¿mi sobrina la remunero el trabajo que la pido pagándola, a costa de mil sacrificios, la habitacion que ocupa, que yo desearia fuese un palacio. ¿No es verdad, Elenita?

Elena contestó sonrojándose:

—Ud. nos socorre, tio, pero no me remunera mi trabajo; si esto creyese, lo haria con ménos gusto del que tengo en hacerlo.

—¡Por *via* de los gatos! murmuró doña Pepita, ¡remunerar! ¡socorrer! ¡cuando solo le paga el alquiler de este miserable chiribitil!

—Pero ¿por qué, preguntó Amaro, no se lleva Ud. estas señoras a vivir consigo a su casa?

—¿Pues acaso tengo yo casa? ¡Ni aun en casa de huéspedes vivo! esclamó en tono de lamento el intendente. Estoi recojido en un mal estresuelillo en un barrio pobre i solo, con la viuda anciana de un sarjento, que nos asiste a un sobrino suyo sacerdote i a mí: i aunque pobremente, lo paso bien por la economia i sosiego que logro, pues en las casas de huéspedes desuellan a uno....

—¡Es lo que me queda que oir! esclamó indignada doña Pepita. ¡Desollar! ¡Perder una el capital que tiene que emplear en montar una decente casa de huéspedes, los que en ellas se creen todo permitido, i lícitas todas las exijencias, teniendo cada cual diferentes gustos, i si son estranjeros no digo nada! Estos lo quieren todo guisado con manteca de Flándes, lo que no gusta a los de por acá, i ménos si son andaluces, que todo lo quieren guisado con aceite. En una ocasion tuve un huespedito frances; era pintor, i se decia *artiste*, lo que en su tierra, por lo visto, quiere decir *guason*, porque así lo llamaba otro huésped andaluz. Este no se cansaba nunca de hacerme todos los dias la misma pregunta, que era si estaba en Madrid mui caro el aceite, pues para lechuza no tenia precio mi andaluz. Un dia en que les puse una pescada cocida, recordando la peregrina pregunta de mi andaluz, al aliñarla le eché abundantemente aceite; aquel dia no se presentó éste a la hora de comer, i serví al frances la pescada. De allí a poco oí una voz lastimera que me llamaba ¡madama Pipelet, madama Pipelet! que era como me nombraba, porque decia que a las Pepas así se les decia en su tierra. Acudo, i dejo a la consideracion de Ud. cómo me quedaria, i el asombro que se apoderó de mí cuando me encuentro el comedor a oscuras, con todas las puertas i ventanas cerradas, como a media noche. Sobre la mesa estaba mi pescada, acostada en su plato como un ataud, i todo al rededor de ella, en el aceite, ardiendo cuantas mariposas habia hallado el dichoso niño en una cajita que yo guardaba en el cajon de la mesa.

Doña Pepita no pudo proseguir, por atolondrarla las ruidosas carcajadas de Amaro i de Isidro, a las que se unieron la suave risa de Elena, i aun la de su madre. En cuanto al ex-intendente, no se reia nunca.

—¿Uds. le hallan a esto gracias prosiguió doña Pepita, pues yo, ni la hallé entónces, ni la hallo ahora maldita la gracia.

—Ni yo, añadió el ex-intendente; ¡qué dolor de aceite!

—I añada Ud., ¡qué dolor de pescada! porque las mariposas la sollamaron i pusieron tan negra como si hubiese salido del Mar Negro; de manera que solo los gatos la pudieron comer; estas son las ganancias que dejan las casas de huéspedes, señor mio.

—Pues Ud, no se puede quejar, amiga; Ud. que habiendo hecho su agosto, se ha retirado a vivir de sus rentas como una propietaria.

—Gracias a que heredé de un tio alguna cosilla, repuso doña Pepita.

—¡Quién hizo un viaje a China fui yo, prosiguió en tono lloron el ex-intendente, con poner mi dinerillo en el banco que quebró!

—¡Déjenos Ud. ya de su banco! se apresuró a decir doña Pepita; que en tomando Ud. el tema del banco, es preciso sentarse en el de la paciencia los oyentes.

—¡No que Ud., con las cuitas de su casa de huéspedes!....

—Eso tiene lances, dijo interrumpiéndole doña Pepita; i si no, vea Ud. como el señor desea que se las refiera.

Efectivamente: Amaro, divertido con los percances i cuitas de doña Pepita, le preguntaba:

—I el andaluz, ¿dió a Ud. tambien sobrenombre?

—Sí, señor; me llamaba la *Gran capitana* i su paisana, pues era de Córdoba: crei al principio que era esto alusivo a que mi marido habia sido capitan; pero nó, señor, se referia a mis cuentas el mui ingrato, que dejaba sin satisfacer gran parte de lo que me debia.

Miéntras doña Pepita contaba sus pasadas tribulaciones a Amaro, i disputaba con

el ex-intendente, Isidro decia a Elena, que le interrogaba con la vista:

—Lo mas olvidado que hai en el ministerio es mi nombramiento. No lo estraño: la política lo absorbe todo; i no es éste mi mayor pesar, porque Amaro me ha prometido activar este negocio, i lo puede hacer mejor que yo; lo peor es que he tenido carta de mi padre, en la que me dice que la enfermedad de mi cuñado, que se ha agravado, hace indispensable mi regreso a Salamanca.

Elena hizo un jesto de sorpresa i de dolor, esclamando:

—¡Oh, Isidro! ¡Por Dios, no te vayas!

—Me lo dice mi padre, repuso Isidro, ademas, tú conocerás que no solo está en mis intereses el volverme cuanto ántes i ponerme al frente de mis abandonados negocios, sino que es el regresar un deber de familia i de gratitud, del que no puedo desentenderme.

Miéntras Isidro hablaba, tenia Elena que secar con su pañuelo las lágrimas que unas a otras se seguian, gruesas i rápidas como las gotas de lluvia de aquellas nubes que llevan tantas que no las pueden retener.

—No quiero, murmuraba, que caigan lágrimas sobre esta prenda. Blanca quiere recibir sus atavios tales, que parezca que no les han tocado manos; ¡con cuánta mas razon exijirá que no los ajen lágrimas! No las ha vertido nunca, i no sabe que es a veces imposible contenerlas.

—¡I por qué las viertes? dijo con interes i cariño, pero con la moderacion propia de su caráter i educion, Isidro.

—Si otra causa no tuviesen, me las haria verter esa pregunta, contestó Elena: ¿tan poco cruel te parece el dolor de la ausencia?

—Siempre es triste la ausencia, repuso Isidro; pero cuando es tan corta como lo será la nuestra, no desconsuela; es como la voladora i pequeña nube, que esparce una pasajera sombra, pero no empaña el cielo.

—¡I si olvidas a esta pobre i arrinconada desvalida?

—¿Eso temes? preguntó entre asombrado i sentido, i con su inmaculada honradez, Isidro. ¿Qué dirias de mi si yo, respecto a ti, abrigase semejante temor?

—Tal cosa no seria dable, respondió Elena, porque mi poco mérito, mi situacion i mi modo de vivir encerrada i solitaria hacen imposible para mi un cambio, aun dado caso que no lo hiciese imposible mi corazon.

En este momento se levantó Amaro, i despues de despedirse de su madre, se acercó a Elena, a la que dijo:

—Permítame Ud. que asi como Isidro me ha proporcionado el placer que he sentido al conocer a la digna jóven que ha escojido por compañera, que tenga tambien la satisfaccion de que mi mejor amigo conozca i que sea conocido de la que va a ser la mia, deseando que mi eleccion pueda agradarle tanto como a mi me ha agradado la suya.

Isidro no pudo negar a su amigo su amistosa peticion, i ámbos salieron dejando a doña Pepita i al ex-intendente en una nueva i mas acalorada disputa, por oponerse la primera a que Elena, a la que habia visto llorar, cansase mas sus ojos poniéndole el cuello nuevo a la camisa vieja de su tio.

Los dos amigos, entretanto, bajaban al cuarto de don Jaime Aransegui, futuro suegro de Amaro.

En un fastuoso salon hallaron reunidos al padre, a la hija i al aya de esta señorita, inglesa e inofensiva autómata llamada Miss Sibila.

Don Jaime, en cuanto no se rozaba con negocios, era todo un buen señor; en su hogar era el buen padre, el hombre limitado i bonachon que lo habia hecho la naturaleza; pero en su escritorio era el hombre poco escrupuloso, inmoral i duro que de él habian hecho la codicia i el espíritu de su época.

Blanca era preciosa i mui jóven, pareciéndolo aun mas por haber pasado sin sentir en una vida regalada, sin enseñanza ni sujecion, de la edad de niña consentida a la de jóven mimada. La riqueza i su humilde paje la adulacion habian, cual la zizaña, impedido desarrollarse el buen trigo de su corazon. Sobre su intelijencia, luz a la vez fija i vacilante, no se habian cuidado sus guias de poner el firme cristal que le diera direccion i estabilidad, ni la suave pantalla de la modestia que quebrase los descarados rayos de la arrogancia, esa vana espuma de todo poder.

Blanca estaba mirando unos figurines de moda, miéntras el padre leia los periódicos, i el aya hacia una labor de gancho.

Amaro introdujo a su amigo primero con don Jaime, i despues con Blanca, que lo miró de arriba abajo, i que despues de esta inspeccion, i de hacer quizás sin ella notarlo, un imperceptible jesto desdeñoso, siguió ocupándose del periódico de modas.

—¿Qué opinan Udes. preguntó don Jaime a los dos amigos, de ese huron del Japon que no quiere abrir sus puertas a las naciones cultas, i de la actitud que va tomando Prusia?

I por un rato siguió sobre este tema discurriendo del modo mas necio don Jaime, hasta que un bostezo mui sonoro de Blanca avisó a su padre que la aburria aquella conversacion.

—Blanquita, hija mia, le dijo éste: ¿es posible que no te interesen *estos eventos palpitantes de interes i llenos de actualidad?*

El lenguaje de los periódicos, que eran la única lectura que en su vida habia hecho don Jaime, se habia infiltrado en su lenguaje como gotas de ponche en un gazpacho.

—Ni poco, ni mucho, padre, contestó Blanquita, que se complacia en mortificar a don Jaime, llamándole *padre* en lugar de *papá*, denominacion que este buen señor hallaba mucho mas elegante, mas sonora i mas fina.

—Hija mia, Prusia es una gran potencia, patria de Federico el Grande.

—Será, señor, respondió su hija, pero ello es que Federico el Grande, i el chico, i su mujer, i sus hijos, i toda la jente de Prusia, se me figuran azules, asi como los del Japon todos muñecos de porcelana i laca. Déjese Ud., padre, de Prusia i del Japon, i vamos al prado, lo que tiene mucha mas *actualidad*, como Ud. dice.

—¡Qué gracia! esclamó don Jaime; vamos; ¡si esta hija es la mas *espiritual* de las herederas de Madrid!

—No me diga Ud. *espiritual*, padre, que las jentes que no leen periódicos ni sus folletines traducidos me van a tomar por beata, i puede que a fuerza de oirselo a Ud. decir, se me antoje serlo.

—Si tal intentases, esclamó don Jaime haciendo esfuerzos para aparecer majestuoso, te aviso que emplearia toda mi potestad paterna....

—¿Qué habla Ud. de potestad paterna? le interrumpió Blanca. ¿Qué antiguallas son ésas? Sepa Ud. que eso de la potestad paterna no tiene *actualidad* ninguna. Padre, me voi a poner el abrigo i el sombrero; vuelvo al instante; esté Ud. pronto cuando vuelva, i no me haga Ud. aguardar.

—Una niña bonita i déspota, dijo don Jaime cuando su hija se hubo alejado, es lo mas *delicioso* que existe. Si fuese dable que a mi edad pensase en volverme a echar las *duras cadenas* del matrimonio, arrastrado a ello por una *pasion volcánica*, seria con una niña como Blanquita, escéntrica como una heroina de novela, caprichosa como las auras de la primavera; que fuese un ánjel en la forma, con algo de diablo en la esencia, porque este es el tipo de la mujer que nos ha de enloquecer, segun lo afirman los que lo entienden.

Isidro oia a don Jaime asombrado. Tales dislates, emitidos por un estudiante, le hubiesen estrañado ménos; pero oirlos en boca del que llevaba guarnecida su frente de una bella corona de canas, le indignó.

—¡Pobre hombre, pensó, al que un poco de mala política i otro poco de mala literatura, traducida o imitada, han embrollado las ideas, haciendo de él un ente absurdo!

—Los señores me permitirán que escriba una esquela ántes que venga Blanquita, que si no me halla listo para salir se va a enfadar, dijo don Jaime entrando presuroso en el gabinete.

Cuando estuvieron solos, preguntó Amaro a Isidro:

—¿Qué te ha parecido Blanca?

—Mui bien de cara, i mui estraña de maneras, contestó Isidro.

—Estas maneras, *sans façon* i de mujer emancipada están al uso del dia i son de *buen tono*.

—Concedo, repuso Isidro, que sean de buen tono; pero no de que éste sea bueno.

Entró Blanca elegantemente prendida: al ver que su padre no estaba presente, se acercó a la puerta de su gabinete, gritándole:

—¿Todavía no ha acabado Ud., padre eterno?

—Voi, voi, Blanquita, hija mia; solo me queda que poner a la carta el sobre.

—Enviela Ud. sin él.

Don Jaime, al llegar al coche, ofreció un asiento a Isidro, que atentamente lo rechazó; le ofreció con española urbanidad su casa; le dió a la inglesa un vigoroso

apreton de manos, i subió al coche, en el que, con un movimiento a la vez indolente i brusco, le habia precedido su hija.

FERNAN CABALLERO.

(Continuará.)

UN EPISODIO PARLAMENTARIO.

El año de 1828, tratándose de dictar la Constitucion de esa fecha, convino la gran mayoría del Congreso en trasladarse a funcionar a Valparaiso *huyendo de nosotros mismos*, como decia don José María Novoa, a la sazon presidente de aquella corporacion.

Habia una pequeña oposicion compuesta de tres diputados, encabezada por don José Miguel Infante, i que se resistia a trasladarse a Valparaiso, porque su jefe alegaba que aquel temperamento le era mui nocivo.

Muchas razones espuso la dicha minoría; pero la de mas valer fué la de don Manuel Magallánes, que conservamos letra por letra en la memoria, porque éramos asistes a la barra del Congreso. Dijo lo siguiente: «Todo el mundo está en espectacion nuestra, i sobre todo la España. ¿Quién nos asegura que, al saberse allí que se encuentra el Congreso en Valparaiso, no venga una espedicion i agarre a los diputados i se los lleve?» Como es mui natural, hubo gran algazará en la Cámara i en la barra. El señor Novoa le replicó:—«No tenga Ud. miedo.» A lo que contestó el señor Magallánes: «No temo a los enemigos, sino a los amigos.....»

Escusado es decir que funcionó la campanilla, i se suspendió la sesion.

En aquellos tiempos tenian los diputados cuatro pesos de dieta diarios, i yendo a Valparaiso debian recibir seis pesos.

La mayoría se trasladó a dicho puerto i funcionó en el templo de Santo Domingo. La minoría se quedó en Santiago.

O. O.

ENIGMA.

Yo nunca he sido graciosa,
Mas soi hembra mui aguda:
Fina soi i apesar de ello
No siempre vivo en alturas,
Pues alterno muchas veces
Con jentes de pobre cuna.
Tengo un jenio tan perverso
Que si me hostigan i empujan
Me sacan de mis casillas
I causo heridas profundas.
Mas un compañero el cielo
Concedióme por fortuna,
De tan flexible carácter,
Que no me abandona nunca,
I las heridas que infiero
Va curando una por una.

SIRO LUQUE.

SOLUCION

DEL PROBLEMA DEL NÚMERO ANTERIOR.

A BIBI.

Sin hablar con charlatanes,
Fastidiosos peluqueros,
Al *cabo* quedo Bibi
De aquel x de tu cuento.
Mas una duda me ocurre:
¿Despues de trances tan fieros,
Quedó el *cabo* de la historia
Cojo i manco cual tus versos?

SIRO LUQUE.

Contenido de este número.

I.—Teatro, *Marieta* i *La crítica de Marieta*, por Rómulo Mandiola, páj. 565.
II.—Indiferencia, poesía, por ***, páj. 568.
III.—Léjos del hogar, poesía, por Cárlos Walker Martinez, páj. 568.
IV.—La violetera, poesía, por Quiteria Varas, páj. 569.
V.—Alamiro i Lise, poesía, por Celso Víctor Cáceres, páj. 570.
VI.—Traducciones de Lord Byron, por Olimpio, páj. 571.
VII.—Lágrimas, poesía, por Enrique Nercasseau Moran, páj. 572.
VIII.—Un justo homenaje, páj. 573.
IX.—La corruptora i la buena maestra, por Fernan Caballero, páj. 573.
X.—Un episodio parlamentario, por O. O., páj. 580.
XI.—Enigma, por Siro Luque, páj. 580.
XII.—Solucion del problema del número anterior, porSiro Luque, páj. 580.

IMPRENTA DE «EL INDEPENDIENTE.»
Calle de la Compañía núm. 102.

LA ESTRELLA DE CHILE.

AÑO V. Santiago, junio 16 de 1872. Núm. 246.

FRANCISCO BILBAO.

SU VIDA I SUS DOCTRINAS.

I.

O mucho nos engañamos o las circunstancias son propicias hasta rayar en tentadoras para estudiar la vida i las doctrinas de Francisco Bilbao.

Una sociedad de artesanos de esta capital ha acordado traer a Chile sus restos mortales i elevar un monumento a su memoria. Con este propósito pondera los servicios que prestó a la causa de la democracia, sus profundos conocimientos en la ciencia social, la elevacion de sus miras políticas i su desinteresada i sublime consagracion al servicio de los ignorantes i desvalidos. A estarnos a las circulares espedidas por esa sociedad, los artesanos chilenos deben concurrir con su óbolo a la obra proyectada, por un espíritu de justicia i sobre todo por un sentimiento de gratitud.

Contribuyendo a honrar la memoria de Bilbao, contribuirian desde luego a reparar el olvido en que nuestra sociedad ilustrada ha dejado a uno de sus mas eminentes pensadores, i despues a pagar una deuda de gratitud al jeneroso tribuno en cuyo pecho ni los desencantos, ni las persecuciones, ni los años pudieron apagar la llama de su amor a los desheredados de la fortuna.

Averiguar lo que haya de falso, de exajerado o de cierto en esos juicios es por lo tanto una cuestion de actualidad. Solo resolviendo esta cuestion con pleno conocimiento de causa podremos concurrir a la obra que se proyecta sin temor de ser embaucados, o desentendernos de ella sin temor de cometer una injusticia: solo así sabremos si tienen razon los que andan propalando que Bilbao fué un jenio sublime calentado por un noble corazon, o los que andan propalando que fué un demagogo peligroso digno de la cárcel, del destierro i de la execracion de la posteridad, o si no la tienen ni unos ni otros.

Todo conspira a facilitar la acertada resolucion de este problema. Desde 1851, año en que Bilbao dijo su último adios a las playas de Chile, Chile ha hecho una inmensa jornada.

Hoi el autor de *La Sociabilidad chilena* no habria sido denunciado ante el jurado por blasfemo, inmoral i subversivo como en 1844, ni mucho ménos el fogoso tribuno de *La Sociedad de la Igualdad* habria visto invadido su club por una banda de garroteros como en la noche del 19 de agosto de 1850; pero en cambio el escritor habria sucitado por la prensa réplicas algo mas sólidas que las que entónces se opusieron a sus teorías (1) i el orador encontrado un auditorio mucho mas suspicaz i esperto para apreciar sus doctrinas sociales i políticas. La absoluta libertad práctica que actualmente existe para hablar i publicar habria ahorrado al filósofo i al ajitador muchos odios i persecuciones; pero ¿no es probable que tambien le hubiese privado de muchas adhesiones candorosas, operando una rebaja considerable en su colosal estatura?

Sea como fuere, la verdad es que el estudio de las doctrinas de Francisco Bilbao, no solo nos parece fácil i oportuno en las circunstancias actuales, sino tambien en gran manera provechoso. Basta leer el indice de sus obras completas para calcular la gravedad de las cuestiones a que aplicó su intelijencia. I a la verdad en el curso de ellas el lector tropieza con casi todos los mas árduos i trascendentales problemas relijiosos, sociales, políticos, filosóficos, históricos i aun literarios; siendo de notarse que Bilbao, obedeciendo a una de las tendencias características de su espíritu, eli-

(1) Es notable, por la falta absoluta de estilo i de fondo, un folleto publicado en el año de 1844 i que lleva por título, *Breve defensa del cristianismo contra el artículo Sociabilidad chilena*. Mas adelante espondremos la razon principal de la deficiencia de esta réplica, como así mismo de casi todas las que se opusieron a la propaganda de Bilbao.

je para plantear esos problemas el terreno mas elevado i trascendental, procurando buscar la primera razon de las cosas, reducirlo todo a fórmulas, a leyes, a axiomas i desdeñando los detalles i las aplicaciones. Su procedimiento ordinario consiste en remontarse de la política a la ciencia social i de ésta a los dogmas. Ahora bien ¿no es precisamente ésta la tendencia de los espíritus en la época que atravezamos? ¿No estamos viendo, en sus múltiples manifestaciones, ese anhelo de buscar la razon, la causa i la esencia de todo cuanto existe? ¿Qué otra cosa hacen diariamente cuantos hablan o escriben que comparar las leyes, las instituciones i las creencias con el ideal de justicia, de verdad i de santidad que cada cual ha adoptado como blanco de sus aspiraciones i como objeto de los esfuerzos de su vida? En nuestra polémica diaria la cuestion política aparece casi siempre dominada por la cuestion económico-social i ésta dominada a su vez por la cuestion relijiosa. Para convencerse de ello basta notar que las cuestiones políticas que despiertan mayor interes, no son las esclusivamente políticas, sino aquéllas que se rozan con la organizacion de la sociedad o con sus creencias relijiosas. Compárese sinó el interes que despertó la gravísima cuestion política de la reforma constitucional, con la relativamente mucho ménos grave cuestion relijiosa sobre los cementerios, i nuestro aserto aparecerá con todos los caractéres de la evidencia.

De esta semejanza de tendencias i preocupaciones entre el hombre cuyas doctrinas nos proponemos examinar i la sociedad actual se deduce el doble carácter que necesariamente tendremos que dar a nuestros estudios. Examinando los problemas planteados por Bilbao, examinaremos tambien muchos de los problemas que en la actualidad nos preocupan.

¡Feliz circunstancia que nos permitirá tratar del presente con la calma, la imparcialidad i el respeto a que el pasado tiene derecho! I hermosa oportunidad para combatir a los adversarios vivos con la circunspeccion que los muertos imponen!

En efecto, poco importaria que el asunto que nos proponemos tratar tuviese cierto interes de actualidad i que las circunstancias fuesen escepcionalmente propicias para tratarlo si no nos sintiéramos capaces de desempeñar honrada *e imparcialmente* el delicadísimo majisterio que nos arrogábamos.

Si; ántes de trazar la primera de estas líneas hemos sondado cuidadosamente nuestra alma i nada hemos encontrado en ella que nos impida esponer con exactitud, apreciar con equidad i juzgar con imparcialidad los actos i las doctrinas de Francisco Bilbao. Si; discurriremos con una irreprochable imparcialidad; pero que nadie se engañe sobre el verdadero sentido de esta palabra. Para algunos imparcialidad es lo mismo que neutralidad, es el equilibrio entre los elojios i las censuras, i, tratándose de examinar doctrinas, solo es imparcial el que encuentra medios de estar la mitad de las veces de acuerdo con su autor i la otra mitad en desacuerdo. Para nosotros ésa no es imparcialidad, sino neutralidad. Para nosotros la imparcialidad es un compuesto de tolerancia i de justicia, de respeto a las personas que obran impulsadas por nobles móviles i de adhesion profunda a la verdad. De esa imparcialidad nos sentimos capaces tratándose de Francisco Bilbao; i sea dicho en verdad, el propósito no nos ha costado mui dolorosos esfuerzos. Al contrario, él ha sido como una consecuencia natural del estudio que acabamos de hacer de sus escritos. Si muchos de los principios que sostuvo son la negacion mas absoluta de los que nosotros profesamos, si algunos de sus mas profundos odios son nuestros mas profundos amores, i si esto nos separa, hai en su carácter enérjico, entusiasta, tan propenso a la amistad i aun a la admiracion, en su vida tan llena de contratiempos i hasta en la tendencia filosófica, escrutadora i sintetizadora de su espíritu, algo i aun mucho que desarma nuestras prevenciones.

Apreciar equitativamente los actos de la vida de Francisco Bilbao a la luz de los principios inmutables del derecho i de la moral;

Esponer con exactitud i perfecta lealdad sus doctrinas;

Aceptarlas o refutarlas, dando siempre la razon de nuestra aceptacion o de nuestro rechazo;

Condenar con enerjía los errores así comprobados, respetando cuidadosamente los móviles i las intenciones.

Tales son nuestros propósitos al principiar. Los lectores van a ver si tenemos la fortuna de realizarlos.

II.

Difícil seria estudiar las ideas de Francisco Bilbao sin dar ántes una rápida ojeada a los principales actos de su vida. No vamos sinembargo a escribir su biografía, tarea ya desempeñada por otro, i aunque así no fuese, estraña al objeto que nos hemos propuesto. Lo que nos importa considerar son aquellas circunstancias de su vida que influyeron mas o ménos profundamente sobre sus convicciones, aquellos hechos, que con mas o ménos seguridad, nos permitan descubrir el temple de su alma, o aquellos actos propios para revelarnos al vivo las dotes de su corazon o las cualidades privativas de su carácter.

Desde este punto de vista la primera cuestion que se nos presenta es la de averiguar las causas que movieron a Bilboa a abandonar las ideas relijiosas, sociales i políticas en que habia sido educado, i que eran tambien las ideas de su familia i de su tiempo, para entrarse resueltamente por los senderos del racionalismo. En efecto, es por mas de un título digno de estudio el fenómeno de ese jóven, casi podria decirse de ese niño, que nacido en 1823 en la capital de la república, i educado en las ideas dominantes entónces, se subleva, al salir apénas de la adolecencia, contra la sociedad en que vive, inmolando con inaudita temeridad tradiciones, recuerdos, enseñanzas i conveniencias, para levantar sobre sus ruinas el estraño edificio de una nueva relijion i de una política nueva.

Pero ántes de investigar las causas de tan singular metamórfosis conviene digamos algunas palabras sobre la fuente de informaciones a que tendremos que acudir en cuanto atañe a la vida de Francisco Bilbao. No conocemos otra biografía de él que la que corre impresa con sus obras completas, publicadas en buenos Aires en 1866.

Este trabajo, debido a la pluma de don Manuel Bilbao, fué, segun todas las apariencias, ejecutado bajo el influjo de dos sentimientos igualmente excesivos: una adhesion ilimitada al muerto i a cuanto el muerto amó, i un odio implacable a todo aquello i a todos aquéllos que fueron para éste obstáculos perseguidores o aun meros adversarios. ¡Qué enorme diferencia entre Francisco Bilbao i su biógrafo! Aquél sabe amar, sabe perdonar, sabe entusiasmarse a veces llega hasta escribir con cierta elocuencia; éste no sabe sino injuriar, aborrecer, interesarse i emporcar papel. Hasta su amor al hermano muerto aparece como un resultado del odio a los que combatieron sus doctrinas; i al considerar como arroja lodo a diestro i a siniestro aquella misma mano que bate infatigable el incensario, el espectador vacila i no sabe si reconocer en el estraño personaje una personificacion del amor fraternal o una personificacion del odio.

¿Va a decirsenos que ese odio es fundado? Supongamos por un instante que lo fuese; pero aun siéndolo ¿qué fé merecen las confidencias que se nos hacen bajo su influjo? I qué disculpa tiene la manifestacion estemporánea, grosera i hasta brutal de tan innoble sentimiento? Las Euménides tenian su lugar en el cielo de los antiguos paganos; pero las Euménides eran hermosas i respetaban la gramática, aun en medio de sus arrebatos de cólera. No así Manuel Bilbao: quiere indignarse i rabia: va a escribir castellano i solo acierta a chapurrar la mas detestable jerigonza. Para que se vea que no exajeramos citemos:

«Los amigos de Bilbao *vasean* sus bolsillos i aun los artesanos» se lee en la pájina 31 de la biografía.

I en la misma pájina, cinco líneas mas abajo:

Bilbao *venia* de ser condenado, escomulgado por el clero i la jente ilustrada» etc.:

Volviendo la hoja: «Su ideal era Jesus a quien consideraba *igual o lo mismo* que si fuera Dios. San Francisco de Sales su modelo *a imitar*.»

Basta i sobra. Cuando así se escribe no hai derecho para llamar *idiotas* a los millones de hombres que seguimos la relijion católica, ni razon para mostrarse tan ufano del buen estado de sus facultades intelectuales como Manuel Bilbao se muestra.

Dejemos, empero, esta pequeña digresion a que el desenvolvimiento natural del asunto que tratamos nos ha arrastrado, i volvamos a la trasformacion que las ideas relijiosas de Francisco Bilbao esperimentaron en su primera juventud. Estándonos a sus propios apuntes, esa trasformacion aparece motivada por dos causas principales: la Biblia i Lamennais.

Con respecto a la Biblia decia en 1864 (2):

(2) *La revolucion relijiosa.*

«Tambien he creido, no por convencimiento, sino por educacion que Dios apareció en Jesus o que Jesus fué Dios. Pero debo hacerme justicia dando testimonio de la conversion de un alma sedienta de verdad, que por su propia iniciativa i por su persistencia tenaz en no olvidar la revelacion primitiva i fundamental de la razon, llegó a la verdadera solucion.»

«Esa idea de la divinidad de Jesus, sin conocer ningun libro, sin haber oido ninguna negacion, desde mui temprano preocupó mi intelijencia. Lector empecinado de los Evanjelios, creyendo que contenian la revelacion de la palabra divina *a ellos en mis dudas acudia; i profundamente católico*, poco a poco descubrí que el catolicismo i casi todo lo que la Iglesia católica enseñaba no estaba en los Evanjelios. Este trabajo interior i continuado, reproducia en mi, sin que pudiera sospecharlo, las diferentes negaciones que han asaltado al catolicismo en diferentes períodos históricos, es decir, las diferentes herejías hasta llegar a la reforma de Lutero. Fuí protestante sin saberlo.»

El anterior párrafo es mui digno de llamar la atencion, no solo porque él nos muestra con toda claridad la puerta por donde Bilbao salió definitivamente de la Iglesia católica, sino tambien porque nos revela los flacos de su intelijencia i contiene una leccion que conviene guarden en la memoria los creyentes.

Nótase desde luego que en el caso de Bilbao, como en muchos otros, el juicio individual aplicado a la Biblia no fué mas que el puente para pasar del catolicismo al racionalismo. Nótase, sobre todo, que Bilbao, ni aun en 1864, sabia distinguir netamente una relijion de otra; pues si eso hubiera sabido ¿cómo le habria sido dado afirmar que *en todas sus dudas acudia a la Biblia* i una línea mas abajo que era *profundamente católico?* ¿No equivale ello a declararse simultáneamente católico i protestante? Bilbao no pudo, pues, llegar poco a poco al protestantismo, como él lo afirma, por la lectura del Evanjelio, ya que por el hecho mismo de acudir a esa fuente en sus dudas obraba como protestante. Otra habia sido la marcha de su espíritu i otra la jeneracion de su incredulidad. El deseo mal dirijido de darse cuenta de los fundamentos de la fé católica, lo hizo aceptar i poner en práctica el principio protestante del libre exámen, i este principio, como lo veremos mas adelante, lo condujo en materia de negaciones a estremos que habrian escandalizado al mismo Renan.

Ni podia haber sucedido otra cosa. Cuando, sin preparacion bastante, se emprende la difícil tarea de interpretar la Biblia es seguro que se llegará a encontrar en ella mui distintos dogmas i preceptos de aquéllos que la Iglesia católica nos enseña. I esto por dos razones: primera, porque siendo la interpretacion de la Iglesia infaliblemente verdadera i casi infaliblemente falsa la del individuo particular poco ilustrado, es moralmente imposible que lleguen a iguales resultados; i segunda, porque la fé católica no solo se apoya en las Santas Escrituras, sino tambien en la Revelacion.

Hemos dicho que el párrafo que dejamos trascrito envuelve ademas una enseñanza que es menester no echar en olvido. I en efecto, lo que aconteció a Bilbao prueba cuan peligrosas son las presunciones de la ignorancia. Nada mas laudable en el católico que buscar los fundamentos de su fé; pero nada mas ocasionado a irreparables caidas que entrar en ese estudio ántes de conocer de una manera exacta en qué consiste esa fé cuyos motivos de credibilidad se buscan. Ahi está Bilbao. Quiso invertir el órden lójico de los estudios relijiosos i ese error lo llevó como de la mano hasta el abismo.

Pero ademas de estas causas subjetivas que impulsaron al autor de *Los Boletines del Espíritu* a abandonar la relijion de sus padres, se pueden señalar otras que, viniendo de afuera, cooperaron a determinar aquella crisis.

Despues de la que dejamos señalada la mas importante fué sin duda la lectura de libros peligrosos. Parece que Bilbao, que sentia una sed insaciable de instruirse, tuvo la desgracia de no encontrar en su camino un maestro o un amigo que le ayudase con sus consejos a dirijir hácia la verdad tan noble aspiracion. Practicando lo que practican aún muchos jóvenes, que van formando al acaso, sin plan i sin discernimiento, una pequeña biblioteca, para entresacar de ella despues, al acaso tambien, los libros cuya lectura ha de absorberles las horas que puedan dedicar a ese objeto, leyó sin método, sin criterio i sin cautela obras que mui pocos pueden leer sin perjuicio porque

son mui pocos los lectores capaces de juzgarlas.

Seria mui interesante e instructivo saber los títulos de los libros que Bilbao leyó en su primera juventud, como quiera que ese dato nos permitiria establecer con muchas probabilidades de acierto, por una parte las jornadas que hizo desde la fé a la incredulidad, i por otra la filiacion de sus doctrinas. Desgraciadamente el biógrafo, que tanto esmero ha puesto para referirnos una multitud de pequeños hechos i de pequeñas circunstancias, no nos dice una sola palabra sobre la biblioteca de su hermano. Hemos buscado pues en los escritos de Francisco alguna indicacion o confidencia que reparase el olvido de su biógrafo i no hemos buscado en vano. Léase sinó el párrafo siguiente que copiamos de la pájina 123 del primer volúmen:

«Era niño, estaba en Santiago cuando por vez primera supe quien era Lamennais. Salia del colejio en una tarde de verano, hora de quietud i silencio en la ciudad abrasada por un cielo refuljente. Me encaminaba a ver a Pascual Cuevas que vivia oculto i perseguido. Estaba leyendo una obrita, i al verme me dijo: hé aquí Francisco lo que te conviene; era *El libro del pueblo* de Lamennais. Me leyó un fragmento, le pedí la obra i desde entónces la luz primitiva que fecundó la *Araucana* (?) de Ercilla recibió en mi infancia la confirmacion o la revelación científica del republicanismo eterno, que recibí en mi patria independiente i con la palabra de mi padre.»

En dos palabras Bilbao que no escojia sus amigos no escojia tampoco sus libros. Ahora bien ¿quién no vé cuanto mas peligrosos son éstos que aquéllos, aludiendo a los cuales se ha dicho sinembargo, dime con quien andas te diré quien eres? Un amigo se toma en la familia o en la vecindad i raras veces puede tener sobre nosotros una gran superioridad de talento o de instruccion. No así un libro. Un libro es muchas veces un sabio que pone en juego toda su ciencia para seducir a un ignorante, i no pocas un jenio que emprende el asalto contra una inteljencia que despunta apénas. ¡Cuántas veces al ver ciertos libros en manos de ciertas personas no hemos sentido la misma impresion de espanto, e idéntica inquietud a la que siente el lector de *El Fausto* de Goethe al oir la voz de Mefistófeles que pregunta a la bella i candorosa Margarita: «¿Cómo está el corazon?»

Sin duda que Lamennais no era el jenio del mal; pero Lamennais era un jenio tanto mas poderoso cuanto que era un jenio impulsado i multiplicado por un temperamento de fuego. Su espíritu, capaz de idear deslumbradores sistemas i brillantísimas paradojas, tenia a su servicio para difundirlas i embellecerlas un estilo vigoroso, animado i centelleante i una imajinacion oriental. Poned un libro escrito por un escritor semejante en manos de un niño, suponed que ese niño sale de las aulas de uno de los colejios de Santiago tales cuales éstos eran hace treinta cinco o cuarenta años, i decid si es posible esperar otro resultado que una rendicion incondicional. Fué lo que aconteció con Bilbao. Lamennais lo arrastró en el sentido de sus ideas i de sus sentimientos tan fácilmente como el huracan arrastra en el sentido de su impetuoso vuelo al pajarillo que por primera vez deja el nido para probar sus alas. Para que tal cosa no hubiera sucedido habria sido necesario o no leer a Lamennais o leerlo sin comprenderlo ni sentirlo. Bilbao lo leyó, lo comprendió i lo sintió, i desde entónces no fué mas que un satélite de aquel grande astro desquiciado.

Para comprender todo lo que hubo de fatal en la fascinacion ejercida por Lamennais sobre Bilbao conviene hacer hipotéticamente la contra-prueba. Supóngase que en vez de caer en manos del estudiante de Santiago una obra del Lamennais posterior a 1833, le hubiese caido su *Essai sur l'indifference*. ¡Cuán diverso habria sido el resultado! ¿I quién podria decirnos si en tal caso nosotros a estas horas, en vez de ocuparnos de señalar los tristes estremos a que condujo a Bilbao su aversion al catolicismo, a sus instituciones i a su augusto jefe, no nos ocupariamos de señalar los errores relijiosos i políticos en que un celo poco dócil i mal dirijido hizo incurrir, durante la primera época de su vida, al estremoso batallador de La Chenaie?

Mas adelante examinaremos la medida i direccion de la influencia intelectual ejercida por aquel ilustre rebelde sobre Bilbao; por ahora bástenos haber indicado como aquél contribuyó poderosamente i sin saberlo o estinguir la fé católica en el alma de éste, que mas tarde habia de tener a

honra llamarse su discípulo i que le mostró hasta los últimos instantes un afecto tan tierno. ¡Fuerza maravillosa del jenio! cuán grande es tu poder; pero cuán terrible es tambien tu responsabilidad!

ZOROBABEL RODRIGUEZ.

(*Continuará*).

DOS GOTAS DE ROCIO.

Con lánguido movimiento
Una rosa se mecia,
Sobre su tallo flexible,
Columpiada por la brisa.

Entreabria el terso cáliz
Henchido de aromas ricas,
Que juguetona robaba
La leve aura matutina.

Brillaba sobre sus hojas,
Por la luz del sol herida,
Una gota de rocío
Temblorosa e indecisa.

Mas otra oculta entre ellas
Se ajitaba, cual se ajita
Al oir tiernas palabras,
Virjen ruborosa i tímida.

Con orgullo contemplaba
Su flor una hermosa niña,
I admiraba los cambiantes
Con que las gotas lucian.

Mas ¡ai! cuando por la tarde
De su tallo desprendida,
La flor colocó en su pecho
Palpitante de alegría;

Solo brillaba en el cáliz
De la rosa purpurina,
La gota que en la mañana
Oculta se estremecia.

Si dentro del pecho sientes,
Que tu corazon palpita
Ya con incógnita pena,
Ya con lánguida delicia

I si un amor tierno i puro
En tu alma inocente anidas,
Cual las gotas de rocío
En la rosa purpurina;

Cuida, cuida de ocultarlo
Con presteza, amable niña,
No sea que el sol lo seque
O lo arrebaten las brisas.

Guárdalo dentro de tu alma
Cual se guarda esencia rica,
No sea que se evapore
I su fragancia se estinga.

Que si para abrirle tu alma
Un fiel confidente ansias,
El amor porque es mui bello
De misterio necesita.

Junio 11 de 1872.

R. LARRAIN COVARRÚBIAS.

LA CORRUPTORA
I LA BUENA MAESTRA.

Continuacion.

II.

Un año habia pasado; un año en la vida pasa mas o ménos pronto; pero un año en los libros pasa entre dos renglones.

Isidro lo habia pasado afanado en los acumulados negocios que le proporcionaban su bufete i el de su cuñado, al que a su vez reemplazaba en su desempeño, en vista de que la enfermedad que le aquejaba se habia agravado. Los ratos de descanso los empleaba Isidro en aliviar a su hermana en los cuidados i la incesante asistencia que requeria la enfermedad de su marido, los que con tan admirable celo, inteligencia i abnegacion prestan las mujeres españolas a los enfermos que asisten.

Asi sucedia que como una vida esclusivamente ocupada por el trabajo i por los cuidados i deberes de familia, deja los intereses personales en segundo término, Isidro no se entregó a toda la inquietud i desasosiego que debian producir en su ánimo dos circunstancias que, si bien paulatinamente,

vinieron a herir su delicadeza i a lastimar su corazon.

Era la primera la falta de celo i eficacia de Amaro en activar el despacho de su nombramiento de juez. Al principio de su ausencia le habia escrito algunas cartas dándole cuenta de algunos pasos sin resultado que con el referido objeto habia dado, tropezando siempre con dificultades, ya por cambios de ministros, ya por anteponerse a lo justo i a lo prometido injustificables exijencias de diputados i periodistas, viendo con dolor que no es la senda marcada por la lei i la justicia la que conduce al logro.

Las cartas de Amaro fueron escaseando i haciéndose cada vez mas lacónicas, Isidro, que no tenia orgullo ni amor propio, i que por lo mismo que carecia de estos vicios de almas inferiores, tenia la primera virtud de las superiores, la dignidad intransijente, no le volvió a escribir ni a recordar su promesa, diciéndose a sí mismo con tristeza, pero sin encono: ¡Que cierto es el refran pesimista, *a muertos e idos no hai amigos!*

La otra causa de dolorosa estrañeza que tenia era el que las cartas de Elena, que en los primeros dias de ausencia habian sido largas, sentidas i apasionadas, se habian trocado despues en cortas i ásperas, conteniendo solo quejas amargas por su prolongada ausencia, mostrándose en ellas decidida i aferrada en no admitir como válidas ninguna de las razones que motivaban la necesidad apremiante de la permanencia de Isidro donde se hallaba. En vano fué que procurase éste disipar los fantasmas que se forjaba la imajinacion de una mujer que era por carácter i por causa de su situacion precaria, celosa i desconfiada.

Al fin del año el cuñado de Isidro se restableció, lo que coincidió con la reposicion del amigo de su padre en su importante destino, por lo cual Isidro, sin desatender a sus deberes, pudo satisfacer sus vivos deseos de trasladarse a Madrid.

Al llegar a dicho punto, se encaminó como es de suponer, a su acostumbrado hospedaje, en casa de doña Pepita. Al verlo ésta, demostró la mayor alegría, i despues de darles mil bienvenidas, le dijo con una sonrisa significativa:

—¡Cuánto se ha hecho Ud. aguardar, don Isidrito! Por fin, viene Ud. a dar el pésame; pero ya viene tarde, pues las lágrimas, (caso que las haya habido) mucho há que se han secado.

—¿Qué pésame? preguntó Isidro alarmado.

—Vamos, vamos camastroncillo, repuso doña Pepita; que se hace Ud. el desentendido, i sabe tan bien como yo lo que pregunta.

—Nada sé, señora.

—¡Pues qué! ¿Ignora Ud. que murió casi de repente el triste don Tristan, i que ese avariento, miserable, sin entrañas, que veia sin apiadarse a su sobrina trabajar de dia i de noche, ha dejado una inmensa fortuna? Ud no lo sabia?

—Yo nó.

—Pero ¿como es esto posible? ¿Ni tampoco sabe Ud. que la disfruta Elena, porque su dueño no se la pudo llevar al otro mundo, de manera que, como no tenia mas heredera legal sino esta sobrina, todo ha recaido en ella?

—¿I de qué murió? preguntó Isidro.

—De un accidente, contestó doña Pepita. Su buena patrona mandó inmediatamente a avisar a doña Manuela la novedad; no pudiendo ir allá la pobre señora, me suplicó que acompañase a Elenita para que prestase a su tio la asistencia debida.

¡Ai, don Isidrito! ¡No me olvidaré miéntras viva lo que allí presenció, que fué la muerte de un avariento que no ha pensado en su vida mas que en su dinero, i esta muerte es espantosa! ¡Qué sábia es la Iglesia en haber colocado a la avaricia entre los pecados capitales o mortales! ¡Yo que lo creia mas inocenton que los otros seis! I es tan malo o mas; pues aunque mete ménos ruido i es ménos escandaloso que los otros, estoi para mi que aparta mas el alma de Dios. Nó, nó, don Isidrito: no quiero riquezas si han de enterrar mi alma en metales ántes que mi cuerpo en tierra.

—Dice Ud. bien, i como una buena cristiana que es, que no olvida que tiene un alma que Dios le dió de su soplo despues de haber formado nuestro cuerpo del polvo de la tierra; pero prosiga Ud. su relacion.

—Cuando Elena i yo llegamos a la zahurda que su tio habitaba, vimos tendido sobre un catre de tijera a su dueño, cubierto de sucios jirones, el que permanecia sin sentido; una mala mesa de pino, dos sillas rotas i un gran arcon de hierro con doble candado, era todo lo que allí se en-

contraba. El médico estaba a la cabecera del enfermo, sin haber dispuesto otra cosa sino que se llamase el sangrador i que se trajese el santo óleo, el que apresuradamente habia ido a requerir el buen sacerdote que en la misma casa vivia. Pero ni el auxilio espiritual ni el corporal llegaron a tiempo, pues a poco de haber entrado el médico i nosotras, abrió aquel hombre casi cadáver desmesuradamente los ojos, los que, desatentados i saliéndose de sus órbitas, se fijaron en el arcon de hierro, i solevantando su exhausto cuerpo sobre el codo, con las ánsias de la muerte, i sin apartar sus ya quebrados ojos del arcon, hizo un último esfuerzo, i con voz ronca i acento desesperado, gritó: *¡ahí queda!* i recayó horrible i desfigurado cadáver sobre su inmunda almohada.

Isidro, apesar de su carácter sereno i contenido, hizo un jesto de repulsa, diciendo en seguida:

—¡Dios se haya apiadado de esa alma degradada!

—Ya le dije a Ud., don Isidro, prosiguió doña Pepita, que lo que allí vi no lo olvidaré miéntras viva. No padezco de nervios como las demas enfermas o niñas románticas; pero la muerte de ese hombre tan olvidado de su alma, de otra vida i de un Supremo Juez que de ésta nos pedirá cuenta, me horrorizó a punto de sentir una congoja i temblor nervioso, que traté i pude dominar con la oracion que aparta el espíritu de las cosas terrenas; pero ocho noches estuve sin poder dormir, porque siempre tenia ante mis ojos aquel espanto.

Apénas murió cuando Elena i yo quisimos retirarnos; pero la patrona i el clérigo que en la misma casa vivia no lo consintieron, pretestando que como era de suponer que tuviese el difunto la llave del arcon (su solo pensamiento en vida i en muerte) debajo de su almohada, suplicaban a los presentes que no se movieran de allí hasta que llegase el juez del distrito, al que ya habian mandado a llamar para constatar e inventariar lo que el difunto dejaba.

A poco llegó el juez trayendo testigos, la llave del arcon se halló efectivamente debajo de la almohada del muerto, cuya cabeza parecia retenerla todavía con su peso.

El arcon fué abierto por el juez, que hizo formar un inventario de lo que contenia, que todos los que estaban presentes firmaron como testigos.

Mentira, mentira, lo de la quiebra del banco, don Isidro. En el arca estaban los documentos que acreditaban que por el tiempo de su regreso de América habia puesto 100,000 duros en el banco de Inglaterra, i otros 100,000 en el de Francia. Metidos en talegos, en buenas onzas de oro, tenia todos los réditos de este dinero, año por año, de manera que estaba el capital mas que doblado. Ademas, tenia casi todo lo que como jubilado habia cobrado del tesoro, puesto que nada gastaba.

En lo demas, ni notas, ni cuentas, ni testamento se hallaron; de manera que, no teniendo hermanos ni mas sobrina que Elena, ésta ha sido declarada heredera universal, i ha sido puesta en posesion de ese enorme caudal. Si no se lo ha escrito a Ud. es porque desea sorprenderlo, i para no quitarle esa satisfaccion, no se dé Ud. por entendido que lo sabe.

Lo que habia oido dejó a Isidro parado. Habia en su alma noble i digna un sentimiento indefinido que lo llevaba a repeler la idea que él, pobre en la actualidad, con un porvenir que todo lo mas llegaria a ser descansado i honroso, pero nunca opulento, se uniese a una mujer poderosa.

—Vamos, ¿qué me dice Ud. de su buena suerte? le preguntó doña Pepita.

—Yo hubiera deseado, contestó Isidro, que su tio hubiese dejado algo a su sobrina, pero que fuese ménos, que fuese poco.

—¿Qué está Ud. diciendo? esclamó la buena señora, incapaz de comprender las elevadas, razonables i delicadas ideas que habian inspirado a Isidro lo que acababa de decir.

Este se sonrió i repuso:

—Señora, digo que soi tan lugareño i tan vulgar, que no me deslumbran ni deseo grandes riquezas, que suelen ser mas provechosas a la vanidad que a la dicha.

—¡Jesus, María! esclamó doña Pepita, desde las que oia a mi andaluz i al *artiste*, no he oido proposiciones mas descabelladas. ¡No querer mujer poderosa! don Isidro, el romanticismo i sus estravagancias han pasado de moda; ahora lo está el dinero i el lujo, que llaman *jénero positivo*.

—Voi a ver a esas señoras, dijo Isidro levantándose. I añadió distraidamente:

—¿Viven aun en el cuarto piso?

—¿Qué está Ud. diciendo, señor? repuso

doña Pepita. Viven en el principal, en el cuarto que ocupó don Jaime Aranseguí; ¡como que Elena compró la casa cuando se vendió!

—¿Qué se vendió la casa? preguntó Isidro asombrado.

—Sí, pues fué labrada i era propiedad de don Jaime, por lo que fué vendida poco despues de su muerte; porque apesar de la bambolla con que vivia, dejó las cosas tan enredadas, que su hija ha quedado por puertas.

—¡Pobre Blanquita! dijo compadecido Isidro, con la educacion que ha recibido, con las costumbres que la han hecho adquirir, debe sufrir mucho con ser pobre; pero esto es transitorio, porque, en casándose con Amaro....

—¿Casarse con don Amaro? interrumpió doña Pepita, ¡buena hora es! Este señor no piensa, en cuanto a dinero, como Ud.; no desea poco, sino miéntras mas mejor; i como se casaba por conveniencia, como se dice hoi, i, segun dijo el boquifresco pretendiente, las circunstancias han cambiado, estaba libre de todo compromiso.

—¡Pobre Blanquita! repitió compadecido Isidro.

—Sí, i nó, repuso doña Pepita. Ella no ha sentido el proceder de su amigo de Ud., pues por lo visto no le queria. Como Elena es tan buena, la ha recojido, i la tiene a su lado, pero con el cargo de acompañar a su madre.

—¡Ya! dijo Isidro.

I ese *ya* que la buena doña Pepita no supo evaluar, hacia descender mucho de la altura en que doña Pepita la colocaba, la bondad de Elena.

—Vaya Ud. con Dios, dijo ésta a su huésped, que tomaba su sombrero. Allí encontrará Ud. a su amigo, que es el *tu autem* de Elena. El la compró la casa i ha colocado su dinero. Sus dos hermanas, de las cuales una es viuda, se han apoderado de ella, a quien acompañan i llevan a todas partes, en vista de que su pobre madre no puede hacerlo.

Isidro estaba confuso, atolondrado. Las noticias que le habia dado doña Pepita, ciertas en lo concerniente al fondo de las cosas, eran superficiales i daban sospecha sin seguridad; i ésta era la que deseaba Isidro cuanto ántes tener, por lo cual se apresuró a bajar a la habitacion de su prometida, a la que le precederemos.

En el testero de un suntuoso salon, sobre un rico sofá, estaban sentados Elena i Amaro. Aquélla vestia aun un luto lujoso, adornado i alegre.

Amaro le decia en aquel momento:

—Mi padre era el que estaba empeñado en que me casase con Blanca, la que nunca me agradó, asi como yo no tuve la suerte de hacerme querer.

Desengañado al fin mi padre de que este matrimonio no me haria feliz, i teniendo por otro lado fundadas quejas de don Jaime, desistió de su empeño, dejándome libre de elejir compañera segun me inspirase mi corazon. Ahora bien, Elena, ya le he dicho a Ud. que desde el dia que vi a Ud.... (pondremos aquí un etc., para evitarnos repetir, i al lector leer, el empalago de las palabras de un amor salido del arcon de hierro del miserable avaro) me propuse, prosiguió Amaro, como leal amigo de Isidro, no volver a ver a Ud.; pero puesto que él se ha portado tan inicuamente, faltando a su palabra i olvidando sus compromisos, puedo sin faltar a la delicadeza, seguir los impulsos de mi corazon.

Ademas, Elena el mundo es mundo, i en el mundo vivimos; bueno o malo hijos somos de nuestro siglo; si la suerte destina a Ud. a ser uno de los astros que brille en las altas rejiones de la capital con la esplendidez que le proporcionan sus riquezas, seria un suicidio irse a un villorrio a ver firmar sentencias a su marido.

—¡Eso nunca! dijo con decision i desden la flamante millonaria.

—Elena, a Ud. corresponde un partido adecuado, que aumente i no eclipse el brillo de su posicion.

Al pié del salon estaba sentada doña Manuela, en un sillon apartado de la luz del dia, i a su lado estaba Blanca, cubierta de un sencillo i triste luto, leyendo en alto.

—Ya estarás cansada, hija mia, le decia con cariño i dulzura doña Manuela; deja, pues, la lectura, te lo pido.

—Señora, permítame Ud. que prosiga, respondia Blanca; ¡lo hago con tanto placer! no solo porque a Ud. se lo causo, sino por lo que a mí me interesa la lectura. Mi pobre padre (q. D. g.) me queria tanto, que nunca me obligó a ocuparme en nada serio, i me crié como la mala yerba, sin cultivo. ¡Cuánto he aprendido desde que tengo la dicha de estar al lado de Ud.! ¡Cuánto, por sus lecciones, por su ejemplo i por las

buen leascturas espirituales, instructivas i amenas en que repartimos el tiempo!

—Las lecturas, hija mia, repuso doña Manuela, deben instruirnos, aclarar nuestro entendimiento, formar el buen sentido, refinar el gusto, ennoblecer los sentimientos reprimiendo sus excesos para que no se desboquen en pasiones, i avivar los amortecidos para que no se emboten en la iñercia, para lograr de esta suerte que la razon domine en la juventud....

—I la bondad i la austeridad en edad madura, como en Ud., señora, se vé, interrumpió Blanca.

En este momento entró Isidro.

Amaro se levantó sorprendido al verle; pero, dominando cierto embarazo, causado, no por su conciencia, sino por consideraciones mundanas, fué a su encuentro i le dijo:

—¡Bien venido! ¿Cómo no has avisado tu llegada?

—Nunca lo he hecho, contestó friamente Isidro, que se acercó a saludar a doña Manuela.

Esta le recibió con las mas sinceras demostraciones de satisfaccion i de cariño. Saludó igualmente a Blanca; preguntándola si habia olvidado al amigo que Amaro habia introducido en su casa.

—Nó, señor, contestó Blanca.

I añadió sonrojándose:

—Ni tampoco he olvidado la manera inconveniente i descortes con que lo recibí; era mui niña i mui necia entónces.

Isidro se acercó a saludar a Elena. Toda la dulzura, timidez i modestia con que la pobreza i su triste situacion habian hecho tan simpática i atractiva la persona de Elena, habian desaparecido, se habia envanecido, lo que contribuia a dar a su talante erguido una altaneria i entono que rechazaba a las jentes razonables i cuitas, que no han llegado a hallar (a la moda del dia) atractivos i gracias en vicios, defectos i rarezas. Sus cejas negras, que eran mui poladas, se unian en este momento, formando un entrecejo duro i desdeñoso. Todos los santos i poéticos atractivos de la virjen cristiana se habian desvanecido al sopio del orgullo i de la vanidad, del deseo de lucir i de dominar.

—Elena, le dijo Isidro con tristeza: ignoraba vuestro cambio de situacion; lo celebro si os hace feliz; pero, por mi parte, mucho he sentido no subir a aquella modesta habitacion que encierra para mi tan gratos recuerdos.

—Pues mucho he celebrado yo dejarla, contestó Elena; porque para mi no tiene mas recuerdos que las muchas lágrimas que por distintas causas en ella he derramado, no siendo las ménos amargas el olvido i abandono que sufrí cuando era pobre, i que....

Elena iba a añadir: «I que si cesa no será debido al amor;» Pero Isidro, que adivinó el final de la frase, la interrumpió, diciendo:

—No prosigais, señora, ni penseis que sea necesario el insulto para alejarme, basta desearlo.

Lo que diciendo, se alejó La indignacion hacia hervir su sangre; pero no por eso le abandonó esa calma i esa sangre fria que, cuando no es debida a una naturaleza insensible i floja, es la varonil fuerza de voluntad, patrimonio de naturalezas superiores, la que se mira propiamente simbolizada en esos grupos de la estatuaria griega, en que se vé un hombre fuerte i hermoso que sujeta por el freno con vigorosa mano cuatro fogosos caballos que se encabritan i tascan el freno.

Isidro se acercó a doña Manuela para despedirse.

—¿Se va Ud. ya don Isidro? le dijo con profunda tristeza la buena madre, que presentia lo que acababa de suceder.

Isidro se disculpó con los quehaceres que le atraian a la capital, pero prometió volver.

—¡Sí, sí, vuelva Ud.! rogó la excelente señora, que tan capaz era de apreciar lo que valia Isidro. De noche vienen sus amigas a llevarse a Elena al teatro, o a sociedades numerosas; i (a no venir doña Pepita) estamos solas con esta pobre niña, que en vano me esfuerzo por consolar de la muerte de su padre; tráigale Ud. consuelos.

—¿Consuelos para la muerte de un padre? ¿Acaso los hai? repuso Isidro; pero admito con gratitud el permiso de acompañar a Udes. en sus horas de soledad, que lo son tambien para mi.

—¿Recuerda Ud. a mi padre? preguntó Blanquita. ¡Mi pobre padre! ¡Cuánto sufrió en su cuerpo i en su espíritu! ¡I yo niña egoista i loca, no veia apénas sus padecerer, ni sospechaba la causa! Cuando queria introducir alguna economia, que el es-

tado de sus negocios hacia necesaria, ¡Dios mio! yo me oponia con ese despotismo de niña mimada que es la serpiente del labrador que le dió vida en su seno. Veia sufrir i desmejorarse al mejor de los padres, i en lugar de consolarle i de provocar una confidencia que me hubiese hecho compadecerlo i cuidarlo, forzaba al padre amante, que no sabia resistirme, a llevarme a paseos i teatros, en los que tanto se aumentaban sus sufrimientos. ¡Oh Dios, qué conducta! ¡Ella contribuyó ciertamente a acelerar su muerte, i su recuerdo graba en mi alma tal dolor i tan acerbos remordimientos, que han de amargar toda mi vida! ¡Los buenos hijos pueden hallar consuelos; los malos nó!

A Blanca cortaron sus sollozos la palabra.

—Hija mia, le dijo doña Manuela; tu reciente dolor por la muerte de tu padre hace que exajeres tus faltas, que no han sido hijas de tu corazon, sino de tu viciada educacion, i la prueba es la esmerada i cariñosa asistencia que tuviste a tu buen padre, cuando, al agravarse el mal, no te lo pudo ocultar. Pero para tí, Blanca mia, ha ha sido la primera desgracia de tu vida (como dice un autor) el rayo que derribó a San Pablo.

Isidro miraba i oia con admiracion a aquella jóven, tan completamente transformada por la desgracia; aquel orgullo nécio i frívolo que ántes ostentara, anonadado por la pobreza; aquella fria indiferencia, ahogada por las lágrimas; aquel espíritu frívolo, sentado i madurado por la instruccion i buenas lecturas; aquel completo vacío del corazon i de la cabeza, ocupado por la reflexion i los sentimientos relijiosos, que son las alas que alzan el sentir i la mente a aquellas altas rejiones por las que el alma ansia. ¡Qué contraste formaba con Elena, esa mujer que abusaba del lujo como lejítima pobre enriquecida; aquella mujer que abandonaba el cuidado de su madre a manos estrañas; aquella mujer que daba oidos al hombre rico i elegante, pero villano, que abandonaba a su prometido al verlo empobrecer; que buscaba un pretesto para deshacer su compromiso con un hombre que valia i la habia amado pobre i desamparada.

FERNAN CABALLERO.

(Concluirá).

SOLILOQUIO DE UN MINERO.

«¡Ayer no mas, harapiento
Caminaba,
Presa de rudo tormento,
Por la senda de la vida,
Pues la dicha apetecida
Me olvidaba!....

Quejas alzaba yo al cielo
Noche i dia,
I en mi doliente desvelo,
A mi fortuna tirana
Mi imajinacion insana
Maldecia;

¡Mas la infame, arrepentida,
Su regazo
Me señala conmovida,
I su furor desparece
I en vez del odio hoi me ofrece
Tierno abrazo!....

Mimado, pues, por la suerte
Peregrina
Ya no temo ni a la muerte,
Pues del combo al son sonoro
Me ha abierto sus puertas de oro
Rica mina.

De júbilo i de contento
Casi lloro,
Al ver como en un momento
A mi vista se desata
Un cerro enorme de plata,
Cobre i oro.

¡Cómo vendrán tras mi huella
Los placeres,
I en amorosa querella
Me dirán que soi hermoso,
De corazon jeneroso
Las mujeres!....

¡Cómo me harán de saludos
Los que fueran
Conmigo antes sordo-mudos!....
¡Mas qué!.... la plata esa jente
Es el único aliciente
Que veneran!....

Ahora me rio de todos
Los farsantes,
Que de tan diversos modos
A mi amor propio humillaban
I pérfidos acortaban
Mis instantes....

Ayer era un ignorante
Majadero
I mi escuálido semblante
Revelaba la ignorancia,
La estupidez i vagancia
De un carnero;

Hoi en un solo momento
Me pregonan
Un gran sabio a todo viento,
El doctor de los doctores
I con olorosas flores

Me coronan!....
¡Todo es obra del dinero
Tan deseado,
Que para ese caballero
No hai mas que dicha i placeres
I por hombres i mujeres
Es amado!....»

Andes, febrero 20 de 1872.

David Bari.

EL BAILE DE LAS SOMBRAS.

Hace algunas noches que, cabizbajo i distraido, seguia el camino de mi casa por una oscura i desierta calle. De repente sentí música, alcé la cabeza i ví una casa iluminada: evidentemente allí habia un baile.

Como nada tiene eso de raro, me disponia a seguir; pero como descubriera que sobre la pared que quedaba al frente de la casa iluminada pasaban i repasaban las sombras de los danzantes, me detuve.

En aquel momento se celebraban, pues, dos bailes: uno en la sala, otro en la calle.

En el primero habia hermosas damas, apuestos caballeros, fisonomías animadas por el fuego de la pasion, trajes de crujiente seda, perfumes i blandones; todo cuanto halaga los sentidos i exalta el corazon.

El baile de las sombras era triste en todos sentidos: se celebraba en una calle oscura i fria; los convidados estaban vestidos de negro, no se reian ni conversaban; tenian rijidas las facciones, apagada la vista.

¡Qué contraste aquel! ¡Qué fuente de sérias i profundas reflexiones para el que, como yo, contemplaba friamente desde la mitad de la calle esas dos danzas, que al fin no eran sino una sola!

¿Quiénes son, me decia, dejándome llevar por la imajinacion, estos tristes danzantes, de formas vagas, que durante un rato han dado vueltas i revueltas, sin hacer ruido, penetrándose los unos a los otros i que de pronto han huido en tropel entre las sombras de la noche?

¿Serán jóvenes de esas de que habla Bello en *Las Fantasmas*, arrebatadas al mundo en la primavera de la vida, entusiastas por el baile, que se estremecen en la tumba al ruido del sauce mecido por el viento? Ah! sin duda a la silenciosa morada que habitan llegaron las dulces notas de la flauta; no pudieron resistir a su atractivo, i pidieron permiso a la guardadora del cementerio para venir a participar de la loca diversion de los mundanos, que tanto las arrebató en la vida.

No se atreven a entrar a la sala del baile; i hacen bien. ¿Qué irian a hacer a ese recinto, reverbero de todos los placeres sensuales, esas pobres jóvenes que hace años purgan en los soledades de la tumba las leves faltas cometidas en vida? ¿Quién reconoceria, por otra parte, envueltas en sus negros ropajes i adornadas con mustios i ajados azahares, a la espiritual Margarita, a la airosa Tulia, a la delicada Amelia?

Ellas si ven i conocen a sus antiguas amigas, ébrias de placer, jadeantes, sonrosadas, que olvidadas de todo, hasta de Dios, jiran en revuelto torbellino, guiadas por las notas de una flauta i en brazos de almibarado mozalvete.

Ayer, en ocasion semejante, todas reunidas, las que aun viven i las muertas ya, se entregaban a hermosos proyectos i acariciaban gratas ilusiones. Todo era entónces risueño i de color de rosa: ni una nube en el horizonte, ni una angustia en el corazon, ni un triste presentimiento. Hablaban de sus esperanzas, de sus ensueños, de sus castos amores. Hoi.... unas de ellas habitan la ciudad de los muertos, de donde las hemos visto salir en altas horas de la noche; las otras se han olvidado de sus amigas, siguen bailando, riendo, coronándose de rosas....

¡Dios las haga felices i no permita que la

reina de los sepulcros venga tan pronto a llevárselas a aumentar su corte!

En todas las cosas hai siempre una parte que se vé i otra que no se vé, i ésta suele ser la verdadera.

En un baile, ¿la ilusion, el deslumbramiento estarán dentro de la sala, i será la realidad el lúgubre cuadro que se ofreció a mi vista i que otros muchos habrán contemplado?

Unas cuantas sombras, tristes, rijidas, que dan vueltas sin concierto, ¿serán, pues, la desnuda esencia, la verdadera forma de un baile?

CÁRLOS MARTINEZ SILVA.

CRISTOBAL COLON.

Un hombre un dia, meditando a solas,
—Existe, dijo, un mundo en occidente,
I yo el náuta seré, seré el valiente
Que ese tesoro arrancaré a las olas.

Busca apoyo; i al ver las banderolas
Que Granada jentil ciñe a su frente,
Llega i encuentra ausilio felizmente
En la flor de las reinas españolas.

Era esa reina la Isabel primera;
Colon el jenio que buscaba amparo:
—Toma mis joyas, dícele la ibera;

con heróico pecho i valor raro
Lanzóse el jenoves al mar profundo,
I a Isabel, por sus joyas, dióle un mundo.

ADELAIDA S. DE LA PEÑA.

CERVANTES.

(ESTRACTOS).

El primer jenio de España i uno de los mas esclarecidos con que la humanidad se honra es Miguel de Cervantes Saavedra.

Oscuro i desconocido desde 1547, fecha de su nacimiento, hasta 1569 en que pasa a Italia como paje del cardenal Aguaviva, debió ocuparse durante todo ese tiempo en adquirir los conocimientos literarios que perfeccionaron su gusto, cultivando mui especialmente la poesía, arte que amó, segun su propia espresion, desde sus mas tiernos años.

Enrolado en los valientes tercios españoles, ilustra su nombre combatiendo en Lepanto, en Túnez i en las Terceras.

Siempre magnánimo, caballeroso i atrevido, hasta en las mazmorras de Arjel, el cautivo estuvo a la altura del soldado.

Vuelto a su patria i alejado de las armas, pasó cerca de veinte años de su vida desempeñando en Madrid humildes empleos i comisiones de la real hacienda.

En 1606 abrazó la carrera de las letras i en los diez últimos años de su vida se conquistó un puesto inamisible en el templo de la gloria. Frutos de su jenio fueron el inmortal *Don Quijote*, las *Novelas Ejemplares*, el *Viaje al Parnaso*, los *Trabajos de Pérsiles* i *Sejismundo*.

Cervantes era demasiado grande, sobrado acreedor al reconocimiento i la admiracion de su patria, para que acabase su preciosa vida tranquila i dichosamente. ¡Cuán cierto es que los jenios pertenecen a la posteridad! Miguel de Cervantes pasó los últimos dias de su vida pobre, achacoso, olvidado i abandonado.

El valiente soldado de Lepanto, el caballeroso prisionero de Arjel, el mas grande jenio de su patria, sabrá ser tambien el cristiano de magnánima i admirable resignacion en la soledad, la pobreza i el olvido. Sabrá sobrellevar las últimas penalidades de la vida porque sabe que le espera vida sin penalidades mas allá de la tumba, i que le espera tambien la posteridad justiciera para inmortalizar su nombre.

Cervantes murió como un fervoroso católico el 23 de abril de 1616.

* *

En 1607, cuando llegaron a Madrid las noticias de los desacatos e irreverencias cometidas por los luteranos de Lóndres contra la Sagrada Eucaristía, resolvieron los buenos cristianos de Madrid fundar, como en desagravio, una hermandad o cofradía de *esclavos del Santísimo Sacramento*, que se reuniría en el edificio recien construido de los Trinitarios Descalzos de Jesus de la Redencion de cautivos. El minis-

tro de la Orden, frai Alonso de la Purificacion, i el jentil-hombre don Antonio de Robles i Guzman fueron los promotores de ese piadoso pensamiento.

Autorizada la fundacion por el Nuncio Apostólico en 28 de marzo del 1609, la nueva hermandad inscribió mui pronto en sus rejistros gran número de personas de todas condiciones. Al lado del Patriarca de Indias, de los procuradores de Cortes, del rejente de Nápoles, de los ministros i secretarios reales, del duque de Osuna, del caballero de Gracia, del Beato Simon de Rojas, se sentaba en las juntas de la hermandad el carbonero de la calle de los Desamparados, el sastre Alonso Gonzalez, el impresor Francisco de Espino, los cómicos Lopez de Alcaraz, Sanchez, Villalba, Claramonte, Morales, Cebrian, Leon i Riquelme, el humilde oficial, el soldado i el pobre jornalero.

Cuatro meses despues de instalada la esclavonia, un anciano escribia con mano temblorosa, a la vuelta del fólio 12 del libro de asientos, las siguientes lineas:

«Riciuiose en esta S^ta^ hermandad por esclabo del S^mo^ Sacram^to^ a *miguel de cerbantes y dixo guardaria sus santas constituciones i lo firmó en m^d^ a* 17 *de Abril de* 1609.

esclauo del S^mo^ Sacromento.
Miguel de cervantes.»

I el anciano fué durante los siete últimos años de su vida fiel a esa promesa.

Oia misa todos los dias, hacia de noche exámen de conciencia, comulgaba todos los primeros domingos de cada mes, rezaba cada dia la Corona de Flores, no faltaba a los ejercicios de oracion i disciplina que se tenian lúnes, miércoles i viérnes en la capilla de la congregacion, visitaba los hospitales, acompañaba el cadáver de todo hermano, orando por él el dia de su entierro.

Hé ahi cómo uno de los mas esclarecidos jenios del mundo no se desdeñaba de ser un católico piadoso. No parecian a Cervántes como a otros pigmeos de nuestros tiempos patrañas i ridiculeces, ni las enseñanzas católicas, ni las prácticas del culto católico.

Hé ahi justificado el glorioso titulo de *cristiano viejo* que su siglo dió a Cervantes.

Hé ahi tambien la esplicacion i el secreto de su magnanimidad i noble resignacion en el cautiverio, en la desgracia i en la miseria en que lo hicieron concluir sus dias la ingratitud i el olvido de los hombres.

* *

En una revista europea, encontramos el fac-simile de una carta autógrafa de Cervantes a don Bernardo Sandoval i Rojas, arzobispo de Toledo, uno de los pocos i jenerosos protectores del gran jenio.

Hé aqui el contenido de la carta:

«Muy Illustre Señor

«Ha pocos dias que recevi la carta de vuestra Señoria Illustrissima i con ella nuevas mercedes Si del mal que me aquexa pudiera haver remedio fuera lo bastante para tenelle con las repetidas muestras de favor i amparo que me dispensa vuestra Illustre Persona pero al fin tanto arrecia que creo acabará conmigo aun cuando no con mi agradecimiento Dios Nuestro Señor le conserve egecutor de tan Santas obras para que goze del fructo dellas alla en su santa gloria como se la desea su humilde criado que sus muy magnificas manos besa En Madrid a 26 de marzo de 1616 años

Muy Illustre Señor

Miguel de Cerbantes
Saavedra.»

Hemos copiado la carta que antecede, conservando cuidadosamente su ortografía.

Santiago, junio 15 de 1872.

RAFAEL B. GUMUCIO.

UN EPISODIO CARACTERÍSTICO.

Cuando nuestro Congreso de 1828 se trasladó a funcionar a Valparaiso, algunos de aquellos señores congresales no se ocupaban por allá solamente en sus tareas lejislativas, sino que sabian darse tiempo pa-

ra otras *diversiones,* que daban lugar a episodios como el que vamos a contar.

El padre Mujica, dominicano, se habia trasladado a Valparaiso con el objeto de obtener la devolucion de los bienes de su órden de que se habia apoderado el gobierno; i estaba al efecto, en relaciones con algunos diputados.

En esas circunstancias recibió una carta lacónica en que se habia procurado fingir la letra i que nosotros hemos leido.

En esa carta se le decia: «Anoche el diputado *** ha *perdido* una cantidad considerable; i me parece que, si Ud. le remitiera unas cincuenta o cien onzas, podria contar con su voto en favor del negocio que Ud. ajita.»

El padre se hizo sordo, i los bienes de los regulares no fueron devueltos sino algunos años despues por otros mas dedicados a sus tareas lejislativas i que no *perdian cantidades considerables.*

Entónces, como ya lo hemos dicho, se abonaba a los congresales cuatro pesos diarios en Santiago i seis en Valparaiso. Habia tambien sesiones diarias. Al que no asistia se le hacia el descuento respectivo.

Como deben suponerlo nuestros lectores no era entónces conocida esa palabra fatídica, que tanto se repite en el dia: «no hubo sesion por falta de número», porque aquellos señores no faltaban jamas a sus *deberes.* Mas de una vez presenciamos reclamos en plena Cámara por fallas apuntadas indebidamente.

O. O.

SIETE AÑOS DESPUES.

A LA CELDA DEL R. P. FR. VICENTE SOLANO.

am in my dolours like a sounding clock hung upon the walls of a dessert house It strikes it's hours, but nobody hears them.

Miss Davis's Irish lamentings.

Cuando mis ojos pongo
En tu recinto, ¡oh celda!
¡Cuál viene a mi memoria
La dulce edad primera! (1)
Aquella edad felice
En que brilla risueña
La vida sin que sufra
El corazon la pena.
¡Cuán grata me era entónces
Tu contigua arboleda,
Que brindarme solia
Sus sombra i sus esencias!
¡Con qué placer profundo
De su frescura amena
Gozaba, recitando
Mis lecciones primeras!
Asombrados mis ojos
Miraban con sorpresa
Un inmenso jentío
Cruzando por tus puertas.
En tus floridos dias,
¡Ai! para todos eras
Escuela de virtudes,
Santuario de Minerva.
Mas ora ¡que contraste!
En soledad horrenda,
Ruinosa i humillada
De luto estás cubierta.
De tu brillo pasado
Mis ojos nada encuentran:
Memorias solo existen
Que el corazon laceran;
Memorias que del mundo
La nada me revelan....
Tus plantas i tus flores,
En languidez estrema,
Contemplo que respiran
Un aire de dolencia.
Estériles e incultas
No ya su gala ostentan;
Parece que llorosas
A su dueñon recuerdan.
Donde con pompa estaba
Tu hermosa biblioteca,
Solo miro tejiendo
Las arañas sus telas.
Tus glorias han volado
Cual con el cierzo vuelan,
En el otoño umbrio,
Las hojas de las selvas.
Por lo que un tiempo fuiste,
A nadie ya interesas,

(1) El autor de esta composicion, escrita en los dias de un abatimieto de espiritu, tuvo el honor de hacer sus primeros estudios de humanidades i filosofia con el ilustre relijioso: i hé aqui el motivo porque frecuentó su celda.

Nota del autor.

Mi corazon es solo
El que por ti lamenta,
Sin que sus tristes ayes
Se escuchen ni se sientan.
El es en sus jemidos
Como un reloj que suena
Snspenso en las paredes
De una casa desierta;
Corre, i sonando marca
Horas que raudas vuelan;
Pero esas horas nadie
Las oye ni las cuenta.
¡Qué duro i qué penoso
Es recordar, oh celda,
En la desgracia dichas
Que ya el sepulcro encierra
¿Por que cuando perdiste
Tu lumbre i tu grandeza,
La vida vida que me abruma
No he debido perderla?
Adios, celda doliente,
En tu desgreño queda
Hasta que Cuenca un dia
Mas culta te ennoblezca.

Febrero 15 de 1872.

TOMAS RENDON.

ENIGMA.

Soi de formas mui variadas
I de clases mui distintas;
Vivo en los grandes palacios
Como en la choza pajiza.

La hermosura i la fealdad,
La tristeza i la alegría,
Todo en mi a un tiempo se advierte,
Soi de todo imájen viva.

Fiel amigo he sido siempre,
No conozco la mentira,
I mis verdades a muchos
¡Cuántas veces mortifican!

BIBÍ.

SOLUCION

DEL ENIGMA DEL NÚMERO ANTERIOR.

A SIRO LUQUE.

Es la *aguja*, Siro amigo,
Aguda, fina, sin gracia
I de un jenio bien perverso,
Pues buenas heridas causa.

Mas el *hilo*, por fortuna,
Siempre a la *aguja* acompaña,
I esas heridas mui luego
Se encuentran del todo sanas.

BIBÍ.

Contenido de este número.

I.—Francisco Bilbao, por Zorobabel Rodriguez, páj. 581.
II.—Dos gotas de rocío, poesía, por R. Larrain Covarrúbias, páj. 586.
III.—La corruptora i la buena maestra, (continuacion), por Fernan Caballero, páj. 586.
IV.—Soliloquio de un minero, poesía, por David Bari, páj. 591.
V.—El baile de las sombras, por Cárlos Martinez Silva, páj. 592.
VI.—Cristóbal Colon, poesía, por Adelaida S. de la Peña, páj. 593.
VII.—Cervantes, por Rafael B. Gumucio pájina 593.
VIII.—Un episodio característico, por O. O., páj. 594.
IX.—Siete años despues, poesía, por Tomas Rendon, páj. 595.
X.—Enigma, por Bibi, páj. 596.
XI.—Solucion del enigma del número anterior, por Bibi, páj. 596.

IMPRENTA DE «EL INDEPENDIENTE.»
Calle de la Compañía núm. 102.

LA ESTRELLA DE CHILE.

AÑO V. Santiago, junio 23 de 1872. Núm. 247.

FRANCISCO BILBAO.

SU VIDA I SUS DOCTRINAS.

III.

Sean empero cuales fuesen los motivos i los consejos que determinaron la resolucion de Bilbao, i ya sea que él de suyo i poco a poco llegase a perder por completo la fé en que habia sido educado, ya que esa evolucion de su espíritu fuese determinada por influencias estrañas, el hecho es, que a los veinte años pudo aplicarse a si mismo las palabras de Remijio a Clodoveo: «Quema lo que has adorado i adora lo que has quemado.»

Semejante situacion es verdaderamente trájica para todos aquéllos que saben comprender cuánta es la gravedad e importancia de los problemas que se refieren al orijen, a la naturaleza i a los eternos destinos del alma humana; i honra poco sin duda al corazon i a la intelijencia de Bilbao, la impasibilidad con que al parecer salió del campamento de los creyentes, para entrar en el campamento de los incrédulos. Ni el eco de un suspiro, ni la huella de una lágrima encontramos en el trayecto de esa memorable jornada; ni siquiera la conciencia de la inmensa gravedad del acto, ni en el trascurso de su vida una sola reminiscencia del dulce calor de la casa paterna.

Esa aridez de sentimientos rebaja a Bilbao como ser moral e intelijente. Si fué debida al orgullo que no le permitia dudar de la verdad de sus propias concepciones ¿qué idea debemos formarnos de su talento? Si al contrario fué el resultado de una impasibilidad natural ¿qué idea debemos formarnos de su carácter?

Por lo que a nosotros respecta, debemos declarar que, si la incredulidad que duda, que ama, que anhela por creer, nos inspira siempre respeto i simpatías, la incredulidad que presume de infalible, que olvida i que se siente satisfecha, no nos puede inspirar mas que repugnancia i aversion. La primera es una enfermedad curable o nó, pero siempre digna de atencion i de cuidados; la segunda es en la mayor parte de los casos un delito.

A fin de que se comprenda la magnitud del vacío que acabamos de hacer notar, comparemos la actitud de Bilbao al lanzarse del arca de la fé al revuelto mar de la incredulidad con la actitud de uno de los pensadores, cuyo estravío constituye una de las mas grandes pérdidas que haya hecho la Iglesia católica en este siglo, de Teodoro Jouffroy. El mismo va a contarnos la terrible historia de aquellas luchas que Dios solo presencia como testigo i los desgarramientos que preceden a aquellas supremas resoluciones, que a Dios solo le es dado juzgar. Es una breve historia que tiene las tristezas de un adios i la solemnidad de una trajedia.

«Hijo de padres piadosos, dice, i habiendo venido al mundo en un pais en que la fé católica estaba aun llena de vigor i de savia, me habia acostumbrado desde mui temprano a considerar el porvenir del hombre i el cuidado de su alma como la gran cuestion de mi vida, i todo el plan de mis estudios habia contribuido a afianzarme mas i mas en esa disposicion de espíritu. Durante mucho tiempo las creencias del cristianismo habian correspondido plenamante a todas las necesidades e inquietudes que esperimenta el alma preocupada de tan altos problemas. Para todas las temerosas preguntas la relijion de mis padres tenia respuestas, i gracias a ellas, veia i comprendia la vida presente, i mas allá aun divisaba desarrollarse un provenir sin nubes.

«Tranquilo por lo que tocaba al camino que debia seguir en este mundo, tranquilo con respecto al fin a que me conduciria en el otro, comprendiendo la vida en sus dos faces i a la muerte que las une, comprendiéndome a mi mismo, conociendo las miras de Dios sobre mí i amándolo por la bondad de ellas, era feliz con esa felicidad que procura la fé viva i cierta en una doc-

trina que resuelve todas las grandes cuestiones que pueden interesar el hombre. Pero en la época en que habia nacido era imposible que semejante felicidad fuese durable, i llegó el tiempo en que, desde el recinto del tranquilo edificio de la relijion que me habia recojido al nacer i a cuya sombra habia corrido mi primera juventud, empecé a sentir silbar los vientos de la duda que en todas direcciones azotaban los queridos muros sacudiéndolos hasta en sus cimientos. Mi curiosidad no me habia permitido evitar aquellas poderosas objeciones sembradas como polvo invisible en la atmósfera que respiraba por dos siglos de escepticismo. A pesar del espanto que me causaban, i talvez a causa de este mismo espanto, estas objeciones habian impresionado fuertemente mi intelijencia. En vano mi infancia con sus poéticas impresiones, mi juventud con sus piadosos recuerdos, la majestad, la antigüedad i autoridad de aquella fé que se me habia enseñado, toda mi memoria, toda mi imajinacion, toda mi alma, se habian levantado i sublevado contra esta invasion de incredulidad que las heria en lo mas vivo; mi corazon no pudo defenderme contra mi intelijencia. Una vez puesta en duda la divinidad del cristianismo, habia sentido temblar en su base todas sus convicciones; para afianzarlas le fué preciso examinarlas en sus fundamentos racionales i por mas parcialidad que puso en ese exámen, salió de él completamente escéptica.

«Tal era el plano inclinado sobre el cual se habia ido deslizando mi intelijencia.

«No olvidaré jamas aquella noche de diciembre en que ví despedazarse el velo que ocultaba mi incredulidad a mis propios ojos. Aun oigo mis pasos en aquella pieza estrecha i desmantelada, donde tenia costumbre de pasearme hasta mui tarde de la noche; veo aun aquella luna medio velada por las nubes, iluminando por intervalos los frios cristales de mi ventana. Las horas pasaban sin que yo las sintiese: seguia con ansiedad mi pensamiento que de grado en grado bajaba hasta el fondo de mi conciencia, disipando una despues de otras las ilusiones que me habian impedido verlo en su tremenda desnudez. En vano me aferraba a las últimas creencias como un náufrago a los restos de su despedazada nave; en vano, espantado del vacio misterioso en que iba a flotar, retrocedia lleno de angustia i ¡ai por la última vez! hácia mi infancia, mi familia, mi patria i todo lo que me era tan caro; mas fuerte era la inflexible corriente de mis ideas; padres, familia, recuerdos, creencias, de todo me arrancaba. El exámen continuó tanto mas severo i obstinado, cuanto mas me acercaba al fin i no se detuvo sino cuando lo hubo alcanzado. Supe entónces que en el fondo de mí mismo nada quedaba en pié, que nada creia ya de todo lo que habia creido sobre mi mismo, sobre Dios i sobre mi destino en esta vida i en la otra, puesto que rechazaba la autoridad que me habia enseñado esa creencia. Aquel instante fué horroroso i, cuando al venir el alba, me arrojé rendido sobre el lecho, me pareció ver que mi primera vida tan dulce i apacible se estinguia i que empezaba otra oscura i apartada en la cual me veria condenado a vivir solo, solo con mi pensamiento fatal que a ella acababa de arrojarme i que habria querido maldecir» (3).

La lectura de la tristisima relacion que antecede manifestará cómo bajan desde las espléndidas cimas de la fé al oscuro abismo de la incredulidad los próceres de la intelijencia. A semejanza de Jouffroy, ellos hacen esa jornada volviendo a cada paso hácia el hogar que abandonan los ojos bañados de lágrimas i el corazon que quisiera desligarse del pensamiento para tornar a la altura de su orijen, miéntras éste se desliza hácia el cáos. Tal no fué, lo hemos dicho ántes, la caida de Bilbao. Si en la jornada que lo condujo del paraiso al valle de la incertidumbre volvió una que otra vez la cara hácia atras, no fué para enviar a la patria que perdia el tierno adios de la primera pareja humana, ni el profundo suspiro del Rei moro; fué para enviarle *furens audacia* la mirada altiva, insultante i amenazadora del famoso conspirador romano perseguido por la irresistible elocuencia de Marco Tulio (4).

Cuando así se sale de la ciudad de Dios, no se sale para vejetar en la inaccion, ni siquiera para abandonarse al trabajo intimo i subjetivo a que se consagró Jouffroy.

(3) Theodore Jouffroy. *De l'organisation des sciences philosophiques.*

(4) El mismo Manuel Bilbao reconoce esta disposicion de espíritu en que su hermano salió del catolicismo: «Entónces, dice, miró *con horror* el cáos donde habia permanecido los primeros años de su existencia.»

Entónces se sale para predicar contra ella la guerra de todos los instantes, para guiar al asalto contra sus muros hasta clavar sobre ellos la nueva bandera. Fué lo que hizo Bilbao, lanzando desde las columnas de *El Crepúsculo*, su primer grito de guerra contra la Iglesia Católica. El artículo se publicó bajo el título de *Sociabilidad Chilena*, el 10 de junio de 1844. Su autor tenia apénas veintiun años.

IV.

Para formarse una idea de la impresion que causó en la sociedad de Santiago el artículo de Bilbao, es preciso recordar dos cosas: lo que era, relijiosa, moral i políticamente considerada, aquella sociedad i las doctrinas que en este artículo se sostenian.

Lo que era bajo el aspecto relijioso la sociedad santiaguina en 1844 se lo imajinará fácilmente quien recuerde cuál habia sido el carácter de la gran revolucion de 1810 i de los muchos trastornos que ocurrieron desde entónces hasta que se hubo constituido el pais de una manera estable con la promulgacion de la Carta de 1833. Ni en aquella ni en éstos se trató jamas de otros principios que de los políticos. Los patriotas que pelearon contra España hasta arrojarla del pais, pelearon por la independencia i por la libertad políticas, i habrian encontrado tan estraño que álguien les hubiese supuesto el pensamiento de espulsar la relijion católica, como el de espulsar la lengua castellana. Despues hubo motines, asonadas, discordias civiles promovidas por la ambicion de prestijiosos caudillos, o de partidos impacientes por llevar al poder sus ideas de gobierno; lo que no hubo fué una revolucion social, lo que no se vió fué partidos que proclamasen la necesidad de echar por tierra o de tocar siquiera en lo mas mínimo el venerable edificio de las seculares creencias relijiosas de los chilenos.

Tan cierto es esto que aun los constituyentes de 1828, que tuvieron el poder i a quienes no faltó la voluntad de consignar en el Código Político que dictaron las mas avanzadas ideas de la época i del partido, retrocedieron ante la libertad de cultos, reconociendo al catolicismo como única relijion del Estado i prohibiendo el ejercicio público de cualquiera otra.

No se crea sinembargo que el catolicismo de todos los hombres que en Chile sobresalieron de algun modo desde 1810 hasta mediados del siglo, fuese igualmente correcto; que en algunos de los improvisados publicistas de la época es fácil notar la influencia literaria, filosófica i aun relijiosa de Voltaire, Rousseau, D'Alembert i demas escritores franceses que prepararon la revolucion de 1789. Pero esta influencia fué mas literaria que filosófica i mas filosófica todavía que relijiosa. Produjo uno que otro católico inconsecuente, hizo de moda uno que otro epigrama contra los papas, los jesuitas i los frailes; pero no hizo protestantes ni racionalistas. Bajo esa influencia se arrebataron a las comunidades relijiosas sus bienes, se atacaron rudamente los vicios i abusos verdaderos o supuestos del sacerdocio; pero no se creyó necesario o posible emprender una campaña formal contra los dogmas de la Iglesia Católica.

Mas o ménos, la situacion relijiosa de la sociedad de Santiago, cuando apareció en *El Crepúsculo* el temerario reto de Bilbao, era, pues, la misma en que estaba ántes de la independencia. Una relijion dominante que nadie se habia atrevido a atacar hasta entónces a cara descubierta, una lei que castigaba la herejía como un delito gravísimo i una sociedad cuyos sentimientos estaban en el mas perfecto acuerdo con las prescripciones legales.

Imajínese el lector el estremecimiento de horror, de indignacion i de escándalo que en un pueblo dominado por tales ideas i sentimientos debió causar el artículo de *El Crepúsculo*. Un artículo en que se proclamaba altamente la incompatibilidad del catolicismo i de la democracia, en que se procuraba demostrar que, miéntras aquél conservase su imperio sobre los chilenos, la república no seria en Chile mas que una mentira: en que se confundia en un mismo anatema al partido i a la relijion dominante, a algunos dogmas del credo i algunos principios de la Constitucion de 33, en que se proclamaba dudosa la criminalidad del adulterio i por las claras urjente una revolucion política, social i relijiosa.

Indicamos solo estas ideas porque algunas de ellas fueron excedidas mas tarde por Bilbao i porque mas adelante encontraremos la oportunidad de apreciar las que sostuvo i esplanó en sus escritos posteriores. Por ahora, bástenos decir que el fondo social, relijioso i político de la *Sociabilidad*

Chilena habia sido sacado de la *Enciclopedia*. Bilbao mismo lo hizo notar mas tarde cuando aludiendo a aquel artículo decia a Santiago Arcos: «Ese escrito fué una proyeccion del siglo XVIII lanzada por una alma juvenil.» (5) Esto basta para juzgarlo. ¿Quién va hoi a estudiar la filosofía en Voltaire, la ciencia social en Rousseau, la relijion en la *Enciclopedia*?

Pero aquel escrito que hoi no habria merecido acaso ni la atencion de los gacetilleros, en 1844 alarmó a la prensa, al clero, a la sociedad i al gobierno. La prensa periódica atacó rudamente las doctrinas del reformador, sin guardar muchos respeto a su persona, la sociedad se mostró escandalizada, el clero, si hemos de creer a Manuel Bilbao, tronó desde la cátedra sagrada contra el hereje i el fiscal don Máximo Mujica, obedeciendo órdenes superiores, acusó ante el jurado el artículo *Sociabilidad Chilena* por adolecer «de las infamantes notas de blasfemo, inmoral i sedicioso en tercer grado.»

Aun cuando la acusacion entablada se dirijia contra todo el impreso, el fiscal creyó conveniente llamar especialmente la atencion del juez del crimen sobre ciertos puntos cuya lectura bastaria en su concepto a comprobar la justicia del castigo que reclamaba contra el autor. Los pasajes notados eran: 1.° uno en que se sostenia que el catolicismo solo era aparente para someter a los bárbaros por medio del conjunto pomposo de sus ceremonias; 2.° otro en que se acusaba a la relijion dominante de tendera la servidumbre de los pueblos i al robustecimiento de todo despotismo; 3.° un análisis del símbolo de la fé hecho con el manifiesto propósito de atacarlo i ridiculizarlo; 4.° un párrafo en que se contraponian las doctrinas de Jesucristo con las enseñadas por el «sabio apóstol de las jentes» con respecto a las relaciones i deberes de los cónyujes; 5.° otro párrafo en que se alega como circunstancia esplicativa i atenuante de los frecuentes adulterios que se observan, «la mala organizacion del matrimonio»; 6.° una crítica burlesca de las costumbres caseras i patriarcales de la sociedad de la época; i 7.° un ataque violento contra la Carta de 33 que organizó constitucionalmente el despotismo i una amarga censura contra el gobierno, que obedeciendo a las prescripciones de aquélla i exajerándolas i excediéndolas en un sentido antidemocrático, «hacia venir frailes de Europa, dejaba que los curas continuasen diezmando i comerciando con los matrimonios, bautismos, etc.»

Por esas consideraciones, el fiscal «en cumplimiento del art. 23, título 4.° de la lei de 11 de diciembre de 1828, acusaba el núm. 2 de *El Crepúsculo* de blasfemo, inmoral i sedicioso en tercer grado.»

ZOROBABEL RODRIGUEZ.

(*Continuará*).

(5) *La revolucion i su marcha en Chile*. Carta a Santiago Arcos.

A MI CANARIO EN SU MUERTE. (1)

¡Yace por siempre helado
Mi bello canarito!....
¡En balde lo he cuidado,
Que al pobre pajarito
La muerte me ha robado!

Ayer sin sentimiento
Cantaba alborozado,
I a la par con el viento
Volaba entusiasmado
En alas del contento.

¡I con cuánta alegria
Venia hácia mis manos,
Donde yo le ponia
Los tan sabrosos granos
Que él con placer comia!

¡I con cuánta ternura
Me hacia oir sus quejas
De melodia pura,
Desde las duras rejas
De su jaulilla oscura!

¡Cómo al venir el dia
Gorjeaba alegremente
Con suave melodia,
I su canto inocente
Llegaba al alma mia!

(1) La señorita Hortencia Bustamante i Cárpena, ha favorecido a *La Estrella de Chile* con este su primer ensayo poético, que honra a su jóven autora, i con la valiosa promesa de seguir prestándonos su colaboracion.

LOS REDACTORES.

¡Mas, hoi, ai cielo santo!
Al abrirle la puerta
¡Qué terrible quebranto!
A mi avecita muerta
Contemplé con espanto!

¡Oh, cuán triste i amarga
Pasaré ya la vida!
¡Me será dura carga!
¡Sin mi prenda querida,
La vida me es mui larga!

Pues ya contemplo helado
Mi bello canarito;
En balde lo he cuidado,
Que al pobre pajarito
La muerte me ha robado.

Santiago, junio 18 de 1872.

HORTENCIA BUSTAMANTE I CÁRPENA.

DON MANUEL RIVADENEIRA.

BIOGRAFÍA.

El 31 de marzo del presente año dejó de existir en Madrid el señor don Manuel Rivadeneira.

Dos dias despues fueron sus restos mortales sepultados en San Isidro del Campo.

La ceremonia fúnebre fué suntuosa. En el cortejo que rodeaba el cadáver figuraba todo lo que en la capital de España representa la ilustracion i el progreso.

Sobre el féretro, que marchaba en medio de dos largas filas de aprendices, oficiales i rejentes de imprenta, se veian la gran banda de la órden americana de Isabel la Católica, la cinta de comendador de la órden de Cárlos III i varias otras condecoraciones estranjeras.

Treinta dias ántes otro cortejo no ménos lucido habia desfilado por las calles de Madrid. Era el que llevaba al campo de los muertos los restos de don Eujenio de Ochoa.

En el espacio de un mes la España vió descender al sepulcro dos de sus mas envidiables glorias literarias.

Pero al mismo tiempo que se borraban sus nombres de la lista de los vivos, los escribia la Fama en el libro de la historia.

¡Feliz contraste que solo se verifica con los hombres superiores, que mueren materialmente para vivir en las serenas rejiones de la gloria i de la intelijencia!

En ellas, despojados de su envoltura terrenal, libres de émulos, rodeados de honor i de prestijio inmortales, ven pasar a las jeneraciones, unas en pos de otras, rindiéndoles el culto de su admiracion i entusiasmo.

Hoi hai dos hogares vacíos; ámbos eran, no ha mucho, el centro de los hombres de letras, de las conversaciones intimas, de la tertulia amena, en que lucia el buen decir, el fino epigrama i la cortesanía española.

No pretendemos hacer comparaciones entre estos dos ilustres muertos. Nuestra tarea, mas modesta sin duda que la del crítico, está determinada en el título de este artículo, que no envuelve otro pensamiento que el de pagar un tributo a la memoria de una reputacion, que es tambien en parte americana.

Don Manuel Rivadeneira nació en Barcelona en 1805. Fué su padre militar, i como tal, comprometido en una de las muchas revueltas que han azotado la España, fué arrojado a Francia en 1809.

Rivadeneira siguió la suerte de su padre proscrito. En Francia fué donde concurrió por la primera vez a la escuela, aprendiendo asi ántes el frances que su idioma natal.

Nada sabemos de sus primeros años, que debieron ser tan fecundos en penas i en trabajos en el hogar del militar emigrado, como en estudios i triunfos en las aulas en donde habia encontrado un asiento al lado de los niños franceses.

La carrera del marino lo fascinaba. Quiso entrar en un buque en calidad de piloto, para cuya ocupacion estaba preparado con suficiencia. Habia rendido airosamente un exámen del arte, que entónces se llamaba de altura i el práctico o de cabotaje.

El mar i sus misterios dejaron de ser, de un dia a otro, el pensamiento dominante del jóven piloto. Sin saber cómo ni por qué, una mañana tiró sus libros de matemáticas i el compas i tomó el componedor.

De cajista pasó algun tiempo en Francia.

En 1823 volvió a España. Su viaje fué un continuo sufrimiento. Pasando mil trabajos, por trochas i veredas, dice uno de sus biógrafos, i siempre a pié, logró llegar

a orillas del Guadalquivir, último baluarte de la independencia española.

«De Sevilla empezó su escursion a Madrid, a la manera franciscana, con el bordon en la mano derecha i el ajuar puesto a la espalda; pero al descansar una noche en un pajaron de Temblegue, la suspicacia realista pretendió descubrir en la modestia del fujitivo la importancia de un conspirador, i a vuelta de tratos nada mansos, i despues de haber logrado salvar con maña a su compañero de peregrinacion e infortunio, fué a dar a la cárcel del lugar. Codo con codo, i por *negro*, siguió de justicia en justicia la carretera de Andalucía, sufriendo con resignacion i paciencia los insultos del vulgo, entónces poco o nada civilizado, i llevó una paliza de lo lindo en el portazgo de las Delicias por los membrudos vecinos del Rastro i de Lavapiés, pero allí le salvó el acento *gavacho;* que los hijos del Dos de Mayo no podian creer que un *franchute* pudiese ser liberal; pasó a las cárceles de San Nicolas, en cuyas cercanías las turbas, que no oian la palabra del preso, pedian a todo gañir la cabeza del *setario*. La intervencion del padre, residente entónces en la capital, mostró a la autoridad la inocencia del hijo.»

De esta manera fué recibido en España el que mas tarde habia de levantar el mas valioso monumento de su literatura.

En este mismo año entró de cajista en la *Imprenta Real*. Apénas conocia el castellano; pero al poco tiempo se ocupaba ya en las obras mas delicadas e importantes.

En 1824 volvió a Francia, dando por segunda vez el adios a España, que mataba con sus restricciones i sus leyes la espresion del pensamiento.

En París entró de escribiente en casa del ilustrado i erudito traductor de *Horacio*, don Francisco Javier de Búrgos. No se avenia tampoco su espíritu inquieto i ávido de aprender con esta nueva ocupacion. París no habia llegado a satisfacer el ideal del arte, con que soñaba Rivadeneira.

Aquí empiezan sus peregrinaciones.

Visita la Suiza, la Holanda, la Alemania i la Inglaterra. Amaba por intuicion, con indefinible cariño el arte tipográfico. Apénas llegaba a un pueblo lo primero que hacia era dirijirse a las imprentas.

¡Qué sinnúmero de sacrificios en esta nueva vida!

En Maestricht logra alcanzar una situacion holgada; se le ofrece un puesto honroso en una librería, pero rehusa aceptarlo, porque no queria ser otra cosa que impresor.

El arte era la meta a donde encaminaba sus deseos, el fin único de sus desvelos.

En 1832, a los anuncios de una nueva vida política, abre una imprenta en Barcelona.

En el año de 1834 publicó un plano tipográfico i algunas otras obras que llamaron mucho la atencion de los intelijentes.

Como editor de diferentes periódicos, entre los cuales debe mencionarse *El Vapor*, fué uno de los que mas trabajaron por obtener para la prensa diaria de las provincias las franquicias que, en dósis homeopáticas, se daba a los diarios de Madrid.

Una mal aconsejada política habia establecido la censura prévia. Se temia a la prensa libre. Un diario que dijera lo que juzgaba lójico i racional era un ataque al órden público.

La España ha andado siempre con una cautela que lastima, cuando se trataba de alijerar los bagajes del periodismo.

En otros tiempos habia suprimido los diarios; en los que corrian, bajo el reinado de Fernando VII, no se cerraban las imprentas, pero se amordazaba a los escritores. Para que se les dejara en libertad de hablar, era necesario que preguntaran ántes a los delegados del poder supremo cual era el pensamiento del rei. Era ésa una libertad de mui cómoda invencion para el gobierno, que, por fas o nefas, se habia resuelto a hacer de todos los escritores españoles algo mui parecido a los cortesanos del rei Barba Azul.

«Si quieren escribir, que escriban lo que me agrada,» se habia dicho la administracion; i estaba resuelta a hacer cumplir sus propósitos.

El inmortal Larra escribia entónces: «¿I quién duda que tenemos libertad de imprenta? Que quieres imprimir una esquela de convite; mas, una esquela de muerte; mas todavía, una tarjeta con todo tu nombre i tu apellido, bien especificado; nadie te lo estorba.»

Rivadeneira comprendió que la prensa amordazada es una burla; que nunca será la espresion de la verdad ni de la opinion pública el diario que ántes de salir de la imprenta recibe en su primera pájina el sello de la censura.

Bien se nos alcanza que ganar la batalla de la libertad de la prensa en el terreno de la opinion, no es ni ha sido nunca difícil. Son tantas i tales las razones que abogan en favor de la prensa libre, que es mas difícil ignorarlas, que hacerlas valer.

Sinembargo la política española ha sido de uso universal. Censuras i tribunales i castigos ha habido siempre en Europa i en algunos pueblos de América.

Pero el resultado ha sido siempre en todas partes el mismo. La represion absurda ha motivado el desborde violento, las intemperancias i las funestas cóleras del diarismo.

Cuando fué ministro de fomento don Francisco Javier de Búrgos volvió a llamar a Rivadeneira para ofrecerle un puesto en la administracion. Con un empleo se creia entónces que se ganaba un amigo i un partidario útil. Sinembargo Rivadeneira resistió por segunda vez a la tentacion de los empleos.

Los sucesos de la guerra de 1835 lo arrancaron nuevamente de la imprenta para colocarlo en las filas de la milicia nacional. Tomó una parte mui activa en los acontecimientos de Barcelona i llegó a obtener el empleo de capitan de voluntarios bajo las órdenes del jeneral Pastors.

Pasado el peligro i restablecido el órden, abandonó la casaca, como ántes habia abandonado la marina i el muelle empleo de secretario en un bufete.

La imprenta volvió a abrir sus puertas al mas entusiasta i ferviente adorador de sus tareas.

En 1836 concibió el plan de su obra monumental, la *Biblioteca de autores españoles*. Pero le faltaba el oro, elemento tan indispensable para hacer la guerra a la ignorancia, como para hacerla a los déspotas.

Ocurriósele entónces el pensamiento de venir a América, i pensando i haciendo, se embarcó para el Rio de la Plata. En Montevideo hace la vida de mercachifle; pero se fatiga pronto de su inaccion i abandona el mostrador, para proseguir sus tareas tipográficas. Cinco años de peregrinaciones en América pueden no tener mucho interes para la biografía de Rivadeneira, pero fueron fecundos para los paises en donde vino a desempeñar el modesto destino de cajista, primero, i de notabilísimo editor despues.

En Santiago de Chile, en donde fija su residencia, adquiere a préstamo una imprenta, que llegó a ser en poco tiempo el establecimiento tipográfico mejor montado del pais.

Segun nos ha informado un amigo, a quien debemos muchos de los datos de este artículo, en Santiago solo habia tres imprentas. La de Rivadeneira i la de Renjifo eran las únicas que merecian el nombre de tales.

En la de este último se habia publicado *El Araucano*, diario oficial, hasta que las complicaciones entre el gobierno i los partidos, en especial del *filopolita*, a que se habia manifestado mui afecto Renjifo, lo hicieron pasar a la imprenta de Rivadeneira.

Las cuestiones con la Confederacion Perú-Boliviana estaban próximas a su desenlace.

El Araucano se encontraba en su puesto sosteniendo con enerjía e intelijencia los santos derechos de Chile.

Don José Joaquin de Mora, que no escaseaba los recursos para hacer la guerra, esgrimia las armas de la sátira contra el diario oficial de Chile. En uno de sus artículos lo llamaba ilejible. I a fé que, dejando a un lado su redaccion, era difícil leer lo que en él se publicaba.

La parte tipográfica era detestable; los tipos gastados i la mala calidad del papel daban la razon al juicio de Mora.

Rivadeneira era un tipógrafo de primer órden, pero no basta la intelijencia para hacer buenas publicaciones. Los recursos con que contaba eran escasos, miserables.

La edicion de *El Araucano* no pasaba de trescientos ejemplares. Doscientos eran para el gobierno que los pagaba a razon de *un cuarto de real* cada ejemplar; los cien restantes se repartian a los suscritores. ¡I éste era el diario de prestijio!

Hai un hecho que refleja, a las claras, lo que era esa época.

Cuando llegó a Santiago la noticia de la batalla de Yungai, Rivadeneira, anticipándose a la imprenta de Renjifo, dió a luz un suplemento a *El Araucano* con los detalles que habia podido obtener.

Se hizo una edicion especial. La venta fué prodijiosa; todos querian conocer los pormenores de esa gloriosa campaña. Se habló del espendio fabuloso de los suplementos, cuyo precio era el de un real i de las pingües ganancias de Rivadeneira.

Cuando se saldó la cuenta, la cantidad recojida en dinero alcanzó a setenta pesos.

Tal era la suerte de la prensa de Chile en 1838.

Pocos meses despues de este suceso, Rivadeneira dió a luz impreso el himno de Yungai, compuesto por nuestro amigo don José Zapiola sobre letra de don Ramon Renjifo.

No se conocia entónces la litografía. La impresion fué hecha con caractéres movibles. Fué esa la primera pieza de música que se imprimió en el pais, i quizas la única que ha producido una buena entrada a su autor.

Debemos mencionar una circunstancia caracteristica. Los tipos musicales existian en Chile desde años atras; sinembargo, nadie conocia su empleo; el mismo Rivadeneira se veia embarazado para usarlos; i quizas la publicacion del himno de Yungai se habria retardado, sin la cooperacion del señor don Francisco Solano Perez que descifró el enigma.

En 1839 el editor de *El Araucano* pasó a Valparaiso, en donde habia adquirido la imprenta i diario *El Mercurio*.

Si es cierto que el nuevo diario circulaba mas que *El Araucano*, sus suscritores en Santiago no pasaban de quince. Entendemos que el gobierno compraba doscientos números.

Si esto era una valiosa proteccion, era tambien un impedimento terrible para que se aumentara el número de los suscritores. Rivadeneira se quejaba amargamente de la reparticion que se hacia entre los particulares de los doscientos números comprados por el gobierno.

En cuatro años de trabajos en *El Mercurio*, su editor ganó algunos miles de pesos con los cuales se trasladó a España en 1843, con el objeto de dar cima a la empresa de la *Biblioteca de autores españoles*.

En Chile habia ganado dinero i gozado de una posicion que le proporcionó consideraciones i respetos.

A pesar de tener ideas en todo opuestas a las del partido conservador, mereció de sus prohombres una sincera amistad i ausilios poderosos.

Rivadeneira era todo un rojo exaltado en España, moderado i tímido en Chile.

A sus amigos intimos contaba por lo bajo la historia personal de cierta revolucion en España, que empezó en una plaza de toros i concluyó con el infame degüello de frailes e incendio de sus conventos.

Era de los liberales que no comprenden la libertad sino a palos i a golpes.

Pero su rojismo no fué de larga vida.

VENTURA BLANCO.

(Concluirá).

EL GRANADERO.

Al dulce rumor del Plata
Que desmayaba en la orilla,
En una noche de estío
Melancólica i tranquila,

El valiente Granadero
Con voz ronca i espresiva
Así a los suyos contaba
Sus proezas i fatigas....

Con su bravo rejimiento
No ha mucho llegado habia
A la hermosa Buenos Aires,
La metrópoli arjentina;

I ceñido de laureles,
Aunque cargado de heridas,
Gozaba, en fin, del encanto
Del hogar i la familia!

Miéntras la luna en el cielo
Rielaba i la onda jemia,
Así el Granadero hablaba
Con voz ronca i espresiva:

—«Salimos de Buenos Aires,
Era un espléndido dia!
Hace ya diez largos años,
Los mas bellos de mi vida.

Una fiesta nacional
Fué nuestra marcial salida:
Ibamos a combatir
Por una causa bendita,

Por la libertad de un pueblo
De nuestra misma familia,
Que entre bárbaras cadenas
Esclavizado jemia.

Resonaban los clarines
Con tan sublime armonía
Que se bañaron de lágrimas
Nuestras tostadas mejillas;

Tambien lloraron, i mucho,
Nuestras madres, nuestras hijas
I nuestras tiernas hermanas,
Que sus brazos nos tendian!

Solemne escena fué aquella...
Aun en mi pecho vibran
Del pueblo que nos rodeaba
Los estrepitosos vivas!

Al frente del rejimiento
Sus anchos pliegues tendia
El estandarte glorioso
De la nacion arjentina,

Estandarte que hoi volvemos
A nuestra patria querida
Roto en mas de cien jirones
Por las balas enemigas!

Desde entónces, ¡cuánta sangre
Ha corrido en nuestras filas!
¡Cuántos hermanos no han vuelto
De los que entónces partian!

No hai razon para llorarlos,
Porque su suerte fué digna....
I hoi para las almas buenas
Es su memoria bendita!

Cruzamos la cordillera
De los Andes, i en su cima
Ante el Dios de las naciones
Inclinamos la rodilla.

El jeneral San Martin
Nos dijo: «ved esa rica
I hermosa tierra que tiende
A vuestros piés sus colinas

«Perfumadas por las flores
arrulladas por las brisas,
Donde son dulces los años
I es un encanto la vida:

«Allí el sol siempre es brillante,
La esfera azul siempre limpia;
Se alfombran sus anchos valles
Con espléndidas espigas....

«En sus montañas se esconden
Veneros de ricas minas,
I en su playa un mar de plata
Sus alegres ondas riza!

«Vuestra mision, Arjentinos,
Es dar a ese pueblo vida,
I destrozar las cadenas
Que a sus hijos esclavizan.

«Hijos del Plata, la empresa
En que os empeñais es digna
De nuestro altivo coraje,
De vuestras nobles cuchillas!»

Así dijo el jeneral:
No pasaron doce dias
Sin que en Santiago de Chile
Despues de luchas invictas,

Gozáramos los aplausos
De aquella nacion amiga,
Que como a libertadores
I hermanos nos recibia.

Despues reñidas batallas
Tuvimos; en nuestras filas
Grandes destrozos, i hazañas
Que mi corazon no olvida!

Pero, el jeneral mas tarde,
Mas lejos, en otros climas
Nos llevó a seguir batiendo
A las armas enemigas,

Del Perú la ardiente arena,
Del Guayaquil las orillas,
Donde entre bosques inmensos
Fieras serpientes habitan,

Guardan los ecos sublimes
I conservan todavía
De nuestros roncos clarines
Las bizarras armonías.

I allá en la falda salvaje
Del empinado Pichincha
Frescos quedan los recuerdos
De nuestra carga magnífica!

Lavalle fué todo un bravo
En aquel campo aquel dia...
Por eso sus compañeros
Lo idolatran i lo admiran!

Junin mas tarde, Ayacucho
Despues, sobre la alta cima
De la inmensa cordillera
Probaron nuestra enerjía:

Allí hundimos para siempre
El imperio de Castilla,
I merecimos elojios
De Sucre i del gran Bolivar.

Los *llaneros* de Colombia
Tienen fama merecida:
No son ménos los valientes
De las pampas arjentinas!

Mucho hemos lidiado, mucho!
Nuestras marchas i fatigas
Fueron mui duras.... No importa!
La América lo exijia.

I juro que debe estarnos
De veras agradecida,
Porque hemos roto por ella
Muchas filas enemigas.

Hemos teñido cien veces
En cien batallas distintas
Nuestras lanzas en los pechos
De huestes harto aguerridas;

Hemos corrido por ella
Con la lanza pronta i lista
Desde el Chimborazo al Plata
Todos los pueblos i climas!

Tenemos derecho, en fin,
Para pasar mas tranquilas
En el dulce hogar las horas
Postreras de nuestra vida.

Tenemos derecho, en fin,
Para pretender que rijan
Buenas leyes en la patria,
Santa paz en la familia!»—

Calló el bravo Granadero,
I una lágrima furtiva
Pura i noble lentamente
Resbaló por sus mejillas....

¿Era arrancada al recuerdo
De sus hazañas antiguas?
¿Era de placer al verse
De nuevo en playas queridas?

Largo i hondo fué el silencio.....
La hermosa luna ya habia
Llegado al cénit; la noche
Iba huyendo a toda prisa.

Cuando los viejos amigos
I la modesta familia
Del honrado Granadero
Su última palabra oian.

C. Walker Martinez.

CERVANTES POETA.

Algunas revistas españolas han publicado últimamente dos sonetos inéditos del célebre Miguel de Cervántes.

Tales descubrimientos, si bien raros en Francia, Italia, Inglaterra o Alemania, ocurren con frecuencia en España.

A menudo en las reuniones de poetas o académicos se da lectura a piezas desconocidas que algun crítico o erudito ha encontrado en códices de las bibliotecas públicas o en simples archivos de familia.

Sucede a veces que la fama de los poetas pierde algo en esos descubrimientos, i que un celo indiscreto por buscar antigüedades deslustra mas de una brillante aureola; pero ¿cómo renunciaria nunca un anticuario al fruto de sus improbas tareas?

En los últimos años han salido de entre el polvo de los archivos un plan de comedia de Moratin, alguna que otra poesía conceptuosa de Herrera i salmos del maestro Leon, que la prensa ha publicado i los eruditos han leido con avidez. Ahora toca su turno a dos sonetos del inmortal Cervántes.

Cervántes ha sido, sinembargo, el autor mas estudiado, aquél cuyas obras se han buscado con la mayor avidez, i de quien parecia no existir manuscrito alguno que no haya visto la luz pública.

El descubrimiento de este par de sonetos es, pues, raro e inapreciable. Ojalá tras él viniera el de la segunda parte de su *Galatea* i el de su otra obra póstuma *Las semanas del jardin*, de las cuales se tiene noticias solamente por el dicho del privilejiado injenio.

* *

La primera de las piezas recientemente descubiertas, es una poesía de escaso mérito que bien podria atribuirse a Cervántes o al divino Herrera; la segunda tiene mayor mérito i elevacion i una gravedad de estilo rara en las poesias rimadas del autor del Quijote.

Hélas aquí:

I.

Salga con la doliente ánima fuera
La dolorosa voz sin alegría;
Busque un gran llanto nueva vía,
Llorando pena tan terrible i fiera.

Cámbiese ya mi dulce primavera,
En noche eternamente oscura i fria;
I, pues muero por tí, señora mia,
Escucha mi cansada voz postrera.

No muero desamado ni celoso,
Que iguales son cualquier en tu presencia;
Solo un dolor me acaba duro i fiero:
Para mostrallo mas, soi temeroso;
Para cubrillo mas, ya no hai paciencia;
En fin, es tal, que por callarlo muero.

II.

¡Maldito el hombre que del hombre fia!
Dijo aquel gran profeta jeneroso:
«Todo hombre miente, es falso i engañoso.»
No hai quien del hacer bien siga la via.

«Esperar en el príncipe, decia,
En el rico, en el grande i poderoso,
Fué incierto siempre, vano i sospechoso;
Acierta quien de Dios solo confia.»

Mas sí, oh Señor, en este siglo os viera,
I en esa tierna edad tan viejo i cano,
I vuestra bondad grande conociera;
De haberos conocido, mui ufano,
Con mi mas clara voz luego dijera:
«¡No yerra quien confia de hombre humano!»

Como obra poética este soneto, si dista mucho de ser perfecto, agrada por la nobleza de sus conceptos i su fondo que lo hacen asemejarse a la manera de escribir en el dia.

* * *

Despues de copiados los anteriores versos se nos ocurre averiguar la injusticia o razon de la manera como consideraban a Cervántes los poetas de su tiempo, al negarle un lugar entre ellos, sentando que para hacer malos versos se las valia este insigne injenio.

Cervántes para sus contemporáneos no pasó de ser un coplero. Así lo decian los poetas de su tiempo, i en verdad que en sus comedias rimadas no campeaban ni el orientalismo de Calderon, ni la dulzura de Lope de Vega, esos grandes jenios que llevaban el cetro de la escena.

El manco de Lepanto, no conociendo al principio el campo donde estaba llamado a hacer brillar su injenio, acosado por otra parte por la miseria i el hambre, quiso ser lo que nunca fué, ni pudiera haber sido, un gran poeta dramático. I como para contentar a los españoles, un pueblo de un carácter eminentemente poético i romántico, era preciso hablarles el idioma de la armonía, intentó lo que no podia, violentando su jenio, sin alcanzar despues de tantos esfuerzos ni siquiera un lugar secundario en el templo de Talia.

Las malas comedias de Cervantes lo desacreditaron entre los poetas, i él mismo llegó un dia a esclamar con amargo desaliento:

Yo que siempre me afano i me desvelo
Por parecer que tengo de poeta
La gracia que no quiso darme el cielo.

* * *

Miguel de Cervántes, apesar de todo era el primer poeta de su tiempo si separamos como se debe la idea *poesía* de las ideas *número* i *rima*.

Las ficciones de su *Quijote* lo proclaman el primer poeta de su nacion, el único digno entre sus compatriotas de figurar al lado de Homero i del Dante. (1)

* * *

Pero dejando a un lado la acepcion jeneral i elevada de la palabra *poesía*, veamos lo que Cervántes hizo como versificador.

Advertimos de paso que en las muestras que damos está elejido lo mejor, i que no tomamos empeño en probar que el autor del Quijote fuese un versificador a la altura de los grandes poetas de su tiempo. Es inferior a muchos, pero no merece el puesto en que sus contemporáneos lo colocaron.

Cervántes manejaba tan bien la letrilla, como cualquiera de los poetas de su tiempo, i la soltura de sus versos, unida a lo

(1) Nos parecen dignos de reproducirse los siguientes datos sobre las ediciones del *Quijote*, que prueban la popularidad de Cervántes en el mundo de la intelijencia:

«Desde 1605, año en que salió la primera edicion del Quijote, se han hecho en todo el mundo mil setenta i una ediciones de este libro que algunos han llamado la *Biblia humana*.

«En castellano 417, en ingles 201, en frances 169, en italiano 96, en portugues 81, en aleman 70, en sueco 13, en polaco 8, en dinamarques 6, en griego 4, en ruso 4, en rumano 2, en catalan 2, en vascuense 1, en latin 1.

«Habrán ganado con todas esas ediciones los libreros por todo unos cinco o seis millones de pesos i habrán empleado por lo ménos un capital de unos 15 o 20 millones.»

picante de la intencion, ha hecho de algunas de ellas que sean recordadas como refranes: tal pasa v. gr. con la que comienza

Madre, la mi madre,
Guardas me poneis,
Que si yo no me guardo
No me guardareis.

Pero en este jénero tiene mucho i bueno el gran escritor i entresacadas de solo sus comedias cita preciosos ejemplos don Adolfo de Castro en un artículo que tenemos a la vista sobre el mismo tema que el nuestro. (2)

Elejiremos algunos de estos juguetes para solaz de nuestros lectores:

I.

Derramaste el agua, niña,
I no dijistes agua vá,
La justicia os prenderá.

Derramástela a deshora,
I fué con tan poca cuenta,
Que mojaste con afrenta
Al que os sirve i os adora;
Pero llegará la hora
Donde el daño se sabrá
La justicia os prenderá.

II.

Cautivásteme el alma, niña,
I tenéismela siempre allá;
El amor me vengará.

Vuestros ojos salteadores
Sin ser de nadie impedidos
Se entraron por mis sentidos
I se hicieron salteadores.
Lleváronme los mejores
I tenéislos siempre allá;
El amor me vengará.

Conocida de todos es la siguiente letrilla que a mas de su fluidez i lijereza, tiene el mérito de ser un cuadro de costumbres digno de la pluma de Cervántes.

Tristes de las mozas
A quien trujo el cielo
A cosas ajenas
A servir a dueños!

Que entre mil no salen
Cuatro apénas buenos;
Que los mas son torpes
I de antojos feos.
Pues ¿qué, si la triste
Alcanza a dar celos
Al ama que piensa
Que le hace tuerto?
Ajenas ofensas
Pagan sus cabellos,
Oyen sus oidos
Siempre vituperios,
Parece la casa
Un confuso infierno,
Que los celos siempre
Fueron vocingleros.
La tierna fregona
Con triste silencio
Pasa su desdicha
Malogra requiebros;
Porque jamas llega
A felice puerto
Su nave cargada
De malos empleos.
Pero ya que falte
Ese detrimento
Sobran los del alma
Que no tienen cuento:
—«Ven acá, suciona
«¿Donde está el pañuelo?
«La escoba te hurtaron
«I un palo pequeño;
«Buen salario ganas,
«De él pagarme pienso
«Porque despabiles
«Los ojos i el seso.
«Vas i nunca vuelves
«I tienes bureo
«Con Sancho en la calle,
«Con Mingo i con Pedro.»
....
—Otra vez repito
Con cansado aliento
Con lágrimas tristes
I suspiros tiernos:

Triste de la moza
A quien trujo el cielo
Por casas ajenas
A servir a dueños.

En este jénero podriamos multiplicar los ejemplos. De ellos están llenas no solo las comedias sino las novelas de Cervántes que seguia en esto el gusto de la época, interrumpiendo la narracion en prosa con le-

(2) Con el título: *Cervántes ¿fué o nó poeta?* hai un artículo majistralmente escrito por don Adolfo de Castro que nos ha ahorrado buscar las citas para el nuestro. No se estrañe si no somos orijinales, ni el asunto se presta, ni aquí lo hemos pretendido.

trillas i cantares, i aun con trozos de moral i elevada poesía.

Por una natural transicion pasemos de la anterior sátira a otra mas grave, en que el poeta censura al interes que interviene en el amor desnaturalizando esta noble pasion. Está tomada de la comedia *La casa de los celos*, i puesta en boca de Cupido, quien se queja a su madre de lo cambiados que están los hombres.

Haz de saber, madre mia,
Que en la corte donde he estado
No hai *amor* sin granjeria,
I el *interes* ha usurpado
Su cetro a mi monarquía.

Yo, viendo que mi poder
Poco podia valer,
Usé de astucia i vestime,
I con él entretenime
I todo fué menester.

Quité a mis alas el pelo
I en su lugar me dispuse
A volar con terciopelo,
I al instante que lo puse
Sentí alijerar mi vuelo.

Del carcaj hice bolson
I de el dorado arpon
De cada flecha un *escudo*,
I con esto i no ir desnudo
Alcancé mi pretension.

Hallé entradas en los pechos
Que a la vista parecian
De acero i de mármol hechos,
Pero luego se rendian
Al golpe de mis provechos.

No valen en nuestros dias
Las antiguas bizarrías
De los Héros i Leandros,
I valen dos Alejandros
Mas que doscientos Macías.

* * *

Si se buscan en las obras de Cervántes romances que puedan figurar al lado de los buenos en que abunda el *romancero* que tanto contribuyeron a llenar los escritores de su tiempo, no serian escasos los de nuestro poeta que pudieran figurar allí sin desventajas.

Uno de los mejores sonetos españoles es el que escribió al *túmulo* de la catedral de Sevilla, en que se burla donosamente de la jactancia andaluza. Esta pieza la mas acabada de Cervántes es demasiado conocida para que perdamos tiempo en reproducirla en este lugar; pero un soneto satírico, superior a éste no lo tiene acaso el mismo Quevedo. Su *Cancion desesperada* es tambien notable bajo muchos respectos.

* * *

La *Numancia*, trajedia que Cervántes estimaba como una de sus mejores obras, i sobre la cual la posteridad ha formulado un juicio mui diverso, abunda en trozos de magnífica i enérjica poesía. Al traves de sus grandes defectos, el lector se detiene a admirar en ella grandes bellezas, debidas sin duda al fuego patriótico que encendia al autor al escribirla. En la *Numancia* hai versos en todos metros que podrian competir aun con los de Calderon.

Vaya una muestra que vale por muchas. Hablan los matronas de Numancia:

¿Qué pensais, varones claros?
¿Resolveis aun todavía
En la triste fantasía
De dejarnos i ausentaros?

¿Quereis dejar por ventura
A la romana arrogancia
Las virjenes de Numancia,
Por colmo de desventura?

I a los libres hijos nuestros
¿Quereis esclavos dejallos?
¿No será mejor ahogallos
Con los propios brazos vuestros?

¿Quereis hartar el deseo
De la romana codicia
I que triunfe la injusticia
De nuestro justo trofeo?

¿Serán por ajenas manos
Nuestras casas derribadas?
I las bodas esperadas
¿Hánlas de gozar romanos?

En salir hareis error
Que acarrea otros mil yerros,
Pues dejareis a los perros
El ganado, i sin señor.

Si al foso quereis salir,
Llevadnos en tal salida,
Porque tendremos por vida
A vuestros lados morir,

Hijos de estas tristes madres.
¿Qué es esto? ¿Cómo no hablais?
I con lágrimas rogais
Que no os dejen vuestros padres?

¡No basta que el hambre insana
Os acabe con dolor
Sin esperar el rigor
De la aspereza romana?

Decidles que os enjendraron
Libres, i libres nacistes,
I que vuestras madres tristes
Libres tambien os criaron.

Decidles: que pues la suerte
Nuestra va tan decaida,
Que, como os dieron la vida
Asimismo os den la muerte.

O muros desta ciudad!
Si podeis hablar, decid
I mil veces repetid:
«¡Numantinos, libertad!»

* *
*

Despues de las brillantes muestras que acabamos de trascribir, preguntamos si éste es el mismo poeta que por sus versos faltos de número excitó a veces cuando no la burla, la compasion de sus contemporáneos?

En vista de estas citas nadie dudará que Cervántes conocia i practicaba las reglas de la versificacion, i que poseia un oido armónico tan privilejiado como cualquier otro poeta de mas fama.

Sinembargo de esto, en sus versos los hai indignos de acompañar a los anteriormente copiados. Cervántes que tan bien arreglaba en prosa sus májicos periodos, desmaya frecuentemente cuando versifica.

Esta diferencia viene a mi ver de que sus comedias fueron sus primeras obras, escritas acaso de lijera (por mas que él asegura lo contrario) i de que no se tomó ningun cuidado en limarlas. La *Numancia*, en que tanto se esmeró, a pesar de alguno que otro resabio de mal gusto es casi intachable en su versificacion.

En resúmen, si como versista, Cervántes no puede figurar en primera línea, dista mucho de merecer el olvido a que quisieron relegarlo los injenios de su tiempo.

ENRIQUE DEL SOLAR.

LA CORRUPTORA

I LA BUENA MAESTRA.

(Continuacion.)

III.

En una tarde de noviembre, fresca, precursora de los alegres dias de frio i de los tristes temporales que jimen i lloran, se hallaba en un olivar poco distante de la estacion que cerca del pueblo de Posadas tiene la via férrea de Córdova a Sevilla, una cuadrilla de recojedores de aceitunas, las que, como es sabido, se componen de mujeres, niños i ancianos conducido por el *manijero* que dirije la recojida, i por el *veedor*, que es el que lleva la cuenta de las fanegas de aceitunas recojidas.

Toda recoleccion es un trabajo bien retribuido, i en el que se reune multitud de trabajadores; i asi, por penosa que sea, es un trabajo alegre para el pobre, el que ademas siente instintivamente el amor i amparo del Todopoderoso en los dones que espende a todas sus creaturas. Solo el dueño, si es avaro, frunce el ceño cuando aun le parece corto el beneficio de Dios.

Habianse sentado los recojedores a la orilla del camino para descansar, cuando vieron acercarse, viniendo de la estacion, a una señora de edad, gruesa, que traia en la mano un saco de viaje, una caja de madera, redonda, i una cartonera colgada del brazo. Tenia puesto sobre un vestido color de castaña un abrigo ceniciento guarnecido de verde, una coña negra con lazos de cinta amarilla, i por cima un velo de tul que a duras penas retenia de las embestidas de un viento largo que se empeñaba en levantarlo por trofeo.

—Esa mujer no es de por acá, dijo al verla uno de los recojedores, anciano, derecho i acartonado.

—¿En qué lo conoce Ud., tio Bumbum? le preguntó una de las muchachas, que admiraba el visual atavío de la forastera.

—En que aquí las ancianas no andan tan acicaladas ni llenas de colorines i moños como conejo de rifa.

—Cuando lo dice el tio Bumbum, que ha sido soldado i ha andado todas *las partes del siglo* i todos *los que han sido puertos de mar*, i se remontó hasta donde está, el ruso i los osos blancos, verdad será opinó, un viejo,

pequeño i encojido, gran admirador del tio Bumbum, que llamaban, por ser mui moreno, el *tio Caoba*.

—Cuando él lo dice, será verdad, repitió por segunda vez.

Llegó en este instante la señora aludida mui sofocada, i dijo con afabilidad i acento madrileño:

—Buenas tardes tengan Uds.

—Venga Ud. con Dios: ¿se encamina su mercé al pueblo? respondieron los recojedores.

—Sí; i quisiera que algun chiquillo me llevara este saco: ¿me lo quieres llevar tú (prosiguió la forastera dirijiéndose a un chiquillo que le miraba con la boca abierta) i te daré seis cuartos?

—Sí; respondió el muchacho, que, al oir la suma prometida, cerró la boca i abrió tamaños ojos.

—Se dice *sí, señora*, rudo, dijo al muchacho una de las recojedoras.

—¿I sabrás tambien, prosiguió la forastera, llevarme a la casa del juez?

—¡Pues no ha de saber! dijo una de las mujeres; ¿quién no sabe *en casa* del juez, donde los piés se van solos, pues allí, si el marido es *speculum justitiæ*, la mujer es *consolatrix afflictorum*?

—¿Con qué tan buenos son? preguntó con semblante mui complacido la forastera.

—Para celebrar al juez, nadie pone mas que la boca dijo el tio Bumbum.

—Un juez como han de ser los jueces, mas cabal que las pesas, dijo un hombre.

—Mas derecho que el dedo de San Juan, añadió otro, que prosiguió, mirando a la caja i a la cartonera que la señora traia: ¡a ése le pueden venir con regalitos! Como que a uno que le fué con un empeño i le llevó seis gallipavas, lo mentió en la cárcel, en la que cada dia le mandó una de las gallipavas mui retebien guisadas, i hasta que se comió las seis no le dió carta de libertad.

—Pero ¡i bueno! ¡De eso no se ha visto, i si no, lo que acaeció a la tia Pae Santa!

—¿*Pae Santa* ha dicho Ud.? preguntó la forastera poco acostumbrada a oir los apodos con que se nombran i conocen los campesinos en Andalucía.

—Sí, señora: *asina* la dicen, porque a su padre que era un hombre retebuenisimo i mui arrimado a la Iglesia le pusieron el *Pae Santo*, i ella ha heredado el nombre, que le viene de molde, pues es tan buena como su padre. La pobrecita en las noches de verano se pone a rezar el rosario a la puerta de su casa; i como todas estamos tambien sentadas al fresco a las puertas, lo rezamos con ella. Despues del rosario reza a todos los santos de la Corte Celestial; i cuando ya no le queda en la memoria ninguno, le reza al monte Tabor.

—¿Sabes, dijo otra mujer, que la pobrecita está mui malita?

—¿Qué me dices? Mucho lo siento, aunque a ésa ántes de morir se la llevan los ánjeles del cielo.

—¿I qué es lo que acaeció a esa buena mujer? preguntó la forastera, para la que todo lo que rozaba con el juez tenia gran interes.

—Murió un hombre rico, refirió la interpelada, i dejó una limosna de doce onzas para los doce pobres mas necesitados del pueblo. Entre éstos, señaló el cura, que era el encargado de nombrarlos, a la tia Pae Santa, que tiene tres vejeces: una de penas, otra de trabajos i otra de años, sin mas que un dia sobre todo. Pero el albacea, que está mui retebien acomodado, pero que es mas duro que los guijarros de Villamalsilla, i mas agarrado que las piñas de Segura, no habia forma que le entregase la manda, i no le daba mas que entretenederas.—Venga Ud. mañana, vuelva Ud. pasado.—Tia Pae Santa, le deciamos todos: si no echa Ud. por otro camino, cobrará Ud. cuando lluevan pasas; no tiene Ud. mas remedio que acudir al juez.—I tanto le dijimos, que la pobre, aunque es mas encojida que un galápago, porque la miseria amilana mucho, se presentó a su señoria i le dió su queja. El juez le dijo con muchisima de la crianza, que se sentara, i mandó llamar al tal. Cuando llegó, le preguntó, con esa cara tan hermosa i respetuosa que tiene, si era verdad lo que aquella *desdichaa* le habia dicho. ¡Ya se vé! no lo pudo negar; pero, como no tiene ni chispita de carmin en la cara (1), le respondió con la frescura del mundo, que el difunto no habia señalado plazo para la entrega de las mandas. La pobre de la tia Pae Santa, que vé mui cercano el dia de su muerte, se echó a llorar por su cara abajo. Entónces el juez se levantó, sacó una onza, que le dió a aquella infeliz i en-

(1) El que no se sonroja, que no tiene vergüenza.

carándose con el alma de corcho del albacea, le dijo:—De aquí en adelante me debe Ud. esa onza a mí; i le volvió la espalda. Digo a Ud. señora, que el juez un San Lomon (1), con una cabeza atestada de *laitines* i unas entrañas llenas de piedad.

—Verdad es, opinó una mujer; pero si él es piadoso, su mujer es misericordiosa (2).

—Señora, añadió dirijiéndose a la forastera: ¿trae su merced por acá algun asunto con la justicia?

—Calla, Josefa, le dijo el tio Bumbum; que el preguntar lo que no se nos dice es descortesía, la curiosidad tenerla para lavar la ropa, hija mia.

—Pero *escanse* su mercé, que viene mui acansinada, dijo una de las mujeres; siéntese en el chueco de ese olivo, que se ha de hallar mas a gusto que en los *butacos* que han traido a la estacion.

La forastera se sentó para descansar un rato, i preguntó:

—Señores: ¿me querrán Uds. decir por qué nombran a ese su compañero el tio Bumbum? Que ese apodo me ha llamado la atencion.

—Yo se lo diré a su mercé, repuso una vieja. Años atras, cuando volvió de la guerra del frances, trajo un cante que no se le caia de la boca, i éste tenia por remate el bum, bum de los cañones. Tio Bumbum, bien podia Ud. cantárselo a la señora: ande Ud.

El interpelado no se hizo de rogar, i cantó en una bonita tonada, con voz fuerte, aunque cascada esta antigua cancion del tiempo de la guerra de la Independencia.

Napoleon tuvo un hijo
I lo quiso coronar:
Por corona le pusieron
Una piedra de amolar (3).

¡Que gran bobazo! ¡Bum, bum!
Que quiso a España
I se llevó chasco.—¡Bum, bum!

—¡Bum, bum! gritaron los muchachos imitando tiros.

—Otra, otra que una no es ninguna, pidió riendo el auditorio.

(1) Salomon.
(2) El diccionario hace sinónimos estas palabras: el pueblo las diferencia.
(3) El pueblo estuvo siempre en la creencia de que Napoleon habia sido amolador.

—Pues vaya otra, respondió el anciano cantador.

Entró con alevosía
I nos quiso avasallar;
Pero se salió de prisa
Volviendo la cara atras.

¡Que gran bobazo! ¡Bum, bum!
Que quiso a España
I se llevó chasco.—¡Bum, bum!

FERNAN CABALLERO.

(Concluirá.)

LOGOGRIFO.

Si combinas de mi todo
Con prolija habilidad
Las únicas cuatro letras,
De ello en premio encontrarás:
Una pasion delicada;
Una célebre ciudad;
Lo que verás ciertamente
Do quiera que haya moral;
De flores bello conjunto,
I un monarca de otra edad....

SIRO LUQUE.

SOLUCION

DEL ENIGMA DEL NÚMERO ANTERIOR:

ESPEJO.

Contenido de este número.

I.—Francisco Bilbao, (continuacion), por Zorobabel Rodriguez, páj. 597.
II.—A mi canario en su muerte, poesía, por Hortencia Bustamante i Cárpena, páj. 600.
III.—Don Manuel Rivadeneira, por Ventura Blanco, páj. 601.
IV.—El Granadero, poesía, por C. Walker Martinez, páj. 604.
V.—Cervántes poeta, por Enrique del Solar, páj. 606.
VI.—La corruptora i la buena maestra, (continuacion), por Fernan Caballero, páj. 610.
VII.—Logogrifo, por Siro Luque, páj. 612.

IMPRENTA DE «EL INDEPENDIENTE.»
Calle de la Compañía núm. 102.

LA ESTRELLA DE CHILE.

AÑO V. Santiago, junio 30 de 1872. Núm. 248.

FRANCISCO BILBAO.

SU VIDA I SUS DOCTRINAS.

(Continuacion.)

Era una mañana del mes de junio de 1844. La audiencia debia comenzar a las diez i media. Grupos de hombres del pueblo i de jóvenes estudiantes ocupaban en la plaza las inmediaciones de la sala del juzgado, ajitados por diversas ideas e impresiones. Codeándose con los curiosos que en casos tales siempre abundan, andaban algunos amigos del acusado i no pocos que esperaban que el *juri* impusiese a éste el castigo de su inaudita temeridad.

¿Qué era entretanto de Bilbao? Despues de haber buscado fuerza de ánimo i ejemplos que imitar «leyendo las vidas de Huss, Galileo i Jesus», segun nos cuenta su biógrafo; despues de haber pedido consejos a su padre que a aquella sazon se hallaba en Valparaiso i de haber determinado defenderse él mismo, viendo el retraimiento del amigo que le habia prometido encargarse de la defensa, preparó un triple alegato o mas bien dicho una triple arenga para rebatir al fiscal sobre los tres capítulos en que se fundaba la acusacion, i acudió a la cita afectando una arrogante indiferencia.

La ocasion es oportuna para tomar las líneas sobresalientes de su fisonomía, i la circunstancia propicia para aceptar sin reserva el halagüeño retrato que de él nos da su hermano:

«Lo presentaremos, dice éste, tal cual era ese dia.»

«De estatura mas bien alta que baja, su cuerpo era desarrollado, musculoso, fino de cintura i pecho elevado. Andar desenvuelto cual si destrozara cadenas. Cabeza erguida. El color de su rostro era blanco nácar, coloreadas sus mejillas con el carmin de la pureza.»

«Frente alta, comprimida en las sienes, limitada en ondas naturales por una poblada cabellera rubia. Nariz recta perfilada. Grandes i notables ojos de color azul cielo, sombreados por largas pestañas negras i cejas arqueadas con suavidad.

Boca pequeña, de labios delgados i comprimidos que aparecian con el tinte encendido de la rosa. Un contorno suave de líneas servia de complemento al rostro anjelical; pero al propio tiempo revistiendo un signo marcado de fuerza. Aun no asomaban los bigotes ni la barba.»

«Vestia aquel dia frac azul con botones amarillos.»

«Pantalon celeste. El frac cerrado.»

Tal podemos imajinarnos a Francisco Bilbao en la mañana del 20 de junio de 1844, atravesando los grupos de curiosos, de amigos i adversarios que dificultaban el acceso a la sala donde ya se encontraban reunidos los miembros del juri esperando llegase el momento de dar principio a aquella solemne audiencia.

Fiscal, juez, jurados, reo, todos parecian desorientados; i fuerza es convenir en que el espectáculo no era para ménos. Aquel grupo de hombres iba a oir una discusion estraña sobre materias acerca de las cuales nunca se habia discutido en Chile. ¿Era o no cierto que San Pablo habia enseñado una moral distinta de la enseñada por Jesucristo? ¿Debia atribuirse el adulterio, a la defectuosa organizacion del matrimonio i convenia por lo tanto reformarlo i hacerlo descansar sobre nuevas i mas sólidas bases?

La Constitucion de 33 era o no una Constitucion despótica e incompatible con los principios republicanos? Tales problemas ¿podian siquiera plantearse sin escándalo i sin cometer un verdadero delito? I ¿no era urjente que el jurado en cumplimiento de las leyes, i en satisfaccion de la vindicta pública aplicase el máximun de la pena al temerario mozo que no habia temido plantear esas cuestiones i que habia ido hasta resolverlas contrariando las creencias, las costumbres i las tradiciones sociales?

El fiscal lo creia así, i pedia en consecuencia que así se procediese.

Bilbao, por el contrario, estaba persuadido de que publicando la *Sociabilidad Chilena*, se habia anticipado a su siglo i realizado una hazaña que le valdria la inmortalidad. En aquella audiencia no descubria mas que momias, ruinas, errores i preocupaciones. Jurado, fiscal i juez, debieron parecerle como un consejo de astros en su ocaso empeñados en anatematizar a un sol que se levantaba. ¿Cómo estrañar entónces la injenuidad con que desde las primeras palabras de su defensa empezó a decretarse coronas, ni el ahinco con que prodigó injurias i reproches al fiscal, que en cumplimiento de su deber i en virtud de órdenes superiores, como lo hemos ya dicho, habia entablado la acusacion? Si la lei era injusta, si ella contrariaba los deseos i propósitos del reo ¿qué culpa tenia de ello el acusador? Evidentemente ninguna, i el encarnizamiento de Bilbao contra el fiscal i las injurias que forman la sustancia de la introduccion de la defensa, solo se pueden esplicar por el natural encono que instintivamente sentimos no solo contra la causa, sino tambien contra el instrumento de las heridas que se nos infieren.

El jurado resolvió negar al reo el derecho de defensa en lo tocante a la acusacion de blasfemo; otorgándoselo en lo tocante a las acusaciones de inmoral i de sedicioso.

Para descartarse de la acusacion de inmoral, Bilbao disertó largamente sobre lo que habia sido el matrimonio en diversos tiempos i paises, deduciendo de los ejemplos que adujo la perfectibilidad de toda institucion legal i por lo tanto de las leyes que determinan las relaciones i deberes entre los cónyujes. Llegando al punto mas importante, es decir, a los ataques que de un modo encubierto habia dirijido contra la indisolubilidad del vínculo conyugal, huyó habilmente el bulto, pintando con vivos colores los inconveniente de la indisolubilidad para concluir confesando de plano que no tenia ninguna creencia cierta a ese respecto.»

Mas fácil le fué todavía contestar a la acusacion de sedicioso. Hizo ver, al efecto, que la libertad de apreciar las instituciones era una consecuencia precisa del sistema democrático de gobierno; que, mostrando los defectos de la Carta de 33, no habia hecho otra cosa que usar de su derecho; i que no habiendo traspasado esos límites, ni habiendo aconsejado a nadie que desobedeciese a la dicha Carta, ni que la derribase por la fuerza, mal podia calificársele i castigársele en justicia como a sedicioso.

En seguida el fiscal balbuceó unas cuantas palabras i leyó unos cuantos trozos del escrito acusado; i despues de una hinchada i fogosa peroracion del reo, el juri espidió un veredicto por el cual lo declaraba culpable en tercer grado como blasfemo e inmoral; en cuya virtud condenólo el juez a 1.200 pesos de multa o, en su defecto, a seis meses de prision. (6)

Este veredicto oido en el mayor silencio dentro de la sala fué acojido en la plaza con estrepitosos vivas *al defensor del pueblo* que lanzaban los parciales del reo, miéntras reunian a toda prisa la suma necesaria para satisfacer la pena pecuniaria que se le habia impuesto. Esta se pagó en el acto, segun refiere su biógrafo, sobrando dinero i abundando tanto el entusiasmo por felicitar a Bilbao que, rendido de fatiga i de emocion, se desmayó, i fué llevado en brazos a un hotel vecino donde un médico le prestó sus ausilios. (7)

Pocos dias despues, la *Sociabilidad Chilena* era quemada por mano del verdugo i su autor espulsado del Instituto, en virtud de un acuerdo del Consejo de la Universidad.

Tal fué el desenlace del mas famoso juicio de imprenta que haya habido en Chile. El atrevido jóven que en ese ruidoso drama habia desempeñado el principal papel, se trasladó pronto a Valparaiso en donde residia su padre, i donde él mismo solo permaneció cuatro meses embarcándose en octubre para Europa, a donde lo llevaba a la vez que su jenio inquieto, su espíritu investigador i el deseo de tratar personalmente a algunos de los mas famosos escritores franceses de la época de quienes era un entusiasta admirador.

(6) Hé aquí el tenor del veredicto del segundo jurado i los nombres de los que lo suscribieron:

«*Santiago, junio* 20 *de* 1844.

«Es blasfemo en tercer grado. Es inmoral en tercer grado. No es sedicioso.—*José Vicente Izquierdo.—Juan José Gatica.—Vicente Leon.—Diego Echeverría.—José A. Palazuelos.—José María Silva Cienfuegos.—Pedro José Barros.—Juan de la Barra.—José Pedro Guzman.—Juan de la C. Larrain.—Francisco Valdivieso Gormaz.—Bartolomé Prado.—Juan Miguel Riesco.*»

(7) El doctor don Guillermo Blest.

Vamos a acompañarlo; pero ántes filosofemos un poco.

V.

Es digno de considerarse que, habiendo sido la *Sociabilidad chilena* condenada por el jurado i refutada en periódicos, folletos i discursos, su autor no se diese ni por intimidado ni por convencido. Léjos de eso: las condenaciones aumentaron sus brios i las refutaciones lo hicieron afianzarse mas i mas en sus ideas. ¿Por qué así? Porque los medios a que se recurrió para producir la intimidacion i el convencimiento fueron completamente inadecuados. No se intimida a los hombres con castigos imajinarios, ni se les convence con argumentos deducidos de principios que no acepten, de dogmas en los cuales no crean.

Declarado culpable en tercer grado el autor de la *Sociabilidad chilena*, fué obligado a pagar una fuerte multa. Pero ¿qué importa una multa de 1,500 pesos cuando con ella puede comprarse la oportunidad de presentarse ante un pueblo con la aureola de los jenios perseguidos i no comprendidos por su siglo? ¿I quién no daria gustoso aquella suma por disfrutar de la satisfaccion de verse, convertido en objeto de todas las conversaciones, en blanco de todas las miradas, aclamado como reformador i compadecido i venerado como mártir del deber, de la verdad i de la libertad? Convengamos en que una multa de 1,500 pesos es una barrera bien ineficaz para detener a un jóven lleno de ambicion i de brios en el camino de tan deslumbradores mirajes, sobre todo, cuando no teniendo aquella suma en el bolsillo, se puede esperar confiadamente que ella sea cubierta por el amigo opulento o por el correlijionario exaltado.

Pero ¡i el escándalo? i la denigrante nota de blasfemo e inmoral impuesta por los jurados? i la indignacion de la sociedad? Poderosos frenos sin duda para el timorato, mas sensible al aprecio de los hombres de juicio i de virtud tranquila que a los bulliciosos aplausos de la juventud irreflexiva o de las turbas ignorantes; mas ¿qué puede ese freno del qué dirán en el atrevido reformador que cifra su gloria en las tempestades que provoca, ni qué importa el juicio de los hombres sensatos para quien va tras los fáciles triunfos del escándalo? Si Bilbao hubiera sido de aquéllos que estiman en algo la autoridad de las antiguas costumbres, tradiciones i creencias, es evidente que no habria levantado la bandera de guerra que alzó en *El Crepúsculo* contra lo mas sagrado i respetable de la sociedad en que vivia; i el hecho mismo de haberla levantado era un claro indicio de que, imponiéndole por castigo la condenacion de un jurado, no se haria otra cosa que dar nuevas alas a su audacia.

Esto no quiere decir que nosotros reprochemos a los que intervinieron en aquella condenacion de su conducta. Gobierno, fiscal i jurados se encontraban delante de leyes bien esplícitas, i, cumpliéndolas cada cual en su esfera, no hicieron mas que lo que cualquier hombre honrado habria hecho en su caso. Otro es nuestro objeto: queremos hacer notar que la persecucion judicial en el pais i en la época en que vivimos, contra los abusos de la libertad de la palabra o de la prensa, es contraproducente. Con ella no se intimida a nadie, i al reves se puede trasformar en temibles adversarios a hombres que de otra suerte nunca habrian sido mas que vulgares e inofensivas medianías. Para comprender la causa de este fenómeno, a primera vista estraño, basta considerar que un reo que afirma la sinceridad de sus creencias i la rectitud de su conducta siempre toca la cuerda sensible del corazon humano; de donde nace que la muchedumbre, que oye quejarse al acusado i que es incapaz de comprender las ideas abstractas i los intereses jenerales, concluye siempre por ponerse de parte de aquél. Pero no es esto solo: ese acusado, nunca es tan infeliz que no tenga algunos amigos i parciales, que por motivos de afecto o con el propósito de hacer una manifestacion contra los que mandan, no aprovechen la oportunidad de un jurado para esplotar los sentimientos jenerosos del pueblo gritando vivas al perseguido i mueras a sus perseguidores. I, como esos pocos amigos i parciales se ajitan con la actividad que les presta su amor o su interes i la innumerable multitud de los que se ponen de parte del órden alterado, no tiene ningun interes directo que la impulse a presentarse en la plaza para abrumar al reo i ahogar la voz de sus amigos, no es maravilla que éstos, aunque pocos, concluyan por quedar dueños del campo.

De lo dicho se deduce que encomendar

a los jueces i a las leyes criminales la proteccion i defensa de la verdad es gastar pólvora en salvas i pretender correjir a los sectarios del error con premios i festejos.

No queda por lo tanto contra la publicacion de las falsas doctrinas otro recurso que demostrar su falsedad ya directamente, ya esponiendo i enseñando las verdaderas. Pero aun este jénero de guerra exije cierta táctica para que nos dé por resultado o la rendicion del enemigo, cosa que rarísimas veces sucede, o a lo ménos la preservacion de los que viven en nuestro propio campo. Esa táctica faltó a casi todos los que por medio de la prensa trataron de batir a Bilbao; pero veamos en qué debe consistir.

Es un principio sabido de física que para hacer subir el agua a una eminencia cualquiera es preciso tomarla desde algun punto que esté por lo ménos a igual altura. Esto mismo debe procurarse en la polémica. Para llevar el convencimiento al adversario, para estrecharlo i aun para que la discusion sea posible es necesario empezar tomando con cuidado su altura intelectual a fin de hacer que nuestros argumentos sean para él algo mas que vanas palabras.

Por olvidar esta sencillísima regla de polémica, hai muchos que pierden su tiempo i su paciencia pretendiendo herir a los adversarios con armas para ellos inofensivas. Asi no es raro ver esforzase a algunos por aducir decisiones de los Concilios o de los Papas como argumentos contra individuos que no aceptan ni la infalibilidad de éstos ni la de aquéllos, o que se busquen en la Sagrada Escritura testos que oponer a personas que rechazan cualquiera otra autoridad que la autoridad de su razon. En tales casos no solo es imposible producir el convencimiento, es imposible todo debate racional. En efecto, para que dos hombres sepan en qué difieren o en qué coinciden, para que puedan examinar conjuntamente la razon de sus creencias, es preciso que empiecen colocándose sobre un terreno comun, aceptando un mismo criterio de verdad al cual apelen como último e infalible juez de sus diferencias. El decreto de un Concilio Ecuménico, que seria argumento decisivo contra un católico, no tendria fuerza alguna contra un protestante, bien asi como el pasaje de la Biblia que éste tendria que tomar en cuenta para esplicarlo de una manera favorable o rechazarlo por inconducente, seria arma inadecuada contra un racionalista.

La falta de esta necesaria congruencia entre la defensa i la agresion fué visible i lamentable en varios de los escritos que se dieron a luz para impugnar las erróneas teorías de Francisco Bilbao. Hagamos, sinembargo, una escepcion honrosa, que la justicia exije con varios artículos que *La Revista Católica* publicó en los números correspondientes a los meses de julio, agosto i setiembre de aquel año de 1844, impugnando las doctrinas de la *Sociabilidad chilena*. Hai en esos diez artículos mui buenos argumentos i mui buenas citas, lójica severa i erudicion tan escojida como abundante. O mucho nos engañan las apariencias o la refutacion de que hablamos fué obra del actual Arzobispo de Santiago. Asi al ménos nos induce a presumirlo el fondo granítico de esos artículos i su forma casi siempre desbordada por un caudal inagotable de ideas o de conocimientos, que hacen imposible la concision, dificultando a veces la claridad, pero al traves de los cuales siempre la razon concluye por hallar su camino.

ZOROBABEL RODRIGUEZ.

(*Continuará*).

CONFIDENCIAS.

(A O. R. C. CON MOTIVO DE LA LECTURA DE SUS VERSOS.)

I.

¡Oh! cuánto no me inspira simpatía,
Dejando mi alma de placer inquieta,
Verte surcar el mar de la poesía
Pulsando tu lahud, jóven poeta!

Navega con la estrella del destino
Ese océano llamado *inspiracion*,
Que flores hallarás en tu camino
Cuyo aroma perfuma el corazon.

¡Boga, boga! que en esas aguas puras
No se conoce del pesar la voz;
Ellas, están exentas de amarguras
Pues en su playa encuentra el bardo a Dios!

Tambien en mi alma acaricié, divinas,
Las ilusiones de mi ardiente anhelo,
Bellas como las flores campesinas
De las montañas de mi patrio suelo (1).

Entónces navegaba aquellos mares
Trinando cual canoro pajarillo,
Dando al viento poéticos cantares,
Como tú tierno, como tú sencillo.

II.

Pero ahora léjos i ausente
De mi patria i de mi hogar,
¡Ah! mi alma sufre doliente
Aquello que solo siente
El que conoce el pesar.

I mi lira ha enmudecido
De mostaljia i de dolor;
Léjos de mi ánjel querido
Me agobia su cruel olvido
I me hace falta su amor.

I hallo en mi torno por doquier vacio
I vacio que nunca llenaré,
Ausente de aquel pecho todo mio
Donde mi mústia frente recliné.

Hallo en cada semblante indiferencia,
Menosprecio glacial del padecer;
Pero al traves de la angustiosa ausencia
Se me presenta anjelical mujer.

Entónces desatando aquellos lazos
De un loco, enajenado desvario,
Ai! abro i cierro los amantes brazos
I, solo encuentro ¿qué?.... siempre vacio.

A las noches, los astros i los mares
Impaciente les cuento mi dolor,
I a los vientos entrego en mis pesares
La triste historia de mi triste amor.

Empapadas en llanto mis mejillas,
Pálido el rostro, sin quietud ni calma
Clamo, diciendo al cielo de rodillas,
¡Dadme Señor de esa mujer el alma!

Pues las dolencias que mi ser oprimen
Me agobian como a víctima inocente,
I como al peso de terrible crímen
Llevo inclinada sin cesar mi frente.

(1) Bolivia.

I lucho contra injurias del destino
Siempre arrastrando mis amargas penas,
Como arrastra al cadalso el asesino
De lágrimas rociadas sus cadenas.

Cansada mi alma pierde su entereza
I huyen de mi ilusion las bellas galas,
Dejo caer sobre el pecho la cabeza
I bate el sueño sus doradas alas.....

Una mujer.... fantástica, hechicera,
De blanca i vaporosa vestidura,
Cruza en medio de flores la pradera
Rodeada de una aureola de hermosura.

¡Anjel consolador! ¡ven, que a tu frente
Un beso quiero dar! ¡Que la alegria
Invada mi alma cual la luz ardiente
Las espesuras de la selva umbria!

¡Ven! ¡ántes que mi alma hecha pedazos
Pierda toda su fuerza, su altivez!....
¡Quiero morir en tus amantes brazos
O vivir de rodillas a tus piés!

I ¿es ella?...¡si! de su mirada un rayo
Me envia sonriente, entusiasmada....
¡Pero, encuentro al volver de mi desmayo
Pobre *vision* de una alma enamorada!

III.

Mas, caro amigo, si la patria ausente
El amor, es la musa que te inspira,
Al cielo alzando un canto ardiente
Juntos pulsemos la entusiasta lira.

SILVIO.

Santiago de Chile, noviembre 18 de 1871.

LA CORRUPTORA

I LA BUENA MAESTRA.

(Conclusion.)

La forastera, que estaba mui divertida, dijo entónces al veterano:

—¿Sabe Ud. como tienen ahora en Francia otro Napoleon?

El veterano contestó:

—I a mí ¿que me se dá? A ver como no tienen veinte.

—I si este viniese a España, ¿iria Ud. a combatirlo? preguntó la señora.

—Yo ya no puedo *naa*, sino atizar, respondió el veterano; pero ahi están mis hijos i mis nietos que darian su sangre por Isabel II, la mas noble i jenerosa de las reinas.

—Suénase que este Napoleon tambien va a hacer la guerra por allá por el norte, dijo la forastera.

—Pues dígole a Ud., dijo una pobre mujer que habia perdido un hijo en Navarra i otro en Africa, que las tales guerras son barbaridades, si las hai. Bien se dice que al ver el Señor el amargo dolor de Adan cuando Cain mató a Abel, se compadeció i le dijo: Adan no te desconsueles, que de tí nacerán muchos pueblos que poblarán el mundo entero: vuelve el rostro, que haré que puedas ver la órbita del mundo entero, i que tu vista traspase el velo que cubre lo venidero. Adan se levantó, i largo rato estuvo mirando el cuadro que a su vista se presentó. Poblado estaba el mundo; numerosos pueblos lo cubrian por do quiera; pero a todos los miró en guerra a unos con otros: por todas partes muertos i sangre.

Entónces tapándose el rostro con ámbas manos, le dijo sollozando al Creador: ¡SEÑOR, SEÑOR, DEJADME LLORAR A ABEL!

—¿Con lo que quiere Ud. poner el caso, dijo el veterano, que toditos los que van a la guerra son unos Caines?

—Los que las disponen, cabales.

—Pues que callen las *señas* mujeres, por las que entró el pecado en el mundo, i con él todo lo malo, dijo sentenciosamente el tio Bumbum.

—¿Me podrán Uds. decir, preguntó la forastera, si se vé desde aquí el pueblo de Cantillana, que está en la línea del ferrocarril de Córdoba a Sevilla?

—Nó, señora, contestó el tio Bumbum; está a catorce leguas de aquí, i no se vé sino cuando pasa a su vera el ferrocarril, porque está metido entre arbolados como un rebaño entre matorrales.

—Pues tengo curiosidad de verlo, dijo la forastera, porque leí hace pocos años en un periódico, una novela mui bonita, aunque a vueltas de hacer encarnizado escarnio de Andalucía, i que dedicaba, por escarnio tambien, el autor (que se firmaba *Autora*, pero que a nadie engañó, i el que lo quiso saber supo quien lo habia escrito) a un escritor andaluz que, como lo hacen cuantos la han visto, celebraba esta hermosa provincia de España, que han llorado i lloran los moros. En dicha composicion, a la que el autor no da nombre, venia a contar el orijen de la conocida frase: *el Obispo está en Brenes i el diablo anda en Cantillana*, i quisiera ver la casa que labró el indiano, i....

—Señora, ¿qué está Ud. diciendo? ¿I que tiene que ver indiano alguno con el dicho del diablo en Cantillana? le dijo el tio Bumbum.

—¡Pues no ha de tener! lo he visto impreso en letra de molde.

—I eso, ¿que prueba? repuso el tio Bumbum. ¿No ha oido su mercé el refran de *miente mas que la Gaceta*? pues eso *imprentado* está. Señora, el dicho ése, aquí tuvo principio i aquí sabemos de unos en otros el cuándo i el cómo fué, porque entónces no habia Indias ni indianos por el mundo.

—¿I me lo querrá Ud. referir? replicó la forastera.

—¿Por qué no? contestó el veterano, que no deseaba otra cosa que contar.

I empezó de esta suerte su relato:

Salió en una ocasion el rei don Pedro, al que los grandes pusieron el *Cruel*, i los pobres el *Justiciero*, a caceria, i tiró rio arriba hácia Cantillana. Habíase separado de su séquito, i apretándole la sed, se entró en una viña en que vió trabajar a un hombre. Pidióle de beber, i el hombre, aunque sin conocerlo, fué a su sombrajo i le trajo una talla de agua. Miéntras bebia, observó el rei que aquel hombre estaba mui triste i caido de ánimo, por lo que le preguntó qué era lo que le aquejaba. El infeliz le respondió que tenia una pena de las mas grandes; pero que como nadie la podia remediar, no tenia por qué decirla.—¿Quién sabe? le dijo el rei, cuente Ud., *que penas participadas, si no se curan, se alivian;* i por aquello de *que corazon que se halla herido, a pregonero se mete*. El desdichado refirió al rei que era el mesonero de Cantillana, i que el escribano del pueblo habia engañado a su hija con palabra de matrimonio, palabra que no queria cumplirle, alegando que no podia casarse porque eran primos, i que esto no era mas que una mala disculpa, puesto que podia pedir la dispensa al obispo, que cabalmente se hallaba haciendo la visita en el cercano pueblo de Brenes.

—¿I cómo no se ha quejado Ud. al alcalde? le preguntó el rei.

—Pues ya se vé que me he quejado al alcalde, contestó el pobre padre: pero el alcalde i el escribano son compadres, i están compajinados en todas cosas, por lo cual le alcalde no ha hecho maldito el caso de mis quejas.

El rei se despidió, i se fué de un tiron, i sin perder la derechura, a Cantillana.

Entró en el meson, habló con la mesonera i su hija, i habiéndose convencido de la verdad de lo que el hombre de la viña le habia relatado, le dijo a la mujer que fuese a decir al alcalde que habia en su meson un hombre que tenia precision de hablarle.

El alcalde mas tieso que un don Pedro de palo, i con la cabeza mas erguida que un gallo castellano, se presentó en el meson, con su vara empuñada i su sombrero encasquetado.

—¿Me conoce Ud.? le dijo don Pedro.

—Yo nó, respondió mui en sí el alcalde.

—Pues sepa Ud., mal alcalde, que soi el rei, dijo don Pedro.

La vara se escurrió en las manos del alcalde, que se encojió como una pasa, i echó a temblar como un azogado.

—Escuchad bien lo que os voi a decir, prosiguió el rei. Que se levante ahora mismo la horca en la plaza, i que mañana a estas horas esté casado su compadre, el escribano o colgado en ella; i cuidado como a nadie decis que he estado aqui.

El rei salió, dejando al alcalde mas muerto que vivo.

Apénas se recobró, cuando echando una carrera en pelo, que no paró hasta llegar a la casa del escribano, en la que entró gritando:

—Compadre, cásese Ud., i sobre la marcha.

—¿Está Ud. ido de sentido? contestó asombrado el escribano.

—Compadre, en su interes i en el mio se lo pido: ¡cásese Ud.!

—Que nó.

—Pues le digo a Ud. que no tiene mas remedio que cumplir en seguida la palabra que ha dado i casarse. ¡Al avío! Al avío!

I el alcalde, azorado, le empujaba hacia la puerta.

—Compadre, dijo amostazado el escribano, ¿qué mosca le ha picado a Ud.? ¿No sabe Ud. acaso que eso no puede ser, porque somos primos la hija del mesonero i yo?

Entónces el alcalde, cada vez mas azorado le dijo:

—Compadre, cásese Ud.. que el obispo está en Brenes i... i... el diablo en Cantillana.

Al oir esto último, el escribano comprendió lo que le queria decir el alcalde, i se casó.

—Agradezco a Ud. la referencia que me ha hecho, dijo la forastera al veterano. La novela del periódico podrá parecer al que la escribió i a otros mucho mas bonita; pero del modo que Ud. me la ha contado tiene mas viso de verdad, i esto es lo que en otras cosas vale. Ahora, cuando haya de hacer una cosa de prisa quitando estorbos que sirven de disculpa, recordaré a don Pedro, que sabia disponerlo. Pero, señores, mucho me he detenido; las tardes son las mas cortas del año, i me va a anochecer en el camino.

—Mucho mas cortas son allá por el norte, dijo el veterano, pues a las cuatro yaa es de noche.

—Las cosas que dice el tio Bumbum tan gordas son, que no se pueden tragar, opinó a media voz un zagalon escéptico.

—Calla, hormigon, le dijo severamente el veterano, que lo oyó; que cada vez que abres esa boca, que parece un obus, es paro darte a tí propio la patente de sándio. Tú no has visto el mundo mas que por un agujero; asi lo que tienes que hacer es oir, ver i callar; ¿estás? Cuando a tí te bautizaron, hacia mucho viento i se llevó la sal.

—Muchacho, ven acá, dijo la forastera; cuélgate el saco del brazo para que puedas llevar con cuidado i sin que se traquetee, esta caja en la mano. Yo llevaré la cartonera. Señores, quedaos con Dios. ¿Lloverá?

—¡Qué, señora! ¡No vé su mercé que no se vislumbra una nube, i que nos cobija el *cielo viejo*! (1) Vaya su mercé con Dios.

Ya habia anochecido cuando la señora llegó a la casa donde la condujo su guia; pagó a éste lo prometido, le tomó la caja i el saco i llamó a la puerta.

Salió a recibirle una moza aseada i dispuesta, que quiso anunciar a sus amos la llegada de una visita; pero la forastera se

(1) Así califican los campesinos el cielo despejado.

lo impidió, rogándola únicamente que le indicase dónde los hallaria. La criada introdujo a la señora en una sala de piso bajo, el solo que tenia la casa; siendo el alto pajal i granero, en que dejó su estorboso equipaje; i en seguida se acercó a una puerta de cristales que estaba cerrada, pero por la que, al traves de sus visos de muselina, se esparcia la viva luz de un reverbero colocado sobre una mesa de nagüillas o estufa, en una habitacion mas reducida que la primera.

La señora desvió un poco el viso, i una sonrisa de satisfaccion se estendió sobre su bondadoso rostro al contemplar el hermoso cuadro que se le presentaba.

Sobre un sofá, frente a la puerta, estaba sentado un hombre, jóven aun, a cuyo rostro daban una prematura pero suave gravedad, i la perfecta calma de una buena conciencia, unida a la falta de ambicion (la mas roedora de las pasiones) toda la hermosura de un templado i sereno dia de primavera, cuyo cielo alto i puro está sin nubes ni celajes.

Tenia este jóven sobre sus rodillas un niño de ménos de cuatro años, que levantaba hácia el rostro de su padre su linda cabecita, i parecia hacerla esas preguntas, hijas de las primeras percepciones de la intelijencia, que a menudo desatienden aquéllos a quienes son dirijidas, en lugar de alentarlas i satisfacerlas.

Al lado del sofá, sentada en un cómodo i sencillo sillon de paja, estaba una mujer que parecia casi niña, gracias a la frescura de su alba i rosada tez, a la finura de sus facciones i a la alegria i bondad de sus ojos azules como los de la inocencia. Habia sentado sobre el borde de la mesa a una niña de un año, parecida a ella, cuyos rubios ricitos, que no todos podian retener una primorosa gorrita, adornaban su nuca i sus sienes; difícil era prefijar, al ver estos dos seres encantadores tan amorosa i esclusivamente ocupados uno de otro, aquél que con mas ternura i apego amaba al otro.

—¡Cuánto me quieres, Manolita? decia la madre.

La niña, con un movimiento impetuoso, echó sus bracitos al cuello de su madre i la cubrió de apasionados besos.

La puerta de cristales se abrió, i a los atónitos ojos del matrimonio se presentó la forasterá.

—¡Doña Pepita! esclamaron ámbos consortes simultáneamente.

—La misma, contestó ésta corriendo hácia la jóven, i abrazándola, impidiéndole de esta suerte el ponerse de pié; quieta, quieta, que no quisiera descomponer el precioso cuadro que desde la sala contigua he estado admirando. ¡Qué hermosa i qué gruesa está Ud. Blanquita! ¡Qué hermosos los niños! ¡Dios los bendiga!

—Pero ¿qué es esto? dijo Isidro abrazando a su antigua i buena patrona, ¿cómo está Ud. por estas tierras i nos proporciona la grande satisfaccion de verla en nuestro modesto hogar?

—En el que no faltará a Ud. rica cecina, perdices, pollos, gallinas, conservas i ricas aceitunas aliñadas por mí.

—Lo que no faltará a Ud., dijo interrumpiendo a su mujer Isidro, es cariñosa i buena acojida; en cuanto a lo que dice Blanca, es amor propio de hacendosa i entendida ama de casa; tiene aquí unas amigas i maestras que han hecho de ella un portento.

—Lo cierto es, repuso Blanca sonriendo, que satisfago a mis comensales.

—¡Bien se conoce que no tiene Ud. casa de huéspedes! dijo suspirando retrospectivamente doña Pepita.

—¿Pero cómo Ud. por este rincon? repitió Isidro.

—La llegada de un hermano mio a Cádiz, donde ha caido enfermo, i desde donde me llama, me obligan a ir a aquel puerto. Ahora bien, ¿cómo habia yo de pasar por delante del pueblo en que Uds. viven sin detenerme una hora para verlos i conocer a estos ánjeles?

—Saluda a esta señora, que es una antigua amiga nuestra, dijo Isidro al niño; el que, obediente, aunque con pocas ganas, se acercó a la huéspeda.

—Ya nos haremos amigos, dijo besando la rosada mejilla del niño doña Pepita; la que levantándose en seguida, corrió a la sala inmediata, de la que volvió con la gran caja redonda i la cartonera; abrióla, i apareció con ojos amenazadores una serpiente enrollada, a la que los niños miraron a distancia i recelosos; pero al ver a doña Pepita destrozarla, i a sus padres despues de dar gracias a la dadora, celebrar i comer aquel mónstruo, se disipó su espanto, que al gustar aquel manjar se convirtió en agrado.

El niño, familiarizado ya con la huéspeda, gracias a los buenos oficios del azúcar i de la almendra, le preguntó si todas las culebras i demas sabandijas de Toledo sabian como aquélla.

—Hijo mio, le respondió Isidro: algun dia sabrás cuántas cosas hai a las que la malignidad i hostilidad del mundo da la apariencia de culebras, i que son suaves e inofensivas como este mazapan.

La huéspeda abrió la cartonera, i de ella sacó un sombrerito de niño, adornado con un lindo pajarito con su pico, sus ojitos i su vistosa cola; i enseñándoselo al niño le dijo:

—Para ti, hijo mio.

Este lanzó un grito de alegria, i quiso echar mano al pajarito; pero su madre se lo impidió.

El niño, desesperado por esa defensa arbitraria de su madre, que hollaba su derecho de propiedad, que él sostenia gritando: «¡Es mio! ¡es mio!» se puso tan pesado e insistente, que su madre, incomodada, le dió un cocotazo; entónces los gritos, quejas i lloros del niño sonaron a toda orquesta. Doña Pepita, torpe consoladora de niños (como lo son muchas personas que por estirpar en ellos lágrimas saludables, les infunden ideas nocivas,) tomó al niño sobre sus rodillas, diciéndole:

—¡Pobrecito mio! ¡Sí, tú tenias razon! Lo que ha hecho contigo Blanquita es una crueldad; vamos: esa manilarga no es tu madre.

—¿Qué no es mi madre? preguntó el niño.

—No lo puede ser.

—¿Qué no es mi madre? repitió el niño.

—Nó.

—Pues si no es mi madre, dijo el niño, le digo *buta* (bruta.)

Doña Pepita i la misma Blanca se echaron a reir a carcajadas; pero su padre, reprimiendo su hilaridad, dijo al niño:

—Vaya Ud. inmediatamente a la cama, desobediente, rabioso i mal hablado, i pida a Dios perdon por su mal comportamiento.

Doña Pepita, al ver la cara contrita i afijida del niño, quiso intervenir; pero, como es de suponer, fué inútilmente.

El niño, con el corazon encojido, le dió las buenas noches, besó la mano a su padre i a su madre, pidiendo su bendicion, como de costumbre tenia, i se encaminó a la puerta. Llegado que hubo al umbral, recordando la tan repetida palabra de las sesiones de Cortes, que leia su padre a su madre, volvió la cara, i dirijiéndose a su padre dijo en tono resignado: *Al órden, al órden*; (1) atravesó despues la sala, llamando con voz plañidera: Chacha, Chacha, acuesta a este niño, que ha sido malo.

—¡Anjelito! ¡Qué rigor! dijo entónces doña Pepita.

—Lo necesita, repuso Isidro: tiene mucho jenio, i es necesario doblegarlo desde temprano.

Hablando de su entereza, añadió Blanca, dice la cocinera, madre de nuestra criada, con las graciosas ponderaciones andaluzas, que es capaz el niño de darle tres patadas al sol, i quedarse preparado para darle otra a la luna. ¡Pero si viera Ud. doña Pepita, lo gracioso que es, las ocurrencias que tiene i las preguntas que hace! ¡Cómo nos entretiene i encanta las primeras horas de la noche! ¿Qué teatros ni que bailes podrian proporcionarnos mas grato solaz?

—Blanca, opinó Isidro: esto no lo comprenden los que no tienen hijos.

—Pues yo sí lo comprendo, repuso doña Pepita, i la felicidad de tener una creatura tan hermosa como Manolita, que se ha dormido en las faldas de su madre como un pajarito en su nido: ¡i mas si recuerdo la vida tan aislada de corazon de Elenita...! Pero ¡quién hubiese jamas creido que don Amaro, que tan apasionado estaba, o aparentaba estar, de Ud., Blanquita, se hubiese enamorado de Elena! ¡Qué cambio tan repentino!

—En el que él ha ganado, repuso Blanca, que añadió sonriendo a su marido, i yo no he perdido.

—Dice Ud. bien, que no ha perdido, repuso doña Pepita; pero no acierta si piensa que él ha ganado. ¡Si supiese Ud. qué mudada está Elena! ¡Cada vez que recuerdo lo modesta i fina que era cuando habitaba su bohardilla, no hablándome jamas sino para dirijirme frases laudatorias i afables, i ahora tan altiva, tan burlona! Cuando yo bajaba para acompañar un rato a la pobre doña Manuela, que estaba siempre tan sola, me veia precisada a vestirme como si fuera a Palacio, i me ponia aquel vestido de seda tan bueno de color castaña: si llegaba alguna vez a encontrarla en su casa, como yo digo que se ha vuelto tan despreciativa

(1) Ambos rasgos son ciertos: estas cosas no se inventan.

i tan burlona, la emprendia con mi vestido, al que llamaba, por viejo i por el color, el *jeneral Castaños*. Un dia me incomodé i le afeé ese tono burlon i desdeñoso, que por cierto no gastaba ántes; me contestó que ése era el tono de la sociedad fina moderna i aristocrática que trataba, i que se conformaba a seguirlo por no parecer zalamera ni anticuada.

—I decia bien, observó Isidro; pues ya no existia en su corazon la benevolencia i la modestia ni aun la urbanidad, que inspiran las demostraciones finas i bondadosas, que ella graduaba de zalameras i anticuadas.

—Pero ¿es feliz? preguntó Blanca.

—Está contenta, pero no es feliz; está contenta porque sobrepuja a sus amigas en el lujo; está contenta porque se divierte, gasta i triunfa, i hace lo que quiere.

—Pero ¿i su marido? preguntó Isidro.

—Está casi siempre en Francia o en sitios de baños, en que se juega i pierde de una manera escandalosa. Cuando regresa, es para echar en cara a su mujer sus locos gastos, sus fabulosas cuentas de las modistas de Paris; ella a su vez le reconviene por su vida ociosa i disipada; hai amenazas de divorcio i de separacion de bienes. Esta amenaza por parte de Elena aterran a Amaro, que se mete en el primer asiento que halla en el camino de hierro, i se vuelve a Paris a.... a lo que jeneralmente se va a la capital mas *civilizada* del mundo. Ella da gracias a Dios cuando él se ausenta, i sigue su mismo método de vida; ¡pero si viese Ud. qué mudada está! ¡qué delgada! ¡qué amarilla ¡qué ajada! Ya se vé! ¡Esa vida tan ajitada, tan desarreglada! ¡Esas trasnochadas....!

—¡Qué cosa tan justa i tan profunda ha dicho el *gran obispo*, como es denominado el que lo es de Orleans, opinó Isidro, al aseverar que tenia buena opinion de un pueblo cuyos habitantes se acostasen i levantasen temprano.

—Verdad es, añadió con su buen sentido llano i certero doña Pepita; a no ser velar a un enfermo, ¿que cosa buena se hace de noche? Ninguna. La pobre doña Manuela, en su soledad i aislamiento, pasa la mas triste vejez; teme que su hija enferme, en lo que lleva razon.

—¿Pues acaso padece Elena? preguntó Blanca.

—Recien casada, i a causa de una imprudencia, tuvo un mal parto, en el que no se cuidó i no ha quedado mui buena. Ademas, su madre prevé que, si siguien de esta suerte los despilfarros de la mujer i el derrochar del marido, se van a arruinar inevitablemente.

—¡Pobre Elena! dijo Blanca con tristeza; cuando una es feliz, quisiera que lo fuesen igualmente todos.

—¡Qué cosas se ven en el mundo! prosiguió doña Pepita; Elena, con su grande i codiciado caudal, fastidiada, achacosa en sus suntuosos salones, apartada de un marido que solo pensó al pretenderla en sus millones, i Ud. Blanquita, tan acostumbrada a grandezas, tan feliz, tan afanada, tan hermosa, tan unida a su marido, tan contenta en un tan insignificante pueblecito, en el que tanto bien haceis i tan buenos ejemplos dais, por lo que todos (lo he oido) tan de corazon os aman, respetan i bendicen.

—Esto, dijo con voz sentida i grave Isidro, prueba una grande i patente verdad.

—¿Cuál? preguntaron ámbas señoras.

—La de que suele ser la riqueza una corruptora, i la pobreza una buena maestra, contestó Isidro.

FERNAN CABALLERO.

A MI QUERIDO AMIGO H. V.

Querido amigo, ¿dudas del cariño
Que me inspira ese ser anjelical?
Mi primer sueño, mi ilusion de niño
Jamas el tiempo llegará a borrar.

Siempre estará presente en mi memoria
El recuerdo del ánjel de mi amor;
Ese será mi triunfo, ésa la gloria,
Que me haga ver un porvenir mejor.

Tú lo sabes, amigo, te lo dijo
Mil veces sin quererlo el corazon;
Cuando en ella ante ti mi vista fijo
Disimular no puedo mi pasion.

De ella es mi vida, cuanto soi i sea
De ella tambien será: ése es mi orgullo;
Que en cambio del amante solo vea
Al que ha de ser hasta la muerte suyo.

Díle que nada bastará en la vida
A estinguir tan frenética pasion,
Que, si la fé que hoi me promete olvida,
Nunca de otra será mi corazon.

Si la ventura para mí se acaba
A mi despecho siempre la amaré;
Será mi vida de su vida esclava:
Solo la muerte destruirá mi fé.

J. A. Lazcano.

EL DRAMA UNIVERSAL

DE DON RAMON DE CAMPOAMOR.

(De *El Mundo Nuevo* de Nueva York).

Peligrosa es la tentacion de opinar, a que somos particularmente propensos los superficiales. Nosotros, aunque del número de estos jueces incompetentes, solemos admirar en ratos concienzudos esa prodijiosa facilidad con que millares de individuos, en el breve término de la lectura o de un rápido hojeamiento, comprenden i examinan bajo todas sus fases, i califican i condenan sin apelacion, una obra que acaso costó al autor docenas de planes i bosquejos, millares de notas, reflexiones i vijilias, i mas borradores i mesaduras de cabellos, que cabellos contaba su cabeza al acometerla. La equidad exije que ántes de leer i fallar, el leyente se desnude de todas sus preocupaciones i se emancipe de todo motivo de impaciencia i de distraccion, desde la cita o el almuerzo que aguarda, hasta el ruido vecino, la luz trémula, el calzado apretado i la postura incómoda; que con la imajinacion se rodée del mismo horizonte del autor, hasta sentirse en el mismo tono que él; i que le consagre siquiera un diez por ciento de la atencion i memoria que él empleó al destilar gota a gota esa sangre de su pensamiento. Rara vez llenamos este deber, i parece ciertamente un acto de desaforada barbarie aquello de pretender desbaratar con un soplo un edificio que quizas costó meses o años al arquitecto. I al inclinarnos a opinar tan violentamente, recordemos que si el opinado corre peligro, no está a salvo de grave perjuicio el opinador.

Este preludio tiene por objeto encarecer al lector que practique el método indicado si el Drama universal llega a caer en sus manos, pues bien podemos andar errados en el juicio que hemos formado de él sin todos aquellos trámites i requisitos legales, i ántes bien, acribillados de distracciones e incomodidades menudas.

Salvo, pues, *meliori*, declaramos que el poema del señor de Campoamor no llena ni con mucho la idea que se nos hizo concebir de él, i aun osamos imajinar que a la fecha su autor mismo preferiria que una policía amiga se lo hubiese recojido i suprimido al escaparse de manos del impresor. Así como en el curso de la obra el poeta describe a su manera la creacion de un mundo, nosotros espondremos nuestra teoría sobre la creacion de su poema. Suponemos que don Ramon de Campoamor es hombre de muchos amigos aficionados a travesear con las musas; que suele reunirlos en tertulia literaria para evaporar los humores acres de la política; que de la lectura se pasa a la improvisacion; i que de este modo, habiendo dedicado algunas noches a admirar la *Divina Comedia* del Dante, entremezclándola con los *Vedas* u otras curiosidades del Indostan, álguien propuso la composicion de un poema estrictamente moral, que resolviese con las trasmigraciones orientales el purgatorio, infierno i cielo del épico jibelino; acojióse la idea, se estipuló que no habia de borrarse ni cambiarse una palabra; cada noche funcionó de secretario uno de los tertulios, fueron por turno dictándole, ya un verso ya una estrofa, ya varias, segun soplaba el viento de Helicona; a los tres o seis meses el Drama universal quedó consumado; i observando uno de sus autores que todo lo bueno de lo pensado i escrito era obra del amo de casa, decretaron que el total no llevase al frente otro nombre que el suyo.

Solo por esta hipótesis podemos esplicarnos aquellos personajes del poema,—Honorio, Soledad i Palaciano,—de carácter absurdo i hechos contradictorios los dos primeros; i todos ellos trazados con flojedad desesperante: como que en la descripcion de Soledad, ella ama i no ama, bebe el olvido, olvida i no olvida; i su amante la quiere, i no la quiere, i es ingrato i al mismo tiempo vive i pena adorándola: i Honorio, tipo del amor carnal *furioso* i que representa *los adoradores del in-*

fierno, segun lo advierte el poeta, no hacia mas en vida de Soledad que contemplarla escondido entre unas ramas i pasar la velada maldiciendo su destino; luego se encuentra frente a frente con ella i entónces no le ocurre otra cosa que hacer que contarle a Jesus el Mago sus amores i declararle que

«Por Soledad alegre correria
Al crimen, a la gloria i al martirio.»

Soledad esta prometida en matrimonio a Palaciano, hermano del amante furioso, aquél se va a viajar, i en vez de aprovechar Honorio tan excelente oportunidad para *secuestrarle* la novia, se dedica a creer en Pitágoras i a aguardar la vuelta del novio para secuestrarlo a él, o sea encerrarlo en recóndito paraje.

Muere Soledad, Honorio trasmigra al mármol de su tumba; oye al clero cantándole a él solemnes funerales, pues ha muerto en opinion de santo, i esto avergüenza su espíritu de tal manera que olvida a Soledad i huye de allí, pidiendo a Jesus el Mago que lo deje trasmigrar «a otro dolor mas grande i mas eterno.» Una vez ido del sepulcro, deplora «el rigor de su destino adverso» i se propone cumplir el platónico sueño de

«Ser sin rival de su sepulcro dueño;»

para cuyo fin anhela *tener*, *poder* i *saber*, i ser un tiempo Atila, Dante, Mahoma, Creso i Cárlos V. Regresa a la tumba de Soledad persiguiendo a un tropel de cadáveres, i al pasar por el monumento deseado, se esfuerza por pasar adelante, pero, mal de su grado, no lo consigue. En seguida trasmigra al cipres del sepulcro, porque anhela i espera encontrar allí paz i silencio; cansado a poco tiempo de la dicha del reposo, trasmigra a un águila; emprende un curso de moral en accion recorriendo *en touriste*, no como penitente, tantos mundos cuantos pecados capitales hai, i contemplando en cada uno de ellos el correspondiente castigo; asiste del mismo modo a creaciones i destrucciones de globos habitados, retrocede al dia de la prision de Jesucristo, presencia la conversion i bautismo de todas las hadas i jenios de las antiguas rejiones, desciende con el Salvador al seno de Abrahan (donde encuentra a Salomon), i con el Cristo i los justos baja al Limbo i a los infiernos, vé la muerte del Hombre Dios, oye la trompeta del juicio que lo llama al Valle de Josafat en union de su amada, de Paz su madre, i de su hermano, se queja i exalta al ver a Soledad en espíritu i sin cuerpo por haber aniquilado ella misma sus despojos; se resiste a ir sin éstos al cielo, de manera que sus viajes i lecciones han sido hasta entónces completamente infructuosos; una lágrima de su madre lo purifica i lo salva, i entra en compañia de ella a la rejion de los bienaventurados.

Como se vé por este incompleto bosquejo, el plan del drama es verdaderamente universal, es un curso injenioso de creacion i de humanidad, que resume lo visible i lo invisible, el cristianismo i las teogonias jentiles, i en cuyo desarrollo pueden entrar todos los dramas de la historia; pero está herido desde el principio por la nulidad de sus héroes: los ardores i las penas de éstos son conversacion mas que otra cosa, su mayor pecado es su inofensiva majaderia, no merecen el viaje que el poeta les costea, ni hai suficiente pretesto para él; i como ni el autor mismo ha podido sentir por ellos mayor simpatia, los lectores escuchan impasibles sus desventuras, si desventuras pueden llamarse aquellas instructivas escursiones i aventuras de mas allá de la tumba.

A este defecto capital, que segun nuestros cortos alcances invalida el conjunto como poema dramático, añádese la circunstancia de que el estilo en lo jeneral no es estilo ninguno, sino que parece el guiso de una improvisacion como la que supusimos, i durante la cual el contertulio que remataba una estrofa escuchó mal el principio de ella, resultando de aquí que sus dos partes hacen discorde matrimonio. Esto resalta mas donde quiera que hai un *pues* o un *porque*, pues las consecuencias no son mui claras, como verbi-gracia en los casos siguientes:

«El poder, piensa Honorio, es iracundo,
I tomo los errores por maldades,
Porque jamas, artificioso el mundo
Se aviene con las fáciles verdades....

Pensando en el pasado, aun bebe ansiosa
El dejo de sus lúbricos amores,
Porque es solo una planta venenosa
Cuando ha dado el placer todas sus flores..

Dichoso el que por sueños de mañana
No halla hoi placeres ni ventura cierta,
Pues solo hai dicha para el alma humana
Miéntras soñando está que está despierto.

Los retruécanos o antifrasis menudean, como si los colaboradores apostasen a dar cada cual la suya; i parecen fruto de igual sistema unas tantas tediciones diferentes de una misma idea que suelen ir ensartadas unas tras otras, particularmente cada vez que Honorio alza el vuelo o cuando sospecha su primera existencia. Los sentimientos adolecen aquí i allí de falsedad i de helado ardor, como es de presumirse, i el lenguaje peca de una naturalidad artificial de malísimo efecto; las impropiedades no son raras pues ya vemos a Eva «mostrando, al correr, una esplosion de gracias infantiles,» ya nos presenta a Inés de Rivera «tipo comun de dejadez mezclada con cierta astucia subterránea i fria;» en múchos buenos pasajes ocurren desentonos deplorables; i a la pájina 157 el perverso lector suelta la carcajada con cierta salada cuarteta equívoca que no nos atrevemos a citar.

Nótase en otros parajes los siguientes versos, que el cajista no ha debido componer sin justificarlos previamente en el lecho de Procusto:

¿Era cuerpo o ilusion lo que veia?...
El sueño o insomnio los fantasmas veian...
Me dijo el Redentor: Presente o ausente...
Engañosa o engañada hasta aquel dia...

En una palabra, toda la redaccion del *Drama Universal* debió de andar manga por hombro, i su ilustre actor podria demandar por daños i perjuicios a los amigos que lo hayan inducido a precipitar su impresion, tal vez sin releerlo.

No se crea, sinembargo, que no tiene pasajes dignos de las *doloras*. De propósito dejamos para el fin la tarea grata de señalarlos, i empezaremos por repetir que el plan es injenioso, i que su moral, desde la primera hasta la última línea no deja que desear, pues aun aquella ficcion de las trasmigraciones, creencia que a nadie puede hacer daño i que por el contrario proteje en el Indostan la vida de los animales, querriamos que se insinuase i arraigase en tantos millones de verdugos que hai de esos *mudos amigos* del hombre.

Como dice Lamartine, unas pocas pájinas salvan del desprecio el *Paraiso Perdido*, i solo a cuarenta líneas debe la *Divina Comedia* su inmortalidad, la del *Drama Universal* está asegurada, pues mas de cuatrocientos versos suyos la merecen. Desentendiéndonos del *no estilo*, i del asunto que pretende motivar el poema, i echando a un rincon a sus peregrinos héroes, —al baboso protagonista el primero,—el extra restante, es decir las seis u ocho décimas partes del total, abunda en perlas de invencion, en nobles pensamientos, en observaciones orijinales, en frases enérjicas i en rasgos excelentes de idealidad i de fantasía.

Mencionaremos como ejemplos de invencion que honrarian a cualquier poeta: el alarma i fuga de los cadáveres por temor de volver a encerrar almas que tan mal se portan aquí con los cuerpos que las llevan (p. 58); la conversion de un amante en el cipres de la tumba de su amada, la lucha con el águila al trasmigrar en ella; la idea de las tres rejiones donde se oye cuanto se dice, se vé cuanto se hace i se vé cuanto se piensa; el último sueño del Dante (p. 124); la trasmigracion de un alma dentro de otro hombre de índole contraria (p. 143); la historia de Pancho el Indiano, inspirado tributo al amor maternal (p. 196); la del príncipe sin nombre (p. 241); la de la marquesa de Astorga, de estilo bastante limpio (p. 305); el purgatorio de la envidia, que consiste en un cielo dentro de un infierno; la culpa, (p. 351); el rio de lágrimas del juicio final (p. 383); i la redencion del hijo por el llanto de la madre.

Nos parece feliz la breve descripcion de César (mas exacta que la de Alejandro el Grande); la del Dante (p. 226); la de las mujeres sensuales i perdidas (p. 240 i 258). Versos como los siguientes, merecen escuipirse:

«En torno de lo claro i definido
Vuela algo indefinido i misterioso..»

«Como el castigo a toda falta llega,
Le llega a toda pena su esperanza.»

«Ni tanta alma conoce disfrazada;
Que el globo desde allí le parecia
Una mina de crímenes cargada
Que a un rayo de verdad reventaria!...»

«Cuanto sueño del Dante! murmuraba..»

«Pues sucede a menudo que la lira
Porque quemar a un demonio a un ánjel
[quema...»

«Era hermosa tambien, mas de otro modo..»

«Que si el mundo perdona un estravio
Siempre él con la bajeza inexorable...»

«Su propia rabia es su mayor martirio...»

«Paladiola el martirio gota a gota...»

«Escepto el obrar bien, no importa nada..»

«Por no turbar la madre, resignada,
Talvez el sueño o la quietud de hijo,
Al umbral de la puerta acurrucada,
Hasta mañana aguardaré, se dijo...»

Sí, a nuestro juicio, El Drama Universal no es un poema ni un drama, es, sinembargo, obra de poeta, de armazon débil pero rica en preciosos materiales, i jérmen quizá de muchos poemas futuros. Es de aquellas obras que sujieren mas de lo que son. Puede su autor carecer del aliento que exije una empresa épica, i de esa rara facultad de una alma actriz, a lo Shakspeare, que *trasmigra* a cuantos caractéres concibe i va sintiéndolos i desarrollándolos naturalmente; pero hai que reconocer en él la la percepcion de lo ideal, notable injenio, la preocupacion, no mui en uso, por el fondo i la enseñanza del canto, i aun en ocasiones, la inspiracion de los incidentes sublimes. Aunando tales dotes, es mui de deplorarse que quiera convencernos de que carece del instinto de la forma, la plástica del lenguaje, el don de abrir al manantial de las ideas un cauce limpio, natural i gracioso por entre las asperezas de la palabra. El señor Campoamor tiene un nombre que perder, i debe cuidar de él. Mal puede ignorar que sin el pasaporte del buen gusto, la poesía de los mayores jenios queda arrumbada en el camino i no llega a la posteridad.

Florencio.

QUINTILLAS.

I.

La muerte es la realidad
I la vida una ilusion;
El amor fatalidad;
Es el hombre una deidad,
La mujer la salvacion.

II.

La vida, como la flor
Que apenas nace fenece,
Así, aun ántes de su albor,
Con pálido resplandor
De la tierra desparece.

III.

La muerte es una asechanza
Que al gañan i al potentado
Pesa con igual balanza;
Es del justo la esperanza
I el terror para el malvado.

IV.

Es un bálsamo el amor
Cuyo perfume enloquece.
¡No le toqueis, que, traidor,
Con su aromático olor,
El que lo aspira perece!....

V.

El hombre es la creatura
Mas perfecta que Dios creó;
Un cúmulo de hermosuras
De ingratitud i ternura
Que del Creador blasfemó!....

VI.

I es la mujer dulce brisa
Que nuestra existencia mece,
Al alma, suave, electriza
I a su plácida sonrisa
O la inquieta o la adormece.

VII.

Una mujer al mortal
Undió en abismo profundo;
Pero de tan fiero mal,
Por nuestra dicha inmortal
Otra mujer salvó al mundo!....

1872.

David Bari.

REVISTA BIBLIOGRAFICA.

JUNIO.

En el mes de junio las prensas nacionales han hecho las publicaciones siguientes:

«La condicion jurídica de los estranjeros en el Perú,» por Félix Cipriano C. Zegarra.—1 vol. en 4.° de 604 pájs.—Imprenta de *La Libertad*.—Santiago.

«Recopilacion de las disposiciones vijentes en el Departamento de Valparaiso, sobre los distintos ramos de la administracion local etc.—1 vol. en 4.° mayor de 682 pájs.—Imprenta de *El Mercurio*. —Valparaiso.

«Memoria que el Ministro de Estado en el Departamento del Interior presenta al Congreso Nacional de 1872.—1 vol. en 4.° de 295 pájs.—Imprenta *Nacional*.—Santiago.

«Bernabé Rudge,» novela por Cárlos Dickens.—1 vol. en 4.° de 329 pájs.—Imprenta de *El Independiente*.—Santiago.

«Una temporada en los baños de Catillo,» novela por Alejandro Gonzalez.—Entregas 1.ª a 4.ª—1 vol. en 4.° de 64 pájs.—Imprenta *Nueva*.—Chillan.

«Discurso de su Excelencia el Presidente de la República en la apertura ra del Congreso Nacional de 1872.»—1 vol. en 4.° de 16 pájs.—Imprenta *Nacional*.—Santiago.

«Mocion sobre cementerios presentada a la Cámara de Diputados en la sesion de 2 de junio de 1872.—1 vol. en 4.° mayor de 16 pájs.—Imprenta *Nacional*.—Santiago.

«Catálogo de las semillas i plantas en venta en la Quinta de la Sociedad Nacional de Agricultura, para el año de 1872.»—1 vol. en 4.° de 10 pájs.—Imprenta de *El Mercurio*.—Valparaiso.

«Novena en honor del Santísimo Sacramento del Altar.»—1 vol. en 8.° de 32 pájs.—Imprenta *Chilena*.—Santiago.

«Estatutos del Banco Chileno Garantizador de Valores.»—1 vol. en 4.° de 42 pájs.—Imprenta *Nacional*. — Santiago.

«La Corona del Héroe.»—Recopilacion de datos i documentos para perpetuar la memoria del jeneral don Bernardo O'Higgins.—1 vol. en 4.° de 650 pájs. i 5 láminas.—Imprenta *Nacional*. —Santiago.

«Estatutos de la *Seguridad Comercial*, compañía de préstamos mútuos sin interes,» etc.—1 vol. en 4.° de 85 pájs.—Imprenta de *El Ferrocarril*.—Santiago.

«El suplicio de una mujer» drama en tres actos por Emilio de Girardin.—1 vol. en 4.° de 76 pájs.—Imprenta de *La República*.—Santiago.

«Boletin Municipal del Departamento de Copiapó.»—Recopilacion de las leyes, ordenanzas, reglamentos i disposiciones de policía.—1 vol. en 4.° de 742 pájs.—Imprenta *Nacional*.—Santiago.

«Reforma constitucional.» —Informe de la Comision de Constitucion i Justicia sobre el proyecto del Senado.—1 vol. en 4.° mayor de 16 pájs.—Imprenta *Nacional*.—Santiago.

«Décima séptima Memoria que el directorio de la Union Chilena presenta a la junta jeneral de accionistas.» —1 vol. en 4.° de 12 pájs,—Imprenta de *El Ferrocarril*.—Santiago.

«Rates of postages from Chile to all parts of the world and also the chilian postal tarif» by William J. Cox.—1 vol. en folio de 6 fojas.—Imprenta *Albion*. —Valparaiso.

«La Jitana.» —Novela inglesa traducida al castellano por una señorita chilena.—Entrega 1.ª—1 vol. en 4.° de 64 pájs.—Imprenta *Albion*.—Valparaiso.

«Memoria presentada por el Cura i Vicario de Vallenar, don Manuel García, al Ilmo. Obispo de la Serena doctor don José Manuel Orrego.»—1 vol. en 4.° de 30 pájs.—Imprenta de *El Mercurio*.—Valparaiso.

«Guia judicial de Santiago para 1872.» —1 vol. en 8.° de 31 pájs.—Imprenta *Schrebler*. —Santiago.

«Memoria del comandante jeneral de Artillería, coronel don José Timoteo

Gonzalez, pasada al Supremo Gobierno.»—1 vol. en 4.° de 16 pájs.—Imprenta *Nacional*.—Santiago.

«La Legacion de Chile en el Perú, desde abril hasta setiembre de 1864, i el conflicto peruano-español» por J. Nicolas Hurtado.—1 vol. en 4.° de 316 pájs.—Imprenta de la Librería de *El Mercurio*.—Santiago.

«Memoria que el Ministro de Estado en el Departamento de la Guerra presenta al Congreso Nacional de 1872.» —1 vol. en 4.° de 50 pájs.—Imprenta *Nacional*.—Santiago.

«Mocion sobre contribuciones, presentada a la Cámara de Diputados por don Antonio Varas».—1 vol. en 4.° mayor de 3 pájs.—Imprenta *Nacional*.—Santiago.

«Estatutos del *Club Musical de Santiago*, instalado el 8 de junio de 1871.» —1 vol en 4.° de 19 pájs.—Imprenta de *La Libertad*.—Santiago.

«Estatutos de la sociedad *La República*, aprobados por el Supremo Gobierno.»—1 vol. en 8.° de 14 pájs.—Imprenta de *La República*.—Santiago.

«Instrucciones sobre el buen réjimen de la ciudad de Santiago, pasadas por el Intendente, don B. Vicuña Mackenna, al comandante de policía».—1 vol. en 8.° de 65 pájs.—Imprenta de *El Ferrocarril*.—Santiago.

CHARADA.

Si miras al sol naciente
Que ahuyenta las sombras negras
Con su luz hermosa i pura,
Mirarás mi *prima* i *sesta*.

Por mi *segunda*, pregunta
Al soldado, i su respuesta
Te dirá si dia a dia
Le dan eso en paz i en guerra.

Si te casas, de seguro
Has de nombrar mi *tercera*,
¡I veremas si la nombras
Con voz segura o incierta!

Muchos, que son tan solo
Copleros de baja esfera,
Quieren que todos les digan
Que son mi *cuarta* con *sesta*.

Los mas nobles pensamientos
I las mas pobres ideas
Del hombre, se desarrollan
En mi *quinta* con mi *sesta*.

Es un adverbio mi *todo*
Que seis silabas encierra;
Definirlo es bien difícil....
Adivinelo quien pueda!

BIBÍ.

SOLUCION

DEL LOGOGRIFO DEL NÚMERO ANTERIOR.

A SIRO LUQUE.

Combinando del *amor*
Las únicas cuatro letras,
Tu logogrifo sin duda
Lo entenderá cualquiera.

Por ser ello, pues, tan fácil,
I tener yo gran flojera,
Dejo a otros que te den
Una solucion completa.

BIBÍ.

Contenido de este número.

I.—Francisco Bilbao, (continuacion), por Zorobabel Rodriguez, páj. 613.
II.—Confidencias, poesía, por Silvio, páj. 616.
III.—La corruptora i la buena maestra, (conclusion), por Fernan Caballero, páj. 617.
IV.—A mi amigo H. V., poesía, por J. A. Lazcano, páj. 622.
V.—*El Drama Universal* de don Ramon de Campoamor, por Florencio, páj. 623.
VI.—Quintillas, poesía, por David Bari, páj. 626.
VII.—Revista bibliográfica, páj. 627.
VIII.—Charada, por Bibi, páj. 628.
IX.—Solucion del logogrifo del número anterior, por Bibi, páj. 628.

IMPRENTA DE «EL INDEPENDIENTE.»
Calle de la Compañía núm. 102.

LA ESTRELLA DE CHILE.

AÑO V. Santiago, julio 7 de 1872. Núm. 249.

FRANCISCO BILBAO.

SU VIDA I SUS DOCTRINAS.

(Continuacion.)

VI.

Bilbao pisó laz playas de Francia el 24 de febrero de 1845. El momento no podia ser mas oportuno para estudiar aquel pais de que el peregrino chileno habia sido siempre un entusiasta admirador. Luis Felipe habia adoptado por regla de su política esterior la paz a todo trance con Inglaterra i por norma de su política interna la observacion escrupulosa de la Carta. Sin desinteresarse completamente de los negocios públicos, en los cuales trataba de influir por medio de sus ministros, proclamaba su decidida voluntad de ajustar su conducta a la famosa fórmula: *El rei reina, pero no gobierna*. Consecuencia natural de esta política fué la fermentacion intelectual, moral i social en que entró la Francia, los disturbios continuos en las calles, las grandes luchas en la prensa, en las cátedras i en el parlamento. ¡Qué tiempos aquéllos i qué brillantísima constelacion de sobresalientes injenios! En la poesia tenian la palabra Lamartine, Víctor Hugo, Delavigne, Beranger, Ponsard, de Musset, de Vigny, Sainte-Beuve i Barbier; en la novela, Dumas, Jorje Sand, Balzac, Sué, Soulié, Sandeau i Merimée; en la historia, Guizot, Barantte, Sismonde de Sismondi, Michelet, Thierry, Henri Martin, Thiers, Louis Blanc, Michaud, Laurentie, Montalembert, Rohrbacher, Gorini, Audin, etc.; en la cátedra sagrada, Lacordaire, Combalot, Ravignan; en la tribuna política, Berryer, Thiers, Guizot, Odilon, Barrot, Montalembert, Lamartine, Villemain; en la enseñanza católica, Federico Ozanam i Lenormant i en frente de ellos Michelet i Quinet que atraian en torno de sus cátedras una juventud ardorosa; en las ciencias, Cuvier, Ampère, Gay-Lussac, Geoffroy-Saint-Hilaire, Cauchy, Arago, Leverrier, Dumas, Elie de Beaumont, Flourens; en la filosofía, Lamennais, Bautain, Gerbert que seguian las huellas luminosas de Bonald i de Maistre; Cousin, Saisset, Damiron i Quinet entre los que marchaban por opuesto camino; en la prensa periódica i en los panfletos Veuillot, Dupanloup, de Genoud, Carrili Cormenin. ¡I esto sin hablar del teatro donde la Rachel hacia revivir la trajedia, ni de la escultura, la pintura i la música cultivadas por verdaderas notabilidades entre las cuales baste recordar los nombres de Pradier, David, Delacroix, Ingres, Vernet, Delaroch, Flandrin, Gavarni i Amadeo de Noé (Cham), Niedermeyer, Feliciano David i Berlioz!

Tal era la multitud de astros esplendorosos que brillaban en el cielo de Francia cuando el viajero chileno, desembarcó en sus costas. Para comprender la impresion profunda que aquel brillante espectáculo debió producir en el espíritu de Bilbao, conviene que empecemos haciéndole la justicia de reconocer que no habia ido a presenciarlo como el vulgo de los viajeros, obedeciendo a la curiosidad, huyendo del tedio, buscando oportunidades para brillar o placeres para los sentidos. Bilbao llegaba a Francia preocupado por mas serios i nobles pensamientos. No viajaba para distraerse, ni para exhibirse, ni para dar satisfaccion a sus instintos; viajaba como estudiante i como sectario. Tenia hambre de instruirse, i deliraba por oir la palabra de algunos hombres que habia tomado desde niño, a la vez que como aráculos de la razon como modelos vivientes de virtud.

Si otra hubiese sido la disposicion de ánimo en que llegaba Bilbao ¿quién sabe que rumbo habrian tomado sus piés i cual de los astros que brillaban sobre el horizonte intelectual habria concluido por arrastrarlo en el sentido de sus influencias? Pero, lo hemos dicho ya; Bilbao era, mas que un peregrino ansioso de descubrir la verdad, un hombre que, habiéndose asignado un puesto en el campo de batalla de la vida,

buscaba fuerzas i armas para conservarlo con gloria.

Tiró el dado el mismo dia en que se decidió a publicar la *Sociabilidad Chilena* i su comparecencia ante el *juri* que condenó por blasfemo e inmoral este escrito fué su paso del Rubicon. Desde la fecha de esos sucesos pudo haber vacilaciones en su espíritu; no las hubo ciertamente ni en su corazon ni en su voluntad. Sintió aversion profunda a los que lo habian condenado i deseo ardiente de desacreditar, combatir i destruir las doctrinas que habian subministrado los considerandos del inolvidable veredicto.

Hé ahí porque el viajero no dirijió sus pasos hácia el templo en que Lacordaire predigaba los raudales de su elocuencia, ni hácia la cátedra en que Ozanam daba sus admirables lecciones de historia, ni hácia el gabinete en que Bautain preparaba sus estudios filosóficos o Montalembert sus inmortales arengas. A haberse puesto en contacto con alguno de esos espíritus superiores ¿quién sabe si habrian podido resistir mucho tiempo sus antipatias i preocupaciones? La duda nos asalta cuando vemos la impresion que le causó la palabra de Lacordaire, un dia en que la curiosidad lo condujo a la puerta de Nuestra Señora donde el gran tribuno de Dios predicaba sus conferencias.

«El templo estaba casi lleno dice, en su diario. Al verlo derramar su voz estrepitosa bajo las bóvedas i llevar su enerjía por la iglesia, el pecho me palpitaba, pero no de fé sino de gloria, de ambicion de servir a la causa nueva de un modo semejante.

«Es poderoso el orador i su aliento es como el soplo que levanta tempestades.»

Vése por esta misma cita que la grande ambicion de Bilbao era adiestrarse i armarse para defender i propagar el racionalismo, que él llamaba enfáticamente *la nueva causa*, i que es en verdad una de las mas viejas que se han litigado ante el tribunal de la filosofía. Al efecto constituyóse en asiduo asistente a las lecciones de Michelet i de Quinet, i no pudiendo recojer en los colejios las enseñanzas da Lamennais fué a visitarlo en su retiro. La emocion del oscuro estudiante al pisar el umbral de la puerta del maestro, casi diriamos del idolo, fué grande. Véase como la consignó en su cartera.

Paris, 8 de mayo de 1845.

«Hacia algunos dias que me resolví a visitar a M. Lamennais. No sabia su casa i pregunté a su librero. Allí se me dijo que vivia Rue Tronchet N.° 13. Llego a la casa i pregunto al portero por M. Lamennais. El portero me dijo que no estaba, pero que podia escribirle porque era difícil encontrarlo. Entónces le dejé el siguiente aviso.»

François Bilbao (chilien),
Rue Martignac N.° 7.

«Este dia fué el sábado. El lúnes al entrar a casa encontré a Manuel Matta que me dice: ¡Buena noticia! —¿Qué noticia? — Adivina — Pero ¿qué cosa? — Mira ese billete.»

«Tomo el billete i leo en el sobre:

Monsieur François Bilbao,
Rue Martignac N.° 7.

«Abro el billete i mi sorpresa es grande al leer lo que sigue:

«M. Bilbao trouvera M. Lamennais chez lui, jeudi prochain, entre midi et une heure. Le portier, en voyant ce billet saurá qu'il est attendu.

Lundi 5 mai.»

«Gran gusto tuve al tener entre mis manos un momento por el que hacia tanto tiempo que habia aspirado! Esperé los tres dias, i el dia señalado, a paso de carga i palpitante golpeo, en el sesto piso la puerta que todavia me separaba de un monumento vivo. Hacia frio—el dia lluvioso—i yo sudaba.

«Una criada me abre—le pregunto por él i ella me pregunta mi nombre. Vuelve para adentro i despues me dice que puedo entrar. La criada habia dejado la puerta abierta i quise asomarme, pero me detuve como para penetrar en un templo. Miéntras la criada venia procuraba serenarme. Paso una primera pieza i al entrar en la segunda, del rincon de la derecha se levanta para responder a mi saludo.—¡El! —el autor de *Las palabras de un creyente!* —Yo creo que tenia la vista fascinada.»

La emocion de Bilbao era perfectamente natural. Quien no la comprenda no ha sentido nunca el aprecio, el respeto, la veneracion, i el amor, si, hasta el amor, que un hombre estudioso tiene a veces por ciertos

autores que llegan a adueñarse de su inteligencia o de su corazon. Poniéndonos nosotros en lugar de Bilbao, nos imajinamos sin trabajo cuan felices nos habriamos considerado teniendo en nuestras manos un billete en que el venerable autor de *El Jenio del cristianismo*, que presidia aquella brillante pléyade de injenios como un patriarca preside una fiesta de familia, nos hubiera permitido sentarnos por algunos instantes en su hogar, oir su voz i estrechar su mano. ¡Con qué placer habriamos arrostrado la lluvia i el frio por oir una conferencia de Lacordaire en Nuestra Señora o una arenga de Montalembert sobre la libertad de enseñanza en la cámara de los Pares! Si, el malogrado Pereyve tenia razon cuando escribia en una de sus cartas: «Ademas de la amistad que se cultiva con el trato frecuente, hai otra que consiste en el eterno acuerdo de las almas en la verdad i el amor.»

Tal era la causa de la emocion con que Bilbao se acercaba a Lamennais, destronado i ya casi olvidado en la mas que modesta habitacion, pobre bohardilla *de un sesto piso*.

Aquel hombre era ya una ruina viviente; pero una ruina que no podia ménos de tener un irresistible atractivo para Bilbao. Ambos, aunque en diversa escala i en mui distintos teatros habian pasado del campo de la fé al campo del racionalismo, habian conmovido a la sociedad atacando sus mas caras i venerables instituciones, ámbos habian sido objeto de los mismos anatemas, i ámbos habian recibido de Dios, ya que no el don de un mismo talento, un mismo carácter batallador, arrebatado, estremoso, i enérjico. Entre uno i otro habia pues, comunidad de ideas, semejanza de historia, i analojía de sentimientos. Un comun principio; la soberanía de la razon individual: un comun objeto; la reforma política, relijiosa i social en el sentido de aquel principio: un odio comun; la autoridad, bajo todos sus nombres, en todas sus manifestaciones.

El temor de estendernos demasiado nos retrae de recordar aqui, siquiera fuese en sus mas dramáticas e interesante faces, la vida de M. de Lamennais. Empero la innegable influencia que ejerció sobre la ideas de Bilbao, nos obliga a esponer en brevísimas palabras el fundamento de su filosofía que fué tambien la causa lójica i el orijen fatal de sus deplorables estravíos.

En el tomo segundo de su *Ensayo sobre la Indiferencia*, Lamennais estableció como base de toda certidumbre, como único criterio de verdad, la razon del jénero humano.

Desde aquel instante pudo decirse que el católico habia quemado sus naves; porque, aunque es verdad que el princio estaba entónces temperado por la obediencia a la Santa Sede intérprete divinamente infalible de la infalibilidad del jénero humano, segun Lamennais, no lo es ménos que el criterio que habia elejido llevaba oculto en sí un jérmen revolucionario. Para que esta semilla de cisma i de herejía jerminase, bastaba que algun acontecimiento social viniese a convencer a Lamennais, que la Iglesia i la humanidad, las enseñanzas del Papa i la razon universal se habian divorciado. En semejante evento, no era dudoso predecir hácia que parte se inclinaria un hombre del carácter de Lamennais. Entre la razon universal infalible i la Iglesia, su intérprete, debia optar por aquélla; entre el apoderado i el mandante, por éste; entre el pueblo soberano i el Papa su ministro, por el pueblo.

Miéntras el momento del conflicto no llegó, Lamennais dedujo de su principio la teocracia mas absoluta. El Papa, representante de la razon universal, debia estar sobre toda otra autoridad. Por esta pendiente el filósofo marchó con la altivez i audacia propias de su jenio a la par de Bonald i de De Maistre, hasta las últimas consecuencias del autoritarismo.

Los hombres moderados se asustaban de aquellos nuevos caminos por donde queria conducírseles i los previsores se sentian como sobrecojidos de espanto a la idea de que bastaria un cambio en los vientos reinantes para que el osado esplorador tomase con el mismo ardimiento, un rumbo diametralmente opuesto. I a la verdad el autor del *Ensayo sobre la Indiferencia* no tenia en su sistema filosófico ningun argumento que oponer a los antojos de la opinion: proclamándola la soberana, su papel se reducia a obedecerla, i declarándola infalible, se habia declarado implícitamente su sacerdote.

Ahora bien, el vientecillo que anunciaba la tempestad en que habia de sucumbir M. de Lamennais comenzó a soplar en los últimos años de la Restauracion haciendo vacilar los tronos i esparciendo por Euro-

pa las ideas liberales i democráticas. La batalla comenzó a pelearse en el alma de Lamennais, entre el sacerdote i el filósofo; entre la fidelidad a su principio i la fidelidad a su vocacion. Así perplejo estaba cuando estalló la revolucion de 1830. El vientecillo se habia cambiado en huracan. La monarquía tradicional se derrumbaba en unas cuantas horas: la democracia marchaba llena de vida i de confianza a recojer su herencia. I esto no solo en Francia, sino tambien en España, en Italia, en Béljica, en las provincias del Rhin i hasta en Polonia.

Aquello era una revolucion universal: aquélla era la voz del jénero humano que gritaba a Lamennais: Los tronos se van! La democracia viene!—Recordemos que esa voz era infalible para el filósofo i habremos sorprendido la causa de su trasformacion. El antiguo compañero de De Maistre, el escritor del *Conservateur*, volvió la espalda a sus viejas amistades i convicciones i fundó un periódico con el pretensioso titulo de *L'Avenir*.

Lamennais no fué el único redactor de aquel célebre periódico; pero fué quien le dió el tono, la direccion i la doctrina, imprimiéndole el sello de su exuberante personalidad. Montalembert, Lacordaire, Gerbet i algunos otros escritores de porvenir, colaboraban; pero cuando en la sala de redaccion se promovia alguna polémica, *el maestro lo dijo*, era siempre la frase que le ponia término. ¿Cual era, entretanto el fondo de la doctrina que predicaba *L'Avenir*?

El próximo advenimiento de una nueva era relijiosa, la abolicion de los concordatos, la del presupuesto del ministerio del culto, la libertad ilimitada de la prensa como ideal absoluto, infinitamente deseable, en una palabra como tésis, la separacion de la Iglesia i del Estado en la misma latitud i sentido, una nueva filosofía en la cual lo finito, que es el objeto de la ciencia, i lo infinito, que es el objeto de la fé, se reuniesen i conciliasen, finalmente en política una nueva sociedad que debia gobernarse a sí misma segun sus propias i esclusivas aspiraciones. Tal fué el programa que trataron de realizar los escritores de *L'Avenir*, rivalizando en talento, en ardor i en constancia.

El fin del periódico es triste, i no entra en nuestro plan referir, ni las polémicas que provocó, ni las denuncias que sobre sus peligrosas tendencias se hicieron al Papa, ni el viaje que los tres *peregrinos de la libertad* hicieron a Roma para justificarse, ni cómo la Encíclica de Gregorio XVI en que se reprobaban algunas de las doctrinas que los viajeros habian sostenido, hizo del mas ilustre i prestijioso de ellos, un rebelde oculto i reservado, hasta el momento en que tomando su partido i arrojando léjos de sí con la audacia propia de su carácter todo disfraz hipócrita, se pasó estrepitosamente al enemigo. «La uva ha sido esprimida, el vino está pronto, es preciso tomarlo» escribió a Montalembert, que a la sazon se hallaba en Turinjia escribiendo su admirable *Vida de Santa Isabel;* i pocos dias despues, sin mirar hácia atras ni contar a sus compañeros, publicaba sus *Palabras de un creyente* sobre las cuales Paris entero se arrojó con el ímpetu de la curiosidad i del escándalo. Este libro, última obra de un jenio, es una marsellesa escrita en estilo bíblico por un revolucionario de sotana. Sus pájinas están cuajadas de brillantes que deslumbran, de oscuridades que aterran, de suspiros que conmueven el alma, de rujidos de cólera, de oraciones que elevan el espíritu i de blasfemias que hacen herizarse los cabellos.

Despues de aquel libro «escrito, como ha dicho un crítico, con las lágrimas que la caida del grande hombre hizo derramar a los ánjeles» el escritor decae i la revolucion, satisfecha de haber arrancado a la Iglesia una de sus mas robustas columnas, lo abandona como un despojo inútil.

En ese estado de decadencia i de aislamiento se encontraba cuando Bilbao se puso con él en relaciones; i aun cuando éstas nunca tuvieron un carácter de intimidad, es mas que problable que contribuyeron a aumentar el ascendiente que en el jóven chileno habian ya adquirido las doctrinas, los sentimientos i el estilo del autor de *El Libro del pueblo*. Por una singular aberracion, es, en efecto, de este libro, escrito en plena decadencia, donde puede reconocerse el orijen de algunos de los principales defectos del estilo de Francisco Bilbao; la afectada imitacion del lenguaje bíblico, el remedo de la inspiracion por el amaneramiento, el contraste del fondo, que no es mas que la maldicion perpétua, con la forma que no es mas que el estilo evanjélico falsificado i profanado. Es verdad

que en la pendiente de la depravacion del gusto literario aun le quedaba mucho espacio que recorrer a Lamennais para llegar a los *Amschaspands et Darvaus*, alegorías demagójicas i místicas, donde todo es violento, forzado i contradictorio; tristes muestras del ocaso de un jenio solo comparables a las que el autor de las *Odes et Ballades* i de *Las orientales* nos ha dado en los últimos años de su larga carrera literaria en las *Chansons des rues et de bois*, en *l'Home qui rit* i mas recientemente aun en *l'Année terrible*.

En cuanto a las ideas, difícil tarea seria i mui ocasionada a errores la de formar un inventario minucioso i completo de aquéllas que el ex-director de *L'Avenir* inculcó al ex-colaborador de *El Crepúsculo*. Es sabido en efecto, que Lamennais no fundó escuela, ni logró jamas, despues de su separacion de la Iglesia Católica, formar un cuerpo de doctrina. Hablaba aun de su antiguo criterio de la infalibilidad del jénero humano; pero desde que se encontró en desacuerdo con el Papa se sostituyó al Papa en la elevadísima incumbencia de servir de intérprete i de eco a aquella palabra infalible. Mas claro, Lamennais era un racionalista que segun estaba el humor daba mayor o menor cabida en sus escritos al estilo, a las creencias i a los sentimientos de su juventud. Si en el ir i venir de sus ideas, si en el continuo trasformarse de sus sistemas algo permanece en pié, es la confianza incontrastable del hombre en su propia razon, en su valer, en su personalidad; i si en nombre de esa razon, con toda la fuerza de ese valer, i toda la enerjía de esa personalidad algo afirma, sostiene i proclama, es que «el catolicismo i la democracia son incompatibles.» Idea falsa, como será fácil demostrarlo con la historia, con la razon i con la teolojía; pero idea que Bilbao aceptó de lleno, i de la cual hizo como el punto de apoyo para descatolizar al pueblo americano i la base de operaciones en su porfiada campaña contra la Iglesia.

Reservándonos para discutirla mas adelante i en su lugar debido, la señalamos desde luego como el grande aforismo i el grande argumento que el veterano casi inválido de las *Palabras de un creyente* trasmitió al acariciarlo con el dictado de *hijo*, al ardoroso reclutа de la *Sociabilidad chilena*.

M. de Lamennais no fué empero el único pensador de los que por aquel entónces vivian en Paris, que ejerciera una considerable influencia sobre las ideas i estilo de Francisco Bilbao; que tambien, aunque en mas reducida escala la ejercieron, Michelet i Quinet que enseñaban a su manera la historia en el colejio de Francia, manera que podria llamarse simbólica, idealista i metafísica.

No entra en nuestro plan el análisis del método de estos dos escritores. Bástanos recordar en cuanto al primero, que despues de haber publicado varias obras históricas, apreciables bajo ciertos aspectos i en las cuales se desenvolvia, aunque no mui rigorosamente el principio establecido por Vico en su *Scienza nuova*, dió a luz un panfleto henchido de odios i preocupaciones, bajo el título de *El Sacerdote, la Mujer i la Familia*. En él se proclamaba sin embozo a los sacerdotes enemigos de la sociedad, ministros de corrupcion i de anarquía i la verdadera lepra de los tiempos modernos. Allí se predicaba la cruzada de la guerra santa contra toda relijion positiva; i el autor se atrevia a profanar los nombres mas venerables de la Iglesia caricaturando i difamando a San Francisco de Sales, Fenelon, Santa Juana Chantal, etc.

En una palabra, el ideal de este visionario (que despues dió una nueva direccion a sus trabajos publicando sus hermosas obras de historia natural poética i pintoresca que llevan por título *El Pájaro* (1856) i *El Insecto* (1857) i que habia de concluir su carrera con el exámen de esos tres abismos tentadores llamados *El Amor* (1858), *La Mujer* (1859) i *El Mar* (1861),) era la destruccion radical de todo lo existente, instituciones, creencias i costumbres, i la creacion de un mundo nuevo. El cómo seria largo de contar; pero lo urjente era limpiar de obstáculos el camino, i entre esos obstáculos casi es escusado digamos que la Iglesia católica, su cabeza, sus ministros i sobre todo los jesuitas, ocupaban preferente lugar.

Michelet comunicó a Bilbao o mas bien robusteció en él esta aversion a la Iglesia Católica i al sacerdocio, considerados como obstáculos al progreso de la humanidad i como enemigos naturales poderosos i tenaces de la utopia a cuya realizacion maestro i discípulo en su esfera i en su

pais se creian predestinados. Con estas ideas i aspiraciones el profesor de historia del colejio de Francia no trasmitió sinembargo a Bilbao mas que las malas calidades del estilo que le era peculiar i que álguien ha 'catacterizado llamando a Michelet el Tintoreto de la historia, el *pintor de la furia pintoresca* como decia Pedro de Cortona. Tambien Bilbao se esfuerza de continuo porque su frase deslumbre los ojos i halague los oidos; pero casi nunca logra ni uno ni otro objeto, i ningun hombre de gusto al leer sus escritos podrá decir lo que M. Taine ha dicho con justicia de Michelet que «su frase es un canto.»

Otro fué el modelo escojido por el estudiante chileno i por desgracia el peor que podia haber elejido entre todos los que por aquella época ocupaban un puesto distinguido en el mundo de las letras; este otro fué M. Edgar Quinet, que daba lecciones sobre *El Cristianismo i la Revolucion* en el colejio de Francia. De estas lecciones conservó siempre Bilbao la idea estravagante de un cristianismo sin Iglesia, sin Papa, sin redencion, sin nada en fin de aquello que en realidad lo constituye. Quinet se pretendia cristiano sin ser precisamente ni católico, ni protestante, ni griego sismático, sino «por el espíritu cristiano.» Pero ¿qué espíritu es ése? «Es el espíritu de Jesus, de Mahoma que pertenecia a la misma familia de Juan Hus, de Gregorio VII, de la Revolucion francesa i en fin del siglo XIX.»

Si el lector poco satisfecho de esta idea nos exijiera otra algo mas clara i racional, no vacilariamos en confesar que nos hallamos en la imposibilidad de darla. Hai en el sistema relijioso filosófico i político de M. Quinet, sombras i oscuridades que indican aun a los ojos ménos perspicaces la procedencia alemana i la vaguedad panteística. Sobre ese abismo nebuloso del sentimiento, del recuerdo i del pensamiento, bajo una historia fabricada, ante un porvenir vislumbrado como en un acceso de locura, Quinet se ajita nervioso, i casi epiléptico buscando en las metáforas forzadas i en las figuras estravagantes, un ropaje deslumbrador para el vacío de su pensamiento. Ni plan, ni medida, ni armonía, ni la moderacion en nada. Aquel desbocado de las letras «hacia, dice un historiador, como la cosa mas natural del mundo arrodillarse las catedrales ante al sepulcro de Nuestro Señor; pintaba ciudades peinando sobre su espalda, con peine de oro su cabellera de blondas columnas, miéntras que las torres bailaban una estraña danza con las montañas de los alrededores, al ruido de los truenos que hacian de orquesta, i la nada, el vacío i la eternidad conversaban en un diálogo incomprensible.»

Es como se vé la depravacion del gusto tocando ya en los límites de la insensatez. I sinembargo ese fué el estilo que Bilbao se propuso imitar en sus menores ápices, despreciando el de Michelet i el de Lamennais!

¡Estraña atraccion del absurdo cuando se presenta al espíritu de los pretensiosos incipientes con los atavíos de la novedad!

Resumiendo, tenemos que Bilbao tomó de Lamennais su orgullo de rebelde, la confianza ilimitada en las fuerzas de la razon humana i algunos argumentos políticos contra el catolicismo: de Michelet, su simbolismo histórico, su aversion contra toda relijion revelada i su fé en el próximo advenimiento de una nueva era de ventura para la humanidad; i de Quinet, su panteismo vago i nebuloso, su odio a los jesuitas i su estilo inarmónico, forzado, estravagante i epiléptico.

Algo tomó todavía de algunos de los otros profesores a cuyas lecciones asistia en Paris con cierta regularidad. Su hermano nos refiere que se puso a estudiar astronomía con Arago, Jeolojía i Química, Matemática i Economía política con Dumas; pero nada encontramos en sus obras que nos haga presumir que adquiriera conocimientos de alguna estension i profundidad en estos ramos del saber humano. Al contrario, como mas adelante tendremos ocasion de manifestarlo, hemos encontrado en ellas mas de una prueba de su incompetencia en Historia, en Administracion, i en Economía política i social.

No es de admirarse que en los tres años que Bilbao permaneció en Paris no lograse adquirir mas que una instruccion superficial e incompleta. Las ciencias no se entregan a discrecion en tan corto espacio de tiempo sino a los jenios; i Bilbao no solo no era un jenio pero ni alcanzaba a ser un gran talento. Con una imajinacion poderosa, con una notable fuerza de voluntad i con una sed de saber que seria injusto negarle, no tenia sino una regular memoria,

una intelijencia algo mas que mediana i un juicio poco sólido. A su mala memoria debe atribuirse la tendencia a jeneralizar i a reducirlo todo a fórmulas que se nota en todos sus trabajos, tendencia que cuando no tiene por preservativo un juicio certero i penetrante, conduce infaliblemente a las rejiones fantásticas de la utopía. Allí, en efecto, la imajinacion trisca a sus anchas, libre de las incómodas ligaduras de la lójica, léjos de los diques de la esperiencia i exenta del fastidioso trabajo de estudiar en la historia los hechos i en la práctica la aplicacion de los sistemas.

A fin de penetrarse mas i mas de las doctrinas de aquellos hombres que habia elejido por maestros, trató de ponerse con ellos en mas francas i estrechas relaciones que las que es dado existan entre un afamado profesor i un oscuro alumno. Michelet i Quinet no fueron para con él ménos benévolos que Lamennais; empero parece que nunca estas relaciones llegaron a tener el carácter de una verdadera i cordial amistad. A lo ménos ésa es la impresion que nos dejan los datos que sobre el particular encontramos en su biografía. Acaso no seria temerario afirmar que en la mente de aquellos sonados profesores de historia del colejio de Francia. Chile i Araucanía eran palabras que representaban la misma idea. Por lo demas, cuando en las visitas a Lamennais o Quinet, éstos se olvidaban de los araucanos, Bilbao no tardaba en recordárselos proclamándose, ya que no por la sangre, por las ideas i las tradiciones, descendiente de aquellos bárbaros.

En 1847 el estudiante abandonó a sus profesores i probablemente sus estudios para recorrer la Europa. Visitó sucesivamente las principales ciudades de Alemania, de Austria i de Italia i volvió a Francia que acababa de echar por tierra a Luis Felipe que buscaba a tientas su equilibrio social, relijioso i político. La revolucion se propagó por Italia donde Cárlos Alberto levantó contra el Austria el pendon de la casa de Saboya; en Roma se proclamó la república, serios disturbios tuvieron lugar en Viena promovidos por los estudiantes i la Polonia i la Hungría se sublevaron contra sus opresores.

Todo aquello pasó sinembargo, con la rapidez de una tempestad de verano. Cárlos Alberto derrotado por los austriacos en Novara (23 de marzo de 1849) abdicó ese mismo dia en favor de su hijo i fué a morir pocos meses despues en Portugal. La república italiana sucumbió atacada a la vez por el jeneral Córdova que desembarcó en Gaeta con un ejército español, i por el jeneral Oudinot que a la cabeza de 25,000 franceses, el 29 de junio, dia de San Pedro, entró en la ciudad eterna. El mes siguiente la revolucion de Hungría fué sofocada por fuerzas superiores despues de porfiadas i sangrientas batallas i Kossuth tomó el camino del destierro.

El órden se restableció en todas partes a costa de la libertad. Aquel cambio repentino de escena, produjo una impresion profunda en el ánimo de Bilbao. La Europa llegó a parecerle condenada a eterno despotismo i los franceses, sobre todo, incapaces de comprender i practicar la libertad. Sacudiendo entónces el polvo de sus zapatos volvió a América sus esperanzas i su corazon a Chile, hácia donde se dirijió con el propósito de realizar en él, la república utópica que habia vislumbrado en sus delirios filosóficos i en sus patrióticos ensueños.

ZOROBABEL RODRIGUEZ.

(*Continuará*).

A LA VIRJEN.

PLEGARIA.

Vírjen pura sin mancilla
De los ánjeles amada,
De tus siervos venerada,
Invocada sin cesar
Por el pobre i por el rico,
Por el que jime encerrado
En prision abandonado
I destinado a llorar.

Escúchame, Vírjen santa,
Tú del cielo la mas pura,
Tú que brillas en la altura
I ves al triste sufrir.
Escucha compadecida
Esta súplica ferviente,
Que a tí eleva un pecho ardiente
Cansado ya de jemir.

Preserva, Madre adorada,
Mi vida de tempestades,
No permitas que maldades
Vengan mi pecho a turbar,
I que siempre con fé pura
Postrada ante tí de hinojos,
Eléve a tu altar los ojos
I te implore sin cesar.

No desatiendas mis voces
Escucha, Madre querida,
Esta plegaria sentida,
Que a tí eleva el corazon,
Para que en cambio, Señora,
Le envies tú desde el cielo
Ese divino consuelo
De tu santa bendicion.

HORTENCIA BUSTAMANTE I CÁRPENA.

Santiago, junio 5 de 1872.

ALGUNAS CONSIDERACIONES

ACERCA DE LA ENSEÑANZA RELIJIOSA.

> Ser director del espíritu no es lo mismo que ser educacionista del alma: para el primer puesto se necesita ciencia, labor, vocacion; para el segundo, prestijio personal, enerjía, i sobre todo, ánimo sereno i fuerte para hacerse superior a las exijencias de círculo.
>
> (*El Mercurio*, núm. 13,536).

A juicio de la Comision nombrada por el Presidente de la República «para investigar las causas de los graves sucesos ocurridos últimamente en el Instituto Nacional e indicar las medidas que convendria tomar para prevenirlos en lo sucesivo,» es oportuno examinar si las disposiciones vijentes en ese establecimiento, en cuanto conciernen a la educacion i a los actos relijiosos, ofrecen inconvenientes de tal naturaleza que hagan necesario dictar otras conducentes al logro de tales fines.

La reconocida competencia de los caballeros que suscriben ese informe, la alta respetabilidad de la autoridad a quien va dirijido, i algunas otras circunstancias que no entra en nuestro propósito examinar, dan a sus aseveraciones una importancia que no podria desconocerse.

Reproduzcámoslo testualmente:

«La mayor parte de los miembros de la comision, dice, cree que ha podido influir en los últimos sucesos, el no darse a la educacion relijiosa i a los actos que requiere, toda su importancia, tomando en cuenta la influencia que tiene, sobre la conducta de la vida, el cultivo i desarrollo de los principios i sentimientos relijiosos. Otros piensan que, apreciados los hechos como se presentan, nada hai que revele que esa circunstancia haya influido, aunque creen, como los primeros, que esta parte de la educacion de los internos ofrece vacíos que conviene llenar, en interes de la educacion misma. Si las disposiciones en vigor i que parecen haberse relajado, ofrecen inconvenientes, será del caso dictar otras conducentes al fin que debe tenerse en mira, tratando de no dejarse guiar por un espíritu exajerado, que podria frustrar ese mismo fin.»

—«¡La educacion relijiosa de los alumnos internos del Instituto Nacional ofrece vacíos que conviene llenar!»

«¡Parecen haberse relajado las disposiciones relativas a esa parte de la educacion!»

Hé aquí dos conclusiones en que están de acuerdo todos los señores miembros de la Comision.

Ellos han disentido, es cierto, acerca de la influencia *que haya podido tener* este hecho en los últimos sucesos del Instituto; pero en cuanto a la existencia misma del mal, del defecto en esta parte de la educacion, nó, en cuanto a eso están en perfecto acuerdo.

Puede ser que en la causa de las colejialadas que tanto han alarmado a nuestra sociedad no haya sido parte el descuido de la educacion i de las prácticas relijiosas, descuido cuya existencia se reconoce; pero, cuando ésos que hoi no son mas que inocentes niños lleguen a ser hombres i hayan alcanzado cierta influencia en la sociedad, el jérmen de incredulidad o de indiferencia relijiosa que naturalmente ha de desarrollarse a favor de ese olvido de nuestras relaciones i de nuestros deberes para con Dios ¿tampoco habrá de producir ningunos males?

Apresurémonos a reconocerlo: los señores informantes no ponen en duda esta conclusion. Al contrario, aconsejan investigar desde luego el vigor en que se encuentran las disposiciones actuales i dictar con cautelosa prudencia las que el caso requiera.

Puesta al servicio de los intereses católicos, *La Estrella de Chile* no puede dejar de tomar en cuenta estas graves revelaciones para adherirse, si bien no tan tímidamente, a la indicacion de los señores de la Comision.

Importa velar sobre la enseñanza relijiosa, sobre la práctica de los deberes que la relijion impone, en aquellos que mas tarde han de tener en sus manos la direccion de los destinos del pais.

No necesitamos decir que para llenar estos votos no basta restablecer los estudios i las prácticas relijiosas que, a juicio de la Comision, ofrecen vacios en el Instituto Nacional. Querriamos que a los jóvenes que de todas partes van allí a desarrollar la intelijencia i a formar el corazon, se les acostumbrara desde temprano a mirar con veneracion las enseñanzas i las prácticas de la relijion, velando cuidadosamente por todo lo que, ya en sus relaciones con los superiores, ya en los libros que se les ponen en las manos, pudiera debilitar el prestijio, la benéfica influencia del sentimiento relijioso.

O mucho nos engañamos o no es posible separar la relijion de nada de lo que constituye la educacion ni la ilustracion de la juventud.

«No se relega la relijion a un pequeño rincon del alma, decia hace poco un obispo frances: o ella no es nada o lo es todo en el hombre. No se abraza la creencia en la Iglesia para dejarla en la puerta del colejio: ella sigue al niño dondequiera, se identifica con él i necesita ser ilustrada i sostenida en la escuela, en el liceo, como en la familia i en la Iglesia. ¿Quién soi? ¿quién ha creado al mundo? ¿para qué estoi en la tierra? ¿qué habrá despues de esta vida? Estas preguntas, estas cuestiones dogmáticas de primera importancia se presentan al niño bajo una u otra forma, asi como preocupan al hombre maduro.»

Sobre todas estas cuestiones, sobre tantas otras, sostiene hoi el cristianismo, como ha sostenido siempre, cruda guerra contra perniciosos errores que han sido una de las grandes causas de las desgracias de la humanidad.

El lugar que en otro tiempo ocuparon las numerosas herejías que la sabiduría de la Iglesia, asistida por el Espíritu Santo, pulverizó, lo ocupan hoi el materialismo, el racionalismo, el frio indiferentismo, tal vez la mayor de todas estas plagas, con tantos otros sistemas o errores análogos.

Católicos, no podemos dejar de tener fe en el triunfo del catolicismo, como la tenemos en su verdad divina; pero no podemos conformarnos con que en el primero de los colejios del Estado se dé a la educacion de la juventud una tendencia que no sea esencialmente relijiosa.

No solo el respeto por nuestras creencias, no solo el interes bien entendido del pais nos mueven a lamentar semejante estado de cosas. Debemos reconocerlo: mézclase tambien en ello cierto antiguo afecto, cierto íntimo cariño hácia el establecimiento en que recibimos nuestra educacion, en que comenzamos a ganar los primeros frutos de nuestro trabajo. En ese establecimiento hemos pasado dos tercios de la vida; i, como el señor Amunátegui, podriamos decir que tenemos cariño hasta a las piedras de sus duras escaleras.

Nuestro aprecio por el Instituto Nacional, en el cual tampoco tenemos mas que amigos personales, no es, sin embargo, superior al aprecio de nuestras creencias relijiosas. Antes de llevar allí a nuestros hijos, ántes de legar a otros este encargo en el lecho de muerte, averiguariamos si se conserva aun esa enseñanza relijiosa, esa atmósfera sana que nosotros conocimos, o si, por el contrario, todo eso ha desaparecido al soplo helado del indiferentismo.

Al dar en la educacion i formacion de la juventud esta cardinal importancia al elemento relijioso, sin duda que no marchamos solos.

No queremos citar autoridades que podrian ser tachadas de parciales. Oigamos la voz de hombres de mundo a quienes no se calificará de obcecados por las ideas ni por los intereses que defiende *La Estrella de Chile*.

«Un hombre a quien tengo a honra, dice M. Guizot en un artículo publicado en *El Americano*, haber contado entre mis colegas i amigos, hombre de un injenio de primer órden, aun a los ojos de quienes como yo no aprobaban todas sus ideas, M.

Cousin, discurriendo un dia con uno de sus discípulos acerca del lugar i valor moral de la relijion en las almas, vió pasar por delante una viejecita miserable, decrépita, al parecer idiota:

—«Mira, le dijo: quita a esa mujer sus creencias relijiosas, su fe cristiana, i caerá en un rango inferior al mono.

«Un tanto exajerado, agrega M. Guizot, era el lenguaje: la creatura humana aun en su mayor abyeccion conserva huellas indelebles de su superioridad nativa; pero M. Cousin tenia razon en hacer resaltar de aquel modo el lugar que le corresponde i los efectos morales que produce la relijion en las almas humanas.

«No es lícito a los poderes que representan el estado seglar, el ignorar u olvidar este gran hecho natural i relijioso. No es de su incumbencia enseñar la relijion; pero deber suyo es llamar a los ministros de la relijion, a los depositarios de las creencias relijiosas, para que las enseñen no solo en sus propias escuelas, sino en aulas públicas fundadas i sostenidas por el Estado.»

Estas palabra tienen para nosotros, los americanos, toda la importancia de un consejo, toda la solemnidad de una enseñanza, hija de las luces de la ciencia i de las lecciones de la esperiencia.

El viejo publicista frances, tres veces miembro del Instituto, no necesita escribir para su propia gloria; ni la senda que en esas líneas se traza le concilia los aplausos de la multitud.

Acaso no olvida el antiguo ministro de Instruccion Pública que los mejores títulos que en su larga carrera pública se ha granjeado para los aplausos de los hombres de bien, para las bendiciones de la posteridad, son sus buenos servicios a la grande obra de la enseñanza del pueblo, de la enseñanza primaria, para la cual ha pedido ante todo libertad i fe cristiana.

M. Guizot ha buscado para la publicidad de sus enseñanzas las columnas de un diario establecido en Paris para la defensa de intereses estranjeros.

No es nuestro ánimo asegurar que el periódico del señor Varela corresponda a los pomposos fines de su institucion; pero, en fin, es la verdad que surjió alzando la bandera de los intereses americanos.

Desde el fondo de esa desgraciada capital, mas despedazada hoi por la mano de aquellos de sus hijos que hicieron alarde de no creer en Dios que por las armas del poderoso conquistador que tan severas lecciones vino a darla, un hombre, lleno de años i de esperiencia, envia a los pueblos americanos la voz de alarma para que no vayan a quitar a la enseñanza pública, a la enseñanza fundada i sostenida por el Estado, el elemento relijioso, el elemento cristiano, del cual, a juicio del mismo escritor, ha de recojer la sociedad sus mas preciosos frutos.

José Bernardo Lira.

FÉ.

Nubes oscuras mi esfera
Cubrieron siempre Dios mio;
En un abandono frio
Trascurrió mi juventud.
Sin culpa alguna, inocente,
De lo hondo de mi duelo
Volvia mi vista al cielo
Por un rayo de salud.

¡Oh! ¡qué dulces emociones
Sentia entónces el alma!
¡Descendia dulce calma
Al marchito corazon!
Era mi pena la lluvia
Que doblega al tierno lirio:
¡Cuántas veces mi martirio
Mereció mi bendicion!

¡Oh! los que no habeis pagado
El tributo al sufrimiento,
No conoceis el contento
Que viene tras el pesar.
Es el sol que brilla puro
Tras la borrasca sombría,
Es una blanda armonía
Tras los rujidos del mar.

¡Cómo al azul de los cielos
Se alza la jóven pupila,
Donde la lágrima oscila,
La lágrima del dolor!
¡Quién nunca lágrimas vierte
A comprender, nó, no alcanza
Lo dulce de la esperanza
De la Fé en un Dios de amor!

Fé, deidad pura i sublime,
Yo comprendo tu hermosura,
Yo, que jemí en desventura
Bajo mi pesada cruz:
Yo sé que tu dulce acento
Al corazon ya marchito
Lo eleva hasta lo infinito,
A la rejion de la luz.

¡Cuántas veces latió ardiente
Entónces mi pecho tierno
Al columbrar a lo eterno
En tu luz, oh pura Fé!
¡Cuántas veces vió brillante
La aurora de un nuevo dia,
Fascinada el alma mia,
De la ara sagrada al pié!

Al que no tiene en la tierra
Familia i hogar tranquilo
Busca en el cielo su asilo,
Busca en el cielo su hogar,
I halla en él a un Dios piadoso
Que enjuga del triste el llanto,
Dios que cubre con su manto
Al que le sabe invocar.

El que ha sufrido en el mundo
I para su oscuro tédio
Halló en cielo remedio
I paz en la relijion,
Jamas en horas risueñas
¡Oh! yo os lo juro, Dios mio,
Abrigará del impío
El malvado corazon.

Setiembre de 1865.

CÁRLOS MORLA V.

DON MANUEL RIVADENEIRA.

BIOGRAFÍA.

(Conclusion.)

Desde mediados de 1843 hasta 1845 se ocupó Rivadeneira, en España, en preparar los elementos de su obra. Para el mejor acierto de su empresa se asoció con don Cárlos Aribau.

Por fin, los esfuerzos de ámbos se vieron recompensados con los aplausos i felicitaciones, con que en todas partes, en donde se habla español, fué recibido el primer volúmen de la *Biblioteca de autores españoles*.

Las obras completas del inmortal Cervántes publicadas por Rivadeneira para que sirvieran de principio a su obra, han sido i serán siempre el alimento de todo el que pretenda hablar i escribir en español.

Las suscriciones, si no llegaron a ser tan numerosas como lo merecia la nueva publicacion, alentaron a su editor, que sin descansar un minuto, durante veinte i siete años fué dando a luz paulatinamente las obras mas notables de la literatura de su patria.

En 1844 volvió a América en busca de suscritores.

En su primer viaje habia traido consigo un programa que habia hecho soñar a los hombres de letras. En esta ocasion sus promesas i sus espectativas estaban afianzadas por los primeros volúmenes ya publicados.

«Durante dos años i medio, dice don Agustin Pascual, recorrió a caballo toda la América, desde la Patagonia hasta el lago Hudson.»

Dejemos a un lado las cabalgatas de Rivadeneira por América, i de que con tanta ignorancia como candor habla el señor Pascual. Ello puede contribuir para elevar, a los ojos de los que no conocen la América, la figura de Rivadeneira, pero causará lástima a cualquiera que sepa que quien tales dislates escribe es un literato.

Pero a pié o a caballo, en coche o en vapor, el hecho es que Rivadeneira recorrió los principales pueblos de la América latina i que cuando volvió a España contaba con mil suscritores americanos a la *Biblioteca de autores españoles*.

Este resultado habla bien alto en favor de estos paises.

Si Wolf, bibliotecario de Viena, dijo con justicia «qué no está atrasado el pais cuyo tesoro sostiene la *Biblioteca de autores españoles*,» nosotros podemos decir que están adelantados los paises, cuyos individuos ayudaran con largueza a la publicacion de esa obra.

Hace poco, dijimos, hablando de las ideas políticas de Rivadeneira, que su rojismo no fué de larga duracion.

El rojo del año 40 se habia convertido en todo un conservador. Se reia de las

teorías radicales i criticaba a los gobiernos que no tenian mano firme para dominar a los bullangueros i revoltosos, como él llamaba a los liberales.

¿Qué causas habian operado este cambio? ¿Por qué esa mutacion tan radical como repentina?

Es él mismo el que nos ha revelado esto que puede parecer para algunos un misterio; pero que es simplemente un cambio mui frecuente en naturalezas impresionables.

En las conversaciones con los liberales de Chile, amigos i camaradas de otros tiempos, no ocultaba su manera de pensar, ni los motivos que lo habian decidido a volver las espaldas a los principios, que con tanto calor habia sostenido i practicado en España contra los conventos de frailes.

La fortuna lo habia llevado a Paris, en los mismos momentos en que estallaba la revolucion de 1848. Encerrado en el centro de esa ciudad fué testigo presencial de la lucha, cuerpo a cuerpo, que se libró en sus barricadas, i que con tanto calor i brillo ha pintado Victor Hugo, en los *Miserables*.

En esos mismos dias la Europa entera entraba en un periodo de lágrimas i de martirio, en que el papel de victimarios cupo a los mismos que enarbolaban el estandarte de la libertad.

Los tronos derrumbados al empuje del socialismo victorioso, no fueron las solas ruinas de esa contienda. En pos de los reyes caidos, vinieron al suelo hechos trizas las leyes, el órden i la paz.

El socialismo habia organizado sus filas entre los obreros sin trabajo i en las clases menesterosas.

En nombre de la igualdad social relegada al olvido, ultrajada i vilipendiada por los partidarios de la organizacion monárquica, a la que culpaban de lo que no es otra cosa que un hecho necesario en las sociedades modernas, se habian formado en el seno de las sectas masónicas las sociedades carbonarias que dirijian el movimiento socialista.

En Italia la revolucion habia ido mas resueltamente contra todo lo que en el órden político i relijioso representaba estabilidad, órden i respeto.

La sangre de Rossi derramada en las gradas del palacio de la Cancillería no habia bastado a saciar a la revolucion carbonaria; ni la salida de Pio IX a tranquilizar a los amotinados en nombre de la libertad, que pocos meses ántes, habian cantado el himno de victoria, cuando los cañones de San Anjelo habian anunciado al mundo que el cardenal Mastai Ferreti subia a la silla de San Pedro.

Entónces los hombres pensadores abrieron los ojos i pudieron ver perceptiblemente el abismo, a donde marchaba despeñada la sociedad, i se pusieron con enerjía, frente a frente, de la revolucion. Entre ellos no faltaban muchos que habian sido afectos a las ideas liberales. Rivadeneira era de este número.

Así es que cuando volvió a Chile, fué el mas encarnizado enemigo de sus antiguos camaradas políticos, a quienes, entre chanzas i bromas, ofrecia latigazos.

No ha mucho, uno de ellos esplicaba con singular talento i espiritualidad los móviles que lo habian impulsado a formar en las filas de los igualitarios.

«Como era pobre, aborrecia a los ricos; como era plebeyo, aborrecia a los nobles, i como era ignorante, aborrecia a todos los que algo sabian.»

Algo mui parecido se nos ocurre que pudo decir Rivadeneira, para esplicar el cambio de sus ideas.

En 1850 volvió a España, para proseguir la publicacion de la *Biblioteca de autores españoles*.

Los tomos que habian salido a luz llamaron con justicia la atencion de los hombres de letras. Los aplausos i las felicitaciones fueron numerosas. Las cortes constituyentes de 1854 a 1856 dieron su aprobacion a un proyecto de lei suscribiéndose a un gran número de ejemplares de la obra.

I a fé que merecia el apoyo que le acordaba la España oficialmente.

«Los prólogos, las notas i los glosarios son monumentos del saber contemporáneo, honra de la jeneracion actual, eco fiel del espíritu hispano i de los progresos del tiempo. La teoría i la crítica han ganado indudablemente con los distinguidos escoliadores de la obra colosal; casi todos viven i son glorias nacionales; allá cuando para cada uno de ellos llegue la hora fatal ¡tarde mucho! que desgraciadamente ha sonado ya para el ilustre editor, la biografía reunirá a todos, para que la severidad de la historia los coloque entre los bienhechores de la humanidad. Los escoliadores i

el editor pueden decir con Casio: *Patriciorum genius per nos erectus.*»

Desde el año de 1845 no han pasado un solo año sin que hayan salido de la imprenta estereotipia de Rivadeneira dos o tres volúmenes conteniendo las obras mas notables de la literatura española. Antes de morir ha podido ver terminado el tomo 63.

Tantos trabajos agotaron sus fuerzas.

«Sofocado por los padecimientos, dice el señor Pascual, víctima de pertinaz dolencia i deshecho físicamente, aun manejaba la pluma para tratar de mejorar la suerte de los operarios; hace algunos meses que descubria el mal, que indicaba el remedio, que pedia libertad económica; ¡con qué placer recibia en su casa el poderoso de hoi a sus colegas de ayer! Las Cortes pasadas, al crear una ámplia informacion para mejorar la suerte de esa clase que, obra tras obra, i sin calor de ánimo, sostiene las fuentes vivas del trabajo, pidieron tambien informe a la sociedad económica matritense.

«Esperaba, i con razon, que el cuerpo a quien se debe la lei agraria, dé tambien la industrial, i una, dos i repetidas veces, ya particular, ya públicamente, recomendó a tan patriótico centro la suerte del obrero tipográfico.

«De lo que puede la espontaneidad individual es buen ejemplo el finado; sirva su vida de estímulo, que todo lo debió a la aplicacion i a la constancia. Parece un viajero universal; pero averiguad la causa de aquel contínuo movimiento, i vereis que era el progreso del arte. Él, que habia apretado la mano de los próceres i la de los indios; que se habia sentado en los palacios i en las chozas; que habia vivido en las opulentas ciudades jermánicas i en los miserables aduares semíticos, no tenia otro fin, no sentia otro deseo, no queria otra gloria que el conocimiento científico del estado del arte en los diferentes momentos de la civilizacion contemporánea, reflejo fiel del desenvolmimiento histórico. Quizá, i sin quizá, es el español que mas ha viajado, tomando este nombre en su significado etimolójico; no desdeñaba los medios de rápida comunicacion cuando el ahorro le permitió disponer de ellos a su gusto; pero al llegar a la esfera de estudio se convertia en turista aleman o inglés, no para disfrutar de las bellezas de la naturaleza como hacen aquéllos, sino cual el jeólogo con el martillo, el botánico con la caja, i el zoólogo con el frasco para penetrar en las fundiciones, en las fábricas, en los talleres, i ver como los sabios planteaban o resolvian los problemas que les propone la industria.

«Un álbum he visto en Paris, en el que Rivadeira dejó una muestra de su injenio: una hoja de papel ostenta cuatro flores colocadas en los sitios correspondientes a los cuatro puntos cardinales i recojidas por el español en Spitzberg, en Astracan, en Tarifa i en Lisboa.

«El hombre valia mas que el industrial, que no de otro modo se concibe lo que llegó a ser i poder. Voluntad decidida i enérjica, sentimiento esquisito, intelijencia de combinacion feliz i completa. Descubria la verdad i sabia plantear; el sentido práctico es la consecuencia del espíritu teórico; fué, pues, una idea i un carácter. Sin ser un misántropo, no era amigo de la carátula; el hábito del trabajo le impidió conocer el placer de las diversiones, i la práctica del arte le enseñó a saborear los dones celestiales del trato literario. Su casa fué un parnaso; i como él no era musa, desempeñaba perfectamente el papel de Apolo; alimentaba la fuente Castalia con los dones mas sabrosos de la naturaleza, pero aderezados i dispuestss cual otro Brillat-Savarin, i de la variedad espiritual i física resultaba una armonía que no tenia nada de panteista, como dirian algunos estirados filósofos.

«Dominaban allí la franqueza, el cariño, la amistad, nunca la hipocresía de las relaciones sociales. A la sombra del pabellon nacional, con el recuerdo de los Luises, de Quevedo i de Feijóo, con la memoria de Juan de Mena, de Garcilaso i de Moratin, se desenvuelve la historia interior mas potente, mas activa i mas fecunda que la esterior, calamidad ésta cuando absorbe por completo a la primera. No habia, pues, ni en el edificio del Salon del Prado, ni en el de la calle de la Madera, Alpes o Pirineos, Güelfos o Gebelinos. El ideal político se respetaba, i todas las escuelas perdian su fiero rigor ante el padre de la biblioteca. Las ideas elevadas, el buen decir, el fino epigrama, sostenian aquella conversacion animada, cortés, española, aquélla en que los espíritus se fecundizan unos a otros. Los jueves, dia de academia, i ántes de la sesion, se tenian las llamadas por broma *eso-*

téricas, estilo aristotélico, comidas íntimas, de mesa chica, cual término opuesto de las *exotéricas*, comidas jenerales, de mesa grande.»

Del seno mismo de esa sociedad le arrebató la muerte. Hoi la España llora sobre la tumba de uno de sus hijos, que mayores servicios han prestado a la literatura de su patria. En ella irán a depositar coronas todos los hombres que hablan la hermosa lengua de Cervántes.

VENTURA BLANCO.

¡UN ÁNJEL MAS!

(A LA SRA. D. MERCEDES A. DE LAS HERAS)

«*Un filósofo*:—¡Uno ménos!
«*Un poeta*.—¡Un ánjel mas!»

CAMPOAMOR.

Nada respeta la inflexible Parca:
Ni juventud, ni gracia, ni hermosura,
Ni de los hijos la filial ternura,
Ni de una madre el consagrado amor.

¡Ai! dia a dia confundirse vemos
En el oscuro abismo de la muerte
El decrépito anciano, el jóven fuerte,
I el justo, i el impío i pecador.

I tú, señora, que pagar tuviste
Un tributo tambien a tu destino:
Cuando ménos pensabas, a tí vino
El jénio del dolor, vino Azrael.

I arrebató tu dicha i tu ventura
Con tu graciosa, incomparable Elena:
Era bella, era anjélica, era buena;
Al crearla Dios la destinó para Él!

Por eso la hizo sin igual de bella,
I la arrancó del piélago del mundo
A disfrutar un goce sin segundo,
A que viviese eternidad sin fin.

¿Por qué llorar? el desterrado goza
Cuando vuelve a su patria idolatrada;
De gozo irradia su feliz mirada,
Palpita ardiente el corazon feliz.

I sus deudos tambien se congratulan,
I alzan al cielo cantos de alegría,
I conmemoran el felice dia
Que el desterrado a su mansion volvió.

Disipa, pues, señora, el negro duelo
I piensa que en el cielo una abogada
Tienes que implore al alma apesarada
La paz ansiada que talvez perdió!

ENRIQUE NERCASSEAU MORAN.

Santiago, junio 21 de 1872.

LEYENDA ARAUCANA.

GUACOLDA.

I.

Triste jemia el viento en los bosques, i del enlutado cielo se desprendian abrasadores rayos; el trueno prolongado retumbaba en las cavernas i estrepitosa lluvia azotaba las altas murallas de un fuerte suspendido en un monte vecino del territorio araucano. En el interior del fuerte i en una estrecha sala, estaban reunidos varios soldados disputándose quien debia ser el que quitara la vida a un indio que, cargado de cadenas, se veia silencioso en un rincon de la sala. Por último, con gran algazara se sortearon i cupo el apetecido triunfo de dar muerte a un indio indefenso, al soldado García, célebre entre sus compañeros i los indijenas por sus horribles fechorías....

Al dia siguiente algunos indios al pié de la muralla del fuerte hacian tentativas de asalto; pero hubieron de retirarse despues de algunas escaramuzas, no ántes de ver morir a manos del feroz García a uno de sus mas queridos compañeros que hacia algunos dias ya que jemia prisionero entre los españoles....

II.

Tendido al viento el cabello, encendidos los ojos, desde una alta peña una jóven india, gritaba con desgarrador acento: «¡Millopal! ¡Millopal!.... ¡No huyas, nó, a habitar lo hondo del mar, destrozando el corazon de la infeliz hija de Talco!.... ¡Torna a abrazar a la que jimiendo sorprenden las ya no bellas auroras!.... ¡Pálidos son sus tintes como las marchitas mejillas de tu Guacolda! Mi dolor es negro como las

nubes que se balancean sobre mi cabeza: mi pecho está ardiente como esos fuegos ocultos en el centro de nuestras montañas, i se ajita como esas negras olas que vienen a tocar mis plantas.... Mi espíritu está pronto a escaparse de los lazos que lo detienen para unirse al tuyo... ¡Oh! ¡Millopal! ¡Millopal!... ¡Ayer no mas corriamos los dos las vecinas cumbres; i cojias tú fragantes flores para adornar los flotantes cabellos de tu Guacolda!.... Ayer no mas volvias a tu casa ufano de tus victorias sobre el cristiano i.... ¡Ai! un sueño todo fué... ¡Mi dicha huyó rápida como los torrentes que se precipitan de las altas cordilleras!.... La desgracia batió sus negras alas sobre mi cabeza! Lijera se disipó la primavera de mi vida e implacable el invierno vino a agostar mis risueñas ilusiones.... Horrenda tormenta se desató en mi cielo i el rayo abrazador de la desdicha tornó mi corazon en cenizas leves.

¡Millopal!... ¡álzate del helado mar i ven a castigar al fiero español que vertió tu sangre pura! arrójalo de este mundo al lugar de las penas... i llévame a reposar a tu lado, que las brumas i roncos jemidos del mar aumentarán el amor de tu Guacolda!... ¡Respóndeme!... ¡no permanezcas sordo a mis lamentos!... ¡Hasta las rocas se conmueven i con lúgubre acento repiten mis clamores!... ¡el viento tambien se queja tristemente allá dentro del bosque!... ¡i tu Millopal!... ¡ingrato Millopal! ¡duermes tranquilo en el fondo del mar!... ¡Talco! ¡Talco!... ¡venga a tu hija! ¡sé el esterminio del cristiano! ¡ellos arrebatándome un esposo, te arrebataron tu hija!... Sangre; sangre!... las sombras de tus abuelos te acompañan!... perezcan ellos i sus hijos i sean sus hogares tornados en pavesas!... ¡Anciano Talco, adios! ¡Millopal me llama!!.... dijo i desde una alta roca se precipitó la jóven al mar embravecido, que la sepultó para siempre en sus profundas simas.

III.

Un mes despues se alzaba envuelta en llamas la soberbia Imperial i entre el confuso clamoreo, se oian los ayes de muerte i el estruendo del caer de las murallas, que daban fácil entrada a la ciudad a miles de indios, que entre un bosque de flechas avanzaban, dando horribles alaridos.

Despues de un combate en que la sangre corria a torrentes i que no quedó vestijios donde se habia levantado la ciudad, el vencedor Paillamachu, decia a un indio anciano que lo acompañaba: —Talco, ¿te has vengado?

—Sí, contestó éste, el infame García, el matador de Millopal i de mi Guacolda cayó atravesado por la flecha de mi arco....

David Bari.

PLATICA DE INVIERNO.

En plática de confianza
Dos damas, ámbas solteras,
Una graciosa, simpática
Discreta, jóven i bella;
La otra aunque mas madura
Presumida, tonta i fea,
Se hallan asi razonando
Siendo el matrimonio el tema:
—«¿Con qué tú crees Rosalía
Que es una cosa mui buena
El matrimonio?»—«En verdad
Lo juzgo asi Dorotea.»
—«Mas ¿por qué lo crees así?»
—«Porque ésta es un creencia
Que ha tenido en mi familia
Toda mi línea materna,
I con la ayuda de Dios
Seguiré el ejemplo de ella.»
—«¿Conque es decir Rosalía
Que ya tú en casarte piensas?»
—«Así al ménos lo deseo,
Lo confieso con franqueza,
Pues no siento vocacion
Para ser madre abadesa.»
—«Mal a los hombres conoces
Si abrigas tales ideas.»
—«Puedo conocerlos mal,
Mas los estimo de véras.»
—«Eres mui niña, i por eso
Rosalía así te espresas.»
—«I tú juzgas lo contrario
Talvez porque eres mas vieja?»
—«Nó, mira, para juzgar
No tomo la edad en cuenta.»
—«Pero como tú decias....»
—«Que tengo mas esperiencia,
Sé mas que tú.»—«No lo dudo,
Sinembargo, Dorotea,
Si he de decir la verdad,
Yo pienso de otra manera.»
—«Mira, los hombres, hijita,
Son todos una caterva
De embusteros, de falsarios..»
—«¡Vaya! ¡vaya! qué exajeras.»
—«Se conoce Rosalía
Que has perdido la chaveta,
Cuando con tanto calor
Tomas de ellos la defensa.»
—«Si no es tomar con calor
Su defensa, Dorotea,
El decirte que no creo,

Que todos los hombres sean
Embusteros, o falsarios,
Perdidos i calaveras,
Pues muchos conozco yo
De mui excelentes prendas.»
—«¡Jesus! mi alma, esos son lobos
Forrados en piel de oveja,
¡Yo que conozco tantísimo
Esa malvada ralea!»
—«Pues ese conocimiento
No sé de dondé te venga;
Ello será, pero yo
No puedo quejarme de ella.»
—«Ya lo verás con el tiempo
Ahora si te festejan
Es por la cara no mas,
Pues han visto que eres bella,
I todos quieren tener
De tus simpatías muestras,
Para decir en seguida
Que te hallas por ellos muerta.
Solo en la cara se fijan
Sin fijarse en otras prendas»...
—«¡Tambien es mucho exijir
Que cortejen a las feas!
Aun[illegible] que, a la verdad, yo creo
Que a una niña cualquiera,
Que sabe hacerse estimar
Por su conducta discreta;
Por mas que digan no habrá
Quien dude de su modestia
I será siempre apreciada
Por todos, aun siendo fea.
Por otra parte, es inútil
Discutir mas, Dorotea,
Tú opinas mal de los hombres,
Yo tengo opinion diversa,
Tú dices que opino mal,
Yo que tu opinion no es buena;
I tratar de convencernos
Es en vano, Dorotea.
Quedemos pues cada cual
Con nuestras mismas ideas.»
—«¡Jesus! ¡Jesus! ¡Rosalia,
Eres demasiado terca!
Mas al fin lo habrás de ver,
Pero cuando tarde sea.
¡Déjatate engañar no mas
Con halagos i promesas,
Ya verás en lo que paran
Esas mentidas finezas!»
—«A ser todas como tú,
¡Ai! cuán triste el mundo fuera,
Pero en fin, ya te lo he dicho
Me viene por línea recta
Esta inclinacion que tengo
A no quedarme soltera.»

I con una sonrisita
Irónica, i hechicera,
Dejó de hablar Rosalia,
Calló tambien Dorotea;
E in petto ambas murmuraban
Dando fin a la polémica:
—«¡Si será tonta esta niña!»
—«¡Si será tonta esta vieja!»
Ahora yo preguntar
A una lectora quisiera,
Con tal que me contestara
Con la mano en la conciencia
¿Quién tenia mas razon,
Rosalia o Dorotea?

CATETE.

ENIGMA.

El pesar no me conoce
I me aprisiona el dolor;
Aunque aborrezco la luz
Me hallarás siempre en el sol.
Sirvo al cielo i al infierno,
A los demonios i a Dios;
Donde hai dos, ya sean amigos
Ya enemigos, allí estoi;
Mas nunca estoi entre tres.
Nadie en la tierra me halló,
I, aunque soi parte de un todo,
En ninguna parte estoi.

SIRO LUQUE.

SOLUCION
DE LA CHARADA DEL NÚMERO ANTERIOR.

Los rayos puros, suaves
Si miro del sol naciente,
Que ahuyenta las negras sombras,
Miraré tambien el *este*,
Pregunté a varios soldados
Por tu *segunda*, i contestes
Todos los dias el *pré*,
Respondieron, nos ofrecen.
Tienes razon; confundir
Al coplero no se debe
Con el *vate* que concibe
Nobles rasgos en su *mente*.
Para saber que es el *si*
Tu *tercera*, me parecen
Inútiles casamientos,
Mal que a tu charada pese.
¿De que adinar yo pude
Tu charada te convences?
Siro Luque a su Bibi
Saluda *espresivamente*.

SIRO LUQUE.

Contenido de este número.

I.—Francisco Bilbao, (continuacion), por Zorobabel Rodriguez, páj. 629.
II.—A la Virjen, poesía, por Hortencia Bustamante i Cárpena, páj. 635.
III.—Algunas consideraciones acerca de la enseñanza relijiosa, por José Bernardo Lira, páj. 636.
IV.—Fé, poesía, por Cárlos Morla V., páj. 638.
V.—Don Manuel Rivadeneira, (conclusion), por Ventura Blanco, páj. 639.
VI.—¡Un ánjel mas!, poesía, por Enrique Nercasseau Moran, páj. 642.
VII.—Leyenda araucana, por David Bari, páj. 642.
VIII.—Plática de invierno, poesía, por Catete, páj. 643.
IX.—Enigma, por Siro Luque, páj. 644.
X.—Solucion de la charada del número anterior, por Siro Luque, páj. 644.

IMPRENTA DE «EL INDEPENDIENTE.»

LA ESTRELLA DE CHILE.

AÑO V. Santiago, julio 14 de 1872. Núm. 250.

FRANCISCO BILBAO.

SU VIDA I SUS DOCTRINAS.

(Continuacion.)

VII.

Bilbao llegó a Valparaiso el 2 de febrero de 1850. Concluia la administracion del jeneral Búlnes i los partidos empezaban a ajitarse con motivo de las elecciones que para designarle un sucesor debian tener lugar a fines de ese mismo año.

¿Qué partidos eran estos? En buenos términos podia decirse que no eran mas que dos fracciones del gran partido conservador que subió al poder con la revolucion de 1829. En cuanto al antiguo partido liberal, habia desaparecido casi totalmente del escenario político despues de los infructuosos esfuerzos que hizo para impedir la reeleccion de Búlnes en 1846. Se trataba pues de una contienda civil entre dos grupos del partido que apoyaba a la administracion saliente; el uno encabezado por don Manuel Camilo Vial, que alzaba la bandera de la reforma prudente i moderada; el otro inexorable sostenedor del mecanismo político planteado por la Constitucion de 33, enemigo de toda reforma i de todo compromiso con los adversarios de aquella carta, encabezado por el ex-ministro i ya presunto candidato don Manuel Montt.

Tan pronto como Bilbao llegó a Chile las miradas de los caudillos que iban a disputarse el triunfo en las urnas i talvez en el campo de batalla, se dirijieron sobre él. Venia de Europa donde habia estudiado las ciencias i las letras con las lumbreras del pensamiento: ¡qué mucho que uno i otro bando diese los pasos conducentes a poner de su parte un ausiliar tan prestijioso! No aceptó sinembargo ninguna oferta, negándose a tomar la redaccion de *El Progreso*, diario conservador liberal, que se publicaba en Santiago. Los que se la ofrecieron le habian impuesto dos condiciones que Bilbao no creyó decoroso aceptar: sostener al gobierno i prescindir de toda cuestion relijiosa.

Algunos dias despues se le brindaba un puesto en la oficina de estadística, recien establecida, que aceptó sin vacilar, i se le tiraban los despachos de oficial de la guardia cívica de Santiago.

Al mes siguiente ocurrió un cambio completo de decoraciones en el drama político que se representaba. El ministro Vial era derribado por los conservadores netos; i cuantos apoyaban a aquel pasaron a las filas de la oposicion, donde fueron reforzados por los restos dispersos del antiguo partido liberal. Bilbao hizo una tentativa para enrolarse en éste; pero despues de haber asistido a unas cuantas sesiones del club en que se reunian sus principales jefes, se retiró pensativo i desalentado de aquel campo donde se hablaba una lengua que no comprendia i donde su propia voz no habia encontrado ningun eco.

Este retraimiento de Bilbao era lójico i prueba la sinceridad de sus convicciones. En efecto, los dos partidos que a la sazon se disputaban el poder, eran esclusiva i esencialmente políticos; i lo que Bilbao anhelaba era nada ménos que una revolucion social i relijiosa. Asi es como éste debió parecer a aquellos un visionario que en su raptos de iluminismo dejaba la tierra en que vivia para remontarse a las nubes de una ideolojía incomprensible, olvidándose de los hombres de carne i hueso con quienes habia que contar por amigos o habérselas como enemigos, para establecer sobre las nubes una república platónica de ánjeles i de semi-dioses. Por su parte los liberales chilenos, aquellos hombres que se tenian por representantes jenuinos del ideal a que era preciso aspirar, no debieron causar al recien llegado una impresion ménos estraña. Pareciéronle sin duda soldados mas ardorosos que intelijentes de una causa que ni siquiera comprendian, esclavos de preocupaciones absurdas, ignorantes o ilusos que cifraban su esperanza en cambios de personas i de palabras, i que se mostraban radicalmente incapaces

de penetrar en el mundo de las ideas. ¿Cómo estrañar entónces que no llegaran a entenderse i que el ideólogo se retirase a observar la marcha de los acontecimientos, miéntras los políticos obraban?

Para indicar con toda precision el motivo que impidió a Bilbao alistarse en las filas de la oposicion, debemos decir que miéntras ésta reservaba la cuestion relijiosa porque para luchar con algunas probabilidades de éxito necesitaba del apoyo del pueblo, profundamente católico, aquél creia que los pueblos son siempre la espresion de sus dogmas, que la relijion ni moral ni filosóficamente, podia separarse de la política, i en suma que la libertad i la república, serian imposibles en Chile miéntras el pueblo chileno no abjurase la relijion católica para adoptar la que designaba con el singular nombre de *Relijion-Libertad*.

A fin de poner la primera piedra de obra tan colosal como temeraria, i miéntras los liberales políticos organizaban sus recursos para disputar en las urnas el triunfo al candidato del gobierno, Bilbao, a indicacion de don Santiago Arcos, fundaba la famosa sociedad de artesanos que ha pasado a la historia con el nombre de *Sociedad de la Igualdad*. La accion que el jóven socialista debió de ejercer sobre la marcha i desarrollo de la institucion, no ménos que sobre la mente de sus miembros, fué indudablemente poderosa. Asi lo prueba entre otras cosas el recuerdo popular en que siempre aparecen unidos los nombres de Bilbao i de la *Sociedad de la Igualdad*. Pregúntese, si nó, a cualquier hombre del pueblo quién era Bilbao, i de diez veces nueve se obtendrá invariablemente la misma respuesta: El fundador, director o presidente de la *Sociedad de la Igualdad*.

I esa contestacion, en rigor errónea, es en el fondo verdadera; porque si la idea de fundarla no fué de Bilbao, si él no la presidió ordinariamente, fué desde la primera hasta la última hora su cabeza, su centro i su alma.

La sociedad no era un club electoral, ni un club social como los que actualmente existen en nuestras principales ciudades. Era mas bien una especie de escuela de adultos a donde los obreros iban a oir de los labios del jóven tribuno un nuevo evanjelio i los ecos confusos de una profecía que les prometia para un próximo porvenir el mando, la ciencia i la riqueza, la libertad i la felicidad.

Aquella escuela que no tuvo el diez de abril, dia de su instalacion, mas de seis asistentes, fué tomando incremento poco a poco, hasta el punto de que a las sesiones jenerales que celebró en el tiempo de su mayor auje asistieron mas de tres mil personas, segun el cálculo de testigos fidedignos. Poco ántes de ser suprimida habia logrado tambien establecer sucursales en Valparaiso i San Felipe, i en Santiago algunas escuelas de artesanos donde centenares de éstos iban a buscar la instruccion.

No nos detendremos a narrar las peripecias por que pasó la *Sociedad de la Igualdad* en su corta i tempestuosa vida. Quien desee conocerlas en todos sus detalles puede leer el opúsculo publicado por nuestro amigo don José Zapiola en 1851, bajo el título de *La Sociedad de la Igualdad*, donde se encontrará la historia de esas peripecias narradas en un estilo sóbrio i correcto i con una veracidad que raras veces es dable encontrar en folletos de su jénero.

La cuestion interesante para nosotros es la de esplicar el éxito que obtuvo entre los obreros de Santiago una propaganda tan contraria a sus creencias i tradiciones como era la que se hacia por Francisco Bilbao. Porque a la verdad ¿no era estraño que este incorrejible visionario, despues de haber sido repudiado por el liberalismo prudente i práctico, concluyese por concentrar en si mismo todas las fuerzas vivas de la oposicion i convertirse en blanco de las asechanzas i persecuciones del gobierno?

Meditemos un instante i tendremos la palabra de este enigma.

Bilbao impresionaba al pueblo desde luego por sus cualidades de orador i de tribuno, muchísimo mas considerables a la verdad que sus cualidades de escritor. Su figura juvenil, abierta i simpática, su voz agradable i enérjica, su apasionado entusiasmo por las ideas que proclamaba, la viveza con que representaba las miserias de los desheredados de la fortuna, sus antecedentes de perseguido i de rebelde, eran circunstancias que debieron allanarle mucho el camino para llegar hasta el corazon de sus, por lo comun, rudos i poco preparados oyentes. Es cierto que éstos no comprendian gran cosa i talvez ni palabra de las demostraciones con que Bilbao

pretendia derivar el sistema democrático i republicano de gobierno, ya del *in principio erat Verbum* de San Juan, ya del *cogito ergo sum* de Descartes. Pero si toda esta metafísica era griego para la inmensa mayoría de los obreros de la *Sociedad de la Igualdad*, no era posible tampoco que se diesen una cuenta cabal del alcance relijioso de los principios que el jóven tribuno proclamaba como inconcusos en medio de los mas jenerales i sinceros aplausos.

Podemos citar en comprobacion de este aserto un hecho concluyente. Al discutirse el reglamento que debia servir para la admision de los socios, Bilbao propuso como trámite prévio, la admision i confesion, por el solicitante, de la siguiente fórmula, que fué adoptado despues de un detenido exámen:

«Primero, reconocer la soberenía de la razon como autoridad de autoridades; segundo, la soberanía del pueblo como base de toda política; tercero, el amor i fraternidad universales como vida moral.»

Como el lector lo habrá comprendido, esta fórmula, en su primer punto no importaba otra cosa que la proclamacion del racionalismo mas obsoluto; horcas caudinas bajo las cuales tenian forzosamente que pasar cuantos deseaban incorporarse a la sociedad.

Sinembargo poco tiempo despues de haberse establecido aquella fórmula, ocurrió un incidente que vino a poner a prueba la conciencia que del alcance del compromiso contraido tenia la mayor parte de aquellos improvisados racionalistas. Habiendo los liberales políticos de la época, con el objeto de desprestijiar a la Sociedad i a Bilbao, hecho correr la voz de que éste, no correjido de sus heréticas tendencias, insistia en predicar doctrinas contrarias a la relijion católica, hubo de producirse entre los igualitarios una intensa alarma. La mayoría creyó que el buen nombre de la Sociedad i de su jefe exijia una protesta colectiva que pusiese término a la calumnia i al escándalo. Como medio de evitar la espulsion de Bilbao que iba a pedir el director don Manuel Guerero, la Junta directiva formuló i presentó a los socios reunidos la siguiente proposicion: «La Sociedad de la Igualdad declara que el ciudadano Bilbao no se ha espresado jamas en sus sesiones contra los dogmas de nuestra santa relijion.» ¡La mayoría de los asistentes lo declaró así!

No teniendo dato ninguno para suponer que los que formularon i aprobaron la declaracion referida trataban de engañar al público i de disfrazar sus verdaderas creencias relijiosas, debemos concluir que Bilbao era bastante cauto para no atacar abierta i vulgarmente la relijion católica i que la mayor parte de los miembros de la *La Sociedad de la Igualdad* continuaban creyéndose a sí mismos i creyendo al maestro sumisos hijos de la Iglesia despues de haber echado solemnemente por los atajos del racionalismo.

Observemos sinembargo que semejante ilusion era fácil. A semejanza de Lamennais el orador de la *Sociedad de la Igualdad* afectaba un lenguaje tanto mas relijioso i bíblico cuanto mas se alejaba del catolicismo i aun del cristianismo. Todos sus escritos están sazonados con recuerdos i citas del Evanjelio, i es probable emplease igual procedimiento en sus discursos. No era por lo tanto estraño que los oyentes, engañados por las apariencias, tuviesen a Bilbao, no solo por un católico sin tacha, sino tambien como un creyente de piedad ejemplar.

Miéntras así la mayoría de los igualitarios no descubria, o vislumbraba apénas el lado repelente e impopular de las doctrinas del propagandista, éste por cálculo o por instinto, mantenia viva la llama del entusiasmo hablándoles noche a noche el lenguaje, siempre grato de sus pasiones e intereses. Bilbao sabia tocar esta cuerda sensible del corazon de los que sufren, con singular habilidad. El ponia de continuo a la vista de los ignorantes i los pobres, el tentador contraste de sus dolores i privaciones con los goces i comodidades de los ricos. Despues de haberse abierto así los corazones de los obreros, siempre mas inclinados a seguir a quien les hable de sus derechos que de sus deberes, en tono profético les anunciaba, no solo como posible si que tambien como próximo, el advenimiento de una nueva era, en que la igualdad i la felicidad serian el patrimonio comun de todos los habitantes de Chile.

Es cierto que aquellos deslumbradores mirajes no eran mas que mirajes del deseo, i que el mas modesto i cercano de todos ellos no habria podido resistir a un instante de reflexion; pero no es propia la reflexion de quien se imajina ir a velas desplegadas hácia el puerto de la felicidad.

Mucho ménos es propia de las multitudes ignorantes i apasionadas, propensas de continuo a tomar por guia a los falsos profetas, con tal que les anuncien la tierra prometida, i a apedrear a los leales amigos que les hablen el lenguaje severo de la razon, mostrándoles en toda su triste desnudez los precipicios i las espinas inevitables del camino.

Si a la consideracion anterior agregáramos el impulso que el partido liberal, comprometido en la lucha política, tuvo al fin que dar mal de su grado a la sociedad que al principio habia mirado de reojo, yendo hasta atacarla abiertamente, tendriamos la esplicacion completa de anje que alcanzó, a primera vista tan estraño. A este respecto debió de acontecer con la *Sociedad de la Igualdad* algo mui parecido a lo que aconteció cuando la última guerra, con la *Sociedad de la Union Americana*. Recordamos en efecto que, habiendo sospechado los patidos políticos que con motivo de la dicha guerra aquella sociedad, que casi no daba señales de vida, podia llegar a convertirse en un elemento poderoso de ajitacion, invadieron la sala de sus sesiones i se disputaron con un increible empeño la eleccion de directorio. Tal empeño ¿tenia algo que ver con la idea que la *Sociedad de la Union Americana* representaba? Candor estremado habria side imajinárselo. La *Union Americana* era solo el pretesto; la causa estaba en el interes de los partidos que, calculando el poder que las circunstancias podian dar mui bien a aquella Sociedad, se anticiparon a disputársela.

No era difícil prever, sinembargo, que aquel refuerzo que llevaba la política a los igualitarios, debia esponerlos a los mas sérios peligros. Convirtiéndose en campamento jeneral de la oposicion, la *Sociedad de la Igualdad* tenia que convertirse por ese mismo hecho, i aun contra los propósitos de sus directores, en blanco de las asechanzas del Gobierno. La cuestion social cedió el puesto a la cuestion política i un momento vino en que fué preciso decidirse por uno de los dos candidatos que iban a disputarse en las urnas la presidencia de la república. Este problema se planteó por fin en la sesion que celebró la sociedad el 28 de octubre. Don Francisco Marin rompió el fuego atacando, con el ardor propio de su carácter, la candidatura de don Manuel Montt. Como en el curso de su declamacion le hiciese gandes cargos, un pariente del candidato gobiernista que se hallaba en la sala, interrumpió al orador gritándole ¡mentira! lo que dió orijen a un desórden, que Bilbao logró aplacar por medio de un oportuno llamamiento a la moderacion i a la tolerancia. El incidente parecia terminado i la calma restablecida; pero en el fondo todos sentian que la gran cuestion no estaba resuelta i qne era necesario resolverla segun los sentimentos que dominaban en la asamblea. Interpretándolos, don Manuel Guerrero leyó la siguiente declaracion, pidiendo que los socios se pronunciasen sobre ella:

«La *Sociedad de la Igualdad* rechaza la candidatura Montt, porque representa los estados de sitio, las deportaciones, los destierros, los tribunales militares, la corrupcion judicial, el asesinato del pueblo, el tormento en los procedimientos de la justicia criminal, la lei de imprenta, la usura, la represion en todas las cosas a que puede estenderse, con perjuicio de los intereses nacionales i especialmente con respecto al derecho de asociacion.»

Lo proposicion no solo fué aprobada; fué aclamada.

Así la *Sociedad de la Igualdad* entró al fin de lleno en el campo que habia querido evitar. Puso toda su fuerza en uno de los platillos de la balanza política i, arrojó francamente el guante al can didato del gobierno. Este no tardó en darse por notificado. El 15 de noviembre Santiago fué puesto en estado de sitio i se prohibió la *Sociedad de la Igualdad*, al mismo tiempo que se tomaban presos a varios de sus miembros. ¡Era el remate lójico i previsto del acto a que dieron principio los garroteros emponchados de la noche del 19 de agosto!

ZOROBABEL RODRIGUEZ.

(Continuará).

PLEGARIA.

EN LA MUERTE DE MI HIJO HÉCTOR.

Una mirada te pido
Dulce, amorosa, María,
Consuelo del alma mia,
Refujio del corazon.

Te pido la fé sencilla
Que calme mi duda interna
I me diga: no es eterna
La humana separacion.

Señora, enciende en mi alma
Esa antorcha pura i santa
Ese amor que nos levanta
De este mundo a otro mejor.

De este mundo que nos cobra
Por la dicha de un momento,
Mil horas de sentimiento
O de profundo dolor.

Nunca en la vida he encontrado
Ni alegría ni consuelo,
I hoi envuelta en denso duelo
¿Qué puedo de ella esperar?

María, trémulo el labio,
Te invoca desde el vacío
Que ha dejado ese ánjel mio,
Que en tus brazos voi hallar.

Yo soi cual tórtola errante
Que en triste selva apartada
Dia i noche en la enramada
Llora el nido que perdió.

Soi débil caña a la orilla
De un oceano tempestuoso.
¡En su abismo misterioso
Mi esperanza feneció!

Tú, de los hombres enjugas
El llanto con mano pia,
I al que en tu bondad confía
Le das horas de placer.

Tú, halago del pensamiento,
Ilusion que el alma adora,
De esta noche bella aurora
Guia i luz de la mujer;

A tí dirijo ¡oh, María!
Mi tristísima plegaria,
Desde la urna funeraria
Que guarda todo mi bien.

¡Vuelve a mi tus dulces ojos
Mira mi intenso delirio
I la espina del martirio
Arranca ya de mi sien!

ROSARIO ORREGO DE URIBE.

Valparaiso, julio 8 de 1872.

PARA LA HISTORIA.

LA LEGACION DE CHILE EN EL PERÚ DESDE ABRIL HASTA SETIEMBRE DE 1864, I EL CONFLICTO PERUANO-ESPAÑOL, POR J. N. HURTADO, ENCARGADO DE NEGOCIOS DE CHILE EN EL PERÚ DURANTE AQUELLA ÉPOCA (1).

El libro, cuyo título acabamos de escribir, no es simplemente una autobiografía, una vindicacion de su autor; es algo mas, es una reseña curiosa de los sucesos de una época aciaga, que hemos visto desarrollarse a nuestros ojos, pero cuyos secretos resortes nos eran en aquel entónces desconocidos, bien que pronto los adivinásemos por sus lastimosos resultados.

El libro del señor Hurtado, hemos dicho, no es ya una vindicacion, porque como tal se habia hecho innecesario, desde que la conducta de este jóven diplomático chileno es hoi apreciada como digna i honrosa. Antes que él comenzase a escribir esta memoria, los acontecimientos, con su inflexible lójica, se habian encargado de poner mui alta su reputacion en la conciencia de sus compatriotas i de la América toda.

Don José Nicolas Hurtado, que en el difícil desempeño de su mision, trabajó con incansable teson en procurar al Perú una solucion honrosa en sus cuestiones con España, se vió en aquel entónces calumniado por el mismo gobierno peruano a quien intentaba salvar de un abismo, teniendo ademas el dolor de verse mal comprendido en su patria, donde hallaron un eco prolongado las calumnias esparcidas por esos mandatarios ingratos i desleales. Para él aquella época fué amarga, debió sufrir intensamente, i sinembargo mostró la fortaleza de no desplegar siquiera sus labios, teniendo a mano su justificacion plena. Recomendó al tiempo su defensa i solo ha venido a hablar, mucho despues que la traicion cortó el nudo de aquellos conflictos, i cuando los hombres que vendieron la honra del Perú han desaparecido de la escena política i entregado sus acciones al severo análisis de la historia.

Bajo tal punto de vista, la conducta de este diplomático chileno lo eleva mui alto sobre otros de sus compatriotas, que habien-

(1) Un vol. 316 páj.—Santiago, Imprenta de la librería de *El Mercurio*, de Orestes Leon Tornero.

do desempeñado en idénticas circunstancias cargos diplomáticos de grave responsabilidad, apénas salidos de sus puestos, se apresuraron, en panfletos escritos con la hiel de los partidarios, a desacreditar le política chilena en el estranjero.

*
* *

El señor Hurtado llegó al Perú en una época de tremenda responsabilidad.

Era jóven i se estrenaba en la carrera diplomática con las cuestiones mas difíciles que pudieran haber dejado perplejo a otro mas esperimentado que él.

No entramos a referir sucesos que todos saben, ni vamos a enumerar los servicios que nuestro ajente prestó al Perú en aquellos dias amargos; pero nos bastará decir que el señor Hurtado luchó desde la primera hora, i que desde la primera hora se conquistó un puesto de honrosa consideracion entre los ajentes estranjeros residentes a la sazon en Lima.

A solo su iniciativa se debió la declaracion del cuerpo diplomático de esa capital en que se condenaba enérjicamente la conducta de los ajentes españoles i los principios por ellos invocados.

Mas tarde, llevando la palabra en la comision que el cuerpo diplomático envió al fondeadero de las Chinchas, arrancó al jefe español la célebre declaracion en que éste retiraba ya las locas pretensiones de *reivindicacion* que tanto habian alarmado a la América entera.

Esta declaracion, que cambiaba en gran parte la naturaleza del conflicto, le atrajo desde luego la animadversion del gobierno peruano, que habia pensado arrastrar a su lado a la lucha al gobierno de Chile i algunos otros del continente; i de aquí nacieron sus pruebas i las calumnias que contra sus procederes esparció la lealtad del ministerio Ribeyro. Su situacion fué desde ese dia en el Perú mui diversa de lo que ántes era; se le presentó ante sus compatriotas, si no como sospechoso, al ménos como un intruso, que con pasos avanzados trataba de comprometer la honra i dignidad de un pueblo hermano, sin consultar siquiera al gobierno de ese pais, como el deber i la delicadeza se lo ordenaban. El jóven diplomático tuvo, como lo hemos dicho, la virtud de callar entónces, i su silencio, nunca agradecido, libró al gobierno peruano de penosos conflictos internos.

Pero no pararon aquí los servicios que el señor Hurtado prestó a esa desgraciada causa. El almirante Pinzon, aburrido ya de una situacion penosa para ámbas partes, trató de entrar en negociaciones con el gobierno peruano por el intermedio de nuestro ajente, i aun soltó prendas que equivalian a prometer de antemano al Perú una paz honrosísima. El señor Hurtado trató de apovechar esa favorable coyuntura, pero el gobierno que suscribió la deshonra de su patria en el tratado Vivanco-Pareja se negó a entrar entónces en ventajosos avenimientos; pagando mas tarde su torpeza con una enorme suma de dinero, que se le cobró a cuenta de gastos de guerra.

Tales son los servicios del señor Hurtado en el desempeño de su mision, servicios de todos conocidos, aunque, hombre de carácter modesto, no los haya propalado como otros a los cuatro vientos de la fama.

*
* *

La desgraciada situacion del Perú en aquella época de vergonzosa memoria, trae por principal orijen la clase de hombres que gobernaban sus destinos. Débiles e ineptos, no tuvieron un solo rasgo que los haga recordar sin desdoro: por el camino de la indecision llegaron, sin quererlo talvez, a ser traidores a la patria.

Del ministro Ribeyro hace el señor Hurtado un retrato curioso que pone de relieve la conducta política que observó en esas difíciles circunstancias i que copiamos, con gusto, para dar ademas una muestra del estilo del libro.

*
* *

Despues de referir su primera entrevista con el ministro peruano, el dia en que se tuvo en Lima noticias del atentado de Pinzon en las Chinchas, el señor Hurtado añade:

«Aunque el señor Ribeyro concretó en la entrevista la conversacion a las noticias apuntadas, su palabra me pareció dificultosa i embarazada i su espíritu estrecho i vacilante.

«En su relato habia una confusa mezcla do arrog ncia prosuntuosa i vanidosa altivez, i de modestia sin dignidad o humildad sin decoro; i manifestaba tal empeño en justificar su conducta i convencerme de la conveniencia e imperiosa necesidad i justicia del paso de pedir esplicaciones al

señor Salazar i Mazarredo, acerca de su título diplomático, que a las claras me dejó comprender que el editorial de *El Mercurio* habia sembrado dudas en su ánimo acerca de la oportunidad i legalidad de esa medida; i que, temoroso de haberse equivocado, no bien satisfecho de su proceder i sin confianza en si mismo, estaba lleno de zozobra e inquietud.

«Sus reiteradas alusiones a lo que él llamaba opinion pública i a lo que se habia dicho por la prensa, si hubiera reconocido a Mazarredo en el carácter diplomático que traia, me hicieron comprender que atendia mas al ajeno sentir i a la voz de la muchedumbre, que a su propio criterio i a la razon i justicia de sus actos; i que, de ánimo apocado i débil, perdia toda serenidad i calma, i se entregaba a dudas i fluctuaciones a la menor contrariedad i ataque. En suma, aunque en tan corta entrevista no podia formar un concepto cabal del señor Ribeyro, nada encontré en él que me revelase al hombre de estado ni al diplomático inteligente, ni al hombre que, aunque comun, tuviese ánimo entero i levantado, notando que hasta en lo físico se esforzaba, sin conseguirlo, por amanerar su porte i tomar las apariencias o exterioridades de personas de distincion i superioridad.»

Así se espresa el señor Hurtado al hablar del primer ministro del jeneral Pezet. Los hechos públicos que conocemos de este personaje confirman el parecido de tan desfavoroble retrato.

***

Considerados en un cuerpo los documentos de la cancillería chilena que se leen en este libro, llegamos a la conclusion de que la circular del 4 de mayo de 1864 dirijida por el señor Tocornal a los gobiernos sud-americanos, fué el documento mas enérjico de cuantos salieron de Chile en aquella época; i que el honorable señor Cavarrubias, elevado sobre el pavés en nombre de la política belicosa, no hizo otra cosa que seguir de mui atrás las huellas que le dejó trazadas su ilustre antecesor.

Del señor Tocornal hace el señor Hurtado ardientes elojios que nos complacemos en copiar, como un homenaje tributado al mas virtuoso de nuestros hombres públicos, cuya muerte ha dejado en Chile un vacío que se hace sentir.

«Don Manuel Antonio Tocornal, orador brillante, mui notable jurisconsulto, político de miras elevadas, alma nunca empañada por el odio, para quien una misma era la moral i la probidad privada que la política, i cuya honradez i lealtad jamas fueron desmentidas, era el hombre de Estado que dirijia las Relaciones Esteriores de Chile al verificarse el conflicto peruano-español. Despues de una lucha tenaz i abrumadora en el Congreso del año 63, renovadas las cámaras lejislativas i las municipalidades, terminada felizmente una séria cuestion con Gran Bretaña, principiaba a tener algun respiro de las multiplicadas, pesadas i serias tareas de los Departamentos de lo Interior i Esterior, i como que rehacia sus fuerzas para entregarse por entero a la árdua i dificultosa labor de la gobernacion de un pueblo, cuando la ocupacion de las Chinchas vino a absorver su atencion, i a exijir su mas séria i meditada consideracion.

«En medio de los arrebatos del entusiasmo i de la espansion del patriotismo, Tocornal, recojiéndose dentro de si mismo, sin dejarse dominar por la ardiente atmósfera que le rodeaba, atento al grito de la pública opinion que importa un mandato para los hombres públicos, en cuanto es justo i conveniente lo que se pide; pero si tomar por opinion pública los primeros acentos i desahogos de la indignacion ni las exajeraciones de la prensa; i atendiendo ante todo a las verdaderas conveniencias nacionales, tuvo la fuerza de voluntad i la enerjia bastante para examinar con serena calma i fria razon el conflicto, i estimándolo, con su recto i elevado criterio, en su justo i verdadero valor i alcance, aconsejar al Presidente de la República la adopcion de una política cuerda, sensata i conveniente, la que prescribian las circunstancias i el estado de la cuestion i la que mas en armonía se encontraba con la modesta, pero digna posicion de Chile i con su merecida opinion de firmeza i seriedad: política que halló entónces completa aceptacion en el Jefe de la nacion prevaleciendo por completo en el gobierno.»

El autor de *Para la historia* rinde en otras ocasiones merecidos elojios al difunto ministro, cuya memoria guarda con relijioso respeto.

Del mismo señor Tocornal se hallan en el libro algunas cartas privadas que ponen de relieve las virtudes de aquella alma hidalga.

***

En resúmen, el libro intitulado *Para la historia* está escrito con notable copia de documentos que lo hacen sumamente curioso. Si hubiera en el dia algun incrédulo que juzgara todavia con lijereza la conducta del señor Hurtado en su mision del Perú, no necesitaria sino recorrer someramente sus pájinas para salir de su error. Como vindicacion, es completa, al par que es una acusacion tremenda contra los hombres que sumerjieron al Perú en la situacion lamentable de un vencido sin lucha i sin honra.

La impresion del libro es esmerada i su estilo correcto, aunque, por desgracia, carece de soltura i movimiento, por lo interminable de sus periodos, i la exuberancia de adjetivos que lo recargan.

ENRIQUE DEL SOLAR.

RUTH.

I.

«Noemí, Noemí, no mas te opongas
A que grata i feliz tus huellas siga;
¡Yo moraré tambien donde tú mores,
I será para mí la mayor dicha!....

¡Tu Dios será mi Dios; tu pueblo, el mio,
I negra maldicion, funestas iras
Me abatan, si el lugar de mi sepulcro
No es allí, en esa tierra tan querida!»—

Asi Ruth esclamó i amargo llanto,
En brazos de Noemí, triste vertia,
Hasta que al fin oyera de la madre
Esta grata promesa, conmovida:

—«Partamos de una vez, a do naciera
Mi noble Elimelech i allí, hija mia,
La bendicion del Todopoderoso
Talvez mitigará nuestras fatigas....

Talvez en el camino en que hasta ahora
Solo encontramos ásperas espinas,
Alguna tierna flor, con su frescura
Aroma sin igual preste a la vida...

I asi, cual la silvestre enredadera
Se anuda en el ramaje de la encina,
En tanto que la muerte nos perdone,
Estarán nuestras almas siempre unidas.»—

I lleno el corazon de grato gozo
Aquellas dos mujeres se encaminan
A tierra de Judá, que ese es el norte,
La estrella luminosa que las guia.

II.

Ruth i Noemí llegaron,
Despues de largas jornadas,
A los campos de Bethleen
De placer henchida el alma.

Dorada mies los labriegos
Esperanzados segaban
Para repletar las trojes
Casi vacías; manadas

De juguetones corderos
I de triscadoras cabras
Pacian por las colinas,
Cubiertas de fina grama.

Ruth a cojer las espigas
En el campo abandonadas
Corrió; i de silvestres flores
Entretejia guirnaldas.

I los pastores en tanto
Tiernos cantares alzaban,
Ponderando la belleza
De sus queridas zagalas.

Booz, que era el dueño del campo,
De trigales i manadas,
Era un bondadoso anciano
De blanca i espesa barba;

Desde su tienda, el trabajo
De la cosecha observaba,
Cuando vió que unas espigas
En un rincon, apartada,

Una hermosísima jóven
Sobre sus faldas guardaba,
Repitiendo en dulces ecos
Tierna i melodiosa cántiga.

A sus siervos preguntó
Con solicitud estraña
Quién eran las estranjeras
Que por sus campos cruzaban.

I al saber que de Moab
Volvian hácia la patria,
Viudas las dos, sin amparo
I de él parientes cercanas;

Aquel jeneroso anciano
Hizo al instante llamarlas,
I a la sombra de su hogar
Las hospedó; luego franca

Amistad les ofreció
I a su mesa convidadas,
Fueron Ruth i Noemí
Llenas de emociones gratas.

III.

Era la noche; tranquilo
Reinaba un hondo silencio;

Lo interrumpia tan solo
El zumbido del insecto,

Que, escondido en los arbustos
O allá oculto bajo el heno,
Con débil voz aclamaba
Al Creador del universo:

Brillantes rayos enviaban
Los luminosos luceros,
Que en órbitas espaciosas
Corren por el ancho cielo.

Todo en solemne quietud
Yacia; apacible sueño
Embargaba los sentidos
Del viejo Booz i sus siervos;

Mas allá dos leves sombras,
Abandonando sus lechos,
Cruzaban con tardo paso
Por aquel campo desierto

I hácia la tienda del huésped
En respetuoso silencio,
Se encaminaron unidas
Llenas de grave misterio.

—«Ruth, ten valor, no desmayes;
Sigue mi amante consejo;
Vé hácia Booz i su amparo
Demanda cerca su lecho!»—

Así habló una débil voz
I alzaron con pulso incierto
El tapiz, cuya entrada era
De la tienda del buen viejo.

Una sombra se escurrió
En su interior i mui presto
La otra, como humo leve
Se evaporó. En dulce sueño

El anciano Booz yacia
Sobre unas pieles; su pecho
Libre de negras congojas
Estaba en aquel momento,

Cuando de Ruth pudorosa
Lo despertó el eco tierno:
—«Señor, señor, escuchad
De tu esclava el triste acento:

«La temerosa avecilla
Se defiende de los hielos,
Acojiéndose al ramaje
De los líbanos soberbios;

«La débil yedra un apoyo
Busca poderoso e inmenso,
Entre las grietas de un muro,
Ruina talvez de otros tiempos;

«Así yo, flexible caña
Espuesta al furor del viento,
Busco en tí, querido anciano,
El apoyo que no encuentro.»—

—«¿Ruth, eres tú?» Así abismado
Booz contestó—«¿Será cierto
Lo que mis débiles ojos
En este instante están viendo?....

¡Del Señor bendita seas,
Hija mia, que desprecio
Tuviste a otro rico, o pobre
O jeneroso mancebo!....

Grande ha sido tu bondad
A un anciano recurriendo
I, por eso, si algun otro
No tiene mejor derecho,

Mañana en hora feliz
He de ser tu esposo tierno.»—
Así habló Booz, miéntras Ruth
Yacia en hondo silencio....

IV.

Claro repiten los ecos
El son de armoniosos címbalos,
Que los siervos de Booz tañen
En señal de regocijo.

Coro de hermosas doncellas,
Al traves de arcos floridos,
Ante el consejo de ancianos
Danza en caprichosos jiros;

Todos en dulce solaz
I en estruendoso bullicio,
A los felices esposos
Predicen años tranquilos

De bienestar, de ventura,
Viendo crecer a los hijos,
Que despues valientes reyes
Dieran al pueblo escojido;

I Booz, que en dulce lazo
I en amoroso deliquio,
Vé que ya el gran sacerdote
Ha unido a Ruth su destino,

Da gracias a Noemí
Por la dicha que ha traido
Dentro el solitario hogar
Poco ha tan triste i sombrío;

I Ruth, que aun el albo velo
Guarda sus puros hechizos
En los brazos de la madre
Ocultando el rostro dijo:

—«¡Oh tú, mujer admirable!...
De Jehová el rayo divino
Hirió tu frente al nacer,
Raro i sin igual prodijio!....

Al claro lampo que alumbra
Tus pasos, el negro sino,
La dicha o la desventura,
Ocultarte no ha podido.

¿A quién sino a ti, Noemí,
Dime con grato sijilo,
Debe la dicha que goza
Mi corazon conmovido?...

¿Quién, sino tú, jenerosa
Infiltró el celeste brillo
Que irradia el rostro de todos
Con fulgores diamantinos?

¿Quién, sino tú, de un esposo
Me dió el sincero cariño,
Quieta dejándome el alma,
Pura, como el mar tranquilo?...

I miéntras tanto los cantos
De los labriegos sencillos
Resonaban cadenciosos
Allá en los prados vecinos.

1872.

DAVID BARI.

LA VIRJEN DE LOS REMEDIOS.

TRADICION BOLIVIANA.

(Apuntes de cartera.)

I.

A mediados del siglo dieziocho habia en una de las mas tortuosas calles de La Paz un *Tambo*, especie de posada i de figon, en que se alojaban casi todos los arrieros que hacian el comercio del interior de la república.

Llamábase el *Tambo de harinas*, i estaba situado en el barrio de San Francisco, que es quizas el que hasta hoi conserva mas ese tinte de español rancio i de indíjena crudo que forman los caractéres distintivos de las principales ciudades bolivianas.

En sus desmanteladas habitaciones se alojaban los patrones de recuas, que pasaban las noches, por lo jeneral, al rededor de una mesa en que jugaban, a un golpe dado o a una carta, las ganancias i las enconomias de muchos años de pesado i constante trabajo.

En los corredores se tendian cubiertos con una manta los peones que cuidaban de las mulas, i que así dormian para levantarse al alba, a hacer los preparativos de la marcha.

Nada mas triste que las noches en el *Tambo de harinas*.

La oscuridad de sus patios i largos corredores era atroz. El alumbrado era un gasto de lujo que solo se hacia en ciertas i grandes fiestas. I entónces no pasaba de cuatro o cinco candiles que iluminaban los grupos de mulas que pacian, i de peones tendidos sobre la paja i la cebada que guardaban para el pienso de la recua ántes de la marcha.

La oscuridad de la calle era aun mayor.

En 1868 La Paz no tenia otro alumbrado que el de candiles colocados en faroles, en las esquinas de cada manzana. I esta iluminacion no es de antigua data. ¿Qué seria en el siglo dieziocho?

Sinembargo en las primeras horas de la noche los reflejos de una o dos velas que ardian en un pequeño nicho de una de las altas i desnudas paredes del *Tambo*, dejaban ver apénas allá, entre sombras, la puerta principal.

Cada una de esas velas encerraba una historia. Allí las colocaba la devocion de algunas mujeres, que así querian honrar a la *Virjen* que estaba pintada en la muralla, i que la voz popular señalaba como una inagotable fuente de misericordias i de consuelos.

A ella recurria la madre que lloraba la ausencia de su hijo, i la esposa que esperaba la vuelta del soldado que se habia marchado léjos, mui léjos, a rejiones desconocidas, en busca de nombre i de fortuna.

Cada rayo de luz que se estinguia era la última nota de un himno de agradecimiento, o el comprimido sollozo de la desgracia que nada espera ya de esta tierra, i que busca en el cielo su consuelo.

Los transeuntes nunca pasaban por ese lugar sin descubrir su cabeza i sin echar una mirada a la imájen.

II.

Despues de la media noche de uno de los lluviosos dias del mes de enero, a tientas, i buscando con el baston un lugar seguro para poner el pié, se dirijia allí un hombre encapado, que sacando luz de una pajuela prendió una vela i se marchó santiguándose.

Al dia siguiente, habia salido ya el sol i la vela ardia.

La escena se repitió durante muchos meses, i todas las mañanas los habitantes ordinarios del *Tambo* veian estinguirse, mui entrado ya el dia, la luz que prendia una mano misteriosa.

Los comentarios no escasearon. Quienes supusieron que eran los duendes que rondaban al rededor del *Tambo*; quienes que era un penitente que venia a orar, solo, cuando el mundo entero se entregaba al reposo.

El sencillo hecho de una luz que brillaba en las primeras horas de la mañana, porque habia sido encendida mui tarde de la noche, ¡llegó a revestirse de un carácter maravilloso, que sirvió de tema a las conversaciones mantenidas por la tarde en el *Tambo*, al rededor de las fogatas en que se calentaban los arrieros.

Pasadas las doce, nadie se atrevia a salir a la puerta, por temor de encontrarse en presencia de una vision, i de caer sin sentido al solo aspecto de los devotos misteriosos de la Vírjen.

Así es que, cuando alguno sentia en la calle pasos despues de la media noche, se santiguaba con respeto i murmuraba alguna oracion, miéntras se perdian los ecos de la cancion que tarareaba el estraño personaje que tan asustados i perplejos andaba trayendo a los que de él se ocupaban.

Sinembargo el misterio permaneció sin resolverse durante mucho tiempo, aunque, a decir verdad, fué poco a poco debilitándose el interes que inspiraba.

Si a álguien asustaba era al *pongo* que obedeciendo relijiosamente a una vieja costumbre de la tierra, duerme en la puerta, para acudir a abrirla al primero que golpea dando la palabra de consigna.

III.

En una noche, a la hora en que todos dormian tranquilamente en el *Tambo*, se sintieron tres golpes secos en la pared, de la calle i en el lugar que ocupaba la imájen de la Vírjen, acompañados de algunas palabras pronunciadas por una voz conmovida i que revelaba una fuerte ajitacion de espíritu.

Media hora despues de esta escena un embozado llamaba a la puerta del convento de San Francisco.

Sin dar tiempo al portero para levantarse, repitió tres veces los golpes, al mismo tiempo que decia: ¡abrid, abrid!

—¿Quién vá? preguntó una voz desde adentro.

—Un hermano que busca al padre guardian.

—Es mui tarde ya para ver al padre.—Aguardad que venga el dia i podreis hablar con él.—¡Quedad con Dios! Buena noche!

—Abrid, hermano; os lo ruego ¡por Dios!

—Pero si es ya mui tarde; todos duermen.

—Avisad al padre; necesito hablarle; mirad que se trata de la salvacion de un hermano.

A estas palabras, el portero entró en su celda, sacó la llave i alumbrando con un farol, a pasos acompasados, se acercó a la puerta, i repitió su pregunta: ¿quién vá?

—Yo, hermano, contestó el desconocido.

El portero dió vuelta a la llave, i aun no habia tenido tiempo para mirar al que habia entrado, cuando sintió que le tomaba las manos i se las estrechaba con efusion.

—Conducidme, le dice, a la celda del padre guardian. Necesito hablarle.

El portero no creyó conveniente prolongar el diálogo, e indicándole un escaño para que se sentara, se alejó, a largos pasos, por los oscuros corredores del claustro, cuyo silencio sepulcral jamas habia sido interrumpido por ningun profano en las altas horas de la noche.

Pocos minutos despues, el ruido de los que se acercaban a la porteria hizo poner de pié al desconocido, que sin pronunciar una sola palabra les salió al encuentro.

En presencia del superior i sin esperar que le hablara, le suplica llorando que lo admita en la comunidad i que le dé el hábito de la órden.

Tan rara demanda hecha por un desconocido dejó un instante perplejo a los que la oian.

—Creedme, padre, agregó; yo quiero hacer penitencia; Dios me llama; yo he oido su voz; sí, la he oido despues de cometer un gran crímen....

—Tranquilizaos, hijo mio, tranquilizaos, i referid lo que veniais a decirme, que os escucho en nombre de Dios, contestó el padre.

El franco acento i el benévolo semblante con que habian sido dichas estas pala-

bras, tranquilizaron un tanto al desconocido que, repuesto de su emocion, relató la historia de su desordenada i licenciosa vida.

—«Hace dos horas, dijo, no hubo un solo pensamiento criminal que no me asaltase; habia jugado con una suerte detestable: perdí todo cuanto tenia; aposté las pistolas que llevaba al cinto i un golpe de dado hizo dueño de ellas a otro; cuando nada me quedaba, me retiré. Al tomar la capa, miré mi puñal con complacencia i me lancé fuera del garito.

«Al pasar por el *Tambo de harinas* fijé distraido, por costumbre, la vista en la Vírjen que hai pintada en su pared. Era la primera noche, en tres años, que no iba a prender la vela, que habreis oido decir que se consume, dia a dia, en las primeras horas de la mañana.

«Sufrí un vértigo; el furor i la desesperacion me ofuscaron; i llegué a creer enemiga a la misma Vírjen, que he mirado como protectora en mi vida entera.

«No pude contenerme; saqué el puñal, levanté la mano i dí el golpe... ¡Dios mio! herí la mejilla de la Vírjen i la sangre que salpicó mi frente, me embriagó de furor.... Descargué nuevamente la mano i herí el pecho de la imájen;..... la sangre corrió tambien...

«Descargué una tercera puñalada sobre el niño que tenia en sus brazos, i entónces ví que la madre alzó la mano i recibió en ella el golpe.

«En ese instante mis ojos se abrieron; me creí loco; quise convencerme de lo que me decian los ojos, estendí la mano i la saqué empapada en sangre como la veis..

«Decidme ahora, continuó, lo que debo hacer, que os escucho...»

IV.

A la mañana siguiente recibia al pié del altar el tosco hábito de San Francisco el desconocido, en los instantes mismos en que el pueblo se agolpaba en el *Tambo de harinas* para ver con sus propios ojos el milagro.

Las calles eran estrechas para contener a los concurrentes, entre los cuales se encontraban las autoridades eclesiásticas, civiles i militares.

Pensóse algun tiempo despues en la traslacion de la imájen al templo que debia erijirse en su honra. La empresa era mui difícil. ¿Cómo sacar de la muralla de adobes un fresco pintado en ella?

La Paz debia presenciar un nuevo prodijio. Los padres de San Juan de Dios que habian tomado la iniciativa en la ereccion del santuario, emprendieron, en presencia del pueblo entero, los preparativos de la traslacion.

Sin esfuerzo alguno, naturalmente, el lienzo de muralla se desprendió del edificio para ser colocado en el bastidor de madera, en que hasta ahora se conserva.

Algunos meses mas tarde, al lado del *Hospital de hombres*, se consagraba un templo de piedra en honor de esa *Vírjen*, que, desde entónces, llamó el pueblo *de los Remedios*.

Allí van todos a implorar la piedad del cielo.

Allí pude yo tambien tocar con mi mano las heridas que guarda la imájen, como la consagracion viva i eterna de la verdad de esta sencilla i relijiosa tradicion.

En medio de una sociedad instable, en que todo pasa como la luz del relámpago, no ha pasado la historia de la *Vírjen de los Remedios*. En La Paz no hai quien la ignore ni quien ponga en duda su veracidad.

Hacerlo, valdria tanto como negar a la tradicion su valor.

Yo no he podido ni querido llevar mas adelante mis investigaciones.

Cuando veia a un pueblo entero venerar a esa *Vírjen* con el respeto i la fé que se siente en presencia de un milagro; i cuando asistia a las solemnes fiestas con que honra su memoria, me sentia arrobado, como él, i, como él, creia en la palabra de las jeneraciones que han pasado, afirmando, bajo su fé de cristiano, la verdad de lo que vió La Paz entera en otros años.

El templo ha sido ultimamente refaccionado, aunque no ostenta ninguno de los ricos dones que en otro tiempo cubrian el *camarin* de la Vírjen. ¡Suerte comun para todos los santuarios de Bolivia! opulentos ayer, desmantelados i pobres hoi!

En el claustro del convento de San Francisco, convertido, hace algunos años, en cuartel, se muestra todavia al viajero la celda en que vivió i murió, en olor de santidad, el héroe de esta tradicion.

Santiago, julio 13 de 1872.

VENTURA BLANCO.

EL COMUNISMO.

FÁBULA.

«¿No veis cómo, orgullosa,
La abeja artificiosa,
Guardándose la miel con mano avara,
Nuestra inutilidad nos echa en cara?
Mas, pues no puede haber otro camino,
Supuesto ya su natural mezquino,
De remediar al fin abusos tales,
Sean, de hoi mas, comunes los panales.»

Esto un zángano ocioso predicaba,
Vagando aquí i allá sin rumbo alguno;
El hambre al mismo tiempo le aquejaba,
Cuando ¡quién lo diria! por acaso
Un panal encontró de miel no escaso.
—Hola, señor Prudhom, a cada uno
En tan calva ocasion su parte demos;
—Pero, qué, ¿vacilais?—Ahí veremos.

S. CORDOVEZ.

Santiago, 1872.

LA POLICIA DE ASEO DE SANTIAGO

EN EL PRIMER TERCIO DEL SIGLO.

En este tiempo en que la viruela i sus estragos han alarmado, i con razon, a los habitantes de la capital, atribuyéndose su orijen esclusivamente a las condiciones hijiénicas de la ciudad, no hemos podido ménos que recordar el modo de ser de este mismo pueblo a este respecto, hace mas de medio siglo; sin que a pesar de lo que vamos a referir hayamos presenciado en nuestra larga vida algo parecido a lo que ahora estamos esperimentando, a pesar de las inmensas mejoras que hemos alcanzado de cuarenta años a esta parte.

Nuestros lectores verán si tenemos o no motivo para dudar de lo que con tanto aplomo se afirma como inconcuso.

I.

La Plaza de Armas no estaba empedrada. La Plaza de Abasto, galpon inmundo, sobre todo en el invierno, estaba en el costado oriente. El resto de la plaza hasta la pila, que ocupaba el mismo lugar que ahora, pero de donde ha emigrado el *rollo*, su inseparable compañero, hace mas de treinta años; el resto de la plaza, diriamos, hasta la pila estaba ocupado por los vendedores de mote, picarones, huesillos, etc., etc., i por los caballos de los carniceros. Ya pueden considerar nuestros lectores cuál seria el estado de esta Plaza que solo se barria mui de tarde en tarde no por los que la ensuciaban, sino por los presos de la cárcel inmediata, armados de grandes ramas de espino que no hacian mas que levantar polvo, dejándola en el mismo estado; pero produciendo mas hediondez, como era natural.

A esto hai que agregar una ancha acequia que atravesaba, como ahora, toda la plaza. Esta acequia descubierta en su mayor parte, sin corriente, i no siendo de ladrillo porporcionaba mas facilidad para la aglomeracion de cieno. Lo que habia en sus orillas no necesitamos decirlo; pues para los vendedores no habia otro lugar de descanso, de tal modo que cuando el sol calentaba se levantaba un humo denso producido por las evaporaciones de las inmundicias acumuladas allí.

II.

Esta era la Plaza principal, evitando otros detalles nauseabundos. La calle mas inmediata, al oriente, la de San Antonio seria largo describirla: seremos lo mas sucintos que nos sea posible.

En la cuadra en que ahora está el costado izquierdo del Teatro Municipal habia una letrina, entónces no era conocido el nombre «Para Todos» que, sin ser mas limpio, quiere decir lo mismo. Dicha letrina solo servia para indicar que a sus inmediaciones se podia evacuar cierta dilijencia; pues no era posible pasar por esa vereda sin gran peligro, i aun asi con las narices tapadas.

Continuando al norte, habia otra letrina a los piés de la casa que es ahora del señor don Melchor Concha. Sus condiciones eran aun peores que las de la anterior por su inmediacion a la plaza.

Mas al norte aun, i llegando a la cuadra que está entre la calle de las Monjitas i la de Santo Domingo, a una cuadra de la plaza, la cosa era mas seria.—Toda la vereda del poniente estaba obstruida por basuras i por otras cosas peores. Lo que vamos a referir dará una idea a nuestros lectores, si han llegado hasta aquí, de lo que era esa calle.

Un dia que pasábamos por allí, advertimos dos trozos de madera labrada. Tomamos dichos estremos i al levantarlos nos

encontramos con una escalera de cuatro o cinco metros de largo cubierta apénas con basuras. Esta escalera, segun los comentarios de los transeuntes, debia pertenecer a ladrones que para servirse de ella no necesitaron llevarla a su casa, siendo aquel lugar seguro i mas próximo para sus espediciones nocturnas.

Decir que en esta calle, aunque en menor escala que en otras, abundaban los perros, gatos i otros animales muertos, que nadie se encargaba de recojer, nos parece inoficioso. Una mañana apareció un burro con una pata quebrada tendido en el crucero que forman las calles de San Antonio i Santo Domingo en la casa que es ahora del señor Santa María, a dos cuadras de la plaza principal. Como entónces no eran las calles de lomo de toro, en esos lugares habia cieno permanente. El burro se tendió allí quizá acosado por la fiebre. Los muchachos de las inmediaciones le dábamos de comer i beber; pero al cabo de algunos dias nuestro enfermo murió. Allí se estinguieron sus restos, sin que ningun *buen vecino* se tomara el trabajo de hacerlo arrastrar al rio, última morada de sus iguales o parecidos.

III.

Continuando por la misma calle, i al norte, dirijiéndose a la izquierda, nos encontramos con la calle de las *Ramadas*, tapada hasta hoi al poniente por una pared del convento de Santo Domingo. Allí, por un derrame de una acequia inmediata, se formaba, decimos mal, habia en permanencia una laguna pestilencial cubierta con las yerbas que produce toda agua detenida. Su hondura no permitia el paso de ningun rodado i solo la atravesaba jente de a caballo. Está justamente frente a la casa de esquina que era entónces de un señor Carrera.

Por último, tomando a la derecha, nos encontramos con nuestra soberbia Plaza de Abasto, sin rival en el mundo, segun los viajeros: lo que no es un elojio para nuestra Municipalidad, pero que pesará por muchos años en su caja, o mas bien, en la de los contribuyentes.

Esta plaza tenia entónces un destino mui diverso, a pesar de su inmediacion al rio, eterno depósito de toda clase de inmundicias. Allí se arrojaban todos los desperdicios de las habitaciones inmediatas, i cuando en 1818 se dió una temporada de toros, última vez que se efectuó esta diversion, fué preciso emplear mucho tiempo en disponerla para ese objeto. El nombre que entónces tenia i que con trabajo han olvidado los viejos, era «El basural.» Esto lo dice todo.

Cuando en 1817 entró a Chile el ejército de los Andes, se encargó a los soldados de los dos batallones que quedaron en Santiago vijilar sobre las personas que hacian sus dilijencias en la calle, haciendo pagar a los infractores cuatro reales en un caso i un peso *en el otro*.... Los talaveras habian sido mas estrictos, i tanto, que no nos atrevemos a decir a lo que obligaban a los que no observaban lo mandado sobre *el particular*.

IV.

La Alameda, orgullo de nuestra capital, no era otra cosa, ántes del año de 1820, desde San Francisco hasta San Miguel, que un inmenso basural con el adorno inevitable de toda clase de animales muertos, sin escluir caballos i burros.

En consecuencia de lo que hemos dicho en cuanto al estado de aseo de nuestra poblacion, ya supondrán nuestros lectores que no teniamos los ochocientos baños públicos de la Roma de los emperadores. Contábamos con el Mapocho que en toda su estension prestaba este servicio, que, a ciertas horas del dia en verano, reunia jentes de toda clase que *recreaban* la vista de los paseantes.

En este ramo no habia mas policía que un lego de Santo Domingo, que acompañado de un hombre armado de una varilla, perseguia a los muchachos que ordinariamente se bañaban en un albañal del rio que daba agua a una pila del convento.

Los baños de cal i ladrillo no fueron conocidos hasta que Alexandry abrió un pobre establecimiento de este jénero tras del cerro de Santa Lucía, en la calle de Mesías, con agua mui sucia. No necesitamos decir que, respecto a baños *tibios* para el público, no fueron conocidos en Santiago hasta que los estableció Dinator en el actual reñidero de gallos, despues del año de 1830.

V.

El Cementerio solo se estableció el año de 1819, si no estamos equivocados. Los pobres de las últimas clases eran sepulta-

dos en el *Campo Santo*, situado en el estremo sur de la calle de Santa Rosa. La inmensa mayoria del resto de la poblacion recibia este servicio en las iglesias, sobre todo en una pequeña capilla situada en la calle del Estado, al costado izquierdo de Santo Domingo i al norte de la casa que es ahora del señor Besa. Allí se sepultaba tambien en la huerta de la capilla. Todo ello a una cuadra de la plaza principal.

Esta circunstancia nos recuerda la observacion de Chateaubriand, a saber: que cuando en Francia, o en Paris, se dejó de sepultar en las iglesias, i solo se hizo en los cementerios, no se notó ninguna diferencia en el estado sanitario de la poblacion.

Para nosotros, testigos presenciales durante nuestra vida de lo que hemos referido, no es cosa probada que el desaseo sea la causa *única* de la actual epidemia, como se afirma; pero no creemos tampoco que el desaseo sea un motivo para gozar de buena salud.

VI.

Por lo demas, la viruela que nos aqueja ha puesto de manifiesto otras pestes. La vanidad i otras pasiones mas perniciosas han encontrado ocasion para manifestarse i hemos visto sin asombro a ciertas personas embocar la trompeta farisaica para hacer sonar sus notas mas agudas i penetrantes a fin de notificar al público los servicios que prestan... estorbando a veces los que quieren prestar otros.

O. O.

LA MEMORIA DE CERVÁNTES.

España, tan olvidadiza de sus grandes hombres i tan ingrata para con ellos, ha entrado en una era de reparaciones, aunque tardías, justicieras. Dominada por el intruso mozalvete italiano que ocupa hoi el trono glorioso de los monarcas españoles, parece que se hubiera propuesto buscar un desquite a su humillacion política volviéndose a sus glorias literarias i exaltándolas, ya que hasta ellas no alcanza la deshonra de la vergonzosa invasion estranjera.

Cervántes, la mas grande de esas glorias, es hoi en España objeto de espléndidas reparaciones.

El 23 de abril próximo pasado se celebró con gran solemnidad el aniversario de la muerte de Cervántes, acaecida en el mismo dia del año 1616. La fiesta ha sido universal en toda España; los literatos de todas las provincias rindieron ese dia espléndidos homenajes a la memoria del inmortal autor de *Don Quijote*.

España vuelve por su honor i por el de sus hijos ilustres.

La fiesta de Cervántes en España ha tenido poco que envidiar a las que tienen lugar en Inglaterra en honor de Shakespeare, en Italia en honor del Dante, en Alemania en honor de Goëthe i de Schiller.

Los Ateneos de Valencia, Lorca, Santander, Barcelona i Vitoria celebraron sesion estraordinaria el 23 de abril i adjudicaron los premios ofrecidos a los autores de la mejores composiciones en honor de Cervántes. El Ateneo Militar no olvidó tampoco al ilustre *Manco de Lepanto*.

En Arévalo se leyó un discurso sobre las «Novelas ejemplares.»

Los españoles residentes en Paris i en Lóndres se reunieron tambien para solemnizar el gran aniversario.

En Cádiz se celebraron honras por el alma de Cervántes i se pronunció una elocuente oracion fúnebre. En la noche, hubo gran sesion literaria, en que se leyeron muchos i notables trabajos sobre las obras de Cervántes.

En Sevilla, la Academia Sevillana de Buenas Letras, tuvo reunion estraordinaria a que asistieron sus miembros i un numerosísimo concurso. La sesion fué habida con desusada solemnidad en un local lujosamente decorado. Leyéronse numerosos escritos en prosa i verso, que fueron recibidos en medio de aplausos estrepitosos de parte del inmenso concurso.

Se trata de la fundacion de una *Sociedad Cervantista*, cuyo objeto seria estudiar las obras de Cervántes, hacer ediciones de esas obras i honrar la memoria del insigne jenio español.

* *

Un viajero español llegó en 1867 a la ciudad morisca de Mazagan, en Africa. Fué llevado a la casa del moro Bumsay. Hé aquí cómo refiere el mismo viajero lo que allí vió:

«Júzguese el asombro, el enternecimiento i la sensacion que un español, i un español léjos de la madre patria, esperimentaria al encontrarse en una habitacion marroquí amueblada a la europea, cuatro

grandes lienzos que representaban otras tantas hazañas del valeroso Don Quijote de la Mancha. Era el primero la aventura de los molinos de viento, en el que lanza en ristre acomete a los *desaforados jigantes de los brazos largos;* el segundo la del *Vizcaino* en actitud de *descargar furibundos fendientes que los fenderian de arriba abajo;* el tercero es el manteamiento de Sancho Panza en el castillo o venta encantada, i el cuarto el *fallo de Don Quijote sobre el yelmo de Mambrino.*

«Creció nuestra admiracion cuando oimos al buen Bumsay espresarse con entusiasmo del *Quijote*, i mostrarnos la obra maestra del principe de los injenios españoles, i esto dicho en ese castellano poético i especial que hemos oido a casi todos los moros desde Tetuan a Mogador.»

* * *

En Alcalá de Henares, patria de Cervántes, en la calle que lleva hoi el nombre del gran jénio i que ántes se llamaba de Tahona, está le casa que fué de Cervántes.

Sobre la puerta hai una sencilla lápida con esta inscripcion:

Aquí nació
Miguel de Cervántes Saavedra
autor del *Don Quijote*:
por su nombre i por su injenio
pertenece al mundo civilizado;
por su cuna
a
Alcalá de Henares.
Año de 1846
M.ª J. Quintana.

En 1653 fué la casa de Cervántes destinada a servir de convento de los capuchinos observantes de santa María Ejipciaca.

En 1828 algunos viajeros ingleses compraron a subido precio un trozo de la piedra que sirve de umbral a la puerta de la casa.

Don Mariano Gallo Alcántara, actual dueño de esa finca, ha hecho levantar en el interior de la huerta un pequeño monumento en honor de Cervántes. Consta de un busto de mármol blanco, copia de la estátua de Cervántes de la plaza de las Cortes en Madrid, i de una lápida de mármol ceniciento de notable mérito en que se lee lo siguiente:

A Miguel de Cervántes Saavedra,
autor del *Quijote*,
injenio el mas eminente de España
i uno de los mayores del mundo
aquí donde está el modesto solar
en que nació
ha erijido este recuerdo
a su memoria
M.no Gallo Alcántara.

Pintados al óleo en la muralla i al lado de la lápida, se leen unos versos improvisados por un viajero al visitar el solar que fué la casa paterna de Cervántes. Son como sigue:

¡Oh poder de los destinos!
En la casa de Cervántes
Sahnio (1) cria guisantes
Coles, n-bos i pepinos!....
Mas ya mi censura acallo,
Pues en desagravio justo
Pronto un venerando busto
Levantará el señor Gallo.

José Cassi.—Mayo 12—1863.

* * *

Un dato contra España, para concluir.

Solo el rei usurpador, el rei intruso, *Don* José Bonaparte, se ha preocupado de que se levante en Alcalá de Henares un monumento digno del jenio que en esa ciudad tuvo su cuna.

Por decreto de 12 de junio de 1810, ordenaba Bonaparte que se levantara en honor de Cervántes una estátua en el sitio que ocupaba la casa en que murió; todas las ciudades de España deberian contribuir a costear ese monumento, esceptuada solo Alcalá de Henares; todas las ediciones de las obras de Cervántes serian propiedad de su memoria i lo que la venta de ellas produjera se invertiria en conservar ése i levantarle otros monumentos.

Rafael B. Gumucio.

SOLUCION
DEL ENIGMA DEL NÚMERO ANTERIOR
La letra O.

(1) Hortelano del señor Gallo.

Contenido de este número.

I.—Francisco Bilbao, (continuacion), por Zorobabel Rodriguez, páj. 645.
II.—Plegaria, poesía, por Rosario Orrego de Uribe, páj. 648.
III.—*Para la historia*, bibliografía, por Enrique del Solar, páj. 649.
IV.—Ruth, poesía, por David Bari, páj. 652.
V.—La Virjen de los Remedios, por Ventura Blanco, páj. 654.
VI.—El comunismo, poesía, por S. Cordovez, páj. 657.
VII.—La policía de aseo de Santiago en el primer tercio del siglo, por O. O., páj. 657.
VIII.—La memoria de Cervántes, por Rafael B. Gumucio, páj. 659.

IMPRENTA DE «EL INDEPENDIENTE.»

LA ESTRELLA DE CHILE.

AÑO V. Santiago, julio 21 de 1872. Núm. 251.

FRANCISCO BILBAO.

SU VIDA I SUS DOCTRINAS.

(Continuacion.)

VIII.

Estos actos de arbitrariedad fueron, como ordinariamente sucede, el preludio de la guerra civil. Los gobiernos que no se sienten capaces de resistir a las oposiciones que, manteniéndose dentro de la órbita de la legalidad, usan contra ellos de las armas de la prensa i de la asociacion, deberian retroceder ante los atropellos, ya que no por un sentimiento de justicia, por un espíritu de prudencia. En efecto, la palabra hablada i escrita, es una fuerza cuyo poder está en relacion inversa con su volúmen. Diez diarios que ataquen a un gobierno con plena libertad son ménos eficaces para derribarlo que un periodiquillo que se imprima i reparta a escondidas por manos misteriosas. Una media palabra, que cautelosamente circule entre los corrillos, en épocas de persecucion i de terror, hace mas impresion en los espíritus que el mas elocuente discurso pronunciado con plena seguridad en una plaza pública delante de los ajentes de la policía.

Por haber desconocido este axioma político, el gobierno que suprimió la *Sociedad de la Igualdad*, se vió despues en el durísimo caso de emplear contra sus enemigos la fuerza pública, manteniendo el órden con perjuicio de la libertad i a costa de torrentes de sangre i de montes de oro. Bilbao no tomó parte sino en lo que podria llamarse el preámbulo de la larga protesta armada que suscitó la candidatura Montt i su gobierno. Esa parte no fué principal, i con todo fué mayor de la que correspondia a su carácter e inclinaciones; porque ni Bilbao habia nacido para manejar la espada, ni racionalmente podia esperar de la espada la realizacion de su ideal. La asonada del 20 de abril fracasó, como todos sabemos, por causas no mui conocidas hasta ahora; pero, caso de haber triunfado, no hai motivo para creer que Bilbao hubiese visto con el triunfo de Urriola avanzar mucho su obra. Lo probable es que en tal supuesto el bando vencedor hubiese decretado honores a su civismo i a su intelijencia, privándolo no obstante de cualquiera autoridad capaz de hacerlo caer en la tentacion de poner en práctica su sistema. I esto en la hipótesis mas favorable; porque lo ordinario es que cuando los hombres de palabra o de pluma preparan el camino a los hombres de sable, i éstos son bastante afortunados para obtener el mando, no se creen obligados a mas que a dejar a aquéllos la libertad de consumir su existencia léjos del mundo de las realidades, en la pobreza i el olvido.

Sea como fuere, lo cierto del caso es que Bilbao cooperó en la medida de sus fuerzas i de sus influencias al motin del 20 de abril, i que el fracaso de esta tentativa, tan fatal para muchos de los que en ella tomaron parte, lo obligó, primero a ocultarse, i despues a salir de Chile i buscar un asilo en el Perú. Consecuentes con el plan que hemos adoptado, no referiremos las peripecias porque pasó el proscrito chileno durante los años que permaneció en Lima (1851-1855). Bástenos decir que, obedeciendo a su carácter inquieto i emprendedor o acaso a la necesidad de proveer a su subsistencia, tuvo pocos escrúpulos para tomar cartas en la política interior de aquella república, no solo en el campo de la prensa, sino tambien en el de las conspiraciones i batallas. Despues de haber esperimentado de parte del gobierno del jeneral Echeñique hostilidades que lo obligaron a refujiarse en el Ecuador, volvió a Lima, donde abrazó la causa de la revolucion encabezada por Castilla, que vió coronados sus deseos con la victoria de la Palma. Bilbao triunfaba pues; pero triunfaba como hombre de pluma que habia preparado el camino a los hombres de sable. Castilla, triunfador, se olvidó de él. Peor aun, sus persecuciones debieron hacerle olvidar pronto las de Echeñique. A consecuencia

de un escrito en que el proscrito chileno sostenia la idea fija que le habia trasmitido Lamennais, de la incompatibilidad del catolicismo i la república, don Francisco Javier Mariátegui, presidente de la Suprema Corte de Justicia i *jefe de la masoneria* en el Perú, lo mandó encerrar en la cárcel de la Inquisicion i formarle un proceso. Este se cortó felizmente, por no sabemos qué influencias; pero el desaliento que produjo en Bilbao fué tal que, considerando o mui peligrosa o mui amarga su vida en aquel pais, se embarcó con direccion a Europa.

El viajero chileno debió de esperimentar un profundo asombro ante la trasformacion que habia sufrido aquel continente i sobre todo la Francia, en el corto espacio de seis años. Despues de algunos dias de permanencia en Inglaterra, donde conoció prácticamente que la igualdad social no es una condicion indispensable de la libertad, dirijió sus pasos a Paris, deseoso de saludar a Michelet i Quinet, pues Lamennais habia ya bajado al sepulcro. El Paris de 1848 tambien habia muerto. Su cuerpo estaba intacto, pero el alma que le animaba habia desaparecido para siempre. «Triste espectáculo, escribia el viajero desconsolado en su cartera, no existen ya ni sociedades, ni conferencias, ni estudios, ni discusiones. ¿Qué se hizo la audacia de tanta inteligencia, a dónde los latidos de tanto noble corazon? Nada—todo lo puro i todo lo grande vive en el destierro. El sofisma se estiende sobre los que quedan i la conformidad bizantina tranquiliza a los que debieran vivir trabajando o sufriendo por la causa de su predileccion. Estuve en Paris como recorriendo ruinas: aqui se leia ántes enseñanza libre, aqui ciencia, aqui juventud, aqui heroismo, aqui virtud.»

El cómo de aquella trasformacion es una historia mui sabida. Recordemos solo algunas cifras i algunas fechas, para edificacion de aquellos que estén creyendo en la infalibilidad del sufrajio universal.

En diciembre de 1848 Luis Napoleon Bonaparte, sobrino de Napoleon I, fué elejido presidente de la república francesa por un período de 4 años; alcanzando en su favor la suma de 5.658,755 votos contra 1.500,000 que obtuvo el jeneral Cavaignac.

El 2 de diciembre de 1851 el presidente de la república espidió un decreto disolviendo de propia autoridad la Asamblea lejislativa i el Consejo de Estado; encarceló a mas de 150 miembros de la Asamblea, i sirviéndose de la fuerza pública, hizo matar a cuantos se opusieron a sus proyectos. Espidió en seguida una proclama al pueblo i sometió su conducta al juicio de la nacion pidiéndole que aceptase o rechazase el siguiente plesbicito: «El pueblo frances desea el mantenimiento de la autoridad de Luis Napoleon Bonaparte i le da los poderes suficientes para dictar una Constitucion basada sobre los principios contenidos en la proclama del 2 de diciembre.»

7.439,216 votantes contestaron afirmativamente, alcanzando los que se decidieron por la negativa solo a 640,737.

Aquel voto importó para la Francia 20 años de despotismo, durante los cuales, bajo las apariencias del fausto, del progreso i del poder, el nivel moral e intelectual de la nacion se fueron deprimiendo hasta el punto de dejar libre el paso a la ola de la invasion jermánica.

Bilbao se sintió oprimido por aquel espectáculo. Flaqueó su antigua fé en el buen sentido de la Francia, en lo que creia su mision providencial. Asi es que despues de visitar la tumba de Lamennais i de deplorar con Michelet destituido la ruina de la libertad, partió para Béljica donde Quinet habia fijado su residencia de proscrito. Aquel pequeño i venturoso pais servia entónces de asilo a todos los utopistas, los revolucionarios i los verdaderos patriotas. Constituido i gobernado mucho tiempo por los católicos, era una prueba viviente de que la libertad política i el catolicismo no son incompatibles. Parece, sinembargo, que Bilbao no sacó del contraste que presentaba la situacion de Béljica e Inglaterra con la de Francia las enseñanzas que un observador perspicaz no habria dejado de sacar. Por esta vez no viajaba como estudiante, viajaba como maestro; lo que no quiere decir que viajase por simple curiosidad, o buscando los placeres de los sentidos. Personas que tuvieron ocasion de tratarlo en Paris durante este segundo viaje nos aseguran que nunca lo abandonaban sus preocupaciones de sectario: nunca las perdia de vista ni en sus escritos ni en la conversacion familiar. Mui escaso de recursos, por otra parte, necesitaba recurrir a la jenerosidad de sus compatriotas quienes nunca le negaron modestos socorros que Bilbao empleaba en procurarse

lo estrictamente necesario. Esos mismos compatriotas conservan aun el recuerdo de moralidad, si no ejemplar, al ménos estraña, que aquél jóven impetuoso i apasionado supo conservar en medio de las tentaciones i seducciones de la Babilonia imperial.

Para que esta justicia sea completa solo nos resta que mostrar el reverso de la medalla. Si Bilbao en su segundo viaje a Europa no descendió, moralmente hablando, tampoco supo sacar del espectáculo que ofrecia aquél continente i en particular el imperio, las enseñanzas que en su caso habria sacado cualquier hombre de talento. Así es que, despues de haber estrechado la mano a Quinet, que continuaba delirando, i de haber pedido a los aires i al sol de Italia fuerzas para su salud, que empezaba a decaer, hizo rumbo para Buenos Aires, donde residian algunos miembros de su familia.

Esto sucedia a principios de 1857.

La guerra tenaz i sangrienta que en la vecina república se han hecho durante medio siglo, unitarios i federales, suspendida algun tiempo para derribar a Rosas, volvió a encenderse poco despues de la victoria de Caseros, trayendo por consecuencia la separacion de Buenos Aires de las demas provincias de la República Arjentina. Este desmembramiento fué ocasion de una guerra mas o ménos activa entre las dos fracciones, sostenida ya por medio de las armas, ya por medio de la prensa. Bilbao no tardó en lanzarse a la contienda sino el tiempo escaso que necesitó para reconocer la bandera de sus afecciones. Ciudadano universal, se creia con derecho a trabajar donde quiera que estuviese por el triunfo de sus ideas. Así es que lo vemos tomar una parte activa en las luchas civiles del Perú, en Francia dirijir una carta de reconvenciones a Luis Felipe, i por último, en Buenos Aires abrazar con entusiasmo la causa de la unidad nacional, poniéndose de parte de Urquiza contra Mitre. Bajo la proteccion de aquél caudillo estuvo redactando *El Nacional Arjentino* i predicando la guerra contra el catolicismo i contra Buenos Aires, guerra que terminó con la batalla de Cepeda i que dió por resultado el pacto de 11 de noviembre de 1859, por el cual Buenos Aires se incorporó a la federacion revisándose la Carta de 1853.

Poco despues Bilbao se separó definitivamente de la política arjentina, desengañado de sus caudillos i de sus partidos i hasta cierto punto obligado por el estado de su salud. Empero, parece indudable que los años que permaneció en Buenos Aires, desde su llegada a aquella ciudad (1857) hasta su muerte (20 de febrero de 1865) formaron la época de su mayor actividad intelectual. Así el cuerpo empezaba a disolverse cuando las facultades del alma llegaban a la plenitud de su desenvolvimiento. En Buenos Aires publicó, en efecto, *La América en Peligro* i *El Evanjelio Americano*, que son sus dos mas importantes obras, i que forman, por decirlo así, como la suma de su relijion, de su filosofía i de su política. Allí redactó sucesivamente varios periódicos, inauguró las sesiones del *Club literario* con un discurso sobre la lei de la historia que tuvo cierto eco, fundó el *Club racionalista*, se enroló en las oscuras falanjes de la masonería, llamó a los emigrados paraguayos a formar una asociacion destinada a combatir el despotismo de Lopez, i tronó en los meetings contra los invasores de Méjico i Santo Domingo. No es por lo tanto de estrañar que Bilbao llegase a adquirir una notable popularidad en la capital arjentina i que un cierto número de jóvenes formase en torno suyo como una pequeña escuela, atenta a seguir las ideas i a imitar el estilo del maestro. Las simpatías que dentro de ese círculo habia sabido despertar el publicista chileno, se iban naturalmente aumentando a medida que cundia la conviccion de su próxima muerte; ya que es siempre interesante el cuadro que ofrece al corazon i a la intelijencia un hombre que, sobreponiéndose a los padecimientos físicos i a las debilidades de la enfermedad, continúa imperturbable en la tarea de sostener i difundir con la palabra con la pluma las ideas que juzga verdaderas.

Poco despues de su llegada a Buenos Aires, Bilbao habia esperimentado los primeros síntomas de la lenta pero tenaz i casi siempre invencible enfermedad, que parece complacerse en elejir de preferencia sus víctimas entre los esplendores de la juventud, del talento i de la belleza. Durante su permanencia al lado de Urquiza en el Paraná, arrojó algunos esputos de sangre. Vino despues el paulatino enflaquecimiento, la fiebre, la debilidad, i por fin violentos accesos de tos seguidos de copiosos vómitos de sangre. Halagado por una

confianza que es comun en los tísicos, dejó que el mal tomara creces durante algunos años, consagrándose con mas ardor que nunca a sus trabajos i hasta contrayendo matrimonio con una hija del señor jeneral don Tomas Guido. Durante los últimos meses de 1864 no le era ya posible abandonar el lecho, i cuando su hermano Manuel llegó a Buenos Aires en los primeros dias de 1865, no era Francisco mas que una sombra de lo que habia sido. La última crisis estalló el 18 de febrero. Segun la relacion que de ella encontramos en su biografía, el moribundo la vió venir con serenidad, mas apegado que nunca a sus convicciones. Esta serenidad i perseverancia, es por otra parte, lo único que nos permitiremos acojer de las confidencias del biógrafo, como quiera que, segun lo dejamos ya advertido, éste nos inspira poca fé tratándose de ciertos hechos, que él habrá consignado, como altamente honrosos para el muerto, i que en realidad de verdad, ni creemos propios del muerto, ni a ser ciertos, honrarian mucho su memoria.

No creemos, pues, que Bilbao haya dicho el adios a la vida con los ojos enjutos, porque no hai hombre que en la plenitud de sus facultades lo pronuncie así, dejando en esta orilla amigos fieles, leales compañeros de lucha, una madre anciana, un hermano i una jóven esposa.

No creemos tampoco en aquel encargo hecho por el agonizante al biógrafo de apartar a balazos a los católicos que pretendieran acercársele, porque reputamos semejantes propósitos completamente ajenos a un ser racional que espera lanzarse por momentos al insondable mar de la eternidad; como no damos crédito todavía a cierta comunion hecha ex-profeso despues de un opiparo almuerzo, que Manuel nos refiere para mostrarnos la precoz grandeza de alma de su hermano.

Talvez nos engañamos; pero entre el testimonio esplícito de Manuel i el que se desprende del carácter de Francisco, nosotros optamos por éste, creyendo así no solo acercarnos mas a la verdad, sino tambien mirar mucho mejor por su honra.

Bien quisiéramos rechazar igualmente por inverosímil el propósito que Manuel atribuye a Francisco, poniendo estas palabras en su boca, ya próxima a cerrarse para siempre: «Si yo supiese que la cuestion es de horas, tendria una cena: pero si sobrevivo a ésta el efecto seria descolorido.»

Es, como se vé, tratar de convertir en una farsa el acto mas sério de la vida; pero hasta esos estremos puede conducir la vanidad i a Bilbao no podia faltarle, como que le faltaba su único antídoto conocido que es la fé católica.

Resumiendo: Francisco Bilbao murió en Buenos Aires el 20 de febrero de 1865, despues de una larga enfermedad, rodeado de amigos que sinceramente lo apreciaban, conservando una alta idea de su talento e importancia, firme en las doctrinas que habia defendido i con cierta vanidad teatral, signo inequívoco de orgullo desmedido i de corazon poco afectuoso.

ZOROBABEL RODRIGUEZ.

(*Continuará*).

LA FLOR DEL ALMA.

A UNA AMIGA.

Podria ofrecerte un ramo
De flores bellas,
De las que se alzan altivas
En la pradera;

Con rosas blancas i lacres,
Con azucenas;
Pero aquellas se marchitan,
Se doblan éstas.

Podria cojerte malvas,
Dobles violetas;
Pero pierden sus perfumes,
Aunque son bellas.

Podria buscarte muchas,
Muchas camelias;
Mas, aunque son mui bonitas,
Son sin esencia.

I yo quiero en este dia,
Dulce Carmela,
Ofrecerte una dádiva
Que sea eterna.

En los jardines del alma
Se alza opulenta
Una flor que tan pura
Hoi no se encuentra.

Esa flor es conocida,
Muchos la siembran;
Pero pocos la cultivan
En fértil tierra.

Mas yo que sé acariciarla
Desde pequeña,
La veo alzarse tan alto
Que al cielo llega.

Ella jamas se marchita
Ni se doblega,
I siempre sus verdes hojas
Puras se ostentan.

Amistad tiene por nombre,
Su seno encierra
Abnegacion, i es cariño
Su grata esencia.

I al esparcir sus aromas,
De dicha llena,
Vierte a raudales ventura
I complacencia.

Por eso en lugar de flores
De la pradera,
Te ofrezco esa flor del alma,
Dulce Carmela.

MERCEDES I. ROJAS.

EL MINERO.

Un dia me invitó un amigo a visitar el taller de un artista. Era aquello un pequeño museo de pinturas, lleno de animacion i de vida, variado, alegre i aun diria conmovedor.

Entre los muchos cuadros que en el taller se divisaban, uno sobre todos me llamó la atencion.

Representaba el corazon de una montaña rasgado, abierto, elaborado como a cincel por la mano potente del hombre.

La luz del sol no penetraba hasta allí.

Al débil resplandor de una pobrísima lámpara, casi pegado a la roca i en el fondo del cuadro, se destacaba un hombre. El ancho i levantado pecho parecia jadeante por la fatiga consiguiente al trabajo. Se diria que su soberbia musculatura amenazaba romper el cútis cobrizo que la encerraba. Levantada hácia arriba la mano izquierda, con la cual tenia fuertemente asida una barreta, mantenia echada atras por sobre el hombro la mano derecha i con ella sostenia un enorme *combo*. Su cintura estaba ceñida por una ancha faja. Un blanco i holgado calzoncillo caia desde sus caderas hasta un poco mas abajo de las rodillas. La parte inferior de su pierna estaba cubierta por una calza negra i ámbos piés reposaban sobre toscas i pesadas ojotas. Sueltos i desordenados sus cabellos, arrobatada i fogosa su mirada, los labios entreabiertos, cubierto de sudor el rostro i pendiente un escapulario de su cuello, aquel hombre de aspecto imponente, a quien el pincel del artista habia dado vida i colorido, no era otro que un minero.

Aquel cuadro me conmovió vivamente.

Por una lójica i natural asociacion de ideas, recorrí con mi imajinacion la vida ajitadísima, llena de peripecias i heroica siempre, de ese hombre que afronta sin miramiento i sin miedo, ántes bien alegre, festivo i decidor, todos los peligros i las fatigas todas de una existencia de trabajos i miserias; de ese hombre condenado a vivir suspendido sobre los abismos, sepultado en la entrañas de la tierra i regando el corazon mismo de los cerros con el sudor de esa frente que nunca se sintió sacudida por la idea del temor.

—

El soldado que muere en el campo de batalla defendiendo palmo a palmo el suelo de la patria, es un héroe.

El marino que desafia las tempestades del océano i las tempestades del cielo i va a fundar una ciudad o a descubrir un mundo, es un héroe.

Héroes son tambien aquellos que mas sangre han derramado, que mas conquistas han hecho, que han preparado en fin mas *carne de cañon*.

Mas el soldado, el marino, el conquistador viven la vida de la gloria i entran a la inmortalidad.

No así el minero. Su vida es oscura i por lo jeneral la cifra de su nombre se borrará al dia siguiente de su muerte. Ninguna luz iluminará esa cifra, ninguna flor coronará esa tumba. I no obstante, ha arrostrado el minero una existencia de heroismos sin recompensa, de sacrificios sin esperanza, de abnegacion que pasa desa-

percibida entre las carcajadas i las altivas burlas de los felices.

Un escritor merecidamente célebre entre nosotros, Jotabeche, ha dicho con no poca razon: «Al marino mil esperanzas le rodean en los peligros: un bote, una tabla puede conducirle salvo a la orilla. Al minero solo le rodean tinieblas.»

¿Quereis saber lo que es un minero?

Vedlo aquí: abandona su rancho con la lámpara en una mano, el cigarro en la otra, silbando o tarareando una cancion popular cualquiera. Desciende con paso lijero i firme el laboreo de la mina, coje la barreta i el combo, horada el cerro, carga el tiro, quema la guia i de repente oye el estampido que estremece el suelo bajo vuestras plantas. El minero dice, en su enérjica manera de espresarse, que aquello *es el quejido del cerro que siente destrozadas sus entrañas*. Una lluvia de piedras cae en todas direcciones. Densas nubes de humo llenan la labor. El minero se acerca tranquilo a recojer la *saca*. Llena con ella su capacho, se echa éste sobre las espaldas i sube mujiendo i cantando en una estension de quinientos metros i aun mas.

A veces, en las horas avanzadas de la noche, duerme tranquilamente en el fondo de la mina. Es mui capaz de soñar allí con los palacios encantados i las hadas voluptuosas de *Las mil i una noches*.

Sucedió un dia que cierto apir entró a la mina para estraer la saca. De pronto se detiene al llegar a un pique vertical. Cree ver ni mas ni ménos que un alma de la otra vida en su presencia. Despavorido corre hácia afuera i comunica la aventura a sus compañeros. El minero es audaz i todos quisieron ver lo que significaba el fantasma. Descendieron nuevamente por las labores de la mina i hé aquí lo que encontraron: uno de los operarios se sintió vencido por el sueño. ¿Creeis que se acomodó una segura cama? Os engañais. Tomó camino del pique ántes espresado. Dicho pique no tendria ménos de cien metros de profundidad i estaba atravesado en su boca por un puente de sauce de unos cuatro decímetros de ancho. Pues sobre ese puente se acostó i sobre ese puente comenzó a roncar como un mahometano i a dormir con la tranquilidad del justo. La broma dió mucho que reir a los compañeros, quienes se burlaron lindamente de aquel que tomó por ánima en penas a un barretero dormido como un marrano i que tuvo la humorada de hacer cama sobre el abismo.

—

Ved otro hecho curioso.

Hacia largos años que un barretero trabajaba en una de las minas mas laboreadas i mas profundas del mineral de Chañarcillo. En este mineral principalmente existe la arraigada creencia entre los operarios de que a aquel que trabaja el dia de San Lorenzo lo pilla el tiro i escapa bien si no muere quemado. Pues bien: el barretero de esta historia trabajó ese dia, cargó i descargó su tiro i se quemó por ende. De resultas de esto quedó ciego. ¿Creeis que abandonó su oficio? Pues continuó en él. I lo que hai en ello de raro es que hasta hace poco recorria toda la mina, penetraba en sus mas prolongados i revueltos laboreos, ausiliado solo por su tácto esquisito. Corria i jugaba sobre esos abismos sin esperimentar una caida.

—

Hai una anécdota mui popular entre los mineros del norte. Se refiere al descubrimiento del mineral de Tres-Puntas i voi a darle aquí cabida.

Se sabe que los descubridores de ese rico mineral fueron pobres e ignorantes gañanes. Tan luego como llegó a su conocimiento el *derrotero*, trataron de ir a buscarlo. Por pronta providencia buscaron algunos burros, algunos escasos alimentos i un barril de aguardiente.

—

En una hermosa mañana los *cateadores*, caballeros en sus burros i con el barril de aguardiente a cuestas, se lanzaron en busca del bellocino de oro. Por desgracia i acaso por fortuna, a los fernandos se les echó la yegua i nuestros buenos espedicionarios quedaron de infantes en medio del desierto. ¿Qué hacer? Desde luego i para desechar penas le dieron un nutrido ataque al aguardiente. Este los hizo entrar en calor i resolvieron por mayoria de votos continuar el viaje a pié. Uno de ellos, rendido por el cansancio i poco entusiasmado por el aguardiente, se resistió a seguir a sus compañeros. Pero en aquellos benditos tiempos no se conocian mucho que digamos las prácticas parlamentarias i se cuidaban poco del derecho de las mi-

norías. Así fué que el mayor número venció al menor. El que no quería seguir el viaje fué maniatado por sus compañeros i azotado de lo lindo. ¿Quieres ir? le preguntaban i a cada interrogacion seguia un enérjico huascazo.

La cosa no era para bromas. La sangre corria por sus estenuadas nalgas i el pobre viajero, con las lágrimas en los ojos i las manos allí donde mas dolia, hubo de seguir a sus crueles compañeros.

Emprendieron todos la marcha, sin desamparar por cierto el aguardiente. Pocos dias despues, el cateador azotado descubrió aquel nido de riquezas que hoi se llama Tres-Puntas i que ha hecho la fortuna de tantos hombres.

En aquellos tiempos no se escribian comedias. Pero si el poeta cómico español, esplotando la mina de Molière, creó su *Médico a palos* ¿no es verdad que hicieron poco ménos esos pobres cateadores que, inspirados por el aguardiente, crearon, hicieron nacer *Un rico a huascazos*?

Diremos por fin que el cateador de nalgas azotadas, a lo que cuenta la tradicion popular, es hoi no solo un millonario sino una persona que ocupa un puesto público distinguido.

—

Se sabe que el descubridor de Chañarcillo era un leñador. Nada, mas casual que este descubrimiento. Segun unos, Juan Godoi habia hecho fuego sobre una roca i esa roca no era otra cosa que un trozo inmenso de plata nativa. Segun otros, i esta es la version mas admitida, Juan Godoi estaba ocupado en correr huanacos. Resbaló su cabalgadura, cayó al suelo, tumbó al jinete. Al levantarse éste, se encontró millonario. La pata del animal habia dejado un surco blanco. Juan Godoi examinó eso i vió que era un cerro de plata.

Apunto aquí un rasgo característico: los descubridores de Chañarcillo han muerto unos i viven otros poco ménos que en la miseria.

Jamas se vió botar mas dinero ni mas neciamente. Se cuenta de uno de ellos que cruzaba a galope tendido las calles. Salian los perros a ladrarle i él metia majistralmente la mano al bolsillo i arrojaba sobre los canes puñados de pesos fuertes.

Este mismo sujeto fué nombrado padrino de un pequeño niño en el Huasco. La noche del bautizo una multitud de muchachos i de no muchachos rodeó la comitiva. No tardaron en dejarse oir los gritos de «padrino huesos i «viva el padrino.» El padrino tiró a la *rebatiña* diez mil pesos en monedas de plata.

El hombre que así botó su fortuna fué conocido entónces i lo es todavía con el apodo de «el negro Volados.»

Otro de los descubridores era un valiente en toda forma. Un dia se desafió con un individuo llamado el *chulo*. El combate fué a puñal. Ambos combatientes se amarraron de un pié con un lazo. Brillaron pronto los puñales i la sangre no tardó en correr. El *chulo* fué vencedor i el vencido lo recompensó con una gruesa suma de dinero por las puñaladas que le habia dado.

Así pasaron la vida aquellos hombres que pudieron ser los primeros entre los soberanos de la riqueza. Ninguno de ellos sabia leer i ni tan siquiera firmarse. La miseria los sorprendió en la ignorancia i legaron a sus hijos el pan amargo de la pobreza en el plato de la corrupcion i del vicio.

Ese es el minero. Descuidado, jugueton, pendenciero i amigo de la vida de escándalos i tempestades, podria decirse que se impregna del aire de la muerte en la atmósfera que respira. Jamas se preocupa del porvenir. El dia de mañana no le importa, que el presente llena toda su vida. Lo vereis meter en su ceñidor el oro a puñados: un momento mas tarde irá a la taberna vecina, cubrirá las patas de la sota, pedirá todo el licor que tenga la venta i cargará de obsequios i cariños a la dama de sus pensamientos.

—

Un escritor chileno, don Adolfo Valderrama, hablando de la poesía nacional, ha dicho que la musa popular del norte es poco fecunda. Se ha llegado hasta afirmar que es estéril i árida como sus campiñas i sus cerros.

Semejante aseveracion revela bien pobre conocimiento de los hechos.

La vida del minero, llámese apir, barretero o cateador, es en un todo poética: poética por sus lances imprevistos, por su grandeza, por su bárbara sublimidad. Quien no ha visto a esos hombres mecerse diariamente sobre precipicios cuyo solo aspecto produce vértigos; quien no los ha

visto descender a los abismos suspendidos por un cable, como los locos de Byron, no puede comprender todo lo que hai de grande, de audaz, de titánico en una existencia que asi se rie de la muerte i se despide minuto por minuto de la vida.

La poesía del minero es pintoresca, arrebatadora, sembrada de metáforas atrevidas, valiente i osada, fiel reproduccion de las costumbres de esa especie de corsarios subterráneos que arrancan sus tesoros i hacen estremecerse en sus cimientos a las mas duras i escabrosas montañas. En la revolucion del 59 salieron de los minerales del norte coplas i cantares llenos de fuego que el pueblo revolucionario, al marchar a los combates, entonaba con tanto orgullo i entusiasmo como los vencedores de Austerlitz i Jena la *Marsellesa*. Alguna vez hemos de tener ocasion de dar a conocer esos cantares, nacidos al calor de la inspiracion de ese poeta anónimo que se llama el pueblo, inspiracion robusta, ruda, desordenada cuando se ha sacudido en la frente del minero. Fué él, fué el minero el autor de las fogosas coplas tan célebres trece años há i que principiaban así:

«Dice el zuavo en el combate:
Bala de plomo no mata;
De Chañarcillo sacamos
Treinta mil balas de plata.»

Las lágrimas, las fatigas, las amarguras, los peligros mismos del minero están reproducidos en numerosos *corridos* que el pueblo del norte se sabe de memoria. Vive en la de todos la existencia semi-diabólica semi-misteriosa, de aquel Pedro Lobo que, segun la tradicion popular, hizo pacto con el diablo para ser un buen barretero, i se convirtió en buei con las astas de oro, i todas las noches derribaba medio cerro con sus mujidos i era el espanto de todo el mineral. Llegó el término del pacto. El diablo exijió a Lobo que le entregase su alma. Lobo hizo brillar su cuchilla, trabó rudo combate con el rei de los infiernos i, cuando sintió desfallecer su cuerpo, murmuró devotamente un *credo*. Satanás reventó dejando toda la comarca impregnada de azufre. Es bellísima la descripcion de este combate fantástico que nos ha dejado un apir conocido por el apodo de *el zunco*.

Pero debo poner aquí punto.

Yo he visto al minero albergado en un hueco de las montañas sin luz, sin techo, sin familia. Lo he visto desafiar las tempestades i desafiar la muerte. Oscuro trovador, la vida no tiene para él otra ventura ni otra dicha que la mujer cuyo esclavo es. Nace como un miserable; vive como un miserable i un héreo, i muere como un miserable i un mendigo. En cambio, ha hecho mil pedazos las galgas de los Andes i ha tejido sobre las sienes de esta perezosa e indiferente reina que se llama Santiago mas de una corona de oro i de diamantes.

Santiago, julio 18 de 1872.

RÓMULO MANDIOLA.

FE.

Se alza la tempestad i el mar furioso
Se encrespa, ruje, i amenaza al cielo.
Crece la lluvia. El rayo pavoroso
Estalla al son del trueno...Abandonado
A las iras del mar débil esquife
Ya endeble flota, ya infeliz se oculta
En el profundo abismo. Arrebatado
Por el recio furor del torbellino
Proa no tiene i el timon se ha roto....
¡Pronto perecerá....!

Jóven marino
Sereno escucha el rebramar del noto
Cansado de luchar contra las olas.
Fijas tiene en los cielos sus miradas
Que solo encuentran nubes...I entre tanto
Ni una sombra siquiera de amargura
Se divisa en su faz...No hai de bonanza
La apariencia menor, i en aquel jóven
Todo es resignacion, todo esperanza!

¡I el esquife se hundió!...Tan solo un remo
Resta al jóven audaz: de él se asegura
I esclama sin pavor:—«Desde la altura
«Hai quien vele por mí: ¡yo nada temo
«Si me protejo tu bondad, Dios mio!
«¡Nada puede sin tí la creatura,
«Todo lo puedes tú, i en ti confio....!»

I apenas de sus labios se escaparon
Tan íntimas palabras, cesó el trueno,
Las olas se aplacaron,
I la calma volvió!....

¡Dios poderoso,
Si todo lo perdí, la fé me queda!
¡Henchido de esperanza i de fé lleno
Yo imploro tu bondad!... Cual el marino,
Solo confío en tí....Si me dejaras
Solo en la tempestad ¿qué de mí fuera?
¡Presta, Señor, tu auxilio al que en tí espera!
¡Tiende hasta mí tu mano, jeneroso!
¡I aunque indigno del bien, si tu me amparas
Viviré salvo i moriré dichoso!.....

J. A. Soffia.

LA LEGACION DE CHILE EN BOLIVIA

DESDE SETIEMBRE DE 1867 HASTA FINES DE 1870 POR R. SOTOMAYOR VALDES (1)

Despues de la guerra de las repúblicas del Pacífico con la España (1865) que se ha desenlazado con el pacto de tregua indefinida, negociado por el intermedio del gobierno de los Estados Unidos, han visto la luz pública sucesivamente numerosos documentos diplomáticos, que servirán en tiempos, no mui remotos, de base para escribir la historia de una época, que fué para ámbos contendores tan fecunda en descepciones, cuanto escasa en hechos de armas.

Nuestra circunspecta i reservada diplomacia ha cambiado de sistema, haciendo del dominio de todos los datos que, de otro modo, habrian dormido para siempre en el archivo de nuestro Ministerio de Relaciones Esteriores.

Si este proceder ha causado a algunos estrañeza, si ha molestado a otros con revelaciones, que habian dejado de preocuparles, gracias al silencio que las rodeaba i al polvo que las cubria, es la verdad que ha venido a descorrer el velo que ocultaba a los ojos de los profanos, las causas de los hechos que hemos venido presenciando, sin poder darnos ántes de ahora una esplicacion que satisfaciera nuestras dudas i que llenara los vacíos dejados por las publicaciones hechas en los mismos dias en que ellos sucedian.

La historia es la que con este proceder mas ventajas ha obtenido, i la que mejor sabrá guardar los documentos para tiempos mas propicios.

Cuando hayan desaparecido de la escena muchos de los hombres que intervinieron en la contienda i prepararon su solucion, entónces el historiador, a la luz de la verdad que ellos arrojan, podrá diseñar con mano firme i conciencia tranquila, las figuras de los directores de la guerra i los perfiles característicos de sus peripecias.

I entónces se saldará la cuenta de glorias i de descalabros, de triunfos i de responsabilidades, de sacrificios i de palabrería, de heroismos i de miedos, para dar a cada uno lo que merece.

A nuestro entender esto es lo que toca hacer a la edad presente; puesto que no es ella la que puede dar pruebas de mas imparcialidad i justicia.

Las virtudes del historiador se avienen mui mal con las pasiones del político.

La pluma, que se empapa en hiel parece atacar al adversario i en los colores del iris para ensalzar al amigo i al cofrade, no podrá nunca correr rápida, sin ligaduras ni embarazos en el papel en que debe estampar sus juicios el historiador.

A medida que el tiempo pasa, el olvido cubre con sus pliegues la tumba de los odios, disipa las nubes i purifica la atmósfera de rencores i de simpatías, de adulaciones i de insultos.

La historia contemporánea rueda entre dos abismos: el panfleto i la adulacion.

Salvarlos no es un imposible; pero sí lo es mui difícil.

Por eso hemos pensado que se hacia una buena obra con hacer del dominio público los documentos de nuestra cancillería durante la guerra con España i el período que la ha seguido, como una consecuencia inmediata i precisa, en nuestras relaciones creadas por la alianza de las repúblicas del Pacífico.

Pero cuando esto decimos, nada está mas léjos de nuestro espíritu que hacer absoluta esta manera de apreciar las dificultades que entraban la marcha del que quiere escribir la historia contemporánea; porque ellas desaparecen cuando el que la escribe, por su situacion, por su carácter i por la abstraccion en que se mantiene del campo de la lucha, puede conservar en su corazon la tranquilidad i en su espíritu la rectitud.

(1) Un volúmen en 8.° de 393 pájinas, Santiago, Imprenta Chilena, 1872.

En este número colocamos a los estranjeros que nos miran i observan i a nuestros compatriotas que miran i observan a las otras naciones. Es por eso, que, negando las mas veces nuestro asentimiento a la palabra calorosa i apasionada de los escritores que hacen servir alternativamente su pluma de arma de combate i de balanza de justicia, la concedemos siempre al que solo la destina al segundo de estos fines.

Hé aquí las dos cualidades mas dignas de atencion que encontramos en el libro, cuyo título hemos escrito a la cabeza de estas líneas.

Si nos hemos detenido en las suscintas i parcimoniosas consideraciones precedentes, ha sido con el único i esclusivo objeto de esplicar el grado de verdad que atribuimos a su autor.

El libro consta de dos partes, diferentes en su forma, casi antitéticas, pero que se completan i se entraban admirablemente.

En la segunda se rejistran la mayor parte de las notas dirijidas por el señor Sotomayor al gobierno de Chile i algunos de los documentos principales de los muchos que existen en el archivo de la legacion chilena en Bolivia.

En la primera se encuentran coleccionadas algunas hojas arrancadas al diario íntimo del jefe de esa legacion, escrito «con la espontaneidad, la confianza i el abandono propios de los apuntes de tal especie.»

Ambas completan un pálido cuadro de lo que fué para Bolivia i para los negocios que debian ventilarse entre las repúblicas aliadas del Pacífico, la administracion del jeneral Melgarejo.

Hai en este relato toda la sinceridad del hombre honrado i la franqueza del que habla, porque cree que ha llegado la hora de romper un silencio demasiado prolongado ya, porque media «un alto interes público, una necesidad tan evidente, tan indeclinable, tan sagrada, como la de no permitir que bajo la reserva diplomática se oculten i duerman verdades cuya publicidad reclaman de consuno la historia, la sana política, el criterio imparcial de las sociedades i de los gobiernos i la conveniencia de los pueblos.»

En efecto; en Chile mui poco se sabe de lo que sufrió Bolivia bajo la administracion Melgarejo; como son mui pocos los que han pensado acerca de las dificultades creadas en nuestras relaciones diplomáticas, por la manera como se ventilaron las mas árduas cuestiones que dividian a bolivianos i a chilenos en los instantes mismos en que la España bloqueaba nuestos puertos.

«De la indecible precipitacion, dice el señor Sotomayor Valdes, con que se acometieron las mas árduas negociaciones que directa o indirectamente se relacionaban con la guerra de España, era natural que se resintieran nuestro tratado de límites i aun nuestra misma alianza con Bolivia. Por un apreton de manos, de mera ostentacion, único contijente que podia traernos el gobierno de Melgarejo, pobre i combatido por todas partes en el interior, rompimos nuestro espediente sobre límites, i pedimos a ese gobierno que él mismo dictase las bases de una transaccion. Tan grande, como agradable debió de ser la sorpresa de aquel poder oscuro i vacilante, cuando se vió conducido de la mano por la nacion chilena, al estrado de los gobiernos decentes, i bien quistos. Este aire, esta honra, esta sancion que acordábamos a los amotinados de diciembre, ¿con qué ménos habrian podido compensarse, que con la pomposa e inejecutable promesa de correr nuestros peligros en la guerra contra la España? Aquel gobierno habria pagado por ser nuestro aliado contra todo el mundo, seguro como estaba de no arriesgar nada en la partida. La alianza del gobierno boliviano, a no interponer Chile su negociacion, le habria sido ofrecida con instancia, i habriamos podido aceptarla, como quien acuerda un favor.

«No queremos detenernos en juzgar la importancia moral i material de semejante alianza, habiendo corrido ya el tiempo necesario i consumádose los hechos suficientes, para que todo el mundo forme cabal concepto de ella. Lo cierto es que, si la patria del loco manchego pudiera mui bien decir que vino a romper lanzas con la mitad del continente americano, nos seria permitido replicarle que, al hacer su liquidacion de gloria, eliminase de la tremenda coalision algunos molinos de viento.

«Aquello pasó, debia pasar, como que no era mas que un incidente en nuestra vida internacional. Pero quedó el tratado de límites, transaccion jenerosa, si bien se considera por parte del gobierno de Chile; pero que, negociada i sancionada por el gobierno del jeneral Melgarejo en los momentos en que su descrédito i su inmorali-

dad lo hacian temer todo a la nacion boliviana, i cuando se acumulaban de nuevo en la mente de aquel pueblo todos los errores i preocupaciones concernientes a nuestra politica en esa cuestion, fué mal juzgada i condenada por la opinion pública, i aun sirvió de bandera a una revolucion en Potosí (diciembre de 1866). La imájen del mono que saca la castaña del brasero con la mano del gato, vino a ser el comentario gráfico de aquel tratado. Para perder tanto en el concepto i verdadera estimacion de un pueblo hermano, al resolver una antigua i reñida cuestion, ¿no nos habria sido lícito obtener mas, mucho mas? La opinion pública fué lójica al pensar que el gobierno de diciembre lo concederia todo al de Chile; pero fué injusta, o a lo ménos, erró, al creer que Chile habia resuelto el problema en su favor i segun sus antiguas i mas adelantadas pretensiones.

«Miéntras tanto el nudo gordiano de nuestros límites con Bolivia no quedó desatado, sino que apénas resuelto en muchos nuevos nudos. La dificultad perdió, por decirlo así, su unidad de conjunto, i por lo tanto la posibilidad de ser resuelta de un golpe, mediante una sola fórmula; i se desenvolvió i fraccionó, diversificándose en multitud de cuestiones. Ese fué el tratado de límites. No bien puesto a la prueba, cuando se comprendió la necesidad de definirlo, de precisarlo i de adoptar una táctica especialísima para su ejecucion.

«Tal fué el orijen de la mision diplomática que el gobierno de Chile se vió en la precision de acreditar en setiembre del año 67, para ante el gobierno de Bolivia, i cuyo desempeño tuvo a bien confiarnos.»

Despues de largos años empleados en buscar una solucion a los muchos problemas que arrancaban su orijen del tratado de límites, la legacion encomendada al señor Sotomayor Valdes tuvo que resignarse a ser mero espectador de las locuras, de los desvaríos, de las crueldades i de los crímenes de la administracion, cerca de la cual se le habia acreditado.

Nada mas imposible que acometer discusion alguna racional i sensata con una cancillería, que no tenia el menor respeto ni el mas insignificante miramiento para el pais que representaba, ni el mas leve deseo de consultar sus intereses.

Para Melgarejo la cuestion única i ante la cual toda otra debia ser pospuesta, era la de mantenerse, a viva fuerza, en el poder. Aborrecido, detestado por todo lo que en Bolivia representaba la decencia i la honradez, se reia de sus adversarios, i pisoteaba i escarnecia a un pueblo que se habia resignado a tolerar una dictadura, cuya historia raya en lo inverosímil.

Temiendo en todo momento a las revoluciones, recorria sin cesar el pais, talando sus campos, despojando sus ciudades, arrebatando a cada cual lo que habia logrado salvar de la voracidad de los despojadores de la víspera.

Así no es de estrañar que un gobierno que solo vivia para sí i para el bien de sus favoritos, no reparara en medios para sostenerse en el poder, a despecho del mundo entero.

Asesinatos sin número, perpetrados en los salones mismos del palacio, fusilamientos sin proceso, suspension de las garantías acordadas por una constitucion dictada únicamente para escarnecer el réjimen representativo, orjías i crímenes en todas partes; tal es en resúmen la historia del *Melgarejismo*.

Con un gobierno semejante no nos admira que las negociaciones diplomáticas mas sencillas durmieran años enteros. Con su indolencia, su ignorancia i venalidad, no habia asunto que no fracasase.

Tal fué lo que pasó al señor Sotomayor Valdes, segun consta de los documentos que forman la segunda parte de este libro.

La legacion confiada a su discrecion i patriotismo, es verdad, que hizo mui poco para salvar los inconvenientes de un tratado, sin precedentes conocidos, como era el de límites; pero hizo cuanto podia exijírsele para ilustrar la opinion de nuestro gobierno.

«Nuestra correspondencia oficial i confidencial con el gobierno de Chile, dice el señor Sotomayor Valdes, se abrió con cierta reserva de nuestra parte, que nosotros calificábamos de prudente al principio, pero que, andando el tiempo i aumentando nuestra esperiencia, nos pareció luego inconveniente i en seguida criminal. ¡Qué! ¿Habíamos merecido la confianza de nuestro gobierno, para ocultarle la verdad? Si le era duro el saber que los héroes a quienes poco ántes habia tributado tanto incienso, eran simplemente unos ídolos de barro, ¿era nuestra la culpa? I por las ba-

nales demostraciones i agazajos de que fuimos objeto en Bolivia, i que nunca creimos que valiesen una gota de tinta para referirlos a nuestro gobierno, ¿estábamos exentos de la primordial obligacion de hacerle conocer la estofa de sus *grandes i buenos amigos*?....»

A nuestro entender hizo lo que debia i lo que era conveniente para la buena armonia entre chilenos i bolivianos.

Cualquier otro proceder habria importado una falta de lealtad.

Tal es el pensamiento capital del libro que hemos, mui a pesar nuestro, analizado tan a la lijera. Es cuanto nos permite hacer el espacio de que disponemos.

Por lo demas, el bien conocido i reputado nombre de su autor hacen innecesario nuestro juicio, que para ser justo, apénas saldria del campo de los elojios i de las felicitaciones.

Una última reflexion i concluimos. Este libro es para los pueblos una leccion a la espartana.

Si los descendientes de Licurgo enseñaban a sus hijos la sobriedad, mostrándoles al ilota borracho; este libro enseña a los pueblos la moderacion i el órden, mostrándoles el ejemplo de una nacion que enjendró en el delirio de sus estravios la mas afrentosa e inicua tiranía.

Santiago, julio 19 de 1872.

VENTURA BLANCO.

OCIOS POÉTICOS.

EN UN ÁLBUM.

Como la flor en el bosque,
Como la perla en el mar,
En los corazones nacen
El amor i la amistad.

Amor! nube pasajera
Que lleva el viento fugaz....
Amistad! flor deliciosa,
Perla linda, hermoso altar!...

Aquel es solo un capricho
Mas o ménos singular;
Esta es el astro divino
Que alumbra a la humanidad.

1872.

SUEÑOS.

¡Qué bien sobre tus hombros delicados
Ruedan los negros rizos de tu frente!
¡Qué hermosa, en tu pupila trasparente,
Brilla la luz de tu alma anjelical!
¡Quién me diera, dichoso en mis delirios,
Sobre tus labios de carmin i rosa,
Hallar una sonrisa cariñosa,
Serprender una trémula ansiedad!

¡Cuán dulce es el misterio de la tarde!
¡Cuán hermosa la luz de la alborada!
¡Qué sublime la bóveda estrellada
Que circunda el eterno pabellon!
¡Qué bello el mar, cuando en su crespo (seno
Melancólica luna se retrata;
Cuando rozando su cristal de plata
Vá la barca jentil del pescador!

Mas dulce que esa tarde es tu sonrisa,
Mas bella que ese mar tu cabellera;
Negros como las sombras de esa esfera
Tus ojos llenos de misterio i paz!
El rumor de las auras en las flores
Son los plácidos ecos de tu canto;
Las gotas delicadas de tu llanto
Son las perlas purísimas del mar!

Palma solemne de gallardas formas,
Tórtola blanda de armonioso arrullo,
Flor entreabierta en virjinal capullo,
Astro prendido en el espacio azul....
Si la verdad alguna vez conciben
Los sueños entusiastas del poeta,
Si un ánjel crea su ilusion inquieta,
Esa verdad, ese ánjel eres tú!

1871.

SECRETO ÍNTIMO.

No creas, nó, que el aparente hielo
Que revela el semblante, guarda el alma;
No creas, nó, que en honda indiferencia
Mis sueños vuelan i mis horas pasan!

Yo tambien sé sufrir i tambien sufro...
Tambien sé amar, i en mi alma enamorada
Asaz han combatido las pasiones,
Como en el mar profundo las borrascas:

Mas de una vez mi cuello ha doblegado
Del tierno amor la voluntad tirana;
Mas de una vez sus dardos han herido
Mi alma severa que inmolé en sus aras!

Talvez mas de una mano cariñosa
Mis lágrimas oscuras enjugára
Si yo confiara alguna vez al labio
Lo que sintiera el alma acongojada;

Talvez algunos ojos celestiales,
Bellos como la luz de la mañana,
Con piedad respondieran a mis penas,
Si yo del corazon las arrancara;

Talvez... mas, mi silencio ha sido eter-
(no!...
Mi silencio es la tumba en que descansan
Mil sueños de esperanzas disipados,
Mil dulces ilusiones destrozadas!

¿A qué hacer desdichado a un ser querido?
¿A qué unir con cadenas de desgracias
En medio del desierto de la vida
Otro ser a mi ser, otra alma a mi alma?

Si he de ser infeliz, dejadme serlo!...
Pero, dejadme en mi fatal jornada
Sin compartir con nadie mis pesares,
Sin hacer de otro la existencia amarga!

1871.

CÁRLOS WALKER MARTINEZ.

EL GOBIERNO I LA COLONIZACION.

No podemos disponer del tiempo suficiente, ni tenemos el deseo de tratar las distintas cuestiones que se relacionan con la emigracion, la inmigracion i la colonizacion. Esta seria por lo demas una tarea mui superior a nuestras fuerzas i daria materia para algunos volúmenes.

Nuestra pretension es mas modesta: solo nos proponemos discutir aqui uno de los problemas a que da orijen la colonizacion, problema sencillo, elemental si se quiere; pero que no por eso deja de ser el punto de partida, la piedra de toque para resolver las demas cuestiones a que la materia se presta.

¿Debe el gobierno mezclarse en la colonizacion? ¿Debe hacerse ajente, empresario en cierto modo de colonizacion? o conviene por el contrario que se limite a asegurar a los nacionales i estranjeros la libertad de entrar i salir del territorio como mas les convenga?

Es estraño que nuestros lejisladores que han dado tanta importancia a las cuestiones de detalle, no hayan tomado en cuenta, aunque solo hubiera sido para hacer una referencia cualquiera, esta cuestion que en buena lójica debia haber sido la primera i la mas digna de llamar la atencion de espíritus colocados a cierta altura.

¿Será acaso que la injerencia de los gobiernos en materia de colonizacion, o en otros términos, que la colonizacion por vía de autoridad, sea de una necesidad o de una utilidad tan manifiesta que pase por un axioma que no haya necesidad de demostrar, ni de establecer siquiera?

Recordemos que en Chile no se trata de ocupar, sea con nacionales o estranjeros, territorios lejanos. En lo que se piensa por ahora es en colonizar una parte de territorio desocupado, que limita i rodea poblaciones de alguna importancia, para seguir despues con el territorio ocupado por los salvajes, que como se sabe se encuentra encerrado entre provincias entregadas a la civilizacion.

Mas aun, cuando se habla de colonizacion, se pretende atrevidamente que ella sea esclusivamente de estranjeros, estableciendo en contra de los chilenos un privilejio odioso, que viene a quitarles el derecho indisputable que tienen de adquirir por los medios legales los terrenos de su pais, que necesiten su industria.

Al paso que en otras naciones de la civilizada Europa se prohibe al estranjero adquirir propiedades raices, en Chile pensamos hacer igual prohibicion a los nacionales. Si aquellas lejislaciones revelan un espíritu estrecho, en comparacion estas ideas llegan a ser insensatas.

¿Qué es lo que nos obliga así, hasta desconocer uno de los principios tutelares de nuestra organizacion social, como es la igualdad ante la lei?

La moda, que ha adornado con sus vistosos colores todos los absurdos que se pueden idear en materia de colonizacion, i así ha llegado a creerse que en esta materia es poco todo lo que materialmente pueda hacer el gobierno: la moda aun, que ha llevado a tal exajeracion el espíritu de estranjerismo, que hemos llegado a olvidar que somos chilenos i que debemos siquiera no negar a nuestros conciudadanos la justicia que se les debe: la moda, todavía, que hace que hombres que talvez se crean sinceros liberales, por seguir la aureola que rodea a ciertas palabras, vuelvan la espalda al principio que sirve de base a la idea liberal, a la libertad, que en su sentido práctico consiste en la disminucion de las atribuciones de la autoridad, como la define M. Courcelle Seneuil en su bello libro *La herencia de la revolucion*.

Para todo individuo que no tenga ideas comunistas, debe ser un axioma que, en caso de duda sobre si la jestion de un interes social cualquiera ha de atribuirse a la autoridad o a la libertad o sea a la accion del gobierno o de los particulares, debe dejarse obrar a la libertad, a la accion individual. De otro modo seria preciso renegar de la libertad i suspirar por el gobierno de la China o del antiguo Perú, bajo Manco Capac i Mama Oello.

La colonizacion no es una de aquellas atribuciones necesarias de los gobiernos, por la sencilla razon de que ha habido muchos gobiernos que no se han mezclado en ello, i porque el nuestro podria pasarlo mui bien sin ocuparse de ese asunto. Esta razon bastaria para hacer declararse contra la colonizacion a todo hombre verdaderamente liberal, que crea que los gobiernos solo son buenos en cuanto son necesarios.

Pero se nos objetará talvez que es necesario que se ocupe de colonizacion todo gobierno que tenga territorios que entregar a la industria i a la civilizacion i por consiguiente el de Chile, que no halla qué hacerse con los terrenos de la Araucania, desocupados. Se convendrá en que no pretendemos que siga subsistiendo por mas tiempo la situacion absurda en que se encuentra el gobierno con respecto a los terrenos que posee en la frontera, pues no los esplota por sí mismo ni permite que lo hagan los particulares.

Lo que queremos es que el gobierno haga lo que haria cualquier propietario en su caso. Tiene una considerable estension de terrenos que ahora nada le producen, que le imponen, al contrario, fuertes gastos; pues ¿hai cosa mas sencilla? Si no los puede esplotar por sí mismo, que los arriende, que los venda. No conviene el arriendo porque los gobiernos no deben tener dominios territoriales, porque conviene mas que saque sus entradas del impuesto Pues que los venda. ¿I cómo se hará la venta, por grandes porciones o por pequeñas hijuelas? La cosa os ofrece dificultades; no teneis talvez ideas mui claras sobre si conviene o nó el agrupamiento o el desmenuzamiento de las tierras; ya pensais en las ventajas i en los inconvenientes de cada uno de estos sistemas; no sabeis talvez que resolver; pues abrid los ojos i ved como está dividida la propiedad a vuestro rededor por ese personaje, por ese sabio profundo que en materia de arreglos industriales sabe mas que los mas hinchados estadistas; ved cómo obra el interes particular.

Encontrareis la pequeña propiedad al lado de la grande, i una variedad al parecer tan caprichosa, que si no observais atentamente creereis talvez que allí no existe mas que desórden. Ese desórden aparente no es sinembargo mas que una armoniosa variedad basada en el interes de la industria. Lo que produce el agrupamiento o la division de las propiedades es el interes de los propietarios. En consecuencia el sistema que debe adoptar el gobierno para vender sus terrenos es mui sencillo: despues de medidos i tasados se ponen en remate i los compra el que dé mas por ellos: deberian admitirse propuestas ya sea por una o por muchas hijuelas.

El arbitrio que proponemos no puede ser mas espedito, ni mas económico. No hai que gastar mas que en medir i tasar los terrenos i en cambio el gobierno recibiria desde luego una cantidad no despreciable como producto de la venta.

Talvez pudiera temerse que esos terrenos despues de vendidos quedaran desocupados i sin cultivo. Este temor seria de todo punto quimérico, porque es indudable que nadie compraria para perder. Por su propio interes los compradores cerrarian el terreno, construirian sus habitaciones, abririan canales i llevarian inquilinos i trabajadores. En un momento veriamos formarse nuevas poblaciones, prosperarian las existentes i de todas partes afluirian a ese territorio, hasta ahora inculto, la poblacion, la industria i la riqueza.

Veriamos realizado en Chile en pequeña escala lo que ha pasado en Estados Unidos en un campo mucho mas vasto. ¿Cómo ha podido ese pueblo trasformar en pocos años en emporio de la civilizacion i de la industria vastísimas comarcas, ayer no mas solo ocupadas por algunas tribus salvajes? Esa ha sido la obra del jenio yankee nos direis. Pues no es así: ha sido la obra de la libertad, que es el jenio de la industria.

PEDRO JESUS RODRIGUEZ.

(Concluirá).

A INES.

(Fragmento del *Childe Harold*, Lord Byron.)

No sonrias a mi frente
Descolorida i sombría,
Porque nunca el alma mia
Al porvenir sonreirá:

¡Ah! que el cielo te preserve,
Misericordioso i bueno,
Llorar gotas de veneno
Que nadie a enjugar irá.

Tu quieres saber de donde
Viene este mal misterioso,
Que amor, juventud i gozo
Royendo en mi pecho está;

Mas deja a una alma que sufre
Ahogar en sí los lamentos
De mil horribles tormentos,
Que tu no puedes curar.

No es el amor, no es el odio,
Ni honor, ni gloria mentida
De alguna ambicion perdida
Lo que me hace maldecir;

Ni lo que me hace pesado
Arrastrar esta cadena
Que implacable me condena
De todo lo que amo a huir.

Es este fastidio inmenso
Que mis ilusiones mata,
I uno por uno arrebata
Los sueños del corazon;

La belleza es impotente
A mitigar mi honda pena,
Tus ojos, mujer, apena,
Sí, distraen mi afliccion.

Es esta fatal tristeza
Que, como al Judío errante,
De mis pasos adelante
Marcando el camino vá;

Que mas allá de la noche
No mira, lóbrega i fría,
Ni otro descanso ansía
Que el reposo sepulcral.

¡Nadie al corazon destierra!
¡I en vano este azote huyendo
Voi fatigado pidiendo
A todos los climas paz!

¡Do quiera pongo la planta
Solo piso sobre abrojos!
¡Do quiera pongo los ojos
Veo una marca fatal!

Todos felices se entregan
Al placer i a la alegría,
I triste, sola i sombría
Entre todos mi alma está:

¡Dúrenles siempre los goces
En que se embriagan serenos!
¡I que como yo, a lo ménos,
No vayan a despertar!

Para mi el destierro eterno,
Para mi el recuerdo horrible,
I la conciencia inflexible
De un pasado abrumador;

Solo hai amargo un consuelo
Para el pecho desgarrado,
Haber por fin agotado
La copa cruel del dolor.

No preguntes de esa copa
Lo que hai de hiel en el fondo,
Ni cuanto puede ser hondo
De una alma de hombre el sufrir;

No quieras ver las miserias
Que hai en él, ni cuanto infierno
Arde bullidor i eterno
En ese abismo sin fin.

Valparaiso, julio 1872.

RAFAEL EGAÑA.

LAS FLORES.

¡Cuán hermosas son las flores en la primavera de su vida, cuando, jóvenes aun, posan esbeltas sobre sus tallos! El céfiro las mece, el sol las acaricia en la mañana, fecundiza su sávia i tiñe con los colores del iris las cristalinas gotas del rocío que tiemblan sobre sus hojas.

Unas crecen gallardas en los jardines de los alcázares i, cual las golondrinas que solo en los palacios forman el nido que servirá de cuna a sus hijuelos, sobre un suelo feraz i hermoseado, dan sustento a su familia. Otras arrastran su vida en un prado solitario al borde de un estanque, cuyas aguas, junto con la bóveda celeste, retratan sus gracias i hermosura. O, cual reinas de la naturaleza deslizan su existencia en las cumbres, laderas o colinas.

¡Ah! Qué bellas son las flores! Cuántas veces las hacemos emblemas de nuestras esperanzas, de nuestros amores o de las ocultas tempestades de nuestra alma! Cuántas veces las cortamos de los jardines i, envolviendo en ellas un pensamiento, las hemos regalado, como un feliz recuerdo de ventura, a la que es dueño de nuestro corazon!

I ¿qué no podriamos hablar de esas ar-

monias secretas e indescriptibles que presenta la historia de una flor con nuestra fugaz existencia sobre la tierra? Ellas en medio del valle, ya se mecen a impulso de una errante brisa, perfuman los espacios, engalanan la campiña, se embriagan en las delicias del amor i se alzan ufanas rodeadas de su familia i de su raza. Mas, ¡cortos son tambien los dias de su dicha! Presto la sacude con violencia el aquilon, marchita su lozanía, deshoja su existencia en lo mas vigoroso de su juventud i las relega al olvido del sepulcro. Así tambien en la existencia del hombre, tan pronto un viento feliz empuja su nave en un mar risueño i apacible, como surje amenazante del seno de sus ondas la borrasca.

I ¿cuál es la muerte de las flores? Unas mueren cortadas de su tallo por la mano desapiadada del hombre, que las roba al valle i a su prole para formar las guirnaldas o ramilletes de un festin, o bien con un objeto mas santo, para adornar en el templo las imájenes que veneraron nuestros abuelos, hermosear el féretro de nuestros padres o la tumba de un ser querido. La misma helada mano del invierno las marchita, i, sin fuerzas para resistir a sus rigores, mueren en la estacion de las escarchas i vendabales.

¡Ojalá, despues de nuestros dias, coloque un amigo una flor sobre nuestra huesa, que recuerde nuestra amistad i los dias de nuestro peregrinaje por el mundo!

Santiago, julio 2 de 1865.

J. Joaquin Echeverría.

LA BARQUILLA I EL PESCADOR.

—Barquilla mia, tú eres mi tesoro.

—Mi pobre pescador, al impulso de tus remos rompa yo siempre las azuladas ondas del mar.

—Aquí, en tu seno, escuché, las plácidas tardes de verano, los consejos paternales; las brisas perfumadas de la ribera, besaban mi frente, reclinada sobre el seno maternal. ¡Dios te bendiga, barquilla, testigo de mis pasadas alegrías!

Niños inocentes éramos, i yo i mi amada coronábamos de flores tu proa. ¡Bendígate Dios, barquilla, que fuiste testigo de mis puros amores.

¡Cuántas veces te vi alejarte llevando al que me dió el ser, al son de los lamentos de la madre, que en la márjen me estrechaba a su seno. ¡Dios te bendiga, barquilla, que oiste el eco de sus besos sobre mi frente!

Barquilla mia, tú tornabas, i nuestros ojos brillantes de alegría te descubrian en lontananza. Aun recuerdo las doradas escamas de los peces de mi padre. ¡Cuántos tiernos abrazos! ¡Bendígate Dios, barquilla, testigo mudo de tan tiernas escenas.

Un dia ¡oh, no quisiera recordarlo! las olas rujian i mi madre lloraba. Mi padre iba a partir; tu vela se desplegó, crujió tu seno, i volaste por la superficie de las aguas. Nuestros ojos, atónitos, te seguian. Mi madre ahogaba en el silencio sus sollozos. ¡Oh, bendígate Dios, barquilla, testigo del triste beso que entónces me imprimiera!

I tú tornaste como siempre, pero arrastrada por ajenos brazos; no traias a mi padre. ¿Qué hiciste, barquilla, del tesoro que te confiamos? Recuerda cuán parecidas son las lágrimas que entónces vertimos a las que hoi vierto.

Mi madre en el lecho del dolor me dió su bendicion. ¡Oh, tú no oiste, barquilla, el lúgubre son del último beso de sus labios!

Tú fuiste mi única herencia. Me alzé, radiante de juventud, sobre tu seno; miré las espumosas olas del horizonte, i descubrí mi porvenir .....

Barquilla, el alma de mi padre vela por nosotros meciéndose en los plácidos rayos que se reflejan en el oleaje.

Mi madre i mi amada, desde la verde colina, nos envian con las auras de la tarde los suspiros de su amor.

¡Bendígate Dios, barquilla, que me traes los recuerdos de mis alegrías i pesares, como el melancólico i dulce son de la ola que fenece en la ribera!

Solo estoi en el mundo; ¡barquilla, tú eres mi único tesoro!

—¡Pobre pescador! rompa yo siempre al impulso de tus remos las olas de la mar.

Cárlos Morla V.

Contenido de este número.

I.—Francisco Bilbao, (continuacion), por Zorobabel Rodriguez, páj. 661.
II.—La flor del alma, poesia, por Mercedes I. Rójas, páj. 664.
III.—El minero, por Rómulo Mandiola, páj. 665.
IV.—Fé, poesia, por José Antonio Soffia, páj. 668.
V.—*La legacion de Chile en Bolivia*, bibliografía, por Ventura Blanco, páj. 669.
VI.—Ocios poéticos, poesias, por Cárlos Walker Martinez, páj. 672.
VII.—El gobierno i la colonizacion, por Pedro Jesus Rodriguez, páj. 673.
VIII.—A Ines, poesia, por Rafael Egaña, páj. 675.
IX.—Las flores, por J. Joaquin Echeverría, páj. 675.
X.—La barquilla i el pescador, por Cárlos Morla V. páj. 676.

IMPRENTA DE «EL INDEPENDIENTE.»

LA ESTRELLA DE CHILE.

AÑO V. Santiago, julio 28 de 1872. Núm. 252.

FRANCISCO BILBAO.

SU VIDA I SUS DOCTRINAS.

(Continuacion.)

IX.

Hemos llenado la primera parte del programa que nos trazamos al principiar; i tendiendo la vista hácia adelante para considerar el espacio que aun nos queda que recorrer, nos sentimos inquietos i perplejos. No es lo mismo referir la vida de un hombre que esponer i analizar sus doctrinas. La vida, por larga que sea, es siempre una jornada; la intelijencia es un océano en el cual toda huella se borra i todo navegante puede estraviar su rumbo.

Bilbao, segun lo indicamos al principiar, llevó sus investigaciones a todos los campos sometidos por Dios a la accion del pensamiento humano, i aun a la esfera inaccesible de lo sobrenatural i misterioso. Para seguirlo en todas sus esploraciones, para contar sus estravíos i esplicar sus caidas, para refutar sus errores i poner en trasparencia sus sofismas, seria preciso darse un trabajo enorme i escribir muchos volúmenes. Nosotros, que no podemos disponer mas que de unas cuantas horas i de unas cuantas pájinas, apénas haremos otra cosa que esforzarnos por indicar con claridad algunos de los principios o axiomas sobre los cuales Bilbao procuró construir su filosofía, su política, su economía social i su sistema relijioso.

En filosofía Bilbao fué un racionalista. Pero ¿qué es el racionalismo? A primera vista la cosa mas racional del mundo; bien entendido, el sistema mas contrario a la razon que pueda imajinarse.

Acabamos de decir que, estándose al sonido de la palabra, nada parece tan racional como el racionalismo. I en efecto ¿qué puede haber de reprobado ni de peligroso en el propósito de no adherir a ninguna creencia contraria a la razon; mas aun, en el propósito de no aceptar como verdadero ningun dogma cuya veracidad no sea racionalmente demostrable? Esto es mui racional pero no es el racionalismo. El racionalismo, como sistema, consiste en negar toda autoridad objetiva, es decir, estraña a la razon, no admitiendo otras verdades que aquellas que la razon comprenda, no solo en sus motivos de credibilidad, sino tambien en su naturaleza i en su esencia.

Entre el criterio del católico i el del racionalista hai, pues, una diferencia capital. Uno i otro, para aceptar una proposicion como cierta, usan de su razon; pero miéntras que el católico raciocina buscando una demostracion de veracidad, el racionalista raciocina buscando la comprensibilidad del dogma o del principio que se propone a su creencia. Mas claro, miéntras el católico dice: Creo en todo aquello que se me demuestre que es verdadero, ya sea comprensible en sí mismo para mi razon, ya sea superior a ella—el racionalista dice por su parte: No admito como verdadero sino aquello que comprenda en si mismo, en sus motivos de credibilidad, en su escencia i en sus cualidades.

Pongamos un ejemplo:

La historia refiere que allá por la segunda mitad del siglo VII los árabes, conducidos por el califa Mohawiah, pusieron sitio a Constantinopla donde gobernaba a la sazon Costantino, llamado Pagonato. Estrechados los griegos, talvez hubieran sucumbido al fanatismo de los musulmanes, que peleaban recordando que el Profeta habia prometido la remision de sus pecados al primer ejército de fieles que embistiese la ciudad de Bizancio, si un descubrimiento maravilloso no hubiese puesto de parte de ésta la fortuna. Un ejipcio llamado Calinico inventó el líquido combustible conocido bajo el nombre de *fuego griego*. Este, arrojado en ollas, en odres, en tubos i otros tiestos, desde los baluartes contra los asaltantes, los hacia perecer abrasados; i llevado por pequeñas embarcaciones contra la flota enemiga, incendiaba sus naves i en torno de éstas i hasta la misma superficie del océano.

Los musulmanes levantaron el sitio i los

griegos conservaron durante siglos con escrupuloso esmero el secreto de aquella invencion salvadora; secreto que, conocido despues por los mahometanos, fué empleado para hostilizar a los cruzados, i que al fin concluyó por perderse.

En presencia de esta pájina de historia, un racionalista trataria de darse cuenta del hecho. ¿Es posible, se preguntaria, que el fuego pueda coexistir con el agua? ¿No es sabido por la esperiencia que ámbos elementos se rechazan? Decir que el agua puede arder ¿no equivale a afirmar la identidad del sí i del nó? Con estas i otras reflecciones análogas el racionalista, que suponemos poco entendido en química, concluiria por persuadirse de que el *fuego griego* fué solo una de tantas fábulas consignadas en los anales del jénero humano como una prueba de la infantil credulidad de los historiadores.

Con el criterio católico se discurriria de otra suerte i se llegaria a un mui diverso resultado. Suponiendo que el que ejercitase ese criterio no poseyese los conocimientos necesarios para darse una cuenta cabal del fenómeno, no se creeria por ello autorizado a rechazarlo por fabuloso sin mas trámite. Entraria en el exámen de los documentos i testimonios que afirman su existencia, i, descubriendo en los historiadores todas las condiciones que pueden concurrir para hacer respetable la aseveracion de un hecho, no tendria embarazo en aceptarlo.

En el caso de que tratamos se ve, pues, que el racionalista habria llegado a rechazar como falso un hecho cuya naturaleza desconocia, miéntras que el católico lo aceptaba como efectivo, confesando la imposibilidad en que se hallaba de esplicarlo. ¿Cuál de los dos habria obrado mas racionalmente i a cuál se habria visto obligado de dar la razon un hombre de ciencia? Dígalo quien sepa que el *fuego griego* no fué otra cosa que nuestro vulgar petróleo o nafta, mas o ménos mezclado con azufre, resina i salitre: dígalo sobre todo quien haya visto *arder el agua* descompuesta por el contacto del potasio.

Podriamos multiplicar este ejemplo recorriendo casi todas las ciencias i manifestando que en todas ellas corren por verdades inconcusas principios i afirmaciones, no solo incomprensibles para el vulgo, sino tambien contrarios a la razon i al buen sentido. ¿No es, en efecto, absurdo que se puedan cuajar helados con fuego, que se pueda producir el hielo en un tiesto de metal hecho ascua, que se pueda introducir una mano en un baño de cobre derretido sin quemársela, o andar sobre planchas enrojecidas en el fuego con los piés descalzos sin dañárselos, que pueda conocerse el peso de un astro cualquiera, que puedan enumerarse las sustancias de que se compone el sol, contarse millones de seres vivientes en una gota de agua, sacarse un feto perfectamente formado del tumor de un hombre, etc., etc? I, sinembárgo, todos esos misterios o absurdos son hechos demostrados o axiomas que están fuera de toda discusion.

Ahora bien, si obrando racionalmente, creemos a los hombres sérios cuando nos revelan hechos incomprensibles relativos a la ciencia que poseen ¿por qué, tratándose de principios o de hechos de un órden sobrenatural, no habiamos tambien de aceptar aquellos que un testimonio suficiente nos revelase, aun cuando nos parecieran incomprensibles i a primera vista chocantes?

Tal vez los lectores van a censurarnos por haber elejido un procedimiento demasiado sencillo i vulgar para poner en claro la naturaleza e insuficiencia del racionalismo; pero no nos arrepentimos de haberlo empleado porque creemos que él es de todo punto inatacable. Quien desee estudiar a fondo el interesantísimo problema de las relaciones de la filosofía con la teolojía i de la razon con la fé, no espere encontrarlo planteado i resuelto en un artículo de revista i de una manera incidental; búsquelo en los libros que sobre el asunto se han escrito. (8)

Siendo, pues, falso el criterio de verdad elejido por Bilbao, no es de estrañar que él lo llevase, en lo tocante a relijion, a los mas lamentables errores.

Ya hemos visto cómo su pretension de interpretar la Biblia, poco despues de haber soltado la cartilla, lo hizo entrar de

(8) Indicamos, entre otros, a los estudiosos el libro del P. Martignon *La liberté dans la foi catholique*; el artículo *Raison* en el *Diccionario teolójico* de Wetzer i Welte; el capítulo LXIX del *Protestantismo comparado con el catolicismo* de Balmes; el interesante volúmen titulado *Liberté, Autorité, Eglise* por el señor Ketteler, obispo de Maguncia; i varios breves pontificios, entre otros el dirijido por Pio IX sobre los derechos i los límites de la razon, al arzobispo de Munich el 11 de diciembre de 1862.

lleno i sin saberlo en los inciertos i movedizos dominios del protestantismo. Mas tarde, sometiendo aquel libro sagrado al exámen de su razon privada i encontrando en él dogmas que no comprendia o preceptos que no se ajustaban a su ideal de moralidad, hubo de negarle tambien todo carácter revelado. Jesucristo desde ese instante no fué ya para Bilbao mas que un grande hombre; no tan grande sinembargo, como Confucio o como Kant; i un admirable moralista, que apesar de todo, no alcanzó a enseñar una moral tan admirable como la que enseñaron los estoicos. (9)

Los que hayan leido la *Vida de Jesus* por Renan, saben demasiado que este célebre difamador del Cristo jamas llegó a tan garrafales desatinos. Este proclama al Cristianismo *la relijion universal i eterna, la relijion definitiva;* miéntras que Bilbao afirma que solo puede llamarse definitiva en el sentido de que será la última que desaparecerá.

No creemos que ningun hombre ilustrado exija de nosotros le probemos la superioridad de la moral cristiana sobre la estoica, ni la superioridad de la teodisea de Confucio sobre la del Evanjelio. Nó, no es preciso gastar mucho injenio para demostrar que aquella moral fria como el destino, tan pretenciosa como impotente, que disfrazaba sus miserias bajo la dorada capa de un orgullo inconmensurable i que no ofrecia a sus adeptos otro consuelo, ni tenia otra conclusion lójica que el suicidio, era inferior a la pura, consoladora i divina moral de Jesucristo. Hai entre una i otra la misma distancia que hai entre el Cristo, ofreciendo a los que socorriesen a los pobres el ciento por uno i despues la vida eterna, i Séneca escribiendo sobre una mesa de oro i de marfil el elojio de la pobreza; la misma distancia que entre Aquel que repechó como un manso cordero la montaña del sacrificio i que lanzó el último suspiro, dejándonos por madre su madre i rogando por sus verdugos, i Caton suicidándose con trájico aparato *despues de haber abofeteado* al esclavo que tardaba en pasarle la espada con que iba a traspasarse. (10) Ménos aun parangonaremos la relijion cristiana, alma de la civilizacion i del progreso, con aquella cuya resultante es el estado político, social i moral de la China. En cuanto a Kant, nada de estraño puede ofrecer la elevacion de su moral, como quiera que el filósofo de Kœnisberg la escribió a la luz del Evanjelio, cuyos resplandores iluminan, hace 18 siglos, sin escepcion alguna el mundo de los corazones i de las intelijencias.

En cambio del cristianismo que rechazaba, Bilbao trató de fabricar una relijion vaga, indefinida, confusa, sin culto, ni sacramentos, ni símbolo revelado, a la cual solia llamar Relijion-Libertad o Relijion-Justicia. No hemos perdido poco tiempo en esplorar las muchas pájinas en que el autor del *Evanjelio americano* trata de esplicar sus creencias relijiosas i de darles una base filosófica; pero al fin hemos llegado a persuadirnos de la imposibilidad de encontrar allí algo que pueda llamarse un sistema, un todo racional, un conjunto de ideas verdaderas o falsas, pero comprensibles.

Cuando despues de salir del fatigoso laberinto de sus pretenciosos axiomas i de sus frases oscuras i pesadas como una neblina de arena, nos hemos echado a buscar en nuestros recuerdos el fondo sólido de aquel mar movedizo de hipótesis, de objeciones, de utopias i de negaciones, no hemos encontrado ni un solo dogma, ni un solo principio, ni una sola regla.

¿Bilbao creia en Dios? Lo asegura en muchos pasajes de sus obras. Sinembargo, de otros se deduce que su Dios no era el Dios personal de los cristianos, sino el Dios-idea, el Dios-libertad, el Dios-razon universal de los panteistas; es decir una mera abstraccion, o mas claro, un Dios que está tan léjos de ser Dios que ni siquiera es algo.

(9) «¿Cómo puede compararse la sublimidad del estoicismo con el desprecio de la individualidad tan propia del cristianismo? ¿Cómo comparar la moral de Kant con la moral de Jesus? I así como Confucio fué superior a Jesus como moralista 600 años ántes, así Kant lo ha sido 1700 año despues.»

«Como dogma, el cristianismo puro es deficiente e incompleto.»

«Como moral, el cristianismo es inferior a la moral del estoicismo.» *(Obras Completas de Francisco Bilbao*, tom. II pájs. 62 i 63.)

(10) Para comprender cuánto mas humana i consoladora es la moral del Evanjelio que la del estoicismo, baste contraponer el sublime consejo de este: *Rogad por vuestros perseguidores: haced bien a los que os persigan i calumnien: amad a vuestros enemigos*, con las máximas estoicas: *La perdida de un hijo no es un mal: es necedad llorar a los muertos: el sabio no se compadece jamas: el sabio no sabe perdonar, etc.— Numquam boni viri miserendum... Misericordia est ægritudo animi... Sapiens non miserebitur... Non ignoscit etc...* SÉNECA *(De Clementia* II. 4. 5 i 6.)

¿Estaba persuadido de la inmortalidad de su alma?—Parece que si; pero es dudoso que considerase esta inmortalidad como un bien, ya que en mas de una ocasion espresa su creencia en la metempsicosis i la probabilidad de una peregrinacion indefinida del alma humana al traves de los mundos. (11)

I despues de aquel Dios, que en realidad no es Dios, i de esta inmortalidad que en buenos términos no es mas que animalidad, es preciso detenerse. La relijion de Bilb o no tenia mas dogmas positivos. En cambio era fecunda en negaciones i en ciertos acciomas adecuados para hacer la guerra al catolicismo. Tomemos de entre éstos el mas deslumbrador, el mas repetido i aquel que puede encontrar mas eco en pueblos como los de América apasionados de la república i sedientos de las libertades civiles i políticas i, poniéndolo en el crisol de la razon, veamos qué es lo que vale, histórica i filosóficamente considerado.

ZOROBABEL RODRIGUEZ.

Continuará).

PEDRO I EL CABALLO.

FÁBULA.

Monta Pedro un mal caballo
En mal camino, i por freno
Un mal cabestro maneja:
Todo malo, él no mui diestro.
De modo que al fin de cuentas
Ambos en un solo vuelco
Al suelo vienen. ¿Qué tal?

Al caballo insulta Pedro,
I la gran lástima es

Que no hablara el tal bucéfalo
Para haberle dicho: *¡burro!*
Mas burro que imbécil pueblo
Que en manos ineptas fia
Las riendas de su gobierno

Santiago, julio de 1872.

S. CORDOVEZ.

(11) «Las almas que aparecen al mundo traen consigo vestijios de la vida anterior que han tenido, aprovechándoles sus hechos virtuosos para la vida nueva en que aparecen. Esas almas que nos parecen privilejiadas desde los primeros momentos de la niñez o de la infancia es porque han sido buenas, luminosas, heróicas en sus anteriores vidas. Esto se ha visto en muchos grandes varones de otros tiempos i esto se vió en la santa de que nos ocupamos i que orijinó su nombre.» Obras completas, tomo I, pájina 367.

«Nosotros creemos en la inmortalidad del sér que realiza la justicia—Nosotros creemos en la permanencia de la causa misteriosa que forma nuestra personalidad, unida a los organismos que pueda revestir en su peregrinacion al traves de los sistemas siderales.» Obras completas, tomo II, pájina 232.

LAS ESCUELAS EN SANTIAGO

A PRINCIPIOS DEL SIGLO XIX.

I.

El año de 1812 habia una escuela en Santiago cuyo número de alumnos pasaba de 300. Era *gratuita*, i sinembargo concurrian a ella niños de las familias mas notables. Sin pertenecer a esta categoria, estudiábamos en ella. Cuando decimos *estudiábamos*, se entiende que hablamos de catecismo, lectura, escritura i las cuatro primeras operaciones de aritmética: no se enseñaba otra cosa. Los que querian hacer estudios mas importantes ocurrian a otros establecimientos rejidos por particulares o por relijiosos que se consagraban en sus respectivos conventos a estas funciones. Aun no se habian instalado el *Convictorio de San Cárlos*, ni el Instituto.

Se fundó tambien en ese tiempo un establecimiento, que se llamó la Academia. Entónces, como ahora, la antigüedad clásica suministraba el título a estos establecimientos, con la diferencia de que en Aténas no habia mas que un Liceo i ahora nosotros tenemos uno en cada provincia. Aristóteles debe estar de parabienes.....

Nuestra escuela estaba situada en la calle de la Catedral, a cuadra i media de la plaza de Armas, en un gran salon del antiguo Instituto, del que ahora ocupa una parte una escuela de artesanos.

Permaneció en ese local hasta fines de 1814, en que fué ocupado, con el resto de ese edificio, por el batallon de Talaveras, hasta despues de la batalla de Chacabuco, que lo hizo pasar al batallon núm. 8 de los Andes.

Esta narracion, por consiguiente, se refiere al período trascurrido desde 1812 hasta 1814. Un año despues dimos por terminada nuestra carrera escolar.

II.

El maestro (este titulo que llevó Jesucristo se encuentra mui modesto en el dia i se le ha reemplazado por el de *preceptor*) el maestro, decíamos, se llamaba frai Antonio Briseño, lego mercenario, de figura imponente: cara angulosa i pálida, boca de oreja a oreja, ojo escudriñador e intelijente. Toda la escuela se alegraba cuando se le veia sonreirse con algun estraño, pues con sus discípulos jamas sucedia esto. Un gorro negro, mas o ménos sumido en la cabeza, nos advertia del estado de *amabilidad* en que se encontraba. Por lo demas, de costumbres ejemplares.

A esta escuela asistian niños de los barrios mas apartados de la ciudad. No eran tan exijentes como ahora, en que quieren que la escuela esté en la puerta de la casa. I es de advertir que entónces era la asistencia doble: la primera a las siete u ocho, segun la estacion, i la segunda invariablemente a las dos de la tarde.

Esceptuando la enseñanza i la tinta, todo lo demas era de cuenta de los alumnos. En cuanto a plumas, solo se conocian las de ave. El papel i los libros valian cuatro veces mas que hoi.

La operacion de *tajar* las plumas ocupaba la primera hora de la mañana, para lo que el maestro, ayudado por un alumno, se colocaba a la entrada de la escuela a fin de hacer aquella operacion diaria en todas las plumas de los que escribian.

La escuela estaba dividida en dos clases, no por el grado de adelantamiento ni por la clase de estudios, sino por la categoría social a que pertenecia el niño. Los mas distinguidos en este sentido ocupaban los dos lados del salon mas próximos al maestro, que tenia su asiento en la testera. Los ménos favorecidos de la fortuna tenian lugar tambien en ámbos lados a continuacion de la primera clase.

Un dia en que, segun nuestros recuerdos, habiamos hecho cierta travesura, nos dirijió frai Antonio estas palabras: Z....*pase Ud. a la segunda*. Al recibirnos en la escuela, el maestro nos habia colocado en la *primera*, a causa, sin duda de vernos con medias i decentemente vestidos; pero es probable que algun soplon pusiera en su noticia que el tal Z. no pertenecia al órden ecuestre i que debia ir a la segunda, al lado de los *suyos*....

Banda de Santiago, con alusion al apóstol, se llamaba la doble fila de la derecha; i *Banda de San Casiano*, la de la izquierda. Poco ántes habian llevado los nombres de *Roma i Cartago*.

Los alumnos mas adelantados o de mejor conducta recibian un pequeño cuadro de papel con calados i dibujos que se llamaba *parco*. El objeto de este papel era que cuando el poseedor cometiera alguna falta, al recibir el castigo, lo presentara para quedar libre. Habia *parcos* de distintas categorías, para distintas clases de faltas; a veces, cuando ella era mui grave, el maestro lo rompia i el delincuente recibia su merecido, sobre todo cuando lo habia obtenido por compra, lo que era corriente.

III.

En el dia, es cuestion mui debatida la clase de penas que debe aplicarse a los niños por sus faltas. En ese tiempo estaban en uso cuatro castigos: ponerse de rodillas, el *guante*, la palmeta i los azotes. El primero, considerado como el mas suave, era el mas comun. El *guante* se aplicaba con alguna frecuencia, pero en poco número. La palmeta tenia lugar para las faltas de mas consideracion. Era bastante dolorosa, pues este instrumento consistia en un pequeño círculo de madera agujereado i con un mango, de cuya punta lo tomaba el que aplicaba el castigo, que rara vez excedia de cuatro o seis golpes en la palma de la mano. Por último, venian los azotes, que solo se aplicaban en casos mui graves, con todas las precauciones posibles para evitar la humillacion del paciente. Esta pena era mui rara i siempre tenia lugar fuera de la vista de los otros alumnos.

Felizmente los azotes han desaparecido de la escuela; solo falta que se le proscriba *de todas partes*....

La mayor parte de estos castigos ha sido reemplazada por otros; uno de los mas comunes es en el dia el *encierro*. Esta pena presenta en muchos casos grandes inconvenientes para los preceptores; pero, aun cuando así no fuera, bastarian solo las *consecuencias* que de ello resultan en muchos casos para rechazarlo como el mas funesto....

Francamente, somos partidarios del *guante*. Lo hemos aplicado en nuestra larga vida de profesor sin ningun inconveniente: casi hemos dicho con excelentes resultados.

Responde de esto el considerable número

de artistas de mérito conocido i de excelentes ciudadanos que hemos formado en la enseñanza de las bandas de música de la capital. Nos gloriamos de poseer un corazon, no solo inclinado a la clemencia por nuestros semejantes, sino por todo sér sensible. Lo esencial es la prudencia del maestro, pues el castigo mas suave, mal aplicado, puede convertirse en una humillacion i un suplicio para el alumno.

Las declamaciones de filántropos reclutas i pedagogos *aficionados* no tienen mas mérito que el estilo campanudo en que se hacen.

IV.

Los sábados habia *remate* en nuestra escuela, como en todas, que no eran muchas. Este consistia en salir al medio del salon dos alumnos, uno de cada banda a examinarse, al tenor del catecismo de la doctrina cristiana, apuntando el número de malas contestaciones para castigarlas en proporcion.

Las planas de escritura se presentaban diariamente, i el maestro estampaba en ellas las siguientes anotaciones: S. siga; I. L. M. imitar la muestra; B. buena; M. mala. Estas clasificaciones daban lugar a correcciones proporcionadas. Venia, por fin, la temible A. azotes. Este calificativo era mui raro, como lo era efectuar su consecuencia.

Los sábados tambien se presentaban las mejores planas escritas en la semana. El maestro escojia dos o tres de cada banda i mandaba a los mismos contendores a las tiendas de comercio para que fueran calificadas por los comerciantes, a quienes se suponia jueces idóneos e imparciales en la materia. El juez daba el fallo con su firma al pié. Los tenderos prestaban gustosos este servicio porque su negocio no era tan activo que se lo impidiera.

V.

Entónces no eran, ni con mucho, tan frecuentes los *calduchos*, palabra nueva; pero la guerra de la Independencia en los años 13 i 14 nos proporcionaba gran abundancia de ellos.

Como, segun los partes de nuestro ejército, todos los encuentros i batallas eran para nosotros otras tantas victorias, al llegar a Santiago esas noticias, las campanas nos advertian que mui luego se presentaria un soldado en la escuela con la órden para el maestro de dar asueto a los niños. Cuando en estos casos el soldado tardaba o no venia, algunos alumnos se lo proporcionaban mediante *cierto espediente*.

Ordinariamente dos o tres dias despues, empezaban por lo bajo a circular rumores que ponian en duda la certidumbre de la victoria, i ántes de una semana, los *sarracenos*, mas bien servidos que el gobiermo en esta parte, daban como averiguado que la cosa habia sido al reves; i que el único dato para tanto repique era que el ejército real se retiraba despues de derrotar al nuestro. El asueto no habia tenido ménos efecto por eso.

No hemos necesitado un Capefigue que desmienta o ponga en duda tantas victorias, pues la lectura atenta de nuestra historia nos habria puesto al corriente del asunto, si ántes no lo hubieran hecho los actores i testigos de esa época.

VI.

En cuanto a libros, si se esceptúa el Catecismo, cada uno se ejercitaba en la lectura en el que podia proporcionarse. Jeneralmente eran libros piadosos. Los impios o inmorales no empezaron a circular hasta el año 20, a mui alto precio. *Las Ruinas de Palmira*, un tomo en 4.°, se vendia al principio a 30 pesos. Vivo está un condiscípulo nuestro que lo vendia en su tienda mas tarde, con una gran rebaja, a onza de oro. *El Contrato Social*, diminuto volúmen en 8.°, lo compramos i vendimos despues de leerlo en 4 pesos. Con un oficial de ese tiempo, que ahora es jeneral, nos arreglamos para comprar, *El Orijen de los Cultos*, (compendio,) en 12 pesos, dando cada uno la mitad. Las obras inmorales de Pigault-Lebrun no eran mas baratas.

La lectura de estos libros i de otros mas o ménos abominables dieron cuenta de nuestras creencias; pero Dios quiso mas tarde alejarnos de la senda que conduce fatalmente al chiquero de Epicuro.

Si esto sucedia el año 20, cuando comerciábamos con todo el mundo ¿qué seria ocho o diez años ántes, en que solo se acercaban a nuestros puertos, es decir, a Valparaiso, los buques españoles i en que recibiamos por tierra, de Buenos Aires, algunos escasos efectos? Lo que es librerias, puede decirse que no eran conocidas; sino se da este nombre a tal cual tienda, de españoles siempre, donde entre los jéneros, se divisaba uno que otro volúmen. Un hecho hablará mas claro que nuestras

observaciones. Cuando en 1813 se abrió el *Convictorio de San Cárlos*, preludio del Instituto, que se instaló dos meses despues, el gobierno dirijiéndose a los padres de familia les decia: «El gobierno tiene destinadas personas que con la mayor seguridad i actividad proporcionen libros elementales e instrumentos científicos a todos los que quieran comprarlos en Buenos Aires o en Europa para instruccion de su familia.»

VII.

Habia tambien en la escuela un personaje de que no hemos hablado: el *emperador*. Este empleo recaia siempre en algun alumno que habia pasado por todos los puestos subalternos. Era llamado cada vez que habia que hacer algo de importancia dentro o fuera de la escuela, i en las ausencias del maestro lo reemplazaba; pues el *sota-maestro*, (ahora se llama ayudante) o no lo habia o funcionaba en cortas temporadas. El *emperador* de esa época era un señor Briseño, algo entrado en años, vestido con cierto lujo poco comun, sobre todo para las personas de su edad; tendria 20 años.

Jamas vimos a un alumno, ni de los mas encopetados, dirijir al maestro, ni a ninguno de sus condiscípulos que ejercian alguna autoridad, palabras poco respetuosas, ni aun oponer una resistencia obstinada al aplicárseles algun castigo. No habiamos llegado a los tiempos felices en que los niños ántes de salir a la calle encienden su cigarro, i el que no lo ha hecho, detiene al primer hombre barbado que encuentra para pedirle fuego. Verdad es que ya se acercaba la época en que un presidente de la república, *liberal* por supuesto, regalaba a un niño de 18 años, alumno del Instituto, por sus buenas disposiciones, las obras *completas* de Voltaire, como libros de estudio i recreo....

VIII.

Para terminar (i ya es tiempo) pondremos a continuacion los nombres de los pocos alumnos de nuestra escuela que aun viven: lo haremos por órden alfabético, pero sin la malicia chasqueada de los fabricantes de la última lista municipal.

Acevedo, don Domingo.
Camaño, don Cayetano.
Correa de Saa, don Domingo.
Correa de Saa, don Juan de Dios.
Gandarillas, don Santiago.
Gandarillas, don Juan José.
Gandarilas, don Juan de la Cruz.
Marin, don Ventura.
Sessé, don José María.
El autor de este artículo.

Nos honramos tambien de contar entre aquellos alumnos al señor don Miguel Aristegui, obispo de Himeria. Su casa estaba situada a una cuadra de la escuela. Cuando pasábamos por allí, notábamos la puerta de calle ordinariamente cerrada. Esto anunciaba entónces que allí habitaba una familia de paz i de órden,

En el dia, no es rara esta costumbre; pero significa que solo debe golpearse a esas puertas cuando se va a hablar al dueño de casa de algo que le haga cuenta.

Una vez se nos ocurrió empujar la puerta de calle i nos sorprendió ver un altar en el primer patio que adornaba el señor Aristegui, ayudado por un hermano, alumno tambien de la escuela, muerto jóven aun.

Cuando mas tarde vimos al señor Aristegui abrazar la carrera eclesiástica, creimos lo que todos los que lo conocian: que la iglesia recibia en su seno a un sacerdote que seria para ella honra i ejemplo.

IX.

Antes de despedirnos de nuestro maestro i de nuestros condiscípulos, haremos saber a nuestros pacientes lectores que, al organizarse por primera vez el Instituto, fué nombrado ¡qué horror! *catedrático* de primeras letras!! un *motilon* sentado en fila con el senador Ruiz Tagle, con seis doctores, entre los cuales se contaba el Sieyes de esa época, don Juan Egaña. ¡I esto sucedia en tiempo que nadie habia oido pronunciar la palabra *democracia*!

Si ahora se repitiera aquel escándalo, es seguro que nuestros flamantes doctores harian coro a los niños del Instituto para maldecir al Arzobispo, a los clérigos i a los inevitables jesuitas, que nosotros denunciamos como autores de la sequedad del tiempo i como introductores de la viruela. ¿Por qué no han de tener tambien la culpa de estas desgracias que nos aquejan, ellos que tienen la culpa de todo?

O. O.

EL GOBIERNO I LA COLONIZACION.

(Conclusion.)

Hai quienes creen que dejando libertad para comprar muchas hijuelas a un mismo individuo se correria el peligro de que los territorios indíjenas pasasen a pocas manos, formándose asi grandes haciendas donde la industria i la poblacion no prosperarian lo que debieran.

Ante todo, los que asi discurren no deben perder de vista que haciéndose el remate por hijuelas, para que se realizaran sus temores seria necesario que el capitalista que deseaba adquirir muchas hijuelas, diera por ellas un precio tal que alejara la concurrencia de los que solo se interesaran por una o dos hijuelas. Ademas, el capitalista tendria que luchar con la concurrencia de otros capitalistas como él. En una palabra, con el sistema propuesto las tierras se venderian por su justo precio. Si valian mas los lotes de muchas hijuelas que todas ellas aisladamente, es decir si a la esplotacion de esos terrenos a juicio del interes particular convenia mas el cultivo en grande, se formarian grandes haciendas; si no, nó.

Cuando se dice que la propiedad no está bastante subdividida o que lo está demasiado, lo único que se quiere dar a entender es que la division establecida no conviene al desarrollo de la agricultura, o en otros términos, que el arreglo existente no corresponde a los intereses de la industria.

Si el ideal en materia de division o unificacion de la propiedad territorial se encuentra bajo la libre accion del interes particular, i si éste obra con todo su poder en la forma de venta que proponemos, es claro que de su aplicacion en ningun caso puede resultar un mal para la industria.

Si no tuviéramos que combatir los errores i las preocupaciones tan comunes cuando se trata de materias como la que nos ocupa, creeriamos dejar de sobra demostrado que nuestro sistema sobre enajenacion de los terrenos de Arauco era el mas favorable al desarrollo de la poblacion, desde que lo era al de la riqueza. Pero hai ideas tan estravagantes o mas bien tanta ignorancia sobre estas cuestiones, que nos vemos obligados mui a pesar nuestro a consignar aqui detalles elementales.

Casi todos los que han hablado o escrito sobre la cuestion de los terrenos de Arauco, se han mostrado mui preocupados buscando el mejor modo de poblarlos. Como se comprenderá, ha habido tantos sistemas como autores. Cuando la razon no se encuentra enrielada entre principios reconocidos, es natural que tome el camino que le presenta la imajinacion mas o ménos caprichosa. Asi unos han propuesto la venta de las hijuelas a los colonos por un bajo precio; otros la cesion de tantas hectáreas por familia; éste propone que se haga la colonizacion por estranjeros de esta nacionalidad; aquél desearia que se prefiriera a los de otra nacion que él designa. Articulista ha habido que sériamente ha aconsejado al gobierno que nos traiga una colonia de chinos.

Estas jentes talvez sin saberlo obedecen a la antigua preocupacion que consistia en creer que el poder i el prestijio de un pais nacia de su poblacion i que, en consecuencia, cualquier sacrificio que se hiciera por conseguir que aumentara, seria abundantemente recompensado. ¿Por ventura la prensa no nos ha aturdido hace poco los oidos gritando por la falta de brazos i por la emigracion de nuestros trabajadores, para lamentarse despues i llorar sobre la pequeñez de los salarios i la triste condicion del gañan?

Esos escritores, por lo demas muiilustrados, no veian que lamentándose de la falta de brazos en presencia de la emigracion de peones, incurrian en una contradiccion tan chocante como el médico que nos hablara de la debilidad de un enfermo, victima de un ataque de apoplejia, o lo que es aun mas exacto, como el que se quejara de la falta de agua en un vaso que de lleno estaba rebalsando. ¡Cómo concebir tampoco que los salarios fueran reducidos estando los brazos escasos? No se sostendria una enormidad mayor, diciendo que el pan está mas barato cuando la harina está mas escasa.

Apesar de los obstáculos que le opone la distancia i el espíritu de nacionalidad, la poblacion del mundo tiende a repartirse buscando el nivel de la remuneracion del trabajo humano, de la misma manera que los productos de las diversas zonas si es necesario dan la vuelta al mundo buscando los mercados mas ventajosos. Tratar por consiguiente de aumentar artificialmente la inmigracion, ya sea con la concesion gratuita de terrenos a los inmigrantes, con

el pago del pasaje o con otras primas análogas, produce exactamente el mismo efecto que si mañana el gobierno estableciera primas para todos los introductores de máquinas, herramientas, etc., o sea una prima jeneral a todos los importadores de mercaderías estranjeras.

En estas materias todo lo que se puede exijir del gobierno i lo único que este puede conceder es la libertad mas ámplia para el estranjero que pisa nuestro territorio o que piensa avecindarse en él.

Dejando obrar a la libertad podemos esperar tranquilos que cuando convenga al pais la inmigracion, la tendremos i de la importancia que sea necesaria. Si queremos producir una inmigracion artificial, gastaremos mal nuestro dinero i en cierta medida retardaremos el establecimiento de una corriente natural de inmigracion, si es que hubiéramos de tenerla.

Es necesario convencerse que en esta materia como en todas las otras que interesan a la prosperidad material de un pais, lo mejor que pueden hacer los gobiernos es seguir al pié de la letra el consejo que escribieron como lema de su bandera los primeros economistas: «Dejad hacer, dejad pasar.»

La esperiencia ha demostrado de sobra que la proteccion de los gobiernos es fatal no solo para la industria en jeneral sino tambien en especial para aquellos intereses que quiere protejer. Tomemos un ejemplo de esto entre millares. El Estado ha creido entre nosotros que le convenia favorecer ciertas profesiones como la del abogado. ¿Ha conseguido su objeto? Es cierto que el pais tiene por lo ménos tres veces mas abogados que los que necesita; pero esto léjos de ser un bien es un mal para la misma profesion cuya remuneracion ha bajado de tal modo que, creemos que no seria aventurado decir que si todos los abogados ejercieran su profesion i contaran con igual proteccion del público, apénas si tendrian un salario superior al del gañan.

Para hacernos comprender mejor queremos suponer que por via de milagro, sin variar las condiciones industriales del pais, acudieran a Chile en todo el año de 1873 cincuenta o cien mil inmigrantes. En esta hipótesis que sabemos no ha de realizarse ¿habria ganado o perdido el pais? El caso como se ve no puede ser mas estremo. Ya no se trata de una inmigracion pagada. Suponemos que los cincuenta o cien mil inmigrantes nos vienen como llovidos del cielo. Mas aun, queremos suponer tambien que la inmigracion es de hombres laboriosos e intelijentes; pero sin capitales, porque es sabido que las inmigraciones casi en su totalidad se componen de jentes que viven con su trabajo diario. En esta hipótesis se habrian colmado los deseos de aquéllos que miran la inmigracion como una especie de panacea para la industria.

Pues bien, nosotros examinando las cosas estariamos mui léjos de desear que eso llegara a realizarse. Si en Chile, a pesar de la emigracion de nuestros trabajadores están bajos los salarios, ¿hasta dónde bajarian con un aumento tan considerable i repentino en la oferta de brazos? No podemos decirlo con exactitud. Lo que podemos afirmar es que los inmigrantes guardarian proporcion con el número de emigrantes chilenos sumado con los millares de obreros que careciendo de trabajo tendrian que mantenerse de la caridad pública.

Podemos dejar establecido que la inmigracion es conveniente cuando obedece a causas puramente económicas, en una palabra, cuando es espontánea; i que por el contrario, cuando es artificial, a mas de no remunerar los sacrificios que se hacen para obtenerla, indirectamente impone pérdidas mayores.

Si fuera un buen negocio traer inmigrantes, de seguro que ya muchos lo hubieran emprendido. El comercio que tiene nuestros mercados constantemente surtidos de todo lo que necesitamos i que no se olvida ni de los juguetes de los niños ¿no habria pensado en traernos inmigrantes? Se habria acordado del artefacto i habria olvidado al artífice?

Desengañémonos. Si a los puertos de los Estados Unidos i de la República Arjentina acuden anualmente millares de inmigrantes es porque esas naciones están mas cerca de la Europa i porque allí encuentran un salario bastante subido que aquí no podemos ofrecerles.

Tan es falso que no tenemos con que poblar la Araucanía que en los nuevos pueblos que se han fundado en el territorio últimamente ocupado, tenemos ya una poblacion de cerca de quince mil habitantes, i esto a pesar de que hasta ahora no ha

querido el gobierno entregar al cultivo los estensos territorios que allí posee.

Muchas veces hemos preguntado a personas que conocen de cerca lo que se llama la cuestion de Arauco ¿qué sucederia si el gobierno retirara el ejército de la frontera i si dejara aquello abandonado a si mismo? Siempre se nos ha contestado: ese dia la cuestion quedaria resuelta; los civilizados se precipitarian como una avalancha sobre los salvajes i se repartirian en seguida sus despojos. La cosa es mui natural; el hombre es siempre el mismo; el interes particular realizaria ahora los mismos prodijios que supo realizar en la conquista de América *la codicia* de un puñado de españoles. Suprimid ese móvil, tan maldecido por historiadores superficiales, i la conquista i la civilizacion de América se habrian retardado por muchos siglos.

El verdadero papel que corresponde al gobierno en todo lo que se refiere a la cuestion de Arauco es dejar que obre libremente el interes particular, limitándose a hacer respetar las personas i las propiedades. Para esto bastan el policial i el juez.

PEDRO JESUS RODRIGUEZ.

ESTHER.

I.

En una anchurosa plaza
De la capital de Persia,
Alzaba el palacio real
Su fábrica jigantesca;
Columnas de bronce i mármol
De incomparable belleza,
De suspendidos jardines
Sustentan la mole inmensa:
Rios de brillante luz
Por cada una de sus puertas
Arroja; i dulce armonia
Vaga por el aire trémula;
Que el rei poderoso Assuero
Al ministro Aman obsequia
Con el festin mas espléndido
Que allí hasta entónces se viera;
Confiado en él le ha entregado
De su gobierno las riendas,
I cree que fiel ejecuta
Mil imperiosas tareas.
Entre cantares de gozo
Colma de honores i ofrendas
Al favorito que infamias
Solo fragua en su cabeza:
Ruedan las doradas copas
Sobre las marmóreas mesas,
I los perfumados vinos
Escancian esclavas bellas:
Nubes de olorosa mirra,
Que cien blandones humean,
Entre los tapices de oro
Vagan, cual plateada seda,
I por las anchas ventanas
De finísimas maderas
Las arrebata la brisa
I en los blancos copos juega.
En tanto sordo rumor
Se deslizó por la esfera,
I en las calles de Susan
Se oyeron gritos i quejas:
Allí una madre corria
I entre sus brazos estrecha
Al hijo de sus entrañas,
De su amor querida prenda!....
Allá un tumulto de jóvenes
Alza voceria inmensa
I por las calles sombrías
Avanza en veloz carrera:
I algunos mustios ancianos
I delicadas doncellas
Del tímido pecho arrancan
Melancólica querella.
Bajo el pórtico alumbrado,
Donde el eco de la fiesta
Aun retumba, de cilicios
Un hombre cubierto llega,
I en conmovedor acento
—«¡Corre, Athach, donde la reina!»
Dijo a un esclavo que livido
Bajó por la ancha escalera:
—«¡Dile que aquí Mardoqueo
Llora la desgracia inmensa
Que sobre el pueblo judío
Desde hoi furibunda pesa!...
«Que Aman el ministro infame
Selló la inicua sentencia
Que proscribe nuestra raza
En todo el reino; i que a ella
«La espera la misma suerte,
De horrores negra cadena;
Que sin perder un instante
Del rei ante la presencia
«Corra i perdon jeneroso
Por si i los suyos obtenga;
Que escuche al que dió de padre
El nombre desde edad tierna,

«I oiga los tristes lamentos
I las doloridas quejas
De un pueblo que amenazado
Está de una muerte cierta!»—

Así habló; i su negra túnica
Largos jirones quedó hecha
E inclinó en el duro suelo
Su encenizada cabeza.

I el esclavo Athach, que mudo
Casi quedó de sorpresa,
El suceso acontecido
Voló a contar a la reina.

II.

Aman junto al rejio trono,
Rodeado de inmenso séquito
Fascinador, comentaba
Sus infernales proyectos:

Con la muerte del judío
Iba a ser el rei el dueño
De fabulosas riquezas
I de tesoros inmensos;

E iba a estirpar de raiz
En todo aquel basto reino
A aquellos que tantos años
Eran viles prisioneros.

El rei Assuero yacía
Meditabundo, i siniestro:
¡Presajio ante sí miraba
Cual horripilante espectro!...

¡Nada escucha!... I a su oido
No llegan los dulces ecos
Del vasallo adulador
Ni del ministro perverso!...

Mas, de improviso, el tapiz
Que cubre un pórtico inmenso,
Se alza i Esther se presenta,
Como un ascua reluciendo;

Era su tez, como el lirio
Que crece en prados amenos,
Rojos los labios, dormidos
I hermosos sus ojos negros;

Rica i perfumada túnica
Ceñia su talle esbelto
I deslumbradoras perlas
Lucian sobre su cuello;

Gruesa fila de diamantes
Sembrados por sus cabellos
Brillan, como en noche oscura
Los rutilantes luceros.

Se difunde por la sala
Hondo i sepulcral silencio
I las miradas de todos
Sobre Assuero recayeron;

Que sin ser por él llamado
Nadie llega al salon rejio,
Sin atraer sobre sí
Horrible muerte por premio.

Ella lo sabe; mas quiere
Alzar de su amado pueblo
La atroz venganza de Aman
Su noble vida esponiendo;

Intenta hablar i al instante
Muere su tímido acento,
No pudiendo resistir
A la mirada de Assuero,

I en brazos de sus esclavas
Se desmaya; el rei lijero
Baja las gradas del trono
I sobre ella estiende el cetro;

La alza i con ardiente afan,
Estrechándola a su pecho
Así la habla:—«Hermosa Esther,
Pide, si quieres, mi reino;

«Abandona ese temor,
Vuelva a tu intranquilo seno
La dulce calma i que yo
Escuche tu blando acento!»—

Pero Esther trémula aun,
Con el corazon repleto
De sinsabores amargos
I de tristes sentimientos,

Contesta:—«Quiera mi rei
Ir mañana a mi aposento
Con el favorito Aman
A un festin que le prevengo,

«I allí serena i tranquila
Le haré presente mi ruego,
Que ora mi lengua se anuda
I casi morir me siento.»—

Todos la sala abandonan
I a Esther la acompaña Assuero
Seguido de diez esclavos
Que llevan hachas ardiendo.

Aman al bajar al pórtico
Tropieza con Mardoqueo,
Que aun allí triste esperaba
El resultado postrero;

Fiera mirada cambiaron
Entre sí; i Aman soberbio
Al ver que ni se movió
Ante él el judío, lleno

De indignacion i de furia,
Juró sería el primero
Que subiría a la horca
Que iba a preparar bien presto.

III.

Para el rei aquella noche
Fué de un eterno suplicio;
Envano llamaba el sueño
A sus ojos, i aburrido

Al fin de tanto velar
Hizo leerse prolijo,
De los anales del reino
Los hechos de atencion dignos.

En crónicas no remotas
Leyó un esclavo: —«*Un judio*
Cuyo nombre es Mardoqueo
Prestó al rei grande servicio:

Los eunucos Bagathan
I Tharés un plan inicuo
Fraguaron contra la vida
De Assuero; i los asesinos

Fueron por el descubiertos
I llevados a un suplicio,
¡Salvando a su rei así
De un inminente peligro!»—

—«¿I qué premio ese vasallo
Por ese acto ha recibido?..»—
Esclamó Assuero—«Ninguno»—
Contestaron los ministros:

I así la noche pasó
I apenas la aurora vino,
Aman ya entraba a palacio
Para haber del rei permiso

De colgar a Mardoqueo
De un madero elevadísimo;
Mas apenas por el príncipe
Aquel magnate fué visto,

Con la sonrisa en los labios
Esta pregunta le hizo:
—«¿Qué honores merecerá
El hombre que mas estimo?—

Por lo que, creyendo Aman
Que él era el favorecido:
—«Debe ser, dijo, paseado
Por la ciudad con el brillo

I fausto que usan los reyes;
De púrpura irá vestido
I en su mano lucirá
Del mismo rei el anillo;

Ceñirá la real corona
I el príncipe mas altivo,
Del alazan que cabalgue
Le llevará el diestro asido;

I así por calles i plazas
Se paseará.»—«Pues, hoi mismo
Has de llevarle las riendas
A Mordoqueo el judío;

Que desde hoi él ha de ser
El único i fiel ministro
A quien confíe la suerte
De mis tan vastos dominios.»—

Así habló el rei i al instante
Mardoqueo fué vestido
Con los trajes mas soberbios
I de deslumbrante brillo,

I en medio de grandes triunfos
Paseó el inmenso recinto
De Susán, el que poco ántes
Lloraba el negro destino.

I humillado Aman rujía,
Lo mismo que el toro herido,
Que encadenado en un poste
Cercano espera el suplicio...

IV.

Es hora ya del festín
Con que Esther al rei convida:
La rejia estancia de flores
Rico tapiz la cubria,

I de su artesón dorado
Velos de púrpura asiria,
En caprichosas cenefas
Sobre los muros caian;

Surtidores perfumados
Embalsamaban la brisa
I un coro de bellas voces
Allá a lo léjos se oia.

Assuero, al fin, que ya el néctar
En dorada copa liba
Le dice a Esther:—«Dime ya
Lo que anoche me pedias,

Que hoi otra vez te prometo
Darte aunque sea mi vida..»—
I la reina así empezó
Como la tórtola, tímida:

—«Mi pueblo i yo destinados
Estamos a inmensa ruina
¡I ojalá que solo esclavos
Fueramos a ser!.. ¡La envidia,

Que nunca duerme, se ha alzado
I la terrible osadía
De un poderoso enemigo
Va a concluir con nuestra dicha!..»—

—«I ¿quién es ese?—esclamó
El rei ardiendo en justa ira.
—«¡Hélo ahí, Aman, nuestro injusto
Perseguidor!..»—Las mejillas

Del desgraciado ministro
Presto se tornaron lívidas
I de espanto, de su pecho,
Casi se escapó la vida....

Hácia las plantas del rei
Se abalanzó i de rodillas
En vano demandó gracia,
Pues solo aumentó la ira
Del indignado monarca;
I en la tarde de ese dia,
En la horca misma que él
Ya tenia prevenida,
Exhaló el último aliento
Aquel infame, i la inicua
Conspiracion se aplacó
Contra la raza judía:
Asi Esther fué quien salvó
Por inspiracion divina
A sus hermanos i Dios
La llenó de inmensa dicha,
I al lado del rei Assuero
Vivió feliz largos dias,
I el súbdito siempre en ella
Halló plácida sonrisa.

Julio de 1872.

DAVID BARI.

PLAJIOS E IMITACIONES.

«En prensa tenia yo mi imajinacion no há muchas noches,» empeñado en buscar un tema sobre el cual me fuera posible escribir un artículo; pero un artículo lijero, que no provocase los robustos bostezos del lector, cosa que es mas terrible para el que escribe que el señudo jesto de una suegra para amartelado galan, que la calma chicha del océano para el navegante, que un discurso lanoso de oposicion o una traduccion de Victor Hugo, en fin, para las pobres orejas del auditorio.

Un amigo, mio que en tales aprietos me veia, hube de compadecerme. Desfilaban por mi memoria tema tras tema i yo a ninguno daba caza. De repente llegan hasta nosotros las armonías del piano. Una hermosa vecina principió a cantar con voz suave, fresca i agradable, una animadora cancion.

—¿Conoce Ud. eso? le pregunté a mi amigo.

I éste, que no solo es escritor brillante i un polemista diestro, sino tambien un aficionado intelijente en materia de música, me contestó:

—Es un trozo de *Orfeo*: la cancion de Jhon Styx. I vea Ud., agregó mi amigo; esa cancion no es mas que una imitacion de un ballet del *Guillermo Tell*.

En materia de música soi lego. Asi es que escuché el largo discurso que, a propósito de la imitacion, me espetó mi amigo, como quien oye llover.

Mas sus observaciones no me fueron del todo inútiles. Puesto que de imitaciones se trata, me dije, echemos un párrafo sobre la materia i hablemos tambien de eso que llaman plajio. Todo bien mirado, el asunto no carece de interes.

Cuando don Antonio José de Irizarri, en unos hermosísimos versos, preguntaba a su «señora musa» en qué consiste que en el siglo XIX, bombasticamente llamado por algunos el siglo de las luces, todos se meten a escritores, se me figura que obraba a impulsos de la impresion en él producida por el cambio operado en el modo de ser de las sociedades modernas con el descubrimiento de la imprenta.

Hoi la palabra, en alas del vapor i del telégrafo, lanzada al mundo por las prensas, surca el océano, escala las montañas i recorre, como las silfides i ondinas del poeta ingles, en unos cuantos minutos, los mas apartados lugares de la tierra. El pensamiento mas humilde, mas modesto i mas pobre puede venir a la vida i golpear las puertas de la atencion pública para exhibirse ante ella i hacerse admirar o despreciar.

Hai una facilidad estrema de figurar en letra de molde. Ello cuesta pocos sudores, pocas veladas, pocos estudios i, lo que es todavia mas, poco dinero. Un verdadero diluvio de libros, de folletos, de periódicos nos inunda. Todo el mundo lee, aunque no todo el mundo piensa, bien asi como todo el mundo come sin que por esto sea posible deducir lójicamente que todo el mundo dijiere con facilidad i sin embarazos.

De aquí esa fiebre, esa sed, ese verdadero delirio por escribir, por estampar en el papel hasta las mas estupendas necedades. Ora es un Cacaceno que nos cuenta sus aventuras de imbécil, ora un nene ensamorado que trata de entristecernos con sus lágrimas, que nos cuenta sus pesares, nos describe la eterna i sombria noche de su existencia, con cada lágrima como un garbanzo sobre sus sopladas mejillas, lo que no le impedirá comer, brincar i dormir a pierna suelta como un anjelito.

Difícil, si no imposible, seria encontrar entre nosotros un escritor o un pichon de

escritor capaz de cumplir el precepto de Horacio, esto es, capaz de guardar por nueve años sus manuscritos. Lo necesario, lo urjente, lo esencial es publicar, aparecer en las columnas de un diario, en las pájinas de una revista, siquiera sea en la carátula de un libro, i salga el sol por Antequera.

Un sabio escritor ha hecho una observacion que me parece profundamente exacta i profundamente filosófica.

El ha dicho que antiguamente se escribia para enseñar i que se escribe hoi para divertir el ánimo o provocar el sueño. Consecuencia lójica de lo anterior es el hecho de encontrarse en los antiguos libros mucho que aprender, mucho grano, i en los libros modernos mucha paja i vellones de lana capaces de atormentar a los mas fuertes estómagos.

Entiéndase bien que hablo en tésis jeneral. El siglo XIX tiene sabios de primera nota, filósofos profundos, poetas incomparables, escritores brillantes, con los cuales no reza lo que vengo diciendo.

Pero entre esta magnífica pléyade de atrevidas i poderosas águilas ¿quién no ve ese sinnúmero de murciélagos i langostas que se ciernen pesados i embrutecedores sobre el campo de las letras?

No soi de los últimos en admirar los prodijiosos bienes que la imprenta ha hecho. I si eso no soi, no soi tampoco como de los últimos en reconocer sus males. Porque tenemos la imprenta i porque hai facilidad estremada de publicar cuanto nos viene en antojo, se ve que una turba de mochuelos, renacuajos, buhos i topos han tomado por asalto el campo de las letras.

No busqueis en sus escritos ni orijinalidad, ni ideas nuevas, ni elevados pensamientos ni siquiera un estilo jeneral i característico. Ello equivaldria a exijir peras del olmo.

En otros tiempos un hombre consumia la larga noche de su existencia en la meditacion i el estudio. Se hacia así un filósofo i un escritor. Sus libros resplandecian de ciencia i tambien de modestia, estas dos hermanas que debieran siempre marchar unidas.

Hoi no sucede así.

¿Quereis tener un filósofo, un eruditor?

¿Quereis tener un polemista que refute a San Agustin, que mire por sobre el hombro a Santo Tomás, que proclame a Orijenes un insensato o poco ménos? ¿Quereis algo mas grande que Nestorio, que Arrio, que Abelardo, que Lutero?

¡Ni cosa mas fácil! Mirad a vuestro lado i no os costará mucho trabajo encontrar lo que buscais.

Allí teneis un jóven de razon soberana, de pensamiento libre, descendiente en línea recta del mono i hermano carnal por ende de todos los cuadrúpedos. Coje el diccionario de Bayle, *Las Ruinas* de Volney, las obras filosóficas de Voltaire, los delirios de Dupuy, etc., etc. Rodeado de este arsenal, toma un párrafo de éste, una cita de aquel, aquí una sátira, allí una máxima, acullá un insulto. Reune todas estas yerbas, las mete en una olla i las coloca al calor de su cocina económica. Al cabo de poco está confeccionado un artículo que al dia siguiente aparecerá en las columnas de un periódico.

¡Es de ver la admiracion i el abrir de boca de los necios! ¡Qué sinnúmero de citas! esclaman a una. ¡Qué portento de erudicion. Si sabe hasta el latin! I vean Udes. como cita los testos i los libros en que esos testos se encuentran!

I por este estilo se siguen las admiraciones, las esclamaciones, las interjecciones i los aplausos al talento portentoso del jóven escritor.

No obstante, si se penetra un poco en el asunto, fácil le será a cualquiera convencerse de que el «erudito escritor,» no tiene otra gloria que la mui poco envidiable que corresponde a quien lo ajeno se apropia. Robando aquí i allá con una tranquilidad de conciencia que raya en el cinismo; arrebatando a los pobres autores lo que talvez les ha costado muchas veladas i muchos sudores, se presenta ante la multitud vestido de ajenas plumas. La ignorancia lo aplaude, la imbecilidad lo admira, i una i otra se encargan de probar la exactitud de aquel verso del poeta romano: «unos se llevan la gloria i otros la merecen». O como dice el refran: «unos se llevan la fama i otros la lana.»

De esta comodidad para robar a otros sus conceptos, sus ideas i aun sus espresiones mismas, ha nacido esa especie de ciencia fofa, vana, falsificada, apócrifa que estiende dia a dia sus dominios i que aspira a verse coronada como rei, sobre su frente los resplandores de la gloria i una mul-

titud ignorante aduladora e inconciente a sus piés.

¿Quién no escribe versos en el dia? No hai Maritornes, por mugrienta i miserable que parezca, que no haya sido cantada en un soneto, una quintilla o una décima, que así se acerca a la verdadera poesía, como el ruido de una ruinosa carreta que se arrastra sobre el empedrado se parece a las armonías de la música, como el graznido de los ganzos se asemeja a los cantos del jilguero. Lauras he visto yo que han sentido nauceas en presencia de los abortos intelectuales de sus desgraciados Petrarcas i Eloisas que han echado a correr, en cuatro patas, a los primeros arranques de los rebuznos de sus Abelardos.

¿Quereis ser autor de testos i obtener un privilejio para venta de testos? Tomad cualquiera obra apreciable de literatura, historia, jeolojía, etc., etc. Estractadla, traducidla, plajiadla i es probado; los necios os creerán un hombre de ciencia, un hombre de estuche, un hombre enciclopedia, un sabio, en fin. En el campo de las letras el robo no es robo; es cuando mas una trampa legal i corriente.

I despues de todo ¿qué cosa es el plajio? Qué distancia hai del plajio a la imitacion? ¿Ambas cosas son lejítimas?

«Librenos Dios de confundir dos especies esencialmente distintas! Bajo las alas del jenio puede la imitacion cobijarse; el plajio solo se asila bajo el techo en que reposa la impotencia presuntuosa i vana, que, habiendo nacido para arrastrarse entre el lodo como ciertos reptiles, quiere elevarse a las rejiones en que reinan i dominan el majestuoso cóndor i el águila altanera.

Ya lo dijo el sabio: «nada hai nuevo bajo el sol»; pensamiento que ha traducido gráficamente un poeta frances diciendo: «quien planta una col, a álguien imita».

Mas que en el fondo, mas que en los pensamientos, la orijinalidad de un escritor está en la forma, está en la frase con que sus pensamientos espresa.

Así, los poetas modernos han imitado i imitan hasta el cansancio a los poetas griegos i latinos.

Sin salir de América, tenemos la célebre oda a de *Junin* Olmedo, en que el poeta ha seguido casi constantemente la estela eternamente bella dejada por la nave poética de Horacio.

El eminente Bello imitó a V. Hugo; Heredia imitó a Melendez, a Quintana, a Cienfuegos; Matta imitó hasta en sus torpes i descabelladas divagaciones a Espronceda, quien a su vez imitó a Byron i a Goethe. Mas aun; leed los cuentos del poeta chileno, tan aplaudido por los señores Amunátegui, i leed en seguida *El Diablo mundo* del malogrado poeta español i hallareis que el primero ha calcado su obra sobre la del segundo, siguiéndolo hasta en sus defectos, aunque sin conseguir ponerse a la altura del cínico cantor de Teresa, casi siempre inspirado i casi siempre admirable por el atrevimiento de sus imájenes i la lírica entonacion de sus estrofas.

Buscad entre nuestros noveles poetas i hallareis que se ha llevado tan léjos, tan léjos el espíritu de imitacion, que no es raro ver en ellos nuestra naturaleza i nuestras costumbres vestidas a la europea i como tal inconocibles.

Aunque nadie se ha cuidado de finjir siquiera la noble i severa indignacion de Juvenal, no ha faltado quien haya puesto un delirante empeño en rastrear las huellas de Tíbulo i Propercio, imitándolos en sus libidinosos espasmos, i hasta en los arranques de la mas crasa voluptuosidad.

De este espíritu servil de imitacion, de esta inclinacion apocada que pudiera calificarse de *Parietarismo* deshonroso, nace esa escasa jenialidad i esa carencia de carácter propio en nuestra literatura. No hai todavía bastantes títulos para que podamos enorgullecernos de poseer una literatura esclusivamente americana.

Cuando no se poseen ni tan siquiera las alas de Icaro, es insensata la audacia i miserable la pretension de mirar *vis a vis* al primo hermano de Dios, como llamaba al sol el elocuentísimo Mirabeau. Los que han nacido para vivir en charco i para cantar los amores de la rana i la soberbia filosofía del asno, que arrojen léjos de sí la péñola, porque manejarla i esgrimirla en pro de encantadas damiselas no es su vocacion.

Solo al jenio le es dado crear, solo el jenio es perfectamente orijinal. Sorprende por lo nuevo de sus pensamientos i sorprende por lo inesperado de sus formas. Los grandes talentos imitan, pero imitan poniéndose a la altura de sus modelos i a veces sobrepujándolos ¿No es acaso Virjilio superior en muchas partes a Homero?

I llegando a otro jenio ¿tiene el autor de *La Muerte de César* mucho que envidiar a su modelo Alfieri?

Mas, ni crea ni imita la impotencia. I cuando la acompaña una excelente dósis de vanidad, la impotencia roba. Es una especie de Falcato Rojas, que mora constantemente en las encrucijadas de la república de las letras. ¡I cuánto no es de lamentar el que no haya para ella una penitenciaria!

Pero si para el ladron en la literatura no existen las penas que las leyes sociales señalan, para el ladron de los caminos públicos que, al ménos, las personas sensatas no declinen el perfecto derecho que tienen para condenar a la vergüenza pública a esos sempiternos i vanidosos piratas que surcan, manchándolo todo con su quilla, el traspasparente i pintoresco océano de las bellas letras....

Dice el diccionario español de una sociedad de literatos:

«*Plajiar*, a. Usurpar, hurtar o apropiarse conceptos, ideas, obras o cosas ajenas, vendiéndolas, presentándolas, exhibiéndolas como propias.»

«*Plajio*—...El vergonzoso prurito de lucirse a costa del sudor ajeno, vendiendo como de la propia cosecha aquello que otro ha discurrido.»

El diccionario de la Academia española dice que es plajio «el hurto o apropiacion de libros, obras o tratados ajenos.—*Litterarium furtum.*»

El diccionario frances de Nuñez i Taboada dice:

«*Plagiat*, s. m. Plajio: la accion de atribuirse las obras ajenas i la misma obra robada.»

En buenos términos, en buen castellano, plajiar es robar i el plajiario es un ladron. ¿Ladron hemos dicho? Pues nos parece bien la palabra por lo mismo que es dura, ya que es mas dura la conciencia de quienes no tienen escrúpulos en apropiarse

Lo que en ajeno campo se cultiva
I a sudores ajenos es debido.

I no obstante vemos diariamente cómo llenan, columnas tras columnas, ciertos sujetos que pretenden el epiteto de autores o escritores, olvidando o desdeñando las condiciones que para serlo exije el chistosamente célebre Figaro.

¿Hai que llenar las pájinas de un periódico, de una revista?

¡Pues, no hai en ello una obra de romanos! Tomad cualquiera revista o cualquier periódico estranjero. Escojed de allí un artículo, estractadlo, desfiguradlo, plajiadlo, en una palabra, i es hecho; si ocultais el nombre del autor, si lo suplantais por el vuestro, ya teneis derecho a gritar: *plaudite cives.* I los ciudadanos de la república de los imbéciles i de los ignorantes, abrirán tanta boca i proclamarán los talentos del jóven i ya inmortal escritor.

Esto se llama pujar para estraños provechos o, como dicen los abuelos, calentar agua para que otros tomen mate.

En nuestra niñez tuvimos una especie de idolatría por Cervantes. Todo lo que de su pluma inmortal salió, lo devorábamos con avidez. Entónces se grabaron en nuestra memoria las siguientes palabras que el célebre creador del *Quijote* estampó en su *Adjunta al Parnaso*:

«No ha de ser tenido por ladron el poeta que hurtare algun verso ajeno i le encajare entre los suyos, como no sea todo el concepto i toda la copla entera, que en tal caso tan ladron es como Caco.»

Pido un poco de mas atencion, un poco de mas modestia i un poco de mas conformidad a los Cacos de nuestra literatura. Si tanto quieren hincharse i tanto figurar, corren peligro de merecer la suerte de la rana de la fábula, reventarán.

No hai necesidad tan urjente de que se escriban disparates i disparates por malos medios habidos. Recuérdese que en medio de este diluvio de microscópicos escritores, nuestro gobierno hace notar la necesidad de traer inmigrantes, lo que prueba que, ántes que plumas de avestruz, brazos nos faltan para sembrar frejoles.

Santiago, julio 26 de 1872.

RÓMULO MANDIOLA.

Contenido de este número.

I.—Francisco Bilbao, (continuacion), por Zorobabel Rodriguez, páj. 677.
II.—Pedro i el caballo, poesía, por S. Cordovez, páj. 680.
III.—Las escuelas de Santiago a principios del siglo XIX, por O. O., páj. 680.
IV.—El gobierno i la colonizacion, (conclusion,) por Pedro Jesus Rodriguez, páj. 684.
V.—Esther, poesía, por David Bari, páj. 686.
VI.—Plajios e imitaciones, por Rómulo Mandiola, páj. 689.

IMPRENTA DE «EL INDEPENDIENTE.»

LA ESTRELLA DE CHILE.

AÑO V. Santiago, agosto 4 de 1872. Núm. 253.

FRANCISCO BILBAO.

SU VIDA I SUS DOCTRINAS.

(Continuacion.)

X.

La relijion católica es incompatible con el libre uso de la razon, con la soberanía del pueblo, con la democracia, con la república, con la libertad política, con el progreso de los pueblos.

Eso es lo que afirma Bilbao cada vez que la oportunidad se le presenta: esa es su grande objecion contra el catolicismo, su caballo de pelea contra la Iglesia. (12)

Antes, empero, de examinar en sí misma i en sus diversas fases esta objecion, reconozcamos francamente que ella es especiosa para la ignorancia i con mucha habilidad elejida para oponerla al catolicismo en América, donde acusar a una doctrina o institucion cualquiera que sea de opuesta a la libertad i a la democracia, es como condenarla a la vergüenza pública. Mas práctico en ello que muchos incrédulos de nuestro tiempo, Bilbao comprendió que el campo en que la incredulidad puede reclutar en el siglo diezinueve prosélitos i luchar contra su eterna enemiga con mas favorables resultados, no es el de la teolojía, ni el de la filosofía, ni siquiera el de las ciencias naturales, sino el de la política. Vió claramente que en América la república, mas que una conviccion, es un hecho, universal, indestructible, i se dijo: Estrellemos al catolicismo contra este hecho i lo haremos pedazos!

Por fortuna, si en América la democracia es un hecho indiscutible, el catolicismo tiene el mismo carácter. Por fortuna todavía no puede haber temor ninguno, ni hai posibilidad siquiera de que esas dos ruedas sobre las cuales marcha la sociedad americana lleguen a chocarse, ni existe sobre la tierra ningun poder capaz de formular con autoridad suficiente el satánico dilema: Catolicismo o república, racionalismo o anulacion de la personalidad, en este mundo el infierno del atraso, de la tiranía i de la servidumbre o en el otro el infierno de los réprobos!

¡Nó i un millon de veces nó! Ese dilema es un imbécil o un malvado; i a pesar de él i burlándose de él i olvidándose de él, hai muchísimos católicos, entre los cuales tenemos el honor de contarnos, que, creyendo en su razon, i cultivándola, i ejercitándola, aceptan el órden sobrenatural, la infalibilidad de la Iglesia i aun la del Papa; i que siendo mui leales demócratas i mui sinceros republicanos, son católicos no ménos leales i sinceros.

Aun cuando hemos indicado ya cómo es que el criterio católico, filosófica i esperimentalmente considerado, es mucho mas racional que el criterio racionalista, queremos agregar algo todavía para poner en evidencia que el creyente, sometiéndose a la autoridad de la Iglesia i aceptando sus enseñanzas, léjos de renunciar a su razon o a su libertad, no hace otra cosa que un acto de libertad i de razon.

Cuando Bilbao negaba que hubiese sobre la tierra, iglesia, secta o autoridad alguna con el derecho de imponer dogmas, era lójico consigo mismo. Cuando, empero, deducia de esta conviccion suya que el católico, reconociendo i aceptando una autoridad semejante, renunciaba a su intelijencia, no sabia lo que decia. Es claro que quien niega la revelacion i la existencia de una autoridad encargada por Dios de conservarla i enseñarla infaliblemente, no puede reconocer en nadie sobre la tierra el derecho de imponer dogmas; pero no es ménos claro que aquellos que empiezan afirmando que la revelacion existe i que existe tambien una autoridad infalible encargada de conservarla i enseñarla, son mui lójicos i mui racionales.

(12) Pueden verse sobre este punto en sus *Obras completas*, las pájinas 6, 160, 162 i 163 del tomo I, i las 176, 198, 200, 204, 403 del II, i en el folleto titulado: *La revolucion en Chile*—no incluido en las obras completas—la pájina 240 i siguientes.

I esto porque es lójico que quien reconoce una autoridad infalible se someta a ella; i por que no se menoscaba la libertad humana con la obligacion de aceptar como verdad aquello que sabe que es infaliblemente verdadero.

Trascribamos sobre este punto dos pájinas, admirables de sencillez i buen sentido:

«El católico se ha unido a la autoridad como a una compañera inseparable i, durante toda su vida, en medio de la actividad de sus investigaciones, esta union va haciéndose mas i mas íntima i suave, hasta el punto de que cuando aquella autoridad se calla i lo deja abandonado a sí mismo, él no quiere creer, pensar ni enseñar mas que por ella; sabe, i ese es el secreto de su alegría, que es una parte de un gran todo, un miembro de un noble cuerpo i que la luz que en él existe es un rayo emanado de un foco esplendoroso de que es participante.»

«El hombre que se ha unido por un matrimonio indisoluble a la mujer de su predileccion, solo contesta con una sonrisa de lástima a quien le representa que ha enajenado su libertad i esclavizado su persona. Lo que llaman su servidumbre le parece el acto mas feliz de su libre albedrío. Si el libertino le encarece la libertad de sus instables amores, él da gracias a Dios en lo íntimo de su corazon por haberlo preservado de semejantes estravíos. Tal es el sentimiento del teólogo católico, cuando el sabio que no pertenece a la Iglesia le encarece la libertad ilimitada de sus opiniones relijiosas, el derecho de creer i profesar todos sus antojos i caprichos. El católico, léjos de sentir envidia le responde con las palabras del poeta:

«La libertad sin freno me disgusta.
I siento de su imperio el triste peso.» (13)

«Precisamente porque estoi cansado de mis dudas, dirá, porque mi alma tiene hambre i sed de la paz i de la tranquila certidumbre producidas por la fé, es porque he sometido mi alma a la autoridad de la única Iglesia que tiene sobre la tierra el derecho de exijirme esa sumision. No puedo admitir otra autoridad que una que se encuentre colocada sobre todos los hombres mis iguales; no quiero ni la que los otros me impondrian, ni aun la que yo mismo me impusiera. No acepto tampoco la autoridad de un texto escrito, porque en último resultado, i aun sin quererlo, concluiria por leer en ese texto mi propio pensamiento. Así seria víctima de inevitables ilusiones. Para no adorar el ídolo de mi pensamiento i para libertarme de mis propias ilusiones, me he refujiado en el seno de la Iglesia que cuenta con la promesa de no ser dominada jamas por los vanos deseos i los pensamientos egoistas.» (14)

«Decimos que un sér es libre cuando se mueve sin estorbo en el medio que le conviene i que le ha sido impuesto por la naturaleza. Aun cuando no pudiese salir de ese medio, so pena de destruirse a sí mismo, nadie veria allí una traba puesta a su libertad. Así por ejemplo, el ave que ha recibido por dominio las rejiones del aire, despliega en él su audaz o caprichoso vuelo, i aun cuando ese campo por vasto que sea tenga sus límites, el ave no deja por eso de parecernos libre. La escarpada orilla traza al húmedo habitante del rio la línea de demarcacion que no puede atravesar impunemente, sin que por eso le quite la libertad de sus movimientos. Todo lo que hace es circunscribirle el dominio que le es propio.»

«La verdad es el elemento de la razon humana. Solo en ella las intelijencias pueden moverse a sus anchas; allí están como en su propio medio i disfrutan de la plenitud de su independencia. Lo que restrinje su libertad es cuanto para ellas disminuya el campo de lo verdadero, i de ningun modo lo que les indique los límites mas allá de los cuales lo verdadero deje de existir. Iluminar el precipicio, poner en trasparencia el escollo, contra el cual pudiera estrellarse el pensamiento no es violar su derecho; de otra suerte seria preciso decir que las luces prendidas por la noche a lo largo de nuestras calles para prevenir los accidentes dañaban a la circulacion, o bien todavía que los faros construidos en los parajes peligrosos para alejar de ellos a las naves, se oponen a la libertad de los viajes.» (15)

Esto es tan evidente, que el mismo Bilbao, sin darse cuenta de ello talvez, no ha podido ménos de reconocerlo, por una de

(13) *Me this unchastened freedom tires.*
I feel the weight of chance desires.
WORDSWORTH.

(14) Dœllinger, citado por Foisset.

(15) Martignon *La liberté de l'esprit humain dans la foi catholique*, pág 42.

esas inconsecuencias en que frecuentemente incurren los hombres que profesan erróneas doctrinas, i que son como las gloriosas protestas que hace la razon contra el ignominioso yugo que la oprime.

«No se puede decir, observaba éste a un señor Rosquellas, que partiendo de la infinidad de Dios negaba la libertad humana, que el hombre, obedeciendo a la lei que es su lei, dependa o sea esclavo—porque Dios mismo cuya voluntad infinita no negais, *obedece* a su propia lei infinita, es la libertad infinita i de nadie depende.» (16)

Luego no puede decirse tampoco que el hombre que voluntariamente somete su razon en cuanto a la moral i al dogma a una autoridad que en su concepto solo puede enseñar la verdad i encaminar las acciones humanas al bien, renuncie al libre uso de su razon i se someta, como el mismo Bilbao lo dice en otra parte, a la peor de las esclavitudes que es la esclavitud voluntaria.

No insistiremos mas sobre este punto; pero álguien va a decirnos: Vuestras citas i reflecciones serán tan concluyentes como querais. Entretanto el hecho es que, usando de vuestra razon, podeis llegar i muchas veces habreis llegado a conclusiones incompatibles con las enseñanzas de la Iglesia. En tal conflicto no os queda mas que salir de ésta o sacrificar vuestra razon. ¿Cuál es entónces vuestra salida? Quisiéramos oir vuestra respuesta.

Pues bien, a quien así se imajinase ponernos en la imposibilidad de dar una respuesta categórica, contestariamos como hace algun tiempo contestábamos a un señor matemático, con sus ribetes de incrédulo, que se complacia en poner delante de nuestros ojos aquella temerosa emerjencia.

«Señor mio, le dijimos, ¿qué contestaria Ud. al hombre que le sostuviese la posibilidad de que dos líneas paralelas, al cabo de mucho prolongarse, podrian coincidir en un punto dado?—Pero ese es un absurdo!—¿I por qué?—Porque siendo las líneas paralelas, paralelas han de seguir aun cuando se prolonguen hasta el infinito.—A pesar de todo, suponga Ud. que mirando las dichas líneas llegase a persuadirse de que coincidian a cierta distancia de sus ojos. En tal caso tendria Ud. que sacrificar su vista o sacrificar su axioma.—Si tal llegase a ver no sacrificaria nada; lo único que haria seria restregarme los ojos.—Pues, ni mas ni ménos, es lo que deseaba contestarle. Es imposible que la razon ilustrada i desapasionada se contradiga con la doctrina católica, porque es tan imposible que la verdad, que es idéntica a sí misma, se contradiga con la verdad como que dos líneas paralelas coincidan. I en el caso de que llegue el católico a notar diverjencia o incompatibilidad entre lo que le enseña la Iglesia i lo que ve su razon, lo que hace es *restregarse* ésta un poco, i advertido del yerro, recomenzar el trabajo para enmendarlo.»

«La Iglesia católica, dice el ilustre obispo de Maguncia, monseñor de Ketteler, ha rechazado siempre con horror a aquellos que la acusan de obligarnos a creer cosas irracionales. En todas sus escuelas enseña como un axioma que no es permitido creer lo que la razon condena. Toca, pues, a nuestros adversarios probar a la Iglesia que su doctrina es absurda, que es lo que no ha logrado hasta ahora en la larga série de los siglos ningun enemigo del cristianismo.» (17)

XI.

Pero vengamos ya a considerar la objecion en lo que tiene de mas práctico: es decir en cuanto se roza con la política.

¿El Catolicismo es incompatible, sí o no, con la República? ¿Es verdad, sí o no, que condena las formas del gobierno representativo i las libertades políticas?

Ántes de contestar categóricamente estas preguntas, debemos indicar con franqueza el pretesto que ha debido darles orijen. Es cierto por desgracia que existen en el viejo mundo, sobre todo en España, Francia e Italia, católicos mui sinceros, mui piadosos i hasta bastante autorizados que, ya sea por dar fuerza a sus opiniones políticas, ya sea porque carecen de la necesaria elevacion de espíritu para reconocer lo que hai de verdadero, de racional i hermoso en la democracia, olvidando los crímenes que se han cometido en su nombre, ya en fin porque ignoran a un tiempo mismo las verdaderas doctrinas del catolicismo i del republicanismo, afirman en los parlamentos, en los libros i en los periódicos, que el siste-

(16) Obras completas, tom. II, páj. 473.

(17) Ketteler.—*Liberté, Autorité, Eglise*, páj. 28.

ma democrático representativo repugna a la Iglesia, i que no es posible ser buen creyente en Jesucristo, sin ser buen creyente en los reyes por la gracia de Dios. Algunos de estos empecinados ilusos fundaron en Roma un periódico durante el último Concilio, i llegaron en su audacia hasta hacer en él votos repetidos i estrepitosos por que la Augusta Asamblea anatematizase cuanto ántes *el dogma absurdo e impio de la soberanía del pueblo.*

Reconocido así francamente el pretesto de la objecion que consideramos, es oportuno observar desde luego: 1.° que siempre i en todas partes delante de esos católicos poco ilustrados o mui pretenciosos, ha habido otros que sostengan principios políticos diametralmente opuestos: 2.° que la Iglesia ha vivido i vive en la actualidad en buenas relaciones con los gobiernos justos i honrados, sin distinguir entre los monárquicos i republicanos, ni entre los absolutos i representativos: i 3.° que jamas la república, ni la democracia, ni el sistema representativo, han sido condenados por los Concilios o los Papas.

Luego es evidente que ni en la teoría ni en la práctica existe la pretendida incompatibilidad que se alega entre el catolicismo i la democracia.

Con respecto a la teoría no caeremos nosotros en el estremo en que caen algunos republicanos mas entusiastas que instruidos, cuando sostienen que el sistema democrático de gobierno es una derivacion lójica i necesaria de las doctrinas evanjélicas. Este error nos parece tan grave como el otro que consiste en afirmar que no hai mas gobierno ajustado a esas doctrinas que el monárquico, i aun que el monárquico absoluto. La verdad es otra. La verdad es que el gobierno político de las sociedades no ha sido materia de la revelacion, ni de las enseñanzas del Salvador. Este campo es de aquellos que han sido entregados por Dios al trabajo i al estudio del hombre. Así es que ni Jesucristo indicó la mejor forma de gobierno, ni la Iglesia infalible depositaria i maestra de su doctrina ha proscrito o anatemalizado ninguna de esas formas en el transcurso de los siglos.

Bilbao observa con mucha razon en alguna parte de sus obras que ni la democracia se deduce del catolicismo ni éste de aquélla; pero al sacar de esa observacion la consecuencia de que la doctrina católica debe ser rechazada por todo buen demócrata, incurre en un error grosero. Para que el catolicismo fuera forzosamente i no pudiera ser mas que la relijion de los demócratas, tendria ántes que dejar de ser el catolicismo, es decir, la relijion universal i convertirse en la relijion de una época o de una raza.

Repitámoslo, pues, ya que se trata de desvanecer cargos fundados en simples afirmaciones: la Iglesia no ha consagrado ni condenado nunca ninguna forma de gobierno. Quien afirme lo contrario desconoce o desnaturaliza sus doctrinas, sea cual fuere por otra parte su celo, su talento o su crédito.

Sabemos bien que podrian citársenos pasajes de tal diario, revista o escritor católico en los cuales las garantías de las libertades políticas se calificasen de herejías o de poco ménos (18) pero nada nos seria mas fácil que oponer a esos pareceres, otros de periódicos o de escritores i aun de teólogos no ménos acreditados e ilustres, que han sostenido opiniones diametralmente opuestas. (19)

Un solo testimonio citaremos porque nos parece irrecusable i porque él, en cierto modo, vale por cuantos pudiéramos citar. Este testimonio será el de la *Civilta Cattolica*, revista romana, cuya autoridad es grande i cuyas tendencias políticas son demasiado conocidas. En el número del 6 de febrero de 1864 (pájs. 263 i 264) despues de protestar contra los que pretenden que la Iglesia es enemiga de la libertad i aliada del despotismo, agrega: «Repitámoslo por la cetésima vez (¡i permita Dios que sea la última!) la Iglesia no rechaza las libertades políticas; al contrario las ama,

(18) Para no citar mas que un ejemplo, *L'Univers* de Paris en su número del 5 de mayo de 1852 decia: «Alguien ha afirmado que el sistema parlamentario descansa sobre un principio herético. Por mui vivo que sea nuestro deseo de evitar cualquiera exajeracion, creemos que ese no alcanza a ser todavia el calificativo que merece.»

(19) Entre otros ménos ilustres, Santo Tomas de Aquino, Suarez i el cardenal Belarmino. Es mui notable el siguiente pasaje de este último citado por Segretain en su *Socialisme catholique*: «El derecho divino no ha dado el poder en particular a ningun hombre; luego le ha dado a la multitud. Por otra parte, quitado el derecho positivo, no hai razon para que entre un gran número de hombres iguales domine el uno mas bien que el otro; luego el poder es de toda la multitud.»

las favorece i le aprovechan maravillosamente....En las constituciones modernas no reprueba ni la libertad, ni las elecciones de uno o de dos grados, ni las cámaras dobles o únicas, ni los ministerios, los discursos, las interpelaciones, las comisiones, enmiendas i demas resortes del mecanismo parlamentario.... sobre todo esto la Iglesia deja que cada pueblo haga lo que mas le convenga.»

Por lo demas, si alguna duda quedase sobre el particular, la conducta de la Iglesia bastaria para disiparla. Los Papas, ni como vicarios de Jesucristo, ni siquiera como soberanos temporales, han hostilizado a las repúblicas. Al contrario, puede decirse que bajo el amparo de Roma se levantaron las repúblicas italianas. Venecia desde el siglo X cultivó mui amistosas relaciones con los soberanos pontífices, i unida con éstos defendió mas de una vez la independencia de la peninsula contra los emperadores de Alemania.

¿I qué obstáculos encontró Florencia, poderoso centro intelectual i político de los güelfos, para constituirse en república, en una época en que ésta habria sido imposible a pugnar con el catolicismo que era entónces la relijion de toda la Europa civilizada?

¿Ni cuándo los Papas se opusieron a la independencia de los cantones, que reuniéndose poco a poco en el siglo XIV, formaron la república Suiza, única que ha subsistido hasta el presente en Europa como para desmentir a los que aseguran que la democracia es impracticable en aquel continente? ¿I podria alguien decirnos si aquel hermoso pais fué mas libre despues de la reforma de Lutero que lo que ántes habia sido, o si ahora mismo se muestran ménos celosos por conservar sus libertades los cantones católicos del sur i centro que aquellos que viven fuera de la Iglesia?

Mas, sin ir tan lejos en el espacio i en el tiempo, ¿en la misma América no tenemos innumerables hechos i documentos que prueban hasta la saciedad los sentimientos amistosos i simpáticos de los sumos pontífices, i sobre todo del actual, para con estas repúblicas? ¿Cómo decir entónces que la Iglesia condena una forma de gobierno, que nunca ha condenado, que ha sido elejida libremente en diversos tiempos i paises por pueblos católicos, sin incurrir en protestas ni anatemas, i por la cual en la actualidad se rijen catorce estados católicos que viven en perfecta armonia con el Papa?

Esto en cuanto a la forma republicana de gobierno. En cuanto a las libertades políticas inherentes al sistema representativo o parlamentario, podriamos hacer mui semejantes observaciones. Mejor que hacerlas por nosotros mismos nos parece ceder la palabra a dos escritores tan respetables por su saber como por su carácter.

«Abro los fastos de la historia, ha escrito Balmes, examino las ideas i costumbres de los pueblos, las instituciones dominantes, i veo por todas partes *fueros, privilejios, libertades, cortes, estados jenerales, municipalidades, jurados.* Véolo con cierta informe confusion, pero lo veo; i no estraño que no se presente con regularidad por que es un nuevo mundo que acaba de salir del cáos. Pregunto si el monarca tiene facultad de formar leyes por sí solo, i en esto, como es natural, encuentro variedad, incertidumbre, confusion; pero observo que las asambleas que representan las varias clases de la nacion toman parte en la formacion de esas leyes; pregunto si tienen intervencion en los grandes negocios del Estado i encuentro consignado en los códigos que se las debe consultar en los asuntos de mas gravedad e importancia, i hallo que mui a menudo lo verifican asi los monarcas; pregunto si esas asambleas tienen algunas garantias de su existencia e influjo, i los códigos me muestran testos terminantes i cien i cien hechos me vienen a recordar el arraigo de estas instituciones en los hábitos i costumbres de los pueblos.»

«¿I qué relijion era entónces la dominante? —El catolicismo. ¿Eran mui apegados a la relijion los pueblos? —Tanto que el espíritu relijioso lo señoreaba todo. ¿Tenia el clero mucha influencia? —Mui grande. ¿Cuál era el poder de los Papas? —Inmenso. ¿Donde estaban las jestiones del clero para acrecentar las facultades de los reyes a espensas de los pueblos? ¿Dónde los decretos pontificios contra estas o aquellas formas? ¿Dónde las medidas i las trazas de los Papas para menoscabar ningun derecho lejítimo? Entónces me digo con indignacion: si bajo la influencia del catolicismo salia del cáos la Europa, si la civilizacion marchaba con rápido i acertado paso, si el gran problema de las formas políticas ocu-

paba ya a los sabios, i las cuestiones sobre las costumbres i las leyes empezaban a resolverse en sentido favorable a la libertad; si miéntras era mui grande aun temporalmente la influencia del clero, si miéntras era colosal en todos sentidos el poder de los Papas, se verificaba todo esto; si cuando hubiera bastado una sola palabra del pontífice contra una forma popular para herirla de muerte, las libres se desenvolvian rapidamente, ¿dónde está la tendencia de la relijion católica a esclavizar a los pueblos?» (20)

Oigamos ahora al ilustre arzobispo de Malinas:

«¿Cómo dudar en presencia de los hechos que la accion de la Iglesia haya sido favorable para el desenvolvimiento de las libertades políticas? ¿No fué cuando las naciones se sentian i declaraban hijas de la Iglesia, cuando se vieron surjir las cámaras católicas de Inglaterra, las cortes de España, las dietas jermánicas, las repúblicas de Italia i de Helvecia, los estados de Francia, de Béljica i de otros paises i las municipalidades tan llenas de vida de nuestros mayores?»

«¿I cuándo el regular desarrollo de las libertades políticas en toda la cristiandad fué bruscamente paralizado? ¿Cuándo empezó el réjimen absoluto a jeneralizarse? Justamente cuando se rompió la armonía entre los dos poderes, cuando la pretendida reforma sublevó los espíritus contra la autoridad de la Iglesia. Fué esta sublevacion relijiosa la que trajo entónces en Inglaterra, en Francia, en Suecia, en Alemania i en España una especie de dictadura seguida de cerca por la reaccion revolucionaria.» (21)

Séanos lícito agregar ahora a tan irrecusables testimonios el testimonio de nuestra propia esperiencia. Podriamos manifestar sin trabajo que las libertades belgas, tan apreciadas con justo motivo en Europa, son obra del partido católico i que en ese pais son los católicos los mas enérjicos i sinceros sostenedores de la constitucion política: podriamos recordar el inolvidable ejemplo dado en Inglaterra por O'connel i los católicos de ese pais, su inteligente perseverancia para usar de la asociacion, de la prensa i del meeting, hasta hacer triunfar la causa de la verdad i de la justicia; podriamos preguntar si los católicos norte-americanos se muestran bajo algun aspecto inferiores a sus compatriotas protestantes, cediéndoles en los comicios, en la industria, en el comercio i en la audacia para acometer colosales especulaciones; pero preferimos volver los ojos a nuestra propia casa.

Por una feliz coincidencia, Chile es la república mas profundamente católica i la mas libre i próspera de la América latina. Ninguna otra ha hecho desde su independencia acá ni mayores ni iguales progresos materiales i políticos. En ningun pais del mundo (nos atrevemos a afirmarlo sin miedo de ser desmentidos con hechos) se goza en la práctica de mas ámplias libertades que aquellas de que nos hallamos en pacífica posesion. En la práctica tenemos la libertad ilimitada de la prensa, de la asociacion i de la tribuna, i acaban de pasar en la Cámara de diputados por una considerable mayoría reformas electorales, que si llegan á sancionarse, nos colocarian sobre ese particular a la vanguardia de todos los paises rejidos por el sistema representativo.

¡I tales progresos se han verificado en la república mas católica de América, i lo que es mas significativo, con la cooperacion decidida del partido que representa con mas exactitud las doctrinas i tendencias del Catolicismo!

Despues de esto que venga álguien a hablarnos de la incompatibilidad de la República i del Catolicismo i le indicaremos por toda respuesta el espectáculo de nuestro propio pais.

ZOROBABEL RODRIGUEZ.

(Continuará.)

(20) BALMES, *El Protestantismo comparado con el Catolicismo*. Cap. LXI.

(21) DECHAMPS, *Discours sur la cause catholique*, 1863.

ANANIAS, MISAEL I ASARIAS

EN EL HORNO DE BABILONIA.

«¿No es ésta, acaso, la ciudad inmensa,
«La joya del oriente,
«Babilonia magnífica esplendente?
«¿Cuál es como ella estensa

«Feliz como ella, poderosa i rica?
«Pues obra es de mi brazo i poderío
«I cuanto encierra en su recinto es mio.
«Me obedecen, me adoran
«Cien i cien pueblos a mi lei sujetos:
«Cedió a mi fuerza la soberbia Tiro,
«Jerusalen la santa
«Hollada vióse por mi altiva planta;
«Ni de mis iras, nó, salvarla pudo
«Su temido Jehovah, que vió impotente
«I temeroso i mudo
«Tragar las llamas su fastuoso templo:
«Era yo quien lo hacia
«I no hai hombre ni Dios que pueda nada
«Contra los rayos de mi diestra airada.»

Así de Babilonia
Nabuco el poderoso desafia
Al mismo cielo en su locura impía,
I queriendo cual Dios ser adorado,
Estátua refuljente
De fino oro ha labrado
E innumerable jente
En llanura vastísima ha juntado.
Talvez fulgura en el metal bruñido
La fatídica luz de hornos voraces
Que el rei ha prevenido
A los que intentan resistirle audaces.
El aire rasga sonorosa orquesta
Que de la infanda fiesta
Es anuncio fatal; cual se conturba
I cae reverente
La temerosa turba
I al suelo inclina su cobarde frente.

Tan solo tres hebreos
De pié se ostentan con su cuerpo erguido
Que al punto como a reos
De lesa majestad el rei les dice:
«¿Quiénes sois que habeis querido
«Mi lei atropellar de esta manera?
«¿Quién puede a mi furor arrebataros,
«I de mi mano fiera
«Cuál es el Dios que pueda libertaros?»
Impávidos responden
Al furibundo rei los tres mancebos:
«Vano es tu esfuerzo i tu furor es vano,
«Que la potente mano
«De nuestro Dios bien puede
«Tu soberbia humillar i tu arrogancia:
«Todo a su fuerza cede
«I a él solo adoramos
«I tu estátua sacrílega insultamos.»
Dicen, i airada oscureció sobre ellos
Su faz Nabuco i retemblando en ira
Manda cebar la pira
Con mas intenso fuego,
I a varones fortísimos ordena
Atarlos al instante,
Precipitarlos luego
A la voraz hoguera
Con joyas i vestidos,
Que no permite espera
La voz amenazante
Del que en la reina del Oriente impera.

¡Cómo sube hasta el cielo,
Cual empinado monte que se inflama,
Con hórrido fragor, violento vuelo
La embravecida llama,
I al impulso del aire se derrama
I en rojas olas al contorno jira.
Mas ¡ai! ya se entrelaza
I ajitada en confuso terbellino
Envolver se la mira
Los defensores del honor divino:
Lánzase un grito de piedad i espanto:
Es Israel que se abandona al llanto.

Celeste portento
De súbito impide
El bárbaro intento
Del déspota cruel.
La turba admirada
Observa la llama
Que en bóveda alzada
Parece no arder.

Rebosa del horno
El vivido fuego
Formándose en torno
Un globo de luz;
¡Allí dulce sonrriendo
Veloz paraninfo
Del cielo rompiendo
El límpido azul;

Desciende i se aleja
El fuego a su vista,
Que en él se refleja
La gloria de Dios;
Detiene vibrando
Sus cándidas alas
Con ellas formando
Real pabellon.

I brota su aliento
Suavísima brisa
Cual frio elemento
Que apaga el ardor:
El viste gracioso
Las luces del iris
I es canto armonioso
El son de su voz.

Delicias del cielo
Derraman sus ojos
Vertiendo el consuelo
I haciendo feliz.
Con eco sonoro
Los nobles mancebos
En férvido coro
Prorrumpen asi:

«Alábente, Señor, los altos cielos,
«Sus ánjeles te enzalcen,
«I desde el polo de perennes hielos
«I desde el hondo abismo
«A la sublime cumbre, en tu honor se alcen
«Alabanza eternal, eterna gloria,
«Honor i gratitud, prez i victoria.

«Sol esplendente, deliciosa luna
«I fúljidas estrellas
«Al que os fijó en la esfera de una en una
«I os brindó el firmamento
«Donde ostentaseis vuestras luces bellas,
«Dad eterna alabanza, eterna gloria,
«Honor i gratitud, prez i victoria;

«Mar bullidora, de rujir violento,
«Relámpagos veloces,
«Sordos volcanes, impetuoso viento,
«I en fin, emblemas todos
«De su inmenso poder, en altas voces
«Dadle eterna alabanza, eterna gloria
«Amor i gratitud, prez i victoria.

«I nosotros, Señor, que arrebatados
«De manos de la muerte
«Por tu bondad hoi somos, i librados
«De aquesta horrenda llama,
«Te ensalzamos a tí, Dios grande i fuerte,
«Te damos alabanza, eterna gloria,
«Amor i gratitud, prez i victoria.»

La inmensa turba enajenada estaba
I el rei enmudecia
Sin creer lo que veia,
Sin creer lo que escuchaba.
I con voz respetuosa i tierno acento
Arrebatado esclama:
«Luchado he contra el cielo, ¡necio intento!
«¡Mirad como la llama
«Brinda a los siervos de Jehovah frescura!
«Mas ¡ai! si los proteje
«Un bellísimo ser cuya hermosura
«Semeja a la de Dios. Salid, amigos,
«Bendigamos la augusta providencia,
«Que somos hoi testigos
«De su invencible brazo,
«Infinita virtud i omnipotencia.»

Octubre de 1867.

ESTEVAN MUÑOZ DONOSO.

REVISTA BIBLIOGRAFICA.

JULIO.

En el próximo pasado mes de julio, las prensas chilenas han hecho las siguientes publicaciones:

«S. Estrada.—Apuntes de viaje.»—(Del Plata a los Andes; del mar Pacífico al mar Atlántico.)—1 vol. en 8.° de 258 pájs.—Imprenta de *El Ferro-carril*.—Santiago.

«Esposicion de las leyes de minas de la República de Chile» por José Bernardo Lira.—2.ª edicion.—1 vol. en 4.° de 72 pájs.—Imprenta de *La Librería de El Mercurio*.—Santiago.

«La República de Méjico.»—Apuntes jeográficos, estadísticos, etc., por José Domingo Cortés.—1 vol. en 4.° de 334 pájs.—Imprenta de *El Independiente*.—Santiago.

«La Legacion de Chile en Bolivia, desde setiembre de 1867 hasta fines de 1870» por Ramon Sotomayor Valdes.—1 vol. en 4.° de 393 pájs.—Imprenta *Chilena*.—Santiago.

«Alfredo» novela por Ruperto Marchant Pereira.—1 vol. en 4.° de 82 pájs.—Imprenta de *La Libreria de El Mercurio*.—Santiago.

«Memoria que el Ministro de Estado en el Departamento de Hacienda, presenta al Congreso Nacional de 1872.»—1. vol. en 4.° de 76 pájs.—Imprenta *Nacional*.—Santiago.

«Memoria que el Ministro de Estado en el Departamento de Marina presenta al Congreso Nacional de 1872.»—1 vol. en 4.° de 180 pájs.—Imprenta *Nacional*.—Santiago.

«El despojo de los cementerios.»—

Opúsculo por el Obispo de la Concepcion.—1 vol. en 4.° de 94 pájs.—Imprenta de *El Correo*.—Santiago.

«Memoria de la Sociedad Nacional de Agricultura pasada al Supremo Gobierno en 1872.»—1 vol. en 4.° de 16 pájs.—Imprenta *Nacional*. — Santiago.

«Acusacion del Intendente Echáurren ante el Congreso Nacional por el pueblo de Valparaiso.»—1 vol. en 8.° de 81 pájs.—Imprenta de *La Patria*.—Valparaiso.

«Antecedentes de la prision a que fueron sometidos en Quillota los ciudadanos Espinosa i Moran.»—1 vol, en 8.° de 51 pájs.—Imprenta de la *Patria*. —Valparaiso.

«La corruptora i la buena maestra,» cuadro de costumbres por Fernan Caballero.—1 vol. en 8.° de 101 pájs.—Imprenta de *El Independiente*.—Santiago.

«Comision especial de Instruccion Pública.»—Informe i actas.—1 vol. en fol. de 25 pájs.—Imprenta *Nacional*.—Santiago.

«Cuenta jeneral de las entradas i gastos fiscales de la República de Chile en 1871.»—1 vol. en fol. de 222 pájs. —Imprenta *Nacional*.—Santiago.

«Décima octava Memoria presentada por el Directorio de la Compañía del *Ferrocarril Urbano de Valparaiso* a la Juntal jeneral de accionistas.»—1 vol. en 4.° de 7 pájs.—Imprenta de *La Patria*.—Valparaiso.

«Estatutos de la Compañía Agrícola.» —1 vol. en 4.° de 16 pájs.—Imprenta de *El Ferrocarril*.—Santiago.

«Estatutos de la Sociedad anónima, *Diana de Caracoles*.»—1 vol. en 4.° de 21 pájs.—Imprenta de *El Ferrocarril*. —Santiago.

«Estatutos de la Compañía Lusitano-Chilena de Caracoles.—1 vol, en 4.° de 20 pájs.—Imprenta de *La Patria*.—Valparaiso.

«Una temporada en los baños de Catillo» novela por Alejandro Gonzalez. —Entregas 5.ª a 9.ª—1 vol. en 4.° de la páj. 65 a la 144.—Imprenta *Nueva*. —Chillan.

«Memoria del Presidente de la Sociedad Tipográfica de Valparaiso.» —1 vol. en 8.° de 14 pájs.—Imprenta de *La Patria*.—Valparaiso.

«Manual del cofrade i Carta de la Archicofradía del Santo Rosario de la Viña,» por el presbítero Cárlos Emilio Leon.—1 vol. en 8.° de 35 pájs.—Imprenta de *El Correo*.—Santiago.

«Vísperas del Oficio parvo de la Santísima Vírjen, que en la Iglesia de la Merced se cantan todos los domingos del año.»—1 vol. en 8.° de 16 pájs.— Imprenta de *El Independiente*.—Santiago.

«Programa de frances» por el profesor del ramo en el Liceo de Valparaiso. 1 vol. en 4.° de 17 pájs.—Imprenta de *El Mercurio*.—Valparaiso.

«La *testudo chilensis* del doctor Gray i la Flora de Nueva Zelanda comparada con la chilena» por el doctor Rodulfo Amando Philippi.—1 vol. en 4.° de 24 pájs.—Imprenta *Nacional*. — Santiago.

«Una cabeza humana adorada como Dios entre los jívaros (Ecuador)» por el doctor Rodulfo Amando Philippi.—«Catálogo de las aves estranjeras del Museo Nacional de Chile» por Luis Landbeck.—1 vol. en 4.° de 42 pájs.—Imprenta *Nacional*.—Santiago.

«Proyecto de reforma de la Ordenanza de Aduanas de la República de Chile.» —1 vol. en 4.° de 95 pájs.—Imprenta de *El Mercurio*.—Valparaiso.

«Estatutos de la Compañía de minas de plata de Caracoles» por Arnous de la Rivière.—1 vol. en 4.° de 19 pájs.— Imprenta de *La Patria*.—Valparaiso.

«Los mártires del deber» novela por José María Torres Arce.—Entrega 1.ª a 6.ª—1 vol. en 4.° de 144 pájs.—Imprenta *Militar*.—Santiago.

LA CONCIENCIA.

—Responde ¿Quién eres?
—Yo.

—¿De dónde sales?
—De ti.
—¿Quieres aflijirme?
—Si.
—¿Es que me aborreces?
—Nó.

—

—Déjame libre.
—Jamas.
—Nublas mis dichas.
—¿Por qué?
—Me aterra tu voz.
—Lo sé.
—Huiré de ti.
—No podrás.

—

—¿Siempre me sigues?
—En pos.
—¿Dónde está tu imperio?
—En mi.
—¿En dónde vives?
—Aqui.
—¿De dónde vienes?
—¡De Dios!

José Selgas.

LA SOMBRA NEGRA.

I.

¡Cuán larga i porfiada fué la lucha que los indijenas del suelo araucano sostuvieron contra el poder español para conservar su libertad, i apartar de sus hijos el infame borron de la esclavitud! Tres siglos de sangrienta contienda, de heroicas hazañas, son la historia de ese pueblo jeneroso que tuvo suficiente enerjia para mantener a raya la pujanza de los invasores.

Mas sangre española se ha derramado en los campos de Arauco que en la América entera; i mas dinero se ha agotado en esa obstinada lucha que en las conquistas de todos los otros pueblos del nuevo mundo.

Por eso es grande la gloria del pueblo araucano; pues si era santa la causa que defendia, era heroica la desigual pelea que tantos años sostuvo.

Los guerreros de Flandes e Italia vieron rotos sus escuadrones, burlados sus esfuerzos, superado su arte militar en el suelo de Arauco. I no fué bastante firme el cañon para detener el empuje de las filas indianas; ni bastante seguros los fuertes para dominar su furia i resistir su impetu salvaje. La guerra era sin tregua, el odio siempre era el mismo, el incendio no se apagaba un punto.

Amenazados siempre los españoles, construyeron en los límites del suelo indiano una multitud de fuertes para defenderse de los continuos ataques. Algunos aun se conservan; otros han perecido ya a manos de los araucanos, ya abandonados por los españoles despues de la paz i destruidos por el tiempo.

En lo interior de la tierra, a orillas del Biobio aun se conservan las ruinas de uno de esos fuertes; pero nadie vive en él, i ni una voz humana suena en su recinto. Solo la brisa de ese campo desierto, al resbalar entre las malezas que cubren los murallones caidos, parece arrancar un jemido prolongodo que va a repetir el eco a las concavidades de las lejanas montañas.

Tal se presenta en el dia el fuerte que el año de 1650 resistia a los ataques de los indios, i daba lugar entre sus muros a las escenas que vamos a narrar.

Su guarnicion se componia de cincuenta hombres al mando del capitan don Juan de la Vega. Hombre de caracter duro, de jenio áspero i de valor estremado, era temido de sus subalternos i aborrecido de los indios.

En las continuas correrias que hacia por la tierra de éstos, llevaba todo a sangre i fuego i volvia al fuerte ensoberbecido con sus triunfos bárbaros i cargado de botin que jeneralmente consistia en indios prisioneros que vendia a los traficantes españoles para llevarlos a las costas del Perú, en cuyo ardiente clima iban a perecer sin remedio. Bárbaro comercio, que fué para los araucanos el peor mal que pudo traerles la raza española.

Una de estas campañas fué mui feliz para don Juan, pues trajo consigo una multitud de cautivos que le proporcionaban un brillante negocio: entre ellos se veia una mujer avanzada en edad que traia en sus brazos a una niña de cinco a seis años. Parecia insensible al dolor pues se mostraba indiferente a todo cuanto la rodeaba, no

daba oidos a las palabras insultantes i risas descompuestas de sus opresores ni dejaba escapar una queja de sus delgados labios. Toda su atencion la fijaba en la niña, le prodigaba sus cariños i con el mas solícito esmero atendia a sus menores movimientos. La pobre vieja parecia adorar a su niña i aun estar celosa de las miradas que se le dirijian.

Llegaron los cautivos al fuerte cuando ya la noche cayendo de lo alto de los Andes habia cubierto con su espesa sombra la estensa i lafombrada campiña, i las altas cumbres de las vecinas montañas. Una sonrisa infernal bañó el feroz semblante de don Juan cuando vió segura su presa dentro de los muros. Asi el buitre sangriento se goza cuando arranca con su garra disforme el corazon de la paloma que le cupo tan triste destino.

II.

La presa que le presentaban sus soldados era para don Juan de gran valor, pues la vieja de nuestra historia era una de las llamadas vulgarmente *casicas*, especie de señoras de aquella tierra. Esta, heredera del principado i riquezas de su padre, el cacique de Angol, que en épocas anteriores habia muerto luchando con los españoles, influia poderosamente en los distritos vecinos i atizaba el odio contra los matadores de su padre. Implacable en su ira i ardiendo en deseo de venganza, derramaba a manos llenas sus riquezas i sostenia esa lucha horrible de sangre i esterminio.

Gozaba de gran prstijio entre los indios que la veneraban, porque veian en ella la sostenedora de sus derechos. Sin mas heredera que Glauca, hija única de su jóven hijo, muerto tambien en la guerra, no la dominaba otro afecto de ternura que las infantiles caricias de su nieta. I era esta la tierna niña que llevaba en sus brazos i que merecia todo su maternal cuidado.

Despues de veinte dias de camino, llegaron los españoles al fuerte, i fueron los prisioneros encerrados en una segura prision. Allí se les guardó algun tiempo, al cabo del cual fueron conducidos a Concepcion para ser de esta plaza trasportados cautivos al interior del pais, o playas estranjeras.

Pero don Juan de la Vega tuvo interes en dejar cautiva en su poder a la vieja *casica* con la esperanza de sacar de ella grán cantidad de oro i seducir por su medio el distrito de su jurisdiccion. Habian llegado a sus oidos estas riquezas i la posesion de ellas era el precio que pensaba sacar del rescate de la vieja india.

A este efecto, mandóla traer a su presencia, i usando de ásperas amenazas le declaró esas pretensiones. Una fria negativa halló por única respuesta. Ni tuvo la india otras palabras para el capitan del fuerte, ni dió otra esperanza a su codicia.

En cambio, si ella se mostraba enérjica en su resolucion, Vega era tambien implacable en sus exijencias i, a toda costa, queria el oro de la India. Le hizo dar de golpes, castigo por desgracia mui comun en esos tiempos; i maltratada horriblemente i abatida la volvió a arrojar en su oscura prision. El único consuelo de la infeliz india era su Glauca, su inocente Glauca que estrechaba entre sus brazos i acariciaba. Ella le volvia las fuerzas que habia perdido i la sostenia en su indomable enerjia.

Pasaron muchos dias, todos de duras pruebas i crueles castigos a que era condenada por el inhumano Vega; pero nunca exhaló una queja de dolor, ni hizo promesa de dar sus tesoros, ni siquiera descubrió donde los tenia ocultos. ¡Asombrosa resistencia, propia del carácter de los indios de América! Ni los azotes, ni el áspero tratamiento, ni las pesadas cadenas pudieron dominar un punto la fiera actitud de esa mujer superior.

Una de esas frias noches, la infeliz india, señora de Angol, dominada por el dolor i rendida por los años, estrechaba frenética contra su pecho a Glauca, i así le decia: «Hija del alma, eres tu mi única heredera, la única señora de mis dominios: tuyos son mis tesoros como son tuyas mis tierras. Tuyo debe ser tambien el odio que abrigaron tus abuelos contra la raza española; hija del alma, óyeme bien, i recuerda las palabras de tu pobre vieja que ellos asesinan! véngame!....véngame de ellos!....» I aquí llegaba la vieja desesperada cuando de repente se abrió la puerta, i apareció entre las sombras un hombre alto embozado en su ancha capa, que a paso lento se dirijió a la prisionera.

—India, díjole.

La india guardó silencio, i apénas levantó los ojos para mirar al español, continuando en la misma postura que ántes tenia.

—No oyes? replicó éste; por última vez exijo de tí los tesoros que guardas ocultos.

Siguió la india en su silencio.

—Si no das tus tesoros, el verdugo te arrastrará al suplicio i el fuego despedazará tus carnes.

La vieja india hizo un breve movimiento de horror, al oir tales palabras.

—¡Vieja maldita! murmuró irritado el embozado, i acercándose a la prisionera, volvió a decirle:

—Mira desde esa ventana cómo preparan tu suplicio, i goza en ese lecho de flores que te ofrecen; i lanzó una carcajada seca que retumbó fatídica en la oscura prision. Un hondo quejido, eco de un corazon destrozado, no sé si de ira o de horror, se dejó oir: era la única respuesta que daba la india. Todo volvió a quedar en silencio.

El capitan Vega dió la espalda i se retiró a paso lento de la prision: preparaba el suplicio de su víctima i el suplicio mas terrible aun de su conciencia.

Una hora despues los verdugos arrancaban a la india de su prision, i la llevaban sin su Glauca, sin su querida nieta, sola a la hoguera. El fuego ardia intenso; las rojas llamaradas subian hasta el cielo, alumbraban con su llama fúnebre todo el fuerte e iban a reflejarse en las quebradas ondas del cercano rio.

Funesta era esa tea funeraria que se levantaba en medio de ese triste valle para devorar a una desgraciada mujer, cuyo solo delito era amar a su patria i no satisfacer la insensata codicia de un malvado.

Ella subió al suplicio; sintió el calor de las llamas, contrajo sus miembros en horrible agonía i se estremeció convulsa. Glauca, clamaba, Glauca.... véngame, venga a tu madre!.... Pronto el crimen se consumó, i era un monton de cenizas la vieja señora de Angol.

Al mismo tiempo que perecia la india al estremo de la estrecha plaza del fuerte, opuesto al lugar del suplicio, se veia detras de las rejas de una ventana el infantil i oprimido semblante de una niña de cinco años que daba voces que nadie oia e invocaba a la víctima—¡Pobre huérfana!

III.

Pasaron muchos años; don Juan de la Vega siempre luchándo con los indíjenas habia adquirido mucho oro; pero aun no deseaba mas. La codicia lo abrasaba i esa innoble pasion lo consumia. Cuánto oro no le habian dado los indios! cuánto no habia arrancado a sus cautivos! Pero aun deseaba mas. I es que, segun algunos conocedores del corazon humano, la pasion mas dominante, la que mas endurece i corrompe el corazon, es la codicia: a ella los malvados sacrifican su reposo, los viles su honra i los traidores su amistad mas sagrada. ¡Solo ella fué digna de inspirar a un Judas, i de vender a su Cristo!

Don Juan habia borrado de su mente el horroroo recuerdo de aquella escena; ya no le parecia oir en el viento el nombre de su víctima, ni creia en las noches divisar su sombra entre los bosques del valle o las rocas de la montaña! Habia acallado esos remordimientos que querian despertarse en su alma; i habia al cabo conseguido echar la capa de un olvido profundo sobre la noche del suplicio, i sobre el semblante contraido de la india. Ni se cuidaba de sus quejas, ni temia las iras de sus vasallos, que consternados con el desastroso fin de su señora, no podian oponer resistencia a la furia de los soldados de Vega, ni a sus multiplicados ataques. Parecia que el cielo habia olvidado tambien el crimen del malvado; el triunfo acompañaba a las armas del capitan del fuerte i cada dia numerosos cautivos venian a pagar en el oro que daban el tezon i el inhumano triunfo de sus perseguidores.

Crecia en tanto en el fuerte una hermosa jóven de quince a dieziseis años de edad: sus cabellos i ojos eran negros como el azabache; su tez morena i algo pálida; su estatura alta i majestuosa. La llamaban María en el fuerte; pero, era fama entre los soldados, que su primer nombre era Glauca.

La pobre jóven, de orijen indiano, conservaba un recuerdo imperecedero de un suceso atroz, de una noche horrible; se acordaba de las últimas palabras de una víctima, de una escena de sangre, de una hoguera; pero habia olvidado el semblante de la que ella llamaba su madre. Era tan niña entónces; i en los primeros años se olvidan facilmente las cosas tristes! El alma humana es inclinada por su naturaleza al placer; en la tristeza no reposa; por eso huye siempre de ésta, i hasta del pensamiento aparta sus mas leves recuerdos!

Glauca, o sea María, habia tentado huir-

se ya dos veces; pero las dos veces habia sido sorprendida i castigada severamente por el gobernador. ¡Pobre niña! ¿le habian dicho que allá a lo léjos detras de aquellas montañas, estaba su patria, el lugar donde habia nacido, las auras que arrullaron los primeros sueños de su infancia. Ella, paloma cautiva en duros yerros, habia querido volar, volar a ese espacio i volver a sus valles, a sus lagos i a sus montañas. La mano, que incendió la hoguera de su vieja madre, cerraba los hierros de su jaula. I la pobre niña en su desdicha solo tenia lágrimas; era incapaz de abrigar otros sentimientos. Aun resonaban en su alma las últimas palabras de la india, i su eco vibraba en su oido: mas no le pidais venganza a la paloma, ni voz de ira a las tórtolas que solo tienen quejas!

Quiso el destino que la inocente María fuese hermosa, fatal don muchas veces, i excitara una impia pasion en don Juan de la Vega.

No bastaban las lágrimas para apartar el peligro, ni las quejas para ablandar el corazon de su feroz carcelero: ¿acaso, otra víctima que el jenio del mal le ofrecia, estaba ésta destinada a pruebas de igual angustia? ¿era su destino morir en su dolor abandonada de los suyos? A tales pensamientos la infeliz María estaba entregada una tarde, llorando su desdichada suerte, cuando fué llevada a presencia del capitan del fuerte.

Era el aniversario de la noche triste en que habia quedado huérfana, años ántes: la mano del destino unia el primero i el último eslabon de la cadena! El cielo pesaba en su justa balanza las acciones de un hombre!....

IV.

La tarde estaba fria i tempestuosa. Vega habia tenido esa tarde un banquete en compañia de sus amigos, i, aun caliente su cabeza con los vapores del vino, afirmado en la ventana de su aposento, paseaba distraido sus miradas por los campos que rodeaban al fuerte, i que bañaba con sus ondas el Biobio. Embebido en su contemplacion, se habia adormecido acaso un momento, cuando de pronto súbitamente púsose de pié i volvió en sí: miró ajitado a su alrededor, i no viendo a nadie, volvió a la posicion que ántes ocupaba. ¿Alguna idea rápida i siniestra habia cruzado por su mente, o eran talvez los vapores del vino que aun lo dominaban?

La tarde en tanto desaparecia, i nubarrones negros empujados por el viento se agrupaban en densos pabellones, formando fantásticos dibujos, que impresionaban fuertemente el ánimo del capitan. Esa noche por la primera vez de su vida temia la tempestad; i la tempestad rápidamente se aumentaba. Esos caractéres fuertes, indomables, son fáciles jeneralmente de ser dominados por la supersticion; i mas pueden en ellos vagos temores hijos las mas veces de su acalorada fantasía, que los verdaderos peligros.

Esta clase de seres por su propia naturaleza son los capaces de grandes obras en el bien; i de ese carácter han participado jeneralmente los célebres revolucionarios, los caudillos i los mas notables injenios.

Algo de siniestro meditaba don Juan en medio de su estraño temor i de la rara ajitacion en que se hallaba. Llamó a voces al mas fiel de sus siervos, le habló pocas i rápidas palabras i esperó algunos momentos.

A poco se presentaba en su aposento Glauca acompañada del siervo, el que a una seña del amo se retiró.

Una mirada aterradora, dominante, encendida de don Juan, fué el mas elocuente discurso, que un instante le hizo comprender a Glauca su horrible situacion.

—I bien, dijo Vega.... i calló esperando algunas palabras de Glauca.

Luego añadió:—Inútil juzgo entrar en esplicaciones, María; sabes cuanto pudiera decirte. I algo turbado porque su conciencia lo acusaba, guardó silencio.—La conciencia del malvado se encarga muchas veces de hacer justicia a la virtud oprimida.

La feliz María cubrió su infantil semblante con sus lindas manos. Las lágrimas de la inocencia brotaron de sus negros ojos, i el rubor del candor enrojeció sus morenas mejillas.

El impio capitan despreció la queja de la triste esclava i ásperamente la tomó de un brazo con brutal empuje.

La misma flaqueza suele infundir a las almas oprimidas tal fuerza de voluntad, que se revisten de una enerjía invencible i son en un momento héroes en el sacrificio. Tal fué Glauca: desprendiéndose del capitan ¡Oh madre, esclamó, oh madre! tu hija te invoca, ven!»

I en el mismo instante se destacó del fondo del aposento, de una pared oscura, una sombra negra que se acercó paso a paso al capitan.

Petrificado de terror quedó Vega, fijos e inmóviles los ojos en la funesta aparicion de la vieja señora de Angol. ¡Mi madre! esclamó aterrada Glauca dominada por una impresion magnética que la clavaba en su lugar sin dejarle movimiento alguno. I la sombra negra seguia adelantándose a Vega, i Vega seguia inmóvil observando sus movimientos; ella tendia el brazo, i en los cóncavos huecos de sus ojos parecian arder dos llamaradas sulfúreas, fijas, aterrantes! I tocó con su helada i descarnada mano el pecho de Vega: «Malvado, le dijo, llegó tu hora suprema, mira!...»

I señalándole la ventana, vió Vega mas aterrado aun, al fuerte que ardia convertido en una inmensa hoguera, i oyó un confuso vocerío, i vió relucir armas, i sintió el choque de combates.

La sombra negra desapareció al punto, i Vega salió huyendo del aposento, despavorido, herizado el cabello, gritando: «¡La Sombra Negra! la Sombra Negra!....»

¡Estaba loco!

Los indios, en efecto, esa misma noche por altos juicios de Dios, habian atacado el fuerte, lo habian incendiado i sostenian con la guarnicion una recia i encarnizada lucha. Uno de tantos de esos terribles combates de la larga guerra de Arauco, que permanecen desconocidos, cuyos secretos ¡ai! saben solo esos valles regados con tanta sangre! La lucha fué tenaz: al fin, cuando apareció la mañana, el fuerte era un monton de escombros i de cadáveres; pocos españoles habian escapado con vida para llevar tan triste noticia a Concepcion, i los indios para celebrar su triunfo sobre las mismas ruinas se entregaban a bacanales excesos i bebian celebrando con descompasados gritos su salvaje victoria.

Entre los escombros alumbrados por las rojas llamaradas del incendio se habia visto correr de una parte a otra huyendo despavorido a un hombre que gritaba: «La Sombra Negra!» mas no se halló su cadáver entre los muertos ni nunca mas ni los españoles ni los indios supieron de él.

Pero si, se halló entre las ruinas el cadáver de la interesante Glauca, que habia sido herida en el combate, talvez por el brazo de uno de los suyos que la desconoció.

Los indios de Angol lloraron sobre su virjinal cadáver; i sobre su relijiosa tumba plantaron un pino, árbol de muerte, que creció solitario en esos valles.

V.

Hoi es tradicion entre los indios de esos distritos que cuando ruje la tempestad en las altas horas de la noche, se vé en las ruinas del fuerte al capitan Vega que huye despavorido gritando como en esa noche fatal: «La Sombra Negra!...» I que la sombra negra corre en pos de él persiguiéndolo, sueltos al huracan sus negros i largos cabellos.

I añaden que cuando el rio se ajita es el espíritu de la sombra negra que corre sobre su superficie persiguiendo al infeliz capitan Vega.

Tal es, lectores, la tradicion del distrito de Angol.

AL ENTRAR EN EL MUNDO.

Con la sonrisa altanera
Llegué al mundo una mañana
Hermosa de primavera;
I una pobrecita anciana
Me dijo de esta manera:

«Al que se humilla, lo pisan,
Al que llora, lo desprecian,
Al que sueña con la gloria
Como demente lo entierran:

Al que suspira de amor
Casi nunca le contestan,
I al que fia, no le pagan,
I al que se muere lo entierran.»

Hoi, que conozco lo inmundo
De nuesta miseria humana,
Digo con dolor profundo:
—¡Tenia razon la anciana
Que me habló al llegar al mundo!

De La Esperanza de Guayaquil.

EL CURSO DE LAS COSAS.

(Del ingles para *La Estrella de Chile.*)

«Pasé un dia, dice Khidhz en la alegoria árabe, por una ciudad mui antigua i maravillosamente populosa i pregunté a uno de sus habitantes ¿cuántos años hacia que habia sido fundada?—Ciertamente, me respondió, es esta una poderosa ciudad, mas no sabemos qué años ha que existe i nuestros antepasados estuvieron con respecto a esto en la misma ignorancia que nosotros.

«Cinco siglos despues, como yo pasase por el mismo lugar i no pudiese percibir el mas lijero vestijio de la ciudad, preguntó a unos campesinos que estaban segando yerba en aquel sitio qué tiempo hacia que habia sido destruida.—¡En verdad es una rara pregunta! contestaron. El suelo aquí no ha sido nunca diferente de lo que ahora lo ves—¿No habia antiguamente, insistí, una ciudad espléndida?—Jamas, me replicaron, en el tiempo de que tenemos memoria, ni nunca nuestros padres nos hablaron de tal cosa.

«A mi vuelta por allí, despues de quinientos años, me encontré con un mar en cuyas riberas estaba un grupo de pescadores, de quienes quise averiguar cuánto tiempo hacia que la tierra habia sido cubierta por las aguas.—¿Es ésta, dijeron, pregunta propia de un hombre de tu clase? Este valle ha sido siempre lo que ahora.

«Volví otra vez, despues de cinco siglos, i el mar habia desaparecido. Interrogué a un hombre que estaba parado allí, sobre cuántos años hacia que habia acaecido aquel cambio, i me dió la misma respuesta que ántes habia recibido.

«Por último, cuando despues de igual espacio de tiempo, pasé de nuevo por aquel lugar, hallé una ciudad floreciente, mas populosa i mas rica en bellos edificios que la que habia visto la primera vez; i cuando yo quise informarme de lo concerniente a su orijen, los habitantes me contestaron: Ese suceso se pierde en la mas remota antigüedad, nosotros ignoramos cuándo tuvo lugar i nuestros antepasados estuvieron con respecto a esto en la misma ignorancia que nosotros.»

Valparaiso, julio 27 de 1872.

ENRIQUETA GONZALEZ H.

TOMA DE TALCA.

(1814.)

En valde Talca resistir pretende
El rudo empuje, el formidable cerco,
Con que le oprime el español osado
Fiero en su enojo, en su poder soberbio.
Próxima a perecer resiste en vano,
Que, aunque le sobra en el combate esfuerzo,
Le faltan elementos con que pueda
El sitio sostener por largo tiempo.
No le queda esperanza: sus valientes
Unos tras otros con honor cayeron;
I a los pocos que quedan los sostiene
Solo del pátrio amor el santo fuego.
Pero, rotas sus armas, agotado
Su varonil i jeneroso esfverzo,
¿Qué les resta que hacer? ¡Morir cual bravos!
Esclaman ellos a morir resueltos.
I luchan sin cesar: cual leon que ruje
I a su rival se lanza con denuedo,
Pelea ese puñado de valientes
Con fé en el corazon, ira en el pecho.
Se unen las filas, truena el ronco bronce,
Brillan al rojo sol turbios aceros;
Corre a mares la sangre, turba el aire
De enojo i de dolor tardo lamento.
El invasor se ajita i se revuelve
Despechado i feroz: i así al chileno
Habla, fiado en su número:—«el combate
Me dará a mí del triunfo el lauro frezco;
Pero quiero triunfar sin que derramen
Sangre en funesta lid nuestro aceros:
Entregadme la plaza i prosternáos
De hinojos ante mí.»—I guardó silencio.
Mas uno de los nuestros se adelanta
I así responde con robusto acento,
«Si la plaza quereis; pues conquistadla,
Que hoi su muralla forman nuestros cuerpos.»
¿Quién es ese adalid que desafia
Todo el fuerte poder de un grueso ejército?
¿Quién es ese héroe, decid?.. ¡Ese es Spano,
Honra de Chile, admiracion i ejemplo!
De Leonidas rival, su sacrificio
Escrito lee en el airado cielo,
I fuerte en su virtud, grande en su hazaña,
Se adelanta a morir con pié resuelto.
Tal respondió: i el pérfido enemigo
Su ardor aviva, i con rencor protervo
Acomete a los nobles defensores
Del patrio honor i del preclaro pueblo.
Crece la confusion. En valde Spano,
El invencible Spano, con su acero
Una vez i otra vez abre las filas

Del invasor su número es inmenso,
¡I escrito estaba así! ¡I escrito estaba
En el libro eternal, que oculta al tiempo
La gloria i el dolor, que el sacrificio
Debia consumar el gran guerrero!

¡Cuántos cayeron en la lid! ¡Lucharon
Con honra i por la patria sucumbieron!
¡Gloriosa muerte! ¡abnegacion sagrada,
Que acoje Dios desde su trono eterno!
Allí tambien cayó, como la palma
Que desploma en el árido desierto
Sañudo vendabal, cayó el valiente
Bizarro jefe, varonil Gamero.
I al pié de su cañon, cuando a su lado
Murieron sus valientes artilleros,
El exhaló su postrimer suspiro
Mártir heroico i vencedor como ellos.
Quedó mudo el cañon, sin fuerza un brazo,
Sin vida el mas intrépido guerrero:
¡Honra a su nombre, a su memoria lauros,
Veneracion a sus sagrados restos!

Sigue la lucha aun. El digno Spano
Disputa palmo a palmo su terreno,
I, uno contra cien, blande la espada
Sobre los cien que corren a su encuentro.
Los suyos a su ejemplo se enardecen,
No dan un paso atras, muros de hiero
Semejan en su espléndido heroismo
Donde a estrellarse vienen los ejércitos.
Asi las olas de la mar que azotan
La roca con furor miran deshechos
Sus montes de agua, su pujanza rota,
I rujen con indómitos lamentos.
En tanto, los altivos invasores
Que ven flotando el pabellon chileno
Entre el humo i el polvo, lo acometen
Para vengar en él la mengua de ellos.
I se arrojan en número crecido
Contra su bravo defensor a un tiempo,
Que acribillado al fin de cien heridas
Muere dejando su estandarte preso,
Se lanzan los realistas a porfia
A recojer botin de tanto precio—
Pero, ¡Spano está allí! ¡La enseña patria
Vuelve de nuevo a desplegarse al viento.
Miró al soldado sucumbir, veia
Humillado el pendon del patrio suelo,
I como rayo rápido se lanza
Blandiendo raudo el formidable acero.
Ase de su siniestra la bandera
I lucha sin cesar: círculo estrecho
Le oprime, i él heróico se defiende
Sembrando muerte, golpes repartiendo.
¡La lucha es desigual! «¡Oh patria, esclama,
Ante tu sacro altar mi sangre ofrezco:
Muero por tí, por conservar sin mancha
El pendon victorioso de tus pueblos.»
Los invasores, trémulos de espanto
Ante el poder del ínclito guerrero,
De léjos como innóbles asesinos
Hieren su noble i valeroso pecho.
¡De léjos!—¡Los cobardes no alcanzaban
De cerca a herir al héroe! Quiso el cielo
Que lastimara al infeliz caudillo
El plomo funeral, no el noble acero.
Siente la herida atroz: la frente inclina
Baja su brazo débil, cae al suelo,
Marchito el fuego de su pecho altivo,
I en la bandera tricolor envuelto.
«¡Adios!» esclama al acabar la vida,
«¡Adios, oh patria!» en moribundo acento.—
Cesó asi el corazon mas jene roso
De palpitar por nobles sentimientos!—
¡Murió! Su adios repiten condolidos
Batiendo el ala trémula los vientos
¡Adios! murmura el eco en las montañas,
¡Voz fúnebre de luto, himno de duelo!
El pátrio pabellon es la mortaja
Con que el héroe cubrió su noble pecho:
¡Digna mortaja de la heroica muerte
Que es de la patria admiracion i ejemplo!

CÁRLOS WALKER MARTINEZ.

Contenido de este número.

I.—Francisco Bilbao, (continuacion), por Zorobabel Rodriguez, páj. 693.
II.—Ananias, Misael i Asarias en el horno de Babilonia, poesia, por Estévan Muñoz Donoso, páj. 698.
III.—Revista bibliográfica, páj. 700.
IV.—La conciencia, poesia, por José Sélgas, páj. 701.
V.—La sombra negra, páj. 702.
VI.—Al entrar en el mundo, poesía, páj. 706.
VII.—El curso de las cosas, por Enriqueta Gonzalez H., páj. 707.
VIII.—Toma de Talca, poesia, por Cárlos Walker Martinez, páj. 707.

IMPRENTA DE «EL INDEPENDIENTE.»
Calle de la Compañia núm. 102.

LA ESTRELLA DE CHILE.

AÑO V. Santiago, agosto 10 de 1872. Núm. 254.

FRANCISCO BILBAO.

SU VIDA I SUS DOCTRINAS.

(Continuacion.)

XII.

Bilbao durante toda su vida abrigó i sostuvo una opinion contraria; pero ello debe atribuirse esclusivamente a su ignorancia. Si álguien se escandaliza de esta afirmacion tenga un poco de paciencia i podrá examinar por sí mismo los hechos que nos autorizan a avanzarla.

Bilbao, en efecto, no solo careció de los conocimientos jenerales que constituyen al hombre ilustrado, sino que no tuvo jamas nociones claras sobre aquellas ciencias a cuya crítica o propagacion dedicó de preferencia sus esfuerzos. Apesar de lo mucho que habló de relijion, de política i de ciencia social, nunca se dió el trabajo de aprender ni el catecismo católico, ni la cartilla política, ni el A B C de la ciencia social.

Mas adelante hablaremos de la ignorancia de Bilbao en lo tocante a estos dos últimos ramos; por ahora demostremos que la pretendida incompatibilidad que divisaba entre la democracia i el catolicismo provenia tan solo de que ignoraba éste completamente.

Van a juzgar los lectores por algunas de las consideraciones que aducia en apoyo de su famosa tésis.

1.° «La Iglesia católica dice: «Todo poder viene de Dios, someteos a su voluntad.» «Hé ahí la glorificacion de la esclavitud.» (22)

2.° «Dice la moral: La virtud consiste en acciones, en la práctica constante del bien.»

«Dice el dogma católico: «¿Dónde está, pues, el motivo de la gloria?—Escluida queda.—¿Por qué lei?—¿De las obras? *Nó.* SINO POR LA LEI DE LA FÉ.»

«I así concluimos, *que es justificado* el hombre *por la fé sin las obras de la lei.* (Pablo. Epist. a los Rom. cap. III v. 27 i 28). (23)

3.° Galileo convenció a la Biblia de mentira. (24)

4.° En nombre i por causa del catolicismo los indíjenas de la América del sur han sido esclavizados i esterminados. (25)

5.° La relijion protestante es la causa de la prosperidad de la América del norte i la católica del atraso de la del sur. (26)

6.° El catolicismo inspira a sus secuaces desprecio i aversion a la naturaleza. (27)

La simple lectura de las precedentes afirmaciones basta para revelar la escasez de conocimientos que quien las avanzaba debia tener en relijion, en filosofía i en historia. Algunas de ellas no son siquiera sofismas dignos de ser sometidos al crisol de una discusion seria; son solo groseros errores que se refutan con esponerlos.

Así, por ejemplo, no creemos que nadie nos haga el agravio de exijirnos la prueba de que San Pablo, al establecer en su famoso texto que el poder social, o mas bien dicho la autoridad, es en el mundo necesaria, de derecho natural i de orijen divino, no estableció el orijen divino de cualquier déspota i de todo despotismo. Para que el argumento hubiera sido algo mas que lo que es, una triste majaderia, Bilbao debió comenzar estableciendo que la Iglesia católica interpretaba en su absurdo sentido las palabras de San Pablo, i no en el mui racional que nosotros acabamos de darles.

Mucho mas grosero i vergonzoso es todavía el error en que descansa el segundo argumento sacado de la pretendida justificacion por la fé sola, enseñada por la Iglesia católica. Quien quiera que haya leido un compendio de historia sabe que uno de los principales puntos de la contro-

(22) *Obras completas*, Tom. I páj. 6. i II, 93.

(23) Id. id. Tom. II páj. 340 i otras.
(24) Id. id. id. id. 255.
(25) Id. id. id. I 174 i otra.
(26) Id. id. id. id. 160.
(27) id. id. id. II 356.

versia sostenida entre Lutero i la Iglesia, era la manera de esplicar la doctrina de la justificacion; i que miéntras los reformadores sostuvieron con increible tenacidad la justificacion por la fé sola, la Iglesia sostuvo, demostró i enseñó la necesidad de las buenas obras para salvarse i la esterilidad de aquélla sin éstas. (28)

A semejanza de todos los enemigos superficiales de la Iglesia católica, Bilbao recuerda frecuentemente en sus obras la Inquisicion, a los Hugonotes, la San Bartolomé, a Galileo, etc. De estos lugares comunes de la ignorancia, solo hemos creido oportuno señalar el último, porque deseamos hacer sobre él dos observaciones que nos parecen concluyentes. Es la primera, que hasta la fecha, no habiendo probado nadie que Galileo fuese condenado por un concilio ecuménico o por el Papa hablando ex-cátedra, la dicha condenacion no pudo comprometer en nada la infalibilidad de la Iglesia. Si hubo error, por consiguiente, el error fué de hombres o corporaciones, mui respetables sin duda; pero de ningun modo exentos de error, ya por flaqueza de intelijencia, ya por depravacion de voluntad. Es la segunda, que el descubrimiento del continuo moverse de la tierra en torno del sol i en torno de su propio eje, no pudo convencer de mentira a la Biblia, ni importar una prueba contra su inspiracion; porque ni la Biblia enseña que la tierra está inmóvil i que el sol jira a su alrededor, ni es de fé que la inspiracion de los libros santos se estienda a todas sus palabras i aun a aquéllas que no se refieran al dogma, a la moral i a la salvacion del hombre. No hai por lo tanto inconveniente alguno para suponer que Josué tuvo las mismas ideas cosmolójicas de sus contemporáneos, i que el tribunal de teólogos que juzgó a Galileo no supo apreciar la solidez de los fundamentos de su sistema. (29)

Pero, para resolver la dificultad no hai precision de ir tan léjos: i suponiendo que Josué hubiese estado tan persuadido como nosotros mismos de que no es el sol el que jira en torno de la tierra, sino que es ésta la que jira en torno de aquél, todavía su manera de espresarse apareceria como perfectamente natural i hasta inevitable. En efecto, nosotros quisiéramos que los que tanto se escandalizan por las palabras de Josué nos dijesen ¿cómo ellos, hallándose en un caso semejante, i tratando de dar a entender a un ejército el mismo pensamiento se habrian espresado? ¿Habrian dicho por ventura: ¡Detente tierra!—señalando ésta con la mano? Pero es evidente que hoi dia tal frase no se ocurriria a ningun jeneral, ni en caso de ser pronunciada, seria comprendida por el ejército mas ilustrado del mundo. En prueba, pongan esos espíritus fuertes la mano sobre el pecho i digannos ¿cuántas veces no han escrito, hablado, i cantado si son poetas, que el sol *sale* rompiendo los celajes de tal o cual color, i que *se hunde* en el mar o *se oculta* tras las montañas, formando éstos o aquéllos paisajes? ¿I podria alegarse ese modo de hablar como una razon suficiente para sostener que cuantos lo emplean están aun creyendo en el movimiento del sol i en la inmovilidad de la tierra?

La conducta observada por los conquistadores católicos con los indios de la América del sur es el tema del argumento o cargo que hemos señalado con el número cuatro. No seremos nosotros quienes pretendamos justificar ni disculpar siquiera los horrores cometidos por Cortés, Pizarro i demas compañeros de aventuras i de pillaje. Nunca hemos podido leer hasta el fin la historia de las perfidias, de las carnicerías i atrocidades perpetradas por esos supuestos héroes, cuyas virtudes se asemejan tanto a las de los grandes salteadores i cuyos crímenes forman una negra mancha en los fastos de la humanidad.

Pero, descargada así nuestra conciencia, seriamos injustos si no rechazásemos con toda la enerjía de que somos capaces, el

(28) Son bien conocidas por su cinismo las palabras de Lutero a Melanchthon: «*Esto peccator et pecca fortiter; sed fortius fide et gaude in Christo*, etc. Sé pecador, i peca recio; pero cree mas reciamente aun i alégrate en Jesucristo, vencedor del pecado, de la muerte i del mundo. Basta que conozcamos al Cordero que borra los pecados del mundo. Con eso el pecado no puede separarnos de Jesucristo, aun cuando en un solo dia cometiésemos cien mil asesinatos i cien mil adulterios.»

Recomendamos a cuantos deseen conocer en todos sus interesantes detalles esta polémica tan honrosa para la Iglesia católica, *La Reforma contra la Reforma* de Hœnighaus, i mui en particular la *Simbólica* de Mœhler que es un monumento de ciencia i un tesoro de erudicion.

(29) Puede verse una mui instructiva disertacion sobre este punto en el cap. III de la majistral obra de Reusch: *La Biblia i la naturaleza*.

cargo que de la conducta de los conquistadores católicos pretende deducirse contra la Iglesia. Solo el odio puede tomar esa deduccion como lejítima, i solo una crasa ignorancia puede ser bastante temeraria para provocar un paralelo entre la conducta de aquéllos i la observada por los conquistadores protestantes.

Vamos de prisa i no podemos hacer otra cosa que indicar los hechos que desvanecen por completo el cargo que consideramos.

La historia nos dice: 1.° que miéntras en la América del norte los pieles rojas han sido cazados como bestias feroces i materialmente esterminados, hasta el punto de no quedar ya mas de doscientos cincuenta a trescientos mil, solo en Méjico existen mas de 4 millones de indios católicos i civilizados: 2.° que miéntras los europeos católicos mezclaron su sangre con los indios, llegando en muchas partes a formar un solo pueblo, no hai ejemplo de que igual cosa haya sucedido en paises colonizados por protestantes: 3.° que no hai tampoco ejemplo de que un indíjena haya llegado a ocupar un puesto público de importancia en Estados Unidos, miéntras que en algunos paises de la América latina han llegado muchas veces hasta la presidencia de la república: 4.° que miéntras la América católica puede presentar con orgullo los nombres de centenares de sacerdotes beneméritos que consagraron su vida toda a la salvacion i mejoramiento de la condicion de los indios, sacrificando a este santo objeto su reposo, su sangre i su vida, la América protestante ha puesto varias veces un precio a las cabelleras de los pieles rojas, ofreciendo a los que las presentasen por recompensa un regular número de pesos: i 5.° que los Papas, léjos de aprobar el mal trato que los españoles daban a los indios, hicieron cuanto estuvo de su parte por protejerlos i ampararlos, empeñando el celo de los obispos i dirijiendo con este fin a los monarcas continuas recomendaciones i vivísimas instancias. (30)

Dejemos este punto citando una opinion que no se tachará sin duda ni de poco ilustrada ni de poco simpática para los Estados Unidos.

Mr. de Tocqueville resume su juicio sobre la situacion i porvenir de la raza indíjena en los Estados Unidos por las siguientes palabras: «Los españoles, a pesar de las inauditas crueldades que los cubrieron de una vergüenza eterna, no llegaron a esterminar la raza indíjena, ni aun a impedirle que gozase de sus mismos derechos; los norte-americanos han conseguido este doble resultado con una maravillosa facilidad, tranquila, legal, filantrópicamente, sin derramamiento de sangre, sin violar a los ojos del mundo ni un solo principio de moral. Seria imposible esterminar con mayor rapidez los hombres respetando mas escrupulosamente las leyes de la humanidad.» (31)

Esta cita podria servirnos de natural transicion para discutir la causa de la superioridad de los Estados Unidos sobre las repúblicas de la América española, superioridad atribuida antojadizamente por Bilbao a la benéfica influencia del racionalismo; pero despues de las observaciones que hicimos tratando de la supuesta incompatibilidad de la relijion católica con la democracia, observaciones que son perfectamente aplicables a esta nueva objecion, por no incurrir en redundancias, nos limitaremos a advertir dos cosas. En primer lugar, es inexacto, como Bilbao lo dice varias veces, que el racionalismo haya presidido a la formacion i desarrollo de la sociedad norte-americana; pues aun prescindiendo de los católicos que forman casi una cuarta parte de la poblacion de la república, la inmensa mayoría de los ciudadanos son profundamente cristianos. En segundo lugar, siendo en nuestro concepto i en concepto de Bilbao la relijion verdadera *el alma vital de la humanidad*, (32) segun sus propias espresiones, i mas importante que la riqueza, la industria i las artes i cualquiera otro interes, es claro que aun cuando la América latina de todo careciese salvo de la relijion verdadera, i por la inversa todo lo hubiese alcanzado la del Norte escepto este bien sumo, todavía no tendriamos razon para mostrarnos ni disgustados ni envidiosos.

(30) Sobre este particular pueden leerse las Letras apostólicas espedidas por el Papa Gregorio XVI el 3 de noviembre de 1839, en las cuales se recuerdan muchas otras espedidas anteriormente por la Santa Sede en favor de los esclavos i de los naturales de América. Las dichas letras se encuentran entre los documentos del apéndice del tomo I del *Protestantismo comparado con el catolicismo*, de Balmes.

(31) Tocqueville *De la Démocratie en Amérique*, libro II cap. 10.

(32) Bilbao. *Obras completas*, tomo I pájs. 351 i 352.

Pero repitamos que semejante dilema es un ignorante o un malvado, i que nada se opone a que, conservando la relijion de nuestros padres, podamos llegar a ser relativamente tan libres, tan prósperos i ricos como el mas libre, próspero i rico de los pueblos de la tierra.

¿I qué diremos sobre la singular aberracion de sostener que el catolisismo inspira cierta distancia i odio a las obras de la naturaleza? ¿Será necesario recordar aquí la vida de San Francisco de Asis, ese afectuoso hermano de los pobres, de los animales, de las aves, de los peces, de los árboles i de todos los elementos? ¿Habremos de traer a colacion las vidas de casi todos los santos, i en particular de los monjes de Occidente, cuajadas de poéticas leyendas, que nos muestran en lo que tienen de mas hermoso i profundo el respeto, el amor i la admiracion del hombre espiritual por las obras de Dios? (33) Pero nada de esto haremos porque basta para nuestro objeto oponer, sobre este punto, a la objecion de Bilbao la respuesta perentoria que él mismo dejó escrita en otra pájina de sus obras.

En la *Vida de Santa Rosa de Lima*, que es sin disputa el mejor de sus trabajos, el único que se lee con gusto, i aquel en que la verdad del fondo aparece hermoseada por el calor de un sentimiento no fingido, i por un estilo animado siempre i a veces hasta correcto, hai un capítulo que lleva este significativo encabezamiento: UNION DE SANTA ROSA CON LA NATURALEZA, del cual copiamos con sincero placer la siguiente pájina, a la cual no agregamos ni una sola palabra:

«El pueblo siente instintivamente la verdad i es por eso que los santos son dibujados por el pueblo recibiendo las felicitaciones de las plantas i animales.

«Respecto a Santa Rosa, cuenta la tradicion que un dia, encendida con el fuego del amor divino, que habia sacado de la oracion, viendo al abrir la puerta los árboles que a aquellas horas están con mas lozanos verdores, libres ya de la molesta pesadumbre de la noche i favorecidos con el rocío fresco de la mañana; verdes como hermosos i frescos los renuevos, plantas i flores i pareciéndole que estaban ociosos con tanta hermosura, si no daban gracias de ello a su Criador les dijo: *Bendecid, árboles i plantas de la tierra, al Señor!* Luego al punto obedeciendo, *como si tuvieran natural discurso*, a lo que les mandaba, comenzaron a moverse las ramas de los árboles, como a compás de música que seguian, acompañándolas las hojas al mismo compás i movimiento.... Los árboles que con la pesadumbre de los troncos, no podian seguir el movimiento de las ramas, se inclinaban hasta besar la tierra, en reverencia de rendir gracias a su Criador, obedeciendo al imperio de la virjen Rosa.»

«Esto significa que la armonía del alma de la santa repetia i reproducia la armonía de la creacion que creia simbólicamente tributaba homenaje a su Criador. El mismo espíritu habitaba en ese momento en ella i en los seres inferiores i hablaba con diferencia de intensidad de amor tan solo en el corazon de Rosa i en las plantas. Pero si el verjel se armoniza con el alma, el ave que ya posee un grado mas de elevacion en la escala de los seres, con mucha mas razon i mas intimidad. Quiso la santa que las aves cooperasen i respondiesen a su amor. Lo quiso i creyó conseguirlo. Su primer ensayo fué con un ruiseñor que venia a uno de sus árboles, poco ántes de la caida de la tarde. Rosa interrumpia su concentracion i le decia:

«Pajarito ruiseñor
Alabemos al Señor;
Tú, alaba a tu Criador,
Yo, alabaré a mi Salvador.»

«La voz era encantadora. Se acompañaba de la vihuela. El ave respondia i comprendia que aquel era un certámen de amor hácia el Padre del amor i entónces brotaban sus gorjeos, sus tiples, sus bajos i toda la riqueza de combinaciones melodiosas con que la naturaleza lo ha dotado.»

«Cesaba el ruiseñor i empezaba la santa. Esto duraba una hora, hasta la entrada del sol. *El sol caido* (34) el ruiseñor se iba, la Virjen cerraba su ventana. Cesaba la melodía concertante, ese matrimonio de alabanzas i de poesías i empezaba la oracion profunda, o continuaba en el éxtasis, esa música silenciosa que reune en un acento,

(33) Véase sobre este punto la monumental obra de Mr. de Montalembert *Les moines d'Occident*, especialmente el libro VIII del tomo II que tiene por título *Les moines et la nature*.

(34) ¿Luego Bilbao estaba creyendo que era el sol el que caia?

en un corazon, en una palabra, el secreto de la felicidad i de la gloria.» (35)

ZOROBABEL RODRIGUEZ.

(Continuará.)

A MI AMIGA L. H.

Cual nace hermosa la perla
Allá en el fondo del mar,
Queriendo bajo una concha
Su rico oriente ocultar;
Hoi nace en el alma mia
Un sentimiento, Leonor,
De secreta simpatía
A tu halagüeño mirar.

Al prado te llevaria
En su mas bella estacion
I allí envidiar no podrias
Ni bellezas ni primor:
Ni a la malva la dulzura,
Ni a la violeta el pudor,
Ni al perfumado jazmin
Su alabastrino color.

Ni a la tierna sensitiva
Su delicada emocion;
Que es mil veces mas sensible
Tu juvenil corazon,
Que marchitarse parece
Si le sonrie el placer,
La esperanza lo estremece,
Lo sonroja la ilusion.

En medio de tus encantos
Yo te he visto sonreir,
A los ideales ensueños
Que mecen tu porvenir,
Estasiada i placentera
Vé tambien mi fantasía,
En tu preciosa carrera,
Mil estrellas relucir.

Siendo tu seno inocente
Nido de ricas aromas,
Do se alberga dulcemente
El hechizo i el candor.
Si luchas, impresionada
Por la duda o el temor,
Exhalas dulce suspiro,
Delicado cual la flor.

I de mi amistad sincera
Espero no dudarás,
A tu lado cariñosa
Siempre, siempre me verás.
Si te turba algun desvelo
En tu fugaz existencia
I demandas un consuelo
En mi alma lo hallarás.

1871.

QUITERIA VARAS.

LOS CAFÉES,

LAS FONDAS I LAS CHINGANAS EN SANTIAGO HASTA EL AÑO DE 1830.

Este escrito puede hacer conciliar el sueño a los *señores* hombres, i hacer roncar a las *señoras* mujeres. En esta persuacion damos principio a nuestro relato.

I.

El que escribe estas líneas empezó a conocer estos lugares en 1819, a la edad de 17 años. Por estas fechas ya caerán en cuenta nuestros lectores que cuando vinimos al mundo «este siglo tenia dos años.»

Por nuestras indagaciones hemos calculado que los cafées fueron conocidos en Chile poco ántes de 1808, pero bajo el nombre de *trucos*, con alusion a un juego mui parecido al de billar, que solo se introdujo en Santiago en el año de 1814.

Uno de estos cafées (no habia mas que dos) estaba situado en la plaza principal, en el mismo lugar que ahora ocupa el Casino del Portal Fernadez Concha. Los altos, con vista a la plaza, i que estaban en un cuerpo, constituian el mejor salon para los concurrentes. Este salon servia de comedor, de centro de tertulia i de sala de juegos de *carteo*.

Los tales altos se elevaban poco mas de tres metros del suelo. Esto es tan cierto, que, en el terremoto de 1822, que nos sorprendió en ese lugar, vimos gran número de personas descolgarse por ellos a la plaza, sin que ninguno recibiera daño de consideracion. Al cuartito, a que acabábamos de llegar en ese momento en busca de un amigo, le viene como de molde la descripcion que hace Gorostiza de un garito español, i

(35) *Obras completas*, tomo I, pájs. 400 i 401.

que deben conocer muchos de nuestros lectores, por lo que solo copiamos el principio:

«En un ahumado aposento
Anegado en porquería,
He visto en un solo dia
Lo que no veria en ciento.»

Allí se jugaba al *monte* sin que las impertinencias de la policía (este nombre es posterior a esa época) incomodara nunca a los aficionados. Ya supondrán nuestros lectores que en esta materia no hablamos a *humo de paja*.....

Apesar de la falta de vijilancia i de celo para perseguir el juego, no faltaba su correctivo, que consistia en una multa que se imponia a los dueños de casa que permitian juegos prohibidos; pero que solo tenia efecto en casos raros i análogos al que vamos a referir.

Un amigo nuestro, compañero de profesion, solia, de tarde en tarde, escurrirse en las *tertulias* (así se llamaban las casas de juego) como ahora, sin mas gasto que el de un tropo, se llaman *filarmónicas* los salones de baile. Cuando perdia, se retiraba sin decir nada. Al dia siguiente se presentaba la mujer reclamando del dueño de casa lo que habia perdido el marido, i lo que no habia perdido tambien. Todo era cubierto por miedo a la multa i a sus consecuencias.

II.

En dicho café se jugaba desde medio dia hasta cualquiera hora de la noche, malilla, mediator, primera i báciga. En cuanto al monte de baraja, pues, no era conocido el de *dados*, siendo una de las *entretenciones* mas productivas para *el dueño de casa*, no tenia horas limitadas.

Habia una detestable *mesa* de billar, alumbrada por cuatro velas de cebo, que eran las únicas que se conocian, colocadas en dos crucetas que pendian del techo sobre la mesa. En los intervalos en que no se jugaba se apagaban las luces, ménos una, para no dejar en tinieblas a los concurrentes. Esto duraba miéntras no se *armaba* otro partido. Los tacos con suela i la tisa no se usaban aun; lo que daba lugar a ciertos espedientes que eran de uso forzoso. Antes de jugar nos apoderábamos de la lima para emparejar la punta del taco. La tisa la suplíamos de un modo mui ingenioso: la punta limada la apoyábamos en la pared, que nuestros lectores supondrán no eran empapeladas, pues hasta entónces era desconocido este adorno, i le dábamos vuelta como a un molinillo. Esta maniobra, si suplia latisa, llenaba la pared de agujeros; pero al fin satisfacia una necesidad a gusto de todo el mundo. Los filos del taco, como es natural, se prestaban admirablemente para romper el paño. Debemos añadir que éste no era como ahora de una sola pieza; puesto que, siendo el que se usaba del ancho ordinario, habia que añadirlo, de suerte que en un costado de la mesa habia una costura que tomaba todo el largo, haciendo perder la direccion a la bola cuando no era impulsada con fuerza. Los efectos del taco con suela solo fueron conocidos el año 32, cuando vimos jugar al señor Barré, profesor de piano.

Las mesas de billar tenian invariablemente un adorno. Este era un rodapié que cubria los piés i el interior i que prestaba un servicio útil. Tras este rodapié se guardaban las camas del billarero i de los mozos del servicio, de lo que resultaban ciertos inconvenientes, que ya sospecharán nuestros lectores i con el que *cargaban* los jugadores.... Este café habia pertenecido a Jaramillo, su fundador; pero en nuestro tiempo habia pasado a Dinator.

III.

El otro café, situado en la calle de Ahumada, frente a la puerta del que fué Pasaje Búlnes, pertenecia a don Francisco Barrios, español de cuño antiguo i de bondad proverbial. De pobre aspecto, i de ménos dimensiones que el anterior, era frecuentado sinembargo por la jente de tono. La sala de malilla, que era la mas concurrida, se hacia a veces insoportable por la fetidez que despedia la acequia interior que la atravesaba. Tenia cierta analojía con el café de *Bodegones de Lima*, que como es sabido solo tiene por parroquianos a los viejos. Concluyó arruinando a su dueño el año 25 o 26. En cuanto al anterior, fué suspendido tres o cuatro años despues, con buenas utilidades para Dinator, que emprendió en el Tajamar la construccion de la Cancha de Gallos.

IV.

En 1820 los señores Renjifo i Melgarejo abrieron un gran café en la calle de

la Catedral, a dos cuadras de la plaza, en la casa que fué colejio de Zapata i que ahora pertenece al señor don Fernando Errázuriz. Las numerosas i grandes ventanas, que aun se conservan, fueron colocadas entónces. Se estableció allí mismo una especie de escuela de baile dirijida por don Manuel Robles, autor de la antigua cancion nacional. Como compensacion del trabajo del señor Robles, cada concurrente a ese salon contribuia con un real, con el cual se pagaba tambien una buena orquesta. Este café hizo gran ruido; pero dos años despues fué cerrado con pérdidas considerables para sus empresarios.

Cuatro años mas tarde se instaló el *Café de la Nacion* en la plaza principal, en el centro de la cuadra que hoi ocupa el Portal Mac-clure. Su primitivo dueño fué don Rafael Hevia, mui conocido en esta clase de negocios, i que se trasladó a ese lugar, suspendiendo un cafecito situado en la calle de la Compañía, a media cuadra de la plaza, que con todo aplomo ostentaba una tabla en su frente que decia *Café sério del Comercio*. El público, sinembargo, jamas pudo olvidar su nombre primitivo, que, con alusion a la fragancia que se sentia desde la calle, lo habia llamado fonda de los *M*.... Este nombre bien podian llevarlo todos los establecimientos de esa época, pues como utensilio indispensable tenian siempre en el primer patio uno o dos *cancos* que estaban destinados a prestar cierto servicio a los parroquianos i transeuntes.

El mismo Hevia abrió el año de 1831, un café en la plaza, en el lugar que ahora ocupa el Palacio Arzobispal. Era el mas bien montado que se habia visto en Santiago; pero diez años mas tarde se cerró por falta de concurrencia. El servicio para refrescos era de plata.

Ya que hemos hablado de fondas, recordamos que habia en esos tiempos las siguientes, a mas de las ántes mencionadas: la de *Lampaya*, que despues fué de *Chena*, en la calle de la Catedral; i la del *Trapezon*, llamada así sin duda por estar a la subida sur del puente grande. Estas fondas, sin una sola escepcion, tenian gran número de covachuelas con la capacidad apénas necesaria para *dos* personas....

Los braceros para encender cigarros eran de piedra de enlosar, de mucho peso i volúmen, para evitar *que se perdieran*.

Habia tambien otras dos fondas indénticas a las anteriores. A media cuadra de la plaza i en la calle del Estado una, la otra a la misma distancia, en la calle de las Monjitas. Los dueños, Aguila i Fernandez, las suspendieron el año de 1823.

Por fin, i para concluir con esta reseña, que seria interminable, el año de 1831, se abrió otra casa con el título de *Café de la Baranda*, en la calle de las Monjitas, a una cuadra de la plaza, en la casa que es ahora del señor don Pedro Marcoleta. En este café, que ahora seria llamado por los parisienses *Chantant*, habia canto con acompañamiento de arpa i guitarra, ejecutado por varios *artistas* de primer órden, entre las que deben contarse a las inolvidables *petorquinas*, de que luego hablaremos.

En sus salones se jugaba loteria, como ántes se habia hecho en el café de Dinator. Este juego era el favorito de los empresarios, por una razon mui sencilla.—De cada *peso* de la suma a que ascendia cada loteria, la casa sacaba un *real*. Ya calcularán nuestros lectores que con este sistema, a las pocas jugadas, el dinero casi en su totalidad pasaba como por encanto al bolsillo del dueño de casa. Esto justificaba un refran mui repetido entónces:—*de enero a enero la plata es del lotero*.

No hemos olvidado, ni algunos de nuestros contemporáneos olvidarán tampoco, cierto descubrimiento injenioso del empresario aquél.—Para apuntar los números que se iban pregonando, i que eran mui numerosos por las muchas combinaciones de los papeles con que se jugaba, se ponian sobre las mesas varios pequeños montones de granos de maiz, con los que se cubrian los números que a cada uno le tocaban. Por distraerse, o no sabemos por qué otro motivo, los jugadores se echaban los granos a la boca i despues de mascados se los comian o los botaban. El lotero, que, cada vez que terminaba el juego, notaba una tan considerable disminucion de aquel cereal, recurrió a un espediente, que si no acredita su aseo, prueba sus instintos económicos. El maiz que debia servir en la noche, ya que no se jugaba de dia, era puesto a remejar en cierto líquido, que por respeto a las narices del que nos lea no nombraremos, lo secaba en seguida i formaba sus montones como de costumbre. Los aficionados se apercibieron, no sabemos si por el sabor o

por el olfato, de la operacion, i dejaron de comer maiz.

V.

Dicen que el número ternario se encuentra en todas las cosas: nosotros nos encontramos con él en nuestro caso.—*Café, fonda* i *chingana* son tres. Diremos algo sobre las últimas.

Las mas antiguas que hemos conocido fueron entre otras, la de *ña Rutal* i la de *ña Teresa Plaza*. Esta era la chingana jefe i la que de aquellas duró hasta mas tarde. En sus primeros tiempos estaba situada en una callejuela intermedia entre el Tajamar i la Cañada, ahora Alameda de las Delicias, frente a la pequeña pirámide, colocada al oriente del puente de la Purísima. Allí estaba el *Parral*, que tal era el nombre de esta famosa chingana, cuya reputacion habia atravesado los Andes, por las relaciones de nuestros paisanos emigrados el año catorce. Conocimos en Buenos Aires, en los años veinticuatro i veinticinco, entre otros, un notable cantante arjentino, Viera, que nos repetia: «no tengo ganas de ir a Chile sino por bailar una *zamba* (baile en voga entónces), en el *Parral*.»

Este individuo, que habia sido antiguo oficial cívico, contaba como su mas valioso blason haber sido comensal de doña Javiera Carrera, al custodiarla en su prision en aquel pueblo.

El *Parral*, establecimiento tan ponderado, traia su nombre, como su vecino *El Nogal*, de un pequeño parron, bajo del cual tenia lugar el baile, principal atractivo de esa chingana. No crean nuestros lectores que allí habia, como ahora se usa, un pequeño proscenio en alto donde se canta i baila. Entónces la concurrencia, cada vez que se iba a bailar, rodeaba a los bailarines para poderlos ver, lo que ocasionaba una confusion fácil de calcular. Advertiremos de paso que allí no escaseaba la jente *de tono*.

Las chinganas de esta especie i al aire libre solo funcionaban durante el verano. Pero en todo tiempo las habia en gran número i en todos los barrios; i si no nos equivocamos, hubo ministro que con toda seriedad reglamentó el modo i los dias en que debian funcionar.

Así se mantuvieron, mas o ménos decadentes, hasta el año 31, en que llegaron a Santiago las famosas *petorquinas*, que hicieron en el *arte* una revolucion mas trascendental que la que ocasionaron en Italia los sabios emigrados de Constantinopla en el siglo XV. La capital se cubrió de chinganas i en la Alameda, desde San Diego hasta San Lázaro, i en la calle de Duarte en sus dos primeras cuadras, era rara la casa que no tuviera este destino. Algunos maliciosos de entónces, queriendo hacer de don Diego Portales, ministro en en esa época, un Maquiavelo de chingana, le atribuyeron el propósito de fomentarlas para distraer de la política al pipiolaje, recien caido del poder.

Las *petorquinas*, así llamadas por el pueblo de que venian, eran tres. Se estrenaron bajo los hermosos parrones de los Baños de Gomez, calle de Duarte. La concurrencia, de las familias mas notables de Santiago, era atraida no solo por la perfeccion i novedad de su canto i baile, sino tambien por la decencia con que se espedian. Nadie, por otra parte, se habria atrevido a exhibir algo parecido a lo que hemos visto mas tarde en nuestros teatros. ¡Aquel público era aun atrasado para ver i aplaudir el *cancan*!

VI.

En nuestra vida de café, desgraciadamente mui larga, nos encontramos con algunos tipos que aun no hemos olvidado. Recordamos tres en este momento: un santiaguino, un gallego i un andaluz. Este último era empleado público i mui entrado en años. La escala, que es ahora de la intendencia, conducia a su oficina. Sin exajeracion puede decirse que no la subia en ménos de un cuarto de hora. No era lo que ahora son muchos, sin tantos inconvenientes, *jubilado*. Su cena, ya que no almorzaba ni comia en el café, era una jicara de chocolate. Apénas lo veia el mozo sentarse a la mesa, le traia la servilleta i *dos* cuchillos. Miéntras llegaba el chocolate nuestro viejo se entretenia en afilar un cuchillo con otro.

Llegaba el chocolate acompañado de un enorme pan, de la panadería de Fierro, i de los de a *seis* por medio. Al recibirlo don J.... lo dividia en dos mitades: sopeaba en la jicara con una i guardaba la otra en el bolsillo. Al dia siguiente a la misma hora, al servirle la jicara, sacaba del bolsillo el medio pan i se guardaba el

pan entero. Este ya no volvia al café, pues era reemplazado por otro nuevo, que pasaba por la misma operacion.

VII.

El consumo de víveres i demas artículos no era caro.—Dos hojas de bisteque (no sabemos escribirlo en ingles) valian medio real; una hoja con un huevo, medio; un respetable trozo de huachalomo asado, un medio real; un par de huevos fritos, id., una gran tasa de té, café o leche, id. Los guisos costaban en la misma proporcion. De suerte que el hombre que no quedaba satisfecho con el consumo de real i medio o dos reales, era preciso que fuera mas exijente que Lúculo. Es verdad que los consumidores notaban a veces que la leche tenia un sabor mui pronunciado a cebo, i era fama, que para evitar que se *cortase*, se derretia en ella una vela, pero de cebo *limpio*.

Para consuelo de nuestros lectores, les diremos que ántes del año 30 visitamos a Buenos Aires, i despues del 40 a Lima, en varias ocasiones, i que, segun lo que hemos visto i oido, no eran allí las cosas de mejor data en esos tiempos; i si no fuera por no abrumarlos con nuestros recuerdos, les refeririamos lo que cuenta la duquesa de Abrantes de lo que en esta parte era Paris entre los años 10 i 14.

VIII.

Una buena noticia.... vamos a concluir.—Un dia, el año 28 o 29, contábamos con sorpresa, entre una i dos de la tarde, *doce* mesas de malilla, báciga, etc. ¡Esto en dia de trabajo! Como término medio i calculando, entre jugadores i mirones, computamos cinco personas por mesa; lo que nos da el número de sesenta personas desocupadas, por no decir jugadores. Como hace muchos años que dejamos de frecuentar estos lugares, conservábamos este recuerdo con desagrado i como un reproche para aquella época; pero hace pocos dias entramos, tambien en dia de trabajo a las dos de la tarde, en uno de esos lugares i vimos que de ocho mesas de billar que allí habia, *siete* estaban ocupadas, con su respectivo acompañamiento de mirones. Entre todos sesenta o setenta, imberbes la mayor parte.

La ociosidad, pues, ha ganado terreno, i lo único que hai de nuevo es, que lo que ántes se llamó café o fonda, hoi se llama hotel o casino.

Santiago, agosto 5 de 1872.

O. O.

AMOR I MUERTE.

(A JORJE ISAACS.)

I.

Si historias de amor os placen;
Si en vuestras horas perdidas
En vez de escenas guerreras
Quereis afecciones íntimas;

Si buscais en el encanto
De la suelta fantasía
El reposo para el alma
Despues de duras fatigas:

En los fastos de Colombia,
Que es en grandes hechos rica,
Leed la historia de aquella
Jenerosa Granadina,

Que en un martirio sublime
Rindió con honra la vida
Por su amor i por su patria,
Grande aquel, estotra altiva!

—

Amó i fué amada: los cielos
A su dicha sonreian,
I era el mundo para ella
El Eden de las delicias.

Estaba en aquella edad
En que la tierra bendita
Brota flores por do quiera
Para el alma casta i limpia!

Edad de las ilusiones
I de las tiernas sonrisas,
En que todo es bello, todo
Sueño, gloria i poesía!

La mar del tiempo es entónces
Trasparente, cristalina;
El viento de la fortuna
Sus alegres ondas riza:

Blandamente boga en ella
Al suspiro de sus brisas,
Bajo un sol siempre brillante
La barquilla de la vida!....

Edad de santos misterios,
Cuánto breve, pura i linda,
Que por ser tan bella, dura
Lo que las flores de un dia!

Diez i siete primaveras
Recien la hermosa cumplia
Cuando fué amante entusiasta,
I amante correspondida.

Hai mujeres en el mundo
De hermosura peregrina,
En cuyo conjunto amable
Todos los encantos brillan:

En la América española
Las hai, i muchas, que hechizan
Con solo volver sus ojos
Cuando blandamente miran.

En honor de la verdad,
La hermosura femenina
Es comun en nuestro suelo,
Natural en nuestros climas.

Tienen gracioso donaire
Las alegres Arjentinas;
Las Chilenas, tez de rosa,
Fresco labio i dulce risa;

Rivales de las morenas
Que adornan la Andalucía,
Son las joyas de los trópicos,
Las del Guayas i del Rimac:

Pero, ninguna entre todas
Es tan bizarra i tan linda,
Ninguna mas hechicera
De cuántas vírjenes brillan

En el suelo americano,
Que la vírjen Granadina
Que los suyos llaman Pola....
Pola, la ardiente mestiza!

Tiene dos soles por ojos,
Dientes que son perlas finas,
Cabellos que destrenzados
Tocan la tierra en que pisa,

Manos que son de azucenas,
Formas que al mármol humillan,
Sonrisa que es de los cielos
I miradas que electrizan.

Está dotada su alma
De estraordinaria enerjía,
De vivos, nobles afectos
I de ternura esquisita;

No sabe querer a medias,
Temerosa ni egoista,
I lo que siente en el pecho
Reverbera en sus pupilas.

Alma de temple elevado,
Para el martirio nacida,
No para un mundo indolente,
Que ni estimula, ni admira!

—

Su amante era un granadero
De los tercios de Bolivar,
Que contra los invasores
Luchaba en primeras filas:

Su espada nunca manchada,
Nunca con temor rendida,
En Boyacá mas gloriosa
Hubiera brillado un dia,

Si la fortuna traidora
Que en rueda inconstante jira
No le abriera un hondo abismo
En la mitad de su vida!

—

Tal fué de Cundinamarca
La jenerosa heroina,
I tal el noble mancebo
Que gozó de sus caricias!

II.

Recorre la selva el tigre
Víctimas buscando en ella,
Satisface su hambre impura
Con cadáveres la hiena;

Sámano, el atroz caudillo
De los tiranos, asecha
La ocasion de alimentar
Su atroz instinto de fiera,

I a la infeliz Bogotá
Abruma con las cadenas
De la opresion mas terrible,
De la esclavitud mas negra.

Con sus espías traidores
De las familias penetra
Los secretos mas sagrados,
Las mas puras confidencias:

De noche cuando las sombras
Cubren la ciudad, husmea
Como el lobo hambriento en torno,
I ronda de puerta en puerta

En pos de conspiraciones
Que fragua en su alma perversa,
Para teñirse de nuevo
Con humana sangre fresca.

Puñal que hieres de frente,
¿Dónde estas que no penetras
Con rabia en el centro oscuro
De ese corazon de hiena?

¿Dónde estas, rayo del cielo,
Que a la humanidad entera
No vindicas con tus iras
Hiriendo una alma de piedra?

—

I entretanto al dulce brillo
De una luna casta i bella
Unidos los dos amantes,
En brazos de la inocencia,

Se acarician i se juran
Eterno amor con promesas
Que en los labios se confunden
Que llevan las auras trémulas.

Van a separarse pronto:
El vá de nuevo a la guerra
A combatir por la causa
De la santa independencia,

I ella solitaria i triste
Queda en lágrimas deshecha,
Sin mas amparo que Dios
Que por los huérfanos vela.

Mas, si ella llora, no es llanto
El suyo de flaca pena,
Que debilite al guerrero
Ni detenerle pretenda.

Llora, porque son las lágrimas
Bálsamo del alma tierna
Que purifica sus actos
I dá esperanza a sus quejas.

Llora, porque en la mujer
Son las lágrimas que ruedan
Lo que el rocío en las flores,
Lo que la luz en la esfera!

El golfo de Panamá
En su seno esconde perlas;
Mas hermosas ¡ai! las vierte
La mujer que llora penas!

—«Vé a lidiar! No te acobarden
Los ayes de mis dolores:
Valen mas que mis amores
La patria i la libertad!
No fué a un esclavo mezquino
A quien di mi amor primero,
Fué a un valiente caballero....
Dulce amigo, vé a lidiar!»

«Unido al nombre querido
De la patria en la batalla
Que en el noble labio estalla
Como el eco del clarin,
Une el nombre de tu amante
Que por ti queda implorando,
Por ti solo suspirando,
Sin cesar, solo por ti!

«Tengo celos en el alma,
Tengo celos, porque quiero
Ser el objeto primero
De tu inagotable amor;
Solo parto mi cariño
Con tu patria, que es la mia....
Solo a ella cederia
Derechos mi corazon!....

«Dios benigno te proteja;
I pues tu causa es la buena,
Corre a ser en la árdua arena
El mas bravo paladin!
¡Adios, dulce amigo mio,
Idolatrado guerrero!
Toma mi beso postrero!...
Toda tu alma queda en mi!»

—

Al robusto tronco enlaza
Sus hojas la enredadera
Para escapar al empuje
De la tempestad violenta;

Asi vive solitaria
Largos años en la selva
Reclinada sobre el árbol
Que su proteccion le presta:

No de otra suerte inclinóse
La encantadora doncella
Sobre el pecho del mancebo,
Desprendida su melena.

Grabó un beso el caballero
Sobre su frente morena,
I ahogando un hondo jemido
Se perdió en la noche negra!

—

Unos ojos iracundos,
De esos que infamando acechan,
Protejidos por las sombras
Contemplaban esta escena!...

III.

No bien en el horizonte
Brilló la siguiente aurora
Cuando el tirano terrible
Dió pasto a su sed rabiosa....

Sed insaciable de sangre,
Que creciendo hora por hora
En raudal de tanto crimen
Nunca se estingue ni ahoga!

En una lóbrega cárcel
Está la inocente Pola
Víctima de sus verdugos
Que la atormentan i mofan:

Mas, no por eso desmaya
Su alma noble i jenerosa,
Que en su misma desventura
Templa su virtud heróica.

Artistas americanos,
Si quereis a vuestras obras
Dar triple interes con hechos
De nuestra brillante historia,

Si argumento mas sublime
Quereis que flores i rocas,
I horizontes trasparentes,
I lagos con blandas ondas,

Buscad para vuestro jenio
Hazañas que al alma asombran,
I dad el primer lugar
A la virjen de Colombia.

Pintadla entre los tiranos
Que como lobos la acosan
Pálida, sublime i muda,
Resignada i majestuosa:

Como la mártir de Cristo,
Ceñid a su sien aureola
De eterno brillo sagrado
Con que el cielo la corona:

Haced notar el contraste
Que con sus verdugos forma,
Ellos tan torpes i viles,
Ella tan alta i hermosa!

Así formareis escuela
Que las edades remotas
Saludarán con aplausos
I coronarán de gloria!

—

I dijo el tigre a los suyos:
«Caigan las venganzas todas
De nuestras almas de bronce
Sobre la arrogante criolla!

«Cumplan su deber las leyes
Teñidas con nuestra cólera;
I en la plaza se levanten
Los andamios de la horca.»—

—

Dia de luto en el pueblo
De ágrio llanto i quejas torvas
Fué aquel en que al vil cadalso
Subió la valiente Pola.

Se cerraron las ventanas,
Las calles quedaron solas....
Solas, sin otros testigos
Que el verdugo de Colombia

I sus infames esbirros,
I la soldadesca tosca
Que acompañaba a la víctima
Al son de las cajas roncas.

Ella marchaba serena
Entre esa fúnebre pompa
De inhumanos corazones,
De palabras rencorosas.

No pensaba en su desgracia:
Pensaba en su patria hermosa
Aprisionada i herida
Por puñaladas tan hondas;

Pensaba en el dulce dueño,
A quien en alegres horas
Juró amor i dió el perfume
De sus mas tiernas memorias!

—«No es nada morir, decia,
Cuando se muere con honra
Por el amor de la infancia,
Por la patria que se adora!

«Poco abate al alma noble
Una muerte ignominiosa,
Si hai un Dios que desde el cielo
La santa virtud corona.

«Pero, morir léjos de él,
No volver en mi última hora
A él mi postrer mirada,
Esta es mi fatal congoja!....

«¿Dónde estás, dueño de mi alma?
¡Oh! a mis hojos no te escondas!....
Ven a ver cómo las fieras
Mis tristes restos devoran!»

—

Diz que el cisne cuando muere
Canta con fúnebres notas
El himno de su agonía
Sobre las trémulas ondas.

Lucrecia al partir su seno
Para volver por su honra
Llamó a su pueblo al combate,
Dió la libertad a Roma!

La Mártir americana
Incontrastable i heróica
Lanzó al subir al cadalso
Su himno de muerte i victoria:

—«Compatriotas, en mi muerte
Aprended lo que os aguarda,
Si el peligro os acobarda
Para correr a la lid!
¡Oh! ya no os queda otro medio,
Jenerosos Colombianos,
Que vencer a los tiranos,
O en el martirio morir!

«Jurad al pié del cadalso
Donde aleves me asesinan
Los verdugos que os dominan,
Jurad vencer o morir!
Vengad mi sangre inocente
Vertida por los tiranos....
Jenerosos Colombianos,
Vuestro yugo sacudid!»—

—

Se oyó violento redoble,
I el tambor con voces roncas
Ahogó la voz entusiasta
De la jenerosa Pola.

Bajó la mártir los ojos
En sus postreras congojas,
Los breves piés en el aire,
El blanco cuello en la soga,

Cuando ¡secretos de Dios!
Vió con alegría loca
Arrodillado ante ella
A su amante entre las sombras.

Mas, no iba el noble guerrero
A consolarla en sus horas
De agonía infortunada....
Iba a morir en la horca

En que ella misma moria!....
Eran dos trémulas hojas
De un mismo tronco arrancadas
Una tarde tormentosa!

C. Walker Martinez.

EL PARRICIDA.

(HISTORIA FÓSIL.—ROMÁNTICA—ERÓTICA—DESCABELLADA.)

Era una tarde del florido abril en que la luna no brillaba porque no habia luna i en que la noche principiaba a tender sus densas alas, como ha dicho V. Hugo, sobre el pueblo de Santiago. I van tres mentiras de seguido, mi estimadísimo lector; porque ni la historia que voi a contar (por otra parte mui verdadera, i va un cuarta mentira) aconteció en Santiago, ni V. Hugo ha dicho, que yo sepa, lo que le atribuyo, ni por último el mes de abril estaba florido en la época i lugar a que me refiero.

En la ciudad de B.... habia un frio que hacia castañetear con furia inaudita los dientes de los vecinos. La naturaleza, cubierta de piés a cabeza con una densa capa de nieve, parecia dar por minutos bostezos jigantescos que convidaban a poner los huesos en línea horizontal, a dormir, a roncar como un gañan.

El tiempo amenazaba lluvia, tormenta, tempestad. En esta noche borrascosa, tremenda, romántica, en fin, se iniciaron los hechos, cuya narracion van a ver en pocas palabras nuestros lectores.

Como preámbulo, les recomendamos que se den un buen baño, que se alegren, que se esperezcan, que se pongan, en fin, en una situacion a prueba de bostezos i de sueños. No quisiera yo verlos dormir a pierna suelta, apénas recorridas las primeras líneas de este parto estupendo, ya que no quisiera que de él pudiera decirse aquello del poeta:

Nació entre el ruido de tormeta fiera
I murió entre el roncar de los jitanos.

—

Pero principiemos nuestra charla.

Arturo (nombre propio para un héroe de novela) era un jóven de dieziocho años. Nada mas misterioso que su orijen, nada mas dramático que su vida. En una oscura noche de invierno (tengo pasion por las noches oscuras i por las noches de invierno) fué recojido del torno de una casa de espósitos, a donde lo habia dejado la inclemencia de una madre, acaso impulsada por la miseria, acaso movida por el deseo de ocultar a los ojos de la sociedad una falta

por una gran señora cometida. Sea de ello lo que fuere, es el hecho que Arturo, hospedado al calor de ese májico fuego que se llama la caridad cristiana, pasó sus primeros años, obtuvo una educacion apreciable i llegó a ser un jóven distinguido por sus dotes intelectuales, por su varonil apostura, su carácter franco, su asidua dedicacion al trabajo i su temperamento alegre, ardiente, vivaz.

Habiéndose conquistado una mediana posicion social i habiendo, esto mediante, logrado borrar un poco de la memoria de los imbéciles, los maldicientes i los copetones, la oscuridad de su orijen, los harapos de su cuna, lo bastardo de sus jérmenes, Arturo principió a figurar en sociedad i, no necesitamos decirlo, principió a enamorarse.

El amor es una mina, es una sima ante la cual la vista del hombre se turba, el cerebro se estremece i el corazon se desgarra. Arturo se acercó con sangre fria, aparentemente al ménos, a esa mina i midió con soberbia altivez las profundidades de esa sima. Fogoso, ardiente, arrebatado, enemigo de las contemporizaciones, quiso descenderla de un solo paso. Desplegó las alas de su audacia i se echó a volar por el mundo de los ensueños. Aquello le parecia sencillamente delicioso i habria querido compararlo con un divertido viaje de esploracion.

Sin cofres ni maletas, como el héroe de *Los dos preceptores*, se echó a viajar por esos mundos de la fantasia, del entusiasmo, del deleite, que ningun hombre ha concebido, que ningun hombre concebirá talvez si elimina de sus doradas rejiones a la mujer. Principió por preguntarse qué cosa es el amor i concluyó por sentir lo que es el amor. Como un frio anatomista, colocaba sobre su mesa esa idea, ese sentimiento i esa pasion, i la desmenuzaba, la separaba en mil i mil partes con una tranquilidad digna del mas aguerrido Galeno. El amor era para él una cosa estraña, que no sentia i de cuya existencia tenia solo conocimiento por los libros que habia leido o por las conversaciones en que habia terciado.

Pero no tardó en ser la víctima de aquel mismo cuyo verdugo habia sido. Su corazon se trasformó, las pasiones brotaron en él i un mundo se abrió ante sus ojos.

—

Arturo va a un baile.

Su primer encuentro fué con un par de cañones rayados, con el par de ojos de una morena. Dos enormes metrallazos recibió en dos miradas de esos negros ojos. Arturo se sintió herido i dominado. En esos momentos de fuerte conmocion, de sacudimientos galvánicos, pudo esclamar con el poeta arjentino:

Abrió sus ojos por la vez primera
Lanzándome una lánguida mirada,
Cual si sus puertas el infierno abriera
A un alma condenada.

I si asi no esclamó, es indudable que no tomó el partido del andaluz aquel que caló el chapeo, requirió la espada, fuése i no hubo nada. Arturo se sintió herido; pero no derrotado. En las lides del amor, huir es morir. Arturo tenia una exuberancia de vida admirable i presentó combate, resuelto a quemar en la refriega hasta su último cartucho. Hizo frente a la morena, la invitó a un baile, conversó con ella i.... pero espliquémonos.

La mujer que asi impresionaba a Arturo, llevaba el nombre poético de Soledad i, por añadidura, era bella como un sol. Su cuna fué un elegante palacio; su atmósfera, delicados perfumes; su niñez, un canto; su juventud, un edén. Mujer ya de treinta i siete años, tenia en su rostro todos los esplendores de la hermosura i ese otro esplendor que atrae, que fascina a los que en la mujer buscan cómo llenar la panza i cómo pasar una vida de ociosidad i de lujo: el esplendor de la riqueza.

Suponemos que nuestros lectores, si no aman, han amado algunas vez i queremos ahorrarles el que se impongan de las conversaciones i de los requiebros de Soledad i Arturo. Ademas, eso es de cajon en toda novela i ya no hai nene que no sepa, ántes que el bendito, la mejor manera de decir mentiras dulces. Todos esos amorosos encuentros, todas esas entrevistas entre dos corazones que se aman, que están empapados en ese océano que se llama egoismo del amor, concluyen mas o ménos por el siguiente breve diálogo con que terminaron su conversacion Soledad i Arturo i que nosotros alcanzamos a oir:

—¡Me amas? preguntó Arturo, procurando sondear con su mirada hasta el fondo del alma de Soledad.

—¡Mas que a mi vida! contestó Soledad

con tono melifluo, enredando entre sus dedos la riquísima cadena que colgaba de su torneado cuello.

¡Qué amor tan rápido! dirá algun crítico.

Pues, sí, señor. ¿I qué mas se necesita para que se amen dos individuos, hijos lejítimos del mas puro i exajerado romanticismo? I despues, esta es una historia como cualquiera otra historia que sea como ésta, i la historia que preocupados nos trae, dice que los amores de Soledad i Arturo nacieron, crecieron i estallaron en una noche. En esos amores hubo un drama, una trajedia i hubo tambien una camareta: el humo cubrió despues la escena, i el historiador se quedó con su pluma en la mano, el papel sobre las rodillas, las cejas sobre los ojos i tanta bocaza abierta.

Sigamos narrando.

Arturo siguió visitando a Soledad i Soledad recibiendo a Arturo. La etiqueta duró poco i ya el jóven no salia de casa de la niña de treinta i siete años. I tanto disminuyó la etiqueta i aumentó el amor, que una bella mañana de mayo, el sol, brillante como nunca, (no habia niebla ni nubes) se alzó en el horizonte a iluminar la frente de dos jóvenes esposos que de la iglesia se dirijian al lugar en que debia celebrarse la boda. Soledad i Arturo se acababan de unir en matrimonio.

Si Arturo hubiese sido un poco previsor i reflexivo i si hubiese conocido otro poco de terapéutica, pongo por ejemplo, el trabajo que en estos últimos dias ha estado publicando *El Independiente* de Santiago, estoi casi seguro que ántes de casarse se habria engullido una buena dósis de dijital, ese *opio del corazon*.

—

No por ser bella, Soledad debia ser apta para encerrarse en su cuarto de esposa renegando al mundo, al mundo que siempre formó sus encantos, sus placeres, sus delicias. Arturo, por su parte, cedió a los apasionados arranques del corazon, se entregó a los paseos, a las tertulias, a todos los regalos de la riqueza i el gran mundo. Un escritor chileno, un señor don Juan Ruiz, que así hace cruelmente la guerra a la gramática como a los malos maridos, ha dicho: «Continuad malos maridos en *tu* pésima conducta; que dia llegará de amargura para *vos*.» Pero si la gramática no se queja ni protesta contra quienes la lastiman, esos malos maridos tienen para el señor Ruiz las orejas de cal i canto de que habla Breton.

Vamos al hecho. Soledad, casada, siguió tan hermosa como soltera i muchos opinaban que la casaca la habia puesto mas bella. Cuestion de gustos. Pero es cierto que con sus treinta i siete años a cuestas parecia una niña de quince. Gustaba de frecuentar los salones i Arturo, por indiferencia o por jovialidad, no trepidaba en hacerle su gusto. Así quedaba tambien él mas a sus anchas: así podia pasar sus noches en los clubs, en las mesas de malilla, billares, etc., etc. ¡Pobre esposo! mas tarde te dolerán las muelas!

Soledad iba tambien al teatro. Deslumbraba por su elegancia i los atractivos de su rostro i no le faltaron nunca los cortesanos. Necesario se hace decir que esto no desagradaba a Soledad. Si bien amaba a Arturo, no poseia ese egoismo del amor que hace olvidar al mundo para vivir con i por el sér que se ama.

Un señor don Manuel concibió una loca pasion por Soledad. Era este señor recien llegado al pueblo: poseia una gran fortuna i no pocos atractivos en su figura. No diremos que entró como tercero en discordia. Pero es cierto que su pasion por Soledad fué tan grande que mas de una vez la quiso ver soltera o, por lo ménos, viuda, que a falta de pan buenas son las tortillas.

Don Manuel visitó la casa de Soledad. Arturo tenia en él un amigo de confianza i nunca pasó por sus narices ni el olor a un rival. Por lo demas, Soledad en nada faltó a sus deberes de fidelidad i de cariño. Se mostraba afectuosa para don Manuel i don Manuel un esclavo de Soledad. Era el de don Manuel un amor verdaderamente chaucha. ¡Pobre don Manuel!

—

Don Manuel es hombre de empresas. I si álguien lo duda, aquí va una prueba. Dirije a Soledad una carta tan llena de pasion como la mas apasionada de un Mirabeau a su Sofía, de un Abelardo a su Eloisa.

Hai hombres que nacen con mala estrella i uno de ellos parece que era este don Manuel. Su carta no llega a manos de So-

ledad i cae en poder de Arturo. ¡Qué sorpresa, qué indignacion, qué abismamiento el de é-te! Horror, terror, furor! Se dirijió a Soledad i la reprendió con dureza. Soledad aseguró su inocencia.

—Pero esta carta, la decia Arturo.

—Ya ves la firma i yo no la he leido ni recibido, contestaba Soledad. Ese hombre ha venido a mi casa, lo he creido un amigo, no ha recibido de mi ninguna prueba de amor i no puedes acriminarme por ajenas acciones.

—Tú me engañas, Soledad. Lee esta carta i verás que ese hombre te recuerda amores de años que ya pasaron i te reprocha que lo hayas olvidado hasta el punto de dar a otro tu mano.

Soledad dió un grito de espanto. Exijida por Arturo contestó desecha en lágrimas:

—Cierto, Arturo, que amé a ese hombre, muchos años, muchos años ántes de conocerte. Ya lo habia olvid do i hoi lo desprecio porque soi tu esposa.

Arturo estrujó la carta entre sus manos i, tomando su sombrero, salió.

Momentos despues Arturo i don Manuel se encaminaban a batirse en duelo. Al salir de su casa, don Manuel entregó una carta a su criado para que la hiciera llegar a Soledad.

Los adversarios llegaron al campo. El duelo era a muerte. Se bendijeron las espadas, principió la lucha i a los pocos instantes caia don Manuel exánime con el corazon traspasado.

—

Soledad recibió la siguiente carta:

«Señora: Desde poco tiempo en este pueblo a nadie mas conozco, ni a nadie mas que a vos amo. Desgraciado en el amor que otro tiempo hizo mi felicidad, pero al cual fui infiel, voi a batirme con vuestro esposo. Si muero, sabed mi última voluntad. Este Manuel que habeis despreciado, no lo olvideis, os amó en un tiempo i el fruto de su amor, en bien de vuestra mal entendida honra, fué a aparecer entre espósitos. Mas no ántes de que yo tomase medidas para reconocerlo. Vos talvez lo habeis olvidado.... ¡Hace ya tantos años!.... Si sucumbo en el duelo, os ruego que busqueis a mi hijo, que lo es vuestro. Hoi debe estar ya hombre; pero lleva en el pecho, al lado izquierdo, una pequeña incision cuadrangular, por la que le reconocereis. Cuando lo hayais encontrado, justificad con esta carta que mi última voluntad es legarle mi fortuna. ¡Adios! —*Manuel Dupon.*»

Al leer esta carta Soledad se bañó en llanto.

Arturo entró poco despues precipitadamente. Su rostro estaba pálido. Cojió la carta, la leyó i una convulsion instantánea ajitó todos sus miembros.

—Mi padre.... mi madre, dijo, i prorrumpió en una carcajada epiléptica, estentórea, la carcajada de un loco. Despedazando sus vestiduras, mesándose los cabellos, rodó por el suelo i en su descubierto pecho se dejó ver una incision cuadrangular.

—

Dos meses despues, Arturo murió loco. Soledad, espantada del mundo, se consagró a la penitencia i a las obras de caridad. A la felicidad, que no encontró entre los hombres, pudo contemplarla resplandeciente bendiciendo a Dios.

RÓMULO MANDIOLA.

Contenido de este número.

I.—Francisco Bilbao, (continuacion), por Zorobabel Rodriguez, páj. 709.

II.—A mi amiga L. H., poesia, por Quiteria Varas, páj. 713.

III.—Los cafées, las fondas i las chinganas en Santiago hasta el año de 1830, por O. O., páj. 713.

IV.—Amor i muerte, poesia, por Cárlos Walker Martinez, páj. 717.

V.—El parricida, por Rómulo Mandiola, páj. 721.

IMPRENTA DE «EL INDEPENDIENTE.»
Calle de la Compañia núm. 102.

LA ESTRELLA DE CHILE.

AÑO V. Santiago, agosto 18 de 1872. Núm. 255.

FRANCISCO BILBAO.

SU VIDA I SUS DOCTRINAS.

(Conclusion.)

XIII.

La política de Bilbao no valia mas que su relijion; i esto por una doble causa. La política es una ciencia de aplicacion, en la cual lo absoluto no debe tomarse sino como un desideratum que es preciso perseguir incesantemente, pero con infinita paciencia i con infinitas precauciones. Ahora bien, Bilbao que era un teórico incorrejible, mas aun, un verdadero soñador, no podia ser un hombre político. Sus edificios son edificios construidos en el aire i sus fórmulas de gobierno trajes cortados para seres ideales, absolutamente inservibles en el mundo i el siglo en que vivimos.

A esta tendencia dominante de su espíritu poco apto para los estudios políticos, debe agregarse la impureza de la fuente en que bebió sus conocimientos. La Francia es de todos los paises del mundo el que ha ejercido una influencia mas funesta sobre el progreso de la libertad; el obstáculo mas poderoso que se ha opuesto al advenimiento del sistema democrático representativo de gobierno; la que ha mostrado una ceguera mas incurable para perseverar en los senderos que conducen al desgobierno i a la anarquía. Recorriendo la historia de ese pueblo singular, se esperimenta la misma impresion que presenciando la marcha de un ébrio. Con todos los caminos da, ménos con el recto. Acaba de estrellarse con la barrera del despotismo, i cambia de rumbo i va a caer de bruces en el fangoso precipicio de la demagojia. Ha dividido sus simpatías entre César i la canalla. Cuando se ha fastidiado de aquél, lo ha mandado sobre un carreton a la guillotina; i cuando ha querido salir del réjimen de la canalla, ha buscado por ahí un sarjento de grandes bigotes, i sentándolo sobre el trono, i poniéndole el cetro en la mano, ha quemado incienso al César i cartuchos a bala a la canalla.

I estos caprichos de mujer nerviosa se han hecho sentir por desgracia en toda la tierra, i mui particularmente en los paises habitados por la raza latina. Sin dificultad alguna han tomado esos paises, por juicio el injenio, el brillo por profundidad, por razon la elocuencia, por ciencia el arte de escribir agradablemente.

En el natural anhelo de instruirse, los americanos han ido a buscar a Francia la última fórmula del progreso político como han ido a buscar allí la última moda, la última anécdota i la última novela. I esto fatalmente, porque el pueblo frances es el pueblo misionero por excelencia, i porque su lengua es la que con mayor facilidad aprendemos cuantos hablamos la española.

Largo seria examinar las maléficas influencias que el predominio de las ideas francesas ha ejercido en estos paises. Gustos, sentimientos, costumbres, idioma, instituciones, todo lo ha falseado i pervertido; i si es verdad que al presente, escojiendo con discernimiento, puede hacerse en el campo frances una regular cosecha de enseñanzas, no lo es ménos que en los primeros años del siglo el error dominó casi sin contrapeso.

Bilbao no podia por lo tanto sacar de las enseñanzas de aquel valetudinario que marchaba apoyándose en la muleta de la revolucion o en la muleta de la dictadura, una nocion bien clara del ideal democrático. Lo que Lamennais, Michelet i Quinet le trasmitieron, fué lo único que tenian: su espíritu revolucionario. Entre este espíritu i el espíritu de libertad hai un abismo. Nada hai mas fácil que distinguirlos. Miéntras éste es paciente, tolerante, despreocupado, respetuoso de todo lo antiguo, relijion, instituciones i costumbres; aquél no sabe esperar, ni tolerar, ni respetar, ni creer. Odia el pasado solo por ser pasado i apetece lo desconocido solo por que aun no se conoce: se forja un sistema i, haciendo de él un molde inflexible, procura introducir allí a

la sociedad aunque sea a fuerza de martillo; poco le importa quebrantar sus huesos i alterar su fisonomía. (36) Proclama la soberanía del pueblo; pero bien entendido que el pueblo no debe ni puede ejercerla en contra de sus ideas i sentimientos. No esperimenta escrúpulos para liberalizar por fuerza, imponiendo en las escuelas la enseñanza de sus doctrinas, declarando fuera de la lei a los que no las profesen i desterrando i persiguiendo a los que las impugnen, éspecialmente a los frailes i jesuitas.

Este último, que es el liberalismo de los revolucionarios franceses i de la innumerable multitud que sigue sus huellas en España, en Italia i en la América latina, fué tambien el liberalismo de Bilbao. Nunca divisó la verdadera república sino al traves de las ruinas de la relijion. Para él, odio al catolicismo i liberalismo eran voces sinónimas.

«No temo asegurar, dice Mr. de Tocqueville, que la mayor parte de las máximas que hai costumbre de calificar de democráticas en Francia, serian proscritas por la democracia de los Estados Unidos. Esto se comprende fácilmente. En América hai ideas i pasiones democráticas, en Europa no tenmos hasta ahora mas que pasiones e ideas revolucionarias.» (37)

¿I cuáles eran esas máximas a que se referia Mr. de Tocqueville? Las mismas que Bilbao tomó para confeccionar su *Evanjelio americano*. La primera de ellas podria formularse así: A la libertad no se llega desenvolviendo i perfeccionando el presente, sino destruyéndolo i arrasándolo para hacer en el campo así desmontado la plantacion del porvenir.

Este procedimiento revolucionario es desconocido en dodos los paises que han tenido la fortuna de organizar gobiernos verdaderamente liberales. El es tan absurdo como seria en un médico la pretension de matar al enfermo para curarlo mejor en seguida. Las sociedades enfermas se curan tomando por base i por punto de apoyo las fuerzas vivas que aun conserven. En Francia misma no ha faltado quien lo reconozca de una manera esplícita:

«El lejislador, dice Mr. Guizot, debe persuadirse de que su mision no es la de aplicar o ensayar teorías. Está llamado a obrar sobre una sociedad determinada, de ningun modo a crearla. Las naciones existen, pero no es un lejislador humano quien las ha llamado a la existencia; las naciones existen i cada una de ellas tiene una constitucion (tomando la palabra en su mas amplio sentido) por el hecho mismo de existir. El político debe solo con la lima tocar esta constitucion, jamas con el hacha. Debe tender siempre a apropiarla mas i mas al perfeccionamiento i a la felicidad del hombre; pero que cuide mucho de no comprometer en esa constitucion la vida que no podria devolverle una vez perdida, i que se oculta talvez en este o aquel órgano que pretende rectificar o amputar. Que profese un respeto profundo a cuanto en el cuerpo social tenga animacion i vida. El lejislador es conservador, no creador. No le toca averiguar si la reyecia, la nobleza, el clero, las asambleas populares i las corporaciones municipales deberian o no tener cabida en la constitucion que es llamado a dirijir. Sin duda es necesario i esencial que conozca bien de una manera abstracta esos diversos elementos del órden social a fin de formarse una idea exacta de sus méritos i defectos; pero que recuerde siempre que ellos son hechos que en cada pais se presentan bajo diversas condiciones i que probablemente es inseparable de ellos la vida misma de la nacion en cuyo beneficio trabaja.» (38)

Bilbao no comprendió jamas esas lentitudes i contemporizaciones. Su educacion i su carácter lo impelian a una a desdeñar la lima i a servirse del hacha. Creia que en América no habia nada que mereciera la pena de conservarse en pié i predicaba la necesidad de destruir el viejo edificio hasta en sus cimientos para levantar despues el espléndido monumento de la democracia del porvenir.

La pretension era tanto mas temeraria, cuanto que el furioso zapador del presente no tenia siquiera en su cartera el plan de la obra que se proponia realizar. Veia con cierta lucidez que el réjimen establecido

(36) «Como el pensamiento humano entregado a sí mismo, marcha forzosamente hácia lo absoluto, toda vez que hagais la política con abstracciones, estableceréis el despotismo. Rousseau, en su *Contrato social*, cree fundar el imperio de la democracia i llega al despotismo. ¿Por qué? porque inocula a su sistema el absolutismo de su pensamiento.» Laboulaye. *Estudios sobre la constitucion de los Estados Unidos*. Leccion XVIII.

(37) Tocqueville. *De la démocratie en Amérique*. tom. III paj. 418.

(38) Guizot. *Histoire de la civilisation en Europe*. paj. 8.

era defectuoso; pero nunca atinó con el remedio. Hablaba sin cesar de libertad, de república, de crédito, de progreso; pero no tenia una nocion bien precisa de las ideas representadas por estas palabras. Tomemos, por ejemplo, la primera de las citadas. ¿En qué consistia la libertad para Bilbao? Cien veces nos lo esplica i otras tantas nos confirma en la conviccion de que esa palabra no traia a su espíritu nada de preciso, de definido, de real i verdadero. Oigámoslo: «La libertad es el ser, es la doctrina, es la lei....La libertad es la idea lejisladora que debe presidir a las acciones....La libertad es la potencia de ser con conciencia para manifestar i perfeccionar su ser....La libertad es el derecho del hombre....La libertad es el derecho del pueblo....La libertad es la patria....La libertad es la moral....La libertad es la relijion....La forma del ser en los seres racionales se llama libertad....El bien es la libertad...La libertad es el ser mismo....La libertad es Dios en el hombre...La libertad es lo mas digno de ser amado....La libertad es la profecía de la historia....La libertad es el verbo de los pueblos, jeometría de las ciudades que vendrán, pontificado de la república definitiva.... La libertad es relijion....La libertad es el ser mismo del hombre....La libertad es un deber i es un derecho idéntico de cada hombre....es la creencia en el Ser Impenetrable, Indestructible....La libertad es yo, tú, nosotros—identidad de ser i de fuerza, lei i vida, igualdad i fraternidad....La libertad es la unidad soberana....La libertad es la fé, la esperanza i la caridad....La libertad es la plenitud del ser, del derecho, del poder en la comunion universal....La libertad, espíritu que duerme en la creacion, aparece en el hombre como coronacion de la evolucion del espíritu divino...La libertad es la identidad del principio.» (39)

I despues de tanta algarabía ¿qué viene a ser esa libertad que era todo para Bilbao? —Algo mui semejante al Dios de los panteistas, es decir, nada. Ni la libertad de los filósofos, ni la de los moralistas, ni la de los políticos se divisa en una tan abundante exhibicion. I esto porque Bilbao, como lo hemos notado ya, no la comprendió nunca, o si llegó a comprenderla alguna vez, nunca sintió por ella simpatías.

La libertad es hermana de la justicia. Como ésta da a cada uno lo que es suyo, aquella deja a cada cual lo que le pertenece. Por eso las grandes i repentinas trasformaciones sociales i políticas se han hechosiempre violando la libertad que, si lleva infaliblemente al progreso, no sabe llevar allá sino con lento i cauteloso paso. Por eso Bilbao, que en su impaciencia deseaba destruir i reedificaren un instante la obra de los siglos, tuvo que profesar doctrinas tiránicas, i ejecutar actos de servilismo, i aplaudir las calaveradas de los déspotas. Por eso, desconociendo el derecho natural de los padres de familia para dirijir, en el sentido de sus propias ideas, la educacion de sus hijos, proclamaba la necesidad de imponer el aprendizaje forzoso de un pretendido Evanjelio democrático a todas las escuelas. Por eso aplaudió varias veces con inaudito cinismo los golpes de mano dados por los gobiernos contra los sacerdotes i mui en particular contra los miembros de la Compañía de Jesus. Por eso es que cayó en la ridícula inconsecuencia de alistarse en las tenebrosas filas de la masonería, sociedad que es la negacion mas absoluta de los principios capitales de la democracia. En efecto, la democracia es publicidad i la masonería es secreto; la democracia es libertad i la masonería es servidumbre; la democracia nombra sus jefes i la masonería los soporta; la democracia es poder ejercido por unos pocos en nombre i por delegacion de la multitud, i la masonería sometimiento ciego de muchos a jefes desconocidos para realizar misteriosos propósitos. (40) Bilbao pudo convencerse de ello bien pronto. Aquel fogoso tribuno, enemigo de toda autoridad, que habia ido a buscar en las filas masónicas un elemento de accion adecuado a sus sentimientos autonómicos i un punto de apoyo para hacer la guerra a la autoridad de la Iglesia católica, supo un dia con asombro e indignacion (preciso es reconocerlo en

(39) *La revolucion en Chile i los mensajes del proscrito* pájinas 22, 34, 35, 36, 37, 41, 171, 191, 213, 218. Tomo primero de las *Obras completas* pájinas 200, 203, 242, 244, 245, 250 i 253.

(40) «Con justo título se puede considerar a las sociedades secretas como uno de los mayores obstáculos que la democracia i la libertad hayan encontrado en nuestro tiempo, i quizas como la causa principal del embrutecimiento político de que somos testigos.» Courcelle Seneil. *De la accion pública de los individuos*, etc. artículo publicado en *La República* de Santiago el 5 de agosto de 1866.

homenaje a su candor) que la órden tenia un nuevo gran maestre nombrado....por Napoleon III en la persona del mariscal Magnan. La leccion fué severa; pero no creemos que ella aprovechase gran cosa a los miembros de las lójias francesas, que continuaron hablando mucho de libertad i siendo no obstante como la policía secreta del gran perjuro del dos de diciembre.

A mas de estos errores en que incurrió Bilbao, movido de sus prevenciones contra el catolicismo, podríamos señalar muchos otros en los cuales aparecen de manifiesto los resabios de la escuela francesa. No de otra parte tomó sin duda la falsa idea de que las libertades políticas son inherentes a la forma republicana de gobierno, confundiendo mui a menudo el despotismo con la monarquía. La esperiencia prueba lo contrario. Ni la república es necesariamente libertad, ni la monarquía necesariamente despotismo. La Inglaterra i la Béljica tienen poco que envidiar a las mas prósperas repúblicas, i no pocas de éstas se darian por satisfechas con disfrutar de la paz, de las garantías i libertades de que gozan los habitantes de aquellos paises. Las formas de gobierno no tienen, pues, la suprema importancia que les atribuyen algunos políticos superficiales que, habiendo soportado los inconvenientes de la monarquía absoluta, se imajinan que con echar abajo al rei i poner en su lugar a un presidente, la libertad seria un hecho. Sin duda que la república es el ideal i que bien podemos estar ufanos de nuestra fortuna los que tenemos la dicha de vivir bajo su sombra; pero de aquí no se sigue que todos los pueblos obrarian cuerdamente acometiendo la peligrosa aventura de adoptarla, sin tomar para nada en cuenta su historia, sus tradiciones, sus costumbres, su organizacion social, i las ideas, opiniones i preocupaciones de la mayoría.

Otro error sostenido por Bilbao de orijen evidentemente frances, es la cámara única. Cuando se constituyeron los Estados Unidos, todos ellos, escepto Pensilvania, adoptaron la division del poder lejislativo en dos cámaras. La esperiencia no tardó en probar al Estado disidente que se habia engañado, e hizo como los otros. Los franceses son de cabeza mas dura. Desde que a Rousseau se le ocurrió decir que el poder público es uno e indivisible, los franceses se han mostrado partidarios de la cámara única, que no ha dejado de traerles desastres de todo jénero. Hoi están sobre este punto tan ciegos como en 1789.

Dejemos al político revolucionario i vengamos al soñador. I a la verdad ¿a qué escuela política podríamos atribuir sin injusticia la singular pretension de Bilbao de abolir el sistema representativo estableciendo *el gobierno inmediato i directo del pueblo?* (41)

Para organizar este sistema en que todos los ciudadanos habian de ejercer directa i continuamente su particula de soberanía, el utopista entra en una série de combinaciones curiosísimas que revelan en él un candor estremado i un desconocimiento completo de la naturaleza humana. Talvez el sistema del gobierno directo del pueblo podria ensayarse en una sociedad de ánjeles. Pero al fin i al cabo habia cierta lójica en estas grandes aberraciones. ¿Qué mucho que Bilbao, que protestó siempre contra el dogma católico del pecado orijinal, olvidase las flaquezas humanas en sus elucubraciones políticas? ¡Tan cierta es en todos los órdenes de ideas la misteriosa fecundidad i correspondencia de la verdad i del error!

Concluyamos este capítulo diciendo lo único de bueno que es posible decir sobre la política de Bilbao. Su amor a la América fué sincero; i cada vez que creyó ver en peligro el honor, el poder i la independencia del continente, consagró a la defensa de éste discursos i pájinas impregnados de un innegable patriotismo. La traidora invasion a Méjico lo indignó sobremanera, i en una de las publicaciones que hizo por aquel tiempo lanzó a esa república i a sus hijos la siguiente apóstrofe que hoi pudiera calificarse de profética, si nó por la sobrenatural inspiracion de quien la escribió, al ménos por la confirmacion que ha recibido de los acontecimientos: «¡Oh Méjico! ¡oh vosotros hijos de los Aztecas i de los Castellanos! en vuestras manos está hoi la facultad de señalar el itinerario de la muerte a los profanadores de vuestro suelo i de arrojar la primera piedra a ese imperio, que será la señal de la lapidacion universal a que está destinado.» (42)

(41) *Obras completas*, Tom. I pájinas 231, mil 237 i siguientes.

(42) *Obras completas*, Tom. II, pájina 180.

XIV.

Así como tratándose de los arreglos políticos de las sociedades humanas, hemos señalado dos escuelas opuestas—la liberal i la revolucionaria; así tambien, tratándose de los arreglos económicos, hai que señalar dos tendencias que recíprocamente se escluyen—la de los economistas i la de los socialistas. Para comprender a cuán diversos objetos se encaminan, basta notar los distintos puntos de que parten.

El gran principio económico indicado i demostrado por Adam Smith i por Bastiat, es el respeto a la organizacion i al movimiento natural de la sociedad. Esos hombres inmortales descubrieron por medio de una observacion atenta de los fenómenos económicos, que éstos se determinan siempre por leyes infinitamente sabias i absolutamente ineludibles, i que por lo tanto libertar a la actividad individual de los reglamentos dictados para protejerla contra sus propios estravíos, era devolverle todo su vigor i eficacia, sin esponerla a riesgo alguno. Una vez reconocido el principio de la excelencia de la organizacion natural de la sociedad i la imposibilidad de dotarla de leyes mas benéficas que aquellas que le dió el Creador, era fácil trazar la norma a la cual deberian de ajustar sus esfuerzos todos los verdaderos economistas. Su papel se redujo desde entónces a observar con cuidado las leyes naturales que presiden al mundo comercial e industrial, i a remover los obstáculos puestos a su libre accion por las costumbres, las leyes civiles i políticas, las preocupaciones i los intereses de los individuos o de los gremios privilejiados.

Delante de esta escuela de verdad i justicia no tardó empero en levantarse otra de error i de crímen. Si los economistas habian fundado su teoría del respeto a la organizacion natural de la sociedad, descubriendo la existencia i sabiduría de las leyes que la gobiernan, los socialistas fundaron el suyo sobre las pretensiones del odio i de la envidia, que no saben, ni esperar, ni raciocinar. En la miseria encontraron su argumento i en los miserables su fuerza. Precisamente por que son sabias i justas las leyes económicas, respetan la libertad humana i dan a cada uno segun sus obras: al trabajador inteligente, sobrio i ahorrativo, mas que al zángano, ignorante, pródigo i calavera. Por equitativa que sea semejante distribucion, ella no podia ser del agrado de los perjudicados; i de aquí es que éstos empezaron pronto a reclamar un nuevo arreglo social que diese, no a cada hombre un salario correspondiente a su trabajo, sino a todos los hombres un salario idéntico, *por la razon de ser todos hombres.*

No tenemos para qué demostrar aquí la injusticia de esta pretension i la imposibilidad de realizarla miéntras los hombres conserven su propia naturaleza; lo que sí observaremos es que siendo el sistema socialista contrario al sistema natural, él no podia plantearse por vía de libertad sino por vía de autoridad. El economista que sabe que lo que hace la iniciativa individual en beneficio propio redunda en beneficio de todos i es siempre mas acertado que lo que podrian hacer los gobiernos, dice a estos: ¡Dejad hacer!—miéntras que el socialista que no acepta la organizacion natural de la sociedad, se vuelve a los gobiernos despóticos como a su única esperanza i les dice: ¡A despecho de las leyes naturales, sufra quien sufra i proteste quien proteste, derogad el código de Dios i, para reemplazarlo, poned en vigor nuestro sistema!

Entre estas dos escuelas Bilbao no podia vacilar. Como en política, desdeñando o desconociendo la libertad, optó por la revolucion, en economía política optó por el socialismo.

Como buen socialista se complació siempre en exitar a los pobres contra los ricos, en defender el salario contra el capital, en declamar contra las grandes propiedades i los grandes propietarios, en combatir el préstamo a interes como a un azote de los menesterosos, i en fin en idear sistemas utópicos para arreglar mas cuerdamente que lo que Dios quiso arreglar las leyes del mundo económico.

Inútil trabajo seria el que nos diésemos enumerando i refutando uno por uno los errores económicos de Bilbao. Todos ellos son solo aplicaciones del gravísimo i trascendental error que consiste en desconocer la sabiduría de las leyes que presiden la actividad humana, error gravísimo, que como lo hemos indicado ya, es la base sobre que descansa el socialismo.

Lo que sí nos parece conveniente es tomar dos o tres de esos errores para hacer ver cómo es que si ellos se hubiesen puesto en práctica, habrian traido consecuencias i resultados opuestos a aquellos que el so-

cialista se proponia alcanzar. En efecto, cuando un observador atento se consagra a seguir en su aplicacion los resultados de las tentativas que se hacen para modificar las leyes económicas en beneficio de tales o cuales intereses, no puede ménos de quedar asombrado. La sancion de la lei es ineludible: el dedo de Dios se ve patente.

¿Se quiere, por ejemplo, organizar el crédito de modo que sus beneficios se estiendan, lo mismo a los que honrados que a los pillos, a los que tienen que a los que no tienen responsabilidad?—Pues a pesar de la lei el crédito se restrinjirá, i los pobres tendrán que verlo disminuir i hasta podrá llegar el caso de verse privados absolutamente de sus beneficios.

¿Se quiere proscribir la usura reglamentando el préstamo sobre prendas en beneficio de los que necesiten tomar prestado?—Pues la consecuencia práctica será una alza en la tasa del interes.

¿Se quiere, por último, poner por obra la teoria socialista del derecho al trabajo, imponiendo al Estado o a los propietarios i capitalistas la obligacion de darlo?—Pues se tendrá una disminucion en la demanda de brazos i una baja en la tasa de los salarios.

De manera, pues, que las teorias socialistas inventadas para protejer a los pobres, si se realizasen serian para estos el peor de los azotes.

Demostrémoslo en los tres casos enumerados.

Desde luego, imajinémonos establecido lo que Bilbao llama el *crédito igualitario.* (43) Todos los habitantes de cada subdelegacion, a fin de adquirir este singular beneficio, se reunen i se afianzan mutuamente, supongamos que en cien pesos; i veamos, para usar de una frase que oiamos con frecuencia al señor Courcelle Seneuil cuando estudiábamos economia política, *cómo se pasarian las cosas.*

Ante todo seria necesario empezar reclamando el apoyo de la fuerza para hacer que la fianza se realizase. Los ociosos, calaveras i descamisados irian, en efecto, a dar su fianza como a una fiesta; no asi los que tuviesen algun crédito i algun capital. I se comprende. Aquellos irian a ganancia segura i estos a ser sin duda ninguna trasquilados.

(43) *La revolucion en Chile*, paj. 80 i siguientes.

Tropezamos, pues, desde el primer paso con un atropello de la libertad i con un despojo inicuo. Primero e inevitable inconveniente de todas las utopias socialistas: todas ellas suprimen la libertad i atentan contra la justicia. Pero continuemos *viendo cómo se pasarian las cosas.*

Ya está estendida la fianza de todos a todos en cada subdelegacion. Los descamisados i haraganes ya tienen crédito por cien pesos, es decir ya tienen la facilidad de encontrar quien les dé en préstamo esa suma, pagable por los fiadores solventes. ¿Se habria conseguido con eso la estincion de la miseria soñada por Bilbao? Sin duda que no, como no la estinguiria una contribucion forzosa impuesta a los que tienen dinero i crédito para regalar cien pesos a cada uno de los que carecen de ámbos. A la vuelta de algunos dias el flojo, el disipador, el incapaz habrian dado cuenta del regalo: los prestamistas habrian utilizado los intereses: los fiadores habrian cubierto el valor de la fianza. ¿De quien habria sido la ganancia?—De los mas indignos. ¿I la pérdida?—De los mejores. I a este miserable resultado se habria llegado atropellando escandalosamente la libertad i la justicia, alentando la pereza i la imprevision, hiriendo de muerte el derecho de propiedad, menoscabando el crédito i el espiritu de ahorro de los propietarios i capitalistas, i en una palabra, introduciendo en la sociedad económica un jérmen funesto de perturbacion i de atraso. Asi, pues, la pretendida organizacion del crédito, no habria sido en buenos términos mas que la organizacion mui positiva de la miseria i del cáos.

Vengamos a la usura. Si se nos pidiese un signo para distinguir a todos los ignorantes de la ciencia económica, no vacilariamos en indicar las declamaciones contra los usureros. Bilbao fué incansable en denunciarlos a la excecracion pública i en buscar algun medio de concluir con ellos, a fin de mejorar la condicion de las clases pobres. Entre tanto nada es mas fácil que manifestar hasta la evidencia los desastrosos efectos que en la práctica habria producido la realizacion de sus ideas.

Los pobres como los ricos i muchisimo mas que los ricos necesitan pedir prestado. No teniendo posibilidad en unos casos, ni voluntad de ahorrar en otros, viven ordinariamente con el dia. De aqui se sigue

que cualquiera interrupcion en el trabajo, por enfermedad u otra causa, los pone en la terrible disyuntiva de perecer de hambre o de recurrir al crédito. ¿Quien les prestará? —Es evidente que solo aquellos que se avengan a prestarles sobre prendas. ¿I quién fijará la tasa del interes?—Por una parte la oferta de dinero i por otra la demanda de éste, es decir que miéntras ménos sean los prestamistas i mayor el número de los que necesiten recurrir a ellos mas alto será precisamente el interes, i viceversa.

Ahora bien, sentados estos principios que son el A B C de la economía política, preguntamos ¿qué sucederia si se prohibiese, por ejemplo, a los dueños de casas de prendas, cobrar un interes que excediese de tal o cual máximum, so pena de una multa?—En primer lugar que los mas audaces violarian la prohibicion i que la violarian *de acuerdo con los que solicitasen préstamos*, como lo acredita la esperiencia. En segundo lugar, se produciria en el acto una considerable alza en el interes; puesto que los dueños de casas de prendas que abandonasen el negocio en vista de la prohibicion de cobrar por sus préstamos el premio acostumbrado, reducirian la oferta de dinero, i porque, aun aquellos que continuasen en el antiguo jiro, tratarian de indemnizarse de las multas que se les impusiesen o del riesgo que correrian de pagarlas a costa de los infelices que se viesen en la precision de recurrir a ellos.

Así es como, buscando la baja del interes, se habria producido una alza, i tratando de aliviar a los pobres, no se habria conseguido otra cosa que hacer mucho mas angustiada su situacion.

Pero va talvez a decírsenos: ¿Creeis en la fatalidad de la miseria? ¿Creeis que no habrá ningun medio para asegurar a todos los hombres cierto grado de bienestar? Sí; creemos que siempre habrá pobres en el mundo, i que miéntras no se encuentre algun medio de suprimir la libertad i la naturaleza humana, no se encontrará tampoco la panacea que se busca para nivelar las fortunas.

Sabemos que a esta lei natural e ineludible se opone por los socialistas un pretendido derecho a la vida i al trabajo que tendria todo hombre que viene a este mundo por el solo hecho de venir; pero sabemos tambien que ese derecho es ilusorio, porque no existe i porque es imposible su existencia.

Partiendo de ese pretendido derecho, Bilbao proponia que el Estado suministrase a todos los habitantes, útiles i herramientas para el trabajo, i acaso no habria mirado con malos ojos los talleres nacionales donde todos pudiesen encontrar una cómoda ocupacion i una subida paga.

«Esta utopia, dice Julio Simon, despues de examinar otras de la escuela socialista, es la mas desatentada de todas. ¿Desde luego ¿ quién juzgará de la oportunidad i cantidad de la subvencion, del jénero de trabajo i de las aptitudes?»

«Si es el obrero la sociedad, no viviria tres semanas; si es el Estado, la servidumbre mas intolerable seria la consecuencia inmediata. Representaos al Estado como a un inmenso almacen, dad a todos el derecho de entrar i de tomar gratis todas las mercaderías que se les ocurriese: tal es la primera hipótesis. Dad, al contrario, al administrador de ese almacen el derecho de obligar a todos los transeuntes a entrar, a llevarse algunas de esas herramientas i a servirse de ellas; tal es la segunda hipótesis que parece el delirio de un cerebro en descomposicion. ¿I de dónde se sacará el dinero para estos gastos?—Del impuesto, es decir que se arruinará a los pobres que trabajen por favorecer a los ociosos.» (44)

Pasemos a examinar ahora otra faz de la utopia de que nos ocupamos. Reconocido el derecho al trabajo, queda por ese mismo hecho establecido el deber de darlo. ¿Quién cargará con este deber? ¿Los particulares puesto que no puede el Estado? Oigamos el diálogo que tendria lugar entre el propietario por una parte i los trabajadores, armados del nuevo derecho, por otra.

«Una banda de obreros invade mi casa.

—«Amigos mios, hé aquí mi pan. Comámoslo juntos. Aquí teneis lienzo; tomad algunos metros para que os hagais vestidos.»

—«Gracias! es trabajo el que necesitamos. Somos obreros, no mendigos.»

—«Desgraciadamente no tengo por ahora ninguna obra que mandar hacer: mi cosecha está en el granero: mi pan cocido; los cierros de mi propiedad, las murallas de mi casa nada dejan que desear.»

(44) *La liberté civile* por Jules Simon, páj. 296.

—«Hacedlas derribar para que podamos trabajar en levantarlas de nuevo; porque somos todos albañiles i lo que necesitamos es casas que echar abajo i casas que construir.»

A esta pájina admirable de buen sentido, debida al mismo autor que acabamos de citar, no agregaremos ni una palabra mas.

Quedan los talleres nacionales, talleres que podrian llamarse con razon de la injusticia, de la servidumbre i del hambre; talleres que no podrian plantearse sino con el dinero ganado en trabajos productivos, i en los cuales se daria a los flojos la ocasion de ejercitarse en un trabajo estéril, trabajo que puede fatigar, pero incapaz de producir, mui semejante al del volatinero sobre la cuerda.

I luego ¿qué salario pagar en esos talleres? ¿Iguales o proporcionados a la actividad e intelijencia de cada cual? En el primer caso ¿qué viene a ser de la justicia? En el segundo ¿a qué norma obedecer i qué viene a ser de la libertad?

Concluyamos con estos delirios, oponiendo al pretendido derecho *al trabajo* el verdadero i sagrado derecho *de trabajar*. Aquél es el comunismo; éste la libertad: aquél la proporcion entre la obra i la recompensa, es decir la justicia; éste la igualdad ciega, estúpida i brutal.

Siendo, pues, desastrosas las aplicaciones del principio del derecho al trabajo deducido del derecho a la vida, puede afirmarse que éste no existe. Si existiera seria fácil probarlo; cosa que hasta ahora los socialistas no han podido hacer. Ellos dicen: El hombre tiene derecho al trabajo. Preguntadles por qué, i os responderán: Porque tiene derecho a la vida;—pero se guardarán mui bien de dar los fundamentos racionales de este último. En buenos términos, sostienen que hai derecho al trabajo porque hai derecho a la vida, i que hai derecho a la vida (usemos una frase vulgar) *porque sí*.

Para que hubiese en el niño que viene a este mundo el derecho a la vida, seria necesario que hubiese en los que viven la obligacion perfecta de darle los medios de vivir. Ahora bien, si esceptuamos los padres que por un acto de su voluntad han dado el ser a la persona de que tratamos, ¿quien otro puede tener esa obligacion perfecta? ¿I no es bien estraña por lo ménos esta facultad, que quisiera concederse al imprevisor que se casa sin mirar como sostendrá a sus hijos, de obligar al previsor que se abstiene, a mantener una familia en cuya formacion no ha intervenido? Que ello se haga por espiritu de abnegacion i caridad, lo comprendemos, deseamos i aplaudimos; que se haga bajo la presion de un derecho ajeno nos parece un error funestísimo.

Esto es lo que han comprendido todos los pensadores que han consagrado sus desvelos al estudio de las leyes sociales i sus esfuerzos a combatir el comunismo en nombre del principio de libertad.

Oigamos a uno de ellos que es nuestro conocido:

—«Se dice: El niño que nace tiene derecho a la vida.—Si, si puede vivir por si mismo. Por otra parte, si tuviese sobre el particular un derecho o algo semejante nunca seria sino contra aquellos que le hubiesen dado el ser. Los demas nada le deben i si le ofrecen asistencia es por una jenerosa escepcion al derecho estricto.

«Evidentemente el que viene al mundo viene a condicion de vivir bajo las leyes establecidas por aquellos que lo han precedido en la existencia, de continuar su obra i de mejorarla. Si nace en la edad de piedra o en la Tierra del Fuego, vivirá como vivian las jentes en la edad de piedra o como viven los habitantes de la Tierra del Fuego. Si nace en nuestro tiempo i entre nosotros tendrá otras necesidades, pero será armado por su familia i la sociedad para satisfacerlas; será iniciado en las artes de la vida civil, i convendrá, si no es un idiota, que esto vale mas que la posesion de toda la tierra en tiempo de la edad de piedra. Comprenderá que sus conciudadanos no pueden darle mas que la civilizacion i las leyes que poseen; que si quiere mas, nadie le impedirá trabajar libremente en adquirirlo. No pretenderá que por una escepcion reservada a nuestro tiempo e introducida en su favor, la naturaleza lo haya esceptuado de las fatigas, pruebas i dolores de todos los antepasados, sin trabajo ni mérito suyo ni de aquellos que le han dado el ser.» (45)

XV.

Tocamos ya el fin de estas pájinas mucho mas numerosas de lo que, al darles

(45) Courcelle Seneuil, *L'héritage de la révolution*, pájs. 111 i 112.

principio, pudimos imajinárnoslo. Nuestros lectores nos perdonarán si toman en cuenta que escribir largo casi es una fatalidad cuando se escribe urjido por el tiempo. Es lo que observaba Madama de Sevigné cuando ponia al pié de una de sus admirables cartas: «Perdonad, hija mia, no he tenido tiempo para escribirte mas corto.»

Pero si hemos sido talvez prolijos en contar la vida i esponer refutando las doctrinas de Francisco Bilbao, creemos no habernos apartado una línea del programa que nos trazamos al comenzar. Aquellos que hayan tenido la paciencia de acompañarnos hasta este punto, saben si hemos sido leales espositores de los hechos i de las ideas, críticos circunspectos i adversarios templados. Hemos puesto fuera de debate la conciencia i las intenciones del hombre: hemos referido con recta imparcialidad, lo mismo los actos que podian favorecerlo que aquellos que podian perjudicarlo: hemos cuidado de no atribuirle ninguna opinion sin citar al pié la pájina de sus obras en que se halla consignada: i por último, cada vez que las hemos tachado de perniciosas o falsas, ha sido dando enseguida los fundamentos de nuestro juicio. Esta línea de conducta nos ha hecho arribar a conclusiones que en dos palabras conviene resumir aquí.

Francisco Bilbao puso una grande actividad, una voluntad perseverante i un ardor sin límites al servicio de la causa que él se imajinaba era la causa de la verdad, de la libertad i del bienestar del pueblo. Por esa causa trabajó, luchó i sufrió sinsabores i persecuciones. Tal es la faz simpática de su biografía i tales las circunstancias atenuantes que un juez equitativo no podrá ménos de tomar en cuenta al apreciar los actos de su vida.

En cuanto a las doctrinas que sostuvo, ellas fueron o estravagantes, o falsas o perniciosas. En relijion, hizo la guerra al cristianismo, que es verdad para la inteligencia, consuelo para los que sufren, i alma i vida de la civilizacion. En política, fué revolucionario, es decir, hombre de violencias, de odios, de trastornos, de sacudimientos; no hombre de legalidad, de tolerancia, de progreso i de benéficas reformas. En economía política, desdeñó las soluciones de la libertad, para pedir a la fuerza las soluciones del comunismo. En esos tres órdenes de ideas erró, pues, el camino de la verdad i del bien. En ninguno ellos acertó a escribir una sola pájina digna de ser leida por la posteridad.

Bilbao no es para Chile ni un benefactor ni una gloria. El pueblo no le debe ni buenas obras ni buenas lecciones. La popularidad de que goza entre algunos es en cierto modo negativa, como fueron en cierto modo negativas sus doctrinas, algo como un ariete para batir los muros, afortunadamente indestructibles, de la relijion cristiana, de la democracia honrada, i de la libertad económica. Se le aplaude, no como a fundador de una relijion que valga mas que la católica, sino como a un enemigo implacable de ésta: se enaltece en él, no al publicista de jenio, sino al partidario intransijente, cuyos odios se quisiera hacer revivir en la multitud ignorante contra los partidos que de aquellos fueron objeto; i se honra en él, no al austero maestro capaz de enseñar al pueblo el evanjelio de la justicia, de la verdad i del trabajo, sino al apasionado tribuno que pretendió enseñarle la marsellesa de los odios, de los errores i de la holgazanería.

De Maistre dijo de Voltaire que merecia una estatua levantada por manos del verdugo.

Nosotros concluiremos diciendo a los que quisieran levantar un monumento a Francisco Bilbao: Levantádselo en horabuena; pero en el cementerio. Cubrid sus odios, sus preocupaciones, sus errores con la lápida del olvido; i escribid sobre ella: ¡DIOS LO HAYA PERDONADO PORQUE NO SUPO LO QUE HIZO!

ZOROBABEL RODRIGUEZ.

A ADELINA.

Ayer no mas la ví cual bella aurora
Inundada de luz, de nieve i rosa
I su figura dulce i vaporosa
Era de la mujer el bello ideal.
Las auras perfumaban su camino
Sembrado de azucenas i azahares,
I Apolo con sus plácidos cantares
Inspiraba su alma anjelical.

A la que ayer fué luz, flor, armonía,
La dicha de los suyos i su encanto,

La eternidad la cubre con su manto
I la arroja al abismo del no ser.
Nació para otra vida, otro era el centro
De aquel sensible corazon amante....
Al golpe de la suerte delirante
Se sintió de dolor desfallecer.

Trémula i delicada sensitiva,
¿Quién marchitó sus hojas cristalinas,
Su belleza, sus gracias peregrinas,
Su virjen i encantada juventud?
La inexorable muerte le arrebata
En su adorada madre la ventura,
I ese golpe la arroja blanca i pura,
I aun risueña i hermosa al ataud.

No quiso sola atravesar el mundo,
I junto al lecho de su yerta madre
Pidió de hinojos al Eterno Padre
Que la trasporte a su feliz Eden,
I cual sube a la cúpula sagrada
El incienso que aroma el templo santo,
La dolorida voz de su quebranto
Al almo cielo se elevó tambien.

I en la risueña edad de la existencia,
Rodeada de esperanza i de ventura,
Las alas tiende a la celeste altura
I dá a la vida su postrer adios.
Rayo de sol que abandonó la tierra,
Blanca paloma que a los cielos sube,
Astro que eclipsa pavorosa nube
Dejando estela de su paso en pos....

I aquí el santuario de su casto nido
Que ornar debieron de la tierna esposa
El blanco velo i la diadema hermosa
Que a su alba frente debió atar Amor,
En triste noche sumerjido yace
Todo cubierto de crespon sombrío,
I en ese triste i funeral vacío
Suspiros se oyen de letal dolor.

Allí te llora tu familia amante,
Adelina feliz, miéntras tu alma
Recibe de las virjenes la palma
I se baña en la luz de la verdad.
¡Míseros de nosotros que en tinieblas
Por escabrosa senda aquí vagamos,
Sin saber do venimos o do vamos
Ni que guarda tras sí la eternidad!

ROSARIO ORREGO DE URIBE.

LA CASA DEL PATROCINIO

DE SAN JOSÉ.

El juéves próximo pasado quedó inaugurada la *Casa del Patrocinio de San José*. A nosotros a quienes cupo anunciarla los primeros cuando no era mas que un bello pensamiento inspirado a un grupo de jóvenes por un celoso i apostólico sacerdote nos cabe tambien ahora anunciarla como una hermosa realidad. I, si por los auspicios bajo que la obra nace se ha de augurar su porvenir, de veras que tenemos derecho para augurárselo mui espléndido, mui fructuoso a la *Casa del Patrocinio de San José*.

¿Quién que vió la tierna i encantadora fiesta del juéves no espera lo que nosotros?

Un simpático sacerdote concibe la preciosa idea de fundar una casa de asilo i educacion para niños huérfanos i desvalidos, hace un llamamiento a la caridad del pueblo de Santiago, i de todas partes viene la cooperacion entusiasta i jenerosa. Pasan tres meses escasos i ya se invita al pueblo de Santiago a asistir a la inauguracion de aquella casa.

Así son las obras de la caridad crisliana, así son las obras de Dios, las obras que Él bendice. Del mismo aislamiento nace la cooperacion, de la escasez i la pobreza brotan los recursos para esa obra que ha tomado bajo su amparo el Dios que sacó todo de nada. Las barreras se desploman por sí solas, se allanan los obstáculos para dar paso al pensamiento que ha inspirado el Dios que hizo abrirse los mares para dar pasaje a pié enjuto a su pueblo escojido.

Así pensábamos cuando asistimos a la preciosa fiesta de inauguracion de la *Casa del Patrocinio de San José*.

Intelijentes i apreciables jóvenes se prestan jenerosamente para contribuir con sus talentos i habilidades a solemnizar aquel acto, formando una magnífica orquesta.

Simpáticas señoritas, venciendo las modestias del sexo, consienten gustosas en rendir tambien su homenaje a la buena obra, luciendo las gracias que les dió Dios i perfeccionó el arte.

Matronas, señoritas, juventud, el pueblo todo ¿quién faltó el juéves a la cita de la caridad? qué rango, qué condicion social no estaba allí espléndidamente representada?

Los ilustrísimos Obispos de Himeria i de Kansas, el señor Ministro del Culto, el señor Intendente de la Provincia, los vicarios del Arzobispado, los respetables miembros del cuerpo diplomático, individuos de ámbos cleros, todos acudieron a la cita.

Sin tener parte alguna en el brillante éxito de la obra *del Patrocinio de San José*, esclusivamente debido al celo i ardiente caridad del presbítero señor Cañas, despues de la inagotable jenerosidad del pueblo de Santiago, sin tener, decimos, parte en ese éxito, la tenemos, sinembargo, en la gratitud para con todos los que de un modo u otro han protejido la obra i la han hecho surjir. Tenemos parte en la gratitud, como entusiastas por la institucion, como católicos, como amigos i admiradores del presbítero Cañas i como los últimos de sus cooperadores. Estamos, por otra parte, seguros de interpretar su pensamiento i prevenir a sus deseos, dando las mas cordiales gracias a los caballeros i señoras que solemnizaron el acto de la inauguracion con su presencia; mui en especial a las señoritas que con tanta maestría i brillo desempeñaron en el concierto del juéves la parte de canto, a los distinguidos jóvenes del Club Musical, etc., etc.

Los detalles de la magnífica fiesta del juéves los conocen ya por los diarios nuestros lectores. La brillante ejecucion de la parte musical, la elocuencia de los discursos, la gracia de las alocuciones poéticas, el imponente espectáculo de aquel, cuanto numeroso, escojido concurso, nada dejaron que desear i sí ofrecieron mucho que aplaudir con entusiasmo.

La colecta a favor de la casa produjo en ese dia, si no estamos mal informados, mil seiscientos pesos.

¡Que Dios bendiga a los hombres que conciben esos grandiosos planes de caridad i tienen celo i constancia para llevarlos a cabo, que Dios bendiga tambien al pueblo que sabe siempre acudir con el corazon lleno de amor i las manos llenas de ofrendas, cuando se le llama en nombre de Dios, en nombre de la miseria, de la desnudez, del hambre i de los dolores del prójimo!

JUDITH.

I.

Lleno el judío de mortal congoja,
Tras de los anchos muros de Bethulia,
Sin divisar ni un mísero socorro,
Piensa encontrar allí su triste tumba;

Que el valiente Holofernes, como el rayo,
I al impulso fatal de armadas turbas,
Despues de recorrer toda Judea
E imponer a sus hijos suerte dura,

Ora llega ante el único baluarte
Que conserva Israel, i en negra furia
Con máquinas de guerra en ancho círculo
I relucientes huestes lo circunda.

¡Todo es pavor allí!.... Ya el enemigo
De dardos les arroja inmensa lluvia
I el ariete con golpes repetidos
El muro defensor casi derrumba.

El hambre les acosa i por las calles
Corre la triste madre jemebunda,
Con el árido seno humedeciendo
Los labios de una débil creatura!....

El acueducto bienhechor que surte
Con agua fresca a la infeliz Bethulia,
Para vencer su indómita fiereza
El asirio entre ruinas lo sepulta.

I seca la ciudad, en un instante
De entregarse a Holofernes ya no duda
I a abrir las anchas puertas abalanza
Feroz i alzada la sedienta chusma.

¡Oh! mil veces feliz quien no conoce
De ese suplicio cruel la pena dura!....
¡Feliz quien a los bordes de su labio
Jamas sintió ese cáliz de amargura!....

—

En una calle estrecha i apartada
Humilde casa habita una viuda,
Judith por nombre lleva i de virtudes
Ancha aureola su faz célica alumbra.

Ha largos años, triste i retirada
En oscuro rincon ora i ayuna,
Cuando al ver el peligro de su pueblo
Concibió un pensamiento su alma pura;

Deja su habitacion i a los ancianos
Habla asi, entre el motin de airada turba:
—«¡Basta ya de temor!, de vuestros pechos
Arrancad de una vez la saña injusta!

«Que, mandada por Dios, voi a salvaros,
Del asirio a romper la opresion dura;
Mas no indagueis el medio que me valga
Para hacer tal prodijio: en las alturas

«Hai un Dios protector del inocente,
Que venga las infamias i calumnias,
Que es escudo del pueblo que lo adora
I de los fuertes la pujanza burla.»—

Luego cubierta de brillantes joyas,
Ciñe de velos de oro rica túnica,
Cuyos vivos cambiantes no apagaban
El brillo natural de su hermosura.

I en medio del silencio respetuoso
De todo el pueblo, abandonó a Bethulia
I hácia el campo enemigo se dirije,
Que Jehová poderoso es quien la escuda.

II.

Bajo su tienda Holofernes
Con sus guerreros trabaja,
Un plan de nuevos ataques
Contra la ciudad sitiada.

No hai duda; al inmenso empuje
De las poderosas máquinas,
Talvez al siguiente dia
Van a caer las murallas.

¡Ai! entónces del vencido!...
¡La doncella desolada
En vano a la chusma ruin
Mostrará sus tiernas lágrimas!....

El anciano que indefenso
Buscando un refujio vaga,
No escapará del furor
De las turbas embriagadas,

¡I el guerrero, cuyo pecho
Cubierto por férrea malla,
Desde el elevado muro
Burló continua asechanza,

Bien pronto sucumbirá
I al peso de rudas armas
Doblegará la cerviz
Ante el asirio humillada!....

Asi mil planes se forma
Su deseo de venganza:
¡El corazon de Holofernes
A su contacto se exalta!....
En ese instante a la tienda

Con tumultuosa algazara,
Un peloton de soldados
Llevó a Judith custodiada:
Se la sorprendió, aquel dia,
Que en precipitada marcha,
Por los reales enemigos
Con fiera inquietud vagaba,

I ella pidió, ante el caudillo
Holofernes, ser llevada,
I asi fué; en breves instantes
Se le otorgó aquella gracia.

A su vista el corazon
Del magnate, en viva llama
Ardió de insensato amor
Que cundió voraz por su alma.

Judith, firme en su propósito,
Con las mas bellas palabras
Declaró que su ciudad
Para siempre abandonaba,

Porque maldita del cielo,
Al enemigo entregada
Iba a ser presto Bethulia
Un monton de rojas llamas.

Alucinose Holofernes,
Al brillo de su mirada;
Mas i mas cundo el amor,
Que ya dentro el pecho estalla;

I en aquella misma noche
Presa de pasion insana,
Dejó en su tienda a cenar
Al idolo de su alma.

A todos sus servidores
Que se retiren les manda
I presto quedaron solos
En la tienda solitaria.

¡Ah!...¡de su cercano fin
Cuán léjo el mísero estaba!...
¡Ni leve presajio cruza
Por su frente acalorada!...

I alzando repletas copas
I entre amorosas palabras
Presto en su lecho tendido
Quedó, como inerte masa.

Al mirarse Judit sola
Con Holofernes, la rabia
Coloreó de roja púrpura
Su mejilla nacarada.

I pidiendo a Dios que armase
Su brazo de fuerza estraña,
Desató un puñal agudo
Que de un armario colgaba:

Empuñándolo en su diestra,
Una mirada al cielo alza
I de dos golpes cortó
La cerviz dura i pesada

Del asirio; en rica tela
El trofeo horrible guarda
I a una anciana se lo entrega
Que la puerta custodiaba.

—

Ya claridad indecisa
Ilumina la campaña
I desde el nido las aves
Tiernos cantares ensayan;

Las dos huyeron; el campo
Atraviesan recatadas
I de la infeliz Bethulia
Llegan presto a las murallas.

Las puertas de la ciudad
Fueron abiertas; rodeadas
De una muchedumbre inmensa
Que les prodiga alabanzas.

Entran en triunfo i Judith,
Llena de emocion, proclama
Que el enemigo es vencido
I concluidas las desgracias;

I así diciendo les muestra
La cabeza ensangrentada
Del tan temido Holofernes
Por todos los de su raza:

De todos negro estupor
Hiela la sangre, i el alma
Se sobrecoje al sentir
Dicha tan inesperada.

Para bendecir a Dios
Gritos de júbilo lanzan
I de la heroica Judith
El nombre adorado ensalzan!...

III.

El asirio conmovido
I lleno de pavor justo,
De la muerte de Holofernes
Apénas noticia tuvo,

Cuando a las armas corrió
I del furor al impulso
Se abalanza de Bethulia
Sobre los débiles muros;

Confiado en Dios el judío
I cierto casi del triunfo
Dejó la ciudad i armado
Salió a su encuentro sañudo

I a los primeros empujes
Que hizo el asirio en su orgullo,
Fué vencido i aquel campo
Se convirtió en el sepulcro

Donde miles de guerreros
Dieron sangriento tributo
A la codicia de un rei
Que avasallar quiso un mundo...

Las huestes despavoridas,
Rotos sus carros i escudos,
En estrepitosa fuga
Huyen cubiertos de luto.

I los cantos de victoria
Que rasgan el éter puro
Rompen con clara armonía
Aquel silencio profundo;

Así Dios para realzar
Mas i mas su santo culto,
A los hijos de Israél
Darles la victoria plugo.

I entre vítores llegaron
De la ciudad a los muros
Las falanjes vencedoras
En espansivo tumulto....

Agosto de 1872.

David Bari.

APUNTES

PARA LA HISTORIA DE LA MÚSICA EN CHILE.

I.

No hace mas de sesenta años que la música en Santiago consistia en treinta o cuarenta *claves* repartidas entre las casas pudientes de esta ciudad; cien *vihuelas* i diez o doce *arpas*, inclusas las de las chinganas. A esto debemos agregar algunas espinetas, especie de clave mas pequeño, pero no de ménos áspero sonido. El salterio era aun mas escaso. No hemos conocido mas que uno el año 20, tocado con cierta perfeccion por una señorita Roman. Tenia mucha semejanza con la lira, pero era de mas recursos i sonoridad. Se tocaba con uñas artificiales i sus cuerdas eran de alambre.

En los últimos años del siglo anterior, o mui a principios del presente, llegaron de España los dos primeros pianos que se conocieron en Chile. Fueron hechos venir para el señor don Manuel Perez de Cotapos el uno, i para la señora doña Teresa Larrain de Guzman, el otro.

El primero de estos pianos se encuentra en la hacienda de Ocoa; el segundo, hasta hace mui poco tiempo, se hallaba en el Barrancon, fundo de los señores Cerda.

Ambos son de la fábrica de Juan del Mármol. Año de 1792, Sevilla.

En algunas familias, sinembargo, se cultivaba la música en proporcion a esos escasos recursos, i en nuestra niñez oimos hablar con entusiasmo de las tertulias de la señora Esterripa, de las señoras Orunas, Velasco i Muñoz, cuyas voces han dejado su fama hasta nuestra época. En esos tiempos nadie habia olvidado a Salinas i Barros que habian hecho en la arpa las delicias de la antigua aristocracia. Con gusto recordamos a Cartabia, flautista *orechiante* i al portugues Juan Luis, comensal infaltable del señor don José M. Astorga, rascador de violin i maestro de baile con quien mas de una vez tuvimos el honor de tocar cuando aprendiamos.

Una noche en que el rejente Ballesteros daba una de esas tertulias a que era tan aficionado, álguien nos llevó a ver por la ventana aquella reunion ceremoniosa; luego vimos llegar una mujer gorda i morena, brillante de lentejuelas, de piés a cabeza. Los tapados repitieron ¡la Bernarda! la Bernarda!—El rejente, al verla tomó una silla, la puso en un lugar *conveniente* i la invitó a sentarse. Cantó en seguida i fué aplaudida furiosamente.

En los dias siguientes oimos repetir a varias personas: el rejente le pasó el asiento a la Bernarda!

Este nombre se borró en seguida de nuestra memoria; pero, cuando muchos años despues, llegamos a Buenos Aires nos encontramos en una casa, vecina a la del señor don G. Real de Azúa, con una hija i un nieto de nuestra cantante, que habia emigrado el año de 1814. Allí supimos que nuestra paisana habia muerto despues de haber sido mui aplaudida por aquel público; recibió, como última ovacion en el teatro, un gato muerto arrojado desde la cazuela.....

II.

La orquesta de la Catedral, pues no habia otra, constaba de siete instrumentos, incluso el órgano; i cuando funcionaba fuera de esta iglesia, se anunciaba esta novedad con gran júbilo de los devotos i aficionados.

Nada decimos del teatro, porque entónces, como ahora, los espectáculos escénicos no eran articulos de primera necesidad para nuestro público. Notamos, sí, una pequeña diferencia, a saber, que entónces el teatro funcionaba en verano i se cerraba en invierno, i que ahora, por el contrario, trabaja *algunos* inviernos para cerrarse *todos* los veranos.

Los instrumentos de cobre eran desconocidos entre nosotros. La corneta, el clarin, etc., viejos ya en todas las colonias españolas, aun no habian llegado a Chile. El primero de estos instrumentos se oyó, por la primera vez, al arribo del batallon Talavera en 1814.

Por lo que hace a los instrumentos de percusion, era tal su escasez que, segun el parte del jeneral Carrera pasado al gobierno despues del asalto de Yerbas-Buenas, aquella sorpresa que debió ser decisiva a favor nuestro, no lo fué por la muerte *del tambor*, el único seguramente de que podia disponer el jefe del ejército. Esto nos recuerda lo que dice Rousseau—que una piedra o un árbol a la derecha o a la izquierda en un campo de batalla, puede decidir de la victoria.

III.

En aquella misma época se formaba en esta capital una pequeña banda de música

que debia reemplazar a los instrumentos *de cuerda* que hasta entónces hacian el servicio militar. Una de las primeras veces que esta banda salió a luz fué para publicar el bando de las paces celebradas con Gainza en 1814. Circuló toda la ciudad tocando uno o dos vals de dos partes, i la tropa marchaba al paso que ahora lo hacen los tambores i músicos cuando tocan llamada, pero sin la menor uniformidad en la marcha.

El mismo año de 1814 desertó de la *Phaebe*, buque de guerra ingles, el músico Guillermo Carter. Tocaba varios instrumentos i mui bien el clarinete. Fué mui protejido por los Carrera, sobre todo por don Juan José, que lo encargó de formar la banda de que hemos hablado, que se agregó al célebre batallon de granaderos, cuyo jefe era. Por la primera vez se oyeron en Chile, la trompa, el trombon, el bascorno, que ha desaparecido; pero lo que mas llamaba la atencion fué el serpenton, que como su nombre lo indica era una gran culebra negra i enroscada. Este instrumento pertenece a la familia de los bajos de madera, i por lo agradable do su sonido solo se usa en algunas iglesias de Francia, sobre todo para acompañar a los sochantres en ciertos casos en el canto llano.

Los violines de la antigua banda aprendieron a tocar instrumentos de viento i fueron la base de la nueva.

Habia retreta todas la noches, saliendo de la plaza en direccion del cuartel de San Diego.

Jamas siguió a campaña a su batallon ni a ningun otro. Se habia hecho de esta banda una especie de medio de gobierno por el entusiasmo con que acudia el pueblo a oirla. Los músicos eran decididos carrerinos, lo que demostraron quizá con alguna exajeracion en la calle pública al otro dia de la caida del director Lastra.

Perote, por apodo, antiguo oboe, i fagot a la sazon, parecia loco. Era peruano i de edad madura.

El repertorio de música de entónces no pasaba de diez o doce sinfonías de Stamis i de Pleyel. Con esto habia lo suficiente para el servicio de la Catedral, de las otras iglesias i del teatro, cuando lo habia.

La música de iglesia estaba en el mismo caso. El repertorio de la Catedral se componia en su totalidad de lo que habia escrito Camderrós, lego español de la Buena Muerte que se habia traido de Lima para organizar la capilla en los últimos años del siglo pasado; para lo que fué preciso hacer venir poco despues de Buenos Aires un violin, Teodoro Guzman i un violoncello, Ramon Gil. Este es el mismo oficial que por su entusiasmo patriótico se incorporó a nuestro ejército, haciendo con los Carrera la primera campaña del sur. Murió en Concepcion de resultas de sus heridas. Su nombre, que ántes leiamos en los lienzos, que se acostumbra poner en las festividades del 18 de setiembre, ha desaparecido hace muchos años; ¡pero en su reemplazo se conservan los de algunos a quienes el rei de España no habria tenido ningun cargo que hacerles por sus servicios patrióticos....!

IV.

Por lo que llevamos dicho se vé que toda la filarmonía de Chile, en último resultado, podria reasumirse en la bandita de que hemos hablado, la que en su mayor parte estaba compuesta de los músicos de la Catedral.

La pérdida del pais en la batalla de Rancagua concluyó con la banda de granaderos, i podriamos decir con toda música bélica; porque de los cuatro batallones del ejército realista solo el de Chiloé tenia una banda diminuta i detestable, i aun asi fué poco oida en Santiago por su corta permanencia. El elegante batallon de Talaveras no tenia música; pero si una banda de tambores i pífanos que alternaban con otra pequeña de cornetas perfectamento tocadas.

Asi estuvimos hasta que llegó a Chile el ejército de San Martin, el año de 1817. Ese ejército trajo dos bandas regularmente organizadas, sobresaliendo la del número 8, compuesta en su totalidad de negros criollos de Buenos Aires, uniformados a la turca. Cuando tres dias despues de la batalla se publicó el bando que proclamaba a don Bernardo O'Higgins supremo director de Chile, el pueblo al oir aquella música creia estar en la gloria, segun decia.

Cuando el año 20 marchó al Perú el ejército unido, solo quedó entre nosotros una banda de embrion que el ingles Carter enseñaba en la Moneda, en el salon donde ahora está la inspeccion del ejército. Esta banda al formarla se habia agregado al batallon número 1 de Chile.

V.

Poco mas o ménos en este estado de esterilidad i atraso permanecimos hasta que don Cárlos Drewetke, aficionado aleman, llegó a Santiago el año de 1820. Este caballero trajo las colecciones de sinfonías i cuartetos de Haydn, Mozart, Bethowen, Crommer. etc. El señor Drewetke, reunia, no sin trabajo, ciertos dias de la semana, a los músicos para ejecutar algunas de estas composiciones, desempeñando la parte de violoncello i repartiendo consejos sobre el arte, desconocidos hasta entónces. En este tiempo haciamos nuestros primeros estudios musicales, i al trazar estas lineas recordamos con gratitud algunos de sus consejos.

Tres años despues, en 1823, llegó a esta ciudad la señorita doña Isidora Zegers, i este acontecimiento efectuó una verdadera revolucion en la música vocal.

La señorita Zegers no venia sola; traia consigo otra gran novedad, las óperas de Rossini, volcalizacion brillante i atrevida, afinacion irreprochable i una voz que sin ser de gran volúmen en las notas graves, alcanzaba hasta el *fa agudísimo* con toda franqueza. Estas i otras calidades de no ménos valor hacian a la señorita Zegers el mejor intérprete de la música de Rossini. Las árias *Dolce pensiero*, de *Semiramide; ¡oh quante lacrime!* de la *Donna del lago*, *Se il padre ma abandona*, del *Otello* i sobre todo el célebre romance de esa ópera arrebataban a los aficionados.

Desde entónces, puede decirse, empezó la aficion al canto, i esta aficion tuvo un influjo relativo en la música en jeneral. Gran número de personas se dedicaron a su estudio, sobresaliendo entre todas la malograda señorita doña Rosario Garfias, cuya voz prodijiosa no ha tenido aun rival, en particular por su estension de casi *tres* octavas. El *re* sobre agudo lo daba con toda fuerza, afinacion i franqueza, como el *fa* grave, que no recordamos haber visto escrito jamas para voz de mujer.

O. O.

(Continuará.)

DESENGAÑO.

¿I no bastó tu célica hermosura
Ni de tus negros ojos el fulgor,
A prolongar un punto tu morada
En este mundo donde jimo yo?

Para esto ví de lágrimas henchidos
Tus dos vivaces ojos deslumbrar,
Cuando a tu alma se rindió la mia
¿Qué no pudo rendirse a tu beldad?

Me parece que es hoi aquella tarde
En que un anciano, a punto de morir,
Buscaba ansioso el llanto de sus hijos
I de su esposa los sollozos mil.

I solo vió la muerte allí sentada
De otros infortunados a los piés
I escuchó solo el sufrimiento ajeno
I el corazon sintió desfallecer.

Mas tú viniste, i, a tu voz piadosa,
Los apagados ojos entreabrió
I por tu dicha levantó ferviente
Sus últimas plegarias al Señor.

I a creer llegué, infeliz, que acaso el cielo
De mis pesares apiadado al fin,
Un porvenir de paz me concedia
I a conocerte me llevaba allí.

I, embriagado, creyendo en mi fortuna
Tu victoria canté i mi esclavitud
I por el mundo se escuchó en voz alta
La pasion que ignorabas solo tú.

I ¡necio! no juzgué que acaso habia
En tú seno ocultádose otro amor;
Ni juzgue que ya entónces empezabas
El esposo a buscar de tu eleccion.

I era así, ¡qué esa cruz con que supiste
De un enfermo calmar la ánsia cruël
Anunciaba lo que hoi tu blanca toca
I tu sayal publican por doquier!

Quisiste ser el ánjel del que llora;
Cúmplase, pues, la voluntad de Dios;
Mas ¡esa cruz con que de mi triunfaste
Dame para triunfar de mi dolor!

MARIO VALENZUELA.

Contenido de este número.

I.—Francisco Bilbao, (conclusion), por Zorobabel Rodriguez, páj. 725.
II.—A Adelina, poesía, por Rosario Orrego de Uribe, páj. 733.
III.—La Casa del Patrocinio de San José, páj. 734.
IV.—Judith, poesía, por David Bari, páj. 735.
V.—Apuntes para la historia de la música en Chile, por O. O., páj. 738.
VI.—Desengaño, poesía, por Mario Valenzuela, páj. 740.

IMPRENTA DE «EL INDEPENDIENTE.»

LA ESTRELLA DE CHILE.

AÑO V. Santiago, agosto 25 de 1872. Núm. 256.

APUNTES

PARA LA HISTORIA DE LA MÚSICA EN CHILE.

(Continuacion.)

VI.

En una carta que nos ha leido un apreciable caballero, hemos visto que en 1749 algunas familias notables de Santiago cultivaban con entusiasmo i buen éxito la música, i que los maestros de este arte, como de todo los demas, eran eclesiásticos, nombrándose con distincion a un padre Madux. Algun tiempo despues viene el padre Ajuria, franciscano, que vivió hasta principios de este siglo i cuyas composiciones aun se cantan en algunos templos. Por ellas se conoce que habia hecho algunos estudios sobre composicion.

El bueno del padre quizá no sospechaba que mas tarde en nuestra tierra se podria componer, imprimir i *vender* música, para lo que no se necesita saber los primeros rudimentos del arte....

VII.

El año de 1822 fué fecundo para la música por casualidades felices. A principios de ese año, o fines del anterior, habian llegado de Mendoza don Fernando Guzman i su hijo don Francisco; profesor el primero de piano i el segundo buen pianista i sobresaliente violin. Desde entónces se estableció en Chile esta familia que tantos profesores de mérito ha dado al pais.

Don Fernando fué el primer maestro que hizo estudiar previamente a sus discípulos escalas i ejercicios ántes de otra cosa. Los maestros anteriores principiaban desde la primera leccion por un minuet o una contradanza. No necesitamos decir los resultados que podia dar esta enseñanza. Algunos meses despues llegó de Lima don Bartolo Filomeno, violin de mérito i maestro de canto mui notable. Esta es otra familia que en Chile i el Perú se ha hecho conocer por su habilidad para la música.

Un año despues, 1823, llegó a Chile don Bernardo Alcedo, artista peruano, decimos mal, profesor científico; pues todos saben que la música, abrazando la composicion, es *ciencia, i de las mas profundas*, como dice Rousseau en su «Diccionario de Música.» Esto, sinembargo, que todos saben, parecen ignorarlo los doctores de la Universidad, al colocar la música en el último lugar entre las artes, en su nuevo plan universitario.

El señor Alcedo es el cantor antiguo i moderno de las glorias peruanas. Suyo es el himno nacional del Perú, proclamado por San Martin el año de 1821, en un certámen que al efecto tuvo lugar en su presencia, i en que varios compositores presentaron sus obras.

En 1847 fué nombrado maestro de capilla de la Catedral de Santiago, cuyo empleo desempeñó hasta 1863 i en ese año fué llamado por aquel gobierno para fundar un conservatorio. Aun no ha tenido efecto este establecimiento; pero aquella nacion, en reconocimiento de su sobresaliente mérito, le ha asignado mientras tanto cien soles mensuales.

Ha escrito, a mas de sus numerosas composiciones, una obra notable sobre música, i para esa impresion dió el gobierno 4,000 pesos. En Chile no hai ejemplo de que el gobierno se haya suscrito *con un centavo* para ningun trabajo musical.

Por último, a fines de 1822, llegó a Chile el doctor don Juan Crisóstomo Lafinur, natural de Córdova, República Arjentina. Este jóven, tenia veinte i seis años, venia precedido por la fama de polemista, adquirida en Buenos Aires en una cuestion ruidosa con el célebre padre Castañeda, que tanto dió que hacer a los liberales de la escuela de Rivadavia.

Lafinur era excelente pianista como aficionado, i a pesar de que en su tiempo gozaba de gran pupolaridad el fecundo Gelinék con sus innumerables variaciones sobre

todos los temas, le tenia cierto odio i no tocaba mas que música clásica. Sabia, poco ménos que de memoria, todo lo que Haydn, Mozart i Dusek habian escrito para piano. Sin tener buena voz, cantaba bastante bien. Cuando se sentaba al piano, era inútil llamarle la atencion a otra cosa: era sordo i mudo, i se le hubiera tenido por una estátua sin los movimientos de la cabeza i la espalda que manifestaban sus impresiones. Se casó en Santiago: su señora viuda aun vive.

Al oir por primera vez nuestra antigua Cancion Nacional, le desagradó, sobre todo por la poesía. Concibió la idea de hacer otra completa, es decir: poesia i música. Llevó a cabo este pensamiento, con mui buen éxito, pues esceptuando la música del coro, algo trivial, la estrofa era mui buena.

Se cantó en el teatro i fué mui apludida; pero en ese mismo instante cayó en cuenta que quizá habia herido la susceptibilidad, no solo de Robles, autor de la música, sino tambien la del doctor Vera, de la poesía.

La recojió esa misma noche i no se cantó mas.—Recordamos aun los ocho primeros compases de la estrofa i todo el coro.

Un año nueve meses despues de su llegada a Chile, murió, teniendo delante de si un inmenso porvenir a que lo llamaban sus buenas cualidades, sus importantes relaciones, su talento i, mas que todo, su palabra encantadora.

Habia sido libre pensador; pero, al agravarse su enfermedad, se reconcilió con la Iglesia i murió, como en ese mismo tiempo su amigo Camilo Henriquez, ardiente católico.

Al acercarse esos momentos nadie se hace incrédulo; pero, en cambio, casi todos los que lo han sido, vuelven al seno de la relijion.... Es lo mas seguro.

VIII.

Algunos jóvenes entraron tambien con empeño en el estudio de la música instrumental, i solo así puede esplicarse cómo, al establecerse la primera sociedad filarmónica en 1826, pudieron darse las primeras funciones sin el concurso de profesores. El doctor don Gabriel Ocampo i un señor Correa (Arjentinos) tocaron en esos conciertos algunos trozos en la guitarra con aceptacion jeneral.

Al siguiente año, llegó a Santiago Massoni, gran violin i aventajado músico italiano, que solo ha sido excedido mas tarde por Sivori.

Los directores de la filarmónica le hicieron las propuestas siguientes: mil pesos por las diez funciones de la temporada i un beneficio que no debia bajar de otros mil. Massoni venia a residir a Santiago por dos años, i estas propuestas debian convenirle, mucho mas, si se atiende a que le quedaba todo su tiempo libre para dedicarse, como lo hizo, a la enseñanza del canto i del piano, dando al mismo tiempo conciertos en el teatro.

La adquisicion de este gran artista i la de algunos otros que se habian ido reuniendo, entre otros Herber, excelente fagot frances, hizo pensar en la organizacion de una orquesta que se compuso de diezisiete músicos, inclusos cuatro aficionados, entre ellos el señor don Santos Perez, actual senador i hermano del antiguo presidente de la república, que bajo la enseñanza de Massoni se habia hecho un notable violin, habiendo ántes recibido nuestras pobres lecciones. El entusiasmo subió de punto, i faltaba lugar en el programa para dar colocacion a las personas que solicitaban tocar o cantar un trozo, siendo de advertir que este programa no contenia en ninguna funcion ménos de diez piezas.

Las funciones se daban cada quince dias en este órden, poco mas o ménos: 1.ª parte, una obertura i cuatro piezas de canto, de piano i otros instrumentos; intermedio en que se servia refresco i se bailaba, empleando en ambas cosas una hora; 2.ª parte, el mismo órden en la música, i baile hasta la conclusion, que era a la *una* en punto, dando principio a las ocho. Por lo que se vé, las cinco horas que duraban aquellas funciones, se distribuian de este modo: dos horas i media de música, una hora en descanso i refresco, i hora i media de baile.

Por muchos años funcionó aquella reunion en la casa, calle de Santo Domingo, que ahora pertenece al señor Fernandez Recio; hasta que se hizo objeto de especulacion, apoderándose de su direccion personas que no tenian la menor tintura ni la mas mínima aficion a la música.

Los antiguos directores tuvieron especial empeño en alejar el lujo en los vestidos, como el único medio de hacer duradero

aquel establecimiento; los nuevos, que en su mayor parte eran comerciantes, debian pensar de mui distinto modo, i el lujo se introdujo a pesar de los reclamos de los antiguos fundadores.

IX.

Se trató de hacer economias en los gastos, i como siempre, se principió por disminuir el sueldo de los músicos; en estos últimos tiempos, cuando hai lo que llaman filarmónica, ha llegado el gasto de la diminuta orquesta a tal grado de mezquindad que, con lo que ántes se pagaban dos músicos, hai de sobra ahora para pagarlos a *todos*.

Por un trastorno de todas las ideas, se llama Sociedad Filarmónica a una reunion de personas que no tienen otro objeto *público* al asistir, que bailar desde que ponen los pies en el salon hasta que lo dejan.

Noche ha habido que en las cinco horas que dura la funcion, se ha bailado *diezi seis veces*. Esto dará una idea del furor pedestre de nuestros *filarmónicos*. Con un bailar tan desmedido, los pobres músicos llevan, como es consiguiente, la peor parte, i no exajeramos, si decimos que se les trata peor que a bestias de carga.

Los acontecimientos politicos de 1829 apresuraron la partida de Massoni i ocasionaron una gran desgracia doméstica a la señorita Zegers, que la obligó a retirarse por mucho tiempo de toda reunion pública, haciendo lo mismo, poco despues, el señor Drewke.

En 1828 dió Massoni su último concierto en el teatro, ántes de dejar a Santiago. Se cantó la cancion que se dice nacional sin que, como la antigua, tenga la autorizacion de un decreto. Cantaron por primera vez las dos voces de la estrofa doña Concepcion Salvatierra, madre de los actores Arana, que no hace mucho se exhibieron en el Teatro Municipal, i el célebre actor arjentino don Ambrosio Morante. Quizá mas tarde nos permitiremos un análisis de esta cancion que en cerca de medio siglo no ha llegado ni llegará hasta el pueblo, por las dificultades invencibles que ofrece.

X.

En agosto de 1830, llegó una compañía lírica italiana: funcionó siete meses, al cabo de los cuales se trasladó a Lima, donde obtuvo gran éxito. Esta compañía contaba con cinco partes principales, sobre saliendo entre ellas la Scheroni i Pisoni. La primera, contralto, el segundo, baritono.

Dió por primera funcion el *Engaño feliz*, de Rossini i del mismo autor, el *Barbero*, *Tancredo*, la *Gazza Ladra*, *Eduardo i Cristina*, *La italiana en Arjel*, la *Cenerentola*; como tambien la *Inés*, de Paer; *Elisa i Claudio*, de Mercadante; i otra cuyo autor no recordamos, *I Portantini*.

Los coros eran poco numerosos. El señor Silva, mui conocido de los viajeros del ferrocarril del sur por: *Aquí está Silva*, es el único que sobrevive. De la orquesta, bastante numerosa, solo *tres* no han muerto: don Francisco Guzman, violin principal; su hermano, don Eustaquio, primer violoncello, i el director de orquesta, autor de estos *Apuntes*.

Los músicos se aumentaban con las varias ocupaciones que entónces ofrecia la profesion. En las funciones cívicas de aquel año hubo dos orquestas bien servidas, una para el teatro, otra para la filarmónica.

Entónces solo habia un teatro, pero funcionaba constantemente; habia plazas en la Catedral que sin proporcionar un gran sueldo, eran, sinembargo, un recurso seguro; habia filarmónica en que el trabajo era jenerosamente recompensado, i el gobierno aun no habia dictado sus leyes suntuarias suprimiendo los entierros con música en el cementerio que producian considerables ganancias a los músicos.

Por lo que dejamos dicho, fácil es inferir el grado de adelantamiento a que habia llegado la música entre nosotros. Faltaba, sinembargo, un modelo acabado en el mas jeneral de los instrumentos, el piano. Este modelo se presentó en la persona de M. Barré, que llegó a Santiago en 1832.

Barré habia obtenido el primer premio de piano en el Conservatorio de Paris, de cuyo establecimiento habia sido alumno.

En los conciertos que dió, hizo oir la música de Herz, tan de moda entónces en Europa, con ese talento correcto, puro i brillante que todos le conocemos. Esto le atrajo la reputacion que aun conserva hasta hoi i que nadie le ha disputado.

Antes de su llegada, la nueva escuela del piano era desconocida en Chile.

Desde el año 1831 habia el Ministro Portales concebido i puesto en práctica la

idea de dotar con su respectiva banda de música a cada cuerpo cívico de esta capital. Esto se hizo estensivo despues a toda la República, i es raro el pueblecito donde no se cuente con este recurso, casi indispensable.

El interes con que aquel hombre público miraba este ramo era tanto que, cuando nos encargó de la organizacion i enseñanza de la banda del batallon número 4 de que él era jefe, no faltaba jamas en la tarde al cuartel, que era en la Moneda. Hacia bajar la banda, que apénas empezaba a tocar su primer paso doble, se colocaba al lado de aquellos que músicos no llevaban bien el paso i no los dejaba hasta que no lo hacian como los otros.

Aun recordamos que el muchacho que tocaba el clarin tenia cierto inconveniente para marchar bien. Lo tomó del brazo desocupado i despues de dar con él muchas vueltas en el gran patio, en union de la banda, cayó en cuenta de la dificultad i dijo: *¿cómo diablos ha de marchar, si es cojo?*

Cuando apénas empezaban a estudiar las escalas, llegó un dia, con el numeroso acompañamiento de costumbre, i nos dijo: escribales algo en la pizarra para que toquen *juntos*. Le hicimos ver que aun no hacian sonar bien los instrumentos i que los desentonos harian huir a todos aquellos señores.

Apénas oyó esto replicó:—«¡qué defecto! eso es lo que yo quiero.»

Contra sus esperanzas, nadie se movió, sinembargo, i todos oian i miraban con la misma atencion que él afectaba prestar.

XI.

El coro de música de la Catedral permanecia en un estado de atraso incompatible con los progresos que el arte habia hecho en Chile. El gobierno de entónces (1837), creyendo que para organizar este coro de nuevo no habia otro medio que hacer venir músicos de Europa, hizo un encargo a Francia con ese objeto, i un año despues i con grandes sacrificios, nos encontramos con el resultado que era de esperarse, pues los tales *profesores* con pocas escepciones eran poco mas que aprendices.

El señor Lanza venia como maestro de capilla, i ciertamente que era necesario todo el mérito de este artista para indemnizar al gobierno del engaño que habia sufrido, sobre todo en *dos* de los supuestos artistas.

Aquel verdadero profesor de canto gozaba en Paris de una distinguida reputacion, i al aseverar esto no nos fundamos en elojios i artículos de periódicos, que con frecuencia no son otra cosa que el resultado de intrigas i bajezas de todo jénero.

El señor Lanza fué recibido como debe serlo un hombre de su mérito; pero sentimos decir que ocupaciones de otro jénero privaron a la juventud amante de la música de sus importantes consejos, sin producir para él resultados ventajosos.

La Sociedad Filarmónica, que aun merecia este nombre, recibió nueva vida a la que no contribuyó poco la intelijente cooperacion de los señores Solar i Borgoño. Sinembargo, estos eran los últimos alientos de aquella reunion ántes de trasformarse en lo que es hoi.

Las observaciones que nos hemos permitido sobre este establecimiento son a título de Sociedad Filarmónica; pues como *salon de baile*, este es su nombre, no tendriamos nada que decir.

O. O.

(*Continuará.*)

INSOMNIO.

Airado jime el viento
I azotando feroz mi rota puerta,
En la noche callada,
Como un quejido lúgubre remeda.

El viejo maderámen
Traspasa de mi alcoba lluvia espesa;
I, silencioso, escucho,
Cómo inunda falaz mi cabecera:

En su indomable furia
Desgaja sin piedad las altas yerbas,
Que del derruido patio
Forma en el alrededor verde pradera;

Allí, del viejo aromo,
Que aun luce hermosas flores como estrellas,
De la silvestre malva
Esparce hojas marchitas por las piedras.

I en negro remolino
El norte mujidor, por la alta esfera,
Del durazno florido
Los sonrosados cálices voltea;

El monótono ruido
Que del Mapocho lúgubre se eleva
I el son de la campana
Del vecino convento grato llega

A mi oido, que siempre
Sus ecos, ¡ai! desde mi edad primera
Halagaron mis horas
De corto bienestar i amargas penas...

¡Ah! no lejano el dia
Está, en que he de dejar mi estancia vieja,
Donde toda una historia
De amor inmenso para mi se encierra.

.....

Hace ya largos años
I allí, en aquella alcoba nunca abierta,
Una anciana querida
Exhaló hácia el creador el alma bella.

Era una noche horrible
I, al recordarla, aun mi alma se hiela,
Desde el mortuorio lecho
Arrojó sobre mi mirada tierna,

I al verme anonadado
Al peso del dolor, dulce me alienta
I anhelosa me dice
Que para ella morir es dicha inmensa.

Al resplandor opaco
De antorcha funeral preces eleva
Por su alma acongojada
Un ministro de Dios, con faz serena;

I el llanto comprimido
De toda la familia que allí vela
Al fin tremendo estalla
I por todos los ámbitos resuena.

Aquel funesto instante
Feroz me arrebató la suerte fiera,
El amor de una madre
Que inundaba mi pecho en dicha inmensa.

.....

Dos años no pasaron
Sin que la muerte a nuestro hogar volviera;
I a otro anciano querido
Arrancó desapiadada de la tierra.

De entónce, inmensa ruina
Fatídica cirnióse en mi cabeza,
I mi ambicion, mis planes
Desaparecieron como débil niebla.

¡Ese derruido muro,
Esas habitaciones, hoi desiertas,
El acento escucharon
De tanta para mi querida prenda!

I hoi no lejano el dia
Está, en que he de dejar mi estancia vieja,
Donde toda una historia
De amor inmenso para mi se encierra.

El eco aun lejano
Del vecino esquilon que el viento lleva,
Como grata caricia
En mi oido melódico resuena,

I la estruendosa lluvia
Aun se estrella feroz contra mi puerta
I cual hondo jemido
Remeda entre los techos la tormenta.

Santiago, agosto 18 de 1872.

DAVID BARI.

LA CRUZ.

Diezinueve siglos hace que un admirable acontecimiento, el mas grande que rejistra en sus pájinas la historia, conmovió hasta en su seno el universo entero.

Cuatro mil años habian trascurrido desde Adan i su caida. Una densa tiniebla oscurecia el firmamento. El error i la muerte alzaban sus pendones; aquel velaba con sus sombras los confines del mundo i ésta paseaba sus carros por los campos i ciudades.—Teñidos con sangre los mares; convertidos los tronos en altares, los reyes en tiranos i sus caprichos i pasiones en soberanas leyes; divinizados los vicios, los animales, las plantas; destrozados en las aras los ancianos i los niños; trocado el sacerdocio en turba de farsantes i verdugos; atada con cadenas la mujer; sin libertad los pueblos i sin freno la lascivia i el orgullo:—tal era el mundo i tal la humanidad....

En vano allá, en oriente, a las márjenes

del Jordan, de rodillas, un pueblo, alimentando una esperanza, imploraba la clemencia de Dios; en vano los profetas resonando en sus oidos el *ipsa olim conteret caput tuum*, calculaban el tiempo, contaban los años uno a uno i enviaban hasta el cielo sus doloridos trenos; en vano los ánjeles tutelares del mundo, al escuchar desde la cima de los montes el ronco sonido de las cadenas del esclavo, los ayes lastimeros de la mujer i el desgarrador alarido de las víctimas, plegaban sus alas entre fúnebres crespones i, empapados sus ojos en llanto, adoraban los arcanos infinitos de Jehová e invocaban su misericordia i su piedad.—Todo en vano. El cielo se mostraba sordo; sus puertas eran de bronce i una mano de hierro las cerraba.

I los años pasaban i unas tras otras pasaban tambien mil jeneraciones.

Mas, un dia llegó....Una voz majestuosa como el trueno resonó en los espacios....

Consummatum est repitieron los ámbitos del mundo i *consummatum est* dijeron los montes i los mares. I al eco poderoso de esa voz tremenda, estremecióse el orbe, bambolearon los tronos i rodaron las coronas i los cetros; cayeron despedazados al suelo los altares i sus dioses, huyeron despavoridos los reyes, i los sacerdotes se ocultaron; quebró sus cadenas el esclavo i levantó su frente la mujer; sacudieron su yugo los pueblos, i las águilas romanas se escondieron entre las rocas; el cielo abrió sus puertas i los ánjeles vestidos de luciente gaza cruzaron los espacios i sobre ese monton de hacinadas ruinas, entre lampos de luz esplendorosa, empapada con sangre, brilló *¡¡la Cruz!!*....

Sobre sus brazos acababan de estrecharse el cielo con la tierra, el hombre con su Dios.—Las profecías estaban ya cumplidas; el código del Sinai recibia en la cumbre del Gólgota la mas solemne proclamacion i sobre esa misma Cruz quedaba escrito con letras de sangre el gran principio de civilizacion: «Amar a Dios i amar al prójimo.»

Mas tarde un puñado de hombres se daban un abrazo de despedida al rededor de esa Cruz. La civilizacion estaba ya principiada i era necesario continuarla. Atravesaron esos hombres los desiertos i los mares i, henchidos de valor, plantaron la cruz en los cuatro vientos del mundo: en medio de las guaridas del salvaje, en la escuela del filósofo, en la corona de los reyes i hasta en la cumbre misma del altivo Capitolio.

Merced a esa cruz i mediante el sacerdocio, hoi el hombre es libre i grande, i civilizado el *mundo*....

Santiago, julio 21 de 1872.

RAMON ANJEL JARA.

Las composiciones que mas abajo publicamos fueron declamadas en el acto literario-musical que celebraron los alumnos del Seminario de esta capital el domingo próximo pasado, cumpleaños de su Rector, el doctor don Joaquin Larrain Gandarillas i que dirije ese magnífico establecimiento hace ya veinte años.

Fué ésa una hermosísima fiesta en que todos, cada cual a su modo, manifestaron su entusiasta aprecio por el señor Larrain Gandarillas.

Orquesta, oradores, todos estuvieron dignos de los aplausos que recibieron.

Ademas de todos los alumnos i superiores del establecimiento, habia acudido tambien al gran salon del Seminario, para unirse a la manifestacion hecha al señor Larrain Gandarillas, una numerosa concurrencia de personas de fuera, entre ellas muchos ex-alumnos del Seminario, que con tanta gratitud i tanto respeto recuerdan siempre al señor Larrain Gandarillas.

Hé aquí las composiciones:

A LA CARIDAD.

ODA.

¡Oh santa caridad, hija del cielo
I en la tierra graciosa peregrina!
Hoi me inspira tu gloria, tu belleza
Quiero cantar divina.

¡No es hombre, nó, el que a tu beldad resiste
Ni a su atractivo encantador se inflama:
Vistes luz celestial, doquier infundes;
Tu deliciosa llama.

Cadáver frio sobre helada tumba
Era el mundo sin ti; i al soplo tuyo
Alzóse vigoroso i de la vida
Te halagó el dulce arrullo;

El sol así al arbusto sepultado
De los Andes sublimes en la nieve
Revivir hace i las perennes hojas
Festivo el viento mueve.

¿Cuál es del mundo la rejion lejana
O la playa remota, erial desierto
Donde no brille tu gloriosa huella?
Doquier a verte acierto.

¡Cómo iluminas la prision oscura
I cuál lloras al lado del que llora,
Cuál enjugas el llanto si honda pena
Al corazon devora!

¿Qué dices al oido al desgraciado
Que en brazos del dolor se desespera?
Pues súbito la calma reaparece
I el dolor se alijera!

Al enfermo sonries i a sus ojos
La sombra misma alegras de la muerte;
Cadáver le cobijan aun tus alas
Hasta en la tumba inerte.

Faro de luz, de la inocencia escudo;
Al que punza feroz remordimiento
Brotar haces las lágrimas preciosas
Que vierten el contento.

Si de la aurora en las brillantes alas
Vuelo al oriente donde nace el dia,
Allí tu estás i en bárbaras naciones
Derramas la alegría:

Ya al infante infeliz arrebatando
A la espantosa muerte o las cadenas
Te pones del esclavo, ya del paria
Das bálsamo a las penas.

Ya recorras los májicos palacios
Do se anida el error, ya las cabañas
Del hambre i la miseria negro albergue,
De luz todo la bañas.

Ni el mar rujiente i sus sañudas olas,
Ni los yermos sin fin, ni cordilleras
Que el volcan estremece, oscuros bosques,
Donde braman las fieras

Pueden tu paso detener ¡oh santa
I agusta caridad! que de la vida
Es dulce el sacrificio si se ofrece,
En tu ara querida

Feliz mil veces el glorioso dia
En que la tierra perfumó tu esencia,
Flor de los cielos que cultiva el ánjel
De Dios en la presencia.

Feliz mil veces i glorioso el hombre
Que te trasplanta al miserable suelo
Consagrándose a ti, que su memoria
Bendicen tierra i cielo.

ESTEVAN MUÑOZ DONOSO.

LA INOCENCIA.

ALEGORÍA.

Oculta entre zarzales
Yo ví una flor hermosa,
Que el aura vagorosa
Mecia en dulce son.
Su cáliz perfumado,
Sus pétalos de nieve,
Del alba al soplo leve
Se abrian con amor.

Su aroma embalsamaba
El campo i la llanura,
Perfumes i frescura
Vertiendo en derredor
En tanto con sus ramas
El árbol mas frondoso
Formábale amoroso
Esbelto pabellon.

Las linfas arjentadas
De plácida corriente
Sus hojas blandamente
Lamian al pasar.
Mas ¡ai! un dia aciago
Vagando peregrino,
A orillas del camino
La ví marchita ya.

Su espléndida corola
Al suelo ya inclinaba
I aroma no exhalaba
Su cáliz seductor;
Envuelta en negro polvo
Sus hojas ya caidas,
Del tallo desprendidas
Llevaba el aquilon.

Yo, triste i suspirando
La contemplé un momento....
I entónce hondo lamento
De mi alma se arrancó;

«¿Quién, dime, ¡oh flor hermosa!
Quién desgarró tu frente?
¿Cuál fué el aura inclemente
Que tu belleza ajó?....

«Ayer, lozana i bella
Te alzaste en la espesura,
I hoi mústia i sin frescura
Tu copa se inclinó!
¿Cuál era ayer tu nombre?
¿Quién, dime, eres ahora?....
¿Porqué tu cáliz llora?
Porqué tanto dolor?»....

«Yo era ¡oh peregrino!
Bellísima azucena....
Mas hoi, de polvo llena,
Soi tronco sin olor.
Yo era feliz, oculta
En el boscaje umbrío,
Do el huracan impío
Mi tallo respetó.

«Mecida en puros goces,
Mi vida resbalaba,
I nada perturbaba
Mi sueño virjinal.
Dormíame al aliento
De la tarde callada,
I siempre era arrullada
Del cierzo matinal.

«Mas ¡ai! mano homicida
Sustrájome ¡oh amigo!
Del reparado abrigo
Do tan feliz fuí yo.
I al borde del camino
Mi tallo tranplantado
Un viento envenenado
Ayer me marchitó.

«Por eso me ves triste,
Sumida en amargura,
Mis hojas sin frescura,
Mi cáliz sin olor»....
¡Oh flor infortunada
De cuánta amarga pena
Tu suerte mi alma llena,
Mi jóven corazon!

La flor de la inocencia;
Eras ¡oh flor querida!
Mas, hoi, mústia, sin vida,
Solo eres ilusion.
Yo veo en tí la imájen
De la niñez dichosa,
De aquesta edad hermosa
Que no enturbió el dolor.

Cual tú, ella es felice
En el materno seno,
Do no llega el veneno
Del dolo i la maldad;
Cual tú, bajo la sombra
De un árbol cariñoso,
No siente ¡ai! medroso
Rujir del huracan.

Cual tú, pasa sus dias
En solitaria estancia,
Do aspira la fragancia
De celestial virtud;
Allí, velada al mundo
Su cántiga inocente
Entona dulcemente
Al son de su laud.

Sin lágrimas sus ojos,
Sin sueños su memoria,
Sin pájinas su historia,
Sin pena el corazon,
El mar de la existencia
Tranquila va surcando
Del aura al soplo blando
Sin jarcias, ni timon.

Mas, pronto de su dicha
Se empaña el puro cielo,
I sombras de hondo duelo
Comienzan a surjir.
Entónces ya su sueño
No es dulce i sosegado;
Su pecho envenenado
Parece no latir.

El velo misterioso
Rasgóse de la vida,
I en copa maldecida
Desdichas va a apurar.
Ayer placeres puros,
Hoi tristes desengaños....
¡Ai! cuánta hiel los años
Derraman al pasar!

¡Pura inocencia! ¡flor hechicera!
Cuánto embelesas el alma mia!
¡Quién a tu lado, feliz, pudiera
Conservar siempre tu lozanía!

¡Vírjen hermosa! la tierra dejas,
Fugaz te ocultas entre las nubes....
¿Por qué tan pronto de aquí te alejas?....
¡Ah! tus hermanos son los querubes.

Mas, en pos tuya, volaré al cielo
Hasta encontrarte benigna i pura;

Aquí, no existe sin ti consuelo,
Sin ti no siento sino amargura.

Deja que escuche tu blando acento,
Que siempre goce de tus amores,
Que aspire siempre tu puro aliento,
Que ciña siempre tu sien de flores.

RODOLFO VERGARA.

EL SUICIDA ES COBARDE.

Rebus in adversis, facile est contemnere vitam:
Fortiter ille facit qui miser esse potest.

MARCIAL.

Hai muchos escritores, tanto de los tiempos pasados como de nuestro siglo, que se han impuesto la tarea verdaderamente admirable de poetizar el crimen. Los vicios mas repugnantes, las pasiones mas ruines i vergonzosas aparecen en sus obras ataviados con los hermosos trajes de la virtud.

El adulterio, el robo, el homicidio no solo son disculpables, a juicio de esos escritores, sino el mas puro ideal a que se puede aspirar. Son una necesidad social i un deber que la civilizacion impone. Son una gloria i una guirnalda de flores.

Si esto han hecho con el robo, el asesinato i el adulterio, con el suicidio han ido mas allá todavía.

No contentos con mostrarlo como una obra buena i perfectamente natural, como un deber que las circunstancias señalan al hombre, presentándolo como el mas acabado tipo del valor i del heroismo, hacen de él un dios a quien tributan todos sus homenajes i adoraciones, a quien dirijen todas sus miradas i sus esfuerzos.

¿El suicidio será entónces deber, nobleza, virtud, heroismo?

De ninguna manera.

El suicida es un hombre que se cree cercado de los mas horribles enemigos: o le aguarda la miseria mas abrumadora, o le espera la afrenta mas ignominiosa, o va a ser la presa del dolor mas acerbo. La pérdida de la fortuna, de la honra o de un ser querido hasta el delirio, lo hacen arrojarse en las tinieblas de la desesperacion, i le arrebatan, con la última esperanza, todo el amor que podia tener a su vida. La existencia es para el suicida una fuente de desgracias, un manantial inagotable en que bebe el dolor mas amargo, un estígma de deshonor perpétuo. Perdido el amor de sí mismo, estrechado por crueles fantasmas i por representaciones horrorosas, disipadas las esperanzas i las ilusiones que seducen al corazon i fortifican el alma, el suicida solo divisa una puerta de salida, una tabla de salvacion, la muerte voluntaria. Aborreciendo la existencia, el suicidio es la cosa mas fácil del mundo.

Por esta razon he traido a la memoria el verso de Marcial que afirma ser fácil el desprecio de la vida cuando las adversidades rodean abrumadoras al hombre desgraciado.

I ahora, pregunto yo, ¿se necesita de coraje i de valor heróico, de grandeza de alma i de virtud, para despojarse de aquello que es una carga insoportable, una amenaza constante de miseria, de aquello que es odioso hasta el hastío, de aquello que nadie defiende i nada proteje, la vida?

El valor vence los obstáculos i los inconvenientes que se le oponen, llega hasta el enemigo, lo mira con rostro sereno i potente, mide con él sus armas i lo vence: lo domina con su muerte, cuando no lo abate con su vida. No así el suicida.

Con mirada macilenta i abatida o con rostro desesperado cuenta el número i las armas del enemigo, mide su talla i observa su semblante hostil. Todo esto lo abruma, porque lo vé invencible, porque su imajinacion estraviada hace inmenso lo pequeño, innumerable lo de corto número, mortífero lo que es saludable. Entónces, no atreviéndose a marchar contra el adversario, cubre su rostro con un velo para no ver a su enemigo, i en silencio devora su propia vida, la vida que le dieron sus padres. Tiembla i cae desfallecido: ya no contemplará el aspecto del enemigo: su vida ha huido de la vida. Es la vida que huye de la vida defendida, es la vida que ataca lo débil e indefenso, es la cobardía.

El cobarde siempre es cruel, i el suicida es cruel consigo mismo. La existencia no pide muerte, no apetece destruccion, aniquilamiento; aspira a ser, a vivir, a llenar el lugar que en el universo tiene señalado. El suicida la hace abandonar su puesto, despojarse de sus armas i huir. En seguida,

apesar de los clamores que piden perdon i gracia, él solo contesta con la puñalada ruin i cobarde, que arranca a la vida toda esperanza de vida, toda espanza de espiacion i de misericordia. ¡Ah! si la vida de ese hombre hubiera estado defendida, ese hombre no se hubiera suicidado.

I luego, el valor no se confunde, no se desespera ni se abate: es consciente de sí mismo, tiene la conviccion de su pureza, la tranquilidad de su poder. El suicida no conoce ni su deber, ni conoce la serenidad, ni conoce a sus enemigos. Tiene el rujido i la rabia ciega de la fiera, pero no el paso seguro del valiente. El valor es prenda de la razon: en el suicida la razon es un candil que se va a estinguir, una luz que consume el último átomo de aire, un punto luminoso que no irradia.

Esto es lo que sucede casi siempre: el suicida es la presa de pasiones tiranas; i cuando se quita la vida, no acierta a comprender lo que hace ni lo que espera. No es valiente porque no obra segun su razon.

Para el comun de los suicidas, todo termina con la muerte: mas allá de la tumba, solo divisa el sueño eterno. A nadie se le ha llamado valiente porque duerme.

Para aquellos que despues de la muerte temen un no sé qué, una existencia vaga i tenebrosa, un reino eterno con leyes inmutables i terribles, el suicidio no es un remedio, es un veneno que, sinembargo, apuran. Hé aquí la temeridad i la imprudencia. El valor no es ni lo uno ni lo otro, es virtud.

Yo no puedo concebir el valor, obrando contra la conciencia, poniéndole una mordaza i clavándole un puñal para que no alce su voz. Eso será crimen, valor nunca.

El suicida que aguarda despues de la muerte el fallo infalible del Juez Supremo no es un bravo porque desafia la ira divina, porque afronta el grito de su conciencia que le promete el mal sin límites: es un desvergonzado i un insolente. Desvergonzado porque se atreve a penetrar en las rejiones eternas sin que nadie lo llame. Insolente, porque arroja la vida que recibió, la vida que no es suya, al trono del Altísimo, porque insulta i pisotea las leyes que debe cumplir. Es un hombre que ultraja a su benefactor; un mónstruo, pero no un bravo.

¡Nó! el valor no se encuentra donde no está el deber. En el suicidio está el crimen.

«El verdadero valor,» dice un escritor ilustre, «consiste en hacerse fuerte en medio de los reveses i contratiempos de la vida; en hacer de sí mismo un firme sosten, en oponer la tranquilidad de la conciencia a la irritacion del carácter.»

Hé aquí lo que el suicida teme. Antes que ser valiente prefiere la muerte, i la muerte de sí mismo.

El hombre reune en su alma todos los elementos que lo pueden sobreponer al dolor. Si éste lo vence, es porque aquél se ha entregado sin combatir. El triunfo es de los que combaten.

Nada mas sublime hai que el hombre dueño de sí mismo: es el hombre por excelencia, el rei lejítimo del universo. El suicida no se atreve a ser este hombre.

Si para los romanos una batalla era un espectáculo digno de los dioses, para el hombre de la verdadera civilizacion la batalla contra el dolor es un espectáculo digno del Omnipotente.

Hé ahí la batalla que han combatido los héroes que el cristianismo ha formado, los héroes que opone a los semidioses de los paganos. Este es el verdadero valor, que engrandece i diviniza al hombre que ha hecho pasar al dolor bajo su yugo inflexible. En esto tambien está la cobardía del suicida. El dice:—«Morir primero que vencer.»

Los valientes en todo tiempo i en todo lugar han sido admirados, casi adorados; han tenido triunfos, laureles i gloria; han tenido estátuas i monumentos. ¿Tambien los suicidas?—¿Dónde están escritos esos triunfos, esas adoraciones? ¿Dónde están esas estátuas i monumentos de gloria?

Desengáñense los ilusos. Las apariencias equivocan solamente a los que quieren equivocarse. El valor del suicida es una apariencia; i aunque filósofos, novelistas i poetas entonen himnos a ese valor, no por eso ellos dejan de ser lo que son, ni el suicida deja de ser lo que es.

A cada uno lo que le corresponde: a los locos, la casa de orates; a los insensatos i fátuos, el hospicio; a los corruptores, la prision perpétua en celda solitaria.

¿He errado la cuenta?—Segun creo, no he hablado mas que de suicidas, de cándidos que los admiran i de escritores que

idealizan el crimen para corromper mejor a sus lectores.

Santiago, 22 de agosto de 1872.

VICENTE AGUIRRE VÁRGAS.

LAMENNAIS.

(Para *La Estrella de Chile.*)

> La lójica es irresistible i no se dispone al antojo de las convicciones. — (LAMENNAIS. *Du catholicisme et de ses rapports avec la societé politique*, páj. 70.)

Ciceron, en la pájina elocuente en que deplora la muerte del orador Craso, lo felicita sinembargo por haber abandonado a tiempo la vida; considera como una última felicidad la oportunidad de la muerte. Esa última felicidad le faltó a Lamennais. Mas le habria valido, para su reputacion, haber muerto despues de su *Ensayo sobre la indiferencia.*

La vida entera de Lamennais es un enigma, estraña mezcla de las mas contradictorias disposiciones. (1) A la edad de ocho años se paseaba por la playa del mar, i sentia despertarse en su alma pensamientos de orgullo tales, que apénas se los podria concebir en un hombre maduro. A los doce años es incrédulo, arguye con el sacerdote que lo instruye para su primera comunion, quien se creyó obligado a mantenerlo todavía algun tiempo mas alejado de la sagrada mesa; no fué admitido a ella hasta los 22 años.

—

F. de Lamennais entró a la vida por la puerta de las revoluciones. Bien difícil habria sido nacer en época mas deplorable: el 29 de junio de 1782. Jamas cabeza alguna necesitó mas educacion.....

Prosperidad, distincion, estimacion pública, nada faltaba a la familia Lamennais, cuando se vió víctima de rudos golpes: en 1789 la muerte de la señora de Lamennais; en 1793, la pérdida de la fortuna. La ruina fué tan completa, que el jeneroso negociante que habia dado con que vivir a poblaciones enteras, no tuvo para mantenerse él mas que una módica pension que le señalaron sus hijos.

Privados de su madre, los jóvenes Lamennais encontraron otra en su tia. Por su parte, el tio, hombre instruido, que amaba i cultivaba las letras, se hizo su preceptor. Juan correspondia a sus desvelos, tanto por su aplicacion como por su intelijencia, pero Felicidad no soportaba ni lecciones ni consejos. El tio, irritado, lo encerraba, segun dicen, en su biblioteca, fatal prision, en que Voltaire se encontraba al lado de Bossuet, Tito Livio no léjos de Juan Jacobo; prision que tanto agradó al indócil estudiante. De esta manera su educacion fué mucho mas pronta que lo que se esperaba; pero, si se sacó un *sabiecito*, se sacó tambien un *incredulito*. (1)

—

En una carta de 20 de julio de 1806, el abate Juan nombra accidentalmente a su hermano: «Felicidad os ruega, dice, que le enviéis la lista exacta de las obras de Simler sobre la crítica sagrada.» Esas pocas palabras bastan para revelarnos el cambio que se habia operado en el alma ardiente de Feli. Encerrado en la Chenaie, en esa biblioteca que fué quizas el teatro de su caida, habia acabado por encontrar allí, bajo el suave influjo del afecto i de la ciencia fraternales, *la fé que habia perdido*. Desde ese momento, absorben toda su voraz actividad. Familiarízase con el latin, el griego i el hebreo, a fin de poseer como la suya propia, todas las lenguas de la Iglesia. Agrega a esos estudios el ingles i el aleman, para poder responder a todos los sectarios. Los amigos de su hermano llegan a ser sus amigos; tiene particular predileccion por el abate Gabriel Bruté, porque encuentra en él franqueza, ciencia i fervor.

(1) En el testamento del abate Rohrbacher, se lee esta frase que resume de una manera orijinal la vida de Lamennais: «*M. de Lamennais.....*, *écrivain en deux tomes: le premier dit* OUI, *le second dit* NON;. *valeur totale*: *zéro.*»

(1) Tomamos estos detalles de una série de artículos publicados en *Le Commerce Breton* de Saint-Malo, en agosto de 1861. Esos artículos carecen, es verdad, de crítica; pero el hecho de los malos comienzos de Felicidad resultará como pronto lo veremos, de sus mismas cartas.

Se le llamaba *Feli*, en abreviatura de *Felicidad.*

«Excelente amigo, le escribe el 17 de febrero de 1809, ¡con cuánta impaciencia aguardo el momento en que pueda espresaros de viva voz mi tierna gratitud por esa amistad tan buena, tan suave, tan amable que os dignais asegurarme a mí, que tan poco merezco!....¡Ai! querido Bruté, *es la miseria misma* este vuestro pobre amigo; cuando pienso en mi vida pasada, *en esa vida llena de crímenes* que las austeridades mas rigurosas, la penitencia mas severa i mas larga no bastarian para espiar; cuando, despues, considero mi estado presente, esta tibieza, esta malicia, *este peso de los sentidos*, que me cansa i me abate, *este amor propio que no se sacrifica jamas* sino a medias i que renace bajo el mismo cuchillo; entro en una especie de espanto que tiene mucho fundamento, i me pregunto *si debe un miserable como yo penetrar al santuario.*»—Este pobre Felicidad os abre su corazon, añade el abate Juan; si yo pudiese abriros el mio lo veriais rebosando de alegria: *Misericordias Domini in eternum cantabo.* (1)

En vispera de recibir las órdenes menores era cuando Felicidad de Lamennais escribia así. Las recibió en la Pascua de 1809 de Monseñor Enoch, obispo de Rennes. Habia temido al principio alguna oposicion de su padre, pero no hubo oposicion. «Mi padre ha sufrido con la determinacion de Felicidad, escribia el abate Juan, pero se ha resignado. ¡Dios sea bendecido!»—(Carta del 7 de marzo de 1809.)

Mas despues, Juan de Lamennais fué llamado de Saint-Brieuc, para servir de vicario jeneral a Monseñor de Caffarelli, uno de los santos obispos de aquellos ajitados tiempos; muerto Monseñor Caffarelli en 1815, Juan fué nombrado vicario capítular, apesar de ser de ajena diócesis i tan jóven: no tenia mas que treinta i cuatro años. En cuanto a Felicidad, proseguia los trabajos comenzados, ya en Saint-Malo, ya en la Chenaie, en medio de los bosques i no conversando *sino con los muertos*, en quienes encontraba, por lo demas, *mejor compañia que en los vivos.* (*Obras póstumas*, tomo 1.°, páj. IX.) El alejamiento de su hermano le fué mui penoso. «Espero que no tardará en venir a juntárseme, escribia el 24 de julio de 1814; nos costaria muchísimo acostumbrarnos a vivir separados.»

Esa misma carta de 24 de julio nos revela algunos de los sentimientos de gozo i de esperanza que la Restauracion hizo nacer en el corazon de Felicidad. Notamos sobre todo esta frase: «Con mucho placer recibireis la noticia de que el Santo Padre va a restablecer la Compañía de Jesus.» —¡Ah! qué léjos estámos del tiempo en que los jesuitas no serán ya para él mas que los *granaderos de la locura.* (*Obras póstumas*, tomo 1.°, páj. 146.)

—

En la excelente noticia que sobre Lamennais ha escrito Eujenio de La Gournerie, demuestra cómo el estudio tal cual lo entendia i practicaba Felicidad es una mala preparacion para el sacerdocio.

«Seis años hacia que Felicidad perseveraba en la tonsura i la sotana. No sé por lo demas si la vida apasionadamente estudiosa que él habia adoptado era la mas propia para conducirlo al sacerdocio. El sacerdocio es una vida que exije mas accion que estudio. Hasta el mas santo estudio ¿no tiene sus miseri s? Así al ménos lo han creido los fundadores de las órdenes relijiosas i, por eso, lo han entrecortado con frecuente oracion a fin de evitar esa vana complacencia que fácilmente despierta el trabajo de la intelijencia, ese amor propio que el mismo Felicidad decia admirablemente que *renace bajo el cuchillo.* Felicidad conocia su debilidad. «Mi partido, escribia, está tomado: «en adelante me dejaré guiar por nuestro «excelente padre (M. Carron.) No quiere «esto decir que la naturaleza no se re«sista de cuando en cuando. No sé qué «disgusto por los hombres, no sé qué an-

(1) Las cartas de Felicidad siguieron marcadas con ese sello de profundas emociones. Mas son meditaciones, ardientes invocaciones que cartas. Jamas desde entónces, salvo algunas reflexiones sobre la *Imitacion de Jesucristo*, Felicidad de Lamennais recobró en igual grado esa voz del alma que entónces arrastraba su pluma. «¡Oh! he amado demasiado los amargos goces del mundo, los consuelos del mundo, las esperanzas del mundo. Ahora quiero la cruz, la cruz sola, la cruz de Jesus, la cruz. Viviré en el Calvario en espíritu de amor, de penitencia, de abnegacion i de sacrificio absoluto. ¡Oh! qué vida, qué dulce, qué feliz vida! Mi corazon delira por ser crucificado con Jesus, por los sufrimientos, las contradicciones, los desprecios, las ingratitudes, los odios, los ultrajes, las persecuciones i todo lo que puede crucificar a mi orgullo i a mi carne. Quiero, sí, quiero beber hasta las heces el delicioso cáliz de la humillacion. ¡Dios mio, Dios mio! una vez mas: quiero la cruz, nada mas que la cruz—(Carta del 17 de marzo de 1809.)

«helo irresistible por la soledad i la vida «de los campos me arrastra con una fuerza «indefinible a un jénero de vida que no «debe ser el mio. Pero, con la gracia de «Dios, espero vencer esta tentacion.

«El abate Juan, por su parte, no estaba sin inquietud.

«Deseo, escribia al abate Bruté el 11 de «setiembre de 1815, que Tessère (virtuoso «sacerdote de San Sulpicio) esté en Paris «cuando Felicidad llegue. La yedra no crece «sino apoyando su débil tallo en el árbol «vigoroso.» (Páj̃s. XXII i XXIII.)

«Pero la yedra no será jamas un árbol i el abate Juan debió temer que Felicidad no lograse llegar a ser un sacerdote, un verdadero sacerdote. Sinembargo, la idea de que Felicidad pudiera tener otra vocacion no se ocurrió nunca al intelijente abate Juan, i escribia (8 de junio de 1815) con singular distraccion:

«Felicidad ha sido ordenado diácono en «Saint-Brieuc en la primera semana de cua«resma, i sacerdote quince dias despues. Le «ha costado muchísimo tomar su última reso«lucion. M. Carron por una parte, yo por «otra, LO HEMOS ARRASTRADO; pero *su pobre «alma no se ha repuesto aun de ese golpe*. Ha «vuelto a Paris ántes de Pascua i yo le «he acompañado. Felicidad piensa ahora en «la Sociedad de Rauzan i del abate Janson, «no en calidad de misionero, sino que que«daria en la casa principal para entregar«se al estudio.» (Paj. 125.)

«Paréceme que al escribir esta última palabra, el abate Juan escribia con su propia mano la condenacion de su celo. No lo sospechaba por cierto i no quiso compartir con Carron una carga demasiado pesada cuando dijo: *lo hemos arrastrado*. Simplemente quiso rendir homenaje a la verdad. Ocho meses ántes (el 28 de octubre de 1815) el abate Carron escribia tambien al abate Bruté: «Confiad en mi leal corazon i en mi conciencia por lo que toca a la suerte de nuestro mui querido Felicidad, a quien amo con amor de madre; no se me escapará, la Iglesia tendrá lo que le pertenece, tal es mi viva confianza. (1)

(1) Tenian ciertamente derecho de hablar de sus conciencias esos hombres de Dios que no buscaban mas que la gloria del Señor cuando «arrastraban» a Felicidad vacilante i resistente. ¡Derecho tenian para hablar de su ternura para con él! Ternura ciega, conciencia engañada por un raciocinio especioso. Sin duda la Iglesia debia *tener lo que le pertenecia*, como lo dijo el abate Carron. Pero ¿acaso la Iglesia no tiene mas que sus sacerdotes? ¿El gran talento que los abates Carron i Juan admiraban ya en Felicidad era acaso necesariamente perdido para la Iglesia si Felicidad no se hacia sacerdote? Por el contrario ¿no es cierto que precisamente porque Felicidad no pudo escapárseles, como dice el abate Carron, no es cierto que *arrastrado*, llegó a ser sacerdote sin vocacion i la Iglesia no tuvo *lo que le pertenecia*, es decir, los últimos esfuerzos de ese celo i de ese talento cuyas primicias habia recibido?

«Felicidad fué sacerdote, pero siguió siempre siendo un hombre apasionado por el estudio, pero sobre todo enamorado de su propia gloria i embriagado por el poder de su palabra. «Desarrollaré, escribia el 22 de febrero de 1818 al abate Bruté, anunciándole el segundo volúmen del *Ensayo sobre la indiferencia*, desarrollaré un nuevo sistema de defensa del cristianismo contra «los incrédulos i los herejes, sistema suma«mente sencillo, del que saldrán pruebas «tan rigurosas que, a ménos de renunciar «a decir: *yo existo*, será menester decir el *«credo* hasta el fin.» (1) (Páj. 140)

A la confianza que esperimentaba entónces Felicidad sucedió pronto el terror de los Cien Dias. Autor de un libro sobre el *Estado de la Iglesia en Francia*, escrito durante el Imperio, señalado como redactor de tres volúmenes, por lo ménos, de la *Tradicion*, Felicidad creyó comprometida su seguridad i se refujió en Inglaterra. Encontró un asilo en el establecimiento de educacion que el piadoso abate Carron habia fundado

(1) ¿Llegó él a dudar de su propia existencia cuando dejó de decir hasta las primeras palabras del *credo*? ¡No se imajinaba en la víspera misma de su caida, que pudiese caer él, el autor del *Ensayo sobre el indiferentismo*, él, que no veia ya en la Iglesia «mas que una sombra de la Iglesia» i que iba a resucitar a la Iglesia! Cuando el abate Bruté lo conjuraba a velar sobre si mismo para no caer en la apostasía: «La impresion que he recibido, le respondia Felicidad, es poco mas o ménos la misma que si me dijerais que tuviera cuidado de no volverme musulman.» (9 de octubre de 1831, páj. 169.) I cuando una antigua amiga, madama de Senfft, le espresaba los mismos temores, le respondia: «Si me conjuráseis seriamente a no apuñalear a mi hermano, ¿qué querriais que os respondiera a eso?»

Si se hubiera vuelto loco i hubiera apuñaleado a su hermano, el abate Juan habria sufrido ménos muriendo a manos de aquel a quien tanto amó, que viviendo separado de él como vivió durante los últimos años de Felicidad. «¡Oh! mi querido Bruté, decia el sacerdote fiel, orad, orad mas que nunca por la vuelta del que nos es tan caro. No tengo noticia alguna suya; ya no hai entre nosotros las relaciones que ántes, vivimos como si uno estuviera en Kamtschatka i el otro en el fondo de los desiertos del Africa. ¡Qué dura es esta situacion!» (18 de noviembre de 1835, páj. 175.)

en Kensington, cerca de Lóndres; gozaba allí de una paz tan dulce, que lo encontramos todavía allí tres meses despues de Waterloo. El restablecimiento del órden en Francia no le ofrecia por otra parte ninguno de los caracteres de una verdadera restauracion, i desde ese momento data para él esa triste vision del porvenir que no lo abandonará jamas. (1)

—

La principal, la única preocupacion de Lamennais fué al principio dar lecciones a la Iglesia. Sin pensar en que sería mui inútil querer dar luz al sol, Lamennais, con con una opulencia de imájenes apasionadas, se esforzó por renovar la lei de Dios i sacar a la Iglesia mas triunfante de lo que ella quiere, segun la espresion de Crétineau-Joly.

Lamennais se ofrecia como el jeneralísimo de la cruzada que meditaba. Inténtase calmar las efervescencias de su celo. No puede salvar a la relijion, se consagra a desunir al clero i a debilitarlo no sin decir que lo que quiere es comunicarle su propio vigor. Aspira a ser mas grande que la verdad, mas grande que la Iglesia, que es su depositaria, mas grande que el Pontífice, que es su representante. No ha probado todavía al mundo, con su apostasía, que no hai fuerza capaz de triunfar sobre la Sede Romana; pero ya, siguiendo a ese sombrío jenio por las huellas de sus proyectos, viéndolo gradualmente perderse sin discernimiento i sin autoridad, se llega a concluir que no hai fuerza verdadera sin la Iglesia. Cuando se cae de altura, miéntras es mayor el espacio recorrido, mas veloz es la caida. Esta lei del mundo físico jamas habrá sido mejor aplicada que a Lamennais. (2)

—

Cuando Feli fué a Roma, ántes de su caida, a buscar la recompensa de los servicios que creia haber hecho a esa «sombra de Iglesia,» Leon XII, mas temeroso por el orgullo de ese sacerdote que admirado de su jenio, predijo su profunda caida; i encuentro a ese respecto en el libro de Crétineau-Joly, *La Iglesia ante la Revolucion* (2.ª edicion, páj. 338 a 341,) una carta mui curiosa escrita por el cardenal Bernetti al duque de Laval-Montmorency (30 de agosto de 1824):

«Tenemos en Roma al abate Lamennais; i me parece que no corresponde completamente a su inmensa reputacion. Sabeis que aquí somos siempre un poco entusiastas por la belleza de las formas; nos complacemos en atribuir al jenio las varoniles actitudes de la estatuaria antigua. Desgraciadamente, el gran escritor no está modelado ni en el Apolo de Belvedere ni en el Hércules de Farnesio. Tiene en su fisonomía i en su talento algo de raquítico o de embarazado que produce mal efecto. Al ver ese cuerpo que tirita en pleno verano i esa cara lívida, siente uno como compasion, ganas de darle limosna; pero ¡cuánto jenio bajo esa triste cubierta! ¡Qué relámpagos parten de esos ojos apagados, a los que una llama súbita parece iluminar de cuando en cuando!

«Os hablo francamente, querido duque, como si estuviese hablándoos al oido, i voi a interesaros, segun espero, aunque os hable de Roma a vos, que sin duda estais en Paris. En una de mis últimas audiencias con el Padre Santo, me preguntó SS. si habia visto al abate Lamennais i qué pensaba yo de él. No queriendo avanzarme en ese terreno i, habiendo oido decir que el

(1) «La vieja Europa se disuelve, escribe al abate Bruté; pero su agonía es larga, terrible i ajitada de terribles convulsiones. No espero ni auguro mas que desastres; se necesita un milagro para salvarnos: ¿lo obtendremos?»—«La duracion de mi permanencia aquí, agregaba, depende del partido que tome M. Carron. ¡Qué hombre, mi querido Bruté, o mas bien, qué santo! Espero, ayudado con sus consejos, *decidirme en fin a algo*. Son mucho tiempo treinta i tres años perdidos o peor que perdidos!»

(2) Cosa mui digna de notarse es que Lamennais, desde 1808, a la edad de veintiseis años, se haya pintado a sí mismo tal como lo vemos en sus últimos años en toda la salvaje enerjía de su rebelion contra la Iglesia. En la primera de sus obras encontramos este pasaje que nos ha llamado la atencion:

«Tertuliano tambien tenia virtudes: se perdió, sinembargo, porque le faltaba la mas necesaria de todas, la humildad. Cito con preferencia a Tertuliano porque hai mui notables semejanzas entre él i el oráculo del jansenismo, M. Arnauld: ambos caractéres ardientes, presuntuosos, porfiados; ambos llenos de talentos; ambos han hecho a la Iglesia eminentes servicios i se han dejado arrastrar (¡quién lo creeria de tan grandes hombres!) por la fogosidad de una imajinacion que todo lo exajeraba, porque exajerando la verdad católica es como M. Arnauld ha caido en el error de Calvino. I no se ha apercibido de ello; ni Pascal, Nicole, Duguet i tantos otros no ménos ilustrados no se han apercibido tampoco de ello. ¡Oh! debilidad de la razon humana! Cuán bien sabe Dios, por medio de brillantes ejemplos, enseñarnos la necesidad de someternos a una autoridad mas alta!»

Papa se mostraba bien dispuesto para con él, di una respuesta dilatoria. Mui pronto me quedé estupefacto cuando el Padre Santo, con una voz tranquila i casi triste, me dijo: «Pues bien: lo habiamos juzgado mejor que nadie. Cuando lo recibimos i conversamos con él, nos hemos asustado. Desde ese dia, tenemos constantemente ante los ojos su rostro de condenado.»

«El Padre Santo me decia esto con tanta seriedad, que yo no pude ménos que sonreirme. «Sí, añadió mirándome fijamente, sí, ese sacerdote tiene cara de condenado. Lleva en la frente el estigma del heresiarca. Sus amigos de Francia i de Italia querrian para él un capelo de cardenal. Ese hombre está mui poseido del orgullo para que no tuviera que arrepentirse la Santa Sede de una distincion, que seria justicia, si no se tomara en cuenta mas que sus obras actuales; pero estudiadle a fondo, examinad una a una las facciones de su cara i decidme si no econtrais en ella evidentes huellas de la maldicion del cielo.»

«No he podido disipar esa idea del Papa. La figura del condenado se le representa siempre, i comienzo a creer que el viaje del escritor le servirá mui poco para sus ambiciosos proyectos, si los ha concebido. Como todos los que se comprometen en polémicas ardientes, el abate Lamennais exajera sus opiniones i sus sentimientos. Da a la verdad un carácter de exaltacion i de severidad que Roma no puede aceptar, pero que no quiere condenar. Aquí apreciamos mas la moderacion de la verdadera fuerza; ellos nos defienden con cóleras i pasiones. Lamennais deberia, mejor que nadie, comprender esta posicion; pero afecta no conocerla. Su jenio absoluto no duda de nada i es inducido a esos excesos o por mui imprudentes admiradores o por cálculos mui pérfidos.

«El autor del *Ensayo sobre la indiferencia* no será ni el primero ni el último en querer sujetarnos a su obediencia; pero, ántes de realizar la profecía del Padre Santo, será forzoso que Lamennais se zabulla en un Leteo mui profundo. Yo me he atrevido, entre risas i bromas, a comunicar al Padre Santo mis reflexiones. «¡Ah! me ha »contestado, tampoco vos, como Soglia, »veis la mano de Dios. Pues bien: hai un »réprobo, un apóstata en ese sacerdote.... »Por si esa desgracia llega a realizarse, »hagamos de modo que Roma no tenga na»da que reprocharse.»

«¿No habia visto Leon XII que el orgullo de ese hombre tenia otra causa?

«El Papa ha adivinado al heresiarca por intuicion moral, por presciencia apostólica; un crítico lo pronostica por solas las cualidades de su estilo.» (1)

Se cuenta que un dia, en su último viaje a Roma, Lamennais esclamó haciendo rechinar los dientes i oprimiendo convulsivamente su pecho con sus manos crispadas: «Siento, aquí dentro, un demonio que algun dia me arrastrará a mi perdicion.» Ese dia debia llegar pronto. Ese demonio era el del orgullo i de la ambion frustrada. (WISEMAN—*Misceláneas*). (2)

P. H.

(Continuará.)

INGRATITUD.

El Señor, con su acento, de la nada
Hizo brotar las fuentes de la vida
I aparecer la tierra embellecida
Con flores mil de aromas perfumada,

(1) El Papa se asusta de ver a Lamennais en el camino de la apostasía; en plena Sorbona. M. Villemain lo señala como tocando ya el primer límite, i sinembargo nada ha cambiado ni en su actitud, ni en su lenguaje. Es siempre el profeta Amos esclamando: «La casa de Israel se desmorona i no volverá a levantarse.» Lamennais que no ha visto a Roma sonriendo a sus deseos i coronando sus ambiciosas esperanzas, presajia la caida de la Iglesia; pero le reserva para sostenerla una columna de verdad. Esa columna la indica en cada pájina de sus numerosos escritos. El es quien puede salvar a la Iglesia, i la salvará a pesar de ella i contra ella.

(2) En lo mas reñido de las luchas filosóficas suscitadas por el *Ensayo sobre la indiferencia*, Lamennais escribia todavia algunos libritos espirituales, o traducia, comentándola, la *Imitacion de Jesucristo*. I cuando se le acusaba de proyectar un cisma i sembrar la rebelion, escribia en un diálogo espiritual entre Jesucristo i su discípulo:—«¡Hai, Señor, hombres tan perversos que atienten contra el vínculo sagrado que une a vuestros fieles en una misma Iglesia, para sublevar a vuestras ovejas contra el pastor, a los hijos contra su padre, contra el Pontífice supremo que os representa acá abajo, contra esa Roma Santa en que habeis establecido el centro de la fé i de la que, como de vos mismo, se ha dicho con verdad: *«Quien con ella no coje, desparrama»*!—I JESUCRISTO respondia al DISCÍPULO. «Todo se ha visto, hijo mio; i todo puede verse todavía.»—Todo se vió efectivamente, pero mas tarde.

De animales sinnúmero habitada,
De frutos llena, por la mar ceñida,
De alfombras de verdura revestida,
Por la luna i el sol iluminada.

Cercóla con el vasto firmamento,
Que tachonó de innúmeras estrellas,
A cada mundo señaló su asiento,

I de obras tan magníficas i bellas
Hizo el señor al hombre, que al momento
A su Creador abandonó por ellas.

MARIO VALENZUELA.

UN ENSAYO FELIZ.

El viérnes a las siete i media de la noche se hizo el primer ensayo del nuevo alumbrado de luz oxhídrica en el teatro de Variedades, ante una concurrencia numerosa i escojida.

En el proscenio se habia colocado la araña. Dos tubos de goma la ponian en comunicacion con los depósitos de oxíjeno e hidrójeno.

En los primeros momentos, muchos ponian en duda el éxito del ensayo. Aunque los principios en que se funda son indiscutibles, es el hecho que la imperfeccion de los aparatos empleados i la falta de una máquina que viniera a regularizar la presion de los tubos conductores, eran parte a dar mas fuerza a los temores del público.

Pero ello debia durar mui poco.

Cuando nuestro amigo el señor Saldías acercó la luz a la lámpara, el público entero prorrumpió en unísonos i estruendosos aplausos. El resultado habia superado a todas las espectativas, aun las mas lisonjeras.

Una sola luz habia bastado para alumbrar el proscenio. Las diferentes esperiencias vinieron a dejar el profundo convencimiento de la practicabilidad del nuevo ensayo que vendrá a mejorar i a abaratar el alumbrado de las poblaciones.

La simple vista basta para persuadir que una sola luz oxhídrica reemplaza con ventaja a seis de gas hidrójeno carbonado, que es el único en uso en las pocas ciudades alumbradas convenientemente en Chile.

La nueva empresa nace bajo brillantes auspicios.

¡Qué los aplausos con que el público saludó el viérnes al señor Saldías i compañeros, sean los precursores de los que les tributará el público una vez que le sea dado optar entre el privilejio que alumbra mal i caro, i el que alumbra bien i barato!

Lo deseamos sinceramente por nosotros i por nuestro amigo el señor Saldías.

ARÁ-TU-VEN.

Contenido de este número.

I.—Apuntes para la historia de la música en Chile, (continuacion) por O. O., páj. 741.
II.—Insomnio, poesía, por David Barí, paj. 744.
III.—La Cruz, por Ramon Anjel Jara, páj. 745.
IV.—A la Caridad, poesía, por Estévan Muñoz Donoso, paj. 746.
V.—La Inocencia, poesía, por Rodolfo Vergara, páj. 747.
VI.—El suicida es cobarde, por Vicente Aguirre Várgas, páj. 749.
VII.—Lamennais, por P. H., páj. 751.
VIII.—Ingratitud, poesía, por Mario Valenzuela, páj. 755.
IX.—Un ensayo feliz, por Ará-Tu-Ven, páj. 756.

BIBLIOTECA DE «LA ESTRELLA DE CHILE.»

LA CORRUPTORA
I LA
BUENA MAESTRA,
CUADRO DE COSTUMBRES
POR
FERNAN CABALLERO,

EN UNA BONITA EDICION SE HALLA A VENTA EN ESTA IMPRENTA.

IMPRENTA DE «EL INDEPENDIENTE.»
Calle de la Compañía núm. 102.

LA ESTRELLA DE CHILE.

AÑO V. Santiago, setiembre 1.° de 1872. Núm. 257.

APUNTES

PARA LA HISTORIA DE LA MÚSICA EN CHILE.

(Continuacion.)

XII.

Hai algo inseparable de la música. Este algo es el baile. Esto nos obliga a decir algo sobre el particular.

Los bailes que nosotros no hemos conocido, pero de que hemos oido hablar en nuestra niñez son, el *paspié*, el *rigodon*, etc. Hemos conocido el *minuet*, la *alemanda*, la *contradanza*, el *rin*, el *churre*, especie de gavota, el *vals*, la *gavota* i las *cuadrillas* introducidas en Chile el año de 1819. Como bailes a solo, el *fandango* i la *cachucha*, bailada i cantada por primera vez por oficiales i tropa del batallon de Talaveras.

Respecto a bailes de *chicoteo*, recordamos que por los años de 1812 i 1813 la *zamba* i el *abuelito*; eran los mas populares, ámbos eran peruanos.

San Martin con su ejército, 1817, nos trajo el *cielito*, el *pericon*, la *sajuriana* i el *cuando*, especie de minuet que al fin tenia su alegro. Estos últimos bailes podrian mirarse como intermedios entre los sérios i los de chicoteo; pues no daban lugar a las desenvolturas que se ven en los otros, que nos vinieron del Perú desde el año de 1823 hasta el dia.

Desde entónces, hasta hace diez o doce años, Lima nos proveia de sus innumerables i variadas *zamacuecas*, notables e injeniosas por su música, que inutilmente tratan de imitarse entre nosotros. La especialidad de aquella música consiste particularmente en el ritmo i colocacion de los acentos propios de esa música, cuyo carácter nos es desconocido, porque no puede escribirse con las figuras de la música.

La gavota, baile frances, entre dos personas, principiaba con una especie de minuet i en seguida pasaba a un movimiento vivo de dos tiempos, en que los bailarines ejecutaban movimientos vistosos i difíciles con los piés. Este baile estuvo mui en moda desde el año de 1823 hasta el 28 o 30 i no hace mucho que han dejado de tocarlo los *organitos*. El habia hecho la gloria del célebre i popular Vestris en Francia hasta los últimos años del primer imperio.

El señor don R. M. de la P. era la admiracion de esos tiempos. Algunos lo preferian a su maestro, el bailarin español don José Pose, del que recibia lecciones toda la juventud de entónces, que no habia descubierto, como la de ahora, bailar sin aprender a bailar. Así sale ello.

XIII.

Viene por fin el aristocrático i ceremonioso minuet, que tantas veces tocamos para hacer bailar a otros. Por su misma índole no se exijia ser jóven para ejecutarlo, i era de rigurosa etiqueta dar principio con él a todo sarao, chico o grande. Recordamos con este motivo el gran baile *nacional*, sin duda porque se costeaba con fondos de la nacion, dado por el presidente Prieto el 25 de abril de 1834. Se dió principio, para hacer revivir la antigua costumbre, con un minuet *en cuarto*, entre las personas siguientes: la señora doña Cármen Velasco de Alcalde con el presidente de la república don Joaquin Prieto, i la señora doña Cármen Gana de Blanco, con el señor Bustamante, ministro de guerra.

Como era natural, esos señores hacia muchos años no se veian en este caso i no andaban mui de acuerdo con la música. Cuando se acercaba el fin del minuet la señora Velasco manifestaba mas de lo necesario su inquietud; conociendo que iba a sobrar música i a faltar baile, miraba con inquietud a la orquesta, que dirijiamos, rascando nuestro violin. Dimos el corte que calculamos necesario; mas este espediente no podia ocultarse a todos los oidos; pero música i baile concluyeron a un mismo tiempo, circunstancia indispensable en el minuet.

El señor Prieto dijo, segun supimos, que *la música habia tocado mal*. Así debió ser;

porque es mas fácil que una orquesta toque mal, que el que un presidente se equivoque, cuando baila.

Esta es la última vez que se bailó minuet en Santiago, podriamos decir en Chile. Sinembargo en otro sarao, *nacional* tambien, que tuvo lugar un año despues, se volvió a bailar, pero no recordamos qué personas lo hicieron; sinembargo de estar nosotros presentes, como músicos, se entiende.

Este último sarao no fué organizado, i bien se echó de ver, como el anterior, por el señor don Javier Rosales. Esta fué la vez primera en que se tocó por papeles todo lo que se bailó. La costumbre hasta entónces era que alguno de los instrumentos, ordinariamente el clarinete, *rompiera* con el minuet, contradanza, etc. i los otros siguieran como podian; de lo que debia resultar un todo poco uniforme.

Daremos, fiados en nuestros recuerdos, alguna idea del minuet. Se colocaban, una o dos parejas, rara vez mas, en un estremo del salon, llamado *cuadra* entónces; se saludaban i adelantándose hasta el centro, partian en seguida para ángulos opuestos, con pasos mesurados i cadenciosos i con la vista recíprocamente fija. Volvian otra vez al centro, se daban las manos i se dirijian a los otros dos ángulos del salon. En seguida volvian al lugar de donde habian partido; repetian los pasos del principio, i ántes de separarse se dirijian el último saludo.

La música, en tiempo de *tres por cuatro*, debia ser pausada i majestuosa. En tono de *bemoles*, jamas de *sostenidos*. En nuestra niñez oiamos a nuestros mayores recordar con entusiasmo un minuet llamado del conde de Aranda, célebre ministro de Cárlos III i mui conocido por su *cariño* a los jesuitas.

Habia en toda reunion o sarao un personaje inevitable, *el bastonero*. Este *funcionario* tenia por oficio anunciar en voz alta lo que debia bailarse; pero ántes debia advertir a las personas que debian hacerlo con quién formarian pareja; se entiende, consultando todas las conveniencias. En los grandes saraos habia bastoneros subalternos, sujetos en ciertos casos al jefe.

En los antiguos tiempos, hasta el año de 1810, se observaba la mas respetuosa etiqueta en la combinacion de las parejas. Los oidores i los coroneles, no habia jenerales, se ponian en baile con las señoras respectivas a su clase. Mas de un sarao, i aun mas de una reunion improvisada, concluyó ántes de empezar por una indiscrecion del bastonero. La familia que se consideraba agraviada tomaba la puerta, i era seguida inmediatamente de parientes i amigos.

El bastonero apareció por última vez en los grandes saraos que tuvieron lugar con motivo de la victoria de Yungai.

XIV.

Las funciones dramáticas, únicas conocidas en Chile si se esceptúa la compañia lírica de que ántes hablamos, llamaban esclusivamente la atencion del público. Sinembargo, se hablaba con entusiasmo de la compañia lírica que desde algun tiempo funcionaba en Lima.

Los empresarios del teatro, señores Solar i Borgoño, dieron todos los pasos, que trajeron por resultado la adquisicion de esta compañia, conocida con el nombre de su director, el señor Pantanelli.

Dió su primera funcion en el teatro de la Universidad el 21 de abril de 1844, ejecutando la inolvidable *Julieta* de Bellini.

Esta ópera parecia escrita especialmente para el soprano i contralto de aquella compañia, señora Rossi i señora Pantanelli, i no es estraño que el público, que en su mayor parte gozaba por primera vez de tantas bellezas reunidas, manifestase, enajenado, su admiracion i entusiasmo por las dos artistas que lo sabian conmover de un modo tan nuevo como agradable.

La aficion al canto fué universal, i las señoras Pantanelli i Rossi eran paseadas en triunfo, a *imitacion* de lo que se hace en los pueblos europeos; pero es sabido que las imitaciones no tienen la consistencia i duracion de los orijinales....

Formaban esta compañia, a mas de algunos cantantes subalternos, la señora Teresa Rossi, soprano; doña Clorinda Pantanelli, contralto; los señores Ferretti, bajo, i Zambaiti, tenor. Contaba tambien con un buen cuerpo de coros de hombres i algunos niños chilenos, contraltos, pues lo que es soprano masculino no es fruto de nuestra tierra. Hasta el momento en que escribimos, no hemos oido jamas un niño que alcance al *sol* sobre la 5.ª línea: i rarísimos son los que dan el *re* de la 4.ª sin gran esfuerzo.

Cuando uno vé hasta dónde llega en altura la música de templo que se ejecuta por niños en Europa, se admira de este fenómeno. Muchas esplicaciones se dan sobre esto; pero ninguna satisface. En lo que están casi todos de acuerdo es en atribuirlo al *cigarro*. Nosotros pertenecemos al tiempo en que los niños no lo usaban: sin embargo, las voces eran lo mismo que ahora.

XV.

La señora Rossi tenia una voz de cierta fuerza, mui agradable i de estension poco comun, sobre todo hácia los bajos. Vocalizaba con mucha dificultad i cuando trataba de trinar ponia de manifiesto su poco estudio sobre el particular. Su figura era interesante i simpática.

La señora Pantanelli, que habia hecho como contralto un papel distinguido en Italia, España, i poco despues en la Habana, donde nunca faltaban artistas de mérito, era mui notable como actriz. Nadie ha olvidado su sobresaliente mérito a este respecto en *Norma*, *Lucrecia* i otros roles que sin ser apropósito para su voz, los realzaba con la nobleza i dignidad de su porte. En los papeles de contralto no ha tenido rival. Difícil nos parece que en *Semiramide* i *Julieta* volvamos a ver algo igual.

El señor Ferretti, bajo de sobresaliente mérito i de figura imponente, no ha sido igualado aun en ciertos papeles. En *Marino Faliero* era mui superior a los que mas tarde han desempeñado ese papel, consiguiendo solo que el público de entónces recuerde con pena a Ferretti.

El señor Lanza se incorporó tambien a esa compañía como baritono, decimos mal, se incorporó como *sobresaliente*, así se llamaba en las compañías dramáticas antiguas a los que hacian toda clase de papeles.

La flexibilidad de carácter de este excelente artista lo hacia prestarse a desempeñar papeles que rebajaban su mérito superior. Baste decir que pocos dias despues de haber cantado el Fernando del *Marino*, que es un tenor en toda forma, ejecutó el protagonista de esa misma ópera que requiere un bajo de primer órden.

El público espera hace muchos años a álguien que le recuerde a Lanza en don Bártolo del *Barbero* i en Dulcamara del *Elixir*.

El último cantante de aquella compañía que hemos nombrado, Zambaiti, que era el tenor, tenia la particularidad de que, sin ser un verdadero tenor, desempeñaba esta parte a satisfaccion del público. A esto contribuia ser un profesor mui notable, sobre todo por su vocalizacion.

Aquella compañía tenia un raro mérito, sin ejemplo posterior: todos, sin escluir ni aun los coros, sabian su arte por principios: pudiendo cada uno cantar su parte sin mas que su estudio particular. Allí no habia lo que despues hemos visto, primeros actores que necesitan pagar un maestro, andrajoso a veces, que le enseñe lo que debe cantar....

El señor Pantanelli dirijia la orquesta con tal maestria que en algunos años que hicimos parte de ella jamas no lo vimos, no diremos equivocarse, pero ni siquiera vacilar en el movimiento que debia iniciar en los numerosos i distintos trozos de que consta una ópera.

El señor Pantanelli dirijia tocando el piano en los recitados de las óperas bufas, i con una pequeña vara en las demas. Este *palito*, que en una orquesta numerosa puede tener su razon de ser, es de una gran ridiculez en orquestas pequeñas. No hace mucho, asistiamos a uno de nuestros teatros i veiamos al director en un asiento que por poco no llegaba al techo, con el consabido palito; todo ello para dirijir *once* músicos que tocaban polkas, valses i cuadrillas.

Lo que mas nos admira, es la inocencia de los empresarios, que, en vez de tener un director que desempeñe esta funcion tocando algun instrumento, pagan mas caro al *mago* de la varita.....

XVI.

La compañía Pantanelli funcionó alternativamente en Santiago, Valparaiso i Copiapó, pero en mas largas temporadas en Valparaiso.

Hasta esos últimos años, la América del Sur, con raras escepciones, solo habia oido preconizar esas grandes reputaciones artísticas que tienen en continua espectacion al antiguo mundo. Los nombres de Camilo Sivori, Beriot, Vieux-Temps en el violin i los de List Thalberg, Herz en el piano, solo nos eran conocidos por su fama i por las obras de algunos de ellos; hasta que el año

de 1849 nos trajo a Sivori, violin sin rival entónces i aun ahora, i poco mas de un año despues a Herz.

El público de Santiago, Valparaiso i Copiapó ha podido darse cuenta del entusiasmo que artistas de esta clase escitan en Europa; i las mediocridades errantes que despues nos han visitado, no habrán conseguido poco, si han podido hacerse oir con induljencia.

Por lo demas, el teatro de que eran empresarios los señores Solar i Borgoño, estaba perfectamente servido: funcionaba i lo habia hecho ántes con actores de indisputable mérito. Algunos de nuestros lectores, sin ser tan viejos como nosotros, no habrán olvidado aun a doña Teresa Samaniego, en decadencia por la edad, pero que aun dejaba conocer que pudo con justicia compartir en sus buenos tiempos las glorias de la escena con Rita Luna, Maiquez i Gonzalez, que mas tarde vino a Buenos Aires. Cáceres nos decia que, cuando por primera vez habia dado en Montevideo con la señora Samaniego «Los Hijos de Edipo» de Alfieri, haciendo él *Polinice* i Gonzalez *Eteocle*, habia hecho temblar a los dos como a niños. Agregaremos tambien a su hija doña Emilia i a doña Toribia Miranda, actriz peruana, mui simpática para el público.

Acompañaban a estas actrices los actores Casacuberta, Fedriani, Jimenez i el admirable gracioso Rendon. El nombre de Casacuberta nos trae a la memoria su inesperado i funesto fin. Permitan nuestros benévolos lectores una digresion mas estensa que las que ya han soportado: es el último tributo pagado a la honradez, al talento i a la amistad.

XVII.

Juan Casacuberta, si no estamos equivocados, nacido en la República Oriental, llegó a Chile en 1841 en compañia del jeneral Lamadrid, perseguido con otros arjentinos hasta la falda oriental de la cordillera de los Andes, por una partida del ejército de Rosas, contra el que habia combatido en esa república. Tendria cuarenta i cuatro años. La fama de su mérito era conocida en Chile, i la empresa del teatro de la Universidad se apresuró a contratarlo. Puede decirse que él fué el primero que nos hizo conocer el teatro moderno frances, de que ya teniamos idea por Fedriani i Jimenez.

Despues de año i medio de trabajo i de aplausos i próxima a venir la compañia Pantanelli, se dirijió al Perú, donde fué apreciado su talento como merecia. Al cabo de algun tiempo, volvió a Chile a trabajar en el nuevo teatro de la República, incendiado mas tarde. Al dar sus primeras funciones, llegó nuevamente Sivori a Santiago. Anunció un concierto en el otro teatro, en el mismo dia en que Casacuberta daba funcion en el de la República. A la hora de levantarse el telon, observó el teatro vacío i tuvo que pasar por la dolorosa humillacion de suspender la representacion por haber acudido el público a oir a Sivori.

Concluidos los conciertos de éste, tomó Casacuberta el teatro de la Universidad en arriendo i despues de unas pocas funciones ante una escasa concurrencia, anunció su beneficio, con el drama *Los seis escalones del crimen*, que, a pesar de su escaso mérito, agradaba al público por la maestría con que el beneficiado ejecutaba el protagonista.

Dias ántes de este desgraciado beneficio se observaba en Casacuberta una tristeza i mutismo, interrumpido solo a veces por algunas palabras irónicas, pero inofensivas, que despues todos interpretaron. Habia desaparecido por completo ese carácter festivo i decidor.

En las tardes se dirijia a casa de un amigo, hombre como él de conducta ejemplar, de mas ilustracion, pero actor mediocre, —don Hilarion M. Moreno—director mas tarde de un colejio mui acreditado en Santiago.

Casacuberta, como buen arjentino, era aficionado al *mate*. En la tarde, víspera de su beneficio, llegó a casa de Moreno. Este al verlo i con el cariño de costumbre ordenó al sirviente traerle mate *a Juan*. Casacuberta, al oir la órden le fijó la vista con cierta espresion estraña, diciéndole:—«Mucho te apresuras en darme mate. Te figuras que no he comido?—Cómo he de figurarme tal cosa? No sabes que yo tambien lo tomo?

La verdad, sinembargo, era lo que Moreno no sospechaba. Casacuberta, no solo ese dia, sino en muchos de los anteriores no habia tenido mas alimento que el que con distintos pretestos le presentaba a veces un fiel negro que lo acompañaba desde el Perú, i era tal su indijencia, que sin las cariñosas industrias de ese criado no habria

tenido ni la luz necesaria para el estudio de sus papeles.

XVIII.

Aquí vemos esclamar a nuestros lectores: ¿Cómo a un hombre de su mérito, habia de faltarle un amigo a quien dirijirse?—¡Justa observacion! pero ántes es preciso conocer al sujeto de que se trata. Desde nuestra primera juventud tuvimos relaciones con él. i notamos, como todos sus amigos, ciertas escentricidades, sobre todo en punto a delicadeza i honradez, que a veces provocaban la risa de los que se le acercaban. Desde entónces hasta la última vez que lo visitamos en Santiago, veiamos frente a su mesa de estudio una especie de cartel que en letras grandes decia:—*Lista de lo que debo.* En seguida venian los nombres de los acreedores con la suma respectiva, i a continuacion otra lista con estas palabras:—*Lista de lo que me deben*; pero aquí no se veia mas que las cantidades i las iniciales de los deudores.

Entónces, como ahora, por el conocimiento que teniamos de su carácter i por la idea ventajosa que con razon tenia de su persona, le hemos atribuido en su desgracia este raciocinio: — «Un hombre de mis aptitudes i de mi conducta en un pueblo culto i rico, no puede sin mengua vivir a costa de amigos que no son bastante ricos para socorrerle, sin hacer sacrificios superiores a sus facultades.» En cuanto a las personas de alta posicion, se habria avergonzado de manifestarles su dolorosa situacion. Despues se supo que hasta sus mas insignificantes alhajitas habian ido a parar a una casa de prendas, unicamente para sufragar a lo indispensable, pues era de conducta ejemplar, como hemos dicho.

XIX.

Llegó por fin el dia del esperado beneficio, calculado por él esa noche en 400 pesos, que debian salvarlo de sus compromisos i proporcionarle lo bastante para regresar a su patria.

En el cuarto acto de aquel drama, que se titula *El robo*, aparece una escalera que debe servir para facilitar al *jugador* la ejecucion de su crimen. En esos momentos subimos al proscenio con otros amigos; encontramos a Casacuberta indicando la colocacion que debia dársele. La primera tabla habia quedado algo separada del suelo. Al observarlo dijo al carpintero: «Ponga aquí otra tabla, señalando el lugar; i volviéndose a los que allí estábamos añadió:— *Yo no me rompo una pierna por cuatrocientos pesos....* ¡Cosas del mundo!—Antes de dos horas, sinembargo, perderia algo de mas valor ¡la vida!

Ese dia habia recibido algunos regalos, i esto le proporcionó comer bien, quizás mas de lo necesario. El drama es excesivamente fatigoso, sobre todo en las últimas escenas.

Antes de finalizar la funcion nos retiramos. Poco despues Villena, empleado del teatro, nos anunciaba, ahogado en llanto, que Casacuberta acababa de morir instantaneamente, al llegar a su casa, con la añadidura de costumbre, de no haberse encontrado un médico que lo socorriera a tiempo.

O. O.

(*Continuará.*)

EL CANGREJO I EL PEJEREI.

Llevóse aguas abajo la corriente
De un torrentoso rio
A un Cangrejo imprudente,
Que, por mostrar su brio,
Solazándose andaba
Fuera del cenagal en que moraba.

Dándose con las piedras de estrellones,
Desorientado i ciego,
Entre hojas i terrones,
Hallóse el triste luego
Del charco a gran distancia
Donde pasara su tranquila infancia.

Perdida la esperanza postrimera
De tornar hácia arriba;
Mas conservando entera
La vanidad nativa,
A un Pejerei se llega
Que por vencer a la corriente brega.

I entre alegre, burlesco i altanero
Le dice mui ladino:
—«¡Salud, listo viajero!

¿Qué tantas, de camino,
Horas habeis echado
Para llegar aqui desde el salado?

—«Señor Cangrejo, el Pejerei contesta:
Hace hoi una semana
Que di principio a esta
Trabajosa jarana:
Una legua por dia.
¿Tiene algo que observar su señoria?»

—«Observo solo, replicó el Cangrejo,
Que yo una igual distancia
Que a mis espaldas dejo,
(Digolo sin jactancia)
En recorrer he empleado
Cosa de un cuarto de hora mal contado.»

I sin mas platicar, cada viajero
Prosigue su jornada;
El Cangrejo altanero
Por la palma ganada,
Diciendo allá en su lengua:
«¡Al Pejerei molondro eterna mengua!»

El Pejerei sesudo murmurando:
«No es gracia que asi corras,
Pues te van empujando
I piés i fuerza ahorras;
Es gracia, señor mio,
Aguas arriba remontar el rio!»

Julio de 1872.

ZOROBABEL RODRIGUEZ.

ALGUNAS CONSIDERACIONES

SOBRE LA FILOSOFÍA DE LA HISTORIA.

Echemos una mirada al pasado, a los poderosos injenios que se desplomaron con estrépito: la historia debe ser una ciencia i una enseñanza.

La Asiria que habia estendido su lecho soberbio entre las riberas de dos caudalosos rios, que guardaba su escudo en Nínive i su espada en Babilonia, poderosa por el número de sus ejércitos i la muchedumbre de sus vasallos, opulenta i deslumbradora; la Asiria, que era la vara de la venganzas del Señor, duerme ahora bajo el polvo de sus ciudades.

La Persia, dominadora de tantos reinos, que se estendió como la vid que alarga sus ramos i se afianza solidamente, célebre por sus riquezas i magnificencias, temida i admirada por su imponente poder, que se mostró como el mas fuerte de los tronos i el mas invencible de los imperios, tambien inclinó su frente altiva, presa del furor de sus enemigos.

La Grecia, suspendida en los abismos de un mar lleno de tempestades, triunfante de los torbellinos espumosos de las olas i del empuje amenazador de una ruda naturaleza; la Grecia, patria de los héroes i de los poetas, de los sabios i de los artistas, la cuna del jenio, la protejida del Olimpo, que ganó las victorias del heroismo, del poder i de la ciencia, tambien soportó las agonias de la muerte, despues de haber llorado entre cadenas las desgracias de su esclavitud.

Roma, la ciudad de Marte, que se arraigó en las entrañas de los montes i levantó templos a la Juventud para no envejecer jamas; Roma, la poderosa, que simbolizaba la velocidad del águila en el casco de sus guerreros i en el estandarte de sus lejiones, i la victoria en el rostro de sus combatientes; Roma, la invencible, se habia apoyado en su espada: pero el acero no pudo sostenerla; i herida, se revolcó por espacio de algunos siglos en el fango de sus miserias i pereció ahogada bajo la planta de la barbarie.

I los pueblos que deslumbraban al viajero con la majestad de sus palacios i la solemne pompa de sus fiestas, que construian de mármol sus templos i monumentos i adornaban con marfil i púrpura la morada soberbia de sus habitantes, que se alimentaban con el orgullo de sus riquezas i vivian sumerjidos en delicias: todos cayeron; i, convertidos en ruinas solitarias, despiertan solo al recuerdo de su pasado esplendor.

¿Por qué se elevan i por qué caen los imperios? Qué jenio cruel se complace en destruir la obra de tantas jeneraciones i de tantos siglos? ¿Qué elemento destructor abre la tumba de los poderosos?

¿Se pretende esplicar la felicidad i la ruina de las naciones por el enlace inevitable de los acontecimientos?

Eso seria entregar el mundo a ese algo indefinido i misterioso, a ese fantasma caprichoso, forjado por el paganismo, al Destino.

Eso seria hacer del pasado un campo de batalla tenebroso en que imperara el jenio de la muerte.

Eso seria convertir la historia en un fantasma mudo que, sentado sobre ruinas i con la espalda vuelta al porvenir, se entretuviese en contar huesos i en pesar el polvo de los pueblos.

Nó: la historia es a la vez testigo i maestro: como maestro enseña, es una leccion perpétua i elocuente.

Las naciones no deben ser una escepcion a la lei que rije a todos los seres: deben tener un fin i una lei que sea la espresion del bienestar social, cuyo cumplimiento sea el orijen de la grandeza, del poder i de la gloria; i cuya infraccion prepare un abismo de borrascas, un abismo de miseria i abatimiento.

Así lo dicta la razon, así lo enseña la esperiencia.

La virtud es la fórmula de esa lei social.

Si no puede concebirse una nacion sin leyes, mucho ménos puede concebirse una nacion sin virtudes.

Las leyes encadenan al hombre; la virtud a la voluntad: las primeras producen tan solo efectos esternos: la segunda asegura el cumplmiento del órden, es una prenda de sumision i amor, de prosperidad i de gloria.

La virtud es la única nave que puede libertar a un pueblo de la desgracia: ella eleva a las naciones, segun la Escritura; ella es la fuente de los bienes públicos i privados, segun Platon; es union, i la union es fuerza.

La esperiencia de todos los siglos proclama a la virtud como la base de toda civilizacion i cultura: sentados sobre las ruinas de las ciudades que cayeron ensoberbecidas de su esplendor, creeriamos oir una voz entre los escombros, una voz que nos diria que la virtud es la medida de la grandeza de los pueblos.

¿I cuál es la causa de la debilidad, del abatimiento i de la ruina de las naciones?

La corrupcion, el lujo, la molicie.

Una nacion corrompida es el mas triste espectáculo que pueda presentar la humanidad: es la guarida inmunda del vicio, la cruel tirania del egoismo.

Destruidos los vínculos morales, toda sociedad se convierte en una fiera rabiosa que se devora a sí misma revolcándose en el charco de su propia sangre i arrojando con furor sus miembros destrozados.

El jenio de la muerte visita solamente a los pueblos enervados por el crímen, que no reconocen otro templo que la sala de la orjia, ni otro culto que el de los festines licenciosos, ni otra adoracion que el ahullido salvaje de sus instintos, ni otro deber que el de satisfacer sus pasiones i sumejirse en el vicio.

Así lo enseña la historia.

Para no citar más que un ejemplo, Roma corrompida se retorció moribunda en sus lechos de púrpura ahogada por la barbarie que hacia crujir el edificio desplomado del imperio.

Hai, sinembargo, álguien que ha dicho que el cristianismo fué la cuchilla de muerte del imperio de los Césares.

Esto no pasa de ser una mentira, una calumnia i una blasfemia.

El cristianimo es union i fortaleza; i Roma era anarquia e imbecilidad.

Roma cayó por el lujo, porque toda se habia convertido en una inmensa bacanal, porque la sangre de millones de víctimas clamaba venganza para el mónstruo de la orjia i de la matanza, porque ella que reia a la vista de la sangre i de las fieras debia revolcarse en sangre i expiar su iniquidad.

Necesario es convencerse: la historia nos muestra una balanza suspendida sobre los pueblos; i de un lado la virtud i la vida, i de otro la corrupcion i la muerte.

Virtud i corrupcion: tales son los elementos que deben entrar en la filosofía de la historia, si se quiere que el pasado entreabra el porvenir i sea una enseñanza para las jeneraciones que se levantan.

Desgraciadamente, estamos léjos de llegar a convertir la historia en leccion saludable.

El paganismo, sepultado por tantos siglos, levanta ahora su monstruosa cabeza de entre las ruinas de su edificio, derribado por la civilizacion cristiana; i trata de apoderarse de todas las instituciones, soplando su aliento impuro sobre las ciencias i las artes.

La restauracion pagana no ha podido perdonar a la historia: quiere revivir, i la convierte en instrumento rehabilitador de su mentida cultura, de su falso esplendor.

Por esto la historia, en manos del filosofismo impío, es el caballo de batalla con-

tra el cristianismo, o segun De-Maistre, una vasta conspiracion contra la verdad relijiosa.

Santiago, agosto de 1872.

CÁRLOS AGUIRRE VÁRGAS.

Insertamos con gusto la siguiente composicion que ha tenido la galantería de obsequiarnos el señor don José Domingo Cortés a quien la ha dedicado su autor.

EL CEMENTERIO

(AL SEÑOR DON JOSÉ DOMINGO CORTÉS.)

Alcen otros un himno a la nobleza,
Realzando el fulgor de sus blasones,
O eternicen la bélica proeza
Del que cubre de luto a las naciones;
Sin rendir homenaje a la grandeza,
Sin halagar humanas ambiciones,
La muerte triste i sus horrores canto
Con plectro humilde que humedece el llanto.

El rei de los celestes luminares
Su clara luz en el océano hundia,
Cuando en busca de alivio a mis pesares
El campo solitario recorria;
I ví que tras de robles seculares
Una estancia imponente aparecia,
Triste morada del silencio i duelo
En donde tuvo mi dolor consuelo.

El Tiempo coronaba la eminencia:
La faz rugosa, el brazo descarnado,
Luenga la barba i lúgubre presencia,
La fatal ampolleta al diestro lado
Para medir del hombre la existencia
Con el grano que baja acelerado,
I, fiel emblema de implacable saña,
Tenia en su siniestra la guadaña.

A distancia del Tiempo i a su altura
Con ademan de angustia lastimera,
Espresando el dolor i la amargura
I en desórden la ondeada cabellera;
Que a su estirpe legó la desventura
Vertia llanto la mujer primera....
Tambien allí su esposo infortunado,
Al peso enorme de su mal, postrado.

Diez gradas de granito conducian
A un santuario de mármol majestuoso,
En el que ocho columnas sostenian
Cúpula excelsa i chapitel hermoso:
Mil cristales, en torno concedian
Entrada libre al rayo luminoso,
Que en la pálida tarde, casi estinto,
Pasaba al melancólico recinto.

Sobre una ebúrnea base suspendida
Era la tumba en que yacia inerte
El que dejó la tierra redimida
El que ha salvado al orbe de otra muerte,
Dándole, con amor, eterna vida;
El justo de los justos, el Dios fuerte:
¡Al último reflejo del rei astro
Se ostentaba ese cuerpo de alabastro!

Consignando en la piedra el gran arcano,
El gran misterio del amor ferviente,
¡Ha podido triunfar el jénio humano!
I, fué del Hombre-Dios omnipotente,
Exánime, ese cuerpo soberano
El que el artista concibió en la mente:
¡En un destello de saber fecundo
Llegó a espresar la redencion del mundo!

Diamelas, mutiflores,
Violetas i jazmines
Le dan al cementerio
Magnífico tapiz,
En rosas i claveles
Abundan sus jardines
I aumentan de la alfombra
Perfumes i matiz.

En confusion reposan
La gloria i la hermosura,
El lujo, la miseria,
La ciencia i el valor,
I exhalan, esparcidas
En cada sepultura,
Las flores del desierto
Su aroma embriagador.

Es esa la morada
De tumbas i cipreses,
Palacio en donde reinan
La paz i la quietud;
Allí la fé cristiana
Del bardo toma creces
Al son acorde i tierno
Del místico laud.

Recinto que pasea,
Risueña, la Esperanza
Trayéndole infinito
Consuelo al corazon;

Su acento es armonía
Que eleva en alabanza
De Aquel que vino a darnos
¡Triunfal *resurreccion*!

Lima, 1872.

ACISCLO VILLARÁN.

«EL AMIGO DEL PAIS.»

Con este título se está publicando en Copiapó un periódico destinado al sostenimiento de las ideas católicas.

Su aparicion llega en dias en que la libertad de la prensa da ancho campo a todas las ideas, en que todos los sistemas se debaten por medio de la publicidad, en que hasta el error mismo tiene abierto el camino para esparcirse.

Amigos de la libertad, sinceros partidarios de la noble i santa lucha de las ideas, creemos un deber el enviar una palabra de aliento a los que, léjos de nosotros, se preparan a sostener el combate en favor de las creencias católicas que son nuestro patrimonio mas precioso, i a las que están vinculadas nuestras esperanzas mas queridas.

A creer en esas verdades aprendimos de niños; jóvenes despues, hemos tenido mil motivos para confirmarnos en ellas; en nuestra corta vida de periodistas hemos sostenido por ellas mas de una prueba; asi que al saludar en el campo de la prensa la aparicion de un nuevo hermano, en vez de felicitar al que viene a nuestro encuentro, nos congratulamos a nosotros mismos de tenerlo por compañero.

El Amigo del Pais es un nuevo esfuerzo de los que sostienen la causa santa de los verdaderos principios, es un atleta que se presenta a luchar con nobles armas en defensa de la verdad; sea mañana un campeon decidido en las pruebas a que viven sujetos los que sin ambicion se inmolan por despertar en la sociedad la idea de la fé, amortiguada, ya que no del todo apagada, porque la fé vive en Chile i vivirá muchos años, apesar de cuantos esfuerzos hagan por destruirla los necios burlones i las jentes descreidas.

Si tuviéramos tiempo entrariamos en el análisis de los diversos artículos que contienen los tres números de *El Amigo del Pais* que tenemos a la mano.

Pero, podemos decir en jeneral que los temas sobre que se versan son bien i noblemente elejidos; que en ellos se discuten importantes verdades i que su lenguaje es el que el decoro aconseja para la polémica diaria.

Con tan buenos antecedentes, *El Amigo del Pais* puede seguir en el camino comenzado, seguro de que en esa marcha no se hallará solo, i que tendrá mas de un amigo decidido que secunde sus desinteresados esfuerzos.

ENRIQUE DEL SOLAR.

LOS JUNCOS DE JUANITA.

—¡Madre! madre! tengo frio.
—Hijo mio, ten mas calma,
Peor es el hielo del alma
Peor es el hielo, hijo mio.

Un pobre, por caridad
Pide pan i busca asilo;
Si quieres vivir tranquilo,
Hijo, atiende a su horfandad.

* * *

I.

—¡Señor Pedro! señor Pedro!—gritataba en la verja de un jardin una hermosa niña.

—¡Huau! huau! huau!—le contestaba desde su casucha un negro mastin que, brincaba i saltaba, sacudiendo i tirando la gruesa cadena con que estaba amarrado.

—¡Señor Pedro! señor Pedro!—repetia la pobrecita, agarrándose de la reja i asomando su crespa i rubia cabeza por entre los barrotes de fierro.

—¡Huau! huau! huau!—volvia a contestar el dogo, rasguñando la tierra con sus patas i mordiendo las argollas con sus dientes.

—Abrid, abrid, que soi yo que vengo por los juncos.

—¡Hé, Juanilla!—contestó al fin, un hombre grueso, de anchas espaldas i de tostado rostro.—¿Eres tú, picaruela? ¿Tan temprano vienes por los juncos?

—¡Qué temprano, señor Pedro! ¿No vé Ud. que hace mas de una hora que el sol se ha levantado sobre esos cerros?

Diciendo esto, Juanita, que así se llamaba la niña de crespos i rubios cabellos, se alzaba sobre sus piececitos i con sus pequeñitas manos mostraba la nevada cordillera.

—I tu madre, ¿cómo está?

—Siempre mui enferma, señor. Apénas si puede levantarse i dar algunos pasos i esto sin salir del cuarto, pues el aire le hace mucho daño.

—¡Pobre señora!....Pero, vamos a recojer juncos. Ya verás qué hermosos i qué lindos son los que han abierto la última noche.

—Sí, sí, vamos—contestó Juanita, corriendo delante del jardinero, que no pudo ménos de sonreirse al ver el candor e inocencia que revelaba el semblante de aquella niña.

Ya no se oyó sino el ladrido del perro que, al fin, hubo tambien de callar, pues Pedro, al pasar cerca de la casucha—¡Silencio, Turco!—le gritó, alzando su azadon. El perro no replicó; se contentó con agachar la cola i callandito se entró en su vivienda.

Entretanto, Juanilla, se habia internado por entre unas espesas matas de cedron i corria entre los planteles, agachándose de vez en cuando i cortando tiernos i hermosísimos juncos. El rocío de la mañana cubria aun las flores, así es que Juanilla tenia las manos mojadas i entumecidas, pero ella de tiempo en tiempo, se paraba, llevaba sus manecitas a la boca i con su aliento trataba de calentar sus engarrotados dedos, i luego volvia a agacharse i volvia a correr, i de nuevo volvia a cortar i a cortar juncos. Pedro tambien la ayudaba, así es que, al cabo de una media hora, el canastillo de Juanita estaba enteramente lleno.

—Ya, ya—gritó el jardinero, creo que es suficiente i que basta por hoi. A ver ¿has traido las dos pesetas?

—Sí, aquí las tengo—contestó Juanita, deshaciendo un nudo que tenia en una de las puntas del pañuelo de algodon que le servia de rebozo.—Hé aquí todo nuestro caudal; es el resultado de la venta de ayer.

—Está bien. Entónces, hasta mañana i que tengas buena estrella, i que las señoritas i caballeros te devuelvan en lindos escudos, las dos pesetas que acabas de pagar por esas flores.

—Quiéralo Dios—respondió la niña, levantando sus grandes ojos verdes i clavándolos en el cielo.—Quiéralo Dios; mi pobre madre tendrá entónces con que comer; mi pobre madre podrá recobrar la salud.

Así hablando, habian llegado a la verja del jardin.

—Adios, Juanilla—repuso el jardinero, palmeando las sonrosadas mejillas de la niña.—Memorias a tu madre.

—Que lo pase Ud. mui bien, señor Pedro i mañana cuando vuelva a llenar mi cesto de juncos, no se olvide de amarrar mui bien a Turco, pues le tengo mucho miedo; no sea que alguna vez rompa la cadena i....

—No tengas cuidado Juanilla, que Turco solo muerde a los que desconoce, i como tú eres mi amiga....

—I entónces ¿cómo es que tanto ladraba cuando yo llamaba a la puerta del jardin?

—Es que entónces él no sabia que eras tú quien estaba ahí.

Mas Juanita ya no oia; puesto el canastillo en la cabeza, se habia alejado, tarareando una cancion.

Pedro, cerró la verja, tomó su azadon i pensativo i triste volvió de nuevo a sus planteles.

II.

Caminó Juanilla largo rato a la ventura. Era dia domingo, así es que las calles se veian llenas de jente que acudian a las iglesias. Al acercarse a Santa Ana, oyó que tocaban a misa.

—Vamos a rezar—dijo ella i subió las gradas del templo.

El sacerdote estaba ya en el altar.

Juanilla, puso su cesto en el suelo i arrodillándose con devocion, oyó la misa con el mayor recojimiento.

Sus lindos ojos verdes se fijaban con amor en el sagrado Tabernáculo, miraba luego sus flores i con mas fervor rezaba por su pobre madre.

La misa concluyó.

Juanilla colocada en medio de las gradas,

—¡Juncos! juncos!—gritaba—Aquí están los juncos.

La jente salia de la iglesia, pero nadie oia la voz de la hermosa ramilletera.

—Juncos! juncos!—volvia a repetir—mui fragantes i mui tiernos. Señorita ¿no compra Ud. flores?.... Caballero....

Nada, todos pasaban i apénas si miraban a la desconsolada Juanita.

Trascurrió una hora, dos..... el cesto estaba lleno! La infeliz no habia vendido ni siquiera un ramillete. Las lágrimas asomaron a sus párpados.

—¡Mi madre!.... mi madre! decia ¡oh, ella no tendrá hoi que comer.... ¡Dios mio! Dios mio!

I volvió a tomar su canastillo i se dirijió al centro de la ciudad.

Recorrió diversas calles; por fin llegó al Portal.

—¡Juncos! juncos!—repetia, i el sudor corria por su bella frente i la pobrecita cansada ya casi no podia con sus flores.

Dieron las doce.

El dia, al principio sereno, se hizo frio i húmedo. El cielo se cubrió de nubes. Comenzó a soplar un viento helado i violento. Las golondrinas volaban arrostrándose por el suelo i revoloteaban al rededor de Juanita que, se estasiaba contemplando a esas avecillas a quienes envidiaba con toda su alma.

Se dirijió a la Alameda.

Multitud de carruajes se estacionaban a lo largo del paseo. Los coches seguian llegando i tambien numerosas parejas de a pié i muchas señoritas i caballeros que pasaban a ocupar los bancos o se paseaban entre agradables i animadas conversaciones.

La pobre niña se escurrió entre los grupos, llevando su cesto colgado al brazo i dejando oir de vez en cuando su tierna voz, su voz que comenzaba a ser dolorida.

—Juncos! juncos, mi caballero. Juncos! juncos, mi señorita.

Como por la mañana, nadie hizo caso de la infortunada Juanita. Desesperada, levantó los ojos al cielo, murmuró el nombre de su madre i luego se dirijió hácia las filas de carruajes. En cada portezuela, en cada coche dejaba oir sus lastimeros jemidos.

—¡Juncos! juncos! Cómpreme este ramito, por caridad, mi señor; por caridad, cómpreme este ramito. ¡Tengo hambre i mi madre se muere!

—Já, já, já, já! i qué me importa a mi! —contestó una voz ronca i seca—¡Vean la vagabunda! fuera de aquí! Véte a otra parte con tus juncos i con tu lloriqueo; fuera! i agradece que....

El que así hablaba era un señor de lujoso i brillante coche, un señor de esos a quienes el mundo reputa por felices i dichosos porque nadan en el oro i la abundancia, en la voluptuosidad i en el placer; un señor de esos que nunca han pisado los umbrales de la miserable choza del pobre, ni se han acercado jamas al lecho de un hospital i que por tanto, ni conocen la miseria, ni saben lo que valen estas palabras: —¡Tengo hambre!—dichas por unos labios pálidos i macilentos. ¡Ah! i aquel señor cubierto de finas holandas i de ricos paños forrados en delicadas pieles; aquel señor recostado en mullidos cojines i rodeado de esquisitas esencias i perfumes, aquel señor no tiene sinembargo en sus bolsillos, ni una moneda para dar a una pobre niña débil i llorosa que va, no a mendigar una limosna, sino a ofrecerle un ramo de sus flores en cambio de algunos centavos que ella destina para su pobre madre enferma i moribunda!....

Juanita sintió que se le despedazaba el corazon. El canastillo casi se le cayó de las manos; su pecho se oprimió, un vértigo se apoderó de ella, los ojos se le llenaron de lágrimas, la voz se anudó en su garganta.

¡Vagabunda! le habian dicho ¡vagabunda! .... ¡Desdichada creatura! ella ignoraba que es un crimen acercarse a un rico señor a ofrecerle delicadas flores en cambio de su dinero; ella ignoraba que no es permitido llorar cuando otros rien i gozan; ella no sabia que es prohibido tener hambre, cuando el opulento caballero saborea aun los manjares que acaba de devorar en espléndido festin!

III.

Llegó la noche.

La atmósfera estaba encapotada i negra. Las estrellas se ocultaban entre las nubes. El viento de mediodía habia ido aumentando por grados. Aquel viento era de lluvia. Esta no tardó en caer. Gruesos goterones comenzaron a humedecer las baldosas i las piedras. Hacia mucho frio, pero un frio

intenso i penetrante, un frio del mes de julio.

La lluvia arreció de un modo estraordinario.

Los reverberos lanzaban su macilenta luz, reflejándose en los gruesos chorros que caian de las canales i de los aleros.

En los campanarios de las iglesias comenzaron a doblar: era el toque de ánimas.

—¡Las ocho! las ocho!—esclamó Juanita—¡ai! i yo no he vendido ni un ramo de mis juncos, i mi madre no sabiendo que será de mi estará impaciente i luego ella no habrá comido....

Las campanas tocaron el último doble.

En ese instante ella pasaba por la vereda de las monjas Claras.

Una lechuza comenzó a silbar en el techo de la iglesia. Un chuncho hizo oir su chillido en los cipreses del convento.

Juanita tuvo miedo i apresuró el paso.

¡Infeliz! apénas si podia caminar. En todo el dia no habia probado ni un mendrugo de pan i todo el dia habia estado yendo i viniendo por las calles i paseos. Sus vestidos estaban empapados de agua. Sus piececitos descalzos i entumidos ya casi no podian conducirla.

Al pasar por las casas, se detenia en los umbrales, se acercaba a las ventanas. Sus lindos ojos verdes brillaban con lívido fuego: era el fuego que consume al hambriento, el fuego que devora a los que han apurado la copa del dolor i del martirio.

Veia las luces que brillaban en los salones i en los pasadizos; sentia el ir i venir de los criados; divisaba sus sombras proyectadas en los cristales de las vidrieras; escuchaba el ruido de los platos, el metálico golpe de los cubiertos, el confuso rumor de los que sentados al rededor de las mesas, comian i bebian; ella divisaba el vapor de las fuentes, aspiraba el suave olor de las viandas, le parecia que estaban ahi, a su lado.... ¡Oh! i ella se moria de hambre!

El delirio se apoderó de su alma.

Mas de una vez llevó a su boca sus yertos dedos i los apretaba con sus dientecitos, creyendo asi apagar el hambre que la devoraba.

La lluvia seguia cayendo. La pobre Juanita tiritaba i se estrechaba contra sus juncos que ningun calor le podian dar.

Llegó a la iglesia de la Merced.

Acababan de cerrar las puertas, pero hácia la parte esterior, aun se respiraba el suave aroma del incienso que los sacerdotes acababan de quemar al pié del altar.

Juanita se arrodilló en la puerta, pegó su cabecita de ánjel contra las junturas, apretó sus lindas manecitas contra su pecho angustiado, cerró sus hermosos ojos i.... oró.

¡Qué dulce seria esa plegaria! ¡cuánto debió agradar al Altísimo!

Esa súplica de una creatura inocente, esa súplica de una niña tan pura i tan desgraciada, debió llegar hasta los piés del trono de Dios.

—Señor, Señor,—esclamaba ella,—ampara a mi madre, consuélala en su dolor. Yo creo no volveré a verla.... Señor, Señor,—repetia—¿por qué no habeis querido que yo vendiese estos juncos que debian llevar la salud i el bienestar a mi mamá?....

No dijo mas; su cuerpo se dobló, sus manos se desprendieron de su pecho i desplomándose, cayó sobre sus flores.

Sus rubios cabellos se confundieron con los amarillos i pálidos juncos.

Vió a su madre, la estrechó entre sus brazos, la llenó de besos, sintió su aliento, escuchó su voz.

—¡Madre mia! ¡madre mia!—murmuró, i sus manecitas crispadas rodeaban i estrechaban el cesto fatal.

Luego despues vió que las nubes se abrian i que un coro de ánjeles, sacudiendo sus doradas alas, bajaban unos en pos de otros i la llamaban, la acariciaban, la consolaban i le mostraban el cielo.

Sintió que su alma se dilataba, que su pecho dejaba de estar oprimido i que la sangre hasta entónces agolpada en su cerebro, refluia hácia el corazon.

Hizo un movimiento; se incorporó.

—¡Madre mia! ¡madre mia!—volvió a balbucear, i cayó de nuevo sobre esos juncos que tanto la habian martirizado i hecho sufrir.

IV.

Cuando los primeros fulgores del dia comenzaron a rasgar el manto de tinieblas de la noche, los techos de las casas i el piso de las calles se veian cubiertos de nieve. En efecto, habia nevado i la nieve aun seguia cayendo en albos i menudos copos que, como plumas, se desprendian de las nubes.

El dia avanzaba a grandes pasos.

Algunas avecillas comenzaron a cruzar delante de la portada de la iglesia. Acosadas por el frio i por la fuerza de la tempestad, huian despavoridas, buscando algun abrigo. Sus lamentos tristes i doloridos iban a perderse entre los torbellinos de aquella nieve que caia i caia siempre.

Una mujer, entretanto, atravesaba las calles con paso apresurado i vacilante.

Era la madre de Juanita.

Impaciente, al no ver llegar a su hija, habia esperado horas tras horas. A media noche, su inquietud creció de punto. Por momentos le parecia ver entrar a su hija. Escuchaba los menores pasos, el mas pequeño rumor. Mas de veinte veces habia saltado de su lecho creyendo que empujaban la puerta de su cuarto, mas ¡ai! otras tantas habia tenido que volverse desesperada i delirante. La fiebre se habia apoderado de ella. La falta de alimento habia aumentado su debilidad que era estremada. Al fin, no pudiendo resistir por mas tiempo, loca i arrastrada por un solo i único pensamiento, se lanza fuera sin hacer caso de la lluvia, del viento, ni de la nieve. Desalada, corre por todas partes, atraviesa una i otra calle, busca, llama, indaga, pregunta. Nadie le contesta; todos la miran con curiosidad i con espanto.

—¡Está loca!—dicen, i los transeuntes siguen su camino.

Entretanto, la desdichada mujer ha recorrido la Alameda entera; vuelve despues a la plaza, a los portales i llega por fin delante de la portada de la Merced. De pronto, se detiene; ha divisado un bulto sobre las gradas de la iglesia; su corazon de madre le anuncia lo demas.

Segundos despues, ya estaba al lado de su hija que, yerta i fria, tan fria como la dura losa sobre que descansaba, no daba la menor señal de vida.

—¡Mi hija!....¡mi hija!—esclama, i diciendo esto, la acaricia, la cubre de besos i de lágrimas—¡Juanita! ¡Juanita!....vuelve en tí....habla! habla!....abre los ojos, mírame, que soi yo, yo, tu madre!

La niña continuaba inmóvil e insensible.

—¡Hija mia!....¡hija mia!—vuelve a repetir, i al ver que ella permanece muda, con sus ojos vidriosos i sus miembros yertos, comprende toda su desgracia.

—¡Muerta!....¡muerta! .... ¡Dios mio! —murmura, en el colmo del dolor, i cayó en el mismo lugar donde su hija habia visto abrirse el cielo i sonreir a los ánjeles..

.....

Media hora mas tarde, el sacristan, al ir a abrir las puertas de la iglesia, se admiró de encontrar sobre las gradas a una mujer estrechando entre sus brazos a una niña rubia i hermosísima. Cerca de ellas estaba un canastillo en el que se veian algunos ramos de juncos, i esparcidas alrededor, deshojadas i marchitas, otras muchas de estas flores.

Se acercó.

Un grito ahogado se escapó de su pecho. La madre i la hija....eran cadáveres.

—

¡Oh! no rechacemos jamas a los pobres que imploran nuestra caridad.

No rechacemos jamas al pobre que pide un pedazo de pan.

Tengamos siempre presente que nuestra repulsa puede ocasionar quizas una desgracia inmensa.

¡Es tan fácil socorrer la miseria i el infortunio!

¡Es tanto el consuelo que resulta de hacer el bien!

No queramos imitar a aquel orgulloso señor que rechazó a la infeliz ramilletera, sino que al contrario, demos i demos siempre.

I si alguna vez nos sucede que, cuando algun pobre nos pide una limosna, sintamos hácia él cierta repugnancia i desazon, ántes de despedirlo, acordémonos de los juncos de Juanita i estemos seguros que, al punto, nuestra alma se dejará arrastrar por los dulces impulsos de la caridad.

Santiago, agosto 27 de 1870.

RUPERTO MARCHANT PEREIRA.

LAMENNAIS.

(Para *La Estrella de Chile.*)

(Continuacion.)

Hace poco mas o ménos veintitres años que un representante del pueblo sentado en los bancos de la *Montaña*, no léjos de

Lamennais, proponia a la Asamblea lejislativa, entónces omnipotente, usurpar los derechos de Dios, decretar la inamovilidad de los beneficiados, es decir, inspirar orgullo i rebelion en el corazon de los que están en la última fila de la milicia sagrada. La Revolucion necesita, para el buen éxito de su obra, sacerdotes apóstatas. Esa proposicion, que reaparecia por la tercera o cuarta vez, tuvo en ese dia el mérito de hacer subir a la tribuna a M. Berryer Todos los que asistieron a esa sesion conservarán en su memoria la terrible pintura del sacerdote apóstata que entónces hizo el orador. Por cierto que toda intencion de alusion le era entónces completamente ajena; no pensaba en ese pequeño número de malos sacerdotes que aflijen a la Iglesia en el tiempo mismo en que mas fácil parece la fidelidad, no pensaba sino en esa lejion de ánjeles rebeldes que la propuesta medida debia suscitar. Todos los que allí estaban, trasportados por la elocuencia del orador, conmovidos por las mismas emociones que él, pensando, por decirlo así, con el pensamiento de él, no podian pensar en otra cosa, ni aun hacer una aplicacion que no hacia el orador.

Pero un representante del pueblo se ajitaba en su banco como un condenado atormentado por una palabra vengadora. El mismo era el ministro de su propio castigo; no queria serlo, pero su conciencia, mas fuerte que su voluntad, le gritaba: ¡El apóstata eres tú, eres tú!—Las palabras jenerosas que caian de la tribuna rebotaban en él, trocadas en imprecaciones; las aclamaciones de la Asamblea comenzáron a herirlo como las maldiciones de todo ese pueblo cristiano a quien habia traicionado, traicionando a Dios. Como un réprobo entregado a los demonios, no oia sino insultos a su miseria i a su desesperacion, no veia en su derredor mas que atormentadores. El orgullo lo sostuvo al principio para soportar aquel suplicio. Huir era publicar lo que su conciencia le decia por lo bajo: ¡El apóstata soi yo, soi yo! Durante algunos instantes, permaneció luchando contra ella en su banco. Pronto el dolor venció al orgullo de ese hombre, i abandonó aquel infierno.—Era el abate Lamennais.

Noble suplicio de una alma que, aun en el fondo del abismo en que ha caido, siente todavía que ha sido hecha para subir en sublime vuelo i vivir en las altas i serenas rejiones donde moran los ánjeles fieles. Ese suplicio fué el del abate Lamennais durante los veinte años que sobrevivió a su fidelidad i se sobrevivió a sí mismo. Cuando las *Palabras de un Creyente* rebelado contra todo lo que cree lo hubieron separado de la Iglesia, se separó por sí solo de sus amigos, a quienes, segun él, no queria asociar a su nuevo destino. Permaneció aislado en su vida desolada como en su rebelion. (1)

Los últimos años de Lamennais estuvieron llenos de tristeza i de amargura; se puede juzgar leyendo las desoladas pájinas en que cuenta el estado de su alma. ¡Qué sombría vuelta a sí mismo! Qué lúgubre esaridez de su alma, a la cual nada refresca, nada serena, ni el sol, ni el canto del ave, ni el zumbido del insecto sobre la yerba!—«¿Por qué estás triste, alma mia?» esclamaba sin cesar. «Alma mia, ¿por qué lloras?»—i despues, «dejad, dejad llorar a los que no tienen primavera.» Llama a la muerte, «a la dulce muerte.» Describe admirablemente «ese peso de la soledad, de las angustias que no tienen nombre, ese desfallecimiento de la vida en el cual se diria que el tiempo se hace mas tardo i apénas sabe correr.» M. de Lamennais está todo entero pintado en esas pájinas. En adelante tomó por divisa un verso de Horacio que alteró para recargar su sentido:

Oblitus omnium, obliviscendus et illis.

Murió «silenciosamente agobiado por se-

(1) «¿No es un fantasma, una sombra humana la que se vé allá, recorriendo todos los caminos, yendo i viniendo sin descanso? Ese descanso que no debia encontrar en la tierra se ha hecho su único pensamiento, su deseo único. Al fin de su vida, entró por casualidad a un claustro, un relijioso le preguntó qué buscaba; respondió: *¡Pace!*—(Introduccion a *La Divina Comedia*. p. XXXIII.)

Es el abate Lamennais quien habla. ¿No parece hablar de sí mismo? Pero la *casualidad* (sirviéndome de ese nuevo lenguaje que tan bien cuadraba a su *nueva vida.*) la casualidad no lo condujo nunca a un claustro, i esa paz que buscaba no la pidió jamas a un relijioso. Ha sido hasta el fin como un fantasma, como una sombra humana que se vé recorriendo todos los caminos, yendo i viniendo sin descanso. Ese descanso que nunca debia encontrar en la tierra, fué, pues, su único pensamiento, su deseo único, para tener estampada en la frente la realidad mas sombría que inquieta de Alighieri i añadir a los dolores del poeta florentino tormentos que no han sido hechos mas que para los hombres completamente estraviados fuera de las vias de Dios? I Dante, «nacido cristiano, vivió sincero cristiano.» (Introduccion, p. LI.)

cretos dolores,» en la melancolía i la soledad, el hombre cuyos comienzos habian sido tan felices. La vida de Lamennais, para aplicarle una de sus imájenes, es uno de esos valles estrechos i prolongados que principian bajo un hermoso cielo, bajo un sol fecundante i en la verdura i concluyen bajo nubes sombrías, en árido arenal, en tristes peñascos i árboles derribados. (1)

Despues de haber exajerado la idea católica, este sacerdote habia llegado a sobrepujar aun a la idea revolucionaria. Presa de la nostaljia de la reprobacion, habia llevado su estravío hasta el desprecio soberano de Dios, de su Iglesia, de la virtud i de la amistad. (2)

(1) *Journal des Débats*, 6 de abril 1854.

(2) Ningun hombre quizá encontró mas corazones tiernos i entusiastas que el abate Lamennais. Tenia un hermano, el abate Juan, dos años mayor que él, que estaba siempre triste i alarmado por el jénio inquieto de Felicidad. Juan amaba como a su hijo a ese hermano que le habia hecho esperimentar tantas veces las solicitudes i las angustias paternales. Felicidad tenia amigos, amigos cristianos (en su lecho de muerte se pudo ver lo que valen las otras amistades); le han permanecido fieles, eso se ha visto i se puede decir, durante los 20 años que vivió enemigo de Dios i de la Iglesia. No era que su fé o su amor se debilitara, era que no desmayaba su esperanza. A pesar de todo, él no queria ver a esos fieles amigos. A este hermano, querido compañero de su infancia i de su juventud, que le guardaba para restaurar tantas ruinas, inagotables tesoros de paternal ternura, no queria ya Felicidad conocerlo. Ni el abate Juan, ni sus amigos habrian dicho una palabra que pudiera dañar a ese carácter sombrío: no se aguardaba la conversion de Felicidad sino de la gracia de Dios, a quien rogaban diriamente tantos amigos, conocidos i desconocidos. Pero la vista de los que creian siempre firmemente lo que él habia profesado en alta voz, lo que todavia creia en el fondo de su alma, habria sido para Felicidad un mudo e incesante reproche que su orgullo no queria soportar. Vivió solo i desesperado, no dejando acercarse a él mas que al cantor de *Frétillon* i otros hombres de la misma especie que no podian ni comprenderlo, ni hablar a su espíritu ni a su corazon.

En los últimos dias de su vida, cansado de esa larga soledad, remontó la corriente de los años i fué a buscar al traves de cinco siglos o mas de distancia un dolor semejante a su dolor. Creyó encontrarlo en el corazon del gran desterrado de Florencia. «Hé ahí, decian las mujeres i los hijos de Florencia viendo pasar a Alighieri, hé ahí al que vuelve del infierno.» Parecióle que el poeta que volvió del infierno debia saber hablar a un sacerdote apóstata que vivia en el infierno de sus remordimientos i de su desesperacion. Parecióle que el jibelino, que habia combatido con una rabia insensata la política pontificia, debia haber justificado de antemano la rebelion del sacerdote contra el Vicario de Jesucristo, i que sus remordimientos se aplacarian asi. Fué esa una decepcion.

Los únicos consejos de bienestar i de moral que ese hombre de la cólera del Señor no rechazó de una manera absoluta al fin de su carrera, le vinieron de Béranger. El cancionero del *Dios de los hombres de bien*, el poeta de Frétillon se hizo el último confesor del autor del *Ensayo sobre la Indiferencia*. (1) Habia vivido en el orgullo, murió en la iniquidad.

No quiero decir que en su última hora no haya ocupado el arrepentimiento cristiano el lugar que ocupaban los remordimientos que atormentaban su alma i no le haya llegado la divina esperanza. No puede el hombre sondear esos tremendos secretos. Unicamente quiero decir que el escritor no ha reparado el escándalo de las *Palabras de un Creyente* i de todos los libros que a ese se siguieron; quiero decir que sus amigos no tuvieron la satisfaccion de ver ese grande acto que esperaban de él, acto necesario a su gloria, pero no a la salvacion de la Iglesia, porque no hai palabra humana alguna tan elocuente que necesite de su testimonio la Iglesia, i vale mas talvez que haya esa incertidumbre acerca del fin de M. de Lamennais para detener en el borde del abismo a los sacerdotes que se sientan tentados a imitarlo.

Esa incertidumbre puede detener tambien a los que están tentados a entrar en la carrera eclesiástica sin ser llamados a ella por Dios, sin haber dejado ántes en el

(1) Monseñor Sibour, arzobispo de Paris, fué a administrar la confirmacion a los habitantes de Passy.

Al pasar por la calle Vineuse, donde vivia Béranger, golpeó a la puerta de éste.

Béranger introdujo al digno prelado a lo que él llamaba *su salon*; hízolo sentarse en su propia poltrona. Un hombre asistia a esa entrevista, el maire de Passy, M. Possoz; es él quien ha contado todos los detalles. «He leido vuestras canciones, dijo el arzobispo.»—«¡Ah! monseñor; pero ¿no las habeis leido... todas?» —«Seria bueno suprimir algunas.»—«Muchas, monseñor, muchas, soi de vuestra opinion.»— En seguida, como el prelado mirase a una imájen colocada sobre la chimenea, en la misma situacion en que se coloca un espejo, cuando se lo tiene: «¡Ah, ¡ah, monseñor, esclamó Béranger, no mireis a ese lado; es el retrato de M. de Lamennais! El no es bueno; pero era mi amigo i yo lo lloro.»

En ese momento, Béranger se puso sério. «Un dia, le dije a Lamennais, continuó, lo que él era: un corsario; era menester que se defendiese o atacase. Ahora bien, entónces Roma estaba triunfante; atacada, la habria defendido con toda su elocuencia i toda su intrepidez.»

(Petit Moniteur de la Semaine)

umbral todas las pasiones, todas las ambiciones, todas las esperanzas humanas.

P. H.

(Concluirá.)

LAS MUJERES

PINTADAS POR SÍ MISMAS.

(Traducido del frances por una señorita.)

Las mujeres llenan los intervalos de la conversacion i de la vida como esas peluzas que se introducen en las cajas de porcelana: se cuentan esas peluzas por nada, i todo se romperia sin ellas—*Madama de Stael.*

Casi todas las mujeres pasan su vida en decirse mui jóvenes para saber, hasta el dia en que ellas se creen mui viejas para aprender.—*Mad. de Flahaut.*

Hai mujeres que atraviesan la vida como esos vientecillos de primavera que vivifican todo al pasar.—*Mad. Necker.*

Toda mujer que no se da el trabajo de parecele amable hace poco caso de Ud.—*Mad. de Deffant.*

Las mujeres acarician la moda porque las rejuvenece, o a lo ménos las renueva.—*Mad. de Puizieux.*

Las mujeres no saben solamente disfrazar sus defectos; ellas quieren algunas veces disfrazar hasta sus virtudes.—*Ninon.*

La belleza es una carta de recomendacion cuyo crédito no es duradero.—*Ninon.*

Los celos de una mujer de cualquier naturaleza que sea, importunan a un marido i no lo atraen.—*Mad. de Rambert.*

No hai incienso que preocupe tanto a una mujer como el que no arde por ella.—*Mad. de Stael.*

La lengua de las mujeres es una espada i ellas no la dejan nunca enmohecer.—*Mad. Necker.*

Una mujer se desesperaria si la naturaleza la hubiese hecho tal como la moda la arregla.—*Mad. de L'Espinasse.*

DOLORA.

La dicha aguardas, María...
¡Que Dios te la dé colmada!
Cual flor de almendro nevada
Murió la esperanza mia.

Goza tranquila i ufana,
En tu inocencia dormida,
Tú que ignoras que la vida
Puede ser triste mañana.

Alegre marchando vas,
Anjel de dulces amores,
Por un sendero de flores,
A un precipicio quizas.

Vano es que el riesgo te advierta
De tu sueño embriagador;...
Todos, María, al dolor
Entramos por esa puerta.

¡Mañana a tí i a mi ayer!
En pasado o porvenir
Sucede amargo sufrir
A los sueños del placer.

No es que yo la fria duda
Sembrar quiera en tu inocencia....
Te habla por mi la esperiencia,
Eso es la verdad desnuda.

¡Triste i menguado destino
De la loca humanidad!
Buscar la felicidad
Que no se halla en su camino.

I a la vuelta de los años
Ver que engañó el porvenir
I recojer al morir
Cosecha de desengaños.

Santiago, 1870.

OLIMPIO.

Contenido de este número.

I.—Apuntes para la historia de la música en Chile, (continuacion) por O. O., páj. 757.
II.—El Cangrejo i el Pejerei, poesía, por Zorobabel Rodriguez, páj. 761.
III.—Algunas consideraciones sobre la filosofía de la historia, por Cárlos Aguirre Várgas, páj. 762.
IV.—El cementerio, poesía, por Aciscio Villarán, páj. 764.
V.—*El Amigo del País*, por Enrique del Solar, páj. 765.
VI.—Los juncos de Juanita, por Ruperto Marchant Pereira, paj. 765.
VII.—Lamennais, (continuacion) por P. H., páj. 769.
VIII.—Las mujeres pintadas por sí mismas, paj. 772.
IX.—Dolora, poesía, por Olimpio páj. 772.

IMPRENTA DE «EL INDEPENDIENTE.»
Calle de la Compañía núm. 102.

LA ESTRELLA DE CHILE.

AÑO V. Santiago, setiembre 8 de 1872. Núm. 258.

A NUESTROS ABONADOS.

A consecuencia de la huelga de tipógrafos, hemos tenido que emigrar, por este número, de la imprenta de *El Independiente* i pedir en otra hospitalidad. La hemos encontrado mui galante en la *Imprenta Nacional* de parte del señor don José Sántos Valenzuela.

REVISTA BIBLIOGRÁFICA.

AGOSTO.

I.

Nuestra Biblioteca Nacional ha recibido las siguientes publicaciones hechas en el pais:

"La influencia de la relijion en el bienestar del pueblo," por M. A. Saez de Mendoza. 1 vol. en 4.° de 59 pájs.—Imprenta de *El Independiente*.—Santiago.

"Resúmen histórico sobre la célebre induljencia llamada de *Porciúncula*," etc.—1 vol. en 8.° de 15 pájs.—Imprenta *Militar*.—Santiago.

"Estatutos de la Sociedad Filarmónica de Valparaiso."—1 vol. en 8.° de 17 pájs.—Imprenta de *El Mercurio*.—Valparaiso.

"Una temporada en los baños de Catillo," novela por Alejandro González. 1 vol en 4.°; entregas X i XI, desde la páj. 145 a la 183.—Imprenta *Nueva*.—Chillan.

"Memoria del Intendente de Valparaiso (don Francisco Echáurren) pasada al supremo Gobierno."—1 vol. en 4.° de 69 pájs.—Imprenta *Nacional*.—Santiago.

"Ferrocarril de Tongoi.—Memoria del directorio i los balances del primer semestre del año 1872, presentada a la junta de accionistas el 2 de agosto de 1872.—1 vol. en 4.° de 15 pájs.—Imprenta del *Universo*.—Valparaiso.

"Reglamento de la compañía francesa de hachas i escaleras, núm. 8."—1 vol. en 4.° de 8 pájs.—Imprenta del *Universo*.—Valparaiso.

"Tercera Memoria de la Compañía Nacional de Seguros"—1 vol. en 4.° de 16 pájs.—Imprenta del *Universo*.—Valparaiso.

"Oficios parvos del Sagrado Corazon de Jesus i del purísimo Corazon de María para el uso de los socios."—1 vol. en 8.° de 80 pájs.—Imprenta del *Universo*.—Valparaiso.

"Colejio de los Sagrados Corazones de Jesus i María.—Distribucion de premios."—1 vol. en 4.° de 15 pájs.—Imprenta del *Universo*.—Valparaiso.

"Statuten der 2^{den} Sprittzen.—Compagnie zu Valparaiso"—1 vol. en 8.° de 14 paj.—Imprenta del *Universo*.—Valparaiso.

"Asociacion esterior de la Congregacion de los SS. Corazones i de la adoracion perpétua del Santísimo Sacramento del Altar."—1 vol. en 8.° de 32 pájs.—Imprenta del *Universo*.—Valparaiso.

"Compañía chilena de depósitos i consignaciones."—un pliego, Imprenta de la *República*.—Santiago.

"Memoria de Relaciones Exteriores presentada al Congreso Nacional de 1872 por el Ministro del ramo" (don Adolfo Ibáñez).—1. vol. en 4.° de 463 pájs.—Imprenta de *La República*.—Santiago.

"Apuntes o consideraciones que sobre la reforma de la Recoleta Franciscana hace el M. R. P. Frai Rafael Sanz."—1 vol. en 4.° de 38 pájs.—Imprenta de *La República*.—Santiago.

"Los Mártires del deber," novela por

José María Torres Arce.—Entregas de 9 a 12, desde la páj. 193 hasta la páj. 288.—Imprenta *Militar*, Santiago.

"El cura de aldea." Drama en tres actos por Enrique Pérez Escrich, 1 vol. en 4.° No tiene portada ni, por tanto, fecha ni lugar de su impresion.—Hasta la páj. 135.

"Presupuesto jeneral de las necesidades del ferrocarril entre Santiago i Valparaiso" etc.—1 vol. en 4.° de 55 pájs. —Imprenta de *La República*—Santiago.

"La France.—Association patriotique"—medio pliego suelto.

"Apéndice a la Memoria del Interior de 1872.—1 vol. en 4.° de 462 pájs.—Imprenta *Nacional*.—Santiago.

"Informe que el superintendente del ferrocarril entre Santiago i Valparaiso presenta al Supremo Gobierno por el año de 1871"—1 vol. en 4.° de 46 pájs. —Imprenta *Nacional*.—Santiago.

"Anuario Estadístico de la República de Chile, tomo duodécimo."—1 vol. en folio de 435 pájs.—Imprenta *Nacional*. —Santiago.

"Reglamento jeneral para el servicio de las oficinas de la Compañía del Telégrafo Trasandino"—1 vol. en 4.° de 23 pájs.—Imprenta de *El Mercurio*.—Valparaiso.

"Biblioteca católica.—Jesus al corazon del jóven," traducido del italiano i reimpreso bajo la direccion del cura de los Doce Apóstoles.—1 vol. en 8.° de 118 pájs.—Imprenta de *El Mercurio*.—Valparaiso.

"Proyecto de Reforma de los Estatutos del Banco de Valparaiso"—1 vol en 4.° de 16 pájs.—Imprenta de *El Mercurio*.—Valparaiso.

"Elementos de filosofía del espíritu humano," por don Ventura Marin.—1 vol. en 4.° de 453 pájs.—Imprenta *Chilena*.—Santiago.

"El tá i el té, jota riojana para piano i canto, por Enrique Sánchez Osorio.—Litografía *Guzman*.—Santiago, en folio.

"Sumario de las induljencias concedidas por los sumos pontífices a las coradías erijidas e instituidas por el órden de la Santísima Trinidad del rescate de cautivos cristianos," etc.—1 vol. en 12° de 24 pájs.—Imprenta *Nacional*.—Santiago.

"Francisco Bilbao. Su vida i sus doctrinas," por Zorobabel Rodríguez.—1 vol. en 8.° de 213 pájs.—Imprenta de *El Independiente*.—Santiago.

"Defensa de la revolucion de julio en el Perú, por Fernando Casós."—1 vol. en 4.° de 66 pájs.—Imprenta de *El Mercurio*.—Valparaiso.

"Informe semestral del Ferrocarril del Sur presentado por el superintendente al consejo administrativo de la Empresa." —1 vol. en 4.° de 71 pájs.—Imprenta del *Universo*.—Valparaiso.

"Guia del alma en la devocion a los SS. Corazones de Jesus i María."—1 v. en 8.° de 576 pájs.—Imprenta *Chilena*. —Santiago.

"Estatutos de la Compañía de Maderas i Bosques"—1 vol. en 4.° de 13 pájs. —Imprenta de *La Patria*.—Valparaiso.

"Proyecto de lei de elecciones." un pliego en folio.—Imprenta de *El Ferrocarril*.—Santiago.

"Las pasiones en sus relaciones con la salud i las enfermedades," etc., por el Dr. X. Bourgeois, traducida al español de la tercera edicion francesa.—1. vol. en 8.° de 255 pájs—Imprenta de la librería de *El Mercurio*.—Santiago.

"Estatutos de la sociedad *Liga protectora*." Un pliego en 8.°—Imprenta de *El Independiente*.—Santiago.

"Estatutos del Banco Sud-Americano"—1 vol. en 8.° de 17 pájs.—Imprenta de *El Independiente*.—Santiago.

"Miscelánea."—Coleccion de artículos, discursos, biografías, impresiones de viajes, etc., por B. Vicuña Mackenna. —1849-1872.—1 vol. 4.° de 423 pájs.— Imprenta de la librería de *El Mercurio*. Santiago.

"Informe médico-legal sobre el clima de Valparaiso i sus influencias," por Manuel Antonio Carmona.—1 vol. en 4.° de 17 pájs.—Imprenta de *El Mercurio*. —Valparaiso.

"Ferrocarril de Cerro-Blanco.—Me-

moria del directorio i los balances del primer semestre de 1872, presentada a la junta jeneral de accionistas."—1 vol. en 4.° de 11 pájs.—Imprenta de *El Mercurio*.—Valparaiso.

"Estatutos de la Compañía Salitrera *Solferino*"—1 vol. en 4.° de 17 pájs.—Imprenta de *El Mercurio*.—Valparaiso.

"Necesidad de la emigracion europea a Chile," por Luis de la Cuadra.—1 vol. en 4.° de 106 pájs.—Imprenta *Chilena*.—Santiago.

"La trasformacion de Santiago; notas e indicaciones, etc., por B. Vicuña Mackenna."—1 vol. en 4.° de 292 pájs.—Imprenta de la librería de *El Mercurio*.—Santiago.

"Manual agustiniano" por J. Agustin Barceló.—1 vol. en 8.° de 192 pájs.—Imprenta de *El Correo*.—Santiago.

II.

Despues de nuestra última revista ha comenzado a publicarse en Santiago la *Revista Médica*, que aparecerá mensualmente con 30 pájinas en folio.

Pasó a mejor vida *El Noticioso* de esta capital.

LAMENNAIS.

(Para *La Estrella de Chile*.)

(Conclusion.)

Nada mas triste que las circunstancias que acompañaron la muerte del infortunado Lamennais. La sabemos por testigos oculares cuyas ideas anti-cristianas son bien conocidas.

"....El domingo 26 de febrero de 1854, a eso de las tres, dijo el doctor Jallat que encontraba mui malo a M. Lamennais. Sin pérdida de tiempo envió Augusto Barbet a buscar a la sobrina de Lamennais que estaba en la Abadía del Bosque. Entramos a la habitacion del enfermo: su respiracion era difícil. Estábamos hacía algunos instantes arrodillados cerca de su cama, cuando de repente, dirijiéndonos una mirada fija i larga i tomando de las manos a los que estaban mas cerca de él, dijo: *Estos son los momentos*. Uno de nosotros le dijo: "Estaremos siempre unidos a vos." Respondió: "Está bien, volver a vernos".....David D'Angers llegó a ese tiempo i permaneció por algunos instantes. Mas tarde llegó Carnot, que habia pasado toda la noche precedente con M. Lamennais i casi al mismo tiempo la sobrina del enfermo. Su primera palabra fué: "Feli ¿quieres fun sacerdote?....quieres ¿no es verdad? Lamennais respondió: ¡*No*!....La sobrina replicó: *Te lo ruego*....; pero Lamennais la respondió con voz fuerte: *No, no, no dejadme en paz*. Pero despues, la sobrina se acercó a la cama i dijo: "¿No necesitas nada? "El respondió con un tono descontento: "¡*No necesito nada, dejadme en paz*! Despues dijo en voz alta: ¡*Madame*!; la sobrina creyó que la llamaba; el dijo: ¡*No*! Preguntaba a la enfermera dijo: ¡*Si*! Enrique Martin i Carnot salieron al gabinete de trabajo. Cuando vino Madame de Grandville, se acercó a la cama i le dijo: "Soi Antonieta ¿me conoceis? El dijo: *Perfectamente, me alegro de veros....Pero tengo que hacer con mis amigos*. Habiendo prometido la sobrina i su amiga no hacer mas tentativas, se pusieron a orar sobre el canapé. M. Lamennais se sentia morir, i dijo a uno de nosotros: *La cosa será esta noche o mañana en la noche a mas tardar*.

"A las cuatro i tres cuartos, estando Armando Levy, Lamennais le dijo: *Seria bueno ir a buscar a M. Emilio Forgues, calle de Tournon, núm. 2, i decirle que venga a verse conmigo mañana por la mañana, o si es posible, esta noche misma*. Armando Levy repitió esas palabras a Augusto Barbet. Carnot partió a la calle de Tournon con Enrique Martin i volvió con Emilio Forgues a las cinco i media. Augusto Barbet previno al enfermo de la llegada de Forgues; éste entró, se inclinó sobre la cama del enfermo. Lamennais le habló de la publicacion de sus obras, de que lo encargaba por sus testamentos i codicilos i dijo entre otras cosas: *Sed firme, tratarán de circunveniros, publicad todo sin cambiar ni borrar nada*. Forgues dijo: "Vuestras voluntades serán cumplidas i no cambiaré un punto ni una coma: os lo juro."—Entónces volviéndose ácia vosotros i saliendo al gabinete de trabajo de M. Lamennais, Forgues repitió cerca de la chimenea: "M. Lamennais me ha dicho: "Sed firme; tratarán de circunveniros; publicad todo." Yo lo he jurado, i publicaré todo lo que encuentre."

En la tarde, Armando Levy se acercó a la cama de M. Lamennais i Madama de Grandville, que estaba en el salon. Ellos le dijeron es mui triste ver morir, i morir así.... Porque,

despues de todo, agregó la sobrina, es él quien me ha hecho cristiana." Armando Levy respondió: "Lo primero es que se respete la voluntad del moribundo".—La sobrina contestó: "Es cierto; i desgraciadamente su voluntad es mui evidente.---- Si M. Lamennais hubiera querido un sacerdote habriamos corrido a buscarlo con la misma presteza que a M. Forgues."

"La lucidez de M. Lamennais fué perfecta durante todo ese dia domingo; su mano conservó fuerzas por mucho tiempo. A las diez de la noche bebia con una cuchara sin derramar una gota de su contenido, i se impacientaba cuando querian sostenerle la mano.

"Al dia siguiente por la mañana a las 9 i 33 minutos espiró M. Lamennais, pocos instantes despues de haberse ido su nieta i Montanelli. (Creíase que viviria todavia un dia mas: tanta fuerza conservó hasta el último momento). M. Lamennais estaba entónces rodeado de algunos de sus antiguos i nuevos amigos.

"M. Barbet le cerró los ojos. Enrique Martin habia llegado momentos ántes, Armando Levy llegó momentos despues.

Paris, mayo 15 de 1854.

(Firmados). *Giuseppe Montanelli.—H. Martin.—H. Carnot.—H. Jallat.*"

Lamennais habia escrito para sus ejecutores testamentarios las siguientes instrucciones:

"Quiero ser enterrado en medio de los pobres. No se pondrá nada sobre mi tumba, ni una piedra.

"Mi cuerpo será llevado directamente al cementerio, sin pasar por ninguna iglesia.

"No se enviarán partes de mi muerte. Solo se la anunciará a los señores Béranger, de Vitrolles, Emilio Forgues, J. D'Ortigues, Montanelli i a la señora viuda de Elias Kenteguy.

"Prohibo espresamente que se pongan sellos en mi casa.

Paris, enero 16 de 1854.

F. Lamennais

Esas instrucciones fueron interpretadas por la autoridad en el sentido estricto que permitia a sus ajentes despejar el jentío que acudió a acompañar hasta el umbral de la tumba al defensor de la democracia. Solo algunos sectarios penetraron en el cementerio.

"----El ataud, ha escrito uno de ellos, fué sepultado en una de esas fosas en que se entierra a las jentes del pueblo. Cuando los hubo cubierto de tierra, el sepulturero preguntó: "*¿ Se necesita una cruz?*" M. Barbet respondió: *Nó.* M. Lamennais habia dicho: "No se pondrá nada sobre mi fosa." Ni una sola palabra se pronunció tampoco al borde de ella."

El abate Gerbet ha citado el siguiente rasgo en su libro sobre la caida de su maestro:

"---- En presencia de este espectáculo, véome obligado a llevar mi pensamiento a otro recuerdo mui diferente. ¡Ojalá ese recuerdo encierre el jérmen de una esperanza! Recuerdo haber oido a M. Lamennais que, hace mucho tiempo fué él llamado para asistir a un viejo jansenista que moria sin convertirse. Algunos eclesiásticos lo habian visitado ya; habian discutido con él porque el enfermo oponia una infinidad de objeciones i disputaba con calor en su lecho de muerte. Nada se habia conseguido. El abate Lamennais le dirijió algunas palabras de exhortacion: "Nó, nó, dijo el moribundo; se ha hecho en Roma una cosa, cierta cosa...." E iba a entrar en disputaba cuando el abate Lamennais, que queria evitar entrar en una inútil argumentacion, le dijo simplemente: "Amigo mio, soi ménos sabio que vos; pero hai una cosa que yo sé bien, i es que Jesucristo nos ordena estar sometidos a Pedro i sus sucesores. Si disputais contra ese mandamiento, ¿creeis que vuestras objeciones prevalecerán en el tribunal de Jesucristo a donde pronto vais a comparecer? Si, por el contrario, renunciais a esas sutilizas para someteros con la intelijencia i con el corazon, ¿creeis que Dios os lo reprochará? Yo no lo creo; ved ahí todo lo que yo sé."—"Señor, le dijo el enfermo, siento que no se me haya hablado todavia de ese modo; lo que me acabais de decir me ha tocado, me arrepiento de mis errores." Recibió la absolucion i murió en la paz de la Iglesia. ¡Ved ahí lo que me contaba el abate Lamennais!"

Lamennais se ha pintado así mismo.

"Una voz siniestra se ha oido en la soledad i en las tinieblas; parecia salir de un sepulcro i repercutir en los huesos; era como la voz de la muerte. Los pueblos han dado oido a ese fúnebre ruido i sordas blasfemias han llegado hasta ellos; han dicho. "Es el grito del ateo" i se han estremecido de horror!

"¿Qué es el ateo?

"Condenado a sufrir toda clase de servidumbres, esclavo del príncipe de las tinieblas que lo

ha seducido, esclavo de sus propias inclinaciones, de sus mas viles apetitos, descenderá tanto que ya no verá nada; i sin embargo, inquieto, atormentado, tratará de descender todavía mas. ¿A dónde va? ¿Qué quiere? Busca bajo la desesperacion no sé qué terrible gozo que seguirá su intelijencia enajenada, i entónces se le oirá decir: ¡No hai otro Dios que yo!.....

"Sus remordimientos i sus pasiones lo consumen a una, lo consumen sin cesar. Se fatiga en buscar sombras; se engolfa en todos los caminos i no encuentra reposo en ninguna parte. Mirad ese ser decaido: un sombrío ardor lo ajita; en el fondo de su alma hai un arrepentimiento inmenso, ha perdido un gran bien, tiene de ese bien como un confuso recuerdo i vedlo que remueve con porfiado trabajo las ruinas de su intelijencia, las ruinas de su corazon. Espera descubrir entre esos despojos la ciencia que le promete el espíritu de mentira, tan solo encuentra la duda, la incertidumbre, el error, deseos devoradores que lo consumen, una engañadora sombra de bien, terrible realidad de mal.....

"¡..... I él mismo oye una voz que le dice: ¡Ya no dormirás! Algo como un infierno lo devora interiormente; i así como en una noche de tempestad, en medio de un mar ajitado, aparece una siniestra luz sobre el barco náufrago, así sobre la frente tenebrosa de ese culpable, en el fondo de su ojo inquieto i ardiente, se descubre con espanto como la señal de un alma que languidece de hambre i anuncia un próximo naufrajio. •

"Esa que él se ha empeñado en creer imposible, lo domina a pesar de sus esfuerzos; no puede llegar a una incredulidad completa i tranquila: como un fantasma pavoroso, la verdad aparece todavía en las tinieblas de su espíritu; no sabe lo que ha visto, pero ha visto algo i su sueño se ha turbado. Lo que anunciaba un profeta se ha realizado en él: *vendrá un dia conocido solo por Dios; no es dia, ni es tampoco noche.* ¿Qué es, pues? No será ese resplandor incierto que flota i vacila en una intelijencia enflaquecida, ese penoso estado de duda en que vemos caer al impío? Pero ese estado no seria largo: *Un dia*, dice el profeta, *i en la tarde vendrá la luz* (Zacarías, XIV, 7.) ¡Luz terrible, llena de horror, que se levanta al borde de la tumba para iluminar sin fin una eternidad de tormentos!"

Uno se pregunta temblando: ¿cómo ese astro ha caido tan abajo? No nos toca sondear esos misterios; pero el mismo Lamennais ha escrito, en sus bellos dias, una pájina que pesará para siempre sobre su memoria i que ahorrará a la posteridad la investigacion de las causas de su caida.

Léese en el *Ensayo sobre la indiferencia* (t. 1.°, 2.ª parte, cap. II.):

"Es absolutamente necesario que el hombre busque la felicidad i que la busque o en Dios o en sí mismo i en los objetos que lo rodean. Sí, dócil a las enseñazas de la relijion, vé en Dios su verdadero bien, la virtud se identifica para él con el amor al bienestar.

"Pero si busca en sí mismo la felicidad, forzado a colocarla o en la intelijencia o en el cuerpo, llega infaliblemente a ser el esclavo del orgullo o de la voluptuosidad; porque el orgullo no es mas que el sentimiento de un alma que se complace en sí misma i se ama como a su propio fin. El mas estremado egoismo es el efecto inevitable de toda filosofía irrelijiosa. Toda filosofía irrelijiosa es, pues, por su esencia, destructora del órden i de la virtud; i así como la irrelijion arrastra a todos los vicios, el hábito del vicio lleva a la irrelijion, porque en nuestra naturaleza está que trabajemos por persuadirnos de que la felicidad está donde la buscamos i de que, cuando el desórden se ha apoderado de los afectos, la voluptuosidad introduce el desórden en los pensamientos, para terminar la dolorosa guerra entre la razon i las inclinaciones. SI, TODO EL QUE, HABIENDO CREIDO, DEJA DE CREER, CEDE A UN INTERES DE ORGULLO O DE VOLUPTUOSIDAD; I, A ESTE RESPECTO, APELO SIN TEMOR A LA CONCIENCIA DE TODOS LOS INCRÉDULOS.

"Ese doble carácter de orgullo i de voluptuosidad aparece de una manera inequívoca, en las doctrinas, en las obras, en la conducta i hasta en el tono altanero, arrogante, decisivo i desdeñosamente agrio de los filósofos de todos los siglos, tan bien llamados por San Jerónimo, *animales de gloria*. Un filósofo *suave i humilde de corazon* i un filósofo casto, serian en efecto, el fenómeno moral mas inesplicable; pero no llegará el caso de esplicarlo; la fé comienza donde el orgullo acaba."

P. H.

APUNTES

PARA LA HISTORIA DE LA MÚSICA EN CHILE.

XX.

En un artículo anterior ofrecimos ocuparnos de la actual Cancion Nacional. Recordaremos lo que sucedió cuando por primera vez se trató

de ponerle música a los versos que habia escrito el doctor Vera, a fines de 1819, o principios de 1820. Aseguramos, sin dudar, que con *la música* de Robles se cantó por *primera* vez el 20 de agosto de ese año, sin que ántes se hubiera hecho con ninguna otra.

El empresario del teatro, que lo era el señor don Domingo Arteaga, comandante de prisioneros, encargó a don José Ravanete, músico peruano de cierto mérito, componer la música para esos versos. Este, no encontrándose capaz de hacer algo orijinal, trató de aplicar a la poesía una cancion española, de las innumerables que se publicaron en aquella nacion cuando la invasion francesa.—La cancion arjentina, ménos el coro i la introduccion, es una de ellas.

Al llegar Ravanete a la parte del coro que dice:

"Arrancad el puñal al tirano,
Quebrantad ese cuello feroz,"

se encontró con cuatro notas sobrantes. No se le ocurrió otro espediente que poner a cada nota un *sí, sí, sí, sí;* sílabas que no tenian la poesía i que hicieron levantarse tan alto de su asiento al doctor, presente al ensayo. Cuando este concluyó, el señor Arteaga le preguntó: ¿qué le parece, señor?—*Tiene vivos de goda*, contestó con rabia. La concurrencia de curiosos declaró lo mismo por aclamacion, i se encargó a Robles hacer otra, que es la que se conoce con el nombre de este autor. *Las Bellas Artes*, periódico musical publicado en Santiago hace tres o cuatro años, hizo una edicion de una copia que nosotros le dimos, por haberla conservado en nuestra memoria. Los editores hallaron por conveniente agregar a la estrofa una segunda voz. Robles la escribia a una voz sola, esceptuando el coro que tenia tres voces.

El hecho que apuntamos sucedia en vísperas de abrirse el teatro.

Para cumplir nuestra promesa, copiaremos un artículo que hace 20 años escribiamos sobre la nueva cancion en el *El Semanario Musical*. Esperamos que nuestros lectores disimularán algunas repeticiones inevitables.

Es probable que no sea esta la única trascripcion que haremos de lo que entónces escribiamos.

XXI.

Hace 23 años, ahora 44, "que la que ahora llamamos Marcha Nacional llegó a Chile, remitida de Lóndres por don Mariano Egaña, Enviado de esta República cerca de aquella corte. La primera vez, como lo hemos dicho, que se cantó esta música fué en un beneficio de Massoni dado en el teatro en 1828. Desde entónces ha continuado cantándose i se le ha bautizado con el nombre de *nacional* sin mas autorizacion."

"Chile tenia su Marcha Nacional cuya letra habia sido mandada reconocer por decreto especial del Gobierno, hasta que la intrusa música de Canicer vino a interponerse, sin otro mérito que estar mas conforme con la moda reinante posteriormente."

"El 20 de agosto de 1820, a la misma hora en que se hacian a la vela las últimas naves que conducia al jeneral San Martin con la espedicion libertadora del Perú, se abria un nuevo teatro en Santiago, en la plazuela de la Compañía, en la misma casa que ahora ocupa la señora de Gumucio, núm. 98. En ese dia se cantó la primera marcha nacional que tuvo Chile, siendo del año anterior a la poesía la música: la primera del doctor Vera, arjentino, la última de Robles, músico chileno de aventajadas, aunque incultas disposiciones.

"La música de esta marcha tenia todas las circunstancias de un canto popular: facilidad de ejecucion; sencillez sin trivialidad, Se esceptúa el coro que parece que era de rigor que fuera en un movimiento mas vivo que la estrofa, i lo mas importante de todo, poderse cantar por *una voz sola sin ausilio de instrumentos.*

"Como se vé, pues, la antigua marcha tenia tantas ventajas como inconvenientes tiene la moderna, i nada prueba mas lo que decimos, de que en tantos años que lleva de fecha, se canta tan jeneralmente mal como en los principios."

"Ningun interes *musical* tenemos en hacer la defensa de la antigua marcha, que sin vacilar, confesamos mui inferior *como música* a la moderna; pero como patriotas nos duele ver preferir un canto que no va acompañado de un solo recuerdo glorioso para un chileno, miéntras la antigua no solo se hizo oir en Chile, sino en el Perú, donde San Martin condujo nuestro ejército, unido al arjentino. Esto nos esplica por qué Bilbao, en los momentos que queria entusiasmar a sus compañeros, el 20 de abril, entonaba la eterna *marsellesa*, i no el helado trozo de ópera que nos han vendido como cancion nacional. Permítasenos un lijero análisis de esta, que probará mejor lo que decimos."

XXII.

"No consideramos la introduccion porque este es un adminículo desconocido en todos los

modelos de esta especie de canto. La marsellesa no tenia en su principio introduccion; no la tiene la inglesa *God save the King*, apesar de su pequeñez, ni la tenia en su orijen la cancion arjentina, que despues hemos visto preceder de una especie de introduccion que sin duda es una imitacion de alguna antigua misa de *requiem*. La cancion peruana, última de las que hemos nombrado, tampoco la tuvo al principio. Su autor, don Bernardo Alcedo, le puso esta introduccion agregada a su vuelta al Perú el año de 1864."

Hablaremos desde que entran las voces. Al fin de los trece primeros compases se encuentra un pasaje de ejecucion que creemos mui difícil hacer con regularidad por personas que no hayan vocalizado ántes algun tiempo. Cuatro compases despues hai un compas entero de semitonos aun de mayor dificultad, i ántes de la última nota de la estrofa hai tres trecillos continuados que están en el caso de los retazos citados.

Pero donde como de intento reunió el autor todas las dificultades, fué en el coro, es decir, en aquella parte de la cancion en que debió esmerarse para hacerla accesible a todas las voces.

Aquí se encuentra hasta un inconveniente indisculpable en un compositor de la capacidad de Carnicer, la altura de la entonacion, i este inconveniente es insuperable, pues cantando un tono ménos alto que el orijinal, las voces bajas no se oirian.

Siendo tan conocido por todos lo *impopular* del coro, nosotros solo haremos una observacion. A los dieziseis compases despues de la entrada de las voces, hai un compas que empieza por un *acorde de séptima disminuida*, que solo puede ser entonado por cantores mui acostumbrados.

La dificultad de tal pasaje se aumenta mucho mas desde que se canta sin las *tres voces* que, *a lo ménos*, pide este acorde, llegando esto hasta el caso que cuando el coro es cantado por una sola persona ésta tiene que abandonar las notas de la primera voz para tomar las del bajo, que es la única que aislada presenta alguna melodía.

Las repetidas interrupciones de la voz, sobre todo, la que precede a la entrada del coro, hacen indispensable el ausilio de instrumentos acompañantes, i este es un gran defecto en composiciones de esta clase.

Nuestras observaciones no tienden en lo menor a menoscabar el mérito reconocido de que goza Carnicer. No criticamos su música como tal, sino como cancion popular.

Por lo demas, lo que de *nacional* tiene esta marcha, se comprenderá bien al saber que la música es de un *español* i los versos de un *arjentino*----

Algo parecido podemos decir del toque de *a la carga*, frase desconocida ántes de que llegara a Chile San Martin, que ha corrido la misma suerte de la antigua marcha nacional.

La música de este toque, traida por aquel ejército i que se oyó desde Chacabúco hasta en la última batalla de la independencia, i aun muchos años despues, ha sido reemplazada con el sistema anárquico de que cada banda de música toque la suya. Con el agregado de variarse a discrecion i segun el gusto de los jefes de batallon.

No es difícil hacer otra cuya entonacion sea *mas bonita*; pero ¿que recuerdo, qué gloria nos traeria a la memoria? Mas de una vez tuvimos la idea de dar una sorpresa al jeneral Las Heras, mandándole una banda que lo saludara con el antiguo toque de carga en el aniversario de Chacabuco o Maipo; pero nos retrajo de ese pensamiento el temor de conmover quizá demasiado aquella alma de fuego. Hace algun tiempo la hemos borroneado en un pedazo de papel para que no muera con nosotros------

XXIII.

En 1845 se trasladó a Valparaiso la compañía Pantanelli, a estrenar el teatro, situado en la calle de la Victoria, construido por don Pedro Alexandri.

Al contratar este empresario a los cantantes tuvo tambien que hacerlo con la orquesta, que, en su mayor parte, la componian los músicos de de la Catedral. Organizada la que debia funcionar en Valparaiso, quedó en la Catedral, con solo dos escepciones, una orquesta a propósito para desollar los oidos de los devotos i hacer emigrar las ratas.

Seis meses duró la temporada de Valparaiso i esta circunstancia probablemente sujirió al señor Valdivieso, presentado ya como Arzobispo, la idea de reemplazar la orquesta, con un órgano, que se encargó a Inglaterra. Llegó el órgano el año de 1849, i con él un organista, encargado tambien.

Organo i organista se merecian. El señor Howell, ingles de nacion, era un consumado profesor i el órgano es superior, no solo a todos los de la América del sur, sino tambien a los de la del norte. Este órgano no tiene *triángulo, pla-*

tillos, *bombo* ni *timbales*; instrumentos repetidas veces prohibidos por la Iglesia, particularmente por el Papa actual.

Esos ruidos hacen abrir tanta boca a los necios, i escitan la compasion de la jente de juicio, a quiénes duele que de ese modo se ultraje al pontífice i rei de los instrumentos.

XXIV.

Casi a un mismo tiempo que Howell, llegó a Chile Mr. Desjardin, antiguo organista de San Eustaquio en Paris, i mui notable profesor de *armonium*, para cuyo instrumento habia escrito un método, que hemos visto.

El señor don Pedro Palazuelos, que desde mucho tiempo habia concebido la idea de fundar un Conservatorio en Santiago, creyó oportuna la adquisicion del señor Desjardin i le facilitó los medios necesarios para que organizase una escuela preparatoria, en una sala de la cofradía del Santo Sepulcro.

Los buenos resultados de este ensayo animaron al señor Palazuelos, alma eminentemente artista, para solicitar del gobierno la fundacion de un Conservatorio. Gran trabajo tuvo para conseguirlo; pero en su entusiasmo no habia resistencia posible.

El que esto escribe, sin desconocer el mérito de Desjardin, deseaba que la plaza de director de ese establecimiento se diera a oposicion, segun lo habia acordado el Senado, a indicacion del señor don Pedro Mena, en la certidumbre de que con este proceder se tendria lo mejor, si el gobierno, como en otros casos, no hacia de las suyas.

A esto se agrega que el señor Neumanne, gran profesor que habiamos conocido en Lima, estaba próximo a llegar a Chile, como en realidad sucedió. En este caso Neumanne habria sido preferido. Con este motivo dirijimos al señor don M. A. Tocornal, ministro de instruccion pública, una carta, que con su contestacion se publicó entónces en *El Semanario Musical*, en la que le deciamos: "tan distante estoi de todo interes personal que, respetando como debo toda determinacion que US. tome a este repecto, nada me parece mas justo que, siguiendo el acuerdo del Senado, dar estas plazas *a oposicion*. De este modo se tendrá lo mejor i quizá esto daria por resultado un profesor de primer órden.. ... No concluiré esta sin decir a US. que uno que merece este nombre acaba de llegar a Valparaiso, etc."

El señor ministro tuvo a bien contestar a nuestra carta en otra en que nos dice entre otras cosas: "Yo doi a Ud. las gracias por la franqueza e injenuidad de sus observaciones, i aun que no he tomado resolucion alguna sobre este negocio ni anticipado una simple promesa, si llegase el caso de obrar no perderé de vista la imparcialidad i justicia con que debe procederse.

"Siempre que Ud. se sirva hablarme o escribirme sobre materias en que pueda ilustrarme, le quedará agradecido etc., etc."

Con gusto trascribimos las palabras de este alto funcionario, reconocido como uno de los hombres mas capaces de Chile. Si sus palabras nos honran por la justicia que hace a nuestras intenciones, ¿qué elojio no merece el hombre superior que cree puede ser *ilustrado* en ciertos casos aun por aquellos que ocupan un lugar subalterno en la sociedad? No es el señor Tocornal de aquellos que creen que la atmósfera de un salon ministerial infunde ciencia universal.

"Guizot, en un caso idéntico i desempeñando iguales funciones que el señor Tocornal, no creyó que debia lejislar en música sin consultar a hombres intelijentes en la facultad."

XXV.

Esto escribiamos en 1852. Las personas que quieran saber cómo procedió aquel hombre de quien quizá podria decirse sin temeridad que nada ignora; pueden consultar en la biblioteca el periódico citado.

Salió del Ministerio el señor Tocornal. La política, la pequeña política, metió su cola. Se hizo un embrion del Conservatorio i el acuerdo del Senado no se tomó ni siquiera en consideracion. El favor i los empeños hicieron los nombramientos. Nuestros lectores, por lo demas, no nos agradecerian una leccion que saben mas bien que nosotros: que esta es la historia antigua, media i moderna, *de cómo los gobiernos dan los empleos*.

Hai Escuela de pintura, de Escultura, etc. ¿cuál de estos establecimientos presta servicios tan útiles i benéficos como el Conservatorio? Ninguno. Baste decir que esta institucion es la única en que tienen parte las mujeres, que lo ocupan en su mayor parte, proporcionando a gran número de familias pobres una profesion que las pone a cubierto de la miseria i del vicio.

El Conservatorio es el único establecimiento de esta especie en que el director no tiene sueldo, como tal; así se esplica como la Academia de pintura i la de Escultura tienen casi doble dotacion, gozando sus directores de 2,000 pesos de renta.

Hemos sido profesor, director i presidente del Conservatorio. A todo hemos renunciado; no por la escasez o absoluta falta de honorario, si no por el desden con que, con pocas escepciones, es mirado, llegando el caso, de haber Ministro que no ha sabido donde está situado... No faltan personas que piensan que solo sirve para divertir a los que aprenden.

XXVI.

En 1847 o 1848, el señor don Salvador Sanfuéntes, Ministro de instruccion pública, estableció en la Escuela normal de preceptores una clase de canto elemental, de la que fuimos nombrado profesor.

Advertiremos que, si a veces vacilamos en las fechas, es porque escribimos estos apuntes sin ningun dato a la vista, fiados solo en nuestra memoria; pero aseguramos al mismo tiempo que en caso de equivocarnos jamas será en mas de *un* año.

El pensamiento del señor Sanfuéntes era de gran importancia; porque fuera de los resultados físicos que produce el ejercicio del canto para los que los estudian, hai otros de mas consideracion. En el estenso informe leido ante el consejo municipal de Paris en 1835, con el objeto de introducir definitivamente el canto elemental en las escuelas primarias, formulado por *Bauvatier*, *Cochin*, *Orfila*, *Perrier* i *Boulai de la Meurthe*, se dice: "Los antiguos empleaban este arte como un medio de hacer amar la virtud, de calmar las pasiones, de suavisar las costumbres i de civilizar a los pueblos. Desde luego su poder de moralizacion no es para nosotros un problema. No queremos hablar aquí de sus efectos fisiolójicos, que el estudio de sí mismo ha podido revelar a cada uno de nosotros; queremos hablar de los resultados reales obtenidos en las escuelas donde se enseña el canto.

"No solamente esas escuelas se hacen notables entre todas las otras por sus resultados i buen porte; sino que en estas mismas escuelas, los alumnos de canto se distinguen entre sus condiscípulos por su mayor aplicacion, suavidad de maneras i benignidad....

"Bajo cualquier aspecto, pues, que se mire, moral, normal, económico i nacional, la enseñanza del canto es útil...." El célebre filósofo *Herder* decia: "una reunion de cantores es una reunion de hermanos."

Da pena tener que recurrir a esta erudicion *barata* para probar a nuestros hombres públicos el deber en que se encuentran de prestar alguna atencion a este ramo, en que si sus antecesores hicieron poco, ellos no han hecho absolutamente nada.

No les pedimos, que como el Gobierno de 1848, funden una clase de canto en la Escuela normal; ni como el de 1852 la creacion de un Conservatorio; pues pobre como es, ya lo hai. Les pedimos que con su indiferencia, o con otra cosa peor, no destruyan lo que hicieron sus antecesores.

¡Pobre Conservatorio! pobre música! Que de zopapos habeis recibido en estos dias!

XXVII.

Habiendo empezado en 1848 la clase de canto en la Escuela normal de preceptores i reduciendo los cálculos a su última espresion hai de sobra para que en los 24 años corridos se hiciera en todas las escuelas fiscales clase de canto i para que a la fecha hubiera muchos miles de personas que supieran regularmente música i canto, pudiendo los que no tuvieran buena voz dedicarse a tocar algun instrumento.

Despues de tantos miles de cantores que, segun los cálculos del señor Sanfuentes, debian solemnizar en muchos casos las fiestas cívicas i relijiosas, ¿quiéren saber nuestros lectores en cuántas escuelas fiscales o municipales se enseña la música?—*En ninguna*.....

Llevada a cabo la idea de aquel ministro daria muchos i buenos resultados. Apuntaremos solo los siguientes: en las grandes fiestas nacionales reunidas las escuelas de una localidad i cantando cosas adecuadas, presentarian un hermoso i conmovedor espectáculo, proporcionando un recurso poderoso que, sin exijir gasto alguno, solemnizaria esas fiestas tan tristes en la mayor parte de nuestros pueblos. "El niño que habrá aprendido a cantar canciones de escuela, dice Mainzer, sabrá cantar un dia los cantos de guerra, los cantos de la patria".

¡Cuántos artistas perdidos por no tener ocasion de ejercitar i desembolver sus facultades por falta de ocasion!

Los primeros beneficiados serian los preceptores primarios, a quienes la práctica de la enseñanza pondria en disposicion de dar lecciones particulares, proporcionándose de este modo una entrada que aliviaria en parte su triste situacion.

IX.

Cuando en 1850, sin ser naturalista, jeógrafo, marino ni injeniero, se le ocurrió a ese go-

bierno hacernos emprender un viaje al interior de Chiloé, fuimos a parar a Castro, el pueblo mas *importante* despues de Ancud, la capital. Entre paréntesis, Castro da un diputado i un suplente ¡no lo echen en saco roto los aficionados! Aquel pueblo era i es mas triste que un cementerio. A cualquier hora del dia i de la noche se oiria el vuelo de una mosca.

Habia dos escuelas, una de ellas fiscal, bastante concurrida. La visitamos i tuvimos el gusto de encontrarnos con un jóven que habia sido nuestro discípulo en la Escuela Normal. Nuestra primera pregunta fué si enseñaba la música; nos contestó que nó, por dificultades que no encontramos convincientes.

Se celebraba en esos dias la Pascua de Navidad i toda la música de aquella fiesta tan popular se reducia a una especie de viola horriblemente tocada! Cuánta animacion hubiera dado a esa fiesta i a ese pueblo esa escuela, cantando música fácil i a propósito!

Con motivo de esa falta de distracciones preguntamos al gobernador, comandante Roa, con qué recursos contaba para celebrar los dias de la patria. Nos contestó: "la ciudad tiene 18 pesos de entrada anual: *doce* se invierten con acuerdo de la municipalidad, en los gastos ordinarios de la localidad i los *seis* restantes en las fiestas del 18. "Este año, añadió, han estado mui buenas; porque le hice pegar fuego a esas montañas que nos rodean, i la ciudad estaba como de dia."

Los señores don Eusebio Lillo i don Vicente Villarreal, de *paseo* como nosotros, presenciaron este diálogo.

O. O.

(Conclusion.)

RAFAEL I TOBÍAS.

I.

Sobre un humilde lecho reclinado
Su fin espera un infeliz anciano:
Sobre su cuello helado
Cae en desórden su cabello cano.

Mas, antes de espirar, con voz doliente
Llama junto a su lecho
Al hijo de su amor, i contra el pecho
Lo estrecha tiernamente
I humedece con lágrimas su frente.

"Hijo, le dice, adios!.... pronto una losa
Cubrirá para siempre mis despojos
Pronto talvez en mi ignorada fosa
Irán a verter lágrimas tus ojos.
Mas ¡ai! escucha de tu padre anciano
El último consejo: sé prudente,
Siempre acoje benigno al desvalido.
I con mano clemente
Siempre enjuga su lágrima doliente.
Vé tambien a Ragés, allá do mora
El buen Gabelo, mi deudor antiguo,
Que él entre sus riquezas atesora
Los diez talentos que le diera un dia....
Es esa toda la fortuna mia!...."

El anciano calló: mudo silencio
Dominó en torno del mortuorio lecho.
Trémulo entonce el infeliz Tobías,
La cabeza inclinando sobre el pecho,
Va a recorrer de la opulenta Nínive
Las calles tumultuosas
Con paso incierto i lágrimas copiosas.

¡Pobre Tobías! ¡jóven desdichado!
¿Qué objeto busca tu mirada ansiosa?
¿Do llevas, dí, tu paso aventurado
¿Do encaminas tu marcha presurosa?
Que conduce a Ragés te es ignorado;
Errante peregrino
No hai quien guie tu planta a su destino!
¡Escuche Dios tus férvidos clamores
I dé fin a tu angustia i tus dolores!

Así, infelice sin saber adonde
A sus huellas marcando con su llanto;
Nadie a su voz responde
Nadie comprende su fatal quebranto.
Así vagaba inquieto,
Por misteriosa fuerza conducido,
Ya el paso acelerando,
Ya triste i abatido,
Al borde del camino reposando,
Cuando un apuesto jóven
De gallarda figura,
Ceñida la cintura
I en su mano el callado
Lo detiene en su paso acelerado.

"¿Quién sois?" le dice Tobías
Alargándole su mano—
"Yo soi, responde, tu hermano,
Soi un hijo de Israel.
"Yo las rejiones del Medo
Mil veces he recorrido,
I del Tígris he bebido
Las puras aguas tambien.

"De Gabelo en los hogares
Me he hospedado peregrino,
I bien conozco el camino
Que conduce hasta Ragés."
Alza Tobías sus ojos
Bendiciendo al alto cielo,
Que le deparó un consuelo
En medio del padecer.

"Venid, le dice, ¡oh amigo!
Do quiere mi padre anciano,
I si sois mi tierno hermano
Sed tambien mi guia fiel.
Largo camino me espera
Por sendas desconocidas;
Mis esperanzas perdidas
Comienzan ya a renacer."

De gozo henchido el anciano
I en mil lágrimas deshecho,
Los estrecha contra el pecho
I les dá su bendicion.
Ambos partieron felices
Atras dejando sus lares,
I sumido en los pesares
Al paterno corazon.

II.

Largo tiempo pasó, i ambos viajeros
No regresaban al desierto asilo;
Los ancianos en tanto,
El pan humedecian con su llanto.

"¡Hijo de mi vejez, solo consuelo
Que en infortunio me dejara el cielo!
¿Do te fuiste, decid? ¿adónde moras?....
Léjos, mui léjos de tus patrios lares,
Talvez tus penas lloras
¿Qué se hizo tu amable compañero?
Te abandonó quizás en el camino,
I en oculto sendero
Vagarás estraviado peregrino.
Talvez eres dichoso
En asilo estranjero
I no querrás tornar ya venturoso,
Al albergue paterno lastimoso.
¿Así abandonas a tu padre anciano?
¿Así a tu madre dejas?
¿Así desoyes nuestras tristes quejas?"

No de otra suerte sumerjido en llanto,
Con su lamento el aire ensordecia;
Ana tambien en su mortal quebranto
Su infortunio mil veces maldecia.

Al caer de la tarde, silenciosa
Iba a sentarse a orillas del camino....
Allí, triste i llorosa,
Contemplaba pasar al peregrino.
El sol al despuntar la sorprendia
De una colina en la apartada cima;
Fija su vista en la desierta vía,
Una dulce esperanza acariciaba,
Cuando el aliento de la inquieta brisa
A lo léjos el polvo levantaba.

III.

Era una hermosa tarde:
El sol entre las brumas de occidente
Lanzaba apéna un resplandor escaso;
El viento blandamente
Balanceaba las yerbas a su paso;
Ni un rumor en la selva se escuchaba;
Nadie el largo camino transitaba.

Ana sentada a orillas del sendero
Vió en lejano horizonte levantarse
Nubes de polvo diáfano i lijero.
Feliz presentimiento
Hace latir en convulsion estraña
Su seno maternal, súbito aliento
Cobra entónces su pecho, ántes negado
Al gozo i al sociego; no se engaña
El corazon de madre lacerado.
A la luz del crepúsculo indecisa,
Con paso acelerado
Dos peregrinos caminar divisa.
Convulsa de alegría,
En ellos fija su mirada ansiosa;
I cien veces los mira, temerosa
Que en ilusion se torne su esperanza
I en desengaño cruel su bienandanza.

Un instante despues, alborozada,
Entre el polvo descubre del camino,
De Tobías la imájen adorada;
I cual al que despierta
De lúgubre soñar, enajenada
A comprender no acierta
Si es verdad o ilusion lo que ella mira,
O si sueña su mente o si delira.
Baja el collado i atraviesa el llano
I de felices lágrimas bañada
Corre do jime el dolorido anciano.
Pronto a las puertas de la triste estancia
Ambos viajeros con afan llegaban;
En su empolvada frente
El gozo i el contento se pintaban.
Era el jóven Tobías,
De los ancianos la última esperanza
Era el fiel Azarías

Que en cumplida bonanza
Tornaba a sus hogares
El tesoro i encanto de sus lares.

¡Oh! con cuánto placer el pobre anciano
Vuelve a estrechar en sus vetustos brazos
Al que creia en su dolor perdido!
"Sea Jehová mil veces bendecido,
Que mi desgracia torna en alegría;
Córtense ya los carcomidos lazos
Que atan al mundo la existencia mia."

Entónces se rasgó la venda oscura
Que ocultaba a su ojos
La luz hermosa i pura;
Brilló a su vista mas sereno el dia,
Vió otra vez de los campos la verdura
I contempló del cielo la hermosura;
I allí de hinojos i bañado en llanto
Alzó de gratitud un dulce canto.

IV.

I al punto del cielo desciende una nube
Mecida en las alas del aura sutil,
Que en círculos varios ya crece, ya sube
I posa en la estancia su vuelo jentil.

Entónce Azarías, el fiel peregrino
Sobre ella remonta tranquilo i veloz;
Envuelto en sus pliegues de cándido lino,
Semeja en las sombras radiánte farol.

Allí desplegando sus alas de oro
Mil rayos i luces despide do quier,
I un célico acento se escucha sonoro
Que el nombre modula del ánjel *Rafael*.

Rodolfo Vergara Antúnez.

EL MISTERIO.

¿Qué cosa es el misterio? ¿Cuál es la causa de esa tendencia irresistible que esperimenta nuestra alma hácia lo desconocido? ¿Por qué a todo lo sublime, todo lo político, todo lo bello, rodeamos siempre en nuestra fantasía, de una nube de misterio, al traves de la cual cree percibir nuestra mirada encantos i hechizos que nos seducen i nos fascinan?

Mas de una vez me he hecho estas preguntas a mí mismo, sin alcanzar a dar una solucion satisfactoria, parece que nuestra alma estuviera condenada a ignorar, o al ménos, a conocer imperfectamente todo aquello que ve mas de cerca, que toca, que palpa en la vida diaria.

Comienza por ella misma, apénas puede formarse una idea de sí, encadenada, encarcelada, restrinjida su accion por la parte corpórea que, unida íntimamente a ella, forma al hombre; no tiende su vuelo a las rejiones en que encontraria el ambiente de vida que necesita, desconoce su naturaleza, casi por completo, a fuerza de rosarse con la materia que en todas partes la rodea, i puede apénas, por los deseos vagos, indefinidos, que de contínuo la acosan, por esa noble ambicion de grandeza i de eternidad que la ajita siempre, i por el vacío i el tedio que en ella produce todo lo que en el mundo pudiera ser objeto de sus ancias, conocer cuál es su orijen, cuál su fin, de qué medios dispone para lograrlo, i por consiguiente, cuál es su naturaleza. Ha, pues, menester para alcanzar este conocimiento imperfecto que de sí mismo tiene, de una larga série de sacrificios en que ha necesitado abstraerse del influjo de los sentidos, ejercitar todas las fuerzas de su inteligencia, poner en accion todas sus facultades.

Pero, ¿es acaso necesario buscar en lo espiritual, en lo incorpóreo, el campo de lo desconocido? Lo material, aun en aquellos fenómenos i en aquellos seres que vemos diariamente nos lo presenta de modo tal, cual si quisiera echarnos en cara nuestra pequeñez, nuestra impotencia para descorrer el denso velo que lo cubre. ¿Quién ha arrancado a la flor el secreto de su desarrollo, de esa fuerza que la ha convertido de semilla en débil planta, de planta endeble en árbol robusto, i por último, de árbol en flor llena de perfumes, adornada de ricos colores que ha de producir mas tarde infinitos jérmenes como el que a ella le dió existencia? ¿Quién ha preguntado al corazon por qué late, haciendo circular por las venas sangre llena de vida, al pulmon por qué respira, dando calor al cuerpo; al ojo por qué vé; al oido por qué oye? ¿Ha podido la ciencia descubrir la causa que fija el número, peso i medida de esas uniones íntimas de los cuerpos que ella ha descubierto i que se esfuerza en vano en penetrar?

Todo misterio! ¡Todo nos oculta álgo, i siempre nuestra alma, ansiosa de descubrir esos misterios, pugnando siempre por vislumbrar secretos que el Creador parece que se hubiera complacido en esparcir en nuestro camino, sin dar a nuestra mirada el vigor necesario para descubrirlos!

Nace el niño i es feliz, porque aun no ha comenzado a ajitarle el deseo de penetrar lo que su ojo no alcanza a percibir: su alma reposa entónces tranquila. Pero bien pronto, con esa dulce locuacidad de la infancia, le escuchamo

balbucear preguntas sobre cuanto le rodea, que manifiestan la duda que comienza a despertarse en su alma; ¡desgraciado! Principia a vivir su razon i empieza la incertidumbre, comienza el raciocinio i principia la duda.

Llega el hombre a la adolesencia i entónces no es lo esterior lo que le roba la tranquilidad, no son los misterios que ve fuera de él lo que lo inquieta; mira su alma i no la comprende, observa su corazon i lo desconoce, siente i no sabe qué, sufre i goza e ignora la causa.

La juventud presenta a sus ojos la gloria, la felidad, el amor, ¿qué es la gloria si no ha de alcanzarla? Qué es la felicidad? Lo ignora. ¿Qué el amor? Lo siente i no sabe esplicarlo, sabe solamente que es un dulce misterio.

El hombre en la plenitud de la vida, lleno de vigor, henchido de esperanzas tiende su vista con orgullo i respirando con fuerza dice: "todo es mio." Marcha i dice a la ciencia: "dame tus secretos o te los arrancaré;" dice al mundo: "quiero honores i los sabré merecer;" dice a la tierra: "dame oro o lo arrebataré de sus entrañas;" i dice a la felicidad: "yo sabré ser tu dueño." Lleno de ambicion mira su nombre talvar los espacios, oye resonar su fama en las jeneraciones venideras i contempla esculpida su memoria con caracteres indelebles.

Pasan los años i las canas adornan su cabeza i las arrugas ajan su frente; todo en el mundo le dice *adios*, mas él clama, con la vista en el cielo i el alma llena de esperanza "seré feliz."

¿I el hombre entónces que vive, que llora, que goza, que escala los cielos i que se despeña en los abismos, que arranca a la naturaleza con mano potente sus mas recónditos secretos i no comprende sus sentimientos, que blasfema de Dios i tiembla talvez ante una voz débil; no es un profundo arcano, un misterio imcomprensible? ¡I él es el rei de la creacion!

¿Qué fin se propuso Dios al ajitar nuestra alma de continuo deseo de saber? ¿Por qué dió tal encanto a lo desconocido si nuestro espíritu no puede comprender el universo ni comprender a Dios, si no ha de poder saciar sus ánsias en ese dulce hechizo del misterio? No lo comprendo, mas, a traves de ese misterio, Dios aparece a mis ojos con toda la grandeza con que mi mente lo vislumbra, con toda bondad con que mi corazon lo siente; con toda la perfeccion i belleza con que puede mi fantasía soñarlo.

Si pudiera mi vista contemplar a Dios cara a cara, si mi fantasía pudiera abarcarlo, si mi corazon le diera un amor que de él fuera digno; yo no me prosternaria ante él, yo no le tributaria adoraciones, yo no le consagraria todo mi ser porque no seria Dios, porque seria indigno de ser Dios.

Yo no concibo lo bello si lo comprendo perfectamente, no imajino lo poético en que nada se oculta, no encuentro grandeza donde todo se manifiesta, no veo lo sublime i no lo admiro si no sorprende con sus misterios a mi alma.

Pero ¿en qué consiste, vuelvo a repetir, ese misterio que en todo encontramos? ¿por qué tiene tal encanto para nuestra alma? i ¿por qué luchamos siempre por disiparlo, por destruirlo? Talvez el Creador cuando formaba de barro el cuerpo del hombre, penetraba los siglos i veia que ese barro, habia en su osadía, de disputarle su obra, i sintiéndose lleno de vida i de intelijencia habia de clamar con lábio blasfemo "Yo soi Dios, mio es el mundo, mios los elementos i mia será la felicidad." Talvez el Creador entónces, arrojando sobre el barro el soplo de vida, "Me sentirás, dijo, pero no podras comprenderme; te palparás, pero no podrás conocerte; contemplarás el mundo, mas no le arrebatarás sus secretos; buscarás por todas partes la dicha i nunca podrás encontrarla, porque la felicidad, la dicha verdadera solo en mí se encuentran." I desde entónces el alma llena de vigor, ansiosa de dicha, corre con entusiasmo en su busca, i en cada secreto, en cada misterio, en todo lo desconocido, en todo lo que percibe que algo se oculta, se detiene, se afana i se empeña en descubrir lo que sus ojos no ven; pero que ella siente i pretende adivinar. Herida por la maldicion del Eterno, sabe que el dulce objeto de sus ánsias es infinito, que él saciará sus deseos i que él solo podrá llenarla de felicidad i darle el anhelado reposo; pero sabe tambien que se ocultará a su vista, que adivinará su cercanía i se esforzará en vano por alcanzarlo, sabe que podrá deslumbrarla el brillo de sus resplandores, pero que su mirada no penetrará la aureola de gloria que lo circunda.

Por eso el alma humana en todos los tiempos, en todas las rejiones, ha trabajado de continuo por penetrar todo lo desconocido, por disipar todo lo misterioso, porque, aun sumida en la ignorancia, una intuicion secreta le decia sin cesar: "Tu felicidad ha de ser infinita; pero se ocultará siempre, siempre la envolverá un velo impenetrable a tus ojos." I el alma humana ajitada de ambicion insaciable cree encontrar en todo lo desconocido, en todo lo misterioso un reflejo del objeto de sus deseos, la felicidad sin límites; cree ver ocultarse bajo espeso velo, la dicha inmensa que necesita, es decir, a Dios, aunque talvez, sumida en el error o en el vicio, no lo conoce o insulta su nombre.

He aquí, a mi modo de ver, el secreto de la atraccion irresistible que sobre nosotros ejerce lo que no conocemos, lo que nuestra mirada no alcanza a percibir.

En las edades antiguas acosado el hombre del deseo de saber i sin una luz en su horizonte que lo guiase, tendia su vista sobre todos los objetos i todos tenian para él un misterio. Esos misterios exitaban su noble ambicion, lleno de intelijencia, entusiasta i constante, se propuso aclarar esos arcanos, conocer a Dios, conocerse así mismo i conocer el universo; estudió, consagró vidas enteras a la consecucion del objeto de su anhelo e hizo nacer la filosofía antigua.

¡Audaz, habia creido que un momento habia de llegar en que su vista recorreria todo el horizonte sin que ninguna nube le velara la mas pequeña parte; no sabia que ese horizonte es infinito, como es infinito Dios; no sabia que su ojo ve solo una pequeña porcion del espacio i que si mas allá penetrara cegaría con los resplandores de un brillo desconocido!

Resultado del deseo de escudriñarlo todo, de rasgar todo velo importuno, la Filosofía antigua no fué mas que un puñado de secretos arrancados por la razon del hombre a la naturaleza. Esa ciencia reunia en su seno los jérmenes de todas las ciencias. Bajo el techo del filósofo, se cobijaba entónces al mismo tiempo el alquimista de las edades medias i el químico i físico de las modernas, el teólogo i el naturalista, el sicólogo i el médico.

El cristianismo suspendiendo la lámpara de la fé en medio del campo tenebroso de la ciencia mostró a los espíritus sendas seguras, les dió báculos firmes para que no se despeñasen i señaló en lontananza el punto luminoso de la felicidad infinita.

Desde entónces el alma humana momento a momento arrancó a la naturaleza sus mas recónditos secretos i comprendiendo que con su pequeñez no podia abarcar el campo ilimitado de lo misterioso, fijó su vista en pequeño número de secretos i surjieron de consuno todas las ciencias.

Las ciencias, sin embargo, aunque han arrancado a la naturaleza los velos que la cubrian dejando a nuestros ojos manifiesta su grandiosa majestad, no han investigado todavía la mas pequeña parte de lo que el hombre ignora, de lo que ignorará siempre sobre la tierra.

Los poetas, es decir, esos hombres cuyo corazon sabe verter sus sentimientos en cadenciosos sonidos; esos, cuyas almas están dotadas de cualidades delicadísimas, que saben mejor que ningunas encontrar lo bueno, lo verdadero, lo bello, lo sublime, amarlo i espresar ese amor en dulcísimos cantos; han sabido siempre buscar en el misterio el secreto del hechizo de sus cantares, han sabido siempre, imitando a la naturaleza, en sencillas i suaves formas, ocultar levemente sus mas hermosas concepciones.

Sí, la poesía que tantos en balde se han empeñado en definir, requiere como uno de sus elementos indispensables, necesita como del mas rico de sus perfumes, del misterio, unas veces, casi impenetrable por lo grandioso o lo profundo, otras, sencillo i fácil de adivinar, cuando los pensamientos son delicados o tiernos.

¿Por qué todos los copleros plajiando a los grandes poetas prefieren para asunto de sus cantos, la noche con su luz indecisa, al dia brillante que lo alumbra todo? ¿Por qué en toda bella trama, en todas las mas hermosas canciones, es el amor con sus misteriosas i múltiples formas el que exita nuestro interes, i no son las otras pasiones que en sus desahogos i en su manera de obrar se manifiestan con toda su fuerza, con toda su desnudez.

¿Sería acaso tan bello, tan grandioso el carácter de Hamlet i su venganza, sin ese odio secreto, sin esa desesperacion profunda, sin ese vigor i ese desaliento incomprensible?

El alma del hombre, si no sabe, siente que Dios, que es su fin, es infinita verdad, bondad infinita, belleza sin límites, majestad aterrante. Creada para Dios, siempre se ajita buscando un objeto que amar que la sacie, que la llene; siempre ambiciona algo sobre la tierra i busca siempre ansiosa ese objeto para reposar tranquila. Siente que es incapaz de comprenderlo, sabe que como es infinito, no podrá abarcarlo; pero siente que con su posesion será feliz i sabe que en su amor encontrará la paz.

El poeta en sus versos, el filósofo en sus elucubraciones, el pintor en sus cuadros, todos los artistas en fin; ponen en sus obras el sello de su carácter, i hacen sentir en ellas el poder i la magnitud de su jenio; i de la misma manera, en las obras del Artífice Supremo encontramos el misterio como uno de sus caractéres mas marcados para nuestro entendimiento, nuestra impotencia para comprender sus obras nos revela claramente la infinita grandiosidad de su autor.

Ama, pues, el hombre todo lo desconocido por instinto, i su instinto es tanto mas fuerte en las almas que conservan el vigor de la inocencia o tienen necesidad de un amor intenso. Por eso el niño sin darse cuenta de la causa que

lo lleva busca lo que no conoce i trata de penetrarlo; por eso la mujer, nacida para amar, es acusada de curiosa, porque en lo desconocido, en el misterio, busca lo que puede darle el amor que necesita, busca a Dios.

Santiago, agosto 31 de 1872.

R. Larrain Covarrúbias.

MAS ALLÁ.

¡Se van los años; la vida
Con ellos tambien se va,
El corazon solo queda
Siempre ansiando, ansiando mas!

Era mui niño; contento
Gozábame en corretear
Por las verdes, dilatadas
Riberas del Paraná.

Mi pecho no conocia
Ni aun el nombre del pesar,
I no turbaba una sombra
Mi sin par felicidad;

Ni recuerdos dolorosos,
Ni un ser por quien derramar
Una lágrima de duelo,
Ni desdichada horfandad.

Mas el alma fatigada
De una escena siempre igual,
Preguntábase anhelosa
—¿No habrá nada mas allá?

Los años fueron llegando,
Pasando los años van
I el alma impaciente sigue:
—¿No habrá nada mas allá?

¿I qué habrá? ¿Dulce esperanza
Halagaráme quizas
De quietos años, felices
A la sombra de un hogar?

¿Las ilusiones queridas
Del alma, acaso serán,
Que vaga por vez primera
Por ese mundo ideal,

Donde reinan suaves brisas,
Delicias i suavidad,
I una eterna primavera
Que al amor brindando está?

¡Ah! nó ¡que he visto las rosas
Bellas ayer, hoi rodar,
Marchitadas por la helada
A impulsos del huracan!

¡He visto rudos pamperos,
Rujiendo en la inmensidad,
El cielo azul de mi patria
En un instante nublar!

¡He visto rostros tan puros
Un sufrimiento mortal
Llevar impreso en la frente
I he visto tanto llorar!

¡Oh! yo no espero que sea
Mui feliz el mas allá,
Siempre pensé que en el mundo
El vivir era luchar.

Llegará, sí, la tormenta
I en derredor rujirá
I al contemplarla deshecha
Temblará el alma quizás.

¡Fantasías, ilusiones,
Esperanzas de otra edad!
¿Cómo ireis, gratos engaños,
Otros sueños a turbar?

Mas no importa, mensajeras
De dicha o de adversidad
No tardeis, horas deseadas,
No os hagais tanto esperar.

Si colmadas de alegría
Venis, veloces llegad,
Todo el amor de mi pecho
Para amaros bastará.

Mas si solo desengaños
Tristísimos me anunciais,
Tengo un tesoro guardado
De fé que me sostendrá.

Esperanza de los tristes,
Consuelo en la adversidad,
Que en las horas de infortunio
Valor a mi alma dará.

L. R. P.

UNA CONTRA-RECTIFICACION.

Cuando escribíamos los datos que acaban de leerse sobre la cancion de Robles, lo hicimos con la intencion de rectificar el error en que parece haber caido el señor intendente Vicuña confundiendo en su decreto de últimos de agosto la poesía con la música de la antigua cancion nacional.

Ahora nos encontramos con que el señor don Miguel Luis Amunátegui cae en el mismo error; pero de un modo mas erudito i terminante; pues dice que "se cree obligado a rectificar" lo que afirmamos al decir que la cancion nacional, con la música de Robles, se cantó por primera vez el 20 de agosto de 1820.

Si alguna duda hubiéramos tenido sobre este particular, los argumentos del señor Amunátegui la habrian disipado completamente.

Dice este caballero: "La cancion nacional se tocó i cantó por primera vez en las fiestas de setiembre de 1819." Esta cancion que se tocó i cantó ¿fué con la música de Robles?—Nó, señor. Pudo cantarse i aun bailarse con el sin número de entonaciones que aparecieron cuando salió a luz la poesía de don Bernardo Vera, ese mismo año; de una de las cuales, que no era la mas fea, aun conservamos parte en la memoria.

Sigue el señor Amunátegui:—"El Presidente del Senado, don Francisco Antonio Perez, comunicó por oficio del 20 de setiembre del año citado al director supremo don Bernardo O'Higgins que aquella corporacion habia visto con placer la cancion que éste le habia acompañado, i que ella merecia justamente el nombre de *Cancion Nacional de Chile*, con que el Senado la titulaba." ¿Dónde está aquí, no diremos la música de Robles, pero cualquiera otra música? El Senado habla de la poesía, porque a la poesía *sola*, como a la música *sola*, se les puede llamar, i se les llama, *Cancion Nacional*.

Pero donde la lójica del señor Amunátegui es matadora, es en lo que sigue:—"Puede Vuestra Excelencia, decia Perez a O'Higgins, mandarla IMPRIMIR, repartiendo en todo el Estado ejemplares, i al Instituto i escuelas para que el 28, (¿el 28?) del presente saluden el dia feliz en que dió el primer majestuoso paso de su libertad."

El Senado ponia al Director Supremo en un terrible aprieto, pidiéndole que mandara *imprimir* la Cancion Nacional, música i versos, segun el señor Amunátegui; i esto mui de prisa i en Chile, donde no se conoció el arte de imprimir música hasta *veinte años* mas tarde. El Director debia haber vuelto la mano al Senado convocándolo para preguntarle en qué imprenta o litografía se haria la obra, del mismo modo que el emperador romano reunió al senado para consultarlo con qué salsa guizaria un pescado mui gordo que acababan de regalarle.

Continúa el señor Amunátegui: "El mismo 20 de setiembre de 1819, el director O'Higgins promulgó el precedente acuerdo del Senado; i entre otras cosas, ordenó que al teatro se pasaran *cuatro* ejemplares para que al empezar toda representacion se cantara primero la Cancion Nacional." ¡Cuatro ejemplares! Si eran con acompañamiento de piano, con uno habia suficiente. Si para orquesta, con uno habia de sobra; pues la orquesta, de que formábamos parte, no tenia mas que *ocho* músicos. Pero nos olvidamos de que la *imprenta de música* de don Bernardo se habia anticipado veinte años a su época.

Claro es, pues, que se trata de los versos, pues las tiritas de papel en que Robles habia escrito la música para la orquesta, estaban en el archivo del teatro, con las sinfonías i oberturas que se tocaban en los entreactos.

Añade el señor Amunátegui: "Para que no quede la menor duda acerca de este punto, léase el documento siguiente:

"La cancion patriótica, cuya composicion encargó S. E. el Supremo Director a usted, ha ocupado un distinguido lugar en la fiesta nacional del 18 de setiembre, habiendo primero merecido el título de *Cancion Nacional* por la sancion de los poderes Lejislativo i Ejecutivo. S. E. tiene la mayor satisfaccion de que ha usted desempeñado su encargo manifestando un entusiasmo i brillantez propios de un ascendrado patriotismo i acreditado talento. De órden suprema, tengo el honor de comunicarlo a usted para su satisfaccion. Dios guarde a usted muchos años.—Ministerio de Estado, octubre 2 de 1819.—*Joaquin Echeverría*.—Señor doctor don Bernardo Vera." ¿Dónde está Robles i su música? volvemos a preguntar.

Como si lo anterior no fuera bastante para abrirle los ojos a un ciego, aun añade el señor Amunátegui que el 20 de agosto de 1820 se cantó "por la vijésima o quincuajésima vez" la cancion de Robles.

Lo que hai de cierto es que el señor Amunátegui cae en su error por la cuadrajésima vez, haciendo cantar la música de Robles cuando éste no soñaba en escribirla. Ya ántes habia dicho "que hai *constancia fehaciente* de haber sido compuesta en 1819, no solo la letra de la Cancion Nacional, sino tambien la música." ¿Qué música? Ya hemos dicho que hubo canciones en gran número, como sucedió ántes en Buenos-Aires, i mas tarde en Chile, con motivo del himno de Yungai, del señor Renjifo.

De propósito no hemos querido mencionar ninguno de los muchos datos que, como contemporáneos podriamos alegar, prefiriendo aquellos con que el señor Amunátegui cree *rectificarnos*.

Cite este caballero, no ya algun decreto, sino algun documento o escrito en que pruebe con razones, especiosas siquiera, que la música de *Robles*, de *Robles* decimos, se cantó ántes del 20 de agosto de 1820; i esté seguro de que la primera vez que tengamos el gusto de encontrarnos en su presencia, levantaremos nuestro sombrero mas alto que de costumbre.

Santiago, setiembre 4 de 1872.

O. O.=José Zapiola.

IMPRENTA NACIONAL.—1872.

LA ESTRELLA DE CHILE.

AÑO V. Santiago, setiembre 15 de 1872. Núm. 259.

LOS GRANDES RECUERDOS.

La semana que hoi empieza, está toda entera consagrada a la conmemoracion de los grandes dias de la patria.

Respírase por todas partes un ambiente de vida tal, que involuntariamente trasporta nuestras almas a aquellas edades en que los padres de la patria jugaban en los campos de batalla la suerte de cien pueblos.

Los que hoi viven i gozan del fruto de sus sacrificios se levantan para bendecir su memoria, i removiendo las piedras que cubren sus tumbas, descienden a ellas para regar sus cenizas con las lágrimas del agradecimiento, ya que no les es dado repetir como Cristo a Lázaro: *surge*.

Esa seria la aspiracion de todos, si fuera posible reanimar los restos de los que llevaron a Chile a sentarse en el banquete de las naciones independientes.

¡Oh! si los que hace 62 años, a tientas, sin conocer a dónde iban, hablando a media voz, se atrevieron a iniciar la obra de la independencia, pudieran presidir nuestras fiestas i asociarse en nuestros regocijos!

Por cierto que no se arrepentirian de haber hecho lo que hicieron, de haber luchado, trabajado i muerto por Chile.

¡Felices los pueblos que en los dias del aniversario de la patria pueden mirar con frente serena el pasado, sin que el sol de los recuerdos venga a alumbrar una escena que haga salir a la cara el sonrojo de la vergüenza!

I Chile es feliz!

Hace muchos años que en él impera la lei; que en las ciudades i en los campos no se oye otro ruido que el silbato de las locomotoras i el rechinar de las máquinas que abaratan los productos; que bajo su cielo viven en paternal union millares de hombres, que comen honrada i alegremente el pan que dá el trabajo; i que en todas partes se siembran i se cosechan frutos de bien i de prosperidad.

I todo ello es honroso i habla mui alto en favor de la cultura i de la moralidad que constituyen el carácter distintivo de nuestra patria.

Viviendo del trabajo que es paz, honradez fuerza; fortificado por el trabajo, que es deber, alegría i verdad, Chile puede lanzarse en alas de la esperanza i diseñar con los colores del iris el cuadro de su porvenir.

Si vivir es luchar para el hombre, vivir es luchar incesantemente para los pueblos.

Hacer guerra cruda, sin tregua, a la ignorancia, destruir las preocupaciones, desarraigar los jérmenes del mal; servir a las buenas ideas, dar aire, horizonte i fuerza a toda noble causa, no es una tarea fácil ni de un dia.

Pero es mucho mas difícil i mas larga la tarea de saber mantenerse dentro de los límites que señalan la justicia i el bien, aprendiendo siempre, no envaneciéndose jamas con el triunfo alcanzado, sacando del trabajo, que postra momentáneamente, fuerzas para trabajar despues, haciendo del deber cumplido, no un motivo de vana ostentacion, sino una obligacion para no separarse nunca del camino empezado.

I todo esto, i aun mucho mas, ha hecho Chile.

Sin obedecer a las inspiraciones del santo orgullo que hace latir apresuradamente el pecho al sentirse chileno, la imajinacion se espacia libremente cuando mira al porvenir.

Si el pasado enorgullece, si el presente a nadie descontenta, el porvenir se nos muestra envuelto en nubes de fundadas esperanzas.

En los 62 años de vida independiente no han escaseado lecciones amargas, rudas pruebas ni punzadoras espinas.

Las lecciones han sido enseñanza; las pruebas han fortificado la virilidad de nuestra patria; todo ha sido parte a hacer mas sólido i mejor el cimiento en que descansa el edificio de nuestra organizacion social i política.

Los campos de batallas i la luchas en que se derrama la sangre de hermanos son apénas un recuerdo que el tiempo borrará mas presto de lo que esperamos.

Cuando en esto se piensa, involuntariamente se escapa del pecho una palabra que es accion de gracias a la Providencia i a los hombres que fueron la mano que realizó lo que muchos creyeron sueños de la fantasía, delirios de un loco.

I en pos de esa palabra viene un recuerdo doloroso, que tiene algo de espiacion, mucho de ofrenda que es, al ménos, una justicia póstuma hecha en el severo tribunal de la conciencia individual a cada uno de aquellos héroes.

Héroes en el amor, en el sacrificio i en la espiacion, jamas tendrán las jeneraciones que gozan de la felicidad, a la sagrada sombra del árbol que ellos regaron con su sangre, coronas bastantes para orlar sus sienes.

Ostracismo, olvido, pobreza, mas de un cadalso, ¿son esos los premios que les dió el pasado? ¿Son esos los laureles que tejieron para el guerrero, para el estadista, para el caudillo los pueblos que nacieron i se desarrollaron i vivieron al empuje de su brazo, del resultado de sus vijilias i sinsabores?

Si ello es verdad ¡por Dios, que es una verdad que avergüenza, i que impone a los que vivimos sagrados deberes que llenar para corresponder a los grandes sacrificios en los dias de los grandes recuerdos!

Nuestros aplausos al pasado.

Nuestros mas sinceros i tiernos votos al porvenir.

¡Los mártires de la independencia velen siempre por Chile, nuestra idolatrada patria!

¡Que el pueblo chileno cumpla en estos dias los deberes que le impone la gratitud! ¡Que en el altar de la patria, en donde no debe quemarse otro incienso que el del puro patriotismo, vayan todos a repetir el juramento de nuestros buenos padres: morir mil veces ántes que la mas leve mancha mancille el estandarte tricolor!

Los fundadores de la patria viven hoi en el templo de la inmortalidad.

A sus hijos toca realizar sus aspiraciones. Esa será una justicia i una espiacion.

Por lo demas, nobleza obliga.

VENTURA BLANCO.

SACRIFICIO SIN EJEMPLO.

Con laurel de eterna gloria
Dios premie a las grandes almas
Que se dan en holocausto
A una causa noble i santa!

Del harpa del trovador
Vibren las cuerdas doradas
Para rendir a los buenos
Homenajes de alabanza!

El parque de San Mateo
Situado en agreste falda,
Resiste el empuje apénas
De las armas castellanas.

Son unos pocos, que lidian
En lucha desesperada,
No ya por salvar sus vidas,
Sino por venderlas caras.

Miéntras ellos, uno a uno,
Van cayendo en la jornada,
Los enemigos reciben
Refuerzos de hombres i de armas.

Sangre se vierte a torrentes,
Los cañones abren ancha
I triste senda a los jenios
De la destruccion mas bárbara:

La fatiga del combate
Al rayo de un sol que abrasa
Trueca la sed de los labios
En irresistible rabia;

I los ayes se confunden
Con los gritos de venganza:
Todo en salvaje armonia
Con el trueno de las balas.

Punto para los patriotas
De mui inmensa importancia
Es el parque: de él depende
La suerte de la batalla

Que a sus piés libra Bolivar
Con las fuerzas Colombianas
Contra el grueso del ejército
Que el altivo Boves manda.

Es un depósito lleno
De municiones i de armas,
Una trinchera que importa
La salvacion de la patria:

Por eso dió su defensa
El caudillo de Carácas
A Ricaurte, que en la historia
Llena la mas bella pájina.

Ricaurte aun cuenta los años
De una juventud bizarra;
Pero, su noble prudencia
Parece que peina canas.

No ocupa aun el lugar
De los jefes de mas alta
Graduacion, i ya los suyos
Como al mejor lo señalan.

Tranquilo en la resistencia
Como impetuoso en la carga,
Es el primer paladin
El Boyardo de la patria!

Una pasion lo domina,
Solo una pasion, tan santa,
Tan poderosa, tan fuerte,
Que el guerrero le consagra

Con verdadero entusiasmo
Todo su ser, toda su alma:
I esta pasion jenerosa
Es su bandera, es su causa!

La considera tan noble,
Tan pura e inmaculada,
Que cien i cien veces diera
Su noble vida en sus aras.

Tales eran los soldados
Que en aquella edad luchaban
Con abnegacion sublime
Por la causa americana!

Viendo inútil la defensa,
Sus columnas destrozadas,
I segura la victoria
De las armas castellanas,

Ricaurte ordenó a sus filas
Formar, dió la voz de marcha,
Les hizo dejar el parque,
Al son de las roncas cajas,

I él solo quedó, resuelto
A decidir sin mas armas
Que su indomable enerjía
La suerte de la batalla.

Apénas descubrió Boves
Retirada tan estraña,
Lanzó contra los reductos
Su inmenso bosque de lanzas.

Arbitro, dueño a su antojo
Del parque se imajinaba;
Con él de toda Colombia:
Ya el placer de la venganza

Saboreaba con cariño,
Ya revolvia en su alma
Nuevos planes infernales
De traiciones i matanzas.

Bolívar ¡ai! entretanto
No comprendiendo la causa
De la fuga de los suyos,
Atroz dolor devoraba,

Fija en el parque la vista
Sin decir una palabra,
Sangre arrancando a sus labios,
Lleno de mortales ánsias.

—«¿Ricaurte, entre sí decia,
Ricaurte vuelve la espalda
I prefiere a honrada muerte
Vida de perpétua infamia?

«¡Oh! no es posible!.... Talvez
Alguna ilusion me embarga....
Víctima soi de un delirio
Que me ciega i que me engaña!»—

I, a fé, que el libertador
Esta ocasion se engañaba:
Ni huia el noble Ricaurte,
Ni traicionaba a su patria!

Súbito se oyó un rüido
Que retumbó en las montañas
Mas remotas, en los cielos
Se vió una radiante llama

Arder, i luego una nube
Subir, horrorosa i cárdena,
En confuso remolino
A las esferas mas altas.

Parecia un terremoto
Que la tierra destrozaba,
Diluvio inmenso de fuego
Volcan de horribles entrañas!

Quedaron al punto atónitos
Ambos bandos, honda calma
De estupor reinó un instante
En el campo de batalla;

Entreabierto el labio seco
Ante la emocion estraña,
Erizados los cabellos,
Convertidos en estátuas,

I llenos de inmenso espanto,
Cuando estuvo despejada
La atmósfera, comprendieron
Lo que en realidad pasaba.

Ricaurte en medio del fuerte
I solo entre los de España
Que eran mas de mil, prendió
La mecha a la santa bárbara!

Defender no pudo el parque
Porque su fuerza era escasa;
Mas no lo entregó a los fieros
Enemigos de su patria.

Voló con ellos!.... No cuenta
La historia en todas sus pájinas
Martirio mas abnegado,
Ni honra mas inmaculada!

CÁRLOS WALKER MARTINEZ.

LA GUERRA.

Los bárbaros del Norte que se arrojaron sobre el imperio romano de Occidente, que distaban inmensamente de la civilizacion moderna, que estaban léjos de poseer siquiera el grado de cultura a que habian llegado los romanos, administraban justicia de un modo bastante singular i que por lo mismo se ha hecho mui conocido.

Consistia éste en que acusador i acusado, en vez de comparecer ante un tribunal que pronunciara su fallo despues de oir las razones en que las partes apoyasen sus derechos, acudian al palenque, lugar donde la fuerza, la ajilidad o la fortuna de los contendores decidian de la justicia de su causa.

Muchas pudieron ser las causas del establecimiento de tal sistema en medio de pueblos cuyas costumbres adoptaron en gran parte sus conquistadores: la tribuna de las arengas no resonaba ya con la elocuente palabra de Ciceron, la proverbial integridad de los jueces era poco mas que un recuerdo. Natural era, pues, que los bárbaros rechazaran un sistema que, léjos de fascinarlos o de tener para ellos algun atractivo, contrariaba sus hábitos i heria sus mas arraigadas preocupaciones. Hombres acostumbrados a la lucha i a la libertad, no podian comprender cómo, recibiendo una injuria, el mejor partido fuera cruzarse de brazos i esperar de la voluntad ajena la reparacion del agravio. Habituados a confundir la civilizacion con la corrupcion de los romanos, jamas consintieron que el estudio reemplazara a los ejercicios bélicos, la aplicacion de las leyes al manejo de la lanza.

Pero sea de esto lo que fuere, es lo cierto que los hombres, persuadidos del absurdo que entrañaba ese sistema, han ido aboliéndolo gradualmente.

Hoi dia solo se recuerdan esas instituciones como una prueba del atraso de la época en que existieron. Al recordarlas, el sentido comun se subleva contra ellas. ¡I sin embargo esas instituciones existen i existirán largo tiempo en pueblos que se llaman civilizados i cristianos!

¿Qué es la guerra? Es el ejercicio de la fuerza que reemplaza al ejercicio de la razon, es la discusion que puede llevar a un avenimiento suplantado por el choque sangriento de las armas; la guerra es en fin el medio de hacerse justicia que tienen los Estados, medio absurdo i execrable, porque casi siempre trae consigo las mas tristes consecuencias. En primer lugar, la fuerza de una nacion como la fuerza de un individuo no son ni siquiera una probabilidad de que esa nacion o ese individuo tengan la razon en la contienda en que se encuentren comprometidos. Por el contrario, si hai un provocador, es natural que lo sea el mas fuerte, el que mas posibilidad tiene de vencer.

I nosotros, los que miramos con horror la bárbara justicia de la edad media, que estamos intimamente persuadidos de que esa justicia es impropia del hombre por estar reservada a las bestias, la usamos sinembargo para arreglar nuestras cuestiones internacionales.

A veces la oposicion de intereses, el deseo de supremacia i aun una sola palabra hiriente, determinan la ruptura de las relaciones entre dos Estados.

Respecto de las dos primeras causas de guerra enunciadas por via de ejemplo, solo diré que el interes que tenemos de enriquecernos o el deseo de sobresalir no nos autorizan para despojar violentamente a otros de los bienes que su laboriosidad o su fortuna les han proporcionado. I si los individuos no están autorizados para ello, tampoco lo estarán las naciones, cuyos de-

rechos derivan de los de cada ciudadano que las compone.

La última causa se presta a consideraciones importantes. ¿Tenemos derecho para castigar al que nos injuria? En el estado de naturaleza, que es el de las naciones, ese derecho existe incontestablemente; pero tiene su límite. En efecto, el castigo debe ser proporcionado a la falta i, como casi siempre el único castigo posible es la guerra, es claro que por ofensas insignificantes conviene no ser exijente. Cuántas veces un saludo omitido, un término algo duro empleado en una nota, han motivado un conflicto internacional que ha venido a decidirse despues de derramar torrentes de sangre i cuando los jemidos de los moribundos resonaban confundidos con los cantos de triunfo de los vencedores, cuando millares de seres inocentes lloraban la muerte de sus esposos, padres o hijos. I todo ¿por qué? Por una palabra talvez. ¡Cuán celosas de su dignidad se muestran en esto las naciones! I miéntras tanto nada es mas frecuente que verlas armar sijilosamente i acechar la oportunidad de lanzarse sobre sus vecinas como el bandido se arroja sobre el caminante desprevenido.

Otra consideracion que debe detener a los gobiernos ántes de emprender la guerra es lo problemático de los resultados. ¡Cuántas veces una nacion ha creido obtener grandes ventajas, i ha sufrido reves sobre reves i anegada en sangre i en lágrimas ha tenido que estipular cuantiosas indemnizaciones que la acabarán de arruinar i talvez la cesion de una parte de su territorio!

Trazando el cuadro de los males que la guerra ocasiona a los vencidos, no puedo ménos de referirme a la Francia. Ese gran pueblo, fiado en el número i disciplina de sus lejiones, en la táctica de sus jenerales, en el terror que el nombre frances llevaria a sus enemigos i orgulloso con el recuerdo de sus victorias: creyó que nada era mas fácil que cruzar el Rhin i, hacer entrar en Berlin las águilas que se habian ostentado triunfantes en los campos de Magenta i Solferino.

Ya sabeis cuánto distó el éxito de tan lisonjeras esperanzas. Si el gobierno frances en vez de provocar a sus vecinos se hubiera ocupado en organizar el pais de una manera conveniente, el mundo no habria visto con horror a Paris incendiado por los fanáticos de la demagojia.

Es fácil considerar los males que trae consigo una guerra; pero cuesta comprender cómo conociéndolos, siempre que la ocasion se presenta, los pueblos corren con furor a la tarea de mútuo esterminio. Sinembargo, se esplica por un abuso de nuestras mas nobles facultades. El hombre de corazon, que tiene un afecto profundo a su patria, se conmueve i se indigna cuando vé que ha sido insultada, i si la injuria ha sido inferida por un rival poderoso, arde en deseos de vengarla. No se detiene a contar las probabilidades de triunfo, porque hacerlo indicaria cobardia i, ademas, porque el éxito es seguro desde que se cuenta con los soldados mas valientes i con los jenerales mejores del mundo. La prensa ayuda admirablemente a la obra comentando lo que dice i piensa el adversario, como tambien lo que no dice ni piensa i exaltando así la vanidad nacional. Las proclamas de los príncipes son escuchadas como la voz de la patria en peligro que pide el auxilio de sus buenos hijos.

¡Cosa estraña! En la nacion rival los ciudadanos se encuentran animados de sentimientos análogos; creen a la patria amenazada i se apresuran a perder sus vidas para salvarla. I como en ninguna contienda puede haber justicia por ambas partes, se sigue que a lo ménos una abriga pretensiones injustas. ¿Cuál? No es fácil dar un criterio seguro para saberlo; pero a veces son las dos naciones. Una palabra que se escape a un ministro o una torpeza de un subalterno son ocasion de quejas demasiado enérjicas i que por lo mismo son totalmente desatendidas. I qué decir de la singular pretension que tienen los pueblos de creerse superiores en la guerra a todos los demas? Parece que la esperiencia misma es incapaz de demostrarles su error. Id a decir a los dos veces vencidos en Custozza que los austriacos son por lo ménos capaces de luchar con ellos, i se reirán de vosotros; otro tanto os pasará con los austriacos si les hablais de los vencedores de Sadowa. Mirad a la Francia que acaba de recibir una dura leccion, esforzándose en engañar al mundo i en engañarse a sí misma sobre las causas de su humillacion i sobre la proximidad de una revancha.

¡Errores de los siglos i de las pasiones que los siglos i la razon serena harán des-

aparecer! En efecto, harán comprender a los pueblos que su mision sobre la tierra no es la de destrozarse mutuamente; sino la de establecer su felicidad sobre bases mas estables que las que se conquistan por medio de la espada o del cañon. Les enseñarán que el uso de la fuerza es impropio de seres racionales; que su abuso es un baldon i no una gloria; que es peligroso por ignorarse sus resultados; que arruina el comercio i la industria; que es perjudicial para los mismos vencedores, pues que todo lo que adquieren no es comparable con la multitud de familias que quedan en la horfandad; i que por último traen consigo el mas fatal resultado posible: el triunfo del militarismo; i como consecuencia, la pérdida de las libertades públicas. ¿Qué ventaja puede compensar semejante pérdida?

Emprendieron la guerra para ser libres i quedan esclavos; soñaron ser dueños del mundo i no lo son de su propia casa. Conocerán que no es título de gloria ser siervos, aunque lo sean del dominador del universo; que al hacer una guerra sirven el interes de unos pocos i nó el de la patria, la cual solo necesita paz para progresar.

I los hombres sin pretender oprimir a sus semejantes, se mostrarán ufanos de vencer la naturaleza i hacerla servir a sus necesidades; dejarán las armas i tomarán los instrumentos de la agricultura: las naves, que en otro tiempo condujeron ejércitos, llevarán pacíficos trabajadores o irán cargadas con los productos de la industria: los hilos eléctricos, en vez de ocuparse en esparcir alarmas o en combinar movimientos estratéjicos, solo servirán para estrechar las relaciones de los pueblos: éstos tendrán jefes que ignoren la ciencia de matar hombres; pero que sepan guiarlos por el camino de la justicia.

Para llegar a esa edad feliz, es necesario que se cumpla el magnífico pensamiento citado por Ciceron:

«Cedant armæ togæ, concedat laurea laudi.»

Que las armas cedan su puesto a la toga, que el laurel militar sea reemplazado por la corona cívica.

Setiembre 10 de 1872.

CONRADO VICO.

ULTIMO ADIOS DE O'HIGGINS.

Infla su cándido lino
Gallarda la *Fly* velera;
I entre las ondas camino,
Al arrebol vespertino,
Se abre en rápida carrera.

¡Cómo avanza, cómo vuela
En alas de blanda brisa!
I ya se oculta indecisa,
I entre las brumas su vela
Apénas ya se divisa.

Mas ¡ai! nos roba esa nave
Un inclito héroe famoso
Que dió a Chile, por el grave
Yugo servil, ominoso,
Libertad, gloria i reposo.

Mirad un grupo sublime:
De pié el ilustre soldado,
Dos matronas a su lado,
De los tres el alma jime
Con llanto desesperado.

Son una madre, una hermana
Que su última despedida
Dan a la patria querida,
Arrancando suerte insana
Un pedazo de su vida.

Sí, que es tormento cruel
Dar la postrera mirada,
Desde estranjero bajel
A la prenda mas amada,
Una patria idolatrada.

«Por élla, dice el guerrero,
Sacrifiqué mi existencia
I empuñé el feroz acero;
Porque la amé con demencia,
Me odió de muerte el ibero.

«Fué este pecho a su metralla
Siempre blanco jeneroso;
Fué siempre terrible valla
De donde huyera medroso
Su furor en la batalla.

«Allá están Chillan i Roble,
Sus campos, bosques i vegas,
Do contra enemigo doble
Una causa justa i noble
Sostuve en cruentas refriegas,

«El estrépito aun retumba
De Rancagua: ¡heroico dia
Que iluminaste esa tumba
De patriotismo e hidalguía,
De constancia i valentía!

«¡Cuál brilla la cumbre enhiesta
De Chacabuco inmortal,
En cuya gloriosa cuesta
Recibió golpe fatal
El déspota colonial!

«¿I no es acaso esta tierra
Donde mi nombre propaga
El lustre de heroica guerra?
¿Tanta ingratitud encierra?
¿Así a sus mártires paga?

«O'Higgins te vió oprimida
I por tronchar tus cadenas
Gustoso ofrece su vida,
Fortuna i quietud querida
I la sangre de sus venas.

«I ni siquiera en su suelo
Puedo mis plantas tocar,
I entre las olas del mar
Busco el descanso, el consuelo
Tras del crudo batallar.

«¡Es premio de mis hazañas
El pan de la proscripcion
Pedir en tierras estrañas,
I talvez en sus entrañas
Sepultar mi corazon!

«Mas serás ¡oh patria mia!
Mi ensueño siempre, mi encanto;
Te perdono, i te amo tanto
Que en tí hallar la losa fria
Mitigara mi quebranto.»

Así el héroe. I los jemidos
Sus palabras acallaron,
Por las brisas conducidos
Sobre las olas volaron
I en las playas murmuraron.

En tanto la nave avanza,
Ya la tierra no se vé:
Entónce el instante fué
En que murió la esperanza
De poner en Chile el pié.

Antes que el héroe proscrito
Ajenas playas tocara,
Habia la muerte escrito
Que en otro suelo espirara,
Nunca a la patria tornara.

Estévan Muñoz Donoso.

LOS RECUERDOS.

Desde que el hombre nace a la vida hasta que se despide de ella, de una hora a otra, de un dia a otro, de un año a otro año, se mueve, vejeta i piensa bajo el imperio ineludible del tiempo. Es a este lo que el juguete al niño, lo que la hoja desprendida al viento que la arrastra. Capricho de la infancia, ilusion de la juventud, instabilidad del soplo de la fortuna, el rei de la creacion no es hoi lo que fué ayer ni lo que será mañana.

Todo cambia, se renueva i desaparece. Horas de dolor, instantes de alegria, sonrisas i lágrimas, proyectos i esperanzas, todo tiene una tumba, todo rueda al abismo que se abre a cuanto dejó de existir. Un sol tras otro sol, un mes tras otro mes arrastran consigo la infancia i con ésta la juventud.... En seguida la ancianidad se sienta helada al borde del sepulcro.

Torbellino de ideas i de pasiones; muchedumbre de seres que se acaban; estruendo de innumerables voces, llantos e himnos, imprecaciones, blasfemias i súplicas, ¿qué ha sido de vosotros? ¿Qué fué de las jeneraciones que ya han pasado? ¿Qué fué de aquellos momentos que un tiempo formaron nuestro presente? ¿Qué será de aquellos en que estamos? ¿Qué es lo que ya no vemos?

—¡Recuerdo!

Hé aquí toda una ciencia i toda una poesía: ciencia de la vida, ciencia del tiempo i del hombre; poesía de las tumbas, de las soledades i misterios; enseñanza i encanto.

El aire no conserva la huella del pájaro que vuela, ni el pez señala su camino por el agua: la fuente en su linfa sin color reproduce la nubecilla que se desliza por un cielo azul. Mas la nubecilla pasa i la fuente no la refleja otra vez. El hombre sin recuerdos es el aire, el agua, la fuente; espejo fantástico de lo que aun existe; misterio vacilante entre la nada de lo que fué i las tinieblas de lo porvenir; cuerpo decrépito con alma de niño, que no tiene pasado; ser que desciende al sepulcro sin saber lo que ha hecho, sin percibir que ha vivido, sin que le sea dable arrojar una mirada postrera al tiempo que fué su vida; hombre imposible, absurdo que anda, que

rie, que llora.... Ved en esto el alma sin recuerdo.

¡Nó! Lo que pasa i se disipa deja sus huellas en el espíritu. Como una galería de estátuas i de cuadros numerosos, el alma conserva la imájen de lo que tuvo vida, de lo que ya desapareció ante su mirada, de lo que produjo una impresion en sus sentidos, una idea en su intelijencia.

Los recuerdos son de este modo un mundo aparte, mundo que tiene un cielo propio; mundo que ostenta campos i ciudades, monumentos i bellezas; mundo mezclado de bienes i males: el mundo de lo pasado, vago panorama que ofrece aquí la flor cojida al pasar; allí la punzante espina que la hirió; allá una lágrima; despues una sonrisa....

Las vidas que el tiempo devora pueblan esos valles i esas ciudades. Los soles que hicieron su carrera los alumbran.

¡Ah, cuántas veces recorremos ese mundo para contemplar las sombras de nuestros padres i seres queridos, para evocar los instantes dichosos que se deslizaron a su lado, para abrazarlas aunque huyan semejantes al sueño fugaz!

Cuando el hilo de la vida comienza a desarrollarse, cuando sin saberlo dirijimos ya nuestros pasos a la muerte, no volvemos la vista hácia atras: el presente nos halaga i el porvenir se nos muestra risueño. Pero cuando el punto de partida comienza a alejarse, cuando los jardines con sus flores i perfumes van desapareciendo, cuando en la montaña de la vida la cumbre se presenta cercana, nos complacemos en volver la vista hácia el camino recorrido para arrojar, ántes de que se oculten, una mirada de despedida a los encantos i seducciones que nos arrullaron, a la felicidad que nos rodeaba. Por fin despues de haber encimado el punto mas culminante i contemplado desde el centro todo el vasto horizonte que se nos presenta, declinamos por la vertiente opuesta viviendo con la vida que hemos adquirido en la parte abandonada, con todo lo que gozamos o padecimos en ella, con los recuerdos, en una palabra.

La esperanza es la vida del jóven, porque el desengaño no ha marchitado aun sus sueños floridos de ventura. El anciano ha visto desvanecerse una a una todas sus ilusiones, está próximo a terminar el viaje de la vida i solo ve delante la paz eterna de la tumba. Su porvenir es un punto, su pasado toda su existencia. ¿Cómo, entónces, no recordar? Por eso el que ya cuenta los dias de la vejez evoca toda su vida para contemplarla en el momento que es su presente. A su vista desfilan los manes queridos del padre, de la esposa, del hijo i del amigo. Se reune a ellos i entónces reviven los dias de su niñez inocente, de su juventud vigorosa i de una felicidad pasada. Los recuerdos son, de esta manera, el consuelo i el patrimonio de la vejez, el sosten del alma i el solaz de una imajinacion fatigada por el peso de los años. Pronto el anciano mismo será un recuerdo entre los demas hombres; i acaso el polvo del olvido lo borrará de su memoria.

¡Cuán felices son aquellos instantes en que el hombre, olvidando su presente, se consagra a la memoria de los que ya murieron! ¡Cuán hermosa es la vida de los recuerdos! ¡Almas que amásteis, almas que fuisteis virtuosas, vuestra fisonomía, vuestro nombre están grabados en otras almas que os recuerdan con amor, que os veneran con afecto!

La ausencia, en vez de borrar los recuerdos, los reaviva, los embellece i los hace mas amables. La distancia no basta para destruirlos; i miéntras mas se alejan los corazones en la tierra, mas se estrechan en el amor: la imájen, el recuerdo del ser amado, levanta sus tiendas en lo mas profundo del ser que ama. Hé ahí dos almas que marchan juntas, que hablan, que se contemplan en el sueño, en la vijilia, en la soledad, en el bullicio, en todas partes.

Por esta razon, el proscrito camina con los ojos vueltos al hogar, a la patria, donde respira su alma, donde vive el objeto de sus mas puros afectos. Vano es todo lo que ve de bello i encantador, vanos serán sus tesoros, vanas sus glorias para disipar los recuerdos del suelo que lo vió nacer, de la cuna que lo meció, de la vida feliz que lo arrulló al lado de su familia i amigos.

Esos recuerdos consuelan, fortifican i defienden al proscrito contra la indiferencia i el desprecio del estranjero. Ovidio, arrojado entre los bárbaros del Ponto, escribe sus *Elejías* i sus *Epístolas* empapadas en la fragante poesía de los recuerdos. Cuando traia a la memoria la imájen del hogar, de los amigos de Roma; cuando recor-

daba aquella noche infausta que lo arrebató a los brazos de la esposa i de los hijos, las lágrimas afluian a sus ojos, i lleno de de amargura esclamaba:

«Sedibus in patris det mihi posse mori.»

Tambien aquel que ha consumido sus mejores dias en el crimen i en el vicio se ve rodeado de recuerdos; pero de recuerdos que lo amenazan, que lo desesperan i abruman. Ellos son entónces visiones horribles, fantasmas que prometen castigo, sombras misteriosas que lo estremecen i sobresaltan en medio del sueño, de la embriaguez de la orjia, donde el criminal se encuentre a todos instantes. Entónces el recuerdo es pavor, convulsion, remordimiento. Entónces el hombre es victima de sus recuerdos. Entónces éstos son un aviso constante i un castigo saludable, una valla i un verdugo de rostro feroz.

Los poetas de la antigüedad se habian figurado un rio, el rio del olvido, donde las almas bebian aguas que las libraban de los recuerdos importunos. Para recorrer los campos de la luz eterna era necesario olvidar los deslices de la vida, porque, como punzante espina, atormentaban a las almas. Hé aquí el recuerdo del vicio i del crimen asediando de un modo terrible a los que no piden perdon....

Mas ¡nó! las aguas del olvido respetan los recuerdos de afecto i de gratitud. No son capaces de hacer desvanecerse los espectros de la conciencia estraviada. El rio del olvido se detiene en su curso ante los grandes sucesos, que se arraigan en el corazon de todos como un árbol secular afianza sus raices en la tierra. No todo lo arrastran i envuelven en sus corrientes esas aguas opacas i silenciosas: los recuerdos son necesarios al hombre.

El hombre que recuerda se coloca entre dos mundos: el mundo del pasado i el del porvenir; éste lleno de esperanzas i de ilusiones, de sueños i de proyectos; aquel lleno de recuerdos i de enseñanzas, de poesía i de misterio.

Una mirada al recuerdo i otra a la esperanza, hé ahí la esperiencia.

El hombre es enseñado por los recuerdos. Con ellos atraviesa la vida i descansa en el sepulcro. Con ellos se enaltece, se atrae el respeto i la estimacion de todos, se hace prudente, previsor, sabio, casi infalible. Gusta entónces los frutos de la esperiencia. Por eso he dicho:—Los recuerdos son una enseñanza.

Los recuerdos corresponden a la soledad, al silencio, a lo que ya no existe. Son la efijie del ser querido, la evocacion de nuestra dicha pasada. Tienen algo de las tumbas, del postrer suspiro de una alma que se exhala. Son la historia de nuestra vida, de nuestras afecciones i de nuestras esperanzas. Son la vida misma considerada desde el sepulcro. Por eso he dicho:—Los recuerdos son toda una poesia.

Setiembre 11 de 1872.

VICENTE AGUIRRE VÁRGAS.

LA AURORA.

Te estoi contemplando, aurora,
Brillar en el horizonte,
I tu lumbre me enamora,
Cuando lejana colora
La oscura cumbre del monte.

Mas ¡ai! en mi pensamiento
Se ajita la incertidumbre,
Martirio traidor i lento
Que torna el mayor contento
En amarga pesadumbre.

Bello es ver tu resplandor,
Pero, el rayo encantador
Con que bañas la llanura
¿Será nuncio de ventura
O presajio de dolor?

¿Quién lo sabe? el sol naciente
Muestra su puro arrebol,
I mi corazon presiente
Que no alumbrará mi frente
Muchos años, ese sol.

Aurora, tú que me viste
Lleno un tiempo de alegria
¿Por qué me encuentras hoi triste?
¿Por qué sufre el alma mia
Penas que no conociste?

¿Te acuerdas de aquellas horas
Tranquilas i seductoras
En que a la orilla del mar,
Tus tintas encantadoras
Me mostrabas al rayar?

Yo te ví romper las brumas
I a tu brillo parecian
Del hondo mar las espumas,
Cisnes de nevadas plumas
Que en las ondas se mecian.

Horas que perdidas lloro
I que nunca han de volver,
Recuerdos que loco adoro,
Porque ellos son el tesoro
De mis sueños de placer.

¿Dónde fué vuestra hermosura?
¿Por qué en lugar de ventura
Me dá el alba al despuntar
Horas de eterna amargura,
Horas de eterno pesar?

¿Por qué mi mente indecisa
Vaga en pos de una ilusion?
¿Por qué huyeron tan de prisa
De mi labio la sonrisa,
La paz de mi corazon?

Tú, no lo sabes, aurora,
Tu brillo tranquilo dora
El sonrosado horizonte,
I tu reflejo colora
La oscura cumbre del monte.

Tú, elevas indiferente,
Hermosa aurora, tu luz,
I aguardas tranquilamente
Que la noche tristemente
Te envuelva con su capuz.

Yo, en la aurora de mi vida
Ví su luz apetecida,
Sobre mi frente brillar;
I hoi la miro oscurecida
Por la noche del pesar.

¡Noche eterna, cuyo cielo
Ninguna estrella alumbró,
A traves de cuyo velo
Sueña el alma en su desvelo
Ver la dicha que perdió!

¡Por eso tus tintes rojos
No me causan alegría,
Por eso lloran mis ojos
Lagrimas, que son despojos,
Aurora, del alma mia!

¡Por eso al rayo que lanza
Perdiéndose en lontananza
Tu pasajero esplendor,
Despiertas de mi esperanza
Cien recuerdos de dolor!

¡I por eso vengo a verte
Aunque renueves mi herida,
Pues quiero ver si por suerte
Es la aurora de tu vida
Crepúsculo de mi muerte!

Santiago, setiembre 2 de 1872.

FLORO.

CORONA DE ORO

I CORONA DE CAMPANILLAS.

Leyenda del mes de María.

Las campanas de la iglesia de Lanvilio anuncian con alegres repiques la inauguracion del bendito mes de mayo, i llaman a los fieles a la casa de Dios.

Las jóvenes de Lanvilio se han esmerado en adornar el altar de su santa protectora. Sobre una colina formada de gradas i cubierta de encajes i guirnaldas de flores, se levanta radiante i pura la celestial imájen de la Madre de Dios; un trono de verdura cobija su cabeza coronada de estrellas, i la luz de las lámparas medio escondidas entre el follaje, realza las rústicas bellezas del trono de María.

Venid, ¡oh! ¡venid todos a los piés de vuestro Madre que, llena de ternura por sus indignos hijos, los llama con sus suaves sonrisas, con sus dulces miradas, i les tiende los brazos amorosos para estrecharlos contra su corazon inmaculado!... ¡Para protejeros i consolaros, no aguarda de vosotros sino una oracion, un suspiro i una lágrima!.... ¡Venid!....

* *

Esto decian las campanas con sus alegres repiques; i la naturaleza con el canto de sus pájaros, el olor de sus flores i el soplo de sus brisas, parecia repetir: ¡Id a saludar a vuestra Reina, id a venerar a vuestra Madre!....

¿Por qué, pues, María de Kerelec se queda en casa, cuando todos van a la iglesia? ¿Por qué ella, que al nacer fué presentada a la Virjen i adornada con su santo escapulario, no va tambien a unir su voz a la de sus compañeras, que en es-

te instante entonan las alabanzas de la Madre de Dios?

Ai! la pobrecita María, a consecuencia de una grave enfermedad, se quedó paralítica. Su cuerpo está muerto, pero nó su intelijencia ni su corazon, que viven para atormentarla con las penas de su madre, que no puede acostumbrarse a ver a su hija, tan jóven i tan bella, consumirse lentamente, privada de todos los goces que podia proporcionarle su fortuna i elevada posicion social.

—¿Por qué te aflijes, mamá? le dice algunas veces la dulce niña. Dios quiere que padezca; será para mi bien.

Madama de Kerelec besa tristemente la mano de su hija resignada, i huye para ocultar sus lágrimas.

María está reclinada en su silla de ruedas, delante de la ventana abierta que da al campo. Sus grandes ojos azules dirijen al cielo una mirada enternecida; sus manos se cruzan sobre su pecho en devota actitud, i sus labios se entreabren dulcemente murmurando la sentida oracion que se eleva de su alma inocente.

Madama de Kerelec entreabre la puerta de la alcoba i mira a su hija con inquietud.

—¿Por qué no te has ido, mamá? pregunta María.

—Ya me iba cuando creí que me llamabas.

—¡Qué buena eres, querida mamá!.... Pero no tengas cuidado, pues si necesito alguna cosa, llamaré a la criada; anda, anda pronto a rogar por mí, ya que yo no puedo ir a la iglesia.... ¡Tengo tanto deseo de que hoi mismo lleves mi regalo a mi patrona!.... ¡Qué felicidad si, en cambio de tan pobre ofrenda, la Santísima Vírjen me concediera la salud!....

—¡Dios permita que sea así, pobre hija mia! esclamó Madama de Kerelec, besando con apasionada ternura la pálida frente de la enfermita.

—¡Dios es poderoso i no niega nada a la Madre de su Hijo! respondió la niña. Espera, espera, mamá.

La mirada i el acento de María revelaban tan profunda fé, que la pobre madre se alejó murmurando:

—¡Oh Dios mio! oye sus votos: ¡no la dejes esperar en vano!

* *

En una de las casas mas pobres i retiradas de Lanvilio, vivia una enferma para la cual las campanas de la parroquia habian multiplicado inútilmente sus alegres repiques. Se llamaba Mónica Jossel, i no tenia mas familia que una niña de quince años de edad, la preciosa Elena, muchacha laboriosa, intelijente i buena, a quien las madres proponian como modelo de virtud a sus hijas.

Cada toque de campana daba dolorosamente en el corazon de Elena, que sentada a la cabecera de la cama de su madre, disimulaba su pesar de no poder ir a la iglesia.

—¿Por qué no vas a la iglesia a orar con tus compañeras? preguntó Mónica viendo a Elena que tomaba su rosario i se arrodillaba a rezar.

—Prefiero orar con vos, madre mia, dijo la jóven levantándose i abrazando cariñosamente a su madre: cuando esteis alentada iré; pero miéntras tanto, no puedo dejaros sola.

—¡Alentada! murmuró Mónica sonriéndose tristemente.

—Sí, alentada, madrecita; ya tornó la primavera, i yo le he rogado tanto a la Vírjen i pienso pedirle tanto en este mes, que tendrá que oirme, para cumplir con su encargo de *consuelo de los aflijidos* i de *salud de los enfermos*.

Diciendo así, Elena cayó de rodillas i empezó a rezar. Mónica respondió al principio con voz quebrantada por la enfermedad; pero luego solo la voz dulce i conmovida de Elena interrumpió el profundo silencio de la humilde cabaña, pues la enferma se quedó apaciblemente dormida.

Terminada su oracion, Elena se levantó i se puso a trabajar. Aprovechando un momento en que una vecina suya acompañaba a su madre, la niña cojió en el campo vecino flores i ramas de campanilla para hacer una corona a la Vírjen, i en eso era en lo que ahora trabajaba con tanto empeño.

* *

La puerta de la cabaña se abrió dulcemente i una muchacha de la vecindad se acercó a Elena i le dijo cojiéndole la mano:

—Buenos dias, amiguita, ¿cómo está tu madre?

—Gracias a Dios, ahora está tranquila

duerme, respondió la niña, mostrando la cama de su madre; i despues de un momento de silencio, añadió:

Francisca, ya que has tenido la bondad de venir, ¿querrás estarte aquí un momento, miéntras voi a la iglesia a llevar a la Virjen esta corona?.... ¡Qué bello estará este año el mes de María! ¡I yo que no puedo asistir! añadió suspirando.

—Sí, mui bello, porque las señoras del castillo i las muchachas del Lanvilio se han esmerado en componer el altar con sus mejores joyas i sus mas bellos encajes....Pero no te tardes, Elena; anda pronto, porque ya cuando llegues, habrán cerrado la iglesia....

—¡Oh! ¡no estéjos, i voi corriendo! esclamó la jóven, i alzando las cortinas de la cama, besó suavemente la frente de la enferma, se despidió de su vecina con una seña, i alegre como un pájaro salió corriendo a la calle con su corona en la mano.

Cuando la niña llegó a la iglesia, habia terminado la fiesta. El olor del incienso embalsamaba todavía el santuario; algunos cirios, ofrenda de las piadosas aldeanas de Lanvilio, ardian lentamente a los piés de la Virjen. La iglesia estaba desierta; solo una mujer vestida de luto, con la cabeza apoyada en las manos, oraba con profundo recojimiento al pié del altar: era madama de Kerelec, madre de María ¡Hacia cuatro años que habia perdido a su esposo, i ahora estaba amenazada de perder a su hija, único vínculo que la ligaba a este valle de lágrimas.

Esa pobre viuda, esa madre desconsolada imploraba con lágrimas por la salud de su hija.

A pocos pasos de allí jemia otra desgraciada, que tambien iba a quedarse sola en el mundo.... ¡Sola!.... ¡qué palabra tan dolorosa para una jóven!

—¡Si fuera rica, oh benditísima Virjen María, yo te daria toda mi fortuna para que me consiguieras la salud de mi madre; pero soi tan pobre!....¡no tengo mas que mi corazon que lo pongo a tus plantas con esta corona!

Tal fué la oracion de Elena.

—Mi hija tenia joyas, tenia ricos vestidos, todo lo dió con gusto para ofreceros esta corona; poca cosa es, ¡oh Señora! pero a vos que sois Madre de Dios i la Reina del mundo, ¿qué podria ofreceros una pobre criatura, que fuera digno de vuestra grandeza?....

Al decir estas palabras madama de Kerelec se acercó al altar, puso la corona a los piés de la Virjen i salió de la iglesia murmurando una oracion.

Elena se arrimó tambien al santuario, con su guirnalda en la mano; pero al ver la brillante corona de oro que habia ofrecido la señora, volvió a mirar con tristeza su pobre ofrenda, i tuvo que ponerse la mano en el pecho para contener un grito doloroso.

—¡Ai! ¡Santísima Virjen! esclamócayendo de rodillas al pié del altar, ¡yo no tengo mas que ofrecerte; pero como tú lees en el fondo de mi alma, aceptarás mi humilde presente como símbolo de mi esperanza i de mi amor!....

Un torrente de lágrimas bañó la humilde guirnalda de campanillas, que la inocente niña colocó tímidamente al lado de la corona de oro.

Cuando Elena volvió a su cabaña, su madre estaba durmiendo todavía; la niña dió las gracias a la condescendiente Francisca, i volvió a ocupar su lugar acostumbrado a la cabecera de la cama de su madre.

* * *

Iba a concluir el mes de mayo. Todos los dias madama Korelec i Elena Jossel iban a la iglesia a pedir a la Virjen la curacion de sus queridas enfermas. Mónica no estaba mui mala; pero el médico no tenia con todo esperanza de conseguir una reposicion completa. María siempre pálida e inmóvil veia pasar con inalterable resignacion sus largas horas de martirio recostada en su silla; sinembargo, su ilimitada fé en la proteccion de la Virjen no se habia debilitado un solo instante, i al ver a su madre que la miraba con ojos llorosos le decia sonriendo:

—No te aflijas, mamá: la Virjen es tan poderosa, que si quiere puede hacer en un momento lo que para los hombres seria imposible en muchos siglos; i el mes de María no ha terminado todavía. Espera, espera, mamá....

* * *

Llegó la noche; una noche de primavera, fresca, clara, pura.

María de Kerelec descansa en su camita

de blancas cortinas. La piadosa niña, ora sin duda durmiendo, como lo hace siempre, porque la camándula que le sirvió el dia de su primera comunion rodea sus manos inertes, que descansan cruzadas sobre su pecho, casto santuario guardado por la medalla de las hijas de María i por el escapulario de los siervos de la Vírjen.

La jóven se sonrie dulcemente en medio del sueño con la suave i celestial figura del ánjel bendito a quien Dios, al ponerla en brazos de su Madre, encargó el cuidado de protejerla.

De repente el cuarto se iluminó con una luz desconocida i tan brillante que haria palidecer la del sol en un dia de verano...

El ánjel de la guarda de María, que velaba en pié a la cabecera de la niña, se prosterna en el polvo, i una señora cuyos vestidos son mas lijeros i deslumbrantes que las nubes, i ceñida la frente con una espléndida corona de oro, se avanza hácia la niña dormida, se quita su corona i la pone dulcemente en la cándida frente de María.

—¡Gracias, hija mia! le dice con voz mas dulce que los acordes de las harpas eólias; ¡gracias, hija mia!.... *¡Bienaventurados los limpios de corazon!*

María de Kerelec hace un movimiento sonriendo i tiende los brazos hácia la celeste aparicion, esclamando con dulcísimo acento:

—¡Oh María!.... Mi adorada Madre....

La Reina de los cielos se puso otra vez su corona; hizo con la mano una señal de despedida i desapareció envuelta en una nube recamada de oro i púrpura.

—¡Oh! ¡Madre mia!.... ¡Madre mia! repetia siempre la niña.

El ánjel ajitó sus blancas alas sobre la cabeza de la jóven, la cual volvió a dormirse.

* * *

En la cabaña de Mónica reinaba una calma profunda. Elena sorprendida por el sueño, dormia profundamente, apoyada la cabeza en la cama de su madre.

Lo mismo que en la suntuosa casa de madama Kerelec, dos celestiales guardianes embellecian tambien con su presencia la humilde cabaña que no se desdeñaban de visitar enviados por Dios.

De repente tambien los ánjeles se prosternaron tocando la tierra húmeda con sus blancas vestiduras i sus frentes ceñidas de aureolas de luz. La Madre de Jesus acababa de pisar ese umbral abandonado, i venia a visitar en la última noche del mes dedicado a su culto a sus hijas predilectas.

No traia la corona de oro de ricos reflejos; pero la frente de la Madre Admirable aparecia aun mas bella con la corona de campanillas que la ceñia, aunque es cierto tambien que las lágrimas de Elena convertidas en piedras preciosas brillaban en medio de las flores cubiertas de rocío.

Por segunda vez la Vírjen se quitó su corona i la puso en la frente de Mónica que ardia con la fiebre; i uno de los ánjeles tocó con sus alas la cara de Elena i la despertó.

—¡Mi corona!.... ¡la aceptaste, Madre mia! esclamó Elena al conocer a la Vírjen por la corona de campanillas.

—I vengo a darte las gracias, hija mia, contestó la piadosa Reina del cielo; todo don de un corazon puro es precioso a mis ojos....

—¡Qué buena eres, oh María!....

—Adios, hija, replicó la Vírjen tres veces santa. *¡Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados!*

La Madre del Amor Hermoso i de la santa Esperanza colocó en su purísima frente la fresca guirnalda de campanillas i volvió al cielo.

Elena, mecida por su ánjel de guarda, se quedó dormida otra vez, recostada sobre la almohada de su madre.

—¡Mamá! ¡mamá! esclamaba María de Kerelec: ¡qué sueño tan hermoso he tenido esta noche!.... ¡Ven pronto que quiero contártelo!....

—¿Qué soñaste, María? preguntó madama de Kerelec, acercándose a su hija.

Por la primera vez los brazos de María se ajitaron i abrazando a su madre esclamó regocijada:

—¡Mamá, estoi buena!.... ¡La Santísima Vírjen se me apareció en sueños esta noche i me sanó!.... Quiero levantarme al momento para ir a darle las gracias a la iglesia....

Pocos momentos despues María, apoyada en el brazo de su madre, se encaminaba a la iglesia, i todo Lanvilio la miraba avanzar pálida aun, pero radiante de hermosura i felicidad, con pasos que se hacian mas seguros a medida que se acercaba al lugar santo.

—¡Está curada! esclamaban; ¡si, la Santísima Virjen la ha curado!....

* *

I en tanto que María entraba a la iglesia, otra enferma milagrosamente devuelta a la vida atravesaba la aldea de Lanvilio: era Mónica conducida por su fiel Elena.

—¡Mónica tambien está curada! decia la multitud; ¡Elena es tan buena, tan piadosa i tan caritativa!.... ¡La buena Virjen ama i oye las súplicas de las que se le parecen!...

—¡Oh! no digais que me parezco a la Virjen respondia Elena; ¡es tan bella, tan bondadosa!.... yo la vi anoche, cuando vino a curar a mi madre.... ¡Jamas me olvidaré de ti, Madre mia!.... añadió la niña levantando al cielo sus lindos ojos bañados en lágrimas.

I miéntras que todos hacian mil comentarios sobre el doble prodijio, María de Kerelec i Elena Jossel, prosternadas a la entrada del santuario derramaban en una ferviente oracion el aroma de su gratitud, a los piés de Aquella que acoje con la misma mirada de bondad maternal la rica corona de oro i la humilde guirnalda de campanillas.

GABRIELA DE ETHAMPES.

SAINTE BEUVE.

(Para *La Estrella de Chile.*)

Es sabido que M. Sainte-Beuve, uno de los discípulos de Lamennais en la Chênaie, despues de una niñez i una juventud cristianas, ha acabado por los mas dolorosos escándalos.

La natural elevacion de su talento, su profunda sagacidad, la admirable riqueza de su erudicion no habian podido dejarlo insensible a las brillantes bellezas que las letras deben al cristianismo. Para no citar sino algunos ejemplos, sus artículos literarios sobre Chateaubriand, Lamennais i aun sobre Bourdaloue i San Francisco de Sales, revelan no solo la delicadeza tan justamente afamada de su gusto, sino tambien su respetuosa imparcialidad para con creencias de las que, por desgracia, no hizo la regla de su vida. (1)

Debilidades de carácter que no tenemos para qué apreciar aquí, (no lo hemos olvidado) habian hecho al eminente crítico mui impopular, sobre todo entre los jóvenes estudiantes, hasta tal punto que no pudo dar principio al curso de que acababa de ser encargado en el colejio de Francia.

Elejido senador, costó trabajo a M. Sainte-Beuve consolarse de su fiasco i se mostró desde entónces esclusivamente preocupado de recuperar su popularidad perdida (2)

(1) Sainte-Beuve, al principio de su carrera literaria ligado con lazos de amistad con Gerbet i Lacordaire, escribia estas líneas conmovedoras, testimonio de un alma naturalmente cristiana:

«¡Cuán pequeñas son las amistades humanas si a ellas no preside Dios! ¡Cómo se escluyen unas a otras! ¡cómo se suceden i se impelen, como una ola a otra ola!.... Duraderas i sustraidas del vaiven de las cosas humanas, a prueba de ausencias i separaciones, no hai mas que esas amistades en presencia de las cuales Dios nos ama i en las que amamos a Dios; a las cuales, en las horas de borrasca, baja como cuerda de salvacion, la fé en los mismos objetos eternos.»

—En 1852 todavia, Sainte-Beuve escribia el 15 de agosto en *Le Constitutionnel* un artículo sobre el abate Gerbet, a quien queria que recibiesen en la Academia. Ese artículo empezaba así en el tono mas piadoso: «Hé aquí un asunto que me reservaba hace mucho tiempo para un dia de fiesta, para *Corpus Christi* o una fiesta de María; porque hai en mi asunto santidad, uncion, gracia, ciencia i una piadosa sonrisa.»

(2) Jamas se vituperará lo bastante a la pluma que se atrevió a escribir el discurso pronunciado en el Senado el 25 de junio, en presencia de los cardenales franceses, delante de ancianos cuya edad, al ménos, debia ser una garantía de respeto por la moral pública i que se atrevió a celebrar lo que la conciencia de tres jeneraciones ha condenado, a defender seriamente las vergüenzas literarias mas justamente acusadas i a reivindicar para esas producciones dañinas un lugar en las bibliotecas populares.

Hubo un hombre que, a la edad en que las preocupaciones mueren i se apagan las pasiones, pidió al gobierno de un pais católico que diese al pueblo como catecismo dogmático el *Diccionario filosófico* de Voltaire, las teorías económicas de Proudhon, los delirios de Michelet, la *Vida de Jesus* por Renan, i, como enseñanza moral, las *Confesiones* de J. J Rousseau, las pájinas impuras de *Zadig* i de *Cándida*, i, sin ninguna restriccion, las novelas de madama Sand i de Balzac.

¿Sabia la Francia que las *Confesiones* son *una obra de valentía, para siempre cara a la clase media i al pueblo?* Que el autor de los famosos axiomas: LA PROPIEDAD ES UN ROBO, DIOS ES LO INFINITAMENTE ABSURDO, es un pensador ardiente que no vende las VERDADE ni aun *a los suyos*..... *un rudo hombre de bien malogrado*, cuyos principios propagados en el pueblo servirian ventajosamente a la causa del progreso i de los intereses sociales!

¡Sabia que se cometeria un atentado contra

De ahí las calorosas reivindicaciones en favor del libre pensamiento que no parecian haberle preocupado gran cosa ántes de entónces. Los aplausos que perseguia no se hicieron esperar; halagado por ese triunfo i alentado, segun se dice, con la amistad de un príncipe, cuya hostilidad sistemática i violenta contra la Iglesia es mui conocida, Sainte Beuve se declaró el pontífice del libre pensamiento. Renegando hasta de la delicadeza que parecia constituir el rasgo distintivo de su carácter, no se avergonzó de descender a manifestaciones groseras hasta entónces, privilejio de jentes sin talento i sin educacion i que atrajeron sobre su autor sarcasmos mil veces mas sensibles para su amor propio que los aplausos de algunos bullangueros enemigos de la Iglesia (1). Fácil era prever el fin de semejante carrera. Sainte-Beuve habia cuidado por sí mismo de prepararnos a él dando a conocer con anticipacion sus disposiciones testamentarias. Desgraciadamente fué mui fiel a ellas.

Hé aquí cómo un testigo ocular, poco sospechoso, da cuenta de los funerales *solidarios* pedidos por el difunto:

Despues de haber dicho que M. Sainte-Beuve habia querido que ninguna de las pompas del mundo, ninguno de los consuelos de la relijion acompañase sus restos a su última morada, pero que a lo ménos habia debido contar, para formarle cortejo, con el recojimiento del dolor i con el respeto a la muerte, el autor del artículo esclama con un acento lleno de dolor: «¡Ai! es menester decirlo, su esperanza ha sido burlada. ¡Qué triste espectáculo para sus amigos, para los que no creen que todo ha concluido cuando la muerte ha dejado yertos los miembros del cuerpo, qué desconsolador espectáculo el de esa muchedumbre, digamos la verdadera palabra, esa indolente turba, ménos recojida que en una vana representacion, ménos conmovida que en presencia de un accidente cualquiera, siguiendo en desórden ese ataud en cuyo derredor no hai siquiera el piadoso silencio que reina al pasar el mas humilde convoi. Bajo ese cielo nublado, el único que parecia estar de duelo, una que otra cabeza descubierta, una que otra actitud en que se leyera la tristeza de la eterna separacion. Esa fosa abierta, ese ataud que en ella se deja caer, esa multitud que se marcha despues de recibir dos palabras de agradecimiento, como si de eso se tratara en presencia de la muerte: ¿qué era todo sino gustar de antemano la nada i rebelarse el alma contra sí misma?»

Sainte-Beuve tuvo razon para rehusar las preces de los muertos. Para haberle hecho los honores de la sepultura cristiana, habria sido, en efecto, necesario cambiar las palabras de la liturjia; porque, ¿cómo pronunciar sin mentira sobre el cadáver de un enemigo de Dios esas palabras tan consoladoras para los escojidos que canta la Iglesia en medio de antorchas?

«¡Santos de Dios, ánjeles del Señor, salid al encuentro para recibir su alma i presentarla a los piés del Altísimo!»

«¡Haced, Señor, que viva para siempre en la compañía de los santos i de los escojidos!»

«¡Ordenad, Señor, a vuestros ánjeles que la reciban i la conduzcan al Paraiso!»

«¡Ha creido, Señor, ha esperado en vos; salvadlo, pues, del infierno i ponedlo en posesion del eterno gozo!»

«¡Alma fiel! condúzcante los ánjeles, recíbante los mártires en la santa ciudad, admítante los coros de los ánjeles en el descanso sempiterno!»

I el Dios de los vivos responde a las preces de la Iglesia:

«Yo soi la resurreccion i la vida, el que cree en mí no morirá en la eternidad.»

No es estraño que Sainte-Beuve haya temido para su ataud el peso de esas palabras que son una primera recompensa o un primer castigo, el castigo de los pecadores i la recompensa de los escojidos!

Dios se ha reservado el formidable secreto del destino de los hombres. No es

el buen sentido i contra los principios relijiosos, *si se arrojara una mancha a la frente* de M. Michelet, i se osara condenar a Renan, *ese hombre el mas distinguido de su jeneracion, ese hombre a quien el Emperador honra con su estimacion, como honra con su amistad a Jorje Sand.*»?

(1) A M. Sainte-Beuve se le ha escapado esta confesion que muestra el dolor que sienten en el fondo de sus almas los hombres separados de la fé.

«Mi alma, dice, está como esas playas en que se dice se embarcó San Luis; la mar i la fé se han retirado ¡ai! hace mucho tiempo i ¡feliz yo si de vez en cuando al traves de los arenales, bajo el árido calor o el frio mistral, tengo un instante para sentarme a la sombra de un raro tamarindo. He llegado en la vida a una indiferencia completa!»

Esa profunda amargura ¿no es por sí sola toda una leccion i todo un castigo?

lícito al cristiano decir: «Mi hermano está en el infierno.» Pero,¿puede algunas veces dejar de temerlo i jemir?

Con todo, no es posible dejar pasar esa muerte «civil» sin recojer las severas enseñanzas que de ellas se desprenden, i sin decir a los transeuntes que obstruyen el paso del cortejo fúnebre: ¡Paso a la justicia de Dios!

Sainte-Beuve murió sin fé, sin arrepentimiento, sin una mirada a la misericordia divina. No estaba ni inquieto ni ajitado. Su muerte fué tranquila. Prescindia de Dios para morir como habia prescindido de El para vivir. No pidió a sus amigos, como Voltaire, un sacerdote que lo absolviera. No sintió el impulso fugaz pero sincero de Alfredo de Musset, que apelaba a Dios i a su misericordia en el último suspiro.

¿Por qué ese corazon estóico en su impiedad i ese cielo de bronce sobre su cabeza?

¿Nos atreveremos a esplicar ese misterio? Parécenos que hai allí una de esas terribles revelaciones de la eterna i adorable justicia del Todopoderoso. Eso es lo que conviene que sepa i comprenda el pueblo.

Sainte-Beuve ha conocido a Jesucristo, lo ha amado, lo ha servido libre i voluntariamente. Despues lo ha abandonado; despues se ha servido de su talento para hacer oposicion a Jesucristo. Ha hecho mas todavía: se ha burlado odiosamente de ese Dios en el dia mismo en que los mas criminales lo adoran o al ménos lo respetan. ¡El Viérnes Santo, para insultar al crucificado del Calvario, se ha sentado con sus amigos a una mesa llena de viandas de carne!

¿Por sensualidad? ¿por desprecio? ¡Nó! Evidentemente nó! Era una manera de propinar el veneno al pueblo con mas presteza que con un libro, aunque ese libro sea la *Vida de Jesus* por Renan.

Ese ejemplo venido de arriba encontró imitadores. El año siguiente, los libre-pensadores de Paris i de las provincias comian con gran aparato i bebian por la muerte de la Iglesia, el dia del aniversario de la muerte del Cristo!

¡Mucho han reido! ¡Mucho han trabajado por enterrar al catolicismo! ¿Se ha conmovido el cielo? ¿Ha partido el rayo a los comensales?....

Nó, han vivido todavía; despues ha llegado la hora de morir.... i si el cielo no habia lanzado sus rayos el Viérnes Santo, en cambio, en esa otra hora terrible no ha hecho descender su misericordia.

Han muerto; por todo consuelo han creido llegar a ser *nada*.... i así se han presentado delante del Dios justo.

P. H.

(Concluirá.)

Contenido de este número.

I.—Los grandes recuerdos, por Ventura Blanco, páj. 789.
II.—Sacrificio sin ejemplo, poesía, por Cárlos Walker Martinez, páj. 790.
III.—La guerra, por Conrado Vico, páj. 792.
IV.—Ultimo adios de O'Higgins, poesía, por Estéban Muñoz Donoso, páj. 794.
V.—Los recuerdos, por Vicente Aguirre Várgas, páj. 795.
VI.—La aurora, poesía, por Floro, páj. 797.
VII.—Corona de oro i corona de campanillas, por Gabriela de Ethampes, páj. 798.
VIII.—Sainte-Beuve, por P. H., páj. 802.

BIBLIOTECA DE «LA ESTRELLA DE CHILE»

LA CORRUPTORA

I LA

BUENA MAESTRA,

CUADRO DE COSTUMBRES

POR

FERNAN CABALLERO,

EN UNA BONITA EDICION SE HALLA A VENTA EN LA BIBLIOTNCA AMBULANTE ESTACION DE FERROCARRILES.

IMPRENTA DE «EL INDEPENDIENTE.»
Calle de la Compañía núm. 102.

LA ESTRELLA DE CHILE.

AÑO V. Santiago, setiembre 22 de 1872. Núm. 260.

«CHILE ILUSTRADO.»

Hace poco ha llegado a nuestras librerías un libro sobre Chile, cuyo título es el mismo que encabeza las presentes líneas. (1) Su autor, segun consta de la portada, es el señor don Recaredo S. Tornero.

Chile Ilustrado es el primer libro que sepamos se haya publicado con el esclusivo objeto de dar a conocer nuestro pais en el estranjero. La idea es altamente laudable: se nos conoce tan poco i tan mal; la realizacion de la idea es difícil i árdua, requiere no poca paciencia i un trabajo no pequeño. I desde luego, la paciencia i el trabajo son ya dos méritos que debemos reconocer en el autor de *Chile Ilustrado*. Recojer i ordenar tantas i tan variadas noticias, ilustrarlas con buenos grabados, darlas a luz en una lujosa edicion, importa muchos documentos compulsados, muchas cifras consultadas, mucho tiempo activamente empleado, mucha paciencia casi heróicamente ejercitada, algun dinero desembolsado. Diga cualquiera si no hai en ello mucho digno de elojio.

Pero por mas que un libro cueste todos los doce trabajos de Hércules i toda la paciencia de Job, por mas que su edicion cueste tanto dinero como el cable trasatlántico, i sin dejar de ser méritos el trabajo i la paciencia i el dinero gastado, es perfectamente cierto que cuando ese libro no llena del todo su objeto, cuando talvez hasta lo contraria, ese libro....no será un buen libro.

A costa de improbo trabajo i de edificante paciencia se puede recojer en un libro muchas mentiras i muchas sonseras; así como en la misma red en que cojen los mas sabrosos peces, suelen los pescadores sacar a la playa simplemente mucha basura.

(1) CHILE ILUSTRADO—*Guia descriptiva del territorio de Chile, de las capitales de provincia i de los puertos principales, por Recaredo S. Tornero.*—1 vol. en folio de 495 páj., con 200 grabados i diez litografías.—Paris—Imprenta Hispano-Americana de Rouge, Dunon i Fresne—1872.

«Librenos Dios, escribia un español escéntrico, de los libros con láminas finas i recortes dorados.» Nos parece exajerado el voto del español; libros hai que al sólido mérito del contenido añaden un esterior elegante i lujoso; i, a quien Dios se lo dió San Pedro se lo bendiga. Es, empero, indisputable que a muchos puede convenir la moraleja de la fábula *Los dos tordos* de don Tomas de Iriarte:

«Que un Tordo en aqueste engaño
Caiga, no dificulto;
Pero es mucho mas estraño
Que hombre tenido por culto
Aprecie por el tamaño
Los libros i por el bulto.»

.....

Es tambien perfectamente cierto que láminas, dorados recortes i lujosa pasta tiene para su libro cualquiera que paga su dinero. De donde se colije que todo ese deslumbrador ropaje, como todo ropaje, cubre i adorna, inconsciente i pacientemente, lo sabio i lo necio, lo verdadero i lo falso.

Mal antiguo debe ser en Chile el de los comedidos que, con el ostensible i talvez hasta sincero propósito de *dar a conocer* el pais, lo desprestijian de una manera lastimosa. Revolviendo por curiosidad algunos impresos chilenos de antigua data, dimos hace poco con el *Grito del patriotismo*, publicacion de 1824; i en ella leimos lo que sigue: «¡I qué mucho, tambien, que papeles estranjeros nos pinten tan lastimosamente a los ojos del mundo todo cuando nosotros somos los primeros en estender nuestro propio descrédito?» El escritor de 1824 no retiraria sus palabras si viviera en 1872.

¿Qué mucho que en Europa nos crean nacion semi-bárbara, i pregunten a nuestros viajeros si no les molestan los pantalones i la levita, si no echan ménos sus plumas nacionales, qué mucho que el señor Varela, herida su pretenciosa vanidad por no haber recibido en Chile i en otros paises

sud-americanos de las jentes sensatas las ovaciones que él se soñaba i ambicionaba, haya tomado a pechos la tarea de desprestijiarnos en Europa, qué mucho que los estranjeros que han solido visitárnos vayan a hacer nuestra caricatura, qué mucho que suceda todo eso, cuando hijos del pais, por una imperdonable lijereza, por falta de estudio u obedeciendo a preocupaciones i aversiones de partido o de secta desfiguran al pais, lo afean recargando sus vicios i lo empequeñecen silenciando muchos de sus progresos i sus méritos, mas aun, permítasenos decirlo, falsificando sus instituciones, sus costumbres i sus tipos?

No otra cosa ha hecho, en mucha parte, el autor de *Chile Ilustrado*.

Si se quiere escribir un libro que pinte con verdad i exactitud el pais, sus costumbres, sus instituciones i sus tipos, si se quiere mostrar al mundo una fotografía, no una caricatura, es preciso que el escritor se coloque en un punto de vista elevado, que se sustraiga a las preocupaciones, a las simpatías i a los odios personales o de bando, que su espíritu esté sereno para hablar sin pasion: en una palabra, se necesita una estricta i alta imparcialidad. Hacer un instrumento i una ocasion de manifestar simpatías o aversiones, opiniones o preocupaciones personales o de secta, de un libro en que se promete mostrar a un pais tal cual es, importa un craso desconocimiento del papel que al que tal promete toca desempeñar, es desnaturalizar el libro, es un abuso que se parece a una felonía.

¿Es fácil que haya un escritor tan dueño de sí propio que sea capaz de mantener en perfecto equilibrio entre todas las opiniones i todos los bandos i logre juzgar sin pasion a todas las instituciones, a todos los partidos i a todos los hombres? ¿Será fácil hallar un hombre tan ajeno a la lucha natural que divide a cada pais en falanjes enemigas que dia a dia se baten? ¿Será fácil dar con un hombre que no esté ligado a alguna institucion, a algun círculo, a algunos hombres con los lazos de pasion política, relijiosa o personal i prevenido por esas mismas pasiones contra otras instituciones, otros círculos i otros hombres?

No negamos la posibilidad de que tal hombre exista; pero, dada la humanidad como es, nos parece por demas difícil encontrarlo. I entretanto, donde entra la pasion, veja i ahuyenta a la verdad; i verdad es lo que ante todo se necesita cuando se trata de desarrollar a la vista del mundo el cuadro sobre que éste debe juzgar de la patria: lo exijen el patriotismo i la honradez.

Síguese de lo dicho que, a juicio nuestro, es difícil i árdua cosa encontrar un buen libro del jénero de *Chile Ilustrado*.

I ¿qué remedio hai? se nos preguntará. Uno sencillísimo: sea ese libro meramente descriptivo, pinte i no juzgue, retrate i no aprecie. Para pintar basta el estudio prolijo i concienzudo; para juzgar rectamente, sin pasion, sin injusticia, se necesita un temple de alma, una fuerza de voluntad, una serenidad, desgraciadamente, mui escasos i difíciles en el mundo.

Es ése el único medio de no dañar en un libro destinado a dar a conocer un pais ni la justicia ni la verdad. No seria justo que ningun bando pretendiera que en un libro de esa clase se presentaran las cosas tales cuales ese bando las estima i las vé; todos los demas podrian reivindicar para sí igual preferencia. Lo que la justicia exije es que o se mida a todos los bandos con vara igual, árdua empresa, o que absolutamente no se juzgue.

Se disputa sobre cuál de los dos sistemas de escribir la historia es preferible. Tratándose de hechos pasados, cuyos actores con sus pasiones han bajado ya a la tumba, cabe la disputa; tratándose de un libro que indispensablemente ha de escribir un actor, un combatiente, i escribirlo en medio de la refriega, con el enemigo al frente, en medio de las filas de los suyos, no cabe mas que un solo sistema de escribir: el *ad narrandum*, que, en nuestro caso, pudiéramos llamar *ad describendum*.

No se estrañará, pues, que nuestra opinion sobre el libro de Tornero es que no debió haberse escrito como lo está.

Pudiera quizá creerse que es nuestro intento hacer un juicio crítico del *Chile Ilustrado*. No es ése, sinembargo, nuestro propósito. El libro, por su naturaleza, se sustrae en su mayor parte del dominio de la crítica literaria. Lo que cabe hacer con el *Chile Ilustrado* es rectificar, restablecer la exactitud de las noticias, agregar lo omitido, protestar de la desdorosa i falsa pintura de nuestras costumbres i de nuestros tipos. La tarea es vasta, i confesamos

injenuamente que no tenemos para llevarla a cabo por completo ni medios, ni tiempo, ni paciencia.

Sin pretension de ningun jénero, sin plan i sin órden, haremos una que otra observacion, una que otra adicion a las noticias i apreciaciones de *Chile Ilustrado*.

Rectificaremos lo que sin gran trabajo podamos; agregaremos lo que sin un estudio mui prolijo echemos ménos en el libro. ¡Ojalá otro u otros con mas voluntad i mas conocimientos emprendan la obra de rectificar las inexactitudes i llenar los vacíos que presenta la obra del señor Tornero!

GUILLERMO HERRERA.

(Continuará.)

AL PLATA.

(Para *La Estrella de Chile.*)

I te quiero, ¡oh Plata! tanto
Como te quise algun dia,
Porque tienes un encanto
Indecible para mí;
Porque en tu orillr, mi cuna
Feliz se meció.....
.....

(E. ECHEVERRIA.)

¡Inmenso Plata! a la discorde lira
De un hijo de tus playas que hoi te canta
I tu pujanza i majestad admira,
Dale el eco de tu onda que suspira
O el de tu furia, bramador, que espanta!

De dos ciudades la opulenta orilla
Jigante i espumosa, tu onda peina;
Montevideo que en tus aguas brilla
Como tu *perla*, i la grandiosa villa
De Buenos Aires, tu soberbia *reina*.

Fué en ese tan querido, hermoso suelo
Do vi la luz i trascurrió mi infancia,
I siempre al contemplarte, en raudo vuelo
Mi mente i corazon elevo al cielo
Del éter al traves i la distancia.

Cuando miro tus aguas cristalinas
Cuando ruje tu voz o está serena,
Cuando claras tus ondas purpurinas,
A la caida del sol manso reclinas
I adormido suspiras en la arena;

¡Cuánto tu vista el corazon espande
Cuando bramando contra tí se lanza
El hijo de las Pampas i del Ande,
I tu onda, brava en su soberbia grande,
A su empuje rujiendo se abalanza!...

¡Que divino placer el pecho mio
Siente al mirarte, majestuoso Plata,
En la apacible noche del estio
Cuando descansa tu furor bravío
I en tu linfa la luna se retrata!

¡Cuando se oye en la calma, lastimero
Cual eco que perdido trae el viento,
El cantar del lejano marinero,
Que surca en tu bajel tu onda lijero
I entona allá al cruzar doliente acento!

¡Cuando miro volar pequeña vela
Blanca i veloz sobre tu inmenso espejo,
Al ver la luna cómo dulce riela
I en su plateada i ondulante estela
Reverberar con celestial reflejo!

Ah! cuánto es bella tu apacible calma
Cuánto es bella tu quietud durmiente
Qué placer divinal no siente el alma
Cuando rizas la playa suavemente
O murmuras en rápida corriente!

¡Cuán grandioso i pujante te presentas
Cuando luchando con valiente leño
Tu valor i tus fuerzas bravo alientas
I en trozos convertirlo airado intentas
En tu terrible, bramador empeño!

Cuando recuerda el corazon que tu ola,
Setenta lustros há, bramó airada
Al mirar escuadrillas que enarbola
Bandera de otros mundos, española,
Surcar tus aguas temeraria, osada!

Paso dejaste a la valiente quilla
De Solís el intrépido almirante,
I el pendon de conquista de Castilla,
Flameó, por vez primera, allá en tu orilla,
Del ancho océano i su furor triunfante.

I ricas prosperar se contemplaron
Tus dos bellas, augustas soberanas,
I tres siglos mas tarde retemblaron
Tus ondas cuando intrépidas clamaron
¡Libertad! las repúblicas hermanas.

I al tronar del cañon contra el navio
Que el brasilero en su ambicion tripula,
I el de Albion, que creyó en su poderio
Ver flamear su pendon junto a tí, rio,
Donde tan solo el bicolor ondula,

Te erguiste tú tambien, Plata, rujiendo
I el valor inflamaste del patriota,
I sus naves innúmeras venciendo
Las miraste cual iban allá huyendo
Con su *Esperanza* i su *Bandera* rota!

Salve, patrio rio, que en dulce lazo
Unes al Oriental i al Arjentino;
Dos ciudades aduerme tu regazo:
Haz que sea estrechísimo su abrazo....
¡Ese es su porvenir i su destino!

Haz, rio mui querido, que mi lira
Siempre inspirada en tus riberas vibre
I ella que tu onda i majestad admira
I que en tus aguas su cantar suspira,
Cante las glorias de la patria libre.

Santa Fé, mayo 25 de 1872.

FEDERICO R. CIBILS.

SAINTE-BEUVE.

(Para *La Estrella de Chile*.)

(Conclusion.)

Hemos contado el triste fin de M. Sainte-Beuve i sus últimas disposiciones, dictadas ménos por la conviccion del libre-pensador que por una vanidad pueril i «el deseo de conquistar una popularidad póstuma i bastarda» como dijo *La France*.

No faltarian las citas en apoyo de esas palabras, citas tomadas ya de las poesias del célebre escritor, ya de alguna otra de sus obras. ¿Qué puede haber, por ejemplo, mas decisivo que aquella pájina de la *Historia de Port-Royal* escrita por M. Sainte-Beuve en 1840, a propósito de los *Pensamientos* de Pascal.

Héla aquí:

«Cuando se trata de hablar de Jesucristo, aunque sea por boca de Pascal, hai un involuntario sobrecojimiento. Se teme, cuando no se le pronuncia de rodillas i adorándolo, profanarlo con solo repetir ese nombre inefable i para el cual aun el mas profundo respeto podria talvez ser una blasfemia. Seamos al ménos un eco fiel repitiendo sin reserva i con abundancia de corazon esas palabras que nadie desmentirá: «Aun cuando no hubiese profecias en »favor de Jesucristo, aunque Él se nos pre»sentase sin milagros, *hai algo tan divino en su doctrina i en su vida, que por lo ménos »encanta*, i como no hai ni verdadera virtud »ni rectitud de corazon sin amor de Jesu»cristo, no hai tampoco ni elevacion de in»telijencia ni *delicadeza de sentimiento* sin »*la admiracion de Jesucristo*.» (1) En Pascal, en esa parte de su libro o de su discurso, el amor es el que domina e irradia. El misterio de Jesus se apodera de él i lo arrebata. ¡Qué desborde de amor! ¡qué ternura! ¡qué fusion de todo en el único mediador! Ese libro de los *Pensamientos*, en su conjunto, tan lleno de resplandor, tan armado de rigor i como de terribilidad en el esterior, i tan tierno, tan lleno de uncion en el fondo, se presenta a mi vista como un arca de cedro de siete cubiertas, revestida de planchas de oro i acero impenetrable, i que, en su interior, encierra desnudo, amoroso, lleno de dolor, de gozo, el corazon del cordero inmaculado i manando sangre. San Juan, el apóstol del amor, ¿tuvo acaso mas ternura i sensible suavidad que ese Arquimides deshecho en lágrimas al pié de la cruz?

«Jesucristo es un Dios a quien se acerca »uno sin orgullo i ante quien uno se abaja »sin desesperacion.

«El Dios de Abraham i de Jacob, el Dios »de los cristianos, es un Dios de amor i de »consuelo; es un Dios que llena el alma i »el corazon que posee....; que hace sentir »al alma que El es su único bien; que todo »su reposo está en él, que no tendrá gozo »sino para amarlo....

«Yo tiendo los brazos a mi libertador, »que, habiendo sido predicho durante cua»tro mil años, ha venido a sufrir, morir »por mi en la tierra, en el tiempo i con to-

(1) M. de la Chaise en su prefacio i a título de relator ha dicho eso: uno cree sentir allí la voz de otro mas elocuente que él. I, en efecto, desde la venida del Cristo, la moralidad humana ha dado un paso que hasta los mismos incrédulos se han visto forzados a reconocer; ese nuevo ideal de un alma perfectamente heróica ha sido encontrado i propuesto a los hombres. Los que lo niegan absolutamente llevan su castigo. Tomad a los mas conspicuos anticristianos modernos, Federico, Laplace, Goethe: a todo el que ha *desconocido completamente* a Jesucristo, notadlo bien, *en su inteligencia o en su corazon, le ha faltado siempre algo.*»

Esta nota, mas sorprendente aun que el testo mismo, es de Sainte-Beuve, sí, de Sainte-Beuve, i, volviéndose desgraciadamente contra sí mismo, prueba ¡ai! que no es luz lo que le ha faltado.

»das las circunstancias que habian sido »predichas; i, por su gracia, espero la »muerte en paz, la esperanza de estar eter»namente unido a Él; i vivo entretanto con »gozo, ya sea en los bienes que le place »otorgarme, ya en los males que me envia »para mi bien i que me ha enseñado a su»frir a ejemplo suyo.»

«I tantos otros pasajes en que se respira ese sentimiento de perfecta union con su Dios. Añadamos las siguientes anjélicas palabras que completan a todas las demas:

«¡Con cuán poco orgullo se cree el cris»tiano unido a Dios!

«¡Con cuán poca abyeccion se iguala a »los gusanos de la tierra!

»¡Cómo recibe la vida i la muerte, los »bienes i los males!

«La caridad, la caridad, sobre todo, es »el grito, el suspiro de Pascal desde que »ha llegado a Jesucristo:

«Todos los cuerpos, el firmamento, las »estrellas, la tierra i sus reinos no valen »juntos como el mas pequeño de los espíri»tus; porque el espíritu conoce todo eso i se »conoce a sí mismo; i los cuerpos no cono»cen nada.

«Todos los cuerpos juntos i todos los es»píritus juntos i todas sus producciones no »valen tanto como el menor movimiento de »caridad....»

Curioso habria sido i no ménos útil que curioso colocar ese pasaje, con sus comentarios, frente a aquella cláusula del testamento de Sainte-Beuve que se publicó en todos los diarios.... ¡Jamas autor alguno se dió mas sangriento i solemne desmentido!

P. H.

UNA LÁGRIMA.

Tus ojos amorosos derramaron
Una gota de llanto límpia i pura,
Lágrima celestial de la ternura
Que con ardiente labio recojí.

¡Que jamas otras lágrimas anubien
La casta luz de tu semblante hermoso!
Al mirarlas correr soi tan dichoso.
¡Siempre, vida de mi alma, llora así!

1872.

OLIMPIO.

LA LOCURA CONTAJIOSA.

ANÉCDOTA DEL SIGLO XVII.

A un cuarto principal de una casa nueva, vista frente al Rastro de Valladolid, corte a la sazon de Felipe III, subian una tarde de otoño de 1603, mano a mano i en conversacion al parecer de gran importancia, una mujer i dos hombres, personas los tres de razonable edad: el uno con sotana i manteo de raja de Florencia; el otro con capa larga i gorra, baston, guantes i grande anillo, i ella con tocas blancas i saya de jerga: es decir un eclesiástico, un médico i una beata. «Quien nos haya visto venir aquí juntos desde la iglesia de San Ildefonso, (dijo el eclesiástico al poner el pié en el primer escalon) se habrá figurado que vamos a visitar un enfermo de peligro.—¿Parécele a vuesa merced, señor cura, (replicó la beata) que es enfermedad poco peligrosa la de mi hermanastro?—Aun (replicó el médico) no nos ha dado cuenta vuesa merced sino de alguno que otro síntoma, que no me parece decisivo.—Ahora (prosiguió el cura), nos informará con mas detencion i descanso la hermana Magdalena; porque hasta aquí mas nos ha aturdido con esclamaciones, que instruido con noticias.—Por eso rogué a vuesas mercedes (dijo Magdalena) que viniesen a casa i aprovechasen la buena coyuntura que se nos ofrece, por haber salido mi cuñada, mi hermanas i sobrinas.»

Llamó en esto la beata a la puerta, i habiendo preguntado desde dentro una voz el sabido *¿quién es?* Magdalena respondió: «Abre, María.» Abrió al punto la criada, i la beata, haciéndole primero una seña, como quien encarga sijilo, preguntó mui quedo a la moza si seguia aun el amo en su cuarto.» Todavía está allí (contestó María) i tan enfrascado como siempre.—Vuesas mercedes me hagan la honra de pasar a la sala, dijo la beata a sus acompañantes; i dirijiéndolos ella, entraron en una pieza capaz i límpia, bien que alhajada con pocos i pobres muebles. Con esto i con mandar a la criada que sacase el chocolate al señor cura i al señor doctor, se retiró la moza; i quedando solo los tres interlocutores de al principio, entablaron, segun noticias, la siguiente conversacion:

El señor cura (bajito).—Con que, digános vuesa merced ¿qué mas motivos tiene para

creer que el señor hermano se halla tan mal de salud?

Magdalena.—La del alma nunca me falte, señor cura, si no es cierto lo que imajino. Pues, señores.... (Suena en el aposento inmediato una ruidosa carcajada.) ¿Oyen vuesas mercedes? Esas risas son las que me hacen llorar: desde que vino mi cuñada de Sevilla, donde estuvo preso, ha dado en la flor de encerrarse en ese cuarto, i de soltar de cuando en cuando unas risotadas que me estremecen. Cuando le hablamos, anda siempre distraido, i de ordinario contesta fuera de propósito: a mi entender el sentimiento de haberse visto en una cárcel i acusado injustamente de defraudador de la real hacienda, junto con la pesadumbre de considerar el desamparo en que su prision dejaba a su familia, que somos cinco mujeres, sin contar con la moza, a quienes hasta ahora ha mantenido honradamente con su trabajo; estas consideraciones, repito, han hecho en su ánimo ancha huella, i han debido trastornarle un poco el cerebro.

El médico.—Imposible no es: un hombre pundonoroso, i que pasa ya de cincuenta.....

Magdalena.—Es que hai otra cosa, i a fé que el señor cura me dé la razon. Mi madre, doña Leonor de Cortinas, que santa gloria haya, ¡me tiene dicho tantas veces, aflijida de la traviesa índole de mi hermano, me tiene repetido tantas veces llorando, que las locuras de su hijo habian de dar que decir al mundo! Las predicciones de los padres....

El cura (tomando el chocolate que trae la criada).—Ciertamente son avisos de Dios (Aparte.) Agasajo de chocolate como éste bien se podia perdonar.

El médico (despachando su jicara).—Pero esas risas pueden provenir de que el señor hermano tenga algun motivo oculto para estar contento: acaso sus negocios prosperan....

Magdalena.—¿Qué han de prosperar, señor doctor de mi alma, si jamas se ha visto peor? En otro tiempo escribia comedias, que le daban algo de sí, porque los comediantes i el auditorio las recibian bien; pero ya dicen todos que ha perdido la gracia, i que ni aun sirve para componer coplas de ciego. Acomodo estable no ha podido lograrlo nunca; las cobranzas esas que tenia le ocasionaban continuos viajes i desazones, i le rendian mui poca utilidad; como fué soldado, no se dá maña para hacer la corte a los señores de ella, i asi ninguno lo atiende: con que ya vé vuesa merced ¡qué motivos de alegría le asisten! Pero lo mas particular es que desde que le ha acometido esa mania, se rie de cualquier cosa por sencilla que sea, i le ocurren unas bobadas, que jamas se han visto en él ni por pienso; pues seguramente que nunca ha pecado de bobo mi hermano de madre. Figúrense vuesas mercedes si es para estrañar el caso que voi a referir, que es el primero en que yo repararé. Recien llegado mi hermano de Sevilla, tuvo que tratar con un labrador de Sepúlveda no sé que asuntos correspondientes a la administracion de unas tierras de aquella villa; i como en la lista de ellas hubiese una sita en un término que parece llaman de Sancho Pulza, no bien oyó este nombre mi buen hermano, rompió a reir como un mentecato diciendo: «¡Famoso nombre, mudándole algo! ¡Famoso!» Porfiaba el pobre labrador que no habia que mudarle al tal nombre nada, i mi hermano en que sí; i anduvieron de este modo altercando media hora, hasta que se separaron los dos: el labrador harto mohino i mi hermano mui satisfecho. Pocos dias despues habiamos salido él i yo a dar una vuelta fuera de la ciudad i al subir una loma, encima de la cual hai un molino de viento, vimos que un muchacho se agarró o se dejó coger, no sé cómo, de una de las aspas del molino, que le volteó i arrojó a una gran distancia, dejándole sin sentido del golpe. Yo me asusté de manera que no pude dar un paso para socorrer al chiquelo; mi hermano acudió a él, le alzó, i le hizo volver en su acuerdo; pero ¿querrán vuesas mercedes creer que miéntras le levantaba i hacia por volverle en sí, no paraba de reirse, esclamando: «¡Tambien es rara casualidad! ¡vaya, que no puedo contener la risa!»

El cura.—Poco cristiano es en verdad eso de alegrarse del mal del prójimo.

El doctor.—Que se alegre un médico de que se le presente la ocasion de hacer una buena cura, pase; pero un injenio lego no está en igual caso. Con todo, aun eso no prueba que el amigo se halle fuera de juicio.

Magdalena.—Pues vaya otro pasito mas. Vuesa merced, si no me engaño, es pariente de aquel famoso Juanelo Turriano, el del

artificio para subir el agua del Tajo a Toledo.

El doctor.—Creo que sí.

Magdalena.— Vuesa merced mismo es quien me ha contado aquel lance de Juanelo con el Emperador.

El doctor.—En efecto, yo he sido.

El cura.—¿Qué lance es ése?

El médico.—Uno que no deja de ser curioso. Cuando el César Cárlos V, habiendo renunciado las coronas imperial i real, se retiró al monasterio de San Jerónimo de Yuste, Juanelo, deseoso de dar a su majestad un buen rato, construyó una máquina de figuras de movimiento, que representaba la batalla de Pavía. Dada cuenta de sus intenciones a los monjes, ellos le proporcionaron con todo secreto sitio a propósito en que colocar su tramoya; i cuando estuvo lista, dijeron al emperador que viniese a ver una curiosidad de buen gusto. Holgóse mucho su majestad con ella, porque el sitio de la pelea estaba representado al vivo, i las operaciones de los dos ejércitos perfectamente imitadas. Pues como la figura del rei de Francia hiciese que se retiraba en derrota, i se hubiesen atascado con no sé que tropiezo las de los nuestros que le perseguian; el emperador, que tenia los ojos fijos en ellas, como si mismamente estuviese viendo combatir hombres de carne i hueso, se dejó por un momento llevar de su imajinacion guerrera i fogosa, i esclamó, a voz en grito, cual si estuviese mandando sus invictas escuadras: «Corre, Juan de Urbieta; Diego de Avila, corre; que se os escapa el rei Francisco.» Figúrese vuesa merced, señor cura, ¡qué efecto harian estas espresiones en todos los circunstantes! Aunque casi todos eran monjes, padre hubo que se arrojó a cojer del pescuezo al rei frances para que no se huyera.

El cura.—Yo por mi le juro a vuesa merced que mas hubiera querido presenciar ese lance, que ser presentado para la mitra arzobispal de Toledo.

Magdalena.—Pues bien: refiriéndole ya ha pocos dias ese acontecimiento a mi hermano, soltó tambien una carcajada diciendo: «¡Brava aventura para achacársela a un titiritero!»

El médico.—¡Tratar de titiritero a Juanelo, al insigne mecánico, mi pariente! Vamos, no tiene duda: el hermano de Magdalena está loco.

Magdalena.—Pues ¡i lo que le oí decir acerca del piadoso robo del cuerpo de San Juan de la Cruz?

El cura.—¡Qué! ¿Se divierte tambien el señor hermano a costa de los siervos de Dios?

Magdalena.—Nó; pero dijo que él habia de dar su merecido al comisionado que hizo el robo, i al vicario i prior del Cármen que lo consintieron.

El cura.—¿I qué es lo que quisiera dar a los reverendos?

Magdalena.—Una buena paliza por mano de no sé qué personaje.

El cura.—¡Palos a un ministro de los altares! Vamos, no se puede ya dudar que ese hombre está loco.

Magdalena.—¡Gracias a Dios que se convencen vuesas mercedes! Quedó, pues, con esto calificado de demente el risueño i hasta ahora invisible hermano de la beata; i habiendo conferenciado entre sí los tres calificadores acerca de quien habia de ser el que hablase primero al enfermo, para inducirle a ponerse en cura, hubo de recaer la eleccion, como era natural, en el padre de almas, el cual levantándose i encomendándose a San Ildefonso, abrió la puerta del cuarto donde se hallaba el paciente, i colóse dentro con un *Ave María*, seguido de la pregunta: «¿Qué hace por aquí un hombre?» Era la pieza grande, i el cura habia cerrado la puerta conforme ántes estaba: el doctor i Magdalena se pusieron a escuchar con grande ahinco, i aun miraron por el agujero de la cerradura; pero no les fué posible ver al maniático ni al cura, ni oirles palabra durante un breve rato, hasta que sonó de pronto un duo de carcajadas, en el cual el buen cura reia mucho mas recio que el presunto loco. Miráronse atónitos el doctor i la beata, la cual, como si súbitamente se sintiera ajitada de una inspiracion profética, prorrumpió, enclavijando las manos i alzando los ojos al cielo (es decir, a las bovedillas de la sala). «¡Ai! señor doctor de mi vida! ¿Si será locura contajiosa la de mi hermano i se le habrá pegado al cura?—Oiga vuesa merced, contestó el doctor; pues no lo diga de chanza, que es cosa que puede suceder, i a fé que esta vez no las tengo todas conmigo. Sinembargo voi a entrar i a preguntarles de que se rien, porque a nosotros, los de la profesion, como ya nos conocen, no se nos agarran las enfermedades.» I diciendo i haciendo, encajóse en el cuarto. Siguió-

se a su entrada rumor confuso de cumplimientos de bienvenida, i luego otro rumor mas suave, que Magdalena no acertó a discernir, aunque se parecia al susurro que hace una persona que reza; i por último tornó a resonar otra salva de risotadas, aun mas estrepitosa que la anterior, por el refuerzo del nuevo ausiliar cuya voz aun no sobresalia sobre la del cura. Aquí fué la confusion i apuro de Magdalena. «¡Tambien, esclamaba, tambien el doctor se ha contajiado! ¡tambien el médico se vuelve loco!»

En medio de esta tribulacion e invocando uno por uno todos los santos del calendario, la hallaron cuatro nuevos personajes, femeniles, que aparecieron en la sala: dos jóvenes i dos respetables matronas. «¡Catalina, Andrea, Isabel, Constanza! esclamó Magdalena fuera de sí, dirijiéndose alternativamente a cada una: mi hermano se nos ha vuelto loco, i comunica su locura a cuantos le hablan,—¡loco mi marido!—¡mi padre!—¡mi hermano!—¡mi tio! esclamaron a la vez las cuatro.—¿Pues, qué sucede? ¿Qué has notado en él? preguntó Catalina.—Que ha dado en la manía de reirse de todo, i a todos les entra hoi la misma manía en oyéndole: escuchad, escuchad, ¡qué carcajadas dan allá dentro el cura de San Ildefonso i el doctor Ferria.—Es menester que yo aclare esto, dijo Catalina un poco turbada, i pasó al cuarto que parecia haberse convertido en el templo de la alegria. A los dos minutos ya reia Catalina como los demas. Fueron entrando sucesivamente, atraidos de la curiosidad, mezclada con una buena dósis de miedo, doña Andrea, Isabel i Constanza, i a todas tres sucedió lo mismo: de manera que a la última, reunidas las siete voces o risas, cada una de tono i sonido diverso, formaban el coro mas bullicioso i vario que imajinarse puede. Llamaban a gritos los de dentro a Magdalena; pero ella les respondia mas recio: «No en mis dias: ¡guarda Pablo! No quiero reirme, no quiero perder el juicio.»—«Tú estás libre de eso,» respondió desde adentro una voz un poco tartamuda; i un instante despues, vista la terquedad de Magdalena, que no consentia en moverse de la sala, salieron a ella los que estaban en el cuarto: el cura i el médico, las dos jóvenes, las dos señoras mayores i detras de todos un hombre que rayaba en la ancianidad, de regular estatura i agradable aspecto, buen color, frente ancha, ojos vivos i nariz aguileña, el cual traia unos papeles en la mano. Salian todos fatigados de lo descompasadamente que habian reido; i el cura, dirijiéndose a Magdalena, le dijo: «No tenga vuesa merced cuidado; que por ahora, la razon de mi buen feligres el alcalaino, se halla mas que medianamente firme, sinembargo de que tengo para mí que la prediccion de la difunta doña Leonor, su madre, ha de ser en cierto concepto altamente cumplida: las *locuras escritas* de su hijo el manco han de resonar en todos los ángulos de la tierra.—Mira, dijo entónces el hermano alargándole a la beata los papeles que habia sacado; mira lo que tan ocupado me trae hace algun tiempo, i lo que tanto ha divertido a estos señores.» Magdalena tomó los papeles i leyó este rótulo en la cubierta: *El injenioso hidalgo don Quijote de la Mancha, compuesto por Miguel de Cervantes Saavedra.*

Contenido de este número.

I.—*Chile Ilustrado*, por Guillermo Herrera, páj. 805.
II.—Al Plata, poesía, por Federico R. Cibils, páj. 807.
III.—Sainte-Beuve, (conclusion), por P. H., páj. 808.
IV.—Una lágrima, poesía, por Olimpio, páj. 809.
V.—La locura contajiosa, páj. 809.

A NUESTROS ABONADOS.

Por haber tenido los tipógrafos en la semana pasada mui poco tiempo de trabajo, sale a luz *La Estrella de Chile* con solo un pliego. El próximo número será de tres pliegos.

IMPRENTA DE «EL INDEPENDIENTE.»
Calle de la Compañía núm. 102.

LA ESTRELLA DE CHILE.

AÑO V. Santiago, setiembre 29 de 1872. Núm. 261.

APUNTES

PARA LA HISTORIA DE LA MÚSICA EN CHILE.

(Conclusion.)

XXIX.

Cuando, en uno de los números anteriores de este periódico, lamentábamos el abandono en que de algun tiempo a esta parte se dejaba al Conservatorio de Música, estábamos mui distantes de pensar que escribiamos una especie de epitafio.

Ya que no en el mensaje presidencial, en el que mas de una vez se ha hecho mencion de este establecimiento, por lo ménos en la memoria del ministerio del ramo esperábamos que se le tomara en cuenta, como se hace con otros que están mui léjos de prestar al pais tan útiles servicios, como los que ya hemos apuntado en otra parte.

Nos equivocamos; i, valiéndonos de una frase de moda, solo diremos que el Conservatorio en esa memoria «brilla por su ausencia.»

El Conservatorio decididamente ha pasado a formar serie con otros establecimientos de que solo se acuerdan los gobiernos cuando hai algun ahijado a quien *acomodar*, cometiendo, con este fin, las mas notorias injusticias i hasta infracciones de lei.....

A todo esto se agrega que en estos últimos tiempos cualquier quidam con el mas frívolo pretesto pide *prestado* el Conservatorio a la Intendencia, como quien pide un mueble, para utilizar sus servicios sin necesidad de retribuir este trabajo ni con un centavo.

Quisiéramos saber si los directores de otros establecimientos análogos prestan sus alumnos para que sirvan *grátis* a todo aquél a quien se le ocurre pedirlos.

Tenemos a este respecto un pecado de que, como de otros muchos, aun no hemos hecho penitencia.

Somos causa de que los intendentes de Santiago, sean presidentes *natos* del Conservatorio.

Cuando hace cinco o seis años renunciamos a esa presidencia, suplicamos a uno de los dos señores, don Manuel Amunátegui o don Cárlos Riesco, oficiales del Ministerio de Instruccion Pública, indicara al señor ministro Blest Gana diera en adelante, por razones que hicimos presente, la presidencia del Conservatorio a los intendentes de la provincia. Este señor, hecho cargo, lo suponemos, de nuestras razones, nos reemplazó, i se ha seguido haciendo como lo habiamos solicitado.

El resultado de esta medida está en nuestra contra, i el pobre Conservatorio ha sido víctima de nuestra imprevision, atendida por el señor Blest como no merecia serlo.

Las condescendencias de los intendentes, contrarias en muchos casos a la justicia i al reglamento respectivo, deben cesar en adelante, haciendo retribuir ese trabajo como corresponde.

El mal, por otra parte, no está precisamente en que los intendentes presidan el Conservatorio. Está en que el gobierno, de algun tiempo a esta parte, se ha olvidado de que hai un reglamento que lleva la firma del presidente Búlnes i del señor Mujica, ministro respectivo. Ese reglamento establece una comision que tiene la direccion superior del establecimiento, pero de la que el gobierno prescinde hasta el estremo de haberla abolido tácitamente para solo entenderse con su *ajente constitucional*.

Todo lo dicho es sermon en desierto, i las cosas seguirán como hasta el dia, por la razon mui sencilla de que este sistema es mui cómodo para los que mandan.

XXX.

Habiendo llegado lo que hemos escrito sobre *música* a la época presente, que para nuestros lectores es tan conocida como para nosotros, suspendemos *por ahora* nuestros *Apuntes*, para dedicarnos, segun

los deseos de los editores de este periódico, a zurcir algunos artículos sobre otras materias, que deben publicarse en *La Estrella de Chile* desde el próximo número.

Damos fin al presente artículo con los dos datos que siguen.

XXXI.

AL DIEZIOCHO INMORTAL....

En agosto de 1834 se encontraron reunidos una tarde en el Café de la Nacion, el célebre actor Morante, el bailarin español Cañete, el mui notable actor, español tambien, Domingo Moreno Ramos, (que cantaba como un maestro, sin saber una nota de música) i el autor de estos *Apuntes*.

Morante se quejaba de que, debiendo dar un beneficio a principios del próximo setiembre, no tenia ninguna novedad que ofrecer al público.

Al oir esto Moreno, dijo a Morante: «yo tengo en la memoria una hermosa marcha patriótica, pero es preciso que Ud. le cambie la poesía, por que la que yo sé no puede servir para Chile, pues empieza con estos versos:

«Al sepulcro de Bravo i Padilla etc.»

Apénas oyó Morante la primera estrofa, la reemplazó imitando el canto de Moreno con:

«Al dieziocho inmortal de setiembre, etc.»

En seguida se convino en que Morante haria las demas estrofas i el coro, i en que nosotros debiamos trasladar al papel lo que nos entonara Moreno, poniéndole acompañamiento de orquesta i enseñándola a los actores que se prestaran a cantarla; lo que todos hicieron sin escepcion. Morante tuvo un buen beneficio.

Este es el orijen de esta hermosa cancion que todos nos atribuyen i en que no tuvimos mas que una pobre cooperacion.

XXXII.

MANUEL ROBLES I SU CANCION NACIONAL.

Cuarenta i cuatro años hace que esta cancion dejó de cantarse, aun viviendo su autor, que, al recibir el desaire de que se relegara su música al olvido, no manifestó resentimiento alguno por este acto de ingratitud.

La habia escrito sin ninguna pretension i solo por repetidas instancias a que no pudo resistir. Nos complacemos en haber contribuido, no a que se la prefiera, a la de Carnicer, cosa difícil, sino a que quede el recuerdo de esas notas que vibraron en los oidos de aquella jeneracion en los últimos años de la guerra de la independencia.

La conservábamos unicamente en nuestra memoria i cuando hace cuatro años tuvimos la idea de trasladarla al papel, apesar de la seguridad de que nada habiamos olvidado, nos dirijimos a nuestro amigo don Bernardo Alcedo, que, habiéndola enseñado en el Perú al batallon número 4 de Chile, estábamos seguros no la habria olvidado, por haberla oido repetir en las campañas de aquel pais, a que concurrió nuestro ejército, de que él formaba parte.

Contábamos ademas con la buena voluntad de Alcedo, a quien muchas veces habiamos oido lamentar el olvido de nuestro verdadero himno nacional. Efectivamente, nos lo remitió i tuvimos el gusto de ver que el suyo i el nuestro eran iguales.

Lo hemos dicho ántes: como música, la de Carnicer es mui superior; pero tal cual es, jamas podrá cantarla el pueblo. Lo contrario sucede con la de Robles. A las pocas veces de oirse, ya se sabe de memoria; pero lo esencial es, no que sea bonita, sino los recuerdos que trae a nuestra memoria.

No nos seria difícil probar que mas de uno de esos cantos populares, por los que algunos pueblos tienen una especie de culto, son inferiores a la música de Robles.

El señor don Miguel Luis Amunátegui ha hecho una especie de biografía de Carnicer. Nosotros haremos algo por dar algunos datos sobre nuestro compatriota i amigo Robles.

XXXIII.

Manuel Robles, segun nuestros cálculos, debió nacer el año de 1790. Su padre era músico i maestro de baile.

Hasta algo entrado este siglo habia un paseo anual a San Francisco del Monte, pequeño pueblo situado en el camino de Melipilla, a doce leguas de Santiago. A este pueblo acudia gran parte de la jente acomodada de la capital, a principios de octubre, en que se celebraba la fiesta de San Francisco, en un conventillo de la órden que allí habia.

El año de 1819 fuimos invitados a ese paseo por una respetable familia.—No lo estrañen nuestros lectores: entónces empezábamos a aprender el clarinete, i era se-

guro se nos convidaba por este aliciente....

Las corridas de toros, ya en decadencia, aun se conservaban en las fiestas de campo. En la plaza donde estaba el convento franciscano se habia formado una especie de circo con sus respectivos palcos i demas accesorios. Una tarde de funcion habian salido dos o tres toros que divirtieron a los espectadores mediante algunos toreros, ménos que mediocres; pues *ño Montano*, el Milon de la época, no habia acudido, o por haber engrosado excesivamente o, lo que es mas seguro, por no considerar aquel pobre corral digno de su mérito.

Salió un cuarto toro, de un aspecto tal que impuso terror al público, inclusos los toreros, que al verlo se replegaron casi corriendo a distancia respetuosa del toril, donde, como de costumbre, se le habia hecho rabiar ántes de soltarlo. Hubo un rato de silencio, que fué en seguida interrumpido con gritos i palabras mayores dirijidas a los toreros por su cobardía. Entre esas voces salió una de un palco vecino al nuestro,—¡que lo *torée* Manuel Robles, Manuel Robles!» Como de costumbre, el pueblo repitió este nombre, a gritos i sin saber, como de costumbre tambien, quién era Robles.

Redoblaron los gritos acompañados de palmoteos i esto nos hizo fijarnos en un indíviduo que se descolgaba de un palco. Se dirijió a uno de los toreros para pedirle su poncho, i en seguida vino al palco de donde habia salido el primer grito. Hizo una cortesía, i despues fué a encontrar al temible toro; le sacó cuatro, ocho, doce i quién sabe cuántos *lances*, hasta que el toro, cansado o aburrido, le dió vuelta, no la espalda, sino *otra* cosa, i se dirijió a los otros toreros que avergonzados se disponian a imitar a Robles, con grandes pifias del público, que no cesaba de aplaudir furiosamente *al futre*.

Este volvió al antedicho palco, repleto de jente, i, al hacer la cortesía de rigor, cayó sobre él una lluvia de flores i mucho dinero. Guardó las flores i entregó el dinero al que le habia prestado el poncho, todo esto en medio de un ruido atronador.

Robles manifestaba como treinta años de edad. De altura mas que comun. De formas perfectas i de cara hermosa i simpática. Todo esto acompañado de un traje que llamaba la atencion; pues era todo de seda, inclusos los calzones de punto, mui de moda entónces entre la jente de tono.

Esta fué la primera vez que vimos a Robles, pues ántes solo lo conocíamos por la fama de su violin, el mejor de ese tiempo.

Tocaba mui bien la guitarra i con su mala voz cantaba con una gracia inimitable. Bailaba como nadie, i esto hacia que fuera mui solicitado como maestro de baile. Era lo que se llamaba hombre un *remoledor*, i no habia diversion para que no fuera buscado. La horas avanzadas de la noche en que de ordinario se recojia le proporcionaron algunas discusiones, no siempre *de palabras*, con Sambruno i su policía, en que de ordinario salia triunfante, sin sacar jamas un rasguño. Por lo demas, manso como un cordero.

XXXIV.

En marzo de 1824, se le ocurrió a un amigo nuestro, don Mariano Palacios, invitarnos para hacer un viaje a Buenos Aires.

Esto tenia lugar a las tres de la tarde i la marcha debia emprenderse a las diez de la noche. Aceptamos sin vacilar, apesar de algunos pequeños inconvenientes. Ese dia habíamos amanecido con ocho pesos en el bolsillo; pero cuando nos hablaba el amigo Palacios nos los acababan de ganar al billar. Pero esto no nos dió gran cuidado, porque nos habia advertido que contaba para el viaje con *veinticuatro* onzas....

El gran apuro consistia en que no teníamos ni caballo ni montura. Nuestros elementos como artista (no se usaba esta palabra) consistian en un pobre clarinete que desarmamos i nos echamos al bolsillo para buscar a quien cambiarlo por un caballo. No recordamos por qué motivo nos dirijimos a don Ramon Nieto, oficial del ejército i amigo de la niñez. Apénas le propusimos el cambio, lo aceptó i ya nos encontramos con *la mitad* de lo que necesitábamos.

Faltaba la montura, de la que sin trabajo creerán nuestros lectoros no teníamos una sola prenda.

A esa hora, las ocho de la noche, nos echamos en persecucion de nuestros amigos, que en este particular no estaban mas provistos que nosotros.—Uno nos dió un par de espuelas, otro un sudadero, un tercero un freno. Aun está vivo nuestro compañero de profesion, don Francisco Guz-

man, que nos dió un pellon i un par de espuelas. Al montar para dirijirnos a la casa en que debiamos reunirnos para salir, caimos en cuenta de que nos encontrábamos con *dos* pares de espuelas, pero sin estribos. Como la hora urjia nos pusimos en marcha con una espuela en cada pié i con el otro par en la mano.

Al llegar al punto de reunion (la Chimba) sufrimos una sorpresa, i era que Robles habia recibido igual invitacion: i como nosotros la habia aceptado, con el bolsillo tan *epleto* como el nuestro; pero que igualmente contaba con las *veinticuatro* de nuestro amigo. La falta de estribos se suplió i las doce de la noche nos dieron frente a la Recoleta Dominica, i en marcha.

XXXV.

Con un viaje tan precipitado, a nadie se le ocurrió una cosa indispensable entónces, —sacar pasaporte. Ese olvido debia contrariarnos en el viaje. Antes de llegar a Uspallata se nos agregó un huaso que iba de Aconcagua a comprar mulas a Mendoza. Cuando llegamos al alojamiento, empezó el huaso por hablar de *divertirnos*, i para hacer mas eficaces sus palabras sacó un naipe. No haciendo caso Palacios de la invitacion, se dirijió con empeño a nosotros que por lo que ya saben nuestros lectores no podiamos complacerlo; pero, tanto porfió, que al fin Robles se hizo prestar de Palacios algun dinero i se armó la *primera*.

No pasó mucho tiempo sin que una parte de la plata de las mulas pasara al bolsillo de Robles. El guarda, en cuya casa sucedia esto, nos avisó estar ya la comida i Robles se negó a continuar despues, por no abusar de la tolerancia de este empleado.

Antes de llegar a la guardia anterior, los Ojos de Agua, jurisdiccion de Chile, habiamos caido en cuenta de la falta de pasaporte. Estuvimos al tomar un camino estraviado; pero Robles, que se habia convertido en jefe de la partida, nos aseguró que un señor Almarza, jefe de ese puerto, era su amigo i que pasaríamos, como sucedió, sin ningun inconveniente. Estas discusiones pusieron a nuestro huaso en autos.

Al continuar al otro dia nuestro viaje se separó de nosotros, apesar de los halagos de Robles que sospechó sus intenciones. Efectivamente, cuando tres dias despues llegamos a Mendoza, una partida de policia nos estaba esperando para conducirnos a casa del gobernador, señor Molina.

Este, apénas nos vió, nos preguntó por los pasaportes. Nuestras disculpas no le satisfacieron i nos preguntó en qué nos ocupábamos. Palacios dijo, i era la verdad, que era comerciante. Robles i yo, músicos. Apénas oyó esto, Robles al secretario, que era, ¡cuánto han cambiado los tiempos! clérigo. Se hizo leer una requisitoria que habia recibido de Chile en que se le pedia aprendiera a unos músicos de un batallon que se habian desertado en esa direccion. Le probamos su equivocacion; pero nos intimó que iriamos a la cárcel miéntras recibia noticias de Chile.

Al oir esto, Palacios i yo estuvimos al caer de espaldas; pero allí estaba Robles, que al oir aquella barbaridad, con el mayor aplomo dijo al gobernador,—daremos fiador. ¿A quién? preguntó con sorpresa,— a don N. Torres, contestó Robles.—¿Dónde está el señor Torres?—En el patio, i diciendo esto salió a llamar a Torres, que con cierta sorpresa se encontró ser fiador no solo de Robles, a quien conocia, sino tambien de otros dos individuos de quienes no tenia ni noticias.

Al llegar nosotros a estramuros de la ciudad, donde vivia Torres, se fijó en la partida que nos conducia i habiendo reconocido a Robles, nos siguió; pero sin hablar con Robles, porque ibamos incomunicados.

Esa noche se nos dejó en libertad, pero obligando al fiador improvisado por Robles a presentarnos al dia siguiente. Todo se arregló haciéndonos pagar *tres* pasaportes para Buenos Aires, por un precio que para Europa habria sido mui caro.

XXXVI.

A medio camino de Mendoza a Buenos Aires nos encontramos con un desierto de muchas leguas, donde no se veia mas que desolacion i ruinas, ocasionadas por los indios que hacia pocos dias habian pasado por allí haciendo los mas horrorosos estragos. En todo ese gran espacio no habia un solo habitante. Llegamos a la última posta donde debiamos tomar caballos para esta larga travesia. El *maestro* de posta, especie de jigante, nos recibió con marcado desden. Al pedirle caballos para continuar nuestro viaje, nos hizo esperar gran rato

su contestacion, que se redujo a decirnos: «Caballos hai, pero mui bien pagados.» Le contestamos que hasta allí habiamos pagado el precio establecido, un real por legua cada caballo.—«A mí no me *establece* nadie. Desde aquí hasta donde vuelven mis caballos vale doble.»

Al oir esto Robles, ya no se contuvo i entre sus palabras dijo una algo dura. Apénas oyó esto el gaucho, echó mano de una tercerola que colgaba a su espalda en la pared. Al ver Robles este ademan, olvidando que él ni nosotros teniamos arma ninguna i que habia otros tres gauchos, le arrebató la tercerola i corrió a colocarse en un rincon del rancho, amenazando a todo el grupo con ella.

Palacios, hombre de gran calma i de figura i modales aristocráticos, dijo al maestro de posta: «Ustedes son cuatro como nosotros (contaba con el arriero); si ustedes están armados, nosotros tambien lo estamos (no era cierto); lo mejor es que nos arreglemos amigablemente....» Una vez apaciguados los ánimos con recíprocas esplicaciones, Robles entregó la tercerola a su dueño, quitándole ántes la seba, segun nos lo dijo despues. El gaucho le ofreció el mejor de sus caballos, i efectivamente, en el largo trecho que hicimos no tuvo como nosotros que remudar. Por lo demas, cuando a Palacios o a nosotros nos tocaba, lo que no era raro, un caballo *chúcaro*, Robles se encargaba de arreglarlo i a poco andar los ponia como seda. Estos *pingos* dieron muchas veces en tierra con nosotros: a Robles una vez sola le vimos soltar un estribo.

XXXVII.

Llegamos por fin a Buenos Aires el Miércoles Santo en la tarde i, al dirijirnos a la fonda de *La Ratona*, tuvimos que pasar por las calles mas concurridas. Por un motivo que no sospecharán nuestros lectores, Robles llamó la atencion de todos. En ese tiempo aun eran entre nosotros mui usados los grandes estribos de madera. Los de Robles, regalados talvez como nuestra montura, eran de esta clase. Durante nuestro paso por la ciudad no se oia otra cosa que: *¡vé los estribos! vé los baules chilenos!* Esta letanía no cesó hasta que llegamos al alojamiento. Las dos primeras i únicas visitas fueron a Robles. La una del señor don Francisco Leon de la Barra, muerto en Santiago hace poco, la otra del teniente coronel Merlo, el mismo oficial de su escolta a quien O'Higgins arrancó las charreteras el 28 de enero de 1823.

XXXVIII.

Luego que llegamos a Buenos Aires entramos a formar parte de la magnífica orquesta del teatro, dirijida por el célebre violin Massoni. Robles, que contaba con otros recursos, no se incorporó a ella por entónces.

Era insigne jugador de billar. En Chile no habia tenido mas que dos competidores; don Francisco Iglesias i el coronel español Acosta, que hizo escuela en este juego. En Buenos Aires no los contó en mayor número, estos eran Collao i el ñato Gonzalez, ámbos sujetos decentes. Antes de mucho tiempo, Robles habia dado en tierra con ellos; pero esta circunstancia le perjudicó para sus cálculos, pues en vista de esto nadie se atrevia a jugar con él sin pedirle ventajas imposibles de conceder.

El billar era su encanto. Si hubiera sido un especulador, habria seguido el ejemplo de otro paisano nuestro que en el espacio de dos años supo ocultar lo que sabia, descubriéndolo solo al último i despues de haber realizado grandes ganancias.

Por ese tiempo, entró a formar parte de la orquesta del teatro, ocupando un lugar distinguido en ella. En los billares donde jugaba se habia atraido el cariño de todos los concurrentes, hasta el estremo de comer rara vez en su casa, por el sinnúmero de convites de que era objeto. Sinembargo, el amor a Chile era para él un culto, i un año despues decidió regresar, apesar de ofertas lisonjeras que se le hizo para trabajar en lo que hubiera querido. Por último, el señor don Julian Navarro, arjentino i canónigo del coro de Santiago, de paseo en Buenos Aires, lo obligó con sus instancias a emprender el viaje mas pronto de lo que pensaba.

El año de 1825 llegó a Chile, donde vivió aun once años ocupado en su profesion. Apesar de la proximidad de los cincuenta años, se casó de un modo algo novelesco.

Cuando mas tarde llegamos a Chile nos encontramos con que Robles padecia de cojera.

XXXIX.

El camino de la cordillera en ese tiempo

era mui peligroso, particularmente en las cuatro o cinco laderas del otro lado de la gran cordillera. Los que ahora transiten esos lugares no podrán formarse una idea ni remota siquiera del arrojo de San Martin al lanzar por el camino de Uspallata, el mas transitado hasta hoi, la division del jeneral Las-Heras que debia apoderarse de Santa Rosa. Al llegar allí, la mayor parte de los viajeros se apeaban por creerse así mas seguros.

Al entrar en una de esas laderas, la mula del canónigo Navarro se paró i a cada movimiento o esfuerzo que éste hacia para hacerla andar respondia con un gran corcovo. No se podia volverla porque la estrechez no lo permitia, estando entre el camino, cortado a pico, i el abismo. Al ver Robles, que seguia a poca distancia, el peligro de su compañero de viaje, se desmontó precipitadamente, por no ser posible pasar con su mula al costado de la otra para tomar las riendas que el señor Navarro habia abandonado para asegurarse de la montura con ámbas manos.

Al pasar Robles entre el cerro i la mula recibió una terrible coz en la rodilla, dada con ámbas patas. Pasó, sinembargo, tomó la rienda, tirando la mula con gran trabajo un largo trecho hasta dejar al canónigo en lugar seguro ayudándolo a desmontarse. Este fué su último esfuerzo ántes de caer sin habla por espacio de mas de media hora. El golpe le habia inutilizado una pierna i hasta llegar a Santa Rosa, donde paró algunos dias, era preciso subirlo i desmontarlo.

El señor Navarro no contaba jamas este lance sin admirar el denuedo de Robles i sin dar las mas tiernas pruebas de su agradecimiento.

Este fué el motivo de la cojera, que hasta su muerte le conservó el apodo de—*el cojo Robles*.

La enfermedad que lo condujo al sepulcro encontró en su enerjía física i moral gran resistencia; pero al fin fué vencido i tuvo una muerte edificante.

La larga curacion habia concluido con sus escasos recursos; para sepultarlo fué preciso ocurrir a sus amigos, que honraron sus cenizas con jenerosidad.

XL.

En el mismo año, 1836, murieron tambien los notables actores Morante i Cáceres; i como si el arte no hubiera sufrido bastante, ese mismo año fué demolido el teatro, único en Santiago, de la plazuela de la Compañía. Quedó la capital sin ningun establecimiento de este jénero hasta tres o cuatro años despues en que don Hilarion Moreno, arjentino, i don Juan Peso, español, construyeron, por acciones, el de la Universidad, que ocupó el mismo lugar que el actual Teatro Municipal.

O. O.

LA CAZA.

Cuánto es bello en la mañana
Del caloroso verano
Cruzar la selva i el monte
Con la escopeta en la mano;

Ocultarse entre las peñas,
En los bosques i zarzales,
I salvar del ancho rio
Los espumosos raudales;

Descender por la ladera
A la profunda quebrada
I con tiento cauteloso
Paso abrirse en la enramada;

Divisar allá en los sauces
De la fuente a las orillas
Juguetear entre el follaje
Las vistosas avecillas;

Seguir con fija mirada
Sus vaivenes esquivosos,
Hasta escuchar de sus trinos
Los acentos melodiosos;

De codicia ardiendo el alma,
De entusiasmo el pecho ciego
Preparar nuestra escopeta
I el pulso firme.... hacer fuego!....

Al traves de la humareda
Correr veloz al instante
I entre la yerba menuda
Cojer botin abundante;

El zurron llenando alegre
Con la presa mas variada
Escalar el plano valle
Celebrando la jornada;

Cansado ya recostarse
Sobre una cama de flores
A contemplar de la aurora
Los rubicundos colores,

I una cancion tarareando,
De placer el alma llena,
Empinar un rico añejo
Por su caza i su morena.

Santiago, setiembre 13 de 1872.

R. A. J.

RESÚMEN JENERAL

DE LAS REVISTAS BIBLIOGRÁFICAS DEL PRESENTE VOLÚMEN DE «LA ESTRELLA DE CHILE.»

Nos ha parecido interesante i curioso hacer un resúmen de nuestras *Revistas Bibliográficas* mensuales que abrace el año trascurrido desde principios de setiembre del año pasado hasta nuestra última revista, que es tambien la última del quinto año de *La Estrella de Chile*.

Han salido de las prensas nacionales las siguientes publicaciones:

Estatutos i reglamentos de sociedades	53
Escritos judiciales i jurídicos	10
Id. políticos	8
Id. históricos	10
Id. relijiosos	40
Novelas	27
Memorias e informes oficiales	27
Obras literario-didácticas	2
Liquidaciones, memorias e informes comerciales	17
Obras en idioma estranjero	3
Escritos gramaticales	6
Leyes, decretos, ordenanzas, reglamentos, instrucciones, etc.	9
Patrañas protestantes	1
Documentos oficiales	10
Proyectos de lei, de ordenanza, etc.	8
Periódicos han aparecido	10
Id. han cesado de publicarse	3
Escritos médicos	6
Discursos universitarios	1
Distribuciones de premios	4
Ciencias naturales	9
Esploraciones científicas	3
Almanaques	2
Obras morales	3
Catálogos de libros	1
Dramas i comedias	7
Escritos económico-sociales	3
Id. histórico-jeográficos	2
Id. jeográficos	3
Sermones, discursos, conferencias, etc	6
Agricultura e industria	4
Aritmética	3
Acusaciones i defensas de particulares i de autoridades	4
Gastronomía	1
Viajes	2
Filosofía	1
Misceláneas	1
Piezas de música	1

El anterior resúmen, como nuestras *Revistas Bibliográficas*, no comprende mas que las publicaciones que se reciben en la Biblioteca Nacional i de entre éstas no están tampoco comprendidos los diarios, revistas i demas publicaciones con período fijo.

Resulta, pues, que desde el primero de setiembre pasado hasta 31 de agosto del presente año se han recibido en la Biblioteca Nacional 301 publicaciones.

PLEGARIA DE MUJER.

A INES.

(De Lamartine.)

Si se aman al verse en su camino
Dos almas, ¿pueden darse algo mejor
Que la santa plegaria, don divino,
Puro oro que recibe el mismo Dios?

Tú me lo ofreces hoi, yo te lo pido;
Piensa en mi cuando al templo vas a orar;
Que ese óbolo de tu alma desprendido
Mi tesoro en el cielo va a aumentar.

El Oriente, rogando a su profeta,
Bajo el cielo, los astros por altar,
De rodillas en la alta minareta
Hace orar a la voz de algun mortal.

El cristiano en su templo majestuoso,
La paz del subterráneo yendo a herir,
Su cántico severo i respetuoso
Con las fibras del bronce hace jemir.

Yo una voz de mujer hallar aspiro
Que hasta Dios mi plegaria haga llegar;
Pasando por tu alma, mis suspiros
Mas incienso, mas lágrimas tendrán.

Valparaiso.

RAFAEL EGAÑA.

PENSAMIENTOS

RECOJIDOS PARA «LA ESTRELLA DE CHILE.»

En la juventud las adversidades fortifican i elevan el espíritu; en la vejez lo doblan i abaten. Las lluvias de la primavera hacen brotar las hojas, las del otoño las hacen caer.

* * *

El escepticismo es un término medio entre la verdad i el error, como los huevos que se sirven en ciertos cafées son un término medio entre el huevo i el pollo.

* * *

La reputacion que un hombre no debe mas que a sus amigos es poco sólida; pero los amigos que no debe mas que a su reputacion son ménos sólidos todavía.

* * *

Damos continuamente la preferencia al pasado i al porvenir sobre el presente, porque ignoramos lo que será éste i olvidamos lo que ha sido aquel.

* * *

El matrimonio se asemeja muchas veces a un tratado de paz destinado a producir la guerra.

* * *

Los conquistadores detestan la paz, como los borrachos el agua, porque no embriaga.

* * *

Los libros llevan el sello de las opiniones del dia como las monedas la efijie del soberano reinante.

* * *

En política cualquiera que detiene, desmonta, o rompe las ruedas de un reloj i se cree relojero.

* * *

Comenzamos a respetarnos poco i a admirarnos mucho.

* * *

Se dice que la gracia es mas bella que la hermosura. Tambien podria decirse que la sabiduría es mas fuerte que la fuerza.

* * *

No solo para elevarse él mismo tiene alas el poeta, que las tiene tambien para elevar a sus lectores.

* * *

La alegría demuestra i confirma el pesar como la escepcion demuestra i confirma la regla.

* * *

El dolor es un lago mucho mas profundo que el placer i sinembargo nos ahogamos en éste con mayor frecuencia.

* * *

Ambiciosos i orgullosos no tienen corazon mas que en la cabeza: el éxito de un discurso o de un libro los consolaria de la pérdida de un hijo.

* * *

Las palabras de una lengua son monedas cuyo valor varia con el uso i el tiempo: lo que nos parece cobre en Cervantes talvez fué oro en la época en que éste escribió.

* * *

Los hombres intelijentes pero charladores i difusos son ricos cuya fortuna consiste en monedas de vellon; pagan pero impacientan a los acreedores.

* * *

Las ideas de circunstancias son telas a la moda que se ven un dia en el tocador de las grandes señoras i al siguiente en la bolsa de algun *trapero*.

LA RAMILLETERA.

CARTA DE MONSIEUR COUSIN
A SU SANTIDAD PIO IX. (1)

(Traducido para *La Estrella de Chile*.)

Nuestros infortunios habrian debido inclinar nuestras cabezas ante Aquel que dispensa soberanamente el gozo i las lágrimas, los triunfos i los reveses. Desgraciadamente, no sucede asi i vemos a la hostilidad contra el cristianismo tomar cada dia mayor desarrollo. Culpable me creeria yo si sustrajera por mas tiempo a la publicidad hechos que hacen honor a dos grandes espíritus que rinden su espléndido homenaje, el uno a la caridad, i a la verdad el otro.

El P. Lacordaire no tenia relaciones directas con M. Cousin i no se puede sospechar que este haya resistido al ascendiente de la elocuencia de aquel i de su prestijio personal; pero Lacordaire habia considerado siempre la dulzura i el respeto para con las almas uno de los medios mas seguros de conquistarlas para con Dios. No hacia, pues, mas que permanecer fiel a su sistema, cuando se constituia defensor de un hombre a quien no lo ligaba jénero alguno de vínculos, pero a quien creia él atacado con injusticia o con exajeracion. Ya en 1840, escribia a Madama Swetchine, sirviéndose de una imájen de que ella habia usado: «Os encuentro mui poco jenerosa en vuestro «océano convertido en un hilo de agua, con tal que el agua sea pura.» Amiga mia, la plenitud del océano proviene de que recibe todas las aguas que a él van a derramarse. Si se dejase obrar a los químicos, el océano estaria vacio ántes de un siglo. Mas que yo, nadie estima en lo que vale la pureza de la doctrina i me atrevo a decir que, por lo que a mi respecta, me pongo cada dia mas celoso en esa materia; pero la caridad en la apreciacion de las doctrinas es el contrapeso absolutamente necesario de la inflexibilidad teolójica. El movimiento del verdadero cristiano es buscar la verdad, i no el error, en una doctrina, i hacer todo el esfuerzo posible para encontrarla, todos los esfuerzos, todos los sacrificios, hasta el de la vida; perseguir a la verdad cocomo se persigue una rosa al traves de las espinas. El que en nada estima el pensamiento de un hombre, de un hombre sincero, de un hombre que ha hecho a Dios visibles sacrificios, ese tal es un fariseo, única raza de hombres que ha maldecido Jesucristo; el que dice de un hombre que trabaja de buena fé por la gloria de Dios: «¿Qué importa un hombre? ¿Acaso necesita Dios de los hombres de talento?» el que tal dice es un fariseo. «Se apodera de la llave de la ciencia, dice Jesucristo, i ni entra él ni deja entrar a los otros.»—¿Hai un solo Padre de la Iglesia que no tenga sus opiniones i aun sus errores? ¿Arrojaremos por eso sus escritos por la ventana para que el océano de la verdad esté mas puro? ¡Oh! el hombre que combate por Dios es un ser sagrado, i, aun en el dia de una manifiesta condenacion, es menester pensar del hombre con entrañas de caridad.»

El racionalismo intelectual i el racionalismo social son, decia en la misma carta, las dos grandes llagas del mundo, i creia que todo el que combate por un espiritualismo sincero era digno de aliento i de simpatías aun ántes de haber vencido los errores parciales que lo separaban todavía de la rectitud absoluta.

Una de las costumbres del P. Lacordaire era tambien enviar a Roma a los hombres que, como él mismo lo habia necesitado, necesitaban ir en busca del complemento de la virtud, de la intelijencia i de la luz; i llamaba a Roma «el último refujio de los que yerran contra la dureza de los que no yerran.»—El Padre Lacordaire no se arrepintió jamas de ese método i pudo siempre repetir de sí mismo lo que escribia una

(1) La nueva edicion de Madama Swetchine se prosigue con exactitud i aparecerá mui pronto el volúmen que contiene la correspondencia del P. Lacordaire. Encontraránse varias cartas inéditas i una de ellas acompañada de un documento de alta importancia. El P. Lacordaire sabia que se habia pedido a Roma la condenacion de M. Cousin i jemia al imajinarlo tan solo. Con esta ocasion, M. de Falloux acompaña una profesion de fé dirijida por el mismo M. Cousin al Soberano Pontífice.

ocasion a Madama Swetchine: «Una de las causas que me dan alguna luz sobre la bondad perseverante de Dios para conmigo, es que nunca la hiel ha manchado mi alma i que he sido siempre una creatura, cuanto inofensiva, ardiente.»

Cuando, mas tarde, el P. Lacordaire tomó desde léjos, i en el secreto de una correspondencia intima, la defensa de M. Cousin, tenia mas razon que la que él podia creer; porque precisamente en esa fecha, i sin saberlo absolutamente el P. Lacordaire, M. Cousin se volvia tambien a Roma i sometia directamente al Soberano Pontifice una profesion de fé de la cual queria en adelante hacer, i en efecto hizo, la regla de sus escritos.

No me toca revelar aquí los detalles de un asunto en que por accidente tuve parte; pero debo a la memoria de M. Cousin el afirmar que ese acto de profunda deferencia no fué en él ni un movimiento precipitado ni un mezquino cálculo.

M. Cousin no podia ignorar los golpes que se preparaban al cristianismo i que se prometian ser mortales; ello lo asustaba i lo indignaba. Toda conversacion un tanto séria lo llevaba allá i nada hai igual a la vehemencia con que condenaba i anatematizaba los planes que le habian sido revelados i que despues se han manifestado a toda luz. «Se verá, se verá, esclamaba a menudo, si es a mí a quien deben los católicos tratar como enemigo i qué tales serán los ataques cuyo carácter ni siquiera sospechan todavía.»

Pocos años ántes de su muerte, me decia uno de sus colegas del Instituto, la conversacion rodó un dia sobre la situacion relijiosa del pais i sobre algunas obras recientes que zapaban el cristianismo por su base. Defendíase ardientemente de la imputacion de haberlas alentado con su ejemplo; en seguida, animándose por grados al mismo tiempo que se paseaba a lo largo de las ventanas de su biblioteca: «Si yo hubiese de escribir que Jesucristo no es Dios o subir al cadalso, yo subiria al cadalso!.... Sí, ántes de escribir tal blasfemia, subiria al cadalso!»

Otro de sus colegas, de veneranda memoria, el malogrado Cochin, nos ha conservado tambien una de esas conversaciones espontáneas i pintorescas a que M. Cousin gustaba de entregarse:

«Me ha sido dado, dijo M. Cochin, conocer a los hombres mas célebres de nuestro tiempo i de nuestro pais, no en la hora de la juventud, de la celebridad i del poder; los he visto ya viejos, vencidos por los acontecimientos e incorporados entre la muchedumbre. Sin hablar de los que viven llenos de gloria, he conocido a los SS. Molé, Pasquier, Tocqueville, Ampère, Barante i Cousin. No he conocido uno solo de esos grandes talentos que no haya conservado en el retiro, el amor al trabajo, a la justicia, a la libertad, a la patria i que no haya sido conducido, por las lecciones de la vida, a volver o, por lo ménos, a rendir homenaje a nuestras creencias cristianas. Doi gracias a Dios por haberme dado ese espectáculo, permitiéndome recojer algunas de las últimas palabras, *ultima verba*, de tantos grandes hombres tan diferentes, sostenidos hasta la estrema vejez por un liberalismo invariable, un trabajo continuo i un cristianismo creciente. Esos grandes ejemplos ha ofrecido a nuestro tiempo la vejez vigorosa i valiente de M. Cousin....

«No olvidemos las faltas, los errores i los defectos de M. Cousin, está bien; pero a condicion de que tengamos la justicia de no olvidar tampoco ese hermoso espectáculo de un adversario del cristianismo, convertido, con las lecciones de la esperiencia i en la plenitud de sus facultades, en un amigo del cristianismo, espresándose sin afectacion, sin respeto humano, ocupado sin cesar, como del gran objeto de la inteligencia humana, de Dios i de la relijion, demasiado sincero para dejarse arrastrar mas allá de lo que él creia de buena fé, pero demasiado valiente para no despreciar la impopularidad que rodea a la relijion, para no reivindicar i llevar alegremente una parte de esa injusta impopularidad.

«Un dia, apénas hace algunos meses, me paseaba por un patio del Instituto con M. Cousin i un sábio profesor de filosofía. Pasó casualmente un jóven teniente-cura, i como se alejase hácia el Puente de las Artes, M. Cousin, mirándolo desde léjos, se detiene i dice a su colega:

«Amigo mio, hemos hecho de la filosofía «la profesion de toda nuestra vida; reunimos «a la juventud instruida i procuramos «con laboriosos argumentos, demostrarles «que hai un alma. Miéntras tanto ¿qué hace ese jóven sacerdote, a dónde va? Va a «reconciliar las almas de dos esposos, a «fortificar el alma de un anciano que va a

«morir, a combatir el vicio en el alma de «un malvado, la tentacion en el alma de «una jóven, la desesperacion en el alma de «un desgraciado, a iluminar el alma de un «niño. ¡I queremos echar al agua a esas «jentes! Valdria mas que se nos precipita«ra a nosotros con una piedra al cuello. «Tengamos la honradez de reconocer lo que «ellos hacen por las almas miéntras nos«otros nos afanamos por demostrar la exis«tencia del alma.» Los que los oian espresarse asi, i yo tuve varias veces el honor de ser de ese número, se creyeron con derecho para rogarle que sus escritos publicados se pusiesen en armonia con sus espansiones privadas. Revisó sus obras, corrijió en ellas las espresiones sospechosas i borró todas las opiniones que podian herir la fé católica o alterar el respeto que les es debido. Pero ese homenaje indirecto no bastaba. Pronto no fué solo en el abandono de la conversacion i en el secreto de la intimidad donde manifestó su vuelta a nuevas convicciones. En 1855, se espresaba asi, en un prefacio que sorprendió solamente a los que no conocian el trabajo interior que tenia lugar en esa alma: «Si amais a la libertad i a la patria, huid de lo que las ha perdido. Léjos de vosotros esa triste filosofía que os predica el materialismo i el ateismo como doctrinas nuevas destinadas a rejenerar al mundo; matan, no rejeneran. No escucheis a esos espíritus superficiales que se dan humos de profundos pensadores porque, despues de Voltaire, han descubierto dificultades en el cristianismo; vosotros medid vuestros progresos en filosofía por los de la tierna veneracion que sintais por la relijion del Evanjelio. Estad tambien persuadidos de que en Francia, la democracia estralimitará la libertad: asi se va derecho al desórden i, por el desórden a la dictadura.»—Despues de tales palabras, faltaban actos. Colocado entre su respeto creciente por la relijion católica i la necesidad de dar una prueba manifiesta e indiscutible, M. Cousin vacilaba, turbado, indeciso, inquieto. Monseñor Sibour, arzobispo de Paris, i el abate Maret fueron los que vencieron, por fin, sus resistencias i obtuvieron de él que, para conjurar una condenacion ya preparada por la Congregacion del Indice, tomase la via tan filialmente indicada por el P. Lacordaire i recurriese, tambien él, a Roma, «el último refujio de los que yerran contra la dureza de los que no yerran.»

M. Cousin espresaba a menudo el mas simpático respeto por Pio IX. El pensamiento de dirijirse personalmente a él triunfó de las vacilaciones. Se resolvió, despues de visibles angustias, a escribir la carta que se va a leer. La remitió al arzobispo para que él la elevase al Soberano Pontífice; i, para el caso de que su publicacion fuese útil a Francia, me envió un duplicado escrito de su letra asi como tambien la esquela de envio.

Hoi, mas bien tendria que justificar mi retardo que pedir escusas por mi precipitacion, i creo hacer un servicio a mi pais i a mi tiempo publicando aqui esa profesion de fé, contenida en dos lineas: *En el triunfo i la propagacion del cristianismo cifro todas mis esperanzas para el porvenir de la humanidad.*

«Al señor conde de Falloux.

«Mi querido colega i amigo, hé aqui la carta. Haced de ella el uso que mejor os parezca. Conoceis mis sentimientos.

«*V. Cousin.*

«30 de abril de 1856.»

«No pudiendo salir, he dirijido la carta al Sr. Arzobispo para que la eleve a su destino.

«Santísimo Padre:

«El Ilustrísimo Señor Arzobispo de Paris «se ha dignado comunicarme una carta de «Vuestra Santidad, llena de tanta bondad «i tan digna del paternal corazon de Pio IX, «que cedo a la necesidad de espresaros mi «sincero i profundo reconocimiento. Si, «Santísimo Padre, se os ha dicho la verdad: «léjos de abrigar ningun mal designio con«tra la relijion cristiana, tengo para con «ella los mas tiernos sentimientos de vene«racion; tendria horror de dañarla en lo «mas mínimo directa o indirectamente i, en «el triunfo i propagacion del cristianismo «cifro todas mis esperanzas para el porve«nir de la humanidad. Afijido por haber «visto en otro tiempo traicionadas mis in«tenciones por falsas apariencias, he que«rido, en estos últimos tiempos, hacer un «libro de filosofía irreprochable; i, no fiando «mi en mis mas sinceros sentimientos, ni en «mis estudios, ni en mi edad, he pedido «sus consejos a amigos prudentes i piado«sos, a eclesiásticos ilustrados i autorizados. «Los sacrificios de amor propio nada me

«importan comparados con el gran fin que «persigo, el establecimienio de una filosofía «irreprochable, amiga sincera del cristia«nismo. Sí, pues, a pesar de todo mi esme«ro i el de mis doctos consejeros, se han «escapado algunos pasajes que puedan las«timar el corazon de Vuestra Santidad, que «se me señalen; los quitaré gustoso, no «aspirando a mas que perfeccionarme sin «cesar yo i perfeccionar mis humildes es«critos. Tales son mis sentimientos, San«tísimo Padre, creed a vuestro leal cora«zon i, me atrevo a decirlo tambien, fiad «en mi palabra: es la de un hombre que «no ha engañado jamas a nadie i que, to«cando al término de su carrera i consagra«do al retiro, no reconoce en la tierra in«teres capaz de hacerle tomar una máscara «i disfrazar lo que cree la verdad.

«Pongo a vuestros piés, Santísimo Pa«dre, el homenaje de mi filial respeto,

«*Víctor Cousin*,

«Miembro del Instituto,
«Antiguo ministro de Instruccion Pública.

«30 de abril de 1856.»

CONDE DE FALLOUX.

LAS FIESTAS.

I.

—¿Dónde vas, bella niña, ataviada con hermosos adornos, vestida de ricas telas de sonante seda; dónde vas con planta lijera i talle flexible como el mimbre cimbrador que crece en las orillas de las aguas?

—Voi a la fiesta, donde mil gallardos jóvenes, de ojos ardientes i labios rosados, enmudecerán al verme i fijarán en mí su mirada de fuego i seguirán mis pasos con pié vacilante.

—Graciosa niña, ¿qué buscas en esa fiesta? ¿No es acaso mas dulce bajo el techo paterno escuchar de boca de tu amado la palabra que mas tarde ha de unir tu suerte con la suya? ¿No es acaso mas bello ver correretear en el campo tus alegres hermanitos como sueltos cabritillos? ¿No es mas apacible ver que se deshacen las arrugas del rostro de tu padre, se descojen sus cejas enarcadas i se hace su mirada de triste i meditabunda, dulce i aun alegre; cuando vuelto del trabajo i del trato social mira tus ojos de cielo, tu cabello rubio, tu frente serena?

—Sí, yo gozo entónces; pero es tan bello ver cómo se agrupan elegantes jóvenes, cómo lucen sus gracias para cautivarlos mis amigas todas.

—¡Ah! ¡tú no pensabas ántes de la misma manera! ¿No recuerdas con placer aquellas horas en que coronabas de flores bajo los árboles del jardin la frente de tu corderito? ¡Cuán bella eras entónces!

—Sí, mui hermosas eran esas horas: era entónces tan niña.

—¡Ah! ¿por qué no has permanecido siempre lo mismo? ¿Te acuerdas de aquella tarde en que jugabas en medio de los árboles del bosque i corriendo de flor en flor como mariposa, tejias con ellas guirnaldas i coronas para engalanar tu frente i tu blonda cabellera? ¿Te acuerdas que con los labios llenos de sonrisa te presentabas a tu madre o te mirabas en el arroyo que reflejaba tu lindo rostro i tú, entónces juguetona, enturbiabas el agua enojada talvez de que pudiera retratarte siendo tan bella? ¡Ah! ¡cuán dulce, cuán inocente eras! ¿No recuerdas eso, graciosa niña?

—Sí, apénas lo recuerdo, ha pasado ya tanto tiempo.

—Una tarde, mui hermosa tarde, una tarde de diciembre sobre la laguna cristalina del jardin se deslizaba lánguidamente llevada por una brisa soñolienta la barquilla en que tú deshojabas distraida las rosas que guardabas en tu regazo. ¿Te acuerdas que lanzaste un grito cuando me viste salir de la enramada i sorprender tu melancolía?

—Han pasado ya algunos años.

—Tú entónces mirabas mi cabeza cana i las arrugas de mi frente, i te decias en tu interior, no puede comprenderme i oias de mi boca con disgusto las palabras que te ofrecia mi esperiencia. ¡Cuánto temo que mis predicciones se cumplan! Vas a entrar, te decia entónces, por un camino nuevo, lleno de precipicios cubiertos por lindas flores, tu corazon comienza a sentir lo que jamas habia sentido, tú no te comprendes, deseas i no sabes qué, lloras e ignoras la causa. Julia, cuidado, cuidado, hermosa Ju-

lia, no hai nada tan asqueroso como el lirio que, caido en un charco, pierde su color i cuyas tersas hojas se corrompen. I el lirio es la flor mas hermosa cuando alza erguido su tallo en medio de los campos. Cuidado, hermosa Julia, guarda tus sentimientos en tu alma, como guarda sus perfumes esa flor blanca que crece junto al estanque; ¿no has visto que solo abre su cáliz para recibir el rocío fresco de la noche? Abre así tu alma solo a tu madre para que sus palabras dulces i cariñosas la alivien i refrijeren. Esto te decia entónces i tú me oias distraida, mirabas mi cabellera nevada i mi mirada fria, ignorabas acaso que fui tambien bella, que mi corazon latió sin comprenderse, que sufrí como tú sufrias i que las arrugas de mi frente, las canas de mi cabeza i el hielo de mi mirada son los emblemas de las cenizas de mi alma.

¡Ah! ¡cuánto enamorabas entónces con tu inocente melancolía! Tú me viste alejar con silencioso placer; sinembargo, yo velaba por ti oculta entre los sauces de la orilla.

Mas tarde, cuando hasta los mas lijeros tintes rojos se habian borrado del cielo por el lado del mar, cuando la luna se alzaba tranquila con su luz pálida que formaba en las aguas, a traves de las ramas, cintas movibles de plata; yo estaba cerca de ti, yo te veia, sentia palpitar tu corazon i ví que caian en el agua lágrimas silenciosas i que alzabas al cielo tus ojos azules como se alza la azucena henchida de temblorosas gotas de rocío. No te preguntó por qué llorabas porque no habrias sabido responderme.

Pero ¿por qué se ruboriza tu frente? ¿por qué se ponen rojas tus mejillas? ¡Lloras! ¡veo temblar una lágrima en tus ojos! ¡No vayas a la fiesta, hermosa niña!

Esos jóvenes que te miran con ojos de fuego, que dicen a tu oido dulces i halagadoras palabras, que manifiestan a tus ojos corazones henchidos de nobles sentimientos, almas amantes de lo bueno, intelijencias brillantes i primorosas, esos mismos jóvenes.... ¡No vayas a la fiesta, inocente Julia!

Quieres oir dulces palabras, quieres saber que hai corazones que palpitan por tí; escucha las palabras de amor que te dirije el que ha de ser compañero de tu vida, oye los violentos latidos de su corazon jeneroso; dale tu alma como él te da la suya.

Quieres ver orgullosa que tus compañeras te miran con envidia al contemplar tu belleza, admirar lo precioso de tus galas; no busques la envidia, hermosa niña, que un corazon envidioso encierra mucha hiel i tarde o temprano suele derramarla en dolorosa herida. Vé que eres bella en las dulces miradas de tu novio, mírate adornada de flores en la fuente del jardin que sabrá retratar tu hermosura i tus gracias. Las flores son para las niñas lo que una gota de rocío en el cáliz de una violeta.

¡No vayas a la fiesta, graciosa niña!

—Mi madre me espera, yo estoi ya vestida con mis mas bellas galas. ¡Oh! ¡qué envidiosas estarán mis amigas! ¡Cómo latirán de emocion los corazones de mil i mil jóvenes al mirar mi hermosura!

II.

—¿Eres acaso tú la hermosa Julia? ¿Eres tú acaso la reina de los festines, la beldad ponderada sobre todas las beldades? Nó, pocos años han pasado, i sus ojos eran chispeantes i húmedos de lágrimas, su mejilla era sonrosada i tersa, su frente tranquila, como un cielo azul i sin nubes, su cabellera rubia caia espesa, en ondas por su espalda, su talle era esbelto i flexible, su pié lijero i leve, como una brisa de otoño.

—Sí, yo soi la desgraciada Julia, una tarde, tarde que grabada en mi memoria destroza de continuo mi corazon, desoi tus consejos, me burlé de tus palabras; ¡i tus consejos eran mi salvacion! ¡i tus palabras de amenaza se han cumplido!

—¡Oh! ¡infortunada Julia! (ya que tú te das ese nombre) ¿cómo has podido llegar a este estremo, cuando aun no han pasado seis años desde que eras un ánjel de belleza e inocencia? Tus ojos dulces i amorosos, parecen hoi dos carbones moribundos en el fondo negro de dos sombrías cabernas; tu frente tersa i serena, hoi agobiada con el peso de un pensamiento abrumador, está surcada de profundas arrugas; tu cabellera undosa i abundante, es ahora unas cuantas canas que deshonran e infaman; tus mejillas de rosa, que el mas leve soplo cubria de hermoso carmin, hundidas i cubiertas de pliegues, se asemejan a los pergaminos en que se envuelven en las bibliotecas los pensamientos criminales de las edades pa-

sadas; tus labios rosados i palpitantes no saben dibujar una sonrisa, solo se pinta en ellos la sarcástica risa del réprobo. ¡Desdichada niña!

—¡Oh! si, ¡la mas infeliz de las creaturas! ¡Yo era dichosa! ¡Yo era inocente! ¡Seis años han bastado para desplomarme al fondo de este insondable abismo en que me encuentro!

—Anjel caido, ¿cómo pudiste de altura tanta despeñarte a sima tan profunda?

—Yo era dichosa, era la felicidad de mis padres, el amor me sonreia en los labios de un hombre jeneroso. Mi alma anhelosa e inquieta quiso mas, ansiaba algo desconocido, deseaba penetrar en el mundo i confundirme en su bullicio i aturdirme con su embriaguez.

Las palabras de amor que pronunciaba mi novio tan dulces ántes para mi, me parecieron poco a poco frias i lánguidas comparadas con las que a cada momento escuchaba. Los goces del hogar, los dulces placeres de la familia perdieron todo su encanto para mi alma que se despeñaba.

Quise ser la primera por el primor de mis galas, como era la primera por mi belleza; quise ver humilladas a mis mas hermosas compañeras; quise sentir a mis piés los latidos violentos de mil corazones idólatras. Fuí la reina de la hermosura, me paseaba contenta escuchando las maldiciones de la envidia, oyendo los ayes de la desesperacion.

Mi madre estaba satisfecha contemplando los triunfos de su hija, mi padre con mirada inquieta i profunda suspiraba al entregarme el precio de nuevas victorias.

Un año pasó asi. Una turba de adoradores me seguia, sentia un placer intenso en arrancar inocentes amores de los corazones que sentian mi influjo por vez primera.

Una noche mi padre me llamó aparte, mi madre lloraba silenciosa. Nuestra fortuna estaba arruinada, era preciso alejarse de los placeres.

Todo lo perdimos, la miseria se nos presentaba con su haraposo traje; mas mis galas se habian salvado con esfuerzos increibles de la universal ruina. Seguia siendo la diosa de siempre, aunque mis adoradores disminuian dia a dia.

Una noche de invierno oscura i lluviosa mi padre con voz desfallecida me llamó junto a su lecho «Julia, me dijo, deja esos placeres que te llevarán a la desesperacion, sé buena, sé virtuosa, busca al hombre que iba a ser tu esposo i que tu alejaste con tus locuras, sé feliz a su lado.» Esa noche, sin sufrimiento vi morir a mi padre. ¡Desgraciada! Mi alma estaba helada, aun sobre el cadáver de mi padre soñaba con nuevos placeres. ¡Infeliz, no comprendia que pesaba sobre mi el peso de un parricidio!

Mi madre le siguió al sepulcro poco tiempo despues.

Recojida por mis parientes, pude apenas finjir mi duelo unos pocos meses. Volví a mis antiguos pasatiempos; pero poco a poco mi hermosura se iba marchitando i postizos artificios vinieron a reemplazar la hermosa sencillez de la naturaleza.

El hombre que, si yo hubiera sido virtuosa, me habria hecho su compañera al pié de los altares, tornó a verme vuelto de su largo viaje. Me amaba aun; pero me halló mas loca que ántes i sin la belleza que me prestaba mi juventud i tuvo que alejarse de nuevo.

Cuando mi hermosura se ajó, cuando hasta los vestijios de mi belleza se perdieron, quise amar, recordé las palabras de mi padre que resonaban dia i noche en mis oidos, envidiaba mi felicidad en la época de mi niñez; pero.... ¡los años habian pasado!

¡Supe despues que una mujer virtuosa i buena era la esposa del hombre que yo habia despreciado! ¡i caí en la desesperacion! ¡i me despeñé en el mas profundo abismo!

Abandonada de todos, he venido a morir a este hospital, donde Dios ha querido que llegues a mi lecho para que veas mis sufrimientos i mires la realizacion de tus predicciones. Aquí espero la muerte que demora para atormentarme mas. Sea siquiera mi vida un ejemplo provechoso.

—

Hermosa niña que has escuchado mi relato, contempla i vé si en tu alma encuentras lo que hizo la desgracia de Julia.

Valparaiso, setiembre 15 de 1872.

ENRIQUETA GONZALEZ H.

LA MUJER.

BOSQUEJO.

La humanidad ha pasado i le restan todavia que pasar dolorosos dias de prueba. En ese eterno combate de ideas que nacen i preocupaciones que mueren; en ese océano de pasiones encontradas, de sucesos imprevistos, de dudas i creencias, de grandes sueños i de mezquinas realidades, se ajita constantemente el espíritu humano, ansiando siempre la luz, siempre en busca de lo desconocido, poniendo los ojos en el pasado i la imajinacion en el porvenir.

En todas sus alternativas, en todas sus vicisitudes ha tomado una parte mui activa la mujer.

No tratamos de remontarnos a épocas mui lejanas, aunque talvez en ellas encontraríamos preciosos detalles para nuestro cuadro: no turbaremos el sueño de la heroina de Bethulia ni de la suicida de Lesbos, haciéndolas aparecer en primer término, rodeadas de todas sus grandezas, de todas sus debilidades. Desde Eva hasta hoi, creemos que los sentimientos, que el carácter de la mujer, si alguna modificacion han sufrido, ha sido aparente, nunca real.

Ya se llame Cleopatra o Lucrecia; ya róbe al hombre sus pensamientos, como Madama de Stael, o le usurpe su traje, como Jorje Sand, la mujer se adivina siempre, aunque no se comprende jamas.

En efecto, ¿hai algo mas incomprensible, algo mas misterioso que ese sér, mezcla confusa de aspiraciones buenas i malas, de jenerosos impulsos i de triviales afecciones; ese sér que, revestido de las galas de la hermosura, rodeado de esa aureola de pureza i de encanto que ha ceñido a su sien el desvarío del hombre, forma una parte la mas considerable i mas considerada sin duda en nuestras modernas sociedades? Sér que nace esclavo i cobra tributos a la libertad; que crece para hacer nuestras horas dulces i serenas, i es el orijen de las tempestades del alma; que muere al fin, llevándose a la tumba nuestras ilusiones, nuestros delirios, acaso nuestra felicidad.

Hai una edad, dice un distinguido escritor, en que el corazon de la mujer es puro, como un vaso de agua cristalina; el hombre llega, i el aliento de sus pasiones empaña el agua, que no vuelve a purificarse desde entónces.

Y asi es: existe siempre una idea fija, un instinto por decirlo asi, que es el árbitro de los destinos de la mujer; ese instinto que brilla en el crepúsculo de la mañana, que alumbra los horizontes de su vida, que le muestra en lontananza el porvenir, es el que la conduce al ara de la dicha o la arrastra a los abismos del infortunio. Esa idea alimentada por la calma de sus dias, por el insomnio de sus noches, ha sido la que ha llenado los anales de su historia de mártires i de heroinas.

Vedlo: débil por naturaleza, nos presenta para desmentirnos a María Coronel, Juana de Arco, María de Padilla; tímida por reflexion, no se avergüenza de ostentar en sus pájinas los nombres de Judith, Dalila, Margarita de Borgoña; incrédula por costumbre, se enorgullece aun con los recuerdos de Safo, Eloisa, Santa Teresa. Víctimas unas de pasiones mundanas; esclavas otras de una virtud, de la que nadie les pedia cuentas; sujeta la última a la atraccion de un amor infinito, eterno, porque no era humano.

Hai una preocupacion mui arraigada respecto a la educacion de la mujer; desde sus primeros años, i en Chile mas que en ningun otro país, se educa a la mujer para que brille, no para que piense; se la enseña el arte de agradar, no el arte de vivir; i ya conseguido este objeto, se la arroja al mundo alzada sobre el pavés de la belleza, defendida con el escudo de la virtud, armada con la seduccion del amor. Belleza pasajera, virtud egoista, amor mentido o interesado.

Y no es esto decir que la mujer no obra por inspiracion propia: no es esto decir que su imajinacion no sea capaz de abrigar grandes ideas, ni su corazon de latir con emociones tiernas i positivas, no; lo que nosotros decimos, lo que nosotros creemos es, que en el fondo, en la esencia de las acciones de la mujer hai algo que no ha nacido con ella, que lo ha estudiado, aunque quizá no lo ha comprendido.

Llegará un dia, anunciado ya por algunos profundos pensadores, en que la mujer será lo que debe ser; la estrella misteriosa que alumbre los destinos del hombre, que le inspire los mas elevados pensamientos, las mas sublimes concepciones: un dia en que, desvaecidos los errores que

son hoi el orijen de tantos, empiece ese imperio santo de la verdad i del espíritu, que será para el alma el anuncio secreto, el pensamiento lejano de esa otra vida de amor i de esperanza, cantada por todos los poetas desde Moisés hasta Zorrilla, desde Homero hasta Lamartine.

Entónces, i solo entónces, habrá realizado por completo la mujer su mision civilizadora, que es llevar la paz i el consuelo a los oprimidos i a los tristes; unir con lazos indisolubles todo lo que es hoi efímero i deleznable, i restaurar, de acuerdo con el hombre, el encantado alcázar de la esperanza, que el materialismo va desplomando poco a poco, i sin el cual la existencia acabará por ser un trabajo fatigoso i estéril.

Nosotros saludaremos con placer la aurora de ese dia; nosotros, que hemos rendido siempre un culto apasionado a la mujer, que es a nuestros ojos la piedra angular de la humanidad; a ese sér a quien invocamos en nuestros sueños, a quien divinizamos en nuestros delirios, a quien acudimos en nuestras aflicciones.

Sér que no se comprende i se adora; que no se oculta i se admira; sér a quien respetan todos, pero a quien calumnian los mas.

Setiembre 19 de 1872.

MORGAN.

EL CURA DE PETORCA.

Allá en los principios del siglo presente,
Refieren los viejos, vivia en Santiago
Un ex-fiel de fechos, de escasa fortuna,
De jenio irascible, soltero i ya anciano.

Vestía don Diego de Porras Telenque,
Talvez por costumbre, talvez de tacaño,
Mugrientos i negros, calzones i medias,
Chaqueta, tricornio, corbata de raso.

I es fama que en misa los dias festivos,
I todos los dias tambien de trabajo,
I en otras funciones gratuitas de iglesia
Mostraba don Diego su celo cristiano.

Su estraña manera de vida i de traje
Fué pronto entre pillos i alegres muchachos
Motivo fecundo de risas burlonas,
De dichos picantes, de crueles sarcasmos.

Bien luego sabidos tuvieron los tunos,
Del pobre don Diego trajines i pasos,
I en calles i plazas, tras puertas i esquinas,
Al verlo acercarse saltaban gritando:

«¡Desgránese la mazorca
¡Ti-lin!-¡Ti-lin!
¡Viene el Cura de Petorca!
¡Rin-re-tin-tin!

Cantemos la tonadita
Del tio Austin!
Que el Cura viene cerquita
¡Ti-lin!-¡Ti-lin!

Si se agacha me lo ahorca
El corbatin....
¡Adios, Cura de Petorca!
¡Rin-re-tin-tin!»

I don Diego se ponia
Como un aji,
I a los niños embestia
Fuera de sí;

I cuando ya era pasado
El San Quintin
I algun amigo apiadado
De aquel sufrir

Deciale: ¿no es *lesura*
Di, Porras, di
Que porque te dicen Cura
Bufes asi?

Este, al instante encendido
Como carmin,
Contestábale: ¿Has nacido
En Guangualí?

Cura de Petorca, un pito
Se me da a mí;
Lo que me arde es el maldito
Del *re-tin-tin*!

Tenia don Diego de Porras Telenque,
Perdone su amigo, sobrada razon;
Que mas que injuriosas palabras ofenden
Amables que lleven dañada intencion.

1867.

ZOROBABEL RODRIGUEZ.

«CHILE ILUSTRADO.»

(Continuacion.)

FRANCMASONERÍA.

Entre las sociedades de beneficencia coloca el autor de *Chile Ilustrado* en primera línea a la *Sociedad masónica*, i asegura que «sus miembros forman la parte mas ilustrada de la juventud de Santiago.»

No sabemos por qué se nos ocurre que el señor Tornero, o quien esas líneas escribió, debió sonreirse al escribirlas. ¡Venir en 1872, en Chile, donde es proverbial cuánto nos conocemos todos, con la gastada paparrucha de que la masonería es sociedad de beneficencia i con la otra de que a ella pertenece la parte mas ilustrada de la juventud santiaguina!

Si ántes no hubiéramos sabido ya los chilenos, los propósitos que persiguen las lójias masónicas, habrianos bastado conocer el personal de ellas en Chile para convencernos de que su obra es zapar los cimientos del órden, de la fé i de la moral. En Chile, como en todas partes, la francmasonería, disfrazada con la capa de la beneficencia i tras de ritos i ceremonias ridículas, es una amenaza constante contra la fé relijiosa, contra las costumbres i contra el órden social i tranquilidad pública.

Cuando Tornero afirma que la parte mas ilustrada de nuestra juventud está afiliada en las lójias, no sabemos que pueda engañar a nadie que conozca medianamente siquiera a Santiago.

Por lo demas, se conoce que es leon el pintor.

En Chile conocemos todos el número i calidad de los Hermanos ...; ¡no juzguen ¡por Dios! los estranjeros por los informes del señor Tornero: tómense la molestia de recojer otros ántes de pronunciar su fallo!

CASA DE MARÍA.

Una de las mas bellas i simpáticas instituciones que hai en nuestro pais, que mas honor le hacen i que con tanta justicia ha conquistado a su fundador, presbítero don Blas Cañas, el reconocimiento, el respeto i las simpatías de toda la sociedad, la *Casa de María*, no le ha merecido al *ilustrador* de Chile sino malignas i falsas insinuaciones contra ella.

Dice el señor Tornero que «un clérigo de Santiago» fundó esa casa para «encerrar a todas las mujeres jóvenes que están espuestas a perderse por falta de proteccion i vijilancia».—Está usted mui mal informado, señor Tornero: no se «encierra» a las jóvenes en la *Casa de María*. Solo las que lo solicitan por sí o por medio de sus parientes o protectores son recibidas en la casa, cuando hai vacantes. Es completamente inexacto aquello de que hai «reas detenidas por fuerza (en la *Casa de María*) a peticion de sus familias que quieren castigar de ese modo sus estravios». Las que han tenido «estravios» no son recibidas en la *Casa de María* i a nadie se detiene allí por la fuerza; se equivoca Tornero si de veras cree que «es sumamente difícil sacar» a una niña, despues de colocada en la casa. No es tampoco exacto que haya entre las niñas categorías, unas de mejor condicion que otras; todas allí reciben igual educacion, igual trato i se prestan unas a otras idénticos servicios.

El autor de *Chile Ilustrado* es el primer chileno que se ha atrevido a decir mal de la *Casa de María*.

La institucion de esta casa fué fundada por varias respetables señoras de Santiago presididas por el señor presbítero Cañas, el 15 de agosto de 1856. Tiene por objeto dar asilo i educacion gratuitamente a niñas huérfanas i desamparadas, a quienes no se despide sin haberles proporcionado una colocacion segura, honrada i suficiente para procurarles honorable subsistencia.

El 24 de setiembre de 1861 se abrió en la *Casa de María* un beaterio de relijiosas mercedarias encargadas de cuidar de las huerfanitas asiladas.

En 6 de agosto de 1866 ese beaterio fué elevado a la categoría de Congregacion relijiosa por decreto del Ilmo. i Rmo. Sr. Arzobispo.

Posteriormente la Santidad de Pio IX la declaró *laude digna* i aprobó su regla.

Actualmente hai asiladas 180 niñas.

La *Casa de María* está establecida en la calle del Cármen, en un estenso i elegante edificio levantado con las limosnas que se ha procurado el evanjélico celo del señor presbítero don Blas Cañas. Tenemos entendido que el sitio que ocupa esta casa fué cedido al efecto por el caritativo ciudadano

i excelente católico don Alejandro Ciccarelli.

Los claustros son espaciosos, adornados de árboles i jardines; los salones son grandes, construidos segun todas las reglas de la hijiene i consultando la mayor comodidad de las niñas i el mas perfecto órden.

El aseo admirable, el órden, el buen gusto en todo, revelan al visitante de la casa el esmero i la abnegada contraccion con que ella es atendida.

Son dignos de verse i (lo aseguran personas competentes) no tienen superiores en Europa los diversos talleres, en que las niñas de la *Casa de María* aprenden muchas i variadas industrias i habilidades propias de su sexo.

La sociedad de Santiago es testigo de los benéficos frutos de la *Casa de María*. ¡Cuántas jóvenes, llenas de virtudes, adornadas de preciosos i útiles conocimientos no han salido de esa casa a hacer felices tantos hogares!

Lo repetimos, la *Casa de María* honra sobremanera a su fundador i sostenedor, honra tambien al pais en que está establecida i que con su jenerosidad la ha hecho surjir i la sostiene.

COMISIONES VISITADORAS DE ESCUELAS.

En la ciudad de Santiago, la inspeccion i direccion de las escuelas públicas está confiada a dos juntas, nombradas por la autoridad local i llamadas *Comision visitadora de escuelas de hombres* i *Comision visitadora de escuelas de niñas*. Como los nombres lo indican, la primera tiene a su cargo las escuelas de niños varones i la segunda las de mujeres.

Se compone la *Comision visitadora de escuelas de hombres* de 30 miembros elejidos jeneralmente entre los jóvenes ilustrados de la capital. La preside el Intendente de la provincia i forman parte de ella los rejidores de escuelas de la Municipalidad. La *Comision* nombra ademas periódicamente un vice-presidente, dos secretarios i los miembros que han de componer las sub-comisiones permanentes.

Celebra sesiones semanales.

Los miembros que no pertenecen a subcomision permanente tienen asignada una escuela que deben visitar e inspeccionar, dando periódicamente cuenta de su marcha. Al principio, la Comision de hombres visitaba tambien las escuelas de niñas.

La *Comision visitadora de escuelas de niñas* creada en 1870, se compone de respetables e ilustradas matronas, nombradas tambien por la autoridad local i con atribuciones idénticas a las de los visitadores de escuelas de hombres. Su constitucion interior tambien es mas o ménos la misma.

Las Comisiones tienen un periódico mensual titulado *Boletin de la Comision Visitadora de Escuelas del Departamento de Santiago*, cuya redaccion está a cargo de una sub-comision permanente.

La buena direccion de las escuelas públicas de Santiago, ha ganado inmensamente gracias al ilustrado celo de las Comisiones Visitadoras.

EL MAC-ADAM.

No sabemos por qué el autor de *Chile Ilustrado* jeneralmente tan descontentadizo, tratándose de las cosas de su pais, se vuelve tan benévolo i contentadizo a veces.

Hablando del pavimento de las calles de Santiago, dice que una gran parte de éstas se ha arreglado por el sistema Mac-Adam «con un exelente resultado.»

Lo cierto, sinembargo, es que nuestras calles mas parecen caminos rurales, desde que se las ha macadamizado. En verano, un polvo fino i penetrante, sublevado por el viento, es el azote de los ojos de todo el que tiene la desgracia de ser transeunte. En invierno, ese polvo, convertido por las lluvias en una verdadera mazamorra, hace invadeables nuestras calles, hasta tal punto que con mucha espiritualidad ha dicho algun cronista de nuestros diarios que, desde el Mac-Adam para acá, Santiago es una Venecia de barro. Dé el señor Tornero una vueltecita por las calles de Santiago en invierno i no será difícil que a poco andar tenga que volverse mas que de prisa a mudarse de piés a cabeza porque ha recibido un soberano aspérjes con lodo que le ha hecho la rueda de algun carruaje.

ESCUELA NORMAL DE PRECEPTORES.

La Escuela Normal de Preceptores, destinada como lo indica su nombre a educar maestros para las escuelas públicas del pais, ha dado desde su fundacion, en 1842, brillantes resultados.

La Escuela de Preceptores está situada en la Alameda de Matucana (Yungai) al lado de la Escuela de Artes i Oficios.

Los 120 alumnos (todos internos) que ahora tiene la Escuela Normal están distribuidos, segun su grado de instruccion, en tres secciones.

La planta de empleados del establecimiento consta de un director, un subdirector, 3 inspectores, un capellan, 14 profesores, un tesorero-ecónomo, un mayordomo i la servidumbre necesaria.

Se cursan los siguientes ramos:

Lectura, caligrafía, catecismo de relijion, historia sagrada, historia de América i de Chile, elementos de historia universal, gramática castellana, gramática francesa, jeografía descriptiva, física, química orgánica e inorgánica, jeografía física, historia natural, fundamentos de la fé, derecho constitucional, elementos de retórica i poética, aritmética, álgebra, jeometría i trigonometría, vacunacion, hijiene, pedagojía, jimnástica, música vocal.

La Escuela no tiene para su sostenimiento mas recursos que los 120 pesos mensuales que por cada alumno da el gobierno.

El primer director de la Escuela Normal fué don Domingo F. Sarmiento, hoi presidente de la República Arjentina; le han sucedido en el cargo los señores don Máximo Argüelles, don Joaquin Godoi, don Guillermo Moreno, don Guillermo Deputron, don Emilio Jofré (accidentalmente) i don Eulalio Várgas, actual director, a cuyo celo e intelijencia debe en gran parte el establecimiento hallarse en el magnífico pié en que se halla.

Para la enseñanza práctica de la agricultura, tiene la Escuela una estensa i bien cultivada huerta.

SOCIEDAD DE SAN LUIS GONZAGA.

La *Sociedad de San Luis Gonzaga* fué fundada en Santiago el año 1857 por el presbítero don Manuel Antonio Valdivieso. Tiene por objeto reunir a sus miembros en retiro espiritual, el primer domingo de cada mes. Los socios deben confesarse i comulgar el dia del retiro. Cada uno de ellos eroga un peso mensual para los gastos del culto i de la comida. Los retiros tenian ántes lugar en la antigua Casa de Ejercicios de Santa Rosa, hoi Casa de Correccion de mujeres. Al presente, los retiros tienen lugar en la Casa de Ejercicios de San José. Fué su primer director el fundador señor Valdivieso; le han sucedido en el cargo los señores presbíteros don Mariano Casanova i don Rafael Fernandez Concha, actual director.

La Sociedad debe tambien sostener escuelas gratuitas de instruccion primaria, si se lo permite el estado de sus fondos.

Los retiros de la Sociedad son mui concurridos por lo mas escojido de nuestra juventud; asisten por término medio cien socios.

CLUB DE AMIGOS DEL PAIS.

La Sociedad de Amigos del Pais fundada en 1867, tiene por objeto, como lo indican sus propios estatutos, propender al «progreso del pais de acuerdo con los principios católicos.» Es, pues, una sociedad política que representa i defiende los intereses del partido católico en Chile.

En su antigua organizacion, reformada el 27 de setiembre de 1870, la Sociedad estaba dividida en departamentos correspondientes a las demarcaciones territoriales del mismo nombre. Todos los socios de un departamento formaban una seccion dependiente de un jefe departamental. Los departamentos se dividian en grupos llamados *decurias* compuestos de diez socios, a cuya cabeza habia un decurion, un secretario i un tesorero, que dependian directamente del jefe departamental. Sobre todos los departamentos estaba el directorio, compuesto de un presidente, un vice-presidente, un secretario jeneral, un tesorero jeneral, i un consejero por cada tres decurias. Los jefes departamentales, cuando se encontraban en Santiago, residencia del directorio, tenian en él voz i voto.

Actualmente la Sociedad se divide en clubs i los componen los socios de cada ciudad. Cada club tiene su directorio, pero todos dependen del presidente del directorio del Club de Santiago.

Los accionistas del Club de Santiago pagan cincuenta pesos por la introduccion i treinta pesos anuales, no cincuenta centavos mensuales, como, tan bien informado, lo asegura el autor de *Chile Ilustrado*.

Hace mas de un año que el *Club de Amigos del Pais de Santiago* ocupa la parte central del magnífico Portal Fernandez Concha. En el gran salon del frente celebra sus reuniones jenerales en las que las

mas veces se leen interesantes conferencias literarias o científicas, de las que no pocas conocen los lectores de *La Estrella de Chile*.

El primer presidente de la *Sociedad de Amigos del Pais* fué el señor don Abdon Cifuentes, le sucedieron los señores don Manuel J. Irarrázaval, don Zorobabel Rodriguez i por otros dos periodos consecutivos otra vez el señor Irarrázaval, actual presidente.

COFRADÍAS.

Hablando de cofradias o hermandades, dice el *Chile Ilustrado* que los que en ellas se enrolan no gozan de los privilejios i gracias espirituales sino cuando han pagado el *rescate*. En este, como en muchos otros puntos, el señor Tornero está pesimamente informado: el rescate no es mas que una cantidad que se da de una vez para eximirse de la obligacion de hacer la erogacion mensual. Pagando esta última, se goza de todos los privilejios i gracias de que gozan los rescatados.

«LA ESTRELLA DE CHILE.»

Este periódico semanal literario-relijioso dió a luz su primer número el 6 de octubre de 1867 (no de 1868, como indica *Chile Ilustrado*.)

Hasta octubre de 1870 tuvo tambien carácter político, representando las ideas del partido conservador. Organo i propiedad de la *Sociedad de Amigos del Pais* hasta abril del presente año, es hoi empresa particular de tres entusiastas jóvenes.

El periódico, léjos de estar esclusivamente destinado a dar publicidad a los trabajos de los *Amigos del Pais*, como lo afirma Tornero, tiene sus columnas francas para todos los escritores chilenos i sud-americanos, mui especialmente para los jóvenes. La mejor prueba de la tolerancia i benevolencia de los directores de *La Estrella de Chile* es la excelente acojida que han dado a estas nuestras pobres líneas, sin siquiera habernos conocido personalmente hasta el momento en que tuvimos el honor de poner en sus manos nuestros borradores.

En las columnas de *La Estrella de Chile* han visto la luz pública interesantes escritos de plumas tan aventajadas como las de Zorobabel Rodriguez, Walker Martinez, Enrique del Solar, Ventura Blanco, Máximo R. Lira, etc., etc. Pueden gloriarse con justicia los escritores de *La Estrella de Chile* de haber promovido i establecido un jénero que casi no se cultivaba en el pais i al que parecen haber dedicado ellos especialisima atencion: la crítica literaria, la bibliografía.

En el *Chile Ilustrado* se asegura que el periódico tiene mui poca circulacion. Siendo ello asi, *La Estrella de Chile* no habria hecho mas que correr la suerte que han corrido hasta ahora las demas publicaciones literarias en el pais. Nos parece, sinembargo, que cinco años de vida que completará en una semana mas, es un sério argumento contra la asercion de nuestro compatriota el señor Tornero.

CASA DEL PATROCINIO DE SAN JOSÉ.

Cuando el señor Tornero daba a la estampa su *Chile Ilustrado*, la *Casa del Patrocinio de San José* no era mas que un bello pensamiento acariciado por el señor presbítero don Blas Cañas i que solo en el presente año hemos visto convertido en una brillante realidad.

El objeto de la *Casa del Patrocinio de San José* es mui análogo al de la *Casa de María*: asilar, dar educacion artística i relijiosa a niños huérfanos i desvalidos.

La casa se inauguró, con una espléndida fiesta, el 15 de agosto del presente año, aniversario de la fundacion de la *Casa de María*. Ocupa un edificio en la calle de Santa Rosa. núm. 132.

Se enseña a los niños: lectura, caligrafía, relijion, aritmética, dibujo lineal, pintura, tipografía, relojeria, fabricacion de pianos, agricultura, etc., etc.

El mismo señor presbítero don Blas Cañas es el actual director de la casa.

Mui en comienzos todavía, no tiene asilados la casa mas que 25 niños.

«EL INDEPENDIENTE.»

La esquisita imparcialidad del autor de *Chile Ilustrado* lo hace pasar casi en silencio el importante diario de esta capital *El Independiente*, al mismo tiempo que con tanta solemnidad i desembarazo adjudica al señor don Justo Arteaga Alemparte el diploma de *«el mejor diarista que hasta ahora*

haya tenido Chile.» Ni Blanco Cuartin, el decano de los periodistas, el intelijente e ilustrado redactor de *El Mercurio*, que, por cierto, tiene una hoja de servicios sobrado brillante; ni Zorobabel Rodriguez cuyas sobresalientes aptitudes para el diarismo ha sido confesada mas de una vez por sus mismos adversarios políticos, ni Blanco Cuartin, ni Rodriguez, decimos, han merecido al autor de *Chile Ilustrado*, un *accessit*, una *mencion honrosa*, al hacer aquella adjudicacion.

Rodriguez, redactor de *El Independiente*, tiene bien ganada su reputacion de distinguido diarista i sobresaliente literato. Sus escritos de *El Independiente* son leidos con interes i aplausos por los hombres intelijentes de todos los colores políticos. El vigor en la polémica, la fuerza de la lójica, el valor nunca desmentido de la franqueza, la consecuencia nunca desmentida tampoco, la gracia peculiar que posee en el decir, la sólida i vasta ilustracion que luce, son méritos que no ha podido negarle ni le ha negado nadie. Quien le reprocha excesiva acritud en el estilo, quien lamenta el rumbo que han tomado sus ideas en relijion o en política, pero nadie le ha negado todavia su indisputable i distinguido talento de diarista i de escritor, i ninguno tiene empacho para reconocérselo públicamente.

«Hé aquí un diarista, un verdadero diarista,» dice el señor don Domingo Arteaga Alemparte, al principiar el retrato de Zorobabel Rodriguez en *Los Constituyentes Chilenos de* 1870.

I un poco mas adelante:

«Es en estos tres últimos años cuando su talento ha llegado a un completo desarrollo, poniendo al servicio de la causa ultramontana facultades intelectuales de alto precio.

«Dueño de un estilo claro, preciso, fácil i ameno, las ideas toman bajo el influjo de su pluma formas pintorescas, facciones vivas i bien diseñadas.

«Diestro para descubrir todos los aspectos de cada cuestion, sabe presentarla bajo la luz mas favorable a sus intereses.....

«La ironía, la burla i la invectiva son sus armas favoritas de polémica, i las esgrime con particular maestría.....

«Si respetamos su conviccion, si acatamos su talento, no podemos sino deplorar el rumbo que han tomado el uno i la otra.»

Hé ahí lo que de Zorobabel Rodriguez piensa el señor Arteaga Alemparte, su adversario político.

Al autor de *Chile Ilustrado*, sin embargo, le pareció mas conveniente pasarlo en silencio; talvez porque, para dar a conocer el país, convenia callar los nombres i los méritos de sus mas distinguidos escritores, con tal que ellos no fuesen de las simpatías del señor Tornero.

Fundado en 1864 por la sociedad anónima de su mismo nombre, *El Independiente*, tiene hoi una gran circulacion en el país i, despues de *El Ferrocarril*, es el diario de Santiago a que mas acude el comercio con sus anuncios.

GUILLERMO HERRERA.

(Continuará.)

OBRIEN'S CASTLE.

.....porque el corazon humano tiene sus misterios i entre ellos hai uno que los locos llaman sentimiento de la poesía, miéntras que los cuerdos le llaman sencillamente locura....

En el cordon de cerros que remata en el San Cristóbal, a solo tres leguas al nor-este de Santiago se encuentra un lugar encantador, i en que uno no sabe si admirar mas los caprichos de la naturaleza o el arte del hombre para imitarla.

Allí, al pié de una colina sombreada por frondosos árboles, se oculta una pequeña casa, que es un nido de simpáticos i tiernos recuerdos.

Edificóla, hace medio siglo, un bravo soldado, ingles de nacimiento i chileno por el corazon.

Consérvase hasta el dia en el mismo estado en que la dejó su primitivo dueño.

Su actual poseedor no ha querido, sin duda, anticiparse a la obra del tiempo, i como él ha respetado la modesta mansion, en donde fueron nuestros padres a refrescar sus frentes tostadas por el sol abrasador del estío, en las campañas de la patria nueva.

Una tortuosa senda, abierta en medio de un bosque de árboles frutales, conduce, por

el recuesto de la loma, hasta el pié de la escala colocada en la puerta de la casa.

Por ella se llega a un parron de cinco varas de ancho i de veinte de largo.

Bajo su enramada i a su estremo sur se encuentra la casa principal.

Es ésta una pequeña habitacion de adobe i de un solo piso. Los dos torreones que cierran sus costados indican claramente quien fué su dueño.

Sobre su única puerta, de una vara de ancho por dos de alto, se lee la siguiente inscripcion:

Obrien's Castle
i que viva Chile.

Su interior es la tienda de un soldado en campaña.

Todo revela austeridad. ¿Para qué necesita lujo ni boato el hombre que entra solo a su tienda a buscar el descanso que da fuerzas, para pelear mañana con la pujanza con que peleó ayer?

Al abrir la pequeña ventana que mira al campo, uno cree encontrarse a la vista de un campamento, i casi llega a dibujar en su fantasía los alegres grupos de los que vivaquean, despues de una feliz jornada.

El ruido del viento que mece los árboles i silba entre las piedras imita los sonidos del lejano campamento, creado solo por la fantasía del que se hospeda en la tienda de Obrien, habitada en la mayor parte del año, solo por el silencio i los recuerdos, que lahan hecho su mansion de preferencia.

Bajo el parron i a seis pasos del *Obrien's Castle* se encuentra una ancha poltrona de madera clavada en la roca.

Hé aquí un nuevo recuerdo. La inscripcion, que vimos en otro tiempo escrita en una tabla, que ha sido reemplazada por una plancha de mármol blanco, está concebida en estas palabras que copiamos conservando su ortografía:

«*En este mismo lugar S. Martin quemaba toda la correspondencia que ha tenida Jenl. Osorio con los de Santiago,—y tomada despues de la batala de maipo*—1818.
San Martin, S chair.

¡Qué ejemplo para los que vivimos en estos dias, rastreando los pasos de los héroes de la patria!

Al pié de esa silla que conmemora la jenerosidad del militar, la prudencia del político i el buen corazon del hombre, puede vislumbrarse la figura del héroe de allende los Andes.

La ruda mano de otro soldado como él consignó allí, con caracteres indelebles, accion tan jenerosa i política, que demuestra que, en aquellas edades, manejaban bien las riendas del Estado los que lo habian creado con su espada, como escribian con verdad i elocuencia la historia de nuestra patria en el lugar de las grandes acciones, los que apénas chapurreaban en español las voces de mando, a que siempre respondieron con denuedo los improvisados soldados.

Al fondo del mismo parron, frente de la casa i en la línea de la silla, de que hablamos, se encuentra una pequeña gruta, que se conserva resguardada por un techo de zing, que ocupa hoi el lugar que en otros dias entretejieron las enredaderas i las rosas.

Aquí hai otra inscripcion.

No recuerda ni batallas ni acciones de político. Es solo una pájina del corazon.

¡Eterna historia de risas i de lágrimas, de gritos de júbilo i de ayes desgarradores!

Escrito en una tabla se lee:

Los dos amantes.
Or the true lovers Knot
And love amongst the roses.

Aquí el pasado está palpitante. Yo no conocí a los que allí estuvieron; no sé quien gravó ese recuerdo; imposible me seria averiguarlo. ¡Tan buenos i leales confidentes son las flores, las rocas i el murmullo del agua!

Pero no sé qué misteriosa atraccion enclava mi vista en su fondo, i me trasporta al mundo de las dulces memorias, de las olvidadas conversaciones, i de las interrumpidas historias.

Bajo la sombra de un emparrado, al pié de la tasa labrada por la naturaleza en la roca viva i en donde deposita sus aguas una pequeña cascada, que, con su monótono ruido, vela el sueño de las sombras que allí viven, sintiendo a lo léjos «el murmullo de la soledad i las voces del silencio,» el alma se espacia en horizontes sin límites i repasa con la memoria del corazon lo que se fué, dejando apénas unas pocas cenizas.

Los que tienen el culto del pasado, los que se gozan con el capricho de rejistrar, de tarde en tarde, las pájinas truncas de

una leyenda, que solo concluirá cuando arranquen del espíritu del hombre el sentimiento, no pueden ménos que sentir lo que yo sentí al penetrar en esa gruta.

Aquí, como allí, como en todas partes vive el pasado, alentando apénas en la casa que se derrumba o en el árbol que, respetado por el hacha del labrador, cayó al fin herido por la mano del tiempo.

Muchas de las plantaciones son modernas. Los gomeros azules i las acacias rodean el lugar en que nos encontramos i señalan el camino que, por el lado del cerro, conduce al *salto del agua*.

La distancia es corta. El sendero está plantado a ámbos lados de árboles que, de trecho en trecho, forman grupos hermosísimos i caprichosos bosquecillos en donde hai algunos asientos para el descanso de los que suben el cerro.

Aun ántes de llegar a su cima se vé *el salto del agua*.

Cuando se pone el pié en ella, es cuando se goza en conjunto, de un solo golpe de vista, de las innumerables bellezas de cada uno de sus detalles.

Al fondo del paisaje los Andes nevados; al pié un mar de verdura; árboles, animales, flores, casas, rebaños, canales; naturaleza i arte, Dios i el hombre; léjos, apénas divisándose, Santiago con sus campanarios, con sus palacios i sus alamedas; todo admira, todo encanta, todo hace gozar.

Los primores infinitos de una naturaleza, que es fecunda i graciosa en todo, forman el marco de ese inimitable paisaje.

I aquí un nuevo recuerdo.

Es una pirámide cuadrangular de piedra granítica.

En el costado que mira a Santiago se lee esta inscripcion:

A LA MEMORIA DE UN
EMINENTE PATRIOTA LITERATO
D. MAN. SALAS.
1817.

¿Quién no conoce en Chile a don Manuel Salas?

Preguntádselo a un niño, a un labrador, a un fabricante, a un pobre, a cualquiera, i os dirán que fué un patriota i un grande hombre, que no tuvo otro pensamiento, ni otra ambicion, ni otro deseo que la gloria de Chile.

Llegará pronto la hora de la justicia, cuando con el dinero del pueblo se vacie en el bronce la figura de ese grande hombre. No es esta una esperanza, es un proyecto que ha nacido de una cabeza que tan pronto concibe como su brazo ejecuta.

Sinembargo, cualquiera que sea la magnificencia del futuro monumento que se levantó a la memoria de don Manuel Salas, la columna de Obrien le aventajará en la espontaneidad i en la prontitud de la justicia.

¡Bendita sea tanta memoria veneranda!

* * *

Haciendo estas consideraciones, descendíamos por el camino de ese cerro, hace veinte dias, una media docena de buenos amigos.

Miéntras caminábamos hicimos una apuesta. Yo perdí. Mi vencedor me condenó a hacer una descripcion del *Obrien's Castle* i de sus alrededores.

Aquí va. He dejado correr la pluma, teniendo por delante el borroneado papel en que uno de nosotros escribió con un fósforo quemado las inscripciones que mas arriba se han leido.

No he querido tocar lo que mi corazon me dijo «siente», cuando juntos recorrimos ese *nido de recuerdos*, ni lo que mi mano escribió, cuando resolví cumplir mi promesa.

No quiero olvidar las palabras que por casualidad encontré en un cajon de papeles viejos i que he colocado a la cabeza de estas líneas.

Son de una mujer. Esto es una buena seña; pero no es concluyente.

Sinembargo, no sé si es porque sean palabras de mujer, o por qué razon, yo las creo a pié juntillas.

Santiago, setiembre 26 de 1872.

VENTURA BLANCO.

UNA HISTORIA.

¿Versos me pides? ¡Pero si vieras....
De hacerlos tengo tan pocas ganas!
Voi a contarte mas bien la historia
De unos amores.
—¡Eso no es gracia!
—Pero es tan linda que si la oyeras
Casi aseguro que te gustara
Mas que mis versos.

—Veamos la historia.
—Pues empecemos. Una mañana....
Miento, una noche. ¡bah! ¡qué memoria!
¿No era una noche?
—Yo no sé nada.
—Pues, si, una noche, ya lo recuerdo,
Como tus ojos, serena i clara,
Triste la luna bosques i rio,
Con tintes suaves, iluminaba.
¡Era mui bello ver cómo el viento
Iba rizando las mansas aguas,
Cómo, a su paso, yerbas i flores
Incomodadas se le quejaban,
Porque entre arrullos i mil caricias
Hojas i aromas él les robaba!
Era una noche del suave estio
De luz i sombras, de leve calma:
¡No he visto nunca noche mas bella
Ni en los mentidos cuentos de magas!
Las aguas iban, iba la brisa....
—¿Pero la historia?
—¡Ah, me olvidaba!
Es, pues, el caso que dos personas,
En esa noche, por la ancha playa,
Junto a las aguas, iban paseando:
Eran: el uno.... Pero sé franca,
¿Nada supiste de aquesta historia?
—Yo nada supe.
—¿Pero te agrada?
—Sigue adelante.
—Pues, como dije,
Eran: el uno, niña gallarda
De suave talle, de lindos ojos,
¡Qué ojos tan bellos! i una mirada
Como la tuya.
—Pero la historia....
—Ya llegaremos si tienes calma.
El otro, un jóven; de sus facciones
Ya no me acuerdo....
—¿Mas, se llamaba?....
—¿Qué no lo sabes? Lo irás sabiendo
Conforme el cuento acabando vaya.
Ella en el brazo de su pareja
Con abandono se reclinaba,
I él la decia, segun oir pude,
¡Vaya qué cosas! Si al escucharlas
Se sonreia con complacencia
La bella niña, si se enojaba,
Es un misterio, pues ver no pude,
Por ser de noche, sobre esto nada.
Pero no obstante, voces perdidas,
De lo que él dijo, hasta mi llegaban.
—¿I qué decia?
—Segun parece
Es tu memoria bastante escasa.
Pues él decia:—«De amor, bien mio,
Si me dijeras una palabra,
Con tanta dicha no sé qué hiciera;
Si una vez sola tú me miraras
Con esos ojos que me enloquecen,
Enamorada, diérate....»
—«Calla,
Viene mi abuela,» dijo la niña;
I era mui cierto que se acercaba
La madre vieja con tres muchachos,
Sus nietecitos que lloriqueaban,
I se prendian de sus vestidos
A una gritando:—«Vamos a casa.»
—«Vaya qué chicos,» dijo la abuela,
«Tan cobardotes, cómo se cansan;
¿I qué tal, niña, te has divertido?»
—«¡Cómo nó, abuela, noche tan mansa,
Clara la luna, tan quieto el rio,
Tan bellas flores, tanta fragancia!....
—«Mucho me alegro; pero ya es tarde
I éstos se duermen, ¡vamos a casa!»
Lo que dijera, sin este lance,
La bella jóven a las palabras
De su pareja, saber no es fácil,
Pues ver no pude si ella enojada
(Como ya dije, si no me engaño)
O sonriendo, las escuchaba.
Esta es la historia. ¿No es de tu gusto?
Mucho lo siento.... Pero ¡ah! me falta!
Ahora sus nombres voi a decirte
Que, segun creo, me preguntabas.
—Como tú quieras.
—¿Pero qué es eso?
—Nada, el pañuelo.
—Pues, se llamaban....
Mas, ¿no me miras, la cara vuelves
I te sonrojas, los ojos bajas?
Vaya, no sigo, que, aunque lo escondas,
Dice tu rostro que te acordabas.

LUIS R. PIÑEYRO.

Contenido de este número.

I.—Apuntes para la historia de la música en Chile (conclusion), por O. O., páj. 813.
II.—La caza, poesía, por R. A. J., páj. 818.
III.—Resúmen jeneral de las revistas bibliográficas del presente volúmen de *La Estrella de Chile*, páj. 819.
IV.—Plegaria de mujer, poesía, por Rafael Egaña, páj. 819.
V.—Pensamientos, por La Ramilletera, páj. 820.
VI.—Carta de M. Cousin a Su Santidad Pio IX, por el conde de Falloux, páj. 821.
VII.—Las fiestas, por Enriqueta Gonzalez H., páj. 824.
VIII.—La mujer, por Morgan, páj. 827.
IX.—El cura de Petorca, poesía, por Zorobabel Rodriguez, páj. 828.
X.—*Chile Ilustrado* (continuacion), por Guillermo Herrera, páj. 829.
XI.—Obrien's Castle, por Ventura Blanco, páj. 833.
XII.—Una historia, poesía, por Luis R. Piñeyro, páj. 835.

FIN DEL TOMO QUINTO.

Con el presente número termina el quinto volúmen de *La Estrella de Chile*, correspondiente a su quinto año, i que consta de 842 pájinas.

Hoi recibirán nuestros abonados la portada i el índice del quinto tomo.

IMPRENTA DE «EL INDEPENDIENTE.»

ÍNDICE.

Pájs.

AGUIRRE VÁRGAS (CÁRLOS.)

Algunas consideraciones sobre la filosofía de la historia..... 762

AGUIRRE VÁRGAS (VICENTE.)

El suicida es cobarde..... 749
Los recuerdos..... 795

ANÓNIMOS.

El borracho i la muerte..... 48
¿Qué queda? poesia (por ***)..... 62
¿Qué mejor recompensa?..... 76
Variedades..... 95
La madre a su hijo moribundo, poesía..... 102
Variedades..... 126
Id..... 160
Id..... 175
Ultimas poesías de Juan Clemente Zenea..... 194
Variedades..... 208
Miseria i Pobreza..... 221
Variedades..... 223
A la paz, poesía..... 229
La señora de Stavoren..... 237
Variedades..... 239
Id..... 255
Id..... 271
Id..... 287

Pájs.

Nuestra dejeneracion política, etc.... 297
Hijiene de la educacion física de las niñas..... 316
Id. id. (conclusion)..... 329
Este es el mundo, poesía..... 332
Los colores, etc..... 332
Centenario del inventor de la litografía..... 357
Reseña de los baños de Catillo..... 358
Variedades..... 367
Id..... 399
Id..... 414
Id..... 447
Indiferencia, poesía, (por ***)..... 568
La sombra negra..... 702
Al entrar en el mundo, poesía..... 706
Las mujeres pintadas por sí mismas... 772
Pensamientos..... 820

ARÁ-TU-VEN.

Un ensayo feliz..... 756

ARCADIO.

¡Dios, ella i yo!..... 389

BARI (DAVID.)

El Cristo de Limache, poesía..... 524
El jóven Tobías, id..... 557
Soliloquio de un minero, id..... 591
Quintillas, id..... 626

Leyenda araucana..... 642
Ruth, poesia..... 652
Esther..... 686
Judith, poesia..... 735
Insomnio, id..... 744

BIBÍ.

Solucion de charada..... 416
Charada..... 432
Id. i solucion..... 464
Id. e id..... 496
Id. e id..... 532
Problema e id..... 564
Enigma e id..... 596
Charada e id..... 628

BLANCO (VENTURA.)

Santa Teresa de Jesus..... 23
Id. id. (conclusion)..... 49
Historia del templo de la Compañía, etc, por el presbítero don Mariano Casanova, bibliografía..... 250
Cuasimodo..... 429
¿Por qué crees?..... 454
¿Se lee o no se lee?..... 485
O'Higgins..... 497
«El Americano»..... 525
Una grande obra..... 538
Costumbres..... 554
Don Manuel Rivadeneira..... 601
Id. id. (conclusion)..... 639
La Vírjen de los Remedios..... 654
La Legacion de Chile en Bolivia, bibliografía..... 669
Los grandes recuerdos..... 789
Obrien's Castle..... 833

BLANDER (LEONOR.)

Mi barquilla, poesia..... 222

BRISEÑO (RAMON C.)

Entre vecinos..... 445
Un acto de justicia..... 479
¡Esperanzas!..... 560

BUSTAMANTE I CÁRPENA (HORTENCIA.)

A mi canario, en su muerte..... 600
A la Vírjen, poesia..... 635

CÁCERES (CELSO V.)

Un recuerdo, poesia..... 444
Desilusion, id..... 478
¡Si tú quisieras!... id..... 490
¿I tú te acordarás? id..... 513
Alamiro i Lise, id..... 570

CÁCERES (ELÍAS A.)

A Celinda, poesia..... 23
Plegaria a María, id..... 426

CAMPOAMOR (R. DE)

El tren espreso, poesia..... 168
Id. id. (conclusion)..... 182

CARMELA.

Carta a una amiga..... 199

CARO (M. A.)

El Anjel caido, poesia..... 526

CARRASQUILLA (RICARDO.)

Los dos gatos, poesia..... 159
El chocolate, id..... 207
Clásicos i románticos..... 216
El crucifijo, poesia..... 415

CARRION (ANTONIO LUIS.)

Inconstancia i egoismo, poesia..... 308

CATETE.

Plática de invierno, poesia..... 643

CELEDON (RAFAEL.)

A la Asuncion de Nuestra Señora... 303

CIBILS (FEDERICO R.)

Al Plata, poesia..... 807

COBO (CAMILO E.)

Biografía de don Pio Varas Marin.... 185

COLLIN DE PLANCY.

Los demonios..... 313
Id. id. (conclusion)..... 321
La majia..... 340
Anagramas curiosos..... 351
Los francmasones..... 360
El magnetismo..... 379

CORDOVEZ (S.)

El comunismo, poesia..... 657
Pedro i el caballo, id..... 680

CORONADO (CAROLINA.)

A un poeta del porvenir..... 344

C. P.

La ventanera, poesia..... 329

CUETO GUZMAN (ENRIQUE).

Los talleres de la Penitenciaria..... 266

DHORMOIS (PAUL).

Los testarudos 151

DONCEL I ORDAZ (J.)

Apólogo, poesia 315

ECHEVERRÍA (J. JOAQUIN.)

Las flores..... 675

EDITORIALES.

Quinto año..... 1
¿Envidia o caridad?..... 49
El rector del Instituto Nacional..... 97
Derecho público eclesiástico, bibliografía..... 220
El decreto sobre exámenes..... 254
Un nuevo colega i la fraternidad literaria 449
Un justo homenaje..... 573
La Casa del Patrocinio de San José.. 734

EGAÑA (RAFAEL).

¡Adios! poesia..... 561
A Ines, id..... 675
Plegaria de mujer, id..... 819

ESPINOZA DE RENDON (SILVERIA).

¿Por qué me miras, anciano? poesia.. 88
A nuestra madre María, id..... 148

E. T.

El castillo misterioso..... 206
Una ascension al monte Peter-Botte.. 285

ETHAMPES (GABRIELA DE)

Corona de oro i corona de campanillas 798

FALLOUX (CONDE DE).

Carta de M. Cousin a S. S. Pio IX.. 821

F. C. Z.

Horacio, estudio literario..... 76
Id. id. id., (continuacion)..... 84
Id. id. id. id..... 103
Id. id. id. id..... 122
Id. id. id. (conclusion)..... 135

FERNAN CABALLERO.

La corruptora i la buena maestra.... 573
Id. id. id. (continuacion)..... 586
Id. id. id. id..... 610
Id. id. id. (conclusion)..... 617

FLORENCIO.

El Drama Universal..... 623

FLORO.

La aurora, poesia..... 797

FREÍRE DE JAIME (CAROLINA).

Un tipo..... 283

GAZEAU (C.

De la coca..... 325

GOMEZ DE AVELLANEDA (JERTRUDIS).

La Cruz, poesia..... 388

GONZALEZ H. (ENRIQUETA).

El curso de las cosas..... 707
Las fiestas..... 824

GORRITI (JUANA MANUELA)

Una redondilla..... 106
Una hora de coqueteria..... 121
Una apuesta..... 173

GUMUCIO (RAFAEL B.)

El Estado director de colejio..... 62
Id. id. id. (continuacion)..... 68
Id. id. id. (conclusion)..... 81
¡En un año! 224
¿Por qué triunfa? 236
¡Cree, espera i ama!..... 236
La huella del misionero..... 261
La Semana Santa..... 385
El camino de la patria..... 431
Ingratitud 442
Líneas sin título..... 452
El colono..... 469
Amor de padre..... 513
El peñon..... 547
Los ánjeles en la tierra..... 562
Cervántes..... 593
La memoria de Cervántes..... 659

GUTIERREZ GONZALEZ (GREGORIO)

A Julia, poesia..... 414

HERRERA (GUILLERMO).

Chile Ilustrado, bibliografía..... 805
Id. (continuacion)..... 829

HARTZEMBUCH (EUJENIO DE).

La locura contajiosa..... 809

HOMO.

Shakespeare..... 353
Shakespeare (continuacion)..... 369
Id. *Julieta i Romeo*..... 406

HURTADO (MANUEL A.)

Romance, poesía..... 291

ISAACS (JORJE).

En el album de Delfina, poesía..... 468
¡Descansa, guerrero!, poesía..... 485

JARA (RAMON ANJEL.)

La Cruz..... 745

JARPA (J. DAVID).

Observaciones sobre la libertad absoluta de testar..... 145
Id. id. id. (continuacion)..... 161
Id. id. id. (conclusion)..... 177

LARMIG.

La Verónica, poesía.....3 75

LARRAIN COVARRÚBIAS (RAIMUNDO)

La vida i la fé, poesía..... 1
La mariposa, id..... 20
A mi amada desconocida, id..... 52
Dos gotas de rocío, id..... 586
El misterio..... 784

LAZCANO (J. A.)

A mi patria, poesía..... 68
A mi amigo H. V., id..... 622

LEPÈCHEUR (R.)

El desterrado..... 352
El peregrino..... 355

L. H.

Ethérea..... 318

LIRA (JOSÉ BERNARDO).

Tratado de la justicia del P. Villalon, bibliografía..... 417
Sobre la enseñanza relijiosa..... 636

LIRA (MÁXIMO R.)

La Comuna i sus enseñanzas..... 11
Id. id. id. (continuacion)..... 28
Id. id. id. id..... 43
Id. id. id. id..... 58
Id. id. id. id..... 73
Id id. id. (conclusion)..... 89
Los esposos, poesía..... 135
Una víctima del honor, bibliografía... 142
Id. id. id. (continuacion)..... 171
Id. id. id. (conclusion)..... 191

MANDIOLA (RÓMULO.)

Una apuesta..... 232
Romeo Dionesi..... 289
Por amor i por dinero, bibliografía.... 458
Id. id. id. id., (continuacion).. 465
Id. id. id. id., (id.)..... 490
Id. id. id. id., (conclusion).... 501
El honor de una mujer, drama (crítica literaria)..... 549
Marieta i *la Crítica de Marieta*, (crítica). 565
El minero..... 665
Plajios e imitaciones..... 689
El parricida..... 721

MARCHANT PEREIRA (RUPERTO.)

Desvelo..... 6
Id. (conclusion)..... 25
Las hojas muertas..... 188
Alfredo..... 426
Id. (continuacion)..... 437
Id (id.)..... 462
Id. (id.)..... 471
Id. (id.)..... 494
Id. (id.)..... 509
Id. (id.)..... 527
Id (conclusion)..... 541
Los juncos de Juanita..... 765

MARICÁ (MARQUES DE)

Máximas, pensamientos i reflexiones.. 214
Id. id. id. id. (continuacion). 225
Id. id. id. id. (id.)..... 244
Id. id. id. id. (id.)..... 281
Id. id. id. id. (conclusion).. 292

MARROQUIN (J. M.)

Variedades..... 42

MARTINEZ SILVA (CÁRLOS.)

El baile de las sombras..... 592

M. C.

El hombre feliz..... 334
Id. id. id., (conclusion)..... 346

MERA (JUAN LEON.)

Dies iræ, poesía..... 280

MORGAN.

La mujer..... 827

MORLA VICUÑA (CÁRLOS.)

Evanjelina, poesía..... 216
Id. id., (continuacion)..... 228
Id. id., (id.)..... 246
Id. id., (id)..... 262
Id. id., (id)..... 274
Id. id., (id.)..... 293
Id. id., (conclusion)..... 305
Fé, poesía..... 638
La barquilla i el pescador..... 676

MOZAR.

El Anjel del Lago, (conclusion)..... 8

MUÑOZ D. (ESTÉVAN.)

Aparicion de Jesus resucitado a la Santísima Virjen, poesía..... 454
El Arca salvadora, id..... 470
Combate del Callao, id..... 487
Adios Bernardo O'Higgins, id..... 505
Ananías, Misael i Asarías, id..... 698
A la caridad, id..... 746
Ultimos adios de O'Higgins, id..... 794

MURILLO V.

El elixir de la vida..... 138

NERCASSEAU MORAN (ENRIQUE.)

Lágrimas, poesía..... 572
Un ánjel mas, id..... 642

OLIMPIO.

Anacreóntica, poesía..... 37
Teatro..... 353
Traducciones de Lord Byron..... 477
Id. id. id..... 571
Dolora, poesía..... 772
Una lágrima, id..... 809

O. O.

Carrasco..... 374
Un episodio parlamentario..... 580
Un episodio característico..... 594
La policía de aseo de Santiago en el primer tercio del siglo..... 657
Las escuelas de Santiago a principios del siglo XIX..... 680
Los cafées, las fondas i las chinganas hasta el año de 1830..... 713
Apuntes para la historia de la música en Chile..... 738
Id. id. id. id. id., (continuacion). 741
Id. id. id. id. id., (id.)... 757
Id. id. id. id. id., (id.)... 777
Id. id. id. id. id., (conclusion).. 813

ORREGO DE URIBE (ROSARIO.)

Plegaria, poesía..... 49
Plegaria, id..... 648
A Adelina, id..... 733

PEREZ (SANTIAGO.)

Apólogo, poesía..... 120

P. H.

Lamennais..... 751
Id. (conclusion)..... 775
Sainte-Beuve..... 802
Id. id. (conclusion)..... 808

PIÑEIRO (LUIS R.)

Un vicio..... 209
¿Será verdad?, poesía..... 419
La partida, id..... 540
Mas allá, id..... 787
Una historia, id..... 835

POMBO (RAFAEL.)

La casa del cura, poesía..... 76
La estranjera, id..... 128

R. A. J.

La caza, poesía..... 818

REGULUS.

Soneto esdrújulo, poesía..... 151

REMENTERIA (M.)

El vano, poesía..... 237

RENDON (TOMAS.)

Siete años despues, poesía..... 595

REVISTAS BIBLIOGRÁFICAS.

Setiembre..... 4
Octubre..... 71
Noviembre..... 133
Diciembre..... 204
Enero..... 273
Febrero..... 397
Marzo..... 413
Abril..... 507
Mayo..... 561
Junio..... 627
Julio..... 700
Agosto..... 773
Resúmen jeneral..... 819

RIVÉROS (J. FRANCISCO.)

La dimision de O'Higgins, poesía..... 500
A Bello, id..... 537

RODRIGUEZ (OSVALDO.)

Hojas secas, poesia..... 4
Una tarde, id..... 269

RODRIGUEZ (PEDRO J.)

El gobierno i la colonizacion..... 673
Id. id. id. (conclusion)..... 684

RODRIGUEZ (ZOROBABEL.)

Nuestro ideal literario..... 17
Id. id. (conclusion)..... 33
Manual de composicion literaria, por Diego Barros Arana, bibliografía.. 65
La República de Bolivia, id..... 193
Un ejemplo que imitar..... 337
Obras poéticas de Clemente Althaus, bibliografía..... 481
Id. id. (conclusion)..... 517
Francisco Bilbao, su vida i sus doctrinas..... 581
Id. id. id. (continuacion)..... 597
Id. id. id. id..... 613
Id. id. id. id..... 629
Id. id. id. id..... 645
Id. id. id. id..... 661
Id. id. id. id..... 677
Id. id. id. id..... 693
Id. id. id. id..... 709
Id. id. id. (conclusion)..... 725
El cangrejo i el pejerei, poesia..... 761
El cura de Petorca, id..... 828

ROJAS (MERCEDES I.)

La flor del alma, poesia..... 664

ROQUE ROCA I ROQUETE.

Un héroe, poesia..... 55

ROSELL (CAYETANO.)

A la Resurreccion del Señor, poesia.. 405

SANTAMARIA (EUSTACIO.)

El color amarillo, poesia..... 144
El sueño, id..... 362

S. DE LA PEÑA (ADELAIDA.)

Cristóbal Colon..... 593

SELGAS (JOSÉ.)

La conciencia, poesia..... 701

SILVIO.

Confidencias, poesia..... 616

SINUÉS DE MARCÓ (MARIA DEL PILAR.)

La poesía del hogar doméstico..... 529

SIRO LUQUE.

Charada..... 368
Id..... 384
Id..... 400
Id. i solucion..... 448
Id. e id..... 479
Id. e id..... 516
Enigma e id..... 548
Id. e id..... 580
Logogrifo..... 612
Enigma i solucion..... 644

SOFFIA (JOSÉ ANTONIO.)

A un amigo, poesia..... 132
Fé, id..... 668

SOLAR (ENRIQUE DEL)

Arcesio Escobar..... 2
Id. id. (continuacion)..... 20
Id. id. (conclusion)..... 38
Evanjelina, bibliografía..... 241
Id. (conclusion)..... 257
¡Qué! ¿Se apagó? poesia..... 282
El *Otelo* de Shakespeare i los celosos de Calderon..... 391
Id. id. id. (continuacion)..... 401
Id. id. id. (id.)..... 420
Un poeta de quince años..... 433
El *Otelo* de Shakespeare i los celosos de Calderon (conclusion)..... 533
¡Era verdad! poesia..... 554
Cervantes poeta..... 606
Para la historia, bibliografía..... 649
El Amigo del País..... 765

TORO MARTINEZ (DOMINGO.)

Algo sobre el telégrafo..... 140
Id. id. id (conclusion)..... 491

UNA SUSCRITORA.

Santa Cecilia..... 99
Id id. (continuacion)..... 113
Id. id. (conclusion)..... 129

VELOES (ADOLFO.)

Ella mentia, poesia..... 244

VALENZUELA (MARIO.)

A un ciprés, poesia..... 73
¡Triunfaste! id..... 106
Desengaño, id..... 115
El llanero, id..... 160
El patriota, id..... 213
Dos nombres, id..... 366
Ingratitud, id..... 755

BIBLIOTECA NACIONAL SANTIAGO CHILE

VALENZUELA (RÓMULO.)

En el mundo, poesía..... 325

VARAS (QUITERIA.)

A la Virjen, poesía..... 436
En los dias de una amiga, id..... 476
La violetera, id..... 569
A mi amiga L. H., id..... 713

VARGAS F. (ANTONIO.)

El poder público..... 91
Id. id. (continuacion)..... 108
Id. id. (conclusion)..... 115

VENÉGAS (PLÁCIDO.)

Don Bernardo O'Higgins..... 493
A O'Higgins, en la inauguracion de su estátua, poesía..... 547

VERGARA A. (RODOLFO.)

Muerte de Abel, poesía..... 451
Agar en el desierto, id..... 522
La inocencia, id..... 747
Rafael i Tobías, id..... 782

VEUILLOT (LUIS.)

La escuela del corazon..... 53

VIAL GUZMAN (SANTIAGO.)

La educacion del pueblo..... 201

VICO (CONRADO.)

La guerra..... 792

VOLADOS (BENEDICTO.)

Æquam memento, poesía..... 84

VILLARÁN (ACISCLO.)

El cementerio, poesía..... 764

WALKER MARTINEZ (CÁRLOS.)

Noble venganza, poesía..... 397
Santo principio, id..... 412
El artillero de la patria, id..... 440
El hijo del patriota, id..... 456
José María Vergara i Vergara..... 488
Un abrazo de hermanos, poesía..... 508
Léjos del hogar, id..... 568
El granadero, id..... 604
Ocios poéticos, poesías..... 672
Toma de Talca, id..... 707
Amor i muerte, id..... 717
Sacrificio sin ejemplo, id..... 790

ZAPIOLA (JOSÉ.)

Una contra-rectificacion..... 787

FIN DEL TOMO QUINTO.

BIBLIOTECA NACIONAL CHILE SANTIAGO